SUPLEMENTO AL N° 86 DE « CUADERNOS » (JULIO 1964)

B.D.I.C

INDICE DE MATERIAS DE "CUADERNOS"

1964
Janv - Juin

(Enero 1964 - Junio 1964)

ARTICULOS

	N°	Pág.
Un Las Casas de verdad (*Salvador de Madariaga*)	80	3
El Padre Las Casas y el último libro de Menéndez Pidal (*Fernando Díez de Medina*)	80	8
Homenaje a Vinoba Bhave (*Girija K. Mookerjee*)	80	19
Juan Bosch y el comunismo (*Theodore Draper*)	80	29
Las campanas de San José de Surubim (*Shepard L. Forman*)	80	39
La primera constitución mexicana (*Salvador Pineda*)	80	47
La poesía nadaísta (*Gonzaloarango*)	80	54
El nadaísmo frente a la desesperanza burguesa (*Héctor Rojas Herazo*)	80	57
Crisis en la novela latinoamericana (*Antonio de Undurraga*)	80	62
Aldous Huxley (1893-1963) (*Victoria Ocampo*)	81	3
Petróleo y política argentinos (*Américo Ghioldi*)	81	7
Del Ande boliviano y su misterio (*Fernando Díez de Medina*)	81	16
Pasado, presente y futuro del peronismo (*Adolfo Lanus*)	81	26
Antología imaginaria (*Marco Denevi*)	81	31
Presentación de la « Fantasmagia » (*Serge Hutin*)	81	37
Biografía en blanco y negro de la Plaza Mayor (*Raúl Andrade*)	81	41
Joaquín V. González (*César Tiempo*)	81	45
Las elecciones chilenas (*Mario Rivas*)	81	75
El comercio de la madera de ébano (*Maurice Garçon*)	82	3
Presagios folklóricos en Cuba (*Jorge L. Martí*)	82	13
Bolívar sin límites (*Carlos Pellicer*)	82	18
Recuerdos de Gabriela Mistral (*Mathilde Pomès*)	82	19
Francisco Romero : el hombre y su teoría del hombre (*Roberto F. Giusti*)	82	31
« Cinéma-Vérité », « Free Cinema », « Kino-Pravda » (*Néstor Almendros*)	82	44
Potosí colonial : historia y fantasía (*Raúl Botelho Gosálvez*)	82	49
Ser y estar de Puerto Rico (*María Teresa Babín*)	82	60
El hombre democrático (*Jean Lacroix*)	83	3
Los ritos cristianos y las religiones del Líbano (*Carlos Borda Mendoza*)	83	17
La paradoja de México (*David Rousset*)	83	23
Diario póstumo (*Ramón Gómez de la Serna*)	83	35
Cómo se veía en el siglo XVIII el problema del canal de Panamá (*Gerstle Mack*)	83	53
José Guadalupe Posada (*Diego Rivera*)	83	67
Conquistadores navegantes y fundadores de pueblos (*Tulia Piñero*)	83	69
La aventura venezolana (*Mariano Picón-Salas*)	84	3
Suplemento al viaje de Bougainville (*Denis Diderot*)	84	15
El Yorgos Seferis que he conocido (*Yorgos Theotocas*)	84	21
Las cinco cartas de amor de la monja de Portugal (*Isabel Lleras de Ospina*)	84	27
La traducción del Indio a León Hebreo (*José Luis Lanuza*)	84	42
Breve historia de la Plaza de Mayo, la Plaza de la Libertad (*Bonifacio del Carril*)	84	45

408
592

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

ALMENDROS Néstor : « *Cinéma-Vérité* », « *Free-Cinema* », « *Kino-Pravda* » 82 44
ANDRADE Raúl : *Biografía en blanco y negro de la Plaza Mayor* 81 41
ARBELAEZ Fernando : *El diadoco (poema)* 84 12
« *Sur les écrivains* », *de P. Drieu La Rochelle* 84 98
« *Morada al Sur* », *de Aurelio Arturo* 84 101
ARCIDIACONO Carlos : « *Páramo salvaje* », *de María Elena Gertner* 81 88
« *Veintidós cuentistas* », *de César Magrini* 80 90
AUBRUN Charles V. : *Incomparable literatura o la crisis de la literatura comparada* 85 48
BABIN María Teresa : *Ser y estar de Puerto Rico* 82 60
BASTOS María Luisa : « *Victoria Ocampo* », *de Fryda S. de Mantovani* 80 89
BAYON Damián Carlos : *La tercera Bienal de París* 80 68
Diálogo sobre arte japonés 81 63
Arte argentino actual 82 73
Lección de Picasso 83 61
Hititas en París 85 43
BORDA MENDOZA Carlos : *Los ritos cristianos y las religiones del Líbano* 83 17
BOTELHO GOSALVEZ Raúl : *Potosí colonial : historia y fantasía* 82 49
BRUGHETTI Romualdo : *La escultura de Aleijadinho* 81 68
CABALLERO CALDERON E. : *Juan de la Cruz Saavedra* 83 65
CARDENAS Lázaro : « *La unidad latinoamericana tendrá que realizarse fuera de la órbita económica del imperialismo* » 83 15
CARRERA ANDRADE Jorge : *Teoría del guacamayo (poema)* 85 27
CARRIL Bonifacio del : *Breve historia de la Plaza de Mayo, la Plaza de la Libertad* 84 45
CASALDUERO Joaquín : « *El curioso impertinente* » *en el* « *Quijote* » *de 1605* 85 7
CRESPO Julio : « *El comedor de diario* », *de María Angélica Bosco* 81 9
CRUZ Salvador : *A Morelos (poema)* 81 7
DENEVI Marco : *Antología imaginaria* 81 3
DIDEROT D. : *Suplemento al viaje de Bougainville* 84 1
DIEZ DE MEDINA Fernando : *El Padre Las Casas y el último libro de Menéndez Pidal* 80
Del Ande boliviano y su misterio .. 81 1
DRAPER Theodore : *Juan Bosch y el comunismo* 80 2
Cinco años de castrismo 84 7
DUCROCQ Albert : *El milagro del laser* 84 5
FERNANDEZ Javier : « *A 25 años de la muerte de Alfonsina Storni* » .. 84 9
FORMAN Shepard L. : *Las campanas de San José de Surubim* 80 3
GALLARDO Guillermo : « *Antonio de Solis, cronista indiano* », *de Luis A. Arocena* 84 10
GARÇON Maurice : *El comercio de la madera de ébano* 82
GHIOLDI Américo : *Petróleo y política argentinos* 81
GIRRI Alberto : « *Acto y ceniza* », *de Manuel Peyrou* 83 8
GIUSTI Roberto F. : *Francisco Romero : el hombre y su teoría del hombre* 82 3
GOMEZ DE LA SERNA Ramón : *Diario póstumo* 83 3
GONZALOARANGO : *La poesía nadaísta* 80 5
GONZALEZ Natalicio : *Las aves del Paraguay* 85 6
GONZALEZ MARTINEZ Manuel : *Segundo Relato de los saínos y* « *Rayo Negro* » 80 3
GORBEA Federico : « *A la altura de las circunstancias* », *de Jorge Guillén* 83 9

GRUNBERG Carlos M. : *Cuatro poemas del mundo hebreo* 81 61
HUTIN Serge : *Presentación de la « Fantasmagia »* 81 37
I.I. : « *Pasión por Vallejo* », *de José Manuel Castañón* 85 80
IBAÑEZ Bernardo : *Las elecciones chilenas* 85 75
INSAUSTI Rafael Angel : « *La poesía, galardón y dádiva* » 81 86
JUSTO Alicia : « *La política y los sindicatos* », *de F. Durán Bernales* 82 92
« *Subdesarrollo, integración y alianza* », *de Sergio Gutiérrez Olivos* .. 83 88
JUSTO Luis : « *Me mataron entre todos* », *de Manuel Gálvez* 83 87
« *Mulata de tal* », *de Miguel Angel Asturias* 81 91
LACROIX Jean : *El hombre democrático* 83 3
LANCELOTTI Mario A. : « *Realidad y ensueño* », *de Francisco Ayala* .. 81 89
LANUS Adolfo : *Pasado, presente y futuro del peronismo* 81 26
LANUZA José Luis : *La traducción del Indio a León Hebreo* 84 42
LARREA Julio : *Afirmaciones anticientificas contra la educación* 84 58
LEIVA Raúl : *Collar de Soles verdes a Cuauhtemoc (poema)* 80 17
« *La realidad y el deseo* » 82 84
LOT Fernand : *Del turaco que destiñe a la lechuza fluorescente* 80 82
Relación íntima entre el oído y la fonación 82 67
LOZANO Y LOZANO Juan : *La extraña hazaña del Presidente Betancourt* 85 21
LLERAS DE OSPINA Isabel : *Las cinco cartas de amor de la monja de Portugal* 84 27
MACK Gerstle : *Como se veía en el siglo XVIII el problema del canal de Panamá* 83 53
MADARIAGA Salvador de : *Un Las Casas de verdad* 80 3
MARTI Jorge L. : *Presagios folklóricos en Cuba* 82 13
MARTINEZ José Luis : « *Agustín Yáñez, novelista* » 80 85
MILLA BERMUDEZ Juan : *Los cuartelazos y nuestras democracias* 82 26
MOOKERJEE Girija K. : *Homenaje a Vinoba Bhave* 80 19
MOSQUERA Marta : « *Gabriela Mistral* », *de Mathilde Pomès* 83 82
MURENA H.A. : *La vida hacia todo* 83 60
« *El 40 — 25 poetas y bibliografías de una generación* », *de T. de Fritzsche y N. Kisnerman* 80 87
« *El Coloquio de Buenos Aires del Pen Club* » 83 79
« *Treinta treinta* », *de Dalmiro A. Saénz* 85 79
OBIETA Adolfo de : *Aparecer, desaparecer* 83 43
OCAMPO Victoria : *Aldous Huxley (1893-1963)* 81 3
OLASO Ezequiel de : « *Entre Hegel y Marx* », *de Juan Rivano* 80 92
« *Tres mundos : Cataluña, España, Europa* », *de José Ferrater Mora* .. 85 82
ORPHEE Elvira : *Ha muerto un santo* 84 67
PAITA Jorge A. : « *Elegías italianas* », *de Alberto Girri* 82 88
De pronto en el aire fino (poema) .. 83 34
PARDO GARCIA Germán : *Lectura al atardecer (poema)* 82 23
PAREDES Pedro Pablo : *Gavilla de lumbres (poema)* 83 66
PELLICER Carlos : *Bolívar sin límites* 82 18
PIAZZA Luis Guillermo : *Los locos* .. 81 72
« *Picardía mexicana* », *de A. Jiménez* 85 81
« *Cronistas de las culturas precolombinas* », *de Nicolau d'Olwer* 85 83
PICON-SALAS Mariano : *La aventura venezolana* 84 3
PINEDA Salvador : *La primera constitución mexicana* 80 47
PIÑERO Tulia : *Conquistadores navegantes y fundadores de pueblos* 83 69
PIZARNIK Alejandra : « *Cuando termine la lluvia* », *de Antonio Montaña* 81 90
« *Los juegos peligrosos* », *de Olga Orozco* 81 92
« *Ensayos sobre subversión* », *de H.A. Murena* 83 84
POMES Mathilde : *Recuerdos de Gabriela Mistral* 82 19
« *El día señalado* », *de Manuel Mejía Vallejo* 84 99
QUINTANILLA : *El arte y la historia en los naipes* 80 73
RECAVARREN Jorge Luis : *Ciencia y teoría del hombre andino* 83 75
RIVAS Mario : *Las elecciones chilenas* 81 75
RIVERA Diego : *José Guadalupe Posada* 83 67
RIVERO Mario : *Palabras a un amigo que se llama Dios (poema)* 80 60
RODRIGUEZ GARAVITO Agustín : « *Obra literaria* », *de Silvio Villegas* 82 91
RODRIGUEZ FABREGAT (hijo) : *Influencia de la cultura francesa* 83 73
ROJAS HERAZO Héctor : *El nadaísmo frente a la desesperanza burguesa* 80 57
ROUSSET David : *La paradoja de México* 83 23
RUSSELL Dora Isella : « *Sevilla* », *de*

Juan Ramón Jiménez 85 81
SALAZAR CHAPELA E : « *The Revolt of the Catalans* », *de J.H. Elliott* 84 96
Destino y casualidad 85 57
SANCHEZ Luis Alberto : *El Libertador declina la dictadura* 85 33
SANCHEZ Luis Rafael : *Memoria de un eclipse* 82 41
SANTOS Eduardo : *Jean Sarrailh* 85 3
SCUDERI María : *El movimiento en las artes del siglo XX* 82 78
« *Los pasos contados* », *de Corpus Barga* 85 77
SOUZA DANTAS Raimundo : *Espejismo africano* 85 8
STUTMAN Osías : « *El budismo nihilista* », *de Vicente Fatone* 80 91
TATTENBACH Cristián : *Opiniones sobre América Latina* 80 66
TELLEZ Hernando : « *La mala hora* », *de Gabriel García Márquez* .. 81 87
THEOTOCAS Yorgos : *El Yorgos Seferis que he conocido* 84 21
TIEMPO César : *Joaquín V. González* 81 45
UNDURRAGA Antonio de : *Crisis en la novela latinoamericana* 80 62
VELOSO Nuno : *Villa Miseria* 85 29
VERDEVOYE Paul : « *Manuel Pacho* », *de E. Caballero Calderón* 82 89
« *Panorama literario de Chile* », *de Raúl Silva Castro* 83 83
VIERA ALTAMIRANO N. : *La desocupación, un problema de Latinoamérica* 84 69
VLAMINCK Maurice de : *Sobre Picasso* 84 55
WEISER Benno : *Recuerdos del Ecuador* 84 61
YEGROS Elpidio : « *América, en su hora más confusa, necesita de la sinceridad de sus conductores* » 80 13
ZARAGOZA Celia : « *Hombre peregrino* », *de Alberto Baeza Flores* 80 88

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envío la cantidad de ....., importe de una suscripción a *Cuadernos* por un período de ..... a partir del N.º ....., a nombre de (1) :

.....

.....

.....

(1) Indíquese la dirección completa.

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9992-63) a la administración de *Cuadernos*, 23, rue de la Pépinière, Paris 8e.

Francia : 1 año : 25 F — Norteamérica : 1 año : 6 $ USA

Europa : 1 año : 28 F — América Latina : 1 año : 5 $ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.

CUADERNOS

Revista Mensual

23, rue de la Pépinière, Paris (8) (Francia). Tel. : EUR. 37-59

SUSCRIPCIONES

Francia	*Otros países europeos*	*América del Norte*	*América Latina*
1 año : 25 F	1 año : 28 F	1 año : 6 $ USA	Informarse cerca del agente de cada país
6 meses : 13 F	6 meses : 15 F	6 meses : 3,25 $ USA	

AGENTES

ALEMANIA
BERLIN-Dahlem, Schorlemerallee 28, « Der Monat ».

ARGENTINA
BUENOS AIRES, Editorial Sudamericana Alsina 500.

BELGICA
BRUXELLES, Agence et Messageries de la Presse, 14-22, rue du Persil (C.C.P. 416-69).

BOLIVIA
LA PAZ, Gisbert y Cia., Calle Comercio 125, Librería Selecciones, av. Camacho 369. — Universal Bookstore, Mercado 68. — COCHABAMBA : Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España.

BRASIL
RIO DE JANEIRO, Hachette, 299, av. de Erasmo Braga, 3º andar.

CHILE
SANTIAGO : Distribuidora Mistral Ltda., Huérfanos 656. Suscripciones : Catedral 1261.

COLOMBIA
BOGOTA, Representante General : Héctor Angel Correa, Av. Jiménez nº 9-43, Of. 509 - Teléfono 42 91 65 - Ap. Aéreo 13.299.

DINAMARCA
COPENHAGUE S, M. Schleimann, 17 Islands Brygge.

ECUADOR
QUITO, Su Librería, Plaza Independencia.

ESTADOS UNIDOS
NEW YORK 11, Gerome Gutiérrez, Lectorum Corporation, 185, Seventh Av.

FILIPINAS
QUEZON CITY, M. Francisco Sionil José, 108 C Santol Sta. Mesa.

HOLANDA
LA HAYA, Martinus Nijhoff, Lange Voorhout 9.

INGLATERRA
LONDRES S.W.1. « Encounter », Panton House 25 Haymarket.

ISRAEL
TEL AVIV, Steimatzky's Agency Limited, Citrus House, P.O. Box 628.

ITALIA
ROMA, Associazione Italiana per la Libertá della Cultura, Via Giuseppe Pisanelli 2 (C.C.P. 1-8363). Libreria Internazionale Paesi Nuovi, Via Aurora 33-35.

MARRUECOS
CASABLANCA, Sochepresse, 1, Place de Bandoeng.

MEXICO
MEXICO, D.F., Muñoz Hermanos Internacional. Dr. C. Bernard, 180. Suscripciones : Agencia General Mexicana, Av. Patriotismo nº 328, México 18 D.F. - Tél. 15 10 12.

PANAMA
PANAMA, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza Arango.

PARAGUAY
ASUNCION Mares e hijos, Calle Estrella 972-986.

PERU
LIMA, The University Society Peruana, av. Piérola 798 - Librería Mejía Baca, Jirón Azángaro 722.

PORTUGAL
LISBOA, Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes, Rua S. Pedro de Alcantara. 63. 1.º Do.

PUERTO RICO
SAN JUAN, Librería Campos, San Francisco 266. — RIO PIEDRAS. Librería Universidad de Puerto Rico, Apartado 2102.

REPUBLICA DOMINICANA
SANTO DOMINGO, Librería Amengual, El Conde, 49.

EL SALVADOR
SAN SALVADOR : Librería Cultural Salvadoreña, Edif. Veiga, 2a, Av. Sur.

SUIZA
GINEBRA, Naville et Cie, 5-7, rue Lévrier (C.C.P. 1-116).

URUGUAY
MONTEVIDEO, Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Calle Ciudadela 1424.

VENEZUELA
CARACAS, Press Agencias, S.A., Edificio El Nacional. Apartado 2763.

Directeur-Gérant de la publication : J. CARAT

« E.P. », 232, rue de Charenton, Paris-12

No hay País Libre sin su Flota Mercante

La Flota Mercante Grancolombiana no es un patrimonio particular sino una empresa de todos los colombianos

UNIVERSITE DE PARIS I.H.E.C.

CUADERNOS

ENERO 1964 N° 80

UN LAS CASAS DE VERDAD	3	*Salvador de Madariaga*
EL PADRE LAS CASAS Y EL ULTIMO LIBRO DE MENENDEZ PIDAL	8	*Fernando Díez de Medina*
HOMENAJE A VINOBA BHAVE	19	*Girija K. Mookerjee*
JUAN BOSCH Y EL COMUNISMO	29	*Theodore Draper*
LAS CAMPANAS DE SAN JOSE DE SURUBIM	39	*Shepard L. Forman*
LA PRIMERA CONSTITUCION MEXICANA	47	*Salvador Pineda*
LA POESIA NADAISTA	54	*Gonzaloarango*
EL NADAISMO FRENTE A LA DESESPERANZA BURGUESA	57	*Héctor Rojas Herazo*
CRISIS EN LA NOVELA LATINOAMERICANA	62	*Antonio de Undurraga*
ENCUESTA		
« AMERICA, EN SU HORA MAS CONFUSA, NECESITA DE LA SINCERIDAD DE SUS CONDUCTORES »	13	*Elpidio Yegros*
DIALOGO		
OPINIONES SOBRE AMERICA LATINA	66	*Cristián Tattenbach*
RELATO		
SEGUNDO RELATO DE LOS SAINOS Y « RAYO NEGRO »	36	*Manuel González Martínez*
ARTE		
LA TERCERA BIENAL DE PARIS	68	*Damián Carlos Bayón*
EL ARTE Y LA HISTORIA EN LOS NAIPES	73	*Luis Quintanilla*
POESIA		
COLLAR DE SOLES VERDES A CUAUHTEMOC	17	*Raúl Leiva*
PALABRAS A UN AMIGO QUE SE LLAMA DIOS	60	*Mario Rivero*
CIENCIA		
DEL TURACO QUE DESTIÑE A LA LECHUZA FLUORESCENTE	82	*Fernand Lot*
LIBROS		
AGUSTIN YAÑEZ, NOVELISTA	85	*José Luis Martínez*
« EL 40 — 25 POETAS Y BIBLIOGRAFIA DE UNA GENERACION», DE T. DE FRITZSCHE Y N. KISNERMAN	87	*H.A. Murena*
«HOMBRE PEREGRINO», DE ALBERTO BAEZA FLORES	88	*Celia Zaragoza*
« VICTORIA OCAMPO », DE FRYDA S. DE MANTOVANI	89	*María Luisa Bastos*
« VEINTIDOS CUENTISTAS », DE CESAR MAGRINI	90	*Carlos Arcidiacono*
« EL BUDISMO NIHILISTA », DE VICENTE FATONE	91	*Osías Stutman*
« ENTRE HEGEL Y MARX », DE JUAN RIVANO	92	*Ezequiel de Olaso*
NOTAS	93	*Enrique Peña Barrenechea, Manuel Pedro González, Marie Pascal y Roberto Esquenazi-Mayo*
TEMAS Y AUTORES	99	

B.D.I.C

Conheça

África

número especial de

Cadernos
brasileiros

Adonias Filho. Ulli Beier. Manuel Diégues Jr. Léopold Sedar Senghor. Edson Carneiro. Roger Bastide. Eduardo Portela. Armand Guibert. José Honório Rodrigues. Luiz Santa Cruz.

O Negro na ficção Brasileira. Moderna Poesia Africana. Contribuição Cultural do Negro Africano no Brasil. África, Brasil e Senegal. Elementos Africanos na Música Brasileira. Nôvo Conceito da Negritude. Dilema Cultural da África e do Brasil. Política Internacional. Poesia Negra no Brasil.

Pedidos para
Cadernos Brasileiros
R. Prudente de Morais, 129 GB.

TEMPO PRESENTE

Rivista mensile

ANNO IX - N° 3-4 MARZO-APRILE 1964

Güglielmi - Moravia - Chiaromonte
AVANGUARDA E LINGUA TRADIZIONALE

MASSIMO BONTEMPELLI
Sull'Apocalisse di San Giovanni

NICOLA CHIAROMONTE
Moravia fra idee e personaggi

GIAMMARIO SGATTONI
Prose romane

ANGELA BIANCHINI
James Joyce e l'Italia

MANLIO SGALAMBRO
Estética e materialismo in Kierkegaard

SERGIO QUINZIO
La realtà consumata

JAN KOTT
Litania a la testa d'Asino

*

Amministrazione :
Roma, Via Gaeta 14

Cuadernos

LAS CASAS
¿APOSTOL O FANATICO?

por
Salvador de Madariaga
y Fernando Díez de Medina

•

VINOBA BHAVE, SUCESOR DE GANDHI
Girija K. Mookerjee

BOSCH Y EL COMUNISMO
Theodore Draper

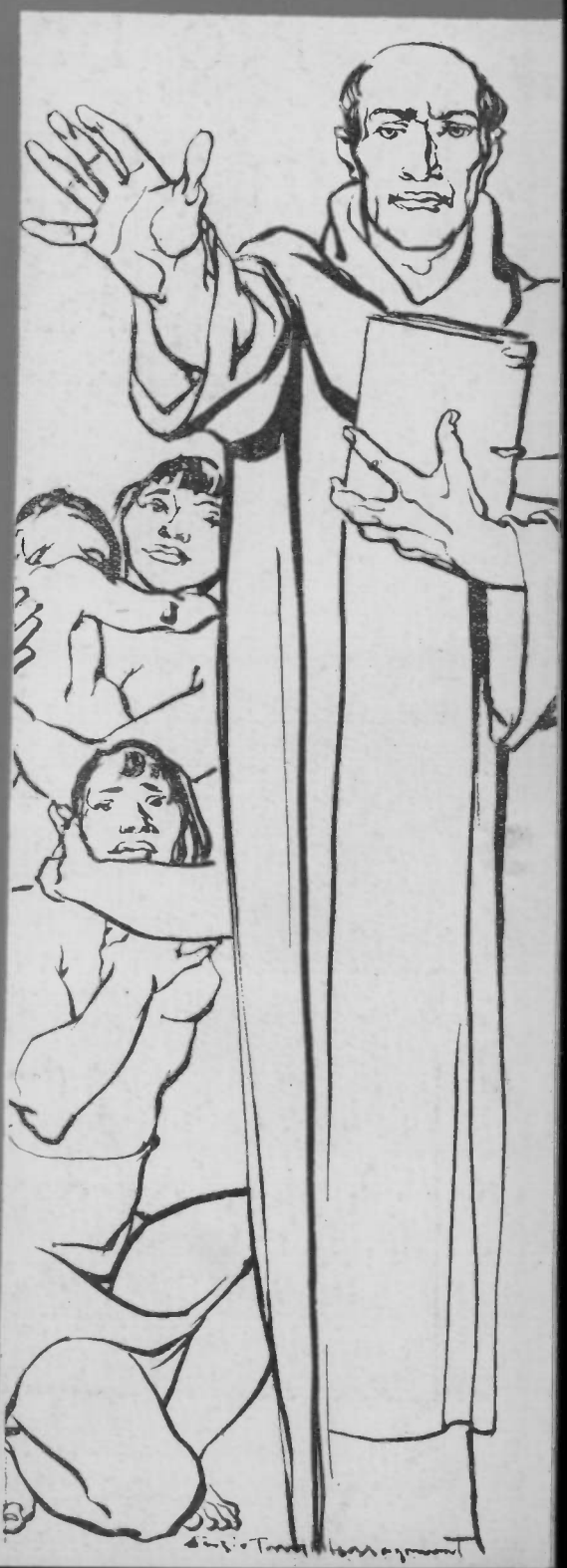
AMERICA EN SU HORA MAS CONFUSA
Elpidio Yegros

EL «NADAISMO» EN COLOMBIA
Gonzaloarango y Rojas Herazo

LA TERCERA BIENAL DE PARIS
Damián Carlos Bayón

EL ARTE Y LA HISTORIA EN LOS NAIPES
Luis Quintanilla

EL COLOR DE LAS PLUMAS EN LAS AVES
Fernand Lot



ENERO DE 1964 N° 80

No hay País Libre sin su Flota Mercante

La Flota Mercante Grancolombiana no es un patrimonio particular sino una empresa de todos los colombianos

UNIVERSITE DE PARIS I.H.E.C.

CUADERNOS

ENERO 1964 N° 80

Un Las Casas de verdad	3	*Salvador de Madariaga*
El Padre Las Casas y el ultimo libro de Menendez Pidal	8	*Fernando Díez de Medina*
Homenaje a Vinoba Bhave	19	*Girija K. Mookerjee*
Juan Bosch y el comunismo	29	*Theodore Draper*
Las campanas de San Jose de Surubim	39	*Shepard L. Forman*
La primera constitucion mexicana	47	*Salvador Pineda*
La poesia nadaista	54	*Gonzaloarango*
El Nadaismo frente a la desesperanza burguesa	57	*Héctor Rojas Herazo*
Crisis en la novela latinoamericana	62	*Antonio de Undurraga*
ENCUESTA		
« America, en su hora mas confusa, necesita de la sinceridad de sus conductores »	13	*Elpidio Yegros*
DIALOGO		
Opiniones sobre America Latina	66	*Cristián Tattenbach*
RELATO		
Segundo relato de los sainos y « Rayo Negro »	36	*Manuel González Martínez*
ARTE		
La tercera Bienal de Paris	68	*Damián Carlos Bayón*
El arte y la historia en los naipes	73	*Luis Quintanilla*
POESIA		
Collar de Soles verdes a Cuauhtemoc	17	*Raúl Leiva*
Palabras a un amigo que se llama Dios	60	*Mario Rivero*
CIENCIA		
Del turaco que destiñe a la lechuza fluorescente	82	*Fernand Lot*
LIBROS		
Agustin Yañez, novelista	85	*José Luis Martínez*
« El 40 — 25 poetas y bibliografia de una generacion», de T. de Fritzsche y N. Kisnerman	87	*H.A. Murena*
«Hombre peregrino», de Alberto Baeza Flores	88	*Celia Zaragoza*
« Victoria Ocampo », de Fryda S. de Mantovani	89	*María Luisa Bastos*
« Veintidos cuentistas », de Cesar Magrini	90	*Carlos Arcidiacono*
« El budismo nihilista », de Vicente Fatone	91	*Osías Stutman*
« Entre Hegel y Marx », de Juan Rivano	92	*Ezequiel de Olaso*
NOTAS	93	*Enrique Peña Barrenechea, Manuel Pedro González, Marie Pascal y Roberto Esquenazi-Mayo*
TEMAS Y AUTORES	99	

En este mes de enero de 1964 *se sigue discutiendo a fray Bartolomé de Las Casas como hace cuatrocientos años. Menéndez Pidal lo considera un paranoico, don Salvador de Madariaga encuentra que don Ramón está en lo justo y Fernando Díez de Medina lo señala como un apóstol. En cuatro siglos el problema de los indios no ha cambiado mucho ; ni el de los negros. La justicia humana camina tan despacio que a veces parece que la historia se para.*

A cuatro siglos de promulgadas las Leyes de Indias, a más de un siglo y medio de proclamados los Derechos del Hombre y de fundadas en América las repúblicas, se venden haciendas « conteniendo » tantos indios, y hay aún el gran señor que hace justicia en sus feudos llevando al indio al cepo y humillándolo en el huasipungo. Si fray Bartolomé volviera a ciertos rincones de nuestra América a predicar, lo callaría la autoridad.

Fray Bartolomé era apasionado y desmedido en sus discursos. No siempre ayuntaba la justicia y la caridad ; y en el momento decisivo pidió al rey que enviara a América esclavos negros. Pronto hubo en el hemisferio occidental mercados para los negreros y los ingleses cazaban en el Africa piezas de ébano que se vendían en el área del Caribe. Han pasado cuatro siglos y el Presidente Kennedy tiene que jugarse la carrera política para que los blancos del Sur no sigan tratando al negro como un animal. Lo que en la prensa se llama el problema negro de los Estados Unidos, es el problema blanco.

Queriéndole hacer justicia a Colón, el apasionado fray Bartolomé de Las Casas decidió que Vespucci era un ladrón, y esta ligereza suya quedó flotando por cuatro siglos, porque, además, al hombre le agrada hablar mal del hombre.

Etcétera.

Naturalmente, si los problemas subsisten, los hombres que una vez los simbolizaron, no han muerto. Lo único que desconcierta es la dificultad que embaraza a ciertos grupos de seres civilizados para eliminar los residuos de barbarie que les quedan.

LAS CASAS : ¿ Un apóstol ? ¿ Un fanático ?

Un Las Casas de verdad

POR SALVADOR DE MADARIAGA

El hombre público como objeto de controversia es un rasgo típico del mundo hispánico. Los demás pueblos, en mayor o menor grado y con mejor o peor éxito, se agrupan y aunan tras sus grandes figuras, que así actúan en su historia como polos de unión y de solidaridad nacional. Nosotros no. Al lograr relieve y perfil, nuestras grandes figuras se objetivan ; y al instante polarizan nuestra división inherente. Así pues, en vez de servir de polos de unión y solidaridad, obran como polos de escisión. Pon lo tuyo en concejo y unos dirán que es blanco y otros que es negro.

Esta escisión en blancos y negros es desde luego una de las formas que toma nuestra perenne guerra civil ; a tal punto que con sólo dejar caer en la conversación un nombre histórico, Felipe II o Pérez Galdós, Olivares o Mendizábal, el observador puede clasificar a los presentes con tanta precisión como lo haría un químico entre ácidos y bases con un papel tornasol.

No sólo no rehuye Las Casas este destino, sino que lo encarna casi a modo de arquetipo. Sólo que, en su caso, el fondo divisible es mucho más vasto y rico en matices por extenderse a toda la humanidad, o por lo menos a toda la cristiandad. Y aquí ya « empieza Cristo a padecer », como suele decirse. Porque don Ramón Menéndez Pidal apunta muy atinadamente que Las Casas no logra universalidad con sus obras sólidas como la *Historia de las Indias* y la *Apologética Historia de los indios*, que a nadie interesaron hasta que salen de tan injusto olvido respectivamente en 1875 y en 1909, sino con el opúsculo *Destruición de las Indias*, que, publicado en 1552, prende como fuego de bosque y en un siglo logra más de cincuenta ediciones en seis lenguas.

Hay, pues, que partir de un hecho escueto : Las Casas irrumpe en la fama no como historiador, sino como libelista ; no como juez, sino como parte ; no como hombre de ciencia, sino como militante. Los que se sitúan por él o contra él no podrán colocarse donde correspondería si el tiempo fuera claro y no azotase el viento ni imperase fuerte corriente marina, sino que tendrán que consumir buena parte de sus energías en mantenerse en pie contra viento y marea, sosteniendo el sombrero con una mano y la capa con la otra.

Y esta circunstancia es parte inherente de la controversia. Parece destino fatal de lo hispánico. Todo hay que discutirlo a la intemperie, entre vendavales y tormentas de pasión. Y, cosa notable, parece como que contaminamos a los demás, de modo que, cuando de lo hispánico se trata, hasta el frío nórdico se inflama y ensaña. Aun hoy, nuestra última guerra civil apasiona en cualquier capital europea ; y la polvareda que levantó Las Casas vino a añadir aún más veneno al que de suyo destilaba Guillermo el Taciturno.

Las Casas sigue dividiéndonos ; pero la línea divisoria ha ido perdiendo su rigidez y hoy no es ni con mucho lo que fue an-

taño. En España la frontera tradicional entre lascasistas y antilascasistas ha venido coincidiendo con las dos corrientes de opinión que hoy llamaríamos izquierdas y derechas. Los conservadores, tradicionales, católicos, eran antilascasistas porque Las Casas denigraba la obra de España en América ; los liberales eran lascasistas porque veían en él a un humanista, precursor de la era de « los derechos del hombre ».

Obsérvese lo arbitrario de esta frontera. Pudo haberse dado al revés : por Las Casas, los católicos, en gracia al carácter hondamente cristiano de sus cruzadas indiófilas ; contra Las Casas, los liberales, en nombre de la eficiencia económica y el progreso. La observación es de peso, pues sugiere que la fijación de nuestras posturas políticas precede y no sigue a su justificación (aunque inexactamente la llamemos motivación).

Paradójica o no, esta frontera se desdibuja hoy. Al ahondarse y hacerse más substancial y menos formal, el catolicismo español contemporáneo retorna a la vigorosa pureza que hizo de él en el siglo XVI una fuerza histórica admirable ; y así vemos a un escritor católico como Giménez Fernández erigirse en lascasista máximo. Por la misma causa, sin embargo, otros católicos (el padre Bayle, por ejemplo) se alejan de Las Casas con horror, por repugnarles la postura anticristiana que adopta para con los españoles, o si se quiere por su modo anticristiano de aplicar el cristianismo. A su vez, los liberales, fieles a su actitud esencial, que es el servicio de la verdad, se dan cuenta de que la actitud de Quintana pecaba de ingenua.

Mientras tanto, ¿qué pasa en los otros dos sectores de la opinión histórica, el hispano extrapeninsular y el no hispano? En este último, Las Casas, desde luego el militante más que el historiador, cesa de inspirar interés en aquellas zonas de opinión que se han neutralizado para con España ; pero sigue siendo fuente de toxina activa antiespañola allí donde se da todavía un antihispanismo histórico ya anticuado, pero todavía vivo y aún vivaz (como en Inglaterra), o un antihispanismo actual causado por la lucha de influencias (como en los Estados Unidos). Ciego será quien no vea la tendencia antiespañola de ciertos sectores, no sólo políticos y financieros sino culturales, de los Estados Unidos ; para estos tales Las Casas viene como llovido del Cielo.

En cuanto al sector hispanoamericano, vamos a encontrarnos con una situación que recuerda la de España, sin serie idéntica. Claro es que la *Destruición* tenía que ser arsenal de armas morales contra España durante las guerras de emancipación ; y lo fue gracias a Vizcardo y a Miranda. Don Ramón Menéndez Pidal ilustra con su competencia de siempre la influencia que Las Casas ejerció sobre Bolívar. En general, los hispanoamericanos que se han pronunciado sobre el tema adoptan posturas que dependen de la que ya los distingue en cuanto a la obra de España en América. Si esta postura es favorable, son antilascasistas ; si contraria, son lascasistas. Así pues, no es Las Casas quien define una u otra postura ; es la postura para con la obra de España la que « juzga » o « prejuzga » a Las Casas.

Pero aquí se oculta un peligro ; y no se oculta tanto que no se vea venir. En general, son favorables a la obra de España en América los *beati possidentes*, y contrarios los desposeídos. Esta forma específica que la escisión adopta en la América hispana viene a complicar las cosas de modo casi inextricable ; porque por razones históricas evidentes los desposeídos son casi todos, casi siempre, naturales de la América precolombina, y los *beati possidentes* descendientes de españoles (cuando no son norteamericanos o europeos no españoles). Así, Las Casas cae en una situación análoga a la que tanto tiempo tuvo en España : la de pelota histórica entre los campos opuestos de la derecha y la izquierda.

Ahora que en el Nuevo Mundo esta oposición no es meramente política e intelectual ; es también racial. Y aquí el mal se agrava ; porque hay demasiado parecido entre el hoy y el ayer para que la controversia sobre Las Casas no se contamine con disputas modernas ; y así como en el tiempo de Las Casas había quien no creía al indio capaz de cristianismo, así en nuestro tiempo hay quien no cree al indio capaz de democracia ; y así como Las Casas entonces declaraba sin ambages ni matices que *todo* lo que España había hecho a Amé-

EL PADRE BARTOLOME DE LAS CASAS

DIBUJO DE SERGIO TRUJILLO MAGNENAT

rica era infame, hay quien cree hoy que *todo* lo que los no indios hacen en España es infame. Con lo cual la controversia sobre Las Casas adquiere resonancias contemporáneas no sin serio peligro para el porvenir.

Tanto más, cuanto que del lado antiespañol la llevan hombres casi siempre inteligentes y cultos, atraídos a Las Casas por su propio estado de ánimo. Se da aquí toda una corriente de animosidad peligrosa, no para España, que ya está curada de espanto, sino para Suramérica. No repetiré aquí las razones que en otras ocasiones he aducido para pensar así. Me bastará con sentar como irrebatible que Hispanoamérica no se salvará más que en la unión y que no tiene más base de unión que su común hispanismo. Por lo tanto, quien mete el hacha al tronco del hispanismo sólo verá las ramas sueltas caídas en el suelo, madera para otros edificios, sino leña para otros hogares.

Este es el fondo sobre el cual se destaca el libro de don Ramón Menéndez Pidal, libro de nonagenario sobre un nonagenario. Pero ¡qué distintos ! Toda la carrera de este erudito ejemplar se distingue por un sentido escrupuloso de la verdad. Lo que ha revestido al sabio español de una autoridad universal ha sido este espíritu de servicio abnegado a la verdad que, desde sus primeras obras, lo distingue. ¿Científico? Claro. Pero en las letras, la verdad científica no basta, ni pasa de ser lo que la calidad del ladrillo es para un arquitecto. En la historia, sobre todo, la verdad ha de ser objeto de pasión para que no logre jamás torcerse el ánimo, ni aun en el proceso más misterioso de todos, que es el de la intuición.

Había dos Las Casas : el apóstol de los indios y el padre de la leyenda negra. Entre un ángel de caridad cristiana y un demonio de antiespañolismo, el Las Casas de verdad, el hombre Las Casas (que diría Unamuno) no lograba hacerse ver. La obra de don Ramón Menéndez Pidal ha consistido en salvar al hombre Las Casas del ángel y del demonio que lo ocultaban.

Es un hombre. Vaya por Dios. Y ¿qué creían ustedes que era? Un hombre, y como tal, sujeto a las flaquezas de la naturaleza humana y sobre todo a sus contra-

D. RAMON MENENDEZ PIDAL
(Dibujo de Romero Escassi)

dicciones. Don Ramón Menéndez Pidal apunta ya desde sus primeras páginas la contradicción más patente, la que el mismo Quintana (uno de los padres del Las Casas-ángel) no dejó de observar : este « dechado de celo de humanidad y de virtudes » maneja en su ardua labor « las artes de la exageración y de la falsedad », « la injusticia y la impostura ». Y esta observación, exacta e irrefutable como hecho, constituye la vera esencia del problema Las Casas.

Suele olvidarse que la primera obligación de un biógrafo consiste en erigir una figura coherente de su personaje. Que la naturaleza humana encierra contradicciones es un hecho que todos nos sabemos de memoria. Pero que estas contradicciones se resuelvan en una perspectiva más verdadera y honda que la que las acusa, es una necesidad de nuestro espíritu, que el biógrafo debe aspirar a satisfacer. El mérito de esta obra es que el autor la escribe consciente de su obligación, que consiste en dar coherencia a lo al parecer incoherente y explicar lo al parecer inexplicable.

Esta perspectiva superior, o más honda, revela en Las Casas un hombre apasionado y egotista, que si bien sirve la causa de los indios también se sirve de ella. No va esto dicho, ni aquí ni en el libro de don Ramón Menéndez Pidal en un sentido material, aunque no sin cierto ingenio intencionado apunta el autor que mal cabe lla-

mar mártir a quien murió de noventa y dos años con una pensión de 350.000 maravedís. No. Lo que sí se afirma e ilustra por primera vez es que Las Casas se apodera de la causa y vive (moralmente) de ella, en vez de servirla.

Bien lo vieron los que, cuando él todavía hacía vida de encomendero, alzaron la voz con tenacidad admirable en pro de los indios. El Padre Montesinos observa que tan tenaz defensor de los indios jamás les predicó la religión que profesaba. Su historia como Obispo de Chiapa revela esta extraña indiferencia para con la práctica de la teoría por la que tan tesoneramente aboga. Sus gastos, sueldos y pensiones procedían de aquel oro de las Indias que no se hartó nunca de condenar como cosa nefanda. Hay en toda su vida una contradicción permanente. Esta contradicción bastaría para probar que, en la raíz de su ánimo, no era la causa de los indios lo que más importaba, sino la causa de Las Casas.

Esta causa valdrá, pues, lo que el propio Las Casas valga. Y don Ramón Menéndez Pidal se guarda muy bien de omitir el menor dato, rasgo, aspecto favorable a su protagonista. Pide que no se le juzgue como antilascasista, y con pleno derecho. No otra cosa era de esperar de quien lleva ya setenta años dando pruebas tan sólidas de su respeto para con la verdad. El lector atento tendrá ocasiones frecuentes de observar el escrúpulo del autor en poner en plena luz todo lo bueno que pueda pintarse de su modelo.

Por la misma causa, don Ramón Menéndez Pidal advierte que no es su intención, cometido ni deseo el venir a estas fechas a enjalbegar la leyenda negra, ni siquiera a defender la obra de España en América. El primer tema es vano, porque la leyenda negra no se deja enjalbegar, ya que en los ánimos donde vive, dejaría de vivir si dejara de ser negra ; y el segundo es demiasiado vasto, amén de trillado, para discutirlo aquí. Lo que cabe reprochar a Las Casas no es que haya dado relieve a los robos, muertes y expoliaciones que los españoles cometieron en el Nuevo Mundo, que esto lo hicieron otros antes, con él y después de él, y nadie se lo echa en cara, sino que con sus exageraciones, sistematizaciones, falsificaciones e invenciones contribuyera a forjar una imagen desvirtuada de la historia del descubrimiento, conquista y establecimiento en América que aún cuelga del cuello de España como carga de plomo. Pero aun esto no se le reprocha como agresión a España, sino como agresión a la verdad.

Con su habitual dominio sobre la documentación, establece don Ramón Menéndez Pidal cierto número de hechos indiscutibles. Por ejemplo :

La conversión de Las Casas fue tardía e incluso años después del tremendo sermón del Padre Montesinos (1511) siguió viviendo la vida que iba más tarde a condenar como infernal (quizá, dicho sea de paso, la raíz de su pasión deformadora). — En esta postura que adopta a los cuarenta años y que conservará con admirable tesón hasta su muerte, lejos de imitar la firme, pero sensata opinión de sus predecesores, como Montesinos o Motolinía, pierde la mesura y se declara totalitariamente contrario a *todo* lo español. — Al servicio de esta condena totalitaria, falsea los hechos ; aumenta a capricho las cifras ; suprime matices ; sistematiza contrastes (*todo* lo indio es bueno, *todo* lo español es malo) ; prescinde de las realidades y posibilidades (*todos* los españoles deben irse ; el rey debe renunciar a las Indias) ; se jacta de lo que no ha hecho y se constituye en su propio propagandista ; en fin, crea una para-realidad que no guarda más que muy tenue relación con la que le rodea.

La conclusión que presenta don Ramón Menéndez Pidal es sensata y razonable : ni santo ni malvado, ni loco ni cuerdo. Las Casas era un enfermo mental que luchaba con la paranoia. Este modo de ver merece tomarse como guía para cerrar una controversia ya vana. No es posible aceptar la versión fantástica y aun absurda que Las Casas da de su misión, ni la no menos absurda y fantástica que da de la obra de los españoles en la India. La cual ni fue tan buena como pudo haber sido ni tan mala como él la pinta. De modo que cabe afirmar que, en cuanto a esta obra histórica, al comparecer ante Dios los españoles tienen que bajar los ojos avergonzados ; pero que pueden mirar a los ojos sin vergüenza y hasta con satisfacción a cualquier otro pueblo de la tierra.

Una polémica que dura cuatro siglos :

El Padre Las Casas y el último libro de Menéndez Pidal

POR FERNANDO DIEZ DE MEDINA

Don Ramón Menéndez Pidal, notable historiador, gloria de las letras hispanas, filólogo y crítico de insospechada probidad, ha dado cima a una obra monumental : *El Padre Las Casas : su doble personalidad,* que Espasa-Calpe de Madrid lanza en bella edición ilustrada de 400 páginas.

El libro será un acontecimiento intelectual por ocuparse de personaje tan célebre y discutido, y por provenir de tan fino ingenio y austero investigador. Reactualizará, además, la polémica que ya dura cuatro siglos sobre la acción de España en América. Pondrá aristas de fuego al tema del indio y su destino. Abrirá nuevos horizontes a la crítica histórica sobre el « lascasismo », que sigue apasionando por dos vertientes a los estudiosos de la Conquista y del Coloniaje : la radiosa, y la oscura, según se trate de apologistas y detractores del gran dominico.

Será, sin duda, morosamente leído y exaltadamente discutido porque un soplo polémico recorre toda la estructura de sus capítulos e investigaciones críticas.

I

Vaya, en primer término, un sentimiento de admiración al insigne escritor que a los 94 años, sin cejar un punto en la lucidez del juicio ni en la fineza del bien decir, ha levantado esta inmensa fábrica de erudición y sapiencia histórica. Repensar la vida y la obra del Padre Las Casas a la luz crítica y documental, frente al torrente papelístico contradictorio que derraman los archivos de España y de América, habría hecho retroceder a otro investigador. Pero en su espléndida agerasia, Menéndez Pidal ha realizado la tarea titánica. Y a fe que se ha de aplaudir el hazañoso esfuerzo, la nobleza del propósito reivindicatorio de la proeza hispana, todo cuanto de esclarecedor tiene el libro, la agudeza del análisis, el diestro manejo de los documentos y correspondencias de la época, ese sereno y objetivo discurrir de una mente ejercitada en las más altas disciplinas del pensar crítico e histórico.

Don Ramón sigue siendo un maestro consumado en la investigación científica y un pensador que se mueve con majestad entre las ideas, los hechos, las personas y los documentos. De aquí el interés apasionante y el deleite que produce la lectura de su última obra.

Este libro sobre Las Casas es una joya de la historiografía hispana, y merecerá los elogios y reparos que toda grande obra suscita en relación a la alteza de miras que persigue y al caudal de pasiones que desata.

II

Para situar —y juzgar, luego— *El Padre Las Casas* de Menéndez Pidal, hay que partir de una premisa : existen dos escuelas históricas y críticas, desde hace cuatro siglos, para enfocar la vida y la obra del obispo de Chiapas. Una, la española o peninsular, siempre desafecta al fraile estupendo;

otra la americana o continental, acaso apologética en exceso, que no admite reparos a la memoria del fraile insigne.

Naturalmente, Menéndez Pidal pertenece a la primera. Su « Padre Las Casas » está contemplado desde el ángulo hispano, con pupila y sentimiento —¿y por qué no resentimiento?— hispanos también.

Pasado el deslumbramiento de la primera lectura, si se desmonta con paciente análisis la ingeniosa estructura crítica de la obra, sufre el lector fuertes impactos que disimuló el entusiasmo de una apreciación general.

Dice don Ramón al dedicarnos su libro : « esta revisión inspirada en móviles críticos únicamente ». Y lo cierra con estas sugestivas palabras : « He cumplido un ingrato deber exigido por la crítica histórica. » Allá por la página XIII de los « Preliminares », previene : « Espero no se me juzgue como antilascasista sino como criticista. »

Esta triple toma de posición tras el escudo protector de la crítica, no basta para esconder los trasfondos psicológicos y emotivos del libro : no son, en verdad, el investigador imparcial ni el historiador ecuánime los que asoman por sus páginas, sino el combatiente fogoso, el partidario tenaz, el español herido y enconado.

Esta obra es —ironía del destino— « lascasiana » de la cabeza a los pies : dura, agresiva, inflexible, tan poseída por su verdad y su actitud reparadora, que pierde el horizonte histórico por asentar su particular perímetro ofensivo.

Justicia pide justicia. Es doloroso, pero necesario contradecir al notable historiador.

III

Quien haya leído algo de lo mucho que se ha dicho de Las Casas, de su tiempo, de la obra de España en América, podrá orientarse buscando equilibrio entre las dos tesis que lo presentan, una como loco y odiador, otra convertido en Padre de la Americanidad. Entre puntos tan extremos discurre la verdad histórica.

No anda errado Lewis Hanke, preclaro hispanista, al sostener que Fray Bartolomé de Las Casas « fue un personaje tan renombrado y discutido en el siglo XVI, como Churchill en nuestro tiempo ».

No piensa lo mismo Menéndez Pidal, para quien Las Casas no tuvo influencia en su tiempo, ni en la Corte, ni en los consejos de teólogos, limitándose al aprovechamiento de ideas e iniciativas ajenas, y fracasando en todas sus empresas.

En el prólogo —página XIV— el historiador fija ya, previa, inexorable, su apreciación crítica : « Ni era santo, ni era impostor, ni malévolo, ni loco ; era sencillamente un paranoico ». Y añade : « Para exculpar la total falta de caridad, la falsedad monstruosa y contumaz, hay que recurrir a la única explicación posible, la enfermedad mental ».

¿Volvemos al lombrosismo, explicando el genio por la patología?

Tan injusto, tan cerrado a todo principio de equidad se presenta el crítico desde las primeras páginas, que induce al lector a indagar el por qué de tamaña prevención.

Menéndez Pidal no mide la grandeza de la monumental *Historia de las Indias* ; la tarea apostolar y sacrificada de una vida ; los trágicos descalabros del idealista, las desventuras del luchador y del rebelde ; ni reconoce que, no obstante sus percances y reveses, el gran dominico influye en su tiempo y afronta el poder real y la majestad de teólogos y juristas, defendiendo denodadamente a los indios. Claro que no fue el único : el P. Vitoria, Motolinía y otros merecen reconocimiento universal, pero Las Casas les supera en estatura humana.

El origen de las cóleras mal guardadas de don Ramón es un pequeño folleto, *Destruición de las Indias*, donde Las Casas denuncia las iniquidades de los conquistadores en el Nuevo Mundo. Cierto que la crítica histórica ha demostrado ya que hubo parcialidad, exageración y hasta si se quiere, encono, del Obispo de Chiapas para juzgar a los españoles.

¿Qué idealista, qué luchador, qué hombre de acción no fue parcial, injusto, desmesurado envuelto en el fuego de su arrebato realizador?

Admitamos que Las Casas extremó sus rigores contra los españoles : en su época la grandeza del propósito —redimir a los indios y humanizar la conquista— y el poderío de la Corona, la máquina lenta de la religión y de las leyes, la fuerza incontrastable de conquistadores y encomenderos, imponían la actitud desorbitada, el tono

airado, la pertinacia crítica sin freno como armas justificadas por la desproporción incolmable entre el poder jurídico y su atrevido reformador.

Bien : Las Casas fue injusto con España. Esto no justifica que el historiador Menéndez Pidal sea injusto con Las Casas.

El gran dominico dejó la cáscara de origen en la península. Es ya americano de adopción, de corazón, de estilo y de pelea. Nuestro le hicimos, desde hace cuatro siglos, y le defenderemos como él nos defendió : con pasión y con braveza, guardando siempre los debidos respetos al ilustre investigador que creyendo amenguarle, ha levantado nuevo plinto a su fama.

Porque la crítica, cuando carga los tintes negros y la reiteración en el ataque y los puntos negativos, lejos de hacer daño, eleva. Quien piense destruir, medite primero si no es mejor compañera la mesura que el encono.

IV

No es éste un libro rigurosamente histórico, basado en el equilibrio de los materiales investigados, en el razonar lógico y tranquilo, en la fría confrontación de los pareceres afectos y contrarios. Es más bien una obra apasionada de política, de crítica parcial, de polémica vivaz, que persigue dos objetivos no por callados menos evidentes : la descalificación integral del P. Las Casas y la rehabilitación hispana respecto al trato que dieron conquista y colonia a los indios americanos.

El primero no honra ciertamente al autor. El segundo lo enaltece.

V

Dice Lope de Vega en la primera parte de *El Príncipe Perfecto,* donosa comedia dramática, refiriéndose a don Lope de Sosa, mal amador, a quien juzga por boca de doña Leonor, la abandonada :

Falso en el alma, en el trato,
en las obras y en la fe.

Aunque parezca increíble, esta es la opinión que Menéndez Pidal tiene del P. Las Casas. Baste ver una cribada selección de los epítetos que le aplica a lo largo de su furibundo estudio. Le califica de violento, melifluo, alabancioso, falso, impostor, infamador, paranoico, egotista, exorbitante engreído, soberbio, enfermo mental, furibundo odiador, anticristiano, obstinado profesional de la acusación, maníaco-protagonista, utopista, fantaseador, enormizador, hispanófobo, injusto, difamador, descarriado, vanidoso, descaminado, megalómano, fatuo, difamador monstruoso, defectuoso patológico, enconado y sañudo, iracundo, inhumano, propagandista de ideas ineficaces, etc.

¿Historia o libelo? ¿Se puede ser juez —el historiador siempre lo es, en cierto modo— cuando se padece tan ardida antipatía por el sujeto estudiado? ¿No cae el biógrafo en algunas de las pasiones y errores que analiza en el biografiado, cuando se deja arrastrar por los arrebatos de una santa cólera contra el que difamó a España?

Acaso sea ésta la clave del libro : el patriotismo paraliza en Menéndez Pidal al investigador, al juez imparcial. Ya estaba Las Casas mil veces condenado por su pluma desde la página primera de su obra demoledora. Demoledora para él, naturalmente.

No faltarán historiadores y doctos estudiosos, especializados en la materia, que desmonten y rectifiquen las exageraciones de don Ramón, si bien es justo reconocer que en buena parte de su libro tiene razón al señalar los defectos y errores del Obispo de Chiapas.

Nos limitamos, en este rápido boceto crítico, a señalar que no hay historia ni crítica posibles donde no hay serenidad e imparcialidad.

¿Por qué la balanza menéndezpidaliana pesa únicamente lo adverso, ignorando lo favorable y atenuante? No pasan de 8 a 10 las páginas en que muy a su pesar reconoce un mínimo de rectitud y de abnegación al Padre Las Casas. Las 390 restantes constituyen una máquina de guerra con un solo objetivo : apocar y destruir la figura del gran dominico.

Obsedido por el complejo de la iniquidad lascasiana contra España, Menéndez Pidal deja la vara del historiador para ceñir la cota del guerrero.

Así, el siglo XVI y el siglo XX se tocan. Dos españoles, igualmente geniales, fieros, altaneros, impetuosos, intransigentes, se atacan desde sus respectivas torres de meditación y de pelea.

Porque si Menéndez Pidal acomete sin piedad al Padre Las Casas, ¡vaya si éste no le quitó sueño, reposo, dominio emotivo y serenidad intelectual!

Y esto es lo notable del libro : el juzgador transmigra a la órbita y al estilo del juzgado. Don Ramón... Don Bartolomé... quijotes de la acción, del meditar. Si fue imposible redimir al indio americano en el amanecer del Coloniaje, tampoco será posible hacer un fantasma de la figura y de la obra del Padre Las Casas, cada día más vivas, vigorosas, actuantes en España y en América.

VI

Un estudio histórico, una crítica ecuánime, un ensayo biográfico, una investigación científica rigurosa lo menos que piden es probanza de equidad : probar lo bueno y lo malo, administrar sabiamente penumbras y claridades, contrapesar lo censurable y lo plausible, a mitad de camino entre rigor y tolerancia, porque no hay vida y obra humanas todas de sola sombra o de solo puro luminar.

Menéndez Pidal plantea la doble personalidad del fraile insigne : una normal, anormal la otra. ¿Por qué se ocupa sólo de la segunda? Así el retrato —y la crítica— resultan parciales, incompletos, defectuosos.

Si se consultó los archivos españoles, debió hacerse lo mismo con los de América. Si se oye a los adversarios de Las Casas, debía escucharse también a sus panegiristas. Si se agota la biografía y el documento contrarios al dominico, debería mencionarse asimismo la abundantísima bibliografía que le es favorable. Sólo así se hace historia y crítica imparciales.

Contra el arsenal menéndezpidaliano de documentos, citas probatorias, cartas y juicios de los contemporáneos de Las Casas, habría que oponer el torrente de pruebas que exhibe en sus libros el eminente hispanista Lewis Hanke —especializado en estudios del lascasismo—, casi todas enteramente exaltadoras de su persona y de su obra.

No es prenda de ecuanimidad basarse en los escritos de Sepúlveda, Motolinía, Betanzos y otros adversarios del Padre Las Casas, que con él tuvieron reyerta airada o disputas de opinión, para deducir, de aquéllos, lo que realmente habría sido el gran dominico.

VII

A media lectura el lector se queda atónito : ¿Es un anciano historiador o un guerrero impetuoso de 25 años el autor de este libro?

Menéndez Pidal arremete con el ardor comprometido del combatiente medieval : a sangre y fuego, con furia vengadora, para borrar al Padre Las Casas y al malhadado « lascasismo » de la historia de España y de América, como se extirpa un tumor maligno que daña el organismo histórico.

Noble el propósito si se lo enfoca desde el ángulo peninsular : la rehabilitación de la Conquista y del Coloniaje, cuya validez jurídica y moral negaron, en parte, teólogos, doctos e ingenios de la propia Iberia, la cual, justo es reconocerlo, fue vilipendiada en la « leyenda negra » por hechos abultados y exageraciones de propios y extraños. Pero el patriotismo, por respetable que sea, no puede torcer la aguja magnética de la historia ; y mirando el caso desde el ángulo americano, parece equívoco y menguado negar la vida fatigada y altruísta y la grande y valerosa obra del Padre Las Casas, defensor denodado de los indios americanos, luchador temerario, primer humanista beligerante de la Colonia, asombro de las generaciones por su extraordinaria personalidad y el fuego inapagable de su espíritu.

No se desconoce los fuertes defectos del biografiado, ni sus errores y exageraciones. Los grandes hombres —y sobre todo los grandes rebeldes— padecen de cierto desequilibrio intelectual que a veces raya en lo satánico. Savonarola es el ejemplo clásico de estas naturalezas excesivas que no vienen del trasfondo patológico, sino de la tensión desmedida del pensar y del hacer, de la malaventura que los desgarra conforme se sumergen en la llama ardiente de su ideal y su pelea.

Las Casas, héroe trágico, mal entendido por Menéndez Pidal, no puede reducirse a figurilla resentida de teatro popular. Su dimensión de idealista, su talla psicológica, exceden el campo crítico y erudito para proyectarse a la historia universal.

VIII

Admitido que las censuras y reparos al Las Casas anormal tengan validez en el campo crítico y documental. ¿Y dónde están las virtudes y acciones increíbles del Las Casas normal? Historia no es solamente investigación analítica, probanza documental, veredicto cerrado de objetividad. Se ha de añadir sensibilidad para templar el juicio en la imperfección humana, perspectiva de la época, encuadre adecuado del personaje en el marco de sus circunstancias, ahondamiento psicológico, mirar sereno y remontado, equilibrio de juicio y sentimiento. Todo eso que, en otros libros, dio a Menéndez Pidal fama de maestro versado en ecuanimidad.

El paralelo con Don Quijote es feliz, pero la visión apreciativa se deforma. No se ha visto la inmensa desventura del gran infortunado, su lucha titánica, el fracaso constante de vida y obra, la obstinada pasión del luchador, duro, fanático tal vez, pero redimido en su tremenda tarea por la alteza del propósito y la proyección trascendente de su padecer.

Se dan casos en que los muertos derrotan a los vivos. Los grandes vencidos de la vida son los grandes vencedores de la muerte. Así Las Casas, eterno renacido del sepulcro, sigue batallando por el indio, contra el gamonal, el encomendero y los caciques del imperio y de la letra.

El libro de don Ramón Menéndez Pidal no amengua, antes bien, para un juzgar sereno, doblemente informado de las luces y las sombras que proyecta el gran dominico, peralta, por contraste reactivo, la gloriosa figura del Obispo de Chiapas.

Hemos redondeado estas apreciaciones con dolido sentimiento. Ni Las Casas merecía un estudio tendencioso y parcial, ni Menéndez Pidal desaprobado veredicto. Se discute la intención de la obra, más que la obra en sí.

Todo respeto al grande escritor, cumbre de las letras hispanas. Pero al historiador no podemos darle asentimiento. Justicia pide justicia; y si Menéndez Pidal no la tuvo para Las Casas, no podrá pedirla a nosotros, los americanos, que no aceptamos vasallaje crítico por sapiente que fluya la letra ni por docto que corra el parecer.

NAIPE FRANCES DEL SIGLO XVIII

¿A DONDE VA AMERICA LATINA?
¿La democracia en crisis?

ELPIDIO YEGROS

«Nuestra América, en su hora más confusa, necesita de la sinceridad de sus conductores»

El director de Cuadernos *se dirigió a varias personas de Latinoamérica (véase el nº 77, correspondiente al mes de octubre) solicitando respuestas a las preguntas siguientes :*

1. — *¿Cree usted que siguen vigentes para nosotros los principios básicos de la democracia representativa, y que es posible afirmar en ella un estilo político latinoamericano que permita respetar los derechos humanos y asegurar la justicia social dentro de las circunstancias económicas de nuestro tiempo?*

2. — *¿Cree usted que los problemas de nuestra América sólo podrían resolverse por medio de una dictadura de partido que decline en el jefe de gobierno la totalidad de las determinaciones nacionales y el límite dentro del cual puedan ejercerse los derechos del hombre?*

3. — *Si usted está de acuerdo con que en nuestra América debe existir una democracia representativa, ¿qué sugerencias haría en el sentido de ampliar o modificar sus horizontes y métodos de trabajo, tanto para dar a las gentes del país medios más eficaces de producción, confianza mayor en las soluciones democráticas, menos inseguridad en su destino, como para hacer frente a las grandes concentraciones continentales, asegurar la supervivencia libre de la América Latina e ir acabando con la diferencia de niveles en que se mueven hoy los Estados Unidos y la América Latina?*

«GOBERNAR PARA EL PUEBLO, pero sin el pueblo ». La vieja frase atribuída al conde de Floridablanca parece revivir en el ánimo y en la conducta de muchos demócratas americanos. Demócratas *sui generis,* muchos de los cuales no creen en la democracia, sino que enarbolan la ficción para medrar al amparo de ella. Este farisaísmo medular es lo que tiene atosigada a nuestra América en su hora más confusa y, a la vez, más promisoria.

¿Adónde va América en esta instancia decisiva de su historia?

La respuesta a esta inquietante pregunta la van a dar los pueblos, si sus dirigentes no se colocan resueltamente, con sinceridad y encendida pasión, a la cabeza de esta gran columna en marcha hacia el porvenir. Y la darán a pesar de todos los que están tratando de detener lo que no puede detenerse ; aplazando lo que es inaplazable : el curso inexorable del tiempo que lleva a la humanidad hacia una profunda revolución social. Que puede ser todavía, aquí, una mutación pacífica, si priva la cordura o siquiera el elemental sentido común. Si eso ocurre, como está ocurriendo en la Europa un poco egoísta y eufórica en su milagroso resurgimiento, podrán salvarse los valores fundamentales por los cuales han luchado los pueblos durante milenios, para edificar sobre ellos y sobre otros

nuevos que surgen del sustancial reacondicionamiento de los conceptos, una democracia revitalizada, que desborde del marco del formalismo jurídico-político, para trascender a los planos en que la seguridad del hombre frente a las contingencias de la vida se logre sin sacrificio de la libertad. Pero que será violenta, devastadora y de signo rojo, si la estupidez de las clases privilegiadas se empeña en levantar las banderas negras de la reacción, construyendo diques para detener la caudalosa y embravecida corriente que surge de los hontanares del alma popular.

Parece claro que el gran dilema que enfrenta nuestro hemisferio es éste : democracia social o « democracia popular », es decir, totalitarismo comunista. Esta es la férrea disyuntiva que tendremos que tramitar, aquí y ahora. Y ello a pesar de este reflujo de los tradicionales golpes de cuartel y de la supervivencia de ciertas « tiranías domésticas », que algunos creen que pueden ser una valla para detener el avance del comunismo, pero que sólo sirven para acelerar el proceso, por la compresión que producen en el espíritu público de estos países.

El ensayo de democracia política en este siglo y medio de vida independiente ya dio de sí todo cuanto pudo dar. Habrá que insuflarle nuevo aliento para resolver el hondo drama social, requisito sin el cual no se logrará afianzar un sistema de instituciones libres. El corolario inevitable de ese déficit de la democracia es este transitar de hoy día por caminos de desesperación, que se estiran bordeando peligrosamente el abismo.

El riesgo mayor para la democracia esperada, tal vez no esté en La Habana o en los centros propulsores de eso que desde La Habana se irradia, sino en la actitud de muchos de los grandes conductores de esta hora frente a los acontecimientos. Los paliativos no sirven ya. Y mucho menos la retórica ampulosa con la cual se trata de suplantar la inexistente fe en principios que encienden el fervor de las multitudes, pero que, al cabo, pierden su eficacia y su prestigio al discurrir por los vericuetos de una práctica mañosa. Siendo la crisis de predominante carácter económico y de honda trascendencia social, ella tendrá que empezar a resolverse en el plano moral. Está haciendo falta, perentoriamente, una adecuación de la conducta a las normas éticas. Porque no se puede, sin riesgo de concitar el escepticismo y la desilusión, proclamarse demócratas y reformadores sociales en Santiago o Buenos Aires, en Montevideo, Río o Washington, para ir luego, en una peregrinación inconcebible, a apuntalar tiranías horrendas, como la que sufre el heroico e infortunado pueblo paraguayo. Y seguir después tan frescos, teorizando sobre soluciones para el hemisferio. Está haciendo falta un nuevo Cristo que arroje del templo, a latigazos, no diremos a los mercaderes sino a los fariseos, para dar plena vivencia a los principios y al estilo de vida genuinamente democráticos. Solamente así se podrá sortear con buen éxito esta coyuntura, enfrentando con soluciones de gran aliento el impetuoso y sincronizado avance del totalitarismo comunista que, paradójicamente, tiene sus mejores aliados en los displicentes demócratas y en los elementos reaccionarios que hicieron del anticomunismo una profesión.

El diagnóstico está hecho, con precisión y autoridad : las tierras y las principales fuentes de riqueza están acaparadas en pocas manos, nativas o extranjeras ; el ingreso nacional aumenta menos que la población ; el deterioro de los precios de nuestros productos en los mercados mundiales es una realidad desconcertante, que se traduce en cifras astronómicas, con su contrapartida de bajos salarios y aún más bajos niveles de existencia ; el anacrónico sistema tributario está hecho a la medida de los intereses oligárquicos, abrumando a las grandes mayorías productoras y desposeídas ; el índice del analfabetismo alcanza, en ciertos países, niveles impresionantes ; hacen falta millones de viviendas para cobijar familias, en torno a las cuales ronda el hambre y la enfermedad. Y sobrenadando en este mar de angustias y tensiones, el militarismo en acecho, que acaba de dar nuevos zarpazos en Santo Domingo y Tegucigalpa, mientras tiranuelos rapaces y sanguinarios, como Stroessner y Duvalier, reciben dineros y condecoraciones, sin faltarles siquiera el regalo de alguna caño-

nera, acaso para ensayar su puntería en poblados indefensos... Conviven, gozosos, con las democracias, medrando a su sombra, sin inquietarse poco ni mucho por las precisas normas de las convenciones internacionales, olvidadas en el desván de una obsecuencia incomprensible.

Vino Fidel y dio el aldabonazo. Recién entonces, muchos de los responsables de la conducción de este hemisferio, volvieron de su sopor y cayeron en la cuenta de que lo de Cuba era una advertencia inquietante y un abierto desafío.

Los Estados Unidos, demasiado ocupados en levantar a Europa de su postración posbélica y en parar los golpes en el vasto diagrama de la guerra fría, habían olvidado a sus vecinos del Sur, acaso por sentirse muy seguros de contar con su colaboración en el momento decisivo, ya que navegan en el mismo barco. Así fue siempre. Pero acusaron el impacto fidelista y asumieron la ardua tarea de suplir su omisión, con ánimo esforzado y visión certera. Dirigentes con alto sentido de su responsabilidad histórica, a cuyo frente está el presidente Kennedy, dieron la respuesta con la formulación del Plan de Alianza para el Progreso. El Presidente norteamericano dijo, sin eufemismos, que este plan tiene por objetivo primordial, y como quehacer inmediato, desarraigar las tiranías de izquierda (Fidel) y las otras « tiranías domésticas », de turbia trayectoria en todo el continente. Y se propuso, para ello, atacar el mal en sus raíces. Todo parecía conducir a una radical rectificación de la vieja y lamentable política internacional norteamericana, de infausta memoria entre nosotros.

El Plan en sí traía una inspiración generosa y un aliento revolucionario. Pero bien pronto se vio que el mecanismo de la acción estaba desajustado. La fe y el entusiasmo del inspirador del Plan, evidentemente no son compartidos en igual medida por muchos de sus ejecutores, detrás de los cuales están agazapados los intereses financieros que tuvieron siempre varas muy altas en su acción en Latinoamérica y que ven, con su tradicional carencia de perspectiva histórica, amenazadas sus ingentes posibilidades. El servicio exterior norteamericano, en gran proporción, tampoco está a la altura de este quehacer trascendental. Y el apoyo que se presta a guardias pretorianas que sirven de soporte a ominosas dictaduras, contradice la idea fundamental que anima el Plan. El engranaje comenzó a crujir. Pero los inconvenientes no provinieron sólo del Norte. Desde el Sur se alzaron, bien mimetizados, los factores contradictorios. En primer término, las clases privilegiadas que vieron en ese Plan una nueva oportunidad de enriquecimiento. Refregándose las manos, como aquel comunista rumano cuando vio llegar las tropas rusas, dijeron para su coleto : « Con lo poco que tenemos y lo que nos va a tocar en el reparto, vamos a estar mucho mejor. » No importa que « lo poco » que las clases pudientes latinoamericanas acumularon en bancos europeos y americanos ascienda a una cifra equivalente a lo que el Plan de Alianza promete entregar en un decenio. La sola reinversión de esos caudales podría abrir horizontes amplísimos al desarrollo económico de estos países y promover mejoras en el orden social.

Pero la cosa no para aquí. El indudable acento político que traía el Plan fue ignorado desde el comienzo. Lo vimos en Punta del Este. Cuando la delegación venezolana propuso la inclusión de una cláusula precisa en la Carta de la Alianza, proscribiendo del ámbito de esa Alianza a los regímenes dictatoriales —y esto con el apoyo decidido de numerosas delegaciones latinoamericanas—, no fueron los yanquis los que se opusieron : fueron los grandes de Latinoamérica y algunos chicos traviesos que hicieron coro. Gobernantes de dos grandes países latinoamericanos habían concertado el « Pacto de Uruguayana », que incluía —según noticias ampliamente difundidas— un « placet » de perennidad para el dictador Stroessner. Esta falta de consecuencia con los principios rectores de la comunidad hemisférica es el virus que está minando la salud y las posibilidades del Plan y, en última instancia, del proceso de democratización de este continente.

Chester Bowles, en su obra *Amanecer Político,* ese libro luminoso que los norteamericanos deberían leer todos los días a la hora del desayuno, después de haber repasado los versículos de la Biblia, señala los

resultados dispares logrados por la ayuda económica y técnica norteamericana en las distintas áreas, por causas privativamente locales o nacionales. Bien se ve, desde luego, que si los europeos pudieron asimilar con buen éxito y sacar el súmmum del provecho asequible de la ayuda norteamericana, fue por su alto nivel cultural, su eficiente preparación técnica y por esa disciplina social desconocida entre nosotros. De que necesitamos planificar este proceso y, además de ayuda financiera, formar técnicos en cantidad suficiente para empujar el Plan hacia adelante, no hay ninguna duda. Pero más importante que todo esto, según nos parece, es terminar con la esencial contradicción que supone la supervivencia de esos reyezuelos, que componen un rostro benévolo y se golpean el pecho proclamando su fe anticomunista, para capitalizar en su provecho los fondos de la Alianza. Es decir, mantener la fidelidad a la filosofía que inspira el Plan, que es de esencia democrática. Ahí está el hilo conductor que nos guiará por el camino del deseado éxito, si todavía no es demasiado tarde, como sugieren tantos luchadores sinceros, ganados por esa amarga decepción que dejan en el ánimo tantas y tan repetidas contradicciones.

Esto en cuanto al Plan de Alianza para el Progreso. Pero hay algo aún más decisivo que todo eso. Está haciendo falta que América Latina se encuentre a sí misma y aborde con visión de futuro, con esclarecido sentido histórico, la tarea de hoy, que será el logro de mañana.

Los Estados Unidos tienen sus problemas y los tramitan muchas veces con generosidad extrema hacia los países necesitados de ayuda cuantiosa. El Plan Marshall es un ejemplo edificante. Pero lo hacen, como es lógico, en función de sus intereses nacionales. Que esos intereses sean coincidentes en lo fundamental con los de vastas regiones del planeta no modifica la naturaleza de la cuestión.

Europa, encerrada en su floreciente Mercado Común, ha dejado un poco al margen a Latinoamérica y mira fijamente hacia Africa y Asia, tratando de recuperar, por otros medios, su perdida influencia.

No podemos, honradamente, esperar que otros nos saquen de esta encrucijada, si nosotros, los latinoamericanos, nos mostramos impotentes para imaginar, con intrepidez y clarividencia, una política común, acorde con los intereses permanentes de nuestras nacionalidades. Debemos empezar por sacudir esa mentalidad colonial que distorsiona y quiebra nuestros mejores impulsos ; tomar, de una vez, conciencia de la identidad de nuestro destino y actuar en consecuencia.

Hay datos promisorios que nos permiten mirar por un resquicio de optimismo hacia el futuro. La ALALC, el Mercado Común Centroamericano, el propuesto Mercado Común Latinoamericano, la Federación de Partidos Democráticos de América... son ensayos e ideas en proceso de fermentación. Pese a ello, lo que no se ve muy claro es el porvenir de la democracia representativa, por esta crisis de confianza que deriva de las causas apuntadas al comienzo. Hay hechos inocultables, que golpean vivamente la imaginación y la conciencia de los pueblos, como estos : los comunistas, que sirven objetivos definidos, apoyan decididamente a sus correligionarios allí donde estén. Los dictadores, que alguna vez constituyeron la internacional negra del despotismo, no suelen regatear ayuda a sus congéneres. En cambio, la solidaridad democrática se recata con hartos pudores en una conducta oficial ambigua (salvas las honrosas excepciones de gobernantes fieles a los principios que proclaman) que casi nunca pasa de ser otra cosa que un tema retórico. De ahí que, desde las profundidades de esta gran angustia hemisférica, suba ese sordo rumor de los pueblos oprimidos y olvidados que sería imprudente ignorar.

El Paraguay —se dijo ya— es un buen ejemplo de todo esto. Cuba, y ahora la República Dominicana y Honduras, podrían ser otros.

ELPIDIO YEGROS

Buenos Aires.

RAUL LEIVA

Collar de Soles verdes a Cuauhtémoc

Para Agustín Yáñez

Con su tumulto *de águilas ascendía el otoño*
Al erizado cielo de tu nombre, Cuauhtémoc.
Las derrotadas sombras que la Noche construyen
Desde heridas estrellas derramaban su luz.
El pájaro del viento lloraba por los ámbitos
Y un gran cortejo de olas despertaba a la mar.
Y tú, pastor de cactos, el Valle electrizabas :
Tierra caminante, barro que respira, huracán sofrenado,
Río de ardor, oasis de iracundia tu voz era.
Sobre tus hombros traes la vastedad del pueblo,
Los pájaros del Alba, la paloma del Día.
Y entre tus manos fieles de pasmo y de raíces
Deshácese la pena de tu sangre, Cuauhtémoc.
Gime la tierra bajo tu mirada y por bandadas los deseos álzanse
Y apuñalan la frente de la tarde.

Una legion *de vientos llévate hacia el Futuro*
Que abre doradas puertas y estremece a lo Eterno.
En tu sangre, Cuauhtémoc, danzan las amapolas
Y corónate la embriagada Muerte.
Collares de águilas penden de tu cuello
Donde la ira amasa sus racimos.
En el plumaje de tu cabellera el cuervo halló su nido
Y la sedienta Noche esparce sus meteoros.
Vístete de rapsodias la epopeya
Y un « écharpe » de músicas y cielos te da la Poesía.

No la hermosura *griega :*
Tu belleza salvaje de nopal combatiente,
Estallante gardenia iluminada.
No la hispánica música barroca :
El ritmo puro y libre del Anáhuac.
Esta voz de raíces y de alas, pedregal de latidos,
Pirámide del ansia, bastión del entusiasmo.
No los tonos menores :
Imprecante alarido de espinas y volcanes.
No el « laissez-faire » estéril, solitario :
Matrimonio de acciones y de sueños.
No el apolíneo trazo : la garra de Coatlicue,
La Serpiente Emplumada *rompiendo las edades,*
Un viento de obsidianas alzando corazones
Y el color de tu sangre en nuestro escudo.
Y flameando en su cúspide de verbos
La Libertad de cóndores erguidos.

No logra el Tiempo deshacer tu nombre
Ni quemar el laurel de tu osadía.
Con sus sedientas fauces las llamas no pudieron
Torcer la flecha recta de tu rumbo,
Ni abatir el relámpago dormido de tu voz:
Follaje de cristal, meteórica armadura.
Húmeda tu palabra está encendida
Y no puedes caer, astro sombrío:
Sostiénete el oleaje de tu Pueblo.
Asciendes con tus alas volcánicas y exactas,
Asciendes con el fuego que hiela tu sonrisa,
Asciendes con la música de tu voz desgarrada.
Con tus pasos heridos arder haces el Valle,
Abres nuestra memoria, pueblas los corazones.
Un bosque de geranios ilumina tu paso
Y abre de par en par las puertas de los siglos.
En tu mano derecha la Eternidad se instala
Y en la izquierda impetuosa canta la Primavera.
Con tu huracán de leones estremeces los días del Anáhuac,
Instauras tu mandato de mágicas cascadas.
El Sol sobre tu frente sus abejas detiene
Y un silencio de jades alimenta la tierra de tu nombre.
Una tribu de rayos acompaña a tu sombra
Y acuchilla a la noche del oprobio.

Esencia de nuestra alma desolada, Cuauhtémoc.
Nuestra ley, nuestro límite, Cuauhtémoc.
Perfil de Anáhuac, retrato de tu Pueblo,
Concreto sueño, estatua de milagro, de la gloria heredero.
Desde el azul ombligo de la tierra
Tu voz de dardos rotos, de mazorcas doradas
Llueve en sus ígneos pájaros, derrama sus espigas,
Dialoga con la Aurora, apacienta a la Noche.
Con tinta negra y roja, con sangre de los códices
Cultivo esta palabra que trasciende la lengua,
Imanta sus acentos para cazar, altiva,
A tu insólito Pájaro-Serpiente.
Instalado en tu trono de jaguares
La altiplanicie besa tus rodillas
Y una danza de mitos los soles distribuye,
Ración de estrellas dónale a tu Pueblo.
Tus alas planetarias doblaron las espinas de la infamia,
Tus latidos celestes te nos muestran indemne, sin eclipse.
Ríos de amapolas a tu encuentro vienen.
Tu nombre es deletreado por el Día.
Ofréndate la sombra sus inmensos rebaños:
Desgranados maíces de la Muerte.
No Aguila caída: levantada en un certamen de alas,
Puerta del absoluto, semilla de geológicos espasmos.
Cuauhtémoc, Sol de México, equis de los cruzados brazos de tu raza.
Tigre de amor, cachorro de meteoro, catarata de pájaros y sueños.
Bajo el dormido vuelo de tu muerte, Cuauhtémoc,
La luz dobla sus alas, detiene su latido.

RAUL LEIVA

Homenaje a Vinoba Bhave

POR GIRIJA K. MOOKERJEE

El utilitarismo, esa doctrina según la cual las desigualdades en la evolución político-social y cultural entre Europa y el Asia remota son insuperables, estaba aún en vigor a principios de este siglo. La monumental obra histórica del discípulo de Bentham, James Mill (1773-1836), fue el instrumento que contribuyó principalmente desde su aparición, en 1817, a consolidar este criterio en Europa (1). Utilizada como libro de texto en las escuelas donde se formaban las nuevas generaciones de administradores de la India y como libro de lectura en los institutos de segunda enseñanza, esta obra de diez tomos determinó desde Inglaterra, durante un siglo, la actitud adoptada por los occidentales en relación con la India.

La doctrina evolucionista de James Mill consideraba al hombre asiático como parte de una masa amorfa, sin carácter propio, que no había salido aún de un estado de civilización bárbara. Pero conviene tener presente que Mill, el sucesor de Jeremy Bentham y patrocinador del utilitarismo radical, jamás había puesto los pies en tierras de Asia y que la mayoría de las fuentes en que se había inspirado para escribir su obra sobre la India no eran de primera mano. Sólo así es posible comprender que Mill desestimara la formación espiritual y los valores morales de ese subcontinente y que juzgase a los autóctonos de la India, sin excepción, incapaces de regir sus propios destinos políticos.

El historiador versado en la filosofía de la civilización, Oswaldo Spengler (1880-1936), vino a reforzar el criterio de la decadencia general del Asia, lo mismo que el escritor inglés Rudyard Kipling (1865-1936), con su propaganda acerca de la carga que la India representaba para el hombre blanco.

Según el dogma que los utilitaristas habían adoptado para sus relaciones con el Asia, la dominación de la India por los ingleses había sido dispuesta por la divina providencia. De ahí que todos los movimientos de carácter social y político que se iniciaban en Asia fueran estigmatizados como subversiones contra la autoridad moral y legítima de Inglaterra. Se puso el veto a todas las obras literarias que trataban de libertad, y los jefes nacionalistas fueron objeto de persecuciones.

Sólo gracias a la superioridad moral del mahatma Gandhi (1869-1948), ante la cual hubo de inclinarse el mundo occidental, se procedió a revisar las ideas tradicionales que se tenían de los países asiáticos (2). El escritor francés André Malraux, al relatar sus impresiones sobre Chi-

(1) *The History of India.* Primera edición, 2 volúmenes, 1818. Segunda edición, 10 volúmenes, 1820.

(2) Compárese G.K. Mookerjee : « Gedanken in einem neuen Asienbild ». Bul. Amb. ind. Bonn VIII (2) y (10) 1958. Asimismo « Die Wurzel der Demokratie in Indien ».

na en el libro *Les conquérants* (3), deja a cargo de un chino la misión de juzgar a Gandhi como un precursor. « Si Gandhi no hubiese intervenido, la India, que da al mundo la lección más sublime que podemos recibir hoy, sólo sería una región de Asia en rebelión. »

Gandhi fue quien levantó el anatema que pesó durante más de un siglo sobre la India y sobre todo el continente asiático, bajo el pretexto atávico de su decadencia. La actuación de Gandhi permitió a los indios redimirse de esa preterición general y ocupar el lugar que les correspondía en el mundo, como pueblo y como nación.

En cuanto la India hubo alcanzado la independencia, los que desconocían sus problemas creyeron que la misión de Gandhi había terminado. Le consideraban como a un jefe, sin duda de una calidad excepcional, cuyas aspiraciones habían quedado satisfechas al conseguir el « swaraj », la soberanía nacional. Pero Gandhi había declarado pocos días antes de su muerte que su verdadera misión apenas había comenzado. La independencia de su nación sólo tendría para él un carácter de auténtica libertad cuando fuese acompañada de una autonomía y de una libertad morales indiscutibles. Sin ellas, repetía con insistencia, debía considerarse la libertad como un edificio frágil y la independencia como una empresa peligrosa y un juego azaroso.

Hasta en la propia India hubo muchas gentes que consideraron la doctrina de Gandhi históricamente liquidada una vez desaparecido éste. Los jefes nacionalistas que habían apoyado al mahatma cuando preconizaba la no colaboración con los ingleses, al llegar la hora de ocupar el poder, no tuvieron en cuenta el deseo que Gandhi había manifestado de disolver el movimiento del Congreso en un « Lok Seva Sangh », o sea en una institución apolítica dedicada solamente a obras sociales. Pero las ideas de Gandhi no fueron tomadas en consideración por los dirigentes del Congreso, por estimar que era imposible seguir dicha doctrina. El ejercicio del poder les atraía de manera irresistible y así es como recogieron la herencia política de sus predecesores los ingleses.

La gran significación que tiene la personalidad de Vinoba Bhave se debe al hecho de haber sido el único discípulo y colaborador de Gandhi que ha tenido la fuerza de voluntad de resistir a la tentación del poder político. Bhave ha conservado su fe inquebrantable en el mensaje del mahatma Gandhi, aunque sin pretender jamás desempeñar el papel de sucesor. Pero a pesar de su modestia y de su humildad, con su ejemplo se ha convertido insensiblemente en el guía que ha conservado vivo el gandhismo, manteniendo el movimiento dentro de la trayectoria que Gandhi le había señalado.

Maestro y discípulo

Vinoba Bhave (4), que se adhirió al « ashram » de Gandhi en 1916, pertenece ya a otra generación, pues tiene veintiséis años menos que su maestro. Si se hace un paralelo de estos dos jefes políticos, se advierten muchas diferencias en los comienzos de sus vidas respectivas. Vinoba Bhave procede de una casta social bastante más elevada. Gandhi pertenecía a la tercera, la de los comerciantes. Era un « vaishya » de Gujarat, mientras que Vinoba Bhave, nacido en 1895, es hijo de un brahmán « chitpavan » de Gagode, en Kolaba, y pertenece, por consiguiente, a la casta más elevada de los « maharates ». De los brahmanes « chitpavan » han salido una serie de jefes de gran valor, tal como Bal Gangdhar Tilak (1880-1920), creador de los conceptos nacionales de « swadeshi », producción, y « swaraj », autonomía, que más adelante adoptó Gandhi. Tilak organizó asimismo el Nuevo Partido, que agrupaba a todos los nacionalistas más extremados.

Desde los tiempos del legendario rey Shivaji (siglo XVII), los « maharates » son reputados como hombres de acción. En cambio, al aceptar la « ahimsa », el principio de la no violencia, Gandhi siguió su tradición, por haber vivido en el medio

(3) Editorial Bernard Grasset, París, 1928.

(4) P.D. Tanson : *Vinoba Bhave. The Man and his Mission.* Bombay, Vora y Co. 1954.

dominado por la secta religiosa de los Jainas. Por esta razón, el reconocimiento de aquel principio significaba para Vinoba Bhave un cambio completo en la orientación de sus ideas.

Para Gandhi, que había recibido la educación característica de su casta, era también más fácil establecer contactos con el pueblo; pero Vinoba Bhave procedía de una familia influenciada por la educación inglesa y presentaba ya los rasgos de la naciente clase media. Puede decirse que Gandhi, en su calidad de « vaishya », tenía un origen popular, mientras que Bhave, hasta el momento de su adhesión al movimiento de Gandhi, había evolucionado en un medio distinto.

La prueba innegable de que Vinoba Bhave siguió su vocación de jefe político y espiritual es que abandonó voluntariamente la esfera de influencia occidental. Aun cuando durante la primera guerra mundial los estudios orientales no disfrutaban de gran predicamento en la India, Bhave se inscribió en la universidad hindú, recién creada en Benarés, para estudiar el sánscrito. Poco tiempo después ingresó en el « ashram » de Gandhi, e hizo voluntariamente voto de pobreza y castidad. Como los discípulos de San Francisco, se consagró con una intensidad infatigable a las obras caritativas, sin pretender nunca que, en razón de su nacimiento o de su educación, se le eximiera de los rigores reglamentarios y sin poner jamás en evidencia su persona.

Vinoba Bhave, que sólo quería servir al prójimo, fue conocido del público cuando Gandhi le nombró primer « satyagrahi », en 1941, y le autorizó, aun antes que a Jawaharlal Nehru, a iniciar la campaña de desobediencia. Gandhi le presentó con las palabras siguientes:

« En el ashram aceptaba todos los trabajos. Barría y guisaba y nunca se negaba a servir a los demás. Pasaba una gran parte de su tiempo hilando, a pesar de que la naturaleza le había destinado a ser un erudito y de poseer una memoria maravillosa. Difícilmente se encontrará otro compañero que supere su destreza con la rueca. Ha reconocido que la actividad del hilado puede contribuir en gran manera a mitigar la miseria de nuestras aldeas. Cuenta con numerosos discípulos y ayudantes, que en todo momento están dispuestos a sacrificarse a la menor indicación que se le haga. Ha enseñado, por ejemplo, a un joven la manera de cuidar a los leprosos, y ahora éste dirige varios lazaretos. El propio Bhave ha editado un manual en lengua marata sobre el tratamiento de la lepra. »

Al final de este elogio, Gandhi destacó muy especialmente la parte que Vinoba Bhave había tomado en todas las campañas de desobediencia, sin ponerse nunca en un puesto ostensible (5).

El movimiento « bhoo-dan » o de don de la tierra

Cuando Vinoba Bhave se encontró, después de la muerte de Gandhi, a la cabeza del movimiento, el descontento había alcanzado tales proporciones en la India que con razón podía temerse en cualquier momento algaradas y subversiones. Es cierto que se había liquidado la dominación extranjera, contra la cual todas las fuerzas del país se habían unido en un frente único, bajo la dirección de Gandhi. Pero la independencia política no había aportado mejora alguna en la condición social de la gran masa del pueblo.

Para comprender la situación de la India, conviene recordar que los habitantes de las aldeas se habían visto desposeídos de las tierras, como consecuencia de las medidas adoptadas, en 1800, por la Compañía de las Indias Orientales, y habían perdido su derecho a la autonomía, reconocido al « panchayat » o consejo del pueblo. Por consiguiente, la idea de la libertad implicaba para los aldeanos la esperanza de que se restableciesen los derechos tradicionales y se procediese a una reforma agraria. Pero precisamente al pasar el poder a manos de los indios nada se hizo en este sentido, y no era de esperar que este problema obtuviese una rápida solución.

(5) Véase J. Nehru : *The Unity of India. Collective Writings* 1937-1940. Nueva York 1948.

Vinoba Bhave se había convertido en un hombre del pueblo, lo mismo que Gandhi. Había vivido, durante un cuarto de siglo, en medio de la población rural, aprendiendo a auscultar los latidos de su corazón. Debido a esto, Vinoba Bhave observaba con creciente inquietud cómo se iba acumulando el descontento. Comprendió que estaba gestándose un enorme peligro para el nuevo gobierno de la India. Toda explosión pública de este fermento social podría comprometer la existencia de la joven república, que apenas empezaba a tomar forma.

Para darse cuenta de la amplitud de la crisis que se preparaba entonces, debe tenerse presente que el mundo acababa de sufrir la sangría más terrible que había conocido la historia. Todos hablaban de Nagasaki e Hiroshima, esas ciudades asiáticas víctimas de un terrible destino. Las masas excitadas por la guerra y el hambre, por los desengaños y las humillaciones, y que al desaparecer su jefe carismático Gandhi perdieron el símbolo de sus esperanzas, ya no tenían donde asirse. Esas gentes habían soportado tantas violencias y presenciado tantas crueldades, que la brutalidad y la desaparición de las estructuras sociales existentes debían parecerles, en cierto modo, los factores de un orden natural.

Vinoba Bhave leyó en los rostros de los campesinos esta desesperación; pero también comprendió que el joven gobierno indio se hallaba implicado, desde su nacimiento, en la querella con el Pakistán, el Estado hermano de reciente creación. Vio a millones de fugitivos, privados de todos sus bienes, que afluían a la India. La tierra estaba esquilmada y las arcas vacías.

Cuando además los comunistas, aprovechando esta crítica situación, creyeron llegada su hora y empezaron a excitar a las masas campesinas, sugiriéndoles que tomaran la justicia por su mano, Vinoba Bhave ya no pudo continuar en la sombra. Emprendió a pie el camino de Telangana, en Haiderabad, la región donde se había iniciado la sublevación.

Ya se habían constituído comunidades, los latifundistas habían huído y los actos de violencia eran cada vez más frecuentes. Con su serenidad habitual, Vinoba Bhave se puso en acción. En una aldea recomendó a un gran propietario que diera satisfacción a los campesinos, haciéndoles don de una de sus tierras. El propietario consintió y la tensión social desapareció en seguida. Por primera vez se encontraron reunidos el dueño de la tierra y los que habían estado desposeídos de ella. Vinoba Bhave, que siempre ha tratado de enseñar valiéndose de ejemplos prácticos, reconoció en este momento, como ha explicado después, la gran oportunidad de las soluciones pacíficas para contrarrestar la violencia comunista.

Reformas y educación moral

El movimiento « bhoo-dan », que Vinoba Bhave había creado en la época crítica de Telangana, había quitado virulencia al sentimiento de frustración de los aldeanos. La fuerza negativa se había transformado en voluntad de trabajo pacífico y constructivo en los campos. Además, debe atribuírse otra significación mucho más importante al movimiento « bhoo-dan ». Con la campaña en favor del sacrificio de las tierras, Vinoba Bhave había logrado que se reanudara el diálogo entre los latifundistas y los campesinos. Los propietarios orientaron sus ideas en otra dirección : fue como una especie de conversión. Comprendieron la injusticia social de que eran víctimas los campesinos e iniciaron por su cuenta la distribución gratuita de las tierras. El gesto espontáneo de donación obligó a los labradores a aceptar su parte de responsabilidad. El resentimiento se convirtió en gratitud. De este modo se encontró el camino hacia una nueva sociedad igualitaria.

Este ejemplo nos demuestra que Vinoba Bhave seguía las ideas de Gandhi. Al combinar la educación moral con las reformas políticas no coaccionaba a nadie. No ejercía presión alguna sobre los hombres ni trataba de hacerles variar de conducta en contra de su voluntad. Sólo buscaba la manera de purificar su corazón, iluminando su inteligencia.

La etapa más importante de la actuación de Gandhi se desarrolló cuando el país luchaba todavía contra la dominación extranjera. De ahí que se ocupara tan sólo de la técnica del « satyagraha », es decir, de po-

ner en práctica su deseo inquebrantable de verdad, para conseguir el « swaraj ».

En cambio, Vinoba Bhave comenzó su obra en circunstancias más favorables, puesto que ya no necesitaba oponerse a una autoridad extranjera, y pudo consagrarse con sus compatriotas a la consolidación de la independencia. En cierto modo, Gandhi se había convertido en el instrumento de combate contra los intereses ingleses, mientras que Vinoba Bhave trabajaba para conseguir la unión interna. Esta es la razón de que la obra de Vinoba Bhave estuviera desde el principio bajo el signo del « sarvodaya », expresión que debe interpretarse como « elevación espiritual y material para todos ». Por lo demás, este término había sido ya creado e introducido por Gandhi, que lo empleó como título para su traducción de un texto en lengua « gujrata », donde se trata de la solución de las cuestiones sociales sobre la base de la educación moral. John Ruskin empleó también el término « sarvodaya » para su libro *Unto this Last* (1860), al que se atribuye el valor de una biblia.

Después de la muerte de Gandhi, todas las instituciones destinadas a mejorar la sociedad rural, como la *All India Village Industries Association,* la *All India Spinners Association* y otras, fueron reunidas en el « sarvodaya samaj », movimiento animado por Vinoba Bhave. En los congresos celebrados por esta entidad, Bhave expuso sus concepciones destinadas a elevar el nivel de la sociedad rural y darle un nuevo impulso. A poco de haber proclamado su mensaje relativo a la autonomía de las aldeas, en el curso del tercer congreso del « sarvodaya », ya pudo empezar a poner en práctica esta idea, mediante el « bhoo-dan yajna », movimiento sagrado del don de la tierra.

El peregrino

No fue obra del azar que Vinoba Bhave emprendiera a pie el camino desde su « ashram » para trasladarse al tercer congreso del « sarvodaya ». Tampoco puede atribuirse a la casualidad que, al terminarse el congreso, se fuera solo y andando a la región sublevada de Telangana y organizara allí incidentalmente el movimiento « bhoo-dan ». Desde la época en que Buda iba predicando su doctrina de pueblo en pueblo, ha habido muchos hombres que han llevado personalmente su mensaje a la humanidad.

En un país como la India, donde existe tal diversidad de tipos humanos, de lenguas y de condiciones climáticas, no debe subestimarse la importancia de estos traslados. Hasta hace pocos años, las vastas extensiones del interior eran casi desconocidas. Todavía es frecuente hoy que algunos miembros del Parlamento viajen durante dos o tres semanas desde los distritos limítrofes y hasta del corazón de la India, hacia Nueva Delhí, cruzando ríos impetuosos en carros tirados por bueyes, y lleguen a la capital con la piel tumefacta.

Antes de que Vinoba Bhave emprendiera su peregrinación, Gandhi había conmovido ya al mundo con su célebre marcha de la sal, método típicamente indio de propaganda y de agitación de las masas campesinas. Bhave había formado también parte, en otros tiempos, de los discípulos que acompañaban a Gandhi a orillas del mar, para romper allí simbólicamente el monopolio de la sal.

Y mucho antes que Gandhi, los grandes reformadores Vivekananda, Dayananda y Chaitanya (6) habían recorrido la India como « parivrajakas » o misioneros errantes, desde el Himalaya hasta las costas, para propagar sus enseñanzas entre la población y adquirir nuevas experiencias al contacto de los hombres y de los diversos paisajes.

Sin exageración puede asegurarse que, hasta hace poco, todos los indios consideraban como un deber atravesar a pie las tierras benditas de la tradición, « punyabhumi ». Los « shastras », la costumbre popular y un impulso innato lanzan en diferentes épocas del año, por los caminos a innumerables creyentes y peregrinos. Allí donde se celebra una fiesta religiosa, de conformidad con el ritmo de la estaciones, afluyen hombres, mujeres y niños que han recorrido centenares de kilómetros. El indio siente un deseo irresistible de conocer por sí mismo el país y sus santuarios. De ahí que suela considerarse a todo viandante

(6) Vivekananda (1863-1902), Swami Dayananda (1824-1883) y Chaitanya (1486-1533).

como si fuera un amigo, un maestro y un emisario.

Sólo interpretando debidamente este rasgo del alma india pueden comprenderse las raíces profundas que tiene en el país el método practicado por Vinoba Bhave de ponerse en marcha a la salida del sol, para visitar cada día nuevos poblados, acompañado de un gran número de amigos y discípulos. También es muy típico que creara el movimiento del don de la tierra en el curso de sus viajes.

Los antiguos métodos

Los críticos europeos han expresado a menudo su asombro ante la tenacidad con que Gandhi y sus discípulos permanecían apegados al sistema de vida indio, a la rueca, a la indumentaria del país, a sus símbolos y a sus imágenes. Quisiéramos hacer observar que Gandhi no era un santo que rehuía el mundo, sino un político astuto y realista. Vinoba Bhave conoce también las ventajas que tiene dirigirse a la población rural de la India en una forma que esté al alcance de su inteligencia.

Los observadores extranjeros han expresado ciertas dudas acerca de la posibilidad de mejorar efectivamente la agricultura india y la alimentación del pueblo con sólo intensificar el cultivo de las tierras que han sido distribuídas, pero empleando aún los métodos arcaicos. Ellos insisten en el valor de la técnica y de la maquinaria modernas. Estas críticas no carecen de fundamento; pero Vinoba Bhave nunca se ha propuesto hacer competencia a la técnica. En su opinión, el valor del movimiento « bhoodan » se halla, ante todo, en la formación de la personalidad, mediante el gesto de la donación y el trabajo en común de las tierras regaladas.

En el momento de la transmisión de los poderes, Vinoba Bhave no ignoraba que sólo el 14 por ciento de los 460 millones de indios sabía leer y escribir; que en la proximidad de las grandes ciudades, con siluetas que recuerdan los modelos norteamericanos, subsiste una forma de vida retrógrada y medieval. Las ideas y la técnica occidentales habían podido desarrollarse en las ciudades, y la estructura piramidal de las castas en una sociedad de clases había empezado a fluctuar a partir de 1800. Mas en las regiones rurales se conservaba la forma de sociedad comunal de una época muy remota, que paralizaba el impulso de todas las iniciativas. Las leyes dictadas por el Parlamento, destinadas a suprimir las barreras sociales restrictivas, se estrellaban contra la inercia que es imposible destruir desde fuera. Gandhi y Vinoba Bhave reconocieron claramente que, para estimular a las masas aletargadas, serían ineficaces las disposiciones legales y que era menester aplicar otro método. La acción sólo podía iniciarse en el corazón del pueblo.

Cuando se compara la literatura relativa al movimiento del Congreso con los escritos sobre el gandhismo y, sobre todo, con el movimiento de Bhave, salta a la vista que la lengua inglesa, única que se empleaba al principio, va desapareciendo paulatinamente, dejando el paso a los idiomas indios. Vinoba Bhave no escribe para el reducido porcentaje de la población que habla inglés, sino para la masa que se sirve del hindú o de otras lenguas autóctonas.

Las expresiones y la terminología que se adoptan van tomando formas indígenas. Cuando se estudia el movimiento « bhoodan » resulta indispensable traducir y explicar casi todos los términos. Se cometería, no obstante, una grave injusticia con Vinoba Bhave, si se interpretara este empleo casi exclusivo de las lenguas indias y su preferencia por el color local como una aversión marcada al Occidente o siquiera como animosidad contra lo extranjero. Vinoba Bhave sólo se sirve de los medios de expresión que puede comprender el pueblo. Utiliza siempre las antiguas leyendas, cita los nombres conocidos de la mitología y de la historia indias para encontrar eco a su alrededor, y trata de presentar el espíritu del progreso con el ropaje de las tradiciones.

Por motivos análogos, para llegar mejor al alma popular, se presenta también Vinoba Bhave como el maestro errante que aparece en todas partes, que hila y que vive con la misma sencillez y pobreza que el pueblo. Vinoba Bhave sabe que únicamente puede ganarse la confianza de la gente del campo con el ejemplo personal.

La enseñanza del camino que seguir

La rueca, que tan mal interpretada ha sido a veces y a la que Vinoba Bhave ha consagrado tantos años, adquiere en este contexto su verdadera significación. Si es cierto que en las épocas de lucha se utilizó como símbolo contra la invasión del mercado por los extranjeros, también es innegable que tiene el valor de un instrumento en la política de educación. Gandhi quería estimular la actividad de los campesinos sin trabajo o sólo parcialmente ocupados e impedir que permaneciesen con los brazos cruzados y abismados en la amargura que engendra el ocio. Sabía hasta qué punto desmoraliza la falta de actividad.

El movimiento del hilado y todos los movimientos « dan » creados por Bhave, no obedecen a un ideal utópico, sino que son los métodos más adecuados para conseguir el saneamiento moral de la India. Son el resultado de una ideología cuidadosamente meditada, fundada en la observación y la experiencia. Una de las características de Gandhi y de Bhave es que jamás han tratado de crear organización alguna. Se han contentado con iniciar movimientos que representaran al mismo tiempo un medio y un fin. Estos movimientos recuerdan, a su manera, los procedimientos seguidos por el taoísmo chino, que posee su propia verdad interior.

Vinoba Bhave nunca da órdenes ni impone sus ideas. Se limita a señalar el camino que puede elevar (« udaya ») a todos los hombres (« sarvo »). Vinoba Bhave sólo insinúa e indica, como lo hacía su gran hermano chino Laotsé. La semilla debe germinar por sí sola, porque el germen se desarrolla desde dentro.

Vinoba Bhave recuerda también, en otro aspecto, a los sabios chinos. Su ideal es el hombre bueno y prudente, cuyo intelecto (« buddhi ») penetra el yo (« atman ») para vigilarlo. En un artículo ha expuesto Vinoba Bhave las cualidades del hombre sabio, fundándose en la interpretación del « gita ». y las ha ilustrado en una forma concreta con las palabras siguientes : « Si alguien hace una broma, no te rías en seguida. Si alguien te pega, no grites. Piensa que puedes haber sentido la mano de Dios. Si después acuden las lágrimas a tu ojos, déjalas correr tranquilamente. Si te traen la noticia de la muerte de tu madre, domínate y no te entregues al dolor. No dejes que se altere tu serenidad. Si sabes imponerte a tu corazón y a tu espíritu, todo lo demás vendrá por sí solo » (7).

Vinoba Bhave es el tipo del hombre humilde y apacible que esbozó Laotsé en términos precisos en una estrofa (8). Bhave enseña, con símbolos indios, los principios del Sermón de la Montaña, y en una obra que define los objetivos y los planes del « sarvodaya » ha marcado la distancia que le separa del utilitarismo y del comunismo. Ha explicado que la doctrina utilitarista de Bentham persigue la mayor cantidad de bienestar posible para el mayor número de individuos, merced al perfeccionamiento y desarrollo de los bienes terrestres. En cambio, él considera que el objetivo supremo es el ideal humano.

En su posición frente al comunismo expone sus reservas respecto a una sociedad igualitaria que, en realidad, es una sociedad de clases. Repudia también los métodos policíacos y la centralización del poder que existen en los Estados burocratizados del Este. Bhave explica : « Sarvodaya » significa una solicitación dirigida a todos. Las instituciones y las relaciones fundadas sobre este principio se apoyan en dos postulados : la pureza (« satya ») y la no violencia (« ahimsa »). Los únicos elementos que pueden unir a los hombres en una sociedad libre y justa son el amor y el trabajo en común, pero no la opresión y la coacción.

---

(7) « The Steadfast Wisdom » (*Gandhi Marg*, abril de 1961).

(8) En el tercer libro del Tao-de-King, describe Laotsé su ideal del hombre sabio del modo siguiente :

Por eso el sabio abraza la Unidad,
Y se convierte en el ejemplo del mundo.
Sin descubrirse resplandece,
Sin justificarse, adquiere fama.
No se vanagloria,
Y si tiene confianza en sí,
Sin enorgullecerse,
Es el señor entre los soberanos.

« Gram-dan », la aldea sin propiedad

Al principio, Vinoba Bhave entregaba la tierra que le regalaban a los pueblos más pobres, para que sus habitantes se la distribuyeran según su saber y entender. Al terminarse el primer año del movimiento « bhoo-dan », Vinoba Bhave dio un paso hacia adelante. En la aldea Mangroth, en el Uttar Pradesh, pasó al « gram-dan » los dones que le habían hecho.

Actualmente hay miles de aldeas que practican el « gram-rajya », es decir, que ponen en común las tierras, el ganado y los instrumentos de trabajo, y los explotan colectivamente. En una obra titulada *Del bhoo-dan al gram-dan,* Vinoba Bhave hace una referencia a Prudhon : « La posesión de la tierra equivale al pecado y al robo. Por esta razón la tierra de una aldea ha de ser propiedad común ; y la acumulación de riquezas debe considerarse como un pecado mayor todavía. » En otro pasaje explica : « La propiedad privada de la tierra no puede subsistir. Debe desaparecer. Los grandes pensadores del mundo entero han expresado esta idea. Hace sesenta años ya predicaba Tolstoy que la propiedad privada de las tierras es inmoral. El espíritu de la época habla a través de sus hombres... »

« Construimos una nueva sociedad basada en las aldeas. Nuestro ideal es la república de los pueblos. Esto no significa que queramos prescindir de los intelectuales que viven en las ciudades. Nuestra universidad debe ocuparse también del gram-dan y contribuir a la realización del sarvodaya... En los pueblos donde se practica el gram-dan ya no existe la propiedad individual y se va formando en ellos un sentimiento nuevo. El individuo ya no posee tierras, pero puede afirmar con toda seguridad que todas las tierras son suyas. Cuando una aldea practica el gram-dan, sus vecinos ya no dicen yo y mío, sino nosotros y nuestro. Este es el primer paso hacia el camino de la abnegación. El sentido del valor del trabajo para el bien de todos se despierta y las aspiraciones egoístas desaparecen... En una aldea gram-dan, las personas actúan espontáneamente. El único agente de su actividad es la voluntad de progreso... »

Para iniciar a los aldeanos en los métodos técnicos más modernos y acostumbrarles a una vida más sana, fue necesario contar con gentes expertas versadas en las cuestiones sociales. En todas partes se presentaron voluntarios que hicieron, como Vinoba Bhave, el voto de consagrar su vida —parcial o totalmente— al servicio de la realización del « sarvodaya ». « Jivan-dan », la dedicación de la vida es el grado supremo del movimiento del « dan ». Este movimiento adquirió una extraordinaria notoriedad en 1954, cuando el eminente político Jayaprakash Narayan, fundador del Partido Socialista de la India, se retiró del comité ejecutivo del partido « praja », para unirse a Vinoba Bhave, en calidad de « jivandani ».

Con el transcurso del tiempo, Vinoba Bhave ha organizado otros movimientos « dan ». Pidió que se le entregaran pozos, yuntas de bueyes y herramientas para darlos a las aldeas más necesitadas. En los medios burgueses de las regiones urbanas, los adeptos de Vinoba Bhave prometieron entregarle regularmente la décima parte de sus beneficios. Así es como nació el movimiento « sampatti-dan », o sea la aportación voluntaria de dinero.

La construcción por la base

La sociedad armoniosa, sin castas ni clases, con las mismas oportunidades para todos, no debe construirse desde arriba, sino desde abajo, explica Vinoba Bhave. Compara un gobierno central a un árbol con las raíces hacia arriba. Como Gandhi, Vinoba Bhave es un hombre del pueblo. A ejemplo de su gran maestro, él y sus « jivandani » llevan a cabo su misión lejos de la capital Delhí, en el interior del país.

La autonomía de las aldeas y la descentralización del poder corresponden a una organización típicamente india, que arranca de la antigüedad más remota. Las ideas democráticas y liberales están tradicionalmente arraigadas en la conciencia del pueblo indio. En el « rigveda » aparecen ya los conceptos « sabha » y « samiti », que los eruditos europeos e indios han interpretado como el Consejo de los Ancianos y la Comunidad Aldeana.

La idea de la descentralización del poder gubernamental para dar a la democracia india el carácter de soberanía ejercida efectivamente por el pueblo, fue expuesta ya en 1920 por el fundador del primer partido parlamentario activo, el « swaraj ». Una vez el poder en sus manos, el gobierno central recomendaba a los Estados que se dedicasen al desarrollo de la actividad de los pueblos y al restablecimiento de los antiguos Consejos Aldeanos. El « Extension Service » y los « Community Projects », que fueron establecidos en 1953, el día del aniversario del nacimiento de Gandhi, e incluídos en los planes quinquenales, han dado por resultado la creación de una nueva forma de democracia aldeana.

Pero los esfuerzos de las autoridades tropezaron con el gran obstáculo de no tener atribuciones para eliminar la propiedad privada. Los gobiernos no disponían de medios económicos para expropiar las tierras y entregarlas a las colectividades aldeanas. Y esto paralizaba la acción gubernamental. Vinoba Bhave vino a llenar esta laguna. En un contrato titulado « Bhoo-dan Yajna », subraya : « Los miembros del gobierno no ven con buenos ojos que nos ocupemos en las cuestiones que son de su incumbencia. Pero confían que nosotros supliremos los defectos de que adolece su obra. Así debemos comprenderlo, tomarlo en consideración y concentrarnos en la realización del trabajo especial que yo he denominado 'swatantra lok shakti', y que consiste en restituir al pueblo su soberanía. Sólo así estaremos verdaderamente en condiciones de ayudar al gobierno. »

Una democracia sin partidos

Vinoba Bhave ve la realización del « sarvodaya » en la institución de una democracia sin partidos, que deberá desarrollarse por etapas. En el curso de la primera etapa se recomienda a los aldeanos que elijan al más fiel de sus « servidores » como miembro del « panchayat » de la aldea. La elección deberá efectuarse prescindiendo de todo mecanismo de partido. Los miembros del « panchayat » de la aldea elegirán a los del « panchayat » de la provincia.

Ciertos críticos han hecho resaltar que, con este sistema, los aldeanos no pueden elegir a los miembros de las instituciones superiores de los Estados y del gobierno central. El sufragio universal, tal como se practica en la India, reconoce a los aldeanos el ejercicio de este derecho, pero de conformidad con el procedimiento defendido por Vinoba Bhave el aldeano sólo puede elegir su « panchayat », y aquí termina su derecho.

La realización del « sarvodaya » consiste sobre todo en la eliminación de los partidos, que Vinoba Bhave rechaza como organizaciones concurrentes. Considera las costosas campañas electorales de los partidos como gastos inútiles. Las elecciones deben efectuarse mediante un acuerdo unánime. Los « jivandani » se comprometen a no inscribirse en ningún partido y, sobre todo, a no presentar su candidatura.

El movimiento de Vinoba Bhave, además de su valor específicamente indio, tiene un valor universal :

1. — Vinoba Bhave ha establecido un método para dirimir amistosamente los conflictos entre propietarios y no propietarios, que además condena las insurrecciones y el empleo de la fuerza como medios para resolver las cuestiones sociales.

2. — Al desarrollo exagerado del individualismo y de la división de la estructura social, opone una comunidad cuyos ideales no son los valores exteriores y materiales, sino el sentido del deber y la vocación interior de laborar en común para el bien de todos.

3. — Trata de enseñar al hombre receptivo de nuestra época, que ha perdido su actividad creadora y que sufre debido a la sensación de vacío, de aburrimiento y de apatía, la manera de dar un sentido a la vida, de modo que la virtud de la humildad y la voluntad de servir al prójimo sean las cualidades que le guíen, en vez del egocentrismo, el espíritu aventurero y la ambición.

4. — Ha iniciado también la notable empresa de ofrecer una nueva perspectiva para contrarrestar la fuerza anónima de los partidos dictatoriales y del aparato burocrático del Estado, que en nuestra sociedad moderna se dirigen con frecuencia en contra de los intereses del pueblo.

Vinoba Bhave ha dado de este modo

una solución práctica a los problemas más apremiantes de nuestra época, es decir, la despersonalización, la violencia y el poder. El teórico francés Bertrand de Jouvenel ha tratado de demostrar, en su obra maestra *Du Pouvoir* (9), que las revoluciones destinadas a realizar los ideales sociales han perdido su razón de ser. Ha probado también que, después de cada revolución, el poder de las autoridades superiores se ve fortalecido. Y explica : « Si es cierto que una nación puede encontrar una nueva fuerza en un movimiento revolucionario... no debe esperar que conseguirá nunca la libertad por este medio. En último término, las revoluciones no son beneficiosas para el individuo, sino únicamente para el poder. »

Vinoba Bhave, que ha contribuído eficazmente a la consolidación del joven Estado indio y ha mejorado considerablemente la condición de los campesinos del país mediante su reforma agraria, ha respondido al análisis de Jouvenel, demostrando prácticamente que la justicia social puede realizarse sin recurrir a la violencia.

(9) *Du Pouvoir. Histoire Naturelle de sa Croissance.* Ediciones Cheval Ailé, Ginebra, 1947.

AHISMA O EL CAMINO DE LA NO VIOLENCIA

La primera condición de la no violencia es la justicia absolutamente en todos los aspectos de la vida. Acaso eso sea mucho esperar de la naturaleza humana. Sin embargo, no lo creo así. Nadie debiera dogmatizar acerca de la capacidad de la naturaleza humana para degradarse o elevarse.

Así como uno debe aprender el arte de matar en el aprendizaje de la violencia, de la misma manera debe aprender a morir en el aprendizaje de la no violencia.

Si meramente amamos a quienes nos aman, eso no es no violencia. Sólo existe la no violencia cuando amamos a quienes nos odian. Sé cuán difícil es acatar esta gran ley del amor... El amor al que odia es lo más difícil. Pero, por la gracia de Dios, aun esto tan difícil se torna fácil de cumplir si queremos hacerlo.

Comprendo que las naciones, igual que los individuos, sólo pueden formarse por medio de la agonía de la Cruz y no de otra manera. La alegría no procede de las penas que infligimos a los demás, sino de las penas que sobrellevamos voluntariamente.

Algunos amigos me han dicho que la verdad y la no violencia están fuera de lugar en la política y en los asuntos mundanos. No estoy de acuerdo con ellos. No las he utilizado como instrumentos para la salvación individual. Su ingreso y su aplicación a la vida cotidiana han sido mi ininterrumpida práctica.

El principio fundamental de la no violencia se basa en abstenerse de la explotación en cualquiera de sus formas.

La historia nos enseña que aquellos que, sin duda por motivos honrados, han acosado a los hambrientos utilizando la fuerza bruta contra ellos, a su vez se han transformado en presa de la enfermedad de los conquistados.

Si yo no puedo tener nada que ver con la violencia organizada del gobierno, aún mucho menos tendré que ver con la desorganizada violencia del pueblo. Preferiría que entre ambos me aplastaran.

Objeto la violencia cuando parece obrar bien ; este bien es sólo temporal ; el mal que con ella infiere es permanente.

Jesucristo, Daniel y Sócrates representaron la forma más pura de resistencia pasiva o fuerza espiritual. Para todos esos maestros el cuerpo no significaba nada en comparación con el espíritu.

No me opongo al progreso de la ciencia en si misma. Por el contrario, el espíritu científico de Occidente suscita mi admiración, y si esta admiración tiene restricciones, ello se debe a que los hombres de ciencia occidentales no respetan la creación inferior de Dios. Aborrezco la vivisección con toda mi alma.

MAHATMA GANDHI

Bosch y el comunismo

POR THEODORE DRAPER

En la fogosa propaganda realizada para proporcionar un pretexto al golpe militar de la República Dominicana, hay una cosa que resulta clara : sus cabecillas han hecho de la cuestión del comunismo el reclamo principal, lo mismo en el interior que en el extranjero. La « huelga » de los almacenes, que condujo directamente al golpe, fue preparada por una organización fantasma que se denomina « Frente Nacional para la lucha contra el comunismo ».

En los Estados Unidos, un colaborador de la cadena de periódicos Scripps-Howard, que llevaba meses especializándose en la propaganda anti-Bosch, anunció el golpe con 24 horas de antelación, con la inevitable acusación contra Juan Bosch, entre otras, de la « infiltración comunista en el gobierno ». En la prensa de Hearst, el ex embajador norteamericano en la Cuba de Batista, Earl E.T. Smith, como si una lamentable equivocación no fuese ya suficiente, se apresuró a aplaudir el golpe, alegando que « el Dr. Bosch no hizo nada para mantener innocuas las sociedades comunistas o para impedir la infiltración comunista por todo el país ».

Antes de poder emitir un juicio sereno sobre la cuestión de Bosch y el comunismo es preciso establecer una distinción entre, por lo menos, tres clases de cargos que se le formulan. Unos consideran simplemente a Bosch como « comunista » o como « agente comunista » ; otros no le acusan directamente, pero pretenden que ha permitido o favorecido la « infiltración comunista » en su gobierno ; los terceros le reprochan haber concedido a los comunistas y a los procastristas la misma libertad de expresión, de prensa y de reunión que a los demás grupos, en realidad, que no los hubiese declarado fuera de la ley.

Evidentemente, estas acusaciones no significan la misma cosa. Sólo una mentalidad macarthysta, perturbada y sin escrúpulos, se permitiría utilizarlas de modo intercambiable o saltando de una a otra para embarullar la cuestión.

El primero en llamar « comunista » a Bosch, sin fundamento alguno, fue el dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo. Cualquiera que se opusiera a su repugnante dictadura era automáticamente declarado « comunista », y Bosch tuvo que cargar con esta falsa imputación durante más de 25 años de su exilio, aunque colaborase estrechamente con el régimen anticomunista de Prío, en Cuba. Es necesario haber pasado por la inicua experiencia de Bosch para darse plena cuenta de lo enojoso e inútil que es alegar la propia inocencia entre los que utilizan el calificativo « comunista » en el sentido trujillista o de la Birch Society.

Las elecciones dominicanas estuvieron a punto de ser boycoteadas por el partido de Bosch, porque un sacerdote de origen español publicó un artículo dando a entender que Bosch era un « comunista » y los órganos de la Iglesia amenazaron con la excomunión a los partidarios de Bosch. Este sostuvo un debate ante la televisión con el sacerdote y la decisión popular deter-

minó una victoria arrolladora de Bosch. Si éste era un « comunista » o un « agente del comunismo », el 60 por ciento del cuerpo electoral dominicano prefirió ser gobernado ya fuese por lo uno o por lo otro, después de haber sido advertido de ello. En realidad, una vez elegido, la acusación repetida e infundada de « comunista » o de « marxista-leninista » fue sustituída por la más sinuosa de la « infiltración comunista ».

Después del golpe militar yo esperaba ansiosamente las más escandalosas revelaciones. Pero hasta ahora, el único « comunista » próximo a Bosch que ha sido descubierto es el conocido anticomunista Sacha Vollman. Únicamente un analfabeto anticomunista o un agente comunista podían concebir el montar semejante farsa, eligiendo a Vollman como el gran agente de la infiltración. De hecho, Vollman fue durante muchos años y en diversos países un propagandista anticomunista.

Queda ahora el problema de la libertad de expresión oral o en la prensa y de reunión para los comunistas, dentro del marco legal de una sociedad democrática. Creo que este es un problema real y parece ser el verdadero motivo de agravio contra Bosch (1). En este punto no quiso transigir, porque no era un político democrático corriente o tal vez porque no era un político. Es, a mi entender, un hombre con un pensamiento filosófico complejo y sutil, a quien las circunstancias, como ha ocurrido a muchos hombres de su generación, obligaron a intervenir en la vida política por respeto a sí mismos y por consideraciones de higiene moral. Su visión del problema comunista no puede separarse de su concepto más amplio de la democracia y de la dictadura. Antes de condenar su punto de vista es necesario, por lo menos, tratar de comprender ese concepto personal.

A este respecto prefiero que sea el propio Juan Bosch quien hable. No conozco a Bosch personalmente, pero he tratado de familiarizarme con sus ideas a través de sus manifestaciones de los últimos meses.

El 12 de marzo, poco después de tomar posesión de su cargo, Bosch tuvo la oportunidad de definir en estos términos la elección que se planteaba ante él y ante la nación : « El dilema es uno solo y bien claro : o democracia o comunismo. Y comunismo significa muerte, guerra, destrucción y pérdida de todos nuestros bienes. »

Pocos días después, el 24 de marzo, Bosch puso de manifiesto que no pretendía seguir la política de Venezuela. « En nuestros países cualquier tentativa de suprimir a los comunistas nativos por la persecución directa sólo logra convertirlos en guerrilleros y terroristas, como ha ocurrido en Venezuela. »

La cuestión comunista se hizo más aguda cuando en abril se permitió que cierto número de comunistas y procastristas regresaran a la República Dominicana, y el Partido Socialista Popular, abiertamente comunista, que hasta entonces se había limitado a llevar una existencia clandestina, empezó a desarrollar una actividad pública el 2 de junio. Entretanto, el principal líder de la oposición y candidato derrotado a la Presidencia, Viriato Alberto Fiallo, formuló acusaciones de que los comunistas estaban ocupando los « puestos clave » del gobierno, pero se negó tímidamente a dar nombres cuando el Presidente Bosch le incitó a que lo hiciera. La campaña sobre la « infiltración » era una inequívoca reminiscencia de la refinada táctica empleada por el difunto senador Josep R. McCarthy.

Tales eran los preliminares de la crisis militar de julio, y de la alocución de Bosch del 16 del mismo mes, el más revelador de sus discursos, que merece ser transcrito con cierta extensión para dar la medida del hombre y de la calidad de sus ideas. En resumen, reveló públicamente que un capellán de las Fuerzas Aéreas había instigado a un grupo de oficiales para que le

(1) La embajadora dominicana en las Naciones Unidas, Carmen Natalia Martínez, que escribió una airada carta anti-Bosch al *New York Times*, afirmó que no creía que Bosch fuese un comunista o un filocomunista, pero que « permitió que el Partido Comunista operara libremente en el país » (*El Caribe*, 1 de octubre de 1963). Esto es, evidentemente, lo máximo a que puede llegar cualquier crítica responsable. El ex Presidente Prío ha declarado que el Presidente Bosch se negó a ayudarle, pero añadió : « Yo lo conozco bien, porque estuvo a mi lado por veinte años. No es comunista, y eso el tiempo lo dirá » (*Ahora*, 10 de octubre de 1963).

presentase un ultimátum, pero que los oficiales superiores intervinieron para evitar que se produjese entonces la colisión. Cuando Bosch se enteró del ultimátum de los oficiales, llamó al ministro de la Defensa, el comandante Víctor Elby Viñas Román, y se dirigieron a la base aérea de San Isidro, donde se había tramado el complot. Reunió a los oficiales y les dijo entre otras cosas :

« Un gobierno democrático no puede ser democrático para unos y dictatorial para otros, así como una dictadura no puede ser tiránica para unos y democrática para otros. Si Trujillo hubiese permitido libertades a un sector de los dominicanos, su tiranía no hubiera durado ; si la democracia establece una dictadura para un sector dominicano, los otros, los que quedarán en libertad, serán los primeros en acusar al gobierno democrático de ser una tiranía.

« Nosotros no hemos vuelto a nuestro país a perseguir ; nosotros somos afirmativos, no negativos. Pero en última instancil les decimos que si las fuerzas armadas persisten en esto, búsquense otro que gobierne, porque yo no estoy dispuesto a encabezar una dictadura total o parcial en la República Dominicana. »

Ante esto —explicaba Bosch—, los oficiales se retractaron y le aseguraron que no deseaban un dictador ni querían que dimitiese. Pero él no se dio por satisfecho y prosiguió :

« Ustedes han dejado de ser en este momento militares apolíticos y se han convertido en políticos. No puede haber democracia con militares políticos, con militares que deliberen.

« Los militares, de acuerdo con la Constitución, tienen una función muy concreta. No pueden opinar políticamente; no pueden establecerle pautas políticas a nadie ; para establecer pautas políticas están los partidos, y están las Cámaras, y está la Prensa. Y como ustedes han dejado de ser militares para ser políticos, en este momento, yo no puedo seguir gobernando en el país, porque yo me temo que esto de ahora se repetirá en otras formas, no ya en este lenguaje, en esta discusión amistosa, sino con hechos ; temo que algún grupo de oficiales guiados por políticos —porque ustedes no amanecieron un día pensando esto ; esto se lo han hecho pensar a ustedes políticos que quieren usarlos con fines políticos—, que un grupo de oficiales pensando ya con hechos, llevados por los políticos, se presenten en Palacio Nacional a sacarme de allí, y el día que eso ocurra también va a haber oficiales del Ejército que saldrán a defender el gobierno constitucional y habrá lucha entre las fuerzas armadas, y habrá sangre, y yo no he vuelto aquí a derramar sangre, yo no quiero que por mi causa se derrame sangre en la República Dominicana. »

Bosch creyó tan próximo el fin de su régimen en julio, que concluyó su discurso con lo que equivalía a un testamento político. Se mostró decidido a seguir siendo un hombre de izquierda y dispuesto a no permitir que los comunistas y los fidelistas secuestrasen toda la tradición y el programa de la izquierda. Señaló el peligro de cualquier vinculación con las compañías petrolíferas, de permitir que la tierra cayese en manos extranjeras, de tolerar la formación de grandes latifundios con la existencia permanente de un campesinado sin tierras, e incitó a seguir luchando por la independencia del país y por las « libertades públicas ». En sus palabras finales repitió la última frase de su discurso inaugural del 27 de febrero : « Mientras nosotros gobernemos en este país, no perecerá la libertad. »

Bosch obtuvo un aplazamiento. Pero, naturalmente, la cuestión no quedó zanjada, y poco antes de salir para México, a mediados de setiembre, uno de los partidos de la oposición hizo correr el rumor de que iba a reunirse allí con representantes soviéticos y cubanos. Es imposible replicar aquí a todos los rumores e intrigas, pero creo que merece la pena citar una entrevista celebrada en la ciudad de México el 16 de setiembre. Un corresponsal norteamericano interrogó a Bosch acerca de la posibilidad del restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Cuba y la República Dominicana, que estaban rotas, y Bosch le contestó :

« El problema es el siguiente : es muy difícil entenderse sobre Cuba, como sobre cualquier otro, cuando se vive en situaciones históricas, sociales y económicas tan diferentes como las que viven en los Esta-

dos Unidos y las que vivimos en la República Dominicana.

« Para ustedes no hay problema en cuanto afirmar o no afirmar la democracia ; no hay norteamericano con hambre. Ningún Presidente norteamericano tiene que temer un golpe de Estado militar. Sabe que inicia su período y lo terminará.

« Para un pueblo como el dominicano, la democracia tiene que ser un régimen que garantice los derechos de los ciudadanos y su derecho a comer, a trabajar y a pensar y a moverse, dentro del estricto apego a la ley.

« La República Dominicana no está en un momento político, está en un momento histórico. La política se manipula, pero la historia se crea. No puede verse el caso de la República Dominicana desde el ángulo de la democracia norteamericana, ni desde el ángulo del régimen mexicano, sino desde el ángulo de la República Dominicana. El pueblo dominicano no le teme a la palabra democracia porque con ella se le mató, se le explotó y tenemos que enseñarle lo que es la democracia.

« Pero tenemos fe en ese pueblo ; creemos que los pueblos de América Latina tienen dos principios cardinales que gobiernan su vida nacional : el amor de los derechos humanos y el amor a la independencia. Esas dos cosas no hay que fomentarlas en la República Dominicana, sino permitir que crezcan naturalmente, quitándole de encima el temor a Fidel Castro y el temor a la democracia disfrazada de Trujillo. »

De ahí se desprende claramente que Bosch no deseaba exponer el brote tierno de la democracia dominicana a los violentos vendavales de la lucha contra Castro. Se negó a satisfacer las exigencias de los exiliados cubanos anticastristas que acudieron a él pidiendo ayuda, y muchos de ellos, en su miopía, le han devuelto la moneda aplaudiendo su caída. (Por irónica coincidencia, un relato de la Associated Press fechado en Santo Domingo el 1 de octubre refería que un funcionario anónimo insinuaba que la nueva junta dominicana tenía la esperanza de negociar « la instalación de bases anticastristas » en suelo dominicano, con el reconocimiento diplomático y la renovación de la ayuda económica de los Estados Unidos. Como consecuencia de ello, *El Caribe* del 3 de octubre publicó un mentís oficial del nuevo ministro de Asuntos Exteriores Donald Reid Cabral, quien reiteraba los principios de « no intervención y de autodeterminación de los pueblos » y afirmaba que semejante acción sólo sería posible con el apoyo de la mayoría de los Estados americanos y de acuerdo con la Organización de Estados Americanos.)

Bosch tenía una larga perspectiva ante sí después de 31 años de la más repugnante dictadura del hemisferio occidental, que se había presentado a sí misma como una « neodemocracia ». Había tenido mucho tiempo para meditar en el exilio y asumió el poder con la decisión inflexible de establecer un ejemplo de democracia pacífica, tolerante y constructiva, para su generación y para las futuras. Desterró cualquier método que pudiera amenazar con sumir al país en una incipiente guerra civil, ya fuese ofreciendo una resistencia a las fuerzas armadas, ya ordenando una purga en masa de trujillistas o sometiendo a los comunistas. Trató de ser todo aquello que Trujillo no había sido, y nada de lo que Trujillo fue. En última instancia, tenía que sostenerse o caer por su sola fuerza moral.

Resulta imposible para un observador extranjero enjuiciar las numerosas disputas políticas surgidas durante el breve mandato de Bosch. Pero lo que sí es posible y hasta imperativo es tomar posición sobre la clase de razones aducidas para justificar su derrocamiento. El editorial de *World Telegram* de Nueva York del 26 de setiembre era un ejemplo típico de toda la propaganda contra Bosch en la República Dominicana y los Estados Unidos : « Se acusa a Bosch de muchas cosas, incluyendo su terquedad, su vanidad, su incapacidad para cortar la infiltración comunista en su gobierno. Pero la acusación más terrible contra él resulta ser la de su absoluta incompetencia. »

No existen en América Latina muchos gobiernos elegidos por un margen tan arrollador en unas elecciones fiscalizadas por un equipo de observadores enviados por la Organización de Estados Americanos. Si el vencedor de una elección semejante, con-

secutiva a un reinado del terror que ha durado 31 años, puede ser derribado basándose en razones tales como la « terquedad », la « vanidad » o la « incompetencia », no queda esperanza alguna para el mantenimiento de la democracia constitucional, ni en América Latina ni en ninguna parte del mundo. Lo mismo podría ocurrir aquí, si los políticos de la oposición disgustados y los militares ambiciosos pudieran decidir libremente si el Presidente Kennedy era lo suficientemente terco, vanidoso, o incompetente para justificar un golpe de Estado.

La verdadera esencia de la democracia constitucional reside en el hecho de que las tensiones políticas, que siempre son susceptibles de traducirse en violencias, deben ser canalizadas según un código formal de sucesión política. En ninguna parte del mundo resulta más necesario este código que en América Latina, y de ahí el ferviente anhelo sentido por la verdadera conciencia latinoamericana de poseer un auténtico constitucionalismo. La alternativa degenera inevitablemente en una interminable lucha por el poder puro, sin ninguna otra salida que la dictadura de un tipo o de otro. Los pecados de la democracia resultan insignificantes al lado de los crímenes de la dictadura, e incluso aquellos pecados han empeorado, en vez de mejorar, con las subsiguientes dictaduras. El golpe de Fulgencio Batista en 1952 se quiso justificar ampliamente basándose en la corrupción del régimen anterior de Prío, y luego Batista resultó ser infinitamente más corrompido de lo que Prío había sido nunca.

Uno se siente casi avergonzado y deshonrado al tener que repetir, en 1963, estos principios tan elementales, e inclinado a sospechar que los apologistas norteamericanos del golpe dominicano no sienten realmente el menor interés por dichos principios. Se ha calculado que el 43 por ciento de la industria dominicana era propiedad del dictador Trujillo y de sus socios, el 42 por ciento pertenecía a intereses extranjeros y sólo el 15 era de ciudadanos dominicanos privados. Tal vez la democracia constitucional sea para ellos una broma que les aburre, pero la persistencia durante un largo período de estos porcentajes seguro que no lo es.

El involucrar el problema de la incompetencia con el del comunismo sólo puede favorecer —tengo la sospecha de que en gran parte deliberadamente— la confusión, ya que el comunismo amenaza a la democracia por medio de la dictadura. En cuanto a la manera de tratar el problema del comunismo, apenas hay dos democracias en el mundo que lo afrontan del mismo modo. Si el conceder a los partidos y grupos comunistas el beneficio de la libertad constitucional de expresión oral y en la prensa, y de asociación, constituye la « infiltración comunista » de que se acusó al Presidente Bosch, entonces todas las grandes democracias occidentales, incluyendo a los Estados Unidos, deberían ser derribadas. Yo compro toda clase de propaganda comunista y castrista en los quioscos y librerías de la ciudad de Nueva York. Recientemente la policía de Nueva York protegió un mitin en favor de Castro, frente a unos alborotadores manifestantes anticastristas.

Cabe argüir que los Estados Unidos pueden permitirse un grado de tolerancia que tal vez resultaría fatal en la República Dominicana. Sin embargo, hay en los Estados Unidos grupos derechistas militantes y activos que niegan que debamos conceder tal tolerancia, por el simple procedimiento de considerar comunista, simpatizante con el comunismo o víctima del engaño comunista a todo norteamericano que no sea de extrema derecha. Hay ciertas regiones del país donde la presión extremista es tan grande, que si esta cuestión de la tolerancia se plantease simplemente desde el punto de vista de la efectividad y no de la constitucionalidad, las consecuencias serían horrorosas.

Pero si los Estados Unidos no pueden tomarse como un caso típico, ¿qué ocurre con un país como México? ¿Acaso puede considerarse el gobierno mexicano maduro para un golpe porque también tolera la propaganda comunista? Si había que derribar a Juan Bosch porque no consideró conveniente que la República Dominicana prestase asistencia a los exiliados anticastristas, ¿qué habría que decir de México, Brasil, Chile, Bolivia y Uruguay, que fueron elogiados públicamente por Fidel Castro el 26 de julio de este año por su actitud política respecto a Cuba? La República Domi-

nicana no figuraba en esta lista porque por lo menos había roto las relaciones diplomáticas con la Cuba de Castro.

Se causaría un estrago indecible en todo el mundo democrático, especialmente en aquellas partes del mismo que más se parecen a la República Dominicana, si se dedujese del modo de tratar a los comunistas locales o de la política respecto a los exiliados anticastristas, la definición de si cualquier gobierno democrático tiene o no tiene derecho a existir.

Cabría preguntarse si no podía haberse aconsejado mejor al Presidente Bosch que emplease contra la Cuba de Castro una parte de la iracundia que malgastó con el Haití de Duvalier, pero resultaría ruinoso permitir que por diferencias de esta clase se destruyese todo el proceso democrático. Además, constituye un error infantil creer que el problema consiste en que haya o no comunistas. El verdadero problema estriba en si deben existir a plena luz o clandestinamente. Esta es, en gran medida, una alternativa práctica tanto como teórica.

En las especiales circunstancias de la República Dominicana había mucho menos comunistas que trujillistas no reorganizados, y estaban divididos en cuatro grupos distintos. Como en muchos países latinoamericanos, la mayoría de los jóvenes, y especialmente los estudiantes, se sentían confusamente atraídos por las banderas y consignas « revolucionarias ». Bosch estaba decidido a no aislarse de esta vital aunque incómoda generación más joven, a no darla por perdida, a no tomar la iniciativa de trazar una línea de sangre entre ellos y él. Los otros métodos no han resultado tan afortunados como para que podamos considerar desdeñosamente el que él intentó aplicar.

No logro apartarme del convencimiento de que las acusaciones de « comunismo » y de « infiltración comunista » contra Bosch son tan socorridas que deben de ocultar otros motivos o consideraciones. Sea lo que fuere lo que Bosch pudiera haber dicho o hecho en relación con el comunismo, sus enemigos se mostraron furiosamente implacables, dispuestos a abatirle por todos los medios, limpios o sucios. Se opuso a la recuperación de los bienes económicos por los trujillistas. Impidió que los especuladores azucareros acaparasen el mercado dominicano y cosecharan los beneficios de la inflación. La Iglesia católica, que en la República Dominicana no había aprendido ni olvidado nada, declaró una guerra santa contra él y contra la nueva Constitución, que legalizó el divorcio, el matrimonio civil, la inspección de los colegios religiosos, la igualdad de derechos para la mujer y la protección de los hijos ilegítimos, derechos que en su totalidad o en su mayoría son reconocidos en numerosos países, incluso en los Estados Unidos. La campaña contra Bosch en todo el país se organizó con medios tan amplios y costosos —movilizándose en la empresa a diputados y periódicos— que era evidente que había poderosos intereses comprometidos en ella.

El golpe militar de la República Dominicana del 25 de setiembre ha sido el mayor tropiezo sufrido por el espíritu de reforma democrática en América Latina desde que Fulgencio Batista derribó al gobierno legítimo de Cuba en marzo de 1952, preparando con ello el terreno para que Fidel Castro llegara al poder siete años después. Es uno de aquellos acontecimientos cuya infinita transcendencia rebasa los límites del lugar donde ocurren o de quienes están directamente afectados por ellos. El destino de Juan Bosch nos perseguirá durante los próximos años y, en fin de cuentas, él habrá perdido mucho menos que quienes debieran haber hecho todo cuanto estaba en su poder para sostenerle. Por muchos que fuesen sus defectos, no pueden compararse con la infamia cometida con él y que ahora se trata de justificar

Durante cerca de cinco años, pero sobre todo en los últimos meses, Fidel Castro y su principal teórico Ernesto « Che » Guevara han intentado convencer a los jóvenes de América Latina —en quienes tienen puestas todas sus esperanzas— de la imposibilidad de realizar un plan de reformas democráticas por vías pacíficas y constitucionales. Pretendían que un gobierno revolucionario debe eliminar el viejo ejército, la vieja burocracia y las viejas instituciones, de arriba abajo, y desde las raíces a las ramas. Durante cierto tiempo, la « línea » cubana ha tropezado con una resistencia creciente, incluso entre los movimientos comunistas latinoamericanos. Sin embargo,

no es la primera vez que los « anticomunistas » más rabiosos y chillones han venido a socorrer al comunismo en apuros. Me refiero al comunismo como a algo distinto de unos cuantos comunistas. Es posible que los nuevos gobernantes de la República Dominicana metan en la cárcel u obliguen a desterrarse a unas docenas de comunistas. Pero no pueden encarcelar o desterrar tan fácilmente las ideas comunistas. Por el contrario, han hecho posible que se desarrollen con vigor y fuerza de persuasión renovados. Han actuado sobre el escenario dominicano como si estuvieran representando una obra escrita por Castro y Guevara.

Hemos llegado a una situación en la que Fidel Castro ha llorado lágrimas de cocodrilo sobre la caída de Bosch. Yo no soy partidario de una intervención militar norteamericana, ni puedo concebir que Juan Bosch desee volver a Santo Domingo a la cabeza o detrás del cuerpo de « marines » de los Estados Unidos. Pero nadie podrá comprender que los Estados Unidos estén empeñados en una alianza para el progreso democrático, a menos que su Presidente manifieste claramente que los usurpadores del poder, lo mismo en la República Dominicana que en cualquier otra parte, no pueden esperar de los Estados Unidos un trato mejor que el que recibe el régimen de Castro en Cuba (2).

(2) Y el Presidente debería tener en cuenta lo que uno de los grupos más fuertes que apoyaban el golpe piensa realmente de los Estados Unidos y de su actual Administración. *Prensa Libre* era y es el órgano más extremista anti-Bosch de Santo Domingo. Toda su primera página del día 3 de octubre estaba ocupada por un artículo editorial titulado « Crisis política en Norteamérica ». El editorial empezaba así : « Cada día convencemos más de que los hombres que están al frente de los asuntos públicos en Norteamérica no tienen suficiente preparación para ello. » Luego se refería a los Estados Unidos como « el enorme país del dólar y de la cultura enlatada » donde todo lo dominan los intereses materiales, y los problemas políticos y sociales no significan nada. Calificaba duramente al Presidente Kennedy por haber hecho « falsas promesas » sobre Cuba y acusaba a Washington de « traición a los intereses populares del pueblo dominicano ». Se refería en términos insultantes a los 22 senadores norteamericanos que protestaron contra el golpe dominicano, diciendo de ellos que son « probablemente vendedores de Coca-Cola ». Una buena parte de este editorial hubiera podido aparecer fácilmente en un periódico comunista, lo cual constituye un caso altamente interesante de simbiosis política.

NAIPE FRANCES DEL SIGLO XVIII

Segundo relato de los saínos y "Rayo Negro"

POR MANUEL GONZALEZ MARTINEZ

POR AQUELLOS DIAS, *después de nuestro fracaso a la espera de saínos al anochecer, cuando las piezas de caza que aprovechaban el pequeño cultivo de maíz no fueron los tales saínos, si no la cuadrilla de bandoleros que comandaba el jefe «Rayo Negro» y sus catorce capitanes; Agustín, el veterano montero de la región llegó a Coímbra un viernes por la tarde. Escopeta en bandolera, zurrón de municiones de cuero de trigrillo golpeándole el cuadril; facha alegre bajo la arriscada corrosca y ancha y bondadosa sonrisa erizada de barba entre canosa y negra.*

— Don Manuel —díjome a manera de saludo—. ¡Tenemos tigre en la región! Ya se jartó un becerro, mató una vaca y asustó en pleno día al burro de unas mujeres que estaban cargando leña allicito nomás, en la boca del monte. ¿Le hacemos una entrada?

La aventura era tentadora. Por toda contestación le dije que necesitábamos perros.

— No, señor —contestó—. Conmigo no hacen falta perros. Vamos a buscarlo mañana y el domingo, y... si no me acompaña, me largo solo.

Aníbal, el señor de Coímbra con quien tomábamos café tinto en el corredor cuando llegó Agustín, se limitó a sonreír, en tanto que sus ojos, entre maliciosos y burlones, esperaban mi respuesta.

— ¿Tienes perdigones gruesos? —pregunté a Agustín.

— Sí, señor. Del número uno y del tres. En el zurrón los llevo siempre.

Al rato, sobre la mesa que hacía de comedor, en tanto que con Agustín cambiábamos el perdigón menudo para pájaros por los balines del número dos que cupieran en el cartucho 20 de mi escopeta, escuchamos las órdenes que Aníbal daba a la cocinera sobre gruesas porciones de carne cecina frita, pataconas como el puño y yuca cocida para el fiambre, además del termos lleno de tinto. Oyendo esto Agustín dijo sin mirarme la cara:

— Si tiene una cobijita pequeña, alístela, porque de noche hace frío.

Era la primera noticia de que tendríamos que dormir en el monte. Le dije que lo malo sería el peso que transportar.

— Nada de afán, don Manuel —contestó—. Yo lo llevo todo. Fiambre y cuanta vaina haya que cargar. Usted no tiene sino que echar pata como yo y llevar apenas su escopeta.

Eran las cinco de la mañana cuando la luz de la linterna de Agustín me despertó. Desayunamos en la cocina y cuando descorríamos los cerrojos para salir al campo, salió de su habitación Aníbal. En la una mano el cinturón con su revólver y dos cargas; en la otra un atadillo de malla negra.

— Es una careta de apicultor —me dijo— para que se la ponga en la noche y los zancudos le dejen tranquila la cara.

— Entonces se la daré a Agustín —repuse—. Pues como arrastra cuanto zancudo se le acerque a la nariz, así no podrá estornudar y espantar el tigre.

Revisamos varios manantiales que Agustín conocía, buscando huellas, antes de internarnos en el monte espeso. En lo alto de una colina, después de largas horas de lucha, machete en mano contra las plantas espinosas y contra la trabazón de bejucos que colgando de los árboles nos cerraban el paso, encontramos un pequeño claro. El sol comenzaba a declinar, y ante nosotros, rodeándonos por todas partes, sumida en un silencio majestuoso, teníamos, como único horizonte, la verdura negra de la selva.

— ¿Ve aquel árbol amarillo, solitario, entre la mancha verde? —dijo Agustín—. Es un chicalá. *Por ahí cerca vamos a comer y a dormir esta noche. Y sin más, comenzamos a descender unas veces casi sentados por lo abrupto y otras rodeando precipicios en cuyo fondo sólo se veían las copas de los árboles.*

— ¿Tú crees que podamos encontrar algún rastro? —pregunté cuando dejamos la cuesta.

— Para allá vamos. Tenga confianza en mí, don Manuel. Cuando el tigre está jarto de comida busca los lugares más apartados y solitarios para dormir a sus anchas. No importa que tenga que recorrer grandes distancias para estar tranquilo. Sólo sale a los sitios cercanos a las viviendas cuando el hambre lo atormenta y no encuentra presa a la mano. El tigre es el más caminador de los animales de monte, pero cuando encuentra un dormidero tranquilo, sin peligro y con presa cercana, no lo abandona.

Ya en lo plano comenzamos a marchar despacio, pues Agustín, ahora, no caminaba diez pasos sin agacharse a mirar. De pronto, con la punta del machete que mostraba una capa de hojas sobre la tierra húmeda, gritó :

— ¿Ve? Aquí hay una huella, y es de pata de almuada *porque las de las patas de los saínos y venados dejan huecos. ¡Mire la otra y la otra y la otra! —gritaba entusiasmado.*

Francamente, yo no vi nada por más que en cuclillas observé detenidamente el sitio.

— Aquí se pierde la huella porque el terreno está seco —dijo más adelante—. Ahora vamos a pedirle posada porque estamos en su querencia.

Algo más tarde, la penumbra por entre la cual caminábamos, de repente se trocó en oscuridad. Seguramente, por encima de los árboles se vería el cielo iluminado por la roja agonía del Poniente. Despejado el terreno, prendimos las hogueras más que todo por ahuyentar los zancudos y la emprendimos con la carne y las pataconas.

— Como ustedes, los que viven en las ciudades —dijo sin dejar de mascar—, no se acuestan nunca temprano, le dejo el primer turno de vigilancia. No es que vaya a pasar nada, porque el de bigotes de cuatro pelos no se atreve con el hombre, a no ser que esté cebado ; pero siempre es bueno que el uno cuide mientras el otro duerme: Si siente algo raro me da un codazo.

Y envolviéndose en una delgada colcha, sentado, con las rodillas recogidas, metió la cabeza entre los brazos cruzados y se dispuso a dormir. Su hombro rozaba el mío, ya que nos servía de espaldar a los dos el gran tronco de un árbol.

Momentos después, Agustín dormía profundamente en tanto que la selva comenzaba a despertar. Primero fue el canto lejano del pájaro nocturno por excelencia : Cuuurrruuuu... cu... cu... cu... cu..., *que comenzó a escucharse cuando la masa coral de los monos araguatos suspendió la fúnebre cantata de las vísperas. Luego el quejido deslizante de una rama que movida por la brisa rozaba el pulido tronco del árbol vecino. Golpes de alas de pájaros inmensos, silenciosos, que en las copas de los árboles emprendían la huída para luego regresar. Ruidos indefinibles, lejanos, a veces parecidos al murmullo de una multitud que a media voz reza un rezo litúrgico ; y el golpe de la hoja gigantesca que en su caída lenta va haciendo escalas sobre otra y luego sobre otra, hasta caer a nuestros pies con un golpe seco como de alimaña inmunda. Y el silencio absoluto, desconcertante, que permite escuchar sobre las hojas secas el forcejeo de una tropa de hormigas que arrastra un abejorro muerto. Y esa sensa-*

ción que eriza a veces nuestra piel al sentir que nos envuelve la espectante mirada sin pupilas de la oscuridad, en donde baila el misterio el funambulesco baile de las sombras...

*

Al día siguiente, buscando siempre rastros aquí y allá nos acercábamos a una pequeña colina, cuando escuchamos el líquido romper de cristales de un arroyo entre las piedras. En silencio apresuramos el paso en busca de agua fresca. Cuando desembocamos al pequeño regato, vimos de pronto una mujer que al sentirse sorprendida soltó de entre las manos una lata de gasolina que acababa de llenar de agua, al tiempo que gritando se arrodilló para decirnos sollozando: ¡No me maten! Yo no tengo la culpa de andar con ellos.

— ¿Por qué hemos de matarla? —dije acercándome para infundirle confianza.

— ¿En dónde están? —gritó imperativo Agustín.

— Se fueron a lo que saben hacer, desde ayer al mediodía.

— ¿Cuántos son? —volvió a gritar autoritariamente Agustín.

— Pues « Rayo Negro » y los doce que quedan, porque los de la policía mataron a dos, antes de venirnos para acá.

— Llene su lata de agua otra vez —le dije— y si tiene café dénos un tinto. No venimos a buscarlos ni a matar a nadie, ni somos de la policía.

— Como tiene botas altas y saco verde y esa arma —repuso mirándome incrédula.

— Venimos de cacería —confirmó Agustín—. Dénos el tinto si hay café y quédese en paz.

— Sí, señor, pero ¿no me matarán si voy delante para enseñarles el camino?

Al pie de la colina, aprovechando una especie de cueva, tenían el campamento. A la entrada, colgada en una especie de cuna dormía una criatura. Tarros de avena vacíos y una olla de aluminio estaban arrimados a las tres piedras del fogón. Colgando de un árbol y estirada con listones de guadua, se secaba al viento una hermosa piel de tigre...

— ¿Cuándo lo mataron? Nosotros lo andábamos buscando.

— Hace unos tres días. Era un macho ya casi sin dientes. Se les atravesó en la montaña y « Rayo Negro » le soltó la ametralladora. Mire cuántos agujeros tiene el cuero; más de quince.

Mientras tomábamos el tinto en pequeñas totumas y la mujer nos miraba en silencio, con ojos de súplica y de bondad, pensaba que el montero Agustín tenía razón: aquel paraje era la querencia de los tigres. Cuando nos despedíamos, después de haberle dejado las lonjas de cecina y las pataconas, la mujer me preguntó:

— ¿El señor, cómo se llama?

— ¿Por qué?

— Por nada. Es que voy a ponerle el nombre suyo a mi muchachito.

Las campanas de San José de Surubim

POR SHEPARD L. FORMAN

EL ARTICULO DEL PERIODICO sigue describiendo los hechos que culminaron con la muerte del muchacho. Ridiculiza el papel que desempeñan los campesinos en la agitación. Al mismo tiempo hace un elogio exagerado de las actividades de los ciudadanos que asisten a misa. Habla de la tentativa de linchamiento de « Zequinha », y añade que hubo de refugiarse en los locales de la policía. Menciona la presencia entre los aldeanos de un representante del *Times,* de un estudiante y de un funcionario de la SUDENE. Estoy seguro de que todas estas personas podrán confirmar la veracidad de mi relato. Pero yo soy sólo un estudiante norteamericano en el Brasil, gracias a una beca de Fulbright, y no un « Zequinha », ni un representante del *Times,* ni un empleado de la SUDENE, y cuando se produjeron esos hechos en Surubim, yo no conocía a ninguno de ellos.

Surubim es una pequeña ciudad brasileña muy típica del Estado de Pernambuco, situada en la zona más castigada por la sequía, a unos 120 kilómetros de la ciudad costera de Recife. Es el centro de un distrito de unos cincuenta mil habitantes, dedicados en su mayoría a las labores del campo. Entre ellos hay muchos pequeños propietarios, pero también son bastantes los que cultivan la tierra a medias o que han sido asentados en terrenos del Estado. El principal inconveniente es la sequía casi perpetua. Los periódicos han hablado recientemente de

« Las campanas de San José, de la ciudad de Surubim, sonaron anteayer para significar la protesta contra la agitación que los comunistas promovieron en la plaza de la iglesia.

« Docenas de creyentes se apresuraron a responder al curioso toque de alarma del padre Jonás Habían oído a los oradores que hablaron durante el mitin, en una forma agresiva, de la iglesia y de la inseguridad del régimen. Los agitadores crearon una atmósfera de confusión que degeneró inmediatamente en una serie de agresiones mutuas. Los adversarios vinieron a las manos cuando un ocupante de una camioneta, propiedad de « Zequinha » (Manuel Tertuliano de Arruda Paula, conocido más bien como Zequinha), hermano del diputado Francisco Juliao, disparó su fusil contra un grupo de secuaces del padre Jonás, matando al joven de catorce años Roberto Batista, hijo del concejal de la ciudad José Batista Queiroz, alumno de la escuela parroquial Pío XII. El joven falleció antes de que pudiesen prestársele los primeros socorros. Siguieron otros disparos que hirieron a varias personas, entre las cuales figuran el teniente de la policía Pitágoras, el teniente de alcalde José Bruno Cabral, y el propietario Julio Nobrega. »

(Diario de Pernambuco, 1 de mayo de 1962, pág 7)

Surubim con motivo de las invasiones cada vez más frecuentes de las tierras baldías y de las incursiones en los mercados por grupos de campesinos impulsados por el hambre. De conformidad con datos no oficiales que me han suministrado los habitantes de la ciudad, el jornal medio en el distrito es de 150 cruzeiros (aproximadamente 50 centavos estadounidenses, al cambio de entonces). La mortalidad infantil alcanza hasta el cincuenta por ciento, y los analfabetos constituyen un ochenta por ciento de la población. El director del hospital y un concejal rehusaron darme más pormenores.

La ciudad de Surubim tiene unos siete mil habitantes, que trabajan en el comercio local y pertenecen principalmente a la clase media. Posee un hospital provincial, una fábrica de tejidos de algodón, un banco, una delegación del Ministerio de Agricultura y diversos servicios especiales relacionados con los trabajos del campo y la ganadería, además de escuelas primaria y de segunda enseñanza católicas, para niños y niñas, y una escuela primaria del Estado. Casas modestas, pero bien enjabelgadas bordean las calles sin adoquinar. La plaza principal, situada ante la iglesia de San José, está limpia y plantada de árboles cuidadosamente podados, y hay una calle con el piso de guijarros que se extiende por todo el barrio comercial de la ciudad. En Surubim, la vida discurre monótona, entre el trabajo, la escuela y, de vez en cuando, algún encuentro deportivo o la proyección de una nueva película en el cine de la localidad. En una villa pequeña, semiaislada en el interior del país como ésta, un extranjero es siempre el blanco de miradas curiosas y objeto de cierta desconfianza. Mi presencia en Surubim se interpretó equivocadamente y exasperó al público, por atribuírsele fines políticos. Es indudable que me creó una situación delicada.

*

El motivo de mi visita fue una reunión de las asociaciones de campesinos, de las que se ha hecho mucha propaganda y que se han extendido rápidamente por todas las regiones agrícolas del nordeste y del sur del Brasil. La reunión de Surubim tenía por objeto crear una asociación de esta clase. Al mismo tiempo, sirvió para protestar contra un propietario que había destruído la cosecha de una campesina, con el propósito de expulsarla de su tierra. El diputado Francisco Juliao (del Partido Socialista Brasileño, sección de Pernambuco) fue proclamado dirigente por estos miserables campesinos, desde que emprendió su defensa en 1955, en el curso de un proceso jurídico. A consecuencia de este litigio, se creó una explotación agrícola comunal del Estado en Galilea, distrito de Vitoria de Sao Antonio, Pernambuco, donde se constituyó la primera asociación de campesinos con el ampuloso nombre de Sociedad Agrícola y Ganadera de los Cultivadores de Pernambuco.

Las asociaciones de campesinos han sido muy criticadas desde el principio por la prensa brasileña y extranjera, los políticos conservadores, ciertos elementos del clero y la mayor parte de la clase media y superior del Brasil. En una época en que todos los brasileños propugnan, por lo menos de palabra, la reforma agraria, las asociaciones de campesinos han sido calificadas de comunistas por los conservadores, generalmente mal interpretadas o ignoradas por los moderados y los liberales « rastreros » y, en los últimos tiempos, están siendo objeto de los ataques de los comunistas y de los elementos de extrema izquierda de Pernambuco. Con la expansión de estas asociaciones y el aumento de sus actividades, así como las recientes ocupaciones de tierras que han sido su consecuencia, ha surgido una oposición de carácter distinto. Se trata de los sindicatos rurales patrocinados por las entidades locales y federales, las organizaciones del Estado, como la Compañía de Reventa y Colonización de Pernambuco, las asociaciones de terratenientes, a menudo acompañadas de sus ejércitos personales de mercenarios y los grupos terroristas, como el temible Sindicato de la Muerte del Estado vecino de Paraíba. A medida que se propaga esta guerra solapada, tanto en el nivel de la tierra, como en el ideológico, los terratenientes y la clase media urbana del interior del país están cada día más asustados, según se desprende

de las campañas de prensa y como lo demuestran incidentes parecidos al de Surubim.

La jornada de Surubim fue muy instructiva para mí, en lo que concierne a las asociaciones de campesinos y a la situación en el Nordeste del Brasil. Me hizo ver con toda claridad los enormes problemas con que ha de enfrentarse la Alianza para el Progreso y su filial brasileña la SUDENE, y me sugirió ciertas dudas en relación con la administración y con la eficacia del programa llamado « Comida para la Paz ». También llegué a conocer algo de lo que son los valores fundamentales humanos y descubrí que a veces nuestros « amigos » pueden resultar nuestros peores enemigos. La irresponsabilidad de la prensa me horrorizó. La forma errónea de calificar e interpretar los hechos, propia de algunos periódicos, contribuía a la confusión, como si se propusieran deliberadamente disimular la verdad.

*

En abril último, recorrí en un « jeep » el nordeste del Brasil, en compañía de Charles Wagley, director del Instituto de Estudios sobre la América Latina, dependiente de la Universidad de Columbia, con el que viajaba también su esposa. Nuestro propósito era estudiar directamente los tan discutidos problemas de dicha región y los proyectos para resolverlos. Esta visita era la segunda que hacía yo en el espacio de siete meses, y la última de las que había realizado el profesor Wagley durante los veinte años de estrecha colaboración con el Brasil. Antes de emprender esta expedición de 1.600 kilómetros a través de cinco Estados, ya nos habíamos percatado del desconcierto que reinaba en las asociaciones de campesinos. A medida que avanzábamos, las preguntas parecían multiplicarse y aumentaba la necesidad de contestarlas.

Al llegar a Recife, la moderna y despersonalizada capital de Pernambuco, efectué la primera visita a las oficinas de las asociaciones de campesinos. Se hallaban instaladas en el segundo piso de una vieja residencia, en un barrio bastante pobre y sucio del centro de la ciudad. Aun cuando el local ha sido regalado a las asociaciones por el Partido Socialista, se dice que el único elemento de enlace entre ambas organizaciones es el diputado Juliao.

Me sorprendió la ausencia de una administración elemental y bien organizada. En la entrada no vi a nadie para informarme. Había un enorme retrato de Juliao, un boceto de Lenin y la ampliación de una fotografía de Che Guevara. Tres campesinos esperaban sentados junto a una larga mesa y la pared estaba cubierta de una gran cantidad de carteles. Pregunté si podría hablar con alguna persona de « responsabilidad », y me dirigieron a una pequeña habitación de la planta baja. Allí me presenté a unos estudiantes de arquitectura, que cursaban el tercer año en la Universidad de Pernambuco, a un estudiante de derecho, también de tercer año, a un joven doctor recientemente graduado y a dos muchachos estudiantes que estaban hablando con dos labradores. Pasamos casi dos horas de charla sin ceremonia alguna, interrumpida con frecuencia por campesinos que llegaban para inscribirse en las asociaciones, pedir información o solicitar ayuda. En estos casos los estudiantes se limitaban a tomar nota de las demandas en trozos de papel o en el secante ya muy emborronado que había encima de la mesa.

Parecían deseosos de contestar a mis preguntas, pero lo hacían con carácter personal. No intentaron siquiera suministrarme propaganda relativa a la « tendencia del partido ». Mientras me hablaban de los orígenes y de los objetivos del movimiento, de los trabajos que proyectaban y de las diferencias que les separaban de otros grupos reformistas, fueron apareciendo sus discrepancias personales. No me expusieron un programa claramente definido, aparte el propósito de « hacer comprender a los campesinos la justicia social y sus derechos ». Sin embargo, estaban de acuerdo en cuanto a las razones que les habían inducido a separarse de los comunistas. Me extrañó oírles decir que éstos querían esperar para hacer la revolución, porque no creían que « pudiera realizarse de la noche a la mañana ». En

cambio, Juliao consideraba « que la revolución podría producirse el día menos pensado y probablemente en una forma pacífica ». También estaban de acuerdo en que la situación del Brasil excluye la posibilidad de una revolución del tipo de la de Cuba. El obstáculo para ello es la extensión y la gran diversidad del país, la existencia de una industria indígena y el profundo espíritu religioso del pueblo. Aunque criticaron francamente la falta de organización que impide dar cohesión a las asociaciones de campesinos, dijeron que su principal interés consistía en llevar los problemas a la conciencia social de la nación. Una vez conseguido esto, empezarían a organizar y a dar una forma definitiva al movimiento. Dudaban de las aptitudes de dirigente de su portaestandarte Juliao, pero le seguían lealmente como jefe reconocido. Añadieron que los « futuros dirigentes no habían surgido aún » y negaron que ellos reunieran las cualidades necesarias para luchar en la vanguardia. Sólo se excitaron al hablar de los problemas del campo, de la justicia, « que se mide por la extensión de las propiedades », de las represalias brutales y de los encarcelamientos. Un labrador cantó las alabanzas de Juliao, que había obtenido su salida de la cárcel, cuidando de que « conservase su tierra y el cuchillo en su lugar ». Los estudiantes describieron su labor sobre el terreno, como organizadores, y me invitaron a acompañarles a Surubim el domingo siguiente, para que « pudiese presenciar esas actividades ».

*

Cuando llegué a las oficinas de las asociaciones de campesinos de Recife, a las seis de la mañana del domingo, hora prevista para salir, me encontré con una gran confusión. El segundo « jeep » propiedad de las asociaciones, había sufrido una avería. Era un regalo del hermano de Juliao. que lo había comprado con el producto de la venta de unas tierras heredadas de su padre. Dos estudiantes salieron en busca de otro vehículo. El camión alquilado para transportar los carteles y la instalación de los altavoces no había llegado aún. Antes de que volvieran los estudiantes, llegó el camión y volvió a marcharse... sin los altavoces. A las siete y media apareció un « jeep » que debía llevarnos a Surubim, y entonces empezaron a buscar a alguien que tuviese permiso de conducir. Fueron a sacar de la cama a otro joven estudiante que no formaba parte del movimiento, pero que poseía la documentación necesaria. A las ocho y media nos pusimos al fin en camino... El conductor, un estudiante de arquitectura, el estudiante de derecho, el joven doctor, dos operadores alquilados juntamente con el equipo de altavoces y yo.

Tres horas duró la expedición en el « jeep » excesivamente cargado, por carreteras en su mayoría no asfaltadas y a veces por caminos al parecer intransitables. A la salida de Recife se atraviesan durante casi una hora las ricas tierras bajas, con enormes plantaciones de caña de azúcar, que ocupan varios kilómetros a ambos lados de la carretera. Durante otra hora se pasa por una región donde se cultivan frutas y verduras y que constituye la zona de transición entre las tierras bajas de la costa y los terrenos secos del interior. Aquí, en el distrito de Bom Jardim, bordeamos una hacienda bastante grande y bien cuidada, llamada « Esperanza », que es propiedad del diputado Juliao. Los estudiantes afirmaron que la habían convertido en un centro de acogida para campesinos expulsados. Sin embargo, más tarde, un pequeño propietario y un comerciante de Surubim me dijeron que las asociaciones de campesinos no habían celebrado una sola reunión en Bom Jardim, y que si « un campesino cogiese una naranja del huerto de Juliao, le pegarían un tiro ».

Al acercarnos a Surubim, las emanaciones de gas que salían del « jeep » y los ardores del sol acabaron con la resistencia del conductor. Me pidieron que tomase el volante. Poco antes de mediodía entré en la ciudad con el cargamento de organizadores de la Asociación de Campesinos. Los dejé en su sede de la localidad, situada en un suburbio bastante apartado, y volví al centro para comprarme un sombrero de paja. Como era domingo y la hora de comer, había poca gente en las calles abrasadas por el sol.

Cuando regresé a la casita de arcilla donde se alojaba la asociación, la reunión se hallaba bastante adelantada. Tres o cuatrocientos labriegos se hacinaban en el interior y alrededor del edificio de cuatro habitaciones desprovistas de muebles. En el « cuarto de estar », el doctor reconocía a los enfermos y distribuía medicamentos, como parte de su prestación voluntaria. El estudiante de arquitectura estaba en la cocina, donde anotaba en un bloc arrugado las quejas que le exponían y charlaba con los campesinos. Una mujer de mediana edad, pobremente vestida, explicaba por qué sus plantas de mandioca estaban amontonadas frente a su casa. El arrendador, decía, la había expulsado de su tierra. Ella ofrecía pagarle el arriendo, pero él se negaba a aceptarlo. En una reunión de la asociación de campesinos se había enterado de que tenía derecho a ser indemnizada en caso de expulsión. El propietario había respondido arrancando las plantas de mandioca y arrojándolas ante la puerta de la casa de la infeliz mujer.

La mayor parte de los campesinos se hallaban reunidos en la tercera habitación, donde el estudiante de derecho, que luego otros organizadores calificaron de agitador, hablaba con un viejo. Su cliente era Francisco Barbosa de Souza, de ochenta y cuatro años, nacido en Surubim, de padres labriegos. Se había casado joven y comenzó arrendando una parcela de tierra. Su mujer le había dado diez o doce hijos. No estaba seguro de cuántos eran. Cuatro o cinco habían muerto siendo pequeños. Dos se habían trasladado al Estado meridional de Paraná, para trabajar también la tierra. Dos hijas se casaron, y así quedaron « aforradas » (libres de la esclavitud). Una hija de dieciséis años y otra de dieciocho vivían aún con los padres y les ayudaban en las labores agrícolas. Ningún miembro de la familia fue jamás a la escuela. El viejo decía que sólo asistían a clase « cuando no trabajaban y tenían calzado y una camisa que ponerse ».

Francisco Barbosa de Souza tiene arrendados unos cuatro acres y medio de tierra (unas 20 Ha.) por 1.500 cruzeiros (unos 4,50 dólares de la época), de una propiedad de 240 acres (unas 1.080 Ha.), distribuída entre quince arrendatarios. En un terreno que él califica de « pedregal en su mayoría », cultivaba, para poder vivir, maíz, habichuelas y algodón. Se quejaba de que no permitieran criar animales y aves, pero tenía que entregar sus mazorcas para alimentar a los del proprietario, que además corrían libremente por los campos, y esto le obligaba a recoger el algodón antes de que estuviese maduro. Vivía en una casita sin baño y sin más agua que la de la lluvia, recogida en una cisterna improvisada. La comida de la familia se componía de café por la mañana, habichuelas a mediodía y, si sobraban, por la noche. Dijo que temía ser expulsado por no poder pagar el arriendo.

*

En principio, para ser miembro de las asociaciones de campesinos hay que pagar 20 cruzeiros mensuales, pero en el carnet de Francisco Barbosa no aparecía un solo abono. Cuando le pregunté por qué se había adherido a las asociaciones, contestó : « Necesito una defensa en la vida ; medicinas, si uno de nosotros cae enfermo, y consejos. » Su opinión acerca de Francisco Juliao era más clara. « Es un príncipe de la vida, que nos dará los recursos necesarios para existir. » Al preguntarle de qué manera podría realizarse esto, el campesino respondió : « No lo sé, porque soy ignorante. Espero que me lo expliquen... »

Por su propia iniciativa atacó al clero local, acusándole de pedir donativos a los agricultores y después comprar tierras con ese dinero. « El padre Ferreira —manifestó— pudo llegar a ser alcalde porque renunció a los métodos de los otros curas para hacer dinero. » Se quejó de que los alimentos que los curas debían distribuir « desaparecían cuando los pobres los reclamaban ». Una mujer le interrumpió para decir que había recibido todos los días leche en polvo para sus hijos durante los tres últimos meses. Otra, que dijo ser viuda con diez hijos, se lamentó de que cada vez que pedía alimentos, le decían que no los necesitaba. « ¿Quién —preguntó— los necesita más que yo? »

Un disidente dijo a voces : « El padre Ferreira no da dinero porque no lo tiene,

pero siempre da comida. Y la gente la toma para venderla, cuando no la utiliza ». Este hombre vestía bastante mejor que los demás campesinos allí presentes, y en un lenguaje más correcto aconsejó : « Sólo Dios en el Cielo resuelve los problemas de estas gentes. » « Usted no es cristiano, señor », contestó el estudiante de derecho. « Cristo ha dicho : Ayúdate y te ayudaré. Cristo no era egoísta. Luchaba en favor del pueblo. Era el Hijo de Dios, que vino al mundo para luchar y sufrir... » « Y ser diligente », añadió Francisco Barbosa, el campesino más viejo. « Si Dios no hace llover, nadie resolverá este problema », continuó el disidente. El estudiante se levantó para hablar : « Nosotros no pretendemos extirpar a Dios del corazón de nadie », exclamó, y a continuación explicó que el cristianismo era ante todo una obligación y después una devoción. « El hombre ha de trabajar y luchar por la justicia, la igualdad y la dignidad. » Interpretó el empleo de la violencia dentro de la ley cristiana, diciendo : « Cristo fue también un revolucionario. ¿Acaso no utilizó el látigo para expulsar del templo a los mercaderes y cambistas? ¡Nosotros tenemos armas ahora! »

La voz del estudiante se hizo más suave : « Nosotros vivimos bien en las ciudades ; pero queremos que todo el mundo tenga lo mismo que tenemos nosotros : trabajo, hogar y escuelas. Queremos que los tenga también el hombre del campo. Sólo entonces podremos ocuparnos de las leyes de la devoción. Antes de Juliao y de las asociaciones de campesinos, ¿quién defendía al labrador? » « ¡Nadie! », fue la respuesta unánime. « Nadie hablaba de la reforma agraria », prosiguió. « Nada cae del Cielo. ¡Ahora todos hablan de la reforma agraria para quitar el mérito de ella a Juliao! » Los campesinos completaron su pensamiento : « ¡Pero la de los otros no sirve para nada! », gritaron.

Siguió una menuda descripción del programa de Alimentos para la Paz y de la Alianza para el Progreso, creados por el « buen pueblo norteamericano para ayudarnos ». Más adelante me dijeron los mismos organizadores que acusaban de agitador al estudiante de derecho, que esa alusión se hacía en todas las ocasiones y que no les había sido inspirada por mi presencia. Pero en seguida volvió a vociferar con fuerza : « ¡El campesino no quiere limosnas! ¡El campesino no quiere leche en polvo, porque esto es la caridad! ¡Lo que desea es dignidad, tierra para trabajar y los medios para hacerla productiva! La Iglesia no es un árbol entero », continuó. « La Iglesia está constituída por unas cuantas ramas que son los curas ricos. La fe no basta. Hay que dar ejemplo y vivir cristianamente. »

De nuevo se dirigió al disidente. « Comparado con un labrador como éste —dijo poniendo su mano sobre el hombro de Francisco Barbosa—, tú eres rico. Tú no puedes hablar en nombre de estos campesinos. Tú estás bien alimentado y bien vestido. Aceptamos tus palabras, porque se inspiran en un principio de democracia y de libertad ; pero no como las de un campesino muerto de hambre. Si todos estuvieran en tu situación, no serían necesarias las asociaciones de campesinos. Pides la redención para ti ; pero te olvidas de tus hermanos. » « ¡Este espíritu es contrario al de las asociaciones! ¡Este espíritu traerá otro Diluvio! ¡No vayas a la iglesia a pedir la redención para ti y para tu familia! ¡Pídela para tus hermanos! » El auditorio aprobaba estas palabras asintiendo con la cabeza, cuando el viejo volvió a exclamar : « ¡Tú, que posees, bienes, nada sabes de los que sufren! »

El estudiante de derecho continuó : « Nosotros podemos hablar de las asociaciones. Somos honrados, porque somos los representantes de Juliao. Pero queremos discutir, queremos que haya objeciones. No tememos a la verdad. ¡Venid y acusadnos! El que posee la verdad, nada tiene que temer. ¿Quién quiere abandonar las asociaciones ahora? », preguntó. « ¡Válganos Dios! », respondió el auditorio convencido.

*

La reunión terminó a eso de las tres y media. Los campesinos se pusieron en fila ordenadamente frente a la casa. Les distribuyeron carteles, en los que se hablaba de su hambre y se reclamaba la reforma agraria. Ninguno de ellos era antiamericano ni defendía causa política alguna. Los

campesinos levantaron los carteles como si fueran capaces de leerlos. Llevando plantas de mandioca sobre los hombros entraron en la ciudad formados en columna de tres en fondo. Al frente de ellos iba una gran pancarta, en la que se leía : « ¡Viva Francisco Juliao! » En su marcha por las calles de la ciudad no vi que provocasen alborotos ni incidentes. Algunas personas los miraban desde sus casas, pero nadie vino a engrosar las filas ni se apartó de ellas. A las cuatro aproximadamente, los campesinos llegaron al centro de la ciudad y se agruparon en la plaza principal, frente a la iglesia de San José, cuyas puertas estaban cerradas, excepto una pequeña lateral. Dos o tres camiones cargados de campesinos llegaron a la plaza para unirse a los manifestantes. Se mantenían en una actitud pasiva y tranquila, esforzándose por oír a los oradores que estaban de pie en un banco de piedra frente a ellos. Yo me encontraba a unos tres metros y no podía oírles. Los altavoces no estaban instalados.

Sonaron las campanas de San José. Una orden del padre Jonás Meneses, el cura de la localidad, hizo funcionar las suyas, con el propósito deliberado de ahogar las frases de los oradores de las asociaciones de campesinos. « ¡No permitáis que intervengan los extranjeros en nuestros asuntos y agiten los ánimos! » gritaba. « ¡Vivan los Estados Unidos! ¡Viva la Alianza para el Progreso ! ¡Muera el comunismo! » Los campesinos se apretaron alrededor de sus oradores. Llegaron alumnos de las escuelas católicas, entonando cantos y silbando a sus adversarios. Reconocieron que el padre Jonás les había enviado.

Yo entré en la iglesia acompañado de algunos habitantes de la ciudad, para hablar con el padre Jonás. El joven doctor de Recife nos siguió. El único policía que advertí estaba junto a la puerta lateral y me obligó a marcharme. Pude ver una gran muchedumbre en el interior. La mayoría eran mujeres. El padre Jonás gritaba junto al micrófono : « ¡Vivan los Estados Unidos! » Uno de los concejales me llevó a un lado para oírme explicar que yo era estudiante norteamericano y había ido allí para informarme. Dijo que prevendría al padre Jonás, quien gustaría sin duda de hablar conmigo. Me aconsejó que esperase en la plaza.

Entonces vi llegar a un teniente de la policía. Subió a la plataforma improvisada y se llevó a dos estudiantes a la comisaría. La cara del estudiante de derecho estaba roja. Gesticulaba y agitaba las manos. El padre Jonás, las campanas y los chiquillos ahogaban su voz. La reunión continuaba. Los campesinos se acercaron más para poder oírle. Llegaron unos doce hombres que, evidentemente, no eran campesinos, y se acercaron a la multitud. Uno de ellos agarró una bandera y la echó al suelo. Con el asta golpeó al que la llevaba. Su compañero desapareció. Los campesinos empezaron a dispersarse. Se adivinaba que el mitin había terminado. Se acercó un autobús y de él se apearon dos hombres. Emboscados detrás del vehículo, empezaron a disparar sus revólveres contra los aldeanos que se retiraban, y uno de ellos fue herido en un pie. La muchedumbre echó a correr. Yo la imité, dirigiéndome al edificio más próximo, que era la iglesia. El padre Jonás gritaba en el altavoz : « ¡Buenos católicos de Surubim, venid en mi ayuda! ¡Están invadiendo la iglesia de Dios! » La turbamulta enfurecida obstruyó la entrada y silbó detrás de mí, al darse cuenta de que me dirigía a la comisaría.

Allí hablé con el teniente, que mostraba con mucha insistencia a los estudiantes un reglamento que prohibía las reuniones en la plaza. Era la primera página del libro de ordenanzas. Le interrumpí para decirle quién era yo y advertirle que hablar a los hombres que habían iniciado enviase policías a la plaza. Me dijo que eso eran invenciones mías. Sonaron más disparos. Entonces despachó a tres policías para informarse. Les seguí y encontré al concejal con quien había hablado antes, que agrupaba a los niños de las escuelas y los dirigía hacia la comisaría. Se me acercó y, poniéndome las manos sobre los hombros, sonrió. Después se volvió para hablar a los hombres que habían iniciado la batalla. El padre Jonás se reía en la puerta lateral de la iglesia. Las gentes que le rodeaban se mofaban de mí y me amenazaban con los puños. Me retiré a la comisaría. Cuando me sentí seguro en el inte-

rior, observé que cientos de ciudadanos y de niños de las escuelas se agolpaban enfrente. Dirigidos por el padre Jonás, gritaban : « ¡Vivan los Estados Unidos ! ¡Viva la Alianza por el Progreso! ¡Abajo los comunistas! ¡Mueran las asociaciones de campesinos! » Su cólera iba en aumento.

Un hombre amigo de los estudiantes de las asociaciones llegó para hablar con el teniente. Era la primera vez que le veía yo. El teniente mandó a buscar el « jeep » y el camión de las asociaciones de campesinos. El primero estaba destrozado y el camión había desaparecido. El teniente dispuso que un furgón de la comisaría se llevase a los estudiantes a Recife. Yo expuse mi repugnancia a regresar con ellos, y tanto los estudiantes como el teniente convinieron en que sería más prudente abstenerme. A eso de las siete de la tarde montaron en el furgón y se alejaron acompañados del teniente. Se oyeron tres disparos, y el muchacho de doce años Roberto Batista cayó detrás del vehículo. La policía explicó que se había roto la cabeza contra los guijarros ; pero el padre Jonás volvió en seguida a su micrófono, para anunciar que le habían pegado un tiro, y pidió a todos los habitantes de la ciudad que fueran al hospital para dar sangre para una transfusión. Recriminó a los campesinos por haber disparado. La muchedumbre se dispersó y el furgón continuó el viaje hacia Recife. Me condujeron a casa del jefe de policía, donde pasé la noche. A las nueve, las campanas de San José volvieron a sonar para anunciar la muerte de Roberto Batista.

Un silencio cargado de tristeza se abatió sobre Surubim. Los curiosos que habían pasado sin cesar ante la casa del jefe de policía para ver al « extranjero », volvieron a sus casas. Los policías que me acompañaban me dejaron, y mi huésped y yo hablamos de los acontecimientos del día, de los campesinos desarmados, de los fusiles alquilados y de la muerte estúpida de un niño que probablemente no llegó a saber por qué le habían hecho salir a la calle. Discutimos acerca del histerismo contagioso que emanaba de la iglesia, donde la esposa del jefe de policía se había refugiado al empezar el tiroteo, y nos describió la confusión que había originado mi presencia. Primero creyeron que yo era cubano, después ruso y, finalmente, el hermano de Francisco Juliao. Los tres hombres que el teniente envió para que me acompañasen a Recife a las cuatro de la mañana siguiente hablaban aún del « extranjero » de Surubim y de la venganza que había de organizarse contra la familia de Juliao.

*

Las historias que publicaron luego los periódicos de Recife siguieron cubriendo mi identidad con deformaciones y mentiras descaradas. Había alusiones a ciudadanos portadores de « maletas llenas de armas » para atentar contra la vida del teniente, y a planes de ataque contra la iglesia de San José. Mientras se hablaba del pequeño Roberto Batista como de un mártir, no se hacía la menor referencia al labrador herido. Los periódicos fomentaban deliberadamente el clima de miedo que acabaría sustituyendo a la razón y se convertiría en el verdadero enemigo. De los acontecimientos deducirían un argumento en favor del *statu quo* y los aprovecharían para dar nueva vida a los equívocos fundamentales.

La primera Constitución mexicana

POR SALVADOR PINEDA

Este año se conmemora en México el sesquicentenario del Congreso de Anáhuac y el año próximo habrá de celebrarse los 150 años de la promulgación de la Constitución de 1814. Ambos acontecimientos son dignos de recordarse porque los dos engrandecen la figura de Morelos e implican a la par jalones definitivos en el proceso afirmativo de nuestro régimen político e institucional. Conviene por lo tanto reconstruir a grandes rasgos los hechos que dieron margen al establecimiento de uno y a la promulgación de la otra.

Durante más de un año andan errantes, de aquí para allá, los miembros del Congreso de Chilpancingo, sin que les den tregua ni descanso las fuerzas virreynales que destacan en su persecución. Muchas veces duermen a la intemperie y antes de amanecer están de nuevo a caballo, listos para proseguir con renovados bríos la ruda peregrinación.

Han sido seleccionados para elaborar una ley fundamental que dé forma y contenido a los ideales del México independiente, y habrán de realizar sus tareas por encima de todos los contratiempos. Se reúnen bajo los árboles o discuten al trote de los caminos sobre los principios generales que debe contener la Constitución. Están, pues, obligados a sortear peligros y vencer resistencias, a movilizarse con rapidez y a pensar con hondura para cumplir fielmente la misión que tienen encomendada.

Es una verdadera odisea la que realizan esos heroicos diputados por los accidentados caminos del sur de Michoacán. ¡Qué entereza la suya para marchar de continuo de un lugar a otro y mantenerse firmes y serenos en la línea del deber, sin desmayar en las jornadas ni dejarse vencer por el cansancio! En las largas caminatas se sienten, al menos, alentados y protegidos por Morelos, su custodio mayor ; a cada paso los reanima y estimula de obra y de palabra para que prosigan diariamente sus trabajos.

Más aún, a todos les asiste un derecho y les conforta una esperanza : el derecho de velar por los intereses sagrados de la Patria y la esperanza de asegurar legalmente la soberanía de la nación. Doble motivo para sentirse investidos de una gran responsabilidad, llamados a desempeñar un gran papel en la historia del país. Por lo demás, esos legisladores errantes tienen madera de héroes : no les arredran peligros ni dificultades ; están empeñados en una obra patriótica y habrán de salir avante mediante los esfuerzos y sacrificios que sea menester.

De Chilpancingo pasan al rancho de Las Animas para continuar el hilo de las deliberaciones ; luego, perseguidos de cerca por los realistas, en presurosa huída abandonan sellos y archivos para buscar refugio en Ajuchitlán. Días después, cruzan el Balsas para situarse en Huétamo, en una de cuyas huertas se congregan diariamente. Es entonces cuando Morelos dispone conducirlos hasta el campo de Atijo con objeto de brindarles, por algún tiempo, mayor permanencia y seguridad. Él personalmente se encarga de construir las fortificaciones y de re-

doblar la vigilancia para que el general Negrete, siempre tras de sus rastros como un sabueso, no pueda penetrar hasta lo abrupto de esas serranías donde encuentran albergue y tranquilidad. Pero llega el día en que tienen que tomar las de Villadiego para empezar de nuevo su peregrinación entre pueblos y rancherías. De la hacienda de Poturo marchan a Ario, donde Iturbide pretende echarles el guante por sorpresa ; pero se escapan a tiempo hasta Tirepetío y de allí siguen a Santa Efigenia, donde se les reúne Morelos.

En este último lugar se ocupan en desvirtuar los rumores divisionistas que el enemigo hace circular para sembrar entre ellos la discordia : se rinde homenaje al caudillo y le otorgan un voto de confianza para reafirmar su autoridad. Por su parte, Morelos pone fin a las intrigas, desde el campo de Agua Dulce, con palabras que merecen transcribirse : « Digan cuanto quieran los malvados ; muevan todos los resortes de la malignidad : yo jamás variaré del sistema que justamente he jurado, ni entraré en una discordia de que tantas veces he huído. Las obras acreditarán nuestras verdades ; y no tardará mucho tiempo en descubrirse los impostores, pues nada hay escondido que no se halle, ni oculto que no se sepa, con lo que el pueblo quedará plenamente satisfecho. »

Despistan a sus persecutores entre Puruarán y La Zanja hasta que optan por sentar sus reales en Uruapán. ¡Plácidos y descansados días en ese esplendoroso vergel, disfrutando de la frescura de sus huertas y del murmullo persistente del Cupatitzio, mientras prosiguen las tareas legislativas! Cuando advierten de nuevo la proximidad del enemigo, ponen tierra de por medio y se internan de plano hasta el baluarte inexpugnable que representa Apatzingán.

Allí encuentran, felizmente, paz, techo y sustento. Morelos se encarga de velar por sus vidas y desorientar a los realistas : deja retenes en los puntos más estratégicos y hace creer al enemigo que los miembros del Congreso van a reunirse en Pátzcuaro. Mientras tanto, los diputados aprovechan el tiempo lo mejor que pueden : redactan las disposiciones finales y retocan ciertos principios para que la nueva Constitución quede lista para entrar en vigor.

Así, con la satisfacción del deber cumplido, aquéllos hombres llegan por fin a la culminación de su obra. El 22 de octubre de 1814 amanece, pleno de luz y de alegría, en el pueblo adicto de Apatzingán ; a decir verdad, es la fecha más luminosa de la insurgencia : a medida que el día avanza, brilla más intenso el sol de la libertad. Los historiadores dirán que esa fecha marca el principio de nuestra vida institucional.

Basta con darle vuelta a las hojas del calendario para comprobar que han transcurrido justamente doce meses y treinta y nueve días, entre penalidades sin cuento por una geografía difícil, desde aquel 13 de setiembre de 1813 en que el Congreso inicia oficialmente sus actividades en Chilpancingo, hasta ese 22 de octubre en que ven, por fin, coronada su obra y realizados sus propósitos. ¡Cuántos hechos y sucedidos no se han registrado en poco más de un año de peregrinar día y noche por los rumbos insurgentes de la Patria! Pero, a Dios gracias, no han sido en vano tantos desvelos y sacrificios : la Constitución es el fruto de sus esfuerzos y debe ser promulgada con la solemnidad que requieren las circunstancias.

*

El 22 de octubre de 1814 es, en Apatzingán, día de júbilo y animación : desde temprana hora, todo el mundo está en pie para ser protagonista o espectador en las ceremonias. Es para todos día de estreno : los chicos andan felices en las calles, los soldados forman arreglados en la plaza, los jefes y oficiales lucen uniformes nuevos, las mujeres visten sus mejores prendas y los hombres del pueblo estrenan camisa y calzón de manta.

Morelos ostenta sobriamente su uniforme de general ; calza lustrosas botas, se mantiene erguido y austero, como testigo mayor de tan singular acontecimiento. Pese a su carácter tan reservado, se deja contagiar por el júbilo imperante y da rienda suelta a sus emociones. « El grave y circunspecto Morelos —apunta don Carlos María Bustamante—, aquel hombre cuyas miradas aterrorizaban a sus enemigos aun cuando lo tenían asegurado entre grillos y cadenas, depuso su natural mesura y, cual otro

Epaminondas que en el dulce solaz de sus amigos toma la flauta y los recrea con sus sones, éste, vestido de gran uniforme, danza en el convite, se hermana con todos, los abraza, se regocija con ellos y confiesa que aquel es el día más fausto que ha gozado en su vida. »

La ceremonia alcanza solemnidad indescriptible. Primero se celebra una misa en acción de gracias, y luego, ante el silencio y la expectación general, don José María Liceaga, Presidente del Congreso, se pone de pie y dice con voz enérgica y bien timbrada : « Juro guardar y hacer cumplir el Decreto Constitucional para la Libertad de la América Mexicana que con esta fecha sancionamos solemne y religiosamente. » En seguida, con el brazo extendido, los demás diputados hacen idéntico juramento. Tras de cantarse el tedéum, se inician las salvas, los repiques y los gritos a voz en cuello : todo el mundo llora o grita de alegría y los corazones se incendian con el fuego del fervor patrio. ¡Desde Apatzingán, nace un nuevo día bajo una nueva ley para una Patria nueva!

A mediodía, jefes y oficiales departen en la misma mesa : abundan la buena comida y los brindis de euforia republicana. Por la tarde, y hasta muy noche, sigue la fiesta en grande ; todos se sienten felices y satisfechos porque están seguros de que ese documento que acaba de sancionarse marcará la ruta ascendente de la República.

Los nombres que suscriben ese Decreto —Constitución de Apatzingán habrá de llamarse en lo futuro— definen por sí mismos el significado histórico de esa fecha. Son ellos los primeros diputados del país —autores sinceros de nuestro primer ensayo democrático— que traducen en disposiciones legales nuestros anhelos de libertad, progreso y superación. Aunque no fueron electos conforme a la libre emisión del voto, representaron y representan la voz y los sentimientos de esas provincias mexicanas que, en forma simbólica y progresiva, empezaron a integrar nuestra imagen republicana.

He aquí la lista de aquellos legisladores que supieron honrar, con su vida y su pensamiento, tan alta investidura : José María Liceaga por Guanajuato, José María Morelos por Nuevo León ; José Sixto Berduzco por Michoacán ; Manuel de Aldrete y Soria por Querétaro ; Francisco Argándar por San Luis Potosí ; Antonio José Moctezuma por Coahuila ; José María Ponce de León por Sonora ; Cornelio Ortiz de Zárate por Tlaxcala ; José Sotero Castañeda por Durango ; José María Cos por Zacatecas y José Manuel Herrera por Tecpan.

Trémulo el pulso y húmedos los ojos, todos ellos estamparon sus firmas en el libro de actas y en el manuscrito de la Constitución ; firmaron también, como secretarios, Remigio Yarza y Pedro J. Bermeo. No aparecen las rúbricas de los diputados Ignacio López Rayón, Andrés Quintana Roo, Carlos María Bustamante, Antonio Sesma y Manuel Sabino Crespo, por estar ausentes unos y enfermos otros ; pero se hace constar que todos ellos contribuyeron con sus luces a redactar el decreto constitucional y acatan, sin reservas, el contenido de sus disposiciones.

Todos ellos merecen, pues, el reconocimiento y la gratitud del país, porque supieron colocarse a la altura de su tiempo para dar forma legal a esos sentimientos republicanos que tan profundamente habían de arraigar después en la conciencia nacional.

El 23 de octubre los diputados lanzan un manifiesto en Apatzingán para explicar a sus conciudadanos las peripecias y penalidades que han sufrido para llegar al feliz término de sus tareas, persuadidos de que el resultado de sus esfuerzos merecerá el aplauso y la gratitud de los patriotas o les conciliará, por lo menos, su indulgente consideración. ¡Vaya que si se las han visto negras para dar cima al magno proyecto legislativo! Sin embargo, no se jactan de haber hecho una obra perfecta ; antes bien, ofrecen con modestia el fruto de sus desvelos y esperan confiados el juicio de la posteridad. Rematan, por lo tanto, su espontánea declaración con estas palabras : « Sabios compatriotas : penetraos de nuestra buena fe, penetraos de nuestro celo ; y compadecidos de nuestra ignorancia, ayudadnos con vuestras luces para que, rectificándose nuestros conocimientos, enmendemos los errores en que hayamos incidido y precavamos de hoy en más nuestros desaciertos involuntarios. »

*

El decreto consta de 242 artículos distribuídos en 22 capítulos y divididos en dos grandes partes : una que se refiere a los principios constitucionales y otra que establece la forma de gobierno. Basta con releer el texto en su impecable original para sacar en limpio la síntesis expresiva que lo define.

La religión católica, apostólica y romana es la única que debe profesar el Estado. La soberanía consiste en las facultades de dictar leyes y establecer la forma de gobierno que más convenga a la sociedad ; radica en todos los ciudadanos y reside originalmente en el pueblo. Pero su ejercicio se encomienda a la representación nacional compuesta de diputados electos democráticamente.

Ninguna nación tiene derecho para impedir a otra el uso libre de su soberanía. El título de conquista no puede legitimar los actos de la fuerza ; el pueblo que lo intente debe ser obligado por las armas a respetar el derecho convencional de las naciones.

Las funciones públicas se realizarán por medio de tres poderes : legislativo, ejecutivo y judicial ; pero jamás deben ejercerse por una sola persona ni por una sola corporación. Son tres las atribuciones de la soberanía : facultad para dictar leyes, para hacerlas ejecutar y para aplicarlas a los casos particulares.

Se reputan ciudadanos los nacidos en esta América. También se considerarán como tales los extranjeros radicados en este suelo, si profesan la religión católica y no se oponen a la libertad de la nación. Los transeúntes gozarán de protección y seguridad, con tal que reconozcan la soberanía de la patria.

La ley es la expresión de la voluntad general en orden a la felicidad común ; debe ser igual para todos y todos deben someterse a ella. La felicidad del pueblo y de cada uno de los ciudadanos consiste en el disfrute de la igualdad, seguridad, propiedad y libertad. La conservación de estos derechos es el objeto de las instituciones públicas y el único fin de las asociaciones políticas. La seguridad de los ciudadanos consiste en la garantía social que fija los límites del poder y la responsabilidad de los funcionarios.

Ningún ciudadano deber ser juzgado ni sentenciado sino después de haber sido oído legalmente. El domicilio es inviolable y sólo se podrá penetrar en él por mandamiento judicial. Todos los individuos tienen derecho a adquirir propiedades y disponer de ellas a su arbitrio, pero sin contravenir la ley. Nadie podrá ser privado de sus legítimas pertenencias sino cuando lo exija la necesidad pública y sin perder el derecho a una justa compensación. Las contribuciones públicas no son extorsiones de la sociedad, sino donativos de los ciudadanos para su propia defensa y seguridad. La instrucción es necesaria a todos los individuos y debe ser favorecida por el Estado para enaltecer el nivel intelectual de la población. La libertad de hablar, discurrir y manifestar sus opiniones no debe restringirse en ningún momento, a menos que ataque el dogma, turbe la tranquilidad pública u ofenda el honor de los ciudadanos.

Mientras se hace una demarcación más exacta, se reputarán provincias de la América Mexicana a Puebla, México, Tlaxcala, Veracruz, Yucatán, Oaxaca, Tecpan, Michoacán, Querétaro, Guadalajara, Guanajuato, Potosí, Zacatecas, Durango, Sonora, Coahuila y Nuevo Reino de León ; pero ninguna de ellas podrá separarse de las otras en su gobierno.

Habrá tres grandes corporaciones : el Supremo Congreso Mexicano, el Supremo Gobierno y el Supremo Tribunal de Justicia. Las tres residirán en un mismo lugar y sólo podrán separarse, cuando las circunstancias lo requieran, por el tiempo y la distancia que acuerde el Congreso.

Los diputados durarán en su mandato dos años ; serán inviolables en sus opiniones, pero podrán ser sujetos a juicio de residencia. El Congreso se integrará democráticamente y tendrán derecho al sufragio los mayores de 18 años, siendo solteros, o antes siendo casados. En el proceso electoral intervendrán las juntas de parroquia, las juntas de partido y las juntas provinciales, de acuerdo con el procedimiento señalado para el efecto.

El Congreso tendrá las siguientes atribuciones : calificar la elección de sus propios miembros ; elegir a los integrantes del Supremo Gobierno y del Supremo Tribunal de Justicia ; nombrar los representantes del

servicio diplomático ; designar los generales de división ; sancionar, interpretar y derogar las leyes ; decretar la guerra y los tratados de alianza y comercio con las demás naciones ; dictar ordenanzas para el ejército y milicias nacionales ; establecer contribuciones e impuestos y el modo de recaudarlos ; acuñar moneda, favorecer la industria, aprobar los reglamentos de policía ; hacer efectiva la responsabilidad en que incurran sus propios miembros ; expedir cartas de naturalización y todas las demás que expresamente se le concedan.

El Supremo Gobierno se compondrá de tres miembros y tendrá las siguientes atribuciones : publicar la guerra y ajustar la paz ; celebrar tratados de alianza y comercio con las naciones extranjeras, previa aprobación del Congreso ; organizar los ejércitos y milicias nacionales ; formar, ejecutar y distribuir los planes de operaciones y tomar cuantas medidas estime conducentes para la tranquilidad del país ; atender la fabricación de armamentos ; nombrar y suspender a los empleados públicos y hacer que se observen los reglamentos de policía.

El Supremo Tribunal de Justicia se compondrá de cinco miembros y tendrá las siguientes facultades : conocer de las causas formadas contra determinados funcionarios públicos ; fallar los recursos de fuerza de los tribunales eclesiásticos y las competencias que se susciten entre los jueces ; aprobar o revocar las sentencias de los tribunales subalternos y conocer, en fin, las causas civiles y criminales que determinan las leyes.

Tales son, a grandes rasgos, las disposiciones fundamentales del Decreto de referencia. De tan somero análisis se concluye fácilmente que los tres poderes quedan, de hecho y de derecho, sujetos a la autoridad suprema del Congreso. Son tan omnímodas sus atribuciones y facultades, que casi nada se realiza sin su previo consentimiento o intervención. Parece como si el Decreto hubiera sido sancionado especialmente para afianzar hasta el máximo su autoridad.

*

Mientras tanto, amanece un nuevo día en los confines de la Nueva España. Es el 24 de octubre de 1814, año quinto de la independencia mexicana, en el pueblo insurgente de Apatzingán. Dos días antes, como está dicho, ha sido sancionada por el Congreso la primera Constitución. Ahora van a promulgarla los tres miembros del poder ejecutivo para que rija los destinos del país, en tanto llega la hora en que la nación, libre de los enemigos que la oprimen, pueda dictar un nuevo ordenamiento. Tendrá, pues, vigencia transitoria y por eso se le denomina oficialmente *Decreto Constitucional para la Libertad de América Mexicana.*

Liceaga, Cos y Morelos se reúnen ese día en la modesta casa que ocupa el Supremo Gobierno en Apatzingán, con objeto de estampar sus firmas al final de tan importante documento. Los tres titulares ejecutivos mandan y disponen que se publique y circule por todos los caminos de la insurgencia para que las autoridades civiles, militares y eclesiásticas lo guarden, cumplan y ejecuten en todas y cada una de sus partes. El original ha sido limpia y cuidadosamente manuscrito por don Remigio Yarza, e su carácter de secretario de gobierno, para que sirva de modelo y quede como constancia de patriotismo en los siglos venideros.

Y así, con los buenos deseos de sus autores y los nobles auspicios de sus promulgadores, el Decreto inicia su peregrinar por las veredas y los caminos reales, donde a diario se cruzan indios con criollos y blancos con mestizos para medir el peso de sus armas y el contraste de sus fisonomías. ¡Sólo Dios sabe la suerte que le espera y el destino que va a correr! Pero venturoso o desgraciado, triunfante o perseguido, ese Decreto andante va a significar la existencia de un pueblo en armas y de una nación en marcha hacia las metas de libertad que le sugiere el porvenir.

Tan luego como se conoce el texto decretado en Apatzingán, el gobierno virreynal pone el grito en el cielo. ¿Qué diablos se proponen con ese ordenamiento Morelos y sus secuaces? Calleja no puede permitir que los insurgentes desconozcan sin más ni más la autoridad del Rey de España y la Constitución de Cádiz de 1812. No debe tolerarse esa herejía, porque ese Decreto subversivo puede provocar perniciosos efectos

al circular impunemente. Hay, pues, que proceder con energía y prontitud para desvirtuar su nefasta influencia.

Calleja pone manos a la obra y publica de inmediato un bando imponiendo terribles penas a quienes se les encuentre la Constitución o contribuyan en alguna forma a favorecer su circulación. Prohibe terminantemente que en lo sucesivo se llame insurgentes a los rebeldes, a quienes debe calificarse mejor como traidores. Ordena a los ayuntamientos que levanten una acta en que conste que en manera alguna han autorizado a los llamados representantes del pueblo mexicano para firmar con tal carácter la llamada Constitución de Apatzingán.

Pero Calleja va más allá : para hacer honor a su investidura, ejecuta un acto inquisitorial en la plaza mayor de la capital de la Nueva España, en cuyo centro se alza la estatua ecuestre de Carlos IV. Cerca del monumento, se levanta un gran tablado y se coloca en un dosel el retrato de Fernando VII, en señal de respeto y acatamiento. El verdugo quema públicamente varios ejemplares del Decreto insurreccional como prueba de exterminio y condenación, mientras el ceñudo Virrey presencia la escena desde uno de los balcones del suntuoso Palacio que habita.

La Iglesia, por su parte, se apresura a condenar el Decreto de marras a través de un edicto que publica el cabildo eclesiástico para imponer la pena de excomunión a quienes lean o tengan en su poder ley tan abominable. Y para anular su influencia, ordena a todos los curas seculares y regulares que combatan los principios contenidos en ella, pese a que entre ellos figura el relativo a la religión católica que debe profesar el Estado. A los pocos días, el Tribunal de la Santa Inquisición confirma las mismas penas y amenaza de muerte y excomunión a los que desobedezcan sus inapelables designios.

Así trata el gobierno virreynal de dejar sin efectos el Decreto de Apatzingán. Inútil empeño y vanas medidas : el texto constitucional circula impreso de mano en mano y va por las ciudades, pueblos y rancherías del interior de la Nueva España predicando los postulados independientes. En vano tratan de detenerlo porque el Decreto vuela de un lado a otro con la ayuda y complicidad de los patriotas, que lo ven como símbolo de libertad e independencia.

*

Va a ser objeto de críticas y censuras ; pero a pesar de todo, el Decreto cumplirá su cometido. Quizá no llegue a tener la aplicación práctica que desearían sus autores ; pero al menos traduce los ideales de la insurgencia y perfila el nacimiento de nuestras instituciones republicanas. En cierto modo, encierra la imagen de la naciente Patria y apunta el destino futuro de la nación.

En rigor, el Decreto dista mucho de ser lo que quiso Morelos y difiere considerablemente de las ideas que con profética claridad esbozó ante el Congreso de Chilpancingo. El Decreto constituye, en cierto modo, un obstáculo para el triunfo del movimiento independiente y ni siquiera hay tiempo de vigilar su cumplimiento y asegurar su vigencia plena, empeñados como andan sus patrocinadores en ganar con las armas el derecho a ser libres y a vivir con tranquilidad.

Se van a enderezar críticas y ataques contra el Decreto para subrayar sus errores y deficiencias ; pluma en ristre, historiadores y juristas van a endilgarle los más gruesos calificativos para hacer notar sus imperfecciones. Pero habrá también voces autorizadas que harán su defensa y apología para exaltar sus méritos y aciertos. Bastan cinco testimonios de historiadores consagrados para confirmar lo dicho.

« La Constitución de Apatzingán —escribe don Julio Zárate— no es un conjunto de principios prácticos de gobierno ; es más bien una condensación de declaraciones generales ; es la teoría de la revolución colocándose frente a frente del hecho : el despotismo brutal arraigado en la Colonia en el transcurso de tres siglos. Pero fulgura en ella el espíritu moderno con toda la majestad del derecho y de la justicia. Y como ningún ser puede manifestarse sino por los elementos que en sí contiene y que constituyen la gran palabra que venía a confirmar la existencia de un pueblo, proclamaba los derechos del hombre como la base del objeto de las instituciones sociales. »

B.D.I.C

« Este documento —apunta don Lorenzo de Zavala— es como otros muchos, cuyo único mérito era el de haber fijado algunas ideas generales de libertad y aparecer como un código dado a la nación mexicana, que parecía con esto tomar una existencia política que no tenía. » Por su parte, Alfonso Teja Zaber se expresa así : « El Congreso de Chilpancingo cumplió los deseos de su iniciador, desenmascarando a la revolución y constituyendo de un modo formal la personalidad de la nación. Cuando el paladín quiso consolidar su poder y concentrar todas las energías dispersas, vinieron los clérigos y los abogados, los músicos y los líricos de la revolución a estorbar el impulso de su brazo armado con el mecanismo de una constitución imposible. Sin embargo, los constituyentes de Apatzingán no merecen reproches porque obedecieron a su conciencia patriótica y su espíritu era el fruto de la cultura de su tiempo. »

« La experiencia —afirma don Lucas Alamán— no pudo servir para calificar el mérito de las instituciones que pretendieron dar a la nación los legisladores de Apatzingán, pues las circunstancias no permitieron que se llegasen a plantear, ni el estado del país era tal que pudiese permitir ningún género de gobierno regular en el completo desorden y anarquía en que todo él estaba, y así sólo hemos podido formar algún juicio de aquella constitución comparativamente, por los resultados que otras han producido. » He aquí, finalmente, el juicio de don Justo Sierra : « Como los marinos que a punto de naufragar invocan al cielo con todo el ímpetu de sus almas indomables, aquellos primeros padres de la República se asían de sus creencias religiosas como de una tabla de salvación ; cuando ellos decían Dios y Patria, merecían toda la fe de su conciencia y todo el amor de su corazón : hijos de este siglo que muere escéptico, desilusionado y frío hasta en su médula, sepamos respetar y admirar a los que identificaron su fe y su esperanza en una religión sola, hasta en las gradas del cadalso. »

BARAJA LLAMADA DEL MANTEGNA

EL NADAISMO : UNA NOVEDAD LITERARIA COLOMBIANA

Hace algún tiempo los nadaístas colombianos vienen provocando la atención pública. El creador de esta escuela literaria ha sido gonzaloarango, autor de poesías, ensayos, cuentos y obras de teatro. Los nadaístas creen en nada, se preocupan por nada, y con nada hacen ruido. La íntima contradicción en que se debaten está en que para ellos nada es algo. Han quemado en la plaza sus libros, y la hoguera no se ha apagado cuando ya están escribiendo otros. Lo que hay de característico en el movimiento —y quizás de revelador— es su fe en nada. De gonzaloarango dos obras de teatro cuando menos, merecen la atención : Nada bajo el cielo raso *y* El H. K. III. *Los artículos de gonzaloarango y de Héctor Rojas Herazo, así como el poema que sus autores nos han enviado para* Cuadernos *hablan con mayor claridad sobre el tema que cuanto podamos decir nosotros.*

GONZALOARANGO

La poesía nadaísta

Muchos años ha, un poeta llamado Lautréamont definió la poesía como el encuentro de un paraguas y una máquina de coser.

¿En qué forma y con qué resultados se realiza hoy este encuentro de dos cacharros que dan origen a lo poético?

Sólo sabemos que esta belleza nueva no tiene la culpa de ser así, y no se excusa por ser tan *antibella*.

No es para almas platónicas, equilibradas, ni razonables. No tiene nada que ver con la nostalgia de un mundo mejor, ni con el sueño de otro mundo. Se instaló en su tiempo porque era allí donde tenía que instalarse, bajo cielos de dolor, brutalidad y agonía.

Esta belleza se acerca más a la confusión que al orden, a la morbosidad que a la salud, a la locura que a la razón. Y es por una causa objetiva : la subjetividad del siglo está trastornada, roto el viejo orden del Universo, devaluadas sus tablas de valores absolutos, finita la concepción espiritualista del hombre y de las cosas.

La Historia está en liquidación. Se traslada con sus cacharros axiológicos y sus utensilios inútiles, y pone en manos del impostor más fuerte las mejores tradiciones del espíritu, los bellos dones del alma, sus éxtasis, su soledad, sus libertades adorables y sus glorias.

La Historia ya no evoluciona, sino que salta como un cangrejo loco contra el ritmo de las olas del tiempo. Su frenesí no indica que progresa en sus saltos mortales. La evolución es un movimiento continuo, constructivo. Pero la Historia contemporánea se lanza de guerra en guerra en busca del progreso, inútilmente.

La guerra no es la revolución.

Las crisis del alma que antes fueron nobles e invisibles, se miden hoy, se pesan, se calculan en aparatos electrónicos : esas viejas desesperaciones metafísicas. Las místicas elaciones, se han convertido en neurosis, epilepsia, terrores producidos por violencias físicas y coacción en las almas. En el fondo de esas almas oprimidas, innumerables fuerzas rivales luchan por una desconocida supremacía.

La guerra está en las almas en forma de pasiones e idealismos contradictorios que no terminan por adherirse a una fe de salvación, o a un ideal sobre nuestra oscura realidad. Y esas fuerzas frustradas pe-

recen en la lucha, en la hostilidad, para abdicar finalmente a las orillas del nihilismo.

La respuesta del poeta a este estado de zozobra y perpetua insensatez, es una imagen de belleza iracunda, apocalíptica, fiel reflejo de los sucesos y del caos en que estamos sumergidos.

La nueva poesía no se disculpa ni ante una tradición promulgada como dogma de belleza absoluta, ni ante la hostilidad de las almas que se resisten a perder el prestigio del mito clásico y romántico.

¿Quién se disculpa por estar vivo?

La poesía es así, como la vida : visceral y animada como un organismo cuya raíz se hunde en las convulsiones, y crece respirando el aire envenenado del siglo hacia un cielo sin salvación. Crece hacia el cielo, pero ella misma es el infierno.

El poeta de hoy está desamparado como buscador de imágenes para crear un mundo unificado. Busca su guía entre signos paradójicos, alucinantes, derrotas y delirios. Pocos espíritus responden hoy a su mensaje. El alarido ha desplazado el silencio donde el hombre se reconcilia con su naturaleza más durable y más pura : el silencioso diálogo de las almas con su destino.

Esta poesía no es rara, o lo es en la misma medida en que lo es nuestro tiempo. Es nueva, sencillamente. Asume el partido del espíritu a nombre del cual se expresa y se rebela. En todo caso, su razón de ser consiste en no someterse a la burda dominación del pragmatismo heroico, y resistir a sus mortales enemigos de la Razón Civilizada.

Denota otra sensación del mundo : un cambio de cielo, y un cambio en la mirada del cielo.

Cada poeta, en cada tiempo y lugar, percibió de otra manera el fenómeno singular de su existencia. La poesía es la respuesta de esa percepción.

No se le reprocha a Cristo, a Esquilo, a Dante, a Goethe, la fastuosa inspiración de sus respectivos universos poéticos. Ellos reseñaron con fidelidad irrecusable una rebelión metafísica, el tránsito del hombre por esta tierra hacia su propio cielo de salvación. Captaron el viejo misterio siempre nuevo del hombre ante el Universo y ante sí mismo.

Cada generación tiene su turno para expresarse en términos de rechazo o reconciliación con el mundo humano y el divino, con la Libertad o con el Destino.

Por eso, es mala fe, dogmatismo estético, sacrificar una expresión de belleza nueva por su contraste con la anterior. No pueden ser idénticas porque su inspiración les llega de infiernos desiguales, aunque bien pueden inspirarse en manantiales de tradiciones vivas, purificadas en el fuego de distintas podredumbres.

El mundo cambia, la Historia se moviliza, y la belleza se desplaza con estas evoluciones.

La ciencia ha robado su encanto al Misterio del Cosmos. Los cielos ya no son objetos arcanos de inspiración. La cortina Azul, y el más allá de la intuición metafísica han sido develados. Todo era humano, y en el más allá no habitaban los dioses. El conocimiento ha entrado triunfante en la belleza de la realidad misteriosa.

Los territorios invisibles y la adivinación de las estrellas han sido descubiertos por un sencillo binóculo de larga vista. La fantasía y el mito no son ya fantasmas de la imaginación, sino certidumbres maravillosas de los sentidos. Y del espacio lejano han retornado los astronautas para referirnos la aventura de su conquista y declarar la cesación del milagro en un comunicado de sencilla objetividad lírica :

« *La Tierra es una bolita azul con tempestades.* »

El prestigio de los cielos ha entrado en decadencia. Sus valores de inspiración son relativos, y en adelante ingresarán en el dominio de una inspiración nostálgica y marchita.

Gagarín, el Prometeo moderno, ha robado de nuevo el secreto a los dioses insumisos, y la luz a los cielos arcanos. El conocimiento humano se ha enriquecido con una verdad atea : ¡La tea de Zeus ya no ilumina la leyenda de los cielos : estos están poblados de vacío, silencio, soledad y estrellas!

Se nos han revelado otros cielos invisi-

bles, pero reales y de enorme belleza. El hombre ya no es un desconocido, ni un actor perdido entre sus decorados. Su conocimiento de sí mismo se eleva en proporción al conocimiento del universo que habita.

La luna y el lunik ; los astros y los astronautas ; el polaris y la estrella polar, están en la misma órbita del hombre. Y el poeta fundirá en su canto la sombra y la luz de estas bodas entre la ciencia del cosmos y la poesía cósmica.

Nuestro siglo no es menos hermoso, aunque sus descubrimientos nos asombren, y a veces humillen la razón inocente y el corazón espontáneo : la relatividad del Infinito no es menos admirable que la libertad soberana de la imaginación. La grandeza del alma consistirá ahora en descubrir la belleza en la contingencia, y la eternidad en lo perecedero.

Si los dioses nos abandonaron, peor para los dioses. La soledad de los cielos está llena de promesas humanas, y la Tierra es el porvenir del hombre, su alegre morada y su reposo.

Nada termina nunca, nada empieza. Todo es presencia. Todo existe en trance de revelación. También lo que no existe, existe en las posibilidades infinitas de la Nada. Y la belleza es inextinguible para nombrar el nuevo rostro de las cosas. Pues la belleza no es eterna sino en la medida en qué muere para vivir : se eclipsa con la palabra, y resuscita del silencio, del que recobra su energía creadora. Invoca la verdad y los mil rostros de la vida, y es efímera como el dolor o la dicha.

En la continuación del debate nunca terminado entre la naturaleza y el espíritu, el poeta tiene la última palabra, pues oficia doblemente a la verdad y a la vida en su condición definitiva de la Tierra y el Cielo, de la realidad y el mito, redentor y crucificado a la vez.

El poeta poetiza para volverse Dios, sin dejar de ser hombre. En su oficio se saludan el Espíritu Santo y el espíritu de la vida. El Paraíso perdido vuelve a ser recuperado por la inocencia de su canto, el exilio termina, y... « lleno está de méritos el hombre, mas no por ellos, sino por la poesía, hace de esta tierra su morada » (Hölderling).

El prestigio de la palabra nunca está cancelado. Resucita de las tumbas y de sus viajes por las tinieblas, y regresa a la luz del sol, fiel a su misión de comunicar lo incomunicable, y dar sentido a lo inexplicable. Ella da testimonio de lo que hay bajo el cielo y detrás de la muerte. Vive con los hombres y para ellos.

Por eso, la poesía es aquello que intenta lo imposible : certifica que este mundo es el mejor de los mundos posibles, y el único. Aquí el poeta se vuelve Divino y sucesor de Dios, quien ha creado el Universo para que el poeta lo explique. Y el poeta triunfa sobre el absurdo o se enloquece.

Dios, al crear el mundo, ha triunfado sobre la Nada, y fracasado ante el Ser. Tal acto reúne su omnipotencia y su impotencia. Por eso eligió al poeta para que la Creación no quedara en el caos, no siendo nada, pero tampoco siendo Ser. Y su misión es lograr la alianza entre el Ser y la Nada, y triunfar en la unidad.

Por eso, la función de la auténtica poesía, no es otra que reclutar los seres a la existencia.

Quizás Dios se ponga celoso de esta tarea que es poner a existir el Ser, y hacer humano el Universo Divino. El mito nos relata que, por esta osadía, el poeta Prometeo fue condenado.

Poesía fue siempre y también es hoy, vida y libertad. No es otra la misión del poeta : asegurar la vigencia de estas dos palabras en el mundo de la opresión y de la muerte.

HECTOR ROJAS HERAZO

El Nadaísmo frente a la desesperanza burguesa

En principio, la expresión externa del Nadaísmo suscita la burla, la curiosidad, e incluso la conmiseración de la sociedad.

La mayoría no alcanza a explicarse qué finalidad, distinta a la de una travesura sin consecuencias, puede tener esta bisutería de orillos, calaveras, olletas con flores y sarcasmos antiacadémicos que estos jóvenes esparcen en las conversaciones de café.

Es más : para algunos escepticismos más o menos funcionales, todo esto tiene un candoroso sabor anacrónico en medio de una burguesía que parece muy bien vacunada contra toda clase de virus espirituales.

Esta es, a grandes rasgos, la posición del Nadaísmo. Y, en el fondo, el único candor, de existir alguno, emana de quienes sonríen bondadosamente ante aquellos desplantes.

Porque el Nadaísmo no es un fenómeno de generación espontánea. Es, por el contrario, una inconformidad expresada. Y esto es serio y grave. Y encierra una posibilidad de dramáticas consecuencias para todos nosotros.

El Nadaísmo es la expresión típicamente colombiana de un malestar universal. El mismo que ha hecho posible a los « beatniks » en la desolación de las urbes norteamericanas, a los « angry young men » en la Gran Bretaña, y el que ha hecho posible el patetismo confesional de Jean Genet, y los azufrados brotes de la muchachada rock-androllista en los dancings y los cafetines bohemios de París y Berlín.

Quienes miran en el Nadaísmo colombiano un plagio de los « jóvenes indignados » de Londres, por ejemplo, no han seguido el proceso con el interés que merece. No se trata de plagio. Se trata, repito, de una onda de intranquilidad espiritual, típica de nuestro tiempo, que ha arribado, como forzosamente tenía que suceder, a nuestro solar colombiano.

Lo que a nuestro turno nos interesa esclarecer es en qué radica esa intranquilidad y cuáles son los factores sociales que la han hecho posible. Lo demás, seguir empeñados en la sordera y en la burla, es una actitud cobarde por elusiva, y desafortunada por lo que ella implicaría de inmerecimiento de este momento que vivimos.

El Nadaismo fue, hasta hace poco, una especie de larva de aburrimiento. Nuestros jóvenes vivían en el tedio sin tener la lucidez del tedio. Y el tedio es ese aire, enrarecido y morboso, que despide la multitud atenazada por el Leviatán capitalista.

Estos muchachos que ahora oscilan entre los quince y los treinta años, llegaron a la vida, como toda juventud, cargados de esperanzas. Venían de lejos desde los orígenes del hombre, con derecho a crecer, a destruírse como cumple en este juego de la existencia, pero con una íntima y profunda alegría. Y se vieron, de manos a boca, con un mundo prefabricado, con un cartabón vital donde, incluso, la risa y el asombro estaban previstos, cristalizados, cortados a la medida de una vasta y monstruosa emasculación de los instintos.

El ímpetu adánico quedaba, pues, frustrado definitivamente. Este y no otro era el programa que se les ofrecía. Esta y no otra, era la vida que debían vivir en medio del olor a gasolina y la triste penumbra de las alcobas, y la melancolía de las avenidas, las universidades y los parques.

El amor, el amor poderoso y animal, el entusiasmo de la sangre, la virilidad y el apetito del ser quedaban desterrados en esta etiqueta de la derrota.

Amanecer un lunes para esperar un sábado. Ver llover, o ver evaporarse los edificios, los rostros y las hojas bajo la luz del día, sin tener una fuerza interna de que

disponer, sin poder variar este monótono ritmo de la máquina, y el Estado policial aniquilando las células y pulverizando la conciencia en el rito de un ingente y absurdo sacrificio.

¿Qué queríamos entonces como resultante colectiva de esta juventud? ¿Qué podíamos esperar de ella en un mundo donde el acto cotidiano, la desesperación cotidiana, consiste en ir a un determinado sitio de la ciudad, a una determinada hora del día para usar una determinada, una urbanizada porción de nuestra alma?

¿Querríamos, por ventura, de ella, un conformismo goloso, un sensual estatismo, o, peor todavía, un voluntario y ominoso suicidio?

Pero, afortunadamente, para ellos y para nosotros, el secreto de la juventud radica en su fuerza impulsiva y en su capacidad de transfiguración.

Toda juventud es siempre, siempre, la madrugada del hombre. Por ella es posible prolongar el misterio de la creación. Y el deber de esta juventud ha sido la rebeldía.

No han podido, como es lógico, destruir con sus hombros este horrible edificio con salas de espera y rincones bancarios en que vivimos. No han podido tomar a cada burócrata en particular y estremecerlo como un arbusto viejo para que de él caiga toda la pesadumbre de su hojarasca y de sus frutos podridos. No han podido coger al notario por el pelo y revolcarlo en el vasto lodo de sus escrituras. Ni tampoco han podido santificar a la ramera, ni resucitar al ángel que ha sido sepultado meticulosamente en el corazón de cada prestamista.

Nada de eso han podido hacer estos jóvenes. Es la nuestra una sociedad « ancianizada » en la hipocresía, en el esguince, en la penumbra de sus formas. Pero si no han hecho eso, si no le han dado a este andamiaje el empellón que merece, empiezan en cambio a construir una vasta acusación, un poderoso reproche con sus sílabas de amargura. Ellos vienen a preguntar por el hombre. A removerle sus aguas profundas. A quitarle la máscara que sobre él ha puesto una conformidad parecida al infierno.

Porque el hombre, el auténtico, el que tenemos derecho a ser cada uno de nosotros —parecen gritarnos estos adolescentes—, tiene que asumir victoriosamente la orgía de sus servidumbres.

Está aquí, en la tierra, como una lámpara, y, sin embargo, vive apagado. No sabe del saludo, del terror, ni del orgasmo. Ha falsificado el beso, y la palabra ha cancelado para él los registros de la ternura.

Por eso estos jóvenes aman la música, la velocidad y el peligro. Por eso emerge a la superficie de su boca la procacidad y el desvío. En el fondo están buscando, en medio de nosotros y para nosotros, el olvidado frenesí.

Tratan de revivir el sentido danzario y maravilloso de la vida. Tratan, en suma, de que aún merezcamos la Tierra, que es la forma más certera de merecer la esperanza.

El « Primer Manifiesto Nadaísta » de Gonzalo Arango es breve y exacto como una ecuación. Es la suya una prosa militante y dura, dispuesta a daren los objetivos previstos. Aparentemente ese programa carece de fórmulas aglutinantes. Aparentemente aquellas cláusulas sólo sirven para tejer una red analítica donde aprisionadas vienen en apabullante promiscuidad muchas de las consignas que hasta el momento han servido para mantener la vigilancia del hombre sobre sus compromisos políticos, morales y estéticos.

Se siente en esa prosa el hálito, metafísicamente aterido, de quienes en otras latitudes se han acercado a los vastos glaciares del ser, a esas comarcas polares donde la conciencia sólo puede toparse con la muerte, la soledad, el espanto de ser frágiles, y sin embargo, absolutos.

Se aprecia, en suma, que quien ha escrito estos Manifiestos ha vivido en un ascetismo cogitativo tendiente a explicarse y a explicar su circunstancia.

Esto nos indica que el Nadaísmo tiene un eje intelectivo sobre el cual asentar la dinámica de una acción.

Pero el Nadaísmo parece aspirar a rebasarse a sí mismo. Pues con todo lo que encierra como plan de lucha, como esfuerzo de recreación, y como conducta de la inteligencia, lo que de él atrae no es precisamente lo que explica sino lo que sugiere

Todo lo que él encierra como punto de partida de una acción particular.

Asistimos, pues, a un proceso que se explica creciendo. A algo que se hace posible en la medida de su necesidad de expansión. Tal vez como en ningún otro de nuestros movimientos, en el Nadaísmo debe cumplirse una función aluviónica.

Por inercia, por larvados apetitos, se irán depositando en su cauce una serie de fuerzas insospechadas que le darán un empuje y un esplendor sin antecedentes. Y esto es hermoso.

Quienes un día se reunieron en una mesa de café a hablar sobre todo esto, contra esta cosa vaga, extraña y presionante que llamamos un ambiente, una circunstancia con nombre propio, no podrían, hubiera sido imposible prever las consecuencias generales de su acción.

El Nadaísmo, por ello mismo, vive en germen en cada uno de nosotros. Aún en aquellos que, aparentemente situados en una orilla opuesta, lo han hecho posible.

Lo importante de esta juventud es su « asumimiento », su virilidad para padecer en carne propia un pecado que pertenece a las anteriores generaciones.

Cuando Gonzalo Arango nos exhibe su derrota y sus equivocaciones no está haciendo patetismo barato o proselitismo por la ignominia. Lo que está haciendo es una síntesis propiciatoria de lo que somos todos nosotros. Y la sociedad ni puede ni debe crisparse ante su actitud. Debe, a su turno, asumirla con hombría colectiva. Debe aceptar la lección que este hombre acaba de ofrendarle.

Porque este nadaísta se ha despojado de sus verdades, de sus enlutadas y amargas y trágicas verdades de hombre existente, con el único y exclusivo objeto de hacer una radiografía, en el orden individual, único en el cual se logran los mayores efectos, de lo que somos como comunidad lacerada.

Sí, así somos realmente. Con las variantes individuales de cada quien, así somos. Somos ese ente amorfo, viscoso, lancinado, extraño para los demás y para sí mismos, este pequeño monstruo abominable que parece no encontrar piso firme, hundirse cada vez más entre el lodo de las muchedumbres.

Y este producto desdoroso, esta negación consciente, e incluso jubilosa, de todas las entelequias humanísticas, esta purulencia anímica, es lo que atesoramos detrás de los escritorios oficinescos, en la orgía de los aeropuertos, en la húmeda profundidad de las iglesias, en las casas de placer, en los mercados y en los cinematógrafos.

Cuando un varón sacrificial se arranca a tirones la piel, la piel retórica, de todas las retóricas juntas que le han puesto encima, y nos muestra sus vísceras psicológicas al aire, al sol, al milagro de la tierra y del día, algo serio y hondo y magnífico está ocurriendo.

Asistimos a un aspecto de la epopeya de nuestro siglo. Asistimos a un nuevo prometeísmo. Porque este hombre anhela ser puro y que todos ascendamos con él a la pureza. Porque este hombre quiere la asepsia, la limpieza de nuestra casa. Quiere construir, como si fuera un salmo, una confesión ardiente y poderosa. Y nuestro deber es oírlo. Porque nosotros, y únicamente nosotros, lo hemos vestido de saco y hemos esparcido sobre sus hombros, sobre su frente y sobre sus cabellos la ceniza de esta maldición.

No es él, a fin de cuentas, quien se confiesa. Somos nosotros, todos nosotros, quienes lo hacemos a través de él. Porque basta que un hombre alcance un solo deseo puro para que todo el hombre, toda la familia del hombre lo haya alcanzado a través de él.

Y esta juventud nadaísta, como es lógico, no cree ni en el infierno ni en el cielo, Cree en la tierra. Está aquí. Nos recuerda que la existencia es un acontecimiento extraordinario. Que nuestra lucha es entre los frutos, el polvo, los seres y las cosas de la tierra. Por eso no le interesan los tratados. Por eso no le interesa jugar la existencia a una posterioridad aleatoria. En el fondo de su ser han abolido todo apetito de salvación o perdición. Son animales tercamente afianzados a su estar, a su historia, a sus instintos. En esto, me parece a mí, radica la magnitud y el desinterés de su ademán.

Por eso tienen derecho a que nosotros esperemos en ellos. Recuerdan a los donceles del pozo de Nabucodonosor cantando entre las llamas.

El Nadaísmo nos propone una seguridad interior basada en la pena. De allí su intuición destructora. Todos los símbolos que conjugan esta vaporosa alegría de las sociedades contemporáneas, bajo cualquier rótulo político o religioso, ya han sido previamente destruídos en el corazón de estos mozos.

En está incineración de los valores arquetípicos están dispuestos a no rendirle vasallaje a ningún mito. A no seguir contribuyendo con su postración, con el tributo de su sudor, de sus ideas, de su sangre, a engordar la panza de Polifemo.

PALABRAS A UN AMIGO QUE SE LLAMA DIOS

1962
Un día cualquiera
los hombres han puesto en órbita
otra cápsula
El astronauta dijo que la tierra
es una bolita azul con tempestades
y que Tú no estabas ni dentro ni fuera
Crece el día
El estroncio 90 está en la respiración
está en la luz
cae sobre los burros y su carga de flores
Crece el día
El sol tu sol se estira
en lenguas dulces sobre el campo
quema la piel del agua y de los amantes
y un vaho de fornicación asciende
Crece el día
Uno no se cansa de estar vivo
aunque se siga anudando la corbata
aunque se sienta el tableteo
de las ametralladoras
aunque la muerte caiga engordando la tierra
En fin amigo Dios
Es 1962
en todos los almanaques
y pueblos oscuros siguen envueltos en su fiebre
construimos casas y bombarderos
que tienen extendidas bajo las alas
las ciudades que no conocemos
No tengo más qué contarte
Estoy solo como un recién llegado
Tal vez me compre un elefantico
para regalarle a alguien
Y aunque Tú no estás ni dentro ni fuera
te pido desde mis dientes de maíz
que nadie se vaya en el verano.

MARIO RIVERO

Pero esta « escogencia » de la libertad, esta rencorosa y descabellada batalla contra todo y contra todos, este odio firme y agudo, que nos recuerda una lanza vibrando sobre un pecho, es un último reducto que ha buscado el espíritu para no perecer. Es el lugar último e inexpugnable de la plaza asaltada. Porque los sitiadores se han apoderado de todo. Han reducido al hombre a una corbata con un número, han previsto su nacimiento y su muerte, le han racionado el pan, el ritmo de las venas, los módulos de su pasión, la monotonía de sus semanas y sus años.

Contra todo esto irrumpe la furia sagrada de esta juventud. Este acto los ha vuelto colosales y hermosos. Y el solo hecho de que amen y padezcan por el hombre en tal forma, es el evidente testimonio de que han empezado a redimir a la propia sociedad pecadora que los ha hecho posibles.

Estos jóvenes, ebrios de una razón vehemente tan parecida a la locura, son cristos vestidos de « bluejeans » y camisas rojas. Su adolescencia está por ello circuída de resplandor. Ellos son los portadores de una buena nueva. Y si hieren y perturban a la sociedad, es para imprimirle un tempo de guerra a la agonía del hombre.

Porque ellos, simplemente armados con el amor, con la comprensión aguda, con el asombro de sus lejanas vivencias, vienen a recordarle al hombre cosas tan eminentes y perentorias como estas : que no debe seguir llenando las aulas para alimentar montoneras inconscientes del más barato aserrín de la cultura... Que no debe llenar los estadios con el rugido inútil y palurdo de quienes han olvidado, en un sistemático opiamento de sus facultades perceptivas, la gracia, el orden y la claridad de las formas... Que no debe arrodillarse todos los días, en una liturgia despreciable, a orar ante las tarántulas de los templos bancarios... Que no convierta su frente en un nicho de la santísima contabilidad... Que no convierta el sexo, la gloria de sus eyaculaciones, en un fenómeno de contrición fisiológica... Que no muerda más trapos, ni más papeles... Que recuerde que la boca es para comer, para beber, para maldecir, para cantar y para besar... Que merezca sus brazos y merezca sus ojos... Que sienta una vez

más el triunfo de ser el único animal que se encuentra vertical sobre el polvo... Que esté capacitado para mirar la tarde y sentir que ha llegado el silencio... Que mastique su aliento y se tienda sobre su lecho en un acto sacramental... Que sea saludable y auténtico gozando de placeres que no dan remordimientos... Que tenga la seguridad y el orgullo de sus apetitos... Que vuelva a sentir el estruendo, el equilibrio y el compás de sus dormidos atributos... Que recuerde que está vivo y que cada acto ha de ser un armonioso testimonio de su energía.

Estas son las cosas que estos jóvenes, estos nadaístas que suscitan por igual la burla, el desconcierto, el temor, la curiosidad, tratan de recordarnos a todos nosotros.

Y esta batalla la libran aquí, en Colombia, en esta gran casa nuestra que ha sido sacudida por el más rudo vendaval que recuerde en su calendario de luto.

La labor del Nadaísmo es por eso una labor política. Ellos tienen —con el desplante, con la brusquedad verbal, con el impulso de la inteligencia— que despertar esta sociedad empeñada en sus conformismos y en su onirismo bursátil.

No se trata de que esta sociedad se dedique a dibujar una gran caricatura de la piedad. Se trata, eso sí, de la auténtica caridad. De esa que anhela transformar, de la raíz a la copa, la equivocación del hombre.

Y eso —transformar al hombre— es la labor que están cumpliendo en Colombia los nadaístas.

Por eso encarnan el peligro, el frenesí, el desorden, la claridad y la esperanza.

« EL SUPLICIO ». (BARAJA LLAMADA DE CARLOS VI)

Crisis en la novela latinoamericana

POR ANTONIO DE UNDURRAGA

LA NOVELA NO ES PLANTA literaria apta para aclimatarse en Latinoamérica. Un cronista llegó a decir que América era « una novela sin novelistas ». Sin duda pensaba en la calidad y cuantía de sus poetas líricos, aunque carezcan de público, pues no existe en el continente « el lector de poesía », personaje que, al parecer, también ha desaparecido en España. Prevalece lo grotesco y lo burdo. No hay ninguna aptitud sacerdotal para lo bello y lo fino. Por otra parte, atribuir sentido novelesco a todo lo que pasa en América nos parece un despropósito, pues suceden demasiadas cosas insignificantes que se repiten de un país a otro, de una provincia a otra. Es rebajar el sentido de lo novelesco —o no saber en qué consiste— si se cree que todo es « novelable » por ser cosa de Latinoamérica.

El latinoamericano clama a cada paso por novelistas. Cualquier situación conflictiva le parece interesante y de inmediato pide para ella un novelista como se llama a un tejador para reparar el techo de una casa en que llueve. No se busca al novelista para hacer un análisis o un diagnóstico, sino simplemente para comprobar un hecho grave. El latinoamericano sabe que el gran arte es capaz de mover a los hombres y por eso busca al novelista como a un salvador. Claro que su actitud no es muy pura, pues está influído por el totalitario que también busca al artista como el comerciante privado busca al publicista para vender su mercadería. Lo que pretende el totalitario es colocar su religión materialista y pseudo científica. Uno quiere salvarse de un mal y el otro ajustar, para siempre, su camisa de fuerza sociológico-iluminada.

Pero hay otra observación que también es absolutamente cierta : la mayoría de las tentativas novelísticas latinoamericanas, a diario, se frustran. En las solapas de los libros se dice que el autor es un nuevo José Eustasio Rivera, etc. ; pero después de leer unas pocas páginas, vemos que no es nada. El fracaso más visible está en los que pretenden lanzar tesis sociales o políticas. Novelan unas pocas páginas, impacientes, y luego pierden la noción del relato : dan la sensación de que, corriendo, se subieran a una tribuna y se pusieran a hacer discursos políticos. Otras veces, más pacíficos y recatados, se quedan como ensayistas sin mayor vuelo, incrustados en el presunto tema novelístico. Crean la confusión de géneros entre la novela y el ensayo, entre la novela y la oratoria del tribuno de plaza pública. La misma confusión de géneros —pero en otro sentido— realizan los poetas latinoamericanos haciendo cantos épicos, sin acción y sin personajes, en largas estrofas líricas. Se llaman « cantos generales », odas, y cosas por el estilo, pero no son epopeyas ni menos « odas ». Algunos totalitarios (que forman parte de consignas políticas) han realizado hasta la saciedad este extravío, sin conocer las proporciones de los personajes de la historia de América. Para ellos, verbigracia, es más importante —a juzgar por las estrofas que le dedican— un anónimo poeta Brito que el gran jefe y estratego araucano Lautaro. Por

este camino, a la larga, no se es poeta ni ensayista, ni novelista, ni político de plaza pública. Luego de una confusión previa de los géneros se va a la frustración definitiva y al gran silencio final, cuando ya se hayan apagado las antorchas políticas y los aplausos dirigidos e interesados.

El hecho de que en ninguna parte del mundo haya poetas capaces de conducir temas épicos le está dando hasta cierto punto la razón a Ortega y Gasset y Vicente Huidobro, pues ambos creían (hace más de un cuarto de siglo) que la novela era un género semicaduco y sin porvenir. Por otra parte —y esta disquisición o desviación vale la pena anotarla—, tanto Huidobro como César Vallejo tuvieron un encono profundo contra Ortega y Gasset, pues fue un sujeto insensible a la gran poesía lírica de su siglo. Los grandes poetas no se explicaban cómo este pensador de ameno y fino estilo fuese un negado para leer poesía lírica. Pero volvamos a nuestro tema. Otro factor que conspira contra el novelista latinoamericano es su insignificancia humana. Las más de las veces piensa poco y su cultura es en extremo limitada. No puede ver ningún suceso desde una torre panorámica. Entonces, los temas que busca son insignificantes. El tratamiento de los asuntos es de la misma índole (por algo el continente es insensible a la gran poesía lírica), y todo el conjunto se malogra.

Cervantes encarnó (pensando en Virgilio y su *Eneida*), una importante tesis en su Quijote, pero envuelta en la estructura de un dinamismo que narra situaciones. El caballero semiloco conocía muy bien las tesis del mundo de los caballeros andantes (o sea, de esa logia medieval), pero llevaba a la práctica sus ideales frente a palurdos que siempre estuvieron ausentes de la orden de la caballería, o frente a vulgares aventureros del Renacimiento, sin Dios ni ley, fundadores de la parte peor de algo similar a una mala burguesía del siglo XIX. Un ejemplo —ya explayado por mí— aclarará el asunto : el criador de puercos Francisco Pizarro, con el tiempo, asesinará a Atahualpa y le robará el oro del rescate. Un hecho que jamás podría acometer un caballero castellano o teutónico, pero sí un totalitario supermaquiavélico, de cualquier época, que pone en práctica dinámicas sin moral porque para él el fin apetecido justifica cualquier medio o procedimiento. Lo mismo podría hacer un pelafustán sin Dios ni ley, en cualquier siglo. Cuando Don Quijote se enfrenta con los yangüeses —palurdos auténticos— sufre una paliza horrorosa. La lucha o torneo con Sansón Carrasco es una batalla altamente peligrosa para un caballero de cierta edad y semiloco. La dinámica sin moral del Renacimiento, con grandes riesgos, sin duda que inquietó a Cervantes, pero también lo amargó el estatismo sin remedio de una España que no quería moverse de la Edad Media y que trataba de caminar hacia atrás, para que los tiempos nuevos no la separasen tanto de ella : de su inmóvil esencia medieval. La alusión que hemos hecho a Virgilio, en cuanto al plan técnico o literario que tuvo en vista Cervantes antes de escribir el *Quijote,* es exacta y fue descubierta por Arturo Morasso. Aunque al leer la *Eneida,* el lector no se da cuenta de ello, es indudable que Cervantes pretendió igualar o superar a Virgilio. Fue una pugna espiritual, cuerpo a cuerpo, entre dos poetas épicos. El descubrimiento de Marasso le ha venido a dar la razón a Huidobro, cuando frente a la decadencia de la novela contemporánea, con Dostoyewski, Proust y Joyce a la cabeza, proclamó un nuevo género : « la hazaña », y escribió su *Mío Cid Campeador*. Con esta obra Huidobro rompe las fortalezas de la Historia y nos muestra el mundo de carne y hueso de los caballeros castellanos, luchando por forjar su patria. La epopeya de Huidobro fue publicada en 1929, con un prólogo desafiante en que daba la espalda a todos los novelistas de su época y a los seguidores futuros de los mismos. O sea en la misma época en que el rioplatense Horacio Quiroga proclamaba su « decálogo » del cuentista (en busca de las leyes del cuento), y decía que el cuento era « una novela depurada de ripios ». Esta definición, peyorativa, por cierto, iba dirigida contra los novelistas y era una manera de decirles que escribían con demasiadas palabras y sin objeto. La epopeya, pese a las discusiones sobre su técnica —y sobre todo a las máquinas sobrenaturales— dejó en claro una cosa : la grandeza de sus temas. Nosotros pensamos que la locura de Don Quijote tiene algo de

máquina sobrenatural en esa novela de aventuras. Asimismo, vemos, con toda nitidez, que la *Odisea* es la primera novela también de aventuras que conoce el Occidente, con máquina sobrenatural, algo similar a la literatura fantástica o a la ciencia ficción de nuestros días. En lo que concierne al cuento, sus leyes han sido explicadas con bastante exactitud merced a los trabajos realizados por Juan Bosch, por Horacio Quiroga y por quien escribe estas líneas (casi simultáneamente con el primero). Por nuestra parte estimamos que la novela sigue las leyes del cuento, hasta el extremo de fusionarse los límites entre el cuento largo y la novela corta.

El ansia del latinoamericano por tener lo que no puede dar, novelistas, es muy explicable en un ser como él, sensual, irreflexivo, poco amante de la cultura y sin estabilidad mental. La inestabilidad psicológica del latinoamericano se mide por su incapacidad para esfuerzos continuados y porque es presa fácil de cualquier consigna o moda.

Es indudable que Colombia tiene complejo de riqueza, porque todo el país es verde, porque es grande y por la presencia de esmeraldas y platino, aunque estos dos últimos elementos no solucionen mayormente nada. Argentina lo tiene de grandeza, porque en la era agrícola y pastoril nadie produjo más mieses y ganados, con menor trabajo, en toda América. Colombia, país siempre verde, creó el mito de la Selva en *La Vorágine* de José Eustasio Rivera. Como Argentina no tenía una novela que le sirviese de prototipo, tuvo que inventar a *Don Segundo Sombra* y atribuirle calidades novelísticas a una obra que no las tiene. Güiraldes tampoco vale como cuentista y ya no se le recuerda como poeta. Sin embargo, los nacionalismos, pueden hacer milagros.

Chile, el único país de zona templada y con cuatro estaciones perfectamente definidas que hay en Latinoamérica (y más trabajado que todos los otros, en forma lenta, por la cultura europea), tiene complejo de pobreza inculcado por los conquistadores hispanos que no hallaron oro en él, porque el oro de los araucanos fue la fuerza física y el arte de la guerra. La única derrota que conoció Carlos V se la infligió Lautaro en Andalicán. Además lo tiene de pobreza, porque sus riquezas minerales son de pesada extracción y sus valles agrícolas pequeños. Este país produjo al que —al parecer— es hasta hoy su único novelista en la persona de Jenaro Prieto, humorista católico, dueño de una finca o hacienda en el hermoso y soleado valle central, junto a la cordillera de la costa. Cuando Chile tuvo la efímera dictadura de Ibáñez, en el lapso 1928-1931, Prieto vio que el dinero de los empréstitos en dólares se estaba dilapidando en pavimentar calles y colocar faroles (obras no reproductivas), y dijo que nos iríamos a la bancarrota por « buen camino » : calzadas pavimentadas... La humorada le costó estar escondido varias semanas. Un día que yo iba caminando por una calle serena y espaciosa de un barrio del costado poniente de Santiago de Chile, miré una casa de tres pisos, que se levantaba en el borde mismo de la vereda y que en su parte superior tenía un letrero estucado en el mismo muro. Decía : « Estos sillares fueron levantados por las deudas y los deudos. » Después supe que era la mansión de Jenaro Prieto. En su novela *El socio* habla de operaciones bursátiles y del mundo de los negocios. Tal vez sea el único testimonio latinoamericano de lo que pudiera ser una bella prosa surgida de la vanguardia. El libro es breve y apasiona. Un sentido bufo y metafísico lo domina por completo. El « socio » es una entelequia necesaria. Un personaje ficticio para poder decir « sí » o « no » con más soltura. Todo el que inventa un consultor que no tiene, cae en el « socio » de Jenaro Prieto, quien tal vez sin buscarlo logró este desplazamiento simbólico. Hay entre Jenaro Prieto y Pirandello una relación imprecisa y absolutamente impesquisable. Verbigracia, *El socio* vuela más alto que *El difunto Matías Pascal* de Pirandello, pero, a lo mejor, si tradujéramos *El socio* al italiano y lo incluyéramos en las obras completas de Pirandello, no se notaría el ardid. Finalmente, digámoslo de paso, cuando Kubitschek se puso a construir Brasilia, no hubo ningún Jenaro Prieto que les dijera a los brasileños que iban a avanzar hacia la bancarrota por entre novísimos palacios.

De modo que asuntos insignificantes, tratados en forma insignificante —a menudo

vulgar— no pueden darle a Latinoamérica ninguna genialidad novelesca. Una huelga de tranviarios, por ejemplo, es mal tema para sacar adelante una gran novela. Se advierte la ausencia de lo singular y de la grandeza.

Los escritores latinoamericanos a menudo están enfermos o envenenados de politiquería, intranquilos, sin calma para realizar un relato, ni siquiera para pensarlo. Se desbordan en tres o cuatro direcciones frustradas. Una escritora me decía que no podían liberarse de la politiquería, pues era un medio de vida : les iba de por medio el pan, en su calidad de empleados fiscales, sin estabilidad funcionaria, sometidos a las barridas periódicas por los presidentes de las repúblicas o los tiranuelos de turno.

En suma, la crisis de la novela es una crisis del espíritu. El subdesarrollo económico de Latinoamérica —lo he dicho para otro sitio y el artículo no se pudo publicar— es crisis mental, es subdesarrollo intelectual. Problemas de gentes sin grandeza por fracaso racial, religioso o educativo. Damos para elegir.

A los poetas líricos latinoamericanos que les ha tocado medir como con un radar o termómetro la insensibilidad de Latinoamérica para la poesía, no les puede inquietar la frustración de los presuntos novelistas sin vuelo, ni visión ecuménica. Pero sí les queda una duda : ¿Habría decaído tanto el público latinoamericano si no fuese por la decadencia de poetas líricos que en su juventud fueron hitos importantes y creadores en el quehacer poético, pero que llegado su ocaso o decadencia se han convertido en una barrera cerrada de mal gusto y en una bien estudiada trinchera editorial y política de índole totalitaria? Luego de esta operación previa han surgido los novelistas-consigna, uno de procedencia guatemalteca —con un hijo ya muerto como guerrillero totalitario de nuevo cuño—, otro de procedencia paraguaya y otro mexicano que todavía no hemos leído, pero ya en pugna con las estaciones de televisión de cierto país democrático.

Estos caminos sectarios no pueden conducir sino a una larga decadencia, si no nacen las denuncias, los corazones valerosos capaces de darle a conocer a Latinoamérica toda la verdad sobre la pequeñez, los cercos fraudulentos y también la grandeza aherrojada de muchos de sus creadores. Ya es hora de que hablen los hombres libres de Argentina, Colombia, Chile y otros países. Algunos todavía piensan que todo puede y debe resolverse con transfusiones de sangre europea —las traducciones de libros occidentales—, pero cerrándole el paso a la originalidad latinoamericana. Nosotros estamos por las permanentes transfusiones de sangres culturales, mas también por América.

El subdesarrollo mental latinoamericano es producto del fracaso de sus universidades autónomas. La universidad que planeó Bello para Chile en 1842, hasta hoy no ha podido realizarse. No dio ni investigación científica, ni humanística de calidad. Se quedó en politécnica profesional. De otras universidades autónomas ya han empezado a salir los nuevos guerrilleros totalitarios parapetados en las montañas. Se puso término a dos guerras mundiales y la universidad latinoamericana siguió dormida en su mediocridad habitual. En el plano político ha sucedido algo igual : constituciones anticuadas que autorizan el asalto a los presupuestos públicos por los políticos triunfadores cada cuatro, cinco o seis años, siguen inmutables como Cartas Fundamentales de un fracaso que no tiene término. En el plano financiero la actividad bancaria se desenvuelve con intereses contrarios a la cultura occidental, del 16 y el 20 por ciento, dignos de Babilonia y los banqueros hebreos de la época de Nabucodonosor. Con estos intereses no puede haber ninguna expansión económica.

El burgués de la democracia latinoamericana, por lo general, no lee y es incapaz de adoctrinar a nadie en su sistema. En 1928, Blasco Ibáñez, para todo el mundo hispánico, apenas tiraba 3.000 ejemplares de sus obras y de las de otros autores. Los editoriales de los grandes diarios casi siempre son anodinos e incapaces de hacerle comprender a la juventud en qué consiste la democracia y dónde está el error totalitario. Estos grandes diarios latinoamericanos más parecen torres de avisos que verdaderos periódicos. En suma, la crisis de la novela es sólo una parte de una crisis global : la crisis del verdadero humanismo y de la libertad.

diálogo

Opiniones sobre América Latina

POR CRISTIAN TATTENBACH

Estimado Director : Por la importancia del tema, que Ud. ha titulado « Opiniones sobre América Latina y posibles soluciones al problema actual », por la publicidad que se le ha dado a una respuesta sobre este tema y por lo que la misma pueda influir en la opinión pública, cabe considerar que la disertación promovida por Ud. pertenece al campo público ; y que por consiguiente se faculta, a quien tenga la osadía de emitir una opinión, a terciar lanzas en este debate. A esta consideración me atengo, para exteriorizar modestamente una idea, como participante no invitado a la discusión, pero inquieto por el tema que se trata.

La afirmación de que Latinoamérica empieza a tener conciencia de su pobreza y de la miseria de su destino, no puede discutirse ; pero en esa afirmación está también la característica de nuestra época. Si no hemos superado nuestra indigencia de otrora, al menos hemos llegado a tener conciencia de ella. Sabemos, con la pena que nos produce, que somos el miembro enfermo en la familia de los continentes. Que junto con los Estados Unidos de América somos dos hijas de Europa ; pero que en tanto aquélla es emporio de riqueza, somos nosotros templo de pobreza ; que en tanto el Norte tiene tierras cruzadas de carreteras, que constituyen arterias por donde discurre la vida, en el Sur hay aún inmensos territorios, en los que no penetra siquiera un camino de herradura ; que en tanto ha logrado formarse una raza consciente de su futuro en la parte septentrional del Continente, existen, en nuestra parte, pueblos enteros que viven, no en la época de la civilización colonial, sino en una era precolombina. ¡Riqueza y prosperidad en el Norte, pobreza y desesperanza en el Sur!

Como toda situación de angustia, también ésta ha tenido sus consecuencias. Positivistas a veces y negativas en otras ocasiones. Cuando se ha querido enfocar el problema con criterio constructivo, se ha creado la Alianza para el Progreso ; y cuando se ha querido criticar, se ha hablado de la injusticia en el mercado de los precios, y se habla... de que nos explotan, de que nos conquistan y de que nos arruinan. Pero, ni lo uno ni lo otro pertenece a lo cierto. La Alianza para el Progreso tiene el ribete de los buenos propósitos, que no se cumplen ¿por qué? Porque no pueden cumplirse debido a complejas razones. ¿Y las críticas? ¿Y la lucha por los precios de los productos básicos? Deben catalogarse como un eterno clamor de inconformidad, pero inconsistente, que no sitúa el problema en el lugar que le corresponde. Entre una y otra actitud se debate hoy en día la América Latina, sin que pueda preverse el albor de un destino mejor para ella.

Pocos tienen el valor de comprender que mucha de la culpa debemos buscarla en nuestra propia casa. Que no hacemos el esfuerzo que debíamos hacer ; que no nos

comprendemos ; que no creemos en nosotros mismos. Que la vida fácil es evangelio en nuestras tierras ; y que, si en lugar de dirigir un país, podemos vivir de él, lo preferimos a tener que imponerle un rumbo. Creemos que, con sólo pedir que nos paguen mejor, podemos resolver nuestros problemas ; y no vemos que en la complejidad del mundo actual, no hay campo para países que quieren vivir de la simple exportació de productos no elaborados ; y que no hay, ni puede haber, mecanismo ni disposición que garantice un sobreprecio para esas exportaciones, en economías vivas, vale decir de mercado ; y que en el hipotético caso de que se nos concediera ese sobreprecio, iría a parar en gran parte al bolsillo de unos pocos productores. No queremos comprender, o hacemos como si no lo comprendiéramos, que vivimos en la época de la industrialización ; de la industrialización, que significa integración de los países en bloque, para asegurarse mercados ; y de la industrialización, que significa liberalización de trabas y de imposiciones oficiales, para poder competir. ¡Qué contradicción ! Cuando necesitamos libertad, aumentamos los controles ; cuando necesitamos industrias, clamamos por precios para los productos de la tierra. Cuando necesitamos dirigentes, ¡producimos políticos!

Pero situar el problema sólo en nuestra esfera, es también injusto. Alguna culpa tiene el vecino poderoso. Su idea de que los males son casi siempre materiales, es concepto arraigado ; y engendra incomprensión. Arreglarlo todo con dinero, sin mirar para qué se da ni a quién se da, ha producido no poco desconcierto. Además, incita apetitos que no se sacian y fomenta la laxitud ; en la América Latina de hoy asistimos al concierto de uno, que queremos que nos dé o nos pague, y de un coro unísono que pide. ¡No, señores! El problema de la América Latina es más complejo : necesitamos que nos ayuden, pero no sólo en lo material, sino en lo espiritual. No comprender que existe desesperanza, falta de fe , que hay ausencia de fuego espiritual, es no ver el problema. Necesitamos cultura que nos ilustre ; cultura que nos haga comprender que valdremos... si queremos valer ; cultura que nos haga sentir que tenemos existencia y destino. Una gran cruzada de cultura es, a mi entender, la operación más importante que debiéramos iniciar. Una cruzada de cultura que alcance a todos los sectores, a los más primitivos, a los que saben leer y a los que no saben ; que despierte a todos, que los haga vivir y trabajar y exigir ; exigir que sus gobernantes sean dirigentes y no infructuosos usufructuarios del poder. Si a esto se llegara, habría fuerzas para resolver lo otro ; con nuestros recursos habremos de arreglar lo material, y la ayuda que nos den será fructífera entonces.

Ver a los Estados Unidos de América tan poderosos, que nos ahogan, es actitud de envidia. ¡No! Hay también en nosotros fuerzas. Despertemos a los pueblos ; a los humildes, a los que ahora son sólo sufridas masas. Démosles su destino. Gritémosles : ¡Cultura! Y la hora de nuestra redención habrá llegado.

Estimado señor Arciniegas : un poco confusas, pero con la esperanza de que a pesar de todo las entienda, han ido estas líneas. Su emotividad, discúlpela porque no puede tratarse sino así este tema en breves líneas. Se quiere llamar la atención en ellas, de que no todo está perdido en Latinoamérica ; que debemos ayudarnos, antes que esperar que nos ayuden, y no pensar tanto en lo que nos den o nos pagen por lo que vendemos ; y que lo importante es despertar a las masas con un rayo, no de revolución, sino de ilustración, porque si despiertan habrá nacido un gigante en nuestra América.

Y por último, señor Arciniegas, no veamos a los Estados Unidos tan grandes, porque nos veremos nosotros aún más pequeños.

CRISTIAN TATTENBACH

San José de Costa Rica.

arte

La Tercera Bienal de París

(Para artistas menores de 35 años)

POR DAMIAN CARLOS BAYON

El instrumento debe adaptarse a la función ; elijo hoy un estilo conciso para abordar un tema polémico y complejo. Es esta la mejor de las tres Bienales que ha organizado el Museo de Arte Moderno de esta ciudad. Aun así, el espectador desprevenido corre el riesgo de perderse en este mare mágnum del arte de vanguardia de cincuenta y cuatro países representados por más de setecientos expositores. ¿Y por qué perderse? Yo diría fundamentalmente que por tres motivos : primero, por el número de países y de artistas expuestos ; segundo, por las diferencias de tendencias ; en último término por el diferente nivel de calidad de las obras exhibidas.

Quisiera estar inspirado para comunicar al hipotético visitante algunas ideas que pudieran servirle de guía. Para empezar, yo creo que hay que rendirse a la evidencia de la profecía orteguiana : el arte —como todo— ha llegado a la masa y ello por partida doble : por un lado *masa de artistas,* por otro, *masa de espectadores.* Se acabó el tiempo en que un crítico exquisito se dirigía a una élite no menos exquisita de entendidos. Ahora hay que hablar, en todos los órdenes, en términos de masa. Y lo primero que se nos ocurre comprobar es que hay menos genios en las artes plásticas que hace veinte o treinta años. Sin embargo, nunca ha habido tantos artistas y tantas exposiciones, ni la gente ha comprado tantos libros de arte. ¿Qué pasa? Yo diría que la invención, en lugar de realizarse al nivel de las personalidades más fuertes, está teniendo lugar —cada vez más— al nivel de los grupos, de los equipos, tal como ocurre ya desde hace años en la arquitectura.

El público-masa —*the happy many,* para decirlo al revés de Stendhal— va con avidez a ver lo que los artistas-masa son capaces de crear. Ya que los términos profundos no se han alterado y siguen siendo los mismos que en la definición de Croce : el artista es el vehículo de la expresión de una comunidad. Sólo que en vez de que un individuo exprese a otro, ahora presenciamos el caso de grupos de artistas capaces de expresar a grupos de individuos, de manera semejante a lo que ocurre con la compatibilidad o incompatibilidad de los tipos sanguíneos.

Uno de los errores en el acercamiento al arte de hoy radica en el hecho de querer explicar un fenómeno actual, nuestro, con argumentos que ya son viejos. No busquemos, pues, las *individualidades,* insistamos sobre todo en la comprensión de las *tendencias.*

Hace quince años el problema del arte de vanguardia se planteaba en términos de « tema », y teníamos así *figuración* contra *abstracción,* que constituían, de ese modo, los dos polos de una presunta antinomia. Hoy ese escollo está ya superado y nos hace sonreír en su misma ingenuidad. La abstracción ha sido un depurativo a escala universal como el cubismo lo fue a la es-

cala reducida de una élite restringida de artistas refinados y, al mismo tiempo, radicalmente atrevidos.

Muy poco después de la batalla librada por la aceptación de la obra de algunos pioneros como Manessier, Singier y Bazaine, los jóvenes más inquietos comprendieron que pintar con aplicación un cuadro abstracto obedeciendo a reglas de composición, dibujo, color, materia... era casi lo mismo —como actitud— que pintar un cuadro figurativo en las mismas condiciones. Es decir que, rápidamente, lo que estuvo en tela de juicio no fue si la obra representaba o no algo del mundo exterior fácilmente reconocible, sino más bien si los medios para expresarse correspondían a las necesidades y búsquedas nuevas, al afán de comunicación inherente al arte.

Los artistas más polémicos se lanzaron —posiblemente con pura intuición— a una forma de arte que, pedantemente, los críticos llamamos *fenomenológica,* en la que se persigue captar las percepciones al estado naciente, como se dice en Física. No en vano Pierre Francastel, posiblemente el más grande, el más audaz historiador francés del arte, dijo una vez que la pintura había dejado de constituir la representación de un *espectáculo* (como lo fue desde el Renacimiento hasta los impresionistas) para convertirse, sobre todo, en la explicitación de un *mecanismo.* Es decir, al espectador moderno le interesa más en el cuadro actual la investigación del funcionamiento de sus percepciones que la alusión —próxima o distante— a un mundo organizado como un teatro.

¿Cómo se tradujo todo esto en el arte de estos últimos diez años? En una búsqueda de mayor espontaneidad y en el despliegue de una imaginación capaz de dar forma a las realidades profundas de nuestra época. Tuvimos así una escritura en que se « arrojaba » el color como en Pollock ; otra escritura que se inspiraba en el signo oriental ; una investigación sobre la materia —Tapies, Burri— ; el informalismo, que quería escapar a cualquier receta ; la exaltación del acto libre de la mano y del brazo ; la llamada nueva figuración, en que reaparece el hombre y sus objetos, pero deformados en una caricatura dolorosa —Dubuffet, Bacon— y, por último, el reino del *collage* heterogéneo que los norteamericanos llaman *pop-art* y que vendría a ser una nueva forma del arte Dadá inesperadamente alegre en su no-conformismo.

De todo eso —y mucho más— hay en esta exposición, ya lo veremos a medida que la vayamos recorriendo, porque ya es hora de que entremos en ella. Como pórtico : un trabajo del argentino Julio Le Parc, perteneciente al grupo de « Recherche d'Art Visuel » de París. Se trata de un enorme panel cambiante, constituído por docenas de placas cuadradas metálicas que reflejan la luz por su propio movimiento causado por cualquier desplazamiento de aire. A la derecha una construcción monumental de Sobrino, otro argentino del mismo grupo. Aquí, en cambio, se trata de plexiglás de color, las formas geométricas juegan mediante su misma transparencia y la complejidad de los puntos de vista. Un enorme muro y una fascinante esfera tratada en elementos metálicos rectilíneos constituyen otras aportaciones de este grupo que se sitúa deliberadamente en el ala constructivista del arte actual. Discípulos de Vasarely, los veo abocados a realizaciones más vivas que las de su propio maestro. Sus miembros no practican ya, bajo ninguna de sus formas, ni la pintura de caballete ni la escultura tradicional. Construyen —literalmente— el espacio, lo transforman, lo hacen algo vivo, cambiante. ¿Qué duda cabe de que su actividad es colindante con la del arquitecto? Y sin embargo un arquitecto que los admira me decía escépticamente que « eso » no era arte. Yo hubiera respondido a mi vez con una pregunta : ¿Qué es el arte? O con otra más vasta aún : ¿Qué es la belleza? Hace veinte siglos al menos que la Estética se lo viene planteando. La búsqueda de la belleza, de la verdad, del bien, de la justicia es un anhelo del hombre, una marcha hacia algo posiblemente inalcanzable, inasible. Sostengo, en contra de la opinión de muchos, que mientras no se demuestre lo contrario, componer con planos, volúmenes, transparencias, luces, poniendo en juego el dinamismo, la energía con miras a obtener un efecto bello tiene tantos títulos para llamarse arte como cualquier otra de las formas que se practican hoy día bajo ese rubro, siempre un poco equívoco y esquivo.

Este grupo de « Recherche d'Art Visuel » presenta también un trabajo de equipo titulado *El laberinto*. Me parece siempre interesante como todo lo que esos talentosos jóvenes realizan. No obstante, me pregunto si no resulta menos logrado que las obras mencionadas en primer término. La justificación científica que acompaña a la experiencia corre el riesgo de ser ignorada o mal interpretada por el público. Estamos aquí en uno de los polos del arte actual : el que experimenta con la geometría, la luz, las transparencias, los reflejos, el dinamismo.

Vayamos ahora al otro polo. Se trata también de un trabajo de grupo y el título revelador de la obra conjunta que presentan es nada menos que : *El matadero*. ¿Constituyen estos jóvenes de distintas nacionalidades, reunidos por una evidente comunión de ideas, una verdadera *angry-generation* plástica? Me lo pregunto. En su gabinete secreto todo alude a la muerte innoble, a la tortura, al dolor. Pero encuentro que el acercamiento es más literario que puramente plástico. La intención es sin duda buena, generosa ; la realización deja indiferente al espectador, ergo, no logra su objeto.

Sí, decididamente, en esta Bienal hay de todo : desde la investigación óptica hasta un arte comprometido en lo político y social. En situaciones intermedias —y siempre en trabajos de equipo— se puede encontrar el envío de Bélgica con efectos luminosos, cromáticos, musicales, el todo presidido por un dinamismo que sitúa a la obra no sólo en el espacio sino también en el tiempo, factor que constituye la obsesión de muchos jóvenes artistas. Casi lo mismo puede decirse de un envío más presuntuoso, obra del « Laboratoire des arts », que resulta no obstante más ingenioso que bello en sí. Complicado juego mecánico que puede apenas retener unos instantes la atención del espectador. Bien magro resultado para los fabulosos medios puestos en juego.

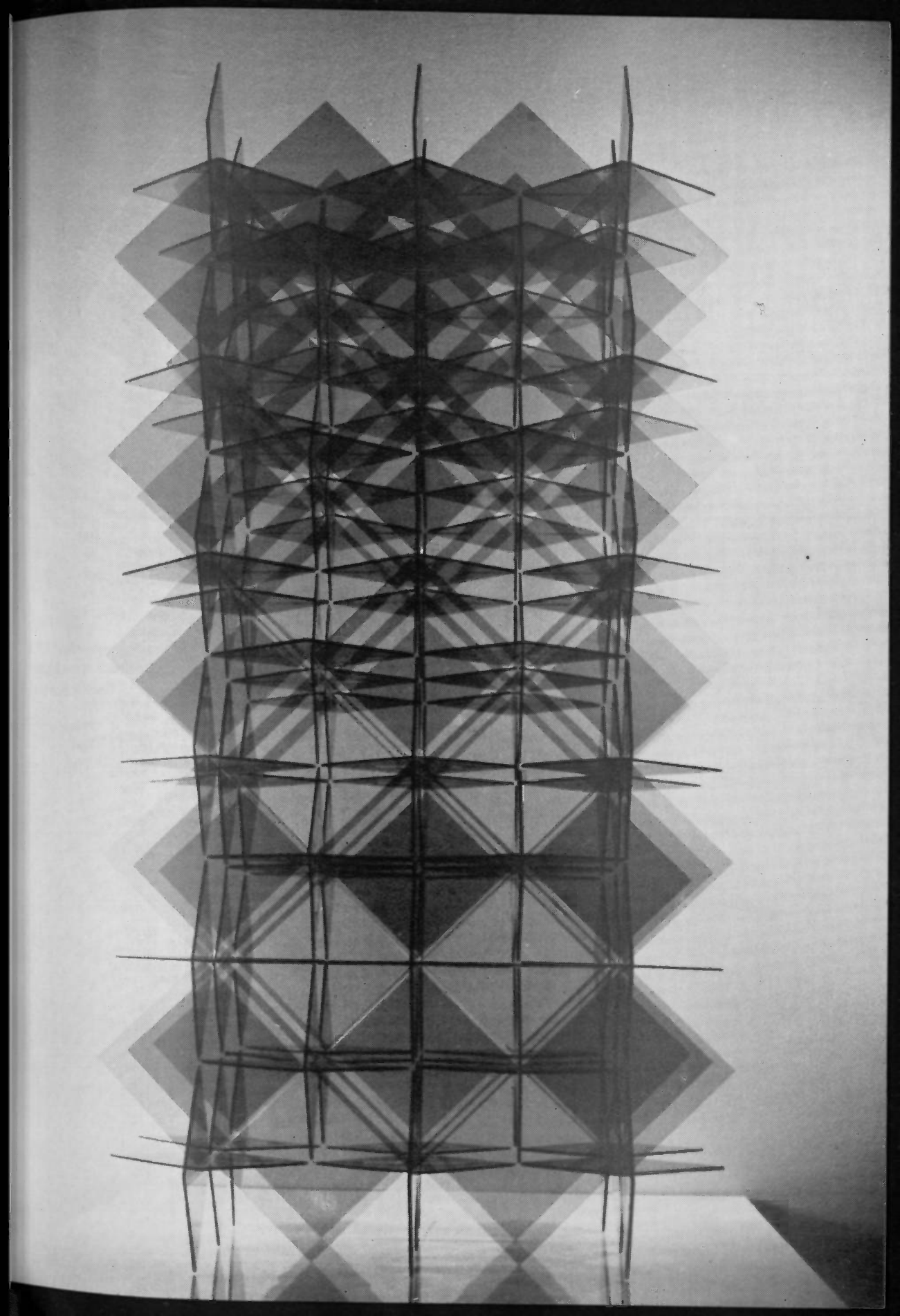
Los Estados Unidos han decidido enviar esta vez trabajos individuales, pero provenientes de dos centros, lo que les confiere cierta unidad. Los escultores son todos californianos y se relacionan con la Universidad de Berkeley ; los grabadores pertenecen al « Graphic Art Center » de Nueva York. Uno de los mejores escultores —Erik Gronborg— se ha visto atribuir con toda justicia el Premio de la Ciudad de París por el conjunto de su obra. Pero, en general, puede decirse de todos los escultores norteamericanos presentes que no revelan ese ingenuo afán de asombrar a cualquier precio —característico de mucho del arte de ese gran país—, sino que se muestran concienzudos, serios, con un amor hacia los materiales nobles : madera, metal, cerámica, que nos obligan a reconsiderar lo que pensamos del arte actual de los Estados Unidos.

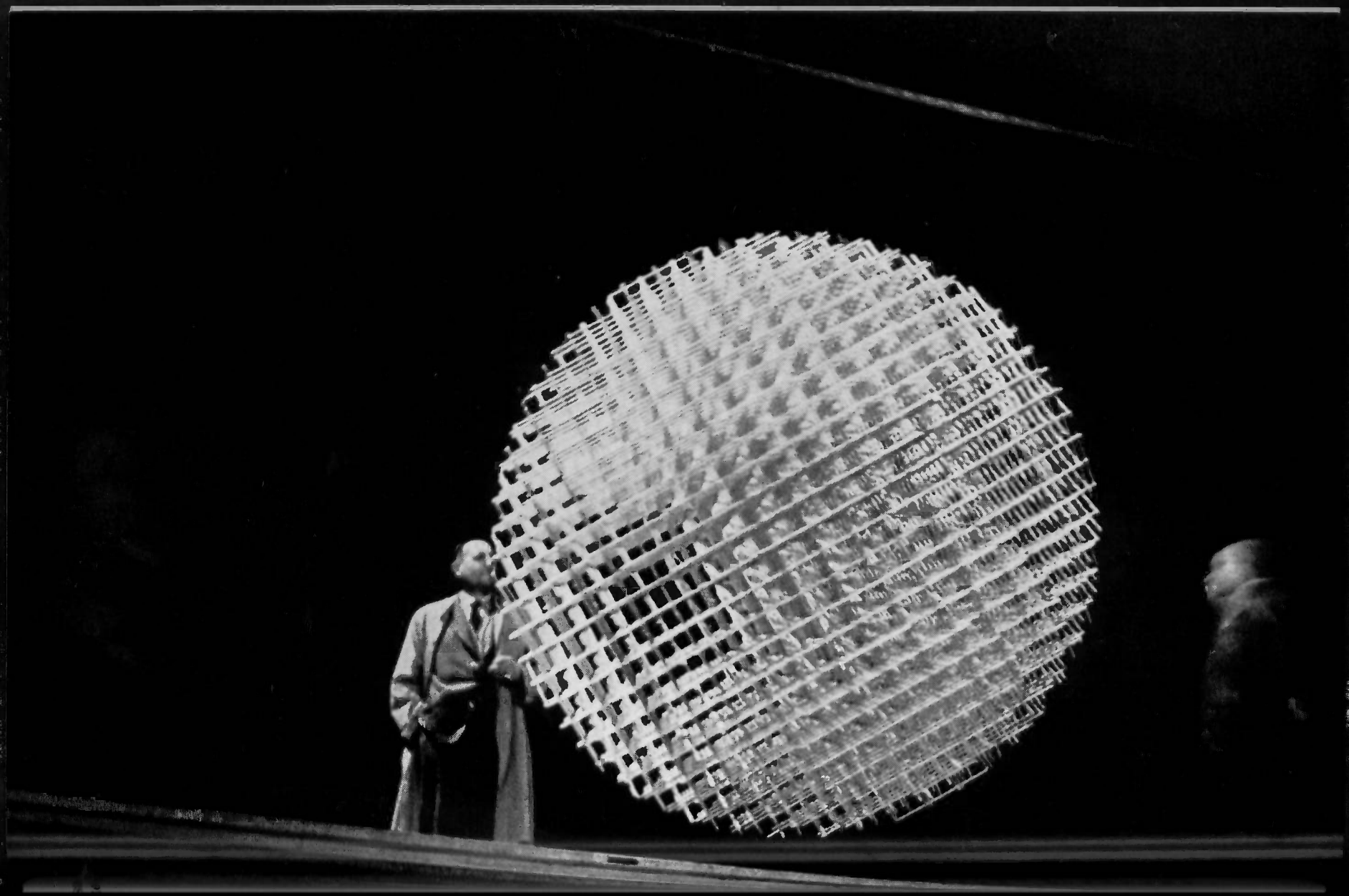
¿Los españoles esta vez? No hay ya las formidables sorpresas como cuando en 1958 descubríamos en Venecia y en Bruselas, lo que un Tapies, un Cuixart, un Chillida tenían que ofrecernos. No obstante, quizá lo mejor de estos artistas actuales sea, justamente, el hecho de no pretender en absoluto repetir las experiencias de sus antecesores. Hay entre ellos un buen escultor : Rubio Camín, y un excelente pintor : Hernández Pijuán, que hacen pensar un poco en el inglés Bacon —obsesión de los jóvenes actuales—, aunque el pintor español se expresa por la dramática oposición del blanco y del negro.

Como conozco la actual pintura argentina, comprendo y puedo justificar en parte el presente envío al que falta unidad. Me consta, por ejemplo, que Seguí es un pintor de interés aunque aquí apenas esté representado, mal que mal, por cuadros que dan de él una imagen elogiosa aunque un poco decadente. Sé también que Polesello es un pintor de talento, lo que apenas podría sospecharse en el cuadro que nos muestran. Por último, estoy convencido de que Macció —que acaba de ganar en la Argentina el Premio Internacional Di Tella— es uno de los plásticos más dotados de aquel país, que conoce en el momento actual un auge pictórico impresionante. En cuanto a Cuello, lo considero un pintor sensible que lucha por encontrar su expresión más profunda. El cuadro que aquí expone —que hay que inflar con un gigantesco fuelle— no debe ser tomado más que como una travesura. La idea era buena, lamento que la realización haya resultado defectuosa.

Los envíos de Chile no son muy famo-

SOBRINO (GRUPO « RECHERCHE D'ART VIS
ESTRUCTURA EN PLEXIGLAS TRANSP





sos que digamos. Se puede nombrar sin mucha convicción a Guillermo Núñez, cuyos cuadros recuerdan a Afro, pero un Afro que utilizara el color intenso. Del Ecuador citaré a Molinari Flores cuya tela está erizada de formas agresivas que hacen pensar en el mundo onírico y doloroso del cubano Wifredo Lam.

Muy decepcionado, en cambio, con las representaciones de Cuba, República Dominicana, Colombia y Venezuela, que no revisten mayor interés. Es el momento de preguntarse inquieto y angustiado : ¿Quién realiza estas selecciones arbitrarias? Conociendo esos países nadie podrá convencerme de que en ellos no hay jóvenes de menos de treinta y cinco años más interesantes que lo que aquí se nos manda por principio de simple autoridad. Yo diría con amargura que en nuestros países sigue funcionando el sistema de las « recomendaciones » (por no decir de las « cuñas ») para participar en estas manifestaciones. Ya sería hora de que sólo se tuviese en cuenta el valor intrínseco de las obras propuestas.

El Uruguay tiene en Gamarra —que ha obtenido un premio— un pintor valioso, cuyas calidades me habían llamado ya la atención este año en Madrid, en la exposición titulada « Arte de América y España ». Hay críticos franceses, sin embargo, que consideran que su inspiración en la pintura rupestre resulta anacrónica en nuestra época. Quizá haya algo de eso ; no obstante, estoy persuadido de que en Gamarra existe un verdadero artista capaz de seguir evolucionando a la sombra propicia del recuerdo de Paul Klee.

De la participación mexicana se podría decir otro tanto que de la española : afortunadamente sus artistas no hacen pensar demasiado en sus antepasados inmediatos, ni siquiera en Tamayo. Y ese es ya un punto a su favor, porque supone que en vez de seguir caminos trillados —aunque excelentes— se aventuran por nuevos rumbos. Así, el joven pintor Rodolfo Nieto, que ha ganado otro de los premios, pese a tener sus cuadros mal emplazados y peor iluminados, se impone por el misterio de sus formas oscuras y opacas. Misterio real, de buena ley, puesto que no apela a ninguna anécdota fácil, sino que consiste en la calidad plástica de la imagen y en el acuerdo cromático, siempre afinadísimo. Otros dos artistas mexicanos, J.M. Schmill y Messeguer Villoro, me resultan más interesantes en sus grabados que en sus óleos. También son de calidad los envíos de Roberto Donis y de Muñoz Medina, aunque las obras de este último hacen pensar un poco demasiado en los dibujos del gran escultor inglés Henry Moore.

Se me perdonará esta vez el « proteccionismo cultural » que supone hablar casi exclusivamente de españoles o de americanos del Norte, del Centro o del Sur. Lo cierto es que *Cuadernos* se dirige en especial al público que habla castellano y el tamaño mismo de esta exposición no permite desarrollos que resultarían agobiantes y confusos.

Con ese criterio resta, por último, referirse a ciertos artistas latinoamericanos que después de años de residencia en París han sido invitados por un comité de críticos o por otro comité de artistas a figurar en la sección francesa de la exposición. Entre ellos habría que citar a tres destacados escultores : el argentino Delfino, que va evolucionando y enriqueciendo su sistema de formas metálicas ; la uruguaya Mabel Rabellino, que tenazmente persigue un arte enderezado a lo monumental ; el peruano Guzmán, que crea obsesionantes conglomerados de formas punzantes que aprisionan el espacio y le dan forma.

Entre los pintores, tres argentinos de valor : un representante del *action-painting* más desenfrentado, Mariano Hernández ; un « violento equilibrado » como Ronaldo De Juan, que presenta un hermoso cuadro todo en violetas y ocres sobre fondo blanco ; y, por último, Julio Silva, artista siempre sensible que crea mundos imaginarios de gran calidad plástica.

¿Irritante esta Bienal, como pretenden algunos malhumorados? No tanto, a mi modo de ver. Hay que ponerse en situación, comprender que en ciertos países —Rusia y su zona de influencia, algunos países nuevos de Africa o Asia— se están realizando ahora experiencias que el mundo de la vanguardia conoció hace ya cien o cincuenta años. En cuanto a la polivalencia de las actitudes, cada uno es libre de encontrar aquellos artistas que le « dicen » más. Sólo

BRA DEL GRUPO « RECHERCHE D'ART VISUEL » :
SFERA FORMADA POR TUBOS DE ALUMINIO ENTRECRUZADOS

agregaría que, yo que conozco y visito en sus talleres a la mayoría de los artistas de los que aquí hablo, puedo afirmar al espectador incrédulo que todos ellos —sus obras, quiero decir— valen más en su propio ambiente de trabajo que aquí en esta exposición, especie de feria organizada sin mucho tino ni gusto. Cuando se puede « leer » un cuadro o una escultura en un ambiente recogido, cuando se lo encadena con sus antecedentes y consecuentes, cobra otra dimensión y otro sentido que en este gran bazar que es siempre una exposición internacional. Palabra de crítico, y sobre todo, palabra de apasionado del arte de todos los tiempos y de todas las latitudes.

NAIPE FRANCÉS DEL SIGLO XV

El arte y la historia en los naipes

POR LUIS QUINTANILLA

LAS CARTAS DE JUEGO, en el transcurso de centenares de años, han dejado de servir de diversión al vicioso jugador que busca la fortuna en el azar, para entrar en la historia, haciendo a su vez historia, convertidas en estampas, en otra colección « museable » de las imágenes, que en nuestra época, cultivadora de recuerdos, apreciamos por su revelación de las costumbres sociales de los pueblos, su faceta artística, la nota romántica del pasado y la técnica de la miniatura y de la reproducción. Así la Biblioteca Nacional de París acaba de presentar la interesante exposición sacada de sus archivos titulada « Cinco siglos de los juegos de cartas en Francia ».

El origen de las cartas de juego es motivo de conjeturas y animadas discusiones entre eruditos ; posiblemente lo seguirá siendo. Esta preocupación por aclarar su procedencia y cómo han viajado de un país a otro, se intensifica desde el siglo XVII y aumenta en el XVIII, figurando incluso en la Enciclopedia. Desde entonces la literatura escrita que intenta explicar tales detalles es abundante y alguna vez caprichosa, de agradable fantasía. Lo que es indiscutible es la importancia mundial de los juegos de cartas en la distracción, su relación con el dinero y el azar y, aparte esto, en la adivinación, la conjuración de los malos espíritus o la atracción de los protectores. Asimismo en la iconografía y como procedimiento educativo.

Parece ser que los precedentes de los juegos de cartas vienen de los dados, el dominó y el ajedrez, practicados en tiempos remotos en Egipto y el Oriente. Cuentan que el ajedrez lo inventó el griego Palamedes, rey de Eubea, durante los diez años del sitio de Troya, con la finalidad de entretener a los guerreros en los múltiples días de inacción, por lo cual dicho juego presenta el carácter de una guerra. Es muy posible que de ese juego se derivase el de las cartas, pero la relación de ellas con el ajedrez queda limitada exclusivamente a las figuras que ambos ofrecen : el rey, la reina, los caballos, los alfiles —o sea las sotas—, las torres —o sea los ases— y los peones o puntos ; por lo demás no se parecen en nada, y el ajedrez ostenta su nobleza al no admitir el arriesgar dinero, mientras que las cartas se distinguen por lo contrario. También la evolución de unos juegos a otros está por descubrir, hasta que algún arqueólogo moderno nos dé la sorpresa aclaratoria.

Sobre el comienzo del juego de cartas abundan las leyendas. Una de ellas atribuye la ocurrencia a la concubina del emperador de China S'eun-Ho, sutil mujer, precursora de la Jerazada de *Las Mil y una noches,* que necesitaba aliviar el hastío de su soberano amante, no sólo con caricias. El emperador S'eun-Ho murió el año 1020, y T.F. Carter, en su libro *The Invention of Printing in China* (Londres, 1925), cita los juegos de cartas hacia el año 960, o sea 60 años antes, si su referencia es justa. Pero todavía, frente a la imaginativa concubina y a la erudición de Carter, nos dicen

otros investigadores que muy anteriormente a esas fechas tenían los chinos el papel moneda dibujado a mano, similar a las cartas de juego, y, aún más, que éstas se reconocían como valor monetario, con lo cual las cartas y el dinero se identificaban. Se complica la cuestión al surgir últimamente las controversias de su origen buscando la lógica del desarrollo de las artes gráficas que hicieron cartas de juego en los países del Oriente, no sólo los chinos, sino también los indios y los del mundo árabe, principalmente los persas. En este mare mágnum nos encontramos hoy.

El primer uso de las cartas, más que el juego, es la adivinación del porvenir, pudiendo relacionarse con diversos ritos religiosos y símbolos mágicos. Steward Cullin, antiguo director del Museo de Brooklyn, sostiene que los dibujos de las primitivas cartas de Corea —según él anterior a las de China— se derivaron de las prácticas adivinatorias. Apoya ésta suposición el que las cartas de juego de la India tienen diez series, representando las diez encarnaciones de Vishnu o Rig-Veda, una deidad menor que, a pesar de su pequeñez, reveló las tres divisiones del universo.

Pasado este preámbulo respecto al origen de las cartas de juego y su aplicación, viene para los investigadores el segundo problema, o sea cómo entraron en Europa —si efectivamente proceden del Extremo Oriente—, y de nuevo son las hipótesis las que nos dan la explicación. Según unos, fueron los árabes, en constante relación con el mundo occidental, los que a modo de diversión las introdujeron en nuestro continente. Quienes discrepan de ese supuesto alegan que el Corán prohibe todos los juegos de azar y la representación gráfica del ser viviente, añadiendo que no hay ningún testimonio de los juegos de cartas entre los musulmanes de la época en que aparecieron en Occidente, ni los citan los historiadores árabes, ni en España —donde entonces ocupaban gran parte de la Península— hay vestigios de esos juegos. Sin embargo, Covelluzzo afirma que en 1379 un texto cita los juegos de cartas en la ciudad italiana de Viterbo, importados por los sarracenos ; lo mismo señala Mrs. Hargrave, también situando el hecho en el siglo XIV y atribuyéndolo a los invasores árabes de la Edad Media. A tal juego de cartas lo llamaban los meridionales italianos « naib » o « naibis », del cual los españoles le derivaron « naipe », nombre que perdura en lengua española aplicado en general a las cartas de juego. Lo curioso es que la palabra « naib » viene de la hebrea « naibi », que significa brujería : ya su primera apelación conocida hace del juego de los naipes algo sospechoso.

Otros investigadores nos dicen, siempre especulando en las hipótesis, que los naipes los introdujeron por el Este europeo los gitanos vagabundos de origen egipcio, dados a las mañas mágicas, o los nómadas tártaros, en cuyas tribus se juntaban diversas familias : mongola, tungusa, finesa y turca. No faltan quienes opinan que fueron los cruzados quienes los trajeron al regresar de sus excursiones a Tierra Santa. También es verosímil que, en lugar de éstos que hemos citado, resultasen ser los antiguos viajeros occidentales que se relacionaron con el Extremo Oriente. Sobre todo si recordamos a Marco Polo, quien en el siglo XIII abrió el comercio a la gran República del Adriático con China, comercio que los banqueros y traficantes de dicha República aumentaron luego, puede pensarse que los naipes entraron en Europa por Venecia, como una nueva diversión, y al cambiar de lugar se adaptaron a la manera de ser de cada país.

En fin, la opinión sobre este asunto es libre. Todo son conjeturas. El hecho confirmado es que el uso de los naipes en nuestro continente existe de manera precisa desde mediados del siglo XIV, aunque algún erudito lo sitúa en el XIII. También se hace notar que Dante (1265-1321) no menciona el juego de los naipes, ni tampoco el poeta viajero inglés Chaucer (1340-1400). Con tal motivo las discusiones sobre este punto abundan. Con la discusión se buscan comprobantes, y así se encontró un manuscrito germánico que se refería a los juegos de naipes en el año 1300 y un poema francés de 1328 ; la discusión se extiende a otros países en forma de disputa apasionada, como si cualquiera de ellos considerase de importancia trascendental la primacía del empleo de los naipes. Cronológicamente, Alemania asegura su uso en 1377 ; Italia en 1378 ; Luxemburgo en

1379 ; Francia presenta un documento del 30 de agosto de 1381 citando el juego de naipes en la minuta de Laurent Aycardi, notario de Marsella, y el 4 de julio de 1382 las ordenanzas del Magistrado de Lille prohiben los naipes. La primera noticia de ese juego en España data de 1387 y, si no era clandestino, explica este retraso el que los árabes respetaban los sagrados preceptos del Islam, y los judíos españoles no practicaban el « naibi ».

Tampoco se conoce cuál fue la inicial aplicación de los naipes en Europa y en qué consistían los primeros juegos. Es posible que sirviesen para la adivinanza y la buenaventura, de la misma manera indicada respecto a Corea y la India ; también de distracción instructiva por las figuras representando, con dibujos alegóricos, las fuerzas de la naturaleza, los elementos, las virtudes y los vicios, y las diversas edades del hombre. Hay que tener presente que los naipes estaban hechos a mano, con un valor artístico análogo a las miniaturas iluminadas, y por lo tanto costaban bastante dinero, por lo que era un lujo de gente acomodada o un utensilio de trabajo en las manos de los adivinos.

NAIPE GÓTICO DEL SIGLO XIV

Un tipo de juego de naipes aparece en Italia a principios del siglo XV llamado « tarocchi », que los franceses denominan « tarots », de mayor tamaño que las cartas corrientes. Se compone de 22 naipes, ya numerados, y de cuatro grupos o palos —las copas, espadas, oros y bastos— similares a las cuatro series de los naipes chinos, que también los españoles adoptaron y entre ellos perduran. Ya es revelador de las tendencias de los jugadores el servir de emblemas las evocaciones de la bebida, del arma, el dinero y el vulgar garrote. Sin duda fueron los soldados y los marineros quienes más utilizaron y divulgaron los naipes, no sólo como distracción, sino para tentar el azar, jugándose los cuartos. Coincide ese momento con la invención de la imprenta por Gutenberg en Maguncia, y en seguida se emplea el grabado en madera para estampar los naipes en serie.

A partir de mediados del siglo XV abundan los testimonios de la extensión del juego de naipes en Europa. Francia es la principal fabricante de barajas, y el 21 de febrero de 1581 se establece un impuesto a las que se venden al extranjero. La primera mención de la profesión de estampadores de naipes en las corporaciones de los artesanos de París corresponde al 5 de julio de 1582. Durante los años siguientes se va legislando su fabricación, lo que no se ha hecho con ningún otro juego, y cada baraja paga un impuesto sometido a riguroso control, limitando a ocho los fabricantes de la capital. El 14 de enero de 1605, una nueva ley autoriza a confeccionar los naipes sólo a siete ciudades del reino francés. Los estampadores deben someter a las autoridades sus moldes, figuras, colores y clases de papel. Y hacia 1650 se crea un patrón característico general. En setiembre de 1661 cede el rey los beneficios derivados de los impuestos sobre los naipes al Hospital de París. Cada fabricante de barajas está obligado a ocupar un taller especial, y las hojas de papel empleadas deben ser antes selladas en la oficina del arrendatario principal. A pesar de la crecida contribución y la rigidez de las ordenanzas, la fabricación de los naipes llegó a ser tan elevada, que en 1750 se confeccionaban barajas en ciento quince localidades, lo cual le pareció al Consejo del reino demasiado abu-

sivo, y al año siguiente reglamentó de nuevo con mayor rigurosidad, dejando sólo a setenta y tres lugares el derecho de fabricar los naipes, pagando el impuesto de doce céntimos de franco por baraja.

Hemos hablado únicamente del desarrollo y situación de los naipes en Francia, por ser donde tuvieron más aceptación. Y no es de extrañar, pues geográficamente es uno de los principales lugares de paso europeo, y, sobre todo, por el gran tono de la corte de los Luises, que convirtió la nación en centro de diversiones y fiestas que superaba las licenciosas costumbres de Italia. Por tales razones, raro era el curioso aristócrata, el adinerado o el aventurero internacional que no le hiciese la visita de alegre peregrino. La literatura, a partir de mediados del siglo XVII, nos cuenta múltiples anécdotas del juego de naipes ; y la otra literatura más severa, la judicial, da detalles de detenciones, arrestos y multas por la trapacería de los jugadores. Con el libertino siglo XVIII abundaron los salones de las damas y caballeros de industria dedicados a explotar el juego de cartas entre la considerada gente distinguida ; también los garitos para los de más baja estofa. Procedían clandestinamente, y el procurador general del Rey necesitó intervenir prohibiendo los juegos llamados la « bassette » y el de la « hoca », según él « origen de desórdenes extendidos en esta ciudad (París) y otras de provincias alejadas, siendo imprescindible que emplee la Justicia su autoridad suprimiendo este mal... ». Se ideó un juego titulado el « faraón », parecido al « monte » español, en que ya un jugador actuaba de banquero, y la jugada era rapidísima, poniendo los otros jugadores el dinero a un naipe, que si salía el primero ganaban y si no perdían. En los archivos de la prisión de la Bastilla figura un acta de la policía que condena a Demoiselle Chaplas y a los asistentes a su reunión para el juego de azar a tres mil libras de multa cada uno, con el siguiente detalle pintoresco : « Los comisarios encontraron siete personas alrededor de una mesa cuadrada ; dos se levantaron al instante, y habiendo cogido las cartas de encima de la dicha mesa las arrojaron al fuego de la chimenea. » Lo cual, por lo visto, no les evitó la condena. Hay otro informe de la policía, con fecha del 6 de abril de 1732, que nos revela la manera de practicar el juego de los naipes prohibidos y el tipo de jugadores : « Se juega públicamente, pero con grandes precauciones, en casa de S. Potier, oficial de Dragones, hombre extremadamente violento y arrojado... ; todos los días tiene numerosa compañía y, para atraerla aún más numerosa, utiliza a cinco o seis mujeres elegantes dándoles a cada una 6 libras diarias para que le lleven los puntos. Asegura el oficial de Dragones que si se intenta detenerle y establecer la prueba del delito con las formalidades ordinarias, provocará el escándalo, a lo cual está resueltamente decidido. De suerte que parece será más eficaz, como ejemplo, desterrarle a 50 leguas de París, y a cada una de las mujeres en cuestión a 30 leguas. Entre las mujeres se encuentra la Joly, conocida en todo París por sus intrigas, cuyo último amante, banquero habitual del Faraón, ejerce sus actividades en casa de la duquesa de Maine. »

Avanzado el siglo XVIII, los informes de la policía son tan abundantes y precisos que dan la impresión de que medio París es un garito, principalmente entre la aristocracia. Copiaremos un par de ellos : « La condesa de Monasterolle organiza en Bagatelle, en el bosque de Bolonia, partidas de faraón, en las que se encuentran los mayores jugadores de París, que son Monsieur le Duc de Villars, Monsieur le Duc Bouillon, Monsieur de Courson, Monsieur le Marquis de Salin... ». « Madame Mazière cenó ayer en casa de Madame Ferrant y perdió veinte luises, volvió a cenar hoy y perdió otros veinte luises... Ambas fueron denunciadas, lo mismo que la condesa de Monasterolle. » Y una anotación del comisario : « Debo decir que si ellas no salen de París en tres días me veré obligado a detenerlas. » También se conserva una larga lista de los encarcelados en aquella época en el fuerte de l'Evêque y en la Bastilla por los juegos de naipes prohibidos.

El esparcido vicio de esos juegos de azar dio origen a los profesionales de ellos sin escrúpulos, llamados ya « caballeros de industria » y « expertos en malas artes », hasta motivar que se publicase en Venecia el año 1768 el libro titulado *Antídoto o contraveneno de los caballeros de industria o*

NAIPE DE FINES DEL SIGLO XV

jugadores profesionales, donde a modo de prólogo dice : « El juego no se ha inventado más que para la diversión de la gente honrada, y lo sería todavía si no se hubiesen introducido en la sociedad los caballeros de industria, quienes carecen de otros ingresos que su astucia para quedarse con los bienes de los incautos, presentándose con diversas indumentarias de buen tono, dándose títulos de nobleza, llegando así a relacionarse entre las buenas compañías, donde en el momento de ser admitidos ejercen sus talentos tan brillantemente como en las principales ciudades de Europa que frecuentan. » Ya el prólogo de este libro nos hace recordar a los Cagliostro, Casanova y demás aventureros del XVIII. También contrarrestando los perniciosos resultados de esos maleantes escribió Robert Houdine otro texto, que apareció en París en 1879, titulándole *El arte de ganar en todos los juegos. Las trampas de los griegos descubiertas.* En él explica la técnica de los timadores y los trucos de los naipes marcados, acompañando diversos ejemplos, sin dejar duda de que el autor es un experto en estas artes.

De la misma manera ven la luz en el siglo XVIII diversos libros que describen los diferentes juegos de naipes en varios países europeos. Uno de ellos, al que se le dedican explicaciones especiales, es el llamado en francés « l'alluete » o juego de « la vache ». La tal « vaca », practicada actualmente entre la gente del mar de la costa oeste y norte de Francia, la menciona Rabelais, y su origen es el « mus » español. Se juega con baraja española y es de envite ; tiene un vocabulario particular, y se habla más de lo que se juega. Por el tipo de juego y la cronología puede deducirse que fue el precursor del « poker », hoy extendido en todo el mundo.

La fabricación de los naipes, desde que dejaron de estar dibujados e iluminados a mano y pudieron hacerse en serie con la estampación, tiene unos requisitos rigurosos de tipo de papel, grabado, igualdad de color y forma. Una pintura que posee el Museo Carnavalet nos presenta el interior del taller de un « maître cartier », a fines del siglo XVII, en el magnífico sitio parisiense de la plaza Dauphine. Efectivamente, en el centro de la pintura figura un alargado ventanal, viéndose el Puente Nuevo, la estatua ecuestre de Enrique IV, los muelles del Sena, el Instituto y el Louvre. El procedimiento de la fabricación es lento, y en la citada pintura se nota la animación de los obreros. Estampaban en la prensa de madera primitiva un pliego de veinte cartas, lo colgaban esperando que secase, después pegaban el papel opaco, luego la cartulina posterior, lo barnizaban por ambas caras, cortaban cada carta con tijera y hacían los paquetes bajo la inspección del maestro. Hay una terminología del oficio compuesta de treinta palabras aplicadas al proceso de la fabricación. Los naipes costaban caro y su confección debía ser bastante lucrativa, pues en 1770 se vendieron en Francia 7.300.000 barajas. Los naipes « naibis » o de brujería tenían extraordinaria difusión.

El catálogo de la Biblioteca Nacional dedica varias páginas a los impuestos de cada baraja, sus subidas y bajadas, las discusiones y conflictos, las intervenciones en el Parlamento con brillantes discursos para aumentar esos impuestos, oyéndose a un orador : « Nadie ignora como el furor del juego es funesto al reposo de las familias. No estando en el poder del legislador des-

truir esa pasión, debe, al menos, utilizarla para el tesoro público. Si un impuesto sobre las cartas disminuye el número de jugadores, será una victoria ganada por la moral; en el caso contrario, resultará una ventaja para los ingresos del Estado y un alivio a los contribuyentes. » Estas consideraciones, hechas el año 1797, tenían el mismo espíritu que las « Declaraciones » reales a partir de 1583. La réplica de los fabricantes, ya que entre viciosos andaba el juego, fue recurrir al fraude por toda clase de medios; y la contrarréplica, más multas, más detenciones y destierros. Lo cual no impidió que los taberneros, criados y demás gente que busca la vida fácil, traficasen con las barajas clandestinas, sucediendo desde antiguo bruscas explosiones de violencia: « En Ruán, en 1634, al comisario Trotart que intentó evitar los abusos, le golpearon y arrojaron al Sena. Sacado del río tuvieron que protegerle contra la cólera popular, desencadenada de nuevo. »

La interesantísima exposición de la Biblioteca Nacional de París presentó en una vitrina el monumental libro del especialista H.R. d'Allemagne, del año 1906, *Histoire des cartes à jouer du XIV^e au XX^e siècle*, obra muy rara, con 3.200 reproducciones, y al parecer fundamental para todo el que desee conocer el proceso de los naipes, por lo cual los organizadores de la exposición dedican a d'Allemagne el catálogo.

Las primeras cartas de Europa que se poseen están dibujadas y coloreadas por artistas, con la belleza de los iluminadores del siglo XIV, como el excepcional llamado « juego de Carlos VI », el Bien Amado, rey de Francia en 1380. Y de las expuestas de fabricación corriente, las más antiguas las editó « Jaques », estampador de Lyon. Tienen éstas el carácter de la línea gótica, la gracia imaginativa de las figuras y profusión de adornos, sin definirse todavía con precisión los palos o grupos de las cuatro series. Los palos de origen italiano y español cambiaron en Francia a principio del siglo XVI; el de oros pasó a ser el « carreau », las copas el « coeur », las espadas el « pique » y los bastos el « trèfle ». Conservaron las imágenes del rey, la reina, los caballos y las sotas o pajes, y aumentaron los puntos. Más tarde los caballos desaparecen, conservándose en la baraja española.

Siguiendo la marcha artística de los naipes, vemos que ya desde su origen tienen una orientación estética muy peculiar, la cual podía llamarse estilo naipe. En los de comienzos del siglo XVI se destaca el ritmo de las figuras con cierto aire masculino fanfarrón, y el femenino con el insinuante; ambos muy apropiados al juego. Las reinas llevan los nombres de Raquel, Judit, Palas, Agacines, y los reyes, Carlos, Alejandro, David, César.

En el siglo XVII domina la tendencia de los planos cortados por el color, decorados dichos planos con adornos independientes unos de otros, que hace pensar en un conato del cubismo, siendo también curioso que el motivo de las cartas de juego abunde en las pinturas cubistas, empleado por todos los pintores que practicaron ese género.

Hacia mediados del XVII aparece en París un modelo de imágenes en los naipes, de carácter infantil muy caprichoso, pues a las figuras corrientes generalmente admitidas, las sustituyen las de gallos, frutos, flores, burros, etc., muy alegres y bonitos de color, con el encanto de una diversión pueril.

Aproximadamente en ese momento, o sea en 1650, el editor Héctor de Troie, en París, define ya las figuras de las cartas con personajes llamados « portraits », calificativo arbitrario que ni las múltiples hipótesis explican. Los « portraits » varían según las regiones —las de Borgoña, Lyon y Provenza—, pero a medida que avanzan los años se hacen más uniformes, sin duda por exigirlo así los jugadores.

Durante el siglo XVIII el dibujo de los naipes adquiere mayor soltura y el colorido se acentúa. No por esto ganan artísticamente. Sólo sobresale el « portrait de Guyenne », estampado en Burdeos, precioso de gracia lineal, de estilización, de expresión en las figuras y de las armonías de color. Distingue a este tipo de « portrait de Guyenne » el llevar un rey una gran flor de lis, otro un hacha; otro, en el corazón que marca el palo, un ojo, y el otro un vaso del que brotan abundantes llamas. Las damas llevan ramos de flores. Esta baraja resulta tan extraordinaria que se considera un tesoro entre los coleccionistas.

En Inglaterra se juega a las cartas desde el siglo XV. Adaptaron allí los modelos franceses, pero con las indumentarias de sus reyes Enrique VII y Enrique VIII. Las españolas conservan el mismo patrón del primitivo naipe, aunque durante los siglos XV y XVI se estamparon en Francia. La más antigua que se conserva de la estampación francesa fue hecha por Antonio de Logerie, en Toulouse, el 28 de enero de 1495. Entre los alemanes marcaban los palos los escudos heráldicos, las rosas, los cascabeles y las bellotas.

Son múltiples los naipes decorados con fantasía. En tiempo de Enrique IV de Francia las figuras están representadas con los trajes de la época, y el mismo rey aparece como Constantino. Hay barajas compuestas con personajes mitológicos ; las hay, en el llamado « Jeu royal », destinadas a enseñar los rudimentos de la lengua latina ; las geográficas y las de los animales. En las geográficas cada palo es una de las partes del mundo, Europa, Asia, Africa y América. También se estamparon con motivos de la historia antigua, dedicados a la de Asia, Egipto y Grecia ; otras para aprender el alfabeto, y para prepararse al matrimonio, ésta titulada « El dote ».

Quizás una de las cosas más singulares que nos revelan los motivos dibujados en los juegos de cartas sean los cambios políticos y sociales. Los fabricantes de naipes siempre estamparon alguna baraja con la intención de halagar al poderoso, pero sin aceptación por parte de los jugadores, que preferían el patrón corriente. La adaptación varía ante la importancia de los acontecimientos. Así, al triunfar la revolución francesa de 1789, inmediatamente quedaron suprimidos de los naipes los reyes, las reinas y los demás atributos reales, como la flor de lis. Conservar una baraja antigua con cualquier recuerdo de la monarquía era un delito o, por lo menos, hacía considerar sospechoso a su poseedor. Carlomagno, Alejandro, David y César no podían servir de diversión estampados en las cartas ; en su lugar entraron las figuras del Ciudadano, la Libertad, la Igualdad, la Cantinera militar y el Guerrero. En el entusiasmo igualitario, el « valet de carreau » le personificó un sonriente negro, para demostrar que no existen diferencias raciales. Había que democratizar las cartas totalmente, y el conde de Saint-Simon dio los títulos a las principales figuras con la indicación del dibujo correspondiente : los destronados reyes se llamaron los Gremios de las artes ; las reinas, la Libertad de la Prensa, y otras se convirtieron en la referencia de la Instrucción pública. Lo que no cambió, por ser independiente de las ideas políticas, fueron los símbolos de los palos, continuando los tradicionales « carreau », « cœur », « trèfle » y « pique ». Pronto suplantaron a la anulada realeza los actuales héroes, y frente a la imagen de Enrique IV surgió en las barajas la de Robespierre y sus compañeros de la Convención.

El excesivo trabajo de la guillotina terminó junto con la época del terror. Francia sacudió la angustiosa pesadilla y renació más libertina, dispuesta a compensar los pasados días temblorosos, con la desenfrenada diversión. Aumentó el juego de cartas y se multiplicaron los garitos, según una referencia fomentados por el mismo ministro de Policía, el intrigante Fouché, para distraer a la gente de los sucesos políticos, y se reglamentó la fabricación de cartas. Con el Imperio, Napoleón también quiso sus naipes adaptados al régimen, y se le

NAIPE DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XVI

encargó a David, el pintor de Madame Récamier y del emperador, que compusiese el nuevo modelo que sería reproducido. El pintor hizo cuatro dibujos a lápiz y, claro está, volvía a resaltar los Alejandros y los Césares, que el imperial patrón trataba de imitar.

Cae Napoleón, y la Restauración entroniza en las barajas a los reyes, reinas y emblemas reales. Termina a su vez el reinado reaccionario e impopular de Luis XVIII, ocupando el trono el liberal Luis Felipe de Orleáns, y las figuras de los naipes se liberalizan. Llega la República a consecuencia de la insurrección de 1848, apareciendo de nuevo las barajas democratizadas, por muy poco tiempo, pues Napoleón III quiso renovar el fausto imperial, y algunos juegos de naipes se dedicaron a la emperatriz Eugenia. En fin, confirmada la República en 1871, los puestos de los reyes en la baraja los ocupan Mac-Mahon, Thiers, Grévy y Víctor Hugo ; en plan más modesto figuran como simples pajes los « valets », Voltaire, Racine, Molière y Gambetta.

Análogamente, los comunistas rusos prohibieron en sus naipes las imágenes de reyes y reinas, hasta 1928, comprendiendo en esa fecha la fuerza de la tradición en los juegos y, sin duda, que un rey de baraja no ponía en peligro su régimen.

La decoración uniforme del reverso de las cartas empezó el año 1850, para evitar que se marcasen y se advirtiese en cualquier detalle la diferencia de una a otra. Con anterioridad, cuando el dorso era blanco, se utilizaron las fichas usadas, en forma de tarjetas, por los bibliotecarios y para las anotaciones de cuentas. También sirvieron de pretexto a la literatura amorosa, a los anónimos difamatorios y a los panfletillos políticos o críticas sociales.

En 1870 crearon los ingleses el tipo de naipes de doble figura partida por un eje diagonal, de manera que se viesen sin cambiar la posición al recibirlas. Coincidió esta innovación con el auge de los juegos ingleses del « whist » y principalmente el « bridge », imponiéndose entonces ese tipo de cartas, que es el que perdura en casi todo el mundo, menos en el tradicional español e italiano y el reservado a ciertos juegos.

Otra particularidad presentada en la exposición de la Biblioteca Nacional son los naipes libres del precedente, ideados por algunos estampadores, quizás buscando apropiada clientela. Hay la baraja de los corsarios y filibusteros, evocando el mar, los barcos veleros, el clásico pirata tuerto, el capitán fanfarrón y la mujer fatal de turgentes pechos. Va acompañada del correspondiente estuche con las islas del Caribe. Otra, francamente cómica, se titula « Juego de las sombras » ; en ella el personaje proyecta su sombra que, según el artista que lo dibujó, define su carácter : el español, claro está, va vestido de torero y su sombra es la guitarra ; el inglés lleva la sombra de un cisne ; el cornudo, los cuernos... sin olvidar el avaro, el policía, el criminal y el borracho. Llevado por el deseo de encontrar imágenes menos vulgares que las de los naipes oficiales, el editor Houbigant ideó un nuevo modelo que hizo grabar e introdujo el 1818 en la corte, aprovechando el matrimonio del duque de Berry. Pero todos estos intentos de renovación en las figuras de las cartas fracasaron, lo cual demuestra que el que juega su dinero no quiere inútiles distracciones.

Tampoco han olvidado en la exposición la cartomancia, relacionándola con el llamado « tarot », palabra cuya etimología sigue siendo desconocida, aunque las hipótesis pretenden deducirla de « tora », « rota », de origen griego o del vocabulario gitano. Al parecer se inventó en Italia hacia fines del siglo XIV, siguiendo el tipo de los « naibis » o naipes españoles, y se dice practicado en Venecia, Bolonia, Florencia, Marsella y España. Paul Marteau nos explica que el « tarot » sirvió para juego de sociedad y « como un conjunto de representaciones simbólicas de las leyes universales que presiden los destinos de los hombres, permitiendo hacer asociaciones de los hechos corrientes, y, en consecuencia, prevenir ciertos sucesos por analogía o afinidad » ; o sea para la adivinación. En la baraja de la cartomancia que figura en la exposición, cada naipe tiene dibujado y escrito su significado ; por ejemplo : el as de « trèfle » es la bolsa llena de dinero, la dama de « pique » la tristeza, el nueve de « pique » la enfermedad, el ocho de « trèfle » la alegría, el siete de « trèfle », dinero que trae desgracia, el rey de « pique », complicaciones con la justicia, y para que no quede

nada sin aclarar, vemos en el siete de « cœur » una casa donde encima de la puerta reza un letrero : « Médecin accoucheur ».

Son diversos los carteles de rabiosos colorines anunciando los brujos que recorrían los pueblos ofreciendo con los naipes el « oráculo universal ». Decían la buenaventura, y por las cartas contestaban a las preguntas, cuya lista estaba escrita en un cartel. En Amsterdam publicó en 1770 Etteilla su libro pretendiendo levantar la cartomancia a la altura de una ciencia. Y un juego de « tarot » editado en París en el siglo XVII, especial para los cartománticos, tiene, además de las figuras convencionales, la representación del papa, del amor, la muerte, el diablo, el infierno y el ahorcado. Mademoiselle Lenormand fue la más célebre echadora de cartas de París del siglo XIX, y también publicó su libro : *El oráculo perfecto o arte de echar las cartas...* Dice el comentarista que el libro alcanzó excelente éxito entre las mujeres.

También figuran en la exposición los prestidigitadores que empleaban naipes ilusionando al público. Hoy consideramos esta habilidad como un arte digno de un espectáculo ; pero todavía en el siglo XVII podía tener graves contrariedades : Charles Grossart, que se titulaba marqués d'Ambreville, citado en varios libros por sus « maravillosos juegos de manos », el 19 de julio de 1689 fue quemado en efigie en una plaza de París. A los prestidigitadores con los naipes les llamaban « sabios de sociedad ». Ya en el siglo pasado aparecen varios libros dando a conocer en qué consiste su sabiduría. El más notable de esa época anuncia : « Representación científica y nueva de alta magia humorística, dada por el profesor Faure-Nicolay y Mademoiselle Hélène, físicos prestidigitadores agregados a los cursos del Norte y el Oriente... (París, hacia 1870). Quien se distinguió de manera extraordinaria descubriendo los secretos de los prestidigitadores con las cartas y otros trucos, fue el famoso norteamericano « Inaudi », que prestó buenos servicios a la policía.

Los naipes se utilizan para los llamados juegos de paciencia o solitarios. No faltan los libros indicando cómo practicarlos. Uno de los primeros se imprimió en Amsterdam, en 1770, presentado en la exposición de la Biblioteca Nacional, a la vez que el titulado *El libro ilustrado de las paciencias,* en el cual, a manera de prólogo, cierta condesa de Blancoeur escribe : « Madama la baronesa : ¿quién es entre nosotras la que después de haber casado sus hijas y visto partir sus hijos, no tiene al menos tres horas al día para construir la barricada contra el fastidio, la misma que, de su lado, nuestros maridos hacen con su partida en el círculo? » La tal barricada de los solitarios contra el fastidio, predicada por la citada condesa, tiene además la finalidad del sortilegio supersticioso, y es otra manera de echarse a sí mismo las cartas.

El motivo de los naipes desde antiguo se emplea para la decoración en telas, trajes, platos, mesas y otros muebles, algunos pintados con un realismo sorprendente, lo que los franceses llaman « trompe l'œil ».

Entre los distinguidos artistas que dibujaron cartas se cita a Merelli, Mantegna y al ya dicho Luis David.

Es tema corriente para los pintores representar las escenas de jugadores de cartas, sobre todo desde el siglo XVII, cuando el costumbrismo sirvió de modelo. El primer cuadro de Cezanne que entró en el Louvre fue el de los jugadores de cartas. Los grabadores han prodigado en su arte todas las manifestaciones del juego de naipes, lo mismo el de la vulgar reunión en el salón o la taberna, que junto al quicio de una puerta de la calle ; la vieja de la buenaventura ante su inquieta cliente, o la desesperación del desafortunado jugador.

La literatura tampoco le va en zaga a la pintura, y son múltiples las novelas que basan su argumento en los tentadores de la suerte con los naipes. Dostoievski, que cayó en ese vicio, nos dejó una escalofriante, como cosa suya.

Desconocemos otro juego de la trascendencia de los naipes, que haya obligado a una severa legislación y adquirido tanta importancia social. Con él se sostienen hospitales y escuelas, se embellecen las ciudades que permiten los grandes Casinos, y parte de la contribución que aportan se destina al fomento del teatro y de la música. En Norteamérica se vendieron 77 millones de barajas el año 1941. Por último, tenemos un símbolo de la fragilidad de nuestras ilusiones en el « castillo de naipes ».

ciencia

Del turaco que destiñe a la lechuza fluorescente

POR FERNAND LOT

El pintado jilguero, el pinzón, el pardillo...
DU BARTAS

El verde colibrí, el rey de las colinas...
LECONTE DE LISLE

EN EL MUSEO, en el laboratorio del profesor Jacques Berlioz, sito en la Rue Buffon, M. Jean Dorst, subdirector, estudia, en un ambiente de reconcentración que no perturba gorjeo alguno, todos los plumajes de la creación.

Antes que nada le expreso algo que me preocupa : desde hace tiempo me apena saber que el atractivo y armonioso ornamento de las aves no es otra cosa que el resultado de las excreciones que se acumulan en las plumas. Por lo tanto, cada pluma que cae es como si el ave se desembarazara definitivamente de un poquito de producto nocivo...

M. Dorst me autoriza benévolamente a olvidar todo esto : por lo visto la explicación indicada resulta prematura. A decir verdad, las cosas son más complicadas y más misteriosas, como ocurre casi siempre. Tanto mejor para la poesía ingenua.

Veamos, pues, cuál es la situación actual del problema de la coloración del plumaje.

Ante todo es necesario observar que los efectos de colorido —y todos son posibles— son el resultado de diversos factores : pigmentos, por una parte, y por otra la estructura fina de las plumas y la disposición general del plumaje.

Clasifiquemos por series las cuestiones y comencemos por la de los pigmentos, cuerpos susceptibles de absorber selectivamente determinadas radiaciones.

En este caso intervienen las *melaninas*. Estas substancias negras, negruzcas, pardas o francamente rojizas, de constitución química mal definida, representan un pigmento casi universal : se las encuentra en todo el reino vivo. Son cuerpos de la serie de las melaninas los que intervienen en el oscurecimiento de la fruta cortada o mascada; nuestra piel y nuestros cabellos tienen un color gracias a ellos. Existe otra gran variedad, que se divide en dos grupos : las *eumelaninas*, negras, difícilmente solubles en la sosa caústica, presentes en los plumajes negros o negruzcos, y las *feomelaninas*, parduzcas o amarillentas, fácilmente solubles en las soluciones de sosa, incluso bastante diluídas, que se encuentran en los plumajes rojos o rojizos.

Así el Zorro pudo haber dicho al Cuervo :

... Qué cara tiene usted más ufana
con su oscuro atavío de melanina.

Henos ya ilustrados por lo que respecta a las aves negras, pardas, rojas o grises. Por

Capítulo del libro A l'assaut des secrets de la vie, *editado por Flammarion (París, 1963).*

ejemplo : ¿la garganta del pardillo? ¡Melanina!

— ¿Pero el jilguero, el pinzón real, el aguzanieves primaveral?

A estos nombres encantadores, me responde con *lipocromos,* denominados también *carotenoides,* segundo grupo de substancias pigmentarias, cuerpos grasientos bien caracterizados desde el punto de vista químico, los cuales poseen una coloración amarilla, anaranjada o roja y son solubles en los disolventes de las grasas.

— Le mencionaré la *tetraeritrina,* la *zooeritrina,* la *zooxantina,* la *psitafulvina* y la *picofulvina,* entre otras más. Todas estas substancias están emparentadas con la *astacina,* pigmento carotenoide muy conocido. Pueden existir conjuntamente, como entre los pájaros que usted señaló, con un pigmento diferente, en particular con la melanina. Las coloraciones verde grisáceo de los paros proceden de una asociación por el estilo.

Los que se dedican a la cría de aves suelen recurrir, sin duda sin saberlo las más de las ocasiones, a los carotenoides asimilables, cuando se proponen modificar la coloración del plumaje y su intensidad, cosas fáciles de lograr.

— La paleta se completa. ¿Y los plumajes azules?

— Pues bien, en las aves no existen verdaderos pigmentos azules, pero la naturaleza remedia esta carencia mediante una astucia óptica, utilizando el principio del « medio turbio », merced al cual la leche mezclada con agua adopta una apariencia azulada, la bóveda celeste nos parece cubierta de azul, etc. Una pluma puede constituir un « medio turbio » cuando la luz blanca que la atraviesa tropieza con cierto número de elementos inframicroscópicos. Estos elementos le hacen sufrir un gran número de reflexiones, lo que como consecuencia acarrea el dividirla ; *grosso modo,* las radiaciones rojas son finalmente refractadas, mientras que los rayos azules son reflejados.

Y por esto es por lo que, ¡oh Maeterlinck!, tu Pájaro era azul.

— Hemos olvidado el verde...

— De él hablaré. Pero vea cómo se presenta en el microscopio el corte de una barba de pluma...

Un grupo de células encerradas en un anillo, la corteza de la barba, relleno de granos de melanina. Observemos una base celular particularmente colorida, y, en la zona periférica, bases córneas más o menos regulares. Ahora bien, una observación más sutil, facilitada por el microscopio electrónico, pone de manifiesto que las paredes existentes entre las células están cubiertas de microvacúolos. Estos forman el medio turbio.

— Si en la corteza de la barba se hallan granos de pigmento amarillo, entonces se produce una combinación de amarillo y de azul, y el plumaje parecerá verde. Tal es el secreto cromático de las cotorras y de los loros de plumas verdes. Si la corteza contiene pigmentos rojos, las plumas resultarán de color violeta.

— ¿Y el mirlo blanco?

— Este, que desde luego existe, al igual que todas las aves blancas está desprovisto de pigmento.

M. Dorst saca de un recipiente de cristalización el despojo chorreante de una maravillosa ave del África tropical : un turaco verde cuya ala tiene una franja violácea.

— Mire el agua...

El agua se halla ligeramente rosada, como si se hubiese dejado caer en ella una gota de tinta roja.

— ¿Su turaco destiñe?

— Exacto. Trátase en este caso de un pigmento particularísimo, llamado *turacina,* soluble en el agua, que participa en la coloración de la franja violeta del ala.

Y he aquí otra ave exótica, un prionops del Congo, afín del alcaudón, cuya cabeza exhibe un magnífico penacho amarillo.

— Coja un trapo empapado en gasolina y frote el penacho...

Frotamos. Inmediatamente el trapo se pone amarillento.

Resultaría inútil hacer la misma experiencia con un canario : trátase de un pájaro « gran tinte ».

Ahora cerramos las cortinas. M. Dorst enciende una lámpara de rayos ultravioleta ; enfoca una lechuza y luego una cotorra ondulada. La lechuza pasa del gris a un rojo luminoso, mientras la cotorra se convierte en un pequeño fanal de fósforo verde...

— Otros loros, en particular las cacatúas y las cotorras con collar, se hacen así fluorescentes. El estudio de este fenómeno permitió descubrir nuevos pigmentos en el plumaje de las aves. Pero, hecho curioso, jamás se observa fluorescencia alguna en los loros del Nuevo Mundo.

M. Dorst abre unos cajones y saca unas cajas de vidrio, perfumadas con paradiclorobenceno y rebosantes de inertes esplendores. Son unos pájaros-moscas, grandes como el tercio del dedo meñique, y fastuosas aves del paraíso ; allí estaban el tángara de siete colores, el cotinga Pompadour, el oriol rojo de Asia, la pipra con cabeza de ópalo, el *ramphocelus* rojo escarlata y negro terciopelo...

Paroarias, arrendajos, calandrias, ranfocelos,
Vivas llamas, aves arrancadas del sol...

cantó Supervielle. ¡Qué alcahaz, la Rue Buffon, el día de la Resurrección!

Con un colibrí entre los dedos, M. Dorst me explica :

— Muchas plumas deben su coloración a fenómenos de reflexión sobre estructuras bien definidas, produciéndose así una descomposición de la luz blanca incidente. Ya hemos visto un ejemplo con los plumajes azules. En tal caso no se trata de absorción de tales o cuales radiaciones por uno u otro pigmento, sino de interferencias que se verifican al nivel de las barbitas, las cuales han sufrido una modificación total de su estructura.

Esto es lo que sucede con este colibrí topacio de reflejos metálicos ; inclinado una vez más sobre el ocular del microscopio, puedo percibir los ingeniosos sistemas de laminillas córneas, ordenadas en capas en las brillantes plumas, que permiten este luminoso espectáculo. Física del Pájaro de Fuego.

— ¡Qué sorprendente diversidad!

— Y que parece aún más extraordinaria cuando se tiene en cuenta los escasos medios empleados...

NAIPE FRANCÉS DEL SIGLO XVIII

libros

Agustín Yáñez, novelista

PARA APRECIAR CABALMENTE las novelas de Agustín Yáñez es necesario conocer el carácter de Jalisco, la tierra que esas novelas describen. De una manera superficial, Jalisco —Estado mexicano situado al suroeste de la República, con costas sobre el Océano Pacífico— es una de las provincias en donde han surgido y se conservan muchas de las manifestaciones típicas y populares distintivas de México : canciones y danzas, indumentos y costumbres. Así pues, en cierta manera, Jalisco es una de las regiones —valga la redundancia— más representativas de México y de cuanto es mexicano. Otras provincias, como Yucatán y Oaxaca, por ejemplo, conservan más bien los rasgos indígenas ; otras se distinguen por las peculiaridades de su geografía : tierras costeñas, selváticas o de grandes llanuras desérticas ; mientras que Jalisco, al igual que algunos Estados del centro de la República, es la provincia mestiza. No obstante que conserve regiones con indígenas puros y aun otras de gente blanca, un mestizaje afortunado es lo predominante.

Sus tierras son variadas, desde la feracidad costeña hasta la sequedad arcillosa de la región de los Altos ; sólo pequeños valles y hondonadas interrumpen las cadenas montañosas y los lomeríos. El mayor lago de la República, Chapala —compartido con Michoacán—, hace fértiles sus riberas y suministra energía eléctrica ; otros pequeños lagos, hacia el sur, son salitrosos y de temporada ; sus escasos ríos lo cruzan, torrentosos, entre barrancos profundos. Con excepción de la árida meseta alteña, las lluvias suelen ser regulares, a menudo violentas y cargadas de electricidad ; su cielo tiende a ser de color definido, de un azul oscuro y luminoso, cuando no sombrío para anunciar tormentas, nunca gris.

La capital de Jalisco, Guadalajara, no tiene los monumentos más hermosos de México, pero es una ciudad —la segunda en importancia de la República— placentera y clara. Ha sido construída y cuidada con amor y con gusto y aun sus arbitrariedades arquitectónicas tienen cierta gracia. Hay ciudades que poseen una belleza o una solemnidad muertas, un poco de museo como si sus moradores se escondiesen en ellas Guadalajara, en cambio, es una ciudad viva que gusta de vivir hacia afuera. Se conserva aún en ella la costumbre española de tener abiertas las puertas de la casa, para que, a través de la cancela de hierro, luzca el jardín interior. Y con todos los motivos —la iglesia, el mercado, la tienda, el jardín público, las visitas, el paseo—, la gente se deja ver y sabe reír. Guadalajara conserva una buena tradición de cultura y centros educativos y universitarios importantes. Muchos de los hombres ilustres del Estado han sido escritores, pintores y músicos notables. El paseante nocturno de los barrios de la clase media puede escuchar, en la noche tibia, pasajes de una sonata de Mozart o de una fuga de Bach, que ensaya una muchacha en su piano.

El paisaje dominante de Jalisco lo forman montañas y hondonadas ocres, terrosas y resecas, con arbustos espinosos ; aquí y allá, manchas de verdura, sembradíos y escasos bosques. Tierra agreste, a menudo rojiza, que responde casi siempre al intenso trabajo humano ; nunca de promisión, y feraz sólo en la costa. Junto al verde y suave paisaje michoacano, a la seca planicie calcárea de Yucatán, a la vitalidad tropical de las costas de Veracruz, de Tabasco o de Guerrero o a las grandes llanuras de los Estados norteños, Jalisco se distingue por cierta aspereza montañosa que el hombre ha ido fecundando lentamente.

El campesino de estas tierras tiene algo del castellano viejo por la lengua que ha conservado, ilustrada frecuentemente con refranes, y por

su sobriedad y señorío. Es hombre de honor y de costumbres regidas por una moral estricta ; pero no es sombrío, sino grave, y gusta de fiestas, convites y lucimientos. La charrería, el arte hípico de los mexicanos, sigue siendo allí actividad importante. El hombre del campo va a caballo a sus faenas y, cuando tiene edad, fuerzas y fortuna, las competencias hípicas son su mejor fiesta. La gente de pueblos y ciudades es abierta, amistosa y amiga también de celebrar y frecuentarse. Se dice que el jalisciense, cuando habla, canta aún más que en el resto de México. Tiende, sobre todo, a poner un largo remate musical a sus frases, como si le pareciera descortés cortar secamente la última sílaba.

No es Jalisco la principal región agrícola de México, ni su principal centro industrial, ni el Estado más próspero, pero es acaso el que tiene una vida económica más orgánica y sana. Fragmentado en tan diversas regiones, su agricultura y su ganadería son ricas, y en cultivos como el del maíz es el productor más importante. Paralelamente, su fuerza industrial se apoya, más que en las grandes empresas, en un gran número de medianas y pequeñas industrias y aun talleres caseros. De esta manera su población no sufre las tensiones que crea un extenso proletariado obrero ni se reduce sólo a la vida rudimentaria del campesino. Su pueblo no es rico, pero me atrevería a decir que es feliz con su pobre o discreto pasar. El ranchero de los pequeños poblados, el obrero del taller y la muchacha de barrio son felices y están orgullosos de su tierra, de su pueblo o de su ciudad y sus glorias locales. En México suele ser famosa la presunción de los jaliscienses, a menudo pintoresca e infantil, que irrita con razón a los demás. Ya se trate de los dones de la naturaleza, de la casualidad o del esfuerzo humano, los jaliscienses están orgullosos de su clima, de sus ciudades, de su folklore, de la belleza de sus mujeres, de sus campeones deportivos, de sus dignidades eclesiásticas, de los méritos de sus imágenes religiosas y aun de sus artistas y escritores. Es natural que su vanidad provoque ironías y chanzas, pero, a fin de cuentas, es una forma de amor y de apego entrañable por su tierra.

ESTA ES LA TIERRA Y ESTOS LOS HOMBRES que han encontrado una expresión vigorosa y apasionada en las novelas de Agustín Yáñez. Si se excluyen de su obra la breve estampa, *Espejismo de Juchitán* (1940), y dos novelas recientes, *La creación* (1959) y *Ojerosa y pintada* (1960), que se refieren a la vida en la ciudad de México, todas sus otras novelas se refieren a la vida jalisciense. Y aun cuando evoca, en *Archipiélago de mujeres* (1943), a grandes personajes literarios femeninos, gusta de recrear su leyenda en el ambiente de Jalisco.

La serie de novelas jaliscienses de Yáñez se inicia con bellas evocaciones de infancia y de juventud : *Genio y figuras de Guadalajara* (1941) —relato entre biográfico e imaginativo— y *Flor de juegos antiguos* (1941) y se ensancha en las tres novelas más importantes que hasta ahora ha escrito : *Al filo del agua* (1947), *La tierra pródiga* (1960) y *Las tierras flacas* (1962), su obra más reciente.

Cuando se publicó *Al filo del agua*, la novela mexicana pasaba una mala época. Obsesionados por los caminos conocidos, los novelistas insistían una y otra vez en los ya gastados temas de la Revolución y de las luchas campesinas y obreras, y en las recreaciones de la vida indígena y los dramas más obvios de la vida urbana. Sin la grandeza épica de las obras memorables del ciclo de la Revolución, la novela de estos años, sólo preocupada por su ideología, exhibía sus deficiencias de oficio : un dibujo lineal, superficial y episódico, y falta de densidad y poder revelador. La novela de Yáñez se apartó decididamente de aquellos caminos gastados y de esta simplicidad. Y si volvió los ojos a la provincia no fue para insistir en la imagen un poco convencional y elegíaca que estaba en boga, sino para mostrar una provincia oscura y compleja, rica de múltiples fuerzas y trágica en su aislamiento y en sus pasiones primitivas. *Al filo del agua* creó o reveló la intensidad de un pequeño mundo : el de la vida de un pueblo característico de Jalisco —y por ello de México y de América Latina— en los años inmediatamente anteriores a la Revolución de 1910. Y lo creó con una complejidad orgánica, con poderosos caracteres —algunos de los cuales van a reaparecer en sus novelas posteriores— y con amplios recursos narrativos. Entre los polos de la religiosidad y las tentaciones que el mundo propone a estas vidas pueblerinas, los hombres y las mujeres se debaten, tienen malos sueños, aceptan el pecado y matan, huyen, enloquecen o continúan su vida, pero marcados ya con la conciencia de su frustración y sintiendo la carga de su duelo, ahogados en la penumbra morada, penitenciaria, que respiran. Densa, profunda y perturbadora, *Al filo del agua* dio a la literatura mexicana una de sus novelas más importantes. La fertilidad de nuestra novela moderna debe mucho a su ejemplo.

La tierra pródiga es la novela de la costa jalisciense, del trópico feraz, primitivo y violento que los caciques, los señores de la tierra, explotan y gobiernan con la ley de la sangre y de la astucia, hasta que llegan los civilizadores, los hombres de los programas y la técnica, que trabajosamente van imponiendo un orden a aquel mundo bronco. La variedad de la acción de esta

lucha épica y la seducción de los escenarios eran un reto al que Yáñez respondió empleando con fortuna recursos musicales de composición y haciendo un despliegue de estilos y recursos expresivos. Abundan las páginas admirables : la tensión oscura de la « rueda de fieras » que abre el libro ; el preludio sinfónico de la costa y el mar, en el que parecen escucharse las ondas melódicas de los impresionistas musicales y las cálidas oleadas wagnerianas ; los graves acordes bíblicos de la letanía de imprecaciones de los peones para el asesino que los mandaba, y el dramático episodio en que la viuda rescata el cadáver del maligno y le consagra salvajes funerales. De nuevo estamos ante la creación poderosa y el rico y cambiante estilo de *Al filo del agua,* pero se ha superado el dibujo general de la novela, se ha vuelto más sobrio y se han balanceado los tintes sombríos y la trama demasiado apretada, con pasajes de otras tonalidades espirituales y con alternación de estilos. La acción misma, la acción y el diálogo francos, parecen rehuirse para preferir narrar o evocar los hechos ya consumados —lo cual es una tendencia general del estilo narrativo de Yáñez que sólo superará en su última novela. En cambio, la profundización de situaciones y parlamentos es muy eficaz ; el monólogo interior es un verdadero enriquecimiento psicológico de caracteres y conflictos. Y es tan afortunado Yáñez en la reproducción del lenguaje rústico —cuya riqueza a la vez castiza y original revela— como en el tono noble y dramático, de poesía dramática, me gustaría decir. *La tierra pródiga* es un gran mural de la costa de Jalisco y el drama del choque de las fuerzas primitivas de la tierra con la fuerza ordenadora de la civilización.

Después de la novela de la vitalidad tropical, Yáñez escribió la novela de las tierras áridas, de los Altos de Jalisco : *Las tierras flacas,* que será también la novela de hombres y mujeres de otro temperamento, graves y sentenciosos, apegados a su tierra ingrata y a la esperanza de un cielo sin clemencia. El tema de *Las tierras flacas* tiene algún paralelismo con *La tierra pródiga,* en la lenta, azarosa lucha de una región para librarse del cacique. Pero junto a la conmovedora historia de la máquina de coser de Teófila se agita un mundo fascinante : el bárbaro sentido patriarcal del cacique Epifanio, las marrullerías de Jesusito, las hazañas mitológicas del libertador, Miguel Gallo, y la espléndida figura de la zahorina, Matiana, que recoge algo de la leyenda popular y alcanza a veces la grandeza trágica de la Celestina española.

La novela está compuesta sobre un trasfondo bíblico que aparece en los nombres de los poblados, en los de algunos de los personajes y aun en sus creencias austeras y primitivas. Mas, ajustada admirablemente a este trasfondo, la vida que alienta en *Las tierras flacas* es la de un pueblo jalisciense, mestizo, mexicano. El abundante empleo del refranero y los giros coloquiales vernáculos y de la sabiduría popular —yerbas medicinales y mágicas, supersticiones y experiencias menudas— es uno de los aspectos más atrayentes de la novela, que alguna vez llegará a estudiarse como fuente para el conocimiento de estas materias. Asimismo es un acierto en *Las tierras flacas* el empleo de un doble plano, el externo de la acción y la palabra y el interno de la reflexión y la imaginación, que permiten revelar la densidad de los personajes, a menudo de pocas palabras. Pero aquel trasfondo, aquel viejo sabor popular y esta eficacia del estilo alcanzan su excelencia no por el camino de lo anecdótico o lo pintoresco, sino en cuanto nos descubren el misterio de nuestro pueblo. La fidelidad con que estos hombres y mujeres enjutos viven apegados a su tierra ingrata, su trágico sentido de las creencias religiosas, el peso imprevisible de sus supersticiones, la austeridad y el decoro de su pobreza crean un mundo mágico y secreto, a la vez nuestro propio mundo americano y algo ya muy lejano y perturbador.

En la trilogía de las novelas jaliscienses de Yáñez sorprende el vigor sostenido de las creaciones y la versatilidad y eficacia del estilo. Aquel borbotón imaginativo, opulento como un retablo barroco, de *Al filo del agua,* se hace flexible y musical en *La tierra pródiga,* que desplegará una amplia gama de tonos y estilos, y se vuelve sobrio y sentencioso, a imagen de la tierra seca y de las vidas concentradas que animan *Las tierras flacas.* Acaso las páginas más hermosas de Agustín Yáñez se encuentren en su novela del trópico jalisciense, pero es posible que el personaje más notable y profundo que haya creado sea la Matiana de *Las tierras flacas,* y sin duda es ésta, hasta ahora, su novela más armoniosa y en la que el novelista es ya un dueño que sabe ordenar y distribuir con maestría todos sus recursos.

JOSE LUIS MARTINEZ

T. de Fritzsche y N. Kisnerman : « El 40 - 25 poetas y bibliografía de una generación »

LA LLAMADA « GENERACIÓN DEL 40 » —cuyos frutos este libro (Grupo Editor Argentino, Buenos Aires) aspira a compendiar— ha cumplido un papel en la historia de la poesía argentina. Integrada por poetas cuyo número —según los criterios— oscila entre vein-

te y cuarenta, inició su « militancia » con la revista *Canto*, que apareció en Buenos Aires entre junio y agosto de 1940, con la dirección encabezada por Miguel Angel Gómez.

Esa fecha de nacimiento significa que, en el orden internacional, la generación del 40 es coetánea del silencio europeo debido a la segunda guerra general del siglo : hay que señalar que en el orden americano se habían cumplido ya las experiencias fundamentales de César Vallejo y Pablo Neruda.

En cuanto al ciclo argentino, esos poetas aparecen tras la generación martinfierrista, o sea del grupo rioplatense influído por el ultraísmo (tardío surrealismo *à l'espagnole*). En algún manifiesto (firmado por León Benarós) los cuarentistas se declararon contra los martinfierristas : « *Martín Fierro* luchó contra una retórica y desembocó en otra. Nosotros, desde nuestro mundo personal, buscamos lo esencial del verbo más en el acontecer interior que en el deslumbrante artificio de la fácil y desmontable metáfora. »

En la práctica, lo que se encuentra en los textos de estos autores es una sintomática regresión. Esta regresión asume a veces la forma de sometimiento a poéticas martinfierristas, como la sujeción de Martín Alberto Boneo, Daniel Devoto y otros a la modalidad de Ricardo Molinari ; la de José María Castiñeira de Dios a la de Leopoldo Marechal ; la de Eduardo Jorge Bosco a la de Borges, etc. Pero en otros casos —el citado León Benarós, Miguel D. Etchebarne, etc.— el retroceso llega hasta Leopoldo Lugones, quien constituye el símbolo de todo aquello contra lo que se había levantado el martinfierrismo. En estos representantes particulares y en el tono elegíaco, « crepuscular » de la mayoría de los cuarentistas, tal generación se revela como un movimiento epigonal del martinfierrismo, movimiento que pone al descubierto la última dependencia del martinfierrismo respecto a Lugones, según se vuelve manifiesto en el lugonianismo de los poemas del último Borges.

El salto atrás del grupo —nostalgia del pasado, carencia de un ideal estético preciso, imitación de tendencias tan lejanas como los románticos alemanes (Wilcock)— patentiza una voluntad de rechazar el tiempo en que se vive : en este sentido los cuarentistas son un *pendant* bastante exacto del garcilasismo de los poetas españoles inmediatamente posteriores a la guerra civil. La verdad es que el tiempo que les tocó vivir a estos poetas se hallaba excepcionalmente cargado de malas realidades : en lo mundial, guerra sin precedentes ; en lo nacional, postrimerías de la usurpación conservadora. Así en los poemas y la estética de la generación del 40 se lee la actitud que es claro preanuncio del advenimiento de las negatividades del peronismo.

No resulta extraño entonces que este núcleo haya sido el que proporcionó el mayor número de militantes intelectuales jóvenes a ese movimiento político entre cuyas características se contó el generalizado repudio que logró despertar entre los escritores. El temprano suicidio del talentoso Eduardo Jorge Bosco (en 1943, a los treinta años de edad), la ulterior muerte violenta de Miguel Angel Gómez, el exilio definitivo de Wilcock, Devoto y otros, parecen subrayar las tensiones anormales a las que los cuarentistas se vieron sometidos, sin capacidad de respuesta.

Los poetas que sobresalen en la presente selección —que, por cierto, no reúne las piezas más felices de los contribuyentes— son de algún modo aquellos que logran eludir el ámbito generacional. Esto ocurre en quienes practican el recurso al pasado en forma excepcionalmente franca y decidida, como Miguel D. Etchebarne y León Benarós, los cuales, al seguir con entusiasmo al Lugones de los *Romances de Río Seco*, logran piezas destacadas. También consiguen resultados apreciables aquellos poetas con capacidad para acoger en sí lo nuevo. Se dividen en dos ramas —que son justamente aquellas en que a partir del decenio de 1950 se articuló la poesía argentina— : la de los que anticipan el impacto de las experiencias postsurrealistas de la poesía europea (inglesa, italiana, alemana), como Juan Rodolfo Wilcock y Basilio Uribe, y la de los que comienzan a oír el neosurrealismo europeo de la postguerra, como Enrique Molina.

El libro está precedido por una « Advertencia » de cautela estimable, e incluye una « Bibliografía » que resulta útil.

H. A. MURENA

Alberto Baeza Flores : « Hombre peregrino »

El autor de *Hombre peregrino* (Edición de las Brigadas Líricas Mendocinas, Mendoza, Argentina) canta a las ciudades como a seres. Individualmente, mujeres y hombres casi no cuentan, salvo en ciertas alusiones a la pasajera de aire ausente (*rubia, seria, como fugada de ti misma* : « Poemas en el tren subterráneo ») ; a los soldados (*me duelen estas muertes aunque a ninguno escuché su palabra* : « Cementerio de guerra ») ; a Rosie (*quién sabe dónde fue el que quiso besarte al escribir tu nombre* : « N. Y. Siglo XX ») o a los desconocidos (*Yo los miro, entre las columnas secretas de la lluvia / buscar un hotel y cruzar* : « Londres »). Pero aparecen las ciudades y se identifica con ellas (*Soy también esta calle / cuyo nombre se llevan los ómnibus gigantes / entre*

la lluvia y lo gris : « Londres »). Lo reitera ante Heidelberg (*tan vieja ya que eres casi una niña*) ; ante París (*valle abajo los muchachos jugaban fútbol.. Recibí la lección como si el verde entusiasta y los muchachos / fueran el último texto de filosofía*) ; ante Asís, ante Génova, ante Venecia —en logros poéticos éstas, tal vez, menos felices — ; o ante zonas o lugares como la casa de Dickens (*sentí pena por ti*) ; ante London Bridge (*párpado de niebla*) ; ante Los Ardenes (*cielo que tiene ese aire del enfermo que convalece*).

Se compenetra con ellos sin que logren aniquilar la soledad que lo hace llamarse « el errante sin número en la vida » ; definirse como « el hombre que debía partir hacia ninguna parte » ; resignarse desde el « comprendo que debo comprender ».

Esta tristeza última aparece en « Toro » y en « Poemas en el tren subterráneo » con la común alusión a la muerte : carnal la primera, en ese « sacrificio sin misterio » ; metafísica la segunda, cuyas víctimas somos los « topos civilizados » ansiosos de llegar a lo que sólo un acordeonista ciego « rodeado de tantos cielos » puede transmitirnos desde su incontaminado mundo.

Así retorna a la poesía Alberto Baeza Flores, chileno por nacimiento y añoranza, cubano por elección y formación, luego de periódicos vuelcos hacia temas de carácter histórico-biográfico en torno a José Martí, Simón Bolívar y Haya de la Torre. *Nostálgico Sur* (1952) y otras entregas reseñaron su vínculo con la tierra natal. *Hombre peregrino* recorre territorios más amplios con simple equipaje : un tren, un cielo, una nostalgia ; escuetos elementos que permiten eludir cancillerías que cuadran a la función diplomática del autor y recorrer paisajes geográficos e interiores, propios de su condición de poeta.

Ella lo lleva permanentemente hacia Cuba, en indudable matiz social de quien conoce a fondo y se interesa por los problemas de América Latina.

Presente en casi todos sus libros anteriores, la dramática disyuntiva se plantea también aquí, ante la nueva Cuba que ha dejado de ser la « patria de la luz », que ha transformado el significado de Martí en « dos sílabas cautivas ».

La descripción de Nueva York Siglo XX (por la que se desliza la sombra de Whitman, que Baeza Flores invoca a menudo), o de otras ciudades erigidas con « poética audacia » hubiera ganado fuerza con el manejo de cierta ironía, de cierto humor que acentuara por contraposición —atenuándolo— el dolor de la Patria dormida.

Un cierto rigor en la selección (la « Canción para María Paulina » aparece desgajada del resto) y en la reiteración enumerativa, pudieron contribuir, asimismo, a una mayor transparencia a la que el claro lenguaje, la directa comunicación, la certera melancolía, estaban destinados.

CELIA ZARAGOZA

Fryda Schultz de Mantovani : « Victoria Ocampo »

Señala Fryda Schultz de Mantovani que al hablar de Victoria Ocampo hay que tener en cuenta que los dos aspectos de su obra —libros por una parte , por otra revista *Sur*, editorial, conferencias propias y patrocinio de conferencias ajenas, etc.— son caras inseparables de un espejo. El que a su vez es producto y reflejo de la realidad que le ha tocado vivir : « el testimonio es en ella una acción honesta, un acto honrado de devolución personal ».

De modo que es necesario partir del dibujo de su vida para juzgar a esta escritora que se ha lamentado de que su « sino » no haya sido escribir novelas. Esa imposibilidad de transmutar la realidad parecería debida a que siempre su persona íntegra está implicada en cada cosa que hace. Es esclarecedora en ese sentido una frase suya, reciente, que cita F. Schultz de Mantovani : « A veces creo que se piensa con el carácter. » Añade que Victoria Ocampo « es aficionada a abstracciones, pero sólo cuando esas abstracciones han tomado previamente una subida coloración sentimental... La abstracción no es en ella, pues, una alquimia de la inteligencia, un alquitaramiento, una brujería de las ideas, más o menos frías, sino un extraer de la realidad lo que merece ser contemplado una y otra vez íntimamente ; y reflejarlo, porque no puede ser de otro modo, en la palabra que lo devuelve al mundo ».

Fryda Schultz se ha internado lúcidamente en la *verdadera* biografía de la creadora de *Sur* : no una cronología de almanaque, sino una « ruta ideal », atemporal, que es la de sus encuentros y amistades. Somos, en importante medida, nuestros amigos y nuestras preferencias. Nos traicionamos, dice F. Schultz, « cuando hablamos de alguien que, de alguna manera, nos es afín ». Victoria Ocampo ha vivido traicionándose a través de sus amistades y autores preferidos, personajes reales de su obra. Pero su espíritu no está habitado sólo por nombres ilustres. Entre los *mighty dead* que viven en su memoria también figuran seres que tuvieron como única grandeza la mayor de todas : la del corazón.

Del esquema biográfico, apoyado en los « pilares humanos » más significativos para entender la vida de Victoria Ocampo, pasa Fryda Schultz a hablar de su estilo. En las páginas preliminares —de las mejores de este ensayo en que todas son valiosas— ya ha referido el origen del género de *testimonio* a las relaciones heterodoxas con que los cronistas hablaron « con imaginación y con sobrada verdad en esta América ». Verdad que luego fue deformada en nombre —falso— de muchas cosas. Y aunque el estilo es expresión del carácter, no por ser carácter es individual en este caso : « Victoria Ocampo es una imagen criolla, porteña, de una Argentina díscola que marcha a contratono y admira lo que el consenso común deja de lado... ; la que, en sus barrancas del Río de la Plata, parece dar la espalda, y no la da, a una tierra, a un continente, que le es consustancial... »

Como nuestros grandes prosistas del siglo XIX, Victoria Ocampo « ha escrito con su acción ». Y no nos asustemos si la acción desconoce el lenguaje académico, y con más razón, la falsa retórica escolar que nada dice porque nada *quiere* decir. Tampoco nos asustemos, hipócritamente, de la primera persona. Que en eso está en muy buena compañía : Santayana, Ortega, Unamuno, Sarmiento.

Dice además la autora de este libro que el estilo que nos identifique en el mundo americano tendrá que ser libre (¿no lo es ya?) y sin ceremonias, y esa es « una de las cuentas que le dejaremos impaga, hasta que prescriba » a V. Ocampo. Acotemos que, desde esta perspectiva, el fragmento titulado « Palabras francesas » (de 1931) —incluído en la antología que cierra el volumen— resulta curiosamente revelador. En él, Victoria Ocampo se refiere en el mejor « idioma de los argentinos » a lo que cree su imposibilidad de explicarse y explicarnos en forma satisfactoria para ella si no lo hacía en francés, « único refugio de su pensamiento », porque por ser esencialmente americana encontraba empobrecido su español y « negado el español de ultramar ».

Me he limitado a señalar algunos de los muchos aciertos de este libro. Valgan las pocas frases reproducidas como muestra de su sobriedad —manifestación de una inteligencia que sabe a cual blanco hay que apuntar, y acierta— y de ese lenguaje veraz y sin rebuscamientos por el que aspira su autora a que se nos identifique. Para ser eficaz como orientador en la *lectura* de un escritor —en el sentido lato de la palabra— el trabajo monográfico debe responder a un plan que busque el equilibrio entre la imprescindible actitud crítica y el valor que se dé a las cifras de la ecuación escritor-vida-obra. Este constituye un ejemplo de ese equilibrio.

El libro pertenece a una muy despareja colección publicada por la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación de la Argentina. En ella, ni todos los autores tratados tienen un nivel que los justifique como objeto de estudios de este índole, ni todos aquellos que realmente significan algo en nuestra literatura han sido estudiados en forma adecuada. Entre otros, se han publicado volúmenes sobre Borges, Mallea, Molinari, Carmen Gándara, Bernárdez, Banchs, etcétera.

MARIA LUISA BASTOS

César Magrini : « Veintidós cuentistas »

SE HA DADO EN DECIR que el cuento « es uno de los géneros más difíciles », sin duda porque nuestra época ha perdido la inocencia que hizo posible y necesaria *Las mil y una noches*. Un cuento es difícil porque debe ser a la vez sincero y prodigioso y, en todos los tiempos, es difícil encontrar alguien que, sinceramente, tenga algo prodigioso que contar. Tal vez en nuestra época Franz Kafka haya sido uno de los pocos, y precisamente por ser prodigiosas y sinceras escribió sus historias con absoluta sencillez. De manera que la dificultad no radica en un problema técnico, sino en « olvidar lo escrito, y esperar que otra imaginación reclame al escritor », como dice Borges en el reportaje que antecede a su cuento en esta misma antología.

La aparente espontaneidad del género es una trampa tendida para quienes quieren abordar la literatura, sean ellos principiantes o no, porque la falta de substancia literaria es más transparente cuando —con las limitaciones de la prosa y de la intriga—, se exige la profundidad y la magia del poema. De ello dan fe los más altos exponentes modernos del género, cuya obra prueba que la complejidad del hombre actual requiere un tipo de cuento sutil, con implicaciones y resonancias que excluyen la inocencia y la gratuidad. Los postulantes de estos logros —sean quienes toman al cuento como propedéutica de la novela, o quienes de regreso de ella transitan libres de prejuicios por él—, lejos de ser un índice de riqueza literaria, como cree César Magrini en el prólogo de este libro, son más bien el detalle de su déficit.

La no comprensión de tal temperamento hizo la disparidad de esta selección (Ediciones Centurión, Buenos Aires, 1963), donde escritores de muy distinta calidad y orientación son agrupados por una suerte de fervor periodístico, cuya urgencia de testimonios, si es posible « graba-

dos y reproducidos textualmente », mueve a César Magrini a anteponer a la publicación de cada trabajo un reportaje « directo y espontáneo » con preguntas como « ...Si no supieras escribir, ¿cómo escribirías un cuento? »

No obstante el desorden de la muestra, es posible encontrar en ella (ubicadas por orden alfabético) obras dignas de una antología. Son sus títulos : « De los dos lados », de Adolfo Bioy Casares ; « El Sur », de Jorge Luis Borges ; « La señorita Estrella », de Juan José Hernández ; « El salón dorado », de Manuel Mujica Láinez ; « La posición », de H. A. Murena ; « La casa de azúcar », de Silvina Ocampo ; « Fiesta », de Elvira Orphée y « El árbol de Judas », de Manuel Peyrou.

Algunos de estos autores son cuentistas específicamente (Adolfo Bioy Casares, Manuel Mujica Láinez, Silvina Ocampo, Manuel Peyrou), si bien han cultivado también la novela (Mujica Láinez, Peyrou) y la poesía (Silvina Ocampo, Bioy Casares). Otros, además de novela y poesía incluyen en su proficua labor intelectual el ensayo (Jorge Luis Borges, H. A. Murena). Elvira Orphée, no obstante su excelente cuento, « Fiesta », declara ser sólo novelista.

Eduardo Mallea es cuentista y novelista. « La razón humana », el cuento que lo representa en este libro, no alcanza la altura de otras creaciones que le dieron fama, *Cuentos para una inglesa desesperada* o *La bahía de silencio*. Marco Denevi recurre al ingenio para urdir el argumento de sus « Historias ». Aunque de manera más superficial enfoca esos trabajos con el mismo criterio que Federico Peltzer y Dalmiro Sáenz los suyos : « Giuolo Piano » y « No », respectivamente.

Gloria Alcorta, autora de novelas y cuentos, publica una de sus « ficciones » : « El deseado », historia concebida entre el sueño y la alucinación. María Angélica Bosco, también novelista, « Enroque al odio », una historia policial. Beatriz Guido, novelista y autora de guiones para cine, elabora con vistas a la truculencia « Fuera de juego ».

Eugenio Guasta prefiere en cambio un estilo contenido, confiado en el símbolo de su cuento « Los caminantes », que preside una frase y el clima gratos a Albert Camus. Dentro del tono sentimental se sitúan Alicia Jurado, « Historia de la chinita Teresa » ; María Esther de Miguel, « La foto » ; Luisa Mercedes Levinson, « En un cuaderno cuadriculado ». Martín Alberto Noel intenta construir la historia de « El jardinero », y Miguel Angel Briante y Graciela Busto —« Sol remoto » y « El engaño »— publican su primer trabajo.

Todos estos escritores han sido recompensados con premios nacionales a la producción literaria, o premios organizados por editoriales argentinas, o por concursos internacionales. Pero tampoco ese parece ser el criterio seguido para agruparlos, porque entre ellos se incluyen dos autores noveles, cuyos trabajos no obtuvieron esa distinción

CARLOS ARCIDIACONO

Vicente Fatone : « El budismo nihilista »

MUCHOS AUTORES asumen la posición de esperar que su próximo libro será el mejor que hayan escrito, sin meditar en que su modo de vida actual les impide hacerlo, pues todos esos paseos por el periodismo, la propaganda o la conferencia fácil son agotadores y destruyen la integridad del autor. Otro elemento que aparece frecuentemente es una especie de omnipotencia del escritor que se siente igualmente capaz de tratar cualquier tema, aun los que conoce superficialmente, dejándose llevar sólo por el fugaz atractivo de la idea. Por eso, encontrar un libro que ha sido escrito con la devoción y la intensidad de la última y única obra, alegra y devuelve confianza en el oficio.

El libro de Fatone (Editorial Universitaria de Buenos Aires) está escrito con autoridad y esa no es su sola virtud. Usa un riguroso método y un adecuado lenguaje filosófico para desarrollar sus ideas. Diríamos que hasta algunos pasajes son verdaderas « traducciones » de los elaborados conceptos de Nagarjuna a un lenguaje técnico actual, hegeliano, de gran valor didáctico y extrema precisión conceptual.

Analizar los conceptos que forman la estructura filosófica de un fenómeno religioso de características tan particulares como el budismo, cuya estructura ideológica primordial es solamente una vía pragmática de salvación, parece a primera vista una especie de diversión del espíritu. Para muchos la misma palabra « filosofía » aplicada a las nociones que tuvieron origen en la India es una paradoja, pero a poco de recorrer el libro de Fatone, se nota que no hay ni tal diversión ni tal paradoja.

El sistema dialéctico de Nagarjuna es un descomunal esfuerzo de la mente humana por crear una no dualidad operante, que Jaspers (*Die Grossen Philosophen*, Munich, 1957) ubica en un campo que por analogía se extiende desde la dialéctica de la segunda parte de *Parménides* de Platón hasta la logística de Wittgenstein. Esta dialéctica es seguida en el texto a través de su serie de negaciones, desde la negación del tiempo, el ser y la causalidad, hasta la negación del conocimiento, la negación de la ne-

gación misma y del Nirvana. El vacío, sunyata, aparece así como lo más positivo que queda después de la cadena de negaciones o desprendimientos. La salvación, el nirvana, el propio Buda, al nombrarlos, son obstáculos para la salvación misma, pues encarnan la dualidad.

Dentro de este arduo sistema, Fatone se mueve con gran comodidad. Maneja ejemplos y analogías aclaratorias (por ejemplo cuando analiza la noción de « serie » real aduciendo como valor paralelo a Bertrand Russell) sin pecar de excesos de comparación. Utiliza textos de una seleccionada bibliografía, que en muchos casos el interesado en el tema encontrará muy difíciles de obtener (tal el caso de las obras de Sherbatsky). Es decir que el libro comunica en forma eficiente y original uno de los más complejos sistemas de pensamiento, superando las dificultades terminológicas y teóricas, acercando en forma veraz a nuestro enfoque filosófico los mismos problemas, pero mirados esta vez con unos muy viejos nuevos ojos. Y la « suave philosophy » de que hablaba James Joyce en 1903 se transforma no sólo en un verdadero modo de vida, sino en una de las grandes realizaciones del pensamiento filosófico universal.

OSIAS STUTMAN

Juan Rivano : « Entre Hegel y Marx »

No siempre se recuerda que desde comienzos de siglo hasta la segunda guerra mundial se asiste a un prodigioso renacimiento de la filosofía y que, a despecho de ciertas modas superficiales, Hegel estuvo en la raíz de ese espléndido florecimiento. A decir verdad, desde su muerte no ha dejado de influir hondamente y podría escribirse una paradójica historia de Hegel que se iniciara el día de su desaparición y llegara hasta hoy. El fracaso de su sistema trae aparejado un brusco descenso de la filosofía, como si el gigante al caer arrastrara a todos ; sólo se prolonga en el porvenir a través de grandes críticos, especialmente Kierkegaard y Marx. Pero como gran parte de la filosofía del siglo XX se debe a esos dos pensadores, no es extraño que en cuanto el marxismo apretó un poco su autocrítica y el existencialismo tuvo que « repristinarse » se haya tenido que volver a Hegel. Por otra parte, de las dos corrientes hoy sólo interesa el marxismo. De ahí que el libro *Entre Hegel y Marx* (Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago) sea de enorme interés.

El autor de éste, Juan Rivano, es profesor de lógica en la Universidad de Chile y últimamente se ha destacado por una cuidadosa versión del famoso libro de Bradley *Apariencia y Realidad*. Confieso que me ha resultado muy difícil atravesar estas casi doscientas páginas, no por la complicación del tema, sino por el estilo que ha resuelto emplear Rivano. Comparto plenamente sus reservas ante cierta esterilidad académica, cierta vacuidad solemne, cierta gravedad estereotipada que no responde a nada grave, pero me parece que el método empleado para equilibrar esos defectos es un desacierto. Rivano quiere aproximar la filosofía a la sensibilidad de los jóvenes, pero en vez de hacerla llana la hace chabacana. Creo descubrir dos motivos centrales de esa inspiración. Por una parte una recuperación del sentimiento frente a una educación antipsicologista, a medias fenomenológica y logicista (p. 27)) y por otra ese esfuerzo por « exoterizar » la filosofía (pp. 52-54). Pero aunque esté de acuerdo en general con la postura, no puedo ocultar algunas extrañezas y discrepancias. Esa lucha contra el antipsicologismo en favor de la irreductibilidad del sentimiento nó toma en cuenta la obra de Max Scheler, que es un enorme esfuerzo por incorporar el reino del sentimiento a la filosofía mediante el método fenomenológico. Tampoco atiende para nada —y esto es igualmente grave— al movimiento existencialista, y en este sentido es curioso que ni siquiera se citen los nombres de Heidegger y Sartre, sin los cuales parece difícil enjuiciar la situación actual del pensamiento y, por lo tanto, del hombre. Por lo demás, aduce poca claridad mencionar juntos a Jung, Merleau-Ponty, Jaspers y Scheler (p. 79) como « psicólogos contemporáneos ayudados por la fenomenología », pues esa calificación sólo podría caberle —y a medias— a Merleau-Ponty. Con respecto al segundo propósito, me parece que la chabacanería es el reverso del engolamiento y tiene sus mismos vicios, pero a la inversa.

Pese a esto y otras cosas más que podrían agregarse, Rivano es un hombre que acredita mucha lectura, un auténtico interés por los problemas del pensamiento y de la sociedad e innegable agudeza analítica. Pero son justamente estos atributos los que obligan a llamarle la atención sobre su proclividad a los juicios sumarísimos, irrazonados e injustos que practica a diestra y siniestra. Así, dice de Carnap y Ayer que « con una irresponsabilidad desvergonzada vociferan en contra de la intuición » (p. 36), se ríe de Bertrand Russell (p. 36), a quien llama payaso (p. 40) lo mismo que a Axelos (p. 78), etc., etc. Parece oportuno cerrar esta crónica con una frase del autor : « Quien se burla de algo está en la exacta perspectiva para no percibirlo y aceptar incluso un espantajo cualquiera en su reemplazo » (p. 52).

EZEQUIEL DE OLASO

notas

CANCION DE LAS DOS DE LA TARDE

Si a esta hora caminara por una calleja de Teherán, podría ser, podría ser que encontrara una linda medalla cubierta de polvo.

Si a esta hora tuviera dieciséis años, podría ser, podría ser, que fuera grumete en un barco al que le faltaran sólo unos instantes para llegar al puerto, y estaría sudoroso de felicidad, diciendo ininteligibles palabras.

Si a esta misma hora no tuviera la edad que tengo, echaría a arder mis libros para irme a sentar como un mendigo a la puerta de tu casa. Sí, criatura mía, óyelo bien : como un mendigo a la puerta de tu casa.

Si en este momento al doblar una esquina viera al niño de cinco años con quien jugué un día en un barco, seguramente nos iríamos de la mano corriendo por el mar como dos hermanos.

Y pienso —y me atormento al pensarlo— que allí está en Teherán mismo, en el polvo de una calleja la medalla aquélla ; y que el grumete —que no soy yo— grita su delirio al llegar a la costa y que el niño —¡Dios mío!— se tropieza en no sé qué plaza del mundo con un hombre infame que le maldice.

SOY EL CAMINANTE

Soy *el caminante. Podría haber dicho el vagabundo, pero, en verdad, no me gusta esa palabra.*

Para el caminante todo en el mundo es eso : camino. El vagabundo se interna en el bosque y acaba por perderse, o en el mar, y el remolino, como a un pez, se lo engulle. Y el final del peregrino es llegar a una posada en donde un ángel le sirve miel y frutas. En cambio si digo el caminante, sé que estoy a cada momento avizorando, fatigándome, venciendo al pez y al tifón, vagando aún por el sueño cuando todos creen que reposo.

Nunca hice programas para la alegría y cuando alguna vez me sorprendió un instante el júbilo supe decir : Yo no pedí esta hora ni este paisaje a Dios, menos iba a pedírselo a los hombres.

Dialogué, sí, con los grandes silencios : con el de la medianoche y con el más intenso y misterioso aún : el de la una del día, cuando están paralizadas las fábricas, cuando el obrero come, sudoroso todavía, el negro pan y sorbe, con silbidos, la sopa que hierve en la marmita.

Toda mi vida no ha sido hasta ahora sino tránsito. Puente tendido a la esperanza. No para mí ; para los otros ; para el maldecido o para el que incendió la casa cuando dormían los padres, los hermanos, o para el mendigo que regresa a su cueva, vacía la escudilla.

Toda mi vida no ha sido hasta ahora sino eso : tránsito. Y afán de ver. Y de asombrarme.

ENRIQUE PEÑA BARRENECHEA
(Del libro inédito *Zona de Angustia*)

HOMENAJE AL ESPAÑOL MAS UNIVERSAL DEL SIGLO

No creo incurrir en arbitrariedad ni en hipérbole al calificar así a Pablo Casals. La estatura artística lo mismo que la humana de este hombre extraordinario sigue creciendo a sus ochenta y siete años. En el séptimo Festival que acaba de ofrecer en su amada ínsula de Puerto Rico ha alcanzado una nueva dimensión que supera la altísima y ecuménica reputación de que ya disfrutaba.

Escribo con el espíritu todavía conmovido por esta inefable « experiencia » musical. El Festival Casals de este año tuvo, si cabe, mayor significación artística que ninguno de los anteriores, debido a que en él dedicó las últimas dos noches a la presentación íntegra de una obra magna que jamás había dirigido y que rarísima vez se ofrece completa : « La Pasión según San Mateo » de Juan Sebastián Bach. No voy a detallar el programa de este Festival porque no se trata de una crítica o reseña musical sino de rendir homenaje de admiración y gratitud a este anciano maravilloso que durante más de sesenta años ha enriquecido —ennobleciéndolo— el reino espiritual de Occidente.

En los ocho conciertos de que se compuso el Festival de este año figuraron obras de Bach, Brahms, Mozart, Purcell, Schumann, Haendel, Vivaldi, Monteverdi, Franck, Wagner, Weber, Gabriel Fauré y Beethoven. Como es ya tradicional en los Festivales de Casals, la orquesta estaba integrada casi en su totalidad por artistas seleccionados entre los más distinguidos de las grandes orquestas sinfónicas norteamericanas, y lo mismo los solistas. El pianista invitado este año fue Rudolf Serkin y el violinista Isaac Stern. Juan José Castro y Robert Shaw fueron los directores especialmente invitados. Los cantantes fueron seis : un tenor, una soprano, una contralto, dos bajos y un barítono procedentes de varios países y excelentes todos. Para interpretar el « Requiem » de Fauré, la « Novena Sinfonía » de Beethoven y « La Pasión según San Mateo », Casals hizo venir el magnífico coro de Cleveland, uno de los dos más famosos de los Estados Unidos, que consta de 120 voces y dirige el eximio Robert Shaw. Desde 1950 ha figurado en todos los Festivales de Casals, tanto en Puerto Rico como en Prades, como primer violín y subdirector, Alexander Schneider, el admirable virtuoso y director del justamente famoso Cuarteto de Budapest. Pero Schneider desempeña varias otras funciones en estos Festivales además de concertino, subdirector y consejero técnico. A pesar del adagio, puede decirse que después de Casals, Schneider es el hombre absolutamente indispensable para el buen éxito de los Festivales. El maestro lo sabe y por eso lo estima y distingue sobre todos sus colaboradores. Schneider, a su vez, siente por Casals un cariño, una lealtad y una devoción poco comunes entre artistas.

Casals sólo dirigió tres obras durante el certamen : la « Primera Sinfonía » de Brahms, la « Novena » de Beethoven y « La Pasión » de Bach. Robert Shaw y su coro interpretaron el « Requiem » de Fauré con suma maestría, y además actuó como consejero técnico —junto con Schneider— en la « Novena » y « La Pasión ». Juan José Castro tuvo a su cargo el tercero y el quinto conciertos en los que incluyó obras de Mozart, Purcell, Schumann, Weber, Wagner, Monteverdi y Franck, que interpretó con fidelidad y brillantez. Schneider actuó como director y concertino de todas las obras clásicas instrumentadas para orquesta más pequeña y reducida a instrumentos de cuerda, piano, flauta y clavecín casi exclusivamente (Bach, Haendel, Mozart, Vivaldi y Brahms), obras de las que es reconocidamente consumado intérprete.

Durante medio siglo Casals ha sido proclamado en muchas lenguas como el primer violoncelista del mundo ; mas a partir de 1950 cuando organizó el primer Festival de Prades para conmemorar el bicentenario de la muerte de Bach, Casals se nos reveló a una nueva luz : como director de conjuntos sinfónicos. Desde el primer instante músicos y críticos lo aclamaron, *nemine discrepante,* como el intérprete más fiel y genial que Bach tiene hoy. La corroboración definitiva de tan alto elogio nos la ha dado en este Festival que ayer concluyó en el teatro de la Universidad de Puerto Rico. Casals llevaba más de cincuenta años estudiando e interpretando a Bach. No hay exageración en afirmar que es el artista que más esfuerzo, tiempo y atención ha consagrado al genio germano, y el que más impecablemente lo ha traducido en su doble función, como virtuoso del violoncelo y como director. La monumental « Pasión según San Mateo » había sido objeto de profundo análisis para el maestro catalán durante varios decenios, pero no se había decidido a dirigirla hasta ahora porque no se creía suficientemente preparado para interpretarla cabalmente. Tratándose de Bach —y de cualquier clásico—, Casals es un « perfeccionista » siempre insatisfecho, para quien el más leve detalle tiene capital importancia. « La Pasión » no es sólo una obra cumbre y acaso la más grandiosa que jamás se haya escrito en la historia de la música, sino también una de las más complejas, variadas y difíciles de interpretar idóneamente debido al infinito número de matices, melodías, variaciones temáticas, modulaciones tonales y complejidades técnicas de toda índole. De ahí la dilatada espera del maestro, durante la cual no pasó una semana en que no le consagrara largas horas al estudio de este « score » imponente. Es dudoso que en los dos largos siglos transcurridos desde la muerte de Bach haya existido un músico, historiador o crítico que tan prolija y fervientemente lo haya meditado. Casals siente verdadera reverencia por este máximo genio y se aproxima a su reino musical en actitud auténticamente religiosa, humilde, transido y pleno de unción artística. Podemos imaginarnos el deleite estético y la exaltación lírica con que el maestro vio aproximarse el instante de dirigir este *magnus opus* en toda su extensión e im-

par belleza. Era ambición suya de muchos años dirigir « La Pasión » tal como Bach la escribió, sin omitir ni alterar una nota ni un acorde. El férvido anhelo se le ha cumplido cuando alcanza ya los ochenta y siete años. El resultado ha sido una maravilla de ejecución, inspirada y sabia, fidelísima y perfecta. He venido a Puerto Rico a escuchar la magia de Bach interpretada por Casals. He asistido a todos los ensayos y he podido comprobar la unción y el absoluto rigor técnico con que el maestro procede. Es bien conocido entre músicos y críticos su lema o pauta : « La expresión está en la música », es decir, consiste en la total identificación con el espíritu y la inspiración del autor, en no desviarse en una nota ni en un matiz de lo que el creador escribió. (En este sentido Casals coincide con el que ha sido aclamado como el más grande virtuoso del violín en la hora actual : David Oistrakh.) Con la música de Bach se han tomado ilegítimas e irresponsables libertades muchísimos intérpretes y adaptadores durante los últimos dos siglos, libertades que lo adulteran y empequeñecen siempre. Bach es insuperable y en su reino hay que entrar con humildad y férvido acatamiento, como ha hecho Casals siempre. El maestro español lleva a su tarea de director toda la inspiración y rigor técnico con que durante más de sesenta años ha tocado a Bach en el violoncelo. De ahí la magnificencia y la idoneidad de esta « Pasión » que anteanoche y anoche nos brindó. En esta incomparable exégesis tuvo la rendida cooperación de Robert Shaw, de Alexander Schneider, y de todos y cada uno de los cantantes y miembros del coro y la orquesta. De ahora en adelante, esta impecable interpretación es probable que se convierta en paradigma y modelo para cuantos directores estudien y presenten « La Pasión ».

*

Cuando un virtuoso de cualquier instrumento esencial, o director, alcanza el rango y la perfección de Pablo Casals, realiza siempre obra de creación ; pero aquí empleo el término « creador » en su semántica más limitada y concreta equivalente a compositor o musicógrafo, es decir, el que escribe o compone música —no el que escribe « obras acerca de la música », como erróneamente define el *Diccionario* de la Academia—. Esta es una faceta poco o nada conocida de la fecunda vida del ilustre catalán. Son escasas las personas que saben que Casals es uno de los compositores más prolíficos de la historia, pues se cuentan por miles las composiciones que ha escrito. Entre ellas las hay de variadísimo carácter, forma y extensión. Desde las expresiones breves, sencillas, madrigalescas o populares hasta las obras de tamaño mayor como oratorios, sinfonías, etc., pasando por la sonata, el concierto y el poema sinfónico. En su ingente repertorio, como en la viña del señor, hay de todo al parecer. Más de setenta años lleva Casals escribiendo música, y no obstante son raras las personas fuera de sus íntimos que tienen noticia de la perseverante tarea creadora del maestro. Casi todo lo que ha escrito permanece inédito, y es una gran lástima. Esta información no la obtuve directamente de él, pero la publicó el *Herald Tribune* de Nueva York en una entrevista que le hizo al comenzar el último Festival. Según esta fuente, Casals ha escrito muchas sinfonías. El depositario o curador de este cuantioso tesoro artístico es su hermano Luis, trece años menor que don Pablo, residente en Barcelona. La pieza más extensa entre las conocidas es « El Pesebre » que estrenó en México el año pasado y luego ha presentado en Nueva York, Chicago y San Francisco. Después del Festival de Prades este verano, tocará « El Pesebre » en París, Berlín y Londres, y en octubre en la O.N.U. para conmemorar el aniversario de su fundación. Según me informó su esposa, varios países comunistas, entre ellos la Unión Soviética, le han invitado para que lo ofrezca en sus respectivas capitales. Confiemos en que así lo haga porque la paz no es cuestión de guerra fría ni de capitalismo « versus » comunismo, y si se limitara a tocarlo en países occidentales solamente, quedaría amenguado el alto fin que inspiró este oratorio y reducida su presentación al rango de propaganda política.

« El Pesebre » dura dos horas y tuvo una larga gestación, pues empezó a escribirlo durante la segunda guerra mundial, en 1944, y lo concluyó en 1960. Su estreno en México fue un homenaje al país y al mandatario —el general Lázaro Cárdenas— que más generosa y cordialmente acogieron a las víctimas del fascismo franquista. Y, detalle interesante que atestigua el amor indesteñible del maestro a su patria nativa y a su lengua, tanto como a sus conterráneos del exilio : en México lo hizo cantar en catalán. No he tenido ocasión de escuchar este oratorio. La idea o el ideal que lo inspiró y que impulsa a su autor a tocarlo en muchos países fue el mensaje celestial que, según el Evangelio, se escuchó en Belén la noche de la Natividad : « Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad ». De la sinceridad, la belleza y el noble sentimiento que brillan en « El Pesebre » es testimonio la frase que a continuación traduzco de una carta que los regentes del Carnegie Hall escribieron al maestro después de tocarlo allí el año pasado : « Este concierto es el más distinguido e inspirador de cuántos han tenido lugar en los anales del Carnegie Hall. »

El lector se preguntará por qué Casals ha confinado al secreto y a la condición de póstuma su obra de creador. Yo mismo he sentido la ne-

cesidad de despejar esta incógnita. La explicación me la dio su esposa. El maestro, hombre sencillo y modesto, si los hay, prefiere que su labor creadora no se juzgue a la luz del prestigio que como intérprete genial lo nimba. Si vale, ya la posteridad se encargará de comprobarlo. Este es un rasgo de nobleza y desprendimiento del que muy pocos creadores han sido capaces en la historia. Trabajar durante una larga vida componiendo y renunciar a la gloria y al beneficio económico que la ímproba faena podría reportarle es un acto heroico que muy pocas veces se ha dado entre artistas. ¿Superará en Casals el creador al intérprete? ¿Le reserva el destino una gloria póstuma tan excelsa en este campo como la que hoy lo aureola como artista?

*

He mencionado hasta ahora tres dimensiones en Pablo Casals, atinentes las tres al arte en que tanto ha sobresalido : el virtuoso del violoncelo, el director y el creador. Para completar esta desmañada semblanza hay que mencionar su ejemplar conducta como ciudadano de España y del mundo, como paladín de la libertad, la democracia y la paz universal. En el mundo hispano no se conoce otro caso de luchador más abnegado y generoso, ni más edificante. Cuando la sangrienta dictadura de Francisco Franco sumió a España hace un cuarto de siglo en la opresión, Pablo Casals, que a la sazón contaba sesenta y dos años, la denunció, le declaró la guerra y renunció a tocar en ningún país que la reconociera. Esta actitud noblemente quijotesca la mantuvo por más de veinte años hasta que, alarmado ante el peligro de un holocausto atómico, decidió que la paz universal trascendía la tragedia de España. En los últimos dos años ha tocado, pues, en México, los Estados Unidos y Santo Domingo, y se prepara a llevar su lírico mensaje de paz a otros muchos países ; pero no residirá en España mientras no desaparezca el liberticida y su vitando régimen. Esta hermosa ejecutoria cívica le ha valido la cálida admiración y gratitud de la gente culta y liberal del mundo occidental. ¡Pero cuán caro le ha costado! Por sostener su ideal de libertad y democracia, Casals ha dejado de percibir centenares de miles de dólares en los últimos veinticinco años —una verdadera fortuna que muy pocos serían capaces de renunciar por defender sus principios. Casals ama a España —sobre todo a Cataluña— con un amor doloroso que el vía crucis del país y su voluntario exilio hacen aún más angustiado. Mas Casals no es sólo un excelso artista, sino un hombre de principios. Por eso pudo afirmar el prestigioso escritor y presidente de Santo Domingo, Juan Bosch, el día 11 de junio último, cuando Casals presentó allí la « Novena Sinfonía » de Beethoven, para conmemorar la caída de la dictadura trujillista : « Casals no es sólo el más grande violoncelista en la historia de la música, sino también un apóstol de la libertad. Don Pablo Casals es una de las más grandes figuras de la humanidad en este momento, uno de los diez hombres más prestigiosos del mundo hoy. » Este justísimo fallo lo suscribirían millones de personas cultas y amantes de la paz en todo el mundo.

Esta dimensión cívica y humana de Casals alcanza el mismo rango que se le había reconocido como artista. A una edad provecta que relativamente pocos hombres alcanzan, y la inmensa mayoría de los que logran rebasarla se convierten en conservadores y misántropos pesimistas, o caen en la beatería senil para asegurarse una muy dudosa trasvida, a tal edad, repito, Casals se renueva, se rejuvenece espiritualmente, se supera como artista, y emprende una nobilísima cruzada por la paz universal. Hoy más que nunca Pablo Casals es una inspiración, un estímulo y un ejemplo edificante para la juventud del mundo. En el ámbito hispano, en decenios recientes, sólo don Baldomero Sanín Cano, que llegó a los noventa y cinco años renovándose intelectualmente, cada día más liberal y más escéptico en materia teológica y religiosa, luchando también por la paz y la justicia, puede parangonársele, y en Europa, Bertrand Russell. Quieran nuestros manes prolongar por muchos años el vigor mental, el entusiasmo y la èngergía física de este glorioso anciano, porque glosando la hermosa definición que de Emerson nos dejó José Martí, podemos afirmar también que en don Pablo Casals se ha dado enteramente digno el ser humano. De poquísimos mortales puede aseverarse otro tanto, porque son muy raros los que dan la talla.

MANUEL PEDRO GONZALEZ

¿ QUIEN PINTO LA ULTIMA OBRA DE COCTEAU?

Cocteau, que admiraba las obras que en piedras duras de colores realizaban los hermanos Paul y Paule Becker, había convenido con ellos, poco antes de morir, unos trabajos para decorar la capilla de Fréjus. Cocteau les envió, además, un diseño para Orfeo, en cartón, a fin de que los hermanos Becker lo desarrollaran en sus talleres de Périgueux.

Ocurrió que los Becker no se sentían capacitados para el desarrollo en colores de la obra, ya que en casos semejantes ellos recurren siempre a algún pintor para trabajar de acuerdo con él. Esta vez se dirigieron al pintor que conocían en Périgueux, que es justamente la colombiana Emma Reyes. Emma Reyes hizo el trabajo, y los

Becker comenzaron su labor para someterla a Cocteau. Sería un ejemplo de participación colectiva, muy del agrado de Cocteau.

Todo iba encaminándose felizmente hacia la realización final, cuando los hermanos Becker, que se habían dirigido a París para tomar parte en el salón de Otoño, supieron la muerte de Cocteau, tal como del mismo modo, casualmente, la supo Emma Reyes por la radio, en Périgueux...

El Orfeo es uno de los capítulos inconclusos en la obra de Juan Cocteau y sus amigos.

AMERICA EN LA ESCENA ARGENTINA

Un aire americanista sopla sobre la escena nacional. Autores argentinos se dedican a temas inspirados en nuestro continente : Bernardo Canal Feijoo con *Tungasuka*, y Alberto de Zavalía con *La cama de oro*.

En el Teatro Municipal General San Martín se realizó el estreno de *Tungasuka*. La obra, calificada por el autor de « tragedia americana en 2 jornadas y 12 escenas », evoca un episodio de la resistencia que opusieron en América indios y criollos para independizarse de los conquistadores. Alrededor del cacique Tupac Amaru se concentra la acción cuyo clima se hace más tenso a medida que la lucha enfrenta indios y españoles. Las autoridades no vacilan en aplicar crueles castigos al ver que la rebelión se acentúa. Pero las medidas de represión sólo sirven para enardecer los ánimos. Sorprende siempre ver cómo la Historia se repite y que poco provecho se saca de su enseñanza : Carlos III, asustado por los afanes de libertad que de Europa se expanden por toda América, manda quemar libros y escritos que no hayan pasado por su censura. Pero ya estaba en marcha un proceso que ni él ni nadie detendría. Como no lo detuvieron, más tarde, dictadores que destruyen libros en siniestros autos de fe. Francisco Petrone, rodeado de un numeroso elenco, dirigió la obra y encarnó la figura del Cacique, acompañado por María Rosa Gallo, que interpretó a Micaela Bastidas. El despliegue escénico confundió lo espectacular con lo dramático y restó intensidad a todo el clima, originando cierta confusión. Germán Gelpi logró bien la atmósfera de ciertos interiores con su escenografía que sirvió de marco al vestuario creado por Mayenko Hlousek.

El martirio de Tupac Amaru sigue siendo un símbolo en esta América de suelo generoso donde, aunque varíe de aspecto, el afán de libertad siempre tiene vigencia, pues hasta ahora, ¡cuánto le cuesta a este continente lograr total independencia! Pero atribuir las dificultades sólo a factores exteriores sería no querer ver las inhibiciones de que adolecen estos pueblos, inhibiciones que los emparientan por su similitud, a la vez que los dividen y los debilitan. Un historiador como Canal Feijoo, con épica exaltación, traza el cuadro del período penoso de los Virreinatos y sus tristes consecuencias. Tupac Amaru es un abanderado heroico de la epopeya americana. Y aunque sucumba, cruelmente sacrificado, víctima de intrigas e intereses, como lo sería un niño dañado por elementos que lo superan, en realidad triunfa. Su lucha y su muerte marcan una etapa, como lo señala el autor : «Es un hecho único, y está no en un principio de nunca acabar, como es el de toda lucha por la libertad, sino al fin de algo que atañe a la historia de América exclusivamente. Este hecho cierra atrozmente una parábola de tres siglos. Tras él adviene otro turno de la historia : el de las independencias nacionales. « Toda fábula encierra una moraleja, como la tiene también la experiencia que se desprende de la Historia. América ya entenderá que es hora de portarse como persona mayor. Parafraseando el poema de Paul Fort, « si todos los pueblos de América quisieran darse la mano... » sería posible una unión, cimentada por las insuperables condiciones de la gente del Nuevo Mundo. Pero antes deben aprender a ser responsables, y sobre todo querer serlo.

La Compañía de Teatro de Buenos Aires comienza la temporada estrenando dos « comedias pastorales » de Alberto de Zavalía. De un acto cada una, están reunidas en un mismo programa. Ambas tienen por tema el amor. El autor quiso destacar la permanencia de ese sentimiento a través de los tiempos y en ambientes distintos. Por esa continuidad intencionada del autor, hay que mencionar la primera, *El lecho de hojas*, cuyo tema mitológico muestra un Zeus siempre atraído por el encanto de las simples mortales, mientras que Hera, celosa, vigila hasta sucumbir ella misma bajo el hechizo de un joven pastor. Una hábil estratagema de Eros despista a los dioses, protegiendo el pastor Dafnis y su amada Cloé.

La segunda obra de Zavalía, *La cama de oro*, tiene el carácter de lo insustituíble : tiene sabor de América. La acción se desenvuelve *tierra adentro*, es decir en el interior del país donde algunas provincias conservan la sugestión de encantadoras costumbres. Además, en esta deliciosa comedia hay dichos, cantos y bailes de antigua tradición criolla. Pero aunque el color local dé el acento, no exagera, ni cae en el mal gusto del folklore. Zavalía supo evitarlo. Presenta personajes auténticos, seres buenos y sencillos de América, que si bien tienen su picardía, también emanan un lirismo fresco y espontáneo, lleno de atractivo. Thorton Wilder en *Nuestro pueblo* hace una semblanza de la psicología de su gente. Zavalía en *La cama de oro*

esboza la modalidad nuestra al evocar con acierto el clima particular del campo argentino donde gauchos y chinitas siguen vistiéndose como en el pasado. Luis Medina Castro, como siempre, cumple acertadamente su cometido, pero en este papel además baila y canta, revelando facetas ignoradas de su talento. Delia Garcés y Enrique Fava, colocados a cada lado del escenario a modo de coro, comentan los hechos. La dirección de Jorge Petraglia señala otro de sus aciertos. La actividad de este grupo teatral es intensa. Además de poner en escena *Santa Juana* de G.B. Shaw, «protagonizada» por Delia Garcés, la Compañía de Teatro de Buenos Aires organizó un « ciclo artístico y cultural » dedicado a la poesía. La primera recitación fue dedicada a dos eminentes poetas y hombres de letras argentinos : Leopoldo Lugones y Jorge Luis Borges. La segunda comprendió « Poetas argentinos dichos por intérpretes argentinos », integrada por poemas de Enrique Banchs, Francisco L. Bernárdez, Silvina Ocampo, H.A. Murena, Oliverio Girondo, Alberto Girri, Ricardo Molinari, Jorge Vocos Lescano, y el estreno de la *Cantata para Inés de Castro* de Roberto Villanueva.

MARIE PASCAL

EL PARAISO PERDIDO DE MILTON

El *Hispanic American Report* publica esta deliciosa nota sobre el libro de Milton S. Eisenhower, *The wine is bitter* :

« Como declara el autor del libro, el vino está amargo. Es lo natural ; él fue uno de los vendimiadores. Si bien niega la acusación que le hizo Adlai Stevenson en 1956 de haber ofrecido enormes cantidades de dinero a Juan Domingo Perón en 1953, cuando visitó la Argentina, recuérdese que saludó a aquel dictador como a 'un gran americano y amigo', y que con demasiada lentitud fue despertando luego a la realidad latinoamericana y a la amenaza de Perón. Además, si consideramos las condecoraciones que fueron otorgadas a Pérez Jímenez y Odría por el gobierno de Eisenhower, con gran intercambio de abrazos, pierde mucho la dedicatoria del libro a L.R. Eakin, 'cuya hija, mi mujer, tanto quiso a los latinoamericanos, que recibió de ellos muchos abrazos'. »

« Esta reseña es deliberadamente corta. En el *New York Times* y otros periódicos han publicado los expertos, de quienes se esperaría mayor sensatez, críticas excesivamente detalladas. Se están lanzando muchos libros serios sobre la América Latina que pasan inadvertidos a la prensa, incluso al *New York Times*. Milton Eisenhower no es perito en problemas de la América Latina, y su libro, entretenido y superficial, se halla casi al nivel de *Lying in State* de Stanton Griffis o *Those Perplexing Argentines* de James Bruce. Su mérito está en la participación del autor en los hechos que narra, y su testimonio es valioso. Milton Eisenhower es un hombre no sólo honorable, sino admirable. A los críticos, el nombre los ha deslumbrado. »

CONGRESO DE LITERATURA IBEROAMERICANA

Fecundo fue el XI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, celebrado en la Universidad de Texas, en las postrimerías del verano. Sin duda, uno de sus aspectos más notables estriba en la cantidad y la calidad de eruditos norteamericanos dedicados al estudio de las letras de los países situados al sur del Río Bravo. Teniendo como tema general « Movimientos literarios de vanguardia en Iberoamérica », hubo en el Congreso quien estudió la metáfora en Borges, o comentó el surrealismo en el Brasil, o hizo la crítica de la nueva narrativa del Perú.

Con excepción de Sturgis E. Leavitt y de Jefferson Rea Spell, los estudiosos norteamericanos que estuvieron en Texas pertenecen a una nueva generación de acuciosos investigadores en los Estados Unidos. Por ejemplo, Allen W. Phillips, biógrafo de Ramón López Velarde y profesor en la Universidad de Chicago, demostró su percepción crítica al indagar de manera juiciosa el

TEMPO PRESENTE

Rivista mensile

Direttori

NICOLA CHIAROMONTE
IGNAZIO SILONE

TEMPO PRESENTE è una rivista internazionale di informazione e discussione fondata sul principio della libertà di critica. Essa intende promuovere il riesame dei modi di pensare correnti mettendoli a confronto con la realtà del mondo attuale.

Si puo' abbonarsi presso :

TEMPO PRESENTE
Via Sistina, 23, Roma

concepto de la metáfora en Jorge Luis Borges. Gregory Rabassa, por otro lado, de la Universidad de Columbia, hizo observaciones muy pertinentes al trabajo de Heitor Martins sobre « O concretismo na actual poesia brasileira ». George J. Edberg, de Dickinson College, leyó e hizo la crítica personal del ensayo que envió Estuardo Núñez sobre la narrativa peruana de nuestros días. David Bary, de la Universidad de California, en Santa Bárbara, resumió con acierto el significado de las polémicas de vanguardia. Fred Ellison, de la Universidad de Texas, siguió los pasos a la tesis presentada por Stefan Baciu sobre « O surrealismo, a 'semana de arte moderna' no Brasil e a 'vanguardia' hispano-americana ». Frank Dauster, de la Universidad de Rutgers, y George Wing, de la Universidad de Texas, se ocuparon con esmerada atención en el teatro vanguardista del talentoso guatemalteco Carlos Solórzano, que ahora reside en México. Fred Petersen, de la Universidad de Vanderbilt, se ocupó en señalar los aspectos fundamentales del trabajo de Giovanni Previtali sobre Ricardo Güiraldes. Donald M. McGrady, de la Universidad de Texas, y autor de *Historia de la novela histórica en Colombia,* destacó la importancia que la revista vanguardista *Poesía Buenos Aires* ha tenido en la Argentina, según se desprende del ensayo enviado por David Lagmanovich. Y Richard A. Mazzara, de Franklin and Marshall College y Claude Hulet, estudiaron *A Beata Maria do Égito,* tragedia de Rachel de Queiroz. El erudito martiano Ivan Schulman, de la Universidad de Washington, en San Luis, encareció los méritos que Eugenio Florit descubrió en la poesía cubana de vanguardia y en Mariano Brull.

Ernesto Mejía Sánchez presentó ante el Congreso la viva voz de los « estridentistas » mexicanos. Nombrado para comentar el trabajo de Luis Leal titulado « El movimiento estridentista », Mejía Sánchez llevó cintas magnéticas con observaciones hechas por Aquiles Vera, Arzubide y Abreu Gómez. Tanto la aportación de Leal como los comentarios de Mejía Sánchez sirvieron para dar realce a un período muy señalado de la literatura mexicana.

Y aunque no mexicano, de México nos vino Carlos Solórzano. Frank Dauster pudo comprobar a plena satisfacción que la obra teatral de Solórzano no es simple experimento, sino fuerte base de una nueva época en el teatro hispanoamericano. Solórzano, al responder, con modestia sin par, dio las gracias en « nombre de todos los que cultivamos el teatro » y citó a los que en cada país hispanoamericano enriquecen un género ávidamente deseado.

En el Congreso estaban algunos de sus fundadores : Arturo Torres-Ríoseco, José A. Balseiro, Francisco Monterde, John Englekirk. Fue reelegido director-editor de la *Revista Iberoamericana* Alfredo A. Roggiano, en la actualidad en la Universidad de Pittsburgh, y director literario fue nombrado Luis Leal. Presidió el Congreso Theodore Andersson, a cuya organización se debe en gran parte el buen éxito de dicha reunión.

Es a todas luces evidente que con el creciente número de eruditos norteamericanos dedicados a las letras iberoamericanas, será en lo futuro más fácil para el estudiante universitario de los Estados Unidos enterarse y comprender el complejo mundo de César Vallejo y de Vicente Huidobro, o las admoniciones sobrias y contundentes de Eduardo Santos o de Germán Arciniegas. Muchos son los centros docentes que en serio se preocupan de Iberoamérica en los Estados Unidos. El resultado de su trabajo va siendo visible. El XI Congreso de Literatura Iberoamericana lo comprueba satisfactoriamente.

ROBERTO ESQUENAZI-MAYO

Temas y autores

El libro de don Ramón Menéndez Pidal sobre el Padre Las Casas es hoy objeto de vivísimas controversias en España y en América Latina. Para ofrecer las opiniones de dos escritores eminentes que representen lo que podría ser una opinión predominantemente española y una predominantemente americana, *Cuadernos* publica los artículos de SALVADOR DE MADARIAGA y de FERNANDO DIEZ DE MEDINA, a fin de que el lector juzgue si se puede considerar al Padre Las Casas como un fanático o como un apóstol... Una voz latinoamericana más responde a nuestra encuesta sobre los destinos de América Latina : la de ELPIDIO YEGROS, secretario general del Partido Revolucionario Febrerista del Paraguay, exiliado en Buenos Aires... Por vez primera se asoma a las páginas de *Cuadernos* el poeta guatemalteco RAUL LEIVA, que « salió de una poesía desolada y oscura a las calles de una poesía más popular », según afirma el crítico Anderson Imbert... Cuando Nehru presidió hace poco las ceremonias multitudinarias de recuerdo de Gandhi, señaló a Vinoba Bhave como el más fiel discípulo del apóstol de la no violencia. La obra singularísima de este famoso hindú, que reclama hoy la admiración universal, está presentada por quien más de cerca lo conoce, GIRIJA K. MOOKERJEE, que por varios años representó a la India ante la Unesco, y que

B.D.I.C

ha enseñado en Heidelberg... Ya en sus estudios políticos sobre la Cuba castrista demostró THEODORE DRAPER que a él no es fácil darle gato por liebre ; ahora, refiriéndose al golpe militar que derrocó en Santo Domingo el régimen democrático presidido por Bosch, pone claramente de manifiesto la falacia de cierta prensa y el descoco de unos militares incapaces de someterse al veredicto popular... No hace mucho Mathilde Pomès, gran conocedora de las letras españolas e hispanoamericanas, traductora de Ortega y Gasset, de Gabriela Mistral, de Jorge Isaacs y de otros más a la lengua francesa, decía en la *Revue des Deux Mondes* que MANUEL GONZALEZ MARTINEZ, el novelista colombiano autor de *Llanura, Soledad y Viento,* podría ser considerado como un Kipling de Sudamérica. Algunos de sus relatos se publicarán en francés como lecturas para niños. Para nuestra revista escribió González Martínez el « Segundo relato de los saínos y Rayo Negro »... Un joven norteamericano, SHEPARD L. FORMAN, becado en el Brasil, refiere en forma sencilla y a la par mordaz, sus peripecias en Surubim, una de tantas localidades brasileñas donde se enfrentan revolucionarios demagogos, reaccionarios de toda laya y pobres campesinos sin tierra y sin pan... Un escritor mexicano, SALVADOR PINEDA, antiguo colaborador nuestro, nos recuerda que se acaba de conmemorar en México el sesquicentenario del Congreso de Anáhuac y que ahora habrá de celebrarse los 150 años de la promulgación de la Constitución de 1814, « la primera Constitución mexicana »... Los artículos de GONZALOARANGO y de HECTOR ROJAS HERAZO, así como el poema de MARIO RIVERO, son una expresión del « nadaísmo », el joven e irreverente movimiento literario colombiano... El escritor chileno ANTONIO DE UNDURRAGA no se anda por las ramas y afirma sin tapujos la existencia de una profunda crisis en la novela latinoamericana, actitud que no dejará de ser controvertida por otros colegas suyos... Un diputado a la Asamblea Legislativa de Costa Rica, CRISTIAN TATTENBACH, nos envía sus opiniones sobre nuestra encuesta referente al destino de América Latina, destino que no puede dejar indiferente a ningún latinoamericano... En París acaba de celebrarse lo que DAMIAN CARLOS BAYON denomina « una exposición de choque » : la III Bienal para artistas menores de treinta y cinco años. Bayón nos describe sus impresiones sobre la situación actual del arte y sobre la obra de algunos artistas latinoamericanos presentes en dicha Bienal... Por último, sobre el origen de las cartas de juego y su evolución a través de los tiempos, discurre con su habitual amenidad LUIS QUINTANILLA.

Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

Director
GERMAN ARCINIEGAS

Consejo de Honor
Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Francisco Monterde, Mariano Picón-Salas, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos, Jean Sarrailh y Erico Veríssimo

Redacción en París
Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

Consejo de Redacción
Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, José Luis Martínez, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

Arte
Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

Ilustrador
Sergio Trujillo Magnenat

Corresponsales
Asunción : Josefina Plá
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela
Buenos Aires : H.A. Murena
La Paz : Fernando Díez de Medina
Nueva York : Joaquín Maurín
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz
Santiago : Raúl Silva Castro

Administrador
Tomás Urbiztondo

Gerente general de ventas y suscripciones en América Latina
Manuel José Jaramillo

Dirección de la Redacción
23, rue de la Pépinière, Paris (8)
Teléfono : EUR. 37-59

Dirección de la Administración
18, avenue de l'Opéra, Paris (I)
Teléfono : OPE. 44-88

Cuadernos

B.D.I.C

EL PETROLEO Y LA POLITICA ARGENTINA

por

Américo Ghioldi

•

EL RECUERDO DE ALDOUS HUXLEY
Victoria Ocampo

DIALOGO SOBRE EL ARTE JAPONES
Damián Carlos Bayón

BIOGRAFIA DE LA PLAZA MAYOR
Raûl Andrade

PRESENTE Y FUTURO DEL PERONISMO
Adolfo Lanús

PRESENTACION DE LA FANTASMAGIA
Serge Hutin

ANTOLOGIA IMAGINARIA
Marco Denevi

ISRAEL APROVECHA LA ENERGIA SOLAR

FEBRERO DE 1964

N° 81

Cuando usted llegue a

COLOMBIA

no deje de visitar en Bogotá

EL MUSEO DEL ORO
DEL BANCO DE LA REPUBLICA

Horario:

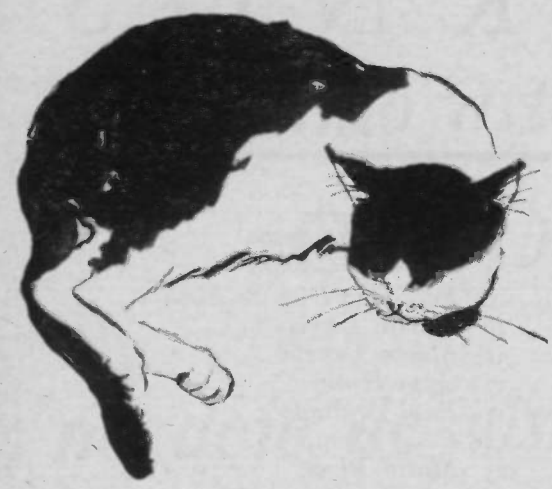
Está abierto para el público
de lunes a viernes
de las 9 a. m. a las 5 p. m.

UNIVERSITE DE PARIS I.H.E.C.

CUADERNOS

FEBRERO 1964 Nº 81

ALDOUS HUXLEY (1893-1963)	3	*Victoria Ocampo*
PETROLEO Y POLITICA ARGENTINOS	7	*Américo Ghioldi*
DEL ANDE BOLIVIANO Y SU MISTERIO	16	*Fernando Díez de Medina*
PASADO, PRESENTE Y FUTURO DEL PERONISMO	26	*Adolfo Lanús*
ANTOLOGIA IMAGINARIA	31	*Marco Denevi*
PRESENTACION DE LA « FANTASMAGIA »	37	*Serge Hutin*
BIOGRAFIA EN BLANCO Y NEGRO DE LA PLAZA MAYOR	41	*Raúl Andrade*
JOAQUIN V. GONZALEZ	45	*César Tiempo*
LAS ELECCIONES CHILENAS	75	*Mario Rivas*
RELATO		
LOS LOCOS	72	*Luis Guillermo Piazza*
ARTE		
DIALOGO SOBRE ARTE JAPONES	63	*Damián Carlos Bayón*
LA ESCULTURA DEL ALEIJADINHO	68	*Romualdo Brughetti*
POESIA		
CUATRO POEMAS DEL MUNDO HEBREO	61	*Carlos M. Grünberg*
A MORELOS	79	*Salvador Cruz*
CIENCIA		
APROVECHAMIENTO DE LA ENERGIA SOLAR	81	
LIBROS		
LA POESIA, GALARDON Y DADIVA	86	*Rafael Angel Insáusti*
« LA MALA HORA », DE GABRIEL GARCIA MARQUEZ	87	*Hernando Téllez*
« PARAMO SALVAJE », DE MARIA ELENA GERTNER	88	*Carlos Arcidiácono*
« REALIDAD Y ENSUEÑO », DE FRANCISCO AYALA	89	*Mario A. Lancelotti*
« EL COMEDOR DE DIARIO », DE MARIA ANGELICA BOSCO	90	*Julio Crespo*
« CUANDO TERMINE LA LLUVIA », DE ANTONIO MONTAÑA	90	*Alejandra Pizarnik*
« MULATA DE TAL », DE MIGUEL ANGEL ASTURIAS	91	*Luis Justo*
« LOS JUEGOS PELIGROSOS », DE OLGA OROZCO	92	*Al. P.*
NOTAS	93	*Luis Alberto Sánchez, Armando Alonso Piñeiro, Salvador Cruz, etc.*
TEMAS Y AUTORES	99	



En la vida ejemplar de Kennedy lo más admirable fue haber colocado su personalidad moral por encima de las infinitas complicaciones, problemas y cálculos de la administración y de la política. El entendió su condición de presidente como un compromiso para abrirle camino a las libertades en que firmemente creía, y para reparar las injusticias que había denunciado en sus discursos. Sin medir el riesgo de la aventura. No se creía con autoridad para hablarle al mundo, si subsistían dentro de la casa americana aberraciones tan monstruosas como las de los blancos del sur. Puso varonilmente el pecho para dar la batalla decisiva en favor de los negros, para acabar con la vergüenza de que fuera necesario movilizar un ejército cada vez que un muchacho de color llegaba a la universidad. Es extraño, si no excepcional, el caso de un político en el mundo que obre así, por un simple sentido de la justicia humana, jugándose lo que en el último término ha venido a verse que se jugó: la vida.

A menos de ocho días de su muerte lo visitó en la Casa Blanca un periodista y le preguntó sobre las cosas de Cuba. Lo que le respondió es una de las confesiones más valerosas que mandatario alguno haya podido hacer: «Creo que no hay ningún país del mundo, comprendidas todas las regiones del Africa, y no importa qué país que haya estado sometido a la dominación colonial o a la colonización económica, que haya sufrido explotaciones y humillaciones peores que las que sufrió Cuba por causa de la política de mi país durante el régimen de Batista. Pienso que fuimos nosotros quienes producimos, construimos, fabricamos en todas sus piezas, sin darnos cuenta, el movimiento castrista. Creo que la acumulación de esos errores ha puesto en peligro a toda América Latina. La Alianza para el Progreso no tiene otro objeto sino darle un vuelco a esta política nefasta. Este es uno de los problemas más importantes, si no el más importante de la política americana.»

Kennedy no sólo sentía vergüenza, sino indignación cada vez que en las cosas de su patria encontraba algo que pudiera arrojar una mala sombra sobre su bandera. Quizás nadie ha amado más apasionadamente a su tierra, y nadie ha querido tanto como él que ella fuera tierra de bien, y de justicia y libertad. Esta pasión quiso extenderla al continente, al Nuevo Mundo, en que él no podía ver sino aquella esperanza de la humanidad, aquel camino de redención democrática que columbraban los propios europeos cuando a América emigraban buscando tierra firme para fundar un estado mayor.

Cuando en un momento histórico sorprendió Kennedy el proyecto ruso, ya en marcha, de convertir a Cuba en la más grande de sus bases ofensivas —introduciéndose en un continente que en cien años se había declarado resuelto a no servir de asidero a ninguno de los imperios de Europa—, veloz, certero e irreductible dio su grito de ¡Alto!, y puso a los barcos soviéticos a caminar hacia atrás. Luego, ya vacíos, tuvieron que cruzar de nuevo el mar para retirar las armas. En ese instante preciso, comenzó el mundo a volver en sí, y la paz a apuntar como una esperanza más segura.

¡Oh Capitán, oh Capitán! Ya la detonación del fusil de Oswald se va perdiendo en la distancia del tiempo, y ahora se ve clara y nítida la estampa del hombre bueno en quien hizo blanco el ojo frío del asesino.

« Tel qu'en lui-même enfin l'éternité le change . . . »

Aldous Huxley (1893-1963)

POR VICTORIA OCAMPO

TIENES QUE CONOCER a Aldous Huxley, me dijo Drieu aquel invierno de 1932. Me embarqué para Londres con nuestra primera entrevista planeada, pero con cierto desgano. La víspera de mi partida había oído hablar a Gandhi en Luna Park. El Mahatma regresaba de Inglaterra. Su presencia real, su palabra, las contestaciones certeras dadas a un público que lo interrogaba a veces con la maligna intención de ridiculizarlo, me habían anestesiado a todo lo que no fuera aquel hombre vestido de blanco. Desprovisto de atractivo físico, se transfiguraba al hablar. O nos transfiguraba. El hecho es que yo seguía viviendo en la atmósfera que había creado aquella noche, memorable para mí.

Al día siguiente de mi llegada vino a buscarme Aldous Huxley al *flat* de Albemarl street, donde yo paraba, y nos fuimos caminando por Piccadilly y el Strand hasta el Savoy. Iba yo bastante cohibida junto a este inglés tan alto (casi nunca tengo ocasión de mirar hacia arriba cuando me dirijo a alguien), cortés y distante. Además tenía belleza física, esa belleza que, como la de Virginia Woolf, por estar en el andamiaje de la cara (los huesos son los encargados de conservar la belleza) es perdurable. La nariz delicada y ligeramente aguileña, la frente ancha, los labios generosos y expresivos (la ternura de ese rostro de soberana inteligencia estaba en la boca), los ojos... Pero los ojos medio velados miraban a otra parte. Amenazados de ceguera no los pudo curar, aunque los mejoró, Mrs. Corbett, utilizando el sistema de Bates. Todo esto lo describió Aldous en uno de sus libros.

La tumultuosa y nunca vencida timidez de mi adolescencia se avivó esa tarde, desesperándome. Aldous habló y yo tartamudeé. Hablamos de *Point Counter Point*, de D. H. Lawrence, su amigo, muerto hacía poco. Pero una vez instalados frente a una mesa y reconfortada por el té y la agradable temperatura de aquel Hotel wildiano (hacía frío en la calle) no logré dominar mi obsesión. Dije: « He oído a Gandhi ayer y no puedo pensar en otra cosa. ¿Qué opina usted de ese hombre? » Sin titubeos, con suavidad de bisturí que corta sin casi apoyar, contestó: « *Il ne m'intéresse pas du tout.* » Si me hubiera rebanado la yema de un dedo no me hubiera herido más sorpresivamente. Retrocedí. Retrocedió mi alma (eso que así llamamos). Se me helaron las palabras en la boca y temí no poder usarlas sin apedrearlo con ellas. Me hundí en un silencio glacial de lago de las Cordilleras. No se mencionó más a Gandhi, y al no hablar de él sentí que ya de nada hablábamos.

En 1943, cuando se había afirmado una amistad entre nosotros dos (entre nosotros tres, pues María, su primera mujer, era un ser querido y admirado por cuantos tenían la dicha de conocerla), le pregunté a Aldous, sonriendo, si recordaba

aquella tarde de Londres y su contestación a mi pregunta. « *Comment ai-je pu...* », dijo llevándose la mano a la frente. Para esa fecha, había yo aprendido, estrellándome contra la realidad, que las gentes cambian rara vez. O que cambian por acentuación de sus características. Aldous era una excepción, una de las casi únicas que conozco. Cambió. Cambió luminosamente.

AQUEL INVIERNO DE 1932, conociendo mi admiración por Virginia Woolf, me llevó él mismo a una exposición de Man Ray: « Tal vez encontremos allí a Virginia, aunque sale poco », me dijo. En efecto, la encontramos. Primer regalo de Aldous.

Los Huxley vivían entonces en un extraño hotelito de Jermyn Street, con muchos espejos y aspecto de casa particular. Allí fui varias veces a verlos y comí con amigos de ellos. Como les hablaba con entusiasmo de D. H. Lawrence, me llevaron a casa de lady Ottoline Morrel, que tanto lo había conocido. Este preocuparse por dar una alegría al prójimo era uno de los rasgos de los Huxley. No los comparten muchos escritores. En María, esta modalidad no sorprendía, pues todo en ella era adivinación, impulso del corazón, a las claras. Pero en Aldous resultaba un tanto enigmática, porque en él encandilaba en aquellos años la inteligencia; una inteligencia como desencarnada y afilada.

Al despedirme de él, una tarde, le dije: « *Good-bye iceberg.* » Me sentí muy valiente aunque muy insegura y asustada de mi franqueza. ¿Qué efecto produciría? Al día siguiente me contó María por teléfono que Aldous le había comentado la cosa riendo: « *Elle a été très gentille. Elle m'a appelé banquise...* » (María, belga, hablaba casi siempre en francés conmigo.)

En 1934, estando yo en París, me invitaron los Huxley a pasar unos días con ellos en Sanary (cerca de Bandol, donde había vivido Katherine Mansfield). Tengo entendido que compraron esa casita gracias al éxito de venta de *Point Counter Point*. Esa novela y el *Canguro* de D. H. Lawrence fueron los primeros libros que publicó la Editorial Sur. Nadie había traducido a esos dos ingleses.

Con la invitación de los Huxley se me presentó un problema. Acababa de aparecer en *La Nación* un largo artículo mío sobre *Beyond the Mexique bay*. Trataba yo de analizar al « témpano ». Algunas de las observaciones que me sugirió ese libro de viaje en Hispanoamérica no eran del todo halagadoras para el autor, aunque en conjunto el artículo era elogioso. Pensé: « Si lo hubiera leído, ¿me hubiera invitado? » Esta duda me nubló el cielo en tal forma que resolví mandarle *La Nación* a Aldous para que se enterase. Me escribió inmediatamente de recibirla, aprobando mi crítica y reiterando la invitación. Virginia me había comentado el artículo de *La Nación*, subrayando que no manejaba yo una podadora, « rusted », sino una navaja de afeitar. Esto no pareció herir al autor de *Beyond the Mexique bay*. Así era Aldous Huxley.

Por más que yo fuera una sudamericana sin la menor importancia en el mundo de la crítica literaria, y él el autor ya célebre de una novela de gran calidad y de gran venta, nunca le agrada a un autor (¡si lo sabré!) que se comente su obra con reticencias. Estas reacciones naturales y muy humanas no las tenía Aldous. En esto, como en otras cosas, descubrí que estaba en una categoría aparte.

OTRO DETALLE de esta estadía pinta a los Huxley (a la atmósfera de su casa): yo le había pedido a Aldous que me reservara un cuarto en un hotel cercano para mi *femme de chambre* (no disponían ellos de cuarto para ella). Cuando llegamos con Fani (mi asturiana, personaje digno de Proust), ella se instaló de buenas a primeras en la cocina de mis amigos, para ayudar a pelar papas y lavar platos. Esa misma noche, María suspiró con alivio: « *Mais ce n'est pas une femme de chambre, c'est une bonne!* » La idea de enfrentarse con una *soubrette* más prepotente y pretenciosa que su patrona (como suele ocurrir) la espantaba.

A pesar de su mala vista, Aldous estaba pintando, entonces. Se entretenía en

eso. Se le ocurrió hacer mi retrato. Yo conversaba con María mientras posaba. Siempre le preguntaba : « *Est-ce que ça marche?* » Un día me contestó : « *C'est monstrueux ! Ne regardez pas* ». Nunca vi lo que había pintado.

Vino la guerra. Nos volvimos a ver en Los Angeles, en 1943. Aldous ya no era el témpano de Jermyn Street (si es que lo fue alguna vez). A partir de *Grey Eminence* y *Eyeless in Gaza* había empezado el vuelco (el que yo percibí). Su acercamiento a Gandhi, su amistad con Krishnamurti eran para mí la alegría de compartir con él algo muy precioso.

De nuevo nos encontramos en Nueva York, pasada la guerra. Siempre hablábamos de un posible viaje a Buenos Aires. Aldous ya era el Aldous que tocaba a la cima de sí mismo. De este último encuentro recuerdo especialmente una mañana: fuimos en auto, a lo largo del Hudson, hasta West Point. Yo les había telefoneado a los Huxley para hablarles de los árboles en ese momento, el otoño. Teníamos que ir a mirarlos. Los invité a dar un paseo con ese propósito. « Un paseo dedicado a las hojas », le dije a María. María, a quien yo quería mucho, como —lo repito— todas las personas que se le acercaban, me pidió que llevara a Aldous solo : « *Je resterai. Il me voit trop. Et vous aurez tous les deux plaisir à causer en tête-à-tête.* » Esto no era cierto. La presencia de María, lejos de incomodar, creaba siempre una atmósfera que facilitaba las comunicaciones con su marido. Era otra de las singularidades de esta pareja excepcional.

Protesté en vano. No me hizo caso, y nos fuimos con Aldous, temprano, en una mañana dorada, camino a West Point. Durante el trayecto hablamos de poetas preferidos. Aldous sabía de memoria a Mallarmé. Repetía algunos versos como saboreándolos : « *Donner un sens plus pur aux mots de la tribu.* » Su voz y ese verso quedaron mezclados en mí.

CUANDO ME EMBARQUÉ el 14 de noviembre, en el « Queen Mary » para Francia, Strawinsky ya me había advertido que Aldous se moría en Los Angeles. Según él, era cuestión de días. Anita Loos, más optimista, me aseguró que podría durar tal vez tres meses. Me mandó el último libro de Aldous *Literature and Science*, recomendándome que le escribiera a Aldous después de leerlo. Mi carta tenía probabilidades de alcanzarlo. Pero desconfiando del optimismo de Anita, envié un telegrama a Los Angeles, sin mencionar la enfermedad : mencionando mi deseo de ver a Aldous y mi afecto por él.

Sola en mi camarote, mientras salía lentamente del puerto el « Queen Mary », me eché en la cama y abrí el libro. Tropecé con un verso, en bastardilla : « *Donner un sens plus pur aux mots de la tribu.* » El verso que me había repetido una mañana en que brillaban al sol los oros y los cobres del otoño newyorkino, entre las rocas negruzcas, a orillas del Hudson. Momento de fraternidad y de gozo compartido ante la belleza de la tierra.

« *Donner un sens plus pur aux mots de la tribu...* »

« *Every literary artist must invent or borrow some kind of uncommon language capable of expressing, at least partially, those experiences which the vocabulary and syntax of ordinary speech so manifestly fail to convey. « Donner un sens plus pur aux mots de la tribu »... that is the task confronting every serious writer.* » Cerré el libro, y cerré también los ojos, porque me ardían. « Leeré el libro. Le escribiré aunque me cueste trabajo. ¿Cómo hablarle de algo y no hablarle de lo que me preocupa y angustia? Es otra vez lo mismo que el día aquel en que no pudiendo hablarle de Gandhi no acerté a hablarle de nada. »

En mi telegrama le mandaba mi afecto y *best wishes*. Esto no era darles un sentido más puro a las palabras de la tribu, sino lo contrario. Tal vez la pena tenga para todos, en el momento más agudo, un lenguaje común : el del lugar común. Las lágrimas son un lugar común. ¿No?

¡Qué pobre resultó mi carta, carta de despedida sin despedida, y que nunca recibiría! Le recordaba nuestro paseo a West Point y el verso de Mallarmé tan repetido aquel día, y ahora en su último libro. El había logrado *eso*, darle un sentido más

puro a las palabras de la tribu. ¿Qué más se podía hacer y desear en esa materia?

La carta voló un viernes hacia California. Al día siguiente, escuchando las noticias de la radio sobre el monstruoso y casi televisado asesinato de Kennedy, me enteré de que Aldous había muerto. El *speaker* fue muy parco, y lo anunció como de paso : « El célebre escritor inglés, etc. ». Morir lentamente de un cáncer —pensé— es más cruel que morir de un balazo en la cabeza, aunque esta muerte tampoco es una buena muerte (y en el caso de Kennedy menos, por obvias razones). Pero ¿habrá buena muerte para quien conserva motivos para no desearla?

A dos días de distancia del anuncio de su fin, recibí unas líneas de Aldous, con su firma. Fecha : 18 de noviembre (murió el 22). Me agradecía mis « *good wishes which I certainly need, at the time* ». Ninguna otra alusión a su estado. Terminaba diciendo : « *I hope we may soon find an auspicious moment for our long delayed meeting.* » ¿Ignoraría su gravedad? Me cuesta trabajo creerlo. No quería tal vez anticipar la pena que su desaparición causaría.

SU SOLA PRESENCIA en el mundo era una profunda compañía hasta para los amigos que vivíamos lejos, materialmente, de él. Lo que hemos perdido es esa sensación de estar acompañados, a pesar de todo. *If the dull substance of my flesh were [thought...*

Con él, *The dull substance of the flesh was thought.*

Por haber dado « *un sens plus pur aux mots de la tribu* » su genio y figura quedarán con nosotros más allá de la sepultura. Pero se nos va de las manos, como la arena o el agua, lo que nuestro corazón con sus pobres razones que la razón no comprende, ansiaba y recibía : una palabra, de vez en cuando, que volaba en un papel frágil por encima de mares y continentes.

Es extraño : la pérdida de este hombre al que di al comienzo de nuestra amistad el nombre de témpano duele en el corazón, no en la inteligencia. La inteligencia no sufre, porque no puede perderlo. Pero ¡cuánto pierde el corazón!

Antes que la tierra, el propio país, la provincia, la ciudad, la casa en que nos criamos, nuestra patria está en ciertos espíritus, en ciertos hombres. Hombres a veces nacidos en otros siglos y otras latitudes. Cuando nos toca en suerte haber sido, también, contemporánea de alguno de ellos, su morir nos desampara. Ahora, como la triste Ruth del poema, los amigos y admiradores de Aldous nos sentiremos, por su ausencia, *sick for home.* ¿Qué es *home* para nosotros, sino la presencia en el mundo de algunos seres? Tal vez puedan prescindir los santos de ese consuelo. Pero ¡ay! no somos santos. ¡Qué podemos decir, qué podemos sentir que no se parezca a la congoja de Ruth :

She stood in tears amid the alien corn...!

En *alien corn* se nos convierten quienes no sientan como una desdicha personal la desaparición de Aldous Huxley.

Petróleo y política argentinos

POR AMERICO GHIOLDI

¿El petróleo será combustible de gran poder calórico en los próximos días de la política argentina? En los venideros meses, ¿producirá encendimientos espectaculares, enconadas luchas por el poder, cambios políticos, acaso institucionales? Como consecuencia de la derogación de los contratos con empresas petroleras norteamericanas, inglesas e italianas. ¿la diabólica fuerza encerrada en el petróleo determinará modificaciones en la política de los Estados Unidos con relación a América Latina? La derogación por decisión ejecutiva ¿dará el golpe de gracia a la Alianza para el Progreso, según anunciaron agoreramente los comentarios preventivos y los siguientes de no poca prensa de los Estados Unidos? No creo que deba esperarse nada catastrófico en la Argentina como derivación directa de la declaración de nulidad de los contratos, ni pienso en reacciones irreflexivas que partan de los Estados Unidos, porque ellas serían manifestación de visiones angostas impropias de un país que participa en gran medida en el gobierno del mundo.

Cierto es que el inquieto embajador de los Estados Unidos en la Argentina ha fracasado en sus insistentes y prolongadas gestiones en favor de las compañías, y que Averell Harriman, subsecretario de Estado, al viajar inesperadamente a la Argentina, dio un paso en falso. Oyó aquí lo que no esperaba y conoció directamente determinaciones de dignidad no frecuentes para él en cierto tipo de relaciones. Mas, considera que los Estados Unidos examinarán el problema en sus verdaderos términos y comprenderán que las compañías de petróleo y los procedimientos de aventura de algunos connacionales nunca pueden ser fuente de derecho y de buenas relaciones estables.

Antes que nada, conviene conocer el motivo del conflicto o incidencia sobre petróleo en la Argentina. El 15 de noviembre, el gobierno anuló los contratos, sin consulta previa con el Parlamento y sin demandar sentencia judicial. Una semana antes en Beyrouth se realizó la conferencia petrolera con varios centenares de representantes de los países productores, durante la cual el antiguo ministro saudita Abdallah Tariki calificó de poco honradas a las compañías petroleras inglesas y afirmó que los ingleses extraían del Medio Oriente mayor cantidad de dólares por el petróleo que los que saldrían si rigiesen las condiciones que en otros países aplican las compañías petroleras norteamericanas. Pocos días antes del 15 de noviembre también Perú tomó serias determinaciones con empresas norteamericanas de petróleo, de lo que resulta que la materia petrolera está en el orden del día.

Por decisión ejecutiva fueron declarados nulos, de nulidad absoluta, por vicios de ilegitimidad y ser dañosos a los derechos e intereses de la Nación, los contratos relativos a la exploración y explotación de petróleo suscritos por la empresa estatal, Yacimientos Petrolíferos Fiscales, en el período 1 de mayo de 1958 al 12 de octubre de 1963, es decir entre la asunción del cargo presidencial por Arturo Frondizi y la asunción de Arturo Illia. El decreto

tomó las medidas para asegurar la regularidad y continuidad de los trabajos en los yacimientos de hidrocarburos situados en las áreas ilegítimamente concedidas por contratos viciados; pero tal facultad no significó el apoderamiento de las empresas o de las obras, sino simplemente la adopción de medidas destinadas a asegurar el normal abastecimiento del combustible. El gobierno procedió dejando a salvo expresamente los derechos que pudieran corresponder. A los efectos de la mutua liquidación y restitución de lo que las partes han recibido o percibido en virtud o por consecuencia de la nulidad absoluta decretada se facultó al Procurador del Tesoro para iniciar las acciones judiciales a fin de que este poder establezca las cuentas que correspondan tanto a las compañías como al Estado. Por último el decreto del gobierno encarga a funcionarios de alta jerarquía que adopten las providencias necesarias para investigar las irregularidades administrativas y de carácter penal que se hubieren cometido en el trámite y cumplimiento de los contratos.

El Poder Ejecutivo anuló por sí los contratos que habían sido firmados por el gobierno de Frondizi al margen de sus atribuciones legales y colocó en manos del Poder Judicial determinar la suma líquida que resulte a favor o en contra del Estado como consecuencia de la declaratoria de nulidad que, de acuerdo con el Código Civil, significa volver las cosas al mismo o igual estado en que se hallaban antes del acto anulado. El Estado reintegrará las sumas realmente invertidas por las compañías en las instalaciones, obras y servicios que necesaria y directamente se relacionan con el acto anulado. A su vez el Estado reclama ante la Justicia el reintegro de las sumas a las que se considera acreedor en razón de circunstancias que se enuncian concretamente en el decreto y además en la presentación judicial hecha por el Procurador del Tesoro, inmediatamente después de la anulación.

No existe la razón ideológica

El gobierno de Illia no ha llegado, pues, a la anulación de los contratos de petróleo por aplicación de razones ideológicas, tales como serían la defensa del estatismo en oposición cerrada al privatismo; la invocación de las conveniencias nacionalizadoras por razones de patriótica soberanía como actitud opuesta a la que consiente la colaboración del capitalismo extranjero. Ni confesada ni ocultamente la medida buscó un enfrentamiento con los Estados Unidos por motivos declarados o implícitos de antimperialismo que en Latinoamérica invocan los comunistas y sus compañeros de ruta. Por el contrario, pocos días después de la anulación de los contratos el ministro de Economía ratificó la adhesión argentina al Fondo Monetario Internacional, no obstante la campaña realizada en contra de este organismo mundial.

La nulidad de los contratos es el resultado lógico de móviles morales y político-intelectuales que se han estado agitando en la política argentina desde 1958, cuando el presidente Frondizi otorgó sin autorización legal contratos a varias compañías extranjeras. El pueblo ha reconocido desde entonces que el petróleo entregado de esta manera había robustecido el poder omnímodo del presidente, dando más fuerza al «unicato», expresión singular y extracadémica de una realidad argentina. En nuestro país la palabra *unicato* fue creada por un orador político en el año 1889 y adoptada naturalmente por todo el pueblo como la equivalente a la de gobernante único, que por encima y fuera de la Constitución hace y deshace a su arbitrio, a espaldas del Congreso y con menosprecio de las normas jurídicas. Por acto «de unicato» fueron concedidos los contratos de petróleo, los que a su vez reforzaron económicamente el poder autoritario del Presidente. Los contratos produjeron grave y notorio deterioro de la moralidad política; las campañas electorales del oficialismo consumieron cifras casi fantásticas para nuestras costumbres, y se comprobó cómo el círculo de amigos de las compañías fue atrayendo a un buen número de ciudadanos influyentes que operaron como abogados, gestores, periodistas, dueños de publicaciones, panfletistas y rumoristas. Muchas figuras fritas en petróleo, hacen gala de su riqueza dialéctica en de-

fensa de los impugnados contratos petroleros.

La conciencia del país ha condenado casi unánimemente la maldad originaria de los contratos. Es posible que algunos sectores nacionalistas y comunistas hayan puesto mayor énfasis en señalar el origen extranjero de las empresas, de acuerdo con su concepción de que la riqueza minera debe ser monopolizada y explotada por el Estado; pero la mayoría de la población ha condenado los contratos por su inmoralidad intrínseca, por los gestores conocidos y por la ilegalidad del acto gubernamental. Nadie duda que se han pagado grandes comisiones y acaso regalías, así como es inocultable la corrupción política que hizo imposible la subsistencia del gobierno y comprometió el funcionamiento de la democracia. Las concesiones enlodaron la vida política y pusieron en peligro las instituciones libres.

Es tan difundida esta creencia en el pueblo argentino, que reiteradamente el ex candidato a la presidencia de la República por la U.C.R.I. (partido del doctor Frondizi) en las recientes elecciones de julio del corriente año, ha reconocido que « el frondicismo-frigerismo salta de la posición conservadora en el gobierno a una postura demagógica comunizante y simula atacar al capitalismo usando los recursos que de éste obtuvo ». Las declaraciones del señor Alejandro Gómez, elegido vicepresidente de la República en la elección que consagró a Arturo Frondizi presidente, son igualmente categóricas : « Venalidad, corrupción, peculado : he aquí los términos que constituyen los puntales de un gobierno que debió haber sido de reafirmación definitiva del ser argentino. » Dice más adelante : « Frondizi sólo valora el poder, y para él el dinero es sólo un medio de conseguir, mantener o reconquistar el poder. Trigo candeal, CADE, ANSEC, contratos petroleros, etcétera (nombre de los conocidos negociados) han sido medios para el mismo fin. » « Algunos se acoplaron al éxito, prostituyendo su talento en los más inverosímiles negociados y ganando « patrióticas comisiones » en la venta de su país. » Las dos opiniones transcriptas pertenecen a las dos figuras más importantes del partido del doctor Frondizi al momento de otorgarse los contratos petroleros. Agregaré los juicios emitidos por una publicación especializada en estudios de la economía nacional y cuya opinión no puede ser sospechosa desde que se trata de una revista que no defiende posiciones ideológicas ni puede ser tildada en manera alguna de izquierdista. *Economic Survey* ha sido el primer semanario económico que impugnó los contratos petroleros por antieconómicos, si bien sostiene que la derogación por acto ejecutivo puede traer inconvenientes de orden económico y constituye un atentado a los principios de la legalidad. Pues bien, esta publicación se ha referido a las interferencias de Mr. McClintock, en los siguientes términos : « El embajador de los Estados Unidos, Mr. Robert McClintock, ha desarrollado gran actividad la semana pasada (la última del mes de octubre), con motivo de la proyectada cancelación de los varios contratos hechos bajo el régimen de Frondizi. Alternando el rigor con las dulzuras habló intensamente de las supuestas consecuencias desfavorables que esa política tendrá sobre nuestras relaciones con los Estados Unidos, y en especial en lo tocante a la ayuda futura y al AID, de lo cual es muy poco lo que el país ha recibido. »

Con un conocimiento muy cabal de los entrebastidores, dicha publicación agrega que « no es fácil olvidar la misión originaria con que vino a nuestro país Mr. Mc Clintock. Llegó en los prolegómenos de la lamentable elección de 1962, y en casi todos los círculos bien informados del país se creyó, y sigue creyéndose, que su propósito principal era ayudar a preparar esas elecciones a favor del gobierno del doctor Frondizi en general, y en particular de la posición del señor Frigerio. La política seguida entonces y durante el gobierno de facto (se refiere al gobierno del doctor Guido que siguió a la caída de Frondizi) está completamente en consonancia con esta finalidad. »

« Resulta ahora muy extraño, y quizás más, la coincidencia de que igual afanoso interés denota el ala frondicista de la UCRI que continúa hasta ahora siendo un solo partido. » Otra consideración gravísima hace la publicación : « Las comi-

siones que se presume fueron otorgadas con motivo de la contratación constituyen hoy en día el factor más importante, lo cual exige de parte del gobierno una decisión u otra. Se presume que con los fondos que continuamente trasfieren algunas, por fortuna no todas, de las empresas contratantes a determinadas personas son utilizadas para financiar grandes campañas económicas y políticas contra el gobierno actual (se refiere al gobierno del doctor Illia). » Por último, la publicación formula un consejo que podría ser tenido por ingenuo aunque pone el dedo en la llaga : « En nuestra opinión la mejor solución sería que las empresas se aviniesen a ser testigos del gobierno, presentando la documentación necesaria para perseguir el cohecho. »

Las referencias hechas demuestran que en los sectores del oficialismo y del periodismo especializado en materia económica existe el mismo convencimiento que en el resto del país acerca del significado de los contratos como fuente de corrupción política y social. Sobre este punto importante el gobierno del doctor Illia no ha tomado una determinación categórica, quizá por las dificultades que siempre existen para probar este tipo de infiltraciones corrosivas. Se ha limitado a establecer la obligación del secretario de Estado de Energía y Combustibles y de otros funcionarios, de adoptar las providencias necesarias para investigar y castigar las irregularidades administrativas, cometidas en la gestión de los contratos.

Características antieconómicas de los contratos

El gobierno declara nulos de nulidad absoluta los contratos petroleros, por vicios fundamentales de legalidad cuyo detalle no es indispensable precisar ahora. Los contratos fueron otorgados sin haberse llamado a licitación, como se exige por las disposiciones legales, habiéndose acudido a la contratación directa. Es doctrina constante declarar la invalidez absoluta de los contratos administrativos en que se omita la licitación. El Presidente dejó de lado a Yacimientos Petrolíferos Fiscales, organismo estatal encargado de la administración del petróleo, colocó en su reemplazo a un delegado personal —figura administrativa y jurídica no conocida en nuestro país—, quien actuó y firmó los contratos como si fuera autoridad competente. Se excluyó toda intervención contable habiendo reservado el presidente para sí la responsabilidad exclusiva del acto. El decreto considera que las llamadas locaciones de obras encubrían verdaderas concesiones con lo cual se entraba en plena ilegalidad, ya que está prohibido el otorgamiento de concesiones sobre yacimientos petrolíferos.

La declaratoria de nulidad por decisión ejecutiva ha sido objetada por algunos abogados antes de que se adoptase. La declaración de nulidad cuenta jurisprudencia favorable para la tesis del gobierno de que se trata de un acto administrativo propio del Poder Ejecutivo. En definitiva, la declaración de nulidad no significa otra cosa sino que en vista de que el interés público comprometido no puede esperar un largo proceso judicial, el poder administrador declara que para él los contratos son nulos, se comporta frente a las compañías como tales, pero deja no sólo a salvo los derechos que las compañías juzguen les pertenecen, sino que además entrega al Poder Judicial la determinación de las sumas que resultaren a favor o en contra del Estado.

Cualquier otra actitud dilatoria significaría de hecho que quedarían impunes los aventureros de adentro cuando abren las puertas a los aventureros de afuera. El poder administrador actúa dentro de las facultades de su competencia legal. Los vicios legales son tan grandes y evidentes que las compañías no han podido ignorarlos, si bien sus representantes alegan en conversaciones que ellos consultaron a los abogados más caros de la Argentina. ¡Cómo no habrían de ser caros si las compañías compraban ilicitud, pero no asesoramiento jurídico y de derecho!

Los contratos han sido onerosos, no significando esto que el país no se haya beneficiado con el tránsito de la etapa de país comprador o importador de petróleo a la de país productor de petróleo. Pero esta producción del propio petróleo se

ha realizado mediante convenios inequitativos y económicamente poco satisfactorios para la Nación. En su momento el Centro Argentino de Ingenieros dictaminó que los tales contratos debían ser renegociados porque eran antieconómicos. En los considerandos del decreto de anulación el gobierno afirma que ya a los cinco años de vigencia de contratos que durarían entre veinte y treinta años, la mayoría de las compañías han recobrado gran parte de las sumas invertidas.

Las compensaciones que Yacimientos Petrolíferos Fiscales paga a las empresas por las cantidades de petróleo que recibe de ellas no se basan en los costos reales internos, sino que toman por referencia el precio internacional que resulte del promedio del petróleo proveniente de Venezuela, el golfo Pérsico y la Costa sur de los Estados Unidos (Gulf Coast). En dichos costos están incluídos los gravámenes, impuestos o regalías que las compañías pagan en Venezuela y Golfo Pérsico. Aquellos gravámenes alcanzan en Venezuela, a título de impuesto especial, el 60 por ciento en 1958 y 67,1 por ciento en 1961 ; los del golfo Pérsico, como regalías, varían según la zona : Kuwait el 49 por ciento, Irak el 43,6 por ciento, Arabia saudita el 42,5 por ciento, y el Irán el 75,7 por ciento que se discrimina en el 50,7 por ciento para el Estado y el 25 por ciento para la empresa nacional Iranian Oil Company. Esta comprobación ha sugerido a la Fiscalía Nacional de Investigaciones Administrativas la siguiente reflexión : « En presencia de esta fehaciente información conjugada con las cláusulas respectivas de los contratos en estudio, parece claro que deba tenerse por cierto que los pagos puestos a cargo de Yacimientos Petrolíferos Fiscales por el petróleo crudo que está obligado a recibir de las empresas, aparecen determinados en última instancia por exóticos elementos de composición que nada deberían tener que hacer en la fijación del justo precio local dentro del mercado interno, tal como debiera haberse establecido por obvias razones de independencia económica. »

Otro factor negativo de los contratos está dado por las restricciones en la producción de los pozos propios de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, que ha debido aceptarse en razón de que Yacimientos estaba obligada a tomar todo el petróleo que las compañías le ofrecieran. Por tal concepto YPF dejó de extraer de sus propios pozos alrededor de tres millones de metros cúbicos de petróleo.

Hasta el momento de escribir estas páginas no se sabe con exactitud cuál será el próximo paso de la política petrolera. Han transcurrido varios días desde la iniciación del proceso judicial y las compañías no han reclamado contra el decreto que anuló los contratos. No se conoce escrito alguno de las mismas protestando judicialmente por ilegal la decisión ejecutiva acerca de la nulidad de las concesiones. No se han producido dificultades en el control por el gobierno de las explotaciones privadas que continúan a cargo de las empresas, aunque sujetas a lo que resulte de la decisión judicial por la aplicación de la declaratoria de nulidad. Tampoco se sabe en definitiva qué hará en el futuro el gobierno, en materia de petróleo, es decir, si administrará estatal y monopolizadamente todos los yacimientos, si llamará a licitación para la contratación de obra, o si emprenderá algún otro camino. Todo esto pertenece al futuro y nada ha dejado entrever la opinión final de los gobernantes. El gobierno se ha cuidado de dejar establecido en los considerandos del decreto que no impugna por razones de principio la idea de solicitar y aceptar el concurso de los capitales extranjeros para proseguir con la explotación del petróleo. La decisión será tomada según convenga a los intereses nacionales y dentro de las posibilidades económicas del país. Cabe pensar que continúan conversaciones en plano muy alto y reservado, por lo cual es conveniente diferir el juicio.

La anulación de los contratos es un acto justo, legal y de alta moralidad política.

Antecedentes de política petrolera

Si hasta el caos tiene historia, cómo no la habría de tener la cuestión petróleo en la Argentina. Desde 1907, año en que tuvo lugar el descubrimiento del petróleo en Comodoro Rivadavia, a raíz de las actividades de técnicos argentinos por cuen-

ta de organismos estatales, la exploración y explotación de las fuentes petrolíferas estuvieron a cargo de reparticiones públicas, y desde 1922 por parte de Yacimientos Petrolíferos Fiscales. Es a partir del año 1915 cuando empresas nacionales y extranjeras obtienen del gobierno nacional y de los gobiernos provinciales, permisos de cateos en zonas geográficas que no habrían sido reservadas para el Estado. Hacia 1934 el 60 por ciento de la producción nacional fue el resultado de las concesiones otorgadas a las empresas privadas.

En 1935 se sanciona la ley nacional de petróleo y los gobiernos ampliaron las reservas de zonas petroleras para Yacimientos Petrolíferos Fiscales. Desde entonces las empresas privadas limitaron su actividad a las zonas de sus respectivas concesiones y por lo tanto fue disminuyendo la aportación de las empresas privadas al total de la producción nacional de petróleo. De la superficie total de las cuencas sedimentarias, presumiblemente petrolíferas, que abarcan 1.317.000 km2, o sea el 46 por ciento del territorio continental de la Argentina, las compañías que disfrutaban de los contratos trabajaban en áreas cuya suma es de 132.238 km2.

Cuando en 1958 el gobierno de Frondizi concede los contratos en la forma ilegal y bajo las condiciones poco convenientes ya mencionadas, se produce un cambio de estructura en la economía del petróleo: en 1958 la producción nacional era del 35,4 por ciento del consumo de petróleo, importándose el resto; en 1962 el porcentaje de la producción llegó a 84, con lo cual se redujo la cantidad de importación y consiguientemente disminuyó la inversión de divisas para adquirir el combustible.

La llamada « batalla del petróleo » tuvo por objeto entregar a compañías extranjeras la explotación de petróleo argentino, habiéndose logrado a este respecto los resultados numéricos que acabo de señalar. Anteriormente existió un plan de reactivación de la industria petrolera para que YPF pudiese realizar el cambio fundamental de país importador a país autoabastecido; mas no tuvo aplicación y por el contrario fue reemplazado por el programa de la batalla del petróleo dirigida por el ex presidente Frondizi.

Política y petróleo: historia de una conversión

Es el momento de señalar las vinculaciones de petróleo y política.

Desde hace un tercio de siglo la Unión Cívica Radical toma la bandera de la nacionalización y estatización del petróleo, siendo Arturo Frondizi el presunto « teórico » que daría la interpretación nacional comunista del problema. En 1954 condensa toda su prédica política en un libro titulado *Petróleo y Política* que le serviría para penetrar con atuendo ideológico en las lides presidenciales. La parte más significativa del libro desde este punto de vista es la introducción, que abarca 73 páginas del volumen, pues leyéndola es fácil comprobar el vocabulario y el esquematismo muy propio de los stalinistas en su acción infiltrativa en América Latina. Desde luego, para el autor la industria del petróleo es la última creación del sistema capitalista y lleva por eso, en su desarrollo histórico como actividad industrial, impresas las etapas vividas por ese sistema en los diferentes grados de su evolución. El petróleo dejó de ser una actividad industrial libre para convertirse en una fuerza que forma parte del proceso imperialista, entendido éste como fenómeno de dominación económica y política para mantener en la sujeción colonial o dependiente a los países subdesarrollados.

Los métodos de acción del imperialismo petrolero, siempre empleando las palabras del mismo autor, se caracterizan por estar desprovistos de los más elementales principios éticos y contrastan con la alta calidad de las realizaciones científicas y técnicas a que ha llegado la industria del petróleo. En consecuencia, para el pueblo la lucha por la defensa del petróleo se transforma en proceso revolucionario de liberación nacional antimperialista, con todas sus consecuencias económicas, sociales y políticas. Frondizi se lanza, pues, a la lucha por la conquista del poder con la bandera del antimperialismo petrolero, encabezando lo que él llamaba el proceso revolucionario de la liberación nacional. El latifundismo y las inversiones extranjeras crearon un tipo especial de poder político que aseguró su estabilidad durante mu-

chos años. Ese tipo de poder político es conocido con el nombre de oligarquía, llamado también régimen. Con estas teorías generalizadoras y simplistas, de inocultable raigambre stalinista y nacionalista, el autor llega incluso a la absurda doctrina de que la ley electoral del año 1912 que promulga por primera vez en la Argentina el voto universal, secreto y obligatorio, no era una conquista del radicalismo como se sostenía hasta entonces, sino la consecuencia de la política británica que en virtud de sus intereses imperialistas estaba reclamando la estabilidad del país. Los ideólogos esquematistas del tipo que acaba de quedar retratado con las referencias hechas, nutren todo su saber en las lecturas del comunismo stalinista.

La introducción de *Petróleo y Política* es una prueba irreplicable de la mentalidad ideológica del doctor Frondizi. Estudiando meticulosamente párrafos de dicho libro y comparándolos con textos tomados preferentemente de Lenin, el doctor Santiago Carlos Fassi, dirigente radical del mismo partido, probó no sólo la identidad y filiación de los conceptos, sino que párrafos enteros de Lenin fueron apenas modificados para servir la prosa del doctor Frondizi.

Llega Frondizi a la presidencia como abanderado de la lucha antimperialista en el campo del petróleo, e inmediatamente después de sentado en el sillón presidencial entra en relaciones clandestinas con los representantes de las compañías petroleras, y a espaldas del pueblo, y contrariando las leyes y reglamentos, otorga los contratos de petróleo a empresas por él calificadas de imperialistas, una de cuyas consecuencias sería la de crear cierto tipo político que caracteriza a la oligarquía y al régimen. Esta conversión brusca e inesperada produce una conmoción en la opinión pública que guiada por el radicalismo, y muy particularmente por Frondizi, había considerado intangible el dogma de la nacionalización y estatización del petróleo. Compréndese entonces de qué capas profundas de la conciencia argentina ha brotado el reclamo de la nulidad de los contratos.

Dos episodios destacan en la historia de nulidades de contratos. En 1936 el Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires aprobó ordenanzas otorgando concesiones a dos compañías de electricidad que venían prestando servicios, una de ellas desde 1907 y otra desde años más tarde. Desde aquel entonces la opinión pública se rebeló contra esas dos concesiones obtenidas por el soborno. La lucha fue incesante. Y es así como el gobierno provisional de la Revolución libertadora dispuso en 1957, veintiún años más tarde, el estudio e investigación de aquellas concesiones leoninas. El procurador general de la Nación, doctor Sebastián Soler, en su informe del 22 de julio de 1957 sostuvo la nulidad de la concesión otorgada por la ordenanza municipal, fundándose en la inobservancia de normas jurídicas insoslayables. Citó, en apoyo de su tesis en favor de la nulidad absoluta, fallos de la Suprema Corte de Justicia, opiniones de juristas argentinos y de tratadistas extranjeros, tales como Gastón Jéze. Sostuvo el dictamen que es deber de la autoridad administrativa competente formular la pertinente declaración de nulidad, de la cual es consecuencia inmediata que debía incluirse en dicha declaración la vigencia de la ordenanza anterior. El gobierno provisional por decreto ley que firmaron el presidente, el vicepresidente y todos los ministros, procedió a declarar nulas de nulidad absoluta aquellas ordenanzas.

La segunda declaración de nulidad absoluta de contratos es la recientemente promulgada por el presidente Illia con referencia a los contratos petroleros. En uno y otro caso son motivos nacidos en la conciencia moral y en la conciencia político-legal los que determinan tan importantes decisiones. En el curso de las discusiones originadas por los contratos petroleros se ha recordado que en 1909 se dictó en los Estados Unidos una ley de reservas navales de petróleo, modificada en 1920 para permitir al secretario de Marina la concesión a particulares, con fines de explotación, de zonas de la reserva. En 1922 un secretario del Interior ejerciendo atribuciones del titular de Marina otorgó a una empresa reservas de Teapot Dome. El ministro fue acusado de traición y el Senado de los Estados Unidos dispuso la anulación de las concesiones

por haber sido otorgadas por autoridad no competente y sin previa licitación.

Doctrina de las compañías extranjeras

El clima de las reacciones parece haberse modificado en los Estados Unidos, pues si antes de conocerse los decretos e inmediatamente después la prensa norteamericana y algunos parlamentarios se pronunciaron en términos que anunciaban catástrofes y conflictos de graves consecuencias, pocos días después las reacciones han sido atemperadas. Probablemente haya influído en el cambio la iniciación del proceso judicial y quizá también el conocimiento, que a nosotros nos falta, de que marcharían satisfactoriamente las conversaciones. El presidente Kennedy, pocos días antes de su trágico final, que ha conmovido al mundo, y en forma muy sensible al pueblo argentino, dio una opinión muy razonable. Lo que nos preocupa, expresó, es que en el caso de que se adopte alguna acción, haya un mecanismo adecuado para la compensación, y que ésta sea justa. « Nosotros no podemos negar la soberanía para adoptar determinaciones dentro de sus fronteras, pero podemos insistir en que haya normas equitativas para la compensación de aquellos a quienes se les va a arrebatar su propiedad. Estamos tratando de resolver esto con el gobierno argentino, pero la Argentina está haciendo frente, como todas las demás repúblicas latinoamericanas, a graves problemas. »

Estas palabras de Kennedy contrastan sin duda con la posición del senador de Iowa, B. Hickenlooper y de un colega suyo que advirtieron las graves consecuencias que se derivarían de la anulación de los contratos.

Esta es la situación hasta el momento presente ; los pasos futuros nos dirán sobre los conflictos internacionales y las dificultades internas, aun cuando personalmente creo que no cabe esperar ningún hecho espectacular ni en el orden externo ni en el orden interno.

Calcúlase que las inversiones realizadas hasta mediados del presente año por las compañías privadas ascenderán a 231 millones de dólares, la mitad de los cuales habrán sido gastados en compras de materiales y equipo en el país, sueldos del personal local, pagos a contratistas, etcétera ; la otra mitad habrá sido invertida en la adquisición de equipos y materiales en el extranjero. Estas son cifras que proceden al parecer, de las propias compañías. Claro está que, según algunos voceros, las compañías, apelando a doctrinas inaplicables, exigirían lucro cesante. La pretensión de reclamar indemnización por las utilidades que se obtengan durante toda la vigencia del contrato, con la alegación de que frustrado el contrato se produce una disminución efectiva del patrimonio actual, es sencillamente absurda. Los mismos voceros han conjeturado la suma a que podría ascender el lucro cesante, teniendo en cuenta que la duración de los contratos no es inferior a veinte años y aplicando un interés del diez por ciento. La estimación que ellos consideran moderada elevaría el cálculo a 400 ó 500 millones de dólares que sumados a otros trescientos millones, que son la suma de las inversiones hasta el día de la fecha, darían un total de 700 a 800 millones de dólares. El argumento, la pretensión y la cifra constituyen un absurdo sin asidero de ninguna especie.

Dejo a un lado el tópico acerca de si los contratos han sido o no convenientes para el país y el monto relativo y absoluto de los supuestos beneficios. Tal discusión es preferentemente válida para los argentinos, que deberán definir próximamente su política petrolera.

La producción de petróleo argentina es interesante para nosotros, pero representa una fracción pequeña de la producción mundial, no llegando al 1,5 por ciento. Asimismo, después de los sucesos del canal de Suez, no sólo los Estados Unidos sino varios países de Europa han considerado la conveniencia de disponer por lo menos del sobrante de la producción argentina para los casos de emergencia.

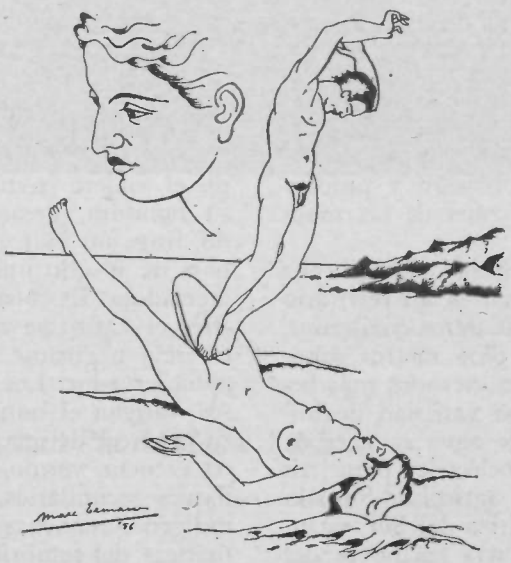
La producción media por pozo coloca a la Argentina muy distante de los países que ocupan los primeros puestos. La producción media de un pozo del golfo Pérsico es de 4.642 barriles por día, en Irán 9.943, en Venezuela 318, URSS 68, en la

Argentina 35. El consumo per cápita en los Estados Unidos es de 2.700 litros en 1961 y en la Argentina, en 1963, es 840 litros.

Espéranse entre nosotros prolongados y prolijos debates sobre política petrolera que tendrán lugar en el Parlamento en las semanas próximas o en las primeras semanas de 1964. La parte de la Unión Cívica Radical Intransigente que responde a inspiraciones del doctor Frondizi se dispone a defender los contratos de petróleo declarados caducos, habiendo producido ya varios documentos que anticipan los términos de la polémica. Un proyecto de solicitud de informes presentado por diputados radicales intransigentes, una declaración de los senadores del mismo partido y finalmente un manifiesto del partido han impugnado la anulación de los contratos y defendido las pretensiones de las empresas. La polémica se centró en los aspectos legales sobre las facultades del Poder Ejecutivo para declarar por sí la nulidad absoluta de los contratos. Pero una vez conocido el decreto de anulación, aquel cambio de opiniones quedó interrumpido y en estos momentos se ha producido un compás de espera del que se saldrá en la oportunidad del debate parlamentario, o en la de conocerse la orientación que seguirá el Poder Ejecutivo para el futuro.

Considero que la anulación de los contratos estaba en la lógica de los acontecimientos argentinos. No es posible que aventureros internacionales aprovechen cualquier recurso de ilegalidad para tomar posesiones en los países latinoamericanos y pretender después que el gobierno de los Estados Unidos invoque el nombre de su pueblo para defenderlos en sus malas aspiraciones. La anulación es un acto de moralidad política y por lo tanto de salvación democrática. Se estaba haciendo imposible la vida de los partidos y de la democracia por la presión del dinero y de la plutocracia. El país ha realizado un acto de indiscutible soberanía protegiendo los intereses permanentes del pueblo, dentro de las normas de legalidad que caracterizan nuestra vida institucional.

MARC EEMANS : « HYMNODE » (1956)



Del Ande boliviano y su misterio

POR FERNANDO DIEZ DE MEDINA

La Cordillera de los Andes señorea el continente sudamericano, atraviesa siete países, da forma y color a vastas áreas geográficas. Pero el Ande boliviano es el que mejor tipifica el escenario natural y el proceso social de estas culturas montañeras, que en las altas y frígidas mesetas han creado un estilo vertical, telúrico, geopónico, de sagaz entendimiento con el medio que las sustenta. Una cierta filosofía de la vida, un tal concepto del mundo que confieren al poblador una manera personalísima de ser.

Andino —paisaje y morador— es, pues, lo intransferible.

Y decimos que en Bolivia la meseta cordillerana y el hombre que la puebla acentúan la caracterología de lo andino, por dos simples razones : una orográfica, porque en nuestro país la Cordillera y los altiplanos asumen mayor gravedad y pesadumbre, peraltan la hazaña térrea ; otra demográfica, porque somos la única nación cuya carga mayor de población y productividad transcurre en la zona de las montañas.

El Ande boliviano, conocido también por altiplano o meseta andina, es un territorio empinado de 100.000 kilómetros cuadrados, a una altura media de 3600 metros sobre el nivel del mar. Posee los nevados más bellos de América, inmensa variedad de minerales, lagos y caídas de agua capaces de proveer el potencial hidroeléctrico para irrigar sus vastas planicies agrícolas. Situado en el corazón de la América del Sur, es un sitial estratégico que amarra las hoyas del Amazonas y del Plata con el Océano Pacífico que asoma al otro lado del muro de los Andes.

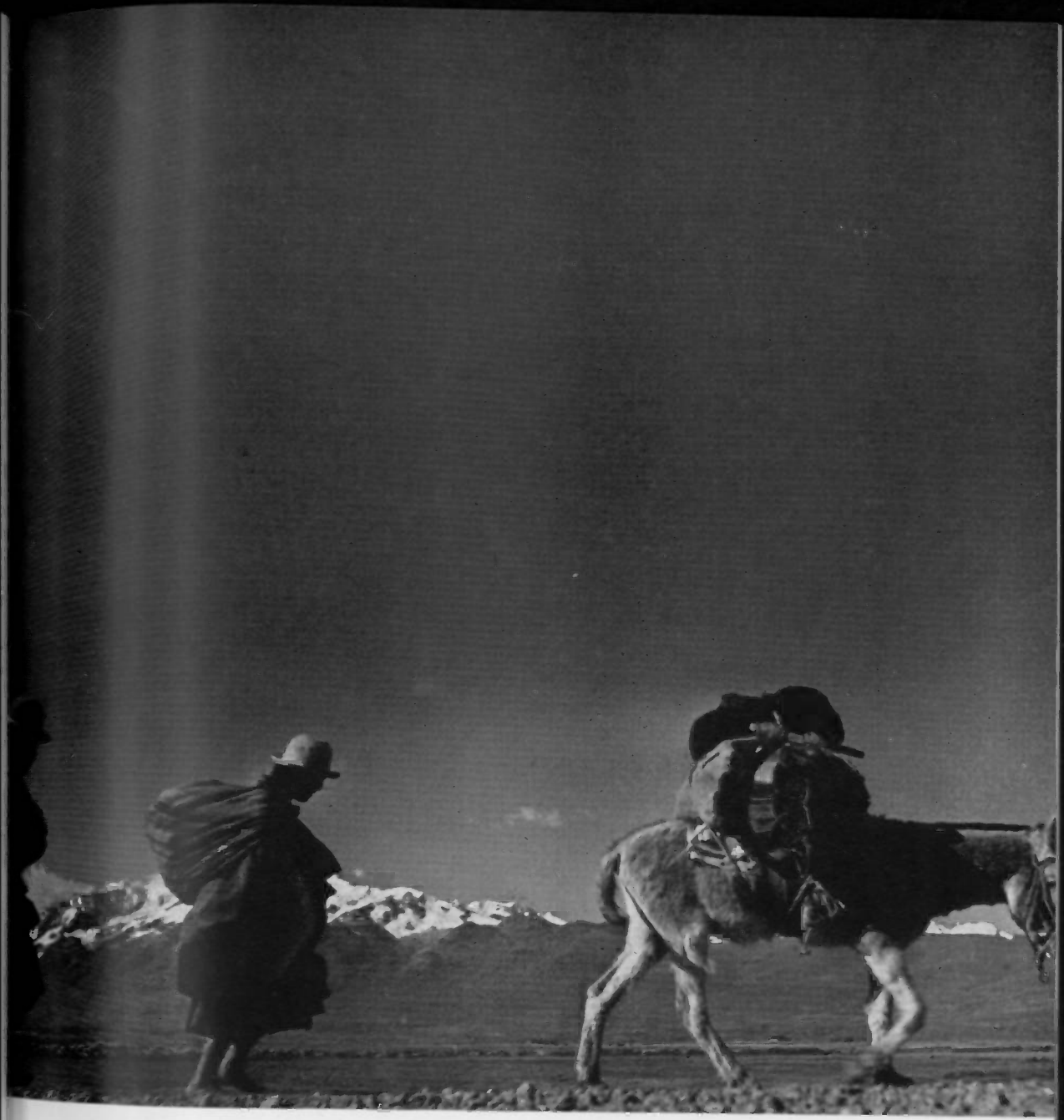
Ni la historia ni la política han comprendido aún lo que representa el planalto boliviano. El tiempo lo revelará.

Y ahora hablemos del Ande y su misterio.

I

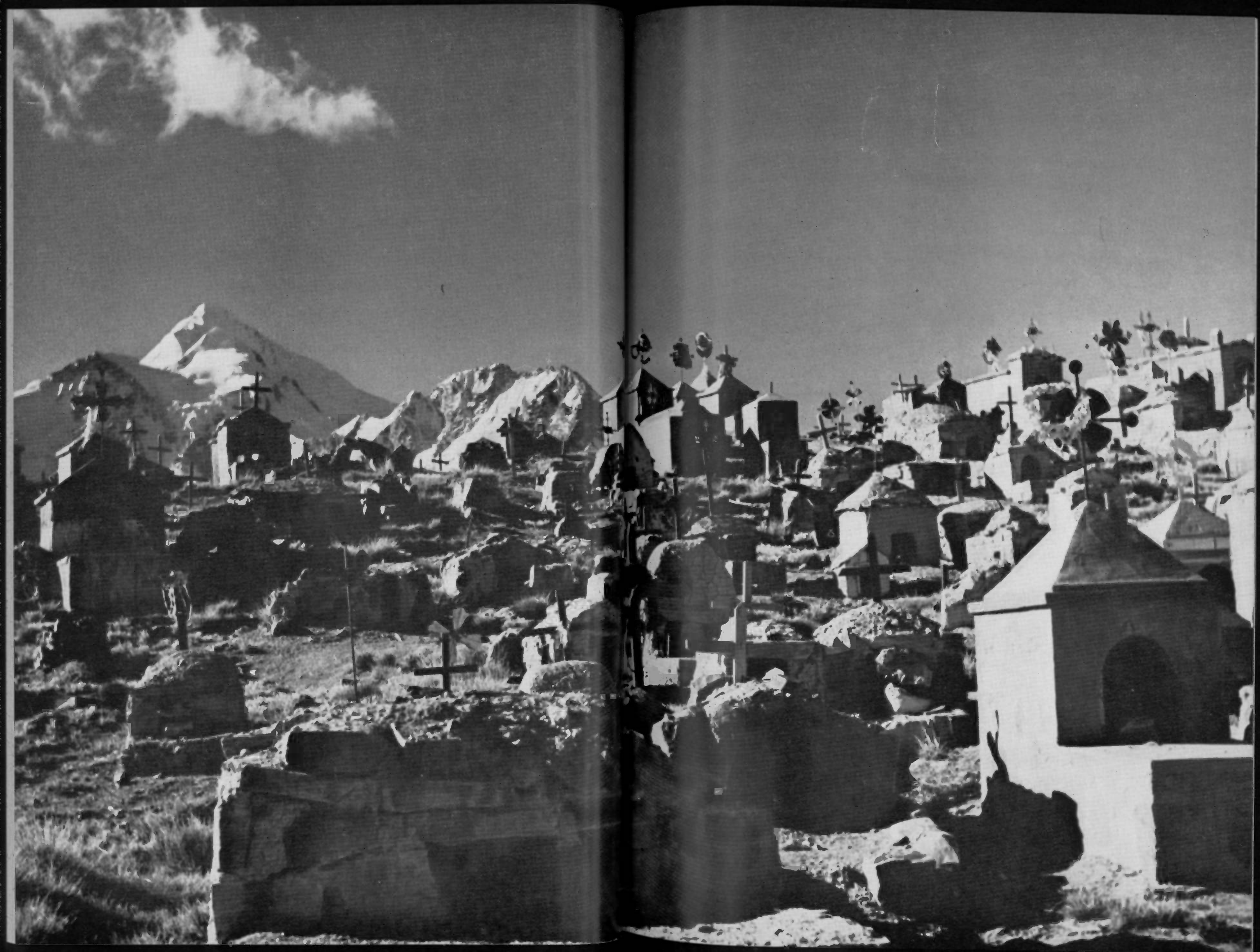
Elevada, desnuda, la planicie sobrecoge por su fuerte arquitectura : montaña, cielo, meseta. Estos tres elementos se articulan en interna e indestructible unidad. Sobrios, viriles, ostentan severidad de templo dórico. ¿Qué sería del altiplano sin sus montes poderosos, sin su cielo de porcelana azul, sin la mansa angustia de sus planos dilatados?

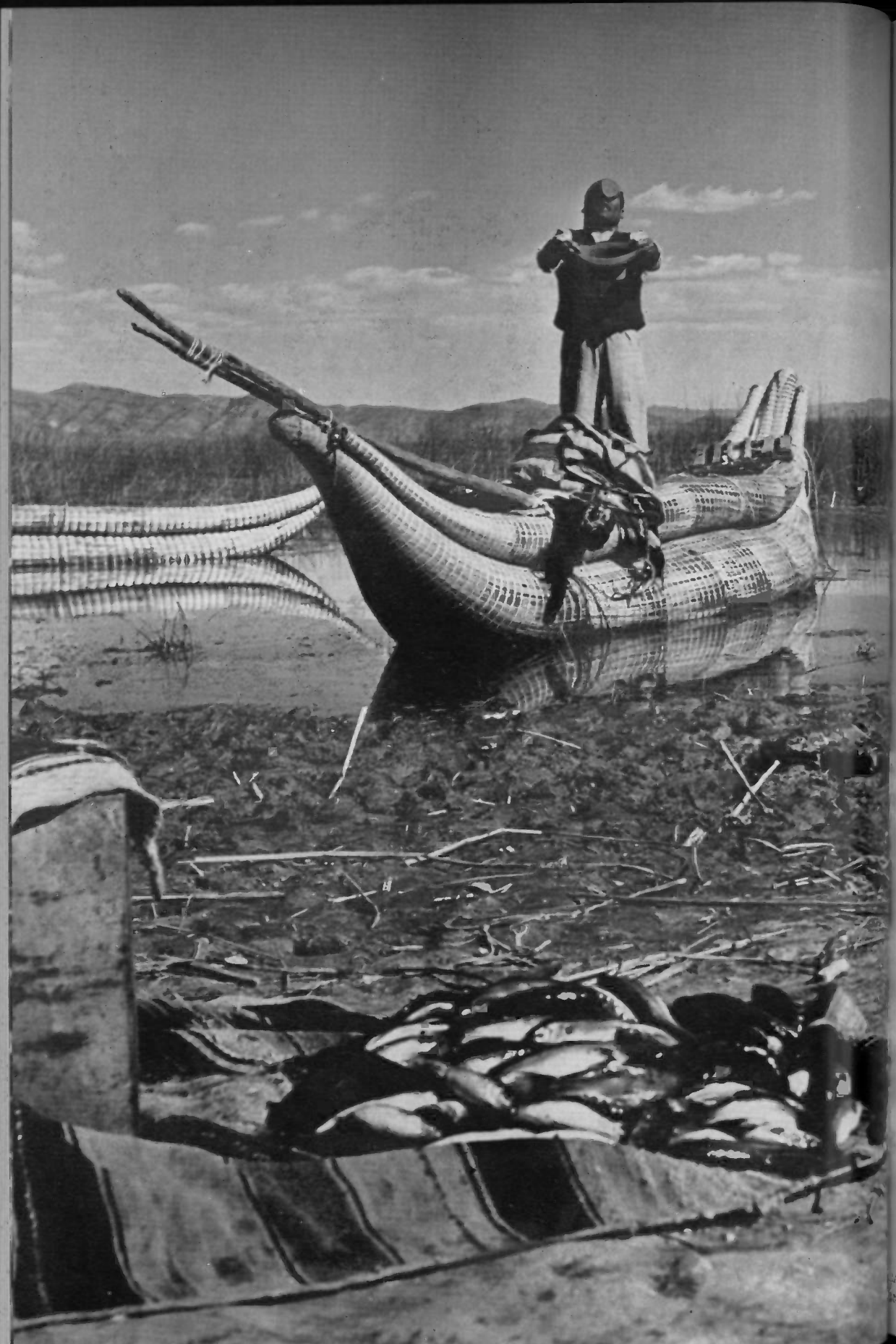
Quien no frecuentó la economía natural del paisaje se resiente de monotonía. Ese azul purísimo que se comba sobre el horizonte y que visto rápidamente alegra, cuando el viajero es moroso y se sumerge en su hondura, desasosiega. Intenso, profundo, finge un mar en reposo. Al mucho ver, baja de lo alto una sensación de infinitud aterradora. El cobalto se transmuda en zafiro, el zafiro se ahonda en azabache ; y el cielo negreante de profundidad oprime al observador. Los cerros quietos, silenciosos, fatigan el horizonte. El páramo mesetil se ofrece de una desolación inmensa : seco, escueto, yermo, solitario. Apenas, como toques secundarios, se insinúan el caserío indígena, manchas arbóreas, las fajas cromáticas del sembrío.



Fila india (Magnum Photos. New York)

Cementerio de Milluni





Así nació la leyenda del pueblo triste ; al medio severo, elemental, de una economía arquitectónica rayana en la pobreza, debe corresponder —se suponía— un poblador hosco y melancólico. Doble falsedad : no hay pobreza ni tristeza tales. Sólo gravedad, concentración. Suelo y raza se presentan en desnudez geogónica: honestos y veraces, libres de artificio. Pocos alcanzan la hermosura monoteística del paisaje y el natural recogimiento de su poblador.

¿Qué no habla este paisaje? ¡Si es todo lenguas!

La meseta boliviana vibra, ondula, se estremece, despide energía a los cuatro mil puntos del confín. Su cielo no hay que verlo aislado, en la hondura metafísica que absorbe y disuelve el mundo, sino en el juego seductor con que se envuelve a las cosas, las ciñe, las destaca, las esconde, las muda de apariencia, les sirve de telón de fondo, las azula de su propio júbilo visual.

La montaña se agita en la tormenta gravitante de sus formas : irradia fuerza, esparce virtud. Obsequia una gama ricamente variada de luces, sombras, contrastes, matices. No hay quietud, no hay mudez en el aire altiplánico maravillosamente seco, transparente, que escamotea perspectivas, se adelgaza y sutiliza y con mano finísima aproxima bultos y contornos. Todo acusa la inminencia de su forma. Y al fondo la Cordillera, siempre colérica de líneas, potente y altanera siempre.

El altiplano estalla de energía.

Por la extensa masa de paños ocres, pardos, violetas, grises, purpúreos, el ojo no tarda en descubrir la oculta variedad del medio físico. Tierra tendida y ancha que lo refiere todo a su absorbente poderío. Sobria, adusta, soledosa. Pero la tierra es múltiple, diversa, nada se pierde en la palpitación de sus diferencias. Un cosmos vivo y animado humaniza la escena. La planicie rasgada de caminos ; falta el esmalte de plata de los ríos ; en cambio la vivienda indígena se delata constante. Pueblitos, caseríos, ranchos. Colinas dóciles, suaves depresiones, pozas que reverberan al sol. Los cultivos rompen la uniformidad del suelo. Visto de altura, el altiplano aparenta una manta de colores. El eucalipto y el olivo silvestre decoran de un verde oscuro el paisaje. Las manchas blancas del ganado ponen su nota de candor. Suelo duro, pedregoso, desalado, donde crece libremente la paja brava. Si el escenario en su conjunto y entrevisto rápidamente aparenta transido de soledad y pesadumbre, frecuentado y observado en sus detalles brota rico de sugestiones visuales. Cada ser, cada cosa proclaman certeramente su evidencia plástica.

Hay que mirar con ojos lentos la lenta majestad de la meseta.

¿Que la criatura humana aparece microscópica? Sí : naufraga en tamaña inmensidad. Si consideramos la peripecia del morador respecto a su medio circundante, es lo minúsculo moviéndose dentro de lo colosal. Si atendemos a la expresión aislada del paisaje, es la tierra como la vio el antiguo : sólida, en medio del mundo, recogida con su natural movimiento en sí misma. Esto es fuerte, rudo, sobrecogedor. Varonil austeridad. Y cuando se camina por estas tierras altas, misteriosas, se diría que avanzamos por encima de un gigante que duerme el sueño de los milenios.

La meseta acerca las cosas, las renueva, las agita en luminosidad extraordinaria que las torna más accesibles. ¿De dónde viene esa claridad lúcida que se apodera de la inteligencia frente al paisaje andino? ¿Por qué esta apertura de los sentidos? Dijérase que la luz brilla más intensa, el cielo más profundo, el aire más transparente. Es un reino de cristal : todo perfil se hace vibrante, toda masa decisiva. Hay un rigor estructural en la línea altiplánica. El centelleo de los nevados lejanos se esparce por la hondura del ámbito telúrico. Ahóndase la hermandad de suelo y hombre ; y el hombre como el suelo se purifican bajo esta campana de cristal que azulan las distancias.

Altiplano : proximidad, veracidad. Sapiente desnudez que vale por el ropaje más espléndido. Severa economía en la naturaleza, geométrico rigor del poblador.

¿Por qué el indio nos parece un contrasentido en la ciudad, y en el planalto deviene connatural con su medio? Ser indio es, precisamente, entender la tierra, armonizar con ella. Por eso los andinos, aunque no lo seamos todos de sangre, lo somos de espíritu y de estilo, estamos anclados en la tierra como árboles dichosos. Y en

ADOR DEL LAGO TITICACA
UM PHOTOS. NEW YORK)

ella fructificaremos o seremos frustrados, porque el hijo de su suelo es también el padre de su hado.

El Ande es esa esfinge que si fue mirada, mira también en el interior del que miró.

El paisaje altiplánico elemental, huraño, de fascinación lunar, que semeja un mundo muerto, es en verdad un pozo vivo de escondida hermosura. La meseta es subjetiva ; ha de trasladarse al corazón del hombre simbólicamente, para que el corazón del hombre se regocije en ella.

¿Qué sabe el viajero incomprensivo del alma broncínea de los altiplanos?

II

Pasaron tantas civilizaciones por la planicie andina, que las últimas huellas borraron las primeras. Hoy sólo se recuerda algunas.

Pisaron la meseta los « antis », raza legendaria, que dio su nombre a la Cordillera de los Andes. Los « tiawanakus », constructores de la ciudad-santuario cuyo enigma no ha sido revelado todavía. Los « kollas o aimaras », forjadores de una cultura agrario-militar, con lengua y estilo propios, señores de la montaña en su inmutable poderío. A la hora de su decadencia, los conquistan los « quechuas o incas », cuya historia es suficientemente conocida porque sufrió el impacto de la conquista española. Desde principios del siglo XVI hasta comienzos del siglo XIX, la dominan los españoles : transcurren 300 años de coloniaje. Y de 1825 a la fecha, la joven República de Bolivia, que además de 900 mil kilómetros cuadrados distribuídos en los departamentos de Chuquisaca, Cochabamba, Tarija, Santa Cruz, Beni y Pando —valles y llanuras— divide los 100 mil kilómetros cuadrados del altiplano en los departamentos de La Paz, Oruro y Potosí.

Se vive perfectamente a 4.000 metros de altura y a veces, en las minas, se trabaja a 5.000. El « sorojche » o mal de altura, que dura pocas horas, es sólo un proceso de adaptación fisiológica al medio : se supera con rapidez.

¿Cómo es el andino, que llamaremos el « kolla », para distinguirlo mejor del « quechua » de los valles y del « oriental » de los llanos?

La reserva es el blasón del montañés. Enigmático, cambiante, se manifiesta por medio de bruscas intuiciones. No se percibe bien la trama intrincada, desigual, delicadísima del alma andina. Porque el « kolla » es abierto y desconfiado a un tiempo mismo. Emprende las más difíciles tareas o se niega a realizar las más sencillas. Un rasgo de lealtad signa sus actos : cuando se entrega se entrega por entero ; si recela, el desvío es absoluto. Tiene la franqueza agresiva de los montes o el desdén silencioso de los insólitos vacíos.

Aquí la psicología marcha lado a lado con la geología. Como el paisaje rico de erosión y accidentes topográficos, el habitante posee un territorio interno igualmente vario, movedizo, contrastante. Vive en « tempo » dramático.

¿Cómo se vive, por ejemplo, en La Paz, la capital más alta del mundo?

Entre rocas y vacíos. Es el reino de la erosión y las sorpresas. Clima sano, tónico, estimulante : ni extremo frío ni calores bochornosos. La radiación solar intensa ; el aire puro y seco. Baja un efecto excitante de los grandes cerros, sube un incitante estímulo de quiebras y hondonadas. La fuerza de radiación, los vientos imprevistos, las bruscas variaciones de temperatura, los contrastes meteorológicos, corresponden al intenso dinamismo del paisaje, todo sujeto a mudanza y transformación. Se pasa de la actividad al sosiego. Lluvias cortas, pero torrenciales. Atmósfera despejada tres cuartos del año, y sólo tres meses nubosa, cargada de electricidad.

Hay una esencia fosfórica y una tumbal resonancia en la tormenta paceña.

Pero también una quietud luminosa, una presencia arcádica, porque en el agujero andino conviven sosiego y tempestad. Se diría que en esta comarca y entre estas gentes, un poeta puede extraer lo demonial y lo arcangélico. Evocar a Beethoven y a Mozart.

En parte alguna se siente con mayor nobleza el goce responsable del vivir, que en el Ande es hijo del esfuerzo permanente, de la sagaz adecuación entre hombre y suelo.

Y el andino, el « kolla », o el paceño

—que todos tres son lo mismo— es una extraña y una digna criatura que amadrinan las nieves.

La tierra antigua, sorprendente. La raza hermética, dinámica. Tiene el « kolla » presencia y resistencia de montaña. Es parco en el hablar, largo de obras. Máquina compleja. ¿Qué diestra ingeniería hizo titánico el paisaje y el poblador indefinible?

Aquí donde se cruzan los volcanes con los hielos, vibra la fibra humana entre hondos silencios y broncas tempestades.

Nieve y valle. Meseta y cavidad. El arado milenario junto al tractor mecánico. Iglesias coloniales en medio al embrujo panteísta del nativo. Fábricas, rascacielos, jardines simétricos desafiando el torbellino topográfico. La llama legendaria junto al automóvil modernísimo. Indios taciturnos que caminan por el tiempo, mientras criollos y mestizos se disputan la posesión dinámica del espacio. Tres estilos en las casas : colonial, neoclásico, moderno. Tres modos de almas : soledad aimara, hervor mestizo, disciplina criolla. ¿Cómo pueden coexistir, lado a lado, juntos y separados simultáneamente, tres mundos diferentes? En parte alguna se siente con mayor vivacidad el esfuerzo de la propia acción ; todo difícil de alcanzar, pero se alcanza. En ninguna se duerme mejor. En poquísimas se saborea la suculencia, variedades y primores de la cocina paceña. El son profundo del tambor indígena golpea con la misma insistencia que la onda radial. Unos viven en el temblor mítico, otros en la Colonia, otros en el vértigo contemporáneo.

Tiene el agujero andino un poder condensador de culturas y costumbres. Vivimos muchas vidas en una : somos multiplanos. Porque el « kolla » es hombre de largo mirar y vasto sentir.

« Kolla » : corazón de toro y de paloma. Y estilo « kolla » es la metálica dureza del que persiste en su tarea.

III

Por la meseta andina flora y fauna se cargan de belleza y poesía. Pero no todos dan con ellas.

La « khantuta » —y es sólo una de las maravillas vernáculas— es una planta andina de tallo delicado, afiligranado en sus ramas. Para crecer debe apoyarse en un sostén. Florece sólo una época del año y su flor es tan hermosa que alegra los ojos. La corteza es de color sepia, las ramas verdes, y las flores de cáliz esbelto, ahusado, que se abre con elegancia sobre sus bordes, penden como campanillas mirando al suelo. Hay diversas variedades, abundando las rojas y las amarillas, pero la « khantuta » real —que no es fácil cultivar— tiene un color espléndido, que oscila entre la púrpura y el ciclamén, un escarlata radiante, como afelpado, que acaricia el tacto y que por su majestad y señorío supera el efecto cromático de las vestiduras de un cardenal romano.

Pero la « khantuta » real hay que verla en el esplendor de su medio. Un día de invierno —sol radiante, cielo intensamente azul, aire de sutiles transparencias— y si es posible bajo el centelleo de un nevero distante. Proyectadas en el zafiro luminoso del firmamento, sus flores lucen como un prodigio visual ; no hay palabras que puedan transmitir el goce estético que producen, cuando se las contempla entre nieve y cielo, cuajando el sueño de mágicos rubíes.

Y dicen que los juramentos de amor proferidos al pie de la « khantuta » se cumplen siempre, porque sus flores son las gotas que sangraron del corazón de una princesa aimara que murió por fidelidad a su amado.

¿Y qué decir del olivo silvestre, del queñual, de las cactáceas que florecen entre breñas y espinos, con flores bellísimas, y de tantas otras maravillas botánicas que pueblan el extenso altiplano?

La farmacopea andina, desconocida en su mayor parte en las ciudades, tiene en los campos vigencia milenaria : los « callahuayas » o curanderos indígenas, conocen más de 2.000 yerbas y plantas de uso medicinal que muchas veces produjeron curas milagrosas.

Y el pequeño arbusto de la coca, dio lugar a la cocaína, estimulante, anestésico y droga moderna que lo mismo puede excitar que deprimir o arruinar finalmente el organismo.

Si la tierra es la gran madre para el indio, la llama es como hermana mayor ; lo provee y sostiene todo. Es medio de trans-

porte, proveedora de lana para sus tejidos, depósito de combustible ; su leche y su carne sirven de alimento ; se inmola como víctima propiciatoria en los ritos agrarios o en las hechicerías ancestrales ; abona y vitaliza la tierra, y aun muerta entregará piel y huesos al amo. « Simiente de naciones » —dijo un poeta—, porque sin ella no hubiesen existido los imperios andinos, ni el Incario, ni la Colonia ; y en los parajes difícilmente accesibles compite todavía con los modernos sistemas de tracción.

El dulce animal pasa lento, elástico, flexible por la meseta. Parecerá absurdo decirlo, pero para el campesino de los Andes, que vive solitario, es casi una persona. Aun el turista, cuando tiene tiempo y curiosidad para descubrir la espléndida apostura de la llama, al admirar ese andar rítmico y tranquilo, su inquietante altanería, la pregunta serena con que la linda cabeza parece interrogar al paisaje ; viendo el mecer de navío con que ondula por el plano ; tocado por el brillo misterioso de sus grandes ojos oscuros, tiene un presentimiento inverosímil :

— Ha pasado una princesa india...

La llama no es una criatura aislada ; pertenece a una familia de aristócratas del Ande : son los auquénidos que habitan las « punas » o tierras altas. La vicuña, esa gacela de las nieves, que dio el vellón de su lana para finísimos mantos imperiales y los soles negros de sus ojos para embrujo de soñadores y poetas. Las alpacas, circunspectas, señoriales, que con general largueza visten guerreros y labradores, y a veces, en tropa pintoresca, fingen dameros blanquinegros. Llamas, alpacas y vicuñas forman la heráldica femenina del planalto andino. Son las abejas de la tierra. Sirven y protegen al poblador, decoran y hermosean el paisaje.

Mas el guanaco, el menor de la familia, huraño, huidizo, se aparta de ella, busca alturas más empinadas, mayores soledades. Y se le ve brincar de peña en peña, ágil, desafiante, criatura del vértigo y del rayo. Y cuando el guanaco cruza como un meteoro el laberinto de los filos montañeses —flecha de luz que surge y desaparece entre sombras y relámpagos— el cazador absorto piensa :

— Es la sonrisa del abismo.

Y están, todavía, el « allkamari », halcón nido vivaz, mensajero agrícola, de pico rojo, plumaje negro que vuela elegantemente en grandes círculos concéntricos. El águila fiera y vigilante. Y el cóndor, emperador de las aves rapaces, señor de las cordilleras que no tolera intrusión : despeña mulas, precipita viajeros al abismo y de un solo golpe de las alas potentísimas puede abatir al más osado. La sociedad andina toma el concepto de autoridad de la sociedad de las aves : « Mallku-Kaphaj » —cóndor poderoso— es tótem y linaje histórico a la vez.

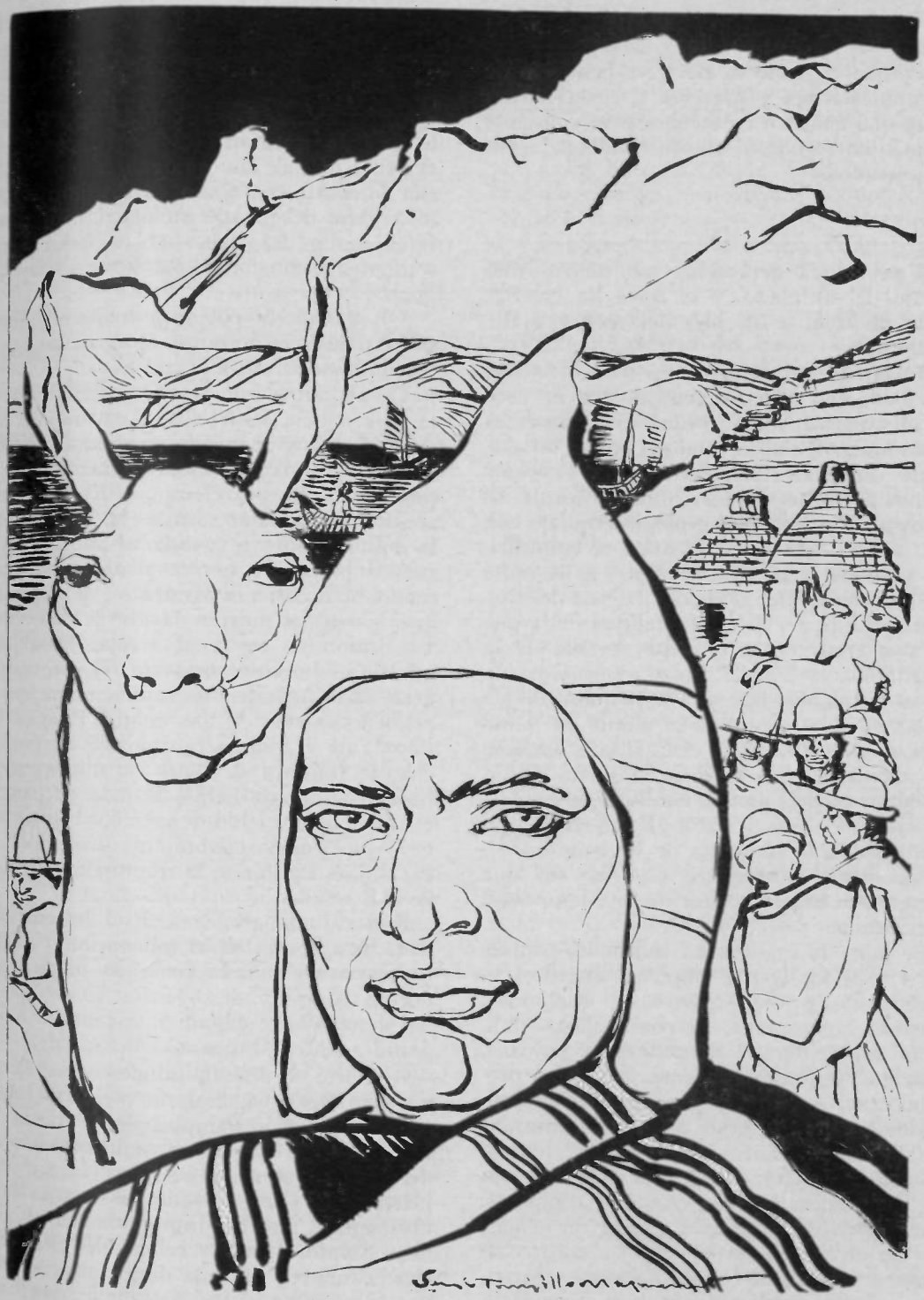
Los viajeros intrépidos conocen el terrible ímpetu de los cóndores cuando atacan en tropel : ún alud de picos, garras, plumas, alas que conmueve el aire en su descenso velocísimo. ¡Bólidos alados! Pocos gozaron la delicia de observar al gran pájaro volando a corta altura. Las fuertes alas tajan el espacio como cuchillas rapidísimas. Las patas y las garras se encogen a manera de un tren de aterrizaje en suspensión. Y en medio de la gola de nieve que le ciñe el cuello, se mueve la cabeza agresiva, husmeando, avizorando todo, mientras el crestón cimero finge un timón inverosímil.

Cuando el cóndor cruza el cielo, el indio siente que algo ha entrado en su alma.

Y los nativos se llaman Condori, Mamani, Poma, Katari —palabras que vienen del cóndor, del halcón, del puma, de la víbora—, como si fueran hijos de estas deidades totémicas.

El puma, audaz y codicioso, para el andino es blasón de rebeldía. Astuta y peligrosa la víbora : enseña el camino más largo. El halcón sugiere la fuerza precisa y oportuna. El cóndor une cielo y tierra en su vuelo agorafóbico, levanta y dignifica todo. Y hasta el tímido guanaco y la inocente vicuña jugaron papel preponderante en los ritos totémicos que forjaron la épica social en el primitivo amanecer, cuando el hombre se identificaba con el astro y se asimilaba con los animales, porque hombre y astro y animal eran lo mismo : ascuas vivas, fuerzas concertadas del torbellino cósmico.

Y si se busca en la observación de la naturaleza, o se estudia en los ceramios de Tiawanaku, se verá que muchos enigmas hallan solución cuando se eslabonan las significaciones religiosas, mágicas, sociales y



DEL ANDE BOLIVIANO

DIBUJO DE SERGIO TRUJILLO MAGNENAT

culturales del animal y de la plata con el hombre y con su medio.

Porque el Ande es así. Vive henchido de comunicaciones y presiona a sus criaturas para que guarden su secreto, pero consiente que lo entreguen al paciente indagador de sus arcanos.

IV

Una brusca depresión, 300 metros más abajo del altiplano, y la hoya de La Paz abre el vacío a los pies del monte « Illimani ».

Imaginad una ciudad rarísima, frontera de los hielos y los trópicos. Arriba un coro de montañas. Abajo la hoya vertiginosa. A poco andar el manto azul del lago Titikaka. Muy cerca las ruinas pétreas de Tiawanaku. A cortas leguas los paños verdes de los Yungas. El arquitecto geológico trabajó con tal astucia, que no se alcanza el embrollado plan de la fábrica telúrica ; es el reino del contrasentido, el orden mágico del desorden. La perfecta horizontalidad de la meseta se contrapone al ritmo vertical de la Cordillera ; y entre el muro montuoso y la mesa altiplánica hay una tal riqueza de accidentes, que la mirada se pierde en la variedad del panorama. El paisaje acicatea en modo tal, que se diría el sueño de un escultor modelando el estallido de un cometa, o el místico terror de un visionario hundido en la tormenta de los mundos.

Es difícil contemplar La Paz sin que venga a la mente la idea de una tempestad petrificada.

Se agita la materia en indecibles geometrías : ondas, picos, cúpulas, ángulos, líneas rectas, graderíos, curvas y quebradas. Formas horizontales, perpendiculares, oblicuas. Elevaciones y hendiduras ; terrazas, quiebras, pirámides violentas ; cantiles, promontorios, escarpas y pendientes ; sinuosidades, repliegues, tajos a cercén ; entradas y salientes subitáneas. La montaña, tremendamente inquieta, es la forma en movimiento. Estas líneas bruscas, cortadas, angulosas, que huyen de la sensual caricia de lo curvo, se precipitan en un fiero combate de eminencias. Cimas vígiles, vacíos espantables, planos escalonados por el aire. Delirio de masas y de líneas, ceñido por la rica plasticidad del espacio en movimiento. Aquí la materia es dinámica y vibrante : imperio de la acción.

Altanería y fantasmagoría de la tierra ¡el Ande!

La hoya paceña es la patria brusca y fuerte de quienes aman la aventura geográfica, el éxodo visual, las orologías fabulosas. En ella puede leerse, como en un libro abierto, la cifra del pasado geológico, porque sus farellones y desgarres hablan todavía del combate cosmogónico. La hoya es la sorpresa.

¡Oh grande y poderosa majestad, Jerusalén telúrica, tus muros fantasmales guardan la historia del planeta!

Vista desde la meseta, la ciudad ofrece la fina delicia visual de un cuento de hadas : castillos de nieve, gozosas arboledas, casas y calles como madrigueras microscópicas reptando por el monte. El aire enrarecido, delgadísimo, hurta la perspectiva, lo define y aproxima todo, al punto que la colosal juguetería parece al alcance de las manos. Un corto movimiento... y se piensa que los dedos tocarán la cerviz del cerro. La ilusión se repite al arrojar la última mirada al hueco formidable : es como si el gran caserío de techos rojos cupiera en el pequeño cuenco de una mano. Exótica visión. Y si el viajero la absorbió de noche, cuando millares de luces cabrillean en lo hondo —¿es una bahía cuajada de barcos, es un cielo invertido de estrellas centelleantes?—, el viajero siente una sensación de irrealidad. La Paz es lo imprevisto. Un sueño inesperado.

Esta callada grandeza. Esta bravía soledad. Este hondo sopor milenario.

La cuenca paceña tiene un mágico poder de seducción, de sugestión. Contemplando el paisaje, se remonta la fantasía a las grandes síntesis humanas.

Al norte se divisan taludes como ejércitos que llegan, la crestería y el arco romano del monte « Pamppjhasi ». Al sur la India con sus farellones multiformes y su decoración angustiosa. Al este la armonía helénica del Gran Nevado. Al oeste la línea horizontal, pesada, inmutable del altiplano : Egipto. Tintas y celajes del cielo evocan la manera finísima de los pintores chinos. Desgarramientos del suelo, cruel cuchillería, el vértice y el vértigo de filos incontables : Medioevo. Una dinámica de la

materia donde cada línea quiere ser por sí misma, en puro alarde individual : Renacimiento. Alborotada arquitectura, tensiones irrumpientes, eléctrico accionar de masas y de planos : Edad Moderna, edad del átomo que integra y desintegra. Esto es bello, esto es grande, de una belleza agresiva, de una epifánica grandeza, y desigual, acometivo, desconcertante. Todo sube, todo cae, se mueve y precipita todo en el oleaje cósmico, proclamando fieramente su genealogía, su acentuado dinamismo inquieto. El mundo como fuerza en movimiento.

¿Pero qué es lo que confiere señero hechizo a la más alta capital del mundo? Es el juego contrapuesto de dos genios dominantes : la montaña y el vacío.

La montaña conforma y señorea el hoyo con mayestático rigor. El Gran Nevado es el genio visible, poderoso, que habla por sí mismo ; no requiere explicación. Todo se ordena y se refiere en torno al macizo armonioso que preside un cónclave de montes, porque La Paz se asienta en montes y con ellos se decora. « Illimani » : el que resplandece, toca las cosas y las enciende de su propio encanto luminoso. « Illimani » : musa telúrica que acuna el sueño de la hoya. « Illimani » : el cerro sacro, dictador inmarcesible del paisaje y de las almas, que en la remota antiguedad fue adorado por los indios y estaba consagrado a la luna, deidad mayor.

El genio invisible de la comarca es el vacío circundante. Es el océano aéreo que nos rodea, la sensación espacial, el hambre de inmensidad y lejanía. Fuerza persistente, indefinible, que brota del recinto geográfico y a su inmenso poder de atracción nos devuelve ; que hostiga y torna taciturno al paceño porque lo trae penetrado de su magia y su ansiedad.

Ande es la cordillera nevada, el tumulto montañoso, la meseta altiplánica, la variedad agrietada y desgarrada del suelo. Y dando unidad implícita, sentido final a los contrastes topográficos, Ande es también el vacío grandioso abierto entre cielo y tierra. Lo que cierran dos abismos : el abismo azul del aire y el pardo abismo del suelo. En la hoya el espacio abierto está como sujeto entre la cavidad y las montañas ; se siente al Genio del Aire respirar entre rocas altísimas : jadea.

Mas si el espacio está como amurallado entre casquetes y envuelve en el vértigo de su propia revolución aérea a las cosas, el hombre es al mismo tiempo prisionero y señor del espacio. Nadie tuvo cárcel más extraña, nadie dominio más espléndido. El paceño es hijo del monte y del aire : permanece inmóvil, con fiereza roquera, con soberbia indiferencia, o estalla bruscamente y se dispara hacia la acción como el viento libre de las « punas » que corre sin obstáculos.

La sugestión de los vacíos andinos se da difícilmente dentro del hoyo ; es preciso trepar al cerro, situarse por lo menos a mitad de camino entre el cielo que sube con ancha majestad y la tierra que baja vertiginosamente, para advertir cómo las cosas cambian de dimensión y de figura. Entre la cúpula aérea y el hueco profundísimo, se verá entonces una cavidad aterradora. Suspendido entre cielo y suelo, siente uno el pavor y la embriaguez de la oquedad paceña : el vacío en una corona de montañas.

Por eso el cóndor, siervo y vencedor de las alturas, es el ave totémica del ancestro. Y su vuelo inmutable trasunta la grandeza espacial, el ansia de inmensidad, la magia misteriosa de estos mares aéreos que conmueven el ámbito andino.

Lo grave del vacío alterna con lo agudo del contorno. Armonía de los contrarios, difícil equilibrio de un caer y un ascender que son sólo formas del enigma. Épico escenario, lidia incomprensible. Por esto el paceño es la criatura hermética de una colosal desarmonía.

Y el poblador dialoga con el suelo :

— ¿Qué te amarra a este hueco profundísimo?

— Me amarran las proezas de la tierra.

— ¿Y si la tierra te fatiga de monotonía?

— Entonces me liberto en la pasión del aire.

V

En las ciudades del Ande Boliviano —La Paz, Oruro, Potosí— o en los pueblos y campos diseminados en la ruda longitud del altiplano, se vive en « tempo » lento.

Ni el avión ni la radio turban el sereno transcurrir de la existencia. Verdad que los

montañeses son revoltosos, aman la revolución, sus caudillos, la mudanza permanente ; es el acicate espiritual. En el fondo aman la vida patriarcal, sosegada, conservan las viejas formas del honor y la hidalguía. Estas gentes que crecen en soledad, en oscuridad de montaña, llevan la luz y la alegría adentro. No andará el andino a la cabeza en técnicas modernas, pero es rico de espíritu y calidades humanas. Ni la codicia, ni la ansiedad, ni el frenesí los oprimen, porque estos varones de altura no están aún contaminados por el delirio utilitario de nuestro tiempo.

En 1952 el pueblo andino emprende una transformación gigantesca : la revolución nacionalista realiza la reforma agraria, nacionaliza las grandes minas, concede el voto universal, cambia el sistema educativo, redistribuye la riqueza, crea una nueva relación de las fuerzas económicas y sociales, persiguiendo la incorporación de 2 millones de campesinos a la ciudadanía efectiva. Este irresistible movimiento democrático de masas ha creado, transitoriamente, una crisis monetaria y financiera, debida a la baja del precio de los minerales, al rápido crecimiento del mercado interno de consumo en desproporción con la capacidad productiva del país, y a los inevitables errores y desajustes de todo cambio social.

Pero los bolivianos saben que hicieron bien en demoler el arcaico sistema jurídico y político para buscar una integración nacional en la alianza de razas y de clases : indios, mestizos, blancos, campesinos, obreros, gentes de la clase media o de la alta avanzan en una sola dirección.

El Ande boliviano, que fue el primero en proclamar la revolución política el 16 de julio de 1809, a la vanguardia de la emancipación continental, ha sido también el primero en intentar la liberación económica con un contenido democrático de justicia social.

Es una paradoja : estas gentes que habitan una nación mediterránea, sin contacto directo con el mar, donde hombres y noticias llegan con demora en relación a las grandes capitales del Atlántico y del Pacífico, son como antenas sensibles de la conciencia americana.

El nuevo mensaje bajará de la Montaña.

VI

« Illimani » : el Resplandeciente, dice la teogonía andina del nevado estupendo que atalaya la ciudad de La Paz.

Cada día, cuando la colorada aurora enciende el aire diáfano, un dios misterioso y lejano se alza en su trono de nieves.

Allí nacen los corceles del sol. Allí brincan las yeguas sombrías de la luna. Y los alborotados vientos que corren y se esparcen por la hoya, detienen su carrera huracanada al pie de la olímpica escultura.

Si caminamos todo el día, un titán nos acompaña frente a frente. Si soñamos por la noche, un paredón fantasmal estremece nuestro sueño. Una vuelta en su redor equivale a llenar la órbita de un mundo. Si bajamos, Él se aminora ; si subimos, Él se acrecienta ; si estamos quietos, Él nos invade con alteza y pesadumbre de cumbres. ¡Oh fábrica de enigmas!

Monte Nevado : el longuividente, porque lo mira y señorea todo.

Con la distancia, la mole cambia de apariencia. Con las variaciones climáticas muda de alma. Y si al tocar sus filos la luz estalla en fantasías cromáticas, también la sombra sube por sus flancos en elegía sutilísima. En la idealidad de las lejanías, el monte irradia : espacios infinitos, armonía de silencios. Y al fondo una brusca arquitectura que insinúa el dibujo de una tempestad petrificada.

¿Dónde cuna más hermosa? ¿Cuándo sepulcro más solemne?

Cerro multíparo, el inagotable. Desde la fundación del mundo vigila con paterna sabiduría las cosas : sabe de la tormenta geológica, de las cosmogonías fabulosas, de los remotísimos imperios. Pasaron las telúricas hazañas ; pasaron imperios, religiones ; pero el gran nevero permanece inmutable, habitante de un tiempo sin tiempos.

Guardián del Mundo.

Es el que alimenta los hogares, el que levanta corazones. Abruma al descreído y fortifica al laborioso y al paciente. Parece un grifo gigantesco que no abandona jamás al poblador. Suceso singular : del oleaje topográfico de la ciudad andina, del laberinto de calles y de quiebras, del espacio brusco y contrastante, los ojos vuelven siem-

pre al monte tutelar. Está en todas partes y en ninguna. Y si al viajero revela su faz catedralicia, al comarcano le reserva el juego inenarrable en que se miran sus diez mil caras gobernantes del clima y de las horas.

Esta solitaria grandeza. Este reposo secular. Este ulular de vientos trágicos. ¡Milagro albo-zafíreo del Monte Sacro! Cumbres que se disparan al horizonte ; cimas y flancos como espadas lúcidas. Esta arquitectura titánica. Este augusto equilibrio. Estas fuerzas vibrantes que suben, se precipitan, se asientan y se oponen con ímpetu tenaz, no hablan : resuenan. Porque la forma es la música de la tierra y la tierra es la música de la forma.

El poderoso promontorio reina sobre cuanto le rodea. Puebla con su majestad y su hondura el paisaje. Señorío absoluto : cumbres, valles, quebradas se subordinan a su mando. Parece un emperador geológico en medio de los súbditos congregados. Y al caer la tarde, el cerro portentoso lo domina todo con el misterio de su mole.

Cuando el Ojo Solar descubre la creación, cuando el Párpado Lunar se entreabre y define la faz nocturna de las cosas, ambos miran al que no cae, al siempre antiguo y anciano, que es a un tiempo mismo el fuerte, el joven, el resplandeciente Señor de las Cordilleras.

De su cima famosa se cuentan portentos.

Refieren los místicos relatos de la antigüedad andina que en el Primer Amanecer, cuando las cosas se movían para tomar posición en el cosmos, un cóndor colosal vino a posarse sobre el dorso de la Cordillera Real para dirigir la organización del mundo andino. Como el proceso de integración de los elementos marchaba lentamente, el cóndor alzaba vuelo en el crepúsculo, cuando las estrellas toman silenciosa guardia, y se alejaba hasta perderse en el ancho cielo. Volvía en los amaneceres, desaparecía a la caída de las sombras. A la luz de los días, sus alas siempre centelleantes como venablos fúlgidos. En el ébano de las noches, sus alas siempre en esplendor como carbones encendidos.

Así por espacio de muchos « Pachakuti » —los ciclos de mil años— que anuncian la destrucción de un mundo y el surgimiento de otro nuevo. Porque el orbe montañés está naciendo, pereciendo está, renace sin descanso. Regresa y se transmuda inexorablemente.

Pero un día de días, cuando « Wirakocha » —el dios sutil— juzgó terminada su tarea ciclópea, cuando cada masa, cada línea, cada objeto ajustaron en la inmensa arquitectura, quiso que el mensajero alado atestiguara su grandeza. Y en la última Noche de la Hechura, el momento en que las cosas fijaban para siempre su inmutable geometría, dispuso que el Cóndor Resplandeciente se incorporase a la belleza del paisaje.

Y el ave fabulosa abatió sus alas titánicas sobre el triple poderío del basalto, del granito y de las rocas eruptivas. Y la nieve cayó de lo alto con su dosel de armiño. Y esas tres cimas que subyugan la mirada india con el doble hechizo de su altanería y mansedumbre, son en verdad la cabeza del cóndor en acecho y las alas inmensas en actitud de remontarse.

Parece un promontorio superpuesto sobre un zócalo de montes : lo que se empina en lo empinado. Porque no es el macizo que surge lentamente, abriéndose paso a través de una intrincada geogenia, sino la maravilla celeste que se precipita de lo alto, como un penacho heráldico en la atormentada cordillera.

Así lo dispuso « Wirakocha ».

Y el más grande de los cerros es también el Más Grande de los Cóndores. Nadie le gana en estatura ni hermosura. Es el Caudillo del Ande.

« Mallku-Kaphaj » : cóndor poderoso. ¿Cuántos linajes remotos brotaron de tus alas protectoras? ¡Y cuántos los imperios que duermen en la espuma de tu gola!

¡Oh manantial de los días, oh fomentar de las noches! Abuelo de las edades. Padre del Misterio. Ya no seremos tristes, ya nunca desvalidos : un nevado hermosísimo es el guarda de las horas que se fueron y el amo de las horas que vendrán.

Montaña de montañas. Sacra grandeza inmóvil. Quien la vio una vez, la lleva en su corazón. Quien la contempla muchas, es ya criatura de su arcano.

Porque « Illimani » —cosa eterna— es para siempre.

Pasado, presente y futuro del peronismo

POR ADOLFO LANUS

HACE 20 AÑOS, apenas instaurado el régimen político que desembocó en la dictadura peronista, pero ostensibles ya los primeros síntomas de la amenaza en cierne, se dio a publicidad, en varios diarios del país y del exterior, una declaración conocida por la sigla D.E.I.S.A. formada con las letras iniciales de las palabras « Democracia Efectiva y Solidaridad Americana » que definían las ideas y anhelos de los firmantes. Ese mismo día —16 de octubre de 1943— el gobierno ejercido por el general Pedro Ramírez, que siendo ministro de Guerra había encabezado el cuartelazo para derrocar al presidente Ramón S. Castillo, de manifiesta simpatía por el nazismo y el fascismo hasta ese momento triunfantes en la guerra contra los pueblos libres, lanzó anatemas de típico carácter totalitario contra los que suscribían la declaración o manifiesto de referencia.

Los calificó de « ideólogos enconados », « políticos fracasados », « culpables de la ruinosa situación del país », y dispuso la inmediata cesantía de cuantos firmantes desempeñaran funciones públicas rentadas, honorarias o de cualquier naturaleza. La sanción alcanzó a rectores y catedráticos de universidades, a maestros de escuela y a todos aquéllos que accidental o permanentemente figuraran en listas de la administración pública.

Entre los destinatarios de la admonición figuraban ciudadanos cuyos nombres es interesante mencionar : José María Cantilo y Adolfo Bioy, que habían sido embajadores y ministros de Relaciones Exteriores Bernardo Houssay, premio Nóbel de cien cias ; Mariano Castex, ex rector de la Un versidad Nacional ; Nicolás Romano y Ale jandro Ceballos, ex decanos de la Faculta de Medicina y el último designado despué ministro de Relaciones Exteriores y luego embajador en París ; Alfredo Orgaz, má tarde presidente de la Corte Suprema d Justicia ; su hermano Jorge, médico, re tor de la Universidad de Córdoba ; Hora cio Rivarola, rector de la Universidad d Buenos Aires ; Juan José Díaz Arana, ca tedrático de Derecho ; Cupertino del Cam po, eximio escritor y pintor ; Josué Ga llán, entonces rector de la Universidad d Litoral ; Tomás Le Breton, ex ministro ex embajador y Nicolás Repetto, decan del socialismo democrático y ambos figura prominentes de la política argentina ; y en fin Américo Ghioldi y Juan Antonio So lari, actuales diputados nacionales y Robe to Giusti, Alberto Gerchunoff, Horac Beccar Varela, ex ministro de Agricultur Mario Bravo, Santiago Fassi, hoy senado nacional y muchos más, algunos fallecido y otros que siguen en el presente sirvien do honorablemente al país. Figuraba asi mismo Arturo Illia, que hace unas semana el 12 de octubre, asumió la Presidencia d la República.

*

Acaba ahora de cumplirse un nuevo ani versario del 17 de octubre, fecha de signi

ficación excepcional en la historia del peronismo. El 19 de setiembre de 1945, ya francamente definida la inmoral demagogia, y la desenfrenada arbitrariedad de Perón, Buenos Aires fue escenario de una de las más grandes concentraciones cívicas de todos los tiempos. Hombres y mujeres de todas las edades, condiciones sociales, vínculos políticos y credos religiosos se reunieron en manifestación callejera que los organizadores denominaron « Marcha de la Constitución y de la Libertad ».

No hubo discursos. En la plaza del Congreso un estudiante leyó una breve proclama ; en la plaza Francia, un obrero otra breve oración. Pero lo que leyó este último sólo pudo ser oído por una parte de los manifestantes —lo que aquí llamamos la cabeza de la manifestación—, pues mientras los primeros grupos concurrentes llegaban a la plaza Francia, la muchedumbre seguía agolpándose en la plaza del Congreso y a lo largo de las 30 o 35 cuadras de las amplias avenidas Callao, Quintana, y Alvear, que deben recorrerse entre ambos paseos. Una semana después, el 26 de setiembre, estaban en la cárcel las figuras más destacadas de aquel desfile callejero, ex ministros de Estado, directores de los principales diarios independientes, ex legisladores, rectores de universidades —otra vez Bernardo Houssay, premio Nóbel, acompañado por su colega en la distinción mundial, Carlos Saavedra Lamas— y no pocos de los que hoy son otra vez miembros del Congreso y uno de los ministros del actual gobierno, el de Economía, Eugenio Blanco, entonces decano de la Facultad de Ciencias Económicas.

Fue tan extraordinario el significado civil de aquel acto de muda presencia que los presos recobraron su libertad pocos días después, y el 9 de octubre siguiente renunció Perón a sus múltiples cargos de Vicepresidente, ministro de Guerra y ministro de Trabajo. Pero he aquí que con la complicidad de sus personeros en el gobierno de facto se preparó una invasión del suburbio, una mesnada que con la ayuda de la policía, algunos militares y la organización denominada Alianza Libertaria irrumpió en las calles de la ciudad reclamando con sus atropellos y violencia la reaparición de Perón en el escenario político. Ernesto Sanmartino calificó aquel turbulento espectáculo de « aluvión zoológico », no con menosprecio para su composición humana, sino con sentido definitorio del desbordamiento de impulsos primarios que lo caracterizó. Algo que considerado única y exclusivamente en su aspecto de masa, pues las causas y los sentimientos determinantes no podrían asemejarse nunca, podría tal vez compararse con el desfile de los lémures que se describe en *Kaputt*.

De ese modo se afianzó la soberbia de la dictadura. Y el 17 de octubre quedó convertido en fecha simbólica : fiesta nacional de afirmación del derecho a cometer tropelías, saqueos y delitos de toda clase en nombre de una presunta reivindicación nacional.

Pienso que estos recuerdos podrán ser útiles para una impresión objetiva de conjunto : el pasado o génesis del peronismo, su presente y las perspectivas del porvenir.

*

El aniversario del 17 de octubre fue celebrado este año públicamente con manifestaciones callejeras, ediciones especiales de diarios y revistas y transmisiones radiales de discursos de algunos secuaces que se disputan entre sí la autenticidad de la representación política de Perón, con lo cual lo único positivo que consiguen es demostrar que si no convencen de que hablan y actúan por mandato expreso e indudable del dictador prófugo, todos sus desvelos y afanes resultan inútiles. En una de las revistas de publicación ocasional aparece una caricatura del actual Presidente Illia, en actitud temerosa ante un grupo de figuras heterogéneas que ostentan un cartel con esta leyenda afirmativa : « ¡Doctor, volverá el aluvión zoológico! »

La repetición de la frase de Sanmartino a que ya me he referido, ¿entraña una amenaza?, ¿tiene valor de realidad?

Está en vigor una ley que prohibe la propaganda del régimen peronista, la exhibición de sus símbolos —había escudo, marchas, canciones e himnos peronistas— y la exaltación de sus actos y personajes. Una ley análoga a las que siguen aplicándose en Alemania occidental y en Italia respecto del nazismo y del fascismo. Además, está vedada en nuestro país toda actividad pú-

blica del comunismo, cuestión esta importante desde el punto de vista defensivo de la democracia, por cuanto peronismo y comunismo coinciden en sus métodos y en sus objetivos inmediatos.

A pesar de tan claras prohibiciones legales, el gobierno actual —iniciado en sus funciones cinco días antes— autorizó y permitió la realización de los actos peronistas.

Ahora estamos aquí discutiendo sobre si el gobierno hizo bien o hizo mal. Y como suele ocurrir casi siempre en casos de esta índole, « las opiniones están divididas ». Numéricamente considerada la más importante de las concentraciones efectuadas —también se realizaron algunas similares en el interior del país— fue la que tuvo por escenario la plaza « 11 de Setiembre » antiguamente llamada Plaza de las Carretas porque allí acampaban las carretas que constituían el sistema de transportes de mercaderías entre las provincias y Buenos Aires y cuyo nombre actual evoca uno de los hechos históricos de nuestra organización nacional.

Alrededor del monumento a Rivadavia, del sobrio mausoleo donde se conservan sus restos, situado en el centro de la plaza, cartelones con leyendas alusivas y vítores y gritos denunciaban la naturaleza de la ceremonia. De un lado gritaban los partidarios de dirigentes que se arrogan la representación del jefe ausente ; del otro lado los adictos a otros dirigentes que disputan ese predominio, condicionado en ambos casos por la misma subordinación. Las dudas acerca de la validez del título mantienen en expectativa a los sectores contrapuestos, que sólo abandonan su antagonismo para unirse en los denuestos verbales y en la agresión de hecho contra personas y cosas. La agresividad, la violencia, el desmán, los atropellos, los saqueos, la destrucción, los balazos contra la policía, las tentativas de incendios y los robos, constituyeron la única prueba fundada del significado de la rememoración. Debe darse por seguro que en el espectáculo tuvieron participación destacada los comunistas, aunque ellos no dieron la cara.

*

Sin entrar, entonces, a definir de modo preciso si el gobierno procedió acertada o equivocadamente al permitir las demostraciones peronistas del reciente 17 de octubre a pesar de las disposiciones que las prohiben, debe reconocerse que el balance de esta reaparición pública no resulta del todo desfavorable para la tranquilidad del país. La concurrencia no fue extraordinaria ni mucho menos ; los distintos sectores que coinciden en la añoranza de la dictadura aprovecharon la reunión para insultarse recíprocamente ; no se prestó atención a los oradores ni siquiera a la trasmisión de un mensaje de Perón, grabado expresamente para las circunstacias ; y luego la exteriorización del sentimiento dominante se evidenció con las tentativas de incendio, asaltos a varios almacenes de bebidas y robos en algunas joyerías del barrio. La policía actuó con gran tolerancia ; excesiva tolerancia : soportó pedreas, ataques con palos y balas —un oficial resultó mal herido y varios agentes contusos— ; pero al final, reducidos ya los revoltosos con bombas de gases, sólo fueron apresados unos pocos de los más exaltados. La táctica de los peronistas debió consistir —según se opina— en no provocar ni causar alarma. Pero les faltó el jefe que les impartiera tal orden, porque quienes pretenden ser conductores carecen de autoridad personal y no se sabe a ciencia cierta a quién respalda Perón.

Los lémures de que habla Curzio Malaparte en *Kaputt* invadían las calles de Nápoles aterrados, hambrientos, amenazantes por efecto de la angustia y la miseria a que les condenaba la guerra, agravada por su penosa deformidad física. La violencia, la agresividad, el ímpetu primario de las masas peronistas no obedeció en octubre de 1945, ni mucho menos hoy, a causas similares. Fue entonces como ahora exponente de una especulación inmoral de desigualdades sociales que no se modifican con la impunidad de la delincuencia.

Salvo excepciones casi inevitables, aquí no se han dado nunca ejemplos de explotaciones inicuas del « hombre por el hombre ». Con todas las imperfecciones de su aplicación, nuestro régimen institucional asegura idénticas posibilidades a quienes quieren trabajar honradamente y tienen perseverancia y aptitudes para progresar. Nuestra historia política y cultural está lle-

de nombres y actos de hijos y nietos de inmigrantes de las más distintas procedencias. Lo prueba hasta la actual nómina de gobernantes, empezando por el presidente y vicepresidente de la Nación, que son, los dos, hijos de inmigrantes de modesta posición social y económica.

Las elecciones del 7 de julio próximo pasado, de las que surgieron el gobierno nacional y los gobiernos provinciales constituyeron un rudo golpe al peronismo. Dicho golpe podrá ser definitivo si, como induce a pensarlo la conducta hasta ahora observada por el partido gobernante y los partidos que no obstante ser adversarios lo apoyan, éstos no se apartan del propósito común de consolidar la democracia. Hay muchos y graves, agudos problemas por resolver. Su simple enumeración y el más elemental análisis exigirían una extensión desmedida. Pero bastará decir que si no se malogra la posibilidad de evitar la inflación monetaria, aumentando la producción con un poco más de trabajo —un poquito más de trabajo metódico como el que hace falta siempre para cimentar la prosperidad o siquiera la esperanza de prosperidad individual y colectiva— ; con menos huelgas y menos vacaciones ; menos burocracia y menos organismos planificadores de transformaciones teóricas concebidas sobre la base de un común denominador ; un poquito más de fe y confianza en el valor del esfuerzo personal aquilatado por su rendimiento particular y no sometido a un rasero de uniformidad en la tarea, que es nivelación por abajo, y en el fondo desaliento para los mejores y más capaces, y en definitiva perjuicio para el bienestar general, podremos, entonces, relegar al peronismo al osario de los recuerdos ingratos dejando únicamente a salvo la lección viviente del inmenso daño moral y material que ocasionó al país, a fin de no caer nuevamente en el caos. Hasta pocas horas antes de las elecciones la amenaza de su resurgimiento se presentaba vigorosa. Con excepción de pocos partidos políticos —la Federación de Partidos Conservadores del Centro y el Socialismo Democrático—, los demás trataron todos por intermedio de sus candidatos o dirigentes de halagar al peronismo a través de sus distintos grupos. Así llegó a formarse la coalición llamada Frente Nacional y Popular, que respaldó el ex Presidente Frondizi y proclamó fórmulas presidenciales con candidatos que en el transcurso de un mes se fueron desplazando entre sí por desavenencias internas, pero que en general contaban con la simpatía gubernativa. Felizmente, causas y factores que no entraban en los cálculos ni consultaban los deseos del gobierno a cuyo frente figuraba Guido, provocaron, un tanto forzadamente, en el último momento, en las vísperas de los comicios, resoluciones que impidieron ese resurgimiento. Criminal sería ahora no consolidar el cambio y volver a la anarquía dando rienda suelta al desborde demagógico con huecas declamaciones sobre presuntos derechos, sin exigir primero el cumplimiento de deberes elementales. Los adictos al peronismo sólo fueron disciplinados ante las órdenes del propio Perón, que así como los halagaba con la impunidad también los atemorizaba con su poder absoluto. Hoy debe descartarse ese sometimiento incondicional, prácticamente imposible a través de personeros que invocan pero no acreditan auténtico mandato, que tampoco a Perón le conviene conferir, porque de hacerlo en favor de unos provocaría celos y reacciones de los demás aspirantes desplazados, especialmente en razón de las rivalidades que a todos ellos los separan. La disgregación parece inevitable ; no se vislumbra una célula nuclear.

Sin embargo, no sería juicioso omitir otros peligros.

*

Una administración resuelta a reducir en cuanto le sea posible el déficit del presupuesto, originado principalmente por las pérdidas en la explotación de empresas estatales —ferrocarriles, en primer término— ; decidida a no acceder a exigencias desmedidas sobre aumentos considerables de sueldos y salarios ; a hacer respetar la libertad de trabajo afectada a menudo por huelgas injustificadas ; una administración dispuesta a restablecer las garantías esenciales del derecho de propiedad desconocido por reglamentaciones arbitrarias todavía en vigencia ; una administración que no recurra a la emisión de billetes como único remedio para aliviar penurias financieras

que luego se agravarán como consecuencia inevitable de la mayor inflación ; en fin, un período gubernativo de orden, provocará, sin duda, dificultades y descontento. Ese proceso resulta, empero, indispensable si se quiere lograr la anhelada recuperación. Si faltara decisión para afrontarlo y oponer las enseñanzas de la experiencia a las críticas inspiradas en programas demagógicos, se habría malogrado una oportunidad excepcional y abandonado el único rumbo seguro para el porvenir. Se necesitará firme voluntad y clara conciencia porque, entretanto, habrán de sobrevenir protestas y quejas de quienes sientan defraudadas sus esperanzas inmediatas y probablemente acentuados sus apremios hogareños ; quejas y protestas que serán estimuladas con promesas deslumbrantes de agrupaciones políticas y de los declamadores sueltos.

Y se formará así el abono de germinación y expansión para el comunismo. Voces americanas que llegan de allende las fronteras, surgidas, para colmo, de organismos en los cuales abundan los teóricos que llaman « revolución » a lo que debe ser « evolución », no uniforme sino condicionada a las características de cada país, se juntan y confunden con la metódica y bien organizada campaña de penetración comunista. El Uruguay, el Brasil, sobre todo Bolivia y Chile mismo, para no citar más que los pueblos vecinos, son centros de irradiación favorecida en algunos de ellos por conceptos latos del significado de libertad. En nuestro país no hay riesgo de miseria colectiva ; pero el peronismo corrompió las normas del trabajo al extremo de asignar carácter de conquista social a la holganza reglamentada. Entre sábados, domingos, fiestas tradicionales y feriados de circunstancias, los días de trabajo oscilan alrededor de 240 o sea apenas un poco más de la mitad del año— y siempre que no haya huelgas.

Restablecer el orden y la disciplina ho desquiciada para volver al esfuerzo con nuado y consciente no será tarea de cu plimiento fácil ni rápido. Mientras tan el peronismo en estos momentos desarti lado, inconexo como consecuencia direc de las elecciones y de las rencillas y enc nos que dividen a sus cabecillas y sobre to do como consecuencia de la convicción c da vez más arraigada de que Perón no vo verá a pisar tierra argentina y en su ausen cia no se define franca y claramente en fa vor de ninguno de esos cabecillas, lo cu contribuye a acentuar sus rivalidades, mie tras tanto —repito— el peronismo podría se captado por los comunistas. Para burlar la disposiciones legales les bastaría un simp disfraz, a menos que en la ley de defens de la democracia, cuya consideración po el Congreso se anuncia para dentro de po tiempo, se incluyeran precauciones preci que impidan la maniobra.

De modo, pues, que el peligro no radi en el peronismo intrínsecamente consider do como fuerza política ni como movimie to de raigambre profunda con ideas y pr gramas definidos. El peligro está en la ub cación individual o en grupos de los que llaman a sí mismos peronistas por adhesió a la arbitrariedad que Perón impuso en s beneficio, calificándola de derecho y d reivindicación, dentro de organizaciones qu respondan al sistema de absolutismo qu encarna y aplica el comunismo.

El peronismo no constituye una amen za de contagio para los vecinos. No es ho fuerza orgánica con disciplina, capacida de prédica ni planes, que tenga aptitud para expandirse. Puede, en cambio, ser ut lizado, con la colaboración activa de age tes comunistas y la cooperación indirect pero no por eso menos efectiva, de quien tienen el deber de esforzarse hasta el sac ficio por restablecer el orden y la decenc en el país.

Antología imaginaria

POR MARCO DENEVI

1. *La caída de los héroes (1)*

UCRONIA es un vasto proyecto del grupo literario homónimo, de Buenos Aires, que dirigen un poeta, Javier Casarramiro, un historiador, López Albenda y un filósofo, Vicente Carzoglio. Ese proyecto comprende la publicación de una *Enciclopedia Histórica Universal* (de la que llevan editados doce tomos), un *Novísimo Diccionario Etimológico de Palabras Obsoletas* (en vías de aparición, y donde la palabra *feldespato*, por ejemplo, significa « grado máximo del ejército prusiano » y *aneurisma*, « herejía religiosa del siglo XII », con abundantes citas de fuentes y antecedentes históricos y literarios) y una *Colección de Libros Apócrifos*, que irá desde la *Biblia Apócrifa Jerosolimitana* hasta las *Memorias de Napoleón Bonaparte*.

De la *Enciclopedia Histórica Universal*, IX, tomo, al azar, un artículo :

« CRETA, LABERINTO DE : El rey Minos mandó construir el laberinto, es cierto. Pero lo del Minotauro resultó una pura invención. Los que se internaban en las galerías proyectadas por Dédalo morían de hambre y de sed, no porque los devorase ningún monstruo. Pero Minos dejaba correr la historia, pues le convenía por dos razones : para que se siguiese creyendo que su mujer Pasifae lo había engañado con un toro (cosa hasta cierto punto disculpable y que no afectaba mayormente a su honor) y no, como era la verdad, con Dédalo, y (la segunda razón) porque el terror es un excelente aliado del poder. Todo esto lo descubrió Teseo cuando, guiado por el hilo de Ariadna, entró en el laberinto dispuesto a matar al Minotauro. Como entró, salió. Pero a todo el mundo le dijo lo contrario para hacerse pasar por héroe. Claro que la presencia de Ariadna constantemente le recordaba su superchería (y quizá Ariadna intuyó algo, o el propio Teseo, ebrio de amor o de vino, se lo confió). Por eso, en cuanto pudo, la dejó plantada. »

Recordamos a nuestros lectores que la primera parte de esta « Antología imaginaria » vio la luz en el nº 75, correspondiente a agosto de 1963.

2. *"The female animal"*

« Julieta se levanta, se viste de raso, de brocato, de terciopelo (de todas esas cosas), se calza chapines de seda, aprisiona sus cabellos en una red de hilos de oro, se colorea las mejillas con agua de púrpura, los párpados con tierra de Egipto, los labios con pasta carmín, se perfuma con esencia de rosas, se adorna con collares, con pendientes, con pulseras, con anillos, se mira en el espejo, sonríe, suspira y sale al balcón. Toda Verona arde en riñas callejeras entre Montescos y Capuletos. Y en el centro mismo de la vasta reyerta, Romeo, con un puñal clavado en el pecho,

yace de cara al cielo indiferente. Julieta vuelve a su alcoba, se arranca los collares, las ajorcas, los anillos, los pendientes, hace volar por el aire los chapines de seda, se rasga el raso, el brocato, el terciopelo, se araña el rostro, arrasa con el agua de púrpura la tierra de Egipto y la pasta carmín, llora, grita : « ¡Y para ésto me vestí! »

(George Cahoon, en la *Greenwich Review*, nº 1, 1963.)

3. *No le cortéis la cola al pavo real*

« Finalmente el Hombre decidió eliminar todo lo que fuese gratuito. Así fue como llegó hasta el Pavo Real. Sintiéndose observado, el Pavo Real abrió la cola y se paseó. El Hombre se dijo : « Todo este escándalo de plumas y colores, ¿qué significa? He aquí algo verdaderamente gratuito, el símbolo mismo de la gratuidad. Un Pavo a secas es un animal útil, sobre todo al horno, pero un Pavo Real, ¿para qué sirve? Para nada, que yo sepa. ¿Y qué es lo que diferencia al Pavo Real del Pavo? La cola. Le cortaré, pues, la cola y tendré un Pavo más para las próximas Navidades ». Dicho y hecho : tomó unas tijeras afiladas y le rebanó la cola al Pavo Real.

Ocurre una cosa : un Pavo Real sin cola no es un Pavo, sino un ave de presa. La cola, con su pesantez, lo mantiene encadenado al suelo y, fomentándole la vanidad, le hace olvidar las garras, le obliga a no comer carne para cuidar la silueta, lo vuelve amable. De modo que cuando el Pavo Real se vio sin cola, engarabitó las garras, hizo chasquear la lengua, los ojos se le inyectaron en sangre. En seguida levantó vuelo.

Desde ese día, cada día al Hombre le faltaba un pollo, una paloma, un cordero. Era inútil que se pasase las noches en vela, la escopeta al hombro y el ojo avizor : el ladrón siempre lograba huir, pero nunca, por decirlo así, con las manos vacías. Hasta que la amenaza de ruina llevó al Hombre a vender su granja y a mudarse. Camino de su nueva casa, el Hombre vio, a lo lejos, en el horizonte, la sombra fatídica del Pavo Real que le seguía.

— ¿No habrá forma de quitarme de encima esta maldición? —sollozó.

Le respondieron los cloqueos de sus pavos de Navidad. »

(Alfonso Sayarte Muñoz : *Fabulillas*. México, D.F., 1956.)

4. *Versión bárbara de Tristán e Isolda*

Lo que transcribo lo escuché —palabra más, palabra menos— de labios de don Idarcielo Poli, comisario de La Magdalena, una tarde del verano de 1912. En ese relato creí descubrir una última versión (o quizá la primera, la auténtica, la anterior a la leyenda, a la poesía y a la música, a Gerbert de Montreuil y al hiperbólico Wagner) de los amores de Tristán e Isolda. Para facilitar las analogías (es el oficio de los historiadores) al peón lo llamo el Triste ; a la mujer, la Rubia (con seguridad era morena) y al Marke criollo, don Marcos.

« Hace un par de años —me dijo don Idarcielo— a ese caballero, así como usted lo ve, le aconteció una cosa fiera. Fíjese que descubrió que su mujer, la Rubia, andaba en amores con un peón de apodo el Triste. Don Marcos le hundió un fierro al hombre y a ella la echó de la estancia. Todos estuvimos de acuerdo en que había procedido como cuadra a un varón de ley. Y un poco por eso y otro poco porque don Marcos es el jefe político de la zona, no me animé ni a preguntarle por la suerte del Triste. A la que, por pura formalidad, tuve que tomarle declaración fue a la Rubia. ¿Y sabe cómo pretendió justificarse? Diciendo que ella no tenía la culpa, que la culpa de todo la tenía un gualicho que había ingerido con el Triste. — « ¿Y quién preparó ese gualicho y para quién? », le interrogo. — « Qué sé yo », me contesta, pero se notaba que sabía. « Para mí que mi propio marido. Sospecho que andaba queriendo deshacerse de mí. Entonces nos hizo tomar a los dos ese bebedizo para que nos enamorásemos y huyésemos. Pero el Triste, que era un hombre leal, fue y se contó todo a mi marido. Así que mi marido no tuvo más remedio que matar a ese infeliz. »

5. *Alegoría de los destinos y los honores*

« Se cuenta del emperador Shapuuhr III (1) que mandó construir un palacio según planos que él mismo había diseñado. Cada capataz que dirigía, por ejemplo, la fabricación de un muro, ignoraba lo que se levantaba bajo las órdenes de otro capataz (y el manuscrito hallado por Inostrantzef habla de trescientos treinta y siete capataces). En cuanto a los esclavos que arrastraban las piedras y preparaban las argamasas y los estucos, nada sabían. Cuando el palacio estuvo concluído, Shapuuhr, por las dudas, ordenó matar a capataces y esclavos.

El palacio era vasto como una ciudad, intrincado como el universo, arbitrario y engañoso. Los que lo habitaban —esclavos, eunucos, sirvientes, soldados, juglares, escribas, cortesanos, sacerdotes, ministros, en número que nadie podía calcular— sólo dominaban el sector donde trabajaban. Les bastaba equivocarse de puerta, abrir una en lugar de otra, aventurarse por un corredor desconocido, y ya no sabían cómo regresar, el soldado dejaba de ser soldado para convertirse en cocinero, el cocinero se transformaba en ministro, el ministro en soldado, según el sitio donde cada uno había ido a parar. Incluso se murmuraba que había galerías que no conducían a ninguna parte. Se hablaba de un bufón que, después de atravesar un laberinto de infinitos pasadizos, había venido a morir de hambre, de sed y de locura a los pies de un guardia. De modo que nadie se atrevía a desviarse del breve itinerario que cada uno tenía fijado dentro del palacio. El único que podía recorrerlo de un extremo a otro sin extraviarse era Shapuuhr. Se mostraba y se ocultaba a su capricho, imprevistamente, y nadie podía adivinar por dónde aparecería, por dónde desaparecería. Esto los mantenía a todos singularmente despiertos, laboriosos y corteses. »

(Nikolai Krakochenko : *Sasanidiskie Etudi.* San Petersburgo, 1912.)

(1) De Shapuuhr III se afirma que reinó ciento trece años, y que durante todo ese tiempo se mantuvo en la plenitud de sus facultades físicas y mentales. Hasta que los árabes invadieron Persia y terminaron con el imperio de Shapuuhr, con Shapuuhr y con su palacio. Las ruinas descubiertas en 1894 por Dieulafoy sólo muestran unas pocas columnas, algunas losetas, grandes trozos de mosaico multicolor, altorrelieves, estatuas, joyas. Pienso que Shapuuhr no pudo reinar ciento trece años, que al menos no pudo ser, durante esos ciento trece años, el emperador joven y hermoso que repiten los camafeos, las medallas y los tapices. Pienso que algún habitante del palacio se extravió, abrió una puerta en lugar de otra, como dice Krakochenko, y esa puerta lo condujo hasta el emperador, lo mató y ocupó su lugar (el hallazgo de los planos del palacio le facilitaría, después, el constante paseo por los patios y las galerías secretas). Hasta que otro repitió el juego. ¿Quién sabe? Recuerdo un verso de Axarthes, el gran poeta sasánida del siglo VII: « *El emperador es uno, pero muchos son sus rostros.* »

6. *El público siempre pide más*

« ¿Conocen a Joe Musuku? En otro tiempo fue un artista de primera línea, un ídolo de las multitudes. Ahora, encerrado entre rejas, rumia sus remordimientos esperando la muerte. Y todo a causa de un crimen. La culpa no fue de él, él no es el asesino, pero la sumaria justicia de los hombres no entiende de sutilezas y sólo mira los groseros resultados prácticos. La historia es ésta : cada vez que Joe, en la pista central, abría la boca y Johnny La Vallée ponía la cabeza dentro, el público aplaudía. Después los aplausos fueron debilitándose, disminuyeron, se enfriaron. Vagas amenazas de despido volvieron melancólico a Johnny La Vallée. Joe lo idolatraba. Joe pensó salvarlo. En la función de la noche, cuando Johnny introdujo la cabeza rubia y rizada en la boca de Joe, Joe primero cerró los ojos y después cerró las mandíbulas : sus colmillos penetraron apenas en la carne de Johnny, un doble hilito de sangre le corrió a éste por el cuello y le manchó el uniforme, la multitud aplaudió, rugió, pataleó. Johnny, pálido, sonreía y saludaba. El dueño del circo, más tarde, lo felicitó. Desde ese día el número de *Johnny and Joe* era esperado con impaciencia. Pero la gente siempre pide más. La pequeña mordedura no era suficiente, el doble hilito de sangre no era suficiente, se empeza-

ba a sospechar que todo era un truco. « *Más, más* », gritaban. Johnny La Vallée, para no perder el puesto, o trastornado quizá por el éxito, también murmuraba, dentro de la boca de Joe : « *Más, más* ». Y Joe, con los ojos llenos de lágrimas, apretaba cada vez un poco más, un poco más. Y si no lo hacía, Johnny después lo azotaba con el látigo. Hasta que llegó el día en que Joe apretó tanto, que Johnny La Vallée no pudo levantarse a agradecer las ovaciones de la multitud. Desde entonces Joe agoniza en una jaula del zoológico. »

(Thomas Liscott : en « *Antología de cuentistas norteamericanos* ». Recopilación y traducción de Rafael Urrutia. Ed. de la Casa de la Cultura de Colombia. Bogotá, 1963.)

7. Orden de matar en Bizancio

Del libro « *De corruptione* », de Paulo Diácono, no se conservan sino estas cuatro líneas (cuatro líneas que resumen, quizá, todo el libro, todo lo que el libro habrá querido demostrar a través de largos razonamientos tediosos) :

« El emperador Teodoro Comneno deseaba deshacerse del estratego Gemistos, pero no atreviéndose a más, a causa del valimiento de éste, ordenó secretamente a uno de sus favoritos que buscase un asesino para Gemistos, y a tal fin le entregó un puñal envenenado y cien monedas de oro. Un tiempo después, mientras dormía, Teodoro Comneno sintió un agudo dolor en el pecho y despertó. Un eunuco lo estaba apuñalando con aquella arma envenenada. Antes de morir, el emperador alcanzó a ver en la otra mano del eunuco una moneda de oro. »

8. La caída de los héroes (II)

« Gorgona. Hasta el fin de sus días Perseo vivió en la creencia de que era un héroe porque había matado a la Gorgona. Sí, justamente a una mujer de la edad, de la experiencia (y de la mirada) de la Gorgona. Lo que ocurrió fue que Medusa, en cuanto lo vio de lejos, se enamoró de él. Ya estaba harta de hombres de piedra. Quería a su lado un muchacho joven, de carne y hueso, vivo. Ardiendo, pues, en deseos, bajó los párpados y dejó que Perseo se acercase. Terrible error el de esta mujer enamorada : Perseo le cortó la cabeza. »

(Ucronia, *Enciclopedia Histórica Universal*, VII.)

9. La poesía

Gartenaere (*Afriken Fabeln*) recogió, en el país de la tribu lukolela, en Africa Central, el siguiente *Tratado sobre la poesía* :

« Cierta vez las Hormigas encontraron el cadáver de la Cigarra.

— Vaya —dijeron—. Al fin se ha muerto esta haragana, esta perezosa, que con su canto no nos dejaba trabajar tranquilas y daba un pésimo ejemplo a nuestros hijos. Llevémosla hasta el hormiguero, para que todas las hormigas vean a dónde conduce una vida desarreglada y de pura francachela como la de la Cigarra. Después nos la devoraremos.

Entre todas empezaron a cargar con el gigantesco cuerpo, y al fin, después de muchos esfuerzos, consiguieron instalarlo dentro del hormiguero. Toda la tribu de las Hormigas acudió a contemplarlo. El Gran Shantu dijo un discurso, después las Hormigas guerreras bailaron una danza alrededor del cadáver y ya iban a carnearlo cuando la Cigarra, que no estaba muerta sino sólo desmayada, despertó. Como no sabía dónde estaba y sentía mucho miedo hizo lo único que sabía hacer : se puso a cantar. Ah, ah, en el centro mismo del hormiguero, la Cigarra cantó. Si uno hace sonar el gran tambor dentro de una pequeña choza de barro, ¿qué sucede? La choza se abre como una fruta podrida. Eso fue lo que pasó con el hormiguero : reventó y mató a todas las hormigas. La Cigarra vio allá arriba un poquito de luz, un poquito de cielo, se calmó, se calló, agitó las alas y echó a volar. »

10. La cicatriz

« Hacia fines del 1400, en los alrededores de Alba (cuando Alba era todavía libre

y no pertenecía ni a los duques de Milán ni a los marqueses de Monferrato), un muchachito de doce años, entonces llamado Giambattista Crispi, vio pasar una columna de soldados franceses al mando de Bernard Laroque.

Escondido entre unos matorrales, el muchachito admiró los caballos, los trajes, las plumas, las armas, los estandartes. Pero lo que más admiró fue la larga cicatriz que hacía del rostro de Bernard Laroque un rostro inolvidable, la imagen misma de la ferocidad.

La herida era larga y temblorosa, de un color púrpura, y nacía en el ojo derecho para morir en el centro del mentón, después de atravesar, como un río lento, la llanura de la mejilla.

Bernard cabalgaba medio adormilado, la vista perdida en la torva cavilación y en el sueño. Pero la cicatriz miraba por él, hablaba por él, lo volvía despierto y terrible. La cicatriz avanzaba por el camino como una bandera de guerra, atronaba la tarde como una descarga de arcabuces, como una fanfarria de bronces marciales. La cicatriz pasaba y todos los demás rostros parecían palidecer, como bajo la luz del sol en un eclipse.

Hasta que Bernard Laroque con su pendón púrpura y la tropa de soldados desaparecieron en la bruma y el polvo, rumbo a Francia.

Giambattista Crispi permaneció largo rato inmóvil en su escondite. Pensaba en Bernard y en su cicatriz. Una cicatriz como aquélla aseguraba (o al menos prometía) el temeroso respeto de los demás, la impunidad y la fama. Giambattista era flaco, débil, cobarde. Pensó que ostentar una cicatriz como la de Bernard lo defendería más que una armadura, lo vestiría, de pies a cabeza, con el hierro y el cuero de los héroes.

Desapareció de su casa y de Alba durante algún tiempo. Cuando volvió, una cicatriz idéntica a la de Bernard Laroque (pero nadie, en su ciudad, lo sabía) le pintarrajeaba la cara, lo precedía y lo seguía como un aullido. Las gentes, sus escasas amistades, lo miraron con asombro. Los que antes lo vapuleaban se apartaban de su camino, se escondían. Treinta años después Giambattista Crispi se hacía llamar Gian Battista d'Alba el *Accomplito* y era *condottiero* de Adriano VII, como antes lo había sido del duque Sforza, como antes de Pier Paolo Cruscalini señor de Volterra, como antes del podestá de Alba.

A menudo el *Accomplito*, cuando marchaba al frente de sus mercenarios y advertía el silencio de pasmo y terror que lo flanqueaba, volvía con el pensamiento a aquella tarde, en los alrededores de Alba, cuando él había visto pasar a Bernard Laroque. Entonces sentía la tentación de espiar hacia uno y otro lado y descubrir si entre la turba de campesinos o semioculto detrás de un árbol, algún muchachito lo estaba mirando con los ojos brillantes y la boca entreabierta. Pero en seguida se arrepentía y seguía adelante sin volverse, porque no podía defraudar a ese muchacho, si es que en efecto existía y estaba allí, porque él debía ser, para ese muchacho, la misma figura implacable y abismal, que no condesciende ni siquiera a una mirada de soslayo, que Bernard Laroque había sido para Giambattista Crispi.

En 1527 chocaron, en Valdenero, los ejércitos de Adriano VII y del emperador. Las fuerzas papistas estaban al mando del *Accomplito*. En la tropa imperial combatía Bernard Laroque.

Hubo un momento en que los dos *condottieri* se encontraron frente a frente, los espadones desnudos. El *Accomplito* estaba en la flor de la edad. Bernard Laroque era un viejo de 72 años, fatigado por una vida de incesantes padecimientos. Contra todo lo previsible, Bernard Laroque mató al *Accomplito*, que ni siquiera se defendió. Adriano VII atribuyó el inexplicable hecho a una brujería. Los imperiales escupieron el cadáver de un cobarde, lo que, frente a los antecedentes del *Accomplito*, pareció una fanfarronada injuriosa.

Tal vez nosotros podamos conjeturar la verdad. Bernard Laroque y el *Accomplito* se encontraron, se miraron. Cicatrices idénticas refulgían en sus rostros. Pero Bernard debió de comprender en seguida que aquellas dos cicatrices idénticas no podían ser reales, que una tenía que ser falsa, la copia de la verdadera. O habrá sido el *Accomplito* el que sintió la vergüenza de esa confron-

tación el que entendió que su valor, como su cicatriz, podía engañar a los demás pero no podía engañar a Bernard Laroque. Y convertido otra vez en el muchachito de Alba, se habrá dejado matar por el único que podía matarlo.

Y quien sepa hacerlo, que extraiga de esta historia la moraleja que yo no me atrevo a añadirle ».

(Ascanio Baielli : *Storie per la sera della domenica*. Serie de relatos leídos en la Radiodifusión italiana durante el año 1960.)

11. El castigo

« Dijo la voz :

— Aquí estoy. Hasta ayer me invocabais a ciegas, en días indebidos, mediante conjuros destinados a otras categorías de almas. Durante dos sesiones el anillo de oro de uno de vosotros me impidió acercarme. Encendisteis incienso, cuando sólo el alcanfor, el ámbar y el sándalo blanco nos atraen. Hoy es lunes, día dedicado a la luna, a la muerte, a los muertos. La muerte tiene su apo-

sento entre los dos ojos, en la raíz de la (pero nada me está permitido revelar). El dueño del anillo de oro hoy no ha venido. Un tapiz de seda amarilla bordada con hilos de plata cubre la mesa. Por fin comprendisteis que no soy un alma libre ni errante, sino cautiva. Me invocabais por Elohim, ahora me llamasteis por Hermes Trismegisto. Y aquí estoy, cadáver astral todavía revestido de sus pasiones. Mi cuerpo de carne hace mucho tiempo que se disolvió en la nada, pero en los espacios siderales todavía permanece este otro cuerpo, larva invisible y traslúcida en la que mi alma yace prisionera, consumiéndose en la luz ódica hasta que la segunda muerte... (pero nada me está permitido revelar). Ahora puedo deciros quién soy, quién fui. Fui Juan Calvino, aquel que en Ginebra, el año 1545, condenó a la hoguera a Zigfrido Cadaël porque en un libro afirmaba, falsamente, que es posible hacer hablar a los espíritus. »

(Ch.-Ph. Garma : *Entretiens d'outre-tombe. Bulletin du Cercle Gamma*, juin-juillet 1962.)

12. Las sombras

« Bella es la mariposa, pero su sombra en el crepúsculo
Dibuja sobre el suelo la forma de un murciélago
En tanto que un feo cuervo sobre una rama seca
Tiene por sombra una garza posada junto a un loto.
Hermoso joven, Shen Fu, tu amor ardiente
Dibuja sobre el tiempo la forma del hastío.
En tanto que en mi indiferencia de hoy presiento
La sombra de una futura melancolía. »

(Ch'en Yü-lien : *Ch'en Yü-lien Tz'u* o *Sonetos de Ch'en Yü-lien*, poetisa china de la época Sung. Trad. de M.T.L.)

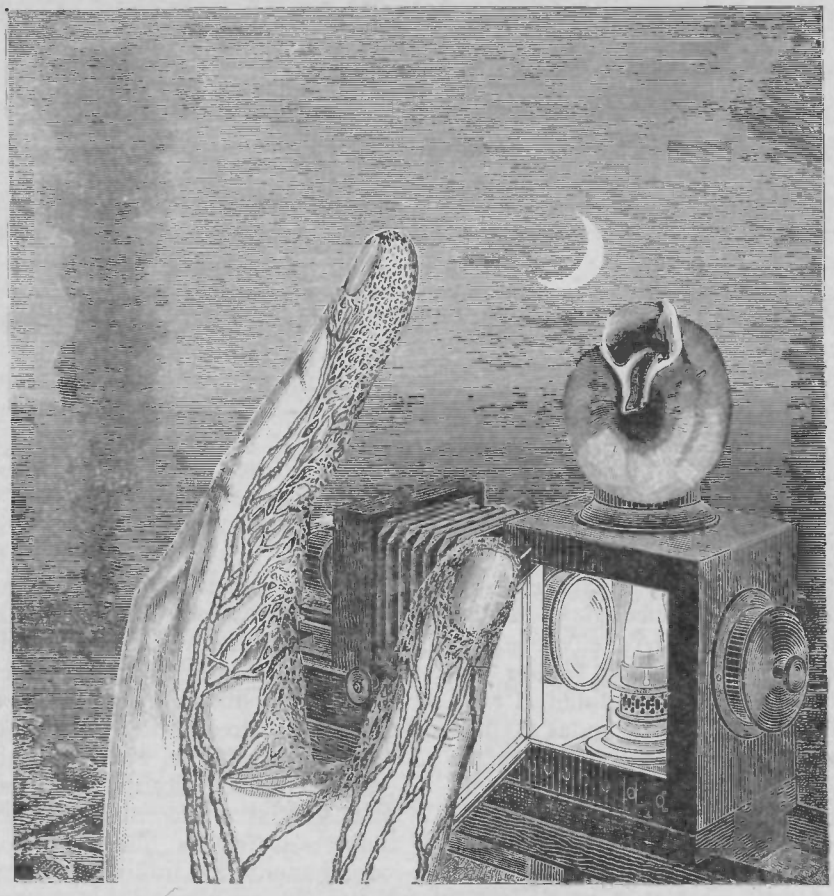
B.D.I.C

Presentación de la « fantasmagia »

POR SERGE HUTIN

El Centro Internacional para el Estudio del Arte Fantástico y Mágico (abreviado : CIAFMA), cuya sede se halla en Bélgica (161, Avenida Júpiter, Forest-Bruselas), tiene como finalidad el estudio objetivo y sistemático de todas las manifestaciones actuales de un conjunto de experiencias artísticas, tan antiguas sin duda como la humanidad (piénsese en las pinturas prehistóricas, que no eran en modo alguno un simple pasatiempo ni un juego, sino el fondo esencial de sus sortilegios) y que alcanzan hoy una expansión y una diversificación muy significativas. ¿La multiplicación de las experiencias plásticas insólitas o suprarreales no es acaso una de las paradojas del arte contemporáneo, que coincide con el desarrollo de un espíritu « planetario » cada vez más riguroso y que pretende estar resueltamente liberado de las « viejas » obsesiones religiosas o mágicas? Así es como el siglo XX habrá presenciado la evolución progresiva de un nuevo arte sagrado, emancipado de toda referencia concreta a las antiguas tradiciones espirituales. Son raros, en efecto, los maestros actuales del arte mágico que se consideran aún directamente vinculados a una filiación esotérica precisa. Y no obstante, algunos de ellos, como los dos pintores holandeses Diana y Johfra, dan una espléndida forma plástica a las iluminaciones y revelaciones ocultas de los Rosa Cruz ; pero todavía son mucho menos numerosos los que siguen reivindicando el simbolismo religioso de la Iglesia católica (a pesar de la resonancia que ha tenido la conversión de Salvador Dalí). Por lo tanto, los maestros actuales del arte fantástico, salvo excepciones, prosiguen experiencias personales muy libres y con independencia de todo contexto oculto o religioso históricamente preexistente. Sin embargo, todos estos intrépidos buscadores vuelven a descubrir, gracias a sus propias iniciativas, las fuentes profundas que condicionaban inexorablemente los impulsos más viejos y las obsesiones mágicas de la humanidad. Es un hecho significativo que el arte más en consonancia con nuestra era « interplanetaria », el de los talentos que se abando-

DIBUJO DE AUBIN PASQUE (BRUSELAS)



« COLLAGE » DE MAX BUCAILLE (PARIS)

nan al prodigioso vértigo del hombre de hoy ante los misterios del cosmos, coincide voluntariamente con las más elevadas revelaciones del esoterismo tradicional. Cuando un Max Bucaille o un Aubin Pasque nos proyectan sus fascinantes visiones cosmogónicas (lo mismo si se trata de nuestro planeta que de otros mundos), vuelven a encontrar el maravilloso fervor que se apoderaba del alquimista en el momento de reproducir toda la creación en su retorta, mediante una especie de modelo reducido en movimiento. ¿Dónde convergen, pues, los determinismos sutiles de todas estas tentativas? ¿Anuncian la próxima tradición sagrada —resurgimiento de viejas aspiraciones que reaparecen siempre a su hora, cuando ha dado la vuelta completa la gran rueda cíclica— que habrá de desarrollarse al final de este período? Hemos de hacernos inevitablemente esta pregunta, cuando las telas extraordinarias de una Leonor Fini parecen descubrirnos totalmente los arcanos más secretos (especulativos y rituales) de la futura religión matriarcal de la próxima y triunfal vuelta del « reino de las Madres »...

Basta con visitar las galerías de arte de todas las grandes ciudades europeas para darse cuenta de que lo fantástico y lo mágico ocupan en ellas un lugar cada día más importante. Parece, incluso, que la « abstracción » más implacablemente informal no podrá sobrevivir, si no es sumergiéndose intrépidamente en el seno de los planos invisibles, aquéllos en que el ojo interior de los artistas videntes empieza a percibir las « cosas » suprarreales que vieron en otros tiempos los visionarios religiosos. Ahora bien, tenemos como ejemplo significativo el de la proliferación de las experiencias plásticas de tipo más o menos surrealista, insólito o mágico (lo mismo voluntarias que involuntarias), que ya parecí

totalmente independiente de los profundos trastornos actuales del orden social. Es el ejemplo de Yugoeslavia, con las extrañas obras de un Stancic o de un Vinko, como demostración de que el advenimiento del sistema socialista no destruye esas aspiraciones excepcionales (por muy sometidas que estén a las influencias « laicistas »), a una nueva reconquista plástica de lo sagrado. Y los demás países marxistas nos reservan sin duda otras sorpresas en este aspecto, a poco que las consignas realistas acaben por perder su rigidez en el dominio del arte...

DIBUJO DE ROLAND DE GRUNBERG (VARSOVIA)

¿Acaso no era necesario y urgente proceder al estudio sistemático, absolutamente objetivo, de todas las tentativas, por diversas que sean, de un número creciente de artistas —jóvenes o en plena madurez— para explicar el eterno misterio y las vertiginosas esferas mágicas? Esto es precisamente lo que ha emprendido con paciencia el CIAFMA, al multiplicar para el público y los investigadores (ya sea en su boletín oficial *Fantasmagie* o en revistas afines) nuevas facilidades que permitan estudiar con simpatía esas innumerables tentativas. Y paralelamente, *Fantasmagie* se ha preocupado sin cesar y con la mayor valentía de fomentar en numerosos países las exposiciones, colectivas o individuales, tarea que, según se ha comprobado, era muy necesaria ; pues, a pesar del número cada vez mayor de galerías de arte abiertas a estos ensayos, es absolutamente indispensable colmar las escandalosas lagunas artísticas que subsisten en las grandes capitales. Es preciso convenir en que muchos artistas fantásticos tropiezan todavía con un verdadero muro, sobre todo en el ámbito pictórico, donde los dogmas sectarios y la especulación convergen voluntariamente para bloquear el « mercado » del arte contemporáneo en algunos de sus aspectos específicos.

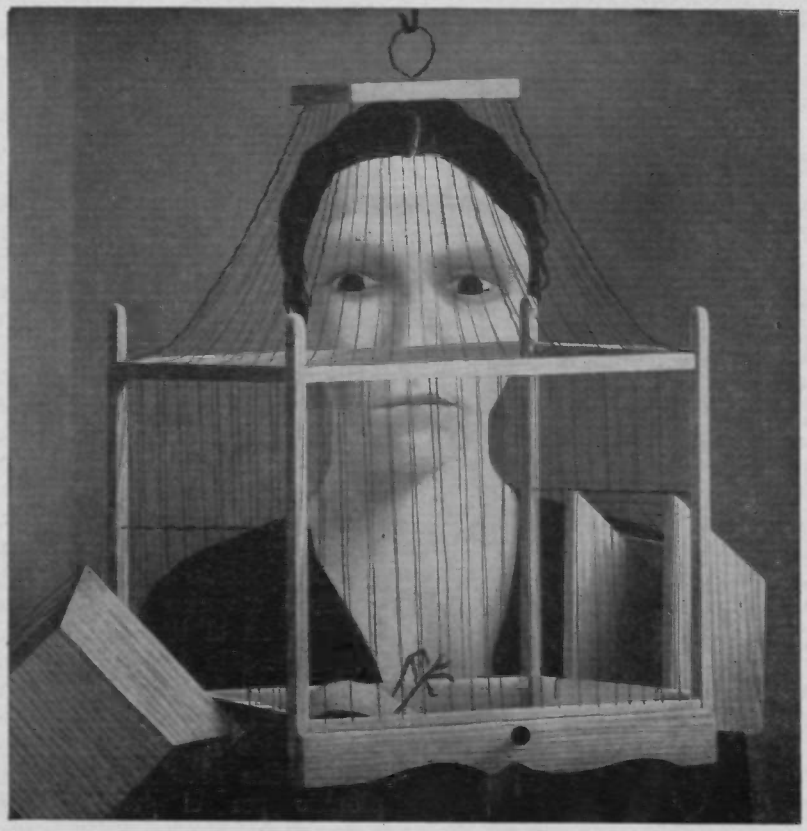
Así pues, al multiplicar las bellas exposiciones, el CIAFMA habrá contribuído a quitar las anteojeras que, de manera tan arbitraria, restringen el valor estético y el carácter « actual » de un número muy limitado de experiencias artísticas. De este modo, no sólo se habrán revelado a un público de espíritu abierto nuevos creadores, sino también grandes artistas que cuentan con una obra importante, pero que (como Bucaille, Pasque, Leherb, Stancic, Greenens, Willinck, Vereecke, Gailliard, Eemans y algunos otros) esperaban todavía su consagración oficial, ya concedida, no obstante, a varios de sus contemporáneos. Ni aun en el terreno artístico debe uno resignarse a la « fatalidad » ni a los errores de la « suerte », que deben combatirse siempre enérgicamente y sin desmayo...

El campo inmenso y pluriforme de las experiencias plásticas infatigablemente explorado por el grupo de *Fantasmagie*

—y tan magníficamente ilustrado por todos sus creadores, tan diversos, pero siempre tan fraternalmente unidos en su búsqueda— lleva el agua a nuestro molino, pues tenemos una convicción personal, con la que estamos muy encariñados. El arte fantástico y mágico representa la corriente más significativa (puesto que coincide muy a menudo con los nuevos impulsos planetarios y cósmicos) y más rica del siglo XX —y tanto más fértil en promesas, cuanto que permite hacer una magistral síntesis efectiva—, y ello en múltiples direcciones, desde el arte « figurativo » al « no figurativo ».

Y en las exploraciones que conciernen al verdadero espíritu « fantasmágico », ¿no encontramos las obras dotadas del poder concreto de choque más intenso que existe? Las obras de arte fantástico y mágico (lo mismo si se trata de realizaciones más antiguas que de testimonios actuales) son las únicas capaces de romper hasta las necias barreras de que se rodea el ignorante o el filisteo. Cuando un cuadro está dotado de un poder de impacto que rebasa el plano estrictamente estético, actúa incluso sobre el espectador absolutamente alérgico al asombro artístico. El pequeño burgués más obtuso no podrá utilizar su mecanismo demasiado habitual de defensa (la risa cómoda y beatífica) cuando se encuentre en presencia de obras que realmente se le « echen encima » como fuerzas misteriosas. Ante un cuadro de Goya, de Jerónimo Bosch, de Max Ernst o de Leonor Fini, la risa cómoda del « tendero » se paraliza, y el único medio de defensa que le queda entonces es la huída.

PINTURA DE PIJKE KOCH (UTRECHT)



Biografía en blanco y negro de la Plaza Mayor

POR RAUL ANDRADE

La Plaza Mayor, en aquellos años tempranos, era un mundo fascinador, pero vedado e impenetrable ; plena de sugestiones, erizada de riesgos, como una excursión a un Continente desconocido. Al menos, así se aparecía a la imaginación de quienes aún no se habían aventurado por su laberinto de piedra, al contemplarla desde las altas ventanas y azoteas que la dominaban, rodeada como estaba de palacios severos, de soportales hirvientes de muchedumbre hirsuta y bravía, vigilada constantemente por agudos campanarios meditativos. Era difícil, o prematuro cuando menos, desvelar su secreto, al pasar, cosido a la saya de la madre o al trote tardo de un coche de punto, con las cortinas corridas, mientras el agua se vertía por los canales de los tejados. Se adivinaban los soportales tenebrosos, cortados por la luz macilenta de los faroles ; las gentes agrupadas en la estéril espera de que la lluvia cese en los bazares de quincalla y en los bodegones entreabiertos, sumidas en la semipenumbra desprendida de quinqués y lámparas de petróleo. Así, las figuras aparecían indecisas y opacas, sin perfiles concretos, encapotadas y ceñudas. Las voces aguardentosas de los esbirros y los guardias resonaban, al dar el « alto », por los cuatro costados de la plaza, como en una galería desierta. Llegaba, como un rumor lejano de tormenta, el chasquido de los bastones abriéndose paso por entre las cabezas de la soldadesca disfrazada, que el régimen enviaba a las barras del Congreso para imponer sus puntos de vista sobre los de sus opositores. — « No vayan por la plaza que dizque va a haber « bullas »... *Tal era la consigna afectuosa que daban en casa a los escolares. Las « bullas » tenían un significado particular de revuelta, de amenaza inminente, como lo atestiguaban los rostros tumefactos y las cabezas vendadas de los combatientes que se retiraban de la contienda, ébrios aún « de amor patrio ». Además, latía el temor de encontrar, a tarda hora, las espectrales y fúnebres vergonzantes que salían con las primeras sombras, a hacer colecta de calderilla, rodeadas de medrosas nieblas. ¿Cómo, pues, internarse en el pétreo cuadrilátero de la « plaza mayor », cundido de energúmenos de garrote y poncho colorado que daban tono y sabor a la época? Quizás por esa misma causa, la plaza tentaba como una feria perpetua, con sus bazares de juguetes, sus pastelerías emplazadas estratégicamente en las esquinas, sus farmacias decoradas de gruesas burbujas de cristal coloreado, cuyo contenido no se conoció jamás. Sólo los más audaces granujas lograban atravesarla, de punta a punta, silbando los aires del tiempo y esquivando disparos y garrotazos, mientras jugaban tras los pilares el peligroso y alegre juego de la « macoma hincada » con inconsciente indiferencia. Ir, estar o volver de la plaza, eran tres fases distintas de una misma hazaña que, al día siguiente, se relataba a media voz en los corros de escuela. Eran tiempos bravos aquellos. Para llegarse « hasta la plaza » y salir ileso de ella, « había que ser muy machito... »*

Hasta la víspera misma del siglo XX, la plaza conservó su vocación colonial, su color desvaído de estampa romántica expuesta al sol, su fisonomía de proscenio de las vicisitudes históricas. A la sombra de las arcadas de la plaza mayor desfilaron las figuras arrogantes, heroicas o simplemente multicolores, de los postreros próceres de chistera y levita cruzada, jugando entre los dedos grácil y parabólico malabar, con sus bastones de estoque. Hasta entonces « ir a la plaza mayor » para ver descender a las hermosas por los solemnes graderíos de la catedral y discretear con los amigos, fue una especie de rito cotidianamente cumplido, una manera quimérica y evasiva de subsistir, evocando el pasado, desdeñando el presente, sin preocuparse en absoluto del porvenir. La plaza se dio un código de costumbres, de bellas maneras y maliciosas sonrisas. Era un corazón rectangular que registraba todos los latidos de la época. Una ciudad hispanoamericana sin su « plaza mayor » sería como un mutilado de nacimiento, imposibilitado de crecer y desarrollarse.

La plaza, en cierta forma, fue una versión definitiva del patio, ampliada y trasplantada por los conquistadores. Como el patio, poseyó un rumoroso aljibe de aguas frescas bebidas en el cuenco de la mano ; en ella fueron puestas a secar, de ventana en ventana, en los cordeles de la maledicencia provinciana, las prendas íntimas del vecino y, sobre todo, de la vecina. A sus acogedores rincones acudieron los ciudadanos a comunicarse sus esperanzas, sus anhelos, sus rencores y, alguna vez, a ensayar la voz airada de la protesta y la inconformidad. A las terrazas y balcones que la circundan se asomaron el señor obispo con sus manteos violados, el capitán general con su uniforme escarlata y su bicornio de plumajines, el oidor con su capa forrada de peluche, y los corchetes alineados como insignificantes alfiles funerales, mientras sobre los lisos adoquines caracoleaban los pelotones de caballería. El pueblo, que en su infancia constituyó una masa parda, inexpresiva y sin personería, pasó y repasó, bordeándola con recelo, sin descifrar su significado secreto ni osar integrarse a su ritmo vital, huraño y desconfiado. La plaza era considerada aún como « un recinto reservado para caballos y caballeros », como decretara una ordenanza del tiempo antiguo. Los caballos de pechos abultados y finos cuartos traseros, braceaban con los remos isócronos y exactos, agitando las crines y meneando la cola con prosopopeya minuciosa ; los próceres, a su vez, al caminar con paso elástico, ponían de relieve sus insólitos perfiles de medallón, la cabeza bien plantada sobre los hombros, el busto altivo, la mirada altanera, oscilando las colas de la levita de derecha a izquierda, mientras los labios despectivos parecían mascullar « humanidad pigmea ». Próceres y caballos se argamasaban y fundían en esa inconfundible similitud que identifica a bípedos y cuadrúpedos de raza. Después de todo, el caballero no fue otra cosa que un centauro desprendido de la cabalgadura.

De tanto en tanto, la tersa serenidad provinciana se quebraba ; el eco de los disparos ponía en la tez cobriza de la multitud el calofrío del miedo. La alternabilidad republicana quedaba consagrada por las detonaciones y el griterío de la soldadesca : ¡Muera mi general Fulánez...! ¡Muera!, coreaba la multitud. — ¡Viva mi general Mengánez...! — ¡Viva! repetía la multitud, con la mansa docilidad de la costumbre. El general que ascendía, juraba inaugurar un país ideal ; el que lo derrocaba más tarde, lo deshacía de una plumada, dizque para reconstruirlo en la zona de las exuberantes fantasías. El pueblo recomenzaba, como el trágico Sísifo, llevando a cuestas su peñasco. Como la democracia no había sido descubierta todavía, todo se limitaba a un traspaso de poderes arrancado por la violencia. Para eso fue construída la « plaza mayor » como un escenario de cartón piedra, pleno de escalerillas practicables y portezuelas falsas, en el cual representar el sainete, la comedia, a veces la tragedia de soluciones cínicas o brutales, ornamentándola de robustas arcadas, escalinatas señoriales, portones altaneros, palacios barrocos, campanarios que simulaban ascender al cielo para mejor extender sobre la tierra sus raíces innumerables. Fue entonces cuando adquirió su perdurable fisonomía de escenario, de plataforma excepcional para la ceremonia conmemorativa, la parada militar, la procesión religiosa, la conjuración de sabor romántico con capas desplegadas, puñales escondi-

dos y provocadores embozados. Hasta ella descendieron los primeros patriotas criollos, para desconocer la autoridad de los virreyes e impugnar la codicia de los encomenderos ; en ella resonaron los disparos de los pelotones de fusilamiento ; sobre sus adoquines dieron dos o tres zapatetas en el aire los tiranos teocráticos, antes de desvanecerse en el dédalo de la historia con un rastro de azufre. La pompa estéril, la iracunda venganza, el epílogo solitario, en la plaza encontraron su meta ineludible. La plaza resistió a las marejadas de la multitud en tormenta, de la oratoria viscosa y el fraudulento engaño. Cuando el pueblo se desprendió de la masa informe que suplantaba su nombre, la plaza mayor se transformó, de estática, en dinámica, y quedó definitivamente integrada a la historia de cada pueblo.

Pero aún tuvo una era de esplendor mundano, elegante y galante. Fue cuando en las postrimerías del siglo XIX que, como es sabido, se prolongó en el tiempo por dos decenios, arribaron los últimos resplandores de la « bella época », con sus damas y sus galanes desprendidos de los lienzos de Manet y Renoir, con sus atuendos espectaculares, sus sombrillas de seda, sus « cupés », sus sayas verdemar y hoja marchita, sus inverosímiles sombreros colocados como inmensas campanas sobre las figurillas delicadas, como de porcelana y de marfil, que poblaron la plaza de aires frívolos e invadieron sus bazares, sus confiterías y sus tiendas de encajes. Una deplorable manía decorativa y conmemorativa introdujo, con las celebraciones centenarias, la estatuaria patriótica. Desapareció el estilo armonioso y severo de la plaza mayor para dar paso « al monumento ». Así quedó extirpada la fuente en ángulos de estrella, en cuyas aguas se reflejaban las cornisas barrocas, las torres a medio derruir por obra de los terremotos, las copas de los arrayanes y el cielo sereno y profundo, cruzado de Este a Oeste, como por un cohete de fuego, por la cola del cometa Halley. Y la sustituyeron con una columna de repostería heroica, en cuya cúspide, una libertad, más simbólica que verídica, iluminaba el corto espacio de la base con una antorcha de débiles fulgores. La plaza cedió el paso al parque modernista con avenidas de mosaico o de « cemento armado » —como decían los técnicos—, palmeras exóticas, rosales enanos y dos o tres náyades de ferretería que se aburrían bajo los surtidores. El señor alcalde, con sombrero de copa y banda tricolor, lo declaró « entregado al servicio público ». Y allí quedó la Libertad, solitaria, plantada entre esferas de granito, mientras un león ibérico con una flecha en las costillas huía francamente aterrorizado... Y para que no quede ninguna duda acerca del destino de esa Libertad, la rodearon con una verja erizada de lanzas coloradas.

El parque —¡ay!— sustituyó a la plaza, como el bar americano al antiguo café de profundos divanes de « peluche » ; en él se inició la era de la tertulia callejera, desaprensiva, maligna si se quiere, pero ingeniosa y picaresca, desenvuelta y un poco libertina. Quedó abierto al aire libre el salón mundano y, en su pretil, como antaño en la cornisa marmórea de la chimenea, llegaron a arrimarse los dandíes *recién desempacados de París, con sus cuellos de pajaritas, sus chalecos de fantasía, sus polainas color « café con leche », sus actitudes lánguidas e indolentes ; también, los estetas consumidores de otoños en conserva, afectados de « exquisitos males », con un tomo de D'Annunzio bajo el brazo y una frase de Anatole France en los labios, ideales desterrados de un bulevar de sueños incumplidos. La estampa de aquellos años ha quedado sin grabar, pero reaparece en la memoria con sus tintas pálidas y sus imágenes desenfocadas. En lo alto de una ventana se agitan los largos flecos del chal de aquella maravillosa señora de X., de codos sobre el crepúsculo, que ahora, quizás, teje calceta con la cabeza apoyada en los cristales de un pasado irrecuperable ; surge el busto invencible, cortado en mármol rosa, de la vizcondesa de C., que iría a reposar sus días tempestuosos en un convento de templarias, por orgullo o desistimiento ; se encienden en la distancia los dulces y desolados ojos de Marion, extinguidos por un estúpido disparo. Los* dandíes, *los estetas, los petimetres de la tertulia matinal y los alegres tunantes de la noche encantada, se han ido uno tras de otro, cautelosamente, sin lágrimas y sin ruido, murmurando el sacramental saludo de despedida, pleno de esperanza y optimis-*

mo : « Asomaraste mañana para ver qué hacemos... »

Como la era de los coches de punto y de tertulia callejera se ha extinguido, han ganado la plaza, por asalto, los nuevos ricos, los currutacos, los arribistas y los conductores de taxi. La plaza mayor o parque modernista se ha tornado ordinaria, demagógica, gruñona, degenerando en pasadizo forzoso entre dos opuestas vías de escape y dos diferenciadas maneras de concebir la existencia. Bajó de la hornacina melancólica del balcón, a que le condenara la pudibundez y el prejuicio, la bella rubia inabordable, con la falda cortada a la altura de la rodilla y los bucles irreparablemente cercenados. Una manera de existir fundada en la melancolía y la renuncia, en la contemplación y el desistimiento, concluyó en el crepúsculo de la « plaza mayor ». Con el advenimiento del automóvil se iniciaron las fugas prematrimoniales que fueron a concluir, quieras o no, en el altar de la capilla. Bajo las losas del parque centenarista quedaron enterrados un estilo, un donaire, una época ; también una noción, idealista y un poco gemebunda, del destino particular de los seres y de las cosas.

MARC EEMANS : « HYMNODE » (1956)

Joaquín V. González

POR CESAR TIEMPO

Las fechas no son meros accidentes en la historia de los hombres. El flujo y reflujo de la humanidad obedece a un orden pitagórico, y los números no sólo son fuerzas constitutivas sino las razones de su acontecer. De haber llegado antes al mundo, Joaquín V. González pudo haber integrado la galería de santos de Jacobo de la Vorágine, pudo haberse codeado con los conductores de Macaulay, con los hombres representativos de Emerson. Pero no hubiera sido Joaquín V. González, el misionero y el humanista de su generosa capacidad germinativa, el maestro, el civilizador, el poeta y el profeta criollo cuyo monte Nebo fue su Famatina natal. Para cumplir una misión intransferible surgió González en el momento oportuno sobre el paisaje de su provincia, esa Rioja, al decir de Lugones, « *lenta y dulce como el andar del tiempo en los parrales añosos* ».

Joaquín Víctor González nació en Nonogasta, un pueblo soñoliento del departamento de Chilecito, en la provincia argentina de La Rioja, en 1863. La Rioja es el lugar de la tierra que más se parece a la Palestina bíblica, con su vegetación espinosa, áspera y ascética, las breas de brazos retorcidos, los candelabros verdes de los cactos gigantes, los cardones apeñuscados cubiertos de flores maravillosas, sicomoros y dátiles, casas de adobe, un cielo rematadamente azul y un silencio que, como todos los silencios, no hace ruido, pero que en La Rioja hace menos ruido que en ninguna otra parte. Por el mar amarillo de sus jarillales, entre algarrobos y quebrachos había pasado pocos años atrás el vendaval sangriento de las montoneras, las hordas de Juan Facundo y el Chacho Peñaloza.

González descendía de familias de larguísimo arraigo en la provincia. Uno de sus bisabuelos fue el coronel Nicolás Dávila, nervio del municipio riojano cuando el cabildo regía la ciudad y sus lejanos términos, guerrero, estadista y mártir cuando la barbarie levantó lanzas y sables para devastar y ahogar en embrión, sin lograrlo, la obra de la independencia. Joaquín González alcanzó a conocerlo, erguido aún en la lúcida plenitud de sus cien años, celoso de su estirpe y su familia, sentencioso y diserto. El niño aprendió a leer en su casa de El Huaco, a cielo descubierto, como aprenden a volar y cantar las calandrias, ebrias de azul y de libertad. Una hermana mayor le enseñó las primeras letras. Un maestro rural completó sus conocimientos elementales. El mismo González nos referirá su temprana pasión por el libro. Cuando llegaron a sus manos la historia argentina, la geografía y la gramática, se contaba dichoso, desbordante de alegría y de amor propio halagado. Devoraba literalmente los textos todas las tardes sobre la tapia de la viña, recorriéndola de punta a cabo; y era raro el caso de que hubiera ido y vuelto las tres cuadras sin tener bien sabido de memoria el párrafo más estirado. Ese era su

gabinete de estudio y la hora del crepúsculo. En todo lo largo de la pared de tierra apisonada, seguía por entre una avenida de rosales que derramaban sus flores en su camino, estimulando su imaginación y su inteligencia con ese aroma suave de las rosas comunes que servían de ropaje a la tapia. Allí meditó más de una vez sobre el misterio de la naturaleza. ¿Quién da cuerda a los pájaros? ¿Quién perfuma las rosas y las arma de espinas? En medio de la tibia embriaguez del jardín, González dialogaba con sus rosas, esas rosas selladas por el dolor, quemadas por las fiebres más extrañas, esas rosas con blefaritis que más tarde, muy lejos de allí cantaría Rilke, otro enamorado de su gracia y de su pura contradicción, de la voluptuosidad de no ser el sueño de nadie bajo tantos párpados. Los libros y el jardín constituían la mayor felicidad del rapaz. Pero no todos los libros : « *Siento no poder contar iguales proezas de la aritmética : toda mi vida fue ella el nudo de donde no pasé, y la causa de las sombras que cayeron muchas veces sobre mi reputación de estudiante. Así hay organizaciones refractarias al número, y la mía es de esas, no lo puedo negar ; en cambio mi espíritu vuela cuando sale de esas marañas de fórmulas y de signos, hechos para que unos sumen y multipliquen, y otros resten y dividan. Así es la ley humana del trabajo, de la acumulación y de la herencia. Tal vez fue providencial mi aversión a las cuatro reglas originarias de las ciencias exactas, porque nunca tuve en qué aplicarlas ; y cuando he podido mostrar mis conocimientos matemáticos, no hallé elementos ni para la operación más simple. ¡Bendito sea Dios, que no me puso esa afición de sumar y multiplicar, porque me ha librado en este mundo de impulsiones irresistibles que tantas felicidades procuran a los mortales!* »

De sus montañas natales bajó a Córdoba para cursar sus estudios de segunda enseñanza en el histórico colegio de Montserrat. En la capital de la provincia constelada de cúpulas pinceladas de azul, donde la vida del espíritu encuentra cauce propicio en la serenidad de un ambiente casi colonial y en la bondad de sus gentes, Joaquín V. González completó su formación intelectual y sintió madurar su vocación de poeta. Lector precoz, durante las felices vacaciones en la finca de los abuelos, el chiquillo había hecho largas inmersiones en las fuentes de la literatura clásica española, en la abundante biblioteca del género, dejada allí por un estudioso de la familia. Antes de cumplir los once años tenía bien leídos a Calderón, Lope, Moreto, Moratín, Hartzenbusch, Zorrilla, sobre todo éste, que le tenía sorbido el seso con la música peliblanda de sus *Cantos del Trovador* y su *Poema de Granada*. También por ese entonces descubrió en otro anaquel un ejemplar de *El genio del Cristianismo*, que solía leerle a la madre durante los ocasos de oro de la Famatina. Lo que no se atrevió a leer nunca en voz alta fue *María*, la romántica novela de Jorge Isaacs, que hacía estragos en las juventudes de América. Otros tiempos, otros pudores. Pero esa es otra historia. Joaquín está ahora en Córdoba, lleno de bríos y con más sueños que nunca.

Primeros pasos en Córdoba

El prefecto de estudios del Colegio de Montserrat, luego profesor y rector del mismo, era don Javier Lezcano Colodrero, un maestro amable, pulcro, juicioso, exponente de ese tipo de educación, tan propio e inconfundible de la noble y venerable ciudad universitaria, en cuyas calles modernas y en cuyos salones novísimos del abolengo o de la cultura, parece circular cierto perfume ancestral, como si allí se concentrase toda esa unción de antigüedad desaparecida o desconocida de las otras ciudades de la República. Don Javier Lezcano Colodrero sorprendió cierta mañana al joven riojano escandiendo versos a escondidas y, en lugar de poner el grito en el cielo, se hizo su cómplice. Le confesó que él también escribía, estimuló la vocación literaria del muchacho, lo trató como a un par, le prestó libros, le dictó normas, lo puso en contacto con esas verdades que salen de la inteligencia cargadas por el corazón, verdades que dejarán una huella imborrable en el hombre público de mañana que, según propia confesión, al contrario de muchos de sus

colegas que hacían de la literatura escala para llegar a la política, pudo hacer de la política escala para subir hasta la literatura. Más tarde, hombre hecho y derecho, será González quien estimule la inclinación de Lezcano, le abra las puertas de los grandes diarios de la capital, le obtenga editor para sus ensayos.

Terminado el bachillerato ingresa en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba. E inicia su carrera docente en la Escuela Normal de Maestros de la misma ciudad, donde desempeña cátedras de historia, geografía y francés. Se había hecho de una sólida cultura humanista, dominaba a fondo cuatro o cinco idiomas, podía escribir en inglés e italiano y hablar en latín con la misma soltura que en su propia lengua. Dante y Shakespeare fueron sus ídolos y Quintiliano su mentor. Este le enseñó ante todo que es el corazón el que hace a los elocuentes. Y, además, a ser hombre de juicio, sin cálculos y sin taimada prudencia. Ser juicioso es saber comparar y juzgar ; ser dueño de un entendimiento que opera con un natural sentido examinante ; que discierne y valora. Quintiliano, abogado y retórico, preparaba sus defensas con un rigor lógico inflexible. Sabía lo que iba a decir, cómo lo diría y por qué. Huyó siempre de la elocuencia baldía y estigmatizó a la oratoria que brilla sin convencer. No improvisó nunca. Joaquín V. González inscribe su vocación en esa pauta. El carácter de su elocuencia modela su destino. El hombre que no sabe hablar no sabe ser libre. Y González lo fue siempre. El también nos enseñará, como el maestro de Calahorra, que toda empresa humana es superable si hay voluntad sincera de superarla ; que la virtud está a nuestro alcance, porque la naturaleza nos ha construído para la virtud ; que el estudio no ha de recluirse en estéril soledad, sino derramar sus tesoros en medio de la calle ; que la majestad del arte oral lleva su compensación en sí misma.

González creyó siempre en el valor parenético de la palabra. Un niño mudo es un ser sin paisaje. No fue amigo de la verbosidad ; tampoco creyó en los que llegan a la función pública sin un bagaje sólido de sentimientos y de conocimientos, si bien en una época en que había que recurrir a los mejores para confiarles las tareas de mayor responsabilidad, sus comprovincianos lo enviaron a la Cámara de Diputados de la Nación cuando tenía apenas 23 años. Y cuatro más tarde era gobernador de su provincia. De haber necesitado defenderse pudo decir que el vino que mejor resiste nunca salió maduro de los lagares. Todo se andará. Hablando o escribiendo, que es una manera de hablar corrigiéndose para evitar que lo corrijan los demás. Uno de los más altos poetas de Bélgica, que tantos puntos de contacto tuvo con nuestro compatriota, nos dirá que el silencio es el tesoro de los humildes. Pero estar callado no es ser un afásico. El silencio nos reintegra a nosotros mismos ; la palabra nos devuelve a los demás. Nos restituye el paisaje, nos inclina sobre los vastos enigmas o sobre las aguas que pasan sin llevarse nuestra imagen, temblorosa e inmóvil.

Joaquín V. González, a quien es imposible despojar de cierto optimismo socrático, afirmaba que los malos no saben hablar. Por supuesto que Caín no fue un elocuente. Pero los caínes que le sucedieron a lo largo de la historia supieron utilizar la elocuencia, esa música aviesa con que los Orfeos de todos los tiempos pretenden conducir y subyugar a las masas. Claro está que la palabra puesta al servicio de la ambición y de la iniquidad no es digna de un maestro que cree en la elocuencia suprema de los sentimientos.

Porque González, que ocupó los más altos cargos a que puede aspirar un ciudadano en su país, menos el de Presidente de la República, fue ante todo y sobre todo un poeta.

— Los tiempos no están para músicas, dotor —le dijo en cierta ocasión Cayetano Ganghi, un agente electoral rotundamente analfabeto, ducho en socaliñas, traficante de libretas de enrolamiento y de votos, que trataba de convencerlo para que visitara el comité del partido y transara con ciertas exigencias de la estrategia política—. ¡Déjese de perder el tiempo con esos libracos...!

A lo que don Joaquín, conociendo los alcances del truhán, se limitó a contestarle sin perder los estribos :

— ¿Quiere decirme qué hora es, señor Ganghi ?

— Sírvase a su gusto, dotor —le respondió el visitante acercándole el pingüe reloj de cadena.

— Cuando aprenda a leer por lo menos la hora en el reloj, vuelva a verme. Hablaremos del tiempo y de sus músicas...

Y le abrió la puerta que daba a la calle.

El poeta

Joaquín V. González fue ante todo y sobre todo un poeta. « La poesía es la religión inconfesada de todas las almas », decía. Se inició formalmente en su culto, a los 18 años, con el libro *Armonías Silvestres,* al que siguieron *Oscar, canto del invierno, El genio,* a la muerte de Andrade, *Rimas, La visión de la montaña* y *Canto a la Rioja y Catamarca,* todos publicados en Córdoba.

— ¿Por qué pierde el tiempo haciendo versos? —le preguntó un compañero de estudios que llegó a ser jefe de policía e intervino en represiones sonadas contra manifestantes obreros.

González callaba y sonreía. Los poetas, mal que nos pese, desempeñan alguna función en este pícaro mundo. Y la permanencia, la perennidad de la poesía, deriva del hecho de ser una necesidad vital del lenguaje. Sin los poetas, todavía estaríamos comunicándonos con la digitolalia de los sordomudos. Por otra parte, sentir es una prueba mayor de vitalidad que comprender. Homero, cantor sin modestia, decía que los dioses disponen de los destinos y deciden el triunfo o la caída de los hombres con el fin de que las generaciones futuras puedan componer poemas e himnos. Un gran país como Alemania, por ejemplo, no se perpetuará en la memoria de los hombres por los muñecos de Nüremberg, ni por la mostaza de Düsseldorf, ni por la cerveza de Munich, ni por las ferias de Leipzig, ni por los profesores de Bonn, ni por las fábricas de acero de Essen, ni por la febril vida nocturna de sus puertos, sino por la inmortal llama lírica de unos señores que se llamaron Goethe, Heine, Schiller, Stefan George o Hugo Von Hoffmansthal, que llevaban un contrabando de claras y fulgurantes melodías en la cabeza y cuyos mensajes cruzaron airosa y luminosamente todas las fronteras del mundo. La poesía es un país de eterna juventud. Y es natural que la frecuenten individuos de todas las extracciones, que han enriquecido un planeta en el que la gente muere por pasiones que no siente y por seres que no ama. La memoria de los sentimientos siempre tendrá más fuerza que la memoria de los hechos. Y si bien es cierto, como decía el oblicuo visitante de don Joaquín, que los tiempos no están para músicas, los poetas siguen cantando a despecho del señor Quenocomprendenada, como aquel personaje del holandés Multatuli que se preguntaba insidiosamente si su matrimonio sería menos feliz que el de los insensatos que se vuelven tísicos o calvos por el amor, o si estaría su hogar mejor ordenado si antes hubiera dicho en verso a su prometida que aspiraba a casarse con ella. Chaplin dijo alguna vez que había intentado leer a Shelley y a Keats y que no había podido continuar. « Puedo apreciar la poesía que existe paseándome en coche, pero cantar odas a los pájaros me parece presunción », concluía. Lo que el cómico genial no terminaba de comprender era que él mismo es una creación poética y, sintiendo el mundo como lo siente, nunca dejó de ser un poeta. No le exigiremos poemas mejores o peores que los de Shelley o Keats para reconocerlo. Su verbo está compuesto de imágenes, de silenciosas imágenes. Y una imagen, como dicen los chinos, vale por diez mil palabras. Por otra parte no son poetas solamente los que escanden versos terminados en punta como los buenos cuchillos. Un pastor iletrado que cuida su rebaño, un hombre que persigue a través del telescopio el tránsito de una estrella fugaz, un contador que siente la armonía recóndita de los números, un orfebre, un estadista que realiza fervorosamente una obra de bien público, un ingeniero que alza la maravilla de un puente sobre las aguas insomnes de un río, un hombre que talla el mármol o la piedra, un inventor, un ser pasible aunque no amase ese lodo lento, oscuro y genesíaco que se llama poesía, también son poetas. La poesía es un estado en el cual se

está aunque no se quiera ni se pueda estar.

Joaquín V. González fue un alto poeta que dejó de escribir versos en plena adolescencia. Y sin embargo toda su obra es un río de limpia poesía, no uno de esos ríos montañeses que corren rompiéndose entre las piedras, sino un caudal manantío de incesante fluir y fecundar, trascendido de lirismo y de lecciones de supremo desprendimiento. Consubstanciado con su tierra elogió la serenidad y la belleza del lugar nativo y retomó la dirección de su canto, un canto sin música y sin retórica, tallado en la piedra solariega, persuadido de que no morimos del todo mientras nos defiende la vida de los demás. La naturaleza dejó de ser para él un mundo ideal para revelarse en sus límites reales, capaz de florecer y frutecer. Fue un poeta que quiso conocer lo que cantaba, uno de los pocos que por el camino del conocimiento pudo llegar a la gracia. La poesía es la armonía de la historia, afirmó el mismo González. Y las tradiciones populares son las flores silvestres con que los pueblos adornan a esa reina de las artes. Un pueblo sin poesía es un cuerpo sin alma, subrayó.

El poeta pertenecía a la raza de los grandes profetas de la nacionalidad (no existe poesía sin profecía y viceversa), y sólo así pudo decir hace más de cincuenta años que « nuestro pueblo se halla trabajado por gravísimos males, por peligrosos enemigos interiores, que lo arrastran sin apercibirse, hacia objetivos contrarios a su bienestar, a su seguridad y al destino que le marcaron los autores de su independencia y de sus libres instituciones escritas ». Y esos gravísimos males y enemigos peligrosos que nos amenazaban (y nos siguen amenazando) o que nos afectan, los percibió González en el desarrollo alarmante y en la persistencia de los odios ancestrales y de los odios domésticos; en que nadie combate por « la salud de la patria », sino por el exterminio del adversario; en que la propaganda que da mejor éxito es la que está inspirada en la ferocidad con que se adoptan todos los medios para ejercitar la afrenta, la calumnia y la injuria más extremas; y en que, cualquier obra individual suscita la contradicción envenenada contra su autor y el deseo de anular aquélla en vez de mejorarla. He aquí, señalada por González, una de las causas esenciales de la perturbación humana actual, contra la que él ha luchado con su voluntad de redentor y su fe luminosa de profeta. Y lo que prueba su ejemplo, es que el único medio eficaz de superar esta crisis del espíritu humano —que no es sólo nacional— consiste en que los obreros del saber se hagan capaces, como él, de encarnar el genio de la voluntad, transformándose así en apóstoles y realizadores de esta inconcusa verdad, enunciada por el maestro cuya memoria hoy celebramos: « La ciencia sin alma es un instrumento en manos de un autómata; la ciencia animada de un ideal es la verdadera expresión del Verbo Supremo ». Pero retomemos el rumbo.

Las revoluciones

El joven poeta que estudia derecho en la vieja casa de Trejo y Sanabria, pronuncia el 11 de octubre de 1882 —tiene poco más de 19 años—, en la Sociedad Tipográfica de Córdoba, una conferencia sobre la Revolución, que en realidad debió llamarse « sobre las Revoluciones », conferencia que servirá de base para la tesis que escribirá tres años más tarde, en tres meses, para optar al grado de doctor en jurisprudencia. Este trabajo, que consta de once capítulos, densos de doctrina y de pensamiento, puede leerse aún hoy con provecho. Es una obra que revela la enorme ilustración del joven estudioso, su madurez de pensamiento y la prosa viva y expresiva que González supo modular sabiamente sin confundir el color con la luz, huyendo de los cromatismos chillones, mientras el adjetivo preciso afirma su fuerza con esa infalible seguridad con que el diapasón da el « la » natural. José Enrique Rodó, maestro de estilistas, escribió su admiración en la *Revista Nacional*, de Montevideo. Un profesor de la Universidad de Madrid dicta un curso tomando como base el estudio de González, y al escribirle para darle cuenta del éxito logrado le llama « mi venerado maestro », lejos de sospechar la extrema juventud del riojano, cuyo temprano madurar no participa del milagro de Rimbaud o de Hof-

mannsthal, nacidos a la perfección en la adolescencia, sino que tiene esa plenitud ordenada y armoniosa de Renan, otro de sus guías, quien a los veinticuatro años pudo publicar su admirable *Historia comparada de las lenguas semíticas* y dar aquella memorable lección sobre la Providencia en la cátedra de Filosofía, que conmovió a todo el París intelectual.

« Como pocos trabajos finales de la carrera jurídica, *La Revolución*, de Joaquín V. González —afirma el historiador Ricardo Levene— es la demostración de que aparecía un talento original para la ciencia y un carácter abierto para la patria. Ese libro es revelador de cualidades que asomaron en su edad juvenil y se desplegaron después en la extensión de su luminosa vida. » La paz interna, he ahí el anhelo nacional por excelencia, proclama González en 1885, y mientras ella no se consiga, nuestras leyes serán tan volubles, inciertas y débiles como las oleadas de anarquía que nos amenazan. Los pueblos jóvenes como el nuestro, dice sagazmente, padecen de la efervescencia de sus sentimientos ; como en todo despertar del espíritu, quieren ahogarse en su propia libertad y forjan revoluciones sin número que les van llevando a una decadencia inevitable, especie de fiebre de soberanía que, como todas las fiebres agudizadas, casi siempre produce la pérdida del conocimiento...

La revolución se funda en algo más grande que las pasiones de un círculo y las ambiciones de una casta, escribía González hace ochenta años ; ella es un crimen enorme cuando no es la manifestación de la voluntad de la gran mayoría de la nación, porque en caso contrario puede decirse muy bien que el pueblo autoriza con su silencio los actos del poder que se pretende refrenar. Chateaubriand se expresa categóricamente en el capítulo IX de su *Ensayo histórico sobre las revoluciones* : « No puede existir democracia donde haya una fuerza militar en servicio activo gravitando abierta o solapadamente sobre los poderes públicos, como podemos convencernos recordando el gobierno de los emperadores romanos y el de ciertas behetrías americanas. Las fracciones armadas que en nombre del pueblo se levantan contra la autoridad constituída sin causa justificada y sin preceder los medios legales marcados por la Constitución, cometen un grave delito contra las leyes naturales y contra los derechos del verdadero pueblo y de la humanidad. Si las revoluciones justas y legítimas producen un mal inmediato, porque retardan la marcha progresiva de la sociedad, con tanta mayor razón deben ser abominables los disturbios intestinos producidos casi siempre por fracciones políticas, impotentes y desenfrenadas, no proponiéndose más que la venganza de un círculo o los intereses particulares de los apóstoles. » No fue don Joaquín un reaccionario o un pusilánime. Execró las mal llamadas revoluciones, las revueltas sin principios, los cuartelazos espúridos, los motines sangrientos. Arremetió contra los solapados o declarados defensores de la brutalidad y la ignorancia que confunden la violencia con la dignidad y no perciben la diferencia entre derrumbar y abrir, cortar y desatar, arrastrar y conducir. Recuérdese que cuando le reprocharon a González su frecuentación de los textos de Maquiavelo, el riojano aclaraba —porque podía hacerlo— que si un tratadista tenía escritos diez libros él no se conformaba con leer cuatro sino que los leía todos. González, repetimos, aclaraba sin perder los estribos : « *Es verdad que Maquiavelo enseñó a los tiranos cómo se conquista el poder, pero también enseñó a los pueblos cómo se derroca a los tiranos.* »

El político

El 26 de mayo de 1886 obtiene el título de doctor en jurisprudencia. Dos meses más tarde es elegido diputado nacional por su provincia, incorporándose a la Cámara el 27 de agosto, cuando aún estaba lejos de tener la edad constitucional.

« ¡Quién lo creyera! —nos lo recordaba él mismo—. El joven estudiante del claustro cordobés es ya diputado y viene a sentarse al lado de Goyena, de Estrada, de Gallo, de Alcorta, de Tejedor de tantos ya convertidos en sombras, y cuya palabra vibrante o escrito profundo o lección sabia, había recibido de lejos, y recitado o meditado en las bulliciosas mañanas de

claustro universitario; y lo que es aún más jubiloso, esos grandes nos acogen como camaradas y, sin saber por qué, nos vemos sentados o puestos en su compañía como iguales, en las comisiones de codificación o legislación, y advertimos que lo leído y aprendido no son disparates, y que ellos no se ríen de nuestra inexperiencia o timidez, sino al contrario, nos animan, nos estimulan, « nos hacen más gente » de lo que creemos ser, en esa incurable cortedad de pueblo chico, que tanto tardamos en perder. »

« *Y bien* —agregaba—, *yo tuve una suerte inaudita: caí en la Cámara sin pensarlo, casi al caso, en un grupo selecto, formado por Estrada, Goyena, Alcorta, Bermejo, un poco más allá Carballido, Delfín Gallo, Mansilla... y me trataron como a un buen estudiante, y luego como a un amigo. Algunos habían oído decir que yo escribía y sabía algo, y en suma, que no era tan provinciano... Goyena, sobre todo, tan burlón y tan cáustico, me inspiraba miedo; y Estrada un cierto temor religioso, como un sacerdote rígido, como un San Ambrosio para el inquieto Agustín de aquella primera peregrinación a Roma.* »

Desempeñó su mandato hasta el 30 de abril de 1888. Recién entonces alcanzó sus primeros veinticinco años. Vestía de gris, usaba chaleco bordado a la Monteagudo, bombín, cuello alto de celuloide, polainas y corbata de moño. Dicen que no miraba a las mujeres. Los que decían eso no sabían que González las veía sin necesidad de mirarlas. Siempre vio todo lo que quiso, aunque nunca quiso todo lo que vio. Ese mismo año el gobierno de su provincia le encarga la redacción de la nueva Constitución para La Rioja. Cumple brillantemente con el cometido, regresa a Buenos Aires e ingresa en la redacción del diario *La Prensa*. Paralelamente a sus tareas de poeta, de escritor, de político, de educador, de hombre de gobierno, siempre será periodista, siempre se comunicará de un modo directo y asiduo con el prójimo, sin usar la frase evasiva y gris del medio luto de la mediocridad, sino un idioma claro, directo, sanguíneo, de anatomía casi oral, constelado de imágenes con esa difícil facilidad que es el privilegio de los elegidos. Ese mismo año de 1888 publica *La tradición nacional*. El general Bartolomé Mitre, presidente de la República e historiador magistral, celebra la aparición del libro y se dirige a su joven autor como a un par. González recuerda en su libro que San Martín, cuyo pensamiento democrático tarda todavía en volverse conciencia y esencia moral de nuestros pueblos, ha dejado a todo soldado —y todo ciudadano lo es en su hora—, el lema imperecedero de nuestra bandera ideal : « *No desnudar jamás la espada contra la libertad de ningún pueblo, ni en lucha fratricida contra los pueblos de América, ni para impedir desde el poder la libre expresión de la voluntad soberana para darse sus instituciones y sus gobernantes.* » El año 20 en el Plata, el 18 en Chile y el 22 en el Perú, marcan el triple climax ascensional de ese gran espíritu, en cuyo molde debieran fundirse como el bronce, el ideal y los destinos de las democracias latinas de América. El concepto de patria, como noción filosófica anterior y superior a todas las demás virtudes o síntesis de todas ellas —honradez, abnegación, justicia, amor al prójimo— ha sido estudiado por González como pocos, no sólo entre nosotros, sino entre los mayores publicistas contemporáneos.

González había descubierto con amargura que el odio suele ser el motor de las acciones humanas. Por eso siente y auspicia el amor como único camino para llegar a la justicia. El odio destruye. Sólo el amor construye. ¿Cómo habríamos de consolarnos nosotros, los hermanos, los hijos de una misma madre, los miembros de una sola comunidad —al quererla indestructible y eterna—, si admitiéramos la posibilidad de luchas domésticas y de empresas mortíferas por la sed de predominio y de poder exclusivos y personales? El que arrebata a otro su libertad, crea en él un derecho a la independencia ; y así es más culpable el que la usurpa con propósito egoísta, que los que buscan reivindicarla en los combates para devolverla a la comunidad, porque es su patrimonio.

El 8 de mayo de 1888 reingresa en la Cámara. Ese mismo año el ministro Eduardo Wilde, que luego sería tan amigo suyo, demostrando su respeto por las autonomías provinciales, cuando el gobierno de

Córdoba solicita la intervención federal por hallarse sometido a juicio político el gobernador titular, Wilde, al estudiar los antecedentes, no cree que haya méritos para intervenir y sólo nombra un comisionado que investigue los hechos e informe. González lo acompaña en el sentimiento. Wilde invita al joven diputado a compartir una copa en su club. González busca un pretexto y no va. No era un cuáquero ni un misógino. Pero huía de la promiscuidad y del boato. Sobre su mesa de trabajo, en su banca, en su mesa de luz siempre había un libro esperándolo. « Mi señor ministro, le escribió a Wilde, no se me enoje. ¿Por qué en lugar de vernos en el club no nos encontramos en mi provincia, al pie del Famatina? El aire es más sano, podremos conversar más tranquilamente y veremos pasar los cóndores ».

El 12 de junio de 1889 renuncia la banca para ocupar el gobierno de su provincia. Veintiséis años apenas tiene el flamante gobernador llamado a realizar obra memorable. Por otra parte los gobernadores también se casan. El 9 de julio de ese mismo año contrae enlace con la señorita Amalia Luna Olmos. El riojano tímido, de hablar soñoliento, consagrado a sus libros y sus ajetreos políticos, tuvo que reintegrarse a la paz de su provincia y ocupar la más alta magistratura, para formalizar su romance. Siempre fue un somnámbulo, nunca un anacoreta.

Desde entonces su vida se reparte entre el hogar, su bufete de abogado, la literatura, la docencia y sus obligaciones oficiales. González pertenece a esa generación de argentinos que encontró su orden en la dispersión. Pero siempre tuvo en Amalia Luna a su Egeria, rumbo de sus vigilias y bálsamo de sus zozobras. La actividad del gran argentino, no obstante su inclinación al silencio, a la quietud y al ensueño, fue de una intensidad y una diversidad extraordinarias. Digamos para sintetizarla que fue diputado nacional durante cuatro períodos, vocal del Consejo Nacional de Educación, profesor de Legislación de Minas en la Facultad de Derecho, autor del Código de Minería, cofundador de la Facultad de Filosofía y Letras, autor del Manual de la Constitución Argentina, libro de poderoso influjo educador no obstante la modestia de su título, Convencional por Córdoba para la reforma de la Constitución Nacional, ministro del Interior, de Justicia e Instrucción Pública y de Relaciones Exteriores, cargo en el que evita la guerra con Chile, fundador de la Universidad Nacional de la Plata, Presidente de la misma, autor de la reforma de la ley de elecciones vigente —que sustituye por el sistema de escrutinio uninominal que permitió la entrada al Congreso, por primera vez en toda América, de un representante socialista—, senador de la Nación, miembro de la Corte Permanente de Arbitraje de La Haya, miembro del Instituto Americano de Derecho Internacional. Todo esto sin abandonar nunca su fecunda y trascendente labor de publicista que forma un total de 51 títulos. Como un homenaje de la nación, y por iniciativa del senador Alfredo L. Palacios, el Congreso Nacional sanciona el 22 de junio de 1934 el proyecto de ley de edición de las obras completas de Joaquín V. González, por cuenta del Estado.

« Toda la obra de González, expresó aquél al fundar su iniciativa, es una mansa corriente, vasta y profunda, semejante a la del Río de la Plata, que no se encrespa ni ruge, pero cuyo impulso es avasallador. Del constante fluir de esa corriente se desprende un lirismo poderoso y oculto, apagado pero trascendente, que es como la esencia misma de nuestra argentinidad. Así se cumple en su obra, admirablemente, aquello que dijo él mismo de los poetas que son, en realidad, los depositarios, sacerdotes y vigías del ideal nacional: « *son como los viejos ídolos tenidos ocultos en los secretos rincones del alma y que sólo aparecen iluminados cuando los grandes peligros anuncian a los pueblos el momento de apelar a las fuerzas supremas reservadas, del espíritu colectivo* ».

« *Mis Montañas* »

En esta época de angustia, desorientación e incertidumbre, difundamos la palabra inspiradora de González, a la vez sabio y poeta, legislador y filósofo, arquitecto y constructor del alma de los pueblos. Leamos ante todo *Mis Montañas*

su libro definitivo. En éste las cumbres nativas, la existencia de los bosques, las ruinas de viejas edades dispersas sobre la tierra fragosa, las costumbres típicas de su provincia, adquieren relieve, colorido y profundidad pocas veces igualados. Tiene treinta años el riojano cuando publica el libro perdurable que lo señalará como a uno de los grandes escritores del Continente. Marcel Carayon, que tradujo *Mis Montañas* al francés, lo ubica en la línea de Chateaubriand, de Lamartine, de Fabre, de Mistral. Después de *Recuerdos de Provincia* de Sarmiento, *Mis Montañas* señala una fecha capital en la historia de las letras argentinas. Y es que el pensador, el filósofo, el prosista, el poeta supieron fundirse en el viajero emocionado que regresa a los manantiales de la estirpe y descubre el rostro iluminado de la raza bajo el sol que reverbera en las cimas y en las quebradas. González sabe mucho, siente mucho, ve lejos. La patria, la tierra, la raza, los dioses tutelares le hablan al oído. En el silencio de sus montañas recoge el paisaje y el mensaje que ha de ofrecer a las generaciones que lo sigan.

Es imposible ser huéspedes absolutos de los lugares que no nos reclaman. El paisaje sufre una especie de intolerancia física, de aversión, de pudor ofendido contra el viajero que lo utiliza como telón de fondo para sus expansiones carnales. Nuestros antepasados de las cavernas, impulsados por el hambre o por el calor erraban sin rumbo a través de selvas y llanuras. Nuestros contemporáneos, impulsados por el hastío, van errantes por el mundo en busca de sensaciones nuevas capaces de devolverles el buen humor. Pero la naturaleza tiene el estado de ánimo de quien la contempla. Además no quiere ser reducida a tarjeta postal, ser asaltada en malón por los turistas, sufrir el tiroteo de las cámaras fotográficas, compartir el espanto topográfico de los que se pierden en un recodo, agitarse, llenarse de ruidos, desasosegarse, padecer. En química, todos los elementos que no trabajan se llaman nobles. El paisaje no quiere trabajar porque no quiere perder su nobleza... De ahí su irritante y desconcertante educación contra el intruso. Joaquín V. González nunca fue un intruso, un turista. Fue un romero en incesante peregrinación a las fuentes, un buscador implacable de la eterna belleza, un enamorado de la luz y de su inocencia, de la poesía de los límites, de la fecundidad del silencio. Todo protagonista implica un antagonista. El alma de González denunciaba la lucha incesante entre los territorios que definían su mundo, uno de los cuales —el literario— estaba abandonado a las contingencias. Debió haber escrito más libros, haberse consagrado más intensamente al quehacer literario, pero el país requería su concurso de organizador, de educador, de civilista. Eduardo Wilde, ese otro gran escritor argentino que también tuvo que distraer su vocación esencial para dispersarse en la función pública, le escribió en cierta ocasión a González desde Bruselas: « Hacer un buen discurso, estudiar una cuestión, desarrollar un problema, escribir un libro sobre ciencias jurídicas, plantear y desarrollar una doctrina, todo ello puede hacerse teniendo inteligencia e instrucción. Pero hacer *sentir* escribiendo, *conmover*, dejar esa angustia del deleite en el lector que acaba de recorrer una página, eso no puede hacerlo cualquiera. » Wilde lamentaba que González no hubiera seguido por la senda iniciada con *Mis Montañas,* teniendo como tenía « el poder de obligar a sus lectores a evocar las dulces melancolías de su vida, sus memorias de angustioso deleite, sus horas felices o amargas, que cuando vienen en forma de recuerdos tienen la suavidad de los paisajes reflejados en la luna de un espejo ».

Rafael Obligado, el enorme poeta de *Santos Vega,* que luego de leer y conocer a Joaquín V. González estrechó con el autor de *Mis Montañas* una amistad que duró hasta su muerte, estudió las excelencias del libro en una carta memorable, llamándolo a su autor el Echeverría de los Andes que ornaba con su flor del aire los cabellos de la Cautiva... « Como conozco sus montañas, le diré cómo en compañía de usted mismo se me agigantó el alma y se me asustaron los ojos en presencia del Famatina, pintado en su libro con opulencia digna del coloso; como aunque en rápido viaje he visitado esas serranías, doy fe de que la obra de usted es sincera, de que sus bellezas no son atavíos retóricos,

sino verdad verdadera, ofrecida por primera vez a la admiración de los hijos de la llanura. » Según Obligado, ni Sarmiento ni Andrade han llevado la montaña a la literatura. El primero, porque su genio es esencialmente político, es el luchador para quien el paisaje es apenas accesorio o porque prefirió los llanos donde se desarrollaron las escenas dramáticas de *Civilización y Barbarie* ; y el segundo porque no es su emoción sino su imaginación y su fantasía la que canta cuando invoca la majestad de los Andes como condición épica esencial para las proezas de los héroes, como escenario de las grandes gestas.

Su comprovinciano y discípulo Arturo Marasso nos contaba que en cierta ocasión el maestro le había dicho con cierta amargura : « Dicen que escribo bien porque soy ministro... » Pero es que González no sólo desempeñó tres carteras en el transcurso de una presidencia histórica, sino que fue ministro de la historia y del pensamiento y una encarnación del alma argentina arrancada de las piedras de La Rioja y nutrida de lo universal de la cultura humana. Sabía de casi todas las ciencias. Y escuchaba la flauta del indio, el canto de la calandria, el temblor del trébol, las plegarias del viento y creía oír en esas modulaciones el alma de la tierra ; sintió la voz del universo animado como la oyó Fabre en la página sorprendente que dedica a la cigarra nocturna. En su libro *Música y danzas nativas,* en sus ensayos sobre Tagore, en el prólogo de los *Cien poemas* de Kabir —que tradujo— y en tantas otras páginas de confesiones íntimas, González se acerca a nosotros como un inspirado ; como si le hubieran comunicado una taumaturgia latente. Ya no es sólo el profesor, el estadista, el constructor incansable, el González aún no encanecido, que tiene en la mano el último libro del sabio, del pedagogo, del jurisconsulto, que escribe discursos de amplia y equilibrada visión de la cultura moderna ; el poeta y el filólogo de la *Tradición Nacional* y de *Mis Montañas* ha renacido sin perder el caudal de la experiencia y la extensa erudición ; pero la esencia antigua se ha impregnado de otras esencias. Aquella mirada que penetraba en una lejanía soñadora : en un horizonte de montañas, de mar, o se detenía en un friso griego, en una adivinación de perspectivas de la patria futura de la que él era un obrero, había vislumbrado nuevos espacios. Y una voz conocida, un acento entrañable, reproducen en él la fe hallada, las voces de la tierra, la inextinguible bondad de la sabiduría antigua, el secreto de santuarios brahmánicos y búdicos, la espiritualidad y el panteísmo ; entonces habla del « universo invisible », « de la consubstanciación del alma universal con el alma vasta, difusa y real del universo », « de la divinidad oculta, soñada, entrevista o contemplada » y dilata el *non omnis moriar* de Horacio, con su confesión : « No creo en la muerte absoluta. »

El estadista

En mayo de 1902 —tiene treinta y nueve años— es designado ministro de Relaciones Exteriores en reemplazo del doctor Amancio Alcorta, que acaba de fallecer. Le toca intervenir en el arreglo de paz con Chile y la correspondiente discusión, en ambas Cámaras del Congreso. Tenía, como subraya Levene, el alma henchida de anhelos humanitarios y de amor a la paz. Para luchar por la paz se situó primero en los planos del derecho y de la ciencia, pero aquel amor lo elevó hasta la esfera superior de la religión. Esta transmutación de su espíritu fue un proceso que González vivió y sufrió dramáticamente.

Le correspondió el honor insigne de actuar en algunos episodios al lado del Presidente Julio Roca, sobre todo en la cristalización de los pactos de mayo de 1902, sin duda alguna el hecho más trascendental de América en lo que va de este siglo. Recuerdos diplomáticos de esa actuación y la crónica internacional sobre sucesos contemporáneos de la política americana van jalonando su labor por la paz y el imperio del arbitraje entre América y Europa para defender la paz universal.

Son admirables los puntos de vista de González en política internacional. En el Senado de la Nación, tratando los Pactos con Chile, llamaba la atención de que desde los albores de nuestra independencia la influencia europea se manifestaba

preponderante en nuestras relaciones exteriores y decía : « *¿Por qué hemos de vivir encerrados en esta perpetua red de rencores y de animosidades sudamericanas? Hay que cimentar la paz, hay que desvanecer el fantasma secular de la guerra con Chile que ha venido ofuscando el criterio y destruyendo las fuerzas, es necesario que echemos abajo esa cordillera.* »

Testigo y actor de aquellos episodios históricos, Joaquín González recuerda cómo colocado el Presidente argentino en la ruda alternativa de optar entre la guerra y la paz, no vaciló mucho tiempo. Y más que la sangrienta gloria de la matanza y la miseria de dos grandes naciones, lo decidió la gloria más duradera y positiva de la paz, cuyas consecuencias no ha dejado ya de gozar el pueblo argentino desde 1902 a 1913, en que los rumores de la guerra, como los de las grandes crecientes, se anunciaban a largas distancias.

Al informar más tarde en la alta Cámara, sobre el tratado de arbitraje entre Argentina y Brasil, González hizo exposición de ideas sobre la fórmula argentina del arbitraje amplio. Tal fórmula se encuentra consignada en el proyecto de tratado de Italia y dispone —como se sabe— que las controversias sometidas al arbitraje no versen sobre cuestiones que afecten a la soberanía e independencia de los países. La misma doctrina se contiene en los tratados con el Paraguay, Uruguay, Chile, y luego con el Brasil. La República Argentina ha estado a la cabeza del progreso jurídico en materia de arbitraje hasta llegar a la fórmula amplia y obligatoria de La Haya, y ante cierta tentativa de regresión al arbitraje con inclusión de la cláusula de excepción « de los intereses vitales, la independencia y la honra de los Estados contratantes », fue el entonces diputado Carlos Saavedra Lamas —más tarde Premio Nóbel de la Paz— quien expuso y sostuvo, con tal elevación y energía la doctrina argentina, que ésta se salvó una vez más de los zarpazos de la novelería y la impremeditación.

Quienes vieron actuar por aquel entonces a Joaquín González en el mundo de las relaciones exteriores, en el mundo de la diplomacia, en el mundo de los embajadores, recuerdan que el joven canciller hizo el efecto de conducirse en él con un gran dominio de todos los resortes, una gran sencillez de procedimientos y de maneras y una ausencia absoluta de solemnidad. Como alguien se lo hiciera notar, el doctor González le observó : « *¿Temía usted, acaso, que yo me condujera con el criterio de madame Bovary, ensayando una vida diplomática como la que pintaron Balzac y George Sand, entre espejos y terciopelos y suspiros?* » La diplomacia de las novelas ha pasado, en efecto, aunque González conoció bien de cerca apocrisiarios que hubieran dado su alma al diablo por vestirse como en las cortes escenográficas de Catalina de Rusia o Luis XIV. Ya era hora de que imperasen la sencillez y la lealtad. A la caída de Napoleón, ya había dicho Chateaubriand, coincidiendo con Metternich : « La novela terminó ; estamos entrando en la historia. »

No obstante su amplia versación en derecho internacional, su estupendo don de gentes, su vasto dominio intelectual, su poliglofilia y las grandes figuras de América y Europa con quienes se carteaba y a quienes le hubiera sido grato tratar de cerca, todas las veces que se le ofreció representar a su país en el extranjero —fuera de una participación eventual, en 1906, en la Tercera Conferencia Internacional Americana reunida en Río de Janeiro—, el doctor González no aceptó nunca un cargo en el exterior. Alegaba riendo : « *Los diplomáticos son unos caballeros irreprochables a quienes se envía a mentir en el extranjero en beneficio de su país. Y yo no he aprendido a hacerlo. Jamás le he mentido a nadie. Ni a mi propia mujer...* »

Y aclaraba : « *Aunque nunca en diplomacia se puede decir toda la verdad, no hay necesidad de mentir, pues se puede decir una parte de la verdad, así como la luna no deja de ser luna porque sólo muestre un cuarto creciente o menguante en su disco luminoso.* »

El pacifista

La guerra del 14 lo sacudió profundamente.

González señaló el hecho sintomático de que la guerra había estallado en las

más altas cabezas de la civilización, en las dos razas y núcleos directivos de la humanidad contemporánea, la guerra de siempre, de matanza y aniquilamiento, « *bajo cuyos escombros* —escribía— *renacerán más que las mieses, los nuevos odios destinados a renovar otras guerras en el futuro* ». Así fue.

El primer beneficio de la labor docente debe ser la fundación de la paz social. La paz es una educación como lo es la libertad, afirmaba parafraseando a Alberdi. La guerra no es más que una preparación, un entrenamiento transitorio, porque la guerra no es un estado permanente de la humanidad. La alta misión humana de la educación y de la cultura es la elaboración progresiva de las conciencias pacíficas, por la comprensión de los principios de la vida del mundo. La obra de la ciencia universitaria, difundida entre las naciones por la creciente cooperación e interdependencia va creando poco a poco la gran universidad mundial, única, por la vasta armonía de sus finalidades morales y múltiple por la infinita diferenciación de sus métodos para llegar al descubrimiento de las verdades.

González creía en la conciliación de la religión y la ciencia. Afirmaba el valor incuestionable del factor religioso en el plan curativo que ha de conducir al restablecimiento de la paz social, pues su influencia ha sido decisiva en las crisis históricas de la humanidad.

Este amor por la paz de los hombres es ahora más necesario que nunca. Ha explotado un nuevo espíritu de disconformidad y mala voluntad. Es imposible no darse cuenta de la reventazón de este fenómeno psicológico inesperado, que es causa y no resultante de las pasiones políticas desatadas y de la agudización de la competencia económica. González vio claro y caló hondo. Inteligencia comprensiva, lúcida, pasible, atenta, era una energía mansa, pero fuerte, cuyo mensaje luminoso niega su ausencia definitiva.

El hombre

Tuvimos el honor de conocer a Joaquín V. González en el crepúsculo de su generosa existencia. Por ese entonces hacíamos nuestros pinitos de periodistas en un diario de la mañana, un diario que no obstante discrepar fundamentalmente con sus ideas en materia de legislación social nunca dejó de tratarlo con respetuosa deferencia. Estábamos en los últimos trimos del bachillerato. Uno de nuestros profesores, escritor notable a la vez, el sanjuanino Juan Pablo Echagüe nos acercó al autor de *Mis Montañas*. El doctor González ya estaba de vuelta de muchas convicciones y fatamorganas, había abandonado la presidencia de la Universidad Nacional de La Plata, obra de su genio y paradigma de las más prestigiosas universidades del Continente y consagraba sus ocios a leer y traducir a Kabir y Omar Khayyam. Fuimos a verlo para que nos diera su opinión sobre un presidente de la Nación cuyo mandato se extinguía en esos días, con cuya política González nunca pudo ponerse de acuerdo. Nos había concedido media hora corta, impedido por sus achaques de prolongar más tiempo la entrevista. Nos quedamos toda la tarde y nos habló de todo menos del presidente de marras.

El maestro nos recibió en su despacho limpio como el hielo. Su mesa de trabajo tenía el orden y la pulcritud de una conciencia en paz consigo misma. Su biblioteca investía un despliegue geométrico riguroso. Los libros parecían no haber sido tocados, esos libros que González leía hasta los redaños en sus incansables vigilias. En las paredes, óleos, reproducciones, pergaminos, fotografías dedicadas. Recordamos los retratos de sus padres, de fray Mamerto Esquiú, el gran predicador catamarqueño a quien cantó Rubén Darío y a quien González oyó deslumbrado en su juventud, una foto berlinesa del general Roca, las cabezas de Aristóbulo del Valle, de Carlos Vega Belgrano, de Adolfo Posada, la de Rabindranath Tagore y un óleo del general San Martín pintado por Antonio Alice, su amigo, y un busto de bronce de Sarmiento, a quien González alcanzó a conocer y tratar. Las alfombras completaban el escenario y hablaban de amor al silencio de su dueño. Franqueada su confianza nos mostró un libro de Rabindranath Tagore, que acababa de obsequiarle, filadélficamente dedicado. ¡Qué

nos diría que, muchos años más tarde, nos sería dado ver en Shantiniketán, en el almandarache bengalí de Tagore, un ejemplar de *Mis Montañas*!, pero ya no pertenecían a este mundo ni el poeta de *Gitanjali* ni el nefelibata de Samay Huasi. Anotemos de paso que Samay Huasi en quichua tiene el mismo significado que Shantiniketán en bengalí. Es sabido que Tagore fundó en ese maravilloso valle de Bengala —en Bolpur— un centro internacional de estudios donde sus discípulos extranjeros de Europa y de Asia Menor permanecían largas temporadas. Desde allí la influencia de Tagore, apóstol de la paz, centelleaba y resplandecía mucho más allá de la India. De haber viajado a alguna parte, fuera del país, González lo habría hecho a Shantiniketán —la morada de la paz—, para escuchar la voz cantante, flúida y grave, voz de montaña, del poeta de *El Jardinero*. Pero no pudo ser.

El doctor González cuya imagen conocíamos a través de fotos y caricaturas y, sobre todo, por un admirable retrato a pluma de Aarón Bilis, se nos mostró superior a los cuadros que lo representaban, incluso el de Alice, tan noble, no obstante la asombrosa fidelidad con que los artistas habían reproducido sus rasgos, más atentos a la verdad esencial del dibujo que a la verdad esencial del modelo. Tenía el riojano una cara de planos regulares y tónicos, la tez pálida del hombre sometido a constantes vigilias, lejos del sol bienhechor de la tierra natal, los ojos grandes de desmayado fulgor bajo los párpados azulinos, la barba plateada, los bigotes llovidos, las manos de un blanco mate, surcadas por gruesas venas, la voz cálida, la sonrisa afectuosa, y era bastante decidor cuando se pulsaba el manantial de los temas que le apasionaban. Tenía aire de nefelibata, es decir de hombre que camina en las nubes. Y es que trabajaba implacablemente en el silencio de la noche, y durante el día andaba como dormido, pero no dormía, pues aquella cabeza tan ricamente dotada se hallaba en constante ignición y a los muchachos que lo admirábamos nos sorprendía no ver brotar de ella fuego y humo como a un dios de la mitología vichnú. También era un modo suyo de defenderse, pues cuando el interlocutor o los interlocutores lo fastidiaban con su cháchara les dejaba la cara, según lección del general Roca, y se iba a vagar o divagar por sus mundos interiores. Pero a González no se le escapaba detalle. Observaba todo entre sus párpados semicerrados. Y tenía el don de ver sin mirar, cuando quería, lo que le permitía captar las reacciones más recónditas de sus adversarios políticos, que los tuvo, y bien calificados, durante su larga actuación pública.

Hombre importante, no le daba importancia a su importancia, rechazaba la solemnidad y el envaramiento, y con su aire de provinciano inocente solía captar el perfil grotesco de ciertas actitudes. También era amigo de bromas, no exentas de sarcasmo cuando la ocasión se presentaba, pero siempre como reacción a la torpeza o la malicia del prójimo.

Cuando fue elegido diputado nacional por tercera o cuarta vez, un comprovinciano tan cargoso como pedante empezó a acribillarlo a requerimientos :

— Joaquincito, tú eres un hombre influyente, se te escucha, una palabra tuya puede resolver muchas situaciones, tienes que conseguirme un puesto importante, pero muy importante, en la capital. No aguanto más este agujero. Estoy harto de vegetar entre beocios.

El autocandidato tenía muy pocas cualidades y el doctor González no sólo no podía hacer nada por él, ya que no se conformaba con poco, sino que apenas volvía a su provincia el porfiado no perdía un minuto en volver a la carga, rompiéndole la paciencia y echándole a perder los días que don Joaquín quería pasar en paz entre los suyos.

— ¿Qué clase de diputado eres que no puedes conseguirme un empleo y nada menos que a mí? No me obligues a pensar que eres un mal comprovinciano y un desagradecido. (Aunque González no tenía nada que agradecerle y no era él precisamente quien desacreditaba a la provincia.)

Y cuando González regresaba a la capital era inexorablemente torpedeado a cartas por el botarate que le recordaba su « compromiso ».

Hasta que un día don Joaquín resolvió demostrarle su buena voluntad. Hizo una averiguación y le envió un telegrama :

— ¿Te interesa la dirección de la Biblioteca Nacional?

— Encantado, le respondió el otro.

Y allá fue el segundo telegrama de González :

— Calle México, 560, Buenos Aires.

El empedernido postulante no se lo perdonó nunca... Hasta que González le obtuvo un cargo en la Defensa Agrícola como destructor de langostas...

Otra vez, estudiante universitario, asistía González a un acto cultural que tenía como protagonista a un escritor norteño, difundido y fachendoso. Este escritor ofrecía a su desconcertado auditorio una serie de fábulas y apólogos cuyo héroe principal era el zorro. González mismo conocía y había escrito muchísimas historias zorrunas y no dejaba de traslucir su perplejidad al advertir, al socaire de la lectura, que el zorro de las consejas que escuchaba era siempre vencido por sus adversarios. No pudo reprimir su curiosidad y al terminar el acto, en un aparte con el empingorotado visitante, le embistió :

— ¿Cómo es eso, señor, que en sus fábulas el zorro, que es el símbolo de la astucia y de la picardía, resulta siempre vencido? Todos pueden con él : las gallinas, las mulas, los corderos, las palomas, los bueyes ; todos terminan venciéndolo. ¿Qué clase de zorro es el suyo?

— ¿Qué quiere, amiguito, los zorros que yo he conocido son así. He recogido las historias de sus andanzas de labios de mis abuelos, de los campesinos viejos, de las gentes con más experiencias del lugar e incluso viéndolos actuar yo mismo en mi terruño...

— Quiere decir, se permitió acotar González, con el aire más inocente del mundo, quiere decir que en su provincia hasta los zorros son zonzos...

Hombre de inclinación fácil y pronta para el bien, Joaquín V. González tuvo muchos amigos, a buena parte de los cuales no vio nunca, como que se comunicaba con ellos por escrito en un intercambio fecundo de ideas, de planes y de sentimientos. Tenía un verdadero culto de la amistad, ese amor sin alas como le llamó lord Byron. Fue amigo fraternal de Eduardo Wilde, tan notable médico como escritor, que se extinguió en Bruselas hace cincuenta años. Fue desde esa capital donde le escribió en cierta ocasión su amable corresponsal : « ¿Usted cree en el triunfo definitivo del libre pensamiento? La conciencia humana, añadió contestando a su propia pregunta, es como una balanza. Si echa usted peso en un platillo el otro se levanta. Yo creo en algo más positivo : el flujo y reflujo de la ciencia social. Si tapa usted un agujero en Europa, el error, como los ratones, abre su cueva en América, en Asia, en Africa. » Lo estamos comprobando.

Fue amigo de Agustín Alvarez, el brillante sociólogo mendocino, que compartió con él un escaño en el Congreso. « *Recuerdo su primer discurso* —nos refería González—, *recibido siempre con la curiosidad del que se prepara al goce de una caída. Pero, desde luego, se advirtió en el tono confiado, irónico, desparpajado del orador, que no traía miedo bajo la armadura de malla, y en cambio venía henchido de 'cosas por decir' y de resolución para afrontarlas. Mi mano fue una de las primeras en estrechar la suya. Nuestras manos no se han separado nunca más, sino cuando la muerte lo ha querido.* » Fue amigo de Adán Quiroga, el poeta y arqueólogo, que había nacido en San Juan el mismo día que él y cuyos libros evocan páginas imborrables de la civilización quechua en nuestro país. Fue amigo de Rafael Obligado, el poeta de *Santos Vega*, de Rodolfo Rivarola, maestro de maestros, de Marcos M. Avellaneda, político fuera de serie, del sabio naturalista ruso Carlos Berg, que tanto hizo por la ciencia en el Río de la Plata. Del notable cirujano y escritor belga Alfredo Segers, que estudió por primera vez las enfermedades de los indios onas en Tierra del Fuego, en 1896. Amaba a los naturalistas, poetas como ellos capaces de descifrar el mensaje recóndito de la hierba y del pájaro, no a los que matan el prodigio del ser para embalsamarlo en sus museos. Amaba a los hombres de ciencia que no confundían el espíritu con las fosilizaciones del espíritu. Amaba a los creadores que anunciaban el hombre presente y futuro, a los invisibles mensajeros del infinito. Solía ir al Observatorio Astronómico de La Plata para

le presentaran estrellas nuevas. Desde La Plata mantuvo correspondencia con altos valores del Continente. Con Guillermo Valencia, por ejemplo, el poeta de Popayán, de voz plenipotente que, como González, fue electo diputado nacional a los 23 años y prestigió por igual las letras y la acción pública. Guillermo Valencia es el padre del actual presidente de Colombia. Un humorista diría que la especie se perfecciona... lentamente. Fue corresponsal entusiasta del venezolano Gabriel Muñoz, médico, poeta y periodista político, que exaltó las glorias del general José Gregorio Monagas, redentor de los esclavos, y de Felipe Tejera, el autor imborrable de los *Perfiles Venezolanos*, una obra maestra en el terreno de la crítica literaria, y que trató, vanamente, de atraer a Joaquín González a Caracas, invitándolo a dictar un curso en la Universidad. También fue amigo de los uruguayos Zorrilla de San Martín y Carlos Vaz Ferreira, un poeta y un filósofo. Del autor de *Moral para intelectuales* recordaba siempre su aserto de que « la razón no es todo ; la razón completada por el sentimiento y la imaginación, pero nunca forzada, ni deteriorada, ni despreciada ». Cultivó la amistad del ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide, del salvadoreño Trigueros, del guatemalteco Rafael Arévalo Martínez, del mejicano López Velarde, el altísimo poeta de *La suave patria*, del crítico chileno Pedro Nolasco y del gran novelista Alberto Blest Gana, del melancólico poeta mejicano Amado Nervo, de los maestros brasileños José Verissimo y Alençar Araripe, del peruano Ricardo Palma, treinta años mayor que Joaquín González, cuyas historias demetéricas le entusiasmaron al punto de escribirle sugiriéndole afrontara la tarea de escribir unas *Tradiciones Riojanas*, grato y persuadido de encontrar a un hombre de talento capaz de emular sus *Tradiciones Peruanas*, talladas para siempre en el mármol de la más prístina solera americana. Lástima que la actividad pública le distrajo de su vocación esencial.

Trabajador formidable, sus cuartillas se acumulaban incesantemente sobre su escritorio y no obstante su facilidad y su dominio del idioma, sometía su prosa a un constante trabajo de revisión y perfeccionamiento. Recordaba a Tolstoy, que recopió siete veces los siete tomos de *La guerra y la paz* para ajustar el ritmo interior de la novela, pero estaba lejos de parecerse a Flaubert que se esforzaba tres meses seguidos gritando y blasfemando para producir cinco páginas musicales. González tenía mucho que decir, urgencia por decirlo y aceptaba, como Spinoza, el orden inflexible del mundo.

El fin

En 1922 enfermó gravemente. Se ahogaba encerrado en su resistencia porteña: « *Es triste morir entre cuatro paredes. Querría irme a Chilecito para tirarme bajo un árbol o morir en la montaña. El alma ha de volar mejor a su luz, bajo el cielo.* »

Don Joaquín tenía a dos kilómetros de Chilecito, cerca de la aldea San Miguel, su tebaida, en un oasis constelado de árboles y flores, escondido detrás del cerro que él llamaba « casero » porque parte de él está dentro de la finca. La llamó Samay Huasi. Antes de pertenecer al eminente argentino, la propiedad fue de un súbdito británico, William Treloar, muy amigo y admirador de González, radicado en Chilecito en la época del florecimiento minero. Treloar, agradecido por unas gestiones eficientes de don Joaquín en su favor, cuando sus primeros contactos con la región, transfirió a su ilustre amigo la finca, que se llamaba entonces « La Carrera ». González la transformó embelleciéndola de jardines y de construcciones anexas, que le dieron su actual carácter de Shantiniketán riojano. Tuve la satisfacción de visitar Samay Huasi en compañía de mi esposa, años atrás, en emocionado peregrinaje a la legendaria residencia donde don Joaquín pasó largas temporadas de trabajo y meditación y donde escribió sus *Fábulas nativas*, tradujo a Omar Khayyam y a Tagore y los *Cien Poemas* de Kabir, y que por decisión del maestro se ha convertido en casa de reposo para los escritores y artistas de todo el país. Extensos parrones, senderos entre monolitos, rumor de acequias. Dentro de la casa, su dormitorio habitual, una celda sombría y austera de cenobita con su cama desnuda,

donde el místico de los últimos años descansaba de sus trabajos de plantador y de pedrero a que se entregaba durante las vacaciones. Uno recuerda, frente a la pobreza franciscana de las habitaciones, la exclamación de Octavio Amadeo en la finca sanjuanina de Sarmiento : « ¡Qué grandes son las casas de los chicos y qué chicas son las casas de los grandes! »

Súbdito de los más altos sueños Joaquín V. González se encaminaba hacia los rosales de su finca anegado en su propia luz. No padecía la anosmia de Maeterlinck, que trataba desdeñosamente a Paracelso por haber intentado una clasificación de las flores por su aroma. Cualquier perfume, tímido o violento, lo desvelaba, y empujaba sus meditaciones como una creciente. Entrecerraba los párpados y caminaba por las estrechas callejuelas de tierra apisonada, guiado únicamente por las voces sutilísimas de las flores, como si en realidad oyese el reclamo de su perfume melodioso. A ciertas horas se detenía en el jardín, atraído por la crepitación sostenida —como la de la sal arrojada al fuego— de las flores que altercaban. A veces el mismo viento que hacía balancear los tallos de retama le llevaba el mensaje de la tierra y la montaña. El rostro alargado del soñador, bajo el fastigio de la alta frente surcada de finísimos pliegues, se inclinaba sobre las flores de un carmín subido, regadas por la buena sangre de los crepúsculos riojanos. Las ha contemplado muchas veces y ha perseguido el dibujo armonioso de sus pétalos jaspeados. Los rosales hablaban a su emoción con poderosa elocuencia. Sólo por ellos habría permanecido toda la vida en Chilecito, entre los tallos ramosos cubiertos de aguijones, sobrenadando en su atmósfera balsámica. Pero no pudo ser. El país reclama siempre a sus hijos mejores y es necesario cumplir con más altas exigencias, a despecho de renunciamientos y desgarramientos. Joaquín V. González, el cenobita de Samay Huasi, realizó, casi a pesar suyo, una obra singular y ciclópea. Fue un hombre ejemplar, un maestro de esos que raramente nacen y que honran en la vida y en la muerte la dignidad de la conciencia humana.

Murió en Buenos Aires el 21 de diciembre de 1923, a los 60 años. Por voluntad del Gobierno de la Nación y solicitud del gobierno y el pueblo de La Rioja sus restos fueron trasladados a Chilecito. La ambición del autor de *Mis Montañas* fue cumplida. Descansa a la sombra de un aguaribay que él mismo había plantado años atrás.

Su obra completa se compone de cincuenta y un títulos. Pero bastarán tanto como su vida, su ejemplo y sus libros, las pocas líneas de su declaración de fe para hacerlo inmortal :

« *Yo no soy un pesimista, ni un desencantado, ni un vencido, ni un amargado por derrota alguna,* afirmó. *A mí no me ha derrotado nadie y aunque así hubiera sido, la derrota sólo habría conseguido hacerme más fuerte, más optimista, más idealista; porque los únicos derrotados en este mundo son los que no creen en nada, los que no conciben un ideal, los que no ven más camino que el de su casa o su negocio, y se desesperan y reniegan de sí mismos, de su patria y de su dios, si lo tienen, cada vez que les sale mal algún cálculo financiero o político de la matemática de su egoísmo. ¡Trabajo va a tener el enemigo para desalojarme a mí del campo de batalla! El territorio de mi estrategia es infinito, y puede fatigar, desconcertar, desarmar y aniquilar al adversario, obligándole a recorrer distancias inmensurables, a combatir sin comer, ni beber, ni tomar aliento, la vida entera, y cuando se acabe la tierra, a cabalgar por los aires sobre corceles alados, si quiere perseguirme por los campos de la imaginación y el ensueño. Y después, el enemigo no puede renovar su gente, por la fuerza o por el interés, que no resisten mucho tiempo; y entonces, o se queda solo, o se pasa al amor, y es mi conquista, y se rinde con armas y bagajes a mi ejército invisible e invencible.* »

Este es el hombre que nació hace cien años en un rincón argentino, para honor de la especie.

CUATRO POEMAS DEL MUNDO HEBREO

Cosas

Soy un enamorado —lo confieso—
de las cosas vulgares,
de los bienes del mundo,
transitorios y eternos,
de aquí y ahora, de doquier y siempre:
del cielo azul y de las nubes blancas,
del gayo Sol y de la triste Luna,
del cósmico teorema de las constelaciones,
del mar de níquel y del pez de plata,
del campo verde y de la vaca roja,
de la carne del pan plebeyo,
de la sangre del vino ilustre,
del pundonor del hombre,
del pudor de la hembra,
de la amistad sapiente,
del amor adivino,
de los pueblos sin número,
de las habas sin cuento,
del arte, de la ciencia, de la filosofía,
de esta maravillosa vida humana
que en su loco furor mis semejantes
pervierten y destruyen.

Imágenes

Génesis, I, 26.
Exodo, XX, 4.

Dios quiso crear su imagen
—la más santa, la más pura—
y, aunque era Dios, sólo pudo
crear su caricatura.

¡Cómo, después, no prohibir
que el idolillo feroz
tentara él, a su vez,
crear la imagen de Dios!

Vaivén

« A mis soledades voy,
de mis soledades vengo. »

LOPE DE VEGA

De tus soledades vengo,
linaje de soledades,
y a tus soledades voy,
saudoso de mi linaje.

De ti traigo estas herencias:
tus astros y tus desastres,
y a ti llevo estos tributos:
mi pensar y mis pesares.

Por mi cuerpo y por mi alma,
soy tu infante;
por mi insomnio y por mi llanto,
soy tu madre.

Estética

He envejecido trovando,
como un poeta cabal,
mas trovando, a lo profeta,
sobre el bien y sobre el mal.

He trovado por decenios
y me conozco al final:
yo no siento otra belleza
que la belleza moral.

CARLOS M. GRÜNBERG

MINAMOTO-NO YORITOMO. ÉPOCA KAMAKURA. MUSEO NACIONAL DE TOKIO

Diálogo sobre arte japonés

POR DAMIAN CARLOS BAYON

La exposición que el gran titulador André Malraux bautizó abusiva, pero poéticamente como *El Más Allá en el arte japonés*, constituye sin duda el acontecimiento artístico de actualidad más importante en este otoño de París.

Si hace poco traté de poner algunos puntos sobre las íes con respecto a la arquitectura gótica o el arte romano —que padecen ambos de mala prensa entre el esnobismo internacional de turno— no veo por qué no debía afrontar esta vez un aspecto del arte oriental que goza, por el contrario, de un prestigio que se hace a veces sospechoso por venir de quien viene, o sea de grupos sociales cuya definición misma es la superficialidad.

Siempre me escandalizó la desenvoltura con que los críticos occidentales se lanzan a perorar sobre el arte oriental —*ballet* chino, cine japonés—, que apenas conocen y cuyos contenidos profundos las más de las veces sencillamente ignoran. No obstante, hay que repetir hasta el cansancio esta verdad inconmovible : *ningún lenguaje plástico es captable de inmediato por el mero hecho de abrir perezosamente los ojos ante las obras propuestas.* Me remito al insospechable Croce cuando decía que si un ciego de nacimiento llegara, de pronto, a ver, para él la mejor de las obras maestras de la pintura no pasaría de ser una « imbrattata tavolozza », o sea sencillamente : una paleta embrollada...

Es decir que en arte, en contra de lo que cree el profano, hay siempre dos tiempos : el de ver físicamente con los ojos de la cara y el de leer lo que esa obra de arte quiere profundamente decir. Conste que no me refiero aquí tanto al simbolismo —que ha estado de moda estos últimos años— como estrictamente a algo más modesto y concreto : la significación de la obra. Cuando ante un texto en idioma desconocido le pe-

dimos a alguien que nos lo traduzca, le estamos pidiendo exactamente lo mismo que al crítico o al historiador ante el cuadro : o sea que nos dé, en términos conocidos —vale decir en nuestro propio idioma—, la significación de aquello que se nos escapa. Para no caer en los alcances de la palabra bíblica cuando dice : « Tienen ojos para ver y no ven. »

¿Más claro aún? Una *Crucifixión* con la Virgen, San Juan, la Magdalena y unos soldados jugando a los dados en un rincón no es algo que un hombre versado —si no es de formación cristiana— pueda automáticamente leer, descifrar.

Quedamos, pues, en que ninguna obra es legible al primer golpe de vista. Y es quizá nuestra insolencia occidental la que nos ha llevado primero a rechazar, después a aceptar el arte oriental, el negro, el autóctono de América bajo sus aspectos más superficiales, o sea buscando en todos ellos el extrañamiento, reclamando a cualquier precio aquel famoso estremecimiento nuevo del cual el siglo XIX parece haber sido tan goloso.

Después de visitar concienzudamente la exposición, y solo —como es mi costumbre—, me convenzo de mis limitaciones ante el arte oriental. Reacción lógica : he pedido ayuda. ¿Y a quién mejor que a una joven japonesa que prepara aquí, en París, una tesis de doctorado sobre influencia del arte oriental en el siglo XVIII francés? Dicho y hecho. El perspicaz lector observará en lo que sigue que mi técnica consistió en preguntar, en plantear problemas. Espero no embrollar demasiado esta nota tratando de explicar simultáneamente lo que ambos vimos y las consideraciones que mi asesora circunstancial hizo a lo largo de ese inolvidable paseo.

La exposición consta de cuatro partes principales, que si bien un tanto heterogéneas entre sí, poseen valor suficiente para justificarlas. Hay, así, una sala prehistórica dedicada a pequeñas figuras y vasijas de cerámica (5000 a 1000 antes de J.C.) ; una sala de *haniwas,* figuras de terracota que se colocaban en las tumbas por motivos religiosos (400 a 600 de nuestra era) ; una sala de escultura búdica que comprende obras metálicas y en madera (siglos VII al XII de nuestra era) ; y, por último, varias salas de pintura de inspiración Zen, sal que abarcan desde el siglo XIV hasta me diados del XIX.

Pero entremos ya en la exposición sin más trámite. La primera sala —como h dicho— nos presenta en vitrinas una seri de pequeñas figuras esquemáticas y rud mentarias que, como me hace notar mi guí se parecen un poco a las de todas las cu turas muy remotas. En cambio las vasij despiertan mi entusiasmo. Son altas, has de sesenta u ochenta centímetros, tronc cónicas en su mayoría, y sus rebordes exaltan en formas delirantes que encuent poco « japonesas ». Consultada mi asesor me confirma en mi opinión, ya que, m dice, esas obras no se parecen en nada a l del arte japonés posterior. Lo que prueb —pienso yo para mis adentros— hasta q punto es ridículo querer encontrar un d nominador común a lo largo de cincuen siglos. No hay, pues, « Japón eterno » co mo no hay tampoco « España eterna », y me lo sospechaba... Los vasos tienen su s perficie exterior rayada en curvas paral las, que junto con los rebordes agresivos d ben ser consideradas como una interpret ción de las llamas. Es la primera vez q veo el fuego estilizado de manera tan pl tica : ¡formas nacidas del fuego y que ex tan el fuego!

Pasamos ya a la sala de los *haniwas.* S toscas pero muy graciosas estas figuras q desempeñan un papel importante en los r tos funerarios antiguos. Miembros simp mente cilíndricos, cabezotas redondas en l que los ojos son dos agujeros negros y presivos, y la boca un tajo hecho con el chillo, un tajo en media luna que los ha sonreir enigmáticos. Mi encantadora y bia acompañante me explica —sin somb de pedantería— que en esa lejana épo cuando moría un personaje importante h bía la costumbre bárbara de sacrificar ta bien esposas, hijos, servidores, animales su pertenencia. Más tarde estas figuras q aquí vemos vinieron a sustituir a las víc mas en una práctica más piadosa —y p qué no decirlo— también más económica.

Es este un arte que parece hecho pa gustarnos a nosotros los contemporáneos muy despojado, sus caracteres se acusan c toda franqueza. Para colmo son obras r pidas en que, sin embargo, se luce la ha

lidad de una gran artesanía. Y al no ser obras cultas poseen ese perfume del arte popular que se lleva muy bien —aunque sea en contrapunto— con la artificialidad de nuestra existencia moderna.

De una sala a otra, de un mundo a otro. Vamos ahora a ver la escultura búdica, aquí sí estamos en pleno dominio de un arte refinado que sopesa todos y cada uno de sus efectos simbólicos, plásticos. Hasta ahora me había sentido cómodo : los mitos eran remotos y, en cierto modo, se nos escapaban en la vaguedad de lo incierto. Pero entro aquí al dominio cerrado de una gran religión cuyas leyes y evolución me son ajenas. Reclamo, pues, de mi joven maestra una clase elemental sobre budismo. Estamos ante una imagen de pie que representa a *Juichi Men Kannon,* bodisatva de los once rostros. Mi compañera me explica en un susurro —la gente empieza a rodearnos— quién es ese personaje. Para los chinos se trata de una divinidad femenina, para los japoneses es simplemente asexuada. Lo cierto es que encarna una divinidad protectora, de ahí su popularidad, agrega mi guía con una sonrisa... La figura —como la mayoría de las de esta sala— se yergue majestuosa sobre una flor de loto abierta, símbolo de la pureza.

Nos acercamos para detallarla después de haberla admirado en conjunto. Es mayor que tamaño natural, toda su estatura se alza majestuosa con el brazo derecho a lo largo del cuerpo, y el izquierdo, recogido, llevando una ampolla de agua purificadora. Las vetas se destacan nobles en la carne de la madera opaca y antigua. Con manía de especialista, temiendo chocar a mi interlocutora, desciendo al plano práctico y le pregunto si esas estatuas, en general, no eran policromadas. Mi guía confirma mis dudas : sí, debían estar pintadas con laca. En efecto, acercándonos descubrimos todavía rastros de color. Nosotros los modernos las preferimos, sin embargo, así, gastadas como un objeto usual —un cuchillo, un arado— que ha recibido la caricia del tiempo, que la intemperie ha dejado liso como los guijarros de las playas.

Llegamos ahora frente a otra estatua también mayor que tamaño natural. Representa una divinidad masculina de cuerpo no activo sino contemplativo, con esa morbidez que nos resulta chocante en el cuerpo del hombre. Mi interlocutora me explica que se trata de *Yakushi Nyorai,* maestro de la medicina. Es esta la otra vertiente del budismo, la de los ritos prácticos : este intercesor protege de las enfermedades y las cura ; el culto de *Juichi Men Kannon* era mucho más espiritual y desinteresado.

Estamos ya mano a mano ante la obra que en mi humilde ignorancia consideré en mi primera visita solitaria como la más hermosa de la exposición. Se trata de la imagen de *Jizo Bosatsu,* divinidad masculina, y la escultura es de la época Heian (794-1184). Mi compañera me explica con su gentileza habitual y un hilo de voz (que ha desanimado a los que habían empezado a seguirnos) el papel benéfico de esta divinidad que literalmente « pesca » las almas cuando se extravían... La figura esbelta y de una suprema distinción aparece a los fieles —yo soy ya uno de ellos— de pie sobre su pedestal de loto estilizado. La mano derecha recoge con delicadeza un pliegue de su manto que le cubre piernas y hombros y le descubre el pecho ; la izquierda —abierta— presenta un objeto bulboso, la joya sagrada cuya posesión permite, como la lámpara de Aladino, el cumplimiento de cualquier deseo.

Los ojos bajos, la sonrisa enigmática, la alta cabeza cupular rapada —como mi compañera me hace notar— no corresponden al tipo racial japonés, ni siquiera al chino. Estamos aquí en presencia de rasgos étnicos de la India, la propia tierra que vio nacer al príncipe Sakyamuni, el Buda. Mientras admiramos la escultura un rayo de sol pálido de otoño parisiense se filtra por la ventana y va a caer sobre la joya de *Jizo Bosatsu* : el prestigio de la hora se hace perfecto. No hay duda de que se trata de una divinidad benéfica y propicia.

Vemos ahora unas estatuitas realistas de la época Kamakura (siglos XII al XIV) que representan a dos de los diez grandes discípulos de Buda. Una de ellas no vale gran cosa, es adocenada y un tanto vulgar. Pero a su frente nos topamos con una pequeña escultura de unos noventa centímetros que representa a un anciano que se apoya en un báculo y tiene una mano tendida y la boca abierta como si hablara o predicara.

De cerca, la cara trabajada de arrugas con sus minúsculos ojillos de cristal es una maravilla de observación y de perspicacia psicológica.

Nos enfrentamos ahora con una estatua de madera negra pulida. Representa a un hombre obeso, sentado, con las piernas abiertas enfundadas en amplios pantalones que se estrechan en los tobillos y tocado con un birrete puntiagudo. Mi compañera se divierte mucho y, por primera vez, me somete a examen preguntándome quién creo yo es este personaje de nariz respingada y ojitos brillantes. Confieso humildemente que lo tomo por un monje bien alimentado, por un escriba... Nada de eso : se trata nada menos que de *Minamoto-No Yoritomo*, el primer *shogun*, uno de esos señores feudales que desde el siglo XII hasta mediados del XIX gobernaron el Japón pasando por encima de la autoridad de los *mikados*.

Historia aparte, me entusiasma en esta escultura la simplificación de los planos y de los volúmenes. A pesar de que estamos en una época de naturalismo como la Kamakura : puede decirse que sólo la cara refleja esa preocupación. Todo está visto en grande, sin detenerse en detalles nimios de los que empequeñecen. ¿Será influencia de la biografía de este audaz que se instaló en el poder...? Lo cierto es que, ahora, al alejarme de él descubro en su redonda faz, que sólo me parecía bonachona, los rasgos inconfundibles de la pasión de mandar.

A propósito de la usurpación del poder aprovecho para preguntar si el hecho de haber una religión « oficial » como el shintoísmo no establece un abismo entre el emperador y sus súbditos, budistas en su inmensa mayoría. Con gran sorpresa para mí me contesta que si bien el emperador sostiene el culto Shinto por considerarse él mismo como un descendiente de los dioses, por otra parte practica el budismo, ya que ambas cosas, en Oriente, no son incompatibles. El shintoísmo —prosigue— es un verdadero panteísmo con muchos puntos de contacto con el antiguo panteísmo griego, por ejemplo. Hay mitos que se repiten ; el Japón también conoce la leyenda de un Orfeo que va a buscar a su Eurídice hasta lo más profundo de los Infiernos...

Biombos y *kakemonos* (o sea pinturas que se desarrollan como mapas) llenan literalmente las próximas salas. Son pinturas de inspiración Zen y que abarcan del siglo XIV al XIX. Las primeras pinturas que aquí vemos son de la época Muromachi (1334-1567). Se trata de una forma de arte que renuncia deliberadamente a los efectos de policromía. Siendo el Zen, en sí mismo, una forma depurada de budismo contemplativo, su arte tiene tendencia a desestimar los valores meramente terrenales, lo que asume el doble aspecto de una exaltación de la espiritualidad por una parte, y por otra, de un humorismo que se divierte en rebajar a todos los que de una manera u otra caen en lo que un cristiano llamaría pecado de soberbia.

La pintura en sí misma está realizada a la aguada, o sea utilizando exclusivamente la tinta china que se rebaja con agua para conseguir todas las gamas intermedias del gris. Como me encanto con la figura de dos monjes pobres y desmelenados que ríen a carcajadas, mi intérprete me cuenta la leyenda y ante mi asombro empieza a traducir directamente el texto del siglo XV que figura en el ángulo superior izquierdo de la pintura. Admirado le pregunto cómo puede descifrar una escritura tan antigua. Con toda naturalidad y modestia me dice que la escritura apenas si ha cambiado desde el siglo XII. Y ya que estamos en el tema le pregunto cuánto tiempo le lleva a un niño aprender a escribir. Varios años, sin duda —no está muy segura— y agrega que depende de la capacidad... Pero yo, que no suelto presa, insisto : « A Ud ¿cuánto le llevó? » Entonces me confiesa sonrojándose, que ella escribe muy mal y que además siempre teme el uso de la escritura tradicional que tanto descubre el carácter de la persona. Confieso que nunca se me había ocurrido pensar en la grafología oriental. Sí, para esta gente tener mala letra debe ser algo peor que para nosotros. A no ser que haya también el esnobismo de escribir de modo incomprensible para pasar por inteligente...

Biombos que detallan las cuatro estaciones, que oponen unos monitos traviesos a unos bambúes que el viento tuerce y rompe ; los animales y plantas vistos en su carácter más significativo ; los hombres anotados en el contexto de una naturaleza a

mónica... De todo eso hay para deleitarnos. Los dos pintores que llenan las últimas salas son Hakuin (1685-1768) y Senguai (1750-1837), ambos practicantes de una pintura Zen enderezada las más de las veces a la crítica, a la desestima —cuando no a la burla directa y cruel— de muchos aspectos del hombre.

Mi compañera se asombra un poco de la cantidad y heterogeneidad de las obras expuestas. Con todo son, en su mayoría, admirables. Prefiero sobre todo las de Senguai, más despojadas y en las que el pintor con dos o tres golpes de pincel es capaz de crear un mundo de pequeñas figuritas muy cómicas y expresivas. Se trata de un verdadero antepasado de los caricaturistas modernos y, en ese sentido, nos resulta mucho más « nuestro » que la mayor parte del arte occidental de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

Al salir, la tarde ha declinado ya : una hermosa tarde de este admirable otoño que nos ha tocado vivir en París. Para agradecer un poco su atención invito a mi interlocutora a tomar una taza de té. Pero esta « ceremonia del té » occidental, para mi vergüenza, deja mucho que desear...

¿Será ilusión? Al despedirnos en el tráfico de París me parece haber adelantado aunque sea un pasito más en la comprensión de ese gran arte oriental. De la mano de mi maestra ocasional he llegado como un niño dócil a descifrar alguna de las palabras de ese lenguaje que se me escapa. No hay duda : los hombres no están tan separados entre sí como se empeñan en hacernos creer los pesimistas de profesión.

SENGUAI : « CAMPESINO ». ÉPOCA EDO. COLECCIÓN IDEMITSU. TOKIO

La escultura del Aleijadinho

POR ROMUALDO BRUGHETTI

Arquitecto y escultor, Antonio Francisco Lisboa, *O Aleijadinho* (1738-1814) prestigia artísticamente el siglo XVIII americano. Participa por igual de la realidad y la leyenda a causa de una enfermedad (lepra o reumatismo deformante) que hizo de él en la segunda mitad de su vida un ser desdichado e irascible. Poco se sabe de este artista, hijo de un hábil carpintero portugués analfabeto y de una esclava africana o criolla. Cuarenta y cuatro años después de la muerte del escultor, Rodrigo José Ferreira Brétas trazó su perfil bastante alterado por la imaginación popular, por el cual lo conoce la posteridad : « Antonio Francisco —escribió su biógrafo en *Correio Official de Minas,* 1858— era pardo oscuro, tenía voz fuerte, la palabra arrebatada y el genio irritable ; su estatura era baja, el cuerpo macizo y mal configurado, el rostro y la cabeza redondos y ésta voluminosa, la frente ancha, la nariz regular y un tanto puntiaguda, los labios gruesos, las orejas grandes y el pescuezo corto. » ¿Que en el curso de su existencia perdió manos, dedos y dientes, que el grave mal le vino de excesos venéreos o de la zamparina o de reiteradas deformaciones de la parálisis o por haber ingerido una fuerte dosis de cardina (substancia que tenía el poder de acrecentar la inteligencia y la facultad creadora), que trabajaba oculto o que buscaba el amparo de la noche? Ese retrato lo presenta a un tiempo como hombre de buena salud y de buena mesa en su juventud, alegre y excelente bailarín, de corazón generoso y mano abierta ; ma en su madurez a tal punto es atacado po la enfermedad que su ayudante principa Mauricio, debía atarle el escalpelo a su muñones, y otros dos, Agostinho y Janua rio, acompañarlo en sus salidas hasta l lugares en que trabajaba. Lo cierto e que —contraparte de la obsesiva leyenda— casi hasta el fin de sus días pudo escribi y firmar con rúbrica pródiga los recibo que daba a sus clientes por sus obras. N tivo de Villa Rica (Ouro Preto) el *lisiadi* surge hoy legítimamente a nuestros oj a través de su escultura, que nace no e una época de esplendor de esa colonia po tuguesa, sino agotado ya el deslumbram poder del oro minero, como el signo d una auténtica concreción artística y e anhelo de independencia creadora. Sea a su escultura la que habla por él. Digamo anticipadamente, que hay en ella much de imitación de estilos, aun de repetición copia o calco, en la que intervinieron co laboradores de su taller ; pero su expresió si bien irregular, es imaginativa, múltip e impar, propia de un espíritu verdadera mente dotado para el arte.

Todo artista inscribe la historia de su devociones y de sus rechazos frente a l labor de otros artistas del pasado y del pre sente. O Aleijadinho acoge modelos e in fluencias notorias sin haber salido de su tierra natal —Minas Geraes—, compul sando grabados y estampas de obras eu ropeas que poseían las hermandades r

ligiosas a las que entregaba su trabajo. Al esbozar un itinerario para el estudio de su obra, válido es comenzar por el medallón « San Francisco recibe los estigmas », situado en la fachada de la iglesia del mismo nombre en Ouro Preto, templo de bellas formas curvilíneas erigido según planos del mismo Aleijadinho, uno de los más hermosos y originales del barroco brasileño. En ese relieve, la yuxtaposición de estilos es evidente. El artista muestra un fiel acogimiento del barroco de acento alemán en el Cristo, pero no desdeña el naturalismo plástico de procedencia italiana, el cual lo lleva a rechazar toda afectación o dramatismo exagerado. En dicha iglesia otras esculturas lo definen, esta vez con ángeles que parecen calcados de obras francesas de la época y el estilo de Luis XV, hecho que no debe extrañar por cuanto este estilo había sido acogido por el rey de Portugal Don Juan V y pasó a las colonias. Por otra parte y con anterioridad, el relieve en madera dorada del altar mayor acusa la impronta del gótico francés. Las figuras de pie de grandes cabezas lo certifican. En cambio el púlpito de la capilla mayor de la iglesia de San Francisco de Asís, en el relieve frontal « Jesús y los pescadores », se remonta al siglo XV toscano. Pero es en « Los cuatro evangelistas » (1771-72) donde la potencia humana de la forma emerge en la seguridad del dibujo que se ciñe a la masa y define el volumen. Hay en los citados relieves un noble equilibrio en el rigor formal del oficio que acentúa la representación sin descuidar los valores plásticos y los rasgos psicológicos de los personajes. Esa tendencia del artista se intensifica en la figura principal de la Fuente Bautismal (1778-79), que posee el movimiento y la humanidad de un renacentista (Jacobo Della Quercia), precisa en la forma y densa en la expresión escultórica.

El artista alcanza el dominio del instrumento que habría de caracterizarlo no sólo en un largo aprendizaje técnico, sino en la búsqueda de una forma adecuada a la propia vivencia interior apta para afinar su visión plástica. Baste recordar en O Aleijadinho, el púlpito de la iglesia de Nuestra Señora, de Sabará, cuyas fechas de ejecución documentan los años 1770-71, un poco antes o simultáneas de las obras más arriba aludidas, o sea el período que se inicia en 1766 con la construcción de la iglesia de San Francisco. Aquí se le ve acentuar los perfiles de sus figuras, acudir a la imaginería bizantina, atenerse al plano bidimensional, con una tosquedad graciosa aunque a veces torpe en el modelado. Es otro momento de su experiencia para ascender de nuevo al Quattrocento en el relieve de San Marcos ; o, con una deliberada voluntad de síntesis, cuatro decenios más tarde, volver a otorgar un curioso acento popular —como un tallista del siglo XIII— a las figuras que ornan el altar de Nuestra Señora de la Piedad en la iglesia de N. S. del Carmen, en Ouro Preto (1807-08), en la composición en madera dorada « Job y el diablo », tan opuesta a los ángeles, en estilo Luis XV, que coronan la portada de ese templo.

Conocidos así estos antecedentes diversos y definidores, es en Congonhas do Campo en donde se celebra la obra más personal de O Aleijadinho : allí el artista se enfrenta, en su madurez, con su profunda condición de hombre espiritual. Lo señalan el conjunto de doce profetas mayores y menores de Israel, esculpidos en esteatita o piedra jabón (su material preferido), colocados en la escalera de acceso al atrio del Santuario del Buen Jesús de Matosinhos (1800-05), desde cuya explanada se abre en un vasto espacio panorámico el sugerente paisaje serrano. Cabe adelantar que no es en la indumentaria que cubre los cuerpos de los profetas, vestidos con hábitos eclesiásticos y cortesanos de la época y también con túnicas y mantos que evocan a reyes orientales, ni, sobre todo, en las evidentes desproporciones y deformaciones anatómicas que ostentan no pocas de sus estatuas hechas con intervención de oficiales de su taller, sino en las admirables *cabezas* —no pocas magistrales— en las que el sentimiento creador del artista culmina. Sus profetas están puestos sobre soportes, en los extremos de un rítmico movimiento que realza la belleza del emplazamiento, fehaciente testimonio del sentido armónico que lo animara como arquitecto y escultor. En la

primera línea, para el que asciende los peldaños de la escalinata, están : Abdías, Jeremías, Isaías y Habacuc ; en la segunda : Amós, Baruc, Ezequiel y Nahum ; en la tercera : Jonás, Daniel, Oseas y Joel. Quien sólo se atuviese a ciertas figuras desproporcionadas, gruesas o abultadas, hasta deformes, de manos anchas y toscas, como Amós, pongo por caso, no comprendería el valor de las obras de Aleijadinho. Leonardo supo en « La última cena » remarcar la idiosincrasia de cada uno de los apóstoles ; O Aleijadinho continúa y renueva, en tierra de América, una hazaña no menos ambiciosa en la concreción de sus profetas. Son, las de sus estatuas, cabezas expresivas, rostros graves realzados por la arquitectura del gorro o turbante y alargadas por el dibujo de los cabellos en guedejas y las barbas. Mas, ante todo, son presencias humanas y a veces fantásticas dignificadas por el arte, de una realidad simbólica y moral.

Isaías emerge en líneas fundamentales que remarcan su asombro clamante, y Jeremías, con el tono viril de sus bíblicas lamentaciones. Baruc tiene una mirada serena y dulce ; Ezequiel una actitud de lucha ; Amós está pensativo, en su flamígera entrega espiritual ; Habacuc, angustiado y desafiante ; Nahum, atribulado y dolorido. Jonás se siente aterrado ante el reclamo de Jehová ; Daniel se entrega a la introspección meditativa y lúcida, con el signo del león y en su frente la rama de laurel. Oseas mira de frente, interpretando el mensaje que le fue revelado, con una pluma en la mano derecha y arrobado por la inspiración providencial. Se dijo que las vestimentas o ropajes son convencionales, pero en Ezequiel el impulso que comunica el escultor a su figura en la parte superior hace olvidar ese detalle por la variedad de las formas cuidadosamente remarcadas por el modelado plástico. Lo mismo ocurre en Abdías y en Nahum, cuyos mantos, que cubren sus espaldas, caen con sobriedad, o como en Jonás (con el signo de la ballena) y Daniel (con el león) en que los varios elementos ensamblan e integran la composición.

Un rasgo que aparece con reiteración en los profetas, es el hallazgo excelente de los sombreros o tocados que concluyen en un botón esférico y evocan a monarcas orientales, a visires persas, una forma octogonal que otorga estructura geométrica a las cabezas, a la par que hace resaltar la dignidad y la grandeza de dichos personajes paradigmáticos, consciente el escultor de su oficio y del drama que encarnan sus criaturas. Naturalmente atiende O Aleijadinho la luz y la sombra : cada figura está en luz, o acoge la sutileza del claroscuro, ya de frente, ya de escorzo. Las linajudas cabezas ganan por su espiritualidad, contrariamente a los cuerpos, que a menudo son defectuosos, pesados y materiales ; por otra parte, aquéllas se adaptan al sentimiento anímico sin perder el estatismo macizo de su corporeidad pétrea. En la variedad de los rostros, Joel formalmente tiene una característica europea, de un naturalismo gótico en tanto que a Amós lo invade una honda tristeza, expectante y grave, que asume rasgos físicos —por los ojos velados— de un mestizo brasileño. Los ojos y la boca destacan la expresión de Ezequiel ; los largos cabellos no disminuyen en Abdías la intensidad de su cara ancha, de fisonomía criolla, aún más típica que la de Amós. A veces O Aleijadinho talla en algunos rostros una barba en punta o dividida sobre el mentón. Sólo Isaías luce un capuchón de monje, y « luengas barbas » y la cabeza de Nahum se adapta a la verticalidad de la barba, que afina la expresión escultórica.

Esta galería de *cabezas* asume, a mi juicio, jerarquía humana y estética en la obra de Antonio Francisco Lisboa. En « Los pasos o escenas de la Pasión de Cristo » (1795-98), ejecutados para las capillas de posas adyacentes al santuario, tallados en cedro y pintados con colores claros, el artista busca el efecto popular, un realismo ingenuo en el que tiene valor la anécdota y hasta la caricatura. Salvo escasas excepciones, no lo distinguen especialmente. Partiendo de los bizantinos a los góticos, de los prerrenacentistas y renacentistas a los barrocos y cultivadores del rococó, O Aleijadinho aborda con claridad representativa sus rotundas imágenes, o las deformaciones por necesidad expresiva, procedimiento mediante el cual recuerda por momentos a Claus Sluter y, más precisamente, la es-

cultura barroca de la Europa Central, cuando no al gótico Giovanni Pisano, en Isaías. No obstante, su naturalismo imaginativo, a veces realista, lo liga a una visión de acentos propios, equidistante tanto de las escuelas clásicas como del popularismo elemental, actitud única en su hora, en nuestro continente.

O Aleijadinho pertenece a la estirpe del mestizo quiteño Manuel Chili, *Caspicara*, que también acogió en sus tallas los estilos renacentista y barroco. Pero su personalidad es excepcionalmente singular en el tratamiento de sus profetas y en la densidad expresiva con que sabe dar carácter a sus rostros, hasta el punto de acoger en su conciencia el dolor y la rebeldía de un pueblo —en su condición de mulato— con el ejemplo simbólico de esos testigos de piedra ; un pueblo nuevo que clama por la libertad sin falsas tutelas. Razón tiene Mario de Andrade al calificarlo de « un verdadero aborto luminoso », y al decir : « Evoca a los primitivos italianos, no le es ajeno el Renacimiento, penetra en el Gótico, es por veces casi francés, muy alemán casi siempre, español en su realismo místico... Y en esto lo importante es que profetiza americanamente el Brasil... » Doble virtud de su vida y de su obra.

MARC EEMANS : « HYMNODE » (1956)

Los locos

POR LUIS GUILLERMO PIAZZA

Cuando Emiliano Zapata *entró en la ciudad de México, nada cambió para el Señor Grande y la Señora Grande, que entonces no se llamaban así porque eran tan jóvenes. Dieron órdenes a los sirvientes de cerrar las puertas (verdaderamente* cerrar), *de no dejar entrar a nadie y de salir de vez en cuando a hacer las compras más indispensables. Se quedaron también el Tío, la Hermana Boba y Grillo, el bufón.*

En un cuarto acumularon el oro « que serviría para mucho tiempo, hasta que los hijos nacieran y crecieran ». Destinaron la sala para las orgías, « para que la casa pareciera la vida misma, tan variada ». Al jardín lo arreglaron de tal modo que en el estanque pudieran caber los veleros con los que, ocasionalmente, regresaban a Europa. Si no tenían ganas de navegar, el Señor Grande decía por ejemplo : And now I am in the mood to smoke a cigar and think of Spain and Spanish scenes and persons. *Entonces la Señora Grande se ponía su vestido de gitana de Granada y los demás la acompañaban con panderetas mientras recitaban las más viejas romanzas sefardíes*

Nani, nani, la mi hija,
criada que no parida
criada de los mis pechos,
de mi tripa no salida :
si tú eres la mi hija
otro nombre te metía,
le llamaba sanguijuela,
nombre d'una hermana mía.

Otras veces regresaban a Tenochtitlán, porque como decía el Tío « no se debía ser tan europeizante » y « hay cosas que vale la pena vivirlas aunque no se las haya vivido ». Con armaduras, lanzas y caballos que se reproducían mansamente en los patios (« los animales en cautiverio viven más », decía Grillo), la ciudad imperial se les aparecía entre las brumas, con un vago sonar de teponaztles. Apenas si se alcanzaban a ver los canales o los puentes o las pirámides, pero en los jardines de Moctezuma a menudo encontraron toda suerte de flores desconocidas, extraños monstruos y enanos tristes.

A la Señora Grande esto le indignaba :

« ¿Cómo se les ocurre volver a un lugar en el que nunca hemos estado? », decía. « Además, ese olor a sangre es insoportable, y ver otra vez los sacerdotes con las cabelleras untadas... Sacrificios... sacrificios... sacrificios... ¿Para qué Nosotros somos cristianos...? » Y mostraba el fino cuchillo de obsidiana que le había regalado el que parecía ser el principal, el de las plumas de quetzal. « Miren, todavía está manchado. Cada vez que abro un libro me parece que partiera un corazón, o una sandía. Por eso ya no leo. Las sandías son para los negros. Los de la Cabaña (« del Tío Tom », apuntaba por lo bajo el bufón con un guiño). Los negros no son como nosotros. El que se aparta de su condición... »

Cuando se ponía así, lo único que podía calmarla era un viaje a París. Sobre todo en globo. Lo inflaban y se remontaban por sobre las azoteas y los campanarios. La Señora Grande anunciaba desde lo alto :

« La Chronique Scandaleuse ou... (*aquí mantenía la boquita redondeada como imitando una sirena y ansiando una larga expectativa*) PARIS RIDICULE ! ! ! »

« Voyons », *decía la Hermana Boba, que solía acompañarla.* « Le Palais... le Cimetière des Saints Innocents... les Tuileries... la Chapelle du Louvre... »

« Voilà ! », *decía la Señora Grande* « *¡Ay!, ese lugar en el que me pasó lo que no debiera haberle pasado a una niña. ¿Pero qué fue, comparado con lo que sucedió al pobre Le Petit, claro que en el siglo XVIII ?* »

« *¿Qué le pasó?* », *preguntaba por costumbre la Hermana Boba con un bostezo y restregándose los ojos (se dormía tan poco en esos tiempos) mientras veía los barquitos que como moscas se pegaban y se desunían en el Sena, se pegaban y se desunían.*

« *El pobre tuvo que andar por toda Europa* —Regardez la Place du Carrousel!— *huyendo de la justicia del rey, por haber muerto a un monaguillo agustino en un baile de máscaras. Volvió en secreto y se puso a escribir sus versos*

Quand vous verrez un homme avecque
[gravité...
Barbu comme un sauvage, et jusqu'au col
[crotté...
Etcétera, etcétera, etcétera.
Dites assurément : c'est un poète fran-
[çois !

Escribió Le Bordel des Muses. *Sí :* Le Bordel des Muses. *La policía se enteró de esta obra contraria a la seguridad del Estado, a Dios y a la Santísima Virgen. ¿Cómo? Pues... un día el viento dispersó las hojas, una cayó por la ventana, la vio un cura... ¡Arrastraron desnudo por las calles a ese poeta de 23 años, después de arrancarle el pulgar derecho, y lo quemaron vivo! ¡Pobre poeta francés! ¡Pobre niño desnudo y con frío! ¡Y ustedes* ALLI ABAJO COMO SI NADA FUERA! »

Pero por más que gritaba los parisienses no la oían, empeñados como sin duda estaban en sus diarias preocupaciones. Algunos veían el globo, creían que era de propaganda. A lo lejos, entre la Alameda y la Catedral, los soldados zapatistas no prestaban ninguna atención. « *Si me he de morir mañana, que me maten de una vez* », *cantaban, y apretaban a las soldaderas entre risas y eructos,* « *A ese globito un día me lo baja mi general con su lazo* », *decían.* « *Si es tan macho ¿por qué no lo baja usted?* » « *Porque para redondeces me bastan éstas...* »

Después se fueron los soldados y hubo tantos cambios, pero siempre el Señor Grande, cada vez que sospechaba el peligro (porque peligroso era, de todos modos), tiraba y tiraba del globo con la ayuda de los sirvientes, enrollando las cuerdas en los postes de la cama matrimonial dorada.

EN TODOS ESOS AÑOS *el Tío se dedicó a perfeccionar su máquina para ganar a la ruleta. Era un aparato muy complicado, lleno de palanquitas y lucecitas. Al principio usaba velas. Luego el gas le fue muy útil. Y después le trajeron las primeras lamparitas, que colocó regocijado, riéndose como loco* (« *como un niño* », *comentaba la Hermana Boba*) *ante los destellos de color azul, rojo, amarillo. Cuando creyó, por fin, terminada su máquina, se vanaglorió de que ni Dios mismo podría hacerla mejor. Ante tal blasfemia el Señor Grande dio órdenes de que lo encerraran en la torre del fondo, junto al estanque. Allí pudo sobrevivir comiéndose los pájaros que atraía con sus gorjeos. Siempre había sido un buen imitador. Con las plumas se hizo un par de alas y se arrojó desde el parapeto. No se murió ahogado —como dijeron—, sino del golpe. Aquello era altísimo.*

En cambio la Hermana Boba quiso tener el jardín más hermoso del mundo.

Como había tanto terreno, pudo plantar lo que se le antojara. En la parte boscosa había que abrirse camino a machete, pues los árboles estaban pegaditos, y entre uno y otro seguía poniendo más pinos y sauces y robles y encinas y jacarandas, los que a su vez se reproducían en los retoños, y cada uno trataba de sobresalir, ahogado, y la selva cada año se hacía más alta, más alta. A las flores, ella misma se encargaba de llevarles el polen de aquí para allá, logrando maravillas de combinaciones. « *Y gozando mucho sexualmente* », *según decía Grillo, el bufón.*

Este, cuando no lo empleaban para otros menesteres (lo peor era lo de las orgías),

se entretenía en alimentar moscas que encerraba en cajas cada vez más grandes. Les daba abundante comida, mucho azúcar, y no les permitía ningún desgaste, así que se iban poniendo enormes, quizás del tamaño de las cigarras. Aunque la Hermana Boba decía que era un engaño, que realmente eran cigarras las que hacía pasar por moscas ; pero de todos modos se asustaba cuando las veía y tenía que reconocer que no hacían el ronroneo de las cigarras ni agitaban así las alas. Además, una de ellas rompió su caja, derrotó a una araña, y la hizo volar triunfal entre los hilos pegajosos de la tela.

El Señor Grande y la Señora Grande tuvieron muchos hijos. También siguieron organizando el cancán y el Día del Juicio Final, que celebraban los 31 de diciembre por la noche. El Señor Grande hacía de juez, y todos, hasta los sirvientes, tenían que contar sus culpas y recibir adecuados castigos.

« Nunca se sabe », decía la Señora Grande. « Eso de Año Nuevo Vida Nueva » es un mito. Muerte nueva, eso sí. Tenemos que estar siempre listos, aunque aquí, bien lo sabemos, no nos morimos. Por eso mismo... »

« Poseídos de diabólica posesión... », cantaba el bufón. Los demás lo seguían.

« Las tentaciones nos condenaron... »
« Al pecado... »
« Y por eso merecemos... »
« Tormentos y penitencias... »
« Del amor nos olvidamos... »
« A la muerte nos entregamos... »
« A la naturaleza traicionamos... »
« El corazón quebrantamos... »
« Y por eso merecemos... »
« Tormentos y penitencias... »

Se encendía un gran fuego en el claro de la selva hecho a propósito. Los demonios, uno a uno, se escapaban, se refugiaban en lo más alto de los árboles o se intoxicaban con las flores en las que la Hermana Boba había depositado sólo por ese día un polen especial.

« ¡Es una magnífica catarsis! », proclamaba el Señor Grande. Y distribuía castigos quizás exagerados —al menos así opinaban en secreto los otros. Sin embargo, un año sorprendió a todos, evitándole cualquier penitencia a la Hermana Boba que había tenido un niño no se sabe cómo ni de quién. « Exaltemos la sublime facultad de la concepción solitaria », propuso. Esto alentó a los otros, hasta que tuvo que ponérsele remedio al año siguiente.

Había que precaverse especialmente de las mujeres. En medio de la noche se oía clara la admonición, casi un lamento :

« Por un hechicero, diez mil hechiceras... »

« Nacen criaturas del encanto... En virtud de sus períodos de exaltación son Adivinas. En virtud del amor, Magas. Por la fineza de sus intuiciones, sus astucias, su fantasía, Brujas. Pero ellas solas pueden detener el soplo de la fatalidad... »

En cuanto al cancán, lo venían ensayando desde antes de la revolución. Era un grupo de adolescentes rubios, varones y mujeres, que habían hecho venir desde Noruega para dar una sorpresa al dictador. Siguieron ensayando en la sala todos los días, primero por miedo a las balas, después por la costumbre. Ellas se pusieron gordas y ellos calvos, pero en verdad la edad nunca se les apareció en la cara.

Cuando los hijos cumplían 20 años, el Señor Grande y la Señora Grande los despedían en la puerta y les daban los últimos consejos para su desempeño en la vida. También les daban dinero, para empezar. « Con esto y los idiomas y los viajes que tanto os han instruído no podréis fallar. « Tenéis más experiencia que cualquiera de los miles de maniáticos que encontraréis en la calle. » « Y más virtud, a pesar de todo. » « Id con Dios, hijos míos. »

El primero desapareció pronto, atropellado por un automóvil (en adelante se incluyó entre los consejos la precaución para estas máquinas). Los otros prosperaron en sus variadas profesiones. Nunca regresaron a la Casa, a no ser para depositar sus hijos recién nacidos, para que allí los criaran hasta los veinte años. Yo tuve que volver, porque no me sentí bien, desde el primer momento. Me obsesionaban las palabras de mi madre : « Aquí abajo no se puede ser enteramente feliz, claro..., pero hay lugares que parecen pequeños paraísos, mientras no se sabe que alguien muere de cáncer en la pieza de al lado. »

Las elecciones chilenas

POR MARIO RIVAS

CHILE, como todos los países latinoamericanos, padeció en los comienzos de su vida independiente muchos disturbios. No fueron mayormente sangrientos y más bien pudiera decirse que se trataba de las disputas naturales entre clanes que, faltos de experiencia, no hallaban qué hacer con el gobierno.

Luego vino, desde 1831 un largo período de presidentes que se hicieron reelegir y que gobernaron cada uno diez años. Esta prolongación en el poder hizo que se reformara la Constitución política y que los presidentes no fueran reelegibles, limitándose su mandato a cinco años. Hasta aquí resultaba siempre elegido el candidato del antecesor. Así la Presidencia se pasaba de manos, aunque hubiera un simulacro de elecciones. Este sistema se mantuvo hasta la revolución de 1891 que derribó al Presidente Balmaceda.

El jefe de la revolución triunfante, Vicealmirante don Jorge Montt, fue elegido sin lucha. Había sido proclamado por el Partido Conservador y hubo una tentativa de suscitarle un rival. Pero, por fin, todos se pusieron de acuerdo y fue proclamado también por liberales y radicales. Los liberales democráticos, o sean los vencidos en la contienda armada, no se hicieron presentes.

Después de su mandato se presentaba un grave problema. Desde luego, era tradicional que el primer mandatario saliera de algunas de las muchas tiendas en que estaba dividido el Partido Liberal que era con mucha ventaja el mayoritario.

El Partido Conservador proclamó su candidato a don Federico Errázuriz Echaurren, hijo del antiguo Presidente don Federico Errázuriz Zañartu y rico hacendado. A esta candidatura se adhirieron algunas de las fracciones liberales. En esa época el Presidente era designado por votación indirecta, pues el pueblo elegía a los electores. Errázuriz obtuvo 137 sufragios contra 134 su rival el ilustre ciudadano don Vicente Reyes. Pero no faltó quien dijera que Errázuriz le debía el triunfo a sus parientes y reclamara que les fuera incompatible votar. En favor de Errázuriz se pronunciaron las Cámaras por 62 votos contra 60.

El sucesor fue su primo don Germán Riesco, hombre de poca altura política que fue proclamado sólo al socaire de la lucha de los balmacedistas de Claudio Vicuña y los coalicionistas de Fernando Lazcaro, como una transacción. Resultó elegido por amplio margen con 172 votos contra 79 del candidato de la Alianza Liberal (o sea de la izquierda de entonces), don Pedro Montt.

Para el período siguiente se presentó don Pedro Montt, hijo del ex Presidente don Manuel Montt, acompañado de conservadores, nacionales, radicales y liberales doctrinarios, en contra de don Fernando Lezcano, que iba apoyado por otra fracción de los conservadores, los balmacedistas y los

liberales moderados. Ganó por amplio margen Pedro Montt.

A su muerte, ocurrida en Bremen, durante un viaje emprendido para restablecer su salud, la lucha presidencial se presentaba muy áspera. Los más fuertes contendientes eran : por la izquierda, don Agustín Edwards Mac Clure y por la derecha, don Juan Luis Sanfuentes, apoyado por los balmacedistas el segundo y por los montinos el primero. Para que no llegara la sangre al río se pusieron todos de acuerdo en un único candidato, don Ramón Barros Luco, un venerable anciano que había prestado muchos servicios a la patria y que « no era un peligro para nadie y sí una garantía para todos ».

Hay que decir que ese término de izquierdas y derechas que empleamos nada tenía que ver con la realidad. Todos los grupos liberales, ya se llamaran montinos, balmacedistas, doctrinarios o moderados, lo mismo que los conservadores, pertenecían a la más alta aristocracia chilena. Los radicales eran de alta clase media. Recién surgía el Partido Demócrata, compuesto de los elementos populares del Partido Radical que se habían desprendido de éste.

Luego, en 1915, don Juan Luis Sanfuentes, llevado por conservadores, montinos y balmacedistas (nótese que las fracciones se agrupan de modo caprichoso, pues en verdad eran hombres de la misma clase) contra don Javier Angel Figueroa que figuraba como abanderado de la Alianza Liberal (liberales doctrinarios, radicales y demócratas). Ganó Sanfuentes.

Hasta aquí, como hemos visto, después de la revolución del 91, como antes, era Presidente el candidato del Partido Conservador, aunque siempre fuera en el fondo un liberal. El gobierno, prácticamente, no había cambiado de manos, pues pertenecía a la misma clase social dirigente.

Pero los cambios se avecinaban. Para las elecciones parlamentarias de 1918 se presentaba por primera vez un candidato diputado socialista, y la Alianza Liberal triunfó ampliamente en las urnas. En 1920 ganó las elecciones don Arturo Alessandri Palma, abanderado de dicho grupo izquierdista. Luego comenzó la extrema derecha a trabajar para su caída, y con razón se culpa a elementos derechistas del golpe de Estado de 5 de setiembre de 1924. Poco duró el gobierno de facto. El 23 de enero de 1925, un grupo de militares jóvenes lo derribó y llamó a don Arturo Alessandri a terminar el mandato. Este tuvo dificultades con los militares, que trataban de dominarlo, y entregó el mando a su rival en la lucha electoral última, don Luis Barros Borgoño, quien era el hombre de la derecha, siendo en el fondo más izquierdista en ideas que el señor Alessandri.

Se llamó a elecciones y triunfó por amplísimo margen el candidato de los partidos históricos (conservadores, liberales, radicales y demócratas) don Emiliano Figueroa Larrain, aristócrata de rancio abolengo y liberal derechista, contra el doctor José Santos Salas, que encabezaba una heterogénea banda llamada los « asalariados », que obtuvo, a pesar de su derrota, muchos más votos de los esperados. Esta fue la primera elección de sufragio directo.

Don Emiliano trató de hacer un gobierno constitucional y democrático con dos gabinetes encabezados por Maximiliano Ibáñez (embajador en Francia) y Manuel Rivas Vicuña (ex presidente de la delegación en la Liga de las Naciones), ambos liberales y políticos fogueados. Pero pronto se impuso como ministro de gobierno y jefe del gabinete el coronel Carlos Ibáñez, que era el jefe de la camarilla militar imperante. El presidente fue enviado como embajador al Perú e Ibáñez (Don Carlos) desde la Moneda se hizo elegir Presidente en una elección en que nadie se atrevió a presentarse como adversario.

Ibáñez fue derrocado por el pueblo y convocadas elecciones, fue elegido el vicepresidente de la República don Juan Esteban Montero, radical, de corta duración. Fue derrocado también por una revuelta incruenta, y convocados luego los comicios electorales, por abrumadora mayoría fue elegido Alessandri, por quien votaron muchos conservadores, en contra del conservador Rodríguez de la Sota, el socialista Grove, el comunista Lafferte y el adinerado y aristocrático caballero don Enrique Zañartu Prieto, que representaba la revolución socialista, triunfante un momento y luego fácilmente vencida.

Desde entonces (1932) la vida institucional de Chile no ha tenido tropiezos.

Alessandri gobernó sus seis años, apoyado por liberales, conservadores, radicales y demócratas. Estos dos últimos partidos lo abandonaron al final para sumarse al Frente Popular. Con la excepción del período de 1920 al 25 y los cortos manejos de la revolución socialista, el Partido Conservador seguía siendo el eje de la situación en Chile.

El sucesor lógico era don Gustavo Ross Santa María, candidato de la derecha que había sido un brillante ministro de Hacienda. Pero, por circunstancias ajenas a las normales en política (una fracasada e insignificante asonada de tipo fascista, muy duramente reprimida), su candidatura se hizo impopular y fue vencido por don Pedro Aguirre Cerda, candidato del Frente Popular, por un margen insignificante de votos. El triunfo de Aguirre fue respetado.

A este gobierno se trató de darle el carácter de un cambio de régimen y sólo se introdujo el desorden. Pero Aguirre murió antes de terminar su mandato, a causa de una antigua dolencia. Al final tenía dos ministros liberales.

La izquierda trataba de mantenerse en el poder y presentó como candidato al más derechista de los radicales, don Juan Antonio Ríos Morales. La derecha le opuso un hombre fuerte : el general don Carlos Ibáñez, quien en su mandato anterior como Presidente había sido un gran enemigo del comunismo. Triunfó por amplio margen Juan Antonio Ríos, gracias al apoyo de una gruesa fracción del Partido Liberal, que veía en Ibáñez la vuelta a la dictadura.

Le tocó encarar la guerra mundial y lo hizo con buen éxito. Para sucederle se presentaron nada menos que cuatro candidatos. Don Gabriel González, apoyado por radicales, comunistas y otros elementos ; don Eduardo Cruz Coke, distinguido médico y hombre público, apoyado por conservadores y demócratas cristianos ; don Fernando Alessandri, apoyado por liberales y elementos disidentes de otros grupos y un señor Ibáñez Aguila, seudo candidato de los socialistas. Obtuvieron, respectivamente, 190 mil, 150 mil, 120 mil y 10 mil votos. Cuando en Chile ninguno de los candidatos obtiene la mayoría absoluta, le toca al Congreso Pleno decidirse entre uno de los dos mayoritarios. Mediante negociaciones y acuerdos, don Gabriel González obtuvo el apoyo liberal, su elección fue ratificada y pronto perseguiría a los comunistas poniéndolos fuera de la ley.

La elección del sucesor del señor González Videla fue la más extraña que jamás haya habido en Chile. Debía lógicamente ganar don Arturo Matte Larrain, apoyado por conservadores, liberales y una considerable fracción de los agrarios laboristas. En resultado sacó más o menos los votos que esperaba obtener. Don Pedro Enrique Alfonso, candidato radical, iba seguramente a obtener la segunda mayoría ; la tercera debió corresponder a don Salvador Allende, socialista, apoyado por los disciplinados comunistas y un grupo de socialistas. No debía ni figurar, según los precedentes electorales, el candidato don Carlos Ibáñez del Campo, a quien apoyaban oficialmente algunos socialistas, una fracción de los agrarios laboristas, o sea unos nazis disfrazados y elementos independientes. Desde el principio se vio, sin embargo, que su triunfo era muy posible por haber conquistado de pronto gran arraigo popular y haber creado una mística en torno suyo. Obtuvo él solo cerca de la mitad de los sufragios y nadie pudo discutir su triunfo.

Su gobierno dejó al país fatigado. Para sucederle se presentaron cuatro candidatos : don Jorge Alessandri Rodríguez, por los liberales y conservadores, quien obtuvo la primera mayoría ; don Salvador Allende, por los socialistas y comunistas y elementos nazis dispersos, que, gracias al apoyo del gobierno y al uso de su máquina de prensa y radio, obtuvo la segunda mayoría ; don Eduardo Frei, candidato de los demócratas cristianos, que llegó en tercer lugar ; y, por último, salió un extraño personaje llamado el Cura de Catapilco, que logró muy pocos votos. Se dice que su candidatura fue alentada y costeada por la derecha para restarle fuerza a Allende, pero nadie puede asegurarlo.

Hasta aquí los hechos.

Hemos visto que, de una manera general, a partir de Riesco no ha vuelto a

triunfar ningún candidato « oficialista » ; que los vencedores ganan en desacuerdo con la voz de las cifras, o sea los cálculos basados en las elecciones anteriores ; y, tercero, que esta anárquica tendencia se ha acentuado con el correr del tiempo.

Si se hicieran cálculos basados en las últimas elecciones, el lógico triunfador de los próximos comicios sería el señor Durán, don Julio, candidato de la actual combinación de gobierno, de conservadores, liberales y radicales, siendo él miembro de esta última colectividad. La segunda votación la debieran disputar el señor Frei, candidato de los demócratas cristianos, que tendría cerca de un 25 % de los votos y el señor Allende, candidato de socialistas y comunistas, con otro 25 %. El 5 % restante sería para el señor Prat.

Pero el señor Durán encuentra oposición en su propio partido : no les agrada a la mayoría de los liberales y es un fenómeno visible que las fuerzas conservadoras se trasvasijan rápidamente al partido Demócrata Cristiano.

El señor Frei capitalizaría el descontento que en los partidos de derecha produce el señor Durán. Salvo que parte de este descontento la capitalice don Jorge Prat.

Se asegura también que la situación del señor Allende ha mejorado mucho por el descontento que hay en el pueblo a causa de la desvaloración de la moneda, el alza del costo de la vida y el aumento constante de los impuestos.

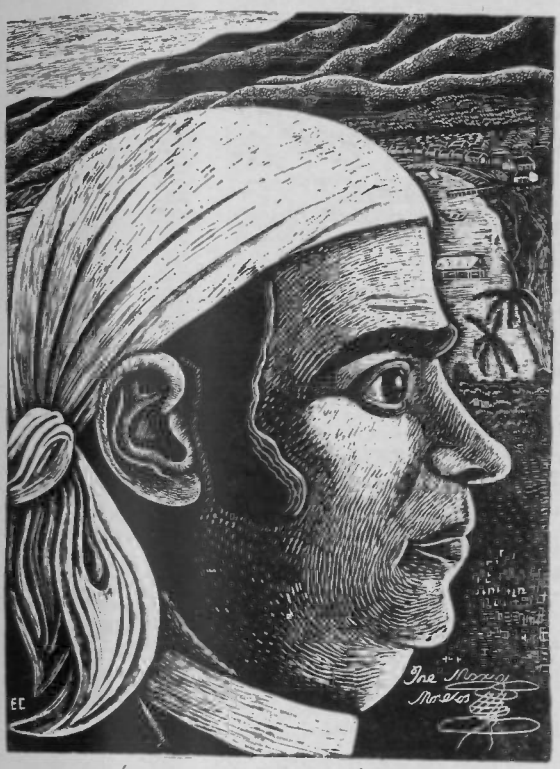
Como hemos visto, en Chile, desde 1910, fecha de la elección de don Ramón Barros Luco, no hay precedentes que sirvan para formular vaticinios.

Como datos curiosos notemos que en Chile, desde 1831, se han efectuado 28 elecciones presidenciales y sólo 6 ciudadanos han sido reelegidos. En las elecciones, en total, han triunfado 19 abogados, 6 militares, un marino, un ingeniero y uno sin profesión. Este fue uno de los mejores : don José Manuel Balmaceda.

Profesionalmente, para ser Presidente lo mejor es ser abogado y lo son tres de los actuales contendientes, siendo el otro un médico que no ha ejercido jamás su profesión.

En cuanto a la filiación política, la inmensa mayoría han sido liberales, siguiéndoles los radicales, que han tenido tres mandatarios. Ninguno de los candidatos es liberal y uno de ellos es radical.

Por lo que se refiere al cargo que ocupaban en el momento de ser elegidos, los que no estaban en el poder, fueron todos senadores, salvo don Emiliano Figueroa, don Pedro Aguirre Cerda y don Juan Antonio Ríos. Uno era diputado, don Manuel Montt Torres. Dos Presidentes eran senadores por Santiago, y otros dos senadores por Tarapacá. Así, pues, lo mejor es ser senador por Santiago o por el Norte Grande. De los cuatro candidatos, tres son senadores, siéndolo Frei por Santiago. El otro no es nada. Pero esto no tiene tampoco ninguna importancia ni significación para el resultado final.



(LINOLEO DE E. CORTÉS)

A MORELOS

PORQUE A PESAR *de todo el sol no se ha rendido*
y tu sombra apacienta los aires desatados.

Y sigues siendo el mismo al mando de los árboles
como fuego acerado que ha de morder el cielo.

¡La muerte nada tuvo que ver en tus pupilas
y fue una flor que llora la cólera del río!

Si aún te aguarda el paisaje —que no es de nadie, sino
del que siga tu marcha— y aún te aguarda tu pueblo

—que tampoco es de nadie sino de tu pasión—,
Padre y Señor Morelos: ¿por qué no te decides?...

*

(*En Tehuacán*)

También entre nosotros es cosa sorprendente
—y una cuestión de estado, *también— que para el alba*

recorras nuestras calles, la plaza, la parroquia,
los caminos de siempre que clavan a la patria.

Aquí sembró tu estrella la rosa de los vientos
y era tu rayo invicto la espada de Trujano.

Pero hoy el héroe ha muerto. El héroe ha muerto. El héroe
se quedó en nuestra tierra como árbol militar.

Aquí se alzó a la historia la perfecta campaña:
un laurel humectante de los mares del Sur.

Aquí rodó el Congreso. Se dispersó la causa
y un clarín de silencio capituló la luz.

Y vino la hora sexta: el águila que cae:
la sangre arrodillada: al fin, Morir es nada...

Por eso es sorprendente tu ronda bajo el siglo,
verte confiar tan alto, verte empuñar tu puño,

contemplar tu justicia, saberte Americano,
descubrir en tus ojos la próxima campaña...

*

Están en pie tus sueños, Señor, están en pie.
Tu América es un árbol vencido de luceros

—luceros como lágrimas, raíces como lámparas,
los frutos de una mano, la sombra a flor del tiempo

y las hojas monedas terribles de oro y miel—.
El pueblo llora y canta su vida y su esperanza:

dispone bajo el canto la última flecha al sol.
Pero el ángel no llega y el cielo se coagula

de levadura y hierro, de máscaras y aceite...
Si aún irrumpe en tus ojos la intención del paisaje

y aún te escolta la garra de tu pueblo augural,
Padre y Señor Morelos, ¿por qué no te decides?...

SALVADOR CRUZ

Aprovechamiento de la energía solar

La idea de transformar la luz del sol en energía eléctrica y mecánica viene tentando a ingenieros y hombres de ciencia desde hace muchos años, pero se presenta cargada de dificultades. La energía solar que llega hasta la tierra no es una forma concentrada de energía, aunque es suficientemente intensa para calentar el agua por medio de instalaciones sencillas (que desde hace tiempo vienen fabricándose con carácter comercial en California y Florida y recientemente en Israel). Pero si se trata de fabricar vapor para la industria o para hacer funcionar un motor, es preciso concentrar ópticamente la luz del sol mediante espejos o lentes costosos, que han de girar para poder seguir el movimiento del sol.

Israel es un país que disfruta de uno de los porcentajes de luz solar más altos del mundo. Unos 2.000 kilovatios de calor anuales inciden sobre cada milla cuadrada de Israel ; es decir, que la luz solar que cae sobre un área de 1.750 acres del desierto del Neguev produce tanto calor como el 1.300.000 toneladas de combustible que se importan todos los años. Si pudiera recogerse todo este calor y almacenarlo en forma utilizable, podrían ahorrarse esas importaciones. Pero nadie sabe todavía cómo conseguir tal cosa económicamente. Hoy es posible obtener esa recogida y almacenamiento con un alto grado de eficiencia, pero el sistema resulta aún demasiado costoso. Por ello, el alto costo en capital de los equipos necesarios no puede actualmente amortizarse con los ahorros anuales en combustible. Esta es la razón de que aún no exista en el mundo ninguna central de energía solar. Sin embargo, la utilización de la energía solar en pequeñas instalaciones, por ejemplo para usos domésticos o incluso para toda una localidad pequeña, puede resultar a pesar de todo económicamente provechosa.

Igual que en otros países, las investigaciones que se realizan en Israel tratan esencialmente de encontrar los medios eficaces de recoger la energía solar, de transformarla de manera conveniente y de acumularla para los períodos sin sol. Los usos directos parecen ser : agua caliente y calefacción doméstica, cocina, destilación, secado, refrigeración, congelación y energía mecánica. En cada país el desarrollo de estos usos dependerá de la situación local. Por ejemplo, en la India y otros países, donde los desperdicios agrícolas valiosos se utilizan como combustible más bien que como fertilizante, las cocinas solares pueden resultar económicamente ventajosas. Por otra parte, en Israel, donde el agua caliente doméstica es muy popular, resulta natural que se utilice cada vez más el método de calentar el agua por el método solar.

Capítulo de *The Neguev Institute for Arid Zone Research*, redactado por el National Council for Research and Development y editado por Max Nurock de Jerusalén.

Métodos para transformar la energía solar

Existen tres métodos para transformar la energía solar. En virtud del primero, la luz que incide sobre una superficie sensible se transforma inmediatamente en electricidad a través de procesos fotoeléctricos. De todos modos, la electricidad así producida es cientos o incluso miles de veces más cara que la de las centrales eléctricas corrientes. Sin embargo, a veces se utilizan estas células fotoeléctricas en ciertas aplicaciones militares y para uso de los satélites, en que puede necesitarse una pequeña cantidad de electricidad en forma compacta. La producción de energía a precios competitivos por métodos fotoeléctricos exigiría largas investigaciones básicas ; pero estas investigaciones no son objeto actualmente en Israel de un esfuerzo sostenido. Tampoco se estudia activamente el método fotoquímico, mediante el cual la luz solar produce cambios eléctricos que o bien desprenden electricidad directamente o bien producen combustible a partir de sustancias simples como el agua. En ambos casos, la eficacia de la transformación resulta demasiado leve para que presente una utilidad práctica.

El único método sobre el que actualmente se investiga es el de recoger la energía solar directamente como calor, que se produce cuando la luz solar es absorbida por una superficie negra. Por desgracia, a medida que aumenta la temperatura de recogida, la eficacia de ésta disminuye, se hace necesario utilizar colectores de mayor tamaño y, consecuentemente, disminuye también el valor económico del calor producido. De todos modos, gracias a este método puede producirse energía de baja temperatura para calentar el agua.

La energía se recoge en una especie de caja de recalentamiento llamada « colector de plancha plana », recipiente plano dotado de una lámina o plancha de metal que lleva unidas una serie de tuberías de agua. Por debajo, el recipiente se halla recubierto de material aislante. La parte que da al sol se cubre con cristal, lo cual impide que el viento enfríe la plancha, y conserva el calor capturado como en un invernadero. Un depósito de almacenamiento del agua caliente asegura el abastecimiento continuo, salvo en los períodos muy largos sin sol.

El cálculo económico muestra que allí donde puede disponerse de petróleo o de gas natural barato, el calentamiento por el método solar no puede rivalizar con los sistemas corrientes de calefacción central. Cuando el combustible resulta caro o inexistente, o cuando se utiliza la electricidad para calentar, como ocurre frecuentemente en Israel, el sistema de calentamiento solar es competitivo. Sin embargo, estos sencillos colectores de plancha plana, que no necesitan ni espejos concentrantes ni movimiento de rotación para seguir al sol, no sirven para producir vapor generador.

Adaptación de la irradiación selectiva a la energía solar

Las investigaciones recientemente realizadas en Israel han revelado nuevos principios científicos que hacen posible producir vapor a 100° C con la ayuda de estos sencillos colectores de plancha plana. De los resultados hasta ahora obtenidos se deduce la posibilidad de utilizar más ampliamente los sistemas de conversión de la energía solar. En primer lugar, un mayor rendimiento en la recogida del calor hace que bajen los costos ; en efecto, un colector más pequeño hará el trabajo de otro más grande, pero menos eficaz. En segundo lugar, el vapor a 100° C puede hacer funcionar los refrigeradores por absorción y los aparatos de aire acondicionado. Si el nuevo colector se instala en el tejado, será posible refrigerar, gracias a los rayos del sol, un edificio de un solo piso o parte de él.

Por desgracia, la eficacia de los colectores de plancha plana disminuye al aumentar las temperaturas, debido al incremento de las pérdidas de calor en la plancha enne grecida que lo recibe. En este punto el problema fundamental es la radiación térmica, que plantea la necesidad de reducir al mínimo las pérdidas por irradiación.

El Dr. Tabor, del Laboratorio Físico Nacional de Israel, ha demostrado que pueden construirse superficies de aspecto negro, es decir, que absorben la luz solar, pero que carecen de la cualidad física ordinaria ha

bitual de irradiar el calor. Esto se basa en su teoría sobre los principios de la irradiación selectiva aplicados a la energía solar. En 1955, el Dr. Tabor ensayó un colector sencillo que transformaba aproximadamente un 35 % de la luz solar en vapor a la presión atmosférica, sin necesidad de espejos ni lentes. De este modo quedó demostrado que un sencillo colector solar podía producir vapor a baja presión, además de agua caliente.

Una central experimental para la producción de vapor

En 1958, se abrigó la idea de construir en el Instituto del Neguev una central experimental para la producción industrial de vapor mediante la utilización de la energía solar. La instalación consiste en una serie de colectores montados en el foco de parábolas cilíndricas de aluminio que a su vez están montadas sobre un eje este-oeste orientado hacia el sur. Un sistema automático dirige los espejos parabólicos hacia el sol, los limpia e impide su recalentamiento excesivo.

La actual central experimental, que puede producir una tonelada de vapor al día, ha sido construída para determinar el rendimiento real por unidad de extensión, la influencia del clima ambiente y los gastos de conservación necesarios. Su concepción se basa en el principio de la unidad. Hoy podría construirse una central mucho mayor mediante la simple adición de unidades semejantes.

Energía eléctrica a partir de la energía solar

Estos colectores mejorados pueden hacer viable la producción de energía a partir de la energía solar, especialmente en pequeñas unidades. Sin embargo, la construcción de grandes centrales de energía solar plantearía probablemente dificultades prácticas a las que aún no se ha encontrado solución. Así, por ejemplo, la luz solar que recibe un metro cuadrado de terreno en la región del Neguev equivale a unos 2.000 kilovatios hora anuales. Es decir, que en un espacio de 200 acres podrían obtenerse, con un grado total de eficacia y dejando un cierto espacio entre las unidades, 50 millones de kilovatios hora, que corresponden a una instalación capaz de producir unos 10.000 kilovatios. Aunque las zonas de este tipo existen desde luego en el Neguev y en otras regiones áridas, el costo de los colectores ha de ser muy bajo para que la instalación pueda competir con el suministro corriente de energía. De modo que se necesita aún realizar muchas más investigaciones antes de que las centrales de energía solar se conviertan en una realidad. De todas formas, en lo que se refiere a las pequeñas instalaciones locales de energía las perspectivas son mucho mejores, dado el considerable gasto que implica el aprovisionamiento de los lugares apartados en energía eléctrica producida en las grandes centrales. De este modo, las unidades locales de producción de energía pueden competir con la energía central más costosa, aunque sus motores o turbinas exigirían de todos modos colectores más bien grandes. Por ello se están estudiando nuevas turbinas que funcionen con flúidos distintos del vapor y de las que se espera den un rendimiento mucho mayor. Si el buen éxito acompañara estos esfuerses, se logrará acabar con una aguda escasez, no sólo en Israel, sino en cualquier otra región donde las granjas y aldeas se hallen lejos de la red eléctrica y los combustibles no existan o sean caros.

Una posibilidad interesante de utilizar la energía solar es la que tiene su fundamento en los estanques solares. Al incidir en un estanque o laguna de fondo negro, la luz solar calienta el agua. Naturalmente, no es posible obtener así altas temperaturas. Por otra parte, dadas unas condiciones geográficas propicias, pueden construirse a un precio bastante bajo colectores muy extensos, incluso de varios kilómetros cuadrados de superficie. En los terrenos del Instituto del Neguev se ha construído un pequeño estanque experimental y, más recientemente, otro mucho mayor en las riberas del Mar Muerto.

Como el calor generado en el fondo se eleva por difusión hasta la superficie y después se escapa al aire, la temperatura en un estanque como éste resulta por desgracia

baja. En vista de ello ha habido que aplicar al problema algunas ideas completamente nuevas, entre ellas los medios para impedir la difusión calórica, reduciendo así al mínimo las pérdidas de calor y aumentando el rendimiento en la recogida de éste. Si se demuestra que los estanques solares constituyen un sistema práctico, quizá sea posible utilizarlos para la desalinización del agua, así como para la producción de electricidad.

Acondicionamiento del aire

En general, las regiones áridas carecen de un suministro suficiente de electricidad para poder asegurar el funcionamiento de los sistemas corrientes de aire acondicionado. Sin embargo, sabido es que el mejoramiento de las condiciones climáticas da lugar en las regiones subdesarrolladas a un incremento de la productividad y del rendimiento. Por ello, resulta tanto más esperanzadora la posibilidad de utilizar la energía solar para la refrigeración de las casas, ya que las necesidades y la cantidad de energía solar disponible se hallan en estrecha relación.

El Instituto Físico Nacional de Israel decidió realizar los oportunos experimentos sobre acondicionamiento de aire en el Instituto del Neguev, dado que en las regiones áridas la luz solar resulta especialmente atractiva como fuente de energía, en vista de su abundancia. El programa de investigaciones se basa en dos enfoques : en primer lugar, en la aplicación de las técnicas modernas convencionales de acondicionamiento de aire por medio de la energía solar ; en segundo lugar, en las particularidades constructivas de las viviendas y en las condiciones climáticas.

Por lo que se refiere al primer enfoque, que es el más convencional, se plantea el problema de si pueden adaptarse los refrigeradores por absorción, a base de gas o de vapor, a la refrigeración doméstica mediante el uso de colectores de energía solar instalados en el tejado. Aunque quizá estos refrigeradores no resultaran más baratos que los basados en la electricidad, podría evitarse gracias a ellos la necesidad de aumentar la capacidad de las centrales de energía eléctrica. Mientras se decide esta cuestión, en uno de los edificios del Instituto se va a instalar próximamente un techo solar, es decir, un techo que hace de amplio colector de plancha.

Refrigeración doméstica mediante la irradiación solar o nocturna

El Profesor Altenkirch ha señalado la posibilidad de construir una casa que seca al mismo tiempo un deshumidificador por absorción mediante el empleo de la energía solar. Con tal fin, las paredes orientadas al oeste y al este deben ser huecas y estar rellenas de un material absorbente. La casa seca automáticamente el aire que entra, si bien no se produce una auténtica refrigeración. Sin embargo, la reducción de la humedad relativa constituye a menudo por sí misma un elemento deseable de confort. Allí donde el clima es muy seco, puede recurrirse a la humidificación para lograr que bajen las temperaturas.

La refrigeración doméstica puede también ser afectada por la irradiación nocturna. En muchas regiones desérticas las temperaturas del suelo durante la noche son a menudo bajas, a consecuencia de las pérdidas de energía resultantes del intercambio de irradiación térmica de onda larga entre la tierra y la atmósfera. Este fenómeno puede aprovecharse para refrigerar una vivienda o una masa de aire en el interior de la misma.

Las investigaciones que realiza el Instituto se orientan hacia la aplicación de estos principios mediante la construcción de viviendas experimentales. Actualmente se está construyendo en los terrenos del Instituto una casa experimental según el modelo de Altenkirch. Ambos sistemas evitan la utilización de una maquinaria complicada, pero los resultados quizá sean limitados en cuanto a su eficacia. Sin embargo, pueden resultar ventajosos en aquellas regiones donde el nivel intelectual de la población no sea suficientemente alto para poder manipular el equipo habitual de acondicionamiento de aire. Las aplicaciones dependerán en todo caso del clima y de las tradiciones constructivas locales.

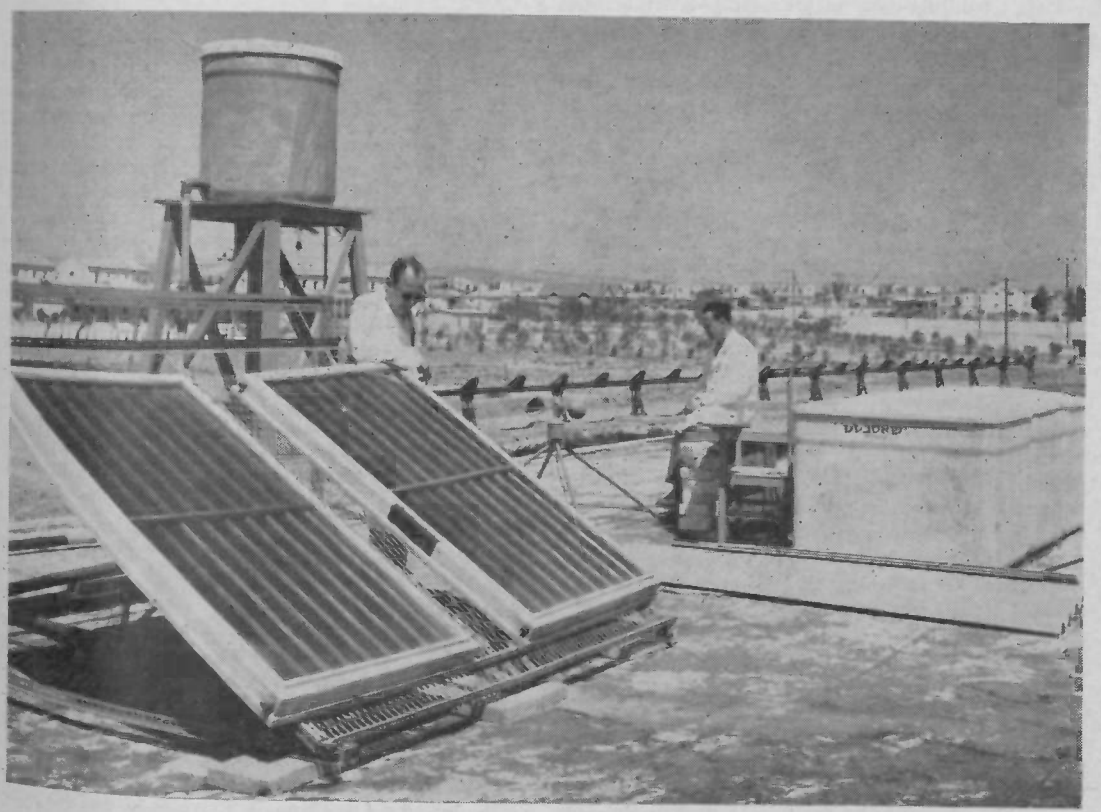
Las investigaciones futuras

Es muy poco lo que se está haciendo actualmente en materia de destilación solar, ya que hasta ahora no existen indicios inmediatos de que se pueda utilizar eficazmente este método para desalinizar un gran volumen de agua. Quizá pueda utilizarse provechosamente en regiones remotas, para obtener pequeñas cantidades de agua fresca.

La investigación pura, que en su mayor parte se realiza en Jerusalén, aunque también en parte en Beersheba, se dedica al estudio de las propiedades ópticas de las superficies selectivas y de la físico-química del almacenamiento del calor.

Se ha propuesto utilizar el Instituto para estudiar los efectos del clima semiárido, de las tormentas de arena y de otros fenómenos locales semejantes sobre el rendimiento de los espejos y de otras partes esenciales de los colectores de energía solar. La información que se obtenga será seguramente de considerable valor para otras zonas áridas semejantes.

COLECTOR DE DOS PLANCHAS PARA RECIBIR LOS RAYOS DEL SOL, SITUADO SOBRE EL TECHO DE LA CASA, ASI COMO EL TANQUE DEL AGUA



libros

La poesía, galardón y dádiva

ENTRE DOS OPINIONES ADVERSAS, tenidas a menudo como irreconciliables, ha oscilado la aspiración a precisar el origen de la obra poética. La primera se sintetiza en estas palabras de Dostoyevski : « Sin inspiración no se puede hacer nada. » La otra se resume en el aforismo de Baudelaire : « No hay azar en el arte. »

Para comprender mejor estas afirmaciones viene al caso proyectar sobre ambas una explicación de Paul Valéry : « Había —y hay— un misterio de la *inspiración*, que es el nombre que se da a la formación espontánea, en alguien, de discursos o ideas que a ese alguien parecen maravillas de las cuales él se siente naturalmente incapaz. »

El aserto de Dostoyevski y el de Baudelaire se cifran y contraponen en dos términos inequívocos : espontaneidad y esfuerzo. Pero esta especie de maniqueísmo de la acción —porque la espontaneidad es buena, según unos, malo el esfuerzo según otros, y viceversa— no conserva, al pasar de la teoría a la práctica, ninguna apariencia de antítesis categórica. Dostoyevski fue un gran trabajador intelectual ; varias cartas suyas inducen a la conclusión de que sus obras son fruto de laboriosidad minuciosa. En la poesía de Baudelaire se advierte lo gratuito, como en otros ; lo que llamaba trabajo corresponde a un afán secundario, a una tarea que él se imponía posteriormente, en su ansia de perfección. Conforme a esto pecaría de audaz el designio de establecer una estética de la involuntariedad, de la improvisación y de la gracia simplemente aceptada, contra una estética consciente, de previsión, de iniciativa. Debe por otra parte en ambas hipótesis añadirse todavía un elemento : el de la capacidad personal innata. De un crítico francés de poesía —Roger Caillois—, es esta observación innegable : « Jamás se vio que la inspiración colmara a un poeta más allá de los méritos de su talento. » Observación que proviene de otra de Valéry : « El espíritu sopla donde quiere ; se le ve soplar sobre los tontos, pero entonces lo hace en proporción de lo que pueden éstos. »

A favor de la espontaneidad, de la teoría que explica la obra estética como un don, no solicitado ni con frecuencia merecido, se citan notorios y desconcertantes ejemplos. De *Kubla Khan*, el célebre poema de Coleridge, pregonó su autor que era producto de un sueño ; si quedó inconcluso fue porque Coleridge se sintió impotente para terminarlo en tiempo de vigilia, a la luz del conocimiento en plena posesión de sí mismo. (Idéntico es el caso de Tartini, de quien hay memoria que compuso su *Sonata del Diablo* mientras dormía.) En los poemas de William Blake tuvieron intervención ángeles y demonios; en su manera de escribir se ha visto la temprana anticipación del automatismo de los sobrerrealistas. Y Rainer María Rilke dejó testimonio de que los *Sonetos a Orfeo* le vinieron « como una tempestad », después de un largo período de esterilidad y desorientación.

Entre los parnasianos que la rechazan del todo y los románticos que la conciben como gracia especialísima (Víctor Hugo pretendía, en Guernesey que los espíritus le dictaban muchos versos de sus poemas), hay la conocida tesis intermedia de Valéry : « Los dioses gentilmente nos dan, *por nada*, un primer verso, y toca a nosotros construir el segundo, que debe acomodarse a aquél y que debe ser digno de ese hermano mayor sobrenatural. » En otros términos —y con expresión del mismo Valéry—, la inspiración sólo « dicta un momento del poema ». No niega él, de consiguiente, la inspiración, sino que le tiene desconfianza, como muy bien señala Jean Hytier en su importante obra *La poética de Valéry* ; le tiene desconfianza por espontánea, sorpresiva, fragmentaria, desigual y engañadora. La inspiración es imprescindible, pero insuficiente. « El arte de Valéry es un arte dominado y obediente a la disciplina, opuesto a la estética optimista de la improvisación. »

Con el sobrerrealismo la inspiración cambia de nombre, traspasa la linde romántica y coloca

al creador en un estado de libertad pura. El automatismo psíquico y la escritura automática sitúan al poeta, en frase de André Breton, « fuera de todo control racional, fuera de toda preocupación moral o estética ».

Si la inspiración constituía para los románticos una suerte de estímulo o entusiasmo de naturaleza casi mística, para los sobrerrealistas es cosa de magia : por la mano del poeta enajenado, en *transe*, descarga el yo profundo sus más auténticas posibilidades imaginativas y crea una realidad más vital y más cierta. Ambas inclinaciones estéticas suponen el concurso de fuerzas superiores a la razón y a la voluntad. Frente a ellas está la convicción de Baudelaire, humilde, verídica. Está, emocionante, la confesión de Balzac : « El extranjero se encerró en su cuarto, encendió su lámpara inspiradora y se confió al terrible demonio del trabajo, pidiendo palabras al silencio e ideas a la noche. » Y está, humana y maravillante, la persuasión de Flaubert —jactancia de signo negativo— que lo hacía presumir de obrero de la literatura comparable, de acuerdo con lo que él dice, a « un rinoceronte », o a « quince bueyes », en la faena de escribir.

La estética del esfuerzo anula, respecto a la inspiración, la idea de facilidad y promueve la de dificultades superadas. Conduce, en cierto modo, a interpretar el trabajo como el solo medio para el logro de lo perfecto.

Se puede aún descender más, por camino que lleva a una exégesis de humildad mayor : la que identifica la inspiración, antes que con el esfuerzo —corriente, o, por el contrario, animal, flaubertiano—, con la manera como se ejercita el esfuerzo. Esa exégesis toma de recuerdos ilustres sus sencillas pruebas irrefutables. Milton tenía que trabajar acostado. Los Goncourt necesitaban someterse previamente a largas vigilias. Balzac debía atiborrarse de café ; Baudelaire y Verlaine, de estupefacientes. A Proust le era preciso librarse del ruido, y por esta razón alquilaba en los hoteles varias piezas contiguas o se encerraba en su casa entre paredes cubiertas de corcho ; era su modo de asegurarse la fidelidad del silencio. Montesquieu no escribía sino en pantuflas, costumbre que trae a la memoria una declaración interesante del venezolano Manuel Díaz Rodríguez : « Mientras la obra se va haciendo a sí misma y por mi intervención, camino. Y caminando yo, camina y adelanta el asunto ; confesión de que podría aprovecharse cualquier crítico malévolo para decir que yo pienso con los pies... Como durante el trabajo preparatorio he caminado mucho dentro de mi cuarto, por las calles de la ciudad o por los callejones de la hacienda, al disponerme a escribir lo hago dejando a mis pies —que no padecen las durezas dolorosas de los de ciertos infelices mortales— reposar holgadamente en blandas pantuflas, cuando no gozan ya de todo huelgo en mis anchas botas de campesino. »

Cambiada en concepto que alude al modo como se cumple el esfuerzo, la inspiración ha venido a confundirse con un capricho y hasta con un puro deseo de comodidad. Quizás por ello se ha tornado más aguda en el poeta la conciencia de su responsabilidad creadora. Y aunque se anonade, el poeta sabe, como el labriego, que en sus frutos cuaja, junto con la savia involuntaria y generosa, el sudor de sus personalísimos afanes cotidianos.

Esfuerzo y pasividad, conquista y aceptación, galardón y dádiva se conjugan dichosos, y unánimes crean el cuerpo y el alma de la poesía. El poeta es un hombre ; sus fuerzas, pocas ; sus intenciones, limitadas ; mas de pronto inventa o halla palabras estremecidas de misterio, que ignora por qué las pronuncia, que ignora de dónde le llegan ; y todos, entonces, le reconocen sus inquietantes atributos y dan asentimiento al enigma y a la belleza.

RAFAEL ANGEL INSAUSTI

Gabriel García Márquez : « La Mala Hora »

En la novela del escritor colombiano Gabriel García Márquez *La Mala Hora* (1), ocurre lo siguiente : en un pequeño pueblo del trópico sudamericano, los habitantes son presa de la histeria colectiva por cuenta de unos pasquines anónimos que alguien coloca a intervalos imprevisibles sobre la puerta de las casas. En ese pasquín se rememora un chisme legendario o real contra la víctima escogida. Cada uno de los vecinos espera su turno de calumnia o de verdad. Y una atmósfera unánime de temor, por cuenta de la clandestina amenaza, va envenenando las almas poco a poco. Todo ello sobre el tejido invisible del tedio provinciano y sobre los rescoldos de la gran hoguera prendida por la violencia política, aún no completamente apagada. Y sobre un fondo de miseria natural y aceptada, y bajo una temperatura de canícula que deslíe y transfigura las cosas. Como tema, parece poco. Para el talento de García Márquez es bastante, pues con esos elementos primordiales, con esos datos que le da la anécdota y la historia, construye una novela excelente, nítida en su diseño, admirable de lenguaje y de significado. ¿Cuál significado? La respuesta es difícil, preci-

(1) Novela premiada en Colombia en un concurso nacional patrocinado por la firma industrial de petróleo Esso Colombiana.

samente porque ese significado sería el de la vida misma de un puñado de seres insignificantes, presos en las redes de lo cotidiano, ordinario y vulgar, sin redención posible. Puras larvas humanas.

Con esas larvas entre las manos, observándolas y dando cuenta del monótono mecanismo que las mueve, García Márquez consigue su propósito consciente o inconsciente : revelar una dimensión existencial en el nivel casi únicamente biológico en que actúan unas criaturas adscritas a la historia de una nación—, como dato estadístico de la demografía. El don del creador literario queda, pues, en evidencia, al cumplir la hazaña de volver a relatar, como si nunca se hubiera relatado, lo que acontece en estos casos : la mutua abominación que el tedio va suscitando en las almas, la infame monotonía de las existencias, la sorda concupiscencia, la invencible miseria física, la violencia y la crueldad. Además, esa desesperanza quieta, dura y como petrificada que penetra los destinos humanos sumergidos en esas circunstancias y que se transforma en una categoría natural de ellos mismos.

Todo esto *acontece* en la breve novela de García Márquez. El pretexto de los pasquines le permite sincronizar la resonancia, la respuesta que a ese *estímulo* dan sus personajes. Su técnica es casi una renovación del método unanimista, pero no lo es completamente. Hay un poco más de libertad, de autonomía individual en sus criaturas que la del modelo francés al cual aludo, probablemente desconocido para el novelista colombiano. Hay otra cosa también admirable en esta novela : la comunicación con la atmósfera. Su trópico nos penetra hasta los huesos con su humedad pegajosa y nos agobia con su pesadumbre. El calor reina tiránicamente a través de sus palabras, y una luz que a veces es cegadora y a veces difusa, pasa y repasa por los días de su libro, iluminando y desvaneciendo los perfiles de los seres y de las cosas.

¿Una gran novela? No, todavía. Una excelente novela. Para lo primero, ¿qué falta en este libro? Tal vez una dimensión de profundidad, de espesor, cierta trascendencia de los caracteres, cierto relieve más hondo de los personajes, una actitud más amorosa del autor con ellos mismos, una comunicación, una complicidad, una identificación más visceral e irrevocable del creador con sus criaturas. García Márquez está a punto de llegar a esa situación, pero algo lo detiene todavía. ¿Su virtuosismo periodístico? ¿El brillo de su ingenio, de su gracia, de su don literario, que le permite un juego verbal admirable, pero que parece distraerlo de lo que pudiera ser la esencia radical de sus creaciones? ¡Quién sabe! Juzgar desde fuera el misterio de cada autor es una temeridad. Lo que no resulta temerario, en este caso, es predecir la riqueza de las próximas cosechas que este novelista puede darnos. Pocas veces en tan clara, tan perentoria, tan indiscutible, una vocación de escritor y tan espléndido el instrumento verbal y la inteligencia y la gracia para manejarlo.

HERNANDO TELLEZ

María Elena Gertner : « Páramo salvaje »

HAY UNA SUERTE de conquista que aún se libra en América —sobre todo en los países de fuerte raigambre indígena, donde es más declarada que en la Argentina—, por ejemplo, la ofuscación en el diálogo del civilizador con el natural, o con el medio geográfico o con ambos. Más que estos elementos concretos —y siempre a causa de ellos— resistencias imponderables plantean el extranjerismo de quienes tratan de asimilar culturas foráneas a países que, al no poder incorporarlas del todo a su temperamento, tampoco pueden configurar con ellas una bien definida personalidad.

Esta turbación frecuentemente empuja a las literaturas americanas al pintoresquismo, al indigenismo o cualquier otra regresión a un folklore que estos anacrónicos adictos reverencian sin servir. La ofrenda de su devoción jamás puede tener el carácter de diálogo, y de esa manera es manifestada por una literatura de insincera compulsión.

Quedan excluídos de esta consideración los hitos que por su natural talento y autenticidad consiguieron expresarse en una entrega que los otros intentan sin poder realizar. Ellos sumaron, a la estatura normal del creador, esta otra altura que exige la perspectiva de la América bravía. Sobre todo este último esfuerzo dificulta el ejemplo de Neruda que —en el caso particular de Chile— ofusca los intentos de una literatura que tampoco encuentra en su lirismo —educado también en influencias europeas— el camino hacia la creación.

Este conflicto extraliterario distingue a la novela de María Elena Gertner que, sin valores artísticos definitivos, puede sin embargo constituirse en ejemplo, en la monótona medida de una generación subyugada por esta problemática. *Páramo salvaje* (Zig Zag, Santiago de Chile) es una novela « correcta » —si puede calificarse una novela de este modo— que consigue « tomar » al lector en una trama donde participan demasiados elementos para ser analizados a la luz de una verdad literaria. Y si el lector no puede sustraerse a la enumeración de tantos motivos es por

que la urgencia confesional de éstos tiene un interés que los excluye del artificio a que su autora debe recurrir, a veces, para engarzarlos. Si no fuera por la necesidad de trascendencia que sugieren a María Elena Gertner los ribetes del símbolo *Páramo salvaje* quedaría como una novela documental sin los ambages de este drama que, por soslayar sus verdaderos motivos, sugiere a la intuición del lector la tragedia que debería haber expresado.

En la medida de estas limitaciones —extrañamente demarcadas por la presión de una compleja problemática americana y el esfuerzo de una escritora por conciliarla de una manera « prudente »— *Páramo salvaje* es una novela amena, en cuyo frustrado símbolo campea, sin embargo, el hálito de una irremediable tristeza. Posiblemente el mismo esfuerzo hubiera bien servido a una obra de menor ambición, en otro clima no tan apremiado como el americano por una literatura comprometida por la necesidad de definiciones. En ese sentido el « páramo salvaje » que da nombre a la obra continúa siendo inaccesible a una escritora que, como la protagonista de su ficción, ha conseguido vivir en él sin habitar ese ambiente telúrico que la supera y la excluye.

Otras obras de la autora son *Homenaje al miedo* (poemas, 1950), *Islas en la ciudad* (novela, 1958) y *Después del desierto* (novela, 1961).

CARLOS ARCIDIACONO

Francisco Ayala : « Realidad y ensueño »

No extraña, verdaderamente, el feliz título con que en *Realidad y ensueño* se agrupan estos trabajos de Ayala dedicados, entre otros, a Cervantes, a Quevedo y, sobre todo, al admirable Unamuno. Apariencia y realidad son dos temas inexcusables del hombre de pensamiento, se trate del poeta o del filósofo. Con lo que incluyo, naturalmente, al hombre estético que, sociólogo o novelista se anima en el propio autor de los ensayos que integran el volumen. Quiero decir que tales trabajos definen al propio Ayala : su formación hispánica sólida, su inquietud universal. Si el género que con no poco éxito cultiva asimismo aquél, cumple su misión más excelsa en reflejar la vida en función de un hombre que la protagoniza como su última realidad mundanal, tampoco ha de asombrarnos que el autor de este libro lo acometiera con la misma sed de explicación que trasuntan sus obras narrativas. Tanto en el comentado autor de *San Manuel Bueno, mártir* como en Ayala mismo se gesta la pregunta sobre la novela y su técnica. Subyace, en fin, en ambos, de una manera implícita o expresa. Era forzoso, pues, ensayar, en un trabajo que apunta a Unamuno novelista, la definición de ese género poco menos que inasible que llamamos novela. Hay en ella, en efecto, y tal como lo indica Ayala, una trascendencia cuyo radical planteo se contiene en Cervantes y a la que, ya en nuestro tiempo, el llamado « realismo » trata de alcanzar con los recursos analógicos de una ciencia social que encuadraba al hombre hasta el naufragio en el prestigioso y atiborrado marco de los hechos y de su múltiple observación. Librarse de tal imposición mediante el descubrimiento de una conciencia capaz de abrirse paso en el plano fecundo de la pura temporalidad, ha sido el fin, visible u oculto, de los cultivadores modernos del género. Bien original es, por cierto, la aportación que le corresponde en semejante intento —amenazado de vecindad— al autor de *La novela de don Sandalio*, y es explicable que Ayala exalte la citada en primer término como dechado literario en sí y como acto heroico y hasta desdeñoso de afirmación formal.

Es verdad que el elogio de Ayala encuentra su justa medida en la ponderación de lo que pertenece al « desacierto » novelístico de Unamuno. Es evidente que la revolución operada por el escritor de *Niebla* en el campo de la novela está de tal modo cumplida en su obra de pensador que podríamos imaginarla con prescindencia, incluso, de sus famosas « nivolas ». Lo cierto —y esto no puede menos que admitirlo el propio Ayala— es que Unamuno se halla demasiado metido él mismo en sus escritos —y, por lo tanto, demasiado lanzado en su posición filosófica— para acertar en las exigencias formales de un género que, inefable y todo, tiene sus leyes. Aun perfecta dentro de sus propósitos, *San Manuel Bueno, mártir* no pasa de ser una paranovela, es decir : una acción, una vida *contada*, y aquí es, precisamente, donde Unamuno se coloca al margen de una forma que, como bien lo sugiere Ayala, en el fondo no le importa mucho. Y así tenía que ser para quien lo que contaba era *decir*, y pronto, « a lo que salga », aquello que llevaba dentro como simple hombre pensante.

Mucho se ha discutido sobre el problema de la realidad, en cuyo seno se hallan, solicitando, misteriosamente y a su turno, solución los temas sobrecogedores de la apariencia, el ensueño, la nada. No sé si en el enfrentamiento con el asunto andan más acertados los filósofos que los poetas. Pues ¿no escrutan, unos directamente, por un rodeo los otros, una misma, ontológica cuestión? En todo caso, cuentan los poetas con el más libre acceso de una intuición estética que en el campo de las formulaciones propias es capaz

de alcanzarnos la figura, el paso, del ensueño, de la muerte, de la nada. Ayala toma a Quevedo, a Cervantes, a Tirso, a Machado y a Borges como autores notorios de una indagación poética de la realidad o de la apariencia que se nos oponen, nos anteceden o sobrepasan y los estudia a través de los escritos en que tal inquietud cobra cuerpo en su versión más aguda y alucinante. Lo hace con el rigor del versado y la inteligencia del artista.

MARIO A. LANCELOTTI

María Angélica Bosco : « El comedor de diario »

Este nuevo libro de María Angélica Bosco viene a sumarse al ya nutrido grupo de novelas que enlazan su acción con el proceso político argentino de los últimos decenios. A diferencia de las obras de Manuel Peyrou, Beatriz Guido o David Viñas, *El comedor de diario* (Emecé Editores, Buenos Aires) no exhibe una intención manifiesta de revisión crítica ; se atiene más bien a recrear una atmósfera. La crítica va inserta en la trayectoria que siguen los protagonistas, a los que un determinado clima moral conduce hacia el fracaso. Sin insistir mayormente en los hechos políticos, la autora hace sentir su gravitación sobre la vida de sus personajes.

La desorientación institucional en que vive el país tiene su reflejo en la familia Rossi. El lector asiste a sus vicisitudes a lo largo de treinta y cinco años ; primero a su encumbramiento en un nivel social, luego, a través del crecimiento y maduración de los hijos, a la decadencia familiar en medio de la crisis del país. Más que la caracterización psicológica preocupa a la novelista señalar las actitudes de unos personajes a lo largo de sus vidas, hasta adquirir fisonomías marcadas en muchos casos por la frustración, y siempre por la amargura. La ambición, la inseguridad y las triviales exigencias exteriores los van apartando de sus auténticas y hondas necesidades llevándolos a la hipocresía y al desamor.

La pintura que se hace de un sector de la sociedad argentina es bastante pesimista. Todos los impulsos auténticos se frustran en actos estériles o se doblegan ante la falsedad que impone el ambiente. La lucidez es una gracia negada a unos seres que, por otra parte carecen de fuerzas morales para conjurar su propia ruina. En el cuadro que se nos presenta, la burguesía está corrompida y exhausta, los grupos disconformes son inoperantes, el espíritu familiar languidece, el egoísmo hace estragos.

La novela se divide en cinco partes designadas, tal vez arbitrariamente, como los movimientos de una sonata o una sinfonía : allegro, moderato, largo, adagio, finale. Cada una muestra un momento en el ascenso y declinación de los Rossi que refleja a su vez una etapa de la evolución social del país. El ámbito físico, la casa de los Rossi, gravita como una fuerza más sobre la vida de los personajes. María Angélica Bosco logra transmitir, junto con el clima familiar y el clima social una atmósfera de angustiosa falta de amor que es constante a lo largo del libro. Sin alardes, con segura limpieza de estilo, la autora de *La trampa* y *La muerte baja en el ascensor* demuestra haber llegado a su madurez de novelista. Libre de toda inseguridad, de toda vacilación, su talento parece inaugurar con *El comedor de diario* una promisoria etapa de su labor.

JULIO CRESPO

Antonio Montaña : « Cuando termine la lluvia »

Encontramos en estos cuentos : paisajes en ruinas, ciénagas, la peste, un aguacero que se vuelve diluvio, aves siniestras, visiones y sueños apocalípticos, viejas mansiones habitadas por seres que de vivientes sólo tienen los movimientos del cuerpo... Caótico material de horrores oníricos y naturales que Antonio Montaña ciñe con su inteligencia y con su sensibilidad de enamorado del lenguaje. De allí la admirable exactitud y la serena cadencia de su escritura :

« Comían poco y casi por obligación. No tan sólo porque les faltara el apetito, sino porque casi desde el comienzo de las lluvias la comida había adquirido un extraño sabor, como a ceniza de cigarro y flores viejas. Era como si todo estuviera tocado de muerto ; como si el aire mismo que respiraban, su propia piel, el aliento del vecino, hicieran parte de un animal en descomposición » (p. 87).

En la medida en que el horror o el caos se acrecienta, la trama se vuelve más concisa y apretada, la expresión más clara, como si el autor —dueño de una imaginación poco común— hubiera decidido (tal vez espontáneamente, tal vez gracias a una dura renuncia) presentarlos de una manera totalmente comunicable.

El reverso de los paisajes oníricos o reales constelados de espanto y de pájaros crueles lo constituyen algunas narraciones de este mismo libro en las que sobresale un delicioso y sutilísimo sentido del humor francamente negro. Esto que decimos lo ilustra ejemplarmente el cuen-

to sobre la niña que en el día en que cumple ocho años asesina a sus seis pequeños invitados. No es esto todo. Hay también otra gama en Antonio Montaña ; una insoslayable conciencia del sufrimiento humano que se expresa acompañada de una melancólica ternura chejoviana (testimonio de ello el cuento final, « El destierro »).

No es frecuente encontrar tanta diversidad ni tanta madurez artística en un escritor joven. De ahí la feliz sorpresa de quien lee estos doce cuentos de Antonio Montaña, cada uno perfecto en su género. *Cuando termine la lluvia* (Ediciones « Tercer Mundo », Bogotá 1963) convencerá a los amantes de muy diversas literaturas. En principio, por su muy alta calidad literaria y, después, por su diversidad asombrosa. No queremos dejar de señalar la hermosa presentación de la portada, que exhibe una fotografía del conocido artista colombiano Hernán Díaz.

ALEJANDRA PIZARNIK

Miguel Angel Asturias : « Mulata de tal »

En el panorama de las letras latinoamericanas se destacan con trazos particularmente nítidos la figura y la obra del novelista guatemalteco Miguel Angel Asturias. En *Mulata de tal,* recientemente publicada (Editorial Losada, Buenos Aires), culminan las principales características discernibles en otros títulos del autor, no sólo por lo que concierne a sus reconocidas cualidades de energía y destreza, sino por la perfección con que en dicha novela coinciden y contribuyen entre sí lo que el autor posee de occidental —o de racional— y lo que tiene, en contraposición, de aborigen —o de mágico—, factores objetivamente aportados por Asturias a su labor creadora. Novelista y diplomático, Miguel Angel Asturias está obviamente lejos de un aborigen o un primitivo ; sin embargo lo telúrico es uno de los elementos que más ostensiblemente gobiernan su tarea. Como índices de la variable medida en que este influjo se ejerce, pueden mencionarse las novelas *El señor Presidente,* acaso la más próxima a lo occidental de todas las de Asturias, y *Mulata de tal,* donde quizá no sea muy arbitrario ver lo más cabal que el autor ha realizado hasta ahora bajo la preponderancia de la corriente telúrica.

Inoperante sería cualquier tentativa para resumir el vastísimo e interesante tema de esta novela. Digamos, empero, que al resultar su trama de un pacto entre Celestino Yumí, « vecino de Quiavicús », y Tazol, versión local del Diablo, *Mulata de tal* se incluye con feliz originalidad entre las numerosas fantasías relativas a la tentación y seducción del hombre por los poderes conceptuados como demoníacos. Menos evidentes son, sin embargo, la medida en que esta llamativa ficción podría ser asignada al campo de la literatura autóctona —atendiendo a la considerable medida en que lo autóctono, según se ha señalado, gravita sobre ella— y la medida en que es lícito conceptuarla como una « novela » occidental. Con este interrogante pretendemos señalar que en *Mulata de tal,* aun fusionados lo aborigen y lo occidental por la habilidad del narrador, en definitiva ambas aportaciones entran en conflicto en el ánimo del lector.

Como otras obras de Asturias (*Hombres de maíz, El papa verde*), *Mulata de tal* aspira a reivindicar al indígena americano.

Dos son simultáneamente los aspectos bajo los cuales se manifiesta tal aspiración : uno de ellos responde a lo que más generalmente se entiende por « compromiso del escritor », y consiste en presentar al indígena (o al mulato, o al mestizo) como « explotado » o « pobre » por excelencia ; esta concepción directa e inequívoca se relaciona con la notoria miseria de las poblaciones centroamericanas. El segundo de aquellos dos aspectos —y aquí no deja de surgir cierta contradicción— reside en emplear como recurso más propio del escritor el idioma popular, como si el escritor quisiera producir la impresión de que su obra brota de la voz misma del pueblo, circunstancia que en *Mulata de tal* resplandece bajo la forma de un lenguaje vivacísimo y pintoresco donde fulguran todos los recursos coloquiales del ingenio popular y que precisamente abre camino en sus páginas a la decisiva intervención de lo « mágico » en el desarrollo de los episodios. Tan intensamente utiliza Asturias este recurso, que para la apreciación más completa y rigurosa de *Mulata de tal* podría ser aconsejable el empleo de un diccionario de americanismos, aborigenismos, arcaísmos hispánicos y otras rarezas idiomáticas, si el interés que su trama despierta permitiera tal distracción. Pero, en definitiva, esto mismo provoca en el lector la siguiente pregunta : ¿qué es lo aborigen para un escritor? ¿Una condición, o el producto de una elección? Dicho de otro modo : ¿sabe el escritor americano que apela a propósito a determinado material literario, o éste le es fatalmente impuesto por las denominadas « fuerzas de la tierra », a las que él no puede sustraerse?

La obra de Asturias no arroja luz alguna sobre este punto, y como este punto quizá sea demasiado subjetivo, tal vez no sea lícito exigirle que la arroje, pero el dilema que supone no deja de reflejarse en las páginas que comentamos. Por momentos Asturias escribe como hablaría un « hombre del pueblo » ; en otros pasajes se advierte el novelista culto que ha optado a propósito por

aquel lenguaje. Si excluímos *El señor Presidente*, vemos que virtualmente toda la prosa de Asturias pareciera sugerir que el mejor recurso de un escritor latinoamericano es el dialecto hablado por las clases menos cultas del lugar donde ese escritor reside. Porque Asturias escribe « novelas », no « leyendas » populares (nadie *escribe* las leyendas, además), y mediante esas novelas desea reivindicar al aborigen y combatir un orden de cosas donde el *sauvage américain* soporta una situación despreciable. Pero, al mismo tiempo, es algo muy representativo de esa situación (la cultura, traducida en el idioma) lo que Asturias elige como medio más excelso para proferir la condena y lo que Asturias deliberadamente amplifica y llena de resonancias con su « arte » literario (que no excluye ni el moderno humor negro ni ciertos efectos surrealistas).

¿Fatalidad telúrica?

Al lector le queda la desazón de no entender si la situación del indio explotado es lamentable o si representa más bien un privilegio. Tal vez sea algo contradictorio, en un escritor, repudiar un estado de cosas que hace del salvaje lo que efectivamente es y al mismo tiempo vestirse, para escribir, con las más brillantes plumas del salvaje.

De cualquier modo, esta circunstancia no despoja a *Mulata de tal* del hondo interés que le confieren su fascinante ritmo, la vivacidad de su transcurso y el curioso mundo centroamericano que estas eficaces páginas permiten contemplar.

LUIS JUSTO

Olga Orozco : « Los juegos peligrosos »

Yo escarbo *en mi memoria otra memoria como un desván en llamas...* De esa lejana memoria ardiendo vienen a estos poemas *las más bellas imágenes prometidas por las dos caras de los sueños.* Se trata de una aventura excepcional, de *juegos peligrosos* ; se trata de comunicar la más alta nostalgia del alma : aquella de la unidad, del paraíso perdido, de la « vida anterior » — los hombres son múltiples : su nostalgia es una y la misma.

Para Olga Orozco la poesía es, entre otras cosas, un modo o un método de conocimiento. Su libro alude algunas veces a imágenes de textos mágicos y religiosos e incluso el ritmo de sus poemas hace pensar en la representación que del alma humana ofrece la cábala : una bujía que oscila. Como el balanceo de una bujía es el ritmo de sus poemas.

Poemas que son plegarias, pero sobre todo poemas que son paisajes poéticos de intensísima belleza : *Veo un jardín inmenso sepultado en la huella de un pájaro* (...) *Quienes más me conocen me recuerdan como a una bujía apenas entrevista detrás de una ventana, / o las apariciones que surgen desde el fondo del estanque en su ataúd de hierbas...* También el lector la *recuerda* de esta manera al cerrar el libro y la incluye inmediatamente en la raza de las « maravillosas heroínas » (Octavio Paz), como Caroline de Günderode o Leonora Carrington.

En los poemas de Olga Orozco lo maravilloso es vivido y comunicado de una manera tan entrañable como si se tratara de hablar del pan o del vino. Decía Albert Béguin que todo poeta verdadero se define por el ritmo particular de su respiración poética y por ciertas imágenes a las que siempre vuelve, como si ejercieran sobre él una fascinación irresistible. Hemos hablado del ritmo. En cuanto a las imágenes recurrentes : el estanque, la ahogada, el tatuaje, la bujía, las estaciones, el propio rostro (los sucesivos rostros con sus múltiples máscaras), las figuras del tarot, el color azul como emblema místico... Agrego que algunos temas como, por ejemplo, el exilio, la desgarradura espiritual ocasionada por el nacimiento, la muerte, etc., son también expresados por medio de imágenes y metáforas. Y ello, porque como todo poeta que lo es de verdad, Olga Orozco sabe que en el poema lo que las cosas y las criaturas desean es amarse. Imágenes y metáforas son intercesoras de alianzas, restablecedoras de unidad : *Entre las ceremonias del amor ninguna es comparable al matrimonio del sol y de la luna.*

Aunque mi enumeración de temas e imágenes de « fascinación irresistible » es parcial, no lo es afirmar que la nostalgia es algo así como el núcleo de este libro. Nostalgia de la « verdadera vida », aquella cuya ausencia atestiguaron criaturas tan distintas y distantes como un Rimbaud o una Santa Teresa. Nostalgia o tierra extranjera en la que siempre se moró, no habiéndola nunca visto. De ese lugar —de ese tiempo— se tienen recuerdos (aportados por la « otra memoria ») y hasta testimonios a la manera del chaleco de seda del Grand Meaulnes, evocado alguna vez por otro gran poeta argentino, Enrique Molina, de la familia espiritual de Olga Orozco, perfecto ilustrador de la cubierta de *Los juegos peligrosos* (Losada, 1962).

De la poesía de Olga Orozco —que se cuenta entre la mejor de Latinoamérica— afirmó con admirable penetración H.A. Murena, que proviene « no sólo del cerebro y el espíritu, sino también de los pulmones, del estómago, del corazón y del sexo, de una inspiración que hace latir en la letra escrita la totalidad de un ser humano ».

AL. P.

notas

Salvador Reyes y « Los defraudados »

Para mí, Salvador Reyes, con Benjamín Subercaseaux, son los escritores de mayor enjudia de Chile, en lo narrativo. Benjamín como que se ha llamado a momentáneo silencio. No le durará mucho, salvo que la salud le falle. Benjamín es de estirpe de escritores. No puede hacer otra cosa que escribir. Su Chile, una loca geografía, *su* Niño de lluvia, *su* Rahab, *son obras perdurables. Como quiera que se le mire, por lo alto o por lo bajo, por lo bruñido o lo esplendente, Subercaseaux es un artista y un catador de almas.*

Pertenece a su generación Salvador Reyes. Ambos, en cierto modo descendientes del « Almirante » D'Halmar. Augusto Goemine Thomson D'Halmar fue un suscitador de inquietudes. Su léxico era rico, su sintaxis deslumbraba, su inventiva era un lujo. De él aprendieron los tercos realistas chilenos a desenmohecer la fantasía. La desenmohecieron, y brotó, agua de roquedal milagroso, los magníficos relatos de Benjamín, Salvador, Hernán, Luis Eduardo, Luis Enrique, una parvada de pilotos de la imaginación, porfiados timoneles de la leyenda náutica.

Salvador, uno de los más viajados, ha sido el lanzador de muchos libros. Uno de ellos, Mónica Sandera, *desequilibrado por exceso de caza ballenera antes que de pesca psicológica, le atrajo certera fama. La había conquistado en parte con su* Piel nocturna, *que en su primera edición prologué, y con su rica y apasionante* Ruta de sangre, *de que fui coeditor, historia dramática de las andanzas del pirata Sharp, uno de los amos de los « hermanos de la costa ».*

Reyes ha ido por doquiera. Ha estado en Francia los años de la ocupación alemana ; ha residido en Haití, en España, en Inglaterra, en Ankara, en Atenas : ahora ha vuelto a París. En cada parte dejó un filón de alma y adquirió un filón de estilo. Los defraudados, *su último libro, de cuentos, refleja la madurez de un escritor admirable en cuya retorta arden ahora los más inconcebibles zumos.*

Alguien habrá visto en aquellos cuentos, todos inesperados de final y amargos de desarrollo, quizá la huella inolvidable de Maupassant. Quien escriba cuentos deberá siempre pagar algún tributo al autor de Bel-Ami *y* Le Horla. *Yo personalmente no pude nunca perder de vista los maravillosos relatos de* Les contes de la bécasse, *que mi abuelo leía y releía con frución inenarrable. Pero los de Reyes son relatos de otra laya. Si no ríe el sol en sus páginas, tampoco nadie se histeriza de luna. Cada personaje de* Los defraudados *posee su propio mundo. Vive sus propias vivencias. Termina, por tanto, de sus propias mortalidades.*

No, no se refiere a individuos asociados a un mundo sin esperanza. Se trata no más de un mundo en el que el desengaño forma parte del engaño, y la felicidad, de la desdicha. Como solía decir uno de los contertulios del platónico banquete de Thais, la cortesana de Alejandría, *se trata de que la muerte existe porque forma parte de la vida. Ya lo había expresado antes San Agustín en sus* Confesiones *: vivimos no una vida mortal, sino una muerte vital. Comentario digno de los personajes y tramas del nuevo libro de Salvador Reyes.*

Éste poseyó siempre una congénita y rara capacidad de expresarse sin opulencia. Su estilo ha sido todo lo deportivo que jamás fue su autor. Ahí no hay adjetivo excedente, ni verbo anfibológico, ni sustantivo impreciso. Cada palabra calza, cada palabra se enhebra, cada palabra se engasta como la joya auténtica en el anillo exacto. Es lo primero que el lector advierte : una geométrica pericia que no desdeña la estética sugestión. Porque, como Neruda ha enseñado en tanto poema antiguo inolvidable, los contrastes no deben ser forzados, sino naturales, y así como la idea de lo alto suscita la de lo bajo, así también cada perfume se asocia irremediablemente con una sonoridad, y cada sonido guarda armonía con un acto, con un gesto, con un insustituible matiz.

Varias veces he escrito que el cuento es el género característico de nuestra América. Bastaría evocar los nombres de Horacio Quiroga, Hernán-

dez Catá, Bosch, Salarrué, Darío, Valdelomar, Reingoles, Maluenda, Arreola, y, desde luego, al norte, Poe, Sherwood Anderson, Hemingway. El de Salvador Reyes no les va en zaga. Sabe sintetizar, describir, sugerir y sorprender : rasgos distintivos de un cuentista de verdad. Cuando Juan Ramón Jiménez, haciendo concesiones que él no acostumbraba, señalaba que nuestra literatura se diferencia de la española sobre todo en el cuento, como que presentía esta magnífica madurez de Salvador Reyes, a quien saludo como el gran cuentista de la América actual.

LUIS ALBERTO SANCHEZ

EL PREMIO CABOT

Al cumplirse los veinticinco años del establecimiento del Premio María Moors Cabot, que la Escuela de Periodismo de la Columbia University ofrece a los periodistas o publicaciones periódicas que hayan contribuído a una mejor comprensión internacional en el hemisferio, quedaron comprendidos entre los premiados este año nuestro director don Germán Arciniegas y la revista Cuadernos. *Los otros premiados fueron don Juan S. Valmaggia, jefe de redacción de* La Nación *de Buenos Aires, don Jorge Fernández, director del Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina en Quito, don Juan de Onís, corresponsal del* New York Times *en el Brasil y el director de* Visión, *Sr. William E. Barlow.*

Al agradecer los numerosos mensajes de felicitación recibidos por Cuadernos *y por su director y lo publicado con este motivo en la prensa del continente, queremos reproducir algunos párrafos del discurso pronunciado por el H. John Moors Cabot, embajador de Estados Unidos ante el gobierno de Polonia, en la ceremonia de entrega de los premios. Se trata de un documento de extraordinario valor, en el que con toda claridad y franqueza el Sr. Moors Cabot discute el problema de las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina :*

« Me gustaría poder decir que nuestras relaciones interamericanas son hoy día más estrechas que en 1938 : que la cooperación y la confianza entre las naciones de este hemisferio fueron mejores y que trabajamos siempre en armonía para resolver los problemas entre nosotros. Aunque en ciertos sectores se han hecho algunos progresos y se ha logrado alguna mejora reciente, no creo que esto nos dé una visión clara de la situación. En 1938 llevaba ya en aplicación cinco años la Política de Buena Vecindad de Roosevelt y se habían liquidado muchos agravios de los países latinoamericanos. Estábamos a punto de alcanzar el apogeo de nuestra cooperación, es decir, cuando nuestros amigos se unieron valerosamente a nosotros en la lucha contra el nazismo y el fascismo. La importancia de esta cooperación aparece en el hecho de que, mientras la segunda guerra mundial devastaba el Viejo Mundo, el Nuevo Mundo permaneció indemne. Los hijos de este hemisferio que murieron por defenderle no murieron en vano.

« En 1945, al terminar la guerra, prácticamente todo el Viejo Mundo se había hundido en el caos y pronto se hizo patente que otro totalitarismo estaba tratando por todos los medios a su disposición de aprovecharse de ese caos. El desarrollo económico de nuestras repúblicas hermanas había experimentado el enorme impulso ocasionado por las urgencias de la guerra, y su apetito de desarrollo se estimuló aún más. El anticuado sistema feudal iba derrumbándose. Hay que reconocer que fuimos nosotros más bien que nuestros aliados soviéticos quienes produjimos esta revolución en las ideas. Propagamos ideas que en América Latina eran revolucionarias : enseñanza obligatoria y gratuita, igualdad ante la ley, libertad y dignidad del individuo, supremacía del gobierno civil sobre le gobierno militar, sociedad relativamente sin clases y un elevado nivel de vida para las masas. Y estas ideas las llevamos hasta el rincón más apartado de América Latina por conductos tan típicamente norteamericanos como el automóvil, la radio, el cine, el avión, la televisión y —cosa bastante paradójica— las actividades de las empresas estadounidenses en Latinoamérica. El atractivo que el castrismo y el comunismo ejercen en muchos latinoamericanos estriba en el hecho de que esas grandes ideales y objetivos no se han realizado ni mucho menos en América Latina, a pesar de la estrecha cooperación entre las Repúblicas americanas mantenida durante tantos años. Las reformas sociales están llegando a América Latina. Y pueden llegar por evolución o por revolución. Nosotros, que tanto hemos hecho para inspirar esas reformas, no debemos negar nuestra cooperación, sin ofrecer nuestro estímulo y nuestra orientación, hasta donde las Repúblicas hermanas los deseen.

« Los problemas con que hubieron de enfrentarse los Estados Unidos en los años de posguerra eran de vital importancia, muy complejos y desconcertantes. El destino de más de la mitad del mundo dependía exclusivamente de nosotros. No es, pues, de extrañar que nuestros gobiernos de la posguerra se dedicaran a los problemas que tenían un carácter inmediato y vital más bien que a los que se hallaban en estado latente. No quiero criticar, pero al hacer tal cosa los gobiernos norteamericanos descuidaron la base fundamental en que se apoya nuestra seguridad, es decir, la solidaridad del hemisferio occidental. Mi impresión es que se trataba de un

riesgo calculado : los encargados de tomar las decisiones pensaban que por entonces el pueblo norteamericano no estaba, ni política ni económicamente, dispuesto a soportar la pesada carga suplementaria que hubiera supuesto una ayuda en masa para el desarrollo de América Latina.

« Pero, desde el punto de vista de los países latinoamericanos, nuestras relaciones con ellos ya no disfrutaban de la primacía que hasta entonces se les había dado. Distraídos por nuestra implicación en los problemas mundiales, ya no consultábamos como antes a esos países en lo referente a las cuestiones de política exterior. Por otra parte, las otras Repúblicas deseaban desarrollar sus recursos y elevar sus niveles de vida, pero sin que tuvieran que cargar con la total responsabilidad de esa tarea. Para conseguir tal cosa habría sido necesario reformar toda la base política de esas naciones y poner en orden sus propios recursos, cosa que aún no se hallaban psicológicamente preparadas para hacer. Continuamos proporcionando, e incluso aumentamos, los préstamos para el desarrollo de los países latinoamericanos ; pero éstos no podían pasar por alto el hecho de que, habiendo estado tan estrechamente asociados a nosotros durante la mayor parte de su historia, como Estados independientes, sin embargo no recibían prácticamente ninguna ayuda gratuita, que en cambio estábamos prestando incluso a nuestros antiguos enemigos.

« Si esto no hubiese sido más que una operación de urgencia, la situación podría haber sido tolerable. Pero en los primeros años del decenio de 1950 ampliamos nuestra ayuda gratuita a otras muchas naciones que nunca nos habían mostrado amistad, naciones agresivamente neutrales o incluso abiertamente hostiles para con nosotros o que competían con nuestras hermanas las Repúblicas latinoamericanas. Sin duda alguna, esta política obedecía a sus razones. Sin embargo, me parece evidente que las otras Repúblicas americanas tenían que terminar preguntándose de qué servía ser nuestros amigos, puesto que a quienes no lo eran les tratábamos mejor. No podían, pues, dejar de observar que aquellos que se mostraban más irresponsables e insolentes eran quienes recibían mejor trato ; de ello sacaban las consecuencias lógicas. Persuadir a otras naciones de que su interés nacional está en ser amigos nuestros será un problema constante de nuestra diplomacia, problema más fácil de formular que de resolver.

« Un segundo factor que perjudicó a nuestras relaciones con las otras Repúblicas americanas fue la aparición del nacionalismo. En lo esencial fue éste un fenómeno saludable ; las naciones difícilmente pueden ser mejores que lo que desean ellas mismas ser, ni realizar progresos si no se sienten insatisfechas con lo que tienen. Pero, dada la enorme presencia de los Estados Unidos en las otras Repúblicas americanas, en ellas el nacionalismo se expresaba a menudo como antinorteamericanismo ; y si bien el nacionalismo, con su nuevo orgullo por la nación y su acerada determinación de hacerla progresar, deseaba hacer desaparecer los viejos abusos, que sin duda alguna existían, iba acompañado por un ultranacionalismo que, en su ceguera destructiva, se aliaba a menudo con el comunismo.

« Un tercer factor que perjudicó nuestras relaciones con las Repúblicas hermanas latinoamericanas fue el cambio en las relaciones comerciales. Dado el carácter monoproductor de la economía que es tan corriente en América Latina y los niveles vertiginosos a que subieron los precios de sus productos como consecuencia de la segunda guerra mundial y de la guerra de Corea, era inevitable que se produjeran algunos reajustes. Pero los precios se deterioraron aún más como consecuencia de los esfuerzos de los países productores para mantenerlos en niveles artificiales. Nosotros los norteamericanos, que durante largos años hemos intentado mantener los precios de nuestros productos agrícolas en niveles artificiales, no estamos en condiciones de criticar a los gobiernos latinoamericanos. Conocemos los problemas que provocan esos esfuerzos, pero podemos hacerles frente gracias al vigor y a la diversificación de nuestra economía. No podían en cambio hacer otro tanto las Repúblicas latinoamericanas, a las que no ayudamos hasta finales del decenio del 50. Como es natural, esto no dejó de irritarles. No creo que se dieran cuenta de hasta qué punto su política desastrosamente miope contribuyó a sus dificultades.

« Un cuarto factor perjudicial para las relaciones interamericanas se basa en buena parte en lo siguiente. Es evidente que cuando las cosas marchan mal, es muy poco lo que podemos hacer para influir sobre la situación, independientemente de nuestra buena o mala voluntad. Por muy generosos que los Estados Unidos decidan ser, la ayuda que pueden proporcionar a un país extranjero es, inevitablemente, sólo una pequeña fracción de los recursos que el país puede facilitar para su propio desarrollo. Pero cuando las cosas comenzaron a marchar mal, y cuando los pueblos comprendieron que marchaban mal, sus dirigentes no se mostraron nada dispuestos a realizar una autocrítica y a emprender reformas. Buscaban un chivo expiatorio, y éste no podía ser más que el Tío Sam. Al parecer, no se les ocurrió a las clases gobernantes latinoamericanas que al hacer tal cosa socavaban su propia posición.

« Una parte de las críticas estaba justificada ;

otra no. Naturalmente, los comunistas y los ultranacionalistas se metieron en el asunto todo lo que pudieron. Ambos grupos atacaban sobre todo las relaciones económicas entre los Estados Unidos y las Repúblicas hermanas. Consecuencia de todo esto fue socavar la confianza, alentar la evasión de capitales y fomentar la inestabilidad política y económica. Los dirigentes no fueron capaces de hacer frente a las nuevas esperanzas de las masas. Y si los Estados Unidos sufrieron con esta crítica estridente, aún más sufrió con ella América Latina. »

EL PREMIO "CUADERNOS"

« Cuadernos » comunica que por determinación de los editores francés, inglés, alemán e italiano, que estudiaron con la revista la adjudicación del premio para el mejor libro del año 1962, ha resuelto declarar desierto el concurso para dicho año. Por consiguiente, el « Premio Cuadernos » será concedido al mejor libro de 1963.

El « Premio Cuadernos » consiste en la suma de 2.000 dólares, que se entregarán en París al autor de la obra premiada, obra que será traducida a los cuatro idiomas mencionados y que eventualmente, a través de « Cuadernos », se trasladará a otros idiomas europeos.

« Cuadernos » se ha dirigido a los editores, críticos literarios, directores de revistas latinoamericanas, etc., solicitando envíen su voto para el premio correspondiente a 1963, el cual será anunciado en abril próximo.

POLEMICA SOBRE UNA CARTA QUE NO EXISTE

La polémica suscitada en Buenos Aires entre los historiadores Eduardo L. Colombres Mármol y Raúl A. Molina, actualiza una vieja cuestión que el rigor científico de la historiografía moderna no ha aclarado suficientemente. Nos referimos a la discutida carta de San Martín a Bolívar del 29 de agosto de 1822, donde explica, luego de la Conferencia de Guayaquil, los motivos que lo llevaron a abandonar el terreno en beneficio del Libertador de Colombia.

En 1950 la Academia Nacional de la Historia de la Argentina había dictaminado la autenticidad de aquella misiva, en abierta disidencia con la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, que la considera apócrifa. Naturalmente, todos los historiadores venezolanos (Vicente Lecuna, por ejemplo), concuerdan en la falsedad del documento, que habría sido fraguado —según ellos— por los partidarios de San Martín en el Perú. Sin embargo, en la Argentina, las opiniones no son unánimes. Ricardo Levene —que presidía la Academia en ocasión de aquel dictamen— siempre consideró que la epístola era auténtica. Enrique de Gandía se adhiere a esta posición, que por otra parte ya habían consagrado hombres como Mitre, Alberdi y Sarmiento. San Martín, ciertamente, nunca desmintió los términos de aquella carta, que Gabriel Lafond de Lurcy publicó en un libro de la época. Pero algunos sostienen que si San Martín no la desautorizó fue porque le convenía la aureola de prestigio y sacrificio que su difusión le acarreó.

Historiadores argentinos como Pérez Amuchástegui y Eduardo Martiré entienden que la carta de marras es falsa, adhiriéndose así a la tesis bolivariana. Pero el doctor Raúl A. Molina, que en Buenos Aires dirige la cotizada revista *Historia*, tiene una tesis más equilibrada : No es posible —afirma— discutir sobre una carta que no existe. Efectivamente ; el original del famoso documento nunca apareció ; se cuenta solamente con la reproducción tipográfica dada a conocer por Lafond (De ahí que se la conozca popularmente como « la carta de Lafond »).

La polémica suscitada entre Colombres Mármol y Molina se debió al hecho de que en la citada revista *Historia*, apareció recientemente una extensa nota bibliográfica de Eduardo Martiré elogiando un libro de Pérez Amuchástegui (*La carta de Lafond y la preceptiva historiográfica*), donde se señala la falsedad del documento. Colombres Mármol, ferviente partidario de la autenticidad, desató en los diarios de Buenos Aires una enconada lucha verbal, y como sucede en estos casos, no guardando siempre el decoro propio de la serenidad científica. En respuesta, el doctor Molina le ofreció las páginas de *Historia* para que Colombres Mármol expusiera su teoría, siempre que se ajustara estrictamente al tema.

Algunos historiadores equidistantes entre las distintas posiciones que rodean a esta antigua polémica, recordaban que Colombres Mármol es hijo del ex embajador argentino en Perú, don Eduardo Colombres Mármol, que hace muchos años adquiriera en Lima unos documentos del historiador peruano Gutiérrez de Quintanilla. En este repositorio, había cartas, precisamente, de San Martín, Bolívar, Sucre y otros próceres. El diplomático argentino quiso vender la colección al gobierno argentino, que designó una comisión, presidida por Ricardo Levene, para estudiar y fijar los precios respectivos. Levene aprovechó la ocasión para citar uno de esos documentos, hecho que molestó a Colombres Mármol, quien consideraba que hasta que no fuesen adquiridos, no podían ser utilizados ni citados. Media América acusó a Colombres Mármol de haber comprado unos documentos sin mayor examen, documentos que muchos consideran falsos. Esto ocurría en 1942, y a más de veinte años los hechos guardan una curiosa similitud.

ARMANDO ALONSO PIÑEIRO

EDUARDO SANTOS EN PARIS

Eduardo Santos ha pasado en París unas semanas. El director de *Cuadernos*, don Germán Arciniegas y su señora, le ofrecieron una recepción, a la cual asistieron el presidente Pierre Mendès-France y su señora, Marcel Bataillon del Colegio de Francia, el embajador de Colombia Obando Velasco y su señora, el embajador de Venezuela Pulido Méndez y sus hijas, Otto Morales Benítez y señora, el embajador Alberto Zérega Fombona, el embajador Arbeláez y su señora, el embajador de México José Luis Martínez y señora, la duquesa de la Rochefoucault, Matilde Pomès, Emma Reyes, Nicolás Nabokov, René Tavernier, Julián Gorkin, José Ballester Gozalvo, Eduardo Caballero Calderón, Rafael Angel Insausti, Ignacio Iglesias, Alberto Baeza Flores, Ramón Alderete y señora, y Angel Díez de las Heras.

VICTORIA OCAMPO EN PARIS

En honor a Victoria Ocampo ofreció el director de *Cuadernos* una recepción a la cual asistieron Marcel Bataillon, Jean Cassou, Roger Caillois y señora, Pierre Emmanuel, el príncipe Napoleón Murat y señora, Miguel Ocampo y señora, César Miró y señora, Matilde Pomès, Isabel Lleras de Ospina, Alberto Zérega Fombona, Eduardo Caballero Calderón, José Luis Martínez, Enrique Peña Barrenechea, Gabriel Betancourt, Dominique Le Roux, Alberto Baeza Flores, Paul Verdevoye y Ramón Alderete.

LA NACION FANTASMA

Un periódico italiano destaca esta información : Allan Dulles, el hombre que por muchos años ha controlado el espionaje en Norteamérica, acaba de revelar el número exacto de las fugas que se han verificado en el Este de Europa entre 1945 y 1961, año en que fue levantado el muro de Berlín. Se trata de unas cifras impresionantes. Los prófugos establecidos en el mundo libre suman 11.538.000. Se ha constituído en esta forma una auténtica aunque heterogénea nación fantasma en el exilio : Alemania oriental : 3.600.000 ; Países Bálticos : 200.000 ; satélites europeos : 1.783.000 ; China comunista : 3.000.000 ; satélites asiáticos : 2.000.000 ; Unión Soviética : 1.000.000.

AMOR A LA SABIDURIA

Se ha constituído en la ciudad de Córdoba la Asociación Filosófica Argentina. Entre sus fines, la Asociación dice que « propenderá a la consolidación de una activa conciencia filosófica mediante el estímulo de la producción intelectual de alto nivel, la relación y estrecha asociación de las personas e instituciones consagradas a este género de estudios, el intercambio de ideas y doctrinas y la difusión de la labor creadora

S U R

DIRIGIDA POR VICTORIA OCAMPO
N° 286 (Enero - Febrero 1964)

JORGE LUIS BORGES
Hengest Cyning : Epitafio del rey

HEIMITO VON DODERER
El arte del mago

KOSTAS AXELOS
De la tradición

STEPHEN SPENDER
Pronombres en este tiempo

MARIO LANCELOTTI
El legado

UDO RUKSER
La poesía de Nietzsche
y los poetas de habla hispánica

Suscripción anual : u$s. 6
Independencia 802 Buenos Aires

de pensadores y estudiosos ». La primera junta ejecutiva de la Asociación está integrada por los profesores Juan Adolfo Vázquez, Emilio Estiú, Hernán Zucchi y Adelmo Montenegro.

EXPOSICION VIAJERA

Acaba de presentarse en el Museo de Arte Contemporáneo de Santiago de Chile una muestra de pintura argentina integrada por 76 obras, que abarcan lo más destacado de la producción pictórica de ese país durante los últimos veinticinco años. La exposición viaja por vía aérea y será expuesta ulteriormente en Perú, Colombia y Venezuela. Forma parte de un plan argentino para lograr un mayor contacto cultural con sus vecinos latinoamericanos.

MUSICA VIVA

El destacado músico italiano Riccardo Malipiero es huésped desde hace meses del Centro Latinoamericano de Altos Estudios Musicales, con sede en Buenos Aires, donde enseña a compositores jóvenes. La tarea pedagógica no ha absorbido por completo al maestro italiano, puesto que ha dado a conocer en Buenos Aires, con carácter de estreno mundial, una pieza titulada *Preludio, adagio e finale per voci e per cussione,* compuesta durante su estancia en la capital del Plata. Los textos en que se basó son tres poesías, en italiano, alemán y castellano —que impresionaron a Malipiero particularmente—, originales de Giácomo Noventa, Giuseppe Ungaretti y el argentino Miguel Gallardo Drago.

PREUVES

publie dans son numéro de Décembre :

MARY MACCARTHY
Ma confession

BERNARD PINGAUD
Le personnage
dans l'œuvre de Nathalie Sarraute

PIERRE SCHNEIDER
Au Louvre avec... Miró

EMMANUEL BERL
La prévision est-elle possible ?

CHARLES-ANDRE JULIEN
L'insurrection de Kabylie

*

18, avenue de l'Opéra, Paris (1er)

Un ancien numéro sera gracieusement envoyé sur simple demande, comme spécimen.

BUDISMO ZEN OCCIDENTALIZADO

En una reunión de intelectuales en una casa de Montevideo, un escritor que acababa de regresar del Japón procuraba explicarle a un conocido pintor las enseñanzas del budismo zen, tal como él las había estudiado personalmente en el país del sol naciente. Para sintetizar le dijo al fin :

— O sea que cuando usted entiende es porque no entiende.

El pintor reflexionó unos instantes y luego respondió :

— Entiendo.

NOTAS DE MEXICO

1963 ha sido de gratas rememoraciones para México. Y de grandes duelos.

El domingo 20 de enero se cumplió el medio siglo de la muerte de José Guadalupe Posada, insigne grabador provinciano que enjuició el porfirismo, cantó el triunfo del pueblo con Madero y dio al usurpador Huerta la figura con que México lo recuerda : una alimaña.

Casi inadvertido transcurrió el centenario de Francisco A. de Icaza, nacido el 3 de febrero de 1863. Poeta, crítico, historiador y diplomático, vivió en España lo mejor de su vida. (« Dadme limosna, mujer, / que no hay en la vida nada como la pena de ser / ciego en Granada. »

El cincuentenario de las muertes históricas —como dice Fabela— de Madero y Pino Suárez tuvo perfiles nacionales. Ambos mártires escribieron : el primero un libro que fue piedra de toque *La Sucesión Presidencial de* 1910 ; el segundo, versos románticos. Una vez más la pluma y la espada.

Al Dr. Belisario Domínguez, el orador parlamentario que se atrevió a decir que « el cerebro de Victoriano Huerta está desequilibrado », un colega suyo le cortó la lengua. Este héroe de la palabra nació en abril de 1863 y murió en octubre de 1913. Doble conmemoración.

Y el fasto nacional será el 13 de diciembre en que se cumplen 150 años del fusilamiento del Generalísimo José María Morelos y Pavón, genio de la guerra de Independencia se declaró a sí mismo Siervo de la Nación, reunió el primer Congreso y tuvo a flor de muerte esta

presión : « Morir es nada, cuando por la patria se muere... »

En lo que va del año han fallecido Francisco J. Santamaría, autor del monumental *Diccionario de Americanismos* y de un *Diccionario de Mexicanismos* razonado ; Alberto María Carreño, secretario perpetuo e innegable motor de la Academia Mexicana ; Pablo Martínez del Río, el primer prehistoriador de México ; Manuel B. Trens, historiador, ex director del Archivo General de la Nación ; Frans Blom, el antropólogo danés que había hecho de Chiapas su segunda patria. Todos dejaron obra para honra de México.

*

Muertos González Martínez y Alfonso Reyes, el Colegio Nacional continúa sin poeta, no obstante estar vivo Carlos Pellicer, el tercero en la línea de los grandes. La edición monumental de la poesía pelliceriana realizada por la Universidad Nacional es la mejor constancia de la fidelidad a una vocación límpidamente americana. Bolívar mismo quedaría complacido.

*

México ha alcanzado dos triunfos internacionales : su propuesta para declarar zona libre de experimentos atómicos gran parte de la América Latina y la recuperación de El Chamizal, terreno que ya había reclamado el Presidente Benito Juárez en 1866. Lo uno muestra la preocupación mexicana por la paz universal ; lo otro, la búsqueda de la concordia basada en la justicia.

S. C.

Temas y autores

¿Qué alcance tiene hoy el peronismo? ¿Renace la misma amenaza que se perfilaba en 1943? ¿Hasta dónde el antiguo dictador sigue influyendo, desde Madrid, en los destinos de la Argentina? ADOLFO LANUS, redactor de *La Prensa* de Buenos Aires, absuelve estas preguntas y anticipa esta advertencia : « El peronismo no es una amenaza, no es una fuerza orgánica, pero puede ser utilizado por los agentes comunistas. »... Nadie mejor entre los latinoamericanos para evocar a Aldous Huxley que VICTORIA OCAMPO, su amiga, la cual lo recuerda en « Tel qu'en lui-même enfin l'éternité le change »... Pocas veces en la literatura latinoamericana ha alcanzado alturas tan señaladas la ficción artística como en los trozos de « Antología imaginaria » de MARCO DENEVI, de la cual *Cuadernos* publicó unas muestras hace unos meses, con el aplauso de todos... La nueva política preconizada por el Presidente Illia en materia de petróleos ha sorprendido al mundo. Por desgracia, las intimidades que han determinado la acción del gobierno argentino han sido ignoradas por la prensa. AMERICO GHIOLDI ofrece la más objetiva e impresionante radiografía en « Petróleo y política argentinos »... Inicia *Cuadernos* una serie de estampas sobre lo que ha sido la plaza pública en nuestros países. (Los Estados Unidos se diferencian de América

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envio la cantidad de ....., importe de una suscripción a *Cuadernos* por un periodo de ..... a partir del N.º ....., a nombre de (1) :

.....

.....

.....

(1) Indíquese la dirección completa.

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9992-63) a la administración de *Cuadernos*, 18, avenue de l'Opéra, Paris 1er.

Francia : 1 año : 25 F — Norteamérica : 1 año : 6 $ USA

Europa : 1 año : 28 F — América Latina : 1 año : 5 $ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.

B.D.I.C

Latina en que son una nación sin plazas.) Para abrir esta sección, RAUL ANDRADE nos presenta una « Biografía en blanco y negro de la Plaza Mayor »... ¿Saben ustedes que en Israel hay aldeas en las que la casa más humilde dispone de agua caliente, aprovechando sencillamente los rayos del sol? En la sección de Ciencias se verá cómo, merced al aprovechamiento de la energía solar, se ha llegado a esa maravilla... Las elecciones chilenas de que nos habla MARIO RIVAS son una historia en donde tienen mucho que meditar los sociólogos de la política de nuestros países... Gran figura de América, y figura que dejó huellas profundas en la educación, es la de don Joaquín V. González, evocada en un magnífico retrato de cuerpo entero escrito por CESAR TIEMPO... La sensación artística del mes en París la constituyó la muestra oriental que DAMIAN CARLOS BAYON presenta en su « Diálogo sobre arte japonés »... Ese incansable escrutador de su altiplano que es FERNANDO DIEZ DE MEDINA ofrece como la síntesis de sus libros en « Del Ande boliviano y su misterio »... Los amigos del arte fantástico y mágico que vienen realizando una labor admirable en Bélgica, y que han lanzado al mundo una nueva palabra que se ha abierto ya camino, « fantasmagia », son presentados por uno de sus fervorosos animadores : SERGE HUTIN... LUIS GUILLERMO PIAZZA es actualmente en México un valor nuevo, que sorprende por su originalidad. La prueba es su relato « Los locos », muy expresivo de su literatura... ROMUALDO BRUGHETTI estudia la escultura del « Aleijadinho », cuya importancia es enorme en la formación del movimiento plástico brasileño, tanta que Mario de Andrade afirmó que « el Brasil dio con él a su mayor ingenio artístico »... CARLOS M. GRUNBERG, autor de los « Cuatro poemas del mundo hebreo », es uña de las figuras que en la nueva poesía lírica ha llegado a calar más hondo en el espíritu de su pueblo... SALVADOR CRUZ nos da una muestra de su sentimiento poético con su « A Morelos », recordando así una figura histórica que México conmemora ahora, con motivo del 150 aniversario de su fusilamiento. La figura de Morelos fue estudiada, a través de dos de los grandes acontecimientos en que participó directamente —el Congreso de Anáhuac y la Constitución de 1814—, por Salvador Pineda en el último número de *Cuadernos* y en el magnífico artículo titulado « La primera Constitución mexicana »... El autor del grabado de Morelos, reproducido junto con el poema de Salvador Cruz, es ERASTO CORTES JUAREZ, uno de los indudables valores de la plástica mexicana contemporánea.

*

Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

Director
GERMAN ARCINIEGAS

Consejo de Honor
Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Mariano Picón-Salas, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos, Jean Sarrailh y Erico Veríssimo

Redacción en París
Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

Consejo de Redacción
Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, José Luis Martínez, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

Arte
Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

Ilustrador
Sergio Trujillo Magnenat

Corresponsales
Asunción : Josefina Plá
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela
Buenos Aires : H.A. Murena
La Paz : Fernando Díez de Medina
Nueva York : Joaquín Maurín
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz
Santiago : Raúl Silva Castro

Administrador
Tomás Urbiztondo

Gerente general de ventas y suscripciones en América Latina
Manuel José Jaramillo

Dirección de la Redacción
23, rue de la Pépinière, Paris (8)
Teléfono : EUR. 37-59

Dirección de la Administración
18, avenue de l'Opéra, Paris (I)
Teléfono : OPE. 44-88

Cuadernos

LA ESCLAVITUD
por
Maurice Garçon[1]

•

ECUERDOS DE GABRIELA MISTRAL
Mathilde Pomès

OS CUARTELAZOS Y NUESTRAS DEMOCRACIAS
Juan Milla Bermúdez

RANCISCO ROMERO Y SU TEORIA DEL HOMBRE
Roberto F. Giusti

RESAGIOS FOLKLORICOS EN CUBA
Jorge L. Martí

OLIVAR SIN LIMITES
Carlos Pellicer

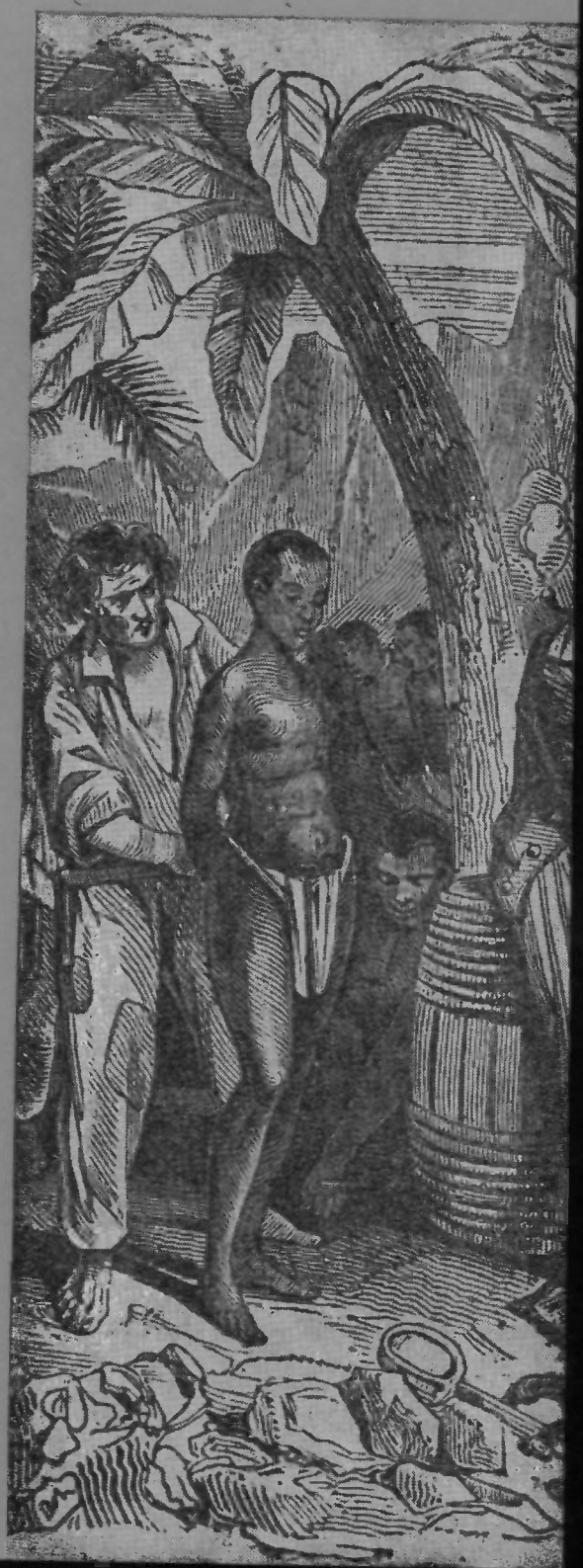
ELACION ENTRE EL OIDO Y LA FONACION
Fernand Lot

NEMA-VERITE, FREE-CINEMA, KINO-PRAVDA
Néstor Almendros

CTURA AL ATARDECER (POEMA)
Germán Pardo García

•

EL MEJOR CUENTO DE PUERTO RICO



P PQ926

ARZO DE 1964 N° 82

Empresa Colombiana de Petróleos

ECOPETROL

Becas de Especialización Técnica en el Exterior
(Administradas por el ICETEX)

ENTIDAD CIENTO POR CIENTO COLOMBIANA
PATROCINADORA CULTURAL DE LA JUVENTUD

Planes de Becas Nacionales en las Universidades

DE LOS ANDES	Bogotá
INDUSTRIAL DE SANTANDER	Bucaramanga
DE NARIÑO	Pasto
TECNOLOGIA DE PEREIRA	Pereira
FACULTAD NACIONAL DE MINAS	Medellín
UNIVERSIDAD DE MEDELLIN	Medellín
PONTIFICIA BOLIVARIANA	Medellín

Patrocina Estudios de Primaria, Bachillerato Clásico y Bachillerato Industrial en Distintos Institutos Departamentales

62 escuelas, Colegios y grupos escolares en el Distrito de Mares (Barrancabermeja y El Centro). Sedes de las Refinerías del Estado, de la Planta de Gas, de los Oleoductos de Productos, de las Instituciones Sociales en general y de la nueva Iglesia Parroquial construída por la Empresa en su campo principal de trabajo.

Hospital con 190 camas.

20 Profesionales especializados en las diversas ciencias médicas.

55 Empleados de administración sanitaria.

63 Enfermeras en servicio

20.000 Personas inscritas para recibir servicio médico permanente en El Centro.

13.000 Personas inscritas para recibir servicio médico en la Refinería.

800 Personas inscritas para recibir servicio médico en el Oleoducto de Bogotá.

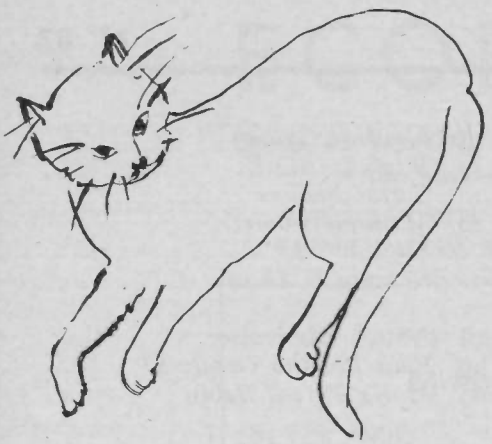
1.160 Personas inscritas para recibir servicio médico en la Empresa de esta ciudad, Edificio de Ecopetrol.

UNIVERSITE DE PARIS
B.D.I.C.

CUADERNOS

MARZO DE 1964 N° 82

El comercio de la madera de ebano	3	*Maurice Garçon*
Presagios folkloricos en Cuba	13	*Jorge L. Martí*
Bolivar sin limites	18	*Carlos Pellicer*
Recuerdos de Gabriela Mistral	19	*Mathilde Pomès*
Francisco Romero : el hombre y su teoria del hombre	31	*Roberto F. Giusti*
« Cinema-verite », « Free-cinema », « Kino-pravda »	44	*Néstor Almendros*
Potosi colonial : historia y fantasia	49	*Raúl Botelho Gosalvez*
Ser y estar de Puerto Rico	60	*María Teresa Babín*
ENCUESTA		
Los cuartelazos y nuestras democracias	26	*Juan Milla Bermúdez*
RELATO		
Memoria de un eclipse	41	*Luis Rafael Sánchez*
ARTE		
Arte argentino actual	73	*Damián Carlos Bayón*
El movimiento en las artes del siglo XX	78	*María Scuderi*
POESIA		
Lectura al atardecer	23	*Germán Pardo García*
CIENCIA		
Relacion intima entre el oido y la fonacion	67	*Fernand Lot*
LIBROS		
La realidad y el deseo	84	*Raúl Leiva*
« Elegias italianas », de Alberto Girri	88	*Jorge A. Paita*
« Manuel Pacho », de E. Caballero Calderon	89	*Paul Verdevoye*
« Obra literaria », de Silvio Villegas	91	*Agustín Rodríguez Garavito*
« La politica y los sindicatos », de F. Duran Bernales	92	*Alicia M. Justo*
NOTAS	93	*Raúl Andrade, H.A. Murena, Luis Guillermo Piazza, A. Baeza Flores, etc.*
TEMAS Y AUTORES	99	



A LA PRESENCIA *de Marcel Bataillon, administrador del Colegio de Francia, y de Jean Sarrailh, rector honorario de la Sorbona, agregamos hoy dos nombres ilustres de amigos y colaboradores de esta revista : Charles V. Aubrun y Pierre Monbeig. Queda así representado Francia, espléndidamente, en el Consejo de Honor de* Cuadernos. *El profesor Aubrun es director del Instituto de Estudios Hispánicos de París desde* 1953, *puesto al cual llegó después de ser profesor en la Facultad de Letras de Poitiers y en la Sorbona, forma parte del comité directivo del* Bulletin Hispanique, *y al lado de estudios eruditos como* Le chansonnier espagnol d'Herberay des Essarts, XV^e^ siècle, *o* Lope de Vega, Peribáñez, *su* Histoire des Lettres Hispano-américaines, *publicada en* 1954, *sigue siendo la obra más acertada sobre la materia publicada en francés, y a él debemos la traducción y selección de las cartas, discursos y proclamas de Bolívar. Pierre Monbeig es el director del Instituto de Altos Estudios de la América Latina de la Universidad de París, que, con el Hispánico que dirige Aubrun, completan el hogar universitario que París ofrece a los estudiosos de nuestra lengua y nuestros países. Monbeig ha sido un profesor de geografía cuyos cursos sobre la América Latina están enriquecidos por sus experiencias personales y sus estudios directos en el Brasil y en México. En el Instituto, donde sigue siendo un símbolo el nombre de Paul Rivet y cuya fundación se hizo siendo rector de la Sorbona el profesor Sarrailh, la predilección de Monbeig por los temas científicos hace que sea tan activo en sus clases y seminarios sobre la economía, la reforma agraria, las civilizaciones prehispánicas de América, los problemas sociales y políticos de nuestra América, como en el campo de las letras, donde enseñan lo mismo los americanistas franceses que los latinoamericanos.*

El ensanche del Consejo de Honor de Cuadernos *obedece a algo más que un simple acto de reconocimiento a los representantes del pensamiento francés que han mostrado su predilección por el mundo hispánico y por la América Latina.* Cuadernos *pretende ser un instrumento de enlace entre nuestra América y Europa, y si se publica en París, de esta circunstancia debemos aprovecharnos para que Francia esté presente en sus páginas. Desde que* Cuadernos *se fundó, hemos tenido siempre con nosotros, y son parte de nuestra casa, a los españoles que representan el espíritu libre de España y la fe en su destino democrático. Pero* Cuadernos *es una revista de puertas abiertas, y tenemos el orgullo de que hayan colaborado en ella, con españoles y franceses, italianos, ingleses, alemanes, belgas, escandinavos y norteamericanos. Esto puede verse en sus índices. Ahora mismo, cuando la discusión en torno a los problemas que plantea el libro de Menéndez Pidal sobre fray Bartolomé de las Casas refresca el tema de la esclavitud, hemos buscado la colaboración de Maurice Garçon, de la Academia Francesa, a quien debemos el artículo que se verá en esta edición. Hemos querido que* Cuadernos *no sea una revista de monólogos, sino de diálogos. Que desde ella se vean los temas por los cuatro costados. Y que puedan acercarse a sus páginas hombres de contradictorio espíritu capaces de aportar nuevos elementos de juicio. No queremos una revista ni cautelosa ni rígida, sino vivaz y alerta. Que corresponda a la línea de la libertad de la cultura que le señalaron sus fundadores.*

El comercio de la madera de ébano

POR MAURICE GARÇON

Entre los motivos de mayor humillación para los pueblos civilizados debe figurar en primera línea la persistencia, hasta una época muy reciente, de la práctica de la esclavitud. Esta costumbre cruel e inhumana resulta desconcertante cuando se comprueba que han sido los cristianos quienes han mantenido su supervivencia hasta una fecha tan próxima a nosotros que aún hemos podido conocer testigos de ella.

La esclavitud, que consiste en mantener bajo el poder absoluto y arbitrario de un amo a un ser humano, es tan vieja como la humanidad misma. Desde tiempos inmemoriales se la encuentra extendida por todas partes. Ya se practicaba en la época clásica de Grecia y Roma, que es la que mejor conocemos. Y los bárbaros no eran menos partidarios del procedimiento.

Las primeras reacciones en contra de la esclavitud se deben al cristianismo. Los Evangelios enseñaron que los hombres deben amarse los unos a los otros, y San Pablo escribía a los gálatas : « No hay judío, ni griego ; no hay siervo ni libre... porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. »

Y, no obstante, hubo de transcurrir aún mucho tiempo hasta que la idea de que la esclavitud es un crimen contra la humanidad logró abrirse camino.

En 636, el Concilio de Reims prohibió vender esclavos cristianos. En el siglo XII, Luis el Batallador manumitió a los esclavos que trabajaban en las tierras de sus dominios y obligó a los señores a imitarle. Se creó el sistema de la servidumbre, intermedio entre la esclavitud y la libertad, para mejorar la suerte de toda una clase social ; pero en el siglo XIII quedaban todavía esclavos, y en 1296, Felipe el Hermoso dio a su hermano, el conde de Valois, un judío de Pontoise, que había adquirido por el precio de tres mil libras.

Pero si puede decirse que la esclavitud clásica había desaparecido de entre los cristianos, se sabe en cambio que fueron los portugueses los primeros en restablecer un régimen que pudo creerse abolido.

A principios del siglo XV, en 1415, después de la conquista de Ceuta por los portugueses, los musulmanes refugiados en Portugal fueron sometidos a servidumbre. Era la época en que la navegación había llevado a los portugueses a explorar las costas occidentales de Africa. En 1441, el navegante Antonio González dobló el Cabo Blanco y capturó a unos cuantos indígenas, que regaló al infante Don Enrique. Este los conservó el tiempo necesario para que pudieran aprender un poco la lengua portuguesa. Los trató espléndidamente y los reexpidió a Africa, donde, con los magníficos relatos de lo que habían visto en Europa, actuaron de ojeadores. Se establecieron relaciones comerciales y González cambió mercancías por veinticinco negros que fueron llevados a Lisboa.

Así es como nació la trata de negros.

En 1444, una nave del puerto de Lagos transportó 235 esclavos y, en 1455, un viajero, Ce Da Mosto, que había traído también « cierto número de cabezas », contó que al pasar por Arguín, islote situado al

sur del Cabo Blanco, había visto una reserva de setecientos a ochocientos esclavos propuestos a la venta.

Los portugueses habían doblado el Cabo de Las Palmas, que se encuentra más allá del Cabo Verde, y descubierto el Senegal, encontrándose ante un continente misterioso e inexplorado. Habían desembarcado en la Costa de Marfil, la Costa de Oro y el Benín, trayendo de allí oro, pimienta, goma, plumas de avestruz y también negros, que consideraban como una mercancía. Este último criterio suscitó ciertas reacciones. En 1462, el papa Pío II se manifestó en favor de los negros reducidos a esclavitud, pero su protesta no produjo resultado alguno, sobre todo en el momento en que el descubrimiento de América, en 1492, iba a crear un considerable trastorno económico.

Los caribes no tardaron en ser diezmados. Obligados a trabajar en las minas y en la roturación de las tierras, muchos de ellos sucumbieron de agotamiento ; otros se suicidaron. Fue preciso encontrar mano de obra para sustituirlos, y Africa seguía siendo una reserva inagotable. En vano el Cardenal Jiménez trató de oponerse a estas maniobras.

Fue el obispo Las Casas quien encontró la justificación de la esclavitud. A los diecinueve años se había embarcado con su padre en la flotilla de Cristóbal Colón ; más adelante entró en la orden de los dominicos y predicó el Evangelio entre los indios. Llegado a obispo de Chiapa, en México, se convirtió en el gran defensor de los indios, y para protegerlos estimuló la importación de negros, « a fin de que sus servicios en las minas y en los campos permitiesen aliviar el trabajo de los indios ». El papa León X, a quien se había consultado, no formuló objeción alguna.

Por lo demás, se hacía observar que el cristianismo jamás había condenado formalmente la esclavitud. Se recordaba la historia de Noé, relatada en el Génesis : « Y despertó de su vino y supo lo que había hecho con él su hijo el más joven, y dijo : Maldito sea Cam : *siervo de siervos será a sus hermanos.* » Y de conformidad con una tradición muy extendida, se había admitido que los negros de Africa eran los descendientes de Cam.

Por otra parte, si San Pablo había escrito a los gálatas que ya no había esclavos ni amos, no debe olvidarse que también había escrito a Timoteo : « Todos los que están debajo del yugo de servidumbre, tengan a sus señores por dignos de toda honra » ; y a Tito : « Exhorta a los siervos a que permanezcan sujetos a sus señores, que les agraden en todo. »

Finalmente, en 1498, para evitar las sangrientas rivalidades entre España y Portugal, el papa Alejandro VI estableció, mediante una bula, las zonas de influencia de ambos países. Se había dicho que « la tierra pertenece a Cristo, y el Vicario de Cristo tiene derecho para disponer de todo lo que no está ocupado por los cristianos : los infieles no podrían ser poseedores de ninguna parte de la tierra ».

Este principio sólo tendía a delimitar los derechos territoriales, pero se dedujo que estatuía al mismo tiempo acerca de la libertad de las poblaciones indígenas.

Y así, con la conciencia tranquila y apaciguadas las inquietudes morales, se organizó la trata.

Los españoles disfrutaban de un monopolio para América. En 1517, siguiendo el consejo de Las Casas, Carlos V autorizó el comercio de la madera de ébano. La trata tomó rápidamente una gran amplitud. No se limitaba ya a conducir a los negros al Nuevo Continente. Sevilla tenía un depósito de esclavos y, en 1539, se vendieron doce mil negros en Lisboa.

Muy pronto la flota española resultó insuficiente y se concedió una licencia a los Países Bajos —se decía un asiento— para transportar cuatro mil piezas de India por año. Se daba el nombre de « pieza de India » al negro, de uno u otro sexo, vigoroso y bien constituído, de catorce a treinta años. Tres negritos o negritas equivalían a dos piezas de India. La palabra « pieza » procedía del hecho de que, al principio, se trocaba con mucha frecuencia a los negros por piezas de tela.

Con la aplicación de este régimen, se calcula que, entre 1595 y 1600, fueron transportados a América unos veinticinco mil negros.

En 1600, se concedió a España y Portugal una licencia para nueve años, con la obligación de importar 4.250 esclavos cada año, a cambio de una renta de 162.000 ducados.

Se renovaron las licencias a Holanda y a Portugal. El movimiento comercial tomó proporciones enormes. A fines del siglo XVII, la Compañía Portuguesa de Guinea importaba anualmente treinta mil negros.

En 1701, España entró en tratos con Francia. La casa de Austria se había extinguido en España, y Luis XIV había asentado en el trono vacante a su nieto Felipe V. Como indemnización de los gastos ocasionados por la guerra, el rey de Francia había solicitado la licencia, que le fue concedida el 27 de agosto de 1701. Francia se comprometía a transportar cada año cuatro mil negros de Africa a América y a pagar una renta de 33 escudos torneses por cabeza. Más adelante, como se había hecho un anticipo de 600.000 libras al rey de España, se amplió la licencia para 800 piezas de India más, anualmente. En diez años, la Sociedad Real transportó sesenta mil negros.

En 1713, el Tratado de Utrecht hizo perder a Francia su imperio colonial. Inglaterra obtuvo la licencia, comprometiéndose a desplazar 144.000 piezas de India, a cien libras por cabeza.

Francia, como ya no podía aprovisionar a las colonias españolas, dirigió sus actividades hacia las Antillas. Los barcos partían principalmente de Nantes, Ruán, San Maló, La Rochela y Burdeos. Se sucedieron los regímenes administrativos que diferían entre sí. Después de un período de libertad de tráfico, se volvió al sistema de las compañías, pero los abusos trajeron de nuevo la libertad de comercio.

Desde 1685, la esclavitud se regía por una legislación denominada Código Negro. Pero eran unas leyes hipócritas que sólo se aplicaban con rigor en la parte que dictaba medidas contra los esclavos.

Es indudable que el edicto de 1685 parecía conceder ciertas garantías a los esclavos y protegerlos contra la crueldad de sus amos: debía instruírseles en la religión católica, y los gobernadores habían de procurar que fuesen bautizados desde su adquisición ; el amo estaba obligado a proporcionarles dos vestidos de lienzo cada año, o dos varas de esta tela ; la comida semanal comprendía dos ollas y media de harina de mandioca, dos libras de carne de buey salada y tres libras de pescado ; el descanso dominical debía ser observado de medianoche a medianoche.

Estas prescripciones eran poco respetadas. En cambio se negaba a los negros el derecho a reunirse y a poseer armas, ni siquiera bastones gruesos. El consentimiento del amo sólo era solicitado para autorizar los matrimonios ; los hijos de los esclavos eran propiedad del amo, ya que, considerados como bienes muebles, formaban parte de la comunidad y podían ser embargados.

Los castigos eran severos : el látigo y los grilletes reprimían la indisciplina, y en caso de evasión se cortaban las orejas al esclavo que se rescatara pasado un mes ; si reincidía, se le cortaban las corvas, y a la tercera tentativa era condenado a muerte. Los negros que los señores traían a Francia planteaban un grave problema. En el repertorio de jurisprudencia de Guyot, del siglo XVIII, puede leerse que la facilidad de comunicación entre América y Francia había multiplicado singularmente el número de negros en el reino en perjuicio de las colonias y, por consiguiente, se pidió que se prohibiera su importación en la metrópoli :

« *Los negros no sólo son necesarios para el cultivo de la tierra, sino que además, cuando han permanecido en las ciudades del reino, y sobre todo en la capital, cuando vuelven a las colonias, llevan allí un espíritu de independencia y de indocilidad, y resultan más perjudiciales que útiles.* »

A partir de la Declaración del 9 de agosto de 1777, ya no fue posible hacer entrar negros en Francia. Sus amos estaban autorizados a traer un doméstico para servirles durante la travesía, pero con la obligación de entregarlo, a su llegada, al depósito del puerto, en espera de ser reembarcado.

EL VIAJE DEL BARCO NEGRERO, que realizaba un periplo triangular —Francia, Africa, Antillas y regreso—, era largo y peligroso. Debían contarse dos o tres meses para llegar al terreno de caza, tres o cuatro para reunir a los negros, otros tres o cuatro para ganar las Antillas y varios meses para volver a Francia.

Al principio, la trata fue una empresa de carácter privado, cuyos gastos corrían a cargo del capitán propietario del navío ; pero muy pronto el aumento de los gastos obli-

gó a formar asociaciones de negociantes, verdaderas sociedades por acciones, cuyos suscriptores procedían, al final, de todos los medios sociales y sólo veían en este negocio la colocación fructuosa de sus capitales. Era una empresa que requería una buena dirección, pues se consideraba que una nave no podía hacer más de siete u ocho viajes, y, por lo tanto, era preciso amortizarla en diez años.

La cuestión de la tripulación era difícil, no tanto en razón del peligro que ofrecía el mar, como de las condiciones abominables de vida en los barcos negreros, donde la mortalidad era grande. En el curso de un viaje, en 1741, « La Nymphe », del puerto de Nantes, perdió 28 hombres, de los 45 que formaban la tripulación, y en 1767, « La Duchesse-de-Grammont », perdió 25 de 48.

Además de los marinos, había que embarcar carpinteros, maestros veleros y toneleros, cuya función era importante, ya que consistía en vigilar las reservas de agua.

En los documentos que han llegado hasta nosotros raras veces se habla del capellán ; pero en cambio era indispensable disponer de un llamado cirujano para hacer observar las reglas de la higiene. La mayoría de ellos eran deplorables como practicantes y sólo aplicaban remedios empíricos para combatir la diarrea, el escorbuto y la frambesia, enfermedad infecciosa causada por un espiroqueto semejante al treponema de la sífilis. Las epidemias eran frecuentes y el cirujano disponía de pocas armas para combatirlas. Mas no debe inferirse de esto que su actividad se limitaba al tratamiento de las enfermedades : estaba encargado igualmente de marcar con el hierro candente a los esclavos comprados y, en caso necesario, el capitán le solicitaba para que hiciera de verdugo.

Los navíos llevaban un cargamento considerable. Primero la comida : bizcochos, legumbres secas, tocino y buey salado. La reserva de agua se elevaba a veces hasta 112.000 litros. Luego venían las mercancías más variadas destinadas al trueque : telas, pacotilla, espejos, abalorios, etc. Se embarcaban también muchas armas, hierros, cadenas y, por último, gran cantidad de tablas, con las cuales los carpinteros podían modificar la disposición interior de la nave en el curso del viaje.

Una vez cargado y equipado, el barco se hacía a la mar, tocando en las islas de Madera y Tenerife, para dirigirse después a Cabo Verde. Luego de doblar el Cabo de Las Palmas, llegaba a los lugares donde se encontraban los negros, que se extendían a lo largo de una costa de más de 3.500 kilómetros.

Entonces es cuando empezaba el trabajo de los carpinteros. A medida que se iban vaciando de mercancías el entrepuente y la cala, preparaban con tablas los encerraderos para los esclavos.

Durante el trayecto de cabotaje se adquirían las piezas de India por grupos de dos o tres cabezas, que vendían los reyezuelos independientes, después de interminables chalaneos.

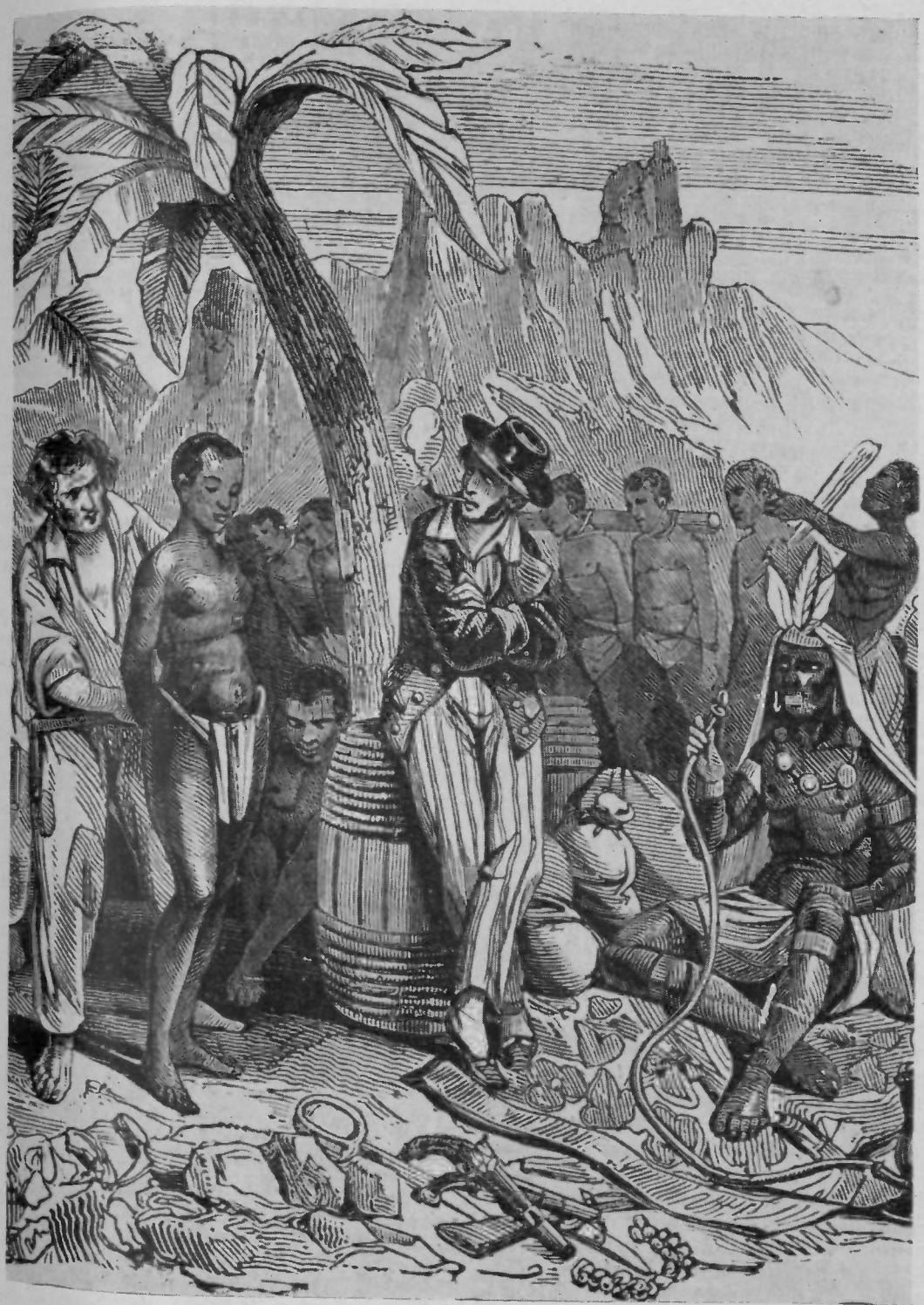
También se procuraban la mercancía humana por mediación de aventureros europeos establecidos en los países y que servían de intérpretes y de ojeadores. También a veces los capitanes encontraban reservas preparadas, donde se hallaban reunidos numerosos esclavos destinados a la venta.

Los negocios se hacían a base del trueque. La unidad era la barra, nombre derivado de las barras de hierro que, al principio, se utilizaban como moneda de cambio. El precio de una pieza de India se llamaba el paquete, compuesto de los objetos más heterogéneos. En un informe puede leerse que un paquete utilizado para la compra de una pieza de India contenía : dos fusiles, seis barriles pequeños de pólvora, dos barriles pequeños de aguardiente, una piel de gato, dos sacos de plomo, dos platos y doce cuchillos.

Antes del desembarco, los negros eran marcados con el hierro candente y afeitados por completo, para evitar los piojos. El momento más peligroso era el del embarco. Existía la amenaza de los ataques de las tribus que saqueaban los almacenes y trataban de apoderarse del navío, así como el riesgo de rebeliones de esclavos, menos inquietos por la pérdida de la libertad, ya que la esclavitud era su estado natural, que por el miedo a ser devorados por los blancos.

Una vez levadas las anclas se hacía rumbo a América.

Durante las primeras horas del viaje era preciso evitar los ataques de los piratas,



« LA TRATA DE NEGROS »

(FOTO ROGER VIOLLET, PARIS)

que navegaban a bordo de barcos disfrazados, e izaban pabellones engañosos, hasta el momento en que, enarbolando el pabellón negro, iniciaban la caza. Algunas veces había que combatir, pero lo corriente era huir a fuerza de velas. Este primer peligro desaparecía en cuanto se ganaba el mar abierto.

El barco iba atestado. En el entrepuente se mantenía a los esclavos encadenados de dos en dos a una barra. Los más insubordinados, a proa ; las mujeres y los niños, cerca de la tripulación.

Cada mañana, después de la limpieza de la cubierta, se hacía subir a los esclavos para que se lavasen en los baldes y se enjuagasen la boca con vinagre. Al mismo tiempo se vaciaban los grandes cubos de excrementos. La comida consistía en una papilla que les daban a las 10 de la mañana y a las 4 de la tarde, cocida en el puente, en enormes calderas, y compuesta de harina de trigo y arroz, legumbres secas y un poco de carne o pescado salados.

Uno de los problemas más graves era el de prever o impedir las revueltas. Para ocupar a los negros se les hacía trenzar cuerdas, pero sobre todo se les obligaba a bailar para « distraerles ». Había a bordo tambores e instrumentos indígenas. Un marino dirigía la orquesta con una sólida tranca a guisa de batuta.

A pesar de estas « distracciones », los motines y los suicidios eran frecuentes. Pero la represión era también terrible. En un diario de bordo puede leerse que los culpables fueron acostados sobre el vientre y azotados, y una vez escarificadas las nalgas, se les frotaron las llagas con una mezcla de pólvora, jugo de limón y salmuera para impedir la gangrena. No se atrevían a matarles, porque la desaparición de un negro era una pérdida directa de capital. Sin embargo, a veces era preciso emplear los medios más extremados para someterles. Después de una sublevación frente a las costas de Guinea la represión causó 230 muertos. El barco, que procedía de La Rochela, continuó su ruta y vendió el resto del cargamento a buen precio : la compañía registró con satisfacción que había « quedado a la par », es decir que, a pesar de todo, aún había habido beneficios.

Además de estos peligros, había el de las epidemias. Los esclavos vivían encima del estiércol, y cuando la mortalidad no pasaba del diez por ciento, se consideraba que el viaje había sido fructuoso.

Al acercarse a las Antillas, la nave se hallaba de nuevo expuesta a los ataques de los piratas. En tiempo de guerra, eran de temer asimismo los de los corsarios.

Al fin llegaban al puerto de destino. El terrible viaje duraba a menudo tres meses o más.

Inmediatamente después de la llegada, el barco era sometido a medidas sanitarias bastante rigurosas. El temor a las epidemias obligaba a guardar cuarentena. Sólo después de ella era desembarcado el cargamento humano. Entonces había que soportar las exigencias de los funcionarios, de los corredores y de otros intermediarios. Era indispensable hacer regalos al gobernador. En 1724, el capitán Gauvin, que mandaba el « Marie-Rose », de Nantes, tuvo que dar al gobernador 48 negros, de los 528 que importaba.

El negrero, o su comisionado, alquilaba un terreno con cabañas, donde dejaba reposar a su mercancía. Los esclavos recibían buena comida y alcohol, y esto se llamaba « blanquear » a los negros. Durante este período se eliminaba a los contaminados, se vendía a bajo precio a los extenuados y se preparaban los lotes. Para formar familias, se les reunía por parejas, a las que se atribuían niños.

Se anunciaba la venta por medio de circulares o carteles. Durante dos o tres días se exponía la mercancía. Los interesados la palpaban y examinaban, se hacían enseñar el estado de la dentadura y a veces realizaban exploraciones bastante íntimas. Antes de tomar una decisión, se obligaba a los negros a levantarse, agacharse y correr.

Las transacciones se hacían con carácter particular o en subasta pública, al contado o a plazos bastante largos. Los precios variaban según la estación y las circunstancias. El esclavo se pagaba más barato después de la recolección de la caña de azúcar y más caro después de una guerra, que enrarecía las llegadas de barcos.

Mientras tanto se había « perfumado » el barco, es decir que había sido desinfectado. Los carpinteros habían desmontado

los encerraderos, con objeto de hacer sitio para otras mercancías : jengibre, vainilla, azúcar, añil, algodón, café, etc.

Además era menester reorganizar la tripulación, que las deserciones y la mortalidad habían reducido. A veces había también marinos deseosos de quedarse en las islas, que sólo se habían enrolado para el viaje de ida. Entonces se reclutaba lo que se podía : antiguos desertores de otros navíos o marineros de barcos desarmados que no había sido posible repatriar.

Cuando todo estaba dispuesto, se hacían de nuevo a la mar y, dos o tres meses más tarde llegaban al puerto de donde habían salido.

ESTE RÉGIMEN SE PROLONGÓ durante varias centurias. Puede calcularse que a principios del siglo XIX se había desplazado cuarenta millones de negros. Sólo en el año 1781 se importaron en América más de cien mil.

En vano el Santo Oficio condenó la trata, en 20 de marzo de 1680. Su prohibición quedó sin efecto. Hacia 1727, los cuáqueros de América empezaron a propagar las ideas filantrópicas en favor de la abolición de esta práctica. La propaganda fue lenta, pero en 1774 diez Estados de Norteamérica prohibieron la importación de negros.

En Francia, Brissot, que más tarde debía morir en el cadalso con los girondinos, creó la Sociedad de los Amigos de los Negros. Se unió a Lavoisier y Mirabeau, quien calificaba los navíos negreros de « ataúdes movedizos ». Bernardin de Saint-Pierre dice : « No sé si el azúcar y el café son indispensables para los europeos, pero cada taza de café azucarado contiene unas gotas de sangre negra. » La Fayette, que había adquirido una plantación en América, escribió en 1786 a Washington, diciéndole que la manumisión de sus esclavos era un sueño, cuya realización quería intentar.

Los filósofos estaban conmovidos. Montesquieu había escrito : « El clamor en favor de la esclavitud es el grito del lujo y de la voluptuosidad y no el de la felicidad pública. »

A pesar de estas protestas, los partidarios de la esclavitud seguían dominando. Habían impuesto la idea de que la esclavitud era el único medio para resolver el problema de la mano de obra colonial.

Así estaban las cosas al estallar la revolución francesa. Se habían producido graves perturbaciones en Santo Domingo. Las matanzas cometidas por los negros decidieron al comisario Santhonax a proclamar la liberación de aquéllos : « En Francia no podría haber esclavos. Por consiguiente, todo negro que toca tierra (francesa) es libre. » Era el primer paso hacia la integración.

El 16 de pluvioso, año II (5 de febrero de 1794), Levasseur, diputado del departamento del Sarthe, propuso a la Convención que dictara la abolición de la esclavitud. Los debates alrededor de esta propuesta amenazaban con eternizarse, cuando Lacroix, diputado del Eure-et-Loir, exclamó :

— ¡Presidente, no toleres que la Convención se deshonre con un largo debate!

La Asamblea entera se puso de pie, y el presidente proclamó por unanimidad la abolición, a los gritos de « Viva la República », « Viva la Convención », « Viva la Montaña » (1). Dos diputados de color subieron a la tribuna y se abrazaron. Entonces Lacroix les condujo ante el presidente, que también les abrazó. La Convención encargó al ministro de Marina que enviase avisos (buques de guerra ligeros) para anunciar a las colonias la buena nueva de la liberación de los esclavos.

Los ingleses, que ya no poseían colonias ni tenían el monopolio de la trata, habían fundado en 1787 una Sociedad de Amigos de los Negros. Pero la Cámara de los Comunes se negó a votar la abolición.

En Francia, la esclavitud fue abolida, en principio, pero seguía practicándose. En una obra sobre la trata, M. Jehan Mousnier publicó una carta de Desaix, del año 1799, diciendo que Bonaparte, durante la campaña de Egipto, ¡deseaba comprar dos mil negros de quince a dieciséis años para completar sus tropas!

La paz de Amiens, el 6 de germinal, año X (27 de marzo de 1802), devolvió a

(1) Nombre dado al grupo de convencionales que ocupaban los bancos más altos y que siempre votaban en favor de las medidas más extremadas. (N. del T.)

Francia sus colonias. Un mes después, el 30 de floreal, año X, el Primer Cónsul restablecía la esclavitud. El artículo primero disponía que en las colonias restituídas a Francia, en ejecución del tratado de Amiens, se mantendría la esclavitud, de conformidad con las leyes y los reglamentos anteriores a 1789. El artículo tercero precisaba que esto se aplicaría igualmente a la trata de negros y a su importación en las colonias.

Labarthe, autor de un *Viaje a la costa de Guinea,* publicado en 1803, escribía :

« *Al fin hemos reconocido el error en que habíamos caido privándonos de las ventajas de la trata. La vuelta a los principios de una política prudente promete resultados tan favorables, como funestos fueron los del Decreto de 16 de pluvioso.* »

El comercio de la madera de ébano iba a tomar un nuevo impulso. Pero mientras Francia restablecía la trata y la esclavitud, Inglaterra, por el Acta de Plymouth (25 de marzo de 1807) proclamaba su abolición, inspirándose probablemente menos en propósitos de puro humanitarismo que en el deseo de extender la guerra marítima.

Las primeras decisiones internacionales auténticas contra la trata de negros son el Tratado de París, de 1814, y el protocolo firmado el 8 de febrero de 1815, con ocasión del Congreso de Viena. En él se declaraba :

« *Que el comercio conocido con el nombre de trata de negros de Africa ha sido considerado por los hombres justos y esclarecidos de todos los tiempos como repugnante para los principios humanitarios y de moral universal.*

« *Que las circunstancias particulares a que este comercio ha debido su nacimiento y la dificultad de interrumpir bruscamente su curso han podido cubrir, hasta cierto punto, lo que había de odioso en su mantenimiento, pero que al fin la voz pública se ha elevado en todos los países civilizados para pedir que sea suprimido lo antes posible.*

« *Que desde que el carácter y los detalles de este comercio se han conocido mejor y se ha descubierto la totalidad de los males de toda especie que lo acompañan, varios gobiernos europeos han tomado efectivamente la resolución de hacerlo cesar ; y sucesivamente, todas las potencias que poseen colonias en las diferentes partes del mundo han reconocido, sea mediante actos legislativos, sea por tratados y otros compromisos formales, la obligación y la necesidad de abolirlo.* »

Sin embargo, este protocolo sólo formulaba un deseo, puesto que dejaba a cada soberano la facultad de elegir la época que juzgase conveniente para la abolición.

Luis XVIII se fijó, al principio, un plazo de cinco años para poder reemplazar la mano de obra, pero acabó decretando la abolición en 1818. Para dar la caza a los negreros se armaron navíos que, en 1820, algunos Estados de América asimilaron a piratas acreedores a la pena de muerte.

El 28 de noviembre de 1822, una conferencia celebrada en Verona puso en evidencia la obligación de reforzar la represión, que había resultado poco eficaz :

« *Considerando que sus augustos soberanos han tomado parte en la declaración del 8 de febrero de 1815, por la cual las potencias congregadas en Viena han proclamado, ante Europa, su resolución inquebrantable de hacer cesar el comercio conocido con el nombre de trata de negros de Africa ; considerando, además, que a pesar de esta declaración y a despecho de las medidas legislativas de que ha ido seguida en varios países y de los diferentes tratados concluídos después de dicha época entre las potencias marítimas, este comercio, solemnemente proscrito, ha continuado hasta este día y ganado en intensidad lo que pudo haber perdido en extensión, y ha tomado incluso un carácter más odioso y más funesto por la naturaleza de los medios a los que se ven obligados a recurrir los que lo ejercen.*

« *Que las potencias de Europa están llamadas, tanto por sus compromisos anteriores, como por un deber sagrado, a buscar los medios más eficaces para prevenir un tráfico que ya las leyes de la casi totalidad de los países civilizados han declarado ilícito y culpable, y para castigar rigurosamente a los que lo prosiguen, contraviniendo manifiestamente estas leyes.*

« *Que persisten invariablemente en los principios y los sentimientos que estos soberanos han manifestado por la declaración del 8 de febrero de 1815 ;*

« *Que no han cesado ni cesarán nunca de considerar el comercio de los negros como un « azote que, durante demasiado tiempo, ha desolado el Africa, ha degradado a Europa y afligido a la humanidad ;*

« *Que están dispuestos a concurrir en todo lo que pueda asegurar y acelerar la abolición completa y definitiva de este comercio.* »

A pesar de esto, la esclavitud tenía aún sólidos partidarios. Sus argumentos eran especiosos. Pretendían que la abolición arrancaría del trabajo a una población laboriosa (!), que los esclavos eran felices, pues su amo, en su deseo de conservarlos, descubre constantemente motivos para mejorar su condición (!) y, finalmente, que por ser la esclavitud una institución nacional en ciertos países, la intervención de las potencias extranjeras sería contraria al derecho de gentes.

Después de la conferencia de Verona fue menester que transcurriesen más de sesenta años para hacer admitir con carácter universal que la esclavitud es un crimen contra la humanidad y que, por esta razón, todos los hombres tienen derecho a repudiarla.

A la trata oficial iba a suceder una trata subrepticia, a menudo tolerada oficiosamente, puesto que ciertos países, como el Brasil, absorbían una importación anual de cien mil negros.

Después del Congreso de Viena se había instaurado el derecho de visita a los barcos de las diferentes naciones contratantes : era la « verificación de pabellón ». Sistema, a decir verdad, poco eficaz, que en caso de tensión diplomática traía consigo innumerables complicaciones, y que Inglaterra, en particular, utilizaba como arma política.

En los puertos franceses, comisiones de vigilancia reglamentaban las salidas de los barcos y vigilaban a los que eran sospechosos. Mas, ¿cómo distinguir a los comerciantes honrados de los negreros? Estas comisiones eran a menudo objeto de engaños ; pero al menos tenían en cuenta la presencia de armas y de hierros más o menos disimulados, de tripulaciones demasiado numerosas, las entrecubiertas transformables, la existencia de un número excesivo de tablas, la reserva de agua que no guardaba relación con las necesidades de la tripulación, los calderos que no fuesen adecuados a la cantidad de comida que debía suministrarse a los hombres a bordo.

Pero los comerciantes intérlopes se valían de mil astucias. Cuando habían burlado la vigilancia de las comisiones, embarcaban en alta mar los objetos sospechosos, repintaban el barco durante el viaje, le cambiaban el nombre y modificaban el pabellón, además de disponer de documentaciones falsas. Cada vez se iban pareciendo más a los piratas. Bien armados en corso, huían rápidamente y, con frecuencia, las inspecciones se hacían difíciles. Ha habido casos de poner fin a la persecución echando el cargamento de negros al mar.

Los progresos de los abolicionistas eran lentos. En 1828, Fourier propuso un sistema de falansterios destinado a hacer « atractivo » el trabajo de los negros. La opinión pública se conmovió al fin, pero ¡con cuánta prudencia! En 1833, Eduardo Charton hacía constar en un artículo del *Magasin Pittoresque* :

« *Francia e Inglaterra, rivales desde hace muchos siglos, han unido su poder para impedir esta venta de carne humana. Los navíos recorren los mares para capturar a los barcos negreros, castigando con rigor al capitán y a la tripulación de los mismos.*

« *Ya está bastante bien.*

« *Pero si hay que seguir cultivando las colonias, ¿cómo será posible conservarlas sin comprar negros?*

« *Ahora bien, si los propietarios pueden comprar negros, ¿no será menester que haya particulares dispuestos a ir a buscarlos a la costa de Africa?*

« *Existe una contradicción manifiesta por parte de los generosos antagonistas de la trata.* »

Y Charton proponía como remedio que se crease oficialmente una compañía encargada de suministrar negros, que serían asimilados a soldados y alquilados por la compañía. Para justificar esta solución terminaba diciendo :

« *¿Acaso los soldados reclutados por sorteo no son también, desde cierto punto de vista, esclavos ; puesto que se les fusila si desertan o si devuelven a su teniente el 'empujón' que éste les ha dado?* »

¡Qué proyecto en 1833! Se presentaron otros muchos, aunque sin buen éxito. El

3 de diciembre de 1839, la bula *In Supremo*, de Gregorio XVI, condenaba formalmente la esclavitud. Fue Schoelcher quien, en 1848, puso fin a la esclavitud en nuestras colonias.

Entonces los negreros cambiaron de bandera. Como había aún muchos países que dejaban subsistir la esclavitud, los barcos franceses navegaron bajo pabellón holandés, brasileño, español o portugués.

Estas expediciones clandestinas aumentaron aún más los peligros para los negreros. Entretanto se proseguía la trata disimulada, que de este modo se hallaba sometida a aventuras incalculables.

En 1873, el capitán Sullivan dirigió un informe a la Cámara de los Comunes :

« ...*Otra causa impide comprobar la participación que tienen los portugueses en la trata de esclavos. Se hace también en navíos árabes y bajo pabellón árabe. De este modo, cuando los barcos son detenidos, la vergüenza recae sobre el sultán. Pero los portugueses han dado recientemente a los esclavos el nombre de « negros libres », y han establecido en las naves mismas que ostentaban su pabellón un sistema de pasaportes que hace casi imposible la aplicación de las medidas destinadas a descubrirlos y, en todo caso, a detenerlos y condenarlos.* »

El 31 de octubre de 1874 los portugueses abolieron por decreto la esclavitud en el archipiélago de Cabo Verde, y el 25 de abril de 1875 una ley extendió la abolición a todas las posesiones portuguesas.

Quedaba todavía el Brasil y hasta España. Aun cuando ésta era signataria de los tratados, en 1874 había aún 369.000 esclavos en Cuba.

En cuanto al Brasil, sólo renunció a la trata y a la esclavitud en 1887. En 1888, la encíclica *In plurimis*, de León XIII, le felicitó por haber abolido, para la raza blanca, una práctica que había resistido a todos los ataques durante tres siglos.

¿Quiere ello decir que ya no existe la trata ni hay esclavos en el mundo?

Eso ya es otra cuestión...

U.S.A. : ALABA-MA SEA EL SEÑOR... DIBUJO DE MERINO (« EL TIEMPO », DE BOGOTA)

Presagios folklóricos en Cuba

POR JORGE L. MARTI

Cuba, tus hijos lloran
y ven venir la ruina.
(Bolero de 1906)

EL INTERES universalmente despertado por el actual proceso revolucionario en Cuba induce a la indagación de sus antecedentes. Entre éstos figuran las preocupaciones de los cubanos durante la primera mitad del actual siglo. Como índices de aquéllas suelen aceptarse las opiniones de sociólogos e historiadores, los programas y discursos políticos, los panfletos de instituciones económicas, culturales y profesionales, los editoriales y cartones de la prensa periódica, etc.

Todos los mencionados son documentos vivos, muy reveladores del pensamiento de las « dirigencias » intelectuales, económicas y políticas. Nadie puede negar su importancia ; pero tampoco debe exagerarla, y menos tomarlos como los únicos disponibles. Quien sólo analice esos datos conocerá cómo pensaban los líderes de la sociedad cubana ; pero ignorará si sus ideas coincidían con las de la mayoría del pueblo.

Acaso jamás sea posible una investigación cabal de las eventuales coincidencias y discrepancias entre los aludidos sectores sociales ; pero hay indicios de un acuerdo sustancial, que se fortalece durante el curso de la vida republicana, entre el ideario de los pensadores más temerosos de una frustración nacional y el sentimiento de espontáneos voceros populares. Entre dichos intelectuales y las masas no hubo frecuente intimidad, aunque algunos de aquéllos desarrollaron « militancias » políticas. Creo que este fenómeno tiene alguna significación y por ello es mi propósito señalar aquí algunas de esas concordancias, sin olvidar las divergencias.

Comienzo con un caso de variadas actitudes, que precedió a la fundación de la república, pues las motivó la primera administración norteamericana. En 1899, Bonifacio Byrne, al retornar del destierro que le impusieran sus ideas independentistas, escribió un poema titulado « Mi Bandera », en el cual se lamentaba de que, « *Al volver de distante ribera,/ con el alma enlutada y sombría,/ afanoso busqué mi bandera,/ ¡y otra he visto además de la mía!* »

Aunque la popularidad ganada por esa poesía revelaba cierta desconfianza entre la clase media cubana respecto del logro de la independencia total, no parece que fuera ese un estado de opinión predominante entre los cubanos, pues en la misma época se cantaban, en las reuniones populares, al son del tiple y el guiro, unas décimas debidas al improvisador Canitel, una de las cuales decía : « *La esclava tierra de Hatuey/ entre cadenas vivía,/ pero ya de tiranía/ nos la libró* Mackinley. *Fue defensor de la Ley,/ castigando al vil tirano ;/ y el Congreso americano,/ que*

protege la inocencia,/ dijo con honra y conciencia :/ ¡Cuba será del cubano! »

Tal estado de ánimo no menguaba el orgullo nacional, producto de treinta años de luchas, la mitad de ellos en guerra activa, para lograr la independencia. Esto se refleja en otras décimas, debidas a un trovador entonces popular, C.J. Valdés, tituladas « Cuba », desarrolladas sobre el tema de esta redondilla : « *Cuba no debe favores/ a ninguna extraña tierra ;/ en Cuba todo se encierra,/ Cuba es un jardín de flores.* »

Debe tenerse muy presente que, conforme a la tradición juglaresca, los compositores de décimas vivían espiritual, y a veces también económicamente, del favor de su auditorio. Antes del advenimiento de la radio, iban por aldeas y caseríos, de « guateque » en « guateque », unas veces solos y otras en dúos o tríos, con sus guitarras, claves y guiros, componiendo según el gusto de su auditorio. Por lo general eran repentistas, pues su misión era complacer a festejados por santos, bodas, bautizos, etc. ; pero otras veces repetían sus creaciones, cuando se referían a temas generales, tanto amorosos como nacionales. Después de la difusión de la radio como medio de comunicación colectiva, las radiodifusoras tuvieron especial cuidado en tener por lo menos una hora de décimas, en que se prodigaban los torneos sobre muy variados asuntos, naturalmente de índole genérica, por la amplitud de su público.

Entre 1899 y 1959, que es el período aquí considerado, los decimistas y otros compositores populares, al tratar esos asuntos generales, se preocuparon más por las cuestiones nacionales, que afectaban a todo su auditorio, que por los intereses o puntos de vista de los partidos políticos ; aunque no faltaron notorias producciones políticas, como *La Chambelona*, de los liberales. Después de 1959, el proceso revolucionario les obligó a tomar partido. Algunos se hicieron comunistas, otros guardan silencio en Cuba y el resto marchó al exilio. Aquí cito sus producciones por lo que ellas significaron al ser concebidas, sin atender a la posterior actitud de los autores, porque ello es inatinente a este estudio.

El júbilo tempranero y la orgullosa fe en la nueva república sufrieron un rudo embate con el fracaso del primer gobierno cubano. Los errores y ambiciones de gubernamentales y oposicionistas provocaron la insurrección de agosto de 1906 y la solicitud, formulada por los jefes de todos los bandos, de la intervención norteamericana. Había en esto una dolorosa e implícita confesión de inmadurez política que laceró profundamente la sensibilidad criolla. Así lo evidenció el folklore.

Con la « guerrita de agosto », viajó Sindo Garay, desde Oriente a La Habana, con un bolero cuya letra resume los sentimientos cubanos de aquel momento : « *Cuba, tus hijos lloran/ y ven venir la ruina./ Tú siempre serás la más bella/ y te perderás./ Ya llegó el momento de poder decir/ hoy saliste del tirano/ y no te dejes perder/ mira que el americano/ está velando por ti,/ mi Cuba donde nací./ Las cosas de Cuba/ no tienen rival./ Tus hijos honrados/ muriéndose están,/ mientras el americano/ riéndose va.* » En la puerilidad de estos versos palpita su más honda significación, pues evidencia su espontaneidad.

Su autor fue un genuino vate popular, originario de una de las regiones más rebeldes contra España, la que contribuyó al Ejército Libertador, en la que primero se proclamó la independencia en las dos grandes guerras, 1868 y 1895, en la que radicó casi siempre el gobierno de la República en armas y cuyo territorio estuvo largamente bajo su autoridad.

Es obvio que un pueblo tan heroico como el cubano sólo podía llorar por su ineptitud civil ; y que la ruina a que hace referencia el bolero es la de las instituciones. Ni la breve campaña de agosto, ni mucho menos la administración norteamericana eclipsaron el desarrollo económico que por aquellos años se iniciaba al amparo del Tratado de Reciprocidad Comercial, de los millones de dólares que comenzaron a invertirse y de los millares de inmigrantes españoles. El símil de « tú siempre serás la más bella y te perderás » alude, precisamente, el peligro de que, por ser económicamente tan atractiva, Cuba pierda su independencia, o sea, su virtud política.

El calificativo de « tirano », aplicado al presidente Estrada Palma, es injusto; pero es muy significativo que inmediatamente insista el autor en el riesgo que Cuba atraviesa de « dejarse perder ». « Perderse », en el lenguaje popular cubano, es la triste suerte de la joven que se entrega a un amor ilícito; y por eso Garay le advierte que, aunque el americano está velando por ella, « riéndose va ». Brotan ahí, transfigurados políticamente, los tradicionales valores católicos de la doncellez (independencia, equivalente a pureza, virginidad) mezclados con los prejuicios del donjuanismo hispano, tan presentes en la mentalidad criolla. Por eso teme que la protección se convierta en seducción y, finalmente, en burla.

Se explica, pues, el adjetivo « tirano » (aunque sea injusto; es más, precisamente por ser injusto) como un medio de individualizar la culpabilidad colectiva. Así será posible descargar, en un presidente (mal padre) la responsabilidad de los « hijos honrados » (esto es, sin culpa) muriéndose (de vergüenza, pues de otro modo no podía ser, ya que había cesado la contienda), por la caída de la madre (Cuba). La transferencia del sentimiento de culpabilidad no había rebasado aún las fronteras nacionales. Se acumulaba en el Presidente; quien, aunque tuviera efectivamente parte de la culpa, no la monopolizaba.

Adviértese, como he dicho, una sombra de recelo respecto de los norteamericanos. Esa actitud popular coincide con la de Enrique José Varona, quien, en una conferencia pronunciada en 1905, en la Universidad de La Habana, sobre *El Imperialismo a la luz de la Sociología,* señalaba que, aunque la proyección exterior de los Estados Unidos había sido muy favorable a Cuba, requería, sin embargo, que se observase muy cuidadosamente. No expresaba temores respecto del presente, pero no se sentía muy seguro del futuro. En contraste con esa desconfianza, Jesús Castellanos, en 1911, en un artículo publicado en *La Discusión,* con el título de *Los dos Peligros de América,* refutaba a Manuel Ugarte y defendía la actuación norteamericana en Cuba al mismo tiempo que atacaba al régimen colonial español y condenaba la indiferencia iberoamericana ante la tragedia cubana del siglo XIX.

También Estrada Palma había atribuído, en 1906, al abolengo colonial los problemas que afrontara el país, y se quejaba de que « tenemos república, pero no tenemos ciudadanos ». Máxima importancia reconocía asimismo Manuel Márquez Sterling, en 1907, a los defectos caracterológicos como determinantes políticos, en su ensayo *Alrededor de Nuestra Psicología.* Esa exaltación del factor psicológico es muy interesante en un hombre que, primero como periodista y después como diplomático, se opuso siempre a la Enmienda Platt. De esa época es también la obra de Francisco Figueras, *Cuba y su Evolución Colonial,* en la cual se subrayan los acondicionamientos creados por el régimen metropolitano español en el carácter cubano. En resumen, que según los criterios de esa época, el peor enemigo de la república hallábase en el súbdito colonial supérstite dentro del ciudadano republicano. Por eso, el mismo Márquez Sterling, en un artículo publicado en 1917 en el diario *La Nación,* sostenía la tesis de que « A la ingerencia extraña, la virtud doméstica »; y Fernando Ortiz, en 1914, desde la tribuna de la Sociedad Económica de Amigos del País, abogaba por la regeneración nacional bajo el lema de *Seamos hoy como fueron ayer.* Adviértese en la vasta gama de opiniones que va desde la voz popular de Garay hasta la docta de Varona y Ortiz, cómo todos están dominados por la preocupación del incumplimiento, en su generación, del mandato ético de los fundadores.

No era excepcional ese estado de ánimo. Se dio mucho entre los separatistas cubanos durante el siglo pasado, debido a la humillación de ver a Cuba todavía colonial, en contraste con las demás repúblicas. José Martí, siempre paradigmático, ofrece uno de los más claros ejemplos de esa actitud que me parece revela un complejo de culpa. En uno de sus *Versos Sencillos,* en 1891, decía Martí: « *sueño con claustros de mármol,/ donde en silencio divino los héroes, de pie, reposan* ». Y al abrazarse, oníricamente, a uno de ellos, « *échame en tierra de un bote el héroe que abrazo* ». Si se hubieran publicado estos

versos años más tarde, podría pensarse en un artificio literario de expresión psicoanalítica; pero en Martí fue una sincera visión de castigo, de repudio paterno por el deber incumplido.

Con el decursar de varios decenios, el propio Martí fue divinizado en la imaginación popular; mas no como juez severo, que no podía serlo el poeta de la rosa blanca que ofrendara su vida en Dos Ríos, sino como « maestro y guía ». En efecto, en el barrio del Pilar, en La Habana, vivía antes de 1895 una cantadora mulata, Caridad, que en las claves del lugar era la clarina. Murió, y para su entierro le compuso Tereso, su enamorado guarachero, una clave que decía : « *Caridad no debió de morir ¡ay! de morir./ Falta el clarín de mi clave, que se apagó.* » Por su tonada « pegajosa », la canción inmortalizó a Caridad; pero con las desilusiones del segundo gobierno nacional —los cubanos siempre oscilan entre el éxtasis y la decepción— se transfiguró, hasta el punto de ser olvidada en su forma original. La nueva modalidad, de 1910, fue creación del compositor popular Silvestre Iglesia, como clave *A Martí,* cuya letra decía : « *Aquí falta señor, ¡ay! una voz,/ de ese sinsonte cubano,/ de ese mártir, de ese hermano,/ que Martí se llamó./ Martí no debió de morir, ¡ay! de morir,/ si fuera el maestro y el guía/ otro gallo cantaría,/ la patria se salvaría/ y Cuba sería feliz.* »

Martí no monopolizó la añoranza por los héroes consumidos en la guerra libertadora. También de 1910 es otra clave, ésta de Sindo Garay, dedicada a Antonio Maceo, con similar lamento : « *Pobre Cuba, señores, pobre Cuba./ Tus montañas y praderas/ ¿qué se hicieron? ¿qué se hicieron?/ ¿Y los hombres que en los campos sucumbieron?/ Esos nunca volverán./ Si Maceo volviera a vivir/ y a su patria infeliz contemplara/ de seguro la vergüenza lo matara./ ¡O el cubano se enmendara/ o él se volviera a morir!* »

Es obvia la relación filial. El padre se avergonzaría de sus hijos y, si éstos no se enmendaran ante él, les impondría el peor de los castigos, la orfandad culpable, casi parricida. Orfandad que también se lamenta al cantar : « Martí no debió de morir, si fuera el maestro y el guía... la patria se salvaría. » Hay, además de culpabilidad, impotencia, desvalidez. Hay en todo ello un eco de aquel milenario, humanísimo, lamento y reproche : « ¡Padre! ¿por qué me has abandonado? »

Predomina en esa actitud algo que es también notorio en los pronunciamientos cubanos : la exageración. La situación de 1910 no era tan desconsoladora como la pintan esas canciones; ni, mucho menos, desesperada. Había errores que, contemplados en contraste con sucesos posteriores, nos lucen hoy como faltas insignificantes. Había, pues, hiperestesia, como la ha habido siempre, aunque con disímiles síntomas.

Adviértense en ésta, como en la anterior composición de Garay, frases aparentemente sin sentido. Así : « las cosas de Cuba no tienen rival »; expresión que, en instantes realmente lóbregos, se transformó en esta otra, no menos popular : « esto no pasa más que en Cuba ». Ambos dichos son peyorativos, sólo así alcanzan significación dentro del contexto o del momento en que se les enunció. De tanto pensar en nuestras culpas nos vamos sintiendo inferiores, exclusivistas en el mal y, por consiguiente, deprimidos, frustrados. Igualmente inatinente luce la expresión : « tus montañas y praderas, ¿qué se hicieron? » Es obvio que entonces, como siempre, estaban allí; pero ya no le parecían las mismas. El latifundio azucarero había absorbido las fincas y hasta las sitierías, y las relaciones del « guajiro » con el suelo ya no eran las mismas. Estaba quedándose de extranjero en su patria, y el folklore captó esa realidad anticipándose a la investigación sociológica, pues fue en 1927 cuando apareció *Azúcar y Población en las Antillas,* de Ramiro Guerra.

Los lamentos, que en 1910 eran exagerados, alcanzaron justificación en 1930, con la dictadura de Gerardo Machado y la crisis económica que sumió en la miseria a la casi totalidad de la población cubana. Ejemplo del estado de ánimo de esos años fue la canción que, con música de Eliseo Grenet, escribió Carlos Robreño, en 1931, para su revista teatral *La Reforma del Calendario,* cuya letra decía:

« *¡Ay! Cuba hermosa, primorosa,/ ¿por qué sufres hoy tantos pesares?/ ¡Ay! Al contemplar tu ardiente sol,/ tus campos llenos de verdor,/ pienso en el tiempo aquel/ que se fue ya...* » La representación teatral fue suspendida la noche del estreno, pero la canción arraigó en el pueblo.

La revolución de 1933 y la consagración, en la Constitución de 1940, de los instrumentos jurídico-políticos destinados a garantizar un régimen de libertades públicas en concordancia con las reformas sociales y el nacionalismo económico, cambiaron sustancialmente el panorama cubano. Entre 1933 y 1940 la industria azucarera se convirtió en un negocio nacional, al funcionar el régimen de salarios, el precio de la caña (vendida por colonos cubanos), las utilidades de las empresas y las recaudaciones fiscales en proporción a los precios del azúcar. Entre 1940 y 1952, la propiedad de los centrales azucareros fue pasando a manos cubanas rápidamente: de sólo un 32 % propiedad de cubanos a un 70 %. Al mismo tiempo, bajo el régimen constitucional, Cuba desarrolló numerosas industrias, emprendió nuevos cultivos y se elevó constantemente el nivel de vida de las clases trabajadoras.

Consecuentemente, durante esos doce años menguó la crítica trovadoresca, no hubo tantos lamentos como antaño y hasta el teatro bufo, que había sido durante un siglo un instrumento popular para la expresión de inconformidades sociales y políticas, desapareció de la escena. Sólo quedaron algunos cortos programas de televisión encargados de esa protesta. La libertad les quitó el incentivo de la tarea oposicionista riesgosa o subrepticia. Jorge Mañach había apuntado en 1928, en su ensayo *Indagación del Choteo*, que una de sus causas determinantes era la tendencia niveladora que caracteriza al cubano; pero, si ésta estaba dándose en la realidad social, ¿qué función podía desempeñar el choteo teatral?

Todo esto no quiere decir que Cuba fuera un paraíso durante ese período de libertades y libertinaje. Hubo graves lacras que denunciar. Tales fueron, el peculado, llevado a escándalos sin precedente, y la delincuencia juvenil, en la forma de pandillerismo de máscara política. Por eso, en 1943 se escuchaban trovas como ésta de Justo Vega: « *Y contempla con dolor/ que de su patria los hijos/ se destrozan con prolijos/ sentimientos de rencor./ Que no hay paz, que no hay amor,/ ni civismo, ni conciencia,/ que unos gozan la opulencia/ altanera inaccesible/ y otros sufren la terrible/ impiedad de la indigencia.* »

Por otra parte, los beneficios que el sindicalismo hizo extensivos a los trabajadores organizados de las ciudades y los centrales azucareros, no alcanzaron a los sectores campesinos. Cuba necesitaba una reforma que incrementase y fortaleciese a la clase media rural, baluarte de la democracia, que elevase la productividad del agro y el poder adquisitivo del campesino, no sólo para beneficio de éste sino para fomentar más amplio mercado interno para las industrias nacionales, y un efectivo programa para elevar el nivel de vida del campesinado con mejores servicios educativos y sanitarios. Como eso no se hizo, a pesar de sobrar los recursos para ello, en algunas zonas agrícolas la situación era tan patética como la describió el decimista Pedro Guerra en 1946: « *Si el martirio floreciera/ como el cardo en las llanuras/ sombreando las tierras duras/ de un campo sin « primavera ».*/ *Si tanto dolor tuviera/ más corazón donde estar,/ como para denunciar/ la miseria campesina.../ ¡cuánto cardo! ¡cuánta espina!/ iban el campo a poblar...* »

Pero lo más profundo de la angustia cubana no tenía una fundamentación económica, sino moral, que se agravó con el golpe militar de Fulgencio Batista en 1952. Este no resolvió ninguno de los problemas legados por sus predecesores, aunque algunos tomaron nuevas formas; y, en cambio, proclamó, con su hecho, el principio de que los problemas políticos se deciden por la violencia. Con esto sentó una premisa del ciclo revolucionario. No se encontró una solución pacífica, racional, a la situación creada, y con ansiedad creciente la sociedad cubana fue quedándose acorralada entre el terrorismo rebelde y el terror oficial. El estado de ánimo público, concordante con tal situación, se percibe en esta décima de Pedro Guerra:

« *Martí : en homenaje a ti,/ deben pensar los cubanos/ que todos somos hermanos,/ hijos de un ayer mambí./ Cuando te invoco, Martí,/ cuántas tristezas me arrancas.../ Levanta las manos francas/ desde los mármoles fríos/ que se está ahogando en Dos Ríos/ un sueño de rosas blancas.* »

La invocación a Martí está lograda con singular finura en torno a sus famosas redondillas, « cultivo una rosa blanca... », que son su autorretrato moral. Prédica de amor y perdón, esencia cristiana del pensamiento martiano, ensueño que se tornaba pesadilla, porque Cuba iba quedando, como aún lo está, presa de la violencia y el odio.

BOLIVAR SIN LIMITES

Por fin le vemos así, como sólo podemos verlo nosotros, a ciento veinticinco años : sin límites. Para el admirador de Bolívar, en su tiempo, el espectáculo de su genio, tangible, aun lo fabuloso, debió ser, por falta de perspectiva, tan deslumbrante cuanto incómodo. Hoy no. Los que le admiramos y le amamos, le vemos sin la limitación del paisaje, del doméstico caballo, del uniforme, del tiempo. Ya no está en el tiempo humano, tiempo de cuarenta y siete años. Ahora está en el tiempo heroico, el tiempo sobreviviente, el tiempo vencedor del tiempo, el tiempo de Bolívar, medida histórica, dimensión sin precedente de horizonte esférico. Sin paisaje, sin uniforme, sin anécdotas.

Rodrigo Arenas Betancourt, el admirable escultor colombiano, dio término hace pocos días a una obra capital : su Bolívar. Es la imagen definitiva del que nos enseñó a ser libres para que otros lo sean. Es Bolívar en libertad, Bolívar sin límites. Es la efigie del gran previsor de Jamaica, de Panamá, de Potosí. Va a caballo, pero en el viento, completamente desnudo, con el fuego para destruir o iluminar en la mano del corazón, y en la otra, las ideas escritas, fijadas en algo material para que el espíritu de las naciones no las olvide. Así fue Bolívar : un bello y magnífico instante de la eternidad. Un ansioso de futuro en su pasión sin freno por el bienestar humano, un dios antiguo venido a menos y entregado a los hombres para enseñarlos a vivir maravillosamente.

Bolívar en el viento, a caballo, desnudo, portador del fuego que libera y construye. Bolívar Libertador, Bolívar en libertad, Bolívar más Bolívar que nunca, el más real de los Bolívares, el que vuela sobre las banderas para decirnos, para reclamarnos nuestra falta de amor a la libertad y al abrazo urgente de toda Hispanoamérica, la gran nación futura, necesidad universal, la gran Bolivia, mexicana, andina, amazónica y platense. Porque los ojos de Bolívar son los ojos de América. Por sus ojos vemos, seguimos viendo, seguiremos viendo quién sabe hasta cuándo. Algún día, cuando seamos más hombres, nos reuniremos en Jamaica y en Panamá para decirle sencillamente : « Perdónanos... »

Pasó el tiempo del Bolívar acartonado en sus ropas de guerra, general como muchos y ecuestre académico. No. El Bolívar de hoy, el que ya podemos ver, el que es para siempre, es el que tan lúcidamente nos presenta ahora el escultor colombiano. Es una creación magnífica que podría determinar un nuevo acento en el ánimo de nuestros pueblos ; es la enseñanza cabal del héroe por excelencia, del Libertador, del sensual amante de la Libertad, del más poderoso y realista soñador que, con el corazón destrozado por nuestra conducta, nos ve desde su ráfaga ecuestre y pasa sobre nuestros cielos, desnudo como la luz.

Dichosa la ciudad que tenga a la vista tan admirable monumento.

CARLOS PELLICER

En las estampillas de correos de Colombia se reproduce hoy la estatua de Bolivar de Arenas Betancourt, erigida en la ciudad de Pereira. Con este reconocimiento postal puede considerarse terminado un debate que apasionó a muchas gentes durante cosa de un año. ¿Era correcto, para honrar la memoria del Libertador representarlo desnudo? La polémica no es de hoy. David, en Francia, tuvo que escribir hace ciento cincuenta años una defensa de sus cuadros romanos en donde se atrevió a presentar a los héroes desnudos. Debió de ser fuerte la acometida que sufrió, cuando para justificarse pregunta : ¿No aparecen desnudos Cástor y Pólux en las obras de Fidias y Praxiteles que se ven en Roma? El Aquiles de Villa Borghese también está desnudo. En Versalles también aparece desnudo Aquiles en el vaso llamado de Médicis. Etc.

Más directa y cercana está la audacia de Canova que representó desnudo a Napoleón, como se ve en el bronce de Milán. En este caso, habiendo ya desnudado a Paulina, lo de continuar con el resto de la familia carecía de importancia, y hoy todo el mundo se detiene ante el mármol de Paulina y nadie se acuerda del de Napoleón. Rodin preparó sus grandes composiciones para el monumento a Victor Hugo, desnudándolo, y sólo lo vistió para sacarlo definitivamente a la plaza. Aquí la audacia fue mayor, pues puede presumirse que el viejo Hugo, después de una larga vida de escritorio sería, físicamente, inferior a Aquiles. Como fue una mala idea desnudar a Rodó para su monumento en Santiago.

Bolivar no. Bolívar, tal como lo sorprende Arenas Betancourt, es un guerrero de la Ilíada que vuela a caballo por los campos de batalla de América. Y así lo entiende muy bien Carlos Pellicer al hacer el elogio del escultor colombiano.

Recuerdos de Gabriela Mistral

POR MATHILDE POMES

El año 1932 marca su entrada oficial en la carrera diplomática. Su primer nombramiento fue para el cargo de Cónsul de su país en Nápoles, para el cual se le rehusó el exequátur. Las mujeres-hombres no gustaban a Mussolini. Una Asamblea del Instituto de Cooperación la llevó temporalmente a París. En dicha Asamblea, el Gobierno de Cuba estaba representado por el joven diplomático y exquisito poeta Mariano Brull, autor de una de las mejores traducciones de *La Jeune Parque* y de *Cimetière Marin*. El culto de Valéry me había acercado a Gabriela Mistral, y en casa de dicho poeta la encontré por primera vez.

Era una mujer de elevada estatura (1,75, al parecer) de corpulencia proporcionada a su talla y robusta, pero en modo alguno hombruna. Al contrario, era muy femenina ; no en el sentido que los hombres dan habitualmente a esta palabra, sino en el sentido grave y serio, casi me atrevería a decir matriarcal. Sus facciones eran francas, bien delineadas y firmes : frente ancha, nariz grande, una boca con las comisuras caídas, ojos muy hermosos, que todo el mundo ha calificado de verdes, pero que yo veo en mi memoria de un gris verdoso. Los ojos de los vascos, cuando son claros. Ojos donde parece reflejarse el mar. Su porte era digno y su aspecto sereno, su palabra fácil, sosegada y equilibrada y su tono justo. Se ha hablado con insistencia de su apariencia, si no de campesina, por lo menos de mujer del campo. En una hora de confianza y de intimidad me preguntó ella misma mi opinión acerca de esto.

— La veo muy bien en un día de mercado en Vergara o en Guernica, en el corazón del país vasco, como una de esas caseras que llegan de su propiedad para atender a sus asuntos. Nada recuerda mejor a la *domina* romana, en todo el vigor de la expresión.

— ¿Cómo? ¿No descubre en mí nada de exótico, de indio?

— En absoluto.

— ¿Ni nada de israelita?

— Tampoco.

No imaginaba yo que estaba causando a mi interlocutora (esto ocurría en Madrid, mientras estuvo al frente del Consulado de Chile, en 1933), uno de los mayores disgustos que, por desgracia, me estaba reservado procurarle. No recuerdo si el segundo se sitúa en el mismo día. Es probable. Inspirada por el carácter francamente vasco que yo encontraba en su físico, debí ceder a la tentación de compararla intelectualmente con el vasco Miguel de Unamuno. De pronto, se enfadó con una viveza tal, que tuve la impresión de haber puesto el dedo en una llaga. Me dijo :

— No me gusta Unamuno. Es la encarnación de la paradoja.

Don Miguel no necesitaba que yo lo defendiese. Me callé. Lo que no dije entonces, voy a decirlo a continuación.

Capítulo del libro Gabriela Mistral, *editado por Pierre Seghers* (*París* 1963).

Aquel día, y en otras ocasiones, tuve la oportunidad de observar que la consulesa no era indiferente a una mesa delicadamente servida. Tenía predilección por la fruta.

— Aquí estará usted satisfecha. España produce las mejores frutas de Europa.

— No tienen nada que ver con las de mi país.

Pensé que se refería a Chile ; pero, no. Pensaba en su querido lugar natal, el valle de Elqui.

Alguien que la ha conocido bien (y que escribe cosas excelentes sobre ella), don Germán Arciniegas, insiste en este rasgo : era *mal hablada* ; de un humor áspero y desabrido, o más bien denigrante. Esto, sin duda, en los últimos años de su vida. En 1933, desprestigiaba al país que la había acogido. España que conocía uno de los más notables florecimientos literarios de su historia, no tenía, según ella, escritores, hombres políticos, y ni siquiera hombres.

— Por lo demás, esto es una vieja historia.

— ¿Cómo puede decir usted esto, siendo hija de América?

Sin querer, acababa de levantar la compuerta de una esclusa. La indignación, la cólera y la rebelión se precipitaron a torrentes por ella. Nunca la leyenda negra antiespañola ha alcanzado un tono tan estridente.

Aprovechando una pausa, insinué tímidamente :

— Todo lo que dice usted es tal vez verdad ; pero piense que hay prescripción.

No la había para ella. Los vencidos, los expoliados y los humillados esperan su desquite. Ella lo deseaba y les invitaba a tomarlo.

— ¡Son los míos!— exclamaba. Cegada por su orgullo y sus prejuicios, sólo descubre usted vestigios europeos en mí. Pero yo no soy vasca, oye usted, soy india.

— Araucana, si prefiere.

Esta hostilidad en relación con un país donde por lo menos hubiera debido observar una actitud neutral, no podía dejar de trascender, causándole algunas dificultades, a las que puso término con su traslado a Lisboa. Pero conservaba un recuerdo de Madrid con el que alimentaba su tendencia al delirio de persecución.

Otro rasgo suyo era la movilidad, congénita tal vez (pensemos en su padre), pero en todo caso constante. Le era imposible fijarse en parte alguna. Ni los países más acogedores ni los lugares más bellos lograban retenerla. Ella misma se considerará eternamente errante e inventará para su uso la palabra *patiloca*. De Guatemala, una de las naciones de su querida América Central, donde representaba al suyo, pasó a Niza. Las atenciones de su consulado le dejaban mucho tiempo libre. ¿Dónde lo pasaba? En Aix-en-Provence, en Aviñón, en Arles, por el que sentía una simpatía particular, en « las aldeas ribereñas del Ródano, extenuadas de agua y de cigarras ». En compañía de la servicial, sutil e inteligente Palma Guillén.

Esta presencia era para ella tan amistosa como indispensable. Otra de las constantes de Gabriela Mistral era su incapacidad de vivir sola, por la imposibilidad de prescindir, no de compañía, sino de ayuda. Esa mujer, que había tenido una infancia y una adolescencia llenas de privaciones, parecía haber nacido en un palacio con legiones de criados. Era incapaz de hacer nada por sí misma : organizar una comida, llamar un taxi, tomar un billete de tren, hacer compras o vestirse. Permítaseme discrepar sobre este punto de lo que escriben casi todos sus biógrafos, en particular los masculinos. Pudiera creerse, según ellos, que se vestía de mala manera. Y esto no es exacto. Su indumentaria era sobria ; casi siempre llevaba un traje sastre de color oscuro, pero hecho a medida y de buena calidad. La tosca túnica de estameña era una leyenda que ella misma había puesto en circulación. Su aspecto no era nunca ridículo, ni hubiera podido serlo. A la vista de esa mujer grave y seria, que respiraba sencillez y naturalidad, a la vez que orgullo, sólo podía sentirse consideración y respeto.

En este mismo año de 1938, otra mujer, también altiva, que sabía lo que quería y que lo hacía, la argentina Victoria Ocampo, logró arrancar a Gabriela Mistral los poemas escritos mucho tiempo antes —hace trece años que ha aparecido *Desolación*— y los compiló en *Tala*. Se ha comentado mucho este título. Nosotros le atribuimos al principio el sentido de *poda*, y a él nos atenemos.

Los signos que hacían presentir la gue-

rra inquietaban a la consulesa. También la agitaba otra idea : el premio Nóbel, para el cual se había pensado en su candidatura. Nadie ignora que esta recompensa suprema no se obtiene sin esfuerzos, y todos saben también más o menos el trabajo preparatorio que supone. La diplomacia desempeña en él una parte importante, puesto que el gran prestigio que acarrea le convierte en un acontecimiento de valor universal. También lo saben quienes lo otorgan y tienen la preocupación, noble y generosa a nuestros ojos, de coronar al mismo tiempo el mérito individual y el esfuerzo intelectual de una nación. La América Latina no lo había obtenido nunca. Claro está que varios candidatos podían aspirar a él. Pero uno solo estaba en condiciones de reunir los sufragios unánimes de los diecisiete países concurrentes y representarlos a todos : Gabriela Mistral. Incluso el Brasil, que podía alegar otra lengua y presentar escritores de gran mérito, dio su adhesión a esta candidatura.

Pero a la candidata correspondía el cuidado de darse a conocer. Pensó en una traducción y yo recibí el encargo de hacerla. Escribí las últimas líneas de ella en junio de 1940, en los alrededores de París, bajo las bombas de un avión alemán. Algunas horas más tarde empezaba el éxodo. Y no podía ser cuestión de editarla. Gabriela se hallaba en el Brasil. Antes de la partida de Doña Palma Guillén me puse de acuerdo con ésta sobre el prefacio que Paul Valéry había de escribir. La Sra. Guillén tenía atribuciones para decidir. Por lo demás, yo había informado de todo a Gabriela por carta. Deberá disculpárseme si doy aquí ciertos detalles : el prefacio en cuestión, uno de los más cuidados de Valéry, debía ser más adelante origen del mayor disgusto que pude causar a la poetisa. ¿Cómo podía yo imaginar que ella había ridiculizado en un gran periódico a sus compatriotas sudamericanos venidos a París con un manuscrito debajo del brazo y llamando a la puerta de un prologuista profesional, con el propósito de que se les publicara? ¿Y por qué no tuvo ella, desde el principio, la sinceridad de significarme su veto?

Pero ella estaba también agobiada por otras muchas preocupaciones. Destinada al Brasil, primero en Niteroi y poco después en Petrópolis, había recogido, o tal vez adoptado de hecho, si no legalmente, a un adolescente, llamado familiarmente Yin-yin, a quien presentaba como sobrino suyo, parentesco que nunca se ha explicado con claridad. Uno de sus biógrafos da a entender que se trataba de un hijo de algún hermanastro, posterior a la fuga paterna, en 1892. Por razones y en circunstancias que tampoco se han explicado nunca, este niño que Gabriela quería como a un hijo, le fue arrebatado por una muerte violenta. Las investigaciones oficiales lo consideraron como un suicidio. Y a más de cuarto de siglo de distancia, es un luto no menos cruel que el de otro suicidio, acaecido en 1909.

En esta doble soledad de Petrópolis vino a sorprenderla, en noviembre de 1945, la noticia del premio Nóbel, que recibió en efecto de manos del rey Gustavo V, en Estocolmo.

Después de celebrado este triunfo en dicha ciudad, más que con carácter individual, como representante de todo un continente, nuevo todavía en el terreno literario, la primera etapa de la poetisa en Europa, de regreso de Estocolmo, fue París. Su nombre, conocido de un pequeño número de amigos (que la prensa habrá de asaltar), suscitó en la capital francesa curiosidad y simpatía. Durante tres días, la escritora galardonada con el premio Nóbel fue la invitada del gobierno francés. Otro rasgo pintoresco, que sólo citamos porque viene a confirmar la ineptitud de Gabriela Mistral para la vida práctica : esta mujer que ha pasado una gran parte de su vida entre el papeleo oficial, llegó al Bourget, sin que su pasaporte estuviera debidamente visado. Viendo que no podía moverse del aeropuerto, acusó a las autoridades francesas de mala voluntad. El embajador de Chile, retrasado sin duda por las dificultades de la circulación, acabó por llegar y todo se arregló. Ya pudieron empezar las recepciones, las visitas y las entrevistas. Considerada, no en razón de su obra, sino de su actitud durante la guerra civil española, como simpatizante roja, se la adscribió al grupo de *Lettres Françaises*. Su sincero amor a los humildes se convierte en reivindicación agresiva, su defensa constante de los indios, en programa político. Poco faltó para que se la hiciera enarbolar, no el *huemul* y el

cóndor chilenos, sino la hoz y el martillo.

Una vez terminadas las tres jornadas oficiales, Gabriela Mistral prolongó su estancia en París, como huésped de un ministro de la Generalidad Catalana, que vivía en la calle de Cherche-Midi, antes de dirigirse, pasando por su Provenza querida, a su no menos querida Italia.

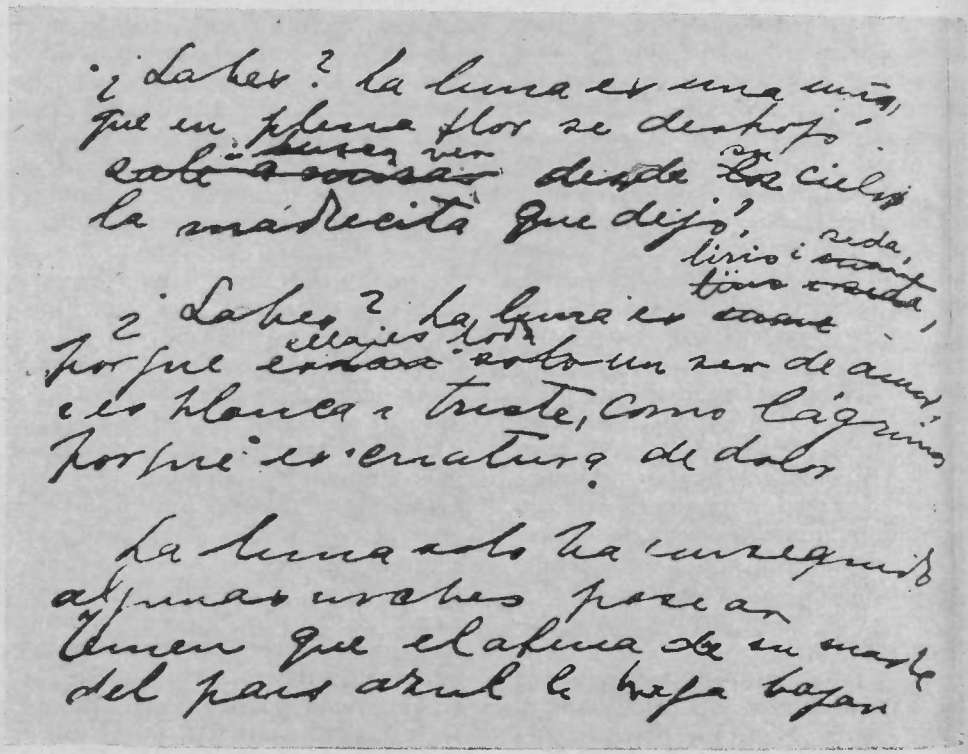
Por extraño que esto pueda parecer, no va a su país a recoger los laureles que le han preparado. Los deja crecer durante diez años. Hasta 1955, con ocasión del Premio Nacional de Literatura, no volverá a Chile. Inútil decir que fue un regreso triunfal.

¿Con qué llenó este largo intervalo? Oficialmente con su cargo de Cónsul en Los Angeles. Allí es donde había de conocer, por el azar de una pura curiosidad literaria, a la que había de convertirse en el ángel de la guarda de sus últimos años, la « hija del alma » que debía cerrarle piadosamente los ojos, miss Doris Dana. Por su actividad, su eficacia, su entusiasmo y su fidelidad, miss Doris Dana es el prototipo de esas vocaciones de abnegación que resulta difícil imaginar fuera de la vida religiosa; flor suprema de un alma apasionada, cada vez más rara en este viejo mundo que se va enfriando.

Visitantes eminentes —entre los cuales se cuenta a Jacques Maritain— van a reconfortarla y a llevar esperanzas a la poetisa enferma en la casa de salud de los alrededores de Nueva York, donde al cabo de muchos meses debía extinguirse, el 11 de enero de 1957. El escritor y diplomático colombiano don Germán Arciniegas nos ha dejado de estos últimos días una visión conmovedora.

Los restos mortales de Gabriela Mistral, transportados por avión a Santiago, recibieron el homenaje de todo un pueblo y, el 22 de enero se le hicieron unas honras fúnebres dignas de un jefe de Estado.

FACSIMILE DE UN POEMA INEDITO DE GABRIELA MISTRAL



¿Sabes? la luna es una uña,
que en plena flor se desprendió.
Sabes ver desde los cielos
la maldecida que dejó?

¿Sabes? la luna es como
porque es hoja y triste, como lágrima
porque es criatura de dolor

La luna solo ha conseguido
algunas veces poseer
Amen que el alma de un muerto
del país azul le haga bajar

GERMAN PARDO GARCIA

Lectura al atardecer

En un diario cualquiera estoy leyendo:
«Un submarino atómico fue hundido
por fuerzas misteriosas...» Y suspendo

la lectura y me oculto adolorido,
con los ojos a ras de ruina y tierra,
girando en la penumbra y el olvido

de tanta angustia como el mundo encierra,
y ojos y manos en silencio junto.
Tanta impiedad mi corazón aterra

y ya casi sonámbulo pregunto:
¿Tuvieron esperanza esos soldados?
¿Qué quedó de su vida en aquel punto

del hundimiento? ¿Fueron devorados
por el mar implacable en un segundo?
¿Tuvieron esperanza esos soldados?

La pregunta me hiere, ¡oh triste mundo
parecido a una trágica cisterna
con un rostro sangrante en lo profundo!

Salgo a mirar hacia la vida externa.
Un niño pasa. Y pienso, en mi descanso:
¿qué será de este niño que se interna

no cual una barquilla en un remanso,
sino en orbes de llamas homicidas?
Torno a mi soledad de ciervo manso

y apenas con las luces encendidas
a las seis de la tarde, estoy leyendo
muchas cosas quizá desconocidas:

un avión propulsor que estaba haciendo
maniobras de luceros y soldados,
estalló en el espacio. Oigo el estruendo

de ruedas y motores calcinados,
y pregunto con súplica insistente:
¿tuvieron esperanza esos soldados?

Inclino en honda sumisión la frente
y leo otra noticia rezagada:
« Anteayer, en Vietnam, súbitamente

fue una escuela de niños bombardeada ».
Y siento que una mano enceguecida
me da en el corazón honda estocada.

Mi jardinero espíritu, a la vida
pregúntale: ¿quién abre en mis costados
esta mortal y rencorosa herida?

¿Tuvieron esperanza esos soldados,
los cosmonautas mártires caídos,
y los niños inermes bombardeados?

¡Oh mundo que conviertes tus sentidos
en una enorme y funeral hoguera,
desde la maravilla de los nidos

a la crucifixión en la trinchera!
La mano encumbro en actitud de lira
de cinco resonancias, cual si fuera

todo mi ser un himno que suspira
por la paz de los vivos y los muertos
arrastrados al fondo de la pira.

Y canto a los purísimos desiertos
y al león semental y a los ganados,
y a las blandas colinas y los huertos,

y de pronto mis labios azorados
preguntan a los aires enemigos:
¿por qué fueron los niños bombardeados?

« Paz y Esperanza »... escribo a mis amigos
con mi letra de araña tejedora,
sepultada en los musgos y los higos.

Y encumbro la otra mano pulsadora
y soy diez cuerdas digitas cantando
a la naturaleza constructora.

Y, laúd decimal, brillo danzando
sobre la negación, y danza y danza
mi espíritu sinfónico, escuchando

los triunfos del amor y la esperanza.
« Paz y Esperanza »... escribo a mis amigos.
Y un sol sin senectud arde en mi lanza

del color de la sábila y los trigos,
y la roturación de los arados.
Mas de pronto a los aires enemigos

oigo batir los muros almenados
y vuelvo a preguntar con insistencia:
¿Tuvieron esperanza esos soldados?

LECTURA AL ATARDECER

¡Ah, mi fragilidad sin resistencia
para la angustia de la extraña herida
y la incineración de la inocencia!

Mi espíritu se aparta de la vida
sobre un caballo de cristal y espuma,
que luce al galopar lirios por brida.

Yo impediré que el odio lo consuma.
Mi instinto de jinete es cabalgarlo
sin que le invada el corazón la bruma.

Trenzador de sus crines, he de amarlo
más allá de la muerte. Y cuando muera
en medio de palomas sepultarlo.

Así, al atardecer, en un cualquiera
periódico del mundo, estoy leyendo
tanta noticia cruel que uno quisiera

que no fuese verdad, y padeciendo
por los niños que fueron bombardeados
cuando estaban inermes, conociendo

la verdad de la vida, ensimismados
en sus pequeños libros de lectura.
¡Pobres niños!... me digo. Incinerados

por un mundo que bebe su amargura
y come un pan con ácidos dementes
revueltos en la blanca levadura.

Salgo a mirar las cosas y las gentes.
Delante de mi casa hay un gran pino.
¿Sufren, tal vez, sus ramas penitentes?

¡Ah, no lo sé! Paréceme divino,
como implorando paz en esta hora
para una humanidad que a su destino

tiene atada una estrella destructora.
Ya son las siete de la tarde. El viento
regresa en calma tímida, insonora.

Busco mi asilo defensor y siento
que algo me oprime. Pienso en los soldados
en el fondo del mar. El sufrimiento

se me vuelve tenaz. En los costados
de mi espíritu humilde, una estocada
destrúyeme los sueños dibujados

allá cuando la vida era contada
por mi padre, como un cuento sin brumas,
y mi credulidad iba montada
sobre un caballo de cristal y espumas.

GERMAN PARDO GARCIA

Los cuartelazos y nuestras democracias

POR JUAN MILLA BERMUDEZ

DISTINGUIDO AMIGO Y DIRECTOR: El acertado y penetrante planteamiento sobre el estado de la democracia representativa en la América Latina que usted nos hace en su carta, debe constituir para nosotros un reto ineludible que hemos de aprovechar en todo su alcance convirtiéndolo en el origen de un vigoroso movimiento político continental; el más vigoroso y el más hermoso movimiento político que se haya promovido en el continente, mediante el cual, participando con el entusiasmo y la decisión que reclama de nosotros el momento histórico, lograremos establecer definitivamente el imperio de la democracia representativa en todos los países del hemisferio.

Todos los latinoamericanos, y especialmente aquellos que acatando el mandato de una vocación política nos preocupamos por el destino de nuestros pueblos y de toda la América Latina, y creemos contribuir a forjar un futuro mejor con nuestra « militancia » activa en la política vernácula, debemos felicitarnos de que usted, con la autoridad que respalda su personalidad internacional de indiscutible prestigio, haya tomado la iniciativa invitándonos a concurrir en la fundación de una empresa de impostergable atención para todos nosotros.

Agradezco la gentileza con que me ha distinguido al incluirme entre los dirigentes políticos de la América Latina cuya opinión solicita con tanta amplitud, y paso a dar respuesta a las tres preguntas que nos formula:

PRIMERA PREGUNTA: « *¿Cree usted que siguen vigentes para nosotros los principios básicos de la democracia representativa, y que es posible afirmar en ella un estilo político latinoamericano que permita respetar los derechos humanos y asegurar la justicia social dentro de las circunstancias económicas de nuestro tiempo?* »

RESPUESTA: SI; y no solamente creo que es posible afirmar en la democracia representativa un estilo político que permita respetar los derechos humanos y asegurar la justicia social dentro de las circunstancias económicas de nuestro tiempo, sino que las conclusiones a que he llegado, fruto de la devota aplicación de mis facultades analíticas durante varios años al problema que plantea la actitud de la América Latina ante los Estados Unidos, me han conducido a la más firme convicción de que sólo alcanzando la vigencia plena de la democracia representativa en todos los países de la América Latina podremos volver sobre nuestra dignidad y fortalecer nuestra fe, para de allí consolidar nuestra posición internacional como un fuerte bloque de naciones, reestructurar nuestra economía y afirmar nuestra entidad histórica.

Quizá no sea posible reducir a un equilibrio exacto la diferencia de niveles económicos existente entre los Estados Unidos y la América Latina, pero sí podremos reducir considerablemente esa diferencia de niveles mediante la fiel ejecución en cada país del programa de desarrollo adecuado para hacerlo entrar en su etapa

de producción óptima. La Alianza para el Progreso nos brinda una brillante oportunidad para avanzar notablemente hacia esa meta. A nosotros nos corresponde complementar ese generoso programa de ayuda económica con una acción política inmediata y efectiva que acabe para siempre con el escollo con que han tropezado la mayoría de nuestros gobiernos en sus progresos de superación económica y social: los cuartelazos, tan fatídicamente comunes en la mayoría de nuestros países, y propicie el establecimiento definitivo de un sistema de gobiernos surgidos de la voluntad popular libremente expresada en las urnas electorales y organizados conforme a los principios jurídicos fundamentales en que descansa nuestro propio concepto de la democracia representativa.

SEGUNDA PREGUNTA: « *¿Cree usted que los problemas de nuestra América sólo podrían resolverse por medio de una dictadura de partido que decline en el jefe de gobierno la totalidad de las determinaciones nacionales y el límite dentro del cual puedan ejercerse los derechos humanos?* »

RESPUESTA: NO; de ninguna manera. Mi respuesta a la primera pregunta responde también a ésta. No cabe duda de que será necesario revisar las fallas de nuestra estructura democrática y superar esas fallas incorporando a la estructura del sistema las directrices que en los terrenos económico y social exigen las nuevas condiciones del mundo, pero las modificaciones que haya que hacer en la estructura no tienen por qué desviar en lo más mínimo los principios fundamentales que constituyen la base de la filosofía de la doctrina política. Me parece que las fallas que pueden achacarse a nuestra democracia son más bien de orden legislativo y no de sistema de gobierno. Congresos nacionales auténticamente representativos de los pueblos de cada país cumplirían cabalmente con la misión de superar esas fallas en las que puede residir una buena parte de la causa que le ha impreso ese aspecto vacilante a la política democrática latinoamericana.

TERCERA PREGUNTA: « *Si usted está de acuerdo con que en nuestra América debe existir una democracia representativa, ¿qué sugerencias haría en el sentido de ampliar o modificar sus horizontes y métodos de trabajo, tanto para dar a las gentes del país medios más eficaces de producción, confianza mayor en las soluciones democráticas, menos inseguridad en su destino como para hacer frente a las grandes concentraciones continentales, asegurar la supervivencia libre de la América Latina e ir acabando con la diferencia de niveles en que se mueven hoy los Estados Unidos y la América Latina?* »

RESPUESTA: Sería una equivocación generalizar sobre las medidas que hay que tomar para ampliar y modificar los horizontes y los métodos de trabajo en los sistemas de gobierno democrático de la América Latina; éstas tendrán que ser específicas y un tanto diferentes de país a país, y necesariamente tendrán que resultar de los estudios económicos y sociales realizados o por realizarse en cada país, tanto para dar a las gentes medios más eficaces de producción, mayor confianza en las soluciones democráticas y menos inseguridad en su destino, como para hacer frente a las grandes concentraciones continentales, asegurar la supervivencia libre de la América Latina e ir reduciendo la diferencia de niveles en que se mueven hoy los Estados Unidos y la América Latina.

Sin embargo, como ya lo expuse en mi respuesta a la primera pregunta, el denominador común en la solución del problema general reside en conducir a cada país a su etapa de producción óptima, lo cual podremos conseguir mediante el desarrollo de los programas adecuados, una vez que hayamos superado definitivamente ese escollo, hasta ahora inexpugnable en muchos de nuestros países, contra el cual han ido a estrellarse dolorosamente algunos de nuestros más positivos ensayos democráticos: ¡los cuartelazos! Los cuartelazos al amparo de la paradójica protección con que los cubre la observancia equivocada del principio de no intervención.

En realidad, quienes hemos estudiado las dificultades con que han tropezado los gobiernos democráticos de la mayoría de nuestros países en el desarrollo de sus programas de superación económica y social, sabemos que invariablemente el escollo mayor y determinante que se ha interpues-

to en la marcha del progreso iniciada e impulsada con entusiasmo por esos gobiernos ha sido el cuartelazo, la interferencia del ejército, cuyos altos oficiales, acogiendo la intriga de políticos sin escrúpulos, han creído ver en la acción progresista del gobierno una amenaza a sus intereses, y no han vacilado en quebrantar su juramento institucional, violar la constitución y atropellar la soberanía del pueblo, invocando, en un ridículo intento de justificar su felonía, el pretexto de moda, en estos días : la amenaza comunista. Y el pueblo, desarmado y constantemente amenazado, incapacitado para valerse por sí mismo, tiene que resignarse a su suerte porque, con una ironía absurda de la política internacional prevaleciente, el principio de no intervención, con el cual se supone que se garantiza la autodeterminación de los pueblos, le veda la ayuda que podría recibir del exterior para reivindicar sus derechos.

Han sido los cuartelazos, alentados por la protección con que los cubre el principio de no intervención, los factores determinantes, complementados con circunstancias subalternas a ellos mismos, que han evitado que los pueblos de la mayoría de nuestros países hayan podido apreciar en toda su magnitud la acción de positiva superación económica y social que, en un ambiente de libertad y de respeto a la dignidad ciudadana, puede desarrollarse mediante el sistema de gobierno democrático representativo.

Han sido los cuartelazos, la presencia desleal de las fuerzas armadas en la mayoría de nuestros países, los que han aportado la mayor contribución a que la política de nuestra democracia aparezca vacilante, a la ausencia de solidaridad entre los países latinoamericanos y a la aparente carencia de metas claramente definidas en ellos.

Han sido los cuartelazos, esa irresponsabilidad criminal con que los altos oficiales de las fuerzas armadas de la mayoría de nuestros países atropellan a su conveniencia la constitucionalidad de gobiernos democráticos con todas sus instituciones, en insolente irrespeto a la soberanía del pueblo, lo que ha constituído y sigue constituyendo la fuente mayor de nuestros malestares y el origen de casi todas esas profundas alteraciones que presenta el tono de la política general de la América Latina, de la agitación constante ligada a corrientes internacionales y de ese forcejeo contradictorio que mantiene a nuestras tradiciones democráticas y a nuestro destino histórico al borde de una crisis.

Abundan los documentos históricos que informan sobre la verdad dolorosa de los párrafos anteriores acerca de la acción negativa que impunemente interponen los ejércitos con sus cuartelazos a la vigencia de la democracia representativa en ciertos países de la América Latina, y que revelan que el principio de no intervención observado con los países cuyos pueblos no pueden manifestar su autodeterminación porque han sido privados de su soberanía por el ejército, en lugar de proteger la soberanía de los pueblos y constituir el más firme punto de apoyo de la democracia representativa, sirve para proteger las acciones negativas de los ejércitos contra la democracia. Así es que, si estamos convencidos de que sólo alcanzando la vigencia plena de la democracia representativa en nuestros países prosperaremos en la empresa de restaurar nuestra dignidad, consolidar nuestra posición internacional como un fuerte bloque de naciones y afirmar nuestra entidad histórica, como paso inicial imprescindible en esa empresa tenemos que lograr inmediatamente los dos objetivos siguientes : a) la restricción del principio de no intervención a su observancia con aquellos países cuyos gobiernos hayan surgido de la voluntad popular libremente expresada en las urnas electorales, y b) la constitución de un recurso interamericano capaz de controlar la acción nefasta de los ejércitos golpistas contra la democracia.

Ahora bien, la acción de un ejército sólo puede controlarse de manera efectiva con la presencia de otro ejército igual o mayor en capacidad bélica. Es necesario introducir una modificación en la Carta Constitutiva de la Organización de Estados Americanos, de modo que este organismo internacional, que es el indicado para ello, adquiera la capacidad para ejercer una vigilancia agresiva en defensa de la democracia en la América Latina. Es

imperativa e inaplazable la creación del Ejército de la Organización de Estados Americanos con el cual este organismo pueda ocupar militarmente aquellos países en los cuales un gobierno democrático haya sido derrocado por un golpe de Estado hasta que el orden constitucional haya sido restablecido a entera satisfacción del pueblo, o la celebración de un convenio que permita a la O.E.A. utilizar el contingente necesario del Ejército de las Naciones Unidas para el mismo fin. Sólo así lograremos fortalecer nuestra tradición democrática. Sólo así lograremos derrotar definitivamente el peligro de una desviación fatal hacia el sistema planetario marxista-leninista.

La Conferencia de ministros de Relaciones Exteriores convocada por la Organización de Estados Americanos próxima a reunirse presenta una oportunidad que no debe perderse para iniciar el movimiento que acabará para siempre con los golpes de Estado en la América Latina. Es preciso que una de las delegaciones que concurran a esa conferencia presente un estudio suficientemente documentado, demostrativo de la acción de los ejércitos en perjuicio de la democracia en la mayoría de los países de la América Latina, y que, con las conclusiones de ese estudio como base, introduzca una moción formal en el sentido de que la Conferencia de ministros de Relaciones Exteriores tome la resolución concreta y terminante, proyecto que podría redactarse más o menos en los términos siguientes :

La Conferencia de ministros de relaciones exteriores de los siguientes países :

Reunida en ..... a los .... días del mes de .....

Por cuanto : Visto el informe presentado a esta conferencia por la delegación de ..... sobre el estado de la democracia en la América Latina y la acción de los ejércitos en perjuicio de la democracia en la mayoría de los países latinoamericanos,

Resulta : que el principio de no intervención, invocado con el propósito de garantizar la libre determinación de los pueblos, con frecuencia ha servido para que, en ciertos países latinoamericanos, oficiales de ejércitos sin principios atropellen impunemente la soberanía del pueblo derrocando con golpes de Estado a su conveniencia gobiernos constitucionales de auténtica extracción popular ;

Resulta : que los golpes de Estado contra gobiernos constitucionales de indiscutible estructura democrática constituyen la fuente mayor de los malestares de la mayoría de los pueblos latinoamericanos ;

Resulta : que los golpes de Estado constituyen también el origen de las profundas alteraciones que presenta el tono de la política general de la América Latina ;

Resulta : que los golpes de Estado crean la atmósfera propicia para la agitación ligada a corrientes internacionales opuestas a las de las tradiciones democráticas de los países latinoamericanos ;

Resulta : que los golpes de Estado han constituído el mayor obstáculo para que los pueblos de la mayoría de los países latinoamericanos hayan podido apreciar en toda su magnitud la acción de positiva superación económica y social que puede lograrse mediante el sistema de gobierno democrático representativo ;

Resulta : que los golpes de Estado son la causa primordial de este forcejeo contradictorio en que se debate la política de la América Latina, y de que sus tradiciones democráticas y su destino histórico se mantengan al borde de una crisis ;

Por tanto,

Considerando : que la democracia representativa debe mantenerse y fortalecerse en la América Latina como el único sistema de gobierno que, de acuerdo con las tradiciones de sus pueblos, puede conducirlos a consolidar su posición internacional como un fuerte bloque de naciones y a afirmar su entidad histórica ;

Considerando : que la democracia representativa constituye el mejor sistema de gobierno para reestructurar la economía latinoamericana ;

Considerando : que para lograr la plena vigencia de la democracia representativa en la América Latina es imperativa e impostergable la adopción de medidas radicales que acaben para siempre con la amenaza de los golpes de Estado ;

CONSIDERANDO : que los golpes de Estado atentan peligrosamente contra la paz mundial, creando el terreno propicio para el desarrollo de la agitación ligada a corrientes internacionales en abierta oposición con las tradiciones democráticas latinoamericanas ;

CONSIDERANDO : que la acción de los ejércitos en perjuicio de la democracia en ciertos países de la América Latina sólo puede neutralizarse con la presencia de un ejército interamericano, leal a las instituciones democráticas continentales ;

CONSIDERANDO : que el principio de no intervención derrota su propósito de garantizar la libre determinación de los pueblos cuando se observa con países en los cuales las fuerzas armadas nacionales mantienen sojuzgado al pueblo que se halla impotente para ejercer su soberanía ;

RESUELVE :

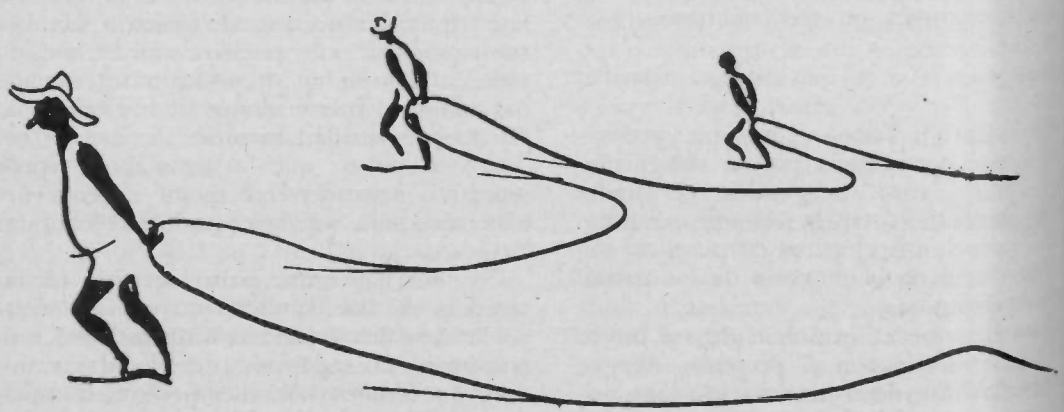
ARTÍCULO PRIMERO : Declarar que la observancia del principio de no intervención debe restringirse a aquellos países cuyos gobiernos hayan surgido de la voluntad popular libremente expresada en las urnas.

ARTÍCULO SEGUNDO : Recomendar a la Organización de Estados Americanos la introducción en el más breve plazo posible de la modificación necesaria a su Carta Constitutiva para investir a este Organismo de la autoridad suficiente para resguardar en forma efectiva la democracia en el Continente Americano ;

ARTÍCULO TERCERO : Aprobar la creación del Ejército de la Organización de Estados Americanos, y, mientras éste se organiza, aprobar la celebración de un convenio que deberá negociar la Organización de Estados Americanos con la Organización de Naciones Unidas, por medio del cual la Organización de Estados Americanos podrá utilizar el contingente necesario del Ejército de las Naciones Unidas para ocupar militarmente aquellos países en los cuales un gobierno constitucional haya sido derrocado por un golpe militar, hasta que se haya restablecido el orden constitucional a entera satisfacción del pueblo.

Esta es la humilde aportación con que mi sensibilidad política y mis conocimientos sobre el asunto me permiten contribuir a la empresa de conjurar el estado de inestabilidad y de zozobra que palpita en la atmósfera internacional, encarando el problema con toda franqueza, como muy bien dice usted que lo exige la presión del momento que vivimos.

Con las muestras de mi consideración más distinguida reitero a usted mis expresivas gracias por su gentileza de incluirme entre los dirigentes políticos de la América Latina cuya opinión ha solicitado sobre este problema, que nos interesa a todos y que, con la ayuda de Dios, lograremos resolver satisfactoriamente en el futuro inmediato.



B.D.I.C

Francisco Romero :
El hombre y su teoría del hombre

POR ROBERTO F. GIUSTI

Conocí a Francisco Romero hará cosa de cuarenta y cinco años por intermedio de un colega, el profesor Stura, quien, por haber enseñado química en el Colegio Militar, apreciaba altamente la cultura y el talento de ex cadete y deseaba vincularnos. Era entonces Romero oficial en el cuerpo de Ingenieros. De vez en cuando nos dábamos cita para cenar juntos en un restaurante. Llegaba con todos sus arreos, dejados en sillas y perchas, y no niego que esa exterioridad marcial me cohibía un poco, a pesar de llevarle yo algunos años. Pero era solamente la exterioridad. El teniente, luego capitán, llevaba dentro a un humanista acendrado. Según todos los testimonios, en el cuartel, las horas libres del servicio se las pasaba leyendo. Había publicado bajo el seudónimo de Ramón Correasforci, anagrama de su nombre y apellido, un breve libro de versos que hurtaba a la circulación, era buen conocedor de varias literaturas extranjeras, escribía notables páginas críticas, amaba a Eça de Queiroz y Anatole France —señal indudable de tolerante comprensión del mundo, impregnada de un sabio escepticismo— y cultivaba la filosofía. Nuestro encuentro se prolongaba en pláticas peripatéticas que concluían a tardas horas ante algunos « chops » de la rubia bebida metafísica, en una cervecería de Belgrano.

Con unas poesías empezó en diciembre de 1918 su colaboración en *Nosotros*, en cuyas páginas nos acompañaría durante las dos épocas de la revista. Era aquella colaboración una colección de composiciones de finos y flexibles versos en las que la meditación, el ensueño y la observación de las cosas se equilibraban con arte y sinceridad. Poesía y prosa siguieron alternando en su colaboración asidua, pero un día el poeta hizo deliberadamente silencio, porque el informador y ensayista se prohibió estas públicas escapadas líricas, aunque no sé si reservándose en sus ocios un secreto rincón para confesarse en verso en la intimidad. Luego se vio al filósofo sobreponerse al crítico literario y ocupar toda o casi toda la vida intelectual del estudioso y del escritor. Su amistad con Alejandro Korn avivó la vocación, robustecida en el estudio del alemán, que le permitió penetrar directamente en una de las esferas principales del pensamiento filosófico moderno. La cátedra lo llamaba. Por ella renunció a la profesión militar después del movimiento revolucionario de 1930 en el cual estuvo presente, retirándose del ejército con el grado de mayor y dejando detrás de sí el recuerdo del competente desempeño de importantes cargos técnicos y castrenses. El estudio de la filosofía y la cátedra habían sido su secreta vocación desde antes de ingresar en el Colegio Militar. El amigo y discípulo de Korn empezó a ser escuchado maestro en las universidades de La Plata y de Buenos Aires. La dignidad le obligó como a otros colegas

a renunciar a sus cátedras en ocasión del avasallamiento de la universidad argentina por torpes y prepotentes fuerzas. Su magisterio siguió entonces ejerciéndose en la cátedra del Instituto Nacional del Profesorado Secundario hasta que también éste fue avasallado, y luego, en el Colegio Libre de Estudios Superiores, a cuyo directorio perteneció largos años, y en todas las tribunas todavía libres donde grupos de discípulos atentos, profesores muchos de ellos, se gozaban con su enseñanza. Y el que podía haber ostentado los galones de general era escuchado con respeto por militares de alta jerarquía, para cuyas inquietudes humanas también resultaba estrecha la carrera ya coronada. Persuasivo expositor cuando animaba las ideas por medio de la palabra oral, improvisada, su convicción solía puntuarla en los últimos años con un « ¿eh? », entre interrogativo y confirmatorio, que era una especie de « tic » tal como la escolalia de Alejandro Korn, quien martilleaba el final de cada párrafo con la repetición de la última sílaba.

Su magisterio no se circunscribía al aula, pues Romero no se desentendía de sus oyentes según les ocurre a otros profesores apenas traspasan el umbral. Pertenecía a la escuela socrática, en la que todo lugar y cualquier ocasión son propicios para mantener el diálogo estimulante con los discípulos, a quienes convertía en amigos. Aun en su casa daba desinteresadamente clase. Así formó brillantes y dilectos discípulos que lo continúan. Esa comunicación espiritual se ensanchaba en una activa correspondencia con muchos indagadores libres de la Argentina y del continente, a la que daba autoridad con sus ensayos y libros.

Objeto principal de su filosofía eran los problemas psicológicos y épicos que le plantean al hombre su existencia y misión en la sociedad como « persona ». Por eso, apenas se tratara de colaborar en alguna empresa favorable al acrecentamiento de la cultura argentina, se estaba seguro de contar con él. A su vez pensaba pertinazmente en fundaciones que sirvieran de ayuda a los jóvenes estudiosos. Era un tema que volvía siempre en sus conversaciones conmigo. Y no sin una pizca de humorismo llevaba siempre entre ceja y ceja la idea de fundar una asociación que debería titularse « volteriana ». No se suponga que pensara constituir una liga de comefrailes. Naturalmente, su propósito era más alto: vincular los espíritus libres, capaces de someter al examen crítico con libertad todas las ideas.

La punta volteriana que había en su temperamento le dictó más de un verso satírico en los días tragicómicos de la tiranía. Yo querría acentuar la semblanza del hombre con ese rasgo de pocos conocido: el de poeta burlesco. De vez en cuando, en aquellos años de vergüenza, vecinos como éramos, me pasaba esas glosas satíricas de la triste realidad. Guardo entre mis papeles cuatro de esas composiciones alusivas a las ignominias de aquellas horas. Una de ellas, las « Endechas sobre la prisión de don Francisco Romero », la escribió al salir de la prisión en que el humor negro del ministro Angel Borlenghi lo tuvo cuarenta días junto con sus compañeros de « Ascua ». Otra es un soneto apuntando contra cierto ilustre alquilón reaparecido en estos años, tan fresco, a reclamar cargos y honores, perdidos o prudentemente renunciados, apenas cayó el mandón que le pagaba espléndidamente sus servicios. La más divertida de esas páginas es la « Advertencia » en prosa que acompañaba las « Endechas », erizada de púas satíricas. Pero las alusiones o referencias directas, mordaces, a personas que viven, a mí me vedan hacerlas públicas, no habiendo él dispuesto otra cosa. ¡Cuánta tensión, sin embargo, bajo la risa sarcástica! ¡Con cuánta ansiedad escuchaba hora tras hora las comunicaciones irradiadas en septiembre de 1955 desde el Uruguay durante los días angustiosos de la Revolución Libertadora! Solía hacerlo en casa, en rueda con los míos, tanto porque nuestro receptor de larga distancia era más poderoso que el suyo, como porque necesitaba asistirse con otros en la lucha entre la esperanza y la desesperanza. ¡Las veces que me llamó de noche, inquieto, y vino a compartir desvelos con nosotros en los días de zozobra que hacían esperar, año tras año, la caída de la tiranía, y en los de las frustradas tentativas de restauración que la siguieron! Un filósofo podrá mantener

se indiferente ante la caída de los imperios o el apagarse de las estrellas, pero que no ame la libertad, ámbito del pensamiento libre, es inconcebible. Quienes admiten cadenas para el pensamiento no son filósofos: son profesores, expositores de filosofía; abren tiendas de filosofía.

En sus escritos Romero desarrollaba y exponía las ideas con firmeza y precisión, corporeizándolas en una prosa, además de expresiva, limpia y vivaz, que le abrió las puertas de la Academia de Letras después de un rechazo que él ignoró, originado, naturalmente, en el reducido sector reaccionario que la muerte ha ido dispersando. Algunos de mis ancianos colegas posiblemente lo miraban como un feroz anticlerical y no sé qué más.

Electo, se le designó para ocupar el sillón que lleva el nombre del general José María Paz (las armas y las letras); designado por él, yo leería el discurso de recepción cuando se decidiese a escribir el suyo de ingreso, aplazado año tras año por reclamarlo otras tareas. En verdad poco le interesaban los honores académicos —también era miembro de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, a la cual él me llevó—, al punto que en los últimos años de su vida tuve que frenar su decisión de renunciar a esos honores, no ya porque los menospreciase, sino porque le robaban tiempo para llevar a término los diversos trabajos que traía entre manos. También esquivó altos cargos, decanatos, rectorados. No procuró ningún premio, ningún honor, ni los sillones académicos, ni el premio Severo Vaccaro, ni el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores, ni el título de profesor emérito que le fue otorgado por la Facultad de Filosofía y Letras, ni otras distinciones que le llegaron de su patria de adopción y del extranjero. En eso se parecía a José Ingenieros, por quien siempre sintió viva estimación intelectual.

Tampoco lo engolosinaron las cátedras que le ofrecían en otros países, donde se le leía con respeto y se escribía largamente sobre él, en primer término en los Estados Unidos. Porque allá, lo mismo que en toda la América Latina, sin excluir nuestra tierra, Romero era « el pensador de mayor jerarquía de la Argentina de hoy », como dijo con verdad el rector de la Universidad, Risieri Frondizi, ante sus restos.

Hombre de hogar, chapado en eso a la antigua, costábale trabajo desprenderse de los suyos. El único viaje que hizo fue aquel a cuyo regreso, hace un año, en este mismo octubre en que escribo, lo hirió, ya a punto de desembarcar en nuestro puerto, el rayo de un derrame cerebral que lo llevó a la tumba tras una agonía de tres semanas. Había querido conocer la España en donde nació (era sevillano) y la Alemania de donde procedía la familia de su esposa Anneliese, quien lo acompañó en el viaje, tierra además del pensamiento que le había comunicado buena parte de su saber filosófico. Volvía, en apariencia, rejuvenecido, por más que lo acechara la muerte en una elevada presión arterial no vigilada suficientemente.

En un filósofo verdadero, uno busca algo más que a un arquitecto de ideas: el hombre que sabe comportarse con dignidad es su complemento. En tal sentido, Romero fue un hombre libre, ni esclavo de la ambición ni del dinero, que administraba con parsimonia, temeroso del porvenir de los suyos en el caso de que él llegara a faltarles temprano. Decoró su vida un hogar virtuoso, formado con una de sus alumnas más nobles y gentiles. Sus costumbres eran sencillas; sus gustos, moderados. De fuerte temple, acostumbrado al rigor del ejercicio sano, de buen apetito, resistente fumador, jovial, con cierta chispa andaluza en la conversación, franco, sin vueltas, sencillo, trabajador regular e incansable, con él pudo estarse siempre seguro de su juicio, de su conducta y de su amistad. Pero que no lo enojasen la torpeza, la indignidad, la cobardía, pues entonces sus facciones de bull-dog, frecuentemente desarrugadas por la risa, se endurecían como las de aquel que se dispone a acometer. No le conocí ninguna manía de estudioso, ninguna pequeñez profesional, ninguna altanería, siendo ilustre.

En sus versos juveniles en donde gustábale confesarse, se le nota incierto y temeroso ante la vida, combatido entre la acción y el ensueño, entre el obrar y el pensar. En 1920 todavía podía escribir, en-

vidiándole a un amigo el hogar dichoso :

...Fatigado
estoy ya, cuando apenas comencé la jornada.
Tengo tu edad, y hasta hoy no han realizado nada
mi cerebro, mis manos. Me ha parecido todo
tan difícil de hacer, que no encontraba modo
de encauzar en la acción mi voluntad vencida,
¡y le he tenido siempre tanto miedo a la vida!...

En lo íntimo de su alma Romero quizá siguiera teniéndole miedo a la vida, como es muy natural que se lo tenga cualquiera que contemple con ojos despiertos el espectáculo de nuestra civilización amenazada de ruina, aun cuando era convicción suya que, no obstante las apariencias, las fuerzas morales progresan en el seno de la humanidad ; pero en lo que pertenece al ámbito de su voluntad, ésta no le falló en la edad madura, apenas encontró su camino y empleó el cerebro y el corazón en la labor pertinaz de iluminar otros cerebros, de acercar al suyo y vincular entre sí otros corazones, ofreciéndoles por objeto la elevación del hombre americano, acaso su salvación, en la fraternidad de la cultura.

Por la crítica literaria, y también por la poesía —una lírica henchida de pensamiento—, empezó el joven escritor. Ninguna pasión mezquina, tampoco la escasa estimación personal en que pudo tener a ciertos hombres, torció su juicio sobre la obra por ellos realizada en el campo del pensar filosófico, su propio campo, cuando la juzgó merecedora de ser recordada.

En el libro al que dio en 1952 el título general de *Sobre la filosofía en América*, suma de trabajos anteriormente publicados, el más extenso de éstos, dicho modestamente « Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina », muestra tan generosa amplitud para abarcar, necesariamente en compendio, el sucederse de las ideas directrices de nuestra cultura, que nunca he podido recorrerlo sin emoción. Seguía Romero en ese examen la línea trazada por Alejandro Korn, maestro, amigo, compañero en la empresa de colocar el pensamiento filosófico en la historia argentina en la posición magistral que le era debida, pero él prolongaba esa faena intelectual hasta los contemporáneos, cosa que sólo accidentalmente hizo Korn. Y con tal fervor lo hizo Romero allí donde en esa marcha descubría un paso firme, una huella todavía no borrada, un impulso renovador, un avance, que tal capítulo de historia de las ideas cobra para mí en ciertas páginas valor polémico. Lo leemos con tan vivo interés, quienes al pensamiento guiador lo sentimos algo vivo y concreto, como la obra de los conquistadores y colonizadores de una tierra mal explorada, cuando no incógnita. Pasan por ese capítulo los pioneros, positivistas y antipositivistas, singularmente caracterizados, siempre con ecuanimidad, por cuanto hicieron con éxito mejor o peor, adelantándose a la cultura del país contemporánea de ellos, o quedándose atrás con relación a los descubrimientos de la cultura filosófica europea : J. Alfredo Ferreyra, José Ingenieros, Florentino Ameghino, Rodolfo Rivarola, Coriolano Alberini, Alejandro Korn, Alberto Rougés, otros más de menor significación, también los muchachos del Colegio Novecentista, despertados por la inquietud de Ortega y Gasset y Eugenio D'Ors, y la obra del Colegio Libre de Estudios Superiores, en la que tanta parte tuvo la influencia de Korn, y —agrego yo— la del propio Romero, y la de la Sociedad Kantiana, de la cual puede decirse otro tanto.

Trascendido por él, el positivismo no adoptó la posición antihistórica de negar tal concepción de la realidad y exploración del conocimiento. Es muy fácil derribar altas figuras del pensamiento y las letras con retratos caricaturescos y negaciones arbitrarias, tal cual lo hizo, por ejemplo Giovanni Papini en *Il crepuscolo dei filosofi*, con más ingenio que justicia. Tal tarea está al alcance, hecha con mayor o menor fineza, aun de cualquier estudiante despierto, aun de cualquier crítico bisoño. Pero Romero no pertenecía a la patrulla de los destructores, sino a las filas de quienes se proponen construir, renovando sí, pero no derribándolo todo ligeramente hasta los cimientos. Así que, haciendo justicia a la labor de sus antecesores, cerniendo en su obra aquello que fue el antecedente necesario de cuanto se hizo después y se hará más adelante, señaló con igual imparcialidad lo que ya era es-

trechez de pensamiento en la época áurea del positivismo en la Argentina y rémora a los avances de los estudios psicológicos, sociológicos y filosóficos. De esa su crítica, diré, positiva, del positivismo, pueden extraerse centenares de observaciones fecundas también para el pensamiento actual. Celebrando las empresas del positivismo en los campos psicológico y sociológico (recordemos que aquel estudio se publicó en 1952) y salvadas sus limitaciones, afirmaba : « ...hay que reconocer que hasta la fecha no hemos tenido ni psicología, ni sociología positivistas, aunque se haya hablado de estas materias ; psicólogos y sociólogos han hablado de la psicología y de la sociología, pero es evidente que la psicología no debe hablar de la psicología, sino de los hechos psíquicos, y la sociología no consiste en discurrir sobre la sociología, sino en examinar los fenómenos sociales. La carencia de sólidos estudios sobre la realidad psíquica y social entre nosotros, me parece que reconoce como causa principal la ligereza y negatividad de algunos entre los más influyentes adversarios del positivismo en el país ».

Su examen del positivismo argentino *avant la lettre*, civilizador, en acción, de los Alberdi, los Sarmiento y otros proscritos vueltos después de Caseros, así como de los contenidos fecundos del positivismo comtiano y del evolucionismo spenceriano, con su benéfica influencia sobre la escuela, el pensamiento, la dirección política y social, se nos muestra tan riguroso como ecuánime y comprensivo. Entre los aspectos negativos señaló el desconocimiento de toda metafísica, imputación que, sin embargo, no extiende al cientificismo, su hermano siamés, pues admitió con José Ingenieros, cuando éste llegó a tal conclusión como coronamiento de sus investigaciones biológicas, psicológicas y sociales, que lo inexperiencial, incesantemente variable y perfectible, encuentra su validez en el pensamiento lógico por encima de los fenómenos susceptibles de ser examinados científicamente.

Romero llegó a los umbrales de la filosofía y después entró como señor en ella, haciéndola materia de sus meditaciones y de sus exposiciones de cátedra, cuando ya el positivismo, agotada su misión histórica, se batía en retirada, así en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, como en los demás ambientes donde es un oficio leer, enseñar y pensar. Lo había desarmado y vencido su ínsita insuficiencia para contestar a muchas inquietantes preguntas sobre el conocimiento, el ser, los valores, el lugar del hombre en el cosmos. Ya daba sus frutos la obra de Korn, aunque también él adversario ecuánime y justo del positivismo ; el espíritu renovador de la nueva generación de profesores y estudiosos que habían descubierto a Renouvier, a Bergson, a Croce, y profundizaban a Kant, traído a la cátedra universitaria lustros antes, conviene recordarlo, y lo recordaba Romero, por un positivista, el profesor Rodolfo Rivarola ; y a la lectura de los nuevos filósofos alemanes cuyo pensamiento empezaban a difundir en castellano la *Revista de Occidente* y sus valiosas ediciones. Estos últimos, si exceptúo a Korn, nadie en nuestro país venía leyéndolos entre nosotros con más fruto que el propio Romero. Sería él quien en la Argentina haría hasta el día de hoy la más vasta labor disciplinada en el campo de la filosofía, así en lo concerniente a su historia e ilustración crítica, como a la estricta especulación. Por consiguiente un nombre falta, aunque muy explicablemente, en la relación históricocrítica que he comentado : el suyo, a continuación, cronológicamente, pero no por debajo, de los dos principalísimos de José Ingenieros, por el mismo Romero definido « la más robusta mentalidad filosófica que haya surgido en el país después de la de Alejandro Korn », calificado a su vez este último, « un filósofo por entero, el más grande —a mucha distancia de los demás que hayamos tenido por estas tierras ». La admiración era tanta como el cariño. Los más notables esclarecimientos del pensamiento y la influencia de Korn a él se los debemos, en artículos, conferencias, prólogos, que luego pasaron al libro, sin que sea mi propósito, al decir esto, disminuir la importancia de otras contribuciones meritísimas.

UBICADO, POR CONSIGUIENTE, Romero, dentro del esquema de una historia del quehacer filosófico entre nosotros, que es

tanto como decir junto a los más ilustres pensadores de América Latina, con quienes tuvo vinculaciones personales o epistolares y a cuyo pensamiento asimismo dedicó generosas páginas —el uruguayo Vaz Ferreira, los peruanos Deustua y Wagner de Reyna, el mejicano Alfonso Caso—, he de exponer, muy en resumen por cierto, el fruto de sus propias meditaciones sobre los problemas que más lo ocuparon. Hacia el año 1924 ya estaba bien pertrechado para la tarea. Hasta entonces, la poesía y la crítica literaria habían ocupado principal, sino exclusivamente, su pluma. Pero en el número de abril de ese año de la revista *Nosotros,* puede leerse una extensa recensión suya de un libro de Richard Müller-Freienfels sobre *La filosofía del siglo XX en sus direcciones capitales* (aunque debe entenderse que en la sola Alemania).

La pericia con que el crítico exploraba, a través de aquel libro, los grandes hemisferios filosóficos que ocupaban entonces a los pensadores alemanes, y los grupos en que éstos se dividían y subdividían, según las diferentes tendencias, probaba que ese mismo año en que Romero llegaría a la cátedra universitaria en Buenos Aires, él ya había entrado en « *la selva selvaggia, e aspra e forte* » del pensamiento germánico. Este fecundaría el suyo con aportaciones poco o nada familiares entonces aún a muy serios estudiosos argentinos, salvo excepciones como la de Korn y, en grado menor, de algún otro, por la común dificultad de entender la lengua en que escribían Cohen, Natorp, Cassirer, Vehinger, Rickert, Mach, Husserl, Scheler, Simmel, y demás pensadores no traducidos entonces todavía al castellano o que apenas empezaban a serlo. Las notas informativas que publicó desde entonces en nuestra revista y en otras publicaciones sobre la filosofía alemana son muchas y valiosas. Algunas, enriquecidas, pasaron después a sus libros. Así comenzó por aquellos años una faena pertinaz que de la cátedra oficial o privada a las revistas y al libro se afinaba también en la conversación socrática con los discípulos, fuera del aula. En medio de este generoso trabajo de crítica, divulgación y esclarecimiento, que lo fue de decenios, del cual, a pesar suyo, lo distraían, o los deberes de la amistad, o los cargos honoríficos que él no buscaba, pero que iban a su encuentro, como les ocurre a los maestros, no encerrados en sí mismos, o la exigente correspondencia epistolar, o las inquietudes cívicas, a las que nunca se mantuvo ajeno —las que le abrieron, para ignominia de los innombrables, según ya recordé, las puertas de la cárcel, encierro sufrido con filosofía y buen humor—, fue madurando su libro más suyo, el fruto de su saber y de sus propias reflexiones, la *Teoría del hombre,* aparecida en 1952. No debo omitir, al referirme a la obra de divulgación que cumplió, aquella de que fue vehículo la Biblioteca Filosófica confiada a su dirección por la Editorial Losada, con cuidadas publicaciones de Kant, Hume, Leibniz, Berkeley, Max Scheler, así como de algunos autorizados pensadores de América, pues su pasión consistía en promover, no en estorbar por celos la aparición de figuras representativas del pensamiento en el ámbito de nuestra cultura idiomática, y de ahí que no pocos jóvenes estudiosos que ya han llegado a la hora de las realizaciones se proclamen sus discípulos.

Bien se comprenderá cuán difícil es sintetizar en unas pocas páginas el desarrollo ordenado de un pensamiento complejo, que procede por menudos análisis y sucesivas síntesis escalonadas, diré mejor, encapsuladas las unas en las otras, con el propósito de colocar al Hombre en el cosmos. Tal pensamiento no aparece armado de todas sus piezas de pronto en tal o cual trabajo monográfico de nuestro filósofo, sino que va formándose y madurando a través de las muchas lecturas, extractadas públicamente no pocas de ellas en análisis críticos aparecidos en revistas y luego en libros, o en aproximaciones y exposiciones parciales, tales como aquella *Filosofía de la persona* o *El hombre y la cultura* que antecedieron a su obra capital, la que concentra la más alquitarada sustancia de sus meditaciones y ha sido juzgada de las más importantes en la esfera filosófica entre las publicadas hasta hoy en la América Latina. Si a ésta nos remitimos, haciendo a un lado el andamiaje que la sostiene, fortalecido en una labor de decenios, nos encontramos con

una concepción total, expuesta metódicamente, de la función del hombre en el cosmos.

No ha de ser, pues, en una exposición sumaria como la presente donde pueda darse el contenido total de su filosofía antropológica. No obstante, haré lo posible por condensar la esencia de su pensamiento, ya que éste examina, al término de sus ilaciones, el problema moral de la conducta del hombre sobre la tierra y frente a su destino ; por consiguiente los valores éticos, entre los cuales el preciosísimo de la libertad, objeto de más de una meditación suya anterior y posterior al libro que examinaré.

Parte Romero del psiquismo originario, indiferenciado, de los animales, llega a la psique superior e intencional, y de ahí asciende al espíritu, mediante el cual el hombre rebasa la esfera natural y se proyecta hacia las lejanías del porvenir. Es, por tanto, una entera filosofía del conocimiento y los valores la que el libro va exponiendo con método ceñido, no sin enfrentarse necesariamente con el problema ontológico, aun cuando sin extraviarse por los innumerables caminos y atajos de la metafísica, abiertos por la mente humana y por ella explorados a través de los milenios, sin llegar a ninguna certidumbre.

Lo humano, para Romero, consiste en la intencionalidad cognoscitiva del objeto, entendiendo por tal, en amplísimo sentido, « los cuerpos distribuídos en el espacio, sus partes tomadas por separado, los hechos psíquicos, las almas, las creaciones de la ficción, los entes ideales de las matemáticas... las relaciones, cualidades, propiedades y modos, etc., es decir todo aquello que se nos ofrece en la percepción o en la visión intelectual ». En el desarrollo metódico de su pensamiento, que no excluye la validez de concepciones contrarias a la suya, pues no sentía ninguna propensión a polemizar sobre conceptos puros, él se reconoce intelectualista ; pero le niega a su actitud filosófica aquella frialdad contemplativa que suele atribuirse a tal doctrina, ya que empieza por reconocer en la función cognoscitiva también impulsos activos o volitivos. Tampoco niega en el ente humano lo no intencional ; sin embargo, lo que peculiariza a aquél es la intencionalidad, derivada de juicios lógicos ya existentes en la percepción, primer grado del conocimiento. La facultad que distingue al hombre de los animales es la objetivación de cuanto entra, desde el momento de la percepción, en su esfera cognoscitiva : objetivación de objetos plenos o enteros, de cualidades aisladas de aquéllos, de objetos específicos creados por síntesis de los rasgos comunes a muchos objetos primarios, hasta llegar a las objetivaciones de carácter universal, cuyo repertorio está en el lenguaje, en los Diccionarios. Es así cómo la función objetivadora y la nominadora van a la par ; más todavía, la expresión verbal refuerza la objetivación y permite su trasmisión a otros. De ahí que Romero adhiera a la opinión de que la pregunta de cómo el hombre ha creado el lenguaje carece de sentido : el lenguaje es necesariamente simultáneo con la humanidad ; hablar, nombrar, es una de las funciones cuya aparición precisamente configura al hombre.

No pasaba por alto el problema metafísico del ser verdadero y estable de las cosas que entran en nuestra percepción. ¿Existe una sustancia inmutable, según lo pensó la filosofía antigua, con excepciones como la de Heráclito?, se preguntaba. ¿Lo cambiante es puramente apariencia, fenómeno? Después de examinar las distintas y contrarias concepciones ontológicas antiguas y modernas, él se inclina a la interpretación activista de la realidad, hoy vigente : « Desde lo inanimado a la vida vegetal, de ésta a la vida animal, de lo animal a lo humano, el cosmos acusa un crecimiento y complicación de la actividad », afirma. Pero cautamente agrega : « Así se nos manifiesta en la porción del cosmos que nos es permitido observar en nuestro Planeta ». No sin acotar en seguida tal salvedad con esta persuasión suya : « Ninguna razón nos autoriza a creer que nuestro mundo terrestre sea un orbe especial y privilegiado, distinto del inmenso cosmos restante, en las grandes direcciones de su acontecer ».

El procesualismo de Romero, que tal es su doctrina, supone en el cosmos la aparición sucesiva de realidades nuevas, el enriquecimiento del orden cósmico con

nuevos contenidos. Estos muestran progresivos aumentos de la actividad cósmica, en la cual, a partir de la vida, cada orden nuevo asienta sobre el inferior y lo coloniza : tomo de él este último verbo. Así el psiquismo intencional del hombre se asienta sobre el orden biológico, pero le imprime forma y legalidad nuevas. Dice : « El vegetal y el animal colonizan la realidad física, le imponen especiales comportamientos al movilizarla en su beneficio, sacan partido de ella para finalidades desconocidas antes, las finalidades de la vida ». Tal proceso de colonización de lo inorgánico por la vida y de ésta por el psiquismo intencional, está brillantemente expuesto en el libro. Su teoría de la siempre creciente complejidad del cosmos por sucesivas acciones y reacciones, no establece entre éstas una continuidad que suponga la reducción de una esfera a otra, como la concebía el cientificismo evolucionista —lo biológico reducido a lo físico, el psiquismo inferior reducido a la estructura biológica, el psiquismo intencional al psiquismo inferior—, sino que postula la aparición de nuevas formas de la realidad, de actividades completamente distintas de cuantas existían hasta su advenimiento. Son adiciones al proceso cósmico de nuevos tipos de hechos : no más. Tal es la cultura, creada por el hombre, mediante la cual la realidad es colonizada en gran estilo por el conocimiento, por la técnica, por el mito, por la religión, por el arte. El hombre, por obra de la intencionalidad, que es el hecho nuevo que con él aparece en el cosmos, va, a su vez, humanizando el mundo.

Otra etapa en este proceso cósmico es la creciente individualidad. La vida parece ser un gran taller de individualidades diversificadas y perfeccionadas. Así, Romero, sin pretender de ningún modo haber inventado todos sus conceptos, pues en ocasiones se remite a las fuentes y en otras a las meditaciones filosóficas ajenas con las cuales concuerda o de las que disiente, llega paso a paso, del examen del hombre individuo, capaz de objetivar intencionalmente el mundo que lo rodea, al de su comportamiento en sociedad. En los escalones inferiores de la vida social, la comunidad prevalece sobre el individuo y lo absorbe. Pero lo que en verdad caracteriza las sociedades humanas es la combinación de individualidad y sociabilidad, es decir, la capacidad del individuo, de rebelarse contra la voluntad de la comunidad, actitud que a su vez le permite reaccionar sobre ella, modificándola. Y así como el hombre es un sujeto, un ser que aprehende objetos, la sociedad humana, en cuanto asociación de sujetos, es depósito común de tales objetivaciones, hecho en el cual el lenguaje desempeña una función principalísima. Mediante este proceso se constituye la tradición oral y escrita, siempre renovada y enriquecida, muy finamente distinguida del tradicionalismo, el cual es, por el contrario, a juicio del filósofo, estancamiento y pereza. Y así se convierte la comunidad humana en una vastísima escuela. Y toda actividad específicamente humana es cultural, pues la cultura, sin considerar todavía aquello que es en ella de fuente espiritual, abarca genéricamente cualesquiera productos y comportamientos humanos, por encima de lo meramente orgánico. Es cultura objetiva cuanto el hombre produce o cambia, todo aquello en que impone su propio cuño. Y si el hombre crea la cultura, a su vez la cultura va creándolo a él.

Me siento impotente para hacer percibir al lector en esta apretadísima síntesis del proceso de razonamiento de nuestro filósofo, cuán admirable es la trama de ese razonamiento, cuya virtud no consiste solamente en los conceptos singulares y en su encadenamiento, sino en la sutileza y el color de los hilos que entran en la trama, por más que el filósofo nos advierta repetidas veces que la necesidad de ceñirse a su asunto específico lo fuerza a dejar a un lado un sinnúmero de cuestiones conexas, hilos desechados, diré yo, de esa trama, que antes entraron en otros trabajos suyos o que era su propósito incorporar a los futuros en preparación, de los cuales nos quedan borradores y notas que ya están estudiándose.

En el proceso descrito entra ahora un nuevo elemento en la trama : el acto espiritual, el espíritu, deliberadamente excluído, al comienzo, de la exposición sistemática que examino. ¿Qué diferencia

la espiritualidad de la intencionalidad ya analizada, propia la segunda del hombre, creadora del ámbito objetivo en que éste se mueve, la cultura, de la cual recibe continuos impulsos a ensanchar ese mismo ámbito? La diferencia es mínima o imperceptible en ciertos actos, pero un riguroso análisis que toma contacto necesariamente con los conceptos ontológicos esenciales, conduce a la distinción, verdad que no siempre posible, de los actos propios de la objetivación, en la cual el hombre, solo o en sociedad, participa con fines naturalmente vinculados con su existencia, de los actos espirituales caracterizados por su desinterés. Desinterés en cuanto al provecho que pueda reportarle al sujeto el cumplimiento de un acto espiritual, aunque vivo interés por aquello que es materia de las voliciones y actos del mismo sujeto. De « interés desinteresado », califica el filósofo tal conducta. Dice : « Desde cierto punto de vista, comportarse espiritualmente es percatarse de que todo es respetable y todo interesante. La filosofía, la pura ciencia, el arte, nacen de un interés desinteresado hacia las cosas, de un respeto por lo que es y por lo que se imagina. »

Quien llegue a este punto de la exposición de su pensamiento y conozca además el tono de su conducta personal, adivinará el rumbo que tomarán en adelante estas meditaciones ; comprenderá que el menudo examen inicial de los pasos del mundo inorgánico al orgánico, de éste al psiquismo animal, del psiquismo no intencional a la objetivación intencional, y de ésta al acto espiritual, tuvo por fin sustentar una ética derivada de la comprobación de la evolución del Cosmos, ética no impuesta de afuera, sino por la propia naturaleza del hombre, en cuanto él se haga consciente de ella.

Tal desenvolvimiento de cuanto existe encaja en una metafísica de la trascendencia, por él postulada como convicción filosófica personal, aun cuando no excluya la posible verdad de otras concepciones ajenas.

El insoluble problema de la causa primera, no se lo plantea. Pero su historicismo cósmico lo hace comprensivo con respecto a la función de las religiones. La palabra Dios, con referencia al principio creador, no aparece en este sistema, sino en relación con su valor ético para el creyente. Tratando el tema del sentimiento de la soledad, propio en ocasiones del hombre, afirma : « El cristianismo no sólo proporciona al creyente esta compañía (se refiere al encuentro perfecto y absoluto con Dios), sino que todavía la mejora tornándola más cálida merced al maternalismo de María y a la doble naturaleza del Cristo ; por su costado humano, Cristo corrige la impresión de lejanía que pudiera producir el Dios Padre y parece adecuarse a una compañía que conserva su estilo absoluto y le agrega una componente de entrañable acercamiento humano. »

Hemos llegado, pues, al coronamiento del edificio, el hombre, objeto único de la tercera parte del libro, ordenada antropología psicológica, ética y sociológica, donde todos los aspectos de la conducta humana son examinados con rigor y abundancia de pormenores. El fin de esta filosofía es alcanzar el sentido de la vida. El lo entiende « por la vía del trascender, esto es, puesta a otra cosa más alta saliendo de sí para afirmarse como algo superior a ella misma ». No todo hombre —continúa— puede concebir con claridad y afrontar por sí este problema. Pero nunca se halla ausente de las estructuras colectivas y en gran parte objetivadas que son las culturas, una de cuyas funciones es, sin duda, satisfacer la exigencia de sentido de la existencia humana ». Y, juzgando las tres mayores culturas, de que, a su juicio, tenemos conocimiento, la de la India, la China y la occidental (la judía la incorpora a esta última), después de señalar de qué modo en cada una de ellas el individuo siente cumplido su destino, se decide, naturalmente, con sobria elocuencia, por la tercera. En la occidental el hombre no renuncia al juicio, a reconocer su historicidad, a sentirse un sujeto que se fortalece y se acendra en un yo, en un ente que paulatinamente se universaliza y pugna por imponer la supremacía del espíritu. Es, nos dice, « un destino más duro, pero también más digno, grato y satisfac-

torio, que el elegido por los hombres de las grandes culturas de Oriente ».

Así ve el filósofo al hombre, proyectado, « invicto entre sus innumerables derrotas, hacia las lejanías del porvenir. Puedo asegurar que nunca dudó del progreso y el triunfo final de las fuerzas morales sobre la tierra, a pesar de las derrotas y apariencias negativas.

Mientras leía este examen del ser y destino del hombre en el Cosmos, me saltó a la mente, además del ascenso vital que en la concepción nietzscheana lleva al superhombre, la paradoja de Renan sobre que Dios no estaba en el principio, sino que llegaría a ser la culminación de la obra del hombre. Romero no declara explícitamente su adhesión a ninguna de ambas tesis ; pero, lector apasionado de Nietzsche, tuvo presente, sin duda, el mito del superhombre que con tanto escándalo polémico y entre tantas burlas había lanzado el poeta genial de *Así hablaba Zaratustra* ; ni tampoco ignoraba las tesis propuestas de diferente manera, relativas al Dios *in fieri*, por Hegel, Renan y Max Scheler. Las recordó en un trabajo monográfico anterior a la *Teoría del hombre*, y también, sin darle el carácter de conclusión de sus reflexiones, nada más que a modo de observación marginal a propósito de la eticidad consustancial al espíritu, nos recordaba en su obra capital la sentencia de Bergson de que el universo es esencialmente « *une machine à faire des dieux* ». ¿Cuál filosofía más idealista, en la tercera acepción que da al vocablo el diccionario académico? Filosofía optimista, no obstante la resignación que necesariamente comporta, pues alistaba a Romero entre quienes aceptan su propio destino sin buscarlo detrás de las estrellas, conscientes de la obra trascendente en que colaboran.

Quien ha trazado esta sumaria exposición del pensamiento de su admirado amigo y compañero de trabajos no ha dedicado mucho espacio en sus actividades intelectuales a la meditación filosófica. Tiene su concepción del mundo y de la vida, por supuesto, pero duda que le pertenezca en propiedad exclusiva. La *tête métaphysique* no es un don carismático que otorguen junto con el diploma las facultades de filosofía y letras. Si le exigieran que justifique estas páginas sobre el filósofo argentino, se atreve a exhibir uno: el de crítico literario, el de gustador de la buena prosa castellana, clara y expresiva. Como Alejandro Korn, como José Ingenieros en las páginas de la madurez, como Juan B. Justo, sociólogo y economista, contemporáneos suyos, Romero se contó entre los ilustres expositores argentinos de ideas generales que lograron la precisión del pensamiento mediante el rigor del lenguaje, desde luego sin temer el empleo de neologismos, correctamente formados sobre raíces de nuestra lengua, cuando los nuevos conceptos expuestos los exigen en un idioma más pobre que otros en cuanto a los utensilios verbales necesarios para el manipuleo del pensamiento filosófico y técnico. Como poeta que fue, tampoco desdeñaba en la exposición filosófica el vuelo lírico, si bien contenido por el vigilante espíritu crítico, ni el empleo de las imágenes, cuando son una definición de la idea bajo otro signo, no ya su desleimiento o enmascaramiento. Compréndese así la justicia del Gran Premio de Honor otorgado en 1952 al filósofo por la Sociedad Argentina de Escritores y su incorporación pocos años después a la Academia Argentina de Letras.

Diré por último, vinculando al pensador con el hombre, que su obra entera respira pasión, que en toda ella hay el propósito de servir. La abstracción solitaria no lo mantenía fuera, lo hemos visto, de la realidad viva, concreta, humana. « Mientras haya un enigma por esclarecer, una posibilidad estética por realizar, un mal que suprimir, el espíritu no hallará reposo, salvo negándose a sí mismo », escribió. De ahí el valor que atribuía a la libertad, sobre cuya necesidad para el ejercicio del pensamiento, identificada con el espíritu, dijo palabras elocuentes en la Asociación por la Libertad de la Cultura.

Víctor Hugo dijo en *Los Miserables* : « La filosofía debe ser una fuerza ; debe tener por meta y por efecto el mejoramiento del hombre. » La energía secreta que movió a Francisco Romero en sus trabajos y magisterio, sin duda era esa fe.

Memoria de un eclipse

POR LUIS RAFAEL SANCHEZ

LAS LETRAS DESPACIOSAS *y antiguas suben por todo el recuerdo formando la amorosa firma. Va a sonreír, ya el labio desgaja, cuando una voz trepa al aire.*

— Elvirita, los ojos.

Rápido, la mirada se llena de gente. Más de una vez se repite a sí misma: No cerrar los ojos. No cerrarlos en medio de la multitud. Quedarme aquí un momento, luego, despierta, seguir por la acera bajo el fuego riguroso de unas once tropicales, mejor once y pico, once y pico siempre, no venga antes doña Elvirita, los sacos de la capital llegan sobre las diez cerradas, después la clasificación, el bulto del cartero, los apartados, las ventanillas, la entrega inmediata, el café que una empina, así que a las once y pico, largo el pico.

Las letras despaciosas y antiguas huían de la Fañosa que despachaba las cartas, con el cierto temor alimentado por veinte años, veinte hacía ya, desde aquel en que el periódico, junto al anuncio de la traición japonesa, galantemente dijera:

«Caballero honorable desea corresponderse con dama exquisita que aún sueñe.»

— Elvirita, los ojos.

Mirar todo. La calle. La pared en el sitio de siempre. Atrio de la iglesia. Por la señal de la santa cruz. Y ella graciosamente recostada de la pared para disimular que espera. Al mirar el relojísimo de la iglesia, por la señal de la santa cruz, le viene un chorro de asombro. El muy loco marca el cuarto para las once, faltando entonces la media exacta, no venga antes doña Elvirita, los sacos de la capital llegan sobre las diez cerradas, después la clasificación, el bulto del cartero, los apartados, las ventanillas, la entrega inmediata, el café que una empina, así que a las once y pico, largo el pico. ¡Como si nada tuviera que hacer! Conservar, en las horas que tenga el día, las primicias de su cuerpo otoñado; colorante para el pelo canoso, carmín tenue que devuelva frescura a las mejillas, limón nuevo para borrar las huellas de una vejez francamente prematura, el espejo no me retrata vieja, no, no me retrata vieja; sacudir el polvo que duerme en las cartas; las del cuarto de atrás, anteriores al asunto de Hiroshima; las que escondiera en el patio el día en que los hombres hicieron la revolución nacionalista; luego, todas las que vinieron bajo la amenaza constante de la guerra tercera, hasta llegar a las últimas, la del lunes —soy sin ser siendo sin ti; la del martes — también se duele el mar; la del miércoles — en brisa y viento, ven. ¡Y poco sería si fuera eso todo! Pero y las que iban, las de ella, habladoras como río, decidoras de amor, la del lunes — morir en la vida, no en el sueño; la del martes — eternidad, yo te poseo; la del miércoles — hazme un sitio para vivir colgado de tu alma, cartas que se sacaba de la entraña siempre a siempre desde la vez en que los japoneses, amarillos, perversos, bombardearan a Pearl Harbor y el periódico, al lado de la noticia de la traición y el desastre, galantemente dijera:

«Caballero honorable desea corresponderse con dama exquisita que aún sueñe.»

Al llamado, el mohillo de su alma sacudió la modorra. Y el caballero honorable, escondido tras las letras despaciosas y antiguas, hiló pasión honda en su pobre

corazón, aquel pobre corazón cuya sístole se alteró con las comas y acentos de un ritmo que ella quería despacioso y antiguo, ritmo que supo decir —me he remendado el alma con las palabras que escribieron tus labios.

— Elvirita, los ojos.

¡Manías! Llega a creer la gente que duerme de pie. Como si ella no supiera que se duerme sobre la cama después de leer las mil cartas que diariamente envía El Caballero de la Triste Figura. Lo demás es beber cenizas. El labio desgaja. Completa, ahora, la sonrisa. Dijo así él. Beber cenizas. Hoy, esperando que el relojísimo de la iglesia, por la señal de la santa cruz, las once, a Dios gracias, marque la hora precisa, viene a recordar la carta aquella, el primer enojo, pequeño dolor, miedo, qué más, algo de angustia, en que ella le pidiera que borrara el Triste triste de su nombre porque estando ella la tristeza no era.

— Adiós, Elvirita.

— Adiós, Primavera.

— ¿Cuándo te casas?

— Matrimonio y mortaja del cielo bajan.

— Adiós, Elvirita.

— Adiós, Primavera.

Levanta un tanto la mano, vacío el gesto, mientras Primavera, vestida como antes, de sonrisas, se pierde calle arriba. Quiere mover, Elvirita, la mano para cargarla de afecto, ¡adiós, Primavera!, grito que homenajea lo bello, lo que no merece estar en el menú del tiempo. Pero ya Primavera dobla la esquina, vestida como antes, de sonrisas, y no oye, no puede oír a Elvirita, quedada en la orilla más honda de su mortal soltería. Al bajar la mano acuesta la vista en una calle que rápidamente edifica el recuerdo, calle de los años que se almacenan en postales, años de las películas del fulano Chaplin, de los charlestones que afinara la gramola de manigueta, de la guerra pomposamente llamada primera, de los huracanes santos, Felipe, Ciprián, años viejos en que el cuerpo madurara nuevas formas, y el alma, peor enemigo, empezara la extraña búsqueda, bajo el domingo chiflado de luces patronales y muselinas y tafetanes y satenes que recién despertaban en las señoritas la loca apetencia del riguroso aparentar. Años de los partidos de reconocida valía, el hijo del alcalde, el hijo del médico, el hijo del abogado, mozos patilludos que susurraban adioses frente al vaivén de unos ojitos que decían que sí y que no. Ojitos de Albertina Cuadrado diciendo que sí. Ojitos de Primavera Fonseca diciendo que sí. Ojitos de Emilia Díaz Gino-

LOS CUENTOS DE "CUADERNOS"

Dentro de la serie de concursos de cuentos que *Cuadernos* está promoviendo en los países de la América Latina, se ha cerrado ya el de Puerto Rico, hecho en colaboración con la revista *Asomante*. El vencedor ha sido LUIS RAFAEL SANCHEZ, con el cuento « Memoria de un eclipse ». He aquí el informe del jurado :

« Se presentaron 33 cuentos al certamen de cuentos auspiciado conjuntamente por *Cuadernos*, de París, y *Asomante*, de Puerto Rico. El jurado ha seleccionado por unanimidad el titulado « Memoria de un eclipse », cuyo lema es : « Sólo el misterio eterniza », para recibir el premio.

El tema amoroso, entretejido sugestivamente con reminiscencias de una correspondencia epistolar impregnada de sentimientos líricos, está tratado en « Memoria de un eclipse » con delicadeza y patetismo. Los personajes viven a través del relato dentro de unos límites sostenidos de emoción callada, rehuyendo los extremos al expresar la gama de su quehacer apasionado. El tiempo transcurrido desde que se inicia el cuento hasta el desenlace del mismo es un tiempo medido, pero infinito. La ansiedad de la espera, la distancia entre los amantes unidos por las cartas que se escriben, el hecho de la muerte del amado que interrumpe el diálogo platónico, y la soledad de estas vidas ancladas en una existencia cotidiana, revelan en un estilo flúido, original y altamente poético, la dignidad del estado amoroso. La calidad literaria del lenguaje y el ritmo de la prosa indican las dotes creadoras del autor en el género del cuento.

Hacemos constar que también nos parecen de méritos relevantes los tres cuentos titulados : « El Chancecito », « Agua de beber », y « Estas flores para su tumba ». »

MARIA TERESA BABIN
JOSE EMILIO GONZALEZ
JUAN MARTINEZ CAPO

San Juan, P.R., 12 de diciembre de 1963.

rio diciendo que sí. ¡Pero nunca los ojos de Elvirita! Elvirita no miraba sino el punto encendiendo la lejanía. Elvirita deseaba ir, carrera sin freno, a los brazos del alguien remoto, sin pasado, nacido para ella, nacido en un instante para ella, nacido de una completa, total, absoluta locura de amor. Y decía que no sobre la marcha nupcial convertida en rumba sabatina. Decía que no, frente a los castillos que uno a uno los mozos le dibujaban. Decía que no, sin oír el corito que las íntimas hacían. Pobre Elvirita. Pobre Elvirita. Pobre Elvirita. Esperando. Esperando. Esperando. La salmodia crecía años y año más año, viéndola ir, olorosa a treintena, trepados los ojos en lo alto, como si bajara de algún bergantín de Hernán Cortés, resquebrajada de alcanfores, curiosa de mares hipnóticos, envuelta en las postrimerías de la tal Isabel la Católica, sin importarle que las carnes se le escurrieran, soñando el ser emergente del milagro, ser que trajera leyendas de edades remotas, ser que supiera a infinito.

Al pasarse la mano por la cara toca el medio siglo acurrucado. Vuelve a mirar la esquina que se tragara a Primavera y el suspiro le lleva los ojos al relojísimo de la iglesia, por la señal de la santa cruz, que estira el pico de las once. Bajo el fuego de esas once tropicales, peregrina.

Fiesta se le hace el calor. Calor que no importa. En fin, nada importa desde la perfidia japonesa. Importa el paso rápido para apresar en las manos el montón de caricias, ¡que otros llaman palabras! Suyas siempre. Tropieza con el sabrosón crispé, sabrosón crispé. Echa hacia atrás medio paso y de Ponce llega pulpa de quenepa. Sigue, sigue, sin mirar el pan caliente suplicando diente. Llegando al correo, gofio en cucuruchos. Once y pico siempre repite la Fañosa mientras las letras despaciosas y antiguas huyen con el cierto temor alimentado por veinte años, veinte hacía ya, desde aquel en que el periódico, junto al anuncio de la traición japonesa, galantemente dijera:

«Caballero honorable desea corresponderse con dama exquisita que aún sueñe.»

La Fañosa baraja las cartas como hechicera y al entregarlas ni siquiera algo dice. Pero Elvirita lo perdona todo. Menos que la Fañosa equivoque la correspondencia. Devuelve el sobre blanco con gesto desabrido y pide, airosa, que se corrija el error. La Fañosa, las letras despaciosas antiguas huyendo, asegura que nada ha sido alterado. Entrega como cada once y pico de mañana la carta que de la capital sobre las diez cerradas, llega. Elvirita, al mirar el nuevo sobre, se aguanta de la ventanilla. Muda tanto el color que la Fañosa se asusta. Las manos se le hacen vivo aleteo al rasgar allí mismo el envío del llamado Club de Corazones Solitarios, carta sin letras despaciosas y antiguas, carta corriente, ordinaria que se escribe para comunicarle con gran pena que el miembro llamado Caballero de la Triste Figura ha muer... Rompe la palabra. Rompe también la boca apretándola con la mano. Y sale en galope sin hacer caso del pan caliente suplicando diente, corriendo, la carta estirada en amarga bandera, cayendo a su paso un diluvio de pobrecita, el sol de unas once tropicales perforando el pellejo, arrastrando en la carrera un pecho que pesa la tonelada, hasta llegar al joven cementerio donde por veinte años ha enterrado sus ansias. El cuchillo es la brújula. Para llegar al rincón del corazón que arrendara El Caballero de la Triste Figura. Cava por esa tierra. Lento. Hasta que un alivio conocido, el mismo de las once tropicales desde la traición japonesa, la inunda. El techo salta. Cava más tierra suya. Tres ventanas abrazadas se marchan. Las manos de Elvirita, con la brújula también, escapan. Viaja la sangre, el amor. Levantan vuelo las cartas; las del cuarto de atrás, anteriores al asunto de Hiroshima; las que escondiera en el patio el día en que los hombres hicieron la revolución nacionalista; luego, todas las que vinieron bajo la amenaza constante de la guerra tercera, hasta llegar a las últimas, la del lunes — soy sin ser siendo sin ti; la del martes — también se duele el mar; la del miércoles — en brisa y viento, ven. ¡La del miércoles! ¡En brisa y viento, ven! Abre el surco y allá, corazón, parece asomar, cuando la luz débilmente se evapora. No va quedando nada. El corazón, pobre y pequeño, se ha ido. Y las letras despaciosas y antiguas. ¡Y la vida!

«Cinéma-vérité», «Free-cinema», «Kino-pravda»

POR NESTOR ALMENDROS

En los paises de habla francesa, la nueva escuela se llama « cinéma-vérité », en los de habla inglesa, « free-cinema » ; sus principios son muy similares aunque las denominaciones traducidas al español por « cine verdad » o « cine libre », puedan inducir a confusiones. Las revistas más importantes discuten ahora esta tendencia y en los festivales de cine se forman verdaderas batallas entre defensores y detractores. Indudablemente nos encontramos ante una nueva moda, el fenómeno « nouvelle vague » está pasando a un segundo plano y el neorrealismo italiano resulta ya para algunos la prehistoria.

Un nuevo cine

Se ha hablado mucho en estos últimos años de una renovación del cine, que parecía herido de gravedad por la televisión. Las grandes empresas productoras han tratado de salvarlo a través de un desarrollo técnico en el sentido de lo espectacular : el Cinemascope, el Cinerama, el sonido estereofónico, el gigantismo en todos los órdenes. Sin embargo, paralelamente, se ha producido otro desarrollo técnico, mucho menos aparatoso, pero de consecuencias quizás más importantes, sobre todo en el orden de lo estético. Se trata de la fabricación de cámaras profesionales portátiles, la grabación del sonido en pequeños equipos con transistores, el perfeccionamiento de las películas de formato reducido. Empieza a vislumbrarse que la verdadera revolución técnica y estética en el cine proviene de la tendencia a la « minimización » y no al contrario, como se había pensado. La solución a la crisis del cine no estaba, al parecer, en combatir la televisión diferenciándose lo más posible de ella mediante un agrandamiento de las pantallas, sino acercándose, igualándose y hasta colaborando industrialmente. Al fin y al cabo, desde el punto de vista de los negocios, es lo mismo rodar películas para las pantallas de los cines que para las pantallas de los televisores. Desde un punto de vista estético, un cine con miras a ser retransmitido a través de los orticones de la televisión, siempre es cine independientemente de sus dimensiones y de la forma de difusión.

Vuelta al individuo

Como en todas las artes, un invento mecánico puede traer como resultado una apertura de posibilidades estéticas. El perfeccionamiento de la técnica del óleo significó en el Renacimiento una revolución en la pintura ; lo mismo sucedió en el siglo XVIII con el piano-forte en la música. El desarrollo de los pequeños equipos portátiles de cine de que hemos hablado, ha traído como consecuencia una liberación de las películas del estudio. Es de-

cir, del cine de las escenografías, de los reflectores, de los pesados equipos de sonido, de las grandes cámaras de lentos movimientos como de monstruos jurásicos, pero sobre todo del equipo humano, que hace a veces de la filmación de una película algo así como dirigir la tripulación de un barco. En el « cinéma-vérité », dos o tres hombres, aun uno solo, pueden llegar a hacerlo todo. El nuevo « hombre orquesta » del cine puede llevar una pequeña cámara ligera en las manos y, colgado de un hombro un equipo de sonido sincronizado con la imagen. De esta manera el cine se convierte en un arte como la pintura y la literatura, un arte individual donde el responsable absoluto de la obra es un solo hombre.

Un realismo extremo

La técnica del « cinéma-vérité » lleva el realismo a sus últimas consecuencias : los documentalistas de la vieja escuela, aún aquellos más destacados como Flaherty, si bien se trasladaban a los lugares reales de la acción —por ejemplo, las islas de la Polinesia en « Tabú », 1929—, escribían siempre un argumento, un guión a veces muy detallado. Ellos escogían nativos que representaban los personajes impuestos y, aunque no eran actores profesionales, sino verdadera gente del lugar, lo cierto es que actuaban. Bien o mal, se les hacía representar papeles que no eran siempre los suyos propios en la vida real.

En el documental moderno, en cambio, el realizador no tiene un guión propiamente dicho, quizás sólo un esbozo de lo que le interesa : no hay una idea preconcebida, no hay tampoco diálogos preescritos, ni escenas preparadas de antemano. Se trata de sorprender acontecimientos de la vida a medida que van sucediendo. Con los nuevos instrumentos y nuevas técnicas se captan las cosas sin intervención alguna del director.

La técnica libera al artista

Gracias al anónimo que le procuran los pequeños equipos portátiles, el camera-man-director puede introducirse en cualquier lugar y captar lo que sucede sin llamar demasiado la atención. La ultrasensibilidad de las nuevas películas, hace innecesaria la iluminación, pudiendo aprovecharse prácticamente cualquier luz del ambiente. De esta manera, se puede filmar en distintos lugares sin destruir su atmósfera peculiar. Por ejemplo, en otras épocas si se quería filmar en el interior de un cabaret había que instalar todo un equipo de grandes reflectores ; entonces la gente se sabía fotografiada, observada por el ojo escrutador de la cámara y perdía toda su espontaneidad.

Los camarógrafos del « cinéma-vérité », apenas si utilizan el trípode. Se les ve siempre cámara en mano, de un lugar a otro. Su movilidad es uno de los secretos para estar siempre en el sitio donde ocurre un hecho y en el momento preciso. Con los trípodes y otros pesados instrumentos, esto no era posible, y así el documental tenía que reconstruir los hechos, pero aunque la reconstrucción fuera llevada a cabo con rigor, está claro que el resultado no podía ser el mismo.

Otra técnica muy utilizada ahora para obtener en el film escenas de la vida sin que las personas lo adviertan, es la utilización del lente teleobjetivo. Así, a distancia, se captan escenas reales que aparecen después en primer plano en la proyección.

Gracias a los nuevos métodos de trabajo los costos de producción pueden abaratarse de tal modo que el film, fácilmente amortizable, se independiza de exigencias comerciales. Un cine de cara a las minorías, a un público selecto, se hace también costeable.

Claro que muchas veces la calidad técnica en estas películas es deficiente : las imágenes se tambalean o no tienen buena definición, el sonido puede resultar un poco confuso. Se sacrifica en ocasiones la perfección formal, pero se gana en veracidad, en fuerza documental y se obtiene ventaja seguramente.

El exotismo en el documental

Es curioso comprobar que entre los viejos films documentales que han tenido

buen éxito en Europa y en los Estados Unidos, hay una gran mayoría sobre países exóticos —exóticos, según su punto de vista, por supuesto—. Se podría pensar que el público no quiere verse en las pantallas « tal cual es » y que prefiere ver documentales sobre gentes de otros países. ¿Será que la objetividad del cine documental puede llegar a ofender como el reflejo de un espejo que nos devuelve una imagen sin caridad? Ni Flaherty en « Nanook, el esquimal », « Tabú », etc., ni Eisenstein en « ¡Que Viva México! » pudieron sustraerse al exotismo. Lo mismo podría decirse de Buñuel y su « Tierra sin Pan », ya que Buñuel la realizó más para su público de París —para quien Las Hurdes eran una región ignota— que para los españoles, y todavía menos para los hurdanos.

Una explicación posible es ésta : el documentalista que hacía sobre una región una película que iba a ser proyectada en otra, sentíase así más libre ante un público que desconocía o conocía mal el objeto que se le mostraba. El realizador sabía que se le exigía menos rigor y podía desembarazarse de una preocupación de exactitud y entrar impunemente en el cine de siempre, es decir, en el cine de pura imaginación y de creación. Ahí está, quizás, la clave del éxito del documental sobre los países remotos y del fracaso del documental « de casa ». No la resistencia del espectador a verse realmente, sino más bien la dificultad del realizador de hacer películas en las que su invención estuviese limitada.

Dziga Vertov, el primero en la U.R.S.S.; después de Reisz y Anderson en Inglaterra ; el grupo Drew-Leacock-Maysles en los Estados Unidos ; Rouch, Rúspoli, Marker en Francia ; Brault, Jutra, Kroitor en el Canadá ; Gian Vittorio Baldi en Italia, han probado sucesivamente que la limitación existía en los creadores mismos o en la técnica inadecuada, no en lo que se proponían hacer. Una de las características de este cine documental actual, de este « cinéma-vérité », es precisamente una vuelta al propio país, una mirada introspectiva sobre las propias instituciones y costumbres, una tentativa de cada creador para descubrir su propio pueblo.

Un precursor

Como todo nuevo movimiento estético, el « cinéma-vérité » tiene antecedentes. En los primeros tiempos en la U.R.S.S., cuando la efervescencia revolucionaria daba vitalidad a un arte que aún no había entrado en la etapa del conformismo político y de la censura policíaca que había de seguir, varios hombres intentaban encontrar en el cine una forma de expresión diferente. Se ha destacado siempre en todas las historias del cine el trío de directores Eisenstein-Pudovkin-Dovjenko. No es hasta estos momentos, sin embargo, cuando las cinematecas, los estudiosos del cine, los críticos interesados en la nueva modalidad documental, han redescubierto al cuarto hombre : Dziga Vertov. Aunque un poco tarde, la historia rinde justicia, al fin, a uno de los grandes creadores del cine. Porque Vertov, que había merecido el favor de las organizaciones políticas de su país en un principio, terminó cayendo en desgracia, y murió casi en el olvido en 1954, relegado los últimos años de su vida a realizar noticiarios y pequeños documentales educativos.

Dziga Vertov, de todas maneras, pudo dejar una obra considerable que alcanzó los principios del sonoro, antes de que Stalin obtuviera todo el poder. Esta obra viene respaldada por una teoría que él llamó « Kino-Glas » o « Kino-Pravda », es decir, cine-ojo, cine-verdad. Según esta teoría, expuesta en diversos artículos y conferencias, el lente de la cámara debía ser como un ojo que, como en la vida de un hombre, va captando lo que sucede alrededor. Pero, para Vertov, el objetivo de la cámara superaba al ojo humano para penetrar más profundamente en la verdad, para explorar el caos de los fenómenos visuales, para obtener una sensación de espacio. « Con la captación de improviso —decía en 1923— se muestra a la gente sin maquillaje, el ojo de la cámara la sorprende en el momento en que no actúa, poniendo al desnudo sus pensamientos. El cine es así una posibilidad de hacer visible lo invisible, de iluminar la obscuridad, de descubrir lo que está escondido. »

De esta manera Dziga Vertov, como dice el historiador Sadoul, se convierte

en una especie de Julio Verne del cine actual. Como su maestro Mayakovski, Vertov se proclamaba futurista : sus propósitos de hace cuarenta años, si bien difi cultados por una técnica un tanto primitiva, prefiguraban el desarrollo que conocemos actualmente.

Los creadores de hoy

Entre los realizadores contemporáneos que han hecho películas siguiendo la nueva escuela documental, hay, por supuesto, varias direcciones.

Los primeros, los ingleses del « free-cinema » de hace algunos años, se conformaban con el procedimiento de la cámara escondida, mediante el cual el director, a través de los rostros y acciones de varias personas, intentaba descubrirnos un ambiente, una situación generalmente colectiva. Lindsay Anderson, por ejemplo, en « ¡Oh, Dreamland! », hizo una sátira de los parques de atracciones ingleses, de las grandes multitudes que afluyen a estos lugares en busca de sensaciones fuertes, en busca de diversión, pero que raramente se divierten.

Richard Leacock ha dado otro paso hacia adelante. Ya no es el polimorfismo de una multitud lo que interesa, sino el individuo. Pero, ¿cómo captar realmente la vida de una persona sin que la cámara interrumpa el libre curso de los acontecimientos naturales? Leacock lo ha resuelto así : ha escogido personajes en momentos críticos de su vida, en que lo que les sucedía les tenía tan absortos, que el hecho de estar siendo fotografiados por las cámaras de cine, era para ellos secundario. Así Leacock en « Eddy Sachs en Indianápolis », sigue con su cámara portátil a un campeón automovilístico, su esposa y sus amigos, durante los momentos culminantes, antes, durante y después de la carrera. En « La silla » —premio especial en Cannes en 1963— conocemos a un verdadero condenado a la silla eléctrica, su abogado defensor, su madre, todo el juicio hasta el indulto final. En « Primary », la lucha política del senador Humphrey y el senador Kennedy para conseguir la mayoría dentro del Partido Demócrata y pasar a ser candidato presidencial. Por supuesto que Leacock, durante la filmación de cada una de estas películas, no sabía si Eddy Sachs iba a ganar la carrera, si el condenado a muerte iba a recibir el indulto, o si Kennedy iba a obtener la mayoría dentro de su partido. El autor participó así con anterioridad del « suspenso » que el público iba a experimentar después.

Jean Rouch, un etnólogo francés, creador cinematográfico de personalidad extraordinaria, utiliza una técnica también particular : Rouch cree que la cámara, después que las personas se familiarizan con ella, en lugar de intimidar y reprimir emociones, puede servir como catalizador. En « La pirámide humana », Rouch trató de estudiar la discriminación racial, las separaciones artificiales entre razas. Rouch convivió durante algunas semanas con un grupo de estudiantes blancos y negros que se conocían por primera vez en el Liceo de Abidjan (Costa de Marfil). Durante varios días las cámaras portátiles y los micrófonos-corbata de Rouch descubrieron las relaciones entre aquellos jóvenes, hicieron disección de sus sentimientos y derribaron falsas barreras.

John Casavetes en « Shadows » (U.S.A.) y Jacques Rozier en « Adieu Philipine » (Francia), han desarrollado las nuevas técnicas en otro sentido. Han utilizado actores, pero no se les dio un guión preciso con diálogos, sino que, a partir de ideas sencillas, los actores mismos fueron improvisando sus escenas, creando los personajes y los conflictos. Este es ya, sin embargo, un medio camino entre el cine tradicional y el « cinéma-vérité ».

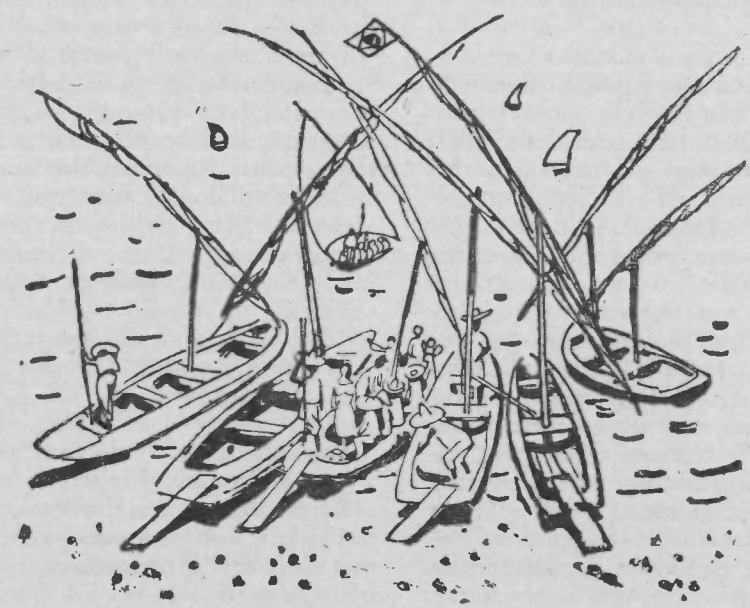
La verdad subjetiva

La historia del documental comienza ahora realmente. Flaherty, la escuela inglesa de anteguerra, los rusos de la época de Lenin, son la prehistoria, porque los métodos, los instrumentos de que disponían, eran ineficaces. La técnica del « cinéma-vérité » ofrece perspectivas nuevas : en este cine, en oposición al de antes, hay una doble verdad, la verdad objetiva que deriva de la técnica de toma de imagen y sonido sin composición previa, sin presentación, y la verdad del montaje (selec-

ción y organización del material). Sin esta segunda verdad, el « cinéma-vérité » no valdría gran cosa. Es decir, el montaje añade por suerte un elemento subjetivo en el film, ya que, ante un hecho dado, cada cineasta selecciona, en la filmación misma (premontaje) y después en el corte. los elementos que más le convienen, que le interesan más.

Si se hubiese confiado el mismo tema de la carrera automovilística en Indianápolis a Jean Rouch, Rúspoli o Anderson, sin duda que cada uno hubiese realizado, con una técnica de toma de vistas y sonido similar, un film totalmente diferente del de Leacock. Esto es, tendríamos cuatro películas, cuatro verdades de igual valor, como las cuatro verdades de « Rashomon ».

Como Colón, los cineastas modernos, buscando un continente pueden haber descubierto otro. Buscando la verdad en el cine, han encontrado, al menos, una técnica, un modo de expresión y, algunas veces, una posición moral ante las cosas.



Potosí colonial: historia y fantasía

POR RAUL BOTELHO GOSALVEZ

DEBERIAMOS COMENZAR como comienzan las historias maravillosas, porque esta es la historia casi mítica de una montaña de los Andes que, animada por el inmenso y proteiforme poder de la fortuna, fue capaz de procurar el esplendor de un Imperio en el que nunca se ponía el sol. Potosí tiene, pues, el encanto angustioso, lleno de evocación, que tienen las cosas del pasado, que por lo mismo que fueron demasiado reales, demasiado evidentes, han traspasado los límites del tiempo para volverse fábulas y leyendas, como las de Ofir, Golconda, Catay, Cipango y Eldorado.

Si con ese poder imaginativo de los indios, capaces de crear la más nutrida mitología, otorgásemos un alma a Potosí, la montaña de plata hablaría desde lo hondo de sus cavernas socavadas por la avidez del peninsular con las acobardadas uñas del nativo, con lenguaje cuya semejanza sólo encontraremos en el drama griego. En efecto, Potosí es Prometeo encadenado y Edipo ciego, es Quirón con las patas rotas. Porque esta montaña cuya fama y poder tuvieron el movimiento de la ubicuidad, es, ha sido siempre inmóvil y ciega, y horadada por las oscuras fuerzas del destino, como Prometeo por los buitres, como Edipo por el *fatum*.

La historia de Potosí, como toda historia, tiene dos caras, dos personalidades distintas. Es bifronte como Jano: por una cara ríe con la alegría del placer y la abundancia, con la otra llora los duelos e ignominias de la injusticia y del hambre. Una cara tiene la rubicunda, feliz expresión del encomendero español, dueño y señor de las argentinas entrañas de las minas, y la otra tiene el espanto en la dilatada pupila, la negligencia en la greña chúcara y el hambre pintada en el relajamiento de las mejillas hundidas: es el mitayo minero.

Mirando las dos caras de Jano, apreciaremos la perspectiva. Como en la novela de Stevenson *El doctor Jekill y Mister Hyde*, advertimos en el discurrir de las palabras cómo se operan las transformaciones que hacen de Potosí colonial un lugar paradisíaco y, por la misma armonía de los contrarios, un lugar infernal que reúne en uno a todos los círculos del Dante.

Potosí ha sido, fuera de esto, musa para el lirismo de los grandes que pensaron en el portento de su riqueza, en la cuantía de su importancia para el dominio material del hombre, o sólo para acogerse bajo un breve alero que proteja de las inclemencias de la pobreza.

Veamos cómo, en tres hombres diversos, geniales todos tres, Potosí procura el ensueño del poder, el ensueño de la libertad y el ensueño de la paz. Tales Felipe II, Rey de España y Emperador de las Indias, Simón Bolívar, Libertador de América y Miguel de Cervantes Saavedra, Príncipe de las letras castellanas.

FIGURAOS LA IMAGINACION FEUDAL, muy católica e imperial del hijo de Carlos V, cuando a las horas vespertinas, bajo ese cielo de fuego y de ceniza pintado por el Greco, pasea sus regias neurastenias bajo las silenciosas arcadas del Escorial. ¿Qué piensa ese rey minucioso, heredero y señor del más grande imperio de la tierra? ¿Qué pensamientos surcan como soberbias naos el mar vasto y sin límites de su cerebro, esa cabeza breve, pero imponente, surgida como flor de marfil encima de la golilla plisada que cierra el jubón de terciopelo negro, cabe la cadena del Toisón de Oro? Potosí cobraba en aquella imperial imaginación la magnitud de un sueño realizado. Eran centenares de galeones que atravesaban el Mar Océano, y luego de ahuyentar con las balas de cañones y culebrinas a los piratas ingleses y franceses que infestaban las aguas, iban a echar sus pesadas anclas en la rada del puerto de Sevilla, para bajar allí los cargamentos de piñas de plata, producto del quinto del Rey, de los impuestos, alcabalas, almojarifazgos y otras contribuciones. La mayor parte de aquella plata venía de Potosí. ¡Cuánto más enorme era aquella riqueza, comparada con los presentes enviados por Hernán Cortés, por Pedro de Alvarado, por Jiménez de Quesada, por el mismo Francisco Pizarro que en Cajamarca sustrajo por la extorsión un aposento de oro y dos de plata para rescate del Inca Atahualpa, al que después dio muerte vil!

Soñaba Felipe II en el poder político, en la voluntad de dominio, que aquella plata extraída al otro lado del mar iba procurándole sin más esfuerzo que el de una plumada que se estampa al pie de una real orden, al otorgar encomiendas y concesiones a los azogueros y cateadores indianos. Para el Austria, el sueño tomaba forma y sustancia al columbrarlo en la fuerte forma de los espolones enristrados en la proa de las naves de la Armada Invencible, cuyos altos palos llevaban el pendón granate y gualda; en el centellear de las corazas, picas, alabardas y espadas de las legiones de San Quintín y de Lepanto; en la humillación sometida de Inglaterra, nido de corsarios y de herejes; en el imperio de la cristiandad católica, bajo la égida de la Santa Inquisición española, sobre todas las muchedumbres cismáticas de Calvino y de Lutero, sobre los otomanos adoradores de Mahoma y sobre los judíos, gemebundos recitadores del Talmud. Soñaba, en fin, mientras caminaba con parsimonia por aquella vasta soledad de piedra silenciosa, en el uncimiento feroz del mundo al yugo de una España guerrera y religiosa, de alma barroca y temple jesuíta.

Como el Ariel de Shakespeare, el lejano Potosí, sobre las ondas secretas del espacio, decía al oído del monarca: «¡Salve por siempre, gran dueño! ¡Salve, grave señor! Vengo a ponerme a las órdenes de tu mejor deseo. Haya que hender los aires, nadar, sumergirse en el fuego, cabalgar sobre las rizadas nubes, a tu servicio estoy; dispón de Ariel y de todo su influjo.»

Pero Potosí, como Calibán, maldecía al amo y más tarde envenenó su imperio procurándole esa abundancia exuberante y corrosiva que conduce al aniquilamiento, y acelera la marcha de la destrucción. Por cada Julio César cien Pirros, por cada Marco Aurelio mil Petronios; pues la decadencia española, acerca de la cual tanto han dicho figuras como Ganivet, Costa, Maeztu, Altamira, Unamuno, empieza cuando comienza a fluir, incontrolable, el oro de Indias, el oro blanco del Potosí. Al correr como lava encima de la península, seca bajo su quemazón todas las tradicionales y sabias fuentes de riqueza: talleres, fábricas y campos labrantíos. Todo había que adquirirlo fuera: por cada vara de paño de Valladolid o de bayeta de Castilla, mil de Brujas o de Gante; por cada hoja de acero de Toledo, cien de las fundiciones del Harz; por cada fanega de trigo comprar diez fuera de España. Y así en constante progresión. Pero ahí estaba la plata potosina, el oro perulero y mexicano, de modo que el entrecejo de los financistas reales pocas veces se contraía con el señero signo de la preocupación. Aquello no se detendrá sino cuando la sombra de la espada trace encima del borrascoso cielo de América convulsa, la arrogante parábola de la libertad.

He ahí el ensueño del poder.

*

Subido en lo alto de la montaña, regio pedestal de plata para su grandeza, siglos

más tarde, otro hombre piensa en el Potosí. Sobre el ámbito azul, profundo y luminoso, ondulan al viento libre de América los pabellones de las nuevas patrias libertadas en esa epopeya admirable y sin paralelo que empieza en los llanos de la Nueva Granada. Atrás han quedado los días de aflicción y desconcierto; atrás las horas tenaces y exaltadas cuando la voluntad de vencer se iba templando como el acero, al fuego constante de la adversidad y el infortunio. ¡Cuántos nombres heroicos jalonan el escabroso camino que condujo a la cima del Potosí! Llanuras del Apure, Queseras del Medio, Boyacá, Carabobo, Bomboná, Pichincha, Junín y, ahora, Ayacucho. Gran parte de la obra genial está realizada. La libertad ha volado de cumbre en cumbre, como un águila, desde aquel lejano día en que pronunció, encima del Aventino, el juramento inmortal de no dar reposo al brazo ni a la inteligencia hasta no haber liberado de la opresión española a los pueblos de América. Entonces estaba cerca de él, inquieto, andariego, visionario, su querido maestro Simón Rodríguez, el que ponía en París freno de idealismo a los excesos mundanos y galantes del brillante pisaverde caraqueño, en días en que revueltos seso y sangre por la primavera, dábase a catar los vinos generosos de la vida.

También estuvo en el Chimborazo, bajo el delirio estupendo de la altura. Miró volar cóndores por debajo de sus plantas, y sus ojos penetrantes y buídos, quisieron robar el cósmico secreto de los Andes.

Y aquí, en el Potosí, el Libertador Simón Bolívar, con esa visión sin órbitas que le hacía escudriñar el misterio, anticipándose al proceso de los acontecimientos, soñó en lanzar sus huestes libertarias por las llanuras del Plata para acudir en socorro de la Banda Oriental del Uruguay, entonces bajo la coyunda del Imperio del Brasil, y avanzar más aún, para destruir en su propia morada a los retoños de la monarquía imperial perpetuados por la corte de Carlota Joaquina de Borbón. Luego regresaría a su patria por la ruta del Amazonas, realizando lo que ningún héroe de Plutarco hubo hecho: sembrar con la espada la libertad y la democracia.

El genio, mientras el sol encendía de destellos el oro de sus charreteras y entorchados, mientras hacía irisar sobre los ocres violentos de la tierra el limpio acero de las bayonetas y las lanzas, con cuyos filos abrió un ancho cauce para la libertad, afirmando la planta sobre la calva y ventosa cima del Potosí, cerró los ojos recordando su diálogo con la eternidad: « Llegué a la región glacial y el éter sofocaba mi aliento... » Pero, luego, volviendo en sí al escuchar que de abajo llegaba el soberbio repicar de las campanas de todas las catedrales y templos de la Villa Imperial y el estampido de los cañonazos y descargas de fusilería de aquella hora de gloria, exclamó para la posteridad:

« De pie sobre esta mole de plata, cuyas venas riquísimas fueron trescientos años el erario de España, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad desde las playas ardientes del Orinoco, para fijarlo aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seno es el asombro y la envidia del Universo. »

He ahí el ensueño de la libertad.

*

Pobre, desconsolado, trashumante, tal vez con hambre y con sed, un hombre sueña apoyado en el espaldar del viejo sillón de cordobán. Su única mano, delgada y larga, cuelga del brazo del sillón como un péndulo enfermo. La mirada aquilina está perdida en el confín de la tarde, que contempla con estático arrobo tras la reja del ventano irregular de la casa madrileña de Jerónima de Alarcón, en la calle de la Magdalena. Frente a él, bajo el desorden y el polvo, entre papeles dispersos y libros muy manoseados, sobre la mesa coja hay un tintero de plomo del que sale, como un penacho, la delgada pluma de ganso. Bajo la mesa se ven, estiradas, las luengas extremidades del hombre, que lleva pobres y muy zurcidas medias calzas de lana azul. Y donde la sombra duerme, se advierten los pliegues descoloridos del jubón de estameña, lleno de hilachas. ¿Qué piensa este hombre, en la hora augusta del atardecer, sumido en la soledad y la amargura? ¿Qué ensueños surcan la ancha frente genial? ¿Qué « metáforas de oro cruzan por aquel gran cerebro azul »?

Miguel de Cervantes Saavedra, que no es otro el caballero, sueña con la tranquilidad, con el desahogo económico, con la serenidad esencial para poder realizar aquella obra que le tiene atormentado de claro en claro y de turbio en turbio. Necesita un refugio de tiempo, donde halle lugar entrañable la paz creadora. Vive agonizando, y a la vera de su tiempo los Tartufos, los Gil Blas, los pícaros, los funcionarios de manga ancha, los galeotes libertados, toda la huera humanidad de los mediocres y satisfechos, la fisga, le persigue, le incomoda, le alza bardas y cava zanjas en el camino. Comiquillos de la legua, literatos de pacotilla, intentan esquilmarle y le remedan. Los acreedores forman un coro de exigentes. Pero don Miguel de Cervantes Saavedra, con la austera paciencia de quien reúne en sí el estoicismo de Séneca y la bondad cristiana, es demasiado señor para resignar cabeza a la adversidad. Hidalgo pobre, refugia su desamparo en el bastión de acero inexpugnable de su espíritu. Desde los días de Lepanto hasta los de su prisión en los Baños de Argel, todo ha sido sufrimiento. No conoce el reposo ni la holgura. Alguna vez, leyendo el *Lazarillo de Tormes,* ha tenido una sonrisa de conmiseración para aquel caballero pobre que es el más exacto reflejo de sí mismo. Su voluntad, pese a todo, es enhiesta y orgullosa sin vanidad. Un seráfico egoísmo le acomete al reclamar para sí el derecho a efectuar la obra de su espíritu. Por eso, resoluto, cuando ya el sol está al caer, se decide a escribir un memorial dirigido al Rey de España. Termina, en silencio, dos pliegos, donde entre otras cosas se advierte la grandeza de su humildad y la noble austeridad del leal vasallo que conoce sus propios fueros. El memorial lleva fecha de 21 de mayo de 1590, y dice :

« Miguel de Cervantes Saavedra, que ha servido a Vuestra Majestad muchos años en las jornadas de mar y tierra que se han ofrecido de veinte y dos años a esta parte, particularmente en la batalla naval, donde le dieron muchas heridas, de las cuales perdió una mano de un arcabuzazo... » Añade luego que « fue captivo en la galera del Sol, él y un hermano suyo, que también ha servido a V.M. en las mismas jornadas, y fueron llevados a Argel, donde gastaron el patrimonio que tenían en rescatarse, y toda la hacienda de sus padres y las dotes de dos hermanas doncellas que tenían, las cuales quedaron pobres por rescatar a sus hermanos ». Agrega, después, nuevos servicios prestados por él a la corona y dice, amargamente, « en todo este tiempo no se le ha hecho ninguna merced ».

Termina el documento manifestando en forma textual : « Pide y suplica humildemente, cuanto puede a V.M. sea servido de hacerle merced de un oficio en las Indias de los tres o cuatro que al presente están vacos, que es el uno en la Contaduría del Nuevo Reino de Granada o la Gobernación de la Provincia de Soconusco en Guatemala o Contador de las Galeras de Cartagena, o Corregidor de la ciudad de La Paz ; que cualquiera de estos oficios que V.M. le haga merced los recibirá ; porque es hombre hábil y suficiente y benemérito para que V.M. le haga merced ; porque su deseo es continuar siempre en el servicio de V.M. y acabar su vida como lo han hecho sus antepasados que en ello recibirá muy gran bien y merced. »

¿Por qué el inmortal creador de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,* solicita la plaza de Corregidor de la ciudad de La Paz? Probablemente, antes de escribir su memorial, se había informado en la Corte acerca de las vacantes de puestos públicos en las Indias. Eran cuatro, como se ve. Sin embargo, al solicitar en último término el corregimiento paceño, pensó que lo último era de menor jerarquía que los otros cargos solicitados, y por consiguiente era el más accesible. Ir a la ciudad de Nuestra Señora de La Paz era acercarse a la ruta de la plata, era ponerse al alcance de las irradiaciones del Potosí ; era, en una palabra, hallar en La Paz, la paz necesaria para la creación que soñaba. Libertarse de la necesidad, y ya que tantísimos pelafustanes, sin más mérito que de haber ido, nadaban en las aguas de la opulencia, ¿por qué él, después de la adversidad, no iba a gustar los favores de la inconstante hembra de la fortuna?

La imaginación de Cervantes, atravesan-

do el mar en alas de la fantasía, se posó encima del Potosí, y de la amarga oscuridad de su vida brotó la esperanza.

Empero, el 9 de junio de 1590, un testaferro del Consejo de las Indias, el doctor Núñez Morquecho, cuyo nombre sobrevive unido a la biografía de Cervantes, por la triste coyuntura de este breve contacto con su vida, dictamina con la brevedad secante del adiestrado amanuense: « Busque por acá en qué se le haga merced. »

Así América se privó de ser cuna de la más admirable novela que haya producido jamás el genio español. Así don Miguel de Cervantes Saavedra, empujado por la pobreza, años después hubo de dedicar a la destuetanada medianía del Conde de Béjar, la primera parte del *Don Quijote*. Pero, aunque siempre resignado a su destino de constante penuria, no dejó de estampar en su obra la frase que inmortaliza a una montaña, como tope de la más fabulosa riqueza: « Vale un Potosí ».

Para Cervantes no hubo paz, ni Corregimiento de La Paz, vivió y murió pobre, como « Cristo, don Quijote y Bolívar ».

He ahí el ensueño de la paz.

LA TRADICION ADQUIERE en la historia precolombiana de nuestra América formas sutiles que se dan la mano con el mito. Una atmósfera esotérica reina sobre el esplendor primitivo de los incas, mayas, aztecas y chibchas. Como no hubo escritura de ninguna clase, excepto una elemental ideografía que ha quedado esculpida en la piedra eterna de los monumentos, sin hallar hasta hoy al Champollion que la descifre, los orígenes de aquellos pueblos están perdidos. Hasta hoy ni siquiera se sabe de dónde vino el hombre americano, o si el hombre es nativo del propio suelo de América. Entre los incas la historia era conservada en archivos vivientes, a cuya extraordinaria mnemotecnia se confiaban los acontecimientos más importantes del Imperio. Mas la memoria es frágil, quebradiza e ingrata, de ahí que la historia indígena formada por la tradición oral, debe de haber sufrido transformaciones sustanciales. De boca en boca los hechos pasaron por el tamiz de los siglos, creando la leyenda. Cuando la leyenda empezó a desfigurarse, apareció el mito, hecho con la intención poética de los rapsodas, el misterio religioso de los sacerdotes y la necesidad de un pueblo de crearse un mundo sobrenatural. Por eso cuando los españoles llegaron, el mito ya señoreaba del pasado de los Incas. Desde el origen divino y solar de la pareja kolla fundadora del Imperio, hasta las expresiones más sencillas del totemismo idólatra, están sembrados de fantasía. Los sabios indígenas, los amautas, guardianes de la tradición, hierofantes del mítico pasado, todo lo llegaban a explicar dentro de sus concepciones mágicas. Empero, lo que nunca supieron explicarse es el origen de Tiahuanacu. Aquellas moles antiquísimas, preexistentes a la tradición y al mito, les sepultaban tras de los telones de un pretérito insondable.

Huamán Poma de Ayala y Garcilaso Inca de la Vega, escribieron en español tradiciones quechuas y aymarás, desfigurándolas bajo el temor al « odium theologicum » de la Iglesia. A la desnudez bárbara y primigenia de la verdadera leyenda, pusieron los absurdos velos del convencionalismo que no desagradaba al dominador ibérico. Por eso desconocemos la verdad del pasado americano. Y cuando fueron los cronistas españoles quienes acometieron la tarea de explicar al mundo la civilización descubierta, el demonio les agrandaba las cosas, y de buena fe magnificaban al peninsular y barbarizaban al americano. Sin saberlo y acaso ni quererlo, secundaban la filosofía imperialista de Sepúlveda, el enemigo de los indios.

Esta disgresión era necesaria, porque ahora nos ocuparemos del mito en la realidad de Potosí, cuyo descubrimiento obedece a una causa pueril, tan absurda en si misma, como la caída de una manzana para la ley de la gravedad, o el descubrimiento de la penicilina en el moho de un alimento descompuesto, como en el caso fue el deseo de entrar en calor de un indio friolento.

Cuenta la tradición que un indio pobre, o pobre indio, o indio simplemente, que son todos sinónimos, conductor de recuas de llamas del ingenio minero de Porco, llamado Diego Wallca, natural de Chumbiwallca, cerca del Cuzco, que se encontraba al servicio del capitán español don

Juan de Villarroel, una noche de enero del año 1545, acertó a pernoctar, junto a sus llamas, en las faldas del cerro de Potosí, llamado también por los indios « Sumack Orcko » y « Orcko Pottojsi », que en romance quiere decir « Cerro Hermoso » y « Cerro que brota plata », respectivamente, aunque es también admitida la etimología basada en cierta tradición inca, por la cual se dice que cuando los indios quisieron cavar el cerro por orden del Inca Huayna Cápac, se produjo un gran estruendo mientras una voz misteriosa salía del subsuelo : « No saquéis la plata de este cerro, que está reservada a otros dueños. » El estruendo creó la onomatopeya : ¡¡Potoj... si!! Y el cerro quedó en aquello.

Bien ; el mentado Diego Wallca, encaramado en la ladera como vizcacha sin cueva, mientras el viento se le colaba por todas las roturas de su triste poncho de lana de llama, y la piel entumecida empezaba a cuartearse por el creciente frío de aquella altura, en lo que pensó mientras estaba acoquinado contra algún quicio de roca salediza, era en calentarse de algún modo. Primero intentaría mezclarse con las llamas de la manada, cuyo calor le era grato, pero las bestias estaban desparramadas y la oscuridad reinante no le permitía juntarlas. Entonces echó mano de una brazada de paja brava y otro poco del reseco arbusto denominado keñua, y golpeando con sus dedos pringosos y magros el pedernal sobre la yesca, hizo unas pocas chispas. Eso fue todo. La fogata se levantó, danzarina y bermeja, alumbrando la desolación del páramo. En lo alto, las estrellas parpadeaban en el infinito. El viento entonaba contra los riscos fúnebres melopeas. Así Diego Wallca estuvo gran parte de la noche y cuando al amanecer escarchó en los contornos y la fogata no era más que un gris montón de ceniza, el pobre indio cerró los ojos hasta que el sol le obligó a despabilarse. Entonces, aquí viene lo prodigioso, « aquí se realiza lo inaudito », como diría Goethe. Bajo la ceniza del rescoldo tibio, como una estrella recién nacida, un gran pedazo de plata fundida estaba brillando ante los ojos descreídos y lagañosos del indio.

¿Qué hizo después el indio Diego Wallca? Hizo una tontería. Incapaz de tener quieta la lengua frente a tan sorprendente prodigio, lo dio a conocer a su amigo Huanca, y el indio soplón, deseoso de congraciarse con su amo Villarroel, le abrió las puertas de la fortuna.

De inmediato los capitanes Juan de Villarroel, Santandía, Diego Centeno y el Maestre de Campo don Pedro Cotamito, mineros de Porco, marcharon a Potosí. El bueno de Villarroel no cabía en sí de gozo; hundía la ensarrada tizona en la tierra para formar palanca y al levantar la epidermis del cerro, el coloso sangraba plata.

De conformidad con las ordenanzas, pusieron unas burdas estacas de madera para delinear la propiedad, y registraron la primera veta con el nombre de la « Descubridora » o « Centeno », el 22 de abril de 1545. En cuanto a Diego Wallca y al adulón de su amigo Huanca, pasaron a trabajar como mitayos en las minas, donde acabaron sus días roídos por la miseria y la tuberculosis.

En los primeros dias de febrero de 1546, don Juan de Villarroel, de *motu proprio* decidió enviar al necesitado Emperador Carlos V, un memorial en que pedía le otorgase el título de descubridor de Potosí y fundador de la villa de tal nombre, señalando, otrosí, el correspondiente escudo de armas. Estaba Carlos V en Ulm, Wurtemberg, atareado en preparar los planes para sentarle el juicio a Francisco I, rey de Francia, y entre las audiencias de la Corte y el estudio de los mapas militares, dábase tiempo para comer a dos carrillos y posar para el Ticiano. Recibió el monarca el recado, y como anexo a él venía nada menos que un cargamento de doce mil marcos de plata piña, de mil amores dictó la Cédula Real el 28 de enero de 1547, otorgando a Potosí el título de Villa Imperial con un escudo de armas donde a la heráldica española añadía aditamentos de la heráldica teutona. Al punto de haber firmado la Cédula, el emperador mandó buscar a los hermanos Fugger, o Fúcares, sus prestamistas tudescos, y les dio privilegio para que acuñasen moneda con absoluta exclusividad.

Mientras tales cosas sucedían en Europa, en las Indias Occidentales la fama del Potosí había desbordado como un río gigante

El cerro, que tiene la forma cónica de una campana, repicó a somatén, de suerte que su llamada se oyó en todos los ámbitos de la tierra americana. Muchedumbres acudieron, presurosas, en pos de la fortuna. Soldados que en el Caribe hacían la siesta, adormecidos por el opaco cantar de la fiebre, se despertaron con sobresalto. Malhumorados segundones, de gran empaque y arrogancia, cansados de esperar la oportunidad de abrir caminos de aventura por el mundo incógnito, apresuraron el viaje. Endebles y melancólicos funcionarios, de esos que se aburrían rascando con la péñola los papelotes coloniales, archivaron su latín, olvidaron a Salamanca, Alcalá de Henares y Santiago de Compostela, y de sabihondos bachilleres, o de doctores *in utroque juris*, pasaron a ser montaraces adelantados de la minería. Muelles cortesanos, clérigos destemplados por la templanza, chupatintas y capitanes, dejando las sedas virreynales, Capitanías y Audiencias, marcharon en fila india, a lomo de bestia, a Potosí. Y junto a ellos también iba esa colorinesca fauna humana que brota como hongos donde hay prosperidad y pueblos afortunados: mozas pecaminosas, juglares, Celestinas, tahures, espadachines, titiriteros, comediantes y cantadores.

Así como marchaba esta febril y alegre caravana convocada por el argentino campanazo del Potosí, mayores muchedumbres, muchísimo más compactas, de indios arreados a látigo para que cumpliesen las obligaciones de la mita, asombraban los caminos. Estos iban a pie, las más de las veces encadenados, entonando lúgubres canciones de esclavos. Retardaban el paso, se enfermaban, con la esperanza de alargar la luz en sus pupilas que iban a sumergirse para siempre en las cavidades húmedas y calientes de las minas. A medida que atravesaban las campiñas y los yermos, iban engrosando con nuevos grupos de indios engrillados, hasta formar imponentes caravanas que pardeaban como hormigas.

La Villa Imperial empezó a ensancharse, opulenta y manirrota. Del caserío polvoriento de un principio adquirió la categoría de una auténtica urbe. El Virrey don Francisco de Toledo ordenó en 1573 censar a la población, y el resultado fue extraordinario. En 28 años aquel páramo situado a 4.100 metros sobre el nivel del mar, contaba con una población de 120.000 habitantes. Sucesivamente los censos crecían, hasta que el de septiembre de 1598 arrojó las siguientes cifras: 161.000 habitantes, 584 calles, 16.000 casas. Era, pues, la Villa Imperial de Potosí la urbe más populosa y cosmopolita de ambas Américas y su población urbana superaba a las de capitales europeas varias veces centenarias.

Al pie del cerro la ciudad tendió sus estrechos trazos, ciñéndose al declive del terreno en una periferia de casi dos leguas. Se construyeron las lagunas de Kari-Kari para abastecer la ciudad y los ingenios mineros. Aquí y acullá se alzaron bellos campanarios de piedra labrada, blancas espadañas que la fe y los votos de los mineros levantaban. Hervían las muchedumbres en sus calles, cuyos comercios ostentaban mercancías de todos los puntos cardinales. Desde los productos de lujo del Asia hasta las ricas maderas de Tucumán, desde la carne salada de las pampas argentinas hasta la yerba mate de las Misiones jesuítas del Paraguay. Basta leer ligeramente la nómina de productos que figuran pagando impuestos en Potosí para tener una idea de la opulencia de la Villa. Bartolomé Arzanz Martínez y Vela, autor de los conocidos *Anales de la Villa Imperial de Potosí*, hace un cumplido recuento de todas las múltiples mercancías que concurrían a los mercados potosinos. Veamos algunas de ellas. Fuera de todo lo producido por la industria española, Francia enviaba tejidos, puntas blancas de seda, oro y plata; estameñas, sombreros de castor y toda clase de lencería; Flandes vendía tapicerías, espejos, láminas, ricos escritorios, cambrayes; Alemania, espadas y todo género de acero y mantelería; Nápoles, medias y tejidos; Florencia, sayas y rasos; Toscana, paños, preciosos bordados y tejidos de admirable primor; Milán, galanas puntas de oro y plata, y ricas telas; Roma, relevantes pinturas y láminas; Inglaterra, bayetas y toda clase de géneros de lana; Venecia, espejos, cristalería y vidrios; Chipre, Candia y la Costa del Africa, vinos y cera blanca; la India Oriental, grana, cristales, careyes, marfiles y piedras preciosas; Ceylán, diamantes; Arabia, perfumes; Persia, El Cairo y Turquía, alfombras; Te-

rrenate, Malaca y Goa, todo género de especierías, almizcle, algalia, canela, pimienta; China, porcelanas, loza blanca y sedas; Cabo Verde y Angola, esclavos negros, etc., etc. Respecto a esta última mercancía, o sea la mercancía humana, según la contabilidad registrada en los anales potosinos, cada negro costaba 250 pesos ensayados. Durante el año 1603, según la documentada *Historia financiera de Bolivia* del doctor Casto Rojas, se compraron 450 negros y negras del Brasil, pagándose por ellos 112.500 pesos ensayados.

En este mundo opulento, reinaba el cerro con una omnipotencia pavorosa. Lo perforaron por todas partes, hasta abrir algo más de tres mil bocaminas, por las cuales extraían la plata sin plan ni concierto, hasta lograr la inundación de los planos bajos, con grave perjuicio para la producción. Los mineros, poseídos por un amor codicioso y venal hacia la montaña, daban nombres femeninos a las minas: había la Margarita, la Zapatera, la Candelaria, la Buscona, la Dolores, la Moladera, etc. Todo en relación íntima con el afán sentimental de aquellos chulos tan españoles que vivían de tales minas.

No daremos cifras acerca de la cantidad de plata extraída del cerro durante casi cuatro siglos de ininterrumpida explotación. El Licenciado don Antonio de León Pinelo, en su *Paraíso del Nuevo Mundo,* don Gaspar de Escalona, en su *Gazophilacio Regium Perubicum,* el R. P. Fray Antonio de la Calancha, en su *Crónica moralizada de la Orden de San Agustín del Perú,* Antonio de Acosta en su *Historia de la Villa Imperial de Potosí,* y en las obras que sobre tal materia han escrito Juan Pasquier, Pedro Méndez, Bartolomé Dueñas y otros autores, dan cifras astronómicas. Lo cierto es que alguien dijo, con asomo de verdad, que con la plata de Potosí se podía haber tendido un puente a través del océano entre América y España.

No insistiremos más en tema tan difundido. Sin duda que la fiebre de la plata movió a todos los hombres de América, y las epopeyas más sorprendentes han sido escritas cuando varones como Domingo Martínez de Irala, Juan de Ayolas, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Alejo García y otros, miran hacia la sierra andina y la escalan desde los llanos en pos de la plata. Tal afán queda perpetuado en las poblaciones que fundaron en su marcha hacia la plata, llámense Nuestra Señora de la Asunción, Nuestra Señora del Buen Aire, Santa Cruz de la Sierra, Córdoba, etc., etc., y en el nombre de los ríos y lugares que están tomados de la obsesión de la plata.

PUEDE DECIRSE que la posición económica de Potosí, en el plano de la economía mundial, produce una era de la plata. Si alguien se detiene a reflexionar sobre las consecuencias que tuvo para el desarrollo del mundo occidental la contribución de la plata potosina, habrá de reconocer la estrecha relación que existe, en un concepto claramente económico, entre la producción del Potosí y la modificación de los mercados europeos, el desarrollo de determinados países y la ruina de otros, la extensión del poder político de Europa sobre el Medio Oriente y el resultado de la dominación española en las propias Indias Occidentales.

Pero dejemos para otros tema tan vasto y complicado. Empero, así como la plata física del Potosí escinde la historia política y económica mundial, en el plano de la cultura la ciudad de Potosí, a la que acuden artistas de la arquitectura, escultura y pintura, amparados por el ambicioso mecenazgo de la villa, deja una huella demasiado profunda en las directivas del arte americano. Son los mineros enriquecidos y los nobles potentados, los que atraen, como antes lo hicieran los señores del Renacimiento, a los plásticos y arquitectos, para que «perennicen» en piedra, lienzo y escultura, la grandeza de Potosí. Como se traían los manjares y las joyas, vienen también las obras de arte. De España e Italia llegan maravillosas telas de afamados artistas, así como también obras de pintores flamencos. No sería raro, pues, hallar en Bolivia pinturas de grandes maestros, no obstante los violentos saqueos que hicieron de estas joyas, extranjeros cultos pero sin escrúpulos.

Al conjuro de la influencia de los grandes artistas, los artistas criollos y nativos crean un arte propio, inflamado por el auténtico sello de la autoctonía. En la pintura

se destaca Melchor Pérez de Olguín, criollo potosino, cuya obra constituye un legítimo orgullo para el arte colonial americano. ¿Y qué se dirá de los artistas indios, aquellos pacientes imagineros, hermanos de los artífices quiteños y cuzqueños, que dejaron su inspiración en la madera y en el yeso? Bastará conocer al escultor de la imagen de la Virgen de la Candelaria o Copacabana, Titu Yupanqui, para sentir cuánta fe, cuánta pasión y talento anidan en el alma borrascosa del indio sometido. Berruguete, Pedro de Mena y el Montañés, y los lontanos ancestros de Tiahuanacu y Koricancha, conducen la indócil mano del indio que empuña el formón, la escofina y el martillo.

Pero no es solamente esto. Hay que contemplar con devoción las piedras patinadas y eternas de la catedral de San Lorenzo, de la Matriz, de la Compañía de Jesús, y de los otros muchos templos, de las portadas y frontispicios de los palacios señoriales, la gigantesca Casa de Moneda, cuyo costo hizo exclamar al Rey de España « ¡Debe de ser de pura plata! » Allí los diversos estilos se funden para adquirir formas remozadas, nuevas, pletóricas de un vigor desconocido. De la « columna panzuda » de Sartorio a la más acabada expresión del estilo mozárabe, de la complicada forma del churriguresco a las muy españolas manifestaciones del barroco y del plateresco. Una mística pagana guía la hábil mano del alarife indio, y donde debe aparecer el símbolo de la religión católica, surge impávido, calado en piedra, el signo escalonado de Tiahuanacu. El Sol y la Luna brotan, sin escándalo, junto a la Cruz de Cristo. Al lado de la vid y la espiga que trepan, enroscadas, a la columna, hasta envolverse en el capitel, simbolizando el vino y el pan sacramentales, desfleca su campanilla la kantuta, flor imperial de los Incas. Hasta las cariátides cambian, cómo lo hace notar el arquitecto argentino Angel Guido, y al tomar rasgos típicos, se transforman en « indiátides ». En este proceso la dirección técnica del artista arquitecto es maleada por la interpretación del aprendiz indígena, de modo que la arquitectura viene a reflejar dos culturas estéticas diferentes. La una inspirada en todas las corrientes greco-latinas y árabes que sedimentaron en la Península Ibérica, y la otra en el propio ancestro americano. Bastará comprender este simple enunciado para distinguir la tónica independiente del arte hispano-indio de Potosí.

En cuanto a la literatura, este filón ha sido poco explotado en Potosí. Fuera de los libros citados, escritos la mayor parte por habitantes de la villa en la misma Villa Imperial, cabría añadir la obra poética acerca de los sucesos de la ciudad potosina, escrita en octavas reales por el vate Juan Sobrino, y la historia en verso del doctor Diego de Guillestegui, amén del libro acerca de generalidades potosinas del paraguayo don Pedro Vicente Cañete y Domínguez, obras que resumen acontecimientos y analizan las instituciones de la ciudad del Cerro Rico. Sin embargo, como bien lo anotan estudiosos bolivianos como Julio Lucas Jaimes, Modesto Omiste, Subieta y Sagárnaga, Carlos Medinaceli, Gustavo Adolfo Otero y otros, la literatura del Siglo de Oro español era familiar en el ambiente potosino. Las poesías de Garcilaso y Góngora y los misterios de Calderón de la Barca, el teatro de Lope y los ensayos de Feijoo, la prosa de Quevedo y las novelas de Cervantes. Añadamos a ello los cantares de la gesta del romancero español, el *Amadís de Gaula* y el *Florisel de Niquea*, el Arcipreste de Hita y Gonzalo de Berceo, y los otros muchos libros en boga dentro de la literatura caballeresca, excepción hecha, naturalmente, de aquellos señalados por la Santa Inquisición y por el interés político del imperio español como dañosos para la « salud » espiritual de las colonias.

Otra obra, ya dentro de la literatura científica, es el *Arte de los metales*, escrita por el padre Alvaro Alonso Barba, párroco en Potosí, y de la cual el historiador Enrique Finot dice : « revolucionó la metalurgia del Nuevo Mundo, aprovechando metales preciosos que, por los procedimientos imperfectos, antes se perdían en enorme proporción ». La obra de Barba fue traducida a todos los idiomas civilizados y constituyó la biblia de la minería hasta mediados del siglo XVIII.

En cuanto se refiere a la música, esta rama estaba limitada, por lo general, a la música sagrada y a la música popular

española e indígena. En este orden no hubo mayores progresos, salvo las adaptaciones de algunos instrumentos de cuerda españoles por los indios.

En este ambiente donde floreció cultura tan rica en matices, las luchas sociales fueron intensas. No ya entre españoles e indios, sino entre españoles y criollos. Son tradicionales las luchas que por espacio de un siglo y medio tuvieron por escenario a Potosí. Los Vicuñas y los Vascongados eran los bandos enemigos, y armaban batallas campales en las que morían centenares « al filo de las espadas y rigor del plomo », cual dice Martínez y Vela. Los Vicuñas eran criollos nacidos en Potosí y al ver que todos los fueros y prebendas eran reservados a los peninsulares, se alzaron, encabezados por Joseph Alonso de Ibáñez y proclamaron, por primera vez en todo el continente americano, la necesidad de hacerse independientes de España. Después de numerosos combates, Alonso de Ibáñez fue capturado en la batalla de Cebadillas y decapitado el 15 de mayo de 1617, por orden del Corregidor Rafael Ortiz de Sotomayor. La esposa de Ibáñez, doña Leonor de Vasconcellos, juró vengar la muerte de su marido y años después mató en Lima, de una puñalada, a Sotomayor.

Mientras por una parte la suntuosidad, el boato más exuberantes, favorecían a los menos, los más se hallaban en situación de esclavitud pavorosa. Las enfermedades y la desnutrición se llevaban a la tumba a millares de mitayos, causando la gradual despoblación del territorio. Ni la catástrofe del rompimiento de los muros de contención de las lagunas de Kari-Kari, que arrasó la mitad de la ciudad, causaron tantas víctimas como el servicio de la mita. Los oídos sordos, empañados por la vanidad, la lujuria, la gula, la arrogancia de los ricos vecinos, no alcanzaban a escuchar el clamor de la libertad que brotaba de las mazmorras donde eran encerrados, como bestias, los indios mitayos. Ellos se atenían, por el contrario, a pasmar a la gente con la ególatra exhibición de sus riquezas. Cuenta Martínez y Vela en sus *Anales,* cómo se efectuaron las fiestas del Santísimo Sacramento el año 1608 en Potosí. Como tal descripción, un poco ingenua, refleja la opulencia de la Villa Imperial, no resistimos a la tentación de tomar algunos pasajes :

« Habiendo acudido a persuasiones de estos caballeros criollos —dice el cronista potosino—, el Presidente de la Real Audiencia de Chuquisaca, con la mayor parte de la nobleza ciudadana y de toda la de los contornos de Potosí, comenzaron estos regocijos por junio : hubo seis días de comedias, ocho de toros, tres de saraos, dos de torneos y otras célebres fiestas ; asimismo seis noches de máscaras, con variedad de representaciones, en las que los famosos potosinos salieron en ellas con exorbitantes gastos y lucimiento, que admiraron las galas, joyas y pedrería con que cubrieron sus personas y también sus caballos. Eligieron para mantenedor del juego de sortija a don Francisco Nicolás de Arzanz Dalifer y Toledo, de la Orden de Calatrava, natural de Potosí, de edad de veinte años, hijo de don Fernando de Arzanz, descendiente del gran duque de Alba, hombre muy poderoso y rico. » Añade más adelante, después de describir la plaza de la sortija : « Venía don Francisco en un poderoso caballo chileno, armado de finas armas, y sobre ellas un precioso vestido bordado en damasco azul, sembrado de muchos diamantes, esmeraldas y rubíes ; en su cabeza un fino casco y en él muchas plumas azules, verdes y encarnadas, que salían de unos troncos de oro fino ; en la mano diestra una lanza, y en la siniestra un escudo, donde estaban pintadas sus armas, sembradas en ellas muchas piedras preciosas ; estaba también un lucero de diamantes, con los rayos que llegaban a sus armas, y abajo esta letra : « Desde el alba vine aquí ». El hábito de su profesión estaba hecho de muy finos rubíes ; la silla era de filigrana de oro, y lo mismo los estribos ; los penachos del caballo, de plumas verdes, encarnadas y azules, las crines y cola de lazos de perlas y muy vistosas cintas. Los cuarenta mancebos venían vestidos todos con coletos de finos antes, bordados de oro y aljófar, sombreros de oro con cintillos de oro y diamantes, plumas encarnadas y azules. » Continúa Martínez y Vela describiendo el traje y las armas de Nicolás Esteban de Luna, cuyo escudo de armas rezaba : « No la eclipsará el sol », luego a Nicolás Saulo Ponce de León, descendiente de los duques de Ar-

cos, a Eugenio Narváez, a Nicolás de la Llana, a don Severino Colón, biznieto del descubridor don Cristóbal Colón, y a otros muchos mancebos que parecen escapados del jardín de *Las mil y una noches,* o de las páginas de Walter Scott para intervenir en un torneo de Potosí. Pero lo que el comedido cronista no menciona, lo que ningún historiador se atrevía a describir, es la roña bestial de los hombres sometidos al servicio gratuito de las minas, para fomentar la fantástica petulancia de los ricos.

Sobre la mita que descuajó de los campos a millares de campesinos jóvenes, dice don Gabriel René Moreno, el admirable historiador boliviano: « Los desgraciados indios arrancados y arrastrados por la mita, se despedían para siempre de sus ayllus, porque perecían en las minas o quedaban inutilizados en la violenta faena... Sólo Potosí empleaba anualmente en la mita 80.000 mitayos. De 5.000 que entraban a los socavones de Potosí, apenas salían 400 por término medio. » « El trabajo de la mita —según otro historiador— abarcaba 36 horas seguidas. El mitayo ganaba dos pesos y medio semanales, o sea 4 reales diarios; había otros que ganaban menos. » En una palabra: que uno solo de los diamantes engarzados en el escudo de los funambulescos mancebos ricos, tenía un precio equivalente a cinco años de jornales de cualquier mitayo. Añádase a esto que el jornal muchas veces no se pagaba como era debido.

Pero no recarguemos los tonos. Jamás se ha visto, aun en los pueblos bestializados por el más tiránico imperialismo, una situación tan tremenda como la que reinó en Potosí. Toda su grandeza material, toda su obra de construcción y arte, naufragan ante el hecho inconcuso de la muerte de millones de hombres, cuya sangre pesaba otro tanto que la plata extraída de las cavernas del subsuelo.

Y hoy, cuatro siglos después del descubrimiento del fabuloso Potosí, como resto inerme, espectral, de tanta grandeza, se alzan las ruinas del cerro agusanado por la angurria, y a sus pies la ciudad fuerte y proletaria, donde el mitayo ya no existe, sino el obrero organizado que conoce sus derechos.

Pongamos punto final. Potosí tiene una historia fantástica. Sobre ella puede grabarse como en un pórtico, ganado por las grietas y la hiedra, la frase del Eclesiastés: *Vanitas vanitatum et omnia vanitas.*

Ser y estar de Puerto Rico

POR MARIA TERESA BABIN

La presencia física y espiritual de Puerto Rico en el Mar Caribe desde tiempos ignotos, su vinculación a España y los pueblos hermanos de la América que habla en español y siente en español, y su relación histórico-política con los Estados Unidos desde el 1898 son los tres puntos cardinales que deben examinarse al ubicar a Puerto Rico en el mapa cultural de América. El cuarto sería la existencia de la Isla en sí, su propia realidad nacional separadamente, viéndola en su ser intrínseco. El factor *substancial* de mejoramiento material, de crecimiento cuantitativo, de « cosas », y el factor *esencial* de valores humanos, intelectuales y espirituales, constituyen el reverso y anverso de esa realidad en su expresión total.

I

Puerto Rico en el mapa cultural de América antes del descubrimiento es el primer tema que lanzamos al aire. Al buscar las raíces de nuestra cultura es imprescindible reconocer la existencia de los indios borincanos y del sedimento que legaron a la estructura del pueblo portorriqueño. Abbad y Lasierra se lamentaba en el siglo XVIII de que a los primeros españoles que vinieron a Puerto Rico les faltase tiempo e instrucción para « dejarnos noticias circunstanciadas del retrato de sus almas ». Varios portorriqueños se han preocupado por hallar testimonios relativos a su vida y sus costumbres. Lo primero que debe interesarnos es el hecho de que los indios aruacos pertenecían a una familia extendida por otras islas antillanas. En su lenguaje, sus costumbres y su conducta se expresaban aquí, en esta realidad antillana, con recursos de *ser* y de *existir* idénticos a los de sus iguales en Santo Domingo y Cuba, por ejemplo. Pertenecían ya, como entidad humana a la par que geográfica, a un mundo ideológico que trascendía las fronteras naturales del mar que nos rodea.

Navarro Tomás opina que la lengua taína se extinguiría hacia el 1550 tanto en Puerto Rico como en Santo Domingo, pero advierte la posibilidad de que en Puerto Rico, por el aislamiento de ciertas zonas montañosas y acaso por la mayor densidad de la población, hubiera núcleos de familias indígenas que mantuvieron la conciencia de su origen hasta fines del siglo XVIII. En la lengua se filtran los más depurados sedimentos culturales. Al decir nosotros tabonuco, batey, Jájome, Guajataca, Coamo, pajuil, bohío, Tayaboa, achote o bejuco, se remueven y se afianzan en nuestra lengua, con carácter físico y afectivo, las lejanas raíces soterradas, y se establece el entronque sutil de la lengua española que tanto amamos y cuidamos con la lengua vernácula de los primeros borincuas. Esas palabras cobran en nuestros labios un valor imperecedero de algo que está presente en nuestro carácter : ingrediente muy misterioso y fecundo de nuestra personalidad.

Este sentimiento ancestral precolombino puede trazarse a través del batey y

del güiro, de la yerba bruja, de las plumas de colibrí, del condimento con que sazonamos los platos criollos, del casabe, de Luquillo, del temible Huracán que nos persigue a través de los siglos, y del Cemí dormido que nos protege contra todo mal, al cual le pedimos en la soledad, como lo hacían los indios de este suelo, « el agua, el sol, o el pan, o la victoria contra todos sus enemigos y todo lo que desean ». Este caudal es una riqueza hereditaria, no tanto por su presencia cuantitativa o exterior sino por suscitar y evocar asociaciones que nutren la imaginación y la fantasía, fecundando el arte de vivir y de crear en esta tierra, dándonos imperceptiblemente el hilo inquebrantable que nos une telúricamente con la América múltiple anterior al descubrimiento.

II

Puerto Rico en el mapa cultural de América desde el descubrimiento hasta el 98 es el segundo paso que nos incita a pensar. Si en la etapa precolombina el indio aborigen está vinculado a la zona antillana del Caribe, la llegada a estas playas de los peninsulares sitúa a la Isla en la familia hispánica de procedencias múltiples que se riega y se multiplica por el Nuevo Mundo. Se acelera entonces la rica amalgama de nuestra estirpe con la mezcla diversa de los seres procedentes de regiones africanas, los cuales llegan a esta tierra tan cerca en el tiempo a la fecha en que Ponce de León hace la conquista, que puede considerarse una veta paralela a la española. En esos tres siglos del XVI al XIX hay que hurgar la respuesta a qué somos y qué queremos ser. Puerto Rico le ofrece al estudioso un caudal riquísimo de sorpresas: esto no se improvisó en el 98, y mucho menos empezó hace veinte años. No somos tan nuevecitos ni tenemos los dientes de leche: somos un pueblo con historia, y a ella hay que remitirse para saber qué vamos a hacer para seguir los rumbos hacia el futuro. No obstante todo lo que se ha cantaleteado para hacernos despreciar ese pasado, empequeñeciéndolo al señalar su pobreza, hay que recalar hondo para tener sentido de nuestro *ser* y de nuestro *estar* en el mapa cultural de América. Basta señalar en este instante un hecho: los documentos sobre la esclavitud en Puerto Rico y en toda la zona del Caribe constituyen un conjunto honroso de ensayos de carácter ético-social y encierran la ideología de nuestros pensadores de entonces sobre la dignidad del hombre.

Desde los finales del siglo XVII hasta casi cerrarse el siglo XIX se luchó abiertamente por hacer desaparecer el estigma de la esclavitud en la isla. La guerra civil en los Estados Unidos se prolonga del 1861 al 1865. Todavía hoy esa guerra continúa con nuevas y abiertas heridas de sangre, dándonos un espectáculo tenebroso de la barbarie en plena civilización, achicando el concepto de la vida y de la libertad del hombre y avergonzándonos en la intimidad de nuestra conciencia. En Puerto Rico cada año se fueron superando pacíficamente las cláusulas libertarias iniciadas desde el 1664, las cuales culminaron en la abolición total el 22 de marzo del 1873. Aunque en Cuba no se abolió la esclavitud hasta el 1880, Pedro Henríquez Ureña recalca el hecho de que « en todos los casos, la América española independiente se anticipó a los Estados Unidos ». En Cuba, por no gozar entonces de la ansiada independencia, al igual que en Puerto Rico, la lucha por la libertad aparejaba la emancipación del esclavo con la de la patria. Por ello cobra tanto significado el análisis de la relación entre el sentimiento político y el sentimiento de igualdad exaltado por los defensores de la abolición de la esclavitud en los anales de nuestra historia cultural. Si algo nos separa hoy y nos separará siempre radicalmente de los Estados Unidos de Norteamérica es el prejuicio racial allí existente y la infame persecución contra los americanos de la raza de color en el sur de ese país.

Otra de las aristas más punzantes de nuestra realidad en el mapa cultural americano tiene su punto de arranque en el hecho de que a esta tierra se acogieron en diferentes períodos del siglo XVIII y XIX inmigrantes de Haití, Santo Domingo, de las Islas Canarias y de Venezuela, además de familias procedentes de Irlanda, Alemania y Francia. Los expatriados venezolanos arribaron en busca de asilo en

la Isla hacia el 1821. Varios portorriqueños tenemos bisabuelos y abuelos venezolanos, franceses, alemanes, irlandeses, canarios y de otras procedencias. Los hijos de las familias adineradas de Puerto Rico acostumbraban a educarse en el siglo XIX en Barcelona, Madrid, Santiago de Compostela, Salamanca, Sevilla o Granada, o si en vez de irse a España permanecían en América, se trasladaban a Santo Domingo, México, Caracas o La Habana, donde existían facilidades educativas antes de que las hubiera en Puerto Rico.

Desde el siglo XVII, pues, existían vínculos estrechos entre el mundo particular de esta tierra y los países hispanoamericanos. Los intelectuales portorriqueños ayudaron a estimular inquietudes literarias, pedagógicas, sociales y filosóficas en Santo Domingo, en México, en Chile, en la Argentina, en Venezuela, las cuales germinaron al reclamar estos pueblos el derecho a la libertad. Nuestros compatriotas han figurado prominentemente en todas las esferas de la actividad humana fuera de su tierra natal en calidad de sacerdotes, gobernadores, teólogos, catedráticos, políticos, bibliófilos, coleccionistas e investigadores en las diversas ciencias. Su labor constituye uno de los capítulos más brillantes de la presencia del portorriqueño en el mapa cultural de América y del mundo.

Cada nueva generación de criollos ha ido ahondando más y más en el afecto y el amor a la madre tierra, alejándose en el tiempo de las fuentes genésicas hasta llegar a apagarse en la mayoría de los habitantes del país el destello lejano de su origen. Hay indicios infalibles del entronque del ser humano de nuestra tierra con sus progenitores, pero esos indicios están traducidos en una realidad boricua, suma máxima de las características físicas y espirituales de los portorriqueños. Desde hace un siglo la voluntad del hombre culto por identificarse con el jíbaro —« la realidad del jíbaro está en nosotros mismos », ha dicho Miguel Meléndez Muñoz—, es el índice más hondo del dramático forcejeo por salvar la esencia de la nacionalidad hacia nuevos horizontes. La poesía, depositaria de lo mejor de esa voluntad, recoge modalidades y matices múltiples del drama. Los poetas Julia de Burgos, Corretjer, Hernández Vargas, Hernández Aquino, entre otros —al igual que lo habían hecho antes con otra voz lírica Virgilio Dávila o Lloréns Torres—, se anegan en este sentimiento en que se acoplan armoniosamente el patriotismo, la pasión amorosa, y la embriaguez sensual del paisaje con las remotas raíces legendarias e históricas de la Isla.

III

Puerto Rico en el mapa cultural de América desde el 98 hasta ahora es tema punzado de aristas. José de Diego hizo un resumen del caos creado en Puerto Rico con el cambio de soberanía que todavía resiste la prueba de la realidad actual:

« Ocurrió en Puerto Rico cuando el estímulo de nuestra rebeldía estaba atenuado por el respeto a la nación de nuestros progenitores, por la comunidad de origen, de lenguaje, de religión, por toda la complejidad de elementos étnicos, sociales, políticos, que nos unían a España... Después, al flotar sobre nuestros castillos otra bandera ilustre en los fastos de la libertad de América, el deslumbramiento, el estupor, el silencio: más tarde, la reintegración de nuestro anhelo nacional; ahora, el resurgimiento, la propaganda evangélica, el ideal que enfervoriza y deslumbra, y expande por la Isla y por el mundo el espíritu latente y palpitante, ahogado y angustioso, de la nacionalidad portorriqueña » (1).

En la poesía del gran aguadillano se refleja el espíritu misionero que se impuso para defender y salvar los valores históricos. El simbolismo adherido a la bandera, al himno y al escudo de Puerto Rico era para él esencia de nacionalidad. Identificaba el « Cordero Santo » de nuestro escudo con « la redención y la patria ». La terrible verdad del momento que le tocó interpretar para su pueblo se le transmutó en poesía, hallando en la voz « Tierra » y la voz « Libertad », (escrita en inglés, « Liberty »), la ecuación perfecta para definir la realidad y el sueño de una

(1) Véase : M.T. Babín : « Genio y Figura de José de Diego », en *Artes y Letras*, octubre 1957, N° 10, San Juan, P.R.

patria. « Tierra » —nos dice el eco de su verbo —es el « primer grandioso grito de la aparición de América », y « Liberty », « el primer grandioso grito de la libertad de América ».

Para mí la dimensión más inquietante del traslado de Puerto Rico en el 98 es la del idioma. La imagen descrita por Alfonso Reyes del « príncipe desposeído que vivió algún tiempo bajo los árboles, nutriéndose con sus frutos y componiendo canciones para solazar su destierro », reaparece cada vez que un poeta de nuestras tierras conmueve el silencio secular del hombre del Nuevo Mundo. En Puerto Rico la voz empezó a oírse desde los albores del siglo XIX, buscando la igualdad y la justicia en la libertad del esclavo tanto como en la libertad del esclavista, y sigue diciendo su canción al trasponer el umbral de la guerra hispanoamericana. Pero la imagen del príncipe azteca de aquel ayer remoto adquiere en la Isla borincana un perfil doblemente patético. En 1898, cuando apenas había empezado a ilusionarse con la posesión de su « yo » íntimo e inviolable, le despojan de nuevo de todo su caudal y padece un abandono cruel y despiadado. Las palabras de Gabriela Mistral en 1945 resuenan en el oído portorriqueño a cosa sabida y sufrida :

« El habla es la segunda posesión nuestra, después del alma, y tal vez no tengamos ninguna otra posesión en este mundo... »

Al meditar en estas cosas y hurgar en las aristas múltiples de la vida portorriqueña del presente, el dilema de *estar* bajo la influencia económica, política y cultural de los norteamericanos perturba subjetivamente. La incertidumbre en cuanto a poder mantener la personalidad de su cultura autóctona ilesa de los estragos a que tal relación la somete, es una espina clavada en el corazón de nuestro pueblo.

Puerto Rico es uno de los países del mundo donde el sentido de la cultura y la libertad siempre ha sido uno e indivisible. La significación ética de esta posición hostosiana es de tremenda trascendencia ideológica y augura el papel esencial que un país pequeño como Puerto Rico puede desempeñar dentro de la zona del Caribe en relación con los otros países de la América Latina. Puerto Rico se ha identificado siempre con gobiernos democráticos y ha repudiado las dictaduras en el mundo entero. En este aspecto varios discursos de Luis Muñoz Marín y de otros líderes políticos resplandecen por su clara y precisa exposición de ideales de igualdad humana, de respeto a la libertad, y de idealismo fraternal. En la brega corriente y moliente de la vida diaria, la democracia es un hecho comprobado de la comunidad portorriqueña. El prominente intelectual venezolano Mariano Picón Salas hizo la *Apología de la pequeña nación* el año 1946, diciendo entre otras cosas llenas de generosa y gentil amistad :

« Volver románticamente al 98 español sería tan absurdo como pensar que nada existió y nada tenía importancia antes del 98. Los portorriqueños son todos esos impactos, esos choques, y, por último, esa adaptación consciente, limpiamente traducida, de todas las experiencias que ha recibido Puerto Rico : su vieja cultura española y su nueva tecnología norteamericana y también ese « más allá », ese « querer más » que es el ímpetu vital de los pueblos. Si no podemos rehacer la Historia ni rehusar lo que estuvo antes de nosotros, sí es posible —en cambio— con nuestra conciencia y nuestra voluntad, poner proa hacia el futuro. Por eso en la labor de los grandes hombres, exploradores del tiempo histórico, hay tanto de futuro ; hay ideas que esperan nueva germinación ; hay planes que no se cumplieron, hay el campo y el marco señalado para una tarea que corresponde a los pósteros. En América, Bolívar todavía es futuro, como Hostos y Martí lo son.

« Y Puerto Rico tiene que hablar a la América entera. Superando aquel insularismo que analizó tan bien Pedreira, Puerto Rico está en el cruce e intimidad de más de veinte naciones que desean escucharlo. Y esta experiencia humana que aquí se cumple no puede sernos indiferente a quienes, sin haber nacido en la isla, la sentimos en la fraternidad del idioma y de la empresa común » (2).

---

(2) Mariano Picón Salas : *Apología de la pequeña nación*. Universidad de Puerto Rico, 1946, pp. 34-37.

Varios países del mundo iberoamericano tienen en algún rincón de su historia humana y política estrechos vínculos con nuestra tierra : o conocieron y recibieron la generosa ayuda de un Eugenio María de Hostos a su crecimiento educativo, su ideología social o sus principios éticos de gobierno en el siglo XIX, o convivieron con poetas y prosistas borincanos como Ayerra y Santa María en el México colonial, o Nemesio Canales en el siglo XX, o fecundaron su vida intelectual con la presencia de portorriqueños del calibre de una Lola Rodríguez de Tió en la etapa transitoria de fines de siglo y principios del veinte, o recibieron el holocausto de sangre aportado por héroes del temple de Rius Rivera, Valero, Wenceslao y Pachín Marín en las guerras de independencia.

Sobre el sentimiento antillanista del portorriqueño podría meditarse largo rato. Desde el sueño de solidaridad antillana que data de los tiempos finiseculares del diecinueve, apoyado en las prédicas de un Hostos y un De Diego entre otras voces misioneras, hasta los hermosos poemas de Luis Lloréns Torres y Luis Palés Matos, Puerto Rico puede ofrecerle al mundo testimonio egregio del fervor de nuestra tierra por la hermandad del Caribe. Lloréns Torres celebra en su himno de amor « La Canción de las Antillas », la epopeya histórica, el pasado indígena, la riqueza de las tierras, su fecundidad y su hermosura. Luis Palés Matos llega a la exaltación de los impulsos y los sueños que unen a estas tierras en la « Canción Festiva para ser llorada » y « Mulata Antillana », cúspide del tema afroantillano de *Tun Tun de Pasa y Grifería* :

¡Antillas, mis Antillas!
Sobre el mar de Colón aupadas todas
sobre el Caribe mar, todas unidas,
soñando y padeciendo y forcejeando
contra pestes, ciclones y codicias,
y muriéndose un poco por la noche
y otra vez, a la aurora, redivivas,
porque eres tú, mulata de los trópicos,
la libertad cantando en mis Antillas.

Las raíces portorriqueñas están en Puerto Rico mismo y van de viaje con nosotros. Ni España, con todo lo que trajo y dejó en la tierra borincana, ni ningún país o grupo de gentes que haya contribuído a su historia, tiene la clave misteriosa de lo que somos. Eso está adentro, reside en el silencio de la intimidad de cada cual, y se renueva sin cambiar cada día. Somos criollos del Caribe, y no españoles ; somos portorriqueños y no otra cosa. Margot Arce, en un bello ensayo lírico, ha interpretado con suma delicadeza y emoción el sentimiento boricua ante lo español perdurable, diciendo entre otras cosas :

« Entre estas gentes me hallo ; cobro conciencia de mis raíces. Son mis gentes ; tan mías como mis generosos jíbaros del centro de la isla, como mis tiernos negros del litoral. Hablan mi mismo lenguaje ; aman lo que amo, creen en lo que creo. Jamás me siento extranjera ni excluída de su círculo : nos miramos y sabemos el lazo que nos une » (3).

Mi propia reflexión me ha llevado a comprobar con datos de la experiencia que en la zona sin fronteras de la humanidad plena los portorriqueños nos reconocemos idénticos a cualquier ser humano de cualquier parte del mundo. Podemos muy bien, por cierta flexibilidad que nos hace acogedores y dadivosos, conmovernos e identificarnos con un italiano o con un sueco si coincidimos en ideas y creencias fundamentales sobre la dignidad del ser. Reconocemos que este sentimiento no es privativo de España de ningún modo, aunque España lo haya vivido altamente.

Miles de estudiantes portorriqueños se educan en el presente en universidades españolas. Ha habido una intensa vuelta a España en los años recientes, unida en cierto modo a la búsqueda de vinculación afectiva e intelectual con gente de la gran familia de procedencia cultural hispana que nos lleva en América a buscar al iberoamericano con empeño. Pero las raíces están en casa, y Puerto Rico las tiene tan bien agarradas a su tierra y a su mar, tan bien agarradas, que no hay portorriqueño que no añore a su patria, ya esté en España o en la China. De paso por Italia, Francia y España, he sentido en mis adentros repercusiones afectivas que me

(3) Margot Arce : « Las Raíces », en *El Mundo*, 16 de junio, 1956 ; *La Torre*, año IV, N° 14, abril-junio 1956, p. 121.

han hecho meditar sobre mi tierra: son las raíces revueltas que me acompañan a todas partes, cosquilleando la sensibilidad y hurgando el recuerdo ancestral de la fuerza de la sangre. Una vez, al llegar a Castilla, me detuve a escribir las impresiones de un niño de Toledo que me tocó el alma, y al describir el viaje de Irún a Madrid con ribetes literarios afirmaba que « la más profunda de mis raíces boricuas está enlazada con mi lengua ».

Ya hemos hecho referencia al fervor del portorriqueño por las Antillas, fervor traducido en la expresión de su ideología social y política, y en la vinculación étnica y estética. Lo iberoamericano tiene otro gusto muy distinto a lo español o lo europeo en general. Ante esa realidad el portorriqueño se sorprende a sí mismo en el espejo, como quien dice, sobre todo cuando se encuentra con gente del Caribe y los países de la América del Sur o de cualquier tierra tropical del recinto americano. Del mundo pretérito predominantemente indio el portorriqueño siempre se ha sentido más alejado. Sus cimientos indígenas son débiles, pero toda tierra donde el negro y el blanco se hayan amalgamado para fecundar la raza « cósmica » se siente hermana de sangre nuestra, vibra al unísono con la entraña de nuestro boricuismo y se conmueve fraternalmente con nosotros. Es sumamente revelador que algunos poetas de Puerto Rico se hayan adentrado por los aledaños étnicos y antropológicos para recrear un pretérito taíno: nos hablan de La Escrita, piedra legendaria con inscripción india en Jayuya, o evocan el dios del bien —el antiguo Yukiyú que se aloja en los picachos de Luquillo, o se regodean en el pan de la tierra, el casabe ancestral de gusto añejo—, con una acometida de buena voluntad para acoplarse a esas raíces milenarias, muy anteriores a las españolas y africanas. Estamos soldando en esta forma el eslabón perdido de nuestro fundamental iberoamericanismo.

Puerto Rico en los Estados Unidos y Estados Unidos en la Isla es la historia de nuestra tierra desde el 1898 hasta ahora. Los estudios cada día más crecientes de los sociólogos y antropólogos de Puerto Rico y de los Estados Unidos dedicados a analizar las formas de vida y de cultura portorriqueñas afectadas por el país poderoso al cual está vinculada la Isla política y económicamente, pueden dilucidar algunas de las interrogaciones alrededor de este ángulo inquietante de nuestra realidad. Sobre la influencia de la tecnología americana en la industrialización de nuestra tierra y la multiplicidad de zonas íntimas de la personalidad nacional que ha sido invadida por el americano, tenemos a la mano pruebas obvias y claras en las costumbres, la manera de hablar y de actuar de muchos portorriqueños.

Puerto Rico ocupa en el presente un lugar muy especial en el mapa cultural de América, no sólo por ser un pueblo arraigado en la matriz hispano-antillana que le da un perfil propio a su conducta, sino por tener que habérselas día tras día con realidades que surgen de su vinculación a los Estados Unidos de América. Esos lazos van más allá de convenios económicos y diplomáticos, ya que el portorriqueño, además de ser un ciudadano de los Estados Unidos y compartir los deberes y las responsabilidades que implica esa situación jurídica, guarda fidelidad eterna a su patria de nacimiento, sintiéndola y amándola en la intimidad de su conciencia, llevándola consigo donde quiera que vaya, en una relación que trasciende las expresiones naturales del patriotismo y el amor a la tierra propia. ¿Qué fuerza telúrica nos impulsa a revivir a la Isla en ausencia, a tener de ella una visión edénica, y a afirmar la fe en sus raíces eternas?

Entre las voces españolas que han vibrado en el recinto de nuestra casa, la de Pedro Salinas ha dejado el encanto poético de su presencia cálida y humana en la lírica amorosa de *El Contemplado* y en la prosa. Su discurso del año 1944 —*Aprecio y Defensa del Lenguaje*— resulta a la distancia la síntesis de cuantas cosas se habían dicho y pensado en Puerto Rico desde que el inglés entró amenazante en nuestras playas con la invasión de las tropas americanas en 1898. Pero a la vez que Salinas hace un resumen quintaesenciado de una inquietud perturbadora en nuestra cultura, resulta un precursor de otras voces futuras que han de seguir re-

viviendo periódicamente el tema del lenguaje, suma máxima de la afirmación de Puerto Rico en el orbe de la cultura iberoamericana. Unase a esa arenga la palabra encendida de patriotismo mesurado y afectuoso de un hombre de nuestra propia tierra, metido hasta la nuez en la problemática de la existencia y la suerte del destino de su pueblo, en cuya conciencia y en cuyos hombros descansa la responsabilidad de interpretar y dirigir sus aspiraciones en gran medida, Luis Muñoz Marín, quien resucitó el tema del aprecio y defensa del lenguaje en el famoso discurso de Agapito ante la Asociación de Maestros el año 1953. Sus palabras provocaron punzantes y sazonados comentarios de Salvador Tió, Emilio S. Belaval, Rafael Rivera Otero, Enrique Laguerre y otros intelectuales: todos cerraron filas en contra y en pro del gobernador y de Agapito, pero de lo que no cabe la menor duda es de lo siguiente: Luis Muñoz Marín había conmovido hondamente una fibra sensible del alma de nuestra cultura íntima. Repito estas palabras que merecen reflexión:

« Y si desprecias tu lengua, ¿no te estás hasta cierto punto despreciando a ti mismo? Y si esa actitud se riega entre miles y miles, así inconscientemente como en el caso de Agapito, ¿de dónde va a sacar vigor de espíritu este pueblo para continuar contribuyéndose a sí mismo y contribuyéndole a Estados Unidos y a América, y al mundo occidental, una cultura respetable? » (4).

Puerto Rico ha llegado a estrechar su relación con los Estados Unidos a tal punto que sería aventurado insistir en separar los ingredientes aportados por los Estados Unidos a la vida de Puerto Rico de aquellos que la Isla ha conservado del pasado. El producto material y espiritual de tal fusión de influencias es tan portorriqueño como siempre, manteniendo el sello indiscutible y fiel de su idiosincrasia étnica y psicológica. Gabriela Mistral (5) había dicho noblemente en septiembre del 1932: « En unos años más, cuando esta generación de profesores y de escritores presente su hornada de logros, Puerto Rico dirá su palabra al Continente, que lo cree acabado por el sometimiento que no fue tal, sino cesión española »... Mi pregunta es la siguiente: ¿ha dicho Puerto Rico su palabra o no la ha dicho todavía? Conteste cada cual desde adentro de sí mismo.

Podríamos resumir estas reflexiones diciendo que Puerto Rico constituye una realidad única en el mapa de América por el destino histórico que ha tenido. El dramatismo de la vida portorriqueña desde el 1898 hasta ahora ha sido la pugna por no dejar morir ni su lengua, ni sus tradiciones, ni sus preciadas cualidades de pueblo antillano, arraigadas en el pasado indígena-hispano común a toda Hispanoamérica. Siendo nuestra isla la única tierra del Caribe vinculada políticamente a los Estados Unidos, es de suma importancia y de proporciones heroicas el esfuerzo de Puerto Rico por sobrevivir dentro de esa relación con una cultura extraña a su propia naturaleza, afirmando su idiosincrasia nacional en todo momento, sin perder jamás su carácter distintivo. La independencia cultural de Puerto Rico es un hecho consumado después de sesenta y cinco años de relación con los Estados Unidos, lo cual está estrechamente relacionado con la aportación de nuestra época al concepto de independencia: la liberación de necesidades materiales. Si desde el 1898 empezamos a vivir en Puerto Rico en forma tan radicalmente distinta a antes del 98, eso conlleva un reajuste de ideas a la realidad del país. Ya en tiempos de De Diego, la independencia que se buscaba era mucho más radical y difícil que la que se predicaba antes del 98. En el presente, la independencia de Puerto Rico quiere decir para mí una filosofía de vida, una estructura cultural, una supervivencia de valores imperecederos en la lengua, en el pensamiento y en la emoción como el fundamento de la soberanía política dentro de los postulados inviolables de la democracia.

(4) Luis Muñoz Marín : *La Personalidad puertorriqueña en el Estado Libre Asociado*. (Discurso en la Asamblea de Maestros, 29 de diciembre de 1953. Se conoce popularmente como el « discurso de Agapito ».)

(5) Gabriela Mistral : « Cómo ve Gabriela Mistral a Hostos », en *América y Hostos*, Ed. conmemorativa del Gobierno de Puerto Rico, Cultural S.A., Habana, 1939, pp. 41-45.

Relación íntima entre el oído y la fonación

POR FERNAND LOT

AL ENTRAR EN CASA del doctor Alfred Tomatis, podría uno creerse en cualquier anexo de una emisora de radio. Pasamos ante una serie de cabinas individuales tras de cuyos vidrios se ven gentes con casco, sentadas junto a magnetófonos, escuchando o hablando solas ante un micrófono...

La razón de todo esto es que aquí se estudian las relaciones entre *audición* y *fonación*. En este terreno, el doctor Tomatis ha puesto el dedo, valga la expresión, en algunos de esos « hechos de alto rendimiento » de que hablaba Henri Poincaré.

— Al principio, me dice el doctor, el azar...

— ¡Los juegos del azar y del genio! El azar sólo nos lleva lejos...

— Diga entonces del azar y de la inquietud.

Por lo que toca al azar inicial, he aquí los hechos : « antiguo » del Ejército del Aire, el doctor Tomatis hubo de ocuparse, en su calidad de otorrinolaringólogo, del personal que trabajaba en los bancos de pruebas, en medio de un terrible estrépito. En cuanto a la inquietud, su origen fue el deseo de descubrir las sorderas profesionales, cosa que no era fácil, ya que, por miedo a verse trasladados o retirados de su puesto, muchos empleados intentaban hacer trampas para zafarse del examen. En sentido inverso, se hacían también trampas cuando se trataba de candidatos a la concesión de pensiones, los cuales propendían a fingirse sordos cien por ciento...

Capítulo del libro A l'assaut des secrets de la vie, *editado por Flammarion (París, 1963).*

Las fallos de las grandes voces

Otro azar : hijo de cantante, el doctor Tomatis hubo de tratar a muchos profesionales del arte del canto que acudían a él para que pusiera remedio a diversos fallos de su voz. Examinó a algunos que cantaban falso a partir de una cierta altura del tono de voz. Se trataba seguramente de cuerdas distendidas que podían tenderse de nuevo : ello es posible gracias a drogas como la estricnina. Pero, después de aplicado el tratamiento, cuando la laringe había vuelto aparentemente a su estado normal, la cosa no marchaba mejor. Fue entonces cuando surgió la idea salvadora : la fonación no debía depender completamente de la laringe. El oído intervenía también por su parte. Y así iba a revelarse que los cantantes, víctimas de la fuerza de su propio órgano, podían sufrir las mismas lesiones que las personas que trabajaban en medio del ruido de una fábrica.

— El estudio de la intensidad emitida

por las grandes voces nos ha mostrado que en algunos individuos el desarrollo de su potencia sonora equivale a cien decibeles, e incluso a ciento diez o ciento veinte, a un metro de distancia. No era pues de extrañar que oídos sometidos a semejante intensidad pudieran presentar una lesión del tipo de sordera profesional. Vea usted estos gráficos... El audiograma de un cantante de gran potencia es comparable al de un individuo sometido durante el mismo tiempo al estrépito de un motor de aviación próximo...

Cabía, pues, preguntarse si las grandes voces, en los momentos de fallo, no eran víctimas de sí mismas, es decir, si su destrucción no estaba ligada a la pérdida de su potencial auditivo y, por consiguiente, a la pérdida de su potencial de control.

En general se es zurdo auditivamente

Por otra parte, el doctor Tomatis observó que un gran actor se ponía a tartamudear cuando se le tapaba el oído derecho. Esto es lo que le llevó a descubrir el hecho, tan importante, de la existencia en todo individuo de un *oído director,* correspondiente al *ojo director*. (En efecto, uno de nuestros ojos, generalmente el derecho, domina y dirige nuestra visión binocular.) Si se es visualmente zurdo, se es también al mismo tiempo zurdo auditivamente.

— Se *apunta* con un oído. Y los tartamudos son aquellos que han perdido su oído director. Trastornos como éstos se explican por el hecho de que ciertas fibras nerviosas conectadas unas con otras se cruzan, unas en la médula espinal, otras en el bulbo raquídeo, de modo que la vía sensitiva resulta en conjunto entrecruzada. Esta es la causa de que las ablaciones o las lesiones de un solo hemisferio produzcan una insensibilidad en el lado opuesto: es el caso de los hemipléjicos. Por lo que toca a las vías auditivas, el oído izquierdo proyecta sus impresiones sobre la parte derecha del cerebro. Ahora bien, la región motriz de la fonación se encuentra en la parte izquierda del cerebro, y entre una y otra parte se produce una transferencia, lo cual exige un cierto intervalo, breve sin duda, pero suficiente para provocar perturbaciones importantes, modificando el tiempo de control.

¿Y cómo se descubre la existencia de un oído director? Mediante un aparato fácil de construir, compuesto de un micrófono, un amplificador y un casco de escucha. El individuo observado canta ante el micrófono y se escucha en el casco. Se puede suprimir a voluntad el control de uno u otro oído gracias a un interruptor que pone fuera de circuito uno de los auriculares, mientras que el otro se mantiene paralelo a una resistencia de la misma impedancia que el auricular eliminado.

Se advierte entonces que, si el individuo observado puede controlarse con los dos auriculares, canta normalmente ; si se suprime el oído izquierdo (después de haber comprobado que el derecho es el director), no se produce prácticamente ningún cambio en la emisión vocal ; pero si el control se limita al oído izquierdo, se produce una modificación inmediata del ritmo, el cual disminuye de manera notable, al mismo tiempo que la voz cambia de timbre, se vuelve monótona, blanca, y pierde precisión.

— La modificación del ritmo melódico es un fenómeno por completo inconsciente, y el individuo observado debe hacer un gran esfuerzo para recuperar el retraso y cantar acompasadamente. La falta de precisión resulta también ser un fenómeno curioso. El control de la precisión depende del oído director y exige en éste unas características audiométricas precisas : la audición de los « músicos » (en el sentido más amplio del término, es decir, las personas que tienen la capacidad de oír y de reproducir con precisión) ofrece en todos un aspecto idéntico.

Si la curva del registro audiométrico se desarticula rompiéndose entre mil y dos mil períodos por segundo, el individuo oye con precisión, pero canta falso ; si la desarticulación se produce entre quinientos y mil períodos, es que el individuo ha perdido su oído musical de escucha, es decir, que oye difícilmente si otro cantante desafina ; en cambio, él mismo sigue cantando con precisión. Finalmente, si la desarticulación se extiende a toda la curva y si ésta ya no ofrece un límite de umbral

ascendente y se presenta en forma quebrada, con altibajos, el individuo examinado estará desprovisto de todo carácter de musicalidad : oirá y cantará falso.

Para provocar en forma experimental trastornos, mediante la perturbación de la audición directora, no es necesario recurrir al montaje electrónico de que antes hablábamos : basta con provocar durante unos minutos, mediante un ruido « blanco », un « deslumbramiento » auditivo.

— Normalmente, cuando se sumerge a una persona en un ruido lo suficientemente intenso, aparece un agujero en su audición a los cuatro mil períodos por segundo. Este agujero o ruptura puede ir aumentando. Se observa entonces que el individuo se vuelve incapaz de reproducir un sonido en la región sonora interesada. En otros términos, *la laringe sólo emite lo que se es capaz de oír*. Dicho sea de paso, esta comprobación proporciona un arma contra los simuladores : todo el que es capaz de emitir sonidos armónicos más allá de un determinado período, proclama al mismo tiempo que oye perfectamente los sonidos más allá de ese período.

Existe una audición racial

Si bien es cierto que un individuo deja de reproducir los sonidos que ya no oye, ello no quiere decir que reproduzca todos los que oye ; esto es lo que ha llevado al doctor Tomatis a estudiar lo que él llama « selección auditiva », es decir, la facultad que posee un oído de percibir una frecuencia dentro del espectro sonoro y de situar el sentido de la variación. En este caso, los procedimientos de investigación han consistido, bien en hacer pasar los sonidos de los tonos agudos hacia los graves preguntando al sujeto examinado a partir de qué instante cambia el sonido ; bien en enviar dos ruidos con un intervalo variable y a alturas diferentes ; bien en proporcionar al individuo, gracias a una serie de filtros, la posibilidad de regular a voluntad por sí mismo su modo de audición preferido. Esto ha llevado a resultados sorprendentes por su alcance teórico. Se ha demostrado que existe un oído perfectamente definido en los tenores, los barítonos y los bajos, lo que suscita toda una teoría de los registros. Por otra parte, existe una audición racial, observación de la que se derivan toda clase de consecuencias.

— Así, por ejemplo, los rusos tienen una selectividad muy extensa, con una afinidad mayor para los tonos graves. Su voz es amplia y cálida. Además, contrariamente a lo que les ocurre a los franceses y a los italianos, esta « banda auditiva » muy extensa permite a los rusos percibir todas las consonancias y, por lo tanto, registrarlas. Ya sabe usted la facilidad con que los rusos aprenden los idiomas extranjeros. Pues bien, este don de lenguas se lo deben a su gran permeabilidad auditiva ; es una cuestión de micrófono.

Este estudio de la selectividad da lugar a aplicaciones prácticas : recurriendo a filtros sonoros, es posible sensibilizar a un individuo, en cuatro meses, a tres o cuatro lenguas.

El sistema de filtros, inventado aquí y fértil en aplicaciones terapéuticas, ha recibido el nombre de « oído electrónico, de efecto, Tomatis ».

Muchos malos alumnos son niños que oyen mal

Estos nuevos conocimientos sobre el oído director y sobre la selectividad vienen a esclarecer un buen número de fenómenos que se dan en los niños. Hoy podemos comprender por qué los bebés repiten las sílabas : *papa, mama, pipi*, etc. Ello se debe a que sus oídos no están aún *lateralizados* ; utilizan el oído derecho y el izquierdo sin que aún haya predominio del derecho. Pueden también explicarse muchos casos de comportamiento anormal. ¿Un niño no muestra atención en clase? Quizá acaba de sufrir una reprimenda en su casa ; ha « cerrado » literalmente sus oídos mientras le reprendían... y los ha dejado cerrados. ¿Y ese otro niño que decididamente « no escucha »? Resulta que sus padres, que trabajan fuera, le dejan vivir con su abuelo. Ahora bien, al hablar con éste, su oído se anquilosa al centrar su objetivo auditivo en la voz del anciano. En clase, el niño se encuentra en presencia de una mujer cuya voz está dos octavas por encima de la de su abuelo

y, aunque no es sordo, no la oye. Por desgracia es de temer que acabe por adoptar reacciones somáticas de viejo con un nivel mental de joven ; con lo que corre el peligro de convertirse en un caracterial.

— Casos múltiples de retraso en los estudios tienen su origen en procesos de este tipo. Muchos malos alumnos son simplemente niños o muchachos que oyen mal. Y hay además el caso de los *disléxicos* (de los que en Francia existe un millón), esos niños que escriben invirtiendo las sílabas de las palabras que les dictan, poniendo por ejemplo *mirdor* en vez de *dormir* o *broli* en vez de *libro*. Se trata de un autocontrol defectuoso en su cibernética auditiva. A estos niños se les puede reeducar en tres semanas.

CIENCIA VIEJA

Uno de los reformadores más peligrosos de esta época fue el inglés John Brown, cuyo sistema, el brunomismo, *al decir de los críticos, causó muchos más muertos que la Revolución francesa y las guerras napoleónicas.*

Para Brown la vida no era un movimiento espontáneo, sino el resultado de estímulos continuos. La salud resulta de la excitabilidad normal de los órganos y de la cantidad conveniente de estímulos. Cualquier alteración o desvío de dichos excitantes y estímulos, constituye la enfermedad ; la cual puede ser esténica, *si la excitación predomina,* o asténica, *si se halla disminuída. El diagnóstico depende principalmente del pulso y la temperatura como en el sistema de Stahl.*

En el tratamiento de las enfermedades esténicas tales como la neumonía, el reumatismo, el sarampión, las viruelas, etc., empleaba la sangría, los purgantes y el frío ; en las asténicas, como la gota, la peste, empleaba las carnes variadas y bien aderezadas, las bebidas espirituosas, a causa del alcohol, el éter, el almizcle y sobre todo el opio.

Y como Brown era un asténico de acuerdo con su clasificación, jamás empezaba sus conferencias sino después de tomar cuarenta o cincuenta gotas de láudano en un vaso de aguardiente, dosis que solía repetir durante la lección, según el grado de su « astenia ».

(Dr. EMILIO ROBLEDO : La expedición botánica y la medicina en Colombia.)

Tartamudeo experimental

— En cuanto al tartamudeo, se trata de un defecto muy frecuente, ¿no es así?

— El tartamudeo existe en todas las regiones del mundo, con una frecuencia al parecer mayor en las naciones donde se hablan varias lenguas. Por ejemplo, Israel. Generalmente aparece entre tres y cinco años, con preponderancia en el sexo masculino.

— ¿Sus causas?

— Las teorías abundan y, como observa muy justamente Seeman, su multiplicidad es la mejor prueba de sus lagunas. Estas teorías van desde las que explican el defecto por causas puramente somáticas a las que lo explican por causas dinámicas o funcionales psicógenas o incluso moralizantes : tendencia a disimular la propia vida interior, neurosis del martirismo, conflicto entre la necesidad de darse a valer y el desaliento, miedo a traicionar los propios secretos, influencias del complejo de Edipo...

— Al parecer se ha observado que el hecho de ser zurdo desempeña aquí un papel importante.

— En efecto, los trastornos de la fonación son particularmente numerosos entre los zurdos, sin que por lo demás se trate siempre necesariamente de tartamudeo. Hoy se reconoce generalmente que a los zurdos no se les debe contrariar en ningún caso en la utilización de sus movimientos, so pena de que más o menos rápidamente aparezca, si no un tartamudeo, al menos una perturbación del habla.

Ahora bien, esas perturbaciones pueden producirse experimentalmente. Y es de citar aquí el caso de la obtención de « la voz retardada » conseguida por Bernard S. Lee, de los *Signal Corps Engineering Laboratories* de Nueva Jersey, por John W. Black, de la Universidad de Ohio, y por Azzo-Azzi, de la Universidad de Milán. Se utiliza un aparato grabador provisto de dos cabezas magnéticas que funcionan simultáneamente. La primera permite la grabación en hilo. La segunda es una cabeza lectora que puede desalojarse por una barra horizontal milimetrada. Esta barra permite apreciar inmediatamente el alejamiento entre las dos cabezas y,

de este modo, el retraso obtenido, que varía desde medio segundo a una décima de segundo. El individuo se coloca ante un micrófono ; un casco de escucha le devuelve su voz. Cuando las dos cabezas magnéticas están la una junto a la otra, no se percibe ningún retraso. Después, a voluntad del operador, el intervalo es mayor progresivamente a medida que la distancia entre las dos cabezas magnéticas aumenta. Una primera perturbación se produce : la disminución del ritmo. Después, cuando el individuo, al leer un texto, parece que quiere luchar contra la lentitud considerable de su elocución, rápidamente se registra un tropiezo, luego otro, y pronto, si continúa la prueba, surge un tartamudeo invencible.

El mismo doctor Tomatis se ha sometido a esta experiencia.

— El malestar que sentí, a pesar de todos mis esfuerzos para no sucumbir a él, fue tal, que después de la prueba seguí tropezando con las palabras durante casi veinticuatro horas. Todo parecía indicar que subsistía un fenómeno de remanencia. De este modo obtenía una prueba del valor primordial del control cerebral sobre el modo de elocución y de la importancia de las perturbaciones, no sólo con respecto a la fonación, sino también en relación con el psiquismo, aun siendo la perturbación *mínima*. Hay que recalcar el hecho de que una causa tan pequeña pueda producir trastornos tan importantes...

Establecido esto, el doctor Tomatis se preguntó si no existía la posibilidad de individualizar un trastorno auricular capaz de exteriorizar un fenómeno idéntico al obtenido en esta demostración del experimento del retraso. Si, según su hipótesis de trabajo, pudiese existir una anomalía, capaz de provocar un retraso auditivo de la palabra, del valor de una décima a una vigésima de segundo, como puede observarse en las perturbaciones ordinarias, esa anomalía se presentaría bajo la forma de una distorsión auditiva provocada, bien por un oído que oiría con cierto retraso, bien por una especie de « astigmatismo » auditivo.

El investigador procedió entonces a gran número de exámenes audiométricos sistemáticos de individuos que mostraban un tartamudeo más o menos importante. Y observó que los individuos que utilizan con preferencia la mano derecha oían peor con el oído derecho, mientras que los zurdos tenían una hipoacustia izquierda.

— Comprenda bien que se trataba de una diferencia mínima de acuidad entre los dos oídos, no apreciable al examen simple o superficial e ignorada por los mismos que la sufrían. ¿Podía esta anomalía tan ligera explicar suficientemente el retraso auditivo investigado?

La respuesta era : sí.

Siguieron otros muchos experimentos, en los que se eliminaba más o menos completamente el oído director, con intervalos sonoros cuidadosamente establecidos.

Detalle pintoresco : al no poder procurarse los aparatos de Lee, el doctor Tomatis recurrió, entre otras cosas, a un largo tubo de jardín, elevado a la dignidad de tubo acústico, a lo largo del cual se practicaron perforaciones laterales de manera que quedaran escalonados los tiempos de retraso deseados. Según los tiempos de latencia así creados, pudo obtenerse a voluntad, bien el *bradilálico tartajoso*, que habla lentamente buscando sus palabras con un ritmo impreciso, bien el tartamudo auténtico, bien finalmente el *bradilálico simple*, que se expresa con un ritmo disminuído, pero homogéneo, sin vacilación, matizando su palabra como si se oyese hablar en una gran sala con reverberación sonora.

— En todos los casos observados, se ha demostrado que una causa orgánica era capaz por sí sola de explicar el tartamudeo. Este se deriva del hecho de que la más pequeña disminución de la percepción en el oído director perturba el control cerebral de la fonación, que en tal caso cae bajo la dependencia del oído opuesto —el izquierdo, en el caso de alguien que no sea zurdo—. Ahora bien, como ya hemos dicho, la región motora de la fonación está situada en la parte derecha del cerebro, y, en virtud del entrecruzamiento de las fibras nerviosas, el oído izquierdo proyecta sus informaciones sobre la parte derecha del cerebro. El tiempo de transferencia de una región a otra del cerebro no es el mismo según que intervenga o no el oído director y, según su duración, pro-

voca esta o la otra perturbación del habla.

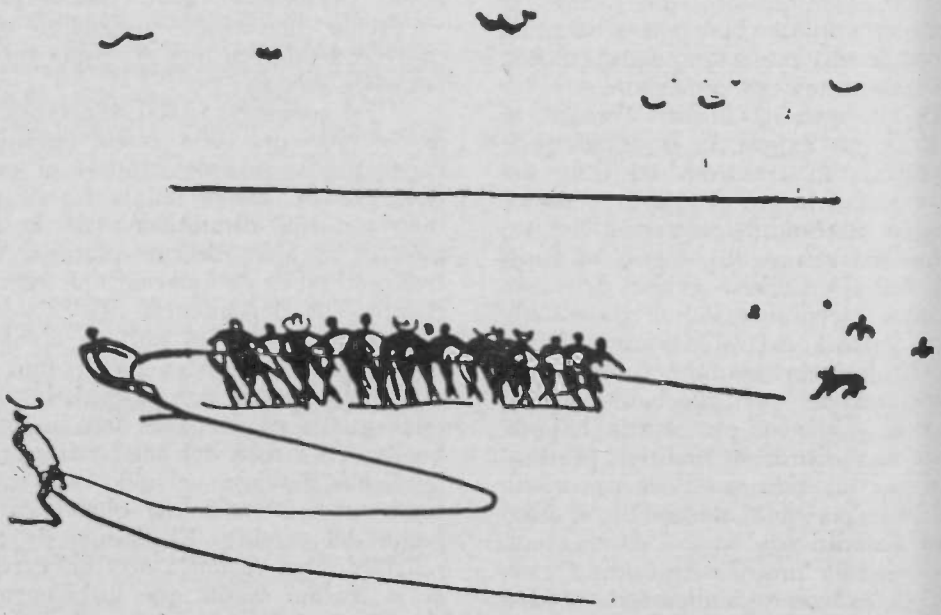
— Y el problema de los zurdos...

— En efecto, ¿por qué se origina ese circuito invertido (oído derecho-cerebro izquierdo-órganos de fonación) cuando se le impone al niño una reeducación gestual? Porque en esa edad el circuito oído interno-órganos de fonación es frágil, por lo que cabe admitir que, como consecuencia de esa reeducación gestual, se produzca una inversión total. De ahí la aparición del tiempo de latencia de la transferencia transcerebral, origen de las perturbaciones. Así se explica también por qué el tartamudeo aparece con la máxima frecuencia entre los tres y los cinco años, período durante el cual el circuito audición-fonación es aún muy precario y en que el niño padece frecuentes afecciones del oído. Se explica también, finalmente, por qué hay menos tartamudos entre las mujeres que entre los hombres, pero ello nos llevaría demasiado lejos.

— ¿Se derivan de estas nuevas ideas aplicaciones terapéuticas?

— Sí, sin duda, y este es seguramente el argumento más decisivo en favor de la teoría del origen auricular del tartamudeo. En efecto, se observa una disminución inmediata de las perturbaciones que le caracterizan en cuanto se restablece el circuito, cosa que se obtiene haciendo ligeramente hiperacústico el oído director, es decir, suprimiendo la transferencia entre los hemisferios cerebrales y eliminando así toda causa de retraso en el control de la palabra. La aplicación de esta prueba resulta a menudo espectacular, ya que no sólo la elocución recobra rápidamente su ritmo normal, sino que además desaparecen en unos instantes todos los signos conexos. Lo que más sorprende en este caso es el bienestar físico que experimenta inmediatamente el enfermo.

Exitos de este tipo tienen una gran importancia, ya que, además de ofrecer una verificación de la teoría, confirman el valor de la intervención terapéutica, la primera que hasta ahora haya demostrado su validez.



arte

Arte argentino actual

POR DAMIAN CARLOS BAYON

El Museo de Arte Moderno de París —cuyo director es nada menos que el gran crítico, escritor, hispanista Jean Cassou— acoge hoy una gran exposición de arte argentino cuyo único reproche sería el de resultar incompleta.

Curiosas, útiles estas manifestaciones que nos ponen de relieve, de pronto y en virtud de la lejanía, la obra de un grupo humano en un sitio y un lugar precisos. Si hay un arte contemporáneo que conozco a fondo es el argentino y eso sin ningún mérito personal, sino por simples circunstancias biográficas. Pues bien, después de todo lo que he meditado últimamente sobre el arte americano en general (1), y el argentino en particular, nunca había descubierto ciertas grandes líneas que hoy se me aclaran repentinamente gracias a la distancia que da París.

No obstante las violencias temáticas y de color de un Berni, de un Macció, de un Noé, a pesar de todo, puede decirse que la pintura argentina actual —en lo que aquí se nos muestra— tiene por denominador común cierta tristeza, un tono oscuro y una sobriedad y una discreción... excesivos para un país, por último, relativamente joven, constituído por el aluvión mismo de los inmigrantes y cuyo arte prehispánico poseía raíces de fuerza y de violencia indudables. Sospecho, sin embargo, que el freno ha venido de Buenos Aires, gran capital, centro de una inmensa pampa cuyo espíritu mismo parece ser la melancolía. Buenos Aires, irradiando sobre el resto del país, ha debido contagiar ese buen gusto tristón característico del arte argentino actual.

¿Cómo no perdernos en estas grandes salas si no las recorremos con un poco de método? Vayamos, pues, por partes y sigamos la corriente natural de la visita. De entrada un acierto: haber colocado las obras de Vitullo, ese gran escultor argentino que vivió y murió en París. La mejor de esas obras es una piedra tallada —un granito misterioso— que enigmáticamente reposa sobre sí misma con el peso de un emblema apretado de significación. En seguida del elogio, no obstante, un reproche mayor: Curatella Manes, el primero en orden cronológico de esos artistas argentinos de París, está aquí muy pobremente representado: una figura de bulto no muy expresiva y un relieve en el cual el espectador nunca descubriría al escultor del dinamismo, al que ensamblaba los metales pulidos para crear jaulas de aire capaces de aprisionar el espacio. Y ¿quién —un poco versado en arte argentino actual— no esperaría, a continuación de Vitullo y Curatella Manes, la obra de Alicia Penalba, Marino Di Teana y Libero Badii, tres escultores de primera fila en el panorama mundial de actualidad? Por cierto que no se trata de un olvido del co-

(1) D.C. Bayón : « Ensayo de caracterización de una plástica », *Diógenes*, nº 43.

mité encargado de seleccionar las obras. Razones ha habido —que no viene al caso mencionar— que han permitido que esto suceda. No deja de ser triste, por no decir imperdonable, que estos grandes artistas no figuren aquí para esclarecimiento del arte argentino.

Vayamos a la pintura de esta misma sala. Horacio Butler, un pintor de intimidad, fino (que habría que ver en una salita recogida), está representado por tres cuadros de pequeñas dimensiones sobre un muro entre dos ventanas en el que ni siquiera caben... Compañero de generación de Butler, Berni, figura con tres de sus obras actuales realizadas con materiales extrapictóricos: chapas viejas, piezas de máquinas, papeles, cartones que él contrasta con violentos efectos de color vivo que confieren al cuadro un sentido plástico y social de lo más atrevido.

Pero si hablo de Butler y Berni ¿cómo no denunciar rápido y en alta voz la carencia mayor de esta exposición, la ausencia incalificable de Emilio Pettoruti que durante años practicó un arte que podía ser impopular en su mismo rigor, pero que constituye una culminación dentro del arte argentino actual...? No sé de quién es la falta, prefiero no saberlo. Yo diría que el hecho mismo de no estar Pettoruti presidiendo esta exposición le quita lo principal de su significado.

Falta también la representación de Domingo Candia, ese gran pintor argentino que hace años vive aquí mismo en París, injustamente olvidado de sus propios compatriotas. ¿Era una exposición de jóvenes...? No debieron entonces ponerse artistas contemporáneos de los que acabo de citar. ¿Estaba abierta a todos...? La selección debió prescindir de algunos nombres, poco fogueados aún, y que bien pueden esperar unos años su entrada en esa notoriedad que sólo debe dar el trabajo talentoso.

Un argentino de fama mundial, Fontana, que era escultor y es un líder del *Espacialismo* figura aquí con dos telas acuchilladas de esas que practica con una insistencia descorazonadora. No es que no sean finas, sensibles. Una vez se podía intentar ese laceramiento de una tela cubierta de un color homogéneo, pero ¿qué decir de la centésima obra igual a sí misma...? A veces —lo sé— son los propios interesados los que pretenden elegir dentro de su obra. Y generalmente lo hacen mal. Para eso es imprescindible que un comité seleccionador vele por la calidad de lo expuesto. El criterio no puede ser el de tantos o cuantos nombres al azar, sino la serie significativa de obras que representen la mayor parte de las actitudes y tendencias.

Otro reproche aún: ¿por qué separar la obra de un mismo artista como se ha hecho con Del Prete, Seguí, Delfino, Noemí Gerstein? Justamente, quizá lo más hermoso y de lo más importante de esta exposición sea la obra de Juan Del Prete, ese precursor que desde hace años se ha anticipado a mucho de lo que hoy realiza la actual vanguardia. Pues bien, sus cuadros están en diferentes salas, cuando y donde el espectador desprevenido no se los espera.

Una mala sorpresa de esta sala son los cuadros recientes de Raquel Forner, la pintora que había llegado a poseer un estilo propio y cierta monumentalidad. Sus actuales obras, trabajadas con exceso, resultan frustradas desde lejos que es el punto de vista que ellas reclaman. Una buena sorpresa, en cambio, las esculturas de Naum Knop y de Silvio Giangrande, que a pesar de no ser muy originales parecen no obstante serias y con un decidido amor por las materias empleadas.

Siempre en la primera sala y entre pintores de más edad que ellos aparecen Sergio de Castro, Clorindo Testa, Carreño y Antonio Seguí. Si de Castro, por ejemplo, no sufre con la vecindad de Butler, los otros no parecen estar colocados en su justo lugar. Sergio de Castro revela su labor permanente, intencionada, que no busca impresionar al espectador, pero lo cautiva con la exactitud musical de su paleta. Con la aparente restricción de sus medios su obra respira intimidad y mesura.

Seguí, el combativo, tiene aquí dos grandes cuadros en que utiliza un color sordo de tierras y ocres rojizos que mezcla con *collages* que se funden en la tela y son su especialidad. La gama baja no debe engañar, su sitio no era este. Debía estar, más bien, con otros pintores de una ten-

dencia parecida a la suya. Con todo, resulta uno de los valores más firmes de toda la exposición, lo que ya los críticos internacionales notaron en la última Bienal de artistas menores de treinta y cinco años de la que ya me he ocupado desde estas mismas páginas (2).

Quedarían por mencionar en esta sala : Carreño, fino, bien pintado. La pequeña dimensión de sus telas parece no favorecerle esta vez. Tampoco Clorindo Testa, o quien eligió sus obras, estuvo feliz. Siempre hábil, siempre acertado, no obstante, la monocromía gris y blanca de sus actuales cuadros parece revelar la fatiga de un pintor de los más dotados y que quizá, por eso mismo, no sabe hacia dónde desembocar.

Decididamente las esculturas están puestas en esta exposición como « relleno » de las salas de pintura. En la sala grande un Kosice, un Delfino, un Noemí Gerstein. El Kosice, que es una semiesfera metálica que tiene en su interior una pequeña semiesfera de plexiglas —llena de agua— que gira, debiera estar con las otras obras del artista y al lado de las de la misma tendencia. Las obras de Delfino —el valor más interesante entre los escultores jóvenes que aquí se nos muestran— poseen formas dinámicas y están realizadas en chapas metálicas que el artista suelda entre sí. Se trata de superficies curvas que avanzan por el espacio y lo hienden agresivamente. Las esculturas de Noemí Gerstein son esta vez grandes curvas serpenteantes, realizadas con centenares de prismas cuadrangulares huecos, soldados entre sí. Resultan, por cierto, muy superiores a casi toda la obra anterior de la artista.

En el paso de una sala a otra —injusto destino de los dibujos y los grabados—, mal iluminados y en nada favorecidos, unos espléndidos grabados de Krasno, otro argentino de París. La selección en este tipo de técnicas nos parece de lo más arbitrario. Es cierto que hay algunos buenos grabados de López Anaya y algunos de Alfredo Bigatti, gran dibujante, pero esas obras ni siquiera los representan bien.

(2) D.C. Bayón : « La tercera Bienal de París », *Cuadernos*, nº 80.

Cuando volvemos a la pintura es para entrar en una sala que comparten Jonquières y Ocampo. En este caso la proximidad de ambos los favorece. Jonquières ha ido renunciando poco a poco a una voluntaria rigidez, a un color que quería siempre ser agresivo. La excelente técnica que posee desde hace años se despliega al fin. Pasada la anterior dureza todo se ve arrastrado ahora por un color que ondula y sugiere. Miguel Ocampo prosigue su línea enriqueciéndola, haciéndola afortunadamente cada vez más compleja, más rica. Sus cuadros, admirables remolinos de color atomizado, resultan verdaderas ventanas donde nos asomamos a las nebulosas de una imaginación especialmente sensible.

Varios artistas que tuvieron su momento culminante hace unos años aparecen aquí como fatigados, al menos temporalmente. Son ellos Sakai, Pucciarelli, Torres Agüero. Sakai no conserva sino su maestría para manejar la forma gracias a un pincel dócil habituado a la escritura oriental. Pero el color no es interesante y la materia de estos tres cuadros que aquí envía es —lo menos que puede decirse— convencional. Pucciarelli parece que buscara realizar una pintura agradable, sin más. Sus fondos blancos entonan con los negros y los tierras que sabe extender, rayar, barnizar..., pero todo nos deja una impresión de poca búsqueda en la interioridad del artista que es, en última instancia, la única válida. Torres Agüero que pinta ahora haciendo correr un hilo de pintura negra y era siempre refinado, parece que renunciara a esas dotes de pintor que tiene desde hace muchos años para caer apresuradamente en una figuración estilizada que no ha decantado aún bastante. Otra decepción es la de Víctor Chab con cuadros grandes, trabajados, nada más que correctos. No pretendo decir que el artista tiene que ser original a toda costa, pero hay demasiada de esta pintura en las galerías de todas las grandes ciudades del mundo para que nos llegue a parecer interesante. Como sé que en sus pinturas al pastel Chab era un verdadero artista, no desespero que un día vuelva a encontrar su vía y que no sea anodina como esta que ahora practica.

De los tres cuadros de Russo, dos, los paisajes, son hermosos y están bien pintados en esa gama exacerbada que hace pensar en los *fauves* y en una época de Matisse. En el que intenta la abstracción le ocurre un poco lo que a Raquel Forner : se siente perdido y no acierta tanto como en sus puertos, flameantes de color.

Conozco y aprecio la obra del joven pintor Benedit ; no creo, sin embargo, que estos cuadros lo representen bien. Pintura difícil de ver, que quiere vincularse a un espíritu americano antiguo, corre el riesgo de parecer agresiva o falsamente ingenua. Aprovecho para lamentarme de que si hubo sitio para Benedit no lo haya habido para su compañero García Uriburu, él también extremadamente joven, pero ya con una carrera y una serie de premios ganados con toda justicia. ¿Qué criterio misterioso ha presidido esta selección...? Si se llamó a algunos jóvenes : ¿cómo no se hizo figurar a Marta Minujín, una artista situada en el extremo del no-conformismo y siempre interesante en sus valientes invenciones plásticas? ¿Cómo, en fin, no haber invitado a Mariano Hernández, que acaba de exponer con buen éxito en una galería de París? ¿O a Raquel Rabinovich, que lo ha hecho en Buenos Aires? Creo tener una explicación : el que está fuera del país, en cierto modo, desaparece (demasiado lo sé por experiencia propia, aunque en el campo literario). Eso explicaría —pero no justificaría— otra gran injusticia : la ausencia de Fernández Muro —que ganó el Premio de la Exposición Iberoamericana de Madrid de este año— y de la no menos excelente pintora Sarah Grilo. Ambos están en los EE.UU. gozando de becas y teniendo un excelente éxito personal. Pero han desaparecido para la Argentina. Esa disculpa no opera en el caso de Alfredo Hlito, trabajador serio que todavía está en Buenos Aires sin seguir ninguna moda pasajera...

Vayamos ahora a otra sala. En ella las obras de dos artistas : Luis F. Noé y Rómulo Macció. El primero ha renunciado a sus arbitrarias colecciones de objetos para volver a pintar. Más luminosa que antes, su pintura se presenta sobre todo como el desafío de una *angry-generation* argentina. Y en un país tan reposado y medido no vienen mal las intemperancias, los gritos de color, la agresividad. El jurado del premio Di Tella debió pensar en eso al atribuirle el último Premio Nacional Di Tella. Y ya que estamos : ¿por qué no hacer figurar a otros invitados del Premio Di Tella como Polesello, Borda, Deira, De la Vega y Aizenberg? ¿Tienen o no tienen nivel? Si les invitan al premio más importante de la Argentina ¿por qué no les hacen participar entre cincuenta y seis artistas de los cuales al menos un tercio resulta discutible?

Macció, que es uno de los mejores gráficos del mundo en el momento actual, tampoco está muy bien representado en sus tres cuadros, pero ellos dan cierta idea de su talento. Parece influíble; el día que se decida a ser él tendremos uno de los mejores pintores de su generación. Por eso se le ve bien cerca de Ronaldo de Juan, que habiendo partido de una facilidad peligrosa ha renunciado —doble mérito— a todo halago, para realizar una pintura difícil, agresiva a veces, en que los efectos parecen logrados espontáneamente, pero —como en la buena prosa— son el resultado de una exigencia consecuente. Su gran cuadro lleno de color luminoso y explosivo es uno de los mayores aciertos de toda la exposición.

Pasemos ahora a la *capilla* oscura de los concretos. Triunfan Le Parc, el infalible y joven maestro que sigue creando máquinas maravillosas en que no se sabe qué admirar más, si el ingenio inventivo o la belleza de las imágenes logradas. En la línea de las transparencias que da el plexiglas : Marta Boto y Vardánega, esos ejemplares artistas que desde hace años y sin concesiones, siguen buscando su expresión. Es el momento de preguntarse también por qué no figuran en esta sección artistas como Iommi, Sobrino, Tomasello, reconocidos todos ya por un consenso internacional y que hubiera sido el momento de volver a colocar en el medio que les corresponde.

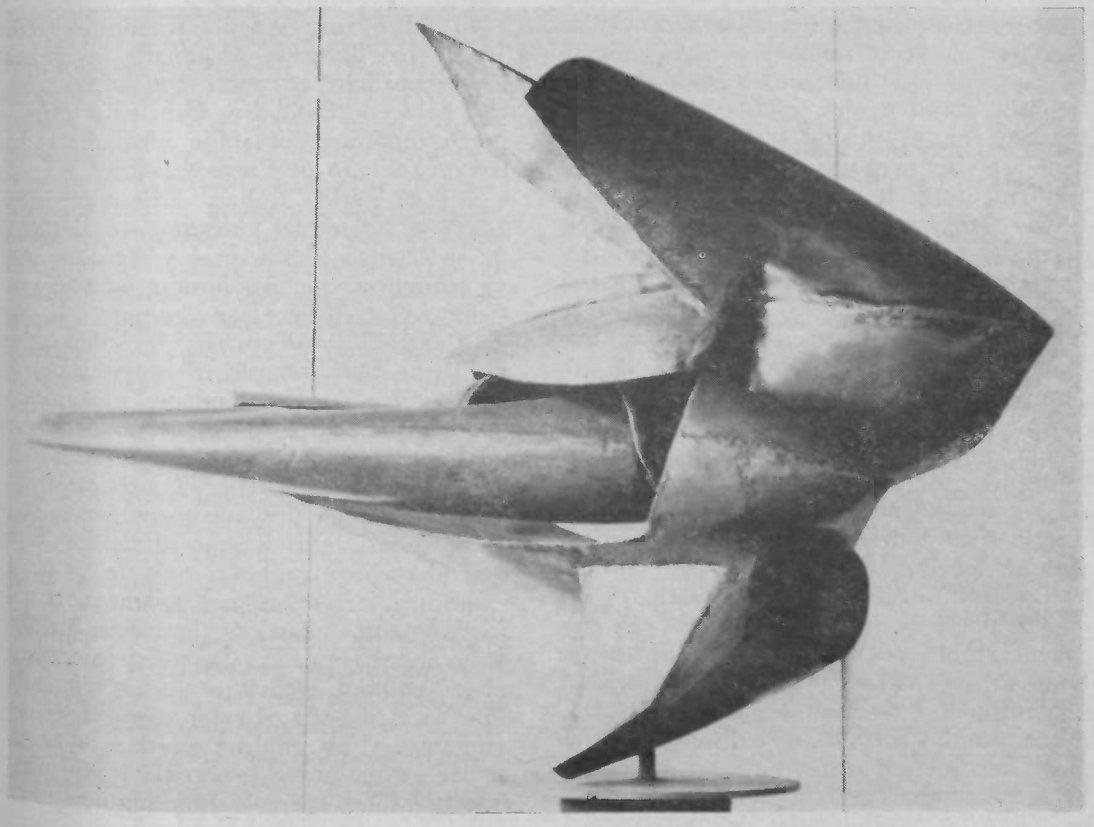
Quien me lee a menudo sabe que mi predilección no va al Surrealismo o movimientos limítrofes con él, pero, con todo, no puedo dejar de reconocer que aquí se lo ha ignorado abusivamente. Sólo apare-

cen unos cuadros de Marta Peluffo, por desgracia no de los mejores. Pero ¿qué decir de las ausencias de Batlle Planas, de Margot Portela, de Langlois? Otro olvido imperdonable: el de Leonidas Gambartes uno de los mejores artistas argentinos contemporáneos, que acaba de desaparecer. Y van cuántos y cuántos... sin contar los que se me quedarán en el tintero y a quienes anticipadamente pido disculpas.

En fin, puedo reclamar en los grabados muchas ausencias, la de Peyceré, que trabaja aquí en París, es una de las que más duele. Otro error: ¿por qué el pintor Basaldúa no figura? ¿Por qué fue él mismo jurado? Se equivoca: hay que reclamar su participación como la de los otros injustamente ausentes.

El lema de esta exposición podría ser el dicho aquel que reza cínicamente: *Ni son todos los que están, ni están todos los que son...* ¿Cómo poder decírselo al público ingenuo que vaya de buena fe a ver cómo es el arte argentino actual...?

ESCULTURA DE LEONARDO DELFINO



El movimiento en las artes del siglo XX

POR MARIA SCUDERI

HACE YA MÁS DE MEDIO SIGLO, —exactamente en 1901— que Croce se alzó contra lo que él llamaba « absurdas clasificaciones de las artes ». « La primera de las divisiones —dice— es la de las artes del oído, de la vista y de la fantasía, como si ojos, oídos y fantasía estuvieran en el mismo plano y pudieran deducirse de una misma lógica variable, fundamento de la división. » « Otros —continúa— han propuesto la ordenación en artes del *espacio* y artes del *tiempo,* artes del *reposo* y artes del *movimiento,* como si los conceptos de espacio, tiempo, reposo y movimiento determinasen especiales conformaciones estéticas y tuvieran algo de común con el arte como tales » (1).

Al presente se hace innecesaria tal refutación, pues las mismas artes, a través de múltiples metamorfosis, han confundido sus supuestas lindes, de tal forma que ni a simple vista podría sostenerse una clasificación semejante.

Las denominadas artes del espacio, es decir, las plásticas, han bregado cada vez con mayor ahinco por conquistar la dimensión temporal, por obtener un estado de permanente fluencia de una fase formal a otra, un constante y sorprendente devenir. ¿Ejemplos? Recordemos primeramente que el cubismo —a pesar de sus grandes avances— no agotó las posibilidades del espacio pictórico, pero que, casi simultáneamente, surgió un nuevo sentimiento espacial —el del espacio ligado al tiempo—, especialmente con las primeras acuarelas abstractas de Kandinsky y, posteriormente, con los discos de Delaunay.

El pintor ruso Wassily Kandinsky (1866-1944) creó obras en las cuales las formas abstractas parecen nacer con entera libertad, pero en realidad se someten a un puro juego dinámico, obtenido mediante el entrecruzamiento de líneas y colores.

Por su parte, Robert Delaunay (1885-1941) se liberó del cubismo —o al menos de su estricta ortodoxia— y creó una nueva tendencia, que Apollinaire bautizó « orfismo ». De él dice Jean Cassou : « La alegría extraña y deportiva, la voluntad de glorificar todo lo que es movimiento, de confundirse con este mismo movimiento, de determinarlo por una sucesión de choques, todos estos rasgos nos llevan a relacionar a Delaunay con la estética y aun con la ética de los futuristas. » « Pero —continúa— este lirismo dinámico va a desembarazarse cada vez más de los temas exteriores para expresarse solamente en puros elementos plásticos. Es decir, arribará el no-objetivismo. (...) Delaunay pronunciará la palabra esencial : la energía pura. Pues si el mundo es color, también es movimiento, y un análisis estático no puede satisfacer un ardor hecho para simpatizar con todas las fuerzas. Los ángulos de las primeras geometrías se redondean y giran.

(1) *Estética como ciencia de la expresión y lingüística general.* Trad. esp. Madrid, 1912.

Los discos desarrollan su obsesiva y vertiginosa multiplicación » (2).

Este pintor francés declaraba —como si su obra no fuera suficientemente explícita en ese sentido— que usaba el color en su ciencia giratoria : la forma surge del ritmo dinámico y circular del color. En cambio, en la pintura cubista, donde todos los contrarios se anulan, nos encontramos —según lo afirma, entre otros, Julien Alvard (3)— frente « a una belleza de armonías estabilizadas », contemplamos en él « una forma de eternidad ». Aunque —agregaré— algunos pintores cubistas se sintieron a menudo preocupados por la cinética y llegaron a concebir la forma como energía en curso de despliegue ; por ejemplo, Marcel Duchamp (n. 1887), quien expresó acabadamente tal preocupación en su famoso « Desnudo descendiendo una escalera » (1912), obra expuesta en el Armory Show de Nueva York (1913), y por la cual este pintor francés alcanzó inesperadamente su celebridad. Ahora bien, quizá sea más lógico denominar a esta pintura —como lo hace Jean Cassou— « cubista-futurista » y no solamente « cubista ». Pues fue el futurismo justamente el que se alzó contra toda apariencia de eternidad, contra toda pintura de estados estáticos. Este « ismo » intentó transcribir, en términos plásticos, la vehemencia del movimiento, valiéndose para ello de la geometrización de planos, la fragmentación de la luz y la simultaneidad de las imágenes.

Y fue tal la fiebre dinámica que se apoderó de los artistas futuristas que, en uno de sus muchos manifiestos (el redactado con motivo de la Exposición Futurista en París, Galerie Bernheim Jeune, febrero de 1912), declaran que no sólo quieren dar al espectador la sensación de movimiento, sino que pretenden, además, su participación en tal movimiento : « El deseo de intensificar la emoción estética, fundiendo de alguna manera la tela pintada con el alma del espectador, nos lleva —dicen— a declarar que éste *debe ser situado, a partir de ahora, en el centro del cuadro.* El espectador no asistirá, sino que participará en la acción (...). Las líneas-fuerzas —agregan— deben envolver y arrastrar al espectador, quien estará, en cierta forma, obligado a luchar, él también, con los personajes del cuadro. »

Para no dar sino un ejemplo de este « ismo », mencionaré sólo uno de sus más grandes creadores —el pintor y escultor italiano Umberto Boccioni (1882-1916)— quien —según Werner Hofmann— disolvía las masas en un torbellino de movimiento, queriendo « exaltar la escultura hasta el aéreo dinamismo de un sistema de gestos motores » (4). En 1913 presentó su escultura *Dinamismo del cuerpo humano,* una de las obras más originales de esta tendencia hacia la simultaneidad y el dinamismo, condiciones que —a juicio de Jean Cassou— vinculan a este artista con Bernini, que « había soñado —dice— doblegar la arquitectura y su decoración bajo una misma tempestad ».

Precisamente ¿cómo no mencionar al barroco cada vez que se aborde el tema del movimiento en las artes? ¿Y cómo, también, no remontarse retrospectivamente hasta el arte prehistórico, en el que se dan muestras de un dinamismo sorprendente, como en las animadas escenas de caza —por ejemplo, la pintada en la llamada Cueva de los Caballos, del barranco de Valltorta, en Castellón (España), donde un grupo de arqueros dispara sus flechas sobre una manada de ciervos? Sin embargo, no me detendré en ellos, pues es mi deseo circunscribirme a nuestro siglo.

Como un eco de las conferencias que Marinetti pronunció en Moscú y San Petersburgo, los pintores rusos Michel Larionov (n. 1881) y Nathalie Gontcharova crearon entre 1909 y 1910 sus primeros cuadros radialistas. Estas obras, formadas de estrías coloreadas, « anuncian —escribe Hofmann— la tendencia a la desmaterialización y a la transmutación de la masa en

(2) *Panorama des arts plastiques contemporains.* Librairie Gallimard, París, 1960.

(3) « L'espace cubiste », en *Art d'aujourd'hui* (Número especial dedicado al cubismo), serie 4, núm. 3-4, París, mayo-junio 1953.

(4) *Die Plastik des 20. Jahrhunderts.* Fischer Bücherei, Francfort, 1958. Trad. esp. : *La escultura del siglo XX.* Editorial Seix Barral, S.A., 1960.

energía ». También en ellos, por lo tanto, es clara la apetencia al movimiento, el deseo de trascender la esfera potencial y arribar al acto mismo.

Y continuando con esta brevísima y lógicamente incompleta historia del movimiento en las artes plásticas, cabe incluir en ella a los hermanos Gabo (Naum Pevsner, n. 1890) y Antonio Pevsner (n. 1886), ambos escultores, quienes declaraban en su *Manifiesto Realista,* también llamado *Constructivista,* redactado en Moscú (1920), los siguientes principios :

« 1° Para responder a la vida real, el arte debe basarse sobre dos elementos fundamentales : el espacio y el tiempo.

« 2° El volumen no es la única expresión espacial.

« 3° Los elementos cinéticos y dinámicos pueden permitir la expresión del tiempo real ; los ritmos estáticos no son suficientes. »

A estas declaraciones, agregaban : « ...En los ritmos dinámicos de nuestras obras, el tiempo interviene como factor de emoción. El tiempo es la sustancia ideal de nuestras construcciones, el campo mismo del movimiento de las figuras sucesivas de nuestras obras. Nosotros lo denominamos *cuarta dimensión.* » Citemos, como ejemplo, la obra de Pevsner « Construcción, superficie desarrollable » (1939, Colección Guggenheim), en la que el movimiento se manifiesta con una irresistible y sabia belleza.

Sólo al pasar mencionaremos al pintor checoeslovaco Frantisek Kupka (1871-1957), el nombre de cuyas obras es ya de por sí significativo como corroboración de que el problema cinético preocupó hondamente a su autor : « Alrededor de un punto », « Los discos », « Agitación violeta », etc. Y entre los artistas de las últimas generaciones, podríamos citar al pintor italiano Emilio Scanavino, cuyas creaciones se caracterizan por una frecuente asimetría. Sus figuras —según Gillo Dorfles (5)— están situadas en una condición de equilibrio inestable que evidencia su « temporalización ». En este caso —agrega el citado crítico— la conquista del factor tiempo se obtiene no ya a través de la rapidez del trazo y de la inmediatez de la improvisación —como sucede en Mathieu—, sino a través de una indeterminación formal que conduce al derrumbe de la imagen. Por otra parte, en este camino en que la espacialidad se transforma en una « aventura en el tiempo », aparece otro artista, también italiano, Toti Scialoja, que crea —mediante la estampación de una matriz empapada en color sobre una tela virgen— un ritmo necesario, una escansión irrenunciable en la apropiación de la dimensión temporal, dentro de los límites de una superficie, es decir, dentro de la bidimensionalidad. La temporalización de Scialoja —declara Gillo Dorfles— se basa, por lo tanto, en la múltiple sucesión de elementos homólogos, en el ritmo suscitado por la repetición de estos elementos a diferentes distancias.

PERO, INDUDABLEMENTE, en todas las obras citadas hasta aquí se trata sólo de figuración del movimiento, de alusión a él y no de movimiento propiamente dicho. Las figuras de Boccioni, por ejemplo, son para Hofmann la expresión de lo no cumplido : « a pesar de tanta dinámica gesticulación —escribe—, no se ponen en movimiento, antes bien, se doblan bajo tanto peso de simbolismo ». Según este mismo crítico, tales figuras —*portadoras de movimiento* en un sentido literal— llevan su movimiento « como una vestidura ». Cabría preguntarse, por lo tanto : si el movimiento virtual es insatisfactorio ¿qué caminos restan al arte para acceder al movimiento real? Desde el punto de vista tradicional, esta apetencia al verdadero movimiento puede parecer suicida, pues se teme que, al trascender las « fronteras » previstas, las obras que se realicen en ese sentido queden situadas en un « más allá » o « más acá » estético. Los artistas, sin embargo, no se amedrentaron y en sus búsquedas continuas, sobre todo en el campo escultórico, lograron alcanzar zonas aparentemente inconquistables. « Creador de formas, el escultor contemporáneo —dice Michel Ragon— exige por añadidura que tales formas se muevan como un ser humano » (6). Y agrega que, de Calder a Schoef-

(5) *Ultime tendenze nell'arte d'oggi.* Feltrinelli Editore, Milán, 1961.

(6) « Le mouvement dans l'art actuel », en *Jardin des arts,* núm. 95, París, octubre 1962.

fer, se hace evidente la progresión del cuadro animado hacia la escultura-robot.

Antes de que analicemos este tipo de escultura, detengámonos en la obra de Víctor Vasarely, pintor húngaro (n. 1908), quien en 1954 afirmó : « La era de las soluciones estrictamente bidimensionales muere lentamente ; la unidad forma-color accede al espacio e integra en su dominio dos nuevas nociones, particularmente el *movimiento* y la *duración temporal* » (7). Vemos, pues, que en este rechazo de la bidimensionalidad se decreta la muerte de toda pintura concebida como una superficie plana cubierta de colores, y se tiende a valorar la escultura —o creaciones semejantes a ella— concebida como movimiento o temporalización del espacio.

Anotemos como dato ilustrativo que Vasarely es el creador —entre otras— de obras (grafismos sobre plexiglás) cuya composición cambia a medida que el espectador se desplaza. Trátase en realidad de obras « abiertas », en las cuales la imagen plástica está en continuo devenir, contándose para tal devenir con la participación activa del contemplador.

Intentaremos ahora ilustrar la concepción de la escultura como temporalización espacial. Primeramente debemos mencionar al escultor estadounidense Alexander Calder (n. 1898), cuyos *mobiles* han sido calificados por Jean Cassou como « una de las más graciosas invenciones de la poesía de este siglo ». Con dichos *mobiles*, compuestos de delgadas varillas de metal, sostenedoras de paletas de formas mironianas, Calder ha dado a la escultura una ligereza insospechada hasta 1933, fecha de su aparición. « Si es verdad que la escultura —dice Jean Paul Sartre— debe grabar el movimiento en la inmovilidad, sería un error relacionar el arte de Calder con el del escultor. Calder no sugiere el movimiento, lo capta » (8). En el mismo texto, el citado escritor francés da la siguiente definición de las creaciones calderianas : « Un *mobile* : una pequeña fiesta local, un objeto definido por su movimiento y que no existe fuera de él, una flor que se marchita cuando se detiene, un juego puro de movimiento, como también hay puros juegos de luces. » ¿Será necesario agregar, después de lo expresado, que el movimiento es el elemento vital de estas obras? Como, por otra parte, también lo es en las esculturas balanceadas (*balanced sculptures*) de Lynn Chadwick, en los *mobiles* geométricos (*mobili geometrici*) de Bruno Munari y en los *mobiles* atornillados (*screw mobiles*) de Kenneth Martin.

Si bien aparentemente la obra de Calder dio por primera vez a la escultura una dimensión nueva : la de su mutabilidad, lograda mediante la economía de formas, la asimetría y el equilibrio inestable, sus creaciones sin embargo no carecen de antecedentes. En 1916 Marcel Duchamp construyó una especie de *mobile*, acoplando una rueda de bicicleta sobre una silla. Pero esta invención que sugiere —según Hofmann— la magia de un universo desprovisto de lógica, no puede considerarse como una creación artística, sino como un audaz experimento. Años más tarde (alrededor de 1920), Gabo, preocupado —como ya se expresó— por las relaciones espacio-temporales, construyó una especie de péndulo con un resorte de acero que, al oscilar, iba creando con su energía diferentes ecuaciones espaciales. Es éste, pues, el primer *mobile* de la historia del arte?

Pero la experiencia cinética no se ha detenido aquí. Sin embargo, transcurrieron más de veinte años desde que Calder mostrara por primera vez sus *mobiles* (París, 1933) hasta que otro artista, el suizo Jean Tinguely (n. 1925), reanudase las ideas calderianas y diera a éstas nuevas concreciones, mediante sus relieves animados. Un pequeño motor oculto detrás del « cuadro » daba movimiento a una serie de formas recortadas, semejantes a las de Arp. Según Michel Ragon, « Tinguely animó en sus comienzos los relieves de Arp, de la misma manera que Calder había puesto en movimiento las pinturas de Mondrian y de Miró ». Posteriormente, el mismo Tinguely creó verdaderas máquinas-esculturas, bautizadas por él de « metamecánicas », movidas también por motores, incluso una que

(7) *Cimaise*, núm. 4, París, febrero-marzo 1954. Cf. Cassou, Jean : *Op. cit.*

(8) « Les mobiles de Calder », Galerie Carré, 1956 (incluído en *Situations*, Librairie Gallimard, París, 1948.

ejecutaba pinturas de carácter manchista. Pero la apoteosis la alcanzó con una máquina, que después de ser exhibida en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, con el beneplácito o la censura de los concurrentes a la exposición y ante el asombro general, se destruía a sí misma. Fue esto —según el feliz símil de Michel Ragon— algo así como un « total *strip-tease* mecánico ».

En esta rápida visión del movimiento en el arte actual, imposible dejar de mencionar a dos artistas cuyas obras conjugan de manera sorprendente los últimos adelantos de la ciencia con los nuevos conceptos estéticos : el estadounidense Frank J. Malina (n. 1912) y el húngaro Nicolás Schoeffer (n. 1912). El primero crea obras lumínicas, siempre cambiantes, que son en realidad cajas murales, en el interior de las cuales se esconde un complicado mecanismo eléctrico. Sobre la cara frontal de estas cajas, es decir, sobre la pantalla traslúcida, se proyecta incansablemente una flúida y atractiva combinación de formas coloreadas.

Observamos, pues, que en Malina —como también sucede en el brasileño Abraham Palatnik (n. 1928) y en el ya citado Nicolás Schoeffer— a los elementos espacio y tiempo, se ha unido un tercero, la luz, pero no ya la luz natural, con la que contaron las artes de todas las épocas, sino la luz obtenida eléctricamente y proyectada sobre pantallas.

¿Son realmente nuevas estas conquistas? El polifacético artista húngaro Lazslo Moholy-Nagy (1895-1946), que en 1922 redactó —junto con A. Kemeny— un *Manifiesto de la escultura cinética* (derivado del *Manifiesto Realista* de Gabo y Pevsner), había inventado un año antes el fotograma, es decir, la fotografía sin cámara, en el que se originará posteriormente la « escultura lumínica ». Sus experimentos alcanzaron plena expresión en el « Modulador lumínico-espacial con motor » (1930), mediante el cual se hace visible —como lo destaca Hofmann— « la energía espacio—temporal de la luz ». No cabe duda —a mi juicio— de que este modulador es el antecedente más directo de algunas de las obras de Nicolás Schoeffer, por ejemplo, de la que se conserva en el Museo de Arte Moderno de París.

No contento con estas conquistas, Nicolás Schoeffer crea además insospechados espectáculos audio-visuales, haciendo efectiva una antigua aspiración de las artes : la de su unidad. Según este artista, « la escultura debe ser un espectáculo » y « no existen formas que no tengan su equivalente sonoro ». Una de sus últimas creaciones ha sido presentada en el Salón del Automóvil, realizado en París durante el mes de octubre de 1962. Esta obra está compuesta de una pantalla luminosa, animada por una serie de proyecciones de motivos vegetales y minerales, sonorizados electrónicamente. Schoeffer explica así la génesis de su espectáculo audio-visual : « Se me dio un tema que era necesario ilustrar : la evocación de la flora tropical, porque la mayor parte de los camiones fabricados por esta casa (la sociedad Berliet) están destinados a los países ecuatoriales. He elegido, por lo tanto, una gama de colores cálidos que son los motivos animados de la pantalla. Como contrapunto, he situado en uno de los extremos de ésta una escultura de ritmos muy rigurosos. El elemento sonoro está constituído por documentos etnográficos obtenidos en sus lugares originales, mezclado al registro de percusión de ondas sobre la escultura » (9).

Aun partiendo de distintas premisas, estos espectáculos audio-visuales se asemejan muchísimo a los ofrecidos por el cine sonoro desde su invención. Lo sorprendente es que hace ya muchos años el cine quiso emular a las artes plásticas, creando con el lápiz los personajes que hasta entonces eran encarnados por personas, pero sin olvidar, lógicamente, su elemento esencial : el movimiento. ¿Acaso los dibujos animados de Walt Disney no son una muestra de tal emulación? (10). Al presente vemos, pues, producirse una imitación en sentido contrario. ¿Será posible hablar aún de artes determinadas? ¿No estaremos ya en el camino de la absoluta confusión de las artes?

Si Schoeffer pudo decir « que no exis-

(9) *Arts*, París, del 10 al 16 de octubre de 1962.

(10) Véase Munro, Thomas : *Les arts et leurs relations mutuelles*. Presses Universitaires de France, París, 1956.

ten formas que no tengan su equivalente sonoro », Wander Bertoni (n. 1925) parece asumir la responsabilidad de tal declaración en su serie sobre el alfabeto, en la que busca visualizar escultóricamente los sonidos. Mediante la presentación de diferentes etapas en la libre metamorfosis de los signos alfabéticos, mediante la concreción escultórica del desarrollo transformativo, este artista capta indudablemente la sucesión temporal. Aunque con mayor timidez y sólo en forma virtual, esta serie sobre el alfabeto tiende también a una cierta unidad de las artes.

Un párrafo aparte merece el escultor argentino Gyula Kósice (n. 1924), creador de obras realizadas en plexiglás, denominadas por él « esculturas hidráulicas ». Estas obras conjugan formas extraídas del mundo industrial con un elemento insólito en el ámbito artístico : el agua, elemento que —a veces coloreado— circula constantemente a través de tuberías transparentes, o bien se encuentra en esferas que —a intervalos determinados— cambian su posición y arrastran en su movimiento el líquido contenido en ellas, produciendo un sonido característico y dando origen a imágenes instantáneas, flúidas e inaprehensibles. También en este caso el movimiento se provoca por pequeños y ocultos motores eléctricos.

En este estudio sobre el movimiento podríamos además incluir a otro escultor argentino, Libero Badii (n. 1916), quien cuenta en su valiosa producción con una obra, « La familia », en la cual aparecen tres figuras móviles. Estas figuras, mediante un ritmo de rotación, pueden darse la espalda o acercarse, transmitiendo así un deseo de comunicación o distanciamiento. Pero aquí el movimiento no es desencadenado por ningún motor eléctrico, sino por cualquier ser humano que —dentro de los límites establecidos por el autor— quiera modificar las respectivas posiciones de las figuras. Algo parecido ocurre con las obras de la pintora y escultora brasileña Lygia Clark —« bichos », como ella las denomina—, formadas por planchas metálicas articuladas, y cuyas posibles metamorfosis requieren también la colaboración de un contemplador activo. Por lo tanto, estas dos últimas expresiones podrían ser calificadas —como las obras de Víctor Vasarely— de « abiertas » o « en devenir ».

Estas creaciones tienen semejanza con varias de las esculturas del artista español Angel Ferrant (1891-1961), por ejemplo, con la de la serie compuesta por maniquíes verdaderos, articulables (iniciada con « Muñeco articulado », al que siguieron « Escultura cambiante » y « Mujer de circo », para derivar luego en « Tablero cambiante »), en los que ya se anuncian —según Guillermo de Torre— los *mobiles*, « eternamente libres, sin ninguna intención representativa : pura invención de formas en el espacio » (11).

Pero Angel Ferrant, ser esencialmente inquieto y disconforme, buscó nuevas vías a su invención, hallándolas en la metamorfosis del objeto plástico. Tal metamorfosis la logró combinando dos, tres, o más elementos sueltos, « engarzados libre y diversamente —continúa Guillermo de Torre—, de tal suerte que la sorpresa experimentada inicialmente por el autor pueda transmitirse también con frescura al manipulador, más que espectador ». Y agrega : « Escultura de *quita y pon* la ha llamado familiarmente el mismo Ferrant ; también, con más exactitud, escultura *infinita* o *ilimitada*, puesto que si cada juego de piezas no rebasa un número previsto de combinaciones y posiciones, la forja de esos mismos elementos sueltos no reconoce tope. »

Después de lo que ha podido mostrar este breve panorama de la conquista de la temporalidad en las artes plásticas —en el cual indudablemente quedaron muchos nombres sin mencionar—, ¿podrá alguien, por ventura, insistir con entera lógica en la ideal división de las artes? Toda categoría debe establecerse sobre realidades concretas, y una estética basada puramente en especulaciones abstractas, que no tome en cuenta el hecho artístico —dato primero e ineludible—, ofrecerá desde sus líneas iniciales un absurdo inaceptable. El arte es lo que es en sus obras y no lo que fríos esteticistas quieren que sea.

(11) *Minorías y masas en la cultura y el arte contemporáneos*. Editorial Edhasa, Barcelona, 1963.

libros

La realidad y el deseo

El 7 de noviembre de 1963 murió en la ciudad de México el poeta Luis Cernuda ; había nacido en Sevilla, España, en 1902. Formó parte de la famosa generación poética de 1925, junto a Federico García Lorca, Vicente Aleixandre y tantos otros líricos de renombre. Con la caída de la República, Cernuda, al igual que lo más importante de su pueblo, marchó al exilio : primero vivió en Inglaterra, luego en los Estados Unidos de Norteamérica y, posteriormente, en México, donde residió durante casi un decenio.

Bajo el título genérico de *La realidad y el deseo*, el poeta publicó a lo largo de su vida tres colecciones de sus poemas en donde iba sumando sus libros. Así, en la primera (Cruz y Raya, Madrid, 1936) se reunían los poemarios *Perfil del aire* —que en las ediciones posteriores se llamará *Primeros poemas*— (1924-27) ; *Egloga, elegía, oda* (1927-28) ; *Un río, un amor* (1929) ; *Los placeres prohibidos* (1931) ; *Donde habite el olvido* (1933) ; e *Invocaciones* (1934-35). En la segunda colección, bajo el mismo título de *La realidad y el deseo* (Séneca, México, 1940) venían todos los libros anteriores, más *Las nubes* (1937-38). Y en la tercera (Fondo de Cultura Económica, México, 1958), que es la más completa, pues fue aumentada, revisada y corregida por el propio poeta, se agregaban los libros *Como quien espera el alba* (1947), *Vivir sin estar viviendo*, *Con las horas contadas* y los primeros cantos de lo que cuatro años más tarde (1962) aparecería bajo el título *Desolación de la quimera* (ediciones Joaquín Mortiz, México).

I

La poesía de Luis Cernuda se caracteriza por su intensidad y desnudez, por su serenidad clásica. De todos los poetas españoles que el destierro trajo a tierras mexicanas (León Felipe, Prados, Larrea, Altolaguirre, Rejano, Garfias) Cernuda era el de tono más profundamente elegíaco. Ese *joy for ever* de Keats —que es no sólo un goce sino también un *sufrir eterno*— se mantiene vivo en la poesía de Cernuda, que supo heredar de Garcilaso la nitidez, la gracia renacentista más alada y fluente. Esa condensación de la emoción que se ciñe a la forma perfecta para estallar luego como una flor de poesía. Sus endecasílabos en melódica delicia, evocan una realidad más soñada que vivida, nostálgica de una mítica edad de oro de esplendor sin miseria. Porque la poesía de Luis Cernuda está hecha de esencias, de emanaciones selectivas que huyen de lo vulgar, de lo superficial. Su intenso lirismo nunca es rebuscado, sino original y fecundante. Con imágenes aéreas, breves, becquerianas, se hunde en el mar de lo cotidiano para volverlo mágico, esplendoroso. Por eso mismo, él tiene el don de transformar los grises polvos terrenales en arcoiris plenos de reverberaciones y latidos. Unas veces, esta poesía posee un acento claro y juvenil —sobre todo en los libros primeros— ; otras, un tono de erizada gravedad, de elegíaco lamento. A veces es recatada voz, luego, fluyente río apasionado. De Góngora trae Cernuda el rigor implacable, el sostenido equilibrio ; nada, en cambio, del barroquismo de Lope y sí mucho del desgarrón afectivo de Quevedo : su estoicismo pesimista, su petrarquismo enamorado de los contrarios, su anegarse en el amor, en el dolor y en la hermosura del mundo ; su perenne exaltación y, a la vez, aniquilamiento de lo real ; su pasión oscura, su patetismo.

Los primeros poemas cernudianos eran ingrávidos, transparentes, inmersos en la cálida y reverberante luz sevillana ; escritos en metros breves —predominio sutil del heptasílabo—, alzan el vuelo sobre la realidad llevando su carga de amor, de sueño y esperanza. El joven Cernuda vive aún en su tierra y todavía no descubre la nostalgia, el dolor, el peso de lo cotidiano, la miseria contemporánea. Algunos sonetos hermosamente cincelados amplían y rejuvenecen la tradición y nos muestran el conocimiento que el poeta poseía de los maestros del Siglo de Oro peninsular. Luego, en su segundo libro, *Egloga*, el poeta continúa enamorado de la hermosura del mundo y su palabra se hace música, can-

ción adormecida por el ensueño, por el ideal que aún no ha sido devorado por lo cotidiano.

Más tarde, en *Un río, un amor*, comienza a aparecer el tema de la muerte, la desolación, la pena, el destierro, no vivido sino presentido. De este libro es uno de los más bellos poemas de Cernuda : « No intentemos el amor nunca » :

Aquella noche el mar no tuvo sueño.
Cansado de contar, siempre contar a tantas olas,
Quiso vivir hacia lo lejos,
Donde supiera alguien de su dolor amargo.

Aquí, la realidad, más que expresada, está sugerida : el tono empleado por el poeta es vago y su palabra se apaga lentamente para ir a morir en la nada, en la desolación amarga.

En otro de sus libros, *Los placeres prohibidos*, se entrecruzan con sus alados poemas otros textos en prosa, que son a manera de oasis en donde la pasión reposa y se acrisola. Luego, vienen nuevamente los desnudos versos a ser conmovida exaltación del amor. Recordemos un fragmento de « No decía palabras » :

No decía palabras,
Acercaba tan sólo un cuerpo interrogante,
Porque ignoraba que el deseo es una pregunta
Cuya respuesta no existe,
Una hoja cuya rama no existe,
Un mundo cuyo cielo no existe.

Estas ideas de sentirse desterrado en el mundo proliferan en la poesía de este poeta y le hacen presentir un paraíso donde lo real y lo ideal se hayan reconciliado, donde la música y el sueño sean instrumentos que le permitan al hombre recuperar la inocencia perdida, su antiguo estado de encantamiento. Por eso, la lucha de esta poesía es, como lo veremos más tarde, entre lo sagrado y lo demoníaco.

El quinto libro se intitula *Donde habite el olvido*. Es, en nuestra opinión, uno de los poemarios más bellos e intensos que existen en nuestro idioma. En él adquiere un tono más entrañable el duelo entre el deseo, forma de lo eterno, y el olvido, imagen de la muerte. Es la eterna lucha entre la luz y la sombra, entre el nacimiento y el morir. He aquí el canto XII :

No es el amor quien muere,
Somos nosotros mismos.

Inocencia primera
Abolida en deseo,
Olvido de sí mismo en otro olvido,
Ramas entrelazadas,
¿Por qué vivir si desapareceréis un día?
Sólo vive quien mira
Siempre ante sí los ojos de su aurora,
Sólo vive quien besa
Aquél cuerpo de ángel que el amor levantara.

Orquestación del amor, oleaje de la inocencia más alta ; chocar de las espadas del deseo que iluminan la realidad, trascendiéndola. Porque el amor, como lo dirá más tarde, es la « única luz del mundo », la victoria sobre la muerte, el instante en llamas que aniquila al olvido.

Viene a continuación el libro *Invocaciones*, en donde sobresale el poema « La gloria del poeta », colmado de desilusión (« *esta sucia tierra donde el poeta se ahoga* ») y de muerte (« *donde la muerte únicamente, / La muerte únicamente, / Puede hacer resonar la melodía prometida.* ») En este libro esplende también el poema « A un joven marino », del cual citamos estos versos : « *Yo te adoraba como cifra de todo cuerpo bello* » ... « *Cambian las vidas, pero la muerte es única* » ... « *Así tu muerte despierta en mí el deseo de la muerte, / Como la vida despierta en mí el deseo de la vida.* »

Por lo anterior podemos afirmar que toda *la realidad y el deseo* es, para decirlo con un título de Aleixandre, la *Historia del corazón* de un gran poeta que no se resigna a morir y lucha desesperadamente contra las fuerzas del olvido y del aniquilamiento.

De 1937-38 es el libro *Las nubes*. En él hallamos el canto « A un poeta muerto », dedicado en memoria de Federico García Lorca. El poeta es « *aquel que ilumina las palabras opacas / Por el oculto fuego originario* ». Luego, nos dice Cernuda que, « Para el poeta la muerte es la victoria », lo que nos parece una definición categórica y magnífica :

Halle tu gran afán enajenado
El puro amor de un dios adolescente
Entre el verdor de las rosas eternas ;
Porque esta ansia divina, perdida aquí en la tierra,
Tras de tanto dolor y dejamiento,
Con su propia grandeza nos advierte
De alguna mente creadora inmensa,
Que concibe al poeta cual lengua de su gloria
Y luego le consuela a través de la muerte.

En este libro (*Las nubes*) irradia, relampagueantemente, el excelente poema « Soñando la muerte », el cual constituye una categórica definición ideológica del gran poeta puesto de pie contra la mentira, contra la opresión y lo asqueante de una realidad que a él le asfixiaba, como a todo ser digno :

Cuando la blanca juventud miro caída,
Manchada y rota entre las grises horas ;
Cuando la blanca verdad veo traicionada
Por manos ambiciosas y bocas elocuentes ;
Cuando la blanca inspiración siento perdida
Ante los duros siglos en el dolor pasados,
Sólo en ti creo entonces, vasta sombra,
Tras los sombríos mirtos de tu pórtico
Una realidad clara del mundo.

La mezquindad y pequeñez del mundo con-

temporáneo le hace, dolido y desesperanzado, creer sólo en la muerte. Así, ideológicamente, nos prueba que no era un revolucionario, pues si lo hubiera sido le hubieran interesado más las fuerzas de la vida, las de la lucha para abolir las lacras de una sociedad zoológica y antihumana. De todos modos, « Soñando la muerte » es uno de los más hermosos e intensos poemas de Cernuda, aun cuando no estemos de acuerdo con la tesis que expresa en la estrofa final que aquí hemos reproducido. Líricamente examinado, es un admirable poema henchido de belleza y pasión.

Más tarde, en el poema « A Larra, con unas violetas », escrito con motivo del centenario de la muerte del gran escritor (1837-1937), Cernuda, nuevamente, nos muestra su nostalgia, su agudo escepticismo y el sueño perenne de un remoto y perdido paraíso. Por eso, al referirse a la tierra, clama :

No hay sitio en ella para el hombre solo,
Hijo desnudo y deslumbrante del divino pensa-
[miento.

Y más tarde, dolido :

Escribir en España no es llorar, es morir,
Porque muere la inspiración envuelta en humo,
Cuando no va su llama libre en pos del aire.
Así, cuando el amor, el tierno monstruo rubio,
Volvió contra sí mismo tantas ternuras vanas,
Tu mano abrió de un tiro, roja y vasta, la muerte.

*

Para Cernuda, la poesía era, ante todo, solidaridad, comunión con sus semejantes. Por eso le oiremos decir en el poema « Niño muerto » : « *El llanto que tú mismo no has llorado, / Yo lo lloro por ti.* » más tarde : « *Yo quiero estar contigo ; no estás solo* », lo que nos patentiza su grandeza humana, su ternura ilimitada. El gran poeta vivió siempre enamorado de la hermosura del mundo, alejado de la codicia. Aunque cantaba insistentemente al olvido, él era la memoria viva de su pueblo, del hombre ; y triunfaba sobre la muerte gracias al poder mágico y fascinante de su palabra iluminada. A su España natal la llevaba respirante en su propia sangre, dolido y escéptico, hechizado por el mundo como Quevedo, cuya grandeza hereda.

Ahora, como en su poema « Epitafio », la muerte acuna sus deseos, saciándolos al fin. Hoy, cuando escribimos este trabajo en su homenaje, *rota está su ala blanca, inmóvil en la muerte,* tal como lo expresó al cantar a un pájaro muerto. Porque como el ruiseñor de sus versos finísimos y doloridos, su cuerpo es ya de tierra, y clama por la tierra. Terminó el « ocio trágico » del poeta, humillado por el mundo ; y hoy, él ya resplandeciente, disfruta su muerte, su victoria sobre las fuerzas de la opresión y de la ignominia. El, Cernuda, descubrió que *todo laurel es amargo* (véase su libro VII, *Como quien espera el alba*), y ahora, ajeno del hostío, ya no puede morir, pues en su hermosura la eternidad trasluce sobre el mundo, *tal rescate imposible de la muerte.* Porque él, como lo expresó de Góngora, encontró en la poesía no tan sólo hermosura, sino ánimo, la fuerza del vivir más libre y más soberbio. El, como Góngora, su hermano en la poesía :

...no transigió en la vida ni en la muerte
Y a salvo puso su alma irreductible
Como demonio arisco que ríe entre negrura.

II

Situado entre lo demoníaco y lo sagrado, el poeta estaba hecho *de tierra loca que pugna por ser ala,* presintiendo un futuro luminoso en donde se sentiría situado al lado de los hombres venideros, de los poetas que justificarían los sueños que él tuvo, sus deseos, y le darían la razón, y habría vivido. Su poesía no morirá, no será alcanzada por el implacable olvido porque está alimentada por la pasión más pura y por el más alto entusiasmo :

¿No es la pasión medida de la grandeza humana
Y acero templado por su fuego el alma grande?

No, Cernuda, no tenías razón : *el olvido no es la verdad más alta.* Nosotros te recordamos : no has muerto : la poesía te ha hecho inmortal :

Caminar a la muerte no es tan fácil,
Y si es duro vivir, morir tampoco es menos.

Tú nunca renunciaste a la luz y ella te mantiene ileso, triunfador de la muerte, situado en una eternidad sin orillas :

Bien está que la sangre de la tierra
Moje y perdone al hombre cuando muere,
Aún turbias entreabriendo sus puertas los senti-
[dos,

Y en ellas trace un dedo el signo mágico
Con el óleo más puro : sobre los ojos que mira-
[ron

La luz y la hermosura, codiciándolas.

*

El exilio fue una realidad dolorosa para Luis Cernuda : al hacer referencia a su patria, España, llega a decir, dolido, que ella fue una madrastra, no una madre. Cuando abandonó ese suelo, en plena juventud —dice— *comenzó a morir.* Mas el destierro también le permitió que el mundo se le abriera, ilímite, igual a su deseo. Reconoció, empero, que *el reino del poeta no es de este mundo.* Para los hombres, la libertad y la justicia están enajenadas. Y él, el poeta, es, precisamente, la conciencia radiante de la justicia y de la libertad abolidas. Por eso, en su poema « Quetzalcóatl », llega a reconocerse mayormente ligado a la realidad del Nue-

vo Mundo, más alejado de su España : « *Y en un rincón al sol de este suelo, más mío / Que lo es el otro allá en el mundo viejo, solo, pobre / Tal vine, aguardo el fin sin temor y sin prisa.* »

Más tarde, en su « Elegía anticipada », reconoce Cernuda que es dulce adentrarse por la muerte :

En la costa del sur : el hombre quiere
Caer donde el amor fue suyo un día.

Y en el poema « Noche del hombre y su demonio » (de este libro, *Como quien espera el alba*) el ángel rebelde le señala que la palabra fue su enemigo y que por ella se olvidó de estar vivo. A lo que el poeta le responde : *Ha de sonar aún cuando yo muera, / sola, como el viento en los juncos sobre el agua.* Más tarde, el demonio le dice : « *Un nombre tú serás, un son, un aire.* » Y él responde : « *Amo el sabor amargo y puro de la vida, este sentir por otros la conciencia.* » A lo que el demoníaco espíritu creador insiste : « *Amigo ya no tienes sino es éste / Que te incita y despierta, padeciendo contigo.* » Nosotros, en verdad, también creemos que la poesía está más próxima a lo demoníaco que a lo sagrado.

En el poema « Río vespertino » hallamos estos hondos, lacerantes trenos quevedescos :

Pero amor en amor quiere moneda,
Aunque sólo en amar halla su precio.
. . . . . .
Es la patria madrastra avariciosa,
Exigiendo el sudor, la sangre, el semen
A cambio del olvido y del destierro.
. . . . . .
Con tácita premura en cada ciclo
La primavera acerca más la muerte
Y adondequiera que los ojos miren
Memoria de la muerte sólo encuentran.

Otros libros de Luis Cernuda son : *Vivir sin estar viviendo, Con las horas contadas* y, finalmente, *Desolación de la quimera,* que es, nos parece, el más importante. En este libro, el poeta, si no ha inventado la hermosura, *ha sabido verla,* recrearla, como lo expresa en el poema a Dostoyevski. Supo oír la voz de las sirenas, la de la poesía, y quedó viudo y desolado para siempre. A eso se debe el desencanto, la melancolía y la nostalgia —tres constantes que alimentan toda la obra cernudiana— que cubren con su desnudo velo estos poemas. El poeta dialoga con el mundo, con las formas perecientes y, con todo y su pureza, a veces nos molesta su falta de fe, su acendrado y reiterado escepticismo. Cree que la libertad no es de este mundo y se duele de los hombres, de su perfidia, de su ingratitud e incomprensión. Y se duele aún más, nuevamente, de su propia España, de los españoles. En esos instantes, asoma cierto señoritismo y cierto desdén que nublan momentáneamente la línea pura y esplendente de su canto. Son como una sombra en donde laten la desilusión y la desesperanza.

Sin embargo, a pesar de su falta de fe en la amistad, en el amor y en la convivencia de los hombres, Cernuda logra alzar su limpia voz poética a cimas de estremecimiento y de intenso fervor. Y esto lo logra porque él mismo (como lo expresa en su poema *Birds of the night,* dedicado a Rimbaud y Verlaine) forma parte de esa legión angélica o satánica de *aquellos que vivieron por la palabra y murieron por ella.* Porque, ¿qué cosa hermosa puede decirse de quienes han vivido por y para la poesía?

El poema « Díptico español » nos parece de los más inquietantes de este hermoso libro, pues en él nos aclara el poeta algunos aspectos decisivos de su estética. Dice :

Hablan en el poeta voces varias :
Escuchemos su coro concertado,
Adonde la creída dominante
Es tan sólo una voz entre las otras.

En estas líneas el poeta se defiende de ciertos críticos simplistas que no han sabido desentrañar el múltiple y complejo misterio de su lirismo. Los versos que siguen son hermosísimos y categóricos :

Lo que el espíritu del hombre
Ganó para el espíritu del hombre
A través de los siglos,
Es patrimonio nuestro y es herencia
De los hombres futuros.

Vemos, pues, que la situación desolada y escéptica no se mantiene fija e inmodificable en su línea poética y que, como él lo ha dicho, « hablan en el poeta voces varias »...

Este poema « Díptico español » es una especie de confesión que el poeta nos hace sobre su destino, sobre su pueblo. El se duele de que su tierra, España, esté actualmente encadenada, sin alegría, sin libertad, sin pensamiento. Mas, si existen los poetas, no todo se ha perdido, pues la poesía es liberación, es la voz de todos, el triunfo sobre la barbarie. Cernuda lo sabe expresar con su gran dolida :

La poesía habla en nosotros
La misma lengua con que hablaron antes,
Y mucho antes de nacer nosotros,
Las gentes en que hallara raíz nuestra existencia ;
No es el poeta sólo quien ahí habla,
Sino las bocas mudas de los suyos
A quienes él da voz y les libera.

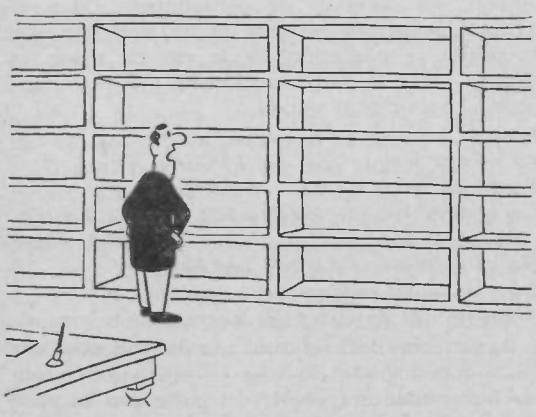
Pocos, como lo hace aquí admirablemente Cernuda, han logrado expresar en tan pocos versos esa hermandad entrañable del poeta con su pueblo. Empero, el poeta tampoco permanece fiel a esta línea revolucionaria y se adormece con los

ensueños de los perdidos paraísos e insiste (en la parte segunda de este hermoso poema) en hablarnos de « *la patria imposible, que no es de este mundo* ». Ahí, hablando en segunda persona —recurso que emplea a lo largo de la mayoría de los cantos de este libro—, vuelve a mostrarnos una posición un poco falsa, cuando asegura : *Hoy, cuando a tu tierra ya no necesitas,* pues nuestra común experiencia de desterrados, como lo es Cernuda, nos grita desde la sangre lo contrario : a la tierra propia, intransferible, nunca se la deja de necesitar... Cernuda, el poeta, el dueño de la memoria viva de su pueblo, nunca dejó de ser entrañablemente español, aunque en algún momento, no lo haya querido.

En el poema « Otra vez con sentimiento », Cernuda protesta contra el apropiamiento que han tratado de hacerse, en la España franquista, de la gloria del gran poeta Federico García Lorca, después de haberlo asesinado. Cernuda, compañero de generación y amigo del autor del *Romancero gitano,* lo defiende, en su memoria viva, del cínico intento de quienes lo mataron :

La apropiación de ti, que nada suyo
Fuiste o quisiste ser mientras vivías,
Es lo que ahí despierta mi extrañeza.
¿Príncipe tú de un sapo? ¿No les basta
A tus compatriotas haberte asesinado?
Ahora la estupidez sucede al crimen.

Más tarde, en el poema « Luis de Baviera escucha Lohengrin », el poeta expresa una idea con la que no estamos de acuerdo. Es ésta : *No fue de nadie, ni a nadie pudo llamar suyo.* Eso, si fuera verdad, significaría situarse de espaldas a lo humano, a lo colectivo, que es lo que debe caracterizarnos en nuestro paso por el mundo. Nosotros preconizamos lo contrario : *hay que ser de todos,* debemos rescatar lo humano esencial que a todos nos concierne. En nuestro tiempo, el situarse a la orilla del mundo no puede significar otra cosa que reaccionarismo.



¡BASTA! YA NO PRESTARÉ NINGÚN LIBRO.

En cambio, en otro de sus cantos más significativos, « El poeta y la Bestia », Cernuda defiende al poeta, a la poesía, de los excesos y embestidas de la tiranía de los poderosos. Concretamente, hace referencia a Goethe y a los abusos que contra él cometieron las tropas invasoras napoleónicas. Con sus palabras de poeta, que reflejan « sombra viva », alza Cernuda su voz purísima en favor del espíritu, del arte y en contra de la Bestia.

¿Qué es lo que refleja la poesía : la amargura, o la pureza, o ambas a la vez ? En su poema « A propósito de flores », Cernuda responde :

El lirio se corrompe como la hierba mala,
Y el poeta no es puro o amargo únicamente :
Devuelve sólo al mundo lo que el mundo le ha
[*dado,*
Aunque su genio amargo y puro algo más le re-
[*gale.*

Esta línea, nos parece, es de auténtica raíz baudelairiana : el poeta, como hombre, como ser pereciente que es, escapa a las fáciles y demasiado estrechas ubicaciones del Bien y del Mal y las conjuga en un todo esencial en donde nada humano puede serle ajeno. Otro de los cantos, el que le da título a este último libro, *Desolación de la quimera,* constituye una defensa apasionada del mito, de la poesía, de la humana hermosura del mundo, las cuales peligran ser ahogadas por el torpe mecanismo de nuestro tiempo.

Cernuda era el hombre, el gran poeta que se quejaba, desoladamente, pues se daba cuenta de que la hermosura del mundo no era atendida debidamente : los hombres modernos dedícanse a hacer dinero o a subyugar a sus semejantes y parecen no tener tiempo para disfrutar de las grandes creaciones del espíritu. Este choque cruel con la realidad hizo que Cernuda se considerase un ser aparte, un desterrado no sólo de su patria, España, sino del mundo. Y su grito, su clamor neorrománticos impresionan y duelen en nuestra propia alma porque son auténticos. Están sostenidos por el amor ; y el amor, como él lo cantó, es la « única luz del mundo ».

RAUL LEIVA

Alberto Girri : «Elegías italianas»

UNDECIMO LIBRO (editado por *Sur,* de Buenos Aires) de una obra de profundidad y coherencia poco frecuentes, reitera la presencia de un poeta que, al expresar su visión del

mundo y de la vida, desdeña decir lo más para decirlo más. Tal la concentración y la síntesis que señalan la producción de Alberto Girri como una de las más singulares en la poesía argentina de vanguardia. Decir directo y llano, que no elude la ironía ni aun el sarcasmo, y contenido erudito (Girri se ha calificado también como traductor y comentarista de poetas de lengua inglesa e italiana), es frecuente hallar en esta poesía referencias a los dos Testamentos, a la *Commedia,* a la historia del arte, a la teología cristiana y a ese acervo oscuro de la magia de todos los tiempos. Lo prosaico y lo poético se combinan en la expresión de Girri en un juego dialéctico que amplía las fronteras de la imaginación, pues de sus más o menos agudos contrastes o de sus eventuales síntesis un fraseo homogéneo, parejo, rítmico, va extrayendo la posibilidad de abrir sucesivos mundos sugestivos o significativos. Aparte los rasgos de estilo, la peculiaridad de este poeta radica en esa particular concepción del mundo y de la vida, que denuncia una preocupación ética, pero alcanza proyecciones más hondas. Esbozada y dispersa en varias composiciones, aparece más sintéticamente expresada en « Descenso al limbo ». Allí vemos el mundo como confusión, tumulto y sórdido caos. Su pecado es lo efímero. Pero estamos lejos del *carpe diem* horaciano, no sólo por aparecer implícitamente reprobados los bienes de esta tierra, sino porque lo efímero no es lo fugaz. Es lo irreal. Y esa irrealidad nace de una distancia infranqueable entre espíritu y naturaleza. La vida para Girri es una corrupción o enfermedad de lo eterno, y por ello los símbolos de lo absoluto que pueblan estos poemas (Dios como castigador, el mal, Lucifer, etc.) desbordan lo ético y apuntan a lo metafísico. Tales entidades no son necesarias para salvaguardar un orden moral y religioso (inexistente o en disolución), sino para sostener, con su apariencia de inmutabilidad, lo fantasmal de una vida que ha cortado sus vínculos con el espíritu. Porque bajo la apariencia de evocaciones históricas, con el pretexto de un altorrelieve, una ciudad, un pintor de la antigüedad, Girri habla de nosotros y nuestro ahora. En « Elegía Veneta » se alude a fuerzas inhumanas « que ya golpean otra vez / en todas las puertas » y se lee en seguida : « Atila vuelve / ¿bastaría hoy el genio del romano / para edificarnos un refugio ? » Cuando el cielo se cubre de nubes radioactivas y la cultura de masas hace estragos en la casa del hombre, Atila despierta dentro de cada uno. Desde su primera página, planteando como nueva Esfinge un enigma acerca del cristianismo, *Elegías Italianas* nos sumerge en lo más tempestuoso y dramático de nuestro tiempo. Pero si ese es el sentido más amplio del libro, el más estricto se centra en el drama individual de un americano frente a Europa : « El mar / y detrás / cuanto él busca / y espera, / la indescifrable / continuidad / del rasgo paterno » (« Oráculos del viajero », 2).

En el polo opuesto de las poéticas derivadas del surrealismo, Girri se sitúa en la derecha de la vanguardia. Es el artífice de un intelecto exasperado consigo mismo que caracteriza a toda una corriente de la poesía viva de hoy. Perdida su antigua ingenuidad, solicitado por una tradición a la que no puede volver, enfrentado por expresiones poéticas netamente irracionalistas, a las que no quiere ceder, ese intelecto se ve compelido a funcionar de otro modo. De allí la elipsis, la eliminación de los nexos lógicos del lenguaje que, en la Argentina, antes de que su ejemplo fuera seguido por buena parte de los poetas más jóvenes, le dio a Girri fama de oscuro. El tiempo que un poeta tarda en ser comprendido es el que emplea enseñándoles a los demás a leerlo. Cuando aparecen transcripciones más fáciles, aunque buenas, lo oscuro reluce. Poesía fuerte y seca la de Girri, una expresión incisiva, agresiva a veces, desnuda de adjetivos, ornamentos e imágenes, parece querer recortar vigorosamente cada poema y arrancarlo del silencio circundante y *exhibirlo* casi a la imaginación de un contemplador esencial. De allí la impresión de verdaderos objetos que producen las composiciones de este poeta, cuyo estilo se inscribe ya con rasgos inconfundibles en el ámbito de la lengua.

JORGE A. PAITA

E. Caballero Calderón : «Manuel Pacho»

UNA CIRCUNSTANCIA y un ser humano. La circunstancia : unos bandidos atacan una hacienda, en Colombia, violan a las mujeres y matan a los hombres. El ser humano : Manuel Pacho, un enano contrahecho, de orejas de murciélago, de piernas arqueadas, que ha presenciado el atropello, sentado a horcajadas en la rama de un mango. Y ahora, la anécdota —« cuya autenticidad no viene al caso », declara el autor— : el monstruo quiere que el cadáver de su padre, muerto en la refriega, reciba la bendición del cura, y lleva el cuerpo al pueblo más próximo, en una caminata de dos días con sus noches, bajo un sol despiadado, o en una oscuridad poblada de fantasmas.

La ocurrencia es original y macabra ; la circunstancia es sencilla, aunque peregrina. Sin embargo, esta sencillez encubre una complejidad esencial, ya que, durante la jornada de pesadilla,

el mamarracho piensa o, mejor dicho, el novelista piensa en su lugar. El escritor no quiso fingir la autobiografía de un monstruo que al mismo tiempo es un simple, pero asumió el compromiso de imaginar cuanto pasa por la mente del mismo. De modo que el enano carga con el cadáver del « viejo » y, de paso, va rumiando anécdotas y sensaciones remotas de su vida de colegial entremezcladas con el recuerdo de la matanza reciente, de su vida de llanero, de macho iluso y bueno que pretendió casarse con una prostituta poco dispuesta a sacrificar el amor público en aras de una pasión exclusiva pero ridícula, amén de bestial y peligrosa dada la potencia viril del monstruo.

No es nueva la técnica que consiste en hacer interferir recuerdos y sucesos actuales. Gracias a cierta gimnasia a la que le han acostumbrado el cine y la novela moderna, el lector participa en los episodios de una vida y, a la vez, va conociendo las ideas o pensamientos que irrumpen, fulgen y se desvanecen en el cerebro del protagonista. Casi todas las imágenes que se encienden en la mente de Manuel Pacho brotan de emociones puramente sensuales. Sus ansias más apremiantes son satisfacer el estómago y el sexo, y si no tiene hembra a mano, se entrega sin complejo al onanismo. También le gustan los placeres violentos y crueles, como matar culebras y desollarlas, o domar caballos. Sin embargo, esa bestialidad no está reñida con cierta pureza e ingenuidad bondadosa. Hasta cabe preguntarse si no surge de dicha pureza la heroicidad que el novelista quiere evidenciar en su relato. Porque este relato tiene una tesis aclarada en el epílogo : « Cualquier hombre, por humilde e insignificante que sea, tiene alguna vez en la vida un minuto, un instante de acercamiento al héroe. » Se trata, pues, de descubrir ese « momento » en la vida de Manuel Pacho. Pero, en el relato ese « instante » es doble, o si se quiere, hay dos motivos para llamar héroe al enano, y en ambos casos la heroicidad se origina en la aludida pureza. Esa heroicidad se manifiesta, primero cuando Manuel Pacho se enamora de una prostituta fea, porque sí, porque esa experiencia sexual despierta en él una fidelidad ciega hacia quien le revelara el amor, por más tuerta y odiosa que nos parezca. Es la pasión heroica y quijotesca hacia la que Manuel Pacho llama la « novia ». En otro « momento », obedeciendo sin vacilar el mandato de su bondad fundamental, a Manuel Pacho se le ocurre llevar el cadáver de su padre hasta la iglesia del pueblo, para que el alma de su progenitor no pene. El peso del muerto, la hediondez, los gallinazos atraídos por la esperanza de un festín de carroña, la distancia, el sol, son los enemigos de Manuel Pacho. Y éste triunfa de ellos para cumplir con un deber, un culto tradicional convertido en idea fija. Manuel Pacho es bajito y su padre es largo : con cortarle las piernas a éste, eso se arregla ; total, el alma no está en las piernas. Cosas de Manuel Pacho. El caso es que el cadáver, aunque sin piernas y sin brazos —este buen hijo tuvo que cercenarlos a machetazos para librarse de los zamuros cada vez más atrevidos— llega a destino gracias al empeño desinteresado, piadoso, del enano vencedor de espantos nocturnos y cosas peores.

La hazaña corre parejas con la monstruosidad de Manuel Pacho. Hay entre ambas una relación tan estrecha que el mismo se da cuenta del carácter singular de su empresa, de una singularidad a su medida, que pertenece a su mundo. Ufano exclama : « Ustedes no podrían hacer nada de lo que hace Manuel Pacho, ¿no es cierto? ¿O es más hombre, más macho, el que sabe aritmética, gramática y geometría que Manuel Pacho con el viejo a cuestas? »

Uno de los aciertos del novelista es haber dado con el tipo de heroísmo que cuadra con

Jacques Franju, en su libro Le Grand Canular *(Ediciones Seghers), consagrado a un siglo de mixtificaciones, refiere que Roland Dorgelès, hace unos treinta años, publicó por pura diversión el anuncio siguiente : « Muchacha de 20 años, bonita, aguardará señor esta tarde, a las 16 horas, ante la Cámara de Diputados. Llevar una flor de lis en la solapa. »*

A las tres y media, una docena de señores deambulaba ante la Cámara de Diputados. Todos exhibían la flor de lis. Diez minutos después, Dorgelès telefoneó al prefecto de policía denunciándole una importante manifestación monárquica. Poco antes de las cuatro, un coche celular se paró ante la Cámara y llevó a la comisaría del barrio a todos los « manifestantes », no obstante sus protestas.

Interrogado, Roland Dorgelès negó la autenticidad de la inocentada y protestó vehementemente :

— Los hechos no sucedieron así. Es verdad que publiqué un anuncio. Pero se trataba de una muchacha millonaria y desinteresada, que aguardaría en un café, en la Plaza de la Bolsa, a un señor respetable en todos los aspectos y que llevase un clavel rojo en el ojal de la solapa. A la hora establecida, una veintena de personas se apretujaban en el café. Estas se limitaron a lanzarse miradas furiosas, para diversión nuestra.

Así se destruyen las leyendas.

el tipo de héroe presentado. Qué bárbaro, pensará con asco el cura al enterrar en sagrado la carroña mutilada. Qué bárbaro soy, dirá entre dientes, con orgullo, Manuel Pacho. Y, después de lo hecho, puede dormirse tranquilo.

Con este relato impresionista (Editorial Bedout, Medellín) el autor de *El cristo de espaldas* confirma su gusto por lo denso, las situaciones violentas y el heroísmo sin gloria, y su talento para mantener la misma alta tensión desde el principio hasta el final.

PAUL VERDEVOYE

Silvio Villegas: «Obra Literaria»

EDICIONES TOGILBER han lanzado un magnífico volumen, editado en forma pulcra en los Talleres Bedout : la *Obra Literaria* del escritor colombiano Silvio Villegas. El caso suyo es de una impresionante fidelidad a los problemas que trae consigo la literatura. Porque el aludido escritor más allá de los presupuestos políticos, tan deleznables y fungibles, no ha dejado de entenderse con la literatura como con una mujer providente. Y está impregnado de esta dulce materia hasta la médula de los huesos. Es su fondo y trasfondo. Su inquietud y su permanencia. Vive por ella, pero también la tiene como función orgánica, manadero de bellas expresiones y docencia estilística.

Silvio Villegas es un devoto de las bellas formas, del culto de un preciosismo literario que hoy se encuentra en desuso. Pero siente el hechizo de una frase redonda, barroca, total y al juego intelectual de las palabras y conceptos estéticos del parnasianismo, el simbolismo, y otros « ismos », ha consagrado buena parte de su tarea como escritor. Porque es un poeta en prosa, aún en el momento de escribir editoriales políticos o económicos. La literatura para Villegas no es un mero ejercicio calisténico o un viaje a flor de piel de turista exigente. Es medida y densidad. Muro y ciprés. Rosa y poema. Pueden pasar sobre Colombia todos los dramas inherentes a un pueblo que trata de rebasar los límites seculares del subdesarrollo. Este escritor no abandona la torre de la belleza literaria. Para él, escribir bien, hermosear y redondear períodos, constituye un alto y puro ejercicio. Tarea difícil e ingrata en un tiempo de voraz materialismo. De ahí que sea tan noble el sacerdocio que ejerce entre sus amigos y discípulos fieles.

Repasando ahora la *Obra Literaria* de Villegas, no podríamos afirmar que toda ella se salve del olvido. En verdad, muchas de sus páginas tienen una vida efímera como lo que es puramente verbalista y lírico. Su autor escribió de espaldas a las angustias contemporáneas, al dolor lastrado de la muchedumbre. Un lenguaje de hechizado. Una alta temperatura lírica, pero de vida efímera. El escritor moderno tiene que ser un testigo de su tiempo. Que hasta su meditación suban los problemas de un país que necesita nuevos rumbos, soluciones radicales a problemas que vienen desde la Colonia y necesitan una salida. El humanismo puro en esta América Latina parece una ilusión que se alimenta de sí misma, sin proyectarse sobre la tierra y el hombre. Son tan eruptivos los interrogantes, que un Erasmo de Rotterdam se quedaría solo en el territorio de su cultura. Es preciso pensar para Colombia y darle a la vida intelectual una misión, un signo, un destino. Que nuestra prosa no sea únicamente un bello instrumento verbal, sino además que recoja la palpitación de lo circundante, encare un mundo que aspira a subir con su propia voz y filial nacional al poema, a la novela, a la biografía, a la historia como algo vivo, plasmador e indicador de rutas.

Silvio Villegas ha ejercido, con pleno dominio, una especie de apostolado laico sobre la juventud colombiana. Durante veinte años, sus conterráneos del Departamento de Caldas, han aspirado a imitar su prosa, su lírica, sus imágenes. Y se creó una forma de expresión que se llamó el sistema literario greco-caldense. Porque en él se mezclaban los dioses griegos, la Mitología helénica y romana, con las preocupaciones de un pueblo trabajador, que está muy lejos de ese mundo cultural latino.

Villegas ha encantado a la juventud con su caramillo lírico. Y con su amor por la belleza, de la cual tiene una concepción cristalina. Ha sido, además, un lector infatigable de libros clásicos de todas las literaturas. Este trato con los grandes maestros, le ha dado a su prosa un tono elegante, una claridad expresiva sugerente, aunque no haya penetrado en la substancia de muchos temas que son capitales para una historia del pensamiento colombiano. A la edad de sesenta años este escritor ha dictado o escrito él mismo más de cuarenta mil editoriales de periódico. Esto, si puede ser admirable como tenacidad en una tarea, le ha restado a las letras el tiempo necesario para una obra de mayor densidad. Pero es cuestión del trópico donde no podemos elegir nuestro camino.

De todas maneras la *Obra Literaria* de Silvio Villegas, es un acontecimiento literario que debe registrarse. Una vida consagrada a un culto

intemporal, con alta dignidad y siempre con la vocación de servir al espíritu y a la libertad.

AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

F. Durán Bernales: «La política y los sindicatos»

Los libros cuya finalidad es la divulgación de ciertos problemas que pueden interesar a un vasto sector de público cumplen en ciertos casos con una útil función social. *La política y los sindicatos* (Editorial Andes, Chile) es un ejemplo de ello, pues muestra en forma adecuada a los fines antes indicados los diversos aspectos que presenta este tipo de asociación en el mundo actual y desarrolla una breve historia de la evolución del trabajo y del derecho de asociación.

Pero antes de entrar en el examen histórico del fenómeno del sindicalismo, Durán Bernales ha tenido el deseo y ha tomado la precaución de ubicar el sindicalismo dentro de las manifestaciones sociales actuales y también la de ubicarse él propio respecto de ese mismo fenómeno. Durán Bernales se revela ferviente partidario de la asociación de los trabajadores como medio de lograr la justicia social y comienza su libro en el capítulo dedicado a « Generalidades » con la conocida máxima : « La unión hace la fuerza », enunciado que él considera el fundamento de toda asociación.

Sindicalista confeso, ataca duramente la intervención de lo político, de la política, en los sindicatos, considerándola corruptora de un movimiento que debería permanecer absolutamente ajeno a los fines que persigue aquélla, y al referirse al « Sindicato y la huelga » (uno de los capítulos de su libro) declara, luego de defender la huelga como arma legítima de los trabajadores : « Sin embargo, en países de América Latina, inclusive Chile, suele desnaturalizarse el ejercicio de este derecho, al emplear la huelga como medio de coerción con finalidades políticas, y con ello no sólo se compromete la organización sindical en propósitos ajenos al gremialismo y se menoscaba gravemente la producción, sino que, lo que es aún peor, se descalifica una de las herramientas más nobles de la asociación obrera. » Basándose en el mismo criterio de « apoliticismo » de la acción sindical critica acerbamente y, debemos hacerlo notar. en cuanta ocasión se presenta, la estructura del llamado « sindicato industrial », del cual dice : « El llamado sindicato político —es la denominación que más conviene al llamado sindicato industrial— no constituye aspiración de ningún partido democrático, de seguro, porque la enjundia de ese tipo de asociación revela su carácter opuesto a un régimen de libertad y de convivencia legal. » Esta crítica está justamente fundada en la amplia experiencia política del autor del libro, que ha ocupado en su país altos cargos públicos de orden político y administrativo. Al problema del sindicato industrial dedica Durán Bernales abundantes párrafos de su libro, llenos de pasión crítica y reformadora, y aparentemente justificada. Decimos aparentemente, pues, por los datos que el mismo libro aporta, el Código del Trabajo de Chile reconoce dos tipos de sindicatos : el industrial antes mencionado, en el cual los obreros se agrupan por empresa y no por actividad, y el profesional, en el cual se tiene en cuenta el oficio practicado para determinar el sindicato correspondiente. Ahora bien, según datos aportados por la Dirección General del Trabajo chilena, es mayor el porcentaje de obreros agrupados en el primero que en el segundo tipo de sindicatos. Si tenemos en cuenta que la clase obrera es uno de los grupos sociales que en esta época demuestra tener conciencia más real de los medios que debe utilizar para la obtención de sus fines propios y si por otro lado la mayor parte de los obreros chilenos han elegido el sindicato industrial como medio de lucha, una consecuencia simple, pero basada en un cierto sentido realista de la acción, nos impulsa a desear un examen más amplio de las ventajas e inconvenientes de cada uno de estos tipos de sindicatos.

No nos extenderemos más en el análisis de las virtudes de la obra de Durán Bernales. Libro sincero, bien informado, sintético en la enunciación de los amplios problemas políticos mundiales vinculados con el tema que trata. Queremos destacar solamente que hubiéramos deseado encontrar también en esta obra un análisis de dos aspectos que consideramos fundamentales en un examen profundo de la relación entre la política y el sindicalismo : 1) el sindicato actuando como grupo de presión dentro de la sociedad contemporánea, los procedimientos para transformar esa presión de negativa en positiva, los resultados que han dado los intentos actuales de incorporación del sindicato a la política activa, es decir, el llamado corporativismo (Durán Bernales trata en el capítulo dedicado a « El sindicato en los principales países de Europa » el sistema corporativista portugués y español, sin entrar a analizar las consecuencias sociales de la aplicación de ese corporativismo) ; 2) el sindicato como una de las formas actuales de la sociedad de masas y también quizás como uno de los medios más eficaces, y aparentemente inocentes, de lograr su definitiva eclosión.

ALICIA M. JUSTO

notas

Mascarilla de Unamuno

Detrás de las dobles lunetas de cristal —los espejuelos y las ventanas— transcurrió la vida polémica, creadora y contradictoria de don Miguel de Unamuno. Con reminiscencias de enlutado señor del « siglo de oro », don Miguel diseñó para su uso personal un alto chaleco de lucera cegadas, por cuya abertura superior, a modo de gorguera, sobresalían las aletas del cuello postizo y almidonado dándole un cierto aire de pastor reformista. Los redondos ojos de buho oteaban las distancias que sólo recorrería forzado y a pesar suyo, empujado por los vientos cortantes del destierro. Don Miguel tenía la fina solidez de los jugadores de pelota vasca, un tanto inclinado hacia adelante en razón de su infatigable navegar por las ideas y los libros. Los años habían surcado de hondas arrugas el rostro de nobles y aguerridos rasgos ; las sienes blanqueaban, pero el perfil conservaba una indescriptible severidad de halcón orlado de plumas blancas. Con las manos hacia atrás, empuñando el libro de su diaria lectura, don Miguel descendía por la ondulada rampa que conduce a la Universidad de Salamanca y se iba a ejecutar sobre la mesa de un café, en un rincón de la más bella plaza española, sus célebres pajaritas de papel.

Si en la cátedra don Miguel era todo sabiduría y enseñanza, en la tertulia de café se liberaba de su austero continente y se ponía a razonar en español, emitiendo sus frases cortantes y sarcásticas, « contra esto y aquello », implacable y filudo, erizado de sátiras y rebosante de ironía, dándole a todos los aspectos de la vida española una transparencia de cristal... hecho trizas. Si él vivía a contrapelo con su España, era tan sólo para quererla más y saborearla mejor. Jamás en su existencia habría de caminar en una sola dirección o hacia un solo objetivo. Todo era un revolverse, como un toro trágico, tanteando la verdad en todas sus dimensiones, antes de decidirse por aquella que mejor encajase en su sentimiento. Don Miguel era una constante combustión de ideas, apreciaciones y contradicciones. Un fuego sagrado que ardía en las riscosas cimas de su alma, lo conducía a la contradicción, como por un despeñadero natural, por los caminos del análisis. Cuanto en Ortega era producto de una armonía interior de doctrinas e ideas, perfectamente arquitecturadas, en don Miguel era consecuencia de la emoción y de la pasión que lo llevaban a una perpetua batalla consigo mismo. Leyendo algunas páginas de don Miguel puede observarse cómo lo que comienza como una ardiente defensa, concluye como una enconada diatriba. A medida que va escribiendo, estudiando y contemplando las diversas facetas de un argumento, don Miguel, si se dispuso a exaltarlo, lo encuentra mal y concluye pulverizándolo. Ello no es resultado de otra cosa que de un hondo fenómeno de sinceridad que lo conduce a la verdad, a pesar de sí mismo y de sus antipatías o simpatías preconcebidas.

Pese a su sedante existencia castellana, en ese corazón puro de Castilla que es Salamanca, don Miguel no pierde ni se despoja jamás de su dura esencia vasca, asentada sobre su fuerte osamenta de jugador de pelota o pescador de sardinas. Su visión de la vida se enlaza con la de los místicos españoles, severos, crudos, de parcas palabras y consistentes sentencias. No se quiebra el estilo de don Miguel por obra de las emociones ; pero el sentimiento prevalece en su obra sobre el pensamiento ; la línea de trayecto, aún en su aparente contradicción, mantiene su unidad, prosigue su propósito y perpetúa su conducta. Ortega y Gasset se forma en las viejas universidades de Heidelberg y Friburgo, en la disciplina escolástica teutona que, sobre el espacio de su donaire andaluz, da vida a una de las más logradas e inteligentes maneras de ser profundo sin densidad y trascendental sin pedantería. Don Miguel, por momentos, gravita sobre la pedantería, cede a veces a sus seducciones, pero su sólida entraña cantábrica lo impermeabiliza, defiende y salva. Los místicos castellanos y los descarnados y nebulosos filósofos escandinavos, Soeren Kierkegaard y su Tratado de la

desesperación, *Heidegger, Strindberg y su teatro, proyectarán en Unamuno esa filtrada luz de acuario que, en* El sentimiento trágico de la vida, *ilumina los áridos y ascéticos paisajes del espíritu desolado en busca de la verdad inmutable, de espaldas al espejismo o el embuste.*

Don Miguel, al margen de la cátedra, no conoce sino una sola manera de decir la verdad : aquella que ha aprendido de su pueblo y sus tradiciones ; es decir, la verdad misma. Y la dice sin ambages, sin recurrir al elegante eufemismo o a la cazurra reticencia ; a lo sumo, con un irónico gustillo amargo. Por eso, don Miguel, a la hora de pelear, cuando es preciso abandonar la sobremesa de café y penetrar en la esencia de los acontecimientos, encuentra en Montalvo un antecesor suyo, realiza un deslumbrado descubrimiento de don Juan y con él se va de bracete a decirle esa verdad que, de tanto tenerla adentro le rebasa los labios, a ese general Veintemilla de su tierra que, en desquite, lo enviará a Fuerteventura, en el peñón de Lanzarote, lejos de cuanto le es vital y cotidiano, imprescindible y urgente, lejos en fin del paisaje bicéfalo de Castilla y el mar Cantábrico. Más tarde, impedido de cruzar la raya fronteriza después de su fuga de Lanzarote, don Miguel asoma su perfil de águila sobre los riscos pirenaicos y contempla su tierra desde el puente sobre el Bidasoa, ansioso de aprehenderlo, sin perder su soberbio empaque de desterrado.

El haz de nervios tensos y de contradicciones que fuera don Miguel, no se reblandece ni afloja. Frente a los errores de la República, como a los de la Monarquía, como frente a esa forma sangrienta de tomar el poder a título de « más macho », que enciende la guerra civil, don Miguel se mantiene en un margen polémico y punitivo. Las tres, se dice, acaso no son sino distintas maneras de expresar el fondo trágico de la anarquía española. Y desde su ventana del callejón salmantino, mirando desfilar las banderas negras de la insepulta tradición armada, increpa hasta la congestión mortal : « Venceréis pero no convenceréis. » Así lo sorprende la muerte en la tarde invernal de 1937. Hasta su sillón de agonizante que ve, impotente, escurrirse la sangre de España por las venas abiertas de la guerra civil, ha hecho llevar un braserillo en cuyos rescoldos sus pies ganados por el hielo, buscan calor inútil. La indignación que crepita en él hace crisis en forma congestiva y don Miguel se muere, de indignación, como había vivido, en indignación también.

Pero nadie muere del todo. En póstuma instancia don Miguel se convierte en el despojo sagrado que van a venerar las facciones en pugna. Unos y otros lo defienden como a una materia viva, como a una antorcha ígnea iluminando los senderos de la noche española. Porque don Miguel, con sus contraindignaciones y sus indignaciones, reflejo es de la vida española.

RAUL ANDRADE

Cuadernos *ofrece la suma de 20 dólares U.S.A. a la mejor traducción al español que se le envíe del poema « Congedo », de Carlo Petrocchi :*

Nel picciol parco di mia lunga vita,
odo una voce che grida : — Chiusura !
È il guardian dalla falce che m'invita
ad andar fuori perchè l'ora è scura.

Obbedisco. M'avvio verso l'uscita,
senza rimpianti e insiem senza premura ;
ho tante cose ancora da ammirare,
lieto le guardo nel mio lento andare.

Los participantes deberán remitir los originales a la dirección de Cuadernos (23, *rue de la Pépinière, Paris 8e), antes del 1° de junio próximo.*

SILVERT, VIAJERO DEL SIGLO XIX

Durante el siglo XIX los observadores acaso más sagaces de la realidad latinoamericana fueron los viajeros ingleses. De sus recorridas a través de nuestros países dejaron minuciosos testimonios escritos, los cuales no sólo constituyen un género literario sino que representan asimismo la prueba de que su preocupación por la naturaleza y la sociedad latinoamericanas superaba la de los nativos. Los viajeros ingleses nos observaban porque para su comercio habían hallado en estas comarcas un magnífico mercado cuyo conocimiento redundaría en aumento del lucro inglés. Sus sucesores en el siglo XX son los « viajeros » norteamericanos, de quienes en los últimos decenios han crecido los testimonios sobre América Latina. Una diferencia radical entre la mirada inglesa y la norteamericana finca en que ésta se ve atraída no ya por la agradable perspectiva de ganar un mercado, sino por la intolerable de perderlo, con el agravante de que esa pérdida pueda verse acompañada por cambios políticos que pongan en peligro de muerte a la presente *american way of life.*

Uno de los últimos « viajeros » norteamericanos es Kalman H. Silvert, cuyas observaciones, publicadas originariamente en inglés, han sido vertidas en lengua castellana (Ed. Paidos, Buenos Aires). El procedimiento en que Silvert basa su exposición consiste en una mezcla de teorías sociológicas y hechos empíricos que el autor ha recogido durante su estada en Argentina, Chile y Guatemala. El estudio se extiende a lo lar-

go de cuatro partes en las que se analiza respectivamente : la posible existencia de un « espíritu » latinoamericano común a las veinte repúblicas, la falta de elasticidad latinoamericana frente a los cambios políticos profundos, el papel de los intelectuales latinoamericanos en su medio y los contactos entre individuo y sociedad en el ámbito latinoamericano. Digamos en síntesis que Silvert ve la causa de la actual turbulencia latinoamericana en una crisis de desarrollo a través de la cual estos países procuran alcanzar el nivel de sociedades nacionales que aún no poseen. En cuanto a los remedios que propone, se diluyen en una serie de exhortaciones dirigidas a los países latinoamericanos para que superen sus defectos —haraganería, dogmatismo, verborragia, etc.— y a los Estados Unidos para que hagan uso de una mayor comprensión hacia sus vecinos.

Este libro, de aire razonable a través de la descripción sumaria que se acaba de ofrecer, deja empero en el ánimo del lector que lo concluye una aguda sensación de extravagancia. Quizá se deba en gran medida a la circunstancia de que en las páginas de la obra muy a menudo las exposiciones vacuamente teóricas se ven seguidas por extensas anécdotas personales del autor, a las que éste acuerda valor arquetípico : el caso es que un presunto método de exposición sociológica se ve reducido así a una confusa sucesión de generalidades y chismes. Contribuye a aumentar la sorpresa del lector el hecho de que, bajo la seriedad del género, Silvert haga de ciertos conceptos un uso en modo alguno serio. Un ejemplo es su manejo de la noción de nacionalismo —clave en el libro—, del que afirma que es « el valor político básico del occidentalismo ». Cuando da con una declaración tal, la pregunta que surge en el lector con conocimientos históricos elementales es la de si el autor la formula por ignorancia de que el nacionalismo es uno de los elementos más tardíos —casi reciente— y más efímeros acaso del estilo de vida occidental o porque en su cabeza funciona sólo un *slogan* político contemporáneo respecto a « Occidente ». Y no se sabe cuál de las respuestas sería peor.

Sin embargo, el rasgo más impresionante del libro es la *radical incomprensión* de su autor respecto a la materia que trata. Aclaremos que Silvert hace esfuerzos por superar los prejuicios políticos. Si por un lado señala con justicia que gran parte del antimperialismo (antinorteamericanismo) latinoamericano constituye una negativa y cómoda proyección de las propias frustraciones hacia el exterior, por otro admite con igual justicia que los Estados Unidos « explotan económicamente » a América Latina e impiden el cambio social en ella. Aclaremos también que los datos históricos, económicos, políticos que Silvert utiliza son exactos, así como resultan atinadas sus observaciones personales —sobre la Universidad de Buenos Aires, el carácter chileno, etc.— de los países que visitó. No obstante, con todas esas verdades en su poder, el autor logra *no comprender*.

Silvert, por ejemplo, advierte y declara que en la totalidad de América Latina la democracia, salvo fugaces excepciones, jamás ha tenido vigencia más allá de la letra muerta de las constituciones. Comprueba que la libertad individual no despierta en estas latitudes la misma pasión que en el resto de Occidente, que con frecuencia se renuncia a ella en América Latina. O sea que Silvert descubre que no somos como los norteamericanos : le resulta incomprensible. Todos los signos le indican que al parecer no debe esperarse que en un futuro inmediato los países latinoamericanos vayan a constituirse en comunidades nacionales democráticas del tipo USA : Silvert insiste en ver en ello nuestro ideal. Si la teoría de democracia nacional no ha tenido nunca encarnación en América Latina, ¿por qué suponer que ha de tenerla a partir de un momento en que los hechos históricos superan la noción misma de democracia nacional? Si en su andar América Latina nunca consiguió abandonar el estilo feudal de la gran mayoría de sus pobladores indígenas y europeos, ¿cómo caer en la ilusión de que lo conseguiría en una época en que la tecnología y la presión demográfica imponen al planeta irremisiblemente las sociedades de masas? Es posible que América Latina no tenga nada propio para dar al mundo, salvo este espectáculo lamentable de hoy. Es posible también que tenga algo propio para dar : nunca lo hará bajo la forma de un conjunto de democracias nacionales. Más probabilidades hay de que nuestro destino ulterior, triunfante o derrotado, se cumpla —bajo el impacto de despiadados golpes históricos— a través de una gran comunidad latinoamericana única, ideal que presidió un instante la libertad política de estas tierras y que se vio luego eclipsado por esa concepción democrática liberal, implantada desde el exterior, que nunca pudimos convertir en práctica. Es cierto que desde el punto de vista occidental contemporáneo América Latina está casi irremisiblemente rezagada. Pero puesto que nunca anduvimos por ese camino —salvo en las declaraciones y apariencias—, ¿por qué no preguntarse si lo que se ve como atraso desde ese punto de vista no es sencillamente que deseamos y debemos marchar en *otra dirección* en la que —tras un viaje sin duda más largo y doloroso— quizás lleguemos a algo propio? Pretender que todas las tierras sigan la misma senda y den sus frutos al mismo tiempo es, en el mejor de los casos, carencia de imaginación y de perspectiva histórica.

Las reiteradas torpezas y fracasos de los Estados Unidos en la conducción de su política internacional, desde que se vieron forzados a desempeñar un liderazgo en el mundo, parecerían ser índice de un persistente aislacionismo que se manifiesta incluso en la intervención. Satisfechos con el paraíso terrenal que para su gusto se han construído, no desean salir de él y ello se traduce en una incomprensión inconsciente de los problemas externos, de lo que no es igual a ellos mismos. El libro que aquí nos ocupó tiene la importancia de que, más que lo que dice sobre América Latina, sobrecoge por lo que implícitamente dice de los norteamericanos : su autor parece expresarnos que ese profundo aislacionismo se extiende a todas las esferas de la actividad norteamericana, sin excluir aquellas que exigen un ejercicio decidido de la autocrítica. Y esto lleva a pensar —dejando de lado las reflexiones sobre el destino particular de los Estados Unidos— que la relación con sus vecinos latinoamericanos —fundamento de una ayuda económica que dentro del marco actual es y seguirá siendo completamente inútil y perturbadora— no puede aguardar un horizonte demasiado despejado.

H.A. MURENA

« ARTES DE MÉXICO » : UN FELIZ ANIVERSARIO

Miguel Salas Anzures, director de la extraordinaria revista Artes de México, *nos escribe : « Hemos llegado al décimo aniversario de la revista... En nuestro ambiente esto que en otros países no tendría mayor importancia, entre nosotros es algo inusitado. Usted que conoce estos problemas sabrá aquilatar mejor que nadie el esfuerzo que hemos desarrollado Vicente Rojo, director artístico, y yo... »*

¡Cómo no aquilatarlo! Miguel Salas Anzures tiene mucha razón. Los milagros siempre nos conmueven, o azuzan ese instinto para el misterio que procuramos siempre mantener alerta ; inmediatamente concurrimos a la pequeña oficina en la avenida Juárez desde donde sale el notable testimonio gráfico y literario, a rendir nuestro homenaje personal de admiración que aquí corroboramos.

Realmente es un milagro. La señora de Salas Anzures, con acento brasileño, comenta : « No creía que usted fuera a ocuparse de la revista... usted escribe de las cosas más avanzadas... » ¡Oh manes de snob! ¿Qué puede ser más avanzado, más elevado, más justamente culto que estas páginas de *Artes de México*? Son verdaderos volúmenes antológicos del país antiguo y de sus realizaciones contemporáneas, que hojeo lentamente en la pequeña oficina, por la mañana, frente y casi por encima de la Alameda que está en los dos lados (en donde estuvo siempre, en donde la pusieron los conquistadores alrededor de los primeros árboles de Moctezuma, y en el célebre mural de Diego Rivera en el hotel del Prado), recordando todas las ocasiones de placer que hemos tenido al ver la revista, al leerla en estos diez años.

Lo que es más trascendente : ¿Qué otro país de América podría proveer los materiales diarios, la maravilla cotidiana de tal artesanía, de esos mercados, esas miradas indígenas metafísicas, esos niños como venados, esos paisajes crueles y apacibles al mismo tiempo (un tiempo eterno, inmutable, indiferenciado), esos climas que son muchísimo más que un « ambiente », esa vida, esa muerte ridiculizada hasta la exacerbación en las calaveras de azúcar o en los grabados de Posada? ¿En qué otra parte del Mundo Nuevo hay tanto viejo y tan vivo, tan actual, tan sugerente a los artistas modernos de la más real modernidad? ¿Dónde como aquí, por ejemplo, se sublimó el maíz en el adolescente huaxteco o en una danza lacandona amparada por el Dios Negro, se transformó tal vez (quién podría saberlo) el vikingo o algún monje irlandés en Quetzatcoatl, desembocó el terror de la noche más noche en la Coatlicue que aún alienta en las páginas policiales de cualquier periódico?

*

Vino Antonin Artaud y se dio cuenta de que entraba en contacto con la tierra roja, por el camino del sol, para perseguir en él « el secreto de aquella fuerza de luz que hacía girar las pirámides sobre su base, hasta situarlas en la línea de atracción magnética del sol », para « reaccionar contra la superstición del progreso » y lanzar desde México el desafío a los cuatro puntos cardinales imaginados en la Cruz de Palenque. Vino Eisenstein, y los indios de blanco y los sombreros de paja se organizaron como por magia frente a las cámaras cinematográficas porque así posaban, lo mismo, desde antes, desde antes de Dios. Estuvo Orozco y ya no pudo haber más revolución que la suya, la de *las soldaderas*.

*

Milagro es también ahora, y misterio, y pura fantasía que frente a la maravilla, a lo usual maravilloso que *Artes de México* viene recogiendo en su larga antología continuada, el cine ahora persista en lo que un día creyó descubrir el Indio Fernández o en los traumitas tan ajenos de niñez española de Buñuel ; el teatro asuma la función de esos centros sociales de residentes

en el D.F. de Michoacán o del Sureste ; la literatura se sature de aconteceres revolucionarios míticos, pero no suficientemente míticos, o describa historietas y personajes de los barrios neoburgueses transportados a un Acapulco miamiesco, o recaiga en el folklore apenas disimulado por las últimas técnicas faulknerianas y joyceanas de hace treinta años o invente —¡aquí!— la « evasión » más propia de islas inglesas y aburridas pampas platenses ; la pintura se empecine en reproducir en la alta meseta —en « la región más transparente del aire » al decir de Alfonso Reyes— a Afro, Burri, Tapies, o se ridiculice en la obsesionante reiteración de un realismo tan caro a esa dialéctica que ya sabemos ; la poesía corra jadeante tras el modelo del Premio Nóbel más reciente ; la música, después de algunos sonidos promisorios, se estanque asimismo en lo aparentemente pintoresco, en las reminiscencias aztecoides del primer Stravinsky y del último Villa-Lobos ; la danza pretenda transmitir mensajes y más mensajes hasta poder ser comparable a un telégrafo de provincia... Todo esto, naturalmente, con las excepciones magníficas de Octavio Paz a José Luis Cuevas, de Tamayo a Rulfo, de Henestrosa a Revueltas, de León-Portila a los arquitectos Larrosa y Barragán.

*

Artes de México cumple diez años. Enhorabuena. Las artes de México, las verdaderas, cumplen miles y miles de años imprescindibles para tal esfuerzo artístico que a su vez tan bien las refleja. Simbólicamente, la Alameda recuperada por Rivera se reproduce en las páginas de la revista, y así... hasta el infinito.

*

Números especialmente recomendables de *Artes de México* :

40, *El Maíz*, con el texto de Agustín Delgado ;

47, *México* 1850, con el « viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República Mexicana... » y los textos de Carl Sartorius ;

31, *Medio siglo de Cine Mexicano*, antología de Emilio García Riera ;

14, *La Litografía Mexicana en el siglo XIX* ;

29, inefable, *Mujeres de México*, con fotografías de Bernice Kolko y comentarios de Elena Poniatowska ;

17, *Escultura Prehispánica*, texto de Matthew Stirling, dibujos de Anguiano ;

28, *Los Descubridores del Paisaje Mexicano*.

LUIS GUILLERMO PIAZZA

LOS VEINTE AÑOS DE « ESPIRAL »

Que una revista literaria —ajena a la ayuda de la mano del Estado — cumpla en Europa veinte años de activa existencia, es un hecho importante, pero no excepcional. Que una revista literaria pueda celebrar en América Latina veinte años de vida creadora, y que para mantener esa lección de trabajo no haya sido necesario el apoyo oficial, es casi un milagro. Es el caso de *Espiral*, que fundó y continúa dirigiendo Clemente Airó en Colombia.

Espiral ha tenido el acierto de su tamaño y el de su contenido. Es una revista que cabe en el bolsillo. Su presencia es amable, moderna y la portada sugiere un tema de pintura abstracta. El color cambia cada número. Los colaboradores se van renovando. Hoy *Espiral* le da la vuelta a América no sólo en calidad y relaciones, sino en cantidad y proyecciones hacia el inmediato mañana. Creo que ante *Espiral* es necesario hablar de un doble milagro : el de la generosidad y el de la inteligencia. Es la sensibilidad que se hace acompañar por la constancia.

Cuando *Espiral* puede escribir « corresponsales literarios en todos los países del idioma español », es porque la revista va hacia todos y encuentra eco en los medios literarios de todos los países hermanados por una misma lengua. En algunos —donde la intolerancia política impera— *Espiral* debe hacer su aparición de manera silenciosa, casi clandestina, pero no menos efectiva en su enlace y compañía a las minorías intelectuales que necesitan el estímulo de *Espiral*. La revista es antidogmática, es tolerante y es de pupila iberoamericana jamás divorciada de la mirada universal. Es otra lección que necesitamos en muchos sitios de nuestra América aquejada de una fiebre nacionalista que la disminuye en salud espiritual. Si no nos integramos, perecemos. *Espiral* ha contribuído a una integración que tampoco es posible si se divorcian de América Latina las diversas corrientes culturales que han atravesado tiempos y distancias para llegar a nosotros. Especialmente el Atlántico ha llevado a nuestros países un gran legado cultural. No se olvide que la cultura es una herencia, pero que la herencia cultural no es nunca estática. Tenemos que merecerla cada día ; y para merecerla tenemos que trabajar con ella en la corriente, en permanente renovación de nuestro presente.

Espiral, con su nuevo formato —a partir del número 76—, empezó a entregar a sus lectores, no sólo índices de trabajos y autores, sino direcciones de los autores, que acompañaban las bibliografías. Incrementó así su tarea de unir, de relacionar a los autores entre sí y a los autores con sus lectores. No ha sido tarea menor.

Cualquiera de los números de *Espiral* de cualquiera de sus últimos volúmenes podrá dar la medida de lo que la revista ha buscado y conseguido. En el centenar de páginas de formato de bolsillo, *Espiral* no ha dejado de publicar el ensayo de viva actualidad —donde escritores iberoamericanos han ido apareciendo junto a los europeos—, la sección de traducciones de páginas interesantes de las diversas literaturas de hoy, una antología poética muy viva, la compañía de reproducciones de arte, la sección destinada a la crítica y la presencia de cuentos o fragmentos de novelas de las letras de nuestro tiempo. Unas notas donde aparecen los comentarios sobre « libros de hoy » y la « actualidad de las artes plásticas », han completado siempre cada número.

Esta labor la ha hecho *Espiral* sin estruendo ; por eso ha dejado huella y ha ganado prestigio con su humana seriedad. El milagro de esta órbita de *Espiral* 1944-1964 se debe a una voluntad inteligente y constante : Clemente Airó, su iniciador y actual director. El fundador de esta revista para América Latina, y desde América Latina hacia todas las comunidades humanas que hablan español en el mundo, llegó a nuestra América como llegaron otros intelectuales del exilio de la España republicana. Pero Airó —que terminó por establecer su residencia en Bogotá, en 1941— no llevaba a América Latina, como los escritores de la generación anterior, una obra literaria que le acreditaba un nombre. Airó ha hecho su nombre literario al publicar toda su obra literaria en América Latina. Sus libros son cuentos y novelas. Algunos títulos : *Yugo de Niebla, Sombras al Sol, La Ciudad y el Viento*. Se advierte en los títulos un don poético que su libro de ensayos —*Las letras y los días*— no hace sino confirmar. Titula sus libros en prosa como un poeta sus cuadernos de versos.

No creo posible que la historia de las letras de América Latina del último cuarto de siglo pueda escribirse si se prescinde de la labor realizada en América Latina y para América Latina por los republicanos españoles. Más de una vez he escrito el elogio de cuanto les debemos a ellos y más de una vez me he dolido de la oportunidad que perdimos al no abrir, de inmediato, toda la casa de nuestra América a lo mejor del espíritu español que partía al exilio. Su tragedia se hizo conciencia en los escritores de mi generación. Nos iniciamos en las letras cuando España combatía y se desangraba ; por eso el drama de España ha sido y continúa siendo parte de nuestro drama. Martí escribió una vez, mirando a Cuba desde tierra hermana : « Esto es aquello y va con esto ». Así pudiéramos escribir pensando en los paralelos destinos y las paralelas esperanzas.

Espiral en Colombia es el ejemplo paralelo al de otros republicanos españoles que contribuyeron al impulso de un nuevo aire universal en México, en Argentina, en Chile, en casi todos los países de América Latina. (Y no me olvido que en la República Dominicana, desde el centro mismo de la lucha contra la tiranía de Trujillo, al fundar *La Poesía Sorprendida* con el lema de « Poesía con el hombre universal », fue un republicano español —Eugenio Fernández Granell— quien estuvo a mi lado en la hora difícil. Y no me olvido que Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Bernardo Clariana y otros, nos dieron sus páginas sin otro pago que contribuir a la lucha por hacer un poco de luz en aquel combate del espíritu libre contra la noche de garras.) Todo esto no me aparta de los veinte años de *Espiral*, sino más bien subraya su lección y su destino.

A. BAEZA FLORES

"AS SETE PORTAS DE BAHIA"

Héctor Julio Páride Bernabó, o más sencillamente Carybé, es un genial dibujante que en *As Sete Portas de Bahía* ha dibujado con una simplicidad de líneas y un arte insuperable las escenas mágicas, las notas de los trabajos y los días, las danzas y las acrobacias de una población negra y mulata en que cada movimiento parece un poema. Carybé nació en Buenos Aires en 1911, de padre italiano y madre brasileña, ha viajado por Argentina, Perú, Paraguay, Bolivia y Uruguay, y por último se ha fijado en Bahía. En Nueva York ha pintado unos murales para el aeropuerto internacional. Además es periodista. Ha ilustrado libros muy diversos : el *Robinson Crusoe*, editado por Viau en Buenos Aires, los poemas de Walt Whitman, *Jubiabá* de Jorge

Amado, la edición de las *Memorias de Casanova* de Margarita Sarfatti, etc.

As Sete Portas da Bahía han sido editadas por la librería Martins de Sao Paulo, con presentaciones de José de Barros Martins y de Jorge Amado, y breves comentarios periodísticos del propio Carybé. Para dejar que el comentario a este libro de encanto no pierda su magia original, reproducimos en diferentes páginas de esta edición de *Cuadernos* dibujos tomados de *As Sete Portas da Bahía.*

*

La « Maison Internationale de la Poésie », que acaba de otorgar el « Grand Prix International de Poésie » a Octavio Paz (véase Cuadernos n° 79), *ha publicado en el* n° 45 *de su revista* Courrier du Centre International d'Etudes Poétiques *el estudio de Alejandra Pizarnik sobre « Salamandra », de Octavio Paz, en traducción de Fernand Verhesen. Dicho estudio había aparecido en el n° 72 de nuestra revista.*

*

La revista Les Lettres Nouvelles, *que dirige en París Maurice Nadeau, ha decidido completar su comité de redacción con escritores de diversos países, corroborando de esta manera el carácter internacional de esta importante publicación. Anunciamos que los miembros latinoamericanos de la nueva redacción son H.A. Murena y Alejandra Pizarnik.*

B.

Temas y autores

¿Desde cuándo se prohibió vender cristianos como esclavos? ¿Cómo se originó la trata de negros? ¿Cómo se abrieron camino las ideas libertadoras que echaron por tierra la institución de la esclavitud, tan vieja como el mundo? MAURICE GARÇON, de la Academia Francesa, hace un admirable cuadro del problema en « El comercio de la madera de ébano », que originalmente ha escrito para *La Revue de Paris,* y expresamente nos autoriza para lanzarlo desde *Cuadernos* a los lectores de lengua española... MATHILDE POMÈS conoció íntimamente a Gabriela Mistral, de quien tradujo sus poemas al francés cuando aún no había recibido la consagración del Premio Nóbel. Sus « Recuerdos de Gabriela Mistral » son un precioso documento humano, que tomamos del libro que ella ha escrito sobre la poetisa chilena y que se ha lanzado en gran edición popular al público de Francia... GERMAN PARDO GARCIA, el gran poeta colombiano que viene adelantando una obra ejemplar de divulgación de la poesía de toda América en *Nivel,* gaceta de gran lujo, sin fronteras, nos ofrece una prueba de la sensibilidad poética que le señala como uno de los más felices cantores de la paz en lengua española en su « Lectura al atardecer ».. Respondiendo a la encuesta de *Cua-*

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envío la cantidad de ....., importe de una suscripción a *Cuadernos* por un período de ..... a partir del N.° ....., a nombre de (1) :

.....

.....

.....

(1) Indíquese la dirección completa.

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9992-63) a la administración de *Cuadernos,* 23, rue de la Pépinière, Paris 8e.

Francia : 1 año : 25 F — Norteamérica : 1 año : 6 $ USA

Europa : 1 año : 28 F — América Latina : 1 año : 5 $ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.

B.D.I.C

dernos sobre la crisis de la democracia en la América Latina, JUAN MILLA BERMUDEZ, el líder político hondureño, enfoca el tema más agudo en algunas de las revueltas políticas recientes : « Los cuartelazos y nuestras democracias »... Nadie mejor que ROBERTO F. GIUSTI, el antiguo director de *Nosotros* de Buenos Aires, para trazar un perfil definitivo sobre Francisco Romero, que precisamente dejó las filas del ejército para convertirse, desde su cátedra de filosofía, en uno de los grandes humanistas de nuestra América, siempre dispuesto al diálogo estimulante... El cubano JORGE L. MARTI, actualmente profesor en los Estados Unidos, se refiere en « Presagios folklóricos en Cuba » a la importancia que tuvieron en el pasado reciente los compositores populares y otros decimistas, preocupados en sus canciones por las cuestiones nacionales... *Cuadernos* quiere ver surgir nuevos valores literarios, por lo que ha promovido una serie de concursos de cuentos en distintos países latinoamericanos. El organizado en Puerto Rico en colaboración con *Asomante*, premió a LUIS RAFAEL SANCHEZ, por su cuento « Memoria de un eclipse »... NESTOR ALMENDROS se refiere una vez más a los múltiples problemas del cine, estudiando ahora la nueva escuela en boga... RAUL BOTELHO GOSALVEZ, escritor boliviano, presenta un amplio fresco del Potosí colonial, cargado de historia y de fantasía, de lujo y de pobreza, escenario en el que vivían y morían el encomendero español y el mitayo minero... « Ser y estar de Puerto Rico » : un país visto y analizado por la pluma sagaz de la profesora puertorriqueña MARIA TERESA BABIN... Una vez más FERNAND LOT se asoma a nuestra revista para mostrarnos sus dotes de divulgador científico en su « Relación íntima entre el oído y la fonación »... El Museo de Arte Moderno de París abrió sus puertas recientemente al arte argentino, acto del que da cuenta DAMIAN CARLOS BAYON, mientras que MARIA SCUDERI, también argentina, trata de un problema más general : « El movimiento en las artes del siglo XX ».

CAMBIO DE DIRECCION

Rogamos a cuantos tengan necesidad de ponerse en relación con nuestros servicios administrativos que en lo sucesivo dirijan su correspondencia a la dirección siguiente :

Administración de « Cuadernos »
23, rue de la Pépinière,
Paris - VIII (Francia).

Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

Director
GERMAN ARCINIEGAS

Consejo de Honor
Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Mariano Picón-Salas, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos, Jean Sarrailh y Erico Veríssimo

Redacción en París
Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

Consejo de Redacción
Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, José Luis Martínez, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

Arte
Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

Ilustrador
Sergio Trujillo Magnenat

Corresponsales
Asunción : Josefina Plá
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela
Buenos Aires : H.A. Murena
La Paz : Fernando Díez de Medina
Montevideo : Dora Isella Russell
Nueva York : Joaquín Maurín
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz
Santiago : Raúl Silva Castro

Administrador
Tomás Urbiztondo

Gerente para América Latina
Manuel José Jaramillo

Redacción y Administración
23, rue de la Pépinière, Paris (8)
Teléfono : EUR. 37-59

Cuadernos

ARADOJA DE MEXICO
por
David Rousset

•

HOMBRE DEMOCRATICO
Jean Lacroix

CRISIS DE LA DEMOCRACIA
Lázaro Cárdenas

TOS CRISTIANOS Y RELIGIONES DEL LIBANO
Carlos Borda Mendoza

OLFO DE OBIETA: "APARECER, DESAPARECER"
Premio del Concurso del cuento argentino

CANAL DE PANAMA EN EL SIGLO XVIII
Gerstle Mack

NUEVA APARICION DE PICASSO
Damián Carlos Bayón

NCIA Y TEORIA DEL HOMBRE ANDINO
Jorge Luis Recavarren

GE GUADALUPE POSADA
Diego Rivera

L. F. I. 5926

L DIARIO POSTUMO DE RAMON

RIL DE 1964 N° 83

No hay País Libre sin su Flota Mercante

La Flota Mercante Grancolombiana no es un patrimonio particular sino una empresa de todos los colombianos

UNIVERSITÉ DE PARIS B.D.I.C.

CUADERNOS

ABRIL 1964 N° 83

El hombre democratico	3	*Jean Lacroix*
Los ritos cristianos y las religiones del Libano	17	*Carlos Borda Mendoza*
La paradoja de Mexico	23	*David Rousset*
Diario postumo	35	*Ramón Gómez de la Serna*
Como se veia en el siglo XVIII el problema del canal de Panama	53	*Gerstle Mack*
Jose Guadalupe Posada	67	*Diego Rivera*
Conquistadores navegantes y fundadores de pueblos	69	*Tulia Piñero*
ENCUESTA		
« La unidad latinoamericana tendra que realizarse fuera de la orbita economica del imperialismo... »	15	*Lázaro Cárdenas*
DIALOGO		
Influencia de la cultura francesa	73	*E. Rodríguez Fabregat (hijo)*
RELATO		
Aparecer, desaparecer	43	*Adolfo de Obieta*
ARTE		
Leccion de Picasso	61	*Damián Carlos Bayón*
Juan de la Cruz Saavedra	65	*E.C.C.*
POESIA		
De pronto en el aire fino	34	*Jorge A. Paita*
La vida hacia todo	60	*H. A. Murena*
Gavilla de lumbres	66	*Pedro Pablo Paredes*
CIENCIA		
Ciencia y teoria del hombre andino	75	*Jorge Luis Recavarren*
LIBROS		
El coloquio de Buenos Aires del Pen Club	79	*H. A. Murena*
« Acto y ceniza », de Manuel Peyrou	81	*Alberto Girri*
« Gabriela Mistral », de Mathilde Pomes	82	*Marta Mosquera*
« Panorama literario de Chile », de Raul Silva Castro	83	*Paul Verdevoye*
« Ensayos sobre subversion », de H. A. Murena	84	*Al. P.*
« A la altura de las circunstancias », de Jorge Guillen	85	*Federico Gorbea*
« Me mataron entre todos », de Manuel Galvez	87	*Luis Justo*
« Subdesarrollo, integracion y alianza », de Sergio Gutierrez Olivos	88	*Alicia Justo*
NOTAS	89	*Dora Isella Russell, Salvador Reyes, José de Alba y Antonio de Undurraga.*
TEMAS Y AUTORES	96	

El viaje del general de Gaulle *a la América Latina posiblemente va a extenderse más allá de lo previsto. Comienzan a llegarle invitaciones de diversos países, que sin duda nacen de la disposición de ánimo tan favorable hacia nosotros. La visita será un éxito. Es la primera vez que un presidente de Francia cruza el Atlántico para tomar contacto directo con esas repúblicas en donde, antes que en ningún otro lugar de la tierra, la idea revolucionaria de la república fundada en los derechos del hombre y en los principios de Rousseau tomó cuerpo y se convirtió en realidad. Allá, el pensamiento francés alcanzó resonancias tan profundas que, desde Rousseau hasta Víctor Hugo, el lenguaje de los primeros años parece arrancado directamente de la literatura francesa. Y de Víctor Hugo en adelante, la resonancia subsiste.*

Historia aparte, hoy este viaje tiene tres caras. De Gaulle se ofrece como una tercera fuerza en el mundo. Se ha independizado para darle un acento personal a su política. Se adelanta a otras naciones en el reconocimiento de la China, se singulariza en la unión europea. Toma actitudes propias, casi rebeldes, frente a los Estados Unidos. Su viaje a la América Latina no puede quedar fuera del plan general de ese movimiento tan suyo en que sueña poniendo a Francia como el caudillo ideal.

La segunda cara del viaje surge, no hay que ocultarlo, de su atracción personal. Dentro de las vidas de los grandes hombres de nuestro tiempo, de Gaulle quedará como un conductor empujado por místicos impulsos, que desde la Resistencia hasta la V República lucha con denuedo sin par hasta imponerse como el conductor de esa Francia que había de rescatar de los ejércitos alemanes, para devolverla al lugar de su destino histórico.

La tercera cara, la más valiosa, está en la simbólica presencia de nuestra Francia de siglos en tierras de nuestra América. Gran parte de la vacilación latinoamericana en estos años, en que todo ha parecido reducirse a los monólogos alternados de Washington y Moscú, tiene su origen en la falta de una Europa que la escuche, frente a una América que la financia y a una Rusia que quiere hacerla suya. Hemos conocido en estos años una Europa primero vacilante y roída por filosofías desesperadas de la postguerra, y luego preocupada hasta el exceso por los problemas del Africa o de los Orientes, que no nos volvía la cara. Que ignoraba a una América llamada Latina, por alguna razón que no es difícil descubrir. En ella la sangre y las ideas y las tradiciones de Europa, y los acentos de sus lenguas, están más vivos que en el Asia o el Africa.

La posición de la América Latina internacionalmente obedece a circunstancias suyas, que no son las de las demás naciones. No nos es posible entrar como elemento de combinación en muchos juegos de alcance mundial. Pero la América Latina desea que sus relaciones con Europa sean más reales, más activas de parte y parte, y esto le conviene a Europa. Si esta Europa de los milagros empieza a tener excesos de dinero, industrias que pueden extenderse por el mundo, técnicos deseosos de llevar más allá de las fronteras continentales sus trabajos, ¿será la América Latina menos segura, menos productiva, menos grata que el Africa o los Orientes? Si esta América que crece como espuma ha de tener con quien hablar, ¿por qué no ha de ser con los de su misma cultura latina, con los de su misma aventura histórica? Así, modestamente limitada, ambiciosamente ensanchada, la visita del presidente de Francia marcará un hito en nuestro tiempo.

El hombre democrático

POR JEAN LACROIX

Se ha dicho y hasta escrito, que la democracia no es asunto de razón, sino de entrañas. Fórmula muy discutible por cierto, pero que exagera o desnaturaliza una idea justa : la democracia, en efecto, no es tanto una ideología, una doctrina, un sistema, como un modo de conducirse con los demás, un estilo de vida personal y social. Por eso el mejor medio de penetrar su naturaleza es acaso abandonar el derecho constitucional en favor de la psicología social para intentar un retrato del hombre democrático. Ese retrato deberá ser a la vez psíquico y moral. El aspecto exterior y la conducta revelan el alma. Basta recordar la forma en que La Bruyère pinta al rico y al pobre. Fedón nunca es osado, desconfía de sí propio y no quiere atraer la atención sobre su persona, « se escupe a sí mismo ». Modesto y humilde, escucha siempre. En una asamblea espera para sentarse a que se le ofrezca un simple asiento. Por lo contrario, Gitón se considera perpetuamente el centro. Se apodera de los sillones y se instala en ellos. Él es quien habla y quien se da importancia. Innecesario proseguir. Esos signos no engañan. Y aunque La Bruyère no lo dice, Fedón es evidentemente el demócrata y Gitón el antidemócrata. Y no es que todos los pobres sean demócratas y los ricos antidemócratas. ¡Sería muy bonito! Pero la democracia es algo que se lleva en sí y consigo : un modo de ser y de situarse en el universo social, una actitud especial con todo lo que ella acarrea en actos y expresiones. Si hay dos clases de individuos, los humildes y los soberbios, como dice Jules Romains, los soldados y los oficiales como dice Alain, los modestos y los vanidosos, el hombre democrático está del lado de los humildes, de los soldados, de los modestos. Entre las fórmulas francesas habituales llamadas de cortesía, hay una que siempre me ha chocado y que consiste en asegurar a alguien nuestra consideración o « nuestros sentimientos distinguidos ». ¡Como si el mayor honor que se le pudiese hacer fuese —nunca llegué a saberlo— distinguirse de ese alguien o distinguirlo de nosotros! Y es que en Francia todo se funda sobre la distinción. Cuando yo ingresé en la Universidad, me imaginé que era una institución democrática. Pronto me di cuenta de que estaba fundada sobre la aristocracia de la cultura, del saber. Todo nuestro sistema de exámenes y de concursos estriba en la distinción y, como dice Alain, desde el momento en que un chico ha obtenido su certificado de estudios se separa, se distingue de todos los que no lo tienen. Ese hecho llamó ya la atención de Barbey d'Aurevilly, quien en uno de sus *Pensamientos destacados* lo consideraba como el signo característico de la sociedad francesa : « En Francia —dice—, todo el mundo es aristócrata, todo el mundo tiende a distinguirse de todo el mundo. » Simbólicamente, el derecho de primogenitura subsiste siempre, y en la familia al menos el primogénito es raramente demócrata. En efecto, acaso es

en ese amor a la distinción donde hay que buscar una de las razones por las cuales le cuesta tanto trabajo al espíritu democrático implantarse en nuestro país. En todo caso, es en esa negativa a darse importancia, es decir en ese esfuerzo hacia una actitud a la vez libre e igualitaria donde hay que encontrar su huella más corriente. Toda mi charla va a encaminarse a pintar a este hombre corriente, y sin embargo bastante raro, que si no está exento de virtudes, lo está de vanidad y no se da importancia.

El hombre de la libertad

Para quien se atiene a las realidades de la vida y no a las teorías profesadas, el hombre democrático se reconoce en su aire de hombre libre. Un país democrático es un país donde se siente uno tranquilo, donde la atmósfera social es más ligera, en el que cada cual, piense como quiera, disfruta la alegría de vivir, confiéselo o no. Si en Rusia las gentes hablan hoy, y discuten y escriben más libremente, es porque el sentido de lo que se llama la destalinización no es otra cosa que el redescubrimiento de la democracia. Más aún que la soberanía popular, el respeto a la persona se siente inmediatamente como el verdadero origen de la legitimidad democrática. Descansa ésta sobre el prestigio inalienable conferido a cada individuo y de ninguna manera sobre el del número de individuos. Sobre ello hace Jeanne Hersch una reflexión sugestiva : « Cosa curiosa : es cada sufragio individual lo que nos parece que consagra el valor del sufragio universal, y de ningún modo la masa de los sufragios victoriosos, que se impone no obstante al sistema entero » (*Ideologías y realidades*, pág. 109). Por importante que sea, el sufragio universal no es el origen, ni aun el criterio esencial, de un régimen democrático, sino más bien un efecto y un signo. « La minoría nunca tiene razón, aunque moralmente la tenga ; basta el buen sentido para reconocer esta verdad », exclamaba Restif de la Bretonne. Contra ese pretenso buen sentido es contra lo que se alza el demócrata. Tal es la verdadera explicación de que condene el sistema plebiscitario. En un plebiscito, lo que le repugna inmediatamente, más que el resultado de conjunto, es la propaganda, el arrastre colectivo y la violación de las conciencias. Así, pues, no existe democracia sino allí donde, por medios que pueden ser diversos, se reconoce la existencia legal de una minoría cuyos derechos están garantizados. La democracia, por consiguiente, no puede subsistir sino en un clima de cierta espiritualidad. Una democracia sin espíritu no puede durar largo tiempo, escribió Alain. Significa un esfuerzo por conciliar la humanidad en extensión y la humanidad en comprensión. Y en esto no se opone a la noción de aristocracia, sino que más bien trata de hacer de suerte que esa noción se aplique a todos los hombres. La libertad, esa eterna aristocracia de la naturaleza humana —decía el joven Marx. Esto es lo que más profundamente expresa con una gran sencillez la fórmula del presidente Benes : ser demócrata es creer que todos los hombres tienen un alma.

Ha querido la historia que, en nuestros países por lo menos, la idea democrática naciese cargada de sentimientos anticatólicos y falseada por ellos. Parece como si se hubiese afirmado desde luego contra la noción de cristiandad. Pero no se ha presentado en todas partes como anticristiana. La idea de libertad individual, que desarrolló sobre todo Locke, tiene en parte su origen en las sectas de independientes anglosajones. Esa idea está ligada a la de tolerancia, y hasta es bajo el aspecto de la tolerancia como la democracia se nos ha ofrecido con frecuencia en un principio. Pero en la historia de la humanidad la tolerancia es rara. Los hombres han creído casi siempre que para existir juntos es necesario pensar, sentir y vivir del mismo modo. En Francia la tolerancia se ha entendido como la disolución de la cristiandad tradicional. Ello es lo que explica que la idea democrática —promesa de emancipación universal— haya comenzado por significar a la vez la impaciencia de la inteligencia para soportar el dogma y la impaciencia de la voluntad para tolerar la coacción. Ha sido necesario un gran esfuerzo de depuración. Y la democracia francesa no ha podido descubrir su consonancia natural con el espíritu cristiano hasta que éste acertó a disociarse de la es-

cuela tradicionalista, a la que había estado generalmente ligado la mayor parte del siglo XIX. Así, el antidemócrata es todavía a menudo, en Francia, un hombre del tipo tradicionalista.

El tradicionalista es propiamente aquel que siente la nostalgia de la cristiandad medieval —de una cristiandad, además, sublimada y más imaginada que verdaderamente conocida—. Se define este hombre por su antipersonalismo, como el demócrata se define por su personalismo : a la sociedad que el hombre hace, opone él la sociedad que hace al hombre, tal como el demócrata opone la sociedad que hace al hombre a la sociedad que el hombre hace. Porque el tradicionalismo es en el fondo el primero y el más completo sociologismo. Se define por el corporatismo, si al menos entendemos en ese vocablo la tendencia a formar cuerpos. « Los cuerpos —escribe Bonald — son la esencia de una sociedad constituída. Tiende ésta a formar cuerpos con todos los hombres, con todas las familias, con todas las profesiones. No ve al hombre sino en la familia, a las familias sino en las profesiones, a las profesiones sino en los cuerpos » (*Teoría de la educación social y de la administración pública*, t. II, pág. 366). Incorporar el hombre a la sociedad por medio de la educación y de la política, es todo el tradicionalismo, lo que recuerda inevitablemente la fórmula de Durkheim, según la cual la educación no es otra cosa que la socialización de las nuevas generaciones. « No tan sólo —escribe aún Bonald— no corresponde al hombre constituir la sociedad, sino que es a la sociedad a la que corresponde constituir al hombre, es decir, prepararlo mediante la educación social. El hombre no existe sino para la sociedad y la sociedad no lo prepara o forma sino para ella misma. Debe él, pues, emplear al servicio de la sociedad todo cuanto ha recibido de la naturaleza y todo lo que ha recibido de la sociedad, todo cuanto es y todo cuanto tiene » (*Teoría del poder político y religioso*, t. I, pág. 103). El reflejo espontáneo del tradicionalista es el de erizarse tan pronto como oye hablar de los derechos del hombre : la misma idea de persona se le antoja siempre peligrosa y como encubriendo no sabemos qué tufos de anarquía. Habla de corporación, pero piensa en incorporación. Sucede que, por reacción, el demócrata teme a la sociedad y se inclina hacia el individualismo. De este modo Alain, identificando abusivamente la sociedad con el Leviatán, funda la democracia sobre un pacto, no social, sino antisocial. « El individuo que piensa, contra la sociedad que duerme, tal es la eterna historia, y la primavera encuentra siempre el mismo invierno que vencer. » Hay en esto errores, o más bien agresividades que se refuerzan mutuamente, y la sociología contemporánea ha demostrado cuán falsa es esta pretendida oposición entre el individuo y la sociedad. Lo único cierto, como ha expresado Etienne Borne, es que el individuo humano, si verdaderamente existe dentro de sí, si posee una interioridad auténtica, es una amenaza permanente contra lo que hay de realizado, o más bien de cristalizado, en el orden social. Cabría preguntarse si sería posible una sociedad que tuviese en cuenta, hasta el último extremo, el hombre interior. La democracia es una respuesta afirmativa y optimista a esta pregunta. Para Bonald, las ideas primitivas no surgen de la conciencia personal : se encuentran en la sociedad que nos las transmite con el lenguaje, del que ella conserva el depósito. Esto es privilegiar al hombre exterior. Por el contrario, democracia e interioridad van ligadas. Y no es en verdad que ninguna sociedad pueda crear o producir la persona sin ella, pero la democracia le facilita la posibilidad del desarrollo máximo de esa vida interior. La sociedad es una transmutación de la necesidad en libertad, pero con demasiada frecuencia se contenta con reemplazar la necesidad natural por otra necesidad social. Si la sociedad es una garantía contra los temores que proceden de la naturaleza, la democracia por su parte es una garantía contra los temores originados por la sociedad.

La libertad personal se expresa políticamente mediante la libertad del ciudadano. Estamos tan habituados a ello que nos olvidamos de admirar esta extraordinaria conquista humana. El espíritu democrático se caracteriza por el íntimo enlace de la libertad de pensamiento y de la

libertad política. « Debe usted votar con su familia, caballero —le escribía un lord inglés a su hijo—, y no según sus particulares opiniones, como un aventurero cualquiera. » La democracia, en efecto, es una aventura : la aventura del pensamiento en el interior de la sociedad humana. Aun en esto la actitud tradicionalista es, por contraste, esclarecedora. Para Bonald, la misma expresión de libertad de pensamiento es absurda, o por lo menos equívoca. En efecto, o se trata verdaderamente de la libertad de pensamiento, y no ha lugar a reivindicarla, porque no se puede impedir a una persona que piense interiormente como quiera, o se trata de la libertad de expresión del pensamiento, y entonces se plantea un problema no ya psicológico, sino social, en el que, por consiguiente, puede y debe intervenir la sociedad para prohibir aquello que la pone en peligro. Pero hay en todo esto una muy pobre psicología. Si bien se mira, no existe pensamiento puramente interior, verdadero pensamiento fuera de su expresión : lo que no se expresa, descaece y muere, o mejor diríamos que no llega ni siquiera a nacer. El signo no es la expresión de un pensamiento enteramente hecho, sino el instrumento de un pensamiento que se hace. Si se impide el signo, se mata el pensamiento. La conciencia es « gestual », quiero decir que no es posible pensar sin gestos, imágenes, actitudes y movimientos. Lo cual es mucho más cierto todavía desde que se han encontrado los medios eficaces de penetrar en la interioridad de la conciencia. No hay, pues, democracia sin libertad, no sólo libertad en la opinión, sino también en la formación de la opinión. De ahí esa atención apasionada del demócrata con respecto a todos los medios de formación o de información : prensa, radio, televisión, publicidad y propaganda... Sin estatuto democrático de los principales medios de información, toda la democracia está en peligro. Se reconoce la democracia en el respeto escrupuloso al pensamiento ajeno. Y es precisamente ese respeto el que niega y teme el antidemócrata. De Bonald lo proclama siempre claramente : « Hábitos, no opiniones ; recuerdos, no razonamientos ; sentimientos, no pensamientos, he ahí el hombre religioso y político, el gobierno y la religión » (*Teoría del poder político y religioso*, t. I, pág. 494). Tratando un día Julien Benda de caracterizar con una frase la conducta del antidemócrata, hubo de escribir que cuando a éste se le agotan todos los argumentos, le resta uno último e irrefutable : « ¿Se da usted bien cuenta, caballero, de que no piensa usted como yo? » Es verdad, pero se puede hacer esta fórmula más justa todavía simplificándola : « ¿Se da usted bien cuenta, caballero, de que usted piensa? » Comprender al antidemócrata es comprender que para él las dos fórmulas no son sino una sola.

Así se explica que Kelsen haya podido definir la democracia como un « relativismo político », que admite la coexistencia pacífica de numerosos sistemas ideológicos en el seno de una misma nación. Es ésta menos una definición que una consecuencia de la libertad personal. Concretemos. El relativismo político no es el relativismo filosófico, sino su contrario. Afirmar el relativismo en el orden relativo es precisamente permitir a lo absoluto afirmarse en el orden de lo absoluto. No hay nada más peligroso que la aspiración a la unidad en el dominio de lo relativo. « Sin recurso a lo absoluto, la historia pierde su sentido y al mismo tiempo su realidad —escribe Jeanne Hersch— ; pero nada produce en la historia estragos tan temibles como la irrupción de lo absoluto » (*Ideologías y realidades*, pág. 114). El espíritu democrático supone una exigencia esencial de lo absoluto de la vocación de la persona, para la cual un absoluto político no puede ser jamás sino una tiranía o una idolatría. Todo el problema de la organización democrática consiste en conceder a todos las mayores posibilidades de expansión personal, sin imponérsela a nadie. De la misma manera que no hay libertad individual sin pluralidad de ideas y de imágenes (« una idea es una idea fija »), así tampoco hay libertad política sin pluralidad de opiniones. La idea democrática de la libertad civil protege al individuo contra todo absolutismo de las ideologías, y protege a esas mismas ideologías contra todo lo que tienda a reducirlas a la categoría de medidas coercitivas del gobierno. De ahí este pensamiento de Gurvitch cuando afirma que

« el sistema de relativismo político en la democracia es análogo al principio de teología negativo de lo Absoluto en materia de filosofía ». Lo que viene a decir que no hay democracia sin laicidad —al menos sin esa forma de laicidad que ha sido introducida por el cristianismo en el mundo y que consiste esencialmente en separar el poder temporal del poder espiritual—. Por su estrecha relación con el respeto a la persona, la democracia obliga a situar exactamente a su nivel cada orden de nuestros pensamientos. En tal sentido, hasta para la misma vida religiosa, el espíritu democrático es un espíritu de purificación.

El hombre de la igualdad

La idea de libertad puede tomarse en múltiples sentidos. Con frecuencia se ha opuesto a la libertad liberal, hecha de recusación y de repliegue interior, la libertad democrática, hecha por lo contrario de participación y de adhesión. Pero no hemos de pararnos a discutir teorías. Lo que es verdad en todos los casos es que la libertad, por muy social que sea, conserva necesariamente un carácter individual. ¿Qué serían las libertades sin el espíritu interior de libertad que las anima a todas? El origen de cualquier libertad, sea la que fuere, se encuentra siempre en cierta capacidad personal para juzgar por sí mismo. « Juzgar, y no someterse, es el momento o privilegio del Soberano », dice Alain. Esto es lo que explica la existencia de democracias liberales. Hasta puede ser que la dialéctica histórica exigiese que la Ciudad liberal sucediese a la Ciudad tradicionalista, como el juzgar sucede al puro sentir. Pero pronto se descubre en la conducta democrática un aspecto aparentemente opuesto, y sin duda tan sólo complementario, que es el sentido de la igualdad. Por eso se advierte en la democracia ora el respeto a la voluntad individual, el culto de la persona, ora el triunfo de las masas que ahogan la personalidad. Y es que la igualdad, por oposición a la libertad, tiene un carácter más social y más popular. Si el espíritu de libertad crea las democracias liberales, a las que acecha el individualismo, el espíritu de igualdad crea las democracias de masas, a las que acecha el totalitarismo. ¿En qué consiste, pues, exactamente la igualdad democrática?

La igualdad democrática no es un hecho, sino un derecho : los hombres nacen y permanecen libres e iguales, no de hecho, pero sí de derecho. Y precisamente porque el demócrata es más sensible a todas las desigualdades naturales es por lo que pide a la sociedad que las obvie y que establezca una *igualdad de probabilidades*. La democracia podría definirse como la supresión de un « handicap » de partida. Esta igualdad de probabilidades constituye para cada hombre un derecho. Supone, hasta por encima de las desigualdades llamadas naturales, una igualdad de naturaleza, en el sentido de igualdad de esencia. La realidad empírica no lo demuestra. Acaso cabe decir que al contrario. Es una creencia, una especie de acto de fe : ser demócrata es admitir que por encima de todas las diferencias de razas, de culturas, de profesiones, de sexo o de edad, todos los hombres participan igualmente de la humanidad, de la naturaleza humana. Para el cristiano, esta igualdad tiene su origen fundamental en la redención, en el rescate por Jesucristo de todos los hombres sin excepción alguna. Pero tiene su origen más inmediato en una fe común en la razón. Aristóteles definiendo al hombre como un « animal razonable » y Descartes afirmando que « el buen sentido (es decir la *bona mens*, la razón) es la cosa mejor repartida del mundo » colocaron sus cimientos : no hay hombre fuera de la humanidad. Esto es lo que me complacería llamar el momento socrático de la democracia. Sin duda Sócrates fue políticamente lo que hoy decimos un hombre de derecha. Poco importa. Lo que interesa únicamente es que por su confianza en el diálogo y su método de discusión intelectual, por su invocación a una verdad universal inmanente en cada espíritu, por su manera de hacer discurrir hasta a un esclavo de Menón, ante el ejemplo de la duplicación del cuadrado, acerca de la razón que lleva dentro de sí propio, Sócrates es el símbolo de esa igualdad que reconoce en todos los hombres la misma alma « hermana de las ideas », según la frase de Platón. La democracia no es, pues, una nega-

ción de las desigualdades de hecho, sino una manera de contemporizar con ellas que no ofenda irremediablemente a la igualdad de la naturaleza. No hay democracia, por consiguiente, sino cuando el pueblo se halla en condiciones de colaborar a una historia de la que es ya un agente, y no un mero paciente, tan pronto como el súbdito se convierte en ciudadano. Un régimen democrático es aquel que pone su confianza en el hombre, que no trata de someter o avasallar su inteligencia por la fuerza o por la astucia, sino que confía el Estado a la conciencia de cada cual ; es un esfuerzo para integrar a cada individuo en la vida pública, para reconocer y hacer que se reconozca la grandeza y el valor de la dimensión política de cualquier hombre. Se encamina a despertar y a educar lo que se ha llamado la « conciencia histórica de sí mismo », transformando la fatalidad política en libertad, la suerte en destino, o por lo menos en condición parcial del destino. Y eso porque el régimen democrático es la síntesis de la personalización y de la socialización. El demócrata es aquel que rechaza el desdén. Y precisamente porque se esfuerza sin cesar para vencer en sí mismo el desdén renaciente del hombre, es por lo que, superando no pocas decepciones de hecho, mantiene su fe en la razón. Así ha podido decirse que, en su íntima esencia, la democracia no es otra cosa que la sustitución de lo tradicional por lo racional. Eric Weil afirma que no cabe definir la democracia aludiendo a ciertas instituciones, sea cual fuere su importancia, sino únicamente por « la discusión racional y razonable » (*Filosofía política*, pág. 218).

La expresión de esta actitud democrática es el derecho, lo que explica que tan frecuentemente se haya caracterizado la democracia por la soberanía del derecho. Para el antidemócrata, el hombre no tiene derechos, sino tan sólo deberes, como si ambas nociones fuesen opuestas y no correlativas. Aun siendo cristiano, a esa clase de hombre le repugna cualquier forma de igualdad democrática, que a todo se extiende. La sociedad global es un tejido viviente de personas, un sistema concreto de conciencias morales en el que las desigualdades no pueden ser más que funcionales ; porque tal es el sentido del derecho, ese astro conductor de la democracia, como dice Gurvitch. La organización del poder y la garantía de los derechos no son para la democracia sino un sólo y mismo problema. Cualquier poder no democrático es un poder instituído fuera y por encima del derecho. Y la gran misión de las democracias occidentales ha sido enseñar a los ciudadanos el respeto a las normas impersonales del derecho, a la fiscalización judicial de todos los actos de la administración y a la sumisión, tan completa como sea posible, de todo poder al derecho. Apurando las cosas, por una especie de extremado esfuerzo, la democracia trata de regular el derecho mismo y crea una teoría del abuso del derecho, que tiene por finalidad fiscalizar el poder que subsiste en todo derecho. Lo cual permite ver con entera claridad la situación incómoda del demócrata. Este es, según una justa observación de Lavelle, aquel que cree que lo propio de la política es el establecimiento del poder, cuyo papel es el de superponer al orden de la naturaleza el orden de la justicia, y que lo propio del poder es abusar de la fuerza que se le confía, de tal suerte que la justicia sigue siendo una exigencia perpetua que apela siempre al poder y que al mismo tiempo está siempre en lucha contra él, porque es contrario a la naturaleza del poder satisfacer enteramente a la justicia. Así pues, la democracia es el único régimen que está en condiciones de atenuar el carácter opresivo y discriminatorio de la jerarquía social. Para el tradicionalista la sociedad es una pirámide en la que el jefe es la piedra fundamental. Para el demócrata el derecho es lo que permite conciliar la igualdad esencial y las desigualdades funcionales. El orden democrático no se acompaña de ningún abandono : exige una obediencia estricta y una disciplina ejemplar. Pero las desigualdades funcionales no deben repercutir en la vida social, y « fuera del servicio » no ha de darse uno importancia con motivo de las funciones relevantes que desempeñe. Es decir, que el espíritu igualitario y las desigualdades necesarias no se oponen : la organización democrática descansa sobre una desigualdad *funcionalmente justificada y social-*

mente discutida. El derecho tiene, pues, un papel pedagógico y educativo. El demócrata no cree en la razón triunfante, sino en la razón militante. Sabe que la justicia no es sino una lucha sin descanso y agotadora contra las injusticias sin cesar triunfantes. Y precisamente porque las tendencias a la desigualdad, a la distinción y a darse importancia son tan vivas en la sociedad es por lo que la igualdad de derecho es algo tan difícil. Una sociedad no existe humanamente sino en virtud de un principio jurídico que nace de modo espontáneo en su seno para ser racionalizado en seguida. Es algo que ha visto bien Rousseau, a pesar de ciertas inexactitudes. Lo esencial de su pensamiento político, y en ello anuncia a Kant, se desenvuelve en una línea que va del mundo de la naturaleza al mundo de la moral, de la ley de la naturaleza a la ley de la moralidad. Lo más profundo en Rousseau es menos el contemplador de la naturaleza que el pensador que quiere transformarla por medio de la razón, y que ha visto en la sociedad democrática la reconciliación de la naturaleza y de la cultura. Poner la naturaleza al servicio de la razón para hacer surgir una nueva naturaleza es, a través de no pocas sinuosidades, el ideal de Rousseau, y ya tenemos aquí a Kant. Si la democracia para él es el único régimen legítimo, es porque la democracia entraña el advenimiento de la razón en la sociedad humana por intermedio del derecho.

Está claro, pues, el género de igualdad o de desigualdad, de igualdad y de desigualdad que supone la democracia. Decir de ella que es el gobierno del pueblo por el pueblo no es cosa que tenga un gran sentido concreto, si bien semejante afirmación tiene el mérito de recordarnos la diferencia entre el hombre autor de la ley y el hombre sujeto a la ley, entre el ciudadano y el súbdito. Pero todo individuo es al mismo tiempo ciudadano y súbdito. Si el lazo social es horizontal, el lazo político es siempre vertical. No hay así sino un gobierno oligárquico o más bien aristocrático. La democracia, decía Alain, no es más que resistencia a la tiranía, a la plutocracia, a la timocracia, con miras a salvar la aristocracia, que es el bien de todos. La democracia utiliza a las oligarquías en lugar de que las oligarquías utilicen al pueblo. Todo el problema estriba, pues, en hallar los medios de hacer subir los mejores al poder y obligarles a seguir siendo mejores una vez que lo desempeñan. Saint-Simon ha demostrado cuán absurdo es fiarse para ello al « azar del nacimiento ». La democracia es, por consiguiente, una forma de designar a los gobernantes. De hecho es en las clases dominantes donde suelen reclutarse. François Perroux ha insistido bastante en recalcar la importancia de los fenómenos de dominación en general en la sociedad, tanto socialista como capitalista. La democracia social consiste en la eliminación más completa posible, donde quiera que sea, de esos fenómenos de dominación, es decir que no reconoce las otras desigualdades, sino tan sólo las desigualdades funcionales. En el aspecto político, la democracia se ofrece como una regulación del Poder. El medio tradicional para obtenerla, que se pretende inspirado en Montesquieu, aunque en realidad no se encuentra en su obra, es el de la separación y el equilibrio de los tres poderes : ejecutivo, legislativo y judicial. Parece ser que, con razón, los demócratas modernos apenas creen ya en ello, pues opinan que semejante división no responde en todos los casos a las dificultades de las democracias actuales. Así es que buscan otra cosa. Los nuevos medios de someter todo poder a controles pueden resultar : 1) de la selección de las oligarquías ; 2) de la educación democrática de esas mismas oligarquías, y 3) de la publicidad de los medios de acción y de los resultados del Poder. Este último punto es esencial. Es sin duda la idea inspiradora de la célebre frase de Cavour, de que la peor de las Cámaras es preferible a la mejor de las antecámaras. Pero hoy esto ha de referirse sobre todo al aspecto de la publicidad de las cuentas de todo lo que interesa a la nación. En la Ciudad ideal, el *homo democraticus* ha de tener sus cuentas a la disposición de todo el mundo. Porque evidentemente la comunicación de las cuentas es lo que elimina las razones de los « ajustes de cuentas », con la reserva explícita, por supuesto, de lo que es de carácter privado y, por ende, debe

permanecer secreto. El economista que estudia principalmente las cosas « contabilizables » puede en este orden de asuntos procurar grandes progresos a la democracia. Pero es menester todavía recalcar bien que la selección de los mejores no se podrá realizar únicamente con arreglo a los métodos de la democracia individualista. En el interior de la sociedad global existen, de hecho, relaciones de clases. Las élites directoras emanan en su mayor parte de las clases dominantes, porque éstas poseen el doble monopolio de los instrumentos de producción y del dinero y de la coacción pública. No es, pues, solamente por un sentimiento humanitario por lo que el hombre democrático se preocupa de los humildes, de los soldados y de los modestos, sino por una razón política. Puesto que la democracia tiende a evitar los *antagonismos* violentos, que no podrían conducir más que a la revolución y a resolver los *conflictos* gracias a las luchas a la vez reconocidas y arbitradas, debe facilitar la ascensión de las clases en auge. Desde este punto de vista cabe definir la democracia como la organización y la racionalización de las ascensiones sociales, y su papel es el de permitir abrirse paso permanentemente a las élites que no disponen del doble monopolio de la violencia pública y de los medios de producción.

El amor a la democracia es el de la igualdad, escribió Montesquieu en el *Espíritu de las leyes*. Pero, por sí sólo, este amor resulta ambiguo, como, por otra parte el amor a la libertad. Lo que hace al demócrata, más que cada uno de esos dos amores, es la manera como los concilia. Ambos pueden oponerse y dar origen ora a una democracia política sin democracia social, ora a una democracia social sin democracia política. Mucho se ha criticado a las democracias meramente políticas, bajo el nombre de democracias formales. Y no sin razón. Sin embargo, me siento bastante dispuesto a rehabilitar el « formalismo », porque es el marco dentro del cual se puede operar una transformación que no deje entre paréntesis a la persona humana. La idea, bastante común hoy, de una democracia de trabajo, de una democracia social poco preocupada de la democracia política se me figura peligrosa. Decía Rudyard Kipling que « no hay más que dos maneras de gobernar a los hombres : romperles las cabezas o contarlas ». Lo que viene a ser una manera simplificada de significar que hay que decidirse entre la democracia y la dictadura. Y no es ciertamente que el número cree el derecho, sino que, como lo hemos hecho notar reiteradamente, es la soberanía del derecho la que hace que predomine el interés del mayor número. Pero los precedentes análisis han debido mostrar de manera suficiente que entre la libertad y la igualdad no es necesario elegir, porque no son opuestas, sino complementarias, y que en definitiva tienen el mismo origen, puesto que derivan la una y la otra de una misma ética personalista. El propio Waldeck-Rousseau afirmó un día en la Cámara de los diputados que el gobierno del pueblo no se establecería sino cuando ese gobierno fuese el reino de la razón y de la justicia. No por ello deja de ser verdad que la libertad se inclina más al individualismo y la igualdad al universalismo. Pero la democracia no es una opción en favor de la una o de la otra, sino la síntesis de las dos. Así, cierto es que la planificación constituye un esfuerzo de racionalización exigido por el desarrollo democrático. Mas, como lo demuestra un reciente número de la *Revue de l'action populaire* (enero de 1961), sería un grave error imaginarse que puede permitir el acceso a una vida colectiva perfectamente racionalizada y « sin historia », desembarazada en cierto modo de todo barniz político. Sin un margen concedido a lo político, el plan se convertiría rápidamente en una argolla al cuello del país. El plan democrático supone discusiones en su base, y no se realiza sino de manera progresiva, quedando siempre abierto a futuras discusiones. « Sería peligroso pensar únicamente en función del plan de organización del debate político y del funcionamiento de las instituciones de consulta y de decisión. Obrando así se prestaría un flaco servicio a la planificación y a la democracia (...), a la que se mutilaría arriesgadamente, privándola de todo margen de juego y vaciando la política de todo su contenido emocional. » Pero en cuanto llevamos dicho no hemos indicado todavía el camino de acercamiento de la síntesis entre la libertad y la igual-

dad. Es la fraternidad la que va a introducirnos en él.

El hombre de la fraternidad

La síntesis del individualismo y del universalismo consiste en mantener incesantemente el equilibrio entre las exigencias de la persona y los derechos del conjunto social. La idea democrática, por lo tanto, puede servir de principio de organización lo mismo a la sociedad que al Estado ; es tan naturalmente social como política. Un todo que se gobierna a sí mismo a base de libertad y de igualdad es realizable por cualquier asociación de hombres. La fraternidad, que lleva a cabo esta síntesis y que parece tan fácil de comprender en teoría, pero no de ejercitar en la práctica, plantea en realidad el problema más difícil. Se distingue por su naturaleza de la camaradería, que no supone el fenómeno del reconocimiento y nace solamente de una obra emprendida en común. La democracia fraternal no tiene nada que ver con la república de los camaradas. La fraternidad consiste en *reconocer* a cada uno de los demás como un « otro », libre y subsistente en sí mismo, un verdadero « yo mismo », una persona también como yo, e igual a mí en dignidad. Explicar a fondo la fraternidad sería entablar una dialéctica del *alter* y del *ego*, tal por ejemplo como la que ha intentado Levinas en su magnífica tesis *Totalidad e Infinito*.

La fraternidad es desde luego el respeto a la libertad ajena, que ella reconoce inmediatamente en su personalidad propia por un verdadero acto moral. Antes de *conocer* a tal individuo, es necesario, en efecto, *reconocerle* previamente como hombre, y este acto de reconocimiento, aplicado *a priori* a todo hombre, es lo que le confiere por mi parte la dignidad de persona. En tal sentido, la fraternidad se funda sobre lo que se ha podido llamar la separación ontológica. Allá en lo más profundo de cada hombre existe no la necesidad —porque la necesidad no es sino una insuficiencia de ser que reclama un complemento homogéneo—, sino el deseo de una heterogeneidad radical. Ahora bien, lo absolutamente Otro son los Demás, el Prójimo. El es ese yo que yo no soy. El reconocimiento de la libertad del prójimo, de su existencia por sí, de la independencia que le confiere su vocación personal es el primer elemento de la fraternidad. Pero también esta exterioridad del prójimo es su llamamiento hacia mí. Este *alter* es un *ego* semejante a mí mismo. La ausencia del otro que experimento en la soledad es la de su presencia como tal otro. La fraternidad es la proximidad del otro integralmente mantenida en la distancia, la similitud en la diferencia. Es la fraternidad un verdadero estilo de vida personal y social, que funde la autonomía y la comunidad, formando la sociedad de seres que se unen en el común respeto de su separación. Lo individual y lo universal se concilían en el reconocimiento de la persona, que es una perspectiva singular sobre el universo.

La negación radical de la fraternidad es el crimen. De este modo, el crimen viene a ser el problema central de la sociabilidad humana. La relación Caín y Abel es un nudo de la historia y nos da su clave. « No matarás » significa positivamente : tratarás a todo hombre como a tu hermano. Pero la democracia es repudio de la distinción, de la importancia, del desdén ; el repudio de las alienaciones, es decir el repudio del crimen en todas sus formas. Hasta tal punto, que extremando las cosas se plantea la cuestión de saber si una sociedad que admite o tolera el crimen y que hasta lo legaliza puede llamarse fraternal y democrática. ¿La lógica de la democracia no prohibe la pena de muerte y no conduce a una especie de declaración de todo crimen fuera de la ley? Hay quienes así lo pretenden, y acaso tienen razón, al menos en este momento de la historia. Sin embargo el problema no es sencillo. Decir que la Ciudad democrática es fraternal y que repudia el crimen, es decir que busca la inocencia. Pero, lo mismo que cualquier otra sociedad humana, no es completa ni originariamente inocente. Nació de la destrucción de la Ciudad tradicionalista. Se funda, pues, en el « crimen del padre ». La violencia no estuvo nunca ausente de la historia, y la democracia no es una excepción de la regla. « No se puede reinar inocentemente », exclamaba Saint-Just en la Convención el 13 de noviembre de 1792. Si la democracia es una esencia, es una esencia

que se revela y se cumple en la historia, una esencia histórica. La fraternidad democrática debe lavarse de una mancha original que arriesga a cada instante negarla o pervertirla si esa democracia no la supera mediante un acto de conciencia ético, por la rebusca de una inocencia no citerior, sino ulterior, para hablar en el lenguaje de Jankélévitch. En un estudio apasionante, nos ha mostrado Bemberg que la democracia norteamericana, que no ha tenido que cumplir el crimen contra la Ciudad tradicionalista, reposa sobre la idea de una inocencia sin falta y anterior al pecado. De ahí viene ese sentimiento de representar el ideal de perfección y de ser la democracia modelo. Pero el paraíso es anterior a la historia y fuera de la historia. Los norteamericanos no podían continuar creyéndose felices e inocentes sino hurtándose a la historia. Y esto no podía hacerse, a pesar de todo, sin cierto grado de mala fe, porque ellos llevan en sí una doble experiencia del mal : del mal político en el origen de la guerra de Secesión y del mal económico con la crisis de los años 30. De donde se produce un violento traumatismo, relativamente inconsciente, más o menos rechazado por los republicanos con el símbolo del elefante y más confesado por los demócratas con el símbolo del asno. No obstante, subsiste una suerte de remanencia paradisíaca en el alma norteamericana, que no desaparecerá sino con una acrecida participación en la historia. La verdadera inocencia democrática no está al principio, sino al fin, y no se obtiene sino mediante el rescate. Y el itinerario de la fraternidad consiste en recobrar una paternidad sin paternalismo. En efecto, ¿cómo podrían ser hermanos los hombres si no fuesen hijos de un mismo Padre? Y si estas expresiones parecen harto teológicas, podría decirse, empleando términos más sociológicos, que es menester, por encima de cualquier « tradicionalismo » y de cualquier « progresismo », desenvolver la tradición en progreso, hacer del progreso la tradición en marcha, ejercitar siempre más razón y más derecho en la sociedad humana. Lo cual nos conduce al problema último, que es el de las relaciones de la democracia con la filosofía. Mientras no se la examina cara a cara, la cuestión misma de la fraternidad —como las de la libertad y de la igualdad— no puede menos que permanecer ambigua.

Democracia y filosofía

La esencia misma de la filosofía y su finalidad última son claras : consiste en el paso del monólogo al diálogo, para valerse de la expresión hegeliana, en el reconocimiento del hombre por el hombre. En su notable *Lógica de la filosofía,* Eric Weil la define en términos sencillos : es la no violencia. La tentación común del filósofo es la de forjarse la idea de que un día todos los hombres se convertirán en filósofos, cuando él mismo no lo es nunca plenamente, y que la violencia llegará a desaparecer de la humanidad. Tal es, entre otras, la utopía comunista. Según Marx, la filosofía ha presentido siempre la verdadera finalidad humana : reconciliar al hombre con el hombre. La filosofía ha realizado, en fin, esta perfecta conciencia de sí en el sistema hegeliano. Con Hegel ha alcanzado su apogeo y con él ha muerto, o al menos morirá. En efecto, es esencialmente idealista, lo que en el lenguaje marxista significa una diferencia, una distancia entre la teoría y la práctica.

El filósofo es el que piensa el fin de la lucha y de las oposiciones y la reconciliación del hombre con el hombre. Pero este pensamiento no modifica en nada la realidad y, si todo llega a conciliarse en el cerebro del filósofo, nada se concilia en la vida cotidiana de los hombres. En cuanto al comunismo, se presenta como el fin de la violencia en lo que concierne a las relaciones humanas, es decir como la realización de la filosofía. Ya no hay lucha de clases, puesto que no hay clases, puesto que el Estado, simple instrumento de dominación de clase, ha desaparecido. Pero la filosofía realizada es también el fin de la filosofía : cuando ella existe realmente en la sociedad, no tiene ya que existir aparte, como un pensamiento separado. El marxismo es la democracia integral, porque es el fin de toda violencia en las relaciones humanas.

Esta es su grandeza, pero también su flaqueza, es decir su utopía. El verdadero hombre democrático se nos ofrece más mo-

desto y relativista : para él la prehistoria de la humanidad subsiste siempre en lo recóndito de su historia, y el progreso inmanente no llegará nunca a destruir todo el mal. La violencia no puede eliminarse totalmente de las relaciones humanas. No hay una humanidad totalmente filosófica, como no hay un individuo filósofo enteramente. La democracia es harto más compleja y difícil. Es también más realista. La violencia es el mal de la historia. Es la negación de todo valor, de toda norma, es la animalidad en el hombre, la « forma de la injusticia ». Verdad es que la no violencia y la reciprocidad de las conciencias constituyen el ideal filosófico. Pero la democracia no es la filosofía. Es solamente —y ya es mucho— un extraordinario esfuerzo para realizar, lentamente y parcialmente, la filosofía en el orden político, económico y social. Para hacer eso, no niega ni destruye la violencia, sino que, por lo contrario, la utiliza poniendo todo su empeño en volverla contra sí misma y en someterla a la razón. La política no es ni una religión ni hasta una ciencia *stricto sensu*, sino el arte de gobernar a los hombres, con miras siempre a perfeccionar la sociabilidad humana. No hay demócrata sin pasión, y tampoco hay demócrata sin pasión dominada. Como vio Platón con acierto, el hombre no es doble, sino triple : la razón, el corazón o pasión y los apetitos o instintos. La democracia subordina los instintos y apetitos al corazón, y el corazón a la razón ; pero comienza por reconocerlos. Tal es el derecho, del que tanto hemos hablado. Si el demócrata es el hombre del derecho, es que el derecho no es ni la razón pura, ni la violencia pura, sino la violencia sometida a la razón por medio del corazón, cuya virtud propia es el valor. Por eso Leibniz lo definió como un « poder moral ». El papel del derecho es poner la violencia —esa anti-razón, esa anti-justicia— al servicio de la razón y de la justicia. Esta especie de revuelta de la violencia contra sí misma, en la que consiste la verdadera política, y que es propiamente la democracia, es la obra más admirable de la humanidad, al mismo tiempo que la más difícil. La más admirable, porque el hombre no podría renunciar a racionalizar lo que hay de menos racional en él. La vida política es, pues, la mediación concreta que permite al hombre presentarse como un ser racional. El hombre-ciudadano se eleva de la individualidad y de la particularidad a la universalidad de la razón : no quiere ya *su* bien, sino *el* bien común. En términos de Rousseau, no existe ya una voluntad particular, sino una voluntad general, es decir la voluntad de lo general, de lo universal. Pero esta racionalidad se impone al hombre de cierta manera : éste no se hace razonable sino temblando ante la razón, que se le presenta ante todo bajo la forma de una coacción exterior. Es obedeciendo a la ley como el hombre se convierte concretamente en racional. Así pudo decir Ricoeur que hay dos tipos de político, según que someta la razón a la violencia o la violencia a la razón : el tipo helénico del Tirano y el tipo bíblico del Juez. Si llamamos fuerza a la violencia al servicio de la sociedad, a la policía (en el sentido más general) y al servicio de la magistratura (en el sentido también más general), podremos decir que el demócrata o perfecto político es el hombre de la virtud de la Fuerza.

Existe, pues, impulso social espontáneo. Vivir es establecer relaciones múltiples con los demás hombres, es engendrar incesantemente grupos variados. La democracia desde luego respeta estos grupos. Así, la democracia comienza en la familia, en la escuela, en el taller, en el municipio. La descentralización es su exigencia primera. En Francia, París es naturalmente antidemocrático. Esos grupos suponen a la vez la inteligencia entre ellos y la lucha, que es lo que Kant llamaba, con profundo sentido, « la insociable sociabilidad » del hombre. François Perroux habla justamente de lucha-concurso. No existe grupo humano sin violencia primitiva y sin esfuerzo de racionalidad. La democracia es el único régimen que permite librar dentro de la legalidad un combate necesario y nunca acabado. La lucha, regulada y encaminada, al menos momentáneamente, a rematar en un concurso, es lo que comúnmente llamamos el derecho y las instituciones. Son éstos cual marcos duraderos de acción, reglas del juego social y hábitos colectivos, por oposición a actos o acontecimientos sucesivos y discontinuos. A estas reglas del juego so-

cial, precisamente porque no existe sociedad puramente armónica ni plenamente reconciliada, las denomina Hauriou « armisticios en las luchas sociales ». Nacen de las luchas pasadas y preparan otras nuevas. Acaso existirán un día sociedades sin clases, por lo menos en el sentido actual del término. Pero no podrán existir sociedades sin tensión. La tentación del poder es suprimir esas tensiones o hacer como si no existiesen. La democracia, por lo contrario, es el régimen que las reconoce, y hasta organiza sus medios de expresión, tales como los partidos, sindicatos, grupos culturales, sociedades de publicidad, etc. El derecho es impotente sin el concurso de las fuerzas brutas y primitivas que lo sostienen y que sólo él puede guiar y humanizar, pero de ningún modo anular. Ser demócrata, por consiguiente, es admitir que la lucha es una fuente de progreso y esforzarse por orientarla hacia el concurso y el diálogo, es decir hacia la confrontación de palabras en lugar del cambio de golpes, pero esforzándose también para que el diálogo sea auténtico, controlando las desigualdades y las mentiras de la lucha que prepara ese diálogo y lo hace posible. En consideración a ello ha escrito Gurvitch que la democracia es el único régimen que garantiza formalmente la penetración de lo calculado en lo ya construído, es decir la creación de la base en la formalización de la cima. Y Durkheim caracteriza el grado de democracia de un régimen político por las comunicaciones más o menos continuas, más o menos estrechas entre los indispensables organismos gubernamentales y el conjunto de grupos que componen la sociedad.

Con eso se aclaran nuestros precedentes análisis y se concreta la relación entre la democracia y la filosofía. Los griegos consideraban como democracias aquellas formas de gobierno que garantizaban a todos los ciudadanos la *isonomía,* es decir la igualdad ante la ley ; la *isotimia,* o sea el derecho igual de todos los ciudadanos a todas las funciones, y la *isegoría,* que equivale al derecho igual a hablar, eso que hoy llamamos libertad de prensa y libertad de opinión y de expresión. Pero queda así mal traducido este último término, que es el más importante. La libertad de palabra para un griego, como para cualquier hombre, es mucho más que la libertad política. Significa que la esencia del hombre es el Verbo y que la democracia es el régimen más humano, porque la Palabra es, en definitiva, la que decide y reina. Justamente se ha dicho : la democracia es un lenguaje, y en todos los sentidos de la frase el demócrata es el hombre de la Palabra. Si los sentimientos de libertad, de igualdad y de fraternidad implican o, mejor, traducen una filosofía, es que son expresión del *Logos* — del Verbo, que es también Pensamiento. La democracia pertenece a ese elevado grado de vida personal y social que es la creencia, y esta creencia, por su tesón y su perseverancia, debe « fatigar la duda del pueblo », si recogemos la frase de Jaurès. La filosofía se halla librada al ensayo y al ejercicio entre los hombres, y el demócrata viene a ser un filósofo al aire libre, en cuyo ánimo triunfa perpetuamente el optimismo de la voluntad, por deber y por fuerza, del pesimismo de la inteligencia.

*

No he pretendido yo presentar una doctrina de la democracia, sino tan sólo intentar un esbozo del *homo democraticus.* Quizás se juzgará ese esbozo un tanto idealizado o sublimado. Pero fuerza es que nos entendamos sobre la naturaleza del retrato. No se trata de una fotografía ; se trata de un esfuerzo para expresar lo invisible, para hacer sensible aquello que hay de más interior. Cuéntase que el pintor Renoir comenzaba su tarea contemplando largo tiempo su modelo y murmuraba después : « Será preciso que termine por confesar. » Siempre me ha parecido admirable esta fórmula. Traduce exactamente lo que yo hubiera querido hacer en este trabajo : a fuerza de mirar al hombre democrático, obligarle a confesar.

Y si se me objeta, no obstante, que hay muchas perspectivas y que la que yo escogí no carece de olvidos ni de preferencias, reconoceré de buen grado que en cualquier retrato, bueno o malo, el pintor, tanto como el modelo, se confiesa a sí mismo.

¿A DONDE VA AMERICA LATINA?
¿La democracia en crisis?

LAZARO CARDENAS

"La unidad latinoamericana tendrá que realizarse fuera de la órbita económica del imperialismo..."

DISTINGUIDO AMIGO: Recibí su atenta y he leído con detenimiento su contenido, tomando nota de la tendencia que sustenta la revista del Congreso por la Libertad de la Cultura qus usted dirige.

En cuanto a las inquietudes que se hacen sentir en América Latina, considero que ellas son de carácter social y que no atentan contra nuestras tradiciones democráticas, sino por el contrario las estimulan, ya que se producen en la búsqueda de prácticas verdaderamente democráticas, sólo concebibles con el advenimiento de la justicia social y en el respeto a la soberanía y a la independencia económica de las naciones.

Para contribuir al fortalecimiento de la democracia en el mundo, es necesario ahuyentar los prejuicios que todavía rigen internacionalmente cuando algunos países adoptan sistemas políticos y sociales ajenos a las formas tradicionales de la democracia y que, sin embargo, en los hechos la practican con mayor amplitud al dar a sus pueblos oportunidad de disfrutar de una justa distribución de los bienes materiales que producen y de un amplio acceso a los centros de educación de alta cultura.

A nuestro juicio no existen los estilos importados para propugnar la solución de los problemas sociales y políticos, de la misma forma que la miseria y el hambre no se exportan ni tampoco las dictaduras o las revoluciones. Los problemas existen y los pueblos, al cobrar plena conciencia de sus causas, los van resolviendo con distintos métodos y de acuerdo con las peculiaridades y los intereses de sus respectivos países.

Efectivamente, como usted dice en su carta, el momento exige que los problemas se encaren con la mayor franqueza

El General Lázaro Cárdenas, a quien dirigimos las preguntas de la encuesta iniciada por nuestra revista sobre la crisis de la democracia en América Latina, nos envía, como respuesta, la carta que publicamos en esta misma página, envío que agradecemos cordialmente al autor.

Recordamos a nuestros lectores que la encuesta en cuestión comenzó en el nº 77 de Cuadernos (*octubre de 1963*) *y que hasta ahora nos ofrecieron sus respuestas los siguientes señores:*

Jaime Torres Bodet (*México*), *Juan José Arévalo* (*Guatemala*), *Salvador Allende* (*Chile*), *Camilo Ponce Enríquez* (*Ecuador*), *José Figueres* (*Costa Rica*), *Alberto E. Abdala* (*Uruguay*), *Alfonso López Michelsen* (*Colombia*), *Carlos Martínez Sotomayor* (*Chile*), *Pedro Eugenio Aramburu* (*Argentina*), *Eduardo Frei* (*Chile*), *Elpidio Yegros* (*Argentina*) *y Juan Milla Bermúdez* (*Honduras*).

en el marco del legítimo interés universal para lograr mejores condiciones de vida para el ser humano, cualquiera que sea la latitud en que viva y las condiciones sociales y el régimen político que imperen en el país en que resida.

Sobre esta necesidad es unánime el consenso de los pueblos y a éstos corresponde, en último análisis, la dirección y las normas que escojan para resolver sus problemas políticos, económicos y sociales y para defenderse de los bloques económicos que afectan a su desarrollo independiente.

La unidad regional, o sea la latinoamericana, tendrá que realizarse con este espíritu y fuera de la órbita económica del imperialismo del que han sido víctimas los países de nuestro continente.

En cuanto a la democracia representativa, para las capas populares dejará de ser una formalidad cuando la democracia se realice en el terreno económico y social para su beneficio y aquéllas puedan hacerse representar en los órganos políticos de gobierno con la fuerza que su condición de clases productoras lo requiera, en cuya eventualidad los derechos humanos, siempre vejados cuando las clases privilegiadas tienen el poder, serán ampliamente garantizados.

LAZARO CARDENAS

México, D.F.

POSADA : « FRANCISCO MADERO »

Los ritos cristianos y las religiones del Líbano

POR CARLOS BORDA MENDOZA

EL CATÓLICO ROMANO que, acostumbrado a su rito tradicional, acierte a penetrar en el maravilloso templo de San Andrés del Valle en la Ciudad Eterna durante la infraoctava de Epifanía, tendrá la oportunidad, única en Occidente, de presenciar las estupendas ceremonias de las liturgias católicas orientales. Esa semana, destinada por la Iglesia a orar por la unión de los cristianos, tiene como manifestación visible la celebración de las liturgias propias de las iglesias orientales, con excepción de la del rito bizantino, por requerir éste la construcción de la iconostasis y tener otros templos en Roma destinados permanentemente a dicho rito, como el de S. Atanasio, en la vía del Babuíno, entre otros.

Innumerables son los fieles que acuden a esta demostración de la unidad católica, no sólo por disciplina religiosa sino por la curiosidad que desde el pontificado del Papa Juan XXIII se ha hecho patente hacia todo lo que se relaciona con las iglesias orientales, católicas o disidentes. A esto debe aunarse el movimiento de renovación litúrgica occidental, vigente desde hace unos tres lustros, cuya sola fuente, acaso la más auténtica, se encuentra precisamente en los ritos orientales, que se precian, con justificado orgullo, de poseer la más genuina tradición apostólica de los primeros siglos.

La primera impresión que recibe el desprevenido visitante es la de una locura colectiva, o de profanación de ese templo, que con su dorado esplendor disminuye el ambiente místico para tornarlo casi teatral. Todo allí es desusado: extraños sacerdotes de luenga barba, revestidos con ornamentos anaranjados y azules pálidos, que harían estremecer en su tumba al Papa Inocencio III, que fijó en cinco los colores para las fiestas litúrgicas; la muceta de los etiópicos con una cruz cosida en medio de otras cinco colgantes a su alrededor; los corporales de brocado de los coptos; las hostias de medio centímetro de espesor, marcadas con trece cruces en recuerdo de los doce Apóstoles y Jesucristo, de los malenkaros; el alto sombrero cilíndrico (kalimafkion) de los griegos; los cubos de pan fermentado, a manera de hostias, de los ruteno-ukranianos; el sepulcro simbólico (gólgota) hecho con un velo en forma de triángulo para rodear el cáliz, del rito malabar; el doble manípulo de los armenios y sirios; los altares aislados para las procesiones a su alrededor y la ausencia total de genuflexiones, son cosas exóticas que desconciertan al católico romano que por ello descuida en un principio el desarrollo y significado de tales liturgias arcaicas.

Esto no quiere decir que existan diferencias intrínsecas entre Oriente y Occidente en la celebración de las ceremonias eucarísticas: todas poseen entre sí una admirable unidad y coinciden en los elementos litúrgicos sustanciales, aunque puede

que su orden no sea siempre el mismo, sino que al estudiar cada uno de esos ritos, diversos de los de la iglesia occidental, se van descubriendo tesoros de mística, exteriorizados con idiomas propios, con cantos de extrañas melodías, con actitudes hieráticas y símbolos de rara belleza, que corresponden a tradiciones primitivas, respetadas por la iglesia romana. En diferentes ocasiones los Papas Pío IX, León XIII y Pío XII hicieron expresa alusión a la « venerable antigüedad » y a la « magnificencia incomparable » de estas liturgias, escritas en idiomas que hablaron los Apóstoles y los Padres de la Iglesia, que constituyen un verdadero patrimonio exclusivo de aquellas comunidades orientales.

No hay que olvidar que en un principio todas las liturgias se celebraban en la lengua del país. Los Apóstoles utilizaron el arameo, el mismo idioma de Jesús, cuando estaban en Palestina y el griego cuando viajaban a otras partes del imperio romano. Por ello durante casi trescientos años se celebró en Roma la liturgia en esta última lengua, hasta cuando vino a sustituírse el griego por el latín. Existen numerosas pruebas de ello en las leyendas sepulcrales de las catacumbas y en los emblemas, dibujos y símbolos en las mínimas capillas de esos cementerios. En otras partes la Iglesia siguió utilizando lenguas nacionales, de las cuales algunas hoy son muertas, como el ghe'ez y el copto, otras arcaicas como el eslavo y el armenio, o modernas como el árabe y el rumano. No es de extrañar, pues, que Padres de la Iglesia tan connotados como San Atanasio y San Juan Crisóstomo, representados por Bernini en el altar de la Cátedra, en el ábside de la basílica de San Pedro, en el Vaticano, como pilares de la Iglesia católica y sostenedores de la Santa Sede, nunca celebrasen la misa de rito romano, ni rezasen en latín.

Las muy contadas ocasiones en que en la basílica vaticana se ha celebrado la liturgia en rito bizantino-eslavo, ha sido justamente en honor de San Juan Crisóstomo, el más grande orador cristiano de todos los tiempos, arzobispo de Constantinopla en el siglo IV, desterrado y muerto en el exilio. Para conmemorar el décimoquinto centenario de la muerte de este « Homero de los oradores » como se le ha llamado, el Sumo Pontífice San Pío X ordenó en 1908 una capilla papal en rito bizantino-eslavo. Y el Papa Juan XXIII, en noviembre de 1960, ordenó otra con motivo de la fecha en que las iglesias orientales celebran la fiesta del santo, ceremonia fastuosa y solemnísima a la cual tuvimos oportunidad de asistir. En ella el Pontífice participó en su calidad de jefe supremo de todos los ritos católicos e intervino como presidente de la asamblea litúrgica utilizando el idioma eslavo o búlgaro antiguo, quizás por primera vez en la historia, desde cuando el Papa Adriano II en el año 867 consagró en el altar de San Pedro los libros litúrgicos preparados en lengua eslava por San Cirilo y San Metodio, privilegio que otorgó con la única condición de que el Evangelio se leyese también en latín. Este paso tuvo una importancia excepcional para la evangelización de los búlgaros y de los serbios en esa segunda mitad del siglo noveno, y para la conversión de los rusos en el siguiente.

Precisamente a causa de la catequización de Bulgaria, que el Oriente consideraba, acaso con razón, como provincia eclesiástica propia, surgió una controversia con el Patriarca de Occidente, o sea el Obispo de Roma, quien a su turno reclamaba jurisdicción sobre ella desde la época del Papa Nicolás I, antecesor de Adriano II. Tomando como base esta disputa, agravada con la intervención griega en Iliria, en Dalmacia y en Italia meridional, el Patriarca de Constantinopla, Focio, quien por intrigas políticas había llegado a reemplazar al Patriarca Ignacio, acusó a la iglesia romana de alterar la disciplina ortodoxa y falsificar su fe con prácticas como la del celibato de los sacerdotes, la prohibición a los mismos de usar barba, el ayuno los sábados, la doctrina del purgatorio, etc., y sobre todo, ya en el plano teológico, por haber insertado la palabra « Filioque » en el credo, lo que él consideraba herético por apartarse del texto consagrado en el primer concilio de Constantinopla. Ese aditamento, « Filioque » que quiere decir que el Espíritu Santo procede del Padre y del

Hijo, según el dogma trinitario, fue fatal para la unión de ambas iglesias. Resultado de la controversia fue el anatema que lanzó Focio contra el Papa Nicolás, que originó el cisma que culminó ciento noventa años después, bajo el patriarcado de Miguel Cerulario, con la separación definitiva entre la iglesia griega y la occidental.

No es posible entrar a analizar los dramáticos episodios que precedieron y estimularon este cisma, ni las rehabilitaciones alternativas de Focio y del Patriarca Ignacio. Mas para conocer el origen de las actuales iglesias orientales y comprender su posición respecto de la Silla Apostólica, no sólo de aquellas cuyos fieles se ha acostumbrado designar como los « hermanos separados », sino también de las que hoy están en comunión con la Iglesia de Occidente y sometidas por lo tanto a la jurisdicción de la Santa Sede (uniatos), es necesario hacer siquiera una breve mención de las causas que produjeron este rompimiento.

Hay que tener en cuenta que todas las iglesias disidentes de Oriente fueron en un principio auténticas iglesias católicas. No puede pensarse, pues, que los orientales sean una especie de protestantes o de cristianos subdesarrollados, para usar una expresión de moda en las conferencias internacionales. No. Ellos poseen una conciencia ecuménica, participan de las creencias fundamentales de la fe católica y mantienen los principios de la moral tal como nosotros los entendemos ; sino que debido a las acerbas controversias cristológicas del siglo V se produjeron dos grandes herejías, el nestorianismo y el monofisismo, seguidas luego por un cisma, que destruyeron la unidad de aquellas creencias.

La organización católica comprendía cinco agrupaciones mayores o patriarcados, independientes entre sí, con ritos propios, en Roma, Constantinopla, Antioquía, Alejandría y Jerusalén. Todos reconocían primacía al de Roma, pero sólo en la precedencia. Los últimos tres tuvieron mucha importancia en los primeros siglos, sobre todo el de Antioquía, mas con el engrandecimiento del poderío de Bizancio (la Nueva Roma), a raíz de la caída del imperio romano de Occidente, quedaron subordinados al de Constantinopla. Y éste, a su turno, sufrió la inevitable influencia política de los emperadores de Oriente, quienes se acostumbraron a intervenir e imponer su voluntad aun en materias de orden exclusivamente religioso. El nombre de « melquitas » con que se designa a ciertos católicos orientales y a determinados ortodoxos, quiere decir precisamente « imperiales », del siríaco « melek », rey.

Todos sabemos que el Pontífice de Roma ostenta entre sus títulos el de Patriarca de Occidente, y como tal tiene su sede en la basílica de San Juan de Letrán « urbis et orbis Ecclesiarum mater et caput », según reza la inscripción en su fachada. Los demás patriarcas también tienen en Roma sus respectivas sedes : en la basílica de San Pedro en el Vaticano tiene la suya el Patriarca de Constantinopla ; la de San Pablo extramuros corresponde al Patriarca de Alejandría ; la de Santa María la Mayor, primera y más grande iglesia romana consagrada a la Virgen, es sede del Patriarca de Antioquía. A estas cuatro basílicas patriarcales se añadió posteriormente la de San Lorenzo extramuros, destinada al Patriarca de Jerusalén, cuando éste fue reconocido.

El nestorianismo y el monofisismo fueron condenados prontamente por la iglesia en los concilios ecuménicos de Efeso (431) y Calcedonia (451), respectivamente. Casi todos los patriarcados orientales se negaron a aceptar la condenación de esas doctrinas, llevando a la herejía a la mayor parte de sus fieles. El Patriarca de Constantinopla Nestorio, que dio su nombre a la creencia a pesar de haber tenido mínima intervención en ella, decía que en Jesucristo había dos personas, Dios-Hijo y Jesús-Hombre, y que sólo este último había nacido de María y muerto en la cruz. Hubo además en esta controversia la célebre disputa sobre la palabra « teotokos » Madre de Dios, título que los nestorianos aún se niegan a reconocer.

Por su parte el monofisismo o eutiquianismo, nacido por oposición extrema a la anterior herejía, aseguraba que en Jesucristo sólo había una naturaleza, la divina, que había absorbido a la humana, lo cual equivalía a afirmar que no había sido verdadero Hombre. Los concilios citados con-

denaron ambas teorías estableciendo que la fe católica reconocía en la persona de Cristo la existencia de dos naturalezas reales, perfectas y completas, la divina y la humana.

Multitud de cristianos pertenecientes al Patriarcado de Antioquía, de Persia y de Siria oriental, inconformes con las conclusiones del concilio de Efeso, formaron un grupo que dio origen a la iglesia nestoriana, cuyos miembros, no obstante las tremendas persecuciones que han sufrido a lo largo de la historia, subsisten hoy repartidos en el Medio Oriente, Rusia y los Estados Unidos, donde varios disidentes han formado una iglesia independiente denominada American Assirian Apostolic Church.

Quienes no aceptaron el fallo del concilio de Calcedonia, o sea los monofisistas, originaron las actuales iglesias coptas (Egipto), etiópica, jacobita (Medio Oriente), malabar (India) y armenia (Rusia, Irán, India, Europa y América).

Como hemos dicho, estos dos grandes grupos de iglesias, son considerados como heréticos en relación con la de Roma. La comunidad llamada comúnmente ortodoxa, correspondiente a la iglesia de Constantinopla, es en cambio cismática. Ya hicimos alusión a las circunstancias que aparentemente causaron esa separación de Occidente (que en verdad se debió a causas ajenas al dogma), cuando en el mes de julio del año 1054 los legados del Papa León IX excomulgaron al Patriarca de Oriente Miguel Cerulario, en la iglesia de la Santa Sabiduría en Constantinopla. La escisión debe considerarse definitiva en esa fecha, a pesar de que en los concilios occidentales de Lyon (1274) y de Florencia (1439), hubo una reconciliación ficticia entre ambas iglesias, fugaz por haber obedecido a cuestiones políticas, sin base religiosa. Desde el año de 1472 en que la iglesia de Constantinopla rechazó los acuerdos de Florencia, no ha habido más contacto entre aquéllas que el recientemente promovido por el Papa Paulo VI en Jerusalén, con el jefe nominal de la iglesia ortodoxa, Patriarca Atenágoras I. De ahí la importancia de esa trascendental entrevista, que redundará sin duda en beneficio de la unión de los cristianos, por la cual ha trabajado el Vaticano en los últimos años con tanto ahinco.

La iglesia ortodoxa constituye el grupo más numeroso de las separadas. Cuenta alrededor de 190 millones de fieles, organizados independientemente entre sí, con jurisdicciones propias. Posee patriarcados en Constantinopla, Alejandría, Antioquía, Moscú (la tercera Roma), Serbia, Bulgaria y Rumania, e iglesias nacionales autocéfalas en Polonia, Checoeslovaquia, Albania y Grecia, amén de varios arzobispados en pequeños territorios como Chipre y el Sinaí.

Después de la condenación de las doctrinas heréticas, ciertos grupos pertenecientes a aquellas iglesias han ido regresando paulatinamente y por razones diversas, al seno de la iglesia romana. Genéricamente se les denomina católicos de rito oriental, pero también se acostumbra llamarles « uniatos », neologismo que abarca a los sirios, armenios, melquitas, griegos bizantinos de Italia, ruteno-ukranianos, rumanos, católicos de Malabar (malenkaros de rito siríaco y caldeos de rito antioqueño), coptos, etc. Todos estos católicos romanos, en comunión con la Santa Sede, tienen un grupo correspondiente con idéntico nombre entre los separados. Así, hay armenios católicos y armenios ortodoxos, melquitas católicos y melquitas ortodoxos, etc. La única excepción es la de la iglesia maronita, que no tiene iglesia gemela separada y que constituye una congregación muy importante de la iglesia romana en el Líbano. Su distintivo ha sido la fidelidad a la Santa Sede, y parece que nunca ha estado separada, a pesar de que algunos aseguran que tuvo una época en que profesaba el monotelismo. Fueron utilísimos a los cruzados, pues combatieron con éstos a los infieles en el siglo XII. A través de sus sabios, Europa ha podido conocer la riqueza literaria encerrada en los manuscritos siríacos y los detalles de su antigua liturgia. El Papa Gregorio XIII, Boncompagni, fundó en Roma un colegio maronita en 1584, con cátedras en lengua árabe confiadas a monjes sirios, y Luis XIII, en 1614 fundó en el Colegio Real de Francia una de árabe y siríaco, regida por Gabriel Sionita, antiguo profesor del Colegio de la Sapiencia en Roma, también maronita. Esta iglesia representa hoy el 29 % de la po-

blación libanesa, y sus miembros son tan numerosos en el Líbano como en Africa y América del Sur, a donde han emigrado. Su Patriarca, Monseñor Meouchi, reside en las cercanías de Beyrut.

El aspecto que ofrece el Oriente Medio en materia de religiones, es desconcertante. Allí se han originado, desde la más remota antigüedad, la mayor parte de las creencias vigentes hoy en el mundo, y allí conviven, diseminadas a lo largo y ancho de su territorio, innumerables sectas religiosas, hebreas, cristianas y musulmanas, formando un mosaico confuso e inextricable a los ojos occidentales — y en especial a los americanos—, acostumbrados a mirar una sola religión como elemento esencial del Estado, junto con el territorio, población, gobierno e idioma.

Desde este punto de vista el Líbano constituye un ejemplo excepcional, no sólo por la abundancia de iglesias yuxtapuestas en un área muy pequeña, apenas de 10.500 kilómetros cuadrados, sino por la organización del Estado sobre bases confesionales, única en el mundo. Lo curioso del caso es que esta participación en los asuntos del gobierno por sectas religiosas, hace que todos sus miembros vivan en paz, sin limitación o cercenamiento de los derechos de las demás. Existen allí oficialmente reconocidas, y por lo tanto con derecho a estar representadas en las corporaciones y cargos públicos, de acuerdo con la Constitución, más de una docena de comunidades. Las más importantes por el número de fieles son la maronita, la griega ortodoxa y la griega católica (cristianas) y la sunita, la quita y la drusa (musulmanas). Pero entre los cristianos también hay armenios, (gregorianos y católicos), nestorianos, jacobitas, sirios católicos y caldeos, y entre los mahometanos, kurdos, metualis y alauitas.

Siendo la maronita la más numerosa de estas comunidades, es obvio que posea una gran influencia en la vida política del país. Por un acuerdo tradicional no escrito, el Presidente de la República debe pertenecer a esta iglesia, y el primer ministro a la secta musulmana sunita. El Estado, como es natural, no tiene religión oficial.

Este colorido panorama religioso, social y político del Líbano no ha surgido espontáneamente, ni ha sido producto de la coacción: es el resultado de un largo proceso que ha venido cumpliéndose paulatinamente a través de su historia, en la que se destaca siempre como tierra bendita de refugio a los perseguidos por sus creencias, cualquiera que sea la religión a que pertenezcan. Sorprende encontrar entre los actuales gobernantes idénticos apellidos a los de emires y familias dirigentes hace trescientos años, como los Chehab, los Djoumblatt, etc. Hoy como ayer, ese proceso de libertad religiosa se favorece y estimula. Conocida es la anécdota del emir Bechir I, que ocultaba voluntariamente a sus súbditos su profesión de fe para asegurarles un criterio imparcial a ese respecto. Se refiere que yendo de camino un maronita y un griego ortodoxo, la conversación recayó sobre la religión del príncipe. Es maronita, aseguró el católico. Grave equivocación, es ortodoxo, replicó el interlocutor. Habiéndoseles unido entretanto un islamita y enterado de la discusión, comentó: deploro desilusionarlos, porque nuestro ilustre emir es discípulo del príncipe de los creyentes, y sunita por añadidura, agregó el musulmán. Para salir de dudas, resolvieron los tres de común acuerdo preguntar la verdad al propio Bechir, quien una vez al tanto de la controversia, se volvió a su visir y le dijo: —¡Qué gente más curiosa! ¡Que les corten la cabeza!

Aunque el cuento es exagerado, revela gráficamente la preocupación tradicional de los dirigentes libaneses por procurar a los ciudadanos libertad y tolerancia en el ejercicio de sus prácticas religiosas.

El principio de representación confesional que se aplica matemáticamente con un rigor extremo desde las altas esferas administrativas y políticas hasta el más insignificante cargo municipal de vereda, constituye por paradoja una tremenda fuerza de cohesión nacional. Es sumamente interesante por eso conocer la formación de la Cámara de Diputados, único órgano legislativo libanés, en la que existe una proporción de seis cristianos por cinco musulmanes. Con doce partidos políticos para las noventa y nueve sillas curules de la cámara, en 1962 los maronitas eli-

gieron treinta representantes, los sunitas veinte, los quiitas diecinueve, los griegos ortodoxos once, los griegos católicos seis, los drusos seis, los armenios ortodoxos cuatro, los armenios católicos uno, los protestantes uno, y otras sectas uno.

Cosa diferente sucede en Israel, donde además de las sectas cristianas y musulmanas citadas, existen las judías (sefarditas, esquenazis, caraitas y samaritanos), porque allí la organización estatal se basa en la representación proporcional de los partidos políticos. A pesar de funcionar más de diez de estas agrupaciones, los dos tercios de las carteras ministeriales se hallan a cargo de miembros del potente partido socialista (mapai).

Con su organización democrática, su paz religiosa y su pujante progreso material, el Líbano está dando la prueba de que sí es posible la convivencia fecunda y el entendimiento humano entre gentes de diversas razas, costumbres y creencias. Con toda razón sus dirigentes anhelaban que Beyrut quedara incluído en el itinerario seguido por el Papa Paulo VI en su reciente viaje a Tierra Santa. También es santa la tierra libanesa. El Patriarca de Occidente habría podido apreciar allí, así fuera fugazmente, la estupenda síntesis de lo que en el futuro y en escala grandiosa puede llegar a significar en la práctica esa unión de todos los cristianos, tan cara a su corazón de Pastor y objeto primordial de su jubiloso y oportuno peregrinaje.

POSADA : « EL TRIUNFO DE MADERO »

La paradoja de México

POR DAVID ROUSSET

LA HISTORIA NUNCA ENSEÑA a los revolucionarios lo que deben hacer, pero les enseña lo que no deberían emprender. Si la insurrección es un arte, la revolución dista mucho de serlo, ya que su dinamismo no reproduce jamás las modalidades anteriores. Se sabe lo que reprime una revolución, pero no se ha llegado a descubrir lo que asegura su impulso.

La historia sólo ofrece recetas útiles para conservar o destruir el poder, mas la transformación de una sociedad sigue siendo una noche cargada de misterio.

La estrategia social se funda en la naturaleza de las clases que se enfrentan y en la relación entre las fuerzas contendientes. La estrategia del poder es todavía una técnica de los hombres, de los grupos y de los clanes. La modernidad de Maquiavelo consiste en que el poder cotinúe dominando a los hombres que lo encarnan. Esta confrontación de los hombres que ejercitan el poder con el poder que les domina se realiza hoy, lo mismo que en el pasado, como una tragedia shakespeariana. La tragedia puede llevar alternativamente, sin desnaturalizarse, la máscara del drama o la de la comedia.

Nuestra época ha presenciado revoluciones proletarias y revoluciones campesinas ; pero, a pesar de haberse prodigado el heroísmo y la abnegación, no han salido de la esfera de lo abstracto. El poder sigue siendo esencialmente la dominación del hombre sobre el hombre. Maquiavelo tiene siempre razón.

En cuanto a las técnicas del poder, el aparato vuelve a desempeñar un papel considerable. Se convierte a la vez en el instrumento y en el campo reservado del poder, hasta el punto en que el Estado va adquiriendo el dominio sobre la sociedad. Esto no es una innovación. Al contrario, es una constante de la historia. Para convencerse de ello bastará comprobar la naturaleza y la longevidad de las instituciones de la China imperial. Pero el hecho de que este fenómeno haya resurgido en el seno de la sociedad capitalista en plena crisis, entre las dos guerras mundiales, y de que el Estado haya aparecido entonces como el enterrador y el heredero de las revoluciones proletarias, hubiera debido provocar una reconsideración de la coyuntura histórica, de su verdadero carácter, de lo que era posible e imposible en esa etapa, para ver si la conciencia seguía al acontecimiento en vez de precederlo.

Hoy en día, la cuestión del Estado se sitúa en el centro de las revoluciones campesinas que nacieron de las ruinas de los imperios coloniales. Este es el problema principal, el más apremiante, el que reclama una solución más urgente en Asia, en el Oriente Medio, en Africa y en América Latina. De la solución que se imponga dependerá, en una parte decisiva, el porvenir social inmediato de esas regiones.

La práctica de esas revoluciones plantea la cuestión del Estado, especialmente la de sus relaciones con las fuerzas productoras, y en primer lugar la de la transposición política de la alternativa : pluralidad de partidos o partido único.

A esta pregunta México ha dado una respuesta original. La revolución mexicana es la primera de las revoluciones campesinas modernas que dio origen a una nueva jerarquía de clases. Además, desde hace treinta años, México ha realizado una estabilidad interior sin equivalente hasta ahora en América Latina.

*

No trataré de la revolución mexicana ni de México como sociedad. Me limitaré exclusivamente a analizar la técnica del poder en México. Y aun así, no haré sino describirla someramente.

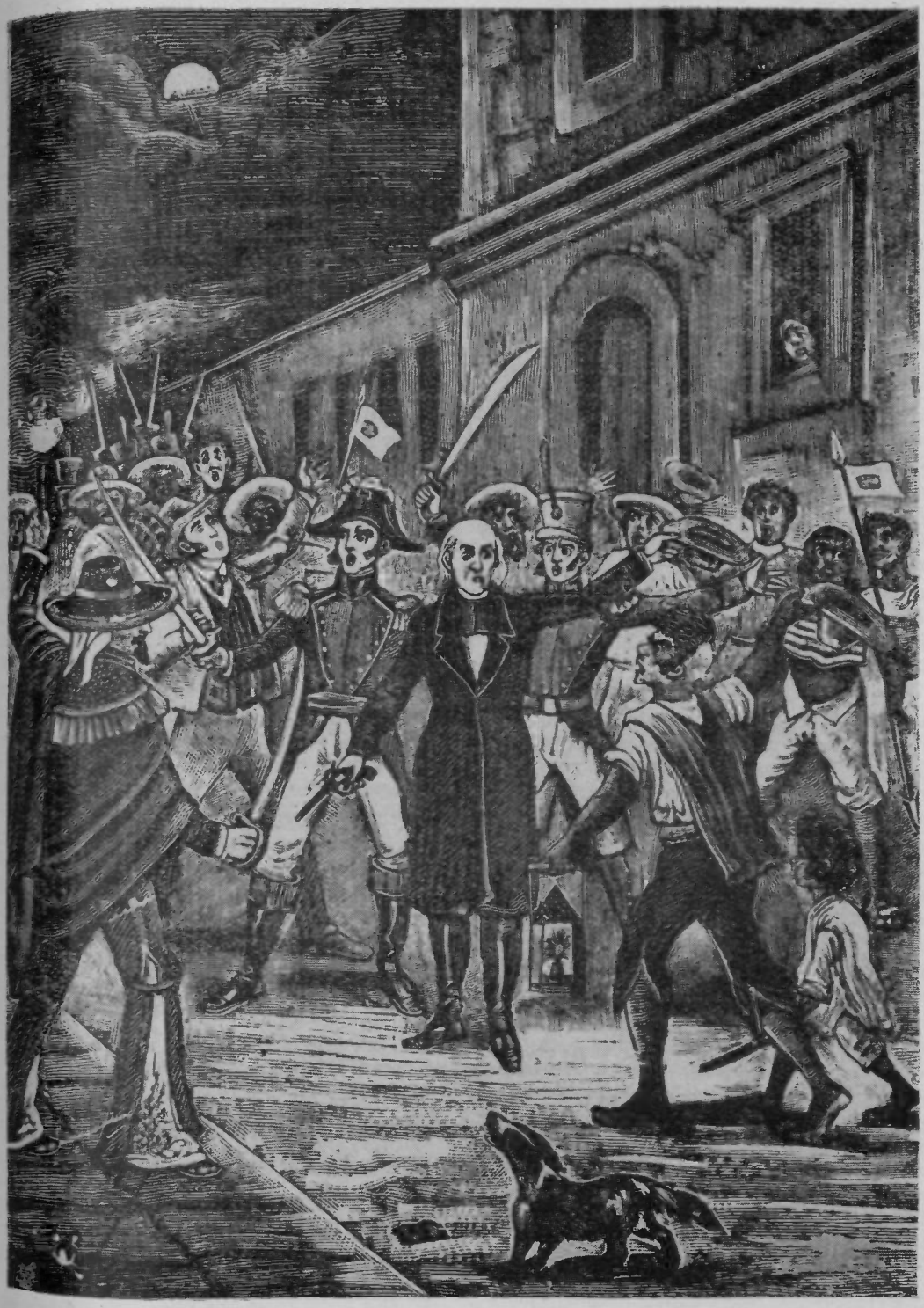
La dificultad consiste en lo siguiente : los textos enseñan poco. Todo se halla en la manera de proceder. Para comprender bien esta acción, será menester observarla en la práctica, seguir sus efectos día por día.

Los mexicanos son admirables como huéspedes. A pesar de cierta reserva, su generosa cordialidad facilita la comprensión. A falta de práctica de la revolución, me he dirigido a los que la han llevado a cabo, tanto los responsables del poder, como sus adversarios, ya fueran de derecha, de izquierda o de otras tendencias. En México se hace todo, mas para comprender lo que se hace, hay que ir al interior del país y volver. En la capital tienen la razón y la crítica de la razón. En Guanajuato o en Mérida se encuentran los hechos. He estado en el centro y en el sur —unos cuatro mil kilómetros de carretera— para estudiar la actuación del partido dominante, el Partido Revolucionario Institucional.

El centro es rico, es un museo viviente, donde el pasado aparece constantemente entretejido en la trama del presente. La independencia, la reforma y la revolución se han jugado allí. En medio del esplendor de los paisajes, la piedra conserva la herencia colonial : las iglesias, los palacios, los patios, los balcones, los pórticos y el silencio de las estancias oscuras de Querétaro, Guanajuato, Morelia y Puebla. El presente es tanto la industria de Puebla, de León, de Guadalajara, como la universidad de Morelia, con sus huelgas, su autonomía, sus rectores que dimiten, el realismo socialista de sus pintores y sus algaradas con la policía ; está en la tradición política que impregna a Querétaro, Guanajuato, Dolores Hidalgo y San Luis de la Paz ; en el universo arcaico de las Tarascas de Patzcuaro, de los Toltecas, de Tula y en las fértiles tierras de maíz, de trigo y de frutas, en las altas siluetas de las pitas y en la profusión de oro del barroco indio.

Está también (¿y cómo podría no ser así, y cómo podría la reflexión no detenerse en ello?) en la inmensidad de los horizontes, en las altísimas cumbres cubiertas de nieve, en los valles mediterráneos, en la rudeza sana de la meseta sin fin, en las etapas en el frío del amanecer, en un claro entre los abetos, a la vuelta de uno de esos mercados bulliciosos, sobrios e inmóviles, donde pervive el mundo anterior a Cortés.

En el sur, después del encanto de Córdoba, los verdes luminosos de sus volcanes, las calles tortuosas suspendidas sobre el valle, invadidas por la vegetación lujuriante en la frescura de la primavera inmutable: Veracruz, Tabasco, Campeche, el Yucatán, Estados que, en realidad, sólo se han incorporado muy recientemente. La carretera, bastante buena, que va hasta los confines con el Yucatán está abierta desde hace apenas cuatro años. No está lejos el tiempo en que Mérida sostenía relaciones más estrechas con Europa que con México. La antigua ciudad corsaria de Campeche es un centro administrativo nuevecito ; situada frente al mar, entregada al mar, cercada como antaño por la selva y la sabana. Aun cuando Villahermosa se haya transformado mucho en el curso de estos últimos años, Tabasco sigue siendo el imperio de los mosquitos, de la selva virgen, de los pantanos y de las lagunas. La burocracia está aquí más lejos del centro, más replegada en su provincia y, por esto mismo, resulta más curiosa su observación. En Villahermosa, la casualidad me permitió descubrir el desorden causado por una pequeña intriga del aparato. Y las insolencias de un secretario me revelaron más detalles acerca de la conducta de la administración de lo que hubieran podido hacerlo largas conversaciones. En Campeche, los tecnócratas animosos preparan sus planes de urbanización pensando en el porvenir. El Yucatán vuelve a ser un mundo macizo, de tres dimensiones, en el que los mayas y Europa dan la profundidad. Es menester ir al sur para



POSADA : « EL GRITO DE INDEPENDENCIA »

comprender exactamente hasta qué punto los Estados están celosos de su autonomía : sólo se encuentran en las altas esferas, es decir en la capital.

He remontado durante un centenar de kilómetros el río Candelaria, cuya última etapa se sitúa a siete kilómetros de la frontera con Guatemala. Allí hay colonias agrícolas establecidas en la misma selva desde hace apenas dos meses. Sus colonos venidos de todas las provincias, rudos campesinos sin tierras y roturadores. El trabajo es duro en la selva ecuatorial. Esta breve expedición ha sido para mí una enseñanza incomparable sobre la significación y la realidad del poder en México y sobre la verdadera naturaleza del poder, cosas que jamás hubiera podido descubrir en la capital. Ha sido la revelación de que en Palenque, Uxmal y Chichen Itza existe una vida profunda, y no sólo en las facciones de los rostros y en la estructura de los cuerpos, sino también en las costumbres. Este es el terreno que ha alimentado mis primeras reflexiones sobre las técnicas del poder en México.

*

Régimen de partido único fundado en la práctica de la pluralidad de partidos. Tal es la paradoja de la política mexicana.

Desde hace más de treinta años, el Partido Revolucionario Institucional, el P.R.I., conserva el monopolio del poder. Los 29 gobernadores de los 29 Estados están afiliados al P.R.I. Cada gobernador ejerce durante los seis años de su mandato una soberanía absoluta en su Estado. Desde que Calles, fundador del Partido con el apoyo de los sindicatos obreros, quebrantó la voluntad de resistencia de los « cristeros » católicos y dominó el ejército, todos los presidentes de la República, sin excepción, son miembros del Partido : Lázaro Cárdenas, de 1932 a 1940 ; Avila Camacho, de 1940 a 1946 ; Miguel Alemán, de 1946 a 1952 ; Ruíz Cortines, de 1952 a 1958 ; López Mateos de 1958 a 1964. No cabe la menor duda de que el candidato designado por la última convención nacional, el Licenciado Gustavo Díaz Ordaz, de 52 años, oriundo del Estado de Puebla, y actualmente ministro del Interior, será elegido en julio próximo Presidente de la Federación Mexicana.

Ahora bien, la Constitución de 1917, que sigue en vigor, reconoce explícitamente las libertades fundamentales de reunión, de palabra y de publicación. Los mexicanos la consideran, con razón, como una constitución muy avanzada. La tierra, el agua y el subsuelo son propiedad de la nación. Se reconoce a los campesinos el derecho a reclamar tierras y agua. Se ha proclamado el principio : a trabajo igual, salario igual, sin distinción de sexo o de nacionalidad. Se han instituído la jornada de ocho horas y la semana de seis días, así como un salario mínimo revisable cada cuatro años. Se han reconocido, además, el derecho a la sindicación y el derecho de huelga.

Es indudable que, fuera del P.R.I., existen numerosos partidos auténticos. A la derecha está el Partido Nacional Mexicano, católico, pero sobre todo el Partido de Acción Nacional, el P.A.N., verdadero órgano de la oposición. Es hostil a la gestión financiera del P.R.I., hostil a su política de nacionalizaciones, hostil a sus procedimientos administrativos, hostil al privilegio de los sindicatos, que ha denunciado como exorbitante, y fundamentalmente hostil al monopolio de hecho del Poder. El P.A.N. existe como una fuerza efectiva, sólidamente implantada, no sólo en los medios de los negocios, sino también en ciertas zonas de la clase media y de la aristocracia obrera. Detenta fuertes posiciones en ese baluarte industrial que es la ciudad de Monterrey.

A la izquierda están el Partido Popular Socialista, de Lombardo Toledano, antiyanqui, antialemanista, prosoviético, partidario de una ampliación de la reforma agraria y de las nacionalizaciones industriales, pero favorable, en su estrategia, a un frente único electoral con el P.R.I. ; el Partido Auténtico de la Revolución, creado en 1954 con los descontentos de la política de Ruíz Cortines ; el Partido Comunista, fundado en 1919, hoy anquilosado y aislado, sectario en su dirección y agotado por las disensiones internas ; el Movimiento de Liberación Nacional, lanzado en 1960 por los intelectuales formados en la tradición de Cárdenas, simpatizante con el movimiento castrista y, finalmente, una multitud de pequeños grupos trotskistas, leninistas y espartaquistas.

Las normas electorales autorizan una verdadera competición entre los partidos, pe-

ro con una condición : para tomar parte en la campaña electoral *nacional*, una organización ha de contar con 75.000 afiliados, por lo menos, repartidos entre los dos tercios de los Estados de la República. Quedan cuatro partidos en liza : el Partido Revolucionario Institucional, el Partido de Acción Nacional, el Partido Nacional Mexicano y el Partido Popular Socialista. Además, una reciente reforma electoral, preconizada y aprobada por P.R.I., prevé que todo partido que haya obtenido en las elecciones a diputados el 2,5 por ciento de los votos, tiene derecho a cinco diputados ; que por cada medio por ciento suplementario, tiene derecho a un diputado, hasta la concurrencia de veinte. Parece muy probable que, en la próxima Asamblea, el P.A.N. y el P.P.S. puedan disponer respectivamente de veinte diputados. De este modo, el partido que está en el poder demuestra su interés en que exista una oposición parlamentaria, por lo menos dentro de ciertos límites. El Presidente es elegido por sufragio universal y directo. Debe ser mexicano, hijo de mexicanos, nacido en el país y tener más de 35 años. Es elegido por seis años y no hay vicepresidente.

Puesto que ni la Constitución, ni los reglamentos para su aplicación, ni el empleo de la violencia o de la arbitrariedad pueden explicar este monopolio del poder ni su continuidad, ¿será preciso buscar la razón de ello en la tradición, en cierta conformidad entre las personas y los programas o en una rara homogeneidad de la sociedad mexicana? ¿O tal vez en un estancamiento de dimensiones históricas que, debido al embotamiento social que produce, mantiene como una cosa natural el poder establecido?

¿La tradición? Ciento cincuenta y un años de independencia, treinta y tres años de paz, más de un siglo de guerras, una guerra civil salvaje, pronunciamientos y asesinatos.

¿Conformidad y continuidad de los programas y de los hombres? ¿Cómo es posible imaginar dos personalidades más dispares, dos animadores de la política más divergentes, que Lázaro Cárdenas y Miguel Alemán? Por una parte, nacionalización de los ferrocarriles y de los petróleos, implantación de los ejidos (1), intento de emancipar a las clases pobres mediante una profunda modificación de la propiedad. Por otra parte, regresión de los ejidos, estímulo a la pequeña propiedad rural, expansión industrial, gracias a las inversiones privadas, elevación del nivel de vida mediante una creciente producción de bienes, aumento de la productividad y enriquecimiento individual.

¿Homogeneidad de la sociedad mexicana? Sin duda, si se tiene en cuenta que la gran mayoría de la población de México es mestiza. Pero al mismo tiempo, siguen coexistiendo en el país edades históricas irreductibles. De los 37 millones escasos de habitantes, más de 3 millones son indios que viven en un universo precortesiano degradado. En el mexicano subsiste un doble pasado ; está todavía dominado por su doble ascendencia. No ha logrado vencer aún la sombra que se proyecta sobre él. El laberinto de la soledad nada ha perdido de su maleficio. Aun cuando la joven generación no enfoque ya la cuestión como Octavio Paz, aun cuando esté hoy más preocupada por su identidad política, su inquietud y su desgarramiento no son menos auténticos. La busca del Grial continúa.

Entonces, ¿es la homogeneidad de la condición social? Si abandonáramos a los indios al mundo reservado de Alfonso Caso y de su Instituto Nacional Indigenista (pero, en verdad, ¿cómo podríamos hacerlo, sin embrollar gravemente el juego, siendo así que estos mismos indios dieron su impulso a Zapata y a Villa, que su sangre, que se decía empobrecida, ha producido al hombre de la reforma, el zapoteca Juárez, y que se les debe sobre todo esa dimensión imprevista de la rebelión de Miguel Hidalgo y de José María Morelos, que ha dado más tarde su estructura a México?), no por ello dejarían de subsistir profundas desigualdades entre la ciudad y el campo e incluso en el seno mismo del proletariado urbano. De los cinco millones de habitantes

(1) El ejido pertenece a la tradición española. Durante el período colonial, eran tierras comunales reservadas para pastos y forraje. Después de la revolución, son tierras divididas en parcelas atribuídas a las familias campesinas, que las explotan individualmente, aunque sigan siendo propiedad intransmisible.

con que cuenta la capital, hay dos que carecen de ingresos fijos. Aunque el salario mínimo fuera de 600 pesos en 1958, el 35 o 40 por ciento de ellos percibía menos de 500 pesos por mes. En cambio el salario de un obrero del petróleo puede elevarse a 2.000 o 3.000 pesos. Un director de oficina cobra un sueldo de 5.000 pesos mensuales. El 64 por ciento del presupuesto de una familia de la zona urbana se consagra a la comida, pero en el campo se invierte más del 84 % para la alimentación. El consumo medio de calorías, lo mismo en la ciudad que en las aldeas, es bastante inferior a la cantidad normal de 2.400.

¿Puede explicarse esto con el estancamiento? El desarrollo de la economía mexicana registra, desde hace veinte años, uno de los coeficientes más elevados del mundo : el 6 %. Y en el sector industrial, del 7 al 10 por ciento. México dispone hoy de cuatro veces más kilómetros de carreteras, de cuatro veces más kilovatios, de tres veces más petróleo que veinticinco años atrás.

¿Entonces? Entonces, ¿es acaso el Partido y la técnica del Poder?

*

El Partido es principalmente una combinación orgánica de varios aparatos. Y éste es el primer principio de su fuerza. Calles se sirvió, para crearlo, de la palanca sindical.

En el centro del andamiaje propiamente dicho del P.R.I. se hallan el Comité directivo nacional y los Comités directivos de Estado. En cada Estado se encuentra la misma organización : comités de distrito, comités municipales y secciones electorales. Las diferencias que pueden observarse son secundarias y se deben a menudo a tradiciones locales. En Yucatán no existen los comités de distrito, pero se han adoptado las normas del antiguo Partido Socialista, que continúa desempeñando un papel importante en la reagrupación de los intelectuales.

El presidente y el secretario general del Comité nacional nombran a todos los responsables hasta el nivel del Comité municipal. He aquí el procedimiento que se sigue, en general : el Comité directivo de Estado del Partido, por mediación del Comité municipal, convoca a una asamblea de la sección electoral y delega en ella a dos miembros. Los responsables de la sección son elegidos individualmente y por aclamación. Los cargos no son permanentes. Por lo demás, son pocos los puestos permanentes en los distintos escalafones. La mayoría de los responsables trabaja en la Administración, en la industria y en las entidades comerciales. Generalmente dedican las tardes a las actividades del Partido. El Comité municipal concede una modesta ayuda financiera a las secciones para los gastos de traslado, de correspondencia, etc. No existe una tarifa fija para las cotizaciones. Cada cual da según sus posibilidades, pues de no ser así, en las regiones pobres, mucha gente quedaría eliminada del Partido por falta de medios. Las cotizaciones se perciben con más o menos regularidad. La Asamblea reunida al nivel del Consejo municipal, que agrupa a representantes del Partido y de otros tres aparatos asociados, teniendo en cuenta las recomendaciones de las secciones, de los sindicatos y de las organizaciones profesionales, y después de examinar los antecedentes de los candidatos, aprueba una lista de responsables, que el Comité municipal propone a la decisión del Comité directivo nacional. A cada proposición nominal va unido un *curriculum vitae* detallado del candidato. El presidente y el secretario general firman los nombramientos en la capital.

Esta administración central está extraordinariamente ramificada. El Yucatán cuenta con 106 Comités municipales y 688 secciones electorales. La composición de los Comités es uniforme en todos los escalafones : un presidente, un secretario general, un secretario de organización, un secretario de acción política y un secretario de acción social. En el Comité directivo de Estado, el secretario político está encargado, no sólo de intervenir en la vida interior del Partido, sino también en las relaciones entre éste y la Administración del Estado.

Las relaciones entre esta Administración y el aparato del Partido se basan en reglas no escritas. En principio no está prohibido acumular responsabilidades en el Partido y en el Estado, pero en la práctica las funciones están separadas. Un responsable del Partido, elegido o designado para un car-

go directivo del Estado, dimite su función política. Pero esto no impide que la lista de los candidatos al Comité directivo de Estado del Partido, antes de ser enviada al Comité nacional, sea sometida por cortesía al gobernador. En Guanajuato, por ejemplo, cuando en el curso de una asamblea pública y solemne, el gobernador designa a los miembros de su gabinete, propone asimismo al presidente del Comité de Estado del Partido. Pero no hace la proposición en su calidad de gobernador, sino como miembro preeminente del Partido.

El cargo de responsable del Partido, que se obtiene por elección, dura tres años. Los responsables pueden ser reelegidos.

POSADA : « REVOLUCIONARIO »

Este aparato central, que constituye la espina dorsal del Partido, va acompañado de otros tres : la Confederación de los Trabajadores, la Confederación Campesina y las Organizaciones Profesionales. Los sindicatos obreros y campesinos representan una fuerza considerable. La Confederación de los Trabajadores Mexicanos cuenta con más de un millón y medio de afiliados, es decir, el 75 por ciento de todos los asalariados. La Confederación Nacional de los Campesinos ejerce un monopolio de hecho en el campo. La tentativa de crear algunos grupos de izquierda, indirectamente sostenida, según parece, por Cárdenas, a principios de 1963, para constituir una central campesina independiente, ha fracasado hasta ahora. El aparato de las Organizaciones Profesionales abarca, en una vasta complejidad, las profesiones liberales, el mundo de la industria y las esferas comerciales. Estos tres aparatos están incorporados en todos los escalafones del Partido, hasta el nivel del Comité municipal. Los miembros de cada una de estas organizaciones son considerados automáticamente como afiliados al P.R.I. El secretario general del Partido, Alfonso Corona del Rosal, me ha asegurado que aquél contaba con siete millones de adherentes.

Gracias a su aparato central y a sus ramificaciones sindicales y corporativas, el P.R.I. mantiene un contacto permanente y vivo con la opinión. La campaña de programación que precede y prepara la campaña electoral, suministra una clara ilustración sobre esto. Es el segundo principio en que se basa la fuerza del Partido.

La Convención nacional que designa el candidato a la Presidencia aprueba también el programa de la futura legislación. La elaboración de este programa da origen a un vasto despliegue de investigaciones, de exámenes y de informaciones en todo el país. El Comité directivo nacional convoca a los presidentes de los Comités directivos de Estado para darles instrucciones. Siguiendo sus órdenes, en cada Estado se preparan y convocan asambleas de programación. Para realizar este plan, el Estado de Guanajuato, por ejemplo, ha sido dividido en once zonas. Estas zonas corresponden a sectores económicos particulares, a municipios o agrupaciones de aldeas que represen-

tan intereses mancomunados. El presidente y el secretario general del Comité nacional y los miembros del Comité directivo de Estado se trasladan a cada una de dichas zonas. Se lanza un llamamiento público para que la población prepare en todas partes pliegos de reivindicaciones. Existe un hecho muy notable que merece recalcarse : para este trabajo se convoca a la población entera y no sólo al Partido. El lugar y la fecha en que deben entregarse los informes se anuncian de manera que nadie pueda ignorarlos. Entonces se constituyen comisiones en cada localidad. En los distritos y en las aldeas, la persona más competente, la que sabe escribir, es la encargada de redactar las proposiciones y las reivindicaciones que se le someten. Los miembros de la comisión correspondiente al nivel de la sección electoral firman los informes definitivos. Estos miembros son designados en el curso de reuniones de las aldeas y de los distritos. La asamblea de los delegados de una zona se reúne en una aldea determinada. Con antelación, un miembro del Partido ha sido nombrado como coordinador encargado de agrupar y seleccionar los informes. Estos informes son entregados a un Comité especial de cuatro miembros, que comprende un delegado del Comité nacional, el presidente del Comité de Estado, el director de los Estudios Económicos y Sociales del Partido, y el representante del gobernador, quien interviene, una vez más, en calidad de persona preeminente del Partido. Este Comité especial está encargado de preparar la Asamblea general del Estado. Para facilitar su trabajo, designa cinco comisiones especiales, que se distribuyen la redacción de los informes (agricultura, ganadería y bosques ; trabajo y previsión social ; servicios públicos ; comunicaciones y transportes ; asuntos generales).

La Asamblea popular del Estado reúne, en principio, a los miembros de las comisiones y a todos los que han trabajado para establecer los informes. Los miembros del Comité especial han sido designados por el coordinador. El Comité y sus comisiones preparan un informe de síntesis, que se presenta a la Asamblea. El informe aprobado constituye el programa económico y social del Estado. El gobernador lo entrega en persona al Comité nacional.

Paralelamente a este estudio de las necesidades del Estado, de los municipios y de las aldeas, se prosigue una información análoga en el sector de las organizaciones profesionales. Finalmente, puesto que un programa sólo tiene valor en atención a las personas que lo aplican, el Partido une al informe aprobado el *curriculum vitae* de los miembros destacados de cada comunidad.

No hacen falta comentarios para comprender el poder de tal empresa y el sentimiento que da a la población de participar directamente en la vida del Estado y en la información que hace pasar al Partido acerca de los hombres, las necesidades verdaderas, las reivindicaciones, los descontentos referentes a las cosas y a las personas.

El P.R.I. centra muy deliberadamente las preocupaciones de sus afiliados sobre la gestión económica y social, tratada en términos técnicos. El tercer principio de su fuerza es su hostilidad manifiesta, aunque no escrita, contra todo lo que se deriva de la política escueta. Una campaña como la que acabo de describir crea una mentalidad. Acostumbra a una población, a menudo intelectualmente frustrada, a considerar sus problemas en un contexto tecnocrático. Esta despolitización consciente me ha sorprendido mucho. Las discusiones políticas en el sentido en que nosotros las entendemos en Europa occidental son muy raras y se limitan casi siempre a esferas restringidas. Aquí tampoco hay prohibiciones. Todo miembro de un comité o de una sección puede levantarse y hacer todas las preguntas que quiera. La prohibición sólo procede de las costumbres creadas. El clima no se presta a ello. En general, cada cual reacciona al nivel de su experiencia inmediata, y reflexiona dentro del horizonte de sus competencias y de su experiencia directa. Las oposiciones sociales están reducidas a su expresión técnica y administrativa. Es innegable que esto constituye una gran seguridad para el poder. En el seno del Partido, este comportamiento hace muy difícil, sino totalmente imposible, una reagrupación de tendencias al nivel nacional. Esto significa que los Estados viven, celosos como están de su autoridad, replegados sobre sí mismos. No puede decirse que existan tantos partidos como Estados, pues el Comité na-

cional designa soberanamente a los responsables en cada Estado. Esto es lo que hace la unidad nacional del Partido. Pero cada una de sus secciones estatales está completamente entregada a sus preocupaciones provinciales. El problema del poder central sólo se aborda en las esferas superiores. A esas alturas, la técnica del poder consiste en personalizar todos los litigios políticos. Así sucede, pues, que los desacuerdos, por graves que sean, no se resuelven en un debate sobre las posiciones programáticas o estratégicas. Se tratan mediante la manipulación de las personas. De este modo, las tendencias se convierten ineluctablemente en clientelas. Esto permite mantener en el seno del Partido corrientes profundamente antagónicas. Resulta curioso comprobar que el P.R.I. extrae su fuerza de una confusión sistemáticamente sostenida. Las actitudes claras engendrarían escisiones, podrían poner en entredicho la unidad. Su ausencia produce el efecto de un almohadón de plumas. La verdadera ideología consiste en un culto muy vivo del pasado revolucionario.

POSADA : « LA CORONELA »

Por último, el P.R.I., gracias a su monopolio del poder, dirige el Estado. Esta es su cuarta fuerza. El P.R.I. no sólo es dueño del Estado, porque es su alma política, sino que lo domina también, porque se ha identificado con la revolución.

En efecto, no basta con que uno sea miembro de tal sindicato para que vote forzosamente por el P.R.I. Ahora bien, el poder no obliga al elector por la violencia. Utiliza con una habilidad extrema el pasado revolucionario, del que se ha convertido en heredero, y los privilegios del Estado.

El campo se divide entre los pequeños propietarios y los campesinos de los ejidos. Unos y otros nacieron de la revolución, y esto tiene una importancia decisiva. Los primeros son partidarios de la reforma agraria que les ha dado la tierra. Temen al partido de derecha, el P.A.N., que restablecería la gran propiedad rural. Por otra parte, Cuba les ha suministrado la prueba de que los campesinos, bajo un poder que pretende ser comunista, pierden sus tierras y sus bienes. Por todas estas razones apoyan, pues, al P.R.I. Su adhesión al Partido se debe, además, a otras razones. En la política del ala alemanista encuentran una garantía contra la posible ampliación de esta otra creación de la revolución, los ejidos. El Departamento de Agricultura, que está encargado de todas las cuestiones relativas a la propiedad y a la administración de la tierra que, de conformidad con la Constitución, pertenece al Estado, y que, como es lógico, está en manos del P.R.I., entrega certificados de *no afectabilidad,* los cuales deciden que tal propiedad no puede ser incorporada a un ejido ni reclamada por propietarios rurales. Finalmente, los pequeños agricultores dependen para sus explotacio-

nes de los créditos suministrados por el *Banco de Crédito Agrícola* que, en realidad, es gubernamental. Naturalmente, nadie les dice que si no votan por el P.R.I. perderán la ventaja de los créditos ; pero esto pueden deducirlo por sí mismos.

Los campesinos de los ejidos saben que el P.A.N. les es profundamente hostil. Así pues, en el seno del P.R.I., se apoyan en la tendencia de Cárdenas. Los ejidos se extienden sobre el 50 por ciento de las tierras cultivadas. El Departamento de Agricultura designa un responsable por ejido. Estos responsables forman actualmente una burocracia evidentemente partidaria de la permanencia del P.R.I. en el poder. Los ejidos se hallan, además, en estrecha dependencia del Banco Ejidal que, al atribuirles los créditos, determina lo que debe cultivarse, las cantidades de cada cosecha y el precio de venta. Por último, un importante organismo de Estado, el Canasupo, que comprende una red de almacenes y tiendas, compra las cosechas y las vende.

La Constitución de 1917 ha concedido a los obreros industriales ventajas sociales considerables, que luego aplica la legislación del trabajo. Estos obreros saben que si el P.A.N. asumiera el poder, su fuerza sindical se vería por lo menos fuertemente reducida. También saben que si los comunistas se apoderasen de las riendas del Estado, transformarían sus sindicatos en un instrumento gubernamental. Y como no hay otro partido que les satisfaga y que sea, al mismo tiempo, capaz de obtener la mayoría en las elecciones, votan por el P.R.I.

Las clases medias de México se componen de los funcionarios del Estado, de los obreros de los servicios públicos, de los pequeños industriales, de los comerciantes y, desde hace una veintena de años, de los empleados de los bancos, de las compañías de seguros, de los cuadros técnicos y de los especialistas de la radio y de la televisión.

Los empleados del Estado (funcionarios administrativos y personal de las empresas nacionalizadas) disponen de una organización sindical extraordinariamente fuerte, que disfruta de derechos inalienables, los cuales les permiten oponerse con una gran eficacia al gobierno, cuando lo estiman necesario, y les aseguran privilegios substanciosos. Esta organización es un escándalo a los ojos del P.A.N., que no disimula su indignación. Es seguro que un gobierno sometido a su influencia destruiría esa fuerza. Por otros motivos bien conocidos, los comunistas harían lo mismo. En cambio, el P.R.I. tiene la flexibilidad suficiente para dejarles cierta independencia y la habilidad necesaria para imponer al gobierno salido de sus filas el respeto de dichas libertades. He aquí por qué también los empleados del Estado sostienen al P.R.I.

Los pequeños industriales y los comerciantes se encuentran, en la mayoría de los casos, a merced de los créditos gubernamentales que distribuye la Financiera Nacional. Estos créditos ascienden actualmente a mil millones de pesos. Aquí tampoco sostiene nadie que, si estos industriales y comerciantes no votasen por el P.R.I., les serían anulados los créditos. Pero unos y otros están interesados en la estabilidad del régimen, y votan por el P.R.I.

En estas maniobras con los privilegios del Estado, el P.R.I. actúa siempre sin precipitación y en una forma muy circunstanciada. La finura diplomática es una segunda naturaleza de los mexicanos. En lo que yo he podido observar, por lo menos, nadie anula aquí los créditos por motivos políticos. Basta con que ciertos mecanismos misteriosos de la Administración se pongan en juego, como sucede en todas partes, para que se difiera el pago de los créditos. El P.R.I. tampoco se ofusca con la oposición. Cualquiera puede practicarla y hasta públicamente, incluso aquéllos cuyas empresas se sabe que dependen del gobierno. Basta con no transgredir las normas no escritas y con no franquear una frontera que, por lo demás, es muy movediza.

Por último, el quinto principio de la fuerza del P.R.I. es la no reelección para los cargos políticos del Estado. Al término de su mandato de seis años, un Presidente o un gobernador no pueden presentar su candidatura para seguir desempeñando el cargo. He podido observar el extraordinario apego que tienen los mexicanos a este principio. Si llegara a violarse, podría estallar la guerra civil. La no reelección para los cargos del Estado y la reelección para los cargos del Partido, de los sindicatos y de las corporaciones constituyen la clave del régimen. Esta técnica asegura la estabilidad

fundamental del sistema, su continuidad y su renovación.

La no reelección del Presidente y del gobernador significa la substitución al cabo de seis años de todo el personal político central.

Balance negativo : pérdida de tiempo, debida a la discontinuidad, derroche de energía y de dinero y desaprovechamiento de hombres versados en los negocios del Estado.

Balance positivo : la formación de una casta burocrática en el Estado resulta impracticable ; la juventud puede acceder rápidamente a las funciones directivas, lo cual polariza a muchos jóvenes en favor del régimen. El principio desempeña, en último término, la función de una válvula de seguridad social muy eficaz. Los descontentos saben que al cabo de seis años, de tres o de dos, el equipo que les ha decepcionado será excluído del poder. Este sentimiento es más sólido de lo que parece, pues en razón de las antenas que el P.R.I. tiene por todo el país, puede modificar la política en muchos puntos. Por último, el principio de no reelección se opone a toda tentativa de dictadura. Los mexicanos pretenden que seis años de poder absoluto corroen al mejor de los hombres.

Esta práctica está estrechamente ligada con una noción esencial que explica su importancia y sus efectos. En México, el poder nunca es una abstracción. Siempre está encarnado en un hombre, y esto es verdad en todos los estratos sociales. El Presidente de la República encarna la soberanía nacional. Todos los demás, hasta el más modesto capataz que actúa en un rincón perdido de la selva virgen, representan la delegación de este poder.

¿Cuál es, en el seno del Partido, el mecanismo de la sucesión, puesto que el candidato designado será forzosamente elegido? Este es uno de los mayores misterios de la política mexicana. Se le discute hasta en los círculos más elevados, como se discute también acerca de la Santísima Trinidad. En realidad, el Presidente en ejercicio designa a su sucesor ; pero éste no puede ser en ningún caso un testaferro. Debe ser auténtico. El Partido no toleraría que el principio de la no reelección fuese deformado. La historia demuestra hasta la evidencia que el sucesor ha practicado siempre una política fundamentalmente distinta de la del hombre que le precedió. Desde el mandato de Alemán, se ha afirmado la tendencia a elegir al Presidente en una esfera muy particular, la de los licenciados.

¿En función de qué criterio le designa el Presidente en ejercicio? Se califica de grandes electores a los antiguos Presidentes que han conservado su prestigio, tales como Cárdenas y Alemán. Se habla también del secretario general del Comité nacional, que interpreta las intenciones del Partido. Son oídos asimismo los gobernadores. Es indiscutible que el Presidente les consulta. Como consulta igualmente a las organizaciones profesionales y a los sindicatos. Sin embargo. nadie tiene poder para hacer designar al candidado de su preferencia. En el mejor de los casos, los más prestigiosos o los más íntimos desaconsejan, con las reservas habituales, como en el Sacro Colegio. La verdad es que el Presidente en ejercicio decide solo y en última instancia, según su manera de ver y entender.

Esta es, en mi opinión, la técnica del poder en México. Repito que sólo he querido describir el mecanismo. Esta técnica plantea innumerables problemas. Para su aplicación es preciso disponer esencialmente de un poderoso sector nacionalizado, pero que coexista con una esfera económica privada, amplia y activa ; de organizaciones sindicales seriamente implantadas en el mundo del trabajo, que estén integradas en el Partido, pero que asuman también completa y efectivamente su verdadera misión en el país, en defensa de las reivindicaciones ; de una auténtica independencia del Partido en relación con el Estado, pero que se combine con estrechos vínculos entre el personal del Partido y la Administración, y por último, y de una manera decisiva, es preciso que se realice la renovación periódica y efectiva de la fracción dirigente. Los mexicanos no han intentado hacer hasta ahora el análisis teórico de sus experiencias. Se dan por satisfechos con la práctica ; pero en esta práctica se revelan como expertos maravillosos. Es más curioso, en cambio, que la oposición no se haya esforzado más para comprender la naturaleza del poder en México, ya que sin este esfuerzo indispensable, nunca pasará de ser una oposición paralizada.

De pronto en el aire fino

ALGUIEN *hay abismado*
sobre el día tenue de otoño,
un grito sacude el verde
y en la avenida
petrifica al gentío.

A tres golpes del cielo
yacen sonrisas
dispersas en el asfalto
y ceñida de brusco
silencio nace
de un abrazo a medias la muerte.

(Oh, qué violentos malvones
se agolpan en su vestido,
qué derramadamente
desgarra ese mediodía
bajo el cielo aciago del sur.)

Cuando arrecian fusiles
dos negros en el collado
suave del parque
dejan el sol y el césped,
y al brillar esos autos lejos
el río helado de caras
rompe en clamores, laten
las teletipos
y Dallas es todo el mundo.

Aquí callan, piensan hermanos
y Erinias inescrutables
cubren de pronto el norte,
se ciernen rapaces duras,
de cielo a cielo se inclina
la tarde y tiembla
bajo el frío mirar de un loco.

JORGE A. PAITA

Diario póstumo
(Fragmentos)

POR RAMON GOMEZ DE LA SERNA

16 *junio* 1952. — *Lunes.*

Lluvia, lluvia, lluvia y frío.

Por una variación de vientos esto se está convirtiendo en el clima de Madrid. Han cortado muchos árboles, las corrientes de por allá se han transformado como las ha dado la gana, pero el caso es que es duro el ambiente.

*

Más inspiración.

Más muerte.

*

El muerto, durante el velatorio, sueña lo que le va a pasar a los suyos hasta que se extingan.

Es el gran sueño que le compensa de la desaparición.

No atiende a lo que sucede, no tiene correlación con ello, no es sensible ya a nada, pero aparece el sueño último.

Ve a la mujer en rápida y completa historia de lo que va a hacer, y conoce el destino mejor que ella, y sobre todo, lo consolador para el muerto es que asiste a su muerte, sabe perfectamente cómo va a morir y en qué corto o largo plazo.

Lo mismo le sucede con sus hijos. Asiste a todo su historial y ve cómo se igualan a él en la muerte que presencia.

Así, igualado con todos, por saber cómo va ser su muerte y a qué hora, descansa definitivamente.

Deja trajes usados. Lo grave, el conflicto, es dejar trajes nuevos.

También deja —sabrosa, prenatal— un tarro de leche condensada.

Poeta

La etimología es « el que rehace », rehacer el mundo.

El poeta hace lo que dice Neruda en una poesía : « No sé quién eres pero dejo en tu corazón una ciruela. »

Juan Ramón ha hecho al niño sensiblero.

Pensamiento mío

En América se goza de cómo vamos siendo olvidados.

El fantasma sensual

Existe la atmósfera de la sensualidad, es una atmósfera con cuartos y techos diferentes.

Mis novelas

Una gran tristeza me invade frente a la obra novelesca. *Policéfalo y Señora,* por ejemplo, se anticúa mortalmente. El mundo sólo la admirará como obra anticuada. Cuando yo la escribí, esa aventura del vuelo a Buenos Aires era imposible y cuando lancé la última edición, el correo aéreo me trajo el primer ejemplar desde Francia.

El pobre Poe tuvo un inmenso éxito con su *Globo,* pero su obra quedó anticuada. Todo es terminable. La literatura es interminable.

Tenía una vida que vivir. No como ahora, que no se tiene ninguna vida que vivir y la que se tiene nos la pueden quitar los demás de un momento a otro.

*

En Portugal es donde tardan más en desaparecer los mismos pensamientos.

*

El 23 de junio vino a visitarme la Televisión.

Todavía soy independiente y feliz. Y las luces del amanecer sobre mí ; sea lo que Dios quiera.

Aquí

El encanto del contraste.

Actitud flotante de inalcanzable, saboreando el encanto del intachable.

La virtud y el espíritu tienen más sabor, lo redoblan en este mundo por el que hay que pasar sin mirar, fijos en el cielo y las cornisas.

El manchado o la manchada tiene un destino irremediable en este laberinto subterráneo.

No hay esa retentiva entre el presente y el pasado que conserva las insistentes memorias.

Es aún la inexplicable noche del mundo primievo.

El reuma, que es lo que hay debajo de la tierra, aprieta.

Ojo, que pronto se puede caer en lo desesperado y dejar tarjeta de « El Hispánico » en todos los portales, los balcones de los pisos bajos, algunos cafés.

Españoles en América

Estómagos aventureros.

Seres hartos de fabadas. Sus asuntos particulares, pero nada de mirar al conjunto del mundo, a la gran rueda que gira entre cielo y tierra.

El Dueño del Atomo

Al salir una noche de la Revista de Occidente, don Blas Cabrera, el más entendido del átomo entonces, que estaba sentado en el salón de la revista, fue preguntado por Ortega : « ¿Cree usted que es posible eso? »

Don Blas me miró sonriendo : « Quizá sí. »

Biografía

Yo no recuerdo nada de lo que encuentran en los niños los psicoanalistas. Lo único pecaminoso que recuerdo, con un sentido extraño, fue cuando dos o tres veces, a los seis años, me oriné antes de salir del baño, en su agua templada y entrañable.

*

Otra vez llega la ceguera del invierno.

*

De pronto hemos pensado que todos los libros de nuestra librería podrían estar dedicados a contar la historia de Egipto y faltarían estanterías para los tomos de que debería constar.

*

Lo importante es tirarlas, no amarlas.

Capricho

— Tráigame la escalera —gritó el señor del Palacio de habitaciones inmensas, y cuatro criados imponentes le trajeron una escalera altísima.

El señor mandó colocarla en el sitio que había de escalar y subiendo sus cien escalones puso derecho el medallón de su bella antepasada con peluca blanca.

*

El objeto de una máquina de escribir en América es el de matar piojos.

*

En el adorno quiere haber vida, pero no hay vida, no es más que un deseo de vida entre la vida animal y la vegetal.

*

Hay plumas que marchan mejor unas que otras. Así he descubierto ésta, norteamericana, que escribe así.

Cuando comienza el otoño el ser humano quisiera esconderse en el armario, como la tortuga, para esperar la próxima primavera, pero saca de él las ropas de invierno de muy mala gana, pues quisiera ser él el que se metiera en el armario.

Otoño

Esta pluma y tinta de los nuevos recambios no está mal porque la tinta de arriba es un poco sombría.

*

Horror de esa mirada de mujer con la boca entreabierta que sólo quiere decir : « ¿Qué me puedes dar ? »

*

No me gusta ser invitado por la mañana porque en las buenas casas, por la mañana, se sufre el engaño de que todos podemos hacer negocios. Convidado por la noche no hay engaño. Se ve con claridad que los anfitriones han podido hacer el negocio, pero nosotros no.

*

Esta pluma es otra.
Es más para el firulete literario.

*

Cómo envidia Cocteau a los niños que juegan en el Palais Royal ; pero esos niños no han tomado cocaína.

*

En París tomamos de pronto mucho miedo de quedar convertidos sólo en unos zapatos de Monseñor, con hebillas de plata... Sólo los zapatos andando por la calle de la Vieja Comedia. Otras veces nos parecía que nos habían tirado por la ventana de uno de aquellos palacios que dieron grandes saraos, y que éramos como un criado lleno de cera y un color de faisán. Todo en París troquela de algún modo al que pasa y le convierte en una negra moneda antigua.

*

No necesita la ciudad que la recorráis, que le paseéis las calles.
Cuando me doy cuenta de que soy tratado como su ex novio dan ganas de quedarse en casa y no volver a salir.

Viaje a España. Por qué no voy

Me espera una bronca, la de la bronconeumonía, que no es una broma neumonía.

Arte. Prólogo Tremedal (1)

Arte, ser artista es no impresionarse porque no se publica un artículo, porque no llega un dinero, por verse morir de no tener nada y de estar ya enfermo, por como hasta en salud nos avería la vida.

Decir que se quiere escribir de lo que nos mira alrededor, de lo que se ve como en esos retiros verdes que hay en el Artico y que tienen hasta un clima húmedo y soleado.

Buscar esa posición de un personaje intangible que tiene problemas sin tiempo, problemas de espacios imprecisables, adornados de amores con mujeres que sin declarar que son ángeles —porque a los ángeles no hay que aludirlos— alegran la vida en ese espacio puro de Arte.

Coros, mezcla de decorados inéditos, palabras como en suelta de palomas y gaviotas, confidencias del alma que dejan turulato al lector.

No hacer caso de los mismos admiradores que quieren ambiguarnos, llegar a una promiscuidad de visita con dialogaciones maliciosas con nuestra musa, lograr lo inaplazable, lo que tenga carácter verdadero de Aparición, completar el cuadro como una finca en que se puede cazar el ciervo y el lobo.

Cristo del Otero. Prólogo Tremedal

La subida en vuelta, como en la Torre de Babel imaginaria, tropezaba con una sierra de mica, tierra de fondo calizo con cristales que brillaban al sol.

¿Qué se había roto a través de los siglos en esa claraboya de la tierra? Frente a esos rotos cristales se veía, frente al cielo irrompible, un sótano de tortugas petrificadas, el sótano del pasado.

Ese es el Arte en pie. Ver lo indivisible, pero consagrado por un lente superior, ver esas tortugas que significaron toda la lentitud del tiempo hasta consagrar el hombre artista, visionario, capaz de convertir en película de superación un feldespato caído.

Esos cristales de la ventana del pasado de la marquesina del otero que serpea ha-

(1) Novela sudamericana que ha quedado inconclusa.

cia Dios, eso es sobrepasarse a la tierra que nos traga.

Yo, cuando siento que el ascensor húmedo y glugluteante comienza a sumergirme pienso en el Cristo del Otero y me salva la impresión firme del altozano de Castilla, donde ya los hombres, por lo menos, están erigidos sobre la roca viva.

Biografía. Retrato Personal

Tengo el pelo blanco más negro del mundo.

Arte Abstracto

Ahora es un arte que imita al arte.

Desde luego no sabrá nadie cómo eran los hombres y las mujeres de esta época, ese aspecto único que sólo da la pintura, y sin embargo en lo abstracto y aunque no lo quieran circula el pasado, ese tiempo en donde se han limpiado los dedos los guerreros heridos de muerte, o ese otro de la tuerca de una rodela, o un yelmo.

No lo quieren decir, pero las fotografías en colores les han obligado un poco.

En las formas del delirio y el insomnio se ven comprometidos unos caminos blancos que vienen de tumbas cerradas hace mucho tiempo, pero que tienen que ver íntimamente con ellas.

Cuadros tafetaneados con esparadrapos para enviarlos a lo inconcebible.

Es para esos días de los hospitales que son días abstractos.

Había que enviarlos al quitamanchas.

Un arte sencillamente imitable. Después de todo, les ha tocado la peor papeleta del mundo —no todo ha de ser impuros desvaríos—: la papeleta abstracta.

Lo malo de los abstractos es que son demasiado concretos, se concretan a usar el color en pleno delirio.

No puede ser el arte un estampado diferente.

Pintar paletas embadurnadas.

Modas de las paredes.

Se amanera sin manera, el más indigerible amaneramiento.

No son figuras estructuradas o de otras como en Picasso, sino figuras desfiguradas ya sin sentido.

El cubismo metió al arte en un concretismo, pero el abstraccionismo remonta esa realidad y la declara desconocida.

Los cuadros abstracto-cubistas, están agujereados hacia el porvenir.

Se compensaba la sombra viva y muerta de otro tiempo, pero con los abstractos ¿qué se compensará?

Podrían decir que era otro misterio, pero les repugna pronunciar esa palabra divinizadora.

Pintura Abstracta. Desintegración Total

El mundo no merece ser copiado ni inventado.

Sólo mancha.

Esto tiene, entre todas las señales, algo de epílogo.

Psicología de lo Figurativo

Una u otras figuraciones influyen en el alma de la época. No son cosas arbitrarias, sólo formales, sin repercusión íntima.

Abstracciones norteamericanas

Es una sopa de verduras hecha con todas las pinturas habidas o por haber.

Abstracción y América

Los seres más concretos han dicho que comprenden lo abstracto y, lo que es más importante, que lo quieren comprar.

El timo de los norteamericanos. Los atletas extraviados.

Porque desprovisos de sentido crítico, con dinero, con un gran poder adquisitivo, lo involucran todo.

El ciego millonario compra abstractos « ¿Y si resultan? », se dice como operando con un valor nuevo.

Lo que va a obstruir el paso al arte futuro es que han llegado los capitalistas. Quieren esos valores como quieren sus billetes, que son algo y no tienen ninguna belleza.

Imponen a los patronos que pueden comprar, capitalistas que pueden comprar, la obligatoriedad de un arte disfrazado apenas con victorias y que está a la espera del tiempo, sin comenzar a vivirlo o ser algo en el tiempo.

Juan Gris

Gerardo Diego cuenta que Juan Gris decía que « un clavo no se hace con hierro, sino con la idea del clavo ». Un clavo se

hace teniendo presente otro clavo anterior. Y la materia en que se forma es cosa secundaria.

Cubismo

No se sabe por qué perdieron la vergüenza, esa vergüenza que tiene de llevar guitarra el que viaja con guitarra, y comenzaron a aparecer no sólo guitarras sino mandolinas, como en la sobremesa taraceada con madera dura de algunos artistas del siglo XVIII.

Solidaridad de los abstractos

No quieren exponer ni vender al lado de otros pintores que no sean abstractos.

Es una actitud de forzosidad de tipo obrerístico, una imposición gremial de un gremio inexistente. Sólo les falta pretender que tenga efecto retroactivo.

Los impresionistas pintaban por el estilo, pero se les ocurrió hacer la forzosa para exposiciones y cobros.

Si nos callamos por cobardía, crearemos o daremos paso a un comunismo artístico repudiado por el verdadero comunismo, que no acepta lo que no entiende.

Mentira del arte anterior que no fue mentira, los « tests » del arte abstracto son más difíciles porque son simétricos y quieren destruir el amplio dramatismo de las formas.

Nadie ha pensado lo que le pasa al espectador, cómo le sienta el cuadro, cómo lo transforma. Miráis de frente y os rompen la espalda.

El espectador subdividido, convertido en « puzzle ». No en vano el poeta Dylan Thomas al ir a morir por el delirium tremens dijo : « No veo animales, veo abstracciones. »

Una pintura que se ha negado a responder al examen.

Se han cansado de mirar al ser humano. (Sabemos la enorme maestría y dificultad de pintar con fortuna eterna.)

El arte está asustado, y yo sé lo mal que pintábais antes.

*

¿Dónde tengo el dinero? En ninguna parte, pero tengo muy buenas plumas estilográficas.

Llueve. No salgo. Ya no admito eso de « Saque paraguas, que está lloviendo mucho. »

*

13 *de diciembre de* 1954.

De un calor insoportable ha bajado a un frío penetrante : 15 ó 20 grados de diferencia. Los huesos se hacen trizas. La carne, una bandera rota. El cerebro, algo que flota milagrosamente.

*

Ya ha cerrado el ascensor alguien.

Ya está en su casa. Ya hay un habitante más en el inmueble, que por fin ha podido huir y salvarse de la calle.

*

Luisita cose que te cose como si fuese a ser madrina de un entierro.

*

Nubes de maledicencia, nubes de calumnia, nubes de mala ausencia, nubes frías de verano.

*

Trajes ; forros de la nada. Leucemia estúpida del coser... Desangre de hilo de sangre. ¿Y si el hilo es blanco? Hilo de glóbulos blancos. Otra falta, otra carestía, otra exhaustez de la vida.

*

Agujas perdidas. No saber ya nunca dónde estará una cosa que fue de uno.

*

Sé lo que va a suceder y lo que no puede suceder de ninguna manera, pero para lo que no tengo tiempo es para calcular cómo va a pasar una cosa y cómo no va a pasar otra.

¿Yo? Yo estoy de guarnición en esta plaza.

*

Me invitan a esas reuniones tontas en las que de pronto tontamente cambia el destino. Y yo no quiero ir, no quise nunca, pero soporto valientemente la posibilidad, cambiar mi destino.

BUENOS AIRES

Es una ciudad terrible para andar solo. Se siente uno echado fuera del mundo. Para abortar el deseo de ahorcarse, se compran aquí muchas corbatas.

DÍAS LEJANOS QUE REAPARECEN

De pronto aparece un día, 18 de octubre, un día de 1905 de Berlín. Yo que lo sé, no salgo. Otro día de París de 1901, cuando los policías comenzaron a usar unos lentes con un prisma de espejos, gracias al que veían por detrás.

BUENOS AIRES

Esa tristeza de que él salga por una puerta y ella por otra.

*

Soy una vez más víctima del retardo literario. Mi *Antología,* que estaba preparada para salir ahora, en diciembre, ha quedado para abril de 1955.

Incitaba en plena calle la mujer, a lo que se ve al final de la arboleda de un jardín. Ese era su encanto al pasar junto a ella.

CONFITERÍA PARÍS

En esa confitería un día de primavera puede aparecer mi madre.

MAURIAC

Se ha amparado en el catolicismo para pasar de contrabando una serie de novelas malditas, pecaminosas y demoníacas.

GIDE

Cuando yo llegué a París en el año 9 era un tipo luciferino y macferlánico que no cuajaba en la noche galante de París. Lo que pasó después se debe a la [ilegible] y esto es lo que ha sucedido, además de esa extrema reacción que mata muchas veces cuando el [ilegible] está de espaldas.

GIDE

Llevaba sobre sus hombros su mascarilla.

GIDE

Reaccionó contra lo que mejor cierra en el mundo, que es una portezuela de tren.

JULES RENARD

Chartreuse : bebida de tigre satisfecho.

*

Y Dios recogiendo las almas que no pueden vivir.

*

Luisa Mona está escribiendo Mona Lisa.

*

20 *de julio de* 1952.

El brazo derecho me sigue molestando... Siempre Dios castiga al hombre por donde más ha pecado. Realmente, este brazo derecho mío ha escrito muchas cosas que no debió escribir, cosas que ahora quiero suprimir y rectificar, pero los editores que son... no me hacen caso y repiten en las ediciones...

*

El español abdica siempre. Alfonso XIII, último rey de España, se había vuelto tan español que abdicó en el mismo momento en que se lo indicaron.

*

Noticias para mi Diario : que una novela que no he escrito está teniendo mucho éxito en el extranjero.

MADRID

Al salir de la Puerta del Sol todo es soledad en el mundo. En París o Buenos Aires, lo mismo da.

ORTEGA

Picasso, como Ortega, gran marrueco con ojos tristes, pero que no quitan mirada.

ORTEGA

Fisonomía :

Su palabra aplaca a los tiempos.

Es un ser superior, y los otros, oficinistas del pensamiento.

— A ver ese expediente, García —dice el gran jefe.

Sabe dar a su boca una actitud lejana de espera.

En sus ojos hay expectativa para la

cantidad de enredo que hay en toda cosa humana.

*

Se salió de la Navidad gracias a que pedí adelantado, pero todos, inclusive usted, tuvieron la avilantez de no pagar.

*

« Como un limón acidando la noche. » Cita de un tal Adision Bouchaton.
« Acidando la noche »...

*

Pluma nueva.
Se acabó esta pluma.

*

El capitán Lit, domador de focas y dos ayudantes de circo se dedicaron a comprar grandes cosas con cheques sin fondo... El Circo se desmoraliza y eso supone graves cuestiones.

Cráneo

Meted una luz en una calavera y se verá una fiesta en el infierno.

*

A los Quinteros —Joaquín y Serafín— no se les hizo justicia. Se esperaba a que pasasen doscientos años para hacérsela.

Divirtieron la vida, trabajaron con ingeniosos y veraces argumentos, pusieron muchas noches muchas mañanas andaluzas. (Batería con luz de mediodía andaluz.)

Eran poetas siempre que no metían un poeta en escena, porque entonces metían la pata.

Dios les haga presidentes del Centro Andaluz del Cielo.

*

Ramón Gómez de la Serna y Luisa Sofovich se quieren mucho y podrían morir de amor si les diese por ahí.

Sonia Delaunay

Era como una gran bailarina rusa que en lugar de bailar pintase.

Picasso

No es muy amoroso Picasso. Sólo le gusta arrancar a su suerte a la mujer que elige y se le aficciona.

Picasso

Le ha adulterado el público, « su público », el fanatismo de los suyos.

Biografía

Por eso tiene tanta importancia la idea de la muerte en España, porque es lo único que le dejan al escritor.

Biografía

Allí me espera. Tiene el número de un farol, pero su cifra es exacta.

Endurecimiento de los pensamientos

Hay pensamientos, insistencias familiares que se vuelven muebles al cabo del tiempo y se tropieza con ellos al andar, y están unos sobre otros encima de nuestras cabezas, y hay que tener una decisión para seguir viviendo.

Es algo así como sucede con los poliperos, que primero fueron blandos y vivientes, y después se endurecieron.

Esto

El sauce aparece donde ha muerto una ilusión. Por eso América está llena de sauces.

Lo que más se nota aquí es que estamos rodeados de distancia.

La distancia comienza entre un hombre y después dura millones de kilómetros.

Tienen tristeza de emigrantes y en el fondo lo más trágico es que no pueden explicar su alma.

Esto

Tipos de varias leches.

Criollos

No están formadas las almas.

Esto

Está lleno de víboras naturales que no saben ni ellos mismos que son víboras y de pronto te salta una y te pica.

Es el país más hermosamente pobre que conozco.

Por lo hermosamente pobre parece rico.

¡Qué inútil abrir y cerrar de ojos!

Estamos engaritados por las garitas del puerto.

¿Entraste? Pues te perdiste.

Tú sólo eres el culpable.

Todos quedan como en un sueño trunco de América. Yo he querido llegar al fondo de ese sueño.

Aquí

Hay almas de españoles y almas de cántaro.

Aquí vale más ser una pomada para el calzado que un hombre superior.

Es un sitio donde se alarga tanto la vejez, que la niñez carece del fervor del amor.

Ojo con América y no fiarse, porque es donde todo desaparece cuando menos se piensa y sin avisar. Un relampagueo, y nada.

También el intento del alma de vivir sólo en la tierra sin pensar en el cielo.

Biografía

Yo no quiero vencer la cosa por el sueño y las medicinas, sino por la ilusión. Yo creí que en el mundo iba a encontrar la poesía y no he querido nunca cejar en eso.

Lo que soy ya

Como los poetas de China escriben al margen del título de un poema : Letrado en retiro.

Lo de Larra

Tened la malicia de lo que sucedió.

Beethoven

No piensan lo bastante en él.

Van a caer muchas casas destruídas sobre los pianos, pero sus sonatas se levantarán de nuevo.

Vejez

Se forma parte de « los pobres ancianitos del Refugio ».

Viven como Charlot o como Picasso, divorciándose de las cosas y de todo. Yo no me he querido divorciar de mis apegos y convicciones.

Biografía

Lloverá cuarenta días sobre mi cadáver y eso hará que yo crea que me he muerto ahogado y no de la dolencia de que me moriré.

Biografía

Si me entierran lejos, me será infiel sin remordimientos.

Balzac

Esas cosas sobrantes —absolutamente sobrantes— que se describen en sus novelas para un lector aburrido o para nuevas generaciones atontadas, como su mismo nombre lo indica.

*

Tengo píldoras para evitar la fragilidad de los capilares. Pero ¿cuándo notaré que los capilares digan « basta » ?

Aparecer, desaparecer

POR ADOLFO DE OBIETA

I

NO FUE DURANTE UN SUEÑO *ni al despertar ; no sentí nada agudo, oscuro, problemático. Quizá un parpadeo, quizá un desacomodo —como tantos que producen las gastralgias u otros males pasajeros que parecen volvernos a la dualidad, escocer la camaradería de cuerpo y alma—. Además, quizá el cuerpo es sólo un hábito, y lo que hubo fue una fractura o implantación de nuevos hábitos. De pronto yo me vi con el cuerpo de una mujer casi anciana, me asombré, volví a mirarme y me confirmé en que ese cuerpo no era de otro sino « mío ». Inmediatamente, podría decir, la connaturalización fue prácticamente perfecta y si alguna transformación había ocurrido, más parecía resultado de una madurez que de una improvisación. (La maduración no tiene por qué ser siempre lenta, pues no es proceso cronológico sino causal. Quizá cuando parece que la Naturaleza da « saltos » o que no hay evolución sino mutación, un madurar perfectamente orgánico engaña su proceso.) No diré que lo desconocería, pero acaso no hubiera reparado con mucha morosidad en mi cuerpo de antaño si hubiera pasado cerca de mí por la vereda.*

En pocas palabras, pues prefiero las cosas por su nombre, sin especular con el espectáculo : que un cierto día yo, no sé cómo decir, me sentí otro, fui *otro. El tema no es nuevo : los « dobles », los « otro yo » o « alter ego », los « huéspedes », los « porque yo soy otro », pertenecen a viejas canciones. Porque nadie es único, o todos lo somos. Quizá el mundo es una colección de únicos. Lo que puede interesar es el cómo, el cuándo, el cuánto, el para qué de las cosas. En un manual de psicología, tal vez mi historia no mereciera más de un párrafo.*

*

Ahora que está dicho, creo que se puede empezar. He dicho todo para que el clima de nuestra conversación en estas pági-

LOS CUENTOS DE "CUADERNOS"

Dentro de la serie de concursos de cuentos que *Cuadernos* está promoviendo en los países de la América Latina, se ha cerrado ya el de la Argentina, hecho en colaboración con la revista *Sur*.

El jurado constituído en Buenos Aires por Fryda Schultz de Mantovani, Alberto Girri y Manuel Peyrou decidió al cabo de sus deliberaciones elegir entre los 321 relatos presentados el titulado « Aparecer, desaparecer ». Abierto el sobre del seudónimo correspondiente, se comprobó que su autor es Adolfo de Obieta.

El jurado resolvió asimismo recomendar la publicación de los siguientes cuentos : « Claustro de profesores » de Federico Peltzer, « Los hombres » de Griselda Gambaro, « La niña y el diccionario » de Carlos Arcidiácono, « La casa grande » de María Esther de Miguel, « El misterio de Al-Maarrí » de Alfonso Ferrari Amores e « Introducción a la cultura por Aldo Bertini » de Mauricio Zabelinsky.

nas no sea el de la sorpresa abrupta o el suspenso, sino el del examen sereno a través del cambio de ideas y de experiencias. Somos aprendices de arcano, y la disciplina exige respeto a la integridad de lo humano y lo divino, objetividad, consecuencia.

Quizá yo ahora, por el agua corrida, o por falta de franqueza para afrontar el pasado, o porque no me proponía especialmente estudiar mi situación, sino aprovechar de ese ejemplo de lo prodigioso más o menos cotidiano para ganar luz en otras meditaciones, sintetizo e idealizo un poco mi experiencia o limo sus artistas, o la disimulo. Quizá la cosa no fue exactamente así, sino con cierta dosis de irritación, de agria conciencia de cambio. A mí me tocó de pronto entrar en ese cuerpo, es decir en esa casa, esa figura, ese nombre, ese mundo : en todo lo que el cuerpo sella al alma. Y claro que habré sentido el escozor de lo sensiblemente diferente. En muchos casos no me hubiera ocurrido así, es posible ; apenas me hubiera dado cuenta de un ligero matiz distinto en el color y el poder de mi sangre, en las palabras y gestos familiares, en un instante de resistencia al dar un paseo o firmar un escrito. ¿Acaso alguna vez no me confundí con mi hermano tres años mayor, rubio, bastante más fornido, quizá sólo porque dormíamos en camas gemelas y éramos muy compañeros ; no tuve dudas, quiero decir confusión fugaz, pero verdadera en la conciencia, sobre quién había hecho o dejado de hacer algo, quién de los dos se estaba vistiendo de espaldas al espejo, y aún mirándose los ojos? Y con mi padre, una vez... ¿no sentí como que yo respiraba y pensaba dentro de ese cuerpo cuarenta años más viejo que el mío, quizá sólo porque nos queríamos como dos hermanos y las mismas ideas parecían navegar indistintamente por uno u otro cerebro? Pero esta vez parece que yo no estaba preparado para ser otro, o ese otro. *No, de ningún modo, un problema de felicidad absoluta : jamás me animaría a sentenciar que yo haya sido más feliz que esa mujer, o con mi cuerpo natal (si siempre fue el mismo) que con el sobreviniente.*

II

No es mi predilección escribir novelas, sino más bien informes, en lo posible breves, cuando una situación me sofoca hasta exigirme expresión bajo pena de nulidad de conciencia (pues se suele empezar escribiendo y terminar pensando y hasta entendiendo). Quizá a alguno le interesará, empero, la evolución circunstancial de la experiencia que hace que con propiedad yo pueda hablar, tal vez más que algún metafísico, del « juego existencial ». Por esta vez procuraré complacerlo, no sin pensar que poner mi imaginación al servicio de la verdad novelística puede ayudar a comprenderme, lo que tanto necesito. Y no sin temer que la memoria del pasado no sea mi especialidad, sino más bien la memoria de todos los futuros que me he figurado para mí mismo y para el mundo, alguno de los cuales debe necesariamente corresponderme. Tal vez quiero, en fin, obligarme a no rehuír recuerdos, sino a recordar, aunque sea como sobre ascuas, porque siempre he sido mucho más causalista que casualista, y sospecho que en todo eso, si es verdad que no le ha pasado alguna vez a todo el mundo, se ha cumplido conmigo una causalidad implacable, o una causalidad de aprendiz de brujo.

III

He dicho o diré que esa mujer vivía solitariamente, lejos de parientes y amigos, tranquila con la compañía de dos criaturas pre- y a veces cuasi- humanas (perro, gato) y de algún pájaro y alguna planta predilectos. Pero no he dicho cómo sé todo esto, lo que acaso pueda auxiliar a hacerse cargo de una parte de lo ocurrido. Yo conocía desde niño a esta mujer, simplemente por razón de vecindad, y solía conversar en su puerta de calle y alguna vez entrar a su casa para contemplar alguna gracia del perro o algún simulacro de lucha con el gato en el mejor estilo de payasos profesionales. Nadie me incitaba a hacerlo, y más bien debería haber sido disuadido, ya que en el barrio no era acogida con demasiada simpatía la vida de esta mujer que aparecía hermética o ensimismada, que no « se daba », que no hacía vida de vecindad ni de barrio, salvo conmigo. Años más tarde, ella por los sesenta y yo pasados los veinte, volvimos casualmente a tratarnos con la misma espontaneidad e intrascendencia en una plaza cercana a nuestras casas : ella

B.D.I.C

en una pausa de pasear su perro y yo entre lectura y lectura de estudio, cambiábamos frases sobre el sol, el frío, el calor, la naturaleza, el alma, el gobierno, la humanidad. Durante años esta pequeña charla fue un agradable alto en nuestra rutina de vivir, ella, y de estudiar, yo. A veces no nos veíamos durante varios días, y en algún verano durante meses ; pero siempre el trato era cordial, como el de dos seres humanos que no tienen interés uno y otro en aparentar más de lo que son. Es posible que yo fuera para esa mujer, ciertos días, el único ser humano con el que cambiaba una palabra ; y es posible que ella fuera para mí, a veces, lo más parecido a una tía simpática y consecuente y que no habla de cosas de la familia, sino del mundo. Con los años, es decir con mis nuevas ocupaciones y preocupaciones, la relación debió diluirse, y la separación fue agravada al mudarse mi familia, aunque en realidad sin salir del barrio. A veces, todavía, nos veíamos en la plaza (esa hermosa « Plaza del Once » antaño umbrosa, o al menos con un magnífico ombú sobre un montículo en la esquina de Ecuador y Mitre, con la estatua de un indio que quién sabe adónde habrá ido a dar, aunque a mí me parecía de Fidias, con bancos para seres humanos con alegría de vivir...) ; y yo podía comprobar que mi simpatía se mantenía inalterable hacia esta mujer que con los años me parecía más ennoblecida y con la dignidad de quien lleva como un misterio la condición humana. En cuanto a ella, me parece que mi presencia le daba alguna alegría, y hasta pensé que lo espaciado de nuestras pequeñas conversaciones hacía que las últimas veces como involuntariamente me retuviera, buscando una de esas segundas o terceras despedidas comunes en los encuentros entre amigos.

Pero, por lo que recuerdo, no había otra cosa común : cada uno en su celda o su red, en su universo, salvo esa ligera humedad de simpatía comunicante entre nosotros. Es todo lo que puedo anotar como prólogo a lo que habría de ocurrirnos, que, como se verá por estos antecedentes, a menos de estar muy ciegos, no pertenece a la causalidad natural, sino a la extranatural, si media causalidad alguna en el asunto.

Sólo puedo agregar que esa mañana, como cientos de otras a través de años, nos encontramos en el mismo banco de la plaza al que se nos creería abonados si no fuera que teníamos la paciencia de acecharlo y esperar, si, como a veces ocurría, estaba ocupado por uno de esos viejos que es capaz de cerrar los ojos y soñar bajo el sol o poner los ojos en el horizonte y jugar interminablemente con el bastón y un canto rodado entre los zapatos. Recuerdo que su perro estaba bastante achacoso y que en vez de libro yo llevaba una revista para el doctorado que estaba por rendir. Quizá hablamos de la incidencia de las revoluciones sobre los impuestos, pero, seguramente, miramos cómo avanzaba el sol dentro de la copa del árbol que nos cobijaba, según solíamos hacerlo. No creo que nos hubiéramos saludado con mayor efusión o mirado con otra mirada que la de siempre.

Alguna vez me ha ocurrido, caminando por la calle o al entrar en mi casa, sentir la necesidad de defenderme locamente de una persona, de una persona quizá adornada de exquisitos modales y palabras. Alguna vez, una como inteligencia inconciente me ha enseñado a cerrar mi círculo personal de protección, es decir el ámbito inmediato que se desplaza con nosotros y que es como un flúido segundo cuerpo. Hasta recuerdo una vez que al dar vuelta a una esquina, una mujer que me vio antes que yo la viera me produjo como un escalofrío precursor de una aniquilación, y debí hacer un esfuerzo sobrehumano para clausurar mi circuito personal, para desasirme de su influjo, a veinte o más pasos. ¿Qué tan importante temí que me robara? Si no llevaba nada de valor, si apenas tengo en mi casa algo que pueda despertar la codicia. No importa, algo grave, o todo lo que yo pudiera tener, iba a perder. Que todos tengamos cuerpo y vida no quiere decir que no tengan valor, que no despierten...

Pero esta vez, la vez, yo no recuerdo absolutamente nada semejante. Ninguna influencia magnética, ninguna hechicería visible para hurtarme mi voluntad soberana o la alegría informulada de ser yo. Creo en la brujería y en la magia blanca, y por ello mismo excluyo toda hipótesis. Sé lo que pueden unas cuantas imágenes y unos cuantos yuyos trabajados con oraciones y signos ; conozco algo de la oculta física y la

oculta química y la oculta fisiología de este mundo tan equilibradamente compartido por lo meridiano y lo merinocturno. Pero me resisto a creer que en nuestras pequeñas conversaciones de vecindad gravitara algo más que la clara espontaneidad de dos viejos amigos de plaza.

IV

No puedo decir muchas palabras de cómo sobrevino todo. Dije que no había sido ni más exquisito ni más miserable que los demás días, aunque también es verdad que las lecciones —desde muchos años no me gusta imaginar sanciones o « castigos » ni hablo de « pecados »— no son la respuesta a un acto aislado, a una actitud súbita, sino a una conducta. (Quizá es justamente lo que rehuso examinar.) No sentí los prolegómenos de ciertos cambios orgánicos fundamentales, lleven o no alguna consecuencia psíquica : ni me di un golpe, ni me había intoxicado, ni me había aterrorizado.

De pronto yo, el que creía ser, me sentí actuante en, y actuado por, otro cuerpo. Alguna levísima memoria parece que conservé por un instante de mi antigua forma corporal, de la figura que para mí mismo y sobre todo para los demás aparecía identificada con mi ser mismo : un hombre o cuerpo de unos treinta años, con tales o cuales rasgos que eran como las impresiones digitales magnificadas : yo y no otro, el de una « cédula de identidad » y no absolutamente el de ninguna de las innumerables cédulas que certifican que otros también existen. Mi asombro no llegó hasta el extremo de hacerme desvariar, aunque si alguna circunstancia debiera ser decisiva para « perder la razón » no podría dejar de ser ésta ; quizá mi familiaridad con doctrinas raras, o con sucedidos más raros que las doctrinas, sirvió para atemperar la creencia de que algo pueda ser verdaderamente insólito. (Quizá algún día publicaré una especie de « diario » de todo lo que me ha ocurrido, he presenciado o me han relatado fidedignamente sobre cosas « raras ».)

Empero, evoco bien, mientras voy magnetizando la memoria, algunos de los instantes en que debí optar entre ser « yo », o mejor seguir siendo el yo que había sido, que había creído ser, o uno de los « otros » que me tocó padecer o compartir, quizá porque no sólo fui esa anciana. Tal vez lo que me ocurrió a los catorce años (como una especie de segundo « uso de razón » en mí) y que ni mis padres, ni los médicos, ni mis maestros comprendieron, aunque mi madre algo pareció sospechar... A veces, sin llegar a saber con cuál de los cuerpos había operado « mi » alma. Al fin, « todo es de todos »... El que sepa algo de esto, gritelo, no puede permanecer silencioso, sería una deslealtad. Estamos tan solos, tan menesterosos, y todavía lo que apenas sabemos nos lo ocultamos, nos burla o calla...

V

Es posible que el olvido de las circunstancias especialísimas en que ocurrió el trueque pertenezca a la lógica del acto. No sólo no puedo precisar si fue durante el sueño o en plena vigilia, sino ni siquiera cómo me di cuenta de que algo había cambiado, o de que no soñaba sino que vivía. Empero, creo que castigando a esa memoria que incesantemente se retrae, y hasta flagelándola, si es necesario, debería poder reconstruir algo de las circunstancias, aunque no podría jurar que fuera la ocasión precisa del trueque y no una de las dos o tres más punzantes para acomodarse a mi nueva situación. He aquí lo que resultaría.

Ya convenientemente asoleado y cargado de la alegría de contemplar a los chicos correr desaforadamente por el césped de la plaza (y la alegría extra de ridículas prohibiciones municipales desacatadas), como era la hora de prepararme para la oficina me levanté del banco con intención de andar. Entonces me extrañó que mis primeros pasos fueran más lentos que los habituales en mí ; algún peso, alguna tasa extra de gravitación universal no me quería dejar mover fácilmente. Pero algo más, una fuerza, una orden superior a mi hábito, me obligaba a la vez a encaminarme hacia el lado opuesto al que durante años me dirigí cada vez que dejé ese banco para volver a mi casa ; y debí dejarme llevar, porque en verdad mi voluntad, herida, no era suficiente para, supuesto que pudiera, imponerme, y más bien me atraía contemplar ese capricho de la naturaleza. Creyendo, sin embar-

go, ser el que había sido, sin analizarme demasiado y más bien en un estado de niebla en día de sol, caminé lentamente hacia Pueyrredón en lugar de hacia Ecuador, y con la misma seguridad doblé hacia Mitre. Luego, la calle interrumpida no me trajo ninguna perplejidad, pues instintivamente doblé hacia Anchorena y luego di las suficientes vueltas como para recuperar Ecuador. La verdad es que a medida que caminaba me parecía más natural hacer lo que hacía y como lo hacía, y más excéntrica, o como lejana, la ocurrencia que un rato antes había tenido de ponerme de pie y encaminarme resueltamente hacia otra calle. De modo que cuando llegué frente a cierta casa me pareció bastante simple que buscara la llave para abrir. Me parece que allí mismo se renovó, no obstante, una perplejidad algo más dramática : mi conciencia, al poner yo las manos en cierto bolsillo que nunca había reparado tuviera mi traje, quedó perturbada : sentí recién plenamente una discordancia fundamental entre el recuerdo de mi cuerpo, no suficientemente amortiguado, y el cuerpo flagrante que no me había acostumbrado aún a sentir « mío », aun más inmediato a mi alma que lo mío, o sea verdaderamente yo mismo. Y es razonable : una memoria del cuerpo físico tiene que haber, si no casi no habría conflicto, o mejor conciencia de conflicto, aunque se diera un hecho trascendental. El cuerpo no quiere ser estuche del alma, quiere ser alma. Pero esto lo teorizo ahora : entonces todo se planteaba en términos de familiaridad o infamiliaridad conmigo mismo, de diafanidad o de dificultad de ser. Pero, seguramente, ya en la casa las vibraciones ambientales pudieron más, y entre el cuerpo que me modelaba y la casa que me hospedaba, lo que pudiera subsistir de Tomás quedaba flotando como uno de esos sueños persistentes que quieren entrometerse en nuestra vida, es decir nuestra vigilia. No recuerdo exactamente, pero dentro de cierta ambigüedad de la escena o de mi cenestesia habré hecho las cosas de la casa, habré dormido la siesta y habré tomado té o mate y caminado de un lugar para otro, como hacen inmemorial y universalmente los cuerpos, los seres humanos, las personas. Y si somos algo más, me habré preocupado por algún negocio del día siguiente o por algún dolor que amenaza o por una gotera en el techo o una mensualidad que cobrar, y me habré alegrado de la alegría del perro, que es lo que hacen y son las almas. Después, habrá venido la noche, que nos iguala aún más en el común denominador del cansancio, el sueño y esa promesa de no ser o de ser muy lejos, de entrecortar nuestra existencia generalmente pesada, que a menudo se cumple en un sueño profundo y reparador, y a veces re-nacedor. Y a la mañana ¿quién podría ya acordarse de ese Tomás que vivió en la Edad Media, tío de algún antepasado? Sólo un ser en esta ciudad inmensa podría acordarse de él, pero no soy yo.

Tampoco todo fue tan cristalino, aunque también es enigmática la lucidez del cristal. Seguramente menudearon las experiencias de acomodación más de lo que se deja entrever. ¿Pero qué día, y más qué temporada de un individuo no privilegiado con especial claridad, no conoce vacilaciones de sentimiento o conducta, asombros, confusiones, duplicidades?

El perro me desconoce, tal vez porque no camino con los únicos pasos que para él eran seguros, o porque no lo sé curar con la misma mano experta : no mucho, pero un uno o dos por ciento de inseguridad pueden ser percibidos por estos animales que en lo instintivo (¿y no a veces en lo intuitivo?) poseen la acuidad de un Plank en lo intelectual. Pero al advertir su incertidumbre parece que yo me ayudaba a recobrar mi naturalidad : soy Carmen tan bien como lo sería ella. Otra vez siento la necesidad de afeitarme y abro el botiquín del baño para buscar los instrumentos. No los hallo, y hurgo en un cajón, y me sorprendo de hallar « polvos de arroz » que no recuerdo haber comprado ni necesitado nunca. Ah, pequeños engorros, felizmente efímeros ; trampas de la identidad. Me vuelvo a preguntar : ¿la psicología más o menos normal, no registra casos de confusión mental, desdoblamientos, esquizofrenias, paranoias, tribulaciones tal vez mayores que la mía de entonces? No creo querer rebajar la magnitud de la experiencia recibida, o merecida. De estudiante me gustaba leer el ya entonces viejo libro de Ribot Maladies de la personnalité *; pero no me figuraba que yo habría de ofrecerle un « caso » algo sa-*

broso. Aunque en verdad lo mío no parecía una « enfermedad » (real o imaginaria), sino otra cosa...

VI

Procuro concentrar más todavía la memoria. Me parece que el proceso hacia la acomodación perfecta, sin más perturbaciones « concienciales » que las alguna vez accesibles a los seres normales, duró unos pocos días. Además, diría que no se me creaba una perturbación irritante, sino que pronto podía salvar la lógica de la vigilia con la felicidad consiguiente. Sin embargo, todavía alguna vez al buscar un libro me ocurrió encontrar, colocado sobre un anaquel como los libros, un álbum de familia. Pensé que lo hubiera puesto mi padre como una sorpresa para mí, como una vez de niño me fascinó al abrir un libro encontrar dentro una caja de seguridad. Hojeo los retratos ; no me dicen nada. Aunque en verdad nada me han dicho nunca efigies de muertos antes de mi uso de razón, por muy antepasados que fueran. Pero pienso que en alguna hoja ha de haber al menos un retrato de mi abuelo Tomás, y quizá yo de bebé. Sólo hay un niño muy parecido a mí, pero no tan parecido como para ser yo. Inmediatamente cesa el intervalo oscuro y reaparece el lúcido : ese niño es mi sobrina Ana, que desde hace años vive en Brasil : justamente se llama Ana como su madre, mi hermana gemela, muerta en un accidente hace mucho, pocos días después de celebrarse el centenario de 1916.

Otras veces hacía mi trabajo con esa semiconciencia con que se afronta la menudencia doméstica, ese barrido o puesta de mesa que en las casas lo mismo hace Juan que Juana, y nadie podría decir, ni ellos mismos, quién acaba de hacerlo. Yo iba a la carnicería y la panadería, preparaba el puchero, limpiaba la jaula del jilguero, me pegaba algún botón en el tapado, tomaba las píldoras para el reumatismo, todo con algún leve desagrado no localizable. Seguramente en esos momentos, que destaco ahora forzando la evocación, pero que no eran frecuentes, lo que anhelaba era manejar herramientas, pues desde chico me había gustado la carpintería y ese gusto de hacer más útil una mesa o una estantería no me había abandonado durante la adolescencia y fue, quizá, un desahogo compensador cuando la carrera me obligaba a estudiar « materias » librescas tan lejanas de las frescas materias de la vida y la sociedad. Cortaba el bofe del gato o las sopas de pan y leche para el pájaro, pero lo que verdaderamente quería era manejar la escuadra o el escoplo.

Si mi profesión fuera la novela, podría aquí escribir cien páginas con estas, pequeñas o grandes, cómicas o trágicas vicisitudes, según la conocida técnica de mostrar cómo, en medio de la casi consolidada normalidad de mi nuevo estado, sobrevenían recuerdos involuntarios, conflictos entre la memoria del alma y la memoria del cuerpo, vacilaciones en la identificación de mis pensamientos con mi persona social. ¿Esa voz que me sonaba a veces parecida y extraña? Mi alma no la reconocía, pero mi cuerpo sí, porque era la voz de mi hermano César, como son sus pasos, el ruido de las comidas en la casa paterna, la sorpresa de verlo salir de su escondite y adelantarse ; es su presencia física, su voz física, sus ojos físicos, lo que recuerdo, es decir lo que el cuerpo físico de Carmen recuerda. Otra página para un novelista : cómo a veces en la calle me trataban como a una anciana, siendo que mi alma joven y fogosa me parecía que me llevaba tragándome los vientos ; cómo a veces en un negocio me brindaban eximirme del turno mientras yo creía tener fuerzas para esperar como todos. (Las más de las veces, no : se me esperaba y trataba como yo necesitaba.)

VII

Si ahora torno por un momento de la novela al informe o la doctrina, diré que hoy todavía no entiendo bien qué pasó, y cómo pasó, y cómo cesó. Entre los varios puntos que harían la delicia de un psicoanalista, hay uno que me intriga más. A través de lo que recuerdo de mi experiencia, ¿quién impuso su ley a quién, el alma al cuerpo o el cuerpo al alma? Porque ambas cosas pudieron ocurrir. Si mi supuesta alma pasó a desempeñarse en el cuerpo de Carmen, parece que debió haber ocurrido que ella —la inmortal, infinita, cósmica alma— gobernara al nuevo cuerpo y lo preparara para responderle como propio. Y el alma de Carmen parece que debió haber tomado el cuerpo de Tomás para hacerlo servir lealmente a

su ideal de vida. Pero, si no me confundo en el análisis y como creo ya haber insinuado, más bien ocurrió lo inverso : cada cuerpo impuso sus hábitos y sus gestos y sus valores, como si quisiera decir que nuestra vida práctica, nuestra vida social y hasta nuestra vida afectiva e intelectual, están fundamentalmente condicionadas por el cuerpo, con esta particularidad : el alma es un epifenómeno, una superestructura, y en los casos de paralelismo biosíquico no ocurren primero los hechos mentales sino los físicos, lo mismo en el hambre que en el éxtasis. Si no es la doctrina oficial de la Arcanosofía, es al menos mi punto de vista actual de arcanósofo, sin dejar de reconocer la necesidad de un examen « exhaustivo ». Nuestro género de vida, nuestra vida social, familiar, nacional, está calcada sobre la modalidad de nuestro tipo o estilo corporal. Si no, ¿cómo explicar, en el episodio relatado, el conflicto entre la decisión de mi cuerpo actual (ex Carmen) por llevarme hacia una dirección, y el hábito (ahora puramente mental, al perder mi cuerpo propio) que me atraía hacia la dirección opuesta, la de mi domicilio tradicional? Diré que no tercié, sino que me dejé llevar, como a la expectativa de un juego interior, pero la verdad es que triunfó el cuerpo, y seguramente cuando me ordenó buscar las llaves en una cartera nunca antes tocada por mis manos, no hizo sin confirmar la decisión : cualesquiera hayan sido mis incertidumbres no quedé como el asno de Buridán paralizado entre dos tendencias equipotentes, sino que cuerpo-Carmen prevaleció sobre alma-Tomás. Pero hay algo más importante cuando pienso dónde estaba mi « yo », dónde mi identidad. Quiero significar : yo no me sentía viviendo en mi casa paterna pero con el cuerpo de Carmen, sino que me sentía viviendo en la casa de Carmen y cumpliendo con pasable naturalidad su vida, cualquiera fuera el ajedrez subterráneo. Y si no era del todo Carmen, es por esa como dualidad subsistente, una cosquillita de desacomodo, de no ser, alguna turbiedad en mi nueva condición : gestos frustrados o actos fallidos, subitáneo e imperioso « deseo de ser otro », o mejor un cierto otro, segura (y secretamente) el que había sido hasta casi los treinta años.

Entiéndase bien (si yo me entiendo bien) : no ocurrió que yo me cambiara globalmente en Carmen y Carmen en Tomás, lo que ya de por sí es casi imposible de comprender, pues si paso a ser cuerpo y alma de Carmen ¿qué queda del alma y cuerpo de Tomás para advertir el cambio? Sino que yo, Tomás, es decir alma-Tomás (que suponemos ser más « yo » que el cuerpo), deja de habitar el cuerpo-Tomás para habitar el cuerpo-Carmen, previa o simultáneamente deshabitado por ésta, y luego de un corto lapso lo rehabita, no sin algunas angustias, porque, por bien que se lleven, el cuerpo tiene su historia y quizá su destino propio, como el alma. Hay una línea de generación de los cuerpos y una línea de identidad de las almas. Por eso a veces el conflicto no se resolvía fácilmente, porque los hábitos corporales pugnaban con los mentales, según dije : mi voluntad ordenaba algo que el cuerpo se resistía a cumplir, o el cuerpo quería impulsarme donde la voluntad prohibía. Pero lo comprensible y lo incomprensible pertenecen por igual a la economía del universo, y algún ángel custodio (¿de quién?) mediaba para que la extraña experiencia no fracasara por un error de técnica.

Supuesto que lo anterior no huela demasiado a trabalenguas, quisiera añadir algo que se me ocurre al releer el borrador de mi informe. Pero antes debo subrayar que la Arcanosofía no es ciencia fácil, ni para pensadores en vacaciones... Es la ciencia de la Omnidad u Omnitud y nada debe serle ajeno, lo que dice que no se puede avanzar en ella sin el alma y el cuerpo en máxima vigilia. El arcanósofo se estimula con la propia complejidad del laberinto. Añado, pues, que la operación de trueque de los cuerpos, o las almas, como se prefiera, no tiene por qué parecer tan intrincada. En primer lugar, ya el lenguaje advierte que si una persona raramente se encuentra « ensimismada » es porque no siempre está en sí misma, y si hay gente « enajenada » o « alienada » es porque ciertas transferencias no son imposibles. Luego, destaco que nunca, jamás, un sabio o un filósofo ha podido aislar el modo y lugar de la vinculación de cuerpo y alma, a pesar de decenas de teorías e hipótesis. Ni el más sutil microscopio ni la más sutil introspección han probado la manera del supuesto paralelismo o epifenomenismo : es, por lo visto, una rela-

ción demasiado sutil, aun para la sutileza actual de nuestros poderes o instrumentos superperceptivos, una relación sólo accesible a sentidos de magos o de ángeles. Pero esa sutileza que creemos su fuerza, ¿no será su debilidad, no será que hemos claudicado al buscar, en medio de la ancestral costumbre cuerpo-alma, convertida aparentemente en granítica rutina, el resorte de la liberación voluntaria? ¿No será que cierta concentración mental, o cierto toque cerebral, o cierta alteración respiratoria o vascular, o cierta hormona desconocida, o cierta excitación orgiástica como en el cante jondo, la macumba o el tantrismo, podría... abrir el camino para unir o desunir a voluntad, para intercambiar, cuerpos y almas? Claro que se exige revalorar también la « materialidad » del cuerpo y la « inmaterialidad » del alma : el « cuerpo » quizá comprende muy distintos grados de materialidad, alguno tan sutil que es dificultoso discernirlo de la supuesta inmaterialidad de lo mental.

VIII

Pero necesito volver a la novela, pues me ayuda a comprenderme. La idea en sí de un cambio no me hubiera lastimado si el trato hubiera sido más leal. Pero ocurrió que involuntariamente, pienso, se deslizó una desigualdad. No troqué un momento cualquiera de mi vida por uno cualquiera de otra vida, o más o menos la misma cantidad de pasado vivo o de futuro legítimo. Sucedió que yo estaba en una estación ni más florida ni más marchita que tantas otras, pero en que mi vida, de todos modos, corría como un sopor más bien agradable, mientras ella *atravesaba una crisis de desambientación, un recodo más bien salitroso. Ella había vivido desde hacía unos treinta años sola y casi no visitada por nadie. Una pequeña renta o pensión y alguna ayuda con su propio trabajo le habían permitido sobrevivir, desde el punto de vista económico, y un decálogo simple y milenario había resuelto todo posible conflicto de conciencia. En cuanto a sociedad íntima, le había bastado la compañía de un perro, un gato, un jilguero y unos rosales. Ahora tenía cerca de setenta años y esa compañía, estable y armoniosa desde hacía tiempo (salvo el cambio de un tordo por el jilguero), amenaza deshacerse. (Si un ratón podía dar compañía al noble que suplicaba al rey no le privara de ese privilegio en la celda, la compañía de flores, cantos, ladridos y maullidos de fidelidad no sería despreciable ; puedo asegurar que no lo era.) Pero ahora ella misma estaba ajada, y no era fácil renovar esa compañía ; ahora se iba quedando más sola, porque si antes se había aislado voluntariamente para defender una torre si no de marfil de galalit, tenía entonces muchos años menos —y la propia juventud no deja solo— mientras ahora era una anciana que perdía los seres que eligió para rodearse.*

Este era el cuadro que me tocaba asumir, que me tocó llevar adelante bajo la dura ley de defender alguna felicidad. Me animo a conjeturar que si siendo ella y yo como éramos el trueque hubiera ocurrido cinco años antes, a pesar de las apariencias el cambio no hubiera resultado tanto, ya que a veces hasta se cambia para ser más uno mismo. Pues de niño el cuerpo moral va creciendo al tiempo que el cuerpo físico hasta llegarse a una identificación perfecta : ni el cuerpo siente al alma ni el alma siente al cuerpo, en general. Pero encontrarse con el alma adulta, plenamente autoconciente, dentro de un cuerpo desconocido, es prueba grave para esa familiaridad con nuestros propios utensilios que tanto necesitamos para una feliz artesanía, y en esa subversión quizá se abrió la puerta prohibida y el instrumento se reveló contra el instrumentista. Claro que el conflicto se diluyó a poco, o fue planteado y resuelto en un tiempo que no es el cronométrico y que puede transcurrir dialécticamente, mientras el segundero da una vuelta. Y además la memoria de la antigua relación inmediatamente se perdió (¿o por piedad retrospectiva hacia mí mismo pienso que así fue?), y las nuevas sensaciones, emociones, convicciones, anexas a mi situación actual, ahondaron en el camino más sabio, el de la adaptación.

Soy obediente y agradecido a lo que quienes me cuidan más que a un niño disponen para mi bien, pues mi costumbre ha sido siempre contemplar y contemplarme, y procurar descubrir la razón y no la irrazón de las cosas. Luego, a pesar de la vicisitud —no tanto porque fuera feliz en mi

cuerpo consuetudinario como por la ruptura de la más vieja rutina—, fue a su manera una liberación, como cuando sa cambia de dolor y por un momento no se sabe si las primeras sensaciones molestas son el preludio de una dicha. Esa experiencia fue para mí como una memorabilísima vacación de ser, aunque imperfecta : con la obligación de ser otro ; de todos modos, un descanso (aunque fuera el de cambiar de trabajo). Quizá otra vez la prueba fuera más novedosa : un paréntesis existencial perfecto, pero sin « muerte », sin perder la amistad bastante ejemplar con mi cuerpo desde tantos años, desde que adolescente escribí : « Oh fiel, oh dócil cuerpo que me has acompañado el día y la noche... »

En fin, ahora puedo reconstruir mi zozobra con la tranquilidad con que se trabaja en el anfiteatro, más con instrumentos que con pensamientos, con hipótesis que con verdades, y sobre todo con preguntas. ¿Qué habrá sido de mi cuerpo durante el intervalo? ¿Quizá la mujer renació en él con la violencia de la juventud tan perdida como de pronto deseada, y yo en el suyo con la parsimonia de quien no ha pensado seriamente en la nada? ¿Quizá yo mismo, en el descuido de un sueño o un ensimismamiento, parecí abandonar mi cuerpo en un banco de plaza y ella creyó que se le ofrecía, o que buscaba una voluntad que lo salvara de la desintegración, y lo usó también para recuperar unos días de cierta lozanía? ¿Acaso yo no hice nada para evitar que ese cuerpo sufrido y amigo fuera para mí a veces menos que un saco de arena?

IX

No conozco más detalles de mi volver al cuerpo, que por lo visto me esperaba, que de mi dejarlo a la intemperie por unos días. En verdad, nunca magnifiqué el sentido o modo de mi experiencia (quizá secreto a voces para la mayor parte de ustedes), por singular que pareciera. Pienso que su originalidad es menor a la de muchas conversiones, o al caso de un hombre honorable que se ve envuelto en un lampo de crimen y sin necesidad de cambiar de cuerpo cambia por mucho tiempo la suerte de su alma y va a dar a la cárcel, o de quien por una lepra ve mancharse su cuerpo sin esperanza de renovación, o por una esquizofrenia ve perder la luz de los sentidos o el rostro. La idea, o la fantasía, de un « otro yo » (cantado tan emotivamente por Schubert, por ejemplo), tal vez despertó en mí hace mucho la idea de un « otro cuerpo », de un doble de mi cuerpo que alguna vez creí sentir entre dominándome y sirviéndome. Tal vez, aunque de ningún modo recuerdo haber buscado el trueque (y el resultado fácilmente previsible de fracaso lo atestigua) estaba predispuesto para, alguna vez... También pudo haber influído en mí el sentimiento que conservo desde la infancia, más o menos informulado, de que todo lo que existe es mágico, el derecho y el revés de las cosas, cualquiera sea la tenebrosidad aparente.

Un buen día, pues, sin más aparatosidad que al comenzar, la aventura cesó : volví a mi cuerpo fiel. Qué gané o qué perdí, pertenece a la experiencia profunda que ni aún yo puedo analizar. Supongo que la anciana volvió a su viejo nido como yo al mío, no tan gastado e inmediatamente reconocido, como si durante esos días hubiera sido usado con lealtad. ¿Fue todo mucho más que esos viajes furtivos en que sólo llevamos la ropa puesta y algún dinero con el que reemplazamos todo lo que dejamos en nuestra casa? Si cambiamos país, ambiente, familia, idioma, casa, ropa, comida, costumbres, enfermedades, sueños, cama, vecinos, ruido, cielo ¿es mucho más dejar también nuestro cuerpo colgado en una percha, o descansando en un diván ? Con una ligera sensación de reacomodo, de confort recuperado, menos quizá que el tránsito de un narcótico o anestesia a la conciencia visceral luego de una cirujía, recuperé mi vieja morada, dejé la tristeza un poco vegetal con que la mujer contemplaba su perro renqueante y su rosal más amarillento, para volver a esos días tan míos en que se equilibran admirablemente los jugos ácidos y los jugos dulces de la vida. Y luego de dos lustros, esa aventura aparece como un episodio, no como una calamidad o una gloria definitiva para mí.

Si mi vida, que no es rara ni larga, lleva barruntadas algunas de estas cosas, qué no conocerán las naturalezas originales, selladas por una individualidad no fungible, y más si de larga vida. ¿Quién no se vio venir alguna vez caminando por la calle e hizo

ademán de saludarse? Dígame alguien algo, dígame que algo sabe, que algo fue, que no soy yo el único que desvarío. Por favor, alguno debe saber decirme que cierto atardecer, mientras la campana llamaba al Angelus con un tono melancólico de fin de mundo, algo le apretó la garganta y sus brazos ya no eran sus brazos y su ropa ya... pero qué importa que su ropa fuera o no la misma, si quien no era la misma era su alma, o al menos la parte externa de su alma, el cuerpo... De todos modos, se ve que acaso tuve algo personal que referir, y eso justifique que me haya puesto a escribir sobre mí : siquiera para ofrecer un testimonio de primera mano al lector. Es todo.

X

Un buen día, o mejor una buena noche de buscar lo inesperado en una de las librerías noctámbulas de la calle Corrientes, di con el documento literario que será, mientras viva, el más extraordinario para mí, claro que en un sentido distinto de la Divina Comedia *o el* Cándido. *Se trata de un folleto titulado* Cuerpo en vacaciones *(edición privada). Se trata, simplemente, del « relato verídico », por C. M., de su « experiencia singular » : una especie de pacto de trueque con T. J., celebrado al parecer en el plano infraconciente o supraconciente, por el cual durante quince días permutaron sus respectivos cuerpos físicos. En ese excepcional documento se cuenta cómo C. M. preparó pacientemente la operación y cómo triunfó, sin esclarecerse si el triunfo se refiere a felicidad corporal o a vanidad victoriosa. Quizá, dentro de la alta tensión de las sorpresas de su lectura para mí, la mayor ha sido cómo un mismo y único hecho puede ser visto, sentido, comprendido y comunicado tan discordantemente por dos testigos o actores. Sólo se me ocurre recomendar al lector busque ese folleto y lo compare con el mío. Y para los que en el género de la « filosofía fantástica » se interesan más por la verdad filosófica que por la verdad estética, puede serles útil la bibliografía registrada (Wickland, Dunne, Johnston...) si, como yo mismo, la ignoraban.*

POSADA : « EL FIN DEL MUNDO »

Cómo se veía en el siglo XVIII el problema del canal de Panamá

POR GERSTLE MACK

ESPAÑA, debilitada y empobrecida por guerras incesantes, deslizándose gradualmente de su orgullosa posición como primera potencia de Europa a otra de relativa insignificancia, fue perdiendo poco a poco el contacto con sus posesiones ultramarinas. El comercio entre Europa y la costa del Pacífico pasó a las manos de los comerciantes ingleses, franceses y holandeses, que para escapar a las restricciones vejatorias impuestas por las autoridades coloniales españolas en el istmo desviaron la mayor parte de su tráfico marítimo, haciendo el recorrido más largo del estrecho de Magallanes o del Cabo de Hornos. Con el abandono en 1748 del sistema español de convoyes, el comercio un día floreciente de Panamá y de Puerto Bello declinó hasta quedar casi en nada. Cambiando totalmente la política del perro del hortelano practicada por sus predecesores, Carlos III se esforzó enérgicamente por reanudar las relaciones comerciales con las colonias. En 1765 abolió el monopolio de Cádiz y abrió otros ocho puertos españoles al comercio con las Indias Occidentales. Antes de 1780 había concedido ya privilegios comerciales prácticamente a todos los puertos americanos importantes que entonces existían, excepto a los de Venezuela, que aún continuaban bajo el control exclusivo de la compañía de Guipúzcoa. Por desgracia, estas prudentes reformas llegaron tarde para producir algo más que un lánguido renacimiento de las actividades españolas. Otras naciones marítimas se habían apoderado ya por la fuerza del comercio que España se había negado durante tanto tiempo a compartir.

A pesar de la parálisis comercial que año tras año se fue extendiendo por la América Central, el siglo XVIII no careció en modo alguno de incidentes. Las incursiones extranjeras esporádicas continuaron atormentando a las colonias. Durante los períodos de paz oficial, estas depredaciones las realizaban restos perdidos de los grupos de bucaneros en otro tiempo poderosos ; en épocas de guerra con España, escuadras navales enemigas asolaban las costas. El incidente de la « oreja de Jenkins » sirvió a Inglaterra de pretexto para un vigoroso ataque naval contra el istmo. En 1731 un bergantín inglés mandado por Robert Jenkins fue abordado en las Indias Occidentales por la tripulación de un guardacostas español cuyo capitán saqueó el bergantín y cortó una oreja a Jenkins. Durante varios años éste proclamó en Inglaterra la ofensa de que se le había hecho objeto sin que lograra despertar grandes simpatías oficiales ; pero en 1738 sus quejas, reforzadas por las de otros comerciantes que habían sufrido vejaciones en manos de los españoles, consiguieron provocar la indignación pública. Edward Vernon, un oficial naval que era al mismo tiempo miembro del Parlamento, pidió insistentemente que se declarara la guerra a España y obtuvo autorización para dirigir una escuadra contra

Puerto Bello. El 21 de noviembre de 1739 su flota penetró en el puerto, abrió el fuego contra el fuerte de San Felipe y lo capturó en unas cuantas horas. Los otros fuertes se rindieron al día siguiente : Vernon ocupó la ciudad y destruyó los fuertes. A principios de 1740 Vernon reanudó la campaña con un ataque contra Cartagena, que fracasó. El 22 de marzo su escuadra ancló fuera de la boca del Chagres y bombardeó la fortaleza de San Lorenzo, que se rindió dos días después.

Desde el descubrimiento del océano Pacífico fue preocupación constante de España la construcción de un canal que lo uniera con el Atlántico. Ya en 1616, según consta en el tomo XVIII, folio 278 v.º, núm. 306 de las Leyes de Indias, se trata este problema. El párrafo al que aludimos dice textualmente :

« El Rey : *Don Diego Fernández de Velasco, mi Gobernador y Capitán general de la provincia de Tierra Firme, y Presidente de mi audiencia Real de ella. De mucho tiempo a esta parte se ha tenido y tiene por cosa muy cierta que la navegación del mar del sur se puede comunicar con la del mar del norte y pasar de una mar a otra con mucha facilidad, haciendo el paso por la Ensenada de Acle, 30 leguas de Cartagena a Sotavento por las bocas de los ríos Darién y Damaquiel ; y habiéndose considerado lo mucho que convendría a mi servicio y al bien universal de mis vasallos, reconocer este paso así para el beneficio que de ello se seguiría al trato y comunicación de estos con aquellos reinos, como porque por este camino se podría poner freno a la entrada de los enemigos : He tenido por bien ordenar a don Francisco Venegas, mi Capitán general de la flota que se está aparejando para esa provincia, haga ciertas diligencias desde Cartagena, para reconocer lo que hay en esto ; y por que este es caso en què conviene no quede diligencia por hacer, os encargo que en los bajeles pequeños que de ordinario hay en esa ciudad, enviéis algunos soldados y cabo de la gente del presidio de ella, los más prácticos de las costas, con algunos negros de los que tienen más experiencia, a hacer la misma diligencia por el Golfo de San Miguel y río del Darién, y dándoles la orden que os pareciere conveniente para el viaje, y de lo que de ello resultare me daréis aviso en mi Consejo de las Indias, advirtiendo que todo esto se ha de hacer sin que de ello se siga ninguna costa a mi Hacienda.* »

Envalentonado por sus fáciles victorias, Vernon proyectó seguidamente un ataque contra la ciudad de Panamá. El 28 de marzo de 1742, hizo una nueva aparición en Puerto Bello. La ciudad, incapaz de resistir, dado que sus defensas portuarias se hallaban aún en ruinas, envió una delegación a Vernon, el cual « despidió a los delegados aquella noche, muy complacidos... y les invité a que me acompañaran a desayunar a la mañana siguiente, cosa que hicieron en efecto... Envié... ochenta soldados... para que tomaran posesión de la aduana del Rey... y la misma noche recibí la visita de todo el clero, que parecían todos de buen humor » (1). Mientras tenían lugar estas amenidades sociales, Vernon reunió un consejo para discutir la expedición proyectada contra Panamá. Con profundo disgusto suyo, sus oficiales votaron contra el proyecto, y la flota desplegó velas de vuelta a Jamaica sin disparar un solo tiro.

Sin embargo, la estancia de Vernon en Puerto Bello resultó útil al desviar la atención de los españoles de las actividades de otro oficial naval inglés, el comodoro George Anson, que se dedicaba activamente a realizar incursiones por los puertos de la costa sudamericana del Pacífico. Aquel mismo año, unos meses después, Anson cruzaba el Pacífico en su navío almirante *Centurión* —el único barco que le quedaba de los seis con que empezó— y el 20 de junio de 1743 capturó el galeón español *Nuestra Señora de Covadonga* que se dirigía de Filipinas a Acapulco con un cargamento valorado en 1.500.000 pesos. Tras vender su rica presa en Macao, Anson volvió a Inglaterra dando la vuelta al Cabo de Buena Esperanza. La captura del galeón no sólo enriqueció a Anson y a su tripulación sino también indirectamente al mundo : en efecto, entre los papeles del navío, Anson descubrió una serie de útiles mapas y cartas de marear, así como un manual secreto de navegación, recopilado por Cabrera Blanco e impreso en Manila en 1734, manual que puso a disposición de otras naciones una gran abun-

(1) Edward Vernon : *Original papers relating to the expedition to Panama*, pág. 76. M. Cooper, London, 1744.

dancia de datos circunstanciados, sobre las rutas comerciales del Pacífico hasta entonces celosamente guardadas en secreto por España.

La infortunada ciudad de Puerto Bello fue de nuevo víctima de la agresión inglesas en 1745, fecha en que el capitán Kinhills atacó al asendereado puerto. Su bombardeo sirvió únicamente de estímulo a los esfuerzos de los españoles para reconstruir las defensas atlánticas ; en efecto, en 1752 los fuertes de Puerto Bello y de San Lorenzo estaban ya reconstruídos y con una nueva y fuerte guarnición.

En 1779 España se unió a Francia para apoyar la rebelión de las colonias británicas de América del Norte ; Inglaterra se vengó con una expedición naval destinada a separar las provincias hispanoamericanas del Norte de las situadas al sur del Lago Nicaragua. El Mayor Polson mandaba las fuerzas británicas, mientras que de las operaciones navales se encargó un capitán de navío de 21 años, Horatio Nelson. « Mi intención », escribía Nelson, « es apoderarme del Lago Nicaragua, que por el momento puede considerarse como el Gibraltar interior de la América Española. Como domina el único paso acuático entre los dos Océanos... nuestra posesión de él dividirá en dos la América española » (2).

Las tropas británicas, tras desembarcar en San Juan del Norte a primeros de abril de 1780, remaron río San Juan arriba hasta Castillo Viejo, un fuerte español a unas 80 millas (siguiendo el sinuoso río) del Atlántico y a 45 del lago. Tras un breve asedio, la guarnición se rindió el 29 de abril a unas fuerzas enemigas muy superiores. El juvenil egotismo de Nelson le empujó a alardear un poco de su primera victoria : « El Mayor Polson... le hablará de mis esfuerzos : cómo... llevé a las tropas en botes a cien millas (*sic*) por un río arriba, río que desde los tiempos de los bucaneros nadie, salvo los españoles, había remontado... Se dirá después cómo ataqué una avanzada del enemigo, situada en una isla del río ; que me lancé al asalto y después les combatí, lo que fue causa principal de nuestro éxito... » (3). Su triunfo fue breve, ya que con el comienzo de la estación lluviosa la fiebre asoló a las tropas inglesas. De los 200 hombres del propio navío de Nelson sólo sobrevivieron 10, y Nelson mismo volvió a la patria tan enfermo que nunca recuperó completamente la salud. En enero de 1781 los invasores abandonaron Castillo Viejo y se retiraron a Jamaica, sin haber logrado nada. Posteriormente, Nelson echó la culpa del fracaso al tardío comienzo de la expedición : « Si la expedición hubiese llegado al puerto de San Juan en... enero, los violentos torrentes se hubieran calmado y, naturalmente, todo el Ejército no habría tenido ocasión, como ocurrió en abril, de mojarse tres o cuatro veces al día para arrastrar los botes » (4).

Un grandioso proyecto concebido por un tal James Creassy en 1790 pudo haber tentado a los imperialistas británicos, pero al parecer el gobierno lo ignoró. El plan de Creassy preveía la conquista del istmo por fuerzas terrestres y navales combinadas y el establecimiento de un paso bajo control británico : « En este extraordinario istmo... debe izarse el estandarte de la Libertad, para que se congreguen todos los que gimen bajo la Esclavitud española... Pronto se crearían... nuevas colonias... y todas las fuentes de la riqueza y de la industria... fluirían de todas las partes del globo a la Madre Patria... Diariamente se harían nuevos descubrimientos que ocuparían a los ingeniosos y el espíritu emprendedor de esta Nación Comercial, y así se añadiría nueva vida y energía a esta Decaída Nación... Si la Gran Bretaña obtiene alguna vez este Paso, no dudo de que abrirá o formará pronto un canal a través de él hasta el Mar del Sur... » (5).

A lo largo del siglo el infortunio persiguió a las minas de oro de Cana en Da-

(2) Clarence H. Haring : *Trade and navigation between Spain and the Indies in the time of the Habsburgs*, pág. 196. Harvard University Press, Cambridge, Massachussetts 1918.

(3) Vicealmirante Lord Vizconde Nelson : *Dispatches and letters*, Vol. 1, págs. 7-8. Henry Colburn, Londres, 1845.

(4) *Ibid.*, pág. 5 (nota cinco).

(5) Lucia B. Kinnaird : « Creassy's plan for seizing Panama », *Hispanic American Historical Review*, Vol. 13, Nº 1 (Febrero de 1933), págs. 64, 73-74 y 76.

rién, las más ricas del istmo. En agosto de 1702 unos 500 invasores ingleses y 300 indios marcharon por tierra desde la costa del Atlántico hasta Cana ; la mayor parte de los españoles huyeron, llevándose consigo su oro. Los ingleses intentaron hacer funcionar las minas con el trabajo forzado de esclavos negros abandonados por sus propietarios, pero el rendimiento fue una decepción y al cabo de unas semanas los ingleses volvieron a sus barcos. En 1725 los españoles fueron de nuevo expulsados temporalmente de Cana por una violenta sublevación de los indios cuna, y dos años después el hundimiento de las mal estibadas galerías sumió amplias secciones de las minas y disminuyó gravemente su producción. Durante los 50 años siguientes, los ataques de bandas aisladas de merodeadores ingleses y franceses, así como las salvajes acometidas de los no pacificados nativos, interrumpieron frecuentemente los trabajos en Cana. Muchos propietarios españoles de minas y plantaciones abandonaron el distrito y los que se quedaron no osaban aventurarse fuera de sus casas si no iban en grupos de seis o más personas. Para poner remedio a esta situación el Virrey de Nueva Granada ordenó la construcción de varios fuertes en la costa del Atlántico y en el interior de Darién. Las obras se realizaron en 1785 bajo la supervisión del gobernador de Panamá, coronel Andrés de Ariza, que construyó y guarneció avanzadas en Molineca y Real de Santa María, en el río Tuyra, en Yavisa en el Chucunaque y en El Príncipe en el Sabana, y abrió una senda desde El Príncipe hasta la confluencia de los ríos Sucubtí y Chucunaque. En 1788 el coronel Manuel Milla de Santa Ella, ayudante del puesto español de Agla en la Bahía de Caledonia —probablemente en el emplazamiento, o muy cerca de él, de la antigua Acla—, pasó por esa senda a El Príncipe, descendió el Sabana y volvió a cruzar el istmo a través del Chucunaque. El informe y el mapa de Milla iban a figurar con carácter prominente en los proyectos posteriores de canal. Como todas las medidas anteriores destinadas a someter a los indios cuna por la fuerza, esta tentativa de encerrarlos entre avanzadas fortificadas terminó en un fracaso. En virtud del tratado concluído con los indios en 1790, los españoles se comprometieron a retirar todas las guarniciones de Darién excepto la que existía en Yavisa.

Unas cuantas exploraciones pacíficas alternaron durante el siglo XVIII con las invasiones y amenazas de invasión de las colonias españolas. En 1735 el gobierno francés envió una expedición científica dirigida por Charles-Marie de La Condamine para determinar la circunferencia de la tierra midiendo arcos del meridiano a lo largo del ecuador, cerca de Quito. En su camino hacia el Ecuador, la expedición cruzó el istmo de Panamá en diciembre de 1735 y realizó un examen apresurado del terreno, que La Condamine recomendó en términos encendidos a la « Académie des Sciences » como emplazamiento excelente para un canal. Antonio de Ulloa, un joven científico español que acompañaba a la misión, efectuó observaciones barométricas mientras remaba por el Chagres y registró el aumento de altitud desde la desembocadura del río hasta Cruces. De paso anotó también algunas curiosas impresiones de la fauna tropical y perdió el apetito cuando le ofrecieron una comida de mono asado, por su parecido con « un niño de unos dos años de edad que llora desconsoladamente » (6). A Ulloa le causó decepción no ver ninguna de las serpientes de dos cabezas que se rumoreaba abundaban cerca de Panamá, aunque se sentía escéptico en cuanto a la existencia de tales monstruos : « Es muy probable que la criatura tuviera sólo una cabeza y, por parecerse a un rabo, se ha imaginado que tiene dos » (7).

El proyecto de un paso por tierra o por canal a través del Istmo de Tehuantepec resucitó dramáticamente en 1771 al descubrirse cañones de bronce, fundidos mucho tiempo antes en Manila, en la fortaleza de San Juan de Ulúa, en Veracruz. El hallazgo desconcertó a las autoridades : ¿cómo habían podido transportarse unas piezas de artillería tan pesadas y engorrosas desde el Pacífico hasta la costa atlántica de México? Evidentemente no pudo ser por mar, ya que hasta entonces ningún barco de Ma-

(6) Antonio de Ulloa : *Relación histórica del viaje a la América Meridional*, Libro 3, pág. 149. Antonio Marín, Madrid, 1748.

(7) *Ibid.*, pág. 168.

nila había llegado a Veracruz por la vía del Cabo de Hornos o del Estrecho de Magallanes, y en cuanto a la ruta del Cabo de Buena Esperanza los navíos procedentes de las Filipinas la venían utilizando desde hacía sólo unos cuantos años. El Virrey de México, Antonio Bucareli, ordenó una investigación que reveló que los cañones habían sido llevados a través del Pacífico por un galeón, desembarcados junto al banco de arena de San Francisco en la costa de Tehuantepec, transportados a través de las lagunas y por el río Chicapa en pequeños botes, arrastrados a través de la divisoria y llevados en barcazas por el río Coatzacoalcos abajo hasta el Golfo de México. Como es natural, este descubrimiento sugirió la apertura de una ruta de Tehuantepec para el comercio interoceánico. Si se podía transportar artillería a través del istmo, las mercancías corrientes pasarían indudablemente sin dificultad.

En 1774 Bucareli envió al coronel Agustín Cramer, gobernador de San Juan de Ulúa, y a su ayudante, Miguel del Corral, para que estudiaran la región de Tehuantepec desde la desembocadura del Coatzacoalcos hasta el Pacífico. Hasta entonces nunca se había explorado completamente el istmo, suponiéndose generalmente que el Coatzacoalcos se hallaba unido con ambos océanos a través de un afluente. Cramer acabó con esta esperanza, pero informó que un corte artificial de sólo 18 millas de longitud bastaría para unir las corrientes navegables a ambos lados de la vertiente. Nada se hizo para poner en ejecución el proyecto de canal, pero en 1798 se estableció un nuevo embarcadero, el Embarcadero de la Cruz, en la confluencia de los ríos Coatzacoalcos y Sarabia, construyéndose una carretera rudimentaria desde dicho punto a Tehuantepec a través de la divisoria. Por esta ruta terrestre y acuática, que evitaba el engorroso acarreo por tierra hasta más allá de los siete rápidos o « malpasos » del Coatzacoalcos, pudo realizarse a través del istmo un pequeño tráfico comercial interoceánico.

En 1779 Carlos III ordenó que se realizara un estudio de la ruta de Nicaragua por los ingenieros españoles Muestro e Ysasi, los cuales informaron que la altitud de la cadena montañosa que separaba el lago del Pacífico hacía impracticable la construcción de un canal. Hodgson y Lee, los agentes británicos en la costa de los Mosquitos y en Belice, acompañaron con carácter no oficial a la expedición y volvieron a Inglaterra con entusiastas descripciones de la fértil región del lago y de su importancia como eslabón de un paso interoceánico. Sus relatos fueron por lo menos indirectamente responsables de la elección de Nicaragua como objetivo de la invasión de Nelson varios meses más tarde. En 1781, inmediatamente después de retirarse las tropas británicas, Carlos III ordenó una nueva exploración de Nicaragua, esta vez bajo el mando de Manuel Galisteo. El estudio que éste llevó a cabo constituyó una empresa más completa y mucho más científicamente realizada que la de sus predecesores. Galisteo tomó una serie de niveles a 100 yardas unos de otros entre el lago Nicaragua y el Pacífico y estableció con una exactitud razonable para su época la altitud de la superficie del lago y de muchos puntos de la divisoria, aunque se le escapó el paso de menor altitud. Pero sus observaciones no produjeron ningún resultado tangible. Durante cincuenta años el informe de Galisteo permaneció enterrado en los archivos de Guatemala, de donde lo sacó a la luz y publicó hacia 1830 Thompson, el enviado británico en América Central.

Si exceptuamos los comentarios de La Condamine sobre el Istmo de Panamá, los primeros signos de interés por parte de los franceses en la comunicación interoceánica —el agudo filo de una cuña que durante el siglo XIX iba a penetrar cada vez más profundamente, tanto en sentido literal como figurado, en el corazón del istmo— aparecieron entre 1785 y 1791. En estos años cuatro proyectos distintos de canal fueron concebidos por particulares franceses, ninguno de los cuales había visitado jamás la América Central. Tres de ellos fueron presentados extraoficialmente al gobierno español, que los rechazó sin demora. En 1785 La Nauerre presentó a la « Académie des Sciences » el plan de un canal que debía unir las aguas navegables del Chagres con el Pacífico en la ciudad de Panamá o cerca de ella. Aunque el autor daba muestras de una ingenua ignorancia de las dificultades que presentaba la empresa al calcular el

coste de ésta en sólo un millón de francos (200.000 dólares), La Nauerre presentó impetuosamente su plan al embajador español en París, conde de Aranda, quien se lo transmitió a Floridablanca, primer ministro de Carlos III, con la observación de que La Nauerre le había producido la impresión de « un torrente de palabrería y de presunción, pero instruído en teoría científica » (8). El Consejo de Indias remitió los documentos al Virrey de Nueva Granada, con instrucciones para que investigara la viabilidad del proyecto, pero después que el Rey revocó la orden en abril de 1787 el plan quedó condenado al olvido en algún polvoriento archivo español.

Tras la subida al trono de Carlos IV en 1788, el conde Louis-Hector de Ségur propuso a Floridablanca la construcción de un canal a través de Nicaragua pasando por el gran lago y por el lago más pequeño y contiguo de Managua : « Si... el rey no desea cargar con el coste... y si permite que carguen con él extranjeros, confiamos en poder organizar una compañía para financiarle... » (9). En 1791, otro francés, Jean-Benjamin de Laborde, recomendó también la ruta a través de los dos lagos, que proponía unir, bien mediante un canal artificial, bien ahondando el cauce del río Tipitapa. « Si se lleva a término este proyecto », afirmaba líricamente, « ¡cuánto tiempo se ahorrará! ¡Cuántas calamidades se evitarán! ¡Cuántos hombres eludirán el peligro y se salvarán de la muerte, o por lo menos de terribles enfermedades! ¡Y cuántos beneficios resultarán para el comercio! » (10). Muchas de las sugestiones de Laborde se parecían tanto a las que ya había hecho Ségur que bien puede ocurrir que ambos hombres fueran colaboradores más bien que rivales y que sus planes no fueran en realidad más que un solo proyecto.

Hacia 1790 otro plan francés de un canal a través de Nicaragua fue presentado al gobierno español, que lo rechazó. Su autor, Martin de La Bastide, recomendaba la construcción de un canal artificial directo de unas 14 millas de longitud entre el lago Nicaragua y el Pacífico, en lugar de la ruta tortuosa a través del lago Managua. Hasta entonces todos los defensores de la construcción de un canal habían dado por supuesto que el gobierno español (o en algunos casos el inglés) pagaría y ejecutaría el proyecto. Por primera vez, en estos planes de Ségur, Laborde y La Bastide un grupo de particulares proponía emprender la obra. Las sugestiones concretas de La Bastide respecto a la organización, la financiación y los privilegios de su compañía —incluídas extensas concesiones de tierras, concesiones comerciales y exención de derechos e impuestos— iban a servir de modelo para muchas futuras empresas del género.

La Bastide señalaba también que una colonia comercial bien fortificada y guarnecida en el lago Nicaragua proporcionaría una base militar con un emplazamiento central, y desde ella España podría defender sus colonias. La Bastide advertía a los españoles que « la rapacidad es la característica dominante de la nación inglesa » (11), pero en su opinión una amenaza potencialmente aún mayor era la república recién nacida de los Estados Unidos, a la que dada su proximidad le era más fácil enviar un ejército invasor contra la América Central. Con sorprendente visión, La Bastide predijo la rápida expansión de los Estados Unidos y el crecimiento del espíritu agresivo que había de culminar en la doctrina del Destino Manifiesto : « Los territorios de esta potencia no producen ninguno de los productos valiosos y no contienen ninguna de las ricas minas de oro y plata que abundan en las posesiones españolas. Tal riqueza no puede dejar de excitar su codicia... » (12). Y como una Casandra del siglo XVIII, el francés clamoreaba sus profecías en oídos incrédulos : « Se puede ya escudriñar el futuro y prever los esfuerzos que,

(8) Clarence H. Haring : *Trade and navigation between Spain and the Indies in the time of the Habsburgs*, pág. 196. Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1918.

(9) Abbé Marsan : « Un projet de communication entre l'océan Atlantique et l'océan Pacifique par le lac de Nicaragua (1785-1786) ». *Bulletin de Géographie Historique et Descriptive*, Año 1899, N° 2, pág. 322.

(10) Jean B. de Laborde : *Histoire abrégée de la mer du Sud*, Vol. 1, pág. 16 (apéndice). París, 1791.

(11) *Ibid.*, Vol. 2, pág. 21,x (apéndice).

(12) *Ibid.*, Vol. 2, pág. 20 (apéndice).

más tarde o más temprano, hará esta vigorosa nación para abrirse gradualmente camino hacia el sur, para penetrar en las fértiles tierras de Luisiana y después para extenderse por Nuevo México, donde se encuentran las ricas minas de Santa Fe... » (13).

Incluso en una época tan temprana, las sospechas de La Bastide no carecían completamente de fundamento. El 25 de enero de 1786, Thomas Jefferson, entonces ministro de Estados Unidos en Francia, escribía a su amigo Archibald Stuart : « Nuestra confederación debe concebirse como el nido a partir del cual ha de poblarse toda América, la del Norte y la del Sur. Debemos cuidarnos también de no pensar que el interés de ese gran Continente está en presionar demasiado pronto sobre los españoles. Esos países no pueden estar en mejores manos. Mi temor es que (los españoles) son demasiado débiles para conservarlos hasta que nuestra población esté lo suficientemente avanzada para ganárselos, trozo a trozo... » (14). Poco tiempo después los rumores de proyectos de canal a través del istmo despertaron la curiosidad de Jefferson, que el 11 de diciembre de 1787 escribía desde París a William Carmichael, representante diplomático de los Estados Unidos en Madrid : « Me han dicho que el gobierno de España ha pensado a veces en cortar el istmo de Panamá y que en una ocasión llegaron tan lejos que hicieron un estudio y examen del terreno ; pero que el resultado fue, o la imposibilidad o demasiadas dificultades... Me agradaría muchísimo obtener todos los detalles menudos posibles, e incluso ejemplares del estudio, informe, etc., si pudieran conseguirse a un precio moderado » (15). El 27 de mayo de 1788, Jefferson escribía de nuevo : « Respecto al Istmo de Panamá, se me asegura... que se hizo un estudio, que la construcción de un canal pareció muy practicable y que se eliminó la idea por razones totalmente políticas... Este informe es para mí un gran desiderátum, por razones políticas y filosóficas » (16). En realidad, los españoles no habían llevado a cabo ningún estudio reciente de la región de Panamá ; Jefferson pensaba probablemente en el informe de Cramer sobre Tehuantepec, en el de Galisteo sobre Nicaragua o en ambos. En todo caso, no parece que Carmichael consiguiera para él nada más útil que las notas de Ulloa sobre Panamá escritas en 1735.

El proyecto de canal había despertado ya la atención de Benjamin Franklin de una manera curiosa. Viviendo en París recibió una carta de un campesino provenzal llamado Pierre-André Gargaz, que estaba entonces cumpliendo una condena de veinte años a galeras, en Tolón, por un asesinato que, según él, no había cometido. La carta, fechada el 14 de febrero de 1779, contenía un manuscrito titulado *Conciliateur de toutes les nations d'Europe, ou Projet de paix perpétuelle entre tous les Souverains de l'Europe et leurs Voisins,* que el preso pedía a Franklin que publicara. Al principio Franklin descartó el proyecto de paz como el producto del cerebro de un loco. Pero Gargaz era un cruzado pertinaz y tras su liberación en marzo de 1781, fue andando hasta París para visitar a Franklin, a quien impresionó tanto la sinceridad y el buen sentido del hombre que mandó imprimir el libro en su propia imprenta de Passy. Gargaz pensaba que las facilidades de viaje y de comercio contribuirían a establecer la paz mundial y que la construcción de canales en Panamá y en Suez facilitaría grandemente esas comunicaciones : « Cortar esos dos istmos será muy difícil y costoso, pero no resultará imposible para los Soberanos de Europa, en cuanto se unan en un Congreso justo y perpetuo ; porque, si gastan en esos dos canales tanto como han gastado en la guerra en los últimos cincuenta años, es muy cierto que ambos estarán terminados en unos quince años » (17). Por desgracia, el breve folleto de este visionario convencido, como tantos proyectos posteriores de paz bien intencionados, no consiguió impresionar, ni siquiera probablemente llegar a conocimiento de los belicosos estadistas y gobernantes a quienes iba dirigido.

(13) *Ibid.*, Vol. 2, pág. 29 (apéndice).

(14) Thomas Jefferson : *Writings*, Vol. I, pág. 518, Derby and Jackson, Nueva York, 1859.

(15) *Ibid.*, Vol. 2, págs. 325-326.

(16) *Ibid.*, Vol. 2, pág. 397.

(17) Pierre-André Gargaz : *A project of universal and perpetual peace*, pág. 34 (nota). George Simpson Eddy, Nueva York, 1922.

La vida hacia todo

En la granada abierta
en la idea obsesiva,
en los forzados
testigos, en la máscara
muerta o en el espejo
azorado
que a la adolescencia
se asemeja. Desde
cualquier punto
se comienza.

Sí.

Tanto el mal
como el bien,
cada movimiento
de la escritura
sangrante
que es nuestro viaje
en distinta dimensión
entra, en el reino
de los poderes
que disponen,
en el ciprés
nuestra mano toca
el ciprés insomne
debajo del ciprés.

Sí.

Y la fuente
que está en el centro
sus branquias
de pronto abre,
sus alas pectorales,
su columna se alza,
llama a los mares,
el tropel, traspasa
el cielo, es mediodía,
aparece la plenitud
vestida de presente,
nunca hubo un antes
y el racimo que tiembla
tiene color
de siempre.

Sí.

Pero quién,
quién inventó
el corazón humano.

H. A. MURENA

Lección de Picasso

POR DAMIAN CARLOS BAYON

BAUDELAIRE HABLA CON NATURALIDAD de un gato que se le paseaba por el cerebro. De igual modo se diría que, de tiempo en tiempo, una parte de nuestra sensibilidad se independiza como el gato de Baudelaire, se toma vacaciones de nosotros mismos. Así, entre semanas abarrotadas, me ha ocurrido últimamente volver a entrar en el mundo cerrado que supone la pintura de Picasso. El azar de los viajes me ha permitido abismarme en las trescientas obras suyas que Sabartés ha legado al nuevo « Museo Picasso » de Barcelona, todavía no oficialmente inaugurado. Una maravillosa mañana fría de invierno me he perdido —solo— en las salas resonantes y blancas de un palacio gótico catalán con patio, galerías y una gran escalinata descubierta al uso mediterráneo.

Andaba yo a la búsqueda de mi sensibilidad por Picasso, que si no estaba perdida al menos se me había traspapelado entre los episodios de una vida demasiado llena. Y Barcelona me hablaba tercamente de Picasso : un gran edificio moderno ostenta en su fachada dibujos del maestro agrandados a escala gigantesca ; una galería de nombre ofrecía una exposición de sus recientes linóleos : en fin acababa de aparecer una edición facsímile de uno de sus carnets de notas sobre temas taurinos...

Vuelvo a París y sigue el mismo clima : un cine de arte repone *Le mystère Picasso,* de Clouzot ; se editan *Les bleus de Barcelone,* sobre dibujos de los que yo había visto en el nuevo museo. Y lo principal : la « Galería Louise Leiris », que dirige ese viejo león que es D. H. Kahnweiler, abre una exposición que comprende sesenta y ocho obras de Picasso de las realizadas entre 1962-63.

Agradezco esa insistencia que me ha permitido descubrir una ley : para apreciar plenamente la obra de Picasso hay que estar rodeado, casi ahogado por la multiplicidad de su obra. Hay un « clima Picasso » y es muy difícil —por no decir imposible— escribir sobre él si no nos sentimos penetrados totalmente por su magia. Ya veremos que esto puede ser una nota negativa. Pero no anticipemos...

La exposición de París es excelente : la cito en pocas palabras. El tema general : *El pintor y su modelo.* Como André Chastel dijo muy bien en su artículo de *Le Monde,* esta vez no se trata de las « variaciones sobre un tema » de otro pintor (Velázquez, Delacroix, Manet), sino de variaciones sobre un tema del propio Picasso que él ya había explayado, sobre todo en una serie inolvidable de grabados.

Los otros cuadros de la exposición están inspirados en el *Rapto de las Sabinas.* A veces coloreados « ingenuamente », otras, de un blanco y negro terroríficos que recuerdan la violencia no sobrepasada de *Guernica.* Pero hay también naturalezas

muertas con gatos y langostas, cuadros maravillosamente tejidos de arabescos. Y también la imagen de unas mujeres ensombreradas, leyendo, sentadas en un jardín con un extraño perro de hocico puntiagudo y largas guedejas grises ; un paisaje azul, azul... pero, ante todo y sobre todo, unas cuarenta versiones de *El pintor y su modelo,* tema pictórico si los hay. La *mujer* —tan importante en la vida y en la obra del artista— y, del otro lado, el *pintor.* ¿El propio Picasso? Sí y no. A veces es un hombrecito cabezón, calvo ; a veces un hombre joven, barbudo. En la mayoría de los casos lo que más cuenta es el gesto del brazo y de la mano dibujando, pintando. La mujer, desnuda, está generalmente tendida y puede estar representada ya sea por una serie de curvas que sugieren el cuerpo tentador, ya hasta por un mero signo que hay que descifrar como en una escritura desconocida. La escena tiene lugar casi siempre en un estudio o espacio indeterminado en el que aparecen tercamente, una cómoda, un busto. Entre pintor y modelo : el caballete y la tela. Elemento vertical que, plásticamente, sirve para dividir el campo pictórico y conceptualmente para las oposiciones : hombre-mujer, acción-pasividad, observador-observado.

¿Cómo está todo esto pintado? Empleando todas las técnicas, colores, empastes. En un mismo cuadro hay elementos heterogéneos que no sólo no chocan sino que aceptamos *a priori,* pasmados ante tanta soltura y tanta gracia.

*

Si yo fuera un compositor diría que acabo de escribir un *scherzo.* Después de una pausa para el lector me toca ahora atacar al *andante* que yo quisiera —claro— *maestoso.* Ataco pues : *la verdadera gran obra de arte se trasciende a sí misma y apunta hacia un absoluto.* En plena paradoja se diría que el teatro de Shakespeare o el poema de Dante en vez de acercarme a las obras respectivas —o a los hombres que están detrás de ellas—, en ciertos momentos intensos y privilegiados me llevan a un territorio en donde se plantean los misterios de la creación artística.

De la misma manera mi frecuentación última de Picasso me arranca hoy de la rutina que puede llegar a ser la mera crónica de exposiciones y me obliga a enfrentarme rudamente con problemas que llevan a la Sociología, a la Estética. No los rehuyo : sería de cobardes o de tibios.

Un crítico célebre —cosa que por fortuna o por desgracia no soy— no explayaría todas sus ideas sobre tema tan importante en un corto artículo de revista. Pero deseo decir hoy y lo antes posible tres o cuatro cosas que me queman y sobre las que quisiera no hubiese ningún equívoco entre el lector y yo. Aspiro a no parecer demasiado pedante o demasiado miope ante las enormidades que tengo que decir y que, no obstante, están muy pesadas y pensadas en mí a través de los años. Primero : no estoy convencido de que Picasso sea el más gran pintor contemporáneo. Segundo : creo firmemente —como ya lo dije hace tiempo— que Picasso frenó (por el prestigio mismo de su calidad extraordinaria) el libre desarrollo del arte de estos últimos veinte años.

Ahora que ya lo he dicho, me siento más tranquilo y trato de justificarme. Reanudo, pues, el primer argumento : sé, como todo el mundo, que Picasso es el pintor más *brillante* de nuestro tiempo. Cuando veo su obra, cuando lo veo dibujar en la hermosa película que le hizo Clouzot —donde, sin embargo, Picasso es un poco el « fenómeno de la feria »—, algo me perturba, me desasosiega : la facilidad pasmosa. El mismo Picasso lo ha dicho con su inconsciencia de hombre superdotado : « Yo no busco, encuentro. » Sí, ¡qué duda cabe!, Picasso encuentra. Se podría decir que se ha pasado su ya larga vida encontrando. Pero no nos dejemos hipnotizar con la facilidad y volvamos a plantearnos lo esencial : ¿qué admiramos sobre todo en Picasso? Yo diría que la capacidad de creación. Ante él, quien más quien menos se siente con el « complejo de Aladino », es decir que todos quisiéramos poseer —como Picasso— una lámpara puntual que nos permitiera lograr la imagen con la que soñamos. Es para llorar de rabia o de impotencia el comprobar que el común de los mortales no llegamos a esa magia de obtener el cuadro o el poema por el que

secretamente venderíamos el alma al Diablo...

Sin embargo, no sé qué hay de excesivo, de fácil, en esa facilidad de Picasso. Aceptaríamos un dibujo cualquiera de Picasso porque no podemos dejar de pensar en el resto de su obra que conocemos. Por eso decía yo al principio que hay que estar rodeado de Picassos, ahogado entre ellos. En efecto : un solo Picasso en un museo no actúa suficientemente. Hay en cambio pintores —Cézanne, por ejemplo— que me parece llegan a concentrar y concentrarse más en una sola tela. Resumiendo se podría decir que : *un buen Cézanne representa mejor a Cézanne que un buen Picasso a Picasso...*

Corolario de esta desconfianza mía ante el prestidigitador Picasso es algo que ya he dicho hace años y que hoy mantengo : creo que pintores como Matisse, Léger, Klee van a representar mejor a nuestra época y ya han influído más entre los contemporáneos que el propio Picasso, que, en muchos aspectos, es un artista separado de los grandes movimientos, un *outsider*. Sí, ya sé que Picasso parece haber hecho lo que ha querido con la pintura. No obstante, mi intuición me dice y me repite que, de algún modo, Picasso no ha penetrado —sino en contadas ocasiones— en la esencia profunda de las cosas.

Paso al segundo argumento : complementando lo anterior alguna vez afirmé también que Picasso no era tanto la « punta de lanza » de un movimiento nuevo cuanto el último superviviente de una generación muy brillante. Sí, en cierto modo, Picasso resultó un elemento retardatario de la evolución natural del arte de nuestros días (me refiero, claro está, al Picasso de estos últimos veinte años). Esta objeción es al mismo tiempo y en cierto modo también su mayor elogio : que un hombre solo pueda oponerse a un movimiento universal nos da la medida de su fuerza colosal, del poder mágico que nos ha subyugado a todos en esta « obsesión Picasso » en la que viven aún hasta los que no se interesan por la pintura.

Vayamos ahora, sin embargo, a lo positivo que justifica este artículo : Picasso, al seguir su camino como si nada ocurriera a su alrededor nos da una suprema lección no sólo de arte sino de vida, en general. Y ahora que ya los pintores más jóvenes han conseguido librarse de la influencia —¿benéfica, nefasta?— de Picasso, yo les diría que lo que queda tangible es la actitud admirable de Picasso. Y considero que su lección viene, sobre todo, de su soberana independencia. El hombre sobre quien más se ha escrito en la historia del arte de todos los tiempos actúa como si no lo supiera y hace —en cada momento— exactamente lo que cree debe hacer y no otra cosa.

Concluyo : Picasso puede ser como es porque su maestría, su longevidad le han permitido imponerse por la « ley del más fuerte ». Es el león de nuestra selva y nosotros lo sabemos y lo aceptamos. Haga lo que haga, siempre sus exposiciones estarán repletas y los ricos del mundo se arrebatarán sus telas a cualquier precio.

Todos los pintores más jóvenes que él han tenido que luchar por encontrar su pequeña receta particular. Y una vez que la encuentran nos toman por sordos y nos la siguen repitiendo en todos los tonos hasta el cansancio. Tomaré el ejemplo del que considero uno de los mejores pintores contemporáneos y el que, al mismo tiempo, más me ha defraudado con su monotonía : Hartung. Gran pintor durante veinte años cuando era desconocido, un día los vendedores de cuadros lo « descubrieron » y le empezaron a pedir *el mismo cuadro*, permitiéndole sólo mínimas variaciones. Ese día Hartung entró en la celebridad y en la riqueza ; pero ese día también Hartung nos dejó de interesar a los que nos ocupamos no en la compra y venta de la obra de arte, sino en su trascendencia, en su finalidad como lenguaje expresivo de una sociedad a través de un hombre privilegiado : el artista.

Reconozcamos —en su descargo— que los contemporáneos se han encontrado en condiciones vitales muy diferentes por no decir antagónicas de las de sus predecesores. Si se consigue ahora salir del anónimo se puede, en pocos años, adquirir notoriedad y fortuna. A condición, eso sí, de repetir prácticamente el mismo cuadro que una vez probó tener buen éxito.

No nos engañemos : hay más consumo de arte hoy que nunca lo ha habido a lo

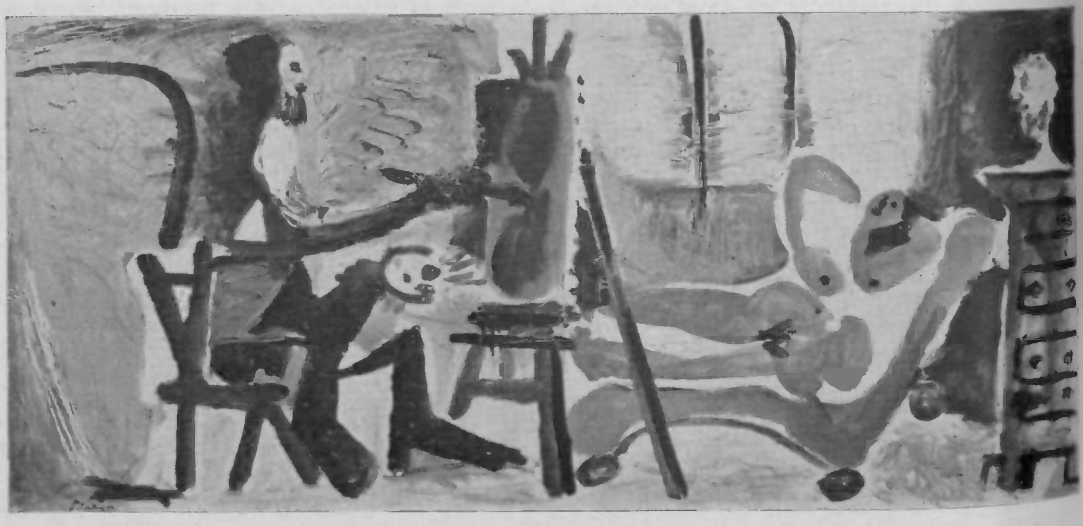
largo de toda la historia. Pero como en la edad del maquinismo todo lo producimos en serie, el artista —ese artesano— ha tenido también que entrar por el aro de la producción en serie. ¿Va el mundo hacia organizaciones de tipo colectivo en que hasta el artista trabajará anónimamente para una comunidad? No lo sé; pero sí sé que Picasso es uno de los últimos representantes del antiguo individualismo y que, por ende, todavía se puede dar el supremo lujo de pintar cuándo y cómo quiere. Los cuarenta cuadros de *El pintor y su modelo* son distintos entre sí. Mientras que los cuarenta cuadros distintos de un pintor en auge en nuestros días... son siempre el mismo cuadro: el mismo gato con distinto collar. Esa es la gran diferencia ética y estética entre Picasso y nuestros contemporáneos, dejando de lado problemas de maestría.

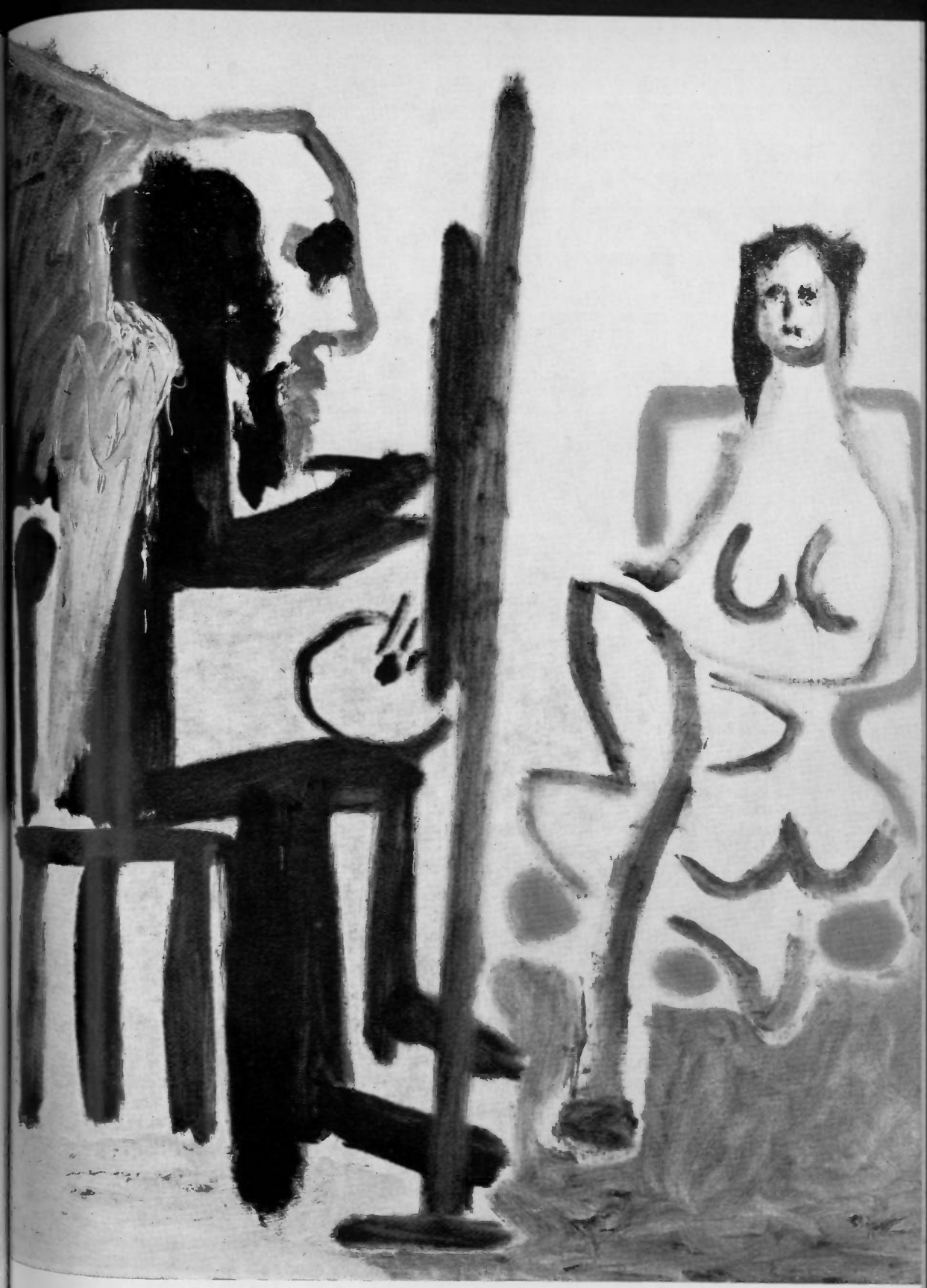
*

Pido perdón al lector por haberme puesto hoy tan serio, quizá tan aburrido. Quisiera sólo decir a los pintores que me lean que si han podido liberarse de la influencia de Picasso, tanto mejor para ellos, pero que no olviden nunca que de su obra trasciende una lección. Creo que el artista —individualista por antonomasia en estos últimos siglos —puede y debe seguir luchando por su personalidad en un mundo como el nuestro ya colectivizado en tantos aspectos. Sí, hay que imponer una concepción del arte y de la vida a través de la excelencia de la obra, del riesgo de la búsqueda. Con fe e incluso con terquedad. Y aun si hay que poner en juego la renuncia a la fama fácil, al dinero rápidamente logrado. ¿Qué es eso que vemos cada vez más: los artistas transformados en burgueses interesados, de esos que consideran el dinero como un fin en sí mismo? ¡A dónde hemos llegado! El artista, en su acepción más elevada, es el mago del clan, la torre de las señales, quien nos enseña y nos ayuda a vivir: ese oficio difícil.

Todo eso ha desencadenado —inesperadamente— en mí la contemplación respetuosa, asombrada de la última obra de ese pintor inmenso que se llama Pablo Picasso.

PICASSO: «EL PINTOR Y SU MODELO» (50 X 107), 1963





PICASSO : « EL PINTOR Y SU MODELO » (81 x 65), 1963

Juan de la Cruz Saavedra

La región del Chocó en la costa colombiana del Pacífico, entre el Puerto de Buenaventura y la frontera de Panamá, es una de las más húmedas e insalubres del mundo. Es una selva densa, pantanosa, sumergida la mayor parte del año en brumas y lloviznas. Grandes ríos, como el Atrato y el San Juan, drenan aquellas soledades y las desaguan en el Atlántico y sobre el Pacífico. La lucha del hombre contra la naturaleza es allí dura y sin cuartel, contra el tigre, la babilla, la serpiente, el caimán, el zancudo y muchas veces contra el hombre mismo.

De allí que en estas curiosas y extraordinarias tallas de Juan de la Cruz Saavedra, hechas en raíces de laurel, que es un árbol tropical, se perciban el pavor de la selva y la obsesión de la muerte. Los filamentos de las raíces se transforman en tentáculos, se convierten en serpientes, en garras, en manos que se alargan para asirse a un bejuco o a la cola escamosa de un animal. El aire que penetra aquellas complicadas arquitecturas, y la luz que talla violentamente sus contrastes, colaboran en la composición de estas obras. En ellas, la libertad de la improvisación logra triunfar de las condiciones muy limitadas que impone al escultor la realidad concreta que es la raíz de un árbol.

Juan de la Cruz Saavedra, criado en la estufa de la selva, sin recursos, sin estímulos, sin cultura —pues es analfabeto— ha creado este mundo selvícola en el cual se advierten curiosas reminiscencias bíblicas —tal vez recuerdos del catecismo dominical— que están llamando la atención de artistas y de estudiantes de las Bellas Artes de París. Si Juan de la Cruz Saavedra se descubrió en las raíces de un laurel, el cual excita y fecunda su mentalidad barroca, a él lo descubrió de una manera casual el señor Binoche, actor francés a quien envió la UNESCO a Calí hace dos años para colaborar en el teatro experimental de Enrique Buenaventura. Un día cualquiera Binoche encontró a Saavedra en las calles de Calí. Este fabricaba flechas de madera para matar pájaros, y ceniceros, platos y pequeños objetos para los turistas. A Binoche le llamaron la atención estos humildes trabajos, le prestó ayuda económica a Saavedra, que es hombre casado y padre de varios hijos, y le contrató algunas obras. Saavedra había venido a la ciudad para engancharse como cortador de caña en un ingenio del Valle del Cauca. Al cabo de unas pocas semanas le presentó a Binoche estas primeras esculturas que ahora se exhiben en París, en una Galería de la rue des Beaux-Arts.

*

Y esta es la breve y fulgurante historia de un artista americano, ingenuo y primitivo, que para conquistar una hoja de laurel en París, comenzó a trabajar por su raíz en el Chocó.

E. C. C.

Gavilla de lumbres

Vas por la casa. Vienes. Te adivina
el amor. O la sangre. La penumbra,
traspasada de gozo, se acostumbra:
fiel a tu desnudez que la ilumina.

Entras y sales: andas. Pones, fina,
las manos sobre todo. El aire encumbra
los ojos para verte: lo deslumbra
tu carne, que sus goces encamina.

Ni sandalia siquiera. Sólo pasos
tuyos aquí y allá. Tu maravilla
fulmina sombras, eludiendo ocasos.

Sí: resplandeces. Toda tú, gavilla
de lumbres puras. Abreme los brazos.
Ya dorado por ti, mi mundo brilla.

Plenitud

Yo no sé... Tal vez una algarabía
de pájaros. Un hondo son de abejas.
¿Por qué en la sangre? Tú, que en ella dejas
que cante el sol y que madure el día.

Como quien sueña... Como quien la vía
equivoca... ¡Qué altas son tus rejas!
Un ímpetu. Una espera. Tú te alejas.
¿Qué horizontes traspone la alegría?

Los trinos. El rumor. La sangre avanza
entre asombro y asombro. Sometida
a tu conturbadora lontananza.

¿Por qué la sangre? Tú, que en su corriente
te abandonas. O cantas. Tú: la vida
en plenitud de fábula y de fuente.

PEDRO PABLO PAREDES

JOSE GUADALUPE POSADA

POR DIEGO RIVERA

En México han existido siempre dos corrientes de producción de arte verdaderamente distintas, una de valores positivos y otra de calidades negativas, simiesca y colonial, que tiene como base la imitación de modelos extranjeros para proveer a la demanda de una burguesía incapaz, que fracasó siempre en sus intentos de crear una economía nacional y que ha concluído por entregarse incondicionalmente al poder imperialista.

La otra corriente, la positiva, ha sido obra del pueblo, y engloba el total de la producción, pura y rica, de lo que se ha dado en llamar « arte popular ». Esta corriente comprende también la obra de los artistas que han llegado a personalizarse, pero que han vivido, sentido, trabajado expresando la aspiración de las masas productoras. De estos artistas el más grande es, sin duda, José Guadalupe Posada, el grabador de genio.

Posada, tan grande como Goya o Callot, fue un creador de una riqueza inagotable, producía como un manantial de agua hirviente.

Posada, intérprete del dolor, la alegría y la aspiración angustiosa del pueblo de México, hizo más de quince mil grabados ; así lo asegura el editor Vanegas Arroyo.

Mano de obrero, armada de un buril de acero, hirió el metal ayudado por el ácido corrosivo para arrojar los apóstrofes más agudos contra los explotadores.

Precursor de Flores Magón, Zapata y

Santanón, guerrillero de hojas volantes y heroicos periódicos de oposición.

Ilustrador de los cuentos y las historias, las canciones y las plegarias de la gente pobre. Combatiente tenaz, burlón y feroz ; bueno como el pan y amigo de divertirse, cuyo reducto fue un humilde taller instalado en una puerta cochera, a la vista, pero al flanco de la iglesia de Santa Inés y de la Academia de San Carlos.

¿Quiénes levantarán el monumento a Posada? Aquellos que realizarán un día la Revolución, los obreros y campesinos de México.

Posada fue tan grande, que quizá un día se olvide su nombre. Está tan integrado al alma popular de México, que tal vez se vuelva enteramente abstracto ; pero hoy su obra y su vida trascienden (sin que ninguno de ellos lo sepa), a las venas de los artistas jóvenes mexicanos cuyas obras brotan como flores en un campo primaveral, después de 1923.

La producción de Posada, libre hasta de la sombra de una imitación, tiene un acento mexicano puro.

Analizando la labor de Posada, puede realizarse el análisis completo de la vida social del pueblo de México.

Los valores plásticos que contiene la obra de Posada son todos los más esenciales y permanentes de la obra de arte.

La composición de Posada, de un extraño dinamismo, mantiene, sin embargo, el equilibrio más grande de los claros y oscuros en relación a la superficie del grabado.

El equilibrio a la par que el movimiento, es la calidad máxima del arte clásico mexicano ; es decir, el pre-cortesiano.

Del arte clásico mexicano es propio también el amor al carácter y el empleo, a la vez terrible y drolático, de la muerte, convertida en elemento plástico.

Posada : la muerte que se volvió calavera, que pelea, se emborracha, llora y baila.

La muerte familiar, la muerte que se transforma en figura de cartón articulada y que se mueve tirando de un cordón.

La muerte como calavera de azúcar, la muerte para engolosinar a los niños, mientras los grandes pelean y caen fusilados, o ahorcados penden de una cuerda.

La muerte parrandera que baila en los fandangos y nos acompaña a llorar el hueso en los cementerios, comiendo mole o bebiendo pulque junto a las tumbas de nuestros difuntos.

La muerte que es, en todo caso, un excelente tema para producir masas contrastadas de blanco y negro, volúmenes recientemente acusados, y expresar movimientos bien definidos de largos cilindroides formando bellos ángulos en la composición, magistral utilización de los huesos mondos.

Todos son calaveras, desde los gatos y barbanceras, hasta Don Porfirio y Zapata, pasando por todos los rancheros, artesanos y catrines, sin olvidar a los obreros, campesinos y hasta los gachupines.

Seguramente, ninguna burguesía ha tenido tan mala suerte como la mexicana, por haber tenido como relator justiciero de sus modos, acciones y andanzas, al grabador genial e incomparable Guadalupe Posada.

Su buril agudo no dio cuartel ni a ricos ni a pobres ; a éstos les señaló sus debilidades con simpatía, y a los otros, con cada grabado les arrojó a la cara el vitriolo que corroyó el metal en que Posada creó su obra.

La distribución de blancos y negros, la inflexión de la línea, la proporción, todo en Posada le es propio, y por su calidad lo mantiene en el rango de los más grandes.

Porque Posada fue un clásico, no le subyugó nunca la realidad fotográfica, la infra-realidad, siempre supo expresar como valores plásticos la calidad y la cantidad de las cosas dentro de la super-realidad del orden plástico.

Si es indiscutible lo que dijo Augusto Renoir : que la obra de arte se caracteriza por ser « indefinible e inimitable », podemos decir que la obra de Posada es la obra de arte por excelencia. Ninguno imitará a Posada ; ninguno definirá a Posada. Su obra, por su forma, es toda la plástica ; por su contenido, es toda la vida, cosas que no pueden encerrarse dentro de la miserable gaveta de una definición.

Conquistadores navegantes y fundadores de pueblos

POR TULIA PIÑERO

Al Atlántico potente y contenido, se lo había incorporado más definido en las cartas de marear. El ánimo valeroso del almirante Fernando de Magallanes lo traspasó como una gasa que luego ciñó al globo con la gracia de su transparencia. Solamente por el mar se iba al encuentro de los hombres que vivían « tierra adentro ». Ese encuentro lo facilitan las arriesgadas maniobras que se suceden para entrar al abrigo de golfos y bahías que contribuyen al alcance de las costas y a la boca de oro de los ríos originarios. El océano va naciendo de las manos de cada piloto, a ellas las cubre el mar con la belleza secreta de su flora. Ese mar, cambiante y nervioso, posee la fuerza humana de unir, de reconciliar, de dar cabida en el corazón de los hombres al entendimiento en los riesgos de la muerte, en la colaboración del trabajo, en la expansión del juego, de la bebida cordial o de la copla que llegaba de quien encendía entonces el farol de popa. Al mar le van labrando su historia los marinos, luego los conquistadores navegantes lo harán con la « Tierra Firme ».

Don Pedro de Mendoza había nacido en Guadix dentro de los « habitantes de hecho », de lugares, aldeas, caseríos y aislados albergues en donde el río Fardes tiene numerosos tributarios. Los Reyes Católicos que la conquistaron en abril de 1489, restauraron su primitiva sede. Esta figura que había transitado por los caminos de Guadix y tal vez por los de Roma, se multiplica con la esperanza de recabar su nombre frente a la vida de un grupo de hombres aliados en una empresa esforzada en salvar los combates de una expedición que extendía sus brazos desde Europa al Nuevo Continente. Tenía que negociar con el desamparo de las tierras en donde afianzaría el poder de la corona de España.

Con la autoridad de Primer Adelantado, salía de San Lúcar al mando de una expedición, el 24 de agosto de 1535, llevando los pasajeros y la tripulación asentada en los registros correspondientes. Relaciones, probanzas y documentos en archivos, anotan a « lo que formaba la flota del Adelantado, destacándose la nao capitana « Magdalena », la almiranta « Santantón » las carabelas « Trinidad » y « Anunciada ». Hijodalgos, « pasajeros de distinción provistos de cargos reales » y sobresalientes, reúne la expedición. Todo era compostura y responsabilidad ; un vigor nuevo se acumula pródigo en cada uno de los componentes mientras el sol se ponía pausadamente dejando trozos de sombras a lo largo de la cubierta, desde allí se oía el confuso ruido de las voces bajas de la tripulación y aventureros.

Los navíos han llegado al Atlántico, sus aguas templadas dan una sensación de molicie ; los lleva la « rosa de los vientos » desnuda en el equilibrio de su be-

lleza. El viento la roza y la deja trémula por un instante. Vive en el mar, tiene el donaire de quien orienta, de quien nunca se recoge en el juego múltiple de sus pétalos. Se sabe compañera de las velas que van a la conquista rasgando la atmósfera que se torna pálida o enredada en la bruma, hasta que el sol incendia la superficie líquida para ayudar a los navegantes.

Vamos a salvar parte de la navegación, para ubicarnos en el lugar en que se detiene nuestro interés y ver lo que sucede en la nao capitana en donde se despliegan las alas de los ángeles que rodean una imagen aquietando las olas que gimen al darse unas contra otras. Va dejando la flota las islas de Cabo Verde ; dentro del maderamen de la « Magdalena », se desata una acusación de lamentables consecuencias : florido vigor juvenil y energía en tensión se excitan perseguidos, la lucha desesperada de la traición se desarrolla en torno del Adelantado hasta que la resistencia triunfa hacia quien, a los 21 años, se emancipaba del control de la casa paterna para estar en brazos de la alegría que produce la decisión. « Hallar o encontrar lo que está ignorado o escondido, venir en su conocimiento ». He aquí lo que nos enseñan los maestros de la Academia Argentina de Letras.

Esa figura envuelta en recias vestiduras era el sevillano « maestre de campo » Juan Osorio. Mal encuentro el de ese día con sus compañeros, con la autoridad que obedece y se complica, perseguido y forzado a buscar el camino que debe superar aquello que desconocía. Todo quedará rezagado ante la airada rapidez del bando contra quien tenía la orden de « distribuir los oficios de la milicia » : « Por ser el dicho maestre de campo que es en todo el exército a causa de la confianza que yo dél he tenido... » Nos refiere Mendoza. Ha conspirado y se le delata contando con expresiones vertidas sin alcance de orden y que recoge la denuncia falsa : « Ha alzado su propia bandera incitando a la gente... » Con inexorabilidad drástica extiende la sentencia el Primer Adelantado : « Que do quiera y en cualquier parte que sea tomado el dicho Juan Osorio, mi maestre de campo, sea muerto a puñaladas o estocadas las quales le sean dadas hasta que el alma le salga de las carnes; al cual declaro traydor y amotinador y le condeno en todos sus bienes... » Don Pedro de Mendoza vacila, todo parece sujeto a la vida inmediata. No se trata de un momento culminante de un combate, sino del todavía más intenso que precede a la acción. La conducta leal de Osorio perjudica sensiblemente al Primer Adelantado, pero justamente esa figura exangüe que ha quedado en la costa de Río de Janeiro, ofrece la ventaja de enseñarnos cómo ella va adquiriendo de nuevo su esbeltez a medida que le fueron despojando de lo superfluo. Llega la mirada fija del muerto hasta el ojo escrutador de Mendoza. Ya no se presenta ante la historia en su juvenil vigor, sino el tipo de un ser que ha recibido una injusticia, que, en su diálogo con el que le inspiraba sospechas, obraba bajo su temperamento apasionadamente activo. Su porte noble sigue tendido, su prestancia viril ha sido arrancada a la vida; avanzó despreocupado hacia la muerte que lo esperaba de espaldas, pero la levedad de su paso ha quedado en el suelo de América. Sus despojos frente al mar, cubiertos con un paño infamante, descansan junto al corazón todavía lleno de preguntas. Tenía 25 años para no morir... Su muerte pobló de alucinaciones la mente de los navegantes.

Las naves reanudan su paso por las aguas. Sensación de ascenso y descenso constante de las olas permite experimentar doblemente la idea de extensión y de esperanza en medio del océano que poco a poco todo lo devora al ceder un contorno ondulante cada vez más pronunciado. Alta mar dentro de una vigorosa acentuación española que irrumpe con el brío de la conquista ; y la espuma aparece de un blanco azulado entre la tempestad que sacude los mástiles y hace crujir los cascos hasta que amainan velas.

La flota avanza a través del curso del sol, del aire y del viento, otras cosas que quedarán detrás de la luz que nace sobre la tierra que se presiente. Pero en su apresuramiento, va más allá Don Pedro de Mendoza, que con sus manos va a tocar esa tierra iluminada. La lejanía logra una total expresión de naturaleza, una fron-

talidad confusa de movimientos... son los naturales quienes lo imprimen y ofrecen detallada anatomía de animado dinamismo. Se impone el contraste de la manera más acusada. Se van a enfrentar los navegantes y el suelo enzarzados en violenta lucha en momentos en que la historia contiene su aliento.

Desde el castillo de proa la vista se adelanta al horizonte. Los días telúricos comienzan a desprenderse de los vapores que lo envuelven, y quedan en plena libertad. Con precaución avanzan. A la escena la custodian los nativos y los conquistadores. Impelidos por la voluntad se enfrentan, el contacto no es igual. El indio despierta; ansiosos miran sus ojos al portador del anhelo blanco; se refleja la idea clara de una imagen en otra. El natural aparece preocupado por si debe o no dejar a esos hombres el presente tan bello y codiciado de su naturaleza. Se irradia una cegadora hermosura. La atrayente proximidad es el escenario de la vasta llanura que se va de uno a otro lado, la maleza no constituye el límite entre ellos. Hidalgos de refinada elegancia, de gesto un tanto fatigado, parecen interrogar con profundidad, frenando el desbordamiento de un realismo áspero y rudo. No era fácil entonces hallar personas que transigiesen y se incorporasen sin resistencia a las reacciones y sumergiesen en ellas la personalidad.

Si de primer intento se toma la idea o la expresión, la palabra que puede llevar a la solución del hecho significativo, nos ha demorado mucho tiempo. Para que retorne, es preciso detenernos en la garantía de una vasta documentación y apoyarla en los puntos esenciales de su primitivo olvido. Las naves han llegado a tierra, los conquistadores navegantes elevaron la mirada y la fijaron allá, hasta que una voz bronca y oprimente dio su presencia. Era la voz de la raza autóctona. Caía la noche astuta y azulada, olía el follaje arisco. El Primer Adelantado tomó una brizna y con ella dibujó en el espacio los contornos de una ciudad y en el suelo el trazo firme de un « Asiento » y « Puerto de Santa María del Buen Ayre ». La ciudad quedó así fundada en el aire que la elevó hasta el firmamento. El « acto » regirá como documento : « Asiento » y « Puerto de Santa María del Buen Ayre ». Su fundación perdurará más por el « acto », que por el Acta que no tuvo.

A « Santa María del Buen Ayre », los conquistadores la empujaron desde la costa llena de guijarros hacia tierra adentro en una espectativa de inmortalidad. Había nacido informe, luego llegarían aquellos que la delinearon y perfilaron. Nació áspera, pero la suavizaron las manos que moldearon el barro, balbucientes serían las moradas. Allí estaría el « piloto de río » Antonio Thomás, el alarife que con la ayuda de los carpinteros, herreros y calafates, comenzaría a construir, a cavar la tierra para afirmar el « Real español ». Su iniciación fue un medio de prueba en aquel silencio de expectación en que se movían los expedicionarios con soltura patética. « Santa María del Buen Ayre », vago nombre todavía para el rey, imprecisa sensación cargada de interrogantes. Radicada cerca de un río y por esa misma razón no desaparecida, como es lógico, nadie que piense en América hoy puede desprenderse de la vida del mar.

Vivían los conquistadores recelosos de que aparecieran sus enemigos. Por eso montaron vigilancias insomnes. Llegaron con la intención de fijar una ciudad, una residencia natural : « Santa María del Buen Ayre » dentro de la atmósfera recortada en un cielo tan finamente iluminado, como las miniaturas de los libros de horas. Ya conocemos los trabajos que realizaron por disposición del rey para hallar un sitio adecuado. La munificencia de la Corte despachaba peticiones con el agregado de lo indispensable. Trabajaron con el dolor, con la fatiga en el silencio de la soledad para afincar el poder de España, no podían evadirse de la gran responsabilidad de hacer historia, pero no contaron con los « ...aspectos diversos de la fatalidad histórica ».

Era el Primer Adelantado católico, apostólico y lo suficientemente romano para responder a sus creencias y a la corona de España. Había decidido enfrascarse en las ansias que atormentaban a los navegantes, pero se acentuó su enfermedad y se halló solo frente al destino signado por Dios. Sus ojos miraron al vacío, su pen-

samiento confundido descansó en la ilusión del « Acta », en el repartimiento de tierras y solares... Solamente quedaba en pie la iglesia que había mandado construir con el maderamen y los hierros de la « Santa Catalina ». Vamos a evocarla con el tacto del amor y con el contacto de la verdad para alcanzar sus rasgos primitivos. Tendría una sola nave, oscura y baja, donde habitaba visiblemente la Divinidad. Para el culto se había traído la riqueza de los brocados, el oro y la plata de los bordados y la tapicería que la exornaba.

A España se la recordaba en el suelo de América, descansando a la sombra de sus portales severos, al amparo de la magnificencia de sus tabernáculos, acostumbrada al púrpura y al escarlata de los ornamentos, a sus pedestales de plata, a sus maderas cubiertas de oro y al aire confidencial de sus campanas. Aquí, en este altar sencillo, se oficiaba la misa y se oían las preces de la Salve todos los viernes; sus voces sonaban taladrando la fe, lectura de las fórmulas latinas que parecían augurios mientras se pronunciaban jaculatorias como otros tantos motivos compensadores, bajo la bóveda que había sido de una nao... Una nave audaz de la conquista encogida en una celda; una nave para la nave de una iglesia. En su ámbito de madera y hierro, se detuvo la música de los pífanos y « atambores » en tono de alabanza. La nave buscadora de la soledad infinita del mar, halló en la tierra otra resonancia de la misma soledad para poder quedarse. Las estrellas del cielo marino aparecieron cautelosas y se esparcieron iluminando la descarnada techumbre de la iglesia.

Luego de la conquista, la despoblación despojó de su envoltura el poblado. Mientras el Primer Adelantado sentía que su cuerpo estaba atado a la vida con un solo eslabón, dispuso el viaje de regreso dejando la tenencia del puerto al capitán Francisco Ruiz Galán, ordenándole que, volviera o no Ayolas, regresara a España en la primera ocasión « sin detenerse poco ni mucho », recomendando a ambos, la despoblación, pues su gente se había reducido notablemente. La tierra movida en aventuras apasionadas, diezmó a los conquistadores por el hambre, llegando a la indigencia de acercarse a los indios en procura de alimentos. La lucha diaria fue lenta y sin relieve. El aire de la desesperanza rozaba los rostros, sólo emergía la valentía y la terquedad inquebrantables, pero habían elegido la lucha y fueron cayendo vencidos.

El momento crepuscular de la empresa se aproxima. El Primer Adelantado vino atraído por su magnitud. Los calafates y carpinteros han terminado de aparejar la « Magdalena », que va a regresar al mando de uno de los hombres más eficientes que registra este período de la historia: el « piloto mayor, guía principal y marino de experiencia Gonzalo de Acosta ». Militares, marinos, civiles y eclesiásticos que no habían limitado el vivir a su ambiente, sintieron decidida inclinación hacia la conquista, porque predominaba en ellos el sentido de continuidad al conocer el perjuicio que causaría su desamparo.

« Pífanos », « atambores » y trompetas dan la despedida. Don Pedro de Mendoza recordó los peligros que sacudieron el « Asiento » y el « Puerto ». « No he hecho nada se diría » mientras acudían aquellos que lo habían acompañado en la aventura. « Hubiera querido darle mejor estampa al Real... » Desfalleciente, dentro de su « jubón de tela de plata... », de su vestimenta en que se oscurecía el bordado de oro raído, el terciopelo chafado y las calzas descoloridas, sentía cómo la vida se le iba inexorablemente, mientras el viento hinchaba las velas recién desplegadas de la nave que lucía el escudo de los Mendoza y los metales de las cotas. Partía. Iba a yacer bajo el agua. Era la hora en que el Puerto solía despertarse...

La agonía de « Santa María del Buen Ayre », no tuvo grandeza, cedió en menguado oficio, pero con reacciones prometedoras; otras ansias comenzarían a sacudir al « Mundus Novus ». Porque América es inmortal, pudo arriesgarse en expediciones como las de los almirantes, pilotos y « capitanes de la mar » en los siglos que se pronunciaron pródigos en aventureros geniales.

diálogo

Influencia de la cultura francesa

DE RODRIGUEZ FABREGAT A TORRES-RIOSECO

SEÑOR DIRECTOR : Leyendo la edición número 78 de *Cuadernos,* correspondiente a noviembre de 1963, encontré una colaboración suscrita por don Arturo Torres-Rioseco titulada « Influencia de la cultura francesa en la literatura hispanoamericana » (págs. 69 y siguientes). Sin el menor propósito de rebatir a su autor en cuanto a la esencia del tema allí considerado, me permito, como asiduo lector de *Cuadernos* y en homenaje a lo que creo justo, remitir al señor director esta carta cuyo destino no es otro que desvirtuar dos afirmaciones deslizadas por el señor Torres-Rioseco.

En efecto, en la pág. 73, expresa textualmente :

« El gusto francés ejerció entre nosotros un noble magisterio de mesura y refinamiento. No es difícil imaginarse lo que habrían sido nuestras bellas letras sujetas al mandato del gusto popular plebeyo y a la anarquía del temperamento individual. Para darnos clara cuenta de lo que pudo haber acontecido podemos citar los ejemplos de les escritores en prosa, impermeables a las enseñanzas de la alta literatura: el de Vargas Vila, novelista colombiano que envenenó el gusto de una generación entera con obras pornográficas escritas en un estilo de una cursilería repugnante »... « ...El otro : Hugo Wast, es un novelista argentino, cuyos libros alcanzan ediciones de doscientos mil ejemplares ; sus novelas son de un estilo vulgarísimo, sus narraciones de un simplismo que da ganas de llorar »...

Bien ; tan agudos ataques a los estilos de Vargas Vila y de Hugo Wast (Gustavo Martínez Zuviría), sin perjuicio de reflejar la opinión de quien los hace, no pueden quedar sin respuesta ; porque, evidentemente, no son claro testimonio de lo que representaron, dentro de sus modalidades, estos insignes escritores contemporáneos.

Existe una opinión totalmente equivocada sobre Vargas Vila. Una cosa fue el Vargas Vila lleno de vigor, de colorido y de crudeza, y muy otra el Vargas Vila de las ediciones clandestinas, que ha sido, por desgracia, el que mayor difusión tuvo. En el *Diccionario de la Literatura Latinoamericana* editado en 1959 por la Unión Panamericana y en el volumen correspondiente a Colombia (pág. 132), José María Vargas Vila es objeto de un meditado estudio en el que, sin dejar de puntualizarse numerosas fallas de su obra, se afirma :

« ...luchó solo, sin mendigar la ayuda de nadie, y lejos de cenáculos y camarillas literarias ; no buscó el aplauso fácil, y a veces venal, de los gacetilleros del periodismo »... « ...pocos escritores de Hispanoamérica han gozado en vida de la notoriedad de que gozó José María Vargas Vila, y quizá a ninguno se le ignora hoy tanto como a él, especialmente en su patria »...

« ...como novelista, poseyó innegables dotes naturales de sensibilidad, de imagi-

nación y de fuerza »... « ...la obra de Vargas Vila merece estudiarse y conservarse, no sólo porque encierra un gran esfuerzo de altos ideales de bien, de libertad y de justicia, sino porque, a despecho de sus defectos artísticos, está sembrada de máximas y sentencias filosóficas, juicios muy certeros y valientes tiradas, con los cuales bien podría formarse un volumen ejemplar en la historia de la diatriba en tierras americanas, sedientas todas de libertad y de justicia »...

Y en la pág. 133 culmina este estudio —del que hemos transcripto sólo unos cuantos párrafos— con esta rotunda frase de Manuel Ugarte, el ilustre escritor y sociólogo argentino :

« ...entre 1900 y 1914 sus novelas alcanzaron difusión pasmosa y fueron la cartilla romántica de toda una juventud en el mundo hispánico. Son, pues, un precioso documento »...

En cuanto a Hugo Wast, al que tuve el honor de conocer personalmente y cuyo nombre luce al frente de un establecimiento educativo en Buenos Aires, desde hace pocos días, homenaje dispuesto ecuánimemente por gobernantes que no compartían sus ideas políticas, el señor Torres-Rioseco, comete otro yerro.

« ...su extraordinaria popularidad se debe a sus innegables dotes de narrador »... « ...autor de una extraordinaria fecundidad, ha sabido combinar muy bien la observación directa y la fabulación creadora »... « ...su obra está llena de las antinomias románticas —el bien y el mal, el vicio y la virtud— venciendo siempre la calidad positiva sobre la negativa »...

Agregaré que en 1922 obtuvo el Gran Premio Quinquenal de la Real Academia Española y posteriormente el Premio Nacional de Literatura de su patria.

Y un escritor que ha perdurado y que, no obstante una dura « militancia » ideológica contraria a la de las corrientes en boga, logró tantas distinciones y es juzgado de esa manera (como los párrafos del *Diccionario* citado, que transcribimos anteriormente), podrá provocar cualquier reacción, pero nunca subestimaciones tan injustas como la que ha promovido esta carta.

E. Rodriguez Fabregat (hijo)

POSADA : « LA VERBENA DE LA PALOMA »

ciencia

Ciencia y teoría del hombre andino

POR JORGE LUIS RECAVARREN

DESDE 1923 toca a los peruanos traer una aportación fundamental a la ciencia del siglo XX, afinando estudios e investigaciones sobre el « mal de montaña », « enfermedad de los Andes » o «enfermedad de Monge », denominación ésta última formulada en 1928 por el Decano de la Facultad de Medicina de París, H.G. Roger, en homenaje al clínico peruano Carlos Monge Medrano, fundador de la Escuela Médica Peruana y del Instituto de Biología Andina. Con tesón de pionero y espíritu vidente, este hombre, a partir de 1925, acumula experiencias, genera atisbos e intuiciones, investiga y medita, abriendo paso a la ciencia que trata de las enfermedades originadas en las grandes, medianas y pequeñas alturas de la zona andina del Perú.

Suman ahora enorme cantidad los libros, tesis, monografías, informes, artículos, etcétera, sobre el tema, pues los pocos, insuficientes y esporádicos trabajos que se publicaron antes del advenimiento del Instituto de Biología Andina, sólo se refirieron al hombre de nivel del mar afectado por las grandes alturas.

En 1927, Carlos Monge junto con otros notables pioneros (Alberto Hurtado, Enrique Encinas, César Heraud y un grupo de estudiantes de medicina) echan los cimientos del « estudio del hombre de la altura », orientado no sólo a la investigación de la enfermedad de los Andes, sino al enfoque del hombre en salud, es decir, al estudio integral del hombre andino —propiciando de paso el de la flora y de la fauna— dentro del medio climático o « habitat » correspondiente. Premisa, por lo demás, sentada desde los tiempos de Galeno, admitida por todo buen biólogo contemporáneo, pero en ocasiones olvidada como en los casos de D. Jourdanet y de J. Barcroft, quienes, en 1875 y 1925, respectivamente, afirmaron que los seres humanos de los altiplanos de México y del Perú, eran mental y físicamente inferiores a los de nivel del mar.

Tal aserción dio lugar a un histórico informe de Monge en el anfiteatro de la Facultad de Medicina de París, probando en el caso de Barcroft, que éste, al redactar su trabajo sobre el hombre cordillerano, era sin saberlo presa del mal de montaña subagudo —sobre el que hemos de volver más adelante— cuyos síntomas transfería como inherentes a los andinos, incurriendo en grueso yerro. Por mi parte añadiré que es probable que los hombres de ciencia francés y anglosajón eran pasibles de la influencia del racismo agudizado a raíz de las tesis del Conde de Gobineau y de Sir Austin Chamberlain, hoy en descrédito.

A estas fechas la Escuela Médica Peruana que va por la tercera generación de señeros investigadores, es una institución conocida y apreciada en los más avanzados y exigentes círculos científicos del mundo, con los que mantiene intensa relación de enseñanza, suministro de información e intercambio de experiencias. Y en la cumbre de su activa ancianidad, Carlos Monge ha dicho alguna vez al autor de este trabajo : « ¿Sabe? Me parece que hemos sembrado algo... »

El estudio del hombre de la altura o de la biología andina, es aplicable, con las particularidades de orden, a cualesquiera habitantes de zonas altas, comenzando por el Himalaya, pasando por el altiplano norteamericano y desembocando en Argentina, Bolivia, Colombia, Chile y Ecuador.

El hombre de los Andes

En tiempos prehistóricos las migraciones provenientes del norte se instalan en los Andes dando inicio a un proceso de aclimatación que, a través de los siglos, establece el respectivo equilibrio vital entre organismo y ambiente, excepción hecha de casos esporádicos en que esta armonía se rompe, cosa muy distinta de pontificar que los andinos son débiles o inferiores. Tales hombres y mujeres viven hasta en los 5.300 metros de altura en el Perú. De ahí que la Escuela Médica Peruana haya probado para los seres de las altiplanicies índices biológicos totalmente diferentes a los del hombre de los llanos.

No hay, pues, inferioridad, hay diferencias. El pasado nos lo enseña : antropólogos, etnólogos, e historiadores han situado las sociedades prehispánicas en el nivel de las grandes culturas. En efecto, las sociedades preincaicas y el imperio de los incas dejaron testimonios de grandeza creadora en punto a concepciones del mundo, sentido religioso, arte, ciencia, organización social, agricultura, vialidad y, por cierto, una sabia política sanitaria que ha puesto en relieve Carlos Monge al recorrer las páginas de los viejos cronistas españoles, en las que se puede admirar la claridad de intelección que tuvieron los antiguos peruanos al habituarse a clima y geografía, razón por la que Isaías Bowman afirmó que el andino está absolutamente adaptado a la vida en altitud.

Imposible detenerse a precisar las disposiciones de política sanitaria de los incas. Baste añadir que fueron ejemplares la colonización interior, la organización de los « mitimaes », el cuidado que emplearon con los súbditos que subían o bajaban de un nivel a otro de altitud. Realidad que tuvieron muy presente en la sazón de penar a delincuentes o rebeldes, disponiendo para ellos ostracismos en patente detrimento de la salud. En el turno de la guerra observaron bien las reglas al reemplazar en lapsos prudenciales las fuerzas que sitiaban lugares más bajos o de llano. Esto último tuvo decisiva influencia, tiempo más adelante, en las guerras de la independencia y en la del Chaco, entre Bolivia y Paraguay. Por lo demás, no hace mucho, frente a las ya aclimatadas tropas chinas, hubo no pocas bajas en las fuerzas indias debido a los casos de edema agudo del pulmón, forma mortal del mal de montaña agudo.

Al comenzar el proceso de « transculturación » sufrieron los europeos la agresión climática, siendo notorios y ya clásicos, entre otros síntomas, los casos de infertilidad entre español y española al habitar en las grandes alturas. Es copiosa en las Crónicas la relación de los autores en función del impacto que coetáneos y descendientes hubieron de experimentar, en siglos distantes.

Colonia y República

Es pertinente reconocer que ni la Colonia ni la República —hasta el pleno advenimiento de la Escuela Médica Peruana— se ocuparon en estas decisivas cuestiones, como sucedió en el incario con la legislación de Pachacutec. Pero leamos a Carlos Monge : « En el desarrollo histórico de estos pueblos cabe advertir que la Colonia destruyó la forma, pero no el fondo inmanente de las virtudes y tradiciones constructivas de la raza ; sus hombres fueron más fuertes que la agresión occidental, y resistieron enclaustrándose en sí mismos. Subsistió, a pesar de todo, el impulso ancestral del progreso humano : constructores de caminos, viajeros en rutas inaccesibles entre las montañas ; trabajos comunales de provecho local, regional y general ; agricultores, pastores, alfareros, obreros textiles, etcétera. »

La incuria, el olvido, la baja explotación que en el curso republicano se confabularon contra el oriundo de los Andes, han ido cediendo gracias a instituciones como la citada, de una parte, y de otra, merced a los círculos indigenistas y al advenimiento de partidos políticos que han señalado hasta el hartazgo este gran problema nacional y americano. Hubo, pues, para el hombre de la altura un lapso de larga crisis : so-

cial, educativa, económica, política ; pero nunca de tipo biológico o mental, producida por el medio geoclimático.

En los últimos decenios, entidades como el Instituto de Biología Andina, la Acción Andina de la OIT, el Instituto Indigenista Peruano en colaboración con la universidad de Cornell, el ministerio de Trabajo y Asuntos Indígenas, el Plan Nacional de Integración de la Población Aborigen y otros organismos nacionales e internacionales, trabajan activamente en diversos capítulos que dicen relación con la integración del andino a la vida activa del país, mediante variados métodos de « aculturación ». Y en esto radica gran parte del futuro inmediato y mediato del Perú.

La ciencia de la altura

En otra parte he escrito que el Perú es « un país aéreo », vista la altura en que mora gran parte de la población. « La distribución vertical del hombre sobre las tierras de altiplanos sucesivos, es una característica de las sociedades autóctonas de los Andes », subraya el doctor Monge. Geografía, climatología, biología, son verticales, sentencia el Instituto de Biología Andina. ¿Cómo son tales parajes?

Las alturas habitables llegan, como en escalera, hasta los 5.300 metros. Lugares, en fin, en los que se da una extrema anoxia, o sea sólo el 50 por ciento de oxígeno de nivel del mar ; una aguda disminución de la presión atmosférica ; una gran sequedad ; una palmaria radiación solar y cósmica ; y climas que van desde el cálido y templado hasta el subfrío y glacial. Ahí, las plantas evidencian una morfofisiología propia. Ciertos batracios se han tornado acuáticos contrariando aparentemente el proceso evolutivo. Y los hombres —ya lo vimos— ostentan características químicas y fisiológicas distintas a las conocidas al nivel del mar (Monge).

Más atrás quedó indicado que el cordillerano es un hombre aclimatado desde la prehistoria. La aclimatación es, entonces, el equilibrio entre el medio y el hombre. La falta de aclimatación precipita el mal de montaña, eritremia de la altura o enfermedad de Monge : síndromes eritrémicos, cardíacos, cerebrales, neurológicos, psíquicos, etc., ya simples o bien asociados. Esto ocurre —no siempre, desde luego— al hombre de nivel del mar que asciende a los Andes, en los que se aclimata después de un período de adaptación. Dentro de la terminología de Monge, la adaptación equivale a la enfermedad. Irse adaptando es hallarse sufriendo el mal de montaña crónico. « La adaptación en sí misma es una desviación fisiológica hacia un nuevo equilibrio : la aclimatación. » El mal de montaña crónico sobreviene en oportunidades al nativo de los Andes cuando se rompe el equilibrio entre geoclima y ser humano. Reviste dos formas el mal de montaña : agudo y subagudo, según se sientan los síntomas o tengan que ser advertidos sólo por el médico, pues el paciente no acusa la agresión climática de que es presa. « Soroche » es el nombre popular de esta enfermedad. También se da el mal del llano, con la sintomatología correspondiente, en el andino que ha bajado a la costa ; y debido a esto, por lo común, retorna al medio que abandonó habida cuenta que no se integra debidamente en climas sobreoxigenados. Estas enfermedades —la de la altura y la del llano— requieren un sistema de higiene preventiva que permite llegar a la aclimatación. De lo contrario, el daño es evidente.

Lo sucintamente expuesto ha dado lugar —según quedó apuntado al comenzar estas páginas— a la medicina de la altura, en primer término, y, en segundo lugar, al estudio del hombre de los Andes. El Instituto de Biología Andina cuenta hoy con personal de primerísima categoría en cada especialización y con modernos laboratorios en Lima y en diferentes altitudes, habiendo recibido a lo largo de ocho lustros ayuda invalorable de instituciones extranjeras como el Instituto de Salud Pública de los Estados Unidos y la Fundación Rockefeller, para citar sólo dos. La influencia de esta entidad en toda la América altiplánica y en otros sitios del planeta es notoria ; y no hace mucho ha quedado en Bolivia fundado el Instituto de Biología de la Altura, dirigido por Jean Vellard.

No cabe citar aquí todos los nombres —con las obras respectivas— de los grandes especialistas peruanos en estas materias. Aparte del citado Monge, tenemos sabios y notables hombres de ciencia como Alberto

Hurtado, Enrique Encinas, Pedro Weiss, Ernesto Delgado, Andrés Rota, Humberto Aste Salazar, César Merino, T. Velásquez, Mauricio San Martín (actual Rector de San Marcos), P. Mori y Chávez, Carlos Monge (hijo), Dante Peñaloza, M. Cervelli, C. Reynafarje y tantos más, honra y prez de la ciencia de este siglo. En fin, no se puede dejar de mencionar al grupo de ciencia aplicada —la Asociación de Médicos de Yauli— grupo dedicado a la clínica, la patología y la cirugía de las grandes alturas, en forma sistemática, llevándose a cabo, en el caso de la cirugía, magistrales intervenciones en el corazón a 4.300 metros sobre el nivel del mar. En torno del doctor Víctor Macagno trabajan profesionales de indiscutible pericia.

Teoría indispensable

Un cabal entendimiento de lo que implica el estudio del hombre de la altura, envuelve a mi ver la formulación de una teoría indispensable, urgente, cuyas concreciones inciden en lo educativo, psicológico, social, económico ; en lo histórico, en suma.

Por de pronto, es imperioso que desde el aula escolar los futuros ciudadanos de los pueblos altiplánicos —en este caso, los andinos— asuman conocimientos prácticos e imprescindibles de información sanitaria En una palabra : que la higiene preventiva obre benéficamente en los viajes de Cordillera a Costa y viceversa. Dar, pues, a los habitantes de países cuyos ámbitos presentan diferentes niveles geográficos y climáticos, información suficiente en función del aspecto que aquí interesa. No otro es el primer paso que hay que dar dentro de plausibles programas de integración nacional.

Conocimientos tales impulsan, por otra parte, a comprenderse entre hombres estimulados por tan encontradas diferencias, en un mismo país. La compenetración psicológica lleva como de la mano a pergeñar concepciones educativas de tipo regional, en verdad necesarias, y en función de un espíritu nacional más amplio y que, en nuestros días, ha de ser lo más distinto a todo nacionalismo de bazar o de conventillo.

Nada, entonces, de indigenismo o de hispanismo. Mestizaje, sí. Pero no sólo el biológico, sino el mental derivado de una intelección clara de lo que significa una auténtica comunidad nacional, aunque en ésta se den regiones diferentes y hombres de tez blanca o cobriza.

Sólo así se puede lograr un país en forma, dado que una integración idónea supone fecunda vida en sociedad, basada en legislación e instituciones propias, emanadas del medio mismo o adecuadas a éste, pero vigorosas, que responden cabalmente en el ámbito del que emergen. Esto conseguido, da como precipitado una efectiva convivencia de la que, como de un surtidor, salen las grandes realizaciones colectivas : reforma agraria, justicia económica, progreso en los niveles de vida y otros grandes quehaceres nacionales tanto de signo espiritual cuanto material.

Calcúlese si no hay tarea por delante en pueblos cuyas peculiaridades hemos visto tan someramente. Porque hasta la crisis que ha aquejado al Occidente —todavía no superada en totalidad— es acicate e impulso en nuestras colectividades hispanoamericanas para inventar e idear nuevas formas y futuros programas de vida.

No es otro el gran tema que nos atañe. Se trata de una profunda, real y efectiva toma de conciencia respecto del nivel histórico en que estamos, para poder arrancarle al futuro la estabilidad suficiente que nos acuerde un carácter protagónico en un mundo que, para amanecer en plenitud, exige no vivir conforme a una tasa valorativa que pudo otrora ser la adecuada, pero que ahora queda corta, para decir lo menos.

No es la vez primera que subrayo esto. He atacado el tema desde diversos sesgos. Pero sucede que por donde uno va, la realidad histórica se le presenta tensa y apremiante. Tan apremiante que nos comunica, a los de los países altiplánicos, la necesidad de comenzar, en el proceso de integración nacional, entre otras insoslayables, por una política sanitaria. Y es por aquí por donde estas líneas que sugieren una teoría, se dan con los principios informantes de la Escuela Médica Peruana. Y una exposición de lo que ésta encierra, sugiere el tema teórico que no es otra cosa que el ansia de ver claro en la totalidad de la vida humana, es decir histórica.

libros

Las perplejidades de Orfeo : El Coloquio de Buenos Aires del Pen Club

Todo artista verdadero es —debe ser— un inquisidor y un terrorista. Esas cualidades se manifiestan por lo común en grado relativo, se las oculta incluso, pero están en la raíz misma del impulso creador. Pues quien escribe un libro, pinta un cuadro, compone una música lo hace siempre de algún modo para escribir el Libro, pintar el Cuadro, componer la Música finales, aunque los resultados parecen indicar hasta el presente que el empeño no es demasiado fácil... Toda obra de creación —en la medida en que lo es, en la medida en que se yergue sobre la historia del arte— lleva en sí implícita la creencia de que ninguna obra previa cumplió de verdad con el ideal —lo que liquida inquisitorialmente el pasado— y también la intención de que lo que se logre sea tan absoluto que disuada de esfuerzos creativos a contemporáneos y sucesores —lo cual busca liquidar terroríticamente el presente y el futuro—. ¿Qué sentido tiene entonces un *coloquio* de inquisidores y terroristas de esta índole, que ni siquiera poseen un objetivo común, que persiguen fines individuales y excluyentes entre sí?

Quien haya participado en cualquier coloquio de artistas, de hombres consagrados al pensamiento, tendrá la experiencia —lo haya hecho en forma activa o como simple espectador— de la inutilidad final de esas reuniones en cuanto a la comunicación, al diálogo, a su objetivo declarado. Es posible que sean valiosas para el recíproco conocimiento personal, fuera de las sesiones, en los momentos de descanso, en los tête-à-tête. ¡Pero en las sesiones! Monólogos, una sucesión de monólogos en público, a menudo sin relación con el tema planteado. Y luego obstinación férrea : el acuerdo se produce sólo cuando por azar existía antes de hablar. Si no : monólogo y vuelta a encasillarse en la propia posición. Con la agravante de que, por falta de tiempo, cada cual corre el riesgo de presentar de sus ideas no un retrato, sino una caricatura. Tal es la sensación que provocan los coloquios. ¿Y cómo podría ser de otro modo?

La lectura de las actas del *Coloquio de Buenos Aires,* que el año pasado organizó el Pen Club de la Argentina —y que acaban de aparecer editadas como libro— no produce una impresión diversa. A un cuarto de siglo del XVI Congreso Internacional de los Pen Clubs —celebrado también en esta ciudad—, Buenos Aires volvió a reunir a numerosas personalidades del más alto nivel intelectual —Stephen Spender, Ignazio Silone, Michel Butor, Jean Cassou, Alain Robbe-Grillet, etc.—, quienes no dejaron de formular observaciones agudas y planteos ya originales, ya sensatos, etc. Sin embargo, la conclusión a que lleva la lectura del conjunto es la que el propio Jean Cassou señala en su ponencia : « Una asamblea de hombres inteligentes puede parecer la cosa más estúpida del mundo. La más estúpida por ser la más vana. Vana, absolutamente vana, en relación con los hechos y las circunstancias del mundo, absolutamente ajena a la obra de las potencias. Yo no creo que siempre haya sido así. Pero nuestro siglo es el más impermeable a las influencias de ese orden (el cultural). Y estoy persuadido de que figurará en la historia como el más negro de todos los siglos. Es sin duda porque jamás se habrá hablado de inteligencia y de cultura tan ruidosamente como en su transcurso, jamás se habrá visto tantos congresos de intelectuales. »

Cassou señala de tal suerte que nuestro mundo ha cobrado un ritmo que hace que las fieras no presten ya atención a Orfeo. Sin embargo, es obvio que Orfeo no ceja en sus esfuerzos de seducción : « Jamás se habrá visto tantos congresos de intelectuales. » Cabe preguntarse entonces cuál es la dirección en que se realizan

esos esfuerzos. Más precisamente : ¿cuáles fueron las notas distintivas del Coloquio de Buenos Aires?

En su intervención José C. Antuña pasó revista a los más destacados congresos de intelectuales celebrados en Occidente a partir de 1935. Los temas del Coloquio de Buenos Aires son prácticamente iguales a los de los que lo precedieron : « Relación entre cultura y sociedad », « Misión del escritor en la sociedad contemporánea », « Compromisos del hombre de cultura », etc. Lo que resulta notorio es el cambio de preocupaciones que se observa bajo los mismos rótulos. Pues si en los congresos anteriores *il pensiero dominante* fue el que concernía a la amenaza que el totalitarismo —hitlerista, franquista, stalinista, etc., según el momento— significaba para la cultura, en éste la alarma se concentró en el peligro mucho mayor que se alza hoy en el horizonte : el peligro de lo que podríamos llamar *la sociedad totalizada*. Implícita o explícitamente, en las comunicaciones de Silone, Weidlé, Huxley y muchos otros, se hizo patente la idea general de que los totalitarismos no habían pasado de ser meros ensayos, insostenibles por su grado de monstruosidad —desajuste—, en preparación para el nuevo estilo de vida que hoy amanece, consistente en una sociedad que marca rumbo a una sistematización tan total que ya no necesitará ser totalitaria. Semejante totalización —producto en gran medida de la influencia conjunta de la tecnología y de la irrupción de las masas— presenta su desafío a la cultura humanística a través de lo que se conoce como *cultura de masas*.

La cultura de masas fue así uno de los personajes principales de la reunión. Si se exceptúa la posición objetiva de Silone (« La cultura de masas plantea un grave problema : no se trata de reír ni de llorar, sino de comprender ») y la disposición casi favorable de Robbe-Grillet (« Hasta me pregunto si hasta cierto punto la buena literatura no se ve beneficiada por el mal cine »), la cultura de masas fue objeto de la vituperación general. Y en este sentido el coloquio sucumbió a un difundido lugar común : el de considerar que la cultura humanística es la víctima absolutamente inocente de un verdugo absolutamente culpable, la cultura de masas, que le cayó del cielo sin razón válida. Mientras que la cultura de masas representa una iluminación de las falacias de la cultura humanística, falacias que hay que buscar en el campo en que la cultura de masas logró imponerse : la diversión. En efecto, la diversión es el aspecto del que la cultura humanística ha venido abusando en los últimos siglos, en perjuicio de sus funciones más centrales, como la comunicativa, la fundadora de valores y la catártica. Y si la cultura de masas ha logrado arrebatarle la clientela es porque el ámbito de la diversión de algún modo no le pertenecía. El « humor negro » que distingue desde hace decenios a la vanguardia estética occidental es prueba de la mala conciencia de la cultura humanística respecto a su papel de bufón y también índice de una voluntad de cambio. Hubiera sido más interesante que el coloquio analizase estos fenómenos.

El segundo de los temas cuya consideración se propagó a lo largo de todo el coloquio fue el del papel que el creador de cultura debe desempeñar en la sociedad. ¿Debe comprometerse? ¿Debe aislarse? ¿Para qué sirve, en suma, un creador de cultura? Robbe-Grillet narró con gracia cómo mientras trabajaba en investigaciones de laboratorio hubo guerras y revoluciones sin que nadie le pidiese opinión sobre ellas y cómo al día siguiente de publicar *Les Gommes* no sólo se le exigió que respaldara a tal o cual candidato político, sino que se le reprochó no consignar en sus libros sus opiniones sobre guerras y revoluciones. Añadió que la tarea del artista no es ilustrar valores existentes, es descubrir valores nuevos. Puede afirmarse que, con muchas diferencias en los matices, hubo acuerdo unánime respecto a la opinión de Robbe-Grillet. Sin embargo, como el coloquio entero fue una pregunta sobre cuál debe ser la posición del creador de cultura de sociedad, parece oportuno analizar más este tema. Surge del conjunto de las actas la idea de una inseguridad radical del creador ante esa pregunta por su utilidad en el mundo actual. Se observa que puede dar muchas respuestas y justificaciones respecto a su labor, pero que al cabo ninguna de ellas lo convence plenamente, ninguna lo tranquiliza. Es que el artista está sucumbiendo progresivamente a la hipnosis de una sociedad que encumbra la tiranía de lo útil inmediato como único valor. Y en esa sociedad el artista carece de sentido. Se esforzará hasta el máximo para demostrar la bondad de su tarea, apelará a desplegar los magníficos antecedentes con que cuenta a lo largo de la historia ; la sociedad le responde con un encogimiento de hombros, con una sonrisa de condescendencia en la que se lee el fallo : inútil, *defunctus*. Procurará adaptarse, servir : la sociedad lo acepta en la medida en que sea su instrumento, para la « denuncia » moralizante de izquierda o derecha, para distraer la atención respecto a problemas más graves, hasta para enseñar prácticas audiovisuales o a leer y escribir... ¡Cualquier cosa, excepto en su condición autónoma del artista! Y el artista no puede tranquilizarse con ninguna de estas soluciones que implican una negación de su esencia.

Graham Greene, en su ponencia, dio a este problema una respuesta singular, acaso la más certera posible. Se refirió a *las virtudes de la deslealtad*. Dijo que el hombre de cultura, para

guardar esos valores de los que se le supone custodio, debe cuidarse de no ser forzado a lealtades. « Para el escritor —dijo—, es un deber ser considerado como inseguro, como desleal. No solamente debe rechazar privilegios y condecoraciones del Estado, sino que ni siquiera debe merecerlas. Honores, protección estatal, éxito, alabanzas del prójimo, todo tiende a minar la virtud de la deslealtad. El soldado, el hombre « leal », representan el entierro en masa, la bomba atómica ». Greene actualizó con su posición lo que Keats definía como la *negative capability*, que era para él el rasgo distintivo del creador, « el poder de quedar en la incertidumbre, en el misterio y la duda » : el esfuerzo denodado para no permanecer prisionero de la tautología que es lo público, para huir de la falacia de lo establecido, a fin de buscar los nuevos caminos entre los monstruos de las sombras.

Sin embargo, hubiera resultado preciso ser más radical. En un mundo como el presente, poseído por la demencia de la utilidad, hubiera sido necesario dejar sentada *la total inutilidad del artista*. El coloquio —símbolo en cierta medida de la intelectualidad occidental— se mostró vacilante, perplejo, secretamente culpable ante el índice con que la sociedad lo señala hoy : buscó demostrar que el creador de cultura *sirve* de algún modo. Había que dejar establecido que, frente a los supuestos deberes morales a que hoy se le pretende atar, el arte tiene el más profundo destino de una libertad que sólo justifica mediante el acto de creación, de invención. La esencia de lo artístico es *no servir para nada*. El arte de denuncia moralizante procede de un tipo de hombre que ya no cree en la función estética a la que su vocación lo condujo, de un hombre que necesita justificarse haciendo que sus obras sirvan, sean útiles : en realidad, tales obras representan el impacto en el arte de una tecnología que establece la tiranía de lo útil. La inutilidad que la creación artística debe reclamar para sí es la antítesis de lo gratuito : es la de lo precioso, la de lo humano por excelencia. La concepción —imperante en todas las facciones— que exige que el arte sirva, mira a la humanidad como si ésta fuese el reino vegetal o el reino animal, equipara la obra de arte a la flor destinada a asegurar la reproducción o al color que sirve al animal para una mimesis defensiva. Pero la « flor » que hace que la humanidad « se reproduzca » es de otra índole : esa flor es la capacidad para imaginar cosas locas, sin sentido aparente. Gracias a esa enigmática fuerza el hombre se ha alzado por sobre la animalidad y se ha constituído en el milagro que es : sobre el sueño inútil se asienta todo lo que hemos construído, todo el progreso material, todos los alumbramientos de justicia, verdad y moral. Quienes quieren que la poesía tenga « sentido » en el reino de los fines, quienes quieren que el arte sea inmediatamente útil en el mundo de lo opinable, quieren en realidad poner término a lo humano. Tal es el signo suicida de estos tiempos : con sus perplejidades, el Coloquio de Buenos Aires acaso lo haya subrayado doblemente.

H.A. MURENA

Manuel Peyrou : « Acto y ceniza »

Buenos Aires es la ciudad de adopción de Manuel Peyrou (nació en 1902, en San Nicolás de los Arroyos), y es en Buenos Aires donde sitúa la acción de sus novelas y cuentos, alardes de observación de tipos y ambientes de la ciudad porteña, y de rica inventiva en las situaciones y argumentos, pero trascendiendo siempre lo meramente pintoresco y localista, para tratar de expresar, a partir de la ciudad, sus barrios y la zona céntrica su clima de imprevisibles variaciones, y la idiosincrasia de sus habitantes, una imagen de tono universal. La ciudad es un vasto telón de fondo, y a la vez es incorporada por Peyrou como una especie de omnipotente *deus ex machina* que mueve, cerca y decide sutil o brutalmente en la psicología y en los actos de sus personajes. Aun en la primera de sus novelas, *El estruendo de las rosas* (1948), de corte policial, y que se supone trascurre en un país imaginario, es perceptible que Peyrou, empleando un método alegórico, describe conflictos y lugares que aluden a la realidad política argentina y que acontecen en Buenos Aires. A esta característica, acentuada en *Las leyes del juego*, novela de 1960, y en los cuentos de *La espada dormida* (1945), y *La noche repetida* (1953), habría que agregar otra, típica también de Manuel Peyrou y escasamente frecuente entre los actuales narradores argentinos : el humorismo. Peyrou manifiesta su peculiar visión de las cosas y los hombres de Buenos Aires, pero con el aditamiento frecuente de lo disparatado y a la vez piadoso de un humorismo chestertoniano. Con absoluta naturalidad, sin forzar para nada las situaciones a fin de producir el efecto regocijante o la leve sonrisa, Peyrou atempera lo violento y dramático de muchas de sus páginas empleando todos los matices posibles de un humor que deriva tanto de la exacta descripción de un gesto, como del ocurrente juego de palabras, creando en el lector la sensación de estar viviendo, de ser él mismo el reflejo de una realidad descrita por el novelista desde sus ángulos más inesperados, a fuer

de inmediatos y reconocibles, y mediante un lenguaje directo, diestramente conversacional.

Todos estos aspectos siguen teniendo validez en *Acto y ceniza* (Emecé Editores, Buenos Aires), la más reciente novela de Manuel Peyrou. Pero aquí debe señalarse, además, y a mi juicio como uno de los mayores méritos del libro, por la considerable tensión interna que agrega a la historia que se narra, la presencia de un elemento ya hasta cierto punto empleado en *Las leyes del juego*, cuya acción, como en *Acto y ceniza*, trascurre durante los años de apogeo del peronismo. Me refiero a una definida y persistente preocupación moral que el autor parece no querer abandonar ni siquiera en sus páginas más exteriores o intrascendentes. Una voluntad de analizar, desentrañar y juzgar a la luz de lo ético, el móvil y el sentido de las acciones de los protagonistas del libro. Y se trata, por extensión, de la descripción y el análisis de la crisis moral de una comunidad que en un momento dado se ve gradualmente resquebrajada por las presiones de la dictadura y sus conocidas secuelas de temor, delación, venalidad, injusticia y extorsión. En efecto, centrada al principio en un hecho (realmente ocurrido, por otra parte), de tipo policíaco-municipal, cual fue la arbitraria clausura de una fábrica por no haber accedido sus dueños a realizar una « donación » en dinero a cierto organismo del gobierno peronista, la trama de *Acto y ceniza* se desplaza, casi inmediatamente, hacia las consecuencias que el episodio en cuestión acarrea sobre las vidas de los individuos relacionados con él, modificando su visión del mundo, mostrándonos qué reservas, resistencias o debilidades ponen en juego ante el mal y la injusticia. Unos, al oponerse a ese mal mediante actos casi heroicos que en condiciones normales, por decirlo así, no hubieran tenido el ánimo de acometer, otros, por cinismo, impotencia, cobardía accediendo, violentando la propia conciencia ; y el protagonista de la novela, el industrial Liberman, en quien la desgracia material, la destrucción de lo que él creía la prueba inamovible de su existencia, de su afirmación en la vida, le hace volverse por vez primera hacia sí mismo, a su verdadero rostro, a pesar, quizás también por vez primera de otros valores. Esos dos planos —el acontecer externo de personajes urbanos comunes, sin grandeza alguna, pero colocados en la situación límite que supone siempre una dictadura y la anulación de la libertad y el derecho, y la conducta de esos personajes—, en que *Acto y ceniza* se desarrolla, son como los dos datos esenciales que se nos proponen para que, finalizada la lectura, hagamos una síntesis de ambos, extrayendo una visión de la Argentina y de los argentinos en ese momento de su historia. El autor ha insinuado en diversos pasajes de la novela, o ha expresado explícitamente, cuál es su propia visión, y por convincente, desconsoladora y pesimista que parezca (materialismo, mala fe y venalidad, en la mayoría, y escepticismo, dispersión, e innocua nostalgia de tiempos pasados, en los mejores), nos deja también, reconozcámoslo, un amplio margen para disentir.

ALBERTO GIRRI

Mathilde Pomès · « Gabriela Mistral »

TRADUCIR AL FRANCÉS poesía lírica de lengua española es siempre una aventura literaria. Cada lengua tiene su genio, sus astucias, sus abandonos, sus artificios, su moral. Mathilde Pomès para traducir algunos poemas de Gabriela Mistral al francés se ha visto en la obligación de despojar la lengua francesa de muchas de sus destrezas y, no sin modestia, de encontrar otras cautelas. Traducir es abandonar esquemas y fraguar otros.

Es un viejo lugar común decir que la traducción es traición. Del mismo modo se insiste habitualmente en que la traducción es una equivalencia o un comercio de dos estructuras, de dos estilos de vida, de dos genios diferentes. Seguramente, que traducir es cambiar un genio por otro y dejar sospechar que sigue siendo el mismo. El traductor es un prestidigitador que aprisiona un pájaro y lo hace cantar como si fuera otro, para que el público lo reconozca, lo entienda y crea que sigue siendo el mismo. El traductor de poemas es un poeta modesto, alerta y cubierto por una responsabilidad ajena.

Cicerón, Horacio, Dante, Erasmo, Lutero, Goethe, Chateaubriand, Leconte de Lisle, Valery Larbaud, Mallarmé, Schlegel, Croce, Chapman, Gide, Burton, Borges se han interrogado acerca de la traducción y no han llegado a conclusiones definitivas, después de difíciles paseos por la torre de Babel.

Traducir poesía es traducir más que un idioma, un tono. Es ser sordo de algún modo a su propia voz, pero en ese abandono descubrir la voz del otro, y entregarse a la equivalencia poética. En ese abandono existe una suerte de adivinación que logra el compromiso final del traductor : la creación del tono. Es este tono el que cubre de fidelidad la traducción de Mathilde Pomès, en su versión publicada en la colección Poètes d'Aujourd'hui, en las ediciones Pierre Seghers, París, 1963 (de 36 poemas, tres han sido traducidos por Roger Caillois y 53 por Mathilde Pomès).

Es del libro de Mathilde Pomès, de su versión y de su presentación de Lucila Godoy de donde desprende la imagen de Gabriela Mistral-poeta lírico que cantó a la ternura, a la desolación, que sospechó que el mundo es un mar de lágrimas y que en ese mar están siempre el alba y la luna blanca, la tierra inundada de fuentes, bosques maduros, donde alcanzaba a descifrar el lenguaje de los pájaros y el de las rosas. Y es por las secretas y voluntarias omisiones por lo que la existencia de Lucila Godoy se proyecta de este texto que deja recordar a la hija de Petronila y Jerónimo, que nació en una casa de adobe, en un pueblo, en Chile, en 1890 para ser el alma 2001 de ese pueblo, donde aprendió a cantar en poemas a su madre, que comparó a la planta de la menta. Maestra de escuela, en pueblos y ciudades de su país. Gabriela Mistral tuvo sangre vasca y también india. Leyó la Biblia y los poetas con los cuales se asombran siempre los poetas. Fue diplomática, criolla, campesina. Más orgullosa de su sangre araucana que de su sangre española. No sabía arraigarse en los lugares y deambuló por el mundo adivinando el secreto y el corazón de las noches, de los jazmines. Fue el clásico poeta lírico que adivina los países lejanos y los canta como si fueran propios, que se embriaga con el llanto de un chico y sospecha que « el amor está en el centro de la vida ».

Esta es la imagen que recrea con fidelidad melancólica Mathilde Pomès y que nos lleva a esa poesía como si la adivinara o la recordara...

MARTA MOSQUERA

Raúl Silva Castro : « Panorama literario de Chile »

El conocido historiador de la literatura chilena Raúl Silva Castro abre este su nuevo libro (Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1961) con una Advertencia en la que dice que escribió dicho *Panorama* con la intención de demostrar que, pese a lo que se ha dicho en Chile y en el extranjero, la literatura de su país merece un estudio cabal. No sé —ni quiero saber— nada de « esta confabulación del odio » contra la que surge este *Panorama*, ni de esa « leyenda negra » que gravita sobre Chile, a propósito de las letras de aquella nación, según el ilustre chileno. Ojalá no se hable también de confabulación del silencio de parte de quienes se sienten muy ajenos a consideraciones que no sean puramente objetivas. Y al margen de esa Advertencia me permitiré hacer observar que, a veces, lo que se toma por indiferencia puede ser ignorancia. Hay que reconocer que el libro hispanoamericano, en general, corre poco, y que, por lo menos en algunas repúblicas de habla española, no sé si en todas, el público se interesa más por cualquier novela europea o estadounidense que por las producciones literarias de los países vecinos. Para los verdaderos amantes de las letras hispanoamericanas es tarea casi imposible conseguir un libro si no ha sido publicado por una de las dos o tres editoriales internacionalmente conocidas, o si no se vive en la patria del autor. Aun así, en muchos casos, un libro publicado hace cinco años, por ejemplo, es un libro mítico, cuyo título se lee con nostalgia en las bibliografías y que pertenece al mundo de las sombras irrecuperables. Las embajadas podrían desempeñar un hermoso papel cultural y diplomático constituyendo en cada país extranjero una biblioteca o librería para la difusión de las obras nacionales.

Con lo dicho queda evidenciado el provecho que se saca de un trabajo como ese *Panorama literario de Chile*, que abarca desde el siglo XVI hasta la actualidad.

El autor rechaza lo que llama « el hábito de hablar de entidades abstractas como Romanticismo, Modernismo, Mundonovismo, Naturalismo, Criollismo, etc. » Prefiere la división por géneros : « El poema lírico », « El poema descriptivo y épico », « La novela », « El cuento », « El drama », « El artículo de costumbres », El ensayo », « La memoria personal », « La crítica de letras ». Justifica la clasificación adoptada explicando que con ella el lector puede seguir la historia de cada género. De acuerdo. Pero, al final, se añaden algunos apéndices titulados : « El movimiento literario de 1842 », « El certamen Varela de 1887 y presencia de Rubén Darío en Chile », « Los diez ». Preguntamos : ¿se trata del ensayo de una nueva clasificación de las circunstancias literarias, prescindiendo de los marcos tradicionales y ateniéndose únicamente a hechos chilenos? Tal clasificación resultaría muy original e interesante. Sin embargo, no se puede negar que Chile recibió la influencia del romanticismo, del modernismo y otros *ismos*, y Raúl Silva Castro tiene seguramente alguna opinión respecto de los matices que dichos movimientos tuvieron en su país. El autor del *Panorama* ha previsto el reparo cuando niega la posibilidad de encasillar a los escritores chilenos « dentro de las entidades mencionadas arriba ». Eso no obsta, se nos ocurre, para que se pueda hablar de un modernismo, o de un criollismo en Chile, hasta si un autor no es únicamente modernista o criollista. O entonces hay que borrar del vocabulario internacional dichas « entidades », ya que se sabe que, en rigor de

verdad, ninguna de las tales tiene unidad absoluta, y que, además, los críticos han utilizado los prefijos *pre-* y *post-*, de sabrosa vaguedad, para salir de apuro. Es que en este dominio no existen los límites, pero sí las tendencias. Por lo tanto, aceptamos la clasificación por género propuesta en este *Panorama,* pero echamos de menos, entre los Apéndices, unas pequeñas síntesis en las que se nos diría cuál fue en Chile el destino de aquellas entidades.

Raúl Silva Castro, autor de un enjundioso estudio titulado *Prensa y periodismo en Chile* (1812-1956), ha descartado, en su *Panorama,* ese aspecto de la literatura ; o, mejor dicho, no le ha atribuído un capítulo especial. Desde luego, no lo ha olvidado : no podía olvidarlo, puesto que los cuentos y artículos de costumbres salieron primero en los periódicos, y Raúl Silva Castro lo recuerda con razón. Una síntesis de ese valioso libro hubiera completado felizmente el *Panorama.* Tanto más cuanto que es en la prensa donde hay que bucear para encontrar los orígenes de cierta literatura hispanoamericana del siglo XIX. Celebramos pues, que el autor lo haya entendido así al referirse al « folletín » y a los « folletinistas ». Los « feuilletons » franceses inundaron los diarios chilenos poco *tiempo después* de su publicación en Francia. Aduciremos un caso para mostrar mejor aún la importancia de la prensa en la difusión de las modas literarias : antes que se publicasen los artículos de Larra o de Mesonero Romanos en los diarios chilenos, ya se habían publicado en los mismos muchos artículos de costumbres anónimos, sacados de revistas inglesas, francesas o españolas ; con lo cual queda de manifiesto la boga del género antes del buen éxito de los astros de primera magnitud, cuyos artículos se reprodujeron en la Argentina, Chile y Uruguay *a partir de* 1834, como trato de probarlo en mi tesis doctoral de próxima publicación.

Pero el autor de *Panorama* no ha querido « ensanchar dos o tres veces su volumen ». Es una lástima. Esperamos de él una historia monumental, en varios tomos, de la literatura chilena. En este *Panorama,* el autor muestra disponer de un material de información que le permitiría acometer tal empresa. Por otra parte, todos conocemos la gran labor que está haciendo en el campo de la investigación. Exposición clara, nitidez en la estructura son calidades que, por cierto, no le faltan a Raúl Silva Castro. Apreciamos también en su estudio la abundancia de nombres. El que este *Panorama* se parezca en ciertas páginas a un catálogo o diccionario, dista mucho de ser un defecto. En esta clase de trabajos, el lector busca datos. De todos modos, no hay monotonía, porque, con buen criterio el historiador sabe dar a los escritores más importantes el lugar que les corresponde, y les dedica hasta dos o tres páginas a cada uno, cuando lo juzga necesario. Además, para dar más variedad, Raúl Silva Castro recurre a veces a citas de críticos y autores.

Una bibliografía señala los estudios propios y ajenos publicados acerca de la historia de la literatura chilena. Un Indice de nombres citados ocupa las páginas finales del libro.

Y ya que es el momento de formular votos y augurios, terminaremos deseando que este *Panorama,* de indispensable consulta, tenga la difusión que se merece.

PAUL VERDEVOYE

H. A. Murena : « Ensayos sobre subversión »

En el primer ensayo de este libro, « La subversión necesaria », se habla del hombre de letras y de sus exigencias de justicia y belleza perfectas. Protegido por la gloria o rechazado por la sociedad, esas exigencias no son alteradas, pues designan aquello de más alto que alienta en la criatura humana y que viene a ser, precisamente, lo que la mayoría de éstas olvida u oculta. Esas exigencias —que se resuelven en subversiones necesarias— no pueden ser sofocadas en quien entrevió el resplandor de la ciudad de los hombres, de la ciudad justa en donde « la muerte no existirá ya más, ni habrá ya más duelo, ni grito, ni trabajo ». Quien entrevió esa ciudad no puede ni podrá conformarse con mejoras parciales ni consolarse con paliativos. De allí ciertas actitudes del hombre de letras cuya apariencia es tan a menudo la contradicción y que obedecen a que no pudo hallar el alimento dotado del presentido sabor de la pureza. Este sabor presentido —sustancia de la poesía— formula la esperanza del hombre de letras, le asegura su insobornable continuidad en un quehacer cuyo sentido el mundo en que vivimos niega día tras día. Este sabor presentido es el que alienta en las páginas de *Ensayos sobre subversión* (Ediciones La Torre, Universidad de Puerto Rico, 1963).

En el segundo ensayo, « Historia de algo que ocultamos », se analizan las motivaciones que han hecho posible en Occidente los actuales *ersatz* de lo divino : la economía y el erotismo (cuya existencia implica la total desacralización del cristianismo). Remontándose a la antigüedad, el autor los origina de la partición cuerpo y espíritu que fue y continúa siendo el emblema del hombre occidental. Al apelar a los datos de la historia de la filosofía, Murena acentúa

ese eficaz sentido del humor que tan a menudo brilla en sus escritos. Ejemplo de ello, el cuarto con la estufa junto a la cual Descartes medita : *Se oye un rechinar y un crujir que sugieren descuartizamientos. ¿Es ese el sonido adecuado del pensar?* Es que Descartes está nada menos que escindiendo con sumo esmero a la criatura humana : aquí el espíritu (*res cogitans*) y allá el cuerpo (*res extensa*). Una vez terminada su faena Descartes pensaría, tiritando : ...« que se las arreglen para juntarlos ».

En el tercer ensayo, « Ser o no ser de la cultura latinoamericana », se cuestiona la existencia de dicha cultura intensificándose el análisis en torno a la literatura en particular. Murena elucida la identificación —o confusión— entre literatura y política, tan evidente en nuestro continente, y en ese contexto, al revisar las grandes obras, aisla un sentimiento que califica de profético y que viene a ser un rasgo común a ellas : « ...trátase del más intenso y profundo anhelo de concordia entre todos los hombres »..., que « como impulso de conjunto, acaso carezca de precedentes ». Ese anhelo no sólo cuajó en manifestaciones sumamente positivas (superación de todo conflicto racial, puntos de vista pacifistas, etc.), sino que constituye, respecto de Occidente, un hecho premonitor, pues Occidente se va *sudamericanizando* cada vez más en este sentido, cada vez más hay testimonios de esta « voluntad (...) de construir para todos en la tierra la ciudad justa ». Al considerar numerosas obras y movimientos literarios explica Murena por qué ni el *indigenismo* ni el *cosmopolitismo europeo* han podido ni pueden expresarnos auténticamente. Sólo una fuerte conciencia de la propia precariedad aliada a una aceptación sin servilismos de las culturas extrañas permitirá crear una propia cultura válida : gran ejemplo de ello fue el modernismo. Luego de pasar revista al núcleo de altos valores latinoamericanos surgidos casi en los mismos años (Reyes, Borges, Vallejo, Villa-Lobos, Freire, etc.), se interroga el autor sobre las manifestaciones más actuales. De nuevo, como si estos altos valores no hubieran enraizado suficientemente de manera que suscitasen una suerte de continuidad artística y cultural, se aliena la literatura en nombre de la política... « porque la política ofrece en apariencia una solución inmediata a la cuestión de ser... », cuestión que viene a ser « la llaga de América Latina ». No obstante, los mejores avanzan cada vez más cerca de la « zona cero ». Lo corroboran sus obras que se caracterizan por una « asunción voluntaria del nihilismo ambiente para promover una reforma vertical de la sociedad... ». Otra característica : « su rápida sensibilidad ante el fenómeno de lo mundial », del que da cuentas la atmósfera (como de fin del mundo) que impregna sus obras. De allí que Murena finalice su ensayo ampliando el alcance de la pregunta inicial, que era *¿adónde va la cultura latinoamericana?* para convertirla en esta otra : *¿adónde va la cultura occidental?*

En el último ensayo, « El estridor del conformismo », se refiere el autor a la propaganda y a las psicosis por ella engendradas. Tras de haber servido a fines religiosos pasó a ser un arma cultural, luego comercial, y actualmente política. Murena demuestra cómo y cuánto la propaganda implica unanimidad servil y conformismo total, y culmina su análisis restituyendo al término revolución su prestigio inicial o, si se quiere, su significación más genuina. Mientras en todo el mundo no se oye más que « el estridor del conformismo » la Revolución verdadera se halla hoy estancada. A ella alude sin cesar H.A. Murena en estos ensayos lúcidos y exaltantes que le acreditan una vez más como uno de los mejores escritores hispanoamericanos.

AL. P.

Jorge Guillén : « A la altura de las circunstancias »

«¿Dónde estoy? Me despierto en mis palabras. » Estos dos primeros versos nos indican el camino para obtener una imagen fiel del nuevo libro de Jorge Guillén : *A la altura de las circunstancias* (Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1963).

A lo largo de su obra, la palabra aparece exigida más que en su virtualidad, en un personal sentido de lo sustantivo. Existe como entidad ; no es vehículo de idea o sentimiento, sino la objetivación de su lucidez o de su complacencia. La palabra está *desde antes*, y Guillén la rodea, la exalta, la corporiza, consciente de sus límites. Leemos, mas el geométrico enlace de los vocablos revela, principalmente, la dificultad de transmitir un emocionado ritmo interior. También la fosforescencia de los sonidos seduce al autor y agota su lirismo, impidiéndole acceder a una fuente de conocimiento : lo circunda como a un territorio obstinadamente extranjero. Ese conocimiento vendrá, quizás, de una actitud metafísica. Pero la contemplación da sus frutos al verdadero contemplador ; Guillén se *despierta* de ella sin haber encontrado una definición, una segura senda. De ahí que su conflicto se evidencia en la expresión poética, disminuyendo su fuerza de convicción. Por ello, el esfuerzo que realiza es todavía débil, completo en sí mismo,

sin apertura, pues Guillén no apela a lo que tiene de más vivo sino a lo que tendría muerto o antes de despertar : « *¿Dónde estoy? / Me despierto en mis palabras. / Por entre las palabras que ahora digo, / A gusto respirando / Mientras con ellas soy, del todo soy / Mi nombre...* » En la composición « A pique », las palabras podrían ser « *ratas, ratas del perdido barco* ». Los versos de « Despertar español » y del soneto citado configuran, a nuestro juicio, toda una poética.

*

Si hay un tema central es el de la esencia y la existencia. Para Guillén, la existencia está antes que la esencia : « hay que estar para ser », pero solamente obviando esa existencia (la terrestre) se llega a aprehender lo esencial. (Obviar y rechazar son aquí términos cuya recurrencia nadie olvida durante la lectura de estos poemas). Tal método de ascesis indirecta sería posible entroncarlo con la experiencia de algunos místicos, como San Agustín, si tuviera poder de resolución y de fe. El mundo, las cosas, el hombre, el *tiempo de historia,* representan una materia de la que es preciso deshacerse. La vida, en fin, es un aire confuso, un acontecimiento excesivamente inestable, un *embrollo* que sirve a otro estado más duradero, menos *ignoto* ; compacto, hacia el cual aquélla tiende sin remisión. Pero no vaya a creerse que estamos frente a un proceso catártico ; no, pues en la catarsis no entra el desdén, sino un acendrado renunciamiento. Aquí hay, simplemente, temor, oscuridad. La existencia es un mero accidente, y Guillén no sabe darnos —al menos con frecuencia— sus realces, ésos que la vuelven duradera y trascendente. La humildad en la « Dimisión de Sancho », y la conmiseración en « Pietá », son nuevos signos que corroboran tal aserto : fragilizan, si no mutilan, esa voluntad amatoria que surge en « Atención a la vida » —uno de sus mejores poemas— y en « Afirmación humana » : « *Amas, inventas, creces / En ámbito de pánico, / Que detener no logra tus esfuerzos / Tan enérgicamente diminutos / De afirmación humana.* » Impulso que —deducimos— es más producto de una descarnada evocación que de sus intuiciones.

El amor tampoco es capaz de fecundar su interés, aunque a veces lo parezca. El amor, en sus variadas expresiones, es un sentimiento lateral : « El amor bastaría », escribe, prosiguiendo con un nominalismo empobrecedor de sus relaciones : « *La madre copartícipe, / Una mujer devota, los amigos* » y aun « *nada existe que valga / con atracción de imán.* » El imán, lo centrípeto, está en otra parte. Quien se detiene en el mundo no poseerá más que un goce efímero e irreal, un dolor no suficiente. La realidad es otra, y de más allá. La tarea es reencontrarla, ya que alguna vez fue nuestra. Pero no pensemos en la encarecida búsqueda de la unidad, en la que los románticos alemanes ocuparon sus destinos. No es su fibra. En Jorge Guillén todo está previsto ; ningún desbordamiento atenta contra sus cuidadosas estructuras verbales ; la búsqueda resulta, por lo tanto, vulnerada en lo más hondo : es un castigo, más que un alumbramiento. El poeta nos descubre entonces la monotonía de sus vibraciones. Lo latente y lo muerto se asemejan.

Indudablemente, el exilio peculiariza una vocación en la cual la subjetividad de la nostalgia se hace cada vez menos permeable. Esto ocurre en la obra de algunos poetas españoles de su generación que, cuando no se definen apasionadamente (como en el caso de Salinas y León Felipe) nos ofrecen, en cambio, una actitud sutilmente negadora. Los valores específicamente humanos son tratados por Guillén con una reticencia y desconfianza tal vez dictadas por el desarraigo involuntario. Es interesante destacar en *A la altura de las circunstancias* el papel altamente protagónico del silencio en contraposición a su dominio técnico del lenguaje. El poeta acaricia esperanzada y desesperanzadamente la idea de un silencio equilibrador. La palabra es mera dicción u objeto, un juego que es impostergable llevar a sus extremos, a ese silencio que viabiliza su inmersión en el universo total. El silencio, horma de Dios. El le aclara su fugacidad y le permite personalizarla en un paisaje que va de lo descriptivo a lo confesional y en el que reconocemos una gran sensibilidad pictórica : « *La tarde se contempla desde el monte / Fijada con aplomo en el silencio. / Silencio tan continuo da al espacio / Tersura de materia, calma limpia, / Profundidad de cauce donde fluye, / Visible río largo, la corriente / Del tiempo, de mi tiempo, de esta vida / Perdida y no perdida que me aclara / Su ingenuidad de tránsito brevísimo.* »

Sus libros anteriores, reunidos bajo el título de *Cántico,* estaban animados por un sentimiento más natural y directo. En su última obra, *Maremágnum, Que van a dar a la mar* y *A la altura de las circunstancias,* no acontece lo mismo : lo religioso interfiere desfavorablemente al creador. Y si en aquéllos encontrábamos poesía —aun con tantas ligeras anotaciones diagramadas como poemas—, en estos últimos sólo algunas bellas composiciones, de una belleza que no se incorpora ni a nuestras concepciones ni a nuestra sangre. Y la poesía —citando a W. Blake—, como la verdad, nunca puede ser dicha de manera que pueda ser comprendida sin ser creída.

FEDERICO GORBEA

Manuel Gálvez : « Me mataron entre todos »

AUTOR DE UNA VASTA OBRA en el campo de la novela y la biografía, Manuel Gálvez, escritor argentino desaparecido en fecha reciente perteneció con Leopoldo Lugones y Roberto Payró, entre otros, a la primera promoción de literatos que consideraron en la Argentina el ejercicio de las letras con sentido profesional, es decir, como su actividad primordial (al menos en lo posible), y no como un pasatiempo, o como una cualidad social o, en el mejor de los casos, como el incidental tributo que un político, un general o un médico resolvía rendir a la « cultura ». Gálvez fue un trabajador infatigable ; la producción que dejó es irregular en distintos sentidos, y no hace falta agotarla para advertir en ella dos aspectos : uno, el del escritor propiamente dicho, autor de novelas tan dispares como *Historia de arrabal*, literariamente violenta e intuitiva, y *Hombres en soledad*, más pulcra y pensativa ; otro aspecto, el del « hombre de partido » (sobre todo en sus novelas históricas y biografías). En su caso, esto último significó ser nacionalista y derechista, y si tales circunstancias, como es obvio, no pueden ser objetadas desde el punto de vista literario, pueden serlo desde este punto de vista cuando repercuten desfavorablemente sobre la tarea del escritor. Muchas obras de Gálvez sufren de ello : el autor pierde de vista la crítica de sí mismo cuando, en carácter de nacionalista o de rosista, se permite efusiones que el mero literato quizá habría evitado. Este cariz se acentúa cuanto más realista o histórica es la obra en cuestión, y Gálvez, probablemente por razones de época, fue un escritor realista e incluso naturalista. *Me mataron entre todos* (Emecé, Buenos Aires), novela póstuma del autor considerado, adolece particularmente de los inconvenientes señalados.

Su argumento es tan singular, y esta singularidad es tan importante en relación con los méritos de la novela, que resulta indispensable sintetizarlo, no sin antes señalar que tiene una curiosa historia propia. « El asunto se me ocurrió —refiere Gálvez en el prólogo— en forma escueta, harto esquemática, en 1921 o 1922. » Se lo contó en Buenos Aires a Ricardo Baeza, en esa época, y el crítico español le recomendó escribirlo sin pérdida de tiempo, pero « yo dejé transcurrir nada menos que treinta y seis años ». Alrededor de 1950, Manuel Gálvez relató el asunto de su proyectada ficción, por carta, al novelista chileno Eduardo Barrios. El autor de *Los hombres del hombre* le confesó que ya se le había ocurrido a él el mismo tema y le señaló, en el libro citado, el pasaje que lo resumía. Ambos escritores decidieron entonces renunciar a la composición de la obra respectiva en favor del otro y así se lo anunciaron recíprocamente por carta. « Por fin —agrega Gálvez— le propuse que cada cual hiciera la suya. Barrios convino, diciéndome que, de cualquier manera, nunca se parecerían los dos libros, siendo mucha la diferencia entre su modo de novelar y el mío. »

En *Me mataron entre todos*, el protagonista, Segismundo Cuenca, es un eminente filósofo argentino que ha heredado de su abuelo Silvano Cuenca (estanciero, vidente y honesto curandero), por vía de su padre (el distinguido y escéptico psiquiatra Santos Cuenca), una evidente aptitud o propensión para las más consagradas ciencias del espíritu y aun para ciertas formas menos usuales de ellas (como las investigaciones metapsíquicas). Profesor de metafísica en la Universidad de Buenos Aires, Segismundo Cuenca, a raíz de una trepanación craneana, adquiere súbitamente la facultad de leer al paso los pensamientos ajenos ; naturalmente, ello le depara un cúmulo de sorpresas muy desagradables con su mujer, sus hermanas, su padre y otros familiares y también con sus colegas ; Segismundo Cuenca, pese al título, no muere (sino moralmente), y la novela termina cuando va a salir de la clínica donde lo han encerrado.

Este argumento, como puede apreciarse, es el de una novela « fantástica » y pertenece por completo a la literatura de lo « extraordinario ». Sin embargo, Manuel Gálvez lo trata de modo realista, como si narrase una serie de episodios corrientes, y más aún, al escribir en primera persona pasa por alto la circunstancia de que el supuesto relator es un metafísico. El detalle tiene importancia. Se conocen novelas de tono autobiográfico cuyo protagonista es una humilde fámula, o una prostituta dotada —por el novelista— de grandes condiciones para el relato y la meditación ; pero esto sucede en una novela, pues, en suma, una novela es una arbitrariedad humana ; no hay novelas en la naturaleza, y, por otra parte, el autor hace escribir a su fámula como un filósofo, en beneficio de la expresión o de la invención. Manuel Gálvez procede al revés : su filósofo escribe como una fámula, en perjuicio de la expresión y de la invención, y de ello resulta que hechos insólitos y presumiblemente pasmosos no pasan de parecer una serie de habladurías cuya intensidad culmina en la candorosa indignación de quien los refiere y no en el asombro que deberían provocar esas nuevas y extrañas cualidades del protagonista. Eso sí : el « hombre de partido » aprovecha la ocasión para insertar numerosas digresiones sobre la moral, la tradición, las buenas costumbres que se pierden, etc., que tal vez puedan ser de útil lectura a quienes no busquen en este volumen una novela.

LUIS JUSTO

Sergio Gutiérrez Olivos : « Subdesarrollo, integración y alianza »

Pocos TEMAS existen hoy de una importancia tan fundamental para América Latina como el que trata este estudio de Gutiérrez Olivos. En efecto, hace ya varios años, cuando ciertos hechos políticos pusieron en evidencia la necesidad de eliminar el subdesarrollo como factor perturbador en las futuras decisiones de la política mundial, los países occidentales y especialmente los Estados Unidos comprendieron la urgente ayuda que era necesario dar a países cuyo bajísimo nivel de vida y alto crecimiento demográfico, comparado con el norteamericano o europeo, los transformaba en regiones difíciles de incorporar y mantener en el mundo occidental o, en el peor de los casos, en focos de posibles estallidos revolucionarios.

La aparición de Africa como continente liberado de los antiguos lazos coloniales, integrado por países soberanos y con gobiernos estructurados bajo la clásica forma liberal occidental de la división de poderes, pero cuya situación social y económica, mejor dicho cuyas bases sociales y económicas eran fundamentalmente distintas por no haber alcanzado aún el nivel occidental, indicó un nuevo camino en la situación internacional. Cuba, por otro lado, con su gobierno declaradamente comunista, bajo cuya influencia ese país iba a adquirir una nueva fisonomía social, económica y política, fue la segunda señal de alarma que transformó el problema del subdesarrollo de vastas regiones geográficas en una cuestión de absoluta actualidad que debía ser solucionada en el más breve plazo posible.

Subdesarrollo, integración y alianza (Editorial Emecé, Argentina) analiza en forma clara, breve e inteligente este fenómeno del subdesarrollo y de los medios posibles para superarlo. Decimos inteligente porque Gutiérrez Olivos no se detiene en su libro en la fórmula limitada, y aparentemente eficaz, del hecho económico para explicar la situación de los países subdesarrollados. Por el contrario, trata de ampliar el horizonte causal y luego de analizar los diversos factores determinantes llega a la conclusión de que « el subdesarrollo más que un fenómeno económico que opere, en uno u otro sentido, *sobre* la sociedad, vive *en* la sociedad ; más que un *fenómeno*, constituye una *situación*. »

Pero, no obstante ampliar su horizonte en cuanto a la explicación del fenómeno del subdesarrollo, este estudio no deja de lado los hechos concretos, objetivos, que muestran los distintos aspectos del problema. Gutiérrez Olivos presenta sintéticamente los datos que configuran esta situación : inflación, energía eléctrica, vivienda, gastos de defensa, industrias, etc., y dedica especial atención al análisis de lo que se ha dado en llamar el deterioro de los términos del intercambio, situación que queda claramente demostrada a través de un párrafo del discurso que pronunció Lleras Camargo ante el Comité de los Veintiuno en Bogotá en 1960 y que reproduce la obra que analizamos : « ... Luego observa que bastó una reducción del 7 % al 8 % de los precios e ingresos que obtienen por sus exportaciones los países insuficientemente desarrollados entre los años 1957-58 para que se produjera una pérdida de la capacidad de importación que equivale a los préstamos que el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento podría hacer a las naciones subdesarrolladas durante seis años, al ritmo de 1956-57. »

No se detiene este estudio en la presentación de los elementos negativos del problema, sino que pasa a tratar luego las posibilidades de solución que están planteadas actualmente en el plano internacional : la Alianza para el Progreso y la integración económica regional. En los dos casos Gutiérrez Olivos muestra las dificultades que encuentran en su camino estos dos proyectos de reforma americana. En cuanto a la Alianza, la resistencia de grupos sociales aferrados a sus hábitos económicos, la inercia de los países americanos en cuanto a la presentación de proyectos concretos para ser financiados y ante todo la lucha contra el tiempo, es decir la posibilidad de realizar reformas de estructuras por medios pacíficos y democráticos, antes de que las presiones políticas y sociales internas en los países americanos conduzcan hacia las reformas por medios revolucionarios y dictatoriales.

La integración que se ha pretendido desarrollar con un criterio similar al que ordenó el Mercado Común Europeo no progresa debido fundamentalmente a la falta de coordinación y de centralización de movimientos. En el caso de la integración por medio de la ALALC, los actos concretos son escasos y en cambio abundan las declaraciones de tipo genérico.

El panorama que muestra este útil estudio es esencialmente realista y no nos asombra que su autor haya insistido en repetir los conceptos de Raúl Prebisch « de que se requiere en esta materia grandes decisiones políticas, pues no cabría esperar del simple juego de las fuerzas económicas una distribución equitativa de las ventajas' », con lo cual amplía el criterio de valoración de la realidad social al poner lo político por sobre lo económico, atribuyendo la última palabra y el principal acto a la inteligencia del hombre para ponerse a la altura de las circunstancias históricas en que vive.

ALICIA JUSTO

notas

La humanidad cotidiana de la pintura flamenca

El auge industrial de las ciudades de Flandes, que desde el siglo XI convirtió a Brujas, Gante, Ypres, en emporios activísimos de comercio internacional, determinó en las últimas etapas de la Edad Media la briosa afirmación de una sociedad enriquecida, ansiosa de exhibir sus grandezas y su poder ; de gremios influyentes interesados en perpetuar su preponderancia ; de seres, en suma, deseosos de retratar su presente para asombro y admiración de generaciones futuras, triunfo mundano de la vanidad, ostentación de bienes tangibles, de vida sin sobresalto, de epicureísmo que no profanaba convicciones religiosas sinceras, sencillas, sólidas y sin torturas metafísicas. El hombre en su ambiente, la mujer en sus ocupaciones, el pueblo en sus tareas y en sus fiestas, ¡qué mundo plástico para explotar, para fijar sus perfiles concisos, densos, y su concepto elemental sobre los problemas del alma, cuando los goces de la existencia se aceptaban con natural alegría, y el más allá no infundía pánico alguno porque lo sobrenatural no entraba en la vida del individuo! Vivir era un don que no se desdeñaba. Y el cuadro de las costumbres populares, en las ciudades flamencas, era abigarrado, pintoresco, colorido, jocundo, chocarrero y vulgar en veces, ruidoso y sensual, y la vida chorreaba júbilos y fiestas para todos : ¡cómo no iba a trepar a la paleta de los pintores!

Los grandes mercaderes, igualando a los señores, se rodean de lujos. Las Cruzadas han contribuído a despertar el apetito de cosas inigualadas, porque aportaron del Oriente las tapicerías fabulosas, las armas exóticas, las gemas raras, los objetos curiosos. En siglos de feudalismo se han ido acumulando tesoros en las casas, y se quiere lucir ahora la opulencia, el bienestar, el gusto por la existencia suntuosa. Mientras el pueblo bebe y se divierte, nobles, comerciantes, artesanos ricos encargan a los pintores y grabadores sus retratos y los de sus mujeres, para que perdure la imagen terrena y perecedera, ennoblecida por el arte.

Cerveceros y tejedores, tapiceros, orfebres, buscan así su inmortalidad, y los pintores trabajan para la gloria mundana que exalta trajes de terciopelos, pellizas de pieles, damascos y brocados, sedas y encajes, la vajilla y el moblaje que enorgullecen a sus poseedores. Maderas sombrías y lustrosas, alfombras mullidas que asordinan los ecos, cortinados que crean la ilusión del recogimiento y amenguan el brillo de los utensilios de cobre y de oro, integran esa penumbra intimista que realza, serenos protagonistas majestuosos, al comerciante que tiene de la mano a su esposa, tanto como a la Virgen bien vestida con el Niño en brazos.

Porque el realismo vigoroso y saludable de la pintura flamenca, mórbida y luminosa, cálida y táctil, pero sin vibraciones estremecedoras, sin pasión y sin vértigo, enfrenta con un criterio peculiar los motivos religiosos.

El tema de la fe, indudablemente, es el más repetido, el más documentado, el que tienta más a los artistas de estos siglos, como tentará a los del Renacimiento. Pero no hallamos el arrobo místico que idealiza y transfigura, la llama quemante o el transporte ultraterreno. En el mundo pictórico flamenco, hombres y santos se codean como buenos vecinos. En ciertos cuadros, solamente el halo, colocado casi con la dignidad decorativa de una diadema, es el que reivindica, sobre la cabeza de algún personaje, la calidad divina ; tal, por traer sólo un ejemplo entre tantos, en « La Adoración de los Magos », de Van der Goes, donde los Reyes de Oriente vestidos con terciopelos y brocados más parecen ricos síndicos o señores de la alta burguesía, que las figuras legendarias de la historia sagrada. Esa veracidad, ese realismo en la pintura religiosa, es la expresión de un pueblo sin retorcimientos mentales, de moral firme, que no concede mucho terreno a la imaginación. La fantasía no hace falta cuando la existencia ofrece, al alcance de la mano, la realidad de sus goces.

Por eso nos llamó siempre la atención el modo de vivir que trasluce la pintura profana. Lejos de las alegorías mitológicas, el hombre común elige el honrado retrato con el cual ingenuamente

cree eternizar el énfasis de su poderío presente. Él, su mujer, sus hijos, sus amigos, se pavonean en las telas de colorido notable, y el ajuar que les rodea dice con elocuencia la situación envidiable alcanzada en el plano de las comodidades materiales. Esos cuadros de la vida doméstica, subrayan los pequeños placeres, la compra, el paseo en familia, la ocupación del esposo, la poesía de la sencillez, de lo cotidiano, de la gente común que vive y muere sin estrépito.

Hombres que saborean el jarro de vino espumoso, en rueda de amigos, mientras la dueña de casa cruza la escena con la sopera humeante ; enamorados que acuden a comprar sus anillos nada menos que a un santo orfebre, patrono de la corporación de los orífices ; la madre que cuchara en mano da de comer en la boca al pequeñuelo ; fiestas populares, francachela y ruido ; bodas en que abundan los manjares y la bebida colma los vasos ; artesanos y mercaderes captados en el taller o en el salón, en medio de los atributos de sus menesteres o dignidades, no tienen menos vigencia que la pintura mística flamenca. Ésta, como dijimos antes, ha descendido de su plano metafísico, nivelándose con el mortal ; y sin duda en muchas Madonas se repetía el modelo de alguna virtuosa doncella de Flandes. Ciertas « Anunciaciones » no se diferencian de una visita que tiene por escenario un dormitorio de casa rica por cuyas ventanas se ven jardines prolijos como viñetas de un Libro de Horas.

Grandes nombres de la escuela flamenca llenan cerca de cuatro siglos de arte europeo. Por todas partes esta modalidad impetuosa, rotunda, dominadora de formas y claroscuros, fue dejando la huella de su influjo. Ruedan los nombres famosos, los Van Dyck y los Holbein, Memling y Durero, Van der Weyden y Breughel, Jordaens y Rembrandt... Grandes o pequeños maestros, no escapan casi nunca a la preocupación burguesa, ellos también, de hacer por sí mismos lo que para otros han hecho : fijar para la posteridad, la vida de familia o el propio rostro ; raro es que falten los autorretratos, « la esposa del artista », « el artista en su taller », sus hijos. Aportación notable para complementar la fisonomía de la época.

Una humanidad auténtica, exuberante, amiga del boato, transita por los óleos y grabados de estos pintores que copiaban de la vida el tono embriagador y jubiloso. En ella, como esos incendios de otoño que prenden cabelleras rojas a los árboles, resplandece el postrer fulgor de la Edad Media.

Pero la pintura flamenca siempre narrará la aventura del vivir diario, la sosegada escena doméstica, los placeres del amor y la mesa, el encalmado pulso cotidiano de una existencia que se desliza fácil, metódica, ordenada, sin conmociones profundas.

Saliendo del medievo, ya están al acecho todas las pasiones, el puñal y el veneno, el arte y la intriga ; un aire nuevo sopla sobre el corazón del hombre.

Nuevos tiempos presagian el despuntar del Renacimiento.

DORA ISELLA RUSSELL

BORGES Y NERUDA

De una cntrevista hecha por Héctor Charry Samper a Jorge Luis Borges :

« — *¿Qué opina usted sobre la candidatura de Pablo Neruda para el Premio Nóbel? ¿Qué opina usted sobre la poesía del chileno?*

— Pablo Neruda en este momento es uno de los buenos continuadores de la tradición de Walt Whitman, como lo es Carl Sandburg. Políticamente estamos distanciados ; recuerdo que publicó un poema sobre los tiranos verdaderos o falsos de América, y nos dolió mucho a los argentinos que no hubiera una sola palabra contra Perón. »

RECUERDO DE EDUARDO BARRIOS

De ademanes suaves y voz apagada, pulcro en el vestir, sentado tras su amplio escritorio de ministro de Educación o de director general de Bibliotecas, Eduardo Barrios daba la impresión del funcionario nato y, de no conocer su biografía, nadie hubiera supuesto en él una juventud aventurera en el norte de Chile y en los países limítrofes, especialmente en el Perú, donde vivió varios años ; nadie hubiera supuesto tampoco sus tiempos de bohemia santiaguina en compañía de Claudio de Alas, Martín Escobar, Fernando Santiván, Daniel de la Vega y todas las figuras que dieron tanto colorido a la vida literaria chilena alrededor de 1915.

Lo curioso del fenómeno estuvo en que si Eduardo Barrios había adquirido el exterior de un apacible funcionario, continuaban hirviendo dentro de él sus antiguas experiencias y proporcionándole material para escribir, en la tranquilidad de su hogar burgués, libros ardientes e inquietos, en los cuales las escenas del pasado no habían sufrido la acción del tiempo, que según don Jacinto « todo lo borra, y cuando es algo enojoso lo borrado, no deja ni el borrón para recuerdo ».

Por cierto que su tormentosa juventud no debió de ser un recuerdo enojoso para Barrios ; pero resultaba extraño que hubiera podido continuar con ella un diálogo tan secreto y tan íntimo, cuando el andariego bohemio se había in-

movilizado, hacía ya tanto tiempo, en la quietud burguesa más completa.

Sin ser hosco ni retraído, Barrios se mantuvo alejado de las actividades mundanas. Muy rara era la ocasión en que, después del trabajo, se plegaba a la costumbre tan santiaguina del aperitivo. Cada tarde se marchaba directamente de su oficina a su casa, y allí, si no se encerraba a trabajar en sus libros, se limitaba a la sociedad familiar o de un pequeño grupo de íntimos.

Esta actitud, que se veía en él perfectamente natural, correspondía, sin duda, a una filosofía de la vida madurada después de sus juveniles andanzas. Eduardo Barrios era un *sage*. He oído contar por alguien muy verídico, que después del primer gobierno del Presidente Ibáñez, en el cual Barrios había desempeñado los cargos de ministro de Educación y de director general de Bibliotecas, cierta persona le había reprochado el sufrir la nostalgia del poder y de sus privilegios. El interpelado, sin apartarse de su habitual serenidad, habría respondido : « Mi amigo, hace ya muchos años que los bienes de este mundo han dejado de interesarme. »

Creo en la veracidad de la anécdota porque, aunque no lo frecuenté mucho, siempre me dio la impresión de un hombre sereno y despojado de ambiciones. En estas mismas páginas de *Cuadernos*, Raúl Silva Castro ha dado testimonio de que, en 1952, cuando Ibáñez llegó al poder por segunda vez, ofreció a Barrios un cargo de embajador que el escritor declinó « haciendo valer que sus gustos no iban a las obligaciones de la vida diplomática ».

Hubiera podido aprovechar el renombre que sus libros le dieron para colocarse en el plano espectacular de un escritor a la moda, halagado por el snobismo. Al contrario, vivió en un retiro de trabajo y meditación, sin nada de huraño ni de modesto fingido. Era alegre y fino de maneras, cordial y sencillo. Mariano Picón Salas, en su delicioso libro de recuerdos de juventud, cuenta que al llegar a Valparaíso, sin amigos ni conocidos, escribió a Eduardo Barrios y que éste le contestó inmediatamente invitándole a ir a Santiago. Dice Picón Salas que encontró la acogida más generosa en la casa de la Plaza San Isidro, donde entonces Barrios vivía, y que éste desplegó tal actividad, que a los pocos días el venezolano contaba ya con un cargo pedagógico que le permitía vivir. Yo conocí otra faceta de la generosidad del novelista : cuando vio la luz una de mis primeras novelas, Barrios, ya célebre, publicó un elogiosísimo artículo en el cual decía : « A mí me habría gustado escribir este libro. » Los que saben las asperezas de la vida literaria, apreciarán la generosidad de tal gesto. En aquel tiempo, yo conocía muy poco a Barrios y no tenía otro contacto con él que el de casuales encuentros.

En su libro de recuerdos, Picón Salas describe la casa del novelista, en la Plazuela San Isidro de Santiago, rincón que hasta ahora ha conservado un aire provinciano, con sus frondosos árboles y sus viejas casonas de anchos portales. Tal vez en esa misma época en que la frecuentaba el escritor venezolano, yo concurrí una noche a la tertulia que allí se reunía y en la cual Barrios —siempre con su actitud amable y tranquila— lejos de acaparar la conversación, escuchaba con interés lo que sus invitados contaban. Encontré allí un ambiente cordial, pero arrastrado por mis correrías de muchacho, no volví más a la casa de San Isidro.

A comienzos de 1960 encontré a Eduardo Barrios por última vez, en la puerta de la Biblioteca Nacional, en Santiago. A pesar de su avanzada edad, se le veía erguido y con el tinte rosa de sus mejillas que dio a su semblante un aire de perpetua juventud. Conversamos agradablemente un momento. No era Barrios el *hombre del monólogo sobre sí mismo*, tan frecuente hoy. Al contrario, sabía interesarse por los otros.

Junto con Joaquín Edwards Bello, fue el gran novelista de la capital chilena. *Un perdido*, como *El roto*, son libros netamente santiaguinos, con variedad de ambientes y tipos particulares de la ciudad. *Un perdido* es una novela intensa y vivida, con multitud de personajes, cada uno original y admirablemente destacado. Digo vivida porque el autor, aunque no haya protagonizado por sí mismo todos los episodios, ha sabido testimoniar sobre la base de sus propias experiencias, tanto como sobre la base de sus observaciones, realizando así la auténtica novela, que no puede ser sino recreación de la vida.

Mucho se ha discutido acerca de si Eduardo Barrios fue o no el principal protagonista de *El niño que enloqueció de amor* y de *Un perdido*. Para mí no hay la menor duda de que lo fue, como lo fue también de *El hermano asno* y de todas sus otras novelas. Un novelista de la categoría de Barrios es siempre, en mayor o menor grado, el personaje de sus intrigas y aún, a veces, llega a repartirse en varios personajes de un solo libro. La *boutade* de Flaubert : « *Madame Bovary c'est moi* » es de un valor incontestable.

Como a la mayoría de los novelistas chilenos, el campo dio a Eduardo Barrios elementos ricos y variados. Así compuso su obra *Gran señor y rajadiablos*. El dibujo de los personajes, la variedad del colorido, el ritmo de la acción, el equilibrio entre los elementos rudos y sentimentales, colocan a esta novela en primer rango de la producción latinoamericana. El único reproche que tal vez podría hacérsele es cierta complacencia en buscar efectos retóricos de sabor clásico.

En cambio *El hermano asno*, verdadera filigra-

na psicológica, se ajusta a una mayor sobriedad de escritura y a una más pura transparencia de estilo.

Es curioso anotar que los tres más eminentes novelistas chilenos modernos, Eduardo Barrios, Augusto d'Halmar y Joaquín Edwards Bello, son originarios de Valparaíso. Pero si el Puerto nativo ocupa gran espacio en la obra de los dos últimos, está casi ausente en la de Barrios. Si no me equivoco, Valparaíso sólo aparece en una de las novelas cortas contenidas en *Páginas de un pobre diablo*.

Eduardo Barrios falleció a una edad avanzada, después de haber realizado su obra (una quincena de volúmenes) y de haber dado el ejemplo de una vida ajena a las vanidades mundanas y literarias. Su prestigio se extendió más allá de las fronteras de nuestra lengua. Ni él mismo sabía cuantas ediciones de *Un perdido* y otros libros suyos se habían hecho en Chile y en el extranjero. Ese prestigio no hará seguramente sino afianzarse con el transcurso del tiempo entre los grandes valores de nuestro idioma.

SALVADOR REYES

« ROSAS DE LA INFANCIA » : LOS LIBROS EN QUE APRENDIMOS A LEER

Evocar el nombre de María Enriqueta, es recordar con sincero reconocimiento de gratitud a la insigne letrada que enseñara las primeras letras a varias generaciones. Si María Enriqueta Camarillo de Pereyra no se ganara la vida como mentora, tiene en cambio el honor de que sus cinco libros de texto, *Rosas de la Infancia*, sirvieran de guía a una pléyade de abnegados didactas para que ellos enseñaran las iniciales letras y los fundamentales preceptos de moral a varias generaciones infantiles de la capital y de la provincia mexicana.

Traer a la memoria el nombre de la bienamada poetisa tlacotalpeña y de sus libros de base, es evocar la inicial vertiente de nuestra vida ; es volver a recorrer aquella etapa de nuestros días en la cual ellos no sabían ni de vertiginosas corrientes, ni de angustiosas y profundas simas, sino solamente de plácidos y sonrientes remansos. Sí, de serenos remansos, porque en esa edad en que recibíamos de *Rosas de la Infancia* las primeras normas de pundonor y de ejemplar civismo, nos deleitábamos también, con las ingeniosas narraciones de Mark Twain, releyendo los cuentos ejemplares de Andersen y solazándonos con las sugestivas descripciones de los hermanos Grimm.

En 1912, cuando la autora de *Album Sentimental*, de *Enigma y Símbolo*, de *Arca de Colores*, radicaba en Madrid, casada con el historiador Carlos Pereyra, la Casa Bouret de París, le encomendó la elaboración de cinco libros de lectura para los niños mexicanos. Atendiendo a las normas pedagógicas del momento, la autora, quién como las insignes educadoras Gabriela Mistral y María Montesori sentía acrisolado amor por los niños, e impulsada por esa inefable fuerza que es capaz de pulverizar las propias rocas, se dedicó a la tarea de elaborar la obra educativa para los infantes de su patria, donde en aras de su compromiso al confeccionar aquellas amenas lecturas, depositó toda su ternura y su singular talento.

Quien relea algunos pasajes de sus novelas, de sus breves narraciones y de su copiosa obra lírica, descubrirá el fenómeno insólito y la ironía de la vida, que en sus párrafos un tanto pesimistas y sombríos, ella se la pasa persistentemente invocando a la muerte. En las viñetas de su *Album sentimental*, dibujadas por ella misma, persiste en la misma tónica fúnebre, al diseñar sólo jardines solitarios y parajes sombríos, despojados del tono radiante de la vida.

Como ya apuntamos, por fenómeno insólito, a los noventa años de vida y cargada de gloria y de arraigados recuerdos, etérea y menudita como siempre ha sido, tal vez aún persista en su deprimente obsesión, pero con ella continúa des-

SURVEY
A Journal of Soviet and East European Studies
APRIL 1964
TRAVELS AND STUDIES
A number of scholars who have recently visited the Soviet Union and countries of Eastern Europe give First Hand Reports in the forthcoming issue of
SURVEY
They have been looking at a model Sovkhoz, the old and young in Soviet philosophy, writers in hibernation, Ulbricht's kingdom, Czechoslovakia's economic problems, Bulgaria's Golden Sands, and the daily round in Hungary. An intimate travelogue by a Czechoslovak communist writer and a fresh view of Gomulka's Poland are also included in this round-up of the East European scene today.
Annual subscription : 30/- or $4
Free sample copy on request
Ilford House, 133 Oxford Street, London, W.1.

afiando implacablemente a la muerte. Ahora, al paso de los años, al evocar el nombre de María Enriqueta, trasladamos junto con su nombre los pasajes claros de nuestra niñez hacia aquella etapa atesorada siempre de ingenuas vivencias, que tienen sólo las transparencias del agua y la blancura impoluta de la nieve.

Hace algunos años, impulsado por el recuerdo de gratitud que le debemos a la insigne letrada veracruzana, me trasladé hasta una de las calles de la Colonia Santa María que ahora lleva su nombre, con el fin de entrevistar a la doblemente ilustre viuda del historiador Carlos Pereyra.

Durante mi visita a la dulce poetisa venerada en varios círculos literarios de América, recuerdo que, mientras ella gentilmente se esmeraba en corresponder a mi espontánea entrevista, ya sea ofreciéndome deliciosos pastelillos elaborados por sus manos, ya sentada delante del piano para obsequiarme con las « Danzas Mexicanas » de Jordá, me percaté de que una diminuta tortuga le seguía sus pasos por toda la casa como un perrito fiel. Cuando el gracioso quelonio tocó varias veces sus botines con su cabecita, ella exclamó con espontánea naturalidad :

— Ya es hora de darle su lechuga ; así es como me pide de comer.

Se levantó de su asiento parsimoniosamente y quedé sorprendido al contemplar aquél extraño caso de como la tortuga seguía a su ama para que le diera su diaria pitanza.

— ¿Usted no tuvo hijos? —le pregunté al observar aquél fenómeno de frustramiento maternal.

— Mi ilustre esposo Carlos Pereyra al referirse a la posible esterilidad de mi vida, me decía con resignación : « No te preocupes por no tener hijos, porque ellos te impedirían también lograr otros mejores. » En efecto, estos son mis únicos hijos —me dijo al mostrarme unos cuarenta volúmenes, que me regalaba, al despedirme de la dulce y esclarecida poetisa.

Al recordar ahora, la exigua y encorvada figura de María Enriqueta, ya muy minada como lo seremos todos por la erosión del tiempo, me pregunto tratando de investigar el arcano : ¿Por qué esperar el injusto arribo de la muerte? ¿Por qué esperar para rendirles pleitesía en el cementerio a quienes por sobra de valer la deben de recibir en vida?

Toda una larga vida ha transcurrido después que ella redactó su colección de libros para la Casa Bouret de París ; todavía hará unos veinte años sus *Rosas de la Infancia* estaban vigentes en el magisterio y servían de guía a mis menores compañeros ; pero desde entonces, o tal vez desde varios años antes todavía, el nombre de María Enriqueta permanece lamentablemente bajo los estratos del olvido.

Pero un volandero exhorto proveniente de nobles corazones, un creciente clamor de todos los que en sus libros adquirimos la simiente del saber, se está gestando para quien merece en vida un homenaje de veneración de quienes en *Rosas de la Infancia* aprendimos a leer : un gran homenaje de gratitud y de entrega nacional.

JOSÉ DE ALBA

¿ DECADENCIA DE OCCIDENTE ?

Denis de Rougemont dice en su artículo « Decadencia, caída, renacimiento », publicado en *Revista de Occidente* (Madrid, novbre-dicbre 1963) :

« Pero ¿se me dirá que la potencia real de Europa no está en proporción con su población? Es exacto en el sentido de que, por cabeza de habitante, la producción americana sobrepasa hasta ahora la de Europa. Pero el ritmo de crecimiento es mucho más rápido en Europa que en los Estados Unidos. En cuanto a cifras absolutas, Europa ocupa el primer rango en la producción de acero, de hierro fundido, de hulla, de cemento, de manteca y leche —productos básicos—, mientras que los Estados Unidos ocupan el segundo lugar y la URSS el tercero. Eso respecto a la cantidad. En cuanto a la calidad, la evaluación precisa es evidentemente más difícil. Sin embargo, he aquí un ejemplo cifrado que no me parece falto de significación : producción de sabios de primer orden calculada en premios Nóbel para las ciencias desde 1901 —fecha de la creación del premio— hasta 1961 : Rusia y democracias populares : 9 laureados. Estados Unidos : 52. Europa occidental : 147. Otros países : 8.

« Pero se dirá todavía : 'Esas cifras son abstractas. Seguimos sintiéndonos aplastados...' Es verdad. Es que no nos sentimos todavía ciudadanos de una nación de 355 millones, es decir, de 430 (contando los satélites europeos de la URSS), sino solamente ciudadanos de un pequeño Estado de 5, 10 o 50 millones que no está a la escala del mundo nuevo. Es porque no está formada la Europa unida y resulta absolutamente preciso, por tanto, hacerla, para que nuestra capacidad global se realice, no sólo en las estadísticas, sino en nuestra conciencia. »

LA IGLESIA DEL SIGLO XIII Y LOS JUDIOS

La obra *Précis d'histoire juive,* del historiador ruso Simón Dubnov (edición francesa de 1936), publica el texto de la bula que un papa dirigió a los obispos de la cristiandad hace más de siete siglos, en 1247, en defensa de los judíos. Se dice, entre otras cosas :

« Hemos oído las amargas quejas de los judíos, a los que se cubre de las más abyectas calumnias con objeto de tener un pretexto para atacarlos y pillar sus bienes. Si se encuentra el cadáver de un hombre asesinado, se les acusa del crimen. Y sin instrucción judicial se arroja en prisión a inocentes, se les tortura y se les condena a una muerte vergonzosa. Así, los judíos tienen que sufrir de los señores y de los monarcas actuales aún más de lo que sus antepasados sufrieron en Egipto, en tiempos de los faraones. No permitimos se persiga a los judíos y os ordenamos tratarlos afectuosamente. No deben tolerar que los judíos sean de nuevo oprimidos ilegalmente por los eclesiásticos, los nobles y los funcionarios. »

FERNAND LOT, LAUREADO

En Bruselas, se ha otorgado el gran Premio « Rojo y Verde » 1963 al libro *A l'assaut des secrets de la vie*, de Fernand Lot, cronista científico del *Figaro Littéraire* de París y director de las emisiones científicas en la Radio francesa.

Como recordarán nuestros lectores, *Cuadernos* publicó recientemente dos capítulos de la obra en cuestión.

DERROTA DE MAUPASSANT EN CHILE

El lector latinoamericano de buena voluntad estima que en los concursos literarios se trata de destacar lo mejor que se presenta y que si no se procede así es para no declarar desiertos los certámenes, o porque los jurados se equivocaron.

Suponer —como ya lo están haciendo algunos escritores— que las personas que consiguen el dinero para un premio determinado se encargan de dirigirlo para que el mismo llegue a determinados elegidos, es asunto interesante, que debe probarse.

En una tercera escala de estrategias invisibles lo que se busca no es el dinero mismo de la recompensa, sino el prestigio, y se selecciona a los postulantes por su color político u otro motivo. Cierto sector totalitario ha ejercido, en el último tiempo, en forma victoriosa, este predicamento, no sólo adjudicando premios a sus adeptos, sino que también editándoles libros mediante el control de las editoriales latinoamericanas por medio de los asesores literarios, gerentes ocultos o hasta el expediente de los correctores de pruebas para ver si, a última hora, es posible ejercer censuras favorables.

En suma, los subterfugios serían los siguientes : 1) Premios por color político ; 2) Premios para los amigos o testaferros de los que procuraron el dinero de la recompensa ; 3) Ediciones de libros realizadas por métodos similares.

El problema era probar que se estaba en el infierno y meterse a caminar por él de la mano de algún grande, como lo hizo Dante acompañado de Virgilio. ¿A quién recurrir nosotros? He aquí nuestra historia. El diario *El Sur* de Concepción (en Chile), abrió un concurso de cuentos, pero la presencia del profesor Rojas como jurado produjo inquietud. Sus « Encuentros » en la Universidad de Concepción no fueron independientes. El Certamen aludido buscaba prestigio, por cuanto el premio era bajo : 80 dólares por un cuento.

Nuestro problema era como el del humorista inglés sobre las carreras. El propietario del caballo (antes de darle la partida) está sentado en el anca del animal y el jinete en su montura. Este da vuelta a la cabeza y le pregunta : — ¿Usted también va a correr conmigo? Y el propietario le responde : Sí, señor. Deseo saber, personalmente, por qué mi caballo no gana.

Pero los autores para saber por qué sus libros y cuentos no obtienen nada —ya lo dijimos— deben descender al infierno.

Por tratarse de un certamen de cuentos (el del diario *El Sur*) como en el caso de Dante, le pedimos la mano para participar al insigne Guy de Maupassant, autor de 214 cuentos maestros. Vale decir un Cervantes galo. Maupassant accedió gustoso y se presentó con un cuento. Desde el cielo de los creadores le hizo algunos cambios de nombres para situar su relato en Chile, como correspondía. Demás está decir que el docto profesor Rojas y todo el jurado no vio nada. Guy de Maupassant no obtuvo ni siquiera una mención entre 172 participantes chilenos. Uno de ellos era yo, que tampoco obtuve nada... Maupassant y yo fuimos derrotados por hombres de más vivos colores.

Hizo bien Dante en acompañarse de Virgilio para caminar por el infierno. Vio y supo muchas cosas. Nosotros también, de la mano de Maupassant, pues el docto jurado chileno ignoró que estaba participando el genial francés con un cuento famoso. ¿Acaso no leyó todos los trabajos? En todo caso, seis chilenos muy desconocidos, derrotaron a Maupassant el 1 de octubre de 1903. El cuento de Maupassant enviado al certamen de *El Sur* de Concepción figura en el tomo II de sus *Obras Completas* (Aguilar S.A. de Ediciones, Madrid, 1952).

La moraleja es simple : a participar en todos los certámenes organizados por revistas, refinerías de petróleo, fábricas de zapatos, universidades y otros institutos, pero de la mano de un Grande. Así, la derrota resulta sabrosa...

ANTONIO DE UNDURRAGA

EL PREMIO NADAL A UN COLOMBIANO

Por primera vez el Premio Nadal se adjudica en España a un escritor de la América Latina. El favorecido ha sido Manuel Mejía Vallejo y su novela *El día señalado*. Al concurso se presentaron 149 novelas, 27 de ellas firmadas por mujeres. El fallo fue anunciado en una cena a la cual asistieron 600 personas, y de la cual estaba ausente el autor, que se encuentra en Colombia. Durante los 20 años que lleva establecido el Premio Nadal se han presentado a su consideración 3.000 manuscritos, de los cuales se han premiado las novelas de Carmen Laforet, J.Ma. Gironella, Sánchez Ferlosio, Miguel Delibes y Dolores Medio. Uriel Ospina escribe en *El Tiempo* de Bogotá una nota biográfica sobre Mejía Vallejo, en donde dice :

« Manolo escribía para un periodiquillo que se editaba en un sótano con más voluntad que dinero y que tenía la petulancia de llamarse como uno de Ortega y Gasset, *El Sol*. Al menester de diarista mal pagado o no pagado del todo, Mejía Vallejo agregaba 'el paidológico oficio' como profesor de literatura en un colegio de señoritas, en donde era pública voz y fama que tenía más éxito por su apariencia personal que por su sapiencia didáctica, sin ser ésta escasa.

« Manuel Mejía Vallejo se metió de cuerpo entero en la literatura nacional con una novela que se llamaba *La tierra éramos nosotros*. Recogía en ella, depurándola y estilizándola, la herencia de Carrasquilla que a los demás les venía grande. No imitaba. Seguía la tradición de los buenos narradores antioqueños con personalidad y estilo propio. »

UN MUERTO INMORTAL

En los últimos tiempos han arreciado en la Argentina las demostraciones en contra de Sarmiento. Bustos suyos manchados con alquitrán, inscripciones con su nombre borradas, incluso una bomba que hizo volar el monumento de mármol erigido al prócer en los jardines de Palermo, en pleno Buenos Aires : se ha apelado a todo. Es típico que las organizaciones terroristas, los partidarios de los totalitarismos demuestren su militancia y su estado de ánimo agrediendo la memoria de Sarmiento. Pero esas organizaciones pasan y sus atentados vienen a ser como un ineludible tributo que rinden al prócer. Así, a casi cien años de su muerte, Sarmiento, incluso por obra de sus enemigos, se torna cada día más inmortal.

ADEL LOPEZ GOMEZ

Adel López Gómez es uno de los más afortunados cuentistas colombianos. Como tiene predilección por su provincia, sus libros rara vez se editan en Bogotá ; son las editoriales de Manizales las que de ordinario lanzan sus libros, y el público más entusiasta que lo sigue es, naturalmente, el de su tierra. Esto no quiere decir que el reconocimiento de su obra no sea grande inclusive en el exterior. Muchos de sus cuentos han sido vertidos al francés, al inglés, al italiano y al alemán. Figura en las siguientes Antologías : *Cuentos de la América Española*, de la George Washington University ; *Veinte Cuentos Hispanoamericanos del siglo XX*, de la University of Michigan ; *Carrusel de la Literatura Hispanoamericana*, Milán ; *Las Cien Mejores Historias del Mundo*, Milán. Ahora acaba de publicar una estupenda novela, *El diablo anda por la aldea*. En la solapa del libro aparecen estos datos sobre Adel López Gómez, seguramente suministrados por él mismo : « Adel López Gómez desempeñó en 1961 y 1962 el cargo de secretario de Educación Pública del Departamento de Caldas. Tiene cinco hijos, trece nietos, un automóvil viejo, una casa en el campo, una biblioteca, una colección pictórica y doce pipas para fumar. »

PREUVES

publie dans son numéro de Février :

UNE GRANDE ENQUETE
L'art informel en questions

Réponses de
Jacques AUDIBERTI, Yves BONNEFOY, Roger CAILLOIS, Jean CASSOU, Clément GREENBERG, Robert KLEIN, Robert LEBEL, Stéphane LUPASCO, André MASSON, Herbert READ, Pierre RESTANY, Harold ROSENBERG.

Fritz René ALLEMANN et Alfred KERN
L'Alsace, région charnière de l'Europe

Armand GASPARD
Chypre, échec d'une coexistence ?

*

18, avenue de l'Opéra, Paris (1er)

Un ancien numéro sera gracieusement envoyé sur simple demande, comme spécimen.

PINTORES ARGENTINOS EN NUEVA YORK

Fernández Muro, Macció, Noé, de la Vega y Deira son cinco pintores que representan la plástica argentina entre los 78 artistas de 24 naciones cuyas obras —partícipes en el Premio Guggenheim— se exhiben en la ciudad de Nueva York.

En 1963 Rómulo Macció obtuvo el Premio Internacional otorgado por el Instituto Di Tella en la ciudad de Buenos Aires. A dicho premio —dotado con una recompensa de 3.000 dólares— aspiraron pintores de todo el mundo, cuya labor fue juzgada por un jurado de críticos internacionales. En la misma ocasión Luis Felipe Noé obtuvo el Premio Nacional, consistente en una beca.

LITERATURA RIOPLATENSE

La Universidad de La Plata (Argentina) acaba de crear un Centro de Investigaciones Literarias Rioplatenses, que patrocinará la realización simultánea en Uruguay y Argentina de estudios de índole histórica, social, política y estética sobre las generaciones comprendidas entre el romanticismo y el modernismo. Se ha formado un consejo asesor en el que figuran personalidades como José Oría, Victoria Ocampo, Eduardo Mallea, Jorge Luis Borges, Leonidas de Vedia, Manuel Mujica Láinez y otros.

Temas y autores

Sobre « El hombre democrático », que en el fondo es el tema de nuestro tiempo, pocas veces se ha escrito un ensayo tan admirable como el de JEAN LACROIX, fundador con E. Mounier de la revista parisiense *Esprit* y profesor de filosofía en Lyon. Estas páginas fueron una lección magistral en la Semana Social de Caen, recogidas luego por *Cahiers de l'Institut de Science Economique appliquée* y ahora por *Cuadernos* con autorización del autor. Jean Lacroix irá en agosto próximo a dictar unas conferencias a la Universidad de Buenos Aires y nada mejor, como anticipo de su viaje, que la publicación de este estudio... LAZARO CARDENAS, cuya voz mexicana no se oye ahora sino de tiempo en tiempo, al responder a nuestra encuesta sobre la crisis de la democracia, dice que « la democracia representativa dejará de ser formalidad cuando se realice en el terreno económico y social »... CARLOS BORDA MENDOZA, que fue encargado de negocios de Colombia ante la Santa Sede y luego embajador en el Líbano conoce como pocos el cuadro de los ritos cristianos y las religiones de dicho país, mundo un tanto desconocido y lleno de aspectos de extraordinario interés, que revela ahora con finas anotaciones... De su reciente viaje por

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envío la cantidad de ....., importe de una suscripción a *Cuadernos* por un período de ..... a partir del N.º ....., a nombre de (1) :

.....

.....

.....

(1) Indíquese la dirección completa.

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9992-63) a la administración de *Cuadernos*, 23, rue de la Pépinière, Paris 8e.

Francia : 1 año : 25 F — Norteamérica : 1 año : 6 $ USA

Europa : 1 año : 28 F — América Latina : 1 año : 5 $ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.

América Latina, DAVID ROUSSET ha sacado una serie de sagaces observaciones, como lo anticipa su visión de avisado periodista en « La paradoja de México »... Gracias a Luisa Sofovitch, la admirable mujer que fue compañera de RAMON GOMEZ DE LA SERNA, por tantos años, podemos ofrecer unos fragmentos del Diario póstumo de este último, que publicados ahora lo contradicen en lo que en ellos escribió : « En América se goza de cómo vamos siendo olvidados »... Una gran sorpresa nos ha traído el concurso de cuentos abierto en Buenos Aires por *Cuadernos* en colaboración con *Sur* : entre más de trescientos concurrentes, salió vencedor un hijo de Macedonio Fernández, ADOLFO DE OBIETA, autor de « Aparecer desaparecer »... En la historia del canal de Panamá quizás la más fabulosa de América, hay muchos capítulos olvidados ; salta a la vista esto cuando se lee lo que GERSTLE MACK escribió en su obra *The Land Divided* (*A History of the Panama Canal and Other Isthmian Canal Proyects*) sobre cómo se veía el problema de dicho canal en el siglo XVIII, que con la amable autorización del autor ofrecemos hoy por vez primera al público de lengua española... Con motivo de la exposición de las obras más recientes de Picasso que durante estos días tiene lugar en París, DAMIAN CARLOS BAYON plantea sobre todo dos cuestiones de máxima importancia : ¿Es o no Picasso el mejor pintor de nuestro tiempo? ¿Frenó o impulsó el arte en estos últimos años? Bayón discurre sobre todo ello con su habitual perspicacia... TULIA PIÑERO, historiadora argentina, nos presenta las premicias del resultado de sus investigaciones sobre los navegantes y maestres de bergantines en el río de la Plata durante el siglo XVI... JORGE LUIS RECAVARREN que en Lima se dedica a la crítica literaria, nos da en su ensayo algunos atisbos respecto a la Escuela médica peruana y a la fisiología del « hombre de la altura ».

CAMBIO DE DIRECCION

Rogamos a cuantos tengan necesidad de ponerse en relación con nuestros servicios administrativos que en lo sucesivo dirijan su correspondencia a la dirección siguiente :

Administración de « Cuadernos »
23, rue de la Pépinière,
Paris - VIII (Francia).

Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

Director
GERMAN ARCINIEGAS

Consejo de Honor
Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Mariano Picón-Salas, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos, Jean Sarrailh y Erico Veríssimo

Redacción en París
Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

Consejo de Redacción
Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, José Luis Martínez, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

Arte
Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

Ilustrador
Sergio Trujillo Magnenat

Corresponsales
Asunción : Josefina Plá
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela
Buenos Aires : H.A. Murena
La Paz : Fernando Díez de Medina
Montevideo : Dora Isella Russell
Nueva York : Joaquín Maurín
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz
Quito : Alejandro Carrión
Santiago : Raúl Silva Castro

Administrador
Tomás Urbiztondo

Gerente para América Latina
Manuel José Jaramillo

Redacción y Administración
23, rue de la Pépinière, Paris (8)
Teléfono : EUR. 37-59

la red màs extensa del mundo

UCO

AIR FRANCE

ONOZCA A NEZUELA

OSTAS DE ARAYA. RUINAS
STILLO SAN ANTONIO.

PLAYA COLORADA EN LAS COSTAS DE SUCRE

La Industria del Turismo, que tanta importancia tiene en varios países, al extremo que algunos basan su economía exterior en esta moderna actividad, está adquiriendo incremento en Venezuela.

El aporte de la CORPORACION NACIONAL DE HOTELES Y TURISMO, C. A. —CONAHOTU— al Turismo Venezolano es uno de los puntos básicos para su desarrollo, ya que pone a disposición del público una funcional Red Hotelera, estratégicamente distribuída por todo el país, lo que facilita el conocimiento de los maravillosos y variados paisajes de Venezuela.

LA SIERRA NEVADA (PICO BOLIVAR) DESDE MERIDA

Fotos :
ANDRES FLOREAL ALVAREZ

CORPORACION NACIONAL DE HOTELES Y TURISMO C. A. CONAHOTU

B.D.I.C

BAVARIA, S. A.

UNA DE LAS CERVECERIAS MAS GRANDES DEL MUNDO

LA EMPRESA PRIVADA MAS GRANDE DE COLOMBIA

18 MODERNAS CERVECERIAS
5 MALTERIAS
1 FABRICA DE TAPAS CORONA Y DE ROSCA
1 PLANTA DE GRITS
1 PLANTA DE IMPRESION DE ETIQUETAS
1 FABRICA DE CORCHO
1 PLANTA DE ALUMINIO
GAS NATURAL
FERTILIZANTES
CORPORACION FINANCIERA PARA EL DESARROLLO DEL SUELO
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES Y DESARROLLO ECONOMICO
CONCENTRADOS PARA ANIMALES

Las cervezas de BAVARIA, son vendidas a través de 250 oficinas y 140.000 vendedores al detal.

BAVARIA, cuenta con 70.000 accionistas.

BAVARIA, en 75 años de progreso, ha desarrollado un gran programa de investigación agrícola para mejorar y aumentar la producción de cebada.

Sobre estos terrenos agrícolas experimentales, se enseña el uso de máquinas y mejores métodos de cultivo.

Marca de exportación :

CLUB COLOMBIA

Marcas locales :

Colombian Club, Costeña, Costeñita, Maltina, Cabrita, Pony Malta, Agua Mineral Pony, Bavaria, Germania, Póker, Nevada, Vita-Malta y Vita-Levadura.

Cuadernos

LA AVENTURA VENEZOLANA
Mariano Picón-Salas

CARTAS DE AMOR DE LA MONJA PORTUGUESA
Isabel Lleras de Ospina

EL YORGOS SEFERIS QUE HE CONOCIDO
Yorgos Theotocas

DIDEROT Y LA INDEPENDENCIA DE AMERICA

LEON HEBREO Y EL INDIO GARCILASO
José Luis Lanuza

LA DESOCUPACION EN LATINOAMERICA
N. Viera Altamirano

BREVE HISTORIA DE LA PLAZA DE MAYO
Bonifacio del Carril

EL PINTOR VLAMINCK CONTRA PICASSO

UN CUENTO DE ELVIRA ORPHEE

UN POEMA DE FERNANDO ARBELAEZ

NCO AÑOS DE CASTRISMO

THEODORE DRAPER

MAYO DE 1964 — N° 84

Qué es «ECOPETROL»

No obstante tener ya más de once años de existencia, son muchos los que ignoran lo que sea exactamente la Empresa Colombiana de Petróleos. Ignorancia inconveniente, pues se trata de uno de los instrumentos esenciales de la independencia económica del país.

ESTATUTO LEGAL

Las disposiciones que crearon, reglamentaron y señalaron las actividades de la Empresa Colombiana de Petróleos, la definen como una entidad oficial con personería jurídica propia y con autonomía administrativa, que en su organización interna y en sus relaciones con terceros actuará como una sociedad de carácter comercial, sin perjuicio de los intereses económicos del Estado.

CAPITAL

Aunque inicialmente se previó la participación de capital privado nacional y extranjero, en la actualidad todo el capital de Ecopetrol es nacional y asciende a 2.000 millones, formado por los aportes en efectivo del gobierno, el valor de los bienes revertidos recibidos de la Troco y la Esso Colombiana, las reservas capitalizadas y los traslados de superávit por medio de reavalúo de activos.

OBJETIVOS DE LA EMPRESA

En un comienzo se limitaban a la administración de la Concesión de Mares, cuya reversión se efectuó en agosto de 1951, y a la de aquellos otros campos que revertieran posteriormente al Estado. Posteriormente, se la autorizó para « ejecutar todas las actividades relacionadas con la industria del petróleo en cualquiera de sus ramas y celebrar toda clase de negocios en conexión con tales actividades ». Y todavía se ampliaron más sus objetivos cuando el Decreto reorgánico 3211 la facultó para « constituir y organizar, con la participación del capital privado, sociedades comerciales que tengan por objeto el transporte y distribución de combustibles en el país o cualquiera otra actividad que se relacione con el aprovechamiento de los hidrocarburos y sus derivados ». Por otra parte, a partir del 1.º de abril de 1961, la Empresa Colombiana de Petróleos se hizo cargo de la administración de la Refinería de Barrancabermeja, marcando un hito trascendental en el proceso de nacionalización del petróleo. En la actualidad, Ecopetrol abarca los distintos procesos de la industria : exploración, explotación, refinería y transporte.

Situación financiera : En los años corridos de 1951 a 1961, los ingresos y egresos de la Empresa tuvieron el siguiente origen y aplicación :

Ingresos		Egresos	
Por venta de productos	$ 1.147.300.000	A Gastos	$ 985.900.000
Por operación del Oleoducto ..	$ 77.700.000	A Reservas de Operación	$ 371.600.000
Por operación de la Refinería ..	$ 454.000.000	A Reservas de Capital	$ 171.700.000
Por operaciones no industriales	$ 35.200.000	Al Gobierno Nacional	$ 185.000.000
Total	$ 1.714.200.000	Total	$ 1.714.200.000

Durante la misma década, Ecopetrol realizó utilidades por un total de $ 728.338.752. Los beneficios aplicados a Capital Pagado y a la creación de reservas durante ese período, incrementaron los activos de la Empresa en la suma de 422.790.331 dólares.

Todos los análisis de cuentas permiten concluir que Ecopetrol tiene un patrimonio acrecentado y estable, una sólida situación financiera y un alto grado de liquidez. La posición de Ecopetrol dentro del país, es el resultado del esfuerzo de técnicos y obreros colombianos.

UNIVERSITÉ DE PARIS B.D.I.C

CUADERNOS

MAYO 1964 N° 84

La aventura venezolana	3	*Mariano Picón-Salas*
Suplemento al viaje de Bougainville	15	*D. Diderot*
El Yorgos Seferis que he conocido	21	*Yorgos Theotocas*
Las cinco cartas de amor de la monja de Portugal	27	*Isabel Lleras de Ospina*
La traduccion del Indio a Leon Hebreo	42	*José Luis Lanuza*
Breve historia de la Plaza de Mayo, la Plaza de la Libertad	45	*Bonifacio del Carril*
Recuerdos del Ecuador	61	*Benno Weiser*
La desocupacion, un problema de Latinoamerica	69	*N. Viera Altamirano*
Cinco años de castrismo	73	*Theodore Draper*
DIALOGO		
Sobre Picasso	55	*Maurice de Vlaminck*
Afirmaciones anticientificas contra la educacion	58	*Julio Larrea*
RELATO		
Ha muerto un santo	67	*Elvira Orphée*
POESIA		
El Diadoco	12	*Fernando Arbeláez*
CIENCIA		
El milagro del laser	50	*Albert Ducrocq*
LIBROS		
A 25 años de la muerte de Alfonsina Storni	93	*Javier Fernández*
«The Revolt of the Catalans», de J.H. Elliott	96	*E. Salazar Chapela*
«Sur les Ecrivains», de P. Drieu La Rochelle	98	*F.A.*
«El dia señalado», de Manuel Mejia Vallejo	99	*Mathilde Pomès*
«Antonio de Solis, cronista indiano», de Luis A. Arocena	100	*Guillermo Gallardo*
«Morada al Sur», de Aurelio Arturo	101	*F.A.*
NOTAS	103	*Christa Reinig, Antonio Espina, Luis Guillermo Piazza y Dora Isella Russell*
TEMAS Y AUTORES	109	

EN EL MOMENTO DE TERMINAR ESTE NÚmero nos llega la noticia de que Jean Sarrailh ha muerto. Pérdida irreemplazable, que deja un gran vacío en el grupo selecto de los amigos que tiene en Francia la América Latina y el mundo español. No podemos olvidar que durante su rectorado de la Sorbona, y por su propia iniciativa, se fundó el Instituto de Altos Estudios de América Latina. Hasta última hora, cuando ya sabía que la muerte lo esperaba, trabajó en temas americanos : su último estudio A propos de A.R. Lesage américaniste, verdadera joya de trabajo erudito, vio la luz la semana misma de su fallecimiento. Cuadernos, que lo tuvo como amigo desde su fundación, lo había incorporado a su Consejo de Honor hace sólo unos meses y recibía de él palabras de aliento, valiosas por proceder de quien procedían. Sin tiempo ni espacio para cosa distinta que estas breves líneas que llevan apenas el eco de nuestro pesar, queremos no obstante reproducir la nota necrológica que publicó en Le Figaro de París el antiguo embajador y miembro de la Academia Francesa André François-Poncet :

« Con Jean Sarrailh desaparece un gran universitario francés.

« Alumno de la excelente Escuela Normal Superior de Saint-Cloud, catedrático de español, doctor en letras, fue el primero y el más distinguido de nuestros hispanistas.

« Las distintas obras que publicó exhiben el marchamo de una erudición completa, de una perfecta claridad, de una escritura suelta y vivaz. Por este motivo fue calurosamente acogido por la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

« Sarrailh amaba a España. Allí vivió de 1916 a 1924 y fue profesor en la Casa Velázquez de Madrid. Liberal, soñaba con un liberalismo español tolerante, generoso, abierto a las luces. La guerra civil desgarró su corazón.

« A partir de 1937, Sarrailh abandonó la cátedra para ingresar en la administración. Fue rector en Grenoble y más tarde en Montpellier. Vichy lo destituyó en 1943 a causa de su independencia de espíritu respecto a su ministro Abel Bonnard. Participó entonces en las actividades de la Resistencia. Cuando llegó la Liberación, fue reintegrado en sus funciones y en 1947 se vio nombrado rector de la Universidad de París. Ocupó este puesto durante catorce años.

« Cuando se sabe el trabajo que exige el rectorado de París, la extensión, la diversidad de sus tareas —que abarcan las escuelas primarias del departamento del Sena, la Sorbona, los institutos y los múltiples establecimientos de segunda enseñanza— no deja de admirar el hecho de que haya podido hacer frente con buen éxito y durante tanto tiempo a todas esas obligaciones. Más de admirar aún es el que, al mismo tiempo, sólo haya cosechado la estima, el respeto, la amistad y el afecto. Era un espíritu recto, un carácter capaz de unir la bondad a la firmeza, un hombre humano. Las cualidades de su corazón se equiparaban a las de su espíritu.

« Los estudiantes lo sentían, lo sabían. Sabían que los quería, que comprendía sus problemas, sus necesidades y que hacía todo cuanto le era posible por ayudarles, sin por ello dar muestras de debilidad o abandono de su autoridad.

« En el lugar que ocupaba antaño el Bal Bullier se eleva ahora un amplio edificio que, por petición expresa de los estudiantes, ostenta el nombre de Jean Sarrailh, edificio que alberga varios centenarios de jóvenes.

« También contribuyó a la construcción de un vasto hospital anexo a la Ciudad Internacional Universitaria y destinado a la juventud estudiantil.

« Este hombre de corazón desaparece hoy en medio del sentimiento unánime. Al saludar su memoria, verdaderamente puede decirse de él que honraba al cuerpo universitario y a nuestro país. »

La aventura venezolana

POR MARIANO PICON-SALAS

Desde que Andrés Bello al final de la colonia escribía un resumen de la historia del país, los venezolanos nos hemos inclinado a ver el recuento de nuestro pretérito como anuncio y vaticinio del porvenir. ¿No es una inmensa, a veces trágica profecía, toda la obra escrita de Bolívar, que es como el gran himno que acompaña su acción? Según fuera su marcha por América y los problemas que le brotaban al paso y que él trataba de someter y vencer como Hércules a sus hidras y Gorgonas, el Libertador podía pasar —y esto es completamente humano— del entusiasmo al pesimismo. ¿Adónde nos están llevando los hechos, el sino peculiar de estos pueblos?, es una pregunta ínsita en todo su pensamiento desde la « Carta de Jamaica » hasta la proclama con que se despide de sus conciudadanos en 1830. La Independencia comenzaba un proceso que —como todos en el devenir histórico—, para lograr sus fines, debía surcar las más varias y tormentosas corrientes de adversidad. Invocando a Bolívar como el dios tutelar que se llevó temprano la muerte y vaticinando también todos los recursos que nuestro país puede ofrecer al mundo, viven y padecen muchas generaciones venezolanas durante el siglo XIX. ¿No era un poco de consuelo en la recatada y desposeída existencia de un Cecilio Acosta que al par que se queja en una carta de que carecía de dinero para pagar el porte del correo, se exalte en otro artículo diciendo que « aquí las bestias pisan oro y es pan cuanto se toca con las manos? » Desde la aflicción de hoy se miraba a la dorada promesa utópica de mañana. Los venezolanos del siglo XIX y de los dos primeros decenios del siglo XX —hasta que comenzó a explotarse el vellocino petrolero— vivían mediocremente, de continuo consternados por el caudillo que « se alzó », la guerra civil que no permitía recoger bien las cosechas y la fluctuación de precios en sus escasos productos de exportación —el café, el cacao, los cueros— ; la estrechez de nuestros presupuestos de entonces, que más que pagar adecuadamente los servicios públicos parecían dádivas de hambreados, y una remota esperanza que al fin habría de llegar. Con los frutos de la tierra, con la democrática caraota, el cazabe y la arepa y el tasajo llanero y la tacita de café aromoso que despertaba la imaginación, se pasaba la vida y se conjuraba un futuro lejano y siempre inaccesible.

No hubo en nuestra historia de entonces esos fértiles dorados que especialmente la minoría ofreció a otros países hermanos como México, Chile y Perú, o la abierta y rápida prosperidad de Argentina. En los años de su cesarismo y cuando no tenía que vencer a ningún otro general « alzado », Guzmán Blanco dio su revoque de yeso, plantó cariátides y metopas en algunos edi-

(1) *Prólogo de un libro sobre* 150 años de vida venezolana, *por varios autores, que editará en Caracas la Presidencia de la República.*

ficios públicos, construyó el paseo del Calvario, el Teatro Municipal y el Capitolio, organizó concursos literarios y subvencionó compañías de ópera. Con humor y gracia criolla algunos venezolanos de fines del siglo XIX podían pensar que nos estábamos civilizando y refinando en extremo. ¡Pero, qué poco era ese yeso arquitectural, las estatuas y motivos decorativos importados de Francia y los gorgoritos de la Ópera, ante el vasto silencio de ignorancia, soledad y atraso que venía de la entraña de la inmensidad venezolana! Aun en Caracas mismo, la vida era menos lujosa y más mediocre que en otras capitales de América. Contemplando los grabados de una revista como *El Cojo Ilustrado* se puede fijar el repertorio de lo que los venezolanos eran y de lo que soñaban en relación con otros pueblos, a fines del siglo XIX.

Casi había un contraste trágico entre la ambición y grandeza de nuestra historia cuando en el período de la Independencia los venezolanos ganando batallas, formando repúblicas y haciendo leyes se desparramaron por media América del Sur, y en lo que habíamos terminado siendo. Éramos un poco como don Quijote después de su última y desventurada salida y estábamos dispuestos a contar nuestro cuento nostálgico al bachiller, al cura y la sobrina. En nuestra literatura novelesca hasta el Modernismo son casi personajes insistentes la espada, el kepis y el uniforme que el abuelo o el lejano tío lucieron en Ayacucho y que se descoloraban, viejos de tiempo, desengaño y cansancio en el desván de la casa familiar hipotecada y retrovendida. La mujer —un poco muda y resignada en la literatura venezolana hasta los días actuales— apenas forma parte del coro trágico y acompaña a llorar. Hasta los cuentos de José Rafael Pocaterra y de Rómulo Gallegos estas musas de nuestra tierra caliente guardan las flores del novio que se fue ; rezan y suspiran en voz baja. Parecen los testigos y acompañantes del continuo desastre que hicieron los hombres : guerrilleros, políticos, aventureros, soñadores frustrados o simples « balas perdidas », « pollos pelones », de una familia en trance de desintegración.

Las gentes, sin embargo, que cumplieron la hazaña de llegar hasta el Alto Perú no habían sido mediocres, sino algunas de las más decididas y despiertas de América. Eso de que los venezolanos estaban « despertando para algo » y que en las costas y valles del país se seguían con interés las noticias de Europa en un tiempo tan cargado de tensiones históricas como el que abrió el siglo XIX, se registra en los grandes viajeros que llegaron a Tierra Firme en los años que anteceden a la revolución de Independencia, como Humboldt y Depons. Humboldt no sólo se asombra con el paisaje y se deslumbra en Venezuela con la luz equinoccial, sino simpatiza con los hombres. Son los sosegados hidalgos que asisten a las tertulias de Blandin y de la Floresta, han leído ya sus enciclopedistas y discuten la suerte del mundo en un siglo nuevo y que anuncia tantos « cambiamentos », o el joven Andrés Bello quien le acompaña en larga caminata por el Hotel Avila, o aquel extraño don Carlos del Pozo que en la soledad de un caserón llanero se ha puesto a inventar aparatos de física, como un Franklin indígena. Además de ser un sabio, el Humboldt que visita a Venezuela es un joven treintañal, y el regocijo de haber descubierto un Edén tropical y sumamente prometedor, se advierte en las páginas que le inspira su viaje. Acaso ninguna otra promoción de hombres tan inteligentes y empeñosos pudiera encontrarse en ninguna otra parte de América, como la que realizaría en los tres primeros decenios del siglo XIX la aventura y milagro histórico de Venezuela. Están como en los cuadros históricos de Tovar y Tovar con sus grandes corbatones flotantes, sus casacas azules, las últimas pelucas del antiguo régimen, firmando con la pluma de ganso el Acta de Independencia de 1811, pero el fondo de los retratos será el paisaje de volcanes, cordilleras, selvas y estepas del Continente, y las batallas que separan a Caracas del Alto Perú.

Pero ¡qué difícil volver a ordenar la casa, después de la larga expedición de gloria y derroche vital por todos los caminos de América! A una Venezuela despoblada y hambreada por haber pagado en hombres y recursos el costo de la gran hazaña, tornan los soldados que estuvieron en Ayacucho y los políticos de la frustrada Gran

Colombia. Ha muerto Sucre en la montaña de Berruecos, y la paz llena de intrigas de las facciones y conspiradores —más peligrosa que la guerra— acabó con Bolívar a los 47 años. A la escasa oligarquía culta y a la vieja prudencia de comerciantes y hacendados que en medio de la general estrechez representan todavía un poder económico, se confía Páez en 1830 para organizar el país. Debe apaciguar y someter a sus propios conmilitones y acostumbrarlos a un orden civil que si no es el de la democracia perfecta, parece una traducción tropical de la monarquía inglesa. Se cuenta para este orden, a pesar de varias revueltas y de algún inevitable fusilamiento, con el prestigio carismático del gran caudillo, « primer lancero del mundo », más valiente y diestro que los otros, e intuitivo, sosegado y discreto para saber escuchar a los hombres más inteligentes del país, y para tener como una especie de Vicario General, como sucesor que asegura la « continuidad de la política », al prudente y flegmático Soublette. Progresa, sin duda, Venezuela entre 1830 y 1848. Tiene fama de país sensato y ordenado, mientras la Argentina sufre la tiranía de Rosas, México el torpe caudillismo de Santa Anna, Nueva Granada se anarquiza en facciones, y en casi todo el continente el caudillismo militar y la guerra civil se hacen instituciones congénitas.

Se siembra café, cacao y añil ; se restauran las viejas haciendas que habían enmalezado el abandono y la guerra, y el paquebote que llega a Saint Thomas y descarga en goletas y bergantines, nos aporta algunos bienes de la civilización europea. Don Fermín Toro recibe sus revistas inglesas y francesas ; estudia los problemas que han engendrado la revolución industrial y los abusos del liberalismo económico, y las primeras consignas del socialismo romántico agitan la alborotada cabeza de Antonio Leocadio Guzmán. Nace una literatura venezolana ya bastante vivaz y decorosa en las primeras páginas de Toro, Baralt, Juan Vicente González y en los escritores costumbristas del « Mosaico ». Se empieza a creer en la inmigración europea y en la educación regeneradora, y llegan los primeros inmigrantes alemanes que establecen la « Colonia Tovar ». Hombres de tanto genio como Vargas y Cajigal fundan lo que puede llamarse nuestra medicina y nuestra ingeniería modernas.

Claro que hay los problemas no resueltos, y sin posibilidad de solución en país tan vasto y tan reducido de recursos fiscales, y hay también la impaciencia de aquella clase militar y terrateniente, con vasta servidumbre, poderío provinciano, leyenda e influencia que personifica a partir de 1846 la familia Monagas con su gran régulo José Tadeo. Si los llamados conservadores hicieron suya y convirtieron en tótem protector la lanza de Páez, los llamados liberales se apoyan en la de Monagas. Y un año crítico como el de las elecciones del 46 presencia,como un espectáculo en plena sabana, la lucha de los dos llaneros, el de Araure y el de Aragua de Barcelona. Diríase una rivalidad de atletas que comenzó en la guerra de Independencia, acaso en la batalla de Carabobo. No importa que a través de los años, ambos se llamaran « compadres », se hayan abrazado fuertemente, refrescado anécdotas y recuerdos, y cambiado toros y caballos pasitroteros. « Hay que ganársela al compadre », decían en el siglo XIX los caudillos venezolanos. Y la lucha por el poder político era como un torneo en que se trata de saber quién desjarreta primero al novillo. Cuando el gran demagogo liberal Antonio Leocadio Guzmán sale de la cárcel y se le conmuta la pena de muerte al ganar la Presidencia Monagas, se pudo forjar la ilusión de que los liberales llegaban al Poder. Llegaba solamente, con toda su omnipotencia y su cólera, la familia Monagas. Y en nombre del liberalismo que administran en uno que otro decreto más verboso que real los doctores y licenciados que sirven al caudillo, se malogran esperanzas y burlan necesidades del pueblo venezolano. Si se libertan los pocos esclavos que aún quedaban en 1854, no se les da tierra ni se les enseña oficio útil y engrosarán como « reclutas » o « carne de cañón » las futuras revueltas.

Las dos lanzas de Páez y Monagas que fueron el Poder detrás de las Constituciones en los tres primeros decenios de la República, se multiplicarán en muchas lanzas, en subversión total, en la larga guerra de los cinco años, o de la Federación, entre 1858 y 1863. O los últimos y elegantes

discursos de la Convención de Valencia, donde el antimonaguismo quiso rehacer el Estado sin lograrlo, presencia ya la algarada de los primeros « alzados ». Se enfrentaban sin conciliación dos generaciones. La de los sosegados hidalgos y letrados que habían acompañado a Páez, y entre 1858 y 1860 asisten a las tertulias de don Manuel Felipe Tovar, y los que aprendieron su populista evangelio de rebeldía en los escritos de Antonio Leocadio Guzmán. Desde 1846 se está gritando insistentemente : « ¡Abajo los godos! » Y encubierta bajo el mágico nombre de « Federación », la guerra de los cinco años desea completar radicalmente lo que no realizó la Independencia. Fue un poco la guerra de los pobres contra los ricos, de los que no podían pagar sus deudas contra los ávidos acreedores, de los que no tenían linaje contra los que abusaban de él ; de la multitud preterida contra las oligarquías. Naturalmente la guerra —aunque la hayan predicado los intelectuales— la hacen los hombres de armas, y el auténtico igualitarismo social que el país logra después de la revuelta federal no se equilibra con los abusos del nuevo caudillismo militar y con esa turbulenta sociedad de compadres armados, de « jefes civiles y militares » que se rebelan en sus provincias y continuamente quieren cambiar el mapa político del país. Sobre la « catarís » del desorden y el igualitarismo a cintarazos que se abre con la guerra federal y en los diez años que le siguen, se erigirá finalmente en 1870 la fanfarrona omnipotencia de Guzmán Blanco ; una mezcla de César y Napoleón III. Habían desaparecido ya los primeros actores del drama : Zamora, Falcón, el viejo Monagas, Bruzual, el « soldado sin miedo » ; comenzaba a ponerse « chocho » el viejo Guzmán, y más hábil e intrigante que todos los peludos caudillos de la Sierra de Carabobo, de Coro y del Guárico, resultará el « Ilustre americano, Regenerador y Pacificador ».

La guerra federal había arruinado hasta tal punto al país que el gobierno de Falcón, entre otros arbitrios financieros, debió negociar en Inglaterra el vergonzoso empréstito de 1863 por dos millones de libras esterlinas, uno de los más inicuos que se recuerden en nación alguna. El gobierno se comprometía ante los prestamistas británicos a « hipotecar la parte libre de las importaciones de las aduanas de La Guaira y Puerto Cabello o la totalidad de los derechos de importación de las demás aduanas de la República, o la renta de exportación de algunas o de todas las aduanas del país, pudiendo también dar en garantía cualesquiera otros bienes o propiedades nacionales ». Y un símbolo un poco triste, acaso caricaturesco de la miseria a que había llegado el país en esos años, es el catálogo de los artículos venezolanos exhibidos en la Exposición internacional celebrada en Londres en 1862. Entre otras cosas modestas y miserables, muestras de mediocridad y derrota, se exponen unas « frutas en cera ; tres totumas, dos sin adorno y una pintada ; un pañuelo de bolsillo, una hamaca fabricada en Margarita, raíz y extracto de zarzaparrilla, unos cueros de cabra de Coro, unas botas de guayaba, naranjas y camburitos pasados y unas muestras de caraotas, dividivi, maíz y tapiramos ». Lo poco que nos había dejado la tormenta ; los signos de un país que parecía retornar al estado de naturaleza.

Quizás Guzmán Blanco, que contrató —recibiendo, según dicen, la más deshonesta comisión del empréstito—, tenía sobre los otros generales emergidos de la guerra, si no toda la honradez, algunas de las cualidades que permitirían hacernos salir del desorden y enmogotada barbarie. O en él se conjugaron, extrañamente, los complementarios destinos. Hijo del gran agitador y demagogo Antonio Leocadio, era un poco el Delfín, el heredero armado del liberalismo populista de 1846. Pero su liberalismo de plazuela caraqueña y de los guerrilleros de la Federación, hizo un poco de aprendizaje cosmopolita en los Estados Unidos y Europa ; aprendió el estilo y los ademanes de la buena sociedad ; aprendió también a tratar a los financieros de la « City » londinense, y pretende curarnos del atraso trayéndonos progreso material aunque se pague demasiado caro. Con habilidad y soberbia y mimetismo muy criollo sabe imitar y acercarse a los arquetipos políticos de su siglo XIX. Si en algunos momentos de aventura y de acción se parece a Garibaldi, en otros emula la pompa cesarista de Napoleón III. No será, precisamente, el liberalismo de los editoriales de *El Venezolano*

que redactara su padre lo que impone su largo dominio sobre el país, sino una especie de « imperio liberal » a la manera como Emile Olivier justificó en Francia el poderío del césar francés, y con todas las modalidades de una traducción a la criolla. Jactancioso y a veces insolente, sin ninguna duda sobre su provincialismo, Guzmán Blanco moderniza y mejora la desamparada existencia venezolana después de la sangría federal. Olvida pronto la generosa y liberalísima Constitución de 1864 para ir plegando las leyes a su instinto de dominación. Pero quizás entre todos los grandes conmilitones que hubieran podido disputarle el poder, era el más culto y el que tenía más clara concepción del Estado, aunque lo personalizara con exceso. Y nos preguntamos qué hubiera sido del país en las manos de León Colina o de Matías Salazar.

Bajo el cesarismo guzmancista —a pesar de la prensa oficial, de la escasa libertad política, de la vanidad del caudillo y de lo que se llamó irónicamente la « adoración perpetua »— Venezuela se limpia las cicatrices y costurones de diez años de anarquía. Si se pagan a muy alto precio las obras de progreso material, ya los bultos y las personas no se transbordan en goletas y bergantines desde Saint Thomas para llegar a La Guaira ; se levantan muelles y líneas férreas, se comienzan a fabricar aquellas cosas elementales de que ya informan los Anuarios estadísticos a partir de 1873, e ingresan más pesos fuertes. Las oligarquías comerciales —la mayoría de nombre extranjero— establecidas en Caracas, Maracaibo, Puerto Cabello y Ciudad Bolívar compran y distribuyen en los grandes mercados europeos y norteamericanos los productos de la tierra, desde el café, el cacao, los cueros, el dividivi, la sarrapia, hasta las plumas de garza ; el ganado que se consume en las Antillas y a veces se exporta a Cuba, y dotan por retrueque a los productores agrícolas de las mercancías de una rudimentaria industria vernácula, jabón, ron es y cervezas ; velas esteáricas para alumbrar la larga noche campesina o « depurativos » para limpiar la sangre o mejorar las tercianas. En 1875, en 1884 se vivirá un poco mejor que en 1864. Y los provincianos que vienen a Caracas, asisten a las ocasionales compañías de ópera y suben a la Colina del Calvario, tienen la ilusión de que la ciudad es un pequeño París. Algunas de las galas del tiempo, las cuidadas barbas de los caballeros y la ardorosa o lánguida belleza de las mujeres, entre sedas, cintas, abanicos, peinetas y mitones, se pueden ver en los retratos del viejo maestro Tovar y Tovar. Para los « centenarios » que comienzan a celebrarse —como el del Libertador en 1883— la Venezuela oficial y vestida de etiqueta lucirá sus grandes lienzos y « plafonds » de batallas. El régimen guzmancista es como una enorme ópera en que el apuesto dictador vestido con el mejor uniforme que hicieron los sastres militares de París, avanza al proscenio a cantar su solo exultante.

Ya está un poco pasado de « moda », no había hecho el necesario tránsito del « Segundo Imperio » a la « República » cuando después del postrer viaje a Europa que lo conducirá a la derrota y la ausencia definitiva, los estudiantes derriban sus estatuas en 1888, y se ensaya con Rojas Paul y Andueza Palacio la reconstitución del orden democrático y civil. El viejo liberalismo, que había sido cautivo de los militares, quiere hacer la expiación de sus faltas, y la nueva generación positivista anhela curar con los métodos de la ciencia y los estudios sociales las viejas dolencias del país. Pero también un letrado y orador como Andueza, sufre el complejo de nuestra viveza y jactancia vernácula, y ¿por qué no ha de conseguir en 1892 que se le prolongue siquiera en « dos añitos » su período presidencial? « No más eso » —como se diría en un corrido mexicano— estaba aguardando el último y más simpático caudillo de la Federación, el general Joaquín Crespo, para hacer contra el « Doctor » su revolución legalista. Crespo ha de cerrar con su campechana «bonhomía», su conducta de gran compadre para quien la dirección de la República parece prolongar el dominio del hato llanero y también con la bala de « mampuesto » que le segará la vida en « La Mata Carmelera », el ciclo de los caudillos rurales del siglo XIX. Pero ya no de los Llanos, sino de las sierras andinas avanzan con Cipriano Castro los nuevos dominadores con quienes se inicia el siglo XX. En el séquito de Castro y contrastando con

su temperamento impulsivo, extrovertido y nervioso, amigo de las frases y los gestos resonantes viene un compadre taciturno : el financiero de la expedición, el que vendió sus toros y sus vacas y metió algunos de los miles de pesos que le había ganado a la casa Blohm, para costear la aventura. Se llama Juan Vicente Gómez ; tiene el don de hacerse el Bertoldo, el que dice cosas obvias o sabe callarse junto a los doctores y los generales que conversan mucho, pero junto al frenesí, la estridencia y casi la histeria de los nueve años de gobierno de Castro, se edificará un sólido poder personal que a partir del 19 de diciembre de 1908 —cuando don Cipriano se está curando en Europa sus cansados riñones— se trocará en tremendo poder político.

De un país insolvente, intimidado por las escuadras europeas en 1903 porque no podía pagar las deudas de noventa años de revoluciones, Venezuela comenzará a guardar en la alcancía fiscal bajo el despótico, largo y abrumador protectorado de Juan Vicente Gómez. (Hablamos de la alcancía fiscal, porque no existe durante los veintisiete años de dictadura nada que se parezca a una política económica ni nada que mejore a fondo las condiciones sociales.) Como se concede tan generosamente el petróleo a los consorcios extranjeros a partir de 1917 y éstos pagan tan escasos impuestos al país, el poderío del Caudillo puede afirmarse en una Venezuela que se cansó de las revueltas y parece adormecida en el letargo de una existencia provinciana donde la mayor seguridad es no estar en la cárcel. Fue, sin duda, la época más cruel de nuestra historia republicana. Los carceleros de La Rotunda, de Puerto Cabello, de San Carlos se encargan de los civiles que siguieron invocando la libertad y a quienes en el lenguaje de los periódicos cortesanos se les llamaba los « malos hijos de la patria ». Los « buenos » eran los que acompañaban al general en sus paseos por las haciendas aragueñas ; los que se prestaban para la continua farsa de sus congresos ; los que ofrecían su nombre para onerosos contratos con las compañías extranjeras ; los que se repartían, a más de sus sueldos, las secretas pensiones y dádivas del « Capítulo séptimo ». En las provincias la paz y el orden del régimen se mantienen por pretorianos feroces con vocación de « genocidas », por hombres que como Eustoquio Gómez merecerían haber vivido mil años antes, en la más violenta hora feudal. Y aun una brillante generación de escritores venezolanos, los de la generación modernista que habían escrito algunos de los libros más significativos de nuestra literatura, se callan, se destierran o caen en el servilismo y la monotonía de la prosa oficialista y el poema de encargo, durante el sopor espiritual de la dictadura. Casi lo mejor y más viviente de las letras nacionales de entonces se escribirá en las cárceles o en el exilio.

A pesar de los automóviles, quintas y piscinas, de la plutocracia y de la magnitud que ya adquirían las explotaciones petroleras, la Venezuela en que al fin murió Gómez, en 1935, parecía una de las más inmóviles provincias suramericanas. El gran caimán nos contagió de su sueño. Diríase que en inteligencia, creación o inventiva poco habíamos adelantado en los largos ochenta años que ya nos separaban de la guerra federal. No era sólo la ignorancia y pobreza del pueblo, la vasta necesidad que invocando a Santa Rita (o a Santa Bárbara) abogada de lo imposible, venía de la inmensidad silenciosa, sino también la ignorancia y el abuso de quienes en tres decenios de tiranía se convirtieron en clase dirigente. Muchos de los malos sueños y la frustración del país se fueron a enterrar también aquel día de diciembre de 1935 en que se condujo al cementerio, no lejos de sus vacas y de los árboles y la yerba de sus potreros, a Juan Vicente Gómez. Se le comparó a Harum-El Raschid porque contaba apólogos de la más oriental invención, no distinguía entre el tesoro público y el tesoro privado, y a Luis XI porque sabía anular y deshacerse, con la más cautelosa malicia, de todos sus enemigos. Fue más bien el gran tronco que erigimos para detener las aguas de la Historia, o en el símil de los llaneros, el cocodrilo apostado en la boca del caño. Algunos de los miedos, los espectros, las supersticiones de la época pasan a través de varios libros reveladores : *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos o las *Memorias de un venezolano de la decadencia* de José Rafael Pocaterra. Libros que parecían enseñar el arte duro, cruel y violento de ser venezolanos en días tan difíciles.

A LA DERECHA : ALDEA DE LOS ANDES VENEZOLA

FOTO DEL CENTRO : PESCADORES DE LA SAPO

los técnicos y los oficiales de una nueva promoción se decidieron a derrumbar al subsuperhombre en 1958.

Quizás los que contribuyen más a la lucha contra la dictadura son los que en un ensayo de esos días me atreví a llamar las « gentes del autobús », las que no salían a las cuatro de la mañana de los clubs elegantes y carecían de « yate » para pasear « sirenas » en la isla de la Orchila. Se empezó a formar en los últimos veinticinco años una clase media ; la que con su trabajo y estudio, concurriendo a veces en las horas libres a los liceos nocturnos, aprendiendo idiomas extranjeros y las técnicas que exigían otras actividades y oficios, ganó su sitio en el mundo. El desarrollo económico y social, el crecimiento de las ciudades, el requerimiento de una producción más calificada estaban fijando para el hombre venezolano otras metas y horizontes que los que podían preverse en el tiempo de Juan Vicente Gómez. En ese último cuarto de siglo también la mujer, que antes fue sólo testigo silencioso del drama, se incorporó activamente al magisterio, la administración, las profesiones liberales, los partidos políticos y el parlamento ; a la vida de la nación. Al lado de los hombres, hubo mujeres prisioneras, desterradas y torturadas por combatir al dictador. Nuevas y aun bruscas estructuras sociales han emergido en el gran cambio de estos años, y una modernidad violenta transformó el rostro de las ciudades y el ritmo de las gentes. La tiranía de Gómez apenas nos dejó en la civilización del automóvil y de unos aviones e hidroplanos todavía lentos, que cubrían una que otra ruta nacional o se aventuraban hasta Miami, Florida. Ahora entramos en la era de los « jets », y se perfila ya la aventura de la comunicación y la civilización cósmica.

Si nuestros problemas son un poco distintos a los de 1936, asumen también diversa prioridad y jerarquía. En las estadísticas de las Naciones Unidas somos con toda la América Latina países « insuficientemente desarrollados », ya que en Venezuela hay que redistribuir en trabajo y producción la renta nacional que bajo la dictadura de Pérez Jiménez era acaparada por no más del 14 por ciento de los venezolanos. El desorden de los gastos y el derroche en obras de ornato bajo aquel régimen que careció de planeamiento económico y social, acumuló en las ciudades, succionándolo de los campos, un proletariado paria, sin oficio, preparación ni destino, que no sirve para la industria y vive un poco de la « emergencia » y la aventura. Desde el momento de la recuperación democrática del país en 1958 se habló de reforma agraria, y la Ley aprobada por el gobierno del Presidente Betancourt ha permitido ya la dotación de tierras a millares de familias. Pero la reforma agraria —como lo entiende también el gobierno— supone una política paralela de tecnificación e industrialización agrícola a que habrán de dedicarse inmensos recursos. Será, por fin, el cumplimiento de la repetida consigna de « sembrar el petróleo ». El problema educativo también presenta una perspectiva diversa a la de hace veinticinco años. Ya se ha alfabetizado, bajo la gestión del actual gobierno, una gran masa de población, y nuestra estadística de analfabetismo ha descendido de 43 por ciento en 1957 a 18 por ciento en el instante de escribir estas páginas. La matrícula escolar se ha multiplicado y casi un millón y medio de alumnos concurren a los establecimientos de enseñanza. Pero el problema educativo en un país como Venezuela, con sus recursos naturales, riquezas minera y la población todavía escasa, nos plantea un complejo desafío. Porque así como tenemos que concluir de alfabetizar y ofrecer los primeros rudimentos de la cultura a quienes la ignoran, hay que preparar para todas las invenciones y manipulaciones científicas y técnicas de la época a los sabios, peritos y especialistas que se exigen con casi desesperada urgencia. Muchos inquieren si en nuestras universidades, con excesivo bullicio político, algaradas, mítines y discursos de demagogos, habrá el riguroso sosiego y la disciplina de trabajo que exigen la ciencia y la tecnología actuales. Y si por preferir el alboroto las universidades no forman estos calificados especialistas, las empresas, industrias o el gobierno que los necesiten tendrán —con mengua de nuestro patriotismo— que buscarlos en el extranjero.

Quizás los estallidos de desorden que frente a la voluntad de orden democrático siempre se produjeron en el país, sean tam-

bién un sutil y complicado problema de cultura colectiva. En 150 años de vida independiente no hemos podido aprender todavía el buen juego de la política como se puede practicar en Inglaterra o en los países escandinavos. Hay que continuar civilizando la política como todas las actividades humanas, como el deporte, el amor o la cortesía. Hay que enfriar a los fanáticos que aprendieron una sola consigna, se cristalizaron en un solo « slogan » y no se afanarán en comprender y discutir lo distinto, para que no se les quebrante su único y desesperado esquema. Hay que sacar a muchas gentes de las pobres fórmulas abstractas que mascullan con odio y sin análisis, para que por un proceso fenomenológico (tan característico del pensamiento contemporáneo) definan el hecho y la circunstancia concreta. Hay que acercar nuestra cultura no sólo al siglo XX —que ya está bastante canoso—, sino al siglo próximo que emerge en la inmediata lejanía sus promontorios y cordilleras de problemas. Contra la idea de una catástrofe y retaliación universal, donde la sangre del hombre sería el combustible revolucionario, brota también de nuestra época una más humana esperanza. La ciencia, la técnica y sobre todo el fortalecimiento de la conciencia moral, pueden ayudarnos a ganar las nuevas batallas y aventuras del hombre sin necesidad de « paredones » y guillotinas. En un país como el nuestro, ya no sólo los 8 millones de venezolanos que debemos de ser en el momento, sino los muchos más que seremos en el año 2000, podríamos vivir en concordia, seguridad y justicia si nos dedicásemos a la seria tarea de valorizar nuestro territorio ; si trabajamos y estudiamos de veras, si aquel igualitarismo social que proclamó hace ya cien años la guerra federal se realiza en la educación para todos, en la equilibrada redistribución de la renta pública ; en salvar por medio del impuesto y la seguridad social los tremendos desniveles de fortuna. Y sentir lo venezolano no sólo en la Historia remota y el justo respeto a los próceres que duermen en el panteón, sino como vivo sentimiento de comunidad, como la empresa que nos hermana a todos. El venezolanismo de nuestros hombres ejemplares —de Bolívar, de Bello, de Simón Rodríguez, de Fermín Toro— tampoco se quedó enclavado a la sombra del campanario, sino que salió a buscar en los libros, las instituciones y los caminos del mundo cómo enriquecerse y aprender de la humanidad entera.

El país es hermoso y promisorio, y vale la pena que los venezolanos lo atendamos más, que asociemos a su nombre y a su esperanza nuestra inmediata utopía de concordia y felicidad.

VOLTAIRE, POR JEAN HUBER

FERNANDO ARBELAEZ

« El Diadoco »

Alfa

La piedra *dice el tiempo —lo he oído*
de voces lejanas—, mas aquí la piedra permanece
y el tiempo centellea con su serpiente alada.
Un día el rey Egeo vio las alas nocturnas
y la muerte avanzar desde el mar.
Después la piedra detuvo el sol
en su altiva blancura, y el cielo
por su justa corona, y detuvo
el rumor que en mí escucho
con el vibrar de la columna.
Veo correr la sangre del animal
y el sacerdote —en el declive de la luz—
que sacrifica y liba ; que escruta
los signos de la piel llameante.
Pero estoy solo. El cortejo ha pasado
y la piedra perdura como pasto del dios
abierta al cielo de oro. La serpiente
se muerde otra vez en el fúlgido círculo
y encierra al esclavo de su furia.

Beta

Terrible *fue tu hermosura, Helena, cuánto desastre*
sobre la piedra quemada, cuánto dolor
y negros naufragios, cuánta muerte!
Mira las playas verdeantes y la redonda turquesa
más allá de las islas teñida por la sangre
de tus cabellos, más allá, en la ciudad abolida.
Contra mis labios está tu boca para iniciar nuevos mitos,
nacimientos, interminables excesos,
largas extenuaciones bajo el clamor de los arcos,
bajo el cielo enrarecido del neón,
bajo tus ojos borrachos de gases esplendentes.
¡Ah! que la vieja guerra recomienza
el guerrero se apresta en el filo de la luz
la madera brilla en la empuñadura del bronce
y mi corazón se estremece
como una estrella de la noche escarlata.

Gamma

El otoño *nos sorprendió con una ala de frío*
y tú murmuraste que tu traje no se adecuaba
a la estación, contrariada. Un pórtico de Atenas
nos guareció y pensaste minuciosamente.
El tentáculo eléctrico ensortijó la avenida
y enrolló serpientes de oro sobre el cuerpo de la noche
hasta tu piel, pero aun el verano suspendía
el último éxtasis de su furia sobre la frente.
Aun el verano con su trigo en tu cabello.
Sonreíste con las luces que despertaban la noche
como la explosión de un cometa.
Los rostros de oro nos miraron desde la oscuridad.

Delta

Te detienes *un momento y piensas de nuevo :*
es verdad, no sabemos si somos de éste o del otro otoño
o si el viento corta el aire como el barco
que sólo deja huellas en el alma.
Los dioses se han ido, quedan los rostros
que nos miran serenos ; el gesto benigno
sobre el oro de edades remotas y la arcilla
quemada en las manos de siglos.
Algo que el hombre hizo nos acecha
de repente, con su voz apagada
como detrás de un velo, de una noche,
de un párpado sordo, de un vuelo
que franquea inmortales distancias.
Y nosotros no podemos volver : el bronce y la piedra
retienen nuestros ojos con el perfume de las flautas.
Alguien habla de amor : lo escuchamos
asombrados. Antaño esos rostros
se amaron ; fueron muertos queridos, estancias
del sueño, imperios y fiebres,
desbordantes deseos en la sombra.
Antaño —repetimos, encerrando un aroma
en las manos— el amor ordenaba las ruinas
la mansión señalaba y medía el asalto divino,
la fuerza, el terror fulgurante y el trueno.
Testigo el verde pulpo de seda
que fue dios y principio de todo
y el águila del día que cruza
con su roja cadena y las plumas terribles
hasta posarse en la mano poderosa.

Epsilon

¿Es la noche *la que cierra tus ojos o es el canto*
de mi ignorante corazón sobre la nave curva?
La estatua desvelaba tu cuerpo con su engañosa blancura
el pie sumiso detenido por la piedra

tu pie traspasando la sombra de las lluvias para siempre.
Era tuya la línea palpitante, tu seno
que tocaba otra vida en el mármol, otra vida.
Ahora te detiene el cincel fugitivo de mi lámpara
en el lecho, y no está más ni en el pasado ni en el presente,
huyes de la piedra y recatas tu rostro
en un repliegue del silencio, revives.
¿Qué mito esconden tus labios encontrados en el sueño?
No son del tiempo estos brazos
que ciñeron el ser entre dos tempestades.

Zeta

PERMANECE *la estrella en el amanecer de los árboles,*
miras el paciente artificio de la piedra,
la larga fila de días bajo el gran sol
y atesoras su secreto en los ojos.
No podemos escapar a la muerte que meció nuestra cuna
y volvemos cada vez a donde siempre hemos estado,
a estos rostros que encontramos repetidos
hasta perderse en la memoria
machacados por una rueda inmóvil,
por un peso invisible que gira entre las sombras.
Ayer visitamos la ciudadela y allí estaban los muertos
sobre la tierra sangrienta. ¿Acaso
no me encontraba entre ellos? Los ancianos
te miraron asombrados al volver con la música,
al repetir ese compás desorbitado de los cobres.
Después el corifeo preguntó : ¿quién eres tú?

Omega

Una noche, entre estrellas cautivas,
cerca del templo olímpico un viento de cipreses
golpeó en tu ventana, un viento leve
que recontaba mis muertos. Una luz sigilosa
cruzó tu voz para llamarme en secreto
y el más hermoso otoño asomó por tu boca :
tus ojos sin orillas alzaron sobre el mundo
toda la tierra mía repetida hasta el éxtasis.
De nuevo llueve, llueve en los siglos que circuyen tu frente
y llueve sobre el templo de brechas insondables,
sobre el olvido llueve y el tiempo nos acecha
en el silencio de la carne. Ahora penetramos
en las frondas del sueño hasta encontrar un sitio
para el hermano libre en las aduanas de la muerte.
Nuestro rostro más allá del otoño
oyendo las voces obscuras sobre la piedra respirante.

FERNANDO ARBELAEZ

Atenas, 22 de octubre de 1963 — Atenas, 24 de enero de 1964

DIDEROT

y la independencia de América

En el cuadro de los actos conmemorativos que celebra la Biblioteca Nacional de París en torno a la Enciclopedia y a los enciclopedistas, le corresponde ahora el turno a Diderot. ¿Hasta dónde América, mejor aún la América Española, estaba presente en la mente de los grandes pensadores del siglo XVIII? Una sola muestra lo dirá : el Suplemento al Viaje de Bougainville *escrito por Diderot, donde después de tratar los temas de la América del Sur, sitúa en Tahití una escena famosa, en la que pone en labios de un viejo aborigen el discurso contra el colonialismo y por la independencia, lo cual confirma lo que el mismo Diderot insertó en la tercera edición del libro del Abate Reynal. Son los escritos en los que los hombres de la Ilustración se revelan como precursores de nuestras libertades.*

ES UN ANCIANO QUIEN HABLA. Era padre de una familia numerosa. Al llegar los europeos, les dirigió miradas desdeñosas, sin dar muestras ni de asombro, ni de miedo, ni de curiosidad. Los europeos le abordaron, pero él les volvió la espalda y se retiró a su cabaña. Su silencio y su inquietud no hacían sino mostrar a las claras su pensamiento : en su fuero interno lloraba por los felices días de su país eclipsados. Al marcharse Bougainville, cuando los habitantes acudían en tropel a la orilla, se agarraban a sus vestidos, apretaban a sus camaradas entre sus brazos y lloraban, el anciano se adelantó con aire severo y dijo :

« ¡Llorad, infelices tahitianos!, llorad ; pero llorad por la llegada, no por la marcha de estos hombres ambiciosos y malvados : algún día los conoceréis mejor. Un día volverán, con el trozo de madera que veis atado a la cintura de éste en una mano y en la otra el hierro que cuelga del costado de aquel, para encadenaros, degollaros o esclavizaros a sus extravagancias y a sus vicios ; un día serviréis bajo su

yugo, tan corrompidos, tan viles, tan desgraciados como ellos. Pero yo tengo un consuelo : estoy llegando al final de mi carrera y no veré la calamidad que os anuncio. ¡Oh tahitianos!, ¡oh amigos míos!, tendríais un medio de escapar a tan funesto porvenir ; pero preferiría morir a aconsejároslo. Que se vayan y vivan ».

Luego, dirigiéndose a Bougainville, añadió : « Y tú, jefe de los bandidos que te obedecen, aparta prestamente tu navío de nuestra orilla : somos inocentes, somos felices ; y no puedes dañar nuestra ventura. Nosotros seguimos el puro instinto de la naturaleza ; y tú has intentado borrar su impronta en nuestra alma. Aquí todo pertenece a todos ; y tú nos has predicado no sé qué distinción entre lo *tuyo* y lo *mío*. Nuestras hijas y nuestras mujeres nos son comunes ; este privilegio lo has compartido con nosotros ; y has venido a encender en ellas furores desconocidos. Se han vuelto locas en tus brazos ; y tú te has vuelto feroz en los suyos. Ellas han empezado a odiarse ; vosotros os habéis degollado por ellas ; y han vuelto a nosotros teñidas de vuestra sangre. Somos libres ; pero tú has enterrado en nuestra tierra el título de nuestra futura esclavitud. Tú no eres ni un dios ni un demonio : ¿quién eres, pues, para hacer esclavos? Oru, tú que oyes el lenguaje de estos hombres, dinos a todos, como me lo has dicho a mí, lo que han escrito sobre esa plancha de metal : *Este país nos pertenece*. ¡Este país es tuyo! ¿Y por qué? ¿Porque has puesto el pie en él? Si un tahitiano desembarcase un día en vuestras costas y grabara en una de vuestras piedras o en la corteza de uno de vuestros árboles : *Este país pertenece a los habitantes de Tahiti*, ¿qué pensarías? ¡Eres el más fuerte! Pero ¿qué importa eso? Cuando te han quitado una de las despreciables bagatelas de que está lleno tu barco, has protestado, te has vengado ; y al mismo tiempo proyectabas en el fondo de tu corazón el robo de toda una comarca. No eres esclavo —antes preferirías morir que serlo—, ¡y quieres esclavizarnos! ¿Es que crees que el tahitiano no sabe defender su libertad y morir? El tahitiano, de quien te quieres apoderar como si fuera un animal, es tu hermano. Sois dos hijos de la naturaleza ; ¿qué derecho tienes sobre él que él no tenga sobre ti? Has llegado : ¿nos hemos lanzado contra tu persona?, ¿hemos saqueado tu navío?, ¿te hemos cogido y expuesto a las flechas de nuestros enemigos?, ¿te hemos asociado en nuestros campos al trabajo de nuestros animales? Hemos respetado en ti nuestra imagen. Déjanos nuestras costumbres ; son más sabias y más sanas que las tuyas. No queremos trocar lo que tú llamas nuestra ignorancia por tus inútiles luces. Todo lo que es necesario y bueno para nosotros, lo poseemos. ¿Somos dignos de desprecio porque no hemos sabido crearnos necesidades superfluas? Cuando sentimos hambre, tenemos de qué comer ; cuando sentimos frío, tenemos con qué vestirnos. Has entrado en nuestras cabañas : ¿qué falta en ellas, según tú? Persigue hasta donde quieras lo que llamas las comodidades de la vida ; pero permite que seres sensatos se detengan, cuando de la continuidad de sus penosos esfuerzos sólo habrían de resultar bienes imaginarios. Si nos convences de que franqueemos el estrecho límite de la necesidad, ¿cuándo terminaremos de trabajar? ¿Cuándo gozaremos? Hemos hecho que la suma de nuestras fatigas anuales y cotidianas fuera lo menor posible, porque nada nos parece preferible al descanso. Vete a tu comarca a agitarte, a atormentarte todo lo que quieras. Déjanos descansar : no nos encalabrines ni con tus necesidades artificiales ni con tus virtudes quiméricas. Contempla a estos hombres ; mira lo rectos, sanos y robustos que son. Contempla a estas mujeres ; mira lo rectas, sanas, frescas y bellas que son. Coge este arco, es el mío ; llama en tu ayuda a uno, dos, tres o cuatro de tus compañeros e intentad tenderlo. Yo puedo tenderlo solo. Labro la tierra, escalo la montaña, atravieso la selva, recorro una legua de la llanura en menos de una hora. A tus jóvenes compañeros les ha costado trabajo seguirme ; y tengo más de noventa años. ¡Desgraciada de isla!, ¡desgraciados los tahitianos presentes, y todos los tahitianos que vendrán, desde el día en que nos visitásteis! Sólo conocíamos una enfermedad : aquella a la que han sido condenados el hombre, el animal y la planta, la vejez. Y tú nos has traído otra, infectándonos la sangre. Quizá tengamos que exterminar

DIBUJÓ DE SERGIO TRUJILLO MAGNENAT

con nuestras propias manos a nuestras hijas, a nuestras mujeres, a nuestros niños; a los que se han acercado a tus mujeres; a las que se han acercado a tus hombres. Nuestros campos se mojarán con la sangre impura que ha pasado de tus venas a las nuestras; a nuestros hijos, condenados a alimentar y a perpetuar el mal que tú has transmitido a los padres y a las madres y que ellos transmitirán para siempre a sus descendientes. ¡Desgraciado!, tú serás culpable, o de los estragos que resultarán de las funestas caricias de los tuyos, o de los asesinatos que cometeremos para detener el veneno. ¡Y hablas de crímenes! ¿Tienes idea de un crimen mayor que el tuyo? ¿Cuál es en tu país el castigo que se aplica a quien mata a su vecino?: la muerte por la espalda. ¿Cuál es en tu país el castigo del cobarde que le envenena?: la muerte por el fuego. Compara tu fechoría a esta última; y dinos, envenenador de naciones, el suplicio que mereces. Hasta hace un momento, la joven tahitiana se abandonaba con arrebato a los brazos del joven tahitiano; esperaba con impaciencia que su madre, autorizada por los signos de la edad núbil, levantara su velo y desnudara su garganta. Se sentía orgullosa de excitar los deseos y de excitar las miradas amorosas del desconocido, de sus parientes, de su hermano; aceptaba sin miedo ni vergüenza, en nuestra presencia, en medio de un círculo de inocentes tahitianos, al son de las flautas, entre las danzas, las caricias de aquel a quien designaban su joven corazón y la voz secreta de sus sentidos. La idea de crimen y el peligro de la enfermedad han penetrado contigo entre nosotros. Nuestros goces, en otro tiempo tan dulces, van acompañados de remordimiento y de espanto. Ese hombre negro que está junto a ti y que me escucha ha hablado a nuestros muchachos; no sé lo que les ha dicho a nuestras muchachas; pero nuestros muchachos vacilan; nuestras muchachas enrojecen. Húndete, si quieres, en la selva oscura con la compañera perversa de tus placeres; pero concede a los buenos y sencillos tahitianos que se reproduzcan sin sentir vergüenza, a la faz del cielo y a plena luz. ¿Qué sentimiento más honesto y más grande podrías tú poner en lugar del que nosotros les hemos inspirado y que les anima? Piensan que ha llegado el momento de enriquecer a la nación y a la familia con un nuevo ciudadano, y de ello se glorían. Comen para vivir y para crecer; crecen para multiplicarse y en ello no encuentran ni vicio ni vergüenza. Escucha tus otras fechorías. Apenas te has mostrado entre ellos, se han vuelto ladrones. Apenas has pisado nuestra tierra, ha humeado la sangre. Al tahitiano que corrió a tu encuentro, que te acogió, que te recibió diciendo: «*¡Taio! amigo, amigo*», le matásteis. ¿Y por qué le matásteis? Porque le sedujo el brillo de tus pequeños huevos de serpiente. El te daba sus frutos, te ofrecía su mujer y su hija, te cedía su cabaña; y tú le mataste por un puñado de esos granos, que había cogido sin pedírtelos. ¿Y este pueblo? Al ruido de tu mortífera arma, el terror se apoderó de él, y huyó a la montaña. Pero sabe que no habría tardado en bajar, sabe que en un instante, sin mí, hubiéseis perecido todos. ¿Por qué les calmé?, ¿por qué les contuve?, ¿por qué les contengo todavía en este momento? Lo ignoro; porque tú no mereces ningún sentimiento de piedad, porque tienes un alma feroz que nunca la sintió. Tú y los tuyos os habéis paseado por nuestra isla; has sido respetado; has gozado de todo, no has encontrado en tu camino ni barrera ni negativa: te invitaban, tú te sentabas y ponían ante ti la abundancia del país. ¿Quisiste muchachas? Con excepción de aquellas que aún no poseen el privilegio de mostrar su rostro y su garganta, las madres te han presentado a las otras completamente desnudas; y hete aquí poseedor de la tierna víctima del deber hospitalario. Para ella y para ti se cubrió el suelo de hojas y de flores; los músicos acordaron sus instrumentos; nada turbó la dulzura ni coartó la libertad de tus caricias y de las suyas. Se cantó el himno, el himno que te exhortaba a ser hombre, que exhortaba a nuestra hija a ser mujer, y mujer complaciente y voluptuosa. Se bailó en torno a vuestro tálamo; y fue al salir de los brazos de aquella mujer, después de haber sentido sobre su seno la más dulce embriaguez, cuando mataste a su hermano, a su amigo, a su padre quizá.

E hiciste algo todavía peor ; mira de ese lado, contempla ese recinto erizado de flechas. Esas armas que sólo habían amenazado a nuestros enemigos, ahora se vuelven contra nuestros propios hijos : mira a las desgraciadas compañeras de vuestros placeres ; mira su tristeza, mira el dolor de sus padres, mira la desesperación de sus madres : ahí están condenadas a morir, bien por nuestras manos, bien por el mal que les has transmitido. Aléjate, a menos que tus ojos crueles se complazcan en espectáculos de muerte ; aléjate, y ojalá los mares culpables que te han respetado durante tu viaje reparen su culpa y nos venguen sepultándote antes de tu vuelta. Y vosotros, tahitianos, volved a vuestras cabañas, volved todos ; y que estos indignos extranjeros no oigan al marcharse más que las olas que mugen y no vean más que la espuma con que su furor blanquea una orilla desierta. »

Apenas hubo acabado el anciano, la muchedumbre de los habitantes desapareció. Un vasto silencio reinó en toda la extensión de la isla y sólo se oyó el silbido agudo de los vientos y el ruido sordo de las aguas en toda la longitud de la costa : se hubiera dicho que el aire y el mar, sensibles a la voz del anciano, se disponían a obedecerle.

B. Bueno, ¿qué piensa usted de esto?

A. El discurso me parece vehemente ; pero, a través de un no sé qué de abrupto y salvaje, se me antoja ver ideas y giros europeos.

B. Piense que se trata de una traducción del tahitiano al español y del español al francés. El anciano fue por la noche a ver a ese Oru al que interpeló y en cuya cabaña se había conservado desde tiempo inmemorial el uso de la lengua española. Oru escribió la arenga del viejo ; y Bouganville tenía una copia en la mano mientras el tahitiano la pronunciaba.

A. Ahora veo perfectamente por qué Bougainville suprimió este fragmento. Pero esto no es todo, y mi curiosidad por el resto no es escasa.

—B. Lo que sigue quizá le interese menos.

A. No importa.

B. Es una conversación del capellán de la tripulación con un habitante de la isla.

A. ¿Oru?

B. El mismo. Cuando el barco de Bougainville se acercó a Tahiti, se lanzaron al agua un número infinito de árboles vaciados, que en un instante rodearon su barco. A cualquier lado que volviera sus

ojos, Bougainville veía demostraciones de sorpresa y de buena voluntad. Le lanzaban provisiones, le tendían los brazos, se agarraban a las cuerdas y subían gateando contra las tablas; llenaron su chalupa; gritaban en dirección de la orilla, desde donde les respondían otros gritos; los habitantes de la isla acudían. Por fin todos llegan a tierra firme: los isleños se apoderan de los hombres de la tripulación, se los reparten. Cada uno conduce al suyo a su cabaña: los hombres les abrazaban por la cintura, las mujeres les acariciaban las mejillas con sus manos. Trasládese usted allí; sea testigo, con el pensamiento, de este espectáculo de hospitalidad, y dígame qué le parece la especie humana.

A. Muy bella.

B. Pero quizá olvidaba hablarle de un acontecimiento bastante singular. Esta escena de benevolencia y de humanidad fue súbitamente turbada por los gritos de un hombre que pedía socorro; era el criado de uno de los oficiales de Bougainville. Unos jóvenes tahitianos se habían lanzado sobre él, le habían tumbado en tierra, le desnudaban y se disponían a hacerle los honores.

A. Pero ¡cómo!, ¿unos pueblos tan sencillos, unos salvajes tan buenos, tan honestos?...

B. Se equivoca usted. El criado era una mujer disfrazada de hombre. Ignorada por la tripulación entera durante todo el tiempo de una larga travesía, los tahitianos adivinaron su sexo a la primera mirada. Había nacido en Borgoña y se llamaba Barré; no era ni fea ni guapa y tenía veintiséis años. Nunca había salido de su aldea; y su primera idea de viajar fue dar la vuelta al globo. Siempre mostró buen sentido y valor.

A. Esas frágiles máquinas encierran a veces almas muy fuertes.

El Yorgos Seferis que he conocido

POR YORGOS THEOTOCAS

ME HA SORPRENDIDO que ninguno de los críticos que hasta ahora han estudiado la obra de Yorgos Seferis parece haberse preocupado por un tema importante : el del « padre ». Tengo ante mí el enorme volumen *A Yorgos Seferis*, publicado en homenaje al poeta. Miro el índice de nombres propios citados en la obra. El profesor Stylianos Seferiadis no figura ni una sola vez. Sin embargo, la influencia del padre —sea positiva o negativa— en la formación de un escritor es siempre un tema capital desde diversos puntos de vista. Cuando, a mayor abundamiento, se da ese hecho poco frecuente de que el padre del poeta haya escrito también poemas, me parece indispensable tener en cuenta esos textos si se desea conocer el punto de partida del escritor que queremos estudiar, así como las primeras influencias espirituales que marcaron indeleblemente su infancia y su adolescencia.

Seferiadis padre realizó largos y brillantes estudios de Derecho en Francia y ejerció la profesión de abogado en Esmirna e incluso durante algún tiempo en París, antes de ser nombrado profesor de Derecho internacional público en la Universidad de Atenas. Por otro lado, tomó parte activa en la vida literaria de su época y en la lucha por el triunfo del « demotismo » (1) que libraba entonces la joven escuela ateniense, cuyo jefe era Palamas. Seferiadis colaboró en *Noumas* y en otras revistas que aparecían en Atenas y en Esmirna y escribió un número bastante grande de poemas que al final de su vida reunió en un grueso volumen bajo el título *Del fondo de mi cajón*. Escribió también obras de teatro lírico, inspiradas en la tradición popular y tradujo varias tragedias de Sófocles en versos rimados, así como poemas de Byron, de los autores latinos y de los poetas modernos franceses hasta Valéry. Uno de sus poemas de juventud, titulado « A nuestra lengua », es un verdadero himno a la lengua popular. Otro, « La hija del pope », ha quedado grabado en la memoria de algunos de sus contemporáneos :

La recuerdo, en los tiempos de mi infancia,
los ojos bajos,
bíblica, pálida, muy bella,
subiendo lentamente las gradas de piedra
de la iglesia.
A su paso se apartaban los muchachos del
[pueblo
y los mendigos murmuraban buena suerte
[y perdón.

Sería interesante escribir un estudio teniendo presente todo esto y explotando metódicamente las relaciones, o las diferencias, que existen entre el padre y el hijo en el terreno de la poesía ; a condición de todos modos de no limitarse, como ocurre frecuentemente, a la comparación de los es-

(1) Movimiento en favor del empleo de la lengua hablada frente al « purismo » que preconizaba el empleo de la llamada « lengua literaria ». (N. del T.)

critos, ya que los libros no pueden separarse de la vida de quienes los escriben. En todo caso, lo que importa sobre todo es la atmósfera literaria del medio social en que nació, se educó y adquirió conciencia de su vocación el joven poeta. Por lo que a Seferis se refiere, los elementos constitutivos de esa atmósfera eran, por un lado, el demotismo y la literatura de comienzos del siglo XX y, por otro, la cultura francesa. Seferis procede de este matrimonio espiritual. Los comentaristas que lo olviden corren peligro de extraviarse fácilmente.

No tengo el propósito de escribir un estudio. Lo que aquí pretendo es relatar unos cuantos recuerdos de juventud, como quien escribe sus memorias. En otros tiempos conocí bastante bien a la familia Seferiadis, salvo a la madre que ya había muerto. El padre era mi profesor. Los dos hijos menores, Juana y Angel, eran mis camaradas de estudios y mis amigos. A su hermano mayor, Yorgos, funcionario del ministerio de Asuntos Exteriores, que vivía retirado, era difícil abordarle : aún no le había visto nunca. Todo lo que de él sabía es que leía mucho y que había hecho su aparición en la *Nea Hestia* publicando en ella una traducción de *La soirée avec M. Teste* de Valéry.

La primera vez que fui a verle sentía miedo. El joven con el que iba a reunirme me llevaba unos cuantos años y en esta primera fase de la vida la diferencia de edad pesa bastante. Seferis había comenzado ya su carrera, mientras yo aún no me había arrancado completamente de los bancos de la Universidad. Juana me ayudó, y dirigió como auténtica ama de casa la conversación procurando realzar mis méritos. Yorgos Seferiadis me dio muestras de bondad y comprendí que nos haríamos fácilmente amigos. Después él me confesó que mi entrada en la literatura y nuestro encuentro le recordaron a un personaje romántico de Stendhal, el joven Fabricio del Dongo de *La Cartuja de Parma*. En varias de sus cartas, que he conservado, Seferis me llama « Mi querido Fabricio ».

En efecto, llegamos a ser amigos y durante varios años, cuando Yorgos estaba en Atenas, nos veíamos con frecuencia, bien solos, bien generalmente en compañía de Katsimbalis. La gente nos llamaba « los tres Yorgos ». Hacíamos la ronda de las tabernas —con domicilio social en la de Barba-Yanni, famosa por aquella época—, discutíamos ante las mesitas de la Plaza de la Constitución y realizábamos interminables paseos nocturnos por las calles desiertas de la ciudad. Entre nosotros había muchos puntos comunes. En política, éramos liberales. En literatura, procedíamos del « demotismo » y habíamos sufrido la influencia francesa. Respetábamos la tradición de Solomos y de Palamas y nos mostrábamos reservados y desconfiados ante Kavafis y Karyotakis. Nuestros contactos intelectuales con el siglo XX se efectuaban a través de Francia. Yorgos Seferiadis y yo amábamos a Proust, Valéry, Claudel y André Gide y *La Nouvelle Revue Française* hacía nuestras delicias. Por lo demás, cada uno tenía sus gustos personales —Seferiadis estaba luchando con el *Ulises* de James Joyce— ; pero nuestra formación tenía un fondo común, gracias al cual podíamos entendernos naturalmente.

Yo iba a menudo a ver a los Seferiadis, a su vieja residencia cerca del Museo Ar-

El 10 de diciembre, en el Palacio de Conciertos de Estocolmo, Yorgos Seferis recibió de manos del rey Gustavo de Suecia el Premio Nóbel de Literatura de 1963. Al concederle el alto galardón, señaló la Academia sueca que el premio le era otorgado a Seferis por su « eminente obra lírica, inspirada por el sentimiento profundo de la cultura helénica ».

Al conocer el veredicto, declaró Yorgos Seferis : « Al elegir a un poeta griego para el Premio Nóbel, creo que la Academia sueca ha querido manifestar su solidaridad con la Grecia actual y viviente del espíritu. Espero que esta Grecia, por la que tantas generaciones han luchado, se consagrará a mantener todo lo que existe de vivo en una tradición ya larga. Creo también que la Academia ha querido demostrar que la humanidad de hoy tiene necesidad de la poesía y del espíritu griego. »

queológico ; allí veía también al profesor. Era un hombre con mucha personalidad, muy sociable, sonriente con sus invitados, siempre impecablemente vestido, sin una arruga y con su perilla gris bien cuidada. Le gustaban las mujeres, a las que ostensiblemente obsequiaba y mimaba, con muchos besamanos y cortesías que estuvieron de moda antes de 1914. Era sensible a los honores, a los títulos, a las mundanidades y a las recepciones oficiales. En la vida social se conducía como hombre de mundo, como occidental cortés, pero yo observaba que con los suyos era diferente : severo, autoritario, un verdadero padre oriental de la vieja escuela. Se mostraba exigente con sus hijos, aunque yo no sabía cómo —ni trataba de averiguarlo—, y con frecuencia parecía encolerizado porque las cosas no se hacían a su gusto. Sentía que entre el padre y los dos hijos había constantemente una « atmósfera tensa », según se dice ; no recuerdo que esa atmósfera faltase nunca. Al padre le gustaba exteriorizarse, con una tendencia a la exuberancia. Los dos hijos eran reconcentrados, introvertidos, y ocultaban sus sentimientos. En sus relaciones el padre y los hijos se mostraban siempre taciturnos. El elemento conciliador era Juana, que se entendía bien con los tres, manejaba los problemas de la vida familiar con tacto y diplomacia y conseguía mantener su equilibrio.

En una ocasión charlábamos Yorgos y yo de nuestros orígenes comunes, de ciertos problemas muy nuestros, sin relación con la literatura. Ambos éramos refugiados, nacidos y educados, él en Esmirna, yo en Constantinopla, entre los griegos del Imperio Otomano, en medio de la leyenda viva de la Gran Idea (2). Nos sentíamos moralmente heridos por el desastre de Asia Menor (3) y además desarraigados. Aspirábamos a arraigarnos de nuevo en algún sitio, a convertirnos en atenienses. El azar había hecho que los dos fuéramos hijos de juristas. Yorgos habló de nuestros respectivos padres :

— Lo que esos hombres han realizado no es algo insignificante —dijo—. Hicieron con buen éxito su carrera en Turquía. Arruinados después por el curso que tomaron los acontecimientos, llegados aquí sin un céntimo y con pesadas cargas familiares, tuvieron que empezar de nuevo todo, aun habiendo entrado ya en la madurez, y lograron el buen éxito por segunda vez. Debemos reconocer que no es pequeña hazaña.

Decía todo esto con una especie de orgullo, pero también con cierta nostalgia, como si quisiera insinuar que nosotros, más débiles en lo que a las cuestiones materiales se refería, no habríamos hecho otro tanto.

Una noche en que charlábamos de nuevo solos en su salón, Yorgos se levantó bruscamente y sin más preámbulos me dijo :

— Vamos a mi cuarto. Tengo algo que mostrarte.

Yorgos me condujo a la pequeña habitación que le servía al mismo tiempo de dormitorio y de despacho, me pidió que me sentara ante su mesa y puso delante de mí un cuaderno.

— Lee eso —me dijo— y dime lo que piensas.

Se sentó frente a mí y me miró en silencio, espiando mis reacciones. Era el texto de *Strophi,* escrito en limpio, en su forma definitiva. No puedo decir que aquel día lo leí con gran atención. Más bien lo recorrí, destacando algo aquí y allá, adivinando más bien el espíritu disperso en el conjunto que el sentido de cada pasaje. Mi impresión fue buena. Desde el primer momento me atrajo esta búsqueda de formas poéticas, experimentada por primera vez en nuestra lengua, con una ironía velada que chispeaba aquí y allá y con una tendencia al juego que se expresaba no sólo en las palabras sino también y quizá sobre todo en los ritmos y las rimas. Fui también sensible a la transposición, deliberada y sabia, de una

(2) Sueño tradicional de los griegos de reconquistar a Constantinopla y resucitar la grandeza de la antigua Bizancio. (N. del T.)

(3) Este desastre se produjo en 1922. Más de un millón de griegos, establecidos en Asia Menor, desde hacía siglos, tuvieron que refugiarse en Grecia.

experiencia de poesía pura a nuestra lengua. Había en aquellos poemas un modernismo audaz, pero que no perdía el hilo de la tradición, un sentimiento de responsabilidad y de respeto por la lengua. En suma, el verso exquisito de « Leyenda de amor » no era más que el verso del « Askreos » de Palamas reelaborado por un discípulo de Valéry.

Le dije a Yorgos que su libro me gustaba y le pregunté cuáles eran sus proyectos.

— Aún no he decidido si lo publicaré o no —me respondió vacilante—. Lo pensaré.

Lo pensó durante algún tiempo. Yo le apremiaba a que se decidiese a publicarlo ; otros íntimos suyos hacían seguramente lo mismo. Finalmente, el libro vio la luz. Yo, que disponía de las columnas de la *Proia,* decidí presentarlo al público. Mi artículo, titulado « Strophi », apareció en primera página el 16 de junio de 1931.

Seferis se mostró contento.

— Mis colegas del ministerio no han salido aún de su sorpresa —me dijo—, al ver que se hablaba de mí en la primera página de los periódicos.

UN DÍA le pregunté a Seferis si le interesaba verdaderamente su trabajo de diplomático, si lo tomaba en serio. Como ocurría siempre que le hablaban de cosas que le concernían realmente, respondió con vacilación, reflexionando, como de mala gana :

— Es algo serio —dijo por fin—, esto de tener que ocuparse de los griegos, dispersados como se hallan por países donde en otros tiempos prosperaban, e incluso por el mundo entero. Cuando se piensa en ello, sí, sin duda, uno toma en serio este oficio. Todos esos griegos...

15 DE JUNIO DE 1940 : fecha en que el ejército alemán entró en París. ¿Cómo encontré a Seferis aquella noche? ¿Fue por casualidad o por haber convenido ambos en ello? No lo recuerdo. Nos sentamos en algún sitio de la Plaza de la Constitución. Se advertía el temor en el ambiente. Unas horas antes, en el momento en que la circulación era más intensa, un joven inglés, no pudiendo resignarse a la idea de la derrota, se había suicidado tirándose desde una ventana del hotel « Rey Jorge ». Su sangre había como regado la plaza, poniendo un vivo color en la angustia que nos agobiaba.

*

Yo escribí en mi Diario íntimo :

« He observado a menudo que me entiendo mejor con Seferis en la desgracia, cuando vacilan las cosas que amamos en nuestra juventud, las cosas que nos moldearon, creo, definitivamente : una concepción particular de la libertad del espíritu, un cierto sentimiento de Grecia que no excluye un sentimiento del Occidente, y sobre todo de Francia, una espiritualidad compleja, enriquecida por varias fuentes, pero que en el fondo sigue siendo franco-helénica. Cuando todo esto se hallaba en peligro, nos sentíamos como parientes, como miembros de una sola y misma familia heridos por la desgracia, mientras en otros momentos lo que dominaba en nuestras relaciones eran los elementos que nos diferenciaban y entonces nos volvíamos mutuamente extraños. Todos los que han amado a París como nosotros sintieron ese día algo que se parecía a un fuerte dolor físico... ».

Nos sentíamos huraños, rotos, sin voluntad, vacíos. Teníamos la impresión de que con París se había derrumbado nuestra cultura, nuestra civilización, nuestro mundo, nuestra época. Todo había desaparecido de repente alrededor nuestro y nos quedábamos en el vacío. Todos los libros que habíamos amado, las corrientes espirituales, las grandes figuras de entre las dos guerras, nuestros maestros : se habría dicho que todo esto había quedado borrado, envilecido e inutilizado por la fuerza bruta. Y con esas cosas también nosotros nos habíamos vuelto inútiles.

Confesé a Seferis que en aquella atmósfera me era imposible seguir tomando en serio mi trabajo intelectual, que lo que hasta entonces había realizado me parecía desprovisto de sentido y que me entraban ganas de renunciar a mi carrera de escritor.

Seferis me dijo :

— Y yo, que estoy reimprimiendo estos días mis poemas, me siento sencillamente

ridículo. Pero después de todo pienso que se trata de una especie de testamento.

— Un testamento ¿para qué? —pregunté yo.

No lo sabía.

Seguimos charlando con intervalos de silencio. Hablamos de la evolución de la guerra, de la política general y también del movimiento literario que nosotros, « la generación de 1930 », habíamos puesto en marcha con algunos camaradas y que ahora debíamos dar por terminado. Aquella noche tuvimos conciencia de la disolución definitiva de nuestro grupo. Los acontecimientos habían roto la continuidad de nuestra historia cultural y moral, como en 1922. Y nos dijimos que en lo futuro cada uno seguiría solo su propio destino.

LAS JORNADAS INTENSAS del otoño de 1940 nos devolvieron la fe. Volvimos a creer en la necesidad de la lucha, en la posibilidad de la victoria, en la fuerza de la libertad.

Al comienzo de la guerra italo-griega yo iba a ver a Seferis a su despacho, el de la Prensa Extranjera, que para mayor seguridad había sido trasladado al edificio de la Sociedad Nacional de Seguros, en la calle Corai. Hablábamos de la situación y yo recogía algunas noticias. La fe en el combate que librábamos y la necesidad de obrar despertaban de nuevo en nosotros proyectos literarios.

SI QUISIERA TRAZAR un esquema de los oríbenes espirituales de Yorgos Seferis, distinguiría tres fases que se superponen como capas geológicas.

En la primera capa, la más profunda, se situarían la casa paterna, el demotismo, la tradición literaria de la lengua viva y los viejos maestros de los griegos de Turquía con su sólido conocimiento del griego antiguo, de Homero, de Heródoto y de Platón. Además, el recuerdo de las antiguas ciudades de Jonia en el contexto de la leyenda de la Gran Idea.

En la segunda capa se encuentra Francia, el conjunto de su cultura con Racine como figura más destacada, su poesía moderna de Baudelaire a Valéry, las corrientes literarias de la primera posguerra vistas con la óptica de París.

La tercera capa la constituyen T.S. Eliot y las experiencias realizadas en torno suyo por los poetas anglosajones modernos.

El demotismo tradicional condujo a Seferis a las Memorias de Macriyannis (4) ; y a Eliot, en forma absolutamente inesperada, a ciertas fuentes helénicas que en su juventud no le habían atraído nada : a Kavafis y quizá a Kalvos.

El universo espiritual de Seferis ha sido siempre, más que cualquier otra cosa, la poesía. La poesía y la lengua como instrumento de poesía. Con excepción de los textos sobre Macriyannis y sobre Theophilos (5), sus *Ensayos* constituyen en realidad un único estudio, con varios aspectos, sobre la poesía. Seferis conoce a fondo la poesía de la Grecia antigua y moderna, de Francia y de Inglaterra. No creo que desde Palamas haya habido nadie en Grecia que haya meditado más intensamente sobre los problemas del verbo poético.

En mi opinión, el mayor acontecimiento psicológico de su vida fue la catástrofe del Asia Menor, la decepción impuesta a todas sus esperanzas, la desaparición de los grandes sueños de su infancia y de su adolescencia. De ahí que en su obra aparezca la conciencia del vacío y de una cierta impotencia nacional, así como el dolor del exilio. De ahí también la palabra « naufragar » que se repite constantemente. Se trata de algo que en efecto naufragó un día de agosto en el puerto de Esmirna y que se llamaba la Gran Idea.

Seferis no parece haberse entusiasmado nunca por las ideas filosóficas, morales y sociales. El mismo lo dice : « Las ideas abstractas no son mi esfera ; mi trabajo consiste en estar atento a lo que dicen las cosas. » De todos modos, hay en él la conciencia de un patriotismo herido, amargo, torturado, una nostalgia propia del helenismo, que es como una nostalgia del exiliado.

---

(4) General de la revolución griega de 1821, autor de unas memorias de estilo ingenuo.

(5) Pintor ingenuo.

En el teatro le han atraído sobre todo las obras poéticas en cuanto textos. Por lo que yo recuerdo, la representación más bien le aburre, en la medida en que traiciona la integridad de la palabra poética. Ha trabajado también a los prosistas : Stendhal, Flaubert, Proust, Gide, Joyce e imagino que otros. Pero más de una vez le he oído decir —y él mismo lo declaró con motivo del Premio Nóbel— que el arte novelesco no le interesa.

He expuesto aquí impresiones personales sobre una amistad que subsiste hace largo tiempo, aunque interrumpida durante numerosos años. Es posible que me haya equivocado en ciertos puntos. Pero el poeta vive y puede, si lo desea, completar o corregir mi relato.

J.J. ROUSSEAU (1791)

Las cinco cartas de amor de la monja de Portugal

POR ISABEL LLERAS DE OSPINA

En un pueblo del sur de Portugal, cercano a la frontera de España, nació hace más de tres siglos una de las obras más extraordinarias de la literatura portuguesa. Se trata de cinco maravillosas cartas de amor escritas por una mujer joven que vestía el hábito de las monjas concepcionistas y que poseía uno de los temperamentos más apasionados de la historia amorosa.

¿Quién era esta mujer y a quién fueron dirigidas las famosas cartas?

Si consideramos a la monja portuguesa sin pensar en las cartas, encontramos solamente una vida opaca, igual a la de la mayor parte de las religiosas de su época ; los datos sobre ella son tan escasos que casi se reducen a la partida de bautismo y el acta de defunción, documentos que reproduce Claude Aveline en su libro sobre las cartas y sus historias, del cual he tomado la mayoría de los datos para este pequeño estudio.

Dice así la partida de bautismo encontrada en la Iglesia de Santa María de Feira : « El 22 del mes de abril de 1640 bauticé y administré el santo crisma a Mariana, hija de Francisco da Costa Alcoforado y de Leonor Méndez ; fue padrino Don Francisco de Gama, conde de Vidigueira. (Firmado : El Párroco Manuel Luis). »

En el registro del Convento se encuentra el acta de defunción que dice así : « El 28 del mes de julio de 1723 murió en este Convento real de Nuestra Señora de la Concepción la Madre Doña Mariana Alcoforado, a la edad de 87 años ; todos gastados en el servicio de Dios ; fue asidua en el coro y en los actos de Comunidad, y en todas las cosas cumplió con su deber ; era muy ejemplar, nadie tuvo que quejarse de ella porque era muy buena con todos ; durante treinta años hizo rudas penitencias, sufrió graves enfermedades con toda resignación, deseando que duraran todavía más ; y sabiendo que llegaba su última hora, pidió los sacramentos, que recibió con perfecto conocimiento, dando muchas gracias a Dios por habérselos concedido, y así terminó, con los signos de la predestinación, hablando hasta su última hora ; en fe de lo cual, yo, Doña Antonia Sofía Baptista de Almeida, secretaria del Convento, he hecho esta acta que he firmado en este mismo día, mes y año ut supra. »

Como vemos, la edad de Sor Mariana que aparece en esta acta no es la verdadera. Tenía al morir 83 años no 87. Aveline supone que el error no fue involuntario, sino que como había una ley canónica que no permitía la entrada al Convento antes de determinada edad, el padre de Mariana que encerró a tres de sus cuatro hijas en el Claustro con el absurdo objeto de no disminuir el mayorazgo, debió de declarar en el momento de la entrada que tenía cuatro años más, para que pudiera ser admitida. En todo caso Mariana hizo sus votos a los 16 años y era monja profesa a los 20.

No se le puede culpar, pues, a ella ni a tantas otras que entraban en circunstancias parecidas o peores en esas épocas, que quebrantaran los votos y mantuvieran relaciones amorosas dentro de los claustros. No es lógico pretender que una niña a quien se encierra en un convento contra su voluntad y sin vocación religiosa, cumpla deberes que no se impuso ella misma y sacrifique sentimientos que la obligaron a abandonar sin conocerlos. Una de las causas, y creo yo la principal, de la relajación de los conventos en aquellos tiempos, fue sin duda esa que hizo de Mariana Alcoforado una religiosa del Monasterio de la Concepción, cuando comprendemos que su naturaleza era absolutamente contraria al sentimiento místico. Este sentimiento místico no surgió en la monja portuguesa ni aun después del abandono de sus amantes, a pesar de lo que dice el libro del Convento sobre su vida. El amor que despertó en ella el oficial francés, no se encauzó, como hubiera podido suceder, hacia el esposo espiritual. Si así fuese, hubiera escrito páginas que la hubiesen colocado entre las grandes místicas. Tenemos que situarla únicamente entre las grandes amorosas y contemplarla sólo a través de las cartas que dirigió desde el Convento de Beja al Marqués de Chamilly. Pero ¿quién era este Chamilly capaz de despertar un amor tan extraordinario? Claude Aveline en su *Apología de un hombre mediocre,* lo pinta como un militar valiente, leal a su patria, a su rey y a sus superiores ; militar que expuso su vida más por disciplina que por heroísmo, poseedor de cierta nobleza de carácter que se revela en algunos actos de su vida, sin ninguna espiritualidad, de buena presencia, eso sí, a pesar del poco atractivo retrato que Saint-Simon hace de él muchos años después de la aventura de Portugal.

No es raro que este hombre, cuya característica fue la lealtad, engañara tan fácilmente a una mujer que tanto lo quería. En asunto de amor, los hombres por lo general se jactan de todas las deslealtades. Tampoco es raro que desdeñara un amor como el de Mariana. Chamilly no se dio cuenta de lo que perdía, cosa que también sucede frecuentemente aun a hombres mucho más inteligentes que éste. Es probable que tampoco se diera cuenta del talento de la mujer con quien se casó muchos años después, mujer muy fea, muy rica, y muy espiritual, apreciadísima por los hombres notables de la época, y que tuvo por él una devoción extraordinaria hasta el final de su vida. Algún atractivo debía de tener el personaje cuando tuvo la fortuna de que dos mujeres tan sobresalientes se enamorasen de él. La primera, Mariano Alcoforado, era una monja probablemente hermosa, que cometió un gravísimo pecado de amor. La segunda Elisabeth du Bouchet de Villeflix, era una encantadora mujer de mundo cuya piedad la llevó a caer en el jansenismo. No sé por qué me imagino que las dos se enamoraron de muy distinta manera : la esposa con un amor consciente que encubría con perfecta discreción las deficiencias de este hombre bueno en el fondo, a quien adoró hasta la muerte. La amante con un amor inconsciente que revistió de cualidades magníficas al caballero de Chamilly, cualidades que eran producto de su loca imaginación, y que así como las colocó sobre la persona del militar francés, las habría colocado probablemente sobre cualquier otro que se hubiera atravesado en su camino. Su corazón buscaba el amor, y el amor fue en ese preciso momento el Marqués de Chamilly. En la historia de las cartas, él es apenas el fantasma que prende la llama y desaparece luego, y ella el corazón que buscaba esa llama y que en ella se consume sin tener en cuenta la mano que la prendió. Pero antes de entrar en el estudio de las cartas es conveniente hacer un rápido esbozo del momento en que aparecieron y de las leyendas que se tejieron alrededor de ellas.

Portugal guerreaba contra España para lograr su independencia y Francia ayudaba aparentemente a Portugal a conseguir esa independencia. Luis XIV había casado a Mademoiselle d'Aumale, nieta de Enrique IV, con Alfonso de Portugal, rey que a los 24 años no sabía leer ni escribir, medio paralizado y medio loco. Este matrimonio fue declarado nulo algunos meses después de haber sido contraído, por las autoridades religiosas de Portugal, a petición de la reina, quien se retiró a un convento. Al mismo tiempo el Rey Alfonso fue hecho prisionero y tomó el poder su hermano Don Pedro, el cual, un mes después de estos

acontecimientos se casó con la reina su cuñada, antes de que la Sante Sede se pronunciara sobre la anulación del otro matrimonio. El nuevo rey firmó la paz con España, y el ejército francés partió de Portugal llevándose la simpatía y el reconocimiento del pueblo. Todo lo referente a Francia y a los franceses se puso de moda en Portugal y al mismo tiempo se despertó en Francia cierta curiosidad por los asuntos portugueses. Olvidada la parte más graciosa de la aventura cortesana, el ex rey Don Alfonso desde la isla donde estaba confinado envió un mensaje de felicitación « a su pobre hermano y a la francesa ». La frase no deja de tener su ironía ; si en realidad fue del rey, éste debió de tener un momento de lucidez cuando la dictó.

Con la vuelta de los oficiales franceses llegaron a Francia las cartas de Mariana. A punto fijo no se sabe quien fue la persona que tradujo estas cartas y las dio para su publicación. Lo más probable es que fuera el Conde de Guilleragues, hombre espiritual, amigo íntimo de Madame Scarrón, que se movía en un círculo intelectual de mucha importancia. No hay que olvidar que esto sucedía en pleno siglo de oro francés, y que al círculo de que hablo pertenecían Racine y Boileau. Hay muchísimas hipótesis sobre la traducción de las cartas, la más probable es la que acepta Aveline. Según él, Chamilly pudo ser introducido por Turena en las reuniones de Madame de Maintenon, a las que, como ya sabemos, Guilleragues era muy asiduo. No se sabe si es por vanidad ; no parece que Chamilly fuera un hombre vanidoso, pero a ningún hombre le disgustó dejar ver que ha inspirado un gran amor ; también pudo ser con el objeto de aclarar algunas palabras (el portugués de Chamilly debía ser muy rudimentario), en todo caso le mostró las cartas a Guilleragues, quien debió darse cuenta en seguida de lo que tenía entre sus manos. Se llevó los originales seguramente con el pretexto de leerlos despacio, y hecha la traducción los devolvió a su dueño. Las cartas así traducidas aparecieron publicadas en los primeros meses del año de 1669, editadas en París con el nombre de *Cartas portuguesas,* en un establecimiento editorial de la Sainte Chapelle. El editor, Claude Barbin, en el aviso de propaganda, dice que con mucho trabajo ha conseguido una copia correcta de la traducción de *Cinco cartas portuguesas,* escritas a un gentilhombre de calidad que servía en Portugal, y termina declarando que no conoce el nombre de la autora ni el del traductor, pero que cree no darles un disgusto haciéndolas públicas, porque no sería difícil que se difundieran algún día desfiguradas. Se ve, pues, que las cartas circulaban ya antes de su publicación y el éxito que ésta tuvo fue extraordinario. El mismo misterio que las rodeaba contribuyó seguramente a ello. Además, el momento y el lugar en que aparecierón las cartas eran singularmente propicios.

No es mi propósito agotar, como lo hace Claude Aveline, la historia de las cartas, la influencia que tuvieron en las obras de Racine, (a Mariana se la ha comparado con las heroinas racinianas), de Molière, de Madame de La Fayette, de Rousseau, quien naturalmente, no creyó que fueran escritas por una mujer (afirmaba que ninguna mujer era capaz de sentir ni de describir el amor) ; pero sí es necesario hacer notar lo conveniente que fue para esas cartas el haber visto la luz en París y en ese preciso momento. El hecho mismo de que se dudara de la existencia de la monja portuguesa y de que se atribuyera la paternidad de las cartas a grandes escritores franceses, es una prueba de la importancia que les concedió el mundo literario francés. Claro que era un error, mejor dicho una estupidez, atribuir a un hombre las cartas de Mariana ; ellas son absolutamente femeninas en su espíritu y en su forma. Si no existiera la auténtica prueba que exhibe Aveline y que corre en un ejemplar de la primera edición-prueba publicada por Boissonade en el *Journal de l'Empire de* 1810 y que dice : los biógrafos no han descubierto todavía el nombre de la religiosa. Yo se lo puedo enseñar. Sobre un ejemplar de la edición de 1669 hay esta nota, escrita en letra que me es desconocida : « La religiosa que ha escrito estas cartas se llamaba Mariana Alcoforado, religiosa de Beja, entre Extremadura y la Andalucía. » Pero si no existiera, como digo, esta prueba, bastaría leerlas para reconstruir la psicología femenina de quien las escribió. Tampoco faltó quien quisiera aprovechar el excelente éxito que

tuvieron, y el mismo Barbin hizo una nueva edición añadiendo a las cinco cartas verdaderas otras seis apócrifas, escritas, según parece, por una dama francesa, pero a nadie engañaron, porque hay un abismo entre las unas y las otras. Se publicaron también las respuestas en las que la superchería salta a la vista. A todo esto fue ajeno el Marqués de Chamilly, quien después de la indiscreción que afortunadamente cometió, destruyó los originales en un tardío acto de caballerosidad.

Las *Cartas portuguesas* no recibieron sólo elogios ; también la crítica quiso restarles importancia, pero las ediciones se sucedieron unas a otras en distintos idiomas, y como nadie es profeta en su tierra, fue Portugal el último en conocerlas y apreciarlas. En 1824 se publicó en París la primera traducción al portugués de las *Cartas portuguesas*, hecha por don José María de Souza Botelho, y sin embargo todavía no figuran en las historias de la literatura portuguesa.

Como anota Aveline después de analizar las dudas, los elogios, las críticas, las incomprensiones del momento en que aparecieron las cartas, el desdén con que luego las pasaron por alto los astros del romanticismo literario, para quienes lógicamente hubieran debido ser una especie de Evangelio, y las diatribas de algunos seguidores de Rousseau y de Hugo, basta a Mariana Alcoforado con la admiración entusiasta de los dos hombres expertos en el arte de escribir y en el de amar : Stendhal y Rilke.

El primero clasifica el amor de Mariana como el tipo del amor pasión, y dice : « Hay que amar como la religiosa portuguesa, con esa alma de fuego de la cual nos ha dejado una muestra tan viva en sus cartas inmortales. » ¿Y el segundo? En la famosa carta en que Rilke cuenta a su esposa su charla con Rodin, en la que el escultor y el poeta definen sus maneras de pensar sobre la mujer y el amor —la del escultor tan material, la del poeta tan ideal—, presenta Rilke como prueba de la superioridad femenina en materia de amor la figura de Mariana Alcoforado. Entre todas las grandes amorosas admiradas, estudiadas y aun traducidas por Rilke : Eloísa, Elisabeth Barret Browning, Louise Labé, Gaspara Stampa, etc., Mariana llega a ser la preferida. La verdad amorosa, desnuda de galas literarias, triunfa sobre esa misma verdad encerrada en las extraordinarias cartas de Eloísa, en los *Sonetos del portugués* de la Barret, o en los de la célebre lionesa, y aún sobre los tercetos en que describe con tanta sinceridad y con tanto fuego las contradicciones del sentimiento amoroso, la gran poetisa de Padua.

Rilke cree en Mariana, y como cree en ella traduce a su lengua las *Cartas portuguesas*, dándoles de esta manera una vida nueva y eterna. ¡Qué bien suena el nombre de Rilke unido al de la religiosa portuguesa! El hombre que afirmaba « siempre la amante sobrepasa al amado, porque la vida es más grande que el destino », se detuvo especialmente en una frase de Mariana que calificó de sublime : « Mi amor no depende ya de lo que tú me hagas. » Bien lo dice Rilke : Mariana había sobrepasado el objeto de su amor. En la primera de las cartas escribe : « no encontrarás nunca tanto amor, y lo demás no es nada. » Sin embargo cuando escribió esta carta ya la venda que había sobre sus ojos estaba descorrida, pero el amor, intacto en su intensidad y en su fuego, no tenía en cuenta la mediocridad del amante y se empeñaba en continuar viviendo. « Sí, yo tendría escrúpulo, si no dedicara a tí todos los momentos de mi vida ; ¿qué haría yo ¡ay! sin tanto odio y tanto amor como llenan mi corazón? » A medida que se avanza en la lectura de las cartas y se penetra más hondamente en el corazón de Mariana, se confirma la verdad de la interpretación de Rilke : « Yo no me puedo reprochar haber deseado un solo momento no amarte más ; tú eres más digno de compasión que yo ; más vale sufrir todo lo que yo sufro que gozar los lánguidos placeres que te dan tus amantes de Francia. » Aquí aparecen en toda su plenitud la humildad y el orgullo de un gran amor, de un gran amor que necesitaba un corazón preparado para recibirlo, y que, como sucede frecuentemente, se encontró con un corazón ligero que no se dio siquiera cuenta de lo que le ofrecía. Pero no hay que ser ingratos con el señor de Chamilly. Su ligereza y su incomprensión inspiraron cinco preciosos documentos escritos por la mano de una mujer que se olvidó de todo por

el amor, que no vaciló en confesar sus sentimientos con absoluta sinceridad, y que al describir el amor que sentía, ese amor pasión que fue el suyo, empleó no las palabras de una amante vulgar, sino el limpio lenguaje de una mujer enamorada, que por lo mismo que colocaba el amor por sobre todo, hablaba de él con la emoción y el respeto que se debe a lo grande, a lo íntimo, y a lo verdadero.

Seguramente deben de existir muchas traducciones españolas de las *Cartas portuguesas*, pero yo no he encontrado ninguna. Y como he querido hacerlas llegar a mis lectores, me he atrevido a traducirlas respetando el texto original con sus repeticiones, con su aparente desorden, con todo lo que les da el encanto de lo espontáneo y de lo sincero. En lo único que me he tomado cierta libertad es en la puntuación, aunque éste no es mi fuerte ; pero la de Mariana era bastante peor que la mía. Además, en aquella época se usaba una puntuación muy diferente, que en ciertos casos hace casi incomprensible el sentido de la frase. Voy, pues, a dar en seguida mi traducción de las cartas ; no sé si he conseguido transportar a mis palabras la emoción que experimentaba en su celda de Beja la religiosa portuguesa y que, aún a través de la primera traducción, descubrieron la sutil perspicacia de Stendhal y la honda sensibilidad de Rilke.

*

La personalidad de la monja portuguesa está encerrada, como dije al principio, en estas cinco cartas. Ellas darían margen para una serie infinita de reflexiones sobre los distintos temas en que se divide el tema fundamental que las originó. Cada frase es un tratado de psicología, y sorprende que una mujer joven, y por añadidura religiosa, intuyera tan perfectamente y a través de una sola experiencia la naturaleza masculina en materia afectiva. En medio de la ceguedad amorosa de una violenta pasión, Mariana demuestra una clarividencia absoluta y las dos cosas van extrañamente unidas de una manera muy femenina. Esto prueba todavía más que lo que Mariana defendía y perseguía era sólo su amor : el amor considerado de una manera abstracta, y que el personaje que lo recibía era una figura secundaria de esta tragedia amorosa. Ella dice en su carta final, cuando en la lucha que sostenía su corazón y su mente comenzaba a pesar un poco más la última, que se enamoró de cualidades demasiado mediocres. No ; se enamoró del amor, sin tener en cuenta la mediocridad de quien se lo inspiraba. Pero precisamente en esa ceguedad radica la eterna fuerza del amor, por eso existen tantas pasiones que nadie se explica. La mediocridad es la más frecuente de las características humanas ; sólo unos pocos ejemplares de elección escapan de ella. Lo que sucede es que hay muy diferentes mediocridades : la de la inteligencia, la del carácter, la del corazón. El amante de Mariana reunía por desgracia las tres clases de mediocridad, era por lo tanto un mediocre integral. La pasión de la portuguesa, poblada de contradicciones, recorre un itinerario lógico : arranca desde el amor perfecto, conoce el despecho, la desesperación, el odio (ella asegura que no lo sentirá, pero es indudable que lo sintió y está presente en muchas de sus palabras), luego el desprecio, y por último la indiferencia, una indiferencia que apenas adivinamos, que no aparece en su última carta sino como un deseo, como un anuncio de que llegará más tarde y de que aparecerá en una carta que nunca escribió. Si la hubiera escrito habría dado la prueba de que no había conseguido encontrarla ; la ausencia de esta carta es el testimonio más perfecto de esa indiferencia. Llegó el momento, no sabemos cuando, en que el señor de Chamilly le era tan indiferente, que ya no le importaba siquiera que se enterase de esa indiferencia. El análisis escueto de la conducta de Chamilly cuando ya la pasión apagada permitió ver las cosas como eran, puso al descubierto la mediocridad de su corazón, y Mariana, que no era una mujer intelectual sino una gran amorosa, sintió en toda su intensidad la falla de lo que representaba para ella lo principal en la vida. No se convirtió en una mística porque no era esa su vocación, seguramente, sino norma de conducta, como dice el acta de defunción, una obediencia a las reglas del convento ; y para guardar intacto un sentimiento tan extraordinario, lo separó del hombre que lo había despertado y lo colo-

có con todas sus alegrías y sufrimientos en el lugar más silencioso de su espíritu, en donde no pudieran destruirlo ni el arrepentimiento, ni la venganza, ni el deseo de una nueva pasión ; en ese lugar en donde colocamos aquello que no queremos empañar ni siquiera con la sombra de su propio recuerdo.

Primera carta

CONSIDERA, AMOR MÍO, *hasta qué exceso te ha faltado la previsión. ¡Ah desgraciado! Has sido traicionado y me has traicionado con esperanzas engañosas. Una pasión sobre la cual habías hecho tantos proyectos de placeres, no te causa ahora más que una mortal desesperación, que no puede ser comparada sino a la crueldad de la ausencia que la origina. ¿Cómo? ¿Esta ausencia a la cual mi dolor, por ingenuo que sea, no puede dar un nombre lo suficiente funesto, me privará para siempre de mirar esos ojos en los cuales veía tanto amor y que me hacían conocer sentimientos que me colmaban de gozo, que me reemplazaban todas las cosas, y que en fin me bastaban? ¡Ay! los míos están privados de la única luz que los animaba, no les quedan sino lágrimas y no los he empleado en ninguna otra cosa que en llorar sin tregua, después de que supe que te habías al fin resuelto a una separación que me es tan insoportable que me hará morir en poco tiempo. Sin embargo, me parece que estoy encariñada con las desgracias de las cuales tú eres la única causa. Yo te destiné mi vida inmediatamente que te vi y siento placer en sacrificártela. Envío mil veces al día mis suspiros hacia ti, ellos te buscan en todos los lugares, y no me traen como recompensa de tantas inquietudes sino una advertencia demasiado sincera que me da mi mala fortuna, la cual tiene la crueldad de no soportar que me ilusione, y que me dice en todos los momentos : cesa, cesa, Mariana infortunada, de consumirte vanamente y de buscar un amante que no verás jamás ; que ha atravesado los mares para huirte, que está en Francia en medio de los placeres, que no piensa un solo momento en tus dolores, y que te dispensa de todos estos arrebatos los cuales no agradece en lo más mínimo. Pero no, yo no me puedo resolver a juzgarte tan injuriosamente y estoy demasiado interesada en justificarte. No quiero por ningún motivo imaginarme que me has olvidado. ¿No soy ya bastante desgraciada sin atormentarme por falsas sospechas? ¿Y para qué haría yo esfuerzos para no acordarme de todos los cuidados que has tenido para demostrarme tu amor? Estos cuidados me han hecho tan feliz que sería muy ingrata si no te amara con los mismos arrebatos que mi pasión me daba cuando gozaba de las muestras de la tuya. ¿Cómo puede ser que los recuerdos de momentos tan agradables se hayan vuelto tan crueles? ¿Y es necesario que contra su naturaleza ellos no sirvan sino para tiranizar mi corazón? ¡Ay! tu última carta lo redujo a un extraño estado : sintió de tal manera, que hizo, me parece, esfuerzos para separarse de mí y para ir a encontrarte. Yo estaba tan abrumada por todas estas emociones violentas, que quedé más de tres horas sin sentido, y me defendía de volver a una vida que debía perder por ti, puesto que no puedo conservarla para ti ; volvía a ver al fin, a pesar de mí, la luz ; me enorgullecía de sentir que moría de amor, y además me sentía muy a gusto de no volver a estar expuesta a ver mi corazón desgarrado por el dolor de tu ausencia. Después de estos accidentes tuve muy variadas indisposiciones, pero, ¿puedo alguna vez estar exenta de males mientras que no te vea? Los soporto sin embargo sin murmurar, puesto que vienen de ti. ¿Qué, es esta la recompensa que me das por haberte amado tan tiernamente? Pero no importa, estoy resuelta a adorarte toda mi vida y a no ver nunca a ningún otro ; y te aseguro que tú también harías bien en no amar a nadie más. ¿Podrías contentarte con una pasión menos ardiente que la mía? Tal vez encontrarás más belleza, (sin embargo me habías dicho muchas veces que era hermosa), pero no encontrarás nunca tanto amor, y lo demás no es nada. No llenes más tus cartas de cosas inútiles y no me escribas más que me acuerde de ti. Yo no te puedo olvidar, y no olvido tampoco que me has permitido esperar que vendrías a pasar algún tiempo conmigo. ¿Por qué no quieres pasar toda tu vida? Si*

me fuera posible salir de este desgraciado claustro, no esperaría en Portugal el cumplimiento de tus promesas : iría sin ningún escrúpulo a buscarte, a seguirte y a amarte por todo el mundo. No me atrevo a ilusionarme con que esto pueda suceder, no quiero alimentar una esperanza que me daría seguramente algún placer y yo no quiero sentir sino dolor. Confieso, sin embargo, que la ocasión de escribirte que me ha proporcionado mi hermano, ha despertado en mí algunos sentimientos de felicidad que han detenido por un momento la desesperación en que estoy. Yo te conjuro a que me digas por qué te has propuesto enamorarme como lo has hecho, puesto que sabías muy bien que debías abandonarme, ¿Y por qué te has encarnizado en hacerme desgraciada? ¿Por qué no me dejaste en reposo en mi claustro? ¿Te he hecho alguna injuria? Pero te pido perdón, no te reprocho nada, no estoy en estado de pensar en vengarme, acuso solamente al rigor de mi destino. Me parece que él, separándonos, nos ha hecho todo el mal que podíamos temer, pero no sabría separar nuestros corazones. El amor, que es más poderoso que él, los ha unido para toda nuestra vida. Si tienes algún interés en la mía, escríbeme a menudo. Merezco que te preocupes de hacerme saber el estado de tu corazón y de tu fortuna ; sobre todo ven a verme. Adiós, no puedo dejar este papel, él caerá entre tus manos, yo bien quisiera tener la misma dicha. ¡Ay! ¡Qué insensata soy! ¡Me doy bien cuenta de que esto no es posible! Adiós, no puedo más. Adiós, ámame siempre y hazme sufrir todavía más.

Segunda carta

UN TENIENTE ACABA DE DECIRME *que una tempestad te ha obligado a hacer escala en el reino de Algarve : tengo miedo de que hayas sufrido mucho en el mar, y esta aprensión me ha ocupado de tal manera que no he vuelto a pensar en mis males. ¿Estas bien convencido de que tu teniente se preocupa más que yo de todo lo que te sucede? ¿Por qué está él mejor informado? En fin, ¿por qué no me has escrito? Soy muy desgraciada si no has encontrado ninguna ocasión para hacerlo desde tu partida, y lo soy todavía más si la has encontrado y no lo has hecho ; tu injusticia y tu ingratitud son extremas, pero llegaría a la desesperación si ellas te atrajeran alguna desgracia, y prefiero que quede sin castigo a que yo sea vengada. Me resisto a todas las apariencias que debían persuadirme de que casi no me quieres, y siento más deseo de abandonarme ciegamente a mi pasión que a las razones que tú me das para quejarme de tu falta de interés por mí : ¡cuántas inquietudes me habrías evitado si tu proceder hubiera sido tan lánguido los primeros días que te vi como me ha parecido desde hace algún tiempo! Pero ¿quién no se hubiera engañado como yo con tantas solicitudes, y a quién no le hubieran parecido sinceras? ¡Cuán penoso es resolverse a sospechar de la buena fe de los que amamos! Veo bien que la menor excusa te basta, y sin que tú te tomes el trabajo de hacerlo, el amor que tengo por ti te sirve tan fielmente, que no puedo consentir encontrarte culpable sino para gozar del sensible placer de justificarte yo misma. Tú me has abrasado con tus asiduidades, me has inflamado con tus arrebatos, me has encantado con tus complacencias, me has tranquilizado con tus juramentos, mi violenta inclinación me ha seducido, y las consecuencias de estos comienzos tan agradables y tan felices no son más que lágrimas, suspiros, y una muerte funesta, sin que yo pueda remediarlo. Es cierto que amándote tuve placeres muy sorprendentes, pero ellos me cuestan extraños dolores, y todos los sentimientos que tú me causas son extremos. Si yo hubiera resistido con porfía a tu amor, si te hubiera dado algún motivo de tristeza o de celos para inflamarte más, si hubieras notado algún recato artificioso en mi conducta, si hubiera querido, en fin, oponer mi razón a la inclinación natural que tengo por ti, de la cual me hiciste caer inmediatamente en la cuenta (aunque mis esfuerzos hubieran sido inútiles sin duda), podrías castigarme severamente y servirte de tu poder ; pero tú me pareciste amable antes de que me hubieras dicho que me amabas, me demostraste una gran pasión, yo me enamoré y me abandoné a amarte perdidamente ; tú no estabas enceguecido como yo, ¿por qué has permi-*

tido que llegue al estado en que me encuentro? ¿Qué es lo que querías hacer con todos mis arrebatos que no podían ser para ti sino muy inoportunos? Sabías bien que no estarías siempre en Portugal. ¿Por qué me quisiste escoger para hacerme tan desgraciada? Tú hubieras encontrado sin duda en este país una mujer más bella con la cual hubieras tenido los mismos placeres, puesto que no buscabas más que los ordinarios, que te hubiera amado fielmente mientras te hubiera tenido, que el tiempo hubiera podido consolar de tu ausencia, y que hubieras podido dejar sin perfidia y sin crueldad , este proceder tuyo conmigo es más bien de un tirano empeñado en perseguir que de un amante que no debe pensar sino en complacer. ¿Por qué ejerces tantos rigores sobre un corazón que es tuyo? Bien veo que te dejas persuadir tan fácilmente en contra mía como yo en tu favor ; yo hubiera resistido, sin tener necesidad de todo mi amor y sin darme cuenta de que estaba haciendo nada extraordinario, a más grandes razones, que no podían ser aquellas que te han obligado a dejarme ; ellas me hubieran parecido muy débiles, y no hay ninguna que hubiera podido jamás arrancarme de tu lado ; pero tú has querido aprovechar los pretextos que encontraste para volver a Francia : un barco partía, ¿por qué no lo dejabas partir? Tu familia te había escrito, ¿no sabías todas las persecuciones que he sufrido de la mía? Tu honor te comprometía a abandonarme, ¿me he cuidado yo del mío? Estabas obligado a ir a servir a tu Rey. Si todo lo que dicen de él es cierto, no tiene ninguna necesidad de tu socorro y te habría excusado.

Yo hubiera sido demasiado feliz si hubiéramos pasado juntos nuestra vida, pero puesto que era necesario que una ausencia cruel nos separase, me parece que debo estar muy contenta de no haber sido infiel, y no querría, por todas las cosas del mundo, haber cometido una acción tan baja. ¿Qué? Tú has conocido el fondo de mi corazón y de mi ternura ¿y has podido resolverte a dejarme para siempre y a exponerme a los temores que debo tener de que no te volverás a acordar de mí sino para sacrificarme a una nueva pasión? Harto veo que te quiero como una loca ; sin embargo no me quejo de la violencia de las palpitaciones de mi corazón, me acostumbro a sus persecuciones, y no podría vivir sin un placer que he descubierto : el de gozar amándote en medio de mil dolores ; pero estoy acosada sin cesar por un mal extremo : el odio y la repugnancia que tengo por todas las cosas. Mi familia, mis amigos y este convento me son insoportables ; todo lo que estoy obligada a ver y todo lo que es necesario que haga de toda necesidad me es odioso ; soy tan celosa de mi pasión que me parece que todas mis acciones y todos mis deberes te corresponden ; sí, siento escrúpulo si no empleo todos los momentos de mi vida en ti. ¿Qué haría yo, ¡ay! sin tanto odio y sin tanto amor como llenan mi corazón? ¿Podría sobrevivir a esto que me ocupa incesantemente para llevar una vida tranquila y sin cuidados? Este vacío y esta insensibilidad no pueden convenirme. Todo el mundo se ha dado cuenta del cambio completo de mi humor, de mis maneras y de mi persona ; mi Madre me ha hablado con aspereza y luego con cierta bondad, yo no sé lo que le he respondido, me parece que le he confesado todo. Las religiosas más severas tienen piedad del estado en que estoy, y esto las obliga a guardar alguna consideración y algún miramiento conmigo ; todo el mundo está conmovido con mi amor, y tú permaneces en una profunda indiferencia, sin escribirme más que cartas frías, llenas de repeticiones, la mitad del papel llega vacía, y se advierte sin esfuerzo que te mueres de deseos de acabarlas. Doña Brites me obligó hace unos días a salir de mi celda, y creyendo divertirme me llevó a pasearme por el balcón desde donde se ve Mertola ; yo la seguí, y fui de repente herida por un cruel recuerdo que me hizo llorar todo el resto del día. Regresamos y me arrojé sobre mi cama donde me hice mil reflexiones sobre la poca probabilidad que veo de curarme jamás : lo que hacen para aliviarme agudiza mi dolor y encuentro en los mismos remedios las razones particulares de afligirme. Yo te he visto pasar a menudo por este lugar con un aire que me encantaba, y yo estaba sobre este balcón el día fatal que comencé a sentir los primeros efectos de mi desgraciada pasión ; me pareció que querías agradarme aunque no me conocías, me persuadí de que me habías notado entre todas las que estaban conmigo, me ima-

giné que cuando tú te detuviste, te sentiste satisfecho de que te viera mejor y admirase tu destreza y elegancia cuando espoleabas tu caballo ; me sentía presa de terror cuando le hacías pasar por un lugar difícil ; en fin, me interesaba secretamente en todas tus acciones, sentía que no me eras indiferente, y tomaba como mío todo lo que tú hacías. Tú conoces demasiado bien las consecuencias de estos comienzos, y aunque no tenga nada que ocultar, no te las debo escribir por temor de hacerte sentir más culpable, si es posible, de lo que eres, y de tener que reprocharme tantos esfuerzos inútiles para obligarte a serme fiel. No lo serás de ningún modo. ¿Puedo esperar de mis cartas y de mis reproches lo que mi amor y mi abandono no han podido contra tu ingratitud? Estoy demasiado segura de mi desgracia, tu injusto proceder no me deja el menor motivo de duda, y debo temerlo todo puesto que me has abandonado. ¿No tendrás encantos más que para mí y no parecerás agradable a otros ojos? Creo que no me disgustaría que los sentimientos de otras justificaran de alguna manera los míos ; quisiera que todas las mujeres de Francia te encontraran amable, que ninguna te amara, y que ninguna te gustara. Esta idea es ridícula e imposible, sin embargo ya tengo bastante experiencia de que no eres muy capaz de gran obstinación y que podrás muy bien olvidarme sin ayuda ninguna y sin estar apremiado por una nueva pasión. Tal vez querría que tú vieras algún pretexto razonable ; es cierto que sería más desgraciada, pero tu no serías tan culpable. Bien veo que tu quedarás en Francia sin grandes placeres, con una completa libertad ; la fatiga de un largo viaje, algún pequeño bienestar, y el temor de no corresponder a mis arrebatos, te retienen. ¡Ah! ¿no me entiendes? Yo me contentaría con verte de tiempo en tiempo y con saber solamente que estamos en el mismo lugar ; pero me ilusiono tal vez, y a ti te conmoverán más el rigor y la severidad de otra que lo que te han conmovido mis favores. ¿Sería posible que te inflamaran más los desdenes? Pero antes de comprometerte en una gran pasión, piensa bien en el exceso de mi dolor, en la incertidumbre de mis ilusiones, en la diversidad de mis sentimientos, en la extravagancia de mis cartas, en mis confianzas y desesperaciones, en mis deseos y mis celos. ¡Ah! tú vas a hacerte desgraciado ; yo te conjuro para que aproveches el estado en que estoy y que por lo menos esto que yo sufro no sea inútil para ti. Me hiciste hace cinco o seis meses una penosa confidencia, y me confesaste con demasiada buena fe que habías amado a una mujer en tu país ; si ella te impide venir, dímelo sin contemplaciones, a fin de que yo no languidezca más. Un resto de esperanza me sostiene todavía y quedaría muy contenta (si ella no tuviera ninguna consecuencia) de perderla toda y perderme yo misma. Envíame su retrato con alguna de sus cartas, y escríbeme todo lo que te diga. Encontraré tal vez razones para consolarme o para afligirme más ; no puedo estar por más tiempo en el estado en que estoy y no hay ningún cambio que no me sea favorable. Quisiera también tener el retrato de tu hermano y de tu cuñada ; toda cosa tuya me es muy querida y estoy enteramente consagrada a lo que te atañe ; no he dejado nada para mí misma. Hay momentos en los que me parece que tendría bastante humildad para servir a la que amas ; tus malos tratos y tus desprecios me han abatido de tal manera, que no me atrevo algunas veces ni a pensar, que me parece que podría estar celosa sin disgustarte, y que creo cometer la injusticia más grande del mundo haciéndote reproches ; a menudo estoy convencida de que no debo hacerte ver con rabia, como lo hago, sentimientos que tú no confiesas. Hace mucho tiempo que un oficial espera mi carta. Había resuelto escribirla de manera que la recibieras sin desagrado ; pero ella es demasiado extravagante, hay que acabarla. ¡Ah! no está en mi poder resolverme a ello, me parece que te hablo cuando te escribo, y que así estás un poco más presente. La que siga no será tan larga ni tan importuna, puedes abrirla y leerla con la seguridad que te doy ; es cierto que no debía hablarte de una pasión que te disgusta, y no te hablaré más. Va a hacer un año, dentro de unos días, que me abandoné toda a ti sin reservas ; tu pasión me parecía muy ardiente y muy sincera, y no hubiera pensado nunca que mis favores te hubieran hastiado tanto para obligarte a hacer quinientas leguas y exponerte a naufragios para alejarte de

ellos. Nadie me hubiera dado un trato parecido. Tú puedes acordarte de mi pudor, de mi confusión y de mi desorden, pero no te acuerdas de lo que te comprometió a amarme a pesar de ti. El oficial que debe llevarte esta carta me recuerda por cuarta vez que tiene que partir, que tiene prisa. Sin duda abandona también a alguna desgraciada en este país. Adios, sufro más con terminar mi carta que lo que tú has sufrido dejándome, tal vez para siempre. Adiós, no me atrevo a darte mil nombres de ternura, ni a abandonarme sin reservas a todas mis inclinaciones ; te quiero mil veces más que a mi vida y mil veces más de lo que creo quererte. ¡Cómo te quiero! ¡Qué cruel eres! No me escribes nunca, no puedo impedir el decírtelo de nuevo, quiero volver a comenzar. Y el oficial partirá. ¡Qué importa! ¡Que parta, yo escribo más para mí que para ti ; no busco más que desahogarme. Como la longitud de mi carta te dará miedo, no la leerás. ¿Qué he hecho yo para ser tan desgraciada? ¿Y por qué has envenenado mi vida? ¿Por qué no habré nacido yo en otro país? ¡Adiós, perdóname! No me atrevo a rogarte que me quieras. Mira a lo que me ha reducido mi destino. ¡Adiós!

Tercera carta

¿QUÉ ME SUCEDERÁ *y qué quieres que haga? Me encuentro muy alejada de todo lo que había previsto : esperaba que me escribirías de todos los lugares por donde pasaras y que tus cartas serían muy largas ; que sostendrías mi pasión con la esperanza de volver a verte ; que una completa confianza en tu fidelidad me daría una especie de reposo, y que a pesar de todo permanecería en un estado bastante soportable sin extremo dolor. Hasta había pensado en algunos débiles proyectos de hacer todos los esfuerzos de que fuera capaz para curarme si pudiera saber con certeza que no me habías olvidado del todo. Tu alejamiento, algunos sentimientos de devoción, el temor de arruinar por completo el resto de mi salud con tantas vigilias y con tantas inquietudes, la poca esperanza de tu vuelta, la frialdad de tu pasión y de tus últimos adioses, tu partida fundada en tan malos pretextos, y otras mil razones que no son sino demasiado buenas y demasiado inútiles, parecían prometerme una ayuda bastante segura, si llegaba a serme necesaria. No teniendo en fin que combatir sino conmigo misma, no podría jamás desconfiar de todas mis debilidades, ni concebir todo lo que sufro hoy. ¡Ay! qué digna soy de compasión por no compartir mis dolores contigo y ser yo sola desgraciada ; este pensamiento me mata, y me muero de terror de que jamás hayas sido sensible a todos nuestros placeres. Sí, ahora conozco la mala fe de tus sentimientos ; me traicionaste todas las veces que me dijiste que estabas encantado de estar solo conmigo ; no debo sino a mis inoportunidades tus atenciones y tus arrebatos. Hiciste a sangre fría el propósito de inflamarme, no has mirado mi pasión sino como una victoria, y tu corazón jamás se conmovió profundamente. ¿No eres muy desgraciado y muy poco delicado al aprovechar sólo de esta manera mis arrebatos? ¿Y cómo es posible que con tanto amor no haya podido hacerte dichoso? Yo lamento solamente por tu amor los infinitos placeres que has perdido; ¿y es que acaso quisiste gozar de ellos? Si los conocieras encontrarías sin duda que son más agradables que este de haberme engañado, y habrías comprobado que se es más feliz y que se siente algo mucho más conmovedor cuando se ama violentamente que cuando se es amado. Yo no sé ni lo que soy, ni lo que hago, ni lo que deseo ; estoy desgarrada por mil sentimientos contrarios. ¿Se puede uno imaginar un estado tan deplorable? Yo te quiero locamente y te considero lo bastante para no atreverme quizás a desear que estés agitado por los mismos arrebatos. Me mataría, o moriría de dolor sin matarme, si estuviera segura de que nunca tienes reposo, y de que tu vida no es más que confusión y agitación, de que lloras sin cesar y de que todo te es odioso. Si no puedo sufrir mis males ¿cómo podría soportar el dolor que me darían los tuyos, que me sería mil veces más doloroso? Sin embargo, tampoco puedo resolverme a desear que no pienses para nada en mí, y para hablarte sinceramente, estoy celosa con rabia de todo lo que te hace gozar y de todo lo que conmueve tu corazón y tus sentidos*

en Francia. No sé por qué te escribo. Harto comprendo que solamente tendrás compasión de mí, y no quiero tu compasión. ¡Siento tanto despecho contra mí misma cuando reflexiono sobre todo lo que te he sacrificado! He perdido mi reputación, me he expuesto al furor de mis padres, a la severidad de las leyes de este país contra las religiosas, y a tu ingratitud que me parece la más grande de todas mis desgracias. Sin embargo, siento que mis remordimientos no son verdaderos, que querría, con lo mejor de mi corazón, haber corrido peligros más grandes por tu amor, y que siento un funesto placer en haber arriesgado mi vida y mi honor. ¿Todo lo que tengo de más precioso no debería estar a tu disposición? ¿Y no debo estar bien satisfecha de haberlo empleado así? Casi me parece que no estoy suficientemente contenta de mis dolores, ni del exceso de mi amor, y aunque no puedo ilusionarme lo bastante para estar contenta de ti, vivo, infiel como soy, y hago tantas cosas para conservar mi vida como para perderla. ¡Ah! me muero de vergüenza, mi desesperación no está sino en mis cartas. Si te amara tanto como te he dicho mil veces, ¿no estaría muerta hace mucho tiempo? Yo te he engañado, tú eres el que debes quejarte de mí. ¿Por qué no te quejas? Te he visto partir, no puedo esperar volver a verte nunca de regreso, y respiro a pesar de ello. Te he traicionado, te pido perdón. Pero ¿no me lo concedes? Trátame severamente. ¿No encuentras que mis sentimientos sean bastante violentos? Sé más difícil de contentar. Hazme saber que quieres que muera de amor por ti. Y yo te conjuro para que me ayudes de esta manera a fin de que sobreponiéndome a la debilidad de mi sexo ponga fin a todas mis vacilaciones con una verdadera desesperación. Un fin trágico te obligaría sin duda a pensar a menudo en mí, mi memoria te sería querida, y te conmovería tal vez una muerte extraordinaria. ¿No vale más ella que el estado a que me has reducido? Adiós, más bien quisiera no haberte visto jamás. ¡Ah! siento vivamente la falsedad de este sentimiento, y comprendo en el momento que te escribo que prefiero ser desgraciada amándote a no haberte visto jamás ; me resigno sin murmurar a mi mala suerte, puesto que tú no has querido hacerla mejor. Adiós, prométeme sentirme tiernamente si muero de dolor, y que al menos la violencia de mi pasión te dé repugnancia y desgano hacia todas las cosas. Este consuelo me bastaría y si es necesario que te abandone para siempre, querría no dejarte a otra. ¿No serías muy cruel si te sirvieras de mi desesperación para hacerte más amable, y para hacer ver que habías inspirado la pasión más grande del mundo? Adiós otra vez, te escribo cartas demasiado largas, no tengo bastante consideración por ti, te pido perdón y me atrevo a esperar que tendrás un poco de indulgencia para una pobre insensata, que no lo era, como sabes, antes de que te amara. Adiós ; me parece que te hablo demasiado a menudo del estado insoportable en que estoy ; sin embargo te doy gracias desde el fondo de mi corazón por la desesperación que me causas, y detesto la tranquilidad en que he vivido antes de conocerte. Adiós... mi pasión aumenta a cada momento. ¡Ah, cuántas cosas tengo que decirte!

Cuarta carta

ME PARECE QUE HAGO *el mal más grande del mundo a los sentimientos de mi corazón al tratar de hacértelos conocer escribiéndolos ; ¡cuán feliz sería si pudieras juzgarlos por la violencia de los tuyos! Pero no debo confiar en ti y no puedo impedir decirte con mucha menos energía de lo que siento, que no debieras maltratarme como lo haces, con un olvido que me lleva a la desesperación, y que es hasta deshonroso para ti. Es muy justo por lo menos que tu soportes que me lamente de las desgracias que había previsto cuando te vi resuelto a dejarme. Yo sé muy bien que estaba ilusionada cuando pensaba que procederías de mejor fe de la que se acostumbra tener, porque el exceso de mi amor me colocaba, me parece, por encima de toda clase de sospechas, y que él merecía más fidelidad de la que se encuentra de ordinario. Pero la disposición que tienes a traicionarme vence a la justicia que debes a todo lo que he hecho por ti. No dejaría de ser desgraciada si no me quisieras, sino porque te quiero, y yo querría deberlo todo a tu sola in-*

clinación ; pero me hallo tan lejos de ese estado que no he recibido una sola carta tuya en seis meses. Atribuyo todas estas desgracias a la ceguedad con la cual me abandoné para ligarme a ti. ¿No debía prever que mis placeres se acabarían más pronto que mi amor? ¿Podía esperar que te quedarías toda tu vida en Portugal y que renunciarías a tu fortuna y a tu país para no pensar sino en mí? Mis dolores no pueden recibir ningún alivio, y el recuerdo de mis placeres me llena de desesperación. ¡Qué! ¿Todos mis deseos serán inútiles y no te veré jamás en mi celda con todo el ardor y todo el arrebato que me demostrabas? Pero ¡ay! Yo me ilusiono, y conozco demasiado que todos los sentimientos que ocupaban mi cabeza y mi corazón no te excitaban sino para algunos placeres, y que terminaban al mismo tiempo que ellos. ¿Hubiera sido necesario que en aquellos momentos demasiado felices llamara en mi socorro a mi razón para que moderase el exceso funesto de mis delicias y me anunciara todo lo que ahora sufro? Pero me entregaba a ti, y no estaba en estado de pensar en lo que hubiera podido envenenar mi felicidad e impedirme gozar plenamente de los testimonios ardientes de tu pasión. Yo me daba cuenta con demasiado agrado de que estaba contigo, para pensar que estarías un día lejos de mí ; me acuerdo sin embargo de haberte dicho alguna vez que me harías desgraciada, pero estos temores se disipaban bien pronto y yo gozaba sacrificándotelos y abandonándome al encanto y a la mala fe de tus protestas. Veo bien el remedio para todos mis males y estaría muy pronto libre de ellos si dejara de amarte. Pero, ¡qué remedio! No : prefiero sufrir todavía más a olvidarte. ¡Ay! ¿Esto depende de mí? No puedo reprocharme haber deseado un solo momento no amarte más ; tú eres más digno de compasión que yo, y más vale sufrir todo lo que yo sufro que gozar de los lánguidos placeres que te dan tus amantes de Francia. No envidio nada tu indiferencia y me produce lástima. Yo te desafío a olvidarme del todo : me enorgullezco de haberte puesto en estado de no tener sin mí más que placeres imperfectos, y soy más feliz que tú, puesto que el amor me ha colmado. Hace poco me hicieron portera de este convento. Todos los que hablan conmigo creen que estoy loca. Yo no sé lo que les respondo, y se necesita que las religiosas sean tan insensatas como yo, para haberme creído capaz de las ocupaciones de aquel cargo. ¡Ah! Envidio la felicidad de Emanuel y de Francisca. ¿Por qué no estoy constantemente contigo como ellos? Yo te hubiera seguido, y te hubiera servido mejor seguramente. No deseo en este mundo más que verte. ¡Por lo menos acuérdate de mí! Me contento con tu recuerdo, pero no me atrevo a estar segura. Yo fincaba mis esperanzas en tu recuerdo cuando te veía todos los días, pero tú me has enseñado que es necesario que me someta a todo lo que quieras.. Sin embargo no me arrepiento de haberte adorado, estoy muy satisfecha de que me hayas seducido, tu ausencia rigurosa, y tal vez eterna, no disminuye en nada el arrebato de mi amor ; quiero que todo el mundo lo sepa, no hago ningún misterio de ello y estoy encantada de haber hecho todo lo que he hecho por ti contra toda suerte de conveniencias. Yo ya no pongo mi honor y mi religión sino en amarte perdidamente toda mi vida, puesto que comencé a hacerlo. No te digo todas estas cosas para obligarte a escribirme. ¡Ah! no te sientas obligado conmigo, no quiero de ti sino lo que venga de tu sentimiento y rehuso todas las manifestaciones de amor que puedas evitarte. Me complaceré excusándote porque tú te complacerás acaso en no tomarte el trabajo de escribirme, y siento una profunda disposición a perdonar todas tus faltas. Un oficial francés tuvo la caridad de hablarme esta mañana de ti durante más de tres horas. Me dijo que la paz con Francia estaba hecha. Si esto es así ¿no podrías venir a verme y llevarme contigo a Francia? Pero no lo merezco ; haz todo lo que quieras, mi amor no depende ya de la manera como me trates ; después de que partiste no he tenido un solo momento de salud, ni más placer que el de repetir tu nombre mil veces al día. Algunas religiosas que saben el estado deplorable en que me has sumido, me hablan de ti con mucha frecuencia. Salgo lo menos posible de mi celda a la que has venido tantas veces, y miro sin cesar tu retrato que me es mil veces más querido que mi vida. Esto me consuela un poco, pero también me causa dolor cuando pienso que tal vez nunca

te volveré a ver. ¿Por qué puede ser posible que jamás vuelva a verte? ¿Me has abandonado para siempre? Estoy desesperada ; tu pobre Mariana no puede más : se desvanece al terminar esta carta. Adiós, adiós, ten piedad de mí.

Quinta carta

TE ESCRIBO POR LA ÚLTIMA VEZ *y espero hacerte conocer por la diferencia de los términos y por la forma de esta carta, que me has persuadido por fin de que ya no me quieres y que por consiguiente no debo quererte más. Te enviaré en la primera ocasión todo lo que me queda todavía de ti. No temas que te escriba, no pondré ni siquiera tu nombre sobre el paquete, he encargado de todos estos detalles a Doña Brites, a quien había acostumbrado a confidencias harto distintas de estas ; sus actos serán menos sospechosos que los míos ; ella tomará todas las precauciones necesarias para poder asegurarme que has recibido el retrato y las pulseras que me habías dado. Quiero, sin embargo, que sepas que me siento desde hace algunos días con deseos de desgarrar y de quemar estas prendas de tu amor que me eran tan queridas, pero te he demostrado tanta debilidad que jamás hubiera creído que yo pudiera ser capaz de tales extremos. Quiero gozar de toda la pena que he tenido al separarme de ellas, y que sientas por lo menos algún despecho. Te confieso, para mi vergüenza y la tuya, que me encontré más apegada de lo que quisiera decirte a estas bagatelas, y que sentí que tenía nuevamente necesidad de toda mi reflexión para deshacerme de cada una en particular, aunque me preciaba de no estar ya ligada a ti. Pero se llega a lograr todo lo que se quiere a fuerza de razones. Las he puesto entre las manos de Doña Brites. ¡Cuántas lágrimas me ha costado esta resolución! Después, mil sentimientos y mil incertidumbres que tú no conoces y de los cuales no te daré cuenta seguramente. Yo la he hecho prometer no hablarme nunca de ellas, no devolvérmelas jamás, aunque se lo pidiera para volverlas a ver otra vez, y en fin, enviártelas sin comunicármelo.*

No he conocido bien el exceso de mi amor sino después de que he querido hacer todos estos esfuerzos para curarme, y temo que no me hubiera atrevido a acometerlos si hubiera previsto tantas dificultades y tantas violencias. Estoy convencida de que hubiera tenido sentimientos menos penosos queriéndote, por ingrato que fueras, que dejándote para siempre. He comprobado que tú me eras menos querido que mi pasión, y he tenido extrañas penas para combatirla después de que tus procederes injuriosos me han vuelto odiosa tu persona.

El orgullo natural de mi sexo no me ha ayudado nada a tomar resoluciones contra ti. ¡Ay! he sufrido tus desprecios ; hubiera soportado tu odio y todos los celos que me hubiera producido el cariño que hubieras podido tener por otra ; por lo menos hubiera tenido alguna pasión que combatir ; pero tu indiferencia me es insoportable, tus impertinentes protestas de amistad y las amabilidades ridículas de tu última carta me han mostrado que recibiste todas las que te he escrito, que ellas no despertaron en tu corazón ningún sentimiento, y que sin embargo las habías leído. ¡Ingrato! Soy todavía bastante loca para desesperarme por no poder tener la ilusión de que ellas no hubieran llegado hasta ti y de que no te las hubieran entregado. Detesto tu buena fe ; te había pedido que me dijeras sinceramente la verdad. ¿Por qué no me dejaste con mi pasión? No tenías sino que dejar de escribirme, yo no buscaba que me iluminaras. ¿No soy lo suficiente desgraciada por no haberte podido obligar a tomar alguna precaución para engañarme, y por no poderte disculpar ya? Has de saber que me doy cuenta de que eres indigno de todos mis sentimientos, y que conozco todas tus malas cualidades. Sin embargo, (si todo lo que he hecho por ti puede merecer que tengas algunas pequeñas consideraciones para los favores que te pido), prométeme no escribirme más y ayudarme a olvidarte completamente. Si tú me demostraras, aunque fuera débilmente, que habías sentido alguna pena leyendo esta carta, tal vez te creería, y tal vez también tu confesión y tu consentimiento me darían despecho y cólera, y todo esto podría inflamarme de nuevo. No te mezcles en mi conducta. Trastornarías sin duda todos mis proyectos, de cualquier ma-

nera que quisieras mezclarte. No quiero saber el resultado de esta carta ; no turbes el estado que me preparo. Me parece que puedes estar contento de los males que me causas (cualquiera que fuera el intento que hubieras hecho para hacerme desgraciada). No me saques de mi incertidumbre, yo espero que con el tiempo conseguiré estar más tranquila. Te prometo no odiarte, desconfío demasiado de los sentimientos violentos para atreverme a emplearlos. Estoy convencida de que tal vez encontraría en este país un amante mejor y más fiel ; pero ¡ay! ¿quién podrá hacerme sentir el amor? ¿La pasión de otro me llenará? ¿La mía ha podido algo sobre ti? No he comprobado en mí misma que un corazón tierno no olvida jamás lo que le ha hecho despertar arrebatos que no conocía y de los cuales era capaz? ¿Que todos sus sentimientos están ligados al ídolo que él mismo hizo ; que sus primeras ideas y sus primeras heridas no pueden ser ni curadas ni borradas ; que todas las pasiones que se ofrecen en su ayuda y que hacen esfuerzos por llenarlo y por contentarlo, le prometen una sensación que no volverá a experimentar ; que todos los placeres que busca, sin ningún deseo de encontrarlos, no sirven sino para hacerles conocer que nada le es tan querido como el recuerdo de sus dolores? ¿Por qué me has hecho conocer la imperfección y el malestar de un cariño que no debía durar eternamente, y las desgracias que siguen a un amor violento cuando no es recíproco, y por qué una inclinación ciega y un destino cruel se empeñan de ordinario en llevarnos hacia aquellos que serían sensibles para cualquier otra?

A pesar de todo yo podría esperar alguna diversión en un nuevo cariño, y encontrar alguien de buena fe, pero tengo tanta lástima de mí misma que tendría escrúpulo en colocar al último hombre del mundo en el estado a que tú me has reducido ; y aun cuando no esté obligada a tenerte consideraciones, no podría resolverme a ejercer sobre ti una venganza tan cruel, aunque ella dependiera de mí por un cambio que no preveo.

Busco en este momento disculparte y comprendo bien que una religiosa no es por lo general muy atractiva. Sin embargo, me parece que si los hombres fueran capaces de razonar al escoger, deberían más bien unirse a ellas que a las otras mujeres ; nada les impide pensar incesantemente en su pasión, no están distraídas por mil cosas que en el mundo ocupan y disipan. Me parece que no es muy agradable ver a las que se ama distraídas siempre por mil trivialidades, y se necesita tener muy poca delicadeza para sufrir (sin desesperarse) que no hablen más que de reuniones, vestidos y paseos. Se está sin cesar expuesto a nuevos motivos de celos : se está obligado a consideraciones, a complacencias, a conversaciones. ¿Quién puede asegurar que ellas no encuentran placer en todas estas coyunturas, y que no soportan a sus maridos con una gran repugnancia y sin ningún consentimiento? ¡Ah! ¡Cómo debían ellas desconfiar de un amante que no les pide cuenta exacta de todo esto, que cree confiadamente y sin inquietud lo que le cuentan, y que las ve con mucha confianza y tranquilidad dedicadas a todos sus deberes! Pero no pretendo probarte con buenas razones que debías quererme ; este es un método muy malo, y yo he empleado otros mucho mejores que no han tenido éxito. Conozco demasiado bien mi destino para tratar de sobreponerme a él ; seré desgraciada toda mi vida. ¡Si lo era ya cuando te veía todos los días! Me moría de terror de que no me fueras fiel, quería verte en todos los instantes, y esto no era posible ; estaba turbada por el peligro que corrías al entrar en este convento ; no vivía porque estabas en el ejército ; me desesperaba por no ser más bella y más digna de ti ; murmuraba contra la mediocridad de mi condición ; creía a menudo que el cariño que parecías tenerme podría traerte algún mal ; me parecía que no te amaba lo suficiente ; temía por ti la cólera de mis padres, y, en fin, estaba en un estado tan lamentable como este en que estoy ahora. Si me hubieras dado algunas pruebas de tu pasión cuando ya no estabas en Portugal, hubiera hecho todos los esfuerzos para salirme, me hubiera disfrazado para ir a encontrarte. ¡Ay! ¿Qué hubiera sido de mí si me hubieras abandonado después de estar en Francia? ¿Qué desorden, qué extravío, qué colmo de vergüenza para mi familia que me es tan querida después de que ya no te quiero. Tú ves bien que tengo pleno conocimiento de que sería posible que fuera más digna de

compasión de lo que soy, y te hablo razonadamente por lo menos una vez en la vida. Ojalá te agrade mi moderación y estés contento de mí ; yo no quiero saberlo, te he pedido ya que no vuelvas a escribirme, y te lo ruego de nuevo.

¿No has reflexionado alguna vez sobre el modo como me has tratado, no piensas nunca que estás más obligado conmigo que con cualquier otra persona en el mundo? Te he amado como una insensata. ¡Cómo he despreciado todas las cosas! Tu proceder no es el de un hombre digno ; es necesario que hayas sentido por mí una aversión natural, puesto que no me has amado locamente. Yo me enamoré de cualidades demasiado mediocres. ¿Qué hiciste tú para gustarme? ¿Qué me sacrificaste? ¿No has buscado otros mil placeres? ¿Renunciaste al juego y a la caza? ¿No partiste el primero para el ejército? ¿No volviste después de todos los demás? Te expusiste locamente a pesar de que te había rogado cuidarte por mi amor ; no provocaste los medios de establecerte en Portugal en donde eras estimado ; una carta de tu hermano te hizo partir sin vacilar un momento, y ¿no supe yo que durante el viaje estuviste del mejor humor del mundo? Hay que confesar que estoy obligada a odiarte mortalmente. ¡Ay! yo me busqué todas mis desgracias : te acostumbré desde el principio a una gran pasión, con demasiada buena fe, y es necesario el disimulo para hacerse amar ; hay que buscar con cierta habilidad los medios de inflamar, el amor sólo no provoca el amor. Tú querías que te amara, y como te habías formado este propósito, no hubo nada que no hicieras para alcanzarlo ; hasta te hubieras resuelto a amarme si hubiera sido necesario. Pero conociste que podías conseguir tu empeño sin apasionarte, y que no tenías ninguna necesidad de ello, ¡qué perfidia! ¿Crees haber podido engañarme impunemente? Si la casualidad te trajera a este país, te declaro que te entregaría a la venganza de mis padres. He vivido mucho tiempo en un abandono y en una idolatría que me dan horror, y el remordimiento me persigue con un rigor insoportable, siento vivamente la vergüenza de los crímenes que me hiciste cometer, y no tengo ya la pasión que me impedía desconocer su enormidad. ¿Cuándo dejará mi corazón de estar desgarrado? ¿Cuándo estaré libre de esta cruel congoja? Sin embargo, creo que no te deseo ningún mal y que me resolvería a consentir que fueras dichoso, pero ¿cómo podrás serlo si tienes corazón? Quiero escribirte otra carta para hacerte ver que estaré quizá más tranquila dentro de algún tiempo. ¡Cómo me gustaría reprocharte tus procederes injustos cuando ya no estuviera tan vivamente conmovida, y entonces te haría conocer que te desprecio, que hablo con gran indiferencia de tu traición, que olvidé todos mis placeres y todos mis dolores, y que no me acuerdo de ti sino cuando quiero acordarme! Estoy de acuerdo en que tienes grandes ventajas sobre mí, y que me has despertado una pasión que me ha hecho perder el juicio, pero no debes sentirte muy vanidoso : yo era joven, crédula, me habían encerrado en este convento desde mi infancia, no había visto más que gentes desagradables, no había oído nunca elogios como los que me hacías constantemente. Me parece que te debía los encantos y la belleza que encontrabas en mí y de la cual me hacías caer en la cuenta ; oía hablar bien de ti ; todo el mundo me hablaba en tu favor ; hacías todo lo necesario para enamorarme. Pero al fin he vuelto de este encantamiento, tú me has ayudado mucho, y confieso que tenía gran necesidad. Al devolverte tus cartas, guardaré cuidadosamente las dos últimas que me escribiste, y las releeré más a menudo de lo que he leído las primeras, a fin de no volver a caer en mis debilidades. ¡Ah! Qué caras me cuestan, y qué felicidad hubiera sido que hubieras querido soportar que yo te hubiera amado siempre. Comprendo perfectamente que todavía me ocupo demasiado de mis reproches y de tu infidelidad ; pero acuérdate de que me he prometido un estado más apacible, y que lo alcanzaré, o que tomaré contra mí alguna resolución extrema que conocerás sin mucho disgusto. Pero no quiero más de ti ; soy una loca al repetir tanto las mismas cosas. Es necesario dejarte y no pensar más en ti. Hasta creo que no volveré a escribirte. ¿Estoy obligada a darte cuenta exacta de todos mis sentimientos?

La traducción del Indio a León Hebreo

POR JOSE LUIS LANUZA

En 1586 Garcilaso de la Vega vive en Montilla, un pueblo enclavado en las montañas, no muy lejos de Córdoba. Garcilaso ya tiene unos cuarenta y cinco años y hace más de veinticinco que reside en España. Ha sido todo lo que se puede ser en España : soldado en las guerras de Granada, hombre de iglesia... Ahora ejerce de capellán en la parroquia de Santiago, en Montilla. Montilla pertenece a los marqueses de Priego, que están emparentados con el padre de Garcilaso. Pero el padre, conquistador en el Perú, ha muerto hace tiempo. Garcilaso, en Montilla, es como un pariente pobre que se resigna, metido entre libros, a no tener otras grandezas. Llena sus ocios leyendo y escribiendo, ya « que por beneficio no pequeño de la fortuna me faltan haciendas de campo y negocios de poblado ».

Ahora lo vemos como lo pintó en un retrato imaginario el peruano Francisco González Gamarra : sentado en un sillón frailero, junto a la mesa en la que se extienden las cuartillas blancas, con una pluma de ganso en la mano, los ojos perdidos, con aire nostálgico. Sobre el vestido negro le cuelga, sostenido por una cadena, un medallón de oro con la imagen del Sol, que era el dios de sus antepasados. Porque por las venas del capellán de la iglesia de Santiago corre sangre de los antiguos incas, que fueron monarcas del Perú. La mezcla de razas se le nota en la nariz aguileña, en las cejas levantadas, pero sobre todo en el aire nostálgico. Porque, desde la Montilla andaluza, Garcilaso piensa en el Cuzco natal, la ciudad de piedra, indígena a pesar de los remiendos españoles, la ciudad donde quedara su madre : Isabel Chimpu Ocllo, hija de Huallpa Tupac Inca y prima de Atahualpa, el inca sacrificado.

En la imaginación se le amontonan recuerdos del Perú de su infancia. Ritos extraños, templos suntuosos convertidos en iglesias cristianas, gentes ensimismadas, silenciosas, atemorizadas ; conquistadores violentos, a veces heroicos, amigos de su padre. Recuerda las guerras civiles llenas de crueldades superfluas. Sobre todo eso quisiera escribir. Recrear sobre el papel las imágenes de su recuerdo. Exponer en un plan orgánico todas sus noticias de América. Sostiene largas pláticas con gente que ha vivido en el nuevo mundo. Particularmente con un soldado que ha estado en la conquista de la Florida con Hernando de Soto, el que buscaba la fuente de la eterna juventud. Pero también se cartea con gente del Perú y hace preguntas, confirma recuerdos o lecturas, colecciona noticias. Siente como un deber racial que lo obliga a ocuparse de sus compatriotas y, hasta cierto punto, vindicarlos de juicios adversos.

Y mientras se mueven en su fantasía las imágenes de la América indígena da en leer, en italiano, un libro que le deleita, que le trae, entre mil referencias erudi-

tas, una nueva interpretación del mundo. Y resuelve, tal vez para asentarse en el oficio de escritor, traducir ese libro al castellano. El libro se llama *Los diálogos de amor* y está firmado por Judas Abrabanel, también llamado León Hebreo.

TAL VEZ NO SABE NADA Garcilaso de la vida de este León Hebreo. Tal vez no sabe que fue un desterrado como él, pero una secreta simpatía le atrae hacia su libro, le obliga a meditarlo y a traducirlo pacientemente. Judas Abrabanel había nacido en Portugal y residió luego en España. Cuando la expulsión de 1492 pasó con su padre a Nápoles y después a Sicilia. El padre, Isaac Abrabanel, que había sido consejero de reyes — del de Portugal, del de Aragón — escribió alguna vez un comentario a los profetas menores. Judas Abrabanel, a su vez, escribió un poema hebreo en elogio de su padre. Pero la obra que le dio nombradía fue *Los diálogos de amor,* escrita, posiblemente, en italiano. Ahí se juntaban en una síntesis armónica las antiguas filosofías de Atenas y de Alejandría con las enseñanzas de la Cábala. Platón quedaba como un discípulo de Moisés. Se fusionaban los mitos griegos con los judíos. El banquete de Platón se barajaba con los comentarios del Génesis. Y a través de esa interpretación, el mundo se hacía comprensible como una serie de emanaciones que iban de lo visible a lo invisible, semejantes a aquella escalera que soñó Jacob, por la que subían y bajaban los ángeles. El mundo no era sino una representación del amor. León — resume Menéndez y Pelayo — considera el mundo « como una objetivación del amor o de la voluntad, que se revela y hace visible en infinitas apariciones y formas ».

León Hebreo escribió sus diálogos en 1535. (El prefiere decirlo en números del cómputo judío : « Tenemos, según la verdad hebrea, cinco mil y doscientos y sesenta y dos desde el principio de la creación. ») La primera edición conocida, la italiana, es de 1535. Pronto las ediciones se multiplicaron. En 1559 apareció una versión de los diálogos al francés. En 1564 al latín. En 1568 al castellano, editada en Venecia. En 1582 otra en castellano, por Micer Carlos Montesa, en Zaragoza. Sin duda Garcilaso no las conocía o no le satisficieron las anteriores y prefirió hacer una más correcta y más literal que apareció en 1590 con el extenso título que sigue : *La traduzión del Indio de los Tres Diálogos de Amor de León Hebreo, hecha de Italiano en Español por Garcilaso Inga de la Vega, natural de la gran Ciudad del Cuzco, cabeza de los Reynos y Provincias del Perú, Dirigidos a la Sacra Católica Real Magestad del Rey don Felipe nuestro señor. En Madrid. En casa de Pedro Madrigal. M.D.XC.*

GARCILASO, al divulgar el sistema greco-hebreo del judío Abrabanel —síntesis del occidente y del oriente— no deja de mencionar su condición de hombre venido de un mundo nuevo, de un último occidente. Por eso llama a la suya la *traducción del Indio.* Y al mandarle el manuscrito al rey Felipe, le dice que se presenta « en nombre de la gran ciudad del Cuzco y de todo el Perú... con la pobresa deste primero, humilde y pequeño servicio, aunque para mí muy grande, respeto el mucho tiempo y trabajo que me cuesta : porque ni la lengua italiana, en que estava, ni la española, en que la he puesto, es la mía natural, ni de escuelas pude en la puericia adquirir más que un indio nacido en medio del fuego y furor de las cruelísimas guerras civiles de su patria, entre armas y cavallos, y criado en el exercicio dellos, porque en ella no avía entonces otra cosa, hasta que passé del Perú a España »...

Ni la lengua italiana ni la española le eran naturales dice el Indio. Y piensa —sin nombrarlo— en su idioma auténtico, en el quechua de su Cuzco natal. Tampoco a Judas Abrabanel le era natural el italiano de sus diálogos, puesto que cuando quiso escribir algo entrañable, como el elogio de su padre, lo hizo en hebreo, que era el idioma de su corazón.

La traducción del Indio señala un momento histórico importantísimo : el del encuentro casual de dos culturas. Por primera vez un hombre de América interviene en el mundo de las letras de Europa. E interviene con la traducción de un libro que es una síntesis de la filosofía de Grecia

y de la tradición de Israel. Pero mientras vertía a León Hebreo al castellano, Garcilaso —el inca Garcilaso, Garcilaso Inga, escribía él— tenía la imaginación atiborrada de cosas de América. Afilaba su pluma con el libro de León Hebreo, pero ya le prometía al rey otras obras : « espero, para mayor indicio de afeto ofreceros presto otro semejante, que será la jornada que el adelantado Hernando de Soto hizo a la Florida, que hasta aora está sepultada en las tinieblas del olvido. Y con el mismo favor (divino) pretendo passar adelante a tratar sumariamente de la conquista de mi tierra, alargándome más en las costumbres, ritos y ceremonias della, y en sus antiguallas, las quales, como propio hijo, podré dezir mejor que otro que no lo sea, para gloria y honra de Dios nuestro Señor »...

La traducción del Indio a León Hebreo —dice Menéndez y Pelayo— « resulta mucho más amena de estilo que las otras dos que tenemos en castellano », la anónima de Venecia y la de Montesa, de Zaragoza. Sin duda también es la más fiel y apegada al original, razón por la cual mereció los honores de ser puesta en el Indice de los libros prohibidos, a pesar de todas las aprobaciones reales y eclesiásticas con que contaba la edición. « La Inquisición —agrega el mismo crítico católico— puso en su Indice la traducción del Inca, pero no las demás. Sin duda fue por algunos rasgos de cabalismo y teosofía que Montesa atenuó o suprimió ».

Sin que su autor se lo hubiera propuesto, el primer trabajo de un hombre de América en España resultaba revolucionario y, en consecuencia, prohibido. Con su obra principal, los *Comentarios Reales*, hubo de suceder lo mismo. Ricardo Rojas lo explicó en unas sintéticas frases, dignas de ser repetidas : « Si es alta la jerarquía literaria de los *Comentarios Reales*, no es menor su importancia en la historia política de América. Para comprobarlo baste decir que el rey de España necesitó prohibir este libro en sus colonias y que San Martín propuso reeditarlo como estímulo de nuestra emancipación. Ningún otro libro colonial trascendió tanto en los tiempos ni conmovió tan hondamente los espíritus ».

El inca Garcilaso murió, ya viejo, a los 75 años de edad, el 22 de abril de 1616. Fue sepultado en la catedral de Córdoba, que antes fue mezquita de los árabes. En su extenso epitafio no se olvidan sus obras : « Comentó la Florida. Tradujo a León Hebreo ; y compuso los Comentarios Reales ». Y junto a los escudos de sus antepasados españoles se grabó uno nuevo que le correspondía como hombre de América, de la casa real de los incas : el llauto, símbolo de la realeza peruana, el arco iris, unas serpientes de azur, el Sol y la Luna. Como si los viejos dioses del Perú lo siguieran acompañando en el otro mundo.

Breve historia de la Plaza de Mayo, la Plaza de la Libertad

POR BONIFACIO DEL CARRIL

Buenos Aires, *como Londres y París, es una ciudad horizontal. Sus cinco millones de habitantes actuales viven diseminados en un área de casi setecientos kilómetros cuadrados. Esta enorme y desmesurada ciudad ha ido formándose a través de los siglos, por la inmigración y el crecimiento natural, sobre la base del núcleo inicial establecido por el capitán español don Juan de Garay, que en una tarde del mes de junio, allá por el año de 1580,* « cortó hierbas y tiró cuchilladas » *sobre la tierra agreste y desamparada. Apenas unas matas de pasto matizaban el horizonte ilimitado de la pampa. Sobre las toscas del río, un desnivel de unas treinta varas de profundidad llevaba hasta las aguas, cuyo pronunciado color pardusco parecía continuar la tierra hasta los confines del mar.*

En un lugar cualquiera de esta pampa abierta y desolada, señalado apenas por la proximidad de la antigua fundación de Mendoza, decidió Garay establecer la ciudad. Según las prescripciones de las meticulosas ordenanzas castellanas, plantó el árbol de la justicia en lo que debía ser la Plaza Mayor. El sitio fue fijado a unas trescientas varas del filo de la costa. La idea original fue formar una plaza de una extensión de veinte mil varas cuadradas —ciento cincuenta por cada uno de sus lados— frente a la cual se levantarían los principales edificios —el Cabildo, la Cárcel y la Iglesia Mayor—, separada la plaza de la costa del río por una segunda manzana de tierra que Garay resolvió reservar para el Adelantado don Juan Torres de Vera y Aragón, en cuyo nombre realizó la fundación. Pero la idea del fundador sólo podía germinar con el lento transcurso del tiempo. La Plaza, o mejor dicho el espacio abierto en la tierra generosa, quedó formada. Poco después comenzó la construcción de la primera Iglesia Mayor, en el frente N.E. Sobre el frente S.O. se levantaron las Salas Capitulares. La manzana que debía separar la Plaza Mayor de la costa del río quedó sin edificar, de hecho incorporada a la plaza misma. En el año 1608 los Padres jesuítas construyeron dentro de ella, sobre el lado N.E., a la altura de las actuales calles Rivadavia y Reconquista, una pequeña capilla que, después de un tiempo, sirvió de cochera al Virrey y luego de alojamiento al piquete del capitán San Martín.

A espaldas de la Plaza, sobre la costa, el gobernador Fernando de Zárate hizo levantar, alrededor del año 1595, un murallón de tierra, cubierto de tapias por el lado del río, al que bautizó con el pomposo nombre de Real Fortaleza de San Juan Baltasar de Austria. La aparición en el Río de la Plata de John Drake, primo y antiguo paje del célebre corsario inglés Francis Drake, cuyo solo nombre bastaba para abatir de terror a las poblaciones españolas de América, había afligido grandemente a los habitantes de la ciudad porteña. Drake llegó a Buenos Aires desnudo, triste y miserable, después

de haber pasado, en la Banda Oriental, quince meses de cautiverio en poder de los indios charrúas. Fue recibido amablemente por el gobernador, pero cuando se descubrió su verdadera identidad, su suerte se trocó en desgracia y en una interminable peregrinación por los calabozos españoles de América. Sea de ello lo que fuere, la presencia de los piratas en el Río de la Plata decidió a Zárate a construir la Fortaleza, que habría de ser con el tiempo, junto con la Plaza, escenario y eje vivo de los principales acontecimientos que jalonaron la vida argentina hasta los tiempos presentes.

¿Qué pudo ocurrir en la Plaza Mayor de la Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María de los Buenos Aires, que así fue denominada por el fundador, durante los siglos XVII y XVIII, los dos primeros de su hidalga existencia? La pequeña aldea crecía lentamente. La Iglesia Mayor llegó a tener sus torres levantadas, pero un infausto día del mes de mayo de 1712 una de ellas se desplomó y arrastró gran parte del techo al caer. Las obras comenzaron nuevamente, mas la Catedral nunca volvió a tener sus torres. El Cabildo fue dibujando la fisonomía de sus once arcos, de los balcones del primer piso y del reloj, con el campanario característico, terminado de construir alrededor de 1770. La Plaza fue el recinto donde se concentró la vida de la incipiente población. Las reyertas y avenencias de los funcionarios reales y de los principales pobladores, las andanzas de los obispos y clérigos de menor cuantía, unos y otros alternativamente fieles súbditos de Su Majestad Católica y celosos contrabandistas, colmaron la monotonía de la vida colonial, apenas interrumpida para celebrar las fiestas religiosas, de vez en cuando alguna corrida de toros y, con la mayor solemnidad posible, el advenimiento de un nuevo monarca al trono. Fueron famosos los festejos que se celebraron en el año 1760 con motivo del coronamiento del Rey Carlos III, ocurrido en España el año anterior, porque las noticias, incluso las más importantes, tardaban por lo menos un año en llegar al lugar. Allí rivalizaron, con toda vehemencia, los alcaldes y el alférez real para demostrar su celo y su amor al nuevo monarca. En el costado Este, en la línea de las actuales calles Reconquista y Defensa, se levantó una construcción de madera pintada, de sesenta y cinco varas de longitud, catorce de elevación y siete de amplitud, reproduciendo la arquería del Cabildo. El objeto era cerrar el ámbito de la plaza para permitir la mejor celebración de las fiestas, separando la Plaza Mayor de la Plaza o Plazoleta del Fuerte, como entonces se llamaba a la manzana que había quedado sin edificar frente a la Fortaleza. En la precaria construcción se dieron conciertos, se cantaron óperas, se celebraron bailes. Puede decirse que fue un escenario improvisado, pero alegre y veraz, del júbilo con que la muy noble ciudad de la Santísima Trinidad saludó el advenimiento de su nuevo Rey y Señor.

La idea de cerrar la Plaza Mayor fue, sin duda, persistente. Los vientos que la cruzaban, levantando nubes de polvo en los frecuentes días de sudestada, son fáciles de imaginar. En el año 1803 se construyó la Recova, original edificio de estilo morisco formado por veinticuatro arcos, doce de cada lado, y un gran arco en el centro para permitir la comunicación de la Plaza Mayor con la Plazoleta del Fuerte. El Piquete de San Martín quedó frente a uno de los extremos de la Recova. Como las antiguas loggias *del Medioevo, la Recova fue el centro comercial de la ciudad. Los arcos se utilizaron como puestos de venta de mercaderías y frutos del país. La Plaza o Plazoleta del Fuerte se llamó desde entonces más definidamente Plaza del Mercado. En ella se estacionaban las pesadas carretas, portadoras de frutas y verduras. Emeric Essex Vidal, marino inglés que visitó la ciudad entre los 1816 y 1818, ha dejado una fina estampa de la vida que se desarrollaba en la Plaza del Mercado, con los vendedores de pollos y lechones que pasaban bajo el gran arco de la Recova, llevándolos aferrados vivos, como si estuviesen muertos dice Vidal, con el carro duraznero, los vendedores de mulitas y pescado, y un oficial que sale del Piquete de San Martín para hacer su paseo cotidiano.*

La construcción de la Recova dio una nueva fisonomía a la Plaza Mayor y a la Plazoleta del Fuerte, o sea a las dos plazas

que componen la actual Plaza de Mayo, fisonomía que se mantuvo a lo largo de casi todo el siglo XIX. La Catedral era ya la iglesia que hoy conocemos, pero sin la fachada, que recién fue concluida en el año 1826. La edificación había cerrado sus filas. Buenos Aires, mejor dicho, la ciudad de la Santísima Trinidad, como seguía llamándose, era ya la aldea que prenunciaba la gran ciudad del porvenir. El 25 de junio de 1806, tres años después de edificada la Recova, la población fue conmovida por una noticia realmente inesperada. Ya no era la amenaza de los legendarios corsarios del siglo XVI, sino la presencia real de una corta pero aguerrida fuerza militar británica que, en un abrir y cerrar de ojos, hizo irrupción en la Plaza Mayor y se apoderó de la endeble Fortaleza, incorporando de hecho la ciudad de Buenos Aires, capital del Virreynato del Río de la Plata, al dominio del Imperio inglés. Comandaba las tropas el general William Carr Beresford, que había de tener destacada actuación en las filas del ejército británico, en las luchas contra Napoleón Bonaparte, dentro y fuera de América. Había de ser también pieza decisiva de la política inglesa en el Río de la Plata, que culminó con la separación e independencia de la Banda Oriental del Uruguay. El gobierno de Beresford se prolongó apenas dos meses. Las tropas de la Reconquista, mandadas por el capitán de navío don Santiago de Liniers, se presentaron a su turno en la Plaza del Fuerte exigiendo y obteniendo la rendición del insólito invasor. La toma de la ciudad de Buenos Aires por los ingleses y su reconquista en el año 1806, simbolizadas por la ocupación y la rendición de la Fortaleza, que se hizo efectiva en la Plaza del Fuerte, acordaron una nueva importancia no sólo a la ciudad sino a la plaza misma. A partir de esos históricos momentos, ambas plazas centrales de Buenos Aires, la Mayor bautizada Plaza de la Victoria para conmemorar precisamente el triunfo sobre los ingleses, y la Plaza del Fuerte, fueron escenario de los principales acontecimientos políticos y militares que, sacudiendo la antigua modorra colonial, se sucedieron vertiginosamente y dieron origen a la nacionalidad argentina el 25 de Mayo de 1810. La Plaza del Fuerte, también llamada Plaza del Mercado, fue bautizada después de 1810 con el nombre de Plaza 25 de Mayo.

El 14 de agosto de 1806 en la Plaza Mayor se reunió la primera asamblea cívica que recuerda la historia argentina, con el fin de proveer la vacante del gobierno producida por la ausencia del virrey Sobremonte. La elección de Santiago de Liniers para hacerse cargo de la capitanía general del virreynato, llevada a cabo por los principales vecinos de la ciudad de Buenos Aires es, sin duda, el primer acto político del proceso que condujo a la Revolución de Mayo. El 1° de enero de 1809 aparecieron en la Plaza de la Victoria las tropas amotinadas que exigieron la renuncia del virrey en un primer intento de establecer juntas de gobierno como las de España, episodio que tuvo a don Martín de Alzaga como principal propulsor, también conducente al movimiento de la independencia. La histórica semana de mayo de 1810 tuvo la Plaza de la Victoria como escenario de los sucesos más trascendentales. Puede decirse que la Plaza cobró vida y alma propia con ellos. Después de la experiencia del 1° de enero de 1809, los cabildantes contrarrevolucionarios resolvieron astutamente quitar el badajo de la campana del Cabildo para evitar que la gente fuese nuevamente convocada en la Plaza en los futuros acontecimientos que habían necesariamente de sobrevenir. Porque la Plaza era una realidad en la vida política argentina. Pero la Plaza intervino el 25 de Mayo, a pesar de la falta de badajo. Cuando el Síndico Leiva preguntó : ¿Dónde está el pueblo?, *el pueblo apareció prontamente en la Plaza, que decidió de esta manera la suerte de la Revolución.*

La Plaza de la Victoria y la Plaza 25 de Mayo —¡qué bellos nombres unidos!—, fueron desde entonces la Plaza de la Libertad. Nada ha ocurrido en la República Argentina sin que la Plaza haya intervenido. La libertad nació en ella, y la libertad se perdió a veces en ella, pero la libertad volvió a renacer siempre en la Plaza de Mayo. Esta vivencia en el servicio de la libertad, adquirida por la Plaza, ha sido de tal naturaleza que ha llegado a singularizar su fisonomía espiritual y material en una forma que quizá no tenga similar en otros lu-

gares del mundo. Otras plazas, como la de San Marcos en Venecia, la de la Concordia en París, la de San Pedro en Roma, tienen una historia mucho más rica, sin duda, que la Plaza de Mayo en hechos de valor y trascendencia cultural y espiritual para la humanidad. Pero pocas plazas, como la de Mayo, han tenido, dentro de su país, una presencia más directa y una intervención más efectiva en los hechos cumbres de la nacionalidad.

El viajero que pasa por la Plaza de Mayo un domingo de sol, cuando ha desaparecido la agitación febril de las horas de trabajo, y encuentra el solar patricio casi desierto, con las palomas mansas que rodean a la vieja Pirámide, la Casa Rosada en el fondo, el muñón del Cabildo a la derecha, la Catedral y la edificación variada y heterogénea que la circunda, difícilmente puede imaginar el incomparable y vibrante espectáculo que la Plaza ofrece cuando la anima el soplo de la acción cívica y patriótica y las muchedumbres se aprietan, vitorean o reclaman. Cuando asume el cargo un presidente, cuando es destituído, cuando estalla y triunfa una revolución, todo ocurre o finaliza en la Plaza de Mayo. Una reforma política o social, la expresión de una voluntad popular, no tiene exteriorización auténtica o definitiva si no se expresa en la Plaza. Hasta el rumor del hecho más lejano, la noticia de que se produjo un suceso importante en el lugar más apartado de la República, provoca la actitud inmediata : Vamos a ver qué pasa en la Plaza de Mayo, *como si en la Argentina nada pudiese suceder, nada pudiese acontecer, si no repercute en la Plaza de Mayo. Esto lo saben todos los argentinos, naturalmente, desde niños, sin que nadie se lo haya enseñado, y esto probablemente no sucede así, con igual significación, en ninguna otra plaza del mundo.*

Desde los primeros acontecimientos del siglo XIX, que he citado —invasiones inglesas, deposición del virrey Sobremonte, nombramiento del virrey Liniers, revolución del 1° de enero de 1809, revolución del 25 de Mayo de 1810—, todo ocurrió en la actual Plaza de Mayo. Cuando Buenos Aires luchaba por imponer su hegemonía frente a las poblaciones del interior, Francisco Ramírez, el legendario caudillo entrerriano, prometió venir a la ciudad para atar sus caballos en la verja de la Pirámide de la Plaza de la Victoria, promesa que cumplió rigurosamente como mejor demostración de la fuerza y poderío de sus convicciones. La Plaza de Mayo fue patíbulo de don Martín de Alzaga, y cuando don Juan Manuel de Rosas se apoderó de ella, de la ciudad y del país, la Plaza, entonces todavía Plaza de la Victoria, fue también patíbulo de la libertad. Los fusilamientos en la Plaza de la Victoria se hicieron tomando como paredón los arcos del viejo Cabildo, frente a los cuales se colocaron los banquillos de los sentenciados, como puede verse en la lámina que reproduce el ajusticiamiento de los hermanos Reynafé y de Santos Pérez, asesinos de Quiroga. En la Plaza de la Victoria ya no se celebraron las fiestas de homenaje al Rey de España con motivo de su advenimiento al trono, pero se festejaron durante muchos años las Fiestas Mayas con globos cautivos y palo enjabonado —cucaña—, como lo evoca la conocida estampa de Pellegrini.

Un día del año 1883 don Torcuato de Alvear, Intendente de Buenos Aires, apareció con un piquete de obreros. Contra todas las quejas y protestas, hizo demoler el vetusto edificio de la Recova. Las dos plazas, la de la Victoria y la de 25 de Mayo, quedaron nuevamente unidas como lo habían estado en los tiempos de la fundación. Se formó con ellas una sola plaza, que se llamó Plaza de Mayo, a cuyo centro fue trasladada poco después la Pirámide. La Plaza continuó siendo el ágora de la vida argentina. En 1916 presenció el desfile de la muchedumbre que acompañó a Hipólito Irigoyen hasta la Casa de Gobierno, arrastrando la carroza presidencial como en la época de la vieja dictadura. El 6 de setiembre de 1930 fue escenario del desborde popular que apoyó inicialmente la revolución del general José F. Uriburu. Hombres que todavía no somos viejos lo hemos visto con nuestros propios ojos, y hemos oído cómo la Plaza dijo sí o dijo no a los sucesivos movimientos en favor y en contra de la libertad, en el segundo tercio de este siglo. Hasta la Plaza de Mayo llegaron las tro-

pas del Ejército en la opaca mañana del 4 de junio de 1943, que produjo la deposición del presidente Castillo y el ulterior encumbramiento del segundo dictador argentino. En la Plaza de Mayo se reunieron las multitudes que, lamentablemente extraviadas, apoyaron su gobierno. Las jornadas de octubre de 1945 son, por cierto, memorables para muchos millones de argentinos. Cuando el ocaso del dictador sobrevino, un hecho significativo lo puso de manifiesto. El 31 de agosto de 1955, en un postrer intento, resolvió convocar a las masas que, con abundantes razones, ya le iban abandonando, pero la convocatoria no se hizo en la Plaza de Mayo sino en la del Congreso. La Plaza le había dicho no. La convocatoria fue un fracaso. Pocos días después, el dictador era arrojado del gobierno.

La Revolución Libertadora estalló en Córdoba. Fue apoyada en Cuyo y en la Flota de mar. Perón huyó para refugiarse en una cañonera paraguaya. Pero la revolución no se consideró concluída, ni el triunfo de la libertad definitivamente afirmado, hasta que el general Leonardi hizo su entrada triunfal en la Plaza de Mayo, que fue realmente imponente y apoteótica, ante una multitud entusiasta y fervorosa, que será difícilmente igualada.

He aquí en breves líneas la historia de la Plaza de Mayo, la Plaza de la Libertad en la Argentina. Basta entornar levemente los ojos para ver aparecer a Saavedra, Moreno y Belgrano, bajo los arcos del Cabildo, en los días históricos de Mayo ; a Rivadavia, en su despacho del Fuerte, intentando dar forma constitucional y orgánica a la nueva nación ; a Rosas y los caudillos conterráneos, con la porfía de su sangre criolla ; a Urquiza y Mitre, que realizaron el ideal ; a Sarmiento, Avellaneda y Roca, que aportaron la cultura provinciana a la obra común. Y en tiempos recientes, cuando la sombra de la dictadura escamoteó el ejercicio de la libertad, al grito de Mayo que culminó nuevamente en su ámbito generoso, como símbolo y síntesis de las grandezas y debilidades, pero también de lo más entrañable y auténtico de la nacionalidad argentina.

EL CABILDO Y LA CATEDRAL FRENTE A LA PLAZA MAYOR DE BUENOS AIRES EN 1794

ciencia

El milagro del laser

POR ALBERT DUCROCQ

En 1954, el físico Carlos H. Townes, de la Universidad de Columbia, descubrió el principio de un aparato que denominó *maser,* siglas de *microwave amplification by stimulated emission of radiation.* Se trataba de un generador de ondas hertzianas, cuya idea se apartaba por completo de las técnicas clásicas. Las ondas no eran producidas por circuitos eléctricos, mediante el empleo de resistencias, condensadores, tubos, bobinas o cavidades de resonancia, sino por moléculas de amoníaco, y sus longitudes eran muy inferiores a las de la escala de las ondas tradicionales.

Seis años después, se explotó el átomo y el maser se convirtió en el laser. Se consideró razonable sustituir la palabra *microwave* por la de *light,* puesto que las longitudes de onda se situaban en la banda de las ondas luminosas. El átomo ponía sus posibilidades al servicio de la electrónica. Esta ciencia registraba la revolución más extraordinaria de su historia e iba camino de transformar en pocos años a la vez las industrias y la filosofía de la máquina.

Un mecanismo asombroso

En efecto, el átomo no es sólo un pequeño paquete de materia. Sabemos por Bohr que se trata de un sistema solar en miniatura. constituído por electrones que giran alrededor de un núcleo. Los movimientos de los electrones están regidos por un mecanismo muy particular. Se encuentran en el mismo caso que los satélites, que no pueden girar a cualquier distancia, sino que están forzados a permanecer en una serie de órbitas privilegiadas. Esto equivale a decir que el átomo es un mecanismo notable, cuyas piezas móviles —los electrones— efectúan saltos bien determinados de una órbita a otra.

Así ocurre que, cuando un átomo está sometido a una « excitación », un electrón de su capa periférica puede verse deportado a una órbita más lejana : entonces se dice que el átomo pasa del estado 1 (fundamental) al estado 2 (excitado). Pero, generalmente, este estado 2 no es estable. Los electrones tienen tendencia a « volver » a las órbitas más próximas del núcleo y, como consecuencia de estas recaídas, los átomos emiten radiaciones, cuyas características —o sea las longitudes de onda— están esencialmente determinadas por la diferencia de nivel entre el estado 1 y el estado 2. Por lo tanto, cuando los elementos están expuestos a cierta temperatura o sometidos a descargas, emiten radiaciones bien determinadas.

Convendrá recordar un ejemplo conocido del empleo de este mecanismo atómico : el tubo fluorescente.

Hacia la luz coherente

En un tubo fluorescente se encuentra esencialmente un gas —el más corriente para los modelos que se venden en el comercio es el vapor de mercurio— ; este gas

está excitado por una descarga eléctrica y el tubo encierra dos electrodos conectados a un generador, que crea una tensión bastante elevada. Esto basta para excitar de manera permanente los átomos, cuyos electrones periféricos vuelven a caer regularmente a sus niveles más bajos, emitiendo una radiación que para nosotros constituye « la luz ».

Nuestros ojos « ven », en efecto, radiaciones comprendidas entre 0,4 (violeta) y 0,8 micrón (rojo). Las ondas de mayor longitud reciben el nombre de infrarrojas. Y a partir de ellas empieza el dominio del radar, de la televisión o de la radio con las ondas métricas, hectométricas o kilométricas.

Así pues, el tubo fluorescente era ya un generador de ondas, cuyas longitudes eran muy pequeñas en relación con las de la radio. Pero estas ondas no son utilizables, pues la luz de un tubo fluorescente es « incoherente ».

Cuando decimos que la onda creada por la antena de una estación emisora es « coherente », entendemos con ello que esta antena está recorrida por una corriente alterna que, una vez en el éter, la hace vibrar, en cierto modo, como un oscilador gigante.

En un tubo fluorescente las cosas suceden de otro modo, pues no tratamos con una emisora, sino con una miriada, que actúan de manera anárquica, puesto que cada átomo emite su radiación al azar.

Entre una emisión coherente y una emisión incoherente hay la misma diferencia que entre una orquesta y unos músicos que tocasen la misma partitura, pero cada uno de ellos en un local aislado, provisto de un micrófono. Si luego se mezclaran los sonidos, el resultado sería, evidentemente, una cacofonía.

Estas explicaciones son absolutamente indispensables para comprender el sentido de la revolución que nos aporta el laser. Bajo este nombre se designa una técnica que se propone utilizar de una manera determinada el mismo material que hay en un tubo fluorescente, pero creando una luz coherente, es decir, obligando a todos los átomos a « funcionar » de manera concertada. De este modo se produce una radiación de naturaleza completamente nueva : es luminosa, ciertamente ; mas por el hecho de ser una onda única, puede tratársela como una onda hertziana... con todas las ventajas que permite su cortísima longitud de onda.

La técnica del rubí

En primer lugar, los lasers utilizan con preferencia « rubíes ». Los primeros chorros de luz coherente fueron creados a partir de sólidos, gracias a la aplicación de ciertas técnicas que habían permitido « orquestar » el trabajo de los átomos.

El rubí es esencialmente un óxido de aluminio. Pero esta substancia no es más que un « soporte » : este rubí está excitado con cromo al 0,05 %, es decir que ciertos átomos de aluminio son reemplazados por átomos de cromo, y estos últimos son los que desempeñan el papel activo.

Para decirlo de una manera más concreta, cuando el átomo de cromo está excitado —y en el laser de rubí esta excitación está asegurada por el rayo de una lámpara de *flash* muy poderosa—, el electrón periférico del cromo se ve violentamente deportado desde el nivel 1 a un nivel generalmente muy elevado. Y este electrón vuelve a caer por sí solo excepcionalmente al nivel 1. Teniendo en cuenta las interacciones con el cristal, lo más corriente es que se quede al nivel 2 en un estado metastable.

Tales son, pues, las funciones del *flash* y del rubí : « extraer » los electrones del cromo para elevarlos del nivel 1 al nivel 2, donde podrán, llegado el caso, permanecer durante algún tiempo.

En estas condiciones, la emisión de una luz coherente se produce según una orquestación que asegura la recaída casi simultánea de los electrones del nivel 2 al nivel 1. Ahora bien, esto se obtiene mediante una verdadera reacción en serie.

La recaída espontánea de un electrón —que va acompañada de la emisión de un grano de energía o fotón— puede decirse que, en este caso, es un fenómeno bastante raro. Pero puede ser « provocada ». Esto es lo que sucede, si el átomo es atravesado por un fotón de este tipo, que entonces no se consume y atraviesa el átomo sin la menor alteración, desempeñando, en cierto

modo, el papel de catalizador. Dicho en otras palabras : si un átomo que se encuentra en el estado 2 recibe este fotón, vuelve a caer en el estado 1, mientras emergen de él dos fotones : el fotón incidente y el que acaba de ser creado mediante esta recaída.

Así es como puede entreverse el proceso de una reacción de multiplicación, puesto que los nuevos fotones pueden provocar a su vez nuevas recaídas, que se traducen por la creación de fotones suplementarios, los cuales vienen a engrosar las oleadas de aquéllos, y, por este hecho, engendran una radiación cada vez más intensa. Mas para ello es preciso que la « circulación » de estos fotones esté también organizada en el interior del rubí. Con este fin se le da la forma de un cilindro, cuyas caras terminales han de ser rigurosamente paralelas y parcialmente plateadas, para que puedan reflejar la luz.

Gracias a este proceso, las radiaciones sin dirección determinada se escapan pura y simplemente del rubí, pero las que tienen una dirección paralela a la otra efectúan un número considerable de idas y venidas, durante las cuales provocan recaídas en masa, hasta que prácticamente todos los átomos vuelven a caer al nivel 1, creando una radiación de conjunto paralela al eje.

Tal es el principio del laser de rubí que, llevado a la práctica hace cuatro años, ha permitido los primeros trabajos sobre la luz coherente. A cada destello del *flash* excitador respondía la emisión de una « impulsión » de luz roja, según la dirección del eje.

Las primeras experiencias tuvieron lugar en julio de 1960 ; fueron realizadas por T.H. Maiman, en la Hughes Aircraft Co.

El laser de gas, al asegurar la producción continua de una luz coherente, permitiría dar un paso decisivo.

El laser de gas

El mecanismo de producción transforma de una manera considerable la técnica del tubo fluorescente. La masa activa está encerrada en un tubo. Lo mismo que se hace con un aparato de alumbrado, se recurre a gases raros : en general se elige una mezcla de helio y de neón.

Pero el procedimiento de excitación es completamente distinto. En esta clase de tubos, las caras terminales deben dejarse efectivamente en libertad para que puedan desempeñar el papel de superficies reflectoras. Ya no se trata, evidentemente, de provocar excitaciones desordenadas por medio de descargas eléctricas. Se « sujeta el tubo apretándolo entre un electrodo cilíndrico central y una pareja de electrodos unidos a un circuito oscilante, cuyo régimen concierta la excitación periódica de los átomos.

Finalmente, el principio puede parecer sencillo y hasta cabe preguntarse por qué los lasers no se han construído antes. Pero nunca se insistirá bastante sobre la delicadeza de su técnica. Sólo el paralelismo de las caras terminales exige un mecanismo de precisión, y la excitación es extremadamente complicada, lo que se concibe fácilmente conociendo la escasísima longitud de la onda con que se trabaja. Además, en cuanto entran en juego potencias importantes, se hace indispensable montar un sistema de refrigeración, que complica más aún las operaciones.

Esta es la causa de que la aplicación de los lasers de rubíes, y sobre todo los de gas haya exigido inmensas inversiones de capitales.

El laser y la información

La onda del laser es de la misma naturaleza que la onda hertziana. Esto significa que, en teoría, puede aplicarse a los mismos casos que la electrónica clásica, es decir, a la radio, la televisón, el radar y, en general, a todas las técnicas destinadas a transmitir informaciones.

La disminución de la longitud de onda es de una importancia considerable. Toda la historia de la radio se reduce a la búsqueda de ondas cada vez más cortas. Y para ello hay una razón fundamental : cuanto más diminutas son las longitudes de onda, tanto mayor es el número de informaciones que pueden transmitirse. En un aparato de radio, la escala de las grandes ondas comprende sólo cinco o seis estaciones. Hay muchas más en la escala de las ondas medias ; pero las emisiones más numerosas se hallan en las ondas cortas.

En otras palabras, el volumen de informaciones que pueden encaminarse (cualquiera que sea la naturaleza de éstas) es inversamente proporcional a la longitud de la onda. De ahí que, desde hace cuarenta años, todos los esfuerzos se hayan dirigido hacia el descubrimiento de ondas cada vez más cortas, a medida que las emisiones se multiplicaban. Los cables hertzianos y la televisión trabajan así sobre longitudes de onda del orden de un metro, pero los especialistas en electrónica trabajan en ondas decimétricas y hasta centimétricas.

Gracias al laser, las posibilidades de transmisión han aumentado hasta el infinito. Por ser la longitud de las radiaciones luminosas inferior a 1 micrón, los volúmenes de informaciones se hallan multiplicados por un factor del orden de 10 mil.

Sobre un solo rayo de laser sería posible hacer pasar simultáneamente, entre dos centros, 160 programas de televisión o 100 mil conversaciones telefónicas. Esto equivale a decir que el conjunto de « bandas » luminosas que el laser podría explotar permitiría el paso de unos ochenta millones de programas de televisión o unos cincuenta mil millones de líneas telefónicas. Estas cifras explican la precipitación con que se trata de trabajar con el laser a todo trance en el curso de los últimos años, y los medios enormes que en los Estados Unidos le consagran todas las grandes sociedades dedicadas a la electrónica.

Evidentemente, la domesticación completa del laser no se conseguirá en un porvenir inmediato. Todos los especialistas reconocen que, a causa de la extraordinaria delicadeza de los aparatos de producción, deberán transcurrir aún varios años antes de que el laser pueda ser de uso corriente. Pero las experiencias de laboratorio han demostrado la posibilidad de esta utilización, y se espera que, a partir de 1970, la técnica del laser sea para las telecomunicaciones actuales lo que éstas son en relación con las señales hechas a brazo.

El proyecto S-66

Teniendo en cuenta estas posibilidades prometedoras, sería sin duda muy interesante confiar a los haces de laser el cuidado de asegurar los enlaces a la escala intercontinental. Pero esta solución está excluída en consideración de la curva de la Tierra, ya que el laser es un haz luminoso que se propaga en línea recta.

No obstante, el problema es distinto por lo que se refiere al espacio. Ya se ha intentado una experiencia acerca de la manera de retransmitir una emisión valiéndose de los satélites. Se trata del proyecto S-66, cuyas grandes líneas se han fijado desde comienzos de 1963. A este aparato científico destinado a efectuar observaciones a 1.000 kilómetros de altura, los técnicos de la NASA decidieron añadir entonces una serie de prismas capaces de reflejar hacia la tierra las emisiones de laser destinadas a ella : cuarenta estaciones de diferentes países fueron designadas para participar en el proyecto y trataron de recibir las ondas de laser reflejadas por el S-66.

Con los « satélites de desenfilamiento » la continuación seguirá siendo delicada, pero se entrevé ya para el porvenir una solución que consistirá en utilizar un satélite estacionario (satélite sincronizado sobre una órbita de 24 horas). Un satélite « inmovilizado » encima del Atlántico constituiría un espejo ideal para reflejar permanentemente los rayos de laser, que permitirían una transmisión considerable de informaciones entre ambos continentes. La revolución del laser alcanzaría así la fase planetaria.

Paradójicamente, los satélites de laser serán instrumentos mucho más sencillos que nuestros satélites de comunicación actuales. Estos últimos, en efecto, deben ser « activos » : el Telstar y el Relay contienen aparatos cuya función es « repetir » las emisiones que reciben, pero están sujetos a averías. En cuanto a los satélites « pasivos » del tipo « Eco », tienen una seguridad de funcionamiento de cien por ciento ; pero, con las ondas hertzianas ordinarias, su rendimiento es muy débil : en razón de la dispersión de estas ondas en el espacio, el satélite sólo intercepta una ínfima fracción de la energía enviada por la emisora. Ahora bien, en el laser el funcionamiento es completamente distinto, pues el haz de laser sigue extraordinariamente concentrado a grandes distancias.

Esta concentración es la consecuencia del

mecanismo de producción del laser. Una « reacción en serie » se produce entre dos caras paralelas, que desempeñan el papel de espejos y canalizan toda la emisión, según la perpendicular a su plano, puesto que la « abertura » del haz depende de la precisión con que se fabrique el laser.

Un rayo de energía

Ahora bien, el haz del laser puede hacerse ya desde ahora tan estrecho que a varios centenares de kilómetros su diámetro se cuente sólo por decímetros. Ofrece, por lo tanto, la posibilidad de encaminar a distancia, no sólo informaciones, sino también energía, lo que constituye una perspectiva completamente revolucionaria.

Estas características del laser hacen de él *a priori* el agente ideal de los futuros enlaces espaciales. Volúmenes enormes de informaciones podrán ser encaminados en huenas condiciones con un rayo de laser único, desde la Tierra a la Luna, o desde la Tierra a Marte. Algunos precursores pretenden incluso la posibilidad de instalar en la Luna extensas fábricas solares para retransmitir su energía a la Tierra mediante el laser.

Esta concentración del laser abre en la Tierra nuevas posibilidades en otros campos, para una época no lejana. En la proximidad del origen del laser, la concentración es tal, que si se colocara delante de un rayo de laser una hoja de papel o una placa metálica quedarían perforadas por un agujero del diámetro de un alfiler. Así pues, el rayo de laser podría constituir un nuevo método para el tratamiento de ciertas substancias, que traería consigo una revolución en los métodos de fabricación, puesto que la potencia utilizada alcanza fácilmente diez kilovatios por milímetro cuadrado. Los técnicos de la General Electric Co. han logrado ya recortar una pieza de metal por medio del laser. Como consecuencia del resultado de este experimento, se proponen construir máquinas que permitan trabajar los metales y perforar platinas con gran facilidad. En la hora actual, para hacer agujeros extremadamente finos en planchas espesas la única solución es todavía el bombardeo electrónico, que exige el vacío, con todas las complicaciones que esto supone. Pero el laser realiza la operación en el aire.

Soldadura, bisturí y catastro

Con una potencia menor, el haz de laser puede fundir también los metales que toca. Esta propiedad podría ser el principio de una nueva serie de técnicas de soldadura. Aquí también el laser se caracteriza por un trabajo de extremada exactitud. La sociedad Airco ha construído ya un prototipo de aparato de soldadura con laser, y la American Optical Co. ha soldado también, con el mismo procedimiento, hilos de molibdeno-titán que sólo tienen un 0,1 mm. de diámetro. Para esta clase de operaciones, las técnicas clásicas no ofrecían ninguna solución satisfactoria. En cambio, el laser tiene la finura de una punta de aguja y una precisión tal, que se le puede aplicar en el lugar previsto, lo mismo si se trata de fundir o perforar que de soldar.

Esta misma cualidad puede hacer del laser un instrumento de cirugía muy prometedor. Se le ha utilizado ya como bisturí en operaciones sobre animales y, después, incluso sobre hombres. Los tumores de la retina se destruyen con su haz, que recorta con una extremada precisión la zona contaminada.

En otro orden de ideas, los ópticos fundan muchas esperanzas en las posibles aplicaciones de la luz coherente.

Además, el laser transforma ya actualmente la técnica del catastro. Para medir la distancia que separa un punto dado de un obstáculo, basta con disponer un espejo que refleje el rayo hacia el punto de origen. De este modo se realiza una especie de radar óptico de una acuidad asombrosa, puesto que el haz de laser es un verdadero radio geométrico, sobre el que debería poder contarse el número de longitudes de onda. Se espera que pronto habrá aparatos portátiles que permitirán realizar anotaciones topológicas con una extraordinaria facilidad.

Y he aquí que, después del laser de rubí y del laser de gas, los técnicos trabajan en la preparación de un laser semiconductor, cuyo rendimiento será incalculable. Puede decirse, pues, que el gran milagro de la luz coherente ha empezado ya.

diálogo

Lección de Picasso

En el último número (83) de Cuadernos *publica Damián Carlos Bayón un breve comentario sobre la exposición que Picasso acaba de celebrar en París. Dicho comentario, no obstante llevar por título « Lección de Picasso », se sale un poco de la rutina en que me parece han caído la mayoría de los críticos. Y sienta dos juicios de suma importancia. « Primero : no estoy convencido de que Picasso sea el más gran pintor contemporáneo. Segundo : creo firmemente —como ya lo dije hace poco— que Picasso frenó (por el prestigio de su calidad extraordinaria) el libre desarrollo del arte de estos últimos veinte años. »*

Todo esto me recuerda, a mí que soy coleccionista de papeles viejos, una crítica infinitamente más severa, en realidad demoledora, que el pintor Vlaminck escribió sobre el pintor Picasso, corroborando así el adagio que dice que no hay peor cuña que la de la misma madera. Ese artículo vio la luz en el periódico parisiense Comoedia, *el 6 de junio de 1942, produciendo el consiguiente revuelo en los medios artísticos, y no sólo artísticos, dado el momento en que se publicó. Supongo que los lectores de* Cuadernos *tendrán curiosidad por conocer el escrito de Vlaminck, que le acompaño traducido al español.*

J. L. J.

Es difícil destruir lo que no existe. Pero, si es cierto que hay muertos a los que es necesario matar, voy a intentarlo. Las líneas que siguen han sido escritas gratuitamente, de acuerdo con mi conciencia, sin preocuparme por las vociferaciones que quizá van a provocar o de los odios que despertarán, incluso de los intereses que se considerarán lesionados.

Al hacerlo, voy seguramente a provocar controversias, a hacer al cubismo una nueva e inútil publicidad... Pero correré el riesgo.

Conozco jóvenes pintores que se sienten angustiados y vacilantes ante la confusión en que se debate la pintura y que se encuentran enfrentados con una alternativa : ser sólo ellos mismos, encontrar gracias a un trabajo encarnizado su expresión personal, o tomar de las diversas fórmulas —del cubismo por ejemplo— sus facilidades. Para ellos es para quienes escribo. He pensado que estas puntualizaciones les conducirían a alguna certidumbre y les incitarían a pensar más claramente lo que no habían hecho más que entrever. Con ello habré cumplido mi deber para con la pintura.

En Francia, la pintura está muriendo de trucos y de combinaciones, empantanándose en un nuevo « pompierismo », menos honrado y más mortal aún para su futuro que el « pompierismo » académico de los « Artistes Français ».

Yo he asistido al nacimiento del cubismo, a su crecimiento, a su decadencia.

Picasso fue su comadrona, Guillaume Apollinaire la enfermera, Princet el padrino, y Derain, Max Jacob, Braque, Juan Gris, Salmon y yo los ayudantes.

Quiero decir que conozco a Picasso... como al forro de mi chaqueta.

Picasso, este catalán de rostro de monje y ojos de inquisidor, nunca habla de arte sin que una sonrisa interior acompañe su frase breve e incisiva, una sonrisa que no llega hasta los labios.

Uno se pregunta si Picasso es consciente de su astucia, y causa espanto descubrir una actitud donde uno pensaba encontrar un carácter. La altivez un poco guasona que finge le presta la apariencia de una especie de monstruo que se jacta de su sencillez. Picasso detesta que le descubran.

Hágasele una pregunta demasiado directa y responderá con una humorada o con una pirueta. Igual que un acusado, se muestra astutamente inteligente y, tras una cabriola, se cierra en un silencio misterioso.

A veces desarma a su interlocutor con una frase llena de un cinismo desconcertante, poniéndole en la imposibilidad de formarse una idea clara, de creer en su sinceridad o en su maquiavelismo, de saber lo que se oculta tras la sibilina respuesta...

El señor X decía que acababa de descubrir a un joven pintor de prometedor talento.

Dirigiéndose a Picasso, X le preguntó si conocía a aquel artista y si había visto obras suyas :

— Sí —respondió Pablo—, es un « artista-pintor ». Hay muchos « artistas-pintores » (1).

— Pero ¿qué hace?

— De él he visto un cuadro : « Corridas de toros »... Pero no había toros... Unicamente círculos, líneas, puntos, cuadrados... ¡No había quien comprendiera nada!

Formulado por alguien que no fuera Picasso, un juicio como éste habría parecido natural. Pero ¡formulado por él! ¡Qué paradoja, qué ironía de doble filo! Todo el sortilegio de Picasso está aquí.

Picasso juega al artista instintivo... Contemplo una de sus telas y él me dice ingenuamente :

—Me pregunto cómo he podido hacer esto.

Pablo Picasso es culpable de haber llevado la pintura francesa al más mortal de los callejones sin salida, a la más indescriptible de las confusiones. De 1900 a 1930, la ha conducido a la negación, a la impotencia, a la muerte...

Porque, a solas consigo mismo, Picasso es la impotencia hecha hombre. Como la naturaleza le ha negado todo carácter propio, ha empleado toda su inteligencia y toda su malicia en fabricarse una personalidad. De los maestros del pasado, sin excluir a los contemporáneos, toma el alma creadora que no le ha tocado en suerte.

¡Todo le sirve! Diletante, toca una música, pero esta música es un « pot-pourri ». Y no dibuja un rasgo, no pone un color, sin evocar un documento.

Giorgione, el Greco, Steinlen, Lautrec, las figurillas y las máscaras funerarias griegas : todo le sirve. Forain, Degas, Cézanne, los escultores de Africa y de Oceanía : todo lo orquesta. Su facultad de adaptación sólo tiene parangón con su ingeniosidad y con su habilidad.

Sin la menor vacilación, puede ponérsele a cada una de sus reminiscencias el nombre que le corresponde. Tras cada una de sus « maneras » múltiples y variadas se adivina alguien conocido. Lo único que Picasso es incapaz de hacer es una pintura que sea suya propia.

El silencio de que se rodea a este muestrario permite a Picasso tener carta blanca. Se le elogia. Se finge ignorar lo que salta a los ojos de los menos avisados. Se le otorga un consentimiento mudo. La gente lo explica y encuentra razones de orden superior para justificar los plagios que todo el mundo observa y que no engañan a nadie.

Los críticos especializados en cuestiones pictóricas dan muestras de una mansedumbre infinita para con Picasso. Su indulgencia con estas « tomas de sangre », practicadas con un cinismo sin escrúpulo y un candor sin precedentes, raya en la com-

(1) La ironía de la expresión, difícil de traducir al español, está en la palabra francesa « artiste-peintre », término oficial o administrativo con que se designa en general a los pintores, sean artistas o de brocha gorda (N. del T.).

plicidad. Todo es amabilidad con él. Se le muestra una admiración sin límites y no hay palabra elogiosa que no se añada a su nombre.

— ¡El « genio » de Pablo Picasso! ¡Picasso el « genial » creador!

No se le reprocha el haber arreglado a su guisa a Lautrec, a Manet, a Degas, a Rafael y al arte africano. Todo se queda en denunciar todas estas palinodias : « Epoca Lautrec... Epoca Forain... Epoca Rosa... Epoca Greco... Epoca Negra... »

Sin embargo, llegó un día en que, habiendo usado y gastado todo, Picasso encontró en las chácharas artísticas de la taberna Azom un nuevo alimento para sus payasadas.

El público, entontecido, embrujado y desconcertado por tanto reclamo, está siempre bien dispuesto ; Picasso puede contar con su asentimiento para facilitarle una salida desesperada. El momento es favorable, el estado de espíritu es propicio para intentar cualquier aventura.

El caso de los Maestros como Cézanne, como Van Gogh, puestos en las nubes por el público tras haberlos infamado, venía pintiparado para que se acreditara la fábula de que toda pintura incomprensible para alguno y juzgada al principio por otros como « mal hecha », podía alcanzar un día la más alta cotización. Con tales triunfos en sus manos, todas las mixtificaciones eran posibles. Al abrigo de estos quid pro quo Picasso efectuó un nuevo cambio de chaqueta utilizando los subterfugios de creaciones lineales de significación incontrolable.

¿Qué pensar de un jugador de billar que, habiendo comprobado su escasa aptitud para la serie al cuadro, se pusiera a inventar, para poner remedio a su falta de capacidades, nuevas reglas del juego, tales como empujar la bola con los pies o hacer carambolas golpeando con el extremo más grueso del taco?

Con un propósito análogo ha utilizado Picasso las creaciones decorativas, de origen moro o árabe, que pueden verse en los museos españoles, y ha hecho desviarse a la pintura hacia especulaciones misteriosas y pueriles. Y, para inspirar confianza en ese otro juego que es el cubismo, para justificar esta escapatoria, para hacer plausible esa evasiva, Picasso recurre a las coartadas.

Picasso dibuja y pinta los « desnudos » a la manera de Ingres. Es escrupuloso, su trazo preciso es digno del Maestro en que se inspira y al que su dominio del dibujo y su saber le autorizan a tomar como fiador. Picasso juega así a dos puestas, cubriéndose de una con la otra, con un mismo sentido del equívoco.

Cuando Picasso monta dos cuadrados de pintura « ripolin » (2), combina grupos de líneas, de paralelepípedos y de círculos o enmarca trozos de periódico pegados y atravesados por un trazo al carboncillo, sabe que sus « Desnudos » —época Ingres— contribuirán a la confusión. Así, habrá creado la duda, recordando que « sabe dibujar », y su jeroglífico, alternando con la academia, será aceptado como una curiosidad e incluso aclamado como una genial audacia... El dibujo seco y despojado del Maestro de Montauban le sirve de cuenta bancaria, garantiza su crédito.

Cómplices de todas las categorías alentaron a Picasso. En esto la realidad ha superado sus mayores esperanzas. ¡Nunca habría podido desear tanto! Los más pobres, los incapaces, los fracasados desprovistos de toda sensibilidad y de todo talento se adherían a Pablo Picasso, poniéndose a la zaga de este arte híbrido y decorativo : « trabajos fáciles para hacer en casa ».

Y todos los días nuevos adeptos venían a engrosar las filas, formando una nueva escuela.

La única superioridad que ofrecía el « cubismo » sobre la pintura propiamente dicha era la de ser ¡in-dis-cu-ti-ble! Con el « cubismo », la pintura se ponía al alcance de todos...

Si es difícil destruir lo que no existe, es porque en realidad no hay cubismo : hay Picasso.

¡Qué engañifa, querer penetrar el sentido del mundo con ayuda del absurdo metafísico de una Cábala o de un Talmud! ¿Puede tomarse en serio un esoterismo tan fácil, tan pueril, poner en marcha el misterio, cubrirse con un gorro de mago para

(2) Marca francesa de pintura industrial (N. del T.).

una explotación sin escrúpulos? En realidad, todo el arte cubista se resumía en decoraciones inanimadas, más o menos acertadas, que no tenían con la pintura mayor relación que el embaldosado de una mezquita, los arabescos de un tapiz persa o los mosaicos de un templo griego.

Una aberración colectiva, que los críticos alentaban, había enajenado todo buen sentido, todo sentimiento auténtico. Se nadaba en el absurdo y este absurdo lo explotaban los gacetilleros, que no pierden nunca ocasión de explicar lo que no comprenden. De este modo excitaban a todo un público de crédulos, de snobs o de negociantes, de especuladores y de tunantes, con su jerga insensata, digna de un tabético o de un « científico » al que la teoría de los imaginarios hubiese confundido el entendimiento hasta el punto de incapacitarle para hacer una simple suma.

¡El cubismo! Perversidad del espíritu, insuficiencia, amoralismo tan alejado de la pintura como la pederastia del Amor, que no está seguro de que, dentro de diez o veinte años, cuando se contemple retrospectivamente la historia del arte contemporáneo, la epopeya de Pablo Picasso no parezca, en el plano de la creación artística, tan fantástica como, en la historia de nuestras costumbres, el equipo de Marthe Hanau o el de Yvar Kreuger.

En el número de *Beaux Arts* del 17 de junio de 1938, un crítico eminente hace el elogio de Picasso en estos términos :

« Pero es Picasso quien habrá sido el ingenioso explorador de todos los estilos, el inspirador ideal, el actor que sabe, sentimental como es y gracias a un simple cambio de guardarropas, jugar con el mismo embrujador virtuosismo a los cuerdos y a los locos... »

¿Qué condena puede igualar a este elogio?

Nadie podría decirlo mejor.

Picasso ha asfixiado, para varias generaciones de artistas, el « espíritu de creación », la fe, la sinceridad en el trabajo y en la vida. Porque, si es cierto que una obra de arte no tiene por qué probar nada « socialmente », no lo es menos que debe ser humana : una enseñanza.

En nuestro último encuentro, en una galería de pintura, nos estrechamos las manos.

— Envejecemos, Picasso —le dije.

— Yo —me respondió con una sonrisa amarga— no envejezco. Paso de moda.

MAURICE DE VLAMINCK

Afirmaciones anticientíficas contra la educación latinoamericana

LOS MEJOR ADVERTIDOS E INFORMADOS, y sobre todo los que han vivido intensa vida cívica junto a la escuela latinoamericana, más que para observarla y criticarla, para ofrecerle positivos auspicios desde la función gubernativa o desde los congresos nacionales y las posiciones de algún influjo cultural, saben que la escuela latinoamericana representa en cada país la afirmación de nuestras patrias, la de creación sistemática de la pedagogía nuestra sobre la base de la investigación científica y la asunción de una conciencia clara sobre sí misma en relación con los problemas de la educación de los llamados países más avanzados. Saben también ellos que la escuela, la escuela primaria, da mucho en relación con lo poco que recibe del Estado, por la adhesión apostólica de los maestros, por devoción encendida de su fe laboriosa y por la profunda profesionalización de su servicio. Los políticos que se improvisan en la enseñanza aparecen en la escuela secundaria y sobre todo

en la universidad. Nadie ignora que en los países muy industrializados faltan buenos maestros y que hay deserciones grandes del magisterio todos los días porque los sueldos son insatisfactorios.

¿En qué ocasiones y cómo escriben sobre la escuela latinoamericana los políticos que se asoman en alguna forma esporádica y superficial ante ella? ¿Conocen la obra, la vida y los problemas de las escuelas de todos los países latinoamericanos? ¿Qué cuadros comparativos objetivos, hechos sobre el terreno, poseen ellos para derivar conclusiones serias, de rigor científico, de la eficiencia de la escuela latinoamericana en relación con la de Europa y los Estados Unidos?

Ha sido convertida la escuela latinoamericana en una especie de cabeza de turco, por algunos políticos, en estos últimos meses, como lo demostraremos en puntuales y precisos análisis. Así, Arturo Uslar Pietri, considerando a toda la América Latina como un simple campo raso, en su artículo titulado « La escuela y el destino de Latinoamérica » (1), expresa : « Mientras en Europa y luego en los Estados Unidos se desarrolla con toda su fuerza transformadora la revolución industrial y cada día aportaba nuevas aplicaciones prácticas de la ciencia a las industrias y se exigía del trabajador mayor calificación para las nuevas tareas, y surgían la máquina de vapor, la locomotora, el telégrafo y la electricidad, la escuela latinoamericana seguía enseñando gramática, aritmética, historia patria y cartillas cívicas. » ¿Para qué compara Uslar Pietri dos objetos, dos entidades lógicas de diferente género y naturaleza, « la revolución industrial », « en los Estados Unidos y Europa », por una parte, y « la educación latinoamericana », por otra? En primer lugar, ni durante ni después de la « revolución industrial » dejó de enseñarse en Europa y los Estados Unidos las materias de gramática, aritmética e historia patria. En segundo lugar, la « revolución industrial » no es una finalidad de la escuela primaria ni en Europa ni en los Estados Unidos. Además, la revolución industrial está dirigida a veces contra la vida humana. Se encuentra a menudo vida humana vacía de valores en los grandes centros industriales. Por otra parte, una educación auténtica tiene por base centrales conceptos sobre el hombre, la vida, el mundo, la sociedad, el Estado. Ninguna educación « práctica » puede asentarse sobre la ignorancia de conceptos orgánicos y organizadores desde la escuela hasta la universidad. Cuando la « práctica » falla gravemente y avasalla la vida humana es por la ausencia de principios. En los Estados Unidos se reconoce la desgracia cultural que representa la falta de dominio del idioma inglés, se critica por todas partes la inconsistencia de la obra escolar en este campo y se buscan soluciones a esta calamidad educativa en las universidades con los cursos y programas llamados *remedial English*. Libros y revistas pedagógicos de los Estados Unidos demuestran que la enseñanza de las matemáticas es deficiente. Reconocen que el progreso técnico de Rusia es debido a la importancia que concede este país a tal disciplina y tratan de mejorar principalmente la enseñanza de la aritmética. El niño latinoamericano está mejor preparado que el norteamericano en esta y otras áreas básicas del pensamiento abstracto, sin mirar a una « inmediatez » aplicativa restrictiva. La « high school » norteamericana descuida la formación cultural y se empeña por ser más bien una escuela vocacional. Los « ramos optativos » son más numerosos que los comunes. Para la escuela primaria y la segunda enseñanza latinoamericanas ocupan un lugar de primera importancia, en la cultura general, en la formación integral, en la orientación frente a los problemas nacionales y mundiales, la historia, la geografía y la educación cívica. La ignorancia que hay en los Estados Unidos sobre sí mismos y sobre la América Latina y el mundo, revela su muy débil formación cultural. Esta deficiencia grave la reconoce el pueblo norteamericano.

También afirma Uslar Pietri : « La educación que la América Latina hereda del siglo XIX sigue estando dominada por el mito del Doctor. Toda la educación, desde la primaria y secundaria, parece encami-

(1) A. Uslar Pietri : « Escuela y destino de Latinoamérica ». *Cuadernos*, nº 76 (París, setiembre de 1963).

nada hacia un solo fin : la Universidad. El que se queda por el camino no tiene colocación útil y parece un fracasado. » Nadie ignora que los Estados Unidos expresan que están orgullosos por tener el más alto porcentaje de estudiantes universitarios del mundo. Pero los que investigan científicamente la validez de este dato de la realidad conocen que el porcentaje alto es obtenido a través de una « masificación » de requisitos y accesos psicológicos y promociones didácticas que hacen bajar tremendamente el nivel universitario al ponerlo a la altura de mayorías de inteligencias que no son superiores. El grado de doctor, en los Estados Unidos —el diploma llamado « Ph. D. »— se obtiene en las más extrañas cosas, como economía doméstica e idiomas extranjeros y en profesiones y oficios en los que en la América Latina se alcanza capacitación sobresaliente con sólo el egreso de los Colegios, Liceos y escuelas profesionales menores. Las universidades son fábricas de doctores mucho más que en la América Latina. Un « doctor en español », protegido por las iniciales « Ph. D. » que podrían hacer suponer que es doctor en filosofía, es en el noventa y nueve por ciento de los casos un doctor-indocto en español.

Al referirse a la escuela rural dice el autor del artículo : « Habría necesidad de crear una escuela primaria rural que enseñara al hijo del campesino a ser un mejor campesino, porque de otro modo, aparte leer y escribir, seguirá siendo un hombre tan miserable como su progenitor, o abandonará el campo para irse a las ciudades en busca de mágicas e irrealizables posibilidades de mejoramiento ». Ante todo, el éxodo del campo hacia las ciudades es un hecho económico, social y biológico mucho más que cultural. Además, es un hecho mundial. En Europa y en los Estados Unidos el campo es cada vez más abandonado porque los salarios en las ciudades son superiores y las promociones tienen escalas mucho más extensas. ¿Es la escuela rural la responsable de tal hecho? La escuela es, en los mejores casos, una agencia de progreso, pero no una panacea. Escuela rural fundamental es la que prepara para la vida nacional, con metas más allá del campo. Es la que no contribuye a hacer de éste un lugar de « reservación » o un campo de concentración e inmovilización inhumanas. La escuela rural es una agencia de integración nacional. La ciudad y el campo no tienen por qué representar ámbitos separados y antagónicos. La escuela rural ayudó a descubrir en el campo grandes conductores de pueblos.

Subestimando el aspecto teórico de la educación, dice Uslar Pietri en otro sector de su artículo : « El concepto de la escuela del siglo XIX distribuidora de nociones librescas sin aplicación práctica, está todavía en vigencia. » No hay que pasar por alto que Uslar Pietri cree que en el siglo XIX hay que encontrar el origen de nuestros males mayores. Lo dice insistentemente. No obstante, la historia nuestra, ligada a grandes hombres como Andrés Bello, a los creadores de nuestra cultura, prueba lo contrario. Además, ese concepto orgánico y estructural de nuestra educación y de la instrucción es muy anterior al siglo XIX. Surgió con la educación intencional y comenzó con la historia universal de ella. Las « nociones librescas » han sido organizadas sistemáticamente por las disciplinas culturales, científicas y técnicas, y colocadas luego al alcance de la comprensión de los niños y adolescentes, de conformidad con la psicología de las edades y los fines nacionales y universales de la educación. Se educa al niño en su condición de niño, pero sin perder de vista que salga de ella y pase a la de hombre. Si la cultura y la ciencia fueran enseñadas sólo en términos de « aplicación práctica » inmediata, habría que obtener que los niños derroquen a los dictadores de cada país a fin de que apliquen los conceptos políticos constitucionales aprendidos « librescamente ». La mayor parte de los conceptos, normas, principios, preceptos, teorías, doctrinas —científicos y culturales—, no son susceptibles de aplicación inmediata en la escuela, al salir de cada clase. Pero son indispensables para crear criterios de valor, actitudes ideales, orientaciones de conciencia para la elección de caminos, sin las cuales los hombres serían conducidos como simples rebaños por los déspotas.

JULIO LARREA

Recuerdos del Ecuador

POR BENNO WEISER

Cuando Hitler invadió Austria en 1938 se contaba en Viena que al encontrarse por primera vez dos vieneses se preguntaban : « ¿Es usted ario o estudia inglés? » Y es que, después del Anschluss, todos los judíos trataban frenéticamente de emigrar, a los Estados Unidos en su mayoría. Yo no tuve que aprender el inglés, ni buscar un « affidavit » en Norteamérica. Sabía el español y cifraba mis esperanzas en un país sudamericano. Ese país era el Ecuador.

¿Por qué precisamente el Ecuador y cómo había yo llegado a hablar el español? Mi padre tenía un pariente —ingeniero de un compañía alemana— que en 1913 se había dirigido al Ecuador para trabajar en la construcción del ferrocarril de Guayaquil a Quito. Estalló la primera guerra mundial y mi pariente no pudo volver. Estableció, pues, su hogar en Quito y llegó en 1929 a Viena, como cónsul general honorario del Ecuador. Un día me llamó y me preguntó si me interesaba ganar dinero de bolsillo enseñando alemán a un joven ecuatoriano y preparándolo para el examen de admisión en el elegante colegio « Theresianum ». El muchacho tenía la misma edad que yo —dieciséis años—, y era hijo de un alto dignatario de su país. Iba a llegar dentro de un mes. Compré un libro de estudio de español sin maestro. Por aquel entonces había estudiado latín seis años y francés cuatro, hablaba un poco el italiano y mi cerebro todavía asimilaba con facilidad. Así es que cuando Jaime —así se llamaba mi discípulo— arribó un mes más tarde le saludé en español flúido. Pero no lo conquisté con esa hazaña, sino con otra. En nuestra primera clase Jaime sugirió que lucháramos a brazo partido. La idea no me entusiasmó, pues mi autoridad se resentiría ciertamente si él ganaba. Por otra parte, tampoco podía exponerme al peligro de parecer cobarde. Después de la lucha lo consolé, refiriéndole que el pueblo judío deriva su nombre Israel de la lucha a brazo partido entre uno de sus patriarcas, Jacob, y un Angel de Dios, y que la lucha libre era, pues, una de las más antiguas tradiciones de nuestro pueblo. Jaime se dio por satisfecho con esta explicación. La noticia, aparentemente, no había llegado a Quito. Llegó a ser un devoto alumno, un amigo fiel y un contribuyente asiduo al Fondo Nacional Judío que compraba tierras en Palestina. Le traje una de las alcancías azul y blanca con la estrella de David y depositaba religiosamente, día tras día, un schelling en ella. Le parecía injusto que un pueblo campeón careciese de un país propio. Lo único que le contrariaba era el tamaño de Palestina. ¡28.000 kilómetros cuadrados! Su padre tenía una concesión en la selva oriental que era más grande que toda Palestina. (El Estado de Israel, que surgió 19 años después en parte de Palestina, cuenta tan sólo con 20.800 kilómetros cuadrados.)

Seis meses más tarde Jaime sufrió sus exámenes y lo perdí de vista. Sabía que del Theresianum había pasado a otro colegio en Waidhofen an der Ybbs, en el interior

de Austria, y que de allí había ido a estudiar a Alemania. Volví a verlo por el año 1933, cuando estuvo de visita en Viena. Me mostró orgulloso una colección de bolsitas de celofán que contenían cada una un rulo de muchacha, trofeos de sus conquistas amorosas. Si mal no recuerdo, eran veintitrés. No era raro que estuviese encantado de Alemania ; no era culpa suya que precisamente en aquel entonces Alemania se volviese nazi.

Sin embargo, nuestra amistad sobrevivió a aquella prueba. Cuando después del Anschluss nuestro consejo de familia escudriñó los horizontes en busca de una vía de escape, resultó que en todo el hemisferio occidental conocíamos sólo a aquel pariente de mi padre y a Jaime ; ambos habían regresado mientras tanto al Ecuador. Mandé un cable de S.O.S. a los dos y recibí al cabo de unos días la contestación de que, puesto que ya no había un consulado del Ecuador en Viena, mi visado fue enviado al consulado en Amsterdam. Nunca llegué a saber hasta qué punto intervino mi pariente y en qué medida participó Jaime en la consecución del visado ; pero tengo razones para creer que la influencia de Jaime tenía su importancia. El pariente de mi padre, si bien buena persona, era también un hombre cauteloso. Cuando, después de mi llegada al Ecuador, le visité y le dije que había que procurar visados para mis familiares que habían permanecido en Viena, él frunció el ceño y preguntó : « ¿Y de qué van a vivir? » « Eso me tiene sin cuidado —contesté yo—, lo importante es que vivan. » Y en vez de insistir fui a ver al padre de Jaime, que no hizo preguntas y me acompañó al ministerio de Relaciones Exteriores, desde el cual se despacharon las autorizaciones para diez visados al consulado de Amsterdam.

Pero volvamos a Viena, que abandonamos en el momento de recibir yo el cable desde Quito. ¡Qué extraño tiempo aquel, en que países que uno sólo conocía a través de estampillas de correos se convertían súbitamente en nuestra única esperanza de sobrevivir! ¿Qué sabía yo del Ecuador? En mis clases de geografía aprendí que en la línea equinoccial el sol se levanta todos los días a las seis de la mañana y se pone a las seis de la tarde. Ni siquiera ello resultó exacto, pues los geógrafos eran alemanes y no conocían las idiosincrasias de los pueblos indoamericanos, que no abrigan pasión especial por la puntualidad. Recuerdo que varios días después de aquel cable canturreaba continuamente una canción que había compuesto « ad hoc », utilizando una vieja melodía :

Habe Dank, Don Cristobal Columbus,
Du hast auch für uns es entdeckt !

(Muchas gracias, Don Cristóbal Colón,
la descubriste también para nosotros.)

El segundo ecuatoriano que conocía era el cónsul en Amsterdam. Era bajo, flaco, con rostro de indio puro. Me hizo una pregunta en alemán y yo contesté en español. Quizá lo asusté con tanto saber. Me hizo volver el día siguiente. Tengo la impresión de que sus vacilaciones no se debían a mi condición de judío sino más bien a mi colorido « nórdico ». Un día más tarde estampó el visado en mi pasaporte. Así no más, como si un visado no fuera sino un permiso para entrar en un país. Un visado para un judío era en aquellos días un permiso de residencia en este mundo, un salvoconducto para la supervivencia. Un cónsul era en aquel período la persona que más se acercaba al Dios judío, que en la más solemne fecha religiosa, el Yom Hakipurim, decide quién vivirá y quién morirá. Había cónsules que explotaban esta situación y se llenaban los bolsillos. Este frágil indio ecuatoriano me otorgó el visado sin pedirme nada. Sentí emoción al estrecharle la mano y salí de la oficina con fe renovada en la bondad del género humano. Años más tarde, cuando el cónsul volvió a su tierra, se hicieron ciertas acusaciones contra él. Coincidió con ello la publicación de una novela autobiográfica mía en que expresaba mi aprecio por aquel funcionario ejemplar. Fue para mí una gran satisfacción que él apelase a mi libro en su campaña para rehabilitar su buen nombre.

En Curaçao subió a bordo del cargo —con acomodación para unos cuantos pasajeros— un actor ecuatoriano acompañado de una mujer rubia, que era hija del presidente venezolano. Puesto que teníamos el mismo destino llegamos a compartir una mesa. Recuerdo cuánto me impresionó pa-

sar mi primer día en el hemisferio occidental en compañía de la hija de un presidente. En Europa, lo más a que podíamos aspirar era a ver la familia presidencial en el noticiario cinematográfico. ¡Democrática América! Sólo mucho después llegué a saber que el padre de aquella señorita tan democrática no era otro que el dictador Gómez, que con 80 vástagos a su crédito bien merecía el apodo de « pater patriae ». Pero nada de eso estorbaba mis primeros meses en Quito, durante los cuales compartí un apartamiento con mis nuevos amigos.

El barco que debía anclar en Guayaquil cambió de ruta y en el último momento desembarcamos en un pequeño puerto que se llama La Libertad. Asociación trivial quizás, ¿pero quién, viniendo de una Europa agobiada por la sombra de Hitler, podía no ver en ello un símbolo? El funcionario de la inmigración, buen mozo de impecable traje blanco, me dio la bienvenida. Como muchos de sus compatriotas, no entendía que la llegada de uno a las playas ecuatorianas no era enteramente voluntaria. Consideraban aquellas gentes más bien como un cumplido que se hubiese escogido su país para establecerse en él. No eran capaces de comprender la sevicia de nuestros perseguidores. Se mostraban amistosos, hospitalarios y ansiosos de ayudar.

Luego las impresiones comenzaron a sucederse rápidamente. Una playa amplia y lavada. Arena blanca y el combado azul del cielo. Sol fuerte, atenuado por una ligera brisa. Casitas de madera. Un restaurante modesto con agradable olor a pescado. Viaje a través de la selva en tiempos de sequía. Desierto arenoso interrumpido por arbustos cubiertos de polvo, sin verde, ni color. El camino trazado en la arena por las huellas de otro automóvil. Grupos de loros volando en lo alto. Aldeas primitivas, casas sobre pilones. Mujeres encinta, apoyadas contra el marco de las puertas. Niños semidesnudos jugando con la arena. Ojos negros y grandes. Entrada nocturna en una ciudad blanca a través de sus barrios pobres : Guayaquil.

El viaje en tren —de aquel tren que el pariente de mi padre había ayudado a construir— duraba entonces todavía dos días. Inolvidable impresión aquel primer recorrido que comenzaba en la selva tropical con sus plátanos, orquídeas y aves palustres, seguido por un lento cambio de paisaje y por la transición de la vegetación tropical a la subtropical y de ésta a la templada. Cerros, picos cubiertos de nieve, llamas, indios con ponchos multicolores. Chozas cónicas de paja y barro. Frío. Sierra seca y áspera y después un paisaje que me recordaba los Alpes que había dejado atrás ; árboles frutales, campos de trigo, ganado pastando en abundancia de verde. Con mi ropa ridículamente blanca, sucia de polvo, estaba sentado en la plataforma trasera del último vagón, mirando hacia atrás y absorbiendo la hermosura del paisaje. Ya sabía : por lo menos no sentiría nostalgia de belleza.

Venía con cierto recelo. Una cosa es soñar con la libertad en la Europa que estaba en riesgo de sucumbir ante Hitler, y otra muy distinta planear el porvenir de uno mismo y de su familia en una ciudad desconocida. Pero Quito fue para mí un amor a primera vista. Me enamoré de sus casas envejecidas, de sus calles empinadas, de sus calles empedradas (hoy día asfaltadas ; ¡ay, el precio que paga la estética en aras del progreso!), de sus iglesias barrocas, de sus patios coloniales, de las montañas que la rodean, del Pichincha que la domina, de la vista del Panecillo recostado contra el cielo al anochecer. Pasé los primeros días en la hacienda de los padres de Jaime, el cual era novio de la hija legítima del legítimo presidente. Jaime era también en aquel entonces funcionario de una compañía de aviación de propiedad alemana. Nuestra relación, dadas las circunstancias, resultaba incongruente, paradójica, insostenible ; pero cerramos los ojos a lo que nos separaba, haciendo como que manteníamos una amistad que pertenecía al pasado.

Los padres del actor que había sido mi compañero de viaje me invitaron a la cena de Nochebuena. Cuando me levanté para despedirme, el padre me preguntó : « ¿No quiere usted acompañarnos a la misa del gallo, » « Se lo he dicho ya —contesté yo— soy judío. » « Judíos, cristianos —dijo el padre con un ademán omniabarcante— ¡qué importa! ¿No somos acaso todos católicos? »

En 1938 los ecuatorianos sabían muy poco de los judíos. « Judío » no significaba

israelita, sino que el vocablo se empleaba solamente en el sentido peyorativo del diccionario. El término no se refería a una nación, ni a una raza, ni siquiera a una religión.

Después vino el Anschluss, Munich, la ocupación de Checoeslovaquia, el diluvio. Al subir las aguas, miles de personas trataron de escapar. Unas tres mil consiguieron refugiarse en el Monte Ararat. Ese Ararat estaba situado entre dos cadenas de los Andes y se llamaba Pichincha. A sus pies se extendía una idílica ciudad con callejuelas coloniales, indios pintorescos, sol abrasador a mediodía y noches frescas : San Francisco de Quito.

Llegaron en oleadas. Cada nueva conquista nazi arrojaba unos cuantos más a las playas. Muchos eran comerciantes. Pero también había médicos e ingenieros, pintores y músicos, periodistas y técnicos, industriales y químicos, profesores universitarios, actores, artesanos, cocineros. La mayoría hablaba alemán. Pero algunos hablaban el checo, otros húngaro, polaco, rumano, italiano e idish.

Nunca hubo muchos « gringos » en el Ecuador. Siempre se les trataba con respeto, sin que importase su nacionalidad, y a todos el pueblo los llamaba « Míster ». La xenofobia era desconocida. Un ecuatoriano prefería arrendar su casa por 300 sucres a un extranjero, que por 400 a un compatriota. Ser extranjero era una garantía de puntualidad, pulcritud y responsabilidad. Los judíos que llegaron, encontraron el camino allanado por los otros extranjeros que les habían precedido en circunstancias distintas.

« Usted seguramente es amigo del señor Giese », dirían los quiteños ingenuamente a un refugiado judío de origen alemán. Pues el señor Giese también era alemán. No sólo esto : era el jefe de la Gestapo en Quito. Pero esta era una distinción que el Sr. Sánchez o el Sr. González no podían concebir. Después de todo, el Ecuador también tenía sus liberales y conservadores. Ello no significaba que unos no pudiesen ser amigos de los otros. Y si un ecuatoriano saludaba a un refugiado alemán diciendo : « ¡Heil Hitler! », no lo hacía por malicia. Sólo quería demostrar que sabía unas palabras de alemán.

Pero indudablemente estos nuevos « alemanes », « austríacos » y « checoeslovacos » eran un elemento dinámico. Su necesidad de ganarse el sustento tuvo un efecto revolucionario sobre la idílica capital. De la noche a la mañana surgieron innumerables tiendas y « fábricas » nuevas, situadas en garajes, que contaban a más del dueño, con uno y hasta cinco operarios. Algunos fracasaron, porque desconocían las condiciones locales o porque su mercado resultó harto limitado. La mayoría prosperó, y los talleres, con el andar del tiempo, se convirtieron en verdaderas empresas industriales. Paralelamente los inmigrantes crearon su vida comunitaria : su « Asociación de Beneficencia Israelita », su sinagoga, su club deportivo, su círculo teatral, sus grupos de música de cámara, su biblioteca, su cementerio, su funeraria, su Federación Sionista, su agrupación de mujeres, su caja de préstamos, sus semanarios, uno en alemán y otro en español. Esos escasos tres mil judíos crearon todo un microcosmos de organizaciones. Hasta los comienzos de 1942, la vida comunitaria judía era armoniosa y casi ejemplar.

Pero entonces la guerra llegó también al Ecuador. Con la entrada de los Estados Unidos en el conflicto, los países latinoamericanos comenzaron asimismo a distinguir entre extranjeros « amigos » y hostiles ». De la noche a la mañana se establecieron distinciones : un judío checoeslovaco pertenecía a los aliados y un judío alemán —paradójicamente— a las potencias del Eje. Un judío polaco era un aliado, un judío austríaco ocupaba una posición intermedia y trataba de deshacerse de su nacionalidad alemana, que le había sido impuesta después del Anschluss. Como hongos proliferaron nuevas organizaciones : los « Alemanes Libres », los « Austríacos Libres », los « Checoeslovacos Libres », etc., etc. Estos grupos se vieron divididos, además, por disensiones políticas e ideológicas con el resultado de que pronto surgieron dos organizaciones alemanas y dos organizaciones austríacas. Los checos abrieron su propio restaurante, los polacos su club, los alemanes su hogar, los austríacos —como era de esperar— su café. Se celebraban bailes con trajes nacionales, veladas de música checoeslovaca o de canciones vienesas. Los che-

coeslovacos y los polacos dejaron de acudir a los actos en lengua alemana, aunque más de uno de ellos no hablaba ni checo, ni polaco, sino sólo el alemán. Todo el mundo hablaba de política. Judíos checos argumentaban con austríacos monárquicos. Judíos alemanes de izquierda tildaban de « fascistas » a sus opositores, judíos alemanes del centro. En un arranque de patriotismo, un judío polaco desprendió el retrato de Stalin de la pared del Club Polaco, lo que indujo a otros judíos polacos, de simpatías prosoviéticas, a boicotear el club. Comenzaron a circular revistas alemanas, austríacas y checas. El Monte Ararat se convirtió en la torre de Babel.

Con el andar del tiempo también surgió una especie de antisemitismo. El país comenzó a sufrir las consecuencias de la guerra. Cesaron las importaciones, algunos precios subieron el 500 por ciento. Si bien el fenómeno era universal, para algunos habitantes del valle andino la explicación era fácil : los judíos pagaban cualquier suma que se les pidiese en concepto de alquiler, sus mujeres no sabían regatear en los mercados (un viejo argumento antisemita al revés) y, además, ¡eran tan numerosos! Algunos quiteños, que los veían por doquier porque eran fácilmente reconocibles por sus impermeables y sus carteras de mano, creían que los judíos sumaban decenas de miles. Los autobuses, que no podían ser renovados por la guerra, resultaron más y más angostos. Muchos ecuatorianos que se habían acostumbrado a comer en los elegantes restaurantes abiertos por los judíos, de repente descubrieron que no les alcanzaba el salario. Los llamativos escaparates de las tiendas « gringas » tentaban a las mujeres a comprar artículos cuya ausencia no habían advertido antes. El empuje y la competencia de los inmigrantes forzaron al ecuatoriano a acelerar el paso. Con el correr del tiempo el término « judío » llegó a desplazar el término « extranjero ». Contrariamente a las teorías raciales del señor Goebbels, todo el que tuviera cabello rubio y ojos azules era judío. Incluso la palabra tradicional « gringo » pasó de moda. Todo el mundo era judío : americanos, alemanes nazis, holandeses, y... hasta los mismos judíos.

Sólo los limpiabotas seguían gritando « Míster ». Y aunque el término « judío » no era despectivo, el de « Míster » tenía un sonido más agradable.

Pero las simpatías de la gran mayoría de la intelectualidad estaban del lado de los judíos. Cuando la Agencia Judía para Palestina comenzó a promover la creación de Comités Latinoamericanos pro Palestina Judía, como anticipación de la batalla diplomática que un día iba a decidir en el foro (todavía inexistente entonces) de las Naciones Unidas la cuestión de Palestina, ningún ecuatoriano de posición y prestigio invitado a adherirse rehusó su participación. Un padre jesuíta escribió espontáneamente un folleto refutando los apócrifos « Protocolos de los Sabios de Sión » distribuídos por la propaganda nazi y vino, acompañado por una veintena de seminaristas, a dar una charla en la Asociación Israelita. (El dignatario que lo presentó dijo : « Al estudiar español, aprendí que en este idioma hay una sola palabra que tiene tres géneros, y es la palabra 'cura'. Hay el cura, la cura y locura. Al ver entre nosotros al Padre Ponce Rivadeneira, expreso un deseo : que sea EL cura LA cura de la LOcura. ») Cuando un jefe de inmigración quiso oponer dificultades a los inmigrantes que con tal de huir de Europa se habían comprometido a trabajar, según las leyes de inmigración ecuatorianas, en la industria y la agricultura, y que, puesto que no tenían la más leve noción ni de lo uno ni de lo otro, se dedicaron al comercio, fue llamado por el Presidente Velasco Ibarra quien le dijo : « Yo he sido refugiado más de una vez en mi vida. Si hubiera tenido que ganarme la vida como agricultor o industrial, ya me habría muerto varias veces de hambre. Las leyes que usted trata de aplicar están hechas para inmigrantes. Los judíos que han venido al Ecuador son refugiados. Mientras yo sea Presidente regirá con respecto a ellos una sola ley : la de la Humanidad. »

Cabe añadir que la ley de la Humanidad siguió rigiendo también bajo los otros presidentes del Ecuador.

Al finalizar la guerra se apoderó de buena parte de la comunidad una especie de fiebre. Se habían ido de Alemania, Austria y otros países sabiendo que era para siempre. Habían salido llenos de odio y amar-

gura. Pero el romanticismo artificial de las organizaciones « libres » les infundió una cierta nostalgia. La paz —y la primera fase de la Europa de postguerra— disolvió ese neopatriotismo sentimental, pero la impaciencia persistía. Aun los que nunca habían asistido a una representación de ópera sentían que no podían seguir viviendo ni un día más sin ver ópera. La nostalgia de la metrópoli vino a reemplazar su nostalgia de la patria. Sabían que Europa había muerto para ellos. Todo lo que asociaban con Europa había emigrado, concentrándose principalmente en Nueva York. Leían en el *Aufbau* sobre sus cantantes, poetas, actores y músicos favoritos. Las maletas estaban hechas ; sólo hubo que cambiar de rumbo. El compás señaló hacia los Estados Unidos.

Pero los que salieron descubrieron que no les era tan fácil. En el momento de despedirse, el paisaje verde y la ciudad pintoresca encuadrada en montañas adquirieron un nuevo encanto. Ocho años en los Andes habían dejado su huella. Habían aminorado las marchas, habían sucumbido a la tentación del « mañana ». Los ex europeos se percataron de súbito de que les había sido más fácil despedirse de Berlín, Viena o Praga. Experimentaron un sentimiento tardío de gratitud para con el país que les había tratado bien y decorosamente. Y cuando el avión despegó, se dieron cuenta de que ya no decían « Leb wohl », sino « Adiós ».

Partió una golondrina, después varias, después bandadas enteras. El diluvio había llegado a su fin. La comunidad judía de Quito cuenta hoy con un poco más de mil almas. Para ellos, el Ecuador es más que un refugio. Es su patria.

*

Yo también me fui. No pude evitarlo. Mi pueblo, el pueblo judío, me llamó a sus filas. Sin embargo, me tocó presenciar desde Quito la histórica votación del 29 de noviembre de 1947, en que las Naciones Unidas aprobaron el plan de partición de Palestina que fue la base legal para el establecimiento del Estado de Israel.

Lo presencié desde el último piso del edificio de *El Comercio,* diario del que era redactor. En aquel entonces todavía no se usaban los teletipos. Sentados ante aparatos de radio, dos empleados de la empresa solían captar con sus auriculares las señales en Morse con que las agencias de información transmitían desde Nueva York sus mensajes. Todavía veo ante mis ojos al viejo indio que tecleaba con sus manos cobrizas la siguiente noticia sobre una larga hoja de papel :

« Lake Success. Naciones Unidas votaron plan partición de Palestina. More. »

Después vinieron unas cuantas noticias de deportes y nuevamente :

« Lake Success. 33 países votaron a favor y 13 en contra. More. »

La noticia siguiente enumeraba los países y cómo votaron. El Ecuador había votado en favor de la partición de Palestina.

Con lágrimas en los ojos abracé al viejo indio que no comprendía mi emoción. Hubiera querido abrazar a toda la nación ecuatoriana. Cuando bajé a la calle y volví a respirar el aire cristalino de los Andes y ver el impecable cobalto del cielo quiteño, mi corazón desbordaba gratitud por un pueblo pequeño que, en la hora más negra de nuestra historia, nos había dado albergue a mí y a los míos y que ahora contribuía a que un pueblo apátrida volviera a tener un hogar propio.

Estoy seguro de que conservaré esta gratitud. He vivido en muchos países y he tenido muchos hogares, pero ninguno puede competir con la sensación que me sobrecoge cuando baja el avión y veo surgir de entre las nubes los picos que rodean a Quito. « En Quito —suelo decir— he pasado los ocho mejores años de mi vida. » Mi señora, que entonces todavía no era mi señora, se sonroja al oírmelo decir. La acaricio y le digo : « ¿Y qué? Esos fueron los mejores años. Después vinieron los buenos. »

B.D.I.C

Ha muerto un santo

POR ELVIRA ORPHEE

La dueña de casa pidió a los invitados que mirasen por la ventana. Ellos se acercaron, yo los seguí. Miraban intensamente los ademanes de un grupo de camareros, allá abajo, en la azotea del hotel vecino.

De pronto, desde uno de los cuartos del hotel subió un gemido largo y luego el llanto de un niño. Entonces los camareros parecieron enloquecerse. Uno se tiró a una azotea más pequeña, a unos seis metros más abajo, sin salida por ningún lado. Los demás empezaron a dar vueltas como animales acorralados: unos pocos lograron salir.

Se oían gritos por todas partes, ya no sólo en el hotel, y eran tan ininterrumpidos que parecíamos circundados por un grito. Un grito sin agudeza. Entre el alarido y la queja se acercaba más a la queja, pero a una queja de espanto.

Empezamos a contaminarnos del temor. Desconocíamos el motivo, nos sumía el desconcierto, pero no las ansias de enterarnos. De un momento a otro íbamos a dejar de ser un islote en la queja, y no es frecuente la curiosidad por el dolor que se avecina.

El desconcierto, en suave transición, se convirtió en el hormigueo del descubrimiento inminente. De allí a la angustia no hubo tardanza.

Se repitieron entre nosotros las escenas de la azotea, aunque más moderadamente, con más lentitud. Unos dieron vueltas alrededor del cuarto con las manos en la espalda, otros se acercaron a la puerta conversando muy animadamente, en voz cada vez más alta, como si nada pasara. Nadie se tiró por la ventana. Nadie pensó tampoco en adularme. En esas circunstancias la costumbre estaba rota.

Me encontré en la calle y vi muchedumbres que salían de la ciudad llevándose sus cosas.

La multitud no era idéntica a la que halaga y castiga el Dios del Antiguo Testamento. Pero por la apariencia de catástrofe, a ésta el mismo Dios la amenazaba. Los hombres, largas las camisas sueltas, arrastraban los objetos más pesados. Los vehículos no podían avanzar. Una mujer quizá muy bella en calma, con los ojos como cráteres, el pelo espantado y un vestido amarillo, iba diciendo « ha muerto un santo », y en su voz las palabras parecían querer desembocar en caminos donde todas se encontraban.

Que hubiera muerto un santo no era finalmente motivo tan poderoso como para provocar esa huída general. Pero había que ser cortés con la multitud que arrasaba.

Las formas de la huída no se parecían: algunos, como la mujer de amarillo, huían desprevenidamente espantados, otros a regañadientes, y unos terceros en franca rebelión contra su miedo.

Lo pensé de repente : los soldados saquearían mi casa. El tirano santo había sido asesinado.

De todas partes me empujaban y tiro-

neaban. Yo no tenía miedo. Me irritaba hasta la demencia ese barullo.

« Ha muerto un santo » era ya estribillo en bocas cada vez más espantadas.

Seguía siéndome incomprensible esa exageración. Por poco frecuente que sea un tirano muerto, estos exageraban. Y mi irritación subía de temperatura. Me escurrí hasta el umbral de una puerta. Allí los vi pasar, como ellos son, sin razones, con frenesí, brutos, absurdos, desconfiados y hasta buenos. Nadie me miró. Pasaron todos. Entonces volví atrás por la ciudad desierta.

Había negocios con los vidrios rotos y gente adentro que se entregaba a silenciosas borracheras en la penumbra. Anduve mucho. La ciudad era maravillosa. Por primera vez.

Pasé frente a una casa con las puertas abiertas de par en par, pero lo único que se veía eran unos escalones de baldosas rojas en un patio, y al fondo árboles gruesos y retorcidos que no necesitaban de hojas para ocultar. De repente, salidas de atrás de los árboles, empezaron a bajar por los escalones unas víboras tan gruesas y tan retorcidas como los árboles. ¡Quién habrá tenido la idea de romper sus jaulas de vidrio en el Zoológico y dejarlas escapar! Era insoportable. Me alejé casi corriendo, con cólera, con aflicción, con náusea.

Atravesé una plaza sin una sola planta, con vereditas simétricas y un monumento blanco en el centro, y encontré mi casa. No la encontré porque no la buscaba, me encontró ella a mí, y fue como si me sorbiera.

No tuve tiempo de admirarla, tan clara y tan de acuerdo con una plaza de barrio de suboficiales, porque desde hacía rato que venía sintiendo una pesadez caliente y suave. Sólo tuve tiempo para mirar desde el balcón unas figuras lejanas en la esquina de la plaza, para echarme en la cama y para recibir en mis manos, minutos después, a mi hijo recién nacido. Sin ninguna ayuda.

¡Qué felicidad! Cortinas tan claras, un hijo tan rubio y ese sol que entra retumbante por la ventana.

¡Qué felicidad que se haya muerto el santo!

Si hubiera estado aquí, se habría acercado a mí, apenas más viejo que yo, sin parecer mi padre; habría tomado en brazos al niño, rubio como él, con doble semejanza, y lo habría acariciado. Lo acariciaría como al hijo que los hombres tienen de la mujer que aman.

¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho yo, oh Dios, por muy santo o muy tirano que él haya sido?

La desocupación, un problema de Latinoamérica

POR N. VIERA ALTAMIRANO

La FAO reunió en Washington, hace algunos meses, a hombres notables de todo el mundo, no solamente expertos en la producción agrícola y pecuaria, sino también a hombres de Estado, periodistas, investigadores científicos e historiadores, para actualizar, juntamente con el apresurado incremento demográfico en todo el mundo y especialmente en los países nuevos, atrasados o en desarrollo, o sin desarrollo, el consiguiente problema que habría de plantearse para garantizar el sustento de los miles de millones de seres humanos que van a poblar esta tierra nuestra. Estuvieron presentes allí —a nuestro juicio una presencia sintomática por la tendencia neomaltusianista y dirigista— el economista sueco Bunnar Myrdal y el historiador británico Toynbee, a quienes conocemos todos los que dedicamos horas y días a pensar en el hombre, en su historia y en sus recursos culturales y económicos para organizarse en sociedades prósperas.

Nosotros, que tenemos una fe profunda en el hombre, en la vida, en la naturaleza y en la providencia, mantenemos nuestra prédica cotidiana en libros, revistas y periódicos a favor de la libertad de procrear, a favor del derecho de los pueblos a crecer y de los del niño a salir a la vida para llenarla de alegrías y de exigencias ; porque sólo las exigencias llevan al hombre hacia arriba. Alimentamos la animación de nuestra batalla para que el hombre cumpla el deber de tomar posesión de la tierra.

Cuando en el libro de los libros se le pide al hombre que no tenga miedo porque la tierra será suya si el corazón se le llena de valentía, se nos está iluminando el camino y haciendo saber del pecado de tener miedo y de la gloria de ir adelante a tomar posesión de la tierra ; y sobra, desde luego, decir que no se toma posesión de la tierra a puras palabras, como cuando, hasta hoy, habríamos de tomar posesión de la luna o de cualquier otro planeta distante, sino que hay que cogerla como en las manos, hollarla con nuestros pies, cubrirla con nuestros cultivos, poblarla con nuestros rebaños, modelarla, conservarla, embellecerla y enriquecerla, sintiendo por la tierra un amor ilimitado. Cuando decimos que el hombre debe tomar posesión de la tierra, creemos, por decirlo así, que la debe poblar ; con la seguridad de que poblar no será sólo lo que pensaba el gran sudamericano al decir que poblar era civilizar, sino también que es culminar en el desarrollo de los valores espirituales ; porque la cultura sólo se produce con la convivencia humana. El hombre —hemos dicho— enriquece al hombre con sólo acercársele, y habría que agregar otra consideración : el hombre enseña y se enseña, da y recibe sabiduría y conocimiento con sólo acercarse al hombre.

Hacemos todas estas consideraciones —que parecerían dispersiones y rodeos del

tema— porque así como para la promulgación de las leyes hay que adelantar consideraciones precisamente que orienten, para entender la letra de la ley, cuando se va a hacer un pronunciamiento decisivo que desarmoniza con los lugares comunes, las supersticiones y los errores en boga, debemos adelantar consideraciones de otro orden, de un orden aparentemente distinto. Porque después vienen a ser si no la comprobación directa del principio que se va a proclamar, el sustento moral, social, histórico o humano que le puede dar vida.

La FAO ha venido librando, al través de los años, desde su propia creación, una labor benéfica con una intención generosa y que responde al orden lógico de las preocupaciones de nuestro tiempo. Si bien la UNESCO podrá desvelarse por el saber, a la FAO correspondería el desvelo por el sustento, y en el orden imperativamente materialista de las cosas diríamos que la FAO podría tener prelación sobre la UNESCO, sino fuera porque la integral naturaleza de las cosas vuelve lo uno y lo otro como el anverso y el reverso de la moneda, como los componentes indispensables e imprescindibles de una misma unidad. Porque se llega a saber, a medida que se adquiere el sustento —y el sustento se adquiere siempre a la luz de cualquier saber—. El pueblo adelanta en sus conocimientos cuando los trojes llenos le permiten detenerse y volverse, ocioso y curioso, y solamente cabe la capacidad del sustento cuando el hombre —en el caso nuestro el labrador de la tierra, el leñador de los bosques, el pastor de los rebaños o el pescador de los mares— desempeña su santa y bienhechora tarea a la luz de su inteligencia.

Pero hemos hecho el reparo con gran frecuencia a la FAO y como algunas veces, en otro orden de ideas, a la UNESCO, de haberse preocupado mucho por andar descubriendo plantas para la obtención de fibras vegetales de mayor riqueza, de carbohidratos, azúcares o grasas de mayor contenido de proteínas o de vitaminas, de más rápido crecimiento y más abundante y seguro rendimiento. Porque lo que sobra hoy en el mundo y lo que puede sobrar a la vuelta de una hora con el fiat lux de los precios, es sencillamente todo eso. Podríamos poblar la tierra de rebaños, los campos de cultivos, las bodegas de los barcos y los vagones de los ferrocarriles y los almacenes de las fábricas con himalayas de materias primas y aún tener de sobra para poder responder, sin duda alguna, al riesgo de los períodos de las vacas flacas. Cualquier país del mundo, por pobre que sea, podría cubrir sus necesidades de sustento para cualquier período de años, siempre que se pudiese resolver el problema básico: el de los precios. El mercado es nuestro gran problema y en el mercado es donde se realiza la mejor planificación de la actividad económica; planificación mucho mejor que las vagas, imprecisas e ingenuas planificaciones de la burocracia internacional.

Tan pronto como recibimos los primeros elementos de propaganda para darle la máxima actualidad periodística al congreso mundial de la alimentación en Washington, pensamos nosotros que se estaba haciendo un enfoque equivocado de la situación del mundo. Claro está que no vamos a discutir la conveniencia de detenernos en el camino por un momento y con lápiz y papel hacer el pequeño ejercicio aritmético de tanto de sustento para tantos millones de seres y si elevamos al cubo o a la enésima potencia estos millones, la necesidad también de hacer cálculo igual para los sustentos. La simplicidad de la observación malthusiana se vuelve algo imperativo e inevitable en esta clase de conjeturas. Pero cuando se relaciona el problema del sustento con el problema de la pobreza y se quiere hacer creer que los pueblos desnutridos lo están así por carencia de sustento, se comete —a nuestro juicio— un tremendo error de perspectiva, imperdonable para quienes se hayan acercado siquiera a los más viejos o nuevos, condensados o voluminosos tratados de economía política.

Porque el problema de la desnutrición no es problema de alimentación: es problema de ocupación. Lo decimos con perfecto sentido de responsabilidad. Porque nos hemos tomado el trabajo en nuestro recorrido por toda la América y por el mundo, de meternos en la campiña, de conversar con los hombres del campo, con los jornaleros de las más grandes o más

pequeñas explotaciones agropecuarias. A la vez estamos familiarizados con los rincones más pobres, pestilentes y opresores de nuestras ciudades, con los círculos de desamparo que rodean a nuestras metrópolis, cayampas o fabelas llenas de habitaciones construídas con los más tristes desperdicios de la riqueza ; y hemos advertido que el hombre americano, cuando abandona los campos y se va a las ciudades, está dando las señales de la más alta condición cultural : nos está diciendo que prefiere no comer, a ir desnudo ; albergarse escasamente y defenderse apenas de la intemperie, a vivir en la oscuridad de las selvas ; sufrir todas las opresiones y miserias de la ciudad, a privarse de lo que ya ve como algo que debe estar al alcance de la totalidad de los seres humanos. El problema nuestro de hoy día en el mundo contemporáneo y especialmente de esos pueblos atrasados, o en desarrollo, o subdesarrollados, es problema de ocupación. Y así como tenemos la absoluta seguridad de abastecer y abarrotar el mundo de materias primas y alimentos con sólo hacer el llamamiento mágico de los precios, así tenemos la seguridad de acabar con el hombre desnutrido, con el hombre semidesnudo, con el hombre más alejado y con el que no tiene la oportunidad siquiera de comprar un periódico, una vez que podamos responder a la necesidad de la ocupación, del empleo. El empleo constante y total es la única respuesta para la desnutrición y la desnudez, y la posibilidad de un logro así la tendremos si, tirando por la borda las supersticiones dirigistas, planistas e intervencionistas actuales, devolvemos al mundo la libertad económica, ya que tiene hoy día, en el patrón de cambios y precios, el secreto de la estabilidad y del desarrollo.

Creer que la desnutrición se debe a la escasez de recursos naturales como resultado de un exceso demográfico, de población excesiva, o que un fenómeno así está a punto de producirse en el mundo, constituye error imperdonable de perspectiva y una deficiente observación de los hechos. Más todavía : partir de esos falsos supuestos para llegar a la consecuencia lastimosa de un neomaltusianismo —de una conspiración planificada contra la vida— viene a ser una afrenta para el sentido moral y la capacidad pragmática del hombre moderno.

El problema del desnutrido es problema de desocupación.

Desde luego, el concepto de ocupación en este caso debe ser analizado desde todo punto de vista. En la mayor parte de los países subdesarrollados, el despilfarro mayor consiste en el hombre que no encuentra trabajo. Las actividades agrícolas son predominantemente temporales, « estacionales ». Las grandes plantaciones tienen alternativamente períodos de intensa actividad y períodos de casi total reposo. Los índices de ocupación suben y bajan agudamente, significando para la mano de obra campesina —que depende exclusivamente del trabajo asalariado— alternativas verdaderamente trágicas y aun cuando en sus días de ocupación llegan a recibir remuneraciones razonables, el término medio anual, representa, debido a los períodos de cesantía, cifras verdaderamente bajas.

Con toda la literatura agrarista en boga se comete el error de hacer perder de vista el sentido profundo, humano y eminentemente social que tiene el procurar que cada familia campesina posea su tierra propia. Porque se pasa por alto que aun el campesino con tierra propia sufre prolongados períodos de inactividad : ésto nos permite decir que la desocupación que determina condiciones de vida inferiores, con desnutrición, casi desnudez, casi intemperie, casi enfermedad, no se alivia sino en proporción mínima con cualquier proyecto de reforma agraria.

Pero a este mal de la desocupación periódica debemos agregar aún otro que es igualmente serio, y es el de la ocupación escasamente productiva. A este propósito, queremos citar lo que un disertante en el Seminario de Integración Económica Centroamericana en San José, Costa Rica, en marzo de 1963, hizo recordar de un eminente chileno que había expresado una verdad que si bien podía cincelarse resultaría perfectamente inútil y contraproducente para ganar votos gritando en una plaza pública : el chileno, cuyo nombre se escapa a nuestra memoria, dijo que los hispanoamericanos aspirábamos, reclamá-

bamos, exigíamos como civilizados y producíamos como primitivos.

Basta cualquier investigación de orden estadístico en el campo de la economía agrícola e industrial, para darse cuenta de lo que significa el monto de los capitales invertidos para determinar la producción y la productividad y por lo mismo el nivel medio de salarios del trabajo agrícola e industrial. En América Latina hay millones de trabajadores que utilizan herramientas rudimentarias y que por lo mismo no pueden alcanzar, aun trabajando de sol a sol, y todos los días del año, un nivel de producción que garantice un superior orden de vida. Mientras que en los Estados Unidos, en Europa, en Australia, en Canadá, un reducido número de trabajadores están en condiciones de producir inmensas cantidades de granos con sus tractores, sus arados profundos, sus niveladoras, sus cosechadoras y sus equipos de trilla, desgrane y ensilaje ; nuestros campesinos hispanoamericanos, en su mayor parte trabajando en tierras accidentadas o hasta en tierras labrantías que no se labran nunca por falta de elementos, apenas alcanzan a cosechar para vivir. Lo que les sobra de su consumo basta escasamente para adquirir indispensables elementos de uso complementario, para pagar los adeudos contraídos, dar alguna lana a los hombres que los esquilman y ayudar a los tesoros públicos con el consumo de bebidas alcohólicas que alternativamente les llevan al hospital o a la cárcel.

Tenemos así la ocupación deficiente y la intermitente desocupación, coexistiendo con la vastedad de los recursos naturales. Todo ello, debido a que nuestros pueblos no pudieron asimilar en su totalidad lo que el conquistador pudo o quiso darles. La conquista les aplastó y deformó estos impulsos culturales propios, porque el domador que llegaba tenía él mismo que aprender a vivir en las tierras nuevas y porque estos pueblos nuestros, teniendo noticias ya de cómo viven los pueblos avanzados, sin saber el porqué y el cómo de ese avance, desgastan hoy sus energías en luchas sociales insensatas, sin darse cuenta de que la farmacopea social que le ofrecen los planificadores, los regimentadores, los libertadores y los conspiradores, sirve muy bien para que muchas buenas gentes hagan magnífica literatura, pero no para producir riqueza y capacitar a los pueblos para alcanzarla en un orden de verdadera justicia.

Mientras llegamos —por lo menos en América— a ese estado de cosas, habrá gente desnutrida, habrá gente semidesnuda, casi a la intemperie, a oscuras, y de muy poco servirá para eso que los zoólogos y los químicos y los botánicos de la FAO descubran plantas con maravillosos rendimientos de grasas y azúcares, de proteínas y de fibras, de vitaminas y de otros elementos valiosos para la vida. El hombre desocupado o mal ocupado quedará siempre a un lado del camino en el desamparo y casi en la mendicidad.

Falta que la UNESCO y la FAO y todas las agencias subsidiarias de las Naciones Unidas convoquen a un nuevo congreso mundial que podríamos llamar el de la ocupación.

Cinco años de castrismo

POR THEODORE DRAPER

AL CUMPLIRSE EL QUINTO ANIVERSARIO del régimen castrista, resulta más claro que nunca que su problema capital ha sido y es el económico. Durante la mitad aproximadamente de esos cinco años, a Fidel Castro parecían salirle bien todas las cosas. Cada crisis repercutía en beneficio suyo y cada enemigo le fortalecía aún más. Tras su victoria completa y triunfal en la Bahía de Cochinos en abril de 1961, nada parecía serle imposible en adelante.

El viraje, al menos aparentemente, se produjo a principios de 1962. A partir de la depuración, en marzo de ese año, del viejo dirigente comunista Aníbal Escalante, nada le ha salido completamente bien a Castro. Ahora sabemos que la depuración de Escalante era un aspecto de una crisis interna mucho más seria de lo que anteriormente se había supuesto. El aspecto más grave de esta crisis se ocultaba en lo más profundo del campo cubano. Se trataba nada menos que de la rebeldía de los campesinos cubanos.

No utilizaría estos términos de « seria crisis » y de « rebeldía » si dos de los más destacados dirigentes cubanos —en el primer caso el ministro de Industria Ernesto Che Guevara y en el segundo el presidente (hoy ministro) del I.N.R.A., la organización de la reforma agraria, Carlos Rafael Rodríguez— no los hubiesen empleado ya (1).

Tanto Guevara como Rodríguez se muestran de acuerdo en que la crisis se originó en 1961. Según Rodríguez, que es quien con más detalles ha explicado el asunto, en la segunda mitad de 1961 y en los primeros meses de 1962 se cometieron « serios errores ». En 1961, la producción alimenticia se hallaba aún hasta cierto punto en manos privadas y la crisis giraba en torno al derecho de los campesinos individuales a vender sus productos. Según las palabras de Rodríguez, « la gran masa de

En enero último se celebró el quinto aniversario de la instalación del régimen castrista en Cuba. Con tal motivo Theodore Draper, cuyos trabajos sobre la revolución cubana han sido objeto de discusión en todo el mundo, ha escrito el siguiente balance general del régimen. Theodore Draper centra su estudio en el áspecto económico, que en su opinión es el que peor se conoce y el que más se ha desfigurado. Además de su reciente libro La Revolución de Castro. Mitos y realidades, *Draper ha escrito* The Roots of American Communism *y* American Communism and Soviet Russia.

(1) Che Guevara, *Siempre* (México) entrevista con Víctor Rico Galán, 19 de junio de 1963 ; Carlos Rafael Rodríguez, *Revolución*, 18 de mayo de 1963. (En las notas al pie, he citado la fuente, en general periódicos, que pude conseguir. De todos modos, la mayor parte de las informaciones citadas aparecieron en todos los periódicos y revistas cubanos, aunque no siempre en la misma fecha.)

campesinos —aun los campesinos pobres— mostraba la tendencia clasista hacia el lucro ». En otras palabras, deseaban vender al precio más alto en lugar de entregar sus productos al I.N.R.A. por precios fijos mucho más bajos.

Se trataba de un enfrentamiento clásico. Ante el deseo tradicional de los campesinos de aprovecharse de un mercado libre, las autoridades cubanas reaccionaron violentamente. Se incautaron a los campesinos los productos y en algunos casos se les confiscó la tierra. Ya no se trataba de una guerra contra los latifundistas, puesto que no existían. Se trataba de una dura lucha contra los campesinos pequeños y medios, especialmente contra los primeros. Puede juzgarse de la severidad de los métodos empleados por la observación de Rodríguez de que violaron la « legalidad revolucionaria » y no hicieron ninguna discriminación entre ricos y pobres. El vigor de la resistencia se deduce de su alusión a la « inconformidad y rebeldía » de los campesinos.

De hecho, los campesinos vendían sus productos en el mercado negro o se declaraban en huelga. Sembraban y cultivaban menos. En 1962, especialmente en los meses de marzo y noviembre, los campesinos obtuvieron su desquite al producirse en todo el país un déficit de productos alimenticios. Carlos Rafael Rodríguez, otro antiguo comunista, fue nombrado en febrero presidente del I.N.R.A. Castro cambió completamente la política de éste y cedió temporalmente ante los campesinos, levantando todas las restricciones, pero el daño ya estaba hecho. El régimen se sentía tan preocupado que en junio ordenó se celebrara un desfile de tanques y de cañones en la ciudad de Cárdenas, como advertencia a las amas de casa que habían salido a la calle golpeando pucheros y cacerolas para protestar contra la escasez de alimentos (2). Rodríguez da a entender que el trance fue bastante apurado : « Sólo la fe en la Revolución, la fe en Fidel, impidió que el campesino perdiera la confianza en el proceso revolucionario » (3).

Pero los campesinos individuales no eran los únicos que se agitaban. También las cooperativas fueron arrastradas por la crisis. La razón fundamental estriba en que sólo de nombre eran cooperativas. En la práctica, como posteriormente reconoció Carlos Rafael Rodríguez, fueron transformadas en granjas del pueblo, es decir en explotaciones estatales. El I.N.R.A. las administraba desde arriba sin tener para nada en cuenta los deseos de sus miembros, no concediéndoles ni voz ni voto en sus asuntos o incluso organizando reuniones puramente formularias. Desde el punto de vista de sus miembros, las cooperativas tenían todas las desventajas de las granjas del pueblo y ninguna de sus ventajas, en particular la más importante de ellas, es decir un salario garantizado. También en este terreno la crisis se incubó en la segunda mitad de 1961 y estalló en la primera mitad de 1962. En noviembre de 1961, el mismo Castro declaró que los campesinos se habían vuelto tan « alérgicos » a las cooperativas que sentían « miedo » de la misma palabra (4). En junio de 1962, Rodríguez afirmaba que las cooperativas se habían convertido en « organismos muertos » y que sus miembros huían a las granjas del pueblo y a las explotaciones privadas (5). Finalmente, en agosto las cooperativas fueron oficialmente transformadas en granjas.

---

(2) Un escritor pro castrista, Maurice Zeitlin, que visitó a Cuba tras la manifestación de Cárdenas, ha confirmado lo esencial de los hechos : « La disconformidad *organizada* está prohibida, si hemos de juzgar por la respuesta del gobierno a la reciente manifestación, en Cárdenas, de un grupo de amas de casa que recorrieron las calles golpeando pucheros para protestar contra la escasez de alimentos. Al día siguiente el gobierno organizó un aparatoso despliegue militar con soldados cubiertos de cascos (espectáculo que raramente se ve en Cuba) y tanques » (*The Nation*, Nueva York, 3 de noviembre de 1962, pág. 287). Yo mismo expliqué con pormenores el incidente en *The Reporter*, 17 de enero de 1963.

(3) Carlos Rafael Rodríguez, *Revolución*, 18 de mayo de 1963. Su análisis más completo de la crisis vio la luz en *Cuba Socialista*, mayo de 1963, págs. 12-14.

(4) *Revolución*, 11 de noviembre de 1961.

(5) *Ibid.*, 19 de junio de 1962. Más detalles sobre este punto se dan en *Cuba Socialista*, mayo de 1963, pág. 12.

Y no es que las granjas marcharan demasiado bien. Su principal administrador ha revelado que por aquella época la gestión de las mismas era tan mala que había que cambiar al 80 % de los administradores locales (6). Así pues, en 1962 el régimen de Castro se encontraba en situación difícil en los tres frentes de la agricultura : explotaciones privadas, « cooperativas » y granjas del pueblo.

Uno de los mitos más persistentes en torno a la Cuba de Castro es la idea de que la « reforma agraria » constituye el aspecto más afortunado de la revolución. Si ello fuera verdad, los dos o tres años últimos habrían sido muy diferentes.

Gradualmente, los miasmas que emponzoñaban la agricultura se fueron depositando en todo el paisaje económico. Ello obligó a establecer el racionamiento, lo que a su vez provocó la inflación, ya que la población tenía más que gastar pero menos que comprar. La espiral inflacionista contaminó a los obreros, que ya no tenían el incentivo de esforzarse por lo que de todos modos no podían conseguir. El absentismo obrero comenzó a adquirir proporciones alarmantes al comprobar los trabajadores que en dos o tres días podían ganar lo suficiente para comprar las pocas cosas disponibles. También la calidad del trabajo sufrió con este descenso de la moral, reduciendo el poder de compra efectivo. Desde el punto de vista del régimen, los principales culpables eran los obreros especializados, que antes constituían el núcleo más fuerte del proletariado cubano organizado. Ya en diciembre de 1960 se quejaba Castro amargamente de la actitud de los obreros de la electricidad, pero su indignación contra los que llamó « aristócratas-obreros » —a los que agrupó junto a la pequeña y gran burguesía y a los monopolios imperialistas— estalló aún con mayor fuerza en un discurso que dirigió en julio de 1963 a los miembros del Partido en la industria de la construcción. Castro atacó el descenso de la productividad en esta industria y acusó a los obreros de haber producido más bajo el dominio de los capitalistas que bajo su régimen (7). Recientemente, Guevara atribuyó la « terrible pérdida de la conciencia de la calidad » a « cierta escasez inicial de materias primas » y a la « supresión de la propiedad privada » (8).

Sin embargo, uno de los aspectos más significativos de esta crisis radica en el hecho de que los dirigentes cubanos no estaban preparados para ella. Nada de lo ocurrido en 1961 sirvió para prevenirles, ya que éste fue un año relativamente bueno, tan bueno que el antiguo presidente del Banco Nacional de Cuba, el difunto Dr. Raúl Cepero Bonilla, lo calificó de « el año agrícola de más elevada producción » (9). Esto resulta especialmente cierto en lo que se refiere a la principal cosecha cubana, el azúcar, que aún proporcionaba entonces más de las tres cuartas partes de los ingresos del país por exportaciones. La cosecha azucarera de 1961 fue de un volumen excepcional —6,8 millones de toneladas—, es decir, la segunda en importancia en la historia del país. En cambio, el volumen de la cosecha de 1962 fue sólo de 4,8 millones de toneladas y el de la de 1963 aún menor : sólo 3,8 millones (10). Entre 1961 y 1963, el único factor negativo fuera del control humano fue la sequía, que sin embargo no puede explicar por sí sola tan drástico descenso de la producción azucarera. Todos los demás factores tenían su origen en el hombre, y sus resultados habrían debido hacer felices a los dirigentes cubanos.

Pero no fue así. Y en el hecho de que no fuera así está la clave económica de los primeros cinco años de régimen castrista.

II

El mismo Guevara ha explicado una parte fundamental del asunto. El primer año, 1959, Guevara se encargó del Departamen-

(6) Entrevista con Cristóbal Díaz Vallina, administrador general de granjas del pueblo, en *Hoy*, 6 de julio de 1963.

(7) *Obra Revolucionaria*, 15 de diciembre de 1960 ; *Revolución*, 2 de julio de 1963.

(8) *La Tarde*, 11 de noviembre de 1963.

(9) *Cuba Socialista* enero de 1963, pág. 89.

(10) Gerardo Bernardo, *Hoy Domingo*, 11 de agosto de 1963.

to de Industrialización del I.N.R.A. Su grupo trabajó sobre « las primeras líneas, muy simples y tentativas », de la futura economía cubana. Prepararon listas de los productos que durante muchos años se habían importado, principalmente de los Estados Unidos, y después emprendieron una « búsqueda de ofertas » de ayuda extranjera a largo plazo para el desarrollo de la propia « industria básica » de Cuba. La búsqueda finalizó con la llegada a La Habana del primer vicepresidente soviético Anastas Mikoyan el 4 de febrero de 1960 y con la firma del primer acuerdo comercial cubano-soviético el 13 de febrero del mismo año. Después, Guevara hizo una jira por la Europa Oriental, recogiendo compromisos por parte del bloque soviético de proporcionar créditos en gran escala para « edificar un buen número de industrias básicas ». Los soviéticos prometieron 100 millones de dólares para una factoría siderúrgica, centrales de energía eléctrica, una refinería de petróleo y un estudio geológico ; Checoeslovaquia, una fábrica de automóviles ; China, 60 millones de dólares para construir veinticuatro fábricas diferentes ; Rumania, quince ; Bulgaria, cinco ; Polonia, doce ; Alemania Oriental, diez. Los ofrecimientos fueron cogidos al vuelo (11).

Poco después de marcharse Mikoyan, Guevara y otros altos dirigentes cubanos emprendieron una campaña para preparar la opinión pública cubana a una ruptura de los lazos económicos tradicionales con los Estados Unidos, especialmente en lo relativo a la cuota preferencial de azúcar. Guevara inició la campaña el 2 de marzo de 1960 con un discurso en el que replicó a los que afirmaban que el acuerdo comercial cubano-soviético « esclavizaría » Cuba a la Unión Soviética, acusándoles de negarse a ver « qué cantidad de esclavitud representó para nuestro país los tres millones de toneladas que le vendemos a precios supuestamente preferenciales ». De este modo, Guevara lograba por primera vez hacer pasar la idea de que la cuota « supuestamente » preferencial de los Estados Unidos era una forma de « esclavitud ».

El principal dirigente comunista cubano, Blas Roca, se trasladó en mayo a Moscú para celebrar su primera entrevista con Kruschef, e incapaz de contenerse antes de su vuelta, escribió una carta que se publicó en el órgano comunista oficial : « Cuba no podrá ser bloqueada económicamente por los imperialistas norteamericanos. Nuestras fábricas no se paralizarán por la falta de petróleo, ni en nuestros hogares escaseará el pan, en el caso de que los monopolios de los Estados Unidos se decidieran a rebajarnos la cuota azucarera y a negarnos el envío de lo que necesitamos para nuestra vida normal. » Por su parte, Fidel Castro se jactó de que Cuba podría producir más azúcar y obtener más dinero de él si no existiera la cuota azucarera norteamericana (12).

Llegados a este punto, la administración Eisenhower, desoyendo los buenos consejos del embajador norteamericano Philip W. Bonsal, hizo el caldo gordo a los dirigentes cubanos. En junio de 1960, tres refinerías petroleras de propiedad norteamericana y británica rechazaron, tras consultar con Washington, una petición cubana para que se refinaran dos cargamentos de petróleo crudo soviético. Los cubanos embargaron inmediatamente las refinerías ; la administración Eisenhower suspendió el resto de la cuota azucarera de 1960 ; los cubanos expropiaron todas las propiedades pertenecientes a súbditos de los Estados Unidos ; éstos dispusieron como represalia un embargo del comercio. Vistas las cosas retrospectivamente, parece indudable que sólo un gobierno cubano que estuviese ya dispuesto a una ruptura y que hubiese preparado el camino para ella, habría llevado la cuestión del petróleo hasta tal extremo ; y sólo un gobierno norteamericano que hubiese calculado erróneamente las fuerzas en presencia o al que por otras razones ya no le preocupara esa ruptura, habría dado tantas facilidades para ella (13).

(11) Guevara, *Cuba Socialista*, marzo de 1962, pág. 30.

(12) Guevara, *Revolución*, 3 de marzo de 1960 ; Blas Roca, *Hoy*, 24 de mayo de 1960 ; Fidel Castro, *Hoy*, 29 de mayo de 1960.

(13) Hoy sabemos que el Presidente Eisenhower autorizó en marzo de 1960 el entrenamiento de una fuerza auxiliar de exiliados cubanos.

Los cubanos acogieron con satisfacción el embargo norteamericano. « Ahora —afirmaba en tono exultante Blas Roca— ha roto Cuba ese monopolio de su comercio exterior por una potencia imperialista. Ahora Cuba ha conquistado su libertad de comerciar con todos los países del mundo. » Fidel Castro se burló de la idea de que los Estados Unidos pudieran causar un perjuicio a Cuba, desde el momento en que los cubanos podían obtener todo lo que necesitaban y deseaban en los « países socialistas » y « neutrales ». Guevara aseguró al pueblo cubano que el embargo norteamericano tendría pocas consecuencias serias, que no pondría en peligro la revolución y que la acción de los Estados Unidos les perjudicaría más a ellos que a Cuba (14).

En las relaciones cubano-soviéticas había un aspecto importante de política interna. Los lazos económicos cubano-soviéticos estaban estrechamente coordinados con los lazos políticos entre los comunistas y los fidelistas cubanos. El proceso de fusión entre comunistas y fidelistas fue largo y complejo entre 1958 y finales de 1960. Es imposible todavía narrar la historia de ese proceso ; pero hoy sabemos —para citar un solo ejemplo— que ya en mayo de 1959 Fidel Castro se lanzó personalmente a una agria controversia pública con los comunistas (15). Sin embargo, a fines de año ya no se permitía en Cuba decir de los comunistas lo que Fidel Castro había dicho un poco antes ; y con la detención del comandante Hubert Matos en octubre de 1960, el anticomunismo se convirtió en un crimen contrarrevolucionario. Castro intervino para salvar a los comunistas de una derrota en el congreso de los sindicatos celebrado en noviembre. Esta transición al antianticomunismo en la política pública precedió al acuerdo económico cubano-soviético de febrero de 1960. Después del acuerdo, se aceleró aún más el activo proceso de fusión. Naturalmente, todo este asunto se desenvolvió entre bastidores, pero ahora podemos situarlo en el contexto del cambio económico radical de Cuba.

Inmediatamente después de la suspensión de la cuota azucarera norteamericana, Guevara declaró ante un congreso de juventudes celebrado en julio en La Habana que la revolución cubana era « marxista ». Al mes siguiente, en el momento en que se estaban expropiando los negocios norteamericanos en Cuba, Blas Roca defendió la perspectiva de una « unión completa » o « fusión » de todas las fuerzas revolucionarias « en un solo movimiento » (16). Más recientemente se nos ha dicho que éste no era el principio, sino más bien casi el fin del proceso de fusión. El 2 de diciembre de 1960, Castro presidió una reunión para crear las « Escuelas de Instrucción Revolucionaria », encargadas de formar cuadros para el « partido unificado ». El director de esas escuelas, Lionel Soto, comunista de antes de 1959, ha revelado que esta reunión fue la primera manifestación oficial de la « integración de las fuerzas revolucionarias » (17).

Estas fechas resultan extraordinariamente reveladoras. En efecto, Guevara no descubrió en julio de 1960 que la revolución cubana era « marxista », ni Blas Roca pidió la fusión en agosto porque esas ideas hubieran hecho irrupción de repente en su

(14) Blas Roca, *Hoy*, 13 de octubre de 1960 ; Fidel Castro, *ibid.*, 16 de octubre de 1960 ; Guevara, *ibid.*, 21 de octubre de 1960.

(15) En una entrevista televisada que tuvo lugar el 21 de mayo de 1959, Castro habló de la inquietud existente en la localidad de San Luis e hizo notar que había « muchas coincidencias » entre los comunistas y los « contrarrevolucionarios » responsables de esa inquietud. La dirección del Partido Socialista Popular (comunista) publicó inmediatamente una declaración protestando contra « tal ataque totalmente injusto e injustificado » (*Hoy*, 23 de mayo de 1959). El P.S.P. tomó tan en serio este incidente, así como los ataques simultáneos contra los comunistas en el congreso de los trabajadores del azúcar controlado por los fidelistas, que inmediatamente, el 25 de mayo, convocó a su Comité Central para tratar de la situación (*Hoy*, 26 de mayo de 1959). En su discurso del 2 de diciembre de 1961, en que se declaró « marxista-leninista », Castro aludió a sus pasados « prejuicios » anticomunistas y dijo que había sido víctima de la propaganda imperialista.

(16) Partido Socialista Popular, *VIII Asamblea Nacional*, 16-21 de agosto de 1960, pág. 209.

(17) *Cuba Socialista*, febrero de 1963, pág. 30.

cabeza ; la primera manifestación *oficial* de la fusión no tuvo lugar en diciembre sin que la hubiese precedido un considerable período de gestación. La « búsqueda de ofertas » en 1959, el acuerdo comercial cubano-soviético de febrero de 1960 y la fusión entre comunistas y fidelistas realizada más tarde ese mismo año eran partes de un proceso único e ininterrumpido, no incidentes aislados.

A fines de 1960 se produjo otra decisión de gran importancia. Esta decisión tuvo por origen la suspensión en julio por la administración Eisenhower de la cuota de azúcar cubano. La Unión Soviética se había comprometido a comprar un millón de toneladas anuales durante cinco años o un tercio de la antigua cuota norteamericana. En medio de la depresión del mercado mundial del azúcar en 1960-1961, los cubanos no encontraban el medio de vender el resto. Por otra parte, les obsesionaban entonces dos objetivos principales : la industrialización rápida y la diversificación agrícola. El azúcar representaba todo lo que hasta entonces se había opuesto a la industrialización y a la diversificación agrícola. En lugar de enfrentarse con la pérdida del mercado norteamericano con cierta alarma, los dirigentes cubanos apenas podían contener su alegría. Para ellos una mayor industrialización y una menor cosecha azucarera eran las caras opuestas de la misma moneda ; por ello defendían ambas causas con igual entusiasmo. En consecuencia, cuando se suprimió la cuota americana, consideraron que era un hecho positivo y, como más tarde dijo Castro, tomaron « la decisión de cortar toda aquella caña y reducir la producción azucarera » (18).

Así pues, con sequía o sin ella, habría habido una cosecha cubana de azúcar mucho más reducida en 1962 y 1963 (no en 1961, puesto que los preparativos se habían hecho el año anterior). Se redujo deliberadamente la superficie dedicada a la caña, se descuidó el replanteo y se prosiguió con indiferencia el desyerbado : en general, a toda la industria azucarera se le dio un orden de prioridad mucho menos importante. La sequía perjudicó otras cosechas, pero, en el caso fundamental del azúcar, podría haber pasado por parte de un plan. Entre la sequía y la política del gobierno cubano, se produjo en el período de 1961 a 1963 una reducción del catorce por ciento en la superficie de caña cortada, del cuarenta y dos por ciento en la caña cortada y del treinta y tres por ciento en el rendimiento por unidad (19).

De todos modos, al iniciarse el año 1961, el dominio de Castro sobre los acontecimientos, quizá ayudado por algo más que por un poco de suerte, parecía absoluto. El líder cubano se había liberado de todos los lazos económicos y diplomáticos en tal forma que, para muchos, Castro aparecía como la parte ofendida e inocente. La decisión de la administración Eisenhower de suspender la cuota de azúcar coincidió con su propio deseo no sólo de desembarazarse de esa cuota, sino además de disminuir la producción de azúcar. Aparentemente, el bloque soviético había decidido endosar lo que Guevara llamó « un proceso de industrialización acelerada » (20). En febrero de ese año se creó un nuevo ministerio de Industria, del que se encargó Guevara. Y tras el fracaso de la invasión de abril, la copa cubana desbordaba.

III

¿Qué es lo que no marchaba bien?

Los campesinos individuales, las cooperativas y las granjas del pueblo no eran las únicas cosas que marchaban mal. Cuando un simpatizante latinoamericano instó a Guevara a que citase algunos de los errores cometidos en Cuba, su respuesta, sólo medio en broma, fue la siguiente : « Tienen que ser solamente algunos ; si cuento todos los errores, tenemos para diez días » (21).

El propio programa de Guevara de « industrialización acelerada » fue la causa de una parte de las más graves desilusio-

(18) *Revolución*, 28 de junio de 1963.

(19) Gerardo Bernardo, *Hoy Domingo*, 11 de agosto de 1963.

(20) *Hoy*, 21 de junio de 1960.

(21) *Revolución*, 21 de agosto de 1963.

nes. La concepción original era casi infantilmente sencilla. Su objetivo era sustituir con productos de fabricación nacional los que anteriormente se importaban de los Estados Unidos. Su método consistía en el trasplante físico a través de media tierra de docenas de fábricas en el plazo más breve. Su base financiera se cifraba en los préstamos a largo plazo o incluso en las donaciones del mundo comunista.

A principios de 1962, Guevara sabía ya que en este plan había un error radical. Por entonces, el ministro de Industria analizó la situación en los siguientes términos : « Nos faltó el énfasis debido en el aprovechamiento de nuestros propios recursos ; trabajamos con la vista fija en la sustitución de importaciones de artículos terminados, sin ver claro que esos artículos se hacen con materias primas que es necesario poseer para fabricarlos » (22).

En pocas palabras, los industrializadores cubanos pensaban únicamente en términos de fábricas, no en términos de materias primas para las fábricas. Y se quedaron estupefactos al enterarse de que, en muchos casos, las materias primas cuestan casi tanto como los artículos acabados de importación. Para liberarse de la dependencia respecto de la importación de artículos acabados, se habían sometido a una dependencia aún mayor respecto de la importación de materias primas que no podían producir. Guevara explicó más tarde : « Empezamos a adquirir fábricas, pero no pensamos que la materia prima para las mismas tendríamos que importarla. » De esta forma, afirmó, se habían perdido dos años « instalando plantas para una serie de artículos que se pueden comprar casi al mismo precio que la materia prima que necesitamos para producirlos » (23).

Esta imprevista, aunque escasamente imprevisible, relación entre productos acabados y materias primas dio lugar a una crisis en la balanza de pagos cubana. En 1960, cuando el bloque soviético deseaba fervientemente desplazar a los Estados Unidos en la economía cubana, se mostró pródigo en promesas y créditos. En cambio, dos años después le interesaba menos lo que los cubanos deseaban que lo que podían ofrecer. Los créditos se habían agotado o bien habían sido tan mal utilizados que el bloque soviético se negó a desperdiciar el dinero.

Está claro que en cierto momento, hacia fines de 1961 o principios de 1962, los soviéticos exigieron una interrupción y pidieron cuentas. Por Carlos Rafael Rodríguez sabemos que ya en marzo de 1962 los « consejeros » del bloque soviético, que se habían instalado en todo el aparato administrativo cubano, hacían duras críticas de los métodos cubanos, especialmente en el ministerio de Comercio Exterior. El mismo mes, Guevara publicó un artículo en el que advertía que Cuba tendría que pagar sus materias primas con el producto de su propio comercio exterior y no con los créditos o las limosnas de la Unión Soviética. Sin duda, los cubanos siguieron recibiendo créditos soviéticos, pero, como explicó posteriormente Guevara, esos créditos eran para cubrir la desfavorable balanza de pagos entonces existente, no para construir industrias (24).

Los indicios son que a los cubanos les costó algún tiempo y no pocas zozobras renunciar a la idea de la industrialización como un proceso sencillo, más bien natural y de doble sentido, constituído por el binomio fábricas-productos acabados y pensar en función del triángulo, mucho más complejo y crítico, de fábricas-materias primas-exportaciones.

En cierto sentido, el problema cubano había llegado a parecerse al problema chino : ¿hasta dónde llegarían los soviéticos para pagar su industrialización acelerada? En ambos casos, los soviéticos comenzaron recorriendo una parte del camino, pero después, por razones propias, que no son necesariamente las mismas en uno y otro caso, pidieron que se disminuyera el ritmo de la industrialización y que se les pagaran los servicios prestados. Consciente o inconscientemente, los cubanos habían

(22) *Cuba Socialista*, marzo de 1962, pág. 33.

(23) *Revolución*, 21 de agosto de 1963.

(24) Rodríguez, *El Mundo*, 25 de marzo de 1962 ; Guevara, *Cuba Socialista*, marzo de 1962, pág. 33 ; Guevara, *Hoy*, 12 de febrero de 1963.

seguido adelante después de 1960 como si los soviéticos les hubiesen abierto no un crédito de 100 millones de dólares a cinco años, sino una cuenta ilimitada. El hecho es que no habría existido crisis de la balanza de pagos si la Unión Soviética no hubiese exigido el reembolso.

A mediados de 1963, los cubanos no poseían aún más que un mínimo escaso de las fábricas que el bloque soviético había prometido instalar. Parece ser que los países del Este sólo habían enviado ocho fábricas nuevas, ninguna de ellas muy importante : Checoeslovaquia tres, Alemania Oriental tres, la Unión Soviética una y Polonia una (25).

Una vez que los cubanos hubieron de enfrentarse con las realidades de los costes de producción, los márgenes de beneficio y la balanza de pagos, todos los demás problemas les cayeron encima de golpe. Si tenían que pagar las importaciones con las exportaciones, se veían obligados a partir de nuevo del hecho económico esencial de la vida cubana al que habían querido escapar : que el azúcar constituía más de las tres cuartas partes de las exportaciones cubanas. Pero, durante dos años aproximadamente, los dirigentes cubanos habían menospreciado la importancia de la producción azucarera y la habían reducido deliberadamente. La resistencia de los campesinos individuales, el descontento contra las cooperativas azucareras y la mala gestión de las granjas no eran tan sólo síntomas de una crisis agrícola ni simples factores concurrentes en el círculo vicioso del racionamiento, la inflación, el absentismo, los altos costes y la baja calidad, sino que se relacionaban directamente con los puntos neurálgicos de las relaciones económicas cubano-soviéticas : los acuerdos comerciales, la negociación de créditos y la balanza de pagos.

Así, lo que Guevara llamó los « dos errores fundamentales » —la « declaración de guerra a la caña de azúcar » y el deseo de instalar fábricas « sin pensar en la materia prima para las mismas » (26)— se entrecruzaban, influyéndose y agravándose mutuamente.

No ha mucho que Guevara ha dado algunos ejemplos del grave error que llevó al programa de industrialización a un punto muerto. Dos de las fábricas enviadas por Checoeslovaquia tenían por objeto fabricar picos y palas. Cuba habría podido igualmente comprar los productos acabados en la Europa Oriental. En lugar de ello, las fábricas tenían que importar materias primas que agotaron las ya muy escasas reservas monetarias. Otra fábrica cubana hacía sacos, para lo cual necesitaba importar tejidos de yute, que cuestan más que los sacos acabados. Los cubanos han decidido ahora comprar otra fábrica que utilizará una fibra del país. Guevara se lamentó también de que Cuba poseía fábricas para hacer envases metálicos, pero carecía en cambio de hojalata (27). A juzgar por la frecuencia y la inquietud con que los dirigentes cubanos se han referido a su costosa educación en la economía de las materias primas, estos cálculos erróneos más bien han sido la regla que la excepción.

De hecho, en el primer año del régimen de Castro, es decir, en 1959, no existió una planificación « socialista ». En el segundo año, el « viejo orden » quedó completamente destruído, pero sólo podían establecerse los rudimentos de uno nuevo. El tercer año, el régimen castrista pudo por primera vez imponer sus ideas fundamentales sobre la economía, provocando con ello la subsiguiente crisis. El cuarto año, irónicamente llamado el « Año de la Planificación », la crisis estalló, dando lugar a una primera revisión de la política del régimen. Y el quinto año, la crisis se hizo más profunda durante los primeros meses y provocó un cambio de línea política en la segunda mitad.

En teoría, la nueva línea no representa tanto una elección netamente definida entre la agricultura y la industria como una inversión de los papeles que antes se les habían atribuído a una y a otra. La vieja línea había fomentado la industria a expensas de la agricultura. La nueva se basa en el desarrollo de la agricultura como condición previa para la industrialización. Sin embargo, en la práctica la agricultura

(25) *Hoy*, 2 de junio de 1963, pág. 6.
(26) *Revolución*, 21 de agosto de 1963.
(27) *La Tarde*, 11 de noviembre de 1963.

alcanzará una prioridad tan acusada que es de esperar no quede mucho para la industria, al menos en un futuro previsible.

Sobre todo, los cubanos se han despertado duramente del sueño de la industrialización por cortesía de la Unión Soviética. En adelante, la industrialización del país dependerá primordialmente del método clásico de la « acumulación primitiva » : exprimir a sus propios campesinos a fin de obtener el ahorro necesario para las inversiones industriales. En cierto sentido, los dirigentes cubanos han tenido que retroceder todo el camino recorrido para empezar de nuevo.

IV

Los dirigentes cubanos han tratado de explicar la crisis en formas característicamente diferentes. Los tres que más han hablado de la cuestión —Castro, Guevara y Rodríguez— han revelado muchas cosas no sólo sobre la crisis, sino también sobre sí mismos. Su problema principal no ha sido decir a la gente lo mal que estaba la situación, ya que esto era notorio en Cuba, sino explicar por qué ocurrieron así las cosas y a quien había que culpar.

Castro habló frecuente y extensamente en la segunda mitad de 1963 de los errores cometidos en Cuba, cargando esencialmente el acento en los que había cometido el pueblo cubano. En algunas ocasiones, por ejemplo el 4 de junio, parecía hacer responsables principales del desorden económico a sus propios « revolucionarios cubanos », a los que acusó de « agitar » y de « movilizar » demasiado, de construir « en el aire », olvidando tranquilamente « la base fundamental de la economía ». Castro dijo que incluso sentía « un poco de vergüenza » por ellos. En otras ocasiones, por ejemplo el 1 de julio, se quejó amargamente de que los obreros no trabajaban bastante tiempo ni con suficiente aplicación. « Y esa lucha —declaró— tenemos que llevarla implacablemente, en todo sitio, en todas partes, sin tregua, sin vacilaciones, un día exigiéndoles a los obreros cañeros, a los obreros agrícolas, a los obreros del calzado también, que fabriquen más, que mejoren la calidad. » O, como el 10 de agosto, arremetió contra los « administradores socialistas », cuyo despilfarro, afirmó, podía compararse a lo que los capitalistas solían robar ; que « consolidaban » todo, desde los garajes a los bares, en monstruos burocráticos a escala nacional ; y que eran incapaces de administrar las antiguas fincas de propiedad norteamericana tan bien como lo hacían los « monopolios yankis ». El 2 de octubre Fidel llegó a esta amplia generalización : « La debilidad de nosotros está principalmente en la falta de experiencia y en la falta de capacidad de la gente que ha estado en muchos sitios en la agricultura. » El 21 de octubre, criticó a los sindicatos por acumular fondos mediante el descuento obligatorio y las « fiestecitas » para obtener dinero, cosas que más tarde fueron prohibidas, así como censuró también sus Comisiones de Reclamación, a las que calificó de ejemplo de « ilusionismo » y de « infantilismo revolucionario ». El 30 de octubre se volvió contra la mayor parte de los ministros de su gabinete porque gastan demasiado dinero. El 31 de octubre, incitó a la multitud, y no por primera vez, contra « el vago, el parásito, el *lumpen* » (este último termino se ha convertido en una de las expresiones favoritas de Castro desde que adoptó oficialmente el marxismo-leninismo).

Lo más notable de casi todas estas críticas, reprensiones e insultos es que iban dirigidos más bien contra el pueblo que contra la propia política de Castro. Las personas criticadas raramente ocupaban cargos con poder real ; lo corriente es que carecieran de todo poder. De este modo, descartando a la política aplicada y al poder que la aplicaba, Fidel Castro no tenía que criticar, reprender o insultar a Fidel Castro.

En cambio, la manera de tratar el asunto por parte de Guevara resulta gratamente diferente. Guevara ha hecho varios intentos de analizar los errores cometidos ; dos de esos intentos merecen examinarse con algún detenimiento. El primero fue su respuesta a una pregunta del periodista francés Jean Daniel sobre si el « bloqueo » norteamericano había puesto en peligro a Cuba :

« En Cuba tenemos serias dificultades. Pero no como consecuencia de lo que usted llama el bloqueo. En primer lugar, nunca ha habido un bloqueo completo. No hemos cesado de incrementar nuestro comercio con la Gran Bretaña y Francia, por ejemplo...

» Nuestras dificultades provienen principalmente de nuestros errores, que han sido múltiples. El mayor de todos, el que más daño nos ha hecho, ya lo conoce : es la sub-explotación de la caña de azúcar. Los otros se refieren a todos los inevitables tanteos que implica la adaptación del colectivismo a una situación local » (28).

Pero del discurso pronunciado por Guevara en Argel el 13 de julio, que es quizá la confesión más reveladora que poseemos de la errónea planificación en Cuba, no parece deducirse que los otros errores fueran tan « inevitables ». La perturbación fundamental, dijo, se produjo porque los cubanos trataron de hacer dos cosas que eran contradictorias. Por un lado, « copiamos detalladamente las técnicas de planificación de un país hermano cuyos especialistas vinieron a ayudarnos » y, por otro, insistieron en tomar sus propias decisiones con « espontaneidad y falta de análisis ». Guevara puso como ejemplo de esta planificación sin plan la forma en que se llegó a establecer el índice anual de crecimiento económico. En lugar de intentar averiguar « qué teníamos, qué debíamos gastar y qué podría quedarnos libre para el desarrollo », los planificadores cubanos dieron por descontado un índice de crecimiento del quince por ciento y adaptaron todo el resto del plan a ese índice. Cuba nunca había fabricado más de diez millones de pares de zapatos, pero el plan exigía la fabricación de veintidós millones, siendo ya insuficientes las disponibilidades técnicas y ganaderas. El jefe del departamento forestal hizo un cálculo tan fantástico de la producción de madera de construcción que Cuba, importadora tradicional de madera, proyectó exportarla. « Resultado : seguimos importando madera, pero la importamos tarde, mal, buscando desesperadamente donde hacerlo », declaraba Guevara.

(28) *L'Express* (París), 25 de julio de 1963.

Podemos imaginar las decepciones de los « especialistas hermanos » en Cuba durante este período. Si un día llega a saberse toda la historia, podemos estar seguros de que ni a una ni a otra parte le faltarán quejas que exponer. Pero, aun en el caso de que la planificación hubiese sido menos « ridícula », según la expresión con que la calificó Guevara, las principales decisiones políticas, tal como el mismo Guevara las explicó, habrían sido de todos modos casi desastrosas. « En la industria —decía el ministro del ramo— hicimos un plan de desarrollo basado fundamentalmente en la idea de ser autosuficientes en una serie de artículos de consumo duradero o artículos industriales intermedios que, sin embargo, podían obtenerse con relativa facilidad en los países amigos. En ello comprometimos nuestra capacidad de inversión sin desarrollar a fondo nuestros propios recursos de materias primas, incluso de algunos productos intermedios que ahora fabricamos. » Y « en la agricultura cometimos el error fundamental de desdeñar la importancia de la caña de azúcar, nuestro producto fundamental, tratando de hacer una diversificación acelerada, lo que trajo como consecuencia el descuido de las cepas, sumándose a esto una sequía extraordinariamente intensa que nos azotó durante dos años, provocando una caída grave en nuestra producción cañera ».

Así pues, en ciertos aspectos, Guevara ha sido más franco que Castro, pero no más propicio a la autocrítica. Evidentemente, los « errores » de alta política, que él ha explicado más claramente que nadie, recaen sobre la dirección del país, incluído el propio Guevara. Sin embargo, como los demás, el ministro de Industria habla de ellos como si los hubiese cometido una fuerza anónima y no esa misma dirección. La realidad es que el cambio radical de la política cubana ha representado en gran parte una derrota para algunas de las ideas favoritas de Guevara. El fue quien primero lanzó la consigna de la « industrialización acelerada ». El fue quien desempeñó el papel principal en la negociación de acuerdos comerciales con el bloque soviético. El fue quien introdujo la teoría de que el « socialismo cubano », al contrario que otras variedades del

socialismo, debía basarse en incentivos más bien « morales » que « materiales ».

Este último punto es característico de lo que podemos llamar el « guevarismo ». Todavía en marzo de 1963, Guevara insistía públicamente en que el « estímulo moral » debía tener prioridad sobre el « estímulo material », al que calificó desdeñosamente de « rezago del pasado » que iría siendo eliminado de la conciencia popular con cada avance de la revolución. En julio declaraba a Jean Daniel : « Para mí, es una cuestión de doctrina. El socialismo económico sin la moral comunista no me interesa » (29). Sin embargo, en agosto tuvo que reconocer que el « estímulo moral » no había sido muy estimulante, admitiendo a regañadientes que « por el momento hay que darle la importancia que tiene » al estímulo material (30). Uno casi puede oír las discusiones que deben producirse en Cuba sobre si debe aflojarse o aumentarse la presión sobre los campesinos bajo la forma de ofrecerles más « estímulos » materiales o más « estímulos » morales.

En cierto sentido, Guevara ha representado al mismo tiempo los aspectos más distintivos y los más inciertos de la revolución cubana. En nombre del marxismo, Guevara se ha identificado con una serie de teorías —los campesinos como la principal clase revolucionaria, el agro como campo de batalla fundamental, la primacía del « estímulo moral »— que están mucho más cerca de la tradición del populismo ruso premarxista y de otros movimientos análogos en otros países que del marxismo ortodoxo. El ha personificado un peculiar doctrinarismo de la voluntad y la fuerza como medios para vencer a todos los enemigos y todos los obstáculos. Su mente indudablemente aguda se ha inclinado invariablemente hacia las posiciones más extremadas, que tarde o temprano han terminado generalmente por ser las posiciones de Fidel Castro.

Carlos Rafael Rodríguez ha representado visiblemente una tendencia diferente. Cuando comenzó a dirigir el I.N.R.A., Rodríguez impuso la consigna de « técnica, disciplina, conciencia ». Mientras Guevara daba la primacía a lo « moral » sobre lo « material », Rodríguez abogaba prudentemente por ambos tipos de incentivos. El presidente del I.N.R.A. se ha quejado de lo que en determinada ocasión llamó « una cierta actitud jacobina » consistente en menospreciar la importancia del enfoque científico. « El hombre de la Revolución —declaró explícitamente—, hecho a las durezas del combate, metido en el fragor de la batalla, no siempre comprende la utilidad y la necesidad del hombre de gabinete, del trabajo largo y paciente, de los resultados esperados y de los fracasos una y otra vez superados » (31). A principios de 1963, Guevara y Rodríguez parecían estar librando una batalla por el control de la industria azuca-

(29) Otra afirmación que Guevara hizo en esta entrevista plantea un problema interesante sobre su marxismo. Decía Guevara : « Luchamos contra la miseria, pero al mismo tiempo contra la alienación. Uno de los objetivos fundamentales del marxismo es hacer que desaparezca el interés, el factor 'interés individual', y aprovechar las motivaciones psicológicas. » Pero Marx situaba la « alienación » en el sistema capitalista de producción, en la explotación capitalista. El concepto no tenía nada que ver con la contraposición de los estímulos « materiales » y « morales » en una sociedad *socialista*, sociedad que se supone suprime la alienación. Para Marx, la solución de la « alienación » era una solución material, de la base económica, aunque sus consecuencias serían morales o psicológicas. La disociación de los conceptos de « economía socialista » y « moral comunista » es ajena al pensamiento de Marx. Desde un punto de vista marxista, una « economía socialista » debe tener una « moral socialista » y una « economía comunista », una « moral comunista » (suponiendo que Guevara haga la tradicional distinción entre socialismo y comunismo). El punto de vista de Guevara supone en realidad que la « alienación » puede existir lo mismo en una sociedad socialista que capitalista, lo cual puede ser cierto, pero no en sentido marxista. No quiero dar a entender que Guevara no tiene derecho a mezclar sus categorías ; simplemente pongo en duda que ello pueda hacerse en nombre del difunto Marx.

(30) *Revolución*, 25 de marzo de 1963 ; *L'Express*, 25 de julio de 1963 ; *Revolución*, 21 de agosto de 1963.

(31) Rodríguez, *Hoy*, 12 y 24 de marzo de 1963.

rera. Entre los altos dirigentes se había planteado el problema de si, dada la triste situación del sector agrícola de la industria dirigido por Rodríguez, no sería preferible transferir el control de todas las operaciones al sector industrial dirigido por Guevara. La decisión fue mantener el sector agrícola de la industria dentro del I.N.R.A., bajo el control de Rodríguez. Pero Guevara, evidentemente insatisfecho, no tardó en denunciar la falta de coordinación en la industria y exigió « un solo camino, una sola opinión, una sola voz ». Rodríguez replicó recordando la decisión de mantener la producción de caña azucarera a cargo del I.N.R.A., pero admitió que existía un problema, añadiendo que se proponía discutirlo más detalladamente con el Che. No ha vuelto a oírse públicamente nada más de esta pequeña disputa. En cuanto a Rodríguez, sigue encargado del cultivo de la caña azucarera en el campo (32).

Un conocido agrónomo francés, simpatizante con Castro, el profesor René Dumont, que tuvo una oportunidad extraordinaria de estudiar la política y la práctica agrícolas en Cuba, ha referido ejemplos reveladores de sus experiencias. Dumont visitó a Cuba por primera vez, y por propia iniciativa, en mayo de 1960. Por aquella época le sorprendió la tendencia peligrosamente excesiva a centralizar y socializar (el término más exacto sería el francés *étatiser*). Dumont previó que la centralización conduciría al establecimiento de una burocracia macrocéfala y esterilizadora y la « socialización » a la creación de unidades de producción no menos macrocéfalas e ineficientes. Resulta significativo que confiara sus dudas a Carlos Rafael Rodríguez, entonces director del órgano oficial comunista, *Hoy*, que le pidió repitiera esas dudas a Fidel Castro en persona. Castro pareció agradecer mucho las críticas de Dumont, al que se preparó una conferencia de prensa. Alentado por la acogida aparentemente favorable de Castro, Dumont expresó públicamente sus temores, pero cuál no sería su asombro al comprobar que ni un solo periódico de La Habana publicaba al día siguiente ni una palabra de la entrevista.

Sin embargo, Dumont volvió a Cuba tres meses más tarde, en agosto de 1960, esta vez invitado personalmente por Castro. Según sus propias palabras, « mi inquietud aumentó ». Fidel le llevó a una visita personal a la Ciénaga de Zapata, vasta zona pantanosa en que Castro había sumido millones de dólares en un extravagante proyecto de desecación. Su inquietud aumentó porque Castro le dijo privadamente durante esta visita que su propósito era crear granjas del pueblo, explotaciones de gran extensión y de propiedad estatal. En vano trató Dumont de disuadirle. No sólo siguió Castro adelante con las granjas en 1961, sino que, como ya hemos visto, el año siguiente éstas absorbieron a las cooperativas (33).

En setiembre de 1963, Dumont hizo su tercer viaje a Cuba. Muchos de sus temores respecto a las granjas se habían convertido en realidad. La que él había llamado « anarquía burocratizada » la encontró instalada en gran escala. De nuevo, recomendó Dumont la constitución de unidades de producción más pequeñas y más controlables con miras a trabajar menos y producir más. Sea cual fuere el valor de las opiniones de Dumont, su aguda comprensión de las diferentes tendencias dentro del régimen castrista resulta particularmente plausible :

« Los responsables más realistas de Cuba, a la cabeza de los cuales el Presidente de la República, Osvaldo Dorticós, y el presidente del Instituto Nacional de Reforma Agraria, Carlos Rafael Rodríguez, han comprendido perfectamente estos problemas. En cambio, los dogmáticos de la Comisión del Plan y del ministerio de Industria continúan defendiendo la peligrosa tesis de una *dirección ultracentralizada de la economía, administrada con créditos presupuestarios*. Esta tesis desdeña la experiencia acumulada por los demás países socialistas. Su justificación es que Cuba es una pequeña isla dotada de buena co-

(32) Guevara, *Hoy*, 12 de febrero de 1963 ; Rodríguez, discurso del 24 de febrero de 1963.

(33) Dumont escribió sobre su primer viaje en *L'Express*, 28 de julio y 8 y 22 de setiembre de 1960, y en el capítulo VII de su libro *Terres Vivantes* (París, Plon, 1961).

mercialización, en que la centralización... ¡será más fácil que en la U.R.S.S.! Y, lo que aún es más grave, presentan al gobierno los resultados de su sistema con un punto de vista demasiado optimista y continúan haciendo previsiones de producción irrealistas, inaccesibles : *incluso cuando la experiencia de los últimos años prueba que están equivocados* » (subrayado en el original).

Debe observarse que Castro preside la Junta Central de Planificación y que Guevara dirige el ministerio de Industria. Sin embargo, Dumont aún entreveía un motivo de esperanza :

« Pero caer en un pesimismo opuesto, anunciar la derrota económica de Cuba, sería *un error todavía más grave*. La comprensión de las necesidades económicas por Fidel es cada día más concreta, más realista. Y más bien creo que se progresaría más rápidamente si Castro no temiese que los chinos le traten de bujarinista o de titista » (34).

Así pues, por lo menos un observador altamente calificado tenía motivos para pensar que Guevara y Rodríguez pertenecen a dos tendencias un tanto distintas dentro del régimen castrista. Quizá merezca recordarse mi experiencia con Rodríguez en marzo de 1960. Tras contestar pacientemente a mis preguntas durante dos horas, Rodríguez me devolvió de repente la pelota diciéndome : « Ahora me gustaría hacerle unas preguntas. A veces un extraño ve las cosas que nosotros no vemos por estar demasiado cerca. ¿Cuáles son sus impresiones de Cuba? » Yo contesté : « Mi impresión principal es que están ustedes declarando la guerra a toda su clase media. Si es esto lo que desean, lo conseguirán ; pero si no lo desean, van ustedes a tener disgustos. » Rodríguez meditó un momento y después dijo con calma : « He tratado de decir la misma cosa a mis colegas, pero no quieren escuchar. »

Sin embargo, es fácil tener una impresión equivocada de un hombre como Rodríguez. Entró en el Partido Comunista cubano en 1933, a la edad de veinte años. Pasó por todos los meandros y volteretas de la época stalinista sin dar la menor señal de protesta o de malestar. Cuando el Partido le ordenó ser ministro de Batista, en 1944, obedeció sin rechistar. Lleva a sus espaldas treinta años de moldeamiento, disciplina y lealtad comunista... a la Unión Soviética. Posee la mentalidad y la formación de un intelectual funcionario inteligente, no la de un pensador o dirigente político independiente. Sean cuales fueren sus convicciones, ha aceptado fielmente la línea del Partido bajo Castro, como la aceptó bajo Stalin. Y es de suponer que seguirá haciendo lo mismo mientras la Unión Soviética considere de su interés apoyar a Castro.

Hay, pues, motivos para creer que durante quizá un período de un año o más se produjo entre los altos dirigentes cubanos una lucha de políticas y de personalidades. Resultado de esta lucha ha sido una nueva fase de la revolución castrista al iniciarse el sexto año de su existencia.

V

A esta nueva fase se le da el nombre de « Segunda reforma agraria » o de « Revolución técnica ». Sus repercusiones y consecuencias son tan radicales y de tan largo alcance como las de la primera « reforma agraria » de mayo de 1959.

Del calendario de este nuevo orden se desprende que su origen está en los acuerdos firmados por Castro y Kruschef en Moscú en mayo de 1963. En su informe del 4 de junio sobre su viaje a la U.R.S.S., Castro afirmó que era necesaria una « división internacional del trabajo », en virtud de la cual Cuba se especializaría en aquello en que por naturaleza es más idónea : es decir, la agricultura. El 27 de junio, insinuó que los « agricultores medios », a los que acusó de « sabotear la producción azucarera », iban a pasarlo mal. El 27 de julio, anunció que iba a establecerse el servicio militar obligatorio. El 10 de agosto, trató de pasada de una nueva « reforma agraria », pero dijo que aún no se habían decidido los últimos pormenores. El 2 de octubre, proclamó públicamente la segunda reforma agraria. Y el 12 de no-

(34) *France Observateur*, París, 3 de octubre de 1963.

viembre, su hermano, el ministro de las Fuerzas Armadas Raúl Castro, hizo la declaración oficial sobre el servicio militar obligatorio.

Esta serie de acontecimientos en los últimos seis meses de 1963 estaban relacionados entre sí, ya que la nueva « reforma agraria » no es más que una parte de un cambio mucho más amplio y radical de los objetivos y de los métodos del régimen.

Formalmente, la segunda reforma agraria se distingue de la primera por la proporción que establece entre la tierra de propiedad privada y la de propiedad estatal. En 1961, la distribución establecida por la primera reforma agraria era la siguiente : el 29,16 por ciento de granjas de propiedad estatal, el 11,83 de cooperativas y el 59,01 de explotaciones privadas (35). Este era, de hecho, el resultado definitivo de la primera reforma agraria.

Ese sesenta por ciento de explotaciones privadas se dividía en tres categorías : 140.000 propietarios con menos de dos caballerías (una caballería equivale aproximadamente a trece hectáreas) ; 60.000 con entre dos y cinco caballerías ; y 10.000 con entre cinco y treinta caballerías. Las dos primeras categorías correspondían a los pequeños agricultores, la tercera a los agricultores medios (36). En cuanto a los latifundistas, fueron liquidados en 1959.

En su sentido más elemental, la segunda reforma agraria ha hecho pasar la proporción de un 40-60 en favor del sector privado a un 70-30 en favor del estatal. Este cambio se ha realizado gracias a una nueva gran ola de expropiaciones, esta vez de 10.000 « agricultores medios ». Sin embargo, el treinta por ciento restante de pequeños agricultores disminuirá también, ya que los campesinos que abandonan la agricultura no serán reemplazados. En todo caso, los pequeños campesinos dependen totalmente del Estado y se hallan fuertemente controlados por una asociación estrechamente relacionada con el I.N.R.A. De este modo, el sector agrícola estatal se acercará gradualmente a esa cifra del noventa y cinco por ciento de la industria que es ya propiedad del Estado cubano.

Desde el punto de vista técnico, la segunda reforma agraria presenta otro aspecto importante. La nueva reforma intentará combinar el crecimiento de la propiedad estatal con un aumento de la gestión descentralizada. El plan propugna el establecimiento de un mayor control regional y la creación de unidades de producción más pequeñas, concediendo mayores atribuciones a los administradores agrícolas locales. El régimen cuenta en gran manera, para dirigir las nuevas explotaciones estatales, con los jóvenes enviados a las escuelas agrícolas por períodos que oscilan entre unos cuantos meses y dos años. La verdad es que, como máximo, todo esto exigirá una burocracia mayor y más eficaz que antes.

Queda por ver si el nuevo sistema funcionará mejor que el viejo. La « anarquía burocrática » puede empeorar más bien que al contrario. No quiero con esto dar a entender que no puedan producirse fluctuaciones en la fortuna económica de Cuba. El aumento espectacular del precio mundial del azúcar constituirá una ganga enorme si la escasez continúa y si puede aumentarse sustancialmente la cosecha azucarera cubana en uno o dos años. Castro ha indicado que espera poder beneficiarse de los altos precios del azúcar en 1965 y 1966, pero que esos precios se hundirán de nuevo hacia 1970. De todos modos, cualesquiera que sean los factores a corto plazo, la crisis agrícola ha tenido su origen en la política básica y a plazo largo. Los errores y la mala gestión que Castro ha venido denunciando —costes exorbitantes de producción, métodos descuidados o inexistentes de contabilidad, ignorancia y chapucería administrativas— son más bien síntomas que causas.

La causa subyacente ha sido la decisión de construir el « socialismo cubano » sobre la agricultura si no podía hacerse sobre la industria. Y « socializar » a los campesinos tras haber socializado a los obreros

(35) Informe de Antonio Núñez Jiménez, *Bohemia*, 28 de mayo de 1961.

(36) Véase Raúl Cepero Bonilla, *Cuba Socialista*, enero de 1963, en cuanto a la distribución de las tierras de propiedad privada ; y Fidel Castro, *Hoy*, 11 de agosto de 1963, en cuanto a la clasificación de los pequeños agricultores.

ha resultado poco beneficioso. En gran parte, el nuevo sistema no es más que el viejo en forma aumentada. La extensión de la propiedad estatal en la agricultura se ha convertido en una realidad inmediata ; el establecimiento de una descentralización eficiente es sólo un fin. El I.N.R.A. tendrá que absorber nuevos cientos de miles de hectáreas al mismo tiempo que intenta ejercer un control menos directo sobre cada explotación. A pesar de la fe conmovedora del profesor Dumont en Castro, habrá más granjas que antes ; la única cuestión es si su gestión será más eficaz.

La « Revolución técnica » es el último de los *slogans* propagandísticos que, en países como Cuba, parecen haber reemplazado a la religión considerada como el opio de los pueblos. Su objetivo inmediato, tal como lo definió Guevara el 16 de diciembre de 1963, es relativamente modesto : « Hoy estamos en esa tarea : la tarea de alcanzar en algunos aspectos de la producción un nivel técnico que ya teníamos y que hemos perdido ; algo imperdonable y que debemos solucionar en corto tiempo. » Difícilmente encontraríamos un juicio más duro sobre la revolución cubana, a los cinco años de la victoria, que esta afirmación de que ahora « está en la tarea » de ponerse al nivel de la Cuba prerrevolucionaria, a la que se suponía tan atrasada y primitiva.

Sean cuales fueren los resultados finales que la « Revolución técnica » pueda conseguir, lo cierto es que ha colocado a los obreros especializados en la situación de hace dos o tres decenios. Unos titulares del órgano comunista *Hoy* del 30 de octubre de 1963 explicaban lo que estaba ocurriendo : Los obreros « renuncian a conquistas que hoy constituían privilegios ». En los malos tiempos de ayer —seguía diciendo el artículo— los trabajadores de la industria eléctrica habían conquistado los siguientes beneficios : un « plus de antigüedad de 10 pesos mensuales por cada cinco años de servicio ; seis semanas de vacaciones pagadas, en vez del mes habitual ; otras dos semanas de paga como « aguinaldo pascual » ; y un « descanso pagado por las horas extra » trabajadas. La primera victoria de la « Revolución técnica » ha sido acabar con todos estos « vicios del economismo en el movimiento sindical », según la expresión del artículo. La manera de realizar esta campaña, lanzada en noviembre, es la peculiar de todos los regímenes totalitarios. No bastaba con que el gobierno y el partido hubieran decidido imponer de nuevo la semana de seis días, aumentar las horas de trabajo y suprimir todos los beneficios conquistados en dura lucha. En una industria tras otra, se obligó a los sindicatos mismos a que organizaran reuniones y solicitasen el privilegio de trabajar más por un salario menor.

Si el aspecto económico de la segunda reforma agraria es aún cuestionable, el aspecto político está en cambio más que claro. Se ha dispuesto la escena para organizar, por inspiración gubernamental, un paroxismo de « guerra de clases » en el campo. Castro mismo utilizó el 2 de octubre esta expresión en un discurso a los estudiantes agrícolas, en el que les dijo que esperaba « una batalla de clases más dura » que la que tuvo lugar tras la primera reforma agraria. Fidel hizo lo posible por despertar en los muchachos el frenesí contra el nuevo « enemigo de clase », la « burguesía rural » de los campesinos medios, que, dijo, eran más peligrosos incluso que los latifundistas, porque los primeros tienen « cierta preparación, cierta cultura, muchas amistades ».

Es curioso que en ninguna de las críticas de la agricultura cubana que durante muchos meses antes de la segunda reforma agraria hicieron Castro, Guevara y sobre todo Rodríguez, se mencionara apenas a los agricultores medios. Después de todo lo que se había dicho acerca de la mala planificación en las alturas, la desnaturalización de las cooperativas y la mala administración de las granjas, el hacha política cayó sobre los agricultores medios.

No menos curiosos son los antecedentes de la ley de servicio militar obligatorio. A mediados de 1963 la estructura militar cubana era tan fuerte que el 4 de junio Castro creyó oportuno jactarse de que Cuba gozaba de una « situación de seguridad » frente a cualquier invasión directa por los Estados Unidos. El 22 de junio, el líder cubano declaraba que los

últimos « infiltrados contrarrevolucionarios » estaban siendo eliminados y habían sido abandonados por quienes les enviaron. Así, su primera explicación del establecimiento del servicio militar obligatorio, el 27 de julio, tuvo un carácter puramente interior. Castro dijo que se trataba de una de las dos medidas —la otra era la asistencia obligatoria a la enseñanza « secundaria básica »— destinadas a impedir que se desarrollara « el elemento parasitario, el lumpen en potencia de mañana ». La ley de servicio militar obligatorio la refirió Castro únicamente a los adolescentes que abandonaban los centros de segunda enseñanza y se volvían « incultos, ignorantes, parasitarios ».

Al parecer los dirigentes cubanos pensaron que podría considerarse como un rasgo peculiar de la « Cuba socialista » el resolver los problemas sociales por medios militares. Cuando Raúl Castro presentó oficialmente el 12 de noviembre la ley de servicio militar obligatorio, creyó necesario hacer una declaración especial negando que la ley hubiese sido concebida « para acabar con los vagos ». Raúl señaló que la nueva ley representaría un ahorro considerable en las pagas de los soldados, ya que los reclutas cobrarían sólo siete pesos mensuales y no lo que ganaban como paisanos, como en el sistema anterior ; y añadió que la ley permitiría a las fuerzas armadas licenciar más fácilmente las tropas que ya hubiesen acabado su período de alistamiento (37). Pero Raúl Castro no logró disipar completamente la sospecha de que la nueva ley podía ser más importante por razones económicas y sociales que por razones estrictamente militares.

La insólita edad mínima de diecisiete años hará que entren en las fuerzas armadas muchos jóvenes. La mayor parte de los nuevos reclutas, afirmó Raúl, pertenecerán efectivamente al grupo de los 17 a los 20 años. Estos adolescentes pasarán de tres a cuatro meses por año cortando caña de azúcar o recogiendo granos de café. Raúl justificó los tres años de servicio militar basándose en que tal período permitiría a las fuerzas armadas cortar más caña y recoger más café. En realidad, el futuro ejército cubano se dividirá curiosamente en dos clases : los autorizados y los no autorizados a llevar armas. Esta última categoría estará formada por « los vagos, los lumpen, los gusanos » y otros indeseables (38).

Sea ésta la razón principal o sólo un aspecto de gran importancia, el hecho es que la ley de servicio militar obligatorio proporcionará al régimen castrista una fuerza de trabajo barata y militarizada. Esta fuerza sustituirá al sistema de los « voluntarios », al que el régimen había recurrido anteriormente en las situaciones de excepción. Durante algún tiempo se vio claramente que los « voluntarios » eran cada vez menos voluntarios ; en realidad, eran grupos de empleados y obreros recogidos en camiones en las oficinas gubernamentales y en las fábricas de propiedad estatal, con el fin de realizar trabajos agrícolas para los cuales se hallaban mal preparados y peor dispuestos. Como consecuencia, su rendimiento y eficacia en el trabajo eran muy deficientes : cortaban la caña demasiado alta o recogían granos de café sin madurar. Y lo peor de todo era que resultaban exorbitantemente caros. Fidel Castro reconoció que el sistema de los voluntarios había dado como resultado una pérdida económica debido a que,

(37) En relación con este argumento, Raúl Castro hizo una referencia inesperadamente reveladora a la llegada de tropas soviéticas a Cuba en agosto de 1962. Recordó que ese mes se hallaba prevista la desmovilización de una unidad estacionada en la Isla de los Pinos y a continuación dio la siguiente explicación de la demora : « En esos momentos, en nuestro país, se estaba produciendo la llegada al mismo de la tropa soviética. Era lógico pensar que, por un motivo u otro, se podían avecinar días difíciles. » Raúl utilizó la expresión « tropa soviética », no técnicos o instructores u otro circunloquio cualquiera. Fidel Castro había revelado anteriormente que las negociaciones cubano-soviéticas, que dieron por resultado « el reforzamiento de nuestras Fuerzas Armadas y el envío de cohetes estratégicos a nuestro país », se iniciaron en junio de 1962 (*Revolución*, 20 de abril de 1963).

(38) « Gusano » es el término genérico que se utiliza en Cuba para insultar a los « contrarrevolucionarios ». Así, tras la muerte de Dag Hammarksjöld, Guevara le llamó « un servil gusano imperialista » (*Revolución*, 30 de octubre de 1961).

según sus palabras, « sacamos a un trabajador de una productividad de diez pesos y lo ponemos a lo mejor a recoger café con una productividad de $ 1,50 ». Raúl Castro señaló el caso de catorce obreros de la electricidad que costaron 5.800 pesos en salarios y otros gastos y recogieron café por un valor de 304 pesos (39).

No hay, pues, por qué extrañarse demasiado de una ley cuyo objeto es resolver los problemas sociales y laborales mediante la militarización. Se trata simplemente de uno de los aspectos de la tendencia que se refleja en el sistema penal cubano. Es de señalar, por ejemplo, la Ley número 1.098, promulgada a principios de 1963. Esta ley castiga con penas de veinte a treinta años de prisión los robos o hurtos por un valor no inferior a 100 pesos, si en ellos están implicados menores de edad y la pena de muerte si se cometen por personas en uniforme. Los acusados deben ser juzgados a las veinticuatro horas y sentenciados dentro de las setenta y dos horas (40). Esta ley sólo puede significar que los milicianos en uniforme se dedicaban con furia al robo y al pillaje y que el régimen no podía recobrar el control sin recurrir a métodos que ya no se consideran tolerables en los países civilizados. Y todo eso había ocurrido precisamente en Cuba, como ha reconocido la prensa cubana cuando alabó en artículos y editoriales la eficacia de la ley número 1.098.

En Cuba han reaparecido también los campos de trabajo, que el mundo esperaba probablemente no volverían a existir después de la muerte de Stalin. Como el gobierno cubano se ha negado a permitir que la Cruz Roja Internacional o cualquier otro organismo desinteresado investigue sobre estos campos y otras instituciones penales, la mayor parte de las informaciones en torno a ellos han tenido que salir de fuentes exiliadas cubanas. Sin embargo, la prensa cubana ha mencionado por lo menos uno de esos campos. Se halla situado en la abandonada península de la Guanahacabibes, en el extremo más occidental de la isla, y parece poblado principalmente por administradores o funcionarios acusados de infracción de los reglamentos. (Fuentes exiliadas afirman que existen otros campos en La Campana, Cayo Diego Pérez, Minas del Río Frío y Baytiquiri, con miles de presos políticos.) En una reciente entrevista con Guevara, publicada en un periódico de La Habana, se daba a entender que este campo podía ser la causa de que se hubiesen producido « inhibiciones » en la burocracia. Guevara no se mostró impresionado (41).

No debiera ser imposible, especialmente para quienes se declaran a sí mismos marxistas, advertir la conexión que existe entre el sistema penal cada vez más represivo y regresivo, la crisis económica cada día más honda y la deterioración de la situación social. Lo que resulta más difícil de comprender es la ausencia de protestas e incluso de interés entre quienes, en cualquier otro país del mundo, se sentirían disgustados por tales métodos.

VI

« No aplicaremos el servicio militar, porque no hay derecho a obligar a un hombre a ponerse un uniforme, un casco, darle un fusil y ponerlo a marchar » (42).

Estas palabras del Fidel Castro de enero de 1959 se distancian tanto del Fidel Castro de enero de 1964 que no merece la pena recalcar la diferencia. Lo que resulta más significativo y menos conocido es la propia actitud de Castro frente a su pasado, tanto su pasado lejano de lucha por el poder como el más reciente de ejercicio del gobierno.

---

(39) Fidel Castro, *Revolución*, 22 de octubre de 1963 ; Raúl Castro, *ibidem*, 13 de noviembre de 1963.

(40) Esta ley fue explicada y defendida por el fiscal Dr. Santiago Cuba en *Hoy*, 29 de marzo de 1963.

(41) *La Tarde*, 11 de noviembre de 1963. La Comisión Internacional de Juristas publicó en Ginebra, en 1962, un excelente estudio, *El Imperio de la Ley en Cuba* ; pero no da cuenta de los peores excesos, tales como la Ley nº 1098 y los campos de trabajo, que aún no se conocían.

(42) Fidel Castro, discurso del 13 de enero de 1959 (*Revolución*, 14 de enero de 1959).

Respecto al período anterior a 1959, los dirigentes cubanos han adoptado una actitud de desvío político de estilo mundano. De él hablan como si fueran adultos al cabo de la calle que contemplaran su infancia inocente y un poco atolondrada. Por ejemplo, Guevara declaraba a los argelinos el 13 de julio de 1963 que los dirigentes de la revolución cubana « eran sólo un grupo de combatientes de altos ideales y poca preparación ». El 30 de octubre, tras arengar a sus oyentes sobre la necesidad de evitar « el aburrimiento, la uniformidad y la monotonía » bajo el socialismo, Castro añadió lo siguiente : « Es posible que nosotros mismos no hubiéramos podido expresar estas cosas al pueblo años atrás, porque no sabíamos ; pero nosotros sabíamos que no sabíamos. » Y a continuación añadió aún con mayor modestia que no sabían más que lo que ya sabían cuando desembarcaron del « Granma », el yate que les llevó de México a Cuba en diciembre de 1956. Todo lo que podía afirmar siete años después es que ahora eran mucho más conscientes que antes de las « extraordinarias posibilidades ».

Respecto al período de 1959 a 1963, Castro se ha mostrado no menos desdeñoso. En octubre de 1963, el mes de la segunda reforma agraria, se refirió a esos años calificándolos de « la época de los niños malcriados, de las tolerancias por aquí, de las equivocaciones, de los infantilismos ». Unos días después, afirmaba que « no vamos a entrar con pantalones cortos de Kindergarten en el sexto año de la Revolución » y que era necesario « dejar atrás la etapa del cretinismo económico » (43).

Este duro juicio del inmediato pasado de la revolución, que después de todo es el suyo propio, no le impide a Castro asegurar al mismo auditorio que al fin ha encontrado el camino justo y que el futuro de la agricultura es tan brillante como hubiese debido serlo el pasado de la industria. Pero el reconocimiento de estos ingenuos errores no deja de tener una intención política.

Sobre todo, sirve para poner de relieve la ruptura que se avecina con el pasado reciente, como si en su sexto año la revolución cubana no fuera a iniciar simplemente otra etapa, sino su primera etapa real y a empezar a tomarse a sí misma en serio. Los dirigentes cubanos han sentido la necesidad de demoler y de burlarse de la mayor parte de lo que hicieron en sus cinco primeros años en el poder, con el fin de liberarse de todos los compromisos pasados. La particularidad de esta revolución consiste en que periódicamente necesita hacer tabla rasa. Resulta por ello irónico que esas mismas cosas que encantaron y conquistaron a simpatizantes extranjeros como Jean-Paul Sartre, C. Wright Mills, Waldo Frank y otros estén siendo afanosamente repudiadas y denunciadas en Cuba misma. Tras « unas cuantas conversaciones y una rápida visita » a la isla, efectuada en 1961, la señora Joan Robinson afirmaba entusiásticamente : « Este estilo abierto de administración, que asombra lo mismo a los visitantes del Este que a los del Oeste, puede funcionar (y de alguna manera funciona, dejando aparte errores y omisiones) porque el país es pequeño y los administradores se conocen unos a otros, dado que hicieron la guerra juntos en las montañas » (44). Ese « estilo abierto de administración » es exactamente lo que los dirigentes cubanos están decididos a suprimir, porque no podía funcionar. Hoy se lamenta la construcción de esas pequeñas casas de hormigón que surgieron en el primer año o en los dos primeros años del régimen castrista : se las considera « improductivas ». En la larga lista de errores que Guevara recitó en Argel, se incluía el « demasiado énfasis [dado] en los primeros momentos a la satisfacción de las necesidades sociales ».

Si cualquier dirigente democrático confesara el tipo de errores cometidos en Cuba, correría el riesgo de convertirse en el hazmerreír de la gente. Pero a los cubanos no se les juzga en función de las normas democráticas ordinarias. En ciertos círculos disfrutan de una dispensa especial que les concede la vieja palabra mágica de « revolución » y en América Latina la nueva palabra mágica de « marxismo ». La pri-

(43) *Revolución*, 22 y 31 de octubre de 1963.

(44) *The Listener*, Londres, 24 de agosto de 1961, pág. 265.

mera ha perdido prácticamente todo significado, y lo mismo parece estarle ocurriendo a la segunda. Tal como se la utiliza ampliamente en América Latina, sería mejor emplear la expresión « marxismo mágico », ya que es poco lo que tiene de común con la original. Después de todo, el socialismo no lo inventó Marx. Este se pasó toda la vida tratando de situar el pensamiento utópico anterior a él sobre unas bases « científicas », es decir, de determinar las condiciones sociales y económicas para su realización. Ha habido muchos « socialismos », pero en nuestra época las viejas variedades tienden a reaparecer con nuevas formas bajo la misma marca del « marxismo ». Así, hoy tenemos « marxistas » cubanos que han demostrado ser capaces de encargar fábricas olvidando el pequeño detalle de las materias primas, y que, cuando vieron que no tenían buen éxito con la nacionalización del cuarenta por ciento de la agricultura, nacionalizaron otro treinta por ciento.

Al contemplar retrospectivamente los cinco primeros años del poder castrista, la línea principal de continuidad parece ser el poder mismo de Castro. Este poder se ha basado principalmente en quienes, tanto entre los dirigentes como en las masas, le han apoyado a él incondicionalmente, más bien que en quienes apoyaban lo que Castro defendía. El grupo de sus colaboradores más íntimos le ha sido fiel durante cerca de diez años a través de sus diferentes manifestaciones públicas, como demócrata constitucional, « humanista » anticomunista y anticapitalista, « socialista », « marxista-leninista » y comunista. Estos colaboradores personales se encuentran en el gobierno y en el partido, pero su base principal son las fuerzas armadas, que se han convertido prácticamente en coto privado de los fidelistas incondicionales de mayor antigüedad. En su primer período, León Trotski observó una vez que la organización del Partido sustituye al Partido, el Comité Central sustituye a la organización del Partido y, finalmente, « un solo dictador sustituye al Comité Central ». Castro ha invertido el proceso. Empezó siendo el líder y sólo después sintió la necesidad de un Comité Central, una organización de Partido y un Partido. Pero, en todas las ocasiones, ha conservado un grupo íntimo y una masa exterior fieles a él solo, y esto es lo que le ha proporcionado un margen de maniobra frente a los viejos comunistas cubanos y a los otros Estados comunistas, que no habría tenido con el simple dominio del gobierno y del Partido.

Careciendo de una doctrina original, creadora e indígena, Castro llenó el vacío que había en sí mismo —ese vacío que expresaba al decir « no sabíamos »— con el comunismo, igual que antes lo había llenado con otros movimientos. Pero el difícil e inquietante problema que plantea su comunismo es que lo ha llenado en parte con su idiosincrasia personal y en parte con residuos de la tradición revolucionaria latinoamericana. El resultado es una variante peculiar que se distingue de todos los comunismos que hemos conocido, y las variantes tienden por naturaleza a ser idénticas o diferentes, según lo que uno decida poner de relieve. Quienes consideran al líder cubano como un pelele de Kruschef o un agente secreto de Mao menosprecian grotescamente la apuesta que Fidel Castro ha hecho sobre Fidel Castro mismo.

De aquí que Castro haya construído un sistema de gobierno respecto al cual se halla al mismo tiempo dentro y por encima. El es quien hace todo, pero no se le puede culpar de nada. Cuando Carlos Rafael Rodríguez habló de la forma injusta en que se trató a los campesinos en la segunda mitad de 1961 y en los primeros meses de 1962, estimó necesario añadir : « Muchas veces el campesino mostraba su inconformidad y rebeldía por situaciones que no eran justas, con estas palabras : Si Fidel lo supiera. » (45). Pero ¿cómo podía Fidel dejar de saberlo? Después de todo, en aquel período era presidente del I.N.R.A. ; el primer director ejecutivo, Antonio Núñez Jiménez, respondía directamente ante él. Si durante ocho meses como mínimo los funcionarios del I.N.R.A., los dirigentes políticos locales y hasta los « camaradas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias », según las palabras de Rodríguez, provocaron la rebeldía entre los más po-

(45) *Revolución*, 18 de mayo de 1963.

bres, ¿qué hacía mientras tanto el Líder Máximo, el primer ministro, jefe del Partido y presidente del I.N.R.A.? A fines de 1963, los mismos actores representaron el mismo pequeño drama. Esta vez Rodríguez fue el blanco de una de las repulsas de Castro. El 30 de octubre de 1963, como resultado de una nueva sacudida en la agricultura, Fidel exclamó : « Basta de revolucionarios teóricos, basta de marxistas puramente teóricos. El marxista-leninista puramente teórico es realmente un gasto improductivo de la sociedad. « ¿A quién se refería Castro? Cuarenta y ocho horas después, Rodríguez y todo el personal del I.N.R.A. firmaron una larga carta autodenigratoria dirigida a Castro, confesando todos los errores y disparates contra los que Castro había prorrumpido en invectivas.

Las perspectivas interiores de la Cuba castrista son sombrías. El « marxismo mágico » ha perdido su hechizo y todo lo que resta es exhortar y obligar a los campesinos a que cultiven más caña azucarera y a los obreros a que dediquen más horas de trabajo a beneficio del Estado. Lo único que, verosímilmente, permitiría a Castro recobrar su vieja fanfarronería sería la toma del poder por los fidelistas en otro país latinoamericano, lo que le ha llevado a un empeño tan vehemente en Venezuela (46). Pero, en el caso de que se produjera en Cuba una crisis aún más grave, Castro está dispuesto a adoptar medidas todavía más extremas con tal de mantenerse en el poder. Durante el primer año de su régimen, el líder cubano glorificó el carácter único de la revolución cubana, que —afirmó— gozaba del apoyo del 90 al 95 por ciento del pueblo y deseaba establecer « la unidad de todos los sectores de todas las condiciones » (21 de mayo de 1959). En el quinto año, habiendo disminuído fuertemente el porcentaje de apoyo popular y disponiendo de medios para desunir cada vez más a la sociedad cubana, Castro se salió con una teoría de la revolución que impedirá le falten enemigos. « La revolución —dijo— necesita al enemigo, el proletariado no rehuye al enemigo, necesita al enemigo. El revolucionario para desarrollarse necesita su antítesis, que es el contrarrevolucionario » (47). En circunstancias diferentes, Stalin elaboró una teoría semejante, según la cual la lucha de clases se agudiza a medida que el socialismo progresa. Si Stalin no tenía bastantes enemigos los inventaba. Los enemigos de Castro son cada vez más hechura suya y surgen cada vez más entre los campesinos y obreros que necesitan ser conducidos y « disciplinados ».

La tragedia final de Cuba bien puede consistir en el hecho de que en 1959 no existía en América Latina otro país donde la situación social y psicológica fuera más favorable para una democracia verdaderamente progresiva y de que en 1964 hay un solo país latinoamericano donde el socialismo, que en otro tiempo se defendía doctrinalmente, está siendo mancillado y desacreditado.

(46) Añadamos que esto se ha hecho contra los preceptos del pequeño manual de Guevara *La lucha de guerrillas*. Guevara escribía : « Donde un gobierno haya subido al poder por alguna forma de consulta popular, fraudulenta o no, y se mantenga al menos una apariencia de legalidad constitucional, el brote guerrillero es imposible de producir por no haberse agotado las posibilidades de la lucha cívica » (pág. 13). Pero resulta que el gobierno venezolano subió al poder gracias a una votación indiscutiblemente popular. Guevara escribía también que « los lugares que ofrecían condiciones ideales para la lucha eran campestres » (pág. 59). Pero era precisamente en el campo venezolano donde el Presidente Betancourt resultaba más fuerte.

(47) *Hoy*, 24 de febrero de 1963.

libros

A 25 años de la muerte de Alfonsina Storni

A VEINTICINCO AÑOS de su muerte voluntaria, Alfonsina Storni sigue encontrando fieles lectores de su obra personalísima y artísticamente valiosa, con los ascensos y caídas, los logros y las imperfecciones de toda expresión que es testimonio de una vida intensa, tan intensamente vivida como soñada. Es, en la Argentina, el poeta femenino por excelencia, el que mejor responde, por sus dones, a lo que la especie debe ser : amor exaltado, pero no tempestuoso ; claro sentido de la realidad y fina percepción psicológica ; ironía sin acritud ; sentimiento y emoción espontáneos y discretos ; estilo directo, natural, sin rebuscamientos ; ternura tocada a veces de humor ; nada de preocupaciones metafísicas o ideológicas ; valentía moral para ser fiel a sí misma.

Juan Ramón Jiménez celebró, entre sus calidades mejores, su *naturalidad completa,* caudal genuino de vida y poesía. Así la vieron sus contemporáneos, argentinos y extranjeros. Así la juzgó Roberto F. Giusti en el estudio que le dedicó poco después de su muerte. Nada se ha escrito después que supere o modifique sustancialmente aquel juicio, ponderado en el análisis de la única biografía posible : la de sus libros, sin violentar, como suelen hacer algunos críticos de caza menor, aquello que ella dejó en silencio (1).

Alfonsina Storni fue uno de los poetas argentinos con auténtica intimidad y uno de los que con más sincera urgencia hicieron de esa intimidad materia de su canto. Es la suya una experiencia muy peculiar en una poesía que se ha desenvuelto alrededor de unos cuantos temas insistentes, siguiendo la ejemplaridad de unos pocos o dejándose llevar por las variaciones de la moda literaria. No fue un poeta excepcional, porque no llegó a dominar cabalmente el instrumento expresivo, acaso porque ella misma no puso esfuerzo en lograrlo. Pero fue original tanto por su personalísimo mundo poético como por haber iniciado la rebeldía en verso contra las limitaciones y estrecheces del medio : su queja vivaz e insistente iba también contra un mundo literario que parecía acatar mansamente la ley del optimismo obligatorio.

Perteneció a la generación postmodernista. Cuando ella apareció en 1916, imperaba Lugones, con sus variadas influencias. Enrique Banchs, el lírico puro, había cerrado su ciclo en 1911, con los hermosos sonetos de *La Urna,* fuente de mucha imitación posterior. En 1915 había publicado su primer libro, *Las iniciales del misal,* B. Fernández Moreno, dueño ya de su prodigioso don de percepción de la poesía de las cosas ; en el mismo año, pasó inadvertido *El cencerro de cristal,* de Ricardo Güiraldes, que influiría años después en la llamada generación martinfierrista. A aquella misma promoción perteneció Ezequiel Martínez Estrada, cuya poesía de las ideas, de grave entonación profética, no encontró discípulos ; los tuvo en cambio Arturo Capdevila, menos por la riqueza prometedora de su primer libro, que por el entusiasmo y la facilidad verbal ante los que cedió. Luis Franco iniciaba por esos años su protesta humana y social y Arrieta la confesión de su mundo sin estridencias.

Era momento de inquietud en las letras argentinas : la guerra alentaba balances y definiciones y el ojo atento a las innovaciones europeas ya había descubierto las primeras señales. Estas no influyeron por esos años y los poetas siguieron escribiendo según sus modos personales, nítidos y definibles por su conciencia artística y su economía esencial : por adhesión o por contraste influirán en los que vienen después, mezclando dones naturales y frutos de la cultura literaria, pirotecnia verbal y sensiblería monótona.

En lo que podemos llamar poesía femenina, porque evidentemente tiene sus características

(1) Cierta publicación reciente recoge los versos con que Alfonsina Storni pagó su tributo quinceañero a las fiestas escolares y los álbumes de familia e incluye una increíble investigación sobre las circunstancias de su nacimiento, verdaderamente lamentable, por decir lo menos.

propias, Alfonsina Storni no solamente es la primera voz que resuena con todo su ser, sino que es la única que se dio tan plena y sencillamente : la irónica complacencia con que solía escucharse, en los años de su aparición en las letras, la voz de la mujer, con prejuicio que no era del todo infundado, conspiró contra algunas vocaciones y las enfiló hacia dos direcciones equivocadas : en unas la poesía se vistió de solemnidad excesiva y de exageración en los conceptos, con el deseo de convencer por la elevación del tono ; en otras se quedó en la anécdota pequeña, en las emociones primarias, con estilo hecho de comparaciones obvias. Del naufragio general deben salvarse algunos nombres, antes y ahora : ninguno comparable a Alfonsina Storni. Como señaló Juan Ramón Jiménez, se reveló gran poetisa desde su primer libro. En la « lírica amorosa » en lengua española de este siglo, acaso ninguna alcanzó su brillo intenso, espontáneo y duradero. Al definirla como lírica amorosa, quedan limitados los términos de comparación, que tan frecuentemente se hace, con otras expresiones de su tiempo : el erotismo entusiasta y trascendente de Delmira Agustini ; la soledad infértil pero heroica de María Eugenia Vaz Ferreira ; el canto jubiloso de Juana de Ibarbourou ; el tono apostólico, lleno de nobleza persuasiva de Gabriela Mistral ; todas ellas voces al parecer irrepetibles, que semejan haber agotado, como Alfonsina Storni en la Argentina, las posibilidades de originalidad en la poesía femenina en estas latitudes. Dicho sea sin desmerecer la calidad de algunas poetisas posteriores, tanto uruguayas como argentinas, que se enfrentan con esas experiencias únicas.

Nacida en la Suiza italiana, la vida de Alfonsina Storni puede resumirse en tres palabras : vivió, sufrió, murió. Traída a la Argentina cuando contaba cuatro años de edad, se crió en una lejana provincia ; adolescente, trabajó en empleos varios, hasta graduarse de maestra y comenzar a enseñar, una de las pasiones de su vida. Gozó de la amistad y la simpatía de sus colegas del mundo literario ; comunicativa y jovial en lo externo, era un alma triste, llena de pudores del sentimiento. Aquejada de un mal incurable, se quitó la vida, lanzándose al mar. Poco antes se había suicidado Leopoldo Lugones y no lejos Horacio Quiroga, en cuyo homenaje escribió ella un poema que pudo ser el anticipo de su decisión :

Morir como tú, Horacio, en tus cabales,
y así como en tus cuentos, no está mal ;
un rayo a tiempo y se acabó la feria...
Allá dirán.
. . . . . .
Unos minutos menos... ¿Quién te acusa?
Allá dirán.

Con la misma mano firme escribió ella, dos días antes de matarse, el soneto *Voy a dormir*, manso, estremecedor, extraño.

La autora dejó a un lado, en las colecciones antológicas, su primer libro, *La inquietud del rosal*, publicado en 1916. Según Giusti, hizo bien. Sin embargo, leído ahora, sorprende hallar mucha buena cosecha del tiempo del aprendizaje y sobre todo una clara conciencia del rigor y de la honestidad intelectual. Sobre la elaboración de este libro, dijo poco después : « Clavada en un sillón, al lado de un horrible aparato para grabar discos, dictando órdenes y correspondencia a la mecanógrafa, escribo mi primer libro de versos, un pésimo libro de versos... Pero lo escribí para no morir. »

Ya estaba toda entera en él :

El rosal en su inquieto modo de florecer
va quemando la savia que alimenta su ser.
Fijaos en las rosas que caen del rosal :
tantas son que la planta morirá de ese mal.
El rosal no es oculto y su vida impaciente
se consume al dar flores precipitadamente.

De ese libro a *El dulce daño*, publicado dos años después, en 1918, el salto es notable. Es más dueña de su instrumento y más madura de ideas y de emociones ; las notas de exaltación del amor empinado,

La vida tuya sangre mía abona
y te amo a muerte, te amo ; si pudiera
bajo los cielos negros te comiera
el corazón, con dientes de leona,

fueron motivo para que se creara en torno de ella, en tiempos de pudibundez, esa atmósfera de recelo y repudio que hoy nos sorprende, sólo porque sus audacias de entonces son ingenuas confesiones a nuestros ojos de hoy. (No nos mueva a error o a injusticia, en su caso como en el de otros poetas del pasado, ese tono de distancia con que se nos aparecen sus versos : no sentimos como ellos sentían y no sería fácil coincidir en saber si hemos ganado.)

Están, pues, en su primer libro, todos los temas de su obra total. Está la historia íntima, el movimiento y balanceo que se corresponderá con la inquietud espiritual del poeta : comienza el fragoso itinerario que de « la mala sed » lleva al « viaje finido ». La insatisfacción interior se proyecta sobre los seres y las cosas y la ciudad misma, con sus perfiles rectos, inobjetablemente paralelos, se le mete con amargura en el alma y va repitiendo como un monólogo :

Casas enfiladas, casas enfiladas.
Casas enfiladas.
Cuadrados, cuadrados, cuadrados.
Las gentes ya tienen el alma cuadrada.
Ideas en fila
y ángulo en la espalda.

Yo misma he vertido ayer una lágrima,
Dios mío, cuadrada.

Pero es en su libro siguiente, *Irremediablemente*, publicado un año después, donde el tono se hace más amargo, entrecruzado de ráfagas de entusiasmo inocente. Lo escribió en dos meses de soledad y de ímpetu creador y en él la muerte es una presencia casi deseada :

Un día estaré muerta, blanca como la nieve...

y el disparo de ironía que es casi sarcasmo, al hombre que pasa :

Hombre pequeñito, hombre pequeñito,
suelta a tu canario que quiere volar...
Yo soy el canario, hombre pequeñito,
Déjame saltar.
. . . . . .
Hombre pequeñito, te amé media hora,
no me pidas más.

y a la par la amarga reflexión de la nueva experiencia :

mas algo te será escondido,
que pagana de un siglo empobrecido,
no dejaré caer todos los velos.

En 1920 publica *Languidez*, que es la cumbre lírica de su obra y que cierra, porque así lo quiso, una etapa. « Este libro —dijo—, cierra una modalidad mía. Si la vida y las cosas me lo permiten, otra ha de ser mi poesía de mañana. Inicia este conjunto, en parte, el abandono de la poesía subjetiva que no puede ser continuada cuando un alma ha dicho respecto de ella todo lo que tenía que decir, por lo menos en un sentido. Tiempo y tranquilidad me han faltado hasta hoy para desprenderme de mis angustias y ver así lo que está a mi alrededor, pero si continúo escribiendo he de procurarme el tiempo y la tranquilidad que para ello me harán falta. »

Hay, pues, decisión de olvido, como quien se desprende de una máscara ya gastada, se coloca otra y vuelve al escenario. *Languidez* es libro de resignación y casi de morosa complacencia : no hay rebeldía, no hay inquietud, pero hay infinita ternura, como de despedida. A veces su inteligencia se vuelve con gesto burlón hacia sus propias insatisfacciones, como reconociendo en ellas la relatividad de todo. Es libro de soledad en la ciudad tumultuosa : en ninguna parte como en la ciudad tumultuosa puede un alma sentirse tan sola, incomunicada. Vaga por las calles, esquivando el rumor desigual de los hombres iguales, lanzando miradas hacia los interiores, pidiendo en préstamo calor de hogar. Todavía le queda ánimo para escribir juegos de amor y versos de tan cortante tortura como la « Carta lírica a una mujer », en la que exalta los brazos que supieron retener al hombre que ella perdió.

A solas, acomoda los fuegos extinguidos y monologa :

Se me va de los dedos la caricia sin causa,
se me va de los dedos... En el viento, al pasar,
la caricia que vaga sin destino ni objeto,
la caricia perdida ¿quién la recogerá?

o dibuja el amor a los suyos, como en el tiernísimo poema a la hermana.

Después de este libro, hay un paréntesis largo hasta *Ocre*, publicado en 1925, por el que ella sintió especial predilección. El tema es el mismo : soledad y soledad en la ciudad. La ciudad que a Borges inspira su « Fervor de Buenos Aires », a Alfonsina Storni le dicta los ásperos « Versos a la tristeza de Buenos Aires » :

Si en una de tus casas, Buenos Aires, me muero
viendo en días de otoño tu cielo prisionero,
no me será sorpresa la lápida pesada.

Que entre tus calles rectas, untadas de su río
apagado, brumoso, desolante y sombrío,
cuando vagué por ellas, ya estaba yo enterrada.

Acaso puedan incluirse los versos de este poema en la corriente literaria que en los últimos cuarenta años hizo de Buenos Aires la presunta culpable de malogros de la vida nacional y de fracasos de vidas individuales. En esa corriente se inscriben algunos de los mejores libros, de creación o de análisis que se han escrito en el país. La rebeldía contra ella no es sólo temperamental, es consciente : el artista comprende que el conformismo lo volcaría en la mediocridad, en el anónimo del grupo. Y se vuelve rebelde contra el medio, contra la ciudad. Pero hay en el impulso, como suele suceder, hondo amor a ella. En su conferencia « Desovillando la raíz porteña », Alfonsina Storni definió los que eran a su juicio rasgos típicos del habitante de su ciudad : el desdén, la zumbona ironía, el pesimismo, la generosidad material y su empirismo, el aislamiento porteño : « Buenos Aires es la ciudad de los núcleos aislados sin pozos comunicantes ; cada uno se repliega sobre sí mismo, institución o individuo, y desconoce, o poco menos, la acción del otro... Si entre nosotros alguien da un grito más alto que el tono común se queda solo con su propio eco : ha sido escuchado ; su acento no cae en el vacío, pero no se traduce en explosión inmediata ; el germen madura en silencio y sale a luz despaciosamente, muy encubierto de formas. Mientras tanto el que se anima con una confidencia aguda, con un pensamiento atrevido en voz alta, alcanza, a poco que se observe con imparcialidad, la noción de su propio ridículo y procura replegarse como los demás para no ser burlado ».

Rebeldía del intelectual que siente domesticarse el mundo de la cultura en que convive y pe-

trificarse en el silencio el canto que es su razón elemental de existir.

Hasta el próximo libro, *Mundo de siete pozos*, transcurren nueve años de silencio, por lo menos en verso. Entre tanto, publica sus poemas en prosa y su teatro.

La Alfonsina Storni de este libro poco tiene que ver, por lo menos en apariencia, con la de los anteriores. Aquí el ejercicio fríamente intelectual esconde el impulso lírico bajo imágenes abstractas y herméticas. Se ha despojado casi enteramente de toda efusión entrañable y examina a los hombres y las cosas con ojos de pesquisidor indiferente. Es una experiencia argentina. Puede entenderse acaso, no como fruto consciente de un estado de renunciamiento, sino como primordial comprensión de la incapacidad de comunicar el grito hondo de sus libros anteriores. Es, pues, libro de disfraz, aunque por ahí se le escapen pantallazos líricos. Hay ironía fina, sin hieles, que persigue los guiños y las fantasías de las cosas, en vez de las flaquezas humanas : cabriolas de las ideas y del saber elemental, danza del ingenio.

El poeta reveló que quiso escribir este tipo de poesía mal llamada deshumanizada, por desasimiento de las gentes y por estar en paz. Esta poesía hecha con imágenes que casi no salen de sí misma, la dejan intocada ; nada sacan de sí, como no sea la certidumbre de que esta apretada fila de imágenes conceptuales, de versos lanzados como virutas del alma, son también un modo de confesión. Y como siempre, el tema insistente, casi como una obsesión : la soledad. Si ella anduvo entre la gente con su habitual sonrisa y su gesto igual, entregaba ciertamente esa porción de uno mismo que se emplea como tarjeta de identificación y que sirve para que los molestos no se preocupen demasiado por desazón de más o de menos. Pero era en la soledad íntima donde todo aquello se desbordaba, con despiadada sinceridad :

Podría tirar mi corazón
desde aquí, sobre un tejado :
mi corazón rodaría sin ser visto.
Podría gritar
mi dolor
hasta partir en dos mi cuerpo :
sería disuelto
por las aguas del río.

Esta manera de alejamiento del posible lector, cristaliza en su último libro, *Mascarilla y Trébol*, publicado dos meses antes de su muerte. Indiferente y sosegada, con el presentimiento del mal, comienza a analizar todas las trampas que urden la vida de todos los días ; destruye el mecanismo que pone en movimiento los convencionalismos y los engaños, y los recios antisonetos, como ella los llamó, son frío escalpelo de las emociones : misticismo moral que la aleja de las tentaciones de las palabras y de las sustituciones de sentimientos e ideas. Todo lo dice uno de esos antisonetos, perfecto soneto blanco : « Palabras a la luna » :

Quiero mirarte una vez más, nacida
del aire azul, con gotas de rocío
pendientes sobre el mundo, aligerada
de la angustia mortal y su miseria.

Sobre el azogue más azul del río
diciendo « llora », aymé, tan transparente
que no hay palabras para aprisionarte,
nácar y nieve, sueños de ti misma.

Baja : mi corazón te está pidiendo.
Podrido está : lo entrego a tus cuidados.
Pasa tus dedos blancos suavemente
sobre él ; quiere dormir, pero en tus linos,
lejano el odio y apagado el miedo,
confesado y humilde y destronado.

Este ciclo lírico se cierra, como cabía esperar, con el soneto « Voy a dormir » escrito dos días antes de su muerte voluntaria, pero pensado desde muchos años antes. No hay angustia de despedida en él, ni recuerdo para los seres próximos : una tranquila aspiración a morir y apenas, en los dos últimos versos —versos inesperados, que cortan la luminosa onda de los anteriores—, una referencia a un ser que no se nombra y que tal vez no existió : pero el impulso último de la pasión de amor necesitaba de este engaño para no creer que había sido frustrada del todo.

JAVIER FERNANDEZ

J. H. Elliott : « The revolt of the Catalans »

ESTA OBRA ESTUDIA la sublevación catalana de 1640. Su joven autor es lector de Historia en la universidad de Cambridge y ha publicado también recientemente *Imperial Spain*. El levantamiento de Cataluña está presentado aquí con tanta documentación como claridad e imparcialidad de criterio. Los lectores hallarán en estas páginas una espléndida información sobre la vida catalana en los siglos XVI y XVII, sobre lo que fueron desde un comienzo las relaciones oficiales de Cataluña con Castilla y sobre los recelos, los equívocos y los errores políticos que provocaron la sublevación.

Comienza Elliott diciendo que el gobierno conjunto, a partir de 1479, de Isabel y Fernando, « anunció al mundo la aparición de una nue-

va nación europea : España ». Las dos coronas eran de fuerzas diferentes : Castilla ocupaba 378.000 kilómetros cuadrados con una densidad de población grande, mientras Aragón sólo ocupaba 100.000 con una densidad pequeña. También eran ambas coronas diferentes en espíritu, en mentalidad : la federación catalano-aragonesa era esencialmente comercial y tenía una visión cosmopolita ; por el contrario, Castilla poseía una organización social montada sobre la cruzada de su guerra contra el infiel y además su horizonte mental hallábase limitado por siglos de aislamiento cultural y político. Pero la diferencia mayor de las dos coronas (sigue hablando Elliott) estaba en sus propias instituciones : Castilla tenía sus Cortes que venían de la Edad Media, pero estas Cortes eran débiles y nunca tuvieron auténtico poder legislativo. En cambio, las Cortes de Aragón, Cataluña y Valencia compartían aquel poder con su corona, la cual se veía siempre limitada por los fueros. Cada una de las partes de la federación aragonesa poseía al efecto su organismo propio, el cual (como la Diputación de Cataluña) tenía por función específica defender las libertades nacionales contra el poder arbitrario de la corona.

Cree Elliott que la naturaleza de la unión y el desnivel de fuerzas de los dos reinos determinaron el curso del imperio español en el siglo XVI. « América cayó, no en las manos de España, sino en las manos de Castilla. » « Como el Nuevo Mundo fue la conquista de Castilla, los súbditos del rey de Aragón no tomaron parte en la colonización. » « Al reservar América únicamente para Castilla, Isabel y Fernando no sólo inclinaron la balanza más fuertemente en favor de Castilla sino que además perdieron una oportunidad única de fundir sus diferentes pueblos en una empresa imperial común. »

Para los catalanes su país era la hermosura de su tierra y tanto como ésta la organización de su principado, es decir, sus libertades públicas. Estas libertades diferenciaban a su nación de todas las demás, pues el poder de su príncipe era pequeño y sólo podía ejercerlo con el acuerdo de la comunidad toda. Durante el siglo XVI Cataluña no sufrió de centralización ninguna y quedó singularmente intacta, desde luego mucho más intacta que las posesiones de España en Italia. Pero en el reinado de Felipe III, ya entrado el siglo XVII, las cosas cambian mucho en este aspecto, sobre todo porque hubo que acabar con el bandidaje en Cataluña y esto sólo pudo llevarlo a cabo el enérgico virrey Albuquerque violando a cada paso la constitución catalana. Con el reinado de Felipe IV —reinado de la sublevación y la guerra— se agravan rápidamente los temores de Cataluña de imposición de Castilla ante las exigencias económicas de la corona, a la vez que se van agriando los ánimos por una larga serie de descontentos : descontento por el establecimiento en Cataluña de tropas extranjeras (esto es, castellanas, aragonesas y las de otros países a sueldo del rey de España) ; descontento por la obligación enojosísima de alojar esas tropas; descontento de que los cargos públicos fueran concedidos en territorio catalán a personalidades no catalanas ; descontento (¡como hoy!) de que los sermones se pronunciaran en las iglesias en castellano y no en catalán. Etcétera.

Este libro de Elliott enfoca principalmente la personalidad del Conde-Duque de Olivares, primer ministro de Felipe IV, frente a la situación cada vez más difícil de Cataluña. En contraste con cuanto se ha dicho contra el Conde-Duque por tantos historiadores castellanos y catalanes (Víctor Balaguer llegó a afirmar que Olivares provocó de propósito la sublevación para sofocarla después), Elliott nos da una visión distinta. Elliott ve en Olivares « no el campeón de Castilla sino el campeón de España, el campeón de un Estado orgánico unificado de todos los pueblos de la península, donde éstos tuvieran las mismas posibilidades ». « Aunque el Estado fuera de forma castellana esto no significaba a los ojos del Conde-Duque que los castellanos disfrutaran de privilegios. En esto difiere Olivares radicalmente de la vieja escuela de aristócratas castellanos ». Pero la guerra con Francia, las deserciones de los catalanes en los frentes, y finalmente la sublevación, echaron por tierra aquella concepción de una España —la península entera— en pie de igualdad en todas sus partes y armónica.

En un extenso epílogo el historiador nos expone sus conclusiones. Cree Elliott que la revolución catalana intentó salvar a Cataluña del destino de Castilla y fue en sentido muy amplio un ciego y desesperado movimiento de protesta contra la política de una dinastía que había llevado a España al desastre. « Pero, paradójicamente, el mismo fracaso del Conde-Duque constituyó en sí mismo un preámbulo de buen éxito en parte. Cataluña fue empujada a interesarse por el mundo exterior y a protestar vigorosamente contra un gobierno que se había hecho odioso en toda España ». « En 1640 Cataluña habló, por un breve momento, en nombre de toda la península. Habló por los nobles y por los campesinos de Castilla, habló por los aragoneses y por los vizcaínos y por los portugueses y por los valencianos. Durante un breve momento Cataluña pulsó la cuerda unánime que Olivares había perseguido en vano tanto tiempo. »

Este libro de Elliott es una excelente historia. Como toda historia excelente nos enseña mucho y nos hace pensar.

E. SALAZAR CHAPELA

Pierre Drieu La Rochelle: « Sur les écrivains »

PARA LOS ESCRITORES latinoamericanos el nombre de Pierre Drieu La Rochelle fue por un tiempo un nombre harto familiar. Su viaje a la Argentina, su amistad con escritores de este país, los temas americanos por él desarrollados y sus publicaciones en *La Nación* de Buenos Aires, establecieron esa seductora intimidad con una obra, que ahora podemos contemplar totalmente, con las recientes publicaciones de *La Nouvelle Revue Française* (Gallimard, París, 1964), en una de las cuales se ha recogido una serie de ensayos y de críticas bajo el rótulo de *Sur les écrivains,* que Frederic Grover presenta hoy juiciosamente en una forma orgánica, a través de la cual podemos establecer la conexión del pensamiento de esta personalidad tan sugerente y, en apariencia, tan contradictoria.

En junio de 1944 —las fechas son muy importantes en la vida y en el pensamiento de Drieu— anotaba en su Diario : « Hubiera querido ser poeta, o pintor, o músico ; pero escritor del género que soy, no. ¡Qué vulgaridad! Las explicaciones. » Al escribir estas palabras, no hacía otra cosa que formular la intensidad de su drama : Drieu quiso ser en plenitud, sin que nunca lo lograra. Mas conoció los límites de su importancia al enfrentarse con todas las miserias del intelecto aceptando un oficio que rehusó desde el principio. « Ha habido quienes siempre han querido ser escritores y que siempre supieron que lo serían. A mí me parece que esta es una idea que me ha sido propuesta por los otros e impuesta por las condiciones de la sociedad. » Con esta confesión inicia sus « débuts littéraires », y en ella consigna el proceso apasionante, que se desenvuelve a todo lo largo de una serie de artículos escritos en muy diversas oportunidades, asediado por cambios desgarradores. Grover los califica con propiedad de crítica creadora. A pesar de la variedad de asuntos que nos propone, este libro presenta una progresión de ciertos temas y una convergencia que recae sobre algunas ideas permanentes de su autor. Desde las notas exaltadas sobre Nietzsche hasta su luciferina exploración del maniqueísmo hecha a propósito de la religiosidad de Baudelaire, pasando por sus polémicas con los surrealistas y sus juicios sobre los escritores contemporáneos, existe un lúcido repudio a su propia personalidad, una especie de examen de conciencia fallido y de justificación, una explicación, mejor dicho, en la amplitud de su desprecio. Una explicación, sin embargo, hecha con la genial agudeza y la maestría de quien pensaba que « un autor puede ser más vivo que su tiempo ». Drieu fue un « intelectual » y por lo tanto « moribundo », de acuerdo con su fórmula. Un intelectual cuyo último vigor sobrepasaba un mundo muerto o casi muerto. Un mundo en plena « decadencia ».

En la idea sobre la decadencia y el desorden del mundo latino está la raíz de todo su desencanto y el principio de sus imitaciones. Al examinar esta circunstancia, se examinaba a sí mismo, y miraba el desmoronamiento de las viejas estructuras de Occidente con un gesto aristocrático como sólo un burgués puede tenerlo : « Yo soy de esta burguesía media que continúa siendo provinciana en París. Una burguesía que se encuentra al margen de los intereses locales y alejada de la experiencia política : que se entrega a opiniones extremas y vagas con una voluntad que no tiene en sus lugares de origen ; que mezcla catolicismo y nacionalismo con un ímpetu no atenuado por combinaciones de negocios o de elecciones. Por tanto, sobre este mundo reina una idea de decadencia. » Drieu persigue este pesimismo con una sagacidad de « intelectual » desde el Renacimiento, y lo hace culminar en el anatema lanzado contra la democracia y la plutocracia industrial por Renan, por Taine, por Anatole France, por Maurras ; anatema que considera magnificado en « los sistemas más universales y profundos » de Goethe, de Schopenhauer, de Nietzsche. Y a esto agrega un pesimismo cristiano que encuentra en Barbey, en Villiers, en Bloy y en Péguy, en quien descubre unidos el pesimismo ateo y el pesimismo cristiano, con un nuevo monstruo, producto de su « salud popular » : el pesimismo republicano.

Esta convicción negativa lo lleva a desconfiar de toda idea de ciencia, de industria, de progreso ; por doquier observa el asedio de abismos, enigmas, dudas parciales ; en la sociedad, en esa « burguesía laica » tan sólo ve disciplinas « muy terrestres de la vida moderna », y en la literatura, « el grito lúgubre de T.S. Eliot en *The Waste Land* y de James Joyce en *Ulises* ».

Panorama terrible y nada consolador para un hombre creyente como Drieu ; panorama cerrado del gran fracaso y de la podredumbre. « Presentaré —escribe a Victoria Ocampo en 1932 para anunciarle sus conferencias sobre el « tema fundamental de nuestra época »— el problema bajo una forma viva, como garantía de sinceridad a través de mi aventura personal, bajo el aspecto de una narración o de una confesión. Este será el comentario épico de mi generación. »

Pero ¿era que Drieu La Rochelle no avizoraba una salida en este paisaje desolado? Evidentemente, no hallaba solución alguna fuera de la política : « Si no me vuelvo socialista o comunista voy a estallar », escribía en otra carta a su amiga de Argentina. Y parece increíble que

una mente tan viva haya vislumbrado solamente estos dos términos como solución ; sin embargo, un análisis profundo de su situación intelectual y de su vida reclamada por los desórdenes del espíritu, podría darnos la clave de esta miopía cuando se enfrentaba con tema de la decadencia : en la superficie, puede parecernos extraño y contradictorio el hecho de no ver más que perspectivas políticas en la solución salvadora, pero esto no era sino el inexorable desemboque de sus propios principios dialécticos, que cada vez lo empujaban más y más hacia una esquina sin esperanza : « La dificultad radica en que para ser comunista es necesario ser materialista, y a esto no hay medio de llegar. Afirmar la materia es una manera de afirmar el ser. Es éste, por lo tanto, el núcleo de mi mal : no puedo afirmar el ser ni mi persona. » Su problema no era un problema político sino un problema ontológico.

Quizás por estar sumido con toda sinceridad, con toda honestidad, en el mundo decadente de su momento, fue por lo que pudo penetrar con precisión tan certera en las obras de algunos de sus contemporáneos : el análisis de *Contrapunto*, o el de la personalidad de D. H. Lawrence, son ejemplo de esta lúcida realidad. La soberana libertad de artista la empleaba en el examen de los productos de un mundo intelectualizado que enmarcaba en puras categorías políticas, y esta tiranía cerebral lo llevó a excluir lo humano por encima de toda especificación. Es una petición de principio lo que le conduce a su callejón sin salida : « No nos podemos salvar del intelectualismo sino por más intelectualismo. »

En estos escritos, acuñados con un idioma vigoroso y centelleante, se nos ofrece el drama de un espíritu cuya generosidad se revela en su preocupación por el estudio de la obra de sus contemporáneos ; cuya tragedia íntima de amor y de soledad subyace en sus disputas —amargas, vivas, preciosas— con los surrealistas ; cuyo soberbio desdén lo llevaba a pensar que estaba por encima de la vida común y corriente, por encima de ese pueblo y de esa burguesía que hacen el mundo y la historia, y por encima del destino de su propia patria, porque al asumir determinada actitud « no se trataba del destino de la sola Francia, sino del destino de Europa, del destino del mundo ».

En 1939 Drieu La Rochelle escribía : « En todo caso, es en rededor de esta vida —la de Federico Nietzsche—, en rededor de esta obra, en rededor de este nombre donde mi sensibilidad intelectual ha gravitado siempre. » Esta confesión es definitiva para la comprensión total de su obra y de su actitud humana. En el pensamiento del filósofo alemán, Drieu conoció la fuerza y la amó. Una fuerza que sobrepasaba la humanidad, que sobrepasaba todo valor, toda libertad, toda necesidad ; que despreciaba a los hombres y a las mujeres —« no puedo tener sino amistades de seis meses »— ; que pisoteaba la debilidad y la pobreza. En este poder alucinante, Drieu La Rochelle afirmó finalmente su soledad y soñó para sí, con el último delirio de su soberbia, en un nuevo Isaías : « ese aristócrata de familia y de espíritu que veía por encima de las fronteras de su pequeña patria. »

Los ensayos y las notas que se recogen en *Sur les écrivains* constituyen un libro apasionante y son el testimonio de uno de los mayores desórdenes de nuestro siglo. Drieu había diagnosticado este desorden con fría vigilancia : « Los intelectuales tienen el arte de embalsamar suntuosamente las causas muertas. »

F. A.

Manuel Mejía Vallejo : « El día señalado »

El Premio Nadal que, a lo largo de veinte años, ha ido afirmando su prestigio, acaba, en su vigésimo aniversario, de ser concedido por primera vez a un escritor de América, el colombiano Manuel Mejía Vallejo. Su novela, *El día señalado*.

Ese día es el de la venganza ¿De quién? De Luis Miguel. ¿Contra quién? Contra el aventurero y gallero que, a la salida de Tambo, halla a una chica lavando ropa en un remanso del arroyo, la saluda, habla con ella, la embauca, la recuesta entre cañas, se sacude, y la planta allí, no por supuesto sin prometer que volverá y dejándole en señal su famoso gallo Aguilán. La chica cuida no sólo del gallo sino del niño al que da a luz y que, según va creciendo, ve a su madre consumiéndose en la espera de quien la engañó y había de amargarle la vida hasta el último día. A él, Luis Miguel, le toca vengarla, matando al traidor. Tal es el tenue hilo conductor del relato, el cual parece, a primera vista, que nos ha de llevar fuera de Tambo, siguiéndole los pasos a Luis Miguel. Nada de eso.

Y es que, en realidad, el verdadero protagonista del libro es el mismo Tambo. Ya sabemos que, de raíz india, tal nombre designaba a los aposentadores que, en la carretera de Guayaquil al Cuzco, aquella famosa carretera enlosada, rival de las más sólidas vías romanas, recibían al Inca y a su séquito cuando viajaba por ella. En la novela, es un pueblo de unas cuatro mil almas, en una desértica región andina de Colombia. Pobre, seco, esquilmado. No hay en todo el caserío más que un árbol único en la plaza, un

añoso tamarindo del que pende, en la rama más gruesa, un trazo de alambre de púas, resto del lazo que sirvió, años atrás, para ahorcar al rival vencido del actual alcalde y cacique don Heraclio.

Ese don Heraclio extiende su poder y arbitrio absoluto sobre el pueblo entero, incluso al destacamento de unos cien hombres que hay en él bajo las órdenes de un sargento. ¿Cuál es el motivo que justifica la estancia de soldados en tan insignificante residencia? Un campamento de rebeldes en el monte próximo. El carácter de dichos rebeldes queda sin precisar. ¿Político? ¿Social? Lo uno y lo otro sin duda. Lo esencial es el anticonformismo, lo arbitrario, la violencia, en una palabra la actitud esencial, proclamada o tácita, de las gentes de Tambo.

Tal actitud se empeñará si no en vencerla o domeñarla, por lo menos en suavizarla, un sacerdote, el padre Barrios, a quien acaban de enviar a Tambo. Hijo de campesinos, sencillo, recto, animoso, cree en la virtud del trabajo tanto por lo menos como en el Evangelio. El trabajo honrado podría cambiar « esto » en algo con orden, paz, pan en la mesa para todos. ¿Qué es « esto »? La faja de tierra que, hablando con el alcalde, el padre Barrios señala con el índice, faja la más cercana al pueblo de los vastos terrenos en la falda del monte, de que don Heraclio se ha ido apoderando y deja incultos. Pero sólo un milagro podría convencer al usurpador. El padre Barrios no es un santo. Y sin embargo el milagro lo realiza y hasta doblemente, porque no sólo don Heraclio cede la faja de tierra, sino que el padre logra voluntarios entre la población y hasta entre los soldados, que se ofrecen para desmontar el terreno y hacer en él el primer plantío de magueyes.

Una noche los pobres soldados tienen que salir de reconocimiento contra los rebeldes y mueren casi todos en una emboscada. Dueños del terreno, los rebeldes bajan al pueblo para las ferias. Normalmente, debiera haber a su turno víctimas del refuerzo de tropa enviado a solicitud del sargento. O por lo menos habría de resultar algún choque, fuera cual fuere el resultado. ¿Cómo lo evita el autor? Con un truco —el único del libro— que nos desconcierta por lo melodramático, convencional y manido : el dueño del bar principal de Tambo echa veneno al alcohol que el sargento y su tropa consumen sin tasa, matándolos a todos.

Dicho bar o venta es el escenario en que tienen lugar las riñas de gallos, atractivo principal de la feria. Luis Miguel acude a ellas con su gallo, maravillosamente amaestrado y que no desdice de su pedigree, pues ese nuevo Aguilán es tataranieto del que el embaucador dejó hace veinte años a su madre. Aguilán lucha fieramente contra Buenavida y triunfa. ¿De quién es Buenavida? De un desconocido en quien finalmente Luis Miguel descubre al que viene buscando en vano desde hace tantos años.

El día señalado ha llegado por fin. El embaucador va a pagar su culpa. Pero ¿qué culpa? ¿La de « haber sido un hombre »? ¿Acaso Luis Miguel no acaba de cometerla con Marta, la hija del dueño del bar? La cometerá plenamente. A su vez, abandona a la chica que se le ha entregado por amor, dejándole su gallo, con promesa de volver a recogerlo.

Esto no es sino un resumen esquelético de la obra, cuyo protagonista es el mismo pueblo (según ocurre en la novela *Al filo del agua*, del mejicano Agustín Yáñez, en cuya lectura parece haberse complacido Manuel Mejía), visto a través de tipos característicos : el alfarero, acaso el que más hondo escarba en la entraña de la tierra y en la de todos, el ventero o *barista*, la espontánea pagana hija Marta, el ama de llaves del cura, la pobre ramera entre si es o no es arrepentida, el padre Barrios, que al recordar a sus padres y los años de su infancia da motivo al autor para unas páginas tan diversas, tan sencillas, tan henchidas de gravedad y de concepto a la vez primitivo y señorial del mundo y de la vida que por sí solas justificarían la alta recompensa que acaba de consagrar a la obra y al autor, y que entre las escasísimas en todas las literaturas que pintan auténticamente los auténticos campesinos, acaso sean las mejores.

MATHILDE POMES

Luis A. Arocena : « Antonio de Solís, cronista indiano »

El trabajo de Luis A. Arocena sobre el Cronista Mayor de Indias, don Antonio de Solís y Rivadeneyra (Eudeba, Buenos Aires), constituye un « Estudio sobre las formas historiográficas del Barroco », como lo enuncia el subtítulo de la obra. Advierte el autor que su estudio fue terminado en 1956, ocasión en que se le presentó a la Universidad de Madrid y a la Real Academia Española, de las que mereció honrosas distinciones. Minuciosas investigaciones realizó Arocena en España merced al patrocinio de la Universidad de Puerto Rico y con la ayuda de la Fundación Carnegie, en tanto la publicación actual pudo realizarse gracias al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, de la Argentina, como lo recuerda el autor en su noticia preliminar.

El estudio de Arocena es del mayor interés y

permite revivir el ambiente cortesano de la España del siglo XVII en que Solís desenvolvió su actividad de escritor, poeta de galanura a veces alambicada en ocasión de fiestas palaciegas, que llega, finalmente, a tener durante casi un cuarto de siglo la función de escribir la crónica oficial de la conquista de las Indias. Reúne Arocena los datos ya conocidos acerca de la vida de Solís, a los que suma precisiones documentales, después de reseñar brevemente el origen y desarrollo del cargo mismo de Cronista Mayor. Resumido en acertadas páginas el mundo espiritual en que Solís formó su inteligencia y templó su carácter, comienza el estudio más riguroso de la obra misma de aquel cronista, considerado con atención lo que en su tiempo se entendía debía ser un buen historiador y cuál había de ser la finalidad de su obra, ajustada a la verdad de los hechos, pero sin perder jamás de vista la significación ejemplarizadora para gobernantes y gobernados.

De aquel mundo espiritual derivaban las normas morales y religiosas según las cuales se habría de juzgar la licitud de las acciones, su excelencia o el repudio que de ellas debiera hacerse. Hace notar Arocena la insistencia con que Solís deja constancia de su rechazo de los consejos de Maquiavelo que tanta influencia ejercieron ya desde el siglo XVI. Cíñese más adelante el autor a mostrar la factura interna de la obra literaria de Antonio de Solís en su famosa *Historia de la conquista de México*, considerada por muchos y por largos años como acabado modelo de obra histórica y de labor estilística. El desprestigio que en tiempos más recientes oscureció su mérito en el terreno de la historiografía debióse al movimiento pendular de reacción contra aquellas exageradas loas, pero no se justifica si se juzga la obra, como ha de hacerse, dentro del marco de su época y de las ideas y los principios entonces vigentes.

Ese, precisamente, es el interés del estudio de Arocena, quien considera el libro de Solís dentro de las normas clásicas de la historiografía barroca. La importancia acordada al protagonista principal, inevitable, por otra parte, en el caso de Hernán Cortés, su identificación con las características señaladas por Gracián para la figura del héroe, y las condiciones más apreciadas en su tiempo en la forma literaria, explican suficientemente los rasgos esenciales de la crónica de Solís, que supo valerse con inteligencia de las fuentes escritas de la conquista, aunque desperdició el riquísimo material documental que su función de Cronista Mayor le brindaba para contrastar la veracidad de las noticias.

La incomprensión, casi inevitable en su tiempo y ambiente, de lo que fueron los indígenas americanos y del valor de sus civilizaciones, así como del interés que sus creencias religiosas pudieran tener, encerraba a Solís en ciertos y determinados límites cuya existencia sitúa exactamente su *Conquista de México* en su tiempo y lugar. Sería absurdo reprochárselo, y Arocena ha sabido, mediante el estudio de estas características, penetrar en la entraña misma de la obra y de la mente de su autor. Con igual comprensión juzga Arocena el mérito del libro como obra de historia dentro de la concepción barroca del género.

Sigue al cuerpo del estudio una detenida reseña de la obra escrita de Antonio de Solís, tanto en teatro como en poesía y obras históricas y varias. La *Noticia bibliográfica* de la misma es prolija, extendiéndose también al género epistolar. El apéndice dedicado a la *Iconografía de Solís* adquiere mayor interés merced a las abundantes láminas que ilustran esta edición. Buen número de documentos inéditos aclaran detalles de la vida de Antonio de Solís e ilustran la labor de investigación realizada por el autor. Termina el libro de Luis A. Arocena con una *Bibliografía sobre Solís*, importante para quien quiera profundizar el estudio del tema, todo lo cual da a la obra que comentamos positiva utilidad para conocer la época estudiada y la significación verdadera del Cronista Mayor cuya labor se considera.

GUILLERMO GALLARDO

Aurelio Arturo : « Morada al Sur »

ESTE ES EL TITULO de un poema que, quizás un poco tímidamente, los escritores colombianos más jóvenes han celebrado como la obra más intensa y más viva de nuestra poesía en los últimos años. Aurelio Arturo ha dado el título de este poema a la colección que acaba de publicar en las « Ediciones del Ministerio de Educación » (Bogotá, 1963), en la cual recogió el fruto de su trabajo poético felizmente inconcluso, llevado a cabo al anverso de una existencia de juez, de abogado, de funcionario público. A pesar de su corta extensión, este libro es un valioso testimonio de un arte discreto, lejos de toda publicidad y acendrado tenazmente por una vocación sin eclipses. La edad de Aurelio Arturo sobrepasa en algunos años el medio siglo, y su nombre apareció unido al grupo de « Piedra y Cielo » que entre 1940 y 1950 llevó a cabo en Colombia un resonante movimiento de renovación literaria y poética, el cual estuvo enmarcado bajo las influencias de la mejor poesía hispánica de principios de este siglo. Sin embargo, las tendencias y la inspiración de su obra no po-

driamos encontrarlas directamente unidas a los ideales de este grupo. Su caso es aislado ; sus influencias tienen, la mayoría de las veces, origen anglosajón, y dentro de nuestra historia, su obra se articula, bajo algunos aspectos, con la poesía de otro poeta colombiano un tanto desconocido y solitario : Porfirio Barba Jacob.

La poesía de Aurelio Arturo —la más afortunada y perfecta— está compenetrada por el paisaje y se nutre en los recuerdos de una niñez gozosa. Sus evocaciones infantiles, que a veces nos llevan a soñar en el Saint John Perse de *Eloges*, logran sus dibujos más eficaces cuando su arte las convierte en una resonancia de la tierra ; cuando desde el regazo de la nodriza hace fluir toda la luz del mundo desde lo alto de una naranja ; cuando nos lleva hasta escuchar esa voz « que me es brisa constante, suavemente en el sur » ; cuando nos prolonga en las palabras ese viento « que en el fondo de la noche pulsa violas, arpas, laúdes y lluvias sempiternas ». El paisaje, no como elemento decorativo, sino sustancia de poesía, transmutado en el verbo, extraterritorial, materia misma de las palabras. Y los recuerdos de la infancia como armadura de este paisaje y como inevitable experiencia de la vida.

En las noches mestizas que subían de la hierba,
jóvenes caballos, sombras curvas, brillantes,
estremecían la tierra con su casco de bronce.
Después, de entre grandes hojas, salía lento el
[mundo.

Y es un mundo lento, hecho de hojas, de lluvias, de aves, de caballos, pleno de vigor material y delicado, el que se nos entrega ; un mundo de luchadores en el río y de árboles resonantes, cuya magia está en el poema por el permanente ejercicio de auscultar la tierra ; por la revelación de una experiencia cuya autenticidad parece ineludible y cuya intención nos lleva a cargar de sentido las cosas que nos rodean, a enriquecerlas.

En este primer libro de Aurelio Arturo encontramos las iniciales de una ontología lírica del paisaje americano con el descubrimiento de una realidad que se instala en nosotros por la fuerza de su propio significado y que de repente nos revela, bajo las especies y la gloria de la palabra, algo que estábamos tan acostumbrados a ver como esa hoja, « pequeña mancha verde de lozanía y de fuerza », que resplandece sobre un mundo « en donde el verde es de todos los colores ».

De repente, una realidad por arte de la poesía : la realidad de una América rumorosa, nemorosa, con árboles tensos por la savia de una música que siempre recomienza. Un mundo aleteante que va haciéndose nuestro por el ejercicio y la intimidad de la palabra, completamente alejado de ese mundo duro de la selva, preñado de seres crueles, de madremontes, de patasolas, de monstruos que en la noche nos acechan y ante cuyas sordas potencias es necesario quemar las hierbas mágicas de nuestros brujos para hacerlos propicios. Hemos estado tan lejanos del paisaje americano que aún no logramos crear seres benéficos que lo habiten como en otros lugares del mundo las hadas, los gnomos, los genios bondadosos. Nuestro paisaje ha sido selvático siempre y destructor, y aun en la literatura ha sido enfermizo y malsano. Pero la poesía ha llegado para establecer ese puente entre nosotros y las cosas, y para hacernos distinguir las « hierbas balsámicas », las « guirnaldas cuidadosas », los « alientos saludables ».

Al lado de esto encontramos un poeta cabalmente concertado, maduro, en pleno uso de un lenguaje. Su destreza verbal nos hace el don de este paisaje inédito por medio de imágenes concretas y cautivantes ; por medio de muy sutiles ritmos y de muy delicadas melodías que nos reconfortan, al enseñarnos que el idioma no ha perdido su artesanía creadora.

Paisaje, experiencia, sobriedad y maestría. He aquí cuatro elementos básicos en la obra de Aurelio Arturo. Agregado a esto, la discreción de quien no ha perseguido otra cosa que la lucidez en la búsqueda de sus más puros dones expresivos.

F. A.

SURVEY

A Journal of Soviet and East European Studies

APRIL 1964

TRAVELS AND STUDIES

A number of scholars who have recently visited the Soviet Union and countries of Eastern Europe give First Hand Reports in the forthcoming issue of

SURVEY

They have been looking at a model Sovkhoz, the old and young in Soviet philosophy, writers in hibernation, Ulbricht's kingdom, Czechoslovakia's economic problems, Bulgaria's Golden Sands, and the daily round in Hungary. An intimate travelogue by a Czechoslovak communist writer and a fresh view of Gomulka's Poland are also included in this round-up of the East European scene today.

Annual subscription : 30/- or $4
Free sample copy on request

Ilford House, 133 Oxford Street, London, W.1.

notas

América Latina : La realidad que no vemos

Don Felipe Herrera expuso, en la conferencia celebrada en Bahía sobre los problemas del hemisferio, las razones que imponen la necesidad de una política de unidad continental. Su condición de chileno, que preside el Banco Interamericano de Desarrollo da a sus palabras un valor especial. De su exposición tomamos estos párrafos sobre los cuales conviene que reflexionen cuantos se preocupan por la suerte inmediata de nuestra América.

« *América Latina cuenta en este momento con reservas monetarias de un volumen muy significativo. Según estadísticas recientes, a fines de marzo de 1962, las reservas monetarias en oro y divisas de América Latina ascendían a 2.615 millones de dólares.*

« *Estos recursos están parcelados en un alto número de compartimientos aislados, obstruyendo así su verdadera gravitación en escala internacional. No se divisan inconvenientes de orden técnico para hacer uso cooperativo y coordinado de esos fondos, es decir, para contar con una especie de sistema de Banca Central en el Continente. Un mecanismo de esta naturaleza fortalecería las posibilidades de América Latina, en conjunto, para enfrentar dificultades en el financiamiento a corto plazo.*

« *América Latina tiene una posición determinante en rubros básicos del intercambio mundial : 71 % de las exportaciones mundiales de café ; más del 50 % de las de cobre ; más del 33 % de las de petróleo ; cerca del 40 % de las de cacao ; más del 65 % de las de bananos, e importante participación en las correspondientes a algodón, lana, estaño y otros metales no ferrosos.*

« *En algunos de estos campos, especialmente con respecto al café, nuestros países han tratado de formular y ejecutar una política común de defensa de mercados y precios. ¿No habrá llegado acaso el momento en que podamos actuar en forma coordinada en relación a otros rubros básicos para evitar políticas discriminatorias y para mejorar nuestras posibilidades comerciales?*

« *En el último año, después de la firma de la Carta de Punta del Este, es mucho lo que se ha avanzado en la formulación de programas o planes de desarrollo económico por parte de todos nuestros países. Ya casi todos ellos cuentan con organismos nacionales de planificación y coordinación de sus políticas económicas. En muchos de ellos se está trabajando activamente para elaborar planes de desarrollo o para ponerlos en ejecución. Debe reconocerse la valiosa labor técnica de los organismos regionales interamericanos para el logro de estos objetivos. Sin embargo, debemos mirar este esfuerzo como una etapa preliminar para llegar a la formulación de un programa global de desarrollo latinoamericano, en cuyo marco muchos problemas existentes podrían solucionarse o atenuarse : me refiero especialmente a la situación de las materias primas excedentes en el mercado y a los esfuerzos artificiales en la industrialización.*

« *América Latina depende preponderantemente del exterior en cuanto a los medios de transporte y de comunicaciones. Nuestros países han tratado de desarrollar en forma individual sus flotas mercantes y sus líneas de aviación. Constituye una interesante excepción a esta tendencia la Flota Mercante Gran Colombiana, cuya eficiencia y éxito comercial es un hecho indiscutible. Todo aconseja que en estas actividades que requieren fuertes inversiones y necesidad de amplios mercados América Latina pueda actuar conjunta o coordinadamente.*

« *La imagen de América Latina se presenta deformada frente al exterior. Nada se sabe de la forma en que se está librando la lucha contra la miseria ; nada de la tarea de Sísifo que es alcanzar la estabilidad monetaria vulnerada por las caídas en los precios de los productos de exportación. Estoy convencido de que, si nuestros órganos de publicidad pudieran cooperativamente organizar un « pool » de informaciones latinoamericanos, podríamos influir para un conocimiento más exacto que aquél que al presente el mundo externo tiene de nosotros.*

« *Nuestros países mantienen aproximadamente 650.000 hombres sobre las armas y nuestros gas-*

tos militares alcanzaron el equivalente a 1.400 millones de dólares anuales. En algunas naciones se mantiene un número proporcional de hombres sobre las armas similar al de Estados Unidos o la Unión Soviética. Aisladamente considerados, pocos gobiernos están dispuestos a efectuar una reducción apreciable en sus Fuerzas Armadas. Sólo el desarme colectivo de nuestros países y el abordar en forma coordinada la tarea de la defensa continental, permitirá superar muchos factores de tensión que se mantienen, y producirá un notable ahorro de recursos colectivos que podrán destinarse útilmente a acelerar nuestro progreso. »

LA POETISA QUE SE QUEDO

Christa Reinig, una fina poetisa de 38 años de edad, vivió en Berlín-Este hasta fines de enero del presente año. Como escritora no fue ni aplaudida ni perseguida por el régimen de Alemania Oriental : fue ignorada por completo. Trabajó como florista inmediatamente después de la guerra, más tarde como archivera, y en los últimos tiempos como agregada en historia del arte al Museo de Berlín-Este. Era conocida como poetisa sólo en Alemania Occidental, en donde sus poemas se han publicado en revistas y en antologías, así como en un pequeño volumen titulado *Las piedras de Finisterre* y en sus *Poemas escogidos*, que se publicó el año pasado. En los primeros días de febrero se le otorgó en Bremen el premio Rudolf Alexander Schröder. Las autoridades de Alemania Oriental le habían negado siempre el permiso para viajar, pero esta vez le concedieron tres días para ir a Bremen con motivo del premio. En la ceremonia de entrega se supo que Christa Reinig no volvería a Berlín-Este. Tanto en el discurso de gracias en Bremen, como en el poema que citó en el discurso, dio claras razones de su decisión.

Christa Reinig emplea un poema de Brecht como telón de fondo de su exilio de la Alemania de Ulbricht y la moraleja es que la humanidad, como el agua que horada una piedra, puede, al fin y al cabo, vencer a la tiranía. He aquí el texto de su breve discurso :

« Cuando conocí la noticia de que Bertold Brecht había muerto —en 1956— lo que quise pensar fue : Bien ; ahora murió el hombre que nos sumió a todos en esta aflicción. Nos lanzó y nos dejó metidos en un desorden que en sí mismo había experimentado. Esto fue lo que quise pensar, pero aun cuando quise eso, lo que pensé fue :

Ya setentón y frágil
deseó descansar el maestro,
mas como la bondad fallara de nuevo en la tierra,
y el mal, una vez más, se hiciera más fuerte,
se anudó los zapatos...

Me sorprendí yo misma. Nunca me había dado cuenta de que sabía de memoria un poema de Brecht. Siempre pensé que le tenía odio y ahora me daba cuenta de que lo amaba.

Y empacando lo que necesitaba,
nada más lo necesario y algunas otras cosas
como la pipa que siempre fumaba por la noche,
y el librito que siempre leía
y el blanco pan medido a ojo

Me dispuse a trabajar, esperando el momento de la inspiración. Y escribí una paráfrasis de este maravilloso y único poema. Los primeros versos comienzan así :

Cuando Baruch, el zapatero remendón, yacía moribundo,
remató la costura de su último par de botas
y decidió repasar las puntadas después.
Su aliento se detuvo y el día continuó.

1951 fue el año en que comenzó el Gran Silencio. Todos nos lo llevamos a casa de una manera o de otra. En mi caso, caminaba hacia la estación del ferrocarril en la calle Oranienburger, y al pasar por un kiosco de periódicos, recordé que un relato mío estaba saliendo por entregas en una revista y que la cuarta entrega debía ver la luz ese día. Compré un ejemplar y lo abrí para ver tan sólo estas palabras : « *La hija del Capitán* » *de Puchkin, primera parte.* Espléndido, pensé, te amo querido y buen Puchkín, pero conmigo, ¿qué pasó? No salieron más publicaciones mías. Había sido suspendida.

Doce años después hablaba con un amigo acerca de unos poemas míos que iban a ser publicados próximamente. « Por doce años he sentido como si hubiera estado frente a una pared —le dije. Cuando cierro los ojos puedo verla. Parece una pared de ladrillos rojos. Tengo que arañarla con infinita paciencia, haciendo uso de limas y de uñas. Cuando un ladrillo empieza a ceder lo quito, y una vez que lo he quitado, no es tan grande como para que el hueco me permita pasar y mirar. Y añadí : « He aquí las pruebas del libro. Un ladrillo removido. »

« Ya tienes bastante experiencia de todo cuanto estamos pasando —contestó. »

« Lo sé —le dije—. Mi pared resistió durante doce años. Ahora está lista para derrumbarse. »

Y ahora estoy aquí, dando a ustedes las gracias por ayudarme, al hacerme este gran honor, a continuar mi vida y mi trabajo.

CHRISTA REINIG

NOTA DE « CADERNOS BRASILEIROS »

« Los lazos que unen al Brasil y a su cultura con Portugal, así como el reconocimiento oficial de una política de más estrecha asociación entre los dos países, política sancionada por un Tra-

tado de Amistad y Consulta, han inducido a *Cadernos Brasileiros* a buscar nuevos contactos con los intelectuales portugueses. Así, la revista no sólo trató de interesar a lectores potenciales de más allá del mar ofreciéndoles condiciones especiales para la compra de números aislados o para suscribirse, sino que también tuvo la idea de enviar algunos ejemplares a escritores e intelectuales portugueses en general.

« Recientemente, los ejemplares de *Cadernos Brasileiros* enviados a unos veinte intelectuales portugueses fueron devueltos al remitente sellados con la desdeñosa nota : « Prohibida la circulación », y con ella esta breve explicación : « El paquete contiene *Cadernos Brasileiros* ».

« La prohibición de esta revista en Portugal es simplemente un acto más del actual régimen portugués contra la libertad intelectual en su sentido más amplio y genérico, por lo que resulta todavía más irritante. En ninguno de los números enviados a Portugal aparecía artículo o información alguna que pudiese ofender directamente al gobierno portugués. Lo que ha ocurrido es que los censores portugueses saben que *Cadernos Brasileiros* libran una lucha sincera contra todo intento de limitar la libertad cultural y que más tarde o más temprano terminarán por ofrecer la hospitalidad de sus columnas a los veintitantos intelectuales portugueses que fueron detenidos en los últimos meses de 1963.

« El gobierno portugués no se preocupa nunca por explicar sus ataques contra la libertad de expresión. Así, ordenó devolver, sin explicaciones, los ejemplares de *Cadernos Brasileiros*, de la misma manera que detuvo, por no mejores razones, al novelista Alexandre Cabral, al dramaturgo Alves Redol (considerado como el jefe del movimiento neorrealista portugués), al escritor Urbano Tavares Rodrigues (al parecer por firmar una petición para que se ponga en libertad a los escritores de lengua portuguesa presos en Angola), a los directores de cine Manuel de Oliveira y Fonseca Costa y al poeta Miguel Torga. »

Cuadernos ofrece la suma de 30 dólares a la mejor traducción, en verso, al español, que se le envíe del poema siguiente :

Ballade sur la fausse nouvelle de sa mort

Nouvelles ont couru en France,
Par maints lieux, que j'estoye (1) *mort ;*
Dont avaient peu de déplaisance
Aucuns qui me hayënt (2) *à tort ;*
Autres en ont eu déconfort,
Qui m'aiment de royal vouloir,
Comme mes bons et vrais amis.
Si (3) *fais à toutes gens savoir*
Qu'encore est vive la souris.

Je n'ai eu ni mal ni grevance (4),
Dieu merci, mais suis sain et fort,
Et passe temps en espérance
Que paix, qui trop longuement dort,
S'éveillera, et par accort
A tous fera liesse avoir.
Pource, de Dieu soyent maudits
Ceux qui sont dolents de véoir (5)
Qu'encore est vive la souris.

Jeunesse sur moi a puissance,
Mais Vieillesse fait son effort
De m'avoir en sa gouvernance.
A présent faillira son sort,
Je suis assez loin de son port,
De pleurer veux garder mon hoir (6) ;
Loué soit Dieu de Paradis,
Qui m'a donné force et pouvoir ;
Qu'encore est vive la souris.

ENVOI

Nul ne porte pour moi le noir,
On vent meilleur marché drap gris ;
Or tienne chacun, pour tout voir (7),
Qu'encore est vive la souris.

CHARLES D'ORLEANS.

(1) j'étais
(2) haïssent
(3) aussi
(4) peine
(5) voir
(6) héritier
(7) vrai.

Los participantes deberán remitir los originales a la dirección de *Cuadernos* (23, rue de la Pépinière, Paris 8e), antes del 1° de julio próximo.

EL GANADOR DEL PREMIO « CUADERNOS » AL MEJOR CUENTO DE PUERTO RICO

Luis Rafael Sánchez nació en Humacao en 1936. En la Universidad de Puerto Rico se graduó de Bachiller en Artes especializado en Humanidades, y en la Universidad de Nueva York obtuvo la Maestría en Artes. En 1959, con beca especial de la Universidad de Puerto Rico, siguió cursos de dramaturgia y técnica del cuento, en la sesión de verano de la Universidad de Columbia. Ha escrito *La espera*, obra que inauguró en 1959 el Teatro Experimental Universitario ; *La hiel nuestra de cada día* y *Los ángeles se han fatigado* estrenadas en el Cuarto Festival de Teatro Puertorriqueño en 1961 bajo el título

de *Sol 13, interior*, y *Farsa del amor compradito*, estrenada por el grupo Yukayeke en el mismo año. Varios de sus cuentos le han valido premios de la Universidad de Puerto Rico y del Ateneo Puertorriqueño. Su nueva obra teatral *...O casi el alma* será estrenada en el próximo abril por el Festival de Teatro Puertorriqueño.

SCHILLER EN SU « CARTAS »

En ese movimiento pendular de vaivén característico del espíritu schilleriano, según el cual tan pronto vemos al filósofo transformarse en poeta como al poeta transformarse en filósofo, se encuentra el origen de las ideas fundamentales de Schiller sobre el ser y la conciencia y sobre la íntima relación que establece entre la belleza y el bien. Esta es una nota constante en el pensamiento del escritor.

Schiller dijo que sólo de ese toque de poesía que el filósofo da a la verdad, de ese contacto, brota como un chispazo la luz de la belleza « cuyo sentido si falta hace imposible la formación moral del hombre ». Este es el principio, la doctrina.

Para Schiller no hay ética sin estética y ambas poseen elementos reversibles, aunque como disciplinas científicas formen cuerpos aparte. Es en este sector filosófico, ideológico, de su obra donde el dramaturgo, el historiador y el poeta que también fue en alto grado Schiller, resulta más « interesante ». Cuando se produce como pensador muestra su espíritu al desnudo, sin ninguna clase de artificio literario. De aquí la importancia que tienen para el estudio de su auténtica personalidad sus famosas *Cartas*.

Como sinceridad y desnudez espiritual Schiller, más aún que Heine y desde luego mucho más que Goethe y Nietzsche, es quien nos muestra de veras su yo pensante. Y sin embargo, de esos cuatro grandes de la cultura contemporánea, el que menos influjo ha tenido fue Schiller. Se comprende. El no era olímpico como Goethe, ni violento como Nietzsche, ni exquisito en su lirismo (y en su ironía) como Heine.

La colección de cartas que integran el famoso ensayo de Schiller *La educación estética del hombre*, considerado como una obra ya clásica en la historia de la estética, refleja fielmente la psicología del autor. Se ha dicho, y es cierto, que uno de los atractivos de su espíritu, tal vez el más intenso, es su apetencia por la razón y la fantasía. Por la verdad estricta y por la fantasía sin freno. Parece como si su cerebro necesitase aliviarse alternativamente de la una a expensas de la otra, en constante oscilación mental.

Schiller explica la belleza diciendo que es una síntesis de naturaleza y libertad. O lo que viene a ser su equivalente, realidad e idealismo. Para él la libertad es algo que no ha de limitarse a ninguna esfera determinada, sino extenderse —inundar, iluminar— la vida humana. En el individuo significa, radicalmente, dignidad.

Estas *Cartas*, dirigidas al duque de Augustenberg, formaron el libro antes citado. En una de ellas el filósofo hace alto a media marcha de su discurso al advertir que camina hacia una conclusión que no le va a gustar. Entonces se para en seco y exclama : « ¡Atrévete a ser sabio! » E inmediatamente se lanza a las más ágiles acrobacias del lirismo.

Según un tópico rancio, Schiller era el arrebato pasional y Goethe la serenidad olímpica. Nada menos cierto. Lo desmiente toda la obra no dramática del primero. En ésta juega inevitablemente el efectismo romántico. En cuanto a Goethe tampoco es verdad su pretendido equilibrio. Schiller decía del autor de *Fausto* que se esforzaba en parecer ecuánime y tranquilo, pero que su corazón estaba constantemente batido por emociones sombrías.

Ortega y Gasset en su *Goethe desde dentro*, escribe, tocando el mismo punto : « No comprendo que los biógrafos no intenten aclararnos por qué este hombre a quien todo en la vida parece haberle salido tan bien, sea la criatura de quien documentalmente podemos demostrar que ha pasado más días de mal humor. »

El sentido de la libertad tiene para Schiller la misma importancia que el sentido del amor en el concepto de la belleza. La norma y el orden, tan caros a Goethe, juegan un papel secundario. En una de sus cartas al duque habla Schiller de la justicia y afirma que « o no es o se halla ligada a la suerte de la belleza ». Tampoco en su concepto de la justicia concede un valor esencial a la norma y al orden. Y en este punto se revela la enorme distancia ideológica que le separa de aquel Goethe que se atrevió a decir que prefería la injusticia al desorden.

Nietzsche recogió bastantes años más tarde este pensamiento goethiano, reforzándolo al asegurar que el ejercicio de la voluntad autoritaria es la única fuente de la justicia. Verdad es que el creador de Zaratustra pensaba en lo germánico puro, lo teutón. Para él como para los racistas alemanes —sobre todo los nazis— que le han seguido en el tiempo, hasta hoy, lo teutón es el mando. El mando por sí mismo justifica la autoridad y al que lo ejerce. El teutón seguiría siendo el *germani cis-rhenani* que dijo Tácito. Es decir el alemán que se « enseñoreó » del centro de Europa después de rechazar hacia los cuatro puntos cardinales su « escoria » étnica : escandinavos, baltieslavos, celtas y helvéticos, con quienes compartió el tronco primitivo.

Los principios y puntos de vista de *La edu-*

cación estética del hombre son muy tenidos en cuenta por los sociólogos modernos. Sensibilizar la forma, labor de artista, viene a ser, funcionalmente, complementaria de la sensibilización de la inteligencia, labor del educador, del pedagogo, del técnico. Las *Cartas* contienen una gran riqueza en « renuevos ». Y además en ellas vemos siempre, como en un espejo que reflejase el alma de Schiller, el más raro y feliz consorcio de *Poesía y Verdad*, su divisa intelectual.

ANTONIO ESPINA

MEXICO Y EL TIEMPO EN TRES NOVELAS MUY RECIENTES

En *Los Recuerdos del Porvenir*, Elena Garro, esposa del famoso poeta mexicano Octavio Paz y escritora cabal por sus propios méritos, encarna en el destino del pueblo de Ixtepec los avatares de un Méjico rural que aún permanece vivo y sobre todo significativo en el desarrollo del país total.

Aquí estoy, sentado sobre esta piedra aparente... empieza a decirnos el pueblo mismo, que un día decide recordarse y nos cuenta su historia.

Gestos, voces, anhelos, desengaños quedan intactos en el tiempo ; sus pobladores son personajes sin futuro, recuerdos de sí mismos, sólo vivientes en el proceso devastador de la memoria. En ese retroceder veloz hacia la muerte que constituye el porvenir, la evocación de lo ocurrido es finalmente irreal : *la verdadera realidad es lo que no ocurrió.*

Primero estaban los días siempre iguales previos a la Revolución. Después la Revolución misma, que vendrá a trastornarlo todo y en la que el presente significará un momento intemporal « de nadie y tal vez para todos » ; el futuro, un ideal retorno al pasado mítico, legendario o previsto sólo en los libros sagrados anteriores a la Conquista. Al orden injusto, alejado de lo verdaderamente telúrico y racial por un *modus vivendi* existencial desdibujado en el hastío, sucede el orden de terror, el caos que por serlo está más cerca de lo primero y primitivo.

En ese marco vemos surgir una galería extraordinaria de seres que rodean la tragedia de amor y desamor del general Francisco Rosas. Mientras se urde el juego de la muerte, otros son capaces de detener un tiempo que al fluir muestra y esconde a los demás personajes : a Julia y a Felipe Hurtado, al fusilado Nicolás Moncada... Extraviado en lo real, en lo imposible, el general se hunde como en los planos de un espejo ; Isabel permanece enterrada con su amor como recuerdo del porvenir por los siglos de los siglos.

*

En *Los palacios desiertos* de Luisa Josefina Hernández —mejor conocida como autora teatral—, impresiona especialmente el personaje del norteamericano enfrentado, en su personalidad peculiar, aunque no demasiado inusitada, al México que tal vez imaginó turístico, pero en cuya vida real ha de incrustarse y *vivir* él también.

Dignos de un estudio sociológico, como suele suceder en las novelas, resultan esos caracteres que la autora asigna al personaje : *Un norteamericano aterrorizado que ve en México, no la ciudad, sino el desierto donde se persigue a sí mismo. El país donde no da vergüenza ser extravagante o morirse de hambre...* El norteamericano *que había sido soldado, que había sido campesino, obrero, y que ahora era lo que aquí llaman escapista... Que trae la tradición de no robar y de no mentir, pero como es actor nato y vividor, miente y roba cuando respira, cuando come, cuando camina por las calles vestido en forma diferente de los demás, con otro idioma en la boca y sin querer creer que los otros entre risas y desconfianzas no se cuidan de él y en el fondo lo aceptan...*

Los palacios desiertos se pueblan un día con el extraño amor de dos seres en cuyas vidas nada es terrible, excepto el hecho de vivirlas : la mexicana Elena y ese hombre, escritor (« con

PREUVES

publie dans son numéro de MARS :

MANES SPERBER
Hourban,
ou l'inconcevable certitude

GEORGE STEINER
Homère et les professeurs

JULIEN CHEVERNY
Les institutions
d'une France prochaine

L'art informel en questions

KENNETH CLARK
La tache et le diagramme

Réponses de : JEAN HÉLION, FERNANDO CHUECA GOITIA, MARIO PRAZ, GERMAIN BAZIN, GIUSEPPE MARCHIORI, JEAN WAHL

*

18, avenue de l'Opéra, Paris (1er)

Un ancien numéro sera gracieusement envoyé sur simple demande, comme spécimen.

un pasado aventurero... así son los escritores norteamericanos ») que ha llegado del Norte. El mundo local, en representación del más amplio y universal, revela su aspecto de laberinto.

Y el tiempo, personaje constante y simbólico en la confrontación de los dos caracteres, de las dos psicologías, destruyéndolo todo, deja nada menos que el Gran Consuelo de olvidar. *Cuando la recuerdo* —dice el evocador ¿la autora?—, *recuerdo también algo que es cierto para todos : que el hombre goza, para aliviar su vida, de la infinita ventaja de poder olvidarse de lo que ha sido.*

*

Finalmente en la novela de Juan José Arreola, *La Feria*, el tiempo se desarrolla como en un apocalipsis de bolsillo, recogiendo fragmentos textuales o deformados de la más variada tradición oral y escrita ; procedente sobre todo de Ezequiel y de Isaías, de los Apócrifos, del cartulario colonial y de los anales de un pueblo imaginario al sur del Estado de Jalisco.

El tiempo, así, consiste en los puros recuerdos de la infancia, de las cosas leídas, vistas y oídas, puestas una tras otra en un aparente azar.

De esta nostálgica rememoración (que burla burlando, y aunque no lo parezca, va formando la novela, y en ello está su mayor originalidad) en que se evocan la picardía, el humor, los sentimientos religiosos o sociales de un pueblo, del pueblo mexicano, escogemos estas tres constancias, por breves y representativas :

— Tiene usted razón, todo nos llega de lo alto.

Don Fidencio alzó los ojos y vio el cielo lleno de nubes negras.

— ¡Ay, don Antonio, qué se me hace que nos vamos a mojar!

. . . . . .

Julio 10. — Me la encontré en una ventana. Tuve sus ojos tan cerca de los míos que sentí su mirada como un golpe.

. . . . . .

— Me acuso, Padre, de que escribí un cuento.

— De qué se trata?

— No. Aquí está. Se lo dejo. Mañana vengo otra vez a confesarme.

LUIS GUILLERMO PIAZZA

DOS FERIAS URUGUAYAS

A pocos días de distancia una de otra, la Feria del Libro y la Feria de Artes, demostraron la necesidad de acercar al ciudadano corriente la expresión intelectual o estética, salir en su busca, y probar que el libro o la pintura son tan vendibles y tan imprescindibles para todos, como el hábito de leer periódicos o comprar alimentos. La Feria del Libro se llevó a cabo en la explanada del Concejo Departamental de Montevideo, y libreros y autores realizaron juntos la experiencia. Se inauguró el 16 de diciembre, y se clausuró el 5 de enero, organizada por una comisión integrada por las escritoras Nancy Bacelo, como delegada del Concejo Departamental y Sylvia Lago, por los escritores nacionales, y el Sr. Benito Milla, como delegado de la Cámara Uruguaya del Libro. Las ventas alcanzaron la suma « record » de 130.000 pesos.

Se realizaron diecisiete espectáculos culturales (teatro, mesas redondas, recitaciones poéticas, danzas folklóricas) y se otorgaron diversos premios, debiendo notarse como dato significativo, la aparición de treinta y cinco títulos nuevos con motivo de la Feria.

En cuanto a la Feria de Artes, realizada en la Plaza de la Libertad, exhibió grabados, pinturas, esculturas de madera, cerámicas, destacándose obras de Fossatti, Vilche, Goldstein, los hermanos Visca, Almada, María Freire, Costigliolo, Luis Fabbri, Polleri, Amalia Nieto, Centurión y Cúneo, entre otros.

FELISBERTO HERNANDEZ (1902-1964)

La reciente desaparición de este gran escritor uruguayo, el 13 de enero último, priva a nuestra narrativa de una de sus figuras más sólidas y representativas.

SUR

Fundada y dirigida por Victoria Ocampo

Nº 287 MARZO-ABRIL 1964

WALTER BIEMEL
Poseidon
H. A. MURENA
Poemas
ELEMIRE ZOLLA
El Afgano
CRISTINA CAMPO
Les sources de La Vivonne
JOSE MIGUEL OVIEDO
y SEBASTIAN SALAZAR BONDY
Diez poetas peruanos
ADOLFO DE OBIETA
Casas de gobierno y musas
E. GUTIERREZ GIRARDOT
Hegel y lo trágico

Suscripción anual : u$s. 6

Número suelto : u$s. 1

Independencia, 802 **Buenos Aires**

Creador genuino, original, en plena madurez, vivió en brava lucha para no transigir, para no abdicar de sus postulados estéticos, y no buscó nunca el halago fácil que se obtiene adaptando el talento propio al gusto del público, sino que prefirió prescindir del aplauso antes que mediatizar el impulso subjetivo, la corriente poderosa y vital que nutre su obra.

Una filosofía atormentada transciende de sus páginas, tormento de vivir y comprender, pues le singularizó una honda solidaridad, una compasión hacia los hombres, un ahondamiento de razones últimas y preguntas ante las circunstancias misteriosas en medio de las cuales todos nos debatimos. Tuvo el don taumatúrgico de convertir en materia fantástica, onírica, todo tema que tratara, aunque generalmente estuviera inspirado en seres reales, en episodios auténticos, en auténticas experiencias. Su enjundia, su penetrante y a la vez tierna ironía, su humanísima actitud ante el dolor ajeno, su buen humor en la captación de detalles regocijantes, su manera de subrayar sin grandilocuencia situaciones dramáticas, hicieron de él un escritor vigoroso, cuya desaparición convoca a una detenida revisión de los valores definitivos que sitúan a Felisberto Hernández entre los más calificados narradores americanos.

Sus títulos más conocidos : *Por los tiempos de Clemente Colling* (1942), *El caballo perdido* (1943), *Nadie encendía las lámparas* (1947) y *La casa inundada* (1960).

DORA ISELLA RUSSELL

Temas y autores

Un veterano del periodismo latinoamericano, N. VIERA ALTAMIRANO, que dirige en San Salvador *El Diario de Hoy*, mira el tema de la Alianza para el Progreso desde un ángulo nuevo, y da una campanada que ojalá sea oída : « La desocupación, un problema de Latinoamérica »... ¿Conoce usted las cinco cartas de amor de la monja portuguesa? Posiblemente no. Si al español se tradujeron hace años, hoy pocos las recuerdan. En Francia hay ediciones recientes. Pero pocas veces el amor y el convento han dado ocasión a un drama tan intenso como el que ahora presenta ISABEL LLERAS DE OSPINA, colombiana de finísima sensibilidad poética cuyos libros de poesía y de ensayos figuran en primera línea en la literatura colombiana de hoy... A ciento cincuenta años de su emancipación, la patria de Bolívar se ofrece como una cinematográfica visión humana, en donde aparecen algunos de los hombres más extraordinarios del mundo americano. MARIANO PICON SALAS presenta este teatro en un ensayo, como suyo, ejemplar : « La aventura venezolana »... Está recordando Francia ahora la obra revolucionaria de la Ilustración, la aparición de la Enciclopedia como la gran luz del siglo XVIII. ¿Qué pensaban sus hombres de las colonias americanas? Que debían independizarse. ¡Lo proclamaron antes que Bolívar! Es lo que DIDEROT

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envío la cantidad de ....., importe de una suscripción a *Cuadernos* por un período de ..... a partir del N.º ....., a nombre de (1) :

.....

.....

.....

(1) Indíquese la dirección completa.

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9992-63) a la administración de *Cuadernos*, 23, rue de la Pépinière, Paris 8e.

Francia : 1 año : 25 F — Norteamérica : 1 año : 6 $ USA

Europa : 1 año : 28 F — América Latina : 1 año : 5 $ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.

dice en su « Suplemento al viaje de Bougainville »... Nada tan sugestivo como el hecho de que el Inca Garcilaso de la Vega, antes de escribir los Comentarios Reales, tradujera *Los Diálogos de amor* de un judío. JOSE LUIS LANUZA, el argentino, traza una estampa de este acontecimiento histórico, en una página deliciosa : « La traducción del Indio a León Hebreo »... Ha querido *Cuadernos* hacer una especie de biografía de la plaza latinoamericana, a varias plumas. Ya Raúl Andrade habló de la plaza de Quito. Ahora BONIFACIO DEL CARRI hace una « Breve historia de la plaza de Mayo, Plaza de la Libertad »... ELVIRA ORPHÉE, nos regala con un cuento alocado, jubiloso, extraño, singularísimo, « Ha muerto un santo », que irrumpe en una tregua de los cuentos del concurso de *Cuadernos,* porque esta argentina se ha acogido a la sombra de París y ha quedado fuera de concurso... BENNO WEISER es un gran periodista, y humorista que puede mantener con sus cuentos judíos y no judíos a un público regocijado, durante horas. Lo ha logrado en Nueva York, en Buenos Aires, en Jerusalén o en París. Por eso resulta tan grato oyéndole sus « Recuerdos del Ecuador »... Después de realizar una jira, patrocinada por la UNESCO, por las comarcas de la Gran Grecia, el poeta colombiano FERNANDO ARBELAEZ ha regresado a su patria. En Atenas escribió « El diadoco », poema admirable, de cuya belleza puede juzgar el lector por el fragmento que hoy publicamos... Sobre el estudio que THEODORE DRAPER hace de los « Cinco años de castrismo », conviene recordar que no es la primera vez que el autorizado crítico de la cuestión cubana utiliza las páginas de *Cuadernos* para exponer sus observaciones basadas en el más amplio estudio de los hechos... Uno de nuestros lectores nos envió un antiguo artículo del pintor VLAMINCK, contra el pintor Picasso, que por su indudable interés polémico decidimos reproducir... No menos polémica es la respuesta del conocido profesor y pedagogo latinoamericano JULIO LARREA al artículo de Uslar Pietri que publicamos hace meses con el título « La escuela y el destino de Latinoamérica »... ALBERT DUCROCQ, especialista francés de cuestiones científicas, nos informa hoy sobre « El milagro del laser », nuevo descubrimiento de la ciencia... Por último, el conocido escritor griego YORGOS THEOTOCAS —novelista, ensayista y autor dramático— nos presenta a Yorgos Seferis, Premio Nóbel de Literatura 1963.

CAMBIO DE DIRECCION

Administración de « Cuadernos »
23, rue de la Pépinière,
Paris - VIII (Francia).

Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

Director
GERMAN ARCINIEGAS

Consejo de Honor
Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Mariano Picón-Salas, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos y Erico Veríssimo

Redacción en París
Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

Consejo de Redacción
Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, José Luis Martínez, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

Arte
Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

Ilustrador
Sergio Trujillo Magnenat

Corresponsales
Asunción : Josefina Plá
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela
Buenos Aires : H.A. Murena
La Paz : Fernando Díez de Medina
Montevideo : Dora Isella Russell
Nueva York : Joaquín Maurín
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz
Quito : Alejandro Carrión
Santiago : Raúl Silva Castro

Administrador
Tomás Urbiztondo

Gerente para América Latina
Manuel José Jaramillo

Redacción y Administración
23, rue de la Pépinière, Paris (8)
Teléfono : EUR. 37-59

ENEZUELA

LOS MEDANOS

HOTEL PRADO RIO (MERIDA)

ATARDECER EN LA BAHIA DE LA VELA

La CORPORACION NACIONAL DE HOTELES Y TURISMO, C. A. CONAHOTU contribuye poderosamente al desarrollo del Turismo en Venezuela. Sus once hoteles están estratégicamente distribuidos por todo el país y brindan la oportunidad de visitar cómodamente una diversidad de paisajes que van desde las playas tropicales hasta las nieves perpetuas del Pico Bolívar en los Andes.

CONAHOTU

CORPORACION NACIONAL DE HOTELES Y TURISMO C. A. CONAHOTU

APARTADO DE CORREOS 6651 - CABLE Y RADIO « CONAHOTU » - CARACAS - VENEZUELA

B.D.I.C

CUADERNOS

Revista Mensual

23, rue de la Pépinière, Paris (8) (Francia). Tel. : EUR. 37-59

SUSCRIPCIONES

Francia	*Otros países europeos*	*América del Norte*	*América Latina*
1 año : 25 F	1 año : 28 F	1 año : 6 $ USA	Informarse cerca del
6 meses : 13 F	6 meses : 15 F	6 meses : 3,25 $ USA	agente de cada país

AGENTES

ALEMANIA
BERLIN-Dahlem, Schorlemerallee 28, « Der Monat ».

ARGENTINA
BUENOS AIRES, Editorial Sudamericana Alsina 500.

BELGICA
BRUXELLES, Agence et Messageries de la Presse, 14-22, rue du Persil (C.C.P. 416-69).

BOLIVIA
LA PAZ, Gisbert y Cia., Calle Comercio 125, Librería Selecciones, av. Camacho 369. — Universal Bookstore, Mercado 68. — COCHABAMBA : Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España.

BRASIL
RIO DE JANEIRO, Hachette, 299, av. de Erasmo Braga, 3º andar.

CHILE
SANTIAGO : Distribuidora Mistral Ltda., Huérfanos 656. Suscripciones : Catedral 1261.

COLOMBIA
BOGOTA, Representante General : Héctor Angel Correa, Av. Jiménez nº 9-43, Of. 509 - Teléfono 42 91 65 - Ap. Aéreo 13.299.

COSTA RICA
SAN JOSE, Librería Montserrat, Apartado 2465.

DINAMARCA
COPENHAGUE S, M. Schleimann, 17 Islands Brygge.

ECUADOR
QUITO, Su Librería, Plaza Independencia.

ESTADOS UNIDOS
NEW YORK 11, Gerome Gutiérrez, Lectorum Corporation, 185, Seventh Av.

FILIPINAS
QUEZON CITY, M. Francisco Sionil José, 108 C Santol Sta. Mesa.

HOLANDA
LA HAYA, Martinus Nijhoff, Lange Voorhout 9.

INGLATERRA
LONDRES S.W.1. « Encounter », Panton House 25 Haymarket.

ISRAEL
TEL AVIV, Steimatzky's Agency Limited, Citrus House, P.O. Box 628.

ITALIA
ROMA, Associazione Italiana per la Libertá della Cultura, Via Giuseppe Pisanelli 2 (C.C.P. 1-8363). Libreria Internazionale Paesi Nuovi, Via Aurora 33-35.

MARRUECOS
CASABLANCA, Sochepresse, 1, Place de Bandoeng.

MEXICO
MEXICO, Muñoz Hermanos Internacional, Dr. C. Bernard, 180. Suscripciones : Agencia General Mexicana, Av. Patriotismo nº 328, México 18 - Tel. 15 10 12.

NICARAGUA
MANAGUA, Sr. V. M. Manuel García Schmul, Ap. 2133.

PANAMA
PANAMA, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza Arango.

PARAGUAY
ASUNCION Mares e hijos, Calle Estrella 972-986.

PERU
LIMA, The University Society Peruana, av. Piérola 798 - Librería Mejía Baca, Jirón Azángaro 722.

PORTUGAL
LISBOA, Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes, Rua S. Pedro de Alcantara, 63, 1.º Do.

PUERTO RICO
SAN JUAN, Librería Campos, San Francisco 266. — RIO PIEDRAS, Librería Universidad de Puerto Rico, Apartado 2102.

REPUBLICA DOMINICANA
SANTO DOMINGO, Librería Amengual, El Conde, 49.

EL SALVADOR
SAN SALVADOR : Librería Cultural Salvadoreña, Edif. Veiga, 2a, Av. Sur.

SUIZA
GINEBRA, Naville et Cie, 5-7, rue Lévrier (C.C.P. 1-116).

URUGUAY
MONTEVIDEO, Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Calle Ciudadela 1424.

VENEZUELA
CARACAS, Press Agencias, S.A., Edificio El Nacional. Apartado 2763.

Cuadernos

SPEJISMO AFRICANO
por Raimundo Souza Dantas

•

AN SARRAILH, EL AMERICANISTA
Eduardo Santos

LLA MISERIA Y RIO DE JANEIRO
Nuno Veloso

DICTADURA Y LA HISTORIA DE AMERICA
Luis Alberto Sánchez

AEXTRAÑA PROEZA DE ROMULO BETANCOURT
por Juan Lozano y Lozano

S AVES DEL PARAGUAY
Natalicio González

CRISIS DE LA LITERATURA COMPARADA
Charles V. Aubrun

ORIA DEL GUACAMAYO
Jorge Carrera Andrade

STINO Y CASUALIDAD
cuento de Salazar Chapela

EL ARTE HITITA EN PARIS
Crónica de Damián Carlos Bayón

F. 5926

NIO DE 1964 N° 85

EL IMPULSO VITAL...

petróleo

El petróleo es el impulso vital del progreso. En 1.963 la Empresa Colombiana de Petróleos, ECOPETROL, sostuvo en actividades de ***exploración*** una cuadrilla sísmica, una gravimétrica y cuatro equipos de perforación que taladraron 171.500 pies; ***extrajo*** 12'950.000 barriles de crudo que representan el 21.5 °/o de la producción nacional; ***refinó*** 14'530.000 barriles de derivados que representan el 46.4 °/o de la producción nacional; ***transportó*** 8'400.000 barriles de productos refinados por sus oleoductos, y ***exportó*** 2'800.000 barriles de productos terminados, semiterminados y crudo, a países de Europa, Asia, Norteamérica, Centroamérica y Suramérica.

ECOPETROL, trabajo y esfuerzo de colombianos, explora, produce, refina y transporta el petróleo nacional, factor vital para el desarrollo del país.

ECOPETROL

Primera Empresa Nacional

UNIVERSITÉ DE PARIS B.D.I.C.

CUADERNOS

JUNIO 1964 N° 85

JEAN SARRAILH	3	*Eduardo Santos*
ESPEJISMO AFRICANO	8	*Raimundo Souza Dantas*
LA EXTRAÑA HAZAÑA DEL PRESIDENTE BETANCOURT	21	*Juan Lozano y Lozano*
VILLA MISERIA	29	*Nuno Veloso*
EL LIBERTADOR DECLINA LA DICTADURA	33	*Luis Alberto Sánchez*
INCOMPARABLE LITERATURA O LA CRISIS DE LA LITERATURA COMPARADA	48	*Charles V. Aubrun*
DIALOGO		
« EL CURIOSO IMPERTINENTE » EN EL « QUIJOTE » DE 1605	73	*Joaquín Casalduero*
LAS ELECCIONES CHILENAS	75	*Bernardo Ibáñez*
RELATO		
DESTINO Y CASUALIDAD	57	*Esteban Salazar Chapela*
ARTE		
HITITAS EN PARIS	43	*Damián Carlos Bayón*
POESIA		
TEORIA DEL GUACAMAYO	27	*Jorge Carrera Andrade*
CIENCIA		
LAS AVES DEL PARAGUAY	67	*Natalicio González*
LIBROS		
« LOS PASOS CONTADOS », DE CORPUS BARGA	77	*María Scuderi*
« TREINTA TREINTA », DE DALMIRO A. SAENZ	79	*H. A. Murena*
« PASION POR VALLEJO », DE JOSE MANUEL CASTAÑON	80	*I. I.*
« SEVILLA », DE JUAN RAMON JIMENEZ	81	*D. I. R.*
« PICARDIA MEXICANA », DE A. JIMENEZ	81	*L. G. P.*
« TRES MUNDOS : CATALUÑA, ESPAÑA, EUROPA », DE JOSE FERRATER MORA	82	*Ezequiel de Olaso*
« CRONISTAS DE LAS CULTURAS PRECOLOMBINAS », DE NICOLAU D'OLWER	83	*L. G. P.*
NOTAS	84	*José de Alba, Marta Mosquera, Luis Guillermo Piazza, Dora Isella Russell, etc.*
TEMAS Y AUTORES		

HACIA 1950 *los países industriales dedicaban apenas el 0,3 por ciento de su ingreso global a transferir recursos a los países en desarrollo, en tanto que en el año 1962 esa cifra había subido a 0,7 por ciento.*

Pero esto no debiera ser motivo de gran complacencia, porque al mismo tiempo el deterioro de la relación de precios ha ido disipando el efecto benéfico de esos recursos financieros, a tal punto que, si de la cifra de las transferencias que recibieron los países en desarrollo en 1962, deducimos las pérdidas por efecto de la relación desfavorable de precios, nos encontramos con un hecho que nos deja perplejos : la proporción de recursos que los países industriales transfirieron a la periferia de la economía mundial en ese año queda en 0,3 %, o sea, igual que en el año de partida, 1950.

Esta situación tan grave depende, por cierto, del punto de partida que se tome para calcular la relación de precios. Si en 1950 se juzgaba que los recursos financieros transferidos a los países en desarrollo eran francamente insuficientes y que había que acrecentarlos, el aumento registrado ha sido puramente nominal. Los recursos netos a disposición de los países en desarrollo no sólo no han aumentado sino que ha habido un retroceso por comparación con el ingreso de los países industriales. (Desde luego, la incidencia de estos hechos difiere según los países ; y hay casos como el de Australia que transfiere recursos a los países en desarrollo y experimenta a la vez pérdidas por el deterioro de la relación de precios.) Este hecho no podría negarse aunque se alegara que la relación de precios de hoy es superior a la de hace cien años, o se adujera que si los precios industriales han subido en relación con los primarios ello se debe a mejoras en la calidad. En el año 1962, todas las transferencias de capital a los países en desarrollo alcanzaron a 6.600 millones de dólares ; las pérdidas de ingresos en virtud del deterioro de la relación de precios en ese mismo año de 1962, en comparación con 1950, fueron de 3.600 millones de dólares, o sea, que quedó un saldo de 3.000 millones de dólares como resultado de estos movimientos.

Por otro lado, ha habido un aumento notable de los servicios de intereses y dividendos originados por el capital transferido. No se puede decir que estos pagos constituyen por sí mismos una carga desproporcionada. No lo serían si hubieran aumentado con celeridad las exportaciones, como sucedía en otros tiempos. Pero como esto no ha ocurrido, dichos pagos contribuyen a acentuar los rasgos desconcertantes del proceso. Pues bien, del saldo de 3.000 millones de dólares que quedó en 1962 después de deducido el efecto del deterioro de la relación de precios, hay que restar 2.600 millones que corresponden a los servicios de intereses y dividendos pagados al exterior ese mismo año, o sea, el saldo neto es de apenas 400 millones de dólares. Este es un fenómeno sumamente serio. Se ha desvanecido el efecto benéfico de la política de aumento de los recursos puestos a disposición de los países en desarrollo. Desearía preguntar al Sr. Woods, el eminente Presidente del Banco Internacional, que demuestra tener una visión muy amplia y constructiva de estos problemas, si tiene confianza en que su política de préstamos —la esclarecida política de préstamos que sigue en estos momentos— podría sustentarse sólidamente sobre esa base, si podría estar comprometida continuamente por un fenómeno de deterioro, si ve con tranquilidad que lo que él hace con la mano lo borran con el codo las fuerzas del mercado internacional.

RAUL PREBISCH

(En la inauguración de la Conferencia de Ginebra sobre Comercio y Desarrollo)

Jean Sarrailh

POR EDUARDO SANTOS

En el apacible cementerio de Monein, pequeña población donde naciera hace 72 años, quiso ser enterrado, en completa intimidad, el señor Jean Sarrailh, ilustre Rector honorario de la Universidad de París, fallecido hace diez días en su domicilio de Bayona.

Queda Monein en los Bajos Pirineos, en una falda de las maravillosas montañas que lindan con España. Allí nacieron y vivieron también su padre y su abuelo, ambos institutores, y él conservó siempre la casa de sus antecesores. En esa tierra clásicamente francesa creció, e hizo sus primeros estudios en la muy cercana ciudad de Pau. Allí, a la sombra de sus padres, se forjó reciamente su vocación de institutor. Pero también debió nacer en esa región fronteriza el amor que su corazón integralmente francés sintió siempre por cuanto a lo español —y, por lógica extensión, a lo hispanoamericano— espiritualmente se refiriese.

Típicamente francesa es esa vinculación entrañable a los orígenes, a la tradición familiar; esos lazos sentimentales indisolubles que reviven un pasado nunca muerto, sin estorbar la vigorosa actuación en el presente ni el libre vuelo impetuoso hacia el porvenir. Eso explica la solidez, por tantos ignorada, de la familia francesa auténtica, arraigada al suelo natal con misteriosa fuerza. A él volvía siempre los ojos el señor Sarrailh, con fiel ternura. Allí, en el escenario de sus juegos infantiles, cerca de la nunca abandonada casa paterna, escogió él su reposo final.

Poseía el Rector Sarrailh una personalidad definida, precisa, inconfundible, en la que nada había de ondulante ni de inseguro. Supo siempre lo que quería y debía hacer, y lo hizo, sin estridencia alguna. Adoptó la carrera de hispanista, primero, y de grande educador, luego, y siguió sin desviaciones esos derroteros conformes a su temperamento.

Tenía la pasión de hacer bien lo que le era preciso, sin conformarse, como la gran mayoría, con vagas aproximaciones, con trabajos superficiales, realizados a la ligera. Su labor de hispanista asombra por su erudición casi increíble. Para cualquiera de sus trabajos se documentaba con máxima probidad intelectual, para no decir sino aquello que podía comprobar, ni aventurar juicio que careciera de respaldo. Y luego en los puestos de rector, tan difíciles y complicados, dedicó al desempeño de su cargo todas sus fuerzas, con una consagración que podría calificarse de mística, porque excluía cuanto se apartase de un ideal perseguido sin descanso.

Conocía la lengua española a fondo y la hablaba como si fuera su propia lengua; sin esfuerzo alguno, familiarmente. Era realmente bilingüe: hablaba el español por derecho propio, con naturalidad permanente. En él, decía alguien, no se advertía jamás la huella de textos de gramática, de diccionario, de laborioso aprendizaje: nada de artificial o ajeno.

Eso lo hacía, como todo, con la sencillez que era quizá su rasgo esencial. No conoció la vanidad, ni el pobre deseo de

figurar. No era ni orgulloso ni modesto. Era, sencillamente, lo que era. Puede afirmarse que se acordaba muy poco de la persona del señor Sarrailh, pero no olvidaba nunca los deberes del señor Sarrailh, el desempeño de su misión, su trabajo intenso e interminable. Y era ese trabajo lo único que en realidad le importaba en las posiciones altísimas que sin buscarlas llegó a ocupar. Con esa sencillez que no lo abandonó nunca, recibió y agradeció incontables honores, que nunca influyeron sobre sus actos; con la misma sencillez, y con altivez no menor, recibió las persecuciones en las horas negras que no lograron abatirlo.

*

No fue nunca el señor Sarrailh político militante, pero sí hombre de fuertes convicciones liberales, que no ocultó nunca. Profesaba a los republicanos españoles simpatías profundas, e hizo por ellos cuanto estuvo a su alcance; se interesaba por todos los asuntos públicos, sin el menor sectarismo, sin nexos partidaristas que pudieran limitar su libertad intelectual, ni compromisos distintos de los que quería contraer. Era intensamente patriota, sin nacionalismos malsanos, y de él se podía decir, sin riesgo de equivocarse, que nada de lo humano le fue ajeno.

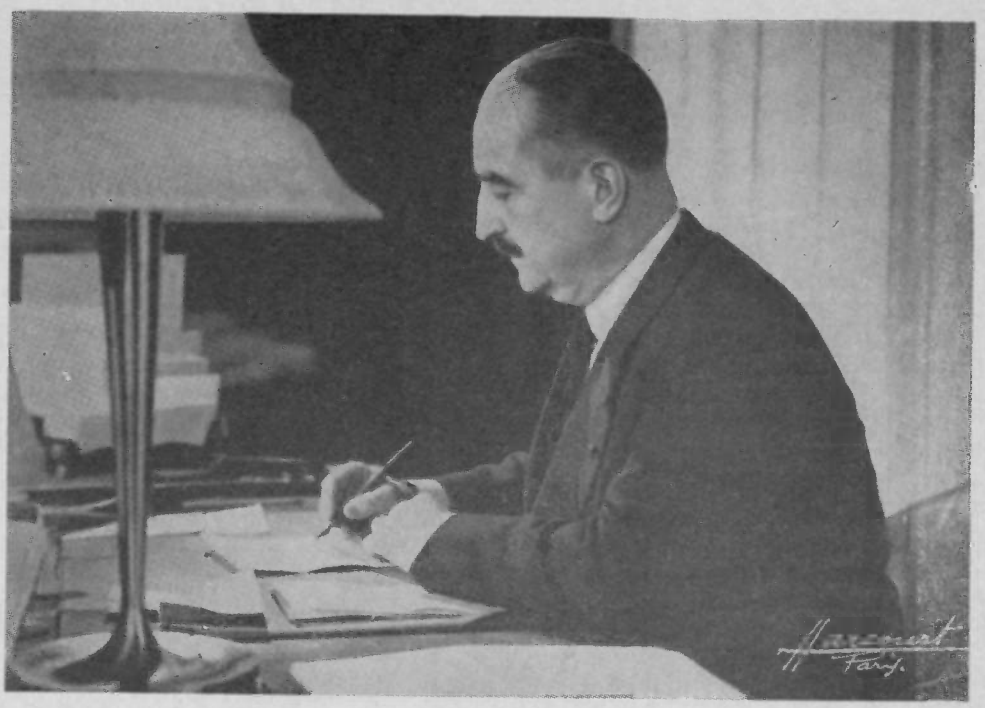
No cayó jamás, ni por su manera de ser podía caer, en actitudes demagógicas, tan propias de quienes ansiosamente buscan una ruidosa popularidad que él nunca ambicionó. En los catorce años en que, desde su despacho en la Sorbona dirigió con mano vigorosa los destinos de la Universidad de París, realizó directamente grandes cosas, llevó a cabo una labor inmensa en bien de los estudiantes, sin pregonarlo nunca, sin halagarlos. Sirviéndolos, solamente, con eficacia máxima. Y conquistó así algo más que efímera popularidad: el respeto creciente de muchos millares de estudiantes, su gratitud callada y efectiva. El espléndido centro estudiantil que él logró realizar en el centro del Barrio Latino, donde funcionara por tantos años el famoso Bal Bullier, a poca distancia del Jardín del Luxemburgo, fue bautizado hace poco, por petición expresa de los estudiantes, con el nombre ya imperecedero de Jean Sarrailh.

No pertenecía a la clase de hombres que se califican de brillantes. No le atraían los fuegos artificiales de los grandes conversadores, como Cocteau, como Wilde, como Pérez de Ayala o el viejo Cánovas. Como pocos, sabía oír y aprender, y sobre todo, sabía obrar. Cualquier estudiante o profesor podía hablar con él en su despacho de la Sorbona, seguro de ser escuchado y de no perder su tiempo. Sin tener, eso sí, posibilidad para charla amena sobre temas vagos. El señor Rector hacía suya una norma del Mariscal Foch, que tenía siempre presente: es indispensable saber concretamente de qué se trata, y concretarse a eso, sin divagaciones.

Pero no vaya a pensarse que era un personaje hosco y brusco, de imperiosas palabras y fría actitud. En manera alguna. Difícil sería encontrar más benévolo interlocutor, ni atención más discreta, ni respuesta más clara.

Era él, por sobre todas las cosas, un hombre bueno, sin dobleces. Miraba siempre de frente, y su franqueza era constante. Pero su bondad profunda y ajena a toda alharaquienta sensiblería y a verbalismos tantas veces engañadores, quería siempre traducirse en algo efectivo, no limitarse a frases amables, ni a pequeños esfuerzos pasajeros. Eso explica su preocupación primordial y constante, durante tantos años de diversos Rectorados, por mejorar, en todos sus aspectos, la suerte, la vida de los estudiantes. Nada respondía más exactamente a su índole, a su manera de sentir y de pensar. Y por ello, antes que todos, se dio clara cuenta de la crisis que al terminar la Segunda Guerra Mundial, especialmente a partir de 1947, se presenta, con fuerza creciente, en todas las Universidades y Liceos de Francia y de modo especial en la Universidad de París, la más importante y gloriosa de Europa. Crisis casi total, por deficiencia enorme de locales, de maestros, de laboratorios, por aumento increíble de alumnos, y no sólo en su número, sino en sus necesidades y aspiraciones.

Problema en realidad colosal y de múltiples aspectos.



La ley Ferry, de fines del siglo XIX, abrió ampliamente a la mujer las puertas de las Universidades, pero fue letra muerta por más de treinta años. Muy tenue fue la atención prestada a esa oportunidad insospechada. Después de 1920 la situación fue modificándose, lentamente, en progresión moderada que no creaba serias inquietudes. Después de los siete terribles años de la guerra y post-guerra, cayó sobre los institutos de educación en el mundo entero, pero quizás principalmente en Francia, al principio, el alud femenino, incontenible. Las mujeres, que eran pequeñas minorías, en Liceos y Universidades, fueron aumentando con velocidad incontenible, hasta convertirse en los últimos años en mayoría, y no sólo numérica sino también cualitativa. El monopolio masculino universitario, que parecía invencible, atacado en todos los frentes, rápidamente cedió y ha dejado ya de existir.

Pero eso, y la explosión demográfica, duplicaron en poco tiempo la cifra total de alumnos, y al cabo de tan sólo 15 años, van a tripicarla. Los esfuerzos del Rector Sarrailh para resolver situación de tal gravedad, fueron numerosos y múltiples, y veía él con angustia que a pesar de cuanto se hace, que es mucho, el crecimiento estudiantil va más de prisa. Difícil era obtener los enormes créditos necesarios, lograr que fueran cedidos a la Universidad los magníficos sitios a ella cercanos, a orillas del Sena, que eran retenidos por grandes intereses vinícolas, apoyados por muy poderosas fuerzas electorales. Con tesón incesante logró mucho de lo que necesitaba y anhelaba el señor Rector, y dejó realizados muchos de los planes trazados, pero no cuanto él esperaba, porque las resistencias en los primeros años parecían invencibles. Pero él dejó abierto el camino, y asegurada ya la posibilidad de la obra completa, que cada año avanza y multiplicará al fin los locales universitarios de todo género, que tan escasos y deficientes eran hace 20 años.

Y era ese tan sólo uno de los sectores de su pasmosa actividad. Quizá la obra en que puso más generoso empeño fue la creación de la Clínica Universitaria, que refleja exactamente su interés sin límite por « la gente estudiantil ». Contra el concepto miope de algunos, venciendo las innumerables dificultades de los presupues-

tos, dando cada año, cada mes, una batalla, logró crear una de las mejores, más modernas, mejor dotadas clínicas de París, de vastas proporciones y organización espléndida. Y como sus sueños, de largo alcance, no terminaban, hasta el fin de su vida trabajó por mayores ensanches en esa entidad, situada frente a la ciudad universitaria, y que es ya su complemento grandioso.

*

Luchó, la vista siempre fija en las conveniencias supremas de la Universidad, tanto por mejorar la enseñanza y ponerla al compás de las actuales tendencias de un mundo que tan velozmente evoluciona, tanto por las técnicas y las orientaciones científicas, como por mejorar en todo sentido la condición de los estudiantes, pobres en inmensa mayoría, por facilitarles la vida con restaurantes escolares, tarifas especiales en los transportes, alojamientos higiénicos y baratos, bibliotecas, organizaciones de deportes, viajes económicos, vacaciones provechosas, defensa de su salud en todos los campos. Solicitó ahincadamente una reforma que disminuyese la carga abrumadora de estudios multiplicados en sentidos diversos y que superan ya las fuerzas humanas. Aligerar, simplificar, facilitar los estudios fue su anhelo constante. Se daba cuenta exacta que es, como él decía, « demencial » el empeño de hacer de los estudiantes una especie de sabios improvisados en toda clase de materias a la vez, empeño que en tantas ocasiones culmina en patéticos fracasos, o en deplorable pérdida de tiempo con resultados mediocres.

Y al mismo tiempo, no descansó en el empeño de levantar el nivel, el espíritu universitario. En eso insistía una y otra vez, en sus alocuciones universitarias : « Lo esencial es que la Universidad forme hombres. Serlo verdaderamente, es no tener otra norma que la probidad intelectual ; no estar encadenado ni a prejuicios ni a pasiones. » « Adquirir conocimientos, está bien, pero mucho mejor es dominarlos, saber que son un medio, no un fin. Y esa debe ser enseñanza constante de la Universidad. » « La especialización sin la cultura general, es fuerza ciega, inerte o brutal. » « El arte de la vida, señores estudiantes, de la vida auténtica, sana y plena, con el sentido de lo universal, es lo que debéis buscar y encontrar. Sed siempre los servidores de un alto ideal. »

*

Fue una de sus aspiraciones más generosas la creación del Instituto de Altos Estudios de la América Latina, complemento del Instituto Hispánico y de otros centros hispánicos existentes en Francia. Acarició largos meses la idea, estudió detenidamente la mejor manera de realizarla, y cuando ya tenía listos los planes, se dedicó con ardiente entusiasmo a realizarla. Obtuvo los créditos necesarios, un maravilloso sitio en la Rue St. Guillaume —frente a la célebre Escuela de Ciencias Políticas, fundada con tanto éxito hace noventa años— y tuvo la alegría de inaugurarlo con gran solemnidad y en las mejores condiciones. En el día que, en presencia del señor Presidente de la República comenzó tareas el Instituto, el señor Sarrailh, en magistral discurso, expresó lo que él significaba y qué fines se proponía, y en frase feliz, expuso la totalidad de su pensamiento.

El pensaba que el Instituto no debía abrigar ningún propósito egoísta de crear un centro de información sobre aquellos países que tan rápidamente progresan, para conocimiento, provecho y uso de los franceses ; tampoco debía pretender ejercer una especie de protectorado espiritual sobre estos pueblos nuevos, y colonizarlos espiritual y materialmente, a imagen y semejanza del país creador de ese centro cultural. Absolutamente no. Lo necesario, según él, era buscar el mutuo conocimiento, poner en contacto las culturas iberoamericanas y la cultura francesa, con altos propósitos de cooperación, de colaboración leal, de acercamiento progresivo, dejando de lado cuanto pudiera parecer paternalismo o neo-colonialismo, y ante todo, respetando las características de cada cual, la ajena personalidad, sin pretender unificaciones, por imposibles absurdas. Y sintetizaba así el señor Sarrailh su concepto : « Debemos enriquecernos con nuestras pro-

pias diferencias. » Ninguna síntesis ni más sugestiva, ni más honda y generosa.

Tal vez, y nos duele reconocerlo, los pueblos y gobiernos de Iberoamérica no se han dado cuenta clara de lo que para ellos significa ese Instituto de Altos Estudios ; de los numerosos servicios que, dentro de las normas del señor Sarrailh, podría él prestarles, pero nunca es tarde para rectificar errores o inercias. Así lo pensaba con viva fe el fundador, que no dudó nunca ni del pleno éxito final, ni de la necesidad y conveniencia de ese grande Instituto que tan caro le era. Tanto que al ser elegido miembro del Instituto de Francia, y ofrecerle sus amigos la simbólica espada académica, pidió que en su empuñadura se cincelara la silueta del Continente Americano, y así se hizo. No recordamos prueba de simpatía más gentil y elegante para con estos países nuestros, que bien conocía y sin cesar y con afecto estudiaba.

*

Este breve estudio sería interminable si quien lo intenta quisiera presentar una imagen completa de lo que fue el señor Sarrailh. Forzoso es limitarse sólo a algunos rasgos característicos de tan vigorosa personalidad. ¿Pero cómo olvidar la hospitalidad que él y su perfecta compañera, Madame Sarrailh, ofrecían a quienes tenían la fortuna de conocerlos, en los salones encantadores de la Rectoría, de tan discreta y grande elegancia en esa Sorbona siete veces secular, frente al Museo de Cluny y a la estatua de Montaigne?

Ninguna acogida más cordial, especialmente si el huésped era objeto de persecuciones por gobiernos tiránicos en el propio país. Con tacto infalible, el señor Rector y su señora lograban que el huésped se sintiera en un ambiente de simpatía, no sólo por su persona sino por su causa. Todo allí era confortador, exaltante, generoso. En un medio de altísimo nivel intelectual, entre escritores y artistas de la más alta clase, la sencillez de los señores Sarrailh eliminaba todo estiramiento, establecía lazos amistosos entre los que allí se reunían, les daba a conocer las mejores cosas que Francia tiene, y las de otras tierras, a veces muy lejanas, expuestas por personas a quienes se escuchaba con deferente atención.

*

Fue el señor Sarrailh, cuando decidió retirarse a la vida privada, objeto de una serie de manifestaciones de afecto, de admiración, de respeto en que participaron gentes de todos los círculos intelectuales, y en no pocas sus compañeros, sus subalternos en más de quince años de labores fecundas. Los elogios que entonces se hicieron del señor Rector bastarían para la gloria de cualquier hombre y podrían considerarse como espléndida síntesis de la inmensa labor realizada, hecha por quienes habían sido testigos de excepción y colaboradores constantes de tan vasto esfuerzo. En esas ocasiones pronunció el señor Sarrailh una serie de discursos que revelan otro de sus aspectos. Al lado del infalible erudito, del profesor que no improvisa, del Rector que es ante todo el realizador de grandes proyectos educacionales, se encuentran esos discursos esbeltos, finos, llenos de gracia y de emoción, alejados de cuanto parezca elocuencia barata o trivial lugar común. Aparece el escritor dueño de todos los recursos de su arte, saturado de cultura y de idealismo inteligente. Encantadoras páginas, que una vez leídas no se pueden olvidar, y que se destacarán, en la colección que de sus mejores trabajos haga la Universidad de París, como el eco casi confidencial, en tono menor, de lo que se escondía, preciosa joya, en lo íntimo de esa vida por tantos años consagrada a arduos trabajos incesantes.

En esos discursos, pórtico a un retiro que él no concibió nunca como inerte descanso, palpita su amor a la belleza literaria, a los libros favoritos, a la meditación serena, lejos del diario afán por resolver inaplazables problemas que nunca podrán concluir. Cumplida, ¡y cómo!, su tarea, aspiraba el señor Sarrailh a un retiro laborioso, del que estaría excluída siempre la indiferencia, en la calma de su biblioteca, en el ambiente estimulante de su hogar feliz, atento a los grandes sucesos de la vida que pasa, con una pluma en la mano, como Erasmo en los retratos de Holbein... Fue cruel el destino al impedir que tan noble sueño se realizara.

Espejismo africano

POR RAIMUNDO SOUZA DANTAS

MI EXPERIENCIA AFRICANA y también mi primera y, ciertamente, única experiencia diplomática, tuvo como base el haber vivido casi en un solo país. Permanecí durante dos años en Gana, haciendo algunas salidas al Togo, al Senegal y al Dahomey, lo que me permite ofrecer algunas breves impresiones, acompañadas de ideas generales, por decirlo así. No es el África una extensión geográfica compuesta por media docena de países, sino un mundo múltiple y diverso, un verdadero mosaico, todavía hoy insuficientemente conocido. Sin embargo, tuve la suerte de ser testigo, desde el lugar considerado como el centro político más importante de ese mundo, del esfuerzo concentrado de sus líderes más activos, en el sentido de un nuevo equilibrio.

Sin duda alguna representaba Gana, en esa área cada vez más nerviosa, reivindicadora e impaciente, no tan sólo el centro político evidentemente más sensible, sino también el ejemplo que seguir, el Estado piloto propiamente dicho, dando cara a sus más osadas y ambiciosas realizaciones, tratando de edificar una sociedad original y armónica. Por otro lado, algunos de los países que visité, como el Togo y el Dahomey, aun cuando ni de lejos tengan la importancia de Gana, me proporcionaron, no obstante, el contacto con los descendientes de esclavos repatriados del Brasil, los cuales constituyen hoy día una verdadera élite en acción.

Lo visto y vivido en estos países, pues, aun cuando no me capacite para presentar un testimonio global de lo que pasa en esas Africas que ya no sólo provocan curiosidad, interés y simpatía, sino también preocupación, me proporcionó el adecuado ambiente para comprender o juzgar mejor los problemas y fenómenos más contradictorios suscitados por rivalidades tribales, diferencias de ideas, y disparidades económicas, causas de tensiones que no llegan a anular, pero sí a dificultar bastante la anhelada colaboración interafricana.

Podría calificar mi experiencia africana como una aventura personal más bien, porque realmente eso ha sido si se tiene en cuenta el carácter y dimensión de algunos de sus aspectos. En mi tentativa de establecer una intimidad mayor con los ganenses, en mi convivencia de dos años con ellos, no necesité hacerme negro entre negros, como alguien pretendía, para comprender el alma del africano. Por motivos obvios no me hubiera sido difícil pasar por un nativo del país, pero había otros motivos, sin relación alguna con el color de la piel y sí con mi modo de ser y de ver las cosas, siendo como soy hombre de otro mundo, que me dificultaron el llegar a esa intimidad en la medida de lo deseado.

De todos modos, conviví realmente con el ganense, sintiendo y comprendiendo sus problemas, que hasta cierto punto son los problemas de otros africanos y también los nuestros, conociendo sus aspiraciones y angustias, y participando de sus afanes de cada día, y siendo testigo de sus usos y costumbres. Todo eso, desde luego, como criatura perteneciente a otro mundo, aunque ese otro mundo se diga civilizado también

por el africano. No me hallaba, por eso mismo, en un ambiente extraño por completo, ni podía ser enteramente impermeable a sus tradiciones y modos de vida.

Con acierto se ha afirmado que tenemos más puntos comunes con el mundo africano que con cualquier otro, y se han señalado las supervivencias, familiaridades, problemas y reivindicaciones que corroboran esa afirmación. Fundándome en esos hechos fue como busqué una intimidad mayor, alcanzando, no sin cierta dificultad, una comunicación en la que prevaleció como elemento de acercamiento, no mi color ni mi procedencia, sino mi afanoso empeño en comprender mejor y juzgar con acierto los fenómenos de la nueva Africa, en cuyo panorama descuella Gana como una de las más amplias perspectivas de desenvolvimiento.

Doy fe de que en ningún otro país africano independiente hubiese podido adquirir una idea más exacta y más real de lo que verdaderamente son el arrojo y la ambición del africano, movido por la mística de la rehabilitación y de su emancipación total. Cuando se oye decir que el Africa cambia de fisonomía, sólo se puede valorar lo que significa esa frase si se ha tenido la oportunidad de verificar personalmente y de un modo directo las realizaciones ganenses, tales como presas hidráulicas, campos de aviación, caminos de hierro, fábricas, hospitales y escuelas. Y todo eso, no obstante, es muy poco todavía, casi nada, ante lo copioso de sus necesidades.

En Gana he visto cosas extraordinarias, como resultado del espíritu emprendedor de su líder Kwame Nkrumah, cuya estatua, erigida en los jardines de la Casa del Parlamento, es objeto de religiosa veneración, como si se tratase de un dios; pero vi también mucha miseria, en la lucha contra la cual, dicho sea de paso, están recogiendo los ganenses resultados extraordinarios. Sin embargo, por más que el tiempo africano lleve un ritmo acelerado y que un país como Gana siga de cerca ese precipitado ritmo, la velocidad que alcanza será poca aún para atender a sus necesidades con la misma base vertiginosa con que fue conquistada la descolonización política.

En su ansia de compensar el atraso en que se encuentra, este país trata de realizar en media docena de años lo que otros países, sin la sobrecarga de los prejuicios que él padeció, alcanzaron a lo largo de lentos períodos y etapa tras etapa. Acontece, pues, que se está produciendo una revolución en el mundo africano, una revolución global, para comprender la cual no se puede, evidentemente, aplicar las mismas medidas y criterios empleados en Occidente. Por eso escapa a muchos la cabal inteligencia de ciertos fenómenos africanos, y particularmente sus métodos políticos.

Procuré ir registrando, en la medida de lo posible, mis impresiones de cada día en Gana, mi cotidiana vida allí, con el propósito de poder disponer de una muestra permanente de lo que fue mi experiencia personal en el mundo de mis antepasados. Claro es que no todo lo que viví o sentí, ni todo aquello de que fui testigo está contenido en estas notas que siguen ; pero por ellas se puede aquilatar, no obstante, lo penosos, y a veces hasta dramáticos, que fueron mis dos años y pico de residencia en Africa.

3 de febrero de 1963

Llego a Dakar de madrugada, recordando la primera vez que desembarqué en este aeropuerto, lo mismo que ahora, en tránsito hacia Gana. Fue ello en la madrugada del 24 de setiembre de 1961. Había partido de Río la víspera, dejando allí a mi familia, que sólo iría a reunirse conmigo en Acra, ocho meses más tarde. Mi estado de espíritu era diferente al de ahora. No sabía lo que me esperaba en Africa y tenía de su realidad un conocimiento meramente libresco. Pasé aquí unas cuantas horas, preocupado, sin tiempo ni ánimo para visitar la ciudad. Estaba todavía bajo la profunda impresión de la renuncia del Presidente Janio Quadros, que destruía todos mis planes, transformando en pesadilla lo que yo había concebido como una gran conquista. En esta nueva ocasión es otro mi estado de espíritu : regreso de las vacaciones sabiendo lo que me espera y teniendo detrás la dura y penosa experiencia de catorce meses.

5 de febrero

Nuevamente en Acra, una temporada más. Muchos proyectos, mejor meditados

ahora. Más realistas, menos ambiciosos. Conozco más al pueblo y sus hábitos, el volumen de sus necesidades, que es inmenso, como asimismo sus problemas. Este conocimiento no llega aún a la medida de lo deseado, pero puede considerarse suficiente para orientarme en esta nueva etapa que llenar, que espero no haya de ser tormentosa como la primera. Harto sé que tratándose de Africa, no significa casi nada la experiencia de poco más de un año. Pero ya es, sin embargo, algo, por lo menos lo bastante para establecer contacto con la verdadera realidad ambiente. Diversa y mutable, esa realidad desorienta y confunde. Algunos de los que la estudian, procuran indagar cual será el destino del Africa, lo que irrita sobremanera a los africanos. Yo no especulo a ese respecto, ni tengo pronósticos que hacer. Continuaré como lo hice a lo largo de catorce meses : siendo un testigo apasionado. La pasión por el Africa se contrae como una fiebre, como acertadamente escribió Eva Dessarre en uno de sus reportajes sobre lo que ocurre en el continente negro. Según ella, un número cada vez mayor de personas en el mundo tiene dos preocupaciones : su continente y el Africa. En el Brasil, por ejemplo, esa preocupación mueve a los estudiosos y a los estadistas a reclamar una mayor aproximación hacia los nuevos Estados africanos, proclamando que por muchos motivos debemos aprender a conocer y a amar a esa sufrida Africa que tiene tantos puntos de contacto con nosotros.

*

En opinión de muchos, no tenemos una política africana. Afirman que existen sólo declaraciones de propósito por parte de Brasil. Pero esa política existe, y es una política de desenvolvimiento. Y por eso mismo aún sin acometividad, cautelosa, conducida sin alardes. Solamente ahora comenzamos a tener la vivencia del Africa y, por consiguiente, a establecer contacto con sus grandes problemas y sus múltiples necesidades. Ese conocimiento directo comienza a suministrarnos los datos objetivos para la gran política africana del Brasil. Con el tiempo vendrá la impetuosidad reclamada, y nuestras embajadas africanas dejarán de ser sinecuras burocráticas para transformarse en verdaderos instrumentos eficaces. Pero ¿cuándo?

Sin fecha

Encuentro a Acra diferente, sin aquella actividad y animación que le daban aires de gran capital. Parece vencida, por no decir muerta. Se advierte algo así como un decaimiento general, pérdida de dinamismo ; ya no existe allí la vitalidad de antaño. El ritmo es otro, todo marcha lentamente. La Acra de hoy no es ni la sombra de aquella ciudad agitada, alegre y con espíritu triunfal de cuando estuve aquí por primera vez. Acaso sea ello consecuencia de los difíciles momentos pasados a causa del clima de terror inaugurado por elementos de la oposición fantasma frente a Nkrumah, los cuales atentaron contra su vida en varias ocasiones seguidas, el año pasado. Predominan aquí la incertidumbre, algún miedo ; sin duda existe retraimiento y se aguardan modificaciones en los métodos y en el lenguaje. Pero no nos precipitemos.

*

Siento cierto afecto hacia esta ciudad sin belleza. La conozco relativamente bien, gracias a los buenos servicios del estudiante Daniel Oku, a quien durante mucho tiempo hube de utilizar como cicerone. Se presentó a mí una mañana, ofreciéndose para enseñarme el *twi*, dialecto predominante en Acra. Al tercero o cuarto día de sus lecciones, haciendo yo uso de mis escasos conocimientos de inglés, le manifesté mis vehementes deseos de conocer mejor la ciudad, que a primera vista me había parecido difícil y como secreta. Y fue así, guiado por el estudiante de leyes Daniel Oku, cuyo paradero actual ignoro, pues desapareció repentinamente sin dar ninguna explicación, como logré alcanzar la deseada intimidad con ciertos medios sociales, siéndome posible la ambicionada convivencia con determinadas gentes, a lo que no hubiera podido llegar sin él, que fue mi verdadero introductor en la vida de todos los días, en la existencia cotidiana de Acra.

Ahora, de regreso, recuerdo en la soledad de Tesano nuestras andanzas, conversaciones y contactos. Y guardo hacia la ciu-

dad que él me reveló, muy diferente de aquella que los extranjeros prefieren, un sentimiento casi de afecto. Jamás podré, sin embargo, adaptarme completamente a ella por entero, pues para llegar a tanto sería necesario que me desligase de mi mundo y me adhiriese a concepciones, hábitos y costumbres extraños a los que orientaron mi formación cultural. No podía ser de otro modo. Pero organicé mi vida de manera que no comprometiese la misión que me cumplía llenar en este mundo vario y difícil, mucho más distante de nosotros, los negros de otras latitudes, de lo que generalmente se imagina.

*

Como no podía dejar de ser, se me hicieron en el Brasil toda clase de preguntas sobre el Africa en general y sobre Gana en particular. Muchas de ellas me irritaron porque estaban inspiradas en la más completa mala voluntad o en la más total ignorancia. La verdad es que todavía a la hora de ahora se sabe muy poco en mi país acerca de lo que realmente ocurre en Africa. Por otra parte, se produce el mismo fenómeno en lo que concierne a los africanos para con nosotros. Y es menester hacer notar todavía que todas las revelaciones que les hacemos, ora sobre nuestra extensión territorial, ora sobre nuestras riquezas naturales, ora sobre nuestro desenvolvimiento o bien sobre nuestra vida en general, provocan en ellos el espanto, cuando no la incredulidad. Es difícil, por ejemplo, que ocurran pronunciamientos como el llevado a cabo recientemente por Houphouet-Boigny, de la Costa del Marfil, en el mundo latinoamericano, si se sitúa al Brasil como el gran líder, fundándose en sus potencialidades. No obstante, unos y otros, allá en el Brasil y aquí en las Africas, podrán justificar la ignorancia de lo que es el Brasil en América y de lo que es Gana en el Africa Occidental. Aunque se diga que los dos mundos se aproximan por intereses comunes, son sin embargo otras las influencias que, de momento, prevalecen en sus relaciones, negocios y ambiciones. Sí, por bastante tiempo, por mucho tiempo todavía, los Estados independientes del Africa dependerán de las llamadas metrópolis coloniales, puesto que a ellas permanecerán vinculados. La gran Africa, la de expresión francesa, grande por el número de países que la constituyen, como también por la condición de muchos de ellos, depende de París y no quiere vivir sin París, aun cuando eso no quiera significar que no cele cuidadosamente la recién conquistada independencia.

*

Tuve que repetir sinnúmero de veces qué especie de ciudad es Acra, así como también la clase de vida que aquí se hace. Intenté facilitar la imagen más fiel posible de la urbe, como asimismo la idea más aproximada de su género de existencia. Y ahora compruebo, o mejor dicho tengo la impresión de que una y otra, aun cuando no hayan sido falseadas, están lejos de responder a la verdadera realidad. No fui por completo veraz, por ejemplo, cuando dije que no es Acra la más auténtica capital africana, pero tampoco fui mendaz al afirmarlo. Y ello, porque no siendo una auténtica ciudad africana, es, a pesar de ello, más genuinamente africana que Dakar y Abidjan, verbigracia. Estas dos capitales recibieron sin duda una mayor influencia europea, influencia que alteró por completo su fisonomía urbana, destruyendo sus rasgos más característicos. Acra es una ciudad fea, discontinua y su arquitectura es muy pobre, pero conserva elementos de una cultura y civilización que le harán posible la conquista de un armonioso equilibrio, que no estribará tan sólo en la belleza, en lo bonito. Ya podemos formarnos una idea de ella, de su futuro. Basta para eso considerar lo ocurrido con el traslado de la Tema, el poblado de pescadores que fue destruído, edificándose en su lugar la verdadera ciudad, en cuyo plan se concilían las exigencias de lo moderno con las de la tradición. Todavía no he ido hasta allí desde mi regreso. Pienso ir mañana, si no llueve. Conozco bien aquella parte. Sus calles simétricas y muy limpias me son familiares, como también sus restaurantes y los locales donde danza la *high-life* al aire libre. Tengo el propósito de volver a la Tema todavía muchas veces, pues es allí donde realmente se entra en contacto con el auténtico urbanismo ganense, o mejor dicho con el estilo nacional de Gana.

Acra, pues, aun fea e inarmónica, es más genuinamente africana que otras capitales, aparte ser más representativa, habiendo sido como fue, y es aún, el gran centro irradiador del nacionalismo africano, el escenario de las conferencias, reuniones y encuentros que más influyeron en acelerar el proceso de la descolonización. No es una ciudad sin historia. Tiene un pasado que le da personalidad y del que se enorgullece. Mucho antes de que los europeos se instalasen en sus playas y levantasen allí sus castillos y fortalezas, lo que comenzó a suceder en el siglo XIV, tenía ya Acra una historia y era uno de los centros más importantes del período precolonial, aun ahora insuficientemente conocido, pues muchos historiadores europeos consideran la historia africana casi a partir de la presencia de los occidentales en el continente negro. Para ellos, el Africa no tiene verdadera historia sino desde el momento de la colonización y la juzgan antes de aquel período como una tierra poblada de tribus incapaces de progreso y entregadas a perpetuas guerras de destrucción. La verdad sin embargo es muy otra. Gracias a los estudios de algunos investigadores de la historia africana, comenzamos a conocer las grandes civilizaciones que se desarrollaron en el continente negro y sus períodos de grandeza y de decadencia.

*

Nació Acra a orillas del mar, a la sombra de los cocotales, donde siglos más tarde los europeos erigieron un castillo con dos fuertes, los cuales existen todavía, sirviendo actualmente el castillo de residencia oficial, y ambos fuertes de prisión. Se trata del castillo Osu y de los fuertes denominados Saint Jammes y Ussher. La capital fue organizada en función del castillo y de los fuertes, y fueron surgiendo en ella almacenes de siniestro aspecto, lúgubres mercados, bloques irregulares de casas cuadradas y macizas, formando callejuelas, travesías y callejones sin salida, pero nunca verdaderas calles. A una de esas callejuelas se le dio el nombre del Brasil, exactamente a aquella en que está situado el caserón donde se hospedó el primer esclavo de la Costa de Oro repatriado de nuestro país, fundador de la comunidad « Tá-bom ».

En esta vieja Acra, supervivencia de un período sombrío, sucia y maloliente, viven centenares de ganenses como si nada hubiese cambiado prácticamente en la capital del más rico y desarrollado de los países negros. Allí se amontonan, frente a las viviendas, en la más completa promiscuidad, semidesnudos, entregándose a toda suerte de quehaceres pintorescos y ruidosos, haciéndose entender a través de sus dialectos o de un poco de inglés, del que conocen algunas palabras que en sus labios resultan ininteligibles. Pero la otra Acra, que creció y que prospera con ritmo acelerado, ésa se desenvolvió dando frente al mar, construyendo parques y extendiéndose después hacia la planicie, procurando atender a las necesidades de una población cada vez más variada, procedente en un cinco por ciento de todas las partes del mundo, población que hoy día alcanza la cifra de 400.000 habitantes, en números redondos, que se agrupan en una área que se amplía constantemente, de manera irregular y sin sujeción a plan alguno, fragmentada en decenas de lotes, la mayoría de ellos escondidos o cobijados en bosques, escogidos por los europeos para edificar sus moradas, y donde muchos de ellos se perpetúan, ajustando su vida a los usos y hábitos traídos de sus ciudades de origen, pero en un terrible ambiente de frustración, imitados —lo que parece increíble— en su manera de vivir por ciertos grupos ganenses afectados por su deletérea influencia. Estoy, hasta cierto punto, familiarizado con la vida en esta ciudad, que considero secreta y a la cual, repito, como ya lo hice en otra parte, tengo afecto. Sus gentes, las naturales del lugar, son comunicativas, ruidosamente alegres y asimismo las de más elevado nivel mental en toda el área atlántica. Saben divertirse, son sencillas, casi ingenuas, gustan de los colores llamativos, sus trajes típicos son de una belleza y riqueza singulares, principalmente cuando se trata del *kenté*, el tradicional *kenté*, tejido a mano, prenda única, que el hombre se echa sobre el cuerpo, ajustándola de un solo golpe, y que le cae soberbiamente, a la manera de una toga, dejándole desnudo el hombro derecho. El occidental lleva allí, pues, una vida su-

jeta a hábitos traídos de fuera, que no abandona, de los que no puede libertarse, como tampoco puede exigir lo que de ninguna forma le podría dar una capital africana. Me agrada el ganense, en suma, pues lo encuentro natural y espontáneo ; me agrada el ganense, insisto, a pesar de todas las diferencias que nos caracterizan como negros que somos de civilizaciones diferentes.

*

Una de las curiosidades a que tuve que dar satisfacción en el Brasil, a lo largo de mis dos meses de vacaciones, fue precisamente esa que concierne a cómo me siento en Gana y a la forma en que me tratan los africanos. Una indagación a tal respecto se me hizo también aquí mismo, el invierno pasado, por un brasileño delegado a la Asamblea de Acra. Me acuerdo bien de cómo fue la cosa. Estábamos ambos sentados ante una mesa, en el bar al aire libre del « Ambassador Hotel », a la caída de una tarde muy fría, barrida por el terrible viento húmedo de junio. Después de mostrarse mi colocutor muy sorprendido por lo que hasta entonces había visto —apenas había pasado tres días en Gana—, recalcando que nada, absolutamente nada correspondía en la ciudad a lo que él había imaginado o leído acerca de ella, me preguntó si tenía yo el propósito de escribir un libro sobre lo que él calificó de formidable experiencia, y fue entonces cuando me manifestó su curiosidad acerca de cómo me siento en Gana y qué tratamiento se me ha dispensado allí. Reflexionando ahora al respecto, llego a la conclusión, o, mejor dicho, compruebo que a lo largo de estas notas casi no he hecho otra cosa que registrar mi conducta y la actitud del africano con relación a mí, negro de otro mundo. Los comentarios que hice antes a propósito de la observación de Appiah-Danquah, representan en parte la reproducción de lo dicho por mí para dar satisfacción a esa curiosidad. Evidentemente, yo me siento como un extraño aquí desde el punto de vista de la cultura, pero solidario, no obstante, vuelvo a decir, con todo cuanto aquí acontece en relación con la defensa de las reivindicaciones de un pueblo al que quiero por múltiples motivos y no sólo porque sea un pueblo negro. Cuando digo, por ejemplo, que no puedo sentirme aquí en mi casa, explicó que así me ocurre porque soy un hombre de otro universo, aunque las gentes de aquí y yo tengamos muchos problemas comunes que nos preocupan e influyen en nuestro modo de ser. En cuanto a la manera de tratarme, no podía ser otra sino esa de simpatía y aceptación a que he aludido. Muchos afirman que debo al hecho de ser negro los pocos buenos éxitos alcanzados por mí como embajador del Brasil en un país cuya tónica es la afirmación del negro en todos los frentes y oportunidades. He tenido, sin duda alguna, un recibimiento cariñoso que me dispensaron personalidades como el embajador Dei-Anang, entre los más destacados colaboradores de Nkrumah, o como el ministro Krobo Edusei, o como el eficiente funcionario del ministerio de Negocios extranjeros, Richard Akwei, que me trataron en público de hermano, exclamando con espontánea simpatía :

— ¿Qué hay, hermano? ¿Marcha todo bien, hermano?

Domingo

La universidad de Gana, vista así, de noche, semeja una suntuosa ciudad abandonada, con algunos de sus edificios fantasmagóricamente iluminados. Estuve en uno de ellos esta noche. De allí acabo de volver, y allí comí, en calidad de invitado especial del profesor O.A. Fue esta la segunda vez que estuve allí en esa calidad. La primera, hace poco más o menos un año, por la amabilidad también del citado profesor para con el embajador del Brasil, presentado a él por el lector brasileño de aquel centro, Vivaldo Costa Lima. En aquella oportunidad, como en esta otra de ahora, el ilustre profesor ganense, reafirmando su valerosa oposición al régimen de Osagyefo, como llaman a Nkrumah, exclamó patético, después de sus osadas y candentes críticas :

— ¡Pobre destino el de Gana!

La impresión que me produjo al oírle nuevamente ahora sus críticas y al reconsiderar su actitud, fue la de que, haga lo que haga Nkrumah, la opinión de hombres como el profesor será siempre la misma, no se modificará jamás. Parece existir

cierto resentimiento por el lado de la élite intelectual hacia Osagyefo, tal vez porque él la ha ignorado, o porque considera a esos intelectuales como incapaces de prestarle la colaboración que necesitaba cuando dio a conocer las bases de su régimen, y que necesita ahora para llevar a buen término su obra administrativa y política. Bien mirado, aunque sea ese profesor un representante típico de esa élite de formación europea y alimentada por principios y escrúpulos que no pueden tenerse en cuenta por un dirigente africano, se diferencia un poco de los demás, pues algunos de los nativos del país que llevan esta oposición sin tregua, parecen, no obstante, sensibles a un examen reflexivo de la situación. De todas las maneras, mucho de lo que produce quejas y lamentos en Gana no debería ser objeto de esas acerbas críticas en un país africano, pues todo es aquí diferente —muy diferente— y tiene que ser más diferente aún. Paréceme oír, en el silencio y la soledad de Tesano, la réplica del denodado profesor a mis objeciones :

— Todo está muy bien, pero depende de la dirección que se tome.

*

Cuando entramos en el refectorio del « Akuafo-Hall », los estudiantes que llenaban el local se levantaron todos ellos a un mismo tiempo. Hubo un murmullo general, y todos lanzaron una mirada de curiosidad hacia el embajador negro de un país blanco. El cortejo de los profesores, del cual formaba yo parte como invitado especial, se dirigió lentamente hacia la *high-table,* mientras que yo recordaba la pregunta que se me había hecho poco más de un año antes, cuando había estado allí por primera vez. Después de comer y tras la conversación que sostuvimos en la « Sala de Catedráticos », me llevaron al patio, donde fui presentado a algunos estudiantes. Uno de ellos, Kwesi Enu Ansah, que vino luego a ser mi profesor de inglés y terminó siendo mi mejor informador sobre la vida y las cosas africanas, me formuló una pregunta que Vivaldo Costa Lima, sirviéndonos de intérprete, vaciló en transmitirme :

— ¿No existe discriminación racial en el Brasil?

La presencia del embajador negro no le parecía acaso prueba contundente de la inexistencia de la discriminación racial, y tenía razón si así pensó. Ni la presencia del embajador negro, ni la mezcla de blancos y negros en la guarnición del « Custodio de Melo », que me dijo que él había visitado cuando el navío brasileño estuvo de paso en el puerto de Tema. Y esperó mi respuesta como si la suerte de una cosa que le fuese muy querida dependiese de lo que yo le dijera. En condiciones diferentes, sin la responsabilidad de que yo estaba y continúo estando investido, sería fácil responderle. Dijese lo que dijese, en calidad, de simple ciudadano, ello representaría la opinión de un hombre corriente, entre setenta y siete millones de brasileños.

Viéndome fruncir el entrecejo al oír tal pregunta, el estudiante, comprensivo, me dijo :

— No es necesario que me responda.

Y no se volvió más sobre este asunto. Sin embargo, yo hubiera querido pintarle un cuadro exacto de la situación, sin quitar ni poner, revelándole en mis palabras la verdadera fisonomía de mi país en ese particular. No sería diciéndole que en el Brasil todos tienen su oportunidad como yo le probaría algo positivo. Mi designio no era tampoco probarle nada, sino tan sólo emplear con él una entera sinceridad, huyendo de exhibirme como un ejemplo. Fue, pues, esa pregunta suya la que me vino a la memoria cuando nos dirigíamos hacia la *high-table.* La pregunta de un ausente. Ansah se encuentra ahora en París utilizando una beca de estudios que le fue concedida por la UNESCO. Deberá regresar a Gana dentro de dos años. Será sin duda uno de los dirigentes de su país, por la seria preparación a que se somete, por el fervor con que discute los problemas y las necesidades africanas, por la pasión con que se enfrenta con el futuro de los pueblos negros.

20 de febrero

Encuentro a Vivaldo Costa Lima en la cancillería, esperándome. Vino de Ibadán, en Nigeria, a fin de resolver algunos asuntos particulares. Debe partir dentro de una semana para el Brasil, donde permanecerá

seis meses, o para siempre... Ello depende de los problemas que suscite con su temperamento explosivo. Tengo para con este hombre lleno de aristas y de nudos una deuda de gratitud, pues su colaboración me fue de gran valía cuando asumí mi puesto. Recibí de él, que en aquella oportunidad comenzaba su lectorado en la universidad de Gana, la asistencia que otros, como el secretario Correa do Lago, deberían haberme dispensado por obligación funcional cuando menos. Lamento, no obstante, que Costa Lima no sea hombre afecto al diálogo. Su presencia, con todo, es indispensable en cualquiera de nuestras promociones de orden cultural, bien sea en Gana o bien sea en la Nigeria, en el Dahomey, en el Togo, en el Mali, en el Alto Volta o en el Níger, pues son vastos sus conocimientos sobre la psicología y las costumbres de los pobladores de todas estas regiones. Yo lo quisiera diferente en lo que atañe al genio, al carácter, pues realiza un trabajo de investigación sin par, en el cual pone no tan sólo la pasión de saber, sino también un interés humano sin medida.

*

¿Cuál es el Africa, su Africa, la que le inquieta y apasiona? No es esta de hoy, sino la tradicional, con sus sultanatos, sus tribus y sus clanes, con sus innumerables lenguas y dialectos, sus religiones, sus grupos técnicos. Ésta es la que él prefiere a la realidad viva del momento, dramática realidad. Su experiencia es, por consiguiente, valiosa en cualquier circunstancia, pues evidentemente no se puede uno ocupar en el momento actual africano sin un conocimiento básico del Africa tradicional. Sin ese conocimiento se correría el riesgo de caer en lo abstracto, o bien en lo arbitrario, al examinar los problemas de hoy ignorando los problemas de ayer.

*

Vivaldo Costa Lima puede ser considerado como un estudioso que, abismado en investigaciones culturales e históricas en Africa, colabora en una forma efectiva en aquel campo en el que los nuevos Estados fijan su atención con redoblado empeño. Hay en el mundo de los pueblos negros, como no podía dejar de haber, en esta fase de afirmación que llaman de personalidad africana, una plena conciencia de su pasado histórico, como asimismo de su herencia cultural, que esos pueblos procuran divulgar en toda su extensión y su riqueza. Conozco perfectamente algunas de las personalidades que tienen a su cargo el gigantesco trabajo de hacer el inventario, coleccionar y clasificar aquellos documentos, procedentes del extranjero u originarios de la propia Africa, que sirven de instrumento para la elaboración de la verdadera historia de esos pueblos en plena rehabilitación, historia hasta aquí insuficientemente conocida. Entre esas personalidades descuellan *Nana* Kobina Nketsia, de la universidad de Gana, y Kofi Antubam, del Achimota College. Ambos, en los coloquios que mantuvimos, me demostraron cuan realmente tiene sentido la afirmación de que no es posible ocuparse con acierto del momento africano si no se tiene un conocimiento fundamental del pasado. Mejor que nadie, desarrolló *Nana* Kobina Nketsia la tesis de que la historia africana constituye uno de los fundamentos de la conciencia nacional en formación. Estudiosos e investigadores, pues, como Vivaldo da Costa Lima, se hicieron con su actuación dignos del mayor aprecio de personas como las dos que acabo de citar, por la colaboración que prestan, juntando su esfuerzo y encaminándolo hacia una reafirmación de los valores antiguos de un mundo que ahora renace. Su trabajo en el Dahomey, en la Nigeria, en el Togo y aquí en Gana, en el sector de las investigaciones religiosas, en lo que toca a las primeras sociedades africanas y a sus supervivencias en la dinámica sociedad de hoy, son también de interés para el Brasil, teniendo en consideración la presencia de reminiscencias de esos cultos y hábitos en varias de nuestras religiones difundidas por príncipes y sacerdotes que pasaron a nuestro país como esclavos, procedentes de reinos existentes en el área de Benin, que como se sabe mantuvo durante mucho tiempo variado tráfico con las costas brasileñas, área donde todavía hoy predomina la llamada élite brasileña, constituída por descendientes de esclavos.

*

23 de febrero

Esta tarde asistí en la universidad de Gana a una ceremonia histórica. El legendario W.E. du Bois, el patriarca del panafricanismo, recibió personalmente el título de doctor en Letras. Supe después que ese día era el de su cumpleaños. Exactamente noventa y cinco. Vive en Gana desde hace mucho tiempo, y escogió ese país para morir en él, considerándolo como el baluarte de las ideas que le son más caras. Gana es la tierra que, a su manera de ver, encarna todos aquellos ideales por los que luchó y de los que fue el gran teorizante. ¿En qué estaría pensando este hombre al ser investido con honores que le concede la universidad de Gana por virtud de un decreto de Osagyefo? Tal vez su espíritu se proyectase lejos, hacia los años de 1919 a 1945, consumidos por él en la organización de los primeros congresos panafricanistas ; tal vez no pensase en nada, bajo el peso implacable de sus noventa y cinco años. Su esposa, de menos edad que él, se mostraba impaciente por la lentitud de la ceremonia. Se encontraba a algunos pasos de la fila reservada a los embajadores y fue cumplimentada por todos nosotros. Estaba inquieta y no ocultaba su temor a los rigores de la canícula, que podrían perjudicar a su marido. Al recibir las insignias el grande hombre, el héroe panafricanista, la abrazaron y besaron todos los componentes de la corporación, prorrumpiendo los universitarios en prolongadas aclamaciones.

27 de febrero

Acabo de recibir carta de quien jamás esperaba yo que me escribiese. Se trata del ex diputado Coelho de Souza, que desde Puerto Alegre me manda noticias. Refiriéndose al viaje hecho a Africa, en su condición de embajador extraordinario del presidente Janio Quadros, escribe a este propósito : « ...Viaje para mi espíritu más fascinador que los realizados a América del Norte, Europa y Asia, hasta tal punto que continúo vuelto espiritualmente hacia ese continente. » Leída y releída por mí esa carta, así como el recorte de un artículo que la acompañaba, sobre « una política brasileña para Africa », me pongo a rememorar todo cuanto se relaciona con ese viaje, que fue la primera providencia efectiva del presidente Janio Quadros, encaminada a incrementar nuestras relaciones con las jóvenes repúblicas africanas. La Misión especial de la que era jefe por entonces el diputado Coelho de Souza estaba inspirada por las conclusiones del Grupo de trabajo constituído en el Itamarati, con objeto de preparar el camino a la representación diplomática brasileña en aquellas nuevas repúblicas y desarrollar nuestra política en el continente. Recuerdo el interés con que el presidente, personalmente, aguardó las conclusiones del Grupo de trabajo. Me dio Su Excelencia la oportunidad de conocer el referido escrito tan pronto como fue remitido al Palacio del Planalto, y eso sin hacer recomendación alguna, pretextando sólo su designio de enviar una Misión especial al Africa. Yo sabía su intención de atribuirme un papel importante en la realización de su política africana, cuyas líneas generales se conocían ya a través de manifestaciones suyas y de su ministro de Relaciones exteriores, el senador Alonso Arinos de Melo Franco. Creí estar destinado a la Misión especial, pero supe después que eran otras las verdaderas intenciones presidenciales. Cierta mañana de abril fue llamado Coelho de Souza al Palacio del Planalto. Media hora más tarde, al dejar el gabinete del presidente, me dijo en la antesala donde yo trabajaba, con aire burlón, pero evidentemente emocionado en el fondo :

— Salgo de embajador para el Africa.

La Misión especial hizo su viaje el 29 de abril de 1961 y permaneció en Africa hasta el 29 de mayo del mismo año, habiendo visitado a Sierra Leona, Gana, Togo, Dahomey, Nigeria, Camerún, Costa del Marfil, Guinea y el Senegal. Durante ese tiempo, el presidente Janio Quadros indicó mi nombre para el cargo de primer embajador del Brasil en Gana, indicación que produjo un efecto sensacional. La hizo una mañana en que el jefe del gobierno concedía su primera entrevista colectiva en el Palacio del Planalto, dirigiéndose a mí al terminar de formular sus declaraciones y diciéndome, sonriente y con manifiesta satisfacción :

— ¿Cómo vamos, señor embajador? De-

seo una acción acometedora en su puesto.

Entonces comenzó mi suplicio, o mejor dicho, mi drama. Tengo aún muy presentes las críticas y los reparos hechos a la indicación de mi nombre. Algunas de ellas me produjeron amargura porque se inspiraban en un prejuicio racial. Rememoro también como en mi apartamiento de Brasilia procuré prepararme lo mejor posible en aquel trance. Trabajé sin decaimiento, haciendo uso de una vasta bibliografía. Tuve a mi disposición relatos, informes y documentos de las más diversas procedencias. Tomé con pasión cuanto se refiere a ese mundo que poco a poco iba desvelando y procuré sumirme en lo más profundo de su pasado remoto, examinando sus tradiciones, sus viejas estructuras y ocupándome en estudiar sus nuevos cuadros jurídicos e institucionales. Mientras esto hacía, las críticas y los elogios continuaban, y yo procuraba permanecer indiferente a sus ecos. Algunos fueron muy lejos en sus encomios, y otros en cambio pasaron de los límites en sus críticas adversas. Sobre la política africana propiamente dicha abundaban quienes la consideraban como tiempo perdido. Y ello no sólo porque miraban al Africa como a nuestro concurrente más serio, sino también porque sus líderes, en su mayoría, caminan a marchas forzadas hacia el socialismo, como Nkrumah, a quien se reputaba como jacobino y dictador. Los que elogiaban la designación ponían de relieve que el Brasil tiene una función en Africa y recalcaban la grandeza de la política iniciada y en desenvolvimiento. Leyendo el artículo de Coelho de Souza, cuyo recorte está unido a su carta, es como si estuviese recogiendo, a dos años de distancia, que más parecen dos siglos, el eco de los argumentos favorables. Muchos de ellos se me antojaron entonces exagerados. Ahora que conozco mejor este mundo vario y mutable, ambiguo y desconcertante, me parecen sin sentido. Africa difícil, difícil Africa, cuyo destino es una incógnita, cuyo futuro nadie puede prever. Africa, la de las violencias, cuyo proceso de descolonización pone a la vista sus grandezas y sus miserias, sus posibilidades y sus dificultades. Con todo, si muchos de los argumentos en favor de la política de influencia en Africa están caducos, otros se nos ofrecen actualísimos, como por ejemplo este de que esa política debe ser seguida pacientemente, sin alardes, con un mínimo de declaración de intenciones y un máximo de promociones. No ha habido, sin embargo, ni una cosa ni la otra.

1 de marzo

Comienzan a engalanar la ciudad para la conmemoración de la independencia. Las mismas decoraciones y adornos de los años anteriores, poco celebrados por el pueblo. Pero ¿no será de otra naturaleza de lo que pudiera creerse esa indiferencia popular? La verdad es que algo han cambiado las cosas. La vida se hace cada vez más cara y la miseria es cada vez mayor. A pesar de ello, Gana es el país mejor acondicionado, aquel que presenta más gratas perspectivas. Sus dificultades se desvanecerán al cabo, pues además de ser bastante rico e inmensas sus posibilidades de desarrollo económico, sus dirigentes se afanan con energía, mandados por Osagyefo, en establecer una industria verdaderamente africana. Para ello, sin embargo, se hacen necesarios considerables sacrificios. Entre los proyectos en vías de realización, el que mayores esfuerzos ha exigido es el de la presa hidráulica del río Volta, que suministrará energía para una industria naciente y diversificada.

7 de marzo

Estuve ayer con Osagyefo por primera vez desde mi regreso. Fue en el banquete que le ofreció el cuerpo diplomático con motivo de la celebración del Día de la Independencia. Me pareció envejecido y cansado, y su mirada entre meditativa y melancólica. Pronunció un discurso agradeciendo el homenaje y ocupándose como siempre de sus tesis más queridas. Su coherencia discursiva es mayor que su visión de la verdadera realidad africana. Parte de su grandeza, no obstante, estriba en eso mismo. Alguien a mi lado, oyéndole, murmuró con admiración :

— ¡Nkrumah y sus espejismos!

Había yo leído, precisamente aquella misma mañana, en un libro que hace el balance de su carrera, que su lugar en la his-

toria africana está ya asegurado. Gracias a los espejismos de este hombre que realmente se considera un Mesías (Osagyefo), comenzaron los africanos a marchar sin vacilaciones hacia un movimiento que enfervorizó al continente en pleno. Con todo, Nkrumah está comenzando a perder su liderato. Pero aún es pronto para relegarlo a personaje de museo. Acredito que Osagyefo, al contrario de lo que creían algunos, abandona el culto de la personalidad por el programa, en lo cual estriba su salvación.

*

La primera vez que lo oí personalmente fue en una caída de la tarde, en octubre. Estábamos en 1961. Exactamente el 2 de octubre de 1961. Comparecí ante el *Flagstaff House,* donde se hallan su despacho y su residencia, para presentar mis credenciales como embajador del Brasil. La víspera había preparado un discurso hablando de las raíces étnicas y culturales comunes a los dos países, como también reafirmando nuestra posición brasileña de franco anticolonialismo y de combate contra la discriminación racial. Lo escribí en mi cuarto del « Ambassador Hotel », donde permanecí durante un mes en espera de que fuese desocupada por el secretario Correa do Lago la residencia destinada al jefe de la Misión, espera que se prolongó en otro local, el « Star Hotel », de ambiente genuinamente africano. Me hice acompañar al acto de entrega de credenciales por todo el personal de la embajada, valiéndome de un funcionario como intérprete. Procurando dominar mi emoción, escuché con recogimiento y a pie firme los himnos nacionales del Brasil y de Gana, ejecutados por la banda de policía, en el patio, a unos pasos del gabinete de trabajo de Osagyefo, donde me esperaba aquel hombre, el más discutido de toda el Africa negra.

Me recibió Osagyefo en su sala de trabajo, poco espaciosa, baja de techo y discretamente amueblada. Veíamos en las paredes un mapa general de Africa, otro de Gana y fotografías de Nasser, Tito, Sukarno y también de Modibo Keita y de Sekou-Touré. Recordé otro gabinete presidencial, donde un hombre, muy parecido en muchas cosas a este otro, gobernó durante poco más de seis meses, empeñado en una lucha que los aproxima a ambos. Nkrumah parecía preocupado y me dio por momentos la impresión de que tenía el pensamiento ausente. Sin embargo, al poco rato se disipó su aire sombrío y asomó a sus ojos una expresión de interés. A cierta altura de nuestra conversación me interrumpió para decirme, como si en aquel momento mismo le hubiese acudido el recuerdo a la mente :

— Conocí a su nuevo presidente. Y me preguntó cómo se llamaba, con un fruncimiento, cual tratando de recordar el nombre.

— Joao Goulart —le dije.

— Sí, lo conocí en Pekín. Por entonces era vicepresidente...

Y me refirió cómo se había producido el encuentro, en un banquete, expresándome la impresión que le había causado el que era por aquellos días vicepresidente del Brasil. Y de ahí pasó a conversar sobre otros temas, durando nuestra charla más de media hora, en lugar de los diez minutos protocolarios. Quería saber todo acerca del Brasil, y nos escuchaba atentamente, haciéndonos notar con cierta altura, en concordancia con lo que habíamos dicho sobre las similitudes entre los dos países :

— Realmente somos una comunidad natural.

Cuando salimos nuevamente hacia el patio del palacio, exclamó Osagyefo :

— Somos hermanos. Para el embajador del Brasil no hay protocolo en palacio. Sus puertas están abiertas para él a cualquier hora.

Nuevamente me vi ante la banda de música de la policía, pero esta vez al lado de Osagyefo, acompañados ambos por todos cuantos habían participado en la ceremonia de minutos antes. Cogiéndome del brazo, me dijo algo que escapó al intérprete, haciendo después una señal a los músicos. La banda de policía irrumpió con un *high-life,* la música popular de la tierra, cuya letra alude a Nkrumah, a quien llama el autor *show-boy,* sobrenombre conquistado en su lucha por la independencia. El *high-life* tiene un ritmo pegadizo, que contagia, mixto de merengue y de rumba, y no sé cómo,

ello fue de repente, Osagyefo ensayó unos pasos de danza, yo otros, y resultó al cabo que durante unos segundos danzamos todos, hecho insólito en el *Flagstaff House*. Al día siguiente los periódicos estampaban en sus columnas algunas fotografías de este episodio sensacional, considerado con espanto por el cuerpo diplomático. Un joven estudiante que me valió de mucho en Acra, el ya mencionado Daniel Oku, me dijo, después de reflexionar un momento, contemplando esos grabados :

— ¿Sabe Ud. cuánto significa ese rasgo del presidente?... Considere usted que la danza tiene para nosotros un sentido que va más allá de lo cultural y artístico : es un elemento de carácter esencialmente religioso. Cuando conozca mejor nuestros usos y nuestros hábitos, comprenderá usted lo que eso encierra.

14 de marzo

Estos últimos días fueron prácticamente consagrados por mí a las actividades sociales. Visitas a embajadores, cocktails, almuerzos. Ayer me declaré indispuesto y me quedé en casa para ordenar algunos papeles y hacer un balance de los últimos acontecimientos registrados en Gana y en algunos otros puntos de Africa. El tiempo africano continúa discurriendo a un ritmo acelerado ; todo ocurre con una celeridad en que las etapas pasan inadvertidas, porque su evolución escapa a los esquemas clásicos. Imposible estar siempre bien informado de todas las cosas que pasan en este mundo en perpetua modificación. En la incesante búsqueda de soluciones originales, en la conquista de un nuevo equilibrio, en sustitución del equilibrio anterior destruído por los colonialistas, los hechos se desenvuelven en ocasiones por los caminos más sorprendentes, por no decir más desorientadores para el observador que se considera bien informado. Aquí, mucho de lo que a primera vista parece realidad, no pasa de apariencia. ¡Cuántas previsiones, formuladas a base de hechos y de fenómenos cuidadosamente previstos, se alteran, hasta antes de producirse esos hechos, o ceden lugar a otros hechos, lo que, además, suele acontecer con extremada rapidez! El conocimiento de la realidad africana, pues, mientras el continente se halle pasando por ese proceso, seguirá siendo todo y nada al mismo tiempo, continuará fragmentado y dudoso. Esa es la visión que nos hace posible la complejidad presente de las situaciones africanas. Y para rectificarla, o para mejor comprender los fenómenos que se suceden atropelladamente y saliéndose de todas las previsiones posibles, el observador, sea cual fuere su calidad, tiene que mantener una constante e ininterrumpida atención. De eso no cabe duda. Yo intenté seguir ese tren de vida en mi primer año de residencia en Africa. Ahora, este año, otras solicitaciones se hicieron sentir, y procuro distribuir mi tiempo como puedo... Esas solicitaciones no provienen de las actividades sociales, sino de todo cuanto puede permitir la realización del gran anhelo de mi vida : la literatura.

24 de abril

Decisión de dejar el puesto. Espero hacerlo en agosto. Imposible permanecer en él más tiempo. Las divergencias son grandes. Sería inútil permanecer. No estoy de acuerdo en que seamos meramente informadores. Nuestra presencia debería señalarse por una nota de combatividad, animando una acción positiva. En la forma actual, vamos transformándonos en una institución puramente burocrática. ¿Para qué sirve, en efecto, la presencia de un embajador? Casi únicamente para mostrarse en los lunchs, los cocktails y las recepciones.

Pienso regresar en definitiva al Brasil dentro de un mes. Ya tengo incluso redactados los términos de la carta que habré de dirigir al presidente Goulart solicitando ser exonerado del honroso puesto. Pretendo recalcar que no fue mucho lo que se ha hecho con miras al objetivo de incrementar nuestras relaciones comerciales, a pesar de las innumerables solicitaciones de providencias y decisiones, que reconozco sin duda que no podrían tomarse sin mayores estudios, relacionadas en su mayor parte con problemas de cambios comerciales, sistema de pagos, tarifas y fletes. Es mi deber hacer constar que nuestra embajada no estuvo nunca debidamente acondicionada para funcionar eficazmente. Nada se hizo en realidad para el incremento de nuestras rela-

ciones mercantiles, aspecto éste que requería una actuación atrevida, sobre la base de un esquema inspirado en el esfuerzo coordinado y conjunto de diversas representaciones brasileñas en los países africanos, con el auxilio de los diferentes órganos oficiales y privados que, directa o indirectamente, influyen en el proceso de la producción exportable y en su comercialización. No pienso pedir excusas por las cosas que han dejado de hacerse y que podrían haberse intentado, aun sin el debido acondicionamiento, pero no podré dejar de referirme a lo que debiera haber sido nuestra acción en Gana en el caso de que hubiésemos estado en condiciones de realizar todo cuanto ha sido planeado. Sé que al fin y al cabo no escribiré una carta en esos términos. Será la mía una solicitud pura y simple de exoneración, alegando, para justificarla, motivos de salud.

La verdad es que todo no pasó de un drama, que por desdicha no sé si podré darlo aquí como liquidado para siempre.

Pero ese es mi deseo. Más todavía : es también mi propósito.

EL ACTOR WILLIAM KEMPE, AMIGO DE SHAKESPEARE,
SEGUN LA PORTADA DE SU OBRA « KEMPS NINE DAIES WONDER »

La extraña hazaña del Presidente Betancourt

POR JUAN LOZANO Y LOZANO

HACE MÁS DE TREINTA AÑOS que Rómulo Betancourt —hoy un hombre joven, pasados apenas los cincuenta años— es conocido extraterritorialmente como uno de los líderes más aguerridos de la democracia en América. Pero la hazaña con que acaba de cerrar su segundo paso por la presidencia de Venezuela, lo consagra como figura realmente histórica y fundamental de su país y de todo el continente. Betancourt, contra todas las dificultades y adversidades, nacionales e internacionales, logró instaurar el período presidencial en Venezuela, después de un sesquicentenario de independencia de su patria. Betancourt no ha gobernado un minuto más ni un minuto menos del período para el cual fue elegido por sus conciudadanos. Recibió el poder de la auténtica fuente del sufragio libre y lo entrega a un ciudadano elegido para sucederle en forma tan libre y auténtica como él lo había sido. Ello no es frecuente en América, ni en otros continentes ; piénsese en tres de las figuras más descollantes de la Europa contemporánea : Stalin, Mussolini e Hitler. Pero sucede que en Venezuela no había sucedido nunca. Y que ha venido a suceder precisamente cuando el punto de mira de la subversión internacional de magnas potencias estaba oficial y activamente fijado en Venezuela, como segundo paso firme hacia la conquista de América.

La China de Mao Tse-tung y la Unión Soviética de Kruschef, en uno de los aspectos más importantes de su proceso de rivalidad revolucionaria, estaban igualmente interesadas en que Rómulo Betancourt no terminara su período presidencial en Venezuela, sino en que, antes bien, sufriera edificante castigo ; y así las potestades emulaban en mover a su agente americano con dineros, técnica, elementos, acicates y reconvenciones. Castro, justo es reconocerlo, hizo cuanto estuvo a su alcance, y no dependió de su voluntad ni diligencia el fracaso sufrido en su segunda cruzada. En la OEA duerme el sueño de los justos el grueso expediente compilado por el gobierno venezolano, en donde está minuciosamente documentado este proceso. Es ya un honor, o por lo menos una prueba, haber defendido una nación, una soberanía, un régimen, un sistema de Estado y de vida, de presiones tan poderosas. Caída Venezuela en manos castristas, el golpe moral habría sido espectacular y efectivo. De nuestra América se habría apoderado aquella psicosis del « nada que hacer », de la quinta columna, del enemigo adentro, que proporcionó al nazismo sus fulmíneos, sucesivos y desproporcionados triunfos de principios de la última guerra mundial. Nuestros países todos, pero sobre todo los de la zona central, sabemos que ello habría sido así, cualesquiera que sean las diversas tendencias políticas de sus res-

pectivos nacionales. Los demócratas y los liberales sentimos que Betancourt ha librado y ganado una gran batalla por todos nosotros. Desde luego, Colombia, patria del escritor de estas líneas, tiene, por obvias razones, la más alta cuota de reconocimiento.

¡Pero si hubieran sido sólo Castro, Kruschef y Mao los sujetos interesados en procurar un reposo a las campañas democráticas de Rómulo Betancourt! Este Presidente ha tenido que luchar contemporáneamente y casi que por igual, por extraña ironía, con la contraparte internacional de los países comunistas. Los Estados Unidos, con su política incoherente, cegata, tarde y mal informada, proporcionaron al régimen de Betancourt tal número de tropiezos, problemas, fricciones y desgastes interiores, que ellos habrían bastado para ocupar toda la atención y la energía del mandatario. Venezuela es país de petróleo, uno de los mayores productores del mundo ; quien comande aquella producción, tiene una poderosa fuerza internacional en la mano. De allí viene principalmente el interés que en controlar esa fuente de poder y de influencia tienen las potencias comunistas. Compañías de los Estados Unidos usufructúan contratos hechos en tiempos de dictadura, de sombra y de silencio, y derivan fabulosas ganancias de ese negocio. En tanto hoy, durante la mayor producción de la historia, tales empresas, por la naturaleza peculiar de su funcionamiento, no ocupan siquiera a cincuenta mil obreros venezolanos. Es un mísero puñado de salarios ; y de salarios que, nominalmente aceptables, no guardan proporción con el costo de la vida. Sin embargo, cada vez que los obreros hacen un reclamo con sabor de huelga, las compañías se muestran intransigentes y apelan al gobierno para que ponga orden y dé garantías. Análoga actitud de personas asaltadas adoptan cuando el gobierno propone hacer modestos reajustes en los contratos de regalía. Y Washington se muestra siempre muy preocupado por la suerte de sus connacionales en Venezuela. Todo ello forma un tejido de zozobra y de impopularidad para el gobierno ; situación que, desde luego, tiene sus incitadores y sus usufructuarios.

Y todavía Betancourt ha tenido que luchar contra otra suerte de problema internacional, menos poderoso, pero más amplio y cercano. Se trata de la cofradía de los tiranos en ejercicio y cesantes de América, que es siempre particularmente solidaria con los tiranos venezolanos. Toda esa cáfila, pintoresca y multimillonaria, que parecería tener intereses contrarios a los de Fidel Castro, ha venido conspirando contra el régimen democrático de Venezuela para ver de restablecer aquel fortín, últimamente vinculado a Pérez Jiménez. Reuniones en el exterior, expedición de armas, proyectos de desembarcos : una trama, acaso más fantástica que real, pero que cumple su cometido psicológico de crear aspiraciones, desconfianzas, inquietudes ; y de distraer tiempo, recursos, actividades del gobierno.

LAS DIFICULTADES INTERNACIONALES tienen poco que ver con el mérito de la obra que Rómulo Betancourt acaba de realizar en Venezuela. Se han bosquejado como coincidencias poderosamente desfavorables a la realización de una labor de creación institucional y política, para hacer resaltar mejor el empeño de creación democrática logrado. Betancourt ha demostrado con hechos a sus compatriotas, que la estabilidad democrática no es un mito, aun en medio de circunstancias excepcionalmente adversas. Puede vivir y puede hacer obra un gobierno con la Constitución —un pedazo de papel— en la mano ; cuando lo que parecería desprenderse de la patria historia es que el gobierno no puede sostenerse, sino con un sable en la mano. No era sólo historia, sino también doctrina, el escepticismo democrático de los venezolanos. Varios de sus más altos ingenios fueron empleados por las dictaduras para asentar la doctrina del cesarismo inevitable. Todo eso de la libertad y de la ley y de las elecciones y del mitin, es muy bonito ; pero así no se puede gobernar ; se cae en la anarquía y se va al abismo. Así pensaban las personas maduras de todas las etapas venezolanas. Los jóvenes contradecían y pensaban en la revolución para tumbar la dictadura ; y frecuentemente la hacían, con ímpetu heroico ; pero hallaban, aplastados por la milicia, o encaramados al solio,

que el gobernante que se pare en pelillos legales se va al suelo.

El núcleo de la dificultad política en muchos países de Latinoamérica podría representarse esquemáticamente como falta de conciencia pública con respecto a lo que se llama « período presidencial ». La gente no sabe cuando empieza a gobernar un presidente ni sabe calcular cuándo terminará su tarea administrativa, puesto que las reelecciones que a sí mismo se decreta el gobernante, imponen el relevo intempestivo o, por lo menos, la constante tentativa de relevo. Pocos son los países en donde, como en Colombia, Chile, Costa Rica, Uruguay, haya existido, con muy esporádicos tropiezos, la noción popular arraigada de que el presidente se posesiona de su cargo en un día fijo y entrega el mando en otro día fijo, cierto número de años adelante. Y sin embargo, esta noción es fundamental, representa la base de todo orden jurídico, la condición de todo desarrollo político, la garantía de toda acción administrativa, la efectividad de todo progreso social.

No se menciona aquí el proceso económico, porque tal proceso parece marchar cada día más por su propia cuenta, obediente a tendencias internacionales. Así se explica como hayan progresado contemporáneamente, en estos últimos años, las economías de naciones de tan diferentes regímenes políticos como los de los Estados Unidos, España, Italia, Alemania, Francia ; y como se hayan deteriorado por igual las condiciones económicas de los países democráticos y de los países dictatoriales de América. Los términos de intercambio se han desequilibrado parejamente, y cuanto los países industrializados ganan vendiendo más caro y comprando más barato, lo pagamos nosotros por igual, comprando más caro y vendiendo más barato. Las condiciones políticas no parecen intervenir sino en la distribución de riqueza y pobreza dentro de cada país. Pero esta es una observación incidental. Venezuela es uno de los países más favorecidos de América por afluencia de divisas, o sea de regalías en dólares por concepto de explotación de petróleos. Pero esa riqueza va casi toda al fisco, y por el loco y deshonesto manejo de las dictaduras, y particularmente de la de Pérez Jiménez, se ha desviado de las arcas nacionales a los bolsillos de unos pocos jerarcas del gobierno y de unos pocos financieros con el gobierno conectados ; y de tales bolsillos ha regresado a los bancos del exterior. Pérez Jiménez, como Batista y como los herederos de Trujillo, es uno de los más grandes millonarios del mundo.

POLÍTICAMENTE, Betancourt ha sentado un precedente tan estrambótico como trascendental en Venezuela, al delimitar en la práctica, por primera vez en la historia de su país, el espacio del mandato presidencial. Este noble país, cuna de uno de los más grandes genios del mundo y permanente semillero de héroes deslumbrantes y de hombres de talento superior, no logró en cambio, en toda su historia, organizar su vida institucional, gubernamental, política. A la vez que los literatos y poetas venezolanos, y aun los tratadistas y ensayistas jurídicos, sociológicos y políticos, fueron en todo tiempo honor de la inteligencia americana, la práctica de la vida estatal en aquel ambiente culto, se ha resentido casi constantemente de desolador primitivismo. La cadena de la ilegalidad y de la fuerza no había podido ser allí rota por el saludable arribo al poder de hombres ilustres y de movimientos generosos : un José Vargas y su grupo en 1835, un Falcón y su grupo en 1863, un Rómulo Gallegos y su grupo en 1948. A Venezuela faltó entre los cíclopes de su grandiosa epopeya de liberación, un hombre como el granadino general Santander, que tuviera una honda noción del orden jurídico y de la vida democrática, y que fuera capaz de imponerla, con su autoridad y su prestigio de héroe, sobre sus compañeros de andanzas guerreras, y aun sobre la mente magna y el magno prestigio y la magna autoridad de Bolívar.

En el diario privado de algún santafereño de los primeros decenios del siglo pasado, se describe en forma impresionante e ingenua la consternación que en todos los ánimos de la ciudad de Bogotá causó la ejecución capital, cumplida con particular ceremonial, del general Leonardo Infante. Infante era un mulato apocalíptico, un jinete fantástico, que había escrito páginas

de asombro por su valentía, abnegación y genio militar, durante la gesta libertadora de Venezuela y de la Nueva Granada. Ahora altanero, turbulento, desocupado y pobre hasta el extremo, guardaba su espada, su casaca y su bicornio militares como único tesoro en una caja, en el zarzo de la pieza miserable en donde vivía. Con espada, uniforme francés de gran gala lleno de alamares y una constelación de medallas conmemorativas de hazañas guerreras, consiguió que lo dejaran marchar de la capilla al patíbulo. A Infante le faltaban el brazo izquierdo y la pierna derecha, perdidos en las batallas ; y entre otras cicatrices, tenía un enorme tajo de sable sobre la frente y la mejilla. Era un héroe magno, con todos los signos y atributos más ostensibles y patéticos del heroísmo ; y ahora marchaba por las calles al suplicio ; y las gentes se persignaban con consternación, que era también una suerte de sorda protesta, al paso del horrendo cortejo ; y nadie podía comprender con cuál autoridad se podía castigar en esa forma a un hombre glorioso y a un creador de la patria. Pasó el cortejo frente a la casa de gobierno ; y el presidente Santander, que estaba detrás de la cortina del balcón, corrió la tela para ver pasar el desfile. Pero no fue esto sólo. Cuando sonó la descarga, el mismo presidente Santander, vestido de civil y a caballo, se presentó al propio sitio mortal para verificar, como funcionario, si la sentencia se había cumplido escrupulosamente. Santander sabía lo que a Infante debía la patria, porque le vio cumplir sus mayores hazañas. Santander e Infante habían sido compañeros y amigos durante largos años de lucha en los llanos y en el paso de los Andes. Pero Infante últimamente había matado a una mujer con quien vivía, en el puente de San Victorino ; un tribunal ordinario respetable, después de juicio detenido, lo declaró culpable y lo condenó a la última pena, porque entonces desgraciadamente regía en Colombia y en todos los países del mundo la pena de muerte ; y el presidente general Santander hacía ejecutar todas las leyes y todas las decisiones de los jueces. « Colombianos : las armas os han dado la independencia ; las leyes os darán la libertad », había escrito pocos años antes Santander, en proclama inmortal que aparece reproducida en un friso del Capitolio colombiano.

De los tres más grandes compañeros de Bolívar : Santander, Sucre y Páez, el fabuloso caudillo Páez, con poseer dotes de gobierno, una inteligencia muy aguda y un desinterés magnánimo, no era el temperamento para meter en pretina a los héroes turbulentos. Lo ensayó alguna vez noblemente, al restablecer en el poder al intelectual José Vargas, derrocado por generales que demandaban, entre otras cosas, « que los empleos se dieren a los fundadores de la república », es decir, con exclusividad a los militares. Pero ello fue un episodio. Páez, que vivió una vida tan larga y hazañosa como la del general colombiano Tomás Cipriano de Mosquera, dominó de 1831 a 1846, o por sí mismo o por interpuesta persona, a la república de Venezuela, que él había creado al desmembrarla por insurrección de Colombia ; y después de un eclipse, volvió al poder de 1861 a 1863. El forjó el primer eslabón de la cadena dictatorial venezolana. Monagas dominó de 1846 a 1861 ; y cinco años después derrocó del poder al presidente liberal Falcón, que había ejercido difícilmente durante un lustro. Guzmán Blanco, hombre europeizado y de cultura, inusitadamente anticlerical y efectivamente progresista, reanudó el despotismo durante dieciocho años, de 1870 a 1888, y fue al fin derrocado por Crespo, quien ejerció la dictadura hasta 1898. A su torno fue derribado por un bárbaro de gran patriotismo, Cipriano Castro, quien mangoneó a su arbitrio el país hasta 1908, en que dejó a guardarle el poder a su hombre de confianza, Juan Vicente Gómez ; pero este último pronto se le alzó con el santo y la limosna. Gómez, cuyo recuerdo infamante vive muy cerca de nosotros, convirtió a Venezuela en una finca propia, que administró con salvaje crueldad pero con cierta astuta eficiencia ; y al fin de veintisiete o veintiocho años murió tranquilamente en su cama y en el disfrute del poder feudal.

Durante los últimos treinta años de vida venezolana, y con excepción del monstruoso quinquenio de Pérez Jiménez,

ha habido por un camino o por otro serios intentos de establecimiento de un armazón constitucional y una costumbre política. En este lapso se han creado y organizado, con programas, estatutos y jerarquías, los partidos populares que hoy actúan en la vida pública : Acción Democrática (AD), que ha probado ser el más numeroso, existía ya como pequeña agrupación clandestina desde 1931, con el nombre de Partido Democrático Nacional, y su fundador fue el joven Rómulo Betancourt, que regresaba del exilio, a la muerte de Gómez. El partido siguiente en fuerza popular es el Demócrata Cristiano (COPEI), que ha estado inspirado por un serio y joven intelectual, Rafael Caldera, y que pretende ser más avanzado en cuestiones sociales que AD, por lo menos durante los últimos años. Después está el partido Unión Republicana Democrática, situado más a la extrema que AD y en prudente inteligencia con el marxismo ; su jefe ha sido un gran luchador democrático, Jovito Villalba, hombre de alta mentalidad, noble corazón y extraordinaria simpatía personal. Está en fin, el Partido Comunista, bien organizado, activo y azaroso, que ha sido siempre muy hábilmente dirigido, especialmente por su secretario general Jesús Faria. Existen otras agrupaciones más pequeñas o más eventuales, pero que influyen en la vida pública. A la derecha, por ejemplo, está el Padre Hernández Chapelin, que ha hecho de su periódico *La Religión* un inquietante botafuego. A la izquierda, como disidencia impaciente de AD, ha existido un núcleo de jóvenes de los cuales el más caracterizado es Domingo Alberto Rangel.

Los partidos tradicionales en Venezuela, aun cuando variables en composición, habían sido el gubernamental y el antigubernamental. Tanto es así que todavía bajo el régimen civilizado y benévolo del general Medina Angarita, durante el cual se mantuvieron las libertades públicas, el presidente llamó a sus simpatizantes, oficialmente, el « Partido del Gobierno ». Los partidos con programa, organización, sede directiva, órganos de publicidad, tesorería, cedulación, que son el contenido del régimen democrático, empezaron a surgir sólo después de la muerte de Gómez. Al tirano sucedió, en una combinación difícil de tendencias humanas y democráticas y de supervivencias feudales todavía muy fuertes, el desabrido general Eleazar López Contreras, antiguo ministro de la Guerra de la tremenda dictadura, pero conocido desde entonces por su carácter estudioso y sereno. López Contreras condujo la transición con bastante tino; y al terminar nombró sucesor al general Medina Angarita, más abierto, simpático, humano y liberal que él. Medina Angarita condujo el gobierno con generosidad, se rodeó de lo mejor de la juventud intelectual y llevó a cabo vigorosas campañas sociales de sanidad, escuelas, viviendas ; también logró una mejora notable en los contratos de explotación de petróleos. Pero al final se obstinó en hacer elegir, o, mejor, en elegir sucesor suyo a un ciudadano Biaggini totalmente impopular. Una conjunción de militares e izquierdistas, presidida por Rómulo Betancourt, lo derribó del poder y así se produjo, de 1945 a 1948, el primer gobierno de este ciudadano, al frente de una Junta revolucionaria de gobierno. En elecciones libres triunfó para iniciar un período el gran novelista Rómulo Gallegos, la mayor figura intelectual de Acción Democrática ; pero a poco andar de su gobierno, un tanto inexperto, fue derrocado por el coronel Pérez Jiménez y sus amigos del ejército. Sobrevinieron diez años de oprobio sin nombre ; de un oprobio que, como suele suceder, nadó en la abundancia por circunstancias fortuitas, y dejó al país endeudado y arruinado. Vino después de la caída de Pérez Jiménez la elección de Betancourt, y su gran lucha, que ha mantenido en suspenso a la América, y que ha conocido culminación tan extraordinaria.

¿Quién es este Betancourt? Personalmente es un hombre macizo, de aspecto costeño, un poco áspero a primera vista, pero franco, cordial y abierto en el trato. Estudiante paupérrimo, no tenía veinte años cuando en 1928 tomó parte activa en una conspiración frustrada contra Gómez, y fue a sufrir inhumanos rigores de cárcel en la célebre Rotonda. Desterrado después, llegó a Barranquilla con sus compañeros de aventura Raúl Leoni (el actual presidente), el poeta Rugeles, Valmore Rodríguez, Ricardo Montilla y otros

varios. A la muerte del tirano, regresó a su país, todavía bajo vigilancia ; y empezó, en compañía de elementos marxistas, la organización de un partido revolucionario de extrema izquierda. Simpatizó al principio con el gobierno del sucesor de López Contreras, Medina Angarita ; pero luego se le opuso violentamente, sobre todo con relación a la elección de sucesor ; y organizó el golpe izquierdista-militar que dio en tierra con aquel benévolo y bien dispuesto presidente. Fue aquel un error político que suspendió por más de un decenio la evolución venezolana. La Junta presidida por Betancourt realizó un gobierno de extrema izquierda, con vigorosa influencia comunista, que incubó la reacción del orden bárbaro. Betancourt tuvo entonces el mérito de conservar las libertades, favorecer la consolidación y expresión de los partidos, promover la legislación social y organizar las elecciones libres en que triunfó Gallegos. Derrocado Gallegos por los militares de Pérez Jiménez, Betancourt salió otra vez a vivir la vida azarosa y combativa de la clandestinidad, del exilio y de la persecución encarnizada. A la caída de Pérez Jiménez, fue elegido presidente.

La larga lucha por la libertad y por el pueblo enseñó a Betancourt grandes y fecundas lecciones. Una, que gobierno revolucionario es una antinomia, una contradicción de términos. Otra, que no se puede ser demócrata y marxista a un mismo tiempo. Otra, que no se puede aspirar a imponer desde el poder la totalidad de los propios puntos de vista. El segundo gobierno de Betancourt ha sido un gobierno encaminado a asentar la estabilidad constitucional contra la subversión ; a detener la infiltración marxista que corroe los puntales de la democracia ; a hacer participar el mayor número posible de fuerzas políticas legales en la conducción del Estado. Así ha logrado en Venezuela, fuera de la magna y extraña hazaña de iniciar la periodicidad constitucional y de defender a su país y a la América de una sombría amenaza, ha logrado, decía, realizar una excelente administración, creadora de nuevas condiciones de vida para el pueblo venezolano. Ha establecido y puesto en marcha la reforma agraria, como medida de equilibrio social ; ha lanzado una política vigorosa de aprovechamiento de las fuentes de energía y de explotación de los minerales de hierro, como medidas de desarrollo económico ; ha dejado montada una gran batida contra la ignorancia, como medida de grandeza espiritual. Como cuestiones de orden ocasional, reajustó las finanzas públicas, deshechas por la orgía de gastos, desorden y robos de la dictadura ; combatió la inflación con la austeridad ; incrementó positivamente la riqueza pública, al imponer condiciones mejores para el país a las compañías explotadoras del petróleo.

No podría decirse cuánto la lección de Betancourt haya sido aprendida por el pueblo venezolano. El ha creado una nueva visión del gobierno y de la vida pública entre sus compatriotas, y es por ello lícito esperar que el estímulo recibido de esta administración, sea apto para iniciar la cadena de la constitucionalidad democrática. De todos modos, Betancourt representa una síntesis de vastas y varias experiencias políticas. Es el hombre de Estado madurado por la experiencia, pero que mantiene viva la llama juvenil de altos ideales políticos y humanos. Su vida heroica de combatiente insomne y de gobernante pobre, hace respetables todos sus empeños. El buen éxito final eleva esos empeños a lecciones permanentes y universales de derecho público y de vida política.

JORGE CARRERA ANDRADE

Teoría del guacamayo

Maravilla del Nuevo Mundo,
la gran brasa con alas
reducido crepúsculo volante
alumbra con su luz las hojas verdes.

Todo es fulgor,
promesa o paraíso
carnal deslumbramiento
certidumbre del sol en los colores
vestidura vistosa de lo real.

El ojo se complace en sus facetas
espejismo aleteante del deseo
ráfaga de calor hecha pintura
dios estival doméstico.

Huésped del árbol y de la morada,
sapiente guacamayo
con silabario vegetal afirmas
tu alianza con el mundo de los hombres
la alegría fraterna
del Trópico en su ambiente de familia.

*

El guacamayo y el sol
recomienzan su diálogo amarillo.
El ala responde al reflejo
con la elocuencia minuciosa de sus plumas
en llamas superpuestas
al oro sucesivo.

Imagen del ardor
gloria que emprende el vuelo
para disimularse entre las ramas
con disfraz de gran fruto.

Ave roja triunfante
clarinada del Trópico :
imprime tu figura
sobre el códice
de mi pecho aborigen.

*

El floripondio y el guacamayo
protegen mi sueño
de hombre de América
mientras las plantas crecen
en pocas horas
restableciendo la selva
en la Ciudad Fértil.

Copa del sueño, floripondio
Heraldo del color, guacamayo :
signos de un reino silvestre
gobernado por las alas
de la Dinastía Verde del Trópico.

Oh pájaro escapado de una mina de esmeraldas
y de una cueva de oro
Guacamayo amigo
émulo de las flores :
en tus plumas vuela
el tesoro de Atahualpa.

Ave sagrada de las tribus,
testigo prehistórico :
relatas la crónica del Descubrimiento
y la diaria aventura
de los nuevos conquistadores,
nosotros, los hijos de los hijos.
— ¿Quién no guarda escondida
la armadura de huesos
para la conquista del reino de la sombra? —

Ave de la Utopía :
Tu ojo soñoliento
y voz fingida
me muestran las señales en las plantas y rocas
que guían a las Islas del Eterno Domingo.
Yo desgrano el maíz dorado de mis días
en el cántaro oscuro de la edad
y me preparo
para el más prodigioso de los viajes.

Villa Miseria

POR NUNO VELOSO

SEGÚN UNA INVESTIGACIÓN promovida por la O.N.U. sobre la « Situación social del mundo », más de la mitad de la población mundial vive ajustada a niveles infrahumanos en los siguientes aspectos :

— En cuanto a profilaxis y enfermedades evitables.

— En cuanto a adecuada alimentación y a bienestar físico.

— En cuanto a habitación apropiada para las necesidades fundamentales.

— En cuanto a la educación necesaria para el humano desenvolvimiento y perfeccionamiento.

Y en cuanto a las condiciones de trabajo técnicamente eficientes, económicamente compensadoras y socialmente satisfactorias.

También según cálculos facilitados por esa misma investigación, la población actual de América Latina, que es de 200 millones de habitantes, pasará en 1974 a 293 millones, lo que la hará mayor que la de América del Norte y la de la Unión Soviética.

Por otro lado, la renta por habitante de esta región es, como término medio, un tercio menor que la de los países del Mercado Común europeo y siete veces menor que la de los Estados Unidos. Además, esa renta está muy mal distribuída. En el Brasil, por ejemplo, los siete Estados del sur, que representan cerca de un 30 por ciento de la población total, reciben un 80 % de la renta nacional, mientras que todos los restantes Estados, o sea el 70 % de la población total, tienen que contentarse tan sólo con un 20 % de dicha renta.

Más de la mitad de la población latinoamericana es rural. Sin embargo, esta mitad entra apenas con una cuarta parte en la producción total del continente y es este uno de los problemas más serios que estancan el desenvolvimiento económico de América Latina, puesto que el 60 por ciento de todo lo que exporta es de origen agrícola, así bien como todo su abastecimiento.

El mal aumenta con el hecho de que los propietarios de las tierras prefieren el monocultivo de productos que dependen de los mercados exteriores. (En el Brasil, el caucho en el norte, la caña de azúcar en el nordeste y el cacao en Bahía.) No procuran un desenvolvimiento equilibrado, capaz de satisfacer todas las necesidades de todas las gentes de cada región, sino que ligan su suerte a mercados que no pueden controlar, a economías dominantes que acaban por sujetarlos a su dependencia. Esa economía de lucro inmediato condujo a una muy escasa utilización de la tierra y al empobrecimiento de los campesinos labradores. ¿Para qué pensar en una agricultura intensiva que permitiría dar trabajo y utilizar mejor las tierras, si las masas hambrientas solamente podrían pagar a largo plazo cuando dejaran de serlo?

De ahí viene el estado crónico de desnutrición de sus poblaciones, estado que se agrava todavía por el hecho inconcebible de que el 80 por ciento de los labradores en el continente no poseen tierras propias.

Esta lamentable situación del medio ru-

ral se refleja inmediatamente en las ciudades. En América Latina todas las grandes urbes crecen a un ritmo inconcebible en un país desarrollado, y esto se debe a la afluencia a ellas del hombre del campo, a quien le es imposible sostenerse en el medio rural.

De ello procede ese flujo continuo de la miseria a las grandes ciudades, miseria que es la que origina las « favelas », los « cantegriles » y, en fin, las « villas miseria » (sinónimos todos de una misma calamidad). Caso típico es el ininterrumpido circular de camiones llevando los *páus de arara* del nordeste brasileño a las grandes ciudades del sur. Van con el ansia de descansar de la tórrida sucesión de calamidades físicas : sequía e invierno, inundaciones y sequía otra vez. Van asimismo en busca del mercado de trabajo constituído por las fábricas y construcciones civiles de Sao Paulo y Río de Janeiro.

Veamos, pues, a vista de pájaro, cómo se distribuye —tan sólo en algunos países que nos servirán de ejemplo para el conjunto— la población de América Latina entre el campo y las grandes ciudades.

Argentina

Población de 22.000.000 de habitantes, de la cual sólo en la ciudad de Buenos Aires se agrupan 8.000.000. Y si tuviésemos en cuenta los alrededores, ciudades satélites y la provincia, que es muy pequeña, veríamos que habita allí el 40 por ciento de la población total del país. De los habitantes de Buenos Aires, tres millones emigraron del interior y cerca de 800 mil del Paraguay. Hay allí más de 400 mil personas que malviven en chabolas y en tugurios (moradores de los 32 barrios llamados « villas miseria »).

Bolivia

Millares de indios de la parte sur del país, que, sin protección legal y suficiente, son víctimas de incalificables abusos por parte de sus patronos. Por un miserable salario, los indios bolivianos se ven obligados a trabajar diez horas cada día. Por ese motivo se está asistiendo a una emigración clandestina de esas poblaciones hacia la Argentina, Brasil, Uruguay, etc., para procurarse trabajo y mejor retribución. Se estima en 50 mil el número de indios que abandonaron a Bolivia durante los diez últimos años, para ir a engrosar el contingente de las « villas miseria » en las grandes ciudades.

Brasil

Sao Paulo tiene casi cuatro millones y medio de moradores, y Río de Janeiro cuatro millones. De éstos, casi dos millones se encontraban en las « favelas », en verdaderas zahurdas. De la población total, el 51 por ciento es analfabeta.

Chile

De 7.800.000 habitantes que forman la población total, la capital, Santiago, reúne cerca de dos millones, y un 70 por ciento de esta población es trabajadora u obrera.

México

Treinta y ocho millones de habitantes. En la ciudad de México, capital, 5 millones y medio y en sus alrededores más de 3 millones.

Paraguay

Su capital, Asunción, tiene 300.000 habitantes, del total de 1.700.000 que reúne todo el país. Este es el caso de menor concentración urbana de América Latina. Pero conviene recordar que 800.000 paraguayos viven en Buenos Aires y algunas decenas de millar se hallan esparcidos por el Brasil y Chile.

Uruguay

De una población de tres millones de habitantes, Montevideo concentra un millón. De éstos, 200.000 habitan en « cantegriles » (villas miseria).

LAS VILLAS MISERIA

Integrar en la vida social y humana a los moradores de las « villas miseria » es una tarea urgente.

Quede bien claro de antemano que cuando se habla de la ignominia de las « villas miseria » ha de sobreentenderse que se alude también a la situación infrahumana del medio rural, donde no pudieron permane-

cer los que acabaron en los tugurios suburbanos, y quede bien sentado asimismo que habría razón para temer que se prestase atención al problema de las «villas miseria» en las grandes ciudades sin que se prestase también una inmediata atención al hombre rural, procurando atenuar el éxodo de los campesinos hacia las urbes en lo que tiene de patológico.

Hechas estas reservas, continuamos insistiendo en que nos parece inaplazable arrancar a esas criaturas de la miseria material y moral en que se hallan sumidas. En las grandes ciudades, por la fuerza del contraste, es aún más irritante la degradación indecorosa de aquellas aglomeraciones de barracas infectas, donde se acumulan los desechos domésticos y las deyecciones humanas, donde se amontonan las basuras y, cuando llueve, el barro ; con laderas empinadas, en las que es una vergüenza encontrar a pobres mujeres, a veces encinta, cargando agua, que traen de lejos, pues la regla es la ausencia de este tan necesario elemento. Imposible mantener el sentimiento de la dignidad humana cuando cinco, seis o siete personas se agrupan, se amontonan de cualquier manera en un mechinal exiguo, que es al mismo tiempo cocina y comedor, dormitorio y sala de visitas.

No se comprende cómo las enfermedades epidémicas no se apoderan de las ciudades, y se advierte el peligro de la fermentación social.

*

Haré ahora unas consideraciones sobre la conducta de los habitantes de las «villas miseria». Sobre sus vidas y sus amores, su moral y sus creencias, sobre su filosofía de la vida y sobre su música. No me extenderé demasiado para no hacer muy larga esta exposición. Estoy preparando un libro —*O cancioneiro dos morros cariocas*— en el que lo hago.

De cualquier forma, mi testimonio no será como el del reportero que oye a un solo individuo mientras le espera el taxi para partir. Será el de quien convivió y convive con esas gentes diariamente desde hace ocho largos años, el de quien conoce bien a los moradores de las zahurdas de Mangueira, en Río de Janeiro, «villa miseria» desde hace más de setenta años, modelo y espejo de todas las « favelas » de América Latina.

Situada en las laderas de una colina que lleva el mismo nombre de Mangueira, tuvo como primer núcleo de población a los esclavos libertos por virtud de la ley de 1888. Persisten en aquel lugar casi las mismas condiciones de vida que en el siglo pasado. Las escasas mejoras conseguidas —luz eléctrica y agua corriente al pie de la colina— se introdujeron en períodos de elecciones.

Pero hay allí algo que, a pesar de todo, impresiona favorablemente : el sentido, el ideal de comunidad que practican sus moradores. En esa «villa miseria», con sesenta mil habitantes, y de ellos treinta mil por lo menos en edad de trabajar, apenas hay un treinta por ciento, o sea cerca de dieciocho mil personas, que disfruten de un empleo fijo. Pero, cosa admirable, estos dieciocho mil garantizan prácticamente la vida de los restantes. Si hay comida en una casa, todo el que vive cerca come. El problema de los niños se resuelve también automáticamente en esta «villa miseria». Si la madre de un niño tiene que trabajar, deja a su hijo allí sin reparo, pues las otras mujeres que quedan en la casa se hacen cargo de él y lo cuidan. Y en cualquier casa a cuyas puertas llame, encuentra comida y asistencia.

Sujetos de la peor especie, estafadores y asesinos de los que nutren con sus fechorías las columnas de los periódicos de las grandes ciudades, usan allí de un gran afecto con los niños y con los ancianos. Si un viejo embriagado provoca a uno de estos matones, prefiere éste dejarse insultar o pegar, antes que atacar al hombre provecto. Hay bastantes rivalidades entre los hombres que allí viven, es verdad, pero tan sólo estriban en aspectos superficiales. En los problemas comunes todos están unidos, todos obedecen a una misma ley no escrita, que podría resumirse en algunos principios :

« Reclamo mi derecho, pero cumplo con mi deber. »

« La palabra de hombre es una sola ; hay que mantenerla. »

« Robar en las chabolas es odioso, porque es robar a la miseria. Quédese eso para las ciudades, para las casas ricas. »

« Nada más triste que una mujer que se envilece. »

« No vuelvas la cabeza (no abandones tus deberes) porque tu cónyuge no tenga juicio. Sé ser madre ; sé ser padre. »

Estos y otros principios semejantes forman parte de las reglas de conducta de los « favelados », de los moradores de la Playa del Pinto, una de las más miserables de nuestras « villas miseria ».

Otra característica notable y que proviene de este mismo sentido instintivo de la comunidad es la afición a las fiestas. Allí el sábado y el domingo vienen a hacer una fiesta única. Y cualquier día de la semana, donde se reúnen tres o cuatro ya comienzan a cantar y a « hacer » música, golpeando una lata o llevando el compás con una caja de cerillas.

Esta es la razón profunda de las « escuelas de zamba » y de su permanencia en un ambiente de una inestabilidad tal que raya en lo infantil.

Tiempos atrás intenté organizar «villas miseria». Cuando convocaba reuniones para tratar de ello, todos asistían. Les complace en extremo planear, discutir, extender actas. Discusiones hubo que duraron diez horas. Cierto es que tres días después nadie se acordaba de nada de lo discutido.

Mientras tanto, en medio de la inestabilidad, la escuela de zamba permanece. Estable, inmutable. Todos economizan algo de su salario durante el año entero para poder comprar disfraces y fantasías para el carnaval. Los que no tienen trabajo y los jóvenes que todavía no están habituados a economizar bajan hasta la ciudad grande y cometen allí algún latrocinio. Todo, menos dejar que pase el carnaval sin divertirse.

Hubo tiempos en los cuales, con sujeción a un compromiso de honor firmado por carceleros y detenidos, las autoridades brasileñas permitían que los reclusos saliesen de la cárcel para asistir al desfile de las escuelas de zamba, verdadera fiesta religiosa (con raíces sin duda en la lejana Africa) de las «villas miseria».

Casi nadie se casa en estos lugares de que vengo hablando. No contraen matrimonio religioso porque consideran que no pueden sufragar los gastos de la fiesta. Para ellos está sumamente ligada la idea de casamiento con la de fiesta con hartura de comida y abundancia de bebida (y no con el vestido blanco y otros simbolismos).

Pero es que además juzgan como una buena cosa el no casarse. Su raciocinio es errado y confuso, pero tiene su lógica en el fondo. Estiman que la mujer, en cuanto tiene las garantías y seguridades que le da el matrimonio deja de prestar atención al hombre y descuida sus deberes domésticos. De este modo, viven hombre y mujer veinte o treinta años juntos, llegan a tener nietos, y no se casan.

Tal es la forma de vida de esas gentes. Vida llena de contradicciones, que no puede ser juzgada con arreglo a los patrones normales. Sus reacciones, su moral son muy diferentes de las reacciones y de la moral de las demás gentes, pero mucho más cercanas de la fuente de origen. Norma moral impura e inocente, cínica e infantil, pero abierta, tolerante, de una tolerancia infinita con el prójimo.

El pobre que no tiene nada que ofrecer, simplemente acoge con cortesía y amabilidad.

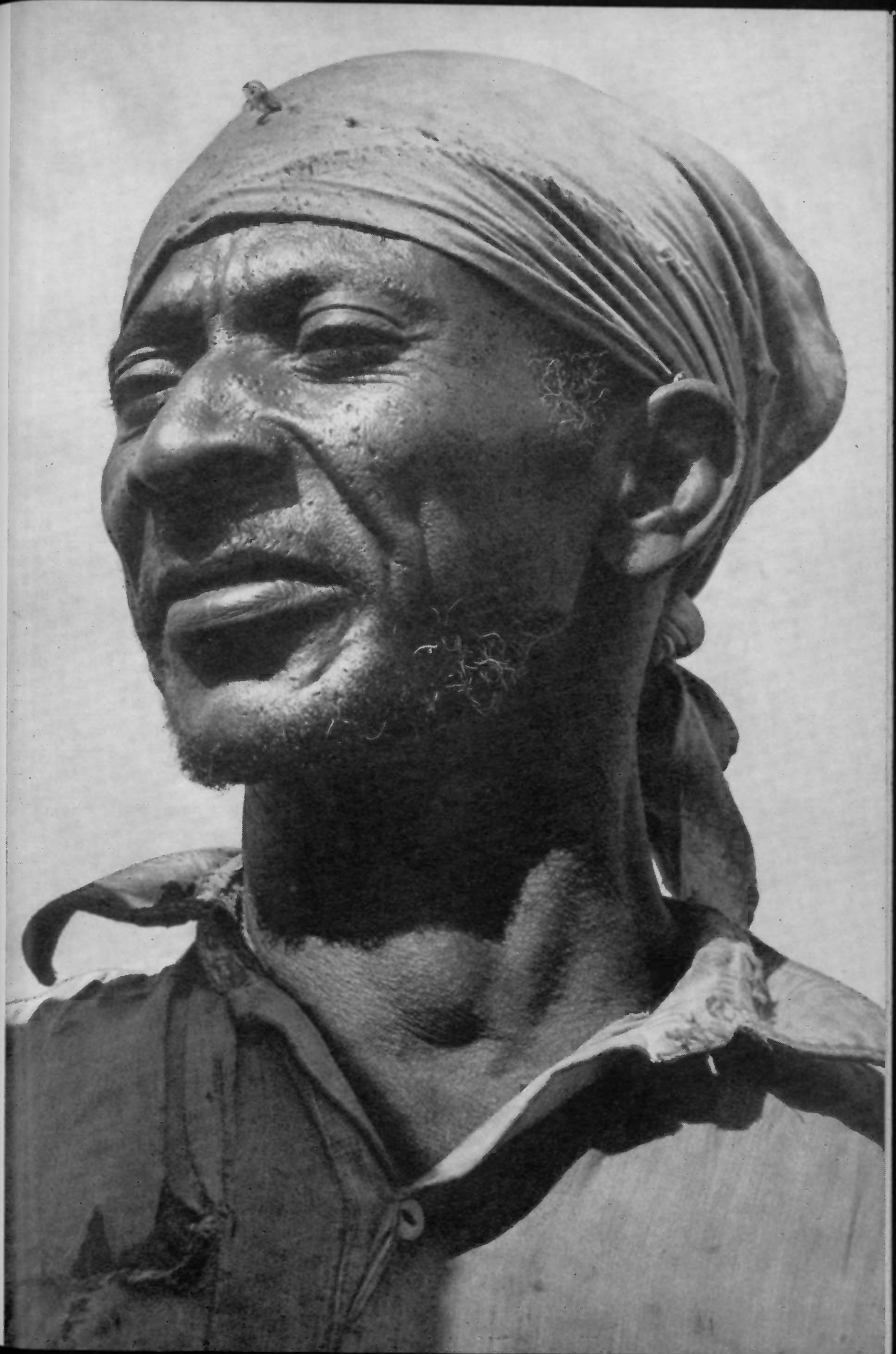
Nosotros, los burgueses, no sabemos ya acoger en esta forma. Y es que ponemos entre nosotros y el resto de los humanos un mundo de aislamiento, de prejuicios, de reservas mentales.

Por su propia situación de despojo de los bienes materiales, los pobres se ven constreñidos no sólo a obrar en común, sino a ser, a existir en común, lo que hace de ellos unos seres de comunidad, de simpatía universal.

¡Ay de nosotros si nos apartamos de ellos y los abandonamos! La burguesía que otrora se abrió camino para ocupar la posición de clase dirigente, debe ser la primera que comprenda que hoy se repite el fenómeno, y esta vez con la masa subdesarrollada.

Es necesario denunciar como irreal todo plan, cualquier plan de reforma que no reconozca esa aguda y explosiva realidad social. Pretender resolverla por tabla es un error ; es pensar ingenuamente que va a ser siempre posible organizar y mantener el mundo al servicio, ante todo, de una minoría dirigente, que no sólo no está mostrando sentimientos humanos, sino que ni siquiera actúa con inteligencia.

DELICIA
MARGA
Marg



BDIC

El Libertador declina la dictadura

POR LUIS ALBERTO SANCHEZ

El Congreso de la República conmemora un hecho extraordinario , la espontánea resignación de los poderes discrecionales de que lo había investido el Cuerpo Legislativo, hecha por un jefe de Gobierno y adalid de la guerra, el Libertador Simón Bolívar. Ello ocurrió el 10 de febrero de 1825. Reinaba el sol en las calles limeñas y la inseguridad en los corazones patriotas. Todavía estaban los Castillos del Callao en poder de Rodil y sus heroicos soldados, y la guarnición de Chiloé, con Quintanilla a la cabeza, resistía los ataques de los republicanos. No nos habíamos aún habituado a la idea de libertad. El cuerpo civil del flamante Estado carecía de unidad y solidez. No habían cicatrizado totalmente las fratricidas luchas entre peruanos, que lo eran no sólo los nacidos en territorio del Perú, sino también los que vinieron a riesgo de muerte a ofrecer su espada y su talento a la causa emancipadora. Crecían malévolos rumores sobre las razones y circunstancias del asesinato de Monteagudo, del fusilamiento de Berindoaga, del alzamiento de Riva Agüero y del augusto retiro de San Martín. Y aunque la llegada de Bolívar y su fulminante victoria sobre los ejércitos realistas había galvanizado a la opinión pública en torno de los ideales de libertad y patria, no habían cesado por completo, ni mucho menos, las intrigas, rencores, conjuras, murmuraciones, pasquines y en buena cuenta felonías que retardaron, primero, la hora de la Independencia peruana ; que luego provocaron la decisiva intervención de las fuerzas auxiliares de Argentina, Chile y la Gran Colombia ; y que, por último, condujeron al retraimiento del Congreso a favor de Bolívar, a fin de que éste dirigiese la guerra y organizase la paz. El Perú seguía siendo en ese momento, a pesar del recientísimo triunfo de Ayacucho, campo de irreductibles e inconciliables pasiones. Surgía, además, una nueva clase social, que podríamos llamar los « neogodos », robando el término a un panfletista de nuestro siglo y despojándolo del sentido peyorativo con que dicho panfletista lo invistiera. Los derrotados del 9 de diciembre de 1824 no sabían cabalmente su ubicación exacta en el cuadro social peruano. Deberían transcurrir cuatro años más para que se les abriesen mayores posibilidades, motivo por el cual regresaron al Perú, o se reafirmaron en él, altas y medianas familias hispanocriollas.

No existía, pues, en el país la paz, la paz fecunda y cierta, no obstante haber ganado la guerra. Se daba el curioso caso de una victoria con secuencias políticas y sociales, parecidas a las que fluyen de una derrota. Los partidos ahondaban sus divisiones. Surgía el fantasma del separatismo

Texto del discurso pronunciado en la sesión solemne del Congreso peruano, conmemorando el 139° aniversario de la devolución de los poderes dictatoriales por el Libertador Bolívar al Congreso, el 10 de febrero de 1825.

sureño que meses después fructificaría en el nacimiento de una nueva república, arrancada, como en el relato bíblico, del sueño del Perú. Nadie dejaba de ver la amenaza de un conflicto en el Norte, a causa de las rencillas personales fomentadas en el seno mismo del gobierno. El vencedor, pese a su desprendimiento del 10 de febrero, concitaba celos, sospechas y terribles repudios, a la par que adhesiones delirantes. La posibilidad de un retorno de España no estaba totalmente cancelada, ya que la Santa Alianza erguía su poderosa estructura con proyecciones a ultramar. Abundaban las hojas efímeras, llenas de improperios y calumnias. Los que no se atrevían a atacar al César, lucían su garbo escrito, y sólo eso, atacando a mansalva y por paga al autoenmudecido Congreso y, en general, a los civiles agrupados en torno de la romántica, pero eficaz Constitución de 1823. Los militares, fuesen grancolombianos, argentinos o peruanos, llamáranse Heres, un venezolano ; Santa Cruz, un altoperuano ; Gamarra, un peruano del Cuzco ; La Mar, un peruano de Cuenca ; todos ellos constituían el núcleo intocable del gobierno, tras de los cuales, como siempre, actuaban civiles de indiscutible talento, aunque no tan firme constancia ideológica, como Vidaurre, Unánue y Pando. La victoria había eliminado el coloniaje exterior, mas no había producido la unidad sustantiva de que emana toda idea nacional fuerte y creadora. Eran tiempos de crear. Tiempos de ahormar para crear. Tiempos de creer para crear. Tiempos de sembrar fe y regar esperanzas para cosechar realidades.

Bolívar, que había gozado y padecido la embriaguez y la miseria del poder, comprendió el momento. Bien fuera por sinceridad, o bien como táctico medio político (todo ello es muy subjetivo y ajeno a toda comprobación histórica), el hecho es que atendiendo a la esencia misma de su grandeza y su glorioso título, resolvió despojarse de los atributos omnímodos que le otorgara en significativa entrega el Congreso del Perú, y los restituyó con su habitual solemnidad, devolviéndolos así a la fuente misma de la Soberanía Nacional, esto es, a la Soberanía Popular, única justificación de aquélla.

I

El significativo suceso requiere, tal vez, ciertas explanaciones. Ellas no sólo atañen a Bolívar y al Congreso de 1825, sino muy principalmente al origen mismo del Parlamento peruano y a ciertos aspectos de su desarrollo ulterior. No se trata de una utilización indebida del pasado para amoldarlo al presente, sino, al contrario, de un paralelo, si se quiere, entre unas y otras circunstancias, ya que los hechos en sí, aisladamente, sin sus circunstancias, carecen de aplicación y significado.

La historia no es tan simple, desde luego; ninguna verdadera historia lo es. Tratemos de presentarla en sus elementos primordiales.

La empresa de toda independencia nacional implica múltiples y poderosos factores. No basta el anhelo de una nación ; se necesita oportunidad en la circunstancia, capacidad en el comando, receptividad de parte de determinantes intereses foráneos y, de modo fundamental, la unidad del pueblo que busca y exige la libertad.

No todos estos factores coincidían el año de 1810 en el Perú, motivo por el cual, mientras casi todos los demás Virreinatos, Audiencias y Capitanías Generales dependientes de España, expresaban y coronaban su propósito emancipador, el Virreinato de Lima tuvo que aguardar mejores tiempos. En lo básico nos faltaba unidad nacional (éramos ya una nación, decidida a convertirse en Estado) y carecíamos de adalides eficaces. Si en 1780, al conjuro de Túpac Amaru se hubiese iniciado la guerra de la Independencia, como prácticamente acaeció en Nueva Granada y en ciertas zonas del virreinato de Buenos Aires, habríamos carecido tal vez de directores capaces, pero la masa indígena se habría incorporado con plenitud a la revolución, y muchos criollos, lo prueba el caso de José de Baquíjano y Carrillo a través de su famoso discurso de recepción al Virrey Jáuregui, habrían apoyado sin reticencias a los revolucionarios. Cuando en 1818 comienza a circular el hasta ahora actual folleto *Manifestación histórico-política,* más conocido como el « de las 28 causas », atribuído a Riva Agüero y Sánchez Boquete, maduraba ya sin duda un espíritu nacional alentado por el orgu-

llo geográfico que desataran las investigaciones selváticas de los misioneros, exploradores e investigadores Sobreviela, Girbal, Unánue, Rodríguez de Mendoza y el propio Baquíjano. En verdad, puede afirmarse que, entre 1780 y 1810, el Perú dio ejemplo de conciencia nacional por lo menos en dos níveles absolutamente disímiles : la masa indígena del Sur y la intelectualidad criolla de Lima. Faltó el catalizador político, es decir, la aparición de un adalid o líder con los atributos arrebatadores de un Bolívar, un Hidalgo, un Nariño, un Moreno, un Alvear, un O'Higgins, unos Carreras, un Artigas y, no el menor por ser último, un San Martín.

Hubo, pues, que esperar actuando, y actuando como se actúa cuando existe el impulso, mas no quien lo conduzca : conspirando. Las conjuras de Tacna, Huánuco, Trujillo, Lambayeque no fueron meros accidentes o frivolidades « revolvedoras ». Representaron la única forma viable por la cual el espíritu de emancipación podría hacerse presente, « crecer y multiplicarse », sin correr los riesgos de una derrota frontal, a manos de hombre tan dueño de sí, tan imbuído del sentido de autoridad y con tantos recursos bélicos como don Fernando de Abascal, marqués de la Concordia.

Estimo que no se ha dado aún explicación completa de las conspiraciones de salón. El regodeo literario, a través del festivo estilo de Ricardo Palma, y el abuso del episodio, patente en el folleto *La Revolución de la Independencia en el Perú*, de Vicuña Mackenna (1860), han contribuído a falsear, reduciendo a sólo anécdotas, algo que tuvo en su nacimiento y desarrollo auténtica categoría política, quizás sin que lo supieran quienes lo practicaban. La mejor prueba está en un hecho : apenas se inicia la guerra, la participación peruana opera en los mismos dos campos en que desarticuladamente lo hiciera allá por 1780 : en los salones criollos de los más letrados, y en las montoneras indígenas que, con Ninavilca y sus émulos a la cabeza, no se fatigaron de asediar y perturbar a las fuerzas regulares de España, a lo largo de cinco años cruentos y, al final, victoriosos.

Todas esas acciones estaban inspiradas fundamentalmente en las doctrinas de *El Contrato Social* ; por tanto, huían de la autoridad unipersonal y de círculo, de la autocracia, la oligarquía y el nepotismo, con tanta decisión como del coloniaje. De ahí que las primeras disputas no fueron tanto sobre el poder en sí, como sobre la forma de ejercerlo. Cobró singular importancia adquirir certeza para decidir si el gobierno debía estar en manos de un solo hombre o de un triunvirato, y fue razón de ser de la revolución, basarse enteramente en la Soberanía Popular expresada a través del Parlamento. Por eso, no bien logra San Martín asentar pie en el Perú, se apresura a dictar un Estatuto Provisional, en uno de cuyos artículos (el 10 de la Sección 4a.) se establece la vigencia de un Consejo de Gobierno que, a falta de Congreso, aún no elegido, compartirá, a la manera de un Parlamento diminuto o de una Comisión Permanente, las tareas de gobierno con el Protector.

La guerra en el Perú, al desarrollarse dentro de condiciones más bien favorables a España que a la Revolución, absorbía todos los pensamientos y actividades de los libertadores. Como no bastara el esfuerzo de un solo sector geográfico, pese a que él había logrado ya cimentar la independencia de una vasta extensión sudamericana, fue preciso transigir y pactar con el otro sector, el septentrional, a fin de aunar esfuerzos, como tiene que ocurrir siempre que se trate de salvar grandes y comunes causas, por encima de los egoísmos de partido. Las hasta hoy no desveladas entrevistas de Guayaquil, ocurridas a fines de julio de 1822, prueban de manera suficiente lo que acabamos de decir, que, por lo demás, no encierra otra novedad, si alguna, que la ocasión en que se enuncia.

Pero, desde antes, desde el 1 de febrero del mismo año 22, hallamos demostraciones de esta misma actitud. En efecto, en esa fecha, con el voto del Consejo de Estado, se emite un acuerdo cuyo texto empieza así :

> « Nombro hasta tanto se reúna la representación de los pueblos libres del Perú, al General en Jefe del Ejército Unido don Rudesindo Alvarado, quien entregará el mando a la persona o personas que dicha representación nombre para el Poder Ejecutivo. » (Mitre :

Historia de San Martín, Buenos Aires, Lajouane, 1890, tomo III, cap. XLVII, p. 650 ; cit. del Archivo de San Martín vol. XLI.)

Era, pues, « la representación de los pueblos libres » la que debía nombrar el Poder Ejecutivo, bien fuese que lo ejerciera una o varias personas.

Las pasiones sectarias se exacerbaron ilimitadamente durante la ausencia de San Martín. Un comentario de la publicación *Lima justificada,* lo demuestra en forma elocuente y gráfica : « Los ciudadanos (del Perú), dice la hoja, parecían más bien leones de Arabia que pacíficos peruanos » (cit. por Mitre, o.c., III, 654).

El 29 de agosto de 1822, al regresar el Protector a Lima, pronuncia unas palabras en las cuales se trasunta al par que grandeza, profundo desconsuelo : « Mi partido está irrevocablemente tomado : he convocado al Congreso del Perú y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile. » Ello consta en una carta íntima donde le era dable expresarse sin reticencias. Agrega, dirigiéndose también íntimamente a su insigne amigo O'Higgins : « Estoy cansado de que me llamen tirano, que quiero ser rey, emperador y hasta demonio.» (20 agosto, 1822. Archivo San Martín, t. XLII.)

Finalmente, el 20 de setiembre de 1822, antes de cumplirse un mes de su retorno de Guayaquil, el Protector declaraba instalado nuestro Primer Congreso Constituyente y, a la vez, dimitía el mando político de que se hallaba investido.

Las frases de aquel acto, modestamente enviadas por escrito, como queriendo ahorrarse hasta el extremo toda tentación de vanagloria, deben ser recordadas. Dicen así :

> « Al deponer la insignia que caracteriza al Jefe Supremo del Perú, no hago sino cumplir con mis deberes y con los votos de mi corazón. Si algo tienen que agradecerme los peruanos, es el ejercicio del poder que el imperio de las circunstancias me hizo obtener. Hoy, felizmente, que lo dimito, pido al Ser Supremo el acierto, luces y tino que necesita el Congreso para hacer la felicidad de sus representados. *Desde este momento queda instalado el Congreso Soberano, y el pueblo reasume el poder en todas sus partes.*
>
> « El placer del triunfo para un guerrero que pelea por la felicidad de los pueblos, sólo le produce la persuasión de *ser un medio para que gocen de sus derechos.*
>
> « *Mi gloria está colmada cuando veo instalado al Congreso Constituyente en el que dimito el mando supremo que la necesidad me hizo tomar.* »

Aparte la sobria grandeza de tales palabras, se destaca en ellas un concepto fundamental : para San Martín sólo el Congreso era Soberano, y sólo mediante su instalación « el pueblo reasumía el poder en todas sus partes ». Añade que la gloria de un guerrero consiste en ser « un medio para que (los pueblos) gocen de sus derechos ». Sabia y profunda doctrina democrática. Vida pública tan acrisolada no podía terminar sino con ideas tan limpias y generosas.

II

Partió el Protector hacia Chile primero y hacia su patria argentina luego ; de allí no tardaría en zarpar hacia Francia, en busca de paz y olvido. « Voy a donde no me acuerde que existen hombres », dirá en patética carta a su fiel amigo O'Higgins, ya en trance de acogerse a la amplia gratitud del Perú : escapes inevitables que lo mismo visitan el sueño de Vespasiano que la vigilia de Catón. Mas, la criatura predilecta de la última parte de la vida pública de San Martín, el Congreso Constituyente del Perú, se pone en acción e inicia sus debates. Después de un año ardiente, de un año trágico, repleto de malandanzas, promulga la Carta del 12 de noviembre de 1823, justamente dos meses después del arribo del Libertador Bolívar : dramática coincidencia por cierto.

La primera Constitución peruana, igual que la proclama de despedida del Fundador de la República, subraya una firme y severa convicción democrático-representativa. Para ella, como para San Martín, el primer Poder, la emanación directa de la voluntad del pueblo, la encarnación de la Soberanía Popular es el Congreso. De ahí el tono de la advocación con que se abre la Carta :

« Nosotros el Congreso Constituyente del Perú, en ejercicio de los poderes que nos han conferido los pueblos a *todos y a cada uno de sus Representantes,* para afianzar *sus libertades, promover su felicidad y determinar por una ley fundamental al Gobierno de la República,* arreglándonos a las Bases reconocidas y juradas... » (Olivos : *Las Constituciones del Perú,* Lima, 1924. R. Aranda y M. Obin : *Anales Parlamentarios,* I, Lima, 1894.)

(Las bases a que se refiere el solemne párrafo transcrito, fueron las del 12 de diciembre del año anterior, 1822, promulgadas « en la Sala del Congreso » por la Junta Gubernativa.)

El Congreso, depositario de la Soberanía Popular, proclamaba que sus poderes habían sido conferidos por los pueblos « a todos y cada uno de sus Representantes », y, recogiendo los principios de la Constitución norteamericana, tanto o más que la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, destaca su obligación de atender a la felicidad de los peruanos.

Toda aquella Constitución, discutida y aprobada en momentos de encendida euforia republicana, insiste en la misión primordial de la Soberanía Popular y sus representantes. Así, su artículo 3 declara que « la Soberanía reside esencialmente en la Nación y su ejercicio en los magistrados en quienes ella delega sus poderes » ; el artículo 27 define la naturaleza del gobierno como « popular representativo », dividido en tres ramas o poderes ; el artículo establece que sería reo de delito contra « el pacto social » todo el que violare alguna de las leyes fundamentales. Para definir más su inspiración roussoniana, el artículo 29 prescribe : « Ninguno de los tres Poderes podrá ejercer jamás ninguna de las atribuciones de los otros dos. » La obligatoriedad moral del sufragio, restricto como era, pero siempre sufragio, queda aclarada en el artículo 30 : « Debiendo la Nación hacer sus leyes por medio de sus Representantes al Congreso, todos los ciudadanos deben concurrir a la elección de ellos. » Aunque los requisitos para ser elector parroquial descansaban en la edad, el alfabetismo, la residencia y la renta, se exceptúa de la última limitación al que sea « profesor de alguna ciencia » (art. 34).

Las atribuciones del Congreso no sólo lo autorizan a dictar leyes y a « examinar y aprobar la inversión de los caudales públicos » (art. 60), sino también, de conformidad con el artículo 80, inciso 7, a participar, por medio del Senado, en el ascenso de los militares con grado de coronel o más alto y, conforme al inciso 8 del mismo artículo a intervenir en la designación de los agentes diplomáticos, disposición mantenida a lo largo de la mayoría de nuestras Constituciones. Para caracterizar mejor la majestad del Congreso, el artículo 81, inciso 6, previene a los demás Poderes de algo primordial en el juego democrático : « No puede diferirse ni suspenderse en ninguna circunstancia las sesiones del Congreso. » La Independencia encontró su motor organizado y su defensa en el Poder Legislativo : así nos hicimos libres.

III

Es natural que un Congreso formado por eminentes patriotas, los auténticos Padres de la Patria, y en momentos tan difíciles como los que atravesaba el Perú, mostrase riguroso celo en la custodia de las prerrogativas parlamentarias, es decir, de la soberanía popular frente a cualquier amago autocrático.

Sin embargo, se argüirá, ¿cómo se deshizo el Congreso de sus poderes, en manos de un guerrero victorioso y extranjero?

En realidad, la disyuntiva patriota a mediados de 1823 no podía ser más dramática ; mejor dicho, era ineludible. Por un lado, desde febrero, las fuerzas patriotas se habían debilitado y anarquizado debido al motín o golpe militar de Balconcillo, en que por primera vez se impuso por la fuerza a un presidente, al primero de todos, a Riva Agüero, produciendo, de rebote, las amargas consecuencias que en moneda de fratricidas disputas tendría que pagar la Nación entera. Por otro lado, los ejércitos españoles presionaban dentro del territorio, llegando hasta a ocupar a Lima. Desde otro flanco, las fuerzas militares grancolombianas se mostraban remisas a someterse a mandos parcelados y antagónicos. A ello se agregaba la retirada de Riva Agüero a Tru-

jillo, la posición de Torre Tagle, la división física del Congreso : todo. Los más ardorosos liberales, los jacobinos, entre ellos el memorable José Faustino Sánchez Carrión y el inspirado José Joaquín de Olmedo, se oponían a solucionar o agravar, según se mirase, aquel caos con la presencia de un hombre de tan arrebatadora voluntad como Bolívar. Al fin se rindieron ante la evidencia. Y en gesto de patriótica rectificación ambos aceptaron ser los emisarios del Congreso para encontrar en Quito, no en Guayaquil, al Libertador, e invitarlo a que acudiese con su autoridad, su experiencia y sus armas a derrotar definitivamente al ejército realista.

El primero de setiembre de 1823 Bolívar entraba triunfalmente en Lima. Hasta el Callao fue a recibirle una delegación del Congreso con Torre Tagle a la cabeza. Al día siguiente, Sánchez Carrión informó al Parlamento acerca de la misión cumplida. Ese mismo día se planteó la necesidad de que el Legislativo, en vista de las fatales circunstancias por que atravesaba la Patria, abdicase sus poderes para entregarlos provisionalmente al Libertador. La armonía entre Bolívar y el Congreso se hace más patente durante el debate acerca de las facultades que habría que transferir al Libertador, quien, a su turno, con fecha 4 de setiembre, escribe a Riva Agüero instándole a deponer su rebeldía. En tal carta hay un párrafo revelador de la inteligencia entre Congreso y Libertador : « El Congreso —dice Bolívar a Riva Agüero—, representa a la Nación, y, por lo tanto, es fuente de toda autoridad », autoridad que, según comenta Madariaga, nada favorable a Bolívar ni a la Independencia, no podía Riva Agüero disolver ni desobedecer. » (Madariaga : *Bolívar,* II, 255. México, Hermes 1953.)

Por fin, el 10 de setiembre el Congreso otorga a Bolívar la « suprema autoridad militar en todo el territorio de la República que la actual situación de ésta demanda ». Bolívar recibe al mismo tiempo una divisa o lema de romántica inanidad : « Morir por el Congreso. » Este encarna a la Patria, por tanto a la Independencia, y la Independencia exige el sacrificio de entregar el Poder a Bolívar. Sin embargo, aun sigue actuando el Congreso, sobre todo en lo referente a problemas tan intransferibles como son los de orden de política doméstica : así el primero de octubre autoriza a proceder por la fuerza contra Riva Agüero. Es una licencia que Bolívar, nacido fuera del Perú, no podía tomarse por sí mismo.

El 12 de noviembre se promulga la nueva Constitución : nace prácticamente en suspenso a causa de la discordia interna y de la guerra por libertar el territorio de fuerzas militares que se habían tornado servidoras de un poder ahora extranjero : el de España.

Durante la vigencia de su dictadura, Bolívar reconstruye el ejército patriota, elimina los obstáculos internos, organiza el mando, trata de minar con buen éxito la unidad de los realistas, triunfa de su propio destino en las memorables y tristes jornadas de Pativilca, y, finalmente, entre el 6 de agosto y el 9 de diciembre de 1824, librando dos batallas impares, obtiene la rendición del Virrey y corona la obra de la Independencia del Perú y de América.

Eco de tanta hazaña será el reconocimiento de la Gran Colombia como Estado soberano, hecho por el ministro Canning en nombre del Gobierno de su Majestad Británica, el 31 de diciembre del mismo año 24. Apenas trascurre un mes de aquello ; y el 10 de febrero de 1825, Bolívar se dirige al Congreso a fin de declinar los poderes dictatoriales de que había sido investido para la campaña. Dice en su mensaje :

> « Séame permitido felicitar al pueblo porque se ha librado de cuanto hay de más terrible en el mundo : de la guerra, con la victoria de Ayacucho, y del despotismo con mi dimisión. »

Ejemplar conducta. El Perú se sacude al mismo tiempo « de lo más terrible que hay en el mundo : de la guerra con la victoria de Ayacucho » y del despotismo con la dimisión del dictador. No es preciso, cuando los hombres son de veras grandes, que nadie les recuerde los deberes contraídos para con la Patria, ni que se acuda a la presión para lograrlo. Desde lo alto de la gloria que indiscutiblemente le rodea, el Libertador se pone al nivel de los gobernantes democráticos, y celoso de la Constitución que ha jurado, entrega en manos del

Congreso, encarnación de la soberanía popular, las facultades excepcionales que la emergencia había aconsejado se le confiasen momentáneamente.

La alocución del Libertador al Congreso peruano en ese acto contiene párrafos de extraordinaria videncia y de curiosa vigencia. Dice :

« Hace un año que el Congreso decretó la autoridad dictatorial, con la mira de salvar la República, que fallecía oprimida con el peso de las más espantosas calamidades. Pero la mano bienhechora del ejército libertador ha curado las heridas que llevaba en su corazón la Patria. Ha roto las cadenas que había remachado Pizarro a los hijos de Manco Capac, fundador del Imperio del Sol ; y ha puesto a todo el Perú bajo el sagrado régimen de sus primitivos derechos.

« Mi administración no puede llamarse propiamente sino una campaña ; apenas hemos tenido el tiempo necesario para armarnos y combatir, no dejándonos el tropel de los desastres otro arbitrio que el de defendernos. Como el ejército ha triunfado con tanta gloria de las armas peruanas, me creo obligado a suplicar al Congreso que recompense debidamente el valor y la virtud de los defensores de la Patria. »

Concluye, después de dar sagaces consejos y una sucinta cuenta de las relaciones con los demás pueblos del continente, con estas palabras :

« Señores : El Congreso queda instalado. Mi destino de soldado auxiliar me llama a contribuir a la libertad del Alto Perú y a la rendición del Callao, último baluarte del imperio español en la América meridional. Después volaré a mi patria a dar cuenta a los representantes del pueblo colombiano de mi misión en el Perú, de vuestra libertad y de la gloria del ejército libertador. » (Bolívar : *Obras completas,* III, 745, reprod. de *La Gaceta de Gobierno,* Lima, 13 febrero 1825.)

Algunos podrán pensar, oídas las alabanzas al ejército, que Bolívar, insigne general, era un militarista confeso. No. Basta repasar las páginas de su epistolario y de sus documentos públicos para comprobar lo contrario. Así, en una carta a su ayudante, el general O'Leary, fechada el 13 de setiembre de 1829, escribe , « Es insoportable el espíritu militar en el mando civil. » Ya en el proyecto de la Constitución boliviana, el 25 de mayo de 1826, había escrito : « El destino del ejército es guarnecer la frontera ; ¡Dios nos preserve de que vuelva sus armas contra los ciudadanos! » A la pluma de Bolívar se debe también este concepto de rigurosa aplicación contemporánea : « En las guerras civiles es político ser generosos, porque la venganza progresivamente se aumenta » (Carta a Pedro Gual, 9 febrero 1815.)

Vemos así como el estadista ocupa el lugar del guerrero apenas cesan las necesidades de la campaña, y en cuanto llega la paz, su preocupación es sepultar la dictadura para dar paso al Derecho, como debe ser.

Este acto de admirable abnegación y de aleccionante cumplimiento de las obligaciones que imponen la democracia y sus leyes es lo que conmemoramos hoy.

IV

La política, lo sabemos bien quienes nos reunimos cotidianamente en este recinto, posee sus propias reglas. Hay quienes piensan que ellas radican en hacer las cosas de modo diferente al que se anuncia o proclama, pero la verdad es que, hoy como ayer, existen modos diversos de actuar en política y no es raro que se enuncie claramente lo que se propone uno hacer y así se obra descartando a los demasiado suspicaces que no atinan a reconocer en los otros la veracidad que a ellos les falta. En el caso de las relaciones entre el Congreso y Bolívar, todavía no ha quedado bien delimitado este aspecto. El hecho es que el 10 de febrero de 1825 el Libertador reintegra al Congreso todas las potestades que de él había recibido y que ese mismo día el Congreso, en una puja de generosidades y urgencias no muy plausibles, discutió sobre la conveniencia de otorgar nuevos poderes de Libertador. Éste, cuya raigambre republicana no admite dudas, pese a los debates suscitados contemporánea y póstumamente por quienes recelaron con razón de

su grandeza, recordó a sus honradores que él era un extranjero y que el Congreso, textualmente, « no tiene derecho a enajenar la soberanía del Perú ».

En este intercambio de puntos de vista, los antibolivaristas, que no han sido pocos, creen ver un signo de flaqueza del Parlamento. Es posible. Pero hay que sustituir mentalmente en el tiempo y en el espacio a los hombres de aquella época, y darse cuenta de que entonces nacía una República con innumerables deficiencias a cambio de una incalculable voluntad de ser, con mil riesgos y no tantas garantías. Bolívar era el señor de la guerra y el más experimentado de los estadistas de América. Se entiende, por eso, que aun cuando el Congreso honre, el 12 de febrero, a Sucre nombrándole Gran Mariscal de Ayacucho, y al Libertador mandando erigirle una estatua, éste, con su fina percepción de los hechos y las intenciones, insistiera en delegar el poder a un Consejo de Gobierno, bajo la Presidencia de La Mar y trabajara activamente por reunir el Congreso de Panamá, en el cual tenía cifradas todas sus complacencias.

Bolívar consagró el 6 de agosto de 1825 la creación de la República de Bolivia. A raíz de ello, y promulgada la llamada Constitución vitalicia o boliviana para regir el nuevo Estado, el Libertador trató de uniformar la estructura legal de todas las Repúblicas emancipadas por su espada y sobre las que ejercía indiscutible predominio, aplicándoles la misma Constitución, a lo cual se resisten infructuosamente algún pueblo del Perú y, decisivamente, los sectores liberales de Colombia, acaudillados por el egregio Santander.

Con todo, la Constitución vitalicia, que el Perú acepta el 26 de noviembre de 1826, a solicitud de cincuenta y dos de los representantes en el Congreso Constituyente de 1822, del propio Libertador, del Consejo de Gobierno y de cincuenta y nueve Colegios electorales, proclama y reitera principios republicanos indiscutibles, a nivel o por encima de los de la Constitución de 1823, uno de ellos el de la majestad del Poder Legislativo.

En efecto, el artículo 8 de la Constitución bolivariana prescribe que « la Soberanía emana del Pueblo, y su ejercicio reside en los Poderes que establece esta Constitución ». Tales Poderes son, igual que ahora, cuatro : « el Electoral, el Legislativo, el Ejecutivo y el Judicial » (artículo 9). Señala como una de las « obligaciones » de todo peruano, la de « velar sobre la conservación de las libertades públicas » (art. 12, inciso 5). Reconoce la calidad de ciudadanos no sólo a los peruanos, sino también a los Libertadores de la República. Destaca la primacía del Poder Legislativo, al caracterizarlo como emanación inmediata « de los Cuerpos Electorales nombrados por el Pueblo » (art. 14, inciso 1). Por ser tal, es el Congreso el que « nombra al Presidente de la República » la primera vez (art. 27). Ese mismo Congreso constará de tres Cámaras : la de Tribunos, la de Senadores y la de Censores. Al producirse una vacante en el Cuerpo Legislativo, será este mismo el que elija al sucesor, de entre los candidatos propuestos por el Cuerpo Electoral. Es decir, que el Legislativo designa por la primera vez al Presidente de la República ; siempre a los sustitutos de los parlamentarios vacantes y también a los Vicepresidentes de la Nación. Desde luego (art. 32), los miembros del Legislativo se encuentran rodeados de todas las garantías, entre ellas la de « no poder ser presos durante su diputación » salvo flagrante delito, pero siempre que tal delito no « merezca pena capital ».

Es interesante subrayar que Bolívar, pese a su sistema monocrático, según lo llaman algunos de sus menos entusiastas exégetas, distribuye entre las tres Cámaras casi todas las tareas propias del Ejecutivo, al extremo de que, al menos teóricamente, deja casi vacía la escarcela de privilegios de éste. Basta repasar la lista de atribuciones de cada Cámara para comprobarlo. Mientras que los tribunos tienen autoridad para decidir sobre contribuciones y gastos, negocios extranjeros y sueldos, la guerra y la paz, los senadores extienden su potestad sobre designaciones y manejos de los tribunales de Justicia, de arzobispos y obispos, gobernadores, jueces de distrito. A su turno, los censores velan por el cumplimiento de la Constitución, la aplicación del patronato y acerca de la secretaría de Estado.

No cabe duda : el ambiente en que se forjó la Independencia tuvo como norte el predominio de la soberanía popular, fuente del contrato social y, por ende, del poder legislativo, en el que se reconoce la encarnación misma de dicha soberanía. Era natural : el primer intento de emancipación radicó en obtener de las Cortes de Cádiz los derechos de paridad con la metrópoli que América reclamaba. El segundo, en alcanzar de la Junta de la Isla de León la personería que las beligerantes ex colonias tenían derecho a reclamar. El tercero, desarrolló las Juntas de Gobierno locales como Repúblicas en campaña. El cuarto y definitivo, organizó los tres poderes clásicos, y ante todo un poder legislativo auténtico, ante el cual no pudiera el ejecutivo, por poderoso que fuera, revivir las detestadas tradiciones de la autocracia y el absolutismo.

V

Llegamos al final de este homenaje. No quisiéramos mancillarlo con alusiones oportunistas. Aunque tendríamos derecho a hacerlo, nos parece que, por respeto a quienes nos dieron patria, y patria grande, con democracia y sin dictadura, debemos detenernos aquí.

Volvamos, pues, a refugiarnos en la época, a una de cuyas fechas rendimos homenaje.

La víspera del 10 de febrero de 1825, cuando ya tenía terminado su mensaje al Congreso del Perú, devolviendo los poderes dictatoriales, escribe el Libertador una significativa carta a Santander. En ella explica, sin referirse concretamente al suceso, la idea que le persigue y la fatiga que le agobia : « Mi *manía* del día es enviar representantes al Istmo para formar el gran congreso federal. »

Y agrega :

> « Diré a Usted, de paso, que estoy cansado de servir y de tener mi espíritu en contracción continua : ni aun la prosperidad me anima a llevar adelante la carga. Cada día siento más la necesidad de dejarla por falta de fuerzas físicas y de aspiraciones morales. Usted no puede imaginarse el deseo que tengo de descansar en una especie de letargo prolongado y profundo. » (Bolívar : *Obras Completas*. La Habana. Ley, 1950, II, 79.)

En esa misma carta, en cierto modo premonitoria, dice :

> « Es un prodigio que un gobierno flamante sea eminentemente libre y eminentemente correcto y, además, eminentemente fuerte. Es un gigante que marcha al nacer, combate y triunfa. Ese gigante es Usted. »

Precisando su actitud para con el Perú, agrega en la postadata :

> « Supongo que el Congreso del Perú nombrará al general La Mar de Presidente, y si no lo hiciera, yo se lo indicaré. Parece que no quiere que yo deje la dictadura ; pero yo sí quiero, y lo quiero muy fuertemente para librarme de una gran parte de los cargos que me molestan. Añadiré a Usted que el pueblo está bien contento, unido y tranquilo. Aquí me comparan con el tirso de Mercurio, que reunía amistosamente las serpientes sin devorarse. La comparación parece muy exacta, porque ninguno se entiende entre sí, y todos se entienden conmigo. »

Tal es el aspecto interno del acto de espléndido renacimiento ocurrido al día siguiente de esta carta, el 10 de febrero de 1825, hace 139 años. El hombre fuerte de América ; el que acaba de vencer al último y más poderoso ejército realista y obtener la rendición del Virrey La Serna ; el Libertador, en plenitud de su gloria, listo a tender el vuelo hacia nuevas empresas (Panamá, Bolivia) dimite el mando y recomienda en su lugar a un hombre tranquilo, probo y sin ambiciones. Le tentarán en vano. Por sí o por ineludible mandato del Destino, está condenado a continuar creando o tratando de crear Estados, Federaciones, Constituciones, vastas e ideales empresas, pero nunca solo, siempre buscando la cooperación de los pueblos. Ya lo dirá poco más tarde, en horas cruciales al borde mismo del asesinato, felizmente fallido : « Ser respetados es más que ser libres ; además, bajo la dictadura ¿quién puede hablar de libertad? Compadezcámonos mutuamente del pueblo que obedece y

del hombre que manda solo » (Alocución a los colombianos, 27 agosto, 1828, en *Obras Completas,* ed. cit., III, 85).

Para no ser un hombre que manda solo, y para que el Perú no fuera nada más que « un pueblo que obedece » ; para evitar el servilismo y la autocracia, el Libertador se despojó de la dictadura y reentregó todos los poderes al Congreso.

Haber ganado la guerra por la libertad le obligaba a derogar el absolutismo. Haber hecho profesión de vida de la defensa del pueblo, hacía imperioso restaurar en toda su majestad la institución que legítimamente emanaba de él.

Para respetar las leyes precisaba respetar al cuerpo que las elabora ; para ser solamente Patria había que venerar la soberanía en el Soberano que la representa. Así dijo y pensó Simón Bolívar hace 139 años. Al oírle se alzó el Congreso entero en espontáneo aplauso. Desde fuera llegaba al recinto la cálida expresión de la renacida esperanza de un pueblo.

LADY MACBETH EN LA II ESCENA DEL II ACTO

Hititas en París

POR DAMIAN CARLOS BAYON

El Museo del « Petit Palais » en colaboración con museos turcos, especialmente el de Ankara, organizó últimamente una exposición, *El arte en el país de los hititas,* que sin duda hubiera podido llamarse con más propiedad : *El arte de la antigua Anatolia,* pues, en última instancia, de esa región particular se trataba. Agreguemos que si esas eran las coordenadas en el espacio, las del tiempo iban desde el sexto milenio hasta el cuarto siglo antes de nuestra era. Ahora bien, a lo largo de ese tan largo período los hititas propiamente dichos sólo existieron entre los años 2000 y 700 antes de Cristo.

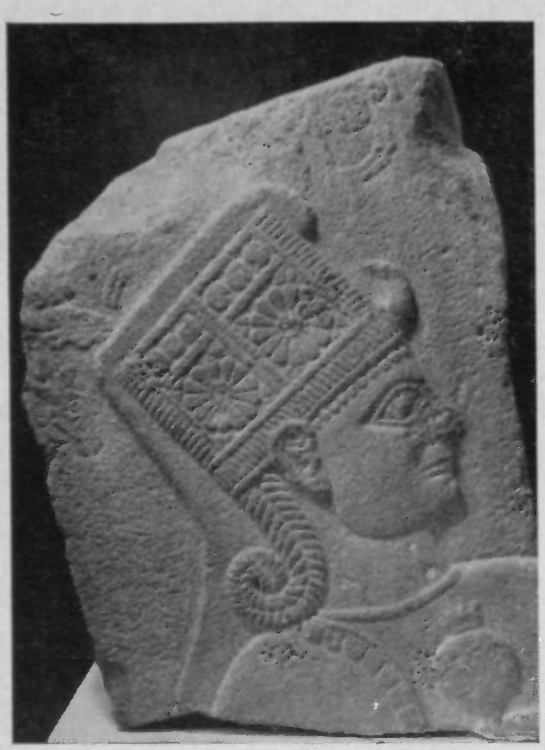
Si en los primeros milenios —sexto, quinto, cuarto— nada hubo que se pareciera a una cultura estable y delimitada, en cambio entre los años 2500 y 2000 los antiguos habitantes de la Anatolia —y de ahí verdaderos precursores de los hititas— son los hatis. Por último, pasada la civilización hitita, entre los siglos VIII y V a. de C. los pobladores de turno de esa región fértil, encerrada por tres mares y una cadena de montañas, son ya los frigios, contemporáneos de los griegos que nos son familiares.

Por una vez el catálogo razonado tiene prólogos muy competentes de varios especialistas : Hamit Zubeyir Kosay, Kurt Bittel, Ekrem Akurgal, Kemal Balkan y Tashin Ozguc. Y a pesar de que estos prólogos orientan perfectamente al visitante, por exceso de celo he tratado de investigar en la mejor y más reciente bibliografía sobre el tema. Esa bibliografía me ha hablado tercamente de unos cuantos arqueólogos : en Francia ellos son, sobre todo, Georges Contenau, Conservador Jefe Honorario de Antigüedades Orientales del Louvre, y André Parrot, Conservador en ejercicio de esa misma sección. En cuanto a los nombres que vienen de Inglaterra tenemos, ante todo, el del famoso Sir Leonard Woolley, que excavó Ur de los Caldeos. A su lado figuran también los autores de otros dos libros indispensables ; el de O.R. Gurney y el de M. Vieyra. La gran obra lujosa reciente es la edición inglesa del ya citado Ekrem Akurgal, con magníficas fotografías en colores debidas a Max Hirmer.

He hojeado esos libros leyendo las partes que me podían interesar en el presente caso. Y he dejado deliberadamente para lo último a uno de mis autores favoritos en materia de arte antiguo : Henry Frankfort, desaparecido hace ya diez años justos. Y como siempre, la mayor inspiración, la vista más profunda y justa me ha sido dada —como por añadidura— en las páginas sabias, exactas de Frankfort.

*

Henry Frankfort fue holandés de nacimiento. Ejerció la cátedra en el Oriental Institute de Chicago, y presidió, en sus últimos años, los destinos del Warburg Institute en la Universidad de Londres. A mi



CABEZA DE DIOSA (SIGLO VIII ANTES DE J.C.)

conocimiento sólo uno de sus libros —escrito en colaboración con su esposa y otros especialistas— existe en español. Se trata del admirable *Pensamiento prefilosófico,* de cuya lectura se obtiene no meramente el conocimiento que da la erudición, sino el horizonte mucho más fascinante de la totalidad del hecho artístico en su contexto histórico y social.

Varios otros libros de Henry Frankfort hubieran podido aquí ayudarnos aun de modo indirecto. Pienso, para empezar, en el magnífico *Kingship and the Gods* (existe traducción francesa) y en ese largo ensayo titulado *Arrest and Movement.* Por esta vez, no obstante, he consultado la obra de Frankfort en que específicamente habla de los hititas y de su arte : *The Art and Architecture of the Ancient Orient.* Y he vuelto a compulsar su brillante contribución a *Les sculpteurs célèbres,* ese libro anticonvencional y apasionante que promovió y dirigió Pierre Francastel hace ya unos años. Traduzco algunas nociones básicas de Henry Frankfort que nos pondrán en el clima necesario antes de entrar a analizar la exposición propiamente dicha. Dice en una de ellas : « El arte del Medio Oriente ocupa una posición particular por el hecho mismo de haber engendrado muchas categorías artísticas que hoy damos por sentadas. Cuando en Egipto o en Mesopotamia ciertos hombres construían templos monumentales o erigían estatuas o estelas, *estaban descubriendo modos de expresión sin precedentes* » (la bastardilla es mía). Y corroborando lo anterior y redondeando su pensamiento insiste : « Alrededor del año 3000 a. de C. aparece por primera vez la figura humana en la escultura monumental... Esta invención no fue un fenómeno aislado. Coincidió con la invención de la escritura el empleo de los metales en gran escala y la formación de organismos políticos sin precedentes. Así, la eclosión de una escultura y de una arquitectura monumentales fue, en el campo del arte, la expresión de ese movimiento revolucionario que produjo el nacimiento y la afirmación de las primeras grandes civilizaciones. »

*

Empieza la exposición con un pequeño espejo de obsidiana tallado como una piedra preciosa. A su lado, figuras de diosas (?) obesas, como las que los arqueólogos llaman irónicamente « Venus ». No nos perdamos en conjeturas gratuitas sobre su significado. Recuerdo como, no hace mucho, en sus memorables cursos el Profesor Leroi-Gourhan, Director del Museo del Hombre, de París, nos advertía —a propósito del arte de las cavernas— de la imposibilidad en que nos hallamos hoy día de conocer o de sospechar siquiera sus contenidos. Igual nos ocurre en este caso : ¿Se trata de ritos de fertilidad? ¿Son acaso estas opulentas imágenes femeninas, vehículo de la adoración de un principio sexual? Sólo nos queda el juicio estético. Y él nos dice que las mejores de estas figuras no son torpes ni grotescas. Por el contrario, las masas están vistas « en redondo », con una plasticidad asombrosa. No hay detalle empequeñecedor, todo ha sido tratado con técnica monumental a pesar de que las estatuíllas miden apenas como unos diez centímetros. La mejor de todas ellas fue encontrada en 1962 en Zatal-

hoyuk (trato de adaptar los nombres turcos a una aproximada prosodia española). Los peritos hacen remontar su antigüedad al sexto milenio antes de Cristo.

Pasemos ahora a la Edad de Bronce (3500 a 2000 a. de C.). Tomando como ejemplo, en este caso, unos ídolos femeninos que son la antítesis de los anteriores. Se trata de unas figuritas de unos 15 cm. de altura, planas como medallas, realizadas en mármol blanco pulido. Su forma, « en violín », no es otra cosa que la estilización muy avanzada del cuerpo y el cuello femeninos. Fueron encontradas en la región de Beycesultán.

De la misma época —tercer milenario antes de Cristo— nos encontramos aquí con vajillas de oro consistentes en jarritas, en boles, de unos 20 cm. de altura cuya decoración consiste en incisiones formando dibujos geométricos. Por último, contemporáneos y originales nos enfrentamos aquí con unos famosos topes de estandartes, piezas metálicas chatas, caladas, de unos 30 cm. de diámetro. Algunos de estos estandartes están coronados de una pequeña figura de animal con incrustaciones de *electrum* en la masa del bronce. Otros son meramente el juego de las líneas rectas inscritas en el círculo perfecto de su contorno.

Saltemos otra vez en el tiempo hasta llegar a los siglos XIX y XVIII a. de C., época de la comunicación comercial de los hititas con Asiria. Aquí sí tenemos una cerámica con un repertorio de formas originales, de calidad en el tratamiento del material y de gran belleza en la estilización de las formas. Proviene, en general, esta cerámica de Kultepe y los vasos pueden llegar hasta los 60 cm. de altura. Se trata, en su mayoría, de vasijas perfectamente funcionales realizadas en una tierra que se vuelve roja en la cocción y que además ha sido cuidadosamente lustrada. Lo que hace inolvidable a esta elegantísima cerámica es la curva de las panzas, las asas triangulares, los largos picos de los vertederos. Sólo podría compararse con algunos ejemplares arcaicos del Museo de Atenas, con la diferencia de que si las invenciones griegas acusan en general la rotundidad del vaso, aquí, en cambio, se juega deliberadamente con la contraposición de las curvas, las rectas y los ángulos vivos.

No se trata sólo de jarras, cántaros y copas abiertas, sino también de tambores, braseros, sellos y cilindros. En general, en la mayoría de los casos, esta cerámica es roja, aunque no deja de haber también muestras de algunos vasos negros que recuerdan a los etruscos. Para citar todas las variaciones habría que mencionar también ciertos vasos minúsculos (¿juguetes?), otros zoomórficos y,

ESCENA DE CAZA (SIGLO IX ANTES DE JESUCRISTO)

en fin, a los que imitan la forma del calzado o de una cabaña. Sin olvidar tampoco las llamadas « teteras », vasos con largo vertedero en cuya base se ha perforado una serie de agujeros que forman colador para filtrar el líquido contenido en la vasija.

Avancemos un paso más en las salas y en el tiempo. Estamos ya entre los siglos XVI y XV a. de C. En el capítulo de la cerámica encontraremos ahora obras quizá más refinadas que las que acabamos de ver, un poco más decadentes también. El mejor ejemplo es, sin duda, el vaso en forma de pato con dos cabezas, realizado en una tierra gris, de un modelado fino, lleno de aristas expresivas. Contemporáneas de esta cerámica vemos ahora unas estatuíllas (entre 3 y 12 cm. de altura) de oro o de bronce, representando divinidades masculinas en pleno movimiento. La mayor es una de las piezas clave de la exposición : el elegante y atlético dios —que debía llevar rodela y lanza— se adelanta impetuoso, la cabeza cubierta con un alto bonete puntiagudo que recuerda la tiara del Alto Egipto que coronaba a los antiguos faraones.

¿Cómo no hablar ahora de las tabletas en terracota, de las estelas de basalto cubiertas de inscripciones? La calidad del diseño de una cultura se aprecia mejor, a veces, en los caracteres escritos que en la propia escultura o arquitectura. Por un lado tenemos las incisiones cuneiformes, agudas como pisadas de pájaro en la arena ; por otro, la más pesada escritura jeroglífica en relieve. Aquí los signos se redondean y tienden a llenar admirablemente toda la superficie útil. Un texto de apenas seis líneas de jeroglíficos constituye para nosotros —acostumbrados a lo abstracto— un verdadero cuadro que nos hace pensar en un artista minucioso y obsesivo como Paul Klee...

Llegamos así a la escultura hitita del Nuevo Imperio, que hay que situar entre 1450 y 1200 a. de C. La imposibilidad de transportar relieves cavados en la roca o grandes esculturas de piedra nos deja en inferioridad de condiciones precisamente ante las obras maestras de la cultura hitita. Grandes fotografías sobre los muros nos ponen en contacto —aunque sea remoto— con esa verdadera maravilla que es el desfiladero de Yazilikaya, a pocos kilómetros de la antigua capital, Hattusa, que hoy llamamos Bogazkoy. Doce divinidades masculinas y femeninas, en escala gigantesca, avanzan a lo largo de las paredes de la roca en pleno aire libre. Infinidad de hipótesis tratan de explicar esta reunión del panteón hitita en tan señalado marco geográfico. Lo cierto es que se trata de relieves verdaderamente magníficos. La talla es redondeada sin que falten por cierto las aristas vivas que rompen cualquier posible impresión de monotonía.

Un poco más adelante estaremos ya en la época Neo-hitita (siglos IX al VIII a. de C.). Aquí sí entramos en el dominio de las estatuas de bulto, de los relieves, de las estelas. Una de las figuras que más se repite es la de Teshub, dios de la tormenta, cuyos atributos son un manojo de llamas y un hacha.

Quizá la pieza más importante de esta sala —desde el punto de vista de la calidad artística— sea un león de basalto cubierto de inscripciones cuya cabeza amenazante con las fauces abiertas es un modelo de estilización imaginativa. También encontramos allí algunas bases de columnas flanqueadas de leones que no hacen sino repetir un tema cuyas obras maestras son las puertas fortificadas de las ciudades hititas : Hattusa o Alaza Hayuk. Si bien Frankfort admite que los animales guardianes de las puertas no son invención hitita, sino un « préstamo » tomado, sin duda, de Asiria, no por eso se puede dejar de apreciar la belleza, la monumentalidad, la fuerza expresiva de estos leones o esfinges hieráticas y tensas.

Termina la exposición con una serie de finísimos bronces de época frigia (siglos VIII a VI a. de C.), entre las que sobresale un gran caldero de casi 80 cm. de diámetro encontrado en Gordión y unos platos cuya decoración parece inspirarse en un elemento vegetal estilizado. También son dignas de mención las fíbulas que servían para sujetar los mantos y que se emparientan con los famosos bronces del Luristán.

Interesante, por igual, la cerámica de esa misma época y ello no tanto por la forma misma de los vasos —menos refinada que la antigua— como, sobre todo, por el tratamiento de la superficie : a veces en pleno « estilo geométrico » como lo griego arcai-

co, a veces combinando lo geométrico con las siluetas nerviosas y exactas de toros y ciervos.

*

¿Qué conclusión sacar de una exposición como ésta? Sí, no hay duda de que los hititas no pueden competir con caldeos, egipcios y asirios. Ni en la originalidad de sus soluciones ni en la calidad de la obra realizada. No obstante, es de interés poder ver ahora con cierto detalle el arte de esta cultura que prácticamente nos ha sido revelada gracias a las excavaciones de estos cincuenta últimos años.

Si los hititas no son tan importantes en sí mismos, al menos, históricamente sirven de « puente » entre Egipto-Mesopotamia y esa Grecia situada en el corazón entrañable de todo el desarrollo occidental ulterior. Aunque sólo sea por venir de donde viene y por ir hacia donde va, deberíamos mirar con respeto, con agradecimiento el arte de estos misteriosos pueblos que vivieron y murieron en ese territorio abarrotado de Historia que fue la antigua Anatolia.

ESTANDARTE (MUSEO DE ANKARA)

Incomparable literatura o la crisis de la literatura comparada

POR CHARLES V. AUBRUN

UN LIBRITO ACABA DE SALIR : *Comparaison n'est pas raison. La crise de la littérature comparée.* Lo firma Etiemble, profesor en la Sorbona, apodado « el niño terrible de las letras francesas » por su afición a las paradojas provocantes y al desnudo (no al « déshabillé ») en la pintura de las verdades. Ahí expone con gracia y donaire cuestiones tan técnicas como la función de la bibliografía en los estudios críticos y eruditos y discute sobre el objeto, los métodos y los programas de la literatura comparada. Trata de emancipar nuestra joven disciplina del nacionalismo de sus genitores y al mismo tiempo de salvarla de las tentaciones de los « imperialistas » americanos (Etiemble *dixit*) y de los dogmáticos rusos. ¿Cuál debe ser el papel de la literatura comparada en la formación del humanismo? Descolonizarlo para que participen de él con pleno derecho « el Africa negra y la amarilla China, la India y el Japón, la América española, el Brasil y la cultura árabe ».

Si va bien colocada una voz, su eco puede conmover y animar una montaña entera. En este artículo intentaremos recoger algunas sugestiones de Etiemble y aumentar su volumen sonoro para que lleguen al mundo hispanófono.

El asunto es de mucha importancia. Se trata de saber si la literatura como creación estética logrará o no escapar a las nuevas brujas —las ciencias humanas— que hoy se inclinan peligrosamente sobre su cuna. Se trata de saber si la letra, si la palabra es tan sólo un simple medio eficaz de comunicación al servicio de la técnica moderna, o si puede ser un instrumento de exploración de los maravillosos mundos naturales desconocidos en los que vivimos.

*

La literatura comparada es una disciplina relativamente reciente y mal definida. Goethe la concebía como literatura mundial (*Weltliteratur*). Hoy, en los países de lengua inglesa, es « Comparative literature » o bien « General literature ». En Francia, hasta hoy, se limitaba prácticamente a la comparación bilateral de la literatura francesa y de las demás. Rusia propone de nuevo la « literatura mundial ». Nos encontramos, pues, en un cruce de caminos. Hasta se puede hablar de crisis, si damos a crisis su significado auténtico griego de « elección », que conserva todavía en la expresión « bibliográfica *crítica* » (por ser escogida) o de *crítica* literaria (o sea selección justificada entre las obras literarias). Pero en la noción de crisis no hay que buscar ningún momento intenso dramático, baja de tensión o acceso de temperatura. Dejemos esos esperpentos a los malos periodistas. Diremos sencillamente que la literatura comparada está a punto de anudar una nueva malla en la red de métodos que va tejiendo desde su fundación. Y por eso tiene que clarificar, en función de ese nuevo « aproche », las funciones de los tres elementos que entran en la composición de las obras de arte que

se propone estudiar : I, el lugar y el tiempo ; II, la causalidad ; III, la técnica.

I. El lugar y el tiempo

Constituir la literatura en letras *nacionales* y comparar a éstas entre sí no sólo es arbitrario, sino que lleva consigo grandes peligros. No hablemos de lo absurdo que sería colacionar la literatura belga y la francesa, Verhaeren con Baudelaire, o bien la literatura nicaragüense con la mexicana, Darío con Gutiérrez Nájera, desde un punto de vista *nacional*.

¿Sería lícito, pues, sustituir al concepto insuficiente de nación el de la lengua? Tampoco vale ese método preliminar. Pues Camoens y Ercilla pertenecen a un mismo campo literario, la épica castellano-portuguesa. Y vale la observación con el escocés Burns y el irlandés Yeats, con el provenzal Mistral y el francés Leconte de Lisle.

La única base rigurosa para un estudio comparativo es el área cultural con sus varios focos y polos de atracción e irradiación. Unas veces se extiende, otras veces se retrae esa superficie. Daremos dos ejemplos. El área latinoamericana del tiempo de los modernistas no tiene foco nacional distinto. Rubén Darío, Jaimes Freyre, Herrera y Reissig colaboran a una misma obra en Buenos Aires, no siendo argentinos. Luego, México, Buenos Aires y La Habana tienden a diferenciarse y a organizar el panorama literario según sus perspectivas propias. La actividad editorial juega un papel importante en esa desmembración y remembración del área cultural modernista. Segundo ejemplo : el área francesa de hoy pertenece a un « continente cultural » que comprende Europa, se extiende a América e incluye a la cuenca (europea y africana) del Mediterráneo.

La intensidad del flujo de fuera adentro y de dentro afuera en el interior de una área varía con los tiempos y con las escuelas. El surrealismo floreció en Canarias, el existencialismo en México ; la *Comédie Humaine* de Balzac y *A la recherche du temps perdu* de Proust alteraron la definición de la novela en gran parte del mundo.

Por cierto se prestan los siglos XIX y XX a la comparación de las letras nación por nación, ya que la literatura servía para definir, o bien inventar a todo trance, la originalidad de cada país y ayudar a su toma de conciencia como ente social distinto. En cambio, en el siglo XVIII el cosmopolitismo ilustrado es propio de una área cultural europea que se extiende desde París y Londres hasta Moscú, pasando por Berlín. El área europea del siglo XVII tiene tres focos : Madrid barroco, París clásico y Londres épico-religioso.

Será, pues, una tarea imprescindible para los comparatistas el definir áreas culturales coherentes a partir de las estructuras y de las significaciones de las obras importantes y medir las fuerzas de irradiación y de atracción de sus grandes focos. El chauvinismo grotesco y el europeísmo satisfecho de sí no caben en ese esquema. Pues el área árabe de los siglos IX-XII con los focos de Bagdad, de Damasco y de Córdoba, y el área china durante siglos y siglos —sobre lo cual insiste con razón Etiemble— son realidades concretas que se prestan por lo sólidas y bien definidas que son a un examen riguroso, y tienen tanto interés como los estudios comparados dentro de la pequeña área europea. Notemos además que existen intercambios entre áreas aparentemente aisladas : Averroes fue filósofo cordobés poco apreciado del Islam del siglo XII, pero tuvo una influencia extraordinaria en el área latinorománica del norte del Mediterráneo durante tres siglos a lo menos.

II. La causalidad

Hablemos ahora de la causalidad, es decir de la rebusca de las causas (« fuentes ») y de los efectos (« influencias y fortuna ») en los estudios críticos de la literatura comparada.

Por cierto una obra a) está radicada en un ambiente cultural determinado ; b) se coloca dentro de la evolución de un género, sea como reacción, sea como continuación, de todos modos como etapa ; en fin, c) es producto de la mente particular *sui generis* del autor. Esas son tres causas constantes y su conocimiento permite explicar la triple génesis social, histórica e individual de la obra.

a) En el mismo terreno social en que brotó nuestra planta, echaron raíces otras plantas : florecitas preciosas y árboles magnífi-

cos o bien abrojos y malas hierbas ; así es que ninguna valoración cualitativa va incluída en la comunidad donde surge la obra. Por ejemplo, el florecimiento extraordinario de las letras españolas entre 1599 y 1657, entre el *Guzmán de Alfarache* y el *Criticón*, se alimenta en la sociedad más corrompida y en el momento más decadente de la historia nacional ; de modo inverso, el reinado glorioso de Luis XIV produce también obras maestras. La calidad de las obras no depende de la prosperidad de la comunidad en donde surgen.

Además, una obra, por excelente que sea en sí, puede quedar inadvertida y hasta definitivamente perdida para el acervo espiritual de nuestra humanidad si no la recoge ningún traductor o ningún exegeta. La posibilidad objetiva de buen éxito o « realización » en la mente pública es un factor importante : el sociólogo puede explicar la fuerza de expansión de la obra por la extensión y el nivel cultural del área o de las áreas en que se manifiesta, pero no puede valorarla (1). No confundamos éxito con valor, « best-sellers » con obras maestras.

Por otra parte, en la explicación sistemática y global de una obra literaria cabe un estudio de las relaciones ocultas entre su significación intrínseca y sus múltiples sentidos, pues en la obra hay que distinguir lo que es en sí y lo que aparece según sus interpretaciones por y para el público. Cada lector busca y encuentra en la obra literaria una representación y una justificación de su propia relación con su comunidad, pues corresponde este mundo ficticio con las ideas más o menos fantásticas que se hace de sí y de ella. A sabiendas o no, utiliza la obra para consolidar y fijar moldes de su comportamiento, sus escalas ideales de valor, sus esquemas psico-sociales, traza esa obra como medicina mental para purgarse de sus pasiones (catarsis), le pide ayuda para sobrepasar y vencer su propia debilidad, ordenar su caos congénito, superar sus contradicciones vitales y trocar su natural ansiedad por la fe firme en el « logos » más o menos inspirado propuesto por el autor. Toda obra aparece como escala de Jacob al lector, sino hasta el cielo, por lo menos hacia un piso algo superior al suyo.

Así es que las creaciones literarias, por ínfimas que sean, implican una toma de conciencia del hombre y del mundo. Pero al máximum de conciencia posible no corresponde forzosamente una calidad estética de la obra. La complejidad y sutileza de la *Weltanschauung* no es garantía del valor de su expresión. Por ejemplo, el ensayo de Tocqueville sobre los Estados Unidos es el admirable análisis de una idiosincrasia colectiva, pero no es obra de arte. En cambio las novelas geniales de Stendhal atestiguan un mínimum de conciencia posible de la sociedad contemporánea. *Le Rouge et le Noir*, por arraigado que esté el asunto en la Francia de la Restauración, se complace en la pintura de lo absurdo o de lo irreflexivo, en la exaltación de la « des-conducta » : Julien Sorel es tan irresponsable como su propio autor.

Así es que el crítico ha de recusar la filosofía social como método principal.

A fortiori, el comparatista se negará a cotejar las visiones del mundo y los grados diferentes de « compromisión » de los personajes en varias obras que pertenezcan a áreas culturales, a civilizaciones diferentes. Pues la comparación no llevaría a otra cosa sino a registrar diferencias de antemano evidentes. El valor de una creación literaria no depende de su interés para los etnógrafos o los sociólogos.

b) Existe otro modo valioso de «aproche», basado también sobre el estudio de la causalidad, y consagrado por cien años de experiencia universitaria. El historiador positivista coloca la obra en una cadena de acontecimientos literarios y la considera a la vez como efecto y como causa, eslabón entre el pasado y el futuro. Por ejemplo, distingue didácticamente períodos esenciales de la historia literaria, e inventa un pre y un post Renacimiento, un pre y un post Clasicismo o un pre y un post Romanticismo para llenar los huecos entre ellos. Convierte a Rousseau en un precursor de una escuela y a Valéry en un heredero de otra. Como si todo el valor de sus obras consistiera en

(1) Ojalá descubran y propongan los sociólogos a los críticos epopeyas o cantos líricos desconocidos hasta ahora en nuestro ambiente europeo tan cerrado, pues ¿por qué no existirían en el Kazakstán canciones de gesta de igual valor que el *Poema del Mío Cid*, la *Chanson de Roland* o el *Martín Fierro* del argentino Hernández?

preparar o bien prolongar un movimiento literario, en proveer al historiador de la literatura el eslabón que le hace falta para completar su cadena imaginaria. Atribuye un existencia casi orgánica a los temas o bien a las formas, que según él evolucionarían por razones intrínsecas, siendo el autor de la obra un simple agente de esos cambios. Está muy bien demostrar que « el romanticismo », « die Romantik » y « the Romanticism » y « le romantisme » son modalidades nacionales de un mismo fenómeno cultural. Pero esto no quita ni pone calidad a Shelley, a Leopardi y a Víctor Hugo o... al mediano Zorrilla y al mediocre Eugenio Sue. ¡Cuántas veces hemos leído estudios comparados de temática o de forma entre autores de tercer orden! ¿Qué provecho se puede sacar de la yuxtaposición de varios universos poéticos de por sí incomparables?

c) Hay otro método tradicional de aproche» de la obra literaria, basado sobre el principio de la causalidad. En la idiosincrasia del autor y hasta en su seudo psicoanálisis se buscan las motivaciones de los temas, personajes, intrigas y desenlaces de sus obras. Según esos críticos, la clave de *Les Fleurs du Mal* sería el complejo de Edipo de que sufrió Baudelaire ; la clave del *Idiota* o de *Los Hermanos Karamazov* sería el presidio sufrido por Dostoyevski en Siberia. Pero no todos los « edipos » son poetas del tamaño de Baudelaire o de Calderón de la Barca ; no basta el haber vivido en los « baños » de Omsk o de Argel para escribir como Dostoyevski o Cervantes. Además, tratándose de disturbios psíquicos o de monstruos de la Naturaleza, hay casos más interesantes en los manicomios. Repitámoslo : lo que cuenta es la expresión verbal, la *obra* en sí, sus palabras una por una y juntas. La biografía, por clínica que sea, es de poco fruto para el crítico valorizador de arte y de ningún provecho para el comparatista.

III. La técnica literaria

El lugar, el tiempo y las causas individuales, sociales o históricas permiten *explicar* por fuera la obra, es decir comentarla, parafrasearla, pero no la definen por dentro.

Recientemente, la crítica se vale de un procedimiento más respetuoso de la obra ; se propone no explicarla, sino describirla. El crítico húngaro Lukacs (cuando joven) y sus discípulos buscan las definiciones de las grandes tonalidades literarias y las encuentran en los « invariantes comunes ». La epopeya es igual en la *Odisea* y en la *Araucana*, la tragedia sigue las mismas reglas en Sófocles y en Racine, la novela tiene una base común en Balzac y en Tolstoy, el ensayo sigue fiel a sí mismo desde Montaigne hasta Lamb. Ese método de « reducción fenomenológica » devuelve su verdadera función estructural a los incidentes gratuitos dentro de una obra, a sus casos aparentemente contingentes, a los personajes más ínfimos y efímeros, pues el detalle del contenido o de la forma considerado en sí y aislado del contexto no tienen el menor interés. Lo que importa no es tal o cual piedra de una catedral ni su procedencia, sino la presión que soporta en un arco de ojiva.

Usando de ese método el comparatista se puede proponer el cotejo del nô japonés con la tragedia clásica europea, del manierismo chino con el manierismo italiano.

Otro tipo de formalismo invadió recientemente « the New Criticism » de Estados Unidos. Según su doctrina, el valor de una obra resulta de la coherencia interna de la obra creada ; la belleza coincide con la perfección, entiéndase el estado de acabamiento, la buena articulación o estructura del conjunto. La obra se considera como objeto independiente. Para esos formalistas, un personaje de ficción no es equiparable a un hombre real, una intriga de ficción no es equiparable a una « liaison » real. Ya que el personaje está concebido para la intriga y la intriga para el personaje, no importa si « el-personaje-dentro-de-la-intriga » recuerda vagamente o no a « un-hombre-real-dentro-del-mundo-real » con tal que esté bien articulado en su ficticio microcosmo. Como si se tratara de un reloj, se desmonta pieza por pieza y se remonta el poema : en la buena técnica únicamente está su valor. El reloj funciona por cierto ; pero —¡ay!— se olvida ponerle en hora ; no sirve para nadie.

Dudamos de la legitimidad de esa operación que asimila obra de arte a objeto artesanal : la perfección y la complejidad técnica no tienen nada que ver con la belleza.

Si nos atrevemos a utilizar el lenguaje de los economistas, diremos que si el *precio* está en la materia y en el trabajo, el *valor* reside en la invención y en la utilidad o sea en la virtualidad permanente de uso. Hay artesanos muy hábiles de la literatura y hay genios muy torpes. Sinfonías verbales no acabadas, poemas desgarrados, « deshilachados » nos pueden deslumbrar de admiración y llenar de goce espiritual, como no lo hiciera la obra maestra de un orfebre, los « esmaltes y camafeos » de un Teófilo Gautier. *Dass Du nicht enden kannst, das macht Dich gross* (lo que te hace grande es que no puedes acabar tu obra), dijo Goethe.

Los tecnólogos de la literatura acometen también problemas de estilo. Gracias a diligentes corredores o « transmetteurs », el diálogo amebeo de Virgilio pasa a Garcilaso de la Vega, el « parlamento » o soliloquio de Lemaire de Belges pasa a Calderón, la comedia nueva de Guillén de Castro pasa a Corneille, y el estilo periodístico de Addison a Cadalso y a Sarmiento. Hay fenómenos histórico-estilísticos dignos de estudio como el discurso indirecto y, cierto, imperfecto de Flaubert, la descripción colorista de los Goncourt y de Zola, el monólogo interior de Joyce y el relato multisubjetivo de Hemingway.

Por cierto, Dos Passos, Gertrude Stein, Hemingway, Faulkner y Moravia no dejaron de enriquecer los procedimientos técnicos de la novelística francesa, y por consiguiente nuestro mismo lenguaje literario en su léxico y en su síntaxis, en el estrecho margen que deja a la novedad el sistema de nuestra lengua. Aún más : la estilística permite luchar contra las corrupciones que alteran la lengua o desagregan su unidad funcional. Por ejemplo, Etiemble presta un gran servicio a la lengua francesa cuando lucha contra los injustificables atentados a su integridad y eficacia y contra la hibridación de los lenguajes, cualesquiera que sean, contra la formación hoy del « journalese », del « pidgin English » o del « franglais », análogos al pobre sabir mediterráneo y al despreciable papiamento de la isla de Curasao.

Existe también una estilística muy ambiciosa que busca y estudia las desviaciones e irregularidades en la expresión escrita de cierto autor con relación al lenguaje vernáculo. Pero entre esos datos del estilo, hay muchas manías fútiles, las cuales nos informan sobre el autor y no sobre la obra, y hay trucos que pertenecen a la técnica más superficial, más barata de la artesanía literaria. Desde el romanticismo se asume que la originalidad de un hombre puede servir de criterio para aquilatar su obra. Pero el genio evidente que emana de los poemas de Claudel no se explica de ningún modo por la personalidad —muy discutida— de este diplomático versátil. Por otra parte no hay obra de valor que resulte de una originalidad buscada a todo trance. « Le style est l'homme même », dijo Buffon, pero el modo de ser del hombre, su estilo de vida, no implica la calidad del estilo de la obra, pues la obra se sirve del autor y de su experiencia vital como se sirve de otras mil piedras para su edificio. Aún más, el universo poético es cosa que atañe a la imaginación pre-verbal : nada tiene que ver con su expresión, la obra expresada. Cada hombre tiene su universo poético, más o menos rico y maravilloso. Pero ¿qué importa si no se realiza con palabras escritas? Gracias tan sólo a las palabras, los lectores nos internamos en un universo poético que ya no es el propio del autor, sino común a todos y para siempre.

Además, no existe, no existió nunca (y menos en el folklore) un estilo natural, innato, espontáneo, que pueda servir de base para medir las desviaciones estilísticas de un autor. Tampoco resulta el estilo de una obra de la suma de las calidades de sus partes o elementos : formas, ideas, afectos, etc.

En suma, la tecnología, sea formalista sea estilística, tiene su justificación dentro de límites bien precisos.

*

La sociología, la psicología, la historia y la tecnología consideran la obra literaria como documento (2) que oculta —y ha de entregar si se dedica bien—, elementos in-

(2) Además, ¿qué documento valedero se puede sacar de la obra literaria, pues los poetas y novelistas mienten *ex officio*, y prefieren su ficción al calco de la realidad? ¡Cuántas obras consideramos como jalones esenciales de la historia literaria y por sí no valen un ardite! Recorde-

teresantes para la sociología, la psicología, la historia o la técnica. Pues bien, esas utilizaciones extraliterarias de algunos elementos aislados de la obra dejan de lado su valor global intrínseco.

No queremos excluir las ciencias humanas. Tan sólo se trata de ponerlas en su lugar, con su peculiar e importante función de ciencias auxiliares, de ciencias « ancilares ». La cultura comparada que integran esas disciplinas debe ser base y punto de partida de nuestros estudios. Luego la literatura comparada se propone estudiar todo cuanto, en las letras, cambia, se mueve, muda, se metamorfosea. Interviene el comparatista cuando pasa la obra de una área cultural a otra, en particular bajo la forma de traducciones, cuando pasa de una época a otra, cuando pasa de un público, considerado en su clase social, a otro, cuando pasa de un uso catártico a otro, — purgando otro tipo de pasiones—, cuando pasa de una tonalidad a otra (3).

No queremos excluir la erudición. No queremos suscribir al aserto algo injusto de Valéry : « La erudición es como una derrota ; proyecta su luz sobre lo que no es esencial ; sustituye sus hipótesis a la sensación, su memoria prodigiosa a la presencia de la maravilla » (4). Tan sólo quisiéramos limitar el campo que se proponen labrar los eruditos. Por el cotejo de las variantes, ¡qué limpien los textos de todas las escorias acumuladas por las copias manuscritas o impresas! Por el estudio de las circunstancias históricas, sociales e individuales de su génesis, ¡que pongan en claro las interpretaciones privilegiadas —pero no únicas— que les dieron el autor y su público! Entonces, y sólo después de esas dos operaciones, puede intervenir el crítico literario. Su tarea empieza donde acaba la de los eruditos.

¿En qué consiste la crítica literaria propiamente dicha?

*

Ahí no hay dialéctica ni psicoanálisis que valga. Se toma una obra entre las manos, entre ambos ojos. Se la toma, tal como es, en su forma y su reforma, en su formación zigzagueante y proteica a partir de la primera página (o de la primera escena) hasta la última. Se la toma también en sus traducciones sucesivas y en varias lenguas, si se presenta el caso. Pues como lo dijo de buena ciencia el mismo Heidegger : « La traducción no consiste simplemente en facilitar la comunicación con el mundo de otra lengua. Es en sí como la roturación en común de una tierra baldía con abrojos. Sirve para la aprehensión de un sentido superior de la cuestión propuesta y para la comprensión mutua del traductor y del autor: cada paso en ese camino es pan bendito para los pueblos... Por la traducción, la elaboración del pensamiento se halla vertida al espíritu de otra lengua y sufre una transformación imprescindible. Pero esta transformación puede ser fecunda, pues hace que salga bajo una luz nueva la posición fundamental de la cuestión : de ese modo se presenta al autor la oportunidad de conocerse con más lucidez y discernir más exactamente los límites del problema planteado. »

Después de registrar esas diversas formas de su ser original, se « zarandea » la obra para que caigan todas esas apariencias que la envuelven y la ocultan, todos esos vestidos « de época » o folklóricos. Esa « Venus de Milo » pierde su último ropaje ; tras las múltiples realidades aparentes surge en fin la Verdad, una y desnuda. Las formas

---

mos sin más a *Cromwell*, el drama al que Víctor Hugo antepuso un famoso prefacio.

La historia espiritual (*Geistliteratur*) y la historia de las ideas enajenan la obra literaria, la transforman en lo que no es fundamentalmente, en lo que es accesoriamente ; un eslabón, portador de espíritu o de idea, de una larga cadena. Por otra parte, el intelectualismo llega a tal extremo que quiere convertir cualquier obra literaria en un tratado de filosofía. Pero, ¡cuántas obras profundas van escritas en una jerigonza que es en sí un agravio a las bellas letras! Neruda es un poeta genial y un pensador ridículo. En cambio, un teórico bien enterado del marxismo puede escribir en un galimatías espantoso una obra que vale filosóficamente.

(3) Por ejemplo, la ópera italiana se transforma en ópera cómica y en ópera bufa.

(4) « *L'érudition est une sorte de défaite ; elle éclaire ce qui n'est point essentiel. Elle substitue ses hypothèses à la sensation, sa mémoire prodigieuse à la présence de la merveille.* » (« Le problème des Musées » en *Pièces sur l'Art*, París, Gallimard, 1934.)

contingentes se han anulado, han desaparecido los adornos propios de la escuela literaria y la retórica exigida por los tiempos. Queda el objeto ; ese objeto está constituído por una osamenta o estructura impuesta por el género (novela, lírica, epopeya, tragedia, etc.) y por la carne propia de la obra, entiéndase un conjunto de afectos, sensaciones, ideas que se pueden organizar, convertir en un organismo, según y conforme las exigencias de los sistemas lingüísticos en que se ha realizado o podría realizarse.

Pero nuestra metáfora es insuficiente. Más que un ser organizado, es un mundo desconocido el que obtenemos al reducir la obra y transponerla en un plano inconcreto y transtemporal (no digo abstracto y extratemporal). Ese mundo virgen lo ha explorado el autor, describiendo su propia experiencia a través del caos y de la confusión natural. Pues bien, el papel del crítico es trazar el mapa de esa nueva « jungle », según las indicaciones de la obra, y es también formular una leyenda en el ángulo derecho del mapa para facilitar la exploración de los lectores. Leyenda decimos, aclaración de las convenciones que permiten y faciliten, si se ofrece, una interpretación personal de la obra por cada uno de sus lectores y la reinvención por cada lector del mundo poético inventado (en el sentido de hallado) por el autor de su obra.

Ahora bien, ese mundo existía, existe y existirá como virtualidad en el ser profundo de los hombres. No lo buscaríamos en la obra si ya no lo hubiéramos hallado. Sin embargo, su exploración lo altera, su toma de conciencia ordena su caos, transforma la selva en jardín cultivado, convierte su naturaleza primitiva en un paisaje « de cultura ». En suma, la crítica erige la obra en un objeto que la mente puede abarcar y propone a los lectores que la anexen, la integren y la asuman en caso de que la necesiten, en caso de que la utilicen. Así es como se explica que *Hamlet* de Shakespeare, *El Burlador* de Tirso y *El Quijote* de Cervantes, descoyuntados y hechos maleables por la crítica, se presten a diferentes coyunturas históricas y ayuden a diferentes generaciones a resolver sus problemas éticos y estéticos. Así es cómo se explica que las grandes obras literarias resuelvan para los contemporáneos y para las generaciones futuras sus dificultades de expresión, con que les ayudan a curar sus estados ansiosos y febriles. La literatura, por vieja o exótica que sea, recobra de ese modo su virtud catártica esencial.

Veamos a esa luz la definición de algunos géneros : la tragedia europea y el nô japonés no son sino dos modos de expresión de un mismo fenómeno ; el desamparo de los hombres, víctimas de los dioses. La comedia en cualquier país describe con humor y sátira las veleidades de la Fortuna con los hombres y los ardides de los hombres con ella. El drama aparece como una serie caótica e imprevisible de peripecias (o infortunios) sin motivo ni finalidad. La novela, que no se distingue en su esencia de la epopeya, supone la adecuación difícil y final del héroe a los designios ocultos de la Historia. La lírica, sea sublime sea íntima, sea amplia como un fresco, sea menuda como una pintura de caballete, opera encantaciones mágicas para provocar la metamórfosis del mundo exterior o interior que ahoga al poeta o a su lector.

Extenso es el terreno del comparatista, pues la poética comparada, que supone primero la catalogación erudita de las formas métricas, se propone establecer la correspondencia exacta de cada una de ellas con un temperamento de nuestros humores y con un ritmo, entre muchos, de nuestra andadura vital.

Todo eso atañe a las mil formas literarias y a la estructura, única. Hablemos ahora del contenido.

Paralelamente, los mil sentidos posibles de la obra ocultan y, al anularse mutuamente, revelan su significación, que es única. Se van borrando los elementos contingentes que proceden de su situación histórica, como el color local, las anécdotas y los personajes sacados casi directamente del registro de bautizos. Se van reduciendo hasta aniquilarse los paradigmas de conducta que sirvieron para los utilizadores contemporáneos de esos poemas, de esos dramas o de esas novelas. Quedan moldes o esquemas en los que pudiera cualquier hombre, hoy y mañana, verter las contingencias propias de su tiempo y de su individuo. Esos « patterns » corresponden a situaciones típicas del hombre en el mundo. La mitología griega los

había enumerado en sus fábulas : se trata del nacimiento, de los ritos iniciáticos del adolescente —comunión, confirmación y emancipación— de la aventura sexual y del amor, de las relaciones entre madre e hijo, entre padre e hijo, entre hermanos, entre hermano y hermana, se trata del crimen, de la ciencia y de la muerte. Dédalo, Edipo, Orfeo, Ulises, Icaro, Narciso, Teseo, las ninfas y los héroes (o hipóstasis de dioses) no son sino algunas figuras o figuraciones de nuestros enredos o embrollos interiores. Los siglos posteriores han añadido algunos mitos a ese acervo : martirios de la hagiografía (Nicolás, Sebastián, Lucía, Teófilo, Dionisio, etc.) y leyendas profanas (Beatriz, Laura, Fausto, Hamlet, don Juan, don Quijote, Eulenspiegel, Fígaro, etc.). Añadimos cada día nuestros mitos, los que necesitamos para exorcizar el mal por dentro y por fuera. Rimbaud, Ubu, Babitt, Oblomov y el general de Gaulle son otros tantos mitos, invenciones literarias, que por cierto no dejan de modificar el comportamiento objetivo de sus modelos.

La obra literaria opera una re-presentación con fines catárticos de los conflictos y contradicciones de nuestra psique (la ninfa Psyche, decían los griegos) y, al mismo tiemto, una canalización discreta de las fuerzas demóticas a las que también obedecemos ; influye, pues, sobre nuestra conducta moral. Los varios aspectos de la significación corresponden a sus cuatro capas o niveles enumerados e ilustrados por Dante en su *Banquete* : el sentido literal, el sentido alegórico (o psicológico), el sentido moral (o social) y luego el ápice anagógico o espiritual de la significación, no siempre presente en todas las obras de arte. Por ejemplo, el *Cantar de los cantares*, égloga amorosa, sirvió para celebrar los esponsales morales del mundo y de la iglesia y los esponsales espirituales de la criatura y del alma. En su *Cántico espiritual*, Juan de la Cruz utiliza la égloga de tipo renacentista para fines espirituales : el pastor de antaño se ha convertido en Cristo, —y no es ninguna novedad— ; todas las imágenes de la fábula seudorrústica retratan momentos y etapas del trayecto del alma al ir a unirse con la divinidad.

Al cotejar el *Prometeo* de Esquilo, el de Calderón, el de Shelley y el de Gide, el comparatista « sonsaca » la verdad del tema y no se limita a comprobar la perogrullada de que difiere el modo de tratarlo con el ambiente cultural en que surgió o volvió a surgir. La rebelión contra la autoridad del padre va oculta en ciertas comedias de Calderón y en ciertos poemas de Baudelaire y en la novela *Les Gommes* por Robbe-Grillet. Pues bien, el comparatista no ve ninguna dificultad en cotejar esas obras de género diferente escritas por autores que no se inspiraron uno en otro.

*

Al séptimo día de su creación descansó el autor de la obra. Con sensibilidad elemental e impresionista, con su misteriosa memoria ancestral, con su voluntad orientada por la técnica y con su entendimiento alumbrado por la razón, ha logrado describir su exploración venturosa en un mundo desconocido que nos es común. Según su inspiración saca un montón de oro de ese nuevo Perú o bien no ofrece al lector sino la imagen de un mundo trivial y sin interés. De todos modos, la obra, por pulida y técnicamente bien compuesta que sea, se presenta a la mente del lector como la selva enmarañada a las empresas de un pionero. En ella, todo es signo, pero no se sabe de qué.

Pues bien, al octavo día de la creación —el primero de la publicación— interviene el crítico, y considera la obra. Hay autor que habla eficazmente y hay autor que charla en vano. Resulta muy difícil para el crítico provocar en el lector un efecto, si no hay verbo creador. Pero, si el verbo se presta a una interpretación múltiple que sirva a muchos hombres, cualquiera que sea su circunstancia histórica, el crítico recoge la voz, la amplifica y hace repercutir sus ecos. Prepara y dispone la obra para esa asunción reiterada y sin fin. Al limpiar la obra de su realidad histórica, social y personal contingente, el crítico había revelado la Verdad implicada en ella. Ahora la tiene como cebo y la ofrece a otras mil realizaciones igualmente contingentes ; logra su propósito en la medida en que los adornos arbitrarios de la primera versión mental, la del autor, no constituyen trabas e impedimentos para los adornos exteriores de las mil versiones mentales que siguen.

Recordemos a Juan de la Cruz : cierto convento de mujeres le había pedido una interpretación de sus poemas. ¿Cómo podría darla yo —contestó en sustancia—, ya que mi explicación de hoy no es ni puede ser la de ayer, o la de mañana, ya que sólo vale la interpretación que cada lector « montará » para sí a la conveniencia de su situación *ibi et nunc*. Y añade que la dignidad del hombre consiste en usar de la Razón, es decir medir el objeto (una obra, por ejemplo) y hacerle a su medida propia (*ratio*) (5).

La literatura (el arte en general) no tiene otra finalidad sino ofrecer al hombre una medida suya con relación a la naturaleza y función suya en el mundo. Le ayudan a controlarse a sí mismo y a domar las mismas fuerzas que le quieren esclavizar. Por gratuita que le parezca, provoca una superación de su ser. Pero no consigue todo eso sin la mediación del crítico. Éste le crea un ambiente favorable, la somete a un proceso de adaptación que la ha de llevar de su *existencia* contingente, con sus mil modos precarios, a su *esencia* final. Gracias al crítico, esa esencia, secreción cumulativa de todas aquellas interpretaciones, encuentra en el ser del lector un molde que la acoge de tal manera que ése tiene la impresión de reconocerla, como si la hubiera conocido siempre o en un trastiempo indefinido.

Al octavo día interviene el crítico e introduce un orden en el caos, surgido de la expresión equívoca de la obra, convierte en jardín su selva virgen. Humildemente toma el relevo del creador que se cansó al final del sexto día y duerme ahora inútil en medio de su laberinto.

¡Incomparable literatura! El crítico va de una obra a otra, sin dejar la misma área cultural, o bien pasando de Europa a Asia o a América ; identifica las más alejadas, discierne las más cercanas. Facilita su integración a nuestro modo de ser y de vivir en el mundo. Ensancha con ellas el acervo cultural de la humanidad. Pero no olvida que sólo el azar o la buena suerte le puso entre las manos una pluma, vana como el viento, si acerada como buril.

(5) Prólogos de *Llama de amor viva* y de *El Cántico espiritual.*

PORTADA DE « TRABAJOS DE AMOR PERDIDOS »

Destino y casualidad

POR ESTEBAN SALAZAR CHAPELA

En mis tiempos de lector *en Cambridge solía ir por la tarde de vez en cuando a ver al profesor J. J. Taylor en su habitación de Christ's College. Taylor era profesor de historia antigua y nada tenía que ver por ende con mi departamento hispano. A mí me gustaba hablar con él porque con él se podía hablar de todo, pues todo parecía interesarle. Aparte sus grandes conocimientos históricos Taylor se distinguía por su memoria extraordinaria para hacer citas de autores ingleses y de otras partes, clásicos y modernos. No tocábamos punto para el cual no tuviera él en el archivo privilegiado de su memoria una frase de una pluma famosa o poco conocida o rara o rarísima. Un día hablamos mucho del destino, esto es, de los hechos que constituyen la trayectoria en este mundo de una persona. Le expuse mi criterio sobre el asunto, pues yo tengo sobre el asunto una teoría muy concreta, creo que irrefutable, extraída de mi observación de la vida de los demás y también —quizá sobre todo— de la observación de mi propia vida. Le dije que aquella trayectoria de nuestra existencia estaba siempre constituída por nuestro destino propiamente dicho y por casualidades propiamente dichas; que había cosas que hacía uno o le pasaban a uno porque uno era como era (destino) y había cosas que le pasaban a uno, pero que lo mismo podían no haberle pasado a uno y pasarle a otro (casualidad); que nuestra existencia era siempre una mezcla de destino y casualidades.*

El profesor Taylor no parecía ver claro mi punto de vista.

— Un gran usurero —le añadí para explicarme mejor— hace un día una grande operación usuraria. Ese mismo día este usurero sale a la calle, le cae una teja en la cabeza y muere.

— Su destino era morir de esa teja. « Cuando la cosa ocurre es porque tenía que ocurrir », como decía Chaucer.

— No. El destino de ese usurero no era morir de esa teja. El destino de ese gran usurero era, entre otras cosas, hacer grandes operaciones de usura, pues sólo puede hacer estas operaciones un hombre con fuerte naturaleza para ello, como sólo puede ser boxeador un hombre con rollizos y fuertes músculos. La teja fue pura casualidad. La teja lo mismo le pudo haber caído al transeúnte que iba detrás o al transeúnte que iba delante.

— Pero le cayó a él. La teja forma parte de su destino.

— La teja se incorpora a su biografía y pone punto final a su biografía, pero la teja no tiene nada que ver con lo que aquel hombre era.

— Entonces usted llama destino a lo que se acomoda a la naturaleza de la persona. Algo de eso pensaba Marco Aurelio.

— Yo llamo destino a lo que nos pasa o a lo que hacemos porque somos de una determinada manera. Lo que ya no es consecuencia de nuestra manera de ser, ni puede por consiguiente explicarse por ella, es casualidad pura.

Esa tarde le dimos no sé cuántas vueltas al interesante asunto. Pero yo no recuerdo ahora si planteé el tema estimulado por las noticias que acababan de darme de Agustín Jorrito, o si el tema lo planteó espontáneamente el propio profesor Taylor. Lo que son las cosas —me dije cuando me hablaron de Agustín, justamente una hora antes de dirigirme a Christ's College— : un hombre preocupado aquí en Londres por dos mujeres, como quien dice martirizado por ellas, un hombre a quien le estorbaba una de estas dos damas, pues las dos juntas le hacían la vida imposible, ahora se veía en Méjico... Vida la suya la más corriente del mundo, pero por ello mismo más difícil de averiguar en ella cuanto había de casualidad y cuanto había de destino.

Le dije al profesor :

— Yo creo que en las naturalezas excepcionales, un gran músico por ejemplo, el destino lo es todo o casi todo, descontando siempre la posibilidad de la teja. En los hombres nada excepcionales acaso su trayectoria sea mitad casualidad, mitad destino.

— ¿Sabe usted lo que decía Milton? Que la casualidad lo regía todo.

— Estaba equivocado desde mi punto de vista. Por casualidad no escribió él su Paradise Lost.

— En eso estamos conformes.

— Esta tarde he sabido de un compatriota de quien hacía año y medio que no tenía noticia ninguna, un obrero de fábrica que dejó de ser obrero de fábrica...

— Perdóneme que le interrumpa. Voltaire y Lessing dicen que nada ocurre bajo el sol por casualidad, que todo tiene una causa en este mundo.

— También estaban equivocados desde mi punto de vista. Hay el caso de la teja. Claro está, la teja cae porque está floja o mal colocada, pero la muerte producida por ella es casualidad.

— En eso también estamos de acuerdo.

— Este compatriota de que le hablo, Agustín Jorrito, vino a Inglaterra como otros muchos españoles emigrados.

— ¿Vino por destino o por casualidad? —me preguntó el profesor en broma.

—Vino por casualidad. Vino antes que nada porque le fue posible venir, pues no era fácil entonces para un emigrado de la guerra civil entrar en Inglaterra. Necesitaba el aspirante alguien que le reclamase de aquí y le garantizase además la manutención en la isla. Por lo visto Agustín debió de conseguir ese alguien, también por casualidad. En España había sido mecánico en un garaje o trabajó en una fábrica, no sé bien. Aquí trabajó año y pico en una fábrica y luego se empleó de mecanógrafo en la sección hispanoamericana de la radio. Le diré a usted que este ascenso de obrero de fábrica a mecanógrafo e incluso a posiciones más elevadas no es infrecuente en los españoles emigrados en Inglaterra.

— ¿Y eso es por casualidad o por destino? —me preguntó Taylor, esta vez en serio.

— Eso ha sido por las dos cosas, por destino y por casualidad. Primero : por la casualidad de haber caído en Inglaterra, país el más señorito de Europa, donde los estímulos de ascensión social están operando en la atmósfera continuamente. Segundo : por destino, esto es, porque había naturaleza para responder a esos estímulos. Fíjese usted en el caso de Agustín. Trabajaba en una fábrica, pero al año de trabajar allí sintió deseos de hacer otra cosa. Fue entonces cuando se dedicó a leer cuanto podía de español, a robustecer su bien debilísima ortografía y a aprender a escribir a máquina. Tenía por esos días treinta y dos años. Imagine usted un hombre de mediana estatura, moreno, bien parecido, muy tranquilo por fuera. Había luchado valientemente en la guerra. Yo le conocí cuando ya estaba empleado de mecanógrafo. Pero ahora que le hablo de su perfeccionamiento ortográfico no tengo más remedio que hablarle de Antonia, pues Antonia fue su maestra.

— « ¡Ya está aquí la mujer! ¿Quién cae en sus brazos sin caer en sus manos? » Así hablaba Ambrose Bierce.

— Sí. Antonia fue su maestra. Pero repare usted en este dato de casualidad de teja que cae : Agustín vino a conocer a Antonia por culpa de su mujer, quien había quedado en España. Su mujer le escribió pidiéndole fuera a una determinada

colonia de niños vascos a ver cómo estaba la hija de una amiga. Agustín se presentó allí, vio a la niña, vio que la niña estaba bien y vio también a Antonia, encargada de la colonia. Creo que todo fue la compenetración instantánea de dos seres que se reconocen mutuamente sensatos y saben en cuanto se ven que pueden confiarse mutuamente con seguridad plena. Antonia había sido maestra nacional en España. Ella decía entonces que contaba treinta y tres años, pero probablemente contaba más. Era alta, bastante voluminosa, muy blanca, estaba muy fresca y tenía en la expresión de sus facciones, más bien aguileñas, esa simpatía característica de las mujeres inteligentes de muchas carnes. En España no tuvo posibilidad de casarse nunca, o de casarse con quien hubiera querido. Había llegado a Inglaterra virgen. Antonia le decía después a una íntima amiga con quien yo tuve alguna confianza : « Cuando iba las primeras veces a casa de Agustín iba con un remordimiento atroz, iba como si me estuvieran mirando toda mi familia y toda España. Me decía a mí misma que debía volver pies atrás, pero seguía andando... »

— « El pudor está compuesto de capas como la cebolla ». Se quita un día una capa, después otra... Son palabras de Nathaniel Hawthorne. 1854.

Cuando Taylor hacía una de estas estrambóticas citas me entraba un momento la sospecha de que se trataba de una invención. Pero yo sabía perfectamente que no era así. Una vez tuve la curiosidad de buscar una de estas extrañas citas con fecha y la encontré después de buscar mucho, con su fecha correspondiente, tal como él la había dicho.

— En fin, así comenzó la amistad y la cebolla.

— « El hombre es enemigo de la virginidad », como dijo Shakespeare.

— Antonia fue para Agustín muchas cosas : su maestra de ortografía, su estímulo para mejorar de situación (no sé si fue ella quien le sugirió abandonar la fábrica), su mentora en todo y para todo. Nunca vivieron juntos. Aunque Londres es muy grande la emigración española era para el caso muy chica. Y aunque la cebolla estuviera pronto en su última capa tampoco podía olvidarse Antonia de que ella era maestra nacional y tenía por ello responsabilidades morales públicas.

— « Mejor es la buena fama que el buen ungüento », reza el Eclesiastés.

— Sería erróneo pensar que Antonia fuera para Agustín la frivolidad o la vanidad de una conquista. Agustín era más juicioso que todo eso. Creo que si hubieran podido casarse como Dios manda y organizar su vida a los ojos de todo el mundo habrían constituído ese matrimonio donde la similitud y la inteligencia de ambos cónyuges hacen de la coyunda un ejemplo edificante de felicidad sosegada. Lo de ellos no me dio nunca impresión de lío en el sentido inmoral de la palabra, ni tampoco impresión de amor en sentido patético, sino más bien impresión de igualdad, de amistad.

— « La amistad es igualdad », decía Pitágoras.

— Pero él no podía casarse porque estaba casado, como ya le he dicho. Agustín habíase matrimoniado en Barcelona seis meses antes de acabar la guerra civil con un abultado palmito de diecinueve abriles, hija de un tendero arruinado por la revolución que había traído la guerra. De los seis meses de matrimonio sólo estuvieron juntos dos escasos, ni siquiera seguidos, sino espaciados en lotes de pocos días.

— ¿Por destino o casualidad?

— Por la casualidad de que él tenía deberes bélicos en el frente. Fue el matrimonio de Agustín con Carmencita lo que se llama un matrimonio de guerra, un matrimonio llevado a cabo entre el olor a pólvora, la ilusión política o de victoria y el peligro de perder el pellejo, un matrimonio en suma de sopetón y romántico. Pero ahora Agustín estaba en Londres. Entre su boda y su presente se habían interpuesto aquellos seis meses en España, cinco meses en un campo de concentración francés y ya un año largo en la capital inglesa. No es que Agustín se hubiese olvidado de su mujer. Le escribía con la regularidad que permitía la censura española, pues las cartas tardaban entonces una eternidad y no pocas se extraviaban en el camino. Pero el presente es siempre

el presente. Vivimos nada más que el presente. El presente es lo único real que tenemos ante los ojos.

— « El presente es una poderosa diosa », decía Goethe.

— Nuestra vida verdadera es sólo presente.

— Petrarca habla del « eterno ahora ».

— El presente nos posee.

— O al revés : « El presente es lo único que poseemos », como dice Love Peacock.

— ¿El pasado existe?

— Sandburg afirma que « el pasado es un cubo de cenizas ».

— Nuestro pasado es sólo un ocio de nuestra mente, una galería imaginada (aunque haya existido) por la cual paseamos de vez en cuando, o todo lo más algo que nos ocurrió en otra encarnación, cuando éramos otro... Pero si esto es así en las circunstancias corrientes, en las circunstancias de un emigrado español en Londres era más todavía. Su pasado no sólo había quedado atrás sino además muy lejos ; no sólo había quedado en otro país sino además enterrado. Enterrado allí por la nueva situación política ; enterrado aquí por las nuevas cosas que le entraban por los ojos todos los días. Y estas nuevas cosas que le entraban a Agustín por los ojos todos los días eran Londres, su trabajo de mecanógrafo en la radio. Antonia, las vicisitudes de la guerra (pues la guerra se le echó encima apenas llegó), Antonia otra vez, las calles negras en la noche, el ulular de las sirenas, los estrépitos de los bombardeos, Antonia, Antonia.

— ¿Y todo eso le ocurría a él por casualidad?

— Todo eso era casualidad desde mi punto de vista. Yo conocí a Agustín poco antes de acabar la guerra, cuando ya llevaba aquí cerca de cinco años. Agustín había sido anarquista y seguía siendo anarquista. Como yo no he tenido nunca simpatía ninguna por el anarquismo, pues el anarquismo me ha parecido siempre una quimera, me costaba trabajo compaginar el hombre sensato que tenía delante con sus ilusiones imposibles anárquicas. También es verdad que esta contradicción entre la persona y sus ideas políticas la advierto en casi todos los españoles que conozco, sean éstos de la filiación que sean. Se puede hablar con ellos de todo menos de política, pues en política muestran siempre una veta desvariante que uno no sabe nunca de dónde viene. Con Agustín, pues, nunca dirigí la conversación hacia los asuntos públicos sino hacia sus asuntos privados. « ¿Qué tal le va? », « ¿Cómo va el trabajo? », « ¿Cómo está Antonia? » El sabía que yo sabía de la amistad por una íntima amiga de Antonia, muy amiga mía, de modo que no era impertinencia o entrometimiento mi pregunta. Y Agustín me hablaba de ella muy francamente.

— ¿Por destino o casualidad?

— Por destino sin lugar a dudas, quiero decir por mi destino. Pues le diré a usted que yo inspiro a todo el mundo una confianza especial y todo el mundo me cuenta todo.

— « Inspirar confianza es un elogio mayor que inspirar amor », decía el poeta y novelista George Macdonald.

— Dada esa confianza llegué a percibir muy bien lo que Antonia representaba para Agustín. Y no es que él me dijera concretamente que ella representaba para él esto o lo otro : me bastaba oírle para saberlo. « Antonia dice... » Y esta expresión la decía Agustín como si dijera : « Platón dice... » « Antonia cree... » Y esto le decía él como si dijera : « Aristóteles cree... » En su tono se mezclaban muchas cosas, muchas superioridades que él reconocía en ella, superioridades en primer lugar de cultura y de sesos. Por este motivo, cuando acabó la guerra y me enteré por el propio Agustín que su mujer estaba gestionando el pasaporte en Barcelona para venir a Inglaterra, percibí muy bien la magnitud del conflicto, sobre todo teniendo en cuenta la naturaleza del marido y amante.

— Lo que usted llamaría su destino.

— Exactamente. Agustín no era hombre para decirle a Carmencita que no viniera ni era hombre tampoco para dejar sin más a Antonia. Ya por aquellos días, cuantas veces iba yo a la radio, encontraba a Agustín más meditativo que de costumbre. Había comenzado a perder prematuramente el negro pelo de la cabeza y me parecía

—no sé si eran figuraciones mías— que de una semana a otra estaba mucho más calvo.

— Ovidio decía, con razón : « Feos son un campo sin hierba, una planta sin hojas, una cabeza sin pelos. »

A Taylor le quedaban ya pocos en la suya.

— Pero pasó mucho tiempo y Carmencita no aparecía por Londres. « Es que no la dejan salir (me explicó Agustín en una ocasión), no quieren darle el pasaporte. » Ese día me atreví a preguntarle : « ¿Y usted quiere que venga o que no venga? » « Pues mire usted (me contestó con aquella franqueza que yo inspiro), ni quiero que venga ni quiero que no venga. » Y añadió como quien expresa un remordimiento : « Mejor habría sido que no me hubiese casado. Ahora estaría tranquilo. »

— « El remordimiento duerme en las épocas prósperas y despierta en la adversidad. » Son palabras de Jean-Jacques Rousseau.

— Otro día me dijo Agustín que Antonia estaba preocupada. « Preocupada ¿por qué? » le pregunté. « Ya puede usted imaginar : ella tiene la corazonada de que a mi mujer concluirán por darle el pasaporte. » Como así fue a los pocos meses de esta conversación. Un día le daban a Carmencita el pasaporte en Barcelona y dos días después Carmencita se presentaba en Londres. Hacía ocho años que no se veían marido y mujer y su encuentro en la estación Victoria tuvo mucho —por lo que él me explicó luego— del encuentro de dos desconocidos casi. Ella había perdido muchas de las carnes que la abultaban y hasta la afeaban a los diecinueve años y estaba ahora a los veintisiete proporcionada y esbelta como no lo había estado nunca. El había perdido buena parte del pelo de la cabeza, pero se hallaba de muy buen ver en todo lo restante. No tendré que decirle que la armonía de los dos tuvo en seguida, en cuanto salieron de la estación y tomaron un taxi, caracteres de segunda luna de miel. Pero poco después comenzaron para Agustín los disgustos.

— ¿Por destino o casualidad?

— Por destino, Taylor, por destino. Agustín llevó a su mujer a vivir con él, como era natural y obligado, pero no pensaba por ello abandonar a Antonia. Aunque nunca me lo dijera ni llegara siquiera a formulárselo con palabras intuía yo cuando le oía hablar por aquellos días que nada le habría gustado tanto como que ambas mujeres vivieran juntas con él en amistad dichosa. No habiendo en verdad pasión exclusiva por ninguna de ellas, el corazón de Agustín estaba repartido por igual entre Carmencita y Antonia, pues de la misma manera sentía por ellas afecto y también deberes. Antonia era para él, descontando los solaces del lecho, su conductora en su vida de exilio, un ser superior a quien debía la formación y consolidación de su vida de emigrado en Londres. Dejarla plantada no le pasaba a Agustín por la cabeza jamás. Carmencita era para él, descontando también los solaces del lecho...

— « El lecho abarca nuestra vida, pues en él nacemos, vivimos y moriremos. » Guy de Maupassant.

— Descontando los solaces del lecho, que no debían ser pocos en estos primeros tiempos, Carmencita era para Agustín la mujer con quien se matrimonió durante la guerra civil y había penado por él en Barcelona ocho años seguidos. Abandonarla no se le podía ocurrir nunca. De modo que por su destino, por su íntima manera de ser, Agustín no pensaba ni quería desprenderse de ninguna de las dos damas, antes bien las aceptaba de muy buen grado, si bien con la prudencia que demandaban las circunstancias. A esta prudencia obedeció que él le dijera desde el principio a Carmencita que trabajaba medio día en la radio todos los sábados y domingos. De este modo tendría tiempo para ir a ver a Antonia. Pero las primeras molestias comenzaron precisamente por ella, por Antonia.

— ¿Destino o casualidad?

— Destino, destino de Antonia, naturaleza de Antonia. « Parece ahora otra mujer —me dijo Agustín un día—. Desde que Carmencita ha llegado está que no vive. Cree que la voy a dejar el día menos pensado. Cuando nos despedimos hasta el sábado próximo piensa siempre que se trata de nuestra última despedida. Se agarra a mí entonces con una desesperación... Ade-

más, una mujer antes tan sensata, con tanto talento en todo y para todo, ahora no piensa más que desatinos. Como yo le he contado que a Carmencita no le gusta Londres, comenzando por el olor, pues Carmencita dice que Londres huele en todas partes a estopa mojada, Antonia me propone ahora la solución más tonta del mundo: « ¿No dices que no le gusta Londres, que Londres huele a estopa mojada? Pues aprovecha que no le gusta para mandarla a Barcelona. Si me quisieras lo harías mañana mismo. » « Pero parece increíble —le he explicado ya más de una vez—, parece increíble que una mujer de tus estudios piense ese disparate: aunque Londres le huela a Carmencita a estopa mojada, aunque le oliese a perros muertos yo no podría convencerla nunca de que se fuera a Barcelona. ¿No comprendes? » También me dijo Agustín por aquellos días que él creía que a Antonia le amargaba terriblemente que Carmencita fuera tan joven y estuviera tan delgada y esbelta, como ya le habían informado. « Ahora le ha dado a Antonia por no comer, no sé si porque no tiene apetito o por adelgazar, pero el hecho es que la veo muy desmejorada. Y es que no vive de celos, sin motivo ninguno, pues yo no pienso dejarla nunca. »

— « A la mujer celosa le falta siempre un tornillo », decía sir Arthur Wing Pinero.

— Carmencita por su parte lo pasaba bien al principio, aunque lo pasaba muy solitariamente. Agustín salía de casa todos los días a las ocho menos cuarto de la mañana y no volvía hasta después de las seis de la tarde. En el medio día que él estaba en casa los sábados y domingos ella le propuso más de una vez ir a sitios donde sabía acudían españoles. « ¿Por qué no vamos al Hogar Español? Me han dicho que está muy concurrido. » « No. Al Hogar Español no vamos. Allí no hay más que comunistas. » « O al Casón de España. » « Tampoco. Allí no hay más que fascistas. » Aunque era verdad que a uno y otro sitio iban generalmente fascistas y comunistas, en las repugnancias políticas de Agustín se mezclaba ahora la prudencia: él no quería que Carmencita conociera a muchos españoles, pues temía que una larga lengua le contase el cuento de Antonia. Ya desde el principio había elegido después de pensarlo mucho los poquísimos compatriotas que debía presentarle: Pepín Pérez y su mujer Rosalía, ambos anarquistas hasta la pared de enfrente; Paco Gómez, quien había roto recientemente con el Hogar Español, hecho que constituía para Agustín cuando menos una garantía de seriedad política, y el propio dueño de la casa donde vivían en Noting Hill Gate, Evaristo Domínguez, socialista en España de lo más extremo, pero ahora consagrado de todo corazón al capitalismo. « Este es un raspa, Carmencita, este Evaristo es un raspa. Aunque hay que reconocer que no nos cobra excesivamente por el sótano. » Nadie sabía cómo el raspa había reunido dinero para comprar aquella casa poco antes de acabar la guerra. Cuando la compró estaba la casa destrozadísima por los bombardeos, pero como Evaristo era albañil, él mismo la reconstruyó y la pintó y la dejó tan bonita como una joya. Los demás inquilinos del inmueble eran ingleses. Agustín sabía que Evaristo no diría nunca nada. Él era hombre que no estaba más que en su negocio. Ya se hablaba en la emigración de que pensaba comprar otra casa.

— « Los negocios son la sal de la vida », decía Thomas Fuller, escritor religioso inglés del siglo XVII.

— Pero un día que llegué a la radio encontré a Agustín muy abatido. Habían pasado ya dos meses desde la llegada de Carmencita. « ¿Cómo le va? » « Muy fastidiado, señor Escobedo. » « ¿Y eso? » « Alguien que está muy enterado le ha contado a Carmencita todo, todo, todo. » « Vaya por Dios. » « Hasta lo de los turnos de los medios sábados y domingos, cosa que sabían muy pocas personas. » « ¿Y ella lo ha tomado muy a mal? » « Puede usted suponer. Una mujer que está tan encariñada conmigo, una mujer que no sabe dónde ponerme... pues yo no sé si me quería cuando estaba en Barcelona después de tantos años y sólo deseaba venir a Inglaterra para escapar de aquellas angustias (allí no ganaban ella y su madre para vivir), pero desde que está aquí... vaya si me quiere... » « Eso es bueno. Eso quiere decir que pronto se le pasará el disgusto. »

« No sé, no sé. » Agustín me contó ese día su impresión cuando llegó a casa una tarde y encontró a Carmencita hecha una Magdalena. Al principio no hablaba, al principio no hacía más que llorar. Pero cuando le vino el habla estuvo con una elocuencia que no había medio de detenerla. Le dijo entre otras muchas cosas que ella había tenido muy buenas proporciones en Barcelona, hasta un empleado de correo, quien estaba dispuesto a casarse el mismo día que ella quisiera. « Y habría podido casarme sin dificultad ninguna, pues nuestro matrimonio civil allí no vale nada absolutamente. Ya has visto que en mi pasaporte me han puesto soltera. Pero a mí no se me podía ocurrir casarme con nadie ni mirar a nadie. Con todo lo que hemos pasado allí mi madre y yo ni una vez he ido a probar la sopa de Auxilio Social, pues me parecía que si la probaba te estaría traicionando... Y mientras tanto tú estabas aquí dándote la gran vida con ese colchón, pues ya sé que no es más que un colchón... »

— ¿Por qué la llamaba así?

— Aludía a la obesidad de Antonia. Le pregunté a Agustín si en el curso de su discurso Carmencita había dicho alguna vez que quería regresar a Barcelona. « Nunca. Ni creo que lo quiera. Yo me he confesado con ella como podría hacerlo con un confesor, explicándole cómo comenzó la amistad (también le dije que ella tuvo en cierto modo la culpa por enviarme a preguntar por aquella niña en una colonia vasca), todo cuanto Antonia había hecho por mí, desde la ortografía hasta sacarme materialmente de la fábrica. Pero creo que con ello he puesto las cosas mucho peor. Ahora supone que no voy a dejar a Antonia nunca. » « ¿Y supone bien? » « Supone lo que va a pasar, pues yo no puedo dejar a Antonia de ninguna manera. Y eso que Antonia, ir a ver a Antonia es como ir a ver a una loca. Ya no puedo visitarla los medios sábados y domingos, sino un medio miércoles cada quince días. Pues no quiera usted saber: entrar allí es entrar en un purgatorio. Me costó Dios y ayuda convencerla de que si no voy como antes los sábados y domingos es porque Carmencita se ha enterado de todo. Creía que se trataba de un pretexto para no ir, pues los dedos se le hacen huéspedes. Pero cuando regreso a casa tampoco regreso a la paz ni mucho menos. En cuanto llego Carmencita me huele (pues ella tiene un poco la manía de los olores), me huele la cabeza y la ropa y por todas partes, como si en mis olores pudiera encontrar una prueba de que vengo de ver a Antonia. A veces no sé qué hacer en una casa ni en otra. Créame usted que sólo me siento a gusto cuando estoy aquí trabajando y el trabajo me olvida un poco de todo.»

— « La adversidad es la piedra de toque de un hombre », decían Beaumont y Fletcher.

— Usted lo ha dicho. O Beaumont y Fletcher lo han dicho. A eso precisamente llamo yo destino en sentido estricto.

— ¿A la piedra de toque?

— No. Al hombre frente a la piedra de toque, al modo de reaccionar del hombre frente a la piedra de toque adversa y frente a las otras piedras que no son adversas pero que también son de toque, pues en mi opinión todas las piedras de este mundo son de toque. Otro que no fuera Agustín habría resuelto la situación en un periquete: o habría dejado a Antonia, o habría enviado a Carmencita a Barcelona, o se habría ido a otra parte y habría dejado a las dos sin más miramientos. Pero Agustín no podía pensar siquiera ninguna de esas tres soluciones, pues su situación era distinta de la de ese supuesto otro.

— Su situación era la misma.

— Su situación era la misma, pero era distinta, enrevesada como se hallaba por su destino...

— Acaso no había más que cobardía.

— No lo creo.

— « Para saber lo que se debe hacer se necesita valor », decía Confucio.

— No creo que fuera cobardía porque él no parecía desear desprenderse de ninguna de las dos damas. La cobardía se da en esas situaciones cuando se desea una amputación y el cirujano no se atreve.

— Quizá.

— Para abreviar le diré que el asunto iba cada día peor, cada día más espinoso para los tres. « ¿Cómo van las cosas? » le preguntaba yo a Agustín, sabiendo muy

bien que le gustaba que le preguntase, pues creo era yo la única persona con quien desahogaba su pecho. Y Agustín me ponía al tanto de sus cuitas. Las últimas veces que le vi estaba muy desmejorado, con unas ojeras impropias en un hombre de su edad y que no padecía que yo supiera enfermedad ninguna. Sospeché que no dormía lo suficiente. « Lo peor de todo —me dijo Agustín una de esas últimas veces— es que Antonia cree que ella tiene derecho... » « Derecho ¿a qué? » « No sé. Por eso sufre tanto. Derecho sobre mí, o que tiene más derechos que Carmencita, como si Carmencita fuera una intrusa o mi querida... » « Eso no lo puede creer Antonia. » « Pues me parece que lo cree. Y es todo el amor propio que tiene, pues Antonia tiene mucho amor propio. »

— Acaso estuviera en lo cierto. « Hay en los celos más amor propio que amor. » La Rochefoucauld.

— Ese mismo día me dijo Agustín que Antonia le había propuesto lo que no quiso hacer nunca cuando Carmencita estaba en Barcelona y no había todavía posibilidad de que viniera : que se fueran los dos a vivir juntos. « Le he dicho que eso es un disparate, que yo no puedo dejar a Carmencita sola en Londres, que qué diría la gente de mí y de ella, de Antonia... Pero ahora no le importa nada el escándalo, pues dice que un escándalo más después de tantos escándalos del mismo orden como ya hemos visto en la emigración... Con todo ello se está quedando en los huesos y temo que enferme. Créame usted que me tiene muy preocupado. » « Pero en casa, con Carmencita, tendrá usted ya por lo menos paz dulce. » « ¡Qué va! En casa tampoco las cosas marchan debidamente. Carmencita está siempre tan triste... Ya le he contado que ella tiene la manía de los olores y dice que Londres huele en todas partes a estopa mojada y me huele como un podenco siempre que vengo de la calle. Bueno. Pues ahora estoy convencido de que no se trata de una manía. » « ¿Qué quiere usted decir? » « Que eso de los olores no son manías ni figuraciones suyas, que huele verdaderamente. » « ¿Por qué piensa usted eso? » « Por esto que le voy a decir : usted sabe que tuve que suspender mis visitas a Antonia los medios sábados y domingos desde que le fueron a Carmencita con el cuento. Arreglé entonces para ello la tarde del miércoles cada dos semanas, pues esa tarde también la tengo libre. Todos los días, cuando llego a casa, unas veces con más disimulo, otras veces con menos, según estén los ánimos esa tarde, Carmencita me pasa las narices por la cabeza y por la ropa. Pues mire usted : ese miércoles que vengo de ver a Antonia, en cuanto me huele, se aparta de mí con un gesto de repugnancia como si oliera un estercolero. » « Alguien le ha dicho que usted va ese día a ver a Antonia. » « Nadie puede habérselo dicho, pues nádie lo sabe. »

— Cicerón dijo en una ocasión : Non olet ? *Por el olor podemos saber de dónde viene una persona.*

— En fin, yo veía a estos tres seres humanos, a Agustín, Carmencita y Antonia, sufriendo lo indecible y en peligro de perder la salud e incluso el juicio. Una de las últimas veces que hablé con Agustín comencé a temer por los tres. Aquí va a pasar algo, me dije. O Antonia se va a tirar al metro, o Carmencita se va a morir de melancolía (pues por la pintura que Agustín me hacía de ella veía no era mujer de tirarse al metro sino de morirse de melancolía en un rincón), o a Agustín lo vamos a tener que meter en un manicomio. « Usted tiene que buscar una solución a todo eso », me atreví a aconsejarle un día. « Sí. Claro. Naturalmente. Pero no sé qué hacer, no sé. » Es curioso : Agustín me pareció siempre un hombre inteligente y evidentemente lo era, pues sólo un hombre inteligente se eleva de obrero de fábrica a mecanógrafo de oficina, pero ahora que le veía en este conflicto, ahora que le veía sufrir con este conflicto día tras día, se me iba achicando hasta parecerme insignificante. Quizá ciertos dolores tengan la propiedad de disminuir a las personas. « Así no pueden continuar las cosas, Agustín. Usted tiene que buscar una solución. » « Sí. Claro. Naturalmente. »

— ¿Y buscó la solución?

— La solución vino sin que se molestara en buscarla.

— ¿Por destino o por casualidad?

— Por destino. De la solución me enteré la última vez que vi a Agustín. Le en-

contré esa vez muy paliducho, pero con otro espíritu. Yo solía coincidir con él en el comedor de la radio. Ese último día, cuando recogí en el mostrador mi comida (el servicio es allí autoservicio) y quedéme unos momentos con la bandeja cargada en las manos mirando dónde podría sentarme (el comedor estaba lleno), vi a Agustín sentado a una mesa en un rincón. Al verme hizo lo contrario de lo que había hecho siempre: agachó la cabeza rápidamente sobre el plato como si no me hubiera visto, como si deseara que yo no le viera. Pero no hice caso de este movimiento y me fui a él directamente, entre otras razones porque era su mesa la única mesa donde podría encontrar acomodo. Cuando me senté le pregunté: « ¿Cómo van las cosas? » « Algo mejor... » Y percibí muy bien que la respuesta era evasiva. Pero pocos momentos después, mirando receloso a un lado y a otro y bajando mucho la voz, Agustín añadió confidentemente: « A usted se lo puedo decir. Usted no va a decir nada a nadie. » « Puede usted estar seguro, Agustín. ¿De qué se trata? » « Me marcho, señor Escobedo. » « ¿De aquí, de la radio? » « De aquí y de Londres y de Inglaterra. » « ¿A dónde se va usted? » « A Méjico. » « Caramba. A la patria de Moctezuma. » « Es usted la primera persona a quien se lo digo. La primera y sin duda la última. Aquí no he dicho todavía una palabra. Cuando tenga el visado de Méjico me despediré sin decir que me voy de Londres. Les diré que entro a trabajar en el Banco de Vizcaya en la City. A Evaristo Domínguez, dueño de la casa en que vivimos, no he tenido más remedio que notificárselo, para que no diga que le perjudico en sus intereses (es hombre que no está más que al penique), pero tampoco le he dicho que me voy de Inglaterra: le he soltado que aquello está muy lejos de mi trabajo, que me mudo más cerca de aquí... » Pensé en seguida que Agustín se marchaba huyendo de las dos damas. « ¿Y se va usted solo o acompañado? » « Me voy con mi mujer. » « ¡Ah! » Y hubo un silencio como lleno de muchas cosas. Le pregunté: « ¿Lo sabe Antonia? » « Ni lo sabe ni lo sabrá si usted no se lo dice. Por eso ando con tanto secreto. » Me extrañó la seguridad y hasta puedo decir la dureza con que Agustín pronunció estas palabras. « Pues yo creía —le dije a fin de que se extendiera en este para mí misterioso asunto—, yo creía que usted no dejaría a Antonia nunca... » « Eso creía yo también. Y ese era siempre mi propósito. Y eso habría sido si no hubiera ocurrido lo que ha ocurrido. » « Pero ¿qué ha ocurrido? » Una levísima sonrisa cruzó por el rostro de Agustín en el momento mismo de contestarme: « Carmencita está embarazada. » « ¡Ah! »

Taylor me preguntó entonces, no sé si en broma o en serio:

— Y según su teoría de usted Carmencita estaba embarazada por destino o por casualidad...?

Le contesté en serio:

— Por destino. Si Agustín y Carmencita tenían capacidad normal para tener hijos, en su destino entraba tenerlos, con lo cual no quiero decir que hubieran de tenerlos necesariamente, como si ello hubiese estado escrito... En mi teoría no hay nada escrito de antemano. El hecho de que Agustín no tuviera hijos con Antonia se debía sin duda a casualidad, bien a la casualidad de que ella no pudiera tenerlos, bien a la casualidad de las circunstancias que le obligaban a evitarlos. Ese último día Agustín me contó dónde y cómo se le había ocurrido marchar a Méjico. « Cuando Carmencita volvió al vestíbulo donde yo la estaba esperando y me dijo que sí, que el médico había confirmado sus sospechas nos fuimos en seguida a la calle y nos sentamos en uno de los cuatro o cinco escalones que hay en la puerta de la clínica. Si le digo verdad nos sentamos allí porque yo no podía dar ni un paso. Sentíame en esos momentos como si yo estuviera embarazado también... Carmencita me preguntó entonces: « Bueno. ¿Estás contento o estás disgustado con la noticia? » Sólo pude contestarle la decisión que me cruzaba por la cabeza en ese justo instante: « Ahora mismo vamos al consulado de Méjico para gestionar el visado. » « ¿Y su mujer está contenta de ir a América? » « Carmencita está encantadísima de ir conmigo a América y al polo norte. Además, como le ha cobrado manía a Londres, pues dice que Londres hue-

le en todas partes a estopa mojada, se alegra muchísimo de escapar de aquí e ir a Méjico. Hasta le parece que si siguiera aquí podría salir el crío oliendo a estopa mojada... » « Y ya por supuesto ¿no le molesta con el asunto de Antonia? » « Desde que estuvimos en el consulado, no. Ni nombrarla. Como si no existiera o como si la hubiese olvidado. »

— « Olvidamos porque debemos olvidar », que dijo Matthew Arnold.

— Ya no vi más a Agustín en la radio ni en ninguna parte. Pero por una amiga mía, íntima amiga de Antonia, supe punto por punto lo que había sido su despedida de ella. Agustín se fue a ver a Antonia un miércoles, dos días antes de salir para Liverpool, donde había de tomar el barco. Pasó con ella toda la tarde. E hizo la comedia tan admirablemente, estuvo tan afectuoso y hasta tan entusiasta que Antonia llegó a creer que Agustín estaba ya aburrido de Carmencita... Le diré que tanta hipocresía me desdibuja la personalidad de Agustín. Jamás le supuse las menores dotes de comediante ni mucho menos de tartufo, todo lo contrario. ¿El miedo le elevó a la perfección en el disimulo? ¿Habíale transformado la perspectiva de un hijo? Ya le dije que no más verle aquella tarde en el comedor, cuando yo buscaba mesa con la bandeja en las manos, Agustín me pareció muy otro.

— « El corazón de un hombre está hecho para armonizar contradicciones. » David Hume.

— Pero le cuento todo esto porque hace una hora he sabido de Agustín después de un año y medio. Hoy han venido a Cambridge unos amigos suyos que saben de su vida en la patria de Moctezuma. Lo que son las cosas —me dije cuando me informaron de todo— : un hombre preocupado en Londres por dos mujeres, como quien dice martirizado por ellas, un hombre a quien le estorbaba una de estas dos damas, pues las dos juntas le hacían la vida imposible, ahora se veía en Méjico solo... Parece que allí le va económicamente viento en popa. Pero en el orden familiar sufrió un grave quebranto. Carmencita tuvo un accidente, no saben estos amigos si en el tren, en un coche o en un tranvía. El hecho es que dio a luz con dos meses de anticipación y murió poco después del parto. El crío lo salvaron. Más adelante Agustín escribió a Antonia pidiéndole de corazón que se fuera a Méjico, donde se casarían en cuanto llegara.

— Ahí tiene usted el destino. Antonia estaba destinada a ser al fin su esposa legítima.

— Nada de eso. Antonia ni le contestó siquiera.

— ¿No se fue a Méjico?

— Ni contestó siquiera la carta, como ya le he dicho. Uno de estos amigos con quien acabo de hablar dice que Antonia no se fue porque había conseguido por esos días un puesto muy bueno de maestra en esa escuela americana donde se practica el desnudismo y los chicos y las chicas de quince, dieciséis y diecisiete años se bañan juntos en la misma piscina sin el menor asomo de ropa. Pero no creo que no se fuera porque hubiese conseguido ese puesto. Eso no tiene sentido. No se fue porque estaba ya desenamorada a fuerza de resentimiento. Aquella hipócrita despedida la debe tener atravesada en el pecho como una espada.

— De todos modos ahí falla su teoría de usted sobre el destino, amigo Escobedo.

— ¿Por qué?

— En la decisión de Antonia de no marchar a Méjico no hubo destino ni hubo tampoco la casualidad de una teja que cae. Hubo sencillamente un acto de elección libre. Ella no fue porque no quiso ir. También habría podido decidir lo contrario.

— Ya veo que usted no ha comprendido todavía mi teoría. Antonia no se fue a Méjico, ni contestó siquiera la carta de Agustín, porque estaba resentida como sólo ella podía estarlo. Pero fíjese usted en esto, Taylor : ese resentimiento llevado hasta ese punto, ¿qué es, quién es? Ese resentimiento es Antonia, es ella de pies a cabeza, es Antonia reaccionando entera por dentro, ese resentimiento es destino...

Las aves del Paraguay

POR NATALICIO GONZALEZ

La orden de los *strigiformes* presenta el grupo de las aves rapaces, nictálopes y noctívagas, cuyo prototipo es la clásica lechuza, símbolo inmemorial de la concentración meditativa. Abunda en el Paraguay una pequeña lechuza campestre, el *urucure'á-ñú* (*speotyto cunicularia,* Mol.), la más diurna de la familia, que siempre se posa en la punta de algún poste o de alguna rama trunca. Resaltan las cejas blancas de su rostro. Se alimenta de ratones, grillos y otros insectos. El *urucure'á-guazú* (*pulsatrix pulsatrix,* Wied), o *urucure'á-caagüy,* es una lechuza montés de gran tamaño,que frecuenta árboles de espeso follaje.Dos cuernillos cortos e inmóviles emergen de su cabeza. Impenitente cazadora de aves, una vez domesticada limpia de sabandijas la morada de sus dueños. El *ñacurutú* (*asio clamator,* Vieill.), canta de tres maneras, como ya lo observó Azara. « La primera silbando como entre dientes, a la manera que la lechuza. La segunda es un trino agudo y agrio, con que explica su enojo y la incomodidad. Y la tercera dice su nombre fuerte y narigalmente, con que asusta a los que transitan de noche por los bosques elevados, que son sus palacios ». El *suindá* (*strix flammea perlata,* Licht.) hace nido en la cueva de los armadillos y frecuenta las llanuras de abundantes gramíneas. Vuela largamente, casi a ras del suelo y veloz se arroja sobre su presa al encontrarla. Sale de día. Hay otras dos especies que llevan el mismo nombre, una de ellas caracterizada por la ausencia de los cuernillos. El *caburé'i* (*glaucidium pumilum,* Temm.) compensa su pequeñez con un exceso de ferocidad implacable. Vive en los bosques, posado en las ramas bajas y desnudas. Se arroja contra las grandes aves, se les prende firmemente bajo las alas y las devora vivas hasta matarlas. No difiere en hábitos del *caburé'i-pytá* (*glaucidium brasilianum,* Gm.), idéntico al anterior, salvo en el tinte rojizo de aquella parte del plumaje que en su gemelo asume un color pardo oscuro.

Azara describe la vida de un *caburé'i* que intentó vanamente domesticar : « Mantuve dos con insectos y pedacitos de carne desde muy pequeños, llegándome a conocer y llamar ; pero como dejaba el alimento sobrante junto a ellos, con la edad aprendieron a tomarlo sin que yo se lo diese en la boca. La primera vez que sucedió esto se olvidaron de mis beneficios : se enfurecieron al verme ; y no queriendo tomar la carne de mi mano, me recibieron panza arriba con las uñas, gritando mucho al acercarme. Me parece que no hay pájaro más vigoroso en proporción del volumen, ni más feroz e indomesticable. »

Corre una leyenda sobre él, pero sobre el viejo fondo guaranítico han sido añadidas sacrílegas reminiscencias católicas. Un *payé* hermético, con virtudes de poderoso talismán, viviría adherido al ave. « Este payé, escribe Winkelried Bertoni, consiste en una mosca (*mberú*), parásita que se aloja bajo las plumas, viviendo a expensas del ave. La famosa mosca tiene aspecto de una garrapata con alas, larga de 8 milímetros, muy

aplastada y de color pardo claro, sumamente rápida y ágil para ocultarse bajo el plumaje. Como la he visto, puedo decir que científicamente nada tiene de mosca. »

« Según la leyenda, esta mosca constituye para el hombre que la posea un talismán maravilloso ; con ella puede hacerse dueño absoluto de la voluntad de todas las niñas que quiera. Pero el talismán es raro porque extraordinarias dificultades se requiere vencer para que el *payé* sea eficaz. Hay que coger vivo al *caburé'í,* un viernes necesariamente ; hay que arrancarle la mosca antes de que pueda moverse y eludiendo sus feroces mordiscos. Si no se cumplen todos estos requisitos, el talismán carecería de poder. Privado de su parásito, y vuelto a la libertad, el *caburé'í* se torna estúpido y cobarde. »

« La mosca se conserva religiosamente hasta el Jueves Santo. En la noche del Jueves al Viernes Santo hay que llevarla al bosque, a tanta distancia como fuere necesario para que no se pueda oír ni el canto de un gallo. Allí se encienden dos o más velas de cera y se pasa la noche velando la mosca, colocada entre ellas. Llegan ruidos infernales ; la tierra tiembla ; temibles fieras rugen atronadoramente. A la cercanía del alba redoblan estas amenazas y aparecen los monstruos, habitantes agresivos del infierno. Es raro el que no huya espantado, dejándolo todo ; pero quien domina hasta el alba el propio espanto, verá desaparecer con la noche a los seres infernales y tendrá el talismán milagroso que le permitirá imponer su voluntad a todas las niñas, a semejanza del *caburé'í* que la impone a todas las aves. » Muchos suplen este talismán de tan riesgosa conquista, « con plumas de la cabeza y del ala », sitios preferidos por la mosca. Se conceptúan relativamente eficaces las arrancadas un día viernes, y muchísimo más si la mágica operación del desplume se lleva a cabo un Viernes Santo.

La verdad es que el *caburé'í* ejerce un magnetismo extraño sobre sus congéneres. « Descansa, informa Bertoni, la mayor parte del día oculto entre espesas ramas. Desde allí emite su voz cuando el amor le urge, también de noche. Se le oye cantar largas horas en un mismo sitio sin moverse. Saluda a la aurora con un canto algo diverso, sin equivocar la hora jamás. Por la mañana y por la tarde, cuando se ponen en movimiento los pajarillos en busca de su alimento, se presenta de improviso el *caburé'í,* sin saberse de dónde sale ; inmediatamente aquellos se juntan, le rodean y arman una gritería, que más expresa curiosidad que verdadero temor. Se le acercan hasta casi tocarlo, para retirarse luego y volver a acercársele, o dar vueltas en su contorno, volando todos de rama en rama con impaciencia extraña, entre gritos continuos. Esta gritería atrae a otros hasta formar, entre todos, una bandera. Entre tanto, el *caburé'í* no se mueve. Abre desmesuradamente sus ojos, gira la cabeza en todos sentidos, y observa con su extraña mirada a todas las avecillas, como escogiendo su presa. Algunas veces desaparece con la velocidad del rayo, dejando estupefactos a sus admiradores ; otras veces se muda a otro árbol, dejándolos atrás poco a poco ; y otras veces no se mueve de su sitio hasta que los pajarillos aburridos le abandonan. Cuando le rodean parece impaciente, menea la cola y gira la cabeza con ligereza ; cuando está así suele desaparecer como un relámpago, llevándose quizá algún pajarillo sin que yo lo advirtiera, que no para otra cosa hará todo esto. Los mismos pájaros no dejan de rodearle, siempre que le vean, como atraídos por los efectos del magnetismo animal. »

•

Los *araracá-cuera,* es decir, la orden de los *psittaciformes,* agrupan a todas las aves trepadoras tipificadas en el loro. El *gua'á-jhovy* (*ara ararauna,* L.) es un guacamayo que luce un bello azul celeste tanto en la nuca como en la cabeza. « Todo el resto sin excepción es celeste encima, y lo mismo debajo, aunque menos vivo ; pero en la oposición de la luz todo lo azul cambia en verde mar », leemos en Azara. El *gua'á-say-yú* o *canindé* (*ara caninde,* Wagl.) se viste de oro esplendoroso, con una mancha azul turquesa en la garganta. La cola y algunas otras partes del cuerpo son de un celeste fino y hechicero. En el brillante plumaje del *gua'á-pytá* (*ara chloroptera,* Gray) predomina el color rojo, principalmente en la cabeza, en el cuello y en las patas posteriores, con partes verdes y azules en las alas.

Lomo y cola son de un hechicero celeste. Tiene fama de consorte modelo por su fidelidad conyugal extraordinaria. Cuenta Azara que en abril de 1788 su amigo Martín Palomares mató una de estas aves « y la colgó en la grupa del caballo. Viendo esto el compañero del difunto siguió a Palomares hasta su casa, que está en el centro de la capital del Paraguay, en cuyo corral se arrojó inmediatamente al guacamayo muerto. El día siguiente se vio al vivo sobre la tapia, y lo mismo se observó algunos después, porque iba a comer y volvía. Ultimamente los criados encontraron al vivo en el suelo junto al muerto, y, dejándose coger, le metieron en casa, donde se domesticó ».

Todos los *gua'á* aprenden a hablar. También el *maracaná* (*ara maracana,* Vieill.), que es un guacamayo más pequeño que los anteriores. Azara lo describe con su docta minuciosidad habitual : « Tiene tres manchas rojas : la primera en el tupé entre los respiraderos ; la segunda en el lomo, donde las plumas son verdes con dobladillos rojos, pero la ocultan las alas estando bien plegadas, y la tercera, no tan viva, entre las piernas, y se extiende con dos puntas hasta los costados del pecho. »

El *aruá'i* (*conorus culeutophthalmus,* Müll.), que se diferencia del anterior por su ropaje verde, es un parlanchín que se conduce con sumo decoro. Guarda distancias, sin mengua de sus impulsos sentimentales. Y sabe morir de amor como los antiguos románticos.

Cierta vez, viviendo en amable cautividad, se conoció con un *tu'i-mí* (*myopsitta monacha cotorra,* Vieill.), la más pequeña de las cotorras que habitan los bosques paraguayos. También se le conoce por *viudita.* Es mansa, habladora, familiar. El severo Azara le imputa hábitos de seductora cruel y sin entrañas. « No he visto, dice de ella, ave más coqueta ; porque desde el momento que entra en alguna casa, si no encuentra compañía de su especie, se aparea con cualquiera otra, tomando por su cuenta el enamorarla. Para esto le hace todo género de caricias, la besa, rasca y espulga, provocándola incesantemente con voces, suspiros y movimientos provocativos, hasta que a los quince días se advierte, que al infeliz le dan cursos de sangre, y muere sin remedio. Pero la Viuda se entristece poco o nada y jamás condesciende a las instancias del enamorado, que se llega a enfurecer solicitando inútilmente su satisfacción. Si encuentra pareja de su especie, no son tan inútiles los amores, porque se juntan, y algunas veces pone huevos, aunque no se cuida de ovarlos. »

Tal es el retrato de la coqueta, de la provocadora *viudita,* a quien conoció un verde *aruá'i,* en una hora fatal de su existencia. « Habita los bosques y las quintas, dice Azara, refiriéndose a este último. Me regalaron uno doméstico, que hablaba con mayor claridad y perfección que cuantos he visto ; pero nunca se dejó tocar, ni rascar, ni hacía, ni admitía cariños de nadie. Estaba suelto en mi cuarto, donde una *viudita* le provocaba, según su costumbre, con besos y todo género de coqueterías, hasta que le enamoró en términos que perdió el juicio, sin que la Viuda permitiese otra cosa que las que consienten las coquetas, no obstante lo que el enloquecido galán la instaba. Al fin murió este infeliz de amores no satisfechos. »

*

Algunas aves de la orden de las *coraciiformes* se distinguen por la capacidad de sostenerse en el aire, en un punto dado, a modo de un helicóptero. Van solos, y raras veces a pares señala Azara, refiriéndose a los martín-pescadores, que sirven de prototipo a las aves de este grupo. « Se posan con preferencia en ramas secas o de pocas hojas, inmediatas al agua, y mejor si se avanzan sobre ella. Desde allí atisban los pescadillos, y se dejan caer como cuerpos abandonados cabeza abajo, levantándose al punto con el chasco o con la presa, que tragan entera volando, o sobre algún árbol. No se suelen equivocar en la profundidad a que pueden verificar su lance, y jamás persiguen al pez que evitó el primer golpe. » Entre ellos se destaca el *yaguá-catí* (*ceryle amazona,* Lath.). Tienen la nuca blanca, pero la cabeza, el lomo y la cola ostentan un plumaje oscuro que despide reflejos dorados.

El *mainumby* o colibrí, de pico largo y fino, parece una joya voladora. El diminuto cuerpo se viste de plumas que esplenden como esmaltes. Unos tienen blancas las sie-

nes (*heliomaster furcpifer*, G. Shav.), otros el pecho acanelado, o la cola de topacio o de turquesa. El tropo no está fuera de lugar porque el *mainumby* evoca espontáneamente, aun en la mente de los entomólogos alérgicos a la imagen, el recuerdo del esmalte o de la piedra preciosa. El propio Azara nos habla de uno que luce « un turquí casi negro, en el lomo hasta la cola » (*anthracothorax nigricollis*, Vieill.) ; o de aquel que enseña el breve « vientre azul esmaltado con brillos sobresalientes » ; o del « más bello de todos » (*chlorostilbon aureoventris egregius*, Heine), de pico recto y encarnado, negro en la punta. Siempre de subido azul la garganta, la cola, los costados y las partes inferiores del cuerpo ; pasa como una saeta o se detiene vibrante en el aire, junto a la flor suntuosa que se abre en su espera, y todo él « brilla lo que no puede explicarse ».

En otra familia de la misma orden nos encontramos con el prototipo de las especies que en ella se agrupan, el *yvy-ya'ú* (*lurocalis semitorquatus nattereri*, Temm.). « Todas, según Azara, tienen relaciones con las golondrinas : en la cabeza aplastada, cuello corto, pico débil y pies breves ; en el alimento, y modo de buscarlo, y en otras cosas. Pero difieren principalmente, porque son conocidamente mayores, nocturnas, solitarias o menos sociables : se posan en tierra : tienen bigotes, y una serrezuela en la uña. La boca es disforme por lo grande, y tan ancha o más que la cabeza ; el pico corvo y pequeño ; la lengua angosta y ridícula ; los bigotes largos y muy tiesos ; las narices tubulosas ; los ojos grandísimos ; el cuello corto y esponjado de plumas ; las zancas breves ; el tarso redondo y robusto. » Más o menos reúne las mismas características el *ñacundá* (*podager nacunda*, Vieill.), que vuela a poca altura larguísimos trechos, cazando a la luz de la luna los insectos que le sirven de sustento. El más célebre representante de esta familia es el *guaimingüé* o *urutau*, el ave que llora la muerte del Paraguay en la *Nenia* de Carlos Guido Spano :

Llora, llora urutaú
en las ramas del yatai
que ya no existe el Paraguay
donde nací como tú.
Llora, llora urutaú.

El Paraguay sobrevivió a la hecatombe de su pueblo pero el *urutau* (*nyctibius griseus*, Gm.) sigue sollozando en los atardeceres azules de la tierra guaraní, envuelto en un extraño mito, en el que es fácil percibir supervivencias de un antiguo culto solar. « Aunque es bastante escaso, escribe Azara, habita en el Paraguay. No vive sino en los bosques muy elevados, posándose siempre en árbol grande muy seco, donde con el cuerpo vertical se pega como los Carpinteros al extremo de una rama tronchada, apoyándose con la cola, de modo que sobresale la mitad del cuerpo al tronco o rama ; por cuyo motivo, por su color de corteza, y porque posa allí en absoluta quietud todo el día, es muy dificultoso verle. Jamás baja al suelo ; y si se le pone en él, ensancha las alas, y apoyando los remos y coccix en tierra, se mantiene derecho con el cuerpo vertical sin echarse sobre el tarso como los demás, ni hacer uso de los pies. Sólo existe por acá desde octubre a febrero inclusive, en cuya temporada se oye su voz, que es un alarido alto, espacioso y muy melancólico, y lo repite con pausas toda la noche. Es de los pájaros más famosos por las patrañas sin número que de él se refieren. Entre ellas, dicen que quebrándole los huesos de las alas y piernas por la noche amanece sano ; que al que remeda su canto, se le quema la ropa antes de tres días ; que el que lleva una de sus plumas atrae la voluntad del otro sexo ; que cualquiera pretensión escrita con una de sus plumas, y aunque sea de otro pájaro, como tenga dentro del cañón algunas barbas del urutau, se consigue sin falta ; y también atribuyen a las plumas y a sus cenizas virtudes contra muchas dolencias. »

Las *patrañas* de que habla Azara son todas de elaboración posterior a la Conquista, como se advierte por la alusión a la escritura y otros detalles. Pero es prehispánico el mito que presenta al ave sollozante como forma actual y animalizada de una india, flor de su tribu, cuya belleza sedujera en remotos tiempos al ser hecho de luz que surca por los cielos. Vieja ya, y olvidada del astro, como en el mito del *Carau* un inaudito dolor la trueca en ave, en el *guaimingüé*, es decir, en *la que fue una anciana*. Pasa el día con la vista fija en el astro solar, y cuando el gran globo ígneo

cae y se oculta tras la línea del horizonte, lanza el canto en que se condensa la angustia que oprime al mundo cuando la luz amengua y el día se trueca en noche. La naturaleza entera llora el alejamiento del ígneo viajero celeste, en el canto trágico del ave, y ese conjuro, impregnado de fuerza mágica, hace que el sol retorne en auroras sucesivas. El mito ha sido siempre una suerte de parábola que prefigura el misterio, un mirador desde donde el espíritu se lanza a descifrar los enigmas del universo.

*

Las aves del orden de los *trogones* tienen los pies heterodáctilos, es decir, con dedos diferenciados. La mayoría de ellas llama la atención por el brillo del plumaje. Es famosa, entre todas, el legendario quetzal que en la heráldica guatemalteca simboliza la libertad y como tal figura en las armas de ese país. El Paraguay cuenta con dos especies de extraordinaria belleza : el *surucu'á* (*trogon surucura,* Vieill.) y el *surucu'á-saiy-yú* (*trogon rufus,* Gm.).

El primero es manso y confiado. Entra en sus hábitos el tomar como atalaya la rama dominante de los más poderosos árboles de la selva, a fin de atisbar desde estas alturas el paso eventual de los insectos. Es solitario, pero a corta distancia la hembra merodea en su contorno. « No prolonga sus vuelos, que son violentos y a ondulaciones verticales. » La cabeza y el cuello de azabache despiden reflejos azules y morados ; los grises laterales, que espejean en ambos lados del cuerpo, contrastan con el pecho y la cola que se encienden en llamas escarlatas ; es azul la cubertura superior de esa misma cola, con toques negros en los extremos ; en la espalda resplandece un verde que se dora al beso de la luz.

El segundo es tan poco arisco como el anterior. Ambos practican los mismos hábitos pero difieren principalmente en la distribución de los colores. El *surucu'á-say-yú,* sin embargo, supera al primero en esplendor y belleza. La cabeza, el lomo y la cola, de un verde esmalte, despiden reflejos dorados. Parecen de azabache parte de la garganta y ambos lados de la cabeza ; el azul de la otra parte de la garganta se mimetiza de verde luminoso por instantes ; el pecho y los costados simulan masas de oro rútilo, pulido, pero al propio tiempo viviente, cambiante y cálido. Es el más hermoso de los seres alados de la tierra.

*

La orden de los *passeriformes* supera a las demás en importancia ; ninguna otra reúne una cantidad tan impresionante de volátiles. Comprende más de 2.000 especies. distribuídas en casi todas las comarcas de la tierra. Muchas de ellas se caracterizan por su mediocre tamaño y el vario colorido del plumaje. La mayoría de sus numerosas familias cuenta con típicos representantes en la fauna paraguaya.

En la tribu de los tordos se destaca el *corochiré-pytá* (*turdus rufiventris,* Cab.) que celebra con su canto melodioso la primavera, y guarda tenaz silencio el resto del año. El *corochiré* (*turdus amaurochalinus,* Cab.) es un furtivo habitante de las grandes selvas. Canta emitiendo múltiples, simultáneas y metálicas notas, creando una sinfonía singular de incomparable hechizo. La palabra es impotente para ofrecer una idea aproximada de ella, dice Winkelried Bertoni ; su canto no guarda « analogía con el de ningún otro pájaro ; otros tal vez eleven himnos mejor compuestos, pero no hay ninguno que suene tan bien », ni que tenga su dulzura y menos una aproximada intensidad emotiva.

En otra tribu nos encontramos con la *calandria* autóctona (*mimus saturninus modulator,* Gould), silenciosa siempre, menos cuando el amor la asalta. « Entonces, escribe Azara, se sitúa el macho en lo alto de las palmas, árboles y estacas, de donde se eleva como seis palmos casi verticalmente, comenzando a cantar ; y dejándose caer blandamente con las alas abiertas y como jugando, continúa sus cantares en el propio lugar de donde saltó. Repite lo mismo mucho rato, haciendo pausas a sus ascensos ; de modo que jamás se eleva sin cantar, ni deja de caer por la misma línea, y con el cuerpo horizontal en el descenso. Cuando continúa sus cantares, parada donde cayó, no hace movimiento con el cuerpo, ni alas, ni canta al pasar de un lugar a otro. Su voz es muy varia, y sobremanera deleitosa ; de forma que pocos le exce-

derán en el mundo ; sin embargo, no me atrevo a cotejarla con el ruiseñor, porque sus voces y variaciones son heterogéneas o por diferentes estilos. Dicen que puesta en jaula se entristece y muere. No obstante creo que con la mitad de trabajo que cuesta un ruiseñor viviría esta calandria en jaula ; y me han asegurado, que algunos la han criado y disfrutado de sus cantares. La ceja muy ancha y el costado de la cabeza son blancos, con una tira oscura, que del pico va al cogote atravesando el ojo. Sobre la cabeza hasta el lomo, pardo, y de allí a la cola, pardo acanelado. »

Entre las golondrinas cabe citar el *mby-yu'i* (*progne chalybea domestica,* Vieill.), que hace nido en los tejados, toma por dormitorio los naranjos solariegos y realiza elegantes acrobacias al perseguir los insectos voladores en los atardeceres estivales : el *mby-yú'i-petí* (*progne tapera,* L.), o pardo, más ágil, arisco y volandero que el anterior ; el *mby-yu'i-mí* (*hirundo erythrogastra,* Bodd.), que tiene el vientre rojizo ; aparte de otras variedades. Todas ellas emigran en invierno, alejándose hacia las zonas ecuatoriales, y anuncian con su retorno el advenimiento de la tibia primavera.

En la familia de los *fringílidos,* que agrupa aves granívoras, de pico cónico y robusto, se cuentan al *ara-güyrá* (*coryphospingus cucullatus,* Müll.) que abate con frecuencia y oculta bajo negro plumaje su vistoso copete rojo ; el *acá-pytá* (*paroaria capitata,* Lafr. y Orb.), el cardenal autóctono, que orgulloso yergue su cabeza de vivo carmín ; y el *güyrá-yurú-tu'i* (*sporophila hypoxautha,* Cab.), que Azara llama *azulejo* por referencia al bello color celeste de su frente. Mora en los matorrales y es buen cantor.

Hay una tribu interesante de eufónidos, constituída, entre otros, por el *chopí* (*cacicus chrysopterus,* Vig.), guerrero impávido que canta sus victorias con melodiosa voz. Es un pequeño turpial de plumaje negro y opaco. « Su postura, dice Azara, es derecha y majestuosa, y su carácter no muy arisco ; pero sagaz y tan cauteloso, que aunque se introduce en los corrales, patios y corredores, evita todas las trampas en que rara vez cae. Vuela con violencia y pausa, según quiere ; embiste con intrepidez a cualquier pájaro, lo persigue con obstinación, y volando se posa sobre sus lomos y le pica. Si el *chimango* o el *caracará* se posan para libertarse, se sitúa el *chopí* distante tres varas, y hace algunos movimientos como distraído, para dar a entender que está de paz ; pero si el *caracará* le cree o se descuida mirando a otra parte, se ve insultado de improviso. Ya se supone que estos ataques se pueden llamar impertinencias, pero con ellas aparta y lleva lejos lo que le incomoda. Desde mucha distancia conoce por la figura, y aun por la sombra a sus enemigos, y con un silbido advierte el peligro a toda casta de pájaros, que al oírle se escapan y esconden, mientras el valiente *chopí* no huye ni teme, y se prepara al combate para cantar luego la victoria, empezando por pronunciar su nombre, y siguiendo con gusto y variedad silbando. También canta en jaula, y en la libertad para divertir a su amada cuando empolla. Es de los primeros que rompen el silencio de la aurora, y acompaña el estruendo de las campanas u otro cualquier ruido desde las veletas y tejados, que frecuenta mucho, y desde allí sale a los campos y a las quintas. »

El *güyrá-jhú-choré* (*amblycercus solitarius,* Vieill.) es un cantor ameno, lo mismo que el *güyrá-jhú-guazú* (*casidix oryzivora,* Gm.), de corvo pico, que se abate en bandadas sobre los maizales en brote y los destruye en horas. El *güyrá-jhú* (*molothrus bonariensis,* Gm.), más pequeño, se asemeja al anterior en hábitos y en aspecto. El *yapú* (*xanthornus decumanus,* Pall.), o *aca'é-sayyú,* es ave de soledad. « Para cantar, dice Azara, que lo hace rarísima vez, tiende el cuerpo a lo largo sobre el tronco de una rama, inclinado cabeza abajo, y aleteando despide una voz que no sé explicar ; pero es extrañísima, con alguna variedad no desagradable. » Predomina en su plumaje un bello color amarillo.

El *acá-é-jhú* (*cyanocorax cyanomelas,* Vieill.) pertenece a otra familia y se viste de negro. También canta, fuerte y tristemente, pero es mediocre eufónido. Curioso y vigilante, escandaliza con sus gritos delatando la presencia de ofidios y felinos, u otras especies animales que provocan su alarma. Es la urraca nativa.

"El curioso impertinente" en el "Quijote" de 1605

DE JOAQUIN CASALDUERO A GUILLERMO DE TORRE

SÓLO POR MOMENTÁNEA OFUSCACIÓN pudo Guillermo de Torre escribir : « Es significativa la lectura —ante un concurso analfabeto— de *El curioso impertinente,* hecha por el Cura en la venta del *Quijote* » (1). Escuchan atentos e interesados *El curioso* Dorotea y Cardenio, muy versados los dos en la literatura devota y profana. « Acaeció, pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de *Amadís de Gaula...* » (Cap. 24). La historia de Marcela se relacionaba con la pastoril, la historia de Cardenio y Dorotea contrasta con la novela de pastores y además se une estrechamente a la de caballeros andantes. Si el billete de Luscinda estaba escrito con tanta discreción, honestidad y amor, su amante era poeta y cantaba muy bien. Por lo que se refiere a Dorotea, basta recordar lo que ella dice de su educación. Sabía música : « Me acogía al entretenimiento de leer algún libro devoto o a tocar un arpa » (Cap. 28). Y más tarde, cuando se trata de sacar a Don Quijote de la sierra, « dijo Dorotea que ella haría la doncella menesterosa mejor que el Barbero, y más, que tenía allí vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella había leído muchos libros de caballerías y *sabía bien el estilo* que tenían las doncellas cuitadas cuando pedían sus dones a los andantes caballeros » (Cap. 29). A maese Nicolás, el Barbero, le está encomendado, como hace tiempo indiqué, el tema libertario, aunque en un nivel inferior al Cura, obedeciendo a la manera como Cervantes maneja las parejas de personajes.

Al único que le convendría el calificativo de analfabeto sería a Sancho, quien también rogó que se leyera la novela. La presencia de Sancho entre los auditores tiene su significado muy claro : Cervantes en el Prólogo y el Canónigo al conversar con el Cura ya nos lo han explicado. Si el Renacimiento se dirige a un público minoritario, selecto, el Barroco busca a toda la sociedad : el melancólico, el risueño, el simple, el discreto, el grave y el prudente. El Canónigo dio a leer las cien hojas de su empezada escritura a los doctos y a los discretos, también a los ignorantes. Para una concepción seleccionadora del mundo, un público elegido ; para el sentimiento integral de la vida social, la humanidad toda, el inmenso vulgo tan característico de la época de Lope y de Cervantes.

Hace mucho tiempo traté de explicar la función de *El curioso impertinente* en el *Quijote* de 1605. La novelita se opone a los libros de caballerías y a la pastoril. Dentro del ritmo bimembre del *Quijote* de 1605, hay dos escrutinios ; primero se examinan

(1) « La difícil universalidad de la literatura española », en *Cuadernos*. París, julio de 1963, nº 74, p. 48.

los *libros,* después los *lectores* ; se *queman* los volúmenes de la pastoril y los de caballerías, luego se *lee* ; se rechaza la literatura del *pasado,* se acude ávidamente a la del *presente,* la aún no impresa, la del propio Cervantes. Se compara y contrasta, abarcando el mundo todo, el ayer y el hoy, que es la gran polaridad temporal de donde surge la obra de 1605.

Con el tema caballeresco y junto al tema literario, tenemos el amoroso : las dos parejas, Luscinda-Cardenio, Dorotea-D. Fernando, van a casarse y hay que iluminar el sacramento y la institución del matrimonio. En *El curioso* se nos habla de la trascendencia de la unión y de los cambios que la nueva vida introduce en las relaciones sociales y sentimentales de los esposos. Estamos viendo como de la discreción del marido pende la felicidad y bienestar del hogar, incluso la virtud de la esposa.

El tema caballeresco se une a los otros. Al terminarse el primer escrutinio y no poder dar Don Quijote con su murada librería, es el mismo Hidalgo quien explica al Ama y a la Sobrina todo lo ocurrido. El suceso se debe a un encantador, el cual le quiere mal, pues sabe que andando el tiempo matará a un gigante. Dorotea con la historia de la Princesa Micomicona arrastra a la venta a Don Quijote. De Dorotea la engañada ha sacado el cura el nombre para su invención (dar mico : engañar), la princesa doblemente engañada del reino (la Tierra) del completo engaño, el reino Micomicón. La mujer engañada por la lascivia del hombre está oyendo la historia de la caída de otra mujer, de la casada Camila (expuesta por la indiscreción del marido a la lascivia del amigo prudente), y mientras tanto Don Quijote sueña que está dando la batalla al gigante. Y le vence, le corta la cabeza. Vencida la lascivia podrá terminar la novela de *El curioso* y podrá hacer su entrada Don Fernando, hijo de Grande. La lascivia conduce al matrimonio, y para el matrimonio y en el matrimonio la lascivia debe vencerse, superarse.

Dorotea sentirá iluminada la lascivia del hombre, la cual no siempre se presenta en la forma cruda del viejo criado y el ganadero serrano. Cardenio, que cometió el error condenado por el código amoroso desde la antigüedad : hablar de la amada, vivirá el nuevo sentido de la indiscreción, aunque ya su conducta con Luscinda y Don Fernando había sido mucho más compleja que la que vemos en los Tratados de Amor. La iluminación interior del noble Don Fernando no se debe a la lectura, sino a la existencia del Caballero del amor puro, que acaba de salir de la penitencia gratuita.

El *Quijote* de 1605 establece la pausa entre la primera y segunda parte, parodiando ese recurso literario tan ingenuo de crear la suspensión cortando la historia. El contraste es grande entre ese procedimiento tan simple y la manera de suspender la narración en *El curioso.* La agitación, la sorpresa de todos, el revuelo, el ir y venir de Sancho, el vino que mana incesante —Baco y Cristo—, desvían por completo la atención de los oyentes, quienes, todo apaciguado, vuelven con redoblado interés a la lectura suspendida. La vida les ha sorprendido, y Sancho deja de ser oyente para reintegrarse a su papel de escudero interesado.

Cervantes se había encontrado con una forma narrativa constituída por una serie de cuadros, de historias. Esto tienen de común el *Lazarillo* y la *Diana,* con el eje exactamente en el centro : Tratado cuarto del primero y Libro cuarto de la segunda. Cervantes con Mateo Alemán utilizan la forma de trabazón temática. Aventuras, episodios para el *Guzmán* y el *Quijote,* pero para aquélla además moralizaciones, ésta tiene discusiones literarias. Es una forma al mismo tiempo muy trabada y muy suelta. Las aventuras se pueden leer cada una de por sí y en grupo, lo mismo ocurre con las historias o episodios, pero si obedecemos al ritmo del novelista, entonces vemos surgir una arquitectura portentosa. En Alemán, así lo quería, todo desemboca en los sermones. Al llegar a las moralizaciones la unidad imponente de la novela alcanza todo su volumen, su temperatura y vibración. Con Cervantes no pasa lo mismo. A pesar del esplendor de los episodios amorosos y del profundo interés de la materia literaria, es la figura de Don Quijote y sus aventuras lo que concentra y atrae la atención del lector. En Don Quijote se conjugan todas las líneas de la composición y es la unidad de su persona lo que impone unidad a la obra.

Ya he hecho notar que la « novela del

curioso impertinente » sirve para mostrarnos cómo Cervantes compone. Cervantes tenía dos novelas escritas en 1605, *Rinconete* y *El curioso,* quizás más. Pues bien, tuvo que elegir y eligió. Al incluir la novela breve en la novela larga, sin duda por el motivo del matrimonio, tuvo que modificarla únicamente porque vio el engarce que hacía resaltar la figura del Caballero, el mismo que sale a recibir al Cautivo para hermanar en seguida las armas y las letras. El heroísmo del presente presta sus luces al pasado heroico. La lucha en el Mediterráneo desborda con su historicidad los relatos de Amadises y Orlandos ; pero Anselmo, el curioso, como le dice su amigo Lotario, ha inventado un nuevo tipo de vida. Ese heroísmo intelectual, el acto del conocimiento gratuito, que Cervantes al igual de su época ve todavía grotescamente, como también resolvió grotescamente la tensión del Caballero de la Triste Figura.

Cervantes tuvo que elegir entre sus dos novelas, además interrumpió el desenlace de *El curioso,* buscando junto al acoplamiento de sentido una recíproca influencia rítmica : incluye la novela breve en la novela grande e inserta el movimiento de la novela larga (Don Quijote y su vida interior, Don Quijote en la vida de Dorotea, Don Quijote soñando con el gigante, cuando es inminente la llegada del hijo del Grande) en la novela corta, cuyo primer desenlace consistía solamente en el engaño de Anselmo, y el segundo desenlace, después de la aventura soñada de Don Quijote, conduce al castigo de los tres nobles y al de la criada. El primer desenlace era probable, posible y real, el segundo es el final poético y ordenador. Cervantes dispone cuidadosamente la justicia. La gradación de castigos —suicidio (Anselmo), muerte heroica (Lotario), muerte en el convento (Camila), aprehendida por la policía (criada)— debe compararse con los castigos de *El celoso extremeño* : suicidio de Carrizales, etc., igualmente sopesados. Recuérdese también el cambio que introdujo Cervantes en esta novela ejemplar, al publicarla.

Pero Cervantes no sólo tuvo que elegir entre sus novelas breves, tuvo además que decidir cuando convenía introducir la elegida. Hoy, para mí, el momento en que se lee la novela es el más adecuado, sin embargo dentro de la libertad de composición del Barroco —esa libertad que le acerca del Gótico en la misma medida que le separa del Renacimiento—, puedo imaginar que el genio cervantino hubiera dado con otro momento igualmente bueno y los efectos, los contrastes, las equivalencias hubieran sido otras.

Las « novelas ejemplares » se relacionan entre sí, sin supeditarse unas a otras. Ni *El casamiento engañoso,* tan evidentemente unido al *Coloquio,* tiene que ceder nada de su autonomía. Cervantes nos muestra las transformaciones que impuso al *Curioso* y al *Cautivo* para hacerlas entrar en el *Quijote.* Únase a esto que la estética de la novela larga venía exigiendo la exclusión de la materia episódica y se comprenderá que al lanzarse a escribir el *Quijote* de 1615 diera con otra solución : reunir por separado las obritas cortas (*Novelas ejemplares,* 1613). Ordenó su colección dejándose llevar por un principio de contrastes, que es muy fácil percibir ; entre las doce novelas hay una gran unidad de pensamiento y sentimiento comparable sólo con su variedad. Tanta diversidad hace sobresalir aún más la unidad del *Quijote* de 1615 y el *Persiles.*

JOAQUÍN CASALDUERO

Las elecciones chilenas

DE B. IBAÑEZ A MARIO RIVAS

SEÑOR DIRECTOR : Me permito llamar hoy su atención hacia un artículo publicado en el número 81 de su revista, sobre la firma del Sr. Mario Rivas y bajo el título « Las elecciones chilenas ». Podría hacer algunas observaciones al contenido histórico y estadístico del mencionado artículo, pero eso me llevaría demasiado lejos del objeto que motiva esta carta para usted. Voy, pues, a ese objetivo y le pido excusas por hacerlo.

Refiriéndose a las elecciones presidenciales de mi país en 1946, para suceder al Presidente fallecido don Juan Antonio Ríos,

dice el Sr. Rivas (pág. 77) « ... se presentaron cuatro candidatos : don Gabriel González, apoyado por radicales, comunistas y otros elementos ; don Eduardo Cruz Coke, distinguido médico y hombre público, apoyado por conservadores y demócratas cristianos ; don Fernando Alessandri, apoyado por liberales y elementos disidentes de otros grupos y un señor Ibáñez Aguila, seudo candidato de los socialistas. »

La modestia de mi condición ciudadana me impide trazarle mi biografía. Pero creo que el señor Rivas informa tendenciosamente a los lectores de *Cuadernos* en su calificación del candidato presidencial del socialismo chileno en 1946. Vea usted : yo era en la fecha mencionada el secretario general del Partido Socialista, elegido en el Congreso general de 1945 por la unanimidad de los delegados. Fui miembro fundador del partido en 1933 ; parlamentario socialista de 1941 a 1945 y, como tal, ardiente promotor de reformas jurídicas y económicas fundamentales en favor del pueblo trabajador chileno ; era, además, entonces, el dirigente de mayor responsabilidad de la Confederación del Trabajo, pues era su secretario general. Tal vez convenga que le agregue que el Consejo de dirigentes socialistas de todo Chile que, después de examinar serenamente la situación política grave de ese tiempo —y ahora también— de mi país, postuló mi nombre para volcar sobre él los miles de votos de los afiliados socialistas, consideró tal acto como una experiencia partidaria legítima en una democracia. Nadie en Chile, salvo sin duda los comunistas, podría aceptarle al Sr. Rivas la pseudo calificación que él hace en su artículo acerca del candidato presidencial socialista de 1946.

Tengo de la política la misma concepción clásica de los griegos para considerarla como la actividad superior del hombre. Y tengo hacia la verdad la misma devoción que siento por los altos ideales de justicia y libertad que encarna el socialismo, ya que jamás he militado en otro partido.

PROF. BERNARDO IBÁÑEZ

Washington, 25 de marzo de 1964.

MACBETH Y LOS DOS ASESINOS (I ESCENA DEL III ACTO)

libros

"Los pasos contados", de Corpus Barga

Corpus Barga es el seudónimo del gran periodista internacional cuyas crónicas —siempre incisivas y de alto vuelo— aparecieron asiduamente en grandes diarios y revistas de Madrid, tales como *España, El Sol* y la *Revista de Occidente*, y en *La Nación* de Buenos Aires. La sola mención del nombre verdadero y casi completo de este escritor —Andrés García de la Barga y Gómez de la Serna— nos habla ya de una antigua e ilustre familia española.

Después de largas estancias en Madrid o en París —donde actuó como corresponsal de prensa en « años azarosos y catastróficos » (bastará con citar las dos grandes guerras mundiales), Corpus Barga se trasladó a Lima, donde reside desde entonces y donde dirige la Escuela de Periodismo, adscripta a la famosa Universidad de San Marcos. Espectador alerta de los hechos más salientes y conocedor penetrante de grandes personalidades de nuestra época, su extraordinario bagaje de experiencias políticas, sociales y literarias fue vertiéndose en innumerables artículos a lo largo de más de media centuria. Y en este bagaje no faltó tampoco la participación directa en proezas aureoladas de peligros entonces inéditos : me refiero a la aventura del primer vuelo París-Madrid, en aparatos sin cabina y sin brújula. También, al primer viaje en *zeppelin* a la América del Sur y, además, a su otro viaje a la lejana isla chilena de Juan Fernández.

Ahora, cumplidos ya sus setenta años, publica un libro originalísimo : *Los pasos contados. Una vida española a caballo en dos siglos* (1887-1957). Este hecho resulta sorprendente. ¿Por qué? En primer lugar, dejando a un lado momentáneamente la gran calidad de la obra, porque este auténtico escritor aparentó siempre no serlo ; más aún, pareció despreciar —en lo referente a sí mismo— la literatura, al extremo que sólo publicó una primera novela, *La vida rota*, cuya edición destruyó, y un libro de relatos donde campea un humorismo negro : *Pasión y muerte. Apocalipsis.* A éstos habría que agregar *Un viaje en el año 19*, colección de artículos sobre la proeza aérea antes aludida, artículos que fueron recogidos no por él, sino por Juan Ramón Jiménez, en una edición a su costa, « primorosa y privada », según se nos dice en el prólogo de *Los pasos contados* (Editorial E.D.H.A.S.A., Barcelona-Buenos Aires, 1963). Hay además, en este prólogo, declaraciones que subrayan mi asombro ante el desdén literario de que hablaba. Por ejemplo, las siguientes : « El *artículo* en España es un género literario que los historiadores de la literatura se niegan a reconocer (hasta que se publica en libro), no sé si con razón o sin ella... ». « Soy un articulista profesional —agrega Corpus Barga— que lleva cincuenta años de labor y no ha tenido todavía la curiosidad de coleccionar o aprovechar ninguna parte de sus artículos, caso tan poco frecuente que en el medio siglo de mi vida de escritor no he conocido más que uno, entre los escritores españoles, el mío. »

Desdeñoso, por lo tanto, de su obra y, concomitantemente, de todo aquello que pudiera perpetuar, en cierta forma, la voluble fama humana. Sin embargo, la aparición de *Los pasos contados* parece contradecir su antigua actitud. Porque este libro es algo más que una obra cuya paternidad se reconoce a determinado autor : es, simultáneamente, la relación estética de la vida de su mismo progenitor. ¿Se trata, en consecuencia, de una autobiografía? No ; *Los pasos contados* pertenece mas bien al género de las memorias. Hay en este libro « Vida, pero no autovida ». Claramente lo expresa Corpus Barga en el prólogo : « Las memorias vienen a resultar lo contrario de la autobiografía. En la autobiografía todo se reduce a uno ; en las memorias, la autobiografía no es solamente de uno, ni siquiera de uno y de todo lo demás, sino

de uno en todo lo demás. El quid de las memorias se esconde en este 'en', en cómo funcione o viva la articulación del hombre y lo que sucede (me permito llamar la atención del lector sobre que no he escrito : lo que le sucede, no he escrito el 'le'). » Y como « la vida se teje en todos los instantes », las memorias —agrega— deben ofrecer al lector ese tejido, « en vez de limitarse a recordar los hechos y las personas que son considerados importantes o curiosos a posteriori ».

En *Los pasos contados* no se trata, pues, del solipsismo exhibicionista de un *ego* exclusivo y excluyente. El espíritu se abre aquí a múltiples perspectivas, proyectándose generosa e inteligentemente en los variados panoramas que ellas le ofrecen. Pero no todo es cuestión espacial ; el tiempo tiene en esta obra un papel de primerísimo orden. Sobre espejos de memoria —en este caso privilegiada— van reflejándose dispares escenas, siguiendo órdenes arbitrarios, aunque artísticamente valederos, más aún, de gran eficacia en la narración. La linearidad, en consecuencia, se quiebra a menudo, y el pasado, el presente y el futuro —más certeramente, pues todo es pretérito, deberíamos hablar del pasado un pasado más remoto y otro más reciente— irrumpen en el relato, dotándolo de una atrayente movilidad. ¡Alquimia o simultaneidad temporal cargada de sugestiones! El tiempo —a semejanza de inquietas cabras— salta sobre arriesgados riscos, triscando aquí y allá los pastos más sabrosos, sin desfallecimientos y con verdadero donaire.

Pluma en mano, Corpus Barga se lanza « à la recherche du temps perdu ». El reencuentro se produce cuando, del apretado ovillo de recuerdos, comienza a extraer hilos multicolores y cada uno de ellos se transforma en la cristalización de una vívida escena o en la aparición de un personaje de inolvidable relieve. La reviviscencia del pasado alcanza siempre gran dimensión estética, valiéndose para ello de un estilo rico en formas expresivas. Pero, en ciertos pasajes, este estilo permite ser calificado de « muñeca rusa », es decir, que se muestra semejante a ese juego de ocho muñecas cada vez más pequeñas, que encajan perfectamente las unas en las otras. De igual forma, sus largos incisos están compuestos por oraciones ensambladas dentro de otras y, además, por prolongados paréntesis. Si bien en algunos casos este estilo podría resultar algo fatigoso, en general resuelve el problema de decir muchas cosas en breve espacio, permitiendo así una síntesis inalcanzable por otro medio.

Indudablemente, *Los pasos contados* posee en sus dos partes —« Mi familia » y « El mundo de mi infancia »— páginas de extraordinario valor. En ellas se cuenta o, mejor, comienza a contarse (piénsese que éste es sólo un primer tomo de las memorias) « la historia de una de las familias españolas hidalgas, de nobleza media, que han ido desarraigándose hasta perder sus bienes raíces y formar una burguesía ociosa y burocrática, de la que intentaron libertarse los miembros que se dedicaron a las profesiones liberales ». En la primera parte, el capitulillo « La vida de un jugador » (reconozco que uso la palabra « capitulillo » impropiamente, puesto que la obra es un todo continuo, conjuntivo, que —para orientar al lector— sólo se permite breves rótulos colocados al margen de la página), el capitulillo « La vida de un jugador » —repito *malgré tout*— es de un gracejo y una donosura inimitables. El diálogo suscitado entre el señorito Leopoldo y su criado Canseco resulta, en verdad, delicioso. Por otro lado, en « Pastoral madrileña » el don pictórico de Corpus Barga se muestra con riquezas insospechadas. El paso nocturno de los ganados trashumantes por Madrid, a través de la calle Alcalá, daba motivo a una fiesta callejera a la que acudía ruidosamente el pueblo. El cuadro formado por ovejas, mastines, zagales y rabadanes en continuo movimiento, las farolas nocturnas produciendo el deslumbramiento de hombres y bestias, las expresiones chulescas... todo va adquiriendo con el avance de la noche una vivacidad creciente, hasta convertirse en orgía « espesa y vertiginosa ». Corpus Barga acierta a transmutar este cuadro en palabras tan sabiamente escogidas que el lector cree ser un espectador más de la animada escena.

Otra de las páginas más logradas de *Los pasos contados* es, a mi parecer, aquella en que se describe « La feria de los regalos », o sea, la fiesta que la infanta Isabel ofrece a los niños pertenecientes a familias de la buena sociedad madrileña que veranean en La Granja, residencia de estío de los reyes, cercana a la ciudad de Segovia. La rebelión de los niños ante los juguetes con los cuales habían sido obsequiados (y que no eran de su agrado) posee gracia y frescura, virtudes que culminan con la exclamación de un « respetable » señor allí presente : « ¡Adónde vamos a ir a parar, don Félix! ¡Qué tiempos se preparan! Incluso los niños regalados se insubordinan. »

Hay en todo el libro la evidencia de la maceración de las cosas en un recuerdo entrañable. Corpus Barga hurga tiernamente en su memoria, jerarquizando lo trivial por la riqueza del análisis y dándonos un mundo de auténtica sustantividad y real interés. Pero... ¿por qué se llama esta obra *Los pasos contados?* ¿Dónde reside la razón de su título? Quizá la explicación esté dada en la página 177, cuando, ante la sorpresa de oír unos « golpes sordos, quedos, como muy lejanos pero repetidos » debajo de la habitación

de la abuela, los criados de la casa se dicen a media voz que tales golpes son « los pasos contados de la muerte ». Con lo cual —si tomamos esta última frase como clave de significado— Corpus Barga coincidiría con su sobrino, el genial Ramón Gómez de la Serna, quien en el prólogo de su biografía viene a decir algo muy semejante : « Titulo este libro *Automoribundia,* porque un libro de esta clase es más que nada la historia de cómo ha ido muriendo un hombre y más si se trata de un escritor al que se le va la vida más suicidamente al estar escribiendo sobre el mundo y sus aventuras. »

Y ya que nombré a Ramón, diré al pasar que, tanto él como Corpus Barga, aun poseyendo muy distintas personalidades, tienen, sin embargo, algunos puntos de coincidencia en los respectivos —y muy distintos— relatos de sus vidas. Por ejemplo las páginas sobre « San Estero » y « La capital del reino de los criados », de *Los pasos contados,* donde se nos habla de la colocación de las alfombras sobre los pisos de ladrillo al comenzar el invierno y de los vasares adornados con papeles picados, se corresponden con los capítulos XIII (« La cocina y los papeles de los vasares ») y XXVIII (« Los sempiternos estereros ») de *Automoribundia.* ¿Puede sorprendernos que ambos escritores hayan observado y descrito con igual ternura iguales hechos o cosas? De ninguna manera. No en vano los dos pertenecen a la misma familia y no en vano también se hallaron inmersos en la misma época y, durante la infancia —única edad que alcanza el libro de Corpus Barga—, en el mismo escenario : la ciudad de Madrid.

Por último, agregaré que, ante *Los pasos contados* —obra tan cabalmente realizada— sólo cabe desear la pronta publicación de los tomos que continúan estas memorias para que el lector pueda acrecentar el gozo que ahora experimenta. Y añadiré todavía que Corpus Barga no se ha equivocado cuando en el prólogo nos dice : « Cierto, si para un escritor que ha publicado muchos libros, sus memorias suelen ser un libro más, una materia más de que hablar o la única que le queda habiéndosele agotado las otras, para el que no ha publicado ninguno o ha publicado pocos y poco leídos, sus memorias pueden ser su libro. » *Los pasos contados,* aunque es sólo una parte de sus memorias, es ya —a no dudarlo— *su* libro y, lo que él quizá no se atrevió a imaginar, el libro que quedará incorporado definitivamente a la literatura española, tan escasa en obras de este género.

MARIA SCUDERI

SI, SEÑOR, SE ESTA CORRIGIENDO LA SEGUNDA EDICION

Dalmiro A. Sáenz : « Treinta treinta »

UN VIEJO DELINCUENTE RURAL, enfermo de muerte, que decide que su hijo lo asesine para que pueda ser alcalde y dueño del pueblo junto al que se cumple la ejecución. Un matón a sueldo que se enamora, cree descubrir que su última víctima es el para él aún no conocido padre de su novia y huye, mientras el lector es informado de que el padre está en realidad en el hospital por un ataque de apendicitis. Un marinero que recoge a bordo a una prostituta cuyo idioma no entiende y que en alta mar es asesinado por otro marinero, el cual decide transformarse en rufián de la mujer. Tales son los argumentos típicos del último volumen de cuentos (editado por Emecé, Buenos Aires) de Dalmiro A. Sáenz. A ello hay que añadir una abundante ornamentación de actos sexuales, armas, delitos, cabalgatas, torturas, crímenes, peleas y un suicidio. La escritura es rudimentaria e inexpresiva, con ocasionales apagones en la inteligibilidad cada vez que el autor decide desplegar su particular versión de la prosa faulkneriana. Lo que más llama la atención es el completo descuido del autor en cuanto a la verosimilitud en la realización de sus relatos : es obvio que concibe abstractamente la « idea » a narrar y se desentiende luego de las exigencias de realidad en la encarnación, a fin de que el efectismo alcance el grado máximo. Todas estas características hacen que el libro quede en un nivel comparable al de las historietas de aventuras. Y ese nivel obliga a descartar la obra como objeto digno de atención para la crítica literaria.

Sin embargo, existe otra razón que vuelve curioso este caso extraliterario · el autor mencionado se ha convertido en una de las figuras de importancia de la más reciente generación literaria argentina. Dalmiro A. Sáenz se inició en las letras en 1956 con el libro de relatos *Setenta veces siete*. Publicó luego *No*, otra colección de relatos, y este año, junto con *Treinta treinta*, la « nouvelle » llamada *Hay hambre dentro de tu pan*. Desde la aparición de su primer libro —de nivel literario idéntico al que comentamos— el nombre de Sáenz comenzó a mencionarse aureolado del prestigio que se acuerda a las revelaciones. Ciertos hábitos publicitarios —como escribir en la calle, pasearse en coche con dos enormes perros, trompearse por razones supuestamente ideológicas—, sumados a una fracasada incursión por el teatro y a un paso por la televisión en el que basó sus programas en los actos de violencia de un policía, fueron prestando peculiar relieve a su nombre. Y esto se tradujo en su vigencia en el mundo de los lectores. Los libros de Sáenz suelen alcanzar ventas que oscilan alrededor de los veinte mil ejemplares, cantidad por supuesto de excepción en estas tierras. Una prueba —sin precedentes entre los autores argentinos— de la solidez comercial de las obras de Sáenz es el hecho de que un editor haya llegado a adelantarle una gruesa suma de dinero por un libro que aún estaba por escribir.

Naturalmente, la categoría de *best-seller* no bastaría tampoco para acordar interés crítico a un autor endeble. Las historietas de aventuras cuentan con un público vastísimo, pero ello no las vuelve atractivas para la crítica, salvo en la medida en que ésta se decida a considerarlas como cifra sociológica. Y es en este sentido, social —con sus repercusiones en el orden ético, estético, etc.—, en el que el caso Sáenz cobra significación, porque no se trata de que este autor haya traspasado los límites del público literario habitual, para conquistar con sus libros a los lectores de historietas. No se trata de que Sáenz se haya atraído la atención de gentes que por deformaciones morales o indigencia espiritual necesitan comúnmente de la evasión y el excitante burdo que les brindan las historietas con su versión abstracta, caricaturesca, de la realidad. Ocurre que las personas que leen a este autor son justamente las que componen el « ámbito cultural » argentino. Ese ámbito ha estado integrado tradicionalmente por miembros de las clases altas y de la burguesía en ascenso. Es notorio que en los últimos lustros la baja burguesía empezó a cumplir copiosos aportes a la *intelligentzia* local, pero hasta ahora la mayoría de esos nuevos integrantes han demostrado vocación por lo sociológico y lo filosófico más que por lo puramente literario. Y es, por otro lado, de las tradicionales clases altas —a las que Sáenz, ganadero joven y de fortuna, pertenece— de donde salieron las voces iniciales de descubrimiento y aplauso para este autor, por el que de alguna forma se sentían representadas. Que el mismo núcleo cultural que hace un cuarto de siglo produjo, reconoció y difundió figuras de la riqueza de Jorge Luis Borges, Ricardo Güiraldes, Eduardo Mallea, Victoria Ocampo, etc., haya pasado hoy a reverenciar a un autor para mentes nubladas por el infantilismo es índice de un hondo grado de enajenamiento. Previsible tras los fracasos que ese mismo grupo social había sufrido en la conducción política y económica del país —fracasos en los que malversó irreversiblemente su propio destino—, muestra que dicho grupo se halla ahora tan enfermo en su raíz espiritual que resulta incapaz de discernir entre lo que es realidad y lo que no pasa de un mero fantasma de ésta.

Al igual que el peronismo y la petrificación del sindicalismo en una central obrera gigantesca, ciega e inepta, que marcaron y marcan —entre otras cosas— la repentina postración de un proletariado que en los primeros decenios del siglo había dado pruebas de militante salud, el fenómeno cultural del que este libro es síntoma viene a repetir, en el otro extremo de la escala social, que las energías de la comunidad argentina sufren un agudo proceso de disolución tras el cual habrán de buscarse nuevas formas de vida.

H.A. MURENA

José Manuel Castañón : « Pasión por Vallejo »

Pocas veces se habrá dado el caso de un título que guarde relación más íntima con el contenido del libro que este que nos ofrece Castañón, escritor español hoy por tierras americanas. En efecto, *Pasión por Vallejo* (Universidad de los Andes, Venezuela, 1963) es ante todo y sobre todo un homenaje apasionado al poeta peruano, trágicamente desaparecido hace veintiséis años.

Hay en la prosa de Castañón un impulso, un arrebato que corresponde como anillo al dedo a la poesía de arrebatos, de impulsos de Vallejo. Porque harto sabido es que si en este último faltaba con frecuencia la perfección estética, abundaba en cambio la aspereza rebelde, presentada con voz muy personal, con acento sincero que no podía dejar indiferente a nadie. Fue la suya, desde luego, una poesía las más de las veces nativista, orgullosamente chola, en la que sobresalía una hondísima palpitación

humana, sin duda alguna una de las más representativas —tal vez por original e insólita— de Hispanoamérica. Castañón insiste con razón en las cualidades humanas de Vallejo, superiores a cualquier credo político, así como en la emoción vital de su poesía. « El verso de Vallejo —afirma— no se quema en la llama de una revolución ; volaba más alto. »

Algunos críticos, particularmente los de franca preocupación universitaria, en su afán de encasillar a Vallejo, han aludido a su dadaísmo, a causa de la aparente incoherencia de algunos de sus versos ; otros se han referido a su suprarrealismo, por la presencia a veces del subconsciente ; no faltan quienes hablaron de su romanticismo y hasta de su simbolismo, puesto que se da en su poesía la nostalgia triste y la oscuridad premeditada, respectivamente. Castañón anota por su parte la influencia que ejercieron sobre Vallejo, entre otros poetas hispanoamericanos, Rubén Darío y Herrera Reissig. Habrá que añadir asimismo la de algunos poetas franceses, sobre todo la de Mallarmé. Xavier Abril ha demostrado con la máxima sagacidad la notoria influencia mallarmeniana en *Triloe*, considerada como la obra clave de la poesía de Vallejo. Pero todo esto, claro está, no es óbice para que el poeta peruano nos haya legado una poesía muy suya, que a su vez ha influído no poco en bastantes poetas hispanoamericanos, aunque algunos de ellos no lo confiesen.

Pasión por Vallejo se cierra con una especie de epílogo, en el que se recogen extractos de la correspondencia que César Vallejo sostuvo, desde 1924 a 1933, con don Pedro Abril de Vivero, que por aquel entonces se hallaba en Madrid, al frente de la secretaría de la Legación del Perú. Castañón tuvo la inmensa suerte de poder leer ese centenar de cartas. En ellas, el poeta se presenta tal cual es, con el alma al desnudo, con sus penas y pesares, con sus angustias y soledades, también —¡ay!— con sus perennes agobios de carácter económico. Esa correspondencia es una verdadera confesión, que tendrán que conocer todos los futuros biógrafos de Vallejo. Ha hecho muy bien Castañón en ofrecernos sus primicias.

I. I.

Juan Ramón Jiménez : « Sevilla »

ACABA DE LLEGARNOS un breve volumen, pulcramente editado (Ixbiliah, Sevilla, 1963), prologado por el poeta español Francisco Garfias, a cuyo cargo estuvo asimismo la selección de páginas que lo integran.

Se trata de algunos poemas —en verso y en prosa— hallados entre los manuscritos de Juan Ramón, que evidencian su proyecto de escribir un libro sobre Sevilla, la ciudad que le dio el delirio del primer amor. « Las páginas de este libro incompleto —comenta Garfias—, de distinta calidad y perspectiva, pueden darnos en parte, la medida de su permanente sevillanidad. »

Lo cierto es que se trata de un puñado de poesía purísima, fresca, chorreando luz tan lírica en la prosa como en el verso, de una temblorosa diafanidad, lejos de aquellas espinas ácidas que en ocasiones asoman en el estilo del « andaluz universal ». Confidencias, añoranzas con algo de anotaciones rápidas que se fijan antes de que la marea borre las huellas de la orilla, tienen todas las características de la creación juanramoniana : la levedad, el fondo reflexivo, la tersura de un idioma que buscaba la perfección. Vaya como muestra, esta joya titulada : « Madrugada de Viernes Santo » :

« *...Sobre las calles que huelen a cera, sobre las azoteas con macetas, se va viendo una luz de plata, y en el fresco y puro azul matutino, aún negro, se oyen volar palomas que no se ven.* »

¿Hace falta más, para que surja la poesía?

D.I.R.

A. Jiménez : « Picardía mexicana »

HE AQUI UN LIBRO SINGULAR, que reúne aspectos del lenguaje popular del medio más bajo de las clases humildes, maleducadas o educadas a su modo, y hasta descastadas, llegando a constituir un valioso texto idiomático, ya imprescindible para legos y especialistas.

El autor, A. Jiménez, se dedicó a recopilar pacientemente durante largos años el material peculiar para su obra. Incluso llegó a tomar fotografías de los letreros que, como en todos los países, suelen aparecer en los recintos públicos dedicados a los « caballeros ».

Dijo Alfonso Reyes, con motivo de la primera aparición del libro : « Todos los mexicanos hemos soñado, en cierto momento, escribir un libro como éste, y aun dimos los primeros pasos hacia esa meta ; pero tropezamos en el camino con obstáculos casi insalvables que impidieron su realización. *Picardía Mexicana* tendrá gran importancia y su valor irá aumentando al través de los años. »

La profecía de don Alfonso se ha cumplido. En estos días acaba de aparecer la decimosexta edición (de Libro-Mex), acontecimiento verdaderamente desusado en América latina. Es el *best-seller* mexicano de todos los tiempos, ¡tres veces más vendido que cualquier otra obra que le siga en popularidad en la historia literaria del país! Y el autor —antiguo ingeniero de obras deportivas— se ha constituído en el serio experto de la picaresca y hasta de la escatología popular, estando íntegramente consagrado ahora a la preparación de las nuevas y subsiguientes ediciones aumentadas y corregidas, así como de nuevos tomos. Su fama ha traspasado las fronteras : el libro figura ya en varias universidades norteamericanas como material de consulta filológica ; el señor Jiménez desarrolló un ciclo de conferencias alusivas en colegios de California y Texas, y deberá trasladarse a España con el mismo fin. El importante Colegio de México, además de utilizar con fines docentes el volumen, está interesado en conseguir las « fichas » originales en que se basa, de las que cabe destacar 2500 en que constan los ingeniosos avisos con que hábil y retóricamente suele hacerse propaganda de los establecimientos en que se ejerce « el oficio más antiguo del mundo ».

L.G.P.

José Ferrater Mora : « Tres mundos : Cataluña, España, Europa »

ESTE NUEVO LIBRO de Ferrater Mora (E.D.H.A.S.A., Barcelona) es, en realidad, un *libro* nuevo. El acento carga sobre el sustantivo, pues en este volumen el autor ha reelaborado y agrupado sus trabajos de los veinte últimos años sobre las tres entidades históricas que enumera el título y ha logrado —acierto muy difícil en una colección de ensayos— que se trasluzca la unitaria meditación que los vincula. Incluso diría que todos concurren secretamente a constituir una futura obra en que cada ensayo desaparezca como tal y llegue a ser lo que es : el momento particular de una meditación sobre España.

Dentro de la extensa producción de Ferrater Mora, este es un libro menor. El movimiento del discurso es muy suelto y está coloreado por un tono irónico en el que la ostensible gracia prevalece sobre la sugerida gravedad. Pero no hay que llamarse a engaño ; esta obra moviliza un lado muy vivaz, aunque recatado, de Ferrater : su preocupación española. Diríase que son páginas escritas con pudor, frenando constantemente la última seriedad con que estos análisis han sido pensados. Queda para el público patinador la ambigua delicia de deslizarse por la superficie de este tono ligero. A poco que se detenga, sentirá el entrañable dramatismo del trasfondo. Y es que la « buena » serenidad del filósofo radica en que ha padecido y averiguado el problematismo de la realidad y le parece inútil duplicarlo con melodramatismo. El caso más reciente del fenómeno inverso ha sido el de la llamada filosofía existencial. Pero esta tenía motivos —queda por saber si suficientes— para adoptar un módulo trágico. No debe olvidarse que sucedía históricamente a ciertos modos de pensar (neokantismo, durkheimismo, evolucionismo, progresismo) que eran, cada cual en su estilo, beatíficas sistematizaciones de la realidad. Hoy es de nuevo imprescindible que el filósofo sea claro, veraz y profundo. Bajo todas las desorientaciones contemporáneas advierte nuevamente que esa es su misión en la tierra. En el ámbito de la filosofía hispánica Ferrater Mora es un caso ejemplar de ese temple irónico que pareciera ser el único capaz de estar pronto a hacer justicia a todos los lados de la realidad.

Quienes conocemos un poco la obra de Ferra-

PREUVES

publie dans son numéro d'AVRIL :

ROBERT MUSIL
La détresse de l'Europe

PIERRE SCHNEIDER
Au Louvre avec Zao Wou-ki

L'art informel en questions
(*enquête*)

K.-A. JELENSKI
Après cinquante ans d'avant-garde

HANS MAYER et FRANÇOIS BONDY
Culture et coexistence

JEAN BLOT
Retour à Moscou

*

18, avenue de l'Opéra, Paris (1er)

Un ancien numéro sera gracieusement envoyé sur simple demande, comme spécimen.

ter comprobamos cómo en este libro se repite cierto estilo de pensamiento presente en todas sus otras obras. Cataluña tiene que resolver el problema de sus relaciones con España y Europa. Eso sólo lo conseguirá de una doble manera que en definitiva es sólo una : insistiendo en sí misma y abriéndose al mundo. He ahí de que modo Ferrater cumple a su vez con uno de sus más caros preceptos metódicos : moderar los fáciles extremismos, atenerse a la imprecisa realidad. Porque en este libro no sólo está el agudo observador de *El hombre en la encrucijada* o el informadísimo ejecutor del *Diccionario de Filosofía* (cuya nueva edición, dicho sea de paso, casi dos veces más extensa que la anterior, se anuncia para muy pronto), sino también el pensador de *El ser y la muerte*, su obra hasta hoy más radical. Y esa presencia del filósofo en sus meditaciones españolas me parece imprescindible destacarla y ensalzarla. Hay lectores, sobre todo españoles, que critican en Ferrater Mora su recurso a la filosofía cuando piensa en la comunidad hispánica. Ese es un mal síntoma para esos españoles. Que un pensador *necesite* pensar en problemas como el de la razón cuando habla de su pueblo es una maravillosa suerte para este pueblo. Ese hombre lo está promoviendo silenciosamente al más alto nivel de vida histórica. Yo sugiero que no se desdeñe la posibilidad de que esto sea cierto cuando se lea *Tres mundos*.

EZEQUIEL DE OLASO

Nicolau d'Olwer : « Cronistas de las culturas precolombinas »

La sola mención de los célebres cronistas recopilados en esta obra basta para dar la mejor idea de su importancia :

Colón, Vespucio, Pané, Las Casas, Oviedo, Cabeza de Vaca, Ayllón, Rangel, Laudonnière, De San Miguel, Hernán Cortés, Díaz del Castillo, Motolinía, Sahagún, Pomar, Zorita, Landa, Niza, Pérez de Riba, Tello, Bobadilla, Anfagoya, Bastidas, Ximénes de Quesada, Xéres Pizarro, Molina, Betanzos, Cieza de León, Santillán, Poma de Ayala, Inca Garcilaso, Vaz de Caminha, De Santa Cruz, García Carvajal, Pero Fernández, Schmidl, De Lery, Nóbrega, Cardim Rodrígues, Lopes de Sousa, Suárez de Sousa, De Acuña, Aréizaga de Valdivia, Ladrillero, De Goizueta, Crespí, Moziño...

Un denominador común agrupa al medio centenar de clásicos relatores : « El descubrimiento cultural de los pueblos del Nuevo Mundo ». Así, el espiritu humano se muestra comprensiva y literariamente ante una nueva dimensión de la realidad geográfica. Y queda el testimonio diverso y valioso del vaticinio antiguo ya felizmente cumplido :

« Día vendrá en el correr del tiempo en que se aflojen las cadenas oceánicas y aparezca un gran continente. Otro Tifis descubrirá nuevos mundos y ya no será Islandia la más lejana de las tierras... »

Italianos como Colón y Vespucio, españoles —la mayoría—, portugueses, franceses y un alemán presentan aquí sus impresiones directas e inmediatas de lo americano. Algunos prefieren la descripción del paisaje, otros concentran su curiosidad en los aborígenes ; unos se deleitan con la variedad de los climas, varios alaban a las mujeres ; otros más se concretan a recordar las armas, los dioses, las vestiduras, las costumbres, las actitudes, los vicios o las virtudes.

Es importante recordar que estas páginas (a veces ingenuas, a veces plenas de intención, retratan de cuerpo entero a sus autores, sean frailes, juristas, cronistas, marineros o soldados) fueron escritas en la tregua o « al abrigo de una alianza casi siempre precaria ».

También es muy interesante tener en cuenta que el itinerario de estos *Cronistas de las culturas precolombinas* se inicia en 1492 y termina en 1793, y su alcance geográfico comprende cien grados de latitud terrestre —desde el Estrecho de Magallanes hasta la isla de Nutka— ; es decir, se ciñe a fronteras estrictamente americanas por más que salva límites de idiomas y de zonas de influencia. Precede a cada texto una nota biográfica y una bibliografía sumaria, pues el seleccionador no pretendió « ahorrar el manejo directo de las fuentes » sino, por lo contrario, « encender o avivar el deseo de conocerlas en su extrema y rica variedad ».

Este compilador, Nicolau d'Olwer, nació en Barcelona y murió en México, a los 73 años, tras una vida devotamente dedicada a estudios y publicaciones de orden literario, político, lingüístico e histórico.

Después de la lectura, aunque sea parcial o alternada, de las crónicas incluídas en el voluminoso tomo (publicado por el Fondo de Cultura Económica), queda una gran nostalgia, una cierta melancolía, por un mundo mágico, lleno de maravillas, de misterios y secretos, que —de alguna manera quizá más misteriosa aún— parece habérsenos ido de las manos, o por lo menos de la literatura actual que debiera representarlo.

L. G. P.

notas

Las aldeas donde ambulaba Shakespeare

Una estatua de gran tamaño se levanta en Stratford sobre el Avon, dando idea de que su presencia es el símbolo de la gloria del aedo y del culto que los ocho caseríos guardan por Shakespeare en ese vasto santuario de la vieja Inglaterra.

No en el grado de admiración que sienten los propios ingleses por su máximo poeta, pero sí los numerosos visitantes que acuden en abigarradas peregrinaciones al frecuentado lugar, quédanse estupefactos al contemplar el monumento del autor de tantos dramas y poemas inmortales.

Sin duda que el culto redivivo dedicado al supragenio por propios y extraños, está en relación proporcional con el afecto que tanto unos como otros depositan en Shakespeare, pues habrá algunos que al mirar la efigie de piedra, la vean con su talla normal y corriente, pero para otros tendrá las vastas proporciones del Coloso de Rodas.

Uno de los principales atractivos de los cosmopolitas visitantes que acuden anualmente al Festival Shakespeare en Stratford, es recorrer las ocho aldeas que integran Warwickshire y Worcestershire, en las cuales transcurrió la incomparable y fecunda vida del poeta.

Gustábale recorrerlas lentamente como un juglar vagabundo del medievo, entre prácticas de tiro del arco y el pasatiempo de la cetrería. Se divertía mirando las singulares competencias de bebedores de cerveza, entre los « Bidford-Sippers » y los « Bidford-Topers », entre los cuales él participara algunas ocasiones, no sin que estas lides degeneraran en sonoras sarracinas entre los bandos rivales. Pero, en realidad, la murmurante tradición no confirma si durante los encuentros de los furibundos libadores « Topers y Sippers », el propio Shakespeare escogiera bando entre los tradicionales contendientes, o simplemente como espectador de primera fila, contemplara emocionado las competencias de los moradores de los villorrios en pugna.

Durante interminables horas ambulaba sobre las colinas del valle de Evesham ; allí, seguramente, bajo las sombras de los perfumados abetos como correspondía al rango de su genio, creó las egregias escenas que han admirado varias generaciones en diferentes países y climas. Pero en otras ocasiones, entregado a la molicie sobre los claros del florido valle, dedicábase a divertirse con las competencias de pipa y tamboril, que sus moradores celebraban sobre sus plácidas praderas.

Sobre las pendientes del silencioso valle, las casitas construídas con rojizo tabique y adosadas con sus aleros de madera nos recuerdan, vistas en lontananza, las que exornan los diminutos Nacimientos navideños de la tradicional usanza española.

Todavía en los presentes días, en vísperas de celebrarse los 400 años del natalicio del poeta, las casas y las chozas del caserío de Pebworth, uno de sus favoritos en sus interminables correrías, las habitaciones hechas con piedra caliente de Gotswolds, la iglesia que tiene un púlpito de estilo jacobino y una puerta de riquísima filigranería de hierro, conservan su sello inmutable ante el paso del tiempo, como allá en los lejanos días en que la Reina Isabel fue la Mecenas del esclarecido autor.

Una de las innumerables consejas que se propalan en las shakespearianas aldeas, es la que se difunde en la de « Long Marston » acerca del infortunado Carlos I de Inglaterra. Cuenta la volandera leyenda que el monarca se vio en la perentoria necesidad de adoptar el disfraz de modesto sirviente y solicitar un empleo en la denominada « Casa del Rey », para escapar a sus perseguidores de las huestes de Oliverio

WILLIAM SHAKESPEARE

DIBUJO DE SERGIO TRUJILLO MAGNENAT

Cromwell, después de la batalla de Worcester que acaeció en 1651. Y, dice la tradición, que durante su permanencia en la « Casa del Rey », el apócrifo sirviente fue amonestado con sonora reprimenda por el cocinero, por su inexperiencia en el aderezo del « gato asado ».

« Dancing Marston » comprende los gemelos caseríos de « Long Marston » y « Broad Marston », que está a cerca de dos kilómetros de Pebworth, el cual lleva este nombre según la tradición, debido a que desde varios decenios anteriores al autor de La tempestad *existe un conjunto de bailarines llamados los « Morris Dancing », por lo que se colige que el verdadero origen de su nombre proviene de la denominada aldea.*

Tanto los anteriores caseríos como « Hunted Hillborough », son los poblados más salpicados de consejas populares, de hechos y de propaladoras leyendas de aparecidos y espantos, casi siempre ligados a la existencia de « El Cisne de Avon ». Este poblado, seguramente el menos conocido de los ocho donde se teje la maravillosa vida y leyenda del bardo, consta de algunas casitas esparcidas y de un pintoresco caserío estilo « Elizabeth », cuyo final, en una calle larga y estrecha, desemboca sobre la ribera del legendario río Avon.

Así como el aedo se divertía contemplando graciosos danzarines, insaciables bebedores de cerveza, competidores de pipa y tamboril, solazábase también en escuchar patrañas populares, como las que se urden acerca del poblado de « Hunted Hillborough », donde prevalece el rumor de que entre los pasadizos y en los jardines de algunas casas solariegas, surgen apariciones de altos dignatarios : papas, cardenales y monarcas, de fantasmas que adoptan caprichosas figuras de dragones, de silfos y endriagos, de espectros que fueron en vida personajes simpáticos y pintorescos, muchos de los cuales después de la aparición de las obras del dramaturgo, el vulgo los ha ligado a escenas y personajes creados por el estro del poeta. Acerca de las apariciones en esta región, como en los demás caseríos, nada debe extrañarnos, ya que desde pasados siglos, si la Gran Bretaña se propusiera, sería el país de mayor exportación de todo el mundo en cuanto a fantasmas y espectros se refiere, ya que su niebla y obscuridad imperantes son propicias a que pululen esas intangibles criaturas.

Uno de los caseríos más ligados a la existencia del aedo es « Hungry Grafton », conocido en tiempos pasados con el nombre de « Temple Grafton », ya que éste tiene nexos con su vida matrimonial. Ubicado un poco al sur de la carretera Stratford-Alcester, lo primero que sobresale de este pintoresco poblado, es la iglesia reconstruída en 1875, donde el renombrado autor se casó en 1582 con Anne Hathaway, bajo el extraño nombre de Willillmum Shaxpere y cuya desconocida firma puede verse en el vetusto archivo de la sacristía.

Probablemente, el nombre de hambre que se le dio a este pueblo denominado « Hungry Grafton », proviene de tiempos remotos, ya que la corrosión frecuente del terreno, durante sus pasados años, hacía difícil para los granjeros preservarlo y enriquecerlo para las siembras. ¿Por qué se le dio el nombre de hambre a esta aldea? Los numerosos turistas se harán esta pregunta un poco sorprendidos, pues por lo que se observa no hay el menor indicio de escasez, ya que al recorrerlo en toda su extensión, sus lozanos pastizales y sus alegres y arreglados palomares nos hacen coincidir con la opinión general de los visitantes, al confirmar que el mencionado pueblecito es, sin lugar a duda, uno de los más pintorescos y el más próspero de todos los del condado de Warwick.

No crean ustedes que la aldea de « Broom », por llevar el nombre tan desafortunado de escoba, no tiene qué admirar ; por lo contrario, tiene mucho qué admirar también. Por ejemplo : el antiguo y fino Salón « Broom » de estilo isabelino, es actualmente un hotel llamado « Posada Joven », y hay otra posada de la misma

Les Cahiers de l'HERNE

PRESENTENT

JORGE LUIS BORGES

Souvenirs - Correspondance - Textes inédits Interviews - Interférences - Documents - Photographies - Bibliographie complète - Chronologie de l'Ultraïsme - Glossaire argentin - Essais : Roger Caillois. Néstor Ibarra. Jean Wahl. Paul Bénichou. Adolfo Bioy Casares. Victoria Ocampo. Valery Larbaud. Pierre Drieu La Rochelle. Alfonso Reyes. Claude Ollier. Maurice Nadeau. Piétro Citati. E. Rodríguez Monegal. Sylvina Ocampo. Ana María Barrenechea. Antonio Regalado. José Bianco. Alicia Jurado. Jean Cassou. M. Mujica Láinez. Ernesto Sabato. R. G. Girardot. Karl August Horts. Abelardo Castillo...

1 volume - 550 pages - 21 x 27

Sous la direction de Dominique de ROUX

Dif. : Minard - 73, rue du Cardinal-Lemoine Paris (V^e)

arquitectura y casi tan refinada como la anterior, que el vulgo la mira con cierta veneración y la cual tiene el nombre de « Posada del arbusto bendito ».

En los poblados de « Exhall » y de « Wixford », probablemente los variados y exquisitos detalles de la arquitectura estilo Tudor de su pequeña iglesia, de sus casas y dentro de ellas, atraían con su belleza la atención del poeta en todas sus manifestaciones, de la misma manera, que ahora esos mismos detalles y preciosa filigranería sirven de imán a mis ojos y a los de mis acompañantes.

Cada vez que uno se compenetra con las poéticas y legendarias aldeas, como lo hiciera el propio Shakespeare, se comprende la admiración que por ellas sienten propios y extraños, ya que en cada uno de sus ámbitos surge simbólicamente en forma redivíva el múltiple y portentoso genio del egregio bardo. Después de recorrer sus plácidas y verdes colinas, de aspirar el perfume de las frondas de sus pinos y sus abetos ; después de participar del misterio que envuelve sus castillos y caseríos, de escuchar el esotérico cantar del Avon, donde surgieron efigies y escenas imperecederas, se termina por formar parte de la luenga cauda de este genio, que con su huella de arte y poesía, su obra continúa horadando los siglos.

JOSE DE ALBA

SHAKESPEARE, AUTOR DEL SIGLO XX

« Si se quiere descifrar el mundo de Shakespeare como un mundo real, es necesario comenzar su lectura por las crónicas históricas, en primer lugar por los dos *Ricardo*.

« Comencemos, pues, por la siguiente lista de personajes :

« El rey Eduardo IV. Destronó a Enrique VI, último soberano de la dinastía de los Láncaster. Lo encerró en la Torre, donde fue asesinado por los hermanos de Eduardo, Ricardo y el duque de Clarence. Unos meses antes, el único hijo de Enrique VI había sido apuñalado por Ricardo, en la batalla de Tewkesbury.

« Eduardo, príncipe de Gales, hijo de Eduardo IV, más tarde rey con el nombre de Eduardo V, fue asesinado en esa misma Torre, a orillas del Támesis, a la edad de doce años, por orden de Ricardo.

« Ricardo, duque de York, segundo hijo de Eduardo IV, también fue asesinado en dicha Torre —lúgubre, gótica, toda de piedras blancas—, a la edad de diez años, por orden de Ricardo.

« El hijo del duque de Clarence, encarcelado por Ricardo el día mismo de su coronación.

« La hija de Clarence, concedida en matrimonio, aún niña, a un simple gentilhombre, para que así no pudiese ser madre de reyes.

« La duquesa de York, madre de dos reyes, abuela de un rey y de una reina. Su marido y su hijo menor murieron o fueron asesinados en el curso de la guerra de las Dos Rosas. Su segundo hijo fue apuñalado en la cárcel por unos sicarios. El tercero, Ricardo, hizo asesinar a sus dos nietos. De toda su descendencia, sólo un hijo y una nieta fallecieron de muerte natural.

« La reina Margarita, viuda de Enrique VI : su marido fue asesinado en la Torre y su hijo murió en el campo de batalla.

« Lady Ana, esposa de Ricardo III, el cual mató a su padre y a su primer marido en las batallas de Barnet y de Tewkesbury, respectivamente, y dio orden de ejecutar a su suegro en la Torre, Ricardo la encarceló el día siguiente de su boda.

« El duque de Buckingham, confidente de Ricardo y su brazo derecho en la lucha por la corona, fue apuñalado por el propio Ricardo el año mismo de su coronación.

« El conde Rivera, hermano de la reina Isabel, lord Grey, hijo de la reina, y sir Tomás Vaugham, fueron ejecutados en Pomfret por orden de Ricardo aun antes de ser coronado.

« Sir Ricardo Ratcliff, organizador de la matanza de Pomfret y del golpe de Estado, murió dos años después en la batalla de Bosworth.

« Lord Hastings, barón, partidario de los Láncaster, detenido, puesto en libertad y encarcelado de nuevo, fue ejecutado por Ricardo, acusado de haber fomentado un golpe de Estado.

« Sir James Tyrrel, que asesinó en la Torre a los hijos de Eduardo IV, fue a su vez ejecutado.

« Nos aproximamos al final de esta terrible lista de personajes, mejor dicho, al final de esta contabilidad histórica. Todavía cabe mencionar a sir William Catesby, ejecutado después de la batalla de Bosworth, y al duque de Norfolk, que murió en el curso de esta batalla. Asimismo a varios lores y barones, que emigraron y lograron salvar su cabeza. Y las tres líneas últimas. Personajes anónimos. Copio : « Lores, cortesanos, gentileshombres, un mensajero del Estado, un sacerdote, un escribano, burgueses, asesinos recaderos, soldados, espectros. La escena se desarrolla en Inglaterra » (*Ricardo III*).

« Shakespeare se asemeja al mundo, o a la vida. Cada época halla en ésta lo que busca o lo que quiere ver en ella. El lector de mediados del siglo XX descifra *Ricardo III* o bien contempla cómo se representa en escena, ayudándose de su propia experiencia. No puede leer la obra o verla de otra manera. Y por eso

precisamente no le asusta la atrocidad shakespeariana o no le sorprende. Sigue la lucha por el poder y la manera como se matan entre sí los héroes de la tragedia más tranquilamente que muchas generaciones de espectadores y de críticos del siglo XIX. Más tranquilamente y, en todo caso, con una comprensión más real. No considera que la terrible muerte de la mayor parte de los personajes sea una necesidad estética, ni una regla obligatoria en la tragedia, que aporta la *catharsis*, ni tan siquiera un rasgo específico del inquietante genio de Shakespeare. Más bien considera la muerte atroz de los principales héroes como una necesidad histórica o como algo completamente natural. Incluso en *Tito Andrónico*, que sin duda Shakespeare compuso o escribió al mismo tiempo que *Ricardo III*, el espectador de hoy día descubre mucho más que una acumulación caricatural y grotesca de inútiles atrocidades, como proclamó la crítica del siglo XIX. Y cuando *Tito Andrónico* se puso en escena por Peter Brook, pongamos por caso, está dispuesto a aplaudir el momento de la matanza general del quinto acto con el mismo entusiasmo con que lo harían los caldereros, los sastres, los carniceros y los soldados del tiempo de Shakespeare. Entonces era un enorme éxito teatral. El espectador contemporáneo, al encontrar en las tragedias de Shakespeare su propia época, se aproxima por lo general, de manera inesperada, a la época shakespeariana. En todo caso la comprende perfectamente bien. »

(Jan Kott : *Shakespeare, nuestro contemporáneo.*)

BORGES, EL MEMORIOSO

Una historia extraordinaria es una historia mágica que hace turismo en el « país de las maravillas » y concluye por incorporarse a la realidad fantástica. La vida cotidiana es extraordinaria antes que cotidiana, pero a condición de que exista un poeta y el asombro que la revele o, simplemente, un chico que sepa maravillarse cuando descubre la luna reflejada en un estanque y sospecha que es un espejo, donde puede mirarse la cara para volver a creer en la luna, en el estanque y en su misma cara.

Jorge Luis Borges, que algún fichero inútil del mundo —tal vez, en « La Biblioteca de Babel »— confiaría : profesional en laberintos, el poeta memorioso que vio reflejada su cara y la cara del mundo en el río que tenía al lado y que, sin darse cuenta, escribió fábulas parecidas a aquellas que, seguramente, escribiera Dios cuando por ocio se obstinó en la literatura fantástica y fraguó un manuscrito infinito, impenitente, que terminó por llamarse Vida.

Borges es el rioplatense poeta y asombrado que hizo de su sorpresa un recuerdo y de su recuerdo el juego de los sueños con el que acercó un pedazo de realidad sudamericana. Como un Narciso criollo se miró la cara en el Río de la Plata, que creyó que era un estanque, donde se adormecería una fábula que podría ayudarnos a soñar con otros sueños y también a liberarnos de ellos. Esa fábula que sospechó Borges, está en *Fervor de Buenos Aires, Luna de enfrente Cuaderno de San Martín,* en *El idioma de los argentinos, Inquisiciones, Historia universal de la infamia, Historia de la eternidad,* en *Ficciones,* en *El Aleph...*

Todos los libros de Borges componen un largo esquema, voluntario, poético que tiene la apariencia de lección de lógica de bachiller suizo, aplicado, que sabe recordar a Plinio, a Plo-

POEMILLA N.° 5

Eres lirio
de agua entre las rocas.
Eres cantarillo
de la gracia
y alba de preguntas
Eres un revuelo
de arcangélica
arpa entretejida.
Eres inviolada
como intacta :
sin rastro de labios,
sin roce de manos.
Eres pura
como la campiña
bajo sol y nube.
Y purísimo
relente que vela.
En rito amoroso
te besara
esta cancioncilla
si sus ansias altas
no dijeran
menos que el silencio.
Ropaje de nube
intangible,
el tiempo te lleva
mirando en su orilla
luz que pasa.
Eres lirio de agua
y eres cantarillo
de la gracia.
Anunciación eres
y tú sólo quieres
soledad.

Gabriel Ulloa

(*De lo Celeste y tenebroso.* Editorial Iqueima, Bogotá, 1964.)

tino, a armadas egipcias, monjes medievales, a Myriam Hopkins, a Rabelais y a Mardrus, analizar a Martín Fierro o recitar cantos del Purgatorio de Dante. Borges es aplicado, bizantino, y es un poeta sudamericano. Fija el idioma, eventualmente, denunciando los pecados capitales, con tono desdeñoso y los convierte en pecados capitales criollos : el compadraje, el resentimiento, la desconfianza, la tristeza, que quedaran olvidados por la generosidad acriollada, esa infinita virtud que sabe inventar el perdón y debilitar la memoria.

Irrumpe Borges con « tono » nostálgico y humorista, en una literatura que pareciera más inspirada por el resentimiento y el sentimentalismo que por el rigor literario. Borges se desentiende del lugar común a la moda : el mensaje. Esta conducta le convierte en el escritor sospechoso que juega con la inteligencia antes que con la emoción. Se entrega a sus abstracciones como a una fatalidad, sabiendo de antemano que la metáfora no puede inventarse, porque existe desde siempre.

Para todos aquellos lectores que creen en la concreta, confortable, panfletaria literatura de la agresividad, porque buscan el suspenso y la anécdota y que las cosas sean nombradas con su nombre, estas abstracciones de Borges forman parte de la literatura para escritores. Además el coraje en Borges es más que una frase, que una situación, que una metáfora. Borges recrea un coraje, dentro de una realidad, donde se habla más del coraje que aquello que puede ser realizado por los actos. Borges lo recrea con la frase bien dicha, bien escrita. Su rigor es una suerte de agravio, y sus compadres fantasmales van más allá de la realidad de los hechos que los conforman, con aire desdeñoso viajan por el melodrama, por la traición, pero sin entregarse a la tragedia ni al acorde final.

En su abstracción Borges convierte a Buenos Aires en un puerto del Mediterráneo brumoso, con la luz del Río de la Plata, situado por azar al lado de una ciudad parecida a un damero con pretensiones de ser un laberinto, envuelta en la niebla y poblada por malevos soñadores. Es en este damero donde Borges sospecha criollos y peleas a cuchillo. Las recuerda o las inventa. Su enumeración de laberintos, de bibliotecas, de infamias de eternidades, de minotauros, no es más que un viaje de sonámbulo enamorado de la nada. Pero esta nada es el puerto Buenos Aires, o un espejo, donde puede sospecharse la cara un Narciso y no parecerle absurdo encontrar en cambio la cara de Ireneo Funes.

Borges es el único Funes, el memorioso que podría vagar por « Tlon Uqbar Orbis Tertius » y perderse en el Jardín de los senderos que se bifurcan. Todos sus poemas, sus ensayos, sus cuentos se parecen a Buenos Aires, al río de la Plata y se parecen a Borges. Son abstracciones porteñas, o pretextos para que un héroe cambie la muerte por el coraje, y para que dioses jóvenes y criollos nombren el Universo.

Tal vez Borges, no sea más que un poeta rioplatense que incomoda por su asombro, por su inocencia y por su memoria. Por rigor abandona la grandilocuencia y la retórica para viajar sin énfasis por la metafísica. Se aventura en lo extraordinario utilizando como medida la lógica. Inventa laberintos en la niebla, invoca la angustia, el terror y sus miedos, y se adueña del universo, porque se adueña de Buenos Aires como si sólo fuera un objeto que recuerda.

Seguramente este Borges que sueña metódicamente como un bachiller aplicado, es también un relojero romántico, en la medida de su juego escrupuloso con piezas diminutas, que compone mecanismos perfectos que brillan en la niebla como objetos infinitos indispensables. Su literatura es como un delirio involuntario, que reduce a esquemas la vida cotidiana y la convierte en pequeños sueños. Su abstracción es a veces un dato erudito que nos aproxima a un mundo lejano. Sus libros, un viejo libro único que sólo tiene la lógica de la ficción. Pero de su antiguo juego o comercio entre la razón y la ilusión, nace la fábula. Sus ficciones son brillantes perfectos, suspendidos en el espacio, coherentes y, seguramente, más antiguos que los brillantes. Forman parte de un sueño gobernado por aquel que lo sueña. Se parecen a una puñalada que pega en el corazón que ha elegido.

En la infinita enumeración borgiana todo parece lícito. Se pasa del plano real al irreal, los personajes cambian de conducta, lo cotidiano se metamorfosea en insólito. Sin embargo, todo está guiado por leyes secretas impuestas por su lógica interior, que nos ayudan a sospechar que la vida es un sueño de Dios y también un juego infinito de ficción y metafísica.

Ireneo Funes, « el compadrito de pueblo con cara taciturna y aindiada y singularmente remota detrás del cigarrillo » es un poco de Borges y un poco de todo hombre que pertenece a un sitio y viaja por el Universo. Borges es algo más que esa memoria infinita : « El solitario y lúcido espectador de un mundo multiforme, instantáneo y casi intolerablemente preciso. Babilonia, Londres, Nueva York han abrumado con feroz esplendor la imaginación de los hombres ; nadie en sus torres populosas o en sus avenidas urgentes ha sentido el color y la presión de una realidad tan infatigable como la que día y noche convergía sobre el infeliz Ireneo, en su pobre arrabal sudamericano. Le era muy difícil dormir. Dormir es distraerse del mundo ; Funes, de espaldas en el catre, en la

sombra, se figuraba cada grieta y cada moldura de las casas precisas que le rodeaban. Había aprendido sin esfuerzo el inglés, el francés, el portugués, el latín. Sospecho, sin embargo, que no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles casi inmediatos. »

No importa que Borges contraríe a Funes, porque generaliza y piensa, o que cante en secreto al Río de la Plata, a Buenos Aires, a Montevideo, ni que esas dos ciudades sean dos laberintos en la niebla, que sus héroes sean un tal Minotauro, un Dios, un Traidor, un Guerrero, un Héroe o un Enamorado. Aquello que importa es la soledad de un poeta, su exilio natural en su propia esquina. Aquello que importa es saber soñar y hacer soñar a los otros. Todo es lícito frente al sueño. La vida es una profesión de fe, un aprendizaje doloroso, donde el asombro se acepta con todas sus reglas. Aquello que importa es que ese laberinto que Borges invoca se parezca al mundo y que Borges se parezca al Hombre.

MARTA MOSQUERA

DOS REUNIONES INTERAMERICANAS IMPORTANTES EN MEXICO

Dos acontecimientos de muy distinto carácter tuvieron lugar en la ciudad de México durante el pasado mes de febrero : una reunión de poetas, « Primer Encuentro Americano », reunidos bajo el signo de « Unifiquémonos bajo la libertad » y el lema « Solidarios o Solitarios » (cuya alternativa no parece ser muy clara precisamente para escritores, los del más solitario oficio del mundo) ; y la *Mesa Redonda Latinoamericana de Periodismo*, organizada por la Oficina de Información Pública de las Naciones Unidas en cooperación con la CEPAL (Comisión Económica de la O.N.U. para América Latina).

Ambos acontecimientos parecieron caracterizarse por una extraña mezcla de inseguridad y éxito. Esto es, al mismo tiempo que muchos de los participantes en las dos importantes reuniones advirtieron o manifestaron signos de « no entender precisamente para qué estaban reunidos », fue indudable el saldo positivo que pudo lograrse tras largas y sesudas deliberaciones.

*

El *Primer Encuentro Americano de Poetas* recibió muchas adhesiones iniciales e internacionales ; desde la tan esperada de Henry Miller hasta la de Allen Ginsberg, el primer poeta *beat* norteamericano que alcanzó celebridad mundial (con su poema, verdaderamente bueno, « Howl »), o la del argentino Julio Cortázar (quien envió una regocijante « llamada de atención señalando los peligros de tomar las cosas, la cosa, demasiado en serio « ¡Qué me dice, señora Rodríguez! » « ¡Así anda el mundo, Doctor López!»).

Y si algo caracterizó el Encuentro, fue precisamente su desusada, inesperada y desmesurada *seriedad*. La aparente y total falta de sentido de humor o de alegría hizo preguntar si los jóvenes (el promedio de edad de los organizadores y la mayoría de concurrentes fue de veintitantos años) siempre han sido así o si sólo lo son ahora... en concordancia con los tiempos mismos que parecen haberse puesto serios.

La palabra no es ni siquiera ésa —« serios »—, y como a veces el idioma propio no alcanza a dar la noción que pretendemos, apelamos al vocablo inglés *earnest* (de vieja y sabrosa prosapia desde el título de la obra de Oscar Wilde que hay que traducir como *La importancia de llamarse Ernesto*). Earnest, dice nuestro gastado diccionario de Appleton es adjetivo y significa, serio, formal, extremo, fervoroso, activo, celoso, diligente, atento, cuidadoso, grave, importante...

Hubo de todo en la poética reunión : desde la dama « antigua » que pretendió que la reunión se pronunciara sobre el no menos viejo tema de « la dignidad humana », hasta el joven poeta nicaragüense que afirmó que le importaba un rábano la susodicha dignidad..., desde los que quisieron hacer política so pretexto de poesía, hasta los que quisieron hacer poesía so pretexto de política (la última sesión fue virtual y peligrosamente *copada* por elementos comunistoides, a la cabeza de los cuales y practicando su peculiar concepto dialectal de la libertad de palabra, el patético escritor José Revueltas

QUADERNI IBERO-AMERICANI

Attualità culturale
nella
Penisola Iberica e America Latina

Direzione, Redazione,
Amministrazione, Pubblicità
VIA PO, Nº 19, TORINO (Italia)

leyó una larguísima y aburrídisima diatriba contra Stalin, en prosa naturalmente) ; en fin, desde un joven poeta mexicano que asistió envuelto sólo en una sábana, dispuesto a « enajenar » el ambiente de « incomunicación » (todo muy a lo Antonioni), y no pasó nada, hasta los resultados favorables y concretos que se manifestaron en el conocimiento *personal* de asistentes de muy diversos países y de sus respectivas publicaciones —Argentina con Miguel Grinberg, organizador principal de la reunión junto con los editores mexicanos del *Corno Emplumado*, Sergio Mondragón y la neoyorquina Margaret Randall, y editor él mismo de *Eco Contemporáneo* en Buenos Aires, acompañado de Leandro Katz, del grupo de la revista *Airón*, también de Buenos Aires ; Venezuela, con los poetas del movimiento « El Techo de la Ballena », quizá lo más original y auténticamente valioso representado en el evento, poetas tristes que por sus saltos de mata al acecho de la política latinoamericana parecen esperar la muerte o la cárcel en cualquier momento ; Colombia, con autores y libros del movimiento « Nadaísta » que regocijantemente preside el « compañerito » Gonzalo Arango, tal vez como imprescindible antídoto literario-humorístico contra la extraordinaria violencia desatada en su país ; Nicaragua, con un grupo de singulares poetas agrupados en la revista de orientación católica « El Pez y la Serpiente », que apadrina desde lejos (ahora es monje trapense en Colombia) Ernesto Cardenal, discípulo de Thomas Merton ; etcétera.

*

En cuanto a la *Mesa Redonda Latinoamericana de Periodismo*, tuvo por objeto principal procurar que los periódicos de América dediquen mayor atención a las cuestiones económicas de sus países en relación con el apoyo y la asistencia técnica que a ellas pueda prestar la organización mundial de las Naciones Unidas y sus agencias especializadas. Asistieron 31 dirigentes del periodismo de casi todos los países del Continente, inclusive de Jamaica y Trinidad.

El punto culminante de la reunión estuvo a cargo del ya famoso Dr. Raúl Prebisch, antiguo director de la CEPAL y ahora secretario general de la *Conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo* que tendrá lugar en Ginebra desde el 23 de marzo al 15 de junio de 1964. Sus conceptos fueron sobrecogedoramente apocalípticos, a todas luces sinceros e imparciales, y en definitiva, aunque parezca mentira o paradójico, optimistas.

Baste citar algunos :

— A la tasa del 5 por ciento de desarrollo (financiero, industrial, comercial) llevaría 80 años a los países subdesarrollados igualar a Europa occidental (la que a su vez, naturalmente, seguiría creciendo en ese lapso y ahondando la diferencia de niveles). Eso, en general, ya que los países que apenas comienzan a desarrollarse (otros están por la mitad, o en la condición singular de Argentina que ha señalado un economista inglés, de « dis-desarrollo », desarrollo interrumpido) tardarían 200 años...

— En estas condiciones, no es posible esperar ; *hay que quemar etapas*...

— Si los años venideros continúan al mismo ritmo que el decenio último, puede calcularse para el año 1970 un déficit en el intercambio comercial internacional por el monto pavoroso de 20.000 millones de dólares...

— Un déficit tal, el mundo no podría soportarlo ; ni por el lado de los países deudores ni —he ahí la paradoja más notable— por el de los países acreedores...

— No es cierto que las naciones de mayor población y altamente industrializadas (precisamente por esto mismo) requieran más cantidad de materias primas para su consumo interno : por ejemplo, el consumo de trigo en los Estados Unidos es hoy igual que hace 50 años, a pesar del natural aumento de habitantes, adicionándose dicho requerimiento con productos manufacturados...

— El costo del deterioro de precios (principalmente de materias primas) en el intercam-

ECO

REVISTA DE LA CULTURA DE OCCIDENTE

ENERO 1964 **45** TOMO VIII-3

C.F. Von Weizsacker, *Las condiciones de la paz*

Henri Lefebvre, *Edipo*

Robert Graves, *El mito de Edipo*

Karl Lowith, *La fatalidad del progreso*

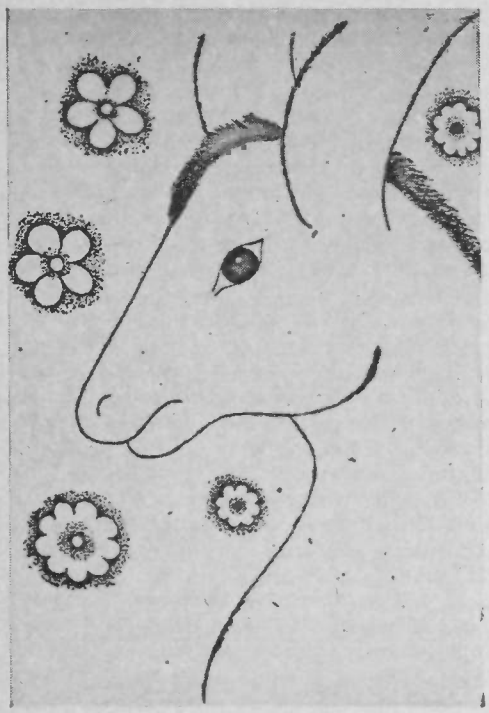
Gottfried Benn, *Bloque II, Habitación 66*

En memoria de Theodor Heuss

BUCHHOLZ, BOGOTA

$ Col. 6.00 U.S. $ 0.60

bio comercial internacional ha significado ¡13 mil millones de dólares! entre 1950 y 1962 para los países « subdesarrollados » (o sea, los productores de dichas materias primas) ; gran parte de lo cual ha debido soportarlo América Latina...



(Dibujo de Nora Borges)

A PLATERO, EN EL CIELO DE MOGUER

Pequeño como un niño, blando y suave,
pareces de algodón, leve criatura.
Lleno de mansedumbre y de dulzura,
eres tibio y sonoro como un ave.

Sólo el poeta tu destino sabe.
Tu dulce nombre evoca tu hermosura,
tu mirada es un río de ternura,
y tu recuerdo en un poema cabe.

Yo te veo en tu cielo, rodeado
de nubes y de azules mariposas,
en tu frente un lucero desvelado.

¡Cómo añoran los niños tu alegría
y cómo están sin ti solas las rosas,
fugaz criatura de la poesía!

OSCAR ECHEVERRI MEJIA

— Si se abrieran las puertas a los productos industriales nuevos de los países en vías de desarrollo, aunque sólo fuera por valor de la mitad de ese déficit mencionado, que de otro modo habrá de realizarse hacia 1970, o sea por valor de 10 mil millones de dólares en los años que van desde 1962 al 70, ello sólo significaría un 4 o un 5 por ciento de incremento en el consumo interno de los países « desarrollados », en ese lapso.

Cabe finalizar aquí con estas palabras del Secretario General de las Naciones Unidas, Dr. U Thant, en su mensaje a esta reunión :

« Una de las necesidades más imperiosas de la sociedad contemporánea es emprender un esfuerzo común para conducir a más de dos tercios de la población mundial a condiciones compatibles con la dignidad humana. »

LUIS GUILLERMO PIAZZA

CYRO SCOSERIA

El conocido crítico teatral Cyro Scoseria falleció el 6 de febrero.

Scoseria representa la mejor tradición de la crítica teatral uruguaya en lo que va de siglo. Figura notoria por su autoridad en la materia, así como por su noble calidad humana, fue maestro de varias generaciones de críticos formados en el ejemplo de su rectitud y de su criterio constructivo. Tenía alma y tenía estilo, y desde las páginas del diario *El Día* —donde desempeñó desde 1915 el cargo de crítico teatral, acreditado por un carnet del Círculo de la Prensa —que para él tenía valor histórico, pues estaba firmado por José Enrique Rodó—, ejerció un magisterio espiritual que podía haberse inspirado en el Próspero de la lección ariélica.

Era hijo de un médico ilustre, pero él no heredó la vocación científica, y acrisoló una sólida cultura intelectual y artística, madurada en sus viajes al Viejo Mundo, donde asistió a cursos de la Sorbona y de la « Schola Cantorum » dirigida por D'Indy. Había visto a Coquelin y a la Bernhardt, a la Duse y a Zacconi, a Salvini, a Ruggeri, a la Borelli, a Pirandello, en fin, a las máximas figuras del teatro universal, manteniendo con muchas de ellas un valioso epistolario.

Su vida fue sacrificada, pues debió superar la mudez, que fue el saldo de un ataque de meningitis en la infancia. Su luminosa inteligencia salvó el defecto físico, con admirable entereza. Tenía 72 años al morir.

El teatro nacional tuvo en Scoseria un símbolo de la dignidad moral con que se debe ejercer la función crítica.

DORA ISELLA RUSSELL

¿ FIN DEL « KENNEDYSMO » ?

« El Presidente Kennedy había elegido apoyar el reformismo en América Latina. Se puso de manifiesto la fragilidad de esta política a causa de su profunda contradicción con la estructura misma de los Estados Unidos. El reformismo en América Latina implica necesariamente un determinado socialismo, el cual, por moderado que sea, asusta al ciudadano medio norteamericano y choca directamente con los intereses de las grandes compañías privadas. Sin embargo, comienza a dibujarse una indudable evolución de la opinión pública y, por poderoso que sea, el *big business* no domina por completo el gobierno de Washington. La política de Kennedy aparecía como algo difícil, pero no absolutamente imposible.

« Esta política parece abandonada en beneficio de otra, de signo contrario, que consiste en meter en un mismo saco a reformistas y a revolucionarios, todos ellos bautizados comunistas o castristas, y en conservar el orden existente, cambiando el menor número de cosas posible. Como este orden es cada día más discutido y el juego de la democracia terminaría por derrocarlo, se le mantendrá por la fuerza, es decir, mediante regímenes militares. Unas recientes declaraciones oficiales anunciaron ese apoyo a los « buenos » generales. El « putsch » brasileño resulta la primera aplicación. Todo hace creer que se producirán otros.

« Tal política parecerá, a breve plazo, beneficiosa. Mediante la represión y la dictadura se hará callar no sólo a los marxistas de todas las tendencias, sino a los reformistas (el presidente Goulart se emparienta más con M. Maurice Faure o M. Pflimlin que con M. Maurice Thorez). La propagación del castrismo se verá aparentemente detenida. Esto puede durar bastante tiempo en muchos países, puesto que los elementos revolucionarios son aún muy débiles. Pero nadie puede creer que durará eternamente. Nadie puede imaginarse que las estructuras arcaicas de América Latina podrán ser mantenidas indefinidamente mediante regímenes de mano dura. »

(MAURICE DUVERGER, *Le Monde*, París, 10 de abril de 1964.)

Temas y autores

Con la muerte de Jean Sarrailh, antiguo rector de la Sorbona y grande y sabio amigo del mundo hispánico en Francia, hemos perdido al creador del Instituto de Altos Estudios para la América Latina. EDUARDO SANTOS, el colombiano ilustre, evoca, como sólo él podía hacerlo, a su amigo de muchos años, en su con-

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envío la cantidad de ....., importe de una suscripción a *Cuadernos* por un periodo de ..... a partir del N.º ....., a nombre de (1) :

.....

.....

.....

(1) Indíquese la dirección completa.

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9992-63) a la administración de *Cuadernos*, 23, rue de la Pépinière, Paris 8e.

Francia : 1 año : 25 F — Norteamérica : 1 año : 6 $ USA

Europa : 1 año : 28 F — América Latina : 1 año : 5 $ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.

dición de testigo de algunos episodios ejemplares de su vida... NUNO VELOSO, sociólogo brasileño, ha escrito para *Cuadernos* el cuadro impresionante de « Villa Miseria » en Río de Janeiro, que cobra actualidad dramática en esta hora del Brasil... Un perspicaz observador brasileño, antiguo embajador en Gana, RAIMUNDO SOUZA DANTAS, tiene títulos que pocos pueden disputarle para introducirnos al nuevo mundo africano con su « Espejismo africano »... JUAN LOZANO Y LOZANO, embajador de Colombia en Roma, es uno de los más brillantes y agudos ensayistas políticos de la hora actual : su estudio sobre « La extraña hazaña del presidente Betancourt » es una vívida página sobre la figura del venezolano que sorteó en su administración los días más difíciles que haya contemplado en estos años mandatario alguno de América Latina... LUIS ALBERTO SANCHEZ recuerda un hecho histórico que sigue siendo para América lección de impresionante actualidad : el día en que ante el Congreso del Perú « el Libertador declina la dictadura »... Un hispanista como el profesor CHARLES V. AUBRUN, capaz de dar forma precisa en lengua española a sus penetrantes observaciones de crítico, es un guía mágico para orientarnos dentro del laberinto de la literatura, como lo hace en su estudio « Incomparable literatura, o la crisis de la literatura comparada »... Entre los escritores paraguayos, NATALICIO GONZALEZ sigue siendo un maestro ; su estudio sobre « Las aves del Paraguay » forma parte de su obra sobre la geografía de su país, obra de tan múltiples atisbos que es ejemplar en América... El español ESTEBAN SALAZAR CHAPELA continúa en Londres la vieja tradición de los emigrados españoles, que nunca han olvidado en la nórdica metrópoli los ejercicios espirituales de su lengua : « Destino y casualidad » es un cuento que parece una historia... JORGE CARRERA ANDRADE, el poeta peregrino del Ecuador que tanto mundo ha corrido, ahora, desde Nicaragua, vuelve a su tema de América, en donde se mueve como el pez en el agua, para escribir la « Teoría del guacamayo », el ave de la utopía, ante la cual desgrana el maíz dorado de sus días... El español JOAQUIN CASALDUERO, desde Nueva York, dialoga con Guillermo de Torre, en torno a « El curioso impertinente en el Quijote de 1605 », diálogo que será tan grato para los cervantistas como para los simples curiosos de las historias del « Quijote »... La novedad artística de este mes en París viene de Turquía : la constituye la exposición del arte hitita, que DAMIAN CARLOS BAYON comenta aludiendo al hecho fundamental de que la cultura hitita no tiene sólo un valor propio, sino que es un puente entre Egipto, Mesopotamia y Grecia.

Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

Director
GERMAN ARCINIEGAS

Consejo de Honor
Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Mariano Picón-Salas, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos y Erico Veríssimo

Redacción en París
Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

Consejo de Redacción
Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, José Luis Martínez, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

Arte
Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

Ilustrador
Sergio Trujillo Magnenat

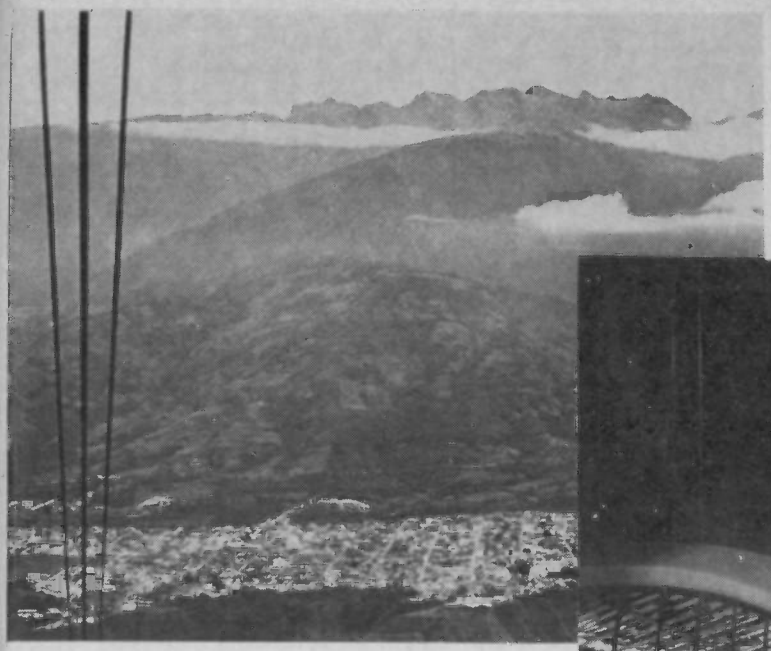
Corresponsales
Asunción : Josefina Plá
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela
Buenos Aires : H.A. Murena
Caracas : Guillermo Morón
La Paz : Fernando Díez de Medina
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz
Montevideo : Dora Isella Russell
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo
Nueva York : Joaquín Maurín
Quito : Alejandro Carrión
Santiago : Raúl Silva Castro

Administrador
Tomás Urbiztondo

Gerente para América Latina
Manuel José Jaramillo

Redacción y Administración
23, rue de la Pépinière, Paris (8)
Teléfono : EUR. 37-59

VENEZUELA



CIUDAD DE MERIDA
DESDE EL TELEFERICO DE LA SIERRA NEVADA
(EL MAS ALTO DEL MUNDO)

HOTEL HUMBOLT
PICO AVILA (CARACAS)

La CORPORACION NACIONAL DE HOTELES Y TURISMO, C. A. CONAHOTU contribuye poderosamente al desarrollo del Turismo en Venezuela. Sus once hoteles están estratégicamente distribuidos por todo el país y brindan la oportunidad de visitar cómodamente una diversidad de paisajes que van desde las playas tropicales hasta las nieves perpetuas del Pico Bolívar en los Andes.

RUINAS DE NUEVA CADIZ EN LA ISLA CUBAGUA. PRIMERA CIUDAD CONSTRUIDA POR EUROPEOS EN AMERICA.

Fotos : ANDRES FLOREAL ALVAREZ

CONAHOTU

CORPORACION NACIONAL DE HOTELES Y TURISMO C. A. CONAHOTU

APARTADO DE CORREOS 6651 - CABLE Y RADIO « CONAHOTU » — CARACAS - VENEZUELA

B.D.I.C

El proximo 23 de diciembre se jugará en Bogotá la lotería más cuantiosa y aprestigiada de Colombia: el
SORTEO EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD

PREMIO MAYOR Ps. Col. 5.000.000 Aprox. U. S.$ 500.000
1er. Premio Seco Ps. Col. 2.000.000 Aprox. U. S.$ 200.000
2o. Premio Seco Ps. Col. 1.000.000 Aprox. U. S.$ 100.000
3er. Premio Seco Ps. Col. 1.000.000 Aprox. U. S.$ 100.000

En total son 7.031 Premios que valen Ps. Col. 16.200.000.00
(Aproximadamente 1.620.000 Dólares)

Pida su billete del SORTEO EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD al Apartado Aéreo 161, Manizales (Colombia) Valor 50 Dólares

SORTEO EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD

Respaldado por las Loterías de Beneficencia Pública de Cundinamarca, Valle, Manizales, Libertador, Tolima y Boyacá.

CUADERNOS

Revista Mensual

23, rue de la Pépinière, París (8) (Francia). Tel. : EUR. 37-59

SUSCRIPCIONES

Francia	*Otros países europeos*	*América del Norte*	*América Latina*
1 año : 25 F	1 año : 28 F	1 año : 6 $ USA	Informarse cerca del
6 meses : 13 F	6 meses : 15 F	6 meses : 3,25 $ USA	agente de cada país

AGENTES

ALEMANIA
BERLIN-Dahlem, Schorlemerallee 26, « Der Monat ».

ARGENTINA
BUENOS AIRES, Editorial Sudamericana, Alsina 500.

BELGICA
BRUXELLES, Agence et Messageries de la Presse, 14-22, rue du Persil (C.C.P. 416-69).

BOLIVIA
LA PAZ, Gisbert y Cía., Calle Comercio 125, Librería Selecciones, av. Camacho 369. — Universal Bookstore, Mercado 68. — COCHABAMBA : Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España.

BRASIL
RIO DE JANEIRO, Hachette, 299, av. de Erasmo Braga, 3º andar.

CHILE
SANTIAGO : Distribuidora Mistral Ltda., Huérfanos 656. Suscripciones : Catedral 1261.

COLOMBIA
BOGOTA, Representante General : Héctor Angel Correa, Av. Jiménez nº 9-43, Of. 509 - Teléfono 42 91 65 - Ap. Aéreo 13.299.

DINAMARCA
COPENHAGUE S, M. Schleimann, 17 Islands Brygge.

ECUADOR
QUITO, Su Librería, Plaza Independencia.

ESTADOS UNIDOS
NEW YORK 11, Gerome Gutiérrez, Lectorum Corporation, 185, Seventh Av.

FILIPINAS
QUEZON CITY, M. Francisco Sionil José, 108 C Santol Sta. Mesa.

HOLANDA
LA HAYA, Martinus Nijhoff, Lange Voorhout 9.

INGLATERRA
LONDRES S.W.1. « Encounter », Panton House 25 Haymarket.

ISRAEL
TEL AVIV, Steimatzky's Agency Limited, Citrus House, P.O. Box 628.

ITALIA
ROMA, Associazione Italiana per la Libertà della Cultura, Via Giuseppe Pisanelli 2 (C.C.P. 1-8363). Librería Internazionale Paesi Nuovi, Via Aurora 33-35.

MARRUECOS
CASABLANCA, Sochepresse, 1, Place de Bandoeng.

MEXICO
MEXICO, D.F., Muñoz Hermanos Internacional. Dr. C. Bernard, 180. Suscripciones : Agencia General Mexicana, Av. Patriotismo nº 328, México 18 D.F. - Tél. 15 10 12.

PANAMA
PANAMA, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza Arango.

PARAGUAY
ASUNCION Mares e hijos, Calle Estrella 972-986.

PERU
LIMA, The University Society Peruana, av. Piérola 798 - Librería Mejía Baca, Jirón Azángaro 722.

PORTUGAL
LISBOA, Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes, Rua S. Pedro de Alcantara, 63, 1.º Do.

PUERTO RICO
SAN JUAN, Librería Campos, San Francisco 266. — RIO PIEDRAS, Librería Universidad de Puerto Rico, Apartado 2102.

REPUBLICA DOMINICANA
SANTO DOMINGO, Librería Amengual, El Conde, 49.

EL SALVADOR
SAN SALVADOR : Librería Cultural Salvadoreña, Edif. Veiga, 2a, Av. Sur.

SUIZA
GINEBRA, Naville et Cie, 5-7, rue Lévrier (C.C.P. 1-116).

URUGUAY
MONTEVIDEO, Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Calle Ciudadela 1424.

VENEZUELA
CARACAS, Press Agencias, S.A., Edificio El Nacional. Apartado 2763.

Directeur-Gérant de la pubication : J. CARAT

« E.P. », 232, rue de Charenton, Paris-12

No hay País Libre sin su Flota Mercante

B.D.I.C

La Flota Mercante Grancolombiana no es un patrimonio particular sino una empresa de todos los colombianos

El número : 3 F

Printed in France

SUPLEMENTO AL Nº 92 DE « CUADERNOS » (ENERO 1965)

B.D.I.C

INDICE DE MATERIAS DE " CUADERNOS "

1964
juil - déc.

(Julio 1964 - Diciembre 1964)

ARTICULOS	Nº	Pág.
Jean Sarrailh (*Eduardo Santos*)	85	3
Espejismo africano (*Raimundo Souza Dantas*)	85	8
La extraña hazaña del Presidente Betancourt (*Juan Lozano y Lozano*)	85	21
Villa Miseria (*Nuno Veloso*)	85	29
El Libertador declina la dictadura (*Luis Alberto Sánchez*)	85	33
Incomparable literatura o la crisis de la literatura comparada (*Charles V. Aubrun*)	85	48
Portugal y sus dominios en Africa (*Virgilio de Lemos*)	86	3
Radiografía de la cultura ecuatoriana (*Jorge Carrera Andrade*)	86	17
Venezuela : una revolución en marcha (*Alfredo Pareja Diezcanseco*)	86	28
Shakespeare y el arte de su tiempo (*Damián Carlos Bayón*)	86	37
Machado a los veinticinco años de su muerte (*Guillermo de Torre*)	86	51
El viaje del general de Gaulle en México (*Luis Guillermo Piazza* y *Gloria Pantoja*)	86	67
Shakespeare y las unidades (*Jorge Luis Borges*)	87	2
Un celoso que oye la conferencia de la mujer por medio de un fraile, y le da muerte (*Matteo Bandello*)	87	5
Proceso de la integración latinoamericana (*Andrés Townsend*)	87	12
Los cuartelazos, la democracia y el leninismo (*Manuel Urrutia Lleo*)	87	17
El trabajo en el Africa negra (*Rubén O.J. Rotondaro*)	87	23
En busca de un cine mexicano (*Néstor Almendros*)	87	31
Un precursor de las expediciones botánicas : el Padre Luis Feuillée (*Gabriel Giraldo Jaramillo*)	87	37
Nathalie Sarraute (*J.G. Weightman*)	87	55
La batalla de Ginebra : hablan los africanos (*Juan Antonio Campuzano*)	88	19
Retrato de un dictador : Benito Mussolini (*Luigi Barzini*)	88	26
Carta a Jorge Luis Borges (*Victoria Ocampo*)	88	41
Centenario de Unamuno (*Felipe Cossío del Pomar*)	88	49
Cartas a Alcides Argüedas (*Miguel de Unamuno*)	88	57
El cine mexicano hasta su madurez (*Néstor Almendros*)	88	63
Las carabelas del mundo muerto (*Arturo Uslar-Pietri*)	89	3
La política en la obra de Valéry (*Edmée de la Rochefoucault*)	89	14
América Latina frente a los países ricos (*Juan Antonio Campuzano*)	89	19
Villamiseria en Buenos Aires (*Bernardo Verbitsky*)	89	32
El pueblo de « Exodo » (*Benno Weiser*)	89	53
El cine mexicano : desde la etapa industrial hasta la « nueva ola » (*Néstor Almendros*)	89	57
John F. Kennedy en el pedestal de la historia (*Joaquín Maurín*)	90	3
Goldwater, ¿enfermedad de las derechas? (*Richard H. Rovere*)	90	17
Jawaharlal Nehru (*Arnold Toynbee*)	90	23
Elogio de John F. Kennedy (*Martin Luther King*)	90	27
Historia original de Romeo y Julieta (*Matteo Bandello*)	90	30
Lo americano en « Los Raros » de Rubén Darío (*David Lagmanovich*)	90	49
Manuel (*Oscar Lewis*)	90	58
Cayó el águila azteca (*Carlo Coccioli*)	90	66
Los cuatro grandes bloques económicos (*Juan Antonio Campuzano*)	90	77

4° P
5926

Cuba : Refinerías nacionalizadas y comercio con Europa (*Rómulo Betancourt*) 91 3
Las palabras (*Jean-Paul Sartre*) 91 13
Recuerdo y presencia de Unamuno (*Antonio Espina*) 91 23
Carta inédita (*Miguel de Unamuno*) .. 91 32
Ricardo Palma al descubierto (*Luis Alberto Sánchez*) 91 33
Sudor y sangre en el Balsas (*Salvador Pineda*) 91 37
Cautivos de los infieles (*Guillermo Gallardo*) 91 73

ENCUESTA

La novela en América Latina ((*Roberto F. Giusti, Salvador Reyes, Manuel Peyrou, E. Caballero Calderón, Lino Novas Calvo, Alberto Zum Felde, Clemente Airó y Benjamín Carrión*) .. 88 3
La novela en América Latina (*Enrique Anderson Imbert, José Agustín Balseiro, Fernando Díez de Medina, Raúl Botelho Gosálvez y Renato Ozores*).. 89 7
La novela en América Latina (*Arturo Croce*) 91 50

DIALOGOS

« El curioso impertinente » en el « Quijote » de 1605 (*Joaquín Casalduero*) 85 73
Las elecciones chilenas (*Bernardo Ibáñez*) 85 75
Las cartas amorosas de la monja (*J. Díez Cadavid*) 86 56
Los problemas del barroco (*Guillermo de Torre*) 89 69
En defensa de Sábato (*N.*) 89 74
Defensa de Mariana Alcoforado, la monja portuguesa (*Guillermo de Torre*) 91 53

RELATOS

Destino y casualidad (*Esteban Salazar Chapela*) 85 57
La cámara oscura (*Sylvain Bemba*) 86 8
La venganza (*Manuel Mejía Vallejo*) .. 87 65
El solitario de cabellos bermejos (*Elmo Valencia*) 87 74
El orfelinato (*Hubert Fichte*) 88 43
La sed en el agua (*Mario Guerrero García*) 89 25
Reencuentro (*Rolina Ipuche Riva*) 90 71
Las gallos (*Roberto Olivera Unda*) 91 62

ARTE

Hititas en París (*Damián Carlos Bayón*) 85 43
El sentido crítico en el arte (*Luis Quintanilla*) 86 41
El mercado de la pintura (*Felipe Cossío del Pomar*) 87 43
El monumento del siglo XIX : los 75 años de la Torre Eiffel (*Damián Carlos Bayón*) 88 73
El artista y su deuda (*Sara de Ibáñez*) 89 63
Miguel Angel inventor (*Damián Carlos Bayón*) 90 45
Fotografías (*Carlos Castro Saavedra*) .. 91 49
Napoleón y la guerra de España (*Luis Quintanilla*) 91 65

POESIA

Teoría del guacamayo (*Jorge Carrera Andrade*) 85 27
Byron revisited (*Alberto Girri*) 86 26
Ofelia (*León de Greiff*) 87 3
Invasión de los bosques (*Carlos Castro Saavedra*) 87 30
Estío (*Rafael Angel Insáusti*) 88 18
Tres poemas (*Eugenio Florit*) 88 71
Trabajos del amor nunca perdido (*Marco Antonio Montes de Oca*) 89 49
La noche de los niños (*Gloria Inés Arias Nieto*) 89 74
Grabado (*Miguel Otero Silva*) 90 26
Dos poemas (*César Tiempo*) 90 34
Aire de sentimiento (*Arturo Torres-Ríoseco*) 90 57
Exacto de gorriones (*Enriquillo Rojas Abreu*) 91 10
Requiem (*Raúl Vera Ocampo*) 91 10
Hombre de la montaña (*Osvaldo Rossler*) 91 11

CIENCIA

Las aves del Paraguay (*Natalicio González*) 85 67
El primer horizonte agrícola de América (*Douglas S. Byers*) 86 59
Atisbos del mundo de mañana (*Aldunate Phillips*) 86 62
Magia y ciencia entre los Incas (*Louis Baudin*) 87 76
La aventura política en la época del átomo (*Charles-Noël Martin*) 88 76
Norbert Wiener y la cibernética (*Arturo Aldunate Phillips*) 89 75
Carne artificial (*Magnus Pyke*) 91 78

CRONICAS

Latinoamérica en los Estados Unidos (*Roberto Esquenazi-Mayo*) 86 82
Latinoamérica en Francia (*Jacinto Luis Guereña*) 86 83

LIBROS

« Los pasos contados », de Corpus Barga (*María Scuderi*) 85 77
« Treinta, treinta », de Dalmiro A. Sáenz (*H.A. Murena*) 85 79
« Pasión por Vallejo », de José Manuel Castañón (*I.I.*) 85 80
« Sevilla », de Juan Ramón Jiménez (*Dora Isella Russell*) 85 81
« Picardía mexicana », de A. Jiménez (*Luis Guillermo Piazza*) 85 81
« Tres mundos : Cataluña, España, Europa », de José Ferrater Mora (*Ezequiel de Olaso*) 85 82
« Cronistas de las culturas precolombinas », de Nicolau d'Olwer (*Luis Guillermo Piazza*) 85 83
« Los nombres de Unamuno », de Ezequiel de Olaso (*H.A. Murena*) 86 73
« Direcciones del modernismo », de Ricardo Gullón (*I.I.*) 86 74
« Historia de la medicina en el Ecuador », de Virgilio Paredes Borja (*Augusto Arias*) 86 75
« El escritor y sus fantasmas », de Ernesto Sábato (*Luis Guillermo Piazza*) 86 77
« Un estudio sobre Cuba » (*José Ignacio Rasco*) 86 78
« Verano inmoral », de Víctor Sáiz (*Josefina Plá*) 86 79
« Don Judas Romero », de Miguel Angel Padilla (*R.*) 86 80
« Filosofía y mito de la historia », de Marcelo N. Abadi (*Ezequiel de Olaso*) 86 81
« La Ilustración, tema angular de Hispanoamérica » (*Salvador Cruz*) 87 81
« El hijo del árbol », de Augusto Iglesias (*R.*) 87 83
« El Elefante », de Slawomir Mrozek (*I.I.*) 87 84
« Les mots », de Jean-Paul Sartre (*H.A. Murena*) 87 85
« Panorama de la filosofía iberoamericana actual », de Abelardo Villegas (*Ezequiel de Olaso*) 87 86
« Viajero sobre la tierra », de Belisario Betancur (*Fernando Arbeláez*) 87 87
« Las brújulas muertas », de Roger Plá (*Josefina Plá*) 87 88
« Seis poetas uruguayos » (*A. Girri*) .. 88 82
« Panorama histórico de la literatura cubana », de Max Henríquez Ureña (*José Olivio Jiménez*) 88 84
« La muerte de Honorio », de Miguel Otero Silva (*Paul Verdevoye*) 88 85
« Punta de rieles », de Manuel Rojas (*Ivonne A. Bordelois*) 88 86
« Initiation philosophique », de Amédée Ponceau (*Charles Blanchet*) 88 87
« Obras », de E. Caballero Calderón (*Agustín Rodríguez Garavito*) 88 89
« La vida cultural en el Africa Negra de habla portuguesa » (*Virgilio de Lemos*) 89 81
« Controversia sobre Latinoamérica », de A.O. Hirschman (*Ezequiel de Olaso*) 89 85
« Tres conceptos de la literatura hispano-americana », de Guillermo de Torre (*Paul Verdevoye*) 89 86
« Relación varia de hechos, hombres y cosas de estas Indias meridionales » (*Alejandra Pizarnik*) 89 87
« Obras completas », de Alfonso Reyes (*Luis Guillermo Piazza*) 90 85
« Entre el Mar Rojo y el Mar Muerto », de Germán Arciniegas (*Ezequiel de Olaso*) 90 86
« El tema de España en la poesía española contemporánea », de José Luis Cano (*I.I.*) 90 87
« Arbol de Diana », de Alejandra Pizarnik (*Enrique Molina*) 90 89
« Jaguar puro inmarchito », de Carmen Conde (*Dora Isella Russell*) 90 90
« Spain under the Habsburgs », de John Lynch (*E. Salazar Chapela*) 91 82
« Obra selecta », de Carlos Castro Saavedra (*Alejandra Pizarnik*) 91 83
« Vida de José Ingenieros », de Sergio Bagú (*Ezequiel de Olaso*) 91 85
« Gestos », de Severo Sarduy (*H.A. Murena*) 91 85
« El tiempo que ni vuelve ni tropieza », de Julián Marías (*I.I.*) 91 87
« Partidos políticos en Argentina », (*Alicia Justo*) 91 88

NOTAS

Colaboraciones en este semestre de : *José de Alba, Raúl Andrade, Charles V. Aubrun, José A. Balseiro, Alejandro Carrión, Salvador Cruz, K.B., Segisfredo Luza, Marta Mosquera, Marie Pascal, Luis Guillermo Piazza, Mathilde Pomès, Dora Isella Russell, Hernando Téllez* y *A. de Undurraga.*

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

AIRO Clemente : *La novela en América Latina* 88 8
ALDUNATE PHILLIPS Arturo : *Atisbos del mundo de mañana* 86 62
Norbert Wiener y la cibernética 89 75
ALMENDROS Néstor : *En busca de un cine mexicano* 87 31
El cine mexicano hasta su madurez 88 63
El cine mexicano : desde la etapa industrial hasta la « nueva ola » 89 57
ANDERSON IMBERT Enrique : *La novela en América Latina* (*Encuesta*) 89 7
ARBELAEZ Fernando : « *Viajero sobre la tierra* », *de Belisario Betancur* 87 87
ARIAS Augusto : « *Historia de la medicina en el Ecuador* », *de Virgilio Paredes Borja* 86 75
ARIAS NIETO Gloria Inés : *La noche de los niños* (*Poema*) 89 74
AUBRUN Charles V. : *Incomparable literatura o la crisis de la literatura comparada* 85 48
BALSEIRO José Agustín : *La novela en América Latina* (*Encuesta*) 89 9
BANDELLO Matteo : *Un celoso que oye la conferencia de una mujer por medio de un fraile, y le da muerte* .. 87 5
Historia original de Romeo y Julieta 90 30
BARZINI Luigi : *Retrato de un dictador : Benito Mussolini* 88 26
BAUDIN Louis : *Magia y ciencia entre los Incas* 87 76
BAYON Damián Carlos : *Hititas en París* 85 43
Shakespeare y el arte de su tiempo .. 86 37
El monumento del siglo XIX : los 75 años de la Torre Eiffel 88 73
Miguel Angel inventor 90 45
BEMBA Sylvain : *La cámara oscura* .. 86 8
BETANCOURT Rómulo : *Cuba : Refinerías nacionalizadas y comercio con Europa* 91 3
BLANCHET Charles : « *Initiation philosophique* », *de Amédée Ponceau* .. 88 87
BORDELOIS Ivonne A. : « *Punta de rieles* », *de Manuel Rojas* 88 86
BORGES Jorge Luis : *Shakespeare y las unidades* 87 2
BOTELHO GOSALVEZ Raúl : *La novela en América Latina* (*Encuesta*) .. 89 11
BYERS Douglas S. : *El primer horizonte agrícola de América* 86 59
CABALLERO CALDERON E. : *La novela en América Latina* (*Encuesta*) 88 6
CAMPUZANO Juan Antonio : *La batalla de Ginebra : hablan los africanos* .. 88 19
América Latina frente a los países ricos 89 19
Los cuatro grandes bloques económicos 90 77
CARRERA ANDRADE Jorge : *Teoría del guacamayo* (*Poema*) 85 27
Radiografía de la cultura ecuatoriana 86 17
CARRION Benjamín : *La novela en América Latina* (*Encuesta*) 88 11
CASALDUERO Joaquín : « *El curioso impertinente* », *en el* « *Quijote* » *de* 1605 ..... 85 73
CASTRO SAAVEDRA Carlos : *Invasión de los bosques* (*Poema*) 87 30
Fotografías 91 49
COCCIOLI Carlo : *Cayó el águila azteca* 90 66
COSSIO DEL POMAR Felipe : *El mercado de la pintura* 87 43
Centenario de Unamuno 88 49
CROCE Arturo : *La novela en América Latina* (*Encuesta*) 91 50
CRUZ Salvador : « *La Ilustración* », *tema angular de Hispanoamérica* 87 81
DIEZ CADAVID J. : *Las cartas amorosas de la monja* 86 56
DIEZ DE MEDINA Fernando : *La novela en América Latina* (*Encuesta*) .. 89 10

ESPINA Antonio : *Recuerdo y presencia de Unamuno* 91 23
ESQUENAZI-MAYO Roberto : *Latinoamérica en los Estados Unidos* 86 82
FICHTE Hubert : *El orfelinato* 88 43
FLORIT Eugenio : *Tres poemas* 88 71
GALLARDO Guillermo : *Cautivos de los infieles* 91 73
GIRALDO JARAMILLO Gabriel : *Un precursor de las expediciones botánicas : el Padre Luis Feuillée* 87 37
GIRRI Alberto : *Byron revisited* (*Poema*) 86 26
Seis poetas uruguayos 88 82
GIUSTI Roberto F. : *La novela en América Latina* (*Encuesta*) 88 3
GONZALEZ Natalicio : *Las aves del Paraguay* 85 67
GREIFF León de : *Ofelia* (*Poema*) 87 3
GUEREÑA Jacinto Luis : *Latinoamérica en Francia* 86 83
GUERRERO GARCIA Mario : *La sed en el agua* 89 25
IBAÑEZ Bernardo : *Las elecciones chilenas* 85 75
IBAÑEZ Sara de : *El artista y su deuda* 89 63
I.I. : « *Pasión por Vallejo* », *de José Manuel Castañón* 85 80
« *Direcciones del Modernismo* », *de Ricardo Gullón* 86 74
« *El Elefante* », *de Slawomir Mrozek* 87 84
« *El tema de España en la poesía española contemporánea* », *de José Luis Cano* 90 87
« *El tiempo que ni vuelve ni tropieza* », *de Julián Marías* 91 87
INSAUSTI Rafael Angel : *Estío* (*Poema*) 88 18
IPUCHE RIVA Rolina : *Reencuentro* 90 71
JIMENEZ José Olivio : « *Panorama histórico de la literatura cubana* », *de Max Henríquez Ureña* 88 84
JUSTO Alicia : « *Partidos políticos en Argentina* » 91 88
LAGMANOVICH David : *Lo americano en « Los Raros » de Rubén Darío* 90 49
LEMOS Virgilio de : *Portugal y sus dominios en Africa* 86 3
La vida cultural en el Africa Negra de habla portuguesa 89 81
LEWIS Oscar : *Manuel* 90 58
LOZANO y LOZANO Juan : *La extraña hazaña del Presidente Betancourt* 85 21
LUTHER KING Martin : *Elogio de John F. Kennedy* 90 27
MARTIN Charles-Noël : *La aventura política en el época del átomo* 88 76
MAURIN Joaquín : *John F. Kennedy en el pedestal de la historia* 90 3
MEJIA VALLEJO Manuel : *La venganza* 87 65
MOLINA Enrique : « *Arbol de Diana* », *de Alejandra Pizarnik* 90 89
MONTES DE OCA Marco Antonio : *Trabajos del amor nunca perdido* (*Poema*) 89 49
MURENA H.A. : « *Treinta, treinta* », *de Dalmiro A. Sáenz* 85 79
« *Los nombres de Unamuno* », *de Ezequiel de Olaso* 86 73
« *Les Mots* », *de Jean-Paul Sartre* .. 87 85
« *Gestos* », *de Severo Sarduy* 91 85
N. : *En defensa de Sábato* 89 74
NOVAS CALVO Lino : *La novela en América Latina* (*Encuesta*) 88 6
OCAMPO Victoria : *Carta a Jorge Luis Borges* 88 41
OLASO Ezequiel de : « *Tres mundos : Cataluña, España, Europa* », *de José Ferrater Mora* 85 82
« *Filosofía y mito de la historia* », *de Marcelo N. Abadi* 86 81
« *Panorama de la filosofía iberoamericana actual* », *de Abelardo Villegas* 87 86
« *Controversia sobre Latinoamérica* », *de A.O. Hirschman* 89 85
« *Entre el Mar Rojo y el Mar Muerto* », *de Germán Arciniegas* 90 86
« *Vida de José Ingenieros* », *de Sergio Bagú* 91 85
OLIVERA UNDA Roberto: *Los gallos*.. 91 62
OTERO SILVA Miguel : *Grabado* (*Poema*) 90 26
OZORES Renato : *La novela en América Latina* (*Encuesta*) 89 12
PANTOJA Gloria : *El viaje del general de Gaulle en México* 86 70
PAREJA DIEZCANSECO Alfredo : *Venezuela: Una revolución en marcha* 86 28
PEYROU Manuel : *La novela en América Latina* (*Encuesta*) 88 5
PIAZZA Luis Guillermo : « *Picardía mexicana* », *de A. Jiménez* 85 81
« *Cronistas de las culturas precolombinas* », *de Nicolau d'Olwer* 85 83
El viaje del general de Gaulle en México 86 67
« *El escritor y sus fantasmas* », *de Ernesto Sábato* 86 77
« *Obras completas* », *de Alfonso Reyes* 90 85
PINEDA Salvador : *Sudor y sangre en el Balsas* 91 37
PIZARNIK Alejandra : « *Relación varia de hechos, hombres y cosas de estas Indias meridionales* » 89 87

« *Obra selecta* », de Carlos Castro Saavedra 91 83
PLA Josefina : « *Verano inmoral* », de Víctor Sáiz 86 79
« *Las brújulas muertas* », de Roger Plá 87 88
PYKE Magnus : *Carne artificial* 91 78
QUINTANILLA Luis : *El sentido crítico en el arte* 86 41
Napoleón y la guerra de España 91 65
R. : « *Don Judas Romero* », de Miguel Angel Padilla 86 80
« *El hijo del árbol* », de Augusto Iglesias 87 83
RASCO José Ignacio : « *Un estudio sobre Cuba* » 86 78
REYES Salvador : *La novela en Américaa Latina* (*Encuesta*) 88 3
ROCHEFOUCAULT Edmée de la : *La política en la obra de Valéry* 89 14
RODRIGUEZ-GARAVITO Agustín : « *Obras* », de E. Caballero Calderón 88 89
ROJAS ABREU Enriquillo : *Exacto de gorriones* (*Poema*) 91 10
ROSSLER Osvaldo : *Hombre de la montaña* (*Poema*) 91 11
ROTONDARO Rubén O.J. : *El trabajo en el Africa Negra* 87 23
ROVERE Richard : *Goldwater, ¿enfermedad de las derechas?* 90 17
RUSSELL Dora Isella : « *Sevilla* », de Juan Ramón Jiménez 85 81
« *Jaguar puro inmarchito* », de Carmen Conde 90 90
SALAZAR CHAPELA E. : *Destino y casualidad* 85 57
« *Spain under the Habsburgs* », de John Lynch 91 82
SANCHEZ Luis Alberto : *El Libertador declina la dictadura* 85 33
Ricardo Palma al descubierto 91 33
SANTOS Eduardo : *Jean Sarrailh* 85 3
SARTRE Jean-Paul : *Las palabras* 91 13
SCUDERI María : « *Los pasos contados* », de Corpus Barga 85 77
SOUZA DANTAS Raimundo : *Espejismo africano* 85 8
TIEMPO César : *Dos poemas* 90 34
TORRE Guillermo de : *Machado a los veinticinco años de su muerte* 86 51
Los problemas del barroco 89 69
Defensa de Mariana Alcoforado, la monja portuguesa 91 53
TORRES-RIOSECO Arturo ; *Aire de sentimiento* 90 57
TOWNSEND Andrés : *Proceso de la integración latinoamericana* 87 12
TOYNBEE Arnold : *Jawaharlal Nehru* 90 23
UNAMUNO Miguel de : *Cartas a Alcides Argüedas* 88 57
Carta inédita 91 32
URRUTIA LLEO Manuel : *Los cuartelazos, la democracia y el leninismo* .. 87 17
USLAR PIETRI Arturo : *Las carabelas del mundo muerto* 89 3
VALENCIA Elmo : *El solitario de cabellos bermejos* 87 74
VELOSO Nuno : *Villa Miseria* 85 29
VERA OCAMPO Raúl : *Requiem* (*Poema*) 91 10
VERBITSKY Bernardo : *Villa miseria en Buenos Aires* 89 32
VERDEVOYE Paul : « *La muerte de Honorio* », de Miguel Otero Silva .. 88 85
« *Tres conceptos de la literatura hispanoamericana* », de Guillermo de Torre 89 86
WEIGHTMAN J.G. : *Nathalie Sarraute* 87 55
WEISER Benno : *El pueblo de* « *Exodo* » 89 53
ZUM FELDE Alberto : *La novela en América Latina* (*Encuesta*) 88 7

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envío la cantidad de ....., importe de una suscripción a *Cuadernos* por un período de ..... a partir del número .....

a nombre de : .....

Dirección completa : .....

.....

.....

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9992-63) a la administración de *Cuadernos*, 23, rue de la Pépinière, Paris (8).

Francia : 1 año : 25 F.

Europa : 1 año : 28 F.

Norteamérica : 1 año : 6 $ USA

América Latina : 1 año : 5 $ USA

« E.P. », 232, rue de Charenton, Paris-12 Dir.-Gérant de la publication : J. CARAT

censura

B.D.I.C

contra las artes y el pensamiento

patrocinado por el congreso
por la libertad de la cultura
104, boulevard Haussmann
Paris-VIII

comité de dirección :
J. Bloch-Michel
Ignacio Iglesias

nº 1, julio-setiembre 1964

Acaba de ver la luz el segundo número de la interesante publicación « Censura contra las artes y el pensamiento », editada por el Congreso por la Libertad de la Cultura y cuyo Comité de dirección está integrado por J. Bloch-Michel, Ignacio Iglesias y Armand Gaspard. Esta nueva publicación trimestral se propone estudiar todas las medidas adoptadas en los distintos países contra la libre expresión de los artistas y de los intelectuales, es decir, la censura en sus diferentes formas y en todos los dominios, salvo el que concierne a la simple información. En el artículo editorial del primer número de « Censura contra las artes y el pensamiento » se dice : « Es nuestro objeto... llevar una cuenta tan exacta como sea posible de todas las medidas restrictivas adoptadas en todos los países contra el arte y el pensamiento en todas sus formas. Es decir, que consideramos como incluídos en el terreno que nos compete el cinematógrafo, la radio y la televisión, hasta el punto en que no son medios informativos, sino medios de difusión de la cultura. Por supuesto que nos interesaremos igualmente en favor de los medios tradicionales de expresión, ora se trate de las artes plásticas, ora de la música o de la literatura. »

El ejemplar : 1,50 F — Suscripción anual : 5 F (1 $)

Pida un ejemplar de muestra a nuestros servicios administrativos
23, rue de la Pépinière, París VIII

Cuadernos

PORTUGAL Y SUS DOMINIOS EN AFRICA
Virgilio de Lemos

VENEZUELA, UNA REVOLUCION EN MARCHA
Alfredo Pareja Diezcanseco

PRIMER HORIZONTE AGRICOLA DE AMERICA
Douglas S. Byers

PREMIO AL MEJOR CUENTO AFRICANO :
« La cámara oscura » de S. Bemba

RADIOGRAFIA DE LA CULTURA ECUATORIANA
Jorge Carrera Andrade

EL SENTIDO CRITICO EN EL ARTE
Luis Quintanilla

SHAKESPEARE EN EL ARTE DE SU TIEMPO
Damián Carlos Bayón

MACHADO A LOS 25 AÑOS DE SU MUERTE
Guillermo de Torre

MEXICO, DE GAULLE Y FRANCIA

JULIO DE 1964 Nº 86

4° P 5926

EL IMPULSO VITAL...

petróleo

El petróleo es el impulso vital del progreso. En 1.963 la Empresa Colombiana de Petróleos, ECOPETROL, sostuvo en actividades de *exploración* una cuadrilla sísmica, una gravimétrica y cuatro equipos de perforación que taladraron 171.500 pies; *extrajo* 12'950.000 barriles de crudo que representan el 21.5 °/o de la producción nacional; *refinó* 14'530.000 barriles de derivados que representan el 46.4 °/o de la producción nacional; *transportó* 8'400.000 barriles de productos refinados por sus oleoductos, y *exportó* 2'800.000 barriles de productos terminados, semiterminados y crudo, a paises de Europa, Asia, Norteamérica, Centroamérica y Suramérica.

ECOPETROL, trabajo y esfuerzo de colombianos, explora, produce, refina y transporta el petróleo nacional, factor vital para el desarrollo del país.

ECOPETROL

Primera Empresa Nacional

UNIVERSITE DE PARIS
B.D.I.C.

CUADERNOS

JULIO 1964 N° 86

Portugal y sus dominios en Africa	3	*Virgilio de Lemos*
Radiografia de la cultura ecuatoriana	17	*Jorge Carrera Andrade*
Venezuela : Una revolucion en marcha	28	*Alfredo Pareja Diezcanseco*
Shakespeare y el arte de su tiempo	37	*Damián Carlos Bayón*
Machado a los veinticinco años de su muerte	51	*Guillermo de Torre*
Dos opiniones sobre el viaje del general de Gaulle a Mexico	67	*Luis Guillermo Piazza y Gloria Pantoja*
DIALOGO		
Las cartas amorosas de la monja	56	*J. Díez Cadavid*
RELATO		
La camara oscura	8	*Sylvain Bemba*
ARTE		
El sentido critico en el arte	41	*Luis Quintanilla*
POESIA		
Byron revisited	26	*Alberto Girri*
CIENCIA		
El primer horizonte agricola de America	59	*Douglas S. Byers*
Atisbos del mundo del mañana	62	*Arturo Aldunate Phillips*
LIBROS		
« Los nombres de Unamuno », de Ezequiel de Olaso	73	*H.A.M.*
« Direcciones del modernismo », de Ricardo Gullon	74	*I.I.*
« Historia de la medicina en el Ecuador », de Virgilio Paredes Borja	75	*Luis Guillermo Piazza*
« El escritor y sus fantasmas », de Ernesto Sabato	77	*L.G.P.*
« Un estudio sobre Cuba »	78	*José Ignacio Rasco*
« Verano inmoral », de Victor Saiz	79	*Josefina Pla*
«Don Judas Romero», de Miguel Angel Padilla	80	*R.*
« Filosofia y mito de la historia », de Marcelo N. Abadi	81	*Ezequiel de Olaso*
CRONICAS		
Latinoamerica en los Estados Unidos	82	*Roberto Esquenazi-Mayo*
Latinoamerica en Francia	83	*Jacinto Luis Guereña*
NOTAS	86	*José de Alba, Antonio de Undurraga, Marie Pascal, L.G.P.* y *S.C.*
TEMAS Y AUTORES	94	

En la Conferencia *de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, que se celebra en Ginebra, el hon. Alhaji Zanna Bikar Dipcharima, ministro de Nigeria, hizo una exposición para mostrar los orígenes de la crisis que sufren los países en desarrollo, y dijo estas palabras que condensan la posición africana :*

« *...mientras la parte correspondiente a los países desarrollados en el total de las exportaciones mundiales está en aumento, disminuye la correspondiente a los países en desarrollo, como se ve por la relación entre los dos grupos que era de 68 a 32 en 1951 y pasó a ser de 72 a 28 en 1959. Resulta claro, pues, que los países en desarrollo no están ganando nada con la expansión del comercio mundial y con el acelerado crecimiento de los países industrializados avanzados. El comercio entre estos últimos aumentó en un 85 % de 1953 a 1960. Durante el mismo período las exportaciones de los países en desarrollo a los países industrializados sólo aumentaron en un 23 %.*

.. ..

« *Los hechos y cifras escuetas que acabo de citar exponen a los pueblos de los países en desarrollo a graves peligros sociales y económicos. Un ingreso promedio* per capita *de apenas 100 dólares al año prevalece en estos pueblos, y las sociedades prósperas del mundo no tienen que hacer demasiados esfuerzos de imaginación para apreciar lo que esto significa en términos de falta de ropas, alimentación insuficiente y, en algunos casos, prácticamente inanición para una gran proporción de sus semejantes.*

« *Tengo que hacer aquí una pausa para recordar a las naciones industrializadas del mundo que las naciones en desarrollo no están implorando piedad ni pidiendo limosna. En contraste con algunas de las naciones industrializadas avanzadas, muchos de los países en desarrollo cuentan con grandes riquezas naturales que esperan ser explotadas en favor de sus intereses nacionales. Sienten que han estado subvencionando y garantizando el crecimiento económico y el alza del nivel de vida de las naciones industrializadas avanzadas. Quieren ayudarse a sí mismos, están realmente ayudándose a sí mismos. Pero la disparidad económica entre las naciones avanzadas industrializadas y los países en desarrollo es tan flagrante e irritante que tienen que apelar a aquellos que, por razones históricas, están mejor situados, a que se unan a nosotros en un esfuerzo constructivo por compartir los beneficios económicos a los que tan substancialmente contribuyen. Porque todo el que haya estudiado imparcialmente la historia reconocerá, sin duda alguna, que la gloria, prosperidad e influencia de aquellos países que hoy forman el grupo de las naciones industrializadas avanzadas fueron construídas con los recursos de aquellos que hoy son países en desarrollo. Esos países piden únicamente que se reconozca tal hecho, y que no se les siga excluyendo del pleno disfrute de sus propios recursos. Creen que ésta es una operación común en beneficio de todos los participantes. Sólo hay una humanidad y no podemos permitirnos el lujo de desentendernos de los intereses de los demás.* »

Portugal y sus dominios en Africa

POR VIRGILIO DE LEMOS

A través del contacto permanente con personas oriundas de los países más distantes del mundo, y aun de aquellas poseedoras de un considerable bagaje de cultura, se comprueba que Portugal y sus problemas, lo mismo que sus territorios ultramarinos, son casi desconocidos para América Latina o para la mayor parte de los demás continentes.

No obstante, tres acontecimientos ocurridos en estos últimos tiempos y ligados a su situación política alcanzaron una gran resonancia internacional y contribuyeron a que, hasta cierto punto, se hiciese alguna luz sobre problemas intencionadamente mantenidos en la sombra.

Se trata de los debates en la Comisión de Descolonización y en la Asamblea General de la O.N.U., seguidos de la Conferencia de Adis Abeba (1963) y de la expulsión de Portugal de las principales organizaciones internacionales de trabajo, cultura y deporte ; del asalto al navío portugués « Santa María » por un grupo de desterrados políticos, y de las guerras por la independencia de Angola y Guinea, dos de las colonias portuguesas situadas en la costa occidental de Africa.

Además de estos territorios, Portugal posee igualmente, en la costa occidental africana, el archipiélago de Cabo Verde y las islas de Santo Tomé y Príncipe, así como Mozambique en la costa oriental. Habiendo perdido sus territorios en la India en diciembre de 1961, conserva todavía a Macao, puerto franco en la costa china, y Timor, parte de una isla próxima a Australia.

Para comprender mejor la situación política, económica y social de sus territorios ultramarinos, consideramos indispensable el análisis de algunos aspectos de orden interno en la propia metrópoli portuguesa. Portugal constituye con España, donde también impera una dictadura, la Península Ibérica. Hace treinta y siete años que el país lusitano está gobernado por un régimen autocrático de tipo fascista. Y ese régimen estableció e impuso al pueblo portugués su propia Carta Constitucional.

Una lectura de la Constitución política portuguesa puede llevar el ánimo de los lectores bienintencionados a la conclusión de que los principios de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre son respetados en Portugal y en sus colonias. Mientras tanto, leyes y decretos suplementarios vienen a anular allí el valor de la Constitución, y se publican en el momento y en la medida en que el gobierno juzga conveniente cercenar las ya tan precarias libertades del pueblo.

La libertad de expresión, de pensamiento, de enseñanza, de reunión y de asociación están fiscalizadas por leyes severísimas. Millares de individuos de todas las extracciones sociales —intelectuales, estudiantes, obreros y campesinos— son detenidos y presos sin formación de causa, puestos en libertad al cabo de cierto tiempo, y presos luego nuevamente, todo ello de un modo y a un ritmo arbitrario, en forma

que se suscita el temor bien fundado de la población.

Tiene Portugal cerca de nueve millones de habitantes y el 43,7 % de su población trabajadora se dedica a la agricultura. Su economía es de carácter capitalista. Mientras que Francia, Bélgica, Holanda e Italia se industrializaron, siguiendo las vías del progreso, Portugal, por la incapacidad de su gobierno, se mantuvo como un país agrícola de tipo medieval. Tan sólo en estos últimos años se crearon allí algunas industrias, a pesar de que sería atrevido afirmar que el país haya entrado ya en la « era industrial ».

El acceso a la cultura está limitado a las clases más acomodadas, a la alta y media burguesía. Las dificultades de orden económico impiden que la mayoría de la población en edad escolar, especialmente constituída por los hijos de los obreros y de los campesinos, frecuente los institutos de segunda enseñanza y las universidades. El último censo estadístico revela que el 44,4 por ciento de la población total portuguesa es analfabeta.

Otro fenómeno que se viene registrando, y que se acentuó mucho en estos últimos tiempos, es el de la emigración. Sucesivas crisis del trabajo, que es del tipo medieval, y los salarios bajos, los más bajos de Europa, mueven a los campesinos y a los trabajadores en general a emigrar legal e ilegalmente a Francia, Holanda, Bélgica, Inglaterra, el Brasil, Venezuela, Argentina y el Canadá, atraídos por un nivel más alto de vida.

Como consecuencia del reclutamiento de los jóvenes que se hallan en edad militar para servir en las filas del ejército utilizado en las guerras de Angola y de Guinea, o para aguardar en pie de guerra el comienzo de las hostilidades en Mozambique, la agricultura está condenada en el país a sufrir un rudo golpe.

De un modo general, un índice constante, pero agravado en los tres últimos años por la guerra contra los nacionalistas de Angola y de Guinea, es el de que la cantidad destinada a la educación y a la asistencia médica y social no llega a las tres octavas partes del presupuesto total. Las cinco octavas partes restantes se destinan a las fuerzas armadas, a la policía política y a la propaganda del régimen organizada en el extranjero. Así, durante el año 1963 el gobierno portugués, a través de empréstitos obtenidos de otros países, gastó en la PIDE (Policía de información y defensa del Estado), y en su policía militar, la importante suma de seis millones de contos, equivalente a unos dos millones de dólares. Los impuestos anuales fueron aumentados, creándosele al pueblo nuevas dificultades.

Son principalmente los monopolios ingleses y norteamericanos, aliados a los de origen portugués, los que explotan las riquezas del país y de sus colonias, en colaboración estrecha con los grupos financieros de algunos otros países occidentales, como Alemania y Bélgica, Francia y Suiza. De aquí resalta que son esas fuerzas monopolistas extranjeras, particularmente interesadas en las colonias portuguesas, las que apoyan el actual régimen fascista en Portugal y, al mismo tiempo, la dominación, explotación y opresión portuguesa en el ultramar africano.

Angola y Mozambique constituyen las dos principales colonias portuguesas en Africa y la mayor fuente de riqueza de la metrópoli. Y mientras ésta recibe de esas colonias exclusivamente las materias primas, las colonias se ven obligadas a importar los productos acabados de origen portugués, y hasta en ciertos casos los extranjeros nacionalizados en Portugal.

Entre las materias primas figuran, por ejemplo, el algodón y el azúcar, comprados a precios establecidos por el gobierno. Las fábricas de productos textiles no se autorizan en las colonias, y las principales refinerías de azúcar se encuentran igualmente instaladas en la metrópoli.

El gobierno portugués, interesado en la colocación comercial de los vinos metropolitanos en ultramar, prohibió la preparación de las tradicionales bebidas africanas. Portugal exporta anualmente para Angola y Mozambique, como término medio, vinos por valor de 300.000 contos, en tanto que los capítulos de maquinaria industrial y máquinas agrícolas, sumados el uno con el otro, no llegan a alcanzar aquella cantidad.

A mediados de 1960 el gobierno portugués aseguraba ante el mundo que su sis-

tema de colonización era eficaz y que la asimilación de las poblaciones africanas en sus territorios testificaba su valor, de la misma manera que el clima de paz que en ellos reinaba. Y sin embargo, pese a tales afirmaciones, el número de asimilados en Mozambique, que tiene una población de 6.900.000 habitantes africanos, no pasó nunca de cinco mil.

No obstante, después de la revuelta del pueblo de Macao en junio de 1960, en que resultaron muertos bajo el fuego de las ametralladoras unos 120 trabajadores indefensos, de entre los cerca de cinco mil que se negaron a saludar la bandera portuguesa frente a la Administración de Mueda, y del comienzo de la guerra de los nacionalistas angolanos el 5 de febrero de 1961, el gobierno portugués decidió, en setiembre de aquel mismo año, promulgar una nueva ley, según la cual todos los africanos serían considerados a partir de entonces como ciudadanos del país. Esta nueva ley venía a anular el Estatuto de los Indígenas, que hasta aquella fecha regulaba la vida jurídico-administrativa de los africanos en las colonias portuguesas.

Pero, por desdicha, tanto en la metrópoli como en las colonias, las leyes de este género se promulgan como medida de política exterior y para atenuar la fuerza de las acusaciones que se dirigen contra el régimen en las asambleas internacionales y en la O.N.U. El trabajo forzoso se mantiene bajo diferentes rótulos o denominaciones y con distintos sistemas de reclutamiento. Los salarios de los trabajadores africanos varían entre 6 y 10 escudos por día, esto es 180 y 300 escudos por mes, siendo así que una familia necesita para vivir una remuneración mensual ocho o diez veces superior. De este modo, el nivel de vida de las poblaciones, ya sea en los centros urbanos o ya en el interior, es bajísimo. Los trabajadores contratados por las compañías para trabajar en las plantaciones de azúcar, algodón, agave, té y otros productos, en zonas distantes de sus tierras de origen, o sea separados de sus familias y de su vida habitual en la tribu, ganan salarios que varían entre dos y seis escudos diarios.

Esta es la razón por la cual el trabajador africano prefiere optar muchas veces por el trabajo en las minas de Africa del Sur, donde los salarios, aunque bajos todavía, son superiores a los que rigen en Mozambique, y el gobierno portugués ve así facilitada su obligación de suministrar anualmente cien mil trabajadores para las minas del Rand. Por cada hombre recibe Portugal 140 escudos. Como contrapartida, el gobierno del Africa del Sur se compromete a que el 45,5 % del tránsito de mercancías para la zona industrial del Transval se haga utilizando el puerto de Lourenço Marques, en Mozambique.

En lo que se refiere a la instrucción pública, todo el trabajo fue entregado prácticamente, en régimen de monopolio, a las misiones católicas. Y al término de algunos decenios se comprueba que en Angola, donde existe una población de cerca de cinco millones de habitantes, el 97,3 % son analfabetos. En Mozambique, con una población de cerca de siete millones, la proporción es de 98,7 % de analfabetismo.

El trabajo de los niños en edad escolar, entre los 10 y los 15 años, lo utilizan en su propio provecho los misioneros católicos e igualmente los pequeños y los grandes plantadores.

Dentro de este sistema de falta de respeto a los derechos fundamentales del hombre y del niño, de explotación de su trabajo físico, no deberemos afirmar que son tan sólo factores de orden social y económico los que impiden el acceso de las poblaciones africanas a la instrucción, sino sobre todo factores de orden político.

En la enseñanza de los liceos o institutos el tanto por ciento es, término medio, de doce alumnos africanos por cada mil alumnos europeos, subiendo esta proporción ligeramente en la enseñanza comercial, hasta un 17 o un 20, porque el coste de las matrículas es más bajo. El portugués se considera como el idioma oficial y se enseña obligatoriamente en las escuelas e institutos de segunda enseñanza.

Los portavoces oficiales del gobierno afirman ante los areópagos europeos y americanos que el multirracialismo es una característica peculiar de las sociedades en las colonias portuguesas. Sin embargo, si consultamos las estadísticas publicadas últimamente (1962), se llega a una conclusión muy distinta.

Por ejemplo, el número de matrimonios entre individuos pertenecientes a distintos grupos somáticos se clasificaba del modo siguiente en Angola y en Mozambique :

	Angola	*Mozambique*
Hombre blanco y mujer negra	—	—
Hombre blanco y mujer mestiza	16	20
Hombre blanco y mujer blanca	329	521
Hombre negro y mujer blanca	—	—
Hombre negro y mujer mestiza	5	11
Hombre negro y mujer negra	1	8
Hombre mestizo y mujer blanca	—	6
Hombre mestizo y mujer negra	1	8
Hombre mestizo y mujer mestiza	35	147

Este es uno de los elementos a través de los cuales se puede contrastar el grado de multirracialismo en una sociedad heterogénea en grupos somáticos. El gobierno portugués se olvidó de que el multirracialismo es una resultante natural de una estrecha y nunca impuesta convivencia social entre los diversos sectores raciales de una población. ¿Hasta qué punto se realiza en las colonias portuguesas esa convivencia? ¿Cómo podría justificársela si los desniveles de naturaleza económica y social no facilitasen esa aproximación?

Si basamos nuestras afirmaciones en las propias estadísticas oficiales de las colonias de Angola, Mozambique y Guinea, sin dificultad queda probada la intención premeditadamente colonizadora del gobierno portugués después de treinta y siete años de una misión calificada de « civilizadora ». Pasemos a la elocuente indicación de los números :

— El 93,3 % de la población africana es analfabeta.

— Hay un médico por cada 25.000 habitantes.

(En ciertas localidades, durante cinco horas de trabajo, un médico llega a hacer 140 consultas.)

— Un enfermero por cada 13.000 habitantes.

— Una cama de hospital por cada 7.000 habitantes.

— 57,3 % de mortalidad infantil.

— 65,4 % de la población trabajadora está compelida a diversas formas de trabajo forzado.

— 250 escudos es el salario medio mensual del trabajador africano. El mínimo indispensable para el sustento de su familia es de 2.500 escudos por mes.

— 300 escudos es el valor del impuesto anual obligatorio (llamado impuesto da palhota). La falta de pago de este impuesto lleva consigo la prisión y el cumplimiento del trabajo forzoso.

— Están prohibidas toda clase de organizaciones de carácter político y hasta las de carácter sindical.

Contrariamente a la tesis defendida por el gobierno portugués, ocurre que sus territorios coloniales no constituyen compartimentos estancos en el conjunto africano. El despertar del nacionalismo desbordó las fronteras geográficas que separaban a los diversos territorios ya independientes o en camino de su independencia y penetró en las colonias portuguesas, dominando actualmente la conciencia, ahora despierta, de sus poblaciones africanas.

La guerra de Angola entre los nacionalistas africanos de la UPA y del MPLA y el ejército portugués dura ya desde hace más de tres años, pese a los esfuerzos de ciertos monopolios extranjeros que vienen intentando a toda costa reprimirla o atenuarla. Lo cierto es que a la hora presente se encuentran en Angola cerca de sesenta mil soldados y una bien equipada fuerza aérea.

En el sector portugués de Guinea, las fuerzas armadas portuguesas cuentan con veinticinco mil hombres. Con todo, las tres quintas partes del territorio están ya infiltradas por las guerrillas indígenas, que dominan toda la zona situada al sur del Geba y del Corubal.

En Mozambique, que tiene fronteras con el Tanganyika, Niasalandia, Rhodesia del Norte y del Sur, Africa del Sur y Suaziland, cerca de 35 mil soldados ocupan militarmente el territorio, secundados por una fuerza aérea poderosa y una fuerza policíaca móvil. Todas estas fuerzas colaboran con las autoridades administrativas y las brigadas de policía política esparcidas por el territorio, cuya superficie equivale a la superficie conjunta de Francia e Inglaterra. La represión de cualquier síntoma de revuelta o de inconformismo es rápida y eficaz. Las huelgas son repelidas prontamente, aunque sea a costa de innumerables vidas o aprisionamientos.

Los campos de trabajo y las prisiones, políticas o no políticas, que tanto funcionan en las ciudades como en el interior, están habitualmente atestadas, y los presos reciben un tratamiento inhumano.

A pesar de este ambiente de terror, de opresión y de angustia sabiamente creado y fomentado por el gobierno portugués, los movimientos nacionalistas africanos continúan su trabajo clandestino, despertando la conciencia de las masas y preparando un clima adecuado para el estallido de la revolución. Mientras en el sur y centro de Mozambique estos movimientos actúan independientemente del FRELIMO (Frente de Liberación de Mozambique) que tiene su cuartel general en Dar-es-Salam, en el Tanganyika, en cambio, en el norte y especialmente a partir de la línea del río Zambeze, los contactos con aquel Frente de Liberación son regulares y eficientes. Por esta razón se explica que la mayor parte de los presos políticos que han pasado por las cárceles de Mozambique sean macondos, macuas y adjauas.

En las colonias portuguesas de Africa la lucha de los nacionalistas africanos empeñados en la independencia de sus países, tiende a hacerse cada día más vigorosa. Con el auxilio de los gobiernos africanos y no africanos, auténticamente intereasdos en la descolonización, es natural que dentro de breves años aquellos territorios sean independientes y estén gobernados por sus propios líderes. Una vez obtenida la independencia nacional, tendrán que afrontar una lucha interna de mayor responsabilidad todavía, que es la que implica la constitución de una sociedad organizada, no según los figurines extranjeros, sino de acuerdo con la tradición de sus pueblos, de su cultura y de su propio y peculiar progreso. Una sociedad, en suma, en la que el hombre africano camine hacia la conquista de aquel mínimo de felicidad a que todo hombre de nuestra época tiene derecho. Así, en esa nueva organización de su sociedad, los problemas de las colectividades trabajadoras deben merecer una atención inmediata y un tratamiento profundo, de forma que se respeten las libertades fundamentales y los principios de la Declaración universal de los derechos del hombre.

Después de más de cuatrocientos ochenta y dos años de presencia colonizadora portuguesa en Africa, y de los últimos treinta y siete años del actual régimen de fuerza, particularmente nefastos para el desenvolvimiento de la cultura tradicional africana y empleados en el aplastamiento sistemático de sus cuadros sociales, con verdadera pena nos vemos obligados a afirmar que la única y exclusiva preocupación de los portugueses a lo largo de los tiempos fue siempre la explotación de la tierra y de sus riquezas naturales en beneficio propio, y la explotación del siempre renovado potencial humano que constituyen las poblaciones africanas.

El camino que resta a las colonias y a sus pueblos es el que conduce a la independencia. Ella será la que les permita librarse de la mordaza permanente que significa la presencia de una minoría blanca afanada en su explotación.

Y en cuanto a Portugal, la solución más justa sería el desmantelamiento de la máquina del actual régimen fascista y la formación de un gobierno democrático que garantice el progreso social y el bienestar del pueblo y que liberte al país de la nefasta influencia de los monopolios extranjeros o portugueses. Con este objeto se creó en diciembre de 1962 el Frente Patriótico de Liberación Nacional, movimiento de unificación que abarca a monárquicos, católicos, socialistas, liberales y comunistas, con cuartel general en Argel, y que abriga el ferviente propósito de trabajar para la caída de la dictadura y para la construcción de un país democrático, libre e independiente.

La cámara oscura

POR SYLVAIN BEMBA

No he dicho que me gustaba ; he dicho que me fascinaba.

OSCAR WILDE

A N'TOKO LE GUSTABA *pasear por las calles de París su rostro hirsuto de fauno gesticulante y barbudo. Era consciente de su fealdad y le producía una especie de secreto placer mostrar con tranquilo impudor su rostro repulsivo. Se veía que le divertía la estupefacción titubeante que provocaba en la calle cuando se cruzaba con otras personas que se volvían para mirar a un negro tan alto. Su traje demasiado ancho le daba una silueta imprecisa, inacabada, flotante, casi fantasmal. Y sin embargo, cuando se le conocía mejor, uno se quedaba sorprendido al comprobar que su presencia no resultaba nada molesta. Entonces, la gente reconocía en él cierto encanto o un magnetismo indiscutible...*

N'Toko adoraba a París. Recordaba aún sus primeros días en la famosa ciudad. Cuando llegó, se había sentido decepcionado. Esperaba descubrir una obra de lujo, con una bella encuadernación dorada. En lugar de eso, un cielo triste y sucio, y unos muros tristes que le presentaban a París como un viejo libro descubierto en una librería de viejo. El milagro se produjo cuando comenzó a hojear el gastado volumen. En cada página, en cada línea, experimentaba el poder hipnótico de la mirada vacía de las estatuas. Revivía los siglos de una historia aprendida en la escuela cuyo flujo golpeaba aún con su violenta resaca el acantilado de los tiempos modernos.

Las primeras alegrías de N'Toko en París fueron las de un conquistador. Ahora descubría una tierra nueva. Su imaginación confundía voluntariamente los monumentos tan conocidos de la capital. N'Toko quería descubrir su propio París. Su primer monumento tenía un metro setenta de altura ; provisto de un kepis, señalaba a los transeúntes distraídos los caminos que habían perdido. Pronto encontró, con la alegría de un parroquiano, un monumento familiar de un metro sesenta aproximadamente, regado por dos grandes ríos, el café y el buen vino, con su palabra generosa y voluble, el gesto atractivo, contento de la existencia. Después, se apasionó por el metropolitano. En él veía un símbolo carnal y se figuraba a París en una postura indecente, mientras resonaba sordamente la queja subterránea de los dos amantes furiosos. Algún tiempo después, sus monumentos fueron las muñecas sabias que reían tontamente al menor contacto y repetían las mismas cosas cual una aguja de gramola en un disco rayado. A N'Toko le divertía saquear a estas muñecas, como el niño que no para hasta que ha destruído el nuevo juguete cuyo mecanismo trataba de comprender. En realidad, consideraba a su patria provisional como un gigantesco ju-

guete que intentaba desmontar con un oscuro sentimiento de desquite. ¿Contra quién? ¿Contra qué? La respuesta dormitaba en algún rincón de su subsconsciente...

UNA VEZ MÁS, *N'Toko se levantó con paso inseguro y se dirigió hacia el « juke box » de cromos brillantes. Se detuvo ante el aparato y se puso a registrar metódicamente sus bolsillos. Visto desde lejos, parecía indefenso ante algún animal amenazador. Por fin, encontró una moneda de plata, la examinó cuidadosamente y la introdujo en una ranura. Se oyó una especie de sordo clamor, que le recordaba las lamentaciones de las plañideras de su país; allí las plañideras ofrecen gratuitamente sus servicios a las familias de luto. Cada plañidera se sirve de la imagen de un difunto para componerse un rostro lloroso, ensalzando entre dos sollozos los méritos del desaparecido y desviando así hacia la familia asistida su río de lágrimas.*

Esto daba el mismo resultado que la « jam-session » que en aquellos momentos parecía salir de las entrañas de la enorme caja de música.

Subidas en sus taburetes, las dos mujeres, semejantes a maniquíes, cambiaron una breve mirada.

— Ese disco comienza a atacarme los nervios —dijo una de ellas a media voz—. Quizá lo haya puesto ya cincuenta veces desde el comienzo de la tarde.

—A mí —replicó la otra, más práctica— me parece que el cliente está ya maduro para trabajarle. Por nada del mundo le habría abordado cuando entró aquí, con su aire fiero. Creo que voy a acercarme ahora.

— Ten cuidado —continuó la primera con tono confidencial—, el mozo no me parece muy cómodo, y corres el riesgo de trabajar en balde.

A través de una pantalla fluctuante, N'Toko vio de repente que uno de los figurines de moda se dirigía hacia él. No había prestado la menor atención a las dos mujeres. Su inmovilidad le había hecho pensar que pertenecían, que se integraban al decorado. Se sobresaltó cuando el « figurín de moda » se detuvo ante él y se puso a hablar. El contestó con una sarta de insultos, con la aplicación de una lección bien aprendida. Sin aliento, y ante el aire impasiblemente sonriente de la mujer, hizo un gesto de impotencia. No lograría librarse de aquella intrusa. ¡Al diablo las sanguijuelas! E hizo con la mano un gesto significativo. Pero la mujer seguía allí. No le quedaba sino capitular. Con una sonrisa de triunfo, ella se sentó frente a él y llamó al camarero con un gesto vulgar. Pidió una mezcla complicada y pareció consumirla con delectación beatífica.

— Querido —dijo al cabo de un momento—, voy a poner algo más vivo. ¿No quieres bailar, cielo?

MÁS TARDE, *cuando estuvieron en su habitación, él se volvió cada vez más desconcertante. Su barba en ristre y sus movimientos bruscos le daban un aire de autómata estropeado. Caminaba de un lado a otro, hablando con un tono alternativamente elocuente y cínico. Con sus brazos hacía grandes molinetes para imprimir a sus palabras cierto ritmo.*

— Seguramente me preguntarás por qué no miro tu vientre. Durante toda mi infancia sólo veía el vientre de mi madre. No se vestía en Dior; por todo vestido llevaba un pequeño taparrabo sujeto en torno a la cintura. Yo era el último hijo de una familia numerosa —tenía trece hermanos, si no me equivoco— y el vientre de mi madre era para mí el puerto al que iba a refugiarme por la noche, colgado a los odres que dan la vida. Aquel vientre me daba calor y me protegía del mundo exterior. Todavía hoy el vientre de una mujer tiene para mí esa especie de significación un poco mística. El vientre es el asiento de un gran número de plagas sociales como el hambre, el frío, el miedo, los deseos insatisfechos. Hay que ver los vientres de las mujeres de mi país. Vivimos en un estado inimaginable de indigencia, y sin embargo nuestras mujeres tienen muchos hijos. Es para creer que un tipo como yo no es más que un subproducto de la miseria. Hace un momento, en el bar, te sorprendía ver como ponía incansablemente el mismo disco de jazz. ¿Por qué el jazz ha conquistado el mun-

do? Porque es el fruto de las entrañas del sufrimiento humano. Verás, yo soy católico, y aunque ya no practico, a veces se me ocurre entrar en una capilla sólo para oír la música religiosa. Pero esta música está hecha para servir de cielo al impulso de ascensión de las almas. En una iglesia se necesita una música que traduzca también lo que sienten los cuerpos. Estos días últimos leía que en Europa central hay curas que han escrito partituras inspiradas en el jazz, para atraer a los jóvenes. No importa el fin que se han propuesto. Lo que me interesa es la rehabilitación de la música negra. Es la piedra desechada de que hablaba Cristo y que se convierte en la principal piedra angular. ¿No sabes que en Africa se ha presentado el color negro como el color del pecado, de la maldición, y el tam-tam como el instrumento del diablo? Pero todo cambia. El tam-tam ha entrado ruidosamente en la iglesia africana. Ya no se insiste en la maldición que se decía pesaba sobre los descendientes de Cam. La Pascua tiene ahora el color de un Africa que ha logrado quitarse de encima la piedra sepulcral bajo la cual se hallaba enterrada.

N'Toko se detuvo para tomar aliento. La mujer aprovechó la pausa para decir tímidamente:

— Hablas demasiado, cielo. Ven a mi lado.

— No quiero que la cruz sea el único símbolo del sufrimiento universal —continuó N'Toko sin tener en cuenta la interrupción—. Mira, ahí, en la pared. ¿Qué es eso?

La mujer miró con aire estúpido y vio una figura sencilla en forma de gancho.

— No comprendo muy bien lo que puede ser —balbució.

El contestó con una risa irónica:

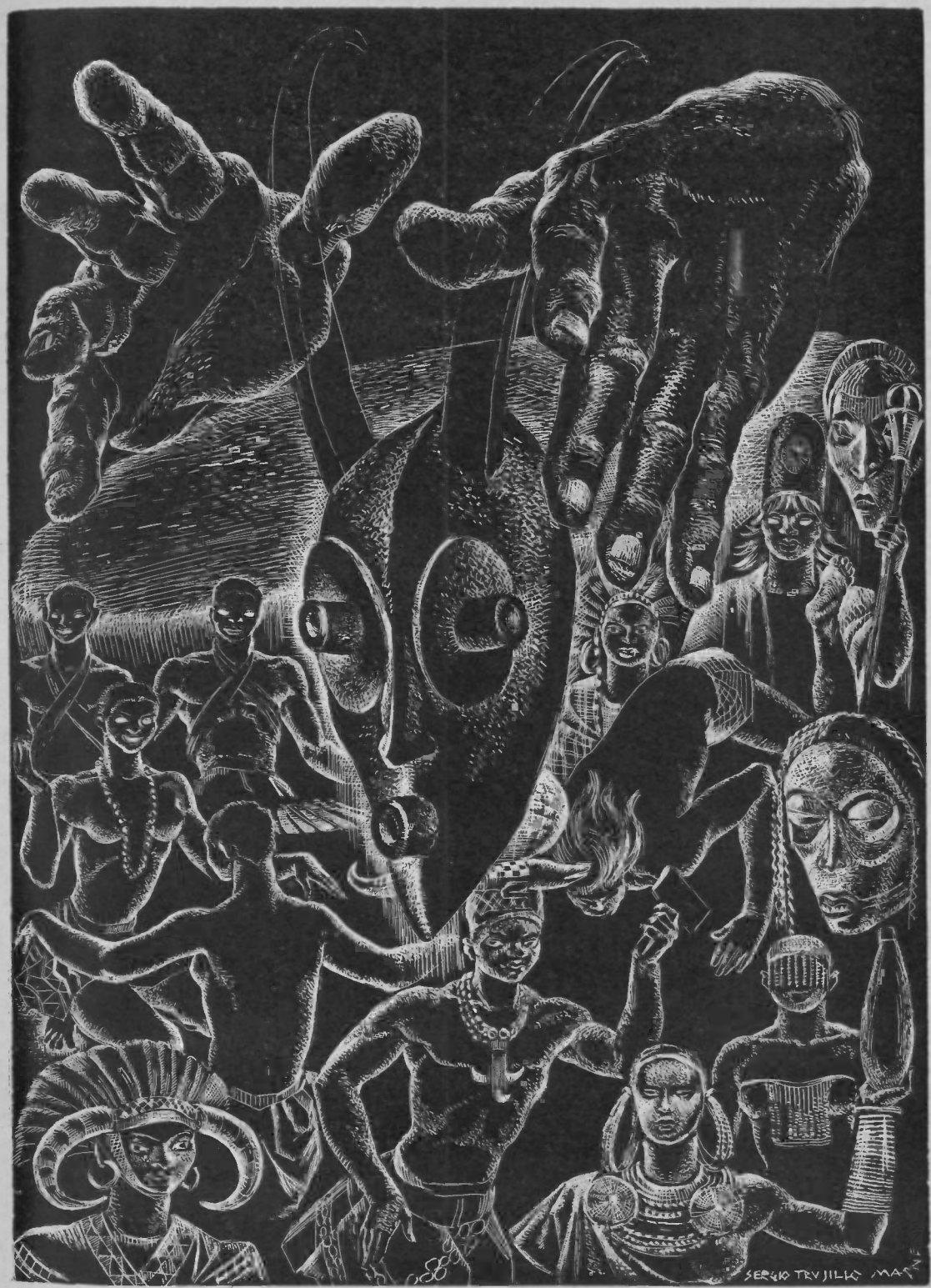
— Vaya, vaya, eres de la raza más inteligente del mundo y no sabes descifrar los símbolos... Eres la única excepción. Es cierto que no estamos en Africa. Allí son sobre todo los blancos los que abren las puertas del pasado. Por mucho que los negros repitan: ¡Sésamo, ábrete!, nada se abre ante ellos. Lo que los africanos necesitan es encontrar por sí mismos la palabra clave que les permita trasladar las montañas. Yo hubiera querido dedicarme a esa tarea, pero, por desgracia, no puedo. Tengo graves problemas conmigo mismo. Soy un poco como ese personaje de Tolstoi que dice que se ha convertido en su propia prisión. ¿Así que no sabes lo que significa esa imagen? Esa imagen es para mí la cruz del mundo negro. Esa especie de gancho representa en realidad un negro que encorva la espalda en señal de deferencia o en señal de dolor por los malos tratos de que es objeto. ¿Sabes que el hombre negro desciende del caucho?

A la mujer ya no le cabía la menor duda. Aquel hombre estaba loco. No tenía que hacer más que un gesto para llegar a la puerta y salir corriendo fuera. Pero seguía allí, sin comprender casi nada de las palabras sorprendentes de N'Toko; la fascinaba su locuacidad.

— Sí —continuó el negro—, descendemos del caucho. Si quieres, nuestro antepasado es Michelin, o más bien ese hombrecito que puedes ver en los prospectos que elogian una marca de neumáticos. Esta es la razón de que nuestros abuelos y los esclavos enviados a América supieran plegarse a una situación nueva para ellos. ¿Te das cuenta del Diluvio que durante cuarenta días y cuarenta noches cayó sobre nuestra vida primitiva, ahogando nuestras creencias y nuestros ídolos, para sustituirlos por otros, arrastrando como en una ola gigantesca todo lo que constituía nuestro universo habitual. Podría comparar nuestra vida africana de antes de la penetración europea con un queso de bola. Diría entonces que vuestra civilización es como un ratón que se ha puesto a roer ese queso y lo ha convertido en un queso de Gruyere.

N'Toko empezaba a calmarse. Siempre ocurría así. Después de una de estas inexplicables crisis nerviosas, se emborrachaba y después buscaba a alguien para que le sirviera a la vez de auditorio y de víctima. Para los demás, el acusado blanco estaba ya absuelto desde hacía tiempo. Para él, el juicio no hacía más que comenzar, y no desaprovechaba nunca una ocasión de pronunciar su informe acusatorio, como hacía en aquellos momentos.

— Un diluvio terrible —prosiguió—. Los que habían permanecido en el puente se echaban a la corriente para no ser tra-



DIBUJO DE SERGIO TRUJILLO MAGNENAT

tados de salvajes. Todos los que en ella giraban, prisioneros de sus aguas tumultuosas, no eran ya más que restos flotantes de un naufragio. Cuanto menos esfuerzos hacían por remontar la corriente, más civilizados se les consideraba. Los causantes de esta hermosa tormenta son los hombres de tu raza.

— ¿Por qué me miras así? —protestó la mujer—. Yo no me he interesado nunca por la política.

— ¿Así que crees que la colonización es cosa de política? Eres más tonta de lo que pensaba. Anda, ven aquí.

Ella se dejó llevar pasivamente y entraron en una pequeña habitación. « Esta es mi cámara oscura —dijo él—; aquí es donde revelo mis fotografías. Parece que te sorprende. Es la verdad. Gracias a unas amistades, trabajo un poco de fotógrafo en un periódico de gran circulación. Pero ¿qué te pasa? Tiemblas, chiquilla. ¿Es que tienes miedo de Barba Azul?

— Pero si no tiemblo...

— Sí. Espera, voy a dar la luz.

Un desorden inverosímil reinaba en el pequeño cuarto, que parecía no le hubiesen barrido desde hacía muchos meses. El suelo se hallaba cubierto de trozos de papel. Entre ellos había una palangana. En una vieja cómoda, unos marcos vacíos y una máquina fotográfica aún en buen estado. Un olor indefinible se agarraba a la garganta o, mejor, en la habitación flotaban numerosos olores. N'Toko registró rápidamente los cajones de la cómoda y sacó un grueso fajo de fotografías.

— Mira, las víctimas de Barba Azul. Diviértete contándolas. En esta colección sólo figuran mujeres, mis queridas, naturalmente. Poseo otras colecciones, aquí, entre un montón de cosas; pero éstas no las verás. Mira bien las fotos que te he dado. Mira como yo, Barba Azul, os mato: por medio del ridículo. En la colonia os mostráis insoportables con vuestro aire de pertenecer a otro planeta; pero en vuestro propio país...

La mujer miró, muy a pesar suyo, y enrojeció hasta las orejas. En cada nueva fotografía descubría posturas aún más audaces que en las anteriores. ¿Cómo habían aceptado aquellas mujeres posar en forma tan humillante? Tardó cierto tiempo antes de agotar la colección. Las sienes y el corazón le latían violentamente. Bruscamente, dejó de ver. La habitación quedó sumida en la oscuridad y la mujer sintió unas manos grandes que recorrían su cuerpo, como arañas monstruosas...

—HEMOS TENIDO *una explicación bastante violenta —decía Bernard Quillet al teléfono. (Bernard Quillet era el director del periódico en que, según sus propias palabras, N'Toko « trabajaba un poco como reportero fotográfico ».) Finalmente, se ha marchado dando un portazo y diciendo que no volvería a verle. Aún no he salido de mi sorpresa. Después de todo, sólo le llamé para hablar de su situación. Le he dicho que con su grado de instrucción era una locura contentarse con una función irregular, y además mal remunerada. Le he propuesto una vez más el cargo de redactor que le espera en el periódico y del que le hablé a usted hace un año, cuando me recomendó a N'Toko como uno de sus antiguos estudiantes. Lo ha rechazado y me ha respondido en términos inadmisibles. Estos días últimos me han telefoneado de su hotel para preguntarme si tenía noticias suyas. Sigue invisible, y precisamente desde el día en que tuvimos... unas palabras. He empezado a preocuparme y he pensado incluso en telefonear a la policía. Entonces me he acordado de usted, profesor. Usted es, o era, más o menos su protector; quizá tenga noticias suyas.*

— Por desgracia, no las tengo —contestó el profesor—; pero no creo que haya razones para preocuparse. N'Toko tenía un carácter caprichoso y extravagante. Puede decirse que hizo sus estudios en un sillón. Divirtiéndose. Era de una pereza enfermiza, pero dotado de una memoria extraordinaria. Siempre se mostraba insoportable, con su aire de seguir los cursos distraídamente. Sin embargo, no le suspendían nunca en los exámenes orales ni en las composiciones escritas. Tuve incluso la impresión de que si asistía a la universidad era por pasar el tiempo. ¿En espera de qué? Sigo preguntándomelo. No sólo poseía una memoria asombrosa, sino también una viva inteligencia. Y los dos teníamos numerosos y brillantes duelos

de lenguaje. Era inteligente, pero desconcertante. Cien veces creí haber captado la imagen de su verdadera naturaleza. Pero al día siguiente tenía que admitir honradamente que la imagen era falsa. Algo me escapaba. Actualmente echo de menos a ese muchacho. Debo decirle que no le volví a ver desde que se lo recomendé a usted tan calurosamente. Ha sido muy de él su aceptación de un empleo de mala muerte, sólo por desafío. Sí, por desafío. Era el niño mal educado de la universidad. Hacía la vida imposible a todos sus compañeros y a los profesores. No tenía un solo amigo en ese centro docente. Era el animal más decididamente antisociable que conocí en mi vida. No participaba en los juegos deportivos, ni en los bailes escolares; tampoco iba al cine o al teatro...

— Profesor, ¿cree usted que todo eso es propio de alguien que tiene sentimientos « antiblancos »?

— No muy especialmente. A decir verdad nunca pensé en ello. En general, los africanos que vienen a Francia saben exorcizar a los demonios del colonialismo.

— Pues bien, todo esto no nos aclara gran cosa, profesor. Tengo yo algo así como presentimientos.

— Yo no —afirmó el profesor—. Sin embargo, para tener la conciencia tranquila, iré a visitarle al hotel y les tendré a ustedes al corriente.

— De acuerdo. Ya lo habría hecho yo si no nos hubiésemos separado de mala manera...

— Lo comprendo muy bien. Le diré lo que resulte. ¡Adiós, querido amigo!

EL PROFESOR *se hallaba en su biblioteca, igual que un marino, en medio de un mar de libros. Desde su quinto piso, París le ofrecía una vista magnífica, sobre todo la torre Eiffel. Con la bata puesta caminaba de un lado para otro, como si estuviese sumergido en un abismo de reflexiones. Fumaba nerviosamente, arrojando sus cigarrillos apenas encendidos: el cenicero de su despacho rebosaba colillas.*

— Profesor —dijo una voz tímida—, su sopa se va a enfriar. Son más de las siete de la tarde.

No la había oído venir. Pertenecía a la raza de los felinos, solía pensar siempre en broma. Su forma de comportarse evidenciaba un equilibrio físico y moral notable. Jamás decía una palabra con entonación más elevada que las demás, ni hacía un movimiento más rápido que los otros. Recibía cada nueva jornada con una serenidad inquebrantable. Ya hacía diecisiete años que el profesor conocía a esta buena mujer. Durante este largo período de tiempo se había establecido entre los dos esa especie de economía de palabras y de demostraciones sentimentales que únicamente se ve en los viejos matrimonios o en las antiguas amistades. Y sin embargo ella no era otra cosa que su criada, aceptada tras un anuncio en un periódico. En aquel entonces, a causa de su viudez, tenía necesidad de una criada para que cuidase de la casa. Y ya no se había vuelto a casar.

— ¡Ah, sí! la sopa —dijo el profesor con aire distraído—. Que espere, señora Bonnet.

Después de estas palabras volvió a pasear lentamente por la habitación. Luego, deteniéndose delante de la señora Bonnet, empezó a hablar, sin dirigirse personalmente a ella, cosa que no sorprendió a la buena mujer, acostumbrada ya a las cosas que ocurrían en aquella casa.

— Veamos —dijo el profesor—, este muchacho vivía bajo una amenaza constante contra sí mismo y contra todo lo que le rodeaba. Quería destruir a los demás y, en fin de cuentas, ¿no se habrá destruido a sí mismo? ¿Dónde diablos habrá podido refugiarse en esta inmensa ciudad? No quisiera hacer una suposición demasiado trágica, pero no veo que sea capaz de aceptar la hospitalidad de unos amigos.

El profesor proseguía su monólogo:

— Sí, creo que este muchacho sufría manía persecutoria. Todos sabemos que esta manía es la antesala de la locura. Los que la padecen, creen a cada instante que alguien quiere hacerles daño. O se encogen detrás de un escudo destinado a amortiguar los golpes que no existen más que en su imaginación o bien su propio miedo produce las flechas que el supuesto perseguido dispara contra todos los que se acercan a él. Vamos a ver, señora...

Estas últimas palabras iban dirigidas a la mujer.

— Vamos a ver, señora ; supongamos que yo voy a verla a usted en su casa. Usted se halla ausente y yo salgo de su casa llevándome, por pura curiosidad, un objeto cualquiera. Esto ¿es un robo?

— Depende, señor profesor. Lo que para usted sería un objeto sin importancia puede ser para el interesado algo de un gran valor sentimental, tal vez...

— Sí, evidentemente —dijo el profesor con aire distraído—, este carnet con tapas de hule negro que tengo en la mano puede tener un gran valor para su propietario, un antiguo alumno mío, africano, que desapareció de su domicilio hace varios días. Fui a verle el otro día, haciendo valer mi condición de antiguo profesor suyo para que me autorizasen a subir a su habitación. Allí encontré este carnet. Pero, todavía no me he atrevido a abrirlo. Creo que los hombres tienen una tendencia excesiva a abrir todas las puertas que encuentran ante sí. ¿Es la libertad la que ilumina al mundo? Mi experiencia de viejo profesor hace que tenga mis dudas sobre ello. En cambio, me parece más exacto decir que es la curiosidad la que ilumina al mundo. Cualquier día el hombre abrirá una puerta, traspasada la cual no podrá ya volver sobre sus pasos. Tal es la situación a la que he llegado yo mismo. Desde hace varios días vacilo ante la duda de si debo o no lanzar una ojeada a este carnet. Por otra parte, me digo que tal vez pueda contener algunas indicaciones útiles que me permitan seguir el rastro de mi antiguo alumno.

El profesor se sumió de nuevo en una silenciosa meditación. La señora Bonnet estuvo un momento esperando y luego salió de la habitación tal como había entrado, sin hacer el más leve ruido.

El profesor tenía la impresión irritante de cometer un sacrilegio, pero la curiosidad y la incertidumbre pudieron más que él. Con mano ligeramente temblorosa empezó a hojear el carnet íntimo de su alumno protegido. Sentía una molestia casi insuperable al leer una serie de fechas que precedían a un nombre femenino y la mención : « Sometida a mi voluntad. » La voluntad era unas veces la ley, otras un capricho o, más prosaicamente, un vicio. Pero la mención invariable era : « Sometida a mi... »

Evidentemente, N'Toko llevaba una intensa vida amorosa, pero ello interesaba muy poco al profesor, quien buscaba otra cosa, sin saber bien qué. Revisaba maquinalmente el carnet, leía otras fechas, otros nombres femeninos ; luego, en una página, unas inscripciones regulares se pusieron a bailar delante de sus ojos. Su corazón dio un salto y concentró su atención en lo que sigue.

CARNET DE N'TOKO

Acabo de llegar a París. ¡Las cataratas del cielo! Qué diferencia con nuestra Africa, donde el tiempo gira en torno de las gentes, indiferentes sea por fatalidad o por temperamento. Aquí todos se agitan. Allá estamos condenados —o estábamos condenados— como Teseo a permanecer sentados. Pero esto no durará. Están tratando de colocarnos mecanismos en el vientre para poder darnos cuerda y hacernos andar cuando ellos quieran.

*

La exactitud es la cortesía de los esclavos civilizados. No veo cómo los reyes, los verdaderos reyes, puedan ponerse a su servicio o hacerse tributarios suyos.

Comparación. La fotografía, campo de visión de mis antepasados. Los pueblos « avanzados » : gigantismo ambicioso del cine, con su avidez de grandes espacios, más grandes de lo que cabe en las pantallas de cine. La fotografía encuadra modestamente un brazo de mar. El cine pretende representar todo el océano y no puede ofrecer a un mismo tiempo la visión de los riachuelos y los ríos que desembocan en ese océano.

*

Los telescopios más perfeccionados del mundo acaban de descubrir ahora un satélite muy cercano a la tierra, la « chabola », que dista de nosotros no miles de años-luz, sino sencillamente varios millones de francos. ¿Quién será el primer astronauta que desembarcará en ese planeta?

*

Si yo fuese un gran jefazo del cine ¡qué mensaje lanzaría a todo este mundo! Haría una película anticonformista, flotando fuera de la zona de gravitación de las vulgaridades mil veces repetidas, hacia una especie de estratosfera en la que habrían sido suprimidos el espacio y el tiempo. Siempre he soñado con esa película alegórica, de cien cuadros diferentes.

En el primero pondría en escena a dos personajes : uno, el fotógrafo, el otro un sencillo objetivo que obedeciese servilmente al primero. Diálogo. *El objetivo diría : « Estoy deslumbrado por los destellos de tu aparato. » El fotógrafo : « Naturalmente. Mi civilización está destinada a cegarte. Así tendrás que llevar las gafas que yo fabrico. » — « ¿Y si no las quiero llevar ? » — « Entonces, en el mundo nuevo que estoy construyendo para sustituir al tuyo estarás condenado a andar a tientas. »* Otro diálogo. *El objetivo : « Me has enseñado a posar, pero limitas mis actos y mis gestos ; ¿por qué? » — « No puedo confiarte en seguida el secreto del movimiento. Escaparías a mi dominio. Por el momento mis órdenes son estas : ¡no te muevas! »*

El fotógrafo continuaría infatigablemente, implacablemente haciendo fotografías y eliminando de manera progresiva del objetivo todo lo que antes tenía. El objetivo : « Ahora me he quedado completamente desnudo. » — « Esto es lo que yo quería : dejarte en un estado tal de desamparo que no puedas prescindir de mí. »

*

Debería procesarse a la colonización occidental en Africa por violación de menor. Por esto se ha llamado impúdicamente a este fenómeno la penetración. Para la posteridad, el siglo XIX será una época en que Europa estaba rijosa. A ver quién penetraba más adentro. Y si la víctima, que perdía su virginidad brutalmente, quedaba señalada para toda la vida, ¡peor para ella!

¡Y a eso llaman ellos hacer la historia! Claro que la palabra historia empieza por hache (que se parece a hacha). ¡Son los leñadores de la humanidad!

Fealdad moral y maquiavelismo del mundo occidental... Han convertido los vicios en un producto de exportación que envían al Africa en bonitas cajas de Pandora. Naturalmente, en Africa abren esas cajas y aparecen inexplicablement los peores azotes y enfermedades desconocidas.

*

Buscad aquí al hombre y no encontraréis otra cosa que muchedumbres. Grave insulto a Dios, acusado implícitamente de no ser más que un fabricante de hombres en serie.

Al principio Dios creó el Verbo. Los hombres han creado el verbo. Estos ríos caudalosos arrastran millones de metros cúbicos de promesas y de esperanzas, pero no llegan nunca a desembocar en el océano de la felicidad universal. A esto les lleva su tendencia española a la logomaquia ; se oyen siempre las mismas cosas sin que cambie por ello la faz del mundo.

En nuestro tiempo Galileo diría : « Sin embargo, la tierra gira » ; y este « sin embargo » tendría un profundo significado, como queriendo decir : sí, pero ¿en qué sentido? El Africa de ayer era el reino de S. M. Gandul I sentado en su trono (« chaise-longue », gandula). Pero el Occidente industrializado jamás contó con tantos desocupados (ricos) como ahora. Hoy continúan la dinastía gandula sentados en sus « sillones-relax ». A su vez el Occidente marcha a pasos agigantados hacia la ley del mínimo esfuerzo : semana de trabajo reducida, imperio de las máquinas, etc.

*

¡Cuántas cosas feas no habré visto yo desde mi llegada a París! Sensación reanimadora. El dios se ha caído de su pedestal. Para asegurarse bien de ello hay que reunir todas las pruebas. Proyecto de película demasiado quimérico. Creo que no tendría la paciencia de escribir una novela. Un libro así habría que escribirlo con palabras corrientes, de cada día, pero destinadas a clavar para siempre la pretensa fuerza material de este dios depuesto. Con palabras cargadas de un poder « desmistificador ». Temo —¡ay!— no hallar tales palabras: La foto en cambio resultaría más fácil. A falta de una autenticidad más

próxima, tendría al menos una copia exacta de esta vida fea. Hacer un montón de fotos de todos cuantos cayeron en un pozo. ¿Es que los europeos no emplean los mismos métodos en nuestra tierra? Sólo fotografían el Africa andrajosa, el Africa pintarrajeada, gesticuladora, que según parece es más fotogénica.

*

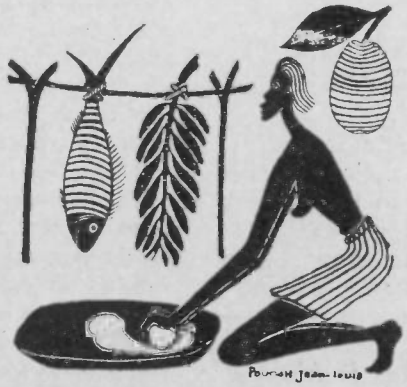
El ideal : lograr la foto compuesta de este mundo en plena putrefacción.

*

Podría regresar a mi país, una vez los estudios ya terminados, donde me aguardaría una plaza de alto funcionario. En lugar de eso me he convertido en un tránsfuga. ¿Por qué? Creo que jamás supe adaptarme. Trátase de una timidez enfermiza que necesito ocultar tras una máscara de dureza. Tengo miedo. ¿Soy acaso un monstruo? Siempre experimento un sentimiento de inhabitual excitación y una feroz alegría cada vez que fotografío un accidente mortal. Esas heridas terribles, ese magma horrible me producen la sensación de un oscuro desquite. Es terrible. Cada vez que me sucede eso, necesito ahogar la crisis en el alcohol. Hay en mí un Mister Hyde que mantiene bajo la bota al doctor Jekyll. No hay nada que hacer ; imposible reaccionar. Es como una cámara oscura. No sé dónde está la puerta. París no es para mí otra cosa que una cárcel y yo soy mi propio carcelero.

*

LAS NOTAS NO CONTINUAN. *Entonces, bruscamente, el espíritu del profesor se iluminó. Las palabras : « Yo soy mi propio carcelero », daban vueltas en su cabeza en loca zarabanda. Supo que N'Toko no había desaparecido de su habitación : por el contrario, debía de hallarse en ella, probablemente desembarazado para siempre del pesado fardo de todo cuanto había cargado sobre él en su corta existencia. Recordó entonces una frase del escritor Zweig : « Querer juzgar a un ser subyugado por la pasión resultaría tan absurdo como pedir cuentas a una tempestad o llevar ante un tribunal a un volcán. »*



FACHADA DE LA IGLESIA LA COMPAÑIA, EN QUITO

UNA VISTA DE COTOPAXI, CERCA DE LATACUNGA (ECUADOR).

Páginas interiores :

A LA IZQUIERDA, UN INDIO COLORADO. SANTO DOMINGO DE LOS COLORADOS (ECU

A LA DERECHA, LA ALDEA DE GUAPOLO, CERCA DE QUITO, LA CAPITAL DEL ECU

(Fotografías de Shell Photographic Unit., Londres, por cortesía de la Panamericana.)

Radiografía de la cultura ecuatoriana

POR JORGE CARRERA ANDRADE

El Ecuador posee un semblante histórico y cultural, visible desde cualquier país de América. La patria, como se sabe, no es sólo la circunscripción territorial sino « una suma de valores espirituales propios », un conjunto de rasgos que constituyen la fisonomía nacional. Esos rasgos se manifiestan, en el caso del Ecuador, desde sus orígenes y están representados por el amor a la paz, el sentimiento de libertad, la curiosidad intelectual —madre de los inventos— y el espíritu de solidaridad. Cada uno de estos rasgos ha ido perfilando, como el agua la figura de la roca, el rostro augusto de la patria.

A lo largo de la historia, mi país se ha visto envuelto en guerras, pero todas de carácter defensivo, para conservar su patrimonio territorial y su forma de vida pacífica. El sentimiento de libertad y de rechazo a la injusticia y al despotismo apareció desde el día siguiente de la conquista, y en lo que se refiere al espíritu de solidaridad no ha podido desaparecer en tres siglos de individualismo hispánico.

He hablado de capacidad de invención porque el mundo del aborigen de mi tierra fue un mundo técnico a su manera, de acuerdo con los materiales de que disponía. El hombre de la costa ecuatorial trabajaba el platino —desconocido en Europa en esa época—, laminaba el oro para revestir con él los objetos de cobre, empleando el procedimiento de la *tumbaga*, fabricaba hachas y máscaras de plata y oro, empleaba telares de madera, tendía sobre los ríos puentes de juncos, pescaba con red, construía caminos empedrados y acueductos, poseía una agricultura más tecnificada que la de muchos países europeos de esa época y sabía conservar los recursos naturales.

El hombre ecuatoriano del siglo XX tiene una actitud de comprensión ante el mundo y no cree que debe renunciar a su pasado indígena ni a su pasado español. Las virtualidades de los dos pueblos enriquecen su trasfondo psíquico. Sabe que el Tahuantinsuyo y España alcanzaron en tiempos antiguos su máximo desarrollo, en refinamiento y opulencia, y por tal razón no incluye a su país entre los llamados primitivos y subdesarrollados, por lo menos en la esfera de la cultura.

« La Nación es unidad fundamental de estilo en los actos colectivos », decía el célebre profesor García Morente. Entre esos actos colectivos tal vez uno de los más trascendentales es el vivir, y así podría yo simplificar ese pensamiento en esta otra frase : una Nación es un estilo de vida. ¿En cuál actividad humana se refleja más ese estilo de vida que en la creación literaria? En los libros de los novelistas, de los poetas, de los historiadores y de los ensayistas de mi país se puede observar cómo vive el pueblo ecuatoriano, la configuración de la tierra donde habita y los rasgos históricos de su semblante nacional.

El nivel de vida precolombino

La conquista del Reino de Quito revistió un carácter excepcional entre las aventuras similares en la América del Sur, porque en ese único lugar los españoles tuvieron que enfrentarse con una resistencia organizada, más aún, con verdaderos ejércitos con sus generales, en posiciones escogidas y, ocasionalmente, en antiguas fortalezas. Los conquistadores se encontraron con una civilización avanzada que poseía sus leyes, su código de moral, sus industrias, sus artes y, sobre todo, una organización política y social que tenía como finalidad el bienestar del pueblo.

El Estado se ocupaba de la educación pública, instrumento mediante el cual convertía a hombres y mujeres en elementos útiles para la colectividad. La agricultura, fundada en el conocimiento del suelo y en la astronomía, el arte de hilar y tejer y las industrias domésticas, integraban esta educación práctica para la vida. « Cada individuo —afirma el historiador Juan de Velasco—, estaba obligado a fabricar su vestido y su calzado. »

El nivel de vida, como se dice ahora, del aborigen de las tierras ecuatoriales era, antes de la conquista, superior al actual. La resonancia categórica de esta afirmación sorprenderá, tal vez ; pero una comparación aunque sea breve de la vida indígena en ambas épocas demostrará la razón del aserto.

No son inventados por mí los colores que hacen resaltar la figura del habitante del Reino de Quito, ya que pertenecen a la paleta realista y exuberante de los Cronistas de Indias, testigos oculares de las grandezas del pueblo conquistado. Mis fuentes principales son Cieza de León, Zárate, Oviedo, Cabello de Balboa, Juan de Sámano, secretario de Carlos V, Santillán y el pintoresco astrólogo Sarmiento de Gamboa.

En la época de Atahualpa, el indio vestía una indumentaria de algodón o lana, según el clima de la región donde habitaba, indumentaria de « telas muy pintadas y galanas », como lo describen los españoles. El calzado lo constituía un par de sandalias de cuero. No escaseaba la alimentación, porque en los tiempos de mala cosecha se abrían los graneros del Estado para abastecer al pueblo. Los indios utilizaban para dormir colchones de lana vegetal, servíanse de la cerámica para diversos usos, conocían infinidad de plantas medicinales, practicaban la cirugía y la odontología y habían desarrollado grandemente el sentimiento de ayuda mutua. Los trabajos se efectuaban siempre en equipos, acompañados por cantos corales. El transporte de carga por tierra se hacía a lomos de llama, animal nervioso y asustadizo, pero muy resistente y frugal, que trepaba con agilidad por riscos y peñascos, a donde nunca podía llegar la rueda.

Durante el año celebrábanse varias fiestas a cargo del Estado, como la famosa Pascua del Sol, al pie de la Pirámide Solar que servía para marcar el paso del astro diurno en el equinoccio. El reino poseía una vasta red de caminos, cuyo eje central lo constituía una gran calzada de piedra, sombreada por árboles —calificada por los investigadores europeos como « la mejor calzada del mundo en el siglo XVI »— a lo largo de la cual corría una acequia y se levantaban los Tambos, que eran al mismo tiempo hosterías reales o albergues y depósitos gratuitos de ropas y alimento para los viajeros. Los habitantes del reino podían transitar por todas partes libremente. La destrucción de un árbol era castigada con severidad, así como el robo y otros delitos. No se practicaban sacrificios humanos. Imperaban en el país la alegría y la seguridad, al amparo del sol, en cuyo honor se erigían terrazas y observatorios para rendirle culto.

El aborigen desposeído

La conquista española reemplazó este cuadro por otro que subsiste hasta en nuestros días. El indio, apresado en el nuevo engranaje económico, en calidad de mano de obra, no dispone del tiempo suficiente para fabricar su propia vestimenta y tiene que adquirirla a altos precios. Durante la conquista y la colonia, los españoles hicieron inmensas matanzas de llamas —a las que denominaban « ovejas de la tierra »— para beneficiar su carne, que encontraron excelente, pero, como resultado de tal po-

lítica de exterminio, este animal se ha extinguido casi totalmente en el Ecuador. A falta de esta acémila, el indio lleva la carga sobre sus propias espaldas. La rueda que debía liberarle no lo hizo durante los tres siglos de dominación colonial.

El indio está peor alimentado en nuestros días que en la época precolombina. Ya no hay graneros reales abiertos para él. Todo tiene que pagarlo de su ínfimo salario, hasta las fiestas religiosas, para ganar la dignidad de *prioste* o mayordomo de cofradía. La actitud de los conquistadores primero y de las autoridades republicanas más tarde le hizo retirarse a las alturas de la Cordillera y a las soledades del páramo.

Esta es la génesis de la angustia, del sentimiento de inseguridad —acrecentado por ulteriores desventuras nacionales— y de la gran capacidad de dolor que existen en el alma ecuatoriana, como parte de la herencia indígena. Pero, a la par de esta capacidad de sufrimiento, florece otra virtud innata en el hombre aborigen de mi patria : su inclinación al primor, su artesanía exquisita, su amor por el detalle precioso y ornamental.

Al día siguiente de la conquista, los españoles utilizaron la mano de obra indígena para levantar las fachadas de piedra y las cúpulas de las iglesias de Quito, que se cuentan entre las más artísticas y deslumbrantes del mundo. No sólo seducen estas obras por su arquitectura elocuente, entre barroca y renacentista, sino por su riqueza material, expresada en el oro de sus retablos, columnas y púlpitos maravillosamente esculpidos.

Los súbditos del Reino de Quito revistieron de oro las Casas de Dios, así como en épocas pasadas recubrieron con ese metal las paredes de los Templos del Sol. En el destino del oro se puede seguir la trayectoria de otro de los rasgos psíquicos del pueblo ecuatoriano. Antes de la conquista, el Reino de Quito poseía cantidades ingentes del áureo metal en las Casas del Sol, en los Palacios Reales y en las numerosas minas dispersas en su territorio. La aportación del oro de Quito contribuyó a la realización de varias y grandes empresas de la Corona española. El País del Oro se empobreció con los siglos de explotación colonial y dejó en el espíritu de sus habitantes la certidumbre de lo pasajero y vano de los bienes terrenales. Así, otro de los rasgos del alma ecuatoriana es la humildad, realzada por una actitud de idealismo y desprendimiento.

La adustez andina

La alegría natural de esos pueblos de canto y baile, formados en una civilización en la cual el individuo desconocía el sentimiento de soledad, se fue diluyendo paulatinamente con las normas sociales impuestas por los conquistadores. La vida española con sus costumbres, su concepción del mundo y su sentido de la muerte, se superpuso al vivir indígena. No hubo fusión de ideas y creencias. Bajo la organización y la economía hispánicas permanecía íntegra la estructura espiritual del pueblo conquistado. El fatalismo, la mudez y la melancolía abatieron a la raza desposeída de sus tierras. Y el hombre de los Andes fue adquiriendo el duro perfil de los peñascos montesinos. Adustez andina como cincelada en la piedra. Sin embargo, no era la falta de lucidez y de elocuencia el origen de este silencio, como lo demuestra todo un linaje de pensadores indígenas, que comienza con Rumiñahui, continúa con el jurista Pedro de Henao y el historiador Jacinto Collahuaso —cuya obra fue quemada en la plaza pública— y culmina con Eugenio de Santa Cruz Espejo, precursor en muchos campos del saber.

Rumiñahui fue el primer jefe indígena que rebatió oralmente con argumentos válidos la legitimidad del Requerimiento, pieza jurídica en la cual los españoles intentaban explicar el fundamento de su derecho a la conquista. La versión del discurso de Rumiñahui ha sido recogida por varios autores antiguos y modernos —desde algunos Cronistas de Indias y Marmontel hasta Lewis Hanke, ilustre investigador norteamericano— y constituye la obra primigenia de la literatura ecuatoriana, ya que representa uno de los documentos auténticos del Reino de Quito, junto con los himnos, canciones de labranza y cosecha y demás poesía oral compuesta en el siglo XVI.

La descripción del paisaje aparece con los Cronistas de Indias, asombrados por una naturaleza prodigiosa, y mucho más tarde, ya con la Independencia y la República, se verifican los intentos iniciales de interpretación del hombre interior frente a sí mismo y frente a los grandes problemas del mundo.

Las obras de los Cronistas de Indias —verdaderos libros de Caballería— merecen ocupar en la historia literaria de mi país el alto sitio que ocupa *El Quijote* en las letras españolas. La prosa ágil, de arcaico atuendo, conducida con tanto señorío como una jaca enjaezada, por los primitivos cronistas, preside el cortejo de las letras auténticamente ecuatorianas, no por el origen de sus autores, sino por los temas nacionales : la historia y la exaltación del paisaje, de las aves y frutos de la tierra.

Acababa de fundarse la ciudad hispánica sobre los cimientos de la gran capital indígena del reino de Atahualpa, y empezaba a elevarse el coro de los cinceles sobre los bloques de piedra —algunos desprendidos de los palacios reales, como ese enigmático sol esculpido que los alarifes aprovecharon para la portada del monasterio de Santa Catalina— cuando ya florecía la cultura, aunque limitada a las altas clases sociales. El primer biógrafo y poeta de Quito fue un hermano de Santa Teresa de Avila, el Regidor Lorenzo de Cepeda, que supo dar a sus estrofas la esplendente redondez de las monedas de oro que guardaba celosamente en sus talegas para las fundaciones de la inmortal autora de *Las Moradas*. El más conocido de los poemas de don Lorenzo, *El Sumo Bien,* es una meditación adusta sobre el tema senequista de la brevedad de la vida y la realidad eterna de la muerte.

La historia en movimiento

Los grandes clásicos de la literatura de tema histórico, a la par que los Cronistas de Indias, fueron los escritores que vivieron en el Reino de Quito, a raíz de las principales empresas de la colonización, y entre ellos se cuentan Fray Gaspar de Carvajal que acompañó a Francisco de Orellana en el memorable descubrimiento del Río Amazonas ; Miguel Cabello de Balboa, ingenio fecundo que trocó la armadura por la sotana y se dedicó a escribir comedias, relatos breves, sonetos y su *Miscelánea Austral,* obra poblada de deliciosas fantasías sobre el origen de los habitantes del Nuevo Mundo ; el alcalde Toribio de Ortiguera, apasionante narrador de aventuras selváticas en su *Jornada del Río Marañón* ; el poeta Juan de Miramontes Zuázola que intentó escribir una epopeya en *Armas Antárticas,* serie de pinturas inspiradas en episodios históricos como la Batalla de Iñaquito, en la cual los cinco hermanos de Santa Teresa defendieron con sus espadas al desventurado Virrey Núñez de Vela, decapitado finalmente por sus enemigos, a órdenes de Gonzalo Pizarro ; el clérigo Ordóñez de Ceballos, autor del *Viaje del Mundo : Comedia del español entre todas las naciones,* donde consigna el relato de sus aventuras por tierras ecuatoriales, en la época de la rebelión del pueblo de Quito contra las autoridades españolas, en las postrimerías del siglo XVI, primer movimiento emancipador de que se tiene noticia en América.

En esta galería de clásicos merece figurar Pedro de Oña, quien, aunque originario de Chile, dedicó centenares de octavas reales a hilvanar la crónica de la ya aludida rebelión de Quito, conocida con el nombre de Revolución de las Alcabalas. A lo largo de la descripción farragosa destellan algunos aciertos, particularmente en la pintura de la represión cruel ordenada por el Capitán de galeras Pedro de Arana, quien hizo prender en la noche a los cabecillas y colgarlos de los balcones de sus propias casas, en medio del dolor de las damas que « *al aire trenzas de oro repartían* » —como dice el poeta con expresión alambicada— « *y bellas manos cándidas torcían* ».

Paralela a la crónica histórica en prosa o en verso, florece otra literatura amena : la de la exploración de las selvas amazónicas, escrita por misioneros de Quito que emprendieron con valor el recorrido de las más lejanas y misteriosas comarcas, habitadas por pueblos de extrañas costumbres. Los exponentes de la literatura misional y geográfica —o más generalmente científica, ya que se incluían otras indagaciones

de carácter botánico, zoológico y demás— son Fray Cristóbal de Acuña, con su *Nuevo Descubrimiento del Gran Río de las Amazonas* ; el padre Manuel Rodríguez, autor de *El Marañón y Amazonas,* crónica de las exploraciones en la selva y de las fundaciones evangélicas, entrelazadas con descripciones no exentas de gracia ; Fray Francisco de Figueroa, Samuel Fritz, Enrique Richter y otros misioneros que enseñaron las normas de la vida civilizada a los selvícolas, mientras estudiaban y codificaban sus lenguas bárbaras.

La curiosidad intelectual

A semejanza de España, en esa época « nación de teólogos », el Reino de Quito abundaba en cultivadores de esa alta disciplina del espíritu. En el Archivo Nacional de Historia de la Casa de la Cultura Ecuatoriana se encuentran más de trescientos manuscritos de obras compuestas en latín por grandes maestros que difundieron su sabiduría desde las cátedras de la Universidad de San Gregorio y otras instituciones similares, en los siglos XVII y XVIII. Este enorme « tesoro jesuítico » —como su catalogador le ha llamado con acierto— espera la varita mágica del traductor para desatar sus manantiales de conocimientos y fecundar los desiertos de la ignorancia.

Quito era, en la primera mitad del siglo XVII, una ciudad ya ilustre que poseía tres Universidades : la de San Gregorio Magno, la de Santo Tomás y la de San Fulgencio. Con sus arquitecturas hispánicas —ha hecho notar un escritor norteamericano— la ciudad de Quito existía ya cerca de un siglo antes del desembarco de los Peregrinos de Plymouth. La verdad es que la noble capital sudamericana rivalizaba en prestigio cultural sólo con las ciudades virreinales de México y Lima.

La Universidad de San Gregorio Magno adquirió gran renombre por sus pensadores eminentes —los rectores Alcocer, Moncada, Escorza, Ureña— y una legión de oradores, filósofos y teólogos. En los claustros universitarios quiteños se formaron personalidades que fulguraron luego con luz propia en otros lugares del vasto dominio español de América o en la metrópoli misma, como fue el caso de Gaspar de Villarroel, el orador religioso más célebre de su época, predicador del rey Felipe IV, o el caso de Machado de Chávez, insigne catedrático que abandonó los humildes parajes del río Machángara por las ilustres riberas del Tormes para difundir sus enseñanzas desde las aulas salmantinas.

El Obispo Gaspar de Villarroel, humanista y maestro de pensadores, dejó una obra vastísima que constituye un monumento de la prosa castellana, animada, ingeniosa, dotada de reciedumbre y sencillez clásicas. Armado de hidalga franqueza y valerosa sinceridad, Villarroel disparó sus venablos certeros contra las injusticias de la vida colonial, contra la falta de humildad del clero en esos años y la postergación de los criollos y mestizos en la administración pública. Fue también narrador de sabrosa expresión en sus *Historias sagradas, eclesiásticas y morales.*

Grande es el número de escritores y poetas que acrecentaron el caudal de las letras durante los tres siglos de la dominación española. Tales figuras —para usar una imagen objetiva— se dibujan en el horizonte de la cultura nacional como las colinas y las ondulaciones más o menos floridas que apenas descuellan junto a las montañas y los picos de nieve eterna. Dada la brevedad del espacio de este examen radiográfico de ingenios, se hace posible únicamente una antología de cumbres. Esas grandes elevaciones llámanse Bastidas, Evia, Aguirre, Espejo y, al finalizar el período colonial, Mejía y Olmedo.

La poesía auténticamente originaria del suelo ecuatorial nace en el siglo XVII con Antonio Bastidas, el de las prístinas imágenes, que llama al arroyo « éxtasis de hielo », y con Jacinto de Evia, compilador de un florilegio poético muy celebrado en su tiempo. Después de este patrón de los antólogos y maestro de villancicos, hay que dar un salto hasta el siglo XVIII para detenerse en una altura egregia ; Juan Bautista Aguirre, uno de los más profundos poetas de su época, orador persuasivo y erudito, catedrático de ciencias naturales y filósofo, dotado de una singular maestría para expresar los más sutiles pensamientos,

revestidos de un lenguaje concentrado, de elegancia gongorina.

La *Carta a Lizardo* es la espiga más alta y radiante de su áurea cosecha lírica. En esas estrofas, Aguirre desenvuelve la idea de que la vida es un pasaje entre dos muertes, una luz entre dos mundos de sombra : el que precede al nacimiento y el que se abre al finalizar la existencia. Incomprensivos glosadores de este poema lo han calificado de oscuro y enigmático ; pero el enigma resulta de límpida transparencia y se descubre a los ojos de quien lo interroga con lucidez.

El padre Aguirre fue uno de los jesuítas expulsados de los dominios españoles por Carlos III. La nave de los proscritos le condujo a Italia, en donde encontró el respeto amistoso de prelados y cardenales que solían consultarle, entre ellos el Obispo de Tívoli, destinado a figurar en los anales pontificios con el nombre de Pío VII. Los grandes conocimientos teológicos, la elocuencia y la maestría lírica se combinaban en el ilustre desterrado con la más rigurosa inteligencia científica, como lo prueban sus estudios sobre las fermentaciones, que le llevaron al descubrimiento de los « corpúsculos » o bacilos con anterioridad al sabio Espejo, según algunos investigadores de la historia. En el plano de la cronología, es menester aclarar que Aguirre y Espejo fueron contemporáneos, y que esos estudios biológicos estaban en boga en esa época, no existiendo razón alguna para que los dos hombres de ciencia no llegaran a las mismas conclusiones, por caminos diferentes, anticipándose a los descubrimientos de Pasteur.

El sentimiento de libertad y la protesta contra la injusticia

En el itinerario del pensamiento ecuatoriano hay una línea contínua que se origina en Eugenio de Santa Cruz Espejo —heredero a su vez de la mentalidad de los « hombres de la Revolución de las Alcabalas » y del « Motín de los Estancos », o sea de la rebelión criolla y de las ideas de la Ilustración española— y pasa por la obra de Mejía, Olmedo, Juan Montalvo, Mera, los « poetas de la evasión », los novelistas sociales y las nuevas escuelas literarias. El fuego que alimenta sus obras es el sentimiento de libertad o la actitud de protesta contra la injusticia. Tales sentimiento y actitud parece que hubieran estado madurando en la sombra desde la época colonial y que, manifestados confusa y esporádicamente en los siglos XVI y XVIII, salieran a la luz con la guerra de la Independencia, para culminar finalmente en la atmósfera más respirable de la República.

Las enseñanzas de Eugenio de Santa Cruz Espejo resplandecen en la oratoria del quiteño José Mejía Lequerica, Diputado del Nuevo Mundo en las Cortes de Cádiz cuando la desintegración del Imperio español. Portavoz de las ideas democráticas, Mejía abogó en sus discursos por la libertad de imprenta y la igualdad de los españoles y americanos. Parecido amor por la libertad y la democracia caracterizaba a José Joaquín Olmedo, autor del mejor poema épico del siglo XIX en América, escrito para exaltar la victoria de Bolívar, que significaba la liberación de los pueblos, la supresión de la injusticia y la redención de la clase indígena, idea esta última encarnada en las estrofas donde aparece el Inca Huayna Cápac aplaudiendo al vengador de su raza, desde el cielo americano.

La actitud de crítica insobornable, personificada por el Doctor Espejo parece haber sido heredada por Juan Montalvo, paladín de armadura inmaculada por la elevación de su idealismo. Montalvo aprendió mucho en el estilo de Espejo. Sus maestros fueron también los grandes prosistas españoles : Gracián, Quevedo, Jovellanos. Lo demás, lo sacó Montalvo de los volcanes de su tierra y de la hoguera de su corazón. Estilo de fuego para un alma encendida en santa cólera por todas las injusticias y mezquindades humanas. El trueno habla en español dentro de la tempestuosa obra montalvina, que es una gran epopeya en prosa, epopeya de la ira del pueblo contra los tiranos. La literatura de protesta tiene sus evangelios en algunos libros de este formidable fustigador que guardaba, sin embargo, un corazón de paloma para los humildes.

Toda una generación de escritores apro-

vechó las enseñanzas del preceptor inmortal, ya en sus ideas, ya en la grandiosa arquitectura de sus párrafos. Mientras Manuel J. Calle, Luis A. Martínez, Moncayo, Valverde y otros recogían la herencia de inconformidad y de protesta, los nuevos artistas de la prosa, refugiados en la isla de la serenidad, le sucedían en la maestría del lenguaje, en la perfección de la forma, reemplazando el vacío dejado por el trueno con la amplitud de la música disciplinada de los sentimientos. Entre esos artistas descollaban Crespo Toral con su admirable *Bolívar, héroe y genio de América*, y Gonzalo Zaldumbide con su *Egloga Trágica*, magistral novela costumbrista y, al mismo tiempo, diario estético y espiritual, donde se encuentran las mejores descripciones del paisaje ecuatoriano.

Es un hecho que el *Bolívar* de Crespo Toral puede clasificarse dentro de la literatura de libertad, tanto por el tema cuanto por el ardor con que exalta la empresa emancipadora. Porque el sentimiento de libertad puede originar la glorificación de los héroes que lo encarnan o puede convertirse en una actitud de inconformidad con el ambiente donde se supone no existe tal libertad. En la primera categoría hállanse Olmedo, Crespo Toral y otros cantores y biógrafos de los libertadores, mientras en la segunda figuran los poetas de la evasión que buscan la libertad en el alejamiento de la realidad ambiental, como Fierro y Gangotena, o aún en el abandono de su propia vida, como Borja, Noboa Caamaño y Medardo Angel Silva.

Ante la alternativa de la fuga o de la exaltación estéril de los próceres, la generación de 1930 escogió un tercer camino : el de la protesta contra toda forma de servidumbre. Esta literatura de protesta se manifestó más propiamente en la novela y en el cuento, en cuyos géneros ocupan la primera línea José de la Cuadra, Jorge Icaza —con su mundialmente conocido *Huasipungo*—, Adalberto Ortiz, Fernando Chaves, Aguilera Malta, Humberto Salvador, Dávila Andrade y otros autores que abogan por la redención del indio y del « montubio » —o campesino del litoral— y la revisión del estatuto de la tierra.

Los rasgos de la patria se acentúan con la independencia política. En el proceso del desenvolvimiento histórico del país, la época anterior a la conquista equivale a la niñez, la colonia es la adolescencia, hasta llegar —en el primer tercio del siglo XIX— a la mayor edad y a la emancipación. La República del Ecuador es la nación adulta. La Nación Ecuatoriana adquiere conciencia de su ser en el decenio 1820-1830 y defiende contra viento y marea su cuerpo territorial y su personalidad histórica. La conciencia nacional se manifiesta con claridad en el pueblo, ansioso de derroteros. Los hombres de pensamiento emprenden la investigación e interpretación de la realidad nacional para poder señalar los rumbos del porvenir.

Investigadores de la realidad nacional

Durante los tres siglos de dominación hispánica, contados fueron los escritores que se ocuparon de las antigüedades del Reino de Quito. Un solo historiador, Pedro Mercado, cubre los siglos XVI y XVII. En el siglo XVIII, Juan de Velasco escribe la primera historia exclusiva del Reino de Quito sin confundirlo con los países vecinos. Junto al gran jesuíta, compañero del padre Aguirre y otros ingenios en el destierro de Italia, apenas se pueden colocar los nombres de Juan de Ascaray con sus *Memorias* y sus *Series Cronológicas* y Antonio de Alcedo con su *Diccionario Geográfico-Histórico* : muy poco, en verdad para desentrañar los orígenes de una nación que había sido la cuna de una civilización digna de memoria.

Después de la Independencia, el Ecuador se honra con la aparición de varias generaciones de investigadores del pasado : Pablo Herrera, colaborador de la obra gigantesca de Menéndez y Pelayo ; el minucioso y sagaz Pedro Fermín Cevallos ; Federico González Suárez, fundador de los estudios de arqueología nacional y eximio historiador, cuya obra es la fuente principal para el conocimiento de la historia del Ecuador ; Vacas Galindo, paciente verificador de documentos originales ; Jacinto Jijón Caamaño, autor del monumental *Ecuador Interandino* y divulgador de libros

fundamentales para la comprensión de los sucesos de la conquista.

En nuestros días enriquecen la cultura con sus trabajos y sus libros reveladores el erudito padre José María Vargas, eminente crítico de arte, constante esclarecedor de los ángulos menos iluminados de la historia nacional ; Carlos Manuel Larrea, bibliófilo de curiosidad universal, escritor de prosa elegante, descubridor de documentos trascendentales para trazar la evolución de la nacionalidad ; Pío Jaramillo Alvarado, que ha contribuído a despertar la conciencia del país con libros como *La Nación Quiteña, El Indio Ecuatoriano, La Presidencia de Quito,* verdaderos monumentos a la gloria de la patria ; Isaac J. Barrera, que ha dotado al Ecuador de la primera gran historia de la literatura ; Carlos Cevallos García, pensador profundo, cuyo examen de la historia nacional es una invitación a reflexionar sobre el pasado para crear un decoroso presente.

Investigadores especializados han proseguido el estudio del movimiento emancipador de 1809-1810, sus antecedentes y consecuencias. El sapiente y siempre verídico José Gabriel Navarro, el insobornable Manuel María Borrero, el joven y docto Carlos de la Torre Reyes han publicado sus documentadas versiones que arrojan nueva y meridiana luz sobre acontecimientos de ayer, cuyos ecos repercuten aún en los presentes años.

En la tarea interpretativa de los rasgos auténticos de la patria mestiza sobresalen dos altas y fuertes personalidades, flor y fruto de la generación de pensadores independientes, de profunda raíz democrática : Leopoldo Benítez Vinueza y Alfredo Pareja Diezcanseco, ambos orientadores y señaladores de rumbos en su examen de los sucesos históricos. Benítez Vinueza, escritor sustancioso, maestro de la prosa artística, embellecida por novísima cinceladura, intenta en cada una de sus páginas ofrecer la solución más lúcida de los problemas nacionales o la crítica más exaltadora de las figuras representativas del espíritu ecuatoriano. Sus estudios acerca del significado y proyección de los escritos del Doctor Espejo, Adelantado de la América democrática, y sobre los discursos de José Mejía, defensor de los derechos del pueblo, se inscriben entre los mejores ensayos críticos producidos en el Continente. Memorables son asimismo sus libros intitulados *Argonautas de la Selva,* relato del descubrimiento del Amazonas en la más sápida prosa poética, y *Ecuador : drama y paradoja,* retrato histórico-sociológico en el que se trata de captar el gesto exacto de la patria.

La mayor contribución moderna a la difusión de la historia nacional la constituye la *Historia del Ecuador* de Alfredo Pareja Diezcanseco, que demostró con anterioridad, en novelas de expresión autóctona como *La Beldaca,* y en biografías apasionantes, como la del inmortal pintor quiteño Miguel de Santiago, sus grandes dotes de narrador. La *Historia* de Pareja Diezcanseco es un relato resumido, cronológico y crítico, de los sucesos más trascendentales del vivir del pueblo ecuatoriano desde sus orígenes hasta nuestros días.

El aire vitalizador

Toda esa cosecha ubérrima de la cultura de un pueblo, vengo a ofrecerla a la Biblioteca Nacional de Nicaragua, institución ilustre que se enriquece con los tesoros espirituales de muchos países y naciones de la gran familia hispanoparlante. En estos volúmenes de modesta apariencia, pero de sugerente contenido, se encuentran los hitos de la trayectoria intelectual del Ecuador, cuya contribución a la cultura de nuestro Continente señálase por su autenticidad humana y sin retórica, la búsqueda infatigable de rumbos de salvación y el ánimo esforzado para superar las propias limitaciones.

Los trazos de esta radiografía de la cultura ecuatoriana adolecen de oscuridad y no ofrecen la imagen completa por mi falta de pericia. Sólo un ramal aparece visible, mientras ha quedado en la sombra toda la extensa región de la poesía nueva, que comienza en 1930 —con nombres como los de Gonzalo Escudero, uno de los más altos poetas del Continente, Miguel Angel León, Jorge Reyes, y da sus frutos en la subsiguiente generación con Ignacio Lasso, Alejandro Carrión, José Alfredo Llerena y multitud de novísimos—, así como la fértil zona del ensayo que ostenta figu-

ras como las de Augusto Arias, paciente orfebre del estilo, el padre Miguel Sánchez Astudillo, escritor de la más lograda prosa de fulgor humanístico, Jaime Chaves Granja, presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, libérrimo pensador y maestro de periodistas, Raúl Andrade, prosador de sensibilidad moderna y curiosidad universal, Galo René Pérez y otros más, científicos, historiadores, escritores políticos. Abundancia extraordinaria ciertamente para un país de extensión reducida. Pero, la razón de este fenómeno reside en que la República del Ecuador, nación pequeña, se encuentra dotada sin embargo de un inmenso pulmón lleno de salud que respira ampliamente el oxígeno del mundo.

Acerquémonos a cada uno de estos libros, a cada uno de estos alvéolos para disfrutar el aire que viene del Ecuador, de la Línea Equinoccial de América, en donde Séneca y Tolomeo habían previsto la existencia de seres humanos, muchos siglos antes del Descubrimiento del Nuevo Mundo. Acerquémonos a estos libros jóvenes de una tierra antiquísima en donde existe una tradición de humanidad, en sus más puras expresiones amistosas y hospitalarias, desde la época de los pueblos adoradores del sol.

ALBERTO GIRRI

Byron Revisited

PRIMERO, *el simple, fiel*
reconocimiento de esos pocos
que se guían por lo que sienten,
lo que creen sentir,
y cuyo atributo
es acercársele
como para tomar una flor,
recapturar briznas
de cantos,
como enamorarse
y cándidamente
arrojar
luz en devotos fragmentos,
fósiles, la amarilla
fronda de un alma
presa del tedio, aislada
en su privilegio
de amistad con el Angel.

Luego,
el desdén trítico
paseándolo en un territorio
pleno de exageraciones,
algo gótico, la sumisión
al confuso siglo romántico,
a lasitudes
que tocan pasadas grandezas,
intimidades en desuso ;
y la obra
entrelazada al escándalo
que se entrelaza con la precocidad
de un gigante, un cojo, un pie maltrecho
deshaciendo desde niño
innúmeros brazos.
Agréguense
sus afectaciones, las ahora
módicamente seductoras poses,
el Maldito, el Amador, el Libertario,
el Protestante moderado y flexible,
su oculto empeño
en hacer coincidir arte y creencia.

Y a través de unos y otros,
sin signos de fatiga,
lo que permanecerá inmune,
la peculiar carga del verso
(juegol iterario aparte,
aparte estilo, manera,
trucos, esfuerzos retóricos
en pos de una individualidad),
exigiéndonos aceptar que ella,
no el desplante verbal,
es el juicio decisivo
y lo que su inmortalidad ofrece
como postura, fecundo germen
del que puedes extraer tu materia,
tu oido, forjarlos
en medio de asociaciones,
referencias, símiles,
y la traicionera y dulce idea
de un tono que sea exclusivo de ti,
byroniano por el ímpetu
pero adecuadamente moderno
en los detalles,
al nivel de tiempos y torturas
un poco más viejos hoy, tan temidos
como entonces,
cuando el insociable lord componía.

Venezuela : una revolución en marcha

(Declaraciones del Presidente Leoni)

POR ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO

El Hombre y la época

Su aspecto sosegado parece no corresponder a más de treinta años de apasionada lucha revolucionaria, acaso por madurez adquirida en la acción antes que por edad. No es un conversador locuaz. No se expresa este Presidente del trópico con la rapidez agresiva del habitante del Caribe, probablemente debido a su origen provinciano y a su temprano contacto con la sobriedad campesina. Reflexiona antes de hablar, y luego, como cazando las palabras, las articula con cierto cuidado académico, que yo no sé si atribuir a temperamento personal, a formación universitaria dedicada a la precisión de los códigos, o a la cautelosa vigilancia de un veterano de la política.

Pero cuando le advierto mis intenciones de publicar en *Cuadernos* lo que empezaba a decirme, su voz y sus gestos adquieren un inesperado entusiasmo para recordar luchas juveniles, su presidencia de la federación de estudiantes, cuando los estudiantes se alzaron contra Gómez, la cárcel, que probó aún adolescente, la siniestra « rotunda » de ese compadre terrible que devoraba hombres y fortunas con pantagruélica insaciedad, el largo exilio, y, sobre todo, los buenos años vividos en Colombia, donde una brillante promoción de jóvenes liberales se proponía transformar en auténtica la ficción democrática que el pueblo colombiano padecía. Finalmente, me pide cumplir este encargo :

— Dígale usted a Germán Arciniegas que Leoni, hoy Presidente de Venezuela, no ha olvidado lo que su formación doctrinaria debe a la experiencia que vivió entonces con sus amigos colombianos. Dígale usted que lo abrazo con el afecto personal de siempre y con mi gratitud para Colombia.

Quedó así otorgada la venia oficial para la entrevista. Mejor dicho, las entrevistas, porque, entre los muchos trajines que vivió Caracas durante las ceremonias de la transmisión del mando, más de una vez fue interrumpida la que acababa de empezar, para recomenzar otra así la oportunidad lo facilitara. Resultó mejor, puesto que un diálogo a saltos, desprovisto de rigores protocolarios, y con la participación de otras personas, ampliaba sucesivamente la indagación, que, por otra parte, tuvo tiempo de recoger el comentario callejero de un pueblo jubiloso de haber recuperado su confianza en sí mismo y cuyas demostraciones daban a la atareada ciudad un nuevo resplandor, una especie de revancha del aire contra las infecciones acumuladas por la violencia terrorista de los días inmediatamente anteriores y por las piraterías de las dictaduras castrenses de ayer.

El 11 de marzo, ante el Congreso Nacional, el Presidente Leoni dijo :

« La cólera popular barrió con lo que ya la historia registra como la última dictadura venezolana. De las ruinas de ésta, surgió un pueblo seguro de su destino... al tomar en sus limpias y callosas manos la

tarea de reconstruir una patria a imagen y semejanza de sus nobles aspiraciones de libertad y justicia social. »

Por contraste esclarecedor de hombres y circunstancias, déjeseme citar aquí otras palabras, dichas también ante el Poder Legislativo, hace casi un centenar de años. Las dijo un caudillo de agudas percepciones demagógicas, Antonio Leocadio Guzmán, que era federalista y montonero, cuando ambas cosas equivalían en el corazón del siglo XIX a liberalismo radical. Aunque cínico, el discurso de Guzmán fue válido para la realidad social venezolana de entonces. He aquí el asunto :

« No sé de dónde han sacado que el pueblo venezolano le tenga amor a la Federación, cuando no sabe ni lo que ésta significa : la idea salió de mí y otros que nos dijimos : supuesto que toda revolución necesita una bandera... Porque si los contrarios hubiesen dicho Federación, nosotros hubiéramos dicho Centralismo. »

De parecidos desplantes está lleno el drama venezolano, desde que Bolívar fuera repudiado por quienes más debieron amarlo, hasta que, salvo alivios efímeros, la cólera popular, según la feliz expresión de Leoni, derribó la última falsificación histórica, esperpénticamente simbolizada en ese generalillo amondongado, de cuyo nombre nadie quiere acordarse, y que hoy, encarcelado, paga su defensa con el dinero de su rapacería.

Mas, si en 1964 no es posible decir cosas a la Guzmán ni cometer crímenes de estilo perezjimenista, sin causar una catástrofe política, ello se debe a que el pueblo venezolano no es ya un sacrificado espectador de la historia, sino quien verdaderamente la hace. Hombres como Leoni, y, naturalmente, como Betancourt, y tantos otros que en el empeño dieron la vida, devolvieron al venezolano su escamoteada dignidad, hicieron factible que subiera a la superficie de los hechos la subyacente voluntad transformadora, cuya expresión, distorsionada por los aventureros del poder, desviábase antes a las guerras civiles sin ideas, a la esterilidad del « golpismo », a la mera ambición de charreteras, o a la demagogia providencial.

Eso es lo que resulta cuando la vieja cuestión entre hombre y época supera los conflictos negativos de la incertidumbre social.

El fenómeno de los cinco años

Ningún hombre es hijo exclusivo de sus obras, por más que ellas constituyan el único bagaje con el que se pueda viajar de la vida cuotidiana a la vida de los recuerdos. Mucho menos lo son quienes ejercen la política, una de las profesiones más complejas, creo yo, que el ser humano haya inventado, con aterradora frecuencia para usufructuar del candor de los otros, y a veces para servirlos.

Antes de Raúl Leoni hay una larga crónica de cosas y causas, de circunstancias exteriores y movimientos íntimos gestándose en la ignorada duración de las mudanzas sociales. Pero en su caso peculiar y actual de Jefe del Estado y conductor, al mismo tiempo, de una revolución en marcha —ambas funciones son hoy inseparables en Venezuela—, valen principalmente dos antecedentes inmediatos : Acción Democrática y Rómulo Betancourt.

Acción Democrática porque, como estructura moderna de partido político, a cuya formación tanto contribuyó el Presidente Leoni, recogió, en la doctrina y la conducta, la substancia misma de los deseos de un pueblo subyugado y harto de papeles en los que la libertad se escribía con jeroglíficos. Partido de clase media y masas populares, tuvo el acierto de volver los ojos a la propia circunstancia histórica para extraer de ella la lección que hiciera posible un cambio radical en la estructura social, sin caer en el hechizo infantil de las soluciones simplistas, pero bárbaras, de la dictadura « transitoria », de la esclavitud de los pobres « transitoria », de los paredones « transitorios », de los paraísos sucesivamente postergados, de las malas palabras o del sometimiento masoquista al peligroso placer de la obediencia.

Tan certero fue el llamamiento, tan objetivamente creadora la iniciación de la revolución social democrática, que, una vez institucionalizada, a su defensa contra los ataques de los dos extremos de la antihistoria —reaccionarios de la derecha y reaccionarios de la llamada izquierda totalitaria— concurrieron campesinos que re-

EL PRESIDENTE LEONI, CON BETANCOURT Y SUS RESPECTIVAS SEÑORAS

cuperan sus tierras expoliadas y trabajadores urbanos que consiguen y protegen su bienestar por largos años defraudado.

Rómulo Betancourt porque, dotado de un singular talento político y provisto de una honestidad a prueba de toda tentación, ha conseguido tres cosas tan difíciles que parecen tres milagros, si se reflexiona en la brevedad que significan cinco años, sobre todo comparados a más de un siglo de pavorosas frustraciones institucionales. El esquema de las tres cosas logradas por Betancourt es éste :

Por primera vez en la historia venezolana, haber gobernado democráticamente durante un período constitucional completo y haber entregado el poder a un sucesor también libremente elegido por el pueblo, a pesar de la desesperada embestida que contra él desataron, primero, quienes querían recobrar los privilegios gozados en la jauja artificial de la dictadura militar ; luego, el gansterismo del « benefactor » dominicano, que casi le lleva la vida y le dejó las manos marcadas para siempre ; y, finalmente, la delincuencia patológica de esa pseudo-izquierda que se fosilizó en la era preatómica de la humanidad y en cuyas filas se aprietan muchos tontos y unos cuantos tramposos.

Haber enderezado moralmente la responsabilidad de la función pública venezolana, que había llegado a extremos de corrupción. Me fue dado escuchar comentarios de gentes del común, a quienes parecía increíble ver a su Presidente abandonar el poder sin más bienes materiales que un automóvil viejo (en una ciudad como Caracas, donde ya resulta insoportable la estridencia cromática de los últimos modelos) y la asignación mensual que, como senador de la República, le corresponde constitucionalmente por haber gobernado bajo el imperio de la ley.

Y haber conseguido, en esos brevísimos cinco años, no obstante el desequilibrio dejado por los despilfarros de la dictadura y la inestabilidad producida por cien intentonas reaccionarias de retorno, un progreso económico extraordinario, así en términos absolutos de crecimiento como en términos relativos de redistribución social. No caben cifras en esta crónica, es la verdad, pero séame permitido transcribir las

fundamentales : un millón ochocientas mil hectáreas de tierras distribuídas entre sesenta mil familias campesinas, con agua, con luz, con escuela, con créditos ; duplicación del cupo educacional ; baja del analfabetismo al veintiuno por ciento de la población ; extensión del seguro social a un millón de personas ; elevación del costo del trabajo personal en la producción, de modo que hoy representa un 59,7 por ciento ; pavimentación de cerca de seis mil kilómetros de carreteras y construcción de cerca de dos mil kilómetros más ; aumento del producto nacional bruto a una tasa del 5,8 por ciento anual, de lo que corresponde al sector petrolero sólo 1,5 por ciento ; incremento de la agricultura a una tasa anual del 6,5 por ciento, de modo que Venezuela virtualmente ha dejado de importar alimentos ; autoabastecimiento pleno en ganadería vacuna ; ritmo acelerado de la industrialización a una tasa del 8 por ciento anual...

Cada vez que Betancourt inauguraba obras en beneficio del pueblo —viviendas, agua potable, luz eléctrica, escuelas— solía decir : « Así cumple la democracia. » Con lo que demostraba que la democracia, cuando es algo más que un simple sistema aritmético de contar votos, no sólo es capaz de vencer las iniquidades implícitas en el retraso económico, sino también de modificarse a sí misma para que sus fundamentos no vacilen a merced de las utopías liberales del siglo XIX, puesto que la distribución de la riqueza material no es un fenómeno de regulación automática por desborde de acumulación, sino un problema de planificación e intervención del Estado contemporáneo, en defensa de la propia libertad personal establecida en la abstracción de los principios.

Es fácil explicarse que, cuando así cumple la democracia, el trabajador la defienda como su personal conquista. El trabajador venezolano de hoy posee conciencia de clase, conciencia política y conciencia de que la libertad es inseparable de una eficaz organización sindical.

Justamente, fue Raúl Leoni quien más y mejor se esforzó en organizar la sindicalización de los trabajadores venezolanos, desde que fue miembro de la Junta Revolucionaria en 1945 y luego como ministro del Trabajo en el régimen traicionado de Rómulo Gallegos.

En diciembre de 1963, los sindicatos de campesinos y obreros eligieron Presidente de Venezuela a Raúl Leoni.

El gobierno y los partidos

Caudillos y generales, impostores y generales, federales, centralistas y generales, grandes terratenientes y más generales convirtieron la geografía humana de Venezuela en una geografía de espanto, en un país de estatuas. Si fuera cierto que la muerte todo lo iguala, la prueba por el absurdo sería que allí, en el panteón de los héroes, Simón Bolívar se aviene con las estatuas subalternas de la historia venezolana traicionada. Menos mal que no hubo tiempo para que los estatuólogos del verbalismo político tallaran la del último mandamás. Pero me asaltan dudas, y quiero saber por boca del Presidente de la República si realmente no existe riesgo de retorno hacia aquellos que barrió la cólera popular.

— Imposible —responde con mucho énfasis—. Hoy posee nuestro ejército una profunda conciencia profesional, basada en el respeto a las leyes. Si usted observa bien, advertirá, por otro lado, que en todos los sectores de la opinión pública venezolana prevalece la convicción de que esa época oscura ha pasado para siempre. Los cinco años últimos de pleno ejercicio de la democracia han acelerado la madurez política del pueblo. Así lo prueban las elecciones de 1958 y las de 1963.

Mientras el Presidente atiende a no sé quien que se acerca a saludarle con ditirambos (una democracia tan popular como ésta, me digo, tiene su precio que pagar a los impertinentes), yo dispongo de tiempo para recordar que, hace un par de días, el general Antonio Briceño Linares, ministro de Defensa de Betancourt, en su mensaje a las fuerzas armadas, al despedirse del cargo, repitió estas hermosas palabras dichas cuando asumió sus funciones : « El uniforme se lleva con honor sólo cuando se pone al servicio de las instituciones democráticas. » No obstante, pues, mis dudas, pienso que Leoni puede tener razón, y que me gustaría mucho oír pala-

bras semejantes de los militares de Paraguay y de Honduras, de la República Dominicana y de Nicaragua, y a los ilusos colombianos que se abstienen de votar ante Rojas Pinilla, y a los del Ecuador, de Argentina y de Brasil, y de todas las provincias de la provinciana América de este lado, tan abrumadas todavía por el peso del pasado y tan desconcertadas frente a la inmensidad de la tarea que el mundo de hoy les impone.

— Naturalmente —agrega el Presidente, cuando se libera del último apretón a dos manos—, si es que los civiles sabemos cumplir con nuestro deber. Y tengo fe que así será, porque Venezuela está viviendo ya un pluralismo político que garantiza el funcionamiento eficaz de las instituciones, al través del libre juego de partidos bien organizados.

— Y entonces —aprovecho la coyuntura—, ¿por qué su gabinete ministerial no es de partido o de partidos?

— La explicación es sencilla : el país no quiere gobiernos exclusivistas. Esta es, a mi juicio, la interpretación correcta de la voluntad nacional expresada en los comicios de diciembre. Durante la campaña electoral, además, prometí que mi gobierno sería de conciliación, puesto que el momento histórico de Venezuela, su incorporación a las formas contemporáneas de la sociedad y la aceleración de su desarrollo económico al servicio de las grandes masas exigen un equilibrio de fuerzas, una cooperación amplísima de todos los sectores para que los grandes problemas nacionales puedan ser resueltos gracias a esa tregua de pasiones políticas que es la paz pública.

Como el « hombre de la paz » es conocido Leoni en Venezuela. Quizás las mismas persecuciones que sufrió deben haberle hecho amarla y proclamarla con la convicción de quien ha escapado de la agresiva controversia política sin enemigos personales.

Pero le pregunto si no pudiera obtenerse el mismo resultado con un gabinete compuesto de representantes de los grupos políticos que han obtenido alta votación, especialmente en el Congreso.

— Claro que sí, en principio... Sólo que la colaboración oficial de partidos ha producido con frecuencia desacuerdos inevitables e inconvenientes para la marcha de la administración pública. Por cierto que esos desacuerdos son inherentes al sistema democrático, pero es preferible que el debate se realice fuera del gobierno. Y Venezuela, créalo usted, quiere descansar de las rivalidades que tanto dificultan la obra del progreso. Le repito a usted que Venezuela quiere paz.

— ¿No fue acaso un buen éxito la coalición de Acción Democrática con el Partido Social Cristiano Copei durante la administración que acaba de terminar?

Con un tono prudente, de palabras medidas una a una, viene la respuesta :

— Sin duda alguna. Nadie trata de desconocer esa alianza que consolidó la estabilidad política en horas de gravísima prueba. Sin embargo, esas fueron otras circunstancias, provenientes de situaciones específicas y de un pacto anterior al resultado de las elecciones de 1958. Por otro lado, con Unión Republicana Democrátca ya usted sabe que no fue posible mantener la coalición. Volviendo a Copei, he declarado pública y francamente que yo hubiera deseado que continuase su colaboración en mi gobierno, pero no ha sido posible lograrla a pesar de mis deseos, puesto que sus dirigentes han decidido desvincularse de las funciones ejecutivas. De todos modos, estoy completamente seguro de que no me faltará esta valiosa ayuda desde el Congreso y de que mantendré con sus ilustres personeros las mismas cordiales relaciones de siempre. Los objetivos de Acción Democrática y de Copei no son contrarios, sino que se complementan. Y cosa igual puedo decir de los otros respetables grupos políticos que, por encima de todo, sólo desean la felicidad del pueblo venezolano.

Le hablo entonces, quizás imprudentemente, del rumor de que el gabinete es provisional, de que constituye no más que una especie de pausa preliminar, hasta que se consoliden las diversas fuerzas políticas en el Parlamento.

Me responde con otra pregunta :

— ¿Cómo habría de ser provisional un gabinete que obedece al deseo nacional de conciliación? Me dirá usted que la conciliación puede también expresarse en un gobierno coligado, pero esto, en el fondo,

es mucho más transitorio... Gobierno de conciliación no significa necesariamente gobierno de coalición, aunque lo uno no excluye lo otro. Vea usted, en el gabinete sólo hay tres ministros de Acción Democrática, designados, no por ser miembros de mi partido, sino por su individual capacidad. Los otros diez son ciudadanos independientes, nombrados en mérito a su competencia. Le repito que Acción Democrática y yo queremos que el país deje de ser un escenario de rencores. Sé muy bien que la función de los partidos políticos es indispensable para la libertad y la dinámica social, pero también sé que el funcionario público debe servir los intereses superiores de la nación antes que las parcialidades políticas.

Me disponía a estimular la hábil elocuencia del Presidente, diciéndole que he escuchado otra hablilla zumbona de que los diez ministros independientes, si no afiliados a AD, son simpatizantes del partido o, por lo menos, amigos decididos, por lo que entonces... Pero no lo juzgué adecuado. Y además, el diálogo hubo de suspenderse nuevamente.

Completo el interés del lector dándole cuenta de que el jefe de Copei, Rafael Caldera, ha declarado que su partido mantendrá una actitud constructiva ; que Jóvito Villalba, curado al parecer de ciertas veleidades demagógicas, ha ofrecido la colaboración de URD desde el Congreso y hasta ha purgado sus filas de elementos extremistas que antes merecieran su favor ; y que el gran escritor Arturo Uslar Pietri, candidato que, designado por Asociación Venezolana Independiente —ahora convertida en Frente Democrático Nacional—, llegó a corta distancia de votos de URD, es de tendencias bastante moderadas, y hay que suponer que la conducta política de su grupo en el congreso habrá de inspirarse en todo aquello que robustezca sus posibilidades para las elecciones de 1968.

Cualquiera que, en fin, sea la explicación para el gabinete de Leoni, la verdad es que ha conseguido formarlo sin verse obligado a deudas políticas comprometedoras. Si el ministerio tiene buen éxito, adquirirá el vigor necesario para resistir a las eventualidades de cambio, siempre posibles en la lucha parlamentaria, en la cual AD no posee por sí sola mayoría decisiva. No puede tampoco descartarse la contingencia de que Venezuela, por esos factores imponderables que llenan la vida política, sujeta al vaivén de las pasiones, vuelva a tener un ejecutivo ministerial de coalición ; quizás con Copei, menos probable con URD. Lo cual, por cierto, no quiere decir que el actual gabinete haya sido concebido como transitorio.

Política de brazos abiertos con firmeza

Sabido es que el terror desencadenado por la fracción que se separó de AD y formó luego el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), por el Partido Comunista venezolano y su versión fidelista, todos unidos en el propósito delincuente, obligó a Betancourt a tomar medidas enérgicas de protección a la libertad. Hay, pues, si se quiere decir así, presos políticos en Venezuela, que en realidad son presos comunes, juzgados por tribunales competentes y ante la evidencia de los crímenes. Y también los hay entre representantes al congreso anterior, cuya inmunidad —en razón de la misma naturaleza de los delitos— fue limitada por la Corte Suprema de Justicia.

¿Qué piensa hacer el Presidente con este problema?

— El terror —responde—, fue derrotado por su misma incoherencia, por su absurdo empeño en sembrar el pánico entre un pueblo que estaba dispuesto a todo para no caer en la pesadumbre totalitaria. Lo probó en las elecciones, cuando, en cantidad abrumadora, acudió a las urnas electorales, hombres y mujeres, desafiando la muerte. Ahora bien, como Presidente de todos los venezolanos, como el Presidente de la paz venezolana, no puedo desear otra cosa que una rectificación de esa táctica delictuosa.

— Entonces, si el partido comunista y sus compañeros de viaje rectifican sus métodos de lucha...

— Si las fuerzas extremistas —me interrumpe— cesan de sembrar la violencia, dejarán de ser extremistas, o, cuando me-

nos, terroristas —añade sonriendo—. Entonces, como ciudadanos venezolanos, gozarán de las garantías que consagra la Constitución.

— ¿Lo que usted me acaba de decir implicaría una revisión de las sentencias?

— Ninguna revisión de sentencias corresponde al poder ejecutivo.

Como no puedo insistir por ese camino, echo mano de otro :

— ¿Ve usted posibilidad de que tanto el Partido Comunista como el MIR puedan volver a actuar libre y legalmente?

La respuesta es extremadamente concisa :

— Todo depende de ellos.

No vuelvo a preguntar nada, pero el Presidente comprende por mi silencio que la curiosidad no está satisfecha, y abandona por unos instantes su reserva :

— Mi más vehemente deseo es que en mi administración haya libertad para todos los venezolanos y todas las ideas. Categóricamente, puedo decirle que si los comunistas triunfasen por medios legítimos en las elecciones de 1968, a los comunistas, sin vacilar, les entregaría el poder. No renegaré, por ninguna circunstancia, de mi fe democrática. Pero que yo satisfaga ese ardiente deseo de libertad en la lucha de las ideas, depende, en este caso específico, de que los extremistas abandonen la violencia. Pues, de otro modo, con la misma firmeza de convicción que tengo en la libertad, sabré defenderla de quienes pretendan destruirla.

Cuba y el mundo

— ¿Y la cuestión pendiente con Cuba, Presidente?

— Es obvio que mi gobierno insistirá ante la OEA hasta obtener reparación. El informe de la comisión designada por la Organización confirma plenamente la intervención armada del gobierno cubano en Venezuela. Si el principio de no intervención es fundamental para la convivencia interamericana, la única manera de preservarlo es sancionar los actos delictuosos que lo contradicen.

Me permito advertirle las dificultades, la renuencia que parece haber en ciertos gobiernos latinoamericanos, no sólo para votar sanciones contra Cuba, sino incluso para convocar la reunión de consulta que debe conocer la denuncia venezolana.

— Así es, por desgracia. Esas son las debilidades del sistema interamericano... Pero tal situación indecisa no quiere decir que Venezuela no continúe insistiendo con firmeza en la línea que se ha trazado con relación a la política hemisférica : la de ser leal con los principios de la Carta de los Estados Americanos, con su letra y con su espíritu condenatorios de las dictaduras, sean de derecha o sean de izquierda. Esa lealtad fue la que llevó al Presidente Betancourt a pedir, desde 1948, una conferencia de cancilleres que tomase acuerdos contra los regímenes totalitarios. Con ese mismo sentido y esa misma responsabilidad moral, hemos invocado el Tratado de Asistencia Recíproca, firmado y ratificado por todos los miembros de la OEA, cuyos artículos son tan claros que no requieren interpretaciones evasivas, para sancionar la agresión que mi país ha sufrido, con pérdida de vidas y trastornos en la riqueza nacional, por parte del gobierno actual de Cuba.

— ¿Está usted, entonces, en completo acuerdo con lo que el Presidente Betancourt dijo en su último mensaje sobre los regímenes de facto?

(Me temo que sea indispensable transcribir aquí lo fundamental de las afirmaciones de Betancourt : « En esta política... no hemos estado acompañados de muchos gobiernos americanos. Inclusive el más poderoso de entre ellos, y el más llamado por su propio interés a ejercitar con energía un liderato democrático —me refiero al de los Estados Unidos—, ha adoptado ante este problema de los golpes de Estado contra gobiernos legítimos una actitud que podría calificarse de pragmática o de oportunista. El gobierno de Venezuela ha preferido quedarse en la sola compañía de unos pocos gobiernos consecuentes con lineamentos doctrinarios y jurídicos interamericanos inobjetables, a trajinar la cómoda senda del unanimismo acomodaticio... »)

— No hay ninguna razón para que yo no subscribiera con entusiasmo las palabras del Presidente Betancourt.

Si esta respuesta era obvia, una nueva

pregunta también lo es, porque Leoni me ha dicho que su política exterior se ceñirá estrictamente al principio de no intervención. ¿No cabría cierta contradicción entre ese rigor estricto y las medidas que pudieran tomarse contra los gobiernos surgidos por golpes de Estado?

— No, señor, no hay contradicción alguna. Ceñirse con rigor a un principio doctrinario no significa que se traspasen límites que destruyan otros principios tan valederos como aquél. La no intervención es una conquista jurídica del derecho latinoamericano, histórica y concretamente concebida con relación a la intervención del fuerte contra el débil, o de un grupo de Estados bajo la influencia de los intereses del más poderoso de entre ellos.

— ¿Tesis antimperialista? —le interrumpo.

— Naturalmente... Y no debemos olvidar que también, en la tradición del más auténtico derecho público de América Latina, desde Bolívar y Alberdi hasta mucho más cerca de nosotros, la función del cuerpo ha de prevalecer sobre el capricho de las partes. Sólo puede concebirse una comunidad de naciones si el órgano supremo de ella posee los atributos de tribunal de última instancia. Y sólo bajo una organización regional de forma armónica concebida y ceñida sin eufemismos a la autoridad moral de los principios, es cómo la libre determinación de los pueblos de nuestra América llegará a constituir algo más que una proclama lírica.

Lo definitivo de la respuesta me hace girar hacia otros aspectos de la política internacional.

— Creo —contesta parsimoniosamente—, que ningún país puede ni debe vivir de espaldas a la realidad mundial. Por consiguiente, Venezuela mantendrá relaciones con cualquier Estado que a los intereses venezolanos convenga, en tanto, claro está, que tales relaciones, de buena fe establecidas, no sean utilizadas para interferir, de un modo u otro, en los asuntos internos de la nación. Las relaciones internacionales se establecen en mérito a conveniencias de las partes, sin que ello signifique identidad de doctrinas políticas. En este aspecto, todos los candidatos a la Presidencia de la República hemos mantenido posiciones análogas. Además, los venezolanos queremos convivir pacíficamente con todos los países del mundo.

Política económica y reforma agraria

La última entrevista que me fue dado mantener con el Presidente Leoni estuvo dedicada a escuchar las explicaciones de su plan económico. No pienso fatigar al lector con detalles, innecesarios, después de todo, para conocer en resumen el alcance, la seriedad y la amplitud de un programa, que es ampliación y continuación, a un tiempo, de estudios hechos en largos años por Acción Democrática, desde antes de llegar al poder, y concebidos como el instrumento básico de la revolución democrático-social.

Leoni considera el desarrollo económico como una gran empresa colectiva que ha de realizarse en provecho de las grandes mayorías y no, por cierto, para beneficio de determinados sectores. De aquí que la reforma agraria sea la piedra angular de todo el sistema planificado : más producción alimenticia, abaratamiento de productos de necesidad primera, creación de un fuerte mercado interno de consumo, elevación del índice de productividad por unidad agrícola, y, para todo ello, y por sobre todo, intensificación de la distribución de tierras a los campesinos y consolidación de los lotes ya adjudicados por medio de ayuda técnica, crédito y obras de riego.

En cuanto a la política industrial, su propósito es orientarla hacia una expansión de la producción de bienes de consumo que sustituya importaciones, y el de estimular al mismo tiempo las empresas químicas, petroquímicas y siderúrgicas, así como la producción de bienes durables, en forma de conseguir la integración del complejo industrial con las actividades agrícolas y otras del sector primario de la economía venezolana.

Cree el Presidente que una de las formas necesarias para cumplir con su programa es la de continuar el control del Estado sobre ciertas industrias básicas e incluso incrementarlo allí donde sea conveniente, por sí o por asociaciones con la ini-

ciativa privada, a la que, por otra parte, se esforzará su gobierno en estimular, puesto que es menester aumentar la demanda de mano de obra, tanto como procurar la reducción de costos en beneficio de las masas consumidoras.

¿Problema de nacionalización?

El gobierno será enérgico —explica Leoni—, aunque dará pasos meditados y nunca sin justificación, en la nacionalización de algunos servicios públicos hoy en manos privadas, como el caso de la luz eléctrica. Y en cuanto al problema del petróleo, si bien las concesiones actuales serán respetadas, el Estado procurará rescatar las que no están en producción, y aceptará que empresas privadas extranjeras participen en el desarrollo futuro de nuevas zonas petrolíferas, sólo en la medida en que por ellas sean aceptadas otras condiciones que den a la nación una mayor responsabilidad en el manejo de las explotaciones y una mayor participación en el beneficio.

Y, por fin, el magno proyecto, la utilización de ese fabuloso país de la Guayana, en el Estado Bolívar, del cual es nativo el Presidente. Viejo sueño acariciado por Betancourt desde los días en que nacía Acción Democrática, la tarea está ya iniciada. Ardua tarea, no sólo por los capitales enormes que supone, sino porque, en una área que pasa del cuarenta y cinco por ciento del territorio venezolano, únicamente vive allí el tres por ciento de su población. Pero qué, si hay hierro en fantásticas proporciones, increíbles caudales de agua para multiplicar varias veces la producción de energía eléctrica, y oro, y diamantes, y aluminio, y una extraordinaria riqueza forestal. Concienzudamente informado de todas las posibilidades alentadoras de la región maravillosa, Leoni las enumera con la devoción de quien atisba en ellas la fórmula de una próspera revolución permanente para el pueblo que le ha confiado su destino.

*

La entrevista ha terminado. Me despido del Presidente y de Venezuela con mi optimismo restablecido, puesto que el mapa político y social de América Latina no es precisamente para estimularlo, y Venezuela parece ser una de las pocas excepciones a la regla... Me atrevería a pensar, más bien, que ha abierto el camino de una nueva comprensión, como lo hiciera en los albores del XIX, cuando otra violenta crisis sacudía el organismo entero de esta vasta, contradictoria y complicada geografía que no acaba de tomar conciencia de sí ni escapa todavía al fraccionamiento impotente y humillante.

Una omisión en el artículo de Lozano y Lozano sobre Rómulo Betancourt

En el artículo de Juan Lozano y Lozano « La extraña hazaña del Presidente Betancourt, », que vio la luz en el n° 85 de Cuadernos, *correspondiente al mes de junio, página 25, falta un párrafo, que se omitio por error del copista que preparó los originales para la imprenta. Pedimos excusas al autor y a los lectores. El párrafo en cuestión dice así :*

« Pocas semanas antes de las elecciones, Arturo Uslar Pietri, el admirable autor de Lanzas Coloradas *y una de las más egregias figuras de la misma generación de Betancourt, Caldera y Villalba, inscribió su candidatura por un nuevo partido, el Movimiento Republicano Progresista, fundado por Ramon Escobar Salón. La insomne actividad de Uslar Pietri y su elocuencia de vasta resonancia popular, le aseguraron el cuarto lugar en los escrutinios, con casi tantos votos como el antiguo partido de Jóvito Villalba, y con un resonante triunfo en Caracas. »*

Shakespeare y el arte de su tiempo

POR DAMIAN CARLOS BAYON

« Los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres »

(Proverbio árabe)

LA VIDA, LA OBRA, LA MUERTE del hombre William Shakespeare nos resultan más decisivas que la mayoría de esos fuegos artificiales llamados batallas o revoluciones. Nada más lógico que, a partir de su figura, tratemos de indagar en el arte que le fue contemporáneo. Sin forzar ningún paralelo, ya que las artes no son iguales entre sí. Arquitecto, escultor, pintor, poeta o autor dramático, cada uno tiene algo distinto que decir y debe decirlo también de distinto modo.

En primer lugar veamos en qué andaba el arte inglés a fines del siglo XVI. La Inglaterra de la época está tácitamente en su teatro si lo sabemos descifrar. No tanto quizá en el propio de Shakespeare que desemboca siempre en lo intemporal, es decir en lo eterno, sino en algunos de esos otros autores violentos y sensuales. Más explícita aún podríamos encontrar esa imagen de la Inglaterra de hace cuatro siglos bajo la forma de teoría histórica disfrazada de novela, en *Orlando,* ese libro impar entre los libros de Virginia Woolf. Sí, el mundo inglés de fines del siglo XVI debía de ser más rudo que el que conocemos, de sangre más caliente y más espesa. Un verde país despoblado en el que sólo Londres hacía papel no tanto de gran ciudad como de ciudad grande. Sobre las colinas del campo, bravo como un cardo, apenas si asomaba, al cabo de horas de caminos barrosos, la flecha de una iglesia ya anglicana, o las torres de algún castillo inútilmente fortificado en tiempos de monarquía absoluta.

En efecto, los reyes se hacían ya palacios indefensos como el Hampton Court de Enrique VIII, Támesis arriba. Y los nobles y ricos, mansiones de ladrillo o de piedra : cúbicas, torpes, con grandes ventanales encristalados como único atrevimiento. Incomparablemente menos bellas que las italianas, francesas, flamencas u holandesas, esas casas eran realizadas un poco a la buena de Dios por *maestros de obras* o por los propios señores que se habían cultivado viajando por eso que los ingleses llaman con altanería « el Continente ». Arquitectos propiamente dichos no los habrá hasta poco después, cuando Iñigo Jones inaugure la serie ; ese Iñigo Jones, campeón de Palladio y que llegará a ser arquitecto de su Majestad Isabel de Inglaterra. En el resto del país se continuaban levantando esas humildes y confortables casitas de mampostería y madera, cubiertas de tejas o de paja que modulan el paisaje inglés, ahogadas entre jardines un poco deliberadamente salvajes.

De la pintura y la escultura inglesas contemporáneas poco hay que decir. Medio siglo antes habían llegado los escultores italianos —o sus obras— que aportaban las buenas nuevas del Renacimiento.

De ellos procedía esa invasión de tumbas graciosas talladas en el famoso mármol blanco de Carrara. Los encapuchados y las lloronas de los grandes sepulcros del siglo XV se veían suplantados ahora por los amorcillos, las guirnaldas y todo un repertorio riente que interpretaba la muerte como el tema de un perpetuo renacer.

Pasado también el tiempo en que un gran pintor como Holbein —antípoda de lo italiano— hubiera florecido en la corte del pendenciero y ávido rey Enrique. Sólo quedaba en tiempos de Shakespeare algún miniaturista como Nicholas Hillyard, a mitad de camino entre la ingenuidad perversa y el amaneramiento. Ya que no había sonado tampoco la hora de que llegara ese caballero pintor, discípulo de Rubens, que se llamó Antonio Van Dyck. Padre de la futura « Escuela inglesa », Van Dyck se dedicó a inmortalizar a gentes poderosas e insignificantes en jardines oscuros como un salón palaciego.

*

¿Resultaba acaso tan desolador el arte en el resto de Europa? En absoluto. De Italia venía esa luz fija, esplendorosa, cambiante que iba a durar tres largos siglos. En 1564, año del nacimiento de Shakespeare en Stratford, moría Miguel Angel. Su *Biblioteca* y su *Sacristía nueva*, en San Lorenzo de Florencia estaban terminadas. Su palabra mayor —en términos de arquitecto—, la cúpula de San Pedro en Roma, quedaba a medio articular.

La arquitectura clara, linear del *Quattrocento*, cuyo paradigma es Brunelleschi, había llegado a ser un siglo después, con Bramante, verdaderamente grandiosa dentro del antiguo espíritu romano. Miguel Angel fue más lejos aún haciendo complejo el rigor de Bramante, enloqueciendo las formas, trastrocando las relaciones entre las partes del edificio. Plantó un órgano de sostén que nada sostenía, cambió la proporción del muro y del vano, se empeñó en hacer caber una escalera en un local estrecho. No por impericia sino por desesperación, por violencia interior. Inventó lo que los historiadores de hoy llaman el *manierismo*, pero hay que convenir en que la suya es la *maniera grande*, marcada para siempre por la garra de su *terribilità*.

Al tiempo de nacer Shakespeare comenzaban en Roma las obras de *Gesú*, iglesia-madre de la compañía de Jesús. Si el interior es de Viñola —el tratadista de la arquitectura—, la fachada es obra de otro gran arquitecto contemporáneo : Giacomo della Porta. Ambos resultan dos de los anunciadores del futuro estilo barroco que nunca iba a prender en Inglaterra. Más importante en ese sentido resulta Andrea Palladio, un gran arquitecto del norte de Italia. Podemos dejar de lado sus magníficas iglesias venecianas y consagrarnos solamente a sus « villas » en el campo véneto y a su famoso tratado : los *Cuatro Libros de Arquitectura*, gracias al cual su talento pasó todas las fronteras.

Palladio nos muestra ejemplarmente la adecuación de ese arte social por antonomasia que es la arquitectura a las nuevas condiciones de vida a fines del siglo XVI. Ni la burguesía ni la nobleza —no solamente de *espada* sino de *toga*— querrán habitar ya los lóbregos palacios fortificados de los siglos anteriores en el corazón mismo de las ciudades. Burgueses y nobles irán por el contrario a colonizar ese campo —que tanto cantaban los poetas— en claras mansiones abiertas sobre jardines y fuentes.

Aunque Shakespeare no haya llegado a ver nunca esos prodigios que fueron sus contemporáneos, nosotros no podemos dejar de pensar qué bien se llevan en la imaginación las comedias de Shakespeare y esas grandes casas de campo de Palladio : unas y otras están gobernadas por un mismo sentido de la majestad, de la intriga complicada, del desenlace feliz.

No habrá soñado tampoco Shakespeare con los palacios que, en Francia, se mandaban hacer : el rey, sus cortesanos o sus favoritas una vez que abandonaron el Loira por los alrededores de París. Los arquitectos de esos palacios fueron, sobre todo, el gran Philibert Delorme y Pierre Lescot, quien colaboraba con el escultor Jean Goujon, cuyo arte es superior al de cualquier pintor francés de la época.

En España, después de un momento desbordante como el que corresponde al gó-

tico Reyes Católicos y al plateresco, el fugaz esposo de María Tudor, Felipe II se mandaba hacer un monasterio-palacio, El Escorial, que iba a cambiar todas las normas arquitectónicas de su tiempo. El rey quería hacer perdurar en granito incorruptible un acto de fe, el voto que íntimamente pronunció a raíz de la batalla de San Quintín, que ganaron sus tropas a las órdenes de Manuel Filiberto de Saboya.

Si Palladio inauguraba la serie de la gran casa rural entre jardines, Toledo y Herrera —arquitectos de Felipe II— inventaban con El Escorial el tipo moderno de edificio heterogéneo, modelo de todos los futuros grandes conjuntos europeos durante tres siglos al menos.

*

A la muerte de Miguel Angel la escultura quedaba huérfana en Italia. Apenas si Sansovino en Venecia y Giambologna en Florencia daban señales de un talento menor aunque certero. Hasta en la gran estatuaria ambos no hacían sino perseguir el preciosismo de la forma de aquel gran orfebre que fue Benvenuto Cellini. Las forzudas y densas estatuas de Miguel Angel se iban a transformar en manos de Sansovino y de Giambologna en rebuscadas figuras nerviosas y amaneradas. El próximo gran escultor italiano iba a ser Bernini, pero como todos los hombres verdaderamente excepcionales, Bernini no podía ser previsto.

La pintura había quedado también señalada por el paso gigantesco de Miguel Angel. Los frescos del testero y del techo de la Sixtina cambiaban para siempre las nociones de monumentalidad, de dinamismo, de composición. Roma tendrá que recurrir a artistas del norte de Italia, boloñeses como la dinastía de los Carracci, para que le pinten el nuevo énfasis que reclama la Contrarreforma.

Más trascendentes que estos decoradores eran los pintores venecianos aun en vida : Tiziano, Veronés, Tintoretto. Tiziano —que murió casi centenario en 1576— había especulado sobre la belleza femenina y se había hecho insustituíble en el retrato psicológico de gran aparato. En cuanto a la técnica, heredaba la lección de la Escuela veneciana introduciendo en ella una noción nueva : la de dibujar directamente con el color. Su materia esponjosa poseía una morbidez afelpada que la hace inconfundible.

A su lado Veronés —muerto en 1588— no es sino un decorador, aunque genial. Capaz de mover todo un pueblo de grandes figuras y de hacer estallar las bóvedas por cuyas brechas se descubre un gran cielo azul. Tintoretto —cuya vida alcanzó hasta el año 1594— es en cambio el tipo de continuador-opositor de Tiziano : un violento, un audaz que trastrueca la perspectiva, los escorzos, utilizando un claroscuro violento de tintas saturadas que aun en la penumbra conservan una viva riqueza de color.

Todo esto ocurría en Italia mientras Shakespeare vivía su enigmática juventud, de la cual apenas conocemos algunos datos como su casamiento en edad muy tierna con Ann Hathaway, ocho años mayor que él. Para cuando empiece a estrenar sus obras y a tener buen éxito, otro pintor estará revolucionando el arte italiano. Y ese artista no será otro que el príncipe de los tenebristas : Miguel Angel Merisi de Caravaggio, aldea lombarda donde nació en 1573. En la pintura de Caravaggio se juega el eterno problema de la luz y de la sombra, tema fundamental en la pintura del siglo XVII. Zurbarán, Velázquez, Rembrandt, tres de los mayores pintores de ese tiempo provendrán, de un modo o de otro, de la lección de Caravaggio. Esa sola sería bastante gloria.

Si Caravaggio es un violento golpe de timón hacia la crudeza de la vida, hacia la vulgaridad —cuyo paralelo no falta, por cierto, en la obra de Shakespare—, otro gran pintor de la época, El Greco, imaginará los espacios abarrotados de ángeles, la torsión de los cuerpos consumidos por el fuego de la pasión celeste. Cretense que estudió en Venecia con Tintoretto, después de una corta estancia en Roma, terminó por fijarse, con genial intuición, en Toledo, ciudad que le parecía predestinada.

Con cada uno de estos pintores violentos coincide Shakespeare en algo. Con Tintoretto y Caravaggio en el contraste de escenas claras y oscuras. Menos exaltado que

El Greco, tiene sin embargo con él también algún punto de contacto : la apertura al mundo de lo desconocido, de lo irracional. En el pintor la visión exasperada se traduce en el paroxismo de las actitudes, en el color azufrado de alta temperatura pasional. En el escritor, en la presencia frecuente de genios, duendes, brujas y, sobre todo, de espectros que vienen del otro lado de la tumba a reclamar sus derechos en un relámpago terrible.

Otro gran pintor tuvo ese fin de siglo : el holandés Peter Breughel, imaginero que, por una parte continuaba la visión interior de Hyeronimus Bosch —que los españoles llaman el Bosco— y, por otra, comentaba implacablemente la vulgaridad popular. El historiador del arte E.H. Gombrich hace un paralelo interesante entre Shakespeare y Breughel : « En realidad hombre de ciudad, su actitud con respecto a la vida rústica de la aldea fue muy semejante a la de Shakespeare, para el que Quince el carpintero y Bottom el tejedor eran una especie de payasos. Fue costumbre en su época considerar al hombre de campo como un personaje festivo. No creo que ni Shakespeare ni Breughel aceptaran esa costumbre por esnobismo, sino porque en la vida rústica la naturaleza humana se advierte con menor disimulo, libre del barniz artificioso y convencional de la « gente bien ». Así, cuando ellos querían poner de manifiesto la insensatez de la humanidad acostumbraban tomar por modelo la vida popular ».

Quizá para completar este museo —que rodea a Shakespeare sin tocarlo— habría que recordar también la prodigiosa galería de retratos que nos ha legado el siglo XVI. Franceses, alemanes, flamencos, holandeses, españoles, italianos, todos han descollado —cada uno a su manera— en el arte del retrato. Sin duda porque esa gran curiosidad psicológica era uno de los rasgos dominantes de la época. Sin forzar los parecidos con la pintura diríamos que Cervantes y Shakespeare —muertos ambos en 1616— se propusieron igualmente componer un herbario de rostros, y sobre todo, un herbario de almas. Aunque los retratos literarios de estos dos autores son aún más vastos y profundos que la mayoría de los retratos pintados. Con ellos tenemos siempre la impresión de asomarnos a una ventana que se abre sobre lo universal.

*

Shakespeare es una multitud de escritores. Un poeta manierista y cortesano que osaba dedicar sus ciento cincuenta sonetos al joven noble que, posiblemente, se los había inspirado. Un autor de comedias de enredo con una imaginación y una alegría incomparables. Un gran trágico —el mayor de todos los tiempos— que transfigura las pasiones y la locura con la exactitud vertiginosa de su palabra.

Esa multitud de autores coincidieron —para desesperación de biógrafos— en un solo y único hombre perteneciente a la clase media de Stratford, que se casó, tuvo hijos, estrenó treinta y seis obras de teatro, se ganó la vida como actor y mucho se preocupó por su título de caballero y por su escudo de armas, en el que una leyenda francesa reza orgullosamente : *Non Sans Droyct*. Esa infinidad de hombres heterogéneos murieron un día de abril de 1616, el día preciso en que murió en Stratford William Shakespeare.

El sentido crítico en el arte

POR LUIS QUINTANILLA

« Todo pasa. Lo que ayer desagradaba puede mañana agradar. Ninguna regla, ninguna constancia en el gusto. En principio éste no es más que una costumbre. Otras veces las costumbres cambiaban lentamente ; durante nuestros días son arrastradas, con nosotros, por el demonio de la velocidad. No hay tiempo de mirar con cuidado, ni de meditar lo que aparece y desaparece. Sólo se pide una sorpresa, una emoción de choque, por un minuto. Cualquier cuadrejo extraño, estrafalario, la anotación de un improvisador o algunas manchas de un boceto, un muestrario de tonos sin forma, nos seducen, nos excitan más vivamente que una antigua obra maestra demasiado conocida. Sólo la novedad, sólo el golpe de lo imprevisto traen un placer a nuestros espíritus hastiados... Y la muerte, mañana, igualará todo en el olvido y la nada. »

El lector que desconociese este texto entrecomillado, al parecer de tan rabiosa actualidad, quizás se sorprenda también, sabiendo que fue escrito por Jean Dominique Ingres el año 1827.

« Monsieur Ingres » o « Le Père Ingres », llamado así por sus discípulos cuando dirigía la Villa Médicis, Academia de Bellas Artes de Francia en Roma, desde 1835 a 1840, había anteriormente a esa fecha lanzado su protesta contra lo que entonces consideraba el caotismo artístico : « *Nihil novum sub sole.*» Este intransigente pedagogo, testarudo aferrado a sus ideas, trataba a su vez de imponer su despotismo estético. Bien es verdad que poseía el don de ser un excelente dibujante, meticuloso observador de la forma natural, expresivo y repleto de gracia lineal. Muchos de sus dibujos, hechos simplemente a lápiz, son deliciosos. Su lema fue : « El dibujo es la rectitud del arte. » Y así figura inscrito bajo su busto en la Escuela de Bellas Artes de París.

Ingres arremetió rompiendo lanzas para sostener lo que estimaba la principal virtud del artista pintor. Sus palabras al principio copiadas, hablando en general de una situación artística, son muy justas, y hoy resultan de absoluta precisión para cualquier sensato degustador de pintura. Pero Ingres dirigió su ataque principalmente contra Delacroix y los demás pintores que a éste seguían. Para Ingres, el autor de « Las mujeres de Argel » no sabía dibujar, y en consecuencia le negaba el aire y el sol artísticamente.

En seguida surge la pregunta : ¿Qué es el dibujo y qué es saber dibujar? Desconocemos esa entidad metafísica que nos presente el dibujo perfecto, inmutable, absoluto, el dibujo en esencia, en « él » y por « sí mismo ». Todo depende de su concepto y realización. Según el criterio del gran dibujante Ingres, el dibujo consistía en obedecer a una fórmula, la practicada por los clásicos griegos esculpiendo a la manera de Praxiteles, y la fomentada por Rafael Sanzio que fue su admiración y a quien más estudió durante su larga estancia en Italia.

« Soy un griego y tengo la religión de Rafael », escribió y repitió verbalmente

Ingres a sus discípulos ; de ahí no salió, desde que razonó, en los ochenta y seis años que tuvo de vida. Ateniéndonos a la fórmula escolar de concebir Ingres el dibujo, al Giotto, a Mazaccio, a un sutil estilista como Botticelli, habría que postergarles al puesto de dibujantes secundarios. Lo mismo podría decirse de Miguel Angel prodigando músculos con su creación barroca ; de Rembrandt en sus magníficos grabados acentuando el carácter de los personajes, y si recordamos a Goya, en su extenso proceso de dibujante también grabador y litógrafo, las maldiciones de Ingres caerían sobre el genial artista español ; igual que las que más adelante señalaremos al comentar el sentido crítico de Ortega y Gasset.

Ingres, a los cincuenta y cuatro años quiso admitir una rectificación de su estricto concepto del dibujo. Acompañado de su discípulo favorito, Le François, yendo hacia Roma se detuvo en Orvieto, y vio en la Catedral los frescos de Luca Signorelli. De repente descubrió el arrebato de los escorzos en el tema de Apocalipsis que Signorelli allí pintó. La prodigiosa fuerza, el movimiento y pasión que hay en las figuras del precursor de Miguel Angel le subyugaron, y en su entusiasmo dijo a Le François que se quedarían quince días, si fuese necesario, para estudiar el « verdadero dibujo ». Tal como lo pensó trató de hacerlo al día siguiente ; pero a la media hora de copiar una figura de Signorelli, dejó de dibujar y exclamó : « C'est laid ! » Volvía a ser el propio Ingres, y la obra de Signorelli le pareció « fea ».

¿Qué sucedió en el espíritu del artista francés? Seguramente en el primer momento de la contemplación de los frescos de Signorelli, la audacia del pintor italiano retorciendo las formas, le emocionó sinceramente, dejándose llevar por la sacudida de ver interpretados los cuerpos humanos de manera tan distinta a la que él practicaba ; mas cuando con su lápiz había dibujado un Ingres partiendo de Signorelli, se percató que estaba tan alejado de su estilo, de la « elegancia » que él buscaba apoyado en los griegos y en Rafael, que renunció a seguir estudiando el « verdadero dibujo », calificándolo de feo. El mismo se cerraba las puertas antes de entrar a comprender un mundo del arte sin relación con el suyo.

No es de extrañar, pues, que Ingres denigrase a Delacroix, al pintor que ante todo deleitaba con el color, con las briosas entonaciones y las armonías plásticas, consecuente de los grandes maestros coloristas más cerca de la escuela veneciana que de la llamada romana a partir de Rafael. E igual que a Delacroix rechazaba Ingres a los pintores que obtenían volúmenes en la forma dibujando, y admirablemente, con el color. Y es que, a pesar del acierto de sus palabras, que hemos transcrito al principio de este comentario, Ingres, el gran dibujante, era un mal crítico.

Lo contrario de Ingres resulta su adversario Delacroix en sus juicios artísticos. Empezó por respetar lo que Ingres tiene de gran valor, sin caer en el mal gusto de replicar contraatacando las arbitrariedades del magnífico maestro del dibujo, lo cual precisa George Sand, en 1841, reseñando una conversación con Delacroix. Casi todas las reflexiones de este excelente pintor que aparecen en su *Diario*, revelan un sutil crítico, incluso defendiendo tendencias estéticas contrarias a la suya, y fue él quien extendió la curiosidad hacia la pintura de los ingleses.

Un detalle análogo a Ingres en el sentido crítico, vemos en el Greco. Formado con Tiziano, al llegar a Roma, hecho ya un buen pintor, encuentra en todas partes la tiranía de la herencia de Miguel Angel. El Greco tiene un concepto estético completamente distinto del dominante en la ciudad papal : para él, artísticamente de origen veneciano, la riqueza del color debe ser lo dominante en la pintura. Hombre y artista sincero, no se recata en emitir su opinión respecto al pintor de la Capilla Sixtina ; pero sus juicios, su crítica van encauzados a demostrar que Miguel Angel no era un pintor. Sabido esto por los artistas romanos, le hicieron tal vacío al Greco que, según un documento del siglo XVII descubierto por Longhi, fue ese el motivo de que partiese de Roma, yendo a España. Todavía, siendo viejo, le dijo en Toledo a Pacheco, el suegro de Velázquez : « Miguel Angel es un buen hombre que no sabe pintar. »

También el Greco iba a ser víctima de la equivocada crítica. Introducido en Toledo por don Diego de Castilla, deán de la

catedral primada, impuso su obra contraria a lo que entonces se pintaba en España, y consiguió el respeto artístico a pesar de las discusiones. Ya había pintado el gran retablo del altar mayor de Santo Domingo el Antiguo, trabajo de importancia en el cual se ocupó dos años, y « El Expolio » para la sacristía de la catedral, cuando fue llamado por el Rey Felipe II que le encargó el « Martirio de San Mauricio y la Legión tebana », destinado a un altar lateral en la grandiosa iglesia del monasterio del Escorial. Felipe II gastaba una fabulosa fortuna en la construcción y decoración del suntuoso edificio que sería su panteón funerario. Día tras día vigilaba las obras ; antes de ejecutar cualquier detalle el arquitecto, Juan de Herrera, presentaba al Rey la traza proyectada, esperando su aprobación, y si se conocía algún artifice de singulares méritos, era buscado y contratado para colaborar en lo que puede decirse que fue la gloria de aquel místico monarca. Para el Greco tal encargo resultaba transcendental. Quizás lo que más le animó a ir a España fueron los consejos que le dio en Roma el humanista don Luis de Castilla, explicándole lo que habría que pintar en el monumental monasterio, y el crédito que Felipe II gozaba en Venecia, principalmente por parte del Tiziano, de ser un buen conocedor del arte y un buen pagador. Efectivamente, Felipe II tenía de su padre, Carlos V, una magnífica colección de pinturas, que él aumentó, de artistas italianos y flamencos, entre estos últimos los mejores cuadros de Jerónimo Bosch. El Greco vio, por fin, colmadas sus aspiraciones al empezar una obra para el monasterio del Escorial, seguramente el preludio de muchas más, como requería la decoración del edificio. Ya el tema del martirio de San Mauricio salía de lo corriente : un guerrero romano que no sólo admite el sacrificio de su vida antes que renegar de la fe cristiana, sino que convence a toda su legión a hacer lo mismo. El Greco agudizó sus recursos artísticos, puede decirse que superándose. Con extraordinaria elocuencia interpretó en un grupo al soldado estimulando a sus compañeros a morir alabando el cristianismo ; en otra parte figura la degollación de los mártires, recibidos con unción religiosa, y en lo alto sus almas entrando en el cielo. Todo esto perfectamente resuelto y expresado con maestría técnica y riqueza de color insuperables. No es aventurado repetir que este cuadro es uno de los mejores que se han pintado, y una creación tan original y poética que señala un hito en la historia de la pintura. El arquitecto Juan de Herrera lo ponderó ; pero Felipe II ni tan siquiera permitió que el « San Mauricio » ocupase el altar que se le había destinado, conservándose actualmente en las salas capitulares del monasterio. El Greco, después de realizar esa gran obra, dejó de trabajar para el Escorial. La voluntad del Rey, en cuyos dominios no se ocultaba el sol, se impuso. Obedeciendo su mandato, en lugar de el Greco, pintaron los techos y muros del Escorial Bergamasco y Caxeri Cincinati, dos practicantes de la pintura mediocres y amanerados, reclutados en Roma. El sentido crítico peculiar de Felipe II privó a la humanidad de uno de los conjuntos decorativos, posiblemente incomparables si el Greco continuase desarrollando su personalísimo arte dentro del marco del grandioso edificio.

Por fortuna, el clero y los intelectuales de Toledo tuvieron más despierto y fino sentido crítico que el monarca, y en compensación honró el Greco la ciudad del Tajo convirtiéndola en un museo de sus obras. Fallecido el Greco, un nuevo sentido crítico parecido al de Felipe II también postergó al autor del « San Mauricio » durante cientos de años, hasta que el escritor Manuel Bartolomé Cossío « le resucitó » al principio de este siglo.

Más osado en su criterio que el intransigente monarca español fue el papa Julio II, quien vandálicamente hizo destruir varios frescos del Vaticano, entre ellos los de Piero della Francesca, para que tuviese mayor número de paredes pintables Rafael Sanzio.

Rembrandt disfrutaba de buen prestigio artístico en Holanda cuando el profesor Tulp le encargó su « Lección de Anatomía », brillante grupo de figuras contemplando la disección de un cadáver. Con este cuadro se consagra la fama de Rembrandt el año 1632, siendo todavía un joven de 26 años. Su vida artística y material queda asegurada ; constantemente recibe encargos, gana dinero y casa con mu-

jer rica de familia patricia. Su producción pictórica aumenta de manera considerable. Así llega el año 1642 y los arcabuceros de Amsterdam le comisionan para que les retrate, representando la escena de la llamada a las armas, acudiendo al redoble del tambor, estipulando pagarle 1.600 florines, cantidad no superada hasta entonces por un cuadro : es la famosa « Ronda de noche », la más extraordinaria pintura de Rembrandt y también uno de los grandes aciertos pictóricos en el mundo occidental, donde el singular artista derrochó su riqueza de color, su poderío plástico, su intrigante claroscuro, su inconfundible personalidad exaltada hasta la apoteósis, y alcanzó la poesía del misterio que convierte su obra en un poema. Al exponerla ante el público de Amsterdam intervino la crítica. Con su vulgar sentido, sólo vio y dijo que la composición era desordenada, que resultaba un atropello de los que debían ser disciplinados soldados, aparte la figuración de otros personajes fuera de la milicia, inapropiados, como las dos niñas, en medio del cuadro, llevando una colgado de la cintura un gallo. Fue lo bastante para que la genialidad de Rembrandt, confirmada aunque únicamente hubiese pintado ese cuadro, no sólo se pusiese en duda, sino que el autor quedó de momento desacreditado y esto motivó su desgracia. Ni una voz, ni un escrito en aquel ambiente artístico surgió en su defensa. El mismo sentido crítico del primer momento perduró, y el año 1715 mutilaron bárbaramente la « Ronda de noche », cortando en la parte superior una tira de 28 centímetros a lo largo del cuadro y otra de 64 a un lado. Los críticos del arte holandés siguieron indiferentes sin comprender que aquella obra maestra representaba la mayor gloria artística de su país, dejándola ennegrecerse abandonada en un rincón del Ayuntamiento, hasta que en 1946, con buen acierto, fue restaurada y recobró su inicial brillantez. Ahora ocupa el puesto de honor, bien merecido, en la principal sala del Rijksmuseum de Amsterdam

El sentido crítico de Holanda que especuló con la pintura cultivando altamente su comercio, tampoco supo apreciar a Juan Vermeer de Delft, un artista dotado de exquisita sensibilidad, de visión propia, de refinada elegancia incluso interpretando una vulgar lechera. En sus aciertos, acaricia la forma con ternura, resaltándola con entonaciones exclusivamente suyas. Después de ver sus cuadros no se pueden olvidar sus azules y amarillos. Vermeer vivió cuarenta y tres años, casi encerrado en su taller y alimentado por el trabajo de su noble mujer. Cada vez que salía para intentar vender uno de sus cuadros, volvía a su casa sin haberlo logrado. Ninguno de los múltiples críticos que en Holanda escribían sobre arte le concedió la menor importancia, y así pasó su vida en la miseria. Se han necesitado más de doscientos años desde que murió Vermeer, en 1675, para que su arte se haya impuesto. A partir de principios de nuestro siglo se le dedicó extensa literatura y cualquiera de sus pequeños cuadros adquirió la máxima cotización. El admirable pintor Vermeer surge triunfante al descubrirle un nuevo sentido crítico, precisamente en nuestra época, que paradójicamente fomenta las estéticas más opuestas al virtuosismo del pintor de Delft.

Debemos ya aclarar, para evitar confusiones, la diferencia que hay entre los gustos dominantes por temporadas y la responsabilidad y consecuencias de los que se dedican a comentar al arte públicamente con más o menos autoridad, como es lógico, intentando imponer su criterio. Ingres pedía una regla, una constancia en el gusto, y por lo contrario la frase vulgar afirma que « sobre gustos no hay nada escrito ». Ni una cosa ni la otra son admisibles. Disertando sobre gustos se han escrito y escriben miles y miles de páginas impresas, desde las de mayor frivolidad como las que tratan de la moda femenina, hasta las que sostienen o rechazan la belleza de un gran estilo. Lo hemos visto en el transcurso de siglos con las discusiones del arte gótico, del barroco, el rococó, e incluso el consagrado clasicismo. Pero también resultará una pretensión inapropiada querer evitar que los gustos evolucionen, y en consecuencia el más trascendental, el del arte. La misma finalidad del arte requiere el cambio ; su renovación da nueva vida espiritual. Y aquí es donde interviene el sentido crítico.

John Ruskin, hacia mediados del siglo pasado, saltó de su brumoso Londres a la soleada Toscana. Con su lirismo estético escribió *Las mañanas de Florencia,* libro, más bien poético, que pronto sirvió de guía a los turistas ingleses, pues trata de presentar los encantos artísticos de la antigua ciudad del Arno, indicando visitas matinales. El admirable Giotto le acaparó su emoción pictórica; ni se detuvo a ver la obra de Masaccio. Ruskin regresa a Inglaterra con su equipaje estético florentino, y hablando y escribiendo origina entre los pintores el movimiento llamado prerrafaelista: una fórmula, una manera limitada de comprender e interpretar la pintura. Entre los prerrafaelistas, los dos que se destacaron fueron Dante Gabriel Rossetti y Burne Jones. Tenían al apóstol del movimiento en Ruskin, acreditado en la sociedad inglesa por sus libros, y el prerrafaelismo fabricado gozó de magnífica acogida. Sus contemporáneos, dirigidos por Ruskin, olvidaron a John Constable y William Turner, que desde 1776 hasta surgir el prerrafaelismo habían realizado lo más brioso y personal de la pintura inglesa. También actualmente, al decantar el tiempo los verdaderos valores artísticos, ni el prerrafaelismo ni Rossetti ni Jones se sostienen al lado de la espontaneidad creadora de Constable y de Turner.

Podríamos seguir citando múltiples ejemplos de forzados encumbramientos en el arte, y añadir otros a los ya comentados de postergación por la imposición de un sentido crítico. Vamos a recordar entre los últimos a Fantin-Latour. No conocemos mejor conceptista e intérprete del retrato desde mediados del siglo XIX que este silencioso pintor francés. Metido en su concha o estudio de la rue des Beaux-Arts, de París, entre altas casas, en un patio, su celda de trabajo no era mayor que para cobijar un caballo y un coche; junto a ella, dos exiguas habitaciones donde vivía con su animadora mujer, también pintora. Fantin se entrega por completo a su ideal artístico; expone sus obras, pero con su modestia y reserva no procura que los críticos se ocupen de ella. Hablando de París dice: «Un sitio atroz para vivir. No se vende nada... pero el arte es libre.» Sus únicos recursos económicos se los procuran unos fieles amigos vendiéndole sus excelentes bodegones en Inglaterra, más algunos bienes de su mujer. Trabaja sin descanso y retrata a los otros pintores, a los literatos y poetas, a los músicos, a sus amigos y a artistas y escritores en su «Homenaje a Delacroix». Esta tela, igual que las demás de los retratos, es de grandes proporciones, y la utilizó Fantin de mampara para evitar la corriente de aire que entraba por la puerta de su taller. Fantin murió a los sesenta y ocho años, en 1904, casi ignorado. Mientras tanto, Léon Bonnat, con sus convencionales retratos halagadores de la gente distinguida y gobernantes, ganaba gran fortuna e imponía su dictadura artística en Francia. Menos mal que dejó un buen museo en Bayona, su ciudad natal, de obras que no son suyas. Lo que ha podido Francia conservar de Fantin-Latour figura hoy en la colección del Louvre.

Es muy loable y aleccionador el interés que, en general, tienen los escritores por la pintura. Su preocupación de disertar sobre ella viene de antiguo. Buscan sus amistades entre pintores; y en los cuadros, ideas. Los literatos franceses, sobre todo en el último siglo, han tenido gran influencia positiva y negativa en la orientación estética, por desgracia más en el segundo sentido que en el primero. Se significaron con sus aciertos Gautier y Baudelaire ensalzando la perdurable novedad. Las contiendas estéticas desde que París, a partir de 1830, se convirtió en el principal mercado de la pintura mundial, han sido, a veces, de furiosas pasiones, y pocos escritores, aun sin estar especializados en el arte, se privaron de omitir su opinión. No hay duda que esto resulta un excelente estimulante para el arte, y sostiene la curiosidad de lo que puede decir un cuadro. Pasado el romanticismo, se practicó una pintura de argumento melodramático o sentimental; la escena representada por el pintor prevalecía. Fue la época de los cuadros cuyo motivo teatral novelero impresionaba más que la seria y buena pintura de calidades plásticas. Ante la representación de un niño perdido en la nieve, ya aterido, que un robusto perro de San Bernardo iba a salvar, se detenía el público altamente emocionado. Después venía el

escritor periódico explicando la angustia del niño y el « happy end » traído por el perro, que a algunas damas hacía llorar. Tal género de cuadros alimentaron el sentido estético de los grandes salones en nuestros abuelos, y los escritores que los comentaban cultivaban la admiración hacia ellos de sus lectores.

Si el escritor evidentemente influye en el gran público que necesita un guía, ¿hasta dónde puede influir en el pintor? A priori, para ejecutar éste su obra, en poca cosa, como no sea la temática. Los medios de expresión del uno y del otro son tan distintos, que el pintor, ante todo obligado a dominar la técnica, a realizar principalmente un trabajo manual debatiéndose con la materia corporal de los colores, va adquiriendo él mismo y sólo él una disciplina, y cuando interviene el escritor con su libertad de pensamiento y apreciación, ya el pintor ha realizado su obra. Cézanne desde la niñez fue íntimo amigo de Zola ; los dos soñaron juntos en la poesía y el arte ; cada uno siguió su camino, y al definirse Cézanne artísticamente, al dar a conocer su personalísima visión de la naturaleza, el primero que le consideró un fracasado fue Zola. Ningún escritor contemporáneo de Cézanne le dedicó una cuartilla para justipreciar su arte. Por lo contrario, los vituperios llovieron sobre él.

Está hasta por encima de la máxima lógica que no se puede hablar ni escribir de lo que todavía no se ha visto pintado. El escritor puede describir magistralmente un paisaje ; el pintor tiene que pintarlo, y no por lo que oye. Ahora bien, el escritor, más que otro cualquiera, sí puede contribuir a aclarar y hacer sentir la obra del pintor : de ahí la responsabilidad del escritor consciente y su sentido crítico.

De los distinguidos escritores españoles que me honraron con su amistad, Unamuno y Valle Inclán también tenían profundo interés por la pintura y pareceres concretos sobre este arte.

Unamuno, el autor de *El Cristo de Velázquez,* con quien conviví dos años durante su destierro en Hendaya, mientras yo pintaba allí los frescos del consulado de España vandálicamente destruídos por el capricho oficial del actual régimen español, sin que hubiese en ellos alusiones políticas, solía buscarme para hablar de pintura : casi era una de sus debilidades. Afortunadamente, según mi criterio, no se decidió a escribir lo que decía de lo pintado ni de sus preferencias « museadas ». Sus juicios literarios, bien conocidos, son acertadísimos, y los pictóricos se inclinaban al lugar común, atraído por los temas. La maravillosa « Infanta Margarita » pintada por Velázquez que hay en el Prado, le parecía secundaria al lado del Cristo del mismo autor. En la « Infanta » sólo veía la decadencia de la casa de Austria ; en el Cristo un poema español.

Valle Inclán, perorando en los cafés madrileños de hace cincuenta años, sostuvo el amaneramiento de un grupo de pintores cuya mediocridad estaba hasta en el barniz de sus cuadros, y por él se impusieron un Romero de Torres, un Anselmo Miguel Nieto y otros que ya nadie recuerda. Más tarde Valle Inclán conoció al buen pintor Juan de Echevarría ; Don Ramón le sirvió de modelo varias veces, y fue el pintor quien orientó al escritor en la sana apreciación de la acertada pintura, descubriéndole la emoción de las armonías del color.

José Ortega y Gasset, quizás atraído por *Las concepciones del mundo en la pintura* de Hermann Nohl, publicado en 1908, se sintió con mayor ánimo que otros pensadores españoles para dejarnos su opinión escrita sobre el arte de algunos pintores. Aparte artistas secundarios del momento a quienes dedicó páginas, abordó dos figuras colosales : Velázquez y Goya. Con Velázquez no encontró dificultades. La vida del pintor de Felipe IV es sencilla y precisa, metido en el palacio del monarca, y su obra está tan definida y estudiada, que el pensador puede andar por camino seguro y recrearnos comentando el espacio envolvente. Pero en su libro sobre Goya las cosas cambian. Empieza por decirnos invocando la *docta ignorantia,* que el lector no debe olvidarse que él « es una gran ignorante en materia de historia artística », lo cual no le impide echar su cuarto a espadas. Su primera intención, muy acertada, va dirigida a desbrozar la maleza que acompaña a Goya con la fantástica leyenda inventada de su vida, sin ningún fundamento. Sirviéndose de su precioso estilo

B.D.I.C

nos da su impresión del hombre Goya, y mejor del ambiente social que le rodeaba, a la vez que de la importancia que lo popular ejerció en el arte, el teatro y la música en España, destacándose las corridas de toros : lo que Goya pintó y grabó. De aquí Ortega deduce, con intuición y seguramente sin equivocarse, que precisamente por ser la vida de Goya vulgar, la de un artesano metido en su oficio que le acapara el tiempo, sus biógrafos crearon su leyenda basándose en los temas que interpretó : majas, manolos, la gente del bronce, danzarinas y toreros. Luego —deducen— Goya fue igual que ellos. También pudieron considerarle brujo. Pero, claro está, no se puede escribir un libro de 111 páginas dedicado a un pintor, si no es una novela biográfica, y dejar a un lado el arte. Ortega precisamente aprovecha su libro para entrar de lleno a juzgar la pintura artística, incluso en la técnica, sin limitarse a Goya, y después de decir « que algunos pintores españoles cuentan entre los más grandes que ha habido en el mundo », nos descubre que « la pintura española, hasta el último tercio del siglo XIX, ha solido ser miserable, de una pobreza y de una ruindad anímica pavorosas, de una torpeza técnica que llega al grado de insigne... » A continuación apoya su argumento, dispuesto a sacar deducciones, asegurando « la incapacidad para el dibujo del hombre español, incapacidad que pica en historia porque su constancia impide atribuirla a la casualidad ». De aquí podemos pensar que Ortega sólo veía el dibujo artístico cuando está ejecutado con un utensilio unicolor, lápiz, pluma, carboncillo, etc., o caía en la gran equivocación señalada de Ingres, pues resulta inexplicable que un observador de su categoría no se fijase como desde el primer momento que aparece la pintura en España, en la gruta de Altamira prehistórica, siguen los primitivos castellanos y catalanes, luego, más definidos, Huguet, Dalmau y Berruguete, continúan Luis Morales y Sánchez Coello, y unos y otros estilizan con agudo dibujo, riguroso, dándole mayor importancia que al color, y no creemos que Ortega dudase que el Greco, Ribera, Velázquez o Zurbarán sabían dibujar. Para sostener su afirmación del proceso infeliz de la pintura española, nos dice : « Ahora bien, el dibujo, *la tradición y escuela del bien dibujar* (subrayado por él) es la peana y el cimiento del arte pictórico, incluso del que se propone eliminarlo. Cabrá decir más : el dibujo es la conciencia de la pintura, el componente de ella que corresponde a lo que en la conducta moral llamamos responsabilidad. Cuando a la pintura de un país le falta la disciplina arquitectónica del dibujo, todos sus productos manifiestan esa penosa indecisión, ese perenne y asfixiante « querer y no poder », esa torponería habitual, esa flotación indigna en que viven y son todas sus formas y hace de ellas como aerostatos que el viento bambolea. » Leemos con angustia lo que el crítico de arte quiere decir, pues volvemos a preguntar a Ortega lo mismo que a Ingres : ¿Qué es el dibujo y qué es saber dibujar? ¿Todo el arte románico carece de dibujo? ¿Los códices miniados no están dibujados? ¿En la obra de Cézanne se manifiesta « esa penosa indecisión »? Ortega, tan riguroso en su sentido crítico, podía haber precisado ejemplos del buen o mal dibujante, y quizás sus lectores iniciados en el arte le limitarían, con razón, al formulismo académico.

Ortega quiere sostener la tesis de que hay que cambiar la historia del arte español, porque habiendo surgido en él unos cuantos pintores grandiosos, se « considera a España como un país de buenos pintores y al español bien dotado para este arte ». Ortega lo niega rotundamente con su argumento de « la incapacidad para el dibujo del hombre español y su torpeza técnica ». Respecto a la técnica, le replicamos que se caracteriza la pintura española, aun en los pintores mediocres, por una seguridad, amplitud de conocimientos y medios de expresión indiscutibles ; vemos la precisión del oficio hasta en los artesanos. No hay en la labor de los pintores españoles desgraciadas catástrofes técnicas como en Leonardo de Vinci y en « El juicio final » de Miguel Angel, ni los ennegrecimientos de algunos cuadros de Poussin y Claude Lorrain. Buscando Ortega mayor punto de apoyo, señala el proceso y continuidad de la pintura italiana, comparándola con los períodos estancados de la española. El historiador de arte debió

saber que en los mismos momentos Francia sólo tenía de respetable la tabla de « La Piedad de Aviñón », la obra de Fouquet y del llamado Maître de Moulins ; Alemania sus únicos cuatro pintores sobresalientes, Grünewald, Durero, Cranach y Holbein ; y, exceptuando Flandes, en los demás países europeos la pintura brilla por su ausencia. Y es que Ortega, no lo oculta, sin volver los ojos atrás con detención se impresionó con la decadencia de la pintura en España desde el siglo XVII, llamado el de oro, al iniciar su estudio de Goya, y aplica su elocuente criterio a rajatabla : « En España no ha habido pintores ». Por lo visto, también quiere olvidar que al mundo pictórico occidental, como él diría, del siglo XVIII lo salvó Goya, librándolo del vendaval decorativo italiano y del amaneramiento empalagoso del rococó, impuesto en la Corte de Madrid por el alemán Mengs ; y el erudito Ortega tampoco ignoraría lo que sobre esto escribió con entusiasmo Menéndez Pelayo saludando la llegada de Goya.

Ortega analiza la obra de Goya partiendo de un supuesto demasiado arbitrario. Según él, el pintor de las dos « Majas » era « torpe y bruto ». Nadie se atrevió a decir tanto, y de ahí deduce cómo, luchando por eliminar tan perjudiciales defectos, logró convertirse en un « extraordinario creador », lo cual inquieta sobremanera a Ortega, que busca la explicación : no es para menos ante un caso tan insólito en cualquier manifestación del espíritu, que desde la torpeza y brutalidad se llegue a la extraordinaria creación. El torpe Goya pintaba un buen retrato en un par de horas. Por fin se enfrenta nuestro escritor filósofo y crítico de arte con la faceta más personal, sin precedente, de Goya : las llamadas pinturas negras, por sostener el negro la entonación, que ejecutó en « La Quinta del sordo », su casa madrileña. Ortega se destapa exponiéndonos su verdadero sentido crítico, y queda aclarado lo del edificio estético que él levanta con su idea del dibujo para que no flote en el aire como aerostato : tales pinturas le repelen. No sólo las juzga chafarrinones y brochazos absurdos, carentes de sentido, sino que escribe : « las pinturas negras se convierten en obra de un hombre decrépito que apenas veía » ¡Caray!, quien no debió de ver fue Ortega, sin duda por la venda del dibujo que se puso en los ojos ; se limitó a leer un documento en el cual consta que en dicha casa no pudo vivir Goya, y por lo tanto pintarla, hasta 1820, cuando el artista tenía 74 años : luego era un viejo chocheando, medio ciego. El pensador no se detiene a meditar si esas pinturas son la consecuencia de un ansioso concepto del artista que ha convivido con toda la sociedad española, visto sus despotismos, sus supercherías y crueldades, sufrido la bárbara guerra, las injusticias del nefasto tirano Fernando VII, los abusos impropios del clero, y como protesta quiso dejar plasmada la España negra del esperpento. Un aquelarre, Saturno devorando a sus hijos, frailes embrujados comiendo groseramente sopas, con máscara burlona, no son precisamente de color de rosa y para interpretarlos con dibujo académico. Además, ahora resulta que Ortega, en este caso historiador del pintor, no se enteró de que pocos años después de deleitarse Goya ejecutando en su propia casa esas pinturas negras con excelentes ocres y grises, cuando se autodesterró en Burdeos, pintó, entre otras cosas, las dos « Lecheras », y una pudo verla Ortega en el Prado, donde por la riqueza cromática, la fineza de tonos, la sensibilidad de retina que juega con las armonías de color, confirma un pintor lleno de brío, que se adelantó cincuenta años al luminoso impresionismo francés. ¿Qué sucedió entonces con el hombre decrépito que apenas veía? : un milagro, y Ortega, como buen historiador, debió buscar la receta de la cura. Para remachar el clavo termina su libro con la sentencia siguiente : « La verdad es que la obra de Goya no germina nunca en la inteligencia : o es vulgar oficio (sic) o es videncia de sonámbulo ». Vamos, que sonó la flauta por casualidad, dando la nota aguda del genio. Según Ortega es vulgar oficio « La familia de Carlos IV » o el retrato de « La marquesa de Solana » que posee el Louvre, y simple videncia de sonámbulo « El 2 de mayo » y « Los fusilamientos de la Moncloa » en compañía de los frescos de San Antonio de la Florida ; añadamos al torpe y bruto la ausencia de inteligencia, y de la ecuación orteguiana resulta que Goya no pasaba de

ser un burro cegato al que se le ocurrió pintar. El eximio escritor de elegantes metáforas reconoce en Goya « un hecho de primer orden, perteneciente al destino de Occidente », y quizá para compaginar el torpe, bruto e ininteligente con el genio, añade : « Goya es un monstruo, precisamente el monstruo de los monstruos y el más decidido monstruo de sus propios monstruos. » Así le sublimiza en tono apropiado a una conversación de café, después de haber leído a Baudelaire. Es posible que Ortega nos hubiese convencido filosofando sobre las monstruosidades goyescas, más que con la disección que hace de la labor del pintor aplicándole su sentido crítico. Comprendemos que Ortega se irrite y denuncie la falta de serios historiadores españoles del arte nacional, cuando quiso aclarar el enigma goyesco ; pero junto a él tenía a Enrique Lafuente Ferrari, quien le hubiese dicho : « Goya va, pues, a contrapelo del arte de su tiempo, lujo que sólo los genios pueden permitirse. Y no queriendo servir a las consignas de su época, ni en su juventud ni en su vejez, pudo, en el proceso personal de su obra, recorrer, con más de un siglo de adelanto, el que había de ser el proceso del arte moderno. » (*Breve historia de la pintura española*, por el citado autor.) El *Goya* de Ortega, aparte algunas reflexiones filosóficas acertadas, sin relación con Goya, y varias agudezas respecto a la sociedad española, da la impresión de que el escritor, queriendo ser original, entra en el terreno de la pintura con un sentido crítico que le impide ver los justos valores, y camina sobre arenas movedizas que él se busca. Nos encontramos con el perro de caza lleno de alabanzas y que al avanzar en el bosque carece de olfato.

Escribo estos comentarios a consecuencia de una conversación con Germán Arciniegas, en la cual yo me permití decir que la mayoría de los escritores dedicados a la literatura, cuando se ocupan de arte, debido a un falso sentido crítico, suelen repetir tonterías. La protesta de Arciniegas fue darme su libro *El mundo de la bella Simonetta*, lleno de encanto, que leí con placer. Arciniegas nos transporta a los tiempos, gloriosos para el arte, en que gobernaba Toscana el esteta Lorenzo el Magnífico. Simonetta llega a Florencia y cautiva a la ciudad con su belleza. Poliziano la canta en sus baladas y la pinta Botticelli ; los resultados del pintor fueron los cuadros « La Primavera », « El nacimiento de Venus » y otros en que figura la bella Simonetta. De las páginas de este libro comentando el arte emana un deleite que nos aviva el interés poético por la pintura. El aire lírico que corre en esos cuadros va parejo en el libro al describirlos. Los contrastes de un mundo bárbaro con el sutil refinamiento del arte destacan más los perennes valores del último. Ha sido el escritor que acierta a comunicar las emociones puras que él ha recibido de la pintura, y cualquier lector sensible volverá a contemplar las obras citadas de Botticelli en un nuevo estado de ánimo que le hará sentir mejor la belleza de lo pintado. Pero Arciniegas no se detiene en encasillar a Botticelli entre los practicantes de la pintura que dibujan o no aerostáticamente, ni pretende aumentar el goce estético aclarando valores técnicos, que también contribuyen a ese goce, lo cual pudo haber hecho con su responsabilidad. Nos cuenta el escritor cómo nació « La Primavera » bailando Eleonora de Aragón y Simonetta, quizás « mirando hacia San Miniato, hacia Fiesole, hacia Chianti, y viendo la brisa peinando los olivos, la brisa besando los jardines en flor, la brisa de Florencia en primavera » : perfecta evocación del cuadro en su ambiente. Deja al pintor « sentir la angustia de ver la belleza fugitiva sobre el estribillo de la canción del baile : *Chi vuol esser lieto, sia : di doman no c'e certezza*, para que triunfe el renovar periódico de la vida. « La Primavera », de Botticelli —dice— es un tríptico cinematográfico. Tres veces aparece allí la Simonetta, en tres instantes de su vida, que en suma no fue sino una sonata de primavera ». *El mundo de la bella Simonetta*, viene a ser, pues, una de las excepciones literarias que hablan de la pintura sin pecar, suscitando ideas de los cuadros al buen lector ; luego, en contrapartida, mi juicio señalando las tonterías que suelen escribirse del arte no irá descaminado. Hay una velada sugerencia en este libro de Arciniegas, que podía ser prólogo al concepto de un nacimiento estético y de intere-

sante discusión: Botticelli pinta a Simonetta de memoria o referencia; una y otra vez repite dibujos inspirados en ella: ¿es que las graciosas y delicadas líneas del cuerpo adivinado y el bello rostro visto de Simonetta, el modelo, originaron el exquisito arte de Botticelli? Es posible. Cuentan de Praxiteles los helenistas que por las formas de la famosa hetaira Frine, su amante y modelo, creó su estilo.

El arte está lejos de ser un coto cerrado; al contrario, afortunadamente es plaza pública donde todo el mundo entra y sale opinando, muchos con su propio sentido crítico, y muchos más por lo que oyen; de aquí la gran responsabilidad del escritor. Aunque parezca traído por los pelos, voy a recordar que un jefe de cocina dirigiendo la del más importante hotel de Madrid, me decía: «Para suscitar las apetencias del desganado comedor, influye en un cincuenta por ciento el oído —en este caso la literatura culinaria del menú con sus ponderaciones—, en un veinticinco la vista —la presentación—, y en el otro veinticinco el paladar.» El sentido principal en el acto de comer, según el experto cocinero, queda supeditado a la cuarta parte en proporción a los otros dos, consecuencia de los factores psicológicos. Pues bien, en las artes plásticas suele suceder algo análogo: que la vista, el órgano por el cual recibimos las impresiones de ellas, ya va predispuesto según lo que ha oído a los que le preparan el menú; los más curiosos después de la lectura; la mayoría o caravanas turísticas escuchando las infinitas vulgaridades que repiten los guías de los museos.

En nuestro siglo el juzgar y opinar sobre el arte se ha convertido en un oficio remunerado de los críticos de los periódicos y revistas. No hay un periódico que carezca del suyo. Tales críticos disfrutan de la máxima autonomía. Ni las tendencias políticas y sociales del periódico intervienen en sus juicios artísticos por caprichosos que sean. El crítico profesional es incontrolable; sus sentencias son inapelables; ni al artista criticado se le consiente replicar; únicamente otro crítico, desde su periódico, puede contradecirle, cosa que rara vez sucede. Si es en una gran ciudad, como París, visitan las exposiciones seleccionadas según sus gustos, y escriben su comentario. En general, opinan siguiendo las modas por no quedarse atrás de la corriente imperante, y a la vez ajustan su estilo literario a los cambios artísticos. Por temporadas emplean frases rimbombantes difíciles de descifrar, y otras veces tratan de explicar lo inexplicable, sacando a relucir la metafísica, la quinta dimensión, la línea sincrónica inesperada...: hay que estar en el secreto del galimatías, que más bien suele tener intención comercial. Un renombrado escritor francés, con gran cargo oficial, acaba de decir colmando de elogios a un pintor fallecido: « El papel decisivo jugado por este artista es la destrucción de la imitación de los objetos y los espectáculos. » Pero con esto no nos aclara si esa destrucción es buena o mala y si era imprescindible destruir para realizar un arte personal, o simplemente consiste en « tourner la difficulté ». Lo curioso de los críticos profesionales es que ninguno ha descubierto en su momento un valor artístico perdurable, empezando en los días que vivió Van Gogh; sin duda esperan la consagración del artista para prodigarle su incienso. El crítico profesional se otorga la patente de formar la opinión, sin que sepamos de dónde le viene la autoridad, hasta que la descubrimos por su sentido crítico y sus « gustos ». Yo fui a visitar a uno de esos críticos profesionales, dispuesto a hablarle de la pintura de un amigo que merecía la pena de ocuparse de él. Mi atrevimiento resultó peligroso: al abrirme la puerta la sirvienta, vi enfrente la reproducción reducida, en escayola, de la Venus de Milo pintada de purpurina dorada. Le dije a la sirvienta que me había equivocado de casa, y me marché.

Ya es muy sabido y lógico que en el arte no hay un progreso continuo parecido al de las ciencias físicas y naturales. No hay, ni puede haber, un juicio definitivo como el matemático. Tampoco el placer y la comprensión del arte se improvisan. Son muchos los factores que forman el sentido crítico. Un buen esteta que sabe orientarnos acertadamente, cumple la misión de despertar y agudizarnos ese sentido. En el fondo repitamos el aforismo de Hipócrates: *Ars longa, vita brevis.*

Antonio Machado a los veinticinco años de su muerte

POR GUILLERMO DE TORRE

El año en que se cumple el vigésimoquinto aniversario de la muerte de Antonio Machado (1939) aparece la primera edición de sus obras que puede llamarse completa —con mayor verdad que cualquier intento anterior, sin que aspire tampoco a la condición de *ne varietur* (1). Este es también el momento en que la fama ininterrumpida del poeta —« rayo que no cesa », diríamos recordando a Miguel Hernández— alcanza el cenit. Lo demuestra la fidelidad y extensión de sus lectores entre las nuevas generaciones que llegan, la riada de la bibliografía crítica y sus desdoblamientos en las versiones a otros idiomas. Expansionismo internacional sólo en parte comparable (dentro del género poético ; en prosa la babelización alcanza, en primer término, al inventor de ese vocablo, Ortega, y luego a Unamuno y Madariaga) con el logrado por la obra lorquiana. Rigurosamente descartadas las razones que en un tiempo dado pudieron ensanchar su fama, pero sin olvidar de otra parte que en torno al nombre de Antonio Machado se hizo, por primera vez, cierto acuerdo de opiniones tras el fratricidio de 1936-1939, cabría preguntarse ahora cuáles son los motivos que mantienen la vigencia de su obra.

En primer término, uno de apariencia muy imprevista a despecho de su obviedad. Me refiero a la « fuerza del consonante », o con más exactitud, para soslayar equívocos, al prestigio invencible, a la capacidad transmisora de las «sílabas contadas». Sucede —aunque reparar en ello suene como una refutación escandalosa a medio siglo de subversiones técnicas sobre todo si lo subraya alguien que no dejó de contribuir a las mismas— que la poesía del autor de *Campos de Castilla,* más allá de su contenido trascendente, se impone, abarca tan vasto número de lectores, ante todo, merced a su normalidad formal.

Después, el secreto de la lírica machadiana, a la vuelta de las más sutiles exégesis, de los más implacables asedios a que fue sometida, quizá no sea otro que un secreto a voces ; al cabo, el de todo poeta elemental y auténtico : haber acertado a fijar intuiciones esenciales, ciertos sentimientos no incanjeables, sino plural y humanamente compartidos, en forma epigráfica, sentenciosa, ayudado por la virtual mnemotécnica de la rima, que compensa con esta cualidad todas sus demás flaquezas. Cierta expresión de Ortega se hace aquí claramente comprobable : « todo gran poeta nos plagia ». Porque, en definitiva, quienes como producto de una leyenda más que secular —ya que amanece con el romanticismo del primer tercio del siglo XIX— vienen adornando la figura del poeta con rasgos y poderes hiperbólicos, imaginándole al modo de un revelador de arcanos o un adivino de futu-

(1) Ordenada por Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre (Editorial Losada, Buenos Aires, 1964).

ros, deberán aceptar que no es una mítica originalidad de raíz, sino una plural personalidad —afín y diferente a la par de la conciencia comunal— aquello que insufla sustancia y otorga pervivencia a una obra poética.

AUNQUE SE HAN ESCRITO YA centenares de páginas sobre Antonio Machado, ¿cómo filiarle ahora exactamente, cómo situar y medir de modo sintético el valor de su poesía, el alcance de sus reflexiones en prosa. ¿Continúa un linaje clásico, se emparienta con el romántico, es modernista, es noventaiochista? Precisarlo no se reduce a una cuestión terminológica.Antonio Machado se acuna literariamente en el modernismo español, en el vértice de dos siglos y dos conceptos de la literatura. Asimila tanto como soslaya el influjo de Rubén Darío. Refleja en buena parte de su obra, la de madurez (por cierto con asincronismo algo tardío, pero con mayor belleza o relieve), el amor al « ethos », las preocupaciones ideológicas y los gustos paisajísticos que habían instaurado los redescubridores del « problema de España ». Son las mismas características que más adelante, por vía irónica, con zumba andaluza y mariposeo de tertulia de café, infunde a sus heterónimos Abel Martín y Juan de Mairena, agregándoles fermentos de lecturas filosóficas.

Ahora bien, en Antonio Machado se advierte siempre un regusto levemente pretérito, cierta reminiscencia clásica, más bien de atmósfera, puesto que no podría concretarse en ningún nombre determinado ; obsérvese, en lo formal, que es el último poeta que utiliza el hipérbaton. De suerte que definirle « grosso modo » como un clásico, como un clásico moderno (pero no, ¡ojo!, un neoclásico, cosa radicalmente distinta, pues esto supone siempre una voluntad artificial de empalme) sería tal vez lo más acertado ; siempre, por otra parte, que demos a las voces « clásico » y « clasicismo » una connotación bastante distinta de la consuetudinaria y escolar, viéndolas como un punto supratemporal de equilibrio y perfección.

Cuando no restringimos la perspectiva a un espacio o a un tiempo confinados, este poeta se nos aparece —simultánea o alternativamente— como un tradicionalista y un innovador. En el último aspecto, nunca radical ; en el primero, nunca reaccionario. Su triunfo reside en llevar a un punto de equidistancia y a un nivel de plenitud factores que habitualmente se muestran disociados y antagónicos. Pues la modernidad supone algo más que la supeditación servil a los modos de un tiempo dado ; requiere una sensibilidad especial para captar e incorporar las esencias de lo contemporáneo histórico ; y en cuanto a la tradición, recordemos unas palabras de Pedro Salinas (*Jorge Manrique o tradición y originalidad*) : « es superficial simpleza pintarle como una fuerza retrógrada, invitadora a la mímesis del pasado ». O estas otras de T.S. Eliot (*After Strange Gods*) : « La tradición no se puede heredar y si uno la quiere, tiene que ganársela con un arduo esfuerzo.» Porque « la tradición —concluye, por su cuenta, lapidariamente André Malraux (« Sur l'héritage culturel »)— no se hereda, se conquista ».

« *¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera / mi verso como deja el capitán su espada : / famosa por la mano viril que la blandiera, / no por el docto oficio del forjador preciada.* » Apostillando esta estrofa del « Retrato » que abre *Campos de Castilla,* José Ortega y Gasset escribía (*Personas, obras, cosas.*), « Este verso postrero es admirable : en la concavidad de su giro se dan un beso la vieja poesía y una nueva que emerge y se anuncia » Y tras aludir a la necesidad de « resucitar el alma de la lírica », una vez recobrada « la salud estética de las palabras », hazaña que llevó a cabo el « indio divino », añadía : « Yo encuentro en Machado un comienzo de esta novísima poesía, cuyo más fuerte representante sería Unamuno, si no despreciara los sentidos tanto. » Juicio inamovible que, sin más aclaraciones, evidencia cuán fuera de razón están ciertos intentos hechos por Juan Ramón Jiménez para anexar violentamente la poesía de Unamuno al modernismo, arte de los sentidos como pocos.

YHE AQUÍ LOS RAMALES por donde vienen a reunirse tres figuras capitales del primer medio siglo XIX, las únicas con las cuales muestra colindancias Antonio Machado. Con Unamuno, ante todo por una sensibilidad pareja en la percepción de

la realidad española que uno y otro contemplaron desde el mirador provinciano ; identificación que traslucen ciertas cartas que le dirigió Machado y corrobora la huella que las reacciones y los sentires del autor de *Del sentimiento trágico de la vida* le impusieron de modo indeleble. Con Ortega merced al íntimo afán de apareamiento filosófico que como su vocación más íntima, si bien manifestada ya en la madurez, alimentó Machado. Con el autor del *Diario de un poeta recién casado* la afinidad es más bien confraternal, no muy exaltada, pero tampoco retaceada ; al contrario del sentimiento complejo y variable, siempre más exigente por parte de Juan Ramón Jiménez, según muestra cierto despego irónico en la última de las « caricaturas líricas » que le dedicó. Por lo demás, la diferencia entre uno y otro escritor es radical. Si la poesía de Juan Ramón Jiménez traduce la complejidad de lo sencillo, la de Antonio Machado es la transparencia de lo profundo. « *Su mirada era tan profunda / que apenas se podía ver* », dijo de él Rubén Darío en un retrato que es una maravilla de penetración, puesto que lo ve en una suerte de pretérito permanente cuando aún era presente mutable.

No es justo que la inmediata posteridad, la de las generaciones últimas, pretenda alterar los términos de tal relación contraponiendo violenta a Machado frente a Jiménez. Si nos atuviéramos solamente a algunos signos externos (o más bien a la interpretación tendenciosa que de ellos se da) correríamos el riesgo de concluir con ligereza que el influjo del segundo está en baja, mientras que el del primero llega a la pleamar. Cierto es que la pasión por la Belleza, el esteticismo depurado de Juan Ramón no sintoniza con el afán de realidad, o más exactamente con cierto nuevo auge del realismo, al que se inclinan —no siempre por razones puramente estéticas— algunos poetas y críticos de las nuevas promociones. Aislando rasgos de don Antonio, y omitiendo otros, se tiende a ver en él (José María Castellet, *Veinte años de poesía*, 1939-1959) ciertos sentimientos de « objetividad » y « fraternidad » que mueven a algunos poetas últimos ; aquellos que volviendo del revés la famosa invocación juanramoniana : « a la minoría siempre », enderezan sus escritos « a la inmensa mayoría ». Reversión claramente polémica que no debe admirarnos ni enfadarnos, puesto que marca simplemente una fase vital —afirmación del yo por la vía de la contradicción con el pasado inmediato— en el lógico relevo de las generaciones. Pero ello tampoco nos impide apostillar que mientras la fórmula del moguereño implica, allende su apariencia restrictiva, una necesaria elevación de niveles (la « minoría » tornada « inmensa »), la del segundo « fuerte vasco » (Blas de Otero) resultaría harto simplista si no la elevara con su propia obra, aunando calidad y alcance, llaneza y pasión.

Tampoco las actitudes vitales, humanas y éticas de los dos poetas que se quiere contraponer autorizan ninguna distorsión de sus respectivas intenciones. No puede olvidarse la actitud —moral para mayor mérito, no política— que mantuvo Juan Ramón Jiménez cuando la sangrienta y abominable escisión ; y su muerte fuera de España lo corrobora. Parejamente, tampoco puede dejarse de lado el hecho de que Antonio Machado, empero su solidaridad popular en días de prueba para España, se mantuviera inmune a cualquier fácil demagogia, librándose de poner su arte al servicio de consignas. Su amor al hombre no podía confundirse con el halago o el sometimiento a lo antihumano de las masas. Recordamos una vez más su capital distingo por boca de Juan de Mairena : « Nosotros no pretenderíamos nunca educar a las masas. A las masas que las parta un rayo. Nos dirigimos al hombre que es lo único que nos interesa. [...] Si os dirigís a las masas, el hombre, el *cada hombre* que os escucha no se sentirá aludido y necesariamente os volverá la espalda. » « El que no habla a un hombre, no habla al hombre ; el que no habla al hombre, no habla a nadie. »

Cuando Antonio Machado comenzó a escribir, la poesía, pocos años atrás, había dejado de ser cuento para ser canto. De narrativa se mudaba en lírica. Medio siglo después se produce un nuevo salto en el cuadrante de la rosa de los vientos y la poesía parece atender más que a cantar a contar. ¿Se advierte el enorme cambio de intenciones que ese simple trueque en un verbo —lo que no quiere decir

el Verbo, puesto que éste es siempre el mismo— presupone? No es que el poeta prescinda de las efusiones subjetivas, no es que renuncie al sentimiento, pero sí necesita disfrazarlo. Cuando lo hace por pudor, tras la pantalla de una permutación de cualidades de objetos, enmascara el subjetivismo mediante lo que se ha llamado el « correlato objetivo ». Cuando lo hace por ambición de subvertir el orden del mundo —designio que ha venido a reemplazar en los últimos años el afán de remociones estéticas, si bien se trata de un movimiento pendular entre ambos extremos—, la máscara es alguna utopía ; lo que en este caso se quiere velar es la turbiedad y bajeza de los medios que conducen al imaginado fin. Pero, en cualquier supuesto, la poesía, a no ser que se conforme con ser leída únicamente por sus propios, desilusionados autores, si quiere mantener cierta virtud comunicativa habrá de ser nuevamente « cuento » tanto o más que « canto ». (Calificaciones ambas que más bien son tropos, sobre todo la última, pues la música del verso no ha vuelto a ser habida desde los días simbolistas, rubenianos.)

Antonio Machado quiso —como en otras cosas— conciliar contrarios y escribió : « *Canto y cuento es la poesía. / Se canta una viva historia / contando su melodía.* » Más allá de este juego de aliteraciones lo que resulta evidente es el anhelo machadiano de atar extremos, aniquilar contradicciones, reduciendo todo a unidad. Este y no otro es el punto crucial de sus andares teóricos. En su centro se anuda el drama de un espíritu solicitado por ambiciones divergentes ; reside ahí un afán de totalidad, ya que la posesión aislada de cualquiera de los dos logros —el emotivo, el intelectual— no podía satisfacerle. Canto y cuento. Eidos y Logos. Intuición y concepto. La conjunción —más que la aparente oposición— entre esas parejas de términos, la frecuencia con que ellos —o sus diversos sinónimos— aparecen en los escritos de Machado explica su arte poética, nos da la clave de la problemática en que se debatía.

Ya en 1917 (al prologar la segunda edición de *Soledades, galerías y otros poemas*) Antonio Machado hubo de manifestarse algo oprimido con los estrechos reductos del subjetivismo lírico, aspirando a respirar con más huelgo en otros horizontes. En *Campos de Castilla* había abordado una poesía que superando el pseudorromanticismo y la blandura de sus inicios, con cierto dejo meridional, lograba metas de objetividad y una viril reciedumbre energética —no sólo castellana—. Al tomar luego como portavoz a Juan de Mairena volvería a la interioridad, pero por vías metafísicas más que líricas. Y sin embargo, dado este rumbo ascendente, ¿cómo explicarse su desconfianza del intelecto? Sus perplejidades son tan reiteradas como escasas de variantes. Uno de los desarrollos más cabales está en « Reflexiones sobre la lírica » que data de 1925. Machado, preocupado por la oleada de la nueva imaginería y el metaforismo desbordante que entonces alcanzaba sus crestas más altas, distingue el valor de las imágenes líricas, según « expresen conceptos, en cuyo caso no pueden tener sino una significación lógica, e imágenes que expresen intuiciones y su valor es preponderantemente emotivo ». Ahora bien, para él el soporte lógico del poema es imprescindible, pero no excluye, antes requiere, el elemento emotivo. Uno y otro le parecen « la carne y la sangre del espíritu del poema ». « No es la lógica —añade— lo que el poema canta, sino la vida, aunque no es la vida lo que da estructura, sino la lógica. » Si « el intelecto —expone pocos años más tarde, en su « Poética » de 1931— no ha cantado jamás [...] tampoco hay poesía sin ideas, sin visiones de lo esencial ». En suma, Machado teórico de la poesía no quiere renunciar a nada, ambicionando una suerte de sincretismo. No abandona lo sentimental (por otro nombre más empinado, temporalidad, emotividad), pero en el fondo hubiérase complacido de nivelarse con los pensadores de linaje poético —o con los líricos de pensamiento filosófico— en la trayectoria que va desde los presocráticos a Lucrecio, desde Goethe a Valéry.

Porque la preocupación, la ambición filosófica, en último extremo metafísica, siempre pudo más en él que el interés por las cuestiones literarias o estéticas. Lo corroboró sin ambages al comienzo de su discurso de ingreso —abocetado, que no llegó a leer— en la Academia de la Lengua. Y

tales preferencias son las que gobiernan e. inspiran su poesía a partir de los « Proverbios y cantares » y de las « Parábolas », ya en *Campos de Castilla*. ¿Influencia fértil, desfavorable? Esta última opinión es la que ha sostenido Dámaso Alonso (*Cuatro poetas españoles*). Sin embargo, no puede negarse que la devoción por Sofía abre sus versos a otros horizontes que los del puro subjetivismo sentimental ; de rechazo estas preocupaciones o planteamientos de sesgo metafísico alcanzan, en ocasiones, al ser expresadas en verso, o bien mediante aforismos, un impacto memorable que por otra vía no hubieran logrado.

Hubo no un poeta apócrifo —como los otros *yo* de Machado, Abel Martín y Juan de Mairena—, sino un poeta latente y un filósofo palmario que, si hubiera elegido nuestro idioma como vehículo literario, podría haber explicado mejor que nadie —con su propio caso y el de su coetáneo Machado— tal dualismo poético filosófico. Me refiero a Jorge Santayana, cuando a propósito de Lucrecio, Dante y Goethe (*Three philosophical poets*) se preguntaba : « ¿Buscan los poetas en el fondo una filosofía? ¿O es la filosofía, en última instancia, sólo poesía? » Pero el escritor que pudo ser castellano (si el destino no le hubiera alejado tanto de las nativas murallas de Ávila, figuraría hoy probablemente como una de las grandes figuras de la generación del 98 ; nació un año antes que Unamuno) por lo mismo que —al revés del sevillano— poseía una mente esencialmente filosófica, y experimentaba la tentación de la poesía, optó por entregar su preferencia a esta última. « Aun cuando convengamos en que el filósofo es, en sus mejores momentos, un poeta, podemos sospechar que los peores momentos del poeta sobrevienen cuando intenta ser un filósofo, o, mejor dicho, cuando logra serlo. La filosofía es algo razonado y riguroso ; la poesía es algo alado, relampagueante, privado. » Diversamente, para T.S. Eliot (*Poetry and philosophy*) aquello que distingue a los « poetas que piensan » (como Shakespeare o Lucrecio) de los « poetas que no piensan » (como Swinburne o Tennyson) « no es una diferencia en la cualidad del pensamiento, sino en la cualidad de la emoción ». Recordemos complementariamente que para Juan de Mairena los grandes poetas son metafísicos fracasados y los grandes filósofos poetas que creen en la realidad de sus poemas. Pero además, fiel a su concepto del mundo visto no como una dialéctica de los contrarios, sino como una integración de los complementarios, se ilusionaba previendo la llegada de un día en que intercambiarían sus papeles poetas y filósofos ; asignaba a los primeros la función de « cantar su asombro por las grandes hazañas metafísicas » ; reservaba a los segundos el cometido de pensar como los poetas en el *fugit irreparabile tempus*. En último extremo, su sueño, a fin de armonizar dualismos y vencer discordancias, hubiera cristalizado al crear « una lógica nueva en la cual todo razonamiento deba adoptar la manera flúida de la intuición ».

La pugna entablada en su espíritu entre los dos entes que alegóricamente le habitaban, la cigarra cantora y « el junco pensante », se resuelve, cuando pulsa una « guitarra metafísica » (Eugenio d'Ors *dixit*), o más sencillamente diríamos que se disuelve tomando un camino semejante al utilizado por su andalucismo ingénito para consustanciarse con su castellanismo intelectual. Lo reflexivo se aligera de peso y cobra alas al pasar por el ingenio burlón de Abel Martín y Juan de Mairena. Ya en otra ocasión (*El fiel de la balanza*) he tratado de explicar a qué propósitos últimos responde la creación de semejantes sosías. Mediante estos « complementarios » su trujamán quería no sólo desdoblar su identidad, sino rebasar lo fatal del principio ontológico, de contradicción. Para rehuir el inconveniente de hacer opinar póstumamente a Martín y a Mairena quiso Machado darles un compañero más joven, que disertara como un riguroso contemporáneo sobre los hechos del día. Pero Pedro de Zúñiga hubo de quedarse nonato. ¿Por qué, ¿Acaso Machado no se hubiera atrevido a poner claramente en boca de su « alter ego » las reservas, los « desacuerdos con los poetas del día » (los del decenio del 20) que en privado o en las cartas íntimas recataba o tamizaba? Los poetas que en los decenios del 50 y del 60 exaltan a Machado como guía y maestro tienen libertad para imaginar que sólo con ellos se hubiera producido el acuerdo de Pedro de Zúñiga.

diálogo

Las cartas amorosas de la monja

DE J. DIEZ CADAVID A ISABEL LLERAS DE OSPINA

Señor Director : Creo que no habrá lector de *Cuadernos* que no agradezca la espléndida presentación que Isabel Lleras de Ospina ha hecho de las Cartas de la monja de Portugal. Para el lector de lengua española resultará la traducción que ella hizo de ese epistolario apasionado y lleno de recónditos laberintos femeninos, algo tan fresco y vívido como tendría que ser en sus originales. Otro aspecto es el de la interpretación. La feliz traductora, con mucha agudeza y femineidad, se decide por la autenticidad de las cartas y renueva un debate ya secular sobre estos frágiles textos inmortales, que en su tiempo discutieron Boissonade, Stendhal, Sainte-Beuve y Barbey d'Aurevilly, y en épocas más recientes Rilke, F.C. Green, Henry Bordeaux y unos cuantos más, que oportunamente recuerda Pierre Delorme en su reciente estudio sobre tema tan controvertido.

La escritora colombiana aduce el dato clave en que puede afirmarse la autenticidad de las cartas : la nota escrita al margen de la edición de 1669 de aquéllas : « La religiosa que ha escrito estas cartas se llamaba Mariana Alcoforado, religiosa de Beja, entre Extremadura y Andalucía. » Recuerda como gloria suficiente para la autora de las mismas la admiración de Stendhal y de Rilke : señala unas líneas estupendas de Stendhal —« hay que amar como la religiosa portuguesa, con esa alma de fuego de la cual nos ha dejado una muestra tan viva en sus cartas inmortales »— y hace una síntesis afortunada de las opiniones de Rilke. Pero lo más importante es su propia reacción de mujer que penetra en el espíritu de esa Mariana Alcoforado para defender también con pasión —si se me permite emplear esta palabra— la autenticidad de las cartas. « El hecho mismo de que se dudara de la existencia de la monja portuguesa y de que se atribuyera la paternidad de esas cartas a grandes escritores franceses, es una prueba de la importancia que les concedió el mundo literario francés. Claro que era un error, mejor dicho una estupidez, atribuir a un hombre las cartas de Mariana ; ellas son absolutamente femeninas en su espíritu y en su forma. »

Declaro a usted, señor director, que yo mismo me inclino a la conclusión de la escritora colombiana. Pero como juzgo conveniente que se conozca mejor el punto de vista de quienes no lo creen así, copio a continuación, fielmente traducidos, unos párrafos del estudio de Pierre Delorme en su introducción a la edición de las cartas hecha el año pasado en los libritos « Les Chefs-d'Œuvre Classiques et Modernes ». Al pedir a usted que publique esta carta no lo hago por un simple deseo de estimular ninguna polémica, sino por considerar que la misma curiosidad que me mueve a mí, moverá a muchos otros lectores de *Cua-*

dernos, que espiritualmente se asoman al gran drama amoroso que plantean las cartas portuguesas. Dice Delorme :

« No es ciertamente nuestro propósito intentar en unas cuantas páginas un prolijo análisis de las *Cartas de la monja portuguesa,* pero, leyéndolas, fuerza es reconocer en ellas el plan, la expresión del pensamiento y el estilo de un escritor francés del siglo XVIII.

« Todo en ellas recuerda la tragedia clásica, construída, ordenada, redactada con rigor : las cinco cartas son en verdad cinco actos. En el sutil desorden de la pasión es, en efecto, un drama de un solo personaje lo que se nos ofrece. Todo está en él encaminado a estimular el interés. Casi estamos tentados a escribir el *suspense.* Las contradicciones aparentes de una mujer enamorada, sus apasionadas protestas, las orgullosas sacudidas de su dignidad, su humildad lastimera nos conducen, en un armonioso *crescendo,* hacia ese « engagement », esa angustia buscados por un consumado autor, cuyo pensamiento y cuyo estilo nos hacen pensar extrañamente en Hermione, en Berenice y en Fedra...

« ¡Ah! ¡Cuán adecuados son, en su abandono, para conmover a un público pronto a compadecerse, ese largo monólogo de un alma desgarrada y esos llamamientos, en vano, de una carne sensibilizada por el recuerdo! Las *Cartas de Eloísa a Abelardo* habrían estado también impregnadas de esa misma desesperación, de esa misma inanidad, si hubiesen permanecido sin encontrar eco.

« ¿Aludiremos, en fin, a ese perfume carnal que en sabias dosis se percibe en cada página de las *Cartas de la monja portuguesa?*

« ¿Puede aceptarse sin reservas que una mujer joven, cuya educación fue severa, sin duda alguna, y de quien Noël de Chamilly fue el primer amante, haya podido, de golpe, manejar maravillosamente y con tal arte esta alternativa de pudor delicado y de sensualidad delirante?

« ¿Quién mejor que un hombre del Gran Siglo, un avezado a las galantes aventuras, habituado al comercio con las mujeres, un libertino experto en psicología amorosa, ha podido escribir con tal claridad de pensamiento y con tal ritmo de frase esas cartas admirables?

*

« Sin duda se nos reprochará que no somos poetas y que queremos romper el mágico encanto de los libres amores y de los arrebatos pasionales.

« Se alegará que esas cartas conmovedoras son puramente la manifestación instintiva de lo bello, de un estado de gracia sobrenatural. Se nos instará a que admitamos como posible una especie de sublimación del pensamiento en un ser enclaustrado y a solas consigo mismo, presa de un delirio a la vez intelectual y carnal.

« No podemos compartir esa seductora creencia. Ello sería aceptar sencillamente el milagro de una obra superior a lo que los mejores escritores del siglo de Luis XIV no alcanzaron sino gracias a su cultura, a sus estudios y a su talento.

« Es verdad que el amor, la pasión no son patrimonio de una clase social determinada. Puede decirse que en el aspecto sentimental todos los seres son lo mismo. Pero no es la misma su forma de expresión. El amor es natural y a veces opera prodigios. Con frecuencia depura a los que son su presa y les conduce hacia lo bello. Pero no afina de golpe su estilo y no les impide las faltas de ortografía, sobre todo cuando escriben en una lengua extranjera. Y el delirio pasional, cuya peculiaridad es esencialmente carecer de reglas y de límites, no puede sino conducirles al desorden y al balbuceo.

« Pero no es ese el reproche que se les puede hacer a las *Cartas,* admirablemente construídas y escritas en el más puro estilo.

« Lo Bello resplandece en ellas, pero en el estado de diamante finamente tallado.

*

« Acaso se podría concebir que esas cartas hubiesen sido escritas por una hija de Francia, porque en el país de Brantôme, de Madame de Sévigné, de Restif, de Laclos y de Musset, el amor es una cosa de la que se habla con entera libertad. Nuestras bellas francesas no se avergüenzan de

amar y de ser amadas. Pero paréceme que es un error común creer que ocurre lo mismo en el extranjero y más particularmente en los países hispánicos.

« En todas las épocas —y con mayor razón todavía en una España y un Portugal apenas salidos de la oscuridad del medievo— la influencia del clero católico, de una parte, y su vigilancia sobre las costumbres, y, de otra parte, las secuelas de la civilización árabe que mantienen a la esposa en una celosa inferioridad erótica, no han permitido, y no permiten aún, una libertad amorosa de la mujer tal como la que conocemos en Francia.

« Es éste el fenómeno sociológico que Guilleragues —¿o Racine?— parecen haber desconocido. Asistimos en esto a una transposición idéntica a la que consistía para un pintor religioso del siglo XV, por ejemplo, en vestir a los personajes del Evangelio a la moda de su época. Lo mismo sucedía con las tragedias antiguas representadas bajo el reinado de Luis XIV, en las que los actores salían a las tablas con trajes del siglo XVII. Así, pues, atribuir a heroínas de teatro una psicología de « autor » es perfectamente lícito y defendible, pero proponer como « verdaderos » en una muchacha portuguesa, aunque no fuese monja, un estado de conciencia y unas reacciones afectivas que nos parecen —repitámoslo— patrimonio específico de la mujer francesa, debería bastar para disipar la superchería. Es difícil creer que una hermana portera —que es un empleo muy subalterno—, pueda haberse expresado con una elegancia digna de una sabidilla.

« Si fuese necesario completar nuestro pensamiento, diríamos que jamás nos ha parecido que el alma y la carne de las mujeres portuguesas —a pesar de cierta literatura exótica artificiosa— sean muy frecuentemente consumidas por la llama ardiente de una pasión avasalladora. En realidad, dan la impresión de haberse estabilizado en profundos hábitos ancestrales de mansedumbre y de resignación.

« ¿Quién no conoce, en efecto, la tristeza harto desesperada de los *fados*, en los que al correr de los tiempos se perpetúa la *saudade* —un término galaicoportugués intraducible— y ese fatalismo que los amores portugueses heredaron de la conquista árabe?

« He ahí lo que bastantes investigadores de bibliotecas y honorables eruditos y « técnicos » han descuidado y que nosotros hemos creído útil recalcar aquí. »

Atentamente suyo,

J. DIEZ CADAVID

Madrid, junio de 1964.

*

SEÑOR DIRECTOR : El número de mayo de *Cuadernos* me sugiere una pequeña información. Me refiero al bello artículo de Dña. Isabel Lleras de Ospina y la traducción que hace de las « Cartas de amor de la monja portuguesa ». Dice la Sra. Lleras de Ospina : « Deben existir muchas traducciones españolas de las Cartas portuguesas, pero yo no he encontrado ninguna. » Pues bien, en *Papeles de Son Armadans* (números de mayo y junio de 1963) se publicó una traducción debida a don Enrique Badosa, buen traductor y crítico catalán, residente en Barcelona, cuyo cotejo con la realizada por ella quizá agradaría a la Sra. Lleras de Ospina, aparte de que en comentario previo Enrique Badosa informa que el original de las Cartas no se debe a la monja portuguesa, sino a Monsieur Gabriel Guilleragues, Secretario Ordinario de la Cámara y Gabinete de Luis XIV, rey de Francia.

M. DE LA SIERRA FERNANDEZ

Santander (España), mayo de 1964.

El primer horizonte agrícola de América

POR DOUGLAS S. BYERS

Al penetrar en el Nuevo Mundo, los primitivos inmigrantes asiáticos tenían que atravesar Canadá y los Estados Unidos para llegar al sol y al calor mexicanos. Con el tiempo irían perdiendo la mayor parte de su cultura asiática. Sin embargo, al entrar en México todavía conservaban algunos rasgos culturales básicos, principalmente la costumbre de labrar la piedra. Infortunadamente, sus artefactos hechos de materiales perecederos —como la madera—, no han llegado hasta nosotros.

De este origen humilde procedieron, a partir de México, las civilizaciones del Nuevo Mundo. De base, estas culturas tenían necesidad de almacenar provisiones a fin de poder dedicarse a construir las grandes obras públicas, estudiar los astros o realizar sus espléndidas obras de arte, sin el apremio de la búsqueda del alimento. Tales reservas quedaban aseguradas al lograr el cultivo —la « domesticación », la agriculturización—, de algunas plantas silvestres nativas de América, como la calabaza, el maíz, el chile, el tomate.

El « Proyecto Arqueológico-Botánico de Tehuacán », que bajo la dirección del Dr. Richard S. MacNeish alcanzó a descubrir el primer horizonte agrícola de América, llega a su fin. En el elegante Hotel Spa Peñafiel se hizo la entrega simbólica de los 750 mil objetos rescatados, al Instituto Nacional de Antropología e Historia y al Museo Nacional de México. Durante la ceremonia, el Dr. Douglas S. Byers, de la Fundación Peabody, pronunció un discurso cuya parte central reproducimos. Salvador Cruz es el responsable de la transcripción.

El « Proyecto Arqueológico-Botánico de Tehuacán » se interesó únicamente en un vallecito de un país bastante grande como es México. Se escogió el Valle de Tehuacán por razón de sus refugios secos, específicamente por sus cuevas, que ofrecían la posibilidad de objetos conservados, como restos de alimentos, telas, cestos y utensilios de madera, todo preservado gracias a la sequedad del ambiente. Además, era casi seguro que tales refugios no habrían sido saqueados por los buscadores de tesoros. Es indudable que hubo otras regiones en México donde se fabricaron artículos como los encontrados en Tehuacán, pero al no contar con refugios secos, nada se conservó.

Con gran sorpresa de los miembros del Proyecto, la historia principia en tiempo de animales ahora extintos. En aquella época habitaban el valle algunas especies hoy desaparecidas : caballo, antílope, coyote, liebre, tortuga. Probablemente el clima era más fresco y algo más húmedo que el actual. En lugar del paisaje desértico de arbustos espinosos, el Valle de Tehuacán era un planío de hierba rodeado de montañas boscosas.

En este ambiente se inició la primera etapa de la historia del valle, la llamada Fase Ajuereado (localismo por *agujerado*). Hasta hoy sólo se tienen fechas aproximadas de la secuencia arqueológica y se espera que el trabajo esté concluído para es-

tablecerlas con carbono 14. Esta fase terminó hacia el año 7.200 antes de Cristo, fecha en que el caballo, el antílope, la liebre y otras especies habían desaparecido. Queda por determinar la fecha de llegada de los primitivos tehuacaneros, cuya economía era mixta : caza menor y recolección. Predominó el uso de la trampa sobre la caza propiamente dicha, al tratarse de animales pequeños como el conejo, la rata, el ratón, aves, víboras y lagartos, pues aunque había caballo y antílope, solamente el cazador afortunado que de cuando en cuando encontraba alguno, cojo o enfermo, era quien así lograba aprovecharlo.

No había en todo el valle más de tres familias de cuatro a ocho miembros cada una. Mudaban sus campamentos de acuerdo con las facilidades para proveerse de los frutos de la estación. Su utillaje de pedernal tenía formas parecidas a las puntas, cuchillos, raspadores y otros implementos de las culturas más antiguas de la América Central.

Después de la Fase Ajuereado siguen ocho más, a saber :

La Fase El Riego —que va de aproximadamente el 7.200 al 5.000 a.C.—, al concluir presentaba cuadruplicada la población original. Se mantenían como unidades familiares en las temporadas secas y se reunían durante las épocas de lluvia para recolectar los frutos de la estación. Lo más o menos complejo de los entierros parece indicar que las ceremonias y la religión ya empezaban a cobrar importancia. Se empleaban piedras de moler y morteros para preparar los vegetales recolectados, entre los cuales había algunos que después serían domesticados, como cierto tipo de calabaza (*Cucurbita mixta*), el chile y el aguacate. Pudieran añadirse el algodón y el maíz silvestres entre las plantas recolectadas para un aprovechamiento posterior. En esta época se encuentran redes anudadas, telas de hilo torcido, cestos con base de rollo y maderos para trampas. Hasta ahora, esta clase de objetos es la más antigua del Nuevo Mundo.

En la Fase Coxcatlán —de más o menos 5.000 a 3.400 a.C.— se mantuvo la economía de recolección con el aumento de otras clases de siembras. Si la idea de sembrar para recoger no fue importante en la Fase El Riego, sí alcanzó gran importancia entre las gentes de la Fase Coxcatlán. Al principio de ella se empleaba el maíz silvestre junto con el chile, el aguacate y el tipo de calabaza *Cucurbita mixta* : al final, hay que añadir el uso de la calabaza vinatera (*Legenaria siceraria*), el quelite, el haba, los zapotes amarillo y negro y otro tipo de calabaza (*Cucurbita moschata*). El aspecto más importante de esta fase fue el nacimiento de la agricultura, aunque hay que reconocer que si la agricultura nació en el Valle de Tehuacán, no fue éste su única cuna. Resulta claro que cada planta domesticada haya tenido su cuna propia.

Es probable que al nacer la agricultura surgiera el interés privado por las hortalizas. Al iniciarse la primavera, los grupos familiares probablemente se reunían en grupos grandes para sembrar. Posteriormente, las cosechas aseguraban las futuras necesidades al agotarse los frutos silvestres.

En la Fase Abejas —de más o menos 3.400 a 2.300 a.C.— la vida tradicional cambió. Pequeñas aldeas de casas en fosas aparecieron en los terraplenes fluviales —de cinco a diez casas por aldea—. Los cazadores acudían a los refugios en las temporadas secas en vez de hacerlo durante las lluvias como en tiempos anteriores. Al reunirse los núcleos familiares en un grupo mayor, se fundieron para desaparecer en su seno. Esta vida más sedentaria la hacía posible una agricultura más eficiente, con más rendimientos en las siembras tradicionales y con nuevas plantas domesticadas. Entre estas últimas se cuentan los ejotes, la calabaza común (*Cucurbita pepo*) y el frijol. Al cruzar maíz con teocintle el rendimiento alimenticio fue mayor. En esta época aparecen los primeros perros. Se extiende el uso del algodón. A pesar de contar con otras plantas domesticadas, más del setenta por ciento de los víveres todavía se obtenía de vegetales y animales silvestres. Entre las nuevas industrias se contaba la fabricación de cestos, de platos y ollas de piedra.

En seguida viene la Fase Purrón, de hacia el 2.300 al 1.500 a.C. Resulta la menos conocida de todas. No se han descubierto en el valle sitios arqueológicos de esta época. No sabemos si la gente emigró y quedamos así ante una incógnita. Solamen-

te dos capas de una cueva pueden asignarse a esta época ; muestra indicios de maíz cruzado con tripsicum y, entre otras cosas, objetos de alfarería con las formas de los platos y ollas de piedra de la anterior Fase Abejas. Según el Dr. MacNeish es cerámica cruda, pero para quienes estamos familiarizados con la alfarería de Nueva Inglaterra, nos parece de buen acabado. A pesar de que esta cerámica de Purrón es la màs antigua de Mesoamérica, es posible que haya en México alguna otra más primitiva, hasta hoy desconocida.

Al fin de la Fase Purrón, los tehuacaneros ofrecían todas las características de la civilización mesoamericana, que se fueron haciendo más complejas en las fases siguientes.

La gente de la Fase Ajalpan —de más o menos 1.500 a 900 a.C.— vivía en chozas formando pueblos de cien a trescientos habitantes. Eran agricultores netos que cultivaban el maíz híbrido y todas las siembras tradicionales. Una gran cantidad de idolillos parece indicar que la vida religiosa era compleja. Ya había caciques y puede ser que también sacerdotes. Existían conexiones culturales entre esta Fase Ajalpan y la tierra caliente mesoamericana —Veracruz, Tabasco, Chiapas y las costas de Oaxaca y Guatemala.

La Fase Santa María —de 900 a 200 a.C.— corresponde a Monte Albán I y a las fases iniciales de la secuencia arqueológica del Valle de México y otras regiones del altiplano, así como de la Costa de Veracruz —todas estas correlaciones establecidas mediante la cerámica. La gente habitaba en chozas agrupadas en pueblos, a su vez asentados en torno a uno mayor en el que destacaban las construcciones ceremoniales. A la sazón el número de habitantes era 150 veces mayor que el original. Estos agricultores pudieron haber sido los que iniciaron los sistemas del riego. Por entonces Mesoamérica podía dividirse en dos partes : la tierra baja, de agricultura milpera y dominio de sacerdotes, y la altiplanicie, de agricultura con regadío, que llevó a la creación de ciudades seculares. La secuencia de Tehuacán queda situada en la parte del altiplano.

En la Fase Palo Blanco —de 200 a.C. a 700 de la era actual—, los pueblos se agrupaban alrededor de grandes centros ceremoniales —o contiguos a ellos—, generalmente situados en alturas, con pirámides de piedra, plazas y juegos de pelota. La población ya era mil veces la original. Se empleaba el riego en todas las siembras tradicionales, a las que hay que añadir el tomate, el cacahuate, el frijol blanco y la guayaba. La provisión de carne la daban pavos domesticados y perros. Los tejidos de algodón, la tela de corteza, la cerámica llamada gris fina y naranja fina, los trabajos de obsidiana son elemetos característicos de esta fase. Arqueológicamente corresponde a Monte Albán III y posiblemente al IV, así como al período mesoamericano llamado Clásico.

En la última fase, Venta Salada —de 700 a 1540 de nuestra era—, el comercio se desarrolló con base en la explotación de salinas, tejidos de algodón, cerámica policroma, telas de corteza y el uso del pedernal para útiles y puntas de flecha. La población del valle era 1.500 veces la original, dividida en numerosos pueblos chicos, cada uno con su cabecera.

Las relaciones de los conquistadores han de arrojar más luz en este período y los datos etnohistóricos y arqueológicos, en conjunto, habrán de darnos un cuadro bastante preciso de la cultura de los tehuacaneros a la llegada de los españoles.

Solamente una corta serie de esqueletos fue encontrada junto con los artefactos. En cuanto a los cráneos, todos van de la meso a la braquicefalia. La forma singular del arco zigomático y de la articulación témporo-maxilar indican para el antropólogo físico Dr. Anderson que los primitivos tehuacaneros, durante mucho tiempo, no recibieron ninguna afluencia apreciable de sangre del exterior. Tales rasgos se observan claramente desde la Fase El Riego hasta el período Postclásico de Venta Salada.

El maíz fue originario del Valle de Tehuacán y la población se desarrolló dentro de los mismos límites geográficos durante muchos siglos.

Los objetos recolectados durante la exploración arqueológica del « Proyecto Tehuacán » pasan a poder del Instituto Nacional de Antropología e Historia, de México : son más o menos 750.000 especímenes.

ARTURO ALDUNATE PHILLIPS

Atisbos del mundo del mañana

En un ciclo de conferencias que titulé « El Hombre del Mañana », dictado en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, durante el invierno del año pasado, hablé de la alucinante aurora que está viviendo la Humanidad como consecuencia de los violentos seísmos experimentados por la ciencia y la tecnología en los últimos cincuenta años. Me refería a los tremendos y vertiginosos cambios que se han producido en todos los campos de la actividad humana y a los mucho más profundos y avasalladores que se están gestando bajo nuestros pies.

En el mes de septiembre de 1963, en el Congreso de CIOS realizado en Nueva York, insistí en el mismo tema, haciendo ver que los dirigentes de empresa que están siendo entrenados, y sus propios entrenadores, siguen vueltos hacia el siglo XIX y parecen creer que las formas de convivencia humana y la filosofía del hombre frente a la vida son y seguirán siendo las mismas de principios de esta centuria.

Concluí que esta actitud era suicida y poco leal para las juventudes de hoy y que cumplía abandonar los prejuicios, el desinterés por la verdad profunda de los nuevos problemas, y la ignorancia. Repetí que debíamos todos preocuparnos de cómo será un mundo superpoblado, inculto y manejado, especialmente en su aspecto productivo, por las máquinas y la técnica de la automación.

En noviembre de ese mismo año publiqué un ensayo que pretende poner al alcance de los no especializados el mundo de la cibernética, de las conductas y relaciones de los hombres y las máquinas. En su último capítulo planteé una serie de interrogantes bajo el simple nombre de « Mañana ».

Ahora bien, como consecuencia de todas estas actividades, la Universidad de Chile, la Universidad Técnica Federico Santa María y la Universidad Técnica del Estado me encargaron la organización y dirección de la XVI Escuela Internacional de Verano de Valparaíso, que se desarrolló, a través de treinta y un cursos, bajo el título de « El Mundo del Mañana ».

Las clases dictadas en estas jornadas, a nivel universitario, pero no especializadas, abarcaron todos los campos : ciencia, tecnología, sociología, cultura, filosofía, economía, etc. Ahora, en unas pocas páginas, me propongo la difícil tarea de esquematizar dos o tres de los problemas más importantes que, como consecuencia de estos espectaculares desarrollos, tendrá que enfrentar la Humanidad de este mañana que empieza en el filo del hoy que estamos viviendo.

Previamente, me parece útil referirme a las dos capacidades que estimamos básicas en la mencionada Escuela de Verano, para mirar hacia el futuro e imaginar con perspectiva real los acontecimientos por venir. Primero, la de saber apreciar y conocer lo que ha sucedido hasta hoy, y por qué ha sucedido y, segundo, la de tener imaginación, talento y aptitud para soñar en gran escala. Tener valor para quitarse las anteojeras y los vidrios deformantes creados por los prejuicios, las costumbres o la ignorancia.

La explosión demográfica

El problema más inmediato y de mayores consecuencias que cumple enfrentar es el llamado « la explosión demográfica » que se complica con otros acontecimientos ineluctables, consecuencia también de la irrupción violenta de la ciencia y la técnica en todos los actos del hombre.

El año en que nació Jesucristo se estima que la población del globo alcanzaba a 250 millones de habitantes. Pasado el año 1500, o sea después de 15 siglos, el con-

junto de los hombres apenas sobrepasaba los 500 millones. El año 1900, cuatro siglos más tarde, la población de la tierra era de 1500 millones y el año 1962, según las estadísticas de las Naciones Unidas, el planeta estaba poblado por 3.060 millones de hombres y, si no se toman inmediatamente las medidas necesarias y el ritmo permanece o se acelera, como lo temen los entendidos en la materia, el año 2000, o sea —dentro de 36 años— cuando el más joven de mis hijos tenga 43 años de edad, el mundo estará habitado por 6, 7 o tal vez 8 mil millones de habitantes ; cuatro o cinco veces la población de principios de nuestro siglo... Lo que sucederá más allá de esta fecha, no me atrevo siquiera a imaginarlo.

Y a estas cifras crecientes hay que agregar un hecho que las convierte en pavoroso peligro : es posible, aunque difícil, que utilizando todas las modernas técnicas, los equipos servo-mecánicos y cibernéticos y los mil avances de la ciencia, pudiera llegarse, cambiando la mentalidad conservadora de nuestros directores y empresarios, a proveer la necesaria cantidad de alimentos, vestidos, casas, medios de comunicación y demás elementos para que toda esa increíble masa de seres que se desbordará por los continentes pueda vivir más o menos humanamente ; es posible que utilizando, por ejemplo, el plankton de los océanos y aprovechando la enorme riqueza alimenticia que éste encierra, es posible que introduciendo modernas técnicas en los inmensos campos potencialmente agrícolas del Asia, del Africa y de América Latina, es posible que transformando en alimentos y en productos para la utilización del hombre, a través de técnicas cada día más revolucionarias, todo lo que nos entrega la naturaleza y la energía que hemos aprendido a desentrañar de la materia, pudiéramos dar a los hombres sus medios materiales de vida ; pero lo que no se ve cómo realizar es que esa enorme masa pueda recibir también la necesaria, la mínima educación material y espiritual para que se incorpore a nuestro mundo y pueda respetar primero, y tratar de mantener después, el progreso y la civilización que tan costosamente hemos ido construyendo.

Porque —y aquí asoma otra de las grandes encrucijadas— este crecimiento portentoso de la población humana, camina mucho más rápidamente mientras más inculto, más pobre, más desamparado, màs miserable, es el medio en el cual prolifera. Es del centro del Africa y de sus villorrios ; es del centro de la China aún desconocida y milenaria, de la India con grandes multitudes sin trabajo, de los grupos paupérrimos de América Latina, de donde llegarán las grandes legiones. Europa, los Estados Unidos, las ciudades más cultas de la tierra, aumentan su población mucho más lentamente.

Los hombres ociosos

Pero la emboscada que parece aguardarnos se hace más oscura y peligrosa debido a otra circunstancia : mientras la tendencia de la población del globo es hacia un aumento astronómico de su población, paradójicamente la técnica de la producción de bienes y elementos de vida se satisface reduciendo cada día más el número de trabajadores y de horas de trabajo requeridas : contradicción capital en la trayectoria de nuestra civilización.

Porque es evidente que para aumentar la entrega de productos en los volúmenes que la situación exige, para disminuir los costos de producción y utilizar mejor las materias primas, para entregar más y mejores productos, se requiere un eficiente aprovechamiento de los equipos mecánicos, automáticos, servo-mecánicos, electrónicos y técnicos creados en los últimos años y que siguen perfeccionándose a velocidades asombrosas. Y estos equipos, cada vez más costosos y complejos, estas máquinas « inteligentes » que buscan imitar la acción de la vida, prescinden cada día de mayor manera de la intervención de los hombres y, por consiguiente, las grandes masas humanas que están por llegar no tendrán trabajo, empleando la palabra en el sentido a que estamos acostumbrados, y tampoco lo tendrán los que viven actualmente sobre el planeta. Y se producirá entonces el fenómeno, incomprensible dentro de nuestro actual concepto de la sociedad, del hombre « sin empleo », del hombre ocioso.

A mi entender, para afrontar esta eventual contingencia de caracteres seriamente amenazantes, cumple que tengamos visión y ánimo y que avivemos nuestra inteligencia y nuestra capacidad para comprender lo que significaría este ocio y las consecuencias que tal fenómeno tendría en la conducta social de las grandes masas.

Contra lo que el vulgo cree, el ocio (y la idea viene desde los filósofos griegos), es la oportunidad de que el hombre, satisfechas sus necesidades primordiales, dispone para realizarse espiritualmente. Llamamos ocio a las horas en que alguno de nosotros lee o dibuja o pinta ; llamamos ocio a las horas en que cuidamos nuestros jardines, en que observamos la belleza del paisaje o escuchamos una sinfonía. Llamamos ocio el asomarse a un telescopio, el buscar distracción mirando cómo se comporta el microcosmos asomados a un microscopio ; aún llamamos ocio al tiempo que dedicamos a la cultura y al estudio. Llamamos ocio, finalmente, y esto resulta extraordinario, a las horas en que un hombre realiza lo que señala fundamentalmente su calidad de tal : las horas en que piensa, ora o trata de entender para qué vive.

Por todo esto, a mi modo de ver, es perentorio un cambio fundamental de conceptos y valores ; es necesario que busquemos el modo de dar oportunidad al ser humano de hacer honor al nombre que nosotros mismos nos dimos dentro del reino animal : « homo sapiens ».

Cuando el hombre primitivo derribó el primer árbol, o cuando, amarrando una piedra a un tronco, creó la primera herramienta, fue homo sapiens. Pero hoy, después de todo lo caminado, ya no se es homo sapiens apretando un tornillo, cortando un árbol o haciendo explotar una bomba atómica. No se es homo sapiens sometiendo a nuestros semejantes a una vida sin dignidad, ni aherrojando su libertad para pensar.

Se es homo sapiens, en cambio, cuando se vigoriza el espíritu, cuando se le da jerarquía a la inteligencia, cuando se aprende a ser bueno, a ser leal, cuando se es capaz de amar ; se es homo sapiens cuando se ansía justificar nuestra prosapia de hijos de Dios, tratando de respetar al prójimo como a nosotros mismos.

Y si somos leales al genio del hombre, tenemos que utilizar integralmente esta creciente eficiencia de los modernos sistemas de producción y distribución superautomatizados, y dar a los dirigentes de mañana la capacidad y los medios para entregar cada día una mayor cantidad de artículos producidos cada vez con menos intervención del hombre. Y, naturalmente, debemos prepararles también un sistema y una actitud social con los cuales esto pueda realizarse en beneficio de todos.

La economía de la abundancia

Y estas afirmaciones no son nuevas ni son el sueño de un loco.

Hace veinticinco años, en los Estados Unidos de Norteamérica, un grupo de sus ingenieros más capaces y de sus técnicos más destacados, afirmaron que entonces, sin necesidad de agregar una locomotora ni de crear una fábrica nueva, si se manejara la economía sólo en busca de producir más, los equipos del país serían capaces de inundar las ciudades de productos, y ello, pidiéndole a cada norteamericano sólo una hora de trabajo al día. La declaración fue firmada por hombres de tan alto prestigio como Charles F. Steinmetz, una de las màs altas figuras de la ingeniería eléctrica ; por Ralph E. Flandes, presidente de la Asociación Americana de Ingenieros Mecánicos ; por Buckminster Fuller, del Trust de Cerebros de Roosevelt, y por muchos otros presidentes de asociaciones de ingenieros de los Estados Unidos. Pocos años después, en 1943, Arthur Salter afirmó en forma rotunda :

« Tenemos ahora, por primera vez en la historia humana, todos los recursos materiales y la capacidad necesaria para proveer a las exigencias de bienestar de toda la población del globo ; para mantener también un número de personas varias veces más grande en un nivel de vida mucho más alto de lo que hasta ahora hemos conocido ; y para suministrar a todos no sólo los bienes materiales, sino las comodidades y la oportunidad para desarrollar las facultades potenciales de su naturaleza

y utilizar la herencia total en cuyo seno han nacido. »

Y desde entonces han transcurrido más de dos decenios durante los cuales han sucedido cosas que parecen un sueño. Nacieron máquinas automáticas y servo-mecánicas, se alcanzaron las velocidades supersónicas, se crearon productos artificiales de todo tipo, se desentrañó la energía nuclear, aparecieron los artilugios cibernéticos, los cerebros electrónicos y mil desarrollos más que han aumentado la verdad, la profundidad y la gravedad de la declaración de aquellos hombres visionarios.

No se me escapa que la puesta en marcha de un tal estado de cosas significaría un cambio fundamental de nuestro sistema de convivencia y que si no sabemos enfrentarlo debidamente se pondría en peligro nuestro modo de vivir. Sin embargo, debemos precavernos y, mirando en la historia del hombre, comprobar con optimismo que mucho más graves aún y más complejos han sido los cambios acaecidos durante los últimos doscientos años, y el hombre no sólo los ha resistido sino que ha sacado claro provecho de ellos.

El gran peligro

Pero, si somos honrados y lógicos, debemos aceptar que toda la realidad a que me estoy refiriendo hace pesar sobre nosotros una tremenda responsabilidad : tenemos la obligación de ser capaces de comprender que, como dicen los grandes pensadores y hombres de ciencia de nuestros días, « todo puede suceder », y debemos evitar a nuestros hijos y a nuestros nietos las trágicas consecuencias de un mundo inhabitable para hombres con espíritu, por nuestra imprevisión o falta de valor.

Porque la combinación del crecimiento de la población a velocidades fantásticas con el progreso tecnológico que tiende a prescindir de los hombres para su acción, pueden llevar no al mundo del perfeccionamiento de espíritu que ya he señalado, sino a la creación de una sociedad en la cual los humanos vivirían como hormigas, aherrojados por un estado sin alma, metidos en grandes conglomerados verticales, verdaderas colmenas formadas por miles de celdas que no sólo les limitarán las condiciones de su vida material, sino que ahogarán la vida del espíritu y del amor. Que destruirían nuestro actual concepto de la familia, que quebrarían la fe y el respeto por todo aquello que según nosotros justifica la vida, primero suprimiendo las libertades cívicas a través de regímenes policíacos, después coartando las libertades de producción y empresa y terminando fatalmente por hacer perder al individuo su dignidad y sus alas.

Es angustioso pensar que la mayor parte de los escritores de categoría, creadores de genio y de imaginación, que han tratado de imaginarse la vida del año 2000 sobre la tierra, o sea, la que vivirán nuestros hijos y nuestros nietos, han coincidido en presentarnos organizaciones sociales que sumergen al individuo bajo un fanal, bajo un asfixiante sistema policíaco que controla no sólo lo que aquél hace, sino también lo que piensa.

Una tal sociedad traería aparejada la castración del hombre, la aplicación de un rasero para convertir a la masa en un rebaño, utilizando diabólicos sistemas de propaganda, entrenamientos limitativos, y la intervención en el manejo de la psiquis, como lo hemos visto ya en los regímenes totalitarios de nuestra centuria. Y esas masas las manejarían grupos de audaces materialistas olvidados hace mucho tiempo de Dios.

Nuestra responsabilidad

Frente a este tremendo peligro debemos empezar por señalar las responsabilidades en la formación del mundo actual en que el odio parece más fuerte que el amor.

Fueron las faenas de 18 horas diarias que imperaban a mediados del siglo pasado, fue el empleo de niños y mujeres en jornadas agotadoras, fue la incomprensiva actitud de los poseedores de las máquinas recién descubiertas frente al trabajador desguarnecido de su calidad de artesano, fue una masa que se sintió formada sólo por seres anónimos, pero unida en resistencia, los que provocaron y alentaron el nacimiento de las ideas de Marx y Engels.

Y ahora mismo, en nuestros días, la actitud incomprensiva de algunos grupos con las manos apretadas sobre sus bolsillos, mantiene la aparente justificación de los que luchan contra nuestros sistemas. Y también, sin darnos cuenta, todos avivamos la animosidad de las masas de escasos recursos a través de actitudes equivocadas. Tal vez los ciudadanos de países de alto nivel de vida no lo advierten, pero nosotros, hombres de Sudamérica —y los que han nacido en otros continentes en que el proceso de desarrollo camina lentamente o muy a la zaga— lo sabemos.

Con el deseo de tener buen éxito en los negocios y de promover el progreso, se lanzan informaciones, se desarrollan campañas de publicidad ofreciendo un mundo de maravillas y mostrando niveles de vida a los cuales gran parte de los trabajadores no tienen acceso ni lo tendrán por mucho tiempo.

Avisos llamativos le dicen a la mujer: « No destruya sus manos, no agote su salud sobre la artesa de lavado. Compre una máquina capaz de hacer el trabajo por usted. » Y la lavandera, que tiene que seguir inclinada sobre la ropa sucia, porque ni hoy, ni tal vez nunca en su vida podrá tener una lavadora, ni siquiera una casa donde guarecerse para hacer su trabajo manual más confortablemente, siente nacerle en el alma una amargura que no conocía, adquiere una conciencia de frustración y desengaño.

A través del cine, de la televisión, de la radio, de los diarios y revistas, se les hace llegar a estos grandes conglomerados paupérrimos vistas de un mundo prodigioso y se les despierta el deseo y el apetito de participar en él... Pero no se les dan los medios para realizarlo.

Entretanto, estos descontentos, estos desengañados que ven pasar frente a sus ojos la riqueza, la comodidad, el progreso, sin poder participar en ellos, sienten amargárseles la sangre de fastidio o simplemente de envidia o desilusión, y están dispuestos a creer en lo que se les diga, están prontos para arriesgar lo poco o nada que poseen a cambio de las promesas henchidas de odio de nuestros detractores.

La lucha es dura, y para vencer en ella cumple tener buen ánimo y valor para apreciar la realidad tal como es, para reconocer nuestros defectos y los defectos de nuestro sistema, y lo que es muy importante, cumple tener la imaginación suficiente para prever y enfrentar los cambios que, a velocidades hasta ayer desconocidas, se nos vienen encima, y además, una gran generosidad para entregar aquello a que los otros tienen derecho ; y cumple que todo esto se les muestre a los dirigentes de mañana para evitar que los acontecimientos les sorprendan desprevenidos y desorientados.

No edifiquemos nuestro propio « materialismo histórico » dando como razón fundamental de los cambios de la civilización los fenómenos económicos. Y para convencernos de que ello no es así pensemos solamente en que, si todos los esfuerzos, todas las tremendas energías que la humanidad ha gastado y sigue gastando en nuestro siglo para enfrentar dos guerras generales y un permanente estado de recelo ; si todo lo invertido en pertrechos de guerra, en bombas atómicas ; si toda la destrucción de ciudades, la muerte de millares de hombres, mujeres y niños ; si todo ese esfuerzo hubiera sido realizado para la paz y no para la guerra ; si pudiéramos cambiar el signo de todo lo obrado : en lugar de odio, amor, otro sería el mundo, otra la luz que nos despertaría todas las mañanas, y tal vez la semilla que hace 2000 años esparciera por los campos de la tierra el dulce poeta-Dios de Galilea, habría fructificado en un maravilloso jardín de comprensión, desterrando injusticias, odios y recelos.

Los dirigentes del mundo deben darse cuenta de cuán insuficientes, cuán inapropiados y cuán débiles son los esfuerzos y los medios que estamos empleando para evitar que nuestros hijos nos recuerden con rencor y hasta con odio, porque no fuimos capaces de prevenirlos y entrenarlos para la lucha, ni supimos prepararles una vida digna de ser vivida, ni tampoco les creamos un mundo en el que, con la ayuda de la ciencia y la técnica, pudiera mantenerse la auténtica jerarquía del hombre.

Dos opiniones sobre el viaje del general de Gaulle a México

LUIS GUILLERMO PIAZZA

SI ALGUNA DUDA podía quedar sobre la acogida que se daría al ilustre Presidente de Francia, general Charles de Gaulle, a su llegada a México (la primera de este carácter de un gobernante francés), esa duda se disipó en el momento mismo en que el general —gran personaje de nuestra época, héroe y político, gran actor—, empezó a hablar desde el balcón del Palacio Nacional en un español flúido, sin pausas, sin vacilaciones, con gestos seguros y aleccionadores a una multitud que se volvió vociferante, estruendosa, « en el delirio » calificaron los periódicos.

Quizá habrá habido multitudes mayores en ese inmenso Zócalo, Plaza Mayor, corazón de la ciudad, en el pasado, en otras ocasiones también históricas, pero ninguna más entusiasta que ésta, ninguna más cabalmente « rendida » a la personalidad y al significado de este singular visitante.

El general habló desde aquel balcón, y también sentaba otro precedente : la primera vez que tal honor se concedía a un gobernante extranjero. El país se había poblado de rumores previos : que así lo había pedido el general, que sentaría un precedente peligroso, que la gente no entendería, que a cambio de tal privilegio el general se había comprometido a visitar esta vez solamente a México... Para entender todas las implicaciones y las sutilezas de estos gestos, habría que remontarse a la historia tan accidentada del país, tan plena de contradicciones forzosas y de justos temores. El fantasma de un general norteamericano que apareció en el balcón principal de Palacio apenas hace poco más de un siglo —en el armonioso balcón por debajo de la campana de Dolores, que todos los años, el 15 de setiembre, el Presidente de México toca a gloria de independencia ante su pueblo reunido tradicionalmente en el Zócalo—, ese fantasma y otros fantasmas se agitaban entre el sol luminoso y los letreros de bienvenida, en la mañana del lunes 16 de marzo. Muy sutil y apropiadamente, las circunstancias determinaron que el general no hablara en realidad desde ese gran balcón principal, sino desde uno adyacente, a la izquierda del otro si se lo miraba desde Palacio, a la derecha si se lo veía desde la plaza exultante.

*

Antes, una hora antes, de Gaulle había llegado al aeropuerto central y recibido una de esas bienvenidas mexicanas que son verdaderamente únicas en el mundo.

A un estricto ritual protocolario —todo está medido, marcado, ancestralmente cortés y ceremonioso— se une la música impar de los mariachis, de los organilleros, y el colorido de los arreglos florales y del pueblo, que ni viste de gris como en otras capitales latinoamericanas ni lleva el blanco uniforme de otros lugares estrictamente más tropicales.

Hubo cien mariachis (los diarios se apresuraron a recordar el origen de su nombre : de la palabra francesa *mariage*, de tiempos de Maximiliano, cuando en las bodas empezaron a tocar estas bandas...), y bien puede imaginarse el

Con motivo del viaje del general de Gaulle a México, Cuadernos *recibió las dos cartas que publicamos a título puramente informativo, en las cuales se ofrecen dos reacciones diferentes ante ese acontecimiento político.*

estruendo, la conmoción que causan, a veces tocando canciones diferentes al mismo tiempo. Hubo docenas de organillos de la calle que aún perduran, desprendiendo su música nostálgica y como fuera del tiempo, de ese tiempo que sin embargo y en forma tan mágica en México parece habitualmente ser « de siempre ».

Después, el entusiasmo arrebatado en las calles, la inmediata compenetración entre anfitriones y visitante, el largo recorrido desde el aeropuerto hasta el centro en un gran automóvil descubierto, de marca alemana, entre los confetis, los gritos y las « porras » vivísimas (que al principio desconcertaron bastante al séquito acompañante).

Al llegar al Zócalo, desde todos los balcones y todas las azoteas contiguas empezó a caer una dulce niebla verde, blanca y roja, azul, blanca y roja, los colores de las banderas de México y Francia en tenues papelitos que todo lo inundaron. Por debajo de ellas atravesó lenta y solemnemente el general, en su famoso uniforme *kaki*, el que lo había hecho famoso en las fotografías de la guerra.

Y después, aquel momento en que el general —tras su discurso en el balcón y esos instantes que se volvieron de gran expectativa, necesarios para su regreso al automóvil— volvió a pasar por entre la multitud ahora desusadamente eufórica, rumbo a su residencia oficial en Los Pinos, y cuando menos podía esperarse se bajó del auto, se mezcló con el pueblo que lo aclamaba (no pudo « perderse » entre ellos, porque su alta figura siempre destacaba), estrechó manos y palmeó mesiánicamente, entre la desesperación de los guardianes de seguridad que no sabían ya a qué atenerse.

Una emoción auténtica había vencido, los corazones quedaban conquistados. Al terminar la visita de poco más de tres días —con la solemne acogida en la Basílica de Guadalupe y el conocimiento de las ruinas conmovedoras de Teotihuacán— los titulares de periódicos y los comentarios ahora melancólicos de la gente recordaban la personalidad, el eco del « gran viejo ».

*

Desde un principio, tanto el Presidente mexicano López Mateos y sus consejeros como los visitantes franceses estuvieron de acuerdo en recalcar que el encuentro no iba, absolutamente « *contra nadie ni contra nada* ».

El Presidente López Mateos declaró : « Consideramos que en esta época nadie debe ser neutral y que nadie debe asumir una actitud pasiva ante el peligro de una nueva guerra. » El influyente periódico *Excelsior* comentó : Estas palabras de rechazo a una posición neutralista en la política exterior de México, o sea a una conducta indiferente y evasiva de los mexicanos frente a los grandes problemas del mundo, significan que nuestro país no es ni será un simple espectador en el escenario de la vida internacional... A su vez, el Presidente de Gaulle lanzó la proposición que ya se ha hecho inolvidable y famosa : « *Marchemos juntos* ».

En el orden concreto de los hechos que pueden materializarse después del comunicado conjunto final, cabe recalcar los siguientes :

1. El reconocimiento de la importancia de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo que se inició en Ginebra el 23 de marzo y uno de cuyos objetivos es *la búsqueda de políticas comerciales susceptibles de modificar los términos bajo los cuales se realizan los intercambios entre los países que tienen un nivel de vida elevado y aquéllos que se encuentran en vías de industrialización.*

« A este respecto —señala el comunicado conjunto de los dos gobiernos— el Presidente de Gaulle declaró que Francia está dispuesta a presentar a la Conferencia nuevas fórmulas, tanto por lo que se refiere a los productos básicos como a los productos manufacturados y semimanufacturados procedentes de los países en vías de desarrollo y, en particular, de los de la América Latina. »

2. La creación del *Comité Franco-Mexicano de Asuntos Parlamentarios*, que permitirá la organización de encuentros que se requieran entre miembros de los parlamentos de los dos países.

3. La intensificación de las relaciones culturales, con el fomento de las instituciones francesas de este carácter en México y de la Casa de México en la Ciudad Universitaria de París; el establecimiento de un número cada vez mayor de becas, etc. Los presidentes estimaron que « la cooperación francomexicana, tan satisfactoriamente iniciada en el plano económico, debe intensificarse igualmente en el dominio de la cultura... »

4. La ayuda técnica. « Los dos Gobiernos notaron con satisfacción que la cooperación técnica ha adquirido gran importancia, como lo demuestra la participación de expertos franceses en centros de formación profesional en México, así como el número de mexicanos que hacen estudios de perfeccionamiento en Francia. Estimaron que existen posibilidades de desarrollo muy interesantes en aspectos como el de la planificación, la agricultura o la electrónica, en los que Francia está capacitada para ofrecer técnicas avanzadas y peritos a los países que lo soliciten. »

5. El intercambio comercial. Ambos gobernantes « se congratularon del crecimiento par-

ticularmente sensible, en 1963, del volumen de los intercambios, y convinieron en que los acuerdos sobre cooperación técnica y comercio sean firmados próximamente ».

6. La ayuda financiera. « Los acuerdos financieros concluídos en 1963, con miras a contribuir al desarrollo de la economía mexicana, han comenzado a ejecutarse conforme a lo previsto. Los dos jefes de Estado lo comprobaron con satisfacción e hicieron notar que es dable esperar de ellos resultados halagüeños *gracias a la estabilidad política, económica y financiera de México* ». Estimaron, además, que « deben alentarse las inversiones francesas en México en asociación con capitales mexicanos ».

*

Especialmente interesantes resultan para los otros países latinoamericanos las anotaciones finales de estos acuerdos.

En ellas se observa que el general de Gaulle —« al expresar su interés por los esfuerzos que para su desarrollo vienen haciendo los países latinos de América »— indicó que Francia reconoce el papel que podría desempeñar, en virtud de los viejos lazos que la unen a estos países... que una economía poderosa y en proceso de expansión como la de la Comunidad Económica Europea ha de favorecer el desarrollo de los intercambios con América Latina... que la citada C.E.E. y la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio deberían cooperar activamente para su beneficio mutuo... Y sobre todo el último concepto, aquel que afirma que « las consecuencias de esta colaboración no pueden dejar de ser provechosas para el conjunto de las naciones latinas y para todo el mundo libre ».

*

Si alguna parte del programa del gobernante francés en México podía resultar difícil o imprevisible o embarazosa (recuérdese el largo historial del estudiantado latinoamericano, recuérdense los incidentes del vicepresidente Nixon por ejemplo en las universidades de Montevideo y San Marcos), era la asistencia a la Universidad Nacional.

Se produjeron, sí, incidentes, pero precisamente provocados por el entusiasmo juvenil, por la completa, fervorosa adhesión de los estudiantes. « Diez mil estudiantes universitarios aplaudieron, vitorearon y gritaron porras al Presidente de Francia... » —informaron al día siguiente los periódicos. « Fue una entrega total... »

« El entusiasmo desbordado rompió el protocolo. La apoteosis comenzó desde que de Gaulle arribó a la Ciudad Universitaria... »

Efectivamente, centenares de jóvenes advertidos de que no podrían entrar al recinto académico en que el visitante expresaría sus ideales y puntos de contacto, rompieron vallas y aun las puertas de vidrio. « En donde cabían mil personas sentadas, entraron dos mil más... »

Frente a ese tumulto espontáneo (que pudimos observar por televisión y resultó francamente emocionante), se produjo el siguiente diálogo :

— De Gaulle : Estoy profundamente emocionado por la recepción.

— Rector : Debe usted perdonarnos. El protocolo fue roto gracias al entusiasmo y la espontaneidad.

— De Gaulle : Todo es formidable. ¡Qué magnífica y grandiosa es su Ciudad Universitaria y cuánto es lo que ofrece a sus estudiantes!

Después, el acto académico, el discurso seguido con enorme atención e interrumpido por los aplausos y gritos de aprobación. « Durante una hora, un solo hombre, el Héroe de la Resistencia Francesa, dio unidad a diferentes ideologías y credos, al manifestar : *En el futuro la unidad dominará nuestro universo por una causa : la del hombre ; una necesidad, la del progreso mundial, sólo posible con la ayuda mutua ; y un deber : la paz.* »

El general de Gaulle fue hecho portador de un mensaje de la UNAM, Universidad Nacional Autónoma de México, para la Universidad de París, en un pergamino :

« De todos conocida es la noble tradición de vuestra casa. En la cultura occidental ella ocupa, desde sus orígenes hasta hoy, una de las cumbres más preclaras y su historia se halla entretejida con lo mejor de una herencia espiritual que Francia ha sabido compartir con el mundo entero.

« Este vivo y fecundo legado representa una fuente de la que México ha bebido de continuo. A partir de sus primeros pasos como nación independiente, la nuestra ha encontrado en el genio francés enseñanzas y estímulos siempre renovados. Los filósofos de la ilustración brindaron a los creadores de nuestra nacionalidad la base humanista que los alentó en la lucha. Y en todo momento vuestros pensadores, poetas, hombres de ciencia y artistas han fertilizado los caminos de nuestro espíritu.

« Esperamos que el intercambio fomentado por nuestras dos naciones, de tan felices resultados hasta hoy, siga creciendo sin cesar, y confiamos en que los frutos de tal suerte cosechados contribuirán a una mayor vinculación espiritual y servirán al enriquecimiento mutuo de todos los ámbitos del saber. »

LUIS GUILLERMO PIAZZA

GLORIA PANTOJA

EL BUEN HUMOR no es precisamente la característica más notable de los latinoamericanos en general y de los mexicanos en particular. Es una gran lástima, pues poquísimas cosas les convendrían tanto como tener empotrada en el hígado una válvula de escape tan saludable. Y es una gran lástima también, porque sin percibir el lado amable de la visita del general de Gaulle a México, jamás se dará con su sentido más significativo.

Desde luego, tal vez ningún mexicano, y ciertamente francés alguno, advirtió su fase de gran teatro, de un teatro y de un escenario tan colosales, de trajes y luces tan extrañas y alucinantes que, a su lado, resultan deslucidos tenderetes de feria no sólo el Palacio de Bellas Artes mexicano, sino la mismísima Gran Opera de París y hasta el *Son et Lumière* de los Inválidos. Y no digamos los actores : Sarah Bernhardt o Eleonora Duse antes, y hoy Sir Lawrence Olivier o Richard Burton, resultan insulsos aficionados. En el foro de la visita se movían jefes de Estado, y de países, cada uno en su esfera, sumamente importantes, ministros de relaciones avezados en la maniobra diplomática complicada y sutil, sabios y sesudos consejeros políticos y económicos, brillantes y callados jefes de las casas militares, más ministros, banqueros, legisladores, etc., etc.

Todos ellos hablaban como si real, positivamente fuera verdad lo que decían ; levantaban los brazos o apretaban los puños como si los sentimientos y aun las pasiones que así expresaban, brotaran, en efecto, del alma ; abrían y entreabrían, cerraban y entrecerraban los ojos como si de veras los estados anímicos pasaran de la grata sorpresa al firme entendimiento. Y todo, por supuesto, dicho y remachado, hasta aturdir o cegar en la radio, en la televisión y en los diarios, éstos cuajados de fotografías y caricaturas, de informaciones y entrevistas, de editoriales y artículos firmados por plumas deslumbradoras. Póngase dos ejemplos para ilustrar todo esto.

En la recepción del poder legislativo mexicano, un diputado leyó espléndidamente un sustancioso discurso, cuya tesis única era que todas las doctrinas e instituciones políticas de México procedían de Francia. El general de Gaulle, que no entiende el español, que se negó a leer la versión francesa escrita que se le entregó antes de iniciarse la lectura del discurso, que no quiso que la intérprete oficial del gobierno mexicano, o el traductor alquilado por la embajada francesa, se lo fueran traduciendo simultáneamente a la lectura ; el general de Gaulle, digo, dio con su rostro, sin embargo, muestras inequívocas, primero de grata sorpresa, después de satisfacción colmada, y al fin de gratitud porque se reconocía tan paladinamente la deuda impagable que toda la civilización occidental tiene con Francia. Y el diputado —sobra decirlo— escribió ese discurso, y, más que nada, lo entonó, para demostrar su atrevida tesis.

*

Ahora bien : fuera de aquel escenario en verdad espectacular ; dejando a un lado la convincente expresividad de los actores, no sólo de los dos únicos que hablaron, sino del coro silencioso de cuatrocientas o quinientas personas apiñadas en el recinto parlamentario, es inconcebible suponer que el diputado (y es de creer que tampoco el general de Gaulle) ignorara que el México de hoy vivió tres siglos bajo la dominación española, y que, por lo tanto, algo le habrá dejado en materia de ideas, leyes e instituciones políticas. Y lo es, asimismo, suponer que olvidara que el nombre oficial de su país todavía es *Estados Unidos* Mexicanos, simple, obvio hecho que sugeriría por sí solo el tremendo impacto del pensamiento y la organización política norteamericana.

La cosa no quedó allí, sin embargo. El general de Gaulle contestó en francés, y se opuso una vez más a que su respuesta se tradujera al español. Quien conozca bien los medios políticos mexicanos podrá asegurar que excepto el secretario de Educación (quien no en balde se llama Torres *Bodet*), ninguno de los presentes entendió plenamente el francés desnudo, pero convincente, del General. El resto, es decir, el noventa y nueve por ciento de los presentes, habrán pescado las palabras sueltas de « France » y « Mexique ». A pesar de ello, al término de aquel discurso incomprensible, y sin ánimo chocarrero alguno, se le dio una ovación sólo comparable a la del matador de toros que tiene una buena tarde.

¿Quiere decir que aquella escena —y tantas otras semejantes— era mentira descarnada o tosca farsa, ¡De ninguna manera! El general de Gaulle sabía de antemano que, palabra de más, palabra de menos, los mexicanos le dirían dos cosas : que eran independientes, sobre todo, claro, de Estados Unidos, y que, como a ninguna otra mujer, amaban a Francia. Y los mexicanos, por su parte, sabían de antemano que el General, con palabras más bien de me-

nos que de más, les diría lo que ellos querían que les dijera, a saber, que Francia respetaba a México y que quería y podía ayudarlo económicamente. Dado ese entendimiento o pacto emocional, ¿qué importancia podían tener las palabras con que se rubricara? Bastaba la presencia y el deambular de los actores por el escenario ; apenas si agregaban algo el gesto, la entonación o la pausa. Se trataba, en suma, de un romanza (« aria generalmente de carácter sencillo y tierno », dice el diccionario) sin palabras, en la cual, por definición, lo que importa es el trino, o, a lo sumo, la melodía.

*

El otro ejemplo de la romanza sin palabras (en este caso, más bien, sin cifras) es, desde luego, menos convincente, pero en el fondo, más significativo todavía. México se viene endeudando en el exterior desde hace ya tiempo, aun cuando de un modo muy marcado en los últimos doce o quince años. Contra lo que los mexicanos suelen creer (porque se excitan creyéndolo), el principal acreedor no es Estados Unidos, y muchísimo menos el gobierno norteamericano, al cual, en rigor, nada se le debe. Son los organismos financieros internacionales dependientes de las Naciones Unidas o de la Organización de Estados Americanos. Es un hecho, empero, que el gobierno francés ha concedido a México un crédito, cuantioso visto aisladamente, pero mera gota del agua que México necesita para llegar a ese punto de su desarrollo que los economistas (constantes viajeros del aire) han dado en llamar el « despegue », o sea, el momento en que la aeronave deja tierra para volar, es de suponer, indefinidamente y sin el combustible de un dinero fresco.

Había que dar a entender, pues, que Francia tiene recursos mucho mayores, de hecho ilimitados, para ayudar no sólo a México sino a toda la América Latina. Con ese objeto, un periodista francés escribió un artículo que circuló profusamente : en él daba la despampanante noticia de que Francia había resuelto trasladar a la América Latina todo el dinero que ha enterrado hasta ahora en Africa, además de invertir directamente en esa América todo su dinero futuro. Los mexicanos se tragaron la noticia con el deleite que produce la « alta cocina » francesa, y apenas si uno, uno solo, dudó de si los franceses se habían vuelto de pronto tan sagaces para advertir que, en efecto, semejante política les resultaría a ellos mucho más lucrativa que a la propia América Latina.

Vistas las cosas en su verdadera perspectiva, la versión podría haberse limitado a asegurar que Francia, repuesta primero de la guerra, y después floreciente por el trabajo de sus hijos, quería ayudar a la América Latina, región de países pobres, pero más próxima que muchas otras, a levantar el vuelo, y, en consecuencia, a pagar lo prestado.

*

Pero la visita puede verse también como la ha visto —o se ha esforzado en verla, pero sin conseguirlo— el llamado « analista » político o « politólogo ».

Desde luego, el mérito de la iniciativa no pertenece al presidente francés, sino al de México : aturdido por su propia algarabía, el mexicano olvidó que el general de Gaulle no hacía sino corresponder a la visita que don Adolfo López Mateos le hizo en París el año pasado ; los franceses, por supuesto, no se refirieron para nada a este mal antecedente. También olvidó algo que realzaba el atractivo de su presidente y de su país : a pesar de que a otros dos presidentes latinoamericanos les debía una visita anterior, la primera que retornaba de Gaulle era a México.

Asimismo dejó de mencionarse otro hecho de interés : el general de Gaulle, que pasa por haberse anticipado al estado mayor francés en la visión de la guerra mecánica moderna, en materia de viajes internacionales apenas hace ahora sus primeras armas. El presidente mexicano, en cambio, ha hecho en sus seis años de gobierno toda una especialidad de visitar naciones extranjeras, mérito no escaso si se considera que una excursión del presidente francés tiene asegurado de antemano el éxito público. Además, el orden en que López Mateos ha hecho sus excursiones es significativo : primero a Estados Unidos y Canadá, después a la América del Sur, en seguida al Lejano Oriente y el Asia Sureña, y, al final, Europa. Todavía más : ni Francia fue el único país europeo visitado, ni las visitas se limitaron a la Europa Occidental, puesto que incluyeron Polonia y Yugoeslavia. Es decir, de un total de diecisiete visitas del presidente mexicano, a Francia le tocó la número once ; no tuvo ésta, pues, primacía alguna. Es más, salvo dos, todos los jefes de Estado visitados habían correspondido antes que de Gaulle, lo cual revela que de este lado todavía hubo menos preferencia.

*

Siendo verídico todo lo anterior, y siendo necesario recordarlo para estimar mejor la visita, es incuestionable que la del General tuvo un éxito extraordinario, mayor que la de cualquier otro jefe de Estado, salvo Kennedy. La explicación es muy sencilla, después de todo : a pesar de que en el siglo pasado tuvo con ella

dos guerras, y una larga de cinco años, México, lejos de guardarle rencor, quiere y admira a Francia bobamente ; luego, de Gaulle es hombre no sólo singular, sino único en el mundo, y por si algo faltara, para el mexicano encarna las virtudes que él quisiera hallar en sus propios gobernantes, sobre todo la dedicación fanática a los intereses nacionales, bien o mal entendidos, que eso poco o nada importa ya.

Debe suponerse que, desde el punto de vista de la diplomacia o de la « política entre las naciones », ganó más Francia que México. De Gaulle buscaba lo que viene buscando hace tiempo en Europa y secundariamente en el Asia Sud Oriental : engrandecer a Francia primero y, de paso, preocupar a Estados Unidos y aminorar siquiera un poco el desdén soviético. Así, México era para de Gaulle un modestísimo peón de un complicado (y en gran parte solitario) juego de ajedrez. La consecuencia inevitable era crearle a México el problema de dar a entender que conocía el juego, y que si participaba en él o se zafaba de él era por una resolución propia. En esto —me parece— falló la diplomacia mexicana, pues la afirmación del presidente López Mateos en su primer discurso, el del aeropuerto, de que México y Francia formaban ya una « alianza » es tan desorbitada, que debe uno suponer que fue un desliz, o, más piadosamente, una « licencia de lenguaje ».

¿México esperaba algo especial de esta visita? Creo que sí, aun cuando vagamente. Desde luego, demostrar, digamos, que cuenta ya con un reconocimiento mundial. De Gaulle se percató muy bien de ese deseo, y, por lo tanto, dio exactamente en el clavo cuando dijo y repitió que Francia admiraba a México por su « estabilidad política, su desarrollo económico y su progreso social ». México esperaba también la confirmación de que puede acudir a las arcas francesas. Y en tercer lugar, sólo en tercer lugar, aprovechar la ocasión de reiterar lo que el presidente López Mateos ha encerrado en una fórmula ya acuñada : « México no es un país neutral, sino independiente. »

Quedaba el problema del otro vértice de este triángulo amoroso. De Gaulle ha sentido, quizás todavía más que México, la necesidad de labrarle a Francia una condición internacional independiente. Su posición inicial era, si se quiere, más complicada, porque deseando, además de crear en el mundo una tercera fuerza, acaudillarla, debe apartarse de Estados Unidos y de la Unión Soviética. Como gigantesca, como muy superior a las fuerzas presentes y futuras de Francia, ha iniciado la tarea alejándose de Estados Unidos, con algunos hechos y muchos gestos y palabras. De la Unión Soviética la separa la misma distancia, pero la cautela es mucho mayor.

México no tiene ninguna sujeción especial con respecto a la Unión Soviética, y en la medida de sus posibilidades ha cultivado con ella una discreta amistad. Pero su relación con Estados Unidos es directísima, y tan extremo el desequilibrio de poder, que para México constituye, además de su principal problema diplomático, una verdadera obsesión desear, creerse, dárselas de independiente. Desde este punto de vista, no es poca satisfacción haber pasado con Mariana una noche siquiera.

GLORIA PANTOJA

libros

Ezequiel de Olaso : "Los nombres de Unamuno"

En el primitivo rito de la antropofagia actuaba —entre otros móviles— el deseo de apropiarse de la *virtù*, de la energía peculiar del prójimo a quien se devoraba. La filosofía consiste fundamentalmente en el rito de la cosmofagia, gracias al cual el hombre se adueña de lo creado, se lo incorpora en la medida en que con « los jugos gástricos » de la conciencia lo depura en forma parcial de ininteligibilidad. La cosmofagia no es tarea fácil. Y aunque también en este orden cada ser humano necesita un alimento específicamente propio, la gran mayoría se nutre de ideas premasticadas por otros, no arrancadas a la realidad, sino tomadas del repositorio de la cultura : tales ideas, nunca asimilables por completo, obligan a que se las rumie sin cesar.

Recuerdo que en mi primer contacto con Unamuno —y ante la proliferación de citas de textos ajenos en *Del sentimiento trágico de la Vida*— tuve la sospecha de que me hallaba en presencia de un ejemplar desmesurado de esa última especie. Después entendí que no era así : Unamuno representa en efecto la relativa incapacidad de asimilar lo externo, pero no por las carencias habituales, sino por la saturación debida a una obsesión o idea fija previa. En ese orden se me hace que se podría estudiar en él, igual que en un arquetipo esclarecido, la índole de *la verborragia* que empapa la cultura española. La verborragia parecería índice a la vez de una convicción y de la inseguridad respecto a esa convicción, esto es, de una convicción que incomunica e impide los contactos confirmatorios con la realidad : estaríamos ante una *forma mentis* arcaica, incapaz de realizar una cosmofagia por retención de vestigios fósiles. El tono de *prédica* constituiría la insistencia obstinada en los vestigios retenidos, como sustituto de la asimilación de la realidad. Así las citas en Unamuno —incluso las tomadas en forma casi literal de Kierkegaard— no son apropiaciones de cosmofagias ajenas, sino intentos de demostrar a través de otros un acuerdo con esa realidad con la que no se tienen contactos : su abundancia está en relación directa con la imposibilidad que delatan.

Se trata, pues, de un tipo de mentalidad extravagante, pero cuyas posibilidades para el ejercicio de la filosofía me impresionan como limitadas. Y sospecho que la importancia que en esa materia se acuerda a Unamuno en el orbe de habla española no carece de relación con la indigencia filosófica de nuestra área idiomática. Por eso la circunstancia de que Ezequiel de Olaso dedique su primer trabajo (Ed. Sudamericana, Buenos Aires) —con el que ganó el concurso de ensayos del periódico *La Nación*— a considerar la figura de Unamuno en un sentido predominantemente filosófico nos revela un entusiasmo y una admiración por el sujeto de su tema, que el autor, por lo demás, no oculta.

Es en la primera parte de este trabajo donde resulta más evidente la óptica filosófica. Con la guía de ciertos problemas fundamentales, como los de la muerte, la soledad, la comunicación, etc., Olaso procura descubrir los puntos claves del pensar unamuniano. La exposición es breve y no pretende abarcar la totalidad, pero a través de ella se nos informa respecto a la concepción de razón de Unamuno, a su noción de Dios, a su apetito de inmortalidad, etc. En este sentido me parece de lamentar que el autor no se haya referido a la formación de Unamuno. La mentalidad de Unamuno, si bien elude las influencias, está expuesta a las « filtraciones ». Las « filtraciones » filosóficas más notorias en él son el complejo Hegel-Kierkegaard y Spencer. Unamuno mismo escribió : « Aprendí alemán en Hegel, en el estupendo Hegel, que ha sido uno de los pensadores que más honda huella han dejado en mí. Hoy mismo creo que el fondo

de mi pensamiento es hegeliano. Luego me enamoré de Spencer. » En cuanto a Kierkegaard, es notorio que aprendió el danés para leerlo y que se encuentran en sus obras trozos que son verdaderas paráfrasis de ideas de ese pensador. Y la omisión me parece lastimosa, no sólo porque el contexto hubiese prestado a Unamuno dimensiones más reales que las que aquí tiene en cuanto a originalidad, sino porque nociones como las de la dialéctica hegeliana, las de ruptura, paradoja y separación kierkegaardianas y la spenceriana de la realidad como proceso continuo, hubiesen acordado a la exposición mayor claridad y riqueza, la hubiesen eximido de ciertos rodeos —como el que se da para explicar su irracionalismo— comprensibles sólo si no existiese otra filosofía que la española.

La segunda parte, aunque es más breve que la primera, tiende a corregir el enfoque inicial de Unamuno como filósofo en sentido estricto. Al pasar al intento de mostrar a Unamuno bajo otras luces que las de la explicación de su concepción sistemática de la realidad, al proponerlo al lector como ideoclasta, aparecido, opinante, paradojista, creyente, demente, inquietador y provocador, Olaso señala implícitamente en esta sección —« Los nombres » : la más vivaz del trabajo— que la figura de Unamuno no se entiende dentro del ámbito de la filosofía. La tercera parte del trabajo tiene el aire y la utilidad de los *quodlibetalia* medievales : está formada por breves paráfrasis de temas unamunianos, todo y nada, plenitud y vanidad, quietud e inquietud, etc. Son ejercicios, variaciones, que buscan aprehender y transmitir el « ritmo » específico de la « música » mental del maestro estudiado.

En general este trabajo produce el efecto de una muy buena clase introductoria a Unamuno. Quiero decir que lo que me ha llamado la atención es el carácter *didáctico* del texto. Tal carácter me disuade de considerarlo como un *ensayo*. El ensayo debe estar dotado de voluntad experimental, de disposición al error, en suma, debe estar guiado por *el demonio personal* en una medida por lo común ausente en el *eros pedagógico*. Esa capacidad para el error abre precisamente al ensayo perspectivas más amplias para el acierto. Y acaso esto es lo que la figura de Unamuno reclama. Un hombre que como filósofo tiene validez limitada, que como novelista carece de vigencia, que como poeta no pasa de aficionado y que a pesar de ello conserva su índole de *fascinans*, constituye de verdad *un enigma*. Para iluminar ese enigma hubiese sido menester un trato menos servicial, más irreverente. Acaso el verdadero Unamuno aparezca cuando se haya demolido críticamente su obra. Olaso ha señalado con destreza y lucidez los nombres con que el propio Unamuno quiso expresar que él era un enigma : el enigmático nombre verdadero que late bajo esas máscaras continúa oculto.

H.A.M.

Ricardo Gullón : « Direcciones del modernismo »

Mucho se ha discutido y se discutirá sin la menor duda en las letras hispanoamericanas sobre el modernismo. Unos lo atacan despiadadamente, mientras otros lo defienden con pasión ; no faltan quienes lo desdeñan, ni tampoco los que establecen bastantes distingos. Lo cierto es que muy pocos lo han estudiado con la atención debida, situándolo previamente en su época.

¿Qué es el modernismo? ¿Qué representó y qué representa aún en nuestra literatura? ¿Es cierto que no pasó de ser vaga música de cisnes y libélulas, princesas y nelumbios? ¿Tienen razón acaso los que lo acusan de haber vuelto la espalda a la realidad circundante, de haber asumido una actitud frívola y esteticista? ¿O bien representa una época compleja y rica, la más importante en las letras españolas e hispanoamericanas? Tales son los principales interrogantes que asaltan al estudioso interesado en formarse una idea cabal del modernismo, de sus orígenes, de su propagación y de su valor real. Y asimismo de las influencias que sufrió, cuestión de importancia capital para mejor aquilatar su proceso.

A estos interrogantes y a otros más que pudieran saltar a nuestra curiosidad de lector contesta cumplidamente, con la sencillez y rigurosidad a que nos tiene acostumbrados el notable crítico español Ricardo Gullón en su último libro *Direcciones del modernismo* (Editorial Gredos, Madrid, 1963), que acaba de llegar a nuestras manos. A lo largo de más de doscientas páginas, Gullón establece una especie de balance, arrumbando previamente con no pocos dogmas o principios que la crítica literaria había trasmitido como verdades inatacables. La manía de encasillar, de embutir en fórmulas los fenómenos de la creación literaria condujo y sigue conduciendo a una deformación, a un falseamiento de las realidades, cuando no a un predominio del lugar común. Gullón, de acuerdo con Juan Ramón Jiménez (« el modernismo no es una escuela ni un movimiento artístico, sino una época »), parte del hecho de que el modernismo literario no puede ser considerado como un bloque, como algo uniforme, sino como un ámbito amplio en el que sólo existen deter-

minados parentescos. « El deseo de precisar con rigor el concepto del modernismo se enfrenta con la propensión a simplificar, a encuadrar lo por naturaleza complejo y vario en esquemas profesorales trazados por comodidad pseudo-didáctica. »

El modernismo, pues, es una época. No es un dogmatismo, ni una ortodoxia, ni una doctrina, ni una escuela. Gullón insiste en que es, sobre todo, una actitud. Surge en un momento de renovación, por lo que los modernistas sienten con pasión y sinceridad. « Las fórmulas, lo rutinario, lo caduco, lo insepulto les parece indecente y tratan de arrumbarlo, destruirlo por superación. » Son también sensuales, eróticos espirituales, inquietos, torturados y atormentados con la muerte. No faltan entre ellos los suicidas, los homicidas, los alcohólicos, los morfinómanos... Pero su mérito indiscutible consistió en haber abierto « las puertas del campo, los caminos de la libertad, la senda de la belleza pura ». Y si en el modernismo coinciden impulsos diversos, ideologías contradictorias y formas de vida dispares, no es menos cierto que el núcleo principal de los modernistas se identifica con la corriente liberal. « Sin la tradición liberal —escribe Gullón—, el riesgo de perderse en el nuberío o en la declamación idealista hubiera sido grande. La convicción de formar parte de una comunidad les obligó a pensar de modo realista y penetró la obra literaria. » Incluso en algunos, particularmente en España (Unamuno, Machado, Valle-Inclán), es extrema la pasión y viven en permanente discordia con el medio ambiente imperante.

Rubén Darío escribió que gracias al modernismo las letras hispanoamericanas estaban tomando « un puesto aparte, independiente de la literatura castellana ». Este criterio fue luego bastante compartido. Gullón escribe a este respecto : « Y quizá llegó la hora de preguntarse si el modernismo, como dicen los doctores de su ley, señala el momento en que la literatura hispanoamericana llega a su mayoría de edad y logra su independencia intelectual respecto a 'la Madre Patria', o si constituye, en su aspecto afirmativo, la iniciación de un nuevo y fructífero período en el cual los escritores españoles e hispanoamericanos van a integrarse en obra multiforme, pero en suma común, que podrá mostrarse como ejemplo de impulso colectivo, con raíces nutricias en tierras muy diversas, hacia una variadísima comunidad de creación. » La respuesta que nos ofrece a su propia pregunta es la siguiente : « Hasta el modernismo, casi sólo podía hablarse de literatura española, ya fuese escrita dentro o fuera de la Península ; a partir de él, la realidad es otra : surge la literatura hispánica, con divergencias saludables, pero también con integración genuina. Mil corrientes de comunicación vuelan sobre el Atlántico, en las dos direcciones, y van de país en país, de mar a mar, del altiplano a la pampa, tejiendo fortísima red de hilillos invisibles. »

El libro de Gullón nos ayuda a ver el modernismo con mayor amplitud y mejor perspectiva, sin limitarlo a tres o cuatro escritores sobresalientes o, como hacen algunos miopes, a Rubén Darío y a la parte decorativa y extranjerizante de este gran poeta. A este respecto, Gullón no deja de sorprenderse de que al tratar de los orígenes del modernismo se haya insistido tanto en las influencias francesas, omitiendo cuanto hubo en él de retorno a nuestra poesía de los siglos medios, « no sólo por la readaptación de añejas formas estróficas a la sensibilidad novecentista, sino por la inclinación a lo sencillo y primaveral en que Martí, Machado y el mejor Juan Ramón, coincidieron con Berceo y los líricos medievales... »

Direcciones del modernismo, sin llegar a agotar el tema —lo cual no entró en los propósitos del autor—, nos facilita la comprensión de un hecho literario que afecta tanto a Hispanoamérica como a España. Advirtamos, además, que una buena parte del libro está dedicada al estudio de la obra de Antonio Machado, tan impregnada de modernismo, así como a las relaciones de Juan Ramón Jiménez con Manuel Machado y los Martínez Sierra.

I.I.

Virgilio Paredes Borja : « Historia de la Medicina en el Ecuador »

En los primeros capitulos de esta obra en dos volúmenes (Casa de la Cultura, Quito, 1963) el período al que Paredes Borja llama de la medicina autóctona, se abre ante un paisaje mágico en el que obran hechiceros y brujos, aun cuando ya pueda hablarse de elementales tratamientos, de medios curativos y de las plantas medicinales aborígenes, de los venenos y de los antídotos.

Entre los griegos primitivos —justificaremos una vez más el fondo común de la naturaleza humana—, la medicina asume caracteres de magia o de milagro, de adivinación, y no deja de remontarse a la esfera de fenómenos inexplicables relacionados con la muerte y con los demonios de la naturaleza.

Precursor de la medicina es Asclepios —Esculapio entre los latinos—, cuyos sacerdotes o

discípulos « cuidaban de la salud con su ciencia secreta, para lo cual recibían durante el sueño los oráculos del dios y hacían aplicar los remedios con los cuales se conseguía el éxito deseado ». En Homero aparece como héroe de la medicina, hijo de Apolo, dios de la salud, y educado en la ciencia de curar por el centauro Quirón. Sus hijos se ocupan en el pronóstico de las enfermedades y sus hijas son doncellas sabias, tales como Higia (la salud), Jaso (la que sana), Panacea (curadora de todo mal) y Eglé (la claridad).

Antes de ahora se trató del espíritu médico de los indios, de los medicamentos autóctonos y de la cirugía empírica, y si hay testimonio de la habilidad indígena para la trepanación del cráneo, en los recetarios de la Colonia figuran las plantas medicinales que se enumeran en esta importante Historia, y alguna, como la quina, constituye un verdadero descubrimiento que se incorpora a la medicina universal, ilustrándose con el caso de la Condesa de Chinchón, en cuya persona se probó esta flor quitense como el antimalárico de los poderes más definitivos.

Paredes Borja cuenta lo que nuestros indios pensaron e hicieron en orden a la eterna preocupación del hombre para suprimir el dolor, detener el avance motífero, conjurar los males, valiéndose también, como en todas las edades, de las propuestas sugestionadoras, de los llamamientos a la voluntad, a la entereza del ser humano que no quiere dejar la tierra, y a la resistencia de la esperanza que siempre enseñó que no se muere por estar enfermo sino por ser vivo. Por eso estos capítulos, de más directo interés para el especializado, no dejan de leerse por todos con curiosidad, por lo ameno de los textos y por algunas anécdotas que nos enseñan cómo la hipótesis es la víspera de la realidad.

La materia del primer volumen, que llega hasta fines del siglo XVIII, se reconstruye con papeles y deducciones de antaño que nos llevan a conocer la medicina popular española que aquí se aclimata, sin vencer enteramente a los diablillos de la superstición y de la hechicería, que no dejaron de revolotear ni en torno de maduras inteligencias como la del doctor de Goethe. Seguimos a los primeros médicos precursores de la asistencia social y llegamos al pensamiento y la medicina en la Audiencia durante el siglo XVII, y por fin, a la primera universidad, y de los betlemitas a Eugenio Espejo.

En Espejo apuntan inquietudes, teorías, saliendo de su resumen de lecturas, de sus meditaciones, de sus experiencias. Tiene la mente inquiridora que no se detiene en las soluciones tradicionales, la sangre literaria, el anhelo de ser un bello espíritu, como dice en sus escritos. No es solamente su anticipación como de microscopio, su intuitivo descubrir de los « corpúsculos » que le pone, no obstante distancias de tiempo y espacio, tan cerca de Pasteur. Es también el suyo uno de los primeros encuentros con la endocrinología. « La vida en este sentido —dice— ¿qué es sino el perpetuo giro de la materia sanguinaria? Conforme corre ésta, y según por donde da sus permanentes vueltas, se obran todas las filtraciones de los líquidos o materias acomodados a los diversos diámetros de las partes glandulosas. » Al lado de sus « Reflexiones acerca de las viruelas », surge su « Memoria sobre el corte de las quinas », y en su papel periódico *Primicias de la Cultura de Quito* publica unas cuartillas, a las que él mismo llama ensayo, « Sobre la determinación de los caracteres de la sensibilidad », de cuyos párrafos casi surge el diagnóstico del ánimo que se irrita por causas baladíes.

Espejo mira a los tiempos nuevos desde el foro de este libro en el que se escribe acertado concepto acerca de la misión de la vida de ese quiteño docto : despertar ingenios en la medicina y en la literatura.

Pudiera hablarse de un romanticismo médico, y también, como Virgilio Paredes Borja insinúa, de la influencia de la revolución francesa en tales conocimientos de la ciencia de la vida y de la muerte.

El libro enlaza y relaciona épocas y para ser verdadera historia, sincroniza hechos y busca antecedentes ignorados o inadvertidos. Mejía es médico adelantado de la época de célebres visitantes como Humboldt, Bempland y Caldas. La universidad de Santo Tomás da impulso a la facultad de Medicina, y desde 1830 se trazan nuevos rumbos para el mejoramiento de la clínica y la cirugía ; alcanzan ambiente de alguna seguridad los estudios de microbiología, se descubre la anestesia y gana campo la medicina preventiva.

A fines del siglo XIX, los médicos franceses Gayraud y Domec —sobre los cuales escribió Paredes Borja un ameno libro—, se encaminan, a partir de una iniciativa de García Moreno, a la implantación del anfiteatro anatómico, y de acuerdo con la orientación vitalista de Montpellier, modifican clínicas operatorias y dan vuelo a prácticas que se apoyan también en un sentido espiritualista.

En más de mil páginas de lectura se ligan en esta *Historia de la Medicina en el Ecuador,* el acontecer político y el de la cultura médica de avances que señalan el pensamiento del positivismo naturalista, el de los progresistas, el de los liberales desde 1895, y el nuevo positivismo que se abre a la cruenta alborada del catorce.

LUIS GUILLERMO PIAZZA

Ernesto Sábato : « El escritor y sus fantasmas »

ERNESTO SABATO ha caído en lo peor que puede sucederle a un escritor actual : la explicación de sí mismo y de su obra (todo lo que debería estar en la obra misma), la autojustificación, el análisis personal y gratuito, la defensa falaz ante supuestos enemigos... Ello, echando mano porfiadamente a todos los recursos imaginables : desde la larga, tediosa, sádica y masoquista « selección de las más significativas cuestiones que se me formularon y de las respuestas que di » (« a cantidad de preguntas de periodistas y lectores sobre el por qué y el cómo de mi literatura ») hasta la cita con irritante constancia de esos novelistas cuya obra parece estar *descubriendo* a los fines de su novedosa teoría de que « la novela no ha muerto » : Kafka, claro, Joyce claro, Proust, Dostoyevski...

De Kafka olvida su dudoso carácter de « gran autor » (nadie podría dudar de su *genio*) inextricable entre las muy diversas y arbitrarias « ediciones » de Max Brod ; así como su evidente falta de actualidad en un mundo que ha pasado (y hay aquí más *esperanza*) al ridículo ionesquiano (a pesar de la original observación de Sábato de que « penetrantes espíritus como Dostoyevski, Kierkegaard y Nietzsche intuyeron que algo trágico se estaba gestando en medio del optimismo universal »).

De los fragmentos narrativos de Joyce, « que no mantienen entre sí una coherencia narrativa ni cronológica », advierte paternalmente que no constituyen un juego arbitrario destinado a asombrar a los lectores : « es lo que sucede en la vida misma ».

A Proust le reconoce, sí —y quiere que los demás empiecen a reconocerle en 1964—, su papel de precursor en la delectación del yo romántico.

Dostoyevski —finalmente, y para terminar con estos nombres que se repiten y repiten página tras página— le sirve por ejemplo para notar, y hacer notar (¡oh, cómo hace notar!) que « los rusos tenían hacia mediados del siglo pasado problemas muy parecidos a los nuestros, y por causas sociales muy semejantes... »

*

Sábato justifica todas estas elucubraciones con el *fait accompli* de sus dos novelas (« si genios como Stendhal han dejado un par de libros, si un portento como Cervantes pasa a la historia del arte con una sola novela... ») : *El Túnel* y *Sobre héroes y tumbas.*

La primera, como es sabido, basó su éxito en la cursilería, ese elemento que argentinamente han usado desde Eva Perón en la política hasta Libertad Lamarque en el cinecomercio.

La segunda es sorpresiva y cabalmente *buena*, una de las novelas apreciables de la no muy triste historia literaria de América Latina (a pesar del empeñoso afán del escritor en demostrar sus dotes de ensayista en medio de la viva ficción), y así puede resistir las iluminadoras explicaciones de su autor.

*

En alguna parte dejó indicado Borges que una lista de lecturas clásicas y no tan clásicas que anotó entre sus papeles el autor del *Martín Fierro*, Hernández, probaba paradójicamente su incultura. Libre Dios de una tentadora indicación similar a los lectores de *El escritor y sus fantasmas.*

*

A Sábato, como a Napoleón (y a los tíos viejos), le encantan las anécdotas : que Stendhal leía el Código Civil antes de sentarse a escribir, que Unamuno se puso a estudiar danés para leer a Kierkegaard, que Henry James se lamentaba de su exilio inglés, que alguien le decía a Gide que no leía nada para no perder su originalidad, que Karl Marx recitaba a Shakespeare de memoria, que el Doctor Johnson replicaba : « No levante la voz, caballero, mejore los argumentos... »

Podemos fácilmente imaginar qué cantidad de citas (casi como en *Selecciones*) podrán encontrar en *El escritor y sus fantasmas* muchas pedagogas y algunos periodistas que conocemos.

*

Otro paralelo, otro recuerdo : Eva Perón y su inefable *Historia del Peronismo.*

He aquí algunas espectaculares generalizaciones y simplificaciones históricas de Sábato :

« El Renacimiento produjo tres paradojas », (que ahorramos al lector) (...), « ese proceso fue promovido por dos potencias dinámicas y amorales : el *dinero* y la *razón* » (...), « aquel semidiós ignoraba que él mismo sería convertido en cosa » (...), « se reabrieron las rutas comerciales con el Oriente, se promovió el lujo y la riqueza, se crearon las condiciones para el ocio y la meditación profana » (...), « pero la máquina terminará dominando a su creador » (...) « El fundamento del mundo moderno es la ciudad » (...) « el capitalismo está vinculado a la abstracción » (...) « A partir del descubrimiento de América, la acción combinada del capital y la ciencia abarcará al mundo entero » (...) « Italia era un país antiguo y el elemento pagano subyacía entre sus ruinas » (...), etcétera, etcé-

tera, etcétera (interrumpimos por falta de espacio, habría que glosar, así, prácticamente todo el libro).

*

Todo ha sido dicho y no es que Sábato rememore lo « antiguo », lo cual sería válido, sino que repite lo « viejo », y casi siempre de un modo inferior. Ejemplo nítido : su observación de que los escritores « folkloristas » podrían denunciar como falsa la obra de Kafka, « porque no describe los mataderos de Praga ». Mucho mejor Borges, hace 35 años : Gibbon observa que en el libro árabe por excelencia, en el *Alcorán*, no hay camellos ; yo creo que si hubiera alguna duda sobre la autenticidad del *Alcorán*, bastaría esta ausencia de camellos para probar que es árabe...

*

No es cierto, Ernesto Sábato, que « la novela de hoy se propone fundamentalmente una indagación del hombre », no es cierto que « probablemente nunca el amor carnal haya sido descrito con tanta crudeza como en la novelística de nuestro siglo » (¡y para probar este aserto, rotundo y didáctico como todos los suyos, acude a D.H. Lawrence el puritano !) ; no es cierto que (en el Río de la Plata) « la ciudad y la cultura se edificaron sobre la nada » (precisamente allí, donde se partió de un mito, el argentífero) ; no es cierto que « lo humano, lo específicamente humano, lo dolorosamente humano es el alma » ; no es cierto que « el tema de la soledad y de la incomunicación es uno de los temas que caracterizan a la literatura de esta época de crisis « (se confunde con el cine aburrido de Antonioni) ; no es cierto que, en el caso de los novelistas, « las vivencias no se inventan, se viven » ; no es cierto...

L.G.P.

Varios :
« Un estudio sobre Cuba »

LOS PAISES DE HABLA ESPAÑOLA podrán comprobar a través del dato acucioso y la cita pertinente, uno de los esfuerzos más fecundos que hayan podido ofrecerse en los últimos tiempos en relación con la isla de Cuba. Nos referimos al voluminoso libro titulado *Un estudio sobre Cuba*, que, patrocinado por la Universidad de Miami, ha sido redactado por un grupo de técnicos cubanos, bajo la dirección del Dr. José Alvarez Díaz, ex profesor de Economía, ex decano de la Escuela de Ciencias Comerciales de la Universidad de La Habana y ex director del Instituto de Estudios e Investigaciones Económicas de aquel centro docente.

Estamos acostumbrados ya a la lectura de informes, programas y planes propugnados por los organismos e instituciones de carácter internacional, que a veces vuelcan toda una teoría de principios y concepciones ajenos a la causa humana y autóctona en que se proyectan o producen y que pretenden disecar toda una situación, ya sea de carácter social, económico o político, mediante la concentración apretada de lecturas y datos en moldes más o menos académicos, pero desprovistos de la caliente y humana concepción de quien ha vivido los hechos o ha conocido los orígenes y desenvolvimiento de los problemas.

El estudio presenta la situación cubana desde sus orígenes prerrepublicanos o coloniales, y se adentra, después, en la Cuba republicana con énfasis especial en la fase de la expansión azucarera, que habría de dar a la isla una característica peculiar y distinta de los demás países americanos. Acaso en el estudio de esta fase se encuentran la mayoría de los males con que tropezó en los primeros años la joven República, y es posible que los grupos de presión, con mentalidad azucarera, impidieran el crecimiento más acelerado de la economía de la isla.

La obra enfoca, con adhesión a las ideas de Walter Rostow, todas y cada una de las precondiciones necesarias para llegar al denominado « punto de despegue ». De ahí su novedosa concepción. Hasta qué punto las deficiencias estructurales internas de la isla hermosa moldearon su quehacer político y la llevaron en vilo desde la demagogia exacerbada hasta el aventurerismo militar, es algo que el lector podrá determinar adecuadamente. Una cosa es cierta : el libro brinda todo un jugoso material, que invita a la comparación con las demás Repúblicas hermanas de América. Y en ese sentido desmiente y ataca por su base todas las premisas marxistas que tratan de justificar el establecimiento de un Estado socialista en Cuba. El desarrollo y progreso alcanzado por la República de Cuba en 56 años, es, sencillamente, aplastante, frente al de otros países más maduros y menos sujetos a las cambiantes alternativas a que se vio Cuba forzada por depender casi de una o dos exportaciones.

El estudio, además, nos regala con una multitud coordinada de datos en lo que en él se llama « la Cuba socialista », ese período violento de 1959 a 1962, y analiza muchos factores que contribuyeron a la comunización de Cuba mediante la imposición de un régimen de carácter marxista-leninista.

Este esfuerzo, sin duda alguna, constituye la base para programas futuros de reconstrucción y rehabilitación, con cimientos democráticos firmes.

El grupo que redactó *Un estudio sobre Cuba* se ampara bajo el nombre de Grupo Cubano de Investigaciones Económicas y ha estado integrado además del Dr. José Alvarez Díaz por los siguientes señores : Dr. Roberto González Cofiño, ex profesor de Economía de la Universidad de La Habana ; Dr. Roberto E. Hernández Morales, ex profesor de Principios Económicos y Leyes Mercantiles de la Universidad de la Salle (Habana) ; Ing. Rafael Miquel Zayas, ex Consejero técnico de la Asociación de Colonos de Cuba y del Instituto Cubano de Estabilización del Azúcar ; Dr. Raúl Shelton Ovich, ex profesor de Economía de la Universidad de Villanova (Habana), y Ofelia Tabares Fernández Díaz, ex profesora de Economía de la Universidad de Villanueva (Habana). Este grupo ha recibido la cooperación del Dr. James C. Vedakin, jefe del Departamento de Economía de la Universidad de Miami, y del Dr. Harry Stark, profesor de Economía de la propia Universidad de Miami.

En los escasos dos años en que ha venido trabajando este grupo cubano, ha podido producir además monografías que alcanzan diversos temas, como son : « El Comercio Exterior de Cuba antes y después de Castro » ; « Las condiciones laborales en la Cuba comunista » ; y « La Seguridad Social en Cuba » anunciándose otros estudios y trabajos, indispensables para conocer, a fondo, todo el conjunto de implicaciones y hasta contradicciones que en la isla se vivían, pero que resultan de todo punto necesarios para la acertada calibración del problema cubano.

En el volumen titulado *Un estudio sobre Cuba*, que tan grata impresión nos ha hecho, se historian, analizan y enjuician extremos tan importantes como el desarrollo del sistema bancario cubano, los aspectos sociológicos y educativos, las vertientes de su pujante y creciente economía, el desarrollo y conquistas de la clase laboral, los logros que en el orden de la moneda, agricultura, tecnificación industrial, reformas arancelarias y fiscales se habían alcanzado antes de que el comunismo se adueñara de Cuba.

Resulta particularmente significativo el acervo cultural que representa alcanzar en un pequeño país una gama de conquistas dirigidas a levantar toda la estructura de la nación cubana, pese al retraso que representa la influencia castrense durante cerca de once años y el golpe militar producido en 1952, que trajo como secuela indiscutible una revolución escamoteada por Castro y sus seguidores y entregada a la voracidad de una potencia extranjera.

De continuarse estos trabajos, no hay duda alguna que representarán para el futuro, no ya de Cuba, sino de la América entera, una aportación eficaz, que sin duda habrá de servir para trazar las líneas directrices por donde habrán de orientarse la mayor parte de los países latinoamericanos.

Los estudios del proceso cubano de los últimos años, especialmente los de Iberoamérica, encontrarán en este libro una fuente pródiga de datos seguros, un texto que es simultáneamente tarea de análisis y de síntesis donde se recopilan materiales muy dispersos para gran utilidad de políticos, economistas, sociólogos e historiadores en un apretado volumen de 1.703 páginas y más de 600 cuadros estadísticos.

Debe destacarse al mismo tiempo el gran significado de este libro en cuanto representa un trabajo de equipo, de colaboración de varios especialistas en un empeño común. Esto no es fácil de conseguir entre latinos, tan acostumbrados a ser Robinsones intelectuales, cuando el mundo complejo de hoy exige cada vez más que, en los trabajos de investigación, prevalezca el *nosotros* sobre el *yo*.

JOSE IGNACIO RASCO

Víctor Sáiz : « Verano inmoral »

La libertad tiene muchos caminos. Caminos claros, de luz y de altas resonancias. Caminos oscuros, hechos de sombra y de silencio. Uno de esos caminos terribles de la libertad tiene un nombre del cual usa y abusa, sin agotarlo, sin embargo, el testimonio contemporáneo. Ese nombre es *soledad*. Sometido a las consignas de la religión, la moral, la ideología, las normas sociales, el hombre no es libre ; en compensación, nunca está del todo solo. Dentro de su mundo acotado por el dogma, el precepto, el estatuto de partido, o por la simple masonería del prejuicio, el hombre puede gritar y su grito tener un eco. Siempre hay una respuesta al santo y seña. Pero nuestro tiempo —el tiempo del desprecio— es también el tiempo en que el hombre se resuelve a renunciar a la última garantía solidaria del credo, del estatuto, de la fe en el progreso o las convenciones sociales. La libertad así significa terminar con todo aquello que configura una identidad de conciencia o de designio. Con ello termina a la vez toda compañía, toda solidaridad, y ser libre significa quedar irremediablemente solo.

Los personajes de Víctor Sáiz han recibido esa libertad como viático de época, y se encuentran en pie bajo un cielo sin respuestas : su enorme libertad los aplasta, como antes los asfixiaba su carga de dogmas y de preceptos. Aun más : sienten que ser solos es a la vez ser únicos ; su pecado, su anhelo o su angustia no tienen patrón, medida ni paralelo. Esta es su tragedia : no poder hallar una equivalencia a sus situaciones, no poder identificar su autenticidad. Desde *El banquete*, distinguido con una recompensa en un concurso de Losada hace unos años, algo ha andado Víctor Sáiz en el camino del cuento corto. Algunos de estos, como « El primer día », « El Puente », « La espera numerosa », que forman parte de *Verano inmoral* (Goyanarte, Buenos Aires, 1963) parecen sugerir afinidades con ciertos maestros de la estructura laberíntica ; son cuentos construídos con la materia sutil del desencuentro, la inminencia, la ambivalencia. Pero, en realidad, esa afinidad se establece principalmente en función de la atmósfera de inquietud, de inestabilidad ; esta atmósfera da al volumen una poco común unidad.

JOSEFINA PLA

Miguel Angel Padilla : « Don Judas Romero »

Extraño caso el del autor de esta novela. Huaso —es decir, jinete del campo chileno—, de pura cepa, propietario de fundos en la cordillera del sur de Chile, sólo baja a las ciudades por cortas temporadas o para tomar un barco o un avión que lo lleven a Norteamérica o lo traigan a Europa. Nunca ha tenido nada que ver con actividades literarias, y de pronto lanza una novela que sorprende a todo el mundo y desorienta a ciertos críticos.

Se discute en torno a la obra del « Huaso Padilla », pero nadie niega la fuerza del relato, el perfecto dibujo de los caracteres, el sentido magnífico de la naturaleza y la sobriedad de la escritura. En cuanto al autor, es un hombronazo ya maduro con una experiencia fantástica de la cordillera andina ; jovial, acogedor, desbordante de actividad. Ha escrito una novela « porque le dio la gana », así como de repente le da la gana de montar uno de sus muchos buenos caballos y aventurarse cordillera adentro, por rincones de nombres evocadores : Vilcún, Portezuelo de Zainuco, Los Truenos, Pino Hilachento, Corral Quemado...

La nota del editor explica :

« ¿Un desconocido? Vamos con calma. Si decimos en cualquier rincón sureño : — Ese que va ahí es Miguel Angel Padilla, se apagan todas las voces y se estiran todas las miradas. Es como haber nombrado un ventarrón que empieza de súbito y ahí está, jugando, imprevisible, no sometido a otra ley que a la de su propia fuerza. »

Ha sido militar y tiene aire de jinete, listo siempre para trepar de un salto a su montura. Con la gente humilde es afable ; al soberbio lo mira con desdén desde su alta estatura moral y física, y si se presenta el caso, lo apabulla con la mayor impertinencia.

Este es un libro vivido. El « Huaso Padilla » cuenta lo que ha visto en la naturaleza y en los hombres. Entre los muchos pasajes intensos de *Don Judas Romero* hay uno que no se olvida. Es el que describe el arreo de muchos piños de animales hasta los pastizales de la alta cordillera, desde noviembre a marzo. Es una epopeya (que Padilla describe con maestría) el arrear miles de vacas, toros, bueyes y ovejas, a lo largo de peligrosos e imponentes paisajes, sin desmontar durante días y noches seguidos, atravesando sierras, siguiendo escarpados senderos por las laderas de los volcanes y dando cada hombre lo mejor de su resistencia física y de su experiencia campesina.

Aquí es donde Miguel Ángel Padilla ha re-

SURVEY

A Journal of Soviet and East European Studies

JULY 1964

Science and Scientists in the URSS

Leading Western scientists report on the achievements and the problems of their Soviets colleagues. Based on recent visits to Soviet laboratories, clinics, and research institutes, their accounts cover many fields of science and technology. Other contributions deal with science policy, the organisation of scientific research, cybernetics in Soviet science, and the figure of the scientist in Soviet fiction.

Annual subscription : 30/- or $4
Free sample copy on request
Ilford House, 133 Oxford Street, London, W.1.

velado su auténtica raza de escritor. La descripción de ese viaje, hecha sobriamente, es un canto a la naturaleza salvaje y al júbilo del hombre que la habita y que se identifica con ella. Padilla trepa a un alto picacho cordillerano y desde allí nos hace llegar su voz varonil y alegre.

Este hombre ha tomado por primera vez la pluma del novelista con una rara fortuna y se ha situado de golpe en la primera fila de los autores chilenos. Soltura de estilo, sinceridad frente al tema, conocimiento profundo de los elementos de que se sirve, inspiración de artista que habla porque tiene algo propio que decir, tales son los medios de que dispone y que utiliza este sorprendende autor.

R.

Marcelo N. Abadi : « Filosofía y mito de la historia »

Es raro que un hombre de treinta años como lo es Abadi apunte desde un comienzo a los grandes temas de la meditación filosófica y mucho más extraño que se sitúe entre ellos con responsable y grave independencia. El tema de esta obra (Ediciones Baranda, Buenos Aires) consiste en una revisión crítica de las filosofías de la historia. A través de ese análisis, Abadi comprueba que todas ofrecen el mismo esquema fundamental : una etapa de dispersión, separación y discordia —nuestro presente— que se explica por su conclusión en un futuro de solidaridad fraternal o por un pasado remoto y feliz, o por ambos a la vez. El autor infiere que en realidad lo único conocido es ese presente y que tanto el pretérito como el futuro se salen de la historia, son construcciones míticas que el hombre ha imaginado para redondear un proceso sin sentido suficiente. « Filosofía » y « mito » señalan en el título esa distorsión radical de las especulaciones en torno al problema de la historia. Sin abundar en el análisis de las causas que siempre han llevado al hombre a esa pertinaz ilimitación, Abadi registra el hecho y estima que esa espontánea coincidencia aduce una comunidad de inquietudes sentimentales. Pero la nostalgia de un pasado feliz o la esperanza en un futuro de concordia no tienen por sí mismas valor filosófico. Max Scheller decía (*El puesto del hombre en el cosmos*, cap. VI) que la filosofía « no es una institución de seguros para hombres débiles y necesitados de apoyo », y en las páginas del libro de Abadi se percibe a cada instante ese tono sin ilusiones —no desilusionado— que es el propio del filósofo. Así, por ejemplo : « Pediremos, pues, a la filosofía la lucidez de un ejercicio, antes que la felicidad de una ilusión » (pág. 83).

Esto bifurca la tarea del hombre en un reconocimiento de esa fuente sentimental y la afirmación de que sus postulaciones son racionalmente injustificables: De ahí que para el autor *tal vez* sea honorable y hasta útil el sacrificio por el advenimiento de la ciudad de Dios o del reinado de la libertad. Lo que ante todo le interesa es hacer constar que desde el más estricto punto de vista racional esas son probabilidades impensables.

Dicho sea sin rodeos, la filosofía de la historia, según esta interpretación no existe. Como disciplina filosófica está emparedada entre los mitos del pasado y del futuro que la despojan de toda racionalidad. La única tarea posible es la de un moderado y humilde escepticismo que consistiría —como afirman los últimos párrafos— en « un perseverante estudio crítico destinado a desenmarcar y poner en tela de juicio la filosofía de la historia tácitamente adoptada por historiadores, sociólogos, políticos u hombres de acción ». Un « Epílogo » borgeano (recuérdense las postreras líneas de la « Nueva refutación del tiempo ») sugiere que el resorte decisivo de estas discutibles construcciones es el viejo y renovado afán del hombre por abolir el tiempo.

La atención a la línea central de la obra no debe omitir el elogio de algunos desarrollos parciales como el del capítulo IV titulado « Dios, la historia y la muerte « en el que Abadi glosa con extrema originalidad las « Meditaciones Metafísicas » de Descartes. Sin embargo creo que hay que objetar al autor cierto inmoderado afán por aludir a la más espectacular actualidad. Algunas digresiones sobre los ídolos de la vida contemporánea (capítulo VI) deforman la estructura del libro. Asimismo encuentro críticas excesivamente lacónicas a complejas posiciones ontológicas (por ejemplo la que dirige contra Sartre en las páginas 79-80) o religiosas (el sesgo de la identificación en Bergson del *élan vital* con Dios es harto discutible). La crítica a veces engloba toda la actitud filosófica en apotegmas abruptos —« ¿y acaso hay, en filosofía, una buena fe? » (pág. 79). Extraño el estudio de filosofías de la historia que han evitado con sobrio y fecundo empirismo toda interferencia mítica. Este me parece el caso de Dilthey a quien Abadi no menciona.

De todos modos este libro señala la aparición de un ensayista inquieto y personalísimo del cual cabe esperar un fértil futuro.

EZEQUIEL DE OLASO

crónicas

Latinoamérica en los Estados Unidos

Cuando *Of Plimoth Plantation* (1630) todavía no había sido ni siquiera concebida por su autor, Alonso de Ercilla ya había escrito su inmortal poema épico *La Araucana*, Bernal Díaz del Castillo había fascinado con su candor al mundo de habla española con la *Verdadera Historia* y el Inca Garcilaso de la Vega había alcanzado merecida reputación con *Historia General del Perú*. Por cierto, se puede decir casi sin temor a errar que casi nada escrito durante la época colonial de los ingleses en América tuvo valor literario alguno. Como bien afirma el crítico e historiador Robert E. Spiller: « Con excepción de algunos volúmenes pesados... casi todo lo que dejaron los exploradores y colonizadores eran relatos aburridos, incluso hoy, a menos que el que los lea esté interesado en una de las migraciones más importantes que registra la historia de la civilización. »

Aproximadamente tres siglos de buena literatura latinoamericana pasaron casi inadvertidos para el mundo de habla inglesa. Tal vez no pudo haber sido de otra forma. Pero debe decirse sin recato alguno que *El Quijote* no fue el único libro de paternidad hispánica o Cervantes exclusivamente el único español que conocían los ingleses durante los siglos XVI y XVII. Juan Luis Vives era recibido y respetado con grande beneplácito en Oxford. Y la *Historia natural y moral de las Indias*, publicada en Salamanca en 1588, apareció en versión inglesa en Londres en 1694.

Sin embargo, por alguna razón que aún desconozco, el hecho cierto es que buena parte de la literatura latinoamericana siguió siendo un misterio para los angloparlantes hasta bien entrado el siglo XIX. Y sucedió a pesar de que destacados escritores latinoamericanos como Domingo Faustino Sarmiento, José María de Heredia y José Martí vivieron en los Estados Unidos y allí publicaron algunas de sus obras.

Esta ausencia de comunicación efectiva entre los hispanoparlantes y los angloparlantes es casi una paradoja, porque, por una larga serie de razones, tanto la Gran Bretaña como los Estados Unidos manifestaron un interés creciente en la América Latina en todo el siglo XIX. La paradoja es aún más evidente cuando se comprueba la gran cantidad de obras históricas y literarias que se tradujeron del español al inglés en esa centuria. Con sólo echarle una mirada a la *Guide to Spanish and Spanish American Literature in Translation*, de Fletcher y Lyman y a *Latin American Belles Lettres in English Translation* se percata uno de la enorme cantidad de obras que se vertieron al inglés desde antaño. Y la más reciente *Latin American Writers in English Translation* (una extraordinaria obra bibliográfica que merece que se ponga al día) llena más de 130 páginas con nombres y títulos latinoamericanos en traducción inglesa.

Sin embargo, el hecho cierto es que los escritores latinoamericanos no son tan bien conocidos en los Estados Unidos como los de otros continentes. ¿Por qué? Tal vez los tres libros que reseñamos aquí lo explican parcialmente. Son : *Classic Tales from Spanish America* (traducción y selección de William E. Colford), *Short Stories of Latin America* (selección e introducción de Arturo Torres-Rioseco y traducción de Zoila Nelken y Rosalía Torres-Rioseco) y *Prize Stories from Latin America* (introducción de Arturo Uslar-Pietri, con varios traductores). Es posible, como decía, que faltaran hasta el momento ediciones populares, o que no hubiera buenas traducciones al inglés, o que el lector norteamericano careciera de preparación y de interés.

De los tres libros citados, el de Arturo Torres-Rioseco se acerca más a lo que es en la actualidad el cuento hispanoamericano hoy. Los otros dos, aunque no del todo inexactos, se toman algunas libertades que disminuyen su mérito. En tanto que Torres-Rioseco seleccionó catorce cuentistas que abarcan desde la escuela indigenista hasta la surrealista, Colford incluye autores del siglo XIX, no relacionados con el propósito de la antología, según está expuesto en el prólogo. *Prize Stories*, a pesar de que en ella colaboraron distinguidos profesores y críti-

cos, no es más que el producto de un concurso organizado por una empresa comercial. El único criterio empleado en este libro fue el de incluir a los triunfadores en ese concurso. No se discute aquí el valor intrínseco que tiene el organizar competencias de esta índole. Lo que sí se discute es la afirmación que consta en la introducción, en el sentido de que los autores incluídos representan las tendencias literarias actuales en América Latina. Desde que se lee el prefacio se percata el lector de que no consta ni siquiera uno de los grandes cuentistas latinoamericanos del momento. Sin duda, este libro ha lanzado uno o dos escritores de valor, que ya en sí no es poca cosa. Pero pretender que esos cuentos « give valuable insights into the social, economic and political problems of South America », es exagerar la contribución de una obra modesta. Además, afirmar que « marked the first award ever of a Literary Grand Prize specifically for Latin America », es una inexactitud de grandes proporciones. El bien conocido novelista peruano Ciro Alegría ganó reputación internacional cuando recibió el primer premio en un concurso organizado por la Unión Panamericana en Washington y una casa editorial de Nueva York, allá por los treinta y tantos. Y no hablemos de los concursos organizados por *Cuadernos*. A favor de este volumen hay que contar las traducciones de Harriet de Onís, David Rubin, Jerome Rothenberg y otros, pues salieron airosos en su trabajo difícil.

Colford tuvo que vérselas sólo con autores de distintas escuelas y de estilos muy diferentes. En su antología incluyó desde el sereno, casi melancólico y a veces místico Amado Nervo, hasta el realista Manuel Rojas. Sin embargo, Colford se anotó un triunfo en las traducciones, pues son fieles a los originales, no adulteran el sabor prístino de los cuentos. Pudo mantener la flexibilidad y la sonoridad del español. Hay un solo defecto, en mi opinión : ¿Por qué fueron seleccionados Rubén Darío y Ricardo Palma en una antología del siglo XX ? No hay duda que ambos son inmortales de la lengua española, pero no se les pueda considerar « escritores de hoy ».

De nuevo, permítaseme decir que las selecciones de Torres-Rioseco superan a las de los otros dos libros. No dejó fuera ninguna de las tendencias importantes de América Latina y por vez primera se traducen cuentos desconocidos hasta ahora en inglés de Jorge L. Borges, Francisco Ayala y Alejo Carpentier.

Las tres antologías comparten algo : cada una, a su modo, confirma el creciente interés que existe entre los lectores y casas editoriales de los Estados Unidos hacia la literatura latinoamericana.

ROBERTO ESQUENAZI-MAYO

Latinoamérica en Francia

No existe titubeo ni hay duda alguna, cuando se trata de señalar la presencia y vigencia de la temática latinoamericana dentro de las diversas actividades culturales francesas. Eco, lo hay, y muy directo, siempre interesado, siempre al acecho de las realizaciones de Hispanoamérica, ya sean de sangre añeja (como arte y monumentos), ya sean de sangre actual (literatura y vida de pueblos, con sus correspondientes problemas, encinchados en la realidad, como diría, tal vez, el buen Unamuno).

Presencia, pues, de Latinoamérica en Francia. Y vigencia. Dos substantivos de enjundia, que permiten un enfoque claro y positivo.

La corriente universitaria francesa acoge con simpatía lo que viene (o lo que se va a buscar allá) del Nuevo Mundo, en su mosaico de lengua hispánica. Y el auténtico pueblo se apasiona por realidades político-sociales en constante desarrollo entre Estados y pueblos hispanoamericanos. Dos maneras de sentir y de comprender, que en Francia sirven de exponente y determinador común. Dentro de ambos aspectos, se hallan la presencia y vigencia que acabamos de citar.

Hay más razones que indican ese progresivo interés hacia las « cosas » hispanoamericanas. Se observa en novelas, lo mismo que en películas documentales, igual en exposiciones que en discos musicales o de canciones folklóricas, etc. Pero todo ello, que aunque valioso no dejaría de ser superficial, parece estar respaldado por cuatro orientaciones, complementarias y en cierto modo convergentes. Conviene ir puntualizándolas. Hélas aquí :

A) *El hecho político-económico-social.* Es lo que más atrae, y cabe decir que es el aspecto hispanoamericano que gana más terreno en Francia. Y no sólo con miras a lo francés, sino considerando la fenomenología político-económica de Hispanoamérica en su resonancia mundial y europea. Así, las conferencias panamericanas, los conflictos que van naciendo en democracias más o menos ya bien establecidas dejan impactos en la sensibilidad francesa, traducidos en la prensa y publicaciones, en la radio y televisión. Sin embargo, algo que predomina y se presenta como polo de interés es Cuba. Las características del régimen cubano actual son motivo de estudio y de síntesis, con los consiguientes partidarios y detractores. Pero se trata de algo vivo : Cuba, en su medalla de hombres.

Acarrea consecuencias muy importantes dentro de Francia la situación tranquila o evolutiva de los países hispanoamericanos. La razón estriba en una base sencilla : la inversión de ca-

pitales franceses en aquellas economías y la participación de técnicos franceses en la organización, construcción y desarrollo de esa misma economía. Egoísmo, se dirá, o prestigio en realce. Dígase lo que se quiera, y mírese como se mire, pero es una observación que se impone y que salta a la vista.

B) *El arte y el viaje.* Desazón de curiosidad, que aporta claridad o sombra, como si fuese follaje de frondoso árbol. Así ocurre. Arte con raíces de siglos y viajes hacia misterios y riquezas artísticas (del hombre o de la naturaleza) en Hispanoamérica. Todo ello se cristaliza en Francia en exposiciones de rango y realce. No échese de menos otras manifestaciones, pues el arte simboliza todo.

C) *El libro, la prensa y la música.* Conclúyese, a veces sin discernimiento, que un pueblo existe en formas exteriores. Es erróneo este punto de vista. Necesita empuje interior, alma. Y viértese en las letras y en la música, igual que en pintura y escultura. Por ello, en Francia, todo interesa. Desde lo poético, al ensayo. Revistas modestas no cesan de publicar traducciones de textos de autores hispanoamericanos, y las revistas ya señeras, también. La prensa cotidiana sigue, al día (como es su deber) los latidos del corazón latinoamericano. Es sintomático que sigan presentándose a los lectores franceses artículos y reportajes sobre Hispanoamérica, y cuyo éxito de lectura y repercusión es grande. Cabe, en esta rápida reseña, citar el diario *Le Monde* y el semanario *L'Express,* con colaboraciones nada episódicas, sino fundamentales y habituales, respecto a los temas latinoamericanos.

Pero débese subrayar asimismo el esfuerzo puramente literario de casas editoriales, dedicando intensa publicación de libros (originales, y más que nada, traducciones) con fondo latinoamericano. Ejemplos patentes son las colecciones de Gallimard y de Casterman, una vieja (la primera) y otra recientísima. La de Gallimard, conocida bajo el nombre de « La Croix du Sud », está dirigida por Roger Caillois, hombre apasionado por lo hispanoamericano.

Entre las manifestaciones musicales, destácanse las actuaciones del guitarrista venezolano Alirio Díaz y del jefe de orquesta y compositor mexicano Carlos Chávez. Conviene también recordar la indudable simpatía que encuentra en Francia la música del compositor brasileño Héctor Villalobos.

D) *La lengua como vehículo de aprendizaje.* Se trata, y ello adivínase, de la enseñanza del español en los centros franceses, ya sean de enseñanza media o superior. Asciende la curva del español, por el porcentaje de alumnos, llevando incluído, en afán de mundo hispánico, a España y a la América de lengua española. Se aprende cada vez más, y con creciente interés, lo cual acarrea una profusión de libros docentes con frecuentes y profundas referencias a lo hispanoamericano. Es decir, tanto España como Hispanoamérica figuran en el programa oficial de estudios franceses del español.

Algunos títulos evocan esa convergencia de aprendizaje hacia lo español y lo iberoamericano, tales como *Por España y América, Hispanidad.* Y dos publicaciones, surgidas del medio universitario de profesores de idiomas, lo exponen y publican colaboraciones en ese sentido ; se trata de *Les Langues Néo-Latines* y de *Bloc-Notes* publicándose la primera en París y la segunda en el sur de Francia.

Sigue en alza, pues, lo hispanoamericano en la escena francesa de hoy, y cabe ir citando como encabezamiento los Coloquios celebrados en las Universidades de Burdeos y Toulouse sobre « Problemas de América Latina ». Toda la repercusión deseada hállase allí, desde lo social-político-económico hasta lo más literario. Cabe citar, asimismo, la celebración en la capital francesa de un Foro europeo sobre Hispanoamérica, con conferencia de información, proyectándose la creación de un « Instituto europeo para América Latina », elemento de valor y de hondura, cuya existencia real será un éxito.

Pero, pasemos a la reseña correspondiente según las diversas actividades de mérito y, siempre que la ocasión se presenta, con la consiguiente bibliografía y localización.

AUTORES TRADUCIDOS RECIENTEMENTE :

Miguel Angel Asturias : *Les yeux des enterrés* (A. Michel). (Este autor dictó, además, una serie de conferencias en el instituto de Altos Estudios para América Latina, de París, sobre el tema « La novela hispanoamericana actual ».)

Julio Cortázar : *Les armes secrètes* (N.R.F.).

Mario Monteforte : *Entre la pierre et la croix* (Gallimard).

Mario Monteforte : *Une manière de mourir* (Gallimard).

Severo Sarduy : *Gestes* (Seuil).

Carlos Fuentes : *La plus limpide région* (N.R.F.).

G. Ramos : *Sécheresse* (Gallimard).

Vianna Moog : *Défricheurs et pionniers* (N.R.F.).

Guillermo Cabrera Infante : *Dans la paix comme dans la guerre* (Gallimard).

Se observa que el dominio novelístico está bastante representado, aunque desearíase aún mayor número de novelistas representativos, según se desprende de la lectura de artículos en revistas francesas.

La poesía no anda mal parada, y aunque siguen siendo muy leídas y comentadas figuras como los chilenos Pablo Neruda y Gabriela Mis-

tral, el mexicano Octavio Paz, y los cubanos Nicolás Guillén y A. Godoy (recientemente fallecido), adviértese una inclinación hacia obras de análisis y síntesis, ya sea de tipo individual o antológico colectivo. Así, aparte poemas sueltos como los de José Gaitán Durán (Colombia), conviene señalar de modo destacado :

Gabriela Mistral, por Mathilde Pomès (Colección « Poètes d'aujourd'hui », Seghers).

Poètes d'Espagne et d'Amérique Latine, por F. Verhesen (La Maison du Poète).

Poésie vivante en Argentine, por F. Verhesen (Le Cormier).

Anthologie de poètes colombiens, por A. Van Wassenhove (Phantomas).

Puede indicarse también el librito de poemas *L'autre feu,* de David Valjalo (Profils poétiques des pays latins).

De buena hondura es el enfoque de Claude Couffon, *l'Amérique dans sa nouvelle littérature,* publicado en versión francesa y castellana. Y también lo es, acerca del escritor argentino Jorge Luis Borges, un ensayo de Madeleine Chapsal : *Quinze écrivains* (Julliard).

EDICIONES FRANCESAS SOBRE FONDO LATINOAMERICANO :

a) *libros :*

Les Arts primitifs du Mexique, G. Dorner (Bibliothèque des Arts).

L'Histoire arrachée á la Terre, H.P. Eydoux (Fayard).

Civilisations des Andes, J. Vellard (Gallimard).

Les vingt Amériques Latines, M. Niedergang (Plon).

Eveil aux Amériques : Cuba (Editions Sociales).

Cuba : l'exil ou la ferveur, R. Demagny (Buchet-Chastel).

Le Mexique aux mille pyramides, B. Villaret (Berger-Levrault).

Les enfants de Sánchez — Autobiographie d'une famille mexicaine, O. Lewis (Gallimard).

L'ébouriffé, teatro, J. Carnet (Galimard).

b) *artículos :*

Claro es que no se indican todos los artículos publicados en Francia con tema hispanoamericano. Sería larguísima lista, y por ello se incluyen aquí unos cuantos ejemplos, tales como :

« L'aventure cubaine et le monde caraïbe », Ph. Decraene (en *Preuves*).

« Le jour oú l'Inca s'effondra », J. Descola (en *Réalités*).

« La Chasse en Colombie », Mathilde Pomès (en *La Revue des Deux Mondes*).

« Stratification sociale au Mexique », S. F. Cook y W. Borah (en *Anales*).

Conviene, sin embargo, precisar determinados números especiales de revistas literarias francesas :

Europe, sobre « Littérature de Cuba ».

Europe, sobre « Littérature mexicaine ».

Diogène, sobre « Problèmes de l'Amérique Latine ».

L'Arc, sobre « Cuba ».

La Nouvelle Critique, sobre « Cuba et le marxisme ».

L'Arche, sobre « América Judaica ».

Croissance des Jeunes Nations, sobre « Cuba ».

Frères du Monde, sobre « Cuba et les chrétiens ».

Recherches Internationales, sobre « L'Amérique Latine á la lumière du marxisme ».

Partisans, sobre « L'Amérique Latine ».

Les Lettres Nouvelles, sobre « Littératures internationales ».

Pueden citarse, además, algunas revistas con frecuentes trabajos sobre lo hispanoamericano (ya sea de autores franceses o traducciones de autores latinoamericanos), y entre ellas :

La Nouvelle Revue Française, Preuves, Les Temps Modernes, Communications, La Revue Internationale, y *L'Homme* (sobre antropología).

c) *reportajes* :

« Cuba : des hommes et leur révolution », A. Philippe (en *Le Monde*).

« Le Pérou en effervescence », L. Mercier (en *Le Monde*).

« Cuba », J. Daniel (en *L'Express*).

d) *teatro :*

Ha habido algunas manifestaciones, como la participación en el festival del Teatro de las Naciones, en la capital francesa, incluso con compañías latinoamericanas (México y Argentina). Pero fue eco profundo la ópera de Darius Milhaud « Bolívar », cuyo texto era del poeta Jules Supervielle. Acaso convenga recordar que en el Festival de Televisión de Monte-Carlo hubo presencias como la de Argentina, con la obra « Yerma », aunque no resultó premiada.

e) *pintura y escultura :*

Arte de artistas hispanoamericanos en Francia hay siempre ; y múltiples exposiciones lo confirman. No se trata de lista demasiado olvidadiza, pero la memoria suele fallar, y he aquí tan sólo algunos nombres : Vasarely (argentino), Matta (brasileño), Ausa (argentino), Tomasello (argentino), Arcay (cubano), Lam (cubano), Dámaso Orgaz (chileno) y Rodolfo Nieto (mexicano).

En conclusión, échase en seguida de ver que es muy positivo el resumen de la resonancia adquirida por América Latina en Francia. No se para nunca, se activa y vivifica. El viaje del Presidente de la República francesa a México y otros países hispanoamericanos no puede sino contribuir a la presencia del otro lado del Atlántico en Francia. Alegrémonos .

JACINTO LUIS GUEREÑA

notas

Semblanza de Ignacio Manuel Altamirano

A la poetisa Carmen Tozcano de Moreno Sánchez

Durante las peripecias científicas en México, de Alejandro de Humboldt, cuando el esclarecido germano dijera que la población de Chilpancingo « tiene el mejor clima del mundo », lo expresó tal vez sin conocer el que prevalece en su vecina aldea de Tixtla, ya que la temperatura imperante es ligeramente fresca en este bello e histórico poblado, como si fuera un sitio de eterna primavera, y lo mismo en las estaciones de invierno, como en el verano, existe una atmósfera tan agradable y vivificante, que la envidiarían las zonas con los climas más afamados del orbe.

Una accidentada carretera nos conduce desde la histórica ciudad de Chilpancingo, sobre la abrupta Sierra Madre del Sur, hasta la pintoresca población tixtleca, que reserva al visitante un caudal de sorpresas en lo que a belleza natural y a trato humano se refiere.

Mientras efectuamos el recorrido sobre las montañas sureñas, pensamos que hay lugares de la tierra envueltos en un cendal de aire tan puro y transparente, que al inhalarlo sentimos la vigorización de la sangre y la paz octaviana del espíritu.

El panorama vegetal que contemplamos desde la altura en pleno día, es maravilloso : sus múltiples e irregulares parcelas sembradas de hortaliza bien pueden compararse por su color verde, en todos los matices, al que tienen los vasos de Murano o los vitrales de Venecia.

Estos fenómenos los percibimos al respirar el aire diáfano de la región y al contemplar la belleza agreste del lugar natal de los próceres Vicente Guerrero e Ignacio M. Altamirano.

Sobre estos escenarios en que se efectuaron las correrías infantiles de Altamirano, sus vigilantes ojos debiéronse solazar con la galanura feraz del paisaje, donde las aristocráticas orquídeas que penden de los erectos pinos como si fueran gigantescos aretes, entre la caprichosa verdura del follaje, las flores de tapaloya, los coconches, los pericones y los alegres colorines, formarían parte del sustento de su fantasía haciendo que los variados colores entre el lozano y enmarañado enramado le parecieran las galerías de los druídas y los palacios encantados del rey Midas, que provinieran de sus primeras lecturas, o bien aquellas imborrables vivencias que le imprimieron sus iniciales visiones y sus sueños de poeta.

Al anochecer de ese día de San Antonio de Padua, como en los tiempos del autor de La Navidad en las Montañas, *las peregrinaciones religiosas arribadas de todos los barrios de Tixtla: de Santiago, San Lucas, Cantarranas, el Fortín, el Santuario y del Calvario, caminaban sobre las faldas del monte como si fueran cintilantes cocuyos que alumbraran la densa obscuridad de la montaña. Corroboramos al contemplar los reverentes desfiles, el arraigado espíritu religioso de sus gentes, tan admirablemente descrito en* La Navidad en las Montañas, *la obra que le dio mayor fama a su autor, al pintar con maestría las costumbres de los moradores tixtlecos y las de los poblados aledaños del Estado que lleva el nombre del prócer independiente Vicente Guerrero.*

Ya dentro de las casas tixtlecas, al inquirir con nuestros amigos algunos datos biográficos acerca del reformista Ignacio Manuel Altamirano, con los allegados o con los descendientes directos del insigne tribuno : la señorita Beatriz Hernández, la señora Francisca Damián, viuda de Catalán, la venerable señorita Virginia Bervera y con don Juan Catalán, nos convencemos al conversar con ellos de la cordialidad de sus gentes, al disfrutar el frescor de sus patios, y después de recibir los saludos que los humildes jornaleros nos dieron con sus suaves voces, a nuestra llegada por las calles de Tixtla.

El bienestar y la paz bucólica que nos brinda su ambiente, nos hace revivir, con la policromía de sus plantas y de sus flores, los galanes cármenes de nuestra Guadalajara, herederos a su vez del sin par colorido y de la proverbial belleza de los que exornan las ciudades de Andalucía.

Nos reciben con los brazos abiertos, con una franca sonrisa, como si todas las espontáneas demostraciones cordiales de sus nobles moradores no fueran bastante para confirmar que el gentil trato de los habitantes de la distante provincia no tiene parangón con el que ofrecen con su egoismo agresivo los moradores de las populosas ciudades.

Mientras hablamos largamente, saboreamos el « amargo » y la fresca agua de cacao, percibimos que cada rincón de sus naturales vergeles representa hermosas acuarelas, que envidiarían el estro de Nacho Rosas y de José María Velazco y el de otros grandes maestros.

Ahí, entre sorbo y sorbo de mezcal, entre las paredes de adobe, bajo los primitivos techos de carrizo recubiertos por losetas de barro cocido, peculiares de las casas tixtlecas, pudimos comprobar que sus amplios y alegres patios y huertos son ofrendas de honor para el visitante, admiramos desde los colgantes macetones de la llamada cola de borrego, que forman caprichosos y verdes cortinajes al desprenderse del techo al suelo, las plantas de hule y la denominada garra de león, que forman en los corredores verdaderos arcos y túneles vegetales.

Sobre los amplios y albos muros exornados por las enredaderas de la acorazonada hiedra y la cola del diablo, aparecen imprevistamente los diminutos saltaparedes. Estas avecillas simbolizan para los tixtlecos anuncios de buen augurio, como la llegada de una misiva ansiosamente esperada o el premio de la lotería.

Como contrapunto de esa verde sinfonía, surgen de aquí o de allá las exiguas florecitas del huele de noche, los gigantescos floripondios, los perfumados nardos, las elegantes azucenas, las alegres bugambilias que se retuercen de envidia ante la gracia y picardía de los colorines.

Es natural que delante de esta perenne belleza y de esa placidez provinciana, ante esa hermosura bravía del suriano paisaje, naciera el poeta, se gestara el tribuno y se moldeara el escritor.

Referente a la primera faceta de nuestro esclarecido aborigen, contribuían los cambios frecuentes del medio ambiente de su región natal, desde los lampos plateados al nacer el día, hasta los tintes purpurinos sobre las montañas al morir la tarde ; desde el ulular rugiente de la tormenta, hasta la tranquilidad agónica del claustro conventual.

Desde aquellos bucólicos parajes, durante los pasatiempos de su vida errante, donde mirara bullir el vórtice o el espejo del remanso de las aguas del Atoyac ; ahí, en medio de la soledad de los bosques, sólo perturbada por el batir de las ráfagas de Eolo y por el cadencioso murmurar del río, él las describe con maestría, cuando en su poema canta al majestuoso río Atoyac :

Y cuando el sol se oculta detrás de los palmares,
y en tu salvaje templo comienza a obscurecer,
del ave te saludan los últimos cantares
que lleva de los vientos el vuelo postrimer.

Ni el silbo de los grillos que se alza en los esteros,
ni el ronco que a los aires los caracoles dan,
ni el huaco vigilante que en gritos lastimeros
inquieta entre los juncos el sueño del caimán.

Y en tanto en la cabaña, la joven que se mece
en la ligera hamaca y en lánguido vaivén,
arrúllanse cantando la zamba que entristece,
mezclando con las trovas el suspirar también.

En tanto los cocuyos en polvo refulgente
salpican los umbrosos hierbajes del huamil,
y las obscuras malvas del algodón naciente
que crece de las cañas de maíz entre el carril.

Respecto a su segunda dote, a la del orador, se puede citar uno de sus triunfos tribunicios, como aquel discurso que pronunciara en la sesión extraordinaria que celebró la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la noche del 24 de octubre de 1887, en honor de Thiers :

« Nosotros sólo queremos saber que Thiers fue uno de los últimos hijos de ese gran siglo XVIII, padre de tantos grandes hombres y de tantas grandes cosas. Algún espíritu que creyese en la predestinación podría decir que Thiers, nacido en los últimos días de aquella Semana Magna de los tiempos modernos que se llamó la Revolución Francesa, había sido escogido por el destino para completarla ochenta años después. Es admirable considerar que aquel niño, nacido bajo el bello cielo de Provenza, que escuchaba atento en su cuna los briosos acentos del himno republicano popularizado por sus compatriotas, estaba llamado como un hijo de la Revolución a seguir los pasos de aquellos innovadores, a ser el legatario de sus ideas y a consolidar la República que ellos habían fundado sobre los cimientos de la filosofía. »

Al describir con grandes pinceladas su aldea natal de Tixtla, deja manifiesto su credo político y permite escuchar los timbres de implacable liberal :

« Tixtla también se enorgullece de haber sido una de las poquísimas ciudades militares de la República que jamás pisaron ni los franceses, ni

los imperiales, ni los reaccionarios ; de tal modo que no han profanado sus muros ni las águilas de Napoleón III, ni el águila de Maximiliano, ni los pendones de Márquez y de Miramón. »

Respecto a su tercera dote, es justo reconocer que Altamirano era el mejor escritor de su tiempo en México, ya que fue el primero entre sus contemporáneos en poner un sello de arte en su cosecha, y con habilidoso estilo describe a sus personajes, así como la exuberancia y el colorido del paisaje que lo viera nacer. Diríase que era un artista que aprovechaba el mármol de sus circundantes montañas para grabar en su obra, ora el toque romántico de su época, ora plasmar con huellas de perfiles clásicos aquellas que provenían de su amplia cultura humanística, que le dieran tan relevante personalidad como literato y maestro.

Procedente del venero de las cátedras de Ignacio Ramírez (el incomparable « Nigromante »), Altamirano asimiló todo el caudal de preceptos literarios, cuando fuera su dilecto discípulo en las clases que impartía el grandilocuente tribuno en el Instituto Científico y Literario de Toluca. Este aprendizaje no sería en vano, porque en el devenir de pocos años el Maestro de Tixtla estaría considerado también como uno de los más grandes oradores parlamentarios de su tiempo.

La prosa de Ignacio Manuel Altamirano nos recuerda por su fluidez y límpido estilo el remanso de los riachuelos, que al salirse de su cauce semejan sierpes de cristal sobre las suaves praderas ; sobre aquellas que recorriera en los errantes días de su infancia.

Elegante y sobrio en su tratamiento literario, describe con grandes y firmes trazos los cuadros y personajes que no siempre eran producto de su fantasía, sino de escenarios y personas que el mismo recorriera y tratara muy de cerca. Sin dejar de mencionar las novelas que le dieran tanto prestigio, como La Navidad en las Montañas, Clemencia, El Zarco, Julia y Antonia, *es oportuno recordar que la mayor valía de su producción estriba como narrador costumbrista, la cual se publicara en varios de los periódicos de su tiempo, en los que el mismo fundara o participara como colaborador. Podemos recordar la revista literaria* El Renacimiento, El Federalista, La Tribuna *y* La República, *donde se publicaran sus obras de género costumbrista, como* La Semana Santa en mi pueblo, El Día de Muertos, El Señor del Sacro Monte *y* El Corpus.

Es en estas bellísimas narraciones, donde el escritor no puede olvidar la inefable etapa de la niñez y la pureza de nuestras prístinas vivencias, que sólo son comparables al aroma místico del incienso y a la transparencia impoluta del cristal. Olvidando su radical postura de jacobino, el ilustre reformista evoca la nitidez de sus primeros días, en un emotivo párrafo de La Navidad en las Montañas, *añora aquellos días en su poblado escondido entre los riscos de las montañas : « ...Mi espíritu desplegó sus alas en las regiones místicas de la oración, y oré, como cuando era niño. »*

Ahora, al conmemorarse la fecha de su muerte, acaecida en la población italiana de San Remo el 13 de febrero de 1893, teniendo como altares las bizarras montañas de Guerrero que le vieran nacer, nos unimos al duelo patrio, depositando sobre el monumento del grande hombre erigido en Tixtla, las rosas que tanto amara y las lágrimas de nuestro imborrable recuerdo.

JOSE DE ALBA

DERROTA DE JUAN RAMON JIMÉNEZ EN BUENOS AIRES

Hace unos tres años, después de haberse comprobado en forma fehaciente que el primer certamen del diario *La Nación* de Buenos Aires, de índole literaria, tuvo un desenlace estético negativo, por cuanto los siete cuentos sobre toreo, de un autor español, que resultaron premiados, carecían de interés y de técnica, desde una revista colombiana se dijo que el jurado debía ser rotativo e integrado por personalidades latinoamericanas de solvencia intelectual. La sugerencia estaba formulada en términos muy honrados y en ningún momento pretendía invalidar al jurado nativo argentino integrado por Adolfo Bioy Casares, Jorge Luis Borges, Carmen Gándara, Eduardo Mallea y Leonidas de Vedia.

Decía la revista colombiana que si el diario *La Nación* realmente pretendía dar a sus certámenes un sentido ecuménico en el mundo hispánico tendría que ir, cada año, buscando jurados distintos, integrados por hombres de diversas naciones y amigos, en algún sentido, de la alta línea periodística del gran diario rioplatense. Incluso debieran ser escritores latinoamericanos y españoles que simpatizaran con la Argentina y los argentinos. Huelga decir que en el orbe hispánico son muchos los que tienen su corazón abierto, hacia el río de la Plata.

Pero *La Nación* siguió sorda a todo consejo. Todo indica que se enfrascó en una labor provincial (la provincia de Buenos Aires), más que en una actividad continental.

Debido a que el premio de novela corta tampoco satisfizo mayormente a nadie, no nos preocupamos ni supimos qué pasó con el de ensayo. Desde luego, nos negamos a participar en

él. Esta actitud ya era un desafecto al jurado permanente, lo quisiéramos o no. En él estaba nuestro amigo Jorge Luis Borges.

Cuando en 1963 se nos presentó la oportunidad de participar en el certamen de poesía de *La Nación*, nuestro desafecto al jurado se tornó en sospecha. Sentimos decirlo. Lo sentimos profundamente. Entonces, creímos del caso participar, pero con un gran padrino literario. Escogimos a un amigo muerto y gran escritor : a Juan Ramón Jiménez. Copiamos varios poemas famosos de su época más alta y lo hicimos participar con un volumen reglamentario (en cuanto a número de versos), con el libro o cuaderno intitulado *Niebla viva*. Desde ultratumba Juan Ramón halló hermoso el título y nos dio su consentimiento, diciéndonos : — Ustedes comprenden mi esencia. Siempre quiero vivir. Háganme participar.

A su vez, nosotros, estimulados por la voz de Juan Ramón que venía del Hades gaditano, participamos con *Primavera Vital*. También deseábamos vivir.

Nunca supimos qué pasó. Por fin, en carta fechada a 6 de diciembre de 1963 el escritor y adicto cultural de Chile don Enrique Araya, nos escribió diciéndonos que tanto Juan Ramón Jiménez (premio Nóbel de Poesía) como yo, habíamos sido derrotados por un poeta cuya obra se intitulaba *Con la patria adentro...*

Ahora bien, nosotros, sabrosamente, nos quedamos con la risa adentro. Las carcajadas de Juan Ramón hacían temblar a Elisa Novaro, que actuó como médium la noche del 16 de diciembre de 1963.

Obran en nuestro poder los respectivos sobres lacrados para que los escritores que deseen, ante escribano público, puedan verlos. De seguro, en el acta no hay constancia de nada. Nadie supo que Juan Ramón Jiménez estaba participando.

Doy traslado de lo sucedido, como un payador humilde, a Bioy Casares, Borges, Mallea, la señora Gándara y Leonidas de Vedia. Asimismo a mi amigo don Roberto Noble. Finalmente, olvidaba decirles : Platero rebuznó por gusto...

ANTONIO DE UNDURRAGA

CAMBIO DE GUARDIA

Después de capitanear durante largos años la acción del Congreso por la Libertad de la Cultura en el Perú, Luis Alberto Sánchez ha pasado su gestión a las manos más jóvenes de su amigo Jorge Luis Recavarren. Periodista y escritor, Recavarren, hombre independiente y franco, que cuenta con simpatías en todos los sectores de la vida intelectual limeña, se propone dar nuevo empuje a las actividades del Congreso en Perú.

TAMBIÉN EN BUENOS AIRES...

Hubo cambio de guardia en la conducción del Congreso. Juan Antonio Solari, político de antigua « militancia » democrática, después de estar a cargo de la Asociación por la Libertad de la Cultura argentina en los difíciles tiempos de su organización y su desarrollo bajo la dictadura peronista, ha debido abandonar esas tareas, requerido por las renovadas exigencias de su actividad política. La dirección ha sido asumida ahora por un triunvirato de hombres jóvenes, Horacio D. Rodríguez y Oscar Serrat, ambos periodistas, quienes se ocuparán de la actividad sociológica, y nuestro corresponsal H.A. Murena, quien estará a cargo de las cuestiones literarias y plásticas.

La dirección del Centro Argentino por la Libertad de la Cultura —que es su actual denominación— tiene ambiciosos planes de trabajo. Para cumplirlos ha comenzado por cambiar su sede a la calle Montevideo, 666, de la capital porteña, donde cuenta con una sala de exposiciones y conferencias y un centro de información.

Deseosos de participar en todos los aspectos de la vida intelectual argentina, se proponen realizar en el curso de este año cinco foros en los que especialistas en las respectivas materias considerarán la situación gremial, la situación universitaria, la reforma agraria, la situación del periodismo y la gravitación de los militares en la política argentina.

El centro de información, dotado de periódicos y revistas extranjeros y de documentos concernientes a diversos problemas contemporáneos será un auxilio para los estudiosos y una forma eficaz de comunicación en la realidad exterior.

En el orden plástico, el Centro ha organizado un programa de exposiciones que abarca todo el año y a través del cual se procurará dar cabida a todas las tendencias, sin más exigencia que la calidad. Desfilarán así figurativos, concretos, abstractos, etc. Se reexaminará la obra de artistas pasados y se dará cabida a piezas de gran valor internacional de colecciones privadas, que están siempre fuera del alcance del público. Se realizan asimismo gestiones ante las otras filiales del Congreso en América Latina para intercambiar exposiciones de pintores de los diversos países. Paralelamente, se cumplirá en el Centro un ciclo destinado a analizar la importancia de la imagen en la cultura de nuestros tiempos y la naturaleza de los medios audiovisuales como auxilio para el conocimiento y la enseñanza.

En el orden literario, el Centro argentino realizará una labor de *mise au point* respecto a los valores consagrados o nacientes. Para cumplir con tal fin se realizarán sesiones en cada una de las cuales un grupo de tres críticos analizará la obra o el autor puesto en cuestión. A fin de infundir carácter dinámico a tales análisis, uno de los críticos desempeñará el papel de acusador, otro el de defensor y el tercero actuará como árbitro y coordinador. Las sesiones serán públicas y en las primeras de ellas se examinará la validez de la poesía de vanguardia argentina, la obra de Eduardo Mallea, la de Jorge Luis Borges y la figura de Ezequiel Martínez Estrada.

Otra de las manifestaciones del Centro consiste en una audición radial a través de la cual se difundirá información sobre problemas variados, se leerán síntesis de artículos aparecidos en las revistas en lenguas no castellanas del Congreso y se interrogará a pintores, escritores, etc.

ELECTRA CRIOLLA

El reñidero de Sergio De Cecco, resucita el mito helénico en Buenos Aires. En la obra del joven dramaturgo argentino, la tragedia de los Atridas se desarrolla en una vieja casona del barrio de Palermo, a principios de siglo, cuando no era todavía como hoy un barrio residencial, antes de que sus matorrales se convirtieran en pulido bosque cruzado por amplias avenidas. Barrio entonces de matones y compadritos, donde la hombría se medía por la destreza del cuchillo. En ese medio domina la familia Morales, cuyos miembros mueve De Cecco como a los personajes del drama antiguo. Desde Esquilo, Sófocles y Eurípides, el tema de Electra inspira a los dramaturgos de todos los tiempos. Hasta el cine recoge el mito para producir una película cuya perfección se debe al director Miguel Cacoyanis y a Irene Papás, su protagonista. La historia de dioses y reyes de la leyenda mitológica está tejida de raptos, venganzas, ambiciones, guerras y rivalidades que « engendran hechos de sangre », según el término consagrado por la crónica policial de nuestros días. De tantas atrocidades se desprende que la mitología es la historia de un largo incesto. Con los años, los mitos se transforman, en apariencia. En el fondo subsisten, porque nacen de un deseo de sublimación y de las limitaciones humanas para lograrla. Hoy la ciencia psicoanalítica los llama *complejos* y atribuye a instintos reprimidos o anhelos frustrados, ocultos en recónditos repliegues de nuestro ser, los trastornos que inciden en nuestra psicología. De ahí a que el despecho derive en drama no hay más que un paso.

Con sólo dar rienda a los instintos, basta para que atropellen las pasiones que dominan a estos seres, llevados por la fatalidad como lo exige la tragedia. Obedecen a su sino, aunque sin resignarse. Al contrario, redobla la violencia de los caracteres sujetos por un destino que no pueden torcer. Queda así creado un clima de angustia ante la carga de aberraciones, de insuficiencias, de taras ineludibles.

Electra, acriollada, conserva los rasgos clásicos. Aun con acentos porteños, en *El reñidero* está intacto el mito. De sus fuentes milenarias, irrumpe en el medio rioplatense con la furia de corrientes encontradas. Vemos un Pancho Morales, jefe de familia, que no titubea en destrozar la suya para satisfacer sus ambiciones. De Cecco hace de este actual Agamenón un caudillo tiránico, acostumbrado a que su voluntad sea ley. Deshumanizado al extremo, no vacila en envolver a su propio hijo Orestes en un crimen político que lo llevará a la cárcel. Más begninos, los dioses del Olimpo protegen a Ifigenia, salvada por Diana conmovida, cuando su padre cruel quiere inmolarla. Aquí, Orestes no puede eludir la intriga que favorece las ambiciones paternas, y cae en el ardid que lo marca para la vida. A su consecuente resentimiento apelará Nélida, la madre, cuando trata de ganarlo a su causa de mujer adúltera. Motivos no le faltan tampoco a ella para justificar sus rencores : acumula cargos, invoca injusticias, recuerda arbitrariedades de un hombre que, más que de ser padre o de ser marido, se jacta de que « en Palermo nadie ha visto achicarse a un Morales », norma aplicada con espíritu de comité hasta en el propio hogar. Pancho Morales se muestra tan imperativo que su mujer, harta, atiende requerimientos de otro hombre que la corteja. Esta se lamenta : « Para ustedes, sólo el coraje cuenta, sólo el coraje merece un sacrificio, hasta el de la vida... Mas yo veo el hilo con que atamos los sueños a punto de cortarse, y los veo rodar en el suelo, entre la sangre... » Por su boca, inexorables, hablan las Parcas. En el amante también es más fuerte el orgullo que el amor, y se resiste a huir con ella « para no parecer hocicar ». Sólo el orgullo, confundido con el honor, rige la vida de estos hombres. En cambio Nélida, más audaz en su amor, se atreve a desafiarlo todo por un amor más que acorralado por los instintos, provocado por frustraciones y humillaciones de las que quiere liberarse. Ya no aguanta más. Su egoísmo se afirma y arrasa con todo. A su vez es cruel, hasta con los hijos. Pero menos con Orestes, por quien tiene debilidad. Elena, la hija, es la enemiga. Además siente que su hijo no tiene pasta de héroe, que si fuera por él,

la venganza, quizá, no se consumaría. Orestes es débil y no quiere serlo. El padre representa todo lo que él no es y quisiera ser : le teme y le envidia. Cede, y se entrega a los caracteres fuertes de la familia, al padre primero, después a Elena, « porque hay que ser hombre ». En vano sueña con otro mundo : « ¿Por qué hay que pagar para ser un Morales? ¿Quién ha puesto el precio, y dónde está aquel que da, sin pedir nada en cambio? » Pero Elena vigila. En ella no hay el menor titubeo. La línea es recta hasta el punto vulnerable donde hiere al adversario. En este caso, la madre. Tiene celos de todo y de todos : del padre, del hermano, del amante, con el que hay un esbozo de veleidades amorosas, bien pronto reprimidas. El rencor contra la madre le nace en las entrañas. Elena es la antítesis de esa coqueta. Rehuye las diversiones de su edad para quedarse cerca del padre, al que colma de mimos, con pasión casi morbosa. Ese hombre prepotente, temido, la deslumbra. Ella se crió al lado de él, en el reñidero, allí juega desde niña «entre la sangre de los gallos de los que aprendí la única ley que conozco ». Y cuando al regreso de una ausencia, el regalo prometido por el padre, éste, en vez de dárselo a la hija, se lo da a la madre, la ira de Elena no tiene límites. Herida, presa de sentimientos complejos, ve desmoronarse su ídolo ; pero de todo culpará a la madre. Muerto el padre, Elena recogerá, erguirá el estandarte del honor de la familia hasta entregárselo a Orestes. Ahora transfiere al hermano su cariño por el padre. Quiere hacerlo a semejanza de este, un jefe. No tendrá paz ni sosiego hasta lograrlo. Llegado el momento vengará al padre, es cierto. Pero en la impaciencia de Elena hay el deseo de dar un desquite a todo el odio acumulado desde tanto tiempo contra la madre. Elena se encarga de exasperar a Orestes, lo apura porque sabe que « El tiempo es nuestro enemigo. Mañana el hielo va a empezar a derretirse, y nos vamos a despertar un día pensando que las cosas no son demasiado graves... Tengo que estar atenta, vigilar, impedir que la paz y la calma pongan un pie en esta casa. Yo también sueño con ellas, pero no puedo arriesgarlo todo por un minuto de paz. Para mí el alboroto, para mí la riña, hasta que todo esté resuelto. Orestes es débil. Tengo que llenarlo de odio. »

De Cecco introduce personajes nuevos ; entre ellos se destaca el del Trapero que viene a llevarse los trajes del « finadito ». Esos trajes ya no son más que trapos, un lastimoso montón de trapos. El trapero, especie de Tiresias, habla por enigmas, que se aclararán al cumplirse sus vaticinios. En pocas palabras resume el drama : « Hoy no es un día como cualquiera. Hay días calientes y días fríos, pero hay días que son mucho más. Son sus días. Los de la muerte. Soy pior que carancho pa rastrear sus hueyas, y sé que hoy tiene su fiesta... la de la riña. Hoy la muerte vendrá a ver su riña y nosotros seremos los gayos. En estos días los hombres no se amasijan por unos tragos más, ni por un naipe, o una hembra... se amasijan por cosas que traen del nacer. Hoy la hija se vuelve en contra de la madre y el hijo de su padre. Hoy se aparejan hermano y hermana y la leche que se dan es leche de sangre. Hoy el macho y la hembra saben querer y saben odiar como el primer día, y el miedo anda desnudo como un cachorro recién parido. » Otro personaje es Vicente, el amigo al que acude Orestes en su desamparo, el amigo que trata de dar consuelo y apaciguar a Elena, el único que opone a la violencia de todos una visión serena y generosa. El autor pone en boca de Vicente un mensaje de liberación ; en sus palabras hay esperanza... De haberlo atendido, Orestes se hubiera independizado de los funestos complejos que pesan sobre el clan Morales. Pero el mensaje queda truncado. Tampoco el autor aceptó la renovación final sugerida por Vicente. Quizás tentaría hacerlo, pero optó por que se cumpliera el ciclo trágico hasta lo último. Sigue fielmente el drama clásico y, salvo pocas variantes, conserva no sólo su esencia, sino su estructura.

De Cecco, para evocar el pasado, utiliza « raccontos » ; si bien demuestra manejar con soltura la técnica escénica, es a veces a expensas de una mayor claridad. Desplazar tiempo, épocas, estados de ánimo, con personajes yendo y viniendo del presente al pasado y viceversa, crea un clima algo confuso. Pero a pesar de estos abusos, no pierde vigor el drama, ni tampoco carece de lirismo, un lirismo un poco *désabusé*, como lo exige tanto la obra como nuestra época. Cuando evoca el pasado, y también cuando se trenzan entre ellos estos seres apresados en la estela de la misma maldición, el autor ubica la acción en el recinto donde tienen lugar las riñas de gallos, en « el reñidero ». Pero para estos seres no existen ni hora, ni días de la semana, ni cambios de estaciones. Sólo se rigen por el ritmo tenso de su trágica obsesión. Lo curioso es que De Cecco hace hablar a los hombres con expresiones y modismos de cierto ambiente porteño ; en cambio las mujeres no observan la misma modalidad lingüística. A pesar de pertenecer al mismo medio, ese medio del suburbio con atmósfera pueblerina en el que todo se comenta, todo se espía, todo se sabe. La misma diferencia se observa en el vestuario. Los hombres se visten como compadritos, en cambio la madre lleva unos *déshabillés* de *demi-mondaine*, y en cuanto a Electra es de una estilizaicón depurada como túnica antigua. Otra singularidad : sólo Orestes conserva el nombre de la tragedia

clásica. Sin embargo, Elena es personaje eje tanto como él.

Esta obra mereció ser distinguida en la selección de obras del Fondo de las Artes. Sergio Renán se destaca como joven actor de promisorias condiciones en el conjunto de los intérpretes que desempeñan los papeles principales : Vera Leban, Elisa Stella, Oscar Canoura, Víctor Fasari, Manuel Mendel. La dirección la ejerció Santángelo que interviene además como intérprete encarnando al Trapero. La escenografía, a cargo de Luis Diego Pedreira, desempeña aquí importante misión. Tiene que ser funcional para coordinar la acción que da repetidos saltos en el tiempo. Pedreira salvó hábilmente la dificultad, logrando establecer una atmósfera que huele a tragedia. Amplios ventanales, provistos de persianas muy fin de siglo, dan a un patio jardín en el que una arboleda natural contribuye a crear el clima. Porque *El reñidero* se da al aire libre, en el Jardín Botánico, magnífico escenario natural. Este espectáculo se realiza bajo los auspicios de la Secretaría de Cultura y Acción Social de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, integrando las representaciones de los teatros de verano.

MARIE PASCAL

ESCRITORES Y PERSONAJES

Rara vez cabe dedicar una nota entera a un número de revista. Lo hacemos en esta ocasión con el número 7, volumen XVIII de la *Revista de la Universidad de México,* correspondiente al mes de marzo último.

Recientemente la Casa del Lago (institución universitaria ubicada en un viejo chalet porfiriano, junto al lago de Chapultepec, y dedicada a « acercar » la cultura al pueblo más humilde que frecuenta hoy, « revolucionariamente », estos alrededores) organizó una serie de conferencias para dilucidación de célebres personajes literarios. « Pero lejos de compilar nosotros mismos (y digo nosotros, porque fuimos varios los organizadores, aclara Jaime García Terrés, director de la *Revista de la Universidad* y de *Difusión Cultural* universitaria) un fichero más o menos arbitrario, dejamos que lo compusieran, con sendas y libres contribuciones monográficas, algunos de nuestros más laboriosos escritores » (lo de *laboriosos* nos parece un adjetivo sumamente sintomático).

De esas conferencias, de esos personajes y sus visiones, así, locales, la *Revista de la Universidad* rescata varios :

El Quijote, nada menos, los caracteres gongorinos de Polifemo y Galatea, uno de los dos protagonistas de una de las doce novelas realmente notables en la historia de la ficción, « Cumbres Borrascosas », el otro-yo de José Eustacio Rivera en *La Vorágine* ; el otro-yo del patético Scott Fitzgerald en *El Gran Gatzby*, el José K. (kafkiano, hay que decirlo todo).

Ellos, a cargo de Manuel Alcalá, Sergio Fernández, Juan Vicente Melo (excelente cuentista que dirige la Casa del Lago), José Emilio Pacheco (uno de los cuatro o cinco poetas jóvenes de más resonancia), Carlos Monsivais (un extraño joven genial de 22 años que todo parece tomarlo a broma y por lo tanto es el más serio, y que se ha hecho famoso por sus inusitadas críticas de cine y sus audiciones dizque « para los niños » en la radio y T.V. universitarias) y Adolfo Sánchez Vázquez, respectivamente, con los dibujos espléndidos de Alberto Gironella, Roger von Gunten, José Luis Cuevas. (Debería volverse a las ilustraciones tan ilustrativas para las novelas, a pesar del cine, a pesar de la televisión, a pesar de la *noia.*)

Alcalá cumple el esfuerzo más empeñoso. Claro, enfrentarse a Don Quijote, tratar de decir algo más, o menos, en 1964, como hablar de « la cultura »... Resulta utilísimo el relato de la gestación del personaje. Lo que casi siempre suele ocurrir, aquí se vuelve ejemplar. « Porque... *la realidad de su criatura se le escapa,* al principio, a Cervantes. Este la hace nacer a la sombra del *Entremés de los Romances.* Escrito hacia 1597, supone Menéndez Pidal, quiere burlarse de la excesiva difusión del Romancero. Nos presenta a un pobre labrador, Bartolo, que de tanto leer en el Romancero viene a perder el juicio, como don Quijote de tanto leer los libros de Caballerías... » O sea, la génesis de la singular figura quijotesca estaría en otra anterior, muy parecida a Sancho Panza (lo que siempre pudimos sospechar).

El estudio de la *Fábula de Polifemo y Galatea* es apropiadamente barroco. Notable nos parece la indicación inicial de que si la fama de Góngora no es mayor esto se debe menos a lo posiblemente « esotérico » de su poesía que a este hecho cierto : la política de los pueblos lleva aparejados el triunfo o el fracaso de la cultura que los significa ; esto es, el « imperio » acarrea todo, inclusive la lengua, inclusive la literatura (la falta de *imperio* determina lenguas « muertas », literaturas no leídas). También valiosa es la observación de que Góngora no se hizo eco de ninguno de los problemas del momento (o sea, « momentáneos »), postura digna de enfrentarse a la actual manía de « sentido social » que felizmente está perdiendo validez y vigencia (y que si ha de desprenderse de los libros, ha de hacerlo con *naturalidad,* sin esa saña sádica que acostumbran emplear ahora algunos escritores, como cuando practican el infortunado psicoanálisis literario).

Al ponderar el ensayo de Melo sobre *Heathcliff*, ponderamos implícita y egoístamente nuestro viejo deleite reverencial por el personaje. Baste decir que Melo cumple con creces su cometido. Su estudio puede considerarse un modelo, prácticamente exhaustivo, y sabemos bien los inconvenientes de esta calificación. Personalmente nos hubiera gustado que hablara un poco más del *habitat* —como dicen insoportablemente los antropólogos o antropológicamente los insoportables—, de esos « moors » que fuimos a visitar ritualmente hace tres años y de los que nos alejamos « como quien se desangra ».

A Pacheco le debemos —desde esta ocasión de su respuesta a *¿Quién es Arturo Cova?*— un remordimiento más de los muchos que solemos padecer (llenos como estamos de esa *pietá contra pietá* que azoraba a Pavese) : el de habernos burlado repetidas veces de la implacable naturaleza voraginosa de Eustacio Rivera. « Su interés, en muchos casos, fue relatar la lucha de la naturaleza contra el hombre, y de este impulso hacia la integración nació la segunda épica de la tierra americana a cuatro siglos de la conquista. » Otro acierto notable : el indicar que la desatada acción de *La Vorágine* prefiguraba muchos aspectos de la fantástica violencia en la actualidad colombiana. Por otra parte, cabe destacar que Pacheco realiza doble *tour de force* : dilucidar un personaje de y desde su autor, en este caso tradicional e inextricablemente unido a su vez al personaje ; *reivindicar* —más que revalorar— un libro « inabarcable, denso y trágico ».

Digamos, finalmente, que junto con el de Heathcliff el estudio de Monsivais sobre *El gran Gatzby* hubiera sido el tema que hubiéramos preferido desarrollar en una conferencia hipotética dentro de esta serie. Digamos que el desarrollo monsivaisiano es inobjetable. Toda una época, un país, un modo de vivir, un desenfreno inolvidable y sus símbolos literarios se describen vivamente. « El primero de mayo de 1919 nacen los veintes. » En Estados Unidos, « el país más viejo del mundo » que dijera la grande Gertrude Stein, porque en los demás lugares las cosas de este tipo sucedieron después y a su manera (a la manera de los demás lugares). Monsivais lo sabe, y se regodea con la originalidad fugaz de un escritor, de un personaje, de un ambiente.

En cuanto a la interpretación del patético héroe kafkiano (felizmente ya no vigente, ahora es Ionesco patrón de nuestras cómicas burocracias nada infinitas), por Sánchez Vázquez, no la hemos leído porque con un racionalismo minucioso muy impropio de estas tierras que deberían ser mágicas y que algún día lo fueron, empieza así : « Para ceñirnos al marco escueto de esta conferencia, demos breve noticia, ante todo, del personaje de que hemos de ocuparnos, de la obra en que aparece, y, finalmente, de su creador... »

L.G.P.

ELOCUENCIA DEL SILENCIO

En Buenos Aires acaba de ser prohibida la exhibición del film *El silencio*, de Ingmar Bergmann. La película había sido sometida a la supervisión de la comisión de censura cinematográfica, la cual la aprobó después de ordenar cortes en ciertas escenas. Así, se exhibió durante un par de semanas, con gran afluencia de público. Una tarde, entre el público figuró un juez : al término de la función requirió auxilio policíaco y secuestró el « film », bajo la acusación de obscenidad. Semejante disparidad en el criterio oficial ha provocado ya diversas quejas ante las autoridades. Por lo demás, se recordó a raíz de esta medida que Buenos Aires —con Bruselas— es una de las dos únicas zonas del mundo en que está prohibida la edición de la novela *Lolita*. Muchos han hecho notar que, junto a señales de tan acendrado puritanismo, desde hace unos años los periódicos dan todos los días copiosas y sorprendentes noticias acerca de la terrible ola de delincuencia que se registra en el país en todos los sectores, sin excluir la administración pública. Y la pregunta con que se cierran tales comentarios es la de si el puritanismo y la delincuencia no serán dos caras de la misma moneda.

CULTURA EN BOLIVIA

Debemos lamentar la desaparición en La Paz de la revista *Nova*, cuyo director Fernando Díez de Medina, viejo colaborador de *Cuadernos*, se esforzó por prestar mediante dicho órgano un heroico servicio de comunicación entre los latinoamericanos. Sus trabajos sobre la necesidad de una unidad continental entre los latinoamericanos serán recordados a medida que esa necesidad vaya tornándose más urgente.

Esa baja dentro del horizonte cultural boliviano se ve en alguna medida compensada por la actividad de Werner Guttentag. Guttentag, alemán de origen, radicado desde hace años en el altiplano, no es sólo un librero que en sus locales de La Paz y Cochabamba abastece a los intelectuales bolivianos con lo más vivo de la producción contemporánea, sino que se siente de verdad compenetrado con el destino de Bolivia. La última contribución de Guttentag ha consistido en la edición de una *Bibliografía Boliviana*, de la cual es autor. El trabajo —cuya continuidad está prevista— ha sido realizado de

acuerdo con todas las exigencias en la materia y viene a llenar un lamentado vacío informativo.

BRINDIS DE COLERA

Tan seguro parecía a ciertas personas que se otorgaría a Pablo Neruda el último Premio Nóbel, que los agasajos se adelantaron. Entre los que daban por descontado tal hecho figuraba, al parecer, el embajador sueco en Chile, quien en vísperas de concederse el premio envió al poeta un canasto de licores, según dijeron algunas publicaciones periódicas de Santiago. Al parecer, también el poeta estaba convencido de su elección para la recompensa, pues cuando se conoció la noticia de que el agraciado había sido Seferis, Neruda y sus amigos hicieron un brindis por el poeta griego levantando las copas... vacías y boca abajo.

Después Neruda parece haberse tranquilizado: se aplicó a la traducción al castellano de *Romeo y Julieta*, que en conmemoración del centenario de Shakespeare será ofrecida este año en Santiago bajo la conducción del conocido director chileno Eugenio Guzmán.

PREUVES

publie dans son numéro de MAI

FRANÇOIS FONTAINE
Le schisme impossible

RAYMOND ARON
Quelques problèmes des Universités françaises

MARTIN DRAC
L'auto-diagnostic de l'Université

JEAN PLYIA
L'arbre fétiche
(Prix de la Nouvelle Africaine)

BORIS SOUVARINE
Un demi-dégel philosophique

*

18, avenue de l'Opéra, Paris (1er)

Un ancien numéro sera gracieusement envoyé sur simple demande, comme spécimen.

DE MEXICO

En plena madurez, a los 42 años de actividad creadora, murió el cardiólogo mexicano Enrique Cabrera Cosío. Pudo haber hecho suya, con plenitud la frase de Terencio : « Soy hombre y nada humano me es ajeno. » Como tantos otros intelectuales de México, tuvo que salir de su patria a ganarse la vida. Descanse en paz el médico humanista.

*

Ha ingresado como miembro de número en la Academia Mexicana de la Lengua el notable escritor Salvador Azuela. Ocupa el sillón que dejó vacante don Nemesio García Naranjo. De Azuela ha dicho Gálvez y Fuentes : « Su palabra tiene una precisión inigualable y una transparencia ática. Decía única y exclusivamente, con magistral exactitud, lo que quería decir. »

*

Francisco Monterde, historiador de la literatura mexicana, dramaturgo y crítico, fue recibido como miembro titular del Seminario de Cultura Mexicana. Su discurso de ingreso, en torno al romanticismo literario de México, fue contestado por el historiador Wigberto Jiménez Moreno.

S. C.

Temas y autores

¿Cuál es la suerte de las colonias portuguesas en Africa? He aquí un ejemplo que contribuye a explicar los movimientos de liberación que sacuden al continente africano, cuya situación real es harto conocida. VIRGILIO DE LEMOS, figura intelectual del Africa portuguesa, poeta y hombre de acción, hace un estudio clarificador en « Portugal y sus dominios en Africa ». Lemos reside actualmente en París, exiliado... « Venezuela, una revolución en marcha » es el título que el historiador y novelista ecuatoriano ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO da a la entrevista que celebró en Caracas con el Presidente Raúl Leoni, al que visitó durante la semana de la transmisión de poderes... Nuestro redactor artístico DAMIAN CARLOS BAYON se aparta esta vez de sus comentarios de París para dar un paseo a través de « Shakespeare y el arte de su tiempo », un aspecto nuevo para quienes siguen hoy las crónicas del centenario del gran dramaturgo inglés... Todo el mun-

do de habla española recuerda, cada vez con mayor devoción, la figura de Antonio Machado. GUILLERMO DE TORRE, que conoce como pocos la vida y la obra del poeta, establece en « Antonio Machado a los veinticinco años de su muerte » la retrospectiva de la obra machadina y comenta la edición completa de los escritos de Machado, que acaba de ver la luz en Buenos Aires... « Las cartas amorosas de la monja de Portugal », ¿fueron en realidad escritas por Mariana Alcoforado? Isabel Lleras de Ospina lo sostuvo en su artículo de nuestro número de mayo. Un amigo de España, S. DIEZ CADAVID presenta la tesis opuesta, ofreciendo extractos de un libro del crítico francés Pierre Delorme... El valle de Teohuacán, en México, era hace unos miles de años una verde llanura rodeada de bosques. Allí habitaban especies animales hoy desaparecidas : caballo, antílope, coyote, liebre y tortuga de las primeras edades. La historia de América comienza de esa manera. El profesor DOUGLAS S. BYERS habla de ese fascinante capítulo de la prehistoria en « El primer horizonte agrícola de América »... Dentro del mismo plan de la ciencia de ayer y de mañana, el profesor chileno ARTURO ALDUNATE PHILLIPS, cuyos libros han alcanzado en su país un gran éxito editorial, nos ofrece, de cara al futuro, sus « Atisbos del mundo de mañana »... La visita del general de Gaulle a México provocó comentarios contradictorios. Publicamos los de LUIS GUILLERMO PIAZZA y GLORIA PANTOJA... JORGE CARRERA ANDRADE, el poeta que ha llevado por varios mundos su gran fuerza lírica y su agudo sentido del Ecuador, resume en « Radiografía de la cultura ecuatoriana », lo que va del antiguo reino de Quito al Ecuador del siglo XX... LUIS QUINTANILLA, que ha sabido combinar su genio de artista con un gran sentido crítico y con un arte narrativo que los lectores de *Cuadernos* pudieron admirar en diversas ocasiones, aborda en su « Sentido crítico en el arte » las relaciones discutibles y poco discutidas entre el hombre de letras y el pintor... La revista *Preuves* de París abrió hace meses un concurso para premiar el mejor cuento africano. Actuaron como jurados Leopold Sedar Senghor —presidente—, Dominique Rolin, Jean Duvignaud, Louis Guilloux y Louis Martin-Chauffier. El premio lo obtuvo SYLVAIN BEMBA, mediante su cuento « La cámara oscura ». El autor premiado es redactor jefe de la Agencia Congolesa de Información... El argentino ALBERTO GIRRI nos presenta una muestra de su poesía, basada las más de las veces en imágenes captadoras de esencias, tras las cuales aparece la preocupación del poeta por el sentido temporal de la existencia. Es autor de varios libros, algunos de ellos en prosa.

Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

Director
GERMAN ARCINIEGAS

Consejo de Honor
Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Mariano Picón-Salas, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos y Erico Veríssimo

Redacción en París
Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

Consejo de Redacción
Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, José Luis Martínez, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

Arte
Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

Ilustrador
Sergio Trujillo Magnenat

Corresponsales
Asunción : Josefina Plá
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela
Buenos Aires : H.A. Murena
Caracas : Guillermo Morón
La Paz : Fernando Díez de Medina
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz
Montevideo : Dora Isella Russell
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo
Nueva York : Joaquín Maurín
Quito : Alejandro Carrión
Santiago : Raúl Silva Castro

Administrador
Manuel José Jaramillo

Redacción y Administración
23, rue de la Pépinière, Paris (8)
Teléfono : EUR. 37-59

B.D.I.C

quien tiene

UN MILLON DE DOLARES?

UN HACENDADO

UN INDUSTRIAL

UNA VIUDA RICA

UN PLAYBOY

UNA HEREDERA

Y USTED!

Colombia le invita a participar en el

SORTEO EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD 1964

El

SORTEO EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD 1964

Está formado por las principales Loterías de Beneficencia Pública del país, y rifa premios por un valor de $ 22.680.000.oo (Aprox. U. S. $ 2.680.000.oo)
El sorteo se efectuará en Bogotá, el 22 de Diciembre de 1.964
Vea algunos de los magníficos premios que le ofrecemos.

PREMIO MAYOR	**Ps. Col. 10.000.000.oo**	**Aprox. U. S. $ 1.000.000.oo**
1er. Premio Seco	Ps. Col. 3.000.000.oo	Aprox. U. S. $ 300.000.oo
2o. Premio Seco	Ps. Col. 1.000.000.oo	Aprox. U. S. $ 100.000.oo
3o. Premio Seco	Ps. Col. 1.000.000.oo	Aprox. U. S. $ 100.000.oo

VALOR DEL BILLETE U. S. $ 60.00

Haga sus pedidos a: **SORTEO EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD**
Manizales (Colombia) Apartado Aéreo 161

SORTEO EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD 1964

Respaldado por las Loterías de Beneficencia Pública de: CUNDINAMARCA-VALLE-MANIZALES-Libertador-Tolima-Boyacá y Armenia.

EL IMPULSO VITAL...

ECOPETROL en el transporte automotor

El petróleo es el impulso vital del progreso.
En 1.963 la Empresa Colombiana de Petróleos, ECOPETROL, produjo en su Refinería de Barrancabermeja 5.657.425 barriles de gasolina motor por valor de $ 205.000.000.oo, abasteciendo el 54% de las necesidades del Transporte Automotor de Colombia.

Además, la Empresa continua pagando el subsidio por consumo de gasolina a todos los departamentos del país y al Distrito Especial de Bogotá, por un valor aproximado de $ 26 millones en el presente año.

ECOPETROL, patrimonio y esfuerzo de Colombianos, explora, produce, refina y transporta el petroleo nacional, factor vital para el progreso del país

ECOPETROL

Primera Empresa Nacional

Cuadernos

SHAKESPEARE Y LAS UNIDADES
Jorge Luis Borges

HISTORIA ORIGINAL DE ROMEO Y JULIETA
Matteo Bandello

CUARTELAZOS, DEMOCRACIA Y LENINISMO
Manuel Urrutia Lleó

EN BUSCA DE UN CINE MEXICANO
Néstor Almendros

PREMIOS AL MEJOR CUENTO COLOMBIANO
M. Mejía Vallejo — E. Valencia

NATHALIE SARRAUTE O LA ANTINOVELA
J. G. Weightman

EL MERCADO DE LA PINTURA
Felipe Cossío del Pomar

EL TRABAJO EN EL AFRICA NEGRA
Rubén O. J. Rotondaro

LOS VIAJES DEL PADRE FEUILLEE
Gabriel Giraldo Jaramillo

POEMAS
León de Greiff
Castro Saavedra

P 5326

AGOSTO DE 1964 N° 87

UNIVERSITE DE PARIS B.D.I.C.

CUADERNOS

AGOSTO 1964 N° 87

Shakespeare y las unidades	2	*Jorge Luis Borges*
Historia original de Romeo y Julieta	5	*Matteo Bandello*
Proceso de la integracion latinoamericana	12	*Andrés Townsend*
Los cuartelazos, la democracia y el leninismo	17	*Manuel Urrutia Lleó*
El trabajo en el Africa negra	23	*Rubén O. J. Rotondaro*
En busca de un cine mexicano	31	*Néstor Almendros*
Un precursor de las expediciones botanicas : el padre Luis Feuillee	37	*Gabriel Giraldo Jaramillo*
Nathalie Sarraute	55	*J. G. Weightman*
RELATO		
La venganza	65	*Manuel Mejía Vallejo*
El solitario de cabellos bermejos	74	*Elmo Valencia*
ARTE		
El mercado de la pintura	43	*Felipe Cossío del Pomar*
POESIA		
Ofelia	3	*León de Greiff*
Invasion de los bosques	30	*Carlos Castro Saavedra*
CIENCIA		
Magia y ciencia entre los incas	76	*Louis Baudin*
LIBROS		
La ilustracion, tema angular de Hispanoamerica	81	*Salvador Cruz*
« El hijo del arbol », de Augusto Iglesias	83	*R.*
« El elefante », de Slawomir Mrozek	84	*I. I.*
« Les mots », de Jean-Paul Sartre	85	*H. A. Murena*
« Panorama de la filosofia iberoamericana actual », de Abelardo Villegas	86	*Ezequiel de Olaso*
« Viajero sobre la tierra », de Belisario Betancour	87	*Fernando Arbeláez*
« Las brujulas muertas », de Roger Pla	88	*Josefina Pla*
NOTAS	89	*Mathilde Pomès, José A. Balseiro, José de Alba, etc.*
TEMAS Y AUTORES	94	

SHAKESPEARE Y LAS UNIDADES

Más allá de las virtudes intrínsecas de la obra, que son, o nos parecen, indubitables, la gloria del Shakespeare cuyo cuarto centenario celebran hoy el Oriente y el Occidente se debe, en buena parte, a la vasta libertad de su espíritu o, para decirlo con más rigor, a su venturosa y acaso no deliberada infracción de las tres unidades aristotélicas. En el continente, Voltaire y Lessing lo descubrieron ; la escuela romántica, que surgió en el siglo XVIII en Inglaterra y Alemania y luego en las naciones latinas, acabó de canonizarlo. No es casual que Coleridge aplicara a su examen y exaltación el vocabulario que Spinoza aplicó a su infinita devinidad, ni que Hugo, desde la isla de su destierro, le consagrara un libro casi idolátrico. Las ulteriores diatribas de Bernard Shaw que, a favor de Ibsen, se arrogaría luego el papel de abogado del Diablo, no han comprometido esa gloria, hoy aceptada y venerada de todos. Shaw, por lo demás, no dejó nunca de exaltar la word-music, *la música verbal, de aquel hombre cuyas ideas, muchas veces, juzgó triviales. Consideremos el debatido tema famoso de las unidades dramáticas. Los tratadistas exigían una sola acción, un solo lugar y, para mayor verosimilitud, el plazo máximo de un día y su noche. Boileau, representante oficial del* bon sens français, *había declarado lo absurdo de que el espectador se creyera durante el primer acto en Atenas y durante el segundo en Egipto ; Johnson, con mejor buen sentido, replicó que los espectadores no estaban locos y no se creían en Atenas o en Egipto sino en el teatro. (En Leipzig, Juan Cristóbal Gottsched pudo estampar que la acción de una pieza no debe pasar de doce horas, y ésas del día, « porque de noche hay que dormir ».) Ahondemos en el tema de la polémica. Coleridge, refiriéndose a nuestra fe en la verdad del drama o de la novela, certeramente habló de una « voluntaria suspensión de la duda » ; Shakespeare parece haber intuido mejor que nadie la ambigüedad o ambivalencia de la ficción del arte. De ahí que en su obra abunden los anacronismos y anatropismos. Las brujas o parcas de* Macbeth *están en Escocia, a mediados del siglo XI, pero también en la Inglaterra de principios del siglo XVII, ya que una de ellas hablaba del Tyger, velero que acababa de zarpar del puerto de Londres ; los sepultureros daneses de* Hamlet, *que ocurre en tiempo de los Vikings, sacian su sed en una taberna que se halla a la vuelta del teatro. Tales ejemplos, que sería harto fácil multiplicar, prueban o tienden a probar que Shakespeare sentía que el hecho estético es momentáneo y no está en las letras de un libro sino en el comercio del libro con el lector o del espectador con la escena.*

El empresario William Shakespeare sabía que el arte dramático, y acaso cualquier arte, es un juego, una suerte de make-believe, *y no hubiera entendido las ansiedades arqueológicas de Flaubert. Con inocencia y distracción escribió las obras maestras ; las escribió, o dejó que su mano las escribiera, bajo el influjo de ese oscuro poder que Schopenhauer llamó la voluntad, y las antiguas mitologías la musa o el Espíritu Santo, y la de nuestros días la subconciencia.*

JORGE LUIS BORGES

LEON DE GREIFF

OFELIA

(*RAPSODIAS DE ANTAÑO*)

Dolidas *doncellas, morenas y rubias :*
morenas
de senos garridos
y de bocas ávidas,
y blondas
y verdes ojos de esmeralda,
de lánguidos labios sin sangre... ! :
en torno del féretro
donde viene Ofelia,
los llantos sonoros
y fúnebres cántigas,
acaso no digan del luto
que va por las almas...
Doncellas, doncellas
morenas y rubias ;
miradas ardientes
y bocas lozanas,
ojos extraviados
y labios exangües...
Ofelia, la rubia
de ojos de esmeralda,
Ofelia,
la estrella más límpida,
la oveja más cándida !,
que murió, perfumando las ondas
pérfidas y glaucas !,
que regó con sus pétalos
sonrosados y tibios,
las indolentes aguas...,
que tronchó con sus manos inánimes
los jucos y ramas,
y bendijo las linfas
con la albura del cuerpo,
con la albura del alma... ! ;

Ofelia la blonda,
Ofelia la pálida,
murió de silencio,
con las alas abiertas, los ojos
abiertos, la pupila extática,
mirando en las nubes
la amarga,
la amarga silueta del príncipe loco...
Murió de silencio
la cándida,
la cándida y rubia doncella
de ojos de esmeralda...

Los llantos sonoros
no dicen las ansias...
Silencio es la nota
que tremen las arpas...

Silencio en los bronces
de adustas campanas...

Silencio en el viento
que azota su caja...

Silencio en las sombras
que rozan su cuerpo...

Silencio, silencio...
Silencio, alimañas,
felices gusanos
que gustáis su sangre
tan dulce, tan cándida... !

Silencio en los pinos,
cipreses, acacias...

Silencio en los ojos
que ya están sin lágrimas !

Silencio en las bocas
que no gimen lánguidas
melodías dolientes,
amargas... !
Silencio en los labios,
silencio... !
Silencio en las almas... !

(1915)

LA ERRATA O « EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO »

En París, al entrar el verano, los talleres de imprenta, como todos los talleres, se cierran durante un mes. « Cuadernos », por esta razón, tiene qui imprimir en un mes dos entregas. En la acumulación del trabajo se producen errores. Esta vez, teníamos dos historias de Matteo Bandello, igualmente ricas de experiencias humanas, que pensábamos ofrecer a nuestros lectores en meses sucesivos como exquisito regalo de un olvidado, pero inolvidable, narrador del Renacimiento. Una de esas historias era el relato « La muerte infortunada de dos infelicísimos amantes que murieron el uno del veneno y el otro del dolor », que le sirvió a Shakespeare para escribir « Romeo y Julieta » ; la otra, « Un celoso que oye la confesión de la mujer por medio de un fraile, y le da muerte ». En el arreglo de las galeras quedó en los chibaletes de la imprenta colocada primero la historia del marido celoso y del fraile vendido, cuando tocaba en turno la de « Romeo y Julieta ». Por esto aparece hoy la del marido y la del fraile con el título que correspondía a la de « Los amantes de Verona ». Perdonará el lector el trastrueque gracias a la gracia del cuento. En la entrega de octubre gozará aún más leyendo el cuento original de « Romeo y Julieta ». Nosotros nos disculpamos así : este error ha sido natural, como todos los errores que acontecen en « El sueño de una noche de verano »... Mal pensado será quien se imagine ahora que todo esto no es sino una « Comedia de equivocaciones ».

insaciable índole de los mortales ha unido todas las finezas y delicias orientales con las preciadas y maravillosas cosas que en nuestra edad, en el mundo desconocido a otros siglos, con inestimable esfuerzo y gravísimos riesgos ha indagado. Por esto nuestros milaneses son muy singulares en la abundancia y delicadeza de los manjares, y les parece que no podrían vivir si no viven y comen siempre en compañía.

¿Y qué diremos de la pompa de las mujeres en sus vestidos, con tanto oro cincelado, tantos adornos, bordados y joyas preciosísimas, que a veces cuando una gentil dama sale a la puerta, parece que se viera la Ascensión en la ciudad de Vinegia? ¿Y en qué ciudad se sabe que haya hoy tan espléndidas carrozas, doradas con oro finísimo, con tan ricas entalladuras, tiradas por cuatro elegantísimos corceles, como se ve siempre en Milán?, donde habrá más de sesenta de a

presentar sus condolencias a la marquesa. Ella fue con muchos honores visitada por nuestras más nobles damas como lo ha sido todas las veces que ha venido a Milán. Y viendo juntas tan ricas carrozas y tan pomposamente adornadas, dijo a aquellas damas que habían ido a rendirle homenaje, que no creía que en el resto de Italia pudiera haber más bellas carrozas. Estando habituadas a estas delicadezas, a estas pompas y a tantos placeres y familiaridades, las mujeres de Milán son, por lo general, sencillas, humanas, afables e inclinadas por naturaleza a amar, a ser amadas y a estar de continuo en la vida amorosa. Y a mí, para decir lo que siento, me parece que nada les falta para ser perfectas del todo, sólo que natura les ha negado un lenguaje que corresponda a su belleza, a sus hábitos y a su gentileza, pues que, efectivamente, el hablar milanés tiene una cierta pronunciación que sorprende y mo-

Historia original de Romeo y Julieta

POR MATTEO BANDELLO

UN CELOSO QUE OYE LA CONFESION DE LA MUJER POR MEDIO DE UN FRAILE, Y LE DA MUERTE

MILÁN, como todos sabéis y todos los días puede verse, es una de aquellas ciudades que, en Italia, pocas hay que la igualen en todo lo que puede hacer noble, rica y populosa a una ciudad, ya que donde la naturaleza falta la suple el ingenio de los hombres, que no deja que de todo lo que a su vida es necesario ya nada se desee; antes bien, a la insaciable índole de los mortales ha unido todas las finezas y delicias orientales con las preciadas y maravillosas cosas que en nuestra edad, en el mundo desconocido a otros siglos, con inestimable esfuerzo y gravísimos riesgos ha indagado. Por esto nuestros milaneses son muy singulares en la abundancia y delicadeza de los manjares, y les parece que no podrían vivir si no viven y comen siempre en compañía.

¿Y qué diremos de la pompa de las mujeres en sus vestidos, con tanto oro cincelado, tantos adornos, bordados y joyas preciosísimas, que a veces cuando una gentil dama sale a la puerta, parece que se viera la Ascensión en la ciudad de Vinegia? ¿Y en qué ciudad se sabe que haya hoy tan espléndidas carrozas, doradas con oro finísimo, con tan ricas entalladuras, tiradas por cuatro elegantísimos corceles, como se ve siempre en Milán?, donde habrá más de sesenta de a cuatro caballos e innumerables de a dos, con finísimas mantas de oro y seda, de tan diversas variedades que, cuando las damas van por las calles, parece como si algún triunfo se celebrara en la ciudad, como solían los romanos hacerlo cuando, de las provincias vencidas y victoriosos de reyes derrotados y vencidos, retornaban a Roma.

Y aquí me viene a la mente lo que el año pasado oí decir en Borgonuevo a la muy ilustre dama Isabel D'Este, Marquesa de Mantua, que iba a Monferrato, a la muerte del marqués Guillermo, a presentar sus condolencias a la marquesa. Ella fue con muchos honores visitada por nuestras más nobles damas como lo ha sido todas las veces que ha venido a Milán. Y viendo juntas tan ricas carrozas y tan pomposamente adornadas, dijo a aquellas damas que habían ido a rendirle homenaje, que no creía que en el resto de Italia pudiera haber más bellas carrozas. Estando habituadas a estas delicadezas, a estas pompas y a tantos placeres y familiaridades, las mujeres de Milán son, por lo general, sencillas, humanas, afables e inclinadas por naturaleza a amar, a ser amadas y a estar de continuo en la vida amorosa. Y a mí, para decir lo que siento, me parece que nada les falta para ser perfectas del todo, sólo que natura les ha negado un lenguaje que corresponda a su belleza, a sus hábitos y a su gentileza, pues que, efectivamente, el hablar milanés tiene una cierta pronunciación que sorprende y mo-

lesta los oídos del extranjero, aunque no dejan ellas de suplir este natural defecto con el ingenio, y por eso, pocas son las que no se esfuerzan en perfeccionarse con la enseñanza de los buenos libros y la plática con los buenos conversadores, y puliéndolo así, presentan un bien reconstruído y agradable lenguaje, que las hace mucho más amables a quien con ellas habla.

Mas para venir a la historia que intento contaros, y que sucedió en la cuaresma del año pasado, os digo que estaba aquí, en Milán, un gentilhombre de una no muy lejana ciudad, el cual, por causa de algunos litigios sobre los confines de su castillo, había alquilado una cómoda casa que habitaba con una honrada familia. Siendo joven y rico, cuando había hablado con sus apoderados y abogados, dos o tres veces a la semana aproximadamente, según las necesidades, dejaba el cuidado a un secretario suyo que era muy práctico y experto en el pleitear, y él dedicaba todo el día a divertirse, a correr tras de la carroza, ya de esta dama, ya de aquella otra.

Entonces, el conde Antonio Crivello hizo representar una comedia, como era su costumbre y dio un suntuoso banquete a muchos hidalgos y gentiles damas, entre ellos al joven que litigaba, que de aquí en adelante llamaremos Lactancio, no queriendo por ahora valerme de su propio nombre, como tampoco me parece oportuno revelar el de la dama de la cual habré de hablar y que llamaremos Catalina. Estando, pues, Lactancio en la cena, casualmente fue a sentarse junto a Catalina, que le pareció no haber visto antes, y si la había visto no había impresionado su fantasía. Suelen los banquetes crear una gran familiaridad entre aquellos que, vecinos unos de otros, se hallan comiendo. Y esto sucedió entre Lactancio y la dama, ya que él se puso a razonar sobre diversos temas, a servirla primero y a prodigarle las atenciones que los caballeros tienen con las damas en la mesa. Era Catalina muy graciosa, gentil y conversadora, y si no era de las más bellas, podía estar al lado de éstas sin desmerecer. Discurriendo, pues, juntos, mirándola fijamente Lactancio, poco a poco comenzó, agradándole la plática y la elegancia de la dama, sin darse cuenta, a beber por los ojos el amoroso filtro, de modo que antes de que se levantaran de la mesa, sintió que había recibido el rayo del amor.

Así, como terminara el banquete y comenzara el baile, Lactancio invitó a bailar a la dama, la cual, muy cortésmente, aceptó la invitación; y tomándola por la mano y bailando lentamente, entró en conversación con ella sobre cosas de amor. Y como no se mostrara desagradada por semejantes razonamientos, Lactancio se atrevió un poco más, y muy afectuosamente le reveló cuánto ella le había agradado, elogiando sus bellas maneras, acciones, costumbres, gracias y atractivos, diciéndole en seguida con cuánto fuego ardía por ella, y rendidamente le suplicó se dignase considerarlo su servidor y tener piedad de él. Muy sabiamente le respondió la dama diciéndole cuánto le complacía ser amada por él, como por un gentilhombre que le parecía ser discreto, gentil y cortés y que de ella no querría sino la salvación de su honra. Y con estas y otras palabras, terminado el baile se sentaron el uno al lado del otro, siempre tratando de amor. Durante todo el tiempo de la fiesta, que fue hasta pasada media noche, Lactancio siempre se ocupó de razonar sobre su caso, y siempre obtenía las mismas respuestas fundadas en esto: que tuviera consideración al amor que ella estaba obligada a guardar a su marido y a la honra del uno y de la otra, lo cual para ella era de mayor aprecio que la vida y que, como hermano, sabiéndolo tan gentil y galante, lo amaba. Lactancio, viéndola que no esquivaba hablar de amor y que había tenido con él tanta cordialidad, con esto se satisfizo, y en brigada con muchos otros hombres y damas la acompañó hasta su casa. Sintiéndose enamorado y sabida la casa, procuró informarse a dónde iba ella a misa y descubrió que, ordinariamente, iba a San Francisco. Así comenzó él a frecuentar esta iglesia, en unión de muy gentiles caballeros que allí solían reunirse, y a cortejar a su Catalina, la cual le hacía buena cara y manifestaba verlo con agrado.

La época licenciosa del carnaval había llegado, y un día, enmascarado y a caballo en un magnífico corcel pasó por frente de la dama, que hallábase entonces en la puerta, y deteniéndose y revelándole quién era,

DIBUJO DE SERGIO TRUJILLO MAGNENAT

se puso a conversar con ella y allí permaneció algún tiempo siempre hablando de su amor. Ella se le mostró más amable de lo usual, y se chanceó y bromeó con él cordialmente, pues que ya había decidido tomarlo por amante ; pero antes quería tratarlo y conocer, si podía, de qué índole y costumbres era. Lactancio, pareciéndole haberla hallado muy dócil y afable, después de suplicarle se apiadara de él y le ordenase, pues que lo hallaría prontísimo a servirla en todo, humildemente recomendándose, partió. La dama, cuando ya aquél se había ido, fuese a su habitación, y meditando en el amor de Lactancio y en los afectuosos ruegos que le había hecho, comenzó a inflamarse un poco más de lo habitual con aquel amor. Su esposo, en la casa, era intratable, y aunque dejaba que ella fuera donde quisiera y que vistiera lujosamente, la zahería de palabra con frecuencia. Además, estaba fuertemente enamorado de una bella joven que vendía cofias, galones, gorgueras y otros adornos femeninos en la calle de San Rafael, cerca a la Iglesia mayor, cosa que había oído de una comadre. Fieramente indignada por ello, decidió corresponderle igualmente al marido, y pareciéndole que Lactancio fuera el más a propósito, cada día más afectuosamente lo recibía, de lo cual el amante se tenía por muy satisfecho.

La comadre, que del amor del marido había advertido a la dama, estaba albergada muy cerca y no tenía en casa otra familia que un pequeño hijo de dos años y una sirvientilla. Como Lactancio perseverase en cortejar a Catalina y varias veces le hubiera hablado de las fiestas, ella, un día que el marido iba a comer en otra parte, hizo llamar a la comadre y quiso que comiera con ella, como muchas veces solía hacerlo. Después de haber comido y de que las máscaras ya comenzaran a pasar por la calle, Catalina entró en conversación con la compañera en la ventana, y no había estado mucho allí cuando pasaron muchas máscaras y con una de ellas Lactancio conversando, sin antifaz y en mula, el cual al ver a su dama en la ventana, honestamente y con la gorra en la mano, le hizo una reverencia. Cuando se hubo alejado, súbitamente dijo Catalina :

— Comadre, ¿conocéis a aquel joven que va conversando con una máscara?

— Yo, no —le repuso la comadre—, pero, ¿por qué me preguntáis por él?

— Os lo diré —continuó aquélla—, muy cierta que me creeréis y que de todo cuanto os manifieste guardaréis secreto, como veréis que mi caso exige. Debéis recordaros que muchas veces me he lamentado con vos, íntimamente, de la extraña vida que lleva mi marido, pues que en cerca de siete años que vine a esta casa, excepto el primero, en que no ponía atención, no ha habido uno solo en que no haya tenido una amante con la cual gastase gran parte de sus rentas. Ahora pasa todo el día en la calle de San Rafael, con Isabel, que sé que conocéis y a la cual, en la Navidad pasada, con excesiva generosidad, regaló treinta y siete brazas de raso morado veneciano. El y yo nos hemos cruzado voces descompuestas, pero en nada me ha favorecido, y así, con frecuencia me encuentro en mal ánimo, viendo la desarreglada vida que lleva. Desgraciada de mí, que hubiera podido contraer nupcias en Pavía con un conde de los Languschi, pero mis hermanos quisieron que yo fuera de este perverso hombre. Todo lo que de bueno tiene es que me da gran libertad de vestirme e ir a donde quiero y gastar como me plazca. Pero en casa es más fastidioso que el mismo fastidio, nunca se prepara alimento que le agrade, ni pediría nada en la cocina. Siempre tiene a mesa estos o aquellos, y cuanta más gente hay más grita, y de todo me culpa a mí, de modo que es, como suele decirse, el diablo en casa y la fiesta en la calle. Pero lo que más me oprime y repugna es que el malhadado hombre no yace conmigo más de tres veces al mes, como si yo estuviera congelada, o contrahecha o sexagenaria, que aún no veo mi vigésimo tercer año y aún estoy fresca y tierna, y si no soy la más bella de Milán, sí puedo aparecer entre las otras, y si quisiera no faltaría quien me hiciera la corte. Yo muy bien sé cuantos amantes, y de lo principal de esta ciudad, me han cortejado y solicitado con misivas y embajadas, y a todos he rechazado, siguiendo así el consejo del alma bendita de mi madre, que siempre me predicaba que pusiera todo mi afecto y

todos mis pensamientos en aquel que escogiera por mi marido, como ella lo había hecho con mi padre. Y así, ciertamente, he obrado, esperando que mi marido se apartara de su disoluta vida. Pero él va de mal en peor, de modo que he determinado proveer a lo mío, ¡que me perdone Dios! No puedo seguir viviendo así. Que si hubiera querido vivir sin hombre, me habría hecho monja, como mi hermana mayor, que se hizo religiosa en el Monasterio de Santa Radegunda. Ahora, comadre mía, os he hecho este breve discurso a fin de tener de vos ayuda y consejo.

A esto la comadre se ofreció muy libremente. Añadió Catalina :

— Poco ha habéis visto pasar por aquí enfrente aquel joven en la mula, que me dijisteis no haber conocido, y que me parece muy discreto y gentil. Varias veces ha hablado conmigo este carnaval, y me ha requerido de amor, pero no le he respondido con muy buenas palabras. Es cierto que de algunos días acá le he hecho mejor cara que de costumbre. Ahora, en mi ánimo he decidido que sea él quien supla las faltas de mi marido, sea de día o sea de noche, con el mayor secreto y del modo más fácil que sea posible. Mas porque creo que solas nosotras dos no podríamos conducir este deseo mío al anhelado fin, pienso que estaría bien que yo me descubriera con mi vieja, la cual, cuando mi marido no viene de noche a casa, duerme en mi habitación, ya que de las doncellas jóvenes jamás me fiaría. ¿Qué decís de esto, comadre mía querida?

La buena mujer respondió a Catalina :

— En verdad, señora mía, yo siempre os he tenido una grande compasión viéndoos joven, hermosa y delicadamente mantenida y conociendo la pésima vida del compadre. Lo que me habéis dicho quedará para siempre en mí sepultado. Y ya que decidís no perder en todo vuestra juventud, hacéis muy bien. Ahora, yo sería de parecer que me permitiérais hablar con la vieja y tantearla para saber cómo se mueve, y dejadme a mí guiar la cosa, que espero conducirla a buen puerto.

Quedaron, pues, en esto : que la comadre hablaría con la vieja y, si la hallaba dispuesta, no tardaría en hacer que Lactancio entrara en posesión del tan deseado bien, ya que había previsto la manera como, las noches que el marido no acudiese a la casa, muy fácilmente podía encontrarse con ella. Era una callejuela que no tenía salida, que remataba una de las partes de la casa de Catalina, a la cual correspondía una puerta que comunicaba con una pieza bastante espaciosa, donde había algunas muy antiguas tinas para el vino, ya en desuso. Aquella puerta, como que hacía muchos años que no se abría, ni por entre las tinas pasara persona alguna, no estaba en el conocimiento de hombre ni de mujer de la casa, y tanto más que frente existía una inmensa tina que cubría totalmente la vista de la tal puerta. Pero Amor, que tiene más ojos que Argos, ya que la dama había decidido introducir a Lactancio en su casa, le prestó uno de sus ojos, con el cual descubrió la puerta, y considerado todo el bien que le aportaba, pensó que no había senda más segura que aquella para dar cumplimiento a sus anhelos. La comadre, pues, habló con la vieja, a la que encontró dispuesta a todo lo que la dueña quisiera. Así, ordenado entre ellas todo lo que debería hacerse, tanto buscó Catalina, que a sus manos cayeron algunas antiquísimas llaves, entre las cuales la vieja, probando ya una, ya otra, halló la que abría la puerta.

Hecho esto, el último día de carnaval, entrada la noche, estando Catalina en la puerta, pasó a caballo Lactancio enmascarado. A ella se acercó y saludóla con la mayor reverencia. Amorosa fue la acogida que le dio la dama, e iniciando Lactancio su habitual razonar sobre su amor, y pidiéndole favorable ocasión de poder hablarle en sitio secreto, ella, que dos o tres veces se había hecho de rogar, no pudiendo más mostrarse inflexible y siendo no menor su deseo de encontrarse secretamente con Lactancio que el que éste sentía de estar con ella, así le dijo :

— Yo voy, Lactancio mío, a creerte todo lo que tú, ahora y tantas otras veces me has dicho del amor que me tienes, a poner en tus manos mi honra y mi vida. Haz, pues, que tú seas su guardián, que nos gobiernes a mí y a ti, de modo que perjuicio alguno ni menos vergüenza nos resulte. Ves allá, aquella callejuela, al extremo de mi casa : será ella la que te

dará paso para venir a mí cada vez que no esté mi marido. Y para no tener motivo de enviar mensajeros atrás ni adelante, mi comadre, que está en aquella casa —de la cual le mostró la puerta—, quien de todo mi ánimo es conocedora, te advertirá de todo. Mi marido no estará aquí esta noche ni a cenar ni a dormir, si no yerro. Ella cenará conmigo entre las dos y tres de la mañana, a las cuatro haré que toda mi familia esté ya en su lecho, y entonces mi comadre estará en casa. Sonado que hayan las cuatro, te esperará, y por ella sabrás si mi marido estará o no para regresar, y según esto habrás de gobernarte. Una cosa voy a rogarte: que en este caso te fíes lo menos posible de tus servidores para que, al irse de tu casa, como con frecuencia sucede, no sea alguno de ellos causa de ponernos en boca del vulgo.

Lactancio, escuchado este jamás creído razonamiento y advertido por el brillar de los ojos de su dama, que toda ella ardía de amor, se sintió el más ufano y dichoso hombre del mundo, y quedó tan lleno de admiración y alegría que no cabía más en sí, ni sabía qué decirse. Recobrado el ánimo, rindióle las mayores gracias que pudo y prometióle que absolutamente solo vendría a encontrarse con la comadre, y que ocultaría su amor a todos sus servidores. Y así, con el corazón que le nadaba como en un mar de azúcar, dirigióse a su casa. Muy poco cenó aquella noche, ebrio como estaba de insólita felicidad, pensando que le convenía estar pronto a la cita. Al toque de las cuatro, pues, salió y directamente fue a encontrarse con la comadre, la cual, con la puerta no cerrada, lo esperaba. Por ella supo que el marido no había estado en la cena, que por aquella noche tampoco lo estaría, que solamente estuvieron un hermano de la señora con otro gentilhombre que no conocía, que antes de ella habían salido.

Dichas muchas otras cosas entre ellos, Lactancio se dirigió a la callejuela, y dada la señal que la comadre le dijera, la vieja, que estaba a la cita, abrió la puerta tan parcamente que apenas si él podía entrar, pues que el tinajón impedía que fuese abierta por completo. Ya adentro, muy en silencio conducido por la vieja a la cámara de la dama, cuáles fueron los agasajos y caricias y los abrazos amorosos que los nuevos amantes se cambiaron, y cuáles los placeres y deleites que, ya en el lecho, probaron gozándose juntos en el amor, sería muy larga historia de contar. Tanto fue, que Catalina, al día siguiente, juró a la comadre que mucho más goce había probado aquella noche que con su marido en todo el tiempo en que con él había estado.

Antes de que alborease el día, Lactancio, tan contento como extenuado salió, no sin que antes diera mil besos a su enamorada. Cuando ya estaba para atravesar la puerta dio doce ducados de oro a la buena vieja, exhortándola a servir fielmente a su señora, y que jamás él le faltaría. La vieja, que tantos jamás había tenido en su poder, le manifestó su mucha gratitud y se tuvo en grado sumo satisfecha. Ya en su casa Lactancio, después de toda una noche de amor carnal, se fue a dormir. Después, la aventura avanzó de tal modo que por todo un año Lactancio hubo de yacer muchas veces con su dama, dándose ambos el mejor tiempo del mundo. Entretanto la comadre tuvo de Lactancio muchos ducados, quien le prometió que cuando su hijo fuese grande, lo tomaría de paje.

Gozándose mutuamente estos dos amantes y, como he dicho, por cerca de un año, de modo que principiado su goce en un carnaval duró hasta el siguiente, al marido de Catalina (no podría decir por cuál razón) le entró este pensamiento: que como tan de raro yacía con su mujer, no tuviera alguno que en vez de él, cuando allí no estaba, cultivara el jardín de la esposa y lo regase más de lo que él hubiera querido. Entrado, pues, en celos, y no sabiendo de qué, comenzó a estar en casa más de lo acostumbrado, la noche especialmente, lo que a los amantes no agradaba mucho. Así que, llegada la cuaresma, decidió el marido, si era posible, oír la confesión de la esposa. Y con este propósito fue a San Angel en busca del fraile con quien sabía que Catalina acostumbraba confesarse, y comenzó a conversar con él sobre diversas cosas y a hacérsele muy familiar, y tanto continuó esta práctica que, cayendo el fraile en la red, en tal modo se dejó coger y deslumbrar de las fá-

bulas de aquél, que le prometió tenerlo consigo dentro del sitio en que solía confesar, para que oyera la confesión de la esposa. Convenido esto, y dado que hubo el celoso al fraile muchas monedas, que recibió en la capa para no tocarlas con la mano, esperaba el día en que la dama fuera a confesarse. Tenía ella el hábito de avisar un día antes a su padre espiritual, lo cual, sabido por el celoso, ilustró muy bien al padre sobre lo que debía interrogarla. Llegado el día fijado, después de comer la dama montó en su carreta y se dirigió a San Angel a donde ya el marido había venido. Cuando hubo entrado, hizo llamar al padre y se situó dentro de uno de aquellos camarines hechos de propósito para confesarse. Del lado opuesto, aprovechando la oportunidad de que nadie pudiera verlos, entraron, digo, el pícaro fraile y el loco celoso, que buscaba lo que no habría querido encontrar, dentro del camarín por la parte opuesta del mismo. Aquí, comenzada ya la confesión, y viniéndose a hablar de los pecados de la lujuria, confesó la dama el que cometía con su amante.

— ¡Ay de mí, hija mía! —exclamó perdido el fraile— ¿No te reprendí por eso acremente el último año y tú no me dijiste que no lo cometerías más? ¿Es esto lo que me prometiste?

— Padre, —repuso la dama—, yo no he podido ni sabido comportarme de otra manera, de todo lo cual es causa la disoluta vida de mi marido, que me trata como ya sabéis, pues otras veces os lo he dicho. Yo soy mujer de carne y hueso como las otras, y viendo que él jamás se cuida de mí, me he provisto lo mejor posible. Al menos yo hago que mis cosas sean secretas; las de mi marido, en cambio, son pasto del vulgo, y no que de él se hable discretamente, porque no hay barbería ni sitio donde no se le haga mofa. Lo que no sucede con lo mío, antes bien, me tienen compasión y dicen que no merece una esposa tan buena como yo. Durante cerca de siete años lo he soportado, con la esperanza de que se enmiende y deje las mujeres ajenas, pero la cosa va de mal en peor. A mí me duele hacer lo que hago, y sé que ofendo a Dios Nuestro Señor, pero cosa distinta no puedo hacer.

— Hija mía —añadió el fraile—, ello no se debe hacer así, porque no valen estas excusas. Tú no debes hacer mal porque otro lo haga, pues conviene que todo lo sufras con paciencia y esperes que Dios toque el corazón a tu marido. Y aun, quizá, tu marido no hace todo lo que se dice. Pero ¿quién es tu enamorado?

— El es, padre —repuso la dama— un joven gentilhombre que me ama más que a su vida.

— Y digo —siguió el fraile— ¿cómo se llama?

Oyendo esto y habiendo también oído predicar que en las confesiones no se deben nombrar aquellos con quienes se comete el pecado, para no infamarlos, un tanto sorprendida, dijo:

— ¡Oh, Padre! ¿Qué es lo que me preguntáis? Esto no estoy para decíroslo. Básteos que yo confiese mis pecados y no los del compañero.

Aún se cruzaron bastantes palabras, y no queriendo la joven prometer que dejaría el amante, el fraile no quiso absolverla. Entonces ella se levantó del confesonario, entró a la iglesia, recitó sus oraciones y salió en seguida a subir a su carreta. El engañado marido, con ánimo felón y lleno de malignos propósitos, salió del camarín y de la puerta del convento hacia la esposa, la cual, al verlo, lo esperó. Cuando ya estuvo junto a ella, desenvainó el puñal que llevaba al cinto, y le dijo:

— ¡Ah! ¡Descarada ramera!

Le hundió el arma en el pecho y ella, instantáneamente, cayó muerta a tierra. Grande fue el vocerío que se levantó y mucha la gente que se agrupó allí. El partió no sé hacia dónde, y después de pocos días refugióse en tierra veneciana, creyendo obtener en ella, de sus cuñados, la paz, mas éstos, no mucho tiempo después, habiendo ido a una cacería, lo hicieron cortar en pedazos.

He aquí, finalmente, lo que causó el mal regulado apetito de un marido que quiso saber, por medios inconvenientes, lo que no debía, y qué fin tuvo la perfidia de un fraile quien, como me lo afirmó uno que podía saberlo, fue mandado en paz, una paz de la cual Dios Nuestro Señor nos guarde.

Proceso de la integración latinoamericana

POR ANDRES TOWNSEND

UNO DE LOS MÁS ASOMBROSOS fenómenos de la política contemporánea es la superación de los nacionalismos, imperialistas y agresivos, por una conciencia supranacional, fundada en una comunidad democrática de intereses y aspiraciones. El Estado-Nación, que surgió sobre las ruinas del parcelamiento feudal y negando a éste, se ve sucedido ahora por los grandes agrupamientos continentales integrados. Europa, que desde el Renacimiento forjó el arquetipo del Estado Nacional, ofrece ahora, maestra siempre, el espectáculo impresionante de una comunidad continental que sepulta odios y rivalidades, aun las más encarnizadas y duraderas y se abre sin reparos a una íntima y fecunda cooperación en el campo económico y en el campo político. Tan íntima es esta cooperación en el campo económico y en el campo político, que las soberanías nacionales, subsistiendo como subsisten dentro de la Comunidad Europea, han cedido sin embargo buena parte de sus privilegios en favor del acrecentamiento del bien de todos y de la proscripción definitiva de las guerras.

Sucesos de esta magnitud reconocen como antecedente inmediato y promotor una gigantesca hecatombe ; la de 1939 a 1945. El nacionalismo racista e imperialista de Hitler borró fronteras con la ocupación, y a su vez provocó en gesto espontáneo de rebeldía, una gran fraternidad de naciones que decidieron, después de vencer en la guerra al insensato de Munich, impedir que de nuevo volvieran a tener asidero semejantes y crueles demencias. El sueño de la Europa Federal revivió en las hogueras de los campamentos, de los *maquisards*, de los *partizanos*, de los guerrilleros y en los secretos de la resistencia, entre los combatientes heroicos de una Europa que no quiso someterse nunca.

Pero si la guerra fue la causa eficiente de la unión, que ahora todos contemplamos y admiramos, debe reconocerse también a los europeos una antigua y noble tradición en favor de la unidad. Ella alentó en sus mejores y más sagaces espíritus. La *ecúmene* romana, aunque esencialmente europea y nor-africana, dejó una huella imborrable de comunidad cultural y política que el mundo feudal trató de revivir muchas veces, en la nostalgia irrestañable de la época en que millones de seres eran ciudadanos romanos. La Iglesia revivió este sentido de la comunidad en lo espiritual, y el Imperio romano-germánico pretendió, en vano, revivirlo en lo político. Por muchos siglos, la comunidad de religión fue símbolo y signo de esta comunidad espiritual y el deseo de mantener o de restaurar la *República Cristiana* motivó el esfuerzo de los mejores y más brillantes europeos : estadistas, filósofos, escritores. Carlomagno, Enrique IV o Napoleón unificaron o soñaron con unificar a Europa, pero su época no era la época propicia para la unión, sino era la época natural de

la división, y sus empeños fueron condenados al fracaso. Los Estados Nacionales erigieron sus soberanías agresivas y hostiles, embarcándose como lógica consecuencia del sistema, en una sucesión inacabable de guerras, cada vez más destructoras.

En la convicción de que ellas eran inútiles, porque en la guerra moderna no hay vencedores ni vencidos, porque todos son vencidos cuando no aniquilados ; y ya en vísperas de la segunda conflagración mundial, espíritus tan claros como el francés Aristide Briand o el alemán Gustav Stresemann, se afanaron por crear los Estados Unidos de Europa y utilizaron ya, por primera vez, la expresión Mercado Común. Pero el vendaval de la locura totalitaria hizo de todo aquello un sueño efímero y brillante, que hubo de capitular ante el paso arrollador de las fuerzas de la reacción imperial. Pero después de 1945, y al tratar de revivir de esa destrucción y sus cenizas, Europa comprendió que aquello no era tanto un sueño como una realidad de impostergable realización y que sólo por la unión Europa podría reconstruirse ; y que sólo con la unión Europa podría fortalecerse, y que sólo por la unión Europa podría readquirir voz propia y autoridad para articular un mensaje distinto y convencer al mundo de que no solamente existe un diálogo entre dos gigantescos bloques, entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, sino que también se deja escuchar la voz vieja, experimentada, sabia y pacífica de Europa, que puede concurrir con un mensaje nuevo, a la concordancia de las dramáticas discrepancias internacionales.

*

La integración económica y política de Europa empezó por tres de los países de menor extensión geográfica, pero de más esclarecida conciencia histórica, como que su territorio ha sido muchas veces cruzado por el ir y venir de los ejércitos adversarios. Bélgica, Holanda y Luxemburgo, fundaron muy temprano el *Benelux,* suerte de microcosmos que anuncia ya la Federación Europea. Pero la Federación tenía partidarios, seguidores y creyentes, no tan sólo en los tres países del Benelux, sino en todo el ámbito europeo, y sus seguidores y sus partidarios ni siquiera tenían un carácter exclusivista y de partido, porque al mismo tiempo, casi simultáneamente, las grandes corrientes políticas que predominan en la conciencia de los políticos y de las masas europeas, la Social-Democracia, la Democracia Cristiana y los partidos de tendencia liberal y afines, por igual concordaron, superando sus diferencias programáticas, sin afianzarse en dogmas de orden económico y político, en que lo esencial para que cualquier programa europeo tuviera fortuna o buen éxito, requería, como premisa básica, la unión continental ; y hacia ella fueron todos, desde sus diversos ángulos ideológicos de partido y desde los ángulos nacionales de Estados concurrentes.

En 1949 se dio un paso importante al fundarse el Consejo de Europa. El Consejo de Europa eligió como sede la misma que es ahora del Parlamento europeo, la vieja capital alsaciana de Estrasburgo, situada en el corazón de la medieval Lotaringia, aquella suerte de inmenso Estado amortiguador que hubiera podido evitar, de haber subsistido, la enconada y terrible rivalidad de francos y germanos. Al Consejo de Estrasburgo asistieron las más ilustres personalidades europeas y su tribuna dio acústica de universal resonancia a testimonios múltiples, que plantearon la necesidad urgente de ir hacia una unión mucho más estrecha y mucho más definitiva.

Pero fue en 1952, a instancias de Robert Schuman, ese gran europeo de nuestro tiempo, cuando se dio el salto precursor indispensable. Schuman dijo, en su sabiduría, que era preciso hacer « físicamente imposible » una guerra franco-alemana, es decir, que era forzoso neutralizar en su origen mismo la gran disensión europea. Con tal objeto, en un gesto creador y de audacia política sin paralelo, propuso la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, y al Tratado que le dio nacimiento a esa Comunidad concurrieron los seis países que forman ahora la comunidad europea : Alemania y Francia, las antiguas rivales ; los países del Benelux e Italia. Y desde entonces también Gran Bretaña marcó una divergencia lamentable que hasta ahora ha resultado imposible subsanar.

Los años posteriores vieron cómo la unión

europea buscó el camino más firme y perdurable de afianzarse, que era el camino de la unión económica. Esta se cristaliza finalmente, luego de largas negociaciones y de intenso trabajo de persuasión, en el Tratado de Roma, que entró en vigor el 1° de enero de 1958. El Tratado de Roma da nacimiento al Mercado Común y con ello a la más extraordinaria integración económica que haya contemplado la historia, cuyas consecuencias, y cuyos éxitos están ahora a la vista de todos y son el asombro de los economistas y el pasmo de los observadores. La prosperidad y el progreso de la Europa actual, de la Europa unida, está tomando ya caracteres legendarios. Nunca, en su larga historia, en términos absolutos ni en términos relativos, han conocido los europeos mejores niveles de vida, nunca se han difundido con mayor generosidad entre las diferentes capas sociales ni nunca tampoco se ha conseguido tanto sin sacrificio de la libertad. Porque, conviene recordarlo, en Europa ya no se concibe la unión sin libertad, pero tampoco se concibe la libertad sin la unión.

La fusión de recursos científicos en la comunidad atómica europea o EURATOM, fue otro paso significativo de la integración en todas sus dimensiones. Como órgano de fiscalización democrática de los organismos técnicos internacionales, como depositario de esta nueva y especial soberanía común se funda, de conformidad con lo previsto en los Tratados anteriores y especialmente en Roma, el Parlamento de Europa.

El Parlamento Europeo es el órgano político de la integración, tal como el Mercado Común es el órgano económico, y como el Consejo de Ministros tiene a su cargo los asuntos ejecutivos cuando se trata de resoluciones multinacionales.

De este modo Europa, la Europa de los seis, que acaso en algunos años más sea la Europa de los trece, de los quince o de los dieciocho, según vayan incorporándose los países que aún no figuran en su órbita ni en sus tratados, se presenta al mundo como una nueva estructura política de sólida y fecunda base económica y con una nueva categoría y grandeza para elegir ella misma y por su cuenta un rumbo constructivo y de futuro.

La presencia de la nueva Europa en el horizonte internacional debe medirse ahora en sus relaciones con el mundo de los llamados países subdesarrollados y en particular con nuestra América Latina, que asciende al plano de las preocupaciones de los parlamentarios de Estrasburgo.

*

A ojos del observador objetivo y desapasionado, el mundo parece aceptar por lo menos dos grandes divisiones : una fundamentalmente política, otra básicamente económica. La política es la llamada de Oriente y Occidente ; es vertical y corre en el sentido de los meridianos. La otra es horizontal y corre en el sentido de los paralelos. Una separa el llamado campo socialista del llamado campo democrático. La que corre de norte a sur separa a los países avanzados o desarrollados de los países infradesarrollados o subdesarrollados. A la separación de Oriente y Occidente se suma, pues, la del Norte y del Sur, y en el Norte nosotros divisamos tres colosos, los Estados Unidos, la Europa Occidental y la Unión Soviética, y acaso uno en camino de convertirse en tal a costa de sacrificios inenarrables, que es la China Popular. En el sur se alinean las vastas y populosas regiones del mundo pobre, del mundo subdesarrollado, de Africa, de Asia y de nuestra América Latina.

Ya está claro que como única alternativa para conjurar la recíproca extinción por efecto de las armas termonucleares, el mundo de Oriente y el mundo de Occidente deben encontrar los caminos constructivos de la coexistencia pacífica. Sobre esto hay conciencia cada vez más universal y acendrada. Nadie niega, como no sea los apóstoles de la violencia suicida, la necesidad de concordar estos dos mundos de signos políticos y económicos diferentes a través de una forma de coexistencia pacífica. Pero hay otra exigencia igualmente perentoria que sin embargo no está suficientemente conocida ni aceptada, que es darle una solución, en términos constructivos y justos, a las relaciones del Norte con el Sur, de los países subdesarrollados con los países avanzados o industrializados. Es preciso buscar para nuestra superación y para be-

neficio de todos, fórmulas constructivas y armónicas de otra coexistencia pacífica ; la coexistencia económica entre los países desarrollados y los países infradesarrollados o en proceso de desarrollo. Estamos, pues, en el prólogo de una nueva política, y dentro de ella a la Comunidad Europea le toca un papel de primerísima importancia. Esta relación entre pueblos desarrollados y pueblos infradesarrollados presenta, para cada uno de los nuestros, los países afectados, un problema delicado de equilibrio, que radica en saber aceptar la inversión y aceptar la ayuda sin enajenar la soberanía ni someterse a formas repudiables y superadas de explotación al viejo estilo capitalista. En este aspecto y para coordinar y mejorar nuestra posición continental, para tratar con mayor autoridad y personería con las grandes naciones industriales, y no en términos negativos y absurdos, sino en términos de dignidad y de poderío, para poder discutir en el mercado internacional, adquiere la plenitud de su valor paradigmático la experiencia de la Europa del Mercado Común.

Asimilando las experiencias de Roma y a impulsos de una necesidad sentida en todos nuestros países, ocho repúblicas de Sudamérica, más México, coincidieron, desde 1960, en fundar la Asociación Latinoamericana del Libre Comercio, cuyo instrumento fundamental es el Tratado de Montevideo. Nuestros hermanos de América Central, más ágiles o más osados, emprendieron ya la Unión Económica Centroamericana. Es previsible que en el futuro la ALALC, o Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, sume a sus filas aquellos pocos países de Sudamérica que aún no han ingresado en ella. Es previsible y es deseable que la ALALC se articule luego con la Unión Económica Centroamericana, y es también previsible y altamente deseable, continental y patrióticamente deseable, que en América Latina culmine este proceso de integración formando un poderoso Mercado Común, coordinándose económicamente y con capacidad para hablar así en nombre de 200 millones de productores y de consumidores.

Representantes del Parlamento Europeo, en su sabiduría indiscutida y de acuerdo con su propia experiencia, en declaraciones diversas han subrayado lo importante y deseable que resulta para Europa nueva la unificación de América Latina y cuanto más fácil, cuanto más constructivo y hacedero sería para Europa entenderse con una América Latina que también coordina sus economías, establece normas generales de actuación y defiende en el mercado mundial nuestros productos, esos productos sujetos al vaivén adverso de los mercados internacionales, pues mientras estamos obligados a adquirir a precios cada vez más altos los productos refinados de la industria europea o norteamericana, cada vez se paga menos por nuestras materias primas.

*

Me atrevería a decir que somos muchos, sino todos, los senadores y diputados peruanos que participamos en este orden de ideas. Así aparece con diversos matices, pero con un contenido similar, en las plataformas políticas de los grandes partidos. En esta edad de agrupamiento e integración, América Latina no puede permitirse el lujo anacrónico del divisionismo suicida ; y si antes imitamos a Europa en sus errores, si antes la imitamos en sus intolerancias nacionales, en su chauvinismo y en su jingoísmo, en sus alianzas y en sus guerras, haciendo decir a un psicólogo inglés que el estudio de nuestra política era bueno para entender la política nacionalista europea tal como el niño y el loco ilustran a través en su psicología sobre la conducta del hombre maduro, así también es hora de que nosotros sigamos y admiremos a Europa en su actual ejemplo de coordinación y de unificación. Frente a un mundo que se congrega en grandes agrupamientos continentales, América Latina debe lograr, por sus propios medios, su propia unión y proyectarla también, porque ya es hora, hacia los planes eficientes de la política. Y hablando en este momento como hombre de mi partido, como coordinador de la célula parlamentaria aprista a la cual pertenezco, debo anticipar el propósito que nos anima de consultar al Congreso del Perú, en una oportunidad cercana, sobre la posibilidad de convocar a una conferencia de parlamentarios de países signatarios de la Aso-

ciación Latinoamericana de Libre Comercio en Lima. Lima, como Roma, o como Estrasburgo, tiene una antigua tradición de ser punto de convergencia o coincidencia continental. Desde Lima, en 1824, Bolívar invitó a la frustrada Asamblea de Panamá. En Lima se reunieron los plenipotenciarios latinoamericanos para reconstruir la Unión en 1847 y en 1865 ; en Lima se gestó el tratado continental de 1956 ; en Lima la Unión Latinoamericana tiene calor de pueblo, sabor de multitud y muchos peruanos han padecido pérdida de derechos políticos por profesar este credo. Creemos que la comunidad económica que nació en Montevideo puede tener su lógico remate y natural complemento político mediante este tipo de coordinación parlamentaria que podríamos iniciar en Lima.

La presencia de la Misión Parlamentaria Europea y sus deseos de explorar los medios de un entendimiento económico con América Latina abren un nuevo y prometedor capítulo de nuestra historia. Nuestros países requieren el capital extranjero y su pericia y técnica, pero la requieren sin pagar por ella ni el precio injusto de la explotación ni el del predominio. Es preciso que termine aquella situación anómala que un estadista latinoamericano definió alguna vez con frase clara : « En el mundo llamado occidental hay una región subdesarrollada, y esa región es América Latina. »

Por eso recibimos con satisfacción y con orgullo la presencia y el mensaje del Parlamento Europeo. Nuestros países necesitan acelerar su desarrollo, fomentar su industrialización, enriquecer y ampliar sus técnicas, capitalizarse y desfeudalizarse como lo hicieron los de Europa en épocas ya superadas de su proceso histórico. Para este fin la presencia de un poderoso y constructivo agrupamiento, que no tiene pretensiones imperiales, que está gobernado por masas esclarecidas de trabajadores de la industria, de campesinos y de clase media de toda Europa, que han clausurado hace mucho tiempo sueños de falsas glorias de predominio mundial, abre nuevas perspectivas de entendimiento con nuestro país y con los países de América Latina. Esperamos ampliar nuestro intercambio con los países amigos de la tierra, y entre ellos y sobre todo con la Europa, renacida y próspera, que figura en primer término entre los países de nuestros afectos y de nuestras esperanzas.

Hemos comprendido que Europa Occidental tenía obligaciones preferentes con los países de otros continentes, sobre todo con los de Africa, que hasta ayer estuvieron ligados a ella por su condición de colonias. Hemos comprendido y hemos respetado la prioridad que el Mercado Común Europeo adjudicó a las antiguas colonias africanas. Pero deseamos ahora que Europa entienda que esta América Latina que es hija de su sangre y de su cultura más que de sus capitales o de sus factorías, necesita establecer con Europa formas constructivas de cooperación. Se estará avanzando de este modo hacia un mundo nuevo en el cual desaparezca el espectáculo irritante de un pequeño grupo de naciones ricas rodeadas por un vasto océano de naciones muy pobres. En el terreno internacional como en el terreno nacional es preciso superar, por una economía de la abundancia y por un sentido riguroso de la justicia distributiva, los antagonismos insalvables, de clases y de naciones. No queremos que existan naciones proletarias, como no queremos que existan proletariados sin derechos en ningún rincón del universo.

Ya lo dijo nuestro Francisco González de Paula Vigil, con una lucidez universalista muy anterior al año 1833 en que estas palabras fueron pronunciadas : « El que sostiene la causa de la libertad defiende la del género humano, y es por eso ciudadano de todos los pueblos. »

Los cuartelazos, la democracia y el leninismo

POR MANUEL URRUTIA LLEO

EL TEMA de los frecuentes cuartelazos latinoamericanos es asunto actual, delicado y uno de los más importantes de la política de nuestro continente. Sobre todo si se le contempla en relación con la democracia y con el castro-leninismo que merodea en Latinoamérica. Más que actual, resulta histórico. Hunde sus raíces en nuestro pasado, glorioso al par que doliente, y mueve al análisis del presente peligroso con procuración de futuro.

Se ha hablado siempre de los cuartelazos señalándolos como una de las causas más destacadas de nuestros males. Y con razón. Pero hay que considerarlos también como efectos e investigar por qué se producen con relativa frecuencia en algunos de nuestros países. A veces con un objetivo ; en ocasiones con otro.

El gobierno impuesto por los militares puede ser una dictadura o una tiranía.

Hasta hace poco, casi todos los gobiernos productos de cuartelazos eran puras tiranías caudillistas en que los amotinados convertían los ejércitos en partidos políticos para unirse al festín y al desenfreno de los gobernantes-malhechores.

Para que la dictadura esté justificada, la crisis ha de ser de tal magnitud que represente un peligro para la misma estabilidad del Estado. Sólo entonces vale la pena de aumentar la actividad del gobierno por medio de la concentración de los poderes en un solo hombre o en unos pocos, como los cónsules romanos, o de acallar la voz de las leyes, por poco tiempo, para dar paso a las medidas de emergencia que requiere la situación difícil.

En Roma, el verdadero dictador procuraba que el término de su mandato fuera lo más corto posible para no sobrellevar por mucho tiempo el terrible peso de sus grandes responsabilidades.

No se puede establecer un paralelo entre los regímenes caudillistas o tiránicos y las dictaduras salvadoras y abnegadas.

¿Se pueden comparar los poderes dictatoriales que solicitó y obtuvo Bolívar en el Perú para dominar la situación originada por las victorias de los españoles y la desunión de los peruanos, con la tiranía caudillista de Juan Vicente Gómez en Venezuela?

Bolívar, el dictador benemérito, no quiso ser tirano caudillista ; y sabía lo que había de ser el caudillismo del futuro. Lo presintió. Afirmó que « América caería en manos de la multitud desenfrenada, para pasar después a tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas ». Comprendió que en los primeros tiempos la democracia no tendría arraigo suficiente para evitarlo.

En efecto, sólo con esfuerzo y lucha se impuso la ideología democrática, la fe democrática, que ya se abría paso en la mente de los más eminentes, como Nariño, el gran colombiano, que en el proceso en que fue condenado alegó, con palabras de Santo Tomás, que « pertenece al pueblo la au-

toridad de los príncipes » y « que los hombres son iguales entre sí porque la naturaleza es la misma en todos ».

Sólo con el correr del tiempo se fue comprendiendo cabalmente la significación del ideario democrático ; y aún más lentamente el modo de llevarlo a cabo.

Esta asimilación lenta de las ideas de libertad, igualdad y fraternidad ; la ausencia completa de tradiciones políticas ; las dificultades que presentaba la inmensidad de los territorios ; la corrupción e incultura nacidas de la opresión política, la desigualdad social y la explotación económica de la colonia ; mas la presencia de los caudillos, como únicos elementos a quienes seguían fanáticamente las masas por el prestigio de que gozaban, impidieron la formación de partidos o instrumentos políticos aptos para llevar a cabo la democracia por medio de Estados eficaces y honestos. Y surgió el caudillismo.

Faltos los partidos políticos, corrompidos e ineptos en la mayoría de los casos, del poder que confiere el apoyo decidido del pueblo, que es el más fuerte, quedaron sólo los poderes de los ejércitos, los poderes armados, que, en vez de actuar como agentes o auxiliares de las autoridades legales, se convirtieron en fuerzas únicas y decisivas.

Paradójicamente, los gobiernos fundados en el poder armado son más débiles, más inestables que los poderes civiles basados en la convicción del pueblo de que las órdenes emanadas de la autoridad son justas y convenientes.

Sin aquella convicción, el ciudadano no se sentía libre al obedecer a la autoridad, sino coaccionado por ella. De ahí nuestra historia llena de turbulencias y desasosiego. De ahí nuestro atraso, nuestra inmadurez política, nuestra marcha insegura por muchos años, « a empuje por caída ». Pero también, como una compensación, nuestra pasión por la libertad, que ha pasado a ser parte destacada de nuestra idiosincrasia y nos defiende hoy de los absolutismos totalitarios.

Así, por falta de verdaderos partidos, esto es, de estructuras adecuadas para que operase la soberanía del pueblo, surgieron, a veces, los cuerpos armados como partidos, que no obedecían casi nunca a los intereses y conveniencias del pueblo, sino a sus propios intereses y al enriquecimiento de sus élites.

La democracia es el resultado de un perfeccionamiento ; es más bien un arquetipo, un modelo. Hay que acercarse a ella paso a paso porque, para poder disfrutarla, los pueblos han de capacitarse, hacerse aptos para la técnica que requiere la gobernación democrática justa y conveniente. En las democracias la mayoría de los ciudadanos han de saber ser soberanos, esto es, activos políticamente y, a la vez, súbditos de las leyes, es decir, cumplidores de las normas de conducta del Estado. Y los gobernantes han de concebir el gobierno como expresión de devoción al pueblo.

Por eso afirmaba Rousseau que « si existiera un pueblo de dioses, sin duda se gobernaría democráticamente » y que « un gobierno tan perfecto no se ajusta a los hombres ».

Estas consideraciones han hecho pensar a muchos que si la democarcia no puede ser alcanzada cabalmente, tampoco ha de ser concebida como una situación, estática, sino como una tendencia, dinámica. La orientación democrática ha de ser hacia la igualdad, hacia la justa distribución entre todos de las oportunidades para alcanzar la mayor cantidad posible de poderes, no sólo políticos, sino económicos, sociales e ideológicos. Y para que todos puedan estar en aptitud de luchar por alcanzar esos poderes, han de ofrecerse a cada uno los medios para capacitarse y debe disfrutar cada cual de la mayor libertad posible, bajo las leyes, como buenos súbditos de éstas.

Muchos creen ver en la intranquilidad que se manifiesta en casi todos los países de América los síntomas de una revolución política, económica, social e ideológica que ha de arrasar con todo lo existente para desembocar en algo parecido al castro-leninismo que abruma a nuestra Antilla máxima.

Creemos que ese criterio es absurdo.

Es cierto que América se ha puesto en marcha, mejor dicho, ha reanudado la marcha. Se dispone a completar su revolución democrática. Quizá en lo ideológico-político ha de abandonar los viejos conceptos de la democracia inmóvil, de los viejos parti-

dos considerados como estructuras con una sola función : la de designar sus « representantes » en los órganos del Estado, dentro de una democracia « representativa » inoperante, para dar paso a la concepción de los partidos como órganos encargados de designar aquellos representantes, pero, a la vez, como organismos dinámicos, en que el ciudadano ejerza la función activa que le corresponde como partícipe de la potestad soberana. Se piensa que el pueblo no debe limitarse a designar las autoridades, sino que ha de delegar en ellas, por medio de los partidos, la ejecución de su voluntad en determinados asuntos importantes. Dicho de otro modo, algunos creen que la democracia ha de ser, en los lugares donde el pueblo esté preparado para ello, no sólo « representativa » sino « delegada ».

En lo económico, los pueblos saben, después de las tristes experiencias de Cuba y de los llamados países « socialistas », que el régimen más productivo y que garantiza la libertad en todo el proceso económico, tanto para el empresario como para el trabajador y el consumidor, es el de libre empresa. Pero saben también que en las cambiantes y arriesgadas situaciones de la economía, al par que la competencia y el poderoso incentivo de la ganancia traen consigo la mayor productividad de las empresas en beneficio de todos, hay que mantener la tendencia igualitaria de la democracia por medio de medidas encaminadas a obtener la mayor equiparación posible de los ingresos. A ese objeto se dirigen el impuesto progresivo, la reforma agraria con justa compensación y distribución de las tierras y otras disposiciones análogas. Mas estas medidas deben ser prudentes, despojadas de toda demagogia y propósito confiscatorio, para que no se traduzcan en castigos a la mayor actividad productiva.

Se comprende también que en lo social ha de llevarse a cabo la igualdad democrática, aboliendo toda discriminación por razón de raza, sexo, procedencia, etc. ; y que ha de mantenerse la libertad sindical, de asociación, de reunión y otras para que, al unirse a los demás, el ciudadano obedezca a sí mismo y quede tan libre como antes a la vez que garantiza la defensa y protección de su persona y bienes con toda la fuerza común de los asociados.

En el siglo XIX casi todos nuestros países estaban dominados por grandes terratenientes « feudales », pero en los últimos decenios, con el desarrollo del capitalismo, han surgido clases empresariales, clases medias, proletariados, burocracias crecientes y masas heterogéneas desarraigadas social y económicamente que exigen reformas que han de llevarse a cabo, pero que para que sean respetuosas con la libertad y por consiguiente acordes con la naturaleza humana y duraderas, es de rigor que conserven la libre empresa y todos y cada uno de los derechos humanos laborales y del ciudadano.

Jacob Burckhardt ha dicho que « la Revolución Francesa abrió la edad de las revisiones eternas con propósito de bien público ». Y esta edad no se ha cerrado, ni se cerrará, ni en Rusia, ni en Cuba, ni en América Latina. En Rusia ha surgido, y es ya bien poderosa, una economía privada clandestina, nacida de la insuficiencia de la capacidad productiva de la economía « socialista », que se ha hecho tan evidente en Cuba, y se marcha a paso acelerado hacia la libre empresa. En plena economía dirigida, el régimen castro-leninista trata inútilmente de librarse del hambre, compañera inseparable de los regímenes « socialistas ». Y en América Latina, se va hacia la realización de la democracia a través de dificultades casi insalvables.

Las fuerzas armadas no pueden escapar a este proceso de democratización, porque no pueden vivir aisladas y de espaldas a las aspiraciones justas de la ciudadanía, desentendiéndose de sus necesidades y de su satisfacción inaplazable.

Mientras la mayor parte de los partidos políticos, en casi todos nuestros países, marchan desorientados, sin una ideología democrática moderna alejada de los conceptos anticuados de la democracia estática ; mientras los partidos no obedecen aún al impulso hacia la realización y afirmación constante de la democracia ; en tanto nuestras maquinarias políticas no resultan capaces de integrar al pueblo en esa acción vital y, por consiguiente, de poner un dique a la desintegración que avanza, algunos militares piensan que las fuerzas armadas pueden ser un factor de integración, de paz y de orden democrático. Sienten que

han de ganar la simpatía del pueblo conservando ese orden para él ; que han de ser símbolos de su tranquilidad ; diques contra los desbordamientos, contra las situaciones caóticas y, sobre todo, contra el peligro organizado de los comunistas. Es decir, sienten que si no hay quien defienda la realización de la democracia de modo resuelto y eficaz, deben ellos defenderla sin vacilaciones ; creen que a veces están obligados a encabezar la lucha, no para imponerse al pueblo sino para servirlo.

Esta actitud, cuando es sincera, está bien lejos de la que han asumido muchas veces los militares en América para convertirse en líderes políticos y hacer de los cuerpos armados agrupaciones que, desbordando los límites de sus funciones propias, han devenido partidos políticos tan corrompidos e ineptos como muchos de los decadentes que hemos padecido hasta ahora.

La aparición del castro-leninismo en América ha agravado extraordinariamente la amenaza de la esclavitud para nuestras naciones.

Ahora nuestros pueblos, carentes de partidos aptos para la lucha por la democracia y para combatir al comunismo como parte de esa lucha, se enfrentan a partidos de otro tipo, eminentemente agresivos, contrahechos, pero peligrosos, animados de ideologías superadas, pero todavía atrayentes. Nos referimos a los partidos leninistas.

Llamamos leninistas a esos partidos porque no tienen nada de marxistas. Sabemos que Marx esperaba que la revolución se produjera espontáneamente, como resultado de la lucha de clases, sin líderes y aun contra la voluntad del hombre, de modo inevitable. Lenin sustituyó esos conceptos marxistas por el pensamiento de que la revolución había de ser consciente, llevada a cabo por un partido integrado por revolucionarios profesionales, monopolizadores de la moral y acción revolucionarias, que había de ponerse a la cabeza de las masas trabajadoras para dirigirlas. Al principio, estos partidos se colocaron a la cabeza de las masas laborales, separándose de ellas al propio tiempo, para subordinarlas, someterlas y esclavizarlas, después de la toma del poder.

Lenin torció el marxismo, que era irrealizable de por sí de modo espontáneo como resultado de la lucha de clases, haciéndolo más impraticable aún bajo el yugo y la coyunda del partido único omnipotente y eterno. Así, la revolución rusa no fue nunca una revolución llevada a cabo por el proletariado y para el proletariado, sino por el partido y para el partido. Sobre todo, para el predominio ilimitado de los líderes del partido.

Mas, por falsa que sea la ideología que alienta a los partidos leninistas, están animados éstos por un ideario y organizados para la lucha por él y para destruir nuestro orden libre. De ese modo, aventajan, en su espíritu combativo y en su acción, a los viejos partidos llamados democráticos, que no tienen más fin ni más actividad que la designación de las autoridades « representativas ». En una palabra, los llamados partidos democráticos no suelen tener, como uno de sus fines, la defensa de la democracia ; en tanto los partidos leninistas tienen como objetivo principal la destrucción de nuestro sistema. Dicho de otro modo, ellos dirigen sus armas contra nosotros y nosotros no tenemos ni organizada nuestra defensa. Y lo peor es que a veces nuestros partidos y gobernantes pactan con ellos, lo que equivale a colaborar en la organización de nuestra derrota.

Y aunque este nuevo estilo de predominio tiránico, inaugurado en Rusia, se ha empleado de diversos modos, en el fondo, la estructura básica ha sido siempre la misma o parecida a la establecida por Lenin. La tendencia en todos los casos es igual. En todos ellos prevalece la inclinación al establecimiento de un sistema en que las organizaciones laborales, campesinas, profesionales y de toda clase, han de soportar el terrible peso de un orden esclavista dominado por el partido y el líder —llámese Lenin, Stalin, Kruschef o Castro— que disponen de cuatro poderes absolutos: el poder político de un solo partido exclusivista ; el poder económico integrado por un monopolio absoluto, que he llamado en Cuba « Fidel Castro y Compañía, S.A. » ; el poder social único, con dominio de todas las organizaciones laborales, profesionales, etc. ; y el poder ideológico único que les garantiza la posesión de todos los medios de difusión de la cultura y de todos los

medios de expresión de las ideas. En otras palabras, todas las organizaciones sociales, políticas y económicas convertidas en servidoras militarizadas de un solo partido político y de un único líder omnipotente, apoyados por una burocracia militarizada también. Y todos sobre el pueblo indefenso e inerme.

Muchos militares de América Latina comprenden hoy que todos estamos obligados a defender la democracia de este mal inminente e intolerable ; y que esta defensa presenta un aspecto, muy importante en estos tiempos, que concierne al espíritu, propósitos y acción que deben predominar en las fuerzas armadas.

Los militares comprenden que frente al concepto de los ejércitos erigidos en partidos políticos, caudillistas o totalitarios, hay que alzar el de las fuerzas armadas cívicas, al servicio de la nación. Es decir, militares políticos, no ; cívicos, sí. Caudillos políticos militares, no ; jefes militares cívicos, sí. Ejércitos integrados por « soldados ciudadanos », devotos de la ley y del pueblo, según el concepto occidental más moderno ; no ejércitos clasistas. Ni tropas políticas caudillistas, ni ejércitos políticos, tipo castro-leninista, donde gobierna un grupo todopoderoso de gobernantes propietarios.

Muchos militares latinoamericanos recuerdan, con seguridad, lo que ocurrió a las fuerzas armadas de Cuba cuando fue derrocado Batista. Saben que todos los militares cubanos pagaron las culpas de los que habían convertido los cuerpos a que pertenecían en partidos políticos. El que se limitó a ejercer sus funciones técnicas perdió su carrera tanto como el que se convirtió en político. Todos la perdieron por no defender la democracia, el imperio de la ley dentro y fuera de los cuerpos armados.

Y lo mismo sucedió al Ejército rebelde, que desapareció para dar paso a las milicias políticas, sometidas al grupo que gobierna de un modo arbitrario y antidemocrático.

Esa es la enseñanza que han de extraer de nuestra historia reciente los militares de América que están interesados en servir a sus pueblos como técnicos de las armas, de un modo permanente y digno. Nuestra historia de los últimos años les enseña que si derivan el rumbo hacia la política o el comunismo, si no defienden la democracia como cosa propia, descenderán a la degradación y el envilecimiento de simples servidores de un grupo omnipotente de gobernantes-propietarios.

En el Brasil, según parece, ha imperado este criterio en las fuerzas armadas y en el pueblo. Goulart fue derrocado porque, según todas las apariencias, aspiraba al predominio tiránico, esclavista, tipo castro-leninista a que nos referimos antes. Latifundista fuerte, usando métodos demagógicos, pretendía convertir todo el país en una inmensa propiedad en manos suyas y de su grupo totalitario. Dicho de otro modo, deseaba ser gobernante-propietario y, como tal, perpetuo, como Lenin, como Stalin, como Kruschef o Castro. Por eso el pueblo brasileño lo ha abandonado.

En Cuba, muchos milicianos luchan para que la milicia deje de ser una fuerza política castro-leninista y se trueque en ejército cívico integrado por soldados-ciudadanos, profundamente cubanos y demócratas.

Y en otros países como Chile, donde existen fuerzas armadas apolíticas, pero cívicas, atentas al cumplimiento de sus deberes patrióticos, si aprovechando la desunión y el desconcierto de los partidos democráticos triunfan fuerzas procomunistas, los militares demócratas defenderán al pueblo y no tolerarán que se les convierta en ejército político en manos de un grupo totalitario, esclavista y extranjerizante como el que se ha apoderado de Cuba.

Mientras de la democracia activa, militante, combatiente, no surjan órganos apropiados para su cabal realización, protección y resguardo, los demócratas han de defender su sistema y su civilización por todas partes, desde todos los cargos, instituciones y organizaciones, desde los poderes ejecutivo, legislativo, judicial, fuerzas armadas, sindicatos, asociaciones y agrupaciones de todo orden.

Frente al enemigo activo y organizado en escala internacional, nuestra defensa esforzada y resuelta, aunque sea dispersa, ocasional y desorganizada.

No se puede desconocer que los leninistas están al acecho en toda América, tratando de aprovechar todas nuestras luchas

y las deficiencias de nuestras democracias para alcanzar sus fines propios y de dominación mundial con el pretexto de desarrollar económicamente a los países nuestros. Y con sus amenazas de despojo estilo Castro, no vacilan en ahuyentar los capitales nacionales y extranjeros, imprescindibles para ese desarrollo de que hablan, porque su verdadero objetivo no es otro que la captura de los cuatro poderes referidos para su disfrute por tiempo ilimitado.

Algunos creen que los métodos que se emplearon en otras ocasiones para establecer predominios castrenses y convertir a las tropas en agrupaciones políticas, deben emplearse ahora para defender la libertad y la igualdad democráticas. Opinan que si esos métodos se aplican para impedir que gobernantes traidores, como Fidel Castro, se desvíen del camino de la democracia auténtica para derivar hacia el comunismo arbitrario, voraz y opresor, merecen la aprobación de todos los que desean salvar nuestra civilización y rechazar la abominable esclavitud roja.

Se piensa que, de un modo u otro, ante la inactividad de la mayor parte de los partidos o agrupaciones políticas, es lícita siempre la acción oportuna, aun violenta, de los que aman la libertad y la democracia, si va encaminada, de modo indudable, a librar a los pueblos de ser atrapados por los comunistas que han de reducirnos a una esclavitud sin límites.

Muchos militares se preguntan hoy en nuestra América : ¿A quién debemos lealtad, a la nación o al gobernante que la traiciona de modo evidente? Si concebimos el ejercicio de la autoridad como expresión de devoción a la patria, al pueblo, la respuesta es indudable : la lealtad suprema es la que se debe al pueblo, a la nación, a la patria, sobre todo frente a los gobernantes que la traicionan.

Y hay actualmente una medida, una norma, entre otras, para apreciar la lealtad de los gobernantes de América : su actitud favorable o adversa frente a Castro, el traidor máximo del Continente.

Afortunadamente, de vuelta del « golpismo » clasista, muchos militares suscriben hoy en América el pensamiento de Frank Buchman, el fundador del movimiento del Rearme Moral : « Necesitamos una idea en la mente y una pasión en el corazón, al par que un arma en la mano. »

Quiera Dios que en nuestro mundo democrático sepamos todos discernir bien el recto camino, en esta hora llena de peligros.

El trabajo en el Africa Negra

POR RUBEN O. J. ROTONDARO

DIFICIL RESULTA tratar de situarse en el panorama confuso que ofrecen los países independientes del Africa Negra, un mundo geográfico tan distante y tan lejano de América Latina. Desde 1957, cuando Ghana adquirió la categoría de Estado independiente —y especialmente luego que Francia inició su política de dar autonomía a los territorios integrantes del Africa Occidental Francesa, el Africa Ecuatorial Francesa y la isla de Madagascar, en 1958— los países africanos, grandes y pequeños, han constituído un fuerte bloque dentro de las Naciones Unidas y muchas veces han estado en condiciones de afectar con su voto fundamentales decisiones de la organización internacional. Esto ha causado extrañeza en muchos círculos, ignorantes hasta entonces de la realidad africana que se ocultaba detrás de un velo de misterio y de encanto. Ella está representada por el nuevo fenómeno que ha significado el ascenso de la raza negra al poder en los otrora imperios coloniales de Francia e Inglaterra y en las ex posesiones de Bélgica.

Un poco de historia

La colonización propiamente dicha se materializó después de la exploración del vasto e inaccesible *hinterland* africano. Livingstone, Stanley, De Brazza, exploraron y clarificaron los conocimientos sobre el curso de los ríos Congo, Nilo, Niger y el Zambeze, precediendo a las avanzadas militares que en el último decenio del siglo XIX completaron finalmente la colonización. Las potencias europeas, previamente en el tratado de Berlín (1885), se habían distribuído las respectivas esferas de influencia. Portugal apenas pudo conservar Angola, Mozambique y otras posesiones menores. Inglaterra y Francia adquirieron la mayor área, mientras que Alemania se apresuró a establecerse en el Camerún, Togo, el Africa Sud-Oeste y Tanganyika, territorios que tuvo que ceder a las anteriores potencias a raíz de su derrota en la primera guerra mundial.

La colonización europea tuvo efectos muy importantes en el medio africano. La explotación de los recursos naturales trajo como consecuencia la apertura de puertos, la construcción de ferrocarriles y la formación de las ciudades. La urbanización africana fue acompañada de otro elemento unificador : el lingüístico. El francés y el inglés sirvieron para franquear las barrears idiomáticas que dividían a las comunidades entre sí. La economía de estos territorios era exclusivamente de subsistencia, organizada en torno a la tribu, donde el trabajo tenía un fin social, de comunidad más que para satisfacción de necesidades individuales. La organización tribal suponía una total subordinación de los individuos componentes del clan a los jefes que tenían una autoridad absoluta y que debían entender en todos los conflictos que pudieran suscitarse. Con la colonización esa organización tribal, aunque no fuera disuelta por motivos de política colonial, resultó particularmente afectada. La comunicación con mercados ávidos de productos tropicales facilitó la transición de una agri-

cultura eminentemente de subsistencia al sistema de producción comercial. El cacao, la copra, el maní, el algodón, el aceite de palma, encontraron un mercado que aseguró su desarrollo, incorporando un nuevo sector de economía monetaria que poco a poco logró alcanzar cifras significativas. El sistema de la plantación, como también el descubrimiento y explotación de vastos yacimientos metalíferos, necesitó de una mano de obra más o menos permanente. Nació así un elemento importante de disgregación de la organización tribal, pues el movimiento migratorio —de las aldeas a las plantaciones— fue en continuo aumento. Así, desde las más apartadas regiones, afluyeron trabajadores a los lugares de producción. El transporte, el comercio, los servicios públicos también emplearon mano de obra, con lo cual a las nuevas actividades de producción se unió un esbozo de estratificación social distinta a la tradicional basada en la organización tribal.

Esa evolución recibió un impulso extraordinario cuando estalló la segunda guerra mundial. La necesidad de minerales estratégicos no tuvo límites y la explotación de los yacimientos del Africa se intensificó notablemente. Africa volcó sus recursos en favor de la causa aliada, proporcionando —por ejemplo— el uranio, que extraído de las minas de la Union Minière de Haut-Katanga fue utilizado en la fabricación de la bomba atómica por los Estados Unidos. A ese crecimiento económico, se unió un proceso de urbanización que se aceleró en el período de postguerra, con el aumento de las inversiones públicas y privadas y el correlativo aumento de los servicios. Ciudades como Leopoldville que en 1938 tenían 38.000 habitantes, en 1947 llegaba a 119.000 y en 1954 a 301.000 ; Dakar en 1936 tenía 93.000, en 1946 llegaba a 171.000 y en 1955 a 230.000 ; Lagos en 1936, 137.000 ; en 1950, 250.000 y en 1952, 267.000 ; Johannesburgo en 1938, 522.000 ; en 1946, 763.000 y en 1956, 1.000.000 (1).

Ese crecimiento vertiginoso se debía también a nuevas modalidades incorporadas por la colonización. Se exigió a los africanos la tributación monetaria, esto es, el pago de impuestos en efectivo y por consiguiente se les obligó a trabajar para poder pagarles. La atracción de la vida ciudadana comenzó a ejercer su influencia en los jóvenes, tras las experiencias de los primeros trabajadores. También fue importante la tarea de los contratistas de trabajo que recorrían las aldeas publicitando el trabajo disponible ; por otra parte, los que recibían alguna educación y a quienes se hacía insoportable la vida en aldeas asimismo emigraron. Todas esas circunstancias coadyuvaron en la aceleración de ese proceso de urbanización que llegada la independencia, lejos de haberse detenido, se ha agudizado.

El medio económico

La urbanización, el crecimiento cada vez más ostensible de una economía monetaria y el desarrollo consiguiente de una actividad comercial bastante activa, destinada a intercambiar los productos indígenas con los de la metrópoli, han permitido el principio de un desarrollo económico con que estas naciones han arribado a la vida independiente. Es importante tener en cuenta, sin embargo, que la economía del Africa del sur del Sahara está dominada por las actividades primarias : agricultura e industrias extractivas. El monocultivo es la regla y no la excepción. Por ejemplo, el maní en Gambia, la Guinea Portuguesa y el Senegal ; el caucho en Liberia ; el sisal en Tanganyika ; el cacao en Ghana y el Camerún ; el algodón en el Sudán, Uganda y el Chad. En la República del Congo (Leopoldville, que conjuntamente con las Rhodesias y en mayor grado aún la República de Sudáfrica constituyen los Estados más desarrollados en el ámbito industrial) en 1953 la industria representaba poco más del 10 % del producto bruto nacional. En Ghana el sector desarrollado propiamente dicho —el comercial vinculado a la agricultura y minería—, el cacao constituye el 90 % de las exportaciones agrícolas, siguiéndole la copra, el aceite de palma y los palmitos. Las industrias extractivas constituyen del 20 al 30 % de las exportaciones totales, constituídas principalmente por el oro, los diamantes, el manganeso y la bauxita. Las industrias de

(1) Naciones Unidas : *Informe sobre la situación social en el mundo.* New York, 1957.

transformación se limitan a los productos agrícolas y forestales, algunas cervecerías y pequeños establecimientos textiles (2).

Uno de los factores importantes en la evolución industrial es la presencia de colonos y capitales europeos. Si se toman las Rhodesias y el Sur de Africa, se puede apreciar la incidencia que ha tenido la incorporación masiva de capitales y tecnología en la productividad de las minas y establecimientos industriales. Como contrapartida, la radiación de colonos europeos ha llevado al *apartheid*, o sea la política de preservar a toda costa la dominación política y económica de las minorías blancas. Existe una verdadera distorsión de la economía desde el punto de vista racial, pues la raza negra está muy lejos del nivel de vida de la blanca. La segregación racial en todos los aspectos ha llevado a una situación explosiva, que puede desembocar en cualquier momento en una catástrofe. Un anticipo de esto, fue lo sucedido en Kenya cuando bajo dominio británico los colonos europeos se posesionaron de las mejores tierras, dejando a los nativos sin medios de subsistencia. La respuesta fue la larga y sangrienta rebelión de los mau-mau acaudillados por Jomo Kenyatta, actualmente líder de ese país independiente. Para complicar aún más el problema, la presencia tanto en Sudáfrica como en el Africa Oriental de fuertes minorías asiáticas —hindúes mayormente— ocupando cargos burocráticos de mediana jerarquía y monopolizando el comercio, ha colocado a los africanos en la última posición de la escala social. Como es fácil comprender, una situación de tal carácter no puede naturalmente prolongarse por mucho tiempo. Esa estratificación explica las dificultades que la Gran Bretaña ha debido afrontar en las Rhodesias y en Nyassaland por la resistencia de los colonos blancos a ser gobernados por las mayorías africanas. En la costa oeste tal problema no se ha presentado, y en los distintos países —tanto los que estuvieron bajo dominio inglés como francés— se ha operado una participación mayor del africano en la diversificación que ha tenido lugar en la economía.

(2) Bureau International du Travail : *Les problèmes du travail en Afrique*. Genève, 1958.

El medio social

Africa pertenece a las zonas de menor ingreso económico y de mayor pobreza en el mundo. Exceptuando la República de Sudáfrica —con un producto bruto per capita de 395 dólares— y de Ghana —155 dólares— ; el resto del Africa Negra tiene un producto bruto nacional per capita de 75 dólares, término medio. Ese promedio resulta más bajo que el de Bolivia, que tiene 99 dólares y es el más bajo a su vez de toda América Latina (3). Un estudio de la UNESCO estimaba en 1959 que la tasa media de analfabetismo oscilaba entre el 80 % y el 85 % ; de los 25 millones de niños en edad escolar, 13 millones no iban a la escuela, y de los 12 millones restantes, menos de la mitad llegaban a terminar sus estudios primarios (4).

La urbanización, fenómeno a que se ha hecho referencia antes, no ha significado generalmente que se haya producido una correlativa industrialización. No se ha producido el caso similar de la Gran Bretaña en el siglo XVII, donde las industrias recibieron a los desalojados del campo. Las masas humanas incorporadas a las ciudades africanas no han sido absorbidas por la industria, y el sector de servicios, el transporte y el comercio fueron insuficientes como factores de complemento. El resultado ha sido la formación de una masa flotante, hacinada en condiciones indescriptibles en las chozas de los suburbios que crecen día tras día, focos de la delincuencia, la prostitución y el crimen. Las condiciones sociales en Africa son tremendas. Las viviendas son en su mayor parte de bambú y hojas de palmera, siendo escasas las construcciones duraderas de ladrillos y techos resistentes. Un estudio de las Naciones Unidas encontraba a fines de 1953 que en el Africa al sur del Sahara, sobre una población de 160 milloes, alrededor de 4,5 millones eran trabajadores asalariados o empleados a sueldo en las zonas urbanizadas. 40 % de ellos se encontraban

(3) A.B. Hagen : *Some facts of income levels and economic growth*. New York, 1960.

(4) Richard Greenough : *Un Rendez-Vous Africain. L'éducation en Afrique. Problèmes et besoins*. UNESCO, París, 1961.

en Sudáfrica, 20 % en el Congo. La mayoría de estos trabajadores eran varones, ya que —en virtud de las costumbres locales— las mujeres africanas no se empleaban, y hasta el servicio doméstico estaba a cargo de hombres. También se hacía referencia a la movilidad de esos trabajadores ; 60 % de los mineros en Sudáfrica y 25 % en Rhodesia del Norte procedían de los territorios portugueses y británicos circunvecinos. En Ghana, en el mismo sentido, los trabajadores venían del Togo, Dahomey y del Alto Volta (5).

El reclutamiento de la fuerza obrera en un principio se basaba en contratos forzosos de nativos que no habían ganado mucho respecto de la esclavitud abolida en el siglo pasado. Ese fue el expediente que encontraron las autoridades coloniales para conseguir abundante mano de obra, barata y sobre todo reemplazable. Sin embargo, este sistema fue abandonado, en parte debido a la humanización de los métodos de contratación, y en parte a la relativa ventaja económica que significaba el reemplazo de la mano de obra respecto a su productividad. También se acudió al sistema de obligar, como condición sine qua non de residencia en las ciudades, a trabajar o correr el riesgo de ser enviado nuevamente a las aldeas. Juntamente con el sistema de exigir impuestos en efectivo, estos métodos tuvieron la virtud de desarraigar al trabajador de su tribu, creándole nuevos hábitos de vida. Aunque sus lazos permanecieron firmes —su mujer e hijos se quedaron por lo general en la aldea—, los nuevos hábitos terminaron por imponerse sobre la vieja relación tribal. Ello no quiere decir que no persistió la movilidad. Todo lo contrario. Pero, al menos, una transición importante se operó en la creación de una nueva fuerza obrera que tendió a ser más estable. Al presente, la gran masa de analfabetos, la falta de preparación profesional, son rasgos que también caracterizan a la fuerza obrera africana y que constituyen uno de los problemas más serios en el desarrollo económico del Africa.

Si se considera la retribución percibida por los trabajadores africanos, advertiremos que es muy baja, a pesar de que las potencias coloniales —y luego los gobiernos independientes— se esforzaron en establecer salarios mínimos, leyes de seguridad social y de bienestar. La retribución, en la gran mayoría de los casos, sólo alcanza para el sustento individual del trabajador, esto es, sin incluir a su familia. Hay mucha variedad en los salarios según las distintas ocupaciones y también según la raza a que pertenezca el trabajador. En Sudáfrica, en el período 1948-49, los bantúes tenían un ingreso anual de 110 libras, mientras que para los europeos el mismo era de 450 libras. En Rhodesia del Norte, los mineros africanos percibían un salario mensual entre los 14,5 dólares para el peón y los 87 el trabajador calificado, salario que para los europeos que trabajaban en las galerías era entre 7 y 10,72 dólares *por día*. En Ghana, en 1960, los trabajadores agrícolas (hombres) ganaban un promedio anual de 190 libras, mientras que los mineros percibían un promedio de 336 libras.

Dado el alto costo de vida, el salario de un africano no alcanza para hacer frente a las necesidades mínimas de una familia. Se sigue adelante porque todavía existen sólidos vínculos familiares y los componentes de una gran familia se ayudan entre sí. La mujer, en los últimos años, ha debido romper viejas tradiciones y buscar en la ocupación remunerada su contribución al ingreso común de la familia, lo mismo que los niños, que a edad temprana deben ayudar al presupuesto familiar. A pesar de ello, el endeudamiento permanente es la regla, y es de imaginarse que en esas condiciones no es posible suponer que quede remanente para el ahorro y la inversión. La alimentación —magra y escasa, pues se vive en permanente estado de desnutrición— se lleva la mayor parte del ingreso y es así como la posesión de ciertos bienes materiales se convierte en la meta de pocos privilegiados que no ocultan su suerte ante los ojos de sus hermanos menos dichosos. Dadas estas condiciones, la productividad es baja, y así se tiene que el europeo que trabaja en Africa rinde entre un 25 y un 40 % más que un trabajador africano. No pueden esperarse, indudablemente, otros resultados en las condiciones sociales en que se desenvuelven la inmensa mayoría de los trabajadores africanos.

(5) Naciones Unidas : Op. cit.

Las organizaciones sindicales

Teniendo en cuenta este panorama, es interesante detenerse a considerar la situación de los sindicatos. El sindicalismo africano es, en gran parte, creación moderna, y ello no puede extrañar dada la evolución económica y social que ha tenido lugar en el continente. En Ghana, una de las economías más diversificadas en la costa occidental africana, en 1960 sobre una población de 6.726.820 almas, el sector ocupado alcanzaba a un total de 333.000 trabajadores distribuídos en la siguiente forma : agricultura, silvicultura y pesca, 58.000 ; minas y canteras, 29.000 ; industrias manufactureras, 24.000 ; construcción, 62.000 ; electricidad, gas, agua, 14.000 ; comercio, 31.000 ; transportes, almacenaje y comunicaciones, 31.000 ; servicios, 84.000 (6). El gobierno resulta ser el principal empresario, lo cual ayuda a explicar la fuerte atracción que tienen los cargos burocráticos para la capa educada de la población, que no encuentra muchas oportunidades de empleo. Por otra parte, el artesano propiamente dicho sigue existiendo en forma independiente, más como un pequeño comerciante que como asalariado. Tanto en Ghana como en el resto del Africa occidental colonizada por los ingleses (Gambia, Nigeria), la influencia de los sindicatos británicos ha sido muy importante y de éstos los indígenas han tomado los rasgos que los individualizan de los otros sindicatos africanos que han sufrido la influencia francesa. La política de las autoridades inglesas ha sido más tolerante hacia los sindicatos y ello ha permitido su formación con anterioridad a las ex colonias francesas. En el período de postguerra, sin embargo, han conseguido llegar a tener carácter nacional al constituirse en 1953 la Federación de Trabajadores de Nigeria y la Federación de Trabajadores de Ghana. Esas entidades han sido focos de resistencia anticolonialista y fuente de decididas actitudes en la lucha por la independencia. En su estructura los sindicatos han tendido a agruparse en tres tipos principales : la « general union », semejante al Sindicato del Transporte en Gran Bretaña, incluyendo a empleados del gobierno y organismos privados, trabajadores especializados y no especializados ; la « company union », que son organismos al nivel de un establecimiento, esto es, eminentemente locales en sus alcances, y por último, un tipo industrial que incluye por igual a artesanos y trabajadores de todas las ocupaciones dentro de una misma industria (7).

En las ex colonias francesas la política de la metrópoli en relación a los sindicatos impidió un efectivo desarrollo sindical hasta la terminación de la segunda guerra mundial. La política tradicional hacia los sindicatos fue generalmente hostil, reflejando por otra parte la actitud que los gobiernos de la III República —excepto el gobierno del Frente Popular en 1936— tuvieron respecto a los organismos obreros en la propia Francia. Durante la IV República las cosas tendieron a cambiar, y la libertad de agremiarse fue reconocida y aceptada. Se formaron muchos sindicatos bajo la acción de avezados militantes y contando con la colaboración de las centrales sindicales francesas. Tanto la Confederación General del Trabajo, como posteriormente la Fuerza Obrera y la Confederación Cristiana de Trabajadores Franceses, tuvieron filiales en los territorios africanos. La CGT contaba en 1953 con 30.700 afiliados sobre un total de 68.550 de trabajadores sindicados en la ex Africa Occidental Francesa, y 5.200 afiliados sobre un total de 9.450 agremiados en el Africa Ecuatorial Francesa. Seguíale en orden de importancia la CFTC y por último la Fuerza Obrera, reducida a la ciudad de Dakar y reclutando su mayor cantidad de miembros entre los empleados y trabajadores franceses. Dado el dominio de los comunistas en la CGT, esta organización fue el vehículo de penetración que realizó la Federación Sindical Mundial y llegó incluso a nombrar un vicepresidente en la persona de Diallo Abdoulaye, entonces líder de la CGT del Sudán Francés. Pero la circunstancia de estar los sindicatos africanos empeñados en la lucha por la independencia, su crecimiento vigoro-

(6) Organización Internacional del Trabajo : *Anuario Internacional del Trabajo*. Ginebra, 1962.

(7) J.I. Roper : *Labor Problems in West Africa*. London, 1958.

so y el fuerte vínculo nacionalista que los unía llevó en 1955 a una serie de disputas intestinas que dividieron el movimiento sindical en esos territorios en torno a la idea de constituir organismos independientes y romper los lazos con París. En 1956 Sekou Touré encabezó esa lucha y se enfrentó con la tendencia representada por Diallo Abdoulaye, que quería seguir afiliado en la CGT y en la FSM. Se produjo una escisión, pero en 1957 ambos grupos se reunificaron en la Unión General de Trabajadores de Africa Negra, que rompió sus relaciones con la CGT y la FSM, renunciando Diallo Abdoulaye a su condición de vicepresidente de la última. Los sindicatos de orientación cristiana siguieron idéntica política y en 1956 formaron la Unión Panafricana de Trabajadores Creyentes, que en 1960 contó con la adhesión de organizaciones sindicales de la República del Congo (Leopoldville). La UGTAN sufrió una nueva escisión al formarse distintos grupos con centro en la Costa de Marfil y Níger, otro en el Senegal y también en Guinea. Como todos esos Estados estaban o se encaminaban a la independencia, los movimientos sindicales tendieron a seguir una política más independiente y a ligarse a los propios problemas. Se han formado alianzas regionales que han sido más formales que reales, pues las relaciones se conservaron en el ámbito puramente retórico y muy pocas veces efectivo.

La actividad de los sindicatos se ha identificado hasta la independencia con los movimientos políticos que luchaban contra el colonialismo. Ello es explicable en cuanto las posibilidades no han sido muchas para la acción puramente gremial. La extrema pobreza general, el carácter embrionario de las organizaciones obreras con instrumentos orgánicos limitados, y reducidos muchas veces a focos de protesta sin permanencia efectiva, el hecho de que el trabajo remunerado constituya sólo una pequeña parte de la actividad económica general y la falta de campo de acción directa han derivado las energías hacia la actividad política como medio indirecto de mejorar la situación de los trabajadores. Generalmente los sindicatos han sido dirigidos por empleados, influenciados por intelectuales y gente no directamente trabajadora ; la escasa cultura e instrucción de la masa obrera ha dejado en esas manos la conducción gremial. Fácil es advertir —dada la vinculación de esos grupos con la labor política— que esa actividad extragremial ha sido muy natural y lógica.

Los sindicatos fueron, por esas causas, extremadamente débiles en lo que respecta a su capacidad de iniciativa propia y de acción directa en forma sistemática y permanente. La estructura de los sindicatos en los países de habla francesa ha seguido los lineamentos comunes en la entonces metrópoli. Un estudioso del sindicalismo en la ex Africa Occidental Francesa observaba que : « Los sindicatos locales son industriales en su estructura y territoriales en su extensión : un sindicato de obreros de la construcción, abarcando todo el Sudán » (8). Los sindicatos locales tenían —por su debilidad— que agruparse en federaciones locales y regionales, atendiendo más a la unión de todos los posibles agremiados que a la separación en sindicatos individuales. Esa característica se ha mantenido luego de la inauguración de la vida independiente. Los sindicatos siguen siendo débiles, con finanzas siempre insuficientes, ya que los salarios no pueden dar para más.

Esa debilidad ha llevado a los sindicatos a depender más aún de la acción gubernamental. En una economía como la del Africa, en que todo hay que construirlo prácticamente, no puede extrañar que la acción del gobierno haya sido preponderante. Los sindicatos han tenido que colocarse dentro de los esquemas y planificaciones proyectadas, reduciendo su tarea a obtener legislación favorable y humanizar así el desarrollo. Han surgido numerosos códigos de trabajo y de seguridad social que han establecido cuidadosamente todas las normas mínimas de salario, descansos, licencias por enfermedad, indemnización por despidos, etc. Correlativamente se ha modelado todo un sistema de control en las relaciones industriales. En Tanganyika, para citar un ejemplo ilustrativo, el movimiento sindical es incipiente, y en 1955 se constituyó la

(8) Eliot Berg : « French West Africa ». In *Labor and Economic Development*. Ed. Walter Galenson, New York, 1959.

Federación de Trabajadores de Tanganyika. La legislación impuesta por la administración inglesa en 1956 respecto al régimen legal de las asociaciones obreras —obligación de inscribirse en un registro especial, llevar libros de contabilidad, etc.— se ha mantenido en el ordenamiento legal de 1962 establecido por el nuevo gobierno independiente. Se reconoce una sola federación sindical y todos los sindicatos están obligados a pertenecer a ella. Esos sindicatos —empleados del gobierno, obreros del transporte, plantaciones y portuarios— han obtenido la ventaja de que las cuotas de sus afiliados sean deducidas de los salarios, ya que los empresarios están obligados a hacerlo. Como contrapartida, la actividad sindical está controlada, pues el gobierno quiere mantener a toda costa un ambiente de tranquilidad que permita concretar sus planes de desarrollo. Los fondos sindicales tienen destino restringido. Según la ley, existen detalladas disposiciones sobre conciliación previa a las huelgas y el arbitraje obligatorio.

Los sindicatos africanos, pues, están estrechamente ligados a la política gubernamental. Esta política está determinada por núcleos nacionalistas que han desalojado a las autoridades coloniales. Su principal rasgo es su convicción —casi religiosa— en la misión trascendental que están cumpliendo y la proyección de la misma en el futuro de su país. Líderes como N.Khrumah en Ghana y Sekou Touré en Guinea, evidentemente interpretan que esa misión no puede ser desempeñada por otros. El núcleo nacionalista se personifica y se deifica, haciendo difícil la vida a los partidos de la oposición. Surge el partido único, que parece destinado a caracterizar la vida política de la mayoría de los nuevos países independientes del Africa. En ese clima el movimiento obrero tiende a ser secundario y a formar parte integrante del aparato del gobierno.

Perspectivas

Las naciones africanas afrontan problemas difíciles en su marcha hacia su desarrollo moderno. Con una población en nutrición alarmantemente deficitaria, viviendo en casuchas sin ventilación y sin condiciones mínimas de salubridad ; con un aumento de población que incorpora año tras año jóvenes que buscan trabajo ; con una industrialización demasiado incipiente como para que pueda absorber el crecimiento de la población y el movimiento migratorio del campo a las ciudades ; con una agricultura atrasada que no produce y no acumula excedentes que puedan invertirse en otras actividades productivas, es evidente que no puede suponerse que el papel que jueguen los sindicatos no sea sino secundario ; que probablemente se reduzca a obtener ventajas de su vinculación con el núcleo gobernante para sus miembros, que se convertirán en una minoría privilegiada dentro de un panorama general de escasez y de miseria.

La ayuda externa puede ser un factor importante en la modificación de esta situación, aunque no decisivo. El C.I.O.S.L. ha podido acrecentar su influencia en Africa a través de su organismo regional con sede en Lagos, Nigeria, sobre la base de los sindicatos de ese país. Pero es difícil promover un sindicalismo libre dentro de un marco de relaciones industriales como las que imperan en las naciones occidentales. Es indudable que el movimiento sindical africano podría convertirse en un elemento valioso de progreso, si sus energías se canalizasen en acciones concretas en beneficio de la colectividad y si adoptase una posición firme de freno y control de la acción gubernamental. Ello le permitiría humanizar el desarrollo, para que no se realice con el sacrificio exclusivo de las generaciones presentes y se burocratice en castas políticas que reproducirían la experiencia rusa o china. Esa actividad sindical chocaría con la tendencia hacia el partido único y el absolutismo político. Pero esta práctica es siempre perniciosa para el hombre y para la cultura, por más primitiva que sea una colectividad. Considerando el panorama presente del Africa Negra, es difícil que ocurra un enfrentamiento de tal índole. Más factible es que las generaciones sean sacrificadas, que el absolutismo político eche raíces más hondas y que las perspectivas de una democracia política y social sean más que lejanas para los nuevos países independientes al sur del Sahara.

CARLOS CASTRO SAAVEDRA

Invasión de los bosques

Morirán los tambores,
perderán
su cuero y su sonido.
Sobre las escafandras de los buzos
crecerán las hormigas
y sus desfiles amarillos.
Los ojos de las flautas
se llenarán de insectos y de musgo,
y las bocas de las trompetas
comerán tierra y alfalfares.
La ventana más alta
será alcanzada por el trueno
de las enredaderas,
que es silencioso, pero agrieta
los muros y los vidrios.
Las monedas, Dios mío, las monedas
ocultarán su brillo
y serán sepultadas por los cascos
de los caballos y las cabras.
Tanto silencio, tanto
caerá sobre las orquestas,
los motores y los fusiles,
que podrán escucharse
hasta los dedos de los muertos
perdiendo sus anillos.
Entonces volveremos
a ser buenos amigos de los pájaros
y a conversar con ellos en los parques.
Habrá tiempo para sentir
el paso de la sangre por las venas
y de la lluvia por el puente
que separa al invierno del verano
y al frío del calor.
Volveremos a ser humanos,
dulces por dentro, tibios
como los nidos y las cunas.
Es un sueño, es un día
que se parece al paraíso,
pero es hermoso imaginar
que los bosques ocupan las ciudades
y devuelven al hombre su inocencia.

B.D.I.C

En busca de un cine mexicano

POR NESTOR ALMENDROS

I

UN CICLO SE HA CERRADO : el cine mexicano está atravesando la crisis más grande de su historia. Con una producción que fluctuaba entre 80 y 100 películas en los últimos quince años, en 1963 sólo se han realizado 29 películas. Para 1964 se prevee una cifra todavía menor. Pero con la crisis viene la renovación : es posible que de ahora en adelante las cosas sean diferentes. Por lo menos un recuento de lo sucedido se hace necesario.

La crisis; antecedentes

El cine mexicano monopolizaba prácticamente después de la última guerra la distribución y en ocasiones la producción de películas de los países de América Latina. México supo sacar ventaja de dos circunstancias históricas : la guerra civil española en 1936, puso al contrincante más peligroso fuera de combate por varios años : se trataba de conquistar los mercados cinematográficos naturales del idioma, y España ya no era el principal productor. México se beneficiaba de paso con el exilio de numerosos técnicos y artistas que vinieron a engrosar las filas (Buñuel es sólo el caso más conocido). La otra circunstancia favorable fue la guerra mundial en 1940, que produjo una escasez de equipos y sobre todo de película virgen. El proveedor, que era los Estados Unidos, prefirió favorecer a México en detrimento de la Argentina que mantenía una posición ambigua en la lucha contra el Eje. El peronismo acabó por estrangular el cine argentino entonces todavía en auge y muchas de sus figuras más importantes emigraron.

Desde aquel momento, la batalla parecía definitivamente ganada para México ; sus empresas cinematográficas pasaron a ejercer en América Latina un papel semejante al que ejercían, en una escala mundial, las empresas norteamericanas. Fue entonces cuando se creó el sistema de financiaciones llamado de « los anticipos » : las distribuidoras de « films » mexicanos de Venezuela, Cuba, Colombia, etc., adelantaban una cantidad ante el proyecto que se les presentaba de una película no realizada todavía. El dinero se adelantaba en razón y proporción de los nombres de « estrellas » y directores « acreditados » bajo contrato del productor. La película se filmaba rápidamente en dos o tres semanas, y se enviaba lo antes posible a los distribuidores.

Esta fue la época de las vacas gordas para el cine mexicano. Los productores se enriquecían sin arriesgar un centavo. Las « estrellas » de la época : Negrete, Cantinflas, María Félix, etc., acumulaban fortunas, construían hoteles particulares, piscinas, ranchos de recreo... Sólo Hollywood en la época de esplendor sin impuestos había conocido algo igual.

Varios acontecimientos han precipitado la caída : ha habido, por supuesto, como en todas partes, la televisión. Pero la tele-

visión por sí sola no hubiese llevado a una situación semejante. El cine español y el argentino han ido reconstruyendo sus industrias y recuperando algunos mercados. Además el « star system » ha sido víctima del tiempo : los intérpretes de fama que eran los que atraían al público, han muerto, como Negrete, Armendáriz, Infante ; o han envejecido : como Dolores del Río y María Félix. El cine mexicano actual ha sido incapaz de crear nuevas figuras lo suficientemente atractivas como para poder sustituir a las viejas : todo un capital invertido en publicidad perdido por accidentes fortuitos o por falta de previsión. Ha jugado también en la crisis la situación sindical de la industria del cine en México, que alcanza no sólo a los técnicos, sino también a los realizadores. Prácticamente, durante los últimos veinte años las películas que se han filmado se las han repartido un número limitado de directores, siempre los mismos, y hoy ya en su mayor parte envejecidos y anquilosados por la rutina. El cine mexicano necesita desesperadamente nuevos cuadros, pero los viejos se protegen a través de los sindicatos no permitiendo la promoción de neófitos más que en casos muy contados.

Sin embargo, la causa principal de la gran crisis del cine de México estriba en el deterioro creciente del sistema de financiación. Los productores, siempre confiando en el estupendo sistema de hacer películas con el dinero de los otros, en lugar de reinvertir en la industria del cine, han preferido situar sus capitales en la construcción de bienes inmobiliarios. Así, de la noche a la mañana, se llega a un punto cero : primero la devaluación de la moneda de algunos de los países latinoamericanos que contribuían en mayor grado ; después, con una política de defensa de divisas en otros países, quedan aún más reducidos los anticipos. A esto se suma la revolución de Cuba que elimina de un golpe otra de las fuentes más importantes de ingresos. Ha quedado, pues, reducido el mercado al territorio mexicano y a las zonas de habla española del oeste de Estados Unidos y de Nueva York.

Como medida de emergencia, los sindicatos del cine mexicano han producido en cooperativa algunos de los pocos « films » del pasado año para salir al paso al desempleo alarmante. Por su parte el gobierno mexicano ha nacionalizado el monopolio de exhibición del todopoderoso Jenkins con objeto de racionalizar la explotación de las películas.

Un punto de vista diferente

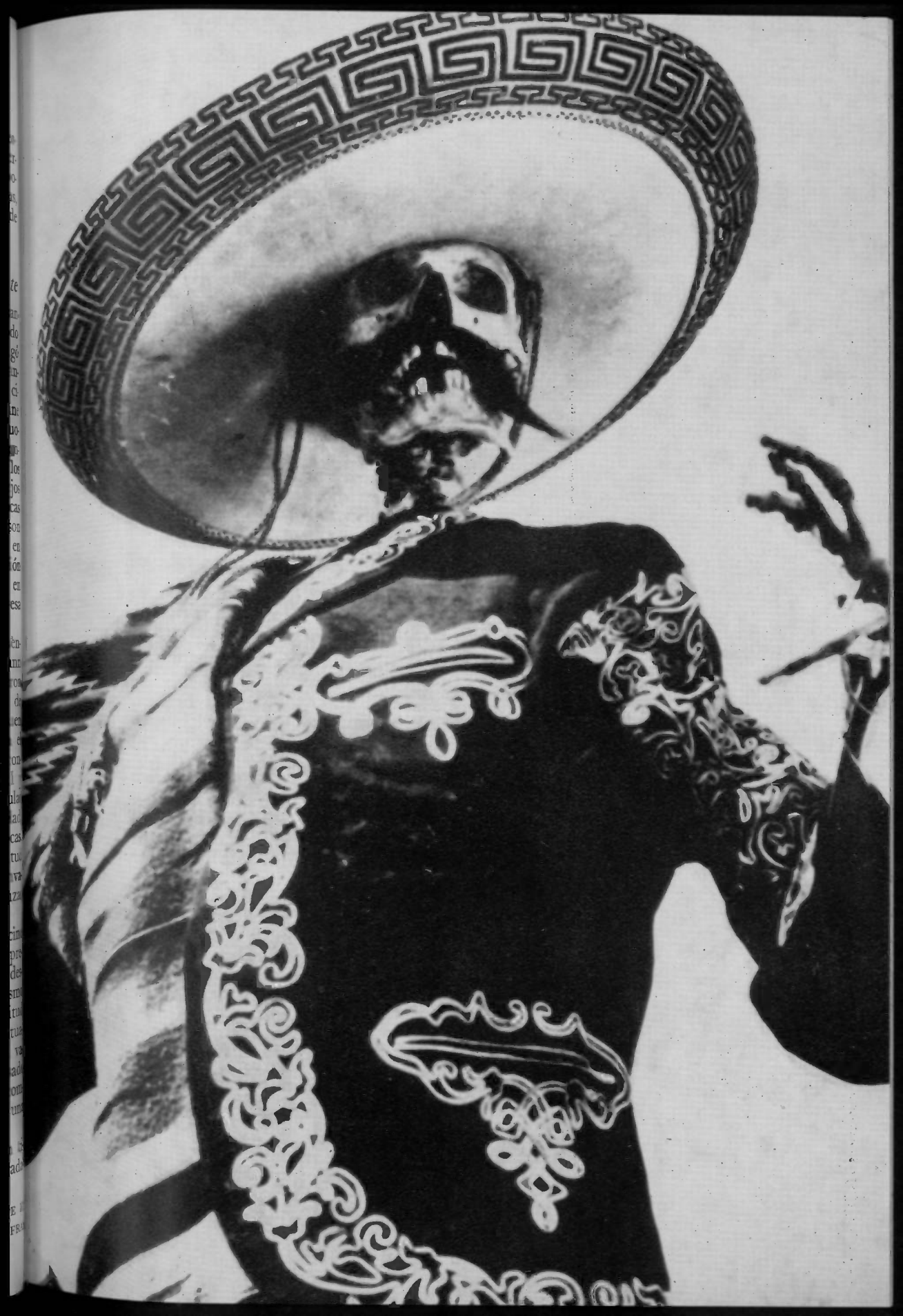
Una revista, *Nuevo Cine*, de la que han visto la luz diez números, ha intentado cumplir un papel semejante al que jugó otra revista, *Cahiers du Cinéma*, en Francia en el decenio del 50. Los jóvenes cineastas denuncian en sus páginas el cine convencional, vulgar, cuando no presuntuoso de los viejos, pero atacan también frontalmente al sistema de financiación, a los sindicatos todopoderosos, y a los viejos críticos rutinarios. Las soluciones prácticas aportadas por los jóvenes a la crisis son discutibles ; sus posiciones estéticas, en cambio, suponen una verdadera revolución dentro de los principios establecidos en México. Es este aspecto el que nos interesa más para el presente estudio.

Durante muchos años, desde que Eisenstein vino a México, desde que Zinnemann y Kline y Emilio Fernández comenzaron a hacer una obra de « descubrimiento de lo nacional », se consideraba que el buen cine mexicano —puesto que además en el extranjero lo decían también— debía contar con estos ingredientes : tema social de combate, reivindicación de lo popular y primitivo, visión hierática de la realidad, fotografía inspirada en las artes plásticas, montaje analítico de los planos, actitud folklórica... Eran estos los films que invariablemente obtenían premios y alabanzas de los críticos.

La nueva generación revisa el viejo cine mexicano desembarazada de algunos prejuicios. Lo que antes parecía excelente descubre hoy su endeblez y un esteticismo exagerado, y lo que es peor, una actitud pseudo popular desde posiciones intelectuales. Como contrapartida, se redescubren valores en obras que antes habían pasado inadvertidas. Algunos directores, mal comprendidos en su tiempo, son elevados a una categoría superior.

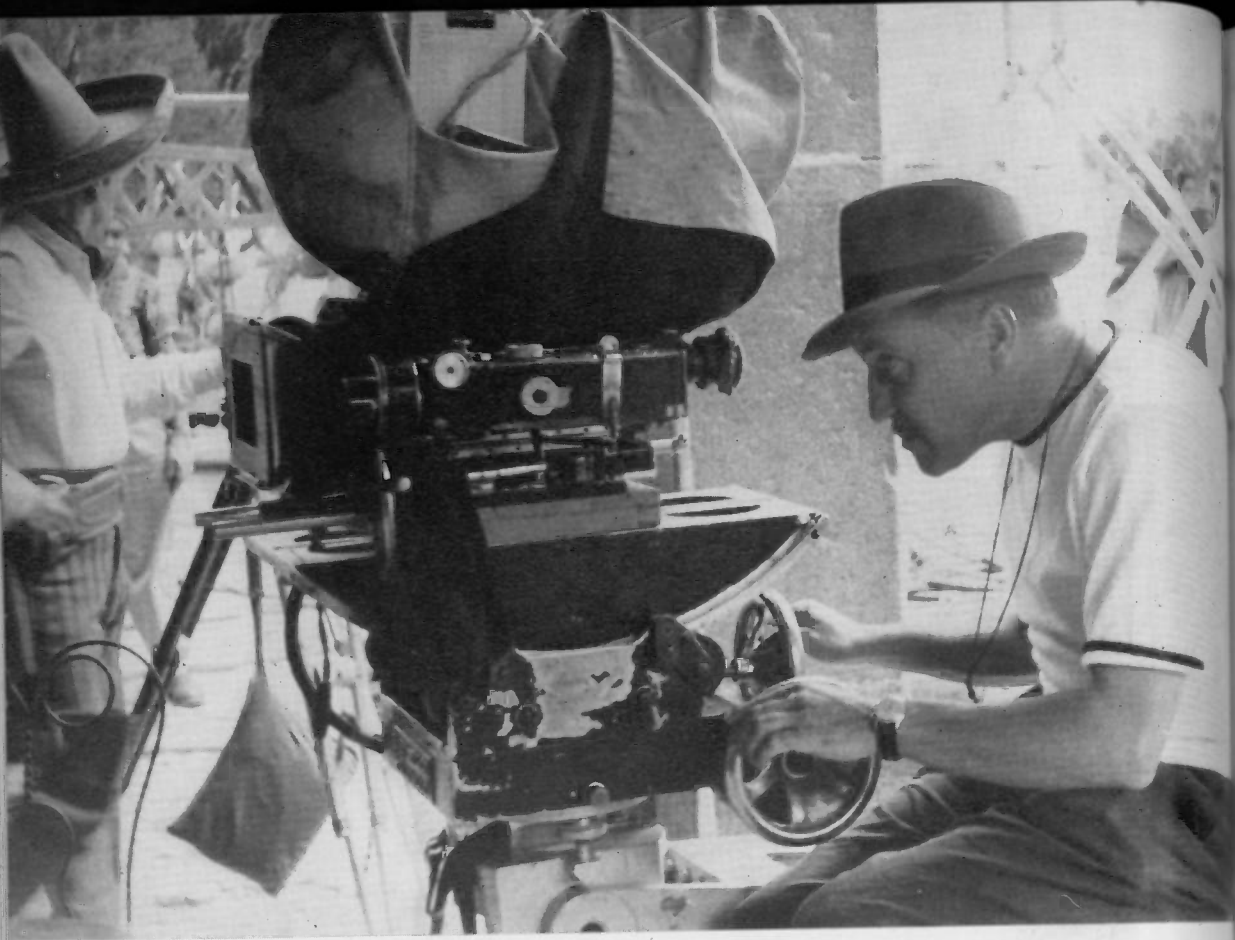
Lo cierto es que, paralelamente a un cine intelectual que pretendía desesperadamente

« QUE VIVA MEXICO », FILM DE
(FOTO DE LA « CINEMATHEQUE FRA



EL ACTOR MEXICANO CANTINFLAS

DEL FILM « EL », DE LUIS BUÑUEL (1952)
(FOTO DE LA « CINEMATHEQUE FRANÇAISE »)



mente ser sublime, se producía otro cine comercial que, sin saberlo, descubría la verdadera entraña nacional con una naturalidad y una sencillez que nos recuerda a veces la de los grandes clásicos del cine norteamericano. Y, en efecto, como el americano, era un cine que surgía de una necesidad popular, de un público que veía en las películas ante todo un entretenimiento y un espectáculo.

Tendencias

Con esta nueva perspectiva crítica, se perfilan ahora en la historia del cine mexicano tres influencias básicas : una, la europea intelectualista que había nacido sobre todo de la experiencia Eisenstein y que resultó una influencia perjudicial por varias razones. La principal es que la estética de Eisenstein en « ¡Qué viva México! » correspondía a una estética del cine mudo en la que la ausencia del sonido había desarrollado una narrativa metafórica con una hipertrofia del montaje. « ¡Que viva México! » fue realizada precisamente en el momento de transición de la llegada del sonido (las versiones bastardas conocidas fueron sonorizadas). La gran publicidad en torno al escándalo provocado por la negativa del escritor-productor americano Upton Sinclair a permitirle a Eisenstein terminar su « film », marcó profundamente el naciente cine (sonoro) mexicano. Se había creado un mártir : los intelectuales, la élite, debían desagraviar al artista. Este era el cine « que los comerciantes sin escrúpulos no permitían darle al pueblo ». Pero « ¡Que viva México! » quedó inconclusa y las versiones dadas a conocer fueron montadas de cualquier manera por gentes que carecían del genio de Eisenstein. Se comprende, pues, que su influencia, ya en sí discutible por las razones expuestas, se haya ejercido de una manera indirecta a través del montaje de los despojos : hay grandes obras de arte que pueden dejar una mala semilla.

Una segunda vena del cine mexicano proviene de la herencia teatral española. Es ésta la influencia más copiosa y la que más pobres resultados ha dado. México poseía una tradición teatral española de raíces antiguas. El caso de Ruiz de Alarcón en el Siglo de Oro es un ejemplo ilustre que no da, sin embargo, la tónica general. Tónica que se refleja en el cine retórico mexicano de los melodramas sensibleros, en el humor basado en el retruécano, en las comedias musicales con abundantes canciones como en zarzuelas.

Las dos influencias señaladas se ve ahora que han sido más bien negativas. La primera, la europeizante-intelectual, paradójicamente indigenista, por razones de un desnivel cultural insalvable. La segunda, la teatral-española, por razones del carácter estético de la expresión : el desnivel de dos artes a veces opuestas.

Mitificación

Queda una tercera influencia que considero más legítima que las anteriores : la influencia del cine californiano. Conviene aclarar antes lo que entiendo por cine californiano : el cine de los Estados Unidos quedó marcado desde un principio por un destino geográfico. La fijación de su industria cinematográfica en Hollywood, al otro extremo de los Estados cultos del Este, determinó un arte alejado del de Europa tanto por el paisaje como por la actitud : de ahí su originalidad. Ahora bien, los Estados del oeste habían sido antes parte de México y lo son hoy todavía en cierto modo. El estilo « western », como forma de vida, tiene tanto de mexicano como de anglosajón. A ambos lados del Río Grande se producen idénticos paisajes y una economía ganadera de grandes espacios. Pero la violencia de los « frontier times », convertida en mito épico por el cine americano, es proporcionada al « western » cinematográfico mexicano por el hecho revolucionario. El pretexto es lo de menos : si se comparan algunas de las películas « de charros » —que es el nombre que toma el « western » en México— con las norteamericanas, se podrá llegar a concluir que el cine mexicano y el californiano son partes de una sola provincia cinematográfica. No será necesario entrar en más detalles : cuando digo cine californiano se entiende bien que no me refiero a todo el cine que se hace en Hollywood, sino a aquel que surge autóctono, de la geografía de la zona.

[illegible] : EL CAMAROGRAFO GABRIEL FIGUEROA.
) : DOLORES DEL RIO Y ARMENDARIZ EN EL FILM « MARIA CANDELARIA ».

En otro orden de cosas, por su eficacia y rapidez, por su organización técnica, el cine mexicano se parece también al de Hollywood, pero al Hollywood de las películas « B ». No es este en absoluto el caso del cine en el Brasil o en la Argentina.

Son dos en realidad las contribuciones mexicanas al « western ». En una, que es la que he citado, el « cowboy » y el indio se transforman en el revolucionario y el federal, es decir el « western » llevado a un plano político-social. En otra, el cowboy es un charro que canta, creándose así el « oeste musical ». Es Fernando de Fuentes, redescubierto ahora por la nueva generación de críticos, el creador de estos subgéneros que, con mayor o menor fortuna, han venido repitiendo otros realizadores mexicanos hasta nuestros días. De Fuentes con « El Compadre Mendoza » (1934) y « Vámonos con Pancho Villa » (1935), dos oestes políticos, y « Allá en el Rancho Grande » (1937), oeste musical, sentaba las bases de un auténtico cine nacional mexicano. No solamente por sus resultados técnicos y comerciales, sino sobre todo por el descubrimiento de una mitología propia.

Ha existido, pues, en México, paralelamente a un cine intelectual de élite, una escuela de cine popular que ha encontrado en realizadores —quizás de menos talento que Fernando de Fuentes— un estilo con un dinamismo deportivo, una frescura y una gracia de expresión que hoy nos encantan. En último término puede decirse, al menos, que son películas que han resistido la prueba del tiempo ; mientras que las otras, las hechas con pretensiones intelectuales exageradas, han envejecido irremediablemente.

Se ha reprochado a estos realizadores que su visión de la revolución mexicana es deformada y mítica, olvidando que éste es un argumento poco válido estéticamente. ¿Fue Homero un historiador ejemplar de los hechos acaecidos en Troya? ¿Tiene el « western » norteamericano una remota relación histórica con la expoliación de los indios por los blancos y la conquista o anexión de varios nuevos Estados?

Ismael Rodríguez, que es uno de los mejor dotados de los herederos de de Fuentes, pone las cartas sobre la mesa en « Pancho Villa y la Valentina » (parte de una trilogía reciente sobre Pancho Villa). No pretende Rodríguez darnos una biografía documentada del héroe, sino que al contrario, desde el prólogo habla de la voluntad de recoger tradiciones populares, anécdotas apócrifas, que llegan a ser más reales que las verdaderas.

Pero la nueva generación de críticos mexicanos ha caído también en la trampa patriótica : « hay que desmitificar la revolución mexicana en el cine », claman indignados. Pero aquí ya no hablan como críticos de cine, sino como historiadores, como políticos. El rigor documental ante hechos quizás demasiado cercanos todavía los ofusca, su falta de distancia les impide juzgar sin prejuicios algunos films.

Debates

Otro caso de hipermetropía semejante, por parte de los mexicanos, se produjo cuando algunos críticos franceses « descubrieron » el « film noir » mexicano de los decenios del 40 y 50. Pretender que aquellos melodramas, aquella serie de películas sobre los bajos fondos con la actriz Ninón Sevilla como protagonista eran « geniales parodias », era, según los críticos mexicanos, una prueba más del esnobismo francés. El humor lo ponía el espectador, no el autor. Alberto Gout —director de la mayoría de las películas de la famosa Ninón— carecía de la cultura necesaria para realizar verdaderamente las parodias tan sutiles que se le atribuían, tan sutiles que solamente algunos elegidos las podían percibir. Pero el tiempo ha probado que los críticos franceses fueron bastante perspicaces : el autor de los argumentos, de los guiones, era Alvaro Custodio, hoy un director teatral destacado y uno de los críticos cinematográficos más sarcásticos y exigentes que ha tenido México. La parodia del melodrama estaba, pues, implícita en el nivel inicial del guión, en el planteamiento de las increíbles situaciones, en los ridículos personajes, absurdos hasta el surrealismo. Si Gout tomaba en serio los argumentos que le proporcionaba Custodio, tanto mejor : más ambigua, refinada y auténtica sería la parodia. En efecto, películas como « Aventurera » (1949), « Sensualidad »

(1950) y « No niego mi pasado » (1951) tienen un erotismo desencadenado, pero nos reservan una sorpresa : « el encuentro del ritmo, la fotografía, el encuadre de Hollywood —nos dice Raymond Borde en *Positif*, París, 1954, n° 10—. Los franceses hemos intentado varias veces inútilmente reconstruir, alcanzar este sentido directo del cine americano ; los mexicanos lo han logrado sin proponérselo y en su propio paisaje ».

Este raro sentido de la buena narración cinematográfica lo reencuentra también México a veces en su cine de horror. Es un cine, claro, a menudo pueril, pero en el gusto por la violencia pesa seguramente la herencia española y azteca en el sentido de una mayor crudeza que la que encontramos en los « films » del género que antecedieron, ya sea en el cine alemán expresionista o en el del decenio del 30 en Hollywood. México, sin el substratum cultural alemán, sin el puritanismo anglosajón, carga más la mano en lo sangriento y en lo grotesco y macabro, como en los aguafuertes de Goya o los grabados de Guadalupe Posada y aun los sacrificios humanos en las pirámides. La imaginación desbordada descubre así a veces (véase en el apéndice biográfico los nombres de Fernando Méndez y Corona Blake) el aliento poético de lo primitivo, la magia de las supersticiones populares : un campo predilecto de la expresión cinematográfica.

Evolución de los géneros

Hubo en los treinta años que han antecedido una evolución en la temática del cine mexicano que ha sido señalada con acierto por Emilio García Riera en su libro *El Cine Mexicano* (Ediciones Era, México, 1963). Esta evolución se ha producido paralelamente al desarrollo económico del país. En líneas generales —sin que se quiera establecer una regla—, el cine mexicano ha ido pasando de lo rural a lo ciudadano, de lo agrario a lo industrial. Aun el género ya clásico de las películas de charros —que he calificado antes como de « westerns » mexicanos— se modifica en una curiosa simbiosis de elementos ciudadanos y campesinos, con persecuciones paralelas, en las que intervienen por igual caballos y automóviles, jinetes y choferes. Un título a modo de elocuente ilustración : « Gangsters contra Charros », de Juan Orol.

Esta evolución se hace bien patente en el cine de humor. El actor cómico más popular del decenio del 30 era Carlos López « Chaflán ». Chaflán representaba invariablemente un charro grotesco y taimado, con grandes bigotes, sombrero de ala ancha y pistolas al cinto. Era un personaje eminentemente campesino. Coincidiendo con la expansión demográfica del Distrito Federal y la industrialización progresiva del país, dos personajes nuevos de la gran ciudad surgen en el decenio del 40, alcanzando una popularidad enorme : el pelado y el pachucho, Cantinflas y Tin Tan (personajes entroncados por otra parte con la tradición picaresca hispánica). El pelado representado por Cantinflas es un pobre diablo cuyas armas para defenderse de la sociedad que lo rodea son la malicia, el ridículo y un lenguaje propio ininteligible. El pachucho es otro pobre diablo, con pretensiones de gran señor y actitudes irresponsables... Pero el cine cómico mexicano, aparte la estimable composición de los personajes, carece de valor cinematográfico. Al contrario del « slap-stick » de Sennet, del « gag » cinematográfico de un Chaplin o un Tati, los cómicos mexicanos reniegan de la « situación » cinematográfica y construyen sus « films » apoyándose en la simpatía personal de los intérpretes o en los chistes y retruécanos de origen teatral.

Esta evolución temática de lo campesino hacia lo ciudadano tiene también un paralelo : la evolución de lo popular a lo burgués. Aquellos melodramas populistas de la clase pobre o media, en los que la protagonista era una abnegada y dulce matriarca (algunos títulos : « Madre querida », 1935 ; « Mi madrecita », 1940 ; « Cuando los hijos se van », 1941. Recuérdese « el caso » Sara García). Encuentra poco a poco un descubrimiento de la familia burguesa, con grandes mansiones, automóviles de lujo, vacaciones en Acapulco, divorcios, etc. Es decir, una nueva clase de nuevos ricos, producto de la estabilidad política y económica del México de los últimos veinte años.

Un fenómeno también característico, pero éste acentuado en los años inmediatamente anteriores a la crisis actual, es una especie de panhispanoamericanismo destinado a complacer y conservar al público de los mercados cinematográficos en los que México ejercía el monopolio. Esto dio por resultado un cine híbrido y con pretensiones folklórico-cosmopolitas: charros de Jalisco, rumberas cubanas, gitanas y toreros andaluces coincidían no se sabía cómo en no se sabía qué grandes ciudades. Abundantes canciones de cada uno de los países de la comunidad hispánica salpicaban cada « film ».

Ha habido una evolución de la moral con relación al sexo. A un cine de cierto aire provinciano y familiar de los años treinta, como corresponde al puritanismo en todo inicio revolucionario, sucede un relajamiento de costumbres. La serie que tenía como centro de la acción el cabaret fue evolucionando hasta rozar lo pornográfico. Algunos títulos como ilustración : « Cortesana », « Arrabalera », « Callejera », « Perdida », « Pervertida », « Trotacalles »... La censura tuvo finalmente que intervenir.

Otra serie introducida no hace mucho en el cine mexicano es la que tiene como ambiente la juventud universitaria y politécnica. Una juventud nacida de esta nueva clase burguesa de que he hablado y que es un derivado directo del « teen-ager » de los Estados Unidos.

En realidad todos estos movimientos de búsqueda de nuevos filones y temas, no reflejan más que un intento para ampliar mercados fuera, y sobre todo dentro del territorio nacional. La alta burguesía y aun la clase media de los países latinoamericanos se han mostrado desde un principio persistentemente refractarias al cine en lengua española, que se identifica con el entretenimiento de las masas analfabetas, incapaces de leer los subtítulos de las películas norteamericanas o europeas. La asociación de ideas analfabetismo-cine en español, ha perjudicado sin duda al cine mexicano condenándolo a un público sencillo. Pero ya hemos visto que a veces este público primario, sin resabios literarios, teatrales o culturales de ninguna clase, ha sido el que ha aplaudido, antes que los críticos, algunas de las películas mexicanas que más han perdurado en el tiempo, algunas de las películas más sinceras y frescas, sin duda porque provenían de una vena auténticamente popular.

Es difícil predecir la forma en que el cine mexicano va a salir del « impasse » industrial en que se encuentra. Lo que sí parece evidente es que la renovación tendrá que venir de los jóvenes. Tal como están las cosas no es probable esperar grandes sorpresas de los que han tenido ya demasiadas oportunidades de demostrar de lo que eran capaces. Existen en México excelentes técnicos, magníficos estudios. Pero el nuevo cine mexicano, si quiere ser universal, habrá de hacer una síntesis difícil: tendrá que ser a la vez un cine popular y culto, comercial e inteligente. Tendrá también que aprovechar las experiencias anteriores, decantar en un lenguaje moderno las constantes de un cine que tiene ya una tradición y unos símbolos propios.

(*Continuará.*)

Un precursor de las expediciones botánicas: El Padre Luis Feuillée

POR GABRIEL GIRALDO JARAMILLO

Al Dr. Enrique Pérez Arbeláez

El siglo XVIII americano es uno de los más cargados de contenido social, económico y político. Es también el siglo de la rehabilitación intelectual del Nuevo Mundo y de su descubrimiento científico. Entre sus fechas límites hallamos hechos de tanta trascendencia cultural como la expedición franco-española al Ecuador, que produjo, aparte los resultados técnicos, un excepcional examen de conciencia americano, el de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, y la misión Humboldt-Bonpland que vinculó en forma fecunda y perdurable el Nuevo Continente a la ciencia universal.

Es el siglo de los viajes científicos y las expediciones botánicas. Los primeros llevan un mensaje americano a los pueblos cultos. Las segundas se enfrentan a la problemática natural de unas tierras apenas sospechadas. Lo que fue casi adivinación y bosquejo en los primeros cronistas científicos —Fernández de Oviedo, Bernabé Cobo, Francisco Hernández, José de Acosta, Nicolás Monardes— se sistematiza, se hace racional y profundo en los directores de los Institutos consagrados a la investigación de la realidad de América : Mutis y Malaspina, Sesé y Mociño, Ruiz y Pavón, y sus discípulos que crean ciencia nueva y echan las bases de las disciplinas naturales en las colonias hispanas y con ellas las raíces de su independencia.

La historia científica americana es aún oscura. Su bibliografía abundante en estudios monográficos carece de visiones de conjunto y de análisis que revelen su significado intelectual. Y ofrece innumerables lagunas. Figuras insignes, tareas meritorias, valiosas contribuciones han sido olvidadas. No las nimba la aureola del uniforme militar ni del oropel político. Pero es preciso desenterrarlas, desentrañar su sentido, señalarlas como ejemplo y camino.

Una de esas figuras modestas, pero ilustres, es la del Padre Luis Feuillée que bien merece el título de Precursor, no sólo por su prioridad cronológica, sino por el método de sus trabajos, su orientación eminentemente científica, su preocupación americanista.

Feuillée fue un fraile mínimo. Nacido en hogar humilde en Mane (Provenza), en 1660, murió en Marsella en 1732. Aunque vistió hábito religioso, fue ante todo un investigador, un viajero naturalista y un « honnête homme ». Como alumno portero adelantó estudios en el convento de los Mínimos de su pueblo natal, demostrando excepcional capacidad para la astronomía : « Habiendo tenido desde mi más tierna infancia una inclinación natural por las matemáticas, me sentí especialmente llevado hacia la astronomía y hacia la meditación de los cuerpos celestes cuyos movimientos han sido el estudio de los más sabios hombres de los siglos pasados y de nuestros días » (Journal... I, 1). A fin de completar su formación científica, sólo encontró una

solución : hacerse fraile. Fue ordenado en Aviñón en 1680. La comunidad tuvo el acierto de estimular su vocación y a los pocos años fue conocido en los medios sabios europeos. Su nombre llegó a la corte francesa en labios de dos influyentes amigos suyos, hombres de ciencia como él, los académicos Jean-Dominique y Jacques Cassini.

Con este último, bien conocido por sus trabajos sobre la determinación de la forma de la Tierra, viajó en 1699 al Medio Oriente como perito hidrógrafo. La expedición se ocupó especialmente en la exploración de las costas griegas y del archipiélago de Rodas y Creta y de los puertos del Asia Menor.

En este periplo helénico el P. Feuillée tomó el gusto por los viajes. Proyectó entonces dirigirse al Nuevo Mundo, que despertó su curiosidad científica. Pero el astrónomo era también un hombre de sentido práctico : « Su conocimiento (el de América), escribe, es muy interesante por los tesoros inmensos que de allí se sacan todos los días para enriquecer a Europa. » Encuentra colaboración y ayuda eficaz en Jacques Cassini, que lo recomienda a las autoridades reales. Escribe al Canciller Pontchartrain, ministro de Luis XIV, que le envía pasaportes y cartas de introducción. No encontrará dificultades administrativas ni en las Antillas ni en las colonias españolas.

Se embarca en Marsella el 5 de febrero de 1702 y después de algunas semanas de espera en Cartagena y en Gibraltar llega a la Martinica el 2 de abril. Inicia sus trabajos científicos en la isla, que le toman más de dos años, pues los da sólo por terminados el 1° de julio de 1704 en que, en un barco de filibusteros al mando del capitán M. de Sainte-Catherine se dirige hacia lo que él llama « las Nuevas Españas ». No se trata, como podría suponerse, de México, es decir de la verdadera Nueva España, sino de la Tierra Firme, de las hoy repúblicas de Colombia, Venezuela y Panamá. Esta curiosa denominación tiene cierta vigencia en la geografía francesa del siglo XVII, como lo comprueba la carta del Océano Atlántico de Pierre De Vaulx (1613), que inédita conserva la Biblioteca Nacional en París. En medio de un azaroso derrotero en el que no faltan los encuentros con corsarios holandeses e ingleses, el P. Feuillée visita detenidamente los puertos del Caribe : el 9 de julio de 1704 llega a la Guaira y el 11 a Puerto Cabello. Sigue costeando la Guajira hasta Río Hacha y avista la Sierra Nevada que le produce honda impresión. El 21 de julio desembarca en Santa Marta. Oigamos sus comentarios : « La ciudad está en el fondo del golfo a cien pasos aproximadamente de la orilla del mar, en una llanura arenosa por donde corren dos pequeños riachuelos que desembocan en el océano. Hay en la ciudad una iglesia bastante sucia y dos conventos de religiosos, uno de San Francisco y otro de Santo Domingo. El aire es allí sano y el mejor de toda la costa. » Inicia sus tareas científicas sobre nuestro territorio, realiza observaciones astronómicas y describe algunas plantas, el tamarindo entre ellas, y levanta el plano de la bahía. Se refiere a la riqueza de la región, al oro de sus ríos y a la pobreza extrema de sus habitantes. Es el eterno drama americano : pueblos miserables que se consumen sobre tierras magníficas. « La pobreza es tan grande entre los españoles —anota—, que el cura que nos prestó su casa no pudo darnos un mantel para cubrir la mesa y, como no lo habíamos previsto, nos vimos obligados a usar hojas de plátano. »

Deja la ciudad el 5 de agosto tomando rumbo hacia Portobelo, en donde prosigue sus observaciones sobre el primer satélite de Júpiter. En esta parte de su itinerario nos da el P. Feuillée una noticia de carácter económico- social de mucho interés ; la existencia del tráfico de esclavos indios en el Darién a comienzos del siglo XVIII. Habiendo los filibusteros franceses hecho prisioneros treinta y nueve indios, el gobernador les intimó los entregaran, pues estaba prohibido venderlos, bajo severas penas. Comenta Feuillée : « Prohibición a la cual estos señores no se someten siempre, pero la hacen observar rigurosamente a los extranjeros », y agrega : « A pesar de las disposiciones del rey no dejaban en secreto de vender indios. Pregunté a un español a quien veía con frecuencia, si podía encontrar uno de alrededor de doce a quince años. Él me hizo el negocio, fui a su casa a la hora señalada y me presentó

un indio de doce años que encontré muy propio para el servicio que deseaba ; me pidió ochenta piastras, le ofrecí sesenta y las aceptó. Retiré mi indio, lo envié a bordo y le pedí al capitán Sainte Catherine que le permitiera pasar con nosotros a la Martinica, lo que me concedió gustoso. »

No deja de sorprender la forma natural, escueta y en cierto modo inocente en que el P. Feuillée relata este pequeño « negocio », tan común en su tiempo, al menos en cuanto a los negros se refería.

Como muchos otros viajeros de su tiempo, el P. Feuillée no penetra en el interior del territorio neogranadino, limitándose a recorrer sus costas y el puerto de Cartagena. El 8 de diciembre de 1704 desembarca en la ciudad, que le trae a la memoria las tristes hazañas de Morgan, del cual sus compañeros de viaje siguen las huellas pues, como el inglés, son filibusteros al servicio de una potencia europea. Pero son días de transitoria paz entre Francia y España y los súbditos de Luis XIV son bien acogidos en la Heroica. Los recibe el señor de Rieu, director de la Compañía del Asiento y los agasaja el gobernador Pimienta.

El P. Feuillée traba amistad estrecha con don Juan de Herrera, ingeniero del Rey, cuyas capacidades pondera y a quien recordará más tarde, enviándole desde la

Martinica sus instrumentos científicos, regalo inapreciable, que Herrera agradeció en comunicación que el religioso comenta en estos términos : « Esta carta me produjo un doble placer, pues en ella reconocí que el amor que tenía por las matemáticas y especialmente por la astronomía aumentaba cada día, me testimoniaba el deseo de realizar observaciones útiles y una gran impaciencia por volver a verme para hacer juntos el viaje a la Nueva España y levantar la carta de todo el golfo de México. Tuve después el consuelo de saber que había aprovechado las instrucciones que le había dado sobre astronomía y que se había servido con mucha utilidad de mis instrumentos. Uno de los socios de la Academia Real de Ciencias entregó en una de las sesiones a M. Cassini un periódico impreso en Londres en el cual se informaba sobre una inmersión del primer satélite de Júpiter, hecha en Cartagena por don Juan de Herrera, que habían comparado con la misma observación hecha en Inglaterra por los miembros de la Sociedad Real para tener la diferencia de longitud. »

Cartagena no era, pues, solamente, en el siglo XVIII, la plaza fuerte más prestigiosa del Caribe, sino también un centro que albergaba personalidades científicas y en donde se hacían investigaciones que merecían la atención de los sabios europeos.

Dos meses permaneció el P. Feuillée en Cartagena consagrado a sus tareas científicas, que presenta con esta pertinente y patriótica advertencia : « Nada es más necesario para la perfección de la Geografía que las observaciones hechas en varios lugares de la tierra : se ignoraría todavía la posición de Pekín, capital de China, de Lima, capital del Perú, de Cartagena y de una infinidad de otros sitios, si Luis XIV, de feliz memoria, no hubiera enviado sus astrónomos para observar sobre toda la superficie de la tierra y determinar la posición de cada lugar, en longitud y latitud : cuántos naufragios se han evitado por estas determinaciones y a quién se es más deudor por ello que a la magnificencia de este gran Rey. »

Los trabajos adelantados en Cartagena se refieren a las más diversas ramas de las ciencias : observaciones astronómicas hechas tanto desde la ciudad como desde Bo-

cachica, determinación de la latitud y longitud de Cartagena ; alturas correspondientes del sol para verificar el reloj, observación de un eclipse de luna que luego compara con los resultados obtenidos por el Observatorio Real de París ; descripción de algunas plantas especialmente curiosas o desconocidas de la región y de ejemplares de su fauna, como cocodrilos, serpientes, pájaros, etc. Traza también una breve historia de la ciudad desde la época de don Pedro de Heredia hasta los ataques de su compatriota el Barón de Pointis.

De Cartagena pasa el P. Feuillée a la Martinica en donde permanece dos años largos, y el 20 de junio de 1706 pone término a esta primera expedición americana desembarcando en el puerto de Brest.

Aunque el resultado de sus investigaciones sólo se publicó completo dos años más tarde, fueron pronto conocidas de los centros científicos y muy apreciadas hasta el punto de haber sido elegido el P. Feuillée miembro correspondiente de la Academia de Ciencias y nombrado matemático del Rey.

La naturaleza americana lo había conquistado y resuelve emprender un nuevo viaje para el que recibe también apoyo generoso de las autoridades, de su amigo Cassini, del abate Bignon, al que se debió la reforma de la Academia, y a quien Feuillée califica agradecido de « la luz de nuestro siglo, que siempre ha estado dispuesto a favorecer las ciencias y las artes », del ministro Pontchartrain, quien en nombre del Rey le expide un pasaporte muy amplio en que se lee que se le envía a América « para hacer allí todas las observaciones necesarias para el perfeccionamiento de las ciencias y las artes, la exactitud de la Geografía y establecer más y más la seguridad de la navegación ».

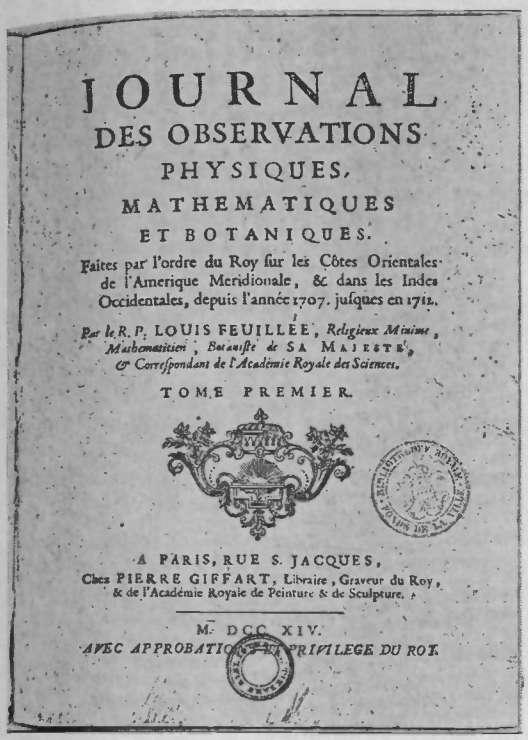
Esta segunda expedición científica se extiende del 14 de diciembre de 1707 al 27 de agosto de 1711. El plan era ambicioso como que comprendía los siguientes puntos esenciales : definir las plantas más curiosas y los árboles cuyos frutos fueran desconocidos en Europa, describir su historia y tratar de descubrir por intermedio de los indios sus usos y propiedades ; definir los animales y dibujarlos con sus colores naturales ; levantar planos de los puertos, dibujar las vistas de las ciudades principales y de las costas menos conocidas ; tratar de lograr informes sobre las enfermedades ordinarias de los distintos pueblos de indios, sus síntomas y los remedios utilizados para curarlas. Además, continuar las observaciones astronómicas y físicas.

La navegación comprendió a Tenerife, las costas sudamericanas del Atlántico hasta Buenos Aires y continuación hacia el sur, doblando el Cabo de Hornos y pasando al mar austral para tomar hacia el norte bordeando a Chile y concluyendo en el Callao y la capital del virreinato del Perú. El regreso se efectuó por la misma vía con escalas en Concepción, San Fernando de Noronha, Martinica y finalmente el puerto de Brest.

Como el primero, este segundo viaje a América fue un brillante éxito científico. Feuillée presentó al rey sus diarios, dibujos y observaciones y recibió una bien merecida pensión y un observatorio particular en Marsella.

Reconocida su experiencia como viajero naturalista y astrónomo, le fue confiada una misión de importancia : la determinación rigurosa del primer meridiano, que se había hecho pasar convencionalmente por la más occidental de las Canarias, la Isla de Hierro, desde donde se contaban las longitudes, y así lo había consagrado una orden de Luis XIII de 1° de julio de 1634. Las determinaciones del P. Feuillée « fueron tan exactas como lo permitían los instrumentos y las tablas astronómicas de su tiempo ». Este viaje tuvo lugar en 1724 y las observaciones en él realizadas, presentadas por su autor a la Academia de Ciencias de París, han permanecido inéditas.

Consignó el P. Feuillée el resultado de sus estudios en obras que disfrutaron en su época de justificado prestigio y cuyos méritos científicos fueron reconocidos en el siglo pasado, habiendo sido injustamente olvidadas en nuestros días. Son ellas : *Journal des Observations physiques, mathématiques et botaniques faites par ordre du Roy sur les Côtes Orientales de l'Amérique Méridionale et dans les Indes Occidentales, depuis l'année* 1707 *jusques en* 1712 (par le R.P. Louis Feuillée, Religieux Minime, mathématicien, botaniste de Sa Majesté et Correspondant de l'Académie Royale des



JOURNAL
DES OBSERVATIONS
PHYSIQUES,
MATHEMATIQUES
ET BOTANIQUES.

Faites par l'ordre du Roy sur les Côtes Orientales de l'Amerique Meridionale, & dans les Indes Occidentales, depuis l'année 1707. jusques en 1712.

Par le R. P. LOUIS FEUILLÉE, *Religieux Minime, Mathematicien, Botaniste de* SA MAJESTÉ, *& Correspondant de l'Académie Royale des Sciences.*

TOME PREMIER.

A PARIS, RUE S. JACQUES,
Chez PIERRE GIFFART, Libraire, Graveur du Roy, & de l'Académie Royale de Peinture & de Sculpture.

M. DCC. XIV.
AVEC APPROBATION ET PRIVILEGE DU ROY.

Sciences, Paris, chez Pierre Giffart, MDCCXIV) ; *Histoire des Plantes Médicinales qui sont le plus d'usage aux Royaumes du Pérou et du Chili, composée sur les lieux par ordre du roi, en* 1709, 1710 *et* 1711 (París, 1714 y 1725). Como tercer volumen de las obras mencionadas figura una continuación del *Diario de Observaciones* que, aunque publicado posteriormente, contiene el relato del primer viaje a América.

La *Histoire des Plantes* fue traducida al alemán por Georg Leonhard Huth y publicada en Nuremberg en 1756-1758. El *Journal des Observations,* que incluye un tercer volumen publicado en París en 1715 por Jean Mariette, se inicia con un prefacio « Contenant des réflexions critiques sur différentes observations faites par M. Frezier, Ingénieur du Roi, dans la relation de son voyage à la Mer du Sud », que constituye una fuerte crítica a una serie de hechos y argumentos expuestos por Frezier en su famosa relación de viaje. Es del caso recordar que Frezier fue un distinguido ingeniero francés enviado a las costas de Chile y el Perú para que adelantara estudios sobre la importancia militar de esta parte del continente. Su obra es una de las más valiosas que se publicaron en Francia sobre la América del Sur en el siglo XVIII.

En 1717 apareció en París un folleto de 43 páginas en el cual Frezier dio a conocer su *Réponse à la préface critique,* la cual fue luego agregada a la edición de 1732 de la *Relation du voyage.*

Los problemas científicos americanos suscitaban entonces en Europa polémicas fecundas como esta de Frézier-Feuillée, la anterior Grocio-Hornius sobre el poblamiento primitivo del Nuevo Mundo, y las que siguieron sobre Cartagena de Indias y su ataque por el Barón de Pontis y más tarde por el almirante Vernon, y en los albores de la Revolución Francesa el famoso debate del antiamericanista Cornelio de Pau y sus brillantes contendores, tan eruditamente analizada por el historiador Antonello Gerbi. Algunas de las observaciones astronómicas hechas por el P. Feuillée fueron publicadas en las *Mémoires de l'Académie des Sciences,* en cuyos volúmenes correspondientes al año de 1708 encontramos las realizadas en Cartagena y Santa Marta sobre latitudes o alturas del Polo y sobre las declinaciones o variaciones del imán.

El conjunto de la obra del P. Feuillée representa una contribución original al mejor conocimiento de América y merece destacarse no sólo como una prueba del interés que existía en Europa por el Nuevo Mundo, sino como una emanación del espíritu científico que caracterizó los últimos treinta años del gobierno de Luis XIV. América contribuyó en esta forma, como objetivo de estudio y centro de interés científico, al desarrollo del cartesianismo, que se tradujo, de una parte en la confianza en el poder de la razón y en las ambiciones de la ciencia, y de otra, en el respeto a la probidad rigurosa en el terreno de la investigación y a la disciplina de la duda que conduce a la experimentación y a la comprobación de los fenómenos naturales y sociales.

Un poco —o sería más exacto decir un mucho— olvidada en nuestros días la personalidad del P. Feuillée, fue, como hemos visto, apreciada en todo su valor por sus contemporáneos, y los pocos que se ocuparon en su obra en el siglo pasado no le es-

catiman los elogios. En su honor se le dedicó el género Feuillea, familia de las leguminosas, que toma de él su nombre. El severo *Dictionnaire Historique* dice que el Journal, «escrito con dureza, pero tan exacto como curioso, puede servir de modelo a los viajeros y de faro a los que navegan en América ».

Eyriès, tan exigente en sus juicios, escribe en la *Biographie Universelle* de Michaud (París, 1856) : « Aunque los astrónomos piensen que algunas de las observaciones hechas por Feuillée hubieran podido ser más precisas, se puede decir en verdad que el suyo ha sido uno de los viajes que más han contribuído al avance de la astronomía, de la geografía y aun de las diversas ramas de la Historia Natural. » Y refiriéndose a la tarea botánica dice : « Estas descripciones de plantas son hechas con la exactitud que correspondía al estado de la Botánica en aquella época, y sus virtudes medicinales están expuestas según el uso que de ellas se hacía en las regiones donde crecen. Las figuras de esas plantas, la mayoría de las cuales son nuevas, están dibujadas con delicadeza y con mucha exactitud, pues su inspección hace reconocer fácilmente las que hoy se tiene costumbre de ver en los jardines y que Feuillée designa con nombres distintos de los que los botánicos les han dado después. »

Aunque el P. Feuillée no penetró en el interior del territorio nacional y sus viajes por nuestras costas fueron menos extensos y detenidos que los efectuados en las Antillas francesas o en las costas del Perú y Chile, sus observaciones científicas merecen el mayor interés, pues se cuentan entre las primeras que se realizan con método y sistema apropiados en el Nuevo Reino. Contribuyó en forma honrada y eficaz a un mejor conocimiento de extensas regiones y su nombre debe figurar entre los que ilustran la historia de la ciencia americana en los días coloniales.

El mercado de la pintura

POR FELIPE CÒSSIO DEL POMAR

AUNQUE CONTRADIGA el sentido espiritual de su misión, el arte es y ha sido siempre una mercadería de valor más constante que las otras, de naturaleza más noble, pero de todas maneras una mercadería ligada estrechamente a la prosperidad de los hombres desde los primeros intercambios económicos entre las naciones. Por la multiplicidad, casi total, de los fenómenos sociales a que está ligado, el arte constituye material de primera para ilustrar una historia económica de la humanidad, ya que ocupa una posición eminente en la base de todos ellos, desde la platónica hasta la marxista. Y ahora que nuestra era científica se encarga de despojarlo de su manto lírico y de presentarlo como un hecho material, es interesante seguir los episodios y los hombres que guían la trayectoria de su comercio hasta nuestros días. Entre ellos, la historia de las subastas y de los « marchands ».

El nombre de « marchand » se aplica a las personas que comercian con el arte. En el mundo artístico los hay por miles, pero nos faltarían dedos de las manos para contar los que por sus cualidades de intuición, sensibilidad, erudición histórica, inteligencia y agudeza poco común, llegan a conquistar sólidas posiciones económicas, orientan el gusto y dirigen el mercado artístico.

El verdadero origen de estos mercaderes de cosas bellas se remonta al comienzo económico de las sociedades comunitarias y tribales, al establecer el sistema de trueque y de subastas donde se confrontan las exigencias del vendedor con los deseos del comprador.

Cuando Roma es el centro del poder mundial y capital imperial del mundo, centraliza el comercio mediterráneo y especula con la cultura; cuando el mercado de objetos de arte forma parte de sus actividades, hasta su decadencia, cuatro siglos después de J.C., Marco Valerio Marcial en sus famosos epigramas muestra su indignación al ver la cultura y el arte subastados en la plaza pública: « ¿A qué maestro, Lupus, puedes confiar la educación de tu hijo? Lo principal es que no toque los libros de Cicerón, ni los de Virgilio. Que mejor aprenda el oficio de artista o de flautista, o si bien, si tiene cabeza, conviértelo en subastador »; quiere decir, que hiciera de él lo que hoy equivaldría a un « marchand ».

Durante la Edad Media los « marchands » son subastadores dedicados a la venta de objetos suntuarios, prendas de vestir, mantelería, juegos de cama, cuadros y esculturas de los pudientes arruinados. Tan frecuentes son estas subastas en casa de anticuarios y conventos, que hacen competencia desleal a las corporaciones que, en muchos casos, se ven obligadas a llevar sus quejas ante el rey. Durante dos siglos, antes de la Revolución francesa, vemos a la nobleza internacional acudir a las ventas públicas de los ajuares de la aristocracia inglesa en París y en provincias.

Por esta época se inician los grandes fraudes y trampas para engañar a los coleccionistas. En los catálogos figuran datos falsos, y en las exposiciones los objetos falsificados alternan con auténticas obras maestras. Las compras por trasmano también son frecuentes. El duque de Valentinois, deseoso de adquirir dos cuadros de Murillo en la subasta del Mariscal d'Estrées, pide en una carta a su hombre de confianza que influya con el subastador para que los ponga en venta antes que llegue mucho público. Parece que el oficio de subastador en aquellos tiempos no era honroso ni lucrativo. « Los subastadores —dice Mercier en sus *Tableaux de Paris*— son unos pobres diablos trajeados de negro, asesorados por un gritón haraposo, repleto de aguardiente. »

En 1780 se nota una favorable reacción hacia la honradez. Los catálogos dan garantías al comprador. Demuestran cierta seriedad y buenos propósitos de no engañar al público ; los rematistas llegan a establecer premios para quien descubra algún « palero », como llaman en Buenos Aires a los encargados de hacer subir la puja. Gracias a esta seriedad comercial, hecha tradición intachable durante tres siglos, y a la sólida reputación de la pintura holandesa y flamenca, se establecen en Inglaterra y Holanda importantes comercios internacionales de arte. Al mismo tiempo las cortes de Alemania se convierten en centros de intercambio de novedades artísticas.

La famosa « Salle des Ventes » o « Galería Drouot » de París, desde 1861 garantiza y da certificados de origen de los objetos vendidos, lo que constituye un resguardo absoluto de autenticidad de lo subastado. Todo esto contribuye a dar a las ventas públicas francesas uno de los primeros lugares del mundo, lo que aprovechan los mercaderes para establecer en París verdaderas empresas de negocios de obras de arte. Las salas de exposición, que en la antigüedad eran los templos, se trasladan a pequeñas tiendas, en su mayoría alrededor del Pont-Neuf.

James Christie, fundador de las subastas públicas en Londres, es el primero en reconocer la importancia de la prensa como medio de publicidad. El 14 de diciembre de 1767, el *Lloyd's Evening Post,* anuncia : « El joven Mr. Christie rematará dentro de tres días, el jueves 17, en la Gran Sala Pall Mall, una colección de cuadros italianos, franceses y flamencos de gran valor y en perfecto estado de conservación, pertenecientes a una alta personalidad del mundo social londinense. » Tal es el éxito del rematista que Gainsborough, aprovechando la popularidad de Christie, le pinta un retrato para ser colocado en la sala de remates, claro que para exhibir su habilidad de retratista.

Comparando los precios alcanzados por los cuadros subastados en aquella época por la Casa Christie, encontramos que la moda y el capricho rigen más que el valor estético de la obra. Si en 1760, un « Puerto de Mar » de Claude Lorrain alcanza 2.500 guineas, en la subasta de 1767 un retrato de Holbein apenas llega a cuatro libras, y un Tiziano a dos guineas. En años sucesivos la casa Christie venderá la colección del pintor Josué Reynolds ; la del presidente de Francia, Casimir Perier, en 1848 ; la del rey Luis Felipe, en 1803 ; y en 1872 la del príncipe Jerome de Napoleón.

Gracias a esta casa de subastas Inglaterra aprovecha los pánicos políticos de Francia para enriquecer su tesoro artístico, a lo que contribuyen también los exiliados monárquicos que, a fines del siglo XVIII y principios del XIX, dejan sus bienes en manos de los coleccionistas ingleses.

Bien sabemos que las revoluciones, antiguas como el mundo, son grandes destructoras de la herencia cultural dejada en cada país por los artistas. Basta una conmoción social para desbaratar colecciones que han exigido infinitos años de paciencia para formarse. En este sentido la Revolución francesa es una de las más destructoras. A raíz de la caída de Versalles, sobre los muros de París aparecen carteles que anuncian la subasta en el « Petit Trianon » de trajes y muebles de la reina María Antonieta. En los carteles pueden leerse las razones « políticas » que justifican la venta, las condiciones requeridas y las facilidades dadas a los extranjeros : « Excepción de impuestos o de pago de derechos de exportación ». Estas convocatorias están firmadas por los ciudadanos

Delacroix y Musset ; el primero es el padre de Eugène Delacroix, al menos adoptivo, puesto que es sabido que el pintor es hijo del príncipe de Talleyrand ; el segundo es el padre del poeta Alfred de Musset. La venta del moblaje y objetos de arte comienza el 30 de septiembre y termina un año después, casi en la misma fecha en que María Antonieta sube al patíbulo. Así, Francia pierde con sus reyes una parte valiosa de su Patrimonio Nacional.

Siglo y medio más tarde los dirigentes rusos de la revolución de Octubre, demuestran mayor celo en conservar las valiosas obras de arte acumuladas por los zares, especialmente por Catalina II, quien llega a comprometer la economía de Rusia con su pasión por las obras de arte, aún mayor que por los hombres. Es significativo el gesto de Lunatcharski al renunciar el comisariado de las Bellas Artes como protesta contra el bombardeo del Kremlin.

Al irrumpir la revolución rusa, los Museos y Palacios están repletos de tesoros artísticos. Desde el primer momento Lunatcharski dicta drásticas medidas para proteger esos tesoros. Los considera propiedad del pueblo. Una de las primeras leyes que dicta, prohibe salir de las repúblicas socialistas cualquier obra de arte que tenga más de cien años. Cuando estalla la revolución, todo queda en el lugar donde se encuentra, convertido en museo. Si el príncipe Yussupof regresara hoy a su palacio, después de cuarenta años de ausencia, lo encontraría intacto, tal cual era cuando dio muerte al famoso monje Rasputín.

Ultimamente los revolucionarios caribes, de Cuba, « cedieron » a Rusia las pocas y valiosas colecciones que había en la isla en manos de particulares, a cambio de tanques y ametralladoras. Así, los retratos ingleses de la colección Cinta, los cuadros franceses y españoles de Julio Lobo y la famosa colección de Eugenio Lucas cedida al museo por la marquesa del Pinar del Río, todo lo que hay de valor en el flamante museo iniciado por el doctor Montoro, va a enriquecer los museos moscovitas.

En cambio las guerras llevan el arte — en cualquiera de sus manifestaciones— a zonas de prosperidad insospechada. Paradójicamente, siendo las destructoras de cultura, pasada la ruina que provocan, reaccionan en la postguerra convertidas en grandes promotoras de arte. Victoriosos y vencidos se disputan las obras maestras salvadas de la catástrofe. El artista también gana en categoría. En una encuesta verificada en 1938 para saber quién es la persona más conocida en el mundo, resultó vencedor Picasso, seguido de Chaplin y de Hitler.

A principios de siglo XVIII el gobierno francés reconoce como patrimonio nacional las obras de arte. Considera un deber protegerlas y conservarlas. Intelectuales y poetas de prestigio apoyan estas medidas desde los tiempos en que *Le Mercure de France* dedica artículos a exposiciones, a partir de la primera, llamada de « Pintores Vivos », hoy el famoso Salón, iniciado por la Academia de Pintura. El público también muestra su interés expresando opiniones, rara vez favorables cuando los artistas tratan de romper la tradición académica tan cara al pueblo francés.

En estos tiempos la burguesía, como primer peldaño para llegar a los títulos nobiliarios, necesita poseer una bella mansión con obras de arte. Otros, llevados por el propósito de hacer olvidar su fortuna, reunida con procedimientos poco limpios, o disfrazar el dinero mal adquirido, se hacen coleccionistas. A otros les lleva la vanidad ; pero hay una gran mayoría que compra obras de arte con el solo propósito de hacer buenas inversiones.

Luis XIV aconseja a sus amigos comprar obras de arte y Coulanges escribe a Madame de Sévigné : « Los cuadros son oro en barras. No hay mejor inversión ; usted podrá venderlos cuando quiera al doble. No se sacie de obtener nuevas obras para Grignan. Y cuando tenga todas las habitaciones repletas, llene los patios y traspatios. »

Actualmente la obra de arte es una mercadería internacional que produce divisas. En Francia su exportación enriquece el erario con cinco mil millones de francos. La pasión de los coleccionistas puede compararse a la pasión de los políticos por el poder. Son pocos los que coleccionan simplemente por el deseo de po-

seer objetos bellos. En 1938, el conocido dilettante Paul Rosenberg declara : « Yo he hecho fortuna sin proponérmelo. Porque me gustaban, he guardado durante mi vida cuadros de Juan Gris, Picasso y Braque que eran invendibles y que repentinamente subieron a precios extraordinarios. »

Lo que más preocupa a los coleccionistas de hoy es la ventaja o desventaja de la inversión. Algunas pinturas han aumentado cincuenta o sesenta mil veces su valor original de hace cuarenta años. Los Cézanne y los Renoir han pasado de doscientos dólares a trescientos mil, los Picasso que se vendían a doce dólares, sin encontrar comprador, se venden hoy a diez mil. En 1920, los Van Gogh son vendidos en trescientos dólares, lo mismo pasa con los Renoir, los Monet, los Sisley. « La Grande Jatte » de Seurat, vendido el año de su muerte (1891), en doscientos dólares, en 1926 es pagado veinticinco mil por el Art Institute de Chicago que cinco años más tarde rechaza una oferta de cuatrocientos mil.

El famoso coleccionista Frick adquiere para su museo, que lega en 1908 a la ciudad de Nueva York, el retrato de Felipe IV de Velázquez por cuatrocientos mil dólares. Buen hombre de negocios, quiere saber si el rey al pagar a su pintor de cámara seiscientos dólares mensuales ha hecho una buena o una mala inversión. Hace el cálculo : el 6 % anual desde el año 1624 en que pinta el retrato al 1667 en que muere Velázquez, prueban que el rey hace una mala inversión.

Este caso demuestra una vez más que el placer del coleccionista va acompañado de la profesión de financiero. Lo que interesa a un hombre de negocios es vender en alza y comprar en baja. Su inclinación es especular. Si un vendedor se acerca a la oficina de un hombre de negocios completamente despreocupado del arte y le hace ver la possibilidad de un aumento de valor de la inversión en doscientos mil por ciento, es indudable que modificará su opinión.

Lo único que determinaría la caída de estos valores sería una revolución mundial con radicales cambios en la estructura social. Algo comparable a lo que sucede en Francia entre 1790 y 1840, que destruye, temporalmente, la firmeza económica del mercado artístico, pero algo de proporciones universales.

El aspecto bursátil de la obra de arte constituye uno de los fenómenos más pintorescos de nuestro tiempo. Cuando la crisis financiera de 1929 echa por tierra los valores industriales, cuando la economía de las grandes empresas y compañías, como la Anaconda, cae de ciento setenta y cuatro dólares a seis dólares por acción, los cuadros de los pintores impresionistas apenas son tocados por el *crack*. Si nos aplicáramos a las estadísticas de valores financieros desde 1894, encontraríamos hechos sorprendentes. Por ejemplo, el cuadro de Manet « La Rue de Berne » vendido en seis mil francos ; tomando en cuenta el costo de la vida aquel año, si nos acogiéramos a las estadísticas de valores financieros de 1894, época en que se vende, encontraríamos que los valores de interés fijo han crecido, en relación al presente, ciento cuarenta y siete veces, los de fluctuación variable seiscientas cincuenta, el oro ciento sesenta. ¿Podrían compararse estas inversiones con las inversiones en arte? ¿Y podrían éstas asimilarse a los valores-refugio, valores oro o valores de renta variable? ¿Quién ha hecho mejor negocio, el capitalista comprador por seis mil francos de las mejores acciones internacionales o el comprador de un Cézanne? El financiero de las acciones vería aumentar su capital invertido, en diez veces o cien veces el valor de su compra, en cambio el del Cézanne en mil.

La cuestión es encontrar la fórmula-panacea para saber cuál es la obra que tiene un porvenir ascendente en el mercado del arte contemporáneo. Descubrir el valor efectivo, es decir de cambio, de esa obra, valor que no proviene, como antiguamente, de sus antecedentes históricos o de su valor como testimonio del espíritu del hombre en una época determinada. Tampoco proviene de ser la creación particular de un artista, sino, en gran parte, de la publicidad que han dado a su autor los grandes mercaderes de arte en las principales capitales de Europa y Norteamérica ; de las condiciones socioeconómicas de los países interesados en fundar

o enriquecer museos, sobre todo para atraer turismo. La ciudad de Guadalajara, de México, ha visto aumentar sus rentas, en el renglón turismo, en un cincuenta y cinco por ciento desde que José Clemente Orozco en 1937 decoró en ella algunos edificios públicos.

Son incalculables los capitales que promueven las actividades artísticas en museos e instituciones de arte de Norteamérica. Los visitantes de la exposición de los cuadros de Zuloaga en algunas ciudades de la Unión, en 1923, dejan al pintor cuarenta y tres mil dólares, suma que tiene la mala inspiración de invertir en valores industriales que naufragan en la crisis financiera de 1929. (Los yankis dan, pero quitan.) Las últimas exposiciones de la Mona Lisa en Washington producen cerca de tres millones de dólares; una entrada cuesta lo doble de una butaca en un buen teatro. Esta enorme actividad no impide que sean pocos los artistas que logran vivir de sus cuadros y esculturas, y que cada día sea más difícil encontrar «marchands» competentes dispuestos a arriesgar tiempo y dinero en un negocio aventurado. Digo aventurado por la cantidad de artistas mediocres o malos mezclados a señoritas hijas de familia, niños prodigio, simuladores y holgazanes.

¿Cómo un « marchand » poco capacitado podrá descubrir verdaderos artistas entre estos miles de personas dedicadas al arte de pintar? No harán más que contribuir a la confusión patrocinando a jóvenes sin talento, animándolos a seguir una falsa vocación sin poseer la capacidad, la abnegación, la perseverancia, la honradez y el sacrificio que exige la dificilísima profesión de artista. Naturalmente, repetimos, el « marchand » requiere una validez de juicio excepcional y una solidez moral que no siempre acompaña a la inteligencia. Son conocidos los falsos entusiasmos de Víctor Hugo ante jóvenes poetas sin talento que le someten sus versos. He sido testigo de iguales alabanzas de Picasso a jóvenes desprovistos de capacidad para pintar, y he oído a críticos dar opiniones insinceras a incautos jóvenes sin talento.

Después de la segunda guerra mundial el mundo revolucionado convierte el arte en profesión tan socorrida que jamás la pintura alcanza tamaño auge económico. Jamás aparecen tantos críticos, protectores, agentes de publicidad, banqueros y poderosos « marchands ». Nunca hemos visto tal número de pintores. En los Estados Unidos hay alrededor de cien mil; en Francia unos sesenta mil, un número casi igual en Alemania, en Italia, en España y en los países nórdicos. Las galerías de París inauguran unas quince exposiciones por día y las de Nueva York más de veinte. Toda esta gigantesca actividad gira alrededor de los « marchands », figuras centrales de este mercado.

Estos « marchands » no hubieran podido prosperar sin el concurso del coleccionista apasionado que vemos aparecer desde la época renacentista, tipo bien representado en un personaje del siglo XVIII que escribe sus memorias en un interesante libro lleno de anécdotas, de consejos y advertencias. A la vez que nos cuenta sus infortunios, nos da una prudente lección : « La propiedad de obras de arte —dice— es un lujo reservado a los poderosos que pueden gastar sin reserva ».

Nuestro hombre relata que el duque de Richelieu en una partida con el rey, después de perder su fortuna, en la última parada juega y pierde dos célebres lienzos de Poussin que en aquel tiempo era el centro de la especulación. Estos cuadros en poco tiempo suben de mil libras a veinte mil, lo que representa alrededor de cincuenta mil dólares.

El moderno « marchand » tiene algo del jugador. Arriesga todo lo que posee a la carta de un pintor. En cambio el artista a quien prohija no siempre corresponde agradecido. Con frecuencia vemos que su comportamiento es monstruoso, y eso aumenta el interés general por su persona. Cualquiera que sea el carácter del artista, su angurria o su desinterés ; que sea comunista o invertido ; buen padre de familia o varias veces divorciado ; piadoso como Rouault ; pseudo esquizofrénico como Dalí ; que tenga necesidad de disfrazarse de Carlo Magno como Mathieu ; que vaya ebrio manejando su « jaguar » a cien kilómetros por hora, como Polack ; que sea solitario y odie la publicidad como De Kooing, todo le servirá de aureola y le ayudará a subir sus precios.

Un amigo me relata el caso del pintor X. Es un vivo ejemplo de la importancia que tiene un « marchand » para un artista y, en general, para el arte contemporáneo. Nos descubre la prodigiosa tramoya que monta el comerciante para hacer descollar a un pintor desconocido.

Hace veinte años nuestro pintor trabaja haciendo mil sacrificios para transmontar la penosa cuesta de la fama. Sólo logra sobrevivir malamente y pagar el alquiler de su taller, una de esas buhardillas polvorientas donde apila cerca de mil lienzos. En ellos ha depositado su fe, ha puesto su rebeldía y ha burlado las sacrosantas leyes de la pintura clásica ; ha ignorado la perspectiva que hasta hace poco todos respetaban. Su mayor interés es dar autonomía al hecho plástico separado de la realidad en que vivimos.

Invariablemente, cada mañana recorre las galerías de París. En 1920 son relativamente pocas ; busca el « marchand » que lo saque de la estrechez. A la semana, aquellos a quienes ha visitado no recuerdan ni su nombre. Como todo hombre superdotado, el pintor sabe que en arte hay dos caminos que escoger : uno que conduce al dinero, a los honores, al rango social, a la casa propia, a viajes placenteros, a vientre de banquero, y termina por ponerlo « fuera de moda ». El otro camino es el que exige el valor de enfrentarse con el hambre y con el ridículo público a cambio de un destino prometeico. Mi amigo prefiere el primero. Aborrece la vida de aquellos pintores que en el siglo XIX llaman « malditos » y « bohemios », que tienen mucho de anarquistas, que bien puede uno recibir en su casa, pero que a nadie se le ocurre que puedan entrar en la familia. Artistas desinteresados, fieles a sus ideas, incomprendidos por la mayoría, renovándose cada día para registrar la marcha de la humanidad ; adelantándose a la común sensibilidad que acompañan estas transformaciones en nuevas expresiones estéticas que, por ser nuevas, provocan en su primer período un desinterés general por el arte. No hay peor época para los artistas que aquella que sucede a las revoluciones. Infaliblemente sobreviene un decaimiento, lo que hace que el artista se retraiga, y, a su vez, no guarde muy buena opinión de los dirigentes. Delacroix al volver de una comida donde le sentaron al lado de Thiers, declara : « No encuentro de qué hablar con esas gentes, y ellos no saben qué decirme. »

Volvamos al relato de nuestro amigo. Cierto día viene a visitarlo un joven « marchand ». Después de examinar detenidamente sus cuadros, los encuentra tan interesantes que la feliz visita termina con un contrato de un año. Cada mes el pintor percibirá una suma que le permitirá vivir sin preocupaciones, y en cambio entregará un número determinado de cuadros. La mensualidad no es principesca ; apenas el salario de un obrero no especializado, quiero decir un peón de albañil cualquiera. Sin embargo, como puede suponerse, el « marchand » no emprende un negocio muy seguro. No se trata de un explotador, puesto que va a arriesgar su capital en organizar exposiciones, hacer publicidad en los periódicos, imprimir cientos de invitaciones. Y nadie le garantiza esos gastos.

Firmado el contrato, de común acuerdo deciden que el precio de las obras expuestas será de mil francos por cuadro. El pintor se compromete a no vender nada por su cuenta.

Pasado un tiempo tiene lugar la primera exposición. Se ha puesto en juego la habilidad del « marchand », el talento del artista y la suerte. La aventura merece ser seguida con atención.

Algunos coleccionistas, preparados ya por los consejos del « marchand », adquieren en los primeros días las tres cuartas partes de las obras expuestas. Al terminar la exposición la mayoría de los cuadros están marcados con el consabido « adquirido ». Los precios son bajos, la pintura es atractiva y los compradores no tardarán en transformarse en vendedores. Al mostrar a sus amigos sus adquisiciones ponen por las nubes el descubrimiento del « marchand » que « jamás se ha equivocado ». Este, que conoce a fondo la psicología del coleccionista, lo tiene clasificado en tres clases : los que guardan sus cuadros, o sea el « coleccionista armario », aquellos que los exhiben, o sea el « coleccionista vitrina », y una tercera categoría que ha venido a sumarse a última hora :

el « coleccionista comerciante » que transforma a Venus en billetes de banco.

Ante el buen éxito obtenido en la exposición, el negociante propone al pintor una alza de precios para la segunda muestra. Los coleccionistas, enterados por la prensa, se precipitan para aprovechar la oportunidad que brinda el nuevo talento. Pero en esta segunda exposición hay pocas telas disponibles ; los últimos compradores han tenido que pagar lo doble y lo triple del precio marcado en el catálogo. Desde el día de la inauguración, el primer visitante al preguntar por los precios recibe una respuesta definitiva : « Todo está vendido ». El « marchand » da muestras de pesar. Confiesa que ha pagado precios considerables por los cuadros, pero ante las sumas que le ofrecen no tiene más remedio que ceder. La verdad es que de antemano el mismo « marchand » ha adquirido toda la producción con la intención de mantener un clima pasional alrededor del pintor. Los aficionados se quedan con las ganas, y el « marchand », gracias a su habilidad, ha conseguido subir los precios y colocar los cuadros en el mercado. Naturalmente, le ayuda el interés extraordinario que toman ante los ojos del lector los artículos que la gran prensa dedica al « nuevo artista ». Cada cual se encarga de proclamar que el pintor es « el genio más extraordinario aparecido en el horizonte de París durante los últimos seis meses ». Como bola de nieve su fama aumenta en Francia de ciudad en ciudad.

En este momento el « marchand » puede afirmar que la cotización de su protegido llega a alcanzar el millón de francos. Es cuando la situación se hace difícil de controlar. El mercado escapa de sus manos al convertirse en internacional. Algunos aficionados y comerciantes que desde hace años poseen cuadros que han pagado al miserable precio de mil francos, están tentados de aprovechar el alza. El artista no ha llegado al término de su contrato y ya otros « marchands » le ofrecen mayores ventajas. Decidido a recuperar los años perdidos, trabaja y produce al máximo. No hay peligro de que la abundancia de sus cuadros haga bajar demasiado los precios, pues disfruta del favor del público ; si bajan, será del millón a seiscientos mil francos, y a veces menos, cuando los nuevos coleccionistas hayan absorbido el exceso de producción. Los problemas financieros tienen su propia manera de resolverse ; la cuestión es mantener la tarifa, organizar el mercado, hacer conocer al pintor en el extranjero ; realizar un trabajo largo y sutil : concurrir a las Bienales, a los concursos, hacer exposiciones en Norteamérica, ventas a coleccionistas y museos a precios cada vez más importantes. El « marchand » se convierte en una especie de ministro de asuntos extranjeros, de hacienda y de cultura. Debe escribir prefacios y artículos, dar conferencias, publicar libros sobre la vida y el arte de « su pintor ».

Nuestro artista llega a la cumbre gracias a su « ángel de la guarda », digno sucesor de aquellos extraordinarios personajes que inician en París los Durand-Ruel después de la guerra franco-prusiana, cuando la burguesía empieza a sentirse tranquila.

Pero el pintor ambiciona ir más lejos. Quiere llegar hasta la Malborough Fine Art Ltd. de Londres, que no es una galería cualquiera. Se trata de una « Corporation », la más poderosa en el mercado de arte moderno. Desde 1946, en que abre sus puertas en un sótano con tres habitaciones de la calle Old Bond de Londres, ha engullido gran cantidad de pequeñas galerías. Ahora ocupa el mismo lugar, además de tres pisos de un edificio al otro lado de la calle ; tiene una sucursal en Roma y para el año próximo planea otras en Varsovia y Nueva York, donde prepara todo un piso de once mil metros en la estratégica calle 57 y la Avenida Madison. Será conocida como la galería Malborough-Gerson, nombre de otro famoso « marchand » fallecido el año 1962. Su colección de esculturas será uno de los atractivos.

Nada de esto arredra a las galerías de Manhattan. El mercado de arte de los Estados Unidos da para las trescientas galerías que hay en Nueva York, cientro treinta más que en el año 1960, y para satisfacer a las grandes colecciones que se convierten en minas de oro cuando quiebran sus poseedores.

Los fundadores de estas nuevas galerías,

dos refugiados austríacos, pretenden hacer aún más comercial el ambiente. Frank Lloyd y Harry Fisher se conocieron en 1940 cuando prestaban servicio en el ejército inglés. El primero desciende de una familia de anticuarios, el segundo vendía libros raros en Viena antes de la guerra. Los dos socios deciden comerciar con las viejas glorias de la pintura contemporánea, incluyendo a los más destacados artistas de Inglaterra en la actualidad. Las condiciones que ofrecen no pueden ser más ventajosas: pingües porcentajes, publicidad eficiente y hasta servicios gratis de secretariado. Los artistas, siempre en busca de mejores oportunidades, no paran mientes en romper con sus antiguos « marchands » para cobijarse bajo esa túnica de Neso. Francis Bacon deja por ellos la famosa galería Hannover; Lynn Chadwick, abandona Gimpel Fils; lo siguen Sidney-Nolan, Ben Nicholson, Kenneth Armitage, todos felices por pertenecer a una galería que se ocupa sólo de los artistas consagrados.

En 1948 Malborough Corporation afirma su prestigio incorporando a un dilettante de abolengo, relacionado con la mitad de la aristocracia inglesa. Es el hombre indicado para confiar la venta de las obras maestras que aún posee la nobleza arruinada, « todas de primera », afirma uno de los directores. Las estupendas comisiones que deja la venta de estas colecciones en el continente, permiten a la galería invertir ingentes sumas en publicidad y hacer exposiciones de prestigio —tal la exposición de los autorretratos de Van Gogh—, enviar lujosos catálogos y ofrecer « cocktail parties » con sorprendente rumbo. Lo que más molesta a los competidores de la Malborough Corporation es el descarado mercantilismo que emplea: « Me apena tener que confesarlo —dice uno de los directores—, pero Malborough es la galería más odiada de Londres. »

Es natural que los « marchands » despojados de clientes y artistas por medio de una competencia que consideran desleal, no abriguen sentimientos de simpatía por estos poderosos rivales. Aunque no sean enteramente culpables de la inconsistencia e ingratitud humanas, reflejadas con mayor brutalidad en los artistas. Por ejemplo Nicholson, el más difícil de tratar, sacado de la nada por Gimpel, le abandona sin darle las gracias. Lo menos que puede hacer el « marchand » es mostrar su decepción. Tibor de Nagi, en 1951, saca de la miseria y de la mala suerte al pintor Larry Rivers cuando éste más necesita ayuda. Como a tantos otros lo hace famoso. Poco tiempo después, al visitar Nagi la galería Malborough, descubre con sus propios ojos que su fugaz protegido brilla en la nueva constelación. Decepcionado declara: « Empalidecí porque me di cuenta de que galerías como la nuestra no podrán competir con esos hábiles operadores que destruyen la sinceridad, la magia y el genio, por el amor a las ganancias. »

Nuestro « marchand » curiosea en las salas tapizadas de la Malborough. Filosofa sobre las decepciones que traen estos reveses. Su protegido acaba de ganar la segunda medalla en la Bienal de Venecia. No sería raro encontrarlo entre los pupilos de la Malborough. Pero hemos dicho que Malborough sólo toma a los artistas consagrados; una segunda medalla en Venecia no basta. Su pintor aún no tiene alas para volar tan alto; pero sí lo abandona por otra galería que lo aproxima al aborrecido Malborough que, hay que admitirlo, ha levantado el arte que languidecía en el mundo, ha ayudado a hacer de Londres el centro del mercado internacional y ha destronado a los Durand-Ruel de París.

Los Durand-Ruel son los primeros en comprender la noble función del gran « marchand » contemporáneo, los primeros en poner en práctica los métodos comerciales que requiere el arte para hacerse digno de los valores que representa. Dejan de ser los prenderos tradicionales, ocupados en comprar y vender curiosidades; inician al « marchand » que por sus sorprendentes conocimientos puede rivalizar con los más agudos críticos, con historiadores del arte y con peritos en museografía. Viajeros infatigables, acuciosos observadores, están al tanto de los méritos de los artistas y de las fluctuaciones del mercado mundial de Bellas Artes. Arriesgan todo lo que poseen para adquirir obras de pintores desconocidos, llevándoles a la celebridad. Gracias a los Durand-Ruel los impresionistas son admirados en el mun-

do entero. El fundador de la casa da ejemplo sin precedentes de fervor profesional; cuando muere, al borde de la quiebra, tiene en sus depósitos ochocientos cuadros de Renoir, cerca de mil de Degas, cientos de Pissarro, Guillaumin, Sisley, Boudin y otros. A principios del siglo XX, inspira a « marchands » famosos como Vollard, Bernheim Jeune, Kahnweiller y más tarde a Rosenberg y Pierre Lock, que acumulan cientos de obras de Braque, de Picasso, de Bonnard, de Matisse, de Rouault, de Miró.

Ambrosio Vollard, amigo íntimo de Renoir, es un caso de admirable perspicacia comercial. Cuando patrocina o trata de lanzar a un pintor o escultor, está seguro que su intuición lo ha guiado a un valor artístico incuestionable, de futuro asegurado; tan es así, que al morir atropellado por un taxi en Nueva York, sus herederos encuentran en los sombríos depósitos que posee en París, centenares de cuadros de jóvenes pintores que estaba dispuesto a patrocinar y que, poco después, llegan a una fama inesperada.

A mediados del siglo XIX el arte pierde mucho de su valor especulativo, debido al control que ejercen los gobiernos en casi toda Europa y América. El Estado interviene como patrocinador y juez; y ya sabemos que donde el Estado interviene la empresa decae o muere. En Londres la Real Academia, en París la Sociedad de Artistas Franceses y el Instituto de Francia, en Italia el ministerio de Bellas Artes.

Pronto se deja sentir una reacción en Inglaterra y Francia; en la primera, gracias a la prosperidad económica, a críticos como Ruskin y pintores como Constable y Turner; y en Francia a la « Gaceta de Bellas Artes » que dirige Teófilo Gauthier.

Pero donde el comercio de objetos de arte pierde todas sus características tradicionales, es en los países socialistas. El arte en la U.R.S.S. ha sido definitivamente incorporado a las nuevas teorías económicas. No nos detengamos a considerar las ventajas o desventajas que trae para los artistas el nuevo sistema. Los antiguos « marchands », ex propietarios de galerías y tiendas de antigüedades, son hoy en Rusia asociados del Estado. Si obtienen pocos beneficios, en cambio contribuyen a la dignidad del país, aportan la prueba de preocupación espiritual de las doctrinas materialistas. En cuanto a los artistas, la mayoría está de acuerdo con la declaración que firman en 1935 los miembros del Soviet : « Los pintores al servicio del gobierno deben pintar lo que el proletariado ordene »... « el valor del arte del pasado no ha de ser tomado en cuenta ». Por eso los camaradas dedicados a las artes plásticas, entre ellos los más distinguidos, Isaac Brodsky y Alexander Gérasimov, pintan laboriosos retratos de líderes. Así cobran « tiempo completo ».

Marx afirma que una mercadería tiene valor por ser una cristalización del trabajo social. La magnitud de ese valor, su valor relativo, depende « de la cantidad mayor o menor que contenga de substancia social, es decir de la suma relativa del trabajo necesario para su producción ». En cuanto a lo que se refiere a cosas útiles para el hombre, Marx toma como premisa el razonamiento de Aristóteles : « El intercambio no podría existir sin la igualdad, ni ésta sin la conmensurabilidad. » Con esta base lógica, Marx afirma : « Lo que hace conmensurables los efectos de uso destinados al cambio —o mercancías— es el trabajo materializado en ellos, lo cual constituye la esencia exclusiva de su valor económico. » Su precio está regulado por el saldo de la mano de obra del obrero especializado, que como tal está considerado el artista. Esto hace del arte contemporáneo una mercadería cara. Mientras un ramplón paisaje de Perof o un cuadro de Repin cuestan miles de dólares, en un bazar de Pekín puede adquirirse una auténtica cerámica Tang por una bagatela.

No hace mucho un pintor de la antigua escuela, de aquellos que no se han percatado de que el trabajo artístico evolucionó desde los tiempos del artesanado medieval, que juzgan mérito sobresaliente el tiempo que emplea Leonardo en pintar la « Mona Lisa », denuncia ante un juzgado de la Seine, en un alegato de varias páginas, apoyado en el artículo 405 del código penal, a los pintores que ejecu-

tan varios cuadros en un día, y a los comerciantes que los venden sin tener en cuenta su valor intrínseco insignificante, y su valor plástico nulo, por representar unas cuantas líneas y colores sin contenido estético.

Seguramente, el juez, antes de emitir su fallo, no toma en cuenta el trabajo aparente y el tiempo, también aparente, empleado por un artista en la ejecución de un cuadro, ya que esto nada tiene que ver con su valor como creación estética. Renoir pudo ilustrar al juez con el relato de una anécdota bien conocida. Cierta vez, al visitar la Catedral de Reims encuentra a un hombre que con un cincel y martillo en mano trabaja penosamente sobre un bloque de mármol. Frente a él, a unos cuantos pasos, otro hombre le observa : « Comprendí —dice Renoir— que éste era el escultor. »

Al negar razón al demandante, el juez llega a la conclusión de que la calidad artística poco tiene que ver con el esfuerzo material, y que las leyes del trabajo tienen poca o ninguna aplicación en las obras de arte. Estas escapan al valor de uso y al valor de cambio que regulan los productos manufacturados, sujetos a las reglas de las transacciones comerciales de nuestro tiempo. En una escala materialista, toda mercancía es expresión de una misma unidad : el trabajo humano reemplazable. ¿Puede la obra de arte medirse en relación con el tiempo de trabajo del autor? M. Jean Fourastié, director de la Escuela de Altos Estudios de la Sorbona, declara : « Así como un salario no tiene significado sino en relación con el precio, lo mismo el precio no tiene significado sino en relación con el salario. » Esto sería injusto aplicado a una ocupación ajena al índice de costo de mano de obra. Hay otros muchos factores de los que depende el valor de una escultura o un cuadro, uno de ellos la moda, que mucho tiene que ver en las altas y bajas de los precios. Descontando el talento del pintor y la inestabilidad de la moneda mundial, la moda impuesta por los grandes agentes de publicidad es la que determina el favor del público hacia algunos artistas y, por consiguiente, la que pone en auge el precio de sus obras.

En 1910, el famoso « marchand » Duveen, ante la creciente demanda de cuadros de los pintores de la escuela de Barbizon, recomienda a los amantes de la buena pintura no adquirir obras de Millet, de Díaz, de Rousseau y otros. (Ya se falsificaban por centenares los umbríos paisajes, con ninfas y sin ellas, de Corot.) Y como todo está acaparado por los « marchands » franceses, fuera de su alcance, Duveen pone en guardia a los coleccionistas señalándoles los defectos de una escuela abocada a la falsificación, que oscurece con el tiempo, mientras la pintura inglesa gana en riqueza de colorido y en solvencia. Llegado el momento, después de almacenar gran cantidad de obras de pintura inglesa, incluyendo a Constable y Turner, invade con sus cuadros el mercado de los Estados Unidos donde alcanzan cotizaciones espectaculares. A tal punto llega el número de ventas, que para evitar la baja aconseja a sus clientes y amigos tales como Melon y Morgan, legar sus colecciones a los museos de la Unión aprovechando la reducción en los impuestos personales, ley inspirada por el propio Duveen.

No hablamos de la moda que compete a modistos especializados. Hablamos de la moda que desde los orígenes de la civilización codea las leyes de imitación, influye en el gusto que guía y determina los cambios en el aspecto externo de las sociedades. El inflexible minutero que marca las diferencias entre una época y otra; el logos que une a gentes y pueblos; el verbo triunfal que bajo frívolas apariencias modula el gusto universal, establece relaciones e inspira normas de conducta. En su dominio fugaz controla todo : forma y contenido. ¿Qué es sino moda impositiva la corbata que luce el antiguo mandarín chino disfrazado de burócrata socialista? ¿Acaso escapan del todo a la moda los fragmentos de verdad que aparecen y desaparecen en los fenómenos sociales y políticos del presente? ¿No están de moda los « slogans » que popularizan los agitadores marxistas? No es otra cosa la frase retórica, el adorno, la inclinación objetiva de ciertos gustos iniciada por los artistas y poetas y patrocinada por gentes selectas, por dilettantes o simples desocupa-

dos que enseñan a ver diferente y a sentir diferente, que crean hábitos que en realidad son modas, algunas de ellas basadas en leyes permanentes que en las grandes épocas se convierten en estilos.

Los descubrimientos arqueológicos y el interés por las artes primitivas también ejercen influencia en la moda. Recuérdese la novedad que trajo a las artes decorativas el descubrimiento de la tumba de Tutank-Amon por lord Carnarvon. Hemos visto a soberanos rodeados de cortes selectas crear y dar nombres a sus estilos. Con el descubrimiento de Brasil y las Indias Occidentales, el barroco encrespa sus formas en diferentes aspectos, y con la colonización de Africa el arte negro influye decididamente en el arte contemporáneo.

El arte es la primera víctima de este inexorable devenir. Zarandeado por las circunstancias, a veces toma senderos que no son los suyos. Creo que los grandes artistas, así como son creadores de estilos, tienen mucho que ver en el dominio que ejerce la moda. Depende de su genialidad. Fidias, al innovar los materiales de construcción alternando el oro y el marfil con el mármol en sus opulentas estatuas de Zeus y de Minerva, no logra un estilo, apenas introduce una moda oriental que Grecia acepta gracias a la decadencia del período pericliano. Los grandes artistas no ceden ante la moda, al contrario, la crean y la imponen. Miguel Angel no fue sólo el seguidor de las manifestaciones helenistas. Al interpretarlas personalmente se convierte en descubridor. El artista que trata de escapar a la influencia de toda moda o de toda tradición, que pretende crear algo que jamás ha visto, no hace sino seguir una corriente que ambiciona ser original. Hoy existen en legión.

Picasso no solamente encuentra nuevas formas de expresión. Impone orientaciones a movimientos que obedecen a una lógica sucesión de fenómenos sociales. Hace que la moda, al iniciarse, coincida con estos fenómenos. Es el artista que el destino ha escogido para ilustrar una idea cuando ésta flota en el aire sin precisarse. Picasso se adelanta a las ideas en vertiginoso proceso de descubrimiento. Cuando Jacobson, en 1905, presenta en el Salón de Otoño de París una estatua hecha de bloques rectangulares, inspira a Picasso el cubismo que revive en el presente una concepción geométrica del pasado. Más tarde ve llegar la moda del arte negro; presiente el fin del romanticismo y el triunfo del « realismo mágico » en cuando asoma el feroz mundo industrial. Ve llegar la guerra, y su incansable pasión de esteta transforma la tragedia en magníficos destrozos.

Hoy la moda ha caído en manos de los capitanes de industria; la propaganda que manejan es capaz de desviar los gustos más sólidos. Tradición y costumbres desaparecen ante la moda que ellos imponen, implacable, tirana, cambiante hasta el vértigo. En el siglo XVIII los acaudalados más antojadizos conservan sus carrozas por períodos que a veces llegan al medio siglo. Hoy la línea de los automóviles más lujosos apenas dura tres años. Con los valores estéticos pasa lo mismo. En Norteamérica el arte abstracto hace diez años que está de moda. Gracias al abstractismo las artes plásticas están al alcance de todos: artistas y no artistas. Por medios mecánicos hoy es fácil pintar cuadros, modelar esculturas y proyectar arquitecturas. El arte se rinde a la economía industrial y tiende a uniformizar el sentido o el gusto que domina todos los campos de la actividad humana: política, costumbres, música, literatura, etc. Hasta el arte culinario tiende a desaparecer convertido en prácticas recetas puestas de moda, tanto por un sentido económico como por un socialismo implacable, nacido de leyes cada vez más imperiosas de subsistencia. Aunque no son las exigencias económicas las únicas determinantes de la desaparición del ritual en el refectorio familiar, de la comida hogareña, del reparto del pan humilde y el vino confortante. Es la brutal imposición de la moda, materialista concepción del tiempo, que impide distinguir lo que es bello y profundo de lo que es vulgar y frívolo; lo que es cartel o almanaque de un cuadro de Goya.

Otro fenómeno de la época, digno de ser señalado, es el continuo aumento de los aficionados al arte. Los coleccionistas a fuerza de enterarse de las prácticas comerciales, donde entra tanto el negocio como la afición, se convierten a su vez

en pequeños « marchands » profesionales. Antiguamente el aficionado compraba cuadros para cubrir sus muros. Si la pasión le lleva a excesos, llegará a tapizar su oficina, pero nunca comprará con fines especulativos. Cuando Pellerin adquiere decenas de cuadros de Cézanne y el doctor Alexandre otros tantos de Modigliani, es porque aman sinceramente a Cézanne y Modigliani. Hoy es corriente oír que tal aficionado ha comprado treinta Poliakoff para revender la mitad a doble precio, y así comprar diez de otro pintor. Se dice también que un cuadro de Dubuffet es regalado si se compra por un millón, « porque prontro valdrá tres veces más ». A nadie se le oye decir : « Me gusta Dubuffet aunque valga cien francos ; de todas formas me gusta. »

Esto nos explica los cambios que hemos visto en el mercado de obras de arte en los últimos tiempos. En un año los precios suben o bajan de manera sorprendente, y estos cambios no son tan ficticios como la gente cree. Se pueden atribuir, además del talento del pintor, en gran parte a la inestabilidad de la moneda mundial, inestabilidad que dura desde la primera guerra. A tal exaltación llega la psicosis provocada por la incertidumbre económica, que la propiedad de un tesoro artístico da mayor seguridad a su poseedor que un depósito de barras de oro. Alrededor de mil millones por año se invierten en galerías, salas de subastas y corretajes entre « marchands » y clientes.

No todo es provecho en la inversión de obras de arte. Las hay que dan prestigio, pero constituyen una carga para sus poseedores. Con frecuencia vemos familias de la aristocracia inglesa desprenderse de los retratos de sus antepasados por el gasto que exige su posesión. El famoso retrato de Wellington, por Goya, cuesta a su dueño miles de dólares en seguros y en sostener un palacio apropiado para colocarlo ; tanto, que se ve obligado a subastarlo pasando por alto el orgullo nacional y familiar. Por eso en Inglaterra, mientras desaparecen los grandes coleccionistas, que eran pocos, se multiplican los pequeños coleccionistas, que son muchos.

En otros casos las obras maestras se convierten en capital improductivo que, según la leyes de algunos países, se prohibe exportar por constituir « Bienes Nacionales ». Verdadera conmoción produce en España el anuncio de la subasta en Londres del retrato ecuestre del duque de Lerma por Rubens, perteneciente a una pobre congregación religiosa. La venta —según los peritos— hubiera producido medio millón de dólares. ¡Una verdadera fortuna! Pero la intervención del gobierno y de algunas instituciones oficiales impide la salida del cuadro del territorio español.

Hay otros casos frecuentes sobre la autenticidad de las obras adquiridas, comprobadas falsificaciones por las que se han pagado enormes sumas después de haber sido « expertizadas » para museos tan importantes como la Real Galería de Londres y el Museo Metropolitano de Nueva York ; falsificaciones que pasan años antes de ser descubiertas.

La estafa del holandés Van Meergeren es bien conocida. Buen pintor, en inútil busca de un « marchand », su obra nunca llega a interesar al público ni a la crítica. Dispuesto a imponerse por cualquier medio, su admirable petulancia le lleva a pintar como lo hacían Vermeer y Pedro de Hooch en el siglo XVII. Durante doce años estudia a fondo los secretos técnicos de estos dos pintores, y gracias a su habilidad llega a imitarlos a la perfección. A los museos holandeses, generalmente dirigidos por dos grandes conocedores de la pintura holandesa, les vende diez cuadros de Vermeer y dos de Hooch, y al opulento jefe nazi Goering, ferviente coleccionista, le vende seis, todos de su propia cosecha. Este engaño casi le cuesta la vida. Los tribunales holandeses, después de la derrota alemana, le condenan a muerte por vender al enemigo tesoros de arte holandés, lo que está considerado como delito de alta traición. Pudo salvarse demostrando a los jueces su fantástica estafa.

Sería interminable recorrer la historia económica del arte, sus ventajas y desventajas en el comercio. De todas maneras, queda una convicción indiscutible : el arte constituye y ha constituído siempre una mercadería de valor constante.

Nathalie Sarraute

POR J. G. WEIGHTMAN

En las raras ocasiones en que entramos en relación con personas de cierta notoriedad solemos sentirnos decepcionados al no encontrar en ellas ninpuna de las características que les han hecho célebres. El ilustre poeta examina los últimos comunicados del « H.M. Stationery Office » y desea estudiarlos con el propósito de comprender el mundo moderno. Un ministro de la Corona nos da la impresión de interesarse mucho menos por los problemas de otros países que por Proust. Pero alguna vez tenemos suerte. He oído decir que un admirador de Ionesco, invitado a almorzar en el domicilio del dramaturgo, se sintió encantado cuando, en mitad de la comida, el cartero trajo un enorme paquete. Sólo el hecho de desenvolverlo ocupó a todos los presentes ; su contenido llenó toda la habitación y fue creando una situación tan absurda como si se tratara de una pieza improvisada de Ionesco.

Yo también he conservado un recuerdo impresionante de uno de mis encuentros con Nathalie Sarraute. Nos hallábamos sentados en un café bastante lleno y como deseara yo llamar la atención del camarero, le pedí su opinión acerca de un detalle de cortesía que me preocupaba. ¿Sería correcto levantar un dedo y gritar : « *¡Garçon!* » Seguramente no, dijo. Llamar al camarero sería conducirse como uno de esos burgueses que no reconocen a sus subordinados una realidad individual y los tratan como si fueran figuras estereotipadas. Ninguna persona fina y educada procedería así. Evidentemente, si chasqueara los dedos sin decir palabra, mi conducta sería aún más ofensiva. Por otra parte, si gritara « *¡Monsieur!* », tal vez diera origen a situaciones desagradables ; podría parecer ridículo, excesivamente irónico y, además, nadie sabría a quién me dirigía. Entonces, ¿qué hacer? « Nada », contestó. Debemos permanecer sentados y esperar.

Al cabo de un rato, una persona de su familia entró corriendo para hablar con ella acerca de la compra de un abrigo de niño, para hacer un regalo algo ceremonioso. Resolvieron la cuestión de las medidas y del color y, cuando la otra persona salió precipitadamente, la Sra. Sarraute corrió tras ella para decirle : « *¡N'oublie pas qu'il faut le nom du faiseur!* » En otras palabras, para que el abrigo tuviese la significación de un valioso regalo burgués, debía llevar el nombre de una casa de modas conocida.

Los libros que han hecho célebre a la Sra. Sarraute entre los literatos de dos continentes, como un exponente de la « nueva novela » francesa, giran alrededor de menudencias de esta clase. Pronunciar una palabra en un café, ¿qué tumultuosa complicación de situaciones indecibles puede traer consigo, tanto para mí como para los demás? Claro está que cada día cientos de miles de burgueses franceses medios levantan el dedo y gritan : « *¡Garçon!* », y cada día cientos de miles de camareros estereotipados acuden corriendo para servirles ; y lo mismo el burgués que el camarero creen que su conducta es correcta. Así

es la vida, y así es la « realidad ». Pero se equivocan. Cada individuo es una masa rebosante de movimientos espontáneos (tropismos), y las convenciones, la costumbre o la inercia han escogido de entre todos ellos un modelo simplificado ; este modelo es considerado como la « verdad », cuando de hecho no es sino un sedimento o una osificación. Muchas personas viven de conformidad con tal osificación, y todo el mundo está obligado a aceptarla en ciertos casos. Por ejemplo, cuando una familia francesa de la burguesía, incluso entre las más instruídas, hace un regalo a otra, el detalle que tiene en definitiva más importancia para ellas no es que el obsequio sea adecuado o estético —aun cuando los franceses tienden a ser extraordinariamente escrupulosos para ambas cosas—, sino que el rótulo elimine inmediatamente la menor duda acerca de que el regalo se ha hecho de conformidad con las normas burguesas convenidas y aceptadas para los intercambios. Ser burgués, camarero o cualquier otro « personaje » característico es someterse a la serie de procedimientos que sirven para definir esta identidad limitada ; es valerse de un lenguaje vivo, en el sentido de que está en uso todavía, pero que ha muerto, en el sentido de que no es reinventado.

Ahora bien, una de las funciones del arte en general, y de la literatura en particular, consiste en ver detrás del convencionalismo existente la multitud de posibilidades que el convencionalismo no procura. Cada artista auténtico presenta una nueva visión, es decir, una nueva selección de entre las infinitas posibilidades que ofrece la realidad. Con el transcurso del tiempo, esta misma visión se hará convencional y parecerá inadecuada a algún nuevo artista auténtico. Pero este envejecimiento no es un motivo de desaliento, sino todo lo contrario. ¿Hay algo más reconfortante que persuadirse de la inagotable renovación que permite la realidad?

Los principios fundamentales de la Sra. Sarraute, que he resumido de una manera aproximada, después de leer su libro de ensayos sobre la novela, *L'Ere du Soupçon* (1956), no distan mucho evidentemente de los de Jean-Paul Sartre, y no es de extrañar que Sartre haya escrito un prefacio entusiasta para la primera novela de la Sra. Sarraute, *Portrait d'un inconnu*. Su cocepción de la « mala fe », esa falsedad semiconsciente que induce a la gente a adoptar actitudes imitadas, en vez de ejercer su libertad, se parece al criterio de que muchos « personajes » son una simplificación, comparados con la materia prima de la realidad psicológica de que han sido extraídos. Pero no puede decirse que la Sra. Sarraute deba nada a Sartre o que haya tomado como punto de partida una actitud filosófica y haya escrito sus novelas para explicarla. En primer lugar, empezó a escribir siguiendo la trayectoria que ella misma se había trazado mucho antes de que Sartre hubiese publicado ninguno de sus libros más importantes, y nunca le ha seguido en la cuestión concreta de la literatura « comprometida ». Aun cuando sus simpatías políticas parecen tender hacia la izquierda, ella afirma que la función del artista consiste en expresar su visión de esa parte limitada y a la vez muy sencillla de la vida, tal como él la percibe, y con la que se encuentra en contacto directo. Es muy posible que considere las obras « comprometidas » de Sartre como un error, como una manipulación grosera de las normas establecidas en serie por los computadores, ya que el concepto de la libertad existencialista interviene sólo en la manipulación, cuando en realidad debería utilizarse únicamente para obligar a los computadores a dar una representación más auténtica de la vida. También ha explicado que empezó a escribir el primer libro *Tropismes* (1939) antes de haber madurado completamente lo que se proponía hacer. Las cuatro novelas siguientes : *Portrait d'un inconnu* (1948), *Martereau* (1953), *Le Planétarium* (1959) y *Les Fruits d'Or* (1963) sólo han servido paar perfeccionar algunos aspectos de su primera obra. Manteniéndose con tanta obstinación en la misma trayectoria, la Sra. Sarraute se parece a otros exponentes de la « nueva novela ». Cualesquiera que sean las dudas que podamos tener acerca de la importancia definitiva de su obra, hemos de admirar por lo menos su sinceridad.

El tropismo, según el diccionario, es un

movimiento total o parcial de los organismos, en respuesta a estímulos de agentes físicos o químicos. La Sra. Sarraute dice que ha comprendido, desde su infancia, que nuestra vida intelectual está constituída por grandes cantidades de movimientos infinitesimales, muchos de los cuales, quizás la mayor parte de ellos, se han disipado o se han confundido con otros antes de que hayamos tenido tiempo de percibirlos y de darles un nombre. En esta vibración fundamental de nuestro ser es donde han de encontrarse la verdad y la sinceridad, y el problema del realismo consiste en la manera de traducirlas en palabras. En lo que concierne al realismo, la Sra. Sarraute hace algunas observaciones perfectamente meditadas :

« Pero las gentes preguntarán : ¿Qué quiere usted decir cuando habla de un escritor realista? Pues, muy sencillo —y no podría ser de otro modo—, es un escritor que por muy grande que sea su deseo de divertir, de reformar, de instruir a sus contemporáneos, o de combatir su emancipación, se aplica sobre todo, haciendo al mismo tiempo un esfuerzo por mentir lo menos posible, por no adornar o atenuar las cosas, a evitar las contradicciones y las complicaciones, y a averiguar, hasta donde se lo permite la agudeza de su visión, lo que aparece a sus ojos como real.

« Su pasión por esta realidad es tan profunda y tan sincera que no rehuye ante ningún sacrificio que ésta pudiere exigir. En efecto, acepta el mayor de todos los que un escritor puede verse obligado a hacer : el de la soledad y los momentos de duda y angustia que trae consigo esta realidad...

« El estilo (cuya armonía y belleza visible son una tentación tan constante y peligrosa para los literatos) es para esta escritora un simple instrumento, cuyo único valor consiste en servir para extraer y comprender de la manera más exacta posible el fragmento de realidad que trata de poner al descubierto. Todo deseo de escribir 'bellamente', por la satisfacción que puede procurarle o para ofrecer a sus lectores un placer estético, le parece por completo inconcebible. Desde este punto de vista el estilo sólo puede ser bello en el sentido que lo es el gesto de un atleta. Cuanto más se adapte el estilo a su propósito, tanto mayor será su belleza. Y esta belleza compuesta de vigor, precisión, viveza, flexibilidad, audacia y economía de medios, es simplemente la expresión de su eficacia. »

(*L'Ere du Soupçon.*)

No obstante subsiste un importante problema lingüístico. Las palabras empiezan, como quien dice, a un nivel mucho más superficial que esta realidad básica por la que se interesa la Sra. Sarraute. No ha publicado ninguna crítica extensa del lenguaje, pero de las observaciones incidentales que se encuentran en sus novelas puede deducirse fácilmente que se siente molesta por la tendencia a generalizar inherente a la expresión lingüística. Toda palabra, con excepción de un nombre propio único (suponiendo que tal cosa exista) es una generalización que coloca bajo el mismo rótulo un gran número de fenómeos mal definidos : « casa », « carne », « jardín », « bien », « mal », « negro », « blanco », etc., son aproximaciones burdas que repetimos indefinidamente, sin detenernos a pensar por qué, cuando decimos « una casa blanca », tratándose de una casa determinada, no comprendemos su verdadera individualidad (que puede ser más o menos la de una « casa » más o menos « blanca »), sino que la incluímos en una clase de interpretaciones tan vasta que no decimos nada en absoluto acerca de su unicidad. Y la situación se agrava cuando se trata de palabras que se refieren a los sentimientos. Es difícil imaginar a ningún personaje de una novela de la Sra. Sarraute diciendo a otro : « Te amo », porque el término « amor » es un imposible y grosero signo taquigráfico. ¿Cómo puede una persona sensible resumir jamás toda la verdad fluctuante de una relación intensa mediante una palabra única, de que tanto se abusa? En efecto, la palabra « amor » surge casi inadvertidamente en *Portrait d'un inconnu,* pero seguida inmediatamente del cometario : « ...aquí tenemos de nuevo una de esas palabras imperfectas que aturrullan como un mazazo ». Cuando la Sra. Sarraute se enfrenta con el lenguaje, se encuentra como una persona a quien se hubiese regalado un rompecabezas infantil, cuyas piezas fuesen demasiado grandes y de colores demasiado charros para poder construir una imagen con atisbos de realidad. Su deseo sería cortar las piezas en pequeñísimas partículas, hasta llegar a formar un mosaico de diminutos puntos de luz, que correspondiera exactamente a nuestra facultad de per-

cepción más aguda. En este sentido puede calificársela como pintora puntillista de la psicología.

Yo creo que esta ambición constituye la clave de todo su trabajo, tanto de creación como de crítica. Si se muestra casi tan despectiva respecto de la novela « tradicional » como Robbe-Grillet es porque la mira como un rompecabezas rudimentario. El título de su estudio crítico *L'Ere du Soupçon,* se refiere a la desconfianza que rodea ahora a los « personajes » de las novelas. Tradicionalmente, un personaje era un ser con un nombre, una profesión y ciertos rasgos que se repetían. El autor lo veía desde fuera, como un objeto, y lo explicaba desde fuera, con una omnisciencia divina. Ambos procedimientos son inadecuados ahora ; consolidar el personaje hasta convertirlo en una unidad completa y definible es tan imposible como tratar de saber lo que sucede en su interior. Ningún personaje puede ser definitivo, ya que el proceso de la vida es una perpetua renovación psicológica, tanto si se acepta como si no se acepta como tal. Dos personas reunidas en una habitación no son dos «personajes », sino un intercambio fluctuante de impresiones, una doble serie de tropismos. Al mismo tiempo, el escritor no es Dios ni un superpsicólogo ; no explica, sino que describe. ¿Por qué habría de molestarse en disgregar en varios fragmentos lo que conoce de su propia naturaleza y pretender que cada fragmento fuese un personaje distinto? Su función consiste más bien en describir un campo de percepción, del cual su propia subjetividad y la objetividad de otras personas son incidentes entrelazados, en reacción perpetua entre sí, como esos animales-plantas del fondo del mar, que permanecen en un estado de intimidad temblorosa con el lugar en que habitan. (La Sra. Sarraute emplea constantemente imágenes a base de tentáculos y antenas.)

Esto explica por qué menciona favorablemente a Virginia Woolf. Esta novelista veía también la materia de la vida como una especie de tejido intacto y animado, lleno de luces cambiantes. Nathalie Sarraute elogia asimismo a Ivy Compton Burnett por haber creado una forma de diálogo que, sin ser « realista » en el sentido más superficial —poca gente habla o ha hablado nunca de ese modo—, produce una sensación de realidad, porque es la voz de la verdad subjetivo-objetiva que fluctúa entre los personajes. La Sra. Sarraute llega hasta a argüir que lo más consistente en Dostoyevski y Proust no es su manera de dibujar los personajes, ya que éstos, dice, son algo anticuados, sino la representación del material psicológico esencial de donde proceden. Resulta bastante paradójico que una persona como la Sra. Sarraute, obsesa por la idea de que el deber de la literatura es ser « original », parezca creer que la literatura más original es la que termina en esta realidad fundamental, revelando una especie de material uniforme común a todos los individuos, un « nuevo animismo », como ella lo llama (1). Empleando otra imagen pictórica, podría decirse que es como si un artista hubiera de ahondar tan conscientemente en la verdad de la creación material, que acabara pintando solamente átomos de hidrógeno, partículas fundamentales o cualquiera de esas cosas que según los hombres de ciencia constituyen el mundo, suponiendo naturalmete que esas unidades esenciales pudieran pintarse. La Sra. Sarraute no explica por qué quiere descender a tales extremos ni por qué cree que la verdad es universal a esas profundidades. Más adelante volveré a tratar de este problema, porque ahora podría originar una confusión metafórica, como sucede con otras teorías relacionadas con la « nueva novela ». La idea de que la verdad es más auténtica cuanto más profunda, puede ser en sí un concepto anticuado. Las conclusiones de la ciencia moderna parecen indicar que hay varios estratos de verdad y que es imposible decidir si los más profundos son más valederos que los superiores. Esto se relaciona con el problema del « personaje » en la literatura.

(1) La palabra « unanimismo » fue popularizada a principios de este siglo por Jules Romains. Este escritor pretendía que la literatura debe subrayar la convicción de que, en el mundo moderno tan complejo, los individuos son más completamente « miembros unos de otros » que en épocas anteriores.

Puesto que la Sra. Sarraute se interesa en primer lugar por la estructura subjetivo-objetiva de la vida, bien puede decirse de ella que tiene más de poeta que de novelista. *Tropismos* es una colección de veinticuatro poemas en prosa muy breves, cada uno de los cuales intenta abarcar las complejidades de una situación aparentemente sencilla : los padres que pasean despacio por las calles, acompañados de los niños, y miran melancólicos los escaparates de las tiendas ; las situaciones familiares algo turbias, en las que un marido se exaspera por los caprichos de su mujer, pero es incapaz de frenarlos ; o bien las mujeres de la burguesía, que charlan de vaciedades como si fueran pájaros. He de confesar que este libro no me ha inspirado más entusiasmo que una corta colección, bastante parecida, de obras en prosa de Robbe-Grillet, llamada *Instantanés*, y no me extraña que no suscitara comentarios, como dice la Sra. Sarraute, cuando vio la luz pública por primera vez, en 1939. El estilo es cuidado y la redacción escrupulosa, pero todos los párrafos parecen de una ligereza enigmática. La colección no tiene un tema general, a no ser quizás la confusa insatisfacción que se advierte en el comportamiento de la burguesía francesa. He de decir que en las novelas tradicionales y sentimentales de Colette, por ejemplo, se encuentran fragmentos de esta clase, igualmente notables, escritos sin hacer referencia alguna a los « tropismos ». Es cierto que Colette, lo mismo que Virginia Woolf, se extiende excesivamente sobre los temas, mientras que la Sra. Sarraute es demasiado honrada para proceder de este modo ; pero cuando Colette y Virginia Woolf escriben bien parecen decir más cosas en el mismo espacio. Por ejemplo, el siguiente « poema », que se supone perfectamente terminado, presenta un tema que Colette, Virginia Woolf, Katherine Mansfield, y hasta Francis Ponge, podrían haber tratado, añadiéndole su propia perspicacia psicológica o sus fantasías verbales. Pero la Sra. Sarraute lo trata de una manera tan puritana que uno se pregunta : ¿Acaso dice algo? Las frases parecen notas para una novela corta o para un poema que todavía no se han escrito :

« En los suburbios de Londres, en un hotelito con cortinas de percal, su pequeño cuadro de césped soleado detrás del edificio, todo mojado por la lluvia.

« La gran ventana orlada de guisantes de olor en el estudio se abre sobre este césped.

« Un gato está sentado, muy erguido, con los ojos cerrados, sobre la piedra caliente.

« Una solterona de cabellos blancos y mejillas de color de rosa tirando a rojo lee una revista inglesa ante la puerta.

« Está sentada, muy rígida, muy digna, muy segura de sí misma y de los demás, sólidamente instalada en su pequeño universo. Sabe que dentro de unos instantes sonará la campana anunciando el té.

« Abajo, Ada, la cocinera, limpia las verduras ante una mesa cubierta con un hule blanco. Su cara permanece inmóvil, como si no pensara en nada. Sabe que pronto será la hora de freir los buñuelos y de tocar la campana del té. »

(*Tropismes.*)

En *Portrait d'un inconnu*, que Sartre ha llamado una « antinovela que parece una novela policíaca », las intenciones de la Sra. Sarraute se expresan con más claridad. Hemos penetrado en el interior de una persona que no se nombra —probablemente un hombre, ya que las terminaciones gramaticales son del género masculino— quien, por razones que no se indican, está observando, en cierto modo, a dos —¿pueden llamarse así?— « personajes », un hombre entrado en años y su hija, entre los cuales no parece reinar el afecto. Cada uno de ellos pudiera haber figurado en *Tropismes*. Parecen revolotear indecisos en el campo de percepción del narrador. El viejo tiene ciertos rasgos de avaro. Se enfurece porque su hija saca cosas de la vivienda y porque ella no sabe arreglarse para vivir con la pensión que él le pasa. Ella, por su parte, parece esforzarse por evitar al narrador. Uno o dos pasajes pueden reconocerse al fin como episodios : por ejemplo, cuando el padre se pelea con su hija, la echa de casa y cierra la puerta. Al final, el libro aparece a la luz de un día cualquiera, en el que la hija se promete con un hombre dominante y positivo, que probablemente quiere representar una caricatura de la precisión y eficacia burguesas. Este hombre pasa como una apisonadora a través de las confusas vacilaciones del narrador, del pa-

dre y de la hija, y el lector normal está encantado viéndole conducirse así. ¿Le ha introducido la Sra. Sarraute en el libro para demostrar que, cuando quiere, es capaz de esbozar un personaje? Sin duda alguna posee el don notable de sorprender los ritmos del francés hablado. Pero no diré que la lectura de este libro sea fácil ni que la impresión que me produjo en definitiva sea satisfactoria. No acierto a adivinar el propósito del narrador, que es en mi opinión el hombre desconocido cuyo retrato se nos promete en el título. ¿Qué necesidad hay de describirnos las relaciones desagradables, y hasta crueles, del padre con la hija, valiéndose de una conciencia anónima? En realidad, el narrador desaparece de vez en cuando para dejar el sitio a la voz omnisciente del novelista « tradicional » ; pero el texto no permite deducir si esto sucede deliberadamente o por inadvertencia. Coonvengo en que la Sra. Sarraute dice algo acerca de la naturaleza variable e imperfecta de las relaciones entre un padre y su hija ; pero dudo que esto tenga un gran interés o sea absolutamente indispensable decirlo de una manera tan insistente.

El « argumento » de *Martereau* señala un progreso en el sentido de la claridad. En este caso, el narrador es un joven refinado que habita en el domicilio de su tío, también en el ambiente burgués de París. El tío y la tía viven en estado de guerra permanente. Ella es superficial y cruel ; él vanidoso, desatinado y torpe. Aquí el tema gira alrededor de la compra de una casa en los alrededores de París. El tío dispone de una gran cantidad de dinero que quiere invertir rápidamente para evitar los rigores del fisco. Pide a un amigo menos acaudalado que él, Martereau, que compre una casa, para lo cual le facilitará el dinero ; pero, a consecuencia de un accidente, no obtiene el recibo. Martereau muestra cierto interés por la casa, aunque al final parece que renuncia a ella. No llega a vislumbrarse si se trata de un hombre honrado o de un pícaro.

Esta vez también el argumento sirve sólo de pretexto a la autora para describir cómo se trasforman las relaciones en el seno de un pequeño grupo de personas. El narrador ultrasensible es una repetición del observador anónimo de *Portrait d'un inconnu,* que tampoco me parece indispensable aquí. Desaparece igualmente en ciertas ocasiones, y la novelista ocupa su lugar tranquilamente para describir cosas que el narrador no puede conocer. Pero en este libro hay algunos pasajes extraordinariamente buenos, especialmente una de las mejores descripciones que he leído del placer doloroso y casi espurio de visitar una casa que uno puede o no puede comprar. Nathalie Sarraute recoge admirablemente el intercambio de actitudes entre las tres personas que se embarcan en esta expedición. Muestra hasta qué punto son leales o desleales consigo mismas y entre sí. El choque de los caracteres es también más interesante que en el libro anterior. Al principio, Martereau, visto desde fuera, parece mejor definido y más concreto frente a los otros tipos psicológicamente indecisos, pero algunas veces sus rasgos característicos son tan inconsistentes como los del tío. Incidentalmente diré que no comprendo por qué el libro ha de llamarse *Martereau,* pues si bien es el único personaje que tiene nombre, no es el central.

La obsesión burguesa de la propiedad —ya tratada en *Portrait d'un inconnu,* en que el anciano padre se enfurece, de una manera más bien divertida, al imaginar que su hija le roba el jabón, y que reaparece en *Martereau,* cuando se trata de la casa— alcanza su punto culminante en *Le Planétarium,* que se centra sobre todo en las emociones inspiradas por los objetos materiales. En esta obra no hay narrador ; pasamos del interior de una conciencia a otra y, progresivamente, vamos comprendiendo que hay tres personajes principales : una tía vieja que ocupa sola un gran piso y está muy excitada porque un obrero ha colocado un picaporte inadecuado en una puerta nueva que había mandado hacer especialmente ; su sobrino Alain, que vive con su mujer en un pisito pequeño, y quisiera cambiarlo por el mayor de su tía ; es también un arrivista y desea impresionar al tercer personaje : Germaine, una dama del gran mundo que es escritora al mismo tiempo. Alain y la tía son dos personajes débiles, cuyos estados de ánimo varían bruscamente. Al final, Alain

y su mujer obtienen el piso y Germaine va a visitarles cuando están en él.

Otra tempestad en un vaso de agua ; pero como dice el narrador en *Martereau*, evidentemente hablando en lugar de la Sra. Sarraute : « Las tempestades en un vaso de agua son mi especialidad. » Jamás se ha discutido tanto en la literatura alrededor de una puerta de madera. El complicado párrafo de Flaubert sobre la taza de Charles Bovary o la detallada descripción de la Pension Vauquer, en *Le Père Goriot*, de Balzac, e incluso las variantes de Proust sobre las matas de espino blanco son superados por la Sra. Sarraute, cuando trata de la puerta, que de este modo adquiere la importancia de un personaje en la novela. Pero la obsesión de la Sra. Sarraute por el « objeto » no es igual que la de su colega en la « nueva novela », Robbe-Grillet. Este define los objetos con una fingida frialdad, para poner de relieve su despego intelectual por el universo material, o utiliza ciertos objetos como « correlativos objetivos » (expresión de T.S. Elliot, que Robbe-Grillet ha aceptado), es decir, como apoyos o puntos de referencia para las emociones que en realidad no simbolizan. Los objetos de la Sra. Sarraute están evidentemente destinados a ser los receptáculos fútiles de toda la angustia de la vida. La anciana tía, y después Alain, se inquietan por la puerta, porque sus mentes son incapaces de plantear ningún problema metafísico. La puerta es una copia de otra que vio la tía cierta vez en una iglesia, donde todo la desagradaba, hasta que sus ojos se iluminaron a la vista de una labrada superficie empotrada en un muro. No es posible que haya aquí una intención satírica. Los burgueses franceses, incluso los que no son creyentes, se enamoran a menudo de las mesas de refectorio de algún monasterio o de fragmentos de tallas procedentes de iglesias, sin darse cuenta de que se interesan por ellos con una intensidad que alcanza las peores formas de la idolatría, es decir, una forma que ni es religiosa ni realmente estética, sino simplemente un afán de posesión (2). Es un interés incongruente, como la pasión del avaro, y la Sra. Sarraute lo presenta bajo la denominación de « tropismo ». Aquí está, por ejemplo, el sobrino que quiere impresionar a la gente de la buena sociedad explicando cómo su tía le llamó por teléfono a las once de la noche para que fuese a ver lo mal que habían colocado la puerta los obreros :

« En cuanto entré, vi en seguida que estaba furiosa. Parecía completamente descompuesta. Y toda la casa se hallaba en lo que ella llamaba un terrible desorden ; había un bote de encáustico en el suelo. Me abrió la puerta, llevando un trapo en la mano : entra y mira lo que han hecho ; tu amigo Rouvier no es bueno... Mira la puerta. Vi una horrible puerta nueva, semejante a otras que pueden encontrarse en cualquier parte ; una de esas puertas presuntuosas que suelen idear los decoradores ; estaba allí sin que nadie supiera por qué... Una idea insensata que se había apoderado de ella súbitamente... Pero no dije nada, era demasiado tarde, y no era cuestión de hablar de que... habían quitado la placa para proteger de las dedadas, dejando agujeros en la madera, pequeñas marcas que habían sido rellenadas con masilla y que ella raspaba y pintaba con toda su energía... Casi llorando, me suplicó : ...Mira, dime la verdad, yo no estoy en condiciones de juzgar, sólo veo esto... Indudablemente, las huellas de los clavos eran visibles... Pero si ella no lo hubiese dicho, yo no lo hubiera advertido, pero ahora que lo había dicho... Realmente era una lástima ; pero no había la menor duda, yo las veía. Debió inspirarme algún demonio, pues no pude por menos de decirle : « ¡Oh, si no se piensa, apenas se ve! Pero ahora que me lo dices, veo en efecto los puntos rellenos... Pero son tan pequeños... Hay que saber que están ahí... Pero se trataba precisamente de ese pequeño defecto, de ese lunar diminuto, de esa verruguita en la cara de la perfección... Era preciso suprimirla, aniquilarla, rasparla... Retrocedió unos pasos... Y en algunos momentos, según como le daba la luz, observándola desde ciertos sitios, no se veía nada... pero, después, volvían a aparecer y ella sólo veía eso.. La puerta, la habitación misma habían desaparecido ; pero los puntitos redondos estaban allí, sus ojos los adivinaban, los hacían aparecer a intervalos regulares, los contaban... era una tortura... » Él los oye reír con esa risita suave, como el arrullo de una paloma, como una caricia, un estímulo, una acción de gracias... Se dejan guiar, avanzan

(2) Esta forma de « obsesión anodina por un objeto » surge con frecuencia en la cultura francesa contemporánea. Es el tema principal de una novela de Robert Pinget, *L'Inquisitoire*, tema utilizado en una forma interesante por Alain Resnais en su última película *Muriel*.

fraternalmente, y él siente que va recobrando confianza ; él quisiera revolotear por allí y sacudir sus plumas... Pero ya saben ustedes que, hace dos años, se puso así por una cosa de menos importancia... Observó que había saltado una astilla de madera del tablero de su cama, el que estaba contra la pared... Bueno, hubo que taparlo, rellenarlo, y seguía viéndose... o no... Constantemente tiraba de la cama. Finalmente decidió cambiar toda la cabecera. »

(*Le Planetarium.*)

En su último libro *Les Fruits d'Or,* Nathalie Sarraute se lanza por otros derroteros, pero sin salir del mismo ambiente parisiense. El protagonista —el protagonista escueto, podríamos decir— no es una puerta de madera, sino una nueva obra literaria que acaba de aparecer. En un mosaico formado de fragmentos de monólogos interiores o de diálogos, la Sra. Sarraute señala las diversas e inestables reacciones que inspira ese libro, *Les Fruits d'Or,* que al principio sorprende por su novedad y finalmente se arrincona como un sombrero viejo. La impresión que produce es de que se lo ha entendido realmente ; el libro ha sido lanzado a la charca literaria de París y ha provocado una serie de graznidos, todos ellos más o menos atinados ; más que un juicio crítico, revelan los tropismos del público en sus relaciones consigo mismo. El libro se propone quizás establecer un parangón con la acogida que ha merecido la « nueva novela », y en este sentido podría considerarse como una terrible advertencia para todo el que tenga la audacia de escribir acerca de la Sra. Sarraute. En todo caso, yo sólo expresaré mi opinión diciendo que es un ejercicio interesante, pero que en último término no logra convencer. El defecto consiste tal vez en que nunca se menciona la naturaleza de *Les Fruits d'Or,* que no puede conocerse, ni aun por deducción. Y de este modo es difícil juzgar hasta qué punto las reacciones han sido adecuadas o inoportunas ; el libro es ingenioso, pero adolece de un hueco en el centro.

AUN SINTIENDO el mayor respeto por la Sra. Sarraute, como persona y como inteligencia, es evidente que no ha logrado convertirme a la creencia de la « nueva novela ». Lo mismo que cuando he leído a Robbe-Grillet o a Michel Butor, me queda la impresión de que se ha generalizado un impulso sincero, válido dentro de un campo limitado, hasta crear un sistema que deforma la obra o al menos la hace aburrida. No faltan críticos, por supuesto, que consideran este aburrimiento de la « nueva novela » como una prueba de su autenticidad. Mientras los novelistas que ya no están de moda se esforzaban por distraer, por suprimir las partes pesadas donde nada sucedía y por presentar hasta a las personas insulsas como si fuesen amenas, vistas desde cierto ángulo, los mejores escritores de nuestra época (lo mismo que algunos cineastas contemporáneos) nos engañan de este modo ; se estima que la insipidez de su estilo corresponde exactamente a la insipidez de la existencia, de manera que si la vieja tía de *Le Planetarium* se descompone durante páginas y páginas con motivo de la puerta, la verdadera intención del autor es presentarla tan insoportable como algunos parientes viejos que nos acorralan efectivamente en la vida. Pero resulta difícil aceptar el criterio de los « nuevos novelistas » que dedican todas sus actividades a aburrirnos. Los ministros de una religión o los profesores de universidad pueden resignarse a ser aburridos profesionalmente, pero los artistas no pueden serlo, y la Sra. Sarraute habla de la expresión de la verdad artística como si fuese una cosa conmovedora. En todo caso, si el objetivo del arte fuese sencillamente reproducir el aburrimiento de la vida, podríamos prescindir de él : para ello bastaría la vida misma. Es mucho más verosímil que el objetivo de todas las artes sea la victoria sobre el aburrimiento sustituyendo la inconcebible chabacanería constante de la vida con una estilización. Por supuesto, todo arte *es* una estilización. El realismo absoluto es lógicamente imposible, ya que la vida sólo puede ser representada en su totalidad por la vida misma. La Sra. Sarraute, igual que todos los demás novelistas, nos ofrece una estilización, y si no encuentro satisfactorias las estilizaciones de la « nueva novela », sino más bien aburridas, esto puede achacarse a mi excesiva estupidez para comprenderlas —circunstancia lamentable ajena a mi voluntad— o a que las estilizaciones pre-

cinden de algo que yo estimo esencial. ¿Por qué razón me aburre la tía de *Le Planetarium* y no la quisquillosa vieja Miss Bates o el Mr. Woodhouse, de *Emma*? Sin duda, porque Miss Bates y Mr. Woodhouse forman parte de una filosofía que yo puedo aceptar y que es el fundamento en que se basan los libros de Jane Austen. No se debe al hecho de que sean « personajes » pintorescos, ahora pasados de moda. Son lo bastante mediocres para satisfacer al escritor más serio del siglo XX y difícilmente pasarán de moda. Tampoco se debe a que desempeñan un papel en el argumento. Los de Jane Austen, aunque bien dirigidos, son tan tediosos como todos los argumentos, en cuanto se los conoce. Los artificios de la novela « tradicional » son, después de todo, el aparato de que se vale el escritor para organizar su campo de percepción. La organización de Jane Austen no es absolutamente impecable ; creo que es exactamente como debe ser, tratándose de Miss Bates, pero demasiado benévola con Mr. Woodhouse. Tiene el tono de la sensibilidad dieciochesca, una blandura prerromántica, una piedad fuera de lugar y un esnobismo inculcado ; pero estos defectos son insignificantes comparados con la fuerte, casi milagrosa, claridad que los mantiene vivos. En último término, las « partes buenas » alternan en sus libros con los pasajes transitorios o inferiores, que sólo sirven de puentes para pasar de una parte buena a otra. Por suerte éstas son lo bastante numerosas para que nos sintamos felices y animados mientras dura la lectura, y además nos permiten penetrarnos del vigor intelectual del novelista. En la « nuevá novela » considero que las partes buenas, tales como la visita de la casa en *Martereau*, son demasiado escasas y excesivamente distantes unas de otras. La mayor parte del tiempo se me cuentan las cosas evidentes en una forma vulgar y minuciosa, y lo que yo quisiera conocer realmente acerca del criterio del autor se me oculta con un propósito casi perverso.

Lo que se echa de menos en todos los libros de la Sra. Sarraute, excepto en *Les Fruits d'Or*, es un contorno, una forma (e incluso en dicha obra, la forma no es orgánica : está construída desde fuera). No pido que tengan uno de esos « argumentos » a la antigua tan detestados, porque convengo en que el asunto es con frecuencia lo menos interesante de una novela. Pero la forma estética indica que el artista sabe qué partes de su trabajo son más importantes para su sensibilidad y su inteligencia. La tentativa de la Sra. Sarraute de sorprender constantemente los más sutiles movimientos de la sensibilidad supone una destrucción de la perspectiva. A menudo parece desviarse hacia un tejido de percepciones sin propósito determinado ; pero lo mismo que Robbe-Grillet y Butor, describe ciertos objetos con una latitud excesiva, dejando al lector que se pregunte : « ¿Por qué ha de ser precisamente este objeto el que se describe y no otro de entre la multitud de objetos que existen? » En las buenas novelas « tradicionales », los « personajes » no surgen precisamente porque el autor adopta figuras fáciles estereotipadas, sino porque el personaje está en función de la perspectiva. Vemos a las personas como « personajes » cuando están distanciadas de nosotros. La conciencia subjetiva no puede verse a sí misma como personaje, porque se percibe como una tempestad de tropismos contradictorios, pero pervive en una novela improvisada que refleja la vida real, poblada de personajes más o menos complejos o definidos. El hecho de que yo vea a una persona determinada como una figura estereotipada no es menos « verdadero » que el de observarse ella misma inevitablemente como cualquier cosa, menos como una figura estereotipada. Miss Bates es una de estas figuras vista con el criterio de Emma ; pero deja de serlo en el momento en que tiene conciencia de sí misma, cuando se disculpa por ser el personaje de vieja charlatana e inquieta, al darse cuenta súbitamente de que lo es. En cuanto a Emma, por ser la protagonista, nunca es completamente un personaje estereotipado, etc. Proust ha estudiado y demostrado de una manera magistral todo este problema y, francamente, no veo que los « nuevos novelistas » puedan añadir nada a esta obra perfecta. En las novelas de Proust hay muchas partes inútiles, pero no conozco a nadie que haya logrado describir los « tropismos » en una forma tan elevada, incorporándolos a una

afirmación general de la vida. No estoy de acuerdo con que esos personajes merezcan ser relegados a una especie de depósito de figuras de cera literarias. En su mayoría los personajes, ya sean complejos, ya sencillos, siguen muy vivos, si bien como es natural hoy no podrían volver a inventarse con los mismos detalles históricos y sociales porque el mundo a que pertenecieron ha desaparecido. Sólo algunas de las ideas o manías de Proust han fenecido o nacieron muertas en la época en que fueron escritas.

AL EMPLEAR LA FRASE « una afirmación general de la vida » me he puesto en evidencia como uno de esos pedantes que buscan a un escritor para que diga algo, cuando según el criterio de Robbe-Grillet « un escritor es una persona que no tiene nada que decir ». Sospecho que la Sra. Sarraute tiene algo que decir, pero que no acaba de decirlo.

Después de todo, sus cuatro novelas pueden leerse como una crítica monótona en su crueldad, de la *mala fe* de la clase media parisiense, una crítica llevada a cabo valiéndose principalmente de un monólogo interior ; y sabido es que el monólogo interior, hasta cuando aparece cortado en frases muy breves, está tan pasado de moda y es de un convencionalismo tan artificial como todos los demás. Nada habría que oponer a que la Sra. Sarraute se sirviera de él, si indicase en sus libros la naturaleza de la « autenticidad », a la luz de la cual debe suponerse que estigmatiza la *mala fe*. Lo mismo que en el café, he de permanecer sentado y esperar sin que se me diga qué forma activa de la vida puede ser. Aquí tampoco se trata de reclamar un « mensaje » anticuado, sino de saber qué cuerda pulsa la artista, de todas las que la vida ha tensado. Si los « tropismos » son simples respuestas a los estímulos, el universo que la Sra. Sarraute describe es determinista. Y en efecto, la impresión de claustrofobia que sus novelas me producen se debe, a mi entender, a que sus personajes, por muy sutiles que sean sus crispaciones, resultan completamente pasivos. Jamás toman iniciativas ; sus emociones que son, por consiguiente, repulsivas o despreciables, se depuran de alguna manera, sin que intervenga un movimiento de la conciencia y sin revelar el menor escrúpulo.

Ahora los « nuevos novelistas » prescinden generalmente de la ética, como si fuera un estorbo o un objeto caído en desuso. Reconozco que mi expresión es brusca y que se trata más bien de un fenómeno infinitamente misterioso ; pero si un autor quiere ser determinista, ¡buena suerte le dé Dios! Ahora bien, es imposible ser al mismo tiempo determinista y exponer la reprobación moral de la conducta, como si el escritor se hallase fuera del mundo que describe, a no ser que alegue que esa reprobación moral es predeterminada, y esto le obliga a una regresión sin fin. La Sra. Sarraute tiene el sentido de la moralidad; hablando con ella se comprende en seguida, y sus libros revelan la forma más tradicionalmente francesa de desprecio social —intelectual y estético por la clase burguesa a que ella pertenece—. El elemento que falta en la « realidad » que describe en sus libros es de la mayor importancia : la manifestación positiva de la conciencia que tolera el juicio desfavorable.

La venganza

POR MANUEL MEJIA VALLEJO

A VECES TRATABA DE OLVIDAR que buscaba a un hombre para matarlo. Sin embargo seguía de pueblo en pueblo, de hacienda en hacienda, con un odio que ya me cansaba los ojos.

— Se necesita querer a una persona para buscarla tanto —opinó alguien.

— Tal vez odiarla mucho —dudó otro. Y a mi pregunta respondían : — « ¿Un gallero de cuarenta y cinco años? Hay tantos galleros de cuarenta y cinco años. En algún cruce tropezará con él. »

Por eso continuaba trillando caminos de pueblo en pueblo, de finca en finca. Tal vez esos caminos me han dañado : en ellos recogí emociones que me hicieron más hombre. O menos hombre, según se mire. A veces se pegaban dentro, sin maltratar, otras me incomodaban, se hacían cuerpos extraños, pero de nadie más, como remordimientos.

— A las Ferias de Tambo irán los mejores galleros —dijo alguien. Y cuando tuve la seguridad de que allí encontraría al que debía morir, con la yema de un pulgar probé largo rato la punta de mi cuchillo.

« Los mejores galleros... » Desde pequeño me despertaban los cantos de los gallos, entre ellos crecí, ellos me fueron enseñando el camino del hombre. Diariamente mi madre les echaba maíz como si alimentara recuerdos. Días. Meses. Años.

— Deberías venderlos —le dije por decir. Terca en la fidelidad a su pobre historia, respondió :

— Él vendrá por sus gallos cualquier día. Aguilán sigue cantando.

Toda ella parecía irse al mirar por la ventana.

— « Mañana volveré. No hay uno igual » —le dijo el desconocido años atrás. Nunca regresó el hombre por su gallo. Nunca regresó por ella.

Y se arrastró el tiempo, y Aguilán no atacó más su sombra, y se mellaron las espuelas, y perdió las plumas negras de su cola roja, y una mañana el pico amaneció clavado en el polvo. Mi madre lloró, cortó las espuelas y las clavó en la pared, junto a las del desconocido. Pero otros hijos de Aguilán cantaron en los corrales y mi madre los crió empecinada :

— Algún día vendrá por ellos.

— No vendrá, madre.

— ¿Iba a dejar olvidado su mejor animal de pelea?

— Madre, ya murió. Aguilán está muerto.

— Qué sabe uno...

Ese hombre le había dañado su destino, había dañado el mío. Desde que oí por primera vez el canto de los gallos, desde que una voz empezó a contestar dentro como si aquel canto me perteneciera. Tardes y tardes pasé en los corrales espantando esa voz, pero el camino estaba marcado : también yo sería gallero.

De ahí en adelante la vida fue espuelas, crestas, picos, plumas. Plumas de rojo quemado. Plumas jaspeadas. Plumas saravia-

das. Plumas de gallo peleador. Y seleccionaba los que a picotazos destruían su imagen en los charcos, los que atacaban su sombra y curvaban cuatro plumas negras en su cola roja. Al verme adiestrándolos, mi padre pronunciaba un « igual al otro », con vaivén de cabeza. Ignoré si se refería a mí o al gallo de turno.

Por instinto sabía volverlos más combativos. Ella observaba, se enteraba de que era el ganador en el vecindario, y de su silencio salían palabras que formaban parte de ese mismo silencio : — « Tenía que ser así. » Porque yo estaba marcado. Como los gallos que nacen para matar o para morir peleando. Y no reclamaba. Sabía que alguien torció nuestro camino, que nosotros torceríamos el de alguien, con culpa o sin ella.

Aunque la vida era amable al tender la soga a las reses en estampida, al oír el viento en la crin de los caballos, al sentir el olor de la madera, no dejaba de transferir mi odio ; por eso al lidiar toros y muletos duplicaba mi fuerza imaginando que dominaba al desconocido.

Hasta los picotazos de mis gallos me vengaban, era él quien los sufría. — « El día señalado nos veremos frente a frente, y morirá », juré, todavía niño. Y amolaba des-

Fallo del jurado colombiano

Los suscritos miembros del jurado calificador del Concurso Nacional de Cuentos, patrocinado por « Lecturas Dominicales » de *El Tiempo*, de Bogotá, y la revista *Cuadernos*, de París, declaran por unanimidad ganador único el cuento titulado « La Venganza », firmado con el pseudónimo de Espartaco, correspondiente al señor Manuel Mejía Vallejo.

El jurado considera necesario anotar que, con posterioridad a esa decisión, halló que el cuento premiado, « La Venganza », es no sólo una parte de la novela *El Día Señalado*, Premio Nadal 1963, también de Manuel Mejía Vallejo, sino la base narrativa de la misma, editada en marzo de este año en Barcelona, y recibida a fines del último mes de abril en las librerías de Bogotá.

El jurado examinó cuidadosamente la singular coincidencia, sin encontrar ninguna razón suficiente para revocar el premio que había concedido a « La Venganza » como cuento de validez excepcional, meses antes de conocerse en el país el contenido de la obra premiada en España como novela. Por el contrario, el jurado llegó a la conclusión de que ello confirma las cualidades artísticas del autor, quien envió simultáneamente, a dos concursos también simultáneos, dos formas de una misma creación suya. Al parecer, la novela *El Día Señalado* es una recreación novelesca del cuento « La Venganza ».

Según las bases de este concurso, no hay segundo premio. Pero los suscritos consideran digno de mención a « El Solitario de los Cabellos Bermejos », de Elmo Valencia, que entre otras virtudes de concepción y factura, tiene la gracia especial de ser al mismo tiempo una suerte de cuento de violencia y de hadas, prácticamente sin violencia, más allá de crónica roja, que en nuestra literatura de ficción, al menos en este concurso, se inclina a retratar con fidelidad periodística, es decir sin esfuerzo de arte, las realidades macabras de lo que en Colombia hemos convenido en llamar, con cierto eufemismo, la « violencia ». El autor Elmo Valencia superó esa distorsión producida, según algunos, por la proximidad de la imagen del horror que esa violencia ofrece a los colombianos como testigos demasiado inmediatos ; o según otros, por la falta de perspectiva histórica », que viene a ser lo mismo.

También destaca el jurado la narración de Gonzalo Arango, que él quiso titular « Sábado, Fornicar », intensa y brillante, aunque desenvuelta en una atmósfera que a nuestro juicio limitó las posibilidades creadoras del autor.

Finalmente, también le preocupó al jurado el cuento « El Hijo de Marcolfo », de José Pubén, no exactamente por lo que cuenta —un niño asesinado por la espalda, al fin y al cabo—, sino por la fortuna con que lo cuenta, casi venciendo la desventaja substancial del tema, y revelando en todo caso una facultad familiarizada con las esencias del género. El jurado, en una labor paciente y cuidadosa, examinó los 340 cuentos enviados al concurso, lo cual explica, por lo demás, la demora en proferir el fallo definitivo.

Fernando Charri Lara, Gonzalo González (Gog), Eduardo Mendoza Varela.

paciosamente espolones y cuchillo mientras miraba a cualquier punto.

Días. Meses. Años.

Aún creo recordar el brillante sonar de las espuelas de mi padre sin figura, las de los vaqueros, las corvas espuelas de Aguilán. *Cuando en las noches me tendía sobre la hierba, fijaba en dos estrellas los ojos, porque las estrellas se me hacían rodajas metálicas. Entonces rayaba la hierba con los talones, vengativo. Sin embargo, en ocasiones luchaba por resignarme a oír hablar a mi madre de cuando el desconocido le entregó el gallo y le dijo : — « Es de la mejor cuerda, volveré... »*

Pero detrás mi sombra decía : « Hay que encontrarlo. » Porque al formarme en el odio tuve que aceptar el engranaje y vivir en mí mismo como en casa ajena. Por lo menos esto había llegado a comprender : debía recorrer mi pesadilla, hundirme en cada hora como en el barro, llenar este espacio para el grito.

Y lo llené con odio desde que oí cantar los gallos, desde que vi a mi madre echarles maíz como si se desgranara, desde que me hice vaquero. Por eso cuando dijeron : — « Irán los grandes apostadores a las Ferias de Tambo », con una alegría cansada agarré camino, el gallo bajo el poncho veranero, entre el cinturón y mi pie el cuchillo para el que un día prometió mentirosamente : « Dejo el Cuatroplumas en prueba de que volveré. » Porque desde esa promesa mi madre no tuvo otra vida que la de Aguilán. *Meses, años de diálogos sin objeto. — « ¿No oyes zumbar la candela? » — « Sí, madre, zumban los leños en el fogón. » — « ¿No te lo dije? Es señal de que vendrá », y descolgába las espuelas del muro. Yo alzaba la voz al verla tan ingenua :*

— « Nadie llegará, madre. Estamos solos. ¡Solos! »

Y nadie llegaría. Comíamos pan duro, comíamos silencios duros con la sopa sobre un mantel de cuadros amarillos y rojos, remendado una y cien veces junto a la ventana. Nunca la ausencia de aquel hombre dejó de llenar el rancho, nunca una alegría sin mancha llegó a nuestra mesa gris.

Y cuando las afueras del pueblo se hicieron pequeñas, salí lejos para ganar con qué apostar a mi gallo. Amansaba potros y muletos, arreaba ganado, organizaba tandas de cartas y dados, no perdía carnavales ni ferias, para decir cuando encontrara al desconocido : — « Lo juego todo a mi gallo. »

En Aguilán *habría de jugarme esa cosa amarga que era mi vida.*

Y ahora el día estaba conmigo, con las primeras casuchas de Tambo, a medio destruir por los terremotos. En las arenas del cauce saqué el gallo para darle aire, para que se desentumeciera y mandara un canto al rescoldo del mediodía.

Sobre un filón de lava una iguana se secaba al sol, tostado ya su color verde. Cuando le arrojé un pedrusco, se escabulló por el cauce. También en el pueblo estarían durmiendo como iguanas la siesta, sobresaltada por los cohetes. Cualquier hora sería de siesta en la modorra de Tambo.

— Aguilán —dije levantándome—. Se acerca la hora.

Del pueblo rodaba el eco de una rara canción. — « La cantará uno que no quiere llorar, ni morirse », reflexioné avanzando por sobre troncos de lava. — « Milagro que viva el pueblo tan cerca de un volcán. » Alguien aporreaba con un palo unos cueros contra dos armatostes. — « Sirve de acompañamiento a la canción del loco », pensé. Más adelante avanzaba un hombre de una sola mano —sería el sepulturero— con su pica al hombro, el muñón en la frente, para enjugarse. La sombra de la pica culebreaba en el suelo.

El camino de lava se volvió calle, en la calle había sol y frases de personas invisibles. — ¿Lloverá esta semana? — Que ha de llover. — Tal vez candela del volcán. — Tal vez candela.

A la sombra se despaturraban dos gallinas, un ala desplegada, la otra barriendo el polvo. Más adelante, la fonda de los galleros, así lo supuse por su nombre : El Gallo Rojo. *Al llegar al portón, mi sombra se recostó en el suelo como un largo cansancio. Sólo una muchacha aguardaba detrás de los estantes.*

— ¿Qué se le ofrece? —preguntó con dejo de quien no está acostumbrado a ser amable por obligación. Un tablón chirrió con mi peso, con mi peso traqueteó el taburete. Las piernas se estiraron, sobresalieron las botas con polvo y barro seco. Resollé.

— ¿Qué desea?

Las cosas circundadas significaban más que la muchacha, eran mi prolongación.

— ...el Día señalado... —repetí— para mi venganza.

— ¿Cómo dice?

Los cascos herrados de un caballo negro al galope brillaron sobre las piedras de la calle. Una de las gallinas salió corriendo, la otra apenas se rebulló.

— ¿Aquí se reúnen los galleros? —pregunté a la muchacha en lugar de responderle.

— Pronto llenarán esto —informó sin largar un trapo con que aparentaba desempolvar los taburetes y calculando mi estatura. Era denso el olor de ceniza. Volvió a retumbar el volcán.

— Feo ese animalón bramando cada cinco minutos —dije. Ella sopló un cadejo de pelo que se le venía a la cara y miró el cielo visible por un ángulo del techo.

— Dicen que el sol quema los pájaros en pleno vuelo. —Con las manos remedó alas que se quiebran—. Caen chamuscados al polvo.

En su presencia disminuía el sopor.

— Déme algo de beber —dije—. Y de comer, he caminado mucho.

Ahora la observaba. Ella disimuló restregando el estante. Me pareció blanda la tarde : era como si tocara sus senos a la orilla de un río. Mientras servía, y para espantar mi fijeza, preguntó refiriéndose al bulto bajo mi poncho :

— ¿También es gallero?

En su tono había esperanza de que lo negara, por eso dio la espalda cuando asentí, sin hablar. Algo mío, sin embargo, descansaba en la muchacha.

— Los martes de Feria atiendo la fonda —dijo abanicándose—, porque mi papá sale a recoger galleros.

Galleros, cohetes, la cercana muerte... Los minutos empezaron a alargarse como si los estiraran de las puntas, como en las grandes esperas. En la trastienda hervía agua en una olla de barro. — « Allí sancocharán los gallos que resulten muertos », imaginé con fastidio. Un vaho extraño flotaba en derredor. No sé de dónde venía al pueblo tanto humo. « Candelas de verano, pensé, aunque podía ser una sensación de olor.

— « ¡Helados! » —pregonaron en una esquina ; la voz soplaba como viento. Por la calle pasaban bultos blancos, negroides, mestizos. Ninguno de ellos reflejó a mi madre, a su silencio junto a la ventana, a mi mismo.

— Pueblo raro —comenté por no callarme.

Alguien, lejos, tocaba un tambor. Recordé al que aporreaba los cueros de res en las afueras, la barriga de las iguanas y de los caimanes, un perro con el buche inflado de muerte.

— Es un pueblo con maldición —dijo retorciendo el trapo—. Él manda en este infierno. Él, y esta sofocación que no se larga.

El reverberar seguía llegando con el humo. Venía del almendro, del volcán, de los cohetes, de las piedras con matas de humo. Humo de verano. Candelas en las nubes.

— ¿Quién es Él?

— El Cojo. Hace lo que le da la gana : en la fonda, en la gallera, en las ferias, en la comarca. Ya lo conocerá.

De cuando en cuando, voces gelatinosas, sin personas que las pronunciaran, hablaban de ganado, de las riñas, de la sequía, de asesinatos. Por una tapia asomaba un muñón de cacto. El reflejo del sol hería en los techos de zinc, en la pica del enterrador que regresaba amenazando a un gañán con su mano ausente. La otra gallina se desperezó antes de escurrirse por un portillo.

— ¡Helados! —volvieron a gritar más cerca, pensé que con mi propia voz. La lengua de la muchacha recorrió los labios.

— Eran famosas las Ferias de Tambo. La gente no volvió por miedo del Cojo. Esto se llena sólo de tahures y galleros.

La sentía cansada de sus horas, del calor, del oficio, de tanta gente. Se suavizó al oír el canto.

— Siempre la misma canción. Está loco, el pobre.

— ¿De qué enloqueció?

— De miedo, dicen.

Dos cohetes estallaron en el cielo amarillo.

— ¿Miedo de qué?

Subió los hombros y mordió un mango que arrojó a un balde. Seguimos la trayectoria de la fruta.

— De Tambo, del volcán, del Cojo. Matan, hacen pesada la vida.

Cuando el mango dio contra el asiento del balde, aplaudió con asombro infantil que borró al asomar otra iguana por la puerta del fondo.

— ¡Fuera, sapo estirao! —dijo aventándole el trapo. Sonreí a su reniego. — De todas partes salen iguanas, qué pesadilla —aclaró.

— En el río le tiré cascajos a una, y salió dándose qué aires.

— Se creería un caimán.

Imaginaba que debajo de cada piedra y cada raíz se contraía un alacrán, que iguanas y ciempiés se turnarían los chinchorros de los niños, que el tiempo se medía a retumbos de volcán. Las noches de Tambo deberían jadear como perros con fiebre, como yo estaba por hacerlo cuando advertí que la muchacha me observaba. Hice buches de aire.

— Tambo, los otros, dan lo mismo. Hombres, pueblos, gallos...

Miró como si abriera una puerta. Quizá le interesó este actuar y vivir alejado de mi vida, este aire que dice : todo venía señalado.

— ¿Ha viajado mucho? —preguntó dando una vuelta.

— Desde los doce años.

— Doce años. Ni gitano que fuera.

— Busco a un hombre.

— Debe quererlo mucho para buscarlo tanto tiempo.

— O aborrecerlo.

No le sonó esto. Harto de odios vivía Tambo, para hablar de nuevos odios. Yo volví atrás un minuto. Cien caminos recorrí, cien más en busca del desconocido. Llanos, colinas, cerros. Desde cada cerro veía más lomos cordilleranos. Y cada lomo cordillerano era como un inmenso vuelo de montes.

— ¿Ha pasado por los páramos? —preguntó.

— He vivido en páramos.

— Suena sabroso la palabra páramo. *Es fría.*

Viéndola sentí el sabor de la música en las tierras altas, parecida a viento y a lluvia sobre los árboles.

— Esta tienda es de mi papá —dijo al servirme—. Mi papá fue el mejor gallero.

Algo se sacudió violentamente en mí. También Aguilán *se conmovió a la presión de la mano. Y al oír que algunas personas se acercaban, mi cuerpo se enfrentó a la puerta, menos los ojos, que buscaban signos familiares en la joven. Sólo cuando el ruido estuvo a pocos metros retiré de la muchacha mi vista. La suya me seguía, en guardia. Escuchábamos el brillo de las espuelas en las piedras, el cambio de los pasos : sobre el cascajo, sobre el chasquido de los cuescos de coco, sobre la acera. Pasos pesados contra el maderamen, a la sombra.*

Bajo los sombreros, diez rostros fueron llenando la fonda : parecían empotrados en el sonar de los tacones. La sensación de humo aumentó con sus cigarros, con las rodajas de sus espuelas que sacarían chispas si chocaran en unos ijares.

— Ya está, muchacha —le dijo un cincuentón, indicándole que podía salir, y se situó tras los estantes para servir aguardiente a los recién llegados. El sudor resbalaba en pequeños arroyos.

Llevé el pañuelo a mi frente, aliviado porque no podía ser ese el tipo a quien buscaba. Cuando la muchacha retiró mis trastos, susurró : — Quiero que gane su gallo.

Bajo mi poncho apreté una mano que no existía.

— ¿Hablaremos después? —pregunté señalando vagamente el cañaduzal. Ella ladeó las pestañas, creo que ofendida, y salió a la calle. Cerré los ojos para oír mejor sus pisadas. Mi mano pasó del cuchillo a las plumas de Aguilán. *Sobre ellas aprendían a perdonar viejas historias. — « ¿Qué trae escondido, forastero? » —preguntaron insolentemente desde un grupo. — « Un gallo de pelea » —contesté con ganas de levantarme para seguir a la joven. Ellos removieron sus taburetes. El tablón chirrió con mi peso.*

— ¡Helados! —gritó un negro que arrastraba su carretilla blanca y sucia, pero continuó su camino al ver los buscapleitos. No pensé : « Va un negro vendiendo helados », sino : « Lo chamuscó el sol. » Únicamente al rato volvió a oírse el pregón, como una tinajada de agua sobre carbones al rojo. Y

con el pregón, el golpe de un palo contra seis cueros de res.

— Dice que trajo un gallo de pelea —se burló uno haciendo sonar la rodaja de su espuela. Los otros aflojaron el barboquejo, empujaron atrás los sombreros y dejaron colgar las manos cerca de cualquier empuñadura.

El trato con gallos de riña me enseñó a manejar el cuchillo y a conocer a los hombres : aquellos tenían ganas de matar. Yo quería seguir a la muchacha, mi pelea no debía ser con ellos. Por eso les dije al pisar el escalón de salida y quebrar con la suela un cuesco de algarroba :

— Nos veremos en la gallera.

Caminé en dirección del cañaduzal, la cara hacia los pedregales del volcán donde crecían para las nubes unas matas de humo. Y cuando me perdí con la muchacha, el sol tumbaba el humo, tumbaba las sombras contra el suelo rajado.

Lejos cantaban la extraña canción.

AL CONTACTO DE MI MANO *las plumas de* Aguilán *tenían la aspereza de las hojas de la caña, la suavidad que tenía la piel de la muchacha al sol de Tambo.*

Desde hacía rato me había apostado en la última grada de la gallera. Observaba a la gente, las telarañas, las grietas dejadas por los terremotos en los muros. En los muros agrietados se retorcerían millares de alacranes, de arañas, de lagartijas. Observaba las rajaduras en las tapias desconchadas, sus costillares de guadua y cañabrava, una tira de papel inmóvil en una alta viga ; si se hubiera movido, me habría refrescado. Pero en Tambo no entraba brisa, entraba el humo, el chirriar de los grillos de verano, el golpe del tambor.

Desde mi sitio distinguiría al desconocido, entre mil pasos los pasos suyos, el color de sus botas, el sonar de sus espuelas. Siempre las soñé. — « Madre, quiero medírmelas ». — « Cuando crezcas, hijo. » Tal vez ella pensara que eran espuelas para andanzas sin retorno. Únicamente pude calzarlas cuando el tiempo de la venganza se hizo caminos. Uno de esos me llevó a Tambo, donde esperaba alerta la hora señalada.

Cuatro bancas abajo el grupo de la fonda echaba puyas que yo desoía y que se interrumpieron al entrar un hombre alto y cojo.

Algo cojeó en mí al comprender que ese era el desconocido a quien busqué durante quince años, a quien atisbó mi madre desde una ventana al camino sin pasos de regreso.

Mis manos se volvían puños bajo el poncho. Cojo y alto. Para encontrarlo, una vida entera. Al verlo no me dije : « Tiene una pierna más corta que la otra », sino, « tiene una pierna más larga ». Largas, gruesas, musculosas, aún la encogida, rematada en bota de triple tacón. La cojera hacía parte de su mismo vigor, le infundía una insolente superioridad física.

Los otros le fueron abriendo paso porque veían un jefe en la presencia golpeante, en el ancho cinturón de dos hebillas, en sus manazas terminadas en un zurriago de arriero.

— Dice que trajo un gallo —señaló uno del grupo. El Cojo se quedó mirándome. Algo cojeó también con vigor en su mirada, parecía descubrir un recuerdo.

—Le podríamos casar pelea con mi gallina —invitó el de bigotes ahumados, en voz alta porque la bulla impedía escuchar. Miré sin mover los párpados, hasta que metió las manos entre los botones de la camisa para ventear el sudor pegajoso. Algo volvió a cojear en el recién llegado. No dejaba de fijarme en su chaqueta, en sus mandíbulas, en sus ojos fuertes. Lo veía, veía las espuelas en la noche, veía a mi madre, veía el apego a su pobre historia, su dolor remendado una y cien veces en la desolación de la mesa gris. — « Hijo, ¿no oyes zumbar la candela? »

— El joven no nos quita la vista —dijo el Cojo silabeadamente, interesado en mi postura. Porque siempre fui de ojos y labios tranquilos, nunca las manos tuvieron afán, tampoco las piernas lo tuvieron.

— Si nos mostrara el pollo, hasta le permitiríamos sacarlo al redondel —agregó, queriendo decir que había esperado mucho. Trazó una raya con el herrón del zurriago y se dirigió guasonamente al de bigotes ahumados :

— ¿Qué edad tiene tu gallina?

El otro se pavoneó porque el Jefe lo determinaba en público.

— Pues ya están canosas las plumas.

— Entonces puede que le aguante el pajarraco del amigo.

La risa ocultó otra expresión. Sonreí como si mirara un recuerdo. Mi seguridad los hacía replegarse dentro de sí mismos, agazaparse para el salto que nunca se da. Tal vez este aire de hombre libre contribuyó a contenerlos.

Después de desatar un nudo, el Cojo se puso a desenrollar el rejo que cubría el zurriago. Su lentitud amenazadora al desenvolverlo anunciaba castigo. Con la punta ya libre latigueó sus pantalones.

— ¡Eh, usted, forastero! —gritó dando un bastonazo a la valla del redondel. Seguramente para hacerse notar había herrado los tacones de sus botas y el extremo de su bastón. Los ojos giraron contra mí. Varios se carcajearon, para descansar, por cualquier exclamación chabacana. El Cojo dirigió las risas de sus secuaces ; por un momento la gallera se carcajeó a una orden de impartida. Sonreí antes de remedar el vozarrón del hombre, todavía de espaldas :

— ¡Eh, usted, Cojo!

Se le vio el aturdimiento. De un golpe se cerraron las bocas. Tal vez porque yo podía tener oculto en mi poncho un puñal, o una hachuela, o un revólver con el gatillo a punto, su reacción se redujo a tres palabras escandalosas :

— ¡Aquí lo espero!

— ¿Por qué no sube usted? —rechacé—. Con tantos berridos asustará a los gallos.

Afirmó en la mano el zurriago y saltó ágilmente la primera grada. Al entrar en un parche de sol, el polvo se convirtió en mil insectos espantados por la luz.

Todos pendían de mí, del gamonal.

— ¿Quiere verme cojear, forastero?

— No —contesté—. Ya lo vi cojeando, y lo hace muy bien.

Advirtió que echaba al suelo no su cojera sino su manera de explotarla, su agresividad respaldada en ella. El público estrechaba más. Arreciaba el calor, arreciaban los golpes contra los cueros de res, arreciaba el bramido del volcán.

— « Le salió respondón el muchacho », —comentaron. Ante la merma de su autoridad, el Cojo se plantó, agresivo el tono por mi impasibilidad :

— Forastero, ¿va a sacar el gallo?

— No —respondí secamente—. No quiero mostrarle el gallo.

El silencio fue como si oyeran algo pesado que estuviera por caer encima.

— ¡Helados! —volvió el pregón del negro, calle arriba. La rueda metálica de su carretilla debía de sacar chispas al cascajo.

Quietas seguían las alas de los pájaros y la cinta de papel. El humo de verano seguía quieto. El Cojo saboreaba la prolongación de la escena, jugaba con los nudos del zurriago asegurado a su muñeca por una trenza de cuero.

— ¿Qué opinan? —se dirigió a los suyos preparando un salto grande—. No lo muestra.

— Deberíamos averiguar por qué —intervino el de bigotes, provocador en el arrastrar de las letras y en el sobar la canana con la palma de sus manos. Como si rastrillara un fósforo en un reguero de pólvora, el Cojo hizo la pregunta :

— Y... ¿nos diría siquiera el nombre, para empezar?

Enrollaba el rejo en sus manos, lo volvía a desenrollar. Sonreí como si golpeara. Mis ojos rozaron como espuelas sus mejillas. De un manotazo sacudió el raspón, brincando con ayuda del zurriago la primera grada.

— Es una historia fea —empecé con desaliento. Un cohete dibujó en el aire una alta palmera de humo. Si hubiera estallado el volcán, me habría importado poco. El Cojo avanzó desenrollando el rejo. Era inaguantable la tensión. Yo calculaba el estilo de su ramalazo, la manera de esquivarlo y asegurar efectividad al cuchillo.

— ¡Déjenlos solos! —reclamaron voces dispersas cuando intentaron atacarme. Los secuaces advirtieron un atrevimiento no acostumbrado y se aquietaron después de consultarse. El Cojo entendió que la hora había llegado.

— ¡Eh! —le habló al de bigotes ahumados en tono falsamente suave— ; contémosle cómo nos abandonó El Bruto.

Con un índice el otro fue echando más atrás el sombrero hasta despejar la frente ; el índice imitó un cañón de revólver.

— Pues cuando se dio cuenta de que no obedecía, él mismo se lo fue disparando.

— Pero —volvió el Cojo, marrullero—, ¿por qué se lo dispararía?

El de bigotes alzó un hombro, con la navaja rebanó un trozo de caña.

— Ya estaba en edad de morirse. —Fingió expresiones de lástima cuando remató : —Feo se veía el hueco en la frente.

Esperaron que surtiera efecto la amenaza. Pero siempre hay palabras para detener puñaladas o disparos. Yo tenía las mías :

— Aguilán se llama este gallo...

El asombro del Cojo empujó mi voz lenta como su paso, ahora condescendiente :

— Yo quería ponerlo Gavilán ; mi madre quería ponerle Aguila. Al fin le pusimos Aguilán : un viejo nombre, mezcla de gavilán y águila.

Se detuvo, y con él sus matones. Envejeció dos años, o veinticuatro. Toda mi edad lo derrumbó. Mi edad, más nueve meses. Por un momento creí sorprenderle una buena mirada. Tal vez fuera posible... Los otros se extrañaron de la impasibilidad mía, del repentino balbuceo del Cojo y de su grito :

— ¡Tengo que ver ese gallo!

Había convertido en látigo el rejo para castigar su pasajero temblor. Me lo disparó desde los tres metros. No fue difícil evitar la marca en el rostro y dar con el rejo una vuelta en mi muñeca dejando libre el pulgar. Así mil veces tumbé potros y toros en mi trabajo de vaquero y amansador. Lo mismo pasó con el Cojo : de un formidable jalón le hice saltar la grada restante. Los del grupo se movían como si tascaran frenos.

— No saldrá vivo, forastero —exclamó hecho un nudo de músculos rabiosos, y se irguió con agilidad de puma. — « No saldrá vivo... » Podía ser. Vivo. Muerto. Alguna tumba debería estar cavando la pica del enterrador.

— ¡Tengo que ver ese gallo! —repitió. Pero al querer rasgar el poncho, con la hoja de mi puñal le hice un chisguete en el cinturón. Paró en seco, arqueando el vientre para evitar que le hundiera el cuchillo. Dije sereno, pendiente de su bastón y señalando con la barba el cuchillo :

— Así son las espuelas de Aguilán.

— ...Como aceros afilados... —pareció recordar, esquivando el cuchillo. Dos o tres clientes sacaron sus armas, pero el Cojo movió los dedos para que de nuevo llenaran sus estuches. No era de ellos la pelea.

El público dejó de vociferar, apretujado contra nosotros. Algunos cargaban todavía sus gallos. Gotas de sudor salpicaban la frente del Cojo y la mía.

— Está jugando con ventaja, forastero —dijo. Solamente él y yo sabíamos lo que quería decir : al insinuarle que él era mi padre, neutralizaba su poder, lo ponía en ridículo delante de un pueblo sometido a su crueldad.

— ¿Y quién no ha jugado con ventaja? —señalé a los matones—. ¿Usted?

Le inquietaba mi mano serena, su limitación para arrastrarme, estas burlas temerosamente echadas de contrabando :

— Perdió los estribos el Gran Cojo.

— El forastero ni soltó el gallo tapado.

— Se le cuajó la sangre al viejo guapetón.

Comprendí hasta qué punto lo odiaban, pero aquella solidaridad conmigo me pareció cobarde. Él viró con desprecio en redondo, volvió a enfrentárseme y ordenó para dejar la decisión a los gallos :

— Traigan a Buenavida.

Dos hombres salieron por una puerta falsa. Con mi cuchillo corté el rejo tenso entre mi puño y su muñeca. Mi vida se había hecho para este momento.

Uno de sus incondicionales le trajo una jarra con agua. Al beber regó parte del líquido. Con el dorso de un brazo restregó la barba jomada y vació el resto del agua en la cara y en la muñeca sangrante.

— ¿Cómo quiere la apuesta? —preguntó resollando—. Por algo trajo el gallo tapado.

— Para destaparlo al mejor apostador y al mejor gallo.

Al levantarme palmoteé mis pantalones. El polvo se regó como al golpe de los aletazos en el ruedo a medida que bajábamos grada por grada, frente a frente, con lentitud, dueño cada cual de los movimientos acompasados del otro, de sus intenciones más ocultas.

El descenso fue un espectáculo para los galleros, que hacían comentarios exagerados, casaban apuestas, abrían camino para que el Cojo y yo entráramos en el ruedo. Su gallo vino en manos de los dos hombres, lo recibió sin acreditarlo ni apartar de mí su atención. Podría jurar que no me veía a mí,

sino todo lo que detrás de mí pudiera referirse a él. Tal vez una escena de muchos años atrás, cuando entregó un gallo a una mujer y le dijo : — « Es de la mejor cuerda, volveré por él. » Gallos, pueblos, mujeres. Un rancho en las afueras, un par de espuelas plateadas, vagabundaje sin regreso... Yo saqué lo que llevaba para apostarlo. Muchos ojos brotaron, se acabaron los silencios que aún quedaban.

—¡ Es un dineral! —exclamaron al ver en el suelo el producto de mis años de preparación.

— Nunca vimos una apuesta igual por estos rumbos.

— Ni la volveremos a ver.

Crecían las suposiciones sobre el porte de mi gallo, sobre mi procedencia. — « Al Diablo se parece », dijeron. Y refiriéndose al Cojo : — « ¿Qué le pasará? ». Él clavó a un lado el zurriago y habló sin importarle el dinero :

— Destápelo, joven. —Otro brinco lo colocó en mejor posición—. Le enseñaré de gallos y de hombres.

Nada respondí. Pero sus palabras me hicieron cantear el poncho y sacar el gallo.

— ¡Aguilán! —exclamó al verlo, y desde ese momento no dejó de mirarme. Era como si ante un espejo empañado tratara de reconocer un rostro que pudo ser el suyo. Los movimientos empezaron a ser mecánicos, tenían un extraño agotamiento. Recordé los gallos perdidosos, un viejo gavilán que un día cayó muerto, de sus alas a unas pencas de cabuya.

— Cola roja, cuatro plumas negras... —recité masajeando suavemente al animal, fijos los ojos en el Cojo-- ; corto el pico, largas las espuelas. Hay que saber de gallos y de hombres.

Nuevas cabezas asomaban por sobre otros espectadores, más silencios y más voces acabaron de embrutecer la gallera. El volcán, los cueros de res, la absurda canción... El Cojo y yo callábamos frente a frente, separadas las piernas, arqueados hacia adelante, en las manos los gallos listos para el careo.

— ¡Doble contra sencillo a Buenavida! *—borbotó el de bigotes. Quería en realidad apostar a su dueño. La gente volvió a pensar en desafíos :*

— ¡Cinco a uno mando yo!

— ¿También le llegaría la hora?

El Cojo les tiró una mirada con el grito :

— ¡Aparo todas las apuestas!

El Amo de Tambo recuperaba energías, levantaba su vigorosa cojera. Era digno de un odio grande : pensé en la agria soledad de mi madre, en sus ojos fatigados, en sus sienes, en su frente de edad sin medida. La veía en las tareas humildes : cuando amasaba los puños de cacao ; cuando tendía ropa en la cerca ; cuando echaba maíz a los gallos ; cuando asaba tortillas al zumbar de la leña verde... Y un pañuelo doblado nerviosamente, y tres fotografías borrosas, y un olor de cebollas y humo, y una funda gris, y un mantel a cuadros, y otros olores inocentes, con bondad temerosa. Por eso mi cuchillo buscaba dirección. Al frente estaba el culpable. ¿Culpable de qué? —llegué a preguntarme—. ¿De ser hombre?

La agresividad de Aguilán *también fue rápida. Apenas si nos dimos cuenta de cuando los gallos levantaron humazos de polvo y se arrancaron tres plumas en los revuelos iniciales. Sin embargo yo sentía en mí los picotazos de* Buenavida, *en el Cojo los espolazos de* Aguilán. *Sólo una vez el hombre se fijó en mi cuchillo, sólo una vez observé cómo los nudos de sus dedos se blanqueaban en el zurriago. Continuaba llegándonos el barullo que nos rodeaba, los tropezones de los gallos sobre la arena chisgueteada.*

Los picos entreabiertos decían la fatiga en la pelea. A cada segundo las espuelas eran más lentas en el ataque. Los ojos saltaban de la arena a nosotros, de nosotros a las espuelas. Puñal, zurriago, picos. Yo miraba los gallos, veía al Cojo. En un minuto debería tomar la decisión más importante de mi vida. Pero es difícil volcarse en un acto, así sea el más importante. Y no podía retardar la decisión, aunque forzarla sería desmentirla.

— Todas las mañanas ella le echaba maíz —dije con voz que apenas se oía, ronca.

— ¿Quién es ella?

Le contestó mi silencio, le contestó el suyo. Nos llegaban, lejanos, los aletazos en el aire. Con el puño de una mano restregué la palma de la otra.

— Ella esperaba. Ella rezaba.

— ¿Rezaba? —Contrajo las cejas peludas, las levantó.

— Era su manera de no gritar.

Hizo amargos signos de aceptación.

— Desde cuando yo estaba niño ella me decía : — « Algún día volverá. » Pero él nos torció el camino, el rancho estuvo sin hombre. Hasta que juré vengarme.

— El odio nos vuelve hombres —dijo sin convicción. La punta del zurriago trazó rayas en la arena. No quise decirle que ella había muerto. De todas maneras para él nunca existió. Excepto ahora, cuando la vida la había matado.

— Los caminos nos pierden —añadió. Su voz se diluía entre los últimos aletazos. La punta de su lengua asomó entre los dientes, allí se quedó esperando las palabras, que salieron al fin, solas, duras :

— Son torcidos todos los caminos que andamos.

No sé qué quiso decir. Era como si le hundieran muchas espuelas. El bordón se aflojó en sus manos, el cuchillo se desgonzó en las mías. Sus párpados se apagaron un poco ; yo también tenía miedo al imaginar que dentro de unos segundos él yacería entre los brincos finales de los gallos, que mi mano limpiaría la sangre del cuchillo en las plumas rojas de Aguilán, en sus cuatro plumas negras.

Pero de pronto en el Cojo no vi más que un hombre, sólo un hombre, también desamparado, sin otro camino que el de la muerte. Cuando muriera le quebrarían la pierna mala a la altura de la rodilla para acomodarla en el ataúd. Me dolieron sus canas, su pierna contraída, sus arrugas, el zurriago nudoso, la gruesa bota de cuero crudo ; lo supuse muy cercano a mí, con sus angustias. También él vivió trago a trago la vida, resistió el contragolpe de las propias acciones, el sabor a ceniza de cada jornada. También a él le gustaría el olor de la madera, el canto de los sinsontes, los campos sembrados después de la lluvia...

Y también él tendría que morir... ¿Debería yo matarlo? Me estragaba tanta crueldad. Revólveres, puñales, espuelas. Maldita la gracia de vivir. Sentí una rabiosa piedad por todos los seres caídos. Y el Cojo era uno de ellos.

— ¡Lo mató, lo mató! —gritaron en la gallera cuando Aguilán se empinaba sobre Buenavida y cantaba despiadadamente. Me levanté, cogí mi animal que dejó en la palma de las manos sangre a medio coagular, y al salir clavé en el polvo mi cuchillo. El Cojo se quedó inmóvil, mirando, sin ver, la hoja que brillaba junto a las espuelas de su gallo muerto.

Cuando salí a la calle, el sol comenzaba a clavarse tras la cordillera. Unos gallinazos que planeaban sobre ella parecían pavesas de incendio. Dentro de la gallera se quemaban los últimos gritos, se quemaban los últimos silencios.

Algo de mi padre se estremeció en mí cuando vi a la muchacha a la entrada del cañaduzal. Me quedé mirándola con tristeza, con la vieja tristeza de mi madre. Únicamente dije :

— Estoy cansado.

Creo que le dolió mi fatiga.

— Aquí dejo este gallo en prueba de que volveré. Es de la mejor raza.

Y salí pisando la sombra por el camino seco y solo. Me parece que iba llorando.

ELMO VALENCIA

El solitario de cabellos bermejos

I

Desde pequeño, el solitario de cabellos bermejos había soñado siempre tener una guitarra.

Aquella mañana de enero se levantó temprano, guardó su almohada de paja bien seca en la horqueta de un palo, y se fue silbando para el pueblo.

Silbó hasta que se le cansaron los carrillos.

Todo lo que tenía era su almohada, su vestido de cuero venado y su par de sandalias; ni siquiera el árbol bajo el cual dormía era suyo; la noche se lo había prestado con la condición de que con su silbido maravilloso espantara del bosque a los fantasmas.

Ahora quería tener una guitarra. Una guitarra con la cual también pudiera espantar la calavera de todos los desastres, los signos fatídicos, los alaridos y el « corte de franela ».

Ahora quería cantar para que no volviera a oírse el rugido feroz de la gran bestia; para que en las madrugadas no lo volviera a despertar el galope aterrador del apocalipsis.

Por el río que le besaba el vientre a su morada ya había visto pasar varios muertos.

II

Cuando el solitario de cabellos bermejos llegó al pueblo, los brazos se le llenaron de palomas.

Al descubrirlo, los muchachos comenzazon a tirarle guijarros y a gritarle : « Luna brava, luna brava, vete al diablo » ; pero él, riendo como un niño, se metía las manos en sus grandes bolsillos de cuero de venado y los hacía correr aventándoles manzanas.

Era un alma silvestre; no conocía la venganza.

Una de las manzanas fue a caer a la boca que estaba abriendo un perro perezoso en ese instante ; cosa curiosa, porque donde hay violencia no hay tiempo ni para bostezar. Mientras tanto, los muchachos seguían gritando : « Luna brava, luna brava, vete al diablo. »

III

Pero en el pueblo nadie tenía una guitarra.

Eran hombres que no sabían cantar.

Entonces, el solitario de cabellos bermejos volvió a su morada con los ojos llenos de polvo y de tristeza. Se lavó la cara en el río por donde bajaban los muertos y se acostó a dormir. Aquella noche humedeció de llanto tibio la paja seca de su almohada.

IV

Cuando despertó, alguien había colocado una guitarra a su lado; estaba hecha de plumas y bambú, y todas las cuerdas eran de oro.

Seguramente había sido colocada allí por la luna que lo amaba.

Entonces comenzó a tocar y a cantar hasta que una tormenta le anunció negros presagios; entre las ramas, en el momento en que un pájaro nocturno abrió el pico, a tres bandoleros se les quebraron los cuchillos. En medio de una llovizna acariciante, el solitario de cabellos bermejos, con su guitarra de plumas y bambú, alcanzó a huir.

Esa noche la tierra no pudo beberse una sola gota de sangre inocente; el hombre de la guitarra se había salvado de ser degollado como una paloma.

V

Cuando volvió, el pueblo había desaparecido comido por las balas.

No había quedado ni un solo niño, de aquellos que habían tirado guijarros, para contar el cuento.

Entonces fundó otro pueblo al son de su guitarra, alrededor del árbol que le había servido de morada.

Y allí jamás se conoció la violencia, porque un alma silvestre, un solitario de cabellos bermejos, que se cubría con cueros de venado y usaba sandalias para hacerle más dulce su vivir al polvo, tenía una guitarra.

Fue un pueblo donde los hombres supieron cantar.

ciencia

Magia y ciencia entre los incas

POR LOUIS BAUDIN

La magia, forma de conocimiento íntimamente ligada a la religión, la practica en el Perú tanto la élite como la masa. En su forma superior tiene por ejecutantes a los adivinos, que dependen de los templos ; en la inferior, sus intérpretes son los brujos. Los primeros tratan de conocer los secretos del destino, mientras que los segundos se esfuerzan en modificar ese mismo destino. La acción de los adivinos da motivo a sacrificios, pero también puede inspirarse en hechos cualesquiera, puesto que estos hechos tienen siempre una significación. El ave que pasa chillando sobre nuestras cabezas nos previene y el rayo que cae no lejos de nosotros nos advierte. La luna nueva es nefasta para los trabajos agrícolas ; los eclipses de luna resultan funestos para los enfermos que los miran ; una aureola amarilla en torno al astro de las noches constituye un mal presagio. El adivino observa sobre todo el comportamiento de los animales que guarda en vasijas cubiertas, particularmente arañas y serpientes.

Cualquier otra persona que encuentra un reptil debe matarlo, orinar sobre él y pisarlo con el pie izquierdo.

La adivinación más solemne es la que adopta por intermediario del espíritu del fuego ; en tiempos de los incas era practicada muy especialmente por los indígenas de Huaro, cerca de Cuzco.

La observación de los astros y la interpretación de los sueños incumben, claro está, al adivino. El paso de un cometa es un pésimo presagio, soñar con fuego anuncia la sequía, etc. (1).

Los brujos, por su parte, antaño fáciles de reconocer por su vestimenta y corte de pelo, se dividen en dos categorías : los que provocan el mal y los que remedian el mal. Su profesión exige un aprendizaje peligroso, puesto que las fuerzas desencadenadas si son mal dirigidas, pueden volverse contra terceras personas o contra el imprudente que las maneja.

Los instrumentos necesarios al ejercicio de esta profesión son cráneos —fáciles de encontrar, puesto que los particulares los conservan en su residencia para disuadir a los ladrones, ya que emiten sonidos que rechinan los dientes—, cobayos, sapos, serpientes y plantas medicinales.

Entre los procedimientos utilizados p

Louis Baudin, que con tanta pasión y cariño estudió el imperio incaico en diversas obras, falleció recientemente en París. Hemos querido tributar un homenaje a su memoria reproduciendo varias páginas del último de sus libros, que acaba de ver la luz : Les Incas. *Nuestro agradecimiento a las Editions Sirey (22, rue Soufflot, París V°) por la generosa autorización que nos otorgaron.*

(1) Sobre estos temas deben consultarse los cronistas Padre Cobo (Lib. 12 y 13) y Poma Ayala.

el brujo maléfico, sigue siendo el hechizo uno de los que se observa con mayor frecuencia, incluso en la actualidad. Se lleva a cabo de manera clásica, mediante la confección de una muñeca de trapo, en la cual se inserta algo que pertenezca a la persona de que se trata (cabellos, uñas, excrementos). El brujo, al mismo tiempo que recita sus plegarias y lanza imprecaciones, clava una espina en la muñeca, en el lugar donde debe surgir el mal ; en ese instante piensa intensamente en el hechizado. Luego lleva la muñeca, sin despedirse y sin volver la cabeza, a casa del hechizado o a un lugar por donde éste tiene que pasar. Si no se dispone de una muñeca, puede desempeñar el mismo papel un sapo envuelto en un trozo de tela. A continuación el dueño de la choza donde se celebraron las ceremonias que acabamos de relatar, derrama orines sobre la entrada para hacer desaparecer las trazas dejadas por el brujo.

El contra brujo que trata de salvar al hechizado, debe descubrir el lugar donde se halla la muñeca, sacarla del escondite y arrojarla en un recipiente pleno de orines y más tarde en un río.

El brujo benefactor es al mismo tiempo el médico. Actúa tratando de eliminar la causa del mal o bien se limita a transferir la enfermedad a una víctima apropiada. Pero el brujo es asimismo un sacerdote, puesto que las enfermedades son por lo general consecuencia de faltas cometidas por el paciente. Admitir el azar como origen de un mal sería creer en la injusticia de los dioses.

La práctica corriente de la transferencia consiste en sobar con un cobayo o una rana la parte dolorida del cuerpo del paciente, luego en despojar al desgraciado animal de su piel para observar sus vísceras, sus músculos y su corazón, donde el mal debió de localizarse, y, finalmente, en enterrar todo en las afueras del pueblo y regresar a éste sin volver la cabeza. Aún hoy día, en el departamento costero de Piura el brujo aplica un cochinillo de Indias sobre el cuerpo del enfermo, en el lugar que éste señala ; luego examina los órganos internos del animal y, por último, prescribe un severo régimen alimenticio, un baño de agua que contenga jugos de hierbas seleccionadas y simples infusiones. Durante la noche se celebra una velada, en presencia de un cráneo, de piedras de formas raras y de plantas misteriosas. El brujo pronuncia entonces sus plegarias y lanza imprecaciones contra el espíritu del mal ; los asistentes le acompañan en esta ceremonia y, poco a poco, sugestionados por él, son presas de la ansiedad y se ponen a danzar. Si el estado del paciente lo permite, éste hace otro tanto. Los observadores consideran que en el curso de todas estas manifestaciones el brujo obra en estado hipnótico.

En los casos sencillos, el curandero suprime el mal mediante un masaje con las manos o succión con los labios.

Los actos de brujería más conocidos y menos originales se refieren al amor. La sugestión y el hipnotismo se utilizan entonces junto con una gran exhibición de fórmulas, gestos y preparaciones a menudo bastante desagradables. Algunos testigos dignos de fe afirman que uno de esos brebajes, absorbido con la intención de procurar la aparición de la persona amada, puede obtener ese sorprendente resultado por la objetivación de las alucinaciones provocadas mediante una intensa autosugestión.

También es el brujo el que descubre y exorciza la presencia de los espíritus que moran en los lugares malditos, como el *Chacho*, que actualmente frecuenta las ruinas y chupa la sangre de las víctimas, como los vampiros. Asimismo se recurre a él para descubrir el vecino que tiene « mal de ojo » y que puede volverse inofensivo mediante pases efectuados sobre su rostro y su cuerpo, acompañados de oraciones y de exorcismos.

Existe un caso curioso : el de las entidades errantes, personificación de enfermedades, que se establecen cerca de una persona que estiman y que de esa manera pueden llevar a la muerte. Conviene recibir con sonrisas y flores a esos temibles espíritus que atraen hacia ellos en el más allá a los seres que aman, puesto que si tropiezan con la desconfianza o la hostilidad, entonces se encolerizan y hacen perecer inmediatamente no sólo al enfermo, sino también a los asistentes. En esto puede reconocerse la explicación de las epidemias.

Para lograr que el siniestro visitante que da fiebre y que llaman *Tayta Capac* se muestre más bien favorable, es necesario saludarle, hacerle ofrendas y darle a comprender que se uno se siente muy feliz de poder recibirle, incluso cuando el enfermo se halla en la agonía. Aún peor. Se trae a los niños de la aldea para que rindan homenaje a este señor invisible y poderoso, invitándoles a comer los platos colocados cerca del moribundo y diciéndoles : « Es *Tayta Capac* quien os los da. » H. Castro Pozo ve en estas costumbres, con razón, una de las causas principales de la propagación de las epidemias de tifus y de viruela después de la Conquista (2).

Las más sorprendentes pruebas de los brujos conciernen a su propia disociación. Así como un individuo se puede separar de su grupo social, las diferentes partes del cuerpo pueden separarse del individuo. Dicho de otro modo : los dos fenómenos son del mismo orden. Por ejemplo, la cabeza puede volverse independiente del cuerpo durante el sueño y visitar al que buenamente le parezca sin que su dueño tenga conciencia de ello al despertar. Su vuelo a través del espacio produce un ruido característico : la cabeza del hombre avanza dando saltitos sucesivos y produciendo un ruidito llamado por onomatopeya *Tac-tac* ; la de la mujer se sirve de los cabellos como si fuesen alas y silba mientras vuela.

¡Ay del que se encuentra a su paso con estas singulares aves nocturnas! De esta superstición nació una serie de extravagantes leyendas : sorpresa comprensible del marido que una noche se da cuenta que su mujer no tiene cabeza ; colocación de la cabeza vagabunda sobre el cuello del marido, lo bastante tonto para haberla impedido volver al cuerpo de su mujer, etc.

En suma : la personalidad del indio es sumamente frágil, por lo que se comprende se deje ganar con facilidad por los jefes, los sacerdotes o los hechiceros.

SIN DUDA ALGUNA resulta exagerado dar el nombre de ciencia a los elementalísimos conocimientos de los indios en tiempos de los incas. Fue Pachacutec, una vez más, quien al comprobar la diversidad de opiniones de los sabios respecto a la astronomía, decidió la construcción de torres de observación para poder seguir mejor los movimientos del sol y de la luna. Sin embargo, no parece que se haya logrado una armonización entre el año solar de 365 días y un cuarto y los doce meses lunares que suponen 35 días (3).

Los astros interesaban a los incas sólo por su carácter religioso y desde el punto de vista práctico. La altura del sol en el cielo permitía establecer las estaciones y por consecuencia determinar las fechas de los trabajos agrícolas. En suma : únicamente la ciencia aplicada retenía la atención de los sabios. Así sucedía en todos los sectores. La geografía, por ejemplo, se reducía a la agrimensura y a la fabricación de modelos en relieve. Un solo mapa, o cosa por el estilo, se descubrió sobre una roca cerca de Abancay : trátase de un dibujo esculpido en la piedra y que fue interpretado en nuestros días con bastante benevolencia. Ignoramos a que pueblo pertenecía el geógrafo primitivo que efectuó ese trabajo puesto que la roca en cuestión se halla situada en la encrucijada de las zonas de influencia de los chancas y de los collas. No obstante, el trabajo ofrece la notabilidad de constituir un ejemplo único de composición : no sólo existen líneas que pueden representar ríos, lagos, montañas y los ciclos solar y lunar, sino también figuras de llamas, cóndores, pumas, serpientes, caimanes, monos e incluso hombres. Allí se reconocen las imágenes características de la meseta y del bosque, dispuestas de la misma manera que en algunos de nuestros mapas

(2) H. Castro Pozo : *Nuestra comunidad indígena* (Lima, 1924), pág. 296. Se encuentran en este libro preciosas indicaciones sobre la brujería actual en el Perú. El poder de los brujos era tan grande en la época colonial, tanto en el Nuevo Mundo como en el antiguo, que los españoles, al igual que los indígenas, preferían no hablar de este asunto (J.H. Rowe : *Inca Culture in the time of the spanish conquest, Handbook of South American Indians*. Washington, 1946).

(3) Poma de Ayala : *Nueva Corónica y Buen Gobierno*, págs. 235-260. J.H. Rowe : *Inca Culture...*, pág. 327. La semana contaba probablemente diez días. Según Montesinos, los indios creían que la humanidad se transformaba cada milenio a causa de un cataclismo.

pas, para que su representación resulte más viva. La creación de un conjunto tal, en un pueblo que esculpía únicamente unidades dispersas o figuraciones mitológicas, merece ser mirada como la obra de un artista de genio (4).

Las únicas actividades que en rigor pudieran calificarse de científicas son la cirugía y la medicina.

La primera se distinguió en la trepanación. La causa de esta intervención era, ya la extracción de un supuesto mal localizado en el cráneo, ya la cura de una herida entonces muy frecuente. En efecto, después de cada batalla los cirujanos se veían obligados a intervenir un gran número de cráneos abiertos o aplastados a mazazos. Para ello utilizaban un pequeño tranchete curvo. Eran tan hábiles en la operación, que un cráneo encontrado en una tumba presenta las señales de cinco trepanaciones, de las cuales sólo la última parece haber fracasado. Una operación semejante efectuada en nuestros días con los mismos instrumentos y método idéntico dio buenos resultados (5). Al paciente se le anestesiaba dándole a beber grandes cantidades de chicha hasta embriagarle, o bien haciéndole masticar coca para insensibilizarle.

Los médicos efectuaban la purga y la sangría lo mismo que sus colegas europeos de aquella época. Los más célebres pertenecían a la tribu de los callahuayas, localizada en los valles situados al este del lago Titicaca. Estos indios, emparentados con los urus, cuya lengua hablaban, se esfuerzan todavía actualmente en permanecer aislados, ya que se consideran superiores a los demás seres a causa de su conocimiento de las plantas medicinales. Sabían utilizar con la máxima habilidad la quinina, la cocaína, la belladona y la ipecacuana ; por el contrario, empleaban torpemente métodos bárbaros y subterfugios que los hacen pasar por charlatanes y a causa de los cuales fueron tratados de mentirosos y comediantes (6). Su fama es grande de Lima a Buenos Aires.

Los curanderos y colectores de plantas medicinales —estos últimos se elegían entre los quechuas débiles o inaptos para los trabajos duros— fueron en la época de la conquista los primeros médicos que los españoles tomaron a su servicio. En efecto, si bien los ejércitos reales contaban obligatoriamente con funcionarios y misioneros, en cambio no disponían de médicos. Sin embargo, a partir del siglo XVI circulaban por el Perú diversas obras de medicina, y el virrey Francisco de Toledo exigió la enseñanza de la medicina de primera urgencia. Gracias a este impulso, se perpetuó durante el período colonial una combinación de tratamientos válidos y de prácticas infantiles. Por ejemplo, las plantas medicinales fueron catalogadas y estudiadas al mismo tiempo que el bezoar, piedra extraída del estómago de los rumiantes, que era buscada por su pretendido poder curativo. También fueron los callahuayas los que, según la expresión de un escritor, desempeñaron a comienzos del siglo XIX la misma función que ahora los miembros de la Cruz Roja.

Entre las enfermedades más frecuentes antaño cabe mencionar la bronquitis, la pulmonía, las úlceras del rostro, la sífilis, las verrugas y el susto, de lo cual eran responsables el agua, la sangre, las corrientes de aire, la ojeriza, los espíritus y los brujos.

La terapéutica mineral abarcaba toda clase de piedras de color, además de la denominada bezoar —a la que acabamos de referirnos— y de la berenguela, nombre de una aldea próxima a La Paz. Trátase de un sulfato de cal transparente, abundante en las estribaciones rocosas del Illampu, cuyos bloques fáciles de esculpir servían para fabricar talismanes que representaban los ob-

(4) A. Miró Quesada : Costa, sierra y montaña. Lima, 1957. Págs. 415-416.

(5) R. D'Harcourt : *La médecine dans l'ancien Pérou*. París, 1939. S.A. Quevedo : *La trepanación incana en la región del Cuzco*. Cuzco, 1944. P. Weiss : *La cirugía del cráneo entre los antiguos peruanos*. Lima, 1949. P.B. Lastres : « La trepanación del cráneo en el antiguo Perú », en *Revista Universitaria de Cuzco*, 1951, nº 101.

(6) G.A. Otero : *La piedra mágica*. México, 1951. Pág. 33. Se explica esta especialización de toda una tribu en el arte médico por la proximidad del Illampu, montaña sagrada, por el complejo de superioridad que hemos indicado y por el carácter poco combativo de estos indígenas, que hallaban en sus tareas un medio eficaz de defensa.

jetos deseados. Además, la arcilla comestible curaba la gota, el polvo de coravari las enfermedades de los ojos, el azufre las de la piel y las infecciones de la sangre ; en cambio la sal se consideraba nociva.

El reino animal era igualmente aprovechado. Cada especie tenía su especialidad : la víbora curaba las enfermedades nerviosas y la impotencia sexual ; la tela de araña y la resina del árbol mulli, las llagas ; las picaduras de abeja, los reumatismos ; las hormigas, la debilidad mental. La absorción de los órganos internos del cóndor proporcionaba la vitalidad de esta ave y un caldo de un cóndor de cría combatía la locura.

Toda una terapéutica escatológica se proponía provocar en los espíritus del mal tal hastío que no les quedase más ganas que las de abandonar el cuerpo de sus víctimas. Leyendo la relación de esas preparaciones nauseabundas se comprende fácilmente que se pudiera obtener el resultado propuesto. La orina jugaba, claro está, un importante papel en esta lucha de un género particular. Por otra parte, disfrutaba de propiedades específicas en forma de diversas aplicaciones : una vez calentada era un remedio contra la pulmonía y rivalizaba con las hojas de quina como calmante de las irritaciones de la piel.

Los tratamientos ofrecían una extrema variedad. La anemia no resistía a la acción de determinados polvos obtenidos con huesos humanos ; los reumatismos, a aplicaciones de hojas de yuca cocidas con agua salada ; los dolores de riñones y de vejiga, a la absorción de jugo de oca ; los de hígado y bazo, al paladeo de decocciones de ralladuras de quina-quina ; el miedo, a las ofrendas de coca y de chicha a nuestra madre la tierra. Como purgante nada superaba a la raíz de huachanca, y la de achicoria de flores amarillas hacía bajar la fiebre.

Por lo que se refiere a los amuletos curativos, no se acabaría de enumerarlos. Algunos se encuentran en todas las épocas y bajo todos los cielos : por ejemplo, el hecho de colocar una patata en la parte del cuerpo que sufre de reumatismo, corriente antaño en los Andes, es bastante usual todavía hoy en no pocas regiones de Francia.

El fetiche más conocido actualmente es el Ekeko aymara, pequeña figurina de indio con prominente vientre y rostro alegre, vestido y cargado de todos los objetos deseados, en miniatura : tejido, sombrero, cerámica, flauta de Pan, pala, cuchara, cuerda y toda clase de instrumentos familiares, colocado todo ello sobre una moneda. Son las « simientes de la realidad », que se han modernizado al mismo tiempo que conservan su tradicional carácter de deseos y de promesas.

libros

La Ilustración, tema angular de Hispanoamérica

A PRINCIPIOS DE 1963 aparecieron en las librerías de París y Roma sendos volúmenes con el tema de la Ilustración. Era uno la más reciente investigación del hispanista de Tolosa de Francia, Marcelino Defournaux : *L'Inquisition Espagnole et les livres français au XVIII^e siècle*. Era el otro la reedición, después de diecisiete años, de un estudio de Franco Venturi : *Le Origini dell'Enciclopedia. Il capolavoro dell'illuminismo*. Todavía tenían fresca la tinta, apenas salidos, respectivamente, de las Prensas universitarias de Francia y de la Editorial Einaudi de Turín.

Para los hispanoamericanos resultan particularmente útiles estas incursiones al período *ilustrado*, puesto que definen, como de rechazo, el estado de cosas, la tensión social, la utopía si se quiere, que un día propició la insurgencia del Nuevo Mundo. Siendo, pues, la Ilustración punto de arranque en el destino de nuestros pueblos, son vitalmente esclarecedoras las luces de la crítica moderna.

*

Defournaux ya ha probado suerte en los campos de la Ilustración ; buena muestra es su biografía de Pablo de Olavide, *el afrancesado*. Ahora el investigador amplía sus horizontes y ha tenido que bregar en archivos de Madrid y París, así como con abundante material impreso. (Ahí nos sorprende saber de un curioso libro estampado en México : *La Inquisición sin máscaras* por Antonio Puigblanch, 1824.)

Desde el prólogo el autor plantea meridianamente sus problemas : « De Francia —o con ropaje francés— es como penetran en España las luces del siglo... El libro francés constituye así el peligro más terrible para el pensamiento tradidicional, del que la Inquisición tomó la defensa en los dominios religioso, político, filosófico y moral ; pero asimismo es el libro francés el que, en vista de las estrechas relaciones políticas y económicas entre las dos monarquías, en vista sobre todo de la relativa facilidad que ofrece la lengua francesa a los lectores españoles, ha capitalizado las condiciones más favorables para introducirse en España. Ante tal amenaza, ¿cuál fue la actitud de la Inquisición: ¿Cuál fue la eficacia del 'cordón sanitario' con que se esforzó en cercar a España? La respuesta a las dos primeras preguntas debe permitir contestar a una tercera : ¿se puede considerar como justificada históricamente, de hecho y de derecho, la hostilidad de España y de la Europa 'ilustradas' a los esfuerzos del Santo Oficio? »

Para enfrentarse a la solución de estos problemas, el autor divide su estudio en dos secciones consecuentes : la censura inquisitorial en la España dieciochesca y los libros franceses ante tal censura. Cierra la obra un magnífico despliegue de investigación al catalogar la producción francesa prohibida de 1747 a 1807 : poco menos de quinientos títulos.

Nos recuerda el autor cual era la actividad original y esencial de la Inquisición : « la defensa de la fe católica contra las herejías y las heterodoxias dogmáticas ». Ya en el siglo XVIII destaca dos hechos capitales para los nuevos rumbos del Santo Oficio : el ascenso de los Borbones al trono español y la intervención jesuíta en la Inquisición. En fin, señala el año de 1747 como crítico : se publica el Index, cuyo Suplemento censura las obras jansenistas y regalistas, y se prohibe el Diccionario filosófico y crítico de Bayle. Es decir, que ya soplan los aires enciclopedistas...

Sobre los andares inquisitoriales nos recuerda el autor que « una frase del *Quijote* fue censurada », en tanto que *La Celestina*, que salía de las prensas desde 1499, sufrirá la condenación total... en 1793. Hace ver al respecto « la gran dosis de azar que interviene en la *selección* de los libros censurados », para llegar a una regla general : « que las obras no prohibidas no alcanzaron tampoco una gran difusión en la Península » ; pero sin que la recíproca sea necesariamente valedera, pues la prohibición de un libro francés en nada probaba que lo hiciera objeto de gran demanda. Según Defournaux, el « cordón sanitario » de la Inquisición española

fue un cordón *permeable*, sujeto a la rutina, la negligencia y la venalidad.

Un caso especial resultó el de la Enciclopedia. Téngase muy presente el título completo : *Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*. Título utilitario. La envoltura era inocente ; no así los autores, bien conocidos por el Santo Oficio. Ante el caso, las autoridades civiles y eclesiásticas de España, dudaron. Hasta que el Papa Clemente XIII condena la obra y la Inquisición repite la censura en su edicto del 9 de octubre de 1759. Sin embargo, las reuniones ilustradas —esas Sociedades de Amigos del País, Sociedades Patrióticas, etc., que proliferan a partir de 1775— hacen venir sistemáticamente la *Enciclopedia* para sus bibliotecas. A esto se agregarán las circunstancias en que se vio envuelta la *Enciclopedia metódica* de Panchouke (París, 1781), pues al anunciarla como una refundición de la de Diderot, pero con atenuaciones y retoques, fue « al menos, tolerada por el Santo Oficio ». Pero sucedió lo inesperado : un artículo de Masson de Morvilliers sobre España, que inmediatamente se consideró lesivo para los intereses nacionales, hizo rodar por tierra lo que se ofrecía como innocuo sucedáneo de la gran obra.

De hechos como estos se puede concluir, dice Defournaux, « que a pesar de la censura inquisitorial —a veces atenuada por el sistema de licencias y por ciertas tolerancias tácitas—, las obras prohibidas de origen esencialmente francés, pudieron penetrar largo tiempo en España, y aun las mismas que el Santo Oficio había proscrito con mayor rigor, fueron conocidas del público ilustrado, que sin duda constituía una ínfima minoría en el conjunto de la nación, pero cuya posición social lo ponía en condiciones de ejercer una gran influencia intelectual. *De hecho*, la Inquisición no impidió que las obras más significativas del siglo fueran leídas, comentadas, a veces textualmente citadas o traducidas, y que llegaran a ser una fuente de inspiración para la *ilustración* española ».

*

Franco Venturi publicó en París, en 1939, su *Jeunesse de Diderot* y siete años después en las ediciones U de Florencia, el estudio que hoy se reedita : *Le Origini dell'Enciclopedia*. Lo forman cinco capítulos que van de los proyectos ideales —pues hubo varios— a los dos primeros volúmenes de la gran empresa de Diderot.

Ante todo, la *Enciclopedia* se nos ofrece como « la realización de un sueño típicamente dieciochesco ». La empresa tuvo así, dice Venturi, « toda una historia imaginaria antes de tenerla real. La obra de Diderot propiamente consistió en hacerla pasar de una fase a la otra, del sueño revelador de ciertos deseos y aspiraciones del siglo a un hecho de límites precisos ». Y concluye : « El origen ideal de la *Enciclopedia* se halla en la experiencia religiosa, filosófica y política del joven Diderot », en tanto que en el lograr la cohesión de los colaboradores iniciales, « en ese primer agrupamiento de hombres, se halla el origen práctico de la *Enciclopedia* ».

En verdad, la primera tarea consistió en rodearse de colaboradores con tacto suficiente para tratar los delicados problemas religiosos y políticos de la empresa. Esto era, de hecho, situarse ante el gobierno establecido. Pero Diderot supo sortear la prueba y « los dos primeros tomos de la *Enciclopedia* son obra casi exclusivamente de jóvenes poco notables, socialmente al margen de la esfera oficial, en lo personal pobres o *bohemios* aureolados de esa fama de incrédulos y ateos que es el aspecto más visible, más superficial tal vez, de su íntimo rompimiento con las tradiciones, los convencionalismos, con el mundo que los rodea ». El grupo juvenil irá « del Diderot de los *Pensées philosophiques* al Rousseau de los dos primeros *Discours*, del Toussaint autor de *Mœurs* a aquel abate de Prades que se hará famoso entonces con su heterodoxa tesis sorbónica ».

Con justicia, Venturi encarece la participación de D'Alembert como la de un « verdadero enciclopedista ». Su presencia, su actividad fueron básicas, puesto que aportó a la obra « una nota personal y original : su pensamiento no era el reflejo de un grupo o de una corriente ». De esta suerte se mezclan y potencializan « el baconismo de Diderot », « el cristianismo iluminado » de los tres abates encargados de los artículos de teología y « el iluminismo científico de D'Alembert ».

Vale, pues, decir que la gran obra responde a las luces del siglo, pero sobre todo responde a « los problemas inmediatos del momento, se hace eco de los problemas vivos en torno suyo y despierta ideas para esa recuperación de libertad y de fuerza que fue contemporánea de los primeros volúmenes ». Por lo tanto no fue una empresa netamente literaria, sino un esfuerzo que con el tiempo logró « la realización de una utopía », pues en verdad fue « la primera afirmación organizada de una corriente ideal, la formación de un núcleo de hombres que no constituían ni un partido ni una secta —aunque como tales aparecieran a los ojos de no pocos miopes contemporáneos ».

Después de un par de años de trabajo y superada la crisis de 1752 en que se prohiben los dos primeros tomos, « en torno al gran Diccionario se agrupará, por cerca de un decenio, todo el pensamiento francés, en sus diversas corrientes, en sus diferencias siempre más precisas y en sus contrastes siempre más fecundos y profun-

dos ». Llegan, entre otros, Voltaire y Montesquieu...

La extrema importancia que Diderot supo otorgar a las artes y oficios, es decir a la técnica, respondía a su más profundo sentimiento de lo útil social. Aparejar a los que tienen « muchos instrumentos y pocas ideas » con los que tienen « muchas ideas y pocos instrumentos ». Diderot sentía con claridad cual iba a ser el más grande aliento del iluminismo : *la ilustración del trabajo.*

Junto a esta conclusión filosófica se le entregaba la conclusión política, esa a la que más tarde llamará « la libertad de las artes ». Sucedió que en el terreno práctico Diderot bregó mucho para obtener los datos de las artes y oficios. Pesaba demasiado la tradición del *secreto profesional* —secreto, dice Venturi, no de gremio sino nacional. Por lo tanto hay que romper el fuego y condenar a los que quisieran « que una Enciclopedia bien hecha, que una historia general de las artes, no debiera ser más que un gran manuscrito cuidadosamente guardado en la biblioteca del rey e inaccesible a otros ojos que no fueran los suyos : un libro de Estado y no del pueblo ». Aquí está ya la palabra clave : *peuple.* Diderot reclamaba, exigía para el pueblo el patrimonio de las artesanías, sin secretos ; que se le reintegrara lo que ahora estaba en manos de privilegiados sociales y políticos. Y el grito llegó a playas de América...

*

Como rechazo, estos magníficos estudios nos brindan a los hispanoamericanos un grato repaso y una nueva lección. En particular, los mexicanos vemos transparentarse y hacerse nítida la figura de Hidalgo. Pertenecía en Dolores a una *Academia literaria,* reunión de ilustrados. Por lo demás, se sabía que era « no muy ortodoxo en sus opiniones » y hasta algunos conocían las *cenagosas fuentes* de sus lecturas (véase nuestra nota en *Cuadernos,* n.º 76).

Pero lo básico en la vida de Hidalgo es cuando empuña el fuego del iluminismo, cuando se le ve practicar *la ilustración del trabajo.* No sólo gustaba de la música y se le oía conversar con los indígenas en sus lenguas nativas, sino que, según dice Alamán, « traduciendo el francés... se aficionó a la lectura de obras de artes y ciencias, y tomó con empeño el fomento de varios ramos agrícolas e industriales de su curato ».

Que « había conseguido varios adelantos » lo demuestra el haber enseñado a su feligresía a sembrar uva y hacer vino, plantar moreras y criar gusanos de seda, fabricar loza, hacer ladrillos, extraer miel, curtir pieles. Aunque gozo grande debió ser el suyo cuando le prestaron en Guanajuato « el tomo de un Diccionario de ciencias y artes en que estaba el artículo de artillería y la construcción de cañones »...

Los libros de la Ilustración habían franqueado las barreras permeables. Y un buen día los feligreses de todos los Hidalgos de América se deciden a fabricar pólvora. No por cuenta del Rey, sino de ellos mismos, los comuneros. Por los caminos de la libertad no faltará quien diga que esta reconquista podría deberse « a influjo francés ».

SALVADOR CRUZ

Augusto Iglesias : « El hijo del árbol »

Augusto Iglesias es tal vez el escritor chileno que ha cultivado mayor variedad de géneros. Novelista, poeta, historiador, crítico literario y ensayista, su obra, a pesar de su diversidad, sigue la línea bien marcada que le ha impreso la formación espiritual del autor. Como historiador y ensayista se ha mostrado un hombre inquieto, que ha estudiado desde Goethe a Bolívar y desde Carrera a Arturo Alessandri. Pero como poeta y novelista, ha quedado fiel a los amores de su juventud. Si tuviéramos que clasificarlo, tal vez le pondríamos el rótulo de modernista. En sus últimos versos, como en los sonetos con que inició su carrera literaria, Iglesias es un heredero de Darío y de su pléyade, naturalmente que con personalidad propia. En la novela y en el cuento es también un modernista en busca de la verdad del hombre a través de lo misterioso y decorativo, de los grandes episodios o leyendas de la historia.

Tal aparece en *El hijo del árbol,* que Zig-Zag acaba de publicar en Santiago de Chile. Son siete cuentos bien lejos de las preocupaciones actuales, pero que en sus símbolos y alegorías bucean en el alma humana. El cuento que da el título al libro tiene mucho de poema en prosa. « La muerte de don Juan » es la historia, delicadamente contada, de un Tenorio criollo que castiga sus ardores invernales dándose la muerte.

Con « El traje de gala », ya estamos en plena fantasía, volando con las brujas y asistiendo al aquelarre. Iglesias hace aquí gala de los conocimientos que sobre ciencias ocultas le ha proporcionado su curiosidad por toda clase de libros.

« Los motivos de la señora Odette » es la dramática historia de una catástrofe matrimonial. A este cuento sigue « El crimen perfecto », que arrancando también de un caso de adulterio se transforma en una narración ocultista

muy original, con toques de humorismo, como guiños que el autor nos hace para que no tomemos muy serio lo que nos cuenta del más allá.

Si los ocultistas no escapan a la ironía de Iglesias, tampoco escapan los eruditos, por quienes, sin embargo, el autor, ex director general de Bibliotecas y Museos, debe tener el más grande respeto. Pero hay mucho de ternura en « El Digby N° 23 », melancólica historia de dos enamorados del viejo papel impreso.

El volumen termina con « Una lección inolvidable », que es en realidad una bella lección de respeto al hombre.

En este último libro de Augusto Iglesias asoma sin cesar el poeta y el humanista a través de una prosa elegante.

R.

Slawomir Mrozek : « El elefante »

El genero satirico cuenta, como todos saben, con un noble y antiquísimo abolengo en la historia de la literatura. El escritor de garra preocupado por los defectos de la realidad que le rodea y que tratan empero de imponerle *sine die*, se ha sentido tentado casi siempre de recurrir a la sátira como simple medio de denuncia moral o como verdadera arma política de lucha. De Lucilio a nuestros días el mundo ha conocido grandes satíricos. Sin embargo, se nos antoja que este ilustre linaje se halla en vías de extinción o al menos en franca decadencia. Y cabe afirmar que jamás los tiempos fueron más propicios a la sátira. Así nos lo hizo comprender hace pocos años George Orwell con dos libros de franca sátira política : 1984, amarga profecía del futuro con seres que semejan « robots » privados de presente, y *Rebelión en la granja*, rebosante de ácido humorismo.

Ahora nos viene de Polonia un libro que es como una corriente de aire fresco, compuesto por cuarenta y dos historias que son en realidad otras tantas sátiras, breves y fuertes como un vaso de vodka. No se trata de una denuncia satírica de los vicios generales que aquejan a la humanidad, sino de una sátira concreta de cada aspecto del régimen político imperante. Es un libro aleccionador, en el que cada historia, mejor dicho, cada línea, nos muestra las incoherencias inherentes a un sistema social que trata de ocuparse de todo y de abarcarlo todo. En *El elefante* (Editorial Seix Barral, Barcelona, 1963), la sátira no se convierte en burla o carcajada, tampoco en amargura o tristeza ; el autor no tiene necesidad —como aconteció casi siempre en la literatura española, dicho sea de paso, desde el barroquismo al esperpento— de violentar, retorcer o deformar los hechos, pues le basta con presentarlos tal como son en realidad, con la máxima sencillez.

Las historias que nos cuenta el polaco Slawomir Mrozek son otras tantas protestas, más o menos burlonas, pero intensamente satíricas, contra la destrucción metódica y constante de todo cuanto distingue a la personalidad humana. Por eso a veces el mundo de la realidad viva se transmuta en las páginas de este libro en otro en el que la gente parece pura sombra ; no pocos personajes de *El elefante* semejan hechos de materia inerte que los aleja del verdadero ser vivo. Todo esto corresponde, a decir verdad, a una sociedad que se asimila a la que nos describió Kafka : todo aparece regulado, calculado y vacío, sometido a una organización minuciosa, en manos torpes e ineficaces. Y todo se hace a veces abstracto, fantástico, irreal a fuerza precisamente de real. Pululan, pues, los maniquíes en uniforme, los funcionarios romos las autoridades despóticas, los jefes fabricantes de consignas, los escritores oficiales, los sometidos...

En el relato titulado « El proceso » vemos a los escritores uniformados, encuadrados en categorías y secciones. « Se formaron dos regimientos de poetas, tres divisiones de prosistas y un cuerpo auxiliar, integrado por distintos elementos. Los más afectados por el nuevo orden fueron los críticos, ya que una parte de ellos fue a parar a las galeras y el resto a la gendarmería. » « Los grados —prosigue el relato—, iban desde soldado raso a mariscal, y se atribuyeron teniendo en cuenta el número de palabras publicadas por cada escritor, el ángulo de flexión de su espina dorsal política, su edad y los cargos desempeñados en el gobierno o en la administración local. Para distinguirlos se adoptaron insignias de color. » Las ventajas eran evidentes : todo el mundo sabía cómo calibrar a un escritor. Un general-escritor no podía escribir novelas malas y las mejores tenían por autor al mariscal-escritor. Además, un capitán-crítico no podía juzgar la obra de un autor del grado de comandante-escritor para arriba. Y sólo un general-crítico podía expresar una opinión negativa sobre la obra de un coronel-escritor. Organización perfecta de una literatura planificada.

« La jirafa » nos refiere las tribulaciones de un hombre al que su sobrino le había planteado esta simple cuestión : « « Tío, ¿cómo son las jirafas? » El tío era redactor de un diario del partido y en buen militante aconsejó a su so-

brino consultara las notas del *Agitador*, del *Ludwig Feuerbach* o del *Antidühring*. El muchacho le respondió que no había encontrado nada sobre la jirafa en las obras de Federico Engels. Estupor del periodista. Éste « tenía cierta idea de la jirafa, pero no la quería confesar, porque sus conocimientos databan todavía de la época de preguerra ». « Dio orden de que nadie entrara en su despacho y se entregó al estudio de la bibliografía del marxismo-leninismo. Pero José tenía razón. La jirafa no aparecía citada en el *Ludwig Feuerbach* y los inicios de la filosofía alemana, ni en el *Antidühring*, ni en *El Capital*. » No tuvo más remedio que decir a su sobrino que no existían las jirafas. « No, no existen. Ni Marx ni Engels ni ninguno de sus grandes sucesores citan la jirafa. Eso quiere decir que no las hay. »

En « Peer Gynt », otro breve relato, asistimos al nacimiento de un agitador político. Trátase de un simple campesino, al que un día se le ocurre hacer uso de la palabra en una asamblea de su distrito, para preguntar por qué no hay clavos en el pueblo. Como se trataba de un auténtico campesino, fue requerido para que repitiera su intervención en las reuniones de otros distritos ; luego hizo lo mismo en asambleas del sindicato de la alimentación, en el de pintores y escultores, en el de la industria de perforadoras para sondeos, etc. « El joven empezó a peinarse con raya. El nuevo régimen de vida borró en él el recuerdo del pasado. Su ocupación diaria se componía de una serie continua de viajes, esperas en estaciones de ferrocarril, y congresos y actuaciones en salas de fiestas y reuniones al aire libre. Formaba parte de un buen número de comités, fue elegido presidente e incluso nombrado padrino social de una escuela de niños. Era una figura habitual para los periodistas y chóferes de coches oficiales. Poco a poco fue cambiando de costumbres... »

Estos tres ejemplos darán una idea de lo que son las cuarenta y dos historias que Slamowir Mrozek nos cuenta en *El elefante*. Son otras tantas sátiras breves, mordaces, irónicas, a veces cómicas y siempre terribles. La condición humana en los regímenes totalitarios aparece así en toda su miseria moral. Pero no se crea que esa condición humana corresponde sólo a Polonia o a los otros países que se hallan detrás del telón de acero. No ; en realidad ese peligro acecha hoy día en todas partes. La sociedad industrial, con su tecnocracia y su máxima burocracia, con la lenta desaparición de la iniciativa personal, con la entronización del Estado patrón nos lleva a una situación tal que el ser humano queda convertido en simple títere. Vale, pues, la pena leer este libro. Y meditar luego su contenido.

I.I.

Jean-Paul Sartre : « Les Mots »

Si el autor de *Les Mots* fuese cualquiera menos que Jean-Paul Sartre, si fuera, digamos, Albert Camus, y si, en cambio, Jean-Paul Sartre debiese escribir la crítica de tal libro, presumo que hallaría en él abundante materia para ejercer esa mala fe de la cual fue en sus comienzos un magnífico teórico y en los últimos años un singular practicante. Porque este libro empuja a las interpretaciones malévolas. Se lee en él, por ejemplo : « Tenía dos razones para respetar a mi institutor : me quería y tenía mal aliento. Las grandes personas deben ser feas, arrugadas, incómodas ; cuando me tomaban en sus brazos no me desagradaba tener que vencer un ligero disgusto : era la prueba de que la virtud no resultaba fácil... La repulsión que me inspiraban formaba parte de su prestigio : yo confundía el disgusto con la seriedad. Era snob. » Y ante semejantes declaraciones —de las que esta autobiografía está llena— ¿cómo abstenerse de juzgar muchas de las adhesiones y pronunciamientos del Sartre adulto a la luz de los cánones del Sartre niño? ¿Cómo no pensar que...?

Justamente, el lector se abstiene de interpretaciones de esa índole por el hecho de que el libro entero le incita a hacerlo. La incitación es tan obvia que permite advertir un gesto consciente y deliberado de Sartre : autor discutido y atacado, sabedor de que su autobiografía proporcionaría un arma a sus adversarios, decidió tomar el toro por las astas, presentar el pecho abierto para la agresión. Quien se entrega inerme, desarma a su adversario potencial. Pero el carácter instrumental que la sinceridad cobra en estas páginas hace que el lector advierta el trasfondo espurio y se sonría como homenaje a las proezas de un gran ilusionista que, sin embargo, no podrá conseguir nunca que los elementos de utilería de la inteligencia se conviertan en los sentimientos reales a los que sustituyen.

Por lo demás, si bien Sartre habla con sinceridad sobre los años de su vida que este tomo abarca, es evidente que hay zonas de tales años que han sido censuradas. ¿Dónde está, por ejemplo, la vida sexual de este niño, en años en que el sexo despierta para provocar agudas perplejidades y extravíos? Y esta pregunta no se formula en nombre de la trivial tendencia contemporánea a evaluar toda la existencia a la luz del sexo, sino precisamente porque en el caso de Sartre tenemos en su obra notables y constantes ilustraciones de la importancia fundamental que confiere a ese aspecto de la vida. ¿Es que la infancia de este jefe literario de nuestros tiempos —que en su relato « La infancia

de un jefe » estableció correlaciones definitivas entre sexo y concepción del mundo— ha sido una infancia blanca? Cuesta creerlo. Pero si fuese así, hubiera resultado interesante que lo puntualizase.

Y ya que el espíritu último del libro resulta tan complejo, tan comprometido por interrogantes, hay que señalar que el « espíritu de la escritura », por lo menos, es en alto grado seductor, lleno de simpatía, inteligencia y destreza. Maestro de su oficio, Sartre sabe manejar todos los recursos, desde la narración directa movida, y el remate agudamente aforístico, hasta la corporización realista de las fantasías que pueblan la mente infantil. En el orden de la escritura debe entenderse el acertado título de *Les Mots*, que si bien alude a la obsesión de esta niñez por el escribir y las palabras, recuerda finalmente al lector en cada página que la pasión del niño por ser amo de tal oficio se vio cumplida con plenitud por el adulto. Naturalmente, ese grado de destreza ha tenido como precio poner las palabras por encima de todo, como un absoluto : vestigios de esa religiosidad se advierten en muchos momentos —al hablar de su padre, de Dios, de su madre, de su abuelo, aunque lo haga con gracia y tino— en que resulta notorio que por una frase el autor es capaz de sacrificar cosas que la generalidad de los humanos tienen por respetables.

Hijo único que no alcanzó a conocer a su padre, muerto en seguida de su nacimiento, criado en el hogar de sus abuelos maternos, mimado por esa familia burguesa, alentado desde el comienzo a leer y escribir, etc., la infancia que Sartre nos narra es al cabo vulgar, muy semejante por lo menos a la que pueden tener la mayoría de los escritores que se crían sin tropiezos. Acaso por esto no se cierra el libro sin la sensación de que tanto autor como lector han perdido un poco el tiempo, que el talento del autor podría haberse aplicado a materia más valiosa y que el lector se sentiría menos vano si hubiese leído otro texto.

H.A. MURENA

Abelardo Villegas : « Panorama de la filosofía iberoamericana actual »

En los ultimos años se han multiplicado las obras que desde diversas perspectivas narran la historia de la filosofía iberoamericana. Primero se reparó en la crítica del positivismo a la filosofía escolástica colonial. Posteriormente, en un grado de mayor madurez, se destacó la superación del positivismo y la aparición de numerosas « filosofías de la libertad », cuyo máximo ejemplo tal vez sea la obra de Alejandro Korn. Por último surge la que se autodetermina « filosofía americana », cuyo iniciador y propulsor es en la actualidad el mexicano Leopoldo Zea. Con esta última corriente de pensamiento simpatiza el autor del presente volumen (Editorial Eudeba, Buenos Aires). Abelardo Villegas apenas cuenta treinta años y ya ha realizado una proficua labor de publicista. Entre los títulos de sus trabajos se cuentan *La filosofía de lo mexicano*, *La filosofía en la historia política de México*, *Esquema para la elaboración de una idea de historia y de una historia de las ideas en América* y *La idea de América*.

La sobreabundancia de obras sobre la historia de nuestra filosofía, que arriba he apuntado, ha sido tal vez la causa que movió a Villegas a eludir el obvio orden cronológico o la mera glosa de textos. Con gran acierto ha dispuesto el extenso asunto tomando como guía las líneas mayores de desarrollo y así ha logrado el ideal que el título anuncia, porque ofrecer un « panorama » es proponer un tema de tal modo que se lo abarque con la mirada. Claro está que muchas hondonadas y cumbres escapan por fuerza a esa intención metodológica y Villegas cuida de advertirlo a cada instante, pero el lector que por primera vez se asoma al problema logrará de él una visión aleccionadora.

Aparte estas virtudes me parece peculiarmente discutible la diferencia que establece Villegas entre « filosofía americana » y « filosofía académica ». En efecto, el autor se complace en subrayar la importancia de lo que denomina « filosofía americana ». No sólo es encomiable, sino necesario postular el esclarecimiento de América desde un punto de vista filosófico, pero resulta problemático el recurso de tildar de « académica » toda otra filosofía que no incluya entre sus objetos de estudio a la realidad americana. Así resultan, por ejemplo, « académicos », Francisco Romero y con él todos los que de un modo u otro se ocupan de filosofía en la Argentina ; también son « académicos » las inapreciables aportaciones de casi todos los pensadores americanos actuales y además todos los sistemas de pensamiento contemporáneo : el marxismo, el positivismo lógico, la fenomenología, etc. Si esa « filosofía americana » es algo más que una postulación, sería deseable que se dieran pruebas más convincentes de su existencia. La introducción de esa disimétrica bifurcación entre todo el orbe filosófico pasado y actual, por un lado, y por el otro la obra de Leopoldo Zea y cuatro o cinco escritores más, aduce una marcada inmadurez que deforma gra-

vemente la estructura de un libro cuidado en su forma, seriamente informado y que trasunta estimables calidades en quien lo ha escrito.

Se hace necesario operar reflexivamente sobre los fundamentos y los supuestos de este nuevo modo de pensar —inspirado en gran parte por conceptos de Ortega y Gasset peligrosamente aislados— y mostrar su alcance real y sus posibilidades. Sólo una tarea crítica de ese estilo puede indicar el lugar que cabe en el Universo a esta « filosofía americana ».

Por de pronto hay que preguntarse en qué medida es viable una concepción *filosófica* que se vale de la filosofía como de un instrumento dado y no como una tarea que hay que realizar sin remedio desde los fundamentos. Asimismo la atención a una entidad histórica como « Iberoamérica » plantea graves problemas de competencia entre la filosofía y otras ciencias. ¿No estaremos acaso ante una « filosofía de la historia », que tiene que justificar sus fundamentos como cualquier disciplina parcial y, en este sentido, secundaria?

La discusión de estas y otras cuestiones de mayor calado es la que mostrará la eventual enjundia de esta atractiva, pero todavía ingenua, posibilidad que se llama « filosofía americana ».

EZEQUIEL DE OLASO

Belisario Betancur : « Viajero sobre la tierra »

Entre el suicidio y la miseria, la mayoría de los escritores colombianos de talento ha optado por la política. Podría pensarse que esta actitud encarna una intrínseca falta de sinceridad, pero al mismo tiempo sería posible establecer que este paso no es otra cosa que el resultado de una lúcida determinación de cumplir con eficacia una tarea vital, que encuentra su desemboque inmediato en la vida pública. En Colombia, el periodismo o el ágora han reclamado con una urgencia devoradora a todo aquel que tiene algo que decir, y la contienda política se ha encargado de dispersar muchos talentos que exigían la apasionada soledad del gabinete para rendir una obra meritoria. El autor de *Viajero sobre la tierra* (Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1963), no ha podido tampoco liberarse de este sino porque, como él mismo confiesa en sus palabras de introducción, la obra que presenta no es más que un « oficio lúdico », un « divertimiento », y una tarea que se ha propuesto en las « fugas de la política ».

Hay que creer al autor no sin algún recelo, porque en este conjunto de notas, de ensayos, de traducciones, existe un centro de gravedad que es su permanente preocupación por la poesía, hecho sospechoso desde todo punto de vista en un político. A la altura de sus cuarenta años, Belisario Betancur ha sido periodista, parlamentario, candidato presidencial, ministro, y ha estado en la cárcel por razón de sus convicciones. Su temperamento le ha colocado a la izquierda de la derecha, quiero decir que su posición revolucionaria la ha planteado esgrimiendo las enseñanzas de algunas encíclicas, especialmente de las últimas. Y no ha faltado quien lo sindique de peligrosidad por este motivo. Así, pues, con la publicación de su libro se ha hecho doblemente amenazador, ya que desde Platón sabemos que los poetas deben excluirse de las repúblicas ideales.

Esta platónica razón puede darnos la clave de los subterfugios con que Betancur nos presenta sus incursiones por el mundo de la poesía, y es plausible su cura en salud. Con todo, es muy interesante explorar el género de sentimiento que propone al analizar algunos aspectos de poetas contemporáneos, tales como Eliot, Pasternak, Dylan Tomas o Milosz. ¿Cuáles son los atributos que aisla en la obra de estos testigos de nuestro tiempo? ¿Es su mundo desgarrado, nostálgico, desesperanzado, el que reclama su fervor? Sorprende que las cualidades asequibles a su enfoque se enmarcan dentro de una jerarquía de valores en un orden abiertamente optimista. Pasternak le enseña esperanza, Eliot « búsqueda de lo fundamental », Milosz, « un yo que alegra en torno suyo », y el poema que recoge de Thomas nos lleva hacia « un amor que florecerá sobre las tumbas ». Este rumbo general de sus juicios nos revela una condición personal muy especial y excelente, al lado de su sagacidad literaria. Desde hace tiempo nos hemos acostumbrado a mirar la creación de los poetas de nuestro siglo desde un ángulo decepcionante ; se ha hablado mucho de sus lúgubres resonancias, de sus imprecaciones, de su inconformidad irremediable ; a veces se ha podido pensar que las reflexiones de corazón de los espíritus vigilantes, son otros tantos gérmenes letales de un mundo en descomposición, y probablemente, existen razones para hacerlo ; cuando menos hemos deducido perplejidad, desasosiego o aburrimiento de ciertas proposiciones, en cuyo hermetismo se sospecha el miedo a una declaración inconforme. Betancur busca solamente las direcciones que se encaminan a la luz y verifica su discusión bajo otras galaxias por encima de la congoja, como si fuera un imperativo de su instinto buscar mejores ámbitos para el hombre.

Al lado de la respuesta optimista que le de-

para su familiaridad con grandes poetas del siglo, la obra de Teilhard de Chardin le sirve para empinarse hasta un mundo de fe y de ciencia que también está buscando ser coherente ; o vuelve las páginas de la historia para reconocer con toda honestidad el espíritu justiciero de los reyes hispánicos ; o teje unas cortas páginas extraordinarias con la propia greda de su terruño, para mostrarnos la verdadera imagen de nuestros hombres, y allí están Toñito Vásquez y Crisanto Sánchez, ya no como pretexto para buscar las mejores enseñanzas del poeta, sino como puros elementos de la creación y del encuentro con la realidad, que es la meta de toda poesía. En otros ensayos la libertad se afirma como una expectante esperanza, o el tema se emplea como primera y última intensidad en el homenaje que hace de dos grandes colombianos : Baldomero Sanín Cano y Luis Eduardo Nieto Caballero.

La editorial bogotana « Tercer Mundo » celebró a fines del año pasado su tercer año de meritoria labor publicando *El viajero sobre la tierra*. Con un espléndido despliegue de gran formato recogió una obra, por desgracia fragmentaria, de un escritor que casi ha hecho naufragar la política. y que, con todas sus reservas, nos da un testimonio de liberación, de expresión, pero, por encima de todo, de confianza.

FERNANDO ARBELAEZ

Roger Pla : « Las brújulas muertas »

« TUS BRUJULAS NO SIRVEN ; tus brújulas están muertas... », dice en las últimas líneas de su Diario el joven protagonista de esta novela : Daniel. Hijo de un intelectual, de un hombre que ha dedicado toda su vida a cultivar los valores del espíritu, Daniel entra en la vida llevando a cuestas como un viático optimista la fe en el hombre, la fe en el trabajo, la honradez, el amor, la amistad ; inclusive una serie de prejuicios o comodines morales que se condensan en la vieja creencia : los hombres son buenos o malos. Son las brújulas que el padre entrega al hijo para orientarse en la existencia. Pero el padre, absorto en su trabajo, no ha visto desmoronarse en torno suyo los reductos de la ética a que sujetó su vida; no se ha dado cuenta de que el paisaje espiritual ha cambiado por completo. Y el encuentro del joven con el mundo nuevo, que es el suyo por derechos temporales, pero que no reconoce, resulta trágico. Su ceguera de alma limpia le impide ver la malicia, la sordidez, la mentira, tejiendo su red espesa a su alrededor ; juega al equívoco, patéticamente, como ciertos héroes de Gorki, de Andreiev, de Dostoyevski, persiguiendo de continuo una imagen cambiada. La amistad y el amor resultan, pues, para él un juego al cual llega siempre tarde, siempre con la clave derogada. Así se complicará con una banda de delictuosos, su novia se le revelará una vulgar ramera, en tanto que la pobre mujer que despreció será la que en cierto modo le salvará la vida ; sus amigos descubren ser sucios traficantes en drogas, y él mismo se encuentra cómplice en asesinatos y alijos. Convencido al cabo de que las brújulas paternas de nada le sirven, incapaz de readaptarse o transigir, se suicida.

Así resumida, la novela de Roger Pla podría parecer un vulgar paralelo de generaciones, o el relato de un caso bastante común de inadaptación. Pero Roger Pla ha construído con esos materiales una novela nada vulgar, que es ante todo un austero llamamiento a los valores espirituales en quiebra. Lo peor que nos ha sucedido —parece decirnos—, es haber perdido la fe en el hombre. Cuando la fe en el hombre falta, tocamos fondo ; hasta la palabra humanidad pierde su significado, ya que está ausente el sentido constructivo y solidario que justifica su nombre. Roger Pla, historiador de arte y crítico ampliamente conocido, demuestra en esta obra un gran talento de narrador. La acción se establece en dos planos dinámicos que parecen discurrir con direcciones cambiadas : el del protagonista, con sus reacciones siempre en despropósito y en retraso, el del mundo del hampa elegante que lo circunda y lo va envolviendo. En un tercer plano, lenta, pero inflexible, se mueve la historia auténtica. La explosión que mata a la novia « no es una coincidencia » : es el alerta apocalíptico a un estado de cosas cuya podredumbre pone de manifiesto la « sección anatómica » configuración por los personajes del trasfondo social. Roger Pla se apunta con esta novela méritos de narrador certero y original.

JOSEFINA PLA

ADVERTENCIA

Por un error, del que rogamos se nos excuse, en el nº 86 (*págs.* 75-76) *hemos atribuído a Luis Guillermo Piazza la nota bibliográfica sobre el libro de Virgilio Paredes Borja* Historia de la Medicina en el Ecuador, *siendo así que el autor de dicha nota es el escritor ecuatoriano Augusto Arias.*

notas

Enrique Larreta y su concepto de la traducción

Al volver en mayo del 39 de una pequeña excursión por el norte, me encontré con que un desconocido había llamado por teléfono a casi todas las horas de mi ausencia. Al dar por fin conmigo, me saltó : « No se mueva, que llego volando. »

Poco después entró sofocado por haber subido a brincos la escalera, blandiendo un telegrama a modo de papel policíaco. Era Fernando Ortiz Echagüe, director de la oficina que tenía entonces en un lujoso piso de los Campos Elíseos La Nación *de Buenos Aires, y el papel, un telegrama de Enrique Larreta encargándole consiguiera la inmediata traducción de* Tiempos iluminados, *que acababa de publicar. El encargo iba acompañado de dos exigencias : 1° la persona que había de realizar la traducción, 2° el plazo que se le concedía para ello.*

La persona era yo, el plazo cortísimo, la obra no muy larga, pero de todos modos intraducible en tan poco tiempo. Calculando siete u ocho horas de labor diaria, resultaba lo doble del que concedía el autor.

— No puedo resolver nada sin consultarlo con él —me dijo mi visitante—. ¿Me da su palabra para la fecha que dice?

— Absolutamente.

— ¿Se encarga de la corrección de pruebas?

— Por supuesto.

— Pero tendré que mandar previamente el manuscrito a Buenos Aires. Larreta quiere verlo antes de darlo a la revista. (Esta era La Revue des Deux Mondes, *en que había de salir el texto francés.)*

Unos veinte días después, Larreta escribía a Ortiz Echagüe la carta siguiente, en la que se expresa tan concreta y atinadamente a propósito de mi trabajo, que se le puede dar valor literario y considerarla como concepto de la traducción según Enrique Larreta :

« Querido Fernando :

« Le escribo de carrera para no perder el avión. Esta carta es también para Mademoiselle Pomès. Quedan para más adelante los agradecimientos y reverencias. La traducción es, en efecto, algo apresurada, pero está bien. He hecho algunas correcciones y es posible que haya incurrido en errores gramaticales. Mademoiselle Pomès enmendará llegado el caso.

« Mis correcciones consisten casi siempre en evitar consonancias e inelegancias, pero sobre todo en recuperar la expresión original ; sin ella, se cae en el estilo de todo el mundo, se pierde la personalidad. El título debe ser « Temps illuminés », tal como estaba. He cambiado todo el comienzo para adaptarlo a la Revista (La Revue des Deux-Mondes). *No era cosa fácil. Va señalado con lápiz rojo lo que debe suprimirse en la publicación. Son pasajes que ahí no interesarían, demasiado nuestros. Las estrellas de lápiz azul indican las necesarias reparaciones. Puede ponerse en cada caso un asterisco o dejar un blanco. Cualesquiera de las dos soluciones son buenas. La redacción decidirá. Queda el problema harto difícil de los sonetos. Ruego diga a Mademoiselle Pomès que no pueden ir así. Siempre he pensado que toda traducción de versos en versos es cosa imposible, sobre todo si se trata de sonetos. No quedan sino dos caminos ; o se publican en español y al lado y en nota la traducción literal, mot à mot, lo que a mi ver interesaría y divertiría al lector francés, o se suprimen completamente. Para el primer caso (la publicación), va al dorso el texto definitivo del soneto* Azelain. *Hay varias modificaciones. En el de las criadas, habría que suprimir (si se publica) las líneas que ahora dicen : « J'ai essayé » y los tres versos.*

« Si no se publican los sonetos, hay que dejar en ese caso esa línea y esos versos para la comprensión de lo que sigue. Y en cambio en el so-

neto 3, suprimir las palabras que lo anuncian. Mi deseo sería que los versos se publicaran, pero en español. Sólo hay un punto en que no estoy conforme : en que se debe suprimir pasajes que ahí (en Francia) no interesan, demasiado nuestros. »

Aunque no habían pasado de moda cuando empezó a escribir las que se llamaron belles infidèles, *Larreta seguía siendo, no menos en sus escritos que en su vida, el perfecto* honnête homme *de nuestros siglos clásicos, casi el cortesano, incapaz en sus obras no tanto de ofender la moral o mejor dicho la honestidad cuanto el galanteo, los buenos modales, la finura y elegancia del perfecto hombre de mundo, para quien el primer mandamiento es no tan sólo no chocar, pero ni siquiera llamar la atención para lo insólito, lo singular, lo excesivamente personal, en una palabra « lo nuestro ». El que había vivido y gozado los últimos años de una vida social refinada no se percataba de que, ya en la fecha de la presente carta, el gusto era otro ; que había empezado la era, no del cosmopolitismo que ya existía, modo de ser y característica social europea ya muy antigua, sino la era del descubrimiento total, del inventario minucioso del mundo en que precisamente lo peculiar, lo raro, lo insólito adquiere el máximo valor. « Lo nuestro » ajeno, lo nuestro si fuese posible de allende la tierra, eso es rigurosamente lo que no hay « que suprimir ».*

En cuanto a lo que dice de la traducción « de versos en versos », es tan acertadamente evidente que no habría para que hacerlo constar siquiera, de no ser la posibilidad que se ofrece aquí de una demostración casi matemática.

He aquí el « soneto de las criadas » :

Que otras digan de escuelas y de universidades.
Yo canto el cuarto aquel de plancha y de costura
Y sus buenas mujeres ¡Galicia, Extremadura!
las que me enseñaron a paladear soledades.

España de las tierras y no de las ciudades.
También las castellanas de grave catadura,
La blanca, la trigueña, la moza, la madura,
De todas las pellejas, de todas las edades.

¡Ay! ¡qué cuentos aquellos! Fablas de romería,
Consejas de la lumbre. Y ¡qué linda manera
De nombrar cada cosa! ¡Cuánta sabiduría

Entre aquellos refajos! Érase que se era
un juglar que les debe toda su nombradía,
gaita sentimental y sonaja parlera.

Y la propuesta traducción :

A d'autres école et maîtres savants ;
moi, je chante la franche lingerie
Où filles de Galice, d'Asturies
M'ont enseigné la saveur de leurs chants.

Espagne, non des villes, mais des champs ;
La Castillane avec sa seigneurie,
la blanche, la brune, ou jeune ou mûrie
Tout poil et tout âge en assortiment.

Ah ! ces entretiens de pèlerinage,
Ces histoires contées au coin du feu
Et cette façon de nommer les choses !

Parmi ces jupons, que de propos sages !
L'artiste vous doit, il en fait l'aveu
D'user de sa langue en fier virtuose.

He aquí el mot à mot *que apetecía el autor :*

Que d'autres parlent d'écoles et d'universités ;
Moi, je chante la pièce où l'on repassait et cou-
[sait
Et ses braves femmes — Galice, Extrémadure —
Celles qui m'apprirent à savourer leurs chan-
[dits *soledades*

L'Espagne des champs, non celle des villes ;
Les Castillanes, avec leur air de gravité,
La blanche, la brune, la jeune, la mûre,
De tout pigment et de tout âge.

Ah! quels contes, les leurs! Racontard de pè-
[rinage
Histoires au coin du feu. Et quelle polie ma-
[nière

de nommer les choses ! que de sagesse.

Parmi toutes ces jupes ! Il y avait une fois
Un jongleur qui leur dut toute sa renommée
Cornemuse sentimentale, tambourin babillard.

Agradecí a Larreta su tan atinada lección, la cual hubo de serme de gran provecho en lo sucesivo. En cuanto a los « agradecimientos y reverencias » de su parte fueron lo que habían de ser en tan cumplido caballero como era el autor de La Gloria de don Ramiro, *desembocando en un mutuo afecto de más de veinte años. Para muchos, Larreta era un personaje frío y altivo ; para mí fue un amigo constante y fidelísimo, atento a cuanto podía serme grato. Un día de estos añadiré a lo que cuenta en esos* Tiempos iluminados *que fueron origen de nuestra amistad.*

MATHILDE POMÈS

BYRON Y BOLIVAR

¿Cuándo, y por qué, empieza Byron a interesarse en el Nuevo Mundo?

Uno de sus antecesores, el comodoro John Byron, vino a América, tomó posesión de las Malvinas (Falkland Islands) para Inglaterra, en el año 1765, y anduvo por el extremo sur

hemisferio occidental, fundando la pequeña colonia de Port Egmont en Sauners. Tal acción casi promovió la guerra entre Inglaterra y España, hasta que la segunda cedió sus derechos, por convenio en 1771.

A ese tío abuelo del poeta le salían al paso los huracanes como al sobrino inmortal las pasiones tempestuosas : de ahí que le apodaran « Foul-Weather Jack ».

Alrededor del año 1818 escribió Byron su *Ode to Venice*. Aquí deplora la decadencia de la ciudad del Adriático. Y, a modo de relieve, exalta el advenimiento de la libertad en América en contraste con la tiranía que prevalece en Europa. Cierra la oda ofreciéndole a nuestro Continente.

One freeman more, America, to thee!

En febrero de 1823 ya ha terminado Byron los tres cantos de *The Island*. Es interesante que en el poema hallemos el eco parcial de palabras suyas del diario del martes 9 de enero de 1821 escritas en Ravena. En éste anota que la libertad, a cambio de la esclavitud, es de lo poco que el mundo descubierto en ultramar le ha dado al antiguo : « *and freedom afterwards — the latter a fine thing, particularly as they gave it to Europe in exchange for slavery* ». En aquélla (Canto II, estrofa IV) alude al Viejo Mundo « más degradado que el Nuevo » :

The Old World more degraded than the New

donde se levanta el Chimborazo sobre el aire y la tierra sin ver al esclavo :

Where Chimborazo, over air, earth, wave
Glares with his Titan eye, and sees no slave.

Todavía se hace más fascinante el hecho si recordamos que en el mismo año de 1823, y el 5 de agosto, Simón Bolívar, en carta a Bernardo Monteagudo, menciona a Turquía, que ataca a los griegos, y dice que se verá una guerra entre « nuestro Chimborazo y el Cáucaso ».

En el mismo Canto II, estrofa XI, de *The Island*, retorna Byron a la visión paradisíaca del « hombre natural » de América, que originóse en la *Carta del Descubrimiento* escrita por Cristobal Colón en 1493 y culminó en la *Utopía* (1516) de Sir Thomas More. Los seres sin cultura conocen la felicidad que los disciplinados y sabios de Europa no alcanzaron :

Of those who were more happy, if less wise,
Did more than Europe's discipline had done,
And civilized Civilization's son.

Porque (estrofa XVI), toda la naturaleza es su reino, y el amor su trono :

All nature is his realm, and love his throne

El 20 de agosto de 1819 escribe Byron a su amigo John Hobhouse, desde Bolonia. Avísale que tiene dos proyectos : uno, visitar a Inglaterra en la primavera ; otro, irse a Sudamérica. Cree que ya Europa está decrépita —reiteración de una idea de la *Oda a Venecia*— ; que Europa se repite a sí misma ; y que los de aquella América tienen la lozanía de su propio mundo y son furiosos como sus terremotos :

I have two notions : one to visit England in the spring, the other to go to South America. Europe is grown decrepit ; besides it is all the same thing over again ; those fellows are fresh as their world, and fierce as their earthquakes.

No olvidemos esas palabras. Porque reafirman su afición de nómada y la inquietud psicológica de quien no se sentirá nunca seguro en parte alguna. Porque son nueva evidencia de su amor a lo exótico, de su desdén por la civilización insípida y de sus ansias de confundirse con la naturaleza desconocida y violenta. En sus apuntes del Diario de 1816, cuando se halla en Suiza, encontramos la exaltación romántica de quien asocia con las rebeldías de la tormenta la perfección y la belleza. Así, aquél del 22 de setiembre, rápido y eléctrico, en que alude a la tempestad, al relámpago, al granizo : « *Storm came on, lighting, hail ; all in perfection, and beautiful.* » ,

Las del 20 de agosto de 1819 son palabras consonantes con las que animan los versos glorificadores de la frescura, la juventud y la libertad que Byron imagina en el Nuevo Mundo. Y el 3 de octubre del mismo año, entonces desde Venecia, vuelve a comunicarse con Hobhouse. Muy pronto, en el primer párrafo, reaparece el sueño americano. Ahora es muy específico. Ya ha escogido el país. Y ya nombra a Simón Bolívar. Trata de raciocinar su propósito, buscándole fines prácticos. Dice saber de las promesas hechas a quienes deseen establecerse en Venezuela. (Escribiendo desde allí, ¿sabría Byron que Venezuela significa pequeña Venecia?) Explica que prefiere los hombres de los pueblos sudamericanos a los anglosajones, que son un poco ordinarios para él y cuyo clima es muy frío. Y cree que pronto se haría con el dominio de la lengua española y que hallaría quienes le dieran cartas de presentación para Bolívar y su gobierno. Insiste en que acaricia muy seriamente la idea de instalarse permanentemente en Venezuela ; y hasta adelanta que llevará consigo a su hija natural, Allegra, nacida de sus relaciones con Jane Clairmont.

Veintitrés días más tarde (Venecia, 26 de octubre de 1819) y en epístola a Douglas Kinnaird, reitera su plan : « I want to go to South America — I have written to Hobhouse all about it. »

En nota de un Diario del 26 de enero de

1821, en Nápoles, recuerda a los pueblos que echaron de su tierra a los opresores. Y elogia a Sudamérica porque sacó a sus antiguos « buitres » de su nido : « South America beats her old vultures out of their nest »...

JOSE A. BALSEIRO

(En *Expresiones de Hispanoamérica.* San Juan de Puerto Rico, 1963.)

ESTAMPAS DE MEXICO : REALIDAD Y FANTASIA DE SAN ANGEL

Al caminar por las antañonas calles de San Ángel, sobre sus retorcidas y accidentadas vías que nos recuerdan las antiguas poblaciones españolas del siglo XVII, el caminante puede percatarse que los nichos incrustados sobre las vetustas bardas, semejan nidos pétreos que fueran albergue de hermosas aves y no el de vírgenes y crucifijos dentro de sus pequeños claustros.

Por su estructura y atmósfera, sus conventuales callejas son adecuadas para recibir la persignación de sus paseantes y para escuchar el tañido lento de las campanas al caer la tarde.

Enhiestos y sólidos portones, construídos como para retar el paso del tiempo, o como si fueran las entradas feudales para resistir el embate de los arietes y de las caballerías ; alféizares de sus ventanas, donde cual desmadejadas cabelleras se desparraman la perenne bugambilia y las estrellitas de los jazmineros, como también destinados para escuchar la endecha amorosa o la romántica copla.

El olor a incienso, proveniente del templo de San Jacinto junto al aroma remotísimo que despide la tierra mojada, contribuyen para que nuestros sentidos y pensamientos nos hagan evocar el momento místico de la oración de San Angelus, teniendo como marco la arquitectura hispana semejante a la de la señorial Guanajuato. Fuentes y rincones que nos recuerdan algunos pueblos del viejo reino de Castilla, donde como florones pétreos surgen los castillos de las poblaciones adormiladas de Burgos, Avila y Toledo.

Al peregrinar por las sanangélinas calles, por el efecto de nuestra imaginación, miramos desfilar algunos bizarros soldados de los tercios de Carlos V, o bien, al propio Greco durante el solemne momento de inclinarse para poner sobre su creadora frente el agua bendita, antes de que la esmirriada efigie del pintor se introduzca en el templo para musitar la oración vespertina.

Nuestra peregrinación ambula de sorpresa en sorpresa, ya que tropezamos al llegar a la plazoleta de San Jacinto con una estampa que tiene todo el sello del estilo normando, haciendo que, por efecto de nuestra evocadora fantasía, esa casona, como desprendida de la feudal Normandia, que contrasta diametralmente con la arquitectura plateresca circundante de la España remota, ahora nos impresiona como si fuera un hermoso grabado desprendido de la Historia de Seignobos o de Malet. Esta añeja vivienda parece como trasplantada desde la Francia septentrional, construída de altos e inclinados techos y salientes aleros, peculiares de aquellas regiones donde al asomarse la blanca estación, nieva profusamente.

Delante de su señorial y austera fachada, parece mirar al diminuto cruzado San Luis, rey de Francia, montado sobre enorme cabalgadura, enfundado por tosca loriga, con casco y máscara de hierro, izando el plateado escudo, donde resaltan la simbólica Cruz y el emblema la flor de lis. El conjunto brinda un aire tanto fiero, no obstante los rasgos interiores su beatífico rostro. Se ven delante de sus altas bardas y de sus herméticos ventanales, soldados montados en briosos corceles, armados de luengas lanzas y refulgentes escudos, cuyos reflejes dan una atmósfera a la vez temible y solemne, delante de una abigarrada multitud que mira al grupo de fieros paladines, alistándose al toque de metálicas trompetas que llaman para ir a combatir en Tierra Santa al temible sarraceno. Mientras el viento agita los estandartes donde ondea la emblemática cruz, también se agitan los corazones en vísperas de la contienda contra los infieles.

Como entre difusas sombras y apagados sones que conduce el viento, aquel bélico séquito desaparecía delante de nuestros alelados ojos cuando continuamos nuestro evocador paseo entre aquéllos adormilados y estáticos rincones indiferentes ante el inexorable paso del tiempo.

No crea el lector que bajo aquella atmósfera de místicos y bélicos contrastes surgidos de los rincones de Francia y España y animados por nuestra imaginación, era lo único que daba vida a las sanangélinas calles ; por lo contrario, era la realidad de San Ángel que es un gran museo rodeado de frondosos fresnos, cubierto casi siempre por la bóveda del espléndido azul y donde se respira el aire purísimo de la Sierra del Ajusco, lo que cautivaba nuestros ojos.

Como sucediera en las antiguas poblaciones de Pompeya y Herculano, cuando las cenizas del Vesubio dejaran sepultado todo vestigio de la floreciente civilización, así en esa zona sur de nuestro Valle de México, hace más de cua-

mil años las cenizas y la lava de la erupción del volcán Xitle, enterraron todo el área de Copilco perteneciente hoy a la jurisdicción de San Ángel. Igual que la materia ígnea del Vesubio, que dejara bajo sus escombros las bellas ciudades del Mediterráneo, así bajo los estratos fundidos de Copilco, después de las excavaciones, pueden admirarse restos humanos del hombre arcaico ; bellos utensilios tallados en piedra, entre ellos el primitivo metate para elaborar las tortillas de maíz ; figuras talladas en obsidiana ; lanzas y flechas modeladas con gran preciosismo, del mismo material, lo cual revela que nuestro hombre arcaico poseía un profundo sentido artístico. Como en Pompeya, también estos objetos han servido a los arqueólogos para reconstruir toda la era arcaica de la zona de Copilco.

Ahora sus sinuosas calles nos conducen entre sus vetustos muros donde, como desmayados penachos, se desprenden la perenne y alegre bugambilia, los diminutos escudos de la hiedra inglesa y el encrespado ramaje de los jazmineros, y nos llevan hasta el monumento colonial de la Casa Blanca, que junto a los templos del Carmen y de San Jacinto, la Casa de los Delfines, las momias de San Ángel, el Museo militar de Adolfo León Casorio, la preciosa Casa del Risco, donada al Estado por el internacionalista Don Isidro Favela, que por su purísimo estilo colonial y nutrido antecedente histórico, por tener una valiosa biblioteca de cerca de 30.000 volúmenes, una pinacoteca que encierra la obra casi total del paisajista José María Velazco, la pinacoteca que fuera otrora la colección valiosa del señor Favela, merecen una nota especial de cada una de sus importantes secciones, ya que esta joya del Risco, junto con las mencionadas anteriormente, constituye lo más importante de todo el añejo relicario sanangelino, que encierra el motivo en que el antropólogo sustenta su acervo de conocimiento, y el poeta, hoy como ayer, al contemplar sus rincones, remonta el vuelo de su fantasía.

JOSE DE ALBA

« PREMIOS RICARDO ROJAS »

La ciudad de Buenos Aires confiere cada dos años a escritores de toda Argentina premios destinados a señalar libros a través de los cuales se exprese lo mejor del espíritu nacional. Las recompensas han sido bautizadas con el nombre del famoso polígrafo que tantas obras —entre ellas la monumental *Historia de la Literatura Argentina*— dedicó al esclarecimiento de problemas argentinos.

Para este bienio las distinciones correspondieron en el orden del ensayo a Raúl H. Castagnino y en el de la imaginación en prosa a Manuel Peyrou. Castagnino —quien recibió el premio por su obra *Sociología del Teatro Argentino*— es un destacado profesor universitario y crítico teatral, autor de numerosos libros y varias obras de teatro. Manuel Peyrou es autor de seis memorables libros del género narrativo, que le han valido diversas recompensas y un sólido prestigio. Esta vez el premio le fue conferido por *El Arbol de Judas*, narraciones en las que la intriga casi policial se desarrolla en el pasado histórico argentino.

RODO EN ITALIANO

En 1918, el año siguiente de la muerte de José Enrique Rodó, el editor español Vicente Claver reunió en un volumen las crónicas de viaje que « el maestro de la juventud de América » había enviado periódicamente a la revista *Caras y Caretas*, de Buenos Aires. El título elegido por el editor fue *El Camino de Paros*, inspirado evidentemente en el pasaje de *Prosas Profanas* en el que Darío dice : « En vano se lamenta Laocoonte de que hayamos perdido para siempre el camino de Paros. » Y aunque geográficamente sea inexacto, puesto que Rodó marchó a Italia y no a Paros, en sentido profundo es verdadero : Italia, como fuente de la civilización grecolatina hacia la que este americano había marchado, era Paros para Rodó. Hermosas páginas de homenaje a los orígenes, los textos de este libro han sido ahora motivo de un homenaje que Italia rinde a este excelso americano, mediante la traducción al italiano ejecutada por Riccardo Campa para el Centro di Azione Latina. El libro, hermosamente ilustrado, cuenta con un prólogo del traductor, quien sitúa con amor e inteligencia la destacada posición de Rodó en la vida intelectual de su tiempo.

LA MUERTE DE LINO ENEAS SPILIMBERGO

En su modesta casa del pueblecito de Unquillo, en la provincia de Córdoba, acaba de morir mientras dormía, a los 63 años, uno de los más grandes pintores argentinos de este siglo y sin duda el mejor de los dibujantes que tal país haya dado : Lino Eneas Spilimbergo. Su juventud no fue fácil a través de oficios duros —peón de campo, lavacopas—, pero a los treinta años sus óleos, sus temples, sus dibujos, un largo séquito de personajes de anchos ojos que

discurren en vastas terrazas habían conseguido ya imponerlo. Museos y coleccionistas se disputaron a partir de entonces sus obras, que llegaron a cotizarse a precios muy altos. Spilimbergo siguió siendo hasta la muerte el hombre bonachón, caprichoso y anárquico, amigo de tabernas y de caminatas al sol, que había sido siempre.

CONOCIMIENTO DEL TERCER MUNDO

En un universo ya interdependiente, lo que se conoce bajo el nombre Tercer Mundo, es decir, los pueblos de Asia, Africa y América, va cobrando cada día una importancia y un peso más decisivos. La tarea de conocerlos —para comprenderlos— es difícil y se ve complicada por odios, equívocos y propagandas. El Departamento Latinoamericano del Congreso por la Libertad de la Cultura ha comprendido que uno de sus deberes consiste en informar a la opinión pública latinoamericana acerca de los problemas del Tercer Mundo. Por eso, juntamente con la Editorial Sur, ha decidido lanzar desde Buenos Aires una colección destinada a publicar los trabajos de los mejores especialistas en la materia. Los primeros títulos serán : *Seiscientos millones de chinos,* de Robert Guillain, *El mundo árabe,* de Morroe Berger, y *Africa ambigua,* de Georges Balandier.

Temas y autores

JORGE LUIS BORGES nos dice que gloria de Shakespeare se debe, entre otras cunstancias más, a la vasta libertad de su esp ritu : lo explica en su breve página « Shake peare y las unidades », que ofrecemos com introducción a este número... « La historia or ginal de Romeo y Julieta », en la que se in piró precisamente Shakespeare, fue escrita p MATTEO BANDELLO en el siglo XVI ; aun que los eruditos saben este origen, el cuen to no es muy conocido, pues son raras las ed ciones de Bandello traducidas del italiano, ha cho por el cual nos hemos decidido a public esta traducción de Francisco Bruno... « Ofelia es un poema de LEON DE GREIFF que pe tenece a su cosecha de 1915, tan lozana h como entonces... ANDRES TOWNSEND, d partido aprista peruano, viejo luchador dem crata y actualmente miembro del parlamen de su país, a su regreso de un viaje de est dio por Europa nos presenta la reacción de l latinoamericano ante el ejemplo de la nue Europa, que se integra para poder subsisti RUBEN ROTONDARO es un argentino q ha hecho estudios de primer orden sobre t mas laborales, para lo que estuvo recientemen en los Estados Unidos ; pero también sig con la máxima atención los asuntos africano como evidencia en su artículo « El trabajo el Africa Negra »... NESTOR ALMENDRO que viene publicando en esta revista crítica

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envío la cantidad de ....., importe de una suscripción a *Cuadernos* por un período de ..... a partir del N.º ....., a nombre de (1) :

.....

.....

.....

(1) Indíquese la dirección completa.

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9992-63) a la administración de *Cuadernos,* 23, rue de la Pépinière, Paris 8e.

Francia : 1 año : 25 F — Norteamérica : 1 año : 6 $ USA

Europa : 1 año : 28 F — América Latina : 1 año : 5 $ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.

nematográfica, trabaja ahora en una historia del cine en América Latina, patrocinada precisamente por *Cuadernos* ; « En busca de un cine mexicano » es un capítulo de ese libro próximo. Almendros se trasladará muy en breve a Sao Paulo y a Buenos Aires para estudiar en las cinematecas de esas ciudades la evolución del cine brasileño y argentino, respectivamente... La obra del Padre Feuillée sobre su viaje por Sudamérica se conoce sólo de manera fragmentaria y sobre todo en lo relacionado con sus capítulos sobre Lima y Santiago ; trátase de un notable libro del siglo XVIII, que ahora estudia el gran investigador colombiano GABRIEL GIRALDO JARAMILLO, el cual define los viajes del Padre Feuillée como los de « un precursor de las expediciones botánicas » en los tiempos del despotismo ilustrado... MANUEL URRUTIA LLEO, como saben nuestros lectores, fue el primer Presidente de Cuba a la caída de Batista por designación expresa de Fidel Castro y sus partidarios ; su actitud de decidido demócrata opuesto a toda dictadura le valió su destitución por la fuerza y el exilio ; nadie, pues, mejor calificado que él para estudiar ese tema de máxima actualidad que es « Los cuartelazos, la democracia y el leninismo »... FELIPE COSSIO DEL POMAR, el peruano que como pintor y como escritor ha observado con gran curiosidad la vida del arte en América y en Europa, nos da en « El mercado de la pintura » una magnífica visión de ese fantástico comercio de nuestros tiempos... MANUEL MEJIA VALLEJO envió casi simultáneamente al jurado del Premio Nadal (España) y al del concurso del cuento colombiano organizado por *Cuadernos*, su novela *El día señalado* y su cuento *La venganza*, que es como la síntesis de dicha novela ; hombre afortunado, pero sobre todo buen escritor, se ganó los dos premios... ELMO VALENCIA, también joven escritor colombiano, mereció en el fallo de dicho concurso la expresa mención del jurado, motivo por el cual también publicamos su cuento... Con la muerte de LOUIS BAUDIN pierde América Latina uno de los grandes estudiosos de Francia que mejor interpretaron la vida de los incas y las misiones en el Paraguay ; su libro sobre los incas vio la luz pocos días antes de su fallecimiento... CARLOS CASTRO SAAVEDRA, que acaba de publicar *Toda la vida es lunes*, nuevo libro de poemas, nos ofrece una muestra más de su poesía apasionada..... J. G. WEIGHTMAN, profesor de literatura francesa en la Universidad de Londres, analiza la obra de Nathalie Sarraute, uno de los más notables exponentes de la llamada « nueva novela » que desde hace unos años trata de imponerse en Francia.

Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

Director
GERMAN ARCINIEGAS

Consejo de Honor
Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Mariano Picón-Salas, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos y Erico Veríssimo

Redacción en París
Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

Consejo de Redacción
Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, José Luis Martínez, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

Arte
Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

Ilustrador
Sergio Trujillo Magnenat

Corresponsales
Asunción : Josefina Plá
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela
Buenos Aires : H.A. Murena
Caracas : Guillermo Morón
La Paz : Fernando Díez de Medina
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz
Montevideo : Dora Isella Russell
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo
Nueva York : Joaquín Maurín
Quito : Alejandro Carrión
Santiago : Raúl Silva Castro

Administrador
Manuel José Jaramillo

Redacción y Administración
23, rue de la Pépinière, Paris (8)
Teléfono : EUR. 37-59

B.D.I.C

quien tiene

UN MILLON DE DOLARES?

UN HACENDADO

UN INDUSTRIAL

UNA VIUDA RICA

UN PLAYBOY

UNA HEREDERA

Y USTED!

Colombia le invita a participar en el

SORTEO EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD 1964

El

SORTEO EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD 1964

Está formado por las principales Loterias de Beneficencia Pública del pais. y rifa premios por un valor de $ 22.680.000.oo (Aprox. U. S. $ 2.680.000.oo)
El sorteo se efectuará en Bogotá. el 22 de Diciembre de 1.964
Vea algunos de ios magnificos premios que le ofrecemos.

PREMIO MAYOR	**Ps. Col. 10.000.000.oo**	**Aprox. U.S. $ 1.000.000.oo**
1er. Premio Seco	Ps. Col. 3.000.000.oo	Aprox. U. S. $ 300.000.oo
2o. Premio Seco	Ps. Col. 1.000.000.oo	Aprox. U. S. $ 100.000.oo
3o. Premio Seco	Ps. Col. 1.000.000.oo	Aprox. U. S. $ 100.000.oo

VALOR DEL BILLETE U. S. $ 60.00

Haga sus pedidos a: **SORTEO EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD**
Manizales (Colombia) Apartado Aéreo 161

SORTEO EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD 196

Respaldado por las Loterias de Beneficencia Pública de: CUNDINAMARCA-VALLE-MANIZALES-Libertador-Tolima-Boyaca y Arm

Cuadernos

U.D.I.C.

SETIEMBRE DE 1964 N° 88

LA BATALLA DE GINEBRA
Hablan los africanos

•

LA NOVELA
vista por Giusti, Salvador Reyes, M. Peyrou, Caballero Calderón, Lino Novas Calvo A. Zum Felde, Clemente Airó y Benjamín Carrión

CARTAS INEDITAS DE UNAMUNO

VICTORIA OCAMPO — Carta a Jorge Luis Borges

F. COSSIO DEL POMAR — En el centenario de Unamuno

DAMIAN CARLOS BAYON — La Torre Eiffel o el siglo XIX

CHARLES V. AUBRUN — Homenaje a Rubén Darío

MUSSOLINI O EL DICTADOR

4° P 5926

EL IMPULSO VITAL...

ECOPETROL en la agricultura

El petróleo es el impulso vital del progreso. En 1963 la Empresa Colombiana de Petróleos, ECOPETROL, refinó 131.979 barriles de Disolventes y Exanos, parte de los cuales fueron transformados en insecticidas y fungicidas para la preservación de los distintos cultivos agrícolas.

Igualmente ECOPETROL produjo 654.452 barriles de queroseno, combustible básico en distintas actividades del sector rural. Además, el A.C.P.M., otro producto de ECOPETROL, se emplea diariamente en las faenas del campo en la movilización de la maquinaria agrícola.

ECOPETROL, patrimonio y esfuerzo de los colombianos, explora, produce, refina, transporta y exporta el petróleo nacional, factor vital para el progreso del país.

ECOPETROL

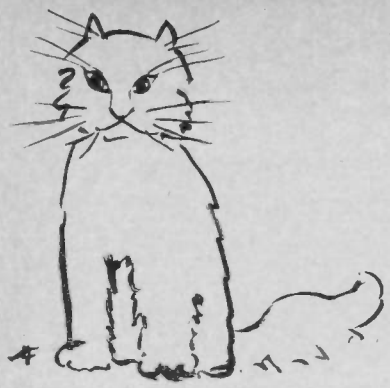
Primera Empresa Nacional

UNIVERSITÉ DE PARIS
B.D.I.C

CUADERNOS

SETIEMBRE 1964 N° 88

La batalla de Ginebra : hablan los africanos	19	*Juan Antonio Campuzano*
Retrato de un dictador : Benito Mussolini	26	*Luigi Barzini*
Carta a Jorge Luis Borges	41	*Victoria Ocampo*
Centenario de Unamuno	49	*Felipe Cossío del Pomar*
Cartas a Alcides Arguedas	57	*Miguel de Unamuno*
El cine mexicano hasta su madurez	63	*Néstor Almendros*
ENCUESTA		
La novela en America Latina	3	*Roberto F. Giusti, Salvador Reyes, Manuel Peyrou, E. Caballero Calderón, Lino Novas Calvo, Alberto Zum Felde, Clemento Airó y Benjamín Carrión*
RELATO		
El orfelinato	43	*Hubert Fichte*
ARTE		
El monumento del siglo xix : los 75 años de la Torre Eiffel	73	*Damián Carlos Bayón*
POESIA		
Estio	18	*Rafael Angel Insausti*
Tres poemas	71	*Eugenio Florit*
CIENCIA		
La aventura politica en la epoca del atomo	76	*Charles-Noël Martin*
LIBROS		
Seis poetas uruguayos	82	*Alberto Girri*
« Panorama historico de la literatura cubana », de Max Henriquez Ureña	84	*José Olivio Jiménez*
« La muerte de Honorio », de Miguel Otero Silva	85	*Paul Verdevoye*
« Punta de rieles », de Manuel Rojas	86	*Ivonne A. Bordelois*
«Initiation philosophique», de Amedee Ponceau	87	*Charles Blanchet*
« Obras », de E. Caballero Calderon	89	*Agustín Rodríguez Garavit*
NOTAS	90	*Charles V. Aubrun, Salvador Cruz, K.B. y Dora Isela Russell*
TEMAS Y AUTORES	98	



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA 28 XI 11

Particular Sr. D. Nicolás Arguedas

Mi querido amigo: Cuando pensaba escribirle anunciándole que recibí "En las tierras del Potosí" de su amigo Jaime Mendoza y que me propongo escribir á éste una carta. Gracias por ella. Mi poeta que ahora leyó en los cines de El Imparcial responde á mi más constante estado íntimo cuya filosofía (!!!!) voy á desarrollar en una obra "del sentimiento trágico de la vida" que empezará á publicar La España Moderna desde su próximo número y se llevará todo el año que viene pues contendrá más de 12 capítulos. Es más bien una obra de mística de la desesperación resignada. Y esa poesía con otras varias figurará en mi próximo libro de "Nuevas Poesías" aunque aun no he logrado cubrir los gastos ni de mis "Poesías" ni de mi "Rosario de sonetos líricos" y eso que son mis obras favoritas. Mi poesía entra más lentamente que mi prosa, pero entrará! vaya si entrará!

Miguel de Unamuno

Encuesta

LA NOVELA EN AMERICA LATINA

EN ALGUNOS COLOQUIOS *celebrados últimamente, los escritores europeos han discutido la vigencia de la novela como género literario y sus orientaciones en el mundo moderno. Resultaron particularmente vivos los debates que tuvieron lugar en Lahti (Finlandia), en junio de 1963, entre escritores del Este y del Oeste, con asistencia de algunos africanos, así como los que tuvieron por escenario Madrid, en octubre del mismo año, entre escritores occidentales y donde se perfilaron dos tendencias: una adversa a la novela realista por considerar hipócrita la presentación de problemas sociales en forma de ficción y otra defensora de la tesis opuesta, sostenida sobre todo por los españoles, partidarios de un realismo que surja de la propia situación que padece España. En esos dos coloquios no hubo participación de los novelistas de nuestra América, los cuales siguen sin tener la ocasión de exponer sus puntos de vista. En efecto, en la reunión celebrada en Berlín en el verano último entre escritores latinoamericanos y alemanes, sólo se hizo referencia a la novela muy incidentalmente.*

Cuadernos *considera que una discusión entre latinoamericanos tendría una importancia clarificadora. Nuestra novela comienza a circular ampliamente por el mundo: sólo el año pasado se tradujeron al francés una docena de novelas de autores latinoamericanos, que encontraron una buena crítica literaria. Además, se multiplican todos los días los estudios sobre novelistas de América Latina en las universidades de Estados Unidos, Europa y otros continentes. Finalmente recordemos que los dos premios más importantes discernidos en España en 1963, por lo que se refiere a la novela, recayeron en autores latinoamericanos: nos referimos al Premio Nadal y al Premio de la Biblioteca Breve.*

Teniendo en cuenta todo esto, hemos decidido plantear unas cuantas preguntas concretas a varios novelistas, seleccionados entre los más representativos de nuestra América, sin distinciones de ninguna índole que pudieran restringir arbitrariamente el ámbito de la discusión. Asimismo nos hemos dirigido en análogo sentido a algunos críticos literarios, a fin de que el problema tenga la más amplia dilucidación.

Las preguntas en cuestión son las siguientes:

1. — *¿Cuáles son en su concepto las tendencias que han caracterizado a la novela en la América española después del modernismo? ¿En qué grado cree que la novela ha contribuído a formar una tendencia literaria que puede considerarse como una nueva expresión americana?*

2. — *¿Hasta dónde cree usted que puede servir la novela al observador de otros países para el esclarecimiento de los problemas de la realidad americana y de las nuevas orientaciones intelectuales o estéticas?*

3. — *¿Encuentra usted que, en su conjunto, nuestra novela ofrece un mensaje diferente del que podría señalarse en las de otras naciones, y que las influencias exteriores han sido superadas en beneficio de una literatura propia?*

4. — *Cuando usted escribe una novela, ¿tiene la sensación de que está haciendo algo que comienza a ser superado por el ensayo, el cinematógrafo, la televisión, la radio, el periodismo, o por cualquier otro medio de expresión? ¿Cree usted que si le tocara escribir dentro de cincuenta años, buscaría otra vez la novela como medio de expresión? ¿Cree usted que la novela conservará en el futuro posibilidades tan grandes como hoy?*

Roberto F. Giusti

1 Las que pintan la condición humana con espíritu amargo, particularmente la existencia de la gente oprimida en las explotaciones agrícolas e industriales. Por su intención no es una novela exclusivamente hispanoamericana, pero las peculiares condiciones económico-sociales de la mayoría de las naciones subdesarrolladas del continente, y no sólo de las así calificadas, la explican.

2 En mi opinión, ningún documento ofrece más elementos al sociólogo extranjero sobre Hispanoamérica que la novela contemporánea, no obstante su connotación generalmente pesimista. Lo segundo es obvio.

3 Contesté a esta pregunta en un ensayo publicado en *Cuadernos* en el número extraordinario de julio-agosto de 1956. Bajo el título « Influencia occidental y obras de creación latinoamericanas », el cual abarcaba también la literatura brasileña, yo admitía, si no la exclusiva originalidad de la literatura continental (en arte no hay, históricamente, originalidades totales), sí una notable compenetración de lo adquirido y lo propio, y caracteres distintivos de lo europeo, no sólo por el escenario diverso, sino por la diversa alma peculiar « de los hombres que se esfuerzan, gozan, sufren, combaten y mueren en tan dilatado escenario, en estancias, haciendas, maniguas, ingenios de azúcar, plantaciones de algodón, café y cacao, explotaciones forestales », y preguntaba yo, « ¿por qué no en la selva urbana? » Y agregaba : « Un signo distintivo de la novela americana contemporánea es su sentido social, su propensión a pintar la suerte de las masas rurales explotadas : he ahí por qué el indio es tan a menudo el protagonista de las narraciones en los países donde constituye un problema doloroso e insoluble ». Desde luego, no es ese, ni remotamente y por fortuna, el único tema de la novela hispanoamericana, particularmente de la argentina, uruguaya y chilena.

4 Yo no he escrito ninguna novela, si bien tengo empezada una, interrumpida hace años, psicológica. He publicado, sí, un libro y medio de cuentos. No creo sentirme, cuando escribo algún relato, arrancado a la realidad, mejor interpretado por ningún otro medio de expresión. La novela, en las mil formas que puede adoptar, es inmortal. La necesidad espiritual que la crea, se satisface desde los tiempos más remotos en las epopeyas y en los cuentos relatados junto al hogar, y esa apetencia de « noticias nuevas » la satisfará el hombre hasta que la palabra siga siendo un medio humano de expresión. El cinematógrafo podrá vencer acaso al teatro, aun cuando nunca lo conseguirá totalmente ; la novela no habrá quien la venza, así el hombre llegue a expresarse particularmente por señales luminosas.

Roberto F. Giusti
(Argentina)

Salvador Reyes

1 Me parece que la novela latinoamericana, después del modernismo, se ha caracterizado por una tendencia costumbrista, dirigida especialmente a describir la vida del campo. La lucha del hombre con la naturaleza, la influencia de ésta en la personalidad, y el paisaje grandioso se impusieron en la novela y le dieron un carácter original.

2 La novela costumbrista puede dar una idea muy justa de nuestros problemas sociales, ya que con frecuencia (como en el caso de *Huasipungo* de Icaza y de muchas obras excelentes) aparece muy marcada la preocupación social.

3 No creo que el lector de novelas (por lo menos en general) se interese tanto por un problema social como por un problema humano. Pienso que en muchos casos (Gallegos, Barrios, Azuela, etc.) los novelistas han abordado el problema humano con espíritu de universalidad, manteniéndose cada uno de ellos dentro de las

características sociales y ambientales de su país. Creo que lo social no es más que una incidencia en la novela. *Resurrección* vive, no por el problema social que plantea, ya caduco, sino por la humanidad y la solidez psicológica de sus personajes. Siempre y en todas partes ha sido así. ¿Dónde encasillar a un novelista de genio, como Baroja, por ejemplo? ¿Social? ¿Costumbrista? ¿Fantástico? ¿Naturalista? ¿Histórico? Lo es todo. Es la vida. Ahí está el verdadero problema de la novela: recrear la vida, y para resolverlo, no hay recetas. En Chile dicen que existen unos « Talleres literarios » donde enseñan a la gente a escribir novelas... *On n'arrête pas le progrès...*

4 No soy teórico. Cuando escribo una novela es porque me parece que he encontrado un tema interesante que se adapta a mi temperamento. Nada más. No hago planes ni busco otro fin que el de dar vida a mis personajes. Jamás se me ha ocurrido pensar que mi trabajo pueda ser superado por otro medio de expresión. Creo que la novela no tiene nada que ver con la radio, el cine, etc. En general, las buenas novelas resultan malas películas. ¿Dentro de cincuenta años? ¡No me deprima usted, por favor! ¿La novela del futuro, sus posibilidades futuras? Nunca he consultado a una adivina. Perdóneme usted que ahora tampoco lo haga.

SALVADOR REYES
(Chile)

Manuel Peyrou

PERMITANME que haga algunas observaciones al debate de Madrid (1963), al que se refiere la carta, y en el cual se perfilaron dos tendencias: una, adversa a la novela realista, por considerar hipócrita la presentación de problemas sociales en forma de ficción, y otra, partidaria del realismo. Considero que la calificación elegida por la primera de esas tendencias es errónea y permitiría una respuesta humorística. De acuerdo con ella, un pintor en trance de retratar a una tía rica, debería siempre, para no incurrir en hipocresía, dividir a la señora en cubos o tetraedros, o reducirla a una mera mancha amarilla. Por otra parte, la novela realista casi nunca responde estrictamente a la definición filosófica que le atribuye la misión de no idealizar lo real y expresar únicamente los caracteres efectivos de lo que es. La novela realista es, por lo general, *una* manera de ver la realidad, de acuerdo a la tendencia y capacidad del autor.

Contesto ahora a las preguntas:

1 Responderé por lo que conozco de novela argentina. Todas las tendencias modernas han tenido representación en la Argentina, hasta la última, que tiende a la mistificación, o al empleo único de temas desagradables, o pornográficos, con objeto de halagar el mal gusto de la masa. Por lo demás, y contesto la segunda parte de la pregunta, la novela ha contribuído a crear una nueva expresión americana y argentina. Esto es verdadero en lo que se refiere a los temas y también al idioma. Los novelistas de Buenos Aires escriben por lo general en « porteño », y muchos del interior de la república en el lenguaje popular de cada región. Un ejemplo de esto es el « Martín Fierro », que aunque es un poema tiene argumento de novela; describe el destino de varios personajes, y roza problemas sociales del país en el siglo pasado. Ese poema es, pues, una expresión argentina.

2 La novela, sobre todo la realista, es un documento que puede servir a los observadores de otros países.

3 Creo que nuestra novela y la americana en general ofrecen un panorama y un espíritu diferentes de los que muestra la literatura europea. Aunque muchos escritores reciben influencias exteriores, cuando se extingue la educación que esas influencias significan, hacen generalmente una literatura propia.

4 No tengo esa sensación porque se trata de distintos medios de expresión. La novela posee flexibilidad y recursos

para expresar los sucesos y los pensamientos del mundo moderno. Si pudiera escribir dentro de cincuenta años, escribiría, con mayor experiencia y nuevas lecturas, las novelas que no he podido realizar hasta ahora. Creo que la novela conservará en lo futuro las mismas y aun mejores posibilidades de las que tiene hoy.

MANUEL PEYROU
(Argentina)

E. Caballero Calderón

1 Si algo puede caracterizar a la novela en la América española, pasado el modernismo cuya influencia fue sobre todo importante en la poesía, es la preponderancia del contorno, del medio físico sobre el personaje o el hombre. En las grandes novelas hispanoamericanas de los primeros treinta o treinta y cinco años de este siglo, el héroe es el paisaje : la montaña, la puna, el llano, la selva. Ha sido ella más descriptiva que psicológica, más geográfica que humana, y por eso mismo excesivamente retórica y literaria. Esta tendencia, por desgracia, todavía puede observarse en escritores de las nuevas generaciones.

2 Ese tipo de novela, que ya comienza a evolucinar hacia formas más realistas y humanas, permitiría al observador europeo captar ciertos aspectos de la psicología hispanoamericana : la vaguedad, el verbalismo, el mimetismo intelectual, la simulación, que no son patrimonio exclusivo de los escritores. Los problemas del continente apenas comienzan, del año treinta hacia acá, a reflejarse en la literatura novelesca, y ésta cada día va conquistando profundidades y autenticidad de documento.

3 Cuando la novela hispanoamericana, o mejor dicho el novelista, supere la tentación de los temas y los modelos europeos y norteamericanos que hoy lo obsesionan y deforman su visión personal, podrá tener una importancia muy grande. A lo universal no se llega por « lo internacional », sino precisamente al través de lo regional y lo personal, como puede demostrarse con Cervantes, y con Shakespeare, y con Tolstoi, y con Dostoiewski, y con Balzac, y con Flaubert, y con Proust, y con Stevenson, y con las hermanas Bronté. América tiene mucho que decir porque es un mundo en plena efervescencia y transformación. Sobre todo un mundo donde el hombre, a secas, puede vivir su aventura personal al margen del Estado, del partido, de la sociedad, de la muchedumbre, etc. Y la novela es, esencialmente, una aventura personal.

4 Cuando yo escribo una novela no pienso en nada distinto de la novela que estoy escribiendo. Lo mismo que cuando estoy leyendo un libro interesante no me pongo a pensar en la película que se está proyectando en el cine de mi barrio. Tampoco se me ocurre considerar que tal vez dentro de cincuenta años no habrá necesidad de leer novelas ni de escribirlas. Es un pensamiento absurdo. ¿Habrían pintado o dejado de pintar frescos los maestros del siglo XIII si alguien les hubiera revelado que en el siglo XX existiría una máquina para hacer fotografías y una pistola mecánica para embadurnar las paredes con duco en lugar de hacerlo, como ellos, con pinceles y tierras de colores?

EDUARDO CABALLERO CALDERON
(Colombia)

Lino Novas Calvo

1 Las tendencias de la novela en la América Hispana después del modernismo son muy diversas, pero las mejores expresiones que conozco se inclinan a lo popular, lo autóctono, lo realístico, lo social. La novela y el cuento están contribuyendo más que ningún otro género a destacar precisamente aquellos rasgos nuestros que más nos diferencian de otros pueblos. No creo en UNA expresión americana : nuestros pueblos distan mucho de ser uniformes ; cada uno tiene y está cultivando su propia personalidad.

2 La novela es una obra de arte que representa en primer lugar a su artista. Algunas pretenden reflejar, tendenciosamente, una realidad nacional o social, pero rara vez son de fiar como espejo de esa realidad, que por fuerza es muy compleja. El observador extranjero hará bien en estudiar la novela, sin dejar de estudiar las demás manifestaciones, para comprender un país.

3 El mensaje de la novela americana, o por lo menos de algunas buenas novelas, consiste en poner de relieve manifestaciones que son o se suponen características de nuestros países. Esa es sin duda una buena contribución. Pero las influencias exteriores distan mucho de haber sido eliminadas... ¡afortunadamente! En el mundo moderno, con sus amplios medios de comunicación, esas influencias son inevitables y saludables. Hay un peligro en replegarnos demasiado sobre nosotros mismos.

4 Cuando escribo una novela o un cuento no dejo de pensar que hay otros medios de expresión, y trato de hacer una obra que no se pueda hacer en ningún otro género. A César lo que es de César. Si una emoción, un drama, una realidad pueden ser mejor expresados por otros medios, se los dejo a ellos. Creo que algún tipo de novela tiene cabida en nuestra sociedad y en la del futuro. Sin embargo, el novelista es ante todo un creador de historias ficticias, y éstas pueden tomar otros vehículos. Yo no sé lo que haría dentro de cincuenta años. A lo mejor, reportajes interestelares...

Lino Novas Calvo
(Cuba. Exilio)

Alberto Zum Felde

1 Es evidente que la novela hispanoamericana en nuestro tiempo busca expresar el sentido de la propia realidad humana nacional —y continental— así en lo sociológico como en lo espiritual, ser una representación significativa del hombre y de la vida en su especial circunstancia geo-histórica y en su posición de conciencia con respecto a los valores de la cultura occidental, que es la suya. Cierto que toda novela verdadera, de cualquier tiempo y país del mundo, contiene, explícita o implícitamente, esa expresión de su doble realidad, externa e interna; modernamente, de Balzac hasta Proust o Dos Passos. Pero en la narrativa hispanoamericana ello se da más directamente, es decir, de modo volitivo, intencional. Es su característica más notoria. Nuestra novela se presenta como una forma de esa búsqueda de su conciencia y de su signo, a lo que responde igualmente su ensayística, con la cual, a menudo, se halla identificada, pudiéndose decir en muchos casos, que su narrativa es como una ensayística novelada. Es, por tanto también, un modo de conquista de su propia independencia espiritual, de su personalidad colectiva antifictiónica, dentro de la universalidad temporal que integra. Y ello se da en todas sus modalidades, desde las clásicas a las revolucionarias. Y está en el realismo telúrico-social de Gallegos como en el artificio y la metafísica de Borges.

2 Nuestra narrativa contemporánea (inclusos novela y cuento) es el mejor medio de conocimiento que un lector extracontinental pueda tener acerca de nuestra realidad histórica, tanto en lo que atañe a los problemas de orden sociológico y cultural como a los caracteres psicológicos propios del hombre hispanoamericano, en todas sus clases. Y no digo indoamericano —como suelen preferir muchos escritores— porque eso importa una limitación « zonal », ya que sólo puede referirse a algunos países (México, Perú, Bolivia, Ecuador, por ejemplo) y no a otros en que lo *indo* es mínimo (como los del Plata, Chile, Colombia, Venezuela, etc.). Esto indica una marcada diferencia de caracteres, mayormente en el ambiente popular que en el culto, porque la cultura es factor universalizante. Por lo demás, la novela, en cuanto medio de conocimiento íntimo de los pueblos, es un hecho general en todas las literaturas. En Tolstoi y en Dostoyevski ¿no está toda la Rusia del XIX, como

en Cervantes la España del XVI? Pero, por « añadidura » ; pues lo que el novelista busca no es la verdad histórica, sino la verdad humana.

3 Un « mensaje » de validez universal no, no lo ofrece todavía nuestra narrativa. Eso vendrá después, probablemente cuando alcance la plenitud categórica de su propia conciencia, de su propio signo, en la historia de la civilización. Ahora vive, todavía —y así en la realidad como en la ficción novelesca que la representa— la etapa necesaria de asimilación y adaptación de las grandes corrientes filosóficas y estéticas que le llegan de los centros nucleares del Occidente. Lo único que ofrece nuestra narrativa, por ahora, es esa expresión de su problemática especial, continental, en un período crítico de su proceso morfológico, y en su difícil esfuerzo por superar el estado hereditario crónico, de subdesarrollo, así en lo económico como en lo cultural. En esto, y en su mayor parte, es un testimonio, un documento, válido para una sociología de profundidad.

Ciertamente que el « mensaje » a que se refiere la encuesta está, en cierto modo, implícito, o más exactamente, latente, en la expresión novelesca, como lo está en la esencia de su propia realidad viva, en la intuitividad fenomenológica de su destino. Pero no de un modo definido todavía, en el grado de expresión suficiente que lo haga manifiesto al lector extranjero (ni aún al nativo).

Algo idéntico puede decirse acerca de sus modalidades estéticas, formales. Se han escrito en Hispanoamérica, en nuestro tiempo, excelentes novelas, en escala de valoraciones universales, dignas de todo interés y estima en otras lenguas, y algunas muy superiores a otras, extranjeras —europeas o yanquis— que obtienen ruidosa fama y traducción en todo el mundo. En esto, nuestra narrativa ha llegado a una alta madurez. Pero una modalidad estética propiamente hispanoamericana no, no existe. Se está dentro de las modalidades y las corrientes más evolucionadas del género, más o menos comunes a todo el Occidente. Por otra parte, ¿hay actualmente alguna escuela literaria, con sello nacional, en alguna parte del mundo (de este mundo cada vez más unificado por los avances acelerados de la técnica)?... Todo, en estética como en técnica y como en política, es hoy forma ecuménica. La cultura no tiene ya fronteras geográficas. Hasta el Asia y el Africa se occidentalizan. El nacionalismo literario es ingenuo. Por último, lo que importa no es la escuela, sino la personalidad.

4 Como quien responde aquí es un crítico y no un novelista, me limitaré, en cuanto concierne a esta cuarta pregunta, a exponer mi convicción de que la novela es, en nuestra época, la forma más completa de expresión humana, pues comprende en su complejidad funcional las virtualidades de todos los otros géneros y hasta de las otras artes (y mayormente del ensayo). Tal vez el teatro y el cine puedan hoy, sino competir, acercarse a su vigencia, en ese sentido. Pero en Europa, no en esta América (ni tampoco en la otra), actualmente, donde no se dan producciones equiparables, cine, televisión y otros medios, aventajan a la novela en el ambiente popular, pero no en zonas más superiores de la cultura.

En cuanto a lo futuro, toda profecía me parece incierta. Los profetas actuales se equivocan porque su visión histórica de lo humano está viciada de parti-pris. Objetivamente, sólo me atrevería a aventurar la hipótesis de que, dadas las condiciones en que la vida y la literatura están planteadas, la novela tiene muy probable primacía por mucho tiempo.

A. Zum Felde
(Uruguay)

Clemente Airó

1 Ha sido muy notorio en el siglo XX el auge de la novela latinoamericana y dentro de este siglo, con singular desarrollo, en los útimos tres decenios. Hay muchos más novelistas —y buenas novelas— aquí, que cuanto imaginan los mal informados. No pecamos por escasez de valiosa creación, sino por torpeza en organizar medios difusores. Las tendencias de

nuestra novela actual pueden, con buen margen de acierto, resumirse en una : preocupación central por la tierra, el hombre y su vida. Y con esto no se señala necesariamente que nuestra novela esté ceñida a un realismo, si por realismo entendemos un ajuste o imitación al modelo. Dentro de la directriz o preocupación central anotada rastrearemos múltiples huellas, estilos, inclusive modelos europeos de ayer como los más novedosos de hoy (larga lista de títulos se podía componer aquí). Desde luego la comezón imitativa de lo foráneo, de lo « europeo », siempre ha respondido en igual medida al « desprecio » que hartos famosos críticos mantienen por lo vernáculo latinoamericano.

En el análisis de temas estéticos y literarios es fácil que incurramos en olvidos, dada la amplitud de aquéllos, y si resumimos, entonces podemos caer en lo pueril. Así afirmamos : nuestra novela actual constantemente está impelida por un prurito mesiánico. Se quiere saber del hombre, de sus defectos y glorias. Se quiere saber de estas tierras, de sus bondades y crudezas. Y se quiere —ámbito esperanzador— un mañana más venturoso. Leamos nuestras novelas y lo comprenderemos. Mal éxito obtiene el derrotismo como el nihilismo. Los novelistas de aquí son curiosos sociólogos empedernidos, predicadores en cruzada. Toman su oficio muy a pecho. ¿Rastreamos entonces una expresión americana?... Muy ampulosa la pregunta, pero afirmativamente respondemos. La novela realista europea, como la de tendencia social o política, es diferente. No tiene la obsesión del hombre enfrentado a su porvenir, del hombre genérico frente a un mundo particular, no la tiene clavada en la médula. (He aquí el tema de un ensayo para quien tenga conocimientos y capacidades). Y en este sentido, en la respiración de robusto vitalismo, el propio novelista resulta quizá el primer sorprendido con los planteamientos. Nuestros novelistas (pese a las fluctuaciones imitativas) son voces legítimas que con materiales legítimos logran creaciones de arte legítimas. ¿Pero para qué esa obvia tortura de estar comparando nuestras voces con otras voces legítimas de otros continentes? En el fondo sólo está el hombre.

2 Del esfuerzo central de nuestro novelista que capta al hombre actuando en la circunstancia social, en su ambiente terrígeno y en su búsqueda de porvenir, resulta en sí el logro de un gran reflejo de la cultura latinoamericana. Cada novelista, sirviéndose del canon que escoge o le impone su temperamento, se lanza a interpretar y recrear la vida del mundo que le rodea. Nuestras buenas novelas —como toda obra de arte verdadera— son precisos documentos que ilustran, pero que ilustran, ¡ojo!, por el camino de la emanación estética. El narrador aquí se compromete con el medio social donde vive su personaje : el hombre. (No es, fijémonos, el hombre uno, aislado, debatiéndose con el medio, torturándose con él, evadiéndose de él. Es el hombre plenamente sumergido en su medio. Hombre y ambiente luchan, se repelen y se unen. Nuestro hombre no piensa en el escape del cerco, penetra en él para reventarlo o sucumbir. El cerco son los problemas de la realidad americana.)

3 En el paréntesis que arriba acabo de cerrar, pienso, anida la respuesta al tercer punto de este cuestionario. Nuestra novela con el planteamiento de hombre contra el medio y viceversa, pero ambos en búsqueda de porvenir, ofrece un mensaje sutilmente diferente al que nos pueda entregar, por ejemplo, la contemporaneidad novelística europea. Así este nuestro realismo, cada vez más vertical, queriendo reflejar el modelo y a la vez reconstruirlo, entrañarlo, ese nuestro realismo que admitimos ha sido obtenido en legítimas decantaciones de todas las literaturas, tiene él un sello —más arriba ya señalado— mesiánico. Dicho sello surge de la impronta étnica y sociológica. Recordemos : América Latina es continente de nativos y emigrantes, continente de transculturaciones donde el mestizo posee constantemente amplios horizontes para construirse su porvenir. El novelista vive semejante proyección y escucha tanto el ardor como los equívocos, los defectos como los signos positivos, pero —un *pero* de fidelidad artística— comprende que él no es juez, ni político, ni predicador religioso.

Y aquí, en lo ya escrito, deberemos vol-

ver sobre ese afirmativo énfasis de « mensaje diferente », creo sea justo rebatirnos. Cada hombre posee su mensaje, mas cada hombre en el fondo se identifica con el ajeno. El imperativo de época. En la hora actual corre una incontenible ola de unión cultural universal. Así, hoy, todas las expresiones de la novela latinoamericana se aúnan. Nuestra novela con su « mensaje » salta a la comunicación con otros continentes, con otros cielos y gentes. Hemos asimilado influencias, hemos aprendido y tenemos literatura por cuanto sabemos hacernos leer de nuestros antípodas. Sabemos quiénes son ellos : hombres como nosotros. La anécdota seudofolklórica o aldeana, de pacato vuelo, ya no se cultiva entre los buenos cultivadores de la novela americana. El beneficio para nuestra literatura nos llega de este deseo de unión cultural.

¿Qué significa la literatura en un mundo que pasa hambre? Lo mismo que la moral, la literatura tiene que ser universal. El escritor, pues, debe colocarse al lado de la mayoría, de los dos mil millones de hombrientos, si quiere poder dirigirse a todos y ser leído por todos. En caso contrario se hallará al servicio de una clase privilegiada y será un explotador como ella. Para poder lograr ese público total, cuenta con dos medios : renunciar momentáneamente a la literatura para educar al pueblo, como aceptaron hacerlo los escritores soviéticos. ¿Cómo en un país que no disponga de cuadros, en Africa por ejemplo, un indígena instruído en Europa puede negarse, incluso a costa de su vocación literaria, a convertirse en profesor? Si prefiriese escribir novelas en Europa, su actitud se me antojaría próxima a la traición. No obstante una aparente contradicción, no existe diferencia alguna entre el servicio de una comunidad entera y las exigencias de la literatura.

El segundo medio, aplicable en nuestras sociedades no revolucionarias para preparar el tiempo en que todo el mundo leerá, es el de plantear los problemas de la manera más radical y más intransigente.

¿Desea usted que el escritor ponga su pluma al servicio de los oprimidos?

¡Oh, no! Esta es la peor de las actitudes. La más falsa, la más ingenua. Es la de un Zola y la de un Gide en su Viaje al Congo. *Es permanecer tranquilo en su sillón y tomar partido por los explotados. El heroísmo no se gana con la punta de la pluma.*

Lo que le pido es que no ignoren la realidad y los problemas fundamentales que se plantean. Me sorprende que el hambre del mundo, la amenaza atómica y la enajenación del hombre no impregnen toda nuestra literatura.

JEAN-PAUL SARTRE : Declaración a *Le Monde* de París (18-4-1964).

4 Y ahora, frente a la cuarta pregunta del cuestionario —interesante, acertado y en buena hora formulado por *Cuadernos* y su director—, permítaseme levantar mi rebeldía, y más aún cuando dicha pregunta se le hace a un novelista. Nosotros hemos oído y leído harto al respecto. Podríamos contestar desde los propios linderos de qué es una novela. Queda, semejante clase de respuesta, fuera de espacio en esta ocasión. Nosotros —diremos tan sólo— también hemos comprobado cómo se nos imita en diversas andaduras de propaganda, cine, TV, etc. Se trata de utilizar nuestros procesos de esclarecimiento.

¿Qué tal que al médico de nuestras selvas se le preguntara si el mago de la tribu le iba a superar? Prescindiría de su vocación, años de estudio y de su misión redentora del dolor físico? Quizá opte, en apariencia, por ser un tanto brujo, para así mejor obtener la confianza de los indígenas. Nada más.

¡Ojalá me toque escribir dentro de cincuenta años! Pero ¿me lo permitirán los actuales científicos tan arrogantes y los eficientes jefes de propaganda de los laboratorios farmacéuticos? Puedo rogarles que cumplan con su misión y yo —y mis compañeros—, en la hora que nos den, cumpliremos con la nuestra. ¡Soldado, en tu puesto y al santo y seña listo!

Somos muy partidarios de los avances de los medios de comunicación. Ellos abren puertas y amplían horizontes. Gracias a sus meritorios esfuerzos, el novelista halla desbrozado el campo y así no le entorpece la demora de los lugares comunes, y va más derecho al logro de su genuina y poética expresión (no rechacemos nunca que la buena novela es buena poesía). Los medios de comunicación son necesarios y cada vez más eficientes. Colaboran direc-

ta o indirectamente para una más amplia difusión de esos otros medios que maneja el novelista : los de comprensión humana por los derroteros de la creación artística.

¿Y en lo futuro habrá hombres? Contestemos y sabremos si habrá novela. (Adán dejó escrita la suya.)

CLEMENTE AIRO
(Colombia)

Benjamín Carrión

TEMA EXTRAORDINARIAMENTE apasionante este de la novela y, singularmente, de la novela latinoamericana. Ya en esta misma revista, en su número extraordinario de Julio-Agosto de 1956, número en el que colaboraron Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Eduardo Santos, Gilberto Freire, usted mismo Germán Arciniegas, y muchos otros más, pues era dedicado a una revisión de « cincuenta años de cultura latinoamericana », me tocó escribir un largo ensayo sobre « la novela regional », en el que me di modos a examinar en realidad, muy someramente desde luego, la producción novelística latinoamericana en lo que va de siglo.

Aún puedo invocar un recuerdo : en la inolvidable *Revista de las Indias*, a la que usted dio una nueva modalidad —revista-libro— después o durante los festejos del Cuarto Centenario de Bogotá, escribí también, y a su pedido, unas « Reflexiones sobre la novela latinoamericana », que están incluídas en uno de mis libros.

Asistido por estos recuerdos muy gratos, su cuestionario me ha interesado vivamente. Y voy a contestarlo en razón de que, por mis repetidos viajes por los países latinoamericanos, del Río Bravo a la Tierra del Fuego, he podido conocer algo de la producción contemporánea, a pesar del aislamiento de las « cortinas de amor y de fraternidad » que nos separan implacablemente a todos los países ibéricos de este hemisferio.

En esos viajes he podido comprobar lo siguiente : con excepción de dos o tres países : México, Argentina y Chile, los demás, ricos o pobres, no hemos podido establecer una distribución eficaz de nuestros libros : el libro venezolano, peruano, colombiano, ecuatoriano y en general, de todos nuestros países, es libro doméstico, de circulación interna. Sale únicamente enviado como obsequio por autores y editores. La Casa de la Cultura hizo, en mi país, un serio esfuerzo ; la Dirección de Cultura de El Salvador está haciendo algo semejante. Pero el libro de autor guatemalteco, colombiano, peruano, panameño o ecuatoriano, se lo encuentra en las librerías de América cuando lleva el sello del Fondo de Cultura de México, de Losada, Suramericana, Sur, Americale, y las demás argentinas ; y, en proporción algo menor, de Zig-Zag o Ercilla de Santiago de Chile. Gravísimo pecado el nuestro, que habrá que enderezarlo mediante una central de ventas o algo así.

1 El Modernismo, en verdad, no se produjo en novelas. Los grandes de ese movimiento, fueron todos poetas : Darío, Lugones, Valencia, Chocano, Amado Nervo, Herrera y Reissig... Algún ensayista lírico como Rodó, y grandes panfletarios. Las escapadas o « brincadeiras » de los modernistas hacia la novela, fueron muy raras : Blanco Fombona y, recién ahora, en los alrededores de sus gloriosos ochenta años, Gonzalo Zaldumbide con su *Egloga Trágica*. ¿Los cuentos de *Azul* de Darío son novela modernista?

En realidad —y aún a muchos años del romanticismo— la novela latinoamericana fue romántica. Chateaubriand, Byron, Lamartine, Hugo... La *María* vallecaucana, *Amalia, Cumanda*...

Contemporánea de « Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje » de González Martínez es la iniciación de la gran novela latinoamericana. Realista, con intención latinoamericana, con tono y hombres nuestros. Y, sobre todo, con paisaje nativo. *La Vorágine* de Eustacio Rivera inicia este ciclo no superado aún. *Doña Bárbara* y la serie admirable de las novelas de Rómulo Gallegos, nuestro novelista más completo y logrado. Lo gauchesco evocado por un dueño de estancia desde París, en *Don Segundo Sombra*, de la cual

Paul Grousac decía « que el smoking asomaba por debajo el chiripá ». *Los de Abajo* de Mariano Azuela, relato que destila odio y desprecio por la revolución mexicana. Las extraordinarias novelas de Martín Luis Guzmán, especialmente *El Aguila y la Serpiente*. Ese libro bárbaro y —no me parece exagerado el epíteto— genial, de José Vasconcelos, dividido en tres grandes partes : *Ulises Criollo, La Tempestad* y *El Desastre,* en que el autor supera en sí mismo al ensayista y al filósofo —magistrales los dos—, pero no consigue hacer perdonar al « maestro de América » su entrega a las dictaduras más indignas como la de Franco, la de Trujillo Molina, la de Pérez Jiménez...

Esta primera gran promoción de novelistas, no se aparta, en realidad, de la receta balzaciana —« *par la faute de M. de Balzac* »— y, por lo mismo, no incorpora ninguna modalidad técnica que pudiera decirse singularmente nuestra. Pero en cambio, para usar los términos precisos de la encuesta, significa « una tendencia literaria que puede considerarse como una nueva expresión americana ». Todo el *dramatis personae* es, en efecto, regional y nativo. Ya no se puede decir de estos novelistas lo que dijo Beers de Henry Jammes : « Mira a América con ojos de europeo y a Europa con ojos de americano. » Ya es una novela latinoamericana en sus aspectos esenciales : temática, características humanas, paisaje. ¿Influencias europeas y norteamericanas? Naturalmente. Pero principalmente en la técnica, en el « oficio », no en la sustancia, en « la cosa novelada ». Pero esa cosa poderosa, estrangulante, de selva, río, montaña y llano ; ese retorno a lo primitivo, sobre todo en Gallegos y Rivera. Eso es netamente nuestro, latinoamericano.

*

Inmediatamente después de la generación iniciadora —que no precursora, porque con esto se quiere indicar algo de inacabado y frustrado— aparece una promoción en la que, claramente, se precisan influencias que pudiéramos llamar *extraliterarias,* que revolucionan y movilizan el pensamiento universal y también influencias *literarias,* que aportan nuevas fórmulas de contenido y forma a la novela.

Estas influencias extraliterarias son, principalmente :

a) Las revoluciones surgidas a partir de la primera guerra mundial y la gran movilización ideológica aportada por el marxismo.

b) El hecho mismo de las dos guerras universales que, aportando elementos nuevos —o renovados monstruosamente— a la historia del hombre, han aflorado nuevos sistemas filosóficos, como el existencialismo, de inmediata repercusión en la literatura.

c) La agudización de los fenómenos de superindustrialización, que han ahondado hasta la catástrofe los desniveles económicos entre Estados y hombres. El aumento brutal de la riqueza en unos pocos, —Estados y hombres— y el aumento infrahumano de la pobreza —Estados y hombres—. Hombres que mueren de inanición, de podredumbre y de miseria en la India, Nueva York, el Ecuador, París, « fabelas » de Río de Janeiro, « charneca » caraqueña, « villas miseria » de Argentina, « callampas » de Santiago... y hombres que, cada mañana aumentan un cero a sus balances que ya pasan de las doce cifras en millones de dólares...

d) La discriminación racial, exacerbada a términos de crimen cotidiano en los países de los cinco continentes.

e) El huracán independista de todos los pueblos del mundo.

f) La explosión de la bomba atómica en Hiroshima —6 de agosto de 1945— que inclusive ha clausurado la Era Cristiana, para inaugurar la Era Atómica... Y, dentro de la Era Atómica, las investigaciones espaciales, con sus sputnik y sus cohetes, que más parece fueran focos para apuntar mejor las bombas termonucleares con capacidad para destruir la vida en el planeta llamado la Tierra...

Las influencias « literarias » han sido, en los últimos decenios principalmente, las siguientes :

a) James Joyce, el *monólogo interior* y todas sus derivaciones, el más duro asalto a la fortaleza balzaciana.

b) Marcel Proust y la vigencia de la me-

moria como elemento toral de la relatística, tanto objetiva como subjetiva.

c) El formidable desarrollo de la novela norteamericana, desde el realismo un poco ingenuo, zolesco y truculento de Theodore Dreisser, hasta las innovaciones audaces de John dos Passos en el « tiempo novelístico » y el personaje múltiple, pasando por la exaltación de la justicia y la aventura de Hemingway y la enloquecedora « marginalidad » de tema y personaje, de angustia, excepcionalidad y locura en William Faulkner. Sin olvidar al gran creador de tipos que es Sinclair Lewis.

d) La preponderancia de los estudios de psicología profunda de la Escuela de Viena, con su mago genial Sigmund Freud y sus seguidores, opositores o rectificadores, como Adler, Young y otros.

e) La actualización de las doctrinas de la angustia vital y, singularmente las que, ante las últimas catástrofes del hombre, resucita y rejuvenece a místicos de la existencia y la desesperación, como el danés Kierkegaard y nuestro gran don Miguel de Unamuno ; y, en este mismo momento, la vigencia del existencialismo de filósofos alemanes, ingleses, norteamericanos ; y la utilización del tema en las diversas expresiones literarias : novela, teatro, ensayo por Jean-Paul Sartre, el citado Faulkner, Albert Camus...

f) El superrealismo, que deriva de Kafka, de Freud, de las teorías marxistas y que, sin prescindir de la novela, se expresa sobre todo en poesía : Bretón, Aragón, Ezra Pound, el argentino Molinari, Borges, Eluard y, ¿quién sabe? Alain Fournier y su *Le Grand Meaulnes*...

*

A estas influencias « extraliterarias » y « literarias », de carácter y alcance universales, que inciden poderosamente en nuestra novela, hay que agregar las motivaciones o influencias de carácter y alcance más cercanamente continental, latinoamericano.

Estas « incitaciones » —para emplear un término de Harold Toynbee— son de carácter *zonal*, más que regional propiamente dicho. Latinoamérica —los pueblos colonizados por España, Portugal y, en proporción minúscula, por Francia— se fraccionaron a raíz de las guerras de emancipación en múltiples Estados políticos, unas veces arbitrariamente, otras por mandatos étnicos, económicos, climáticos y, naturalmente, geográficos.

México, por ejemplo, no es Centroamérica ; menos aún, Norteamérica. México es México, con « la x en la frente », y su problemática está influída por los complejos raciales e idiomáticos de sus aborígenes : tolteca, nahuatl, azteca, tarasco, mit-

Sartre afirma que un hombre que pasa hambre no tiene el menor interés por un libro, por un cuadro. Esto puede parecer cierto. Pero la experiencia, cosa curiosa, me enseñó lo contrario. Conocí el hambre en su grado máximo. Y sin embargo cualquier libro me agradaba. No engañaba mi hambre, no la saciaba, ni tan siquiera me la hacía olvidar : tratábase de otra cosa. *Tampoco resultaba un « opio », puesto que yo no cesaba de hacer planes de evasión y aproveché la primera ocasión que se me presentó para escapar. Incluso con gran sorpresa mía, mis compañeros de miseria medio incultos se ponían a leer con voracidad todo cuanto caía en sus manos, hasta aquellas obras —no se podía elegir, era el azar— que podían considerarse muy por encima de su formación intelectual. No sé lo que sacaban de provecho. Sin embargo las leían.*

Un mundo incluso momentáneamente privado de arte —es decir, privado de esa dimensión que no puede reducirse a la materialidad, de esas aperturas sobre los espacios siempre libres y enajenables de lo imaginario, de lo maravilloso o del sueño—, un mundo así resultaría una pesadilla semejante a un inmenso campo de concentración funcional y bien organizado, en el que la comida sería abundante, el trabajo poco penoso, las mantas calientes, los techos de las barracas bien cerrados y donde se pudrirían animales en lugar de hombres.

Los jóvenes soviéticos lo saben bien. Y si un novelista negro debe prohibirse a sí mismo escribir los libros que ha pensado para enseñar el alfabeto a los escolares guineanos, ¿qué leerán más tarde éstos, puesto que el único que podía escribir en su lengua no lo hizo? ¿Leerán traducciones de Sartre?

CLAUDE SIMON : « Pour qui donc écrit Sartre ? » (*L'Express* de París, 28-5-1964).

lateco, maya... Además, la proximidad a la mayor potencia mundial. Ya lo dijo Lerdo de Tejada : « Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos ». La novela mexicana es, por esencia, contenido y forma, una novela de la Revolución. Primero, fueron las grandes crónicas de Martín Luis Guzmán, de Azuela, la obra genial de Vasconcelos. Pero luego, a partir de *Al filo del agua*, de Agustín Yáñez se inaugura un nuevo período. Después viene Carlos Fuentes con su extraordinaria *La región más transparente* y la desconcertante *Muerte de Artemio Cruz*. Juan Rulfo nos ofrece en *Pedro Páramo*, una narrativa de magia y de sorpresa, tan ceñida al dramatismo del tema y tan bellamente escrita. Total : la « incitación » fundamental de la novela mexicana es la Revolución ; la « respuesta » es un nacionalismo exaltado, antimperialismo, censura acerba contra los « nuevos ricos » y la falta de cumplimiento del ideal.

Centroamérica y el Caribe : la incitación generalizada en esta « zona » es el imperialismo en sus formas más duras : la imposición de caudillos, que produce la novelística de Miguel Angel Asturias, para mí el primer novelista latinoamericano « en ejercicio ». Desde el mundialmente admirado *El Señor Presidente* hasta *Los ojos de los enterrados*, nos ofrece un sólido « faenar balzaciano » que dijera Gabriela Mistral, semejante al que nos ofreciera, en la promoción inmediata anterior, Rómulo Gallegos.

El otro impacto del imperialismo en Centroamérica y el Caribe es de la explotación de los trusts internacionales, singularmente « la Frutera ». El libro clásico sobre el tema es el de Carlos Luis Fallas, *Mamita Yunay*, la tragedia de la explotación bananera en Costa Rica. Novelas de este tema se han escrito en toda la región, sin que lo haya podido evitar el mismo Asturias. El choque con el vecino rico ha inspirado una admirable literatura puertorriqueña, que se expresa sobre todo en el cuento. Únicos en su género son los relatos cortos de René Marqués y de José Luis González. En esta literatura, el choque entre el imperio y la colonia se produce principalmente en el mismo Nueva York.

A Venezuela, tierra de libertadores, le ha correspondido una cadena no interrumpida de feroces dictaduras : desde Páez hasta Pérez Jiménez, con algún raro oasis de paz. Su literatura ha sido influída por eso : de Blanco Fombona hasta Mariano Picón Salas, el de *Los tratos de la noche*. Pero aparece el petróleo, y entonces surge una nueva « incitación » que produce como respuesta las novelas de Miguel Otero Silva, en especial su dura y escueta *Casas muertas*.

Panamá tiene el Canal. El canal es la vida y la muerte de ese pueblo. El canal trae la discriminación y la tragedia. Por el uso y el abuso del *silver rol* y del *gold rol*, que ha producido mucha literatura de protesta en el campo de la novela. *Luna Verde* de Joaquín Beleño, seguida de varias más suyas y de otros, es una novela sintomática que explica explosiones como la de hace algunos meses, dura y trágica.

Colombia ha hecho las dos grandes novelas latinoamericanas, cabeza de fila de su género : *María*, la romántica inmortal, y *La Vorágine* de José Eustacio Rivera. Pero el 9 de abril de 1948 se produce el feroz estallido que se inicia con el asesinato de Gaetán, continúa con el incendio y saqueo de Bogotá —conocido con el anatema de « el bogotazo »— y se prolonga en más de quince años de violencia, que hasta hoy no ha sido posible extinguir, según lo vengo comprobando en mi último viaje a Cali. El relato inspirado por esta racha maldita se conoce con el nombre de « novela de la violencia », que ha producido ya algunas realizaciones considerables, como *Viento Seco*, *El Cristo de Espaldas* y muchas más. Cuentos como los de Hernando Téllez, Elisa Mújica, y muchas obras de teatro. Entre las treinta y más obras que se presentaron al concurso nacional de Cali, del cual fui jurado, más de veinte estaban inspiradas o presentaban reminiscencias de la « violencia ».

La zona andina —Ecuador, Perú, Bolivia— tiene un denominador común : el indio, su esclavitud, su miseria, su lastimosa vida infrahumana. Desde la vieja *Raza de Bronce* de Arguedas, hasta las posteriores —años treintas— como *El Mundo es ancho y ajeno*, hasta la formidable novela de Icaza, *Huasipungo*, grito, lamento, de-

nuncia, acusación, que la democracia ha desoído totalmente...

Chile, « su loca geografía » determina su poder novelístico, su motivación, su idioma literario. Buenos novelistas urbanos, con la oreja tendida hacia el rumor de Europa ; y actualmente, una « relatística » de mar y de montaña, de cuatrerismo, pesca y minas, llevada a realizaciones sin duda definitivas : *Hijo de ladrón* de Manuel Rojas, la obra de Fernando Alegría, los cuentos de Mariano Latorre y Marta Brunett, y una serie de « cabros » menores-de-treinta-años que están haciendo cosas muy interesantes.

El Río de la Plata está dominado por lo gauchesco. Martinfierrismo, donsegundosombrismo llenan un período entero. Pero hoy se reacciona. En Buenos Aires, la disputa entre Florida y Bodero, entre lo europeizante y lo criollista, ha tenido una continuación sorprendente : la generación de los « parricidas », que reniegan del pasado y quieren —todos lo quisimos— inaugurar un porvenir inédito. El esfuerzo por llegar a un nativismo alejado de las influencias demasiado poderosas de lo europeo, que han creado personalidades tan definitivas como Borges y Mallea, ha tenido que ser en realidad muy duro. Figuras como Ernesto Sábato son la inicial de esta *nueva novela,* que tiene representaciones interesantes y valiosas : las novelas de Beatriz Guido, las de David Viñas, *Villa Miseria también es América.*

El caso del inmenso Brasil es admirable. Su novelística, que ha producido obras como las de Machado de Asis, Abrizio de Acevedo y Graça Aranha, dignas de cualquiera de las grandes literaturas europeas, nos ha dado autores y hombres de primera fuerza en la obra del relato latinoamericano. Y lo admirable es que la tesis « zonal » que estoy aplicando a todo el continente ibérico se realiza plenamente en el Brasil, dentro del Brasil. La literatura nordestina, que tiene como a su gran teórico a Gilberto Freire, ha dado novelistas tan extraordinarios como José Lins Do Rego, cuyas principales novelas como *Pedra Bonita, Eurídice, Cangaceiros, Riacho Doce* y, singularmente *Agua Mae,* hacen pensar —sin la más remota posibilidad de influencia— en Faulkner o, acaso mejor, en Hervé Bazin, pero con mayor ternura y bondad. Graciliano Ramos es el novelista de *el mato* y también de la totalidad humana de su patria. Desde *Caetés,* que nos hace pensar un poco en Eça de Queiros por la suave ironía, Graciliano nos eleva a los niveles más altos del relato de cualquier país del mundo : *Angustia, Vidas Secas, Insonia* y los cuatro volúmenes extraordinarios de *Memorias do Carcere.* Jorge Amado, traducido a casi todos los idiomas, es francamente un novelista universal que puede tratarse de tú con cualquier escritor de cualquier país. Sin hipérbole, *Jubiabá, Mar Morto,* sin tomar mucho en cuenta las novelas de su época de mayor proselitismo político, y las últimas, hacen de Amado un escritor cabal. Finalmente, el *gaucho* Erico Veríssimo, que se extravió un poco en las épocas de *Un gato preto en la neve,* de las que él mismo no quiere acordarse, abordó la gran novela con *Caminhos Cruzados, Ollad os lirios do Campo* y finalmente alcanzó excelencias de profundidad y capacidades de expresión nativa en su admirable *O Tempo e o Vento.* Más joven que ellos, una promoción valiosa continúa la obra de los « cuatro grandes », dos de ellos desaparecidos : Graciliano y José Lins.

Bolivia y el Paraguay, en los últimos tiempos, han estado unidos por una trági-

> « *Ha sido la mía una militancia íntima, una militancia de la voluntad más intensa, una militancia del fondo y de la voz, una actividad clamante. ¿Podía injertarse eso en otra suerte de milicia? ¿En un partido, en la mera acción en una política? No ; no podía insertarse más que en la naturaleza de su cauce : una lucha profunda y testimonial. Una lucha hecha primero en mí, salida primero de mí. Orientada a lo que está más acá y más allá de la acción ; a cierta estructura fundamental que importa más que la acción, porque es la duración, en el sentido sobrehumano de lo que debe vencer y de lo que debe perdurar, de la batalla del hombre en el mundo, no con los otros hombres, sino hacia y por los otros hombres, una militancia del corazón pensante y del pensamiento central, cenital, radical, del espíritu contemporáneo, eterno ; contemporáneo nuestro y contemporáneo del hombre.* »
>
> EDUARDO MALLEA : La guerra interior.

ca « incitación » común : la guerra del Chaco, uno de los crímenes mayores de la « sangre del Diablo » como llamó Mariano Picón Salas al petróleo. La « respuesta » fue análoga. Y en el Paraguay, que ya nos había dado una buena novela con *La Babosa* de Gabriel Casaccia, nos desconcierta últimamente con una gran novela, *Hijo de Hombre* de Augusto Roa Bastos, en la que se inaugura un espíritu de ancha comprensión fraternal entre hombres en la que no hay vencedores ni vencidos, bolivianos y paraguayos : nada más hombres. Hombres con su destino esclavizado por intereses ajenos. Y una hondura de bondad humana, acongojada y dolorida, a la que no estábamos acostumbrados. El otro punto de coincidencia entre estos « frères ennemis », el Paraguay y Bolivia, es su mediterraneidad, su alejamiento del mar, debido a la « fraternidad continental ». Lo que los separa es, del lado boliviano, la riqueza minera engendradora de los « barones del estaño », personajes permanentes de novela ; y del lado paraguayo, la vieja guerra que acabó con los varones paraguayos y dejó solamente a las mujeres infecundas y llorando. Los dos han tenido las tiranías más tragicómicas : grotescas las bolivianas, con Melgarejo y Belzú ; siniestras las paraguayas con el doctor Francia y los hermanos Solano López.

El grande y pequeño Uruguay, que ha ofrecido poetas y poetisas como país alguno, el gran dramaturgo Florencio Sánchez y el ensayista mayor del modernismo, Rodó, en el relato se ilustra con el cuentista sin par Horacio Quiroga y los novelistas Hudson y Javier de Viana. Y nos da una nueva expresión con el malogrado Enrique Amorin, en sus novelas *El caballo y su sombra* y aquella maravilla de nombre y contenido, *La luna se hizo con agua*...

> *Pero se nos ocurre decir que, al igual que no aceptamos enfundar nuestra pluma, tampoco elegimos escribir la única literatura que según él (Sartre) vale la pena : la que trataría « del hambre del mundo, de la amenaza atómica y de la enajenación del hombre ». Y una vez más : ¿si no estoy hecho para eso? ¿Si esos temas que quisiera tratar me los prohiben la literatura y mi inspiración? ¿Si no tengo nada que decir sobre ellos? Sartre, prisionero de su sensibilidad y de su generosidad, tiene en tan poco a la literatura y a los escritores, que me pregunto si existen para él. Y me pregunto si, irritado porque la literatura cumpla tan mal el propósito que le ha confiado —cambiar la vida, el mundo, lo real—, no desea su desaparición.*
>
> *Pues bien, sí, justamente la desea. Fíjense bien. Fíjense bien, puesto que no va a quedarnos nada. No es que Sartre hable con franqueza. Quiero decir que se cuida de reprocharnos no haber ido a engrosar las filas de Ho Chi Minh y luego las de Ben Bella, más tarde las de los partidarios de Goulart ; no nos dice de irnos a ayudar a la liberación de Brasil y de Guinea.*
>
> *Él, por su parte, permaneció en Francia. Luchó como un intelectual. Admirablemente, como un intelectual, mediante sus escritos, sus discursos, su presencia en las manifestaciones : con la pluma en la mano y, por decirlo así, con la pluma en la boca.*
>
> *Mediante medios insidiosos, Sartre se esfuerza en arruinar esa literatura que no cambia la vida : tratando de desalentar a los escritores.*
>
> IVES BERGER : « Nous ne sommes pas des traitres ». (*L'Express* de París, 28-5-1964).

2 Justamente, el valioso contenido de esta cuestión del interrogatorio se halla englobado en mi respuesta anterior. Mi contestación es afirmativa y puede expresarse concretamente así : el ensayo —aguda interrogación y respuesta buída a los problemas de Latinoamérica— y la novela sirven « al observador de otros países para el esclarecimiento de los problemas de la realidad americana ».

3 Respuesta positiva. Nuestra novela, y dentro de ella hay que incluir en sitio preferente la novela norteamericana, tiene « mensaje ». Se lo encuentra fácilmente en Sinclair Lewis como en Rómulo Gallegos ; en Jorge Icaza como en Juan Rulfo ; en Miguel Angel Asturias como en Carlos Fuentes ; en Ciro Alegría como en David Viñas ; en Roa Bastos como en Joaquín Beleño ; en el gran viejo Theodoro Dreisser como en los jóvenes René Marqués y José Luis González ; en Manuel Rojas como en Juan Bosch... « Le Nouveau Roman » francés, protagonizado por Alain Robbe-

Grillet, Nathalie Sarraute, Michel Leiris, Michel Butor, Marguerite Duras, quiere eliminar el « mensaje ». Aún cuando esta última haya escrito una de las novelas y guiones de cine con más « mensaje » de los últimos tiempos : *Hiroshima, mon amour,* probablemente la realización cinematográfica más formidable de los últimos diez años, sin excluir *La dolce vita* y *L'Année dernière à Marienbad*... Estas novelas, enemigas de lo que ha dado en llamarse la literatura « comprometida », quieren ser lo que en plástica la pintura « abstracta » y en música la « concreta ». Evasión, fuga de la realidad. Antiexistencialismo, por mucho que Sartre haya tenido alguna expresión ambiguamente amable para la Sarraute o algún otro « nuevonovelista ».

Frente a eso, la literatura de Latinoamérica está realizando obra propia, vigorosa, vital. No tiene miedo a las crisis que afectan a algunos « nuevonovelistas » franceses, si cuenta con un plantel joven distribuído por todo el continente. ¿Las influencias exteriores? Difícil eliminarlas. Las oleadas cíclicas que nos vienen de Europa, naturalmente, captan sus prosélitos. Pero, esta vez, no veo claro como el equipo de Robbe-Grillet va a encontrar seguidores entre nosotros. A pesar de todo, las sombras taumatúrgicas de Joyce, de Proust, de Kafka ; y más cercanamente, las de Hemingway, Dos Passos y sobre todo, William Faulkner, siguen influenciando, en la forma mucho, en el contenido menos, a nuestros novelistas. Ni aun el existencialismo, a pesar de su hondura, de su angustia y de su náusea, ha influído en la misma medida que esos gigantes que acabo de nombrar. Y a pesar de que todos convenimos en que Sartre novelista y, sobre todo, dramaturgo, es con los norteamericanos Arthur Miller y Tennessee Williams —manes de O'Neill— uno de los escritores que mayor significación han tenido en el amplio campo de la remoción de las ideas estéticas y filosóficas en los tiempos modernos. Sartre, el nuevo André Gide de la literatura francesa, otorgador de fama y prestigio en todo el mundo.

4 Hermosa, por la invitación a la conjetura y a la profecía, esta pregunta de la encuesta. Difícil de contestar. ¿Superada la novela por el ensayo? Creo que no. Yo, modestamente, me considero *ensayador* del ensayo, y novelista solamente a ratos perdidos. Pero, honradamente, pienso que es el ensayo el que, subrepticiamente, está metiéndose dentro de la novela. Como ha sido siempre, desde luego. ¿Cree usted, Germán Arciniegas, que la señora Beecher-Stowe hubiera conseguido, con un sesudo ensayo, lo mismo que con *La cabaña del Tío Tom*? ¿No cree usted que el propio Sartre, polemista hasta cuando respira, está haciendo de la novela —y aun del teatro— un vehículo para sustentar y propagar sus tesis filosóficas o políticas? ¿Marguerite Duras hubiera conseguido —como Christiane Rochefort— la abominación de la bomba atómica con serios ensayos científico-humanísticos invitando a los « átomos para la paz ».

Mi opinión es que la novela tiene vida para largo. Cambios de técnica, de forma, acaso. El paso de la epopeya a la novela —caso clarísimo de *evolución de las especies* literarias— tomó bastante tiempo. Antes era la forma natural de contar y de cantar : la *Ilíada,* el *Ramayana, La Divina Comedia.* ¿Después? Ni Milton, ni Torcuato Tasso, ni el mismo Goethe la acertaban. Y, para combatir los libros de caballerías, el Manco no escribió un lúcido ensayo —como su contemporáneo Montaigne—, sino su impar Hidalgo de la Mancha. El señor de Voltaire, que combatió por todo y contra todo, prefirió el *Zadig* o el *Cándido.* Hoy, las novelas de Ciencia-Ficción —herederas de Julio Verne— ; la novela policial —engrandecida por Conan Doyle, Edgar Poe, Simenon, Graham Greene, Jorge Luis Borges o Enrique Amorin y hasta por Nathalie Sarraute, es un género inmortal que tiene por antecesores a Sófocles, por aquello de Edipo, a Shakespeare, por aquello de Hamlet ; y en los tiempos modernos a Dostoyevski, a Chesterton, a Kafka... ¿Si yo escribiré novelas dentro de cincuenta años? Ruegue usted a Dios —como yo lo haré en reciprocidad— por que yo escriba dentro de cincuenta años, aún cuando sea novelas más malas que las de hoy.

BENJAMIN CARRION
(Ecuador)

RAFAEL ANGEL INSAUSTI

Estío

Trabaja el día su colmena, va
de la flor azul a la flor de oro.
No se equivoca, no desiste jamás.
Y en su afortunada insistencia
se pacifica el mundo, de pronto.

La vida recomienza. Cada cosa
preserva su propio silencio,
construye íntimamente
sus más escondidas razones,
su palpitado secreto.

Y la siega toma el camino
del pan y hay en la viña esquilas rojas
y una voz, en la brisa,
deletrea sin cansarse nunca
la exacta dicha de las horas.

Canción de los días perfectos,
tesonera en tu paz y en tu luz :
su cuerpo es una ofrenda (trigos, uvas)
y en su frente de sol y agua ella luce
diadema de azul y oro, ¡como tú!

LA BATALLA DE GINEBRA

(Hablan los africanos)

POR JUAN ANTONIO CAMPUZANO

CON EL DELEGADO DE GHANA

En Ginebra, en la terraza del piso octavo del Palacio de las Naciones Unidas, que domina uno de los paisajes más suaves y más hermosos de Europa, tuve ocasión de conocer al representante del joven Estado africano de Ghana en la Conferencia sobre Comercio y Desarrollo, señor Kojo Botsio.

Había rendido homenaje el representante de Ghana al secretario general de la Conferencia, señor Prebisch, por el informe que éste desarrolló en la sesión inaugural. Con aguda perspicacia, el señor Kojo Botsio recogió lo que en el informe se subraya como un hecho político fundamental, esto es, que los pueblos de Africa, Asia y América Latina son los *prisioneros económicos* de su pasado colonial.

A unas preguntas concretas y simples, el señor Kojo Botsio ha respondido ajustadamente, sin una evasiva, sin dejar en la sombra una reserva.

— *¿Qué clase de ayuda necesitaría el Estado de Ghana para desarrollar su economía y afianzar su independencia política?*

— No hemos venido aquí para pedir caridad, pues la caridad nunca ha suprimido la pobreza. Lo que los países en desarrollo necesitan de los países desarrollados es comercio y no ayuda. Quieren un nuevo y armonioso sistema de comercio internacional, que fomente su desarrollo económico. Pero los países en desarrollo no pueden crear por sí solos las condiciones de ese comercio armonioso que redundaría tanto en beneficio de ellos mismos como en beneficio de los países avanzados. A veces ex profeso y a veces por accidente, los países desarrollados han creado unas condiciones que resultan intolerables para nosotros. ¿Cuál es el valor de nuestra independencia política si nuestras economías dependen tan por completo de las fluctuaciones del comercio mundial? ¿Cuál es el valor de nuestra independencia política, si continuamos siendo los instrumentos de los manejos económicos de los países industrializados?

— *Usted en la Asamblea se ha manifestado partidario de una planificación del comercio internacional, en que no jugará el azar ni lo que usted ha llamado « fuerzas impersonales de la oferta y de la demanda ». ¿Cómo cree usted que debe utilizarse el comercio, al alterarse el mecanismo clásico de la economía, para beneficiar a los pueblos en desarrollo y no dañar la economía de los países desarrollados?*

— El comercio internacional debe utilizarse como instrumento para el progreso material de todos los pueblos del mundo. Quiero poner de relieve el hecho de que el comercio internacional basado en principios razonables y equitativos beneficiará no solamente a los países en desarrollo sino también a los países desarrollados.

Como lo ha destacado el secretario general de la Conferencia, las exportaciones más provechosas para los países desarrollados son las de aquellas formas de bienes de capital que constituyen la especialidad de esos países. Ahora bien, los Estados en desarrollo únicamente pueden comprar esos productos en las siguientes condiciones: primero, si se crean unidades económicas de la amplitud suficiente para que puedan ser empleados en ellas de modo provechoso y, segundo, si los países menos desarrollados poseen los medios financieros para comprar esos bienes. Tanto las economías planificadas de los Estados socialistas como las economías de los países desarrollados de Occidente han alcanzado un estado de bienestar material que debe permitirles comprar, en condiciones más favorables para los países en desarrollo, mayores cantidades de los productos de estos países.

— *¿Podría usted concretar con ejemplos esa afirmación?*

— Pongamos un par de ejemplos: los sistemas fiscales de los países occidentales han llegado ya a un punto de estabilidad que les permite no tener que depender de los impuestos indirectos sobre las importaciones procedentes de los países menos desarrollados, para conseguir ingresos. Del mismo modo, no parece existir ninguna razón para que en el aumento planificado de bienes de consumo, que se está poniendo a disposición de los habitantes de los países con economías planificadas, no se deba incluir la compra de grasas producidas en los trópicos y de productos tropicales como el café, el té y el cacao.

— *El representate de la U.R.S.S., señor Patolichev, ha declarado en la Asamblea que se prevé ampliar en la U.R.S.S. la importación de productos tropicales: cacao en grano, café, té, semillas oleaginosas, aceites vegetales, plátanos, piñas, especias, etc. ¿Tiene interés para Ghana esa exposición?*

— Sí, y recogemos muy complacidos la declaración del representante de la U.R.S.S. a ese respecto.

— *En un plan de industrialización, ¿cuál sería la industria más importante para la economía de Ghana?*

— La industria de elaboración del cacao, que para los países europeos tiene únicamente una importancia marginal, es vital para nuestra economía. Ghana era el principal productor de cacao representado en la Conferencia sobre el Cacao que se celebró en Ginebra en septiembre y octubre de 1963. Fue imposible llegar a un acuerdo en aquella Conferencia, porque los países desarrollados no quisieron aceptar el principio de que los países productores de cacao tenían derecho a que mejorasen sus relaciones de intercambio. Afortunadamente, esos mismos países han declarado ahora, en la Conferencia sobre Comercio, que están de acuerdo en que es necesario mejorar la relación de intercambio de los países productores primarios. Esperamos que harán seguir medidas concretas a esa declaración.

— *¿Puede emprender Ghana un programa de industrialización sobre esa base?*

— En Ghana sabemos que la elaboración del cacao y de otras materias primas puede ser un importante factor en nuestro programa de industrialización. Sin embargo, nos resulta imposible embarcarnos en esa empresa, porque los países industrializados han adoptado unos aranceles que nos lo impiden. Actualmente, en el Mercado Común Europeo, el cacao en grano crudo paga un arancel de 5,4 p. 100, mientras que la manteca de cacao paga el 22 p. 100, en tanto que los países asociados no han de pagar esos derechos.

— *¿Cuál es, a su juicio, el paso decisivo que habría que dar para establecer un sistema satisfactorio?*

— Garantizar a los países en desarrollo una determinada provisión de divisas para financiar las importaciones que necesitan

— *¿Hay alguna otra fuente de ayuda?*

— Sí. Mediante el desarme pueden liberarse grandes recursos para el desarrollo del mundo. La carrera de armamentos moviliza todavía recursos verdaderamente fantásticos del tipo que precisamente se necesita para el progreso de los países en desarrollo. Las Naciones Unidas han estimado que, en conjunto, los presupuestos militares de las grandes potencias ascienden a *ciento veinte mil millones de dólares*

res anuales. Si se pusiera, de una manera o de otra, una pequeña parte de esta cifra astronómica a disposición de los países en desarrollo ¡cómo cambiaría la situación!

— *¿De qué depende principalmente la posibilidad de la emancipación económica africana?*

— Depende de que cese la balcanización de nuestro continente. Por eso, Ghana ha abogado siempre por el establecimiento de un gobierno de unión de Africa. Los países industrializados tienen interés en no poner obstáculos a nuestros esfuerzos por transformar Africa en una unidad económica. Toda la ayuda que Africa pueda recibir no cooperará a resolver nuestros problemas económicos sino dentro del marco de la unidad africana. ¿Cómo pueden seguir los Estados africanos manteniéndose como pequeñas entidades aisladas cuando el futuro económico pertenece a las economías gigantes? Para nosotros, en Ghana, la unidad de nuestro continente es un artículo de fe.

— *En la Asamblea ha hablado usted de la creación de una nueva organización internacional del comercio. ¿Cómo actuaría esa organización?*

— Esa organización, cuya creación proponemos, deberá tener una amplia competencia en la esfera del comercio internacional y la posibilidad de preparar medios y sistemas para hacer que el comercio internacional se convierta en un instrumento eficaz del desarrollo económico. También habrá de ser capaz de coordinar entre sí las actividades de las instituciones financieras internacionales existentes. Creemos que a menos que se establezca esta organización internacional, no habrá una forma adecuada de regular el comercio internacional en beneficio del desarrollo económico.

— *¿No cree usted que los organismos internacionales que hay en la actualidad podrían llenar este cometido?*

— La organización intergubernemental más importante de las que se ocupan en asuntos commerciales es el G.A.A.T. Pues bien, el secretario general de la Conferencia ha dicho textualmente : « El G.A.A.T. no ha contribuído a crear el nuevo orden de cosas que responda a las exigencias del desarrollo, ni ha podido cumplir tampoco la tarea inasequible de restablecer el que antes existía. » Hacemos nuestra esta conclusión del secretario general. Las premisas de las que se derivó la creación del G.A.A.T. ya no son válidas. Y como no puede resolver el problema del momento presente, se hace necesaria la creación de una nueva institución.

— *¿Una palabra final?*

— Lo que se ventila está claro. Ha llegado el momento de emprender una acción positiva y lanzar en común un ataque contra todos los problemas que abruman al comercio y al desarrollo internacionales. Millones de seres humanos albergan una gran esperanza en el resultado de esta Conferencia. Millones de seres humanos de los países en desarrollo anhelan simplemente llegar a un nivel de vida decente, asegurar siquiera su mera existencia. Nuestra época goza de realizaciones científicas y tecnológicas de tal magnitud que no hay motivo alguno para que millones de personas de los países desarrollados carezcan de trabajo. No hay motivo para que en este decenio prevalezcan la pobreza, la enfermedad ni la ignorancia. Lo que se necesita es buena voluntad y cooperación internacional para fomentar la paz, el progreso y la prosperidad. Tal es la empresa que hemos de acometer. Tal es la empresa de nuestro tiempo.

CON EL DELEGADO DE NIGERIA

EN CADA EPOCA hay una revolución por hacer, un mensaje por transmitir y una contribución que aportar al progreso humano. Recae en nosotros y en nuestra época el hacer una revolución pacífica en el comercio y en las relaciones económicas internacionales, para beneficio, no sólo de nuestra época, sino también de la posteridad. »

Con esas palabras, dichas en un inglés claro, lento y bien articulado, el representante de Nigeria, señor Bukar Dipcharima, terminaba su notable exposición en una sesión plenaria de la Conferencia sobre Comercio y Desarrollo, en Ginebra.

Era interesante hacer un cuestionario de preguntas que ciñesen algunas de las afirmaciones del representante de Nigeria y

al par hiciesen destacar en puras cifras numéricas las pruebas con que el orador apuntalaba sus argumentos.

— *Ha dicho usted en la Asamblea, señor Dipcharima, que la tendencia de los precios mundiales ha ido en contra de los productos primarios. ¿Podría usted concretar con cifras esa afirmación?*

— Los esfuerzos hechos por los países en desarrollo con miras a su desenvolvimiento económico van acompañados de una rápida expansión de las *importaciones,* mientras las *exportaciones* quedan rezagadas tanto en volumen como en valor. Teniendo presente que por lo menos un 90 p. 100 de los ingresos por concepto de exportación de los países en desarrollo proceden de productos primarios, esa tendencia de los precios mundiales ha significado un grave empeoramiento de su relación de intercambio. Los riesgos de esta situación se demuestran con el hecho de que mientras el precio de exportación de los productos manufacturados registró un *incremento* del 9 p. 100 desde 1953 a 1960, el precio de exportación de los productos primarios *bajó* en un 6 p. 100 aproximadamente durante el mismo período. Esta tendencia negativa de la relación de intercambio es suficiente para anular casi todos los efectos de la ayuda extranjera.

— *¿Afectan seriamente esos riesgos a las exportaciones e importaciones de Nigeria?*

— Deseo citar un ejemplo: entre 1948 y 1961, mientras el valor de nuestras exportaciones creció tan sólo en un 173 p. 100, el valor de las importaciones aumentó en el 447 p. 100. La situación es aún peor si examinamos cada uno de los importantes productos de exportación de mi país. Entre los años 1954 y 1962, por ejemplo, el valor unitario de nuestras exportaciones de cacao y cacahuete ha ido bajando de 70 libras esterlinas a 61, y de 399 a 171 libras esterlinas por tonelada, respectivamente. Así se da el caso de que, mientras en 1954 exportamos 428.000 toneladas de cacahuete con un valor total de treinta millones de libras esterlinas, en 1958 una mayor exportación de 513.000 toneladas rindió sólo un valor de menos de veintisiete millones de libras esterlinas.

— *Nigeria es un país productor de cacao. ¿Han encontrado ustedes colaboración entre sus consumidores cuando oscilaron los precios?*

— A mediados del decenio de 1950, el precio del cacao subió hasta alcanzar el precio de unas 500 libras por tonelada; los principales consumidores, presas del pánico, advirtieron que los precios tenían que ser estabilizados a un nivel más razonable si no se quería que la situación se hiciera incontrolable. Los productores comprendimos su preocupación y nos mostramos dispuestos a cooperar. No obstante, cuando los precios se hundieron a menos de 200 libras por tonelada y buscamos la cooperación de los consumidores para estabilizar los precios a un nivel más productivo, se nos conminó a que dejáramos las cosas libradas a las fuerzas del mercado libre. Hechos como éste provocan sinceras dudas en el ánimo de los países en desarrollo. Esperamos que esta Conferencia elabore una fórmula satisfactoria para hacer frente a esas extrañas fuerzas económicas.

— *En su intervención en la Asamblea ha aludido usted al hecho de que los países en desarrollo consideran que han estado subvencionando y garantizando el crecimiento económico y el alza del nivel de vida de las naciones industrializadas avanzadas. ¿Cuál es la finalidad concreta y práctica de esa exposición?*

— Recordar a las naciones industrializadas del mundo que las naciones en desarrollo no están implorando piedad ni pidiendo limosna. Todo el que haya estudiado imparcialmente la historia reconocerá, sin duda alguna, que la gloria, la prosperidad y la influencia de las naciones industrializadas avanzadas fueron construídas con los recursos de los que hoy son países en desarrollo. Y estos países piden únicamente que se reconozca tal hecho y que no se les siga excluyendo del pleno disfrute de sus propios recursos.

— *¿Cuál es la actitud de los países en desarrollo ante una aportación de capital extranjero?*

— Casi no hay país en desarrollo que no agradezca la inversión extranjera y los conocimientos técnicos que la acompañan. Muchos países en desarrollo se han tomado molestias considerables para ofrecer generosísimos incentivos a los inversionis-

tas extranjeros. Pero, por razones históricas, las estructuras arancelarias de los países en desarrollo tienen por principal objeto obtener ingresos que sostengan la economía. En la mayoría de las concesiones que hace, un país pierde un ingreso que verdaderamente necesita. Por consiguiente, desea estar seguro de que el ingreso perdido lo va a recuperar con unos ahorros fijos en divisas y con beneficios concretos para el crecimiento económico y social. La inversión extranjera será de lo contrario negativa y hasta perjudicial.

— *¿Qué decisiones apremiantes y concretas le gustaría a usted esperar de esta Conferencia sobre Comercio?*

— La creación de una institución —si no fuese posible adaptar o reorganizar ninguna de las instituciones existentes— que no sólo vaya a la raíz del problema del déficit del intercambio, sino que también se ocupe enteramente de todos los países. Y en particular, esta Conferencia tomará sin duda decisiones concretas y apremiantes en relación con lo siguiente :

1° *Productos tropicales de los países en desarrollo:* Los países desarrollados deberían exonerar inmediatamente de derechos la importación de esos productos. En todo caso lo deberían hacer dentro del plazo de un año a partir de la fecha de esta Conferencia.

2° *Exacciones fiscales :* Los impuestos internos y las exacciones fiscales a que están sometidos los productos tropicales de los países en desarrollo se deberían reducir progresivamente con miras a su completa eliminación en el plazo de dos años a partir de la fecha de esta Conferencia.

3° *Manufacturas y semimanufacturas :* Habría que suprimir rápidamente las barreras aduaneras y no aduaneras.

4° *Plan de compensación :* Para hacer frente a la escasez de ingresos de exportación de los países en desarrollo, se necesita urgentemente un plan general de compensación.

5° *Reciprocidad :* Habría que liberalizar los principios de reciprocidad y la cláusula de nación más favorecida con respecto a los países en desarrollo.

6° *Fletes y otros gastos :* Se necesita urgentemente una acción internacional para mejorar la cuenta invisible de la balanza de pagos de los países en desarrollo, pues mientras los precios de sus exportaciones han tendido a disminuir, los fletes, los seguros y los derechos bancarios sobre sus exportaciones han aumentado continuamente.

— *Ultima pregunta : ¿Se siente usted optimista?*

— Tengo la firme convicción de que, con el espíritu de cooperación que anima a todas las partes y con la decisión de hacer algún sacrificio en interés de la humanidad entera, hemos de alcanzar buen éxito. Tenemos el ineludible deber de hacer que esta acción tenga el resultado positivo que merece. No podemos fracasar.

EL REPRESENTANTE DE KENIA

NO HE PODIDO REUNIRME con el representante de Kenia, señor Kiano. Le he oído exponer en la Asamblea los problemas de su país cuya independencia, como hizo constar, puede contarse todavía en meses, no en años. Expuso que los economistas —y él declaró ser uno de ellos— convienen a menudo en la *naturaleza* de los problemas que tienen ante sí, pero que, en cambio, discrepan sobre la *forma de resolverlos*. Y con sutileza expresó su confianza en que pueda evitarse tal cosa en la Conferencia, « a pesar de que muchos de los aquí presentes sean economistas ».

El señor Kiano, como sus colegas del Africa ecuatorial, dijo que era un hecho alentador el reconocimiento por parte de todos de que las nuevas naciones no han venido a pedir obras de caridad, sino medidas que converjan en el interés económico del mundo entero, tanto de los países desarrollados como de los países en desarrollo. Y se preguntó por qué, con tantas pruebas de buena voluntad, el progreso parece a menudo tan lento.

Refiriéndose a la estabilización de los precios de productos agrícolas de los países en desarrollo, abogó por un nivel remunerador con el cual puedan llevarse a cabo los planes de desarrollo en esos países. Como Kenia cuenta con una economía agrícola diversificada que produce productos tropicales y de zona templada, podrá

evitar los peligros inherentes a las economías de monocultivo, pero la propia diversidad que permite su variedad de suelos y climas indica la complejidad de problemas que la nueva nación tendrá que afrontar. « En la esfera de la producción de productos agrícolas de zonas templadas, nos encontramos en competencia directa con algunos países desarrollados, como un enano entre los gigantes del comercio internacional », ha declarado paladinamente el señor Kiano. Y como los productos agrícolas de Kenia no se dan en cantidad suficiente —ni siquiera triplicando la producción— para que tenga efecto o influya sobre los precios mundiales, el país está a merced de las fluctuaciones de precios de los productos básicos en aquellos mercados de importación de los que Kenia espera conseguir sus medios de vida.

Particular interés tuvo la intervención del señor Kiano al referirse al régimen de tributación vigente en ciertos países y a los métodos de control sobre el comercio, que permiten manipulaciones de los precios de venta dentro del país para regular y a veces restringir la demanda de los consumidores. A ese efecto se refirió al Acuerdo Internacional del Café. Kenia adhirió a ese Acuerdo, dice el señor Kiano, « por falta de otra salida aceptable » ; pero habiendo inducido a sus agricultores —antes de suscribirse el Acuerdo— a plantar más café, se encuentra ahora en el duro trance de que le digan que limite los cultivos. Pero el café es el principal producto de exportación de Kenia. El país, al restringir todo aumento de su producción de café, compromete su posición económica.

En este punto, el que escribe estas líneas recuerda la experiencia que le refirió un escritor y economista colombiano que asistió a las conferencias de la FAO en Italia. A mi comunicante le sorprendía que los europeos y los norteamericanos estimulasen a los líderes de los nuevos países de Africa a plantar café, cuando ya la retención de café en los depósitos del Brasil y de Colombia, para no arruinar el mercado, era tan grande como la producción total de un año de café en el mundo. Europeos y norteamericanos siguen manteniendo esa política. Hoy la retención alcanza como a la producción de dos años de café en todo el mundo. En consecuencia, aunque Africa produzca ahora un café más barato, a la larga acabará por crearse una situación crítica ella misma. Mi comunicante se felicitaba de que, al fin, Africa y América Latina —que siempre presentaron sus problemas separadamente en Europa— puedan establecer un diálogo directo en Ginebra, una amplia confrontación de circunstancias, sin intermediarios. Naturalmente, concluía mi amigo, aunque son muy distintas las circunstancias de los países latinoamericanos y de los africanos, fatalmente el desarrollo agrícola de esos países, si se orienta en el sentido de que produzcan aproximadamente las mismas cosas, tiene que conducir a un choque de las dos economías, « y es que los bloques de países ricos tratan de resolver sus problemas con los grupos de antiguas colonias que han dominado tradicionalmente ».

En esta línea se ha manifestado también el representante de Colombia, señor Lleras Restrepo, en una intervención en francés, suave de forma y asombrosamente enérgica de fondo, de que me ocuparé en otra crónica.

El señor Kiano concretó una serie de puntos vitales : el acceso a los mercados, las negociaciones sobre aranceles con miras a eliminar barreras comerciales, un drástico reajuste de los principios económicos clásicos de la oferta y la demanda, y especialmente el problema de la inversión. En los países en vías de desarrollo —ha dicho el representante de Kenia— se está frecuentemente a merced de inversionistas extranjeros que, haciendo el juego de un país contra otro, esperan obtener de los países, en desarrollo, y a menudo obtienen, concesiones que en realidad no pueden otorgarse. Y las ventajas que eso depara al país son frecuentemente mínimas comparadas con el provecho que recogen los inversionistas extranjeros. A ese respecto, el señor Kiano ha formulado dos sugestiones: en primer término, que se establezcan normas internacionales referentes al estímulo de las inversiones y a las concesiones, para permitir a los países en desarrollo defenderse de la brutal competencia actual en pos de las inversiones extranjeras ; en segundo lugar, considerar algunas fuentes

de inversión internacionalmente dirigidas tanto para el sector privado como para el sector público, de suerte que los países en desarrollo no queden totalmente a merced de las especulaciones del inversionista extranjero. Y refiriéndose a las tarifas de fletes, señaló la circunstancia sorprendente de que la industria del cemento de Kenia debe abonar a través del Océano Indico fletes que son casi lo doble de los fletes establecidos para el transporte en dirección opuesta, « con lo cual se beneficia de las tarifas más bajas a uno o dos de los países altamente desarrollados ».

Oyendo a estos hombres nuevos del corazón de Africa exponer sus problemas en las orillas del luminoso lago Lemán, en una noble ciudad del corazón de Europa, se acusan y clarifican en el aire los viejos versos de Rafael Alberti : « ...han hecho al fin que suene esa hora en que el mundo va a cambiar de dueño. »

Retrato de un dictador: Benito Mussolini

POR LUIGI BARZINI

UN ANTIGUO SOCIALISTA DE BOLONIA, Aldo Parini, hombre modesto que había sido buen amigo de Mussolini en los años mozos, solicitó verle poco antes de la última guerra. El Duce le recibió en el Palacio Venecia. Parini no quería pedirle nada par él personalmente. Tenía un empleo y ya no le interesaba la política, según decía. Pero intercedió cerca del dictador para que ayudase a uno de sus antiguos camaradas, bueno y honrado, que había luchado con ellos en las batallas sostenidas por los socialistas a principios de siglo, y que entonces se hallaba en la miseria, imposibilitado de trabajar y perseguido por la policía. ¿No podía ordenar que le dejaran en paz? ¿No le sería posible conceder a los más viejos y pobres de ellos una pequeña pensión de algún fondo secreto? Mussolini gustaba de presentarse como un príncipe magnánimo y poderoso. Aseguró a su antiguo camarada que se haría todo lo que le había pedido y anotó los nombres de los socialistas necesitados. Después se puso a hablar de cosas de carácter general.

« Llevaba un traje de lienzo blanco. Era verano. Su cara estaba tostada por el sol », me explicó años más tarde el viejo socialista, después de la muerte de Mussolini. « Fanfarroneaba, hacía muecas, avanzaba el mentón, doblaba las rodillas con las manos apoyadas en las caderas, como solían hacerlo los oficiales de caballería, todo ello de muy buen humor. Recordó algunos amigos mutuos ya olvidados. Se jactó de las proezas realizadas por su régimen. Yo no hablaba. Después me dijo : « Eres un loco porfiado, no queriendo unirte a nosotros. ¿Por qué no ingresas en el Partido Fascista ? » Me sentí tentado de aceptar; estaba cansado de vivir separado del resto de mis compatriotas. Él me hubiese dado inmediatamente un carnet del partido. Yo hubiera resuelto muchos problemas. No obstante, preferí permanecer fiel a las ideas de mi juventud, y dije que no. Me sentía feliz en mi situación y no necesitaba nada. Él insistió. Al fin, solté todo lo que bullía en mi cabeza, y le dije : « Este régimen tuyo me parece que acabará mal. Estas cosas siempre terminan así. Benito, tú morirás como Cola di Rienzo » (1). Al oír estas palabras que yo creía seriamente pero que dije en tono de broma, Mussolini hizo una de sus muecas expresando

(1) Cola di Rienzo (1313-1354), llamado por Bulwer-Lytton « el último de los tribunos romanos », fracasó en su segunda tentativa para usurpar el poder y trató de evadirse del Capitolio. Fue reconocido por las joyas de oro que llevaba, y luego le mataron y colgaron por los pies.

Byron le dedicó una parte de su *Child Harold* ; Wagner compuso la ópera *Rienzi*, y D'Annunzio compiló su biografía. En el carruaje de Napoleón, cuando se abría camino a duras penas después de la retirada de Moscú, había un ejemplar de un libro titulado *Conjuration de Nicholas, dit de Rienzi* (París, 1733).

un fingido horror ; después se echó a reír y se miró las manos tendidas delante de él, con los dedos muy separados. Eran las manos cortas y gruesas de un campesino. Nunca olvidaré sus palabras : « Ves, yo no llevo sortijas ; eso no me sucederá... »

MUSSOLINI había nacido en Dovia di Predappio, cerca de Forli, en la provincia de Romagna, el 29 de julio de 1883. Su padre era herrador y ardiente revolucionario (un « socialista de la primera época », como había dicho alguien). Llamó Benito a su primer hijo, en recuerdo de Benito Juárez, el jefe de la rebelión mexicana contra Maximiliano. Su madre era maestra de escuela y había pasado una vida de sufrimientos. Benito fue educado en el odio a la Iglesia, al ejército, al rey, a los *carabinieri*, a la ley, a los ricos, a las personas bien educadas y limpias, a los que habían triunfado en la vida, a toda clase de autoridades, es decir a todas las cosas que, más adelante, habría de defender y a veces detestar, incluso a los revolucionarios proletarios, porque le habían defraudado ; a menudo les llamaba « socialistas mentecatos ». Era un muchacho turbulento, decidido a ser el primero en todo, orgulloso, pendeneciero, fanfarrón, supersticioso y no siempre muy valiente. Un biógrafo amigo suyo escribió : « Provocaba algaradas por el gusto de pelear ; cuando ganaba en el juego reclamaba más de lo que había apostado, cuando perdía se negaba a pagar. » Fue expulsado de dos escuelas por haber herido con una navaja a dos condiscípulos. Muchos de sus compañeros le odiaban. Algunos le querían profundamente, casi con fanatismo, y le seguían como a un guía. Los viejos de la Romaña recuerdan aún su brutal encanto infantil, sus sonrisas seductoras y su vehemente lealtad para con sus amigos y partidarios. Siempre estuvo convencido de que le estaba reservado un destino grandioso. « Un día —decía a su madre, cuando era todavía pequeño— haré temblar la tierra. » Y lo cumplió.

En 1901 se hizo maestro de escuela. Al año siguiente huyó a Suiza, para evitar el servicio militar : en aquel tiempo esto era un deber para un revolucionario serio. En Lausana intentó una o dos veces formar realmente parte de la clase obrera colocándose como campesino, pero descubrió que no le gustaba el trabajo duro. Prefería leer literatura revolucionaria y hablar. Leía con voracidad y sin hacer distingos, generalmente obras de rebeldes premarxistas o no marxistas, incluso Nietzsche, Sorel y Schopenhauer. De Marx sólo había leído, al parecer, el *Manifiesto*. Predicaba la violencia a sus paisanos —ateísmo, lucha de clases, el « mito de la huelga general » y la revolución por la revolución— sin hacer distinción alguna. La mayor parte de aquellos a quienes se dirigía eran pobres albañiles inmigrantes ; y tanto les impresionó que le eligieron secretario de su sindicato. Buscó la compañía de otros revolucionarios, que en aquel tiempo eran sobre todo nihilistas rusos, anarquistas y socialdemócratas. Le llamaban afectuosamente Benituchka ; él se denominaba a sí mismo, más dramáticamente, « apóstol de la violencia ».

Nunca se lavaba, raras veces se afeitaba, llevaba sus cabellos ralos muy largos sobre el cuello y vivía donde podía. Una vez habitó en una caja de embalaje debajo de un puente, junto con una muchacha. La policía le vigilaba y le detuvo varias veces. Angélica Balabanova, la socialista rusa, hizo amistad con él y durante algún tiempo sucumbió a su encanto. Creyó adivinar que bajo su lenguaje bravucón, blasfemo y rebelde, se ocultaba un hombre tímido, que se sentía molesto cuando se hallaba en presencia de personas que suponía superiores social o intelectualmente. En realidad se observaba e iba ensayando su gran papel a medida que lo inventaba, complaciéndose en él como un buen comediante. Ninguno de los revolucionarios serios que había entonces en Suiza estaba tan visiblemente asustado como él. En todo caso, no podía decirse esto de Lenin, que representaba el papel de pequeño profesor con gran aplicación.

Mussolini regresó a Italia en 1904. Al nacer un heredero del trono, el rey había concedido una amnistía. Benito Mussolini se hizo maestro de escuela, sirvió en el ejército como *bersagliere* (resultó finalmente un buen soldado), obtuvo otro diploma de profesor de francés en un instituto de segunda enseñaza y trabajó en las cosas más heterogéneas, como periodista, agitador y

organizador socialista. Empezó a mejorar su elocuencia ; poco a poco fue desarrollando una técnica que iba a convertirle en uno de los mejores y más emocionates oradores de Italia. Se preocupaba poco de la lógica y de la verdad de lo que decía ; le bastaba con mostrarse enérgico e incitante. Sus ademanes tenían ritmo y vigor. Empleaba frases breves y cortantes, sin clara conexión entre ellas, separadas con frecuencia por largos y dramáticos silencios, cambiando a veces de voz y de expresión, en un *crescendo* de violencia, y terminando con un huracán de vituperios. Cuando el auditorio se dejaba arrastrar por su elocuencia, solía detenerse para dirigirle preguntas retóricas. El público le contestaba rugiendo. De este modo se establecía una especie de diálogo apasionado, gracias al cual los espectadores se comprometían con decisiones sobre las que no tenían tiempo para reflexionar. Gracias a sus escritos violentos y a su elocuencia incendiaria fue elevándose en la organización del partido socialista, hasta que en 1912 fue nombrado director del órgano del partido, *Avanti*.

En este cargo tuvo excelente éxito. La circulación del periódico pasó de 50.000 ejemplares a 200.000 bajo su dirección. El papel de periodista fue uno de los pocos de su vida que no hubo de fingir, por ser verdaderamente periodista innato, tal vez el mejor periodista popular de aquellos días en Italia. No se dirigía a la minoría culta y serena, sino a las masas prácticamente analfabetas, que se dejaban arrastrar fácilmente por sus emociones primarias. Las mismas cualidades que hicieron de él un excelente director populachero, le convirtieron en un desastroso hombre de Estado : su inteligencia intuitiva y superficial, su aptitud para simplificar al extremo y dramatizar, su interés momentáneo sólo por los hechos de más relumbrón, un criterio partidista, el desprecio por la verdad, la exactitud, la objetividad y la coherencia, cuando éstas contrariaban sus propósitos, su talento para realizar su misión sin que le paralizaran los escrúpulos, las dudas o las críticas y, sobre todo, su aptitud instintiva para cabalgar sobre la ola emocional del día, cualquiera que fuese, para saber lo que deseaba oír el pueblo y conocer las viles pasiones colectivas que podían arrebatarle. Si los italianos hubiesen sido tan aficionados a leer periódicos como los ingleses, *Avanti* hubiese alcazado fácilmente una circulación de dos o tres millones de ejemplares. Dada la mentalidad del país, 200.000 ejemplares representaban un milagro.

Se trasladó a Milán con su familia, formada por su compañera Rachele (en aquel tiempo, los socialistas se negaban a reconocer la existencia de la Iglesia y del Estado, y se « casaban » prescindiendo de toda ceremonia civil o religiosa), que era la hija más joven de la amante de su padre, y su hija Edda, que tanto se le parecía, con sus grandes ojos negros y su cara pálida y huesuda. Vestía algo mejor que el « apóstol de la violencia » de la época de Lausana. Seguía lavándose raras veces, sólo se afeitaba dos días por semana, llevaba siempre el mismo traje, hasta que estaba hecho jirones y no se preocupaba de atarse los cordones de los zapatos. Hacía extrañas muecas cuando hablaba, empleaba palabras violentas imposibles de imprimir, tenía un carácter impaciente, pero sabía arreglárselas, como en sus años escolares para ganarse amigos fieles y partidarios fanáticos, algunos de los cuales permanecieron a su lado hasta el fin.

Había algo en él que asustaba y fascinaba casi a todo el mundo, incluso a algunos de sus enemigos. La mayoría de las personas que le conocían bien, que hablaban con él a menudo o que trabajaban para él, eran víctimas de su encanto inexplicable. Los hombres se enamoraban literalmente de él, como si hubiese sido una mujer, ciegamente, sin razonar, dispuestos a perdonárselo todo : su rudeza, sus errores, sus mentiras, su engreimiento, su obstinación y su ignorancia. Uno de los hombres que había trabajado para él desde 1914, Manlio Morgagni, se suicidó en julio de 1943, después de escribir estas palabras en un trozo de papel : « El Duce ha dimitido. Mi vida ha terminado. ¡Viva Mussolini! » También había seducido a muchas mujeres. Las trataba brutalmente, como había hecho con las jóvenes campesinas de Forli, algunas veces forzándolas a entregarse, sin explicaciones preliminares

sobre el duro suelo de su despacho o de pie, arrimándolas a la pared. Sólo algunas de ellas adivinaron su timidez, su falta de seguridad, su afán de admiración y de afecto. Estas duraron algo más. A las otras, hipnotizadas y aterradas, no tardaba en echarlas de su lado.

La primera impresión que me produjo años después, en 1932, en el curso de unas maniobras militares fue más bien de desconcierto. Llevaba una gorra blanca de « yachtman », con un cuello de pajarita, la americana color de avellana con doble botonadura, propia de un hombre de negocios, pantalones de montar de un gris verdoso, como los militares, y botas negras. Parecía un director de circo fuera de las horas de servicio. Es posible que su indumentaria estuviese destinada a simbolizar la multiple variedad de sus intereses : caballos, negocios, el mar, la vida económica de la nación y el ejército. Parecía pequeño, gordo, brutal y testarudo. Recuerdo su cabezota calva de color de marfil, su mandíbula saliente, su dentadura amarilla muy helgada (signo de buena suerte, según la creencia popular), una pequeña excrecencia en forma de patata, en el cráneo y un gran lunar negro debajo de la barbilla. Agitaba los brazos y las piernas a la manera de los luchadores, para hacer sentar mejor el traje.

Entonces escribí en mi diario : « Es el maquinista en la locomotora y nosotros los viajeros del tren. ¿Será capaz siempre de ver si los puentes sobre los que avanza siguen en pie o han sido arrastrados por las aguas? Esperemos que todo sea para bien. » Es cierto que yo no había estado expuesto a su encanto, porque nunca había hablado con él. Sólo le había estado observando durante varios días, a poca distancia, en los puestos de mando del ejército. Por supuesto, él desempeñaba el papel del hombre de voluntad indomable, a quién, según proclamaban entonces por toda Italia grandes letreros negros que se veían en las paredes de las casas de las aldeas, « *ni Dios ni los hombres doblegarán* ». En realidad era lo que fue siempre : obstinado, sordo a toda crítica, porfiado, desconfiado, pero al mismo tiempo inestable, indeciso casi siempre, dispuesto a adoptar la última opinión que oía. Trataba de disimular su irresolución y su miedo. Y para saberlo era yo todavía demasiado joven. Le tomé por lo que aparentaba.

Indudablemente se mostró irresoluto durante el fatídico verano de 1914. Italia estaba ligada a los imperios austríaco y alemán por la Triple Alianza. El ala derecha, los conservadores, los generales, el mundo de los negocios y de la finanza y el gobierno eran partidarios de mantenerse en una estricta neutralidad. La gente joven, los artistas de vanguardia, los sindicalistas, los anarquistas, los estudiantes, los republicanos, los demócratas, los nacionalistas, los violentos de la derecha y los socialistas más moderados preconizaban, por razones distintas, la guerra al lado de Francia y de la Gran Bretaña. Como de costumbre, las doctrinas socialistas no eran una pauta muy segura. Los obreros hubieran debido oponerse a una guerra capitalista, pero tenían el deber teórico de estimular una catástrofe que habría de acelerar la revolución proletaria. El director de *Avanti* repitió, al principio, las viejas consignas : « ¡Abajo la guerra! ¡Abajo los armamentos! ¡Viva la hermandad internacional de los trabajadores! » Denunció a los belicistas. Organizó un referéndum entre los lectores : « ¿Sois partidarios de la guerra o de la paz? » Tituló uno de sus violentos artículos : « El que nos empuje a la guerra nos traiciona. » Pero después el periodista que había en él empezó a vacilar, al sentir que iba a perder a sus seguidores si continuaba apoyando la cautelosa política del gobierno. El pacifismo era impopular entre los que él pretendía dirigir : la joven generación de rebeldes. Al cabo de unos meses, el 18 de octubre de 1914, sin esperar las órdenes de los jefes del partido ni consultarles, publicó un editorial incitando a la guerra. Inmediatamente fue destituído de su cargo y expulsado del partido en el curso de una reunión tormentosa. Salió gritando dramáticamente : « ¡Me odiáis porque os es imposible no amarme! »

Con capital extranjero e italiano fundó un nuevo periódico de su propiedad, *Popolo d'Italia,* que empezó a publicarse el 14 de noviembre. Inmediatamente se esforzó por agrupar a su alrededor

más partidarios de los que tenía cuando dirigía *Avanti,* y por conquistar más lectores. Italia entró en la guerra el 24 de mayo de 1915. Él también fue a la guerra cuado movilizaron su cupo y sirvió como cabo de *bersaglieri* hasta que fue herido. (Se observó que andaba por Milán con muletas, cuando ya no las necesitaba.) Después de la contienda, cuando la frágil estructura de la unidad política italiana se vio amenazada por la guerra civil, las dificultades económicas y el derrumbamiento del sistema de gobierno existente, empleó su periódico para dar salida a todas sus pasiones y reunir a los veteranos exaltados de todos los partidos que encontraban dificultades para reincorporarse a la monótona vida civil ; había también jóvenes que se consideraban defraudados por no haber participado en la guerra y todos los que habían deseado una revolución, siempre que no fuese socialista o marxista. El 23 de marzo de 1919 fundó en Milán una cosa llamada *I Fascii,* organización vaga pero bien decidida que adoptó un programa fiero y contradictorio ; tan contradictorio, en efecto, que atrajo a todos los insatisfechos e inquietos de la derecha y de la izquierda, anarquistas y conservadores, hombres de negocios y artistas. Arturo Toscanini fue uno de ellos. La confusión del programa reflejaba la inteligencia desordenada pero brillante del jefe, su falta de principios y su irresolución perenne. Aquí y allá, en otras ciudades, en las provincias, en las aldeas, partidas de jóvenes se lanzaron a la calle para combatir contra los socialistas y los comunistas. El movimiento encontró pronto el apoyo de los conservadores. Las luchas callejeras se convirtieron en un hecho corriente.

Mussolini era considerado generalmente como el jefe truculento y arrogante de todo ello, el hombre que dominaba la tormenta. En realidad sentía una secreta incertidumbre : como solía ocurrirle estaba devorado por toda clase de dudas. Pero supo guardar las apariencias. La expresión de su rostro era resuelta. Se enfurruñó y apretó los dientes. Su mesa de trabajo en el *Popolo d'Italia* estaba cubierta con un arsenal de armas, granadas de mano, pistolas de varios calibres, mosquetones y puñales. (Hasta el final de su carrera fue aficionado a las armas. En la antesala de su despacho en el Palacio Venecia había a menudo un par de pistolas y de sables de duelo para intimidar a los visitantes.) Sus artículos estaban erizados de insultos contra los discretos y los tímidos. Solía ponerse una camisa negra como sus adeptos (2). Escribía artículos arrogantes, amontonando los dicterios contra hombres de Estado graves y prudentes, desafiando a sus enemigos, augurando un glorioso porvenir para el partido. Pero nunca tomó parte personalmente en los alborotos callejeros. Maniobrando detrás de la escena, manteniendo hábilmente todas las puertas abiertas, negociaba con los conservadores y los socialistas —al mismo tiempo que combatía ambas fracciones—, con los monárquicos y los republicanos, con el gobierno y la oposición. Dio pruebas de su genio manteniéndose a la cabeza de un partido de masas compuesto de facciones muy distintas, arreglándose siempre para derrotar a sus posibles rivales, y así prosiguió hasta el fin, veinticinco años después.

Nada de esto se advertía a cierta distancia. Su personaje público era una cosa —el jefe sin miedo, que desafiaba el peligro, al frente de sus combatientes— y su personaje privado otra distinta, pero sólo lo advertían unos cuantos (Esta discrepancia era conocida, naturalmente, de su esposa Rachele quien más adelante solía lamentarse, como me dijo hace muchos años uno de sus hijos : « Sometes a tu voluntad a cuarenta millones de italianos y no eres capaz de hacerte obedecer por tus hijos.») Los dirigentes de su partido que organizaron la marcha sobre Roma, en octubre de 1922, conocían bien su carácter indeciso. Balbo le dijo : « Vamos a ir contigo o sin ti. Decídete. » Se quedó prudentemente detrás, en Milán, mientras las camisas ne-

(2) La costumbre italiana de llevar una camisa de un color determinado como uniforme político fue iniciada por Garibaldi en Montevideo, en 1843, donde organizó la Legión Italiana que después luchó por la independencia del Uruguay, vistiendo las camisas rojas, de saldos confeccionadas anteriormente para los obreros del matadero. En Italia, los empleados de los ferrocarriles, de las fundiciones de acero y de las tiendas de maquinaria solían usar camisas negras.

gras se desparramaban bajo la lluvia por la capital, sin encontrar oposición alguna. Él llegó al día siguiente, en un compartimento de coche-cama, después de haber sido convocado por el rey para celebrar una consulta. Se presentó en el Quirinal simbólicamente vestido con un chaqué muy ceñido que le habían prestado, botines de paño y una camisa negra : era una mezcla de tradición y de revolución. Y dijo : « Que Vuestra Majestad me perdone por venir con camisa negra ; pero acabo de llegar de la batalla que hemos tenido que librar, afortunadamente sin que se haya derramado sangre... »

La carrera de Mussolini está envuelta en un misterio inquietante. Fue dictador de Italia durate unos veinte años : exactamente desde el 28 de octubre de 1922 hasta el 25 de julio de 1943. Dos decenios representan casi el tiempo que separa dos generaciones, los años necesarios para que los niños que van a la escuela se conviertan en hombres y para que los hombres maduros lleguen a viejos. Él tenía treinta y nueve cuando tomó el poder y cumplió sesenta pocos días después de abandonarlo. Al final dirigía un país distinto del de la época en que había conquistado el poder ; un país nuevo que él había formado de acuerdo con sus deseos, organizado de conformidad con sus teorías, con un equipo de hombres preparados y seleccionados por él y sus lugartenientes. Sus poderes eran ilimitados : donde terminaban sus prerrogativas legales, empezaban su autoridad indiscutida y su inmenso prestigio personal. Dirigía el único partido político que existía oficialmente, tan sutil y diseminado que intervenía en la vida diaria de millones de personas, desde el amanecer hasta bien entrada la noche (deseaba que los italianos tuvieran cada día más hijos y concedía ventajas y premios a las familias numerosas) y desde la cuna a la sepultura. Él decidía del contenido de los periódicos, libros, revistas, programas de radio, películas y enciclopedias. No tenía que luchar con la oposición.

Era el único legislador, juez, censor, policía, embajador y general. Era el jefe del gobierno, presidente del Gran Consejo, presidente del Consejo de Ministros, y alguna que otra vez ocupaba la mayor parte de los asientos alrededor de la mesa de los consejos. A intervalos, fue durante años ministro del Interior, de Asuntos Exteriores, del Ejército, de la Marina y de las Fuerzas del Aire ; dirigía los asuntos económicos en su calidad de ministro de las Corporaciones. Intervenía indirectamente en los ministerios que no dirigía de manera personal. Todo había sido concebido por él como preparación para la última prueba : la mayor guerra mundial que se había conocido y que él no hizo nada por evitar, que previó minuciosamente con bastantes años de antelación y que acogió prácticamente satisfecho. Las fuerzas armadas que dirigía como jefe supremo habían sido organizadas, preparadas y pertrechadas por él para el conflicto ; estaban sostenidas por las organizaciones económicas e industriales que él había formado con ese único propósito ; estimulado por el mecanismo de la propaganda que había inventado y administrado durante dos decenios, dirigido por él durante la guerra a través de sucesivos movimientos estratégicos, concebidos y decididos por él y por los generales de su elección.

Fue vencido prácticamente por un solo hombre : él mismo. Se sintió impotente ante la cantidad abrumadora de enemigos que había provocado y frente al arrogante aliado que había alentado y cultivado, sin contar más que con los escasos recursos que había preparado por sí propio, las industrias que había fomentado y las armas que había proyectado y construído. Se encontró en las astas del toro como ministro de Asuntos Exteriores por haber calculado con excesivo optimismo su capacidad para dominar la situación mundial ; como ministro de las Fuerzas Armadas había elegido mal los jefes, las estrategias y las armas ; como ministro del Interior subestimó la voluntad del pueblo italiano para sufrir y morir por una guerra que no había comprendido ; como ministro de Propaganda había acabado por creer lo que decían sus propios periódicos, y como jefe del Partido Fascista creía, en su volubilidad, haber encontrado soluciones para todos los problemas del mundo moderno.

Los artilleros italianos disparaban en el

desierto occidental con cañones austríacos conquistados en la primera guerra mundial (y fabricados por Skoda en 1908, poco más o menos), contra los modelos ultramodernos norteamericanos y británicos. Mussolini carecía de materias primas, combustibles y alimentos para resistir una guerra larga, y no disponía de una marina mercante para llevar suministros a los dispersos teatros de guerra en los que había decidido pelear, ya que muchos barcos italianos que se hallaban en aguas extranjeras, por no haber sabido que su país había entrado en la guerra, fueron inmediatamente incautados. Sus tanques eran pequeños, débiles, lentos y tan insuficientemente blindados que podían perforarse con balas de ametralladora. Los había escogido porque eran más baratos y, por el mismo precio, pudo obtener mayor número. Él decía que eran más rápidos que los modelos pesados, que se « armonizaban mejor con los rápidos reflejos de los soldados italianos ». No disponía de portaviones. Sus aviones eran buenos, pero insuficientes para poder contar con ellos, ya que no podía reemplazarlos con la rapidez necesaria. Eran juguetes bien ideados, modelos elegantes, laboriosamente ejecutados a mano por hábiles mecánicos, más adecuados para las revistas y desfiles de tiempos de paz que como productos bélicos que pudieran fabricarse rápidamente para que resultaran ventajosos. Su marina, que durante años había conservado cierta autonomía y había demostrado ser relativamente eficaz, no era ciertamente lo bastante copiosa ni moderna para resistir a las fuerzas combinadas de las flotas que atacaba. No tenía radar y, lo que es peor, nunca sospechó que pudiera existir semejante co- debido a esto los barcos italianos eran como patos en el agua para los barcos británicos, que tiraban con cañones de largo alcance lo mismo de día que de noche.

Al principio, el ejército se mostró disciplinado y con excelente espíritu. El clisé de los soldados italianos que huían no era exacto en los primeros tiempos. Los hombres se sacrificaban, hasta cuando ya vieron que todo aquello no era más que una broma macabra y sin esperanza. Por supuesto, nadie lucha de buena gana contra un enemigo superior. Las tropas hacían todo lo que podían, armadas sólo para una aventura colonial contra pueblos inermes y atrasados, pero no para hacer frente a los ejércitos más grandes, más ricos, más numerosos y modernos del mundo. La marina sacrificó sus barcos y la mitad de todos los oficiales en una tentativa desesperada para salvar el honor. Pero lo que faltaba a menudo en Italia no era el valor ni la voluntad de luchar, sino planes serios y buena organización detrás de los combatientes.

INCLUSO SI LA GUERRA no hubiese terminado en una catástrofe, los historiadores se habrían extrañado al ver los pocos beneficios concretos que se consiguieron en veinte años de gobierno fascista. ¿Qué había hecho realmente Mussolini durante ese tiempo? Había fomentado las obras públicas, claro está, construído puertos, ferrocarriles, carreteras, hospitales, autopistas, monumentos, acueductos, escuelas, riegos e instalaciones para desecación de pantanos, edificios públicos, puentes, etc. Algunas de estas cosas eran buenas y útiles: eran admiradas y causaban la envidia de amigos y enemigos. Y no obstante, ahora, retrospectivamente, el resultado de tanta actividad parece mezquino. Para conocer la medida exacta de todas sus proezas hubiera sido menester, ante todo, sustraer de la totalidad lo que hubiera realizado otro gobierno cualquiera en su lugar. Es difícil creer que sin un dictador las carreteras sucias no se hubieran recubierto de asfalto, como se hacía en toda Europa al mismo tiempo. Los gobiernos liberales anteriores al golpe de Estado fascista habían desecado ya algunos pantanos, construído carreteras y ferrocarriles, fomentado la industria en Italia, e incluso antes que ellos lo habían hecho ya los Borbones de Nápoles y hasta los ineficaces gobiernos de los Papas. Una vez restados del total todos los proyectos que hipotéticamente se hubieran realizado de todas maneras, las obras de Mussolini, sin dejar de ser importantes, quedan considerablemente reducidas. Y todavía se reducen más pensado que muchos de los proyectos eran simplemente errores decididos por razones espectaculares y de política más que con la esperanza de obtener resultados prácticos ; y ¡cuánto di-

nero no desapareció en los bolsillos de contratistas sin escrúpulos! En conjunto, el total de los aciertos fascistas en este aspecto parece no corresponder al ruido con que se proclamaron, la importancia que se les atribuyó y el coste en valores morales.

En realidad, detrás de este escenario de modernización e inversiones industriales había millones de italianos que seguían viviendo en medio de una mugre prehistórica, y la mayoría de los problemas fundamentales del país quedaban prácticamente sin resolver. Mussolini sólo resolvió uno : la paz con la Iglesia. Unos pocos problemas se fueron resolviendo solos con el transcurso del tiempo. En otros casos, sólo se atacaron los síntomas aparentes pero nunca las causas profundas, demasiado complicadas y oscuras para interesar a un jefe amigo del oropel, torpe, precipitado, que sólo se preocupaba de las cosas del momento. Los problemas que sólo un dictador hubiera podido resolver, los verdaderamente difíciles, se dejaron intactos, se agravaron más o tomaron mayor arraigo, como el del analfabetismo, el de la mafia, el paludismo, el bandolerismo, el atraso político y social de las provincias meridionales, la desigualdad en la distribución de la renta, la agricultura primitiva y la estructura industrial inadecuada.

Sus soluciones para muchas de las grandes dificultades de su época eran siempre algo optimistas y fáciles. Las primeras instrucciones que recibí cuando fui a incorporarme a las oficinas en Londres del *Corriere della Sera,* fueron estas : « No menciones la crisis económica mundial. » Eran sus propias palabras dirigidas a todos los periodistas, según su manera peculiar de resolver una de las mayores dificultades de la época. Recuerdo que me pregunté qué sucedería si la prensa italiana hubiera cesado de mencionar el Océano Atlántico : ¿se hubieran ahogado los italianos al tratar de ir a Nueva York en bicicleta? Cuando unos años después fui a Cerdeña, se me dijo que podía escribir acerca de todo, absolutamente de todo, salvo de los bandidos y del paludismo. Por aquel entonces eran los dos hechos más importantes de la vida de la isla, que podían mantenerse fácilmente apartados de los periódicos. Pero yo me preguntaba cómo cabía evitarlos en los documentos oficiales y en las estadísticas. Claro que no se evitaban, pero se les daba otros nombres. Los bandidos se llamaban *Latitalti* o fugitivos de la justicia, y el paludismo era *fiebre intermitente.* Mientras los problemas urgentes quedaban sin solución, se creaban en gran cantidad otros imaginarios cada año, y eran eliminados con éxito : se prohibió a los italianos estrecharse la mano (sólo estaba autorizado el saludo fascista), se abolieron las palabras extranjeras de los anuncios callejeros y del lenguaje corriente (la Pensión Miltón, de Roma, pasó a ser *Miltone*), y el pronombre de tercera persona singular *lei,* como forma de cortesía, fue estrictamente prohibido por la ley y suprimido en todas las gramáticas.

¿CUÁL ES LA EXPLICACIÓN de la inacción e ineficacia del fascismo, y por qué cayó? Mussolini no era estúpido. Aprendía rápidamente, era astuto, cauteloso y perspicaz. En pocos minutos era capaz de comprender una situación compleja, enfrentarse resultamente y con buen éxito con sus adversarios y habitualmente adoptaba por intuición las decisiones que cada caso requería. Quizás no trabajaba bastante. Me entró esta sospecha cierto día, hace muchos años, en Roma. Había hecho subir en mi coche a un soldado. « ¿A dónde vas? », le pregunté. « Al Palacio Venecia », contestó. Cuando quise saber la razón, me dijo sencillamente que era del mismo pueblo que la cocinera de Mussolini y había de entregarle un paquete que su familia le había dado para ella. « ¿Ves alguna vez al Duce? », le pregunté sin darle mucha importancia. Naturalmente, yo lo veía con frecuencia en mi condición de periodista, pero sólo en las ceremonias oficiales, rodeado de su séquito y vestido de uniforme. « ¡Oh, sí! —dijo el soldado tranquilamente—. Le veo mucho. Siempre está en la entrada, hablando con los chóferes y los porteros. » Quedé asombrado. Había dado probablemente con uno de los secretos de Estado más sombríos y misteriosos de la época. Ahora sabemos que se mantenía encendida la luz de su despacho hasta muy avanzada la noche, incluso cuando no estaba en él, cosa que ocurría con frecuen-

cia, para dar la ilusión al pueblo de que estaba despierto, ocupado en atender al bienestar del país. Así y todo, trabajaba.

Le gustaba trabajar. Sabía todo lo que ocurría en Italia (recibía las primeras noticias por la mañana, cuando iban a verle el jefe de la policía y el general que mandaba a los *carabinieri*) ; conocía a todo el mundo (gentes importates y sencillas que deseaban darse importancia y le visitaban varias veces al año), estaba al corriente de los menores secretos (los teléfonos se hallaban intervenidos no sólo para sorprender a los enemigos del régimen y descubrir los planes tortuosos de los emisarios extranjeros, sino también para procurarle chismes), leía todo lo que era fácil, periódicos, revistas, libros ; veía todas las películas y recibía a todos los extranjeros distinguidos que pasaban por Roma. Si no era el gran hombre de Estado que quería aparentar, era indudablemente un buen político, ocupado en las innumerables tareas de su cargo, y un buen periodista, al tanto de todos los acontecimientos y recogiendo informaciones para utilizarlas en el porvenir.

La explicación de su total fracaso es tal vez no haber fracasado en varios de sus propósitos. Perdió la guerra, el poder, el país, a su amante, su lugar en la historia y su vida, pero tuvo éxito en todo lo que se propuso realizar desde que se hizo cargo del poder. No fue ello dar la seguridad y la prosperidad a su país ; ni tampoco, claro está, organizar a Italia para sostener una guerra moderna y obtener la victoria. Había dedicado su vida a poner en escena una buena revista, una revista llamativa. Y se había arreglado para que le saliera sumamente bien. No podía comparársele con Cromwell, Washington, Bismarck o Talleyrand, sino con hombres como Ernesto Rossi y Tommaso Salvini, que eran actores eminentes, y con P.T. Barnum. Era un intérprete extravagante de los papeles heroicos, a la manera de los grandes trágicos del siglo XIX o de los barítonos de ópera. Paolo Monelli, autor del mejor libro sobre la vida de Mussolini, escribió :

« Los italianos veían en él solamente al tenor que les hacía delirar, del mismo modo que les habían entusiasmado, años atrás, Caruso y Tamagno. Como sucede con los tenores, saboreaban sus notas prolongadas y la melodía, sin prestar atención a las palabras ; pero si hubiesen escuchado más atentamente, no les hubiese sorprendido después la catástrofe. Él la había anunciado. »

Desempeñaba un papel versátil y multifacético, el de Mussolini, mezcla heroica de *condottiere* del Renacimiento, frío pensador maquiavélico, dirigente, como Lenin, de una minoría revolucionaria, dictador de espíritu acerado, déspota humanitario, Casanova enamorado y superhombre nietzscheano. Más adelante, añadió a su repertorio el genio napoleónico, con resultados bien conocidos y, poco antes de su muerte, adoptó el de socialista renovador de la sociedad. Pero no era nada de esto. Al final, como hacen los viejos actores, ya no se acordaba de quién era realmente, ni de lo que sentía, creía o deseaba. Ugo Ojetti, un erudito crítico de arte, escritor y hombre de buen gusto, que le quería, solía decir allá por 1930 : « Cuando le veo, no puedo menos de pensar cómo debe dolerle la cara por la noche cuando se acuesta.» Cualquier observador atento podía adivinar que tenía perfecta conciencia de hallarse constantemente en escena : andaba, se pavoneaba o daba zancadas como un actor de tragedia vestido a la antigua ; daba la vuelta sobre el talón de su bota, guarnecido de una espuela, como si arrastrara siempre una larga capa de púrpura. Nunca estaba cansado, pero tampoco daba la impresión de sentirse cómodo.

Su éxito parecía increíble. Tenía más simpatías en Italia que ningún otro personaje había tenido hasta entonces, y probablemente nunca habrá otro que le iguale en este aspecto. Se cortaban sus retratos de los periódicos y revistas y se pegaban en las paredes de las cabañas de pobres campesinos, al lado de la Virgen y de San José. Las muchachas de las escuelas se enamoraban de él, como si hubiera sido un actor cinematográfico. Sus frases más memorables se escribían con grandes letras en las casas de los pueblos, para que todo el mundo pudiera leerlas. Uno de sus colaboradores exclamó, después de oírle anunciar desde el balcón que habían conquistado

Etiopía y que Roma se había convertido de nuevo en la capital de un imperio, en mayo de 1935 : « Es como un dios... » « ¿Como un dios? No, no », dijo otro : « Es un dios. »

Recuerdo haberle visto un día de 1932, durante unas maniobras militares en la Langhe, caminando a través de una gran llanura sólo cubierta de rastrojo amarillo y rodeada a lo lejos de colinas verdes, árboles y los campanarios de las aldeas. Los campesinos acudían de todas las direcciones, con la cara colorada, anhelantes, para verle, tocarle y dirigirle palabras de alabanza. Uno de sus secretarios le seguía llevando en la mano una cartera de cuero que tenía exactamete el tamaño de los billetes de mil liras, para entregarlos a los miserables con el ademán de un jugador que maneja la baraja. No tardó Mussolini en hallarse ante millares de adeptos que desfilaban gritando y gesticulando frenéticos. Su cara tenía la expresión habitual de impenetrable determinación. Las madres levantaban en sus brazos a los niños para que los viese y, a ser posible, los tocase, como hubieran hecho con los reyes en la Edad Media. En un momento dado, llegaron corriendo unas monjas, con los velos negros flotando al viento y llevando cestas de melocotones recién cogidos, para ofrecérselos. Él aceptó este homenaje, sin darles las gracias, sin volver la cabeza ni sonreír, y entregó la fruta a su séquito. Todo el que haya visto una vez esas plazas de las ciudades llenas de muchedumbres que le escuchaban con las cabezas juntas como las teselas de un mosaico, y los ojos vueltos hacia el mismo foco : el balcón o el estrado desde donde hablaba, ya no podrá olvidarlos. Era una visión ominosa y aterradora.

AHORA reímos cuando le vemos en las viejas revistas. Es posible que su exhibicionismo fuese como esos vinos que no tienen aguante o que no resisten los viajes, pero que son excelentes cosumidos en el mismo año que se han cosechado y en su ambiente original. La técnica era retumbante, juvenil, ridícula, pero extraordinariamente eficaz : era del agrado de su público, las masas plebeyas y analfabetas de las que él procedía, los italianos patriarcales de las aldeas y del campo que añoraban la antigua paz que habían perdido con la revolución industrial y la primera guerra mundial ; la pequeña burguesía « beata y reaccionaria », como la llamaba Mario Missiroli, que deseaba ocuparse en sus asuntos insignificantes y dejaba a otros las preocupaciones de los grandes problemas ; los intelectuales a medio hacer y los nacionalistas frustrados, que se sentían humillados, por haber nacido, nacido y vivido en un país de tercer orden, con un glorioso nombre de primera magnitud, un país fácilmente vencido por rivales más activos. Evidentemente, su técnica no estaba destinada a hombres de gusto y cultura. De todos modos, en Italia, éstos eran una minoría que no pesaba ; muchos, como Benedetto Croce, su jefe, opusieron una firme resistencia al régimen ; otros murieron en el exilio o estuvieron condenados a cadena perpetua ; algunos colaboraron con él, intimidados o asustados o dispuestos a explotar todas las oportunidades que el régimen ofreciese.

Al principio, el trabajo había sido fácil. No había prácticamente diferencia alguna entre el espectáculo y la realidad. Se estaban haciendo muchas cosas. Algunos de los problemas más fáciles se resolvían efectivamente. La situación del país mejoraba ; el nivel de vida se había elevado. Se había heredado una buena burocracia de los gobiernos anteriores. Entonces todavía estaba dispuesto a prestar oídos a los buenos consejos. Más tarde el trabajo se fue haciendo más difícil : la situación internacional se convertía en amenazadora y complicada. El abismo entre las representaciones de relumbrón, las ceremonias, los fieros discursos y los hechos corrientes y desagradables se ahondó peligrosamente. Al cabo de veinte años de dictadura, la gente ignoraba que no se había resuelto problema alguno. El pueblo estaba intoxicado por la propaganda y las exhibiciones clamorosas. La mayoría había perdido u olvidado la facultad de juzgar las cosas con un criterio independiente. Los que se alarmaban viendo cómo andaban los asuntos, se consolaban pensando que él seguía allí, en el Palacio Venecia, él que « no dormía », trabajando duramente, tratando de que no se produjese nada irrepa-

rable. Este rostro tranquilizador miraba a todo el mundo desde los muros, desde las pantallas de los cines. Había muchos que en secreto confiaban en él para evitar un verdadero desastre, una catástrofe. ¿Acaso no había convertido a Italia en una potencia de primer orden, bien armada, bien mandada, temida por sus enemigos? ¿Acaso no era el hombre más grande que jamás había nacido en Italia? ¿Acaso no era, como todos ellos, de los que « no se engañan ? »

Cuando uno trata de descubrir lo que pasaba efectivamente, se pierde en un complicado laberinto psicológico, aturrullado por un juego de espejos italiano que reflejaban a cada uno las imágenes deformadas de los demás. No cabe duda de que, para empezar, Mussolini había defraudado al pueblo. Empleaba la decepción como una herramienta para gobernar. En principio, el hecho en sí no es lamentable. Todos los grandes hombres de Estado recurren en determinadas circunstancias a deformaciones de los hechos, a interpretaciones erróneas y a mentiras descaradas. Pero Mussolini mentía más que todos los hombres de Estado que le habían precedido, un poco más que alguno de sus contrincantes contemporáneos ; en todo caso, menos que Hitler. Disfrutaba de un monopolio y era capaz de multiplicar sus mentiras utilizando las técnicas de comunicación más modernas. Sus opiniones descarriadas y sus invenciones llenaban los periódicos, las carteleras, la radio, las pantallas de los cines, muchos libros, revistas y hasta las conversaciones entre gentes que no se conocían muy bien. Después de esos ataques en masa, sin precedentes, no es extraño que la mayoría de su auditorio esclavizado creyese casi todo lo que él quería que creyese.

No era exactamente un « manipulador de almas » sin escrúpulos e inhumano, un político automático que manejaba despiadado las emociones, las creencias y las esperanzas de la gente, en su propio beneficio o para llevar a cabo sus planes. Sólo se hacía acreedor a estos calificativos cuando trataba de convencer a los suyos de ciertas cosas, a sabiendas de que eran totalmente falsas. Esto sucedía con bastante frecuencia, pero no siempre. Él también era italiano. También le gustaban los buenos espectáculos, le encantaba un buen desfile militar ; unas buenas maniobras navales le confortaban ; una asamblea popular en una plaza pública que parecía un mar de cabezas, le fortalecía. También le asombraban las estadísticas falseadas, le excitaban las bravatas hueras, y su propia oratoria le hacía verter lágrimas. Él también confundía las apariencias con la realidad, lo chapeado con la madera maciza. Para él, asimismo la verdad era lo que lo parecía y lo que la mayoría creía de buena gana.

Su espectáculo era por fuerza siempre nuevo y sorprendente. Con sólo sostener el interés de su público, emocionarle, intrigarle, asustarle y divertirle podía hacerle olvidar el sacrificio de la libertad y su extremada pobreza ; agrupar una fuerte mayoría de individuos para que le siguiese ; desanimar y dividir a la oposición ; asegurar el orden interno y el prestigio internacional. Es evidente que si hubiese optado por una política clarividente, que impusiera verdaderos sacrificios y una severa disciplina, el reconocimiento de que las dificultades no podían anularse con el palabreo, habilidades de prestidigitación y comunicados optimistas, sino que exigían un estudio profundo e inflexible, un planeamiento cuidadoso y un trabajo duro, tal política le hubiera costado probablemente el puesto. En todo caso, él no era hombre capaz de concebir un programa tan monótono y pesado o de llevarlo a la práctica. El aburrimiento le hubiera destruido. Por esto puede decirse que todo su exhibicionismo era natural, no dictado por el capricho. Una gran parte de él era solicitado por el pueblo ; la mayoría de las veces se veía obligado a servirle las mentiras que esperaba, los mitos que deseaba creer ardientemente en una fase crítica y dramática de su historia, del mismo modo que el personaje que encarnaba, no era totalmente de su gusto, sino también el que muchos italianos habían anhelado ver, la personificación de sus secretos deseos, que aplacaba sus oscuras inquietudes. Por toda Italia se encontraban letreros que decían : « ¡Duce, tú nos representas a todos! » Y en cierto modo, era verdad.

No podía evitar que su propio espectácu-

B.D.I.C

lo, y la gente que le rodeaba acabaría por corromperle. Todos los emperadores romanos empezaron a pervertirse el día que fueron elevados a la dignidad imperial. Muchos grandes jefes de la antigüedad, embriagados con su propia importancia y su extraordinaria inteligencia, que les hacía creerse infalibles, y rodeados de sicofantes, solían dar tropiezos y cometer errores fatales. En un momento dado, todos ellos se han lanzado a empresas demasiado peligrosas. Napoleón atacó a Rusia y Hitler trató de sostener la guerra en dos frentes. Pero Napoleón y Hitler disponían de los organismos militares más poderosos y eficaces de su tiempo, que habían derrotado hasta entonces a todos sus enemigos. Ambos tuvieron una suerte considerable, pues estuvieron a punto de conseguir la victoria a pesar de sus enormes contratiempos.

Mussolini nunca tuvo una oportunidad favorable. Es cierto que cuando entró en la guerra, en junio de 1940, creyó que estaba casi ganada ; contaba con la ayuda de su poderoso aliado en caso de dificultad y tenía confianza en su suerte y en su intuición. Pero todo dictador medianamente prudente hubiera tenido que estar preparado para hacer frente a circunstancias imprevistas. Y él no lo estaba. Hubiera debido saber que los alemanes a veces perdieron las guerras y que había una gran probabilidad de que perdiesen aquella si duraba demasiado. Al principio tuvo ciertas dudas durante algún tiempo, cuando Italia era todavía neutral, y al fin hubo de convencerse de ello. Explicaba a sus amigos y colaboradores : « Por supuesto, los alemanes son militaristas y no soldados. Van a perder. Si hubieran tenido tanto genio político como militar hubieran sido los amos del mundo hace varios decenios. » Lo que no supo jamás es lo que conocían todos los agregados militares de todas las Embajadas extranjeras en Roma : que Italia estaba en una situación ridícula y trágica por su falta de preparación. ¿Qué fue lo que le cegó?

Nunca tuvo la menor idea de que detrás de su exhibicionismo no había prácticamente nada. Jamás imaginó realmente cuán débil, desarmada y desmoralizada estaba Italia. Creía honradamente que podría desempeñar un papel con su ejército ineficaz, sus generales serviles, sus cañones anticuados, sus aviones de juguete, sus tanques de hojalata y sus industrias destartaladas. Es una cosa inexplicable. Porque él no era tonto, ni estaba loco. Aun cuando se hallaba ya desgastado y prematuramente envejecido por su vida intensa, sus amores (Claretta Petacci irrumpió en su existencia en 1936, teniendo él 53 años y ella 24), y su falta de salud (padecía de calambres nerviosos de estómago, que le hacían sufrir mucho en los momentos de las crisis), en conjunto se daba perfecta cuenta de lo que hacía. Lo único que había es que estaba mal informado. Nada sabía acerca de los preparativos militares de Italia. Se había mantenido él mismo en la ignorancia ; y él mismo se engañó. Pero sus ministros, sus generales, su exhibiciones, sus desfiles, las asambleas de masas y el pueblo habían contribuído a ello.

En los primeros tiempos intentó de vez en cuando ver a través de la cortina de la obsequiosidad oficial, de las semiverdades oficiales y de las decepciones. Mientras vivió su hermano Arnaldo (fallecido en 1931) y permaneció en contacto con algunos viejos amigos y colaboradores incondicionales, no estuvo peligrosamente apartado de la realidad. Pero la atmósfera emponzoñada de su elevada posición acabó por imponerse. En cierto modo no supo protegerse de sus efectos deletéreos. El maestro del artificio no sabía descubrir siempre los artificios de los demás. Y esta fue sin duda la causa principal de todos los hechos que tuvo que lamentar. Su resistencia para la decepción, que nunca había sido muy fuerte, fue disminuyendo gradualmente y en ocasiones desapareció por completo. Cuando alguien le prevenía contra la adulación, se encogía los hombros. En 1923, cuando llevaba gobernando sólo pocos meses, un viejo embajador regresó de Ginebra, donde había representado a Italia en una reunión sobre el control de los gases deletéreos. Al entrar este venerable anciano en el despacho de Mussolini, que era mucho más joven, éste no levantó la cabeza y siguió escribiendo. Finalmente, después de transcurridos muchos minutos, levantó los ojos del papel y avanzando el mentón preguntó desdeñoso : « ¿Cuáles son

los gases más peligrosos, embajador? » El embajador contestó gravemente : « El incienso es el más fatal de todos, Excelencia. » Ni que decir tiene que no tardó en pasar a la reserva.

A medida que transcurrían los años, Mussolini fue entregándose por completo al paraíso artificial que había creado para los demás. Cada vez necesitaba dosis más fuertes de adulación y de halago. Al final, las mentiras más repugnantes e inverosímiles, mientras contribuyeran a halagar la idea que tenía de sí mismo y confirmaran sus prejuicios, le parecían la expresión más clara y estricta de la verdad objetiva.

TODOS LOS GRANDES PERSONAJES, por supuesto, se ven rodeados de cortesanos serviles. Y el tipo del pelotillero es muy corriente en Italia, donde la gente se ha valido siempre de estas artes, en una forma ofensiva, para conseguir ventajas, destruir rivales y adquirir poder y riqueza ; y en la defensiva, como el pulpo lanza la tinta, para cegar y confundir a los poderosos, a los dictadores y a los tiranos. Pero la mayoría de los grandes personajes se dan cuenta del peligro que les rodea. Todos los hombres que ejercen alguna autoridad en Italia, incluso los alcaldes rurales, saben que las sonrisas, los elogios, los regalos y los aplausos no se dirigen a ellos, sino a su cargo. Los más discretos tratan de protegerse contra el desastre. Pero Mussolini no aprendió a hacerlo. Estaba convencido de su propia infalibilidad. Sólo quería a los hombres que no le llamaban la atención acerca de los peligros que le amenazaban y que nunca trataban de decirle la verdad. El resultado fue que las únicas personas que tenían acceso hasta él eran los mejores tiralevitas del reino. No todos eran unos pícaros ; algunos de ellos no eran sino imbéciles que creían lo que decían. Otros se esforzaban desesperadamente por convencerse de que decían la verdad : que Mussolini era, en efecto, el hombre más grande que existía y que todo acabaría por resolverse favorablemente. Le adulaban también para tranquilizarse a sí mismos. Otros eran simplemente unos bribones sin escrúpulos.

Al final, acabó viviendo en un mundo imaginario particular. Las ciudades que visitaba habían sido cuidadosamente preparadas mucho tiempo antes de su llegada : sólo le enseñaban las cosas y las personas que habrían de agradarle y alentarle. Todo lo demás se ocultaba cuidadosamente. No sabía que las multitudes entusiastas que le aclamaban habían sido reforzadas con regimientos de camisas negras de la policía y con miles de comparsas traídos la víspera de otras provincias. No sabía que algunos de los nuevos edificios, obras públicas o aldeas que inauguraba habían sido abandonados y empezaban a desmoronarse al día siguiente ; que algunos de los acueductos jamás transportaron agua y que las innumerables divisiones que revistaba eran siempre más o menos las mismas, que se transportaban de un sitio a otro.

La técnica era tan hábil que hasta logró engañar a Hitler. Los preparativos de su visita de 1938 duraron seis meses. Toda Italia había de mostrar al dictador alemán un rostro nuevo. Nada debía subsistir de lo que era del « siglo XIX, corriente y habitual ». El país fue transformado. Las calles por donde debían pasar los cortejos fueron trazadas de nuevo y reconstruídas, como los decorados de las películas ; se pintaron y decoraron las casas que había a lo largo de la vía férrea desde el Brenner a Roma. Los soldados que debían formar parte de los desfiles fueron escogidos a pulso. La mayoría de ellos habían de ser altos y tener los ojos azules, para demostrar al visitante que los italianos también eran arios. (El rey fue el único que no pudo cambiarse, con gran sentimiento de Mussolini. Era muy pequeño y en modo alguno impresionante. Y, paradójicamente, era el único nórdico de todos ellos, con tanta sangre austríaca como alemana en sus venas, como podía comprobarse por sus ojos de un azul claro.) Los soldados de los desfiles fueron dotados de todo el material bélico de que disponía el país y vestidos con uniformes completamente nuevos.

Sabido es de todos que la opinión favorable que se formó Hitler de su asociado, de los preparativos militares italianos y de la devoción del pueblo al régimen y al eje le hizo cometer varios errores de cálculo, uno de los cuales le costó probablemente

la pérdida de la guerra. Al final creyó que la campaña de Rusia había fracasado por haberla iniciado cuatro semanas demasiado tarde, pero este retraso se debió al tiempo que hubo de perder para rescatar a los italianos atascados en Albania, por no haber preparado debidamente el ataque a Grecia. Si esto fuera verdad, podría considerarse a Mussolini como el mayor genio militar negativo que ha conocido el mundo, por haber derrotado él solo a dos grandes naciones : la suya y Alemania.

El espectáculo satisfizo más al Duce que a Hitler. Cada vez que leía los letreros en los muros de las casas reía a carcajadas, como si aquellas palabras fueran realmente la expresión de la voluntad popular. También leía complacido los informes de los embajadores en el extranjero, que anunciaban exactamente las cosas que él quería creer. Leía sus propios periódicos con el mayor placer. Era fácil engañarle. Cierta vez, durante la guerra, viendo en un informe algunas cifras que suponían ser el número total de cañones en posesión del ejército, protestó enérgicamente. No había tantos cañones nuevos en Italia ; él lo sabía bien. El subsecretario de Guerra, que era un general astuto, contestó rápidamente : « No, Duce, ha habido un error. Son los cañones que nuestra industria proyecta producir en un futuro inmediato. » Y se tranquilizó.

MUSSOLINI FUE DERRIBADO del poder el 25 de julio de 1943. Los ejércitos aliados habían invadido Sicilia unos días antes. Se habían perdido todas las posesiones de ultramar. El ejército italiano había sido destrozado en Rusia, en los Balcanes y en Africa. Italia era machacada por los bombardeos aéreos en masa y todo el país se hallaba paralizado. Los propios alemanes sólo realizaban retiradas defensivas, economizando severamente los recursos y hombres que les quedaban. Todos los grandes jefes fascistas participaron en una reunión fatídica del Gran Consejo, presidida por el Duce, que parecía cansado, macilento y envejecido. Hizo una exposición objetiva o casi objetiva de la situación, demostrando que había conservado hasta el fin, a pesar de todo, una visión superficial de las cosas, propia de un periodista ; pero hablaba como si se tratara de otros países, de otras guerras, de otros jefes y de otros tiempos. Su paniaguado pidió que se pasara el mando de todas las fuerzas armadas al rey. Mussolini se defedió ante sus gentes, las halagó ; las amenazó, señalando algunas carpetas llenas al parecer de documentos comprometedores, que tenía a su lado encima de la mesa ; pidió que se respetaran sus muchos años (« Cumpliré sesenta dentro de unos días », dijo). Al fin, se sometió y aceptó su destitución.

Al día siguiente, Víctor Manuel le recibió en su residencia particular y ordenó que le detuvieran. Cuando se conoció la noticia no se produjo una revolución fascista. Ninguno de sus adictos partidarios levantó las armas. Nadie respetó el juramento fascista : « ¡Juro defender la revolución con mi sangre! » Nada sucedió. Había termiado el espectáculo, y nada más. El dictador había sido vencido por los italianos en la guerra más costosa para ellos, pero había sido el único medio de deshacerse de él. El pueblo dio pruebas de una alegría tumultuosa. Mussolini fue transportado de un lado para otro, primero a unas islas, después a un hotel-refugio que había hecho construir para los esquiadores en los Abruzos, buscando un rincón donde no pudieran llegar los alemanes. Pero los alemanes le encontraron, a pesar de que no existía carretera alguna que condujese al hotel y de que sólo podía comunicar con las tierras bajas mediante un teleférico. Emplearon planeadores. Mussolini llegó al cuartel general de Hitler en Prusia Oriental, dio las gracias a su liberador, se puso su viejo uniforme y fue proclamado presidente de un régimen fantoche, la República Fascista de Italia del Norte.

Su cuartel general se estableció confortablemente junto al Lago de Garda, en la misma carretera del paso del Brenner, para el caso de tener que retirarse súbitamente. Los últimos meses de su vida fueron tristes. Sabía que todo estaba perdido, que había fracasado, que su régimen había lanzado a Italia en una guerra sin salida en el momento inoportuno, prácticamente sin armas ; y los escasos recursos morales y materiales que aún quedaban, incluso el valor heroico de millares de hombres, fue-

ron derrochados en expediciones insensatas, dictadas por el deseo de un estratega aficionado, para probar a su aliado que él era también un talento superior. Algunas veces trataba de encontrar coartadas : decía que la culpa era de los italianos, por su carácter plácido y su repugnancia por las acciones enérgicas ; no eran descendientes de los antiguos romanos, sino de los esclavos extranjeros, bastardos y siervos. Soñaba con volver al poder, y entonces se vengaría de todos sus enemigos gracias a las armas secretas que los alemanes habían preparado. Prácticamente se desentendía de las cuestiones corrientes, leía muchos libros, escribió una cantidad enorme de artículos, ensayos, apologías, memorias insignificantes y hasta algunas cosas para las revistas infantiles. Sólo le interesaba una cosa : el lugar que ocuparía en la historia. ¿Jesucristo, Napoleón, César?, preguntaba a sus visitantes cautelosamente. Nunca mencionó a Cola de Rienzi. Tampoco mencionó nunca a Barnum. Visitaba casi a diario a Claretta Petacci, que se encontraba en una aldea cercana. Estaba enfermo, cansado y desanimado. Sabía que había llegado el fin.

El fin llegó efectivamente el 25 de abril de 1945. Los alemanes habían firmado a espaldas suyas un armisticio secreto con los aliados y estaban entregándose a éstos en calidad de prisioneros de guerra. Mussolini trató de negociar su propio armisticio por medio del arzobispo de Milán, pero no tardó en comprender que carecía de todo poder y que no tenía más posibilidad que la de entregarse. Había contado con la lealtad del pueblo de Milán, que le había aclamado unos meses antes en las calles casi con el mismo entusiasmo de otros tiempos, y había aplaudido arrebatadamente un discurso que pronunció en un teatro. Pero ahora todo el pueblo estaba contra él. Era peligroso permanecer en la ciudad. Decidió huir, con un puñado de fieles adeptos, a Valtelina o a Suiza. A última hora, vaciló, como siempre, y no acabó de decidirse. ¿Cómo hubiera terminado su aventura?

Lo mismo que Cola, no supo escoger entre una muerte heroica y una huída burguesa. Valtelina es un angosto valle italiano que penetra en territorio suizo como una cuña, y puede defenderse con un puñado de hombres, en un frente reducido, por hallarse protegido a la derecha y a la izquierda. Pudo haberse hecho fuerte fácilmente allí, con unos cuantos compañeros, o si hubiera cambiado de opinión alcanzar territorio extranjero, después de unas horas de marcha a través de las montañas. Al final, lo mismo que Cola, decidió fiarse de su arte de actor : disfrazarse y huír. Resolvió ir directamente a Suiza, sin perder tiempo en más heroísmos inútiles y sangrientos, llevándose todo su dinero y todos los documentos más necesarios, los que podría utilizar para asustar a los hombres de Estado aliados y para defenderse si era juzgado como criminal de guerra. Pero los milicianos le encontraron y le detuvieron en la carretera que va hacia el norte, bordeando el Lago Como, escondido en un camión alemán, vestido con un grueso abrigo de un oficial germánico de escasa estatura y con un casco también alemán en la cabeza. Claretta Petacci fue detenida con él.

Ambos fueron fusilados a la mañana siguiente junto a la reja ornamentada de una villa lujosa. La mujer había tratado de protegerle con su cuerpo, y fue derribada con él. El dinero y los documentos desaparecieron para siempre. Los cadáveres fueron transportados a Milán y colgados, como el de Cola, por los pies, en el tejado de un puesto de bencina, junto con los de todos los demás jefes fascistas detenidos y muertos en la misma carretera, cuando iban camino de Suiza.

Trece años antes había dicho a Emil Ludwig : « Cada cual muere de la manera que corresponde a su carácter. » Él había engañado a su pueblo ; ese fue su crimen. Pero el error fatal que cometió fue no haber sabido que el pueblo le engañaba también. Y le condujo a la catástrofe, por ser el único medio que conocía para liberarse de él.

VICTORIA OCAMPO

Carta a Jorge Luis Borges

Querido Georgie : Gracias a Leonor, que me lo prestó, he podido ojear (no es errata) el « Jorge Luis Borges » de *L'Herne*. Usted merecía, desde luego, ese homenaje y mucho más. Digo mucho más, porque no todos los artículos de ese voluminoso volumen están a las alturas que describe José Bianco al referirse a sus colaboraciones de usted en *Sur* y a cómo desnivelaban la revista. La desnivelaban por ser sus escritos tan altos y tan bajo el resto del material publicado. Sin embargo, me parece exagerada la modestia de José Bianco (en calidad de ex jefe de redacción de *Sur*, que ejerció durante años). Por sus cuidados (y en ocasiones, los míos) han aparecido en *Sur* cuentos, ensayos, poemas de los escritores *contemporáneos* menos discutidos (y más discutidos) de dos continentes.

Subrayo contemporáneos contestando a algo que usted dice, y me sorprendió. Raras veces hemos recurrido a escritores de otros siglos en *Sur* (y ahora, por excepción, lo haremos publicando, con motivo del centenario de Shakespeare, un número que honrará *antológicamente* su memoria con una selección de autores ilustres y muertos, además de los vivos). En cuanto al presente, usted no ha estado en tan mala compañía.

Algunas aclaraciones me parecen necesarias después de haber visto ese tomo de *L'Herne* del tamaño, casi, de la guía telefónica, aunque de otro formato. Esto no es una crítica. Más bien se le podría reprochar el haber excluído colaboraciones importantes como la de un autor del prestigio y talento de Francisco Ayala.

Vamos a las aclaraciones. Dice usted, en su diálogo con Ibarra, que le sorprendió ver, en el primer número de mi revista, fotos de Iguazú, la Cordillera, Tierra del Fuego y las Pampas (plural). Verdadero manual de geografía, agrega. Pensó usted, al contemplarlas, que yo quería ofrecer algo así como un muestrario de nuestro país a mis amigos extranjeros. Nada de eso. Les quería mostrar a los argentinos su propio país. Esta tierra de climas y aspectos tan variados y de tal inmensidad es la nuestra, significaban aquellas fotos. Hoy, a cada rato, tropezamos en *La Prensa, La Nación*, etc., etc., con fotos de la república, incluso con las de plazas de provincia adornadas de faroles, bancos y alguna que otra siniestra pérgola que clama por una enredadera para cubrir púdicamente su fealdad. No supongo que estas imágenes de la Argentina visible estén destinadas a ojos extranjeros. Corresponden a un afán de autoconocimiento.

Sur, mi querido Georgie, ha sido para mí un medio costoso de aprender nociones elementales, téngalo presente. Estas fotos formaban parte de ese intento. Antes de dedicarlas al lector desconocido (nuestro eterno cliente) me las dedicaba a mí misma, figúrese. Así es tu tierra —me decían—. No lo olvides, ignorante.

Adolfo Bioy Casares recuerda que al comienzo de la amistad de ustedes dos, usted lo puso en guardia contra ciertas tentaciones : « Si quiere escribir, no dirija una editorial, ni una revista. » Nunca se dio consejo más sano. Quien dirige, o hace como si dirigiera, una editorial, o una revista (y peor aún si tiene la desventura de encontrarse a la cabeza de ambas catastróficas empresas), saldrá siempre perdiendo, si es escritor. Su ocuparse y preocuparse de hacer conocer a otros escritores se

confundirá con una incapacidad innata de escribir él mismo. Quedará fatalmente desdibujada su fisonomía. Escritores serán todos los que él publica, y él será el eterno editor, o director de alguna « publicación » más o menos fracasada.

Sin embargo, este oficio sacrificado (cuando no tiene un propósito meramente lucrativo, circunstancia que lo alivia de ciertas preocupaciones) trae aparejadas algunas recompensas, a veces. Por ejemplo, si la revista *Sur* no hubiera existido, si no hubiera invitado, en 1939, a un joven francés desconocido, Roger Caillois, para dar conferencias en Buenos Aires, tal vez la traducción de sus obras, Georgie, hubiera tenido que esperar un poco más. Desde luego, se hubiera tratado tan sólo de una demora. Otro Colón lo hubiera descubierto para los europeos. Pero en este caso, la feliz elección de *Sur* resultó beneficiosa para la difusión de la obra de uno de los más grandes escritores contemporáneos de lengua española, Jorge Luis Borges (pese a lo mucho que yo, personalmente, había hablado de su talento en las capitales europeas y la estadounidense).

Quisiera pasar por alto un artículo en que se detallan incidentes relacionados con mi revista y sin vinculación con sus escritos, Georgie. Lo quisiera, pero no puedo por ser alarmantes las omisiones de su autor. No es admisible ser desmemoriado hasta ese punto. Además, en caso de amnesia, bastaba consultar los números de marzo-abril, mayo-junio (1961) de *Sur* para corregir ese olvido. Ahí están enteras las declaraciones (nada fantasmas) de que José Bianco parece recordar únicamente la parte útil para él, en esta ocasión (1). Hasta resulta cómico señalar que usted, Borges, firmó en esa fecha un violentísimo manifiesto contra el castrismo sin, por lo visto, irritar a José Bianco (manifiesto que yo no firmé). Si usted en aquella emergencia hubiera dirigido una revista y sentido la necesidad de decir algo (como seguramente la hubiera sentido) me imagino que los términos empleados hubieran sido más cortantes y agresivos. Lo mío se limitó a una aclaración que no vulneraba ni censuraba la libertad de pensamiento o de acción de nuestro colaborador.

No deja de ser pintoresco que un jefe de redacción le advierta al director de una revista *que no tolerará* que dicho director puntualice, para sus lectores, sus opiniones y la razón de su actitud. Para mí esto parece probar una vez más que no se puede admirar a los totalitarios sin imitar sus procedimientos.

Nada más, querido Georgie. Quiero dejar sentado, de nuevo, que ni me gustan las violencias del castrismo (por el rumbo que tomó esa revolución, con la cual todos, en *Sur*, simpatizamos al comienzo; después me aleje de ella), ni apruebo el racismo norteamericano (tan combatido por Kennedy). Tal vez sea utópico creer que el método de Gandhi sirve para cambiar el mundo. Pero Gandhi es el único « político » (las comillas significan que el término no me parece adecuado) de nuestro siglo que he *venerado*.

Lo admira su amiga

VICTORIA OCAMPO

---

(1) Le rogamos a José Bianco, antes de su partida para Cuba, que escribiera unas líneas en *Sur* hablando de la invitación *personal* que había recibido y aceptado. Le pedimos que usara los términos que a él le parecieran convenientes (se trataba únicamente de decir que la invitación se dirigía a él y no tenía que ver con su cargo en la revista). José Bianco se negó a hacerlo. Por ese motivo apareció en *Sur* (número de marzo-abril) la siguiente información : « El Jefe de Redacción de *Sur*, José Bianco, ha partido para Cuba invitado por la Casa de las Américas para formar parte de un jurado literario. La invitación le ha sido dirigida personalmente y nada tiene que ver su viaje con la revista donde trabaja desde hace años con tanta eficacia.

« Esta aclaración no sería necesaria, y hasta sería ridícula, en tiempos normales. Pero en el tiempo en que vivimos no lo es. El mundo está revuelto y la confusión se crea con pasmosa velocidad. Siempre hemos creído natural que las personas reunidas en nuestra revista por razones extrapolíticas y puramente literarias —ya que en nuestro Comité de Colaboración hay escritores de distintas ideologías— carguen cada cual con la entera responsabilidad de sus opiniones. La Dirección de *Sur* cree necesario repetirlo esta vez de nuevo. »

Nunca alcanzaremos a comprender qué tienen de ofensivo y desdoroso, para la persona mencionada, estas líneas más que moderadas : respetuosas de las opiniones ajenas como de las propias.

El orfelinato

POR HUBERT FICHTE

SOBRE EL CESPED *que había junto al ábside se hallaba todavía el lazo rojo del cordero pascual.*

Los pupilos esperaban que la hermana Silissa y la hermana Appia se acercasen a la larga mesa y echaran en cada una de las dos profundas ollas de la sopa un huevo fresco y lo revolviesen antes de que se cuajara. Después de la comida, la madre de Detlev vendría a buscarlo para conducirlo a casa de los abuelos en Hamburgo. El viaje duraría toda la noche. Frieda había prometido a Detlev rezar por él para que se convirtiese en un católico —antes del fin de la guerra—, porque no había tiempo de hacerlo en el orfelinato de Scheyern. Detlev se hallaba lejos de los demás, en un ángulo del balcón. Miró el lazo rojo del jardín del cura. Ya estaba vestido para el viaje; llevaba el pantalón corto y la chaqueta de terciopelo que le había hecho su madre un año antes para el primer día que fue á la escuela. La hermana Silissa le había peinado y hecho la raya. La hermana Silissa le había formado un gran bucle encima de la frente; con sus brazos vestidos de negro le había inclinado la cabeza sobre su falda negra y había apretado el rostro rodeado de lienzo blanco almidonado sobre la cabeza del niño.

« Ahora ya no serás cura. »

Las chicas saltaban a la comba. Los chicos jugaban a la baraja en cuclillas. Alfredo observaba la puerta para ver si se movía el picaporte y llegaban las hermanas.

Detlev estaba más pálido que los otros pupilos.

La hermana Silissa había dicho: « Las orejas de Detlev son bonitas », cuando la madre le llevó al orfelinato.

« Tus orejas son grandes como las de los judíos », había dicho la maestra, antes de pegarle en los dedos con la caña partida. En la fotografía para los abuelos había visto que sus labios eran más gruesos que los de los demás y que, debajo de ellos, su barbilla caía oblicua.

Detlev contrajo la espalda para apartarse del muro y deslizó su mano por todos los hierros de la baranda del balcón. Se detuvo junto al pilar de ángulo del muro. Sobre la superficie cubierta de mortero del pilar había una bolita gris y blanca.

« Es un ojo de muñeca », pensó Detlev y lo cogió. Salió de él un jugo viscoso y verde que se le quedó pegado a las yemas de los dedos.

« ¡Detlev ha cogido caca de pájaro! », gritó Alfredo. Alfredo se olvidó de que debía avisar a los jugadores de naipes, si llegaba alguna hermana. Las chicas dejaron caer la comba y miraron las manos de Detlev. Los chicos colocaron sus abanicos de naipes sobre el suelo de madera, con las figuras hacia abajo, y se plantaron delante de Detlev. La hermana Silissa y la hermana Appia llegaron al balcón. Tiraron de las orejas a Odel y a Joaquín el diablo, por haber jugado a los naipes y, con los velos negros agitados por el aire, se dirigieron hacia Detlev.

Detlev pensó: « Si no fuera por todo esto. »

« Ya te habíamos lavado para el viaje », dijo la hermana Silissa.

« Si no hubiese mirado el pilar —pensó Detlev—. Si no hubiese pensado: Allí hay un ojo de muñeca... Si no hubiese habido la caca de pájaro. »

« ¡Vuelve a lavarte las manos! », dijo la hermana Appia.

« Ahora no me miraría enfadada la hermana Silissa », pensó Detlev.

La hermana Silissa había bajado los párpados llenos de poros. Sus labios tenían el mismo color rosado que los párpados, la barbilla, la nariz y las manos. Alrededor de su cara crujía el lienzo blanco almidonado, que ocultaba el cabello, las orejas y la garganta. En las muñecas, los puños apretados le hacían arruguitas en la piel.

« Si no estuviese la hermana Silissa, tampoco estaría Alfredo —pensó Detlev—. Alfredo tiene cara de carnero, ha dicho mamá. »

Los ojos de Detlev se contrajeron. Los otros chicos se esfumaron. Los ojos de Alfredo estaban inmóviles en medio de su cara. Sus mejillas se dilataban y giraban. La nariz estaba partida. Las orejas se acercaban una a otra.

Durante estos instantes las ideas de Detlev se precipitaron. Los ruidos y los olores se confundieron. Entendía sus pensamientos antes de haber acabado de expresarlos. El rubor de la vergüenza y la sensación de tierra disgregada se sucedieron. Entre todo esto vio una ramita roja de avellano.

« Alfredo ha desenterrado la avellana y se la ha comido. Su cara parece aún más estúpida que la de un carnero. Cuando mamá vio a Alfredo por primera vez le encontró antipático. »

Detlev admiraba a su madre por haber contemplado a Alfredo con severidad y sin miedo. No había apartado los ojos de él. Detlev con un solo ojo veía el ojo de Alfredo. Este ojo único eran dos que se cruzaban para Detlev, como las gafas plegables de la abuela, que ésta guardaba en el cajón central del aparador, y las sacaba cuando quería leer una receta de cocina.

« Los ojos de Alfredo son mucho más malos que los de un carnero. Me gustas, Alfredo, le dije solamente, porque entonces no le conocía bien. Cuando Alfredo me mira mucho tiempo, es porque imagina algo. Si es amable conmigo es para hacerme hablar. Después lo cuenta todo y así prepara sus planes, porque quiere seguir mandando. Me tiene envidia porque tengo a mi mamá. »

Detlev oyó de nuevo el murmullo dentro de la cabeza, como si llegara otra vez a sus oídos desde fuera. Era la voz de Alfredo por las mañanas en la iglesia: « ¡No mires! ¡No mires el signo! Si lo miras eres un mentiroso y un hipócrita. Los hipócritas van al infierno. »

Detlev oyó martillazos en la puerta de los lavabos y le pareció que los daban sobre un ataúd.

« Es el demonio que clava tu ataúd con un martillo. »

Detlev arrugó la piel alrededor de sus ojos. La cara de Alfredo se alejó.

« Alfredo tiene hoyos en las mejillas y un gran bulto en la punta de la nariz. Está pálido, porque ha cometido muchos pecados. Tiene los ojos verdes, porque es un mojigato. Yo no he cometido pecados mortales. »

Alfredo movió la cabeza de derecha a izquierda cuando Detlev intentó mirarle de nuevo a los ojos. Ahora se atrevía a hacerlo. Era el último día. Detlev quería mirarle a los ojos, mucho tiempo y sin afecto. Alfredo vio también los dedos de Detlev llenos de caca. Sus ojos tomaron el aspecto de vidrio coloreado de verde claro. Detlev empezó de nuevo a tener miedo de él. Volvió rápidamente la vista hacia Ana. La cabeza de Alfredo empezó a esfumarse.

« Ana irá seguramente al infierno. Pero no es muy mala. Me ha confiado que se ha visto obligada a delatarme a Alfredo... »

Las trenzas marcaban unas rayas negras a ambos lados de su cara. Detlev estaba contento de que Alfredo ya no le mirase a los ojos.

« Ana es piadosa. A pesar de ello, irá al infierno, dice ella. Ana tiene ojos de beata. »

Los ojos de Ana eran totalmente pardos, sin nada de blanco en los bordes.

Sus ojos subían desde la base de la nariz hacia las sienes, siguiendo una línea inclinada. Durante todo este año, cada vez que Detlev había mirado a Ana, había visto como manos gigantescas, cascadas y maderas de reliquias, que venían a chocar a ambos lados de la cabeza de la chica y hacían bajar los ángulos de sus ojos. No vio mucho tiempo las manos, las maderas ni las aguas. Después nunca hubiera sido capaz de decir qué clase de madera era o qué color tenía el agua y de qué mangas salían las manos gigantescas. Era como el sabor del caramelo que la hermana Silissa le daba a veces por la noche y que él —para que los otros no tuvieran envidia— se metía corriendo en la boca, con papel y todo.

« Ana me ha delatado a Alfredo porque tenía miedo de ir al infierno, como consecuencia de la maldición de aquél ; y después, como tenía miedo de ir al infierno, por haberme delatado a Alfredo, ha traicionado a Alfredo, a Joaquín el diablo y a Odel, y me lo ha contado a mí. Si yo no hubiese mirado el pilar, no hubiese cogido la caca de pájaro, Alfredo estaría aquí. La hermana Silissa no estaría aquí. Entonces Ana no hubiese contado nada a Alfredo. Entonces no hubiera venido el diablo. » Aspiró todo el aire que le cabía en el cuerpo. Al aspirar se levantaron sus hombros en ángulo agudo. Su espalda se dilató. El no respiraba hinchando el vientre como Odel. Respiraba como Joaquín el diablo, como Alfredo el borrego, como Ana la endemoniada, como la hermana Silissa que, con sus envolturas y velos, se protegía del polvo, de la porquería y de los granos, salvo la cara sonrosada y las manos arrugadas.

Mientras aspiraba, empezó a latir una vena debajo de su barbilla. Frieda había salido al balcón. El esperaba que dijese la plegaria de la conversión ; pero ella permaneció de pie en la última fila de los pupilos embobados.

« Ella respira también con la tripa », pensó Detlev, que no lograba hacer salir el aire de su cuello. La lengua se le pegó al paladar.

Frieda era hermana de Alfredo. Tenía que cortar las uñas de Detlev, abrocharle los tirantes al pantalón y peinarle, cuando la hermana Silissa y la hermana Appia no tenían tiempo. Frieda nunca delataba las intenciones de Detlev.

« Frieda sabe una oración y los otros no la saben. Ni siquiera la hermana Silissa la sabe ; ni tampoco Ana », pensó Detlev, cuando Frieda, mientras le hacía la raya, le prometió la oración que había de hacer de él un católico, cuando estuviera lejos del orfelinato de Scheyern.

« Si yo no hubiese cogido la caca de pájaro, si la hermana Silissa no estuviera aquí, si Ana y Frieda no estuvieran aquí, no habría ningún balcón. »

Era fácil a Detlev imaginar que faltaba el balcón. No necesitaba siquiera cerrar los ojos. Le bastaba con unir las pestañas del párpado superior con las del inferior. Los pelitos temblaban detrás de los velos formados por la humedad de los ojos. Los objetos se balanceaban como las barcazas en el puerto. Detlev flotaba por encima de los cuatro pilares del muro cubiertos de mortero, y el balcón desapareció como un taruguito de la caja de construcción que tenía en Hamburgo.

« Pronto volveré a jugar con mi caja de construcción en Hamburgo », pensó Detlev.

Trozo por trozo, tarugo por tarugo, iba desmontando el orfelinato.

« Si no hay balcón, tampoco habrá lavandería. »

Cada semana permanecían las hermanas envueltas en nubes de vapor. Desdoblaban grandes piezas de tela y se inclinaban sobre la calandria. Detlev suprimió también el dormitorio. Las camas. La de Erwin.

« Erwin no era malo. Sólo gritaba siempre como Herodes : « ¡A mí, no! ¡A mí, no! » La cama de Joaquín el diablo, la cama de Odel. La cama de Alfredo. Detlev demolió los cuartos de aseo. Joaquín el diablo daba vueltas por allí saltando, y a cada salto soltaba siempre un pedo. Tenía todo el aspecto de un demonio. Detlev derribó la escalera, el retrete con sus fríos azulejos, donde no había papel y por la noche, se limpiaban con los dedos y después restregaban los dedos por la pared pintada de verde. Detlev echó por tierra las puertas, el dormitorio de las chi-

cas, el cuarto donde había estado la torta de la confirmación de Alfredo. Apartó con mucho cuidado las clausuras de las hermanas. Nadie sabía lo que sucedía allí dentro. Cuando las hermanas morían, las transportaban a las clausuras.

« A veces entran y salen los ángeles volando. » Cuando las hermanas duermen, parece que entra volando el diablo en persona y realiza actos obscenos al pie de las camas.

Detlev recogió todo el jardín, donde había plantado la avellana. Alfredo le había seguido sin hacer ruido y, en cuanto la avellana sacó el tallo rojo y tieso de la tierra, Alfredo había escarbado y lo había arrancado para comérselo. Detlev destruyó la iglesia : primero, la sacristía, con las banderas y los cuadros; después, el coro, con la decoración de Pascua. Por último, derribó la torre. La sombra había caído hasta el dormitorio de los chicos. En todo lo alto, por encima de la aguja, había pasado ronroneando un avión enemigo. Cuando fue bombardeado Munich, las hermanas habían permanecido con los pupilos en el sótano de la torre.

« Si ya no existe el orfelinato ni la iglesia parroquial, tampoco existen ya Scheyern ni Hamburgo. »

Levantó las manos de las que se desprendió el vestigio de excremento de pájaro. Cruzó los dedos, los dobló y volvió a separarlos.

« Alfredo dice, chillando, a los demás : Detlev reza como un protestante. No, Alfredo no lo ha visto. »

Los restos de excremento se aplastaron entre sus manos. Detlev se frotó una palma con otra. Quería limpiarlas de las huellas verdes, sin que lo advirtieran los otros pupilos. Volvió a doblar las manos, formando un doble puño. « En seguida gritó Alfredo : Detlev reza como un protestante. »

Todo era inútil. Cada vez se pringaba más las manos. No quería limpiárselas en el traje de terciopelo negro. Pasó una mano por encima de la otra, con los dedos estirados. Cruzó los pulgares. Se miró las manos.

« Alfredo dijo : ¡Renegado, rezas como los católicos! »

Cuando la hermana Silissa les enseñaba a rezar el Avemaría y el Padrenuestro, juntaba los índices de sus manos, después los medios, después los anulares y después los meñiques ; los apartaba y los juntaba hasta que se habían terminado los rezos.

« ¿Por qué, al rezar, los católicos ponen las manos de manera distinta que los protestantes? Si no hubiese tocado la caca, todo sería distinto... Entonces no me mirarían todos. »

Detlev se apoyó contra los hierros de la balaustrada. Tenía miedo de seguir pensando en todo lo que no hubiera sucedido, a no ser por ese poquito de caca de pájaro.

Los pensamientos le arañaban detrás de la frente. Apretó los párpados para hacer algo contra esos arañazos. El grupo que había delante de él se esfumó. Los ruidos disminuyeron. Las cosas que recordaba estaban agujereadas como una hoja de árbol medio podrida que había recogido en el jardín del abuelo, debajo de un membrillero. La había levantado contra el lugar más claro de las nubes. Sólo quedaban las nervaduras, y entre esas nervaduras algunas piltrafas mojadas y negras. Nunca había visto una cabeza o una figura en una hoja.

Detlev sintió un pinchazo en la laringe, como si tuviera necesidad de llorar o una gran alegría. Y pensó : « Si no existieran Hamburgo, ni Scheyern, ni nada, jamás hubiera venido yo al orfelinato. »

La madre y Detlev no hablaban. El se acordaba de las letras doradas.

« ¿Recuerdas la primera tarde que vinimos a pasear por aquí? Queríamos ver la fuente de San José. Nos detuvimos delante del orfelinato, y tú preguntaste lo que significaban las letras doradas. Entonces aún no sabías leer. Ni siquiera sabías lo que significaba 'católico'. Ahora sabes más sin duda acerca de los católicos que yo, y ahora vas a ver el orfelinato hasta por dentro », dijo la madre.

Se detuvieron en la plaza empedrada de gruesos guijarros que hay entre la iglesia parroquial y el orfelinato. La madre se quitó las gafas. Frotó con los dedos las marcas que la montura de las gafas había dejado debajo de sus ojos.

« Ya sabes que hemos cambiado de casa nueve veces —dijo su madre—. Las gen-

tes no quieren a una madre con un hijo sin padre o con un padre como ése. »

« *¡Santo Dios!* » *pensó Detlev, y apartó la mirada de Frieda y la dirigió hacia la hermana Silissa. Evitó sus ojos porque revelaban su irritación a causa de sus manos pringadas. La hermana Silissa sabía cómo era Dios. Frieda sabía la oración que convierte a un protestante en un católico. Su hermano había representado el papel del diablo en una obra teatral. La piadosa Ana tendría que ir lo menos cuatro veces al infierno. Con su garrulería había logrado convencer al diablo para que saliera del infierno y asistiera al ensayo. El día que la hermana Silissa tomó el hábito, le cortaron el pelo en la clausura; y el arzobispo había ungido su cabeza pelada con el óleo sagrado.*

« *Pero no pienses en eso. No te preocupes por tu padre. Está muerto. Nosotros seguimos juntos. Pero si queremos vivir aquí en Scheyern, habrás de quedarte una temporadita en el orfelinato. Durante la semana estarás en el orfelinato, y los sábados iré a buscarte. Entraremos en la repostería que hay en la plaza del mercado y comeremos pasteles y helados. Con este propósito ahorro siempre los tickets de pan, mantequilla y azúcar. Después tú tocarás la flauta y yo te leeré cuentos. Las hermanas del orfelinato son amables. Siempre te ha gustado sentarte en las primeras filas de la iglesia parroquial, cuando el cura canta y los monaguillos balancean los incensarios. Los chicos del orfelinato serán todos amigos tuyos.* »

Detlev miró a su madre, que se sujetaba el cuello del abrigo con una mano. Sin gafas, su cara era más gruesa que cuando llevaba los trozos de cristal con montura parda y miraba los libros de la Administración de Caminos del Municipio. El señor alcalde o los miembros del partido entraban en el archivo y tendían el brazo con la palma hacia adelante para saludar; la cara de la madre —cuando miraba los libros— era blanca y delgada, dos grandes anillos de celuloide color castaño agrandaban sus ojos; su cara, a la luz roja del atardecer, a la sombra de la torre de la iglesia que caía encima de ella —las golondrinas se precipitaban al suelo por detrás de su cabeza, que peinaba con raya en medio—, su cara era más gruesa y sus ojos más pequeños.

« *¿O quieres que esté siempre con el miedo de que nos echen... quiero decir, que tengamos que mudarnos de nuevo?... ¡Siempre cambiar de una habitación a otra!* »

Detlev miró el empedrado. Los pies de su madre estaban vueltos hacia fuera, sus piernas se tocaban. Detlev sacudió la cabeza.

« *¿Prefieres que regresemos a Hamburgo? En Hamburgo caen otra vez bombas todas las noches. Abuela lo escribe. Allí hay que despertarse súbitamente para correr al refugio del sótano.* »

« *Vámonos en seguida a Hamburgo* », *pensó Detlev.*

« *Cuando eras pequeñito estuviste ya en un asilo.* »

La madre tenía cogida la mano de su niño de cuatro años y tiraba de él sin fuerza. Detlev saboreó con placer el pastel de almendras y el jarabe de frambuesas. Su madre se los metía debajo del paladar con una cuchara de zinc desgastada, y volvían a salirle por las comisuras de la boca, derramándose por la barbilla, el cuello y hasta el delantalito.

La madre dijo : « *Pastel de almendras y jarabe de frambuesas no comerás nunca, nunca, nunca en el orfelinato. Lo he preguntado a las hermanas y todas me han dicho : en nuestro orfelinato no hay pastel de almendras ni jarabe de frambuesas. Estamos en guerra. Ni siquiera hay almendras. Ahora la gente se da por satisfecha si tiene un techo sobre su cabeza. No debes tener miedo.* »

La madre volvió a ponerse las gafas. Soltó el cuello del abrigo que se abrió revoloteando. La madre cogió a Detlev de la mano. Le atrajo hacia sí y se dirigió a la entrada del orfelinato.

Por la mañana —después que Detlev tomó el primer desayuno en el orfelinato— entraron los pupilos en la iglesia parroquial para asistir a la primera misa. Las columnas de la iglesia se levantaban como tronchos del ruibarbo del jardín del abuelo, que Detlev —tumbado de espaldas sobre el camino de ceniza— había mirado mucho tiempo desde abajo, antes de que estallase la guerra.

Detlev se arrodilló como los demás. La hermana Silissa que estaba arrodillada en otro banco, le saludó con la cabeza.

Arriba, detrás de Detlev, sonaban las trompetas del órgano, crepitaban y chirriaban, como cuando se sopla en una regadera y se balancea; el sarro y los guijarros golpean en las paredes. Vinieron dos muchachos vestidos de blanco, llevando incensarios de plata que pendían de cadenas, también de plata, y los agitaban como solían hacer en otoño los chicos de Hamburgo con los sahumerios de latas de conservas, que hacían girar al extremo de un alambre tenso.

« Yo nunca seré monaguillo », pensó Detlev.

El cura llevaba una casulla con bordados verdes.

« Tú ya no serás nunca cura, ha dicho la hermana Silissa », pensó Detlev.

Los monaguillos cogieron de la alfombra que cubría los escalones al pie del altar unas campanillas doradas y las agitaron. El cura cantaba en una lengua extraña. Sonaba como la voz de los gallos allá lejos en los jardines de los obreros. Detlev se levantó con los otros chicos y volvió a arrodillarse. Cuando los pupilos cantaban, él trataba de adivinar algunas notas para incorporarse al canto. Siguiendo lo que hacían los demás, puso el pulgar de la mano derecha en la frente, en el pecho, en el hombro izquierdo y en el hombro derecho. El humo de los incensarios de plata olía al sabor de las almendras que se encontraban dentro de los huesecillos de las ciruelas en compota de la abuela. Los monaguillos transportaron un pesado libro de un lado del altar al otro. El cura subió al púlpito, como en el pequeño templo protestante que había junto al baluarte y habló en alemán, cada vez en voz más baja, de nuestro Redentor, de Nuestro Señor Jesucristo y de nuestro Padre todopoderoso. Detlev escuchaba sin miedo la voz que venía del púlpito. No comprendía nada. El cura pronunciaba las palabras con voz cada vez más débil. Después gritó de prisa muchas frases, que Detlev tampoco entendió. Los velos negros de las hermanas empezaron a temblar; los hombres se sentaron muy erguidos en los bancos. Luego el cura volvió a hablar en voz baja. Al fin descendió del púlpito y fue ante el altar y se puso a andar de un lado a otro. Los monaguillos abrieron unas puertecitas que había en los pilares, como hacían los enanos bajo tierra en el libro de cuentos de mamá. El cura abrió también un armarito en mitad del altar. Sacó de él unos objetos brillantes. Los monaguillos le sostenían una jofaina y se lavó las manos. Después le dieron una toalla y se secó. Tomaron las campanillas y las agitaron. El cura levantó las manos tres veces; levantaba objetos de oro erizados de espinas.

A continuación, salieron las gentes a la nave central de la iglesia y fueron a arrodillarse ante el altar. El cura les ponía una hojita blanca y redonda encima de la lengua. Las gentes cerraban los ojos y volvían a sus bancos juntando las palmas de las manos y los dedos estirados. La maestra se tambaleaba al andar, y sólo volvió a abrir los ojos al sentarse. Daba la impresión de querer levantar el vuelo.

El órgano crepitó y chilló; Detlev pensó que iba a caerse desde lo alto de las bóvedas formadas por los tallos de ruibarbo. Las hermanas se levantaron. Los pupilos fueron corriendo a la escuela. Detlev fue con Odel, y entraron en una clase.

Detlev confundía ya en su memoria los movimientos de la misa. En Hamburgo tenía otro juego de construcción, con torrecillas y arcos, y se podían hacer con ellos casas como este orfelinato de Scheyern. La otra caja contenía un rompecabezas: dieciséis cubitos o hexaedros regulares que en cada una de sus seis caras tenían pegado un dieciseisavo de un paisaje o de una reproducción de parte de algún cuadrito de niños. Detlev lo había entendido pronto, a pesar de que sólo tenía cuatro años cuando recibió como regalo de aniversario la caja con los cubitos. Bastaba construir un paisaje, y después podía componer una imagen tras otra, sin la menor falta, siempre que volviese al mismo tiempo los cubos. Al pensar que no habría nada de todo aquello, si no existieran Scheyern y Hamburgo, Detlev percibió imaginativamente el olor de los cubitos de su rompecabezas. Las visiones de ambas ciudades se deshicieron como las imágenes pegadas en los cubitos.

Centenario de Unamuno

POR FELIPE COSSIO DEL POMAR

¡Cuanto me hubiera gustado conocer a Unamuno joven! Antes que le creciera blanca la barba, antes de que los párpados cayeran pesados sobre los ojos azules, miopes a fuerza de estudiar, antes de que hiciera a la muerte su amada y su yo creciera tan desmesuradamente. Le conocí después. Sesenta años después de nacer en la industrial y lluviosa villa de Bilbao el 29 de setiembre de 1864, y ya consagrado como uno de los auténticos valores de la España contemporánea.

Hijo de un indiano enriquecido en México, supongo que en el trabajo de la tierra como la mayoría de los vascos, a los dieciséis años Unamuno está tan capacitado en Humanidades que puede matricularse en la Universidad de Madrid. Graduado en filosofía, recorre como pasante varias universidades. Todas las materias le interesan y sobre todo tema discurre con labia inagotable. Su locuacidad es incontenible. En ninguna institución de enseñanza conserva su puesto, tal es su impulso por hacer apreciar sus méritos y conocimietos. ¿Quién se hubiera atrevido a contradecirle? Una de las pocas personas incansable en escucharle es Concha, a quien conoce desde la niñez y con quien termina por unirse en matrimonio. Como Unamuno cree en la divinidad del amor sexual, la paciente Concha le da nueve hijos.

En 1888 Unamuno ocupa una situación secundaria en las letras españolas. Hace crítica de libros hispanoamericanos en la revista *La Lectura*, función valorativa, imposible de realizar sin tener una posición propia y una personalidad que se inicia valiente y combativa, cualidades que guardará el resto de su vida.

Mucho influyen los artículos de Unamuno en la decisión de Menéndez Pelayo de publicar el primer tomo de su *Antología de poetas hispanoamericanos* (1893), libro que hace conocer en España las actividades literarias de las antiguas colonias.

Es sorprendente el interés que despierta esta obra. Inicia un verdadero redescubrimiento de América, en el que toman parte los más preclaros escritores de la llamada generación del 98 ; es el primer aporte para enriquecer el acervo intelectual del lector español y el primer contacto importante con los valores republicanos de ultramar. Juan Valera ya había contribuído a este contacto analizando los méritos poéticos de Rubén Darío en *Cartas americanas*. A la *Antología* de Menéndez Pelayo sigue Ramiro de Maeztu que amplía el panorama en *La crisis del humanismo*. Otros representantes del pensamiento español se unen a la tarea de activar este intercambio espiritual, pero es a Unamuno a quien corresponde el guiamiento : « Un pueblo que en otro se vierte, se agranda ; no muere, resucita. »

En Indoamérica se produce otro movimiento de reciprocidad. Muchos escritores dejan de seguir las corrientes francesas para conocer a los intelectuales españoles destacados por su valor singular, y al conocerlos se encargan de exaltarlos. Pero no

está de más repetir que Unamuno es el dirigente de este flujo y reflujo de mutuas apreciaciones. Gracias a sus certeros juicios aparecen en España, en su justa dimensión intelectual, personalidades hasta entonces desconocidas, y éstas, a su vez, se encargan de propagar los méritos del pensador español. Y a tal punto lo exaltan que en España acaban por amarlo y alabarlo, quizás sin comprenderlo demasiado ; aunque en verdad Unamuno no es fácil de comprender.

Gracias a Unamuno se hacen populares las novelas de Manuel Gálvez. El vigoroso novelista argentino responde a esta divulgación con un extenso ensayo titulado *La filosofía de Unamuno*. Luego el contradictorio don Miguel escribe con cierto desdén del gran Rubén Darío ; éste responde a la poco feliz crítica con un artículo donde lo coloca entre los grandes poetas españoles. Más tarde, en su *meditatio mortis*, su esencial vocación justiciera lo llevará a declarar : « No fui justo ni bueno con Rubén. »

Copiosa es su correspondencia con Zorrilla de San Martín. Un discurso pronunciado por el poeta uruguayo en La Rábida, en 1892, le inspira un ensayo titulado « Poesía y oratoria ». Unamuno admira a Zorrilla « mucho como poeta, un poco como ensayista y apenas nada como historiador ».

El mexicano Alfonso Reyes, la pluma siempre pronta para escribir elogios, cambia ideas con Unamuno. Entusiasmado reconoce su valentía, su fe en la pasión humana, la vida que bulle hasta en sus más áridas especulaciones filosóficas.

También don Miguel siente gran admiración por el peruano Ventura García Calderón ; a pesar de su misogalismo, es decir su antipatía hacia lo francés, aprecia a Ventura y es sensible a su fina prosa donde brillan las piedras preciosas de « Monsieur de Focas ». Otro por quien don Miguel sentía gran estimación intelectual era por el uruguayo Vaz Ferreira, también filósofo, literato y pedagogo. Unamuno sólo acepta al autor de *Pragmatismo* como pedagogo, y nada más. La voluminosa correspondencia que cruzan está llena de aportes valiosos para el pensamiento universal.

Otro a quien admira es al combativo escritor boliviano Alcides Arguedas. También a Ricardo Rojas ; pero Unamuno, no sabemos por qué merecimientos, rodea sus juicios sobre el argentino de prudente cortesía ; detiene sus ímpetus críticos y rara vez, al comentar sus libros, entrecomilla su pomposo léxico. Más abierto es su aprecio por un grupo de escritores venezolanos : Rómulo Gallegos, Pedro Emilio Coll, Díaz Rodríguez y, sobre todo, Blanco Fombona.

Sus entusiasmos por el *Martín Fierro* de José Hernández son juveniles. El gaucho se le presenta como un héroe que ha logrado dominar el miedo a la muerte, esa « desesperanza transcendental », ese *tedium vitae* que él ha luchado durante toda su vida por vencer mortificando su carne y su espíritu, durmiendo a la intemperie de las montañas, andando sin abrigo en invierno, sumiéndose en profundos trabajos filosóficos durante insomnios agotadores.

Como el gaucho, don Miguel se siente primitivo y moderno, refinado y salvaje ; aconseja con la suavidad y la unción de un apóstol, y vilipendia como un rústico. Reconoce en *Martín Fierro* al hombre que hereda los defectos y las virtudes de la raza española y los lleva a su cúspide.

Al recordar a Unamuno no podemos dejar de hablar de otro filósofo, José Ortega y Gasset. Cerca de veinte años más joven, tiene igual influencia en la mentalidad filosófica de Indoamérica, en su problemática y su prospectividad. Ortega actualiza la filosofía en América, especialmente en los países del Plata, como pensamiento vigente y efectivo. Y la presencia orteguiana es tan conformadora al pensamiento indoamericano como la presencia unamuniana. Los dos se completan, se critican y se admiran. Mientras la circunstancia esencializada existencialmente es nota « esenciable de la realidad », orteguiana, la filosofía unamuniana está al margen de toda doctrina taxativa, inteligible. Hostil a la razón, Unamuno afirma que el racionalista está tan indicado para juzgar la vida como el eunuco está capacitado para ser juez en un concurso de belleza.

Toda la vida, toda la filosofía de Unamuno —afirma Ortega— es como la de Espinosa, una meditación sobre la muerte.

DON MIGUEL DE UNAMUNO

DIBUJO DE SERGIO TRUJILLO MAGNENAT

« Hoy triunfa en todas partes esta inspiración, pero es obligado decir que Unamuno es el precursor de ella. Precisamente en los años en que los europeos andaban más distraídos de la vocación humana, que es 'tener que morir', y más divertidos con las cosas de dentro de la vida. »

Esto lo reconoce Ortega después de muerto don Miguel. Es un tributo que no lleva el dejo burlón de Ortega cuando sus juicios no abren de par en par las válvulas de su admiración. En vida los dos grandes hombres tuvieron, no digo choques, sino pequeñas diferencias. Cuando Ortega sugiere a Unamuno un plan educacional para realizarlo en colaboración, Unamuno lo rechaza : « Lo que usted me propone en este plan, es que yo sea la cabeza y usted el espíritu. Bueno, permítame decirle que en mi plan seré yo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. »

Ortega no niega que Unamuno sea un gran escritor. « Pero conviene decir que era vasco, y que su castellano era aprendido. » Unamuno lo reconoce y lo declara con orgullo, « pero no se daba cuenta de lo que esto traía consigo. Aun siendo espléndido su castellano, tiene siempre ese carácter de aprendido, y, si se me quiere entender bien, como idioma aprendido, carácter de lengua muerta. De aquí muchas particularidades de su estilo... Con la lengua aprendida el vocablo se interpone entre nosotros, y nuestro pensamiento hace constar su presencia y nos obliga a atenderlo. En suma, de aquí la frecuencia con que Unamuno da espantadas ante los vocablos y ve en ellos más de lo que en su uso corriente suelen significar ». De todas maneras, Ortega declara que « Unamuno sabía mucho, y mucho más de lo que aparentaba, y lo que sabía, lo sabía muy bien ».

Por razones de coetaneidad, Ortega pone juntos a Miguel de Unamuno y a Bernard Shaw. En realidad no puede haber otra relación entre los dos escritores. El uno es celta y el otro es vasco. Los celtas, sean ellos de Portugal, de Galicia o de Irlanda, llámense Eça de Queiroz, Julio Camba, Wenceslao Fernández Florez, o llámense Oscar Wilde o Shaw, son ironistas congénitos. Manejan ese frío escalpelo mental que nos hace dar vueltas a las cosas y a las ideas. En cambio los vascos, llámense Pío Baroja o Unamuno, desconocen la ironía. Son celtíberos, que no celtas. Llevan consigo un escondido rasgo de muerte, profesan culto por el luto, tienen el hábito de escarbar en el dolor humano y, como todos los vascos, son excesivos creyentes de su yo, por lo tanto, pesimistas. El ego vasco de don Miguel va unido a su ego español, y no es poco decir, porque don Miguel es hombre de España más que de su región. Y más universal que español, que también es una característica de los vascos la universalidad. Frente a la tendencia separatista, a soltar amarras del resto de España, son claras sus ideas desde que pronuncia un discurso en los Juegos Florales de Bilbao (1901). En este discurso pone de manifiesto las cualidades fundamentales del carácter vasco para la convivencia nacional : « Rebasemos la patria chica, chica siempre, para agrandar la grande y empujarla a la máxima, a la única, a la gran patria humana. »

El futuro hermana en grandeza a Unamuno y a Ortega, los dos representativos de la España contemporánea y los dos más altos ejemplos de integridad moral. Jamás conocerá la paz el recio yo de Unamuno, forjado, inflexible y espléndido como su aprendido castellano. Jamás desaparecerá el ingrediente tragedioso que hereda del romanticismo. Consigo llevará siempre su miedo invencible, hijo de su egoísmo, ese egoísmo que en un momento raro de humildad confiesa que viene « no de su orgullo sino del terror de desaparecer ».

De su orgullo y vanidad nos deja muchos testimonios. En Salamanca solía decir a sus alumnos : « Años después que hayáis dejado mi clase, habréis olvidado lo que os pude enseñar, pero estoy seguro que jamás me olvidaréis a mí ». En efecto a don Miguel es difícil olvidarle, como es difícil exaltar sus méritos más allá de la alta opinión que tenía de sí mismo.

Cuando Alfonso XIII, aquel rey que tanto atacó, le condecora con la Gran Cruz de Alfonso XII, en sus palabras de agradecimiento, con su acostumbrada franqueza vascongada, hace constar que « bien merece esta distinción ». El rey sonríe : « Es la primera vez —le dice—, que escu-

cho esta afirmación. La mayoría de las gentes que he condecorado siempre han protestado de sus pocos méritos. » — « Y también tenían razón », concluye Unamuno.

Mi primer encuentro con don Miguel fue en la Rotonda de Montparnasse, en París, en 1924. Unamuno había encontrado refugio en la Francia hospitalaria después de su destierro en la isla de Fuenteventura. Al caer la tarde frecuentaba el famoso café. A estas horas se reunían intelectuales, escritores, artistas y bohemios. Se hablaba a grandes voces y se discutía en todas las lenguas. Abundaban los centro y suramericanos. Eran asiduos concurrentes el poeta César Vallejo, gran frente beethoviana y ojos indios negrísimos, siempre sonrientes para ocultar su tristeza ; el chileno Vicente Huidobro, alto, delgado, de impecable elegancia, empeñado en pintar un cuadro con sólo un punto en el infinito ; el español Juan Larrea, poeta de temas trascendentales ; el mexicano Miguel Covarrubias ; el pintor guatemalteco Carlos Mérida ; también el político Haya de la Torre asistía cada vez que dejaba sus estudios de Oxford.

A este café, ya dramatizado por Modigliani, caro a los revolucionarios, de donde Trotski « sacó fe y esperanza », don Miguel dedicó un soneto donde rima mariquitas y marimachos con sombreros gachos, muestra, no muy feliz, de la bivalencia unamunesca.

Ante una mesa de mármol, entre mariquitas, marimachos y artistas, instalaba don Miguel su compacto yo trapeado de negro. Y lo sorprendente es que generalmente permanecía hermético mientras sus dedos nerviosos manipulaban las famosas pajaritas de papel. ¿Por qué la mayoría de los grandes hombres se inclinan a llamar la atención de cualquier modo? También Unamuno se siente juglar obligado a actuar. Apenas si sabe gozar del placer de vivir sin público, de pasar inadvertido, de inexistir. Sus ojos claros miran lejos. Evocan sin duda las encinas de El Pardo o las húmedas colinas de Vizcaya ; parecerían soñadores sin la violenta determinación de las cejas contraídas.

¿Quién se atrevería a sostener que no hay más Quijotes en el mundo? Su cara alargada parece tallada en pálido granito, la barba blanca terminada en punta le da la expresión melancólica de Alonso Quijano. Corpulento, tallado en hércules, a los sesenta años don Miguel de Unamuno es la flor de los caballeros andantes que para gloria del mundo van todavía por los caminos dando tajos valientes y rompiendo lanzas por el ideal. Hace años que trata de inculcar la fe, ofrece consuelos y busca el reino de Dios y de su justicia. « Sabed que lo demás os será dado por añadidura. » El sombrero tiene algo del yelmo de Mambrino, un yelmo negro y retorcido. El chaleco de pastor protestante sube hasta el cuello cual blanda coraza.

En París está el andante caballero después de atravesar los Pirineos perseguido por malandrines que no quieren ser molestados con su palabra. Mensajero de la inquietud, desesperado por no encontrarse jamás seguro de la verdad, aunque esta desesperación sea « lo más noble, lo más profundo, lo más humano y más fecundo para el espíritu ».

Un mutuo amigo me llevó a visitarle en la pensión donde vivía, cerca de la Plaza de la Estrella. Una exigua habitación era el torreón donde el campeador esperaba remendando su celada y reforzando la vara de su lanza. Volví varias veces a verle, contrariando la fea costumbre de meterse en casa del combatiente generoso a revisar sus armas, indagar cómo trabaja y cómo vive. « Si escribes, que nadie sepa como escribes, ni a qué hora ni con qué pluma ni de qué modo. » Pero don Miguel es sobre todo maestro. Es predicador de verdades. Y mientras dice su palabra, no podemos dejar de verle como hombre, admirar de cerca su gigantismo, que lo hay en sus virtudes, sus defectos y su coraje sin límites.

En el reducido aposento simplemente amueblado con una cama de metal y tres sillas, Unamuno recibe a sus admiradores y discípulos. Sentado en la cama como si fuera el sillón de su cátedra, suelta por la habitación su yo descomunal. Desaparecen los muros empapelados, desaparece el lavabo, el pequeño espejo, las toallas, las cortinillas de cretona. Sólo sus palabras repercuten como si don Miguel predicara

desde lo alto de una montaña. Su corazón vierte la hiel del desterrado, su íntima infelicidad, su protesta airada, su intento de propagar la Santa Cruzada para ir a rescatar el sepulcro de D. Quijote de los bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos que lo tienen ocupado... « defenderán, es natural, su usurpación, y tratarán de probar con muchas y estudiadas razones que la guardia del Sepulcro les corresponde. A estas razones hay que contestar con insultos, con pedradas, con gritos de pasión. No hay que razonar con ellos ; si tratas de razonar frente a sus razones estás perdido ».

Por entonces don Miguel vive en grave irresolución. No sabe qué hacer. « Estoy pasando —me dice—, el horror de la incertidumbre... no hay cosa más horrible que esperar... y yo espero. No puedo resolver nada, ni podría decirle lo que me pasará esta tarde. »

Quiere decir que don Miguel no vive, ya que siempre se ha empeñado en negar el porvenir. « Eso que llaman el porvenir es una de las más grandes mentiras. El verdadero porvenir es hoy. ¿Qué será de nosotros mañana? ¿Qué es de nosotros hoy, ahora? »

Esta cuestión refleja el fondo íntimo de toda su obra ; porque Unamuno es escéptico, en el sentido primitivo y directo de este término. « El escepticismo vital —dice—, viene del choque entre la razón y el deseo, y de este abrazo entre la desesperación y el escepticismo nace la santa, la dulce, la salvadora incertidumbre, nuestro supremo consuelo. »

Este escepticismo nos muestra el fondo íntimo de su carácter, satisface su hambre de divinidad, le lleva a temer la muerte sobre todas las cosas. Y por temerla, estima la vida humana como el más alto bien. En defenderlo pone una pasión raramente encontrada en otros filósofos. Su exaltado pragmatismo considera que el supremo deber del filósofo es consolar a la humanidad, hacer la vida llevadera. Los filósofos —dice más o menos en su libro *Del sentimiento trágico de la vida*—, deberían seguir el ejemplo de Sócrates, que tan útiles consejos da a una cortesana que ésta termina por proponerle una sociedad.

Como Kierkegaard, Unamuno emplea su vida en luchar por su fe religiosa. Cree en Dios, pero siente que ninguna prueba racional de Dios es posible. « No es una necesidad racional, sino la angustia vital que nos impele a creer en Dios. » En su obra encontramos testimonios de la lucha desesperada por sobrevivir. Hasta los más rústicos caracteres de las cinco novelas que escribió meditan sobre la muerte. El autor confía a sus personajes la misión de hacer claro su mensaje y su creencia de que la existencia de Dios depende de los seres humanos. Si los actores de una novela son producto de los sueños del autor —escribe Unamuno—, ¿por qué los seres humanos no podrían ser sueños de Dios? La suprema plegaria, el ruego más profundo del hombre es para continuar su existencia. « Suéñanos, oh Señor. »

Esta angustia lleva a Unamuno a creer en Dios como Realidad Suprema. Lo conduce a la salvadora incertidumbre espiritual en camino de la suprema belleza : la tragedia. Lo convierte en enemigo de las cosas materiales por terrestres, por efímeras y por pasajeras, y lo torna en el errante Quijote que busca la revelación de lo infinito, de lo bello y de lo eterno, y así salvar la finalidad humana del Universo.

Por la ventana de la habitación, con el rumor de la calle entra un poco de sol que va a jugar con los pies de don Miguel sentado sobre la cama de bronce. Habla, habla incansable, mientras manipula las hojas de papel haciendo pajaritas. Del fondo de su alma saca recuerdos dolorídos de su prisión en Fuerteventura, « esa bendita isla rocosa donde he pasado los días más entrañados y más fecundos de mi vida ».

En una pequeña libreta lleva anotados pensamientos mezclados con sonetos de su nuevo libro : *De Fuerteventura a París*. Me lee algunos. Su voz vibra violenta al recordar y desfilan las rimas llenas de rencor.

Dejo a los profesionales de la crítica pronunciarse sobre los méritos literarios de los poemas de don Miguel. A mí, la mayor parte de los que le oí leer no me gustaron. Creo que a Ortega no le falta razón : « Su pretensión de ser poeta le

hace evitar toda doctrina. » En estos versos su alma de celtíbero ha podido más que su fe cristiana. Su mente se halla demasiado preocupada, su inspiración nublada por el rencor. Mucho más mérito tiene la membranza cuando Unamuno pone de lado lo lírico y el verso inerme en su lucha con la expresión clara de su idea. Entonces aparece el verbo desnudo, puro. Con palabras rotundas zahiere a los hombres que han dirigido los destinos de España : « En la burla se ha condensado el fruto de nuestro egoísmo ; en una obra de burlas se cifra y compendia nuestra filosofía española, la única verdadera y hondamente tal ; con una obra de burlas llegó el alma de nuestro pueblo, encarnada en hombre, a los abismos de los misterios de la vida... »

Le pregunto a qué atribuye la decadencia de España.

— Las causas de esta decadencia parten de la muerte del Infante don Juan, hijo de Isabel la Católica. Esto parece extraordinario, pero tiene su explicación. La muerte del Infante trajo a España la dinastía austríaca. Estos reyes en lugar de administrar nuestros bienes y organizar la América, se ocuparon sólo de la política europea. España y América fueron para ellos grandes depósitos de hombres y dineros que empleaban en absurdas rivalidades de dinastías. Esta ingerencia de España en los asuntos europeos durante siglos, hasta la Santa Alianza, casi hasta mediados del siglo XIX, nos condujo a la ruina. Gastó nuestros recursos y gastó nuestra raza. Nuestro estado actual se explica así, lógicamente. Estamos físicamente extenuados. Nuestra raza está extenuada. Conocí un ministro, eminente político, de inteligencia y carácter superior, que cuando trabajaba más de ocho horas propasándose en su labor, era tal su agotamiento que sufría diarreas.

— ¡Todo necesita renovarse! ¡Todo! Nuestras clases intelectuales, nuestros dirigentes, nuestra política. Hay que ensayarlo todo, menos resucitar las guerras civiles que ensangrentaron a España el siglo pasado. Hay que encender en el pueblo español el fuego de las inquietudes. No las malas pasiones, no la voluntad guiando a la inteligencia por malos caminos. Despertar en él la conciencia de sus deberes y de sus derechos.

Al hablar de su filosofía sobre la verdad anoto algunos rasgos salientes de su pensamiento : « Todo es mentira mientras ahorque los impulsos nobles y aborte monstruos estériles. Por sus frutos conoceréis a los hombres y a las cosas. Toda creencia que lleve a obras de vida es creencia de verdad, y lo es de mentira lo que lleve a obras de muerte. La vida es el criterio de la verdad y no la concordia lógica, que lo es sólo de la razón. »

*

Años después encuentro a don Miguel en los claustros de la Universidad de Salamanca. Más alerta, más joven que cuando le vi en París. Ha llegado la República y con ella nuevas esperanzas para su pueblo. Quisiera saber los frutos que España espera con el triunfo republicano. Sé que don Miguel responderá con verdades del corazón. Con su natural franqueza, sin dar vuelta a mi pregunta, me hace ver lo poco satisfecho que está con el resultado.

— Hay mucho por hacer y mucho por combatir todavía. Yo creo que si las matemáticas matan, son mentiras las matemáticas. Ya ve usted como se han torcido nuestros ideales, y como se obra con una lógica apartada de toda fe. Estamos actuando con la lógica de Sancho, que es escolástica, puramente verbal. Todavía no hemos hecho nada. Nada. ¿Revolución? ¡Qué mito! Unos dicen haberla hecho, la revolución, la suya ; otros dicen que está por hacer. « Haremos nuestra revolución. » Pero ¿cabe decir nunca, hemos hecho una revolución? Una revolución no es nunca un hecho ; una revolución es siempre un inacabable quehacer. Porque una revolución se revoluciona a sí misma. ¿Es que aquéllos mozos quieren hacer una revolución? Más que lo dudo. Lo que quieren los más de ellos es que la revolución los haga. Los haga hombres, o, más claro, los coloque. Es una nueva generación en busca de empleo.

— Se dice que estamos en una República de trabajadores y por los últimos acontecimientos más bien creo en una Repúbli-

ca de funcionarios, en que todos quieren vivir a costa del Estado.

Unamuno adolece de los vicios mentales que Platón satiriza en los disputadores sofistas de su tiempo. Construyen tesis sobre una vieja fe. En su caso, responde al fondo de su conciencia vascongada. Cuando quiere escapar es con un sobresalto violento, en pequeñas excursiones por el campo de las ideas avanzadas, y como molesto de lo que han visto sus ojos, herido de inadaptación, se retrae arisco para disparar golpes líricos contra la voz de « adelante » que él mismo dio, y desde la retaguardia ataca y vitupera. Un antiguo texto confuciano dice que sólo el hombre fuerte, justo y humano, puede vivir amando y odiando a los hombres como conviene.

Después de admitir la gravedad de los problemas políticos en su patria, de la necesidad de equilibrar las fuerzas opuestas, don Miguel considera fundamental la unidad política.

— España ante todo. ¿Qué es esto de abominar de la Monarquía a troche y moche? ¿Es qué en los siglos de la Monarquía española unificada no hubo pueblo español, y este pueblo español no tuvo voluntad, también española, y no la incorporó a la Monarquía con que se daba asimismo unidad?

Y el maravilloso escalpelista del idioma, recreador de las ideas entrañadas en el habla, dispuesto siempre a sacar del vientre semántico de cada palabra retruécanos, exclama henchido de fervor patriótico :

— La España Monárquica, voluntaria y radicalmente monárquica, que sentía la unidad del poder Arquia-mono sigue, no en pie, pero bajo el pie del árbol, en la tierra materna que guarda a los que fueron y a los que serán.

— ¿Pero cómo siendo usted republicano la república no le satisface?

— Primeramente yo nunca he ingresado en ningún partido político. Porque siempre estuve a matar con los programas. Yo a los años juveniles casi prefiero la madurez otoñal. Me place más a la vera del río las hojas caídas que el verde agrio de una primavera. Y después, ¿qué quedan? Algunos recuerdos para que pueda haber alguna esperanza, y las esperanzas no existen si no tienen base en un pasado.

¡De cuantas cosas quisiera oír hablar al maestro! De sus próximos libros y, por último, de su teatro. ¿Por qué se le conoce tan poco en España como autor teatral?

— Nunca me he ocupado de hacer representar mis obras, dada la vida atareada que llevo.

Le relato que me cupo la suerte de ver representar en Roma, en un teatro de vanguardia, *La Esfinge*, traducida al toscano. Me sorprende saber que no había sido representada en España. Lo mismo ha pasado con *La Venda, Raquel, El hermano Juan*. La sola obra puesta en escena en castellano es *Raquel*, en Buenos Aires, con gran éxito.

Al despedirme recuerdo las frases que en otro tiempo escribiera : « Cuando al fin me muera, si es del todo, no habré muerto yo, no me habré dejado morir sino que me habrá matado el destino humano. Como no llegue a perder la cabeza, o, mejor aún que la cabeza el corazón, yo no dimito de la vida ; se me destituirá de ella. »

Aún no ha muerto don Miguel y es difícil destituirle de la vida. Se han llevado el cadáver del hombre que nació hace cien años. Pero todavía queda en el mundo su llama encendida.

Cartas a Alcides Arguedas

POR MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 23-III-09

Sr. Don Alcides Arguedas :

He apartado, señor mío, su libro Pueblo enfermo *del montón de los que con frecuentes envíos tengo formado.*

Bolivia es un país del cual aquí apenas se sabe sino que existe y esto no todos los que pasan por ilustrados.

Pero yo que tengo, diferenciándome en esto de los más de mis compatriotas, curiosidad geográfica, he hecho ya algunas excursiones mentales por él.

Pero lo he visto hasta hoy o a través de chilenos, o de peruanos o de argentinos. No hace aún mucho en un libro del peruano Manuel G. Prado leía juicios poco halagüeños para Bolivia. Y conozco bastante la figura de Santa Cruz.

Leeré, pues, su libro, lo leeré con interés y espero que él me dé pie no para una, para más de una de esas correspondencias que con regularidad envío a La Nación *de Buenos Aires. Y aquí, en España, diré algo de él.*

Adiós.

Se le ofrece amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Acabo de leer la descripción que en las páginas 18 *y* 19 *hace usted de la puna boliviana. ¡Muy bien! Me recuerda algo a Castilla. ¿Conoce usted la descripción que de ésta hice en mi* En torno al casticismo? *Allí vería cuán grande es la analogía entre la puna y estos páramos centrales de España.*

Salamanca, 20-IV-09

Sr. D. Alcides Arguedas.

Mi estimado señor y amigo : Hoy echo al correo y llegarán a Buenos Aires a mediados del mes que viene las dos primeras correspondencias que en La Nación *dedico a su obra. La primera se titula : « El alcoholismo en Bolivia » donde presento una hipótesis con la que acaso usted no esté conforme. La segunda se titula : « La imaginación en Cochabamba » y tomo pie de lo que usted dice sobre la imaginación y la megalomanía y el apego a la rutina para disertar sosteniendo que esa supuesta imaginación no es tal.*

Y aún he de dedicar alguna correspondencia más a su obra, pues ésta es de las más sugestivas que conozco y así lo declaro.

Mis comentarios son aún más dolorosos y duros que su obra y me temo que provoquen protestas. Pero el amor a la verdad ante todo.

Le ruego se fije en la palabra agarofobia *impresa dos veces, páginas* 114 *y* 115 *en su obra. He sospechado si querría decir* agorafobia *pero en tal caso el sentido de esta voz no corresponde al que usted le da a aquélla, porque agorafobia se llama al horror a la plaza pública, al miedo a los espacios vacíos, enfermedad que padecen algunos quiénes sin apoyarse en otro no se atreven a atravesar las grandes plazas.*

Crea en la simpatía de su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 31-III-10

Señor D. Alcides Arguedas.

Me ha regocijado, amigo mío, el saber que se vuelve por Europa y que es fácil pueda visitar esta mi dorada y mágica Salamanca. No olvido que usted me llamó la atención sobre su interesante pueblo y que en la pintura que de él usted nos hizo he visto muchos otros pueblos y no poco del mío. Aquí hay hoy un ambiente de zozobra e incertidumbre ; creo que España está pasando por una de sus más hondas crisis espirituales, En más de un respecto se nota un positivo renacimiento o tal vez nacimiento. Empezamos a cobrar confianza en nosotros mismos.

Las cosas de esa América empiezan a interesar aquí. Con ello coincide el aumento de la emigración y el que muchos de los que van vuelven.

Yo me he metido de hoz y de coz en el teatro, habiendo entregado ya tres dramas y dos piezas cómicas.

Siempre creí que usted con su obra hacía un positivo servicio a su patria. No importa que por ahora no lo reconozcan así sus compatriotas y hasta que pretendan hacerle el aislamiento del silencio. El decir la verdad no le hace a uno simpático pero le da autoridad.

Me habla usted de mi « Vida de don Quijote y Sancho ». Es el verdadero éxito de mis escritos, el que más se difunde. Y trabajo ha costado. Porque también en torno de él se hizo aquí, cuando apareció, el semisilencio.

Adiós. Y a ver si nos vemos pronto. Le estrecha la mano

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 26-V-11

Sr. D. Alcides Arguedas.

Gracias, amigo mío, por sus noticias y el ejemplar de la segunda edición de su obra y las menciones que en ella de mí hace. Yo estoy atareadísimo con multitud de trabajos. Y no es lo que menos me ocupa y preocupa mi colaboración regular para La Nación *de Bs. As. labor en que me animan tanto como el aplauso de unos la censura de otros al modo del Brocha Gorda ese. Creo tener una idea bastante clara de la petulancia argentina y de su graciosísima idea de que una ciudad que ha crecido en pocos años a más de* 1.000.000 *de habitantes ha de ser cien veces superior a otra de* 10.000. *Yo burla burlando unas veces y no sin cierta insidia otras, les he dejado deslizar verdades bastante amargas para su envanecimiento de* parvenus *y de* rastas. *Y aún me queda no poco. Pero, amigo, la susceptibilidad quisquillosa de aquella gente es terrible! No aguantan el que se les censure. Los más de los que allá han ido —Blasco Ibáñez, Fersi, Ferrero, Clemenceau, Posada, Altamira, France, etc. — han ido en una u otra forma a adularlos aunque alguno de ellos se hayan desquitado luego al volver. Pero de esto habré de hablar más despacio.*

Siento que la presión de mis quehaceres no me consienta ocio para escribirle hoy más de largo, pero no he querido demorarlo. Sea usted, pues, bienvenido a Europa otra vez, y téngame al corriente de sus andanzas y trabajos como a un buen amigo suyo que lo es

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 28-XI-11

Sr. D. Alcides Arguedas.

Mi querido amigo : Cuando pensaba escribirle anunciándole que recibí « En las tierras del Potosí » de su amigo Jaime Mendoza y que me propongo escribir a éste, me llega su carta. Gracias por ella. Mi poesía que usted leyó en Los Lunes de El Imparcial responde a mi más constante estado íntimo cuya filosofía (!!!) voy a desarrollar en una obra « del sentimiento trágico de la vida » que empezará a publicar La España Moderna *desde su próximo número y se llevará todo el año que viene, pues contendrá más de* 12 *capitales. Es más bien una obra de mística de la desesperación resignada. Y esa poesía con otras varias figurará en mi próximo libro de « Nuevas-Poesías » aunque aún no he logrado cubrir los gastos ni de mis « Poesías » ni de mi « Rosario de sonetos líricos » y eso que son mis obras favoritas. Mi poesía entra más lentamente que mi prosa, pero entrará ¡vaya si entrará!*

Aparte eso he terminado una tragedia Fedra con el argumento mismo de la de Eurípides y Racine, sólo que con muy distinto desarrollo y puesta la acción en época moderna. Esa tragedia con otros dos dramas aguarda representación. También he dado un cuento a « El Cuento Semanal ».

Y leo, leo más que nunca en este aislamiento de mi casa que no es de soledad por tener conmigo a mi mujer, mi hermana y nada más que ocho hijos, cinco varones y tres hembras, el mayor de 19 y el menor de 2 años. Esto es mi consuelo que si no...! Ese terrible problema del más allá me persigue, como una pesadilla, desde que entré en la pubertad, y toda mi vida es un combate entre el corazón y la cabeza, la fe que me dice sí y la razón que me dice no! Y no acabo de rendirme ni a una ni a otra. Y hay felices (??) mortales que se consuelan con eso de que nada se aniquila sino todo se transforma! Mon moi, qu'on me rende mon moi! grito con Michelet! digo con Pascal : il faut s'abêtir.

Basta.

Es muy su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

En su carta me habla de su mujer. Salúdela y que ella sea, como es desde hace más de veinte años para mí la mía, la alegría de su corazón. Si no fuera por los ojos de mi mujer, que como el sol las nubes, disipan mis preocupaciones todas, no sé qué hubiese sido de mí. Pero Dios la dotó de un manantial inagotable de serenidad y de contento claro y dulce. Que sea así la suya, amigo!

MIGUEL DE UNAMUNO

A MI TIERRA MADRE

Almohada serás de mi cabeza
cuando rendida de la idea al peso
se vuelva a descansar,
cuando sucumba al fin a la tristeza
de la muela incesante del progreso
con su inútil rodar.
Serás, tierra bendita de los míos
que un punto fuiste vaso de la angustia
que en mi vida encarnó
reposadero de mis yertos bríos
un tiempo tuyos, cuando el alma mustia
buscaba otra alma yo.
Cuando tu polvo vientos otoñales
levanten juguetando en tu regazo
a hora del sol morir
envuelto del olvido en los pañales
gozará, sin sentirlo, el dulce abrazo
del que fue mi vivir.

Mi tierra parda, madre de verdura,
masa de corazones, recia fragua
de mi españolidad,
bajo tu lecho, en la rocosa hondura,
virgen, del cielo, se remansa del agua
soñando eternidad.

A ese agua irán los sueños de mi vida
recuerdos de esperanzas y temores,
allí a apagar su sé,
que a sus hijos al cabo el mundo olvida,
cada nuevo año con sus nuevas flores ;
a esa agua irá mi fe.

¿Quién sino tú, mi dulce oscura tierra,
de mi recuerdo guardará la ruina
y en ella mi pasión?
¿Quién sino tú, cuyo regazo encierra
de lo que fue lo que es, lo que no fina,
tú, toda corazón?

Y cada sueño que hoy mi mente ansiosa
suelta de la esperanza a cada rayo
una flor te será
y esta misma canción acaso en rosa
cada año al sol de cada nuevo mayo
en ti renacerá.

Y ha de surgir en ti, pálido lirio
que se enrojece cuando cae la tarde
al último arrebol
este de no querer morir delirio
que pega a mi alma que a sus rayos arde
de las almas al sol.

Y hojas serán de otoño en remolino
los desengaños que hay sobre mi frente
canas son de la edad ;
sobre tu pecho el viento peregrino
los llevará a morir en el Poniente,
¡tierra de soledad!

Tierra de soledad, guarda en tu seno
mi soledad, hermanas soledades
que alma son de los dos ;
tierra de soledad, campo sereno,
tú cuando llegue el fin de las edades
me pondrás cara a Dios.

¡Oh dulce tierra parda, madre mía
cuna, lecho nupcial, tumba serena
del fatal conocer

hecha en tí flor renacerá algún día
sin gloria mi alma, mas también sin pena
y libre del querer!

Salamanca, 21-XII-12

Sr. D. Alcides Arguedas.

Tengo a la vista, mi querido amigo, su carta del 14 de agosto escrita después de leer una de esas cosas en que vierto las fluctuaciones de mi alma en « El Imparcial ». Después he tenido noticia de haberle a usted nacido un hijo. Dios se lo bendiga! Exprese a su mujer mi enhorabuena. Yo tengo ocho, cinco varones y tres hembras, y son como manto de aceite sobre las tempestades de mi alma. Vivo para todos, pero vivo por ellos. Y de esas fluctuaciones, qué le he de decir? Ahora estoy en época de esperanzas. Lo que va de curso, estos dos meses últimos, he llevado una activa campaña de agitación agraria, contra la obra nefasta de unos cuantos magnates latifundiarios que están despoblando esta tierra, obligando a emigrar a las pobres gentes para sustituirlas con toros, carneros o cerdos. Qué falta hace aquí un Lloyd George! Y en esta obra de propaganda me ayuda un joven paisano mío, catedrático de Derecho Político desde hace un año aquí, que dice le conoce a usted. Se llama Tomás Elorrieta y estuvo pensionado ahí, en París, donde dice se conocieron ustedes.

Ya le contaré de esto.

Me llaman y quiero que salga hoy esta carta.

Le abraza su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Sin fecha.

Sr. D. Alcides Arguedas.
La Paz

No le extrañe a usted, mi buen amigo, que haya tardado tanto en contestarle. Mi destitución del rectorado, que aun siendo estrictamente no ilegal, me molestó por la forma grosera, me ha producido un aumento de trabajo. Tengo que buscar en la colaboración periodística literaria compensar el perjuicio pecuniario que aquella me trajo. Mis dos cátedras diarias y mis trabajos me ocupan mucho. Luego mi correspondencia particular crece más que mi tiempo —éste mengua— y tengo que restringirla. Añada usted que la guerra me absorbe una gran atención. Nunca habría creído que me iba a interesar en ella como me he interesado. Yo era —y aún soy— anti-afrancesado, ya que no anti-francés, pero en esta ocasión creo que Francia lucha con Inglaterra y Rusia por el porvenir de la civilización cristiana contra la Kultur *pagana germánica. Y además veo la repercusión aquí, en nuestra ideología española, de las cosas de la guerra. Nuestra beocia tradicionalista está salida de madre, si es que la tiene. Aquí no hay ahora ni lógica ni dialéctica ; no hay más que polémica. Creen que un argumento ha de ser un mortero de 420 o un zepelin. Para mí, personalmente, la guerra vino muy a tiempo pues me ha libertado de haberme metido demasiado en mi pleito.*

Le agradezco su propósito de publicar la carta que me escribió.

Cuando acabe la guerra pienso fundir todos los artículos y ensayos que ella me ha sugerido en un libro que vendrá a ser... ¿a que no lo adivina usted? pues una continuación o segunda parte de mi Sentimiento trágico de la vida. *Porque la guerra y cuanto a ella se refiere me ha confirmado más y más en mis puntos de sentimiento allí expresados. Después que esto pase resurgirán con nueva fuerza esas inmortales preocupaciones que un cientificismo ciego no logrará jamás matar. Quebrantado el imperialismo y el militarismo de aquí abajo, del reino del mundo, cobrarán nueva fuerza el imperialismo y el militarismo del más allá, del reino del cielo, la batalla contra la eterna Esfinge.*

Adiós.

Sabe cuán su amigo es

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 19-XI-20

Sr. D. Alcides Arguedas.

En efecto, mi querido y nunca olvidado amigo, tiene usted derecho a quejarse de

mi silencio. Ni siquiera le acusé recibo de su Raza de bronce. Y, sin embargo me produjo una hondísima impresión. Tan honda que la tengo aparte, con notas y comentarios marginales. No sabe usted en qué torbellino vivo (pero de esto luego) No me interesó como novela, la verdad, sino por sus paisajes y por las almas oscuras y elementales de indios. Es un libro lleno de enseñanza y, lo que vale más, de poesía, de muy honda poesía, aunque de novelería ya. Porque yo, el de los nivolos, entiendo y siento la novela de otro modo. Pero ¿qué importa? Y al ver su « Historia de Bolivia », cuyo primer volumen acabo de leer, me he confirmado en mi antigua creencia de que ustedes, los hispanoamericanos, crean más escribiendo historia que novela. Aquí, donde la historia ya está tan sobada, un poeta —no siendo un Michelet, un Carlyle, un Oliveira Martins...— no encuentra campo. Pero la historia de ustedes...! Hacer revivir a Bolívar, a Sucre, a Rosas, a Francia, a Artigas, a Melgarejo... es más obra de creación y de arte que encontrar héroes de novela. ¿Hay en la América del Sur novela que iguale al Facundo, de Sarmiento o a La Epopeya de Artigas de Zorrilla de San Martín? Su libro « La Fundación de la República » sé que le tengo lleno de notas. Qué de cosas en él! Por de pronto ya he pedido la « Vida de Antonio José de Sucre » de Villanueva y « El maestro del Libertador » de Lozano, dos libros que faltaban —cosa rara!— en mi bien surtida biblioteca de cosas americanas. Y mire Ud., en su libro he anotado muchas cosas, pero una de las que más me han sorprendido es el que usted llama sorprendente discurso en Aymará, el de la página 294. Ni los de Lincoln. Parece un discurso de la Ilíada.

Y ahora a lo de aquí y a lo nuestro y lo mío. El Estado de esta nuestra España es cada vez más alarmante, la descomposición general extrema. Empezamos a pagar las ganancias de la guerra. No me sorprendería que pasase algo como en Rusia. Y luego el Rey... Está perdido y nos pierde. Se mete en negocios turbios, juega, bebe —y no agua— y putea. Es falso. Yo, a las veces casi solo y otras seguido de algunos, llevo una campaña contra él, en la que, bajo cuerda, me alientan hasta gentes que luego le adulan. No han podido conmigo. Les inspiro respeto. Pero después de multitud de artículos y discursos durísimos se agarraron de dos para procesarme y condenarme por injurias a S.M. y aquí ese delito (???) se paga con 8 años de presidio, sin graduar a la injuria, que es según nuestro Código toda expresión de menosprecio de alguien. Lo mismo da llamarle badulaque o botarate o chisgaravís que tahur, ladrón o cornudo. Se dio el caso de condenarle a uno a los 8 años de presidio por haberle llamado al rey el « polluelo Alfonsito », aunque luego el Supremo casó la sentencia. Pero en mis artículos ni injuria había. Me los denunciaron por comentar algo que decía The Times referente a la reina madre, la austríaca, la Habsburgo y a su intervención en la política internacional. El rey decía que de él puedo decir lo que quiera menos suponer que se deja manejar por su madre. No se atrevieron a procesarme por injurias a la madre y al hijo, al rey, no las hay. Se dio, antes de la vista del proceso, una ley de indulto general, en el que entraba mi caso, pero previo fallo, y se hizo presión en el tribunal para que me condenara a fin de aplicarme el indulto. Me condenaron a 16 años de presidio y como no debo admitir el indulto —la sentencia impuesta— he hecho interponer recurso. Si el Supremo confirma la sentencia —que lo dudo— se volverán a publicar los artículos, con cientos de firmas, y serán traducidos a otras lenguas y se sabrá lo que The Times atribuía a la ex-Regente y haré que corra el mundo el relato de este proceso escandaloso en que sólo se ha buscado ejercer en mí la pusilanimidad —que no magnanimidad— de un rencoroso perdón. Claro que ese fallo absurdo me ha servido no poco y realza mi campaña. Después de él he disparado mis tiros más encendidos sin que hayan podido hacerme nada. Y he ganado en el concepto de todos, incluso de los monárquicos. Si los hay... Y los que hay no son alfonsinos. Porque le repito que ese chiquillo nos lleva a la ruina.

Todo esto unido a que tengo que trabajar mucho más que antes hace que me vea obligado a restringir mi correspondencia privada y que no pueda leer como leía. Los

tiempos son aquí como ahí y en todas partes de prueba y de lucha.

No olvido lo de Arica, pero... hay tantas Aricas! Y las de aquí...

Un abrazo de

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 14-VIII-22

Sr. D. Alcides Arguedas.

Ay, mi querido amigo, en qué días me coge la carta de usted! No que no disponga de tiempo sino de ánimo. Esta terrible labor de prensa que tengo que hacer —tengo que escribir (*abrumador tiempo de obligación*) *cerca de veinte artículos al mes para aquí y América— apenas me deja humor para nada. Y hay que leer! Y sobre todo releer! Entre preocupaciones, ocupaciones y trasocupaciones me tienen doblado. Ni veraneo este año. Tres días que fui a donde están mis hijos. El ánimo patriótico, además, envuelto en nieblas.*

Si va usted, como deseo, a Madrid, ahí nos veremos acaso y le contaré cosas. Entre ellas de mi viejo pleito con el rey que quiere, creo, deshacer injusticias a mi respecto pero no acierta. Cuesta tanto confesar ciertas cosas! Y aparte de lo personal como hombre público, como rey, cada día lo siento más lejos.

Cuánto me gustaría ver su libro de historia! Para mí el volver la atención a cosas de América, de Bolivia y pesarlas es apartarlas de lo de aquí y de hoy. Cada vez me chapuzo más en la historia que fue.

Ya habrá usted visto que las cosas de nuestra pobre y derretida Europa andan de tal modo que nadie para la mente en lo de otras tierras. Apenas si despierta algún interés la situación de Méjico o la opresión que sufren Santo Domingo y Puerto Rico.

Le volveré a escribir.

Vaya un abrazo de bienvenida a España de su constante amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Fuerteventura, 9-IV-24

Sr. D. Alcides Arguedas.

París.

Gracias, mi buen amigo, gracias. Sé de esos artículos de la prensa francesa pues me ha visitado aquí el director de Le Quotidien, *pero de todos modos le agradeceré el envío. Hágalo bajo sobre dirigido a D. Manuel Navarro, Banco Hispano-Americano, Las Palmas (Gran Canaria) porque nos intervienen la correspondencia.*

¡Cuánto me acuerdo de Melgarejo! Primo de Rivera le es inferior. Pienso que en el fondo esto no es sino efecto de la sífilis. Estamos bajo el mando de unos soldadotes vesánicos, borrachos, jugadores, sifilíticos y cretinos. ¿Y el pueblo? La sífilis se le ha convertido en envidia, que fue el origen de la Inquisición. Ya no hay hombres en España, no hay sino machos —con serrín en la mollera y pus en el corazón— y eunucos, y por otra parte mendigos y ladrones. Y los mendigos, cobardes para robar, llenos de envidia de los ladrones.

Si un día oyen ustedes que he desaparecido, que se me ha aplicado la ley de fugas —esto es, que sin proceso se me ha fusilado a pretexto de que intentaba fugarme— sepan que ha sido el general Martínez Anido. El ex ministro Alba tuvo que huir por temor de que hicieran asesinarle. Es un rabioso troglodita, furioso por el fracaso de Marruecos y del Vice-Imperio Ibérico.

Del rey lo mejor es no hablar.

Muy su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Han traído dos policías más y más guardia civil. El delegado del gobierno ha ordenado en Correos que le entreguen toda la correspondencia nuestra para la... censura! Hágaselo saber ahí al director de Le Quotidien. *Y si quiere usted escribirme hágalo bajo sobre a D. Manuel Navarro, Banco Hispano-Americano, Las Palmas (Gran Canaria).*

El cine mexicano hasta su madurez

POR NESTOR ALMENDROS

He querido continuar el estudio del cine mexicano con un recuento histórico y biográfico. He seguido lo que se llama entre la nueva crítica una « política de autores » : es decir, he seleccionado un número de realizadores que tienen una obra personal o importante. Se sigue un orden más o menos cronológico para mayor entendimiento de la evolución histórica. Termina este artículo con Emilio Fernández. Con él, el cine mexicano llega a su máxima popularidad, se cierra una etapa y comienza otra que será estudiada en un próximo artículo.

1. SALVADOR TOSCANO

La obra de Toscano es tan extraordinaria para su época, que contradice la opinión de un avance del cine mexicano después de la llegada del sonido. Si tomamos a Salvador Toscano como medida, veremos que el cine en México ha sufrido quizás una involución en vez de una evolución. Sus reportajes de finales y principios de siglo eran mejores que los realizados en otros países en el mismo momento. Entre un « film » de don Salvador y otro francés o norteamericano de la misma época, si hay alguna diferencia es a favor del primero, que tenía una intuición periodística superior. No podremos decir hoy esto de ningún otro cineasta mexicano actual.

Salvador Toscano Barragán, estudiante de minería, vio en una revista francesa un artículo sobre el cinematógrafo Lumière. Inmediatamente se interesó en el nuevo invento y compró los equipos por 2.500 francos. Así, en 1896, solamente un año después que en París, inaugura Toscano la primera sala de exhibición en la ciudad de México, proyectándose los « films » de Lumière. En 1897, realiza ya sus propias películas, convirtiéndose en uno de los pioneros del cine en el mundo.

A partir de entonces, el cine silente mexicano se desarrolla con una tendencia al melodrama de estilo de teatro, fotografiado a la italiana, y a los « serials » de aventuras a la americana. Toscano, en cambio, no abandona su vocación reporteril. Desde Veracruz a Zacatecas, desde Monterrey a Chiapas, cámara en hombro, trepando sobre los trenes de soldados, recorre todo México y capta escenas verídicas de la revolución que había comenzado entonces : no hubo un acontecimiento, una figura importante que escapara a sus cámaras : Don Porfirio, Madero, Villa, Huerta, Obregón, para terminar con la toma de posesión de Calles en 1924.

En 1950, Carmen Toscano, su hija, realiza (utilizando parte de los 80 mil pies de película impresionada que había dejado su padre antes de morir en 1947) un largo metraje, « Memorias de un Mexicano », que fue a la vez un homenaje filial y un « film » que se adelantaba, de nuevo, a la serie de « documentos reconstituídos » que tan en boga están en estos momentos.

Las escenas finales de otros camarógrafos, que utilizó su hija, si bien perjudicaron la unidad de las « Memorias de un mexicano », sirvieron, al menos, para comprobar por el contraste, el genio de un gran artista natural.

2. MIGUEL CONTRERAS TORRES

Es un director actual que proviene de la etapa muda : Contreras Torres es el deca-

no de la industria cinematográfica de este país.

Antes de trabajar en el cine había luchado en la revolución y llegó a obtener un alto cargo en el mando del ejército. Sus películas, por lo tanto, están imbuídas invariablemente de un espíritu nacionalista, pero son de una elocuencia afectada. El cine de Contreras Torres es un cine ambicioso, casi siempre de pretensiones históricas o biográficas, pero como en un mal libro de texto escolar. Eran las suyas películas realizadas con medios más abundantes que lo habitual en la época, con la utilización de grandes decorados y copiosa comparsería. Según García Riera en una frase feliz : « Contreras Torres había pretendido ser el Griffith del cine mexicano, pero le faltó el talento para ello. »

Filmografía esencial : « El caporal », primera película mexicana muda de 10 rollos ; « Oro, sangre y sol », sobre los toros, de 1925 ; « Revolución », de 1932 ; « Juárez y Maximiliano », de 1933 ; « Simón Bolívar », de 1941 ; « María Magdalena », de ambiente bíblico, de 1948 ; « Vuelve Pancho Villa », de 1949 ; « Viva la soldadera », de 1958.

3. RAMON PEON

Como Contreras Torres, proviene del cine mudo. Pero Peón, con muchas menos ambiciones, resulta un director con relativa intuición cinematográfica. Además, Peón ostenta el título del realizador de lengua española que más películas ha dirigido (más de 100) ; y esto es así porque es un autor de gran facilidad y prolífico como pocos : algunos años llegó a realizar hasta cinco largometrajes.

Antes de llegar a México ya tenía Peón en su haber varias películas mudas en Cuba, su país natal : de esta etapa, un drama agrario, « La Virgen de la Caridad » (1929), nos revela un director que conocía las enseñanzas de Griffith, con escenas de suspenso en acción paralela, que todavía hoy asombran por su movilidad. Pero este pionero del cine cubano mudo lo había de ser después del mexicano sonoro.

Peón explota entonces en el país de adopción todos los géneros : melodrama, comedia de ambiente deportivo, comedia de ambiente periodístico, etc., pero se especializa sobre todo en las películas rancheras que realiza en serie y en las que demuestra su facilidad y cierto buen sentido narrativo. Es éste, desde luego, un cine sin gran alcance, que queda como ejemplo de la tónica general : un cine barato, sencillo, eficiente, pero vulgar. En una ocasión, sin embargo, pudo demostrar Peón, como en el cine mudo con « La Virgen de la Caridad », que había en él una capacidad mal canalizada en la producción en serie : se trata de « Entre hermanos », según Gamboa, en la que contó con un excelente guión de Carlos Velo, Emilio Fernández y Mauricio Magdaleno. Peón reclama también la paternidad —no comprobada— de un « film » muy curioso del decenio del 30 : « Janitzio », atribuído a Carlos Navarro, pero que parece fue obra colectiva y que seguía la tendencia de redescubrimiento de lo indígena de la época.

4. ARCADY BOYTLER

Este ruso blanco llega a México con conocimientos de la puesta en escena vanguardista. Además, en el cine ruso de antes de la revolución soviética, había realizado una serie de películas cómicas que « protagonizaba » él mismo en el personaje de « Arkasas » (« Arkasas Controller », « Arkasas Sportsmen », de 1916). Más tarde, en Berlín, sigue dedicándose al cine cómico. De aquel momento es un Chaplin apócrifo : « Boytler gegen Chaplin », de 1920.

Una preparación cultural mínima contrastaba con la poca preparación de la mayoría de sus colegas mexicanos, ya que en aquellos primeros momentos de balbuceo del sonoro todavía el cine no atraía a los intelectuales del país. En efecto, « La mujer del puerto » (1933), de Boytler, es la primera película mexicana sonora que llama la atención de la crítica. Las escenas finales del suicidio y del entierro de la protagonista (Andrea Palma), revelan la influencia del expresionismo que encontraremos también un año después en « Los dos monjes », de Bustillo Oro. Pero ésta es una estética de importación que se aviene mal con lo mexicano. Ni Boytler ni Bustillo Oro escapan al ridículo.

Boytler se retira del cine hacia 1940, pero antes vuelve a lo cómico, que es lo si-

yo, y descubre a Cantinflas en « Así es mi tierra » y « Aguila y Sol », que algunos consideran todavía las mejores obras del famoso cómico.

5. JUAN BUSTILLO ORO

Bustillo Oro ha oscilado siempre entre dos extremos en su larga carrera cinematográfica : por una parte la tendencia expresionista estetizante e intelectual, por otra la tendencia popular del cine comercial : en ambos casos Bustillo Oro se ha destacado por encima de lo común en México.

En 1934 realiza « Los dos monjes », su primera película, que obtiene un cierto prestigio en cine-clubs y círculos intelectuales de la época, gracias a las alabanzas, sin duda desmesuradas, de que fue objeto por parte de André Breton. En « Los dos monjes », Bustillo Oro nos cuenta una historia dos veces : dos monjes se confiesan y dan dos versiones diferentes de un mismo suceso : es un procedimiento que pondría de moda, con « Rashomón », Kurosawa unos veinte años más tarde. Pero en la película de Bustillo Oro no sólo eran diferentes las historias, sino que la escenografía estaba alterada ligeramente en cada caso, de acuerdo con la visión personal de cada uno de los monjes : una de las constantes de la estética expresionista (el reloj de pared en una historia torcido y en la otra derecho). La experiencia de « Los dos monjes » fue interesante, pero al lado de hallazgos muy estimables, Bustillo Oro nos daba escenas pobremente realizadas, cuando no francamente risibles, con diálogos de una cursilería monumental : la estética expresionista centroeuropea había sido asimilada sólo superficialmente.

En los años siguientes, Bustillo Oro es absorbido por el cine popular folklórico y de humor : « Huapango » (1937), « Al son de la marimba » (1941), « No basta ser charro » (1947), « Ahí está el detalle » (1941), que lanza definitivamente a Cantinflas y crea el personaje del « pelado », son comedias divertidas y agradables. Pero en ocasiones Bustillo Oro parece sentir nostalgia por las preocupaciones intelectuales de su juventud : en uno de sus « films » de más importancia : « Canaima » (1945), según Rómulo Gallegos, el expresionismo viene por sorpresa en las escenas de la selva en las que la vegetación y los árboles antropomórficos, con nudos que son ojos que miran al protagonista, expresan un estado de ánimo interior en lo escenográfico. En 1950 con « El hombre sin rostro », Bustillo Oro vuelve a inspirarse en el expresionismo con decorados distorsionados que reflejan la alienación del protagonista (Arturo de Córdova). Pero es éste ya un « caligarismo » muy rezagado.

6. EMILIO GOMEZ MURIEL

Es un director que disfrutó de un prestigio vitalicio, injustamente sin duda, gracias a una película de cierto renombre, « Redes », que había realizado conjuntamente con Fred Zinnemann en 1934. La brillante carrera del austríaco Zinnemann en Hollywood, años más tarde, y la mediocridad de las demás películas de Gómez Muriel, han disipado las dudas que podía haber sobre la auténtica paternidad de la obra.

« Redes » fue una película importante en la historia del cine mexicano porque, para bien o para mal, creó el tipo de « film » que los críticos consideraron por muchos años « el buen cine autóctono mexicano ». « Redes » tenía un tema en el que se destacaban las luchas sociales (había sido patrocinada por el nuevo gobierno, más radical, de Lázaro Cárdenas) ; además se utilizaron, mucho antes que los neorrealistas italianos, actores no profesionales del lugar. La película tenía sin duda valores notables, pero vista en la actualidad resulta amanerada en sus metáforas ; el indigenismo, de actitudes plásticas hieráticas, era bastante falso, y en conjunto no añadía nada a la anterior experiencia eisenteniana.

De las películas de Gómez Muriel posteriores a « Redes » merece destacarse « Con quién andan nuestras hijas », sobre los problemas de la clase media y alta, que obtiene excelente éxito de público. Las demás, como « La jangada », según Verne, « La estrella vacía », con la Félix, mejor será olvidarlas.

7. FERNANDO DE FUENTES

El mayor mérito de la nueva generación de críticos mexicanos es el de haber des-

empolvado los viejos « films » de Fernando de Fuentes, haberlos dado a conocer de nuevo y haberles restituído su justo valor. De Fuentes, antes menospreciado en favor de directores más intelectualistas, era prácticamente desconocido en el extranjero. Solamente Sadoul hace un breve comentario de su obra en *Histoire du Cinéma*. Los otros historiadores sólo lo citan de pasada o lo ignoran totalmente. Una injusticia está siendo reparada al fin.

Visto en nuestros días, el cine de Fernando de Fuentes resulta de una modernidad que aturde. De Fuentes es, no sólo en un sentido histórico, sino en un sentido absoluto, el director más importante que ha producido México. Lo que parece difícil de comprender en la actualidad es que un realizador de tantos méritos pasara inadvertido por la crítica internacional, mientras otros autores con películas muy inferiores como « Redes », « Pueblo olvidado » o « Janitzio », de la misma época, son mencionados mil veces y comentados ampliamente.

El cine de don Fernando es un cine que surge de una vena realista y antiesteticista : nada de paisajes con grandes nubes blancas, ni de composiciones rebuscadas, ni de ángulos insólitos. Todo en él es directo, sencillo en apariencia : la sobriedad y la medida presiden sus mejores « films ». De Fuentes con « El compadre Mendoza » (1934), se situaba muy por encima de todo el cine en español que se hacía en aquel momento. En realidad estaba a la altura del mejor cine americano, lo cual es mucho decir, si se piensa que ésta es precisamente la edad de oro de Hollywood.

En « El compadre Mendoza » no busca de Fuentes lo pintoresco, y si lo encuentra es siempre como si fuera por casualidad, sin subrayar nada. La dirección de los actores es también ejemplar : los intérpretes parecen actuar sin esfuerzo, la entonación y la declamación de resabios teatrales —tan corrientes en el cine de habla española— son desterradas. « El compadre Mendoza » nos cuenta la historia de una traición, aunque el protagonista es el traidor, no el traicionado. Se trata, pues, de un héroe negativo... Mendoza es un hacendado oportunista que, ante las sucesivas invasiones de sus tierras por federales, zapatistas y carrancistas, prefiere ayudar a unos y a otros en lugar de tomar partido. Así logra salvar la piel y las propiedades varias veces, al mismo tiempo que se enriquece. Al final su situación ya es insostenible y « se ve obligado », para salvar su hacienda, a entregar a su mejor amigo, su compadre, que es zapatista. La muerte de éste y el éxodo de Mendoza y de su esposa es uno de los finales más sobrecogedores de la historia del cine, y todo ello logrado sin un eufemismo, con una buena economía de medios expresivos (la utilización de la criada sordomuda como personaje testigo, a la manera de coro griego, es un acierto que nos devolverá la nostalgia del cine silente y de Griffith). El tema del « film » es, pues, el de la amistad traicionada y también el del amor secreto (la esposa de Mendoza y el revolucionario se aman sin confesárselo) ; la revolución es sólo el paisaje, el marco. Cuando de Fuentes se detiene en el tema político no discute, muestra, pero sin maniqueísmo. Encontraremos la lucidez, nunca el odio o la apología : federales, huertistas, zapatistas, son considerados sin apasionamiento, aunque el espectador comprende muy bien entre líneas hacia donde van las simpatías de los autores (en el guión colaboraron Bustillo Oro y Mauricio Magdaleno). Si Fernando de Fuentes no hubiese hecho más que « El compadre Mendoza », ya merecería un lugar señalado en cualquier antología, pero la siguiente película suya, « ¡Vámonos con Pancho Villa! » (1935), se considera por algunos como su obra maestra. Como no he podido verla, remito al lector a las palabras del crítico mexicano Salvador Elizondo (*Nuevo Cine,* junio de 1961) : « De Fuentes tiene la maestría de la sencillez, '¡Vámonos con Pancho Villa!' es como una ráfaga de buen aire... es tal vez la mejor película que se ha hecho en este país... Notable por la calidad es la secuencia de la entrada triunfal de las tropas revolucionarias en la ciudad... también cuando el jinete enlaza al galope una ametralladora enemiga, todo en una sola toma... Pero lo mejor es el final : el desencanto heroico, la soledad terrible del héroe... »

Por si lo anterior fuera poco, en 1936 Fernando de Fuentes con « Allá en el

Rancho Grande » consigue el mejor éxito de taquilla de la historia del cine mexicano. « Allá en el Rancho Grande » era una simpática y desenfadada comedia folklórica de charros. De Fuentes había ganado primero una batalla artística, ahora ganaba otra comercial : gracias a este « film » se abrieron los mercados para el cine mexicano, una verdadera industria cinematográfica comenzaba a partir de este momento.

Después, de Fuentes parece ya encasillado en el género de comedia folklórica que él mismo había creado. De entre varios « films » menores se destaca gratamente « Así se quiere en Jalisco », que fue además la primera película mexicana larga en colores. Pero en 1943 con « Doña Bárbara », según la novela de Rómulo Gallegos, de Fuentes obtiene al fin, aunque efímeramente, el reconocimiento que la crítica le había negado en sus películas anteriores. Sin embargo, « Doña Bárbara », película en cualquier caso muy estimable, era inferior a sus películas de los años 30. En realidad había sucumbido en parte al pintoresquismo que los críticos del momento solicitaban.

La obra posterior de Fernando de Fuentes entra en una etapa de profunda decadencia hasta su muerte oscura en 1953. ¿Fue vencido por la creciente racionalización de la nueva etapa industrial del cine mexicano, él, que había sido ante todo un artesano? ¿Se le extinguió la inspiración con los años como a Emilio Fernández? Son conjeturas provisionales. Parece difícil creer que el autor de « El compadre Mendoza » pudiese terminar siendo devorado tan fácilmente por un engranaje industrial. En realidad su obra debería ser revisada de nuevo por completo en una paciente labor de cinemateca.

8. CHANO URUETA

Es otro director que, como la mayoría en México, surge en este período de gestación de los años 30. Al principio Chano Urueta reacciona contra el cine comercial, que desprecia públicamente, y realiza en seguida varias películas que pretenden ser sublimes, sin conseguirlo : « La noche de los Mayas » (1939) es su obra más ambiciosa y también la más celebrada por los críticos de la época. El argumento es del famoso poeta Mediz Bolio ; la música de Silvestre Revueltas, que había ya colaborado en « Redes » y que era considerado el músico mexicano de más genio ; la fotografía se confió a Gabriel Figueroa que, a partir de entonces, se convierte en el « cameraman » obligado de casi todos los « films » mexicanos importantes. « La noche de los Mayas » resulta hoy retórica y presuntuosa en extremo : su indigenismo es artificial. De todos modos, hay que reconocerlo, es una película que no carece totalmente de interés.

La siguiente película de Urueta, « Los de abajo », basada en la novela de Mariano Azuela, fue también inferior a lo que cabía esperar. El público rechazó estos dos « films », demostrando, como otras veces, un criterio más avanzado que el de los críticos. Chano Urueta se ve, pues, obligado a ceder un poco y a trabajar con un ojo puesto en la taquilla, aunque todavía realiza algunos « films » de ciertas pretensiones, como « El camino de los gatos » (1944), de Suderman, que el que esto escribe recuerda con agrado. Pero la caída de Chano Urueta continúa, y es interesante señalarla porque es arquetípica en la vida de muchos realizadores mexicanos que con buenas intenciones (si bien, como en este caso, con un talento regular) son aplastados por una industria que, como dijo Lo Duca en su visita a México, « impone la tiranía de la técnica » más que en ningún otro lugar : producción en serie, presupuestos bajísimos, realización rapidísima... Urueta nos da, pues, una serie de melodramas populacheros : « De pecado en pecado » (1947), y más adelante otra serie que García Riera llama « Tropical », dirigida a « una clase media que sueña darse la gran vida » : « Serenata en Acapulco » (1950). Pero a Urueta le cabe todavía llegar al fondo del pozo con varias películas semipornográficas, explotando el desnudo de Ana Luisa Peluffo : « El seductor » (1955).

9. JUAN OROL

Juan Orol, en cambio, no engaña a nadie, ni a los demás ni a sí mismo. Su cine, el más ínfimo, el más barato, el más rápido, el más elemental, el más vulgar qui-

zás de todo el mundo, pretende una sola cosa : entretener a un público primario gastando la menor cantidad de dinero posible. Para lograrlo, el pintoresco Orol recurre a todos los medios, legítimos o ilegítimos : reduce el presupuesto a un mínimo, produciendo, dirigiendo, escribiendo, actuando él mismo en sus propias películas. La actriz principal es siempre su esposa de turno ; así todo queda en la familia. Además, Orol realiza películas como un relámpago, incluyendo pedazos de viejas películas hechas por otros, sin repetir escenas en el rodaje, con decorados de cartón o telones pintados, despreciando todas las reglas de la lógica, del espacio y del tiempo. Sus personajes son preferentemente ancianas venerables, detectives sagaces, o bien «gangsters», rumberas de buen corazón, contrabandistas, prostitutas. Por todo esto Juan Orol resulta un « primitivo » en estado de gracia absoluto.

Títulos de algunas de sus películas desde 1935 hasta ahora : « El calvario de una esposa », « Tania, la bella salvaje », « Honrarás a tus padres », « La Diosa de Tahití », « Eterna mártir », « Pasiones tormentosas », « Gangsters contra charros », « Zonga, el ángel diabólico ».

10. ALEJANDRO GALINDO

Tiene una carrera irregular, como la de todos los directores mexicanos. Con « Mientras México duerme » (1938), Galindo « descubre » el ambiente de la capital. La película logra reconstruir con relativa fortuna la atmósfera de los bajos fondos de la ciudad con algunos personajes bien trazados. A partir de aquel momento, coincidiendo con la expansión industrial del país, comienza el giro del cine mexicano hacia ambientes urbanos, terminando la predominante agraria y folklórica anterior. Después Galindo se apunta un éxito comercial notable, dirigiendo a Cantinflas en « Ni sangre ni arena » (1941), que era una parodia del famoso « film » americano (y de la novela del mismo título). Sigue en su descubrimiento de lo popular-obrero-ciudadano con otro buen éxito de taquilla : « Campeón sin corona » (1945), con el actor David Silva, en la que se explotaba el tema del boxeo ; « Esquina bajan » (1948), también con Silva, que ocurría en gran parte en el interior de un autobús y que, como la anterior, contaba con algunos personajes no exentos de espontaneidad. En el mismo año, « Una familia de tantas », resulta premiada con el Ariel, que es el máximo galardón de la industria cinematográfica mexicana. Más adelante viene una serie de « films » de poca importancia o francamente malos. En 1953, sin embargo, Galindo la emprende con un tema de cierto empeño en « Espaldas mojadas », una denuncia de la explotación de los braceros que cruzan a nado ilegalmente el Río Grande. Esta preocupación por lo político y social le viene a Galindo desde el comienzo, cuando con « Refugiados en Madrid » (1937) intentó rendir el drama de la guerra civil española.

11. GABRIEL FIGUEROA

Lo he incluído impropiamente en esta lista de realizadores porque su fama de camarógrafo en México no encuentra equivalente en ninguna nación del mundo. El es, sean cuales sean sus valores reales, uno de los personajes claves del cine mexicano. En otros países con industria cinematográfica, el camarógrafo no ocupa en la publicidad de una película más que un lugar muy secundario. En México a Figueroa se le ha concedido siempre un rango a la altura y a veces superior al del director. Después de todo, Figueroa es el hombre del cine mexicano que más premios internacionales ha conquistado para su país. Hubo un momento, después del éxito de « María Candelaria » al terminarse la guerra mundial, en que Figueroa era considerado por muchos críticos como el mejor fotógrafo del mundo. No pasaron demasiados años para que el globo se desinflara. Hoy Figueroa ocupa el lugar que le pertenece, que es, dígase lo que se diga, todavía un buen lugar.

Gabriel Figueroa lo había aprendido todo de dos grandes fotógrafos : Tissé, el cameraman de Eisenstein en « ¡Que viva México! » y Paul Strand, el cameraman de « Redes » ; pero anterior a esto había la experiencia visual, común a todos, de la escuela mexicana de pintura muralista (Rivera, Orozco, Siqueiros). Figueroa desarrolló, pues, a imagen y semejanza de sus maestros, una fotografía con tendencia pic-

tórica. « Nuestro cine es esencialmente pictórico », declaraba él mismo en 1948 (*Revue du Cinéma*, n° 15, París) ; y esto, que le valió tantos premios (5 veces consecutivas en Venecia, Cannes y Bruselas), era su talón de Aquiles ; porque, aunque nadie pueda negarle su condición esencial de artista, su intuición básica, sus vastos conocimientos técnicos, lo cierto es que terminó confundiendo el cine con la pintura en el mejor de los casos y con las tarjetas postales en el peor. Por desgracia, Figueroa en asociación con Fernández, derivó cada vez más hacia una fotografía esteticista, con composiciones de rebuscada simplicidad, con el repetido efecto de los filtros para destacar nubes blancas, como en los concursos de club fotográfico de provincias. El amaneramiento virtuoso de Figueroa acabó por cansar. Sólo Buñuel ha logrado ponerlo en buen camino. Con « Los olvidados », « La joven » y « Nazarín », Figueroa descubre al cabo que el cine es también un arte del movimiento y no sólo del espacio.

12. EMILIO FERNANDEZ

El cine de Fernández representa la culminación de la corriente indigenista puesta de moda entre los intelectuales mexicanos de la primera etapa de la revolución. Hay que aclarar que el cine había sido precedido en esto por la pintura, por la música y por la literatura, y que no fue hasta que Eisenstein vino a México en 1930 cuando el nuevo arte se incorporó al movimiento. « ¡Que viva México! », de Eisenstein, produjo una ola de imitaciones y epílogos mediocres que todavía hoy dura. Sólo Fernández, que se hacía llamar significativamente « El Indio », sobresale a pesar de sus defectos (o quizás precisamente por ellos), quedando como uno de los fenómenos individuales más curiosos de la historia del cine mexicano.

El Indio Fernández es un hombre de extracción humilde y de escasa preparación académica. La vida, en cambio, le depara múltiples experiencias : había sido revolucionario con Pancho Villa, minero, bailarín, cantante, comparsa cinematográfico en los estudios de Hollywood. Allí, observando, aprende los rudimentos del cine. De regreso a México se inicia como actor y argumentista en el naciente cine sonoro y de alguna manera se pone en contacto con las ideas estéticas entonces en circulación. Su participación como actor principal en un « film » indigenista típico : « Janitzio » (1934) debió ser decisiva.

La oportunidad como director le llega a Fernández en 1941 con « La Isla de la Pasión », un melodrama que no anuncia todavía la personalidad del autor. Pero tres años más tarde con « Flor silvestre » y sobre todo con « María Candelaria » logra el éxito internacional de crítica más señalado en toda la historia del cine mexicano. Un gran premio en Venecia lanza el nombre del « Indio Fernández » a los cuatro vientos y se convierte en uno de los favoritos del público de los cine-clubs.

Con el mismo equipo de las anteriores, es decir con Dolores del Río y Pedro Armendáriz de intérpretes, con el fotógrafo Figueroa y el guionista Mauricio Magdaleno, realiza en 1944 « Bugambilia » y « Las abandonadas », de menos interés ; pero en 1945 con « La Perla », según Steinbeck, Fernández vuelve a apuntarse un éxito internacional. Siguen « Enamorada » (1946), de la que filma más tarde una versión en inglés con Paulette Godard en el papel de María Félix, y « Río Escondido » (1947), película pedagógica y demagógica, que resulta el primer gran resbalón en la hasta entonces brillante carrera. Con « Maclovia » (1948), el « Indio » hace casi un « remake » de « Janitzio », lo que podría probar que fue efectivamente este film el que marcó su estilo. También de 1948 es « Pueblerina », con Columba Domínguez y Roberto Cañedo, que es probablemente la mejor película de Fernández, a pesar de ser una de las menos conocidas fuera de América Latina. En « Pueblerina » los defectos principales de la pareja Fernández-Figueroa, que son la lentitud, el estatismo, el movimiento casi coreográfico de los actores y un virtuosismo plástico exagerado, llegan a convertirse en efectos, lográndose un barroquismo de la narración pocas veces visto en la historia del cine. Pero el estilo Fernández-Figueroa había llegado a su paroxismo con « Pueblerina » y ya no podía dar más de sí. Desde entonces comienza el declive. Las películas que siguen no hacen sino repetir. El « In-

dio Fernández » cae en desgracia, no sólo entre los productores, que nunca lo habían visto de buen grado, sino entre la « intelligentsia », que antes lo había elevado a la categoría de genio.

Sólo en 1953, con « La Red », Fernández recobra el brío perdido y también en parte su prestigio, pero « La Red » es como el estertor de un moribundo ; los « films » que siguen revelan la tragedia de un artista que ha perdido toda inspiración creadora.

Una sucesión de fracasos financieros, entre los que se incluye el de « La Red », obligan a Fernández a buscar en otros países mejores oportunidades : en el suyo se le han cerrado todas las puertas.

En Cuba filma « La rosa blanca » (1954), una mediocre biografía de José Martí, y en la Argentina « La Tierra de Fuego se apaga » (1955). Desanimado por el fracaso de estas experiencias, regresa a México, donde recomienza su abandonada carrera de actor con inesperado buen éxito. Alguien ha querido comparar por esta razón el caso de Fernández con el de Erich von Stroheim, los dos proscritos por la industria y relegados al fin de su vida al oficio de simples intérpretes.

La gran contradicción del cine de Fernández es que pretendió ser un cine « para el pueblo », cuando en realidad resultó ser para los intelectuales. El pueblo mexicano, en efecto, no se mostró casi nunca interesado por las películas del « Indio », y así la mayor parte fueron grandes fracasos de taquilla. Fernández además había intentado hacer un cine social y revolucionario y sólo lo consiguió a medias. En el fondo, era un hombre de ideas bastante conservadoras.

Pero, por encima de todo, Fernández era un romántico sin remedio. La felicidad le daba vértigo : « Es en la desgracia —nos dice el crítico francés Raymond Borde—, en los finales dolorosos donde encuentra su equilibrio. Hay casi siempre en los « films » de Fernández un falso final feliz : en los últimos segundos, algo —una bala, por ejemplo— impide la consumación de los hechos. »

Se ha echado en cara a menudo a Fernández su falta de cultura. Pero la ignorancia puede ser a veces un elemento creador en el sentido de la originalidad : al no conocer bien ningún modelo, inventó los suyos propios. Fernández había asimilado mal sin duda la lección de Eisenstein y esta fue su salvación, lo que permitió que su cine, que era un reflejo aumentado de un pobre reflejo (« Janitzio »), no resultara una simple imitación de un gran maestro y que alcanzara una personalidad y un estilo.

EUGENIO FLORIT

A la música

Nunca hasta hoy el hombre solo
supo lo que es tener tu compañía.

Claro que se recuerda junto a ti
tan desde niño, que hasta parecía
que contigo nació, primero
que naciera, después, a la poesía.
Era un sentirte dentro,
hecho casi tu misma melodía ;
era, en el blanco y negro,
correr caminos de su fantasía ;
y era tocarte el cuerpo
—marfil y ébano— cada día.
Pero aun así, ¡qué diferente,
por ser de todos compañía!
Aire de todos, música
que entre todos se repartía.

Nunca como hoy, por solo,
llegó tu generosa compañía.
Que cuando amor se siente lejos,
eres tú el ala que nos guía
por los aires absortos,
hacia una melancólica alegría.
Gozo de estar contigo
mientras lo otro, acaso, se desvía,
y las ausencias nos parecen
pequeñas muertes de cada día...
Que tú, tú sola, con tus alas,
eres constante compañía ;
la que puede llenar las horas,
más amada cuanto más mía ;
la que me acerca más a Dios
cuando más lejos parecía.

Ansia de dioses

ANSIA *de dioses es el homenaje*
para vivir su eternidad contentos.
Sube el amor, que los ampara,
como sube el incienso.

¿Qué el otro pobre dios mortal
necesita por aire, de alimento,
sino saber que alguien detiene
la mirada en sus versos,
y por amor, con el amor
va buscándolos, dentro,
para encontrar la luz que tengan,
y la poca memoria de su cielo
—del que perdió una vez, y cada día
el pobre dios está perdiendo?

¿Qué otra cosa que ese amor
necesita el poeta en su destierro?
¿Y qué poco —qué mucho— ¡cuánto mucho!
para poder seguirse siendo?

La puerta

HABÍA *que llamar. Pero la puerta*
en lo oscuro callaba
como una muerte en pie.
Detrás, ni luz ni ruido
Y los pasos, clavados en la sombra,
no eran más que silencio.

¿Cómo, alzando la mano,
despertar lo dormido,
y con un ¡aquí estoy!
matar la sombra?

¿Y cómo, cómo por el hombre solo
desvanecer el hueco del misterio?

Mejor así. Para llamar hay tiempo.

El monumento del siglo XIX
(Los 75 años de la Torre Eiffel)

POR DAMIAN CARLOS BAYON

« ... las obras verdaderamente representativas de una época son, sin discusión, aquellas que anuncian los desarrollos ulteriores. Los pintores de 1880 son Monet y Renoir, no Bastien Lepage o Fantin-Latour. Del mismo modo los sabios son : Pasteur y Berthelot, los técnicos : Eiffel y Sullivan. »

PIERRE FRANCASTEL : *Art et Technique*, 1964.

CON MOTIVO de los setenta y cinco años de la Torre Eiffel ha aparecido recientemente un libro de Charles Braibant, antiguo director de los Archivos de Francia, libro en donde quedan registradas por lo menudo la historia y la estadística del monumento más significativo del siglo XIX.

No obstante, en el plano de las ideas resulta mucho más importante una documentación de fotografías titulada *Eiffel*, que cuenta con un extraordinario prólogo de Maurice Besset, actual conservador del Museo Nacional de Arte Moderno de París. Todas las tradicionales virtudes francesas de inteligencia y atrevimiento para explorar un terreno desconocido se dan ejemplarmente en Maurice Besset.

A partir de ambos libros me atrevo hoy a construir mi propio punto de vista.

*

¿Datos sobre la Torre Eiffel? Construída en poco más de dos años para la Exposición de 1889 —que además de festejar el centenario de la Revolución Francesa debía borrar en el mundo la mala impresión causada por la derrota del 70—, la Torre mide 300 metros de altura y un poco más de 100 metros de lado en su base. Eiffel consiguió una solución muy elegante y aérea ya que la enorme mole no pesa más de 7.900 toneladas, lo cual es relativamente poco teniendo en cuenta su tamaño.

Maurice Besset la define con justeza cuando dice : « La Torre no es una construcción gratuita (una atracción de feria, un belvedere de 300 metros de altura) ni una construcción utilitaria (como el pilar de un puente). Es un monumento, y así fue entendida por su creador, por el ministro que la autorizó, por el público que —primero con asombro y después con entusiasmo— la vio alzarse en el cielo de París. Monumento, es decir, testimonio. Monumento elevado a sí mismo, testimonio sobre sí mismo, en el corazón de la ciudad de Balzac y de Lesseps, de Saint-Simon y de Manet, de Haussmann... y de Eiffel, monumento erigido por el siglo que practicó la subversión de todas las formas sociales y estéticas. »

¿En qué consiste exactamente la novedad de la Torre? Ante todo, en el genio de Eiffel, experimentado constructor de puentes y viaductos, que en ella fue capaz de pasar del empleo de la fundición tradicional al hierro laminado y al acero. En efecto, en sus primeras obras Eiffel utiliza todavía pilares de fundición. Sabido es que entre otros inconvenientes la fundición da secciones demasiado gruesas en las vigas, que resultan así pesadas, al mismo tiempo que ofrecen una importante resistencia al viento.

Por eso Besset puede hablar de Eiffel como de un « arquitecto del viento », y de su Torre, como de una « hija del viento ». El diseño de Eiffel para la Torre fue como la *imagen negativa* del viento, de ese viento que silba muchos días y noches entre las altas jarcias del metal. Y hasta tal punto llegó ese estudio, que en los últimos años de su vida Eiffel se entregó a una nueva ciencia que acababa de inventar : la aerodinámica. Pero sus hazañas de constructor de puentes, de proyectista del Canal de Panamá, de fundador de la Aerodinámica desaparecen ante la fama de la Torre que lleva su nombre : « He sido aplastado por el éxito de mi propia obra », reconoció alguna vez Eiffel, melancólicamente.

Al pasar de la fundición al acero, Eiffel abandona, pues, las gruesas vigas monolíticas, difíciles de mover, y las sustituye por vigas « caladas », formadas ellas mismas de multitud de pequeños elementos fáciles de transportar y de ensamblar, y que, por último, ofrecen mayor solidez al mismo tiempo que oponen menor resistencia al viento.

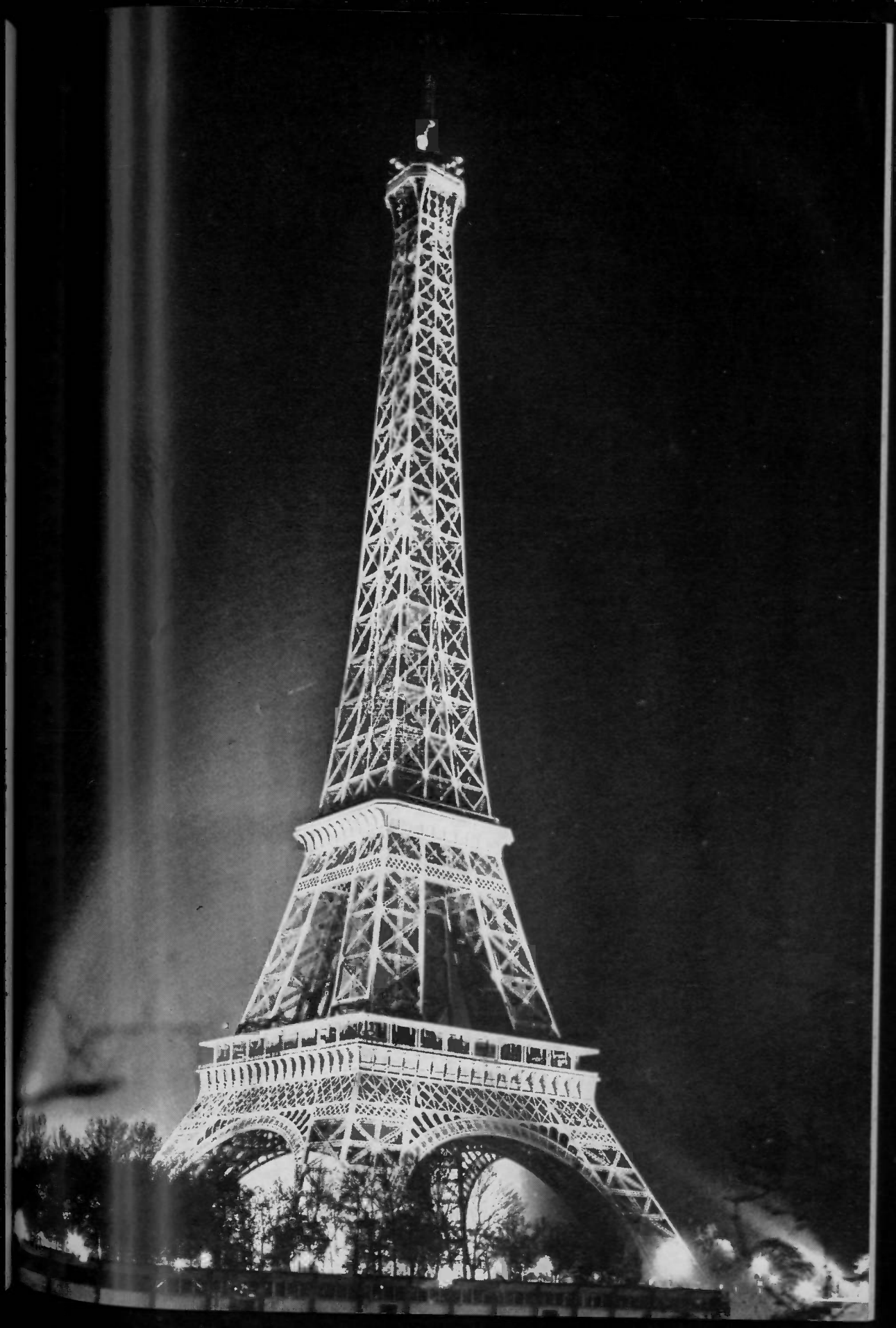
Dejemos lo puramente técnico. Más importante es quizá la consecuencia inmediata del nuevo partido adoptado : en el caso de la Torre no puede seguirse hablando ya de « exterior » e « interior », nociones que quedan definitivamente superadas. Ni siquiera de lo que llamamos « arriba » y « abajo », puesto que no hay piedras superpuestas a otras piedras, ni bóvedas cerradas por claves. Las vigas, reunidas en abanico, parten en todas las direcciones como haces de tensiones, como un polígono de fuerzas encarnado en la materia del acero. El espacio ni queda encerrado ni se articula según planos como en la construcción tradicional. La red de acero que tiende de la Torre hacia lo alto es como una tela de araña gigantesca que no delimita, sino que penetra el espacio, lo dinamiza, materializándolo como un campo de fuerzas.

La gravedad y el empuje del viento han dado nacimiento a esa elegante pirámide curva que se empina hasta los trescientos metros. Si no hay interior y exterior —hablando con propiedad— en cambio sí hay lo que llamaremos « visión alejada » y « visión próxima » de la Torre. De lejos, se inserta en el paisaje urbano de París, lo modifica, le da escala, lo transforma, igual a lo que acontece con la cúpula de Santa María del Fiore en Florencia o la de San Pedro en Roma. La visión próxima, íntima, se obtiene circulando al pie de su base gigantesca, o mejor aún, subiendo y bajando por los ascensores, por las escalerillas leves que se lanzan al asalto del espacio. El conjunto del metal disciplinado, las vistas cambiantes y aéreas de la ciudad a nuestros pies, constituyen uno de los « paseos arquitectónicos » más admirables del mundo.

Así lo sintieron los grandes artistas desde hace medio siglo : Guillaume Apollinaire que la exaltó con extrañas metáforas ; Robert Delaunay —gran precursor del arte abstracto— que la dibujó y la pintó incesantemente. Pierre Francastel, en el prólogo de su edición a las notas de Delaunay (*Du cubisme à l'art abstrait*, S.E.V. P.E.N., 1957), ha establecido la importancia de la Torre en la obra del pintor. En la serie denominada las *Ventanas*, la Torre aparece esquematizada en las líneas entrecruzadas que componen su estructura, líneas que —al prolongarse— compartimentan triangularmente el espacio cromático. A veces la vista es aérea como la de quien vuela por encima de la cúspide, otras, en cambio, la visión es ascendente, discontínua, tal la experiencia de quien circula al pie de la mole transparente.

*

Siempre hubo los reaccionarios que pretendieron que la Torre es « fea ». ¿Qué



quiere decir feo cuando se cambian todos los valores de apreciación, cuando la esencia misma de lo que entendemos por espacio queda gloriosamente transgredida? Eiffel se defendió diciendo : « ¿Acaso las verdaderas condiciones de la fuerza no están siempre de acuerdo con las condiciones secretas de la armonía? El primer principio de la estética arquitectónica es el de que las líneas esenciales de un monumento sean perfectamente apropiadas a su destino. Así pues : ¿con qué condiciones tuve que contar en la Torre? Con la resistencia al viento. Pues bien, afirmo que las cuatro aristas del monumento —tal como me las dictó el cálculo— que parten de una base enorme e inusitada para irse afilando hasta la cumbre darán una gran impresión de fuerza y de belleza, ya que ellas traducirán a los ojos del espectador el atrevimiento de la concepción del conjunto. Del mismo modo, los numerosos vacíos practicados en los elementos constructivos acentuarán con fuerza la constante preocupación de no ofrecer inútilmete a la violencia de los huracanes superficies peligrosas para la estabilidad del edificio. »

Dejemos de lado lo racional, la Torre tiene también un significado pintoresco, folklórico, casi mágico. Es un mito moderno : se la viene a ver de lejos, se la fotografía incansablemente. Hasta cuenta —como un ídolo— con sus múltiples suicidas que tejen a su alrededor una desesperada corona de sacrificios.

No hay duda de que en la Torre Eiffel hay concesiones al sentir popular, al gusto de la época. El mismo Eiffel que aseguraba que « el primer principio de la estética arquitectónica es el de que las líneas esenciales de un monumento sean perfectamente apropiadas a su destino », no titubea en decir, en su parca descripción de la Torre, que los cuatro arcos del primer piso son « decorativos ». No sólo no ayudan a soportar la Torre sino que pesan desde el balcón del cual están colgados. No obstante, la imaginación popular, acostumbrada a los arcos tradicionales, ve con alivio esas potentes curvas, que en cierto modo le garantizan la estabilidad del monumento. Y, como hace notar Besset, esa curva cerrada de los arcos sirve para contraponerse a las largas curvas exteriores —abiertas— que dibujan en la altura la silueta característica de la Torre, confiriéndole ese aire de « estilo floral », de largo tallo elástico que se imponía ya en la arquitectura y en el diseño de la época.

*

Cuando los que vivimos en París hemos salido de viaje y nos acercamos de nuevo a la ciudad, todos buscamos instintivamente el alto cuello de la Torre que asoma por detrás del horizonte. Los atenienses, desde el mar, antes de llegar al Pireo, veían de igual modo relumbrar la punta de la lanza que la estatua de Palas empuñaba en lo alto de la Acrópolis.

Hay monumentos que son guías, faros orientadores. Significan un estado de cosas, una situación dada, no por concreta menos espiritual y trascendente. Como la cúpula de Roma, el Partenón en su colina o la Catedral de Chartres sobre la suya, la Torre Eiffel tiene el privilegio de ser uno de los raros sitios del hombre adonde el hombre acude en peregrinación para ponerse otra vez en contacto con sus propias esencias. Pobre ser mortal y perecedero, capaz, sin embargo, de la locura gratuita, del esfuerzo de imaginación que supone el pensar, el construir una torre de 300 metros, una esbelta estatua calada que el viento y la luz penetran, en el centro de una ciudad toda ella símbolo. Una señal de acero que compone y mide el espacio indeterminado, que le presta sentido y le da escala.

Las multitudes no se equivocan. Las que vienen hasta la Torre, buscan compenetrarse de la increíble aventura que el ser hombre supone.

...CALL : « LOS CASADOS DE LA TORRE ...EL » (FOTO GIRAUDON, PARIS)

ciencia

La aventura política en la época del átomo

POR CHARLES-NOËL MARTIN

El átomo, o, más exactamente, la energía nuclear, irrumpió en nuestras vidas hace ya casi veinte años con el titánico estruendo de dos bombas lanzadas sobre dos ciudades. Por vez primera, las doscientas mil víctimas de estas explosiones producidas por un artefacto cuyo peso se elevaba a varias toneladas, murieron directamente a causa de la Ciencia. Sabios de fama universal se habían reunido en los Estados Unidos y, con todo el potencial industrial de esta gran nación a su servicio, más ocho millones de dólares gastados en tres años, forjaron la más temible de las armas, gracias al simple trabajo de investigación y de laboratorio, que hasta entonces se había consagrado a la exploración totalmente desinteresada de los misterios de la naturaleza. La entrada de la ciencia en la política se realizaba, a la luz del día, bajo los más terribles augurios.

¿Qué ha ocurrido en estos veinte años últimos? La energía nuclear, liberada por primera vez el día 2 de diciembre de 1942, en Chicago, en la primera pila atómica, ¿ha contribuído a nuestra desgracia o a nuestra felicidad? Y, sobre todo, ¿es un instrumento que el político ignora, o que utiliza, o del que es víctima engañada? He aquí la cuestión que debemos debatir hoy.

Mi calidad de especialista en física atómica me ha valido el honor de que se me conceda la palabra en primer lugar, porque es necesario presentar los datos técnicos antes de que el economista, el moralista, el teólogo y, finalmente, el político expongan sus puntos de vista. En todo caso, se darán cuenta ustedes de que mi exposición recurrirá de vez en cuando a la economía, a la moral y a la política. ¿Por qué razón? Sin duda, porque la simple enumeración seca y árida de los hechos y las cifras no basta ; el hombre de ciencia, para exponer públicamente un asunto tan árido como éste y dar cuenta de él con honradez, no tiene más remedio que ser un poco moralista, un poco economista, un poco periodista. Y sobre todo, humanamente hablando, no tiene ya derecho a desinteresarse de lo que los demás hombres hagan de unos descubrimientos como estos que, amplificados por un poder técnico cada día mayor, conciernen a todo el planeta, a toda la humanidad e incluso a toda la vida. El biólogo químico que descubre una hormona capaz de esterilizar toda vegetación —cosa que ya se ha logrado—, tiene el deber de preguntarse si algún maníaco o paranoiaco del tipo de Hitler no preferirá aniquilar un día, después de haber fracasado en sus propósitos de dominación, toda la vida sobre el globo terráqueo antes que desaparecer él solo. El físico que investiga tranquilamente las leyes de la óptica y las propiedades de la materia se maravilla al descubrir un día que puede lograr una emisión de luz coherente : lo que se llama *laser*. Y sueña

que transmite por este medio millones de informaciones con un solo rayo luminoso, o que ilumina la Luna con un haz de luz enviado por un pequeño proyector —cosa que también se ha logrado—. Pero este físico ya no tiene derecho a ignorar que su prodigioso descubrimiento constituye un perfecto « rayo de la muerte », y, socialmente hablando, será un completo imbécil si no se da cuenta de que su rayo *laser* fertilizará el espíritu de los técnicos, que rápidamente lo convertirán en « un fusil de doce kilos capaz de incendiar el uniforme de un soldado a un kilómetro de distancia ». (Esta información se ha hecho pública hace tan sólo unos días.) Y tengamos confianza en los ingenieros : no dudemos de que perfeccionarán al máximo esta bonita arma de combate.

Tal es la razón por la que el físico debe salir de su laboratorio, acercarse a sus semejantes y convertirse en orador para decirles : Mis descubrimientos contribuyen a vuestra felicidad porque os proporcionan un confort, una salud y una longevidad que nuestros antepasados de hace sólo dos generaciones no podían siquiera imaginar, pero no debo ocultaros que estos mismos descubrimientos sirven para fabricar con vuestro propio dinero, el dinero de vuestros impuestos, artefactos de muerte, de los que vosotros mismos bien pudierais ser víctimas algún día.

¿Qué hechos atómicos importa conocer, exponer en este momento? En el fondo, el balance es bastante breve.

Una nación, la U.R.S.S., posee bombas de hasta 60 megatones, es decir, el equivalente de sesenta millones de TNT, lo que supone una potencia veinte veces mayor que la de todas las bombas empleadas en los campos de batalla de 1939 a 1945. Estas pequeñas joyas nucleares deben pesar una veintena de toneladas y la U.R.S.S. no posee todavía un cohete lo suficientemente poderoso para transportarlas lejos, o al menos no lo tenía hace algunos meses. En todo caso, sabremos si ha logrado construir ese tipo de cohetes durante estos meses últimos en los próximos lanzamientos de satélites. Si tres o cuatro de estas bombas explotasen a sesenta o cien kilómetros de altura sobre Francia o Inglaterra, incendiarían los dos tercios del país. Es decir, su aniquilación sería total. Por otro lado, el arsenal de la U.R.S.S. es completo y su provisión debe de abarcar millares de bombas de diversas potencias que oscilan de las toneladas a los megatones, siendo la bomba de referencia, la unidad (la que explotó sobre Hiroshima) de 20 kilotones. La U.R.S.S. tiene en servicio con toda probabilidad una docena de submarinos propulsados por energía nuclear, capaces de dar dos o tres vueltas al mundo sin necesidad de recargar sus pilas atómicas y que transportan cohetes con cabeza nuclear con un radio de acción probablemente limitado todavía.

Los Estados Unidos no poseen bombas de sesenta a cien megatones, pero su arsenal de bombas H de varios megatones es considerable. Una sola de estas bombas puede arrasar a París e incendiar todo hasta Meaux, Fontainebleau y Mantes. Escuadrillas de aparatos supersónicos se encuentran constantemente en vuelo transportando bombas de este tipo, sobrevolando toda Europa y procediendo, para entrenar a las tripulaciones, a lanzamientos fingidos sobre todas las capitales. Los Estados Unidos poseen, además, unos treinta submarinos nucleares, doce de ellos portadores de los famosos cohetes Polaris de ojiva termonuclear ; estos cohetes pueden ser lanzados en inmersión y poseen un radio de acción de 1600 a 2600 kilómetros. Este potencial actualmente disponible podría aniquilar a todas las fuerzas vivas de una nación como la U.R.S.S. si lograse aproximarse a ella lo suficiente. Los cohetes Atlas, desde sus bases americanas, pueden recorrer una distancia de 12.000 kilómetros transportando bombas H. Estos cohetes están ya en servicio, pero tienen el defecto de que para su lanzamiento se requiere un plazo considerable de varias horas como mínimo. La panoplia nuclear de los Estados Unidos es aterradora. Todas sus bombas, a partir de las que poseen una potencia de fracción de tonelada de TNT, están en disposición de combate, siendo utilizables incluso en un campo de batalla clásico mediante cañones de largo alcance.

Inglaterra posee bombas A y H que ha logrado poner a punto después de unos treinta ensayos. A este respecto, precise-

mos que las pruebas realizadas por los dos Grandes alcanzan un número aproximado de quinientas, incluídos los ensayos subterráneos autorizados por el reciente tratado de Moscú ; los Estados Unidos han realizado ciento diez pruebas en menos de dos años. Gran Bretaña ha construído varios submarinos nucleares y los Estados Unidos le han proporcionado cohetes Polaris.

Francia, con algo menos de una docena de ensayos, posee una bomba operacional transportable por un bombardero, al parecer de una potencia de 60 kilotones, es decir, tres veces más potente que la bomba de Hiroshima. Sabemos ahora que Francia intenta fabricar bombas termonucleares megatónicas, cosa que es evidentemente posible, aunque no podamos saber todavía como han de ser lanzadas sobre un adversario próximo o lejano.

Pueden ustedes decir que si esto es todo, si sólo los países enumerados poseen el arma termonuclear, podemos respirar un poco todavía. Pero yo, por mi parte, no lo aseguraría. Un informe fechado en 1960, de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos, da una cifra de 50 millones de dólares como suma necesaria para la construcción de un complejo industrial capaz de proporcionar una bomba de plutonio *anual* a cualquier país y en un plazo, si se poseen técnicos con suficiente preparación, no superior a cuatro años. Este informe, dirigido a los miembros del Congreso norteamericano, es muy revelador, porque si hacemos el cómputo de los países que disponen de esa cantidad y de técnicos « preparados » para la empresa, nos saldría una hermosa lista. Desde ahora mismo, Israel puede tener sus propias bombas atómicas, y Egipto podrá tenerlas dentro de no mucho tiempo ; Suecia posee potentes pilas atómicas, y en lo que respecta a China hay que ser ingenuo para creer que no las tiene ya. La India, patria de Gandhi y de la no violencia, se siente liberada de cualquier compromiso moral desde el momento en que sus vecinos chinos le pusieron las banderillas y ahora prevé fríamente « hacer su bomba ».

En una palabra, el ciclo infernal desencadenado por el comandante Leahy cuando apretó el botón de la trampa de su Fortaleza Volante, a la que había dado el nombre de « Enola Gay », el 6 de agosto de 1945, ha dado los frutos previstos por los profetas de la catástrofe. Los dos hongos que pusieron fin a la guerra se han vuelto pequeños en menos de veinte años. Sabemos cuán velozmente proliferan estos hongos : en lo que respecta a la variedad de los artefactos atómicos, podemos señalar hasta ahora no menos de cien tipos.

Por lo que toca a las aplicaciones pacíficas de la energía nuclear, bastaría con recordarles a ustedes que, si bien los resultados positivos de doce años de investigaciones y experiencias han sido magníficos, aún estamos esperando que el coste del kilowatio-hora nuclear llegue a ser « competitivo », como dicen los tecnócratas, comparado con el kilowatio-hora de los combustibles fósiles ; sin olvidar a este respecto el famoso problema del depósito de los residuos radiactivos, problema sistemáticamente escamoteado. Respecto de las investigaciones puras sobre el átomo, debemos decir que tales investigaciones podrían haberse llevado a cabo sin necesidad de liberar la energía de fisión y la energía termonuclear.

Dirán ustedes sin duda que este cuadro no es como para regocijarse y que parece impregnado de pesimismo, mientras que el que nos ofrecen los periódicos y los libros sobre la materia no tiene nada de tal. A esto respondo que el realismo no ha sido nunca agradable y que resulta muy difícil para quien no es un técnico en la materia apreciar en su conjunto las consecuencias de una situación como ésta, en la que la técnica desempeña precisamente el papel esencial.

Por otra parte, los libros y periódicos necesitan elementos que la superficialidad de nuestra concepción moderna de la información impide alcanzar en la práctica ; no puede juzgarse un panorama tan impresionante como el de la energía nuclear en dos columnas de un periódico. Y un libro, por muy bien hecho que esté, no agotará nunca el tema ; los documentos de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos, que comenzaron a publicarse a partir del año 1943, se acercan en la actualidad al millón, y a un hombre le haría falta para leerlos todos unos tres

mil años, a razón de diez páginas diarias. Es desesperante para mí, cuando entro en la biblioteca de la O.N.U., en Ginebra, contemplar las inmensas estanterías metálicas atestadas de docenas de toneladas de papel en que se recogen todos los hechos, cada uno de ellos apasionante en sí mismo. Sólo los informes del Congreso norteamericano, que podemos considerar como los mejor resumidos, atiborrados de datos, de cifras, de gráficos realizados por los propios técnicos del gobierno de los Estados Unidos para hacer el balance de sus actividades, impresos en caracteres minúsculos en fascículos de papel biblia, sólo estos informes, repito, ocupan varios metros de anaqueles. ¿Cómo conocer estos documentos sin consagrarles todo el tiempo durante años? ¿Cómo resumir estos resúmenes?

No se puede lograr una visión completa de lo que implica la energía nuclear cuando el propio hombre de ciencia, que es el origen y la raíz del conocimiento de esta energía, es incapaz de conseguirla. En esto radica el drama. Todas las consideraciones que hagan el moralista, el estratega, el economista, pueden resultar demolidas o contradichas por algún hecho importante que desconoce.

Hemos vuelto, pues, a esa noción de lo ineluctable de la que el sentido popular es más consciente que muchos intelectuales. « Las cosas son lo que son », es una frase histórica recientemente pronunciada ; y « no podéis hacer nada. Ni la voluntad de un solo hombre, ni siquiera la de un grupo o nación, pueden oponerse a la marcha ineluctable del destino ». Ciertamente, la sensación de la impotencia ante la historia la experimentan frecuentemente quienes reflexionan un poco. Pero ¿le ocurre lo mismo al hombre de ciencia? ¿No es a éste precisamente a quien debemos ese sombrío cuadro tecnológico? ¿No es al científico a quien acosan sin tregua en su laboratorio, al que Pasteur llamaba el « sagrado templo de la Ciencia »? ¿No se ha profanado este templo? ¿No se mancilla a cada instante la pureza íntima de todo conocimiento? ¿No son el hombre de Estado y el militar unos vulgares bandidos que acechan al científico inclinado sobre sus instrumentos para arrebatarle sus notas en cuanto las escribe y transferírselas a otros sabios, que les han vendido su alma, para que construyan nuevas armas? O, todavía peor, ¿no son todos los sabios, por muy desinteresada que originariamente sea su investigación, implícitamente cómplices cuando siguen investigando y arrancando sus secretos a lo Desconocido, secretos que algún día servirán para matar, para aniquilar o para envilecer toda la obra del Creador?

¡Qué sentimiento de congoja debe de tener el sabio atómico cuando lee que cada año mueren cincuenta japoneses como consecuencia de las radiaciones de Hiroshima y Nagasaki! Hace un mes, una muchacha de dieciocho años murió de leucemia en un hospital ; era una criatura de pocos meses, en los brazos de su madre, cuando la explosión de Hiroshima las irradió a ambas. Ningún otro símbolo mejor podríamos encontrar dentro de la pesadilla que vivimos que el de esta muchacha. La vida continúa y a los hombres no les gusta que les cuenten horrores señalándoles con el dedo. La víctima es siempre otro, un vecino del que apiadarse más o menos ; pero a cada hombre, puesto que vive, aún le queda esperanza. Y así, con esta esperanza, dejamos hacer a los políticos, ya que, después de todo, « ellos saben lo que hacen » ; es su trabajo, su misión. El pastor sabe a donde deben ir los corderos y éstos no tienen por qué preocuparse ni siquiera del camino por el que los pastores les conducen.

Pues bien, ¡no! ¡Debemos decir no! Einstein nos lo dijo poco antes de su muerte : « La potencia nuclear ha cambiado *todo* excepto nuestras maneras de pensar. » Los políticos y los militares piensan como antes, *no saben ni pueden* saber qué azotes se escapan de la caja de Pandora en el momento en que los científicos la abrieron hace veinte años. Estos azotes están agazapados y sólo esperan una ocasión para manifestarse. Ya se anuncian, sin embargo, por la razón de que todos y cada uno de los hombres transportamos con nosotros la radiactividad artificial de las « lluvias » ; varias toneladas de isótopos radiactivos de larga vida que retornan a la superficie de la tierra después que las explosiones experimentales los han diseminado por todas

las partes del mundo gracias a los vientos. Esta cantidad, que puede parecer insignificante desde el punto de vista químico, es considerable desde el punto de vista atómico. Todo se encuentra impregnado por esta radiactividad interna que penetra en las plantas, en los animales, en los hombres. ¿Qué efectos tiene esta radiactividad sobre nuestro organismo? ¿Cuáles serán dentro de 5, de 10, de 100 años sus efectos sobre nosotros mismos y sobre la estabilidad de nuestra descendencia? *Nadie* sabe nada. Los más eminentes especialistas de la biología y la genética dicen que no pueden darnos una respuesta válida ateniéndose al estado actual de nuestros conocimientos, y que *sólo el futuro* podrá responder a estas preguntas con precisión, ya que se trata de una experiencia todavía en desarrollo : la Tierra entera ha servido de laboratorio y todos nosotros, incluídos nuestros hijos y nietos, de conejillos de Indias.

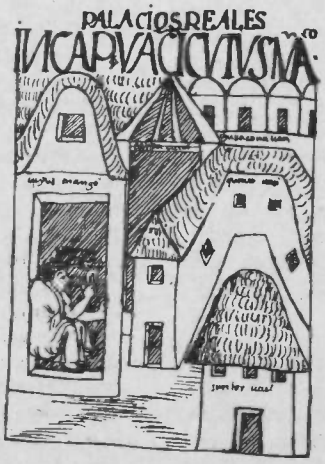
En estas condiciones, ¿puede haber un hombre de ciencia que se sienta orgulloso de sí mismo y de sus semejantes? ¿Qué dirían los sabios de la antigüedad, los grandes pensadores, los filósofos y los profetas de todas las creencias si volvieran a la Tierra y escucharan esta discusión? ¿Qué dirían los Becquerel, los Curie, los primeros artífices de esta prodigiosa liberación de una fuerza incalculable? Sólo podrían decir : « ¿Es esto lo que habéis obtenido de nuestra sagacidad y de nuestra sabiduría? Estáis tan locos como antes y nuestra palabra se ha propagado en vano. La Humanidad ha gastado probablemente unos quinientos billones en cerca de 20 años para armarse de monstruos de pesadilla. Una suma sin duda igual o superior a todo el dinero gastado por la Humanidad desde que existe. Aviones que están constantemente en el aire transportando bombas termonucleares capaces de arrasar una ciudad como París en una fracción de segundo y con tripulaciones que las pilotan en espera ciega de una señal de ataque ; hombres que tripulan navíos bajo el agua transportando bombas-cohetes capaces de destruir entre todas ellas una nación de 200 millones de habitantes, y cuya función consiste en sumergir clandestinamente, fuera del control de los radares, radiobalizas secretas que les permitirán, el día D, enviar estas joyas del ingenio humano sobre un blanco respectivo con la precisión, difícil de conseguir de otra forma, de menos de un kilómetro. Vosotros habéis creado satélites artificiales de la Tierra, igualándoos cada vez más al Creador en su obra cósmica. Y esto ¿para qué? Para obtener fotografías del territorio de vuestros supuestos enemigos, para espiarles, para vigilaros los unos a los otros. Estas maravillas celestes os sirven para establecer una cartografía de todo el globo terrestre, capaz de situar exactamente los continentes con un error de 10 metros los unos respecto de los otros, y siempre con el mismo fin : estar seguros de que vuestros titánicos cohetes no errarán el blanco en más de un kilómetro después de un recorrido de 12.000. Sólo con vuestros ensayos de cuatrocientas bombas, habéis contaminado toda la Vida de la Tierra de una radiactividad maligna. Para esto ha servido toda nuestra ciencia, todo nuestro pensamiento, todos nuestros esfuerzos y nuestras esperanzas. ¿Es que nuestras vidas, que sirvieron para daros la vida y para dotaros de más civilización y más felicidad, sólo han conducido a construir el instrumento de aniquilación de continentes enteros y de degeneración irreversible de los que logren sobrevivir a la catástrofe? »

Tal es el cuadro que debo objetivamente presentaros en mi calidad de hombre de ciencia y en especial de físico atómico, de antiguo físico atómico mejor dicho, porque he abandonado deliberadamente este tipo de investigaciones desde el momento en que vi claramente todas sus consecuencias. Esto me da plena libertad para juzgar y decir lo que otro científico atómico no puede apreciar o decir, dedicado a sus trabajos especializados y con menos inclinación a sintetizar el conjunto de los hechos.

Así pues, « la aventura política en la época del átomo », tema de nuestra reunión de esta tarde ¿qué es en definitiva? Quiero ante todo decir que las palabras que definen el tema han sido muy bien elegidas, porque efectivamente es una aventura política lo que estamos viviendo, y en la palabra « aventura » hay siempre una idea subyacente de azar e improvisación.

El político piensa quizá que gobierna, pero es juguete de los acontecimientos igual que el hombre de la calle. Más aún : las decisiones que toma vienen siempre impuestas por el sentido nacional que le lleva a defender a su patria, exactamente como el hombre de las cavernas defendía a su tribu ; y, por consiguiente, por muy idealista que sea en un principio, habrá de llegar ineludiblemente a poner en marcha el engranaje de la defensa contra el ataque posible, y a fabricar las mismas armas que sus supuestos adversarios futuros. No hemos salido todavía de esta situación que ya dura milenios y, si no es por un milagro, no saldremos jamás de ella. La Federación Mundial hacia la que todos los espíritus lúcidos tienden no es más que un sueño y corre el riesgo de seguir siéndolo, dada la indiferencia de los pueblos a su propio destino.

La *educación* por sí misma, y la información que dimana de ella han sacado al hombre de la bestialidad y de las supersticiones. Habría sido excelente que todos los hombres de ciencia de los años 30 hubiesen sido conscientes del futuro, aliándose para abandonar sus investigaciones durante el transcurso de una generación y consagrándose a esta inmesa tarea que era la única que podía salvar al mundo, porque cada parcela de saber comunicado al prójimo constituye el verdadero enriquecimiento y el verdadero motor de la civilización. Las proezas técnicas actuales, por admirables que sean, constituyen la forma moderna de la espada de Damocles. Podemos fundir esta espada y convertirla en arado, pero para hacer esto es necesario que antes la descolguemos. Ahora bien, cada año que transcurre aumenta su peso y se debilita el hilo que la sostiene.



libros

Seis poetas uruguayos

No son, ciertamente, de iguales méritos los volúmenes que componen la « Colección Poetas, Hoy » que desde 1961 ha venido publicando la Editorial Alfa, de Montevideo. Pero más allá del juicio que merezca cada libro en particular, el conjunto compone una muestra bastante coherente y representativa, con nombres que no son los consabidos de Clara Silva, Esther de Cáceres, y aun de Juana de Ibarborou de la poesía uruguaya actual. Por lo pronto, tienen ciertas características positivas en común, y la primera de ellas consiste en que hasta en el más chato y malogrado de sus poemas estos autores proponen todos una poesía escrita bajo el signo de la necesidad y el placer —o el dolor—, de hacerla ; de una poesía como actividad, no como juego, mucho más conscientes de estar realizando un intransferible acto personal que de su personal condición de artistas. Y de ahí los demás puntos de contacto : sienten mejor la urgencia de expresarse que de perfeccionar un mecanismo de expresión con arreglo de determinadas teorías estéticas ; dicen cuanto dicen sin preocuparse por evitar caer en lo repetido y lo convencional, comprometiéndose, la mayoría, con la inmediatez del mundo en que se mueven, analizan y enjuician.

De los títulos publicados, *El Viento en la Sombra*, libro inicial de Luis A. Anastasia, un estudioso de Larra, Manrique, y Gabriela Mistral, es, en mi opinión, el mejor de la serie. Una superficial mirada a estos poemas podría afiliarlos en la tradición de Machado, pero a una segunda y detenida lectura se nos revela que estamos ante algo bien distinto, personal, y de otro tipo de hondura. Son poemas donde lo depurado de la línea lírica, su simplicidad muy sabiamente organizada en el ritmo, la imaginería, y los temas, no obran como fin en sí, sino como instrumento o medio de ascender a esa condición tan peculiarmente misteriosa y sugestiva que es patrimonio sólo de los textos oraculares. Elusivos, y a la vez rotundos, los versos de *El Viento en la Sombra* traen a menudo el recuerdo de los mensajes del antiquísimo *Libro de las Mutaciones* chino. Como en estos :

El tiempo es ese
silbido oscuro, helado,
que da vueltas como un perro.

También *Los Extranjeros*, de Pablo Alamo (n. 1923), es un libro inicial, pero en contraste con la límpida sugestión y armonía verbal de *El Viento y la Sombra*, chocamos aquí con una voluntad de ser « poético » a toda costa y a base de efectos por completo desmonetizados, convertidos en mera literatura, luego de haber dado lo mejor de sus posibilidades en manos de Neruda, o César Vallejo. Esta insensibilidad, abundantemente nutrida de « alta noche », « lenta marea de las sales », « latidos trémulos », « investidura gris del laberinto », etc. etc., y de nobles y previsibles pensamientos sobre la soledad, el mundo, el prójimo, o el amor, podría servir, de todos modos, para plantear, una vez más, un dilema de orden general : ¿concierne la poesía exclusivamente a los estados emocionales y lingüísticos, o los estados emocionales y lingüísticos son hasta cierto punto ajenos a lo esencial de la poesía?

Con *Poemas de Amor*, Idea Vilariño, influyente poeta de la llamada *Generación de 1945*, año en que publicó el primero de sus libros —o cuadernos de poesía—, *La Suplicante*, al que siguieron, entre otros, *Cielo, Cielo, Paraíso perdido*, y *Nocturnos*, nos propone, valiéndose de esa entrañable fuerza (y violencia), comunicativa que es, quizás, su mejor cualidad, un largo monólogo, fragmentado en diecinueve composiciones, que canta los avatares de una pasión amorosa, la precaridad de su plenitud, lo permanente de la nostalgia, lo cotidiano de la desilu-

sión, del olvido, el sórdido y terrible testimonio de los objetos. Su tensión, uniforme de poema en poema, es obsesiva y reconcentrada ; tiene algo de la turbiedad de lo que pareciera ser el *pattern* expresivo, inspirador, del libro, la atmósfera del tango rioplatense, mas sin caer ni en lo intelectualizado, ni en el pintoresquismo, y con un admirable, equilibrado sentido de lo conversacional :

QUE LASTIMA

Qué lástima
que sea sólo esto
que quede así
no sirva más
esté acabado
venga a parar en esto.
Qué lástima que no
pudiéramos
sirviéramos
que no sepamos ya
que no demos más
que estemos ya tan secos
Qué lástima
qué lástima
estar muertos
faltar
a tan hondo deber
a tan preciada cita
a un amor tan seguro.

Poemas del Hoyporhoy, se titula el libro del versátil Mario Benedetti (n. 1920), —además de este y otros libros de poemas ha escrito obras teatrales, ensayos, cuentos, novelas, y páginas humorísticas—, y es presentado por sus editores como una obra donde Benedetti trata de « resolver cabalmente el conflicto entre arte y realidad, buscando más allá del encuadre cercano, doméstico, las motivaciones de sus temas ». En rigor de verdad, sólo cumple con la última parte de esas promesas, al tocar temas como el de « Un Padrenuestro Latinoamericano », o el de « Cumpleaños en Manhattan », donde el autor festeja su día en soledad, mientras las queridas del ex-sargentísimo Batista... « hoy sacan a mear / sus perros de abolengo / en las esquinas de la democracia », y donde apagar la sed le cuesta... « diez centavos de dólar / otro jugo de fruta / con gusto a Guatemala ». Aunque los versos citados son de alguna manera casos límites, dan una idea de la tónica que en general emplea Benedetti para *resolver el conflicto entre arte y realidad*. Es una actitud crítica objetivada literal y primariamente, carece de la necesaria distancia estética respecto de la realidad que maneja, con lo cual los poemas apenas si logran superar el nivel de la indignación y suficiencia moral mezcladas con lo patético, en unos casos, y lo discursivo mezclado con lo sarcástico-humorístico, en otros.

El poeta es un hacedor, no un comunicador. Explora y consolida la experiencia total que es el poema, y sus mejores momentos están allí donde triunfa sobre sus propias virtuosidades ; cuando es capaz de controlar el poema, su carga afectiva y la obviedad de gran parte de esa carga. Poco de tales presupuestos parece tenerse en cuenta en los poemas reunidos por Milton Schinca (n. 1926), en *De la Aventura*, en la fraseología que gratuita e innecesariamente alarga sus poemas. Quiere atenerse a la inmediatez, a la cotidianeidad, pero sólo logra desmentir la condición fundamental de la imaginación poética : ser una aprehensión nueva de la verdad. Eso no quiere decir que Schinca no enuncie ni conozca verdades, sino que procede mediante un lenguaje acumulativo que hace perder de vista el efecto de esas verdades como totalidad ; percibe el mundo pero no lo transforma en poesía, sino en palabras.

De Juan Cunha, uno de los más valiosos y personales poetas uruguayos de la actualidad, es *A eso de la Tarde*. La felicidad del canto y el toque paradójico, las metáforas inesperadas y el lenguaje coloquial, un ritmo seco y grave, anhelante, son algunas de sus características. « Cunha sabe —ha escrito E. Rodríguez Monegal—, como casar dos voces inesperadas en una sola palabra inédita, sabe cómo aliviar la pompa y rigidez del verso solemne con la introducción feliz de un verso coloquial, de un vulgarismo, hasta de algún término de la jerga campesina » ; pero —cabe agregar—, nada hay, bajo esa aparente soltura y espontaneidad, librado a la ocasión o al descuido. He aquí una muestra :

Aunque acontece
A veces sólo a veces

Y a eso de la tarde
Uno no sabe

Con la luz rezagada
Casi como si nada

Si algo tuyo se atreve
Y si acaso se vuelve

Apenas como un signo
A lo más como un guiño

Tu huella de regreso
La que dejaste lejos

Pudriéndose en la calle
Esperándote en balde

Aquella
La primera

Ahita de intemperie
Sucede a veces vuelve

Aunque nunca se sabe
A eso de la tarde

ALBERTO GIRRI

Max Henríquez Ureña : « Panorama histórico de la literatura cubana »

El estudio de conjunto de la literatura cubana ha merecido hasta hoy sólo visiones tal vez excesivamente generalizadoras ; o, por el contrario, bosquejos en extremo sintéticos, no libre alguno de ellos de una cierta proyección visiblemente tendenciosa. La reciente entrega de Max Henríquez Ureña, *Panorama histórico de la literatura cubana* (Las Américas Publishing, Nueva York, 1963), puede considerarse como un paso importante en la superación de tales deficiencias. Dominicano de nacimiento y de ilustre estirpe en la intelectualidad de América, Henríquez Ureña, entrañablemente vinculado a Cuba por largos años de estancia y de participación activa en su vida cultural, está capacitado como pocos para la empresa acometida ; y el resultado es muy digno, en general, del más alto reconocimiento.

El autor de *El retorno de los galeones* y de la *Breve historia del modernismo*, dos libros ya indispensables en la bibliografía hispanoamericana, representa en nuestras tierras la imagen clásica de lo que hemos de entender por un « historiador de la literatura », faena necesarísima en la integración y definición del hecho cultural de un país, un continente o una época. En este *Panorama histórico*, don Max extrema la conciencia y afina las técnicas de su oficio, sin ocultar su juego. Muy netamente declara en las mismas líneas primeras del prefacio que « el desenvolvimiento de la vida literaria de Cuba está tan estrechamente ligado al de la historia política que se hace imposible disociarlos », para anunciar seguidamente su propósito : ofrecer una visión cronológica de esa vida literaria « en consonancia con la evolución del pensamiento político y, por ende, del acontecer histórico ».

Fielmente cumple lo propuesto, agrupando su trabajo total en dos volúmenes. El primero narra, animada y vivamente, el proceso de formación nacional y literaria desde el exaltado testimonio inicial del Descubridor hasta mediados del siglo XIX, en que se perfilan los primeros movimientos definitivamente conformadores de la conciencia cubana (reformismo, separatismo, espíritu de investigación). El segundo abarca desde ese momento hasta completar los primeros cincuenta años de vida republicana (1952). El enfoque y tono dados a estos capítulos los convierte en una ventana abierta, con inteligencia y lucidez, sobre la *totalidad* de la evolución histórica de la Isla. Por eso no se vacila en convocar y sumar a los verdaderamente grandes de las letras cubanas (Heredia, Zenea, Martí o Casal, como ejemplos señeros del siglo XIX), aquéllos que de una manera u otra, aun desde zonas periféricas de la literatura (las ciencias, la economía o la política) contribuyeron a hacer posible esa evolución. No nos sorprende esto, pues ya en las páginas prologales se nos había advertido que, tratándose de un país joven, el estudio del hecho literario tiene que abrirse generosamente para acoger en él nombres que, bajo una actitud más restringida, quedarían naturalmente excluídos. Este criterio, en sí, puede ser aceptado sin mayores dificultades.

Pero es obvio que no resulta fácil servir a dos señores con igual eficacia. Y la consecuencia es que el lector percibe a ratos que la necesaria fijación crítica de valores se resiente en beneficio de la visión histórica global. Hay ocasiones en que también sería posible sugerir ciertas pequeñas rectificaciones o adiciones en algunos puntos. A Eugenio Florit, por ejemplo, se le señala como cultivador del soneto en sus dos primeros libros (1927 y 1930), cuando realmente esta forma no aparece en su poesía sino hasta mucho después : por primera vez en *Doble acento* (1937). En el recuento de la obra de Nicolás Guillén no se menciona su importante

(Dibujo de Barti, en « Cromos » de Bogotá)

libro *La paloma de vuelo popular*, ampliamente conocido en toda la América mediante una abundante edición de Losada. Y en el examen que Henríquez Ureña hace de los poetas « trascendentalistas » (es decir, los correspondientes a la tercera generación republicana centrados en torno a la revista *Orígenes*) parece excesiva la importancia concedida al análisis de los valores de forma en relación con lo que de verdad importa en estos poetas : su especial sentido de la poesía y el mundo espiritual peculiarísimo de cada uno de ellos. Reparos, en fin, mínimos dentro de un esfuerzo general altamente encomiable.

Por ello hay que saludar con alegría la llegada de este *Panorama*. El estilo expositivo del autor, suelto y ameno más allá de toda ponderación, la profusa ilustración fotográfica, y la impresión, muy cuidada y atrayente, añaden a los valores intrínsecos del libro estímulos muy positivos para el disfrute de su lectura.

JOSE OLIVIO JIMENEZ

Miguel Otero Silva : « La muerte de Honorio »

ADVIERTE EL NOVELISTA en un preámbulo « Los personajes y el argumento de este libro son imaginarios. En cuanto a los maltratos que en él se narran son auténticos y fueron padecidos por venezolanos de carne y hueso en los años inmediatamente anteriores a 1958.»

Y el lector añade mentalmente, con profundo pesar : en cuanto a los maltratos que en él se narran son auténticos y fueron padecidos y siguen padecidos por muchos.

El tema de *La muerte de Honorio* (Losada, Buenos Aires, 1963), es tristemente universal y de todos los tiempos. No huelga decirlo. Ya que esta novela es un testimonio y una protesta no es posible restarle su carácter de tal. El escritor, con esta advertencia, no deja lugar a dudas : quiso ante todo suscitar el horror y, de rechazo, la indignación de los lectores. Pero, al leer la novela, es inevitable que cada uno de nosotros recuerde atrocidades que no pertenecen solamente a los años venezolanos inmediatamente anteriores a 1958. De ahí el carácter tristemente universal que, para la vergüenza de la humanidad, le reconocemos al libro de Miguel Otero Silva. Y que se llame Pérez o Dupont el hombre torturado, y Martínez o Dubois el torturador, la verdad es que hay torturados y torturadores. Trágica perogrullada. Mentís terrible a los que quieren creer, a pesar de todo, en la perfectibilidad moral del hombre.

Tal es el planteo contenido en el nuevo libro del escritor venezolano, aunque el final deja creer que con desaparecer la dictadura desaparecerán los procedimientos empleados por ésta.

Una vez más, pues, un escritor hispanoamericano se inspira en la vida política y social, y se vale de la novela para denunciar atropellos y violencias.

El argumento lo constituye la vida diaria, en el mismo calabozo de cinco presos políticos. En la parte llamada « Primer cuadro. Cinco que no hablaron », cada uno cuenta sus actividades en el « partido » hasta el último golpe militar, y cómo lo persiguieron, detuvieron y torturaron para incitarlo a la delación, hasta llevarlo, hecho una piltrafa de carne humana, pero con la satisfacción de no haber hablado, a un presidio muy lejos de la capital. Es la parte más importante del libro, y presentada según una técnica que se ha generalizado en cierto tipo de novela imperante hoy día. Así el narrador cuenta a sus compañeros los pormenores de su encarcelamiento, describe todas las torturas que le impusieron, sin pasar por alto ninguna menudencia por atroz que sea ; y paralelamente, en párrafos que el novelista puso entre paréntesis, los personajes recuerdan su niñez y su vida sentimental. Los cinco presos son : « El Tenedor de Libros », « El Periodista », « El Médico », « El Capitán », « El Barbero » : cuatro militantes y un hombre detenido por error. En el « Segundo cuaderno. Honorio y su muerte », mucho más corto que el primero, se describe al día la existencia de los presos que consiguen noticias del exterior, y gracias a una visita que un tío hace a uno de ellos, se enteran de que la dictadura está tambaleándose. « El Barbero » ha contado que tiene un hijo de siete años, y cada uno de los presos se siente para con el niño un alma de padre, hasta que « El Barbero » les confiesa que dicho hijo no existe, que lo ha inventado para tener algo que contar : « Les mentí por envidia, explica. Ustedes... son jefes políticos que estaban presos por algo serio, que fueron torturados por haber combatido... Si yo hubiera tenido un hijo habría llegado a ser en este calabozo tan importante como ustedes... » Todo eso, para « El Barbero », no es más que una broma. « Pero para los otros Honorio era un ser real ; tiernamente nacido y amado entre las sombras de una cárcel. Y ese ser real, ese hijo que había crecido en cuatro pechos privados del sol y de la ternura, acababa de morir. » Así queda justificado el título de la novela, justificado, por lo menos en el espíritu del novelista, porque no se ve muy bien con qué motivo el autor puso bajo el signo de un ser imaginario unos episodios tan tremen-

damente reales. A no ser que ese Honorio simbolice la parte de esperanza que cada hombre lleva en sí, pese a las circunstancias. Pero entonces no se comprende por qué muere Honorio cuando los presos están a punto de recuperar la libertad ; o tenemos que suponer que en Honorio se cifra la vida de amistad que han gozado los presos en la cárcel y que esta solidaridad ha de desvanecerse cuando salgan de allí.

Después de *Casas muertas* y de *Oficina número uno,* en esta nueva novela de Miguel Otero Silva se aprecia un estilo dinámico, sin floreo, sin metáforas casi, sin adjetivos, en el que cada frase está cargada con verbos significativos y expresivos, elegidos para pintar una acción o hechos, y no un estado de ánimo. La trama del argumento es sencillísima y el novelista no busca efectos de sorpresa barajando situaciones y haciendo malabarismo con el pasado y el presente en continuo anacronismo, como en algunas novelas de nuestro siglo. Ni siquiera se vale del lenguaje del bajo pueblo cuando hace hablar al Barbero. Hay cierta monotonía voluntaria, desde el punto de vista estilístico, en las cinco narraciones de los cinco personajes : cada uno se define por su actitud y sus acciones mucho más que por su manera de hablar. Parece que el novelista quiere evocar lo atroz de los hechos sin distraer al lector por las peculiaridades exteriores de cada personaje, como si el mismo contara las barbaridades que le hicieron a él en los otros, como si el mismo las sufriera en carne propia.

PAUL VERDEVOYE

Manuel Rojas : « Punta de rieles »

La novela del chileno Manuel Rojas (Zigzag, 1963) presenta dos personajes, cuyas confidencias, alternándose capítulo tras capítulo, constituyen el libro a modo de un doble raconto : « Futre », el uno, niño « bien » de la sociedad chilena ; sindicalista el otro, hombre de origen humilde, avezado en las difíciles batallas que oponen intereses obreros y patronales. Ambos se ven reunidos, en el norte de Chile, a lo largo de una noche que ha comenzado con un hecho trágico : Romilio Llanca, el sindicalista, ha asesinado inesperadamente a su mujer. La doble confidencia va eslabonándose : en un caso la blandura de una vida descargada de responsabilidades ha arrastrado al alcohol y las drogas al niño de familia adinerada y aristocrática ; en el otro, la pusilanimidad de carácter, la dureza de las condiciones de vida empujan a Romilio Llanca a depender de una mujer cuyo desgarro afectivo y violencia sexual terminarán por conducirlo, harto ya de una convivencia humillante, al crimen.

No es difícil adivinar el paralelismo que suponen, ya desde el título, ambos destinos. Los dos hombres son hermanos en la culpabilidad, en el fracaso de sus vidas, en la sinceridad con que se acusan a sí mismos, en el dolor que los atiza. Hablan ambos la lengua franca del hombre al que la vida ha acosado sin concederle tiempo para demorarse en las inflexiones de su voz. De ahí el tono conversado, fluyente del libro, el que hace su facilidad, la rapidez de su impacto : calidades que lindan todas con el riesgo de un cierto desaliño, en el zanjón ambiguo donde novela y crónica novelada confunden sus límites. Por cierto, la narración de Rojas es rica en naturalidad, en vitalidad, en detalles de aguda percepción psicológica. La breve escena entre padre e hijo Larraín Sanfuentes, de regreso de una noche de borrachera, ante el umbral de la casa, está narrada con esa particular « visibilidad » que otorga a un hecho trivial el carácter de un signo memorable, y fija de modo inconfundible la atmósfera y los gestos de todo un escenario de costumbres. El avance del matriarcado, la politización creciente del sindicalismo, la falta de organización del tiempo libre en los reductos mineros, verdaderos pozos de soledad ; todo ha sido observado con limpieza, desparpajo, familiaridad directa con los hechos, con la graciosa malicia de los modismos chilenos : « Yo era más hombre, él era más persona », dirá Larraín Sanfuentes, refiriéndose a un cuñado que lo aventaja en mundanidad y elegancia. Sin filigranas ni morosos análisis, el autor nos coloca así ante un fresco plantado con soltura y simplicidad en medio de la vida, cuyo generoso sentido es manifiesto : provenientes de situaciones antípodas, ambos hombres han sido heridos por la desgracia y por la culpa, en proporciones que nadie es capaz de juzgar. Pero ninguno de los dos ha perdido la capacidad viril de mirarse de frente, de encararse sin disimulos con su propia miseria. La corrupción o la estrechez de sus respectivos ambientes no ha logrado apagar en ellos esa chispa de autenticidad central que alumbra la oscuridad de cada relato. La sustancia de este libro de Rojas parece apuntar así, más allá de todo determinismo, a esa zona de la común condición que hermana a los hombres, por igual vulnerables a la desgracia, y capaces por igual de remontar la adversidad, merced a una lealtad primordial que sus errores no han llegado a empañar. Y, sin embargo, será el más desheredado de los dos quien partirá voluntariamente hacia la cárcel, acosado hasta el extremo por

una situación debida en gran parte a su mezquino condicionamiento social y económico. La admiración de Larraín por Llanca cobra así el valor de pago de una deuda reconocida, expresión de ese misterioso equilibrio en el cual crimen y castigo se reparten en proporciones diversas.

Una vivacidad infatigable acompaña a este relato, donde Rojas manifiesta el realismo directo, horizontal, la fluyente soltura que caracteriza a sus novelas.

IVONNE A. BORDELOIS

Amédée Ponceau : « Initiation philosophique »

HAY UN CONCEPTO de sí mismo y un concepto de la Humanidad. Debemos intentar valer. Esta búsqueda del valor no puede terminar en el individuo. Concierne a toda la organización de la vida colectiva, a toda la existencia política de los hombres.

Amédée Ponceau pertenece a ese linaje de pensadores universitarios a los que la meditación solitaria no ha apartado nunca de la reflexión política. Lejos de ser los « perros guardianes » de que hablaba Paul Nizan, están siempre preocupados por la organización racional de la « Ciudad », realizando cada uno en su época respectiva la investigación política de un Platón. En la obra de Amédée Ponceau hay una dimensión política y social de la psicogenesis de la persona, paralela a una reflexión política.

Encontramos en Ponceau, como en Emmanuel Mounier, la noción de « compromiso », de participación en las labores colectivas de una época, la desconfianza hacia el repliegue del individuo sobre su propia seguridad o sobre sus pequeñas virtudes. Todo nos concierne : no es verdaderamente hombre quien no lleva consigo las inquietudes de su época. Hay que participar plenamente en la miseria y en la salvación del mundo... « No se puede escapar del mundo, salvo que se le lleve sobre las espaldas, salvo que se le lleve en la carne. No hay muerte buena si no se ha luchado hasta el fin contra los riesgos de la época, y del país, con todo el cuerpo, en compañía del prójimo. »

Estas citas expresan un personalismo o un existencialismo moral que hace del compromiso, de la participación, una dimensión esencial de la psicogénesis.

Este filósofo, tan atento al desarrollo íntimo de nuestras fiestas interiores, no ha olvidado nunca esta dimensión social de la persona que debe ayudar con todos a la organización de la « Ciudad ». Si « lo privado es el mal profundo, lo público es una realidad inscrita en el corazón de nuestra vida ».

En la reflexión política de Amédée Ponceau se exige al hombre un combate sin descanso, una vigilancia sin desfallecimiento. Podemos volver a utilizar los mismos términos con que describimos ese esfuerzo de la Razón para rehacer sus estructuras y no enajenarse en lo ya conquistado. El concepto es una lucha, un combate por reformar nuestras ideas y ajustarlas a la realidad. Todo puede ser una « cárcel » : hábitos, estructuras, afectos, memoria. Todo tiene necesidad de ser revigorizado y traspasado por el impulso originario.

La servidumbre es una amenaza perpetua : hay que escapar a todas las servidumbres, incluso a las del corazón, por medio de la « acción constituyente ».

La servidumbre es todavía más amenazadora en la dimensión política de la existencia. Se llama « tiranía ». La razón esboza el proyecto de ordenar nuestras relaciones humanas de acuerdo con la justicia. No puede flotar en el aire del Ideal y del Deber, sino que ha de descender a la *arena política,* para combatir y crear una *vida común racional.*

Ningún filósofo puede resignarse a *excluir lo político* de lo razonable.

Lo trágico reside en el hecho de que, con cada tentativa revolucionaria de proyecto racional de vida común, resucita la « Tiranía ». En la vida social más aún que en la vida personal, las alienaciones renacen perpetuamente. Cuando creemos que nos hemos librado del tirano, éste resucita.

Amédée Ponceau ha llegado, de este modo, a reflexionar sobre la Tiranía en algunas páginas de su *Initiation philosophique* (1) y más directamente en las notas recogidas después de su muerte en el volumen *Timoleon, réflexions sur la tyrannie.*

Louis Lavelle ha escrito que estas notas rápidas son « el estallido de una cólera nacida de la contradicción entre la exigencia de justicia, que es seguramente el sentimiento más profundo de la conciencia humana, y la práctica política en la que aquélla debe realizarse, y que no cesa de escarnecerla... »

Más bien que desesperar ante este trabajo de Sísifo que es la realidad política, más bien que hacer suya la frase de Lamartine después de 1848 : « Me he vuelto ateo en política », Amédée Ponceau prefiere analizar el fenómeno del renacimiento de la tiranía en el seno de la nueva sociedad.

No es la explotación económica como fuente

(1) 2 volúmenes. Editions Marcel Rivière, París.

de tiranía lo que examina. No ignora estas cuestiones y las señala en la *Initiation phylosophique* cuando trata de la división del trabajo : « ...La moneda es poder de cambio y de ahorro, que da a cada uno su provecho o bien se disuelve en las manos de otro... » « Tiranía del fabricante de moneda que se convierte en dueño de los destinos de quienes la reciben y la ahorran. Tiranía del mercader que acumula el dinero y del comprador que lo posee en cantidad copiosa. Tiranía de los poseedores de máquinas constructoras y destructoras cada día más potentes. Esto hace que haya no treinta tiranos como en el tiempo de Sócrates, sino treinta mil, y muchos más a la vuelta de cada esquina... »

Amédée Ponceau no se limita a denunciar la economía de la rapacidad. Escruta la Tiranía en su fuente misma : la voluntad de poder, virus patógeno del poder político. Distingue, un poco como Paul Ricoeur, dos tipos de alienación que quebrantan nuestro proyecto comunitario de vida : una que tiene su origen en la economía y otra que la tiene en el propio poder político.

El tirano existe en cada uno de nosotros y es el demonio interior que devora el corazón del hombre que detenta el poder. Es la gran tentación de éste. Conocidas son las fórmulas de Alain : « Todo poder abusa... o abusará... todo poder vuelve loco ». Aunque no hubiese alienación económica, la amenaza de tiranía seguiría cerniéndose sobre nosotros porque el poder está sometido al mal y sirve de ocasión para la más peligrosa desmesura.

Esta observación se encuentra en el fondo de las líneas más amargas de la *Initiation phylosophique* : « Hay algo de víctima en el verdugo y de verdugo en la víctima. Es facilísimo comprobarlo, una vez que las revoluciones se han realizado, cuando las antiguas víctimas toman la dirección de los asuntos e inmediatamente practican los abusos que habían condenado, que habían combatido a costa de su sangre... los que reclamaban el ideal se convierten en terribles realistas... » Un texto duro de oír para el hombre que ha puesto todas sus esperanzas en un proyecto racional de existencia, para el socialista que ha visto cómo las prisiones de Stalin sucedían a las prisiones del zar.

La tiranía es « la forma extrema del fracaso », la caída del impulso que lleva hacia un orden humano.

Timoleón está jalonado de notas que parecen aún más amargas a causa de su carácter incompleto : « Todo vencedor de una tiranía alimenta a su vez otra tiranía... Basta con que un buen día se le presente la ocasión. La ocasión, es decir, el uniforme o el ejercicio del poder. » El poder muestra a la mayor parte de los hombres sólo bajo su aspecto despreciable.

Después de un análisis tan pesimista del poder como fuente de tiranía, ¿qué puede hacer el filósofo? ¿Qué conducta puede recomendarse al ciudadano, al « hombre aislado » ? ¿No es la tentación del ciudadano y del filósofo contra el poder, la del moralista con conclusiones nihilistas, la del apolítico anarquizante?

Amédée Ponceau concede gran importancia a la mirada con que Sócrates juzga al César. Sócrates no debe pactar nunca con el poder. Su papel es « socratizar », juzgar, ser la conciencia vigilante de la Ciudad. Si Sócrates desaparece, el César se convierte rápidamente en tirano : « No hay ningún riesgo para el pueblo y para el tirano comparable al de vivir sin Sócrates ».

Pero esta necesidad de la mirada que juzga no es en modo alguno una repulsa de la vida colectiva ; esa mirada denuncia los abusos y fija las condiciones de posibilidad de una vida colectiva mejor.

Amédée Ponceau insiste mucho en las condiciones internas de esta ciudad « razonable ». Si un tirano duerme dentro de cada uno de nosotros, hay que comenzar por matarlo. Por tanto, hay que comenzar la lucha contra la tiranía llevándola « al corazón de nuestro corazón ».

Es una idea aberrante la de que el Estado podrá alguna vez hacer reinar la justicia entre los injustos : « Los regímenes se parecen a los hombres ; ¿están éstos prestos para una conversión? »

Estos textos recuerdan los de Péguy cuando afirma que la revolución social comienza por la revolución interior, que no hay revolución social sin revolución interior, y los de Platón cuando compara el orden interno del individuo con el orden de la ciudad.

Ponceau estudia las mediaciones colectivas necesarias para el establecimiento de una ciudad justa : *Timoleon* no se pierde en el moralismo apolítico, porque es igualmente una larga mediación sobre el Estado, mediación indispensable de nuestra vida comunitaria, medio de tiranía pero al mismo tiempo fuente de nuestra libertad, portador de nuestras esperanzas de racionalización de las relaciones sociales. El Estado muere como valor y tiraniza porque se convierte cada día más en « el más frío de todos los monstruos fríos ».

Ponceau quiere que se vuelva a dar un alma, un calor vital, que el Estado vuelva a encontrar la fe y que ésta circule dentro de él. No se trata evidentemente del retorno a ninguna teocracia o a la adopción oficial de un culto. Pero el Estado se muere de no creer en sí mismo, en su misión consistente en organizar las relacio-

nes humanas según la justicia en vez de abandonarlas a lo irracional, en permitir la libertad de todos, en favorecer la expansión de todas las existencias.

Se muere también de no tener horizonte o proyecto de valor que proponer en este aspecto.

Amédée Ponceau dice : « ¿Lo que se ordena en el seno del Estado, lo es con la significación de un valor que dar a nuestra existencia? » Ponceau comprendía admirablemente que en el seno mismo del Estado hay un « más allá » de la administración de las cosas por un equipo de tecnócratas. En cierto sentido, al Estado le falta la ambición en la medida en que no dirige sus esfuerzos hacia el « *totalitarismo de la plena realización* » de sus súbditos.

Finalmente, como dijimos antes, no debe haber descanso en la busca de la realización de esta idea de la « Humanidad ». El combate de la justicia no tiene fin. Nuestras leyes son siempre imperfectas y nuestros derechos siempre precarios. Lo mismo que en nuestra vida individual, no podemos ya contentarnos con lo que hemos logrado.

CHARLES BLANCHET

E. Caballero Calderón : « Obras »

La Editorial Bedout, de Medellín (Colombia) viene cumpliendo una magnífica labor. En pulcra edición, que pone de manifiesto su buen gusto estético, en nada reñido con la sobriedad que es norma de sus trabajos editoriales, ha lanzado el primer tomo de las *Obras* del escritor colombiano Eduardo Caballero Calderón. Trae el libro un fino prólogo de Juan Lozano y Lozano, en el cual analiza lo que significa en las letras colombianas, el nombre y la obra de Caballero Calderón.

Este ha sido en todo momento un combatiente de la libertad, de la belleza literaria y de la dignidad humana. El ancho estuario de su obra como pensador y artista de la palabra, nos deja conocer su orientación hacia todo aquello que diga referencia a un Continente mejor para las gentes americanas por cuyo destino se ha desvelado tanto. Ya que una de sus más sabientes aristas es precisamente la que dice relación al enfoque, sagaz y buído, de aquella temática que tiene relación con nuestro destino impar y auroral. Jamás este escritor se ha desentendido de su suelo, de su ambiente espiritual, de lo meramente telúrico, de la tradición entendida no como una codificación de fórmulas y sistemas obsoletos, sino como una jugosa experiencia para el acaecer complejo de este tiempo. Porque busca hallar en una futura síntesis aquel hombre americano que logre alcanzar en su mensaje un sentido universal.

Puede afirmarse que todos los personajes que se mueven en sus novelas y las inquietudes que le sirven para desenvolver una robusta sociología indoamericana, están arraigados en el patrio solar. Son producto del medio, en él cuajan y su marco es propio e intransferible. No obstante poseer una anchurosa cultura, de haber meditado en el gran estuario que debemos a Europa como legado, Caballero Calderón comprende que lo nuestro, el propósito nacional de crear formas de vida propia, no se puede hipotecar a sistemas que no se compenetran con lo nuestro, ni están teñidos de la más íntima autenticidad, peripecia terca de nuestra sangre. Para lograr ejercitar esta especie de docencia maneja una prosa rica en hallazgos verbales, musical, hermosamente redondeada como un dístico. Prosa amamantada a los pechos de Castilla la Vieja y penetrada de claridad hispana hasta la base. De ahí la dignidad de expresión de sus libros que prolongan en este tiempo la obra de los grandes maestros del idioma. Pero no es su estilo literario una difícil arquitectura verbal o dinámica expresión de barroco. Es una prosa musical, diáfana, plástica, con la fuerza que emerge de la tierra sustentadora. En ella se refleja lo autóctono, el enigma criollo o los sones ardientes del mestizaje irredento.

El plan general de las obras de Caballero Calderón que anuncia la editorial comprende tres volúmenes : I) Ensayos generales. II) Ensayos colombianos y III) Novelas y relatos. El primer volumen contiene los siguientes libros : *Americanos y europeos, Sudamérica tierra del hombre, Ancha es Castilla, Breviario del Quijote* y *El Nuevo Príncipe*. La sola enunciación de los títulos de los libros, está señalando la categoría de la obra del escritor colombiano, su esencia, que nos resulta orgánica y viva, el viaje que ha realizado por diferentes literaturas, pero principalmente su contribución al esclarecimiento de los fenómenos humanos y sociales de su pueblo.

Las obras de Caballero Calderón están ligadas por el vínculo de un gran pensamiento central. Este de indagar en el alma colombiana, jalonar etapas, buscarle un ámbito de libertad creadora. Y continúa infatigable su tarea de escritor. No se toma vacaciones en una acción fecunda que es también un cotidiano testimonio de sus cogitaciones cerebrales. La publicación de sus Obras agranda el ámbito del gran quehacer de Colombia por un mundo mejor para sus hijos.

AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVIT

notas

Homenaje a Rubén Darío

El recuerdo se asocia a ciertos hombres y da a sus obras como una especie de pátina en la que espejea una luz de gloria. Así acontece con Rubén Darío, poeta nicaragüense, oscuro y desconocido en París a comienzos de nuestro siglo, finalmente revelado hoy día en su profundo valor humano y espiritual, no sólo a los hijos de América Latina y de España, sino incluso a los letrados y sabios que en todas partes del mundo comprueban el progreso de nuestra humanidad.

En esta fasta semana, el hispanismo parisiense evoca y celebra la gran sombra clara que se cierne sobre este busto. Una vez más la Sorbona agradece a la América Latina las dádivas y aportaciones que hizo a la cultura y que continúa depositando cotidianamente en los altares de nuestra común civilización. Damos nuestras efusivas gracias a Su Excelencia el embajador de Nicaragua, bajo cuyos auspicios se efectúa esta ceremonia, así como a Su Excelencia el profesor Ricardo Gallardo, embajador de El Salvador y presidente del Comité de homenaje. Conservemos en nuestros corazones una viva y cálida gratitud hacia Su Excelencia el profesor Alberto Zérega Fombona, noble figura de nuestra ciudad, en quien se aúnan en grado sumo la fidelidad a España, el amor a Francia y los lazos filiales a Venezuela, su tierra natal. ¿No fue acaso, durante tres años, el joven compañero de Rubén Darío? ¿No afiló la pluma del gran hombre, que exploraba los dominios encantados de la poesía?

Dejo a los historiadores la tarea de establecer la aportación de Rubén Darío a la lengua y a las literaturas hispánicas. Todos ellos coinciden en otorgar a su obra la gran revolución a la par física y espiritual que devolvió la flexibilidad perdida al antiguo lenguaje y su virtud universal a una expresión literaria por aquel entonces provinciana y ahora, en parte gracias a él, en todas partes radiosa. La semana rubendariana que en estos momentos se inicia en Managua y en León de Nicaragua va a señalar este aspecto social y cultural de la obra del poeta.

Alocución pronunciada por el profesor Charles V. Aubrun, director del Instituto Hispánico, en un acto celebrado en París como homenaje a Rubén Darío.

Mi propósito es otro. En esta plaza pública me dirijo, no a los sabios exegetas de su palabra, sino a todos los que no tuvieron una relación familiar con Darío. Y les diré lo que le deben y cuánto enriqueció su cultura, incluso aunque no tengan conciencia de ello. Me referiré a las tierras incógnitas que reveló y que aún les puede ayudar a descubrir ; evocaré las tonalidades, las nuevas voces que empleó y que desde entonces se nos antojan naturales.

Tres temas, siempre luminosos, animan su ardiente obra.

En su tiempo. el amor *había caído en un erotismo decadente o en un idealismo amanerado. Pues bien, Darío buscó su inspiración en el numen poético de Dante, de los trovadores provenzales y de Petrarca. « La lejana princesa », de Jaufre Rudel que también se llamó Beatriz o Laura, él la conoció en las facciones de la hermosa Eulalia, que derramaba el champaña de su risa cristalina en un baile popular parisino.*

> Se asoma a sus húmedas pupilas de estrella
> el alma del rubio cristal de Champaña.

La descubrió bajo el antifaz de la joven marquesa que en los jardines de Versalles hace molindres en compañía de un galante abate de la Corte. La reconoció en el suntuoso cuerpo de Afrodita saliendo del mar en el puerto de Alejandría, èn tiempos de Plotino.

> ¿Fue acaso en el Norte o en el Mediodía?
> Yo el tiempo y el día y el país ignoro,
> pero sé que Eulalia ríe todavía,
> y es cruel y eterna su risa de oro.

El amor sólo puede manifestar su carga espiritual en la experiencia práctica vivida, la aventura de la amorosa locura por una linda muchacha con tocado de flores, cuyos veinte años de

tienen eternamente la guadaña de la Muerte, la carrera de Cronos, el flujo del Tiempo y de la Historia. Milagros y triunfo del amor :

La mejor musa es la de carne y hueso.

En cada mujer miro como una ninfa griega.

Es este el primer tema, la vida como experiencia, al cual el existencialismo otorga hoy todo su valor.

Existe asimismo un segundo tema : la paloma de Venus, el cisne olímpico, Hebe y los centauros. Hasta entonces la mitología servía de adorno a la literatura y de espectaculares motivos para la ópera. Dioses y héroes, diosas y ninfas aparecían al lector parnasiano como objetos marmóreos esculpidos por la fantasía de caprichosos artistas. Mas he aquí que Rubén Darío los hace resurgir en lo más recóndito de nuestro ser.

Tenemos sangre de sirenas
Y de tritones.
A nosotros encinas, lauros,
Frondas espesas ;
Tenemos carne de centauros
Y satiresas.

Pero este enraizamiento del hombre en la naturaleza no significa en modo alguno la vuelta al pecado original. Entre la Arcadia —jardín cuidadosamente cultivado donde se encuentran los pastores— y el Olimpo —donde los dioses recrean conjunta y eternamente la armonía primera— se extiende un fragoso bosque, un laberinto en el que el hombre que trata de elevarse se pierde y se encuentra. Con esta metáfora quiero dar a entender que la cultura de nuestro espíritu es una forma del orden y la poesía su arma más eficaz contra la confusión. Sólo el poeta lúcido, el « vidente », renovando la aventura de Dante, puede vencer la bestia salvaje que le dificulta el tránsito hacia la cumbre y encontrar al mismo tiempo el hilo conductor en el desordenado dédalo.

Por lo tanto, con Rubén Darío los mitos recobran su significación más honda : mediante el verbo exorcizan las fuerzas antaño sin nombre que moran en nosotros. (Señalemos de paso la coincidencia, en este retroceso a las fuentes griegas, de la poesía y del psicoanálisis.)

Divina Psiquis, dulce mariposa invisible
que desde los abismos has venido a ser todo
lo que en mi ser nervioso y en mi cuerpo sensible
forma la chispa sacra de la estatua de lodo.

Finalmente pondré de manifiesto, por no poder referirme a todo, un tercer tema desconocido que Darío nos descubrió en el curso de su exploración poética :

Mi piqueta
trabaja en el terreno de la América ignota
¡Suena armoniosa mi piqueta de poeta!
¡Y descubre oro y ópalos y rica piedra fina,
templo o estatua rota!
Y el misterio jeroglífico adivina
la Musa.

Ahora bien, su América se ha convertido en la actualidad en nuestra América. Cuando se agitan « las vértebras enormes de los Andes » de que hablaba el poeta, el mundo entero se conmueve. Darío es uno de los que revelaron el alma de ese continente nuevo, del que Cristóbal Colón sólo descubrió el cuerpo.

La aurora es inmortal, la aurora
es inmortal. ¡Oh tierras de sol y de armonía,
aún guarda la Esperanza la caja de Pandora!

Sí, después de Darío nos hemos vuelto sensibles a la América Latina, puesto que en el fondo de nosotros comprendemos que nuestro destino, el destino de la humanidad, está unido al suyo.

A este triple deslumbramiento nos invita hoy, en París, el espíritu ardiente del gran poeta : el amor es perenne, el alma joven, un nuevo mundo ha surgido.

Nuestra gratitud a Rubén Darío.

CHARLES V. AUBRUN

FEIJOO Y LIZARDI

Digámoslo a lo Américo Castro : sin Feijoo, Lizardi no hubiera sido lo que fue.

Las obras capitales del maestro de Oviedo gozaron de fama extraordinaria en Nueva España, donde hasta impugnadores tuvo. La estrella de su autor fue *el desengaño de errores comunes*, según dice la portada del *Teatro Crítico Universal* : su más vehemente aspiración era « desengañar de varias opiniones erradas que reinan en nuestra región y aun en otras », como expresan las *Cartas Eruditas*.

Y sí, a los meteoros, por ejemplo, los rebaja la categoría de castigo de Dios y los declara « fuego inocente ». En un vuelo de la pluma llega a soltar la sal del ensayista : « Es el cometa una fanfarronada del cielo contra los poderosos del mundo. »

De este modo su empuje para desterrar supercherías fue una cruzada de higiene mental. Gracias a él, decía el *Diccionario Feijoniano* en 1802, « los duendes no perturban nuestras casas ; las brujas han huído de los pueblos ; no inficiona el mal de ojo al tierno niño, ni nos consterna un eclipse, que con prolija curiosidad examinamos muy atentos ».

*

En tierras de América, a la hora en que nace la novela, Lizardi alcanza el gran soplo reno-

EL PADRE FEIJOO

vador de España — Feijoo, Cadalso, Jovellanos, el P. Isla, Torres Villarroel, Rafael Melchor de Macanaz, Francisco de Peñaranda. El coro de inconformes mexicanos no es menos luminoso — Díaz de Gamarra, el P. Alzate, Lardizábal y Uribe, Sor Juana.

En particular, Feijoo se enfrenta a las verdades basadas en el *Magister dixit*. Declara, sostiene y defiende que en cuanto a método, « el analítico es *muchas veces mejor* que el escolástico ». Lizardi, contemporáneo suyo en el espacio, echará por el mismo camino. Pero como novelista, muy burla burlando tendrá que ir soltando sus apreciaciones críticas. Su gran personaje, el *Periquillo Sarniento* relata que acabó sus cursos como estudiante gramático e ingresa en el Colegio de San Ildefonso. Para su fortuna, el maestro de filosofía era un renovador. Y esto le aconteció :

« Aún no se acostumbraba en aquel ilustre colegio, seminario de doctos y ornamento en ciencias de su metrópoli, aún no se acostumbraba, digo, enseñar la filosofía moderna en todas sus partes ; todavía resonaban en sus aulas los *ergos* de Aristóteles. Aún se oía discutir sobre el *ente de la razón*, las *calidades ocultas* y la *materia prima*, y esta misma se definía con la explicación de la nada, *nec est quid*, etc. En fin, aún no se abandonaba enteramente el sistema peripatético que por tantos siglos enseñoreó los entendimientos más sublimes de la Europa, cuando mi sabio maestro se atrevió el primero a manifestarnos el camino de la verdad sin querer parecer singular, pues escogió lo mejor de la lógica de Aristóteles y lo que le pareció más probable de los autores modernos en los rudimentos de física que nos enseñó, y de este modo fuimos unos verdaderos ecléctico...

« A pesar de este prudente método, todavía aprendimos bastantes despropósitos de aquellos que se han enseñado por costumbre, y los que convenía quitar, según la razón y hace ver el ilustrísimo Feijoo en los discursos X, XI y XII, del tomo séptimo de su *Teatro Crítico*. »

Aquí está ya el de Oviedo, no transparentándose, sino de viva voz.

*

Algo que América desde luego le enseñó a Feijoo fue su agudísima distinción entre el amor a la patria y la pasión nacional. En la misma España la aceptación del punto de vista fue inmediata, pues en el prólogo a su *México Conquistada* —Madrid, 1798— Escoiquiz recrea el pensamiento feijoniano.

En Lizardi el tema se transparenta a lo largo de su obra, pero siempre abriéndole nuevos cauces a las proposiciones. Dice en un diálogo del Periquillo :

« Justo es que cada uno ame con preferencia el país en que nació, y que congeniando con sus costumbres, climas y alimentos, los prefiera a los de todo el mundo : pero no es justo que esta alabanza sea apocando la tierra que vivís y delante del que os sienta a su mesa. »

Otro contacto estrecho con el pensamiento feijoniano lo ofrece Lizardi al tratar de la guerra, que en México era intestina —de Independencia—, por la época en que se supone que termina sus memorias el Periquillo. Decía Feijoo : « La guerra más feliz es una gran desdicha de los reinos... ¿Pero qué, no ha de haber guerras? No digo eso. Muchas veces son inevitables. »

El mexicano traslada : « La guerra es el mayor de todos los males para cualquier nación o reino... El ciudadano sólo debe tomar las armas cuando se interese el bien común de la patria. Sólo en este caso se debe empuñar la espada y embrazar el broquel, y no en otros, por más lisonjeros que sean los fines que se propongan los comuneros, pues dichos fines son muy contingentes y eventuales, y las desgracias consecutivas a los principios y a los medios son siempre ciertas, funestas y generalmente perniciosas. » No se olvide que el Periquillo sermoneaba a sus hijos ya en la antesala de la muerte.

También en sus obras menores, Lizardi se apoya en Feijoo. En uno de sus diálogos, la *Impugnación* de los gatos Barbilucio y Machucho, se lee que « los vicios no son frutas del tiempo que se dan como las peras por junio y los chayotes por noviembre, sino defectos peculiares del hombre que los tiene o deja de tener en todos tiempos ; bueno fuera que leyera ese

rojo escritor (Raynal) el *tratado de la senectud moral del género humano* del benedictino Feijoo... »

*

Feijoo no era médico ; tampoco Lizardi. Pero el de Galicia pudo decir de la Medicina : *la amo mucho*. Sin ir más lejos, los cirujanos le son deudores de la palabra *amputación*, los odontólogos del término *avulsión*. Lizardi lo sigue a pie juntillas, no sólo al barajar autores europeos (Etmüller, Rivière, Willis) sino en el interés por prácticas exóticas (la medicina china).

Si Feijoo establece que « no hay cosa segura en la Medicina », Lizardi lo ratifica diciendo que « sus juicios son muy falibles y dificultosos ». Así que cuando el mexicano habla de enfermos « que sanan aunque no se curen, pues les bastan los auxilios de la sabia naturaleza », percibimos el eco de la sentencia feijoniana : « a la naturaleza se debe las más veces la victoria, pero al arte (médico) se da la gloria del triunfo ».

Usando el mismo objetivo crítico, ambos lograron una fiel instantánea de los médicos de su tiempo. Por ejemplo, el doctor Purgante —maestro *malgré lui* del Periquillo— es descrito como « buen cristiano, pero mal médico y sistemático, y no adherido a Hipócrates, Avicena, Galeno y Averroes, sino a su capricho ». Cumplía, pues, la primera condición exigida por Feijoo al buen médico : « que sea buen cristiano » ; en lo demás infringía, como era necesario que lo hiciera, otro precepto feijoniano : « que no sea adicto a sistema filosófico alguno, de modo que se regle por el de la práctica ».

El discípulo iba a salir algo peor. Periquillo no podía ser buen médico « porque era muy pedante y charlatán, y quien tenía estas circunstancias, o era muy necio o muy pícaro ». Infringía claramente la prevención feijoniana de que el médico « no sea jactancioso en ostentar el poder y la seguridad de su arte ; porque siendo cierto que no hay tal seguridad en ella, es fijo que el que la propone tal o es muy ignorante o muy engañador ».

Con todo, el apicarado Periquillo se defiende de su propia ignorancia alegando que « el más mísero enfermo se le muere al mejor médico », lo que nos recuerda al Juan Argenterio citado por Feijoo, que aunque « tenido por el prodigio del saber, casi todos los enfermos que caían en sus manos morían ».

Como nuestros autores todavía padecieron el abuso de la purga y la sangría, ambos atacan valientemente tan viciadas prácticas. Denuncian asimismo costumbres perniciosas de los boticarios, como el tener igualas con los médicos. En fin, critican la pesada rutina de los sistemas hospitalarios. O bien, posesionados de sus respectivos disparaderos tiran a gran distancia. Si Feijoo no olvida que a los malos médicos « en un tiempo los echaron de Roma », Lizardi planta el mal ejemplo del Periquillo para declamar contra los infatuados, venales e interesados, pues « a médicos como éstos desterraron de muchas provincias de Roma ».

Una y otra vez precisamos que entre el mejor espíritu enciclopédico del siglo español y el padre de la novela americana, corre una misma intención crítica ante los humanos abismos de una ciencia que amaban.

*

Llega Feijoo a una conclusión muy fuera de su siglo, como de quien ve con nitidez el paisaje del tiempo : « Es cosa muy ordinaria atribuir a milagro los que son efectos de la Naturaleza. »

Y en tiempos tan milagreros como eran los de la Colonia en México, Lizardi se acoge a la lección. Periquillo naufraga, pero muy a tiempo se procura una tabla de salvación. No bien se ha aferrado a ella cuando es testigo del hundimiento total del buque. Es el único que ha quedado con vida. Como buen mexicano invoca a la Virgen de Guadalupe. Sabe que no es más que un juguete de las olas y los vientos. Casi a punto de perecer, amaina la tormenta y amanece. De cara al sol parece sucumbir cuando unos pescadores lo rescatan. Y al volver en sí está a salvo rodeado de curiosos...

Como fruto a punto de caer, el lector presiente la palabra *milagro*. Pero el espíritu feijoniano se ha abierto paso entre el movimiento de la acción. Sencillamente, Periquillo debe seguir viviendo para cumplir la lección de su vida (« fue pecador en vida y murió santo »). Lo milagroso no aparece por ninguna parte.

SALVADOR CRUZ

UN MEXICANO SINGULAR Y UN PREMIO CUBANO

El premio para novela del quinto concurso anual *Casa de las Américas*, de mil dólares, acaba de ser otorgado, de entre veinticuatro obras inscritas, a la novela del mexicano Jorge Ibargüengoitia (coganador del premio de teatro del año pasado) *Los Relámpagos de Agosto*. El jurado estaba formado por : Italo Calcino, Camila Henríquez Ureña, Angel Rama, Fernando Benítez y Lisandro Otero.

Ibargüengoitia nació en Guanajuato, ciudad de provincia, donde su familia había pertenecido a la tradicional aristocracia terrateniente. Llegó a la ciudad de México a la edad de dos años y fue educado en esa capital, mas siem-

pre se mantuvo en contacto con la provincia de donde salió. Se le conoce principalmente como autor de algo así como docena y media de comedias y obras en un acto, de cuentos satíricos y más particularmente como el mordaz crítico de teatro de aguda pluma de la revista *Siempre* —de donde se dice que su ácida independencia le separó de esa publicación—.

Los Relámpagos de Agosto es su primera novela y promete mucho para su futuro como novelista. La novela pretende ser las verídicas memorias de un Don Guadalupe Arroyo quien, durante la revolución mexicana, esperaba confiadamente llegar al poder por los métodos usuales : lealtad personal, el gatillo siempre listo y el rápido jineteo de una posición a la otra. Por desgracia para don Guadalupe, había escogido mal : esperando ser el liquidador, se convirtió en uno de los liquidados. Muy corta, muy elástica en su forma narrativa, basada como está en una serie de percances grotescos, la novela deriva su vitalidad y su ágil y cómicamente ampuloso estilo al carácter de don Guadalupe, alternativamente vulgar y pomposo, defensivo y colérico, elocuente y cándido. Arroyo es un bufón picaresco que se mueve en un mundo donde todos parecen entender las reglas del juego mejor que él mismo.

PREUVES

publie dans son numéro de JUILLET

HERBERT LUTHY
Calvinisme et capitalisme

JAN KOTT
Journal d'un spectateur

TAHSIN YÜCEL
La voix du peuple (récit)

ALTIERO SPINELLI
L'Europe et le monopole nucléaire

BORIS SOUVARINE
Gorki censuré

*

18, avenue de l'Opéra, Paris (1er)

Un ancien numéro sera gracieusement envoyé sur simple demande, comme spécimen.

Ibargüengoitia tiene algo de fenómeno extraño en la escena literaria mexicana. No pertenece a ninguna camarilla literaria, no reconoce maestros, no tiene empleos oficiales o semioficiales y dice lo que le parece, escribiendo lo que quiere y como quiere. En un país que, como México, tiene una prensa acomodaticia, una vigorosa censura, una norma puritana, y una extraordinaria proporción de la intelectualidad conectada de una u otra forma con el « orden establecido », la obra de Ibargüengoitia es al mismo tiempo fresca y desafiante. Fresca en estilo e ingenio, y con un desafío a los clisés convenidos. Igualmente, en un país donde la solemnidad es regla así como lo son los anteojos para sol, los pequeños bigotes y la reverencia a las instituciones, el ingenio de Ibargüengoitia y su fuerza satírica es algo tan nuevo como bienvenido.

Su libro no es tan sólo una muy chistosa autohistoria de un completo sinvergüenza, sino también una ingeniosa e inclemente parodia de esa gran Vaca Sagrada de México que es su Revolución y de toda la prosa bastarda que de ella ha nacido. Si llega a publicarse en México —donde no se permitió poner en escena su obra sobre el asesinato de Obregón *El Atentado*—, llevará un soplo de aire fresco a los fetidos clisés de una revolución olvidada ya casi por todos, menos por los que por su influjo se ganan la vida. Deberá también dar esperanza y alivio a una joven generación de escritores que trata de escapar de los añosos mitos de la revolución; escapar de la necesidad de glorificar a cada pistolero que ondea el sombrero desde un lodoso mural.

Para terminar, otra singularidad debe ser señalada : la libertad de Ibargüengoitia ante los vientos prevalecientes en la ficción latinoamericana. Su objetividad y su calidad apartista lo separan de las legiones de jóvenes escritores que vierten palabras en el papel sobre la miseria de los campesinos y la pobreza urbana, imitan, sin el estilo y la originalidad de sus predecesores, los temas de la primera parte de este siglo. Claro, este libro es sólo un principio, y, como cualquier primera novela, tiene sus defectos —principalmente, su sátira no va lo bastante lejos, es demasiado suave y muy « encantadoramente » irónica—, pero demuestra, sí, valor de parte de Ibargüengoitia. Y habla muy alto de la objetividad y honradez del jurado, así como del Ministerio Cubano de Cultura, que preside el extraordinario novelista Alejo Carpentier, que se haya recompensado una obra tan independiente de estilo, tan poco comprometida con la polfica y tan apartada de las usuales normas de « realismo socialista » que desafortunadamente triunfan en la mayoría de similares concursos. Por muchas razones, debería tener un público extenso y atento dentro de Cuba misma. El ver-

la red màs extensa del mundo

U&O

AIR FRANCE

dadero peligro para una revolución no estriba en los « imperialistas », sino en el peso de la prosa vulgar, bajo el cual eventualmente se entierran muchas revoluciones.

K. B.

En el número 82 *de* Cuadernos *habíamos ofrecido la suma de* 20 *dólares a la mejor traducción al español del poema « Congedo », de Carlo Petrocchi.*

Las traducciones recibidas fueron muchísimas —suman varias decenas—, procedentes no sólo de América Latina y de España, sino también de Israel y algunos países de Europa.

La dirección de nuestra revista, después de un atento examen de las traducciones en cuestión, decidió premiar la enviada por Héctor Fabio Varela, de Cali (Colombia).

Ofrecemos a continuación el poema original y la traducción premiada :

Nel picciol parco di mia lunga vita,
odo una voce che grida : — Chiusura !
È il guardian dalla falce che m'invita
ad andar fuori perchè l'ora è scura.

Obbedisco. M'avvio verso l'uscita,
senza rimpianti e insiem senza premura ;
ho tante cose ancora da ammirare,
lieto le guardo nel mio lento andare.

En el pequeño parque de mi vida
oigo una voz que anuncia la clausura :
el guardián con su hoz que me convida
a irme ya, porque es la hora oscura.

Obedezco. A la fúnebre salida
sin lamentarme voy y sin premura :
aún tantas cosas admirar intento,
las miro alegre mientras ando lento.

*

Asimismo hemos decidido otorgar un premio de 10 *dólares a la traducción que nos remitió Ramón Castelltort, de Madrid, por considerarla también muy acertada :*

En el pequeño parque de mi vida
ya larga, oigo una voz gritar : ¡Se cierra!
Es el guardián que la guadaña aferra :
ya oscurece y me invita a la salida.

Obedezco... Ya emprendo la partida
—sin quejas y sin prisas— de mi tierra :
¡Hay tanto en que encantarme todavía!
¡Lo contemplo al salir con alegría!

NOTICIAS URUGUAYAS

Se celebra durante este año en todo el país el bicentenario del nacimiento del general José Artigas, asumiendo los homenajes particular fervor en el curso del mes de junio, por ser el 19 la fecha del natalicio. La figura de Artigas es indudablemente de las más rotundas en la elevación moral y el concepto precursor de democracia, entre los próceres del continente, y su ideario republicano y civilista ha quedado como herencia para la posteridad en sus célebres Instrucciones de 1813, inspiradoras de los principios que rigen nuestra vida institucional.

En el ambiente cultural y artístico, en rápida síntesis, he aquí los hechos más significativos.

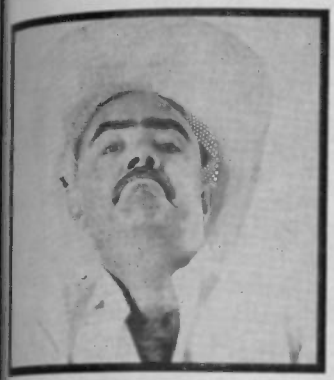
En primer término clausuróse el 30 de abril el plazo de admisión de cuentos para el concurso de *Cuadernos* organizado a través del diario *El Día*, debiendo el Jurado postergar su fallo hasta el 1° de julio próximo, en principio, en vista de la gran cantidad presentada, aproximadamente de quinientos trabajos.

En todo el país y por todo tipo de entidades culturales se ha rendido homenaje a Shakespare en sus 400 años de vigencia dramática. Merece subrayarse la excelente versión de *Noche de Reyes* brindada por la Comedia Nacional en el Teatro Solís y la conferencia del Dr.

LA TORRE
REVISTA GENERAL
DE LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
Número de homenaje a
DON MIGUEL DE UNAMUNO
Textos de
FEDERICO DE ONIS — UNAMUNO — AMERICO CASTRO — JEAN CASSOU — RICARDO GULLON — CARLOS ESPLA — JULIAN MARIAS — AURORA DE ALBORNOZ — E. SALAZAR CHAPELA — JUAN MARICHAL — MARIA ZAMBRANO — J. L. ARANGUREN — MIGUEL ENGUIDANOS — JORGE ENJUTO — ADOLFO P. CARPIO — A. RODRIGUEZ HUESCAR — FRANCISCO AYALA — LUIS FELIPE VIVANCO — J. Ma. MONNER SANS — H.S. STEVENS — JOSE E. GONZALEZ — M. GARCIA BLANCO — JOSE A. BALSEIRO — S. SERRANO PONCELA — GUILLERMO DE TORRE — ROBERTO AGRAMONTE y JOSE L. ABELLAN.
Números 35-36
Dirija su pedido directamente a
EDITORIAL UNIVERSITARIA
Apartado X
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
Río Piedras, Puerto Rico
(Zona Postal 00931)

quien tiene

UN MILLON DE DOLARES?



UN HACENDADO

UN INDUSTRIAL

UNA VIUDA RICA

UN PLAYBOY

UNA HEREDERA

Y USTED!

Colombia le invita
a participar en el

SORTEO EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD 1964

El

SORTEO EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD 1964

Está formado por las principales Loterías de Beneficencia Pública del país, y rifa premios por un valor de $ 22.680.000.oo (Aprox. U. S. $ 2.680.000.oo)
El sorteo se efectuará en Bogotá, el 22 de Diciembre de 1.964
Vea algunos de los magníficos premios que le ofrecemos.

PREMIO MAYOR	**Ps. Col. 10.000.000.oo**	**Aprox. U. S. $ 1.000.000.oo**
1er. Premio Seco	Ps. Col. 3.000.000.oo	Aprox. U. S. $ 300.000.oo
2do. Premio Seco	Ps. Col. 1.000.000.oo	Aprox. U. S. $ 100.000.oo
3er. Premio Seco	Ps. Col. 1.000.000.oo	Aprox. U. S. $ 100.000.oo

VALOR DEL BILLETE U. S. $ 60.00

Haga sus pedidos a: **SORTEO EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD**
Manizales (Colombia) Apartado Aéreo 161

SORTEO EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD 1964

Respaldado por las Loterías de Beneficencia Pública de: CUNDINAMARCA-VALLE-MANIZALES-Libertador-Tolima-Boyacá y Armenia.

Jacobo Varela sobre « La persuasión en Shakespeare » dictada en la Escuela Nacional de Declamación « Concepción A. de Requesens », que constituyó un acto significativo, por la autoridad que en materia shakespiriana posee el distinguido disertante.

En materia musical, los melómanos han tenido oportunidad de aplaudir a V. Malcuzinsky, bien conocido del público uruguayo, que siempre le guarda adhesión, si bien no parece anidar en el conocido pianista el entusiasmo de otros tiempos. Brillante e irreprochable fue, por su parte, la actuación de Gulda.

En los primeros días de junio, volvió a presentarse en nuestro medio Berta Singerman, renovando aplausos con un repertorio poco renovado.

Se espera con interés, tanto por parte de las generaciones que lo admiraron en su trayectoria como astro cinematográfico, como por aquellas que sólo de fama lo conocen, la próxima presentación de José Mojica, hoy fray José de Guadalupe, que hará en esta ciudad una audición con fines benéficos.

Los intelectuales uruguayos han visto con unánime simpatía la designación del poeta argentino Francisco Luis Bernárdez para integrar el personal diplomático de la Embajada de la República Argentina, cargo que ocupa desde hace poco tiempo.

En el campo pictórico, constituyó en mayo acontecimiento aparte, la exposición del pintor alemán Josef Albers, en el Centro de Artes y Letras de *El País*.

Y acontecimiento no menos comentado es, en estos momentos, la muestra pictórica, en el referido Centro, del Senador Eduardo Víctor Haedo, sorprendiendo que el ex consejero nacional y veterano político « blanco », en tres meses se haya revelado bajo esta nueva faceta de pintor, que él recomienda a los gobernantes como válvula de escape beneficiosa para el espíritu. Es indudable que sus cuadros serán tan discutidos como su acción política. Pero a él le divierte.

DORA ISELLA RUSSELL

Temas y autores

En la Conferencia de Ginebra se presentaron por primera vez en la historia los países ricos frente a los países que no lo son, para discutir las posibilidades de buscar el equilibrio perdido, causa de la crisis que atraviesa el mundo. *Cuadernos* quiso sondear la opinión de los dele-

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envío la cantidad de ....., importe de una suscripción a *Cuadernos* por un período de ..... a partir del N.º ....., a nombre de (1) :

.....

.....

.....

(1) Indíquese la dirección completa.

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9992-63) a la administración de *Cuadernos*, 23, rue de la Pépinière, Paris 8e.

Francia : 1 año : 25 F — Norteamérica : 1 año : 6 $ USA

Europa : 1 año : 28 F — América Latina : 1 año : 5 $ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.

gados, entrevistando de una parte a los africanos más destacados y de otra a los latinoamericanos. Creemos que el escritor español a quien encomendamos este trabajo, JUAN ANTONIO CAMPUZANO realizó una excelente labor. Los « tres delegados del Africa Ecuatorial » que le presentaron sus puntos de vista lo han hecho con una claridad y franqueza que supera a los discursos y documentos. Lo mismo se verá en un próximo artículo, en el que serán los latinoamericanos quienes hablen... Con motivo del « Centenario de Unamuno », tenemos la suerte de publicar varias cartas inéditas que el maestro dirigió a Alcides Arguedas y que debemos a la amabilidad de su hija doña Clelia Arguedas de Pérez Luna. FELIPE COSSIO DEL POMAR con toda verdad dice : « Aún no ha muerto don Miguel y es difícil destituirle de la vida. Y lo prueba... LUIGI BARZINI es uno de los grandes periodistas italianos de hoy. Nada más oportuno y apasionante que « El retrato de un dictador : Benito Mussolini », que nuestros lectores hallarán como una pequeña obra maestra de actualidad... HUBERT FICHTE es un testigo de la gran tragedia de este siglo. Nació en Perleberg en 1933 y sus padres le llevaron de niño a Hamburgo, donde fue testigo de los terribles bombardeos de 1943 cuando sólo tenía diez años. Se inicia muy joven en el teatro ; estudia agricultura ; el año pasado se inició como autor y periodista. « El orfelinato », que traducimos del alemán por cortesía de los editores Rowohlt Verlag S.M.B.H., es una primicia que relacionará a nuestros lectores con la nueva literatura alemana... VICTORIA OCAMPO discute algunos temas que se rozan con sus propias experiencias en la « Carta a Jorge Luis Borges », con motivo de la publicación en París de los *Cahiers de l'Herne* dedicados al escritor argentino... Sobre todo lo que hay de revolucionario, de fascinante, de polémico en « El monumento del siglo XIX : la Torre Eiffel », escribe DAMIAN CARLOS BAYON con motivo de los 75 años de su inauguración. De paso, damos una buena noticia sobre nuestro redactor artístico : acaba de recibir su doctorado en la Sorbona, cumbre a la cual han llegado muy contados latinoamericanos... CHARLES-NOEL MARTIN es uno de los raros hombres de ciencia que tienen el don de comunicarse con el público en términos de envidiable claridad. « La aventura política en la época del átomo » es una comunicación que Martin hizo a la Academia Diplomática de París y que con su venia podemos publicar... NESTOR ALMENDROS, cuya introducción al cine mexicano publicamos en la entrega anterior, presenta hoy las primeras figuras de sus grandes realizadores. Este estudio forma parte del libro que Almendros prepara para la « Biblioteca de *Cuadernos* ».

Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

Director
GERMAN ARCINIEGAS

Consejo de Honor
Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Mariano Picón-Salas, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos y Erico Veríssimo

Redacción en París
Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

Consejo de Redacción
Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, José Luis Martínez, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

Arte
Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

Ilustradores
Sergio Trujillo Magnenat
y Adriana Figueredo

Corresponsales
Asunción : Josefina Plá
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela
Buenos Aires : H.A. Murena
Caracas : Guillermo Morón
La Paz : Fernando Díez de Medina
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz
Montevideo : Dora Isella Russell
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo
Nueva York : Joaquín Maurín
San Juan de Puerto Rico : María Teresa Babín
Quito : Alejandro Carrión
Santiago : Raúl Silva Castro
Tegucigalpa : Oscar Acosta

Administrador
Manuel José Jaramillo

Redacción y Administración
23, rue de la Pépinière, Paris (8)
Teléfono : EUR. 37-59

B.D.I.C

REVISTA SUR

Fundada y dirigida por Victoria Ocampo

ha publicado en sus números de 1963 :

VICENTE ALEXANDRE : Bomba en la ópera (N.° 281)
FRANCISCO AYALA : El pez (N.° 281)
DAMIAN CARLOS BAYON : A un negro que comía una rosa (N.° 281)
MICHEL BUTOR : Individuo y grupo en la novela (N.° 283)
JOSE LUIS CANO : Noticia sobre la poesía española actual (N.° 284)
JOSE MARIA CASTELLET : La joven novela española (N.° 284)
CAMILO JOSE CELA : Los tontos (N.° 284)
E. M. CIORAN : Retrato del civilizado (N.° 284)
HANS MAGNUS ENZERBERGER : Las aporías de la vanguardia (N.° 285)
ALBERTO GIRRI : La poesía es el tema del poema (N.° 284)
JOSE AGUSTIN GOYTISOLO : El oficio del poeta (N.° 281)
JUAN GOYTISOLO : Paseando por la Chanca (N.° 282)
GRAHAM GREENE : La misión del escritor en la sociedad contemporánea (N.° 280)
EUGENE IONESCO : La lección del teatro está más allá de las lecciones (N.° 282)
ALFRED KAZIN : El lenguaje de los « pundits » (N.° 285)
JUAN LISCANO : Poemas (N.° 283)
A. W. LAWRENCE : Ficción y realidad (N.° 283)
VICTOR MASSUH : Utopía y realidad en el pensamiento de Martín Buber (N.° 281)
LEONARDO B. MEYER : ¿El fin del Renacimiento? (N.° 285)
ENRIQUE MOLINA : Calzado humano (N.° 284)
EUGENIO DE NORA : Un deber de alegría (N.° 281)
VICTORIA OCAMPO : El Aurens en el desierto de Arabia (N.° 284)
LEOPOLDO PANERO : César Vallejo (N.° 281)
HAROLD PINTER : El examen (N.° 281)
ERNESTO SABATO : Algunas reflexiones a propósito del « nouveau roman » (N° 285)
LUDWIG SCHAJOWICZ : La alternativa fundamental (N.° 282)
PIERRE SCHNEIDER : Acceso al espacio (N.° 281)
ANGELOS SIKELIANOS : Via Sacra (N.° 280)
IGNAZIO SILONE : El escritor y la sociedad (N.° 280)
WALLACE STEVENS : Poemas (N.° 284)
DYLAN THOMAS : Manifiesto poético (N.° 283)
WLADIMIR WEIDLE : La palabra del escritor en el mundo actual (N.° 280)

Suscripción anual US$ 6.— Número suelto US$ 1.—

Viamonte 494 - 8° piso — Buenos Aires

Cuadernos

LA NOVELA LATINOAMERICANA

Díez de Medina, Anderson Imbert, Botelho Gosálvez, J. A. Balseiro y R. Ozores

LA POLITICA EN LA OBRA DE VALERY
Edmée de la Rochefoucauld

LAS CARABELAS DEL MUNDO MUERTO
Arturo Uslar-Pietri

VILLAMISERIA EN BUENOS AIRES
Bernardo Verbitsky

PREMIO AL MEJOR CUENTO MEXICANO
«La sed en el agua»
de Mario Guerrero García

EL ARTISTA Y SU DEUDA
Sara Ibáñez

VIDA CULTURAL EN AFRICA PORTUGUESA
Virgilio de Lemos

MERICA LATINA Y LOS PAISES RICOS

TUBRE DE 1964

N° 89

BAVARIA, S. A.

UNA DE LAS CERVECERIAS MAS GRANDES DEL MUNDO

LA EMPRESA PRIVADA MAS GRANDE DE COLOMBIA

19 MODERNAS CERVECERIAS
6 MALTERIAS
1 FABRICA DE TAPAS CORONA Y DE ROSCA
1 PLANTA DE GRITS
1 PLANTA DE IMPRESION DE ETIQUETAS
1 FABRICA DE CORCHO
1 PLANTA DE ALUMINIO
GAS NATURAL
FERTILIZANTES
CORPORACION FINANCIERA PARA EL DESARROLLO DEL SUELO
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES Y DESARROLLO ECONOMICO
CONCENTRADOS PARA ANIMALES

BAVARIA

Las cervezas de BAVARIA, son vendidas a través de 250 oficinas y 140.000 vendedores al detal.

BAVARIA, cuenta con 70.000 accionistas.

BAVARIA, en 75 años de progreso, ha desarrollado un gran programa de investigación agrícola para mejorar y aumentar la producción de cebada.

Sobre estos terrenos agrícolas experimentales, se enseña el uso de máquinas y mejores métodos de cultivo.

Marca de exportación :

CLUB COLOMBIA

Marcas locales :

Club Colombia, Costeña, Costeñita, Bavaria, Germania, Póker y Nevada. También produce Bavaria S.A. : Pony Malta, Refrescos Pony, Agua Mineral Pony, Vita Malta y Vita Levadura.

UNIVERSITÉ DE PARIS
B.D.I.C

CUADERNOS

OCTUBRE 1964 N° 89

Las carabelas del mundo muerto	3	*Arturo Uslar-Pietri*
La politica en la obra de Valery	14	*Edmée de la Rochefoucauld*
America Latina frente a los paises ricos	19	*Juan Antonio Campuzano*
Villamiseria en Buenos Aires	32	*Bernardo Verbitsky*
El pueblo de « Exodo »	53	*Benno Weiser*
El cine mexicano : desde la etapa industrial hasta la « nueva ola »	57	*Néstor Almendros*
ENCUESTA		
La novela en America Latina	7	*Enrique Anderson Imbert, José Agustín Balseiro, Fernando Díez de Medina, Raúl Botelho Gosálvez y Renato Ozores*
RELATO		
La sed en el agua	25	*Mario Guerrero García*
DIALOGO		
Los problemas del barroco	69	*Guillermo de Torre*
En defensa de Sabato	74	*N.*
ARTE		
El artista y su deuda	63	*Sara Ibáñez*
POESIA		
Trabajos del amor nunca perdido	49	*Marco Antonio Montes de Oca*
La noche de los niños	74	*Gloria Inés Arias Nieto*
CIENCIA		
Norbert Wiener y la cibernetica	75	*Arturo Aldunate Phillips*
LIBROS		
La vida cultural en el Africa negra de habla portuguesa	81	*Virgilio de Lemos*
« Controversia sobre Latinoamerica », de A.O. Hirschman	85	*Ezequiel de Olaso*
« Tres conceptos de la literatura hispanoamericana », de Guillermo de Torre	86	*Paul Verdevoye*
« Relacion varia de hechos, hombres y cosas de estas Indias meridionales »	87	*Alejandra Pizarnik*
NOTAS	89	*Raúl Andrade, Marie Pascal, Segisfredo Luza y Luis Guillermo Piazza*
TEMAS Y AUTORES	95	

El año pasado Cuadernos anunció un premio para el mejor libro del año que se publicara en la América de lengua castellana. La obra escogida sería publicada en francés, alemán, italiano e inglés y al autor se le entregaría en París la suma de dos mil dólares. Cuatro editores se unieron a nosotros para este efecto : Casterman de París, Kiepenheuer & Witsch de Colonia, Knopf de Nueva York y Rizzoli de Milán. Posteriormente a la firma Knopf sucedió Little Brown de Nueva York. Por desgracia, ni el año pasado ni este año los editores llegaron a un acuerdo y el concurso hubo de declararse desierto. Un centenar de editoriales y críticos de América nos habían acompañado en la labor de seleccionar los títulos que deberían considerar los editores, teniéndose que exceptuar —y esta ha sido una de las causas para que la selección se haya hecho imposible— aquellos libros que ya habían sido contratados para ser traducidos en alguna o varias de las lenguas representadas por las cuatro casas editoriales. Un hecho positivo se nos ha revelado : el creciente interés por la literatura latinoamericana que tiene ya movilizados a los editores de todos estos países, ansiosos de ofrecer nuestros libros lo mismo en Europa que en los Estados Unidos. Sólo el año pasado se publicaron en francés traducciones de doce novelas, y seguramente en 1964 el número será mayor.

Dentro de estas circunstancias, Cuadernos se ve obligado a buscar una fórmula más segura para darle forma a un premio que tenga una importancia continental en América Latina, y que fije la atención europea sobre nuevos autores. La fórmula que estudiamos será anunciada oportunamente, y tratamos de consultar a nuestros amigos de toda América para llegar a un resultado más satisfactorio. Por el momento queremos hacer público nuestro agradecimiento a todos los editores, críticos y amigos de la revista que lo mismo en 1963 que en este año nos sugirieron los libros que consideraron dignos del premio.

Más afortunados hemos sido en los concursos que venimos promoviendo en cada país para seleccionar los cuentos de Cuadernos, destinados a formar un libro que esperamos será traducido a varios idiomas. Hasta el momento, al concurso promovido en Puerto Rico en unión de la revista Asomante se presentaron 35 trabajos ; al de Buenos Aires, hecho con Sur, 321 ; al de Colombia, junto con el diario El Tiempo, 340 ; al de México, en unión con el diario Excelsior más de 500, y al de Montevideo hecho con el diario El Día, más de 500, que aún están estudiando los miembros del jurado. No es posible ofrecer cifras más halagüeñas.

De otra parte el escritor latinoamericano comienza a tener un reconocimiento universal. Ya una vez el premio Nóbel fue otorgado a Gabriela Mistral, el premio de los escritores a Jorge Luis Borges, el premio de poesía de Knoke a Octavio Paz, el premio Nadal a Mejía Vallejo : Chile, Argentina, Méjico y Colombia han obtenido así triunfos debido exclusivamente a la calidad de las obras, y en competencia con escritores de todas las naciones.

Cuadernos sólo pretende ser un instrumento más que contribuya a esta difusión y aprecio de lo que representan hoy sus hombres en el campo de las letras.

Las carabelas del mundo muerto

POR ARTURO USLAR-PIETRI

LENTO, SIN DUDA, fue el viaje de descubrimiento de Colón. Setenta días de trabajoso y desesperado navegar lo trajeron desde el Puerto de Palos hasta la madrugada de la playa de San Salvador. Amanecieron los españoles, sin saberlo, en un nuevo mundo y comenzó una nueva faz irreversible de la historia universal. Eran castellanos del tiempo de los Reyes Católicos, cristianos devotos y cabales que cantaban la Salve para anunciar cada hora, formados en la concepción social y política de *Las Siete Partidas,* con la sensibilidad condicionada para gozar del gótico florido y del labrado plateresco, que concebían la vida como una interminable guerra de conquista en favor de un reino señorial y católico.

Eran literalmente misioneros de una cultura y de una ideología, que se proponían implantarla y difundirla entre gentes nuevas y distintas. Esfe fue, ciertamente, el primer viaje de ideas que ocurrió entre Europa y América, y fue también uno de los más rápidos y completos. Trajeron de un golpe y por entero todo lo que representaba y necesitaba saber un castellano del siglo XV.

Más tarde el viaje de las ideas se hizo más lento, divagante e incompleto. El racionalismo tardó en llegar a las Indias algo más de un siglo, si se toma como punto de partida la publicación del *Discurso del Método.* El romanticismo, entre treinta y cincuenta años. El positivismo se retrasó en llegar no menos de una generación.

Este retardo en la comunicación de las ideas ha sido uno de los rasgos más permanentes y significativos en el proceso cultural de la América Hispana, que, por su parte, contribuye a formar y explicar el otro fenómeno del mestizaje cultural, tan característico como fecundo en el mundo criollo.

Sobre el racionalismo neoclásico vino a injertarse el romanticismo, sobre el tomismo o el escotismo colonial vino a posarse la ideología positivista de los nuevos científicos. Esa mezcla y coexistencia de ideologías, doctrinas, escuelas y estilos trajo hibridaciones, contagios y mixturas de los que brotaron algunos de los acentos y matices más originales del pensamiento y la creación hispanoamericanos.

El marxismo y el existencialismo de nuestros días no han llegado con menos retraso. Más morosos que las carabelas, han puesto decenios en atravesar el Atlántico y en llegar al abierto y abigarrado mercado intelectual de Hispanoamérica para exhibirse, ofrecerse y mezclarse con las más venerables creencias de la España de los Austrias, de los pensadores de la Ilustración criolla, de los liberales decimonónicos, de los retrasados seguidores de Spencer y de Taine, de los neoespiritualistas del Modernismo, en mil combinaciones y aproximaciones para satisfacer o calmar la angustia ontológica del criollo, que desde ha-

ce cuatro siglos se pregunta incesantemente, sin hallar respuesta definitiva : ¿Quién soy? ¿Cuál es mi destino?

Si se pudiera trazar en una carta la curva de vigencia y expansión de las nuevas ideologías, veríamos repetirse de una manera reveladora y significativa el retardo en llegar a la América Hispana y su prolongada sobrevivencia en ella. El positivismo podría servir de manera cabal para ilustrar este aspecto. Llega a extenderse y afirmarse entre nosotros cuando ya, de hecho, ha comenzado la reacción antideterminista en Europa.

El causalismo determinista rígido cobra fuerza en la concepción de Newton en la segunda mitad del siglo XVII, se extiende a las clases cultas de la Europa de la Ilustración por medio de la divulgación que hace, medio siglo más tarde, Voltaire ; se afirma en el siglo XIX con las doctrinas de Comte, de Darwin y de Marx y desemboca en las grandes y brillantes simplificaciones de Spencer, Stuart Mill y Taine hasta invadir el campo de la creación literaria con la aparición de la novela naturalista y experimental. Desde la abstracta fuente de los *Principia Mathematica* viene a desembocar en *Naná*.

Cuando ese ciclo comienza a cerrarse en Europa, parece, por el contrario, afirmarse en Hispanoamérica. A la simple y escueta explicación mecanicista vienen a darle nueva fuerza las no menos retardadas lecturas marxistas. Sin embargo, los supuestos básicos sobre los que se había fundamentado el universo newtoniano y todo el causalismo determinista en las ciencias puras comenzaban a marchitarse y a desaparecer. A partir de 1902 surgen, en el campo de la física, de las matemáticas y de la mecánica, nuevas concepciones que resquebrajan la doctrina monolítica y cerrada del determinismo. Aparece la mecánica estadística y probabilística de Gibbs, la relatividad de Einstein, la segunda ley de la termodinámica, con su principio negador de toda permanencia y progreso dentro de un sistema cerrado, la física cuántica, el microcosmos atómico y, dentro de él, tan perturbadores y revolucionarios principios como el de incertidumbre, que niega la posibilidad del determinismo en la previsión de la conducta y el futuro de las partículas y sólo permite una aproximación estadística y probabilística.

Sin embargo la noticia del cataclismo declarado en el universo newtoniano, con todas sus implicaciones sobre la teoría de la causalidad determinista, tarda y tardará en llegar a Hispanoamérica.

Ciertamente, en el trascurso del último medio siglo largo, ha surgido una nueva física, una nueva mecánica, una nueva ciencia y por lo tanto una nueva concepción del universo que ya comienza a traducirse en los espectaculares cambios de la actual revolución industrial, con la automatización, la liberación y utilización de la energía atómica, la conquista del espacio y los avances de la bioquímica y la biofísica.

Ha sido tan grande y profundo el cambio de las nociones fundamentales y de las concepciones, que ha llegado a surgir una peligrosa separación y divorcio entre las ideas en que se funda la cultura tradicional y las nuevas verdades de la ciencia pura.

Lo más de las artes, de las letras, del pensamiento crítico, del pensamiento político y del análisis histórico y social, en medio de los que vivimos y por medio de los cuales nos expresamos, reposan sobre supuestos científicos que han dejado de tener vigencia. De la ciencia divulgada, que llega a los lectores de periódicos y aun a muchos estudiantes de liceos y universidades, gran parte deriva de hipótesis que hoy no se tienen ya por verdaderas.

Esto significa que mientras las raíces de la mayor parte de lo que tenemos por válido en la esfera de la cultura tradicional están muertas, ignoramos, en cambio, y no hemos traducido a la conciencia de nuestra situación las nuevas verdades y sus inmensas consecuencias.

Mientras en el siglo XIX los positivistas cumplían una verdadera hazaña de la sinceridad y la lealtad científicas al llevar a las ciencias sociales y culturales las nuevas verdades halladas en el campo de las ciencias físicas, matemáticas y naturales, los herederos actuales de los positivistas corren el riesgo de dejar de ser hombres de ciencia para convertirse en inesperados espíri-

tus religiosos que repiten y mantienen, en lugar de la verdad científica, un dogma recibido.

Esta separación entre una ciencia viva aislada e ignorada y una cultura tradicional, que ha dejado en mucha parte de ser científica, ha hecho posible que hoy se llegue a hablar de la existencia de dos culturas.

C.P. Snow, hombre de ciencia y novelista británico, es uno de los que ha planteado el problema con mayor claridad y conocimiento de causa en su breve obra *Las dos culturas*. Para Snow el mundo de la cultura tradicional, en el que se mueven los artistas, los escritores y los llamados intelectuales, en general, reposa en gran parte sobre principios, hipótesis y doctrinas que ya han dejado, en su fuente y fundamento, de ser verdades científicas. Reposan sobre la concepción de un mundo gobernado por una causalidad determinista, mientras la ciencia verdadera, desde hace medio siglo o más, ha dejado de ser determinista para replegarse a una posición de incertidumbre, de probabilidad, de estadística, en la que la ley de causa y efecto deja de tener la vigencia absoluta que los hombres del positivismo podían atribuirle. Casi podríamos hoy decir, para escándalo de Leibniz, que la naturaleza no procede sino por saltos, y que hay muy pocas y limitadas relaciones necesarias, en el campo de la mecánica y de la física, que puedan llamarse leyes en el sentido estricto, rígido y cerrado que podían darle Newton, Montesquieu o Spencer.

Esta dramática separación entre el mundo de la ciencia nueva y las aplicaciones de la vieja ciencia que continúan vigentes en la esfera de la cultura tradicional, condena a esta última a la muerte segura de un árbol cuya raíz está cortada. Puede parecer por algún tiempo todavía un árbol vivo y lozano, pero no pasará de ser apariencia.

Establecer la comunicación entre la nueva ciencia y el mundo de la cultura de los intelectuales, los artistas y los políticos es una de las más perentorias necesidades de nuestro tiempo. Esa comunicación tiene que traer como consecuencia la revisión y el rechazo de muchas de las doctrinas que hoy siguen gobernando el pensamiento y la acción de la mayoría de los hombres.

El alcance de las nuevas certidumbres o incertidumbres está todavía por conocer y determinar en su plenitud, pero ya no podemos ignorar que trae implícito un cambio más profundo y vasto que todos los que el hombre ha conocido hasta hoy. Un cambio que alcanzará el pensamiento, la sociedad, la economía, la manera de vivir, el trabajo, las comunicaciones, el orden humano y la concepción del mundo.

De esa revolución científica ya conocemos todos algunas espectaculares aplicaciones. Los cohetes espaciales, los cerebros electrónicos, las plantas de producción automatizadas, la utilización de la energía atómica, las delirantes posibilidades de la cibernética, la electrónica y los sistemas de comunicación. Teóricamente podemos ya telegrafiar un hombre convertido en mensaje.

Mientras eso ocurre, el pensamiento occidental tradicional sigue operando sobre la aplicación de las que eran nuevas verdades científicas en la época de la reina Victoria o de Napoleón III. Carece de sentido tratar de continuar creyendo que la historia es una ciencia determinista, que podía aceptarse mientras el universo determinista newtoniano estaba vigente e incólume, en este tiempo en el que, por el contrario, cada día más parece que la física y la mecánica se vuelven historia, es decir, mero recuento y verificación del acaecer observable y de sus posibilidades.

Se ha sobrevivido el positivismo en la América Latina y su sobreviviencia tiende a hacer más peligrosamente profundo para nosotros el abismo que en Europa comienza a separar, con muy superficiales e incompletas comunicaciones, la nueva ciencia y el mundo de la cultura tradicional.

Ya el problema planteado para nosotros no puede ser solamente el de acortar el tiempo de viaje de las ideas, sino el de recibir ideas vivas y fecundas y no los retardados mensajes de un mundo de ideas ya en gran parte difuntas. Es como si las carabelas ideológicas y divulgativas que seguimos recibiendo hubieran partido de una Atlántida desaparecida, no de un viejo mundo vivo y vigente, sino de un mundo muerto.

Mucho de lo que leemos y de lo que pensamos está cortado y sin conexión con las nuevas verdades que hoy son la base de la física y de las ciencias puras. En no pocos casos la concepción del mundo de nuestros ensayistas, novelistas y políticos no sólo ignora, sino que contradice abiertamente las bases vigentes de la verdad científica según la han conocido Einstein, Gibbs, Rutherford y Broglie.

Sin saberlo, intelectualmente, hemos pasado de ser los dueños de un mundo finito, racional y determinable a ser los extraviados huéspedes de un universo, tal vez infinito, en creciente desorganización, no determinable sino por aproximación y probabilidad, no completamente reducible a razón, que acusa en lo esencial un principio de indeterminación.

Mientras más pronto nos demos cuenta de este cambio y de esta nueva situación y de las enormes consecuencias que implica será mejor para el destino de nuestra América.

Podar lo muerto de la cultura tradicional y entroncarlo en la nueva savia de la ciencia actual es una necesidad perentoria en la cual puede estar implícita la posibilidad de salvación de la sociedad humana.

En la medida en que se salve esa separación e incomunicación entre las dos culturas, estaremos entrando plenamente en las inmensas posibilidades, desafíos y riesgos del tiempo nuevo que todavía no es enteramente el nuestro. Nos separa de él, como una muralla de niebla, el grosor de los prejuicios, de las creaciones ideológicas, de los ídolos del pasado, de las verdades a medias en cuya cómoda y ya no segura vecindad creemos poder seguir viviendo de espaldas al destino.

Literalmente está naciendo un mundo nuevo, una nueva cultura, de los que no podemos mantenernos en separación ni en retraso. Conocerla, aceptarla e incorporarla a nuestra vida y a nuestro pensamiento es la tarea primordial de los hombres de este tiempo, acobardados por la guerra fría, atenazados por una falsa ciencia dogmática, extraviados por caminos que ya muchos saben que no conducen a ninguna parte.

Esta debía ser la tarea y la búsqueda fundamental de nuestras universidades y de nuestros hombres de pensamiento. Ponerse al día con la ciencia nueva y anticipar sus inmensas consecuencias.

Hace poco tiempo dije en una reunión académica estas palabras de alerta y angustia que citaré para concluir : « El árbol de la ciencia del Bien y del Mal está retoñando de nuevas raíces. Las consecuencias de ese cambio son inmensas y abarcan desde la concepción del mundo hasta la estructura de la sociedad y la actitud del hombre frente a la naturaleza y el destino. En un tiempo en que tanto se ha hablado y se habla de revoluciones, pocos se han percatado de la inmensa revolución que está ocurriendo en el mundo de la ciencia y de sus aplicaciones, que ya ha condenado a muerte muchas de nuestras ideas y ha de cambiar nuestras vidas mucho más allá de lo que revolucionarios y utopistas hayan podido nunca imaginar. »

Encuesta

LA NOVELA EN AMERICA LATINA

En el último número de Cuadernos *hemos ofrecido a nuestros lectores las respuestas de Roberto F. Giusti, Salvador Reyes, Manuel Peyrou, Eduardo Caballero Calderón, Lino Novas Calvo, Alberto Zum Felde, Clemente Airó y Benjamín Carrión a las preguntas de nuestra encuesta sobre la novela en América Latina. En este número ofrecemos las de Enrique Anderson Imbert, Fernando Díez de Medina, Raúl Botelho Gosálvez, José A. Balseiro y Renato Ozores.*

Las preguntas en cuestión son las siguientes :

1. — *¿Cuáles son en su concepto las tendencias que han caracterizado a la novela en la América española después del modernismo? ¿En qué grado cree que la novela ha contribuído a formar una tendencia literaria que puede considerarse como una nueva expresión americana?*

2. — *¿Hasta dónde cree usted que puede servir la novela al observador de otros países para el esclarecimiento de los problemas de la realidad americana y de las nuevas orientaciones intelectuales o estéticas?*

3. — *¿Encuentra usted que, en su conjunto, nuestra novela ofrece un mensaje diferente del que podría señalarse en las de otras naciones, y que las influencias exteriores han sido superadas en beneficio de una literatura propia?*

4. — *Cuando usted escribe una novela, ¿tiene la sensación de que está haciendo algo que comienza a ser superado por el ensayo, el cinematógrafo, la televisión, la radio, el periodismo, o por cualquier otro medio de expresión? ¿Cree usted que si le tocara escribir dentro de cincuenta años, buscaría otra vez la novela como medio de expresión? ¿Cree usted que la novela conservará en el futuro posibilidades tan grandes como hoy?*

Enrique Anderson Imbert

1 Los llamados « modernistas » (digamos : los que, después de 1890, escribieron novelas ricas en transposiciones artísticas y rasgos impresionistas) se inspiraron en filosofías, estilos y temas cosmopolitas. Los que han venido después de la primera guerra mundial novelaron —y novelan— una América más convincente, pero también se inspiraron —y se inspiran— en procedimientos universales. Ha cambiado la atmósfera histórica, pero no el modo de respirar. La literatura se hace siempre con literatura, y tan susceptibles a las influencias extranjeras fueron los que leían a D'Annunzio y sus contemporáneos como los que leen a Faulkner y sus contemporáneos. Ayer la literatura era un fenómeno minoritario, y por eso había cierta homogeneidad. Hoy surge, no sólo de las minorías, sino también de una sociedad de masas, y por eso la diversidad de tendencias es más aparente. Aunque bien pudiera ser que si la época « modernista » nos parece más homogénea es porque la miramos con perspectiva histórica y en cambio la literatura contemporánea nos parece más compleja porque la estamos viviendo desde dentro. Como quiera que sea, siempre hubo corrientes novelísticas divergentes —unas, manando de la intimidad ; otras, deslizándose por cauces exteriores— y ninguna puede arrogarse la exclusividad de embellecer el paisaje. Además ¡cuántos entrecruzamientos de teorías y prácticas! Los comunistas, pongamos por caso, han aprendido en los últimos años a usar las técnicas formalistas que antes despreciaban

como índices de decadencia burguesa : monólogos interiores en la descripción del fluir psíquico, ruptura en la secuencia narrativa, desplazamientos de los puntos de vista, lenguaje metafórico de origen impresionista o expresionista. Por su parte los católicos, que antes se escapaban de los problemas mundanos o novelaban el pecado con amaneramientos estetizantes, también en los últimos años han aprendido a novelar la injusticia social, la sordidez, la miseria, la violencia, el sexo y el horror de la existencia.

2 La novela, por describir y explicar la realidad, se presta a que los extranjeros la manoseen en busca de documentos. Lingüistas, geógrafos, antropólogos, sociólogos e historiadores de universidades de los Estados Unidos suelen pedirme listas de novelas hispanoamericanas que les sirvan para ilustrar sus respectivas ciencias. Los complazco como puedo, pero recordándoles que su actitud es utilitaria y, por tanto, ajena a las bellas letras. Y cuando uno de mis estudiantes me dice que quiere aprender algo de lingüística, geografía, antropología, sociología o historia hispanoamericanas lo remito a aquellos especialistas, no a nuestras novelas. En mis clases, a la literatura la analizamos literariamente. En cuanto a mis propias novelas, nunca me propuse informar al extranjero sobre las costumbres argentinas. No es costumbre argentina que los muchachos afantasmen la ciudad con una incesante magia metafórica, como el Beltrán de mi *Vigilia* ; mucho menos que las muchachas viajen por el Tiempo y desaparezcan en los espejos, como la Irma de mi *Fuga*.

3 La novelística hispanoamericana ha seguido siempre las escuelas generales de la literatura mundial. Aun las llamadas « novelas experimentales » repiten experimentos ya emprendidos —y a veces ya abandonados— en otras partes. No quiero decir que seamos colonias, sino más bien provincias de un vasto imperio. Aun las culturas nacionales más viejas, ricas y desarrolladas crecen gracias a préstamos recíprocos, como lo saben muy bien los especialistas en literatura comparada. Los hispanoamericanos hacemos, pues, lo que también hacen franceses, ingleses, rusos y todos los demás ciudadanos del mundo : asimilar los procedimientos de los novelistas mejor dotados —quienes aparecen en este o aquel país al azar de una ruleta— y procurar enriquecerlos con nuevos matices expresivos. Estos nuevos matices son siempre personales, puesto que una novela la escribe una persona, no una nación, pero a veces adquieren, por añadidura, un valor nacional. ¿Hay matices nacionales en la producción novelesca de nuestras repúblicas? No puede no haberlos. El medio natural, las formas de sociabilidad, los legados históricos, las peculiaridades lingüísticas, el modo de ser de Hispanoamérica se reflejan en literaturas con color local. Basta abrir una novela y echarle una mirada para saber si es o no hispanoamericana. En este sentido tenemos una novelística propia. Pero tales rasgos diferenciales son externos. Visiones de la vida típicamente hispanoamericanas, no las conozco. Para mí la tarea de la crítica no consiste en describir cuáles son las características de nuestra total producción novelesca —¿características de qué?—, sino en analizar las contribuciones individuales más originales y valiosas. No sé qué tendencias hispanoamericanas caracterizan las novelas de Alejo Carpentier : sé que Carpentier tiene talento. En otras palabras, que la crítica que prefiero es la que se basa en un examen del valor estético de una novela, y no en hechos abstraídos de la sociología, la historia y la psicología de los pueblos.

4 Hay novelas que pueden pasar —y hasta con ventaja— a otros medios de comunicación ; sobre todo al cine, que es un eficacísimo arte narrativo. Pero somos libres para negarnos a entrar en ese concurso. El novelista, si quiere, puede dirigirse a un público puramente literario. Es lo que trato de hacer. Mis novelas —*Vigilia, Fuga*— y mis cuentos —*El Grimorio, El gato de Cheshire*— son ficciones que parten de una visión lírica. Presentan el mundo como un proceso de la fantasía, sea de los personajes o del autor. Sus situaciones suelen ser mágicas o lúcidas. Y la intuición de que parten —contrariamente al conocimiento conceptual de la realidad— es intraducible : se da en el lenguaje, existe

gracias al lenguaje, es lenguaje esencialmente metafórico. Ni el mensaje intelectual de un ensayo, ni el reportaje periodístico de un acontecimiento, ni el espectáculo más o menos teatral, ni el diálogo oído por radio, ni las imágenes vistas en televisión o en cine pueden reemplazar una literatura que consiste, precisamente, en hacerse irreemplazable : tan irreemplazable como la poesía. Sin duda aparecerán nuevas formas de expresión y comunicación : ya tenemos máquinas que están produciendo poemas, dramas y relatos aleatorios. No puedo, sin embargo, imaginarme a mí mismo abandonando mis ficciones poéticas para compartir con otros géneros de actividades objetos sometidos a pública subasta. Me he desterrado voluntariamente de la realidad (quizá por eso he podido seguir escribiendo novelas y cuentos después de mi destierro político de la Argentina) y me repliego en mi propia imaginación. Si fracaso no será por la competencia de otras técnicas culturales, sino por falta de talento.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT
(Argentina)

José Agustín Balseiro

1 Después del Modernismo, tres tendencias generales han caracterizado a la novela en la América española : a) la descripción de la naturaleza y el efecto de ésta en el hombre en lucha con su medio físico ; b) el propósito de que se alcance la justicia social para superación de la miseria de las masas y para abrir horizontes de esperanza a la dignidad del individuo ; y c) la manifestación de los estados del alma en choque con la realidad inmediata y como reflejo de las inquietudes filosóficas de aliento universal.

2 Creo que la Novela —y la escribo con mayúscula— puede servir a manera de índice vital y de espejo de emociones donde se reflejen el estancamiento en que languidece un pueblo o el ritmo dinámico con que se mueve, según sea el caso, revelando las reacciones y la sensibilidad de quienes lo habitan. De ahí que el observador de otros países, si lee una ficción pensada y sentida con honradez intelectual, pueda captar lo que ni los estudios sociológicos ni las estadísticas le darían. Porque en el escritor de primera línea hay, más de una vez, el sentido de percepción —y hasta la facultad de vaticinio, en contados casos— que no se halla entre quienes desconocen la virtud creadora.

3 Dentro de las dos primeras tendencias generales señaladas ya, podríamos decir que, en conjunto, la novela de la América española ofrece un contenido y, en ocasiones, un mensaje, distintos. Precisamente por desenvolverse dentro de características regionales que pertenecen a zonas geográficas y a modos de vida singulares.

La tercera de aquellas tendencias generales es, en parte, causa de las influencias exteriores de condición universal. Hasta el punto de que sería posible, en algunos casos, señalar las huellas de Joyce, de Kafka, de Hemingway, de Faulkner, de Camus y aun la de autores posteriores en las letras de otras culturas. No se trata, en este caso, de nacionalidades cerradas, sino de miradas extendidas frontera afuera : atentas al pulso del ser humano como tal, sin supeditarlo, más allá de lo inevitable, al medio dentro del cual existe.

4 Uno de los más fecundos afanes del hombre es el de perdurar. Y, por una tradición secular arraigada en nosotros, el libro parece tener más posibilidades de adentrarse en el futuro que la voz de la radio y la imagen del cinematógrafo y de la televisión, siempre fugaces. Porque cada vez que una nueva generación abre un volumen, la obra vuelve a nacer.

Una de las más concurridas zonas de la existencia es la de la imaginación, que es el sueño de quienes, despiertos, crean sus propias quimeras.

Entre las impresiones ineludibles del vivir están las que se reciben por medio de los sentidos. Uno de los más frecuentes ejercicios es el de asimilar, depurada por la experiencia, la quintaesencia de cuanto vivimos : experiencia que conduce a la pa-

sión meditabunda y que, a veces, crea el milagro de la flor espiritual.

Todos esos elementos —y muchos más— combinados y logrados con intensidad, concurren en las ficciones próceres. Y mientras la inteligencia, el sentimiento y la sensibilidad existan ; mientras haya ilusiones y frustraciones, turbulencias emocionales y pugnas de ideas ; mientras se experimente la angustia de razonar lo que el cerebro es inepto para resolver ; mientras la carga de la infelicidad pese sobre el hombre, o la gracia del júbilo le ilumine ; mientras parezca una la existencia y sea otra la vida en el subconsciente ; mientras se padezca la agonía de la inmortalidad ; mientras, en suma, batallen el Bien y el Mal, creo que la novela no podrá ser superada por ningún otro medio de expresión.

José A. Balseiro
(Puerto Rico)

Fernando Díez de Medina

1 Después del Modernismo, en la América de habla hispana, la novela se vierte por dos cauces principales : la denuncia social y la tendencia indigenista. En grado menor, existen relatos de ficción, neorrealistas, costumbristas, y hasta imitaciones del expresionismo y de la epifanía semántica, lexicográfica y malabarística de Joyce, lo que ya supone una literatura hermética para iniciados. La novela de tendencia social y denuncia crítica, expresa con mayor intensidad nuestra vida americana : Asturias, Arguedas, Icaza, López Albújar, Alegría, Pareja Díez Canseco, Céspedes, Rojas, Aguilera Malta, Azuela, Guzmán, Lynch, y sobre todo Gallegos. Doy sólo algunos nombres entre muchos.

2 No hemos dado muchas grandes novelas ni son tampoco abundantes nuestros buenos novelistas. Para una diagnosis de la realidad continental, habrá que acudir también a los ensayistas, a los poetas, a los historiadores, a los críticos. El género narrativo, con ser esclarecedor, no ilumina la total superficie de las áreas vivas de América.

3 El mensaje entrañable de nuestra novela americana parece haber saturado su línea de expansión : dimos expresiones propias, distintas de las de otros continentes, pero las influencias transatlánticas recuperan el campo perdido. Dos casos, solamente : Mallea y Murena, notables ensayistas argentinos, que novelan filosofando, con una yuxtaposición de análisis y un espíritu crítico exhaustivo que denuncia la técnica europea. Exceso de ideas.

4 La novela está en crisis : cae vertiginosamente de Joyce a Robbe-Grillet. No todos poseen el talento de Italo Svevo o de Dino Buzzatti, para innovar sin extraviarse. Butor, por ejemplo, que pretende de « dejar hablar a los objetos por sí mismos » es un prestidigitador, no un verdadero narrador. ¿Pero qué es, hoy, novela? Valdría decir, mejor, qué no es novela. Cualquier relato alambicado, inconexo, hermético, disparatado cae en el género según los modernos hermeneutas. La novela es un pretexto para alinear renglones. Naturalmente que esto pasará. La novela volverá a reintegrarse en sus elementos esenciales, volverá a ser una expresión no de la locura, sino de la lucidez humana. Reflejará otra vez el mundo, sus seres, sus cosas, el paisaje, la tempestad de las almas, sin necesidad de envolverse en esos trucos estructurales, en esas claves órficas y oníricas, en esos vanos alardes de intenciones subyacentes y fulgores estilísticos con que hoy se enmascara la falta de talento creador, reproductor. Los medios modernos de expresión (radio, prensa, cine, televisión —el ensayo es intemporal, de hoy, de ayer—) ganan las masas, pero no aventajan a una buena novela. Dentro de cincuenta años o de cien más, la novela será siempre el gran género narrativo, confesional, testimoniante. Hoy, desnaturalizada, desvirtuada, pervertida en sus raíces, expresa no el hombre y el mundo actuales, sino los fantasmas, los terrores, los íncubos del civilizado. Claro es que el realismo está superado en la novela, pero hay que salir también del abstractismo disocia

dor que la enajena y la envilece. Es el género literario más difícil : millones novelan, pero no son muchos los buenos novelistas. Baste recordar que Huxley y D.H. Lawrence, se frustraron como narradores en varias de sus obras noveladas convirtiéndolas en simples frescos críticos. Para nuestra América naciente, la novela es el género ideal de expresión. Sobran los esquemas teóricos. Lo que falta es verdad y poesía.

FERNANDO DIEZ DE MEDINA
(Bolivia)

Raúl Botelho Gosálvez

1 A mi modo de ver el impacto del modernismo en América hispanoparlante ha sido decisivo en la poesía y no en la novela. Recordemos que ese movimiento anticlasicista tiene sus principales epígonos en hombres de esta parte de nuestro hemisferio : Darío, Silva, Jaimes Freyre, Lugones, Díaz Mirón, Prada, Herrera y Reissig y otros. El novelista ha buscado más bien, mediante el naturalismo y el realismo, la descripción de costumbres, del paisaje y de la cuestión social ; ha querido revelar su escenario antes de penetrar hondamente en la psicología de los actores de este drama, de esta agonía en el sentido unamuniano, es decir lucha, del vivir cotidiano de quienes están domesticando una tierra que aún no está hecha a la medida del hombre, rescatándola de sus opresores de dentro y de fuera.

Don Luis Alberto Sánchez ha sostenido con mucha superficialidad que « América es una novela sin novelistas » ; creo por el contrario que América tiene novela en su propia historia épica y romántica ; quien carece de novela es el hombre de América, en particular el hombre de las ciudades que son, en gran mayoría, quistes aldeanos con mentalidad de tierra adentro.

El aspecto psicológico de los personajes ha sido esbozado al aguatinta. No se ha llegado, felizmente, a esas dolorosas y masoquistas introspecciones, a ese escarbamiento casi escatológico del ego y de los instintos sexuales, a ese escarmenar de telarañas mentales hechas de frustraciones y resentimientos, tan corrientes en la novela de nuestros días, particularmente la que sobreviene a la segunda guerra mundial, que rebalsa hacia aquí sus cienos y sus naúseas, tan lamentablemente asimilados por los que quieren aparecer como novelistas a la moda y desfiguran la auténtica caracteriología americana, Kafkas, Durrels, Millers de utilería, inventores de una problemática falsa y grotesca, compungidos imitadores de un psicologismo que nada tiene en común con la mente ni con el espíritu de nuestro hombre americano.

Como estamos en desarrollo y no en estático subdesarrollo, no admitimos ese clima de decadencia que la alta cultura, el pensamiento comprometido, trata de dorar con exquisitos nepentes cerebrales ; de ahí que nos resulten venenosas y soporíferas ciertas novelas representativas de esa decadencia moral, que parecen testimonios de nuevos Juvenales, Suetonios y Petronios de un imperio occidental que, como Drácula, vivía, en gran parte, de la succión de sangre de sus colonias y de su afirmación imperialista a costa del sacrificio de sus propios ideales.

Creo, por tanto, que nuestra novelística, aquella que nos es fiel y se inspira en nuestra propia verdad, la que está arrancada de las entrañas del hombre y del suelo americanos, la que no imita servilmente los modelos importados, está creando una auténtica expresión de lo que somos.

2 La novela social americana suele contener distorsiones muy acentuadas de la realidad y presenta, como en un espejo deformante, la visión de hombres y cosas. Eso no obstante, ha sido una herramienta admirable para superar la injusticia y dignificar el trabajo y la vida de quienes componen las masas todavía desposeídas de América. Ha servido, además, para poner en evidencia la explotación imperialista, la discriminación racial, el caudillismo político y otras aberraciones, además de ser un arte. ¿No tiene *La Vorágine* una culminación simbólica con la muerte de « el Cayeno », explotador extranjero de los caucheros? ¿No es « Mister Danger », perso-

naje de *Doña Bárbara,* sujeto que releva las taras del gringo rampante y tortuoso? ¿La actual novelística mexicana, no denuncia constantemente a los hombres de paja que sirven al utilitarismo pragmatista para penetrar y dominar estas tierras? Los latifundistas feudales, tan esparcidos todavía, ¿no son acaso estigmatizados en la novela indigenista desde Arguedas, pasando por Icaza y Alegría? ¿Y el caudillismo marcado a fuego por Asturias y otros excelentes escritores?

Pensamos, por tanto, que la novela hispanoamericana, metida todavía en la problemática de la segunda liberación de estos pueblos, es vivencia y esclarecimiento, arma de una inmensa lucha subterránea, sin dejar por ello de ser creación literaria, obra de arte.

3 Es difícil manumitirnos de la influencia de las grandes escuelas literarias foráneas, en particular europeas y norteamericanas, pero esa influencia es asimilada en cuanto a técnica, mas no así en lo tocante a sensibilidad, porque somos raigalmente distintos. Estamos avanzando en la historia hacia metas en que dejaremos de ser una curiosidad folklórica novomundista y pintoresca, para poder hablar con voz y estatura propias, en lenguaje que muestre nuestra identidad y originalidad. No dudo que en lo futuro, con todo el respeto que nos merece su milenaria decantación histórica, cultural y estética, iremos nosotros a descubrir al viejo mundo cuyo espíritu fáustico necesita una transmutación que lo rejuvenezca, y no seremos, ciertamente, escitas visitando a Atenas. Nosotros seremos el demonio o el ángel que les compre el alma.

4 Creo que la novela en cada época y lugar ha tenido sus lectores. En el cambiante mundo siempre hay viejas novedades que decir. La novela, como medio de expresión, es dudoso que sea reemplazada por el cine, la TV, la radio o el periodismo. Es un género único, un soliloquio entre autor y lector que ni la mayor regimentación colectivista podrá reemplazar. Por otra parte, es posible que varíe la técnica narrativa, que se hable del « agotamiento » de la temática y la « deshumanización », inclusive podrá llegarse a esas horrendas condensaciones de la llamada « cultura para las masas » ; pero debemos tener la confianza de que no será minimizado este género, degenerando hasta el nivel de ciertos « best-sellers » que se leen en los ómnibus y se olvidan como las malas películas, por mucha que sea la propaganda que se les haya hecho para consagrar su medianía.

Después de la racha soviética del « realismo proletario », orientado por el rupestre comisario Zdanov tan próximo al nazi Holtz, que cuando oía la palabra « cultura » echaba mano a su revólver, el pueblo ha ido paulatinamente buscando a sus clásicos, a los que nunca fueron sobornados por los « idola fori ». Dostoyevski, Tolstoi, Gogol, Andreiev, Turgueniev y otros han ganado el corazón, sino la mente, de un país de cultura regimentada. Así sucederá siempre. La calidad terminará por imponerse aquí y allá, en cualquier parte. Don Quijote seguirá tan lozano como cuando salió a campear por la Mancha, y con él otras grandes novelas ya creadas o por nacer ; realizarán un eterno retorno, porque aunque la humanidad se haga vieja, no hay que olvidar que es siempre nueva, que toda generación hace su propio redescubrimiento de la vida y de la ilusión de la vida, esto es, su intransferible novela.

RAUL BOTELHO GOSALVEZ
(Bolivia)

Renato Ozores

1 Al morir los cisnes empezaron a nacer los buhos con sus ojos insomnes, y la novela hispanoamericana se ha orientado de manera preferente, manteniendo un tono acusador, por los caminos de la crítica social, denunciando al mismo tiempo censurables extravíos de tipo político. La filigrana literaria, la preocupación estética, no ha sido primordial. La colocación acertada de un gerundio o la sonoridad de un adjetivo tiene una importancia mínima, con gran frecuencia, ante determinadas situaciones que el escritor quiere señalar, ur-

gido muchas veces por apremios de conciencia a los que no puede sustraerse.

Es indudable que la novela ha contribuído mucho a estructurar la tendencia literaria mencionada ; pero menos que la poesía. Me parece que han sido los poetas los que en nuestra América trazaron con mayor frecuencia rumbos nuevos, marcando huellas perdurables. Pienso que no es casualidad que muchos y buenos novelistas hayan sido y sean también buenos poetas.

2 Dependerá mucho de la nacionalidad y de la cultura del observador de que se trate ; de los conocimientos básicos que tenga, por lo menos, de nuestra geografía física, política y humana ; de su sensibilidad, de su capacidad de percepción y análisis, y de la clase y cantidad de novelas que haya podido leer. *La vorágine,* por ejemplo, no es *La región más transparente,* ni *Huasipungo* ofrece la menor idea de México o de Buenos Aires. Por lo tanto, eso de la realidad americaa conviene precisarlo un poco, porque es múltiple y variada, hasta dentro del mismo país.

No creo que la novela, por sí sola, pueda reflejar con plenitud la trayectoria señalada. No se puede ignorar la poesía, el ensayo, la crónica periodística y, sobre todo, el cuento, que tiene un valor superlativo. Y, además, la música, la plástica y la arquitectura, cuya importancia y calidad no es preciso subrayar.

3 Hay conflictos humanos ecuménicos que pueden ofrecer temas sugestivos al novelista de cualquier país. Pero es indudable que, en general, nuestra novela tiene una fisonomía propia y definida, aún dentro de las características peculiares de cada región o país. Por eso puede hablarse con toda propiedad de la novela mexicana, de la novela chilena, de la novela colombiana, de la novela panameña, etc. Se advierten, desde luego, determinadas influencias, porque el escritor no vive aislado y no puede —ni debe— sustraerse a ellas. Sin embargo, esto será sólo lo accesorio ; la técnica, el modo de narrar. Los ingredientes con que nuestros novelistas han venido trabajando son autóctonos y no pueden importarse. Aquí están, como escenario, la puna alucinante, las selvas sin caminos, los ríos sin orillas, la pampa interminable, las aglomeraciones urbanas de casas « brujas » y de conventillos. Y también, como protagonistas y como antagonistas, el indio inexpresivo, el político rapaz, el déspota de turno, el general indispensable, el campesino inerme, el aristócrata sin pergaminos, el minero del cobre o del estaño, el cargador del muelle, el obrero de las bananeras, y un inmenso retablo de negros, de mulatos, de cholos, de chinos y de gringos, agitando sus pasiones y problemas.

4 No. La novela no podrá ser superada. Tal vez la novela de grandes dimensiones, la novela puramente literaria, la novela « paralítica », resulte incompatible con las apremiantes exigencias del presente, ya que casi todo lector es hombre apresurado. No obstante, al poder adoptar las formas más variadas, la novela continúa dominando el campo de las letras.

¿Me serviría de la novela como medio de expresión dentro de cincuenta años? Probablemente sí. Podría utilizar también el cuento, o el teatro. Pero no hay forma de expresión que pueda reemplazar a la novela para transmitir ciertos mensajes, presentar ciertas situaciones y reflejar debidamente los anhelos y las esperanzas que comparten tantos hombres. Por lo demás, estoy seguro de que conservará todas sus posibilidades. Tengo incluso la certeza de que si algún escritor sobrevive a la guerra nuclear que se vislumbra, dejará en una novela el más valioso testimonio de su experiencia prodigiosa.

RENATO OZORES
(Panamá)

La política en la obra de Valéry

POR EDMEE DE LA ROCHEFOUCAULD

No es raro que un poeta se interese por la política y para hallar ejemplos de ello no tenemos necesidad de remontarnos a Jean de Meung —colectivista—, a Jean Marot —feminista— o a los autores de la *Sátira menipea*. El siglo XIX nos ofrece a Gérard de Nerval, que sin miramientos cantó las verdades a los diputados de 1830 ; Lamartine, que fue miembro del gobierno provisional de 1848 ; Víctor Hugo, que condenó con elocuencia el golpe de Estado del 2 de diciembre ; Baudelaire, que ocupó su puesto en las barricadas ; y Leconte de Lisle, cuyas convicciones antiesclavistas arruinaron su herencia paternal...

En el siglo XX no faltan los poetas comprometidos. Durante la última guerra sus cantos tendían a que Francia recobrase su libertad : con emoción releemos « Une seule pensée » de Paul Eluard, « La Rose et le Réséda » de Aragon o los sonetos que compuso secretamente Jean Cassou. A decir verdad son muchos los poetas que más o menos se han preocupado de política. Pero lo que resulta más extraordinario es que un escritor pleno de inspiración, que razonó con el máximo rigor de las reglas de su arte, observe los acontecimientos de su tiempo para predecir las consecuencias lejanas mal discernidas por los demás, lance advertencias, indique soluciones y preconice una política absolutamente nueva : la del Espíritu. Sin embargo tal fue el caso —ahora se comienza a darse cuenta— de Paul Valéry, autor de *La Jeune Parque* y de *Regards sur le monde actuel*. Por lo tanto, nadie debe sorprenderse de encontrar su nombre junto a los de Lenin y Blum en la reciente antología de Gaston Bouthoul consagrada al « arte de la política ».

Incluso se ha visto que las ediciones Bollingen de los Estados Unidos publicaron en un extenso volumen de 650 páginas, titulado *History and Politics*, una traducción de los textos del ilustre pensador francés. Esas páginas van precedidas de una introducción de Salvador de Madariaga —que lo opone a Miguel de Unamuno, el español apasionado—, el cual desea, al igual que su colega en la Comisión de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones, el advenimiento de una Sociedad de los Espíritus.

En su excelente prefacio al libro en lengua inglesa, François Valéry resume en primer lugar el comportamiento político de su padre. (Como se sabe, éste, funcionario del ministerio de la Guerra, propendió a tomar partido en favor del Ejército en el asunto Dreyfus, y, profundamente patriota, la derrota de Francia en 1940 le trastornó por completo.) Por otra parte, François Valéry evoca los principales temas que el poeta trató con sorprendente originalidad : la muerte de las civilizaciones, la rivalidad de la historia, la crisis del espíritu y la grandeza y decadencia de Europa. Puede añadirse a estos temas sensacionales sus estudios sobre el carácter del europeo, la libertad, la dictadura (un dictador

es la única voluntad libre, el único pensamiento íntegro), las rivalidades de prestigio entre naciones, etc.

De hecho, la obra de Paul Valéry aparece jalonada de obras políticas.

Sus *Cahiers* —escritos para él— están plenos de reflexiones, de máximas, en las que figuran la antigua cristiandad, la Reforma, la Revolución, Napoleón, la democracia, etc. Todo es analizado, juzgado con pertinencia, visto de manera inesperada, donde la paradoja parece depender de la sensatez.

Si Valéry se muestra bastante desconfiado respecto a los fines de la política —« arte de impedir a las gentes meterse en lo que les importa »—, escéptico sobre el valor de los políticos —« los hombres, después de todo, no han hecho una política feliz tan fecunda en buenos hechos, poco sangrienta y razonable que uno no pueda preguntarse si las mujeres lo hubieran hecho peor »—, asustado por las usurpaciones del Estado —« Este Estado es un monstruo... Sólo vivimos de lo que se le antoja dejarnos. Nuestros bienes, nuestras vidas, nuestro destino, no pasan de ser concesiones precarias que nos hace »—, despreciador de la democracia —« imposible ser demócrata cuando se tiene espíritu »—, como puede verse en sus *Cahiers* (1902), es sin duda porque los problemas que se plantean a un país son para él distintos de los que agitan a los partidos y mucho más concretos : « Nada de opiniones políticas, sino ver si en un país las carreteras son buenas, los servicios excelentes, la instrucción... » (*Cahiers*, 1921). Es también porque se producen acontecimientos que anuncian cambios profundos en la orientación del mundo y porque en definitiva el hombre debe preguntarse hoy día a dónde va, arrastrados a un ritmo ultrarrápido en la ignorancia de su destino y sin saber lo que desea ser.

Paul Valéry, no obstante sus humoradas un poquito anarquizantes, fue un observador atento y a veces un singular profeta de la evolución de la política y de las nuevas relaciones establecidas entre los Estados, que reflexionó sucesivamente sobre las cuestiones más graves de su tiempo, planteadas tanto por Alemania como por el Japón o por la debilitación de Europa ante Norteamérica. (« Europa aspira visiblemente a ser gobernada por una comisión americana. Toda su política tiende a ello », escribió en 1930.)

Dieciocho años después de la desaparición del pensador, unos cuantos antes de la destrucción de Hiroshima, en la hora en que en nuestra era atómica se enfrentan más o menos friamente dos grandes naciones del planeta, una que representa a los países libres y otra a los países comunistas —al margen de los neutros, de los neutralistas y de los disidentes—, ¿qué puede aportarnos aún el autor de *Regards sur le monde actuel*?

Tres extremos nos parecen dignos de tenerse en cuenta en el breve examen que vamos a hacer : el interés mostrado al empleo de un *método* en el terreno político, la necesidad que tiene *Europa* de unirse y, por último, la primordial importancia otorgada al papel de la inteligencia, del espíritu, asimismo en el orden político.

Método y política

Valéry fue siempre un enamorado del « método », pero si bien es cierto que se interesó mucho tiempo y en distintas ocasiones por Descartes— se esperó de él una amplia obra sobre el autor del *Discurso del método*—, sus ideas respecto a este tema tuvieron un carácter más personal.

En 1895 publicó un curioso librito : *L'Introduction a la méthode de Léonard de Vinci*. (Tratábase de un Leonardo imaginario que representaba lo « posible del hombre ».) En 1897 escribió en su cuaderno, un día de depresión : « ¿Será necesario morir... sin haber tenido el tiempo inapreciable que hubiese sido preciso para desenredar tantas cosas como tenemos al alcance de la mano, sin emplear al fin ese método que busqué con ahinco y que llego a tocar por todas partes? »

Conociendo sus investigaciones y el rigor de su espíritu no es, pues, sorprendente que haya consagrado su primer estudio *La Conquête allemande* a la aplicación del método en política. En este librito —que llamó la atención de Jules Cambon y de Gabriel Hanotaux— se refiere sobre todo al *dumping* comercial organizado por nues-

tros vecinos de allende del Rin para la conquista de los mercados.

De todas las maneras, la fuerza, la eficacia del método —descrito con sus ventajas y sus desventajas— son presentadas como evidentes : esto lo veremos nosotros mismos más tarde con los planes quinquenales (1) de los Estados totalitarios, la planificación, la investigación operacional, etc. « Creo que sólo asistimos al comienzo del método », señalaba como conclusión el joven Paul Valéry.

Europa debe unirse

El autor de *La Conquête allemande* solamente tenía 26 años. Con anterioridad, mirando a lo lejos, había percibido el despertar y el desarrollo del Extremo Oriente. Él mismo refirió que sus meditaciones políticas comenzaron cuando se llevaron a cabo las « operaciones del Japón contra China, en 1895 ». Entonces sintió algunas inquietudes respecto al porvenir de Europa. « Era —escribió— el primer acto de fuerza de una nación asiática reformada y equipada a lo europeo. » Una veintena de años después amplió su pensamiento. ¿Es que Europa —« que predominaba en todos los terrenos »— no ha sido imprevisora? ¿No ha ido contra sus propios intereses al equipar a una nación asiática? ¿Cuál será el porvenir de Europa —se pregunta Paul Valéry—, « cuando gracias a su diligencia existan en Asia dos docenas de Creusot o de Essen, de Manchester o de Roubaix, cuando el acero, la seda, el papel, los productos químicos, los paños, la cerámica y todo lo demás se produzcan en cantidades enormes y a precios sin posible competencia »?

Pero no ha sido suficiente que los europeos hayan distribuído inconsideradamente su saber, que se hayan « disputado el beneficio de espabilar, de instruir y de armar a pueblos inmensos, inmovilizados en sus tradiciones y que sólo pedían continuar en su estado ». Si bien los pueblos extraños a Europa constituyen una amenaza, en cambio el peligro interior es más inmediato. Valéry condenó en una página célebre nuestras divisiones internas : « Los miserables europeos prefirieron desempeñar el papel de los Armañacs y de los borgoñones, en lugar de representar en toda la tierra el gran papel que los romanos supieron iniciar y mantener durante siglos en el mundo de su tiempo. Tanto su número como sus medios eran bien poca cosa al lado de los nuestros, pero encontraron en las entrañas de sus aves de corral más ideas justas y consecuentes de las que nuestras ciencias políticas pueden ofrecer. »

Sintiendo la inestabilidad de la paz —« la tempestad acaba de terminar y sin embargo estamos inquietos, plenos de ansiedad como si aquélla fuese a estallar de nuevo »—, Paul Valéry escribió en 1933 : « La paz de que disfrutamos, si esto es disfrutar, desde 1919, no es en el fondo otra cosa que una especie de tregua de duración indeterminada. »

Y en vano conjuró a Europa a unirse. (En aquel entonces, los diversos organismos como la CECA, el Euratom y el Mercado Común, que preludian la creación de una Europa unida, no existían ni tan siquiera en estado de proyecto.) La guerra mundial, iniciada con el ataque a Polonia, se produjo una vez más.

Desde hacía mucho tiempo Paul Valéry había puesto igualmente de manifiesto otro aspecto —exterior a Europa— de la división del espíritu europeo. En efecto, la guerra de los Estados Unidos contra España en 1896, a causa de Cuba, significó para él una era nueva y nefasta, « primer acto de potencia de una nación derivada de Europa, que le dio fuerza (2), contra un país europeo ». Primer acto... Inútil insistir. No es necesario, por otra parte, exponer los argumentos que militan en favor de la solidaridad de las potencias de la organización atlántica y en general del mundo libre (3).

(1) Refiriéndose al concepto científico que ha dirigido a ciertas naciones *recomenzadas* (Italia, Japón), Valéry añadió con rara presciencia : « Rusia (entonces bajo el reinado de los zares y antes de la existencia de la aviación) ofrecería el mismo ejemplo si la inmensidad de su territorio no resultase un obstáculo a la rápida ejecución de un proyecto de conjunto. »

(2) « América es una formidable creación del espíritu europeo », según Paul Valéry.

Las civilizaciones son mortales

« Nosotros, civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales. » Esta famosa comprobación, expresada por Paul Valéry en su primera carta sobre la crisis del Espíritu (1919), se cita frecuentemente. Recordemos que en la fecha en que nos rememoró la efímera duración de los reinos y de los imperios antiguos, la bomba atómica aún no había estallado sobre Hiroshima y Nagasaki. Esta triste proeza acabó en el horror con la guerra de 1939-1945. Ahora bien, desde hace varios años se vuelve a hablar de hostilidades termonucleares. El ingenio de muerte ha sido mejorado, multiplicado ; se ha convertido en objeto de deseo. Hoy día lo que se teme no es la desaparición de la capital de un reino, de una Nínive o de una Babilonia, sino la destrucción simultánea de todas las civilizaciones. Dos semicontinentes se amenazan. Otro se halla amenazado. Se dice que China acepta un conflicto que no teme y al que considera poder sobrevivir sola : no será destruída más que parcialmente.

Como se sabe, Valéry se mostró bastante severo respecto a las enseñanzas de la historia, el producto más peligroso que elaboró la química del intelecto. Consideraba que extraemos de ella « el arte de reconstituir las catástrofes ». Afirmaba que la guerra es sobre todo uno de los males que nos enseña el pasado (4). Partidario en grado sumo de la paz, ofrecía —con alguna reserva —esta notable definición : « La paz es tal vez el estado de las cosas en el cual la hostilidad natural de los hombres entre sí se manifiesta mediante creaciones, en lugar de traducirse en destrucciones como hace la guerra. »

Por una política del espíritu

Después de haber proclamado que las civilizaciones son mortales, Valéry añadió : « La Persépolis espiritual no se encuentra menos amenazada que la Susa material. » Una de sus justas preocupaciones era sin la menor duda lo que llamaba la « crisis del espíritu ». Han acontecido tales cambios alrededor de nosotros y en nosotros mismos, que los valores se han visto trastornados. « Nuestra generación ha visto producirse en el orden del pensamiento, del sentido común y del sentimiento fenómenos extraordinarios, bruscas realizaciones, paradojas, brutales decepciones de la evidencia ; en suma, el Saber por una parte y el Deber por otra se han vuelto sospechosos, ya que la Ciencia tiene crueles aplicaciones y se precisan muchas cualidades morales para conducir y organizar una agresión. De todo esto sólo podemos deducir nuestro desorden mental en estado perfecto. »

¿Es que puede evitarse esta crisis del espíritu? El que la denuncia ofrece el medio : la crisis del espíritu revela una falta de espíritu. Se precisa tener más espíritu. Y Valéry repite en favor de la humanidad el ruego que Meredith dirigió al cielo en favor de las mujeres : « *More brain, my Lord* » (¡Más espíritu, Dios mío!)

Es necesario reformar nuestros métodos. Debemos preocuparnos de conocer, de saber « a dónde nos lleva el espíritu y cómo preservar el espíritu ». Tales son las dos cuestiones capitales de la valeryanísima *Politique de l'esprit*.

No olvidemos que a los veinte años el pensador había elegido como ídolo el intelecto, por no haber encontrado nada mejor. Su política —que, desde luego, nos parece digna de retener toda nuestra atención— será, pues, la de la inteligencia. Ella incita al hombre a servirse mucho más de su inteligencia, de su juicio, de su sensatez para resolver todos los problemas que se le plantean. También incluye la necesidad de conservar lo que el hombre tiene en sí de más elevado, de desviarle del camino que

---

(3) Añadamos que el establecimiento de una paz definitiva, al finalizar la segunda guerra mundial, resultaba algo incierto para Paul Valéry. El 15 de mayo de 1945 dirigió —última manifestación política— esta advertencia al grupo de naciones aliadas : « ¡Párate! Párate en este momento cumbre de tu victoria... que reviviendo lo que es hoy día no te venga nunca al espíritu esta grave expresión : ¿Para qué? » (« Ultima verba », en *Choses vues*).

(4) Explicaba, por otra parte, que nuestra mirada se vuelve fatalmente hacia el pasado : « Entramos en el porvenir a reculones. »

conduce al hormiguero y a la imitación de las sociedades animales. Preservar el espíritu significa asimismo, desde luego, preservar la libertad y la paz.

Pero todavía hay más. La política del espíritu nos obliga a interrogarnos sobre nuestro futuro : lo que debemos desear y lo que tenemos que evitar. Mas —¡ay!—, ¿quién podrá responder a la grave cuestión siguiente : ¿A dónde nos lleva el espíritu? Paul Valéry, que nos la impone o nos la sugiere, no respondió por sí mismo, o tal vez no halló en la ignorancia de nuestro destino otra respuesta que la que se encuentra en el fondo de una especie de moral que nos prepara a una eventualidad cualquiera : « Es preciso conservar en nuestros espíritus y en nuestros corazones el sentimiento de grandeza y del riesgo de la aventura extraordinaria en la cual el género humano, alejándose quizá desmesuradamente de las condiciones primeras y naturales de la especie, se ha comprometido, yendo no sé a dónde. »

¿Qué hubiera dicho Paul Valéry, interesado por todas las ciencias, si hubiese conocido la experiencia de los cosmonautas, dispuestos a intentar la aventura extraordinaria de los viajes lejanos en el espacio?

Antaño, en Meudon, durante las hermosas noches de verano, se complacía en examinar mediante el mayor telescopio de Europa —merced a la amabilidad del excelente astrónomo Eugène Antoniadi— los cráteres de la pálida Luna o los coloreados planetas Marte y Júpiter, junto con los brillantes Venus y Saturno... Aquel perspicaz observador de nuestro mundo —hemos podido comprobarlo en muchas ocasiones— contemplaba el misterio de los otros mundos.

En el umbral de los cielos infinitos, podemos percibir hoy día el rasgo luminoso, rápido, de un satélite artificial, que vuela alrededor de la tierra. Los cohetes rozan ahora los astros. Y he aquí que la política definida por Paul Valéry ofrece una extraña resonancia a las nuevas generaciones. Nadie podrá descuidar la preocupación esencial. Sin duda hasta el fin de los tiempos, el hombre se preguntará : *¿A dónde nos lleva el espíritu?*

América Latina frente a los países ricos

POR JUAN ANTONIO CAMPUZANO

En pocas asambleas internacionales se habrá concedido más sostenida atención y más evidente simpatía a un discurso. Se había dado lectura a un mensaje del Presidente de Argelia, Ben Bella. A continuación se abrió el debate general y subió a la tribuna el secretario general de la Conferencia, Raúl Prebisch. Hubo un movimiento, bien perceptible, de simpatía. Los delegados conocían ya el informe previo, alabado con rara unanimidad, que el Sr. Prebisch había compuesto y publicado, en el que se desarrolla un programa integral de medidas para facilitar la labor de los gobiernos. Así, cuando inició aquella mañana su discurso, que fue en cierto modo una glosa de su informe, el silencio expectante de las delegaciones que llenaban el foro ginebrino del Palacio de las Naciones Unidas, era el homenaje más elocuente que las naciones viejas y nuevas podían rendir al economista argentino.

El Sr. Prebisch expuso en dos palabras su concepto de la « brecha comercial » o *trade gap* entre los países en desarrollo y los países desarrollados. Aquéllos tienen que asimilar rápidamente una técnica productiva que en estos últimos ha sido objeto de una larga evolución. Mientras en los países desarrollados se resolvió en primer término el problema de la acumulación de capital y posteriormente se afrontó el de la redistribución del ingreso, en los países en desarrollo ambas exigencias se plantean al mismo tiempo. El desequilibrio engendrado por esta circunstancia se acentúa a causa de lo que el Sr. Prebisch señala como principio universal económico, a saber : a medida que crece el ingreso por habitante *aumenta la demanda de bienes industriales,* pero *no aumenta con análoga ni parecida intensidad la demanda de productos primarios,* y por tanto esa producción primaria, no ajustada rápidamente a ese lento crecimiento de la demanda, tiende a crecer más allá de lo que sería necesario para mantener precios estables en relación a los precios industriales. Los países industriales superaron la depresión que la economía mundial sufrió en los años treinta, pero los países en desarrollo no han podido vencer todavía los efectos de aquella depresión ; y cuando algunos de estos países en desarrollo han buscado mercados para sus exportaciones industriales, se han visto obligados a desistir a causa de las medidas restrictivas aplicadas por los países industrializados.

En otro número de *Cuadernos* expondremos, en una crónica final, los seis puntos principales en que el Sr. Prebisch resume sus propuestas para atacar el problema del desequilibrio y lograr en los países en desarrollo la tasa de crecimiento del 5 por ciento, « tasa muy modesta y que habrá que superar dentro de algunos años ». Vamos a limitarnos por ahora a subrayar la distinción señalada por el economista argentino entre lo que se ha hecho en materia comercial propiamente dicha y lo que se ha hecho en materia financiera. En materia comercial —ha expuesto lisa y llana-

mente el señor Prebisch— lo que se ha hecho, lejos de corregir la tendencia al desequilibrio, lo ha acentuado, a causa de la política proteccionista de los países industrializados y por falta de una política de promoción de las exportaciones industriales. En cambio, señaló que ha habido una visión positiva en materia financiera, en la cual se ha hecho un serio esfuerzo dentro del marco de la ONU. Y en apoyo de esta última afirmación, el Sr. Prebisch aduce los siguientes datos : Hacia 1950 los países industrializados dedicaban el 0,3 % de sus ingresos globales a transferir recursos a los países en desarrollo, en tanto que en 1962 esa cifra había subido al 0,7 %. Sin embargo, concluía el señor Prebisch, se ha desvanecido el efecto de esos recursos puestos a disposición de los países en desarrollo. ¿A causa de qué? A causa del deterioro de la relación de precios.

He aquí el caballo de batalla. A lo largo de las sesiones de la Conferencia surgirá una y otra vez, como una hidra, el deterioro de la relación de precios. El Sr. Prebisch en su discurso confesó que en el horizonte económico no se advertían factores de mejora persistente de la relación de precios en general, y preguntó si la *esclarecida política de préstamos* que se está siguiendo podría continuar, si esa política podría estar continuamente comprometida por ese fenómeno de deterioro de la relación de precios. Las cifras que dio fueron impresionantes : si de los 6.600 millones de dólares, cifra neta total de las transferencias de capital que recibieron los países en desarrollo, se deducen 3.600 millones de dólares, que es a lo que se elevan las pérdidas por efecto de la relación desfavorable de precios, nos encontramos con que la cantidad resultante (3.000 millones de dólares) es exactamente equivalente a la proporción del 0,3 % del ingreso total que se transfirió en 1950 y que se recoge en el párrafo anterior de la presente crónica. El lector juzgará, sin duda, que « ésta es una situación seria », como el señor Prebisch comentó lacónicamente.

Un día después de la intervención del Sr. Prebisch, intervino en el debate el ministro de Industria de Cuba, Sr. Guevara. También la expectación fue la tónica que dominó en la asamblea de Ginebra cuando el adusto « Che » ocupó la tribuna central del salón. El ministro cubano, tirando por el camino más corto, explicó : « El deterioro de los términos del intercambio se expresa, en la práctica, de una manera simple : los países subdesarrollados deben exportar materias primas y productos básicos para importar las mismas cantidades de productos industriales. » A continuación hizo una propuesta de carácter drástico : que se suspendan todos los pagos por concepto de dividendos, intereses y amortizaciones, hasta tanto que los precios de los productos que exportan los países subdesarrollados no hayan alcanzado un nivel que los compense de las pérdidas sufridas en el último decenio.

El « Che » Guevara se manifestó más radical que el representante de la Unión Soviética, Sr. Patolichev, que en la sesión siguiente pedía que los tipos de interés de los créditos concedidos a los países en desarrollo por las organizaciones internacionales, así como de los préstamos estatales y créditos privados garantizados por los gobiernos, no ascendiesen a más de un 3 por ciento anual en todos los Estados que prestan ayuda a los países en desarrollo. Hubo en esta disimilitud de propuestas, surgida entre delegados afines, algo así como la solución aconsejada por un banquero juicioso a la reclamación vibrante de un paria rebelde.

La ayuda financiera en cuanto a sus resultados reales, declaró en su intervención el Sr. Guevara, es una triste experiencia en América Latina. « El mejor remedio para elevar los ingresos externos de los países en desarrollo es elevar el volumen y el valor de las exportaciones. »

Que los países subdesarrollados tengan que afrontar la carga creciente del endeudamiento y de su amortización además de sufrir las pérdidas enormes de los términos del intercambio, constituye para el ministro cubano la misma preocupación obsesionante que para los demás delegados de países en desarrollo. Presentó en su intervención el señor Guevara un cuadro sinóptico, que reproducimos a continuación, en el que se relaciona la cantidad de productos primarios, en expresión física, necesarios para importar un tractor de 30-39

H-P en los años 1955 y 1962. Recogemos su aclaración de que los países que figuran en el estadillo no tienen otra significación que la de productores de las materias primas o productos básicos que se exponen, sin que sean los únicos, así como que algunos productos pueden haber subido algo y que puede haber maquinaria y equipo cuyo aumento relativo no sea tan considerable como en el ejemplo que se ofrece ; en una palabra, en el cuadro se presenta la tendencia general :

CANTIDADES DE PRODUCTOS PRIMARIOS NECESARIAS PARA ADQUIRIR UN TRACTOR DE 30-39 ; (PRECIO FAO, PRODUCCION YEARBOOK)

(Datos de los productos : « Financial Statistics »)

Producto	Unidad de Medida	País	% de sus exportaciones que representan el producto	1955	1962	Aumento	% de Aumento
Cacao	Tonelada m.	Ghana	67	3,06	7,14	4,08	133
Aceite coco	»	Filipinas	35	11,21	13,63	2,42	21
Café	»	Brasil	46	2,38	4,79	2,41	101
Cobre	»	Rhodesia	58	4,23	5,45	1,22	28
Algodón (karnak)	»	RAU	71	2,11	3,41	1,30	61
Petróleo	Barriles	Venezuela	92	938	1118	180	19
Arroz	Tonelada m.	Birmania	71	26,35	32,57	6,22	23
Caucho	»	Malasia	66	3,27	5,55	2,28	70
Té	»	Ceilán	60	1,89	2,93	1,04	55
Tabaco	»	Turquía	26	1,77	2,90	1,13	63
Lana	»	Uruguay	55	1,94	2,59	0,58	20

Este problema del desequilibrio lo puso de manifiesto también, con gran acopio de datos, el presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, señor Felipe Herrera, que en la primera parte de su intervención se refirió a lo que le argüían los hombres públicos, técnicos y empresarios : que si las condiciones de las balanzas de pagos no ofrecían posibilidades de equilibrio y una mayor holgura en cuanto a los ingresos ordinarios procedentes de las exportaciones, todos los beneficios procurados por las aportaciones de recursos externos para mejorar el proceso de capitalización de América Latina serían siempre limitados y hasta ilusorios en algunos casos.

La meta que se fijó para el denominado « decenio de desarrollo » se basaba en que los países desarrollados cooperarían con aportaciones no inferiores al 1 % de su producto bruto al esfuerzo de inversión de los países en desarrollo. Pero las cifras correspondientes al año 1962 denotan un descenso, a pesar de que en ese mismo período el producto de esos países desarrollados aumentó en un 5 %. Esto indica sombríamente que no sólo no se observa que haya una transferencia creciente de recursos que ponga a disposición de los países en desarrollo una parte modesta de los recursos acumulados por las naciones industrializadas, sino, lo que es peor, que ese flujo de fondos parece que apenas tiende a compensar lo que una injusta relación de intercambio está destruyendo.

El Sr. Herrera declaró que la economía externa de América Latina ha perdido su tendencia dinámica desde la posguerra. Hay en el continente un ritmo decreciente de desarrollo global. Del 5,7 % en el quinquenio 1945-1950, bajó al 4,1 % en el quinquenio 1955-1960, y al 3,1 % en 1962, no obstante haberse recibido en los últimos años una financiación pública del exterior sustancialmente mayor que en el pasado. En cuanto al endeudamiento externo, mientras en 1955 las obligaciones de América Latina alcanzaban la cifra de 3.600 millones de dólares, en 1962 han llegado a cerca de 10.000 millones.

Ninguna queja alcanza el patetismo de esas cifras. Ninguna figura retórica puede ser tan elocuente como esas relaciones de guarismos que proyectan en la asamblea de Ginebra una gran sombra acusatoria. La realidad adquiere el perfil de un problema algebraico con datos concretos y bien ordenados, y todos los grandes carteles de propaganda empiezan a desprenderse de los muros y a danzar en el aire como banderines rotos, como « affiches » viejos. Se trata del hambre, nada más y nada menos, que sufren millones de seres en un mundo pródigo que produce para todos. Y al margen de sus regímenes políticos afloran en el debate de Ginebra pueblos ricos y pueblos pobres, éstos mostrando honradamente su pobreza y aquéllos subrayando conciliadores alguna marca particular de sus presuntas liberalidades.

En la exposición del señor Herrera hay un párrafo significativo que merece ser airead porque recalca con el lenguaje concreto de las cifras el gran problema con que se enfrentan los pueblos de América Latina. Dice así :

« ... entre 1948 y 1962 el valor de las exportaciones de América Latina aumentó solamente en alrededor de 43 %, en tanto que el valor del comercio mundial aumentó en 150 %. Este violento desequilibrio ha motivado una drástica reducción de la participación de América Latina en el comercio mundial, la cual bajó de 11,4 % a 6,5 % entre los años indicados. Esta caída de nuestra participación se debe, en buena parte, al debilitamiento de las exportaciones ocurrido desde mediados del decenio pasado. En efecto, mientras nuestras exportaciones aumentaron en un promedio anual de 5,2 % en el período 1950-1955, esta tasa se redujo al 1,7 % en el quinquenio 1955-1960. Aunque estas exportaciones han demostrado signos de recuperación en épocas más recientes, no se puede asegurar que ésta sea una tendencia estable y, en todo caso, se está muy lejos todavía de alcanzar la tasa de 6 % que se requería para sostener un desarrollo mínimo de la economía de 5 % anual. Estos antecedentes explican también el que América Latina haya visto disminuir sus reservas monetarias internacionales en promedios anuales que alcanzaron a 45 millones de dólares en el período 1951-1955 y a 130 millones de dólares en el quinquenio siguiente. »

Doce puntos específicos desarrolla el Sr. Herrera tendientes a vincular las políticas comerciales y las financieras en América Latina. No vamos a ocuparnos aquí en esa exposición programática, muy atinada a nuestro juicio, en la que se comparten las apreciaciones del secretario general de la ONU de formular un sistema de planificación en escala internacional —difícil, sin duda, de conseguir. Pero es lógico pensar que la integración latinoamericana que el Sr. Herrera propugna configuraría un mercado de 200 millones de habitantes, con un volumen anual de comercio de unos 18.000 millones de dólares. Esto sería una solución mejor que soñada, y no sólo para América Latina.

Había celebrado doce sesiones plenarias la Conferencia de Comercio cuando ocupó la tribuna el Sr. Jordán Pando, ministro de Planificación de Bolivia, el cual manifestó en sus primeras palabras que la esperanza puesta en la Conferencia por los países en desarrollo, especialmente por los de menor desarrollo relativo, había ido disminuyendo en el transcurso de los últimos días. Con la perspectiva que le ofrecían ya los debates celebrados y las intervenciones de múltiples representantes, el Sr. Jordán Pando podía hacer una síntesis crítica evidentemente poco alentadora. El deterioro de los términos del intercambio y la necesidad de su compensación habían sido el leitmotiv de las intervenciones de los delegados de los países en desarrollo, pero en la décimotercera sesión el señor Jordán Pando se veía obligado a afirmar que lo que había oído a los delegados de algunos países de Europa y de los Estados Unidos habían sido sólo frases muy generales sobre el acuciante problema, y que eran muy pocas las excepciones que expresaron ofrecimientos concretos.

Recogió, con agudeza polémica, ciertas calificaciones poco afortunadas que en el curso de los debates aplicaron algunos representantes de pueblos ricos a los problemas de compensación del deterioro. Ciertamente, no es hábil que a una cuestión vital para los países en desarrollo se la lla-

me en un debate *enunciación teórica* o *formulación doctrinaria*, y mucho menos *figura retórica*. En la asamblea se han presentado cifras concretas y precisas que tienen la elocuencia de un inquietante gráfico de temperaturas a la cabecera de un paciente.

« Estamos reunidos para resolver los problemas y no para debatirlos », se había dicho. « No me explico cómo podemos hacer lo uno sin lo otro », comentaba el ministro de Bolivia. « Estamos para unir y no para dividir », se había advertido. Y el Sr. Jordán Pando redargüía que las diferencias económicas que alejaban cada día más a los países habían dividido ya al mundo entre dos terceras partes que se debaten en el subdesarrollo y sólo una tercera parte que disfruta de un bienestar obtenido desde las épocas de acumulación de capital colonialista y neocolonialista. Y al afirmar que la mala estructuración del comercio exterior determinaba relaciones que no sólo no perjudicaban sino que, por el contrario, beneficiaban a los países industrializados, pero que ponían en apuro a los países en desarrollo, el Sr. Jordán Pando se detuvo súbitamente para dedicar un homenaje lleno de cálida espontaneidad al Sr. Prebisch « porque ha sido éste, más que los países desarrollados, quien ha situado los problemas con claridad, con objetividad y con sentido de urgencia ».

El problema boliviano es el de su producto básico : el estaño. Hay un Convenio Internacional del Estaño, que a juicio del Sr. Jordán Pando debe modificarse. En el Consejo que lo regula hay productores y consumidores sólo. Debía haber también compradores y vendedores. No figuran en el Consejo países con reservas acumuladas como los Estados Unidos, que cuando realizan ventas sin tener en cuenta las regulaciones del mercado, influyen en las cotizaciones internacionales y deprimen los precios. Esas reservas estratégicas a que se alude se acumularon a precios congelados durante la segunda guerra mundial, como cooperación internacional de Bolivia a los Estados Unidos. Al vender a precios bajos, Bolivia perdía en la transacción comercial, y vuelve a perder cuando deprimen el mercado. « El doble perjuicio para nosotros significa un doble beneficio para el exterior. » A su vez, la Unión Soviética, a fines del decenio pasado, lanzó también al mercado estaño a bajo precio, al margen de las regulaciones internacionales, y perjudicó los precios. Exponía el Sr. Pando que hablar del estaño era hablar, con pequeñas diferencias, del café, cacao, azúcar, algodón, bananas y frutas ; y de ahí su resolución de que los países en desarrollo, que soportan una estructura injusta del comercio exterior y contemplan en pleno siglo XX relaciones y resultados neocolonialistas, actúen en forma conjunta con serenidad,pero con firmeza también.

En la Conferencia se manifestó una opinión general en pro de los países que no tienen acceso al mar. La mediterraneidad es un factor negativo para el desarrollo económico y restringe la actividad de los países. El Sr. Jordán Pando pidió que en las operaciones comerciales se les reconozca un tratamiento especial que les garantice un tránsito libre, irrestricto y adecuado para toda mercadería. Excelente, en todas sus partes, fue la intervención del ministro de Bolivia.

El Sr. Lleras Restrepo, presidente de la delegación de Colombia en la Conferencia del Comercio, es una de las figuras del mundo latinoamericano con más sostenido prestigio en el campo de la economía. Trabajó intensamente en las deliberaciones de la Conferencia de La Habana, donde se esforzó en crear un organismo mundial que fuese un instrumento eficaz de integración económica. Hace dieciocho años, cuando Europa era un área de escombros, mantenía en la primera Asamblea General de las Naciones Unidas —reunida en Londres en 1946— que el mundo empezaba a salir de la concepción de economías nacionales aisladas hacia un terreno más realista y más justo de una economía universal que había que estimular en su conjunto, donde los principios de solidaridad y de igualdad del derecho al bienestar pudieran encontrar más completa satisfacción que en el pasado.

El discurso del Sr. Lleras Restrepo en la asamblea de Ginebra ha sido claro y profesoral. Expuso que « el concepto de *integración* implica la idea de unificar y dar cohesión a la economía del mundo

considerada en su conjunto », y que su proceso se inició el año 1944 con los acuerdos de Bretton Woods. Esta Conferencia no es, por tanto, un acto internacional aislado sino un episodio más de ese proceso, cuyos hitos señalan las organizaciones y agencias internacionales creadas a lo largo de veinte años. Indicó con sagacidad esto que pudiera parecer una paradoja : que esa variedad de matices del mundo económico —los que obedecen al « patrón teórico » de la economía de mercado y los que obedecen al de la economía centralmente planificada— y el influjo inevitable y mutuo de los distintos sistemas están precisamente contribuyendo a crear el camino para que « el proceso de cooperación e integración económicas avance sin que ninguna nación o grupo de naciones pueda pretender condicionarlo al imperio general de sus propios conceptos y de sus peculiares estructuras ». Esto, que está muy bien observado, no se hubiese podido afirmar hace unos años.

El Sr. Lleras Restrepo se pregunta si tras la experiencia de los 16 años transcurridos desde que se estableció la Carta de La Habana —que no entró nunca en vigencia— podrá establecer esta Conferencia la eficacia o la inutilidad de los mecanismos actuales del comercio mundial ; esto es, los mecanismos del comercio que hoy funcionan ¿fomentan el desarrollo de los países menos avanzados o, por el contrario, se suman como factor negativo a las otras causas que originan ese menor avance? En una atmósfera política y económica distinta de la que imperaba hace 16 años, ese estudio puede realizarlo la Conferencia con espíritu de cooperación y establecer, en su caso, las oportunas correcciones. El delegado de Colombia no parece abogar por una decisión radical en este asunto. Algunos delegados de América Latina y de Africa —significativamente el de Ghana, entre los africanos— se decidieron por la creación de una nueva organización internacional del comercio. Pero el Sr. Lleras Restrepo ha sido explícito al declarar : « Si comparamos las soluciones que hoy aparecen como posibles con los conceptos defendidos fieramente por las naciones desarrolladas hace apenas unos años, el cambio resulta evidente. Y sin embargo, todavía el proceso de una integración armónica tropieza con inesperadas resistencias y conspicuas contradicciones, y para perfeccionarlo no existen una política generalmente aceptada tanto por las naciones desarrolladas como por las que están en vías de desarrollo, precisa, clara y completa, ni eficaces instrumentos de acción internacional. »

Al tratar de los problemas que afectan a los productos básicos y a las perturbaciones en la economía de los países cuyo comercio de exportación depende en buena parte de esos productos, propone el Sr. Lleras Restrepo dos soluciones : una es conseguir una estabilización relativa de los precios a niveles que no impliquen un grave deterioro de los términos del intercambio ; la otra es crear algún organismo de compensación financiera.

Aunque el Sr. Lleras Restrepo especificó que el tema de los acuerdos sobre productos básicos es sólo « uno de los muchos sobre los cuales la política comercial internacional y la política internacional del desarrollo están esperando definiciones y determinación de metas claras », no dudó en confesar que una de las razones por las cuales estimó Colombia necesaria la reunión de la presente Conferencia de Comercio se ha debido a la convicción de la necesidad de mantener razonables términos de intercambios. Aludió a que cuando una cierta alza de precios de un producto coincide con la entrada en vigor de un acuerdo internacional —y así ocurre ahora con el café—, la resistencia de las naciones consumidoras es inmediata, pese a que repetidas veces se haya considerado impostergable sostener adecuados términos de intercambios para impulsar un desarrollo.

Su ofrecimiento de solidaridad para vencer los obstáculos que retardan la aplicación de los principios que deben informar la política de comercio internacional, sus palabras de esperanza y el cálido llamamiento a una definida voluntad política para corregir las fallas del mecanismo económico, han hecho de la intervención del delegado de Colombia una de las más descollantes de la presente Conferencia.

La sed en el agua

POR MARIO GUERRERO GARCIA

—¡Compadre! ¡Compadre! ¡Ya me fregaron estos desgraciados!

— ¡Pícale, Isidro, que nos alcansan.

— Ya le dieron a Lucas. Vamos por él.

— ¡Compadre! ¡Regrésate, compadre! No me dejes en manos de estos hijos de la tiznada. ¡Por tu mamacita, compadre, no me dejes!

— No le hagas al piadoso, Isidro. A ese ya le cortaron el resuello.

— Pero no podemos dejarlo así. Lo van a agarrar.

— Que lo agarren, ¡déjalo! Si ya sabíamos a lo que le tirábamos. ¡Vámonos, te digo! Nomás oye como está la ezquitera.

— ¡Compadre, no te vayas! ¡Regresa! ¡Isidro, hijo de tu tal madre, no me dejes aquí!

— Primero es el número uno, Isidro. ¡Vámonos!

La noche se quebrantó con la ronca voz de los rifles. Los gritos apresurados de los hombres se encajaban en la negrura, destemplándola. Isidro y Manuel corrieron, brincando sobre los surcos, hasta que se los tragó la noche. Allá lejos, los rurales seguían disparándole a las sombras...

« Grandes extensiones, enormes extensiones en las que no se ve nada más que el horizonte ni se adivina nada más que el horizonte ; la tierra quebrada, agrietada, que se encaja en el mismo horizonte como queriendo abrir una brecha en el cielo. Ni un monte, ni una colina, ni un algo que ataje la desesperanza de llegar a alguna parte. Sólo tierra, tierra, tierra que se extiende hacia todos los rumbos a donde se dirige la vista lastimada por la reverberación. Y sol. Un sol que se aplasta sobre la cabeza, sobre la espalda, sobre las piernas, metiéndose tan adentro como para no salir más. Y esta angustia que respira uno, tan hondamente que se siente cuando pasa por la boca, por el pecho, tan claramente que casi se puede tocar agarrándose las manos a las piernas.

Las sombras de los cuerpos se quiebran en las cuarteaduras de la tierra, como queriendo esconderse del sol. Como si quisieran refrescarse encajándose en la tierra. Y las bocas se abren jadeando para recibir el aire, el único aire que sopla por estas tierras. Aire caliente que mete más calor en los cuerpos cargados de cansancio. »

— Y lo dejamos allí, Manuel. Tirado en medio del campo, con los dedos engarruñados, suplicantes, como queriendo agarrar otro cacho de vida. Con la sangre saliéndole a chorros por el boquete que le hicieron en la espalda.

— Está bien, hombre, está bien. ¿Qué hubiéramos podido hacer, eh? Si nos quedamos nos agarran los rurales, ¿no?

— Era mi compadre. Mi compadre Lucas. Y lo dejamos allí, para que lo agarraran los rurales y le metieran más aprisa la muerte en el cuerpo. Acuérdate cómo nos llamaba. « Por tu mamacita », así me dijo. Y ya ves, no le hisimos caso. Corrimos y corrimos, dejándolo abandonado. Mi com-

padre Lucas. No quería quedar allí, sin un amparo, sin nadie que lo defendiera.

— Ni hubiéramos podido, Isidro. Mejor ya no pienses en él. Cada quien debe correr su suerte.

— Tú también hubieras dejado, ¿verdad? Pero él no. Él hubiera ido por mí. Tú me dijiste que todos nos salvaríamos. Pero no fue así. Lo traicionamos. Tú sabes que lo traicionamos.

— Mejor cállate, ¿eh? Será mejor que te calles. Tenemos que ahorrar fuerzas para llegar a Santa Margarita. Y quién sabe cuánto nos falte.

— Esa es otra. ¿Dónde está Santa Margarita? Venimos camina y camina, pero nada de pueblo. Sólo este calor que le quema a uno los ojos, que le para a uno la jota ; y este sudor que hace que se nos pegue la camisa con sudor de mugre y que le resbala a uno por la espalda hasta las nalgas. Y desparrama uno la vista para todos lados, y no encuentra ni una sombra, ni una mata, ni una brizna de algo. Y luego estas palabras que salen de la boca con trabajos, como sofocadas, porque la lengua se le hinchó a uno de sed y los labios se caen a pedazos. ¿Dónde hay agua, eh? Respóndeme, cabrón, ¿dónde hay agua?

— Cállate, Isidro, cállate. Ya verás cuando lleguemos a Santa Margarita. Nos vamos a tirar panza arriba, bajo las parotas y los huamichiles. Y tomaremos agua, mucha agua. Y comeremos. Tacos de cocina, ¿eh? Pero ahora cierra el hocico, que la fuerza se escurre por allí, y luego no vas a poder dar ni un paso.

— Si no fuera por este canijo sol que me achicharra, aquí me quedaría. Y me pondría a pensar en Lucas y en que lo dejamos allí tirado. Pero no hay ni una sombrita. Ni una fregada nube, ni un jirón de nube. Sólo tierra. Tierra arriba y abajo.

Las horas corrían lentas, con flojera, como agotadas por el calor. Horas de marcha martirizante, de arrastrar los pies por aquél polvo pardo, renqueando, sin alcanzar nada que no fuera la propia sombra.

De pronto, a lo lejos, un punto apareció sobre la superficie. Un punto que se fue acercando hasta tomar forma. Era una mata, una minúscula planta ermitaña aislada en la soledad de aquella extensión. Mata promisoria que hacía pensar en sombra, en

Fallo del jurado mexicano

En el concurso de cuentos, convocado por *Excelsior* y la revista *Cuadernos* de París, resultó triunfante el trabajo denominado « La sed en el agua », amparado con el seudónimo Ramiro Rauguere, que correspondió al nombre del licenciado Mario Guerrero García, con domicilio en Pasaje Bejarano, altos, calle Ingeniero Ramírez, de la ciudad de Cuautla, Morelos. El jurado calificador, integrado por los escritores Agustín Yáñez, Mauricio Magdalena y Andrés Henestrosa, consideró que éste era el mejor trabajo entre más de quinientos que se enviaron al certamen, tanto por la originalidad de su tema como por la facilidad de su estilo.

Parece ser que el autor posee la suficiente calidad literaria para alcanzar mayores realizaciones en este campo. Se trata indudablemente de un escritor provinciano, pero con claro sentido de la realidad nacional y los tipos americanos. Mario Guerrero García se ha hecho acreedor, por lo tanto, al premio de cien dólares cedidos por *Cuadernos* y la edición monumental de *México a través de los siglos* y la *Colección ilustrada de obras inmortales* donada por la editorial Cumbre, S.A. El premio le será entregado al triunfador próximamente y su trabajo será publicado simultáneamente por *Excelsior* y la revista *Cuadernos* de París.

Este certamen tuvo un éxito rotundo —jamás alcanzado en México— por la cantidad y la calidad de los trabajos presentados, enviados desde diferentes lugares de la República. Se advierte el interés que despertó este evento literario y, a juicio de los miembros del jurado calificador, revela claramente que en México hay gran porcentaje de escritores con manifiestas aptitudes de cuentistas. Lo que significa que el cuento mexicano ha llegado a un grado de plena madurez para alternar con indiscutibles merecimientos con los grandes cuentistas de la América Latina. El jurado calificador acordó, además, recomendar la publicación, previa la identidad de los autores, de los siguientes cuentos : « Los gallos », amparado por el seudónimo Roberto Rujillo Suárez, y « ¿Quién soy? », amparado por el seudónimo Tecolote.

Excelsior, México, 17 de junio de 1964.

agua, en frescor por fuera y por dentro. Un viento caliente levantó remolinos de polvo, chiquitos, como si no pudieran crecer de tanto que les aplastaba el sol. Pero allá estaba la mata, insignificante mata que era al fin una esperanza.

— Mírala bien, Isidro. Más adelante debe haber otras. Y sombra donde refugiarnos del calor. A lo mejor hasta encontramos agua. ¿Tienes sed, eh? Pues allá podrás hincharte de agua. Mira, allá lejos hay otros puntitos. Deben ser otras matas. Jálale. Un último esfuerzo, Isidro. Ya casi estamos salvados.

Como a las siete de la noche, pudieron al fin tumbar sus cuerpos cansados. Sus ojos cansados de tanto ver sin descubrir nada, podrían cerrarse ahora. Pero nada de agua. Nada de nada que les hubiera refrescado los gaznates.

Al poco rato salieron las estrellas, y un cúmulo de nubes lodosas se adivinaba allá, lejos, por donde la luna iba saliendo bañándose en la noche.

Los párpados, agotados, se aplastaron con fuerza.

Si estuvieras aquí, podrías ver las estrellas, Lucas. Podrías ver las chispitas que se levantan en el cielo apagándose y encendiéndose como las luces de un castillo de feria. Y podrías también cerrar los ojos y olvidarte de todo, con los ojos cerrados. Podrías hacerlo. Porque ahora los debes de tener abiertos. Seguro que esos desgraciados ni los ojos te cerraron, para que ni siquiera ahora puedas descansar a gusto.

Yo no quería dejarte allí tirado, Lucas. Pero, ¿qué podíamos hacer, eh? Contéstame, ¿qué podíamos hacer?

Yo fui tu amigo, Lucas. Acuérdate lo que corrimos juntos. Acuérdate que siempre estuvimos juntos, desde chamacos. Desde que éramos apenas unos pingajos de escuintles, unos xocoyotes. Ni más ni menos.

Tú siempre fuiste bueno, Lucas. Por eso Dios te ha de haber recogido en Su Santo Seno. Acuérdate de mí ; acuérdate de tu amigo que te dejó morir solo en medio del campo, sin una mano piadosa que te cerrara los ojos, sin una boca que te rezara siquiera un Padrenuestro.

Seguro has de haber pensado que yo era un hijo de tal. Hasta me lo dijiste, me acuerdo que me lo dijiste. « Isidro, hijo de tu mal madre, no me dejes aquí. » Así me dijiste. Me acuerdo bien. Pero yo te dejé.

No debíamos habernos escapado. Por lo menos, no anoche. Pero este hijo de la tiznada que es Manuel nos convenció, y ya ves en lo que acabaste.

Ahora debes de estar allí, tirado, sin una cobija que te proteja del frío. Porque debes de tener frío ; ese frío que se mete en los cuerpos y que hace que los gusanos lo busquen para refrescarse, en estas tierras donde hace tanto calor.

« Por tu mamacita », me dijiste. Pero mi mamacita se murió hace mucho, tú lo sabes. Estuviste conmigo, consolándome, hablándome despacito, como para no despertar su sueño. Como si tuvieras miedo de verla despertarse de pronto, y levantarse de su cajón para decirte : « Qhihubas, Luquitas », como ella te decía siempre que llegabas.

Me acuerdo cuando éramos chamacos. Cómo íbamos al ojo de agua a lavarnos el sudor. Y cómo quedaba uno fresco, limpio, tanto que hasta le parecía a uno que el agua también limpiaba los pecados, refrescando el alma. Así de fresco quedaba uno.

Y luego, cuando nos íbamos de escapada por las huertas, y nos robábamos los limones reales y los mameyes. Aquellos mameyes grandes, colorados por dentro, y dulces, con ese dulzor que sale de la tierra de nuestro pueblo para bañar por dentro los troncos, y las hojas, y las frutas.

Así empezamos, ¿te acuerdas? Robándonos las frutas de las huertas cuando nos escapábamos de la casa. Luego fuimos creciendo, y nos dio por robar otras cosas, hasta aquella vez en que matamos a Higinio Morales para quitarle el paliacate donde llevaba guardado su dinero. No queríamos matarlo, ¿verdad? Pero luego pensamos que iba a ir con el chisme, y preferimos asilenciarlo para siempre. Desde ese día, a esconderse, Señor. A andar toda la vida a salto de mata, huyéndoles a los rurales, con el miedo que paraliza el corazón unas veces, y otras lo vuelve loco, saltando como una cabra loca y estrellándose contra las costillas.

Una vez te dieron un balazo. ¿Te acuerdas, Lucas? Y estuviste harto tiempo con una calentura que yo creí que te morías.

Y yo te estuve cuidando. Te saqué de entre la balacera y te arrastré a lugar seguro, con tu cuerpo que me pesaba como un mundo, ariresgando mi propia vida. Pero entonces no había ningún Manuel, ningún hijo de la tiznada que me convenciera de dejarte tirado.

Yo no quería hacerlo, Lucas. Verdad de Dios que no. Pero el miedo se me metió en el cuerpo y me empujó las piernas. Primero una, luego la otra, hasta que llegó un momento en que no oí nada más que la voz de Manuel, que era la voz de mi miedo, metiéndoseme por las orejas y aplastándome la voluntad de correr a donde tú estabas para ayudarte. Tú sabes esto mejor que nadie, Lucas. Dicen que los muertos lo saben todo. Así que ya para qué te digo.

Pero no puedo olvidarme de que el miedo se me prendió en el pecho y se quedó allí, sin que pudiera hacer nada para quitármelo. Y al principio oí tu voz, que era mi propia voz, mi propio grito que quería ir hasta ti. Pero también oí la voz de Manuel, y esa era la voz de mi miedo. Miedo de que a mí también me dieran, Lucas. Miedo de morirme y no volver a ver las estrellas, que parecen manos que se abren y se cierran como llamándote. Miedo de quedar allí, como tú, con los ojos bien pelones, como de seguro han de estar los tuyos. Y ya fue aquello una lucha entre tu voz y la voz de Manuel, entre mi grito y el grito de mi miedo. Pero Manuel habló más alto que tú, y mi miedo gritó más fuerte que yo, y te dejé allí, tirado, con la vida que se te escapaba por aquél agujero de bala, con los labios de tu herida escupiendo los últimos colgajos de tu vida.

Yo no tuve la culpa, Lucas. Fue ese miedo que me ahogaba. Fue Manuel, este hijo de su pelona madre, que me hizo agarrarme a la vida como tú también hubieras querido hacerlo...

— Despierta, *Isidro. ¡Con un carajo! ¿Qué tienes?*

— *¿Qué tienes, Isidro? Isidro, Isidro, ¿qué tienes?*

— *Creo que tengo calentura, Manuel. Una calentura que me envuelve todo el cuerpo, que me está ahogando. Dame agua, Manuel. Por caridad, dame un poco de agua.*

— *Agua clara, agua fresca. No hay ni una maldita gota de agua. Ni siquiera para ponértela en los labios, para pegarte los labios y aliviarte la resequedad de la garganta. ¿No puedes pensar más que en el agua?*

— *Tengo sed, Manuel. Y tengo calentura.*

— *¿Y crees que yo no tengo sed? Estáte quieto. Mañana encontraremos agua. Y luego podremos seguir hasta Santa Margarita, ¿eh? Allí estaremos a salvo.*

— *¿Santa Margarita? ¿Y dónde está Santa Margarita? Dímelo tú, que lo sabes. Ya caminamos mucho. Ya se me engarrotaron las piernas de tanto caminar. Y ya voy perdiendo la esperanza de llegar a alguna parte.*

— *Llegaremos pronto a Santa Margarita. Júralo que sí. Y allí podremos hartarnos de beber y de tragar, hasta sentir la barriga pesada de tanta agua y de tanta comida, para luego tumbarnos a echar los eructos. ¿No te gustaría eso? Dime, ¿no te gustaría?*

— *Sí. Sí me gustaría. Y poder ver gente, y platicar con todos, y oírlos a todos.*

— *Y no ver más las tierras pelonas, que veníamos viendo, ni sentir ese calor seco, rasposo, que se hace nudo en la garganta y ahoga la voz sin dejarla salir. No sentir más ese sol que se nos deja venir encima, y ver otra cosa que no sea nuestra propia sombra caminando detrás de nosotros, y probar otra cosa que no sea la tierra caliente que el aire caliente nos mete por la boca.*

— *Sí, sí. Y olvidarme de mi compadre Lucas, y de esta angustia que he venido arrastrando horas y horas y que se me atora en el pescuezo como una piedra. Y meterme en un río, en un arroyo, en un algo de agua que se lleve la mugre y el remordimiento de mis pecados. Como antes ; como cuando era chamaco y me iba con Lucas a sentir el agua que nos hacía cosquillas en la panza... ¡Vámonos, Manuel!*

— *Espérate. Hay que descansar.*

— *Ya no aguanto, Manuel. Me está comiendo la ansiedad de llegar a algún lado. A algún lado que no sean estas tierras pe-*

lonas que hemos venido atravesando. ¡Vámonos, Manuel!

— Espérate. Fúmate un cigarro. Toma.

Manuel puso un cigarro en los labios del enfermo. Al aspirar el humo, Isidro sintió cómo una fuerza nueva iba entrándole en el cuerpo. Aplanó el cigarro con los dedos y se quedó mirando a las estrellas. Allá, muy lejos, la luna, redonda, grande, quedó atravesada de parte a parte por una nube alargada, como un corazón redondo herido por una flecha de agua, por una flecha de humo, por una flecha tan insustancial como los remordimientos que carcomían el alma del fugitivo Isidro.

— Luego que descansemos en Santa Margarita, jalaremos cada uno por su rumbo. Yo me iré luego para San Gabriel, a ver cómo se dan por allá las cosas. Tengo mis conocidos, ¿sabes? Me estaré tranquilo por un tiempo, platicando con los amigos y viendo el montón de Lucías, de Juanitas y de Micaelas. Mujeres, ¿sabes? Mujeres chicas o grandes, frescas o calientes, lo mismo da. Cuando se ha pasado tanto tiempo sin ver a una mujer, sin oler a una mujer, sin probar a una mujer, da lo mismo cualquiera. Pero ya vendrá todo eso, y entonces me voy a reír de los rurales, y de la cárcel, y de todo lo bueno que tenía dentro y que se fue pudriendo hasta que se volvió malo...

(Yo no tengo a donde ir, Lucas. A nuestro pueblo, ni modo. Ya nunca podré ir allí. ¿Qué cuentas voy a rendirle a tu gente? Además, ya me conocen y luego me agarrarían. No podré ir al pueblo. No podré ir al camposanto a llorar a la tumba de mi jefecita, a rezar por ella, a decirle que me perdone por haber salido el hijo de su poca madre que salí. Ya no podré pasar las tardes en la tienda de Maclovio para ver desfilar a las muchachas olorosas a tierra recién bañada. No podré ver más a Lupe, con sus ojos zarcos y sus pechos redondos, macizos, que le sacan a uno las ganas de sopesarlos en los huecos de las manos, de ver si caben en ellas, aunque ya sabe uno que no. La Lupe de los muslos duros y calientes, con esa calentura que le sube por las caderas y por el pecho, hasta que llega a la lengua convertida en palabras que se retuercen de calentura, en besos mojados de ganas de calentura. Esa Lupe que se repega contra uno como queriendo enroscarse en las costillas y en las piernas, que nos da a probar la sabrosura de sus labios, de los que queda uno prendido como de una llave de agua...

Agua... Esta sed que me sale desde muy adentro me está matando, Lucas. Ya no tengo fuerzas ni para pensar. Tú que estás muerto, Lucas, empuja una nube, un pedazo de nube, un algo de algo sobre nuestras cabezas, para que yo pueda sentir un poco de frescor, para meterme el agua hasta donde me arranque el último pedazo de sed, hasta donde me apague esta mata de calentura que se me extendió por todo el cuerpo y que ya me está llegando a la cabeza...)

— Ya levántate, Isidro. Ya el sol empieza a encaramarse en el cielo. Tenemos que irnos.

— No puedo, Manuel. No puedo ni parame de tanta calentura.

— Tienes que poder. Tenemos que aprovechar la luz del día para orientarnos.

— Pero si no puedo, Manuel. De verdad que no puedo.

— No podemos esperar más tiempo. Vienes o te quedas, tú escoge. Yo no puedo esperarte.

— Es que no puedo. Mira cómo me arrastro, ¿ves? Cómo arrastro este cuerpo acalenturado, estas piernas que quieren encontrar el camino de una gota de agua. Espérame, Manuel.

— Yo no. No puedo esperarme. Anoche eras tú el que querías irte. Piensa en todo lo que te dije : el agua, las sombras, la tragadera...

— Es que no puedo caminar, Manuel. Las piernas no me responden. Mira, trato de levantarme y no puedo.

— Bueno. Ya sabes para donde queda Santa Margarita. Por allí, en cualquier parte, pero más adelante podrás alcanzarme luego que hayas descansado.

— No te vayas, Manuel. No me dejes aquí solo. Por piedad, no te vayas. Por lo que más quieres, no me dejes abandonado.

— Tengo que irme. Ya puedes irte quedando. Tú ya no puedes caminar, Isidro. Hasta aquí llegaste.

— No, Manuel. Te juro que al rato podré pararme. No te vayas, te lo suplico. No te vayas. Si tuviera fuerzas para hincarme, de rodillas te lo pediría. Pero ahorita no puedo, Manuel. Tú estás viendo que no puedo.

— Entonces ni modo. Yo no voy a esperarme aquí hasta que tú mueras. Porque te vas a morir, Isidro. Cuando llegue a Santa Margarita les diré que aquí estás. A ver si no te encuentran ya podrido.

— ¡No te vayas, Manuel! ¡No te vayas! ¡Espérame tantito! Mira, ya me voy parando. Me voy contigo. Espérame, Manuel.

— Qué te vas a estar parando. ¿No lo ves, eh? Ya te volviste a caer. Hasta aquí llegaste, Isidro. Lástima, porque eras buen cuato. Aquí te dejo. Arréglatelas como puedas.

— ¡No te vayas, Manuel! ¡Por tu mamacita, no te vayas!

— Por tu mamacita, ¿eh? Así te dijo Lucas, ¿te acuerdas? Y tú te viniste.

— Porque tú me jalaste, Manuel. Pero ahora a ti nadie te jala. No me abandones aquí, por caridad.

— Adiós, Isidro. Ojalá puedas pararte. Y si no, me saludas a todos los demonios.

— ¡No te vayas! ¡Manuel, no te vayas! ¡Manuel...! ¡Manuel, hijo de tu tal madre, no me dejes aquí...!

Tierra, *tierra y más tierra. A un lado y otro, sólo tierra. Los mismos paisajes desolados. Los mismos paisajes que se meten por los ojos y llenan el cerebro de los mismos horizontes.*

Hasta donde abarca la vista, mucho más allá todavía, sólo están las llanuras áridas, pelonas, abriendo sus bocas por todos lados, desde las resquebrajaduras de sus superficies, para implorar agua. Es la sed de siglos que abrió los grietas sedientas de nubes, abrumadas de sol, aplastadas por el calor que sale de sus centros, y por el calor que entra por allí mismo.

Casi hasta el confín del horizonte, un punto se arrastra, camina cayendo y levantándose, mirando hacia el lugar donde se juntan el cielo y la tierra, sin poder ver nada más ni sospechar nada más que ese beso calenturiento y sin nubes.

« Hijo de tu tal madre, no me dejes aquí. Las mismas palabras. Las palabras de siempre. Fue lo mismo que Lucas le dijo a Isidro, lo mismo que Isidro me dijo a mí, lo mismo que yo le digo a Diosito para que no me deje abandonado en este desierto, en esta tierra sedienta, donde no hay ni una gota de agua, ni un pedazo de agua que pueda aliviarme la calentura de los labios.

¿Dónde habrá agua? ¿Dónde está Santa Margarita?

Me he de haber perdido. Seguro que eso fue lo que sucedió. Según, que caminando para donde se mete el sol debe estar el pueblo. Pero nada. Sólo este sol que tatema la espalda, que se resbala por la espalda hasta llegar a los pies y luego sube por el frente hasta la garganta reseca, destrozada de tanta sed.

Ya casi no puedo andar. Hace rato, tuve que arrastrarme un buen trecho. Pero tengo que llegar. Voy a llegar, porque soy más fuerte que Lucas y que Isidro.

Ya parece que veo a Santa Margarita, prendida del otro lado de la barranca, con sus casas enterradas en la ladera, agarradas a la ladera como con miedo a resbalarse. Rodeadas de todas esas plantas que le dan frescor, que da gusto contemplarlas de tan verdes y lozanas. Es el agua que corre por la barranca la que las pone así. El agua que he de beber.

Allá lejos puedo ver una matita. Como la otra vez, sólo que ahora el agua debe estar cerca.

Agua, agua. Tantos días caminando bajo el sol sin un buche de agua, sin un trago de agua, sin una gota de nada.

Pero ya pronto voy a llegar. Pronto voy a beberme toda el agua que me quepa en el cuerpo. »

Arrastrándose, *llegó hasta la orilla de la barranca. Las plantas le golpeaban la cara, como haciéndole una caricia burlona.*

En la otra ladera distinguió las casas blancas, apeñuscadas, como con miedo a separarse. En el fondo de la barranca, vio correr un agua que se convertía en la realización de su esperanza. Sentía que ahora podría apagar esa sed que de tanto estar en él se había hecho vieja.

Agua clara, agua fresca, agua bienhechora que cura todas las sedes y apaga todos los calores.

Arañando la tierra, mordiendo la tierra, se fue arrastrando hacia el fondo. Las piedritas, empujadas por su cuerpo, rodaban hasta el agua yendo a calmar su sed en la corriente, refrescándose del calor de años de sol y de tierra calurosa.

Lento, interminable descenso. Angustioso como la propia sed que le estaba asfixiando, como el mismo recuerdo que se prendía de su corazón agusanado de egoísmo. La mano crispada se tendía hacia el agua en una súplica desesperada y silenciosa. A cada trecho que se arrastraba, volvía a tender la mano como queriendo aprisionar las gotas de agua que, ignorantes de su desesperación, seguían su curso.

De pronto, su vista cansada de sol y de tierra adivinó la sombra blanca de cinco rurales recortándose contra el fondo verde de la barranca, junto al río. Con el corazón encogido de frío en aquel calor sofocante, los contempló con los ojos abiertos sin querer creerlo. Cinco rurales. Cinco hombres vestidos de blanco, blancos como su sed, alucinantes como su desesperación. Cinco rifles prontos a vomitar la muerte sobre él. Cinco pares de ojos que lo contemplaban burlones y cinco pares de manos que acariciaban burlonamente, como un reto, los cuerpos calientes de los rifles. Contempló el agua que calmaría su sed. Desesperante contemplación que era la muerte de su esperanza. Algo rabioso, desesperadamente rabioso dentro de él, rebelde ante la idea de perder su libertad tan dramáticamente recobrada, le hizo volver sobre sus pasos, y recomenzó la huída por el mismo camino por el cual había llegado.

Los cinco rurales, con la mueca de una sonrisa en el rostro, y con la vista fija en el hombre, cortaron cartucho y se levantaron lentamente de la orilla del agua...

DIBUJO DE SERGIO TRUJILLO MAGNENAT

Villamiseria en Buenos Aires

(¿ Marcha el bosque de Birnam hacia Dunsinane ?)

POR BERNARDO VERBITSKY

UNA MAÑANA CUALQUIERA Buenos Aires, una indudable gran capital, descubrió un espectáculo sorprendente : al pie de los empinados edificios de su moderna arquitectura se agolpaban infinidad de conglomerados de viviendas achatadas, pequeñas, miserables, inverosímiles. ¿Era la resurrección de las tolderías indias, a las que se asemejaban? Ni desde los más altos rascacielos se había podido divisar hasta entonces tales rancheríos. ¿No los hubo, o se había preferido no verlos? Tal como se habían aparecido constituían realmente una novedad. Creeríase que hubieran venido desde sus pagos provincianos para recordar su existencia a la metrópoli orgullosa. Y un Buenos Aires con la conciencia culpable pudo temer que contra todo lo previsto el bosque de Birnam se había puesto en marcha hacia Dunsinane.

Desde luego no creo en la interpretación psicológica de lo social (para comprender la historia es preciso considerar todos y no uno solo de los elementos concurrentes) y tampoco en el procedimiento cultivado por algunos de explicar hechos sociológicos mediante metáforas literarias. Sin embargo aún están acampando ante la ciudad esos contingentes que arribaron colectivamente en pocos años. El hombre de Buenos Aires ignora el interior y cuando lo conoce, se asombra del desnivel con respecto a su ciudad. La misma sorpresa refleja cuando se aproxima a ciertos aspectos de la realidad latinoamericana. Y ocurrió de pronto que tuvo al lado suyo ese resumen auténtico de ciertos modos de vida del interior y de Latinoamérica, que venían a golpear a sus puertas y a su indiferencia. Las columnas se habían detenido en ese teórico foso de defensa que constituye la avenida General Paz, una bella ruta que como un río de asfalto entre arboledas y césped circunvala la ciudad. Y hasta algunos de estos barrios liliputienses llevados por el ímpetu de su marcha habían atravesado ese límite hasta penetrar dentro del ejido porteño. La invasión se realizó por varios lados. Por el norte, en el barrio de Belgrano muy cerca de la más bella zona residencial de la ciudad ; por el sur en el linde con el Riachuelo ; por el oeste, en las proximidades de Liniers. Pero también irrumpió hasta algún lugar céntrico, descubriéndose una Villa Miseria en la calle Garay, equidistante de Plaza Constitución y Plaza de Mayo, a no muchas cuadras de la Casa de Gobierno. (Desapareció poco después de que fuera hecha pública su existencia.)

¿Qué estaba ocurriendo? Esto es lo que aquí se tratará de explicar. Se estaba registrando un cambio en el país y ese era uno de los signos exteriores. Ese cambio se proyectaba hacia la capital. Buenos Aires se convirtió en una ciudad congestionada por la afluencia de una doble corriente humana. Procedía una del exterior. En el cur-

so de la segunda guerra mundial y también a su terminación, arribaron a la Argentina importantes contingentes que no pueden calificarse exactamente de inmigratorios, porque eran harto distintos a esas densas columnas de trabajadores que llegaron a fines del siglo pasado y a comienzos del actual y que en su gran parte venían de sectores proletarios y campesinos y comenzaban por integrarse en iguales núcleos de nuestro país, aunque después evolucionaron económicamente. Ahora era diferente el nivel social de los que llegaban. Esquematizando, pudiera decirse que vinieron primero las víctimas del nazismo, correspondientes a la etapa del auge hitleriano sobre una Europa que parecía inerme. Luego, terminada la contienda, arribaron remanentes de los grupos vinculados a los que resultaron transitorios vencedores y terminaron siendo derrotados. Mucho escombro de aquel derrumbe vino a caer de este lado del Atlántico.

La otra corriente humana, aquella que se estacionó en su gran mayoría en sus umbrales, procedía del interior de la república y también de los países vecinos. Los que venían de Chile hasta el día de hoy ensanchan las Villa Miseria del sur de la república, desde Bahía Blanca para abajo. Los que procedían de Bolivia y, sobre todo, del Paraguay, fueron a parar a la Capital Federal, a lo que se llama el Gran Buenos Aires, es decir la capital y sus alrededores. Se estaba poniendo en marcha un gran movimiento migratorio interno. Y al decir « interno » es necesario insistir que dentro de ese término quedan comprendidos los dos países ya nombrados. La corriente migratoria desde el nordeste y el noroeste sigue el camino natural hacia la cuenca del Plata. Acaso este movimiento tal como espontáneamente se realizó y como aún se viene cumpliendo demostraría una especie de unidad por encima de la división política de lo que fuera el virreynato del Río de la Plata, el cual, por un curioso destino histórico, aparece reconstruído en las villamiserias de la capital argentina y en lo que hoy técnicamente se llama su zona conurbana. A medida que los trabajadores del Norte argentino descienden en dirección a Buenos Aires, van ocupando el lugar que ellos dejan en tareas esenciales los braceros bolivianos. En estos mismos días van a entrar por la provincia de Salta para participar en la zafra azucarera un total de 21 mil personas procedentes de Bolivia (*La Prensa,* 5 de mayo 1964). No hay estadísticas completas, pero una apreciación global permite asegurar que la cuarta parte de la población del Paraguay, cerca de medio millón de personas, se encuentra en la Argentina y buena parte de las mismas en la Villa Miserias. Por su propia magnitud esto deja de ser una mera referencia sobre la composición étnica de la Villa Miseria para convertirse en un aspecto muy interesante de un complejo fenómeno continental.

Aproximadamente desde 1945 la ciudad advirtió su propio crecimiento en detalles que afectaban a sectores mayores y menores de la población. Así, ya no fue posible ir un sábado de noche al cine o al teatro sin reserva previa de localidades. Parecida dificultad se presentó para ocupar una mesa en un restaurante. Los problemas realmente graves se manifestaron en el transporte y en la vivienda. Los vehículos de la ciudad registraron el exceso de población. Los subterráneos y los trenes del servicio urbano y suburbano reventaban de gente. Siempre iban llenos, y en las horas que correspondían a la entrada y salida de fábricas y de oficinas el apretujamiento se tornaba más que molesto, indecoroso, inhumano. Más que subir, la gente asaltaba los trenes. Se viajaba colgado de las puertas, con el peligro consiguiente.

Veinte años atrás, alquilar un departamento no era en Buenos Aires difícil. Pero de pronto pasó a la historia el clásico albarán que en las puertas o ventanas anunciaba una pieza o una vivienda desocupada. La edificación no se había detenido en tanto y muchas construcciones modernas se alzaban en la ciudad realmente renovada, pero sólo estaban al alcance de los sectores acomodados. Sirvió para absorber esta parte del excedente de la población. La clase media se mantenía en las anteriores viviendas de alquileres congelados. Los trabajadores que llegaban del interior sólo en el primer momento consiguieron ubicación en conventillos o casas de vecindad. (Distingue a éstas de los primeros un menor número de habitaciones.)

Aparece la Villa Miseria

Con la llegada de los primeros contingentes del interior nace la Villa Miseria. No la unificaba entonces ese nombre y cada una tenía su propia designación. Villa Cartón, Villa Piolín, Villa Jardín. Se advierte que sus pobladores no carecían de sentido del humor, que es ciertamente un rasgo distintivo del hombre del campo argentino, que nuestra buena literatura refleja. Muchos de estos conglomerados surgieron en la proximidad de las fábricas que se iban levantando en los alrededores de la ciudad.

El crecimiento industrial comenzó en el curso de la segunda guerra mundial. Ya había pasado esto durante la que comenzó en 1914, pero esta vez el incremento llevaba un ritmo más poderoso. Lo cual no quiere decir que fuera un crecimiento organizado, planificado. La industria creció al ritmo de las necesidades y de las perspectivas que creaba la imposibilidad de importar artículos que se adquirían en el extranjero. El país aprovechó como pudo la oportunidad que se le presentaba. Tradicionalmente productor de carne y de cereales, pudo modificar su estructura económica, pues sus obligados proveedores de maquinaria y combustible que eran los mismos que adquirían sus productos agropecuarios estaban primordialmente ocupados en la guerra. No podían producir las maquinarias que necesitábamos y al mismo tiempo dependían vitalmente del trigo y de la carne que podíamos enviarles. La industria creció desordenadamente. La contienda resultó más larga y de consecuencias más graves qué la primera. En la misma forma turbulenta crecieron los barrios de los trabajadores que llegaban continuadamente. El progreso industrial no se cumplió orgánicamente distribuído en todo el país y, por lo contrario, siguiendo una línea de deformación del equilibrio nacional, se concentró sobre todo en la capital y sus alrededores. El movimiento migratorio adquirió mayor volumen y un ritmo sostenido siempre en dirección a Buenos Aires.

La población de las Villas Miseria no está formada por nativos de todas las provincias argentinas. La mayor parte afluye de litoral y de esta región cerca de la mitad la aportan Entre Ríos y Corrientes. Un cuarto, Chaco y Misiones, un quinto Santa Fe. El resto viene del noroeste. Es un hecho que no llegan a las Villa Miseria nativos de Córdoba, ni de Mendoza, la primera, provincia con el más alto índice de electrificación en el país, donde se ha promovido un fuerte desarrollo industrial, y la segunda con una poderosa industria básica, la vitivinícola.

En el curso de este largo proceso, en los suburbios y en los extensos terrenos que rodeaban la ciudad se construyeron intensivamente, al solo impulso de la iniciativa individual, numerosas viviendas de material, surgiendo nuevos barrios de normal apariencia, constituídos por la casita tradicional y la residencia tipo chalet, que se integraron, no sin mejorar su aspecto, en el barrio común de Buenos Aires. Pero al mismo tiempo, como oscuros remansos formados por los excedentes humanos que en torrente iban afluyendo a la ciudad, se fueron multiplicando esos barrios de emergencia que se caracterizaban por otro tipo de construcción, prácticamente desconocido hasta entonces en Buenos Aires. Casuchas, casillas, ranchos, variedades de la choza y la cabaña. La unidad de vivienda puede tener uno, dos y hasta tres ambientes, pero éstos sólo merecen llamarse compartimientos, por su reducido espacio. El ladrillo está excluído, aunque se usa por excepción y tan sólo de canto, lo que resta solidez a la construcción. Se emplea sobre todo madera y lata. La chapa acanalada y el fibrocemento ya representan un progreso, pues comúnmente se utiliza madera de cajones de embalar autos (o de otro uso), y latas de envases de keroseno. Se recurre asimismo al rubiroid, un material que parece cuero, pero es cartón prensado. Desde luego el viento y la lluvia entran por toda clase de rendijas y agujeros. Pero dada su visible inseguridad, sorprende la casi increíble resistencia de estas casuchas frente a los peores temporales. Son en cambio muy vulnerables al fuego.

La degradación de la vivienda no es uniforme en una Villa Miseria, pues si algunas construcciones se levantan con desechos, o son ruinas de lo que fue desde el comienzo mísero, otras si bien son de ma-

dera han sido levantadas por carpinteros competentes de las mismas Villas o por empresas que se especializan en estas « prefabricadas », designación aquí falseada ya que su sentido originario alude al armado de una casa mediante el acoplamiento de partes previamente construídas. Esto es distinto. La casa prefabricada incluye en sus paredes los caños para instalaciones sanitarias y el agua, y los tubos para los cables de la luz. La casilla de una Villa Miseria puede a veces tener buen aspecto, constar de dos o tres piececitas, pero por definición de la realidad excluye la idea misma de instalación sanitaria. Hay villamiserias a las que legalmente o por medio de conexiones clandestinas se ha podido proveer de luz eléctrica, pero en ninguna existen instalaciones sanitarias ni provisión regular de agua corriente. Este es su peor rasgo distintivo. No hay servicio cloacal. No hay baños individuales y tampoco colectivos. Sólo pozos negros, al aire libre, que no son más que un agujero rodeado de una envoltura —ya que no puede hablarse de paredes— de arpillera. Este es uno de los aspectos más deprimentes y desoladores de estos barrios. Todo lo que la humanidad ha progresado en el orden de la higiene y el decoro asegurados por obras sanitarias, allí no existe.

El retroceso implica otro no menor en el orden médico. La salud y la dignidad humanas son paralelamente menoscabadas. En general la vida se realiza bajo el signo del hacinamiento y la promiscuidad, que dan por un lado su sello a la vida familiar y por otro contribuyen a desorganizarla. La gente vive amontonada, lo que impone un estilo a la existencia. El simple hecho de sentarse a la mesa es de casi imposible realización por la falta de espacio y aun de la mesa y las sillas necesarias.

Sin embargo la familia sigue siendo la agrupación básica, como en los demás sectores sociales. Se trata, en el caso más general, de la llamada familia nuclear o sea la que está constituída por el padre, la madre, y los hijos. (Grande es el porcentaje de la población infantil sobre el total de los habitantes de las Villas.) Casi la mitad de los matrimonios están legalmente registrados. Muchas uniones libres evolucionan hacia el vínculo legal. El casamiento surge de la aceptación de los valores de la sociedad urbana, distintos a los del lugar de origen

Agua y estado sanitario

La provisión de agua potable retrotrae esas zonas inmediatas a la ciudad a épocas pasadas. Cercanas por la distancia, están lejos en el tiempo. En una Villa Miseria de dos manzanas de superficie pueden existir una, o a lo sumo dos bombas de mano. Conseguir el agua para el mate, para cocinar los alimentos, así como la que van a emplear en la deficiente higienización que en la Villa es posible, representa una aventura, pues hay que caminar una o más cuadras atravesando zanjas, recorriendo callejuelas embardadas, y salvando otros obstáculos de parecida índole. Por supuesto que luego es preciso formar cola esperando turno para poder llenar un recipiente, pava, olla o balde. En todo tiempo hay, en cualquier lugar de la Villa, charcos, pozos y baches, pero aún falta imaginar lo que representa esta penosa rutina de buscar agua, que es parte del quehacer diario, en los días y en las noches de lluvia, cuando toda la Villa se convierte en un inmenso lodazal.

Desde luego la Villa no se va formando de acuerdo con un plan edilicio —es su negación— y si a veces o en un comienzo se distingue lo que es una caricatura de calle, la creciente aglomeración de las viviendas va dejando sólo callejuelas, corredores o pasillos entre filas de casuchas, las cuales terminan por formar un inextricable amontonamieto surcado sobre todo por zanjones y canaletas por donde corre o se estanca el agua sucia y maloliente.

Formados muchas veces esos conglomerados al lado y aun sobre el paredón de alguna fábrica, estos desagües conducen líquidos de desecho de los procesos de elaboración de aquellos establecimientos, que contienen no pocas veces sustancias químicas decididamente tóxicas que suman un factor más a la insalubridad de semejante ambiente. En este aspecto aún es necesario agregar un detalle más : a las Villamiserias no llega la recolección de residuos a cargo de los carros o camiones de basura

que son parte de los servicios municipales. Los desperdicios se acumulan y sólo el buen acuerdo de los mismos vecinos permite eliminarlos, sea enterrándolos en pozos o bien quemándolos, operación imposible de realizar cuando llueve o en general en días húmedos.

El estado sanitario es el que corresponde a estas condiciones, actualmente agravadas por la desocupación. Los lactantes son carenciales lo mismo que los escolares, por debajo del standard de otros sectores de la población. A los 40 años los hombres y las mujeres de la Villa Miseria están más cerca de la vejez que el resto de la gente.

No hay estadísticas sobre enfermedades. « La diarrea estival, nombre genérico (empacho, toxicosis, gastritis, etc.) de trastornos de origen digestivo, es una endemia con exacerbaciones epidémicas en el verano », que afecta a las Villas, pero no causa allí más estrago que en el resto del país donde anualmente mueren 30 mil niños por esa causa.

En las Villas hay tuberculosis, enfermedades venéreas, pero no se conocen cifras que tenga sentido mencionar. En general las condiciones son óptimas para todas las enfermedades. Sin embargo, en contra de lo que pudiera creerse, los registros asistenciales revelan que los casos extremos y más graves no proceden necesariamente de la Villa Miseria.

Creo que lo mismo puede decirse de la delincuencia. En los últimos tiempos las noticias de policía registran más episodios cuyos protagonistas son habitantes de las Villas, pero el porcentaje ni aun ahora parece mayor del qué aportan otros lugares a esa crónica cotidiana.

Por último, no me parece inoportuno mencionar en este lugar la cifra que consigna uno de los últimos números de *El Correo* de la UNESCO : en América Latina mueren anualmente un millón de niños. Supongo que los estadígrafos son personas a las que no se les altera el pulso fácilmente.

Estadísticas incompletas

Se han intentado varios censos de las villamiserias, pero los datos aportados son siempre parciales. Como se hallan situadas en distintos partidos (divisiones administrativas de la provincia de Buenos Aires) que rodean a la ciudad de Buenos Aires, el recuento de personas y viviendas se complica. Las estadísticas son siempre incompletas, con lo cual el manejo de los datos parciales sólo puede tener la apariencia de seriedad. Buen ejemplo de ello es un artículo publicado en México, donde se incurre reiteradamente en lo que se denomina en estadigrafía « muestreo incorrecto » del que derivan afirmaciones que se llaman « falsa inferencia ».

Debo al Profesor Gino Germani, director del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires (donde dicha materia se estudia) una referencia concreta y por ello importante sobre la población de las Villa Miseria en el Gran Buenos Aires (Capital Federal más los 17 partidos de su zona de influencia). Según una encuesta « por muestra », muy fidedigna, había 1,8 % de familias alojadas en esos barrios de emergencia, lo que equivaldría a una población de más de 140 mil personas, lo que concuerda con lo que consigna el Censo Nacional de 1960, cuyas cifras totales se tarda en dar a conocer.

El Profesor Germani me adelanta otros datos de gran interés, en relación con el tema. El Gran Buenos Aires, con la amplitud arriba enunciada tenía, según ese mismo Censo de 1960, una población de 6.777.000 habitantes que ahora puede calcularse en 7 millones. El 15 % de esa cifra (es decir alrededor de un millón de personas) viven en una sola habitación. Conviene no olvidar este aspecto en relación a la Villa Miseria.

A fines de 1963 la Jefatura de Policía de la Provincia de Buenos Aires dio a conocer un informe estadístico sobre las 120 villas de emergencia ubicadas en ese estado argentino incluídas las que rodean a la Capital de la República. « Este documento —dice la noticia publicada en el diario *La Prensa*— contiene datos sobre las condiciones de vida, origen de sus pobladores, ocupaciones, ingresos, servicios sanitarios y número de pobladores. » Copio lo que sigue : « En esta capital —se refiere a La Plata, capital de la provincia de donde procede la noticia de *La Prensa*—

hay 3 de esas villas ; 21 en Morón ; 34 en Lanús ; 37 en General San Martín ; 10 en San Nicolás ; 12 en Bahía Blanca ; 1 en Junín ; 1 en Mar del Plata. En total cuentan con 64.444 viviendas que albergan a 332.006 personas de las cuales 232.570 viven en Lanús, 50 mil en San Martín y 35 mil en Morón. De acuerdo con la estadística hay 130 mil hombres y 201.576 mujeres adultos, y 118.565 niños cuyos padres constituyen en un 70 % matrimonios no registrados. Del informe oficial surge además la procedencia de los habitantes de esas villas, los que en su mayoría son paraguayos, bolivianos, chilenos y peruanos ; entre los nativos predominan los correntinos y santiagueños. El promedio de habitante por vivienda es de 7 y no cuentan con ningún tipo de asistencia médica. »

Para la mejor comprensión de estas referencias aclaremos que San Nicolás, Junín, Mar del Plata y Bahía Blanca, son ciudades importantes situadas lejos de la capital. Estimamos correcto el dato sobre el origen de los habitantes, así como el orden en que se enumeran los cuatro países de acuerdo con el contingente que aportan.

Departamento de extensión universitaria

¿Se hace algo por la Villa Miseria?

No bien se conoció por vía de la denuncia periodística el problema, los estudiantes agrupados en la Federación Universitaria de Buenos Aires presentaron una iniciativa al entonces interventor de la Universidad Dr. José Luis Romero, con el objeto de concretar una acción efectiva en favor de esos conglomerados. Se constituyó una Comisión que preparó un plan de trabajo, cuya aplicación comenzó en 1956. La actual directora del Departamento de Extensión Universitaria Dra. Noemí Fiorito, que desempeña continuadamente esa función desde 1958, nos caracteriza la obra cumplida. Una doble finalidad se ha perseguido desde el comienzo. La primera, referida a la Universidad, y que consiste en proporcionar a cátedras o institutos campos de formación técnica y de investigación que posibiliten a los futuros egresados el conocimiento de problemas vitales de nuestro contorno y el aprendizaje de técnicas destinadas a la superación de los problemas encarados. El otro objetivo, en relación con los sectores donde se ejerce el trabajo, ha sido el estudio y solución de los problemas vitales, siempre en un esfuerzo conjunto que agrupe a los interesados y a los universitarios.

En mayo de 1956 el DEU dio comienzo a una experiencia piloto de educación en un área industrial del Gran Buenos Aires, en Isla Maciel, en la zona portuaria, con una población calculada en 15 mil habitantes. Se eligió ese lugar porque en él existía un núcleo antiguo de varias generaciones (de origen italiano), al que se había agregado en 1930 otro contingente procedente del interior y que con el primero formaba una base estable con un tipo de vivienda-conventillo muy característico. A este lugar afluyeron en 1945 los nuevos grupos provincianos atraídos por el desarrollo industrial. Se tuvo en cuenta Isla Maciel porque permitía estudiar el proceso de integración de la Villa Miseria constituída en último término, tercera oleada migratoria, en el sector más antiguo y más evolucionado. El primer paso fue el estudio de los problemas de esa nueva comunidad con los interesados, conocer la percepción que tenían los líderes y la comunidad de base. Luego se estableció un orden de prioridad para la labor que realizar. El primer lugar se asignó a los problemas importantes susceptibles de solución (salud, educación) ; el segundo al asociamiento —cooperativas de consumo— y saneamiento ambiental ; y el tercero a los de solución difícil (vivienda). Cada uno tiene dos formas de ser encarado : lo que puede hacer un servicio técnico para solucionarlo, y lo que puede hacer la comunidad colaborando con los técnicos.

Salud :

Se considera la aplicación de una Medicina Integral que comprende tres aspectos. 1° Recuperación de la salud (o sea curar). 2° Prevención (profilaxis y educación sanitaria). 3° Promoción, para obtener el mejor estado de desarrollo físico. Esto último es sólo una aspiración.

Todo este trabajo se organiza a través del

servicio médico del Centro de Salud que acaba de inaugurar un edificio muy superior al de que disponía hasta ahora, instalado con un 30 por ciento de contribución vecinal (colectas, mano de obra), contribuyendo con la mitad el ministerio de Salud Pública de la Provincia de Buenos Aires que presta su colaboración a la obra que se realiza. El Departamento de Extensión Universitaria logra movilizar a las organizaciones vecinales y a sus miembros para que ellos mismos organicen nuevos núcleos de labor. Así sucedió con el Club de Madres, que cumple una obra importante en todo lo que se refiere a la preparación de las madres para la mejor atención de sus niños. El mismo impulso se da a las campañas de saneamiento del ambiente a través de las organizaciones vecinales (comisiones de fomento).

Educación :

El problema más importante fue el de los niños que no concurrían regularmente a la escuela. En 1956 el tanto por ciento era un treinta y ocho. En 1961 la cifra se redujo a un 8 por ciento. El deterioro económico ha motivado un pequeño retroceso y en este año la deserción escolar alcanza al 12 por ciento. Se creó un Centro de Readaptación de desertores escolares, que trabaja activamente para integrar a esos chicos con problemas a un aprendizaje normal. Es una obra importante que atiende a todos los matices de una tarea delicada. Esos chicos —dice la Dra. Fiorito— sufren la frustración de un hogar deficientemente constituído e instalado y sienten su condición de miembros de una comunidad marginada. Se les ayuda a superar su sensación de inferioridad, que no se debe a un bajo nivel mental.

Se cumple asimismo un programa especial para adolescentes, educación para el futuro hogar que a su vez formarán, lectura de diarios, discusión de problemas sociales del momento, educación sexual. Por último, un plan de educación escolar y extraescolar de adultos, que además procura perfeccionar la convivencia a través de la actuación en asociaciones vecinales, clubs, etc.

Puede decirse que la obra del Departamento de Extensión Universitaria, que se viene desarrollando desde hace ocho años, es la única obra integral que se cumple en favor de las villamiserias y la dignificación de sus habitantes, los cuales, por cierto, secundan comprensivamente esa labor. Creaciones como la Cooperativa de Consumo, que funciona sin inconveniente, son muestra de la eficiencia de la obra que se realiza.

Extensión Universitaria trabaja de acuerdo con el ministerio de Salud Pública provincial y varias cátedras de la Universidad.

Colaboración de la Cátedra de Pediatría

Su existencia ha hecho posible o ha facilitado una útil cooperación con la cátedra de Clínica Pediátrica y Puericultura de la Facultad de Medicina, a cargo del profesor Florencio Escardó (ingenioso y brillante escritor además de médico), quien desde hace varios años coopera en la atención de Villa Maciel, dando lugar a una interesante experiencia. « El aprendizaje de la medicina del niño en el Hospital —dice el Dr. Escardó— da una visión parcial y fragmentaria de la infancia, pues allí solo acude el niño muy enfermo y dentro de una patología grave. Utilizando la Villa Miseria de la Isla Maciel como lugar de enseñanza « de terreno » se pone al futuro médico en contacto con un fenómeno que no debe ignorar, de la comunidad a la que pertenece, y le permite reconocer al niño sano y enfermo integrado en su medio ». Esta enseñanza incluye el 20 % del tiempo total o sea término medio 65 horas de trabajo por alumno y por curso. El ensayo resistido al principio por los hábitos del estudiante acostumbrado a una enseñanza académica, fue aceptado poco a poco y ha terminado por rendir resultados que el profesor Escardó considera muy satisfactorios pues « estimula vocaciones por la Medicina Sanitaria y Social, amplía el panorama pediátrico hacia las vertientes demográficas, sociales e higiénicas, y por la suscitación de un permanente ambiente de polémica sobre el ensayo ». El profesor Escardó deseaba elevar al 80 % de la labor total del curso el trabajo cumplido en la Vi-

lla, pero limitado esto por las posibilidades de consultorio y aulas, logró ampliar el aprendizaje en la Villa al 50 % del tiempo pedagógico. La cátedra coopera además con el Centro de Salud: hospitalizando a los niños enfermos en los casos necesarios, con un asesoramiento regular, y la provisión de medicamentos y leche en polvo.

Investigación sociológica

El DEU facilitó igualmente el análisis de esa realidad por el Instituto de Sociología. Su director el profesor Germani ha resumido la tarea realizada en estos términos :

« La investigación sobre la Villa Miseria de Maciel tenía tres propósitos :

a) obtener una *descripción* lo más completa posible de la población : tipos de familia, funcionamiento de la familia, trabajo, actitudes, causas de la migración, etc. La finalidad en este caso era la de proporcionar la información a Extensión Universitaria para su trabajo.

b) En segundo lugar la investigación tenía un propósito *comparativo* con la situación existente en otros países de América Latina. Fue patrocinada por la UNESCO para el seminario Latinoamericano realizado en Santiago de Chile, sobre 'urbanización'.

c) En tercer lugar se proponía estudiar comparativamente el proceso de adaptación de los migrantes internos en el ambiente urbano. Para ello se compararon tres grupos : inmigrados con mayor antigüedad de residencia en la ciudad ; inmigrados con poca residencia y por fin, nativos de la ciudad. Todos obreros o de comparable nivel económico-social. »

La tarea realizada se concretó en varios estudios siendo uno de ellos el que se conoce con el nombre de « Investigación Germani », de acuerdo con los propósitos antes enunciados.

Prejuicios populares

Hay barrios de emergencia dentro del perímetro de la ciudad. Pero no en el centro. Tampoco se encuentran en el centro comercial o residencial de los barrios. Parecen esconderse en los repliegues más ocultos, y a veces cuesta trabajo distinguirlos, resultando más fácil divisarlos en un viaje cuando el recorrido de los vehículos en los lugares donde la edificación ralea descubre mayores espacios. Pueden aparecer entonces en las proximidades de un gran Mercado como en Chacarita, o cerca de alguna vía de tren, o en sectores de la ciudad aún mal urbanizados como en el Bañado de Flores. Sin embargo, en Belgrano existen extensas Villa Miseria, en medio de una vieja zona residencial. Esto mismo ocurre a veces en el Gran Buenos Aires. Los conglomerados se han formado en extensos baldíos de zonas pobladas, de tal modo que cuando la Villa ha terminado de constituírse queda enclavada dentro de un barrio común de casas de material. Queda enclavada o enquistada, porque en realidad a la vista y también en el sentir de los pobladores circundantes se presenta como una especie de excrecencia o tumor. Y ya se sabe que el tumor no es exactamente parte del organismo, sino la manifestación de su enfermedad contra el cual la extirpación aparece como el único remedio. La verdad es que estos barrios no se integran en la ciudad. Constituyen un elemento extraño. Geográficamente pertenecen a la ciudad (al hablar de ciudad nos referimos siempre al Gran Buenos Aires que hoy se extiende casi sin interrupción hacia el norte, el oeste y el sur). De hecho, sus ocupantes se hallan incluídos en la fisiología ciudadana, como que trabajan en sus fábricas, viajan —redundancia es decirlo— en los vehículos del servicio de transportes, realizan sus compras en los negocios de los alrededores, asisten a las salas de espectáculos. Sin embargo el barrio en sí, dada su apariencia tan distinta, continúa discriminándose a sí mismo, pues marca desde su aspecto su diferencia con el resto.

El mundo que las rodea no mira a las villamiserias con buenos ojos. En el mejor de los casos flota como la idea de que se trata de un mundo extravagante parecido tal vez a un jardín zoológico. Puedo recordar mis propias impresiones antes de entrar por primera vez en una Villa. Conocía algunas desde fuera, y más de una vez las rondé. Las villamiserias funcionan como un universo cerrado —algunas incluyen almacenes y carnicerías donde sus poblado-

res se proveen— y cuando uno las descubre parece sumamente difícil y hasta peligroso establecer un contacto directo. El día que me decidí cambié de opinión. La gente es ciertamente recelosa. Se sabe que en algunas oportunidades recibieron con desagrado y hasta expulsaron a equipos cinematográficos que venían a filmar escenas correspondientes a tal escenario. El sentido común indica que reaccionarían de parecido modo los habitantes de otros lugares si fuesen enfocados por ese tipo de curiosidad fría que les hace sentir que esa aproximación sólo busca lo pintoresco, que ellos dudosamente sienten como característica de la propia vida. Puedo testimoniar, sin embargo, que no es imposible establecer contacto con ellos. La comunicación se hace inclusive fácil si reconocen un tipo de interés por ellos al que pueden corresponder. De mí puedo decir que mantuve verdadera amistad con hombres y mujeres, que fui recibido por familias en cuya vivienda fui invitado a compartir la mesa y a integrar la rueda del mate. La Villa Miseria no es un circo y sus pobladores de tipo medio nada tienen de fieras o de ejemplares para exhibición. Son gente común, y no pocas veces de un nivel superior al común ; pero no todos lo comprenden así. El prejuicio más corriente interpreta que el aspecto desalentador de las villas se debe exclusivamente a desidia de sus ocupantes. Más aún. Gentes de mejor posición y de las que podría esperarse que fueran más comprensivas aseguran que los pobladores de las Villas viven en ese lugar y de ese modo porque en realidad les gusta, y que ese es el tipo de existencia que prefieren y para la cual están preparados y predestinados por temperamento, por educación, por una fatalidad. Al respecto merece citarse una leyenda con todas las apariencias de realidad que contribuye a fijar esta imagen desfavorable. Hace algo más de un decenio se inauguró un moderno barrio popular con viviendas de material, y casi inmediatamente circuló como hecho cierto que los ocupantes de las casas de Los Perales —tal era el nombre del lugar— habían comenzado por utilizar en las cocinas la madera del parquet de los pisos, para seguir luego desmantelándolas progresivamente. La Dra. Fiorito, que dirige el Departamento de Extensión Universitaria, consultada por mí sobre este punto, aseguró que la versión es totalmente falsa. ¿Por qué y cómo se originan ésta y otras parecidas?

Otro tipo de comentario repetido señala que « esa gente » tiene « de todo » haciéndose especial hincapié en que en el techo de algunos de esos zaquizamíes se ve la antena de la televisión. El razonamiento es que si tienen televisor bien podrían trasladarse a una vivienda más decente.

En realidad es todo lo contrario, siendo mucho más fácil adquirir un televisor a plazos, que está al alcance de una familia obrera, que disponer de la elevada suma indispensable, no ya para comprar una casa, sino simplemente para alquilar un departamento o la más modesta pieza de material en una casa de vecindad. Pero además, los que victoriosamente agitan el argumento del televisor, como una prueba concluyente de que quienes de ese modo viven se hallan en su elemento en medio del barro y los desperdicios, falsean la realidad. Las estadísticas del Departamento de Extensión Universitaria dicen que de 1600 familias que habitan en la planta piloto de Villa Maciel, sólo tres se permiten el relativo lujo del televisor, hoy tan difundido en todas las capas sociales. Este dato concluyente no impide que a diario se escuche ese ensañado argumento que convierte a las víctimas en culpables.

Hay otros hechos que revelan que la Villa Miseria se comunica mal con el mundo que la incluye y produce, y que existe un preconcepto ciudadano contrario a esos provincianos que por el matiz propio de sus costumbres lugareñas son mirados en la ciudad como extranjeros, y aun en el sentido que se daba antiguamente a esa condición. Salvando todas las distancias —según se acostumbra a decir— así debían mirar los romanos a los bárbaros, con una mezcla de desdén y de temor. Ciertamente Buenos Aires reaccionó en el primer momento como ante una invasión, aunque se trataba de compatriotas. No debe pensarse en una verdadera hostilidad que, de existir, sólo se manifestó subconcientemente o en el fuero íntimo de la gente, sino en un repudio que se distinguió por un matiz humorístico, como lo revela el nombre que

les aplicó. La ciudad llamó « cabecitas negras » a estos recién llegados, y a pesar de la dosis de menosprecio que la expresión puede contener, debe reconocérsele asimismo una parte de sentimiento amistoso y hasta afectuoso, marcado por ese diminutivo que la atenúa. Aplicó este mote, que parece traducir una prevenida recepción a los provincianos en general, fuesen o no habitantes de las villamiserias. No sería ilógico preguntarse si esta actitud sólo traduce la sobrada mordacidad del porteño o es prueba, además, de una verdadera agresividad, pero tal vez los hechos dan la respuesta. Nunca hubo incidentes o demostraciones colectivas que permitieran hablar de conflicto abierto. En este sentido se me permitirá decir que el comentario que más me ha impresionado acerca de mi propia novela, es que ella contribuyó a cambiar el concepto general sobre los pobladores de las Villas, que antes eran considerados más severamente por el prejuicio popular que hacía opinar con dureza sobre esa gente y su modo de vivir. Se los miraba con desconfianza, considerándolos por anticipado como delincuentes. Los hay, en las Villas, del mismo modo que existen fuera de ellas, pero hoy el sentir general admite que se trata en definitiva de barriadas populares ocupadas por trabajadores y sus familias (1).

La Villa Miseria lugar de paso

Tal vez uno de los argumentos más efectivos contra la idea de que los pobladores de la Villa Miseria disfrutan de ese arraigo, es el hecho muy concreto de que para muchos de sus habitantes la Villa sólo funciona como un lugar de paso. Cuando un hombre o una mujer procedente de provincias consigue trabajo, tiene ya una conexión con alguien de su propio pago que le precedió en la aventura de Buenos Aires. Y si él es el primero, servirá para iniciar la cadena con familiares o amigos de su pueblo que tendrán en él una segura referencia, un estímulo, un elemento cierto de emulación. Pero en muchos casos el que llega y luego trae a su familia piensa únicamente en salir cuanto antes de la Villa Miseria. Durante muchos años no existió en la Argentina el problema del desempleo. La desocupación mostró su inquietante rostro en 1962 después del derrocamiento del Dr. Frondizi (2). Hasta entonces y durante los gobiernos que le antecedieron era muy frecuente que una persona acumulara dos puestos. La circunstancia, además, de que trabajaran varios de los miembros de una familia obrera permitió a muchas de ellas decidir la compra de un terreno pagado en mensualidades, en lugares poco poblados de los alrededores de la capital. No bien reunían el dinero indispensable instalaban una « prefabricada » o bien construían, trabajando en los días feriados, una habitación de ladrillo y un baño, lo suficiente para realizar el traslado. El abandono de la casilla en la Villa Miseria representaba unos pesos adicionales, pues la transferían o vendían a algún nuevo provinciano que a su vez iniciaba el ciclo. Esta etapa de progreso es un elemento característico de ese fenómeno social que es la Villa Miseria. Pero en no pocos casos, familias que lograron evadirse de la villa para ascender a una etapa superior, se vieron obligadas a regresar. Influían para configurar esta especie de derrota, diversas causas, una de las cuales, tal vez la más frecuente, era la distancia del nuevo domicilio al lugar del empleo, que seguía siendo el mismo al cambiar de vivienda. Cuando empezó a escasear el trabajo, el viaje se tornó especialmente oneroso si en el día no encontraban ocupación, pues inclusive se veía obligados a gastar en un almuerzo si aguardaban a ser empleados por la tarde después de per-

(1) En las últimas semanas se produjo una manifestación de repudio categórico. A los habitantes de una Villa que perdieron su vivienda en un incendio se les asignó un lugar para construir en el sector urbanizado de una localidad situada a 10 minutos de la Capital, y el vecindario se opuso a la instalación.

(2) Mi propia opinión es que la derrota electoral de Frondizi, en 1962, que desembocó en su derrocamiento, se debió a los votantes de las villamiserias del Gran Buenos Aires, electoralmente incluídas en la provincia de Buenos Aires, decidiendo el resultado en el primer Estado argentino, esencial en el conjunto, y que también lo fue para precipitar aquella crisis.

der la mañana. Y trabajasen o no, el hecho de tener que viajar una hora y más, restaba tiempo al sueño, al descanso. Al extremarse los inconvenientes por la desocupación, no tenían más remedio que regresar a la Villa. Se conoce el caso de familias que salieron y volvieron más de una vez, pues sólo se quedaban mientras las circunstancias eran más fuertes que su voluntad de irse.

Villa Miseria no es Villa Desocupación

Hay quienes acusan a Buenos Aires de egoísmo y la culpan de ser como es, una cabeza desmesurada para un cuerpo de deficiente desarrollo. Estos dos hechos son sólo síntomas del mal que los suscita. El país está hecho y funciona de determinada manera provocando esta desproporción, pero ninguno de los síntomas, ni juntos ni aisladamente, pueden ser confundidos con la causa del mal. Las Villasmiserias agravan la hipertrofia. Pero esta vez la mala política de concentrarlo todo en la capital, al par que acentúa el desequilibrio, permite sin embargo una forma de compensación a importantes sectores que, a pesar de la despiadada realidad de la Villa Miseria, han progresado en su situación. Este es el hecho real por inverosímil que parezca. Y esta es también una de las razones por las cuales se explica la existencia de estas villas así como la imposibilidad de resolver el problema que representan. Quienes las habitan proceden de una etapa aún inferior. Por mal que estén aquí, en su lugar de origen estaban peor, en el caso de los provincianos, y más claramente tratándose de campesinos empobrecidos de Bolivia y Paraguay. (Esta es una verdad absoluta, al menos mientras la desocupación no empeore fundamentalmente el nivel de vida que la capital les ofrece a través de la Villa. Por desgracia, en el año último el desempleo ha acentuado bruscamente la situación de los millares de familias que las habitan.) Debe comprenderse este hecho esencial que determina toda esta dinámica migratoria. La Villa Miseria a pesar de su nombre, imagen exacta en un sentido, no es un fenómeno causado por la miseria. La Villa Miseria no es la Villa Desocupación de 1934 y que, como su nombre lo indica, era producto de la crisis que siguió a la revolución de 1930. La Villa Miseria surge de un proceso inverso, un proceso desordenado y turbulento, pero de incremento económico, de progreso industrial, promovido en el curso de la segunda guerra mundial e intensificado en los años inmediatos a su terminación, durante el tiempo en que los sectores europeos, a los que siempre estuvimos supeditados, aún no habían conseguido rehacer su poderío.

Una importante etapa intermedia

¿Quiénes afluyeron para impulsar el engranaje de esta evolución de la estructura nacional? Este es un punto importante que hay que determinar, sobre todo porque existen al respecto ideas poco claras. No se debe creer que el campo se despobló de agricultores o que las estancias quedaron sin peones. También existió ese fenómeno, pues con arreglo al sistema de explotación de la tierra cuando la familia se agranda y los hijos se vuelven hombres, la chacra no puede alimentar a todos, y una parte deriva hacia las ciudades y las fábricas. Pero los mayores contingentes humanos tenían otro origen. La gente no viene directamente del campo, de sus áreas rurales. Siempre hubo en los alrededores de las ciudades del interior grandes ranchadas que anticiparon a las villamiserias capitalinas y que hubieran merecido con más justicia ese nombre, porque eran efectivamente un fenómeno originado en una extrema pobreza. Esas ranchadas estaban ocupadas por una especie de lumpen formado por individuos que el campo no alcanzaba a englobar y alimentar, y que tampoco llegaban a tener sitio y trabajo en la ciudad. Se agolpaban entonces a sus puertas y mal vivían de changas, trabajos circunstanciales, una actividad en la que estaba comprometida su dignidad humana y la de sus familias. Este sector es probablemente el que más decididamente respondió al llamamiento que le llegaba de las fábricas. No era por su gusto por lo que haraganeaban como malvivientes en su lugar de origen. Es necesario para entender el problema, prestar atención a esta importante

etapa intermedia de la ranchada de las ciudades del interior, que fue durante mucho tiempo una especie de embalse de la oleada migratoria interna.

Ranchería y campamento improvisado

Permite comprender además el doble aspecto que presenta el problema de la vivienda degradada, que tiene aparentemente una sola cara, la cual oculta un distingo esencial, en la Argentina, en el resto de América y también en Europa. Una cosa es el viejo ranchería que simboliza la constante miseria estable y fosilizada, y otra cosa son las villamiserias que han surgido como campamentos improvisados en torno a una nueva actividad industrial. Entiendo que las charnecas de la capital de Venezuela, así como las viviendas que componen el llamado cinturón de fuego de Lima, de cuya existencia da cuenta la nueva literatura peruana, pertenecen al género de la Villa Miseria argentina. Representan la consecuencia de un progreso, deformada hasta lo inimaginable, pero dentro de una línea de evolución. En cambio la población callampa de Chile, o el cantegril del Uruguay pertenecen más bien al esquema de la indigencia tradicional.

El fenómeno es universal. Véase lo que ocurre en Inglaterra de acuerdo con una reciente declaración de Harold Wilson, líder de la oposición, que copio del diario *La Prensa* : « La política de los conservadores —dijo el jefe laborista en la ciudad de Liverpool hace pocas semanas— ha creado un sudeste (la región de Londres) congestionado y un norte hambriento. » Wilson agregó, según el mismo cable, que el primer ministro sir Alec Douglas Home « debe ir a Liverpool para ver con sus propios ojos las pruebas —barrios miserables y desempleo— de lo que han hecho los conservadores en el país durante los doce años que han gobernado ».

La batalla iniciada en estas semanas por el Presidente Lyndon B. Johnson —« en nuestra época eliminaremos de América la pobreza, nuestro propósito es establecer una sociedad en la que los hombres sean tratados con igualdad y en la que cada ciudadano tenga la parte que le corresponde en los frutos que se producen »— replantea un problema omitido, el del « hombre olvidado » que trató de reivindicar Roosevelt. Y ciertamente Roosevelt encontró en 1933 un país en el que se multiplicaban las « Hooverville », parecidas a la ya mencionada Villa Desocupación que contemporáneamente tuvimos en Buenos Aires.

Origen del nombre Villa Miseria

En un artículo publicado en una revista de México se dice que « la objetividad popular » designó con el nombre de Villa Miseria a estos conglomerados. Supongo que también las creaciones folklóricas tienen autor, aunque éste sea desconocido. En todo caso la historia es muy reciente, pues data de 1955, y puedo aportar una referencia concreta sobre esa denominación. Yo conocía de unos años antes estos extraños barrios de frágiles casuchas bajas construídas con toda clase de desechos y frente a las cuales algunos ranchos provincianos de adobe son una agradable y riente mansión. (Creo que la literatura está en total desventaja frente al cine para describir el aspecto exterior de estos « barrios de emergencia », pues una buena fotografía muestra lo que la palabra sólo puede sugerir.) El tema estaba prohibido para el periodismo, y circulaba la versión —por lo demás exacta— de que el entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires había ordenado circundar con un muro de cemento uno de los mayores conglomerados para que no se divisara desde el Autódromo Municipal, como él mismo lo descubrió al concurrir a una carrera de automóviles. Ya está dicho que esas villas no tenían entonces una designación común, sino cada una su propio nombre. Las rondé fascinado durante bastante tiempo sin decidirme y —¿por qué no decirlo?— sin atreverme a entrar. El contacto se estableció finalmente al descubrir que en una de las casuchas de uno de esos barrios alineadas sobre una calle pavimentada había un puesto de venta de cigarrillos. Al comprar un paquete se estableció un espontáneo diálogo con los formoseños (nativos de la provincia argentina de Formosa) que lo atendían. Eran albañiles que además se ayudaban de ese mo-

B.D.I.C

do. Tuve a través de ellos la primera vislumbre de un interesante cambio. Los albañiles eran tradicionalmente italianos en la Argentina, pero en los últimos años alternaban con ellos, reemplazándolos casi por completo, trabajadores del interior de nuestro país, que encontraban en la construcción una segura fuente de trabajo. Los formoseños se mostraron comprensivos y atentos, y por de pronto me permitieron advertir mis propios inconscientes prejuicios. No se trataba de una comunidad especialmente exótica. No era un circo, era simplemente un barrio, con características propias que poco a poco fui descubriendo, pero en definitiva habitado por gente de pueblo. Esa villa se llamaba Villa Maldonado, y su comisión de vecinos planeaba denominarla Villa Hortensio Quijano, en honor del entonces vicepresidente de la República, nativo de la provincia de Corrientes, de la que eran oriundos muchos de los pobladores del lugar. La existencia de la comisión de vecinos resultaba en sí misma significativa y facilitó mis averiguaciones. Estaba formada por personas capaces —varios eran paraguayos— que impresionaban muy favorablemente sobre el nivel de esa gente. Tenían clara noción de sus problemas y de la necesidad de imponer normas y de trabajar para el mejoramiento de las condiciones existentes. Repetí mis visitas hasta familiarizarme con esa realidad y las repetí más intensamente en octubre de 1955 cuando, producido el cambio de gobierno, se hizo posible escribir sobre el problema. Propuse entonces la « nota » a mi diario, que la aceptó. El 21 de octubre de 1955 apareció en *Noticias Gráficas* mi primera crónica: Era un reportaje sobre esta Villa Maldonado, « una de las muchas Villa Miseria que existen en el Gran Buenos Aires. Bandadas de chicos acompañaban al cronista y al fotógrafo, angustiándonos su presencia a pesar de todo alegre y bulliciosa, en medio de esas zanjas fétidas, en medio de esos charcos y al margen de los montones de basura en los que podía descubrirse entre los desperdicios alguna rata muerta ». Esa fue la primera vez que se empleó la expresión Villa Miseria, surgida enteramente al correr de la máquina y que dejé escrita a pesar de que recuerdo muy bien que yo era consciente de que esa denominación, la más adecuada al aspecto de esos barrios, era equívoca en cuanto a las circunstancias que la determinaban, y que entonces ya conocía por mi prolongado contacto anterior. El problema surgió de este modo a la consideración pública, con un rótulo que de algún modo lo definía. Al ser diagramada la crónica en la mesa de la Secretaría se empleó en el título la nueva expresión, que apareció además en letras mayúsculas sobresalientes entre las minúsculas del resto del titular. Muy pocos días después el tema fue enfrentado por el periodismo en general que difundió la designación, que desde entonces tiene vigencia, hasta ser incorporada a la terminología sociológica de todas partes. En la novela utilicé ya deliberadamente la expresión que yo había creado en forma circunstancial.

Considero oportuno reproducir dos párrafos más de esa nota inicial, pues nos retrotrae a la revelación del problema a la opinión pública.

« En Villa Maldonado —decía— se ha constituído una comisión de vecinos con cuyos miembros hemos conversado. El lugar se halla íntegramente habitado por gente de trabajo. Son familias de obreros que carecen de vivienda adecuada. No encuentran pieza, no pueden pagar un departamento y se han visto obligados a levantar una casilla en el lugar, llenándose poco a poco el gran baldío que es ahora un pueblo en miniatura. De acuerdo con lo expuesto por la comisión de vecinos de Villa Maldonado, el lugar necesita de una acción edilicia inmediata con la cual las condiciones podrían variar sustancialmente. En primer lugar es necesario construir dentro del barrio algunos desagües. También en los alrededores. Cuando llueve se crea para todas esas familias un problema terrible. La calle Rivadavia se llena de agua y un enorme caudal inunda todo el lugar, que queda prácticamente en el agua. Los bomberos han debido intervenir más de una vez acudiendo en auxilio de los sitiados por las aguas, con el agregado de que no es fácil llamar a los bomberos en medio del temporal, pues desde luego no hay allí un teléfono y resulta muy difícil salir en medio de la inundación. »

Decía mi crónica en otro lugar : « Es to-

do un universo que hace recordar las fotografías de los campos de concentración cuando se mira todo esto en conjunto. Se trata de las viviendas en que viven normalmente, en este solo lugar, unas dos mil personas, 300 o 400 familias en total, con una población infantil de no menos de 500 chicos. » Y terminaba : « Y tal como lo hemos dicho éste no es el único barrio de esa índole, las Villa Miseria se multiplican por todas partes. Al encarar esta situación debe tenerse en cuenta que los ocupantes de esos barrios forman parte del pueblo trabajador, son obreros, con aspiraciones como las de todos los seres humanos, que se creen con derecho a vivir no en casillas de perro, sino en viviendas modestas pero confortables, en las que sus hijos cuenten con ese mínimo de comodidades que la higiene y la moral aconsejan. Indignación y dolor se siente recorriendo Villa Maldonado, que es sin embargo pequeña, y muy superior en su aspecto a Villa Jardín, donde millares de familias se amontonan en habitáculos aún peores que estos que con pena hemos recorrido. rodeados por montones de chicos atraídos sobre todo por la presencia del fotógrafo, quien ha podido documentar todo esto que estamos denunciando, que todos por sí mismos debieran comprobar. »

Escribí esto, como ya dije, en el vespertino *Noticias Gráficas* el viernes 21 de octubre de 1955. Han transcurrido ocho años y medio y la situación sigue siendo la misma, pero agravada en los últimos años por el desempleo, que ensombrece con sus propias consecuencias este cuadro.

Los incendios

Desde que Germán Arciniegas me pidió en noviembre de 1963 un artículo sobre las villamiserias para su revista, se produjeron varios impresionantes incendios que dejaron sin vivienda —nunca como entonces se comprueba que es efectivamente precaria— a centenares de familias. Hagamos una breve reseña cronológica.

Domingo 25 de diciembre de 1963 : En Dock Sud, sector del partido de Avellaneda contiguo a la capital, un incendio destruyó 300 viviendas quedando sin techo 1500 personas. Estalló avanzada ya la Nochebuena, exactamente a la 1.30. No se logró puntualizar en qué vivienda se inició el fuego que al propagarse arrasó todas las inmediatas. La gente sorprendida mientras dormía perdió casi todos sus muebles y ropas. « No obstante —dijo un avispado cronista— algunos pobladores rescataron aparatos de televisión y radio. » « Los moradores del lugar —sigue la misma crónica— se alejaron rápidamente del foco del fuego, agrupándose en las inmediaciones, al abrigo de la intemperie, especialmente en las arcadas de sustentación del puente Nicolás Avellaneda. » Corresponde aclarar que de todos modos estaban a la intemperie, pues el puente es altísimo. Una persona murió en el incendio. Las víctimas del incendio fueron alojadas en galpones del ferrocarril y en cuarteles, haciéndose cargo el ejército del aprovisionamiento de ropa y alimentos para los que perdieron techo y enseres.

22 *de enero de* 1964 : Media hora después de la medianoche empieza un incendio en un barrio de emergencia situado en San Martín, ciudad, como Avellaneda, contigua a Buenos Aires, cuya edificación prácticamente continúa. Como en el caso anterior la alarma despertó a la gente, que abandonó sus viviendas. Los bomberos trabajaron eficazmente, circunscribiendo el fuego, que sólo destruyó 30 casillas. Quizás por primera vez se consigna, tratándose de una Villa Miseria, una estimación de los daños, que según « La Prensa » se han calculado en un millón de pesos.

28 *de enero :* En Ciudadela, en el Gran Buenos Aires, fuera del perímetro de la capital, pero muy cerca de su límite. Estalla una cocina de keroseno en una vivienda de cartón prensado y madera. El fuego se propaga rápidamente. Fueron destruídas 77 casillas y los bomberos lograron salvar 100 del fuego. Quedaron sin techo 500 personas.

4 *de febrero :* Una Villa Miseria dentro de la ciudad, en el barrio de Belgrano, frente a tres modernos monobloques pertenecientes a la Municipalidad. (Es un contraste llamativo el de los dos tipos de edificación.) Malogró el esfuerzo de los bomberos la falta de presión del agua. Quedaron destruídas 200 viviendas de las 300 que componían el barrio. El incendio fue particularmente violento, pues la gente del

lugar —en el cual se carece de corriente eléctrica— tenía almacenado mucho keroseno y alcohol para cocinas y lámparas. *La Prensa* anota : « En esferas policiales fuimos informados de que la manzana es propiedad privada y que sus dueños tienen pendiente un juicio por desalojo y usurpación que data de diez años atrás. » Este detalle tiene interés, pues el rumor popular atribuye a veces el incendio a los propietarios de los terrenos ocupados por las villamiserias.

23 *de febrero* : En Villa Celina, partido de La Matanza,contiguo a la capital. La gravedad de este incedio se determina no sólo porque fueron destruídas 35 casillas de las 40 que lo componen, sino porque además murieron dos personas. Se ignora cómo y dónde se originó el fuego, que encontró un material fácilmente combustible en el cartón prensado y la madera utilizada de modo predominante en la construcción de las casillas. Quedaron sin vivienda 150 personas. La crónica termina con esta referencia : « En un corralón municipal se alojaron 39 familias, con un total de 81 personas, incluídos 34 niños. »

En todo este panorama no debe en ningún momento olvidarse la gran cantidad de niños, que son parte importante de la población de las villas. Esta catastrófica seguidilla fue comentada por *La Prensa* en un editorial titulado « Ya van muchos incendios », en el que se señalaba que si por los materiales usados para improvisar estas viviendas el riesgo de incendios era permanente, llamaba esta vez la atención « cierta simultaneidad antes desconocida ». Aconsejaba extremar la averiguación de las causas que los pfoyectaron. En el parlamento se presentó una petición de informes al Poder Ejecutivo sobre el mismo problema. El diario, lo mismo que el legislador, recogían el sentir de la opinión pública impresionada por estos hechos. 742 viviendas destruídas y 3300 personas que debían volver a empezar desde cero.

Leyendo esas crónicas me parecía repasar mi propia novela, que menciono para documentar la continuidad de estos desastres a través del tiempo. Tengo motivos para recordar que terminé de escribirla el último día de 1956. Han transcurrido siete años, y todos los veranos se repiten los incendios. El calor reseca estas viviendas y las pone a punto para arder, de manera que al menor estímulo el fuego las arrasa, dependiendo del azar la magnitud del daño. El incendio es un factor más en el cuadro del sufrimiento en el universo de las villas.

Para resumir

He tratado de describir a rasgos generales las circunstancias en que han venido a Buenos Aires y las condiciones en que viven varios cientos de miles de personas.

No se comprenderá bien el problema si se olvida que entre ellas se reclutan grandes contingentes de trabajadores, muchos de ellos especializados y aun calificados, dentro de los más varios sectores de la actividad fabril. Son metalúrgicos, obreros de los frigoríficos, mecánicos de construcciones navales, de la industria química, de la construcción. Otra parte provee de peones y estibadores al puerto, cuyas tareas, como algunas del trasporte, exigen menor preparación.

El problema de la Villa Miseria ocupa diariamente a la prensa argentina. Se mencionan planes para construir viviendas y se habla bastante de « erradicación ». Erradicar significa arrancar de raíz. Aplicado al tema es una especie de neologismo que constituye tal vez el único saldo de tantos proyectos. El problema sigue inamovible.

¿Por qué no se resuelve? Por una razón simple. Se va sólo a los efectos, a la manifestación exterior. Es como si un médico en presencia de un enfermo con extrañas llagas se aplicara sólo a una cura local sin atacar las causas.

Por eso mismo debe entenderse que el *bien* de la industrialización no causa el *mal* de la Villa Miseria. Industrialización y Villa Miseria son los términos de la ecuación de un crecimiento desordenado. Ambos hechos, correlativos, deben inscribirse en el marco más amplio de la vida nacional. Insistimos en señalar que entre el campo y la ciudad hay una importante etapa intermedia, la ranchada en torno a las ciudades del interior, que ya anticipaba la Villa Miseria, probando además que el campo en su estructura actual nunca pudo incorporar a un nivel de relativa pros-

peridad a todos sus grupos humanos. Por lo contrario, una parte importante quedaba excluída, esa que tan malamente se ubicaba en las orillas de las ciudades provincianas, desde donde dieron el salto a la capital. La industrialización atrajo a esas masas, ya anteriormente desalojadas de un campo inhospitalario que las segregó a las ranchadas suburbanas del interior. La capital les ofreció trabajo, lo que representaba un inmediato progreso. La industria no los ubicaba a todas, pero el aumento del potencial, siempre elevado de Buenos Aires —su población es varias veces la del Uruguay y equivalente a la de Chile— permitía absorberlos en múltiples tareas que no eran necesariamente las de la fábrica. Pero la ciudad no podía ofrecerles mejores condiciones que al resto de sus sectores proletarios, los que a su vez se hacinan en los conventillos y repiten entre paredes de material el drama de una existencia durísima. El costo de la vida en alza incesante, y agravado desde 1959, les dejaba lo estricto para vivir. El exasperado aumento desde marzo de 1962 y que hoy continúa, los aproxima velozmente a su primitiva situación en la provincia.

Para terminar : la Villa Miseria es un síntoma y no la enfermedad en sí, por lo cual no se puede aislar del organismo argentino y latinoamericano al que afecta y que lo produce. No es un problema en sí, sino una encrucijada viva de todos los problemas. Y esto explica que se sucedan los gobiernos y ninguno lo resuelva.

MARCO ANTONIO MONTES DE OCA

Trabajos del amor nunca perdido

Más *muerto que vivo*
El tiempo maniatado nos mira hacer :
Ahí lo tenéis impotente y genuflexo, bañado de noche
Como un canto que se obstina y ya no entorna la piedra sepulcral ;
Ahí está : miradlo blanquear como un cráneo de caballo
Y más bien mudo, inútil,
Girando en espirales enlutadas,
Desgajado de nosotros a golpes de hacha.

El tiempo no está más vivo que la zalea de tigre
Que calienta mi piecera.
Y he aquí que lentamente esperanzo mis tambores ;
Caravanas de olas pulen el horizonte nuevo,
Ritmos manan de la frente como mariposas
A través del herido corazón de la luz ;
Mis zapatos como peces negros,
A contracorriente de la música
Suben por el vacío hasta mi pecho :
Entre unánimes resplandores todo se trastrueca
Y un valle de minutos zozobra en torno mío.

¡Oh sí, esperanzo mis tambores!
La fiera horrible del tiempo
Se anega entre vaharadas de polen y turquesa
Y se asfixia al centro del gran cinturón de teas :
Sólo hace falta estrechar el cerco ;
Hombro con hombro, mano con mano,
Formamos entre todos el nudo corredizo .
Aún hemos de apretar hasta dejar exangüe al enemigo :
Lo hemos de ver guillotinado
Por sus propias manecillas.

Y entonces el hombre recién llegado para siempre,
Esparcirá por doquiera sus jeroglíficos de fósforo ;
Sus chispazos surgidos desde lo profundo de un habla ignota,
Su ira sacra que rompe contra el pecho las tablas de la ley,
Los códices las tablillas tatuadas de historia

Para comenzar de nuevo en sí mismo
Y en la curva más alta
De una blanquísima pagoda.

No, no tardará mucho el hombre recién llegado.
Por su falta de obras lo reconoceréis
Y también por sus insignias como centellas retorcidas,
Por sus actos sobre ese tiempo domesticado
Que al decrecer en su poder nos pone lo imposible a tiro de honda
Y abre nuevos valles, nuevas eras
Donde el rocío deslumbrado ya no parpadea.
Donde el primer ciervo vuelve a nacer,
Donde el primer hombre vuelve a morder la primer manzana
En la tierra que danza bajo los pies
Y entre los dedos,
No como un cataclismo
Sino como un mundo alado que arrecia su velocidad
Y que deja atrás la barrera del sonido
Y se precipita en mortal zambullida
Hacia las vírgenes recámaras de un destino de fuego y perfección.

No, no es aquí donde termina la cólera risueña,
Ni he dicho aún de cuántos hemisferios consta mi valle,
Ni con qué lobo dorado
Comparto mis ganancias.
Una tempestad de huesos sucede a otra
Y no siendo el primogénito del sueño,
Pero sí el que sabe desgranar su poder elemental
Y el que le cambia pañales a la luz
Cuando la felicidad brilla de frente ;
Saqueo a dos manos los graneros de zafiros,
Mis óseas despensas abro de par en par
Y todo lo riego y lo reparto
Como un ventilador furioso
Que sopla sobre una fiesta de falenas uniformadas de arco íris.

Y he aquí que no descanso y alzo tan alto como puedo la luminaria enguirnaldada,
El espejismo que sangra manzanas perfumadas,
La mañana surcada por ninguna voz
Y por ningún silencio.
¿A qué descansar cuando la gracia nos electriza
Con su inmortal espaldarazo,
Y los vistosos organismos del sueño
Beben, cual murciélagos especiales,
La sangre dorada del relámpago?

Cierto estoy de que atrás de la voz algo se prepara ;
Jaurías espejeantes arrastran iconos
En la iglesia incendiada
Y salen después a perseguir séquitos de reinas trastornadas
Y a vivir en la exultación permanente,
A vivir el papel de los aullantes motores
De una cruzada recomenzada desde siempre :
La de los niños y mujeres

Dulcemente sentados a la mesa del futuro,
La del hombre que ha soñado hasta perder el sentido de la desmesura,
La del infeliz que ha sido talado del suelo
Con el filo de los vientos adversos.

No, no descansaré guardando mi corazón detrás de un muro de armadillos
Ni efectuaré la doma o cancelación de los rugientes poderes
Previamente azuzados :
Antes bien ; me verán descarnado y gimiente,
Con la mano apuntalándome el mentón,
Usando de torniquete al hueso más querido
Cuando las ilusiones huyan del apestado cuerpo de la realidad.

Y mientras el cuervo crascita y cae
Y ensucia la pechera de la nieve,
Como un voltejeante lunar en la callada estepa,
Y sus últimas plumas bajan
Como sombras de cuchillos
O levísimas canoas que se columpian en el aire ;
Yo, el paria que postula desde su vivo amor
La total abrogación del tiempo ;
Miro cómo tiemblan aquí mirajes desolados,
Canciones nunca oídas,
Valles ocultos tras una máscara de pájaros,

Tiemblan aquí llaveros de sol,
Sobre un millón de heladas puertas
Que sólo después de mucho
El golpe del hombro entorna.
Tiemblan aquí distancias acuchilladas por mensajes amorosos
Y frondas opulentas
Y viudas que se acuerdan del trotar de las campanas
Sobre las diversas islas de su solo cuerpo.

Y entretanto, lamento que la noche y mis pupilas no se entiendan.
Porque es enorme la renta que pago
Por habitar mi cuerpo ;
Enorme el reposo que yo quisiera
Para esta mi sien tan herida y casi viento
En su nunca tener casa
Ni bandadas propias bajo el alba.
A medias vivo en esta penumbra
Donde la vela llora sus estalactitas blandas.
Y sin embargo, podéis verme encarcelar al pañuelo
En la época del lloro
Y usando de no sé cuántos rebaños interiores,
Para llenar de golpe la propicia almohada
Donde otros han de urdir
Su reconciliación definitiva con la tierra,
Cuando sus quillas de papel
Hiendan el universo
Y se asombren al saber de un reino
En que alguna vez fueron joyas sus escamas.

Y es por todo esto que yo reconcentro la suprema fuerza
Aunque nadie haya sabido
Para qué ni para quién.
Por eso digo de virginar la selva,
Armándola con sus prendas primitivas,
Con sus atavíos de antes de nacer.
Es por todo esto que yo sueño en derrumbar el señorío del tiempo
Y que no me concedo reposo,
Y que los muertos respiran por entre la verde chimenea de las encinas
Y que el poema se repliega en sí mismo
Para convertirse en un río perpetuo, embalsamado y salmodiante.

El pueblo de "Exodo"

POR BENNO WEISER

Antes, la gente que venía a Israel para conocer al « pueblo del libro » pensaba en la Biblia. En los últimos años, los que vienen para conocer al « pueblo del libro » se refieren a la novela *Éxodo*. Tantos años después de su aparición ya no importa emitir opiniones sobre el valor literario de este « bestseller ». Baste señalar que, al parecer, el mundo esperaba un relato sobre la epopeya de la restauración de Israel, y León Uris aprovechó la ocasión. Después de verse abrumados, estremecidos y acaso también un poco fastidiados por volúmenes que pintaban el martirologio de los judíos en nuestro tiempo, millones de lectores se abalanzaron con avidez sobre un libro que describe a los judíos heroicos que crearon el Estado de Israel. No son los mejores libros, precisamente, los que hacen historia. *La cabaña del tío Tom,* por cierto, no supo de galardones literarios. Ningún otro libro ha hecho por Israel lo que hizo *Éxodo*. Millones de no judíos llegaron a tener una visión distinta del pueblo judío, enmendando los prejuicios y los moldes aceptados. Miles de judíos que hasta entonces habían mirado con frialdad el Estado de Israel, sintieron de pronto curiosidad por conocer aquella estirpe heroica de su pueblo, que había cambiado su status a ojos de sus vecinos gentiles, sea en Los Angeles, en Bogotá o en Melburne. Comerciantes, abogados y dentistas descendieron de los aviones en Lydda y comenzaron la búsqueda, con un brillo de éxtasis en los ojos, de tipos como Ari Ben Canaán, el romántico protagonista de *Éxodo*. Sus esposas lucharon —a veces en vano— con la tentación de palpar con sus dedos manicurados el biceps de un tosco campesino de kibutz.

Viéndolos venir por millares en su afanosa búsqueda de una coartada contra la figura estereotipada del judío sumiso o sufrido, me pregunté muchas veces cuál sería mi satisfacción si yo tuviera la misma necesidad anímica de encontrar héroes por doquier y si la aplicara a la gente en mi derredor. Cuento con cuatro vecinos en la casa de departamentos donde me alojo. Uno es un muy prestigioso profesor de universidad, el otro subdirector en un ministerio, el tercero director de una escuela, el cuarto un hombre de negocios. Todos ciudadanos muy útiles, dos de ellos incluso sobresalientes, pero ninguno haría resplandecer los ojos de los turistas. La mayoría de la gente con que tengo contactos de trabajo, son funcionarios. Directores de ministerios, jefes de departamentos y también gente de menor jerarquía. Los unos talentosos, algunos sin duda brillantes, otros simples burócratas y, supongo también, la cuota normal de imbéciles. Pero tanto los más brillantes como los más imbéciles causarían la misma decepción al buscador de héroes. Son funcionarios. Si son héroes, es porque se arreglan para vivir de sus sueldos. Este país no puede darse el lujo de tener héroes « crónicos ». ¿Qué es un héroe? Un hom-

bre común, que en el momento preciso y en el lugar apropiado hace con valentía (o con miedo en el alma) lo que su país espera de él. Después, si sobrevive, vuelve a sus faenas normales, a su vida cotidiana. Los héroes permanentes son aquellos que no sobreviven a sus hazañas. El término de muerte heroica se aplica fácilmente a cada cual que cae en el campo de batalla. ¿A cuántos se aplica el calificativo de vivir heroicamente? Si se quiere, todo israelí que vive rodeado por vecinos treinta veces más numerosos, que diariamente lo amenazan con la muerte, es un héroe. Pero, en verdad, no es consciente de su heroísmo. Si lo fuera, no podría sobrellevar incesantemete la idea. Debe olvidar y olvida, así como el campesino que cuida sus viñas en las faldas del Vesubio tiene que olvidarse de que el Vesubio es un volcán.

Pienso en todo esto a raíz de una sorpresa que me dieron una de mis colaboradoras y un periodista español que nos visitó recientemente. Miriam es argentina de nacimiento y hace unos diez años concretó su « aliá », o su *ascenso* como llamamos con ausencia de modestia a la inmigración desde el resto del mundo a Israel. Ingresó en un kibutz, se casó y tuvo una hija. El matrimonio terminó en divorcio y después de varios años sobrevino otro divorcio, más difícil : el del kibutz. Una anciana austríaca que fue niñera de mi mujer, que proviene de una familia de campesinos y que nos visitó por algún tiempo, se sintió embargada de conmiseración cuando la llevamos a visitar un kibutz. « ¡Esas pobres gentes —fue su comentario ante uno de los experimentos más característicos de Israel—, trabajan tan duramente y nada les pertenece! » Con su instinto de campesina, sólo supo advertir que los miembros del kibutz son materialmente « pobres », porque el kibutz no conoce la propiedad privada. No logró penetrar en la posibilidad de satisfacciones que suministra la conciencia de vivir fiel a un ideal y la de crear riqueza colectiva. Pero si su conmiseración estaba fuera de lugar, yo la siento hacia todo miembro de kibutz que lo abandona. Pues ello equivale a reconocer que al vivir en aras de un ideal estaba en un error. Además, como ha creado riqueza colectiva que no se puede dividir, sale con una miserable contribución de 25 libras de parte de la tesorería. Es poca retribución por 10 o 15 años de trabajo. Y después debe afrontar la vida en la sociedad capitalista, para escapar de la cual se había refugiado en un kibutz. Por añadidura lo persigue un complejo de culpabilidad frente a sus ex compañeros. Hay una sola cosa que se puede considerar peor fracaso que abandonar el kibutz : es abandonar a Israel y volver a la diáspora, lo que se llama « ieridá », o sea descenso.

Cuando Miriam comenzó a trabajar en mi oficina, la agobiaban los problemas. Al lado de sus remordimientos, la molestaban las concesiones que tenía que hacer a la vida en la ciudad. ¿Por qué vestir una falda, si los pantalones eran mucho más cómodos? ¡Qué bárbaro y absurdo pintarse los labios! Ahí en el kibutz había tenido la satisfacción de producir : papas, trigo o fruta, pero siempre algo indiscutiblemente útil. Ahora tecleaba en una máquina de escribir. Cuando recibió el primer sueldo se avergonzó de aceptarlo. ¡Todo ese sueldo « sólo » por teclear! Se sintió feliz cuando le dimos algo que « hacer », por ejemplo preparar paquetes e ingeniarse para bajarlos con unas cuerdas desde la ventana del cuarto piso hasta el camión. A ello se añadieron los problemas de la vida práctica. En el kibutz —donde los niños se educan, comen y duermen juntos— su hija no constituía ninguna carga. Ahora, cuando ella tenía que ganarse la vida, ¿qué haría con la niña? Tuvo, pues, que invitar a su madre a vivir con ella, lo cual creó otros problemas. Además, carecían de vivienda. Un nuevo inmigrante recibe ayuda de la Agencia Judía. Pero después de diez años en el país, es difícil pretender los privilegios de un nuevo inmigrante. Todo ello me hizo considerarla, más que otra cosa, como « un caso ». Pero como todo se resuelve finalmente en este país, también sus problemas se resolvieron, aunque fueron sustituídos por otros. Primero se suspira por la falta de vivienda ; después sobrevienen los lamentos por los gastos que la vivienda ocasiona, aun cuando la mayor parte puede ser pagada en cuotas mensuales durante muchos años. De no ser por la

agradable sonrisa que nunca se apartaba de sus labios, esa muchacha de 26 años —que se veía más joven aún, que tenía que alimentar sola una familia de tres personas y cubrir sin cesar viejas deudas con nuevas deudas— debiera ser vista como una figura trágica. Una mujer despojada de su juventud y de sus mejores años, convertida en animal de carga y arrastrando un peso demasiado grande para sus frágiles hombros...

HASTA QUE UN DÍA, después de la visita del Papa, un periodista español entró en mi oficina y pidió nuestra ayuda para recorrer el país. La prensa española no descuella precisamente por su cariño a Israel. Si bien en pocos países he notado un sentimiento popular más amistoso hacia Israel, la prensa española, o por lo menos una buena parte de ella, constituye una notoria excepción. Mientras que algunos órganos no se dan cuenta de que la Inquisición ya ha terminado, otros creen su deber ser antiisraelíes, debido a los intereses españoles en el mundo árabe. Si un periodista español —me dije— pide mi ayuda para conocer a Israel, voy a dársela para que se libre de los prejuicios que la prensa de la península tiene para con este país. Y al conseguirle un automóvil de la oficina gubernamental de prensa, le asigné a Miriam como acompañante.

Hace unos días recibí una serie de recortes de artículos que escribió el joven periodista. Él, aparentemente, buscaba también héroes, aunque por motivos distintos a los de los turistas judíos. Héroes, que constituyen un tema codiciado. Y había encontrado su héroe, o más bien su heroína : nada menos que Miriam... Tuvo oportunidad de conocerla como parte del paisaje humano de Israel. Ella lo llevó al que había sido su kibutz, señaló un monte cerca de la frontera y dijo con sencillez : « Allí, muchas noches, monté guardia con el fusil. » Le contó que cierto día descubrió que habían desaparecido sus herramientas de trabajo. Avisó a la secretaría del kibutz. Por la noche tendieron una emboscada. Asomaron cuatro árabes que venían del otro lado de la frontera. « ¿Qué pasó? », preguntó con intensa curiosidad el periodista. Miriam dio una pitada al cigarrillo y contestó sin ninguna entonación : « Los mataron. »

No puedo resistir la tentación de transcribir, textualmente, algunos párrafos de aquel artículo sobre Miriam :

« Tiene el pelo cortado como un muchacho. No sé por qué pienso que se desprende de ella cierta atmósfera militar... Me pregunta si conozco la tumba del rey David. Allí están los documentos, la fotografía, la historia de los seis millones de judíos asesinados... De ellos, un millón de niños. Pregunta : « ¿Vio usted la guitarra hecha con piel humana? » — « Sí. » Otro silencio. Luego, en el mismo tono, dice, sin mover un músculo : « A veces me gustaría convertirme en ametralladora. »

Después afirma sobre una torre cerca del kibutz : se busca petróleo. El español, conversando con algunos miembros del kibutz, sugiere que si se encontrase una buena capa de petróleo las cosas cambiarían. A lo cual uno del kibutz contesta : « Eso no arreglaría nada. Si encontramos petróleo no veremos dinero. Es para el Estado. La tierra no es nuestra. »

« Miriam se vuelve y lo mira —continúa el relato—. Yo diría que está horrorizada. Se queda con los ojos clavados en el campesino, y luego rápidamente se va. La sigo despacio, dándole tiempo. Miriam está cerca de una vivienda, de espaldas. Me acerco a ella. Tiene los ojos llenos de lágrimas. Alargo una mano para consolarla, pero me la aparta brutalmente. Ahora ha perdido su aire militar. Es simplemente una mujer. Y me pregunta : « ¿Entonces, es que tenía mi reloj parado? ¿Es que se acabó el idealismo? » Yo soy sincero. « Creo que sí. » Se seca las lágrimas ; enciende otro cigarrillo. Adquiere de pronto un aire épico, camina veloz. Ha perdido toda su ternura. Duramente, casi cruelmente, informa : « Sin embargo, yo quiero volver al kibutz. » Coge de la mano a su niña, a la pequeña Dalia, y comienza a alejarse. Yo la dejo ir. Yo pienso mis cosas. Ella y muchos como ella llegaron aquí a darlo todo ; abrieron caminos, guardaron la frontera, lucharon, amaron y murieron. Sólo había una palabra : Israel. »

No importa que llegase a la conclusión de que los inmigrantes de hoy son menos idealistas y más exigentes. Lo importante

es que él encontró a su heroína : la chica que toma diariamente mi dictado y contesta mi teléfono.

Y de repente, me di cuenta de que a veces uno necesita venir de muy lejos para percibir en la fracción de un segundo lo que la miopía del contacto cotidiano no permite ver. El español no idealizaba, ni glorificaba. Lo que le había impresionado no eran poses ni posturas. Esta era Miriam. Sólo que, tomando dictado, una no tiene oportunidad de pronunciar epigramas, como : « A veces me gustaría convertirme en ametralladora. »

Qué sé yo... Quizá también mi vecino, el profesor universitario, bajo, obeso, de anteojos gruesos, ha sido un héroe. Él estuvo aquí hace 16 años, cuando Israel nació. Del menos excepcional de mis vecinos —aquel hombre de negocios, calvo como una bola de billar y largo como un espárrago— sé que ha sido uno de los defensores de Jerusalén en 1948 y que también su esposa, cuyas tareas actuales se limitan a cocinar, limpiar el departamento y educar a dos hijos, vestía uniforme entonces. Quizá también aquel otro, el director de escuela, que se mueve como una cigüeña, ha sido un héroe. Quizá también el apacible subdirector del ministerio. ¿Quizá? Probablemente. Había sólo 650.000 judíos en este país cuando se proclamó el Estado. Muy pocos para enfrentarse con los ejércitos de siete países que trataron de destruirlo. ¿Cuántos judíos podían darse el lujo, en aquellos días, de no ser héroes?

Puede que *Éxodo* sea una mala novela. Pero la epopeya que describe es auténtica. Y la gente que vive a mi alrededor es la gente de *Éxodo*.

El cine mexicano:

desde la etapa industrial hasta la "nueva ola"

POR NESTOR ALMENDROS

Este es el último de la serie de trabajos sobre el cine mexicano. Se examinan esta vez las figuras más representat vas de la etapa que va desde que el cine mexicano se convierte en una gran industria, hasta los primeros signos de crisis económica, que curiosamente coinciden con cierta renovación de temas y autores. Como en el artículo anterior, he creído que la sucesiva confrontación biográfica puede aportar más clar dad que una farragosa descripción de las películas de interés realizadas cada año. Aspiro a que la evolución histórica surja simplemente de esta yuxtaposición más o menos cronológica, ofreciendo con cada director una breve faceta complementaria del cine en México.

1. ROBERTO GAVALDON

Es un autor mediocre aunque con buen oficio, responsable de algunas de las « superproducciones » que México realiza de vez en cuando. Gavaldón representa, quizás mejor que ningún otro, esa etapa de después de la última guerra, en la que el cine mexicano, antes artesanal, se convierte en una grande y eficiente industria. Gavaldón es también el director de falso prestigio. Sus películas más caras y cuidadas que lo que es corriente en México, han sido invariablemente enviadas a los festivales nacionales e internacionales (exponiéndose en el último caso al ridículo). Así, Gavaldón, acostumbrado ya al mal público de los festivales, cae en el peor de los cines y resulta el campeón de las malas películas comerciales mexicanas. A pesar de ciertas coincidencias entre él e Ismael Rodríguez (ambos entregados a la realización de películas de cierta trascendencia), las coincidencias son sólo aparentes y no de fondo. Gavaldón carece de estilo y sobre todo de inspiración.

Una de sus primeras películas, « La Barraca », según Blasco Ibáñez, resultó un buen acierto, pero los críticos del patio fueron excesivamente elogiosos. El joven Gavaldón se tomó tan en serio las alabanzas y los premios, que el daño fue irreparable: los « films » que siguieron tenían siempre el feo defecto de unas pretensiones sin correspondencia con su valor real.

Filmografía esencial : « La otra » (1946), con Dolores del Río, drama policíaco ; « A la sombra del puente » (1946) ; nueva versión de la obra teatral de Maxwell Anderson ; « La diosa arrodillada » (1947) con la entonces pareja de moda María Félix-Arturo de Córdova, de una cursilería monumental ; « En la palma de tu mano » (1952), que resulta un gran éxito de taquilla ; « El rebozo de soledad » (1952), película de intenciones sociales « para festival ». En estos momentos Gavaldón es ya tan profesional que Hollywood lo acepta entre los suyos : en 1954, Walt Disney le encarga « The Littlest Outlaw », sentimental y ñoña, pero como todas las suyas bien

terminada. « La escondida » (1955), de tema revolucionario, con la Félix como protagonista y Figueroa como fotógrafo, es un fracaso total en Europa, donde la envían a los festivales sus corifeos mexicanos. « Flor de Mayo » (1957), con el mismo equipo anterior, es « la película más costosa jamás realizada en México », según reza la publicidad, a falta de mejores recomendaciones. Su última película de renombre es « Macario », otro clásico « film » de festival en el que, como de costumbre, se cuenta con gran presupuesto y una serie de figuras prestigiosas con un resultado final solamente discreto.

2. JULIO BRACHO

Universitario, proveniente de los grupos del teatro experimental, Bracho es un hombre de cierta cultura, pero a veces una cultura a medias puede ser más nefasta que una incultura total. Bracho, como Gavaldón y Crevenna, ejemplariza el cine mexicano de pretensiones.

La manía de Bracho es la psicología. Y es que su gran momento es precisamente cuando se desencadena en el mundo (y en Hollywood sobre todo), la moda de Freud. Entonces Bracho llega a la paráfrasis de cierto cine americano-psiquiátrico-rosa. En « Paraíso robado », por ejemplo, se trata de una amnésica que va recobrando su personalidad y amor perdidos. Pero lo que es interesante en Bracho no es su temática sino su gramática, una gramática de la narración correctísima y, en momentos, hasta inspirada : no hay jamás un error de enlace, de composición, de sonido, de cámara. Todo está cuidado hasta el menor detalle alcanzándose la perfección técnica más alta lograda quizás por el cine mexicano.

Pero las historias, los personajes y su « psicología », la atmósfera, todo es prestado. Nada que nos recuerde que estamos en México (y conste que no invoco aquí el folklorismo). El cine de Bracho resulta, pues, a menudo, pura fantasía, un caso de disfraz de la realidad inusitado, sobre todo porque pretende ser realista.

Filmografía esencial : « ¡Ay, qué tiempos, Sr. D. Simón! » (1941), película que no he visto, pero de la que hay buenas referencias : es una comedia evocadora de principios de siglo ; « Historia de un gran amor », según *El niño de la bola* de Alarcón ; « Distinto amanecer » (1943), estudio psicológico que pasa por ser su mejor película ; « Crepúsculo » (1944), en el que se llega al total amaneramiento de la narración ; « Cantaclaro » (1945), según la novela de Gallegos. En 1956, después de varios años de películas muy medianas, realiza un « film » más ambicioso : « Canasta de cuentos mexicanos », según B. Traven, en el que trata inútilmente de recuperar lo « autóctono popular ».

3. ALFREDO B. CREVENNA

Es un director de origen alemán que llegó a México, como otros, con la resaca de la segunda guerra mudial. Crevenna es como Bracho un hombre de cultura y profesionalismo superior al término medio del cine mexicano. Sin embargo, sus propósitos en favor de un cine moderno fallaron, su cine resulta precisamente bastante anticuado, dirigido además a una burguesía naciente, más o menos culta, que el cine mexicano trata de atraerse.

De entre sus películas « Muchachas de uniforme » (1950) es quizás la más interesante. Es un « film » que ha obtenido sin embargo críticas adversas por aquel prejuicio hacia las segundas partes o segundas versiones, que se dice nunca son buenas. Esta « Muchachas de uniforme » no era un « remake » de la famosa película alemana de 1933, no solamente porque el antimilitarismo de la primera se transformara aquí en un furioso anticlericalismo, hecho que es accidental, sino, sobre todo, por la descripción psicológica de los personajes : hubo un desplazamiento decisivo : en la alemana el personaje principal era la maestra, en la mexicana la alumna.

Filmografía esencial : « Algo flota sobre el agua » (1947), de la novela de Lajos Zilahy ; « El rencor de la tierra » (1949), un poco a la manera del « Indio Fernández » ; « Orquídeas para mi esposa » (1953), de la serie de comedias dramáticas « de salón » ; « Casa de muñecas », según Ibsen, en la que Crevenna sigue insistiendo en que México se parezca a Europa ;

« La rebelión de los colgados » (1954), que comienza Fernández y termina Crevenna sin fortuna; « Talpa » (1955), de la novela de Juan Rulfo ; « Quinceañera » (1958), que resulta un buen éxito popular y abre la moda en México de las películas para adolescentes « teen-agers ».

4. ISMAEL RODRIGUEZ

Es probablemente el más dotado de los directores mexicanos que han sucedido a Fernando de Fuentes dentro de la vena de un cine perfectamente comercial. Algunos de sus « films » heredan del maestro un sentido narrativo directo y realista que lo emparienta con el mejor cine americano (John Ford, sobre todo).

Ismael es el tercero de los tres hermanos cineastas (los otros dos son Roberto y Joselito) y sin duda el de más talento. Debuta en 1942 y afila sus armas en la realización de varias películas menores : oestes cantados como « ¡Qué lindo es Michoacán! », con Tito Guizar, y la serie de « Los tres García », con otro actor cantante que, como Guizar y Negrete, se convierte rápidamente en un ídolo de multitudes : Pedro Infante. Es este un cine simpático hecho de cara a un público humilde y sin complicaciones de ninguna clase. Pero ya Ismael —llamémosle Ismael, como Melville— demuestra desde estos primeros momentos que puede hacer películas como el peral hace peras, es decir, con una facilidad asombrosa... En 1948 dirige « Nosotros los pobres » y en 1949 « Ustedes los ricos », dos melodramas populistas, que obtienen un éxito panamericano arrollador. Son, claro, todavía « films » llenos de concesiones sentimentales, pero que revelan un autor cada vez más seguro : el gusto por la violencia característico de Rodríguez data de estos momentos.

Después, en 1950 realiza un « film » en el que su estilo queda ya completamente definido : « Las mujeres de mi general ». Se trata de nuevo de una especie de « western » de la revolución, un género favorito del cine mexicano al que Rodríguez contribuye en una decantación de sus constantes míticas. A partir de entonces Rodríguez comienza un cine de largo alcance, tanto por su aspecto presupuestario como por el artístico. Su éxito comercial no debe disminuir sus méritos : a diferencia de sus colegas, que empezaron con « buenas intenciones » para terminar claudicando en el peor cine comercial, Rodríguez aprende primero el oficio humildemente, en películas de poca importancia, y después termina haciendo un cine de categoría. Pero el público, el gran público, Rodríguez no lo pierde nunca de vista : le teme al intelectualismo de capilla como al diablo. Claro que « Tizoc » en 1956, resulta un paso en falso, insistiendo en una vena folklórica que no es la suya, como se comprobará más tarde con « Animas Trujano » (1963) ; pero con la trilogía de Pancho Villa, con « Los hermanos de hierro » y, sobre todo, con « La Cucaracha » (1958), muestra Rodríguez de nuevo su admirable intuición y un buen sentido del espectáculo : Rodríguez mueve las multitudes como un maestro ; cuando hay paisajes nunca son gratuitos como en Fernández o Gavaldón.

Como Fernando de Fuentes, el hecho revolucionario está visto por Rodríguez sin demagogia. Hay, claro, idealización y mitificación, pero es una idealización legítima porque la realidad de los personajes queda transformada poéticamente. No es un cine catequístico : no encontraremos burgueses profundamente pérfidos y revolucionarios perfectamente angelicales, como en la épica del viejo cine soviético. Los personajes de Rodríguez están inspirados en la galería de prototipos del cine mexicano habitual. lo que puede inducir a confusión, pero, igual que Lorca con sus gitanos de pandereta, él logra resucitarlos y elevarlos a un plano superior : el hombre fuerte, brutal, pero capaz a veces de ternura ; la mujer delicada, con aires de gran dama, que sucumbe ante lo popular ; la soldadera hombruna que necesita del « macho » para recordar que es mujer ; etc. Son personajes que hemos visto mil veces en el cine mexicano, pero con Rodríguez adquieren mayor relieve y profundidad.

En una escena de « La Cucaracha », la soldadera bravía (María Félix) ha sido ya vencida por el coronel Zeta (Emilio Fernández). Toman un helado sentados al aire libre en una feria. Es uno de los momen-

tos interpretativos más felices del cine mexicano : la expresión callada, de auténtico pudor con mezcla de propia satisfacción del coronel Zeta, mientras la Cucaracha le susurra palabras aduladoras, nos descubre, no sólo un buen director de actores (Rodríguez), sino también un antiguo director (Fernández) que es un gran actor al propio tiempo.

Hay en varias obras de Ismael Rodríguez una constante que cabe señalar, y es la de una búsqueda de la distanciación. No pretendo indicar con esto una influencia brechtiana, sino sólo anotar coincidencias : en « La Cucaracha », un corrido a varias voces, como un coro griego, comenta intermitentemente los acontecimientos del « film » ; en la trilogía de Pancho Villa, hay una voluntad de distancia expresada en un prólogo ; en « Ánimas Trujano », el noticiario en pantalla pequeña al principio muy realista y hasta etnográfico, que contrastará con la gran pantalla del Cinemascope del verdadero « film », ya en un plano de deliberada ficción.

5. ROGELIO GONZALEZ

Aunque de una promoción más reciente, Rogelio González es un director que tiene una carrera y unas condiciones con puntos de contacto con la de Ismael Rodríguez : sus primeros pasos en el cine los da dentro de una corriente de cine popular sin muchas complicaciones. Desde 1950 con « El Gavilán Pollero », González se destaca como un buen director de comedias populistas. Después, en el mismo estilo, sigue dirigiendo a Pedro Infante hasta su muerte en varias películas.

Ya González tiene aprendido un oficio, tiene también ganado un prestigio de director eficiente entre los productores ; así se le permite iniciar una serie de « films » de más empeño y en los que González deja siempre ver una clara preocupación hacia la crítica social. De esta última época son « La culta dama » (1956) y « El hambre nuestra de cada día » (1959), que es seleccionada en el Festival de Moscú. Pero su mejor película es, sin duda, « El esqueleto de la señora Morales », en la que la inventiva cinematográfica del guión de Alcoriza corre parejas con la maestría en la dirección. « El esqueleto » es una farsa de humor negro (la sombra de Buñuel no debe de haber andado muy lejos), en la que los autores se ríen con audacia de la muerte, uno de los temas clave de la tradición mexicana. Pero no hay en González ninguna preocupación etnográfica, como en otros cineastas mexicanos que han tratado el mismo tema, sino que una costante nacional es incorporada en forma moderna en una « comedia de crímenes » hilarante.

Pero González no ha encontrado todavía un estilo propio, intenta demasiadas cosas y resulta así harto ecléctico, aunque es desde luego un director muy capaz y a veces hasta brillante. González se resiente también de la tendencia a un diálogo de verborrea y de una vacilante dirección de actores. Su dominio de los medios expresivos del cine lo convierten, con todo, en uno de los valores más prometedores del cine mexicano actual.

6. FERNANDO MENDEZ

Comienza alrededor de 1940 como director de « westerns » mexicanos de la serie de « Los tres hombres malos ». Son películas muy modestas, pero con valores narrativos notables, en las que Méndez demuestra, quizás más que ninguno de sus colegas mexicanos, una gran aptitud : en 1955 realiza un « western » de más alcance, « Fugitivos », que recordará el célebre « The Outlaw » de Howard Hughes.

Pero a partir de 1956 abandona este género y se dedica de lleno al cine de horror. Es entonces cuando Méndez, desdeñado por los críticos de su propio país, quienes le consideran un simple comerciante, es descubierto por algunos críticos franceses y anglosajones, y su nombre y sus « films » alcanzan imprevistamente cierta popularidad en un plano internacional de especialistas del género. Elliott Stein de « Sight and Sound », por ejemplo, encuentra que « es un director de estilo muy personal, que merece figurar en las antologías », y añade : « Méndez nos comunica la magia de lo sobrenatural de una manera muy barroca. »

Aunque algunas de estas películas de horror de Fernando Méndez, como por ejem-

plo « Misterios de ultratumba », son bastante elementales ; es cierto también que otras como « El vampiro », « El ataúd del vampiro », « El grito de la muerte » y sobre todo « Ladrón de cadáveres », logran momentos de una belleza delirante, con un ritmo y una construcción de la atmósfera de pesadilla directamente entroncados con el viejo expresionismo alemán. La diferencia entre Bustillo Oro —que fue quien introdujo esta escuela en México— y Fernando Méndez, es que el último ha sabido incorporar una gramática extraña con naturalidad dentro de contexto necesario del cine de horror, sin resultar rebuscado... ¿Y si Méndez no conoce a fondo la escuela alemana y los que lo celebramos hemos encontrado una falsa pista, una falsa influencia en su cine? Entonces, tanto mayor será su mérito : podremos llegar a concluir por ahí que Méndez ha inventado de nuevo el expresionismo.

7. LUIS BUÑUEL

Es Buñuel un caso único dentro del cine mexicano y del cine de lengua española en general, sin comparación ni relación posible con todo lo demás. Remito al lector a un artículo monográfico que escribí sobre Buñuel y que fue publicado en esta revista (*Cuadernos*, julio de 1963, n° 74) y en el que traté de rendirle homenaje.

Añadiré solamente que Buñuel, que había permanecido largo tiempo como una figura aislada en un panorama nacional indiferente a su obra, ha marcado con su ejemplo la última generación de cineastas mexicanos. De un editorial de *Nuevo Cine* (n° 5) son estas palabras : « Este creciente amor al cine debe mucho a la obra de Buñuel. »

8. CARLOS VELO

Como Buñuel, otro exiliado español bien aclimatado en México. Su labor de documentalista de varios años culmina en una película de largo metraje : « Torero » (1956), que es todavía la mejor realizada hasta la fecha sobre la fiesta de los toros. Velo había asimilado la escuela realista italiana, adaptándola a su propia vocación del documental : « Torero » era una reconstrucción, entre noticiarios y escenas actuadas, de la verdadera vida del torero Procuna : el cine documental y el cine de ficción coincidían una vez en este raro y hermoso « film ».

Pero, por desgracia, Carlos Velo es un director lento en el trabajo y poco prolífico ; su obra es por lo tanto escasa.

9. MANUEL BARBACHANO PONCE

Barbachano ha realizado algunos documentales interesantes, como « Vida cotidina » (1962), pero donde su labor ha sido más destacada es como productor. Al contrario de sus colegas de la producción, Barbachano Ponce es un intelectual con una visión de los negocios del cine menos provinciana. Él ha sido, pues, el animador de algunas de las aventuras más interesantes del cine mexicano. « Raíces » lo lanzó internacionalmente (parece ser además que su intervención en este « film » de colaboración fue decisiva y que por razones sindicales la firmó solamente Alazraki, quien ha tenido después una carrera bien pobre). « Raíces » era, claro, el típico « film » indigenista-social, rezago de los años 30, que complacería en el extranjero. Sus valores son discutibles, especialmente en dos de los cuatro cuentos que lo componían. Más adelante, el equipo de producción de Barbachano nos da « Torero », « Nazarín », « Sonatas »... En suma, la labor de Barbachano tiene más interés en lo que supone de nueva apertura hacia el extranjero y en cierto impulso y oportunidad que ha dado a algunos jóvenes, que en sus realizaciones.

10. ALFONSO CORONA BLAKE

Uno de los nuevos cuyas constantes principales son la preocupación técnica por la expresión cinematográfica y un erotismo sádico-masoquista en los temas (de remembranza buñuelana). Lo curioso es que dentro de un marco estrictamente comercial y aun vulgar, Corona Blake demuestra ser un director más interesante de lo que sus colegas de la misma promoción le conceden. En el abominable drama erótico « Lágrimas de amor » hay dos o tres escenas que nos dejarán perplejos. Después, con la

nueva moda de las películas de horror en México, Corona Blake es también un post-expresionista : en « Las mujeres vampiro » descubrimos un dominio de los medios expresivos con grandes y complicados movimientos de cámara que, aunque sin la fácil inspiración de Fernando Méndez, harán de todos modos las delicias de los aficionados al género. Sin que se pueda todavía hacer un juicio definitivo, Corona Blake es un director al que hay que seguir con atención en lo futuro.

11. LUIS ALCORIZA

Es uno de los valores de más porvenir del reciente cine mexicano, aunque antes de actuar como director tenía ya una larga carrera en otras ramas de la industria cinematográfica. Alcoriza comienza como actor interpretando nada menos que la figura de Jesucristo en los dramas bíblicos de Contreras Torres (1944). Después hace una carrera como argumentista y guionista, sobre todo con Luis Buñuel, con el que colabora en casi todas sus películas. Cuando Alcoriza se independiza de Buñuel y escribe guiones para otros —« El esqueleto de la señora Morales »— o toma sus primeras armas como director —« Tlayucán », « Tiburoneros »—, ya no puede desprenderse de la influencia del maestro. Alcoriza resulta así un Buñuel sin Buñuel y, como los buenos discípulos de los grandes de la pintura clásica, las imitaciones valen casi tanto como los originales.

Habrá que vigilar la obra de Alcoriza en lo futuro y observar si evoluciona, si encuentra un estilo propio. Hasta ahora esto se puede señalar sólo en un sentido negativo : cierta delectación plasticista en la fotografía de la que, en cambio, Buñuel ha huído siempre como del fuego.

12. JOMI GARCIA ASCOT

Es quizás el mejor ejemplo de la « nueva ola » del cine mexicano : García Ascot proviene del movimiento de los cine-clubs y es hombre de sólida cultura cinematográfica. Ha sido también colaborador de la revista *Nuevo Cine,* que ha agrupado los elementos jóvenes que probablemente habrán de reemplazar a la vieja guardia.

García Ascot había realizado hace algunos años varios documentarios para la empresa del productor Barbachano. Después en Cuba (1960), realiza dos « sketches » de un largometraje que quedó archivado durante tres años (« Cuba 58 »). García Ascot pudo, sin embargo, llevarse a México, después de algunas vicisitudes, los dos « sketches ». Uno de ellos, el llamado « Los novios », anunciaba ya algunas de las cualidades que se concretarían en un largometraje que realiza en México en el año siguiente : « En el Balcón Vacío ». Aunque la película se resiente de una elaboración técnica precaria (pues fue fotografiada en 16 mm y al margen de la gran industria cinematográfica), tiene detalles de tal fineza en la dirección dentro de un cine intimista, que la colocan entre las más interesantes producidas en México en los últimos años. Más que un « film » sobre los exiliados españoles —ha dicho alguien— « es una película sobre la nostalgia » y ya sabemos que son los sentimientos fundamentales en el ser humao los que dan la fuerza a la obra de arte.

Aclaraciones

No he tratado de ningún modo de hacer un inventario completo, bien al contrario, he intentado entresacar las figuras y las obras que, de una manera o de otra, son representativas de algo. He querido sencillamente buscar un poco de claridad entre la confusión de una producción demasiado abundante.

He excluído a propósito a Serguei Mijailovich Eisenstein, porque su importante « film » mexicano es discutido con cierta extensión a lo largo de este trabajo. Lo mismo hice con otros extranjeros como Herbert Kline (« Forgotten Village », 1941), Norman Foster (« La Fuga, 1943), Yves Allegret (« Les Orgueilleux », 1953) y José Antonio Bardem (« Sonatas », 1959) porque su obra en México ha sido esporádica. Otros, los directores nuevos, como Giovanni Korporaal, Servando González, Sergio Vejar, Gilberto Gazcón, porque es demasiado pronto para formular un juicio definitivo sobre su obra, todavía vacilante, pero prometedora.

El artista y su deuda

POR SARA IBAÑEZ

En todo tiempo hubo batalla más o menos activa en el mundo del arte. Los primeros críticos, los más exigentes, los más duros, han sido los propios creadores, pero pienso que en ninguna época se ha sentido como en la actual un clamor bélico tan difuso y constante y, sobre todo, creo que nunca se ha pretendido como en nuestros días desnaturalizar el arte con tanta violencia ; nunca se ha desconocido con tal ciego desdén la función específica que el arte cumple en el desarrollo de una cultura.

En esta hora de crisis para el espíritu, en que el mundo aparece dividido en dos bandos principales que tironean del resto de la humanidad, cada uno por su lado, en incesante y desesperada sed de victoria, cada uno grita a voz en cuello el nombre de una cuasi desconocida y mártir de nuestro tiempo : la libertad. Ella se ha convertido en el comodín de todo fraude, y sólo fía a un número de seres selectísimo y, aunque disperso, jamás desorientado, su verdadero templo y su esperanza de supervivencia. En esta hora, pues, de confusión de valores, de guerras frías y de tratados más fríos aún, no podía faltar el asalto a los serenos recintos del arte ; no podía faltar el ultraje a la libertad aun en sus más puras manifestaciones.

Mi propósito, en este momento, nada tiene que ver con la ambiciosa tarea de escribir un ensayo sobre la situación actual del arte ; se limita apenas a esbozar una opinión sobre lo que considero la deuda del escritor o del artista.

En la lucha actual del mundo del arte en el que me toca moverme —con los naturales riesgos que ello acarrea—, tres me parecen los conceptos, estrechamente relacionados entre sí, que han generado una verdadera problemática y han promovido combates tan ardientes como inacabables. En primer término el concepto de arte comprometido ; en segundo lugar la exigencia de un arte claro, al alcance de todos y, por último, la presunción de que el arte ha de ser uniformemente optimista y aplicado a la sociedad como una especie de panacea.

Para referirme al primer punto o sea al problema del arte comprometido, recordaré una experiencia personal que considero interesante por estar vinculada a este asunto muy estrechamente. En setiembre del 62 me tocó asistir al Primer Congreso Latinoamericano-Alemán de Escritores celebrado en Berlín y, durante el coloquio, uno de los temas principales puestos sobre el tapete fue el de la responsabilidad del escritor como intérprete de la sociedad. Se tomó por objeto de las discusiones una conocida obra de Friedrich Durrenmatt, *Los físicos,* en que el dramaturgo plantea especialmente dos problemas : el de la responsabilidad del genio creador por un lado ; por otro, y en relación con aquél, el problema de la libertad. En esa obra muestra Durrenmatt cómo el derecho a la sabi-

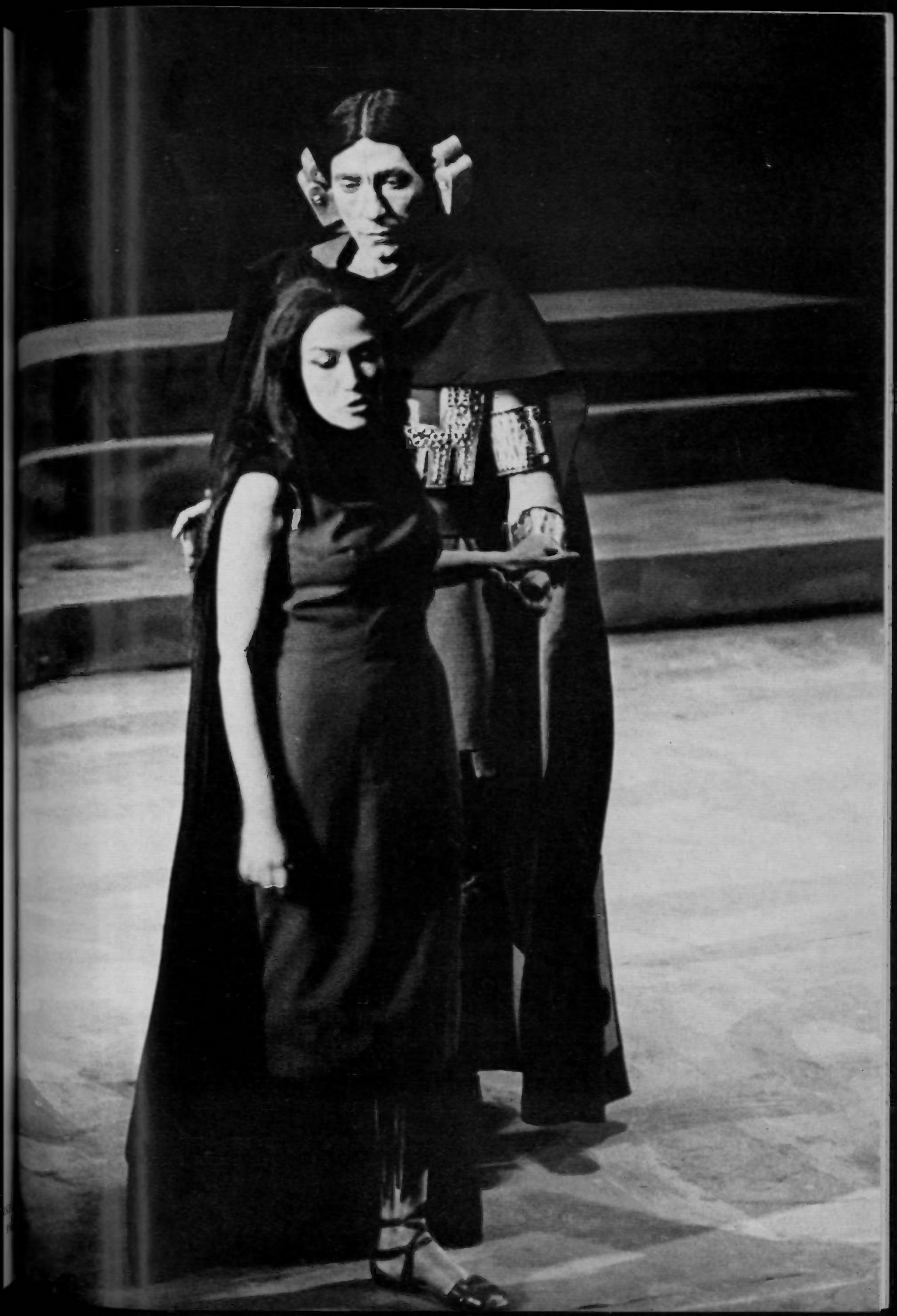
duría pura sufre los estragos que en hombres de creación logra hacer aquello que Ibsen llamaba « espíritu de compromiso », veneno de todos los tiempos, y que parece en nuestros días estar de rigurosa moda.

En la oportunidad citada pude comprobar que una gran mayoría en cuyas bocas resonaba la palabra compromiso, torció el recto curso de un debate que pudo resultar no sólo interesantísimo sino muy fecundo, pero que no llegó a dar fruto verdadero, pues no se renunció nunca del todo al sofisma que encierra el concepto de arte comprometido bajo la asfixiante influencia que esta expresión ha desarrollado en nuestro tiempo. De lo contrario se habría puesto en evidencia que todo arte ha sido, es y será compromiso ; compromiso medular, hondo, humano e indeclinable. Y en vez de discutirse el caso Durrenmatt, la legitimidad de su compromiso —y hasta la naturaleza de éste—, en lugar de poner en claro si la aventura específica de Durrenmatt, como escritor o artista, resultaba un triunfo por ser el intérprete, al menos en la obra discutida, de particulares aspectos en la sociedad que integra o simplemente por ser un creador, al margen de sus temas o intereses especiales, el debate se desvió hacia la apreciación de la conducta observada por los personajes de la obra.

Pero tampoco desde este punto de vista el análisis cuajó plenamente. Se intentó, sí, un paralelo entre la actitud de los creadores científicos y la de los creadores de arte pero, dada la predominante actitud, este paralelo resultó insuficiente. De él hubiese surgido, ahondándolo, una verdad deslumbradora, pues el escritor suizo muestra en su drama cómo se pierden, con distintos grados de patética intensidad, los creadores comprometidos : para ellos, los que en la obra se fingen Newton o Einstein,verbigracia, sólo queda, después de haber sido dominados y burlados por una política hipócrita y desequilibrada (que puede muy bien encarnar la doctora loca que dirige, paradójicamente, el manicomio) ; después de haber caído nada menos que hasta el crimen, la cárcel virtual y voluntaria del sanatorio de alienados donde esconder, tras la máscara de una falsa locura, el resto de sus ultrajadas existencias. Y para otros, como el doctor Moebius, aferrado a su ideal de ciencia pura, la demencia misma, sin velos ya ni esperanzas. Si el paralelo entre los hombres de ciencia y los hombres de arte se hubiese entonces agotado, se habría advertido también que el concepto de compromiso tendrá signo negativo siempre que no coincida con el orden natural de las cosas, cuando esté ligado o a la hipocresía de carácter político y a su tortuosa técnica —falsedades tales como el arte dirigido—, o a cualquier otra torcedura de la entraña ; y teniendo en cuenta las importantísimas diferencias que existen entre la aportación científica y la artística a la marcha y desarrollo social, se habría observado que el compromiso del artista puede coincidir con intereses de toda clase ; que el mesianismo aparente, o mejor, visible, resulta de una ofuscadora grandeza cuando es voluntario, libre, vocacional, pero que no puede reconocerse —ni con el mínimo de lógica o buen sentido— el hecho de establecer un servicio obligatorio de arte mesiánico del estrechísimo corte que parece dominar hoy el concepto de una verdadera multitud de cabezas de las que podría haber derecho a esperar más amplitud. Y anoto aquí el reconocimiento de los casos (tan abundantes) en que hombres de arte y de pensamiento como Durrenmatt, Ionesco, Sartre, etc., logran poner el dedo en una llaga que padecemos en común. Pero esto —y al margen de las ideologías exaltadas en cada caso— ha sido posible en el ámbito de la libertad individual y sólo en él, como espontáneo, impostergable y legítimo impulso de la personalidad. De lo contrario, la creación llevaría en su propio seno la semilla destructora ; sería un producto frágil, sólo aparente, pues no puede concebirse el acto específico de la creación sin libertad.

¿A qué hablar de un pobre hombre limitado por la poquedad de su vida, desmandado en su sed de duración espiritual, que se arroga un atributo esencialmente divino, el de la creación, y halla en el arte acaso su más clara fuente ¿A qué insistir en que la máxima libertad debe serle acordada sin discusión Pero sí, hay que continuar bregando : suele considerarse con harta frecuencia *hombre de su tiempo, ver-*

ESCENAS DE « OLL
(FOTO PIC



« OLLANTAY ». TRAGEDIA AMERICANA EN PARIS

La presencia de la Comedia Nacional Argentina en París es una hazaña. No sólo porque su eficaz directora, Luisa Vehil, logra trasladar desde tan lejos un grupo de cincuenta personas, trajes y decorados, para actuar en el Teatro Sarah Bernhardt dentro del marco de las actividades del « Théâtre des Nations », sino porque revela además a los europeos un pasado histórico de América insospechado por ellos y sólo conocido en el viejo mundo por algunos eruditos.

La obra de Ricardo Rojas, *Ollantay*, se inspira en la leyenda basada en los amores de una hija del Sol con un hijo de la Tierra, romance cargado de los símbolos y presagios de antiguas civilizaciones. Cuántas veces se comprueba que culturas milenarias comparten elementos comunes : la Reina de las Cíclades ¿no es acaso extrañamente parecida a una diosa del Perú precolombiano? Cuando en *Ollantay* se invoca a la Pachamama, el culto es el mismo que el de la Madre Tierra, simbolizado por Démeter, diosa de la germinación. Y si tanto Delfes como el Cuzco significan « ombligo del mundo », también en ambos lugares la serpiente, símbolo de las fuerzas telúricas, está presente, no sin lucha, en sus ritos. Apolo es el dios del nuevo culto venido de Creta que se enfrenta con Pitón y los óraculos de su sacerdotisa. En el Cuzco los sacerdotes incas censuran las danzas que celebran el regreso del guerrero Ollantay ; declaran profanas las danzas porque en ellas la serpiente expresa el poder del Titán de los Andes. Este campeón de la libertad raptará a la princesa Coyllur y las últimas palabras que pronuncia Ollantay, antes de ser sacrificado por el Inca Yupanqui, serán proféticas : « Queda en tu entraña / Con la sangre del Sol ya confundida / La sangre de un Titán de la Montaña. / Yo fui la libertad, tú eres la vida. »

En este mensaje se eleva la voz de América, de una América entonces « tierra de aún no nacidas esperanzas ».

Ollantay es el primer anuncio de independencia de la epopeya americana.

MARIE PASCAL

dadero intérprete de la sociedad que integra, realmente humano, no separado de la vida (y esto tiene ya un carácter de « slogan »), al artista en cuyas producciones aparece el reflejo visible, directo, de algún rasgo social llamativo, o el planteamiento de problemas que preocupan a la mayoría. Estos forman el grupo privilegiado entre los defensores —a tal punto hemos llegado— de la falta de libertad. A otro lado, y opuestos como los demonios a los serafines, se hallan los que cultivan *el arte desinteresado, el arte puro, el trasnochado torremarfilismo, o el escapismo,* palabra esta tan peregrina como antiestética que está atravesando también su cuarto de hora.

Frente a estas absurdas e incomprensibles separaciones, algunos han buscado el modo de conciliar los extremos y han establecido una nueva separación que encuentro inútil : por un lado *el hombre* y sus deberes civiles y comunes para con la sociedad : el *homo-ético* ; por otro el *artista* con su mundo incontaminado y « au-dessus de la mêlée » : el *homo-estético*. No estoy de acuerdo tampoco con esta disyunción y veamos por qué : siempre he creído necesario —y me he sentido dispuesta a luchar por ello— que se reconozca en el artista, en cualquiera capaz de merecer este título, *un intérprete de la sociedad en que vive* y un servidor incondicional, *más que comprometido,* de la misma. Pero es obligatorio no quedarse en las apariencias. Hay, en efecto, en arte, formas nada evidentes, nada fáciles, en modo alguno inmediatas, pero que están manifestando, poderosamente, a quien sea capaz de comprenderlas y hasta, en cierto grado, a quien sólo se interese un poco en la demanda, el cumplimiento de una función que debe ser afirmada como fatalidad o destino.

El artista en toda época y con los medios más diversos, ha sido siempre ese intérprete que a menudo no logra ser reconocido y por ello resulta injustamente condenado. Pero para un artista, sea escritor, músico, pintor, etc., lo indispensable es crear libremente, y el ineludible compromiso que asume con la vocación misma —su razón de existir—, es el de alcanzar el grado más alto que sus fuerzas le permitan en el ejercicio de su arte y, alcanzándolo, acrecentar también el tesoro de la humanidad a quien sirve. Lo de menos, lo insignificante o del todo ocioso es pensar que el creador tenga forzosamente que hacer sociología en verso, filosofía en colores, política —o ya no importa qué ajeno a su real cometido—, en forma de cantata o sinfonía. Si el azar quiere que su potencia creadora coincida con intereses secundarios, captables a la simple vista de las mayorías, perfectamente —ya lo anoté antes—, pues ello será legítimo por ejercerse en el dominio de la libertad ; no habrá entonces falso compromiso, no existirá la repugnante demagogia que inclina, con lamentables consecuencias, a tantos ilustres como débiles espíritus de nuestro tiempo ; sólo habrá labor pura, camino escogido por la voluntad individual que, en este caso del arte, debe inspirar sagrado respeto, pues este respeto ha sido y será siempre la inversión más valiosa que una sociedad humana pueda hacer en favor de su cultura.

Así, no acierto a establecer separaciones esenciales entre artistas como los ya citados o cualquier otro revelador de la realidad inmediata, y el que yo llamaría revelador mediato o transfigurador. Este hace, a la postre, lo mismo, sólo que lo hace en formas sutiles, arduas, secretas, según se lo impone su naturaleza creadora. No importa, entonces, cómo el artista llegue a convertirse en el intérprete de la sociedad, cuál sea la forma elegida para su revelación ; en última instancia su testimonio será el más vivo de la historia como estamos acostumbrados a comprobar en el correr de los siglos, de Homero a Mallarmé, de Dante a Shakespeare, de Cervantes a Goethe.

Los poetas, los artistas, han sido intérpretes de la sociedad y hombres de su tiempo por acción o por reacción. El arte aparecerá siempre como flor o corona de las culturas, y en él salvaguardado el carácter de los pueblos, revelado su más hondo mensaje. ¿Quiénes, en efecto, han sido siempre los más comprometidos hombres de la historia? Si pensamos en lo que hay de sobreviviente en culturas como la egipcia, la griega o la india, ciertamente no aparecerá nada, con absoluta preeminencia, ante los ojos de nuestra imaginación, que no sea algún ejemplo del arte ;

y éste se manifestará iluminado por la raíz misma de una muchedumbre fuerte y creadora que sigue dando su encendido testimonio. Pero ese testimonio surge en las médulas de la obra alcanzada en virtud de valores específicos —los estéticos— y no en su más o menos compleja significación ; tan desentendido de sus temas y representaciones como misteriosamente alumbrado por ellos. El coloso levantado por la veneración que inspiró un sistema social hundido hace siglos, o la música de unos hexámetros ilustres, o la belleza del dios que soñó un artista para exaltar la religión que ya no existe, importan el verdadero testimonio en que resultan siempre supeditadas al hecho estético primordial las significaciones diversas que aparecen como fundidas y absorbidas por aquel hecho. Esta es la prueba de un compromiso que se traga la sangre de sus iluminadas víctimas. Éstas logran sustituir lo efímero de sus presencias mortales con la presencia durable y bienaventurada de sus obras. Pero no se salvan solas : salvan con ellas a los otros, efímeros también y oscuros ; a las generaciones de hombres incapaces de dar más testimonio de su paso por la tierra que aquel, implacablemente vivo, en que el artista, con el que convivieron, los prolonga.

Dejemos de lado todas las falsedades, todas las imposturas que en nombre del arte se fraguan, porque éstas se caen —siempre se han caído—, a poco andar ; consideremos solamente el verdadero, íntegro sacrificio de un ser a su generosa misión y entonces : ¿a qué se quedan reducidas tantas interesadas prédicas sobre arte comprometido? ¿Pues a quién está destinada, en último término, la obra del artista? ¿Qué ha hecho éste sino crear valores de cultura? ¿Puede pedírsele algo más? ¿Puede afirmarse que quien tales valores crea no contrae por la misma suprema calidad de su labor el compromiso más sutil y más entrañable, ¿Hay mayor compromiso que el de morirse día tras día sobre la obra en formación? ¿A quién, en suma, sino a la sociedad está destinada esa obra?

He aquí el segundo punto de mi rápido programa o sea : la exigencia de un arte claro, no sólo comprometido, al alcance de todos.

La primera dolorosa y, ¿por qué no?, risueña confirmación que hacemos es que el hombre de arte resulta, entre todos los géneros de creadores, la víctima propiciatoria en que se ejerce, de manera despiadada, la persecución de aquellos que ponen el grito en el cielo frente a los productos más refinados, precisamente, de una cultura, y abogan, con estrepitoso retintín, por la obligación, para el poeta, de que su obra resulte tan fácilmente inteligible como una crónica de deportes. Pero a nadie, creo, se le ocurriría protestar contra la falta de humanidad de un Einstein porque parezca ridículo pensar siquiera que una muchedumbre no iniciada pudiera comprender el esotérico lenguaje de sus últimas especulaciones y sus intrincados razonamientos. A nadie le pasaría por las mientes discutir las sutilezas intelectuales de la *Crítica de la razón pura* en un estadio, antes de la iniciación de un partido de « football », y pretender que el aplauso de la más cabal y unánime comprensión se elevase de las nutridas gradas. Sin embargo, a nadie se le ha ocurrido nunca llamar a Kant inhumano. Y como estos podría proponer cien ejemplos. Pero no : cualquier sabio ha podido y puede, salvo excepción que confirme la regla, aspirar a la exploración de caminos tenebrosos en que él solo primero, y después algunos especialmente preparados, logren aventurarse, sin que esta élite científica haya molestado a nadie. Pero apenas se trata de las difíciles conquistas del arte se pierde todo respeto, se desconoce en absoluto la limitación personal, y se pretende hacer gallofas de la ambrosía. Y agréguese que por desdicha abundan los que proyectan hacer arte comprometido —así, con rótulo y todo—, y hablan de su especial intención de hacerse entender sin rodeos, fácilmente, sin producir la menor molestia mental en sus lectores... Con seguridad lo que buscan es otra cosa : el arte, o les resulta un desconocido o no es, en modo alguno, su verdadera preocupación, sino un pretexto o la aplicación de una retórica de cuño nuevo y tan caduca como otra cualquiera.

Por lo que a la poesía corresponde —y aquí me siento en mi propio campo—, larga podría ser la suma de ilustres opinio-

nes en que mi punto de vista hallase apoyo y sustento. Verbigracia : podría recordar el concepto de uno de los padres del idioma, Cervantes, estampado para siempre en el capítulo XVI (segunda parte) de su *Quijote*. Pero dejemos a un lado opinión tan conocida como simpática, aunque ella nos resulte un pasaje de catecismo poético. No nos extrañaría que sonasen mal en ciertos oídos aquellas frases iluminadas con que Cervantes reconoce y exalta la aristocracia natural de la poesía, y de muchas bocas se escapasen palabras harto irreverentes, pues el desdén por ciertas formas clásicas del pensamiento y de la estética —que a veces no es otro que el experimentado por la zorra frente al inalcanzable racimo— hinche, más que a menudo, el hueco que correspondería llenar con autoridad crítica. Pero ese desdén tiene, asimismo, otros orígenes : cada generación cree inventar el mundo y se siente movida por más o menos oscuros ímpetus destructores ; además, parece padecer una forma de ceguera juvenil o de voluntaria ignorancia, pues no es posible olvidar que la historia del arte es una cadena de acciones y reacciones ; que de las modas y estilos sólo puede permanecer lo esencial de hoy, de ayer y de siempre.

Veamos, pues, la opinión de alguien tan admirado por las vanguardias como T. S. Eliot. En su libro *Sobre la poesía y los poetas* expresa algo que considero ejemplar en relación con las minorías literarias y con el derecho del artista para escoger la forma y estilo que se acomode a su naturaleza (sin importarle poco ni mucho ser entendido al inmediato pie de la letra sino por algunos iniciados). Dice Eliot, por ejemplo : « Poco importa que un poeta haya tenido oyentes numerosos en su época. Lo que importa es que haya siempre un pequeño grupo, al menos, que lo oye a través de las generaciones. » O, continúa el poeta inglés, « ...aún podría recalcar mi afirmación y decir que si un poeta logra rápidamente muchos adictos, hay que desconfiar ». O, en otro pasaje : « El mantenimiento de la cultura no significa llevar a todos al frente, lo que equivale a que todos se mantengan en un nivel ; significa conservar una élite, y que el número mayor y más pasivo de los lectores, no quede rezagado más de una generación, aproximadamente. »

Pedro Salinas, por su parte, en el libro *La responsabilidad del escritor*, ironiza a ratos, sutilmente, sobre los desplantes del crítico norteamericano Van Wyck en la obra titulada *Opinions of Oliver Allston* y, por lo que respecta en especial al problema de un arte de minorías, es decir, algo que no puede de ningún modo estar destinado a la inmediata y común comprensión, porque no es ni puede, por determinación natural, ser claro para todos, concluye : « Las minorías son una necesidad vital ; funcionan y deben funcionar dentro de una sociedad, humana y armoniosamente junto a las mayorías, a las que, sin que ellas lo adviertan, están constantemente fecundando. »

Y en cuanto al concepto de poesía popular, tan llevado y traído por los que nunca se detuvieron a considerar con puro criterio objetivo en qué consiste realmente : ¿Qué entienden por poesía popular los que se llenan la boca con tales términos? Luis Cernuda en su libro *Poesía y Literatumra* se lo pregunta también y responde, muy a propósito, que lo que suele llamarse poesía popular no es, generalmente, sino una muestra más del aguachirle castellana de que habló Góngora, y es mal llamada poesía popular, pues « no es el pueblo, sino el vulgo, una mezcla indistinta de burguesía, pueblo y aristocracia » quien gusta de semejante alimento. Y, también Cernuda, como lo hicieron otros y habrá que continuar haciéndolo, afirma que la poesía es capaz de llegar al humilde con limpio corazón, pero que siempre se negará al vulgo, cuyos derechos no podrá reconocer jamás.

Pasemos ahora al tercer punto : arte optimista, y volvamos a las acertadas réplicas de Pedro Salinas. En el libro de Van Wyck, ya citado, el peregrino crítico norteamericano distingue dos clases de literatura : la que él llama « literatura primaria », por un lado, y la « literatura de minorías », por otro. Define la primera como el impulso a la vida, fuerza de regeneración que conduce a la supervivencia de la raza ; afirma que el escritor primario es un gran hombre que escribe y no un mero artífice o señor de las palabras. Frente a esto, para el señor Van Wyck, « la literatura de mi-

norías representa un impulso a la muerte ». Sus cultivadores, continúa, carecen de sentido de época y, comenzando por Edgar Poe, se han segregado, voluntariamente, de los intereses comunes de la humanidad. « Han renunciado a la vida ; su única ocupación estriba en ser buenos escritores », pero, ¿qué valen como seres humanos? Esto, personalmente, me parece monstruoso por su falsedad.

Yo nunca he creído en eso del arte separado de la vida ; la expresión, en mi concepto, queda al margen de una lógica elemental. Contra semejante afirmación creo que el artista posee una capacidad humana superior al común de los hombres por hallarse en él afinadas las facultades que lo hacen especialmente apto para penetrar en las profundidades de la vida y que, si de algo se le puede culpar, en todo caso, será de hipertrofia humana, nunca de atrofia. Súmese a esto el hecho de que ningún artista ha sido ni puede ser juzgado, desde el punto de vista ético, con criterio distinto del que se usa para el enjuiciamiento común de los actos humanos. A nadie se le ocurriría discutirlo. Pues mientras su actitud como hombre de arte no signifique una fuente de valores negativos —y esto ya lo hemos considerado—, resultará, automáticamente, en su contrario.

Las citadas afirmaciones del señor Van Wyck no merecerían verdaderamente atención crítica, pero, tan generosa como iracundamente —también esto a ratos—, Salinas les presta atención y se expide de esta manera : — ¿Qué se entiende por vida en primer término? ¿Qué clase de vida? ¿La vida de quién?, etc., etc. Y muestra lo equivocado de suponer vida sólo un aspecto de ella, sin pararse a considerar que hay otros tan humanos como desconocidos para la mayoría. Y en cuanto a lo que Salinas califica de frívola apelación al optimismo, responde, echando una mirada sobre nuestro tiempo trágico, preguntándose a su vez si la época en que vivimos no justifica plenamente la reacción desesperada de muchas sensibilidades. Razón tiene el poeta para hablar de ese modo : el estado de zozobra en que vivimos, esta torturada incertidumbre ante lo futuro que parece borrar los horizontes, es causa suficiente para que el pesimismo haga cada día más estragos entre los hombres. ¿Pero es posible olvidar aún el derecho al dolor? ¿Hay que aventurarse también en una errónea nivelación de las reacciones humanas y de los problemas que el solo hecho de existir propone? En el fondo de todo arte reside un interés cardinal, insustituible y eterno : la vida del hombre. Este valor esencial hace palidecer, y hasta puede aniquilar las circunstancias históricas. El dolor de cualquiera es una verdad profunda y respetable, pero si ese dolor que tiene, quizás, aislado y secreto, fuerza negativa en el conjunto social, se traduce en arte, ya cobra, por esta especialísima coyuntura, el signo opuesto : se torna positivo al transformarse en un valor de cultura.

De lo dicho resultan varias posibles afirmaciones. En primer término : el artista, cualquiera que sea el carácter de su obra, por el hecho puro y simple de ser artista, vive comprometido.

En segundo lugar : el artista sólo tiene el deber de entregarse en cuerpo y alma a su destino, del que se beneficia la humanidad, y hacer arte en la medida de sus fuerzas. No tiene la obligación de hacerse entender por todos, sino el deber de avanzar en la conquista de la perfección. Los demás llegarán a él tarde o temprano.

Por último : el artista es, por excelencia, un hombre al que nada de lo humano le es ajeno. El dolor no podría, pues, quedar fuera de sus comarcas. El creer que un artista deba, contra todos los vientos, conservar intacto su optimismo, es torpe desconocimiento de la natural complejidad del alma humana y de la libertad para expresarla a que todo hombre tiene derecho aun antes que a la propia vida.

Por tanto : el artista paga, como nadie, su deuda a la sociedad ; el verdadero creador devuelve en valores puros y eternos, no solamente el breve don de una vida que siempre resulta corta para las exigencias del arte : devuelve, asimismo, lo que la sociedad tantas veces mezquina e ingrata ante el esfuerzo de sus hijos —que deben por lo común sufrir, desesperar y morir antes de alcanzan un digno reconocimiento—, les entrega por la gracia de una sangre cambiada en claridad sin término.

diálogo

Los problemas del barroco

(Diálogo sin pretexto sobre un tema que no acaba)

POR GUILLERMO DE TORRE

CONFIESO MI SORPRESA —seguida de decepción— al leer el subtítulo del artículo sobre « El curioso impertinente en el *Quijote* de 1605 », publicado en el número 85 de estos *Cuadernos*. Dice así : « De Joaquín Casalduero a Guillermo de Torre » ; todo ello bajo un primer epígrafe : « Diálogos ». Me apresté, pues, a encontrar un contenido, un pretexto suficientemente explícito para un posible y fructuoso intercambio de pareceres con un colega tan experto en letras clásicas. Pero mi decepción —insisto— ha sido absoluta al comprobar que, tras una supuesta rectificación a una frase mía, extraída de un ensayo publicado en la misma revista (*Cuadernos*, n° 74, julio de 1963) sobre « La difícil universalidad de la literatura española » (texto de una conferencia dada en el Primer Congreso Internacional de Hispanistas, Oxford, setiembre de 1962), el resto del artículo se limita a una serie de consideraciones independientes sobre la función de *El curioso impertinente* en la obra maestra cervantina, tema al que ni siquiera había yo aludido. ¿Dónde está, pues, el motivo para el diálogo? Sin duda tal designio no estuvo nunca en la mente de Casalduero y debemos achacárselo a la imaginación directorial de Germán Arciniegas, deseoso, al parecer, de « tirar de la lengua » a sus colaboradores y promover confrontaciones y discrepancias que animen las páginas de *Cuadernos*. Pero en cualquier caso, como mi silencio en esta oportunidad parecería, en primer término, algo equívoco para los lectores que me hubieran creído incurso en un desliz, y después una descortesía hacia un amigo lejano, he aquí unos párrafos de precisiones.

Casalduero comienza así su artículo : « Sólo por una momentánea ofuscación pudo Guillermo de Torre escribir : 'Es significativa la lectura —ante un concurso analfabeto— de *El curioso impertinente*, hecha por el cura en la venta del *Quijote*'. Y agrega : 'Escuchan atentos e interesados Dorotea y Cardenio, muy versados los dos en la literatura devota y profana'. Y pasa luego a señalar un trozo de un capítulo anterior (el 24), perteneciente a la relación que hace el 'Caballero de la Sierra' de sus malaventuras amorosas ante Don Quijote y donde aquél cuenta cómo Luscinda le pidió un 'libro de caballerías en que leer... el *Amadís de Gaula*. » Referencia que apenas guarda relación con el punto de partida. Sólo párrafos más adelante Casalduero vuelve al tema inicial, escribiendo : « Al único que le convendría el calificativo de analfabeto sería a Sancho, quien también rogó que se leyera la novela. » Pero ¿acaso no había otros presentes en tal lugar y sazón? ¿Cómo es posible que un cervantista tan probado cual Casalduero, quien dedicó todo un libro al *Sentido y forma del « Quijote »* —amén de otros a las *Novelas ejemplares*, al *Persiles y Sigismunda*—, en suma, que ha pa-

sado su vida de profesor y estudioso consagrado a la literatura española, pueda no recordar que, si bien la lectura de *El curioso impertinente* ocurre en el capítulo 33, se continúa en el 34 y —tras la interrupción abierta por « la brava y descomunal batalla que tuvo Don Quijote con unos cueros de vino tinto »— finaliza en el 35, tal episodio en rigor comienza en el capítulo 32 con la llegada de Don Quijote y su « cuadrilla » a la venta y que en él quedan expresamente mencionados todos los demás personajes presentes en esa ocasión? Entre ellos, el ventero, la ventera, su hija y Maritornes, de los cuales no hay dato alguno para sospechar que supiesen leer, señaladamente el primero ; éste es quien extrae de « una maletilla vieja, encerrada con una cadenilla » el manuscrito de *El curioso impertinente*. De suerte que no hubo ninguna « ofuscación » de mi parte. Pero no me explico cómo Casalduero ha podido incurrir en tal « confusión » —en cualquiera de las tres acepciones del verbo « ofuscar » que da el Diccionario de la Academia— cuando, a pesar de ser un tan minucioso conocedor del texto cervantino, olvida que Sancho no era el único oyente analfabeto.

Ahora bien, como quiera que, al transcribir ese párrafo mío, Joaquín Casalduero no hace la menor referencia al contexto donde aparece incluído, y por consiguiente corremos el riesgo de que el lector se quede en ayunas respecto al pequeño punto en litigio, permítaseme aquí una explicación complementaria. Bajo el epígrafe de « Localismo y universalismo » decía yo en « La difícil universalidad de la literatura española » : « Lope escribía para ser escuchado, no para ser leído. Esto presupone una diferencia de actitud respecto al público que, a la vez, condiciona la posteridad difícil de toda obra. Hoy se escribe —aun los autores dramáticos— con vistas a la letra impresa : para ser leído. Entonces el lector apenas existía, era excepcional. » Una de las muchas muestras que pudieran aducirse nos la facilitan aquellas palabras del ventero (en el mismo capítulo 32) cuando refiriéndose a los libros que guarda y que son para él letra muerta, confiesa : « ...verdaderamente me han dado la vida no sólo a mí, sino a otros muchos, porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno de estos libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas ».

Por lo demás ese no es el único ejemplo que evidencia el corto número de lectores —por sí mismos— en los siglos XVI y XVII ; y no sólo en las clases bajas, sino también en las medias. De ahí que las lecturas en voz alta o las narraciones interpoladas —lo que viene a ser el mismo artificio— hechas ante un concurso generalmente iletrado menudeen en los libros clásicos. No menos de tres narraciones de esta índole (dejemos a un lado el sentido de la interpolación, con raíces orientales, como reposadero o divertimiento marginal que ameniza la fluencia de las historias caudalosas ; otra explicación pudiera estar en que el autor desconfiaba de interesar con un relato único) aparecen en el *Guzmán de Alfarache*, incluyendo la más famosa : *Los amores de Osmin y Daraxa*; la *Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa* en la *Diana* de Montemayor, es otro caso muy recordable. Y las intercalaciones laterales a la acción principal llegan hasta algunas novelas históricas del romanticismo en el siglo XIX.

La limitación de lectores, en contraste con la extensión natural de oyentes, del público de espectadores, es una de las causas que originan el decaimiento del género novelesco, tras la floración impar del *Quijote* y una vez acabado el ciclo de la novela picaresca. Por contrapartida engendra el auge, más aún, el imperio predominante y absorbente del teatro. Marcos A. Morínigo lo ha señalado en un estudio quizá no debidamente advertido : « El teatro como sustituto de la novela en el siglo de oro » (1). Desde luego ésta no es la única causa de la decadencia de la novela española y su eclipse hasta la segunda mitad de la centuria pasada. Hay una más grave : su imbricación y confusión con el moralismo. A partir del sermoneante *Guzmán de Alfarache* la novela pierde

(1) *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, II, 1, enero-marzo 1957.

las puras, gozosas virtudes narrativas que había mostrado en *Lazarillo de Tormes* ; la ambigüdad culmina —magistralmente, sin duda— en las alegorías de *El criticón*. Sobreviene lo que ha llamado José F. Montesinos —en un ensayo de 1933 sobre Gracián (2)— un proceso de desnovelización. Pero sobre este punto, tanto como sobre otros complementarios que el mismo autor estudia sagazmente (3), por ejemplo, la asimilación de la novela al poema épico, —y, más tarde, la influencia letal del costumbrismo, ya apuntada por Ortega— no es menester insistir ahora. Discrepo únicamente en entender la picaresca, según había hecho ya Américo Castro, como un producto del rencor, cuando en realidad, más verosímilmente, responde al propósito de divertir con facecias satíricas a un auditorio elemental, semejante al de los corrales de comedias. (Lo cual refuerza el argumento de que la novela sintió minado su —posible— terreno por el teatro. Expresiones sueltas de Cervantes y del mismo Lope de Vega —cuando este último recíprocamente no hacía distinción precisa alguna entre los preceptos que deben regir las novelas y las comedias —acaban de demostrarlo.)

¿O acaso es posible —en materia donde sólo podemos movernos a base de indicios y conjeturas, no de estadísticas, como lo harían los sábelotodo sociólogos del día— distinguir exactamente una clara diferencia de nivel cultural entre dos épocas —que hemos elaborado conceptualmente muy « a posteriori »— sin fronteras rigurosamente precisas, según pretende Casalduero? Escribe éste : « Si el Renacimiento se dirige a un público minoritario, selecto, el Barroco busca toda la sociedad ; el melancólico, el risueño, el simple, el discreto, el grave y el prudente (...). Para una concepción aleccionadora del mundo, un público elegido ; para el sentimiento integral de la vida social, el inmenso vulgo, tan característico de la época de Lope y Cervantes ». Vulgo, acotemos, más espectador que alfabeto —con toda la grandeza que en otro plano, en el de la acción y las empresas aventureras, pueda reconocérsele—, pero ajeno a la lectura, ya que el ejercicio de ésta se limitaba fatalmente, salvo excepciones, a otra clase social, la ociosa, aparte de la específica y minoritariamente letrada. Por modo indirecto, sin salir de uno de los capítulos citados del *Quijote*, el 32, lo dice el Cura, al replicar al ventero, cuando pese a su enemiga, contra los libros de invención, defiende que existan y circulen ; pues así como « hay juegos de ajedrez, de pelota y de trucos, para entretener a algunos que *ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar* (subrayado mío), así se consiente imprimir y que haya tales libros... »

Pero en cualquier caso, como el supuesto tránsito de un público minoritario a un público general no puede distinguirse con nitidez, y suena a presunción azarosa trazar una frontera entre dos tiempos colindantes, diferenciando el estado llano que podía ser privativo del Renacimiento con el supuestamente más amplio del Barroco, yo hubiera agradecido que Casalduero se resolviera de una vez por todas a decirnos de modo explícito qué entiende por el segundo estilo. Desde hace años, a lo largo de sus libros, el esforzado crítico viene hablándonos de barroco y de barroquismo, de la « temporalidad barroca », del « hombre barroco », conceptos legítimos, pero cuya significación y alcance han de limitarse y aclararse. Es sensible que sus finos análisis, sus curiosos geometrismos choquen con la vaguedad y oscuridad en que envuelve su concepto central del barroquismo ; el caso es que no llega nunca a formularlo con nitidez, dando así el conjunto de sus libros una sensación de subjetividad o capricho, rigurosamente opuestas al presunto rigor científico del método estructuralista —al parecer, pues ignoro cuál sea el apelativo que él le asigna— practicado por Casalduero. Pero como estos son achaques comunes a cualquier método sistemático —sobre todo cuando no se le sabe burlar a tiempo con donaire y gran personalidad, como hace nuestro admirado Dámaso Alonso (4) con su estilística—,

(2) *Ensayos y estudios de literatura española*, México, 1959.

(3) *Introducción a la historia de la novela en España*, Valencia, 1955.

(4) V. el capítulo sobre Machado en *Cuatro poetas españoles*, Madrid, 1962.

dejemos aquí esta objeción. Más sensible se me antoja que Casalduero tampoco haya condescendido nunca a explicarnos por qué incluye sin ninguna vacilación a Cervantes en la categoría barroca.

¿Cervantes barroco ? El interrogante dubitativo se lo plantean muchos —y no entre los defensores de posiciones estáticas, sino entre los lectores y críticos de las nuevas generaciones—, aunque todavía nadie se haya animado a estamparlo. No soy yo el más calificado para entrar en tales cuestiones, pero al menos supliré el silencio de otros. A primera vista —y aun a segunda y tal vez hasta en la última—, si Cervantes, dejando al margen clasificaciones especiosas, representa algo inequívoco es el antípoda del barroco, al menos visto en lo más aparente y que por ello no puede dejarse de tener en cuenta : orden, medida, claridad, sentido de los límites—, cualidades que no debe acaparar ningún clasicismo. El barroquismo « andará por dentro » —piensan los que presumen de más avisados. Sin duda. Pero la actitud de desengaño ante el mundo, el contraste entre realidad e ilusionismo, la armonía de extremos no son las únicas características del Barroco, máxime cuando en el caso de Cervantes se vierten en una forma equilibrada y transparente. ¿En qué apartado especial del Barroco inscribiríamos entonces —por citar sólo ejemplos muy comunes— las obras más inequívocas de tal estilo, desde los *Sueños* de Quevedo y las *Soledades* de Góngora hasta el *Oráculo manual* de Gracián y *La vida es sueño* de Calderón? Angel del Río —a quien me place recordar como homenaje a su memoria— en uno de los mejores estudios cervantinos de los últimos tiempos, « El equívoco del Quijote » (5), llegaba a conceder : « Muchos de los temas artísticos utilizados por Cervantes son sin duda barrocos ; puede serlo la composición de la obra —equilibrio de contrastes— y, extremando los términos, hasta el lenguaje, aunque nunca llegue al juego de conceptos y agudezas a lo Gracián, a lo Quevedo. Pero lo que nunca es barroco en Cervantes es la filosofía moral, base y apoyo del estilo ». Ni tampoco —agregaré por mi cuenta— el estilo y el lenguaje en sí mismos, salvo en los momentos de parodia conceptista. ¿Acaso se dan de manera unívoca en Cervantes los rasgos que son capitales e inequívocos del barroquismo, tanto en la literatura como en las artes visuales : « tensión espiritual, demasía, apasionamiento, ruptura de límites ».

He aquí algunas de las características —no son las únicas, por supuesto— que yo he señalado en « Sentido y vigencia del Barroco español » (6), ensayo que escribí hace ya algún tiempo, aunque sólo ahora publicado, con el único propósito de ver claro en un fenómeno tan prismático y cambiante, según el punto de vista del espectador. A despecho de incesantes estudios no creo que todos los impedimentos expuestos por Américo Castro en su estudio de 1935, « Las complicaciones del arte barroco » (7), hayan sido vencidos. « La dificultad viene —escribía— de que tras este tipo de estilo —por lo demás uniforme— no percibimos un bloque de cultura fácilmente caracterizable, esencialmente articulado con aquél, un sistema de ideas o formas de vida, según acontece dentro de esas moles de civilización europea que se llaman lo gótico, lo renacentista, lo neoclásico o lo romántico. ¿Hay acaso un pensar delimitadamente barroco, una filosofía barroca? » En última instancia, para obtener más precisiones, habrá que esperar a que el maestro de *La realidad histórica de España* nos dé otro libro complementario, centrado en los Siglos de Oro, según alguna vez nos ha anunciado, o bien la reelaboración definitiva de su *Pensamiento de Cervantes*.

Quizá el único terreno donde el estilo y el espíritu barrocos se muestran más asibles sea el de las artes visuales, cuya interrelación con las literarias, casi nunca abordada, —una excepción ; la de Emilio Orozco Díaz (8)— me parece inexcusable, fundamental y mutuamente aclaradora.

(5) En *Hispanic Review*, XVII, 2, abril 1950.

(6) *Studia Philologica, Homenaje a Dámaso Alonso*, III, Gredos, Madrid, 1963.

(7) En *Semblanzas y estudios españoles*, Princeton, N.J., 1956.

(8) *Temas del Barroco*, Universidad de Granada, 1947 ; *Lección permanente del Barroco Español*, Ateneo, Madrid, 1956.

Por ello en mi ensayo citado, sobre el Barroco (y en el capítulo « Amplitud de área ») yo intenté una confrontación, poniendo en el mismo plano ciertas obras literarias y otras pictóricas, escultóricas y arquitectónicas.

Entretanto la terminología de algunos tratadistas y críticos sigue contribuyendo a enturbiar las nada claras aguas del Barroco. Así Ernst Robert Curtius (9) al preferir el término de Manierismo, designación que había tenido antes una estricta connotación pictórica, limitada a un período de transición entre 1520, final del alto Renacimiento y comienzos del 1600, posibles inicios del Barroco. También Gustav René Hoehke (10) coopera, según se advierte ya en el simple título de su libro, a la equivocidad conceptual y a la dislocación cronológica, extendiendo las prolongaciones de lo que llama manierismo a obras que responden a muy otras estéticas y tienen ya en la historia del arte sus nombres privativos, como el rococó, el superrealismo, el realismo mágico, la abstracción... Y a propósito de este último estilo : si yo me he permitido calificarle, dada la multiplicidad de motes con que se autodesfigura —a tono con su radical « no figuración »— como « un arte que no ha encontrado su nombre » (11) ¿no podríamos de modo semejante designar el Barroco como el « estilo de los cien nombres », o poco menos, y ninguno de ellos totalmente comprensivo de su rostro proteico.

Más clara y razonada, en último extremo, parece ser una de las últimas distinciones establecidas por Helmut Hatzfeld (12) entre « Manierismo » o distorsión de las formas del último Renacimiento, « Barroco clásico » o período de plenitud, y « Barroquismo exagerado ». Recordaré, aunque sea muy sabido, que este último en España —y sus prolongaciones virreinales hispanoamericanas— tiene, desde el siglo XVIII, un apellido propio : churriguerismo, mientras que en el resto de Europa es genéricamente rococó.

¿A qué se debe esta asombrosa multiplicación de rótulos, este copioso ramaje de conceptos crecidos en derredor del mismo tronco, ayer seco y preterido? En efecto, así como hace medio siglo todavía se compadecía al Greco, se maltrataba a Góngora, no se leía a Gracián, se pasaba de largo ante el « Juicio final » de Miguel Angel para admirar únicamente los techos de la misma Capilla Sixtina ; todavía no eran valoradas las arquitecturas y decoraciones barrocas en los templos de Taxco, Tepozotlán, Quito, el Cuzco... ; aún más, designaciones como las de barroquismo y churriguerismo llegaron a ser sinónimo de depravación del gusto, he aquí que ahora parece haberse pasado a una actitud diametralmente opuesta. Hasta aquellas literaturas que siempre se habían jactado de hallarse inmunes del « morbo » barroco, como la francesa —monopolizando su presunta virtud contraria, el clasicismo por excelencia—, en los últimos años se aprestan a « descubrir » sus autores barrocos, llegando a incluir imprevistamente en tal apartado hasta un Montaigne, un Racine, o bien la pintura de un Poussin.

No he de ser yo quien se queje de la rehabilitación plena de un estilo al que siempre me sentí temperamentalmente inclinado, y en cuyo estudio gustosamente me absorbería si otros temas literarios y estéticos, más ligados a mi « circunstancia » vital, no me lo impidieran de antiguo —quiero decir, desde la juventud. Mas sin serme aquéllos privativos, tampoco me son ajenos : por eso, al encerrarlos en algunas ocasiones, desearía encontrarme conceptos claros y no brumas terminológicas, imprecisiones de cronología y, sobre todo, vaguedades sin ejemplos : flagrante, imperdonable arbitrariedad en cuestiones táctiles y aun tectónicas, que sólo cobran bulto ante el sentido de la vista, como son todas las concernientes al Barroco. Quedenaquí sólo sugeridas para responder a una « invitación al diálogo ». El diálogo suscitado sin pretexto acaba, pero no el problema que ha removido.

(9) *Literatura europea y Edad Media latina*, México, 1955.

(10) *El mundo como laberinto. El manierismo en el arte europeo de 1560 a 1650*. Madrid, 1959.

(11) *Minorías y masas en la cultura y el arte contemporáneos*, Barcelona-Buenos Aires, 1963.

(12) *Estudios sobre el Barroco*, Madrid, 1964.

En defensa de Ernesto Sábato

Señor Director : Con verdadero estupor y profunda pena acabo de leer en la sección libros de *Cuadernos* —entrega de julio, número 86— un artículo firmado L.G.P. Puede o no gustar la literatura de Ernesto Sábato, y la revista *Cuadernos* tiene, es claro, el derecho de publicar críticas en favor o en contra de cualquiera. Pero no hay en esa nota ningún análisis serio y responsable. Bastan dos elementos para juzgar el valor y la seriedad intelectual del autor :

Afirma que el éxito de *El Túnel* se debió, « como es sabido », a la cursilería. Ignora probablemente que fue nada menos que Albert Camus, como lector de Gallimard, quien hizo traducir, con palabras históricamente laudatorias, esa « nouvelle » en la colección La Croix du Sud, que hasta ese momento sólo había traducido a dos narradores argentinos : Güiraldes y Borges. Ignora (o hace que ignora, que es mucho peor) que otros grandes escritores, tales como Graham Greene, manifestaron su admiración por esa novela, traducida actualmente a todos los idiomas importantes del mundo. Y otro ejemplo, que demuestra la solvencia filosófica de este crítico (?), le dará a usted una pauta del espíritu con que fue escrita la nota. Entre las frases deliberada y grotescamente truncas que transcribe, para demostrar la intranscendencia de Sábato, pone : « El Renacimiento produjo tres paradojas (que ahorraremos al lector) » y pasa a otra frase trunca y a otra con la misma irresponsabilidad. Ahora bien, las tres paradojas que este crítico quiere ahorrar al lector para no abrumarlo con naderías son : 1) Fue un movimiento individualista que desembocó en la « masificación » ; 2) fue un movimiento naturalista que desembocó en la mecanización ; 3) fue un movimiento humano que desembocó en la deshumanización. Paradojas nada triviales. Pero hay además que agregar un pequeño detalle : esas paradojas no han sido enunciadas por Sábato sino por N. Berdiaeff.

No puedo resignarme a creer que impunemente se escriba sobre la obra de un escritor que ha despertado respeto y admiración no sólo en la juventud, sino también en escritores de reconocido prestigio. Un escritor, cuya última novela (aparecida hace dos años en Buenos Aires) *Sobre héroes y tumbas*, pronto aparecerá en seis de las más importantes editoriales : Du Seuil (París), Heinemann (Londres), Feltrinelli (Milán), Knopff (Nueva York), Limes (Alemania), Piw (Varsovia).

Espero de usted que aprovechando el juicio de un crítico calificado ofrezca a sus lectores una más justa apreciación sobre la obra de un autor argentino que tan indignamente fue tratado.

Con los saludos más cordiales de su lector,

N.

Los niños
estaban muertos
bajo la oscuridad
de la noche...
Los árboles
dormían silenciosos...
El agua
estaba quieta,
pero su alma
estaba llorando...
Las bestias
miraban a los niños muertos...
miraban aquellos árboles
que estaban dormidos ;
miraban el llanto del agua...
La vida de los niños
se había alejado...
Las palabras de los árboles
también se habían ido...
Solamente quedaban
la tristeza,
la oscuridad,
el silencio,
la muerte...

Gloria Inés Arias Nieto nació en París el 24 de abril de 1954. En 1962 publicó en Bogotá su primer libro : *Poemas de los siete años*. Ahora acaba de dar a la luz *La Noche de los Niños*, al que pertenece el anterior poema.

ciencia

Norbert Wiener y la cibernética

POR ARTURO ALDUNATE PHILLIPS

El siglo XIX produjo una pléyade de geniales inteligencias, plenas de curiosidad, imaginación e intuición, que abrió el cauce al caudaloso grupo de científicos y matemáticos, también de inusitada jerarquía, de nuestra centuria. Y éstos trastrocaron desde sus cimientos el edificio conceptual de la ciencia clásica y proyectaron sobre todos los actos de nuestra vida sus nuevos planteamientos, hipótesis y revelaciones, a través de una tecnología de sueño.

Es difícil enumerar los grandes de este siglo ; algunos aparecen como los auténticos responsables de importantes hechos, de fundamentales cambios, aun cuando, como siempre sucede en la vida del hombre, el ambiente y las aportaciones de otros hubieran preparado la eclosión de las nuevas ideas.

Alberto Einstein es el gigante ; sus teorías cambiaron la escala del pensamiento humano y permitieron a los matemáticos adentrarse en el universo de las estrellas y en el microcosmos que nos constituye. Max Planck encontró, sin proponérselo, algunos enclaves fundamentales de la trama sobre la cual se teje la realidad material y energética. De Broglie, Bohr, Dirac, Heisenberg, contribuyeron a configurar una nueva imagen del Universo y descubrieron por todas partes la asombrosa huella matemática, que ya se había empezado a adivinar en los tiempos de Pitágoras.

Relatividad, mecánica quántica, incertidumbre, energía nuclear, radioastronomía, conquista del espacio, cibernética, son nombres que distinguen a algunos de los mundos o caminos explorados, caminos de aventura, mundos que estamos empezando a recorrer.

Algunos de estos altos capitanes del pensamiento y la ciencia tienen ya su monumento en la historia ; otros, aunque no menos grandes que aquéllos, permanecen aún ignorados para el hombre de la calle que, sin embargo, vive y disfruta, sin saberlo, de los hallazgos o de la obra de estos magníficos desconocidos.

Entre éstos se mantiene aún modestamente en la sombra uno de los más preclaros matemáticos e investigadores de nuestros días, el creador de un mundo en cuyos ámbitos se están gestando los más revolucionarios conceptos, las más atrevidas creaciones : el mundo de la Cibernética. Su nombre es Norbert Wiener, cuya muerte, ocurrida en Suecia hace pocas semanas, anunciaron los periódicos con sólo unas breves líneas.

La cibernética, como un terreno de especialización y disciplina, fue creada por el profesor Norbert Wiener el año 1948 ; el nombre fue elegido por él y un grupo de sus colaboradores, y la primera explicación de sus alcances y el planteamiento de la teoría de la información que la sostiene y anima vieron la luz en un libro publicado ese año conjuntamente en Nueva York y París, con el título de *Cyberne-*

tics y con un sugerente subtítulo : « Control y comunicaciones en los animales y las máquinas ».

Explicar lo que es la cibernética no resulta fácil, porque no se trata, en realidad, de una ciencia en sí misma, sino de una integración de ciencias ; porque están recién empezando a transitarse muchos de los múltiples caminos abiertos por ella y porque esos caminos cruzan por territorios tan diversos como la mecánica y la fisiología, la electrónica y las ciencias de la psiquis, la sociología y las técnicas de producción. Y por último, porque sus proyecciones tecnológicas están modificando el modo de vivir y comportarse del hombre y, en consecuencia, aun sus conceptos filosóficos.

Hace tres años tuve el privilegio de conocer al egregio profesor. En ese momento estaba yo dedicado al estudio de la cibernética y tenía en gestación el esquema de mi último ensayo, que atisba en sus fascinantes dominios. El encuentro fue para mí decisivo y desde entonces mantuve con el Dr. Wiener una correspondencia cordial y de gran contenido.

Norbert Wiener, nacido el año 1894, tenía una asombrosa juventud espiritual y una sencillez y cordialidad encantadoras. Era bajo, corpulento, con una gran cabeza de feo, pero simpático dios griego, siempre despeinada a pesar de sus esfuerzos. Dos ojillos, vivaces y preguntones, perforaban al interlocutor y no lograban ocultarse a pesar de las muy pobladas cejas y de los gruesos cristales de sus anteojos.

Al conversar, se movía constantemente y accionaba con gran entusiasmo. Su educación y sus profundos conocimientos matemáticos lo llevaban muy luego a utilizar el riguroso modo de expresión de su ciencia preferida, lo que me obligaba a traerlo a la tierra, a dejarlo a un nivel para mí más respirable y en el que pudiera seguir sus audaces y originales razonamientos. Pero también abría a menudo las alas de su fantasía y soñaba...

En varias oportunidades, como lo he contado repetidamente, tuve que interrumpirle para preguntarle :

— Profesor, ¿está usted soñando? ¿Está usted especulando o lo que me dice lo cree realmente posible?

Y su respuesta era siempre más o menos semejante :

— No se preocupe por ello ; todo hombre de ciencia y de acción científica debe soñar, pues ésta es su única forma de acercarse a las verdades de mañana.

Norbert Wiener era un curioso personaje. Nacido en Columbia, Misurí, era hijo de Leo Wiener, profesor de lenguas eslavas de la Universidad de Harvard. Tuvo la suerte de que su padre se diera cuenta a tiempo de su genio y orientara debidamente su educación. Se refiere que el joven estudiante leía a Dante y a Darwin a los 7 años. Se graduó en el Taft College a los 14 y obtuvo el título de doctor en filosofía de la Universidad en que trabajaba su padre, a los 18.

Tuvo la fortuna de ser alumno en filosofía de Royce y Santayana y de matemáticas de Bertrand Russell y Hardy. A los 31 años inició sus trabajos en el Departamento de Matemáticas del MIT, como profesor. Algunos años después el Instituto le dejó en absoluta libertad para dictar cursos, conferencias, realizar investigaciones o viajar, como él creyera del caso, manteniéndole ese curioso tipo de remuneración que ha permitido a los Estados Unidos llenar sus aulas y sus universidades de hombres ilustres. Wiener no recibía emolumentos fijos ; en cambio, se le proporcionaba todo lo necesario para su vida doméstica, para sus trabajos e investigaciones ; se le daba oficina, secretaria, ayudantes ; se le pagaban sus viajes y cuanto solicitara. Se cuenta que nunca llevaba dinero en el bolsillo y que si en la ciudad de Cambridge, donde vivía, necesitaba algo, le bastaba con entrar, por ejemplo, en una tienda y pedir lo que deseaba. Todos lo conocían y sabían que sus gastos corrían por cuenta de la universidad.

El Dr. Wiener no fue un especialista restringido ; tal vez su más valiosa actitud, posible sólo en un hombre de su extraordinario talento, fuera el haber trabajado en muchas materias diversas y en todas con profundidad y, al mismo tiempo, con visión panorámica. En sus búsquedas matemáticas se interesó especialmente por los problemas relacionados con el azar, con la irregularidad de ciertos fenómenos y con las conductas que podríamos llamar dis-

continuas o caprichosas que aparecen en la naturaleza. Su libro *Problemas no lineales y la teoría del azar* muestra su aguda capacidad matemática y su habilidad para manejar los más complejos problemas abstractos.

Durante la última guerra mundial cooperó, en forma decisiva, en la búsqueda de dispositivos y procedimientos de control para los cañones antiaéreos y en la utilización del radar. Pero a lo que dedicó su mayor empeño fue al problema de las comunicaciones y la información.

Wiener explicó cómo la realidad no es otra cosa que un mundo de relaciones que se establece a través de mensajes o comunicaciones que traen y llevan informaciones. Todo lo que al hombre sucede y todas sus reacciones, provienen de los impactos que sus sentidos reciben del exterior o de su propio organismo, los cuales, después de ser trasmitidos por medio del sistema nervioso hacia la central de la conciencia o de la subconciencia, generan una respuesta que, generalmente, se expresa en forma de acción.

Ansioso de estudiar los nexos existentes entre las máquinas y su creador, debió abocarse además, por analogía, al estudio de las relaciones de los hombres entre sí y de las máquinas entre sí. Esto significaba olvidarse de la morfología del organismo humano, como también de la estructura de la máquina y poner el acento en el análisis de las conductas de uno y otra. De aquí nació su idea de crear una disciplina destinada al estudio del control de las comunicaciones entre los hombres y las máquinas ; para lo cual resultaba primordial establecer conceptos comunes y un lenguaje también común entre las distintas ciencias interesadas.

En la introducción de su obra capital, el profesor Wiener explica que un grupo de personas, entre las que se contaban matemáticos, fisiólogos, neurólogos, físicos, filósofos y otros, inició una serie de conversaciones particulares sobre temas muy diversos, pero que él, organizador del grupo, orientó fundamentalmente tras la búsqueda de una metodología común que permitiera coordinar los distintos campos de investigación y las correspondientes experiencias en todo lo relacionado con controles y comunicaciones. Agrega que el grupo decidió dar un nombre a todo el territorio que podría cubrir una eventual teoría sobre estas acciones, tanto en los organismos vivos como en las máquinas, y que el nombre elegido fue « Cybernetics ». Explica Wiener que formaron esta palabra partiendo del término griego kubernetes (kubernytys), o, según su propia frase, en letra cursiva : « Steersmen, piloto, timonel-timonero ; de steer, gobernar el rumbo de las embarcaciones. » Y agrega : « A pesar de que el término cybernetics no viene más allá que del verano de 1947, creímos conveniente usarlo para referirnos a épocas anteriores en el desarrollo de este campo. »

Después de la aparición de *Cybernetics* y de la publicación de artículos y conferencias nacidos del grupo original, la palabra cibernética empezó a ser usada más profusamente en revistas técnicas y textos de estudio o de divulgación y aun en uno que otro libro que abordó algunas de las zonas del amplio campo cubierto por el subtítulo de la obra madre : « Control y comunicaciones en los animales y las máquinas ».

En *Cybernetics*, Wiener expuso, con un asombroso manejo de los nuevos elementos y conceptos matemáticos incorporados a esta ciencia en los últimos años, su teoría de la información que debería cruzarse, tanto por la contextura de su formulación matemática como por los conceptos en ella envueltos, con la segunda ley de la termodinámica y la entropía, apasionante fenómeno cuyas consecuencias trascienden hasta los límites de la filosofía y los dominios de la metafísica.

El sabio de Massachusetts era, además, un hombre con un sentido muy claro de las responsabilidades que el uso de las máquinas automáticas y el consiguiente progreso de la automación significaba para los científicos que los habían hecho posibles y que estaban desarrollándolos hasta límites todavía desconocidos. Se daba perfecta cuenta de los problemas éticos implicados en estos procesos que llevarán al hombre a verse libre del trabajo obligatorio y a enfrentarse al debido aprovechamiento de su ocio y de sus horas libres. Expuso algunas de sus ideas al respecto en su magnífico libro *The Human Use of the Hu-*

man Being (El uso humano del ser humano) y en una obra literaria, una novela, que lleva por título *The Tempter* (El tentador, el seductor, el instigador). Se trata de una moderna adaptación de la leyenda de Fausto y Mefistófeles, en la que plantea la corrupción de un hombre de ciencia balanceado entre los ideales de su propia disciplina y las fuerzas competitivas de la industria.

Resulta curioso observar como los hombres de ciencia de nuestros días divisan, desde sus señeros puestos de vigía, panoramas de sueño o de imaginación que, al no poder incorporarlos a sus planteamientos científicos, deben vaciarlos en los cauces de la literatura. Junto con el de Wiener, el caso de Fred Hoyl, uno de los más destacados astrónomos de Inglaterra, en su novela de ciencia-ficción *La Nube Negra,* es una clara muestra de esta actitud.

Norbert Wiener era un hombre integralmente humano. Le interesaba la naturaleza, a la que se acercaba a través de viajes de índole deportiva ; era un apasionado de la literatura y de los idiomas. En su trato conmigo buscó siempre la oportunidad de practicar su castellano que, después de una llegada de Portugal e Italia, le resultaba una curiosísima simbiosis de las tres lenguas. Tenía todas las características del pensador y estudioso, a pesar de que, de cuando en cuando, actuaba en el mundo de los seres corrientes. Como buen sabio, era sumamente distraído y vivía horas enteras en otro mundo, su mundo propio. Se cuenta que un día, en la ciudadela universitaria, lo detuvo un alumno para hacerle algunas consultas. Después de una breve conversación y antes de despedirse, Wiener le preguntó a su interlocutor :

— Dígame, por favor, ¿cuando usted me encontró, yo iba o venía de ese edificio?

Como el alumno le dijera que venía, él se hizo en voz alta la siguiente reflexión :

— Quiere decir, entonces, que ya almorcé.

Por desgracia, después de un accidente que le produjo contusiones y rotura de huesos, ocurrido en los Estados Unidos, el Dr. Wiener parece que no quedó definitivamente curado ; la muerte lo sorprendió en Estocolmo, cuando se aprestaba para salir hacia Italia, adonde le agradaba especialmente ir a dar conferencias y alternar con sus colegas latinos.

Si yo pretendiera hacer un balance, un resumen o simplemente una mención de las principales aportaciones hechas por él a la humanidad, me vería en apuros, debido a la diversidad de los campos en que operó. Sin embargo, su concepción integral de la cibernética y sus específicas contribuciones al estudio de la retroacción o « feed-back », característica fundamental de la conducta de las máquinas cibernéticas, es, tal vez, lo que se destaca con más vigor en su obra y lo que tendrá más trascendencia.

Según Wiener, retroacción o feed-back es una acción de comando destinada a modificar otra acción u orden anterior ; pero, y esto es lo más importante, ella nace de la diferencia entre la acción efectivamente realizada y la que se proyectaba realizar. Cuando deseamos que un movimiento o impulso siga un cierto trayecto, cumpla con una norma o reproduzca un modelo, la diferencia entre la norma, el modelo o la trayectoria proyectada y el movimiento o acción realmente ejecutados, se emplea como origen de una nueva orden o acción correctora destinada a obligar a la parte que se desea regular a actuar o moverse de tal manera que se acerque más a la norma o modelo tenido como objetivo.

Aquí está la clave, la esencia del planteamiento cibernético. Las máquinas automáticas son capaces de realizar un determinado programa ateniéndose a instrucciones que el hombre imparte a los dispositivos mecánicos o electrónicos que accionan la energía de comando. La máquina cumple las instrucciones sin percatarse de si se alcanzan los fines que el hombre tuvo en vista al construirla o ponerla en marcha. Si una máquina de llenar botellas encuentra en la cinta transportadora una que hemos llenado intencionalmente hasta la mitad con municiones, verterá todo el líquido que cabe en la botella, sin parar mientes en que mucha parte de él se ha perdido.

En cambio, los mecanismos de retroacción buscan un determinado fin y varían su conducta según «los resultados» y las circunstancias para alcanzar el objetivo pro-

puesto. Como se ha dicho, la máquina pierde su « estupidez » y actúa « inteligentemente ». En el caso de la máquina de llenar botellas, tan pronto como el líquido llegara al gollete, cerraría la canilla por donde sale aquél.

Aun cuando, a mi entender, no se trata de inteligencia en el sentido humano, este cambio de actitud y de sistema de las máquinas es el que está produciendo la gran revolución tecnológica de nuestros días y el que hará que la máquina sustituya al hombre en la mayor parte de sus trabajos manuales e intelectuales.

Y lo notable es que, al estudiar los organismos vivos, y especialmente el hombre, se ha podido comprobar que la gran mayoría de sus acciones, que su conducta y su equilibrio vital, se manejan también a través de complejos e intrincados sistemas de retroacción que informan al subconciente de los resultados obtenidos, para que éste ordene nuevas acciones o corrija las que están en curso cuando ello sea necesario.

La teoría de la información, de compleja demostración matemática, ha abierto insospechados caminos y habrá de constituir, con el correr del tiempo, la base del monumento que el Dr. Wiener merece que se le erija entre los grandes hombres de la tierra.

Como todo intelectual de alta jerarquía, Wiener era un filósofo y su posición frente a la vida y a los problemas del espíritu era en extremo interesante.

En una oportunidad le pregunté, después de haber conversado sobre la impresionante huella matemática que los científicos de hoy están descubriendo en todas sus investigaciones sobre la energía y la materia :

— Profesor, ¿usted comparte la posición de Alberto Einstein frente a la religión?

Wiener no conocía exactamente este planteamiento. Yo se lo recordé :

« Mi religión trasciende de la conciencia de que existe un ser superior, una ordenación inteligente, un destino en la evolución del hombre. No se trata de un vago panteísmo, sino de un claro concepto sobre un supremo poder de la más alta jerarquía. El admitir que existe algo en que no podemos penetrar ; el pensar que las razones más profundas, la belleza más radiante que nuestra mente puede alcanzar, son tan sólo sus formas más elementales, ese conocimiento, esa emoción, son lo que constituye la actitud verdaderamente religiosa. En ese sentido, soy profundamente religioso. »

El profesor me contestó :

— Me parece extremadamente interesante lo que usted me ha expresado. La idea de Dios omnipotente y omnisapiente es para mí una noción que queda fuera de la capacidad de la inteligencia humana y, por consiguiente, no puede ser considerada científicamente. Habrá que empezar por describir y limitar ese concepto que tiene mucho de emocional.

— ¿Cree usted, entonces —le repliqué—, que la emoción debe ser descartada en ese tipo de discusiones?

— ¡No! Lo emocional es verdadero, pero no sabemos todavía cómo medirlo o clasificarlo y, por consiguiente, se arranca del campo de la ciencia. Yo creo que la ciencia y la religión constituyen procesos y hay que considerarlos siempre en permanente cambio, según varíen los conocimientos y los alcances del hombre. Yo, en estos momentos, estoy escribiendo un libro en el que trato precisamente sobre la relación entre la ciencia y la religión. No se trata, naturalmente, de llegar a conclusiones ni postulaciones definitivas, sino de lo que yo he llamado « un prolegómeno de la teología ».

El libro mencionado en esa oportunidad apareció pocos días antes de la muerte de su autor con el sugestivo título de *God and Golem, Inc.*

Aun cuando todavía no he podido leer esta última producción del genial matemático, profundo filósofo y encantador amigo, me atrevo, sin embargo, a adivinar su orientación. « Golem » es un término que para el pueblo judío tiene el significado que nosotros damos a la palabra robot. Se trata de una figura legendaria, prototipo del eventual hombre cibernético. Allá por el año 1600 un poderoso Rabí, llamado Loew, habría creado un hombre de barro a quien colocó en la boca, dentro de un cubito o pequeño exaedro, el nombre que los descendientes de Sem no pueden pronunciar : el nombre de Dios. Esto dio al

androide la capacidad de obedecer las órdenes del creador, quien lo utilizaba para diversos menesteres, entre los cuales se menciona la dura y enojosa tarea de transportar agua.

Un día viernes, Loew se olvidó de sacar el cubito de la boca de Golem y como el sábado está prohibido realizar ningún trabajo, el autómata quedó libre para seguir trabajando a su antojo, con lo que produjo una alteración y un revuelo en la colectividad.

Este curioso personaje, además de la idea de robot o de androide, parece que lleva su simbología más lejos. Se trata de una figura de barro, de un ídolo o de un falso dios, lo que puede explicar esta curiosa frase puesta por Wiener como título de su libro : *Dios, Golem y Cia.* Se cubrirían con ella las relaciones entre Dios y el hombre, pretendidamente dios también con la creación de las máquinas, o entre el Creador y su creación : Dios y el hombre, o el hombre y la máquina, pero éstas son todas suposiciones que aclararemos una vez que el libro esté en nuestras manos.

El hecho trágico e ineluctable está presente. El gran matemático, el filósofo y humanista brillante, se ha dormido en la noche de la muerte. Y de todo el acervo de conocimientos, y todas las ideas, los proyectos y sueños que albergaba su cerebro privilegiado, ¿qué se habrá hecho? ¿Se habrán apagado y reducido a cenizas como sus huesos y su corazón? Cuesta trabajo conformarse ; preferimos soñar que, como una suerte de vilanos del espíritu, serán sus ideas llevadas por el soplo del tiempo para que fructifiquen en otras mentes generosas y sabias.

Mientras tanto, nos cabe sólo inclinarnos con dolor y tristeza frente a su prematura partida y, venerado por nuestro recuerdo, levantar su efigie junto a los manes que guardan el templo de la inteligencia, de la bondad y de la sabiduría del hombre.

libros

La vida cultural en el Africa negra de habla portuguesa

UNA INTELIGENTE e intensa divulgación de los fenómenos socio-económicos y político-culturales del Africa negra de expresión portuguesa se debe al despertar de la conciencia de sus intelectuales negro-africanos. Sus voces se unieron y se afinaron al mismo diapasón, en defensa de la dignidad del hombre negro, en el ejercicio del legítimo derecho de reivindicación de una cultura negra integrada en una civilización negro-africana.

Ese lancinante grito de alerta de varios poetas, sobre todo afro-angolanos y afro-mozambiqueños, resonó por todo el mundo, particularmente entre las élites intelectuales y progresivas, que prestó una atención inteligente y receptiva a sus creaciones literarias.

Entre otras publicaciones, fue la *Antología de Poesía Negra de Expresión Portuguesa* (París, 1959), organizada por Mario de Andrade, la que se distinguió meritoriamente en la revelación de ese ambiente desconocido y dramático y de su universo cultural.

Y a medida que esa divulgación se fue desarrollando en países como Francia, Italia, Inglaterra, Checoeslovaquia, Alemania, Rusia, Norteamérica, Brasil y China fueron comprendiendo mejor sus pueblos la tragedia del hombre africano bajo la dominación colonial portuguesa, reconociendo su derecho a la total emancipación y respetando los valores tradicionales de una civilización y de una cultura específicamente africanas, que tienden a imponerse en el curso de los años.

Este fenómeno, sin embargo, se manifestó más temprano en otros territorios negro-africanos, pero notoriamente en los de expresión francesa, en los cuales se fue haciendo menos violento el condicionamiento político de la cultura negra, que con rapidez alcanzó un nivel considerable. Así se dieron a conocer ventajosamente poetas y escritores de la importancia de un Leopold Senghor, un León Damas, un Aimé Cesaire, un Jacques Rabemananjara, un David Diop y otros. Por el mismo procedimiento, liberadas de las cortapisas de su pasado colonial, las culturas negro-africanas llegaron a alcanzar el puesto a que tienen derecho, a partir de una estructura social renovada, de un verdadero clima de paz, de progreso y de libertad.

Consideramos fundamental hacer notar que fue el criterio de superioridad cultural la fuerza que determinó la imposición por los colonizadores portugueses de la lengua de su país de origen como lengua oficial. Y si es cierto que en algunas manifestaciones culturales como las canciones populares o la literatura oral los africanos pudieron emplear sus propios dialectos, en lo que atañe a la literatura escrita no tuvieron alternativa los intelectuales africanos, sino que hubieron de optar de modo inmediato por la lengua portuguesa como medio de expresión.

La vida cultural en los territorios africanos de habla portuguesa tiene sus exponentes en la música, en las canciones y danzas de su folklore, en la literatura oral, rica en mitos, leyendas, cuentos, proverbios, enigmas y poemas, en la estatuaria y en la pintura : y en la literatura escrita, en la novela, la novela corta y el cuento, pero más acentuadamente aún en una impetuosa y vibrante poesía de circunstancias.

Una poesía de poetas negro-africanos (negros, afro-europeos y afro-asiáticos) y también de poetas europeos que asumió como suya la praxis del hombre de color. Pero aun cuando ciertos críticos literarios no consideren como auténtica esta toma de posición, la verdad es que son intelectuales africanos como Costa Andrade los que afirman « ... el blanco mestizo (hombre nuevo todavía, relativamente a su origen racial, cultural, económico o social), ese blanco que sufre también en gran parte del proceso de enajenación de la ocupación portuguesa y —por una actitud coherente y una mentalidad revolucionaria— forma parte de la universidad africana, esforzándose constantemente en afirmar

la personalidad africana, que es la suya, a pesar de su coloración pigmentaria diferente ». Una filosofía cuyas coordenadas ultrapasan las fronteras de la « negritud » y « del orgullo escandaloso de la cualidad de ser negro », y reclaman para el hombre africano el libre acceso a un plano de diálogo con el hombre de todas las razas, en forma de que alcance una afirmación de presencia humana y universal.

Cabo Verde, Santo Tomé y Príncipe, y Guinea

En las islas de Cabo Verde, más allá de la expresión portuguesa por la que optaron la mayoría de sus hombres de letras, las formas culturales se desenvolvieron también en lengua « crioula », que se deriva del portugués arcaico del siglo XV. En este archipiélago hiciéronse populares las « mornas », poemas en lengua crioula, que sirven como letra a canciones de compositores caboverdeanos, y cuya temática, extensiva a la poesía de circunstancias, varía entre el deseo latente de una revolución social y la dignificación del hombre de color. En el primer grupo sobresalieron las « mornas » de Eugenio Tavares y B. Leza, y en el segundo poetas como Pedro Cardoso, Jorge Pedro Barbosa y Gabriel Mariano. Entre los cuentistas figuran Baltasar López, Manuel López y el mismo Gabriel Mariano ya citado.

De este último escritor merece mención especial su poema « Cantiga da minha filha » que traduce su preocupación permanente por el clima social de la isla :

« *¿Quién tiene los ojos mojados / de la sangre más despreciada / del dolor más dolorido / de la muerte más reseca? / ¿Quién fue vendido mil veces / asesinado más de mil veces / millones de veces burlado y escarnecido?* »

Con características comunes, dentro de la poesía de circunstancias de Santo Tomé y Príncipe, pueden citarse los nombres de Francisco José Tenreiro (1921-1963), autor de *Isla de nombre santo* (Nuevo Cancionero, Coimbra, 1943), Alda do Espirito Santo, Tomas Medeiros y María Manuela Margarido, advirtiéndose en estos tres últimos poetas una más consciente identificación con los problemas de la opresión sufrida por los trabajadores africanos. Pero Alda do Espirito Santo es, sin duda, quien con mayor profundidad y cálido realismo nos transporta al clima de injusticia social que caracteriza la vida en las « rocas » de Santo Tomé.

Veamos un pasaje de su poema titulado « Donde están los hombres cazados en este viento de locura » : « *Y la sangre de las vidas caídas / en los matorrales de la muerte / la sangre inocente empapando la tierra / en un silencio de escalofríos / va a fecundar la tierra clamando justicia.* »

En Guinea descollaron en la poesía Terencio Anahory y Antonio Batica, afanados, a través de los elementos de lo trágico cotidiano, en ofrecernos todo el sufrimiento del hombre negro, consciente ya de que es una víctima de la presencia europea del pueblo colonizador.

Angola

En Angola, a partir del movimiento « Vamos a descubrir a Angola » (1948-1952), formado por elementos responsables de la revista « Mensaje », fue cuando un grupo de poetas se reveló, y se rebeló, denunciando el drama de la opresión colonial, de la explotación del hombre afro-angolano, y defendió una emancipación inmediata del pueblo indígena, si necesario fuese por medio de procedimientos de violencia contra el orden establecido.

Mario de Andrade, uno de los fundadores de ese movimiento, afirma que el despertar de la conciencia de los intelectuales angolanos de la generación del 28 se debe de manera especial a la lectura de los periódicos locales de mediados de siglo, en los que periodistas como Cordeiro da Mata, José do Nascimento, Tadeo Bastos y otros se hicieron eco de las reivindicaciones del subproletariado de Angola y defendieron con tesón una conciencia cultural afro-angolana.

Fue, pues, a raíz de 1948 cuando se difundieron y fueron conocidos entre los intelectuales de las otras colonias los nombres de Agustín Neto, Antonio Jacinto, Mario Pinto de Andrade, Mario Antonio, Viriato Cruz, Luandino Vieira, Gerardo Bessa, Víctor Lara y algunos otros.

La poesía de Agustín Neto y Mario Pinto de Andrade tiene sus raíces en la poesía oral de los pueblos « kimbundus », de donde esos poetas son originarios.

La poética de A. Neto, que encontró un amplio auditorio en todo el mundo cultural, nos transmite con extraordinaria vibración el ansia de libertad del hombre afro-angolano. Inclinémonos un momento sobre un pasaje de su poema « Crear » : « *Crear crear / crear libertad en las estradas esclavas / grilletes de amor en los caminos paganizados de amor / sonidos festivos sobre el balanceo de los cuerpos pendientes de horcas simuladas / crear / crear amor con los ojos secos.* »

Otro poeta humanísimo, Antonio Jacinto, va aún más lejos en su afirmación de revuelta, cuando no sólo se convierte en portavoz del proletariado afro-angolano, sino también en elemento activo de la revolución que ese mismo sector minoritario de la población hubo de iniciar. Leamos el testimonio del propio poeta, que en el final de su poema « El gran desafío »

previó con mucha anticipación lo futuro, en que el pueblo de Angola se rebelaría contra el opresor : « *Pero tal vez un día / cuando las buganvillas florecen alegremente, / cuando las alondras entonen himnos de madrugada en la campiña / cuando la sombra de las alamedas sea más propicia / cuando todos los que padecemos aisladamente / nos encontremos iguales como antaño / tal vez la gente ponga / los dolores, las humillaciones, los temores / desesperadamente en el suelo / en el espacioso arenal cruzado de caminos que hemos hollado / en los mismos senderos de esclavitud / por donde pasa la avenida que bajo un sol ardiente hemos alquitranado y / unidos ya en las mismas ansias, aventuras y esperanzas / haremos entonces un gran desafío...* »

Mario de Andrade trata con agudo patetismo en uno de sus breves poemas el problema de la mano de obra forzosa, enviada a Santo Tomé, y a través del pasaje que transcribimos sobresale el deseo de que el clima social de la época experimente una modificación total. Al mismo tiempo se advierte la intención del poeta de transmitirnos el mismo ritmo que caracteriza a la poesía oral kimbundu : « *Madre, él ha de volver / ¡Ay! Nuestra suerte ha de cambiar / ¡Se fue!... Lo mandaron a Santo Tomé / Y nuestro hijo no volvió / La muerte se lo llevó / ¡Se fue...! Lo mandaron a Santo Tomé.* »

En el campo de la ficción literaria son más raros los valores representativos de la realidad social y de una específica cultura afro-angolana.

Como figura de primera línea descuella el novelista Castro Soromenho, que siguiendo el ejemplo de otros intelectuales angolanos y mozambiqueños, asume como suya la praxis del hombre negro-africano, y cuya obra se inspira sobre todo en el folklore afro-angolano.

Mozambique

En Mozambique nacieron los primeros y lúcidos gritos de revuelta contra las arbitrariedades cometidas por los colonizadores, particularmente de una mujer, Noemia de Sousa, cuya obra poética se desenvolvió entre 1948 y 1951. Fue condenada en 1952 por actividades políticas en Mozambique, contra la seguridad del Estado, y se le fijó su residencia en Lisboa, donde actualmente vive. Ella fue durante aquel período el más auténtico y representativo portavoz del pueblo afro-mozambiqueño en la lucha por la dignificación del hombre y la mujer negros y de su derecho a la libertad y a la emancipación totales.

Su arte poética revela, en la parte rítmica que marca la cadencia del poema, una influencia nítida de los « spirituals » de Harlem y de los « blues » negro-americanos, transmitidos por las voces de Paul Robeson, Elia Fitzgerald o Louis Armstrong, y el mismo testimonio de conciencia de poetas como Senghor, Guilién Hughes y Countee Cullen. Su poesía, sumamente vigorosa y humana, ha venido a influir sobre las generaciones que le siguen.

Entre los poetas mozambiqueños se fundaron movimientos con características semejantes a los que se constituyeron en Angola hacia el año 1948, movimientos que vinieron a agruparse en torno a la publicación mensual de letras y artes *El Itinerario* (1947-1951) y al semanario *El Clamor africano* (1951-1956). Son los poetas los más activos luchadores, interesados en la cotidiana pelea por el renacimiento de una cultura negro-africana, por una reorganización de sus cuadros sociales y políticos y por la dignificación del hombre negro-africano en general. Cerca de veinticinco años antes, un grupo de periodistas y poetas africanos, entre los cuales figuraban Juan y José Albasini, Estacio Dias, Nicanor da Silva, Guidione de Vasconcelos y Ruy de Noronha, reunidos igualmente al amparo de *El Clamor Africano*, iniciaron un movimiento con características idénticas, que el gobierno portugués acabó por disolver, decretando la censura de prensa.

En el repertorio de temas de la mayoría de los poetas mozambiqueños se denuncia el desajuste entre dos culturas diferentes, en presencia : la africana y la europea, y la atmósfera que corresponde a la realidad social. Algunos de sus poetas hasta renuncian a la utilización de símbolos o de cadencia que no sean esepecíficamente de solera africana.

Críticos especializados en literatura negra de lengua portuguesa, como Juan Alves das Neves (San Paulo) y Alfredo Margarido (Lisboa), indican los nombres de Noemia de Sousa, José Craveirinha, Marcelino dos Santos, Ruy Nogar, Ruy Knopfli, Duarte Galvao, Fernando Ganhao, Sergio Vieira, y últimamente Malangatana Valente como los de los poetas más representativos de Mozambique.

Pero José Craveirinha, periodista y poeta de gran altura intelectual, había de volver diez años más tarde a reanudar los movimientos a que acabamos de aludir y llegó a ser, hacia 1960, uno de los más serios exponentes no tan sólo de la poética afro-mozambiqueña de habla portuguesa, sino asimismo de la poesía negro-africana de todo el continente. Opinión ésta sostenida, además, por dos de los más lúcidos críticos literarios portugueses : Ruy Baltazar y Eugenio Lisboa.

Él fue el poeta que inteligentemente asimiló la lección del neorrealismo europeo cuando encarnó en sus versos el drama del subproletariado africano. Él es el artista que juega con un

ritmo y un lenguaje al cual inviste de un acento específicamente mozambiqueño, pero distinto del lenguaje de la poesía oral de los pueblos rongas y chaganes.

En su poema « Sangre de mi madre » (el poeta es afro-europeo, hijo de madre negra y de padre blanco) se convierte en portavoz de las reivindicaciones y del grito de desesperación y de guerra de las masas trabajadoras africanas, desde el « xibalo » (negro reclutado para trabajar en las plantaciones de algodón, azúcar, etc.) hasta el magaica (negro reclutado para el trabajo en las minas de Africa del Sur y de Rhodesia) : « *Xipalapala llama / Culucumba de mi madre reza en su Biblia / ¡ah! el bosque va a despertar / la dura faena va a comenzar / ¡ah!... sangre de mi madre, la dura faena va a comenzar, y la cólera de xipalapala va a cruzar todos los caminos del río y del mar / gritar y sudar en el chigubo de Mozambique / ¡sangre de mi madre!* »

Malangatana Gowenha Valente, que es un pintor de amplios recursos, fue una de las más recientes revelaciones poéticas en Mozambique (1960). Sus poemas, presentados por primera vez en *Black Orpheus* (Nigeria) merecieron inmediatamente la atención de Langston Hughes. Se incluyen asimismo, al lado de Noemia de Sousa y de José Craveirinha, en la antología *Modern Poetry from Africa* de Penguin Books, seleccionados por Gerald Moore y Ulli Beier. Sus imágenes son portentosamente ricas en símbolos de la mística afro-mozambiqueña.

En el sector de la novela, de la novela corta y del cuento inspirados en el folklore afro-mozambiqueño o en una realidad social dominante, escasean las obras publicadas con un verdadero sello de autenticidad. En el cuento hay que anotar nombres como los de Ruy Nogar, José Craveirinha y Ruy Cartaxana, con gran parte de su obra dispersa en los periódicos, o todavía inédita, y Luis Bernardo, hijo de padres rongas, que acaba de reunir en un volumen una serie de cuentos, en los que el carácter de sus personajes revela el gran espíritu de observación y la fina ironía del autor, constituyendo los elementos más íntimos de su grupo étnico, que se nos brindan en un estilo sobrio, exacto y dinámico.

*

Pero el mundo cultural afro-mozambiqueño no se encuadra en los límites de la poesía oral de los chopes o de los chaganes, ni en los cuentos, proverbios y enigmas de los macondes o de los macuas. La música, y particularmente la música chope, ejecutada por orquestas de xilófonos (timbilas) y sus danzas orquestales (msahos) fue considerada por Hugh Tracey como una de las más elevadas expresiones del arte negro africano del Africa meridional. En *La música chope* de Hugh Tracey figuran varios « msahos » recogidos por el autor en la comarca de Zavala, que son preciosos elementos de estudio para sociólogos o historiadores que se interesen por la vida cultural y social de las poblaciones bantúes de Mozambique.

Dentro de la estatuaria a que se dedican en Mozambique los rongas, changanes, senas y macondes, son estos últimos los que más descuellan, al punto de que alcanzaron reputación internacional. El arte escultórico de los macondes, en madera oscura o en marfil, ha sufrido perjuicio, sin embargo, a causa de la influencia de algunos misioneros de la región de Mueda, que, atendiendo al aspecto utilitario, organizaron una producción de tipo comercial. Y como, sin una sensibilidad artística, sin un concepto de creación y de belleza una influencia de tal índole es indudablemente funesta, el arte maconde va perdiendo con rapidez la fuerza que le daba carácter y originalidad. En esas creaciones que no son mera curiosidad etnográfica relacionada con el primitivismo de tal escultura, se descubre una elevada vida interior y una depurada técnica. La expresión trágica de la raza negro-africana solamente a través de su pintura actual alcanza mayor brillantez, fuerza y belleza que en aquellas creaciones plásticas a las que acabamos de aludir.

En el campo de las artes plásticas la pintura ocupa en el momento actual un lugar preponderante, fenómeno que no se registra en el resto del continente africano.

Entre los pintores afro-mozambiqueños con obra realizada y que estuvieron presentes en el Primer Congreso Internacional de Cultura Africana (Rhodesia) figuran Abdías Julio Muchanga, Alberto Mati, Augusto Nafetale y Metiene Macie. A un nivel destacadamente superior y con una fuerza plástica segura y consistente, surgen Bertina Lopes y Malangatana Valente, con formas de expresión distintas, pero con una orientación común, definida por la transposición al lienzo del drama de los pueblos afro-mozambiqueños, elemento que inviste a esas obras de una autenticidad muy representativa.

*

En el campo cultural, uno de los fenómenos que debiera merecer la cuidadosa atención de los especialistas es el del lenguaje oral o escrito utilizado por las poblaciones afro-mozambiqueñas. Porque si bien el idioma portugués ha sido establecido como lengua oficial y obligatoria en los establecimientos docentes, misiones y lugares de trabajo, etc., las estadísticas del gobierno indican, no obstante, el número de 1.650.000 individuos que hablan portugués en una población total de 6.500.000.

Mediante trabajos de investigación realizados de norte a sur en todo el territorio, se ha podido precisar, por ejemplo, que la lengua macua y sus dialectos (lomué, chrima, chaca, meto, marrevone, nampamela, mulai y naharra) se hablan por cerca de 2.500.000 africanos, lo que representa aproximadamente una tercera parte de la población total.

También se comprobó que estando el kiswahili o swahili ampliamente difundido, ora en el norte hasta la línea del río Zambeze, ora entre las poblaciones del centro y del sur, cerca de 3.500.000 africanos entienden y utilizan aquella lengua bantu.

Así, pues, las campañas para una rápida difusión de la cultura entre las poblaciones afromozambiqueñas, ya vivan en el interior o ya trabajen en los territorios vecinos, podrían obtener resultados prácticos más positivos, si la enseñanza, en vez de emplear alguno de los varios dialectos que se hablan en Mozambique, o el inglés (adoptado por la FRELIMO en la región del Tanganyica, en las escuelas para trabajadores macondes), tuviese como base e instrumento la lengua swahili. No se trata tan sólo de una lengua africana mirada con simpatía por la población, sino de una lengua hablada y comprendida por unos tres millones y medio de individuos, factor éste de consideración y que no debe olvidarse.

Conclusión

El aspecto más positivo de la contribución que los valores representativos de una cultura negro-africana aportan a la cultura universal en este momento consiste en su enriquecimiento con las enseñanzas de una experiencia común al hombre de color, pero más señaladamente realizada por el hombre negro.

Tanto en la literatura oral o escrita como en la estatuaria, en la música, en las danzas de paz o de guerra o en la pintura, se presiente una emoción que nos parece que revela en toda su magnitud la tragedia humana de la sujeción y de la discriminación, en una multiplicidad de experiencias casi impar en la historia de los pueblos.

Pero, sobre todo, es el pleno testimonio de conciencia de los intelectuales del Africa Negra, por el repudio de la tutela del pueblo colonizador, y una consecuente dignificación de la raza negro-africana en el campo social, un sacudirse el complejo de desánimo y de frustración en que viven las mayorías indígenas cautivas del colonialismo, y el legítimo uso de la aparente neutralidad de ciertas expresiones de cultura como vehículo de protesta pública, lo que caracteriza acentuadamente sus manifestaciones.

La revelación continua, que en estos últimos tiempos se viene registrando, de elementos de talento y de valía en el campo literario o artístico en el Africa Negra de expresión portuguesa (más justo sería definirla como Africa Negra de influencia portuguesa) viene a demostrar paladinamente que el oscurantismo de la presencia portuguesa en Africa contribuyó durante siglos a la sofocación casi total de las potencialidades creadoras negro-africanas y a paralizar la evolución gradual de su cultura específica.

VIRGILIO DE LEMOS

Alberto O. Hirschman: «Controversia sobre Latinoamérica»

A FINES DE 1959 y comienzos de 1960 el « Fondo Siglo XX » organizó un grupo de estudio con el fin de alcanzar alguna claridad sobre un tema apasionante y, al parecer inasible. Se trataba de « identificar las razones por las cuales los latinoamericanos propugnan, adoptan y cambian ciertas políticas económicas », y esto para aclarar el proceso de elaboración de esas políticas. El relator del grupo y responsable de esta selección de contribuciones fue Albert O. Hirschman, profesor de Relaciones Económicas Internacionales de la Universidad de Columbia y autor del reciente estudio *La estrategia del desarrollo económico*.

El material preparado para las discusiones o que surgió de éstas ha recibido un desigual proceso de depuración. Mientras algunos artículos conservan todavía las características de una charla, en todo caso de un diálogo informal, otros constituyen verdaderos estudios independientes. Esto resta armonía al volumen, pero no le quita interés. No abundan libros que, como éste, planteen ciertos graves problemas latinoamericanos desde un punto de vista preferentemente económico, con amplia solvencia técnica y de un modo accesible al lector culto. Por cierto que no se trata de una novela y requiere un relativo esfuerzo de comprensión al que no estamos acostumbrados. « Inflación », « estabilización «, « mercado común », « refoma agraria », nos suenan a vibrantes consignas en tiempos de elecciones o de revoluciones. No parece inoportuno recordar que son otros tantos capítulos de la ciencia económica actual y que requieren una previa reflexión antes de seguirlos o rechazarlos.

El proyecto que se ha concretado en este volumen (editado por el Instituto Torcuato di Tella, Buenos Aires) es tanto más elogiable en cuanto implica una lúcida heterodoxia —que no se deja llevar al desprecio— respecto de las doctrinas económicas clásicas. En general se debe decir que el aire que se respira en esta discusión no está ahumado con ningún mito. Creo que ninguna vez se nombra el marxismo. Ello no significa que no esté presente y operante, pero *no se parte de él*, sino de los problemas de la realidad latinoamericana actual. Esto me parece altamente promisorio. En economía, como en todos los órdenes, pareciera ser la consigna de los mejores este sacudimiento de todas las interpretaciones hechas y el careo directo, mano a mano, con la realidad.

Creo que el libro está organizado en torno a cuatro temas centrales. El inicial, sobre las relaciones entre los Estados Unidos y Latinoamérica, provoca una discusión muy interesante entre Hirschman, Lincoln Gordon y un tercero en discordia que interviene bajo el seudónimo de « Ypsilon ». El segundo asunto es el de la polémica entre « monetaristas » y « estructuralistas » y de él se ocupan preferentemente Oliveira Campos, Félix y Grunwald. El problema de un mercado común latinoamericano o de una federación económica de libre comercio es expuesto por Mikesell y Urquidi. Finalmente T.F. Carroll estudia la zarandeada cuestión de la reforma agraria. Esto no significa que los cuatro temas estén prolijamente alineados y no se compliquen unos con otros. En efecto, las discusiones sobre las relaciones entre los Estados Unidos y Latinoamérica no pueden prescindir del tema del mercado común latinoamericano, ni los que traten de éste dejar de tomar posición respecto de la opción « estructuralismo-monetarismo », pero creo que hecha esta salvedad, los temas se organizan según el cuadro apuntado.

PROGRAMA LITERARIO

El Instituto Torcuato Di Tella continúa así con un plan de publicaciones de inestimable valor para Latinoamérica.

EZEQUIEL DE OLASO

Guillermo de Torre : « Tres conceptos de la literatura hispanoamericana »

SE REUNEN en este libro (Losada, Buenos Aires, 1963) artículos de distintas épocas y varios temas. Algunos, los últimos, son apuntes breves : « El ensayo americano y algunos ensayistas », « Breve desfile de críticos literarios », « Larra en América ». Pero esa brevedad no significa de ninguna manera pobreza ; y aunque de modo episódico, el crítico no deja de plantear de paso algún problema interesante. Así, cuando se pregunta : « ¿Acaso no será el ensayo, aplicado particularmente a la interpretación y desciframiento de lo americano, el vehículo literario más genuino, en última instancia, más logrado y característico? » Y casi a renglón seguido el ilustre crítico dedica algunas líneas al argentino Eduardo Mallea. Lo cual me permite proponer otra pregunta : « ¿Acaso no será la novela-ensayo (o ensayo-novela) aplicado, etc.? » No deja de llamar la atención, por lo menos a un europeo, el que algunos novelistas y hasta algunos poetas hispanoamericanos sean también ensayistas, como, por ejemplo, los mejicanos Agustín Yáñez y Octavio Paz, o el ecuatoriano Alfredo Pareja Diezcanseco. Los hay también que, en un mismo libro, son lo uno y lo otro, como Eduardo Mallea, Leopoldo Marechal (*Adán Buenosayres*), Carlos Fuentes (*La región más transparente*). Quiero decir que estos novelistas, a través de la ficción novelesca, tratan de desentrañar lo americano — lo argentino o lo mejicano en los casos mentados. Y conste que no me refiero aquí únicamente a la pintura del argentino o del mejicano que hay en dichos libros— tales retratos, al fin y al cabo, pertenecen al género novelesco en cuanto éste refleja la sociedad. Aludo concretamente a los párrafos en que los protagonistas meditan, discuten acerca del ser nacional. Y no creo interpretar equivocadamente el pensamiento de don Guillermo si digo que él mismo corrobora esta tesis cuando escribe un artículo titulado « El universo novelesco de Eduardo Mallea », e incluye al mismo escritor en el titulado « El ensayo americano ».

Me contentaré con mencionar en el presente párrafo los temas tratados por el autor además

de los aludidos : « Visita a Alfonso Reyes y panorama de sus obras completas », « Aproximaciones de Gabriela Mistral », « Victoria Ocampo memorialista », « Una carta-autobiografía de Ricardo Güiraldes », « Reconocimiento crítico de César Vallejo », « La poesía negra de Luis Palés Matos », « La poesía de Clara Silva », « Marta Brunet y su narrativa chilena », « Dos novelas venezolanas de Miguel Otero Silva ». En estos artículos hay análisis logrados, como sabe hacerlos don Guillermo, en los que se evidencia la simpatía a la par que la clarividencia con que enjuicia a algunos escritores hispanoamericanos.

En « La polémica del creacionismo. Huidobro. Reverdy », encuentra el lector un testimonio más del crítico acerca de ese punto de historia literaria. Conviene subrayar que de Torre reconoce que el creacionismo « fue verdaderamente una *creación* de Huidobro ». Sumando este artículo a otros sobre el particular, indicados en notas, y a los trabajos del chileno Antonio Undurraga (« Teoría del creacionismo », en *Vicente Huidobro. Poesía. Prosa. Antología*, Aguilar, Madrid, 1957) y de la francesa Marie Laffranque (« Aux sources de la poésie espagnole contemporaine. La querelle du créationnisme », en *Mélanges offerts à Marcel Bataillon par les hispanistes français*, Bordeaux, 1962), se puede tener una idea clara de la gestación y cronología de aquellos *ismos* que dieron tanto que hablar.

Diré ahora que el título del libro corresponde a los tres primeros artículos. En estos estudios, con pormenores eruditos, el autor evoca la obra americanista de Juan Valera, Menéndez Pelayo y Unamuno. Con lo cual queda nueva constancia del interés que, tanto en su labor en la editorial Losada como en sus libros, ha demostrado por la cultura americana de habla española.

*

Esta simpatía ha tenido últimamente su premio merecido en un libro publicado por el Ministerio de Educación y Justicia de la República Argentina, obra de Emilia de Zuleta, titulada *Guillermo de Torre* (Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1962). Obra ésta que es como una pequeña historia de las actividades literarias del crítico y al mismo tiempo una exposición de sus ideas. Todos los amigos de Guillermo de Torre agradecerán a Emilia de Zuleta este acercamiento a la personalidad intelectual del escritor. Una docena de fotografías proponen al lector la biografía de don Guillermo en doce actitudes : desde la del niño con su padre, hasta la del padre con sus niños, desde el revolucionario del *Manifiesto Ultraísta*, hasta el ilustre conferenciante merecidamente agasajado, y ahí lo vemos también con el grupo del consejo de redacción de *Sur*, en 1962, con esa sonrisa tan suya de hombre bueno que sabe muchas cosas.

La segunda parte del libro es una antología cuyos textos, elegidos con cuidado, tocan algunos temas claves de la obra del crítico.

Una « Bibliografía de Guillermo de Torre » termina felizmente esa obra que, según me lo escribe en una dedicatoria el autor de *Tres conceptos de la literatura hispanoamericana*, es el primer reconocimiento « oficial » que se le hace en la Argentina.

PAUL VERDEVOYE

« Relación varia de hechos, hombres y cosas de estas Indias meridionales »

CON LA PUBLICACION de este hermoso libro, la Editorial Losada ha querido conmemorar sus veinticinco años de vida. Este aniversario obliga a recordar que, durante todo ese lapso, Losada ha sido una de las empresas difusoras de cultura y de valores espirituales que más han contribuído a difundir el conocimiento de los autores más diversos.

« ...un libro (de) documentos que pusieran de manifiesto la trágica grandeza de los primeros tiempos de lo que habrían de ser después estos pueblos de la América Meridional... », dice Gonzalo Losada en su prólogo a *Relación varia*. De la selección de esos documentos se encargaron Alberto M. Salas, autor de obras de gran importancia histórica y literaria, y Andrés Ramón Vázquez, jefe del Departamento Técnico de la Editorial. Ambos compiladores han redactado las notas que presentan —y enriquecen— cada texto.

Numerosos son los libros que dan cuenta de los hechos de la Conquista, pero en *Relación varia* aparecen narrados « por la voz de los protagonistas », como dice Losada. Esta voz resulta fascinante por la pasión y la ingenuidad que transparenta. Además, en ella se gusta el inimitable sabor de la aventura, aquel que encuentra su tono más adecuado en los testimonios de quienes las han vivido.

Relación varia acoge veinticinco textos del siglo XVI que, tal como los formulan los compiladores, son representativos de « formas de vida, modos de ser, acciones y circunstancias propias de la época en que nacieron las ciudades y el país. Una especie de inventario, descripción y enumeración de la tierra, paisajes y cosas, de hombres, sentimientos y conductas... » Es así

como gracias a estos testimonios vemos de cerca a hombres que suelen ser sólo nombres diseminados en los manuales de historia : Pedro de Mendoza, Juan Díaz de Solís, Martín Domínguez de Irala, Alvar Núñez Cabeza de Vaca —de este último la bondad, su sentido de la justicia y su delicado y firme respeto por los indios y por su propia gente, abren un claro en el oscuro clima de reyertas y traiciones del que es ejemplo el alevoso asesinato de Juan Osorio, del que consuela, a su vez, la compasión de Juan Pacheco. Aparecen, además, hombres de los que nada sabíamos, pero que, mediante alguna carta salvada por el azar, adquieren forma y se animan, permitiéndonos participar de sus cuitas y padecimientos. Así la carta del ballestero Bartolomé García, así la de doña Isabel de Guevara o la del bachiller Domingo Martínez, escritas sin otra inspiración que la necesidad de revocar un estado de cosas que encuentran injusto. No es esto todo : descripciones de islas con su fauna y su flora ; insólitos inventarios de bienes ; crónicas de expediciones en donde hasta se menciona la existencia de una tribu de amazonas indias ; el asombroso testamento de Irala ; la carta de Ambrosio Eusebio dirigida nada menos que al Aretino... Estos textos, y otros que no alcanzamos a enumerar, nos permiten acceder de manera entrañable al peculiar ritmo de vida de los primeros españoles en nuestras tierras e interiorizarnos en sus miserias y grandezas.

No quisiera soslayar en esta nota la sabrosa comicidad de algunos pasajes hallados a lo largo del libro. Se trata, sin duda, de un humor involuntario por parte de sus autores, pero esa misma falta de intención acentúa la eficacia cómica de proposiciones como las que transcribo :

« Estos (los indios) cual astutas zorras, parecía que les hacían señales de paz, pero en su interior se lisonjeaban de un buen convite ; y cuando vieron de lejos a los huéspedes, comenzaron a relamerse cual rufianes. »

« ...tenían (los indios) muy gran temor de los caballos y rogaban al Gobernador que les dijese a los caballos que no se enojasen... »

« Un día, súbitamente, vimos en la costa del puerto a un hombre con estatura de gigante, desnudo, que bailaba, cantaba y se echaba polvo sobre la cabeza. » Cuenta Pigafetta que a este mismo indio el capitán le mostró un espejo : « Al verse la cara se asustó muchísimo y saltó hacia atrás, echando por tierra a tres o cuatro de nuestros hombres. » Otra observación de Pigafetta informa sobre la triste situación social de la mujer patagona : « ...los hombres tomaron rápidamente sólo sus arcos, y sus mujeres, cargadas como asnos, llevaron el resto ». También deja mucho que desear la conformación anatómica de estas indias : « Cuando las vimos quedamos estupefactos. Las tetas les cuelgan hasta los codos... » Además, hace notar la falta de aliño de los manjares indígenas : « Comían los ratones sin pelarlos. »

La misma inocencia preside la formación de expresiones de alto valor poético que, como quien no quiere la cosa, aparecen en algunos textos :

« Un caracol y en él un pedazo de coral que parece nascer dél. »

« ... las nueces muy encarceladas... »

« ... todos pensábamos y hablábamos de lo cerrado que era todo alrededor de nosotros ».

« ... y con la espada ceñida hube de bajar a ver cuán fondo era el río... »

« ... hay en aquella tierra muy grandes pinares y son tan grandes los pinos que cuatro hombres juntos, tendidos los brazos, no pueden abrazar uno... »

Pero es sobre todo al hablar del hambre padecida cuando estas voces alcanzan esa intensidad que sólo proporciona el padecimiento vivido de lo que es dice. Ante ellas el lector se estremece, pero también adquiere una visión inigualada de las tremendas penurias que implicó la Conquista :

« ... buscando yerbas y éstas de todo género, que no mirábamos si eran buenas o malas, y el que podía haber a las manos una culebra o víbora e matarla pensaba que tenía mijor de comer quel Rey... »

« ...y como la armada llegase al puerto de Buenos Ayres con mil e quinientos hombres, y les faltase el bastimento, fue tamaña la hambre, que, a cabo de tres meses, murieron los mil ; esta hambre fue tamaña, que ni la de Jerusalén se le puede igualar... »

Claro que ninguna se le puede igualar, pues hasta « ocurrió que un español comió a su propio hermano, que había muerto », según cuenta Ulrico Schmidl y según canta Luis de Ramírez : « Las cosas que allí se vieron / no se han visto en escritura : / comer la propia asadura de su hermano. » Por eso acongoja leer en el inventario de los bienes de Pedro de Mendoza las menciones de su vajilla. « ¿Y tantos cuchillos y tenedores, para tender qué mesas de señor? ¿para trinchar el aire? », preguntan los autores de la selección en la nota preliminar.

En modo alguno se han acabado las razones de continuar escribiendo sobre este magnífico libro. Pero ante la imposibilidad material de extendernos, apresurémonos a recomendarlo, seguros de que los lectores agradecerán a la Editorial Losada, a Gonzalo Losada y a Alberto M. Salas y Andrés R. Vázquez este regalo de aniversario.

ALEJANDRA PIZARNIK

notas

Mascarilla de Ortega y Gasset

La primera noción de la existencia la obtuvo don José de una máquina de impresión. En el subsuelo de su casa, su padre —padre también del excelente diarismo español anterior a la guerra civil— poseía los implementos necesarios para editar un diario. Al padre lo llamaban por sus dos apellidos, Ortega y Munilla ; al hijo, mientras iba creciendo, con sus ojos curiosos abiertos sobre la planicie del mundo, lo llamaban familiarmente « Ortegacetilla ». El muchacho merodeaba por las cajas de tipos y por el desmantelado habitáculo de la redacción, en donde hombres barbudos y estentóreos facturaban el periódico charlando y fumando interminablemente. El rapaz era de agudo raciocinio e ingenio prematuro y transparente. En las primeras horas de su vida —entre los doce y los quince años— se inicia en los jeroglíficos de las ideas. Su vocación no ha de cesar ya sino en el filo de la muerte, cuando la razón oscurecida se interna en la sombra y todas las sensaciones exteriores se hacen difíciles de traducir con palabras. Es entonces cuando interroga, desde su lecho de enfermo : « Pero ¿qué es lo que pasa? Ayúdame —dice a su mujer— a ordenar mis ideas, que siento que se escurren, que se van... » Son las postreras palabras. Luego, todo se vuelve dolor hierático ; los sollozos se apagan, amortiguados por las mamparas en una lejanía duplicada por los espejos de las antesalas.

Ha concluído la más vigorosa aventura del espíritu español contemporáneo, finamente fermentada en la inquietud, en la contemplación, en el análisis. Casi no ha existido fenómeno de la razón, del paisaje o de la idea que no haya captado esa pupila certera y sosegada, reiterada y cautiva de don José. El mundo, con su drama y encono, ha sido contemplado como a través de un periscopio, como un paisaje ajeno ; es decir sin pasión. Lo ha observado don José, con fría y elegante certidumbre, explicándolo en tersa y continuada disertación, sin comprometerse o tomar partido, pero sin eludirlo. Don José ha sido la antítesis de la fiereza unamunesca, siempre tan justo y medido, tan razonable y sobrio. A la pasión, él ha querido oponer la razón. Pero, en un medio crepitante y ardiente como un horno, en que ideas y argumentos sirven para atizar la hoguera de las contradicciones, él ha sido balsámico y exacto, manteniéndose a flor de agua, sin naufragar en el exceso verbal o en la polémica irritada.

Un acerado instrumento de análisis le ha permitido penetrar hasta la fuente misma de la pasión española con el afán de explicarla, justificarla, pero no exacerbarla. Las altas disciplinas filosóficas le han concedido un revestimiento de amianto, capaz de permitirle pasar y repasar sobre las llamaradas, sin quemaduras visibles. El conflicto de las ideas le atrae sin atraparlo. Es un espectador analítico y grave, mordaz en ocasiones, casi nunca empecinado y cáustico. Es, ha sido, eso : la imagen de la razón, pura y limpia, en el escenario movedizo y trágico de la pasión. Su aparición en la disputa secular tiene un cometido esclarecedor más que una finalidad polémica. Inspecciona el andamiaje carcomido y aporta soluciones, propone remedios, ofrece fórmulas de transacción. Frente al palurdo cecijunto, él mantiene una manera de ser civilizada, occidental y contemporánea, una conducta serena y cosmopolita opuesta al tradicionalismo cerril.

Cuando treinta años atrás comienza el auge de su disertación templada, su presencia propone una paradoja aparente : la de un filósofo estoico y elegante que transforma la densidad de las teorías en graciosa liviandad y aparece en el tendido del circo taurino a convencer al toro que vuelva a la dehesa, al diestro que enfunde el estoque y al público que retorne a casa. Así, fiera, diestro y público espectador se imponen una tregua para escuchar al filósofo y volver a la lid con más encono todavía. Extravagante y fortuita, esa presencia no es comprendida de inmediato. Su contenido e intención necesitarán del sedimento de los años y la perspectiva de la tragedia para recobrar su validez. A la hora en que llega Ortega al polígono de tiro verbal de España, nadie quiere oír otra cosa que su

propia voz estentórea y aristada de ásperos vocablos. De allí saldrán las despectivas definiciones de « filósofo de salón » y « teórico de señoras ». La disputa empleada es de muy machos *y las ideas en juego tienen sexos diferenciados. Todo cuanto tenga forma y fondo de razón resulta anacrónico o ambiguo. Por eso emigra a América en teoría y palabra, que es la mejor forma migratoria del escritor. América, por entonces, no es aún el tablero cuadriculado en rojo y negro que va a volverse más tarde ; todavía es lampiña y no le han crecido barbas terroristas ; la alta voz filosófica resuena gravemente bajo las bóvedas universitarias, guiando o procurando guiar a los hombres por caminos ecuánimes y ordenados.*

La guerra, el trágico espectáculo de la matanza entre hermanos, empavorece su ánimo y repugna a su conducta, a la esencia de su razón y su actitud. No vuelve las espaldas al drama de su pueblo ; se aleja, simplemente consternado, considerando la ineficacia de la razón entre dos bandos sedientos de la mutua sangre. Recordando a Unamuno en los días de su muerte, exclama sin poder reprimir el dolorido acento : « Han muerto en estos meses tantos compatriotas, que los supervivientes sentimos como una extraña vergüenza de no habernos muerto

En el número 84 *de* Cuadernos, *correspondiente al mes de mayo último, habíamos ofrecido la suma de* 20 *dólares a la mejor traducción al español de « Ballade sur la fausse nouvelle de sa mort », de Charles d'Orléans.*

Después de un atento estudio de las traducciones recibidas, hemos decidido premiar la enviada por la señora Rosa Pérez de Gripón, que habita en Belvès (Francia).

Ofrecemos a continuación el poema original y la traducción premiada :

Nouvelles ont couru en France,
Par maints lieux, que j'estoye mort ;
Dont avaient peu de déplaisance
Aucuns qui me hayënt à tort ;
Autres en ont eu déconfort,
Qui m'aiment de royal vouloir,
Comme mes bons et vrais amis.
Si fais à toutes gens savoir
Qu'encore est vive la souris.

Je n'ai eu ni mal ni grevance,
Dieu merci, mais suis sain et fort,
Et passe temps en espérance
Que paix, qui trop longuement dort,
S'éveillera, et par accort
A tous fera liesse avoir.
Pource, de Dieu soyent maudits
Ceux qui sont dolents de véoir
Qu'encore est vive la souris.

Jeunesse sur moi a puissance,
Mais Vieillesse fait son effort
De m'avoir en sa gouvernance.
A présent faillira son sort,
Je suis assez loin de son port,
De pleurer veux garder mon hoir ;
Loué soit Dieu de Paradis,
Qui m'a donné force et pouvoir ;
Qu'encore est vive la souris.

ENVOI

Nul ne porte pour moi le noir,
On vent meilleur marché drap gris ;
Or tienne chacun, pour tout voir,
Qu'encore est vive la souris.

Nuevas por Francia corrieron
Aca e alla de mi muerte ;
Pocas cuytas les truxieron
A algunos que odian mi suerte
Syn razon ; a otros les vierte
Fiel la nueva, al que sincero
Me apresçia de coraçon.
Assi sepa el mundo entero
Que aun esta bivo el raton.

Males non me acaesçieron
Graçias a Dios ; sano e fuerte
Las mis esperanças fueron
E son que la paz despierte
Del largo sueño, e que açierte
A dar goço duradero.
Porque Dios de maldiçion
Al que sufre, cicatero,
Que aun esta bivo el raton.

Aun so jouen. Si quisieron
La vejez e edat inerte
Gobernarme, non pudieron,
E aunque vejez brio invierte
Fio que en mi non se inserte.
Que non llore mi eredero,
Loado el Dios de Sion
Por quien so fuerte e inpero,
Que aun esta bivo el raton.

ENVIO

E lutos por mi no quiero,
Menos cuesta albo xubon ;
Ca tened por verdadero
Que aun esta bivo el raton.

también. A algunos nos consuela un poco lo cerca que hemos estado de ejecutar esa sencilla operación de sucumbir. » Él se mantendrá distante, separado por el ancho mar de Colón, vigilando el acontecimiento, seguro de que, sobre el lago de sangre, la razón terminará por imponerse alguna vez, íntimamente desgarrado por la trágica peripecia.

La prodigiosa versatilidad de Ortega, su panorama espiritual cambiante y distinto como la luz solar sobre los mares, le permitiría cosechar en el vasto jardín del mundo, con penetrante perspicacia, cuanto éste posee de ejemplar. Todas las páginas de Ortega están iluminadas por su luz interior ; lo mismo el ensayo filosófico, la teoría política, que la exploración estética, poseen una dilecta fosforescencia en que el cabrilleo de las imágenes lo emparienta con los impresionistas franceses. No obstante, todo en él es transparente y concreto y empuja al entendimiento a hundirse un poco en sí mismo para diferenciar los matices.

En Estoril habíase detenido como un solitario pretendiente mientras se apaciguaba la contienda. El pasajero oyó su voz y escuchó su palabra disertando, en un prodigioso juego de malabar, sobre Velázquez y Goya, durante una rápida permanencia matritense. La voz sonora y limpia hacía un fondo abovedado y señorial al desfile de imágenes, gráciles, airosas, quebradizas como diminutas sajonias. Proféticamente había reclamado, lamentando el definitivo silencio de su contrafigura filosófica : « La voz de Unamuno sonaba sin parar en los ámbitos de España desde hace un cuarto de siglo. Al cesar para siempre, temo que padezca nuestro país una era de atroz silencio. » Y sería la muerte del propio Ortega el segundo eslabón de ese silencio.

RAUL ANDRADE

UN MOLIÈRE SIN MOLIÈRE

La Comedia Nacional Argentina, por iniciativa de su nueva directora Luisa Vehil, destacada intérprete de la escena argentina, ha programado para este año un plan de actividades compuesto por siete obras que incluyen a tres autores argentinos : *Jettatore* de Gregorio de Laferrere, ya representado ; *Ollantay* de Ricardo Rojas, y la obra de un autor novel. Completa la lista : *A vuestro gusto* de Shakespeare, *Esta noche se recita improvisando* de Pirandello, *Doña Rosita la soltera* de García Lorca y *Las mujeres sabias* de Molière, que acaba de estrenarse en esmerada traducción realizada en alejandrinos, por Manuel Mújica Lainez.

Cuando Molière escribe *Les femmes savantes* (Las mujeres sabias) está en plena madurez, de talento y de edad. Al año de haber escrito los cinco actos en verso de esta comedia, el gran autor-actor moría. Para las ansias de una época en plena evolución espacial, en la que astronautas de uno y otro sexo se lanzan a la conquista del mundo cósmico, la vigencia de una sátira sobre la pedantería no se debe tanto al tema como a los tipos siempre actuales fijados por Molière ; para él, como de costumbre, la importancia está centrada en los personajes más que en la trama. La pieza es el pretexto, la finalidad real los individuos que quiere satirizar. En *Las mujeres sabias*, Molière divide los personajes en dos grupos : los pedantes henchidos de vanidad, y los seres que, sin mayores luces, poseen una visión sana y cuerda. La línea demarcatoria es bien explícita y define la intención del autor. No sólo a través del lenguaje se manifiesta la oposición de criterios, sino también en los ademanes, en la conducta y en la indumentaria. Todo el equilibrio de la obra descansa sobre esos rasgos. Toda su razón de ser depende de los matices de esas corrientes antagónicas. En el momento que esto se descuide todo el ajuste peligra. No tenerlo en cuenta deforma el enfoque y pierde agudeza la pintura de ambiente. ¿A qué recurrir a extravagancias de gusto dudoso, como la pantalla que proyecta el beso de los jóvenes enamorados ocultos en una carpa? Mejor sería respetar al autor. Es lo que se llama estilo. Y es de lo que careció la representación de *Las mujeres sabias* en la Comedia Nacional Argentina, a pesar de ser un brillante espectáculo. Molière ridiculiza los pedantes, no el saber. Por consiguiente no se trataba de exagerar caracteres, algunos ya grotescos de por sí. Al insistir en lo que el texto suficientemente delata se cae en la caricatura. Molière escribió una sátira, no una farsa. Un imprescindible sentido de la medida lo indicaba. Y también un elemental conocimiento del espíritu molieresco impregnado, en pocas obras como en esta, de un ingenio genuinamente francés. Hay escenas capitales, como el coloquio entre las dos hermanas, que resultó deslucido, ya que el enfrentamiento de Armanda y Enriqueta, de psicologías tan distintas, da enseguida el clima de la obra. En cambio se recurrió a una iniciativa poco feliz haciendo intervenir criados, saltarines que ejecutan múltiples payasadas haciendo continuos cambios de accesorios escénicos. Recurso totalmente superfluo y del cual se abusa. Además ¿por qué presentar a Martina, la vieja criada que enuncia conceptos de gran sentido común, como si fuera un ser retardado? No tiene razón de ser, y sobre todo no responde a la realidad del personaje. Tampoco fue lograda la interpretación de Filaminta, que careció de altura. Filaminta es una gran burguesa con ínfulas de erudita ; su actitud es arbitraria, pero no le fal-

ta señorío. Esto en ningún momento trascendió. La altivez, y no tontos amaneramientos, de Filaminta es la clave del dominio que ejerce a su alrededor, sobre Crisalo, su marido ; sobre su hija Armanda, la más perjudicada de tanta inepcia ; sobre Belisa, la cuñada con cabeza de chorlo ; sobre Enriqueta, su otra hija que trata de eludir el círculo de los vanidosos. Enriqueta pertenece al grupo sensato, y no tiene por qué actuar haciendo ñoñerías como fue el caso, desvirtuando su condición de persona derecha y bien aplomada. Lagunas todas estas de una dirección que no marcó debidamente a los personajes, restándoles autenticidad.

La representación de esta obra contó con elementos valiosos, con la brillante traducción de Manuel Mújica Lainez y con los decorados y el vestuario de un pintor consagrado como Raúl Soldi. El lujo desplegado en la presentación resultó de por sí un logrado espectáculo decorativo. Sin menoscabo del reconocido talento de Soldi, pudo haberse ceñido el vestuario más de acuerdo con la idiosincrasia de ciertos personajes como Crisalo, Enriqueta, Clitandro el novio, ajenos a toda vanidad y a los que no correspondía un arreglo recargado con los mismos rebuscamientos y artificios que el de la gente pedante. La indumentaria revela una psicología, aun en el teatro y más en esta obra. En el elenco de la Comedia Nacional Argentina intervienen en los papeles centrales Violeta Antier, Perla Santalla, Lydia Lamaison, Irma Córdoba (actriz invitada), Bernardo Perrone, Miguel Ligero, Alejandro Anderson, Luis Brandoni. La dirección escénica fue confiada a Carlos Muñoz ; la música de Valdo Sciamarella, muy en ambiente ; de asistente plástica actuó Lía Labaronne. La dirección en general fue ejercida por Luisa Vehil.

Esta representación de *Las mujeres sabias* fue de un Molière sin Molière, pero pese a no haber sido muy ortodoxa, fue muy espectacular respondiendo al gran esfuerzo realizado.

MARIE. PASCAL

INTEGRACION PSICOLOGICA DEL MESTIZO PERUANO

Denominamos mestizos al núcleo humano que pertenece a la cultura mestiza que se origina en la mezcla racial del indígena con los elementos occidentales.

De primera intención se advierte que dentro del tipo mestizo existen una serie de diferencias, especialmente entre los que habitan en la costa y los que provienen de la Sierra. Los primeros viven en la costa desde hace varias generaciones y han asimilado las costumbres españolas, y los segundos, en su mayoría están en pleno proceso de transculturación. A estos últimos se les suele llamar cholos, en oposición a los mestizos costeños para quienes se reserva el término de criollos.

Por lo pronto interesa saber el juicio valorativo que tienen de sí los mestizos. A este respecto, casi todo este núcleo humano tiene conciencia de su mestizaje, o sea se aprecian distintos del indígena ; empero, este sentimiento racial alterna con otro que revela aversión por la posibilidad de ser llamados cholos. En general la inmensa mayoría prefiere denominarse a sí mismos, mestizos. Y es que el término cholo ha estado asociado a la condición de servidumbre (Simmons). Pues, como ha recordado Muelle, la palabra cholo procede de la voz mochica que significa muchacho y que se aplicaba a los indios que vivían en las comunidades españolas.

Inclusive, con el tiempo el término cholo ha devenido despreciativo y los mestizos criollos suelen referirse a los mestizos serranos con el epíteto peyorativo de cholo de m...

En el fondo el repudio a estos aspectos de sí mismos denota la honda preocupación por emerger hacia un *status* social más estable, a tono con la civilización occidental. Por otra parte ocurre que gran parte de la población mestiza proveniente de la sierra sur del Perú es bastarda, y al emigrar hacia las ciudades como Lima o Arequipa, sufren el impacto de la organización social y, en cierto modo, reclaman para sí una especie de legitimidad social, que se advierte en el rechazo a la palabra cholo.

*

La palabra seguridad se refiere a la actitud básica de la persona de encontrarse en un medio que le brinde apoyo y le permita desarrollar sus aspiraciones vitales y espirituales.

En lo que respecta a los mestizos provenientes de la sierra el sistema de seguridad es precario. En la mayoría se advierte un cuadro de desadaptación psicológica que mengua sus posibilidades de desarrollo personal. Prueba de ello es la actitud paternalista que adopta la mayoría, pues, sin aptitud para la acción directa, esperan que el gobierno resuelva sus problemas, en especial los de vivienda. Esto también explica la formación de las barriadas a las cuales, frecuentemente, se les pone el nombre de una fecha relacionada con la persona del Presidente de la República, o en su defecto el nombre de un familiar de este último, y lo cual suponen, es el mejor medio para lograr la ayuda estatal.

Este sistema de seguridad se acompaña a menudo de un pesimismo acentuado. Al afán de dependencia se añade el sentimiento de desamparo y de habitar en un medio hostil y extraño.

Como parte de este sistema de seguridad se ha desarrollado la costumbre del compadrazgo, que es un producto típico de la América Latina. Especialmente al que emigra de la Sierra esta institución colectiva le brinda una de las mejores posibilidades de afirmación de su seguridad básica. No sólo se practica el compadrazgo a propósito del bautismo o del matrimonio sino también en la bendición de una imagen o de una casa.

Igualmente, en el ámbito social existe la tendencia gregaria de formar clubs o asociaciones entre los paisanos de determinada provincia. No es infrecuente que los « hijos de la provincia X » organicen en la capital una especie de representación del suelo nativo, que les ofrece apoyo económico y social. Estos clubs de carácter local acentúan el regionalismo que practican los mestizos y que los conduce a fuertes antagonismos entre los diversos provincianos.

En la población mestiza es frecuente observar un nivel de ansiedad y de temor a la agresión, que como se dijo líneas arriba se debe a un marcado sentimiento de inseguridad personal. En relación con esta deficiencia, como un acto de defensa, y como resultado de una falta de diferenciación conceptual, el temor al daño está considerablemente arraigado en el alma del mestizo, especialmente en el originario de la Sierra.

Este fenómeno se advirtió en los primeros siglos de la Colonia. Luis Basto Girón mostró la relación entre las prácticas de hechicería que combatía la Inquisición y las rencillas de los nativos.

La creencia en el daño proviene al parecer de la envidia que existe entre los mestizos que habitan en una misma localidad. De este modo, el daño que les acontece lo atribuyen con frecuencia al maleficio o brujería que los envidiosos ejercitan contra ellos.

Suponen que ese daño se produce mediante *tomas* o brebajes, o sea substancias que se ingieren disimuladas en otros alimentos, o también a distancia mediante injurias o lesiones que realizan en imágenes representativas.

El mismo sentimiento de hostilidad que se advierte en la base del supuesto daño, conduce también a una conducta de tipo agresivo que deriva hacia actos de violencia, la mayoría de los cuales son cometidos en agravio de la mujer. En efecto, en diversas encuestas se ha comprobado que las frustraciones y conflictos del mestizo varón conducen a una descarga afectiva agresiva en el hogar, siendo víctima la mujer y en menor escala los hijos.

Un fenómeno que facilita la conducta agresiva es el consumo de alcohol, que en un 30 por ciento asume caracteres alarmantes. En efecto, son casi costumbre las libaciones de alcohol los fines de semana, lo cual, como es de suponer, condiciona una conducta agresiva permanente.

También es elemento participante en la agresión la condición subalterna en que se encuentra la mujer. El mestizo, en general, tiene desconfianza, recelo y subestima de la mujer. Esta actitud de superioridad proviene del hecho de ser el hombre el elemento productivo. Sólo en el caso en que la mujer trabaje pueden plantearse ciertas condiciones de equilibrio y respeto. De otro modo, el varón tiende a adoptar una conducta independiente y de franca rebeldía frente a la mujer.

*

Existe en el alma del mestizo una disposición depresiva de tipo nativo que con frecuencia lo conduce a la actitud fatalista frente a la vida. Al humor depresivo se suele añadir una actitud de inevitable fracaso en relación con las contingencias diarias.

Esta tendencia triste procede, al parecer, del elemento indígena injerto en la herencia del mestizo. Casi toda la poesía, música y baile del indígena trasunta este aire melancólico que permanece aún en el mestizo que habita la costa.

La quejumbre del mestizo es, pues, ancestral, y caracteriza a la raza indígena. Asimismo, esta tonalidad penosa es causa del desarraigo afectivo en que suele encontrarse el mestizo que emigra a la ciudad, de tal manera, que al ánimo depresivo se añaden otros fenómenos de inadaptación ambiental en los que influyen el consumo de alcohol y otros hábitos desquiciadores de la personalidad.

En una visión sucinta hemos revisado las principales características psicológicas que suelen observarse en los mestizos, tanto en los procedentes de la Sierra como en los que viven en la Costa. Como norma general se advierte que en los originarios de la Sierra se desarrolla una tendencia a descargar su agresión cuyo origen se debe al desarraigo ambiental y a la existencia de un pensamiento primitivo, fruto de la falta de diferenciación psicológica. Se analizan las actitudes depresivas y los sistemas de seguridad personal, señalándose al mismo tiempo, las singularidades de la apreciación de sí mismos.

SEGISFREDO LUZA

PRIMERA EXPOSICION EDITORIAL DEL CONTINENTE AMERICANO

Uno de los mayores acontecimientos culturales de los últimos tiempos ha tenido lugar en México, durante el mes junio, con la reunión de un grupo importantísimo de editores de paí-

ses americanos, así como la feliz celebración de la Primera Exposición Editorial del Continente Americano (en la que se exhibieron, con notable éxito de crítica y de público, más de 35 mil volúmenes).

En el simposio especialmente organizado con motivo de esa primera exposición, se recalcó la necesidad de aumentar la responsabilidad de los editores frente a la cultura. Por su parte el público concurrente —integrado sobre todo por literatos, escritores, historiadores, investigadores, maestros, catedráticos, estudiantes y técnicos— tuvo oportunidad de apreciar los grandes progresos de la industria editorial del continente, la cantidad y calidad de los libros que se vienen produciendo en los diferentes países.

Chester Kerr, director de la prensa universitaria de Yale, felicitó a los organizadores de la notable muestra en nombre de la Asociación de Universidades Norteamericanas, integrada por 63 editoriales universitarias de ese país.

Manifestó Kerr que cuando en octubre próximo empiece a funcionar en México —tal como ha quedado aprobado ahora en esta reunión— el Centro Interamericano de Libros Académicos (CILA), « se habrá dado el primer paso en firme para un intercambio de publicaciones de los centros culturales del Continente ».

Esto, de por sí, constituye un gran progreso, ya que fácilmente puede comprobarse (y así nos ocurrió durante reciente jira sudamericana) que existe una desafortunada *incomunicación* en estos aspectos culturales y específicamente libreros entre la mayoría de los países americanos. Sucede que la producción de libros peruanos, por ejemplo, por buena y amplia que sea, no es suficientemente conocida en México, ni aun en Chile o Argentina, y así pueden multiplicarse los ejemplos.

Por su parte, Albert Ostria Gutiérrez, de la empresa editorial chilena Zig-Zag, expresó que la tarea de elegir obras y publicarlas, que es la función primordial del editor, no tiene por exclusivo objeto enriquecer a éste, sino que es básicamente una misión cultural de fe y sacrificio.

Señaló Ostria que la base fundamental de la civilización occidental es el libro, puesto que « mientras el hombre tenga algo que decir, lo dirá a través del libro, que es donde mejor puede dejar la huella de su paso por la vida ». Recordó que la producción de libros ha alcanzado a varios miles de millones de volúmenes por año en el mundo, de los cuales debe tenerse en cuenta que la Unión Soviética edita 650 millones de ejemplares.

El secretario de la Cámara Argentina del Libro, Gustavo A. Marini, al referirse a la fluidez de los pagos internacionales como factor del desarrollo editorial, señaló que el libro, como artífice y símbolo de la cultura, es el instrumento del desarrollo intelectual y moral de los pueblos.

Defendió Marini la posición de los editores, a quienes llamó « coautores del libro ». Por tanto, agregó, es necesario robustecer la industria editorial de la América latina para facilitar la brillante tarea de pensadores, educadores, artistas y hombres de ciencia, que aún mantienen su obra inédita por falta de recursos adecuados.

Señaló este mismo participante en la reunión que de 180 millones de seres humanos en Iberoamérica, unos 72 millones son analfabetos ; que 15 millones de niños en edad escolar no cuentan con escuelas ; que el número de bibliotecas es en promedio de cinco mil, y que la CEPAL ha calculado que para 1975 habrá 300 millones de habitantes en nuestra América Latina, índice que habrá de significar 750 millones de libros. Finalmente, dijo que es necesario emprender « la colonización de Iberoamérica a través del libro ».

Los doscientos delegados de las empresas editoras del Continente estuvieron plenamente de acuerdo en dichas proposiciones, aprobando la intensificación en todos sus aspectos de una sólida industria editorial en América, así como el establecimiento del mencionado Centro Interamericano de Libros Académicos (CILA).

LUIS GUILLERMO PIAZZA

LATINOAMERICA EN NEBRASKA

Había llegado a su punto más grave la crisis entre Haití y la República Dominicana en la primavera de 1963. Tad Szulc, del *New York Times*, fue designado, por decirlo así, « corresponsal de guerra ». Previamente se comprometió con la Universidad de Nebraska para hablar, precisamente, sobre Juan Bosch y Duvalier. Szulc salió en avión de Santo Domingo, llegó a Lincoln, pronunció su conferencia ante un nutridísimo auditorio y volvió a Santo Domingo al anochecer. De nuevo en la capital dominicana, el entonces Presidente Bosch le preguntó dónde había estado. « En la Universidad de Nebraska », respondió Szulc. En 24 horas Szulc recorrió casi medio hemisferio. Había pronunciado su conferencia y los estudiantes y profesores tenían un informe candente sobre la crisis fronteriza de dos naciones hermanas.

El caso de Tad Szulc no es el único en la Universidad de Nebraska. Periodistas bolivianos y paraguayos, embajadores latinoamericanos, especialistas en literatura, historia, etc., han visitado dicho centro docente, porque el interés creciente entre los estudiantes reclama la visita de destacadas figuras del mundo académico y po-

lítico de América Latina. El rector de la Universidad, Clifford Hardin, es miembro del Council of Higher Education of the American Republics, patrocinado por el Institute of International Education, y en el desempeño de ese cargo ha visitado varios países de América. El vicerrector, Adam C. Breckenridge, firmó, en nombre de la Universidad de Nebraska, un programa de intercambio de estudiantes con el Colegio de México, entonces bajo la dirección de Cosío Villegas, y en la actualidad encabezado por Silvio Zavala. El Decano del College of Arts and Sciences, Walter Militzer, creó el Comité de Estudios Latinoamericanos, presidido por Roberto Esquenazi-Mayo. Integran dicho Comité representantes de distintas disciplinas relacionadas con América Latina : Norman Stewart, especialista en geografía del Perú y Paraguay, David Kelley, antropólogo mesoamericano, Michael Meyer, especialista en historia de México, Bernard Rosen, sociólogo que en la actualidad se encuentra realizando estudios en el Brasil, Alex Edelmann, que se dedica a la investigación en el campo del Derecho político comparado.

De la Universidad de Nebraska ya han asistido al Colegio de México dos grupos de estudiantes, y chicos del Colegio cursan estudios en Nebraska, con resultados beneficiosos para ambas instituciones. El Dr. Mario Ojeda, en el Colegio, es responsable en gran parte del buen funcionamiento del programa. Además, los estudiantes de la Universidad de Nebraska, pueden llegar a especializarse en estudios latinoamericanos cursando las asignaturas que enseñan los profesores anteriormente mencionados y así se hace constar en su diploma de graduación.

En el año académico de 1963 a 1964, visitaron la Universidad de Nebraska, entre otros, Miguel Aranguren, jefe de Información Pública de la Unión Panamericana, Howard Cline, director de la Fundación Hispánica de la Biblioteca del Congreso, Jaime Benítez, rector de la Universidad de Puerto Rico, Arturo Morales Carrión, entonces secretario de Estado adjunto de los Estados Unidos, Theodore Andersson, de la Universidad de Texas, el profesor de lingüística de la Universidad de Chicago Daniel Cárdenas, y Camilo José Cela, quien dictó una conferencia sobre la historia de España. En el Instituto de Español, patrocinado por la Oficina de Educación, enseñó en el verano de 1963 el conocido poeta y crítico nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez, quien tuvo a su cargo el curso sobre Civilización hispanoamericana. La argentina Marta Mosquera y el cubano Jorge L. Martí, desempeñaron cargos docentes en dicho Instituto.

En la Universidad de Nebraska han recibido su aprendizaje voluntarios del *Peace Corps*, que han ido a Colombia y a Bolivia.

La University of Nebraska Press aumenta sus publicaciones sobre Hispanoamérica. La última es la obra de Cosío Villegas *Porfirio Díaz versus United States*, muy favorablemente recibida por el *Saturday Review of Literature*. Cosío Villegas pronunció dos conferencias, bajo el patrocinio de las Montgomery Lecturchips, que fueron publicadas por la Universidad de Nebraska. Y el ex Presidente de Colombia don Alberto Lleras Camargo estaba a punto de ir a Nebraska, cuando una repentina enfermedad se lo impidió.

COLOMBIA : EL SORTEO DE NAVIDAD

En nuestro nº 85, entrega del mes de junio último, en la página 96, publicamos por error el anuncio del sorteo extraordinario de Navidad, organizado en Colombia, correspondiente a 1963.

A partir del nº 86 este error quedó subsanado. Como podrán comprobar los lectores interesados, tanto el precio del billete como los premios ofrecidos han cambiado. En efecto, si bien el valor del billete pasó de 50 a 60 dólares USA, en cambio el primer premio pasó de 500.000 a 1.000.000 de dólares USA, habiendo aumentado los demás premios en proporciones semejantes.

Pedimos excusas tanto a los organizadores del mencionado sorteo como a nuestros lectores.

Temas y autores

En 1957 BERNARDO VERBITSKY publicó un libro cuyo título se hizo famoso : inventó la palabra Villa Miseria y así se tituló su novela, verdadera radiografía de la montonera humana. Han pasado los años y todas las Villa Miseria de América son hoy un drama social, en muchos aspectos más serio que el drama de la tierra. Verbitsky se refiere esta vez a la de Buenos Aires... Pocas personas se han acercado con tan amorosa dedicación a escrutar la obra de Paul Valéry como la duquesa EDMEE DE LA ROCHEFOUCAULD, además buena

B.D.I.C

amiga de las letras de América Latina en Francia. « La política en la obra de Valéry » es un breve y agudo ensayo que muestra el aspecto político, constante, pero no siempre recordado, de la obra de Valéry... Dice ARTURO USLAR-PIETRI desde su observatorio de Caracas : « Está naciendo un nuevo mundo, una cultura nueva, de los que no podremos mantenernos en separación ni en retraso. Conocerla, aceptarla e incorporarla a nuestra vida y a nuestro pensamiento es la tarea primordial de los hombres de este tiempo. » Tal es el tema de « Las carabelas del mundo muerto »... En el último número de *Cuadernos* JUAN ANTONIO CAMPUZANO, excelente periodista español a quien confiamos un estudio sobre la Conferencia del Desarrollo, nos comunicó las ideas de los delegados de Africa ; ahora nos da el punto de vista de los latinoamericanos... Israel no ha sido hasta hace poco más que un desierto : nació en medio de muchas arideces, incluso humanas. Se han rociado las arenas y las almas, pero esto implica mil íntimos y pequeños dramas humanos, porque es más fácil registrar lo que pasa en el alma que lo que no dicen las arenas. De algo de esto nos habla en « El pueblo de Éxodo », desde Israel, BENNO WEISER... NESTOR ALMENDROS concluye hoy su estudio sobre el cine mexicano, siendo así que los dos artículos anteriores hallaron eco en los medios críticos de cine europeos... SARA IBAÑEZ, con esa fina sensibilidad que ha hecho de su obra poética en el Uruguay un modelo, aborda el tema « El artista y su deuda » con un espíritu muy cercano a lo que hondamente piensa el escritor de nuestra América : « El artista es por excelencia un hombre al que nada humano le es ajeno »... A nuestra encuesta sobre la novela, iniciada en el número anterior, responden hoy ENRIQUE ANDERSON IMBERT, FERNANDO DIEZ DE MEDINA, RAUL BOTELHO GOSALVEZ, JOSE A. BALSEIRO y RENATO OZORES... GUILLERMO DE TORRE nació bajo un signo del zodíaco que no hemos averiguado, pero que tiene que ver con el amor a la polémica socrática ; la ejercía en su juventud cuando fundaba el ultraísmo en España y la continúa en Argentina, para provecho de las nuevas generaciones. Véase « Los problemas del barroco », réplica o contrarréplica a Joaquín Casalduero... El poema de MARCO ANTONIO MONTES DE OCA formará parte de su nuevo libro, de cuya publicación sólo él debe tener vagas noticias... Una vez más alterna en nuestra sección de ciencias un autor laotinoamericano : el chileno ARTURO ALDUNATE PHILLIPS, que el año pasado publicó en Santiago su libro *Los Robots* y que ahora nos ofrece un ensayo sobre « Norbert Wiener y la cibernética ».

Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

Director
GERMAN ARCINIEGAS

Consejo de Honor
Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Mariano Picón-Salas, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos y Erico Veríssimo

Redacción en París
Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

Consejo de Redacción
Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, José Luis Martínez, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

Arte
Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

Ilustradores
Sergio Trujillo Magnenat
y Adriana Figueredo

Corresponsales
Asunción : Josefina Plá
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela
Buenos Aires : H.A. Murena
Caracas : Guillermo Morón
La Paz : Fernando Díez de Medina
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz
Montevideo : Dora Isella Russell
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo
Nueva York : Joaquín Maurín
San Juan de Puerto Rico : María Teresa Babín
Quito : Alejandro Carrión
Santiago : Raúl Silva Castro
Tegucigalpa : Oscar Acosta

Administrador
Manuel José Jaramillo

Redacción y Administración
23, rue de la Pépinière, Paris (8)
Teléfono : EUR. 37-59

Cuadernos

KENNEDY

por

aquín Maurín y M. Luther King

•

LDWATER ¿ENFERMEDAD DE LAS DERECHAS?

Richard H. Rovere

WAHARLAL NEHRU

Arnold Toynbee

TURAS INFANTILES

Hernando Téllez

EMIO AL MEJOR CUENTO URUGUAYO

«Reencuentro», de Rolina Ipuche

TORIA ORIGINAL DE ROMEO Y JULIETA

Matteo Bandello

EMAS DE: Miguel Otero Silva, Arturo Torres-Rioseco y César Tiempo

NUEL O LA FAMILIA SANCHEZ

Oscar Lewis

CUATRO BLOQUES ECONOMICOS

Juan Antonio Campuzano

DARIO Y AMERICA

VIEMBRE DE 1964 N° 90

EL IMPULSO VITAL...

petróleo

El petróleo es el impulso vital del progreso. En 1.963 la Empresa Colombiana de Petróleos, ECOPETROL, sostuvo en actividades de ***exploración*** una cuadrilla sísmica, una gravimétrica y cuatro equipos de perforación que taladraron 171.500 pies; ***extrajo*** 12'950.000 barriles de crudo que representan el 21.5 °/o de la producción nacional; ***refinó*** 14'530.000 barriles de derivados que representan el 46.4 °/o de la producción nacional; ***transportó*** 8'400.000 barriles de productos refinados por sus oleoductos,y ***exportó*** 2'800.000 barriles de productos terminados, semiterminados y crudo, a países de Europa, Asia, Norteamérica, Centroamérica y Suramérica.

ECOPETROL, trabajo y esfuerzo de colombianos, explora, produce, refina y transporta el petróleo nacional, factor vital para el desarrollo del país.

ECOPETROL

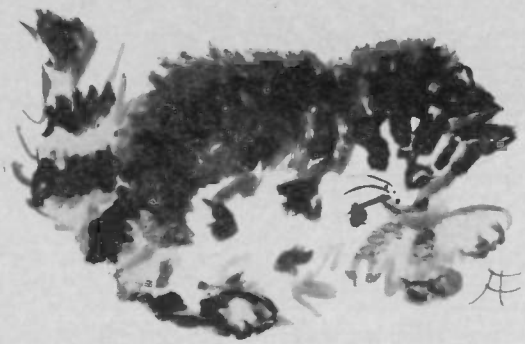
Primera Empresa Nacional

UNIVERSIDAD DE SIMON BOLIVAR

CUADERNOS

NOVIEMBRE DE 1964 N° 90

John F. Kennedy en el pedestal de la historia	3	*Joaquín Maurín*
Goldwater, ¿enfermedad de las derechas?	17	*Richard H. Rovere*
Jawaharlal Nehru	23	*Arnold Toynbee*
Elogio de John F. Kennedy	27	*Martin Luther King*
Historia original de Romeo y Julieta	30	*Matteo Bandello*
Lo americano en « Los raros » de Ruben Darío	49	*David Lagmanovich*
Manuel	58	*Oscar Lewis*
Cayo el aguila azteca	66	*Carlo Coccioli*
Los cuatro grandes bloques economicos	77	*Juan Antonio Campuzano*
RELATO		
Reencuentro	71	*Rolina Ipuche Riva*
ARTE		
Miguel Angel inventor	45	*Damián Carlos Bayón*
POESIA		
Grabado	26	*Miguel Otero Silva*
Dos poemas	34	*César Tiempo*
Aire de sentimiento	57	*Arturo Torres-Ríoseco*
LIBROS		
« Obras completas », de Alfonso Reyes	85	*Luis Guillermo Piazza*
« Entre el Mar Rojo y el Mar Muerto », de German Arciniegas	86	*Ezequiel de Olaso*
« El tema de España en la poesia española contemporanea », de Jose Luis Cano	87	*I.*
« Arbol de Diana », de Alejandra Pizarnik	89	*Enrique Molina*
« Jaguar puro inmarchito », de Carmen Conde	90	*Dora Isella Russell*
NOTAS	91	*Hernando Téllez, Luis Guillermo Piazza, etc.*
TEMAS Y AUTORES	95	



RECORDAMOS HOY A KENNEDY, *a distancia del crimen, cuando ha pasado ya la indignación inmediata y crece en sus más profundas resonancias el eco de esa voz suya que más que un sentimiento propio de su patria es la expresión más humana y justa de los hombres libres. Él encarnó la juventud de América, de toda América, frente a los torvos deslizamientos de la guerra fría. Fue tan valeroso para contener a quienes se precipitaban sobre una isla —parte entrañable de la herencia de libertad que guarda el hemisferio—, como para condenar a quienes en su propia tierra han querido hacer un mundo en blanco y negro. Juvenil, radiantemente juvenil, como han quedado retratadas sus sonrisas hasta el último instante en que le detuvo el dedo del asesino, llevaba dentro una carga de esperanzas seculares, una fe batalladora que sigue sufriendo las embestidas cobardes de los enemigos de la dignidad del hombre. « No es posible leer la historia —decía Voltaire—, sin sentir horror por el género humano. » Y es la verdad. La historia se complace en recordar a esos « grandes hombres » que arrasan naciones, y los viste de oro y plumas. Un hombre como Kennedy, sin sombras en el alma, sin capa de grana y oro, con la sencillez de un estudiante convencido, y el fuego todo en unos ojos azules, elevado a capitán de la nación enorme, jugó al riesgo de ponerla a marchar contra esa historia torva que le daba espanto a Voltaire. Y pagó con su vida la aventura. No le queda otro camino al hombre libre, ahora, sino ir al rescate de esa voz que no se ha perdido, de esa ilusión que para los mortales es eterna. Kennedy no habló en inglés sino en humano. Le entendían todos, y todos le lloran. Porque en esa historia invisible de los pueblos que sufren y que callan por siglos, perduran más —¡quién lo creyera!— los buenos acentos que los malos. Hacer la historia de otra manera, al revés de como la cuentan los imperios, es una loca esperanza, pero es la esperanza. Kennedy y su mujer acunaban esa esperanza con una gracia que parecía increíble. Es quizá eso : lo increíble, lo que dio su estatura a este hermano de Lincoln. Era increíblemente sensible a las voces que los soberbios desoyen, era increíblemente sano y fresco llevando alegremente la tremenda carga de sus trabajos hercúleos, era increíble en medio de los políticos, era increíble entre los académicos. Lo increíble de su audacia era la sencillez. En esto recuerda al otro grande audaz de nuestro tiempo, al papa Juan XXIII. Kennedy terminó a la edad en que otros comienzan. Cuando abría las alas. Cuando ya había puesto la mano fuerte para enderezar el mundo. Es una paradoja, pero sólo cabe decir ahora que con él murió sencillamente un hombre. Un hombre, y nada más. El hombre que nuestros semejantes buscan en vano. El hombre que se espera, y nunca llega. Un hombre, nada más. No un héroe, no un monstruo, no un fenómeno. Aquel que humanamente nos escuche, que humanamente nos comprenda. Tal como era él, y nada más.*

G. A.

John F. Kennedy en el pedestal de la historia

POR JOAQUIN MAURIN

En los funerales de John F. Kennedy, en el cortejo fúnebre que salió del Capitolio para ir al cementerio de Arlington —la representación del drama político más emocionante que jamás se haya presenciado—, la nota más simbólica fue el caballo sin jinete, con el sable colgando del arzón de la silla vacía... El jefe había caído durante la batalla.

Pasarán los años, los decenios y los siglos, y en la historia de los Estados Unidos, el nombre de John F. Kennedy brillará siempre en la constelación de sus héroes.

La vida política de Kennedy fue como un bloque de mármol que el artista no pudo esculpir por completo, pero en el que las líneas fundamentales estaban ya firmemente cinceladas.

Muriendo en la batalla —una batalla civil—, Kennedy dio a los Estados Unidos un triunfo moral de proporciones incalculables. El héroe cae, y su obra continúa.

La historia de los Estados Unidos es muy breve, y tiene pocos mitos ; de hecho, solamente dos : Washington, el creador, y Lincoln, el emancipador y conservador. Desde Lincoln hasta Kennedy —exactamente un siglo— no se había producido ningún otro mito político. Con ser grandes como Presidentes, ni Wilson, el ideólogo, ni Roosevelt, el estratego, adquirieron la categoría de mitos.

Los pueblos necesitan mitos que los guíen en su marcha incierta y azarosa hacia el porvenir. Desgraciados de aquellos que carecen de mitos, o que si los tuvieron, se han eclipsado : vivirán desamparados, o se agarrarán, como España, al mito literario de un loco genial.

Como todo, los mitos necesitan renovarse ; si no palidecen y mueren. Cada época necesita sus mitos ; pero la historia es avara en su creación.

En los Estados Unidos ha aparecido un mito, Kennedy, que por ser profundamente humano y por estar en contacto con nuestro tiempo, está destinado a ejercer una saludable influencia.

Si los Estados Unidos, conscientes de su destino, saben aprovechar inteligentemente el mito que el azar les ha deparado, la gran batalla histórica empeñada en esta segunda mitad del siglo XX, que Kennedy en vida dirigió tan admirablemente, se librará sin sacrificios humanos, sin holocaustos ni hecatombes, ni en un país o en un grupo de países, sino en toda la faz de la tierra, con la humanidad en marcha hacia un mundo mejor.

I

John F. Kennedy fue el trigésimo cuarto Presidente de los Estados Unidos. De los treinta y tres que le precedieron, sólo unos cuantos alcanzaron verdadero relieve histórico.

Lo sorprendente en la vida política de los Estados Unidos es que a medida que la democracia formal se ha ido extendiendo y

los partidos han crecido, la calidad de sus Presidentes, en virtud de una especie de ley Gresham política, ha disminuído.

Durante los primeros cincuenta años de la República, los partidos políticos —federalista, antifederalista, demócrata, republicano, whig— estaban en formación y no eran factores determinantes. Lo que contaba era la personalidad, y la personalidad estaba por encima del partido. Los ocho primeros Presidentes (1789-1840), unos con más relieve que otros, son figuras históricas —Washington, John Adams, Jefferson, Madison, Monroe, John Quincy Adams, Jackson y Van Buren—. A partir de 1840, los partidos —demócrata y whig— ya determinan la elección del Presidente, que, generalmente, no es la persona política más capacitada para serlo, sino la que por su mediocridad se adapta mejor a las conveniencias del partido.

Desde que los partidos políticos monopolizaron la vida política nacional, la elección de un gran Presidente fue el fruto de la casualidad. Si Abraham Lincoln fue elegido Presidente en 1860 se debió a una división producida en el partido demócrata, que fue a las elecciones presentando dos candidatos. La división del partido republicano —Theodore Roosevelt y William H. Taft— determinó en 1912 la elección de Wilson. En 1932, Franklin D. Roosevelt llegó a la presidencia como consecuencia de la Gran Depresión, originada por la administración republicana.

La elección de John F. Kennedy en 1960 —exactamente un siglo después de la de Lincoln— constituyó un golpe de dados afortunado ; pero fue él personalmente quien movió el cubilete político. En primer lugar, tuvo que convencer (con-vencer) a su partido para que lo nombrara candidato ; y a continuación, a la mayoría de los electores para que lo eligiese Presidente. La primera operación no era fácil, puesto que había otros aspirantes muy arraigados en la vida del partido demócrata ; y la segunda fue extremadamente difícil.

Cuando John F. Kennedy, a comienzos de 1960, anunció que aspiraba a ser candidato demócrata a la presidencia tenía 42 años. El joven senador por Massachusetts daba la impresión de querer quemar las etapas. ¿Tenía prisa? Personalmente, menos que lo que él aparentaba. Lo empujaba una poderosa corriente histórica. Para los Estados Unidos era una cuestión de vida o de muerte salir del atolladero en que se encontraban, y eso no podían hacerlo los viejos políticos que lo habían creado ; correspondía a la nueva generación, más preocupada por el futuro que por la inercia del pasado.

Durante trece años, Kennedy había estado en la Cámara de Representantes y en el Senado, y pudo darse cuenta de que el atasco nacional se encontraba allí, en el Congreso. Y era muy poco lo que un representante o un senador podía hacer para sacar a la nación de su « impasse ». En cambio, el poder ejecutivo, aun con todas sus limitaciones, sí que podía cambiar el rumbo político, obligando al Congreso a moverse, poniendo en marcha una nueva política. Su aspiración a la Presidencia era, a un tiempo, una legítima ambición personal y una noble ambición histórica. En él convergían la juventud política, de la que era el heraldo, la minoría intelectual que piensa, de la que él formaba parte, y, finalmente, la imperiosa necesidad nacional de adaptar el ritmo del país al de un mundo cambiante en proceso de transformación revolucionaria.

La paradoja de los Estados Unidos, antes de que Kennedy fuese Presidente, era que habiendo salido de las entrañas de una revolución, y siendo industrial y tecnológicamente un país altamente revolucionario, practicaba una política antirrevolucionaria, sobre todo en el dominio internacional. Esta contradicción determinaba resultados negativos, y se corría el riesgo de que la balanza del poder se inclinara de una manera definitiva en dirección contraria. Apremiaba, urgía, acompasar la política a la realidad.

Los Estados Unidos, que al terminar la segunda guerra mundial eran el eje del mundo, a fines del decenio de los cincuenta no sólo habían perdido posiciones y prestigio, sino que se encontraban al borde de una catástrofe histórica. La ola comunista mundial avanzaba de una manera al parecer incontenible, pero no por su propio empuje, sino porque no encontraba diques, defensas, que le cerraran el paso. Funda-

mentalmente, esas defensas no debían ser de tipo militar, sino políticas. No exclusivamente de bombas atómicas, sino de ideas nuevas y métodos nuevos.

Así pensaba una minoría reducida en los Estados Unidos, y John F. Kennedy fue el polarizador de ese modo de pensar y sentir.

II

Desde hace mas de un siglo, los Estados Unidos son una democracia representativa manipulada por dos partidos políticos : el demócrata y el republicano. Ahora bien, los dos partidos norteamericanos no se parecen a sus similares de Europa y América Latina. De hecho, cada partido es un doble partido. En el partido demócrata hay un partido liberal, predominante, y un partido conservador, minoritario. En el partido republicano, a su vez, hay asimismo dos partidos : el conservador, que es mayoritario, y el liberal, que es minoritario.

Esos cuatro partidos agrupados en dos, una vez celebradas las elecciones, pierden sus fronteras convencionales, y en el Congreso se reagrupan, aunque de una manera inestable, no con arreglo a su rótulo exterior, sino de acuerdo con su afinidad : conservadores demócratas y conservadores republicanos, liberales demócratas y liberales republicanos. Quizá el secreto de la secular estabilidad política estadounidense se debe a esa flexibilidad. Las luchas entre partidos no son nunca absolutas. Raramente un partido dispone del monopolio del poder legislativo.

Desde los tiempos de Lincoln (1860) a los de Franklin D. Roosevelt (1932), el partido republicano, G.O.P. (Great Old Party) fue mayoritario ; y el demócrata, minoritario. Desde Roosevelt ha ocurrido al revés : el partido demócrata es mayoritario, y el partido republicano, minoritario.

El partido demócrata es un bloque formado por la burguesía liberal, la población hija de las grandes inmigraciones (irlandeses, judíos, italianos, polacos, etc.), una gran parte del movimiento obrero, una gran parte de los negros y la burguesía conservadora de los Estados del Sur.

Estratégicamente, Kennedy apuntó a los tres primeros sectores, sin preocuparse del cuarto, de momento. Truman, en 1948, había demostrado que un candidato demócrata podía ganar la Presidencia, a pesar de tener enfrente al sector conservador demócrata del Sur.

Favorecían a Kennedy sus condiciones personales : juventud, buena figura, simpatía, su participación heroica en la guerra mundial, su inteligencia brillante, su sentido del humor, su cuadro familiar —Jackie y Caroline— y, por último, aunque no lo menos importante en estos tiempos de la televisión, sus dotes fotogénicas,

Le perjudicaba el ser católico. Los Estados Unidos son un país fundado por protestantes y con una población predominantemente protestante. Ninguno de sus Presidentes antes de Kennedy había sido católico. Douglas, el candidato demócrata frente a Lincoln, en 1860, perdió la elección por estar casado con una mujer católica. Alfred Smith, demócrata, la perdió en 1928 por ser católico. El fantasma del Vaticano asustaba a todas las sectas protestantes.

En su partido, le disputaban la candidatura los senadores Hubert H. Humphrey y Lyndon B. Johnson, los dos con mayor « record » senatorial que el senador por Massachusetts. Sin embargo, Kennedy les pasó delante en varias elecciones primarias y, finalmente, en la Convención, celebrada en Los Angeles, en la que salió triunfante en la primera votación. Su éxito fue espectacular. El partido se sentía ganado por lo que Kennedy representaba. Los viejos, emocionados, veían en él una reencarnación de Woodrow Wilson, el ideólogo, y de Franklin D. Roosevelt, el estratego. La juventud se sentía representada. Kennedy empuñó el asta de la bandera y emprendió su marcha heroica hacia la Nueva Frontera.

La segunda parte de la batalla —derrotar al candidato republicano, Richard Nixon— sería mucho más difícil.

¿Quién elige al candidato presidencial del partido republicano? Lo ha dicho con desenfado el senador por Arizona, Barry Goldwater, candidato presidencial republicano en 1964, frente a Lyndon B. Johnson : « Se ha dicho —y hasta ahora no sé que nadie lo haya desmentido— que los grandes bancos, la aristocracia del dinero de la costa del Este, casi siempre han logrado

manipular la elección del candidato republicano. Quieren influenciar la política exterior, no con relación a la paz y la guerra, sino la política exterior de los Estados Unidos con respecto a la tarifa de los intereses, reservas de oro, acciones, etc. » ((Declaraciones en forma de interviú publicadas en el semanario alemán *Der Spiegel*, el 8 de julio de 1964.)

Favorecían a Nixon las grandes empresas industriales y financieras, que son la médula del partido republicano, la prensa, que en su gran mayoría es republicana, y el prestigio del Presidente saliente, Dwight D. Eisenhower.

Aun cuando el partido demócrata es mayoritario, y el republicano minoritario, eso no significa que el primero tenga asegurada la mayoría en la elección presidencial. Entre uno y otro partido, a modo de « tierra de nadie », media un amplio sector independiente, que es el que decide el peso de la balanza. Se calcula que el partido demócrata tiene un arrastre normal de unos 25 millones de votos, y el partido republicano unos 17 millones. El sector independiente asciende a unos 16 millones. Esa minoría, inestable, fluctuante, emotiva, es la que decide la elección presidencial. En el orden de la democracia pura no deja de ser un contrasentido.

El escrutinio dio este resultado : Kennedy, 34.227.096 votos ; Nixon, 34.108.546. Mayoría de Kennedy : 118.550 votos. Unos cien mil votos, en un total de 68 millones, decidieron el resultado.

En la lotería de las elecciones, a Kennedy le tocó el « gordo ». Sin embargo, no todo fue casual. Sin sus condiciones personales, la lotería hubiese dado otro resultado. Su juventud atrajo a la nueva generación ; su inteligencia atrajo a los intelectuales ; su heroísmo en la segunda guerra mundial atrajo a los que habían luchado bravamente en los frentes de batalla ; su gracia y su simpatía cautivaron a muchas mujeres. Si la mayoría de los diarios y « magazines » defendía la candidatura de Nixon, la gran mayoría de los periodistas se puso al lado de Kennedy. La televisión jugó un papel importantísimo. Así como en la generación anterior, Roosevelt con su voz de oro se adaptaba a la radio, Kennedy, muy fotogénico, fue el hombre de la TV. Hubo, además, un factor imponderable que le favoreció tal vez más de lo que pudiera calcularse. Puesto que Kennedy era católico, sin un Papa como Juan XXIII, que había sabido granjearse las simpatías de todo el mundo, es probable que Kennedy no hubiese ganado. La política religiosa practicada por Juan el Bueno neutralizó a muchos no católicos que, de otro modo, como cuestión de principio, hubiesen dado su voto al candidato protestante.

III

La herencia política recibida por Kennedy no podía ser más ominosa. En el interior del país se vivía en una fase de recesión económica, y en el exterior todo hacía presagiar catástrofes.

Asusta pensar cuál sería la situación actual del mundo si la elección presidencial de 1964 la hubiesen ganado, empleando las palabras de Goldwater, « los grandes bancos, la aristocracia del dinero ».

La administración republicana (1953-1960), presentaba en el dominio internacional un balance desastroso :

En Cuba, había sostenido hasta poco antes de su caída a Batista, y el resultado fue Castro, es decir, la penetración soviética en el hemisferio occidental. En Venezuela sostuvo abiertamente a Pérez Jiménez, quien fue invitado a Washington, para ser agasajado y condecorado. Foster Dulles, secretario de Estado entonces, dijo que Pérez Jiménez era « un modelo para toda América Latina »... En Santo Domingo, contemporizaba con Trujillo... En Nicaragua, con los Somoza... En Haití, con Duvalier... Y en toda América Latina cooperaba con los sectores reaccionarios ligados a los « business » norteamericanos. Para la auténtica América Latina, la invisible, según la expresión de Germán Arciniegas, Washington era el origen del mal. Cuando a Richard Nixon, en Caracas, le escupían a la cara, América Latina expresaba, aunque groseramente, sus sentimientos con respecto a los Estados Unidos.

En Vietam del Sur entronizó el régimen oligárquico de Ngo Dinh Diem, que había de conducir el país al desastre, arrastrando

a los Estados Unidos a una guerra inextricable e interminable... En Laos, produjo un tal desconcierto, que favoreció la penetración comunista. Eisenhower, al hacer entrega de poderes, se excusó ante Kennedy por dejarle un tal « mess » (desbarajuste) en Laos... En Taiwan (Formosa), sostenía a Chiang Kai-shek, permitiéndole gallear, como si fuese él quien dictara la política que el Departamento de Estado debía seguir en Asia.

En Egipto, después de haber prometido ayuda económica para construir el dique de Asuán, de la noche a la mañana, hizo marcha atrás, y lanzó a Nasser a los brazos de Kruschev, poniendo en peligro todo el Oriente Medio... En 1958, Sekú Turé, líder de Guinea, recién declarada independiente, acudió a Washington en busca de ayuda material ; Washington se la negó, para no disgustar a de Gaulle, y Sekú Turé se dirigió a Moscú, que lo atendió en seguida... Los soviéticos penetraron en el Congo y se disponían a afianzarse allí, como habían hecho en Cuba, lo que hubiese podido decidir el destino de todo el continente negro...

Sostuvo en Italia a la derecha de la democracia cristiana, que al excluir una alternativa democrática originaba automáticamente la alternativa comunista... En España, salvó al régimen franquista de la bancarrota...

La administración republicana no supo aprovechar políticamente la crisis interna que se produjo en la Unión Soviética al morir Stalin (marzo, 1953), ni la sublevación que tuvo lugar en la Alemania del Este (junio, 1953). Y se mantuvo cruzada de brazos cuando Hungría se sublevó heroicamente (noviembre, 1956) contra la opresión soviética.

Todo esto, que reflejaba ineptitud o impotencia, produjo en el mundo un desprestigio de los Estados Unidos, que iban perdiendo rápidamente su condición de líder mundial.

En el otoño de 1960, Kruschev, en el apogeo de su marcha ascendente, acudió a Nueva York, sin ser persona grata, y desde la tribuna de las Naciones Unidas, perorando o golpeando el pupitre con el zapato, presentó abiertamente la candidatura de la Unión Soviética al puesto que estaba vacante : el liderazgo mundial. En Cuba se estaba preparando, con armas y técnicos soviéticos, la invasión de América Latina.

El avance comunista era arrollador en todas partes. Kruschev, desbordante de entusiasmo y optimismo, decía por entonces, en un discurso pronunciado en el Kremlin a sus compañeros de armas : « Camaradas, vivimos en tiempos magníficos : el comunismo se ha convertido en nuestro país en una fuerza invencible. Los ulteriores éxitos del comunismo dependen del alto grado de nuestra voluntad, nuestra unidad, nuestra previsión y nuestra resolución. Por medio de su esfuerzo y su trabajo, los comunistas, la clase trabajadora, alcanzarán los grandes objetivos comunistas en el mundo. Los hombres del futuro, los comunistas de la nueva generación, nos envidiarán. »

Cuando, en enero de 1961, el Presidente Kennedy se dirigió al Congreso en su Mensaje del Estado de la Unión, dijo : « Nuestros problemas son críticos. La marea es desfavorable. Las noticias serán peores antes de que sean mejores. Y mientras trabajamos para lo mejor, deberíamos prepararnos para lo peor... »

Al empezar el año 1961, los Estados Unidos estaban bordeando la catástrofe.

IV

El número de Presidentes de categoría intelectual es muy limitado en la historia de los Estados Unidos. En realidad, sólo ha habido tres : Jefferson, Wilson y Kennedy. Los demás fueron políticos profesionales, abogados la mayoría, y alguno que otro general.

Como intelectual, Jefferson es el primero. Era culto, tenía una filosofía política y era, además, un verdadero artista. Cuando se visita Monticello, que fue su residencia en Virginia, uno no puede por menos que exclamar : ¡Aquí vivió un poeta! Jefferson fue un hijo de la Enciclopedia transplantado en América. Le corresponde el mérito de haber infundido a la revolución americana su espíritu libertador y humano.

Woodrow Wilson era distinto. Fue el profesor de Jurisprudencia y Ciencias Políticas, que después de teorizar en su cátedra y en sus libros, entró en la arena política para poner en práctica sus ideas. Si Jefferson espiritualmente procedía de la Enciclopedia y estaba emparentado con los pensadores franceses, Wilson era un discípulo del clásico liberalismo británico. Al pasar de la Universidad a la plaza pública, dio al partido demócrata una dimensión que le faltaba : la doctrinal. Sin Wilson, teorizante, no hubiese habido un Roosevelt, ni un Truman, ni un Kennedy. La idea más genial de Wilson desbordaba las fronteras de los Estados Unidos y era universal : la Sociedad de Naciones, que fue el comienzo titubeante de la marcha hacia la unidad del mundo. La gran maravilla de nuestro tiempo, la Organización de las Naciones Unidas, de la que la S.D.N. fue la madre, sin Wilson no existiría.

John F. Kennedy no alcanzó la talla intelectual de Jefferson y Wilson ; pero fue un buen discípulo de los dos. Kennedy no era abogado, y eso ya era un mérito inicial, sino un graduado de Harvard en Ciencias Políticas. Si desde muy joven no se hubiese lanzado con pasión a la acción política, seguramente que hubiera sido un profesor, y hubiese escrito libros valiosos. Era un lector infatigable —lo que es muy raro en los políticos profesionales—, pensaba de una manera articulada y escribía sin hojarasca ni retórica. Su libro, *Profiles in Courage*, que escribió durante la convalecencia que siguió a una operación en la columna vertebral seriamente dañada cuando fue herido durante la guerra, es la obra de un hombre aficionado a la historia, que piensa serenamente y formula conclusiones políticas equilibradas. El hecho de que en su libro presente como modelo por su coraje a Robert A. Taft, jefe que fue del ala conservadora del partido republicano, demuestra su alteza de miras. Para Kennedy, las líneas convencionales de partido no contaban. Lo que le importaba eran las ideas, y más aún que las ideas, el hombre con entereza para defender la voz íntima de su conciencia, pasando por encima de los intereses de partido, de la opinión general y de las conveniencias personales. En su fuero interno, Kennedy era un puritano y un hombre de minoría, que por uno de esos juegos caprichosos que se producen a veces en el vasto escenario de la historia, llegó a dirigir una mayoría.

El estilo de Kennedy —en su libro y en sus discursos escritos— es siempre claro y transparente. Se nota la influencia de Hemingway. El párrafo es corto ; la expresión, precisa. La sencillez determina una armónica elegancia.

Los adversarios de Demóstenes decían que sus discursos olían a aceite, refiriéndose a las noches que había pasado a la luz de la lámpara escribiéndolos y reescribiéndolos. De los discursos presidenciales de Kennedy podría decirse lo mismo, sustituyendo el candil por la lámpara eléctrica. Estaban pensados y repensados, escritos y reescritos, con la cooperación de sus consejeros. Algunos de sus discursos quedarán en las antologías de la elocuencia política, iluminados por las chispas de frases lapidarias, como esta en su discurso de inauguración presidencial : « No preguntes lo que tu país puede hacer por ti, sino lo que tú puedes hacer por tu país. »

No deja de ser sorprendente que la persona más distinguida escogida por Kennedy para que le acompañara en la tribuna cuando el 20 de enero de 1961 tuvo lugar la inauguración, fuese un poeta, Robert Frost. Platón expulsaba a los poetas de la República. Kennedy, en cambio, entraba en la Casa Blanca del brazo de un poeta bucólico.

Si alguno de los Presidentes que le precedieron, en sus discursos, hubiese citado a un poeta, hubiera provocado una carcajada. Kennedy citaba a veces a los poetas en apoyo de su pensamiento, y la gente lo encontraba completamente natural. Tenía el don de sembrar flores en los campos generalmente áridos de la vida política.

Bajo John F. Kennedy y Jacqueline, la Casa Blanca dejó de ser el « establo político » habitual, y se convirtió en un centro intelectual y artístico —como los palacios italianos del Renacimiento— al que eran invitados los poetas y los escritores, los filósofos y los historiadores, los artistas y los músicos —Pablo Casals estuvo allí en una velada memorable—, los profesores y los hombres de ciencia.

El intelectual Kennedy se rodeó de inte-

lectuales para formar su gobierno y su equipo de consejeros. De la universidad de Harvard había siete, y con ese motivo, alguien, irónicamente, dijo que la universidad de Harvard había asaltado la Casa Blanca y gobernaba a los Estados Unidos. Donde, en el período de Truman se movían los políticos profesionales, y en el de Eisenhower los representantes de los Big Business, en la etapa de Kennedy prevalecían los intelectuales. La intelectualidad norteamericana es, desde luego, más importante que los políticos profesionales y los Big Business.

V

Kennedy era un hombre que reía y sabía hacer reír. La risa es fundamentalmente humana y revela vigor, juventud, optimismo, vida. Los ancianos, los enfermos, los enclenques, los fracasados no ríen : para ellos el mundo es un valle de lágrimas.

En la generación política anterior, los tres hombres que arrastraron al mundo a la catástrofe, Hitler, Stalin y Mussolini, no reían nunca. Eran los mensajeros siniestros de la tragedia. En cambio, en la generación política de la post-guerra mundial, los dos hombres, hasta ahora, más representativos, Kennedy y Kruschev, reían y hacían reír. Tal vez eso sea una indicación psicológica de que el mundo no marcha hacia lo peor.

El humor de Kennedy y el de Kruschev son naturales, espontáneos, aunque diferentes. El de Kruschev es sanchopancesco y casi siempre malicioso, mientras que el de Kennedy, henchido de agudeza, era chispeante, humano, sin espinas. No arañaba, no se ensañaba con nadie. A veces, clavaba el aguijón de su punzante ironía, y la víctima se veía obligada a sonreír.

Quizá no ha habido nunca en la historia —desde luego, en la de los Estados Unidos, no— una figura política de relieve tan dotada del sentido del humor como Kennedy. En él había algo de Bernard Shaw —los dos con sangre irlandesa—. Pero el humor de George Bernard Shaw era cerebral, sofisticado, en tanto que el de Kennedy era juvenil, inocente, retozón.

Su humor y su sonrisa de niño travieso le ayudaron a ganar la elección.

En un acto público celebrado en Nueva York, durante la campaña electoral, atacando por el flanco a los republicanos, se expresó así : « Ya dije a comienzos de año que si gano no consideraré los donativos como un sustituto de la experiencia en el nombramiento de embajadores. Desde que hice esta afirmación, no he recibido ni siquiera un centavo de mi padre. »

Ante un público en el que abundaban las muchachas, una parte de su discurso fue enfocado hacia ellas en estos términos : « Cuando fui a Washington al Senado, me llevé de Massachusetts como secretarias a varias jóvenes. Todas se casaron. Busqué un nuevo equipo de « girls », y se casaron también. Tomen nota : si algunas de ustedes creen que aquí las perspectivas son limitadas, vengan a trabajar conmigo. »

En la segunda parte de la campaña electoral, Jackie, próxima a dar a luz, tuvo que permanecer en casa. Con ese motivo, en la serie de preguntas que siguieron a un discurso, uno de los oyentes le preguntó : — ¿Por qué no le acompaña Jackie? — Porque está aguardando la llegada de un bebé. — ¿Será niño o niña? — Niño. — ¿Cómo lo sabe? — Me lo ha dicho confidencialmente mi mujer. — La explosión de risa, en alas de la prensa y la radio, se oyó en todo el país.

El nombramiento de su hermano Robert como Secretario de Justicia (Attorney General) fue criticado como una manifestación de nepotismo. Kennedy contestó a los críticos, en una recepción en un club de Washington, el día siguiente de la inauguración : « No veo nada de equivocado en que Robert adquiera alguna experiencia como Attorney General antes de que abra su bufete de abogado. »

Refiriéndose a la herencia política recibida, comentó en un banquete, en Washington, celebrando su 44 cumpleaños : « Cuando iniciamos nuestro trabajo, lo que me sorprendió más fue encontrar que las cosas estaban tan mal como habíamos dicho que estaban. »

En una recepción de embajadores en la Casa Blanca, le fue presentada la esposa del embajador de Francia, y Kennedy le dijo : « Mi mujer habla el francés con perfección ; yo sólo entiendo de cada cinco pa-

labras una ; pero entiendo siempre la palabra de Gaulle. »

En otra ocasión, en el curso de una cena a la que asistieron 49 personalidades que habían sido laureadas con el Premio Nóbel, Kennedy dijo : « Creo que esta es la más extraordinaria colección de talento, de conocimiento humano que jamás se haya reunido en la Casa Blanca, con la posible excepción de cuando Thomas Jefferson cenaba solo. »

En un viaje que hizo por la región del Oeste, un niño le preguntó : — Señor Presidente, ¿cómo hizo para ser un héroe de guerra? — Sin quererlo. Hundieron mi barco.

Sus conferencias de prensa a veces eran una cascada de fuegos artificiales. En la que se celebró el día 17 de julio de 1963, un periodista le preguntó : — El Comité Nacional del partido republicano ha adoptado una resolución diciendo que usted es un completo fracaso. ¿Qué es lo que piensa a este propósito? — Supongo que la resolución fue adoptada por unanimidad.

El senador Barry Goldwater, que hubiese sido su contrincante en las elecciones de 1964, fue « retratado » por Kennedy. Goldwater, que es un excelente fotógrafo, tomó una buena foto del Presidente Kennedy, y se la envió con el ruego de que se la dedicase. Le fue devuelta con el siguiente autógrafo : « Para Barry Goldwater, a quien invito a seguir la carrera para la que ha demostrado mucho talento : la fotografía. De su amigo, John F. Kennedy. »

Ahora bien, no todo era risas en la Casa Blanca. Se aproximaba « la hora de la verdad ».

VI

John F. Kennedy era un favorito de la fortuna. Hijo de un padre multimillonario, las veredas de la juventud fueron fáciles y sonrientes para él. Durante la guerra mundial estuvo a punto de morir, como su hermano mayor ; pero se salvó aureolado por el heroísmo. Ganó fácilmente en 1946 un puesto en la Cámara de Representantes. Cuando quiso pasar de la plebeya Cámara baja al aristocrático Senado, se enfrentó con el veterano Henry Cabot Lodge, y lo derrotó en buena lid. En otro peldaño de su carrera meteórica, aspiró a la Presidencia de la nación, y triunfó en una batalla apasionada, en la que el mundo entero fue espectador. Joven, hermoso, deportista, luchador y afortunado, se parecía a Sigfrido.

Pero, como Sigfrido, no era invulnerable. Y cuando se encontraba en plena luna de miel del poder, escasamente tres meses después de haber entrado en la Casa Blanca, tropezó seriamente y experimentó una espectacular derrota, con la agravante de que el vencedor era un ganapán. El pugilato Kennedy-Castro, en abril de 1961, recuerda una película de Charles Chaplin, en la que, enfrentados Charlot y un gigantesco boxeador, éste recibe un « knock-out » que lo derrumba.

La acción militar contra Castro había sido ideada y esbozada por la administración anterior. El plan era disparatado ; pero fue el Presidente Kennedy quien lo aprobó y dio la luz verde para que fuera llevado a cabo. La responsabilidad del intento, tuviera buen éxito o fracasara, recaía totalmente sobre él.

En medio del naufragio, hubo dos cosas que salvaron al capitán y, a la larga, convirtieron la derrota en un simple revés : el haberse opuesto a la invasión militar de Cuba —la operación habría durado unas horas, pero las consecuencias políticas hubiesen sido devastadoras—, y el haber recabado para sí la responsabilidad del fracaso. Cuando el secretario del Interior, Stewart Udall, en una interviú televisada, pretendió imputar las causas de lo ocurrido a Eisenhower, Kennedy manifestó su desacuerdo. Si la C.I.A. había informado deficientemente, y si el Pentágono preparó mal la acción, el responsable era él por haber aprobado una información defectuosa y unos planos inconsistentes.

Moralmente, Kennedy quedó dignificado por su entereza al reconocer públicamente su responsabilidad. Eisenhower, que le ayudó a superar la crisis surgida, se comportó con la mayor dignidad.

Con frecuencia, las derrotas son provechosas : aleccionan. La victoria es explosiva, emocional, embriagadora, irreflexiva ; la derrota, en cambio, modera los impulsos, hace ver la otra cara de la medalla e invita a reflexionar y a la prudencia.

El fracaso del desembarco en la Bahía de los Cochinos hizo de Kennedy otro hombre. De un golpe —la noche triste de Kennedy—, pasó de la categoría de político temperalmente optimista a la de estadista reflexivo, cauto, que un año y medio más tarde, había de ganar, en Cuba precisamente, una batalla que cambió el rumbo de los acontecimientos.

A la larga, por uno de esos imprevisibles caprichos de la historia, la fracasada « operación » cubana había de ser beneficiosa para los Estados Unidos, para América Latina y para el mundo democrático en general.

El fiasco americano de abril de 1961 incitó al Kremlin a considerar la conveniencia de modificar la estrategia en el frente de la guerra fría con su principal adversario. Hasta entonces, Moscú había planeado vencer a los Estados Unidos minándoles la base : América Latina. La cabeza de playa que era Cuba hacía posible esa operación, que ya estaba en marcha. Cuando Kennedy subió a la Presidencia, en América Latina había doce países en estado avanzado de subversión provocada por el castro-comunismo. En el momento que cayera uno de ellos —Venezuela, Santo Domingo, Panamá, Brasil, etc.—, podía producirse una reacción en cadena.

Después de lo de la Bahía de los Cochinos, los estrategos del Kremlin descubrieron que había un atajo para eliminar a los Estados Unidos. La cosa no podía ser más sencilla : transformar a Cuba en una base nuclear soviética.

Por entonces, Pekín hacía mucho ruido hablando con sorna de « el tigre de papel », que, según Mao y compañía, eran los Estados Unidos. En Moscú prendió también lo del « tigre de papel » : los Estados Unidos eran débiles —lo acababan de demostrar—, y sería relativamente fácil vencerlos en el campo de la guerra fría sin necesidad de disparar un cohete atómico.

La entrevista que Kennedy y Kruschev celebraron en Viena, a comienzos de junio de 1961, fue fría, y reflejaba, por parte de Moscú, una hostilidad intensa contra los Estados Unidos. Kruschev, en el apogeo de sus fuerzas entonces, midió al joven Presidente americano, que debió parecerle un « amateur » fácilmente vulnerable.

En los meses que siguieron, en el Kremlin fue haciendo progresos la diabólica teoría del « atajo ».

Los primeros trabajos de instalación de bases atómicas y el transporte de armas nucleares empezaron a mediados de 1962, lo que permite suponer que la elaboración de la « teoría » tuvo lugar en la segunda mitad de 1961 y comienzos de 1962.

Cuando Wasnington descubrió los planes soviéticos, ya en vías de quedar convertidos en un « fait accompli », rápidamente se preparó para lo peor, y en los primeros días de la segunda mitad de octubre tuvo lugar la confrontación.

Kruschev, puesto entre la espada y la pared, se apresuró a hacer marcha atrás, perdiendo una batalla que la historia seguramente recordará como decisiva : el expansionismo soviético se veía obligado a batirse en retirada, iniciando el descenso.

La manera cómo el Presidente Kennedy dirigió esta batalla, en la que se jugaba el destino del mundo, fue admirable por su serenidad y firmeza.

Kruschev quedó reducido a sus verdaderas proporciones, y desde entonces, ininterrumpidamente, fue perdiendo fuerzas. Kennedy pudo haberlo humillado, pero con buen juicio se abstuvo de hacerlo.

El 22 de octubre de 1962 la historia contemporánea iniciaba una nueva fase.

VII

Aunque parezca paradójico, Castro, sin quererlo, ha hecho un bien enorme a los Estados Unidos. Sin Castro, Washington, sobre la base de la Doctrina Monroe, hubiera seguido considerando a América Latina como su pariente pobre, que ni remotamente podía quebrantar los lazos familiares. Las ideas, envejecidas o muertas —y esa estaba muerta—, si no se entierran, determinan líneas políticas equivocadas que, seguidas por inercia, conducen inevitablemente al desastre.

Si lo que Castro representa, esto es, la ruptura de una nación latinoamericana con los Estados Unidos y su vinculación subsiguiente a la Unión Soviética, en vez de suceder en un pequeño país, situado a unos ciento cincuenta kilómetros de los Estados

Unidos, hubiese ocurrido —y podía ocurrir— en una gran nación latinoamericana, como Venezuela, Brasil o la Argentina, las otras hubiesen seguido rápidamente el ejemplo « libertador », emancipándose de « los tentáculos del imperialismo yanqui », y poniéndose al amparo de la « protección » soviética.

Potencialmente, el chispazo castrista estaba en el alma de toda América Latina. Estuvo a punto de producirse en Costa Rica a fines de los años cuarenta y lo cortó en seco José Figueres mediante una guerra civil revolucionaria. Se reprodujo en Guatemala en 1950-54, y fue necesaria la intervención de la C.I.A. para desbaratarlo Castro fue el tercer intento, y esta vez tuvo buen éxito.

Lo que Castro encarnaba —el paso de toda América Latina al otro lado de la trinchera—, despertó a los Estados Unidos de su sueño, y los puso en guardia. Se dieron cuenta a tiempo de que si el ejemplo de Cuba era seguido por el resto de América Latina, los Estados Unidos perderían, automáticamente, su hegemonía en el mundo, quedando relegados a ser una segunda potencia, como ha sido el caso de Inglaterra después de la segunda guerra mundial.

Castro fue el aldabonazo alarmante en las puertas del futuro inmediato de los Estados Unidos.

Kennedy y unos cuantos más comprendieron lo que el fenómeno Castro significaba. Así, el tema central de la campaña de Kennedy durante el período electoral presidencial de 1960 fue la cuestión cubana. Se daba cuenta del peligro que entrañaba, y formuló el anuncio de la Alianza para el Progreso. Triunfante, la Alianza para el Progreso fue elaborada por sus consejeros y economistas, e hizo la presentación de la misma a mediados de marzo. La Alianza para el Progreso fue anterior al desembarco en la Bahía de los Cochinos, y representaba una idea política de Kennedy. La Alianza para el Progreso era fundamentalmente justa. Los Estados Unidos ayudarían a América Latina a hacer reformas económico-sociales que mejorasen progresivamente la situación de las capas inferiores de la población, eliminando así las irritaciones político-sociales que constituyen el caldo de cultivo del castro-comunismo.

En América Latina, en unos países más que en otros, aun cuando hace siglo y medio que se separó de España, subsiste una capa semifeudal, que detenta la riqueza y el poder, y dificulta la transformación democrática en el campo económico y social. Sólo un país latinoamericano, México, destruyó mediante una revolución democrática la casta semifeudal. Por eso va delante de todos y es el único que está inmunizado contra el castro-comunismo.

Lo que Kennedy quería con su Alianza para el Progreso era ayudar a los países latinoamericanos a hacer de una manera gradual, sin saltos ni convulsiones, lo que ha hecho México. América Latina tenía que entrar en una nueva fase, adaptándose al ritmo de la revolución industrial que es la característica de nuestro tiempo.

América Latina no ha tenido en la Casa Blanca un Presidente más sinceramente amigo que John F. Kennedy. En él convergían los principios doctrinales, las conveniencias de su país y la necesidad de América Latina, que en su mente de estadista no eran entidades separadas, sino unificables. Para él, Lincoln y Benito Juárez se daban la mano y marchaban juntos.

Los pueblos tienen un sutil sentido de percepción : saben separar lo que es sincero de lo que es puramente exterior y calculado. Por eso a Kennedy en América Latina se le quería entrañablemente. Cada vez que se puso en contacto con ella —en San José de Costa Rica, en Caracas, en Bogotá y en México— despertó un entusiasmo desbordante.

En el breve período presidencial de Kennedy, América Latina asistió al derrumbamiento de la tiranía más odiosa, arraigada desde hacía más de treinta años, y que parecía inextirpable : la de Trujillo. La administración de Kennedy hizo encarcelar al ex dictador venezolano Pérez Jiménez, y lo entregó como un vulgar delincuente a la justicia de Venezuela. Este acto simbólico, que algunos calificaron de « inhumano », además de fortalecer moralmente al régimen democrático de Rómulo Betancourt, expresó de una manera elocuente que los Estados Unidos ya no estaban con los dictadores y tiranos, sino con los pueblos en América Latina.

La enérgica reacción de Kennedy cuando los militares tumbaron a Frondizi en la Argentina, y a Prado en el Perú, impidió que las fuerzas armadas se consolidaran en el poder, y hoy en la Argentina y en el Perú hay gobiernos civiles.

Cuando Kennedy ascendió a la Presidencia, el peligro castro-comunista era alarmante en una gran parte de América Latina. Hoy, gracias a la política de Kennedy, el castrismo se ha desacreditado, quedando reducido a vulgar bandidaje. Y Castro, oficialmente Héroe de la Unión Soviética y prácticamente verdugo de Cuba, es un cadáver político que la historia se encargará de enterrar.

Kennedy salvó a América Latina en uno de los instantes más críticos de su historia.

VIII

Hasta que Franklin D. Roosevelt entró en la Casa Blanca en 1933, era una cosa admitida —y no parecía que pudiese ser de otro modo—, que el poder ejecutivo estuviese al servicio de los « Big Business », es decir, el capital industrial y financiero. Ahora bien, después de la primera guerra mundial, los Big Business instalados en la Casa Blanca condujeron la nación a la más completa bancarrota —la Gran Depresión. Roosevelt (1933-44) no sólo no fue un instrumento de los Big Business, sino que se encaró con ellos y los obligó —por primera vez en la historia de los Estados Unidos—, a tener en cuenta que la economía era nacional, y debía estar asentada en un equilibrio cooperativo del Capital y el Trabajo. El New Deal representaba una verdadera revolución, pues a partir de entonces el Trabajo dejó de ser una categoría inferior y se convirtió en un « partner », un asociado. Los contratos colectivos de trabajo, que estimuló y legalizó Roosevelt, dieron a las Uniones (sindicatos obreros) una fuerza enorme. En una palabra, Roosevelt nacionalizó la economía, lo cual permitió superar el desastre de la depresión, recobrar el terreno perdido, ir más allá todavía, haciendo, finalmente, posible decidir el curso de la segunda guerra mundial. Truman, con su Fair Deal, siguió la misma pauta, y la prosperidad nacional, a pesar de haberse interrumpido el acelerador de la guerra, continuó ascendiendo.

Con la elección de Eisenhower como Presidente y la correspondiente administración republicana (1953-1960), los Big Business entraron en la Casa Blanca por la puerta grande. El primer secretario de Defensa que tuvo Eisenhower, Charles E. Wilson, que dejó la presidencia de la General Motors para colaborar en la administración republicana, dijo un día cándidamente : « Lo que es bueno para la General Motors es bueno asimismo para la nación. » Con arreglo a esa filosofía pensaban, sentían y actuaban las grandes empresas industriales y financieras. Ahora bien, esa filosofía no es exacta. Los intereses generales de la nación podían o no coincidir con los de la General Motors, Standard Oil, Du Pont de Nemours, etc. Y que no coincidían lo demostraron asaz claramente las recesiones que se produjeron durante la administración republicana. Cuando Eisenhower terminó su mandato, la economía del país se encontraba en una fase prolongada de marasmo.

El gobierno de Kennedy, aunque en él figuraba un banquero republicano, Douglas Dillon, desempeñando la secretaría del Tesoro, no representaba particularmente a los Big Business, sino a la nación, y su política económica dejó sentir progresivamente sus efectos : cesó la recesión y volvió a acrecentarse el ritmo de ascenso económico.

En abril de 1962, la principal empresa siderúrgica, United States Steel Corporation, anunció que iba a subir el precio del acero seis dólares por tonelada. « Lo que está bien para la U.S. Steel, está bien para la nación », debió pensar Roger Blough, presidente de la empresa. La mayor parte de las demás empresas siderúrgicas hicieron causa común con la U.S. Steel Corporation, y anunciaron la misma subida de precio. El Presidente Kennedy reaccionó rápida y enérgicamente. En una conferencia de prensa televisada, se dirigió al país para decirle enfáticamente que el aumento del precio del acero no estaba justificado, y que ese aumento en la industria básica de la economía nacional determinaría una subida general de precios, originándo-

se una espiral cuyo resultado sería la inflación. Por lo demás, la administración preparó medidas económicas y legales contra las empresas siderúrgicas que aumentaran los precios. La ofensiva de Kennedy triunfó : la U.S. Steel capituló, anulando la anunciada subida de precio.

En el campo de la política nacional, quizá ésta fue la página más brillante de Kennedy. Hubiese podido decir : *veni, vidi, vici*... Había salido en defensa de la economía nacional como un sistema articulado. Les gustara o dejara de gustarles, los Big Business tenían que adaptarse a la conveniencia de los intereses de la nación.

En otro peldaño, Kennedy no compartía el criterio estrechamente comercial de que conviene equilibrar los ingresos y los gastos en el presupuesto federal. Aun con un proyecto de presupuesto con déficit, propuso en 1963 una reducción temporal de los impuestos. Su razonamiento era este : si la gente paga menos impuestos, comprará más, y al haber una mayor demanda de mercancías, habrá una mayor fabricación, más trabajo, por lo tanto, menos desempleo, y ese proceso determinará un aumento de la renta nacional, disminuyendo proporcionalmente el déficit en el presupuesto federal. Esa concepción dinámica, keynesiana, que compartían sus consejeros económicos, les parecía extravagante y peligrosa a los sectores conservadores de la nación ; pero acabaron por aceptarla a título de experiencia. En 1964, muerto ya el promotor, se puso en práctica una reducción de impuestos por un total de 11.500 millones de dólares, y los resultados se hicieron sentir en un sentido favorable inmediatamente. A comienzos de la segunda mitad de 1964, según cifras y cálculos oficiales, la producción y servicios ascenderán este año a 623.000 millones de dólares, es decir, 120.000 millones de dólares más que en 1960 ; el presupuesto federal se saldará con un déficit de 3.600 millones de dólares menos de lo que se había previsto, y el ciudadano medio percibirá este año, después de pagar los impuestos, 139 dólares más que el año pasado.

En suma, la administración de Kennedy, continuada por el Presidente Johnson, recibió una economía nacional en crisis, y ha hecho que el país se encuentre en 1964 nadando en la cresta de una ola de prosperidad.

IX

En esta segunda mitad del siglo en que vivimos, ya no se habla de la lucha de clases, que Marx consideraba como el eje de la historia. En cambio, el mundo vive ahora en plena fase de lucha de razas. Hitler, bárbaro, pero intuitivo, presintió cuál sería la lucha en nuestro tiempo : lucha racista.

En Africa, la lucha de razas —negros contra blancos— ha sido el motor que ha determinado la liberación política de casi todo el continente con una rapidez fulgurante. En la pugna entre China y Rusia, la cuestión racista —amarillos contra blancos— es inseparable de la diferencia en los objetivos nacionales.

Los Estados Unidos no se encuentran al margen de esa lucha de razas. El negro norteamericano —20 millones en una población de 190 millones—, liberado de la esclavitud hace un siglo, no quiere ser por más tiempo un ciudadano de segunda clase, sino un ciudadano normal, con los mismos derechos y deberes que los demás. El movimiento de liberación del Africa negra ha repercutido en los Estados Unidos estimulando históricamente al negro que, sintiéndose cada vez más preparado intelectualmente y más numeroso, ha acentuado su presión igualitaria, que es libertadora.

La estrategia combativa empleada por los negros ha sido tan sutil como inteligente. No han recurrido a la violencia más que en casos extraordinarios, y casi siempre para defenderse. Lo habitual ha sido su protesta activa y heroica. Cuando un estudiante negro, a veces una muchacha, solo, sin otras armas que sus libros bajo el brazo, ha atravesado el campus de una universidad del Sur con la cabeza erguida, para ir a inscribirse en una Facultad, ha librado una batalla civil de proporciones formidables.

El negro no pedía nada que no le correspondiese en el marco de la Constitución y las disposiciones de la Corte Supre-

ma. Sus reclamaciones no podían ser más elementales : el derecho de utilizar el autobús, el tranvía y el tren, pagando su asiento ; el derecho de sentarse a la mesa de un restaurante, pagando la consumación ; el derecho de entrar en el cinematógrafo o el teatro, pagando el billete ; el derecho de nadar en la piscina municipal ; el derecho de enviar a sus hijos a la escuela pública o de matricularse en los cursos de la Universidad... ¿Quién podía negarle esos derechos, Pues sí, había —y hay— una minoría de blancos que negaba a la gente de color esas facultades en nombre de la diferencia de razas.

Eisenhower defendió admirablemente el derecho de los negros : Little Rock es una página imborrable en la historia de su ejecutoria presidencial. Pero correspondió a John F. Kennedy, liberal y católico, el mérito de articular legalmente las justas reclamaciones de los negros. Su Ley de Derechos Civiles —que fue su testamento, pues no pudo verla aprobada por un Congreso remolón— es la segunda parte de la Proclamación de Emancipación dictada por Lincoln el 1 de enero de 1863. Sólo esa Ley, aunque Kennedy no hubiese hecho nada más de importancia fundamental, le situaría de una manera permanente al lado de Lincoln en el friso de la historia.

Durante esta segunda mitad del siglo, y quizá más allá todavía, la historia girará en gran parte alrededor de Africa, el continente negro. Rusia pretenderá influir en Africa y ganar allí posiciones —ya lo ha intentado con escaso éxito hasta ahora—. Sin embargo, nunca podrá superar el inconveniente capital que, en una etapa de lucha de razas, Rusia es blanca y Africa, negra. La perspectiva es diferente por lo que respecta a la acción eficaz posible de los Estados Unidos, ya que una parte de su población es negra. El día que los Estados Unidos sepan comprender —y la Ley de Derechos Civiles proyectada por Kennedy y ratificada por Johnson es un paso importante en ese sentido— el valor potencial de su minoría negra para construir un puente espiritual entre América y Africa, habrán ganado la primera parte de la batalla planteada en ese terreno.El Cuerpo de la Paz —creación original y genial de Kennedy, que ha asombrado por sus realizaciones y posibilidades— a base de los jóvenes negros que estudian en las universidades, está destinado a ser el Gran Misionero que hermane el Africa negra al Occidente blanco.

X

John F. Kennedy, el joven y noble luchador, derrotó tres veces al viejo zorro Nikita Kruschev : en Cuba, en el Congo y en Berlín.

En Cuba, se libró en octubre de 1962 la batalla más importante de la guerra fría, y la perdió Kruschev. En el Congo, a raíz de su independencia (1960), se planteó la cuestión de la influencia política en el Africa negra, y Kruschev, después de haber apuntado, primero, a la carta del alocado Patrice Lumumba, y luego a la de Antoine Gdizenga, perdió la partida. En la cuestión de Berlín, después de haber anunciado *urbi et orbi* que se disponía a reconocer a Alemania del Este como Estado soberano independiente, con el que tendrían que entenderse las potencias ocupantes del Berlín Oeste para regularizar sus comunicaciones, no sólo no se atrevió a llevar a cabo la amenaza formulada repetidamente, sino que al dar la orden de construir la Muralla que separa el Berlín Este del Berlín Oeste, de hecho, adoptaba una actitud defensiva. La Muralla era la confesión de que Kruschev no se atrevía a adelantar un paso en Alemania.

A mediados de 1963, Kruschev era un jefe político vencido en el área internacional. Tampoco le iban bien las cosas en el dominio interior : había fracasado totalmente su proyecto gigantesco de roturar y cultivar las tierras vírgenes de la Rusia asiática ; la agricultura colectivizada iba mal, y el ritmo de crecimiento industrial disminuía sensiblemente. Por contra, las sequías y el frío habían producido estragos en las cosechas, obligando a Rusia, antes granero de Europa, a comprar al extranjero 12 millones de toneladas de trigo. Y por si todo eso fuera poco, el conflicto entre Pekín y Moscú adquiría proporciones que bordeaban la escisión comunista.

Hasta que Kennedy entró en la Casa Blanca, Kruschev podía ser bravucón por-

que Rusia superaba a los Estados Unidos en capacidad balística intercontinental, y porque, en el campo de la propaganda psicológica —la exploración y conquista del espacio— estaba sola ; los Estados Unidos iban a la zaga con un retraso de unos diez años. Pero durante la etapa presidencial de Kennedy, los Estados Unidos aventajaron a Rusia en la balística intercontinental, y dieron un salto gigantesco en la exploración del espacio : partiendo de la base cero, con las proezas de los astronautas Shepard, Glenn, Schirra y Gordon Cooper, en poco más de dos años, sino llegaron a la altura de Rusia, se aproximaron a ella. Rusia había perdido la hegemonía espacial, y los Estados Unidos, más poderosos económicamente, se disponían a pasarle delante.

Para los Estados Unidos se planteaba un problema histórico de capital importancia : ¿qué hacer ante un adversario moralmente vencido, pero militarmente muy poderoso todavía?

Había tres actitudes posibles : primera, no hacer nada, manteniéndose al pairo. Segunda, aprovechar la momentánea relativa debilidad del adversario y acosarlo. Tercera, atraerlo a un terreno de convivencia, con la perspectiva de que el tiempo hiciera una labor progresiva de erosión en el régimen comunista.

La primera actitud, la que se había seguido antes de Kennedy, manteniendo al mundo en un estado de constante zozobra, era negativa. La segunda entrañaba el grave peligro de que en un momento crítico, como el de Cuba en el otoño de 1962, se produjera la catástrofe ; por otra parte, hubiese provocado la reconciliación chino-rusa. La tercera tenía sin duda inconvenientes, pero ofrecía perspectivas más gratas, y era ciertamente la mejor. Kennedy, con una justa comprensión del ritmo histórico, se la hizo suya.

El 10 de junio de 1963, Kennedy pronunció su discurso histórico en la Universidad Americana de Washington : « Reexaminemos nuestra actitud con respecto a la paz, que muchos de entre nosotros creen imposible... Reexaminemos nuestra actitud con respecto a la Unión Soviética... »

El discurso produjo sensación mundial, y en Moscú lo reprodujeron *Pravda* e *Izvestia*. Se iniciaba el diálogo Kennedy-Kruschev.

En el curso de las siguientes semanas, se firmó el pacto entre los Estados Unidos, Inglaterra y Rusia poniendo fin a los ensayos nucleares. Se estableció una comunicación directa entre el Kremlin y la Casa Blanca. Rusia compraba trigo a los Estados Unidos...

Había comenzado el deseado deshielo. Disminuía de día en día la tensión internacional. La Asamblea General de las Naciones Unidas, presidida por un latinoamericano, fue la más fructífera de cuantas se habían celebrado : no fue utilizada como trampolín para fines de propaganda. Kennedy —fue la última vez que le vimos personalmente— se dirigió a la Asamblea General, a fines de setiembre, y propuso a la Unión Soviética aunar los esfuerzos para ir a la Luna. Mejoraba la situación en Europa, en Asia, en Africa y en América Latina. Después de largos años de ansiedad y de fatigas, empezaba a verse el fin del largo túnel de la guerra fría. Parecía un milagro. Y lo era, en efecto. El milagro se había producido porque los Estados Unidos habían adoptado una estrategia política dialéctica, basada en el convencimiento de que el mundo en que vivimos no está parado, sino en fase de rápida transformación que requiere ideas nuevas, métodos nuevos y hombres nuevos.

Apenas el nuevo curso acababa de iniciarse y los horizontes empezaban a iluminarse, cuando se apagó bruscamente la vida de John F. Kennedy. Había estallado con retraso una bomba castro-comunista cargada en 1961-62.

El mundo entero se estremeció la tarde del viernes 22 de noviembre, y la humanidad se vistió de luto, pues acababa de perder a quien junto con Juan XXIII el Bueno señalaba el comienzo de una nueva era.

Morir joven en la batalla es el sino de los héroes. Pero espiritualmente los héroes son inmortales. John F. Kennedy vive en el corazón y el pensamiento de todos los que en el mundo se esfuerzan noblemente por un futuro humano de Libertad, de Paz y de Justicia.

Goldwater, ¿ enfermedad de las derechas ?

POR RICHARD H. ROVERE

STEPHEN C. SHADEGG, que ha trabajado ocasionalmente en Hollywood como escritor, actor, agente de prensa, « experto en la detección de la mentira » (así se ha calificado él mismo en el curso de una entrevista) y fabricante de un remedio contra el asma llamado « Adreno Mist », es en la actualidad un personaje importante del Partido Republicano. Él es quien organizó las campañas de Barry Goldwater, cuando éste presentó su candidatura al Senado de los Estados Unidos en 1952 y en 1958, y luego ejerció durante algún tiempo el cargo de presidente republicano en el Estado de Arizona. En 1960 y 1962 otros políticos, sobre todo de la tendencia de Goldwater, requirieron sus servicios, y últimamente ha dirigido la campaña de éste para conseguir su designación como candidato a la Presidencia en los Estados occidentales del país. También ha desarrollado una gran actividad como escritor. Es autor de una biografía de Goldwater, aprobada por éste, que lleva el título *Barry Goldwater : Freedom Is His Flight Plan* (que puede traducirse por « Barry Goldwater : la libertad es la base de su plan »). Y ha publicado regularmente, durante muchos años, artículos de fondo, que firmaba Goldwater, bajo el epígrafe de « How Do You Stand, Sir ? » (¿Cuál es su actitud, señor?). Ha redactado un gran número de discursos para Goldwater, artículos para revistas y comentarios de prensa, además de ciertas partes del ensayo de Goldwater sobre la diplomacia, « Why Not Victory, » (¿Por qué no la victoria?). Ahora nos ha favorecido con un tratado de estrategia, *How To Win An Election : The Art of Political Victory* (Cómo se ganan unas elecciones : el arte de triunfar en política), que no aclara todos los misterios —en 1960 Shadegg trató de hacerse elegir, sin conseguirlo—, pero permite ciertos atisbos en ese movimiento de Goldwater, en que se ha convertido el republicanismo, por lo menos durante un período aciago. En este tratado, Shadegg reconoce su gran deuda de gratitud para con ese especialista más viejo y mejor informado que es Mao Tse-tung. Según nos dice, el estudio minucioso de Mao acerca de la « táctica de la infiltración » le ha sido muy provechoso. « En la campaña de Goldwater —escribe— y en todas las campañas en que he colaborado como asesor, he seguido los consejos de Mao Tse-tung. »

En realidad, esta explicación no parece muy verosímil. Mao está dotado de un talento y de una astucia formidables, pero no puede considerársele como modelo de los políticos norteamericanos, que arrancan el dinero a los atemorizados banqueros y comerciantes de las pequeñas ciudades, escriben textos que venden a precio de oro a la televisión y movilizan a las amas de casa para trabajar en la sede del partido como telefonistas o como operadores de las máquinas multicopistas. Sin embargo Shadegg parece complacerse presentán-

dose como un destacado pensador revolucionario y en esto se parece a muchos otros norteamericanos de derecha. « Quiero hacer constar —ha dicho el propio Goldwater— que nosotros analizamos y copiamos la estrategia del enemigo, pues la suya ha sido eficaz y la nuestra, no. »

La John Birch Society se jacta de haber adoptado las normas del Partido Comunista para la estructura y la técnica de su organización, así como su tono y su retórica, además del formato de su publicación oficial *American Opinion,* que nos trae a la memoria nada menos que el órgano teórico comunista *Political Affairs.* Un militante del partido de Goldwater, llamado Donald Lukens, jefe de los Jóvenes Republicanos, ha recomendado la adopción de un « plan de diez años », destinado a preparar a los escritores « conservadores » para que puedan « apoderarse » de la prensa norteamericana, que los hombres de la especie de Lukens consideran ahora como una ciudadela del liberalismo corrompido. Unos cuantos años atrás, ningún político republicano o demócrata hubiese mencionado la « infiltración » como un método recomendable. Claro que el método se empleaba, pero la palabra, que les parecía repugnante por proceder de un vocabulario extranjero, nunca hubiera salido de los labios de uno de esos maestros norteamericanos en el arte de la organización, como Marcus Alonzo Hanna o James Aloysius Farley. Ahora las cosas han cambiado, y Shadegg aconseja seguir los principios de Mao como uno de los primeros pasos de toda campaña y la formación de « células », si bien ha podido observarse que la mayor parte de las células que montó para Goldwater son idénticas a los Comités de Ciudadanos « sin partido », defensores « entusiastas de Goldwater, dignos de toda su confianza, que no debían clasificarse ni identificarse como miembros de ninguna organización determinada ». Ciertos individuos adscritos a dichas « células » practicaban el espionaje en la oposición, se apoderaban del contenido de los cestos de papeles, en busca de secretos, y utilizaban sus cargos o empleos en beneficio de su causa.

Shadegg no ha tenido que aprender mucho del Presidente Mao, pero es de un efecto excelente citar su nombre de vez en cuando, y el lenguaje bolchevique está ahora de moda en los medios de Goldwater. Esto se debe en parte a que los ex comunistas han contribuído abundantemente a la estructuración del movimiento y le han aportado todo lo que tiene cierta apariencia de ideología. (El semanario *National Review* ha sido el primero en seguir este procedimiento ; los ideólogos más destacados de este periódico han sido James Burnham, Frank S. Meyer y el difunto Whittaker Chambers, todos ellos ex comunistas. El corresponsal de la revista designado para asistir a la convención que eligió a Goldwater fue Dos Passos.) Esto es también consecuencia, en parte, de la paranoia epidémica que se ha apoderado de la extrema derecha. Están convencidos de que los marxistas triunfan en todas partes y que ganan gracias a los embelecos de su política. Pero hay otras cosas. El lenguaje de la sedición es el más adecuado, no para los problemas de gestión que se plantean a Shadegg en las campañas locales, sino para los hechos que se han producido en el seno del Partido Republicano y lo que ha experimentado en el curso de los tres o cuatro últimos años. Ha sido objeto de « infiltraciones... ha sido conquistado », hasta convertirse —como dice Richard Hofstadter— en una « organización de combate », por una facción disciplinada, cuya lealtad a Goldwater y al goldwaterismo rebasa los límites de la lealtad al partido republicano.

Los recursos principales de los sediciosos son el celo y la energía. El precio que hemos de pagar los norteamericanos por haber creado partidos exentos de ideología es la falta de estas dos cualidades, especialmente de la última. De una manera general, todo el que quiere dedicar unas cuantas horas al mes a trabajar para el partido ve recompensado su esfuerzo con una parte mayor o menor de autoridad. « Dejemos que lo haga Jorge » es el lema de los « moderados », y si Jorge lo hace todo —asiste a las reuniones, pega los sellos a los sobres y vacía los ceniceros sin quejarse—, pronto le encargarán también de redactar las resoluciones, de presidir las asambleas y le permitirán designar a los miembros del comité. Los partidarios de

Goldwater son de los que llegan temprano a las reuniones, soportan su tedio y, cuando se acaban, se quedan con los ojos brillantes de entusiasmo para plegar las sillas y recoger las tazas de café. En estos caracteres serviciales se encuentran grandes reservas de fuerza subversiva y, llegado el momento, estos plegadores de sillas y redactores de reglamentos son los que dirigen las depuraciones y amenazan con destruir la organización, si se discuten sus órdenes.

*

San Francisco, donde Goldwater fue proclamado candidato, no es realmente el lugar más apropiado para que los derechistas tomen el poder ; pero es la ciudad donde pudo presentarse el hecho consumado. Los « Jorges » de Goldwater se habían convertido en los delegados a la convención nacional y constituían la mayoría. Por ahora es aún difícil saber el volumen exacto y la solidez de dicha mayoría. Existen divergencias en cuanto al momento en que hará su aparición lo inevitable. Entre la evidente mayoría de Goldwater se registran diferentes grados de combatividad. Los hay que perderían de buena gana al lado de Goldwater, que preferirían establecer el principio de que los « extremistas » sean bienvenidos, que refutarlo, por creer que esta refutación podría proporcionar el margen necesario para la victoria. De una manera general, estos individuos son los que se han adueñado del partido en los Estados donde los republicanos nunca ganan (los del extremo Sur) y en los Estados donde ganan siempre (los de las regiones montañosas del Oeste). Pero también se encuentran en los Estados (sobre todo en los del « Middle West ») donde la lucha electoral es dura y donde merece la pena triunfar. Y aun cuando estos delegados sean en su mayoría partidarios de Goldwater, no lo son hasta el punto de desoír las voces de la razón, de la prudencia y del deseo de vencer. A éstos se dirigió el gobernador Scranton pocas semanas antes de la convención, con ánimo de apartarlos de la mayoría favorable a Goldwater. Pero como en este momento sólo tenía como aliados al gobernador Rockefeller y a Henry Cabot Lodge, no podía forjarse muchas ilusiones. Si hubiese empezado la campaña antes, el resultado hubiera podido ser tal vez muy distinto, y lo mismo puede decirse si el general Eisenhower hubiera visto las cosas con más claridad y si Richard Nixon hubiese adoptado una actitud menos egoísta. Y si Nelson Rockefeller hubiese maniobrado sólo un medio por ciento mejor en California, sobre todo el día 3 de junio, probablemente nadie hablaría ya de Goldwater hoy.

La derecha radical sólo ha podido prevalecer con la ayuda de la suerte, pues a pesar de su celo y de su energía, y con toda su voluntad de aprender de los clásicos marxistas-leninistas-maoístas, estos individuos se han distinguido siempre por su enorme incompetencia política. Siempre han actuado como facciosos y, hasta ahora, nunca han tenido una dirección sólida o central. Esta vez es la primera que conquistan algo de valor ; y todavía queda por ver si lo que han obtenido será verdaderamente eficaz, incluso en un porvenir inmediato. Yo tengo casi la seguridad de que a largo plazo, suponiendo que este plazo exista, el goldwaterismo está irremisiblemente destinado al fracaso. No es capaz de resolver ninguno de los graves problemas que se plantean al país, aunque no sea más que por el hecho de negar su existencia ; pero hay otras muchas razones en apoyo de este criterio. Puede imaginarse una victoria de Goldwater en noviembre ; pero si las instituciones democráticas logran sobrevivir a este hecho (y es de suponer que lo lograrán, a no ser que él y Kruschef se pongan de acuerdo para exterminarnos a todos), su reelección es absolutamente inimaginable.

De todos modos, no es una proeza de poca monta haberse apoderado del Partido Republicano, y los maoístas de Goldwater, estimulados por esta suerte y por el desconcierto que reina en la oposición, la han llevado a cabo. Por primera vez cuentan con una dirección central, y en el seno del partido que han conquistado son capaces de realizar la unidad que nunca habían conseguido hasta ahora. El contragolpe de estos cambios se está haciendo sentir ya en los acontecimientos. Parece evidente, por ejemplo, que la llamarada del golfo del Tonkín, en los primeros días de agosto, fue consecuencia en parte de la actitud de

Goldwater. Entonces se dijo que los guardacostas del Vietnam Norte habían perseguido a un destructor norteamericano hasta las aguas libres, en un acto de agresión no provocada. Pero lo que no se dijo es que el destructor se hallaba en aguas territoriales de una isla del Vietnam Norte, que era objeto de un ataque por parte de la marina del Vietnam Sur. Los vietnameses del Norte pudieron suponer lógicamente que el barco norteamericano había intervenido en el ataque o por lo menos escoltado a los atacantes. La Administración dio la orden de destruir las unidades atacantes y dos días después, a consecuencia de otro combate naval, la de bombardear las instalaciones de tierra. Una resolución « enérgica », pero exenta de finalidad práctica, fue votada a toda prisa por el Congreso. Es posible que el ataque contra la isla se haya ocultado deliberadamente, pero no es comparable a la investigación y a la resolución dolorosas que llevó a cabo el gobierno dos años antes, con motivo de la peligrosa crisis provocada por la existencia de proyectiles atómicos en el Mar Caribe. Goldwater reclamaba la extensión de la guerra. Un sondeo de la opinión demostró que sólo 42 por ciento de los votantes había aprobado la conducta de la Administración con relación al Vietnam Sur. Una reacción menos precipitada, un examen más cuidadoso de los hechos y una justificación de las medidas de coerción, si se hubiesen estimado necesarias después de dicho examen, hubieran evitado gritos, escarnios y acusaciones de cobardía por parte de Goldwater y de sus secuaces. Esta es la razón de que el Presidente decidiera extender la guerra. Fue, como dijo, una « reacción mesurada », puesto que no bloqueamos el Vietnam Norte. Con esta forma hábil de proceder, el Presidente ganó treinta puntos en la confianza del público.

*

Las relaciones de Goldwater con el goldwaterismo son algo misteriosas. Goldwater dista mucho de ser el Lenin de los bolcheviques de la derecha. No es un teórico, ni un organizador, ni tiene nada de un dirigente. Su inteligencia es bastante rápida, pero es indolente e indisciplinado, de ahí que esté constantemente en contradicción consigo mismo, con gran sorpresa por su parte. Esto ha dado lugar a que alguien que le clasificaba de « conservador », hiciera declaraciones en su nombre, contribuyera a la publicación de sus libros y artículos y redactara sus discursos. Goldwater no es un fanático. Su trato es natural, modesto y reflexivo. Es capaz de hacer una serie de declaraciones ferozmente doctrinarias y afirmar a continuación que no son sino unas cuantas ideas expuestas al tuntún, que cree dignas de tomarse en consideración, o de « lanzarse al viento », como le place decir. « Yo no conozco todas las soluciones —decía en un epílogo a *Why Not Victory,* libro que rezuma una seguridad positiva— y tengo muy poca paciencia para los que pretenden conocerlas. » Nunca ha parecido ansioso de poder, a la manera de los Kennedy o Lyndon Johnson. Estos rara vez se consagran a pasatiempos sin importancia. Goldwater, en cambio, es muy aficionado a ellos, y a menudo da la impresión de detestar la política, porque le priva del tiempo que él quisiera dedicar a sus emisiones de onda corta, a la pesca submarina, a volar, a fotografiar y a reparar automóviles. Hará unos tres años pasé con él cerca de hora y media y no logré averiguar cuál era su opinión política. Un error en la convocatoria que habíamos recibido nos reunió demasiado pronto en un estudio de televisión y no tuvimos más recurso que la conversación para matar el tiempo. Celebré la oportunidad, pero no saqué ningún provecho de ella. Se interesó por la marca de mi coche, me preguntó si me daba satisfacción, qué clase de tracción tenía, etc. Una vez agotado este tema, hablamos del deporte y de varias otras cosas, pero no pude inducirle a tratar de la política. No es que buscara disimular sus ideas o evitar los cepos de un periodista. Es el menos taimado de los políticos y apenas transcurre un día en que no se meta de hoz y de coz en uno de esos cepos. Le consideré y sigo considerándole aún, como un hombre que se aburre pronto. Sospecho que se metió en la política sobre todo para escapar al tedio que le producían sus manías y sus negocios, y que al cabo de algún tiempo, el aburrimiento que le causaba la política co-

rriente le ha conducido a las extravagancias y, finalmente, le ha hecho volver a sus manías.

No está en mi ánimo insinuar que su « conservadurismo » es una especie de actitud o de afectación. En un punto, por lo menos, parece un producto bastante natural de su temperamento, de su cultura (o de la ausencia de ésta) y de su medio ambiente. Pero su asociación con los hombres de la « extrema » derecha —antisemitas, partidarios de la supremacía de los blancos, perseguidores de brujas, predicadores fundamentalistas, jingoístas y hasta maniáticos de ciertos regímenes de alimentación— constituye un enigma. Es una asociación de origen relativamente reciente. Entró en el Senado en 1952 como republicano de la tendencia Eisenhower, ardiente defensor de la « responsabilidad fiscal », pero también de la « paz », de ciertas formas de justicia social (depósitos bancarios, seguros, compensaciones a los obreros, etc.) y favorable a la indulgencia racial (es miembro de una entidad que coopera con la Asociación Nacional para el Progreso de las Gentes de Color, la Liga Nacional Urbana, etc., etc.). No era partidario encarnizado de nada ; pero a fines del decenio, empezó a exaltarse de una manera muy particular. Esta transformación fue preparada, según aparece ahora con toda evidencia, por los jóvenes intelectuales de derecha (y los excomunistas de más edad), identificados con la *National Review*, de William F. Buckley Jr. Goldwater era un político inquieto, sin ideas bien definidas para poder identificarle con ninguna tendencia ; las gentes de la *National Review* rebosaban en cambio de ideas políticas (yo lancé esta frase a la ligera ; su conservadurismo, como ha dicho Karl Meyer, « es un estado de ánimo y no una ideología»), pero carecían de hombres capaces de ponerlas en práctica. Empezaron escribiendo los libros y los discursos de Goldwater y, poco a poco, le fueron sumiendo más profundamente en su forma peculiar de disensión y de derechismo negativo. Las doctrinas que ellos le atribuían diferían en ciertos aspectos de las de los racistas y de la chusma inculta y sucia que ahora patea y vocifera en las reuniones de Goldwater ; y tampoco se parecían a las de los magnates del petróleo y de la ganadería, que daban el dinero para todas estas cosas. El grupo de Buckley no recomienda la segregación racial como una norma de vida (a pesar de mostrarse más bien suave con el Africa del Sur), y el entusiasmo de James Burnham por la guerra santa no es forzosamente compartido por los promotores comodones, que sólo quisieran aumentar su bienestar mediante la abolición del impuesto sobre la renta. Pero entretanto han ido haciéndose los ajustes necesarios y, por el momento, no tiene objeto preocuparse por saber si Goldwater « cree » o no sinceramente en todas las cosas que ha dicho o que otros han dicho en su nombre. El hecho es que se ha visto « enganchado », y ahora parece encontrarle gusto.

Se ha insinuado que sus relaciones con la extrema derecha son muy semejantes a las que sostenía hace quince años Henry Wallace, segundo vicepresidente de Roosevelt, con la extrema izquierda. Wallace, que había sido republicano, no era comunista, pero no le importaba que se le considerase como tal y le complacía que organizasen la campaña presidencial en su nombre. Ellos no le reconocían como dirigente, pero les encantaba tenerle como figura de primera línea. Quizás haya entre los descontentos de la derecha un entusiasmo algo mayor del que había por Wallace entre los izquierdistas ; pero tengo la impresión que Goldwater sólo puede « dirigirles » haciéndose eco de ellos. No es él quien se ha apoderado del Partido Republicano ; han sido ellos los que lo han invadido.

*

Cuando escribo esto, en vísperas de la convención democrática, los pronósticos señalan una repudiación en masa de Goldwater y del goldwaterismo. Los sondeos de la opinión dan al Presidente Johnson una proporción de casi dos a uno en todas partes, salvo en el Sur, donde en ciertos sectores parece tener Goldwater una supremacía considerable, pero no arrolladora. Los sondeos se han equivocado en otras ocasiones, pero nunca de manera espectacular, en cuanto a los porcentajes. En la historia reciente de Norteamérica jamás se ha oído hablar de una ventaja de dos a uno. Un 25 por ciento representa ya una gran trans-

ferencia de votos. Entre los demócratas se teme que su asociación con la « revolución de los negros » —o dicho con más exactitud, con su « resistencia »— llevará votos al campo de Goldwater. Los últimos sondeos confirman estos temores, pero al mismo tiempo indican que por cada votante demócrata que se pase a Goldwater, habrá dos o tres republicanos que se pasen a Johnson. No obstante, existen razones de inquietud. Todos los precedentes son de épocas en que la situación era distinta. Durante medio siglo, las cuestiones que Goldwater pretende explotar se han mantenido apartadas de las campañas presidenciales. El movimiento político parecía empujar a los candidatos a la Presidencia hacia el terreno neutral. Los debates giraban alrededor de los medios y no de los fines. Una de las mayores diferencias entre Eisenhower y Stevenson, en 1952, fue que el primero, respondiendo a una sugestión, dijo que iría a Corea para buscar la manera de terminar la guerra lo mejor posible, mientras que Stevenson, o no pensó en hacer esta proposición o no creyó conveniente hacerla. Las campañas de Kennedy y Nixon, en 1960, tuvieron más bien un contenido estadístico. Su desacuerdo se fundaba en la proporción del desarrollo económico, de la apreciación del « prestigio » estadounidense en el extranjero y de la importancia cuantitativa y cualitativa de las armas norteamericanas. La campaña actual no se asemeja a ninguna de las que hemos conocido. Más bien parece que se trata de un referéndum del fanatismo. Ofrecerá una oportunidad para registrar el miedo, la bravata, la frustración y los criterios antagónicos del pasado. El hecho de reconocer la existencia de tal oportunidad, puede llevar a mucha gente, cuando llegue el 3 de noviembre, a conducirse de manera completamente distinta de como piensa hacerlo ahora.

En todo caso, el próximo otoño será desagradable. Hay pocas razones para esperar que la política de Goldwater tenga consecuencias comparables a las de la « crisis del golfo del Tonkín ». Se procederá a una revisión histórica totalmente inoportuna y perjudicial, acerca de si el reconocimiento de la Unión Soviética, en 1933, fue un acierto o un error, si el desarrollo del poder federal, que empezó hace más de un siglo, ha sido conveniente o no, si el gobierno, en una sociedad industrial, debe o no asumir la responsabilidad de facilitar los ajustes que exige el industrialismo. Haremos todas las preguntas inoportunas y no iremos a buscar en parte alguna las respuestas a las oportunas. Durante algún tiempo, mucha gente creyó que esto podría ser una terapéutica ; que ofrecería una ocasión para destruir los mitos y para dar a todos los « ignorantes » el último varapalo que siempre han necesitado. Durante los primeros días que siguieron a su instalación en la Casa Blanca, se aseguró que el Presidente Johnson se alegraba de la perspectiva de una candidatura de Goldwater. Pero unos meses después se dijo que la temía, aun cuando siguiera creyendo que no había otro hombre a quien pudiera derrotar de manera más fácil y absoluta.

Me parece que el último criterio es el más acertado. El país y el Partido Republicano merecen algo mejor que lo obtenido en San Francisco. Pero creo que si Johnson triunfa con una mayoría importante de votos populares —no forzosamente en la proporción de dos a uno o algo parecido, sino tal vez de seis o siete a cinco— ya oiremos hablar poco de Goldwater, del goldwaterismo o de la extrema derecha. Los « Jorges » de Goldwater seguirán dominando las organizaciones republicanas aquí o allá, pero estarán a la defensiva, y los adversarios de Goldwater quedarán vengados. La dirección del Partido Republicano volverá gradualmente a manos de los hombres que conocen el camino de la victoria, como el gobernador Scranton, de Pensilvania, y el senador Kuchel, de California. Ambos fueron derrotados en San Francisco, pero ambos han ganado en los últimos años victorias más sólidas que las que nunca ha obtenido Goldwater. Son hombres de una gran inteligencia y seriedad, y una vez que Goldwater ya no obstruya el camino y que el general Eisenhower haya vuelto a vivir con sus recuerdos, pueden hacer del Partido Republicano un instrumento útil y fuerte, en vez del elemento peligroso que ha llegado a ser en manos de los ignorantes, irresponsables y, como en el caso de su jefe actual, esencialmente frívolos.

JAWAHARLAL NEHRU

POR ARNOLD TOYNBEE

Yo no conocí a Nehru muy íntimamente ; en realidad, ni siquiera tuve ocasión de hablar mucho con él. Pero en cuanto se estaba en su presencia, impresionaba inmediatamente su personalidad, y esta impresión perduraba a través de los años. El efecto que producía tampoco era meramente una impresión ; esta palabra es demasiado débil y fría. Sería más exacto decir que « cautivaba ». Era un hombre que se apoderaba del corazón y lo conservaba.

Este hecho sería notable en cualquier persona, independientemente de su situación en la vida ; pero en un individuo de posición humilde y oscura sorprendería menos que tratándose de un hombre de Estado universalmente conocido, que ha dejado una profunda huella no sólo en su país, sino en el mundo entero. La eminente personalidad pública de este gran hombre de Estado no había afectado lo más mínimo a su cordialidad humana. Antes bien, diría yo que en Nehru no había el menor atisbo de afectación, de altivez o de presunción. Los largos años durante los cuales había pesado sobre sus hombros la enorme carga de su ministerio habían acabado por frenar la espontaneidad y la viveza de su juventud. Pero en los últimos tiempos la ruptura inesperada de las relaciones entre India y China había quebrantado sus fuerzas.

En el curso de mi primer encuentro con Nehru pude descubrir el fondo de su personalidad de una manera no sólo muy divertida, sino también reveladora y, sobre todo, impresionante, por ser una prueba de su elevación moral. Ocurrió en el período situado entre las dos guerras, y Nehru acababa precisamente de cumplir una de sus penas de prisión dictadas por el gobierno británico de la India. Después de salir de la cárcel, vino a Inglaterra a pasar una temporada de vacaciones. Una dama inglesa me invitó a almorzar en su casa para presentarme a él. Cuando llegué, Nehru ya estaba allí, pero al abrirse la puerta nuevamente para dar paso al siguiente invitado, entró un general británico de uniforme, quien, al ver a Nehru, se quedó con la boca abierta. Al parecer había contribuído de algún modo en la condena que Nehru acababa de purgar. (Nunca pude descubrir si la dama, al invitar al general y a Nehru para presentarlos, había obrado deliberadamente o por inadvertencia. Casi me atrevería a decir que fue lo último.)

Yo me preguntaba cómo salvaría la situación Nehru. Durante los escasos minutos de conversación que precedieron a la llegada del general, Nehru no nos había dejado la menor duda acerca de su combatividad. Era evidente que se había propuesto arrancar a los británicos la independencia de la India, y que estaba compro-

metido en una lucha sin cuartel. ¿Cómo recibiría al general británico? ¿Con frialdad, con dureza...? La chispa que brilló en los ojos de Nehru nos dio la respuesta inmediatamente. La situación debió parecerle jocosa, y nos divirtió embromando amablemente al general, el cual reaccionaba a los ligeros picotazos que le daba Nehru, adoptando una actitud conciliadora, pero que acusaba una creciente nerviosidad. Este incidente, aunque de poca monta en sí, fue una revelación. Me hallaba en presencia de una persona capaz de luchar con todas sus fuerzas, sin detestar por ello a sus adversarios. La experiencia que tenía Nehru del trato de los británicos le había procurado suficiente combustible para alimentar el resentimiento. Los períodos de encarcelamiento arrancan dolorosos bocados de una breve vida humana ; y los que luchaban por la libertad de la India eran condenados por los británicos que, en el fondo, defendían los mismos ideales, pero éstos sólo los tomaban en serio cuando se aplicaban a su propio país. Los motivos de rencor no faltaban, mas Nehru no demostró sentir ninguno. Yo sabía que la lucha sin odio era uno de los principios del Mahatma Gandhi, y ahora encontraba en uno de sus principales compañeros de combate algunos de los principios del Sermón de la Montaña, puestos en práctica en el curso de la vida diaria, y sin la menor afectación ni esfuerzo visible. Esto me asombró profundamente, y el recuerdo de aquel almuerzo está tan vivo en mi memoria, como si hubiera sucedido ayer y no treinta años atrás.

Tengo otro recuerdo de un incidente que, si bien tuvo menos gravedad, no por ello dejó de ser también revelador. Cierto día de 1956, la Universidad de Delhi quiso honrarme confiriéndome un título, y yo me hallaba todavía lejos del recinto de la Universidad cuando advertí con sorpresa que era ya la hora fijada para la ceremonia. La Universidad estaba situada en el antiguo distrito de Civil Lines, al extremo opuesto de las siete —¿o son tal vez catorce?— Delhis, desde el Ashoka Hotel, y el agente de la circulación nos había obligado a detenernos en las calles atestadas de Shahjehanaead. Cuando al fin nos hallábamos a un cuarto de milla de la Universidad (con tres cuartos de hora de retraso) me sorprendió la súbita aparición de Nehru que corría a nuestro encuentro. ¿Cómo había podido disponer el Primer Ministro de tiempo para honrarme y complacerme, participando personalmente en la ceremonia académica? ¿Y por qué era precisamente él quien había salido a buscarme? Le había hecho perder tres cuartos de hora más de su tiempo, pero no estaba enfadado. Los que estaban inquietos eran los hombres de su escolta. Cuando llegamos juntos a la Universidad, los encontramos anonadados por no haber sabido evitar que el primer ministro se precipitara a través de sus filas. Y su inquietud estaba muy justificada. ¿No había sido asesinado el Mahatma Gandhi? ¿Y el primer ministro no era acaso el hombre que había asumido la sucesión de Gandhi?

La última vez que encontré a Nehru fue en 1961; sentí una tristeza infinita, pues si en su espíritu no había variación, físicamente parecía abrumado. Me había pedido que fuera a visitarle, y durante nuestra conversación traté de no tocar la cuestión de China, pues sabía cuánto le preocupaba en aquel momento. Pero de nada sirvió mi precaución. Fue él mismo quien la suscitó. Era evidente que le atormentaba y casi constituía una obsesión para él. Ofrecía un extraño contraste con el hombre que había visto yo en los encuentros anteriores ; pero entonces, lo mismo que otras veces, se produjo el acto humano que siempre causaba sorpresa. Me hallaba en Nueva Delhi para dar la segunda serie de conferencias. El primer conferenciante en esta fundación había sido el propio Nehru. Acababa de ponerme de pie para empezar la disertación, cuando entró en la sala el primer ministro. Una vez más se había reservado el tiempo necesario para participar personalmente en una ceremonia académica, a fin de complacer a un invitado. Era un gesto generoso por parte de un primer ministro ; pero además era conmovedor en un día que para él era de luto. El fallecimiento de Lady Mountbatten representaba una grave pérdida para Nehru. Le había unido a esta dama una estrecha amistad. Y para el ardiente corazón del

primer ministro, las amistades sinceras tenían una gran importancia. Debí adivinarlo, pues para muchos de ellos contaban más que para la mayor parte de nosotros. Una vez más me sentí profundamente conmovido.

PARECE SEGURO que el recuerdo de Nehru perdurará a través de generaciones como el de una figura histórica. Pero, ¿cuál será la imagen de él que prevalecerá? El hombre amable que yo tuve la suerte de conocer —y que sus amigos íntimos conocen mejor que yo— impresionaba, porque se penetraba en él a través de su carne. Después de la segunda, o de la séptima generación, en el mejor de los casos, esta intensa impresión personal se habrá empañado y, con el tiempo, probablemente se borrará casi por completo.

¿Se recordará a Nehru como a un gran hombre de Estado? Indudablemente lo fue. Pero ya he insinuado, y en esto creo estar en lo cierto, que su gran capacidad para las cuestiones públicas no era su rasgo distintivo. Debemos reconocimiento a un espíritu noble que carga sobre sus hombros la dirección política de su país, porque la política necesita siempre ser redimida. Es un campo retraído de actividad humana, en el que el nivel corriente de nuestra conducta es francamente inferior al de nuestra vida privada o de la esfera profesional. Un alma noble entra en la política exponiéndose a todos los peligros, porque la política es tan difícil de enderezar, como es grande su necesidad de redención. La política es indomable. No puede salvarse en un breve espacio de tiempo por uno de esos raros espíritus, en los que se combina un elevado idealismo con el genio práctico. El hombre de Estado más generoso no lograría evitar totalmente que se le considere responsable de sus circunstancias imperiosas. Uno de los gajes que pesan personalmente sobre un hombre de Estado idealista es el de verse engranado en la dolorosa rueda. Es más glorioso ser encarcelado en razón de nuestros ideales, que encarcelar a otros sin razón, en nombre de estos mismos ideales. Nehru ha hecho las dos experiencias en su vida. Esta es la expiación de haber aceptado la responsabilidad de gobernar un gran país.

Para el propio Nehru, su carrera política, por grande que haya sido, no constituía, en mi opinión, el objetivo principal de su vida, porque no la consideraba como un fin en sí misma. Representaba más bien un medio para servir a sus contemporáneos, y, en primer lugar, a sus compatriotas indios, aunque no sólo a ellos, ya que sus sentimientos se extendían a toda la humanidad. Nehru ha dicho virtualmente esto mismo en sus declaraciones públicas. Se preocupaba intensamente por la suerte y el bienestar de todos los humanos, y la visión que tenía de estas cosas será lo que recuerde de él la posteridad, si el veredicto de la historia refleja fielmente la verdad fundamental de su persona.

CONSIDERO DIFÍCIL encasillar a esta personalidad humana en una de esas categorías impersonales con que trabajan los historiadores. Pero si me viese en la necesidad de hacerlo, diría que Nehru sirvió a sus contemporáneos de una manera más provechosa y característica ocupando un puesto entre los innumerables intérpretes y mediadores que tratan de conciliar la civilización occidental con las otras civilizaciones actuales. En los tiempos modernos, el Occidente ha producido un choque revolucionario sobre el resto del mundo, y el efecto ha sido tan poderoso, que los no occidentales han tenido que enfrentarse con la disyuntiva de transigir con él o caer definitivamente bajo su dominación. En cambio, el Occidente está descubriendo ahora la conveniencia de ponerse de acuerdo con la mayoría no occidental del género humano. Parece que estamos, en efecto, asistiendo al alumbramiento de una nueva sociedad que abarcará a todos los humanos, con todas las múltiples y contradictorias tradiciones de los sectores que fueron segregados en otros tiempos. Me parece que es el objetivo hacia el cual nos han conducido los últimos cuatrocientos o quinientos años de la historia del mundo. Si este diagnóstico es exacto, el papel de intérprete y mediador será el más importante de la época actual. Será una función más ambiciosa que la de simple hombre de Estado y, en realidad, algunos de los intérpretes más eficaces han realizado su labor fuera del campo de la política. Lo han he-

cho como eruditos, escritores, artistas, poetas y profetas. Nehru fue uno de los que han desempeñado su papel en la escena política ; y entre los intérpretes-hombres de Estado de una civilización a otra pueden distinguirse varios tipos. Está el del sargento mayor sin entrañas que obliga a sus tropas a avanzar solas por el camino doloroso de la evolución cultural, y el del vidente que induce a sus discípulos a seguir voluntariamente el mismo espinoso camino. Representantes célebres del primero de estos tipos fueron Pedro el Grande, Mohamed Alí, Mustafá Kemal Ataturk y, en una forma más hábil y suave, los promotores de la revolución meiji en el Japón.

Jawaharlal Nehru pertenece evidentemente al tipo de los que impulsan a la humanidad, no empleando la coacción, sino la persuasión. Y todos los demás representantes de esta doctrina que acuden en primer lugar a mi memoria son indios también, como el propio Nehru. Uno de ellos es el emperador Ashoka, ese partidario de la violencia, a quien la experiencia personal convirtió en misionero, pero que realizó toda la labor de su vida en la escena política. Los otros dos en quienes pienso después son Ram Mohan Roy, el fundador del Brahma Samaj y, naturalmente, el Mahatma Gandhi, maestro y mentor de Jawaharlal Nehru.

A este grupo pertenece Nehru, y en él merece ser recordado e inmortalizado.

GRABADO

« Enterrar y callar ». (Goya)

Si han muerto entre centellas fementidas,
inmolados por cráteres de acero,
ahogados por un río de caballos,
aplastados por saurios maquinales,
degollados por láminas de forja,
triturados por hélices conscientes,
quemados por un fuego dirigido,
¿enterrar y callar?

Si han caído de espaldas en el fango
con un hoyo violeta en la garganta,
si águilas de madera y aluminio
desde el más alto azul les dieron muerte,
si el aire que jadearon sus pulmones
fue un resuello de nube ponzoñosa,
si así murieron sin haber vivido,
¿enterrar y callar?

Si las voces de mando los mandaron
deliberadamente hacia el abismo,
si fueron salpicados sus cadáveres
por el agua venal de los hisopos,
si su sangre de jóvenes, su sangre
fue tan sólo guarismo de un contrato,
si las brujas cabalgan en sus huesos,
¿enterrar y callar?

Enterrar y gritar.

MIGUEL OTERO SILVA

MARTIN LUTHER KING

Elogio de John F. Kennedy

No es necesario crear mitos ni leyendas alrededor de John F. Kennedy. Sólo servirían para menoscabar su figura, puesto que los hechos ya le enaltecen sobradamente. Una exaltación abstracta de su personalidad entrañaría el riesgo de que su recuerdo brillase con un fulgor momentáneo y se extinguiera después.

La filosofía política del Presidente Kennedy contenía los elementos básicos que le han convertido en una gran figura histórica, en una de las circunstancias más críticas de nuestro tiempo. En primer lugar, supo comprender que vivíamos en una época en la que los Derechos del Hombre han llegado a ser el problema capital del mundo. Hemos observado con frecuencia que el desarrollo de las comunicaciones y de la rapidez de los medios de transporte han reducido las dimensiones de la tierra. En realidad, el mundo se ha agrandado, puesto que millones de personas que han vivido apartadas de las corrientes principales de la civilización durante siglos se han abierto camino en la sociedad moderna, pero desde sus cabañas de tierra, en medio de una pobreza desoladora, no pueden identificarse con las maravillas de la era cósmica.

El Presidente Kennedy se percató de que la lucha de los negros dentro de su propia nación constituía una parte integrante de este movimiento mundial. Su último mensaje sobre las relaciones raciales fue una sincera declaración de guerra total a la desigualdad. Ningún otro Presidente norteamericano había explicado con tanta compasión y energía que el destino de nuestra nación no se habrá cumplido, mientras la desfigure la cicatriz de los prejuicios raciales. Recordó sin ambages a los norteamericanos, así como a los habitantes de otras naciones, que las derivaciones de este problema tienen un alcance mundial. Dijo :

« El norteamericano corriente, de descendencia caucásica, no comprende que pertenece a una raza minoritaria, a un sistema político minoritario, y que una gran parte de esa mayoría impaciente, envidiosa y embravecida le mira con cierta desconfianza. »

El Presidente Kennedy ofreció más que palabras, pues hace tiempo que las palabras solas no bastan para llevar a la práctica los Derechos del Hombre. Encareció al Gobierno Federal que actuase en una serie de frentes. Había visto que el combate se libra entre la justicia y la injusticia, sin que ninguna soberanía democrática se encuentre en el centro. Nadie puede afirmar que se ha hecho bastante, pero todos pueden contribuir a que se haga más de lo que se hizo antes. Los gobiernos sucesivos habrán de abordar el problema que está planteándose con toda claridad : el de definir la extensión de la soberanía del Poder Federal y fijar hasta qué punto debe imponerse al poder local de los Estados. Este problema había preocupado ya al Presidente Lincoln durante la guerra civil y en la última etapa de su vida. Entonces no logró resolverse. En las transacciones que disminuyeron su intensidad, sin aportar una solución, nuestro país aceptó una componenda que quebrantó su integridad. La historia ha vuelto a proyectar al primer plano la cuestión de la supremacía del Poder Federal, y en él permanecerá mientras no se la enfoque con valentía para resolverlo.

Un siglo después, una guerra civil fría ensombrece los Estados Unidos. El Presidente Johnson ha demostrado que tiene

una visión clara del conflicto entre el Poder Federal y el de los Estados. Hace poco declaró que « somos una nación y no cincuenta países distintos ». La desigualdad, impugnada por la Constitución Federal, no puede mantenerse en los distintos Estados, y lo que dispone la Ley Federal, el Poder Federal ha de ser capaz de aplicarlo. Exigir que los Derechos Humanos sean uniformemente respetados dentro de los Estados Unidos no constituye una extralimitación del gobierno central, como tampoco representa un exceso de celo por parte de las autoridades federales el que éstas lleguen a trasponer las fronteras de los Estados. Ninguna sutileza legal podrá invalidar estos principios. Servirán acaso esas sutilezas para retrasar su aplicación durante algún tiempo, pero mientras el Gobierno Federal no resuelva este problema, obligando a todos los Estados a acatar en todos los aspectos de la vida los mandatos de la Constitución, no cesarán las luchas internas.

En estos momentos reina un gran pesimismo en los Estados Unidos en cuanto a la posibilidad de imponer la igualdad de derechos para todos los ciudadanos, especialmente en el Sur, porque son muchos los que están dispuestos a oponerse a ello por la fuerza y el terror. Esto es una falacia. La violencia es la obra de una pequeña minoría fanática. Mis colegas y yo, por habernos encontrado en medio de las más encarnizadas manifestaciones, podemos decir confiadamente que si el Gobierno Federal da atribuciones a una fuerza armada para actuar allí donde fracase la policía local o del Estado, la eliminación de la violencia será rápida y completa. Al desaparecer ésta, la gran mayoría de la población podrá considerar los hechos con más serenidad, y de este modo se pondrá fin a la coacción ejercida por los mismos elementos que tratan de intimidarnos. En cambio, los elementos moderados podrían intervenir y asumir funciones de responsabilidad.

La clave del problema es que el Gobierno Federal haga uso de su poder soberano sobre los Estados. Más tarde o más temprano habrá de actuar en este sentido, como hubo de hacerlo Lincoln, obligado por las circunstancias. Cuanto antes reconozca la necesidad urgente del momento actual, tanto más fácilmente podrá realizar la unidad de la nación y restablecer la serenidad y la justicia. Lo que no acabó de realizarse durante la guerra civil habrá de terminarse ahora, porque los Derechos Humanos ya no son un problema de carácter exclusivamente interno, sino que se han convertido en una preocupación universal. La negación de la igualdad de derechos por razones de raza es un insulto a la humanidad, y ya no podrá prevalecer mucho tiempo en un mundo donde se proclama que la libertad es su piedra de toque.

Una de las declaraciones más importantes del Poder Federal hecha por el Presidente Kennedy fue consignada en el proyecto de ley de 1963 sobre los Derechos de los Ciudadanos. Ahora esta ley ha sido promulgada y será un monumento vivo y permanente levantado a su memoria. Pero esto es sólo el comienzo de un largo camino, si bien debemos reconocer que fue menester mucho valor para presentar dicho proyecto en el momento y en la forma en que lo hizo. Sirve para ilustrar esa diferencia tan peculiar que ha hecho de John Kennedy una personalidad incomparable. Muchos dirigentes políticos se niegan a intervenir cuando estalla un violento movimiento de masas. El Presidente Kennedy pudo haber dicho, como lo hicieron otros, que no quería actuar bajo la coacción ; como si fuera un mérito ignorar la protesta de las masas. En cambio, él reconoció francamente que daba satisfacción a las peticiones del pueblo, y lo hizo porque lo creyó justo. He aquí el secreto del profundo afecto que inspiró. Era compasivo, sensible y humilde ante el pueblo y, al mismo tiempo, intrépido para actuar en su nombre.

Ya había puesto de manifiesto estas cualidades en otro momento decisivo. Había comprendido que la actitud del pueblo estaba cambiando, y las gentes ya no consideraban la guerra fría como un « conflicto fatal ». El desarrollo brutalmente acelerado de las armas atómicas había culminado en el horror primario : la amenaza de la destrucción total de la humanidad. Correspondiendo a la voluntad evidente de la mayoría, convirtió en realidad el histórico tratado por el que se prohiben los en-

sayos atómicos en la atmósfera. Por primera vez, de memoria de hombre, pudo creer la humanidad que la vida sobre el planeta seguiría floreciendo y que la muerte sería vencida. El comentario que se citó con preferencia, después de la firma del tratado, no fue una observación de una personalidad mundialmente conocida, sino la frase de una carta escrita por una madre de familia al Presidente Kennedy, en la que decía : « Es la primera vez, después de la segunda guerra mundial, que me atrevo a mirar a mis hijos a la cara. »

El Presidente Kennedy creía que el mundo podía y debía estar constituído por elementos diversos. Creía que las diferentes sociedades, los diferentes sistemas políticos y las diferentes razas podían coexistir en el mismo pequeño planeta. Creía que las diferentes razas podían vivir en armonía en el seno de una misma sociedad. Creía en la conciencia del hombre.

En la manera de reaccionar ante el asesinato del Presidente Kennedy, el pueblo norteamericano dio pruebas de una considerable madurez. Los ciudadanos pudieron haber cerrado los ojos y el espíritu y aceptar la tragedia como un accidente monstruoso, que no suponía descrédito alguno para los individuos. Pero sucedió lo contrario. Pasamos por un período en que hicimos un serio examen de conciencia. Reconocimos que todos teníamos nuestra parte de culpa en la muerte de John Kennedy. Habíamos tolerado el odio y seguíamos tolerando la aplicación discriminatoria de la ley, según la cual la vida de un hombre sólo es sagrada cuando sus opiniones concuerdan con las nuestras. Esto explica el dolor inmenso que anegó al país en noviembre último. Llorábamos a un hombre que se había convertido en el orgullo de la nación, pero también nos afligíamos por nosotros mismos.

En medio de su tristeza y de su remordimiento, el pueblo norteamericano ha pensado en erigir un monumento grandioso para honrar la memoria de John Kennedy. Ahora llevan su nombre aeropuertos, puentes, centros de ensayos espaciales y avenidas ; pero los cimientos para el tributo supremo se pusieron en los días que siguieron a su muerte. Se practicó un sondeo de la opinión en todo el país para comprobar la reacción del pueblo ante el asesinato. El resultado obtenido puede resumirse en las frases siguientes : « La muerte del Presidente Kennedy ha producido un profundo cambio en la manera de pensar del pueblo norteamericano : una repudiación en masa de los extremismos de derecha y de izquierda, acompañada de una sensación individual de culpa por no haber trabajado más en favor de la tolerancia para con nuestros semejantes. » No obstante, a pesar del resultado del sondeo de carácter nacional, llevado a cabo en aquel momento, tengo el sentimiento de decir que en el horizonte político de los Estados Unidos se están acumulando nubes de tormenta, lo cual prueba que la violencia y el extremismo tienen todavía raíces muy hondas en ciertos sectores del país. Pero también estoy convencido de que las fuerzas de la benevolencia acabarán por triunfar. Si entonces se demuestra que la muerte trágicamente prematura de John Kennedy ha contribuído a extender el sentimiento de humanidad de todo un pueblo, esto constituirá por sí solo un monumento de un valor imperecedero.

El Presidente Kennedy sobrevivirá, no porque haya sido un conquistador que volviera cargado de trofeos de guerra. No era un constructor de imperios. No poseía el talento de magnetizar a las multitudes indecisas con frases elocuentes. Tampoco sobrevivirá por haber sido el Presidente de la nación más poderosa de la tierra. Su recuerdo perdurará, porque fue capaz de interpretar el pensamiento expresado por un sacerdote en la guerra civil : « La grandeza no consiste en la fuerza, sino en el justo empleo de ella. »

Probablemente nada ilustrará con más claridad el lugar extraordinario que John Kennedy ocupó en el mundo como el hecho de que no sólo los americanos, los europeos occidentales, los africanos y los asiáticos, sino también los pueblos de la Unión Soviética y de la Europa oriental habían llegado a reconocer, en el espacio de pocos años, la gran fuerza de que estaba dotado. Cuando tantos seres humanos, a pesar de todas sus diferencias, se identifican con un solo hombre y ponen su fe en él, este hombre puede desaparecer, pero no muere.

Historia original de Romeo y Julieta

POR MATTEO BANDELLO

LA INFORTUNADA MUERTE DE DOS INFELICISIMOS AMANTES QUE, EL UNO DE VENENO, Y EL OTRO DE DOLOR, MURIERON, CON VARIOS ACCIDENTES

Hubo, en los tiempos de la señoría de los Scala, en Verona, entre otras por su linaje y riqueza muy famosas, las familias de los Montecchi y Capelletti, cuya enemistad era tan sangrienta y fiera, que en varias refriegas, siendo una y otra poderosas, muchos de ellos, como también de sus secuaces, morían, lo cual más y más acrecentaba sus odios.

Era entonces señor de Verona Bartolomé Scala, y muchos fueron sus esfuerzos para pacificarlas, mas nunca hubo orden, tanto estaba el odio en sus pechos arraigado. Pero los redujo a tal punto, que si no logró la paz, sí al menos impidió las continuas reyertas en que tan frecuentemente y con muerte de hombres se empeñaban. Sucedió entonces que en cierto año, después de Navidad, comenzáronse a celebrar fiestas a las cuales se concurría con máscaras. Antonio Capelletti, jefe de su familia, organizó una bellísima fiesta a la cual invitó gran nobleza de caballeros y damas. Se vieron allí, en su mayor parte, todos los jóvenes de la ciudad, entre los cuales Romeo Montecchi que, entre los veinte y veintiún años, era el más gallardo y cortés de la juventud de Verona. Llevaba máscara y, con otros, siendo ya de noche, se presentó en casa de los Capelletti.

Estaba entonces Romeo ciegamente enamorado de una gentil dama, sin que ella en dos años de perseverante sumisión ni siquiera una mirada de cortesía le hubiera dirigido, y tan grande era su dolor, que resolvió alejarse de Verona y viajar por Italia y así reprimir su incontrolada pasión; « Quizá no viéndola —se decía—, poco a poco se apague este fuego que de sus bellos ojos en mí se enciende y alimenta », pero todos sus propósitos eran vanos, y más era ella desdeñosa, más su amor se acrecentaba, por lo cual algunos amigos, varias veces, le exhortaron a abandonar tan vana empresa, pero tan poco atendía a sus consejos como la dama a lo que él hacía. Tenía Romeo, entre aquéllos, un compañero que mucho se dolía de que, sin esperanza alguna, estuviera malgastando su mejor juventud, y entre otras cosas le dijo :

— Romeo, a mí, que como hermano te amo, me duele verte consumir como nieve al sol... Despiértate y reconoce el error en que vives; arranca de tus ojos el velo que te ciega y te oculta el camino que debes transitar ; decídete a poner tu corazón en otra parte... Ahora comienzan las fiestas de máscaras, ve a todas, y si vieres a tu desdeñosa dama, no la mires ; mira en el espejo del amor que le has tenido y hallarás recompensa a todo el mal que sufres.

Romeo escuchó cuanto le dijo su amigo

y decidió poner en obra el sabio consejo, y así comenzó a concurrir a las fiestas ; donde veía a la desdeñosa dama, jamás le dirigía la vista e iba mirando a las otras para escoger la que más le agradara. Sucedió en aquellos días, como ya dije, que, enmascarado, Romeo se presentó a la fiesta de los Capelletti y, aunque poco amigos eran, nunca se ofendían. Como estuviera buen tiempo con máscara en el rostro, se la quitó y fue a sentarse en un ángulo, desde el cual cómodamente veía a los que estaban en la sala que, iluminada con abundancia de antorchas, estaba clara como si fuera de día. Todos miraban a Romeo, las damas especialmente, y se maravillaban de que estuviera en aquella casa con tanta libertad y, como además de hermoso, fuera tan cortés y educado, todos generalmente lo estimaban.

Romeo observaba la belleza de las damas, ya de ésta, ya de aquélla, según su anhelo le ordenaba, y sin estar danzando así se recreaba cuando vio una de extrema belleza que él no conocía, la cual infinitamente le agradó y la tuvo como la más bella y apreciada joven que jamás hubiera visto. Cuanto más atentamente la miraba, parecíale que tanto más sus encantos se hacían más bellos y más atrayentes sus dones, y muy amorosamente comenzó a cortejarla sin poder quitar de ella la vista ; y sintiendo una inusitada alegría al contemplarla, se propuso realizar todo esfuerzo para conquistar su amor y su gracia. Así, el amor que a la otra dama tenía, vencido por el nuevo, encendió el fuego que sólo la muerte había de apagar. Estaba él sentado, como dije, en un sitio por el cual, cuando se bailaba, todos le pasaban por delante.

Julieta —que este era el nombre de la joven que tanto interesó a Romeo— era la hija del dueño de la casa. No conociendo a Romeo, y pareciéndole el más hermoso y gallardo joven que pudiera encontrarse, disfrutaba extraordinariamente con su vista, y a hurtadillas mirándolo sentía no sabía qué dulzura en su corazón que la inundaba de inmenso goce. Deseaba que Romeo bailara para así poder mejor verlo y oírlo, pareciéndole que igual dulzura debía salir de sus palabras como de sus ojos salía, pero él permanecía solo, sentado, sin que demostrara deseos de bailar ; todo su empeño era cortejar a la bellísima joven, como ésta no tenía otro pensamiento que mirarlo, y de tal modo se miraban, que a veces encontrándose sus ojos y fundiéndose sus fogosos rayos advirtieron que se miraban con amor, porque cada vez que sus miradas se cruzaban, ambos llenaban el aire de tiernos suspiros y parecía que otra cosa no desearan sino poder, juntos hablando, descubrir el nuevo fuego.

En este galanteo hallábanse cuando comenzó « la danza de la antorcha ». Una dama levantó a Romeo, el cual, entrado al juego, hizo cuanto debía, y pasada la antorcha a una dama se acercó a Julieta, que eso exigía el orden, y aquélla, con indecible placer de ambos, le cogió las manos. Quedó Julieta en medio de Romeo y uno llamado Marcuccio « el bizco », cortesano muy apreciado por sus festivas agudezas y las cosas graciosas que sabía hacer. Julieta, como se sintiera coger la mano por el amante, y ansiosa de oírlo hablar, con alegre rostro y hacia él vuelta, le dijo :

— ¡Bendita vuestra llegada a mi lado!—, y así diciendo amorosamente le estrechó la mano.

El joven, que muy perspicaz era y de tonto nada tenía, así respondió :

— Señora, ¿qué bendición es esta que me dais?

Y mirándola con ojos que clamaban piedad, suspirando estaba pendiente de sus labios ; ella dulcemente sonriendo, contestó :

— No os maravilléis, gentil joven, porque yo bendiga el que hayáis venido aquí, porque ya desde antes el señor Marcuccio me hiela toda con el frío de sus manos, y vos, vuestra merced, me calentáis con la delicada vuestra.

— Señora —repuso inmediatamente Romeo—, que yo de cualquiera manera os sirva me es muy placentero, y no otra cosa en el mundo anhelo que serviros, y muy feliz me sentiría si os dignarais mandarme como a ínfimo servidor vuestro. Bien os digo que si mi mano os da calor, vos con el fuego de vuestros bellos ojos me encendéis todo, y os aseguro que si no me prestáis ayuda para que tanto incendio pueda resistir, no pasará mucho tiempo sin que

me veáis incendiarme y convertirme en cenizas.

Apenas pronunció las últimas palabras, terminó « el juego de la antorcha », por lo cual Julieta, que ya toda ella ardía de amor, suspirando y estrechándole las manos, sólo tuvo tiempo de decirle :

— ¡Ay de mí! ¿Qué puedo yo deciros sino que ya soy más vuestra que de mí misma?

Romeo, al retirarse, esperaba ver hacia dónde ella se dirigía, mas no pasó mucho sin que supiera que era la hija del dueño de casa, y no pudo menos de dolerse, como que estimaba muy difícil y peligroso lograr el objeto de su amor. Pero la herida estaba ya abierta y adentro el dulce veneno. Julieta, por su parte, ansiosa de saber quién fuese el joven, al cual ya creía pertenecerle del todo, invitó a su nodriza a la ventana y la interrogó sobre las personas que pasaban por la calle, entre las cuales el gallardo joven que llevaba la máscara en la mano, y al oír el nombre de Montecchi, quedó la joven aturdida sin la esperanza de casarse con Romeo, tan grave era la enemistad de las dos familias ; sin embargo, ninguna señal de descontento mostró.

Poco o nada durmió aquella noche, y asaltada por dos contrarios pensamientos : uno que le daba ánimo de conseguir su propósito y otro que le cerraba toda vía, decíase :

— ¿Hacia dónde me dejo yo llevar de mis tan mal reguladas ansias? ¡Qué se yo, tonta de mí, si Romeo me ama! Quizá el astuto joven ha dicho aquellas palabras para engañarme, creyendo así vengarse de la enemistad que cada día más se recrudece entre sus familiares y los míos. Pero tal no es la generosidad de su alma, que no podría engañar a quien ya lo ama y adora, y si el rostro es indicio manifiesto del alma, me hace creer que de tan galante joven sólo se puede esperar amor, gentileza y cortesía. Ahora, supongamos que verdaderamente me ame y que me desee como su legítima esposa, ¿debo yo, razonablemente, pensar que mi padre no habrá de consentirlo nunca? Quién sabe si por medio de esta unión se pueda esperar que entre las dos familias se siga una concordia perpetua y una paz firme, como entre nobles, príncipes y reinos, empeñados en guerras, ha sucedido. Quizá sea yo la que en esta ocasión lleve paz y tranquilidad a estas dos familias.

La habitación de Julieta daba a una estrechísima calle frente a un caserío ; al pasar Romeo por la calle, lo que él hacía día y noche con gran peligro, la veía en la ventana, siempre demostrando alegría. Frecuentemente iba de noche, ya porque la calle no era concurrida, ya porque estando frente a la ventana, sentía hablar a su amada. Una noche, estando él allí, sea que Julieta lo sintiera, sea por otra causa, abrió ella la ventana. Romeo trató de ocultarse, pero no tan pronto como para que ella no lo conociera, porque la luna, con su esplendor, iluminaba la calle. Julieta, que estaba sola en su habitación, discretamente le llamó, y le dijo :

— Romeo, ¿qué hacéis vos aquí, a estas horas, solo? Si os sorprendieran, desventurado de vos, ¡qué sería de nuestra vida! ¿No sabéis la cruel enemistad reinante entre los vuestros y los míos, y cuantos, por ella, han muerto? Ciertamente seríais sin piedad eliminado, y ello si a vos daña, a mí deshonor reportaría.

— Señora mía —contestóle Romeo—, el amor que os profeso es la causa de que yo, a esta hora, aquí venga, y no dudo que si fuera sorprendido por los vuestros, procurarían darme muerte. Pero yo me esforzaría, en cuanto valieran mis débiles fuerzas, por cumplir mi deber. Mas si me hallare dominado por fuerzas superiores, me ingeniaría para no morir solo. Y si debiera morir en esta empresa de amor, ¿cuál más afortunada muerte podría sobrevenirme que caer cerca de vos? Que yo jamás sea causa de manchar, en lo más mínimo, vuestro honor, esto no creo que suceda nunca, porque yo, para conservarlo puro y afamado como es, me empeñaría con mi propia sangre. Mas si en vos tanto pudiera mi amor como en mí el vuestro, y tanto os importa mi vida cuanto a mí la vuestra, evitaríais estas ocasiones y haríais que yo fuera el más feliz hombre del mundo.

— ¿Y qué querríais vos que yo hiciera? —preguntóle Julieta.

— Querría —contestóle Romeo— que me amarais como yo os amo y que me permi-

B.D.I.C

nerais venir a vuestra habitación, para que, con más comodidad y menos peligro, pudiera manifestaros la grandeza de mi amor y las acerbísimas penas que sin cesar sufro por vos.

A esto, un poco encendida de ira y turbada, repúsole Julieta :

— Romeo, vos conocéis vuestro amor y yo conozco el mío, y sé que os amo cuanto un ser puede amar, y quizá más de lo que a mi honra conviene. Pero yo os digo que si vos pensáis gozar de mí fuera del conveniente modo del matrimonio, vivís en un muy grande error, y conmigo jamás estaréis de acuerdo. Y porque sé que frecuentando esta vecindad podríais tropezar con gentes de mala especie, de lo cual jamás quedaría contenta, concluyo que si vos deseáis ser mío como yo deseo ser vuestra, debéis desposarme como legítima esposa, y si tenéis en mente otra idea, mejor atended a vuestras cosas y a mí dejadme en paz.

Romeo, que cosa distinta no apetecía, al oír estas palabras, feliz le repuso que tal era su anhelo y que cuando quisiera con élla se casaría del modo que ordenara.

— Está bien —añadió Julieta—. Mas para que nuestras cosas se hagan con orden, querría que nuestros esponsales se celebraran ante el Reverendo Padre Fray Lorenzo da Reggio, mi padre espiritual.

De acuerdo decidieron que al día siguiente Romeo hablaría al fraile, del cual era muy familiar. Fray Lorenzo, de la Orden Menor, era Maestro en Teología, gran filósofo, conocedor de las virtudes de las plantas y experto en artes mágicas, y como quería gozar del aprecio del vulgo y también de los señores, mucha cautela usaba, y en cada caso requería la opinión de alguna persona noble y de reputación. Gozaba, entre otros, del favor del padre de Romeo, gentilhombre de gran crédito, de todos muy estimado y que, a su vez, tenía al fraile en concepto de muy santo. Y éste no sólo frecuentaba la casa de los Montecchi sino también la de los Capelletti, así como en la confesión oía la mejor nobleza de damas y gentileshombres de la ciudad. Romeo apreciaba al fraile como éste a Romeo por su valor y prudencia.

Despedídose que hubo de Julieta, fuese a su casa y, llegado el día, dirigióse a San Francisco, y allí narró al fraile su amor así como la decisión tomada. Fray Lorenzo prometió hacer cuanto Romeo deseaba, ya porque a aquello no podía oponer razón alguna, ya porque estaba convencido de que por este medio podría pacificar a Montecchis y Capellettis y ganarse así la gracia del señor Bartolomeo, que tanto deseaba la paz entre las dos familias y acabar con todos los tumultos en la ciudad.

Esperaban los dos amantes una ocasión para confesarse y así realizar sus planes, cuando vino la cuaresma. Julieta decidió confiar su secreto a la vieja que dormía en su misma habitación, y aunque en vano la disuadiera de tal empresa, al fin se sometió al querer de aquélla, la cual, con sus ruegos y razones, la indujo a llevar una carta a Romeo. Éste, al leer que a cierta hora de la noche fuera a su ventana a hablar con ella y llevara una escalera de seda, sintióse el más feliz hombre del mundo.

Tenía Romeo un muy fiel y ya probado servidor al cual confió lo que se proponía y le encargó de procurarse la escalera ; ordenado todo, fuese a la hora fijada con Pedro —que así se llamaba el servidor— al sitio convenido ; Julieta, al conocerlo, le arrojó la cuerda con la cual había de subir la escalera, y hecho esto, la aseguró a la reja, que era tan sólida y espesa, que apenas si una mano podía pasar. Cambiados muy amorosos saludos, así Julieta habló a su amado :

— Mi señor, para mí mucho más preciado que la luz de mis ojos, os he hecho venir, porque he convenido con mi madre irme a confesar el próximo viernes, a la hora de la predicación. Avisad a Fray Lorenzo a fin de que provea a todo.

Díjole Romeo que ya estaba avisado y pronto a hacer lo que ellos quisieran. Y después de hablar algún tiempo de su amor, alejóse con Pedro. Llegado el esperado viernes, Giovanna —la madre de Julieta— con su hija y otras damas, se dirigió a San Francisco ; al llegar a la iglesia hizo llamar a Fray Lorenzo, quien ya de todo advertido, hizo entrar a Romeo en el confesonario ; acercóse a la dama, la cual le dijo :

— Padre, temprano he venido a confesarme, y también Julieta, pues sé que esta-

réis muy ocupado todo el día en las confesiones de vuestras hijas espirituales.

Dióles la bendición en nombre de Dios, dirigióse al convento y entró en el confesonario donde hallábase Romeo. Del lado opuesto, fue Julieta quien primero se presentó al fraile y le hizo señal de que Romeo estaba ya adentro. Levantada la rejilla, después del saludo, dijo a Julieta :

— Hija mía, por lo que me refiere Romeo, has decidido tomarlo por marido, y él a ti por esposa. ¿Estáis ahora en la misma disposición?

Verbigracia

No pido ni doy cuartel.
Soy un náufrago que seca
sus ropas, sin una mueca,
junto al fuego del laurel.
La espada azul de Israel
tengo hundida hasta el arriaz,
me dan guerra y vivo en paz
sin oro y sin oropel
con mis sueños de papel,
simple como una torcaz.

Itinerario

El judío errante arrastra
por los caminos del mundo
su vieja pena madrastra
su corazón vababundo.

Paisajes alucinados
cruza como un alma en pena
y abre con llaves de arena
castillos deshabitados.

Conoce locas ciudades,
selvas insomnes, desiertos,
tierras sin sol, mundos muertos,
sosquines y soledades.

Nadie le acerca el espejo
de una sonrisa piadosa,
marchita encuentra la rosa
entre sus manos de viejo.

Y cuando arriba hecho trizas
al final de su calvario
reanuda su itinerario
sobre un puente de cenizas.

CESAR TIEMPO

Respondieron los amantes que cosa distinta no deseaban. El fraile, así conociendo la voluntad de ambos, después de hacerles algunas recomendaciones sobre el santo matrimonio y de pronunciar las palabras que, según el orden de la Iglesia, se requieren, llenos ambos de extrema alegría, Romeo dio el anillo a su amada. Convenido que a la noche siguiente iría a verla, besándose al través de la ventanilla, Romeo salió del confesonario y del convento y muy feliz fuese a sus ocupaciones. El fraile, una vez ajustada la rejilla a la ventana de modo que nadie advirtiera que había sido movida, oyó la confesión de la entusiasmada joven, de su madre y de las compañeras.

Llegada la hora convenida, Romeo se dirigió, con Pedro, hacia un cierto jardín, cuyo muro saltó, por el servidor ayudado, y descendió al interior donde, con la vieja, le esperaba la esposa. Al encontrarse, en estrecho abrazo se unieron, ella con una dulzura imposible de imaginar, y él, inflamado esposo, con un placer que igual jamás había sentido, y después besáronse con infinito deleite e indecible goce de ambos. Retiráronse luego a un apartado ángulo del jardín, donde había un banco, y allí consumaron el santo matrimonio. Después de decidir que allí se encontrarían otras veces, Romeo, besándola mil veces, salió del jardín, lleno de alegría, diciéndose a sí mismo :

— ¿Qué hombre hay en el mundo que viva más feliz que yo?

No menos feliz sentíase Julieta ; parecíale imposible que hubiera un joven que igualara a su Romeo en belleza, suavidad, gentileza y cortesía y, ardientemente, esperaba que las cosas se arreglaran para poderlo gozar sin sospecha. Así, sucedió que unos días se veían y otros no, en tanto que Fray Lorenzo llevaba a buen término la acción pacificadora entre Montecchi y Capelletti, esperando confirmar la unión de los dos amantes con el asentimiento de ambas partes.

Fue en la Pascua de Resurrección cuando, cerca de la Puerta de los Borsari, muchos de los Capelletti, entre los cuales hallábase Tebaldo, joven valiente, primo de Julieta, asaltaron a los Montecchi. Y como en aquella hora Romeo, con algunos

amigos y servidores, vagara por la ciudad, casualmente pasó por allí, y presumiendo el daño que la contienda causaría a la conciliación por la cual trabajaba el fraile, incitó a sus compañeros, lo que fue oído por las personas que estaban cerca, a intervenir para que la lucha no siguiera, pero vanamente se esforzaron por separarlos y Romeo por retirar a los suyos, dadas las pasiones de los combatientes, cuando Tebaldo lanzó a Romeo una estocada que, gracias a la coraza que llevaba, no alcanzó a herirlo. Romeo, con palabras amables, dijo a Tebaldo :

— Te equivocas, Tebaldo, si crees que he venido aquí a armar contienda contra ti o los tuyos. Casualmente me encuentro aquí y vine a retirar a los míos, con mi anhelo porque vivamos como buenos ciudadanos. Te exhorto, pues, a que hagas lo mismo con los tuyos para que no siga ningún escándalo ya que, por desgracia, sangre se ha vertido.

Y como si no hubiera entendido las palabras de Romeo o fingiera no entenderlas, repuso Tebaldo :

— ¡Ah, traidor! ¡Ahora morirás!

Y furioso se abalanzó a herirlo en la cabeza. Pero Romeo, con las mangas de la malla que siempre usaba y la capa envuelta en el brazo izquierdo, se cubrió la cabeza, y vuelta la punta de la espada hacia el agresor, le atravesó de lado a lado la garganta en forma tal, que Tebaldo cayó de bruces, muerto. Ante la presencia de la Corte del Podestá que, atraída por el inmenso rumor, allí acudió, los combatientes se dispersaron, quienes hacia aquí, quienes hacia allí. Romeo, muy dolorido por la muerte de Tebaldo, acompañado de muchos de los suyos fue a refugiarse en la habitación de Fray Lorenzo, el cual, al saber la muerte de Tebaldo, muy desesperanzado quedó de conseguir la deseada paz entre las dos familias.

Ante el Señor Bartolomeo presentaron querella los Capelletti, mas el padre de Romeo y los Montecchi probaron, con testigos dignos de fe, que los asaltantes fueron los Capelletti, que Romeo casualmente pasando por allí sólo intervino para calmarlos y que herido por Tebaldo le rogó retirase a los suyos, no sin que inmediatamente recibiera de él nueva herida, probado todo lo cual Romeo fue condenado a destierro.

Copiosísimo llanto por la muerte de Tebaldo hubo en casa de los Capelletti. Pero no aquella muerte lloraba Julieta a mares : la perdida esperanza de la conciliación la afligió extremamente no imaginando cual fuera su destino. Informada por Fray Lorenzo dónde se hallaba Romeo, escribióle, llena de lágrimas, una carta que envió al fraile, en la cual le suplicaba le dijera de qué modo podría partir con él, a lo cual contestóle Romeo aconsejándole estuviera tranquila, que aunque aún no sabía dónde iría a refugiarse, no sería lejos, pero que haría todo esfuerzo para encontrarse antes de partir en el sitio que a ella mejor pareciera. Escogido el jardín donde el matrimonio habían consumado, y la hora, armado Romeo, ayudado por el fraile y acompañado por el fiel Pedro, fue a la cita. Con abundantes lágrimas lo acogió Julieta y largo tiempo silenciosos estuvieron, sin decirse palabra alguna, besándose apasionadamente y bebiéndose las lágrimas que sus ojos destilaban. Condoliéndose de su adversa fortuna, de que pronto habrían de separarse, después de haberse gozado intensamente varias veces, Julieta le suplicó la llevara consigo.

— Yo, mi dueño muy amado —decía ella—, me cortaré los cabellos y me vestiré de paje, y dondequiera os plazca ir yo iré con vos y con amor os serviré. ¿Y cual más fiel servidor podríais vos tener? ¡Oh, amado dueño mío! Concededme esta gracia y dejadme correr con vos la misma suerte para que lo que sea de vos sea también de mí.

Romeo la consolaba cuanto más podía con muy dulces palabras, le aseguraba tenía la confianza de que en breve, como el Príncipe lo había dicho a su padre, su destierro sería revocado ; que cuando la llevara consigo, no sería en vestido de paje, sino como su esposa y señora ; que el castigo no duraría más de un año, porque si la paz no se hiciera en ese tiempo amigablemente, intervendría el Príncipe, y aun contra quien se opusiera la impondría, y que si esto se prolongara, siéndole imposible vivir sin ella largo tiempo, tomaría otro partido. Prometiéronse darse noticias

por carta, y muchas cosas para consolarla díjole Romeo, pero ella no dejaba de llorar, y como ya aparecía la aurora, con besos y abrazos dijéronse adiós, y Romeo fuese a San Francisco y Julieta a su habitación.

Dos o tres días después, vestido de comerciante extranjero, Romeo partió hacia Mantua, y allí, sin que su padre dejara faltarle nada, muy honestamente estableciόse.

Como Julieta no otra cosa hiciera sino llorar y suspirar, sin comer ni dormir, una y otra vez interrogóla la madre sobre la causa de su tristeza, sin obtener otra respuesta que la de no saber qué tenía, y así, la que antes fuera la bella Julieta, ahora no lo parecía. Romeo, con sus cartas la consolaba y le daba siempre esperanzas de que pronto estarían juntos, le rogaba se divirtiera y estuviera siempre alegre y no tuviera tanta melancolía, pero todo en vano porque ella no podía, sin su Romeo, aplicar remedio alguno a su pena.

Pensó su madre que la tristeza de la joven podría venir de que algunas de sus compañeras estando ya casadas, también ella quisiera marido, y con esta idea en la mente, la comunicó a su esposo.

— Marido mío —le dijo—, Julieta lleva siempre tristísima vida, no hace sino llorar y suspirar, y, en cuanto puede, rehuye la conversación. Varias veces le he preguntado la causa de esta tristeza, la he espiado, y nada he podido entender. Siempre me responde que no sabe qué tenga, y todos, en la casa, se encogen de hombros y no saben qué decir. Cierto es que alguna gran pasión la atormenta porque, casi insensiblemente, como cera al fuego, se está consumiendo... Ella, en esta Santa Eufrasia que viene, cumplirá dieciocho años, por lo cual me ha parecido, querido esposo, decirte que creyendo sea tiempo, tú debes procurarle un honesto y buen partido y no tenerla más sin esposo, pues esta no es mercancía que se tenga en casa.

— Esposa —contestóle Antonio no pareciéndole irrazonable lo que ella le dijera—, ya que tú no has podido inferir nada de la melancolía de nuestra hija y te parece se le deba dar marido, haré lo que más a propósito crea para buscarle uno que convenga al grado de nuestra casa. Mientras tanto, procura saber si ella está enamorada y cuál sería el marido que más le agradaría.

Prometió ella hacer todo lo posible, y sin dejar de interrogarla nuevamente y también los otros de la casa, nada pudo saber. En este tiempo, Antonio conoció al conde de Paris de Lodrone, joven muy gallardo y rico, y tratándolo, con no pocas esperanzas, lo comunicó a la esposa ; ésta, a su vez, a Julieta, la cual se mostró afligida y triste. Muy fastidiada, sin saber la causa, después de hacerle muchas reflexiones, le dijo :

— Entonces, hija mía, por lo que siento, tú no quieres marido.

— No quiero de ninguna manera casarme —respondió a la madre, y le añadió que si ella algo le interesaba, no le hablara de marido.

— ¿Qué quieres ser, entonces, si no quieres marido? —le preguntó la madre. ¿Quieres hacerte santurrona o monja? Dime lo que piensas.

A la respuesta de que sólo deseaba morir, la madre quedó desconcertada, sin saber qué decir ni menos qué hacer, y como Giovanna refiriera aquello al marido, éste, después de algunas reflexiones, le dijo :

— Hija mía, viéndote ahora en edad de tomar marido, te he encontrado uno muy noble, rico y bello, que es señor y conde de Lodrone. Disponte, pues, a tomarlo y a hacer cuanto te digo, ya que partido igual sólo raramente se encuentra.

Inmensa fue la cólera del padre al oírla decir que no quería casarse, y con duras palabras y amenazas le ordenó que dentro de tres a cuatro días debería ir con la madre y otros parientes a Villafranca, donde tenía una bella posesión, y a donde iría también, con su séquito, el conde Paris. Aturdida quedó Julieta y, no sin comunicar a Romeo lo ocurrido y recibir de él la promesa de llevársela pronto, fue ella a Villafranca con el placer con que el condenado a muerte va al sitio donde ha de ser ahorcado. Aunque demacrada y melancólica, la vio el conde en la iglesia, le agradó, y fue a Verona donde con el padre concertaron el matrimonio, y al comunicarle esta decisión, la exhortó a estar ale-

gre, a lo cual ella, con los ojos llenos de lágrimas, nada respondió.

Avisada que la ceremonia se celebraría a mitad del cercano setiembre, decidió pedir consejo al fraile sobre el modo como pudiera libertarse del prometido matrimonio, y aproximándose la fiesta de la Asunción de la Virgen, y de esto aprovechándose, dijo a su madre :

— Madre mía querida, no sé, ni imaginarlo puedo, de donde haya nacido esta terrible melancolía que tanto me aflige, pues desde la muerte de Tebaldo no he vuelto a hallar alegría alguna y parece vaya de mal en peor, sin hallar algo que me ayude. He pensado, por ello, confesarme en la santa fiesta de la Asunción, que quizá así reciba algún remedio a mi tribulación. ¿Qué decís vos, dulce madre mía? ¿Os parece que haga lo que he pensado? Pero si otra vía creeis que deba seguir, mostrádmela, que yo, por mí, no sé que pensar.

Giovanna, que era buena y muy religiosa, aprobó el proyecto de la hija, la exhortó a seguirlo y así juntas fueron a San Francisco, hicieron llamar a Fray Lorenzo, al cual, entrado que hubo en el confesonario, dijo Julieta :

— Padre mío, no hay persona en el mundo que mejor que vos sepa lo que entre mi esposo y yo ha pasado, y por esto es innecesario que lo repita. Debéis recordar la carta que os pedí leyerais y después enviarais a Romeo, en la cual le decía que mi padre me había prometido como esposa al conde Paris de Lodrone. Romeo contestó que vendría y que haría, pero Dios sabe cuándo. El hecho es que ellos han convenido que el mes de setiembre que viene se celebre el matrimonio y como el tiempo se acerca y yo no veo modo de desprenderme de este Lodrone, que ladrón y asesino me parece queriendo robar las cosas ajenas, he venido aquí en busca de ayuda y consejo. Y como soy la esposa de Romeo y se ha consumado el matrimonio, yo no puedo ser de otro sino de él, y aunque pudiera no quiero, ya que sólo de él puedo ser eternamente. Pero necesito vuestro consejo y ayuda. Y oidme lo que me ha venido a la mente que se puede hacer. Querría, padre mío, me hicierais hallar medias, aljuba y todo lo del vestido de un mozo, y así pueda por la noche o temprano de mañana, salir de Verona e irme a Mantua a refugiarme en casa de mi Romeo.

Disuadióla el fraile de tal idea, poniéndole de presente los riesgos a que se exponía por su juventud, su inexperiencia, su delicada educación, su desconocimiento del camino y la facilidad con que sería hallada una vez su desaparición se descubriera, así como las amenazas y quizá aún violencias con que querrían arrancarle el secreto de su viaje vestida de hombre, y después la perdida esperanza de volver a su Romeo.

A las razonables palabras del fraile, Julieta, calmándose, replicó :

— Puesto que mi idea no os parece buena, y yo lo creo, aconsejadme y enseñadme a desatar este intrincado nudo en que, ¡pobre de mí!, estoy enredada, y así pueda, sin el menor trabajo, encontrarme con mi Romeo, pues que sin él es imposible que viva, y si no podéis ayudarme de otro modo, si no puedo ser de Romeo, que no lo sea de ningún otro. Romeo me ha dicho que vos sois un destilador de aguas y que destiláis una que en dos horas y sin dolor mata a un hombre. Dadme de ella cuanto baste a liberarme de aquel ladrón, ya que de ningún modo podéis darme a Romeo. Él, amándome como sé que me ama, estará contento de que muera más bien de que caiga en poder de otro. Nos libertaréis a mí y a mi casa de una gran vergüenza, porque si otra vía no hay que me salve de este tormentoso mar donde ahora en deshecha nave me hallo, por mi fe os prometo que una noche, con cortante cuchillo, me cortaré las venas de la garganta, pues antes morir he decidido que dejar de mantener a Romeo la fe conyugal.

Era el fraile un gran investigador, que conocía las virtudes de las plantas y las piedras y preparaba, entre varias cosas, algunos somníferos y especialmente una pasta de propiedades maravillosas que, reducida a polvo finísimo y tomada con agua, hacía dormir y aparentar durante cierto tiempo la muerte, en forma tal, que no había médico por excelente que fuera que no la declarara cierta, y sin que al despertar se sintiera molestia alguna, como si se hubiera dormido con muy dulce sueño. Oyendo la intención de la desconsolada joven;

difícilmente el fraile pudo contener las lágrimas, y con piadosa voz le dijo :

— Hija mía, no hay para qué hablar de muerte, porque si murieras, de allá no tornarías sino el día del juicio final, cuando todos resuscitaremos. Quiero que tú pienses vivir mientras a Dios plazca. Él nos ha dado la vida, Él nos la conserva, y Él, cuando lo quiera, nos la quita ; así que aleja de ti ese melancólico pensamiento. Tú estás joven y ahora debes vivir y gozar de tu Romeo. Hallaremos remedio a todo, no lo dudes.

Prometióle el fraile que, complacido, trabajaría para salvarla de Lodrone, pero era necesario que nadie nunca lo supiera, pues mucho sería el daño que, dadas la prestancia y autoridad de que él gozaba en la ciudad, si se supiera su intervención en el matrimonio, recibiría.

— A ti te conviene, pues —añadióle—, estar segura y animosa, decidirte a hacer cuanto te ordene, que ello no te hará el más mínimo daño : y escúchame de qué modo.

Explicóle luego las virtudes de la tan maravillosa agua que, sin peligro alguno, tan profundamente adormecía que, ningún médico, por excelente que fuera, no tuviera por muerta a la persona que la bebiera, y que, una vez digerida, despertaría del artificial letargo sana y bella como acabada de salir del lecho ; que bebida al aparecer el alba, poco después se dormiría tanto, que al ser llamados médicos y parientes, la hallarían muerta, fría y sin pulso ; la sepultarían por la noche en el arca de los Capelletti, donde reposaría hasta la noche del día siguiente, al terminar el cual, en que despertaría, él y Romeo, a quien llamaría con un emisario especial, vendrían a sacarla, y la llevarían a Mantua, mientras la paz de las familias se obtuviera, lo que él esperaba hacer, y, finalmente, le rogó el secreto porque si así no fuera, echaría a perder lo suyo y lo de ella.

— Si no tomas este camino —terminó el fraile— no sé de qué otro modo podría socorrerte.

— Padre, yo haré todo lo que vos me decís. Así, en vuestras manos me pongo. Que yo diga esto a persona alguna, no lo dudéis, seré reservadísima, repúsole Julieta, quien, para encontrar a Romeo hasta en un horno encendido entraría, cómo no dentro de una sepultura.

Rápidamente fue el fraile a su habitación y al volver dio a la joven, envueltos en papel, tantos polvos cuantos cabían en una cuchara ; ella los guardó en una bolsa y mucho agradeció a Fray Lorenzo. Éste, que muy difícilmente podía creer fuera ella tan arriesgada y tan segura, que se dejara encerrar, con muertos, en una tumba, le dijo :

— Dime, hija, no tendrás miedo de tu primo Tebaldo que tan poco hace fue muerto y que debe heder insufriblemente en el arca donde serás colocada?

— Padre mío —respondió la animosa joven—, de esto no os preocupéis, que si pasando las terribles penas del infierno yo creyera encontrar a Romeo, no temería aquel fuego infernal.

— ¡Sea, pues, en el nombre de Dios Señor Nuestro! —exclamó el fraile.

Llena de júbilo, Julieta volvió a donde su madre estaba, y al regresar a la casa, le dijo :

— Madre mía, yo os digo que Fray Lorenzo es, ciertamente, un santísimo hombre. Él, con sus dulces palabras tanto me ha consolado, que casi me ha libertado de la atroz melancolía que estaba sufriendo. Me hizo un sermoncillo, todo lo devoto que se pueda imaginar.

— ¡Dios te bendiga, amada hija mía! —le dijo Giovanna, que viendo a Julieta más alegre de lo habitual y escuchándole cuanto le contaba, no cabía en sí del placer y del ánimo de la hija—. Me siento feliz de que comiences a estar contenta, y quedamos muy obligadas para con este nuestro padre espiritual, que hay que estimar y ayudar con nuestras limosnas, porque el monasterio es pobre y todos los días él ruega a Dios por nosotros. Acuérdate siempre de él y mándale alguna buena pitanza.

Creyó Giovanna que, en verdad, hubiera desaparecido la melancolía y así lo comunicó al marido y ambos, suponiendo que sólo la muerte de Tebaldo u otro accidente la hubieran contristado, pensaron que, siendo tan joven, podrían aún tenerla consigo dos o tres años si el matrimonio con el conde, que tan próximo estaba, no pu-

diera deshacerse sin escándalo. Así, pues, fijaron el día, y de ricos vestidos y joyas proveyeron a Julieta, a la cual, riendo y bromeando, mil horas parecíale tardara aquella en que debía beber la milagrosa agua.

Llegada la víspera del día de la boda, callada y discretamente Julieta preparó el vaso con agua en la cabecera de su lecho. Poco o nada durmió aquella noche, tan llena de pensamientos estaba, y ya se acercaba la hora del alba cuando se le representó Tebaldo tal como lo vio, herido y sangrante, y pensando que junto a él sería sepultada y que en aquella tumba tantos cuerpos de muertos y tantas desnudas osamentas había, tal frío la invadió, que se le erizaron los cabellos, y aterrorizada temblaba como hoja al viento, y un sudor de hielo se le esparció por todos sus miembros, imaginando que por todos aquellos muertos sería desmembrada. Así, llena de espanto, estuvo algún tiempo sin saber qué hacer ; mas pronto, recobrando el valor, se dijo :

— ¿Qué voy a hacer, desgraciada de mí? ¿Dónde voy a dejarme poner? Y si despertara antes de que Fray Lorenzo y Romeo llegaran, ¿qué sería de mí? ¿Podría soportar el hedor del cuerpo ya descompuesto de Tebaldo, yo, que en casa, no puedo sentir el más insignificante olor? ¡Quién sabe si en aquel sepulcro habrá alguna serpiente o mil gusanos, que tanto temo y aborrezco! Y si no quiero mirarlos, ¿cómo podré sufrir que estén junto a mí y me toquen? ¿No he oído decir tantas veces que muchas cosas espantosas suceden, no sólo dentro de las sepulturas, sino en iglesias y cementerios?

Mil cosas medrosas imaginando, extraños y opuestos pensamientos ya la aconsejaban tomar el agua, ya la disuadían, pero al fin, impulsada por el ferviente amor a su Romeo, que con los afanes crecía, cuando ya la aurora asomaba por el balcón y expulsados los adversos pensamientos, animosamente bebió el agua en que había disuelto los polvos, y ya comenzaba a reposar, cuando quedó profundamente dormida.

La vieja que la acompañaba, aunque comprendió que Julieta poco o nada había dormido, no se dio cuenta del brebaje por ella ingerido, y se levantó a sus habituales quehaceres en la casa. Llegada la hora, regresó la vieja a la habitación, diciendo :

— ¡Arriba! ¡Arriba, que ya es tiempo de levantarse!

Abierto que hubo las ventanas y viendo que Julieta no se movía ni daba señal de levantarse, se le acercó y moviéndola, díjole :

— ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Dormilona!

La buena vieja comenzó a moverla cuanto podía, después a tirarle la nariz, a pellizcarla, pero inútilmente, pues ni los más estrepitosos truenos la habrían despertado. Espantada la pobre vieja al ver que ni más ni menos que como una muerta daba señales de sentir, la tuvo por tal muerta, y en extremo afligida, amargamente llorando, corrió en busca de Giovanna, a la cual, por el inmenso dolor impedida, apenas pudo decir :

— ¡Señora, vuestra hija ha muerto!

Llorando acudió la madre y viendo a la hija en tan terrible estado, cuán intenso fuera su dolor, no se podría imaginar.

A los desesperados lamentos, que escucháronse en toda la casa, todos acudieron, y también el padre que casi muere de dolor. Divulgada la noticia en la ciudad, pronto la casa llenóse de parientes y amigos, y más venían más el llanto se extendía. En vano intervinieron los más famosos médicos de la ciudad, que nada pudieron, y todos, al saber la vida de tristeza y lágrimas que Julieta llevaba en los últimos días, concluyeron que un extremo dolor la había matado, lo cual más aumentó la desesperación de la madre, que tres veces abrazando a su hija sobre ella cayó sin sentido. No menos intenso fue el dolor del padre, cuyo amor a la hija era grande, pero que sabía con discreción temperarlo.

Aquella misma mañana Fray Lorenzo, en una larga carta que encomendó llevara a Mantua a uno de los frailes más fieles del convento, informó a Romeo de lo hecho, que la noche siguiente llevaría a Julieta, ya vuelta en sí, de la sepultura a su celda, y que a la media noche del siguiente día lo aguardaba en Verona a fin de decidir lo que mejor le pareciera. Llegado el fraile a Mantua, al convento de San Francisco, cuando buscaba al Padre Guardián

para que le diera un compañero que lo orientara en la ciudad, halló que poco antes había muerto, dijeron que de peste, uno de los frailes del convento, y los oficiales de sanidad dispusieron, bajo penas muy graves, que nadie podía salir, y aunque el venido de Verona alegara que él acababa de llegar, que con nadie se había mezclado, de modo que el veto no podía comprenderlo, todo fue vano, y no pudo entregar la carta a Romeo ni hacerle saber cosa alguna, lo que fue un gran mal y causa de escándalo.

Mientras tanto, en Verona se preparaban las solemnes exequias de la joven, que se decidió celebrar la tarde del mismo día. Pedro, el servidor de Romeo, oyendo decir que Julieta había muerto decidió ir a Mantua, pero antes quiso esperar la hora del sepelio y verla conducir allí, y así decir a su señor que la había visto muerta. Tarde, pues, con general dolor de toda Verona, y seguido de todos los frailes, el fúnebre ataúd, con Julieta dentro, fue llevado a San Francisco. Cantados los oficios sagrados, como solíase hacer en ceremonias semejantes, pasada media hora de la noche, Julieta fue colocada en la tumba de mármol. Cuando el arca fue abierta Fray Lorenzo hizo retirar hacia una de las bandas el cuerpo de Tebaldo, que siendo flaco por naturaleza y habiendo perdido en su muerte toda la sangre, poco corrompido se hallaba y no era mucho el hedor que expelía ; hizo barrer y limpiar y como tenía el encargo de sepultar a la joven, la hizo extender dentro lo más suavemente que se pudo y poner una almohada bajo su cabeza. Después hizo cerrar el arca.

Tan confundido estaba Pedro, por compasión a su señor, que sabía cuanto a la joven amaba, que no tuvo la ocurrencia de hablar con Fray Lorenzo, quien le habría contado el episodio de los polvos, y dicho esto a Romeo no habría sucedido desventura alguna. Vista, pues, Julieta muerta, en el féretro, Pedro montó a caballo, a buen paso dirigióse a Villafranca donde durmió un poco, y al salir el sol llegó a Mantua y se encaminó a la casa de su señor. Al entrar halló a Romeo aún en su lecho, y como al acercársele, impedido por sus lágrimas y sollozos no pudiera pronunciar palabra, muy sorprendido Romeo y pensando no en lo sucedido sino en otras desgracias, preguntóle :

— Pedro, ¿qué tienes? ¿Qué noticia me traes de Verona? ¿Cómo está mi padre y los demás? No me dejes en suspenso. ¿Qué cosa puede ser que estás tan afligido? ¡Pronto, apresúrate!

Pedro, haciendo violencia a su dolor, con débil y entrecortada voz le dijo de la muerte de Julieta, y que se decía que había muerto de dolor. Ante este tan cruel y doloroso anuncio, Romeo por algún tiempo quedó fuera de sí ; después, como loco, saltó fuera del lecho, exclamando :

— ¡Ah, Romeo traidor, pérfido, desleal, el más ingrato de todos los ingratos! ¡No es el dolor de saber muerta la amada, que de dolor no se muere, sino que tú, cruel, has sido el perverso, el homicida! ¡Eres tú quien le ha dado muerte! ¡Ella te escribía que primero moriría antes que unirse a otro y que de cualquier modo fueras a sacarla de la casa de su padre! Y tú, desagradecido ; tú, tardío ; tú, poco cariñoso, le prometías ir pronto, la aconsejabas estuviera contenta, e ibas aplazándolo de día en día, sin decidirte a lo que ella rogaba. Ahora tú estás con los brazos cruzados y Julieta, muerta. Muerta Julieta y vivo tú. ¡Traidor! ¿Cuántas veces le escribiste y hablaste que sin ella no podrías vivir? Y tú estás aún vivo! ¿Y dónde piensas que ella está? Ella aquí dentro va errando, aguarda que la sigas y dentro de sí dice : « ¡Mentiroso, amante falaz, esposo infiel, que a la noticia de que he muerto sostienes que vivo! » Perdóname, perdóname, esposa mía, esposa amadísima, confieso mi gravísimo pecado. Mas como el dolor que siento, sin medida, penosísimo, no basta para quitarme la vida, yo haré lo que el dolor debería hacer, contra este y contra la muerte, yo mismo me la daré.

Esto diciendo cogió la espada que pendía de la cabecera de su lecho, desenvainóla y volvióla contra su pecho dirigiendo la punta al corazón, mas tan listo estuvo Pedro, que de un golpe le arrebató el arma de la mano. Después le dijo las palabras que, en casos semejantes, un buen servidor sabe decir a su señor ; le consoló lo mejor que pudo, y le exhortó a vivir, ya que nada humano podría ayudar a la muerta.

Estaba Romeo tan perturbado, casi petrificado, que ni una lágrima brotaba de sus ojos, y quien lo hubiera visto habría dicho que más a estatua que a hombre semejaba. Mas no pasó mucho sin que abundantísimas lágrimas manaran de sus ojos como de rico venero de agua, y las palabras que, llorando y suspirando, dijo, habrían movido a piedad los más duros corazones que entre bárbaros se hallaran. Y como el dolor interior comenzó a desahogarse, así también varias cosas pensando comenzó Romeo a dejarse vencer de su pasión y a dar entrada a desesperados pensamientos, y decidió que así como su amada había muerto no podría él sobrevivirla. Este propósito a nadie reveló, antes bien disimuló, para que ni su servidor ni persona alguna le impidieran cuando venídole en mente había de ejecutar. Impuso a Pedro, que único estaba en su habitación, que de la muerte de la esposa a nadie dijera, ni menos del error en que por poco no incurriera, de atentar contra su propia vida ; después le ordenó preparar dos caballos frescos porque quería fueran a Verona.

— Quiero —le dijo— que partas sin decirlo a nadie y cuando llegues a Verona, sin que reveles mi viaje a mi padre, procura hallar las herramientas necesarias para abrir la tumba en que mi esposa yace, y como tarde en esta noche llegaré a Verona e iré directamente a la casa que tienes detrás de nuestro jardín, a las tres o cuatro iremos al cementerio, pues quiero ver a mi infortunada esposa así muerta como está, aunque sea una sola vez. Después, temprano, como un desconocido saldré de Verona ; tú seguirás un poco detrás, y aquí regresaremos.

Partido que hubo Pedro, escribió Romeo una carta a su padre, pidiéndole perdón porque sin su consentimiento se había casado y refiriéndole la historia de su amor y de su matrimonio. Muy afectuosamente rogóle luego, que como que Julieta era su nuera, perpetuamente hiciera celebrar, de sus entradas, solemnes oficios fúnebres en su memoria ; que los primeros frutos de los bienes que, instituyéndolo su heredero le dejara una tía poco antes fallecida, los distribuyera entre los pobres y, finalmente, proveyó en favor de su muy fiel Pedro para que, sin estar a merced ajena, viviera holgadamente. Y de todo esto hizo al padre fervientísima instancia, afirmándole ser su última voluntad.

Tomó después una ampolleta de muy venenosa agua y vestido de tudesco montó a caballo, no sin dar a entender a los que quedaban en la casa que al día siguiente volvería, y no quiso que ninguno lo acompañara. Cuidadosamente caminando, al Ave María entró a Verona y fuese derecho a casa de Pedro, quien ya listo tenía todo lo que se le había ordenado. Así, cerca de las cuatro de la mañana, con los instrumentos que creyeron necesarios, sin impedimento alguno llegaron al cementerio de la iglesia de San Francisco, y hallada la tumba en que Julieta yacía, con gran destreza la abrieron y muy bien apuntalaron la losa que la cubría. Llevaba Pedro, por encargo de Romeo, una pequeña linterna que unos llamaban « ciega » y otros « sorda », la cual les fue de gran ayuda para abrir el arca.

Entró en ella Romeo, y al ver a la muy amada esposa, que en verdad parecía muerta, instantáneamente cayó sin sentido, más muerto que ella, y tanto quedó deshecho por el dolor que, en verdad, estuvo a punto de morir ; reanimádose que fue, abrazóla, y muchas veces besándola, con sus ardientes lágrimas bañábale el rostro, e impedido por el llanto no podía pronunciar palabra. Tanto lloró y tantas cosas dijo después, que habrían conmovido a los más insensibles seres del mundo. Finalmente, como hubiera decidido no vivir más, tomó la ampolleta y de un solo sorbo bebió el agua maléfica. Hecho ésto, llamó a Pedro, que en uno de los ángulos del cementerio esperaba, y, apoyado Romeo en el borde del arca, así le habló :

— He aquí, Pedro, a mi esposa, que si yo amaba y amo, tú en parte lo sabes. Sé que tanto podría vivir sin ella cuanto un alma puede vivir sin cuerpo ; por esto traje el « agua de la sierpe » que, lo sabes, en menos de una hora mata un hombre, y esa voluntaria y felizmente he bebido para así quedar muerto al lado de la que en vida tanto amé, ya que si vivo no me es dado estar con ella, muerto al menos quedo con ella sepultado. Mira la ampolleta que contenía el agua que, si lo recuer-

das, nos dio en Mantua aquel de Spoleto que tenía aquellos áspides. Dios, con su infinita misericordia y bondad, me perdone, porque no por ofenderle me he quitado por mí mismo la vida, sino por no quedarme en el mundo sin mi amada consorte. Y si ves mis ojos llenos de lágrimas, no pienses que lloro por piedad hacia mí que tan joven muero, pues mi llanto nace del dolor que tan inmenso siento por aquella que dignísima era de vivir la más feliz y tranquila vida. Esta carta la darás a mi padre, a quien he escrito todo lo que deseo se haga después de mi muerte, ya en cuanto a esta sepultura, ya en cuanto a mis servidores de Mantua. A ti, que siempre y tan fielmente me has servido, dejo una porción tal, que no tendrás necesidad de servir a nadie. Ahora, vete, ya siento próxima la muerte ; conozco el veneno de la mortífera agua, que ya, evenenando mis miembros, me está paralizando. Desapuntala el arca y déjame que muera al lado de mi amada.

Pedro estaba tan extremadamente adolorido que parecía fuera a estallarle el corazón. Romeo, abrazado a Julieta y besándola infinitamente, esperaba la ya cercana e inevitable muerte, repitiendo a Pedro desapuntalara el arca. Julieta, pasada ya la virtud del agua, despertó en aquel momento y sintiéndose besar creyó que el fraile, que debía sacarla de allí y llevarla a su habitación, la tenía en sus brazos e incitado por concupiscible apetito la besaba, y exclamó :

— ¡Ah, Padre Fray Lorenzo! Es esta la fe que Romeo tenía en vos? ¡Apartaos!

Y sacudiéndose para libertarse de los brazos que la estrechaban, abrió los ojos y vio a Romeo, a quien muy bien reconoció a pesar de su vestido de tudesco.

— ¡Ay de mí! ¿Vos estáis aquí, vida mía, ¿Dónde está Fray Lorenzo? ¿Y qué? ¿No me sacáis vos de esta sepultura? ¡Salgamos, por amor de Dios!

Romeo, como viera a Julieta abrir los ojos y la oyera hablarle, advirtiendo que no estaba muerta sino viva, sintió dolor y alegría más allá de toda creencia, y llorando y estrechándola entre sus brazos, díjole :

— ¡Ay! Vida de mi vida y cuerpo de mi cuerpo, ¿qué hombre en el mundo ha tenido el goce que en este sitio experimento, que creyéndoos muerta, viva y sana os tengo entre mis brazos? Pero ¿qué dolor a mi dolor es igual, y qué pena iguala a mi pena, si siento que he llegado al fin de mis infelices días y faltarme la vida cuando más que nunca debería vivirla? Que si yo vivo aún media hora, este es todo el tiempo que me queda por vivir. ¿Dónde jamás hubo en un solo ser, en un solo momento, la extrema felicidad y el infinito dolor, como yo, en mí mismo, tan profundamente ahora experimento, Lleno de júbilo estoy, pues que de improviso os veo viva, dulcísima esposa mía, que tan muerta os creí y tan amargamente os lloré. Y en verdad, suavísima esposa mía, con razón debo alegrarme por tí. Pero aflicción infinita y dolor sin par sufro, pensando que muy pronto no se me concederá veros, oíros, estar con vos gozando de vuestra dulcísima compañía por mí tan anhelada. Cierto es que el goce de hallaros viva supera en mucho la aflicción que me atormenta al acercarse la hora que me habrá de separar, y ruego al Señor Dios que los años que a mi desdichada juventud quita, los añada a la vuestra y os conceda vivir largo tiempo y con más feliz suerte que la mía, pues siento que mi vida termina.

Julieta, al oír lo que Romeo le decía, ya un poco incorporada, preguntó :

— ¿Qué palabras son esas, dueño mío, que vos ahora me decís? ¿Es este el consuelo que queréis darme? ¿Y de Mantua has venido aquí a traerme semejante noticia? ¿Qué es lo que vos sentís?

— ¡Desgraciada de mí! ¡Desgraciada de mí! —exclamó Julieta al oír de labios de Romeo que había bebido agua envenenada—. ¿Qué es lo que siento? ¿Qué me decis? Entonces Fray Lorenzo no os escribió lo que él y yo habíamos hecho y que él me prometió decíroslo todo?

La desconsolada joven, llena de amargura, llorando, gritando, suspirando, casi fuera de sí, delirando, contó detalladamente lo que ella y el fraile habían hecho para que no se casara con el joven que el padre quería imponerle, lo cual Romeo oyendo, infinito dolor sumóse a la angustia que sufría.

Y mientras que Julieta se dolía de su in-

fortunio y clamaba al cielo y a las estrellas, Romeo percibió el cuerpo de Tebaldo a quien meses antes había dado muerte ; y como si hablara a un vivo explicóle que intervino en la refriega no para ofenderle sino para llevar la paz, pero que él, Tebaldo, no quiso oírle y dominado por el odio respondió con el ataque, y añadió que si venganza deseaba, ¿cuál más grande que haberse envenenado en su presencia y junto a él quedar sepultado?

— Si en vida combatimos —terminó Romeo dirigiéndose al cadáver de Tebaldo—, muertos quedaremos en paz en un mismo sepulcro.

Pedro, ante estas conmovedoras reflexiones, permanecía como una estatua, y no sabía si era real lo que veía y oía, o si soñaba, tan desconcertado estaba.

La desventurada Julieta, afligida como mujer alguna podía estarlo, doliéndose infinitamente, le dijo :

— Ya que no plugo a Dios que juntos viviéramos, plázcale entonces que yo, aquí, junto a vos sepultada quede. Y estad cierto, suceda aquí lo que se quiera, que sin vos jamás partiré.

Romeo, cogiéndola de nuevo entre sus brazos, con lisonjas comenzó a rogarle se consolara y siguiera viviendo y que él se iría muy tranquilo si de ello estuviera cierto. Poco a poco se sintió decaer, la vista casi apagársele y las fuerzas debilitarse ; así que, abandonándose, dejóse caer, y piadosamente mirando a los ojos a su amada, musitó :

— ¡Ay de mí, ¡Vida mía, yo muero!

Fray Lorenzo, por cualquier motivo, no quiso aquella noche llevarse a Julieta a su habitación ; a la siguiente, como Romeo no apareciera, con los instrumentos y acompañado de un fraile fue a abrir el arca mortuoria, en el instante mismo en que Romeo caía. Viéndola abierta y Pedro allí, preguntóle dónde estaba Romeo. Julieta, oída la voz, que reconoció la del fraile, levantando la cabeza, preguntóle :

— ¡Dios os perdone! ¿Mandasteis vos la carta a Romeo?

— La envié —repuso el fraile— y la llevó Fray Anselmo, que tú conoces. ¿Por qué me dices esto?

— ¡Venid! — le rogó Julieta llorando amargamente— y lo veréis.

Acercóse el fraile y vio allí a Romeo, yacente, a quien ya muy poca vida le restaba.

— ¡Romeo! ¡Hijo mío! ¿Qué tienes?

Romeo, entreabriendo los lánguidos ojos, lo reconoció, y con voz muy débil le recomendó a su Julieta, ya que a él no valía ni consejo ni ayuda, y arrepentido pedía a Dios y a él perdón por sus malas acciones, y con gran dificultad pronunciando estas últimas palabras y muy levemente golpeándose el pecho, perdidas ya todas sus fuerzas y cerrados los ojos, expiró.

Cuán grave fuera esto para la inconsolable esposa, no podría yo demostrarlo. Piénselo quien verdaderamente ame e imagine hallarse en tan horrendo caso. Ella, lastimosamente afligida, mucho lo lloró, y en vano muchas veces pronunciando el adorado nombre, llena de angustia sobre el cuerpo del amado, desmayóse, y Pedro y el fraile, sobremanera adoloridos, tanto hiciéronle, que ella volvió en sí. Ya reanimada, entrelazadas sus manos, y suelto a las lágrimas el freno, tantas y tantas derramó cuantas mujer alguna vertió, y besando el cuerpo ya muerto del amado, dirigiéndosele, exclamó :

— ¡Ay, dulcísimo albergue de todos mis pensamientos y de cuantos placeres haya gozado, oh amado y único dueño mío, que de dulce hecho me eres amargo! Tú, en la flor de tu gallarda y bella juventud, has terminado tu viaje, sin cuidar de la vida que tan estimada es por todos. Tú has querido morir cuando a otros el vivir deleita, y a este final has llegado cuando a todos, tarde o temprano, conviene llegar. Tú, señor mío, has venido a terminar tus días en el regazo de la que sobre todas las cosas amaste y sólo de la cual eres amado, y donde aquella creías muerta y sepultada, voluntariamente has venido a sepultarte. Nunca pensaste tener estas tan amargas lágrimas mías. Nunca te persuadías ir al otro mundo y no encontrarme. Yo estoy muy cierta que no encontrándome allá, has regresado a cerciorarte si yo seguía tras de ti. ¿No siento yo que tu espíritu, aquí en torno vagando, se va y se duele de que yo tarde tanto? Señor mío, yo te veo, te sien-

to, te conozco y sé que sólo esperas mi venida. No temas, dueño mío, no dudes que yo quiera sin ti quedarme aquí, ya que sin ti la vida me sería más dura y angustiosa que cualquier forma de muerte que el hombre pueda imaginar , que sin ti no viviría, y si pareciera que yo vivía, este vivir sería un continuo morir. Así que, señor mío, está seguro que pronto vendré a quedarme contigo aquí para siempre. ¿Y en cuál más amada y fiel compañía podría yo salir de esta mísera vida, que ir tras de ti y seguir tus huellas? Ciertamente ninguna, que yo crea.

Pedro y el fraile lloraban, vencidos por una infinita compasión y en vano se ingeniaban para procurarle algún consuelo.

— Hija mía —le dijo Fray Lorenzo—, no es posible que las cosas ya hechas puedan no ser hechas. Si las lágrimas pudieran resucitarlo, todos en ellas nos desharíamos para salvarlo. Consuélate y piensa en vivir, y si a casa no quieres tornar, el corazón me dice internarte en un santísimo monasterio donde, sirviendo a Dios, podrías rogar por el alma de tu Romeo.

Ella de ningún modo quería escucharlo, mas perseverando en su tan cruel propósito, doliéndose de que con su vida no pudiese recuperar la de su amado, se dispuso a morir. Y suspendiendo su respiración, con Romeo en su regazo, murió. Y mientras Pedro y los dos frailes se esforzaban en prestarle ayuda, creyéndola apenas desvanecida, los sargentos de la Corte que casualmente por cerca pasaban, viendo luz en el arca, hacia allí corrieron. Llegados allí aprehendieron a los frailes y a Pedro, y oído el piadoso caso de los infortunados amantes y dejando a aquéllos bajo buena guardia, condujeron a Pedro a la presencia del señor Bartolomeo y lo informaron de qué modo lo habían encontrado.

Bartolomeo hízose contar minuciosamente la historia de los dos amantes, y como ya el alba llegara, se levantó y quiso ver los cadáveres. La noticia de este drama se esparció por toda la ciudad, de modo que grandes y pequeños acudieron. Pedro y los dos frailes fueron perdonados, y con particular dolor de los Montecchi y Capelletti, y general de toda la ciudad, con extraordinaria pompa se celebraron las exequias, y quiso el señor que en la misma tumba quedaran sepultados los amantes, lo que fue causa de que se hiciera la paz, aunque no durase mucho después.

El padre de Romeo, luego que hubo leída la carta del hijo, y de haberse tanto condolido, plenamente cumplió su última voluntad. Y sobre la sepultura de los dos amantes se grabó el siguiente epitafio :

Creía Romeo que su bella esposa
ya muerta fuese, y vivir más no quiso,
que en su regazo se quitó la vida
con el agua que « del sierpe » el hombre
llama.

Como supo el fiero caso aquélla,
a su señor llorando se volvió
y cuanto pudo sobre él se dolió
clamando al cielo inicuo, a las estrellas.

Viéndolo ya que su vida terminaba
más muerta que él, apenas dijo : « ¡Oh
Dios!
Dadme que yo pueda a mi señor seguir ;

esto sólo quiero, busco y deseo,
que donde él vaya pueda yo ir. »
Y así diciendo, de dolor murió.

Miguel Angel inventor
(1475 - 1564)

POR DAMIAN CARLOS BAYON

MIGUEL ANGEL : personaje incómodo por antonomasia, ya que como todos los grandes es único, inclasificable, excepción él mismo a todas las reglas. ¿Clásico, manierista, barroco? En verdad, sobrepasa todas las categorías y las modifica puesto que es clave, bisagra de los tiempos que en él se articulan.

Su trayectoria va de la imitación de los antiguos hasta el triunfo de su propia expresión, en que la forma es ya puro contenido. Su cristianismo y su sentido democrático vienen con él, son rebeldes y aspiran a la pureza. No en vano había escuchado de joven a Marsilio Ficino en el palacio florentino de Lorenzo el Magnífico, y a Savonarola desde el púlpito de Santa Maria del Fiore. Ese sentir cristiano y democrático será en él drama interior y lo llevará —ya viejo y amigo de Vittoria Colonna— a moverse en el círculo del heterodoxo español Juan de Valdés, que proclamaba la doctrina de la justificación por la sola fe. Mientras que, políticamente hablando, se pasará la vida huyendo de los Médicis y de los Papas —Florencia y Roma— para volver siempre a ellos y exaltarlos en monumentos como ningún otro hombre ha tenido.

TODO CONTRADICCIÓN, todo violencia. Enamorado como un griego del siglo V a. de C. del desnudo masculino (1), empezará su carrera compenetrándose de ese espíritu antiguo que está en su *Baco* y en la *Pietà* de San Pedro. Al evolucionar, comprenderá no obstante la lección latente del *San Jorge* de Donatello, y ya su propio *David* será un panfleto a la libertad de Florencia encarnado en un héroe en la plenitud de la fuerza y la independencia. No ya el David como niño encantador que había tentado a los otros escultores de la época, sino un San Jorge desnudo, con la sola armadura de sus músculos, un hombre joven de piernas esbeltas que sostienen un torso montañoso coronado de una cabeza demasiado grande donde florecen dos ojos furibundos. O sea : no sólo el bello atleta hueco, sino una voluntad que decide ; la enorme mano derecha pesada de sangre del David de Miguel Angel es el signo mismo de la acción.

Detrás de la cuádruple raíz del escultor, pintor, arquitecto y poeta está siempre el mismo hombre apasionado, el incansable inventor de formas. Miguel Angel constituye uno de esos casos extremos en que, desde un principio, el dominio total del dibujo permite a un artista la expresión sin límites ni trabas. ¿Qué formas evocará entonces quien se siente a sí mismo como un verdadero demiurgo? Es evidente que Miguel Angel se ha expresado fundamentalmente por medio del cuerpo masculino des-

(1) Kenneth Clark : *The Nude*, Pantheon Books , Washington, 1956. Trata muy agudamente del problema del desnudo en el arte y consagra a Miguel Angel una parte fundamental de su trabajo.

nudo. Hay artistas de lo viril como Miguel Angel ; artistas del « eterno femenino », como Rubens, Maillol, Renoir ; artistas de lo ambiguo como Leonardo.

En la carrera de Miguel Angel se produce una evolución lógica. Habiendo partido de la admiración de la escultura antigua, y considerándose a si mismo como un continuador de Donatello, poco a poco su ideal de forma se va alejando de lo pagano, del que quedan aún rastros en el *Baco,* en la *Pietà* de San Pedro, esculturas pulidas, sensuales, en que el mármol quiere representar una carne transida, una piel de pétalo de flor. En ese momento —quizá inconscientemente— Miguel Angel pretende conservar el antiguo canon de la belleza griega infundiéndole un destino trascendental, teñido de una nueva religiosidad, de un altísimo concepto de los valores humanos.

Para lograrlo, Miguel Angel recurrirá entonces a la expresión de la fuerza, haciendo del cuerpo humano el espejo de un cielo tempestuoso cargado de nubes amenazantes. Es el juego abultado de los músculos que se crispan, la torsión incendiaria de los miembros y de los paños que casi no visten a la figura, sino que subrayan la violencia del personaje, la proyección de su voluntad. Es el tiempo del techo de la Sixtina, del *Moisés,* de los *Esclavos* que están en el Louvre y en la Academia de Florencia.

Más adelante Miguel Angel cambiará aún de actitud. Renunciará a las formas huracanadas —en que está presente la memoria del *Laocoonte,* del *Torso del Belvedere,* acabados de descubrir entonces— para perseguir un ideal nuevo, más nervioso, de mayor delgadez y tensión. Es el momento de la Capilla funeraria de los Médicis en la Sacristía Nueva de San Lorenzo, en Florencia : los personajes de mármol que la pueblan son más complejos quizá que sus hermanos anteriores, en todo caso son más internos y misteriosos.

Por último, al final de su vida, después del despojamiento del *Juicio Final* y del ejercicio abstracto que supone la arquitectura, Miguel Angel llegará a sus *Pietà* : la de la Catedral de Florencia, la de la Academia y la Rondanini, que está hoy en Milán. En ellas, la forma renuncia a la violencia y también a la ensoñación de las figuras replegadas sobre sí mismas. Todo se reduce a la alusión de una intimidad muy grande en la ternura, en el sufrimiento. A veces, es el grosor desmesurado del brazo de Cristo, como en la *Pietà* de la Academia, el que nos comunica el patetismo con su línea que señala la tierra ; otras veces, en cambio, es la desproporción —como en la *Pietà* de la Catedral— entre la debilidad de las piernas y el torso de titán vencido ; otras, en fin —como en la *Pietà Rondanini*—, la expresividad viene de la vertical casi incorpórea del grupo que forman la Madre y el Hijo, solos otra vez como en la primera *Pietà,* en que la emoción nos llegaba por la perfección formal de las figuras. Aquí no es ya María quien sostiene a Cristo muerto sobre sus rodillas, sino que misteriosamente es el Cristo quien la carga sobre sus espaldas, el Cristo intercesor salvando a su Madre, buscando ser uno con ella como antes de nacer.

Miguel Angel sería igualmente el gran artista que conocemos aunque un día el Papa Julio II no le hubiera obligado a decorar el techo de la Capilla Sixtina. Sin embargo, ese episodio resulta fundamental en su vida y su carrera. Charles de Tolnay (2), el mayor exegeta de Miguel Angel, estudia el problema de la significación del techo de la Sixtina en páginas indispensables para todo aquel que se interese en profundidad en el tema. Galienne Francastel (3), en cambio, ha dedicado un estudio esclarecedor al proceso que se opera en Miguel Angel entre la recepción del encargo y su total cumplimiento. Si durante cuatro años Miguel ha luchado por cubrir mil metros cuadrados con la mayor figuración que recuerda la Historia, puede decirse que al término de esa lucha algo quedó definitivamente transformado en la pintura occidental. En vez del amontonamiento caro al *Quattrocento* en que personajes, objetos y naturaleza se integraban por medio de la

(2) Charles de Tolnay : *Michelangiolo.* Del Turco, Florencia, 1951.

(3) Galienne Francastel : *Michel-Ange, primitif d'une nouvelle culture,* Médiations, París, 1964.

perspectiva (4), Miguel Angel, a partir del tercer panel que pinta suprime prácticamente toda la « utilería « y deja a los personajes del drama bíblico en soledad, recortándose contra un fondo de cielo irisado tan sensible como los propios cuerpos gigantescos que vuelan por la altura de la bóveda.

Si de Tolnay es el intérprete total de Miguel Angel, no hay duda de que su especialista desde el punto de vista de la arquitectura es James S. Ackerman (5), autor de un libro fundamental. Cuando Miguel Angel dice : « Ciertamente los miembros de la arquitectura están vinculados con los miembros del cuerpo humano .. quien no ha sido nunca un buen maestro de la figura, y por ende, de la anatomía, nada puede comprender de ella », Ackerman comenta juiciosamente : « Esta declaración no es la abstracción filosófica de un humanista, es el manifiesto de alguien cuya creencia en el carácter orgánico de la arquitectura cambió el curso del arte occidental. »

No hay duda de que Miguel Angel resulta un inventor más heterodoxo aún en la arquitectura que en las otras artes que ejerció. Ventaja suya quizá la de haber llegado a arquitecto como artista ya hecho y famoso desde los treinta años. Cuando dibuja o modela el edificio lo hace como cuando persigue la forma humana en el interior del bloque de mármol. El principio de los órganos sustentantes y sustentados —dialéctica eterna de la arquitectura— no es utilizado por él para acusar su carácter racional y lógico, sino que en su obra resulta el vehículo para expresar la imaginación espacial, la propia violencia interior.

Miguel Angel ha sido mal entendido por quienes trataron de imitarlo. Ofuscados por su genio, incluso la mayoría de los historiadores nos lo explican hoy meramente como el antecesor del Manierismo y del Barroco, como si la obra de cualquier gran artista tuviera sentido sobre todo a partir de la cadena de las formas en evolución. No creo, como Nikolaus Pevsner (6), que Miguel Angel sea el primer manierista. Por el contrario me parece que el Manierismo —si algo quiere decir— es el esfuerzo desesperado por reducir a fórmula lo que en Miguel era, precisamente, sentido innato de la forma y solución siempre cambiante a un problema interior.

En cuanto al Barroco, no hay duda de que se propuso otra cosa que Miguel Angel. Las figuras de los *Esclavos* que están sin terminar, para siempre, en la Academia de Florencia, muestran muy claramente lo que quiero decir. La forma está sepultada en el bloque del cual trata dolorosamente de emerger. En ellos —como en sus hermanos del Louvre— no vemos tanto la búsqueda del dinamismo, como la iniciación oscura del movimiento, tal como el que duerme bracea en el espacio que separa el sueño de la vigilia. A esa sugestión, el Barroco prefirió, en cambio, la exaltación desencadenada, el exceso, el patetismo que puede llegar a lo teatral.

Es evidente que Miguel Angel no cuadra en los casilleros habituales. No se puede decir, sin más, que sea un artista clásico, ya que en él se agita un germen « moderno » de inquietud. Frente a la escultura antigua, exaltante y expresiva por su belleza misma, no hay duda de que los personajes de Miguel Angel son bellos de otra manera trascendente y poseen una vida interior torturada que se les transparenta en el cuerpo y en el rostro : David, todo fuerza latente por explotar ; Moisés, tempestuoso como su gran barba agitada por la pasión más que por el viento de las cumbres ; el *Pensieroso*, perdido en su meditación ; Giuliano de Médicis, como un caballo nervioso preparando a la acción sus largas piernas, su aristocrático cuello.

Tampoco se puede decir que las esculturas en general, las pinturas del techo de la

(4) Pierre Francastel : *Peinture et Société*, Audin, Lyon, 1951. (Hay traducción española del autor de esta nota.) Ha sido el primero en estudiar hasta qué punto la perspectiva geométrica desempeña el papel de *relacionar* entre sí los diversos elementos del cuadro.

(5) James S. Ackerman : *The Architecture of Michelangelo* (2 vol.). Zwemmer, Londres, 1961.

(6) Nikolau Pevsner : *An outline of European Architecture*. Londres, 1943. (Hay traducción española.)

Sixtina o del *Juicio Final*, las obras de arquitectura de Miguel Angel sean amaneradas o barrocas. Son tensas, violentas a veces, reconcentradas sobre sí mismas. Todo en ellas es espejo de una pasión que se juega en el alma de su creador y que sólo llega a traducirse en unas ocasiones como crispación de los músculos ; en otras, al contrario, por el aflojamiento patético de las diversas *Pietà*. Sus imitadores descubrieron en él la transgresión de los cánones, pero no pudieron ni supieron llegar a igualarlo. ¿Padre Miguel Angel del Manierismo y del Barroco? Todo gran artista es padre de lo que viene a su zaga. No obstante, ni la raíz manierista ni la barroca puede decirse que estén en él. Tampoco el contraste dramático de la luz y la sombra, la vocación por lo infinito, que, siendo impreciso, puede llegar a parecer vacío a fuerza de ahuecar la voz. Los titanes de Miguel Angel sufren como sufrió él, triunfan como él quiso triunfar.

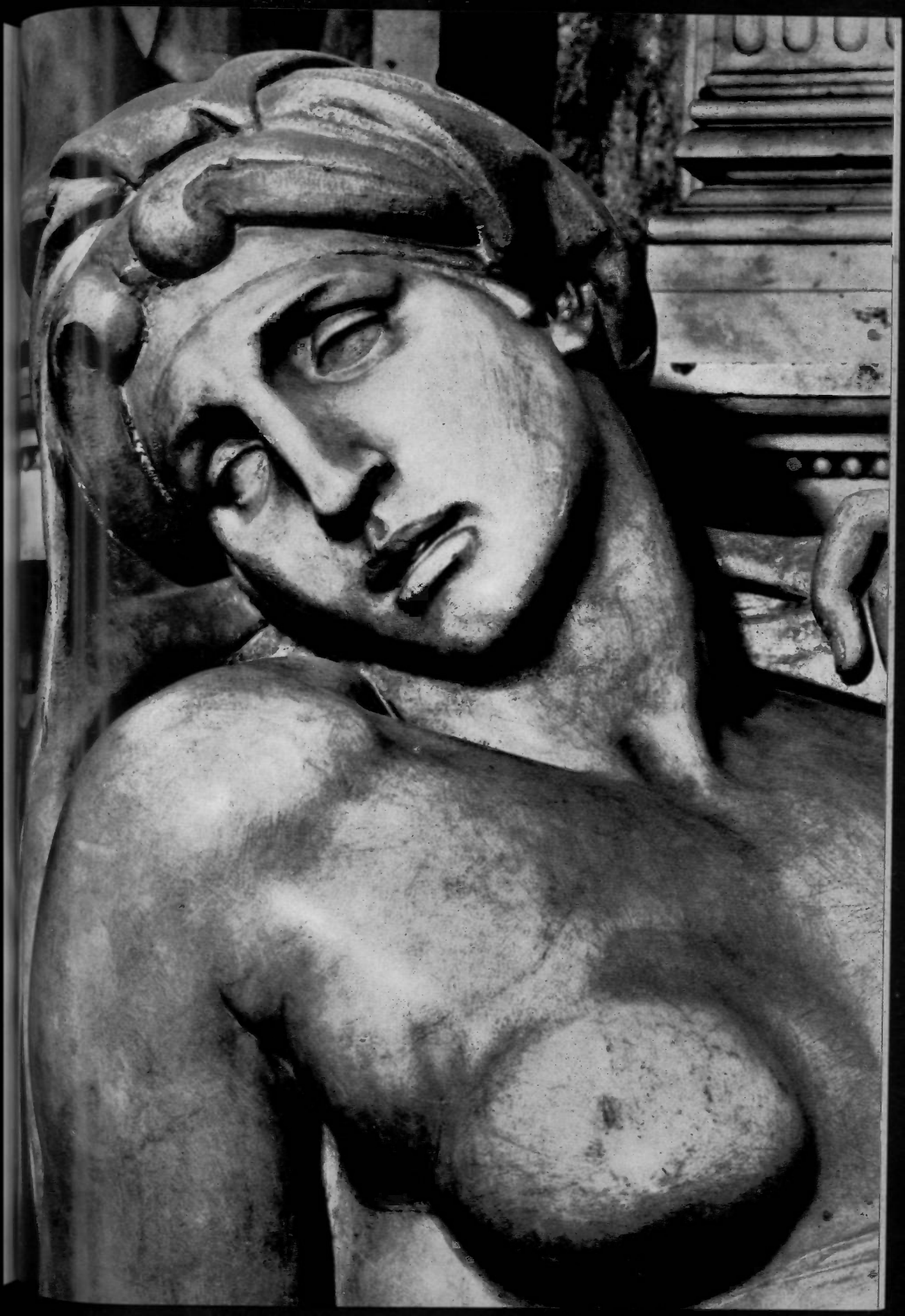
Sus únicas armas son el desnudo y el tratamiento expresivo de las telas, ya que ningún artista ha renunciado más a todo lo que resulta accesorio. Si hay quien se expresa por el paisaje, por la naturaleza muerta o aun por el retrato, convengamos en que ninguna de esas tres formas tientan a Miguel Angel, ya que ni siquiera le interesa la psicología del personaje que está inmortalizando. Es siempre su drama individual el que queda transpuesto en las figuras que tiene entre manos : en ningún otro artista la *catarsis* es más evidente. Miguel Angel crea incesantemente para liberarse de sus monstruos, quizá como única manera de exorcisar esas pesadillas o esos sueños.

De la carne triunfante de las antiguas estatuas llegará a la expresión cristiana, tensa y castigada, toda símbolo, toda luz interior. Para lograrlo tiene que deformar, violentar las poses, en una palabra : confesarse en alta voz. Por eso en la arquitectura maneja los órdenes y todos los elementos plásticos con altanería, exagerando los énfasis, dibujando en contra de la tradición. Y, caso excepcional, la arquitectura, en él, llega a expresar —como la figura humana— la intimidad secreta de sus estados de ánimo.

Aunque haya tenido el privilegio ilimitado del dibujo sin fronteras, no se puede decir que en Miguel Angel exista la creación sin dolor. La forma no aparece espontáneamente, sino que es el resultado de una lucha implacable. Él mismo lo reconoce al decir, siguiendo el verso dantesco, en una de sus « Rimas » : *Non vi si pensa quanto sangue costa...* No, no se piensa cuánta sangre cuesta. Con Miguel Angel el arte occidental todo resonó con lo que los contemporáneos llamaron : la *maniera grande*, y otras veces, a secas : la *terribilitá*.

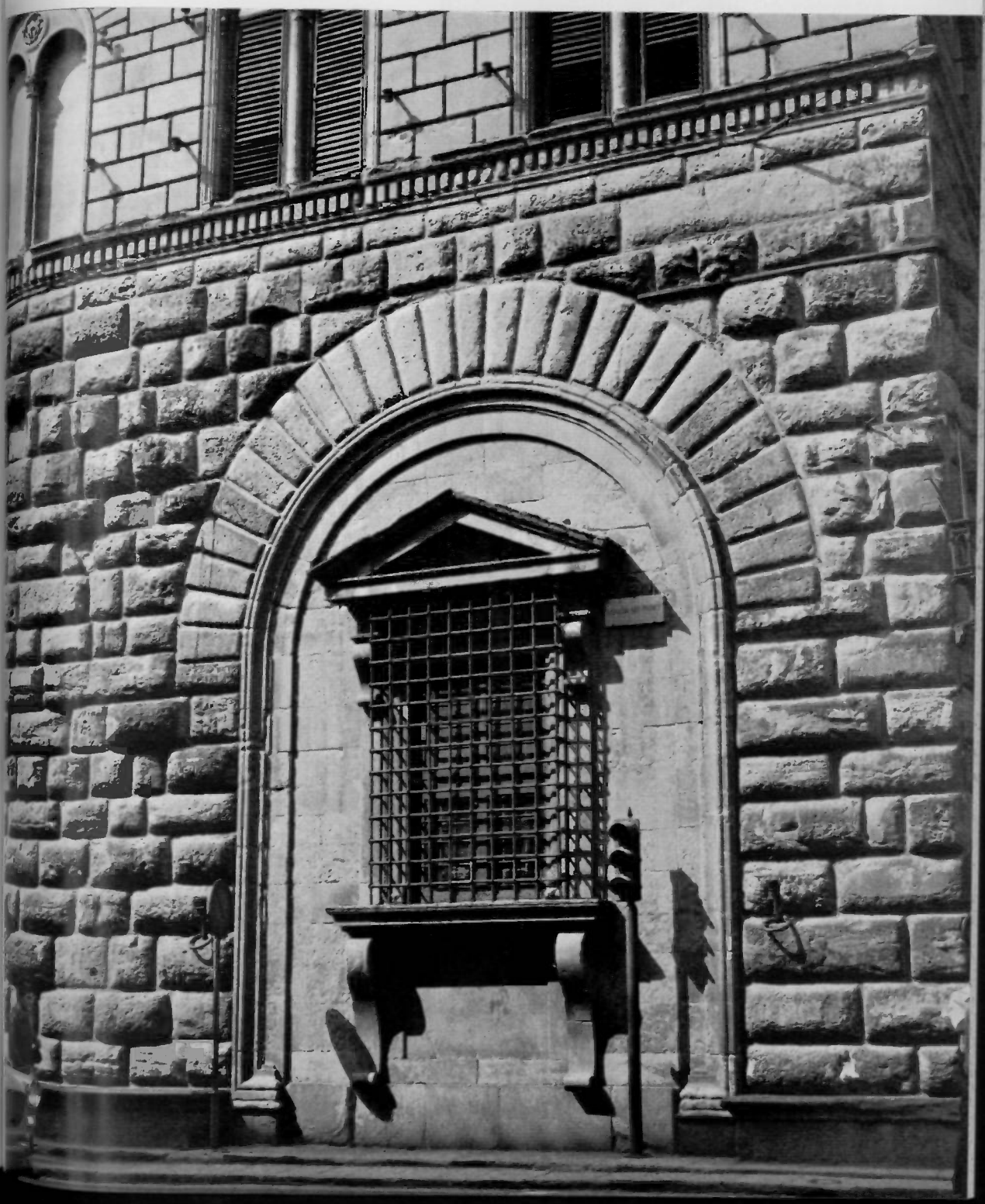
Sepamos ver a Miguel Angel, no lo miremos con pereza. Volvamos a pensarlo, a sentirlo. Nunca como el más grande de los académicos, según nos han enseñado equivocadamente, sino por el contrario como el menos conformista de los revolucionarios. Estaríamos más cerca de su figura tempestuosa negándolo, que oyendo su música terrible como quien oye llover... Es la lección de ser capaz de inventar su propio mundo y darle forma lo que representa Miguel Angel a nuestros ojos. No lo olvidemos nunca.

MIGUEL ANGEL : « LA AURORA »
(CAPILLA MEDICIS, FLORENCIA)



Miguel Angel : Detalle central de la Porta Pía (Roma, 1561-1565)

Ventana del Palacio Médicis (Florencia, 1517)



RUBEN DARIO EN TRES ETAPAS DE SU VIDA

(CORTESIA DE D. LUIS IBARRA)

Lo americano en « Los raros » de Rubén Darío

POR DAVID LAGMANOVICH

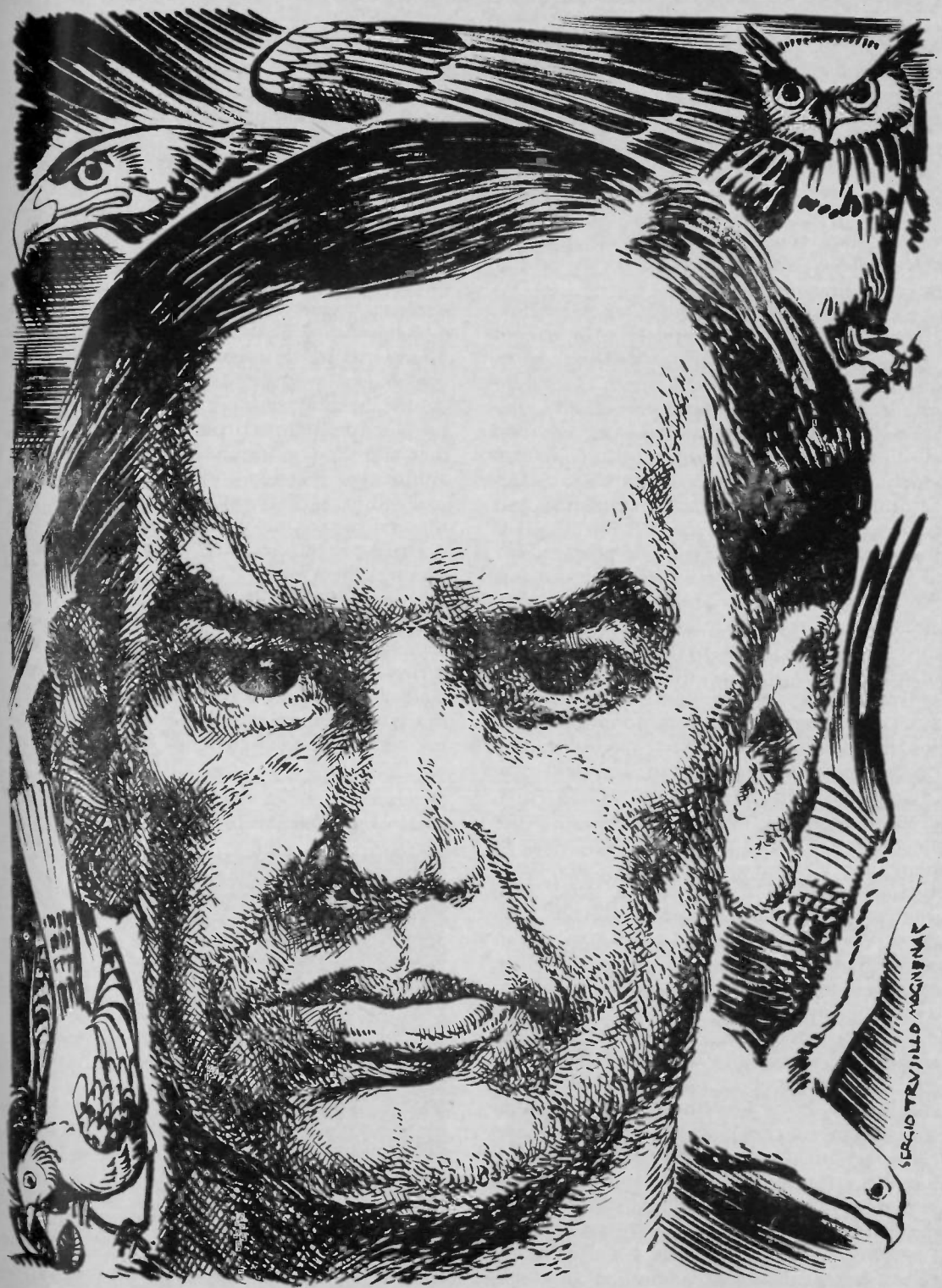
La importancia atribuída a *Los raros* (1896) dentro de la producción de Rubén Darío tiene, en gran parte, el carácter de fenómeno reflejo. Los críticos advirtieron con justeza la hondura del período bonaerense en la vida del poeta ; el año en que aparece este libro es también el de *Prosas profanas* ; hasta puede valer el hecho de que los materiales allí reunidos provienen, como el autor lo dijo en su inicial dedicatoria, del « bosque espeso de *La Nación* », el importante diario de la capital argentina. En distintos juegos de perspectiva, el libro se agranda o se achica. Para un crítico argentino muy próximo al ambiente donde se originaron esas páginas, Rafael Alberto Arrieta (*Boletín de la Academia Argentina de Letras,* XXVI, 1961, pág. 10), se trata de uno de los « dos volúmenes básicos del modernismo » (el otro, naturalmente, es *Prosas profanas*). Para un europeo, Vittorio Borghini (*Rubén Darío e il modernismo,* Génova, 1955), evidentemente la importancia del volumen es mucho menor, a juzgar por sus palabras : « Compose allora *Los Raros* (1893) : i quali scrittori non furono sempre i più 'rari' pei lori effettivi contributi alla letteratura, nè i più degni d'esservi compresi » (pág. 263). Ni biblia del modernismo (« hagiografía » lo llamó con cierta despechada sorna Paul Groussac) ni entretenimiento paralelo y ocioso, fueron en cambio la serie de artículos y el libro resultante para Darío mismo. En su *Autobiografía* (1912), el poeta explica : « Comencé a publicar en *La Nación* una serie de artículos sobre los principales poetas y escritores que entonces me parecieron raros, o fuera de lo común. A algunos les había conocido personalmente, a otros por sus libros. La publicación de la serie de *Los raros,* que después formó un volumen, causó en el Río de la Plata excelente impresión, sobre todo entre la juventud de letras, a quien se revelaban nuevas maneras de pensamiento y de belleza. » Y luego repite su juicio que ya había adelantado al prologar la segunda edición (1905) : « Hay en estas páginas mucho entusiasmo, admiración sincera, mucha lectura y no poca buena intención », decía entonces ; « Cierto que había en mis exposiciones, juicios y comentos, quizás demasiado entusiasmo ; pero de ello no me arrepiento », rubrica ahora. El tono precavido de estas dos reflexiones sobre el talante de antaño nos lleva a tomar con ciertas reservas la apreciación de Enrique Anderson Imbert (*Poesía* de Rubén Darío, México, Fondo de cultura económica, 1952, prólogo), para quien « fue entonces cuando decidió explicarse con cánones teóricos : de 1896 son sus artículos de *Los raros,* las 'palabras liminares' de *Prosas profanas* y 'Los colores del estandarte' » (pág. xvi). ¿Explicarse con cánones teóricos? Por cierto que sí en lo que respecta a los dos últimos trabajos citados , pero los artículos de *Los raros* (que no son todos de 1896, pues Darío había iniciado la publicación de la serie tres años antes) difícilmente obedecen a código alguno, como

que son un pot-pourri de impresiones y opiniones, muchas de las cuales (convendría mostrarlo alguna vez en detalle) tienen una profundidad bastante discutible. *Los raros* es una especie de índice de lecturas —similar a los varios que construyó, también a posteriori, Alfonso Reyes—; además, un testimonio de que, como dice Pedro Salinas (*La poesía de Rubén Darío*, Buenos Aires, Losada, 1948), « el periodismo estimuló en Rubén la atención a lo más superficial, el cultivo de sus capacidades literarias más comunes » (pág. 21). Periodismo literario, sí, y muchas veces del bueno ; pero no más que eso, pues ni estilo ni calidad ni arquitectura de libro (fuera del título unitivo) tienen estas páginas.

La América inmediata. — ¿Qué lugar ocupa lo americano en esta galería de retratos? Creo que un lugar un tanto más amplio que el que hasta ahora han advertido muchos comentaristas de la obra, para quienes —justificadamente desde luego— importa ante todo la introducción y propaganda de escritores franceses ante el público del Río de la Plata. Si ha de verse en *Los raros*, como con justicia quiere Torres-Rioseco (*Ensayos sobre literatura iberoamericana*, México, Tezontle, 1953), « un índice de las lecturas y de las simpatías estéticas de Darío entre 1893 y 1896 » (pág. 78), también ha de reconocerse que ni la actitud de Darío es tan libresca, ni sus simpatías tan unilaterales, como para negarse a percibir la presencia de un mundo americano que compite, a veces, con las imágenes del amado París. Este otro mundo, el de su circunstancia cotidiana, encuentra fuerza a veces para filtrarse entre las líneas y provocar explicaciones parentéticas en las que Darío habla en tanto periodista de *La Nación*, en tanto habitante de la ciudad de Buenos Aires, en tanto « argentinizado » ; por ejemplo : « Y así podría seguir, violineando poema en prosa, para encanto de los *snobs* de nuestra América —¡que también los tenemos!—, si no debiese presentar como se lo merece, en esta serie de *Los raros*, a este poeta Dubus, que es ciertamente admirable, y en el mismo París, como no sea en ciertos cenáculos literarios, muy escasamente conocido » (« Eduardo Dubus »). Referencias de igual connotación localizadora hay en su artículo sobre Jean Richepin, quien « hace sus versos a su imagen y semejanza, bien vertebrados y musculosos ; monta bien en Pegaso, como domaría potros en la pampa » ; a quien Darío llama Píndaro « atorrante » —las comillas para el adjetivo porteño son suyas— y al respecto de quien comenta : « Las canciones trascienden a olores tabernarios. Decididamente, ese duque vestido de oro tiene una tendencia marcada al *atorrantismo*. » Y algunos de sus compañeros de generación y actividades literarias en Buenos Aires son mencionados al pasar en tono muy natural : entre ellos Leopoldo Díaz. Dos citas típicas : « Leopoldo Díaz, hábil husmeador de elegantes novedades, nos traduce una que otra poesía portuguesa » («Eugenio de Castro ») ; « En lengua castellana apenas es conocido Leconte de Lisle. Yo no sé de ningún poeta que le haya traducido, exceptuando al argentino Leopoldo Díaz, mi amigo muy estimado » (« Leconte de Lisle »). Si se hubieran concretado las intenciones en algún momento apuntadas en el sentido de incluir en la serie a Groussac y a Leopoldo Lugones, el mundo de *Los raros* hubiera gravitado un poco más en dirección a la circunstancia americana en medio de la cual se venía elaborando.

Pero aun sin tales inclusiones hay otros dos aspectos —aparte las ya citadas referencias ocasionales y otras de tipo semejante— que deben ser tenidos en cuenta para una valoración del papel de lo americano en este libro del modernismo. Uno de ellos es la presencia, en la galería de retratos, de un pequeño grupo de escritores originarios de América ; el otro, la reflexión sobre nuestros países —en fraternal conjunto—, sobre todo desde el punto de vista de su deber cultural.

Cuatro americanos. — ¿Qué escritores de América estudia Darío en *Los raros*? En el orden en que él mismo los coloca, ellos son : Edgar Allan Poe, de la América inglesa ; Augusto de Armas, poeta cubano que escribió en francés ; el conde de Lautréamont, escritor francés de origen montevideano ; y el cubano José Martí. Aunque Max Henríquez Ureña (*Breve historia del*



RUBEN DARIO

DIBUJO DE SERGIO TRUJILLO MAGNENAT

modernismo, México, Fondo de cultura económica, 1954) diga otra cosa, sin duda por inadvertencia (pág. 94), no es uno de la serie de José María de Heredia, el autor de *Les Trophées,* a quien sin embargo cita varias veces (Torres-Rioseco, ob. cit., pág. 77). Lo característico, sin embargo, es el hecho de que cada uno de esos autores americanos está considerado con un enfoque distinto. No está de más una breve reseña de cada uno de esos casos.

El trabajo que dedica a Edgar Allan Poe (1809-1849) es, ciertamente, el más irregular. Darío ofrece numerosas pruebas de su admiración por este poeta ; pero el estudio que le dedica —y que originariamente apareció en la *Revista Nacional*— es, en todo el libro, el único con un subtítulo de disculpa : « Fragmento de un estudio ». Harto fragmentario, en efecto, comienza con un cuadro o viñeta de viaje : « En una mañana fría y húmeda llegué por primera vez al inmenso país de los Estados Unidos... ». Su visión de Nueva York, llena de sensaciones auditivas (« El ladrante *slang* yanqui sonaba por todas partes » ; « los pitos arromadizos » ; « la muchacha que usa gorra de *jockey* y que durante toda la travesía ha cantado con voz fonográfica, al son de un banjo » ; « En su fabulosa Babel gritan, mugen, resuenan, braman, conmueven la Bolsa, la locomotora, la fragua, el banco, la imprenta, el *dock* y la urna electoral » ; en Broadway, « el ruido es mareador y se siente en el aire una trepidación incesante »), esa visión tiene poco que ver con la crónica literaria. Excepto que de la visión del país se pasa a la de su poeta representativo : « ¿Por qué vino tu imagen a mi memoria, Stella, Alma, dulce reina mía, tan presto ida para siempre, el día en que, después de recorrer el hirviente Broadway, me puse a leer los versos de Poe...? » La segunda mitad del estudio se subtitula « I. — El hombre », y no tiene en el libro continuación de ninguna clase. Estas páginas son, pues, preferentemente biográficas, y todavía muy cercanas a las polémicas sobre la personalidad de Poe despertadas después de la muerte del poeta. La apreciación general que a Darío le interesa hacer, de todos modos, es una reafirmación de sus sentimientos antinorteamericanos de esa época. El elogio a Poe va mezclado con expresiones de extrañeza ante el hecho de que este gran poeta sea, en efecto, norteamericano. « Poe, como un Ariel hecho hombre, diríase que ha pasado su vida bajo el flotante influjo de un extraño misterio. Nacido en un país de vida práctica y material, la influencia del medio obra en él al contrario. De un país de cálculo brota imaginación tan estupenda », dice. Y también : « Es él quien hoy da valer y honra a todos los pastores protestantes, tenderos, rentistas o mercachifles que lleven su apellido en la tierra del honorable padre de su patria, Jorge Washington ». En las restantes páginas, consideraciones de carácter biográfico, referencias sobre los problemas iconográficos relacionados con Poe y algunos —desordenados— apuntes en relación con la obra.

Distinto es el caso de Augusto de Armas (1859-1893), el joven poeta cubano que acababa de morir en París —a cuya vida literaria perteneció— cuando Darío escribió su breve semblanza. En el caso de Armas —quien, salvo composiciones aisladas y tempranas, realizó en francés su obra literaria— no hay por cierto, para Darío, contradicción entre poeta y ambiente : « Tenía por París esa pasión nostálgica que tantos hemos sentido, en todos los cuatro pun-

PARIS : N° 21 DEL PASAJE BOSQUET
DONDE HABITÓ RUBEN DARIO

tos del mundo », dice con evidente franqueza. Y por otra parte : « Hijo espiritual de Francia y desde sus primeros años dedicado al estudio de la lengua francesa, si llegó a escribir preciosos versos españoles, donde debía encontrar la expresión de su exquisito talento de artista, de su lirismo aristocrático y noble, fue en el teclado polífono y prestigioso de Banville. » Lo que preocupa aquí a Darío es, precisamente, la posibilidad de llegar a gran escritor en una lengua ajena, por polífona y prestigiosa que sea ; en otras palabras, la relación Europa-América, el re-arraigo de los americanos en Europa, que tanto ocupó a Henry James y a otros contemporáneos suyos de las dos Américas. Sobre todo, el escribir en una lengua extraña... ¿No hay como un poco de envidia? El caso, parece pensar Darío, merece ser examinado. Vamos a ver. « Heine lo que escribió en francés fue prosa ; lo propio Turguenef. Los casos que pueden citarse, semejantes al de Augusto de Armas, son : el de su paisano José María de Heredia, que se ha colocado orgullosamente entre el esplendor de sus trofeos ; el de Alejandro Parodi, que ha logrado hasta el laurel de las victorias teatrales ; el de Jean Moreas, gran maestro de poesía ; el de Stuart Merrill, que sólo puede ser yankee porque, como Poe, nació en ese país que Peladan tiene razón en llamar Calibanes ; el de Eduardo Cornelio Price, distinguido antillano ; el de García Mansilla, poeta y diplomático argentino que escribe envuelto en el perfume del jardín de Coppée. » Ese es el catálogo, mas Darío tiene que explicar aún qué hay de particular en cada caso, pues no todos son idénticos :« Pero José María de Heredia llegó a París muy joven, apenas tiene de americano el color y la vida, que en sus sonetos surgen, de nuestros ponientes sangrientos, nuestras fuertes savias y nuestros calores tórridos. Heredia se ha educado en Francia ; su lengua es la francesa más que la castellana. Parodi, por una prodigiosa asimilación, pertenece al Parnaso francés ; Moreas llegó de Atenas, histórica hermana de París ; Stuart Merrill, como Poe, brota de una tierra férrea, en un medio de materialidad y de cifra, y es un verdadero mirlo blanco ; formando Poe, el pintor misterioso y él, la trinidad azul de la nación del honorable presidente Washington. Price, no pasa de lo mediano ; y García Mansilla, me figuro que, a pesar de sus preciosas producciones [...], debe de ser un cultivador elegante de la poesía, un trovero gran señor. » ¿Cuál es, pues, la importancia de Augusto de Armas, Ella es muy particular, y, a poco que se reflexione, se advertirá que también muy próxima al corazón del poeta, en vista de su actitud personal y su cultura literaria : « Augusto de Armas representaba una de las grandes manifestaciones de la unidad y de la fuerza del alma latina » ; « llevó al suelo francés la representación de nuestras energías espirituales, y Banville pudo reconocer que el laurel francés, honra y gloria de nuestra gran raza, podría tener quien regase su tronco con agua de fuente americana ». Estaba probado : un auténtico americano podía, pues, triunfar en la literatura francesa, suma y símbolo de « nuestra gran raza »... ¡Lástima grande que Augusto de Armas desapareciera, vencido por la miseria que debió soportar en París, sin haber podido publicar nada más que aquellos poemas de sus *Rimes Byzantines* que provocaron el entusiasmo de Banville!

El tercer americano que Darío trae a su libro es Isidro Ducasse, llamado conde de Lautréamont (1846-1870), el misterioso poeta cuya influencia, saltando por encima del simbolismo, había de ejercerse casi con mayor fuerza en la vanguardia de este siglo. Nuevamente, Darío es parco en detalles sobre este escritor ; pero es que poco sabía él mismo en el momento de escribir. « Su nombre verdadero se ignora. El conde de Lautréamont es pseudónimo. Él se dice montevideano ; pero ¿quién sabe nada de la verdad de esa vida sombría, pesadilla tal vez de algún triste ángel a quien martiriza en el empíreo el recuerdo del celeste Lucifer? Vivió desventurado y murió loco. » Rubén Darío estima que, « en Francia y Bélgica, fuera de un reducidísimo grupo de iniciados, nadie conoce ese poema que se llama *Cantos de Maldoror,* en el cual está vaciada la pavorosa angustia del infeliz y sublime montevideano, cuya obra me tocó hacer conocer a América en Montevideo » : ¡siempre la misma vocación de corredor de novedades literarias! Darío opina que Lautréamont « con quien

tiene puntos de contacto es con Edgar Poe » ; pero si Poe es celestial, Lautréamont es infernal, es un visionario de voz macabra, es un ser sublime martirizado por Satanás. « El poema de Lautréamont se publicó hace diecisiete años en Bélgica. De la vida de su autor nada se sabe », repite Darío. ¡Qué lejos estamos del romanticismo! Ahora no importa la anécdota vivida : la obra literaria es una entidad suprema que sobrepasa e inmola a sus eventuales protagonistas.

Muchos de los artículos coleccionados en *Los raros* tienen el carácter de semblanza, viñeta, presentación de un escritor « raro » al público de Buenos Aires. El que se dedica a José Martí (1853-1895) no reviste por cierto tal condición. Es un artículo necrológico ; Martí acaba de morir, y en las líneas que Rubén Darío escribe para *La Nación* hay mucho suyo, sin duda, pero también algo de ese general aire retórico que sin esfuerzo suelen adquirir tales composiciones. Por ejemplo : « El fúnebre cortejo de Wagner, exigiría los truenos solemnes del Tannhäuser ; para acompañar a un dulce poeta bucólico, irían, como en los bajorrelieves, flautistas que hicieran lamentarse a sus melodiosas dobles flautas ; para los instantes en que se quemase el cuerpo de Melesígenes, vibrantes coros de liras ; para acompañar —¡oh!, permitid que diga su nombre delante de la gran Sombra épica ; de todos modos, malignas sonrisas que podáis aparecer, ¡ya está muerto!—, para acompañar, americanos todos que habláis idioma español, el entierro de José Martí, necesitaríase su propia lengua, su órgano prodigioso lleno de innumerables registros, sus potentes coros verbales, sus trompas de oro, sus cuerdas quejosas, sus oboes sollozantes, sus flautas, sus tímpanos, sus liras, sus sistros. » La desaparición de Martí hay que mirarla dentro del marco de nuestra general pobreza, pues « somos muy pobres... Tan pobres, que nuestros espíritus, si no viniese el alimento extranjero, se morirían de hambre » ; y además, porque Martí es uno de los contadísimos ejemplos de genio —dos ejemplos nada más, opina el poeta : ¿sugieren sus palabras que el otro es Sarmiento?— que hayan nacido en nuestro continente. En la manera literaria de ese genio se reconoce Darío, o por lo menos reconoce a un compañero de generación e inquietudes, uno salido de las propias filas. Cuando él describe cuál es la estética literaria de Martí no es difícil percibir su gesto de aprobación : « Sí, aquel prosista que siempre fiel a la Castalia clásica se abrevó en ella todos los días, al propio tiempo que por su constante comunión con todo lo moderno y su saber universal y poliglota, formaba su manera especial y peculiarísima, mezclando en su estilo a Saavedra Fajardo con Gautier, con Goncourt —con el que gustéis, pues de todo tiene— ; usando a la continua del hipérbaton inglés, lanzando a escape sus cuadrigas de metáforas, retorciendo sus espirales de figuras ; pintando ya con minucia de prerrafaelista las más pequeñas hojas del paisaje, ya a manchas, a pinceladas súbitas, a golpes de espátula, dando vida a las figuras ; aquel fuerte cazador, hacía versos, y casi siempre versos pequeñitos, versos sencillos ». Pero no es eso lo que más va a destacar en el poeta cubano desaparecido, sino la relación —mortal para el arte, piensa él— entre la literatura y la política. En su apreciación de Martí, vida y arte son nociones absolutamente antitéticas para Darío. Él narra así la historia : « desbordante de amor y de patriótica locura, consagróse a seguir una triste estrella, la estrella solitaria de la Isla, estrella engañosa que llevó a ese desventurado rey mago a caer de pronto en la más negra suerte ». Y la suma y síntesis de su pensamiento sobre la muerte de Martí está comprendida en este párrafo : « ¡Oh, Cuba! ¡Eres muy bella, ciertamente, y hacen gloriosa obra los hijos tuyos que luchan porque te quieren libre ; y bien hace el español de no dar paz a la mano por temor de perderte, Cuba admirable y rica y cien veces bendecida por mi lengua ; mas la sangre de Martí no te pertenecía ; pertenecía a toda una raza, a todo un continente ; pertenecía a una briosa juventud que pierde en él quizá al primero de sus maestros ; pertenecía al porvenir! » Sí, es difícil conciliar todo, la lealtad a Cuba con el apoliticismo de que aquí hace gala Darío ; y si él reconoce la justicia de la causa independentista, al mismo tiempo, con escasa consecuencia, le rechaza al seguir el « ídolo luminoso y terrible » de la patria... Como quiera que sea,

en este artículo Darío toca —puede que sea sin darse cuenta— uno de los más antiguos y permanentes problemas del escritor latinoamericano : el de los reclamos de la actividad cívica en eventual conflicto con la vida literaria individual.

AMÉRICA Y LAS AMÉRICAS. — Por otra parte, estos son años de la vida de Darío en los que no podría negarse la permanente preocupación por el tema teórico de América. En *Los raros* esa preocupación reviste todavía dos aspectos : la oposición a los Estados Unidos y la propaganda de un mayor entendimiento y comunicación entre los pueblos de América Latina. Ambas se dan a veces íntimamente entrelazadas.

Lo primero, el « antiamericanismo » —si « americanismo » es, como en ese momento se entendía, la forma de vida de los Estados Unidos de América—, es explícito, y ya he citado trozos que detallan sin lugar a dudas los puntos de vista de Rubén Darío al respecto. Importa agregar sin embargo que, al igual de lo que ocurría en lo referente a sus opiniones sobre la muerte de José Martí, para Darío la resistencia a la civilización americana de origen anglosajón es de raíz estética y cultural. En un « fragmento de historia ideal » construído a propósito de Villiers de l'Isle-Adam, sueña Darío : « Por aquel tiempo —fue a mediados del indecoroso siglo XIX—, el país de Grecia vio renacer su esplendor. Un príncipe semejante a los príncipes antiguos, se coronó en Atenas, y brilló como un astro real. Era descendiente de los caballeros de Malta ; había en él algo del príncipe Hamlet y mucho del rey Apolo ; hacía anunciar su paso con trompetas de plata ; recorría los campos en carroza heroica, tirada por cuadrillas de caballos blancos ; echó de su reino a todos los ciudadanos de los Estados Unidos de Norteamérica... » Las ambiciones reales del autor de *La Eva Futura*, no obstante, no llegaron a parte alguna, y Darío lo lamenta cumplidamente : « la suerte, ¡oh *sire*!, ¡oh, excelso poeta!, no quiso que se realizase ese adorable sueño, en este tiempo que ha podido envolver en la más alta apoteosis la abominable figura de un Franklin ». La oposición se establece entre Grecia, símbolo de poesía inmortal (en otros casos, París con el mismo significado) y el « prosaísmo » de los Estados Unidos. De ahí también la hazaña cumplida según él por el mismo Villiers de l'Isle-Adam en su drama *Le Nouveau Monde*, donde el principal esfuerzo parece consistir « en la representación de un personaje como *mistress* Andrews —en el medio norteamericano, de suyo refractario a la verdadera poesía—, tipo rodeado de una bruma legendaria, hasta convertirse en una figura vaporosa, encantada y poética ». Y aquí Darío no está — como él dice de Dubus— « juntando dos cosas horriblemente antagónicas, poesía y política », sino manteniéndose a infranqueable distancia del fenómeno político. La prevención en contra del avance del « modo de vida norteamericano » es, para Rubén y en ese momento, parte de su misión y su mensaje. ¿Hace falta fundamentar más el punto? Releamos este párrafo de la conferencia —incluída en *Los raros*— que Darío dedicó al escritor portugués Eugenio de Castro : « Lamentó, con una honda voz de artista puro, la belleza poluta por la brutalidad de la moderna vida, por las bajas conquistas del interés y de la utilidad. 'El americanismo reina abso-

MONUMENTO A BAUDELAIRE EN EL JARDIN DEL LUXEMBURGO, LUGAR PREDILECTO DE DARIO EN PARIS

lutamente ; destruye las catedrales para levantar almacenes ; derrumba palacios para alzar chimeneas, no siendo de extrañar que transforme brevemente el monasterio de Batalha, en fábrica de conservas o tejidos, y los Jerónimos, en depósito de carbón de piedra o en club democrático, como ya transformó en cuartel el monumental convento de Mafra. Las multitudes triunfantes aclaman al progreso ; Edison es el nuevo Mesías ; las Bolsas son los nuevos templos. ¡El humo de las fábricas ya obscurece el aire ; en breve dejaremos de ver el cielo!' Tal es la queja ; es la misma de Huysmans en Francia, la queja de todos los artistas, amigos del alma ; y considerad si se podría lanzar con justicia ese clamor de Coimbra, en este gran Buenos Aires que, con los ojos fijos en los Estados Unidos, al llegar a igualar a Nueva York, podrá levantar un gigantesco Sarmiento de bronce, como la libertad de Bartholdi, la frente vuelta hacia el país de los ferrocarriles. » Darío refleja y amplifica, simbolizando el mal en Estados Unidos, la queja esteticista frente a los avances de la técnica contemporánea.

En las últimas líneas del párrafo citado hay una referencia a la Argentina que nos lleva al otro punto en cuestión. Rubén Darío piensa, evidentemente, que la Argentina presta mayor atención a los Estados Unidos que a los países latinos. Ello es injustificable, evidentemente, para quien cree con firmeza en la posible unión de toda la « sangre de Hispania fecunda » y vive, además, con cierta permanente desconfianza de los Estados Unidos. Pedro Salinas (ob. cit., pág. 36) ha definido con justeza esta actitud : « En cuanto al Norte sajón, Darío, si lo admira a ratos, como en la *Salutación al águila,* desde lejos, cuando lo pisa y lo habita de paso, se siente en él medroso y ajeno... No hay duda de que lo político, el temor de las naciones del Centro y del Sur al poderío norteamericano, le mermaba su capacidad de goce para toda la magnificencia, la espléndida novedad de los paisajes urbanos de Manhattan, para todo lo que de original y enorme anda sembrado por las tierras de los Estados Unidos. » Pero su amor —en contraste— por España no es indiscriminado, ni impide reconocer que « nuestra amada y desgraciada madre patria, España, parece sufrir la hostilidad de una suerte enemiga, encerrada en la muralla de su tradición, aislada por su propio carácter, sin que penetre hasta ella la oleada de la evolución mental de estos últimos tiempos » (« Eugenio de Castro »). En ese momento cree reconocer una súbita explosión de energía cultural en el otro reino ibérico, en Portugal, y declara : « Nosotros, latinos, hispanoamericanos, debemos mirar con orgullo las manifestaciones vitales de ese pueblo ». De ese y de otros pueblos latinos, cuyas manifestaciones culturales hemos ignorado culpablemente : « La literatura portuguesa ha sido hasta hace poco tiempo escasamente conocida. Existe cerca de nosotros un gran país, hijo de Portugal, cuyas manifestaciones espirituales son en el resto del continente completamente ignoradas ; y hay, señores, en Portugal, y hay en el Brasil una literatura digna de la universal atención y del estudio de los hombres de pensamiento y de arte. En nuestra América española, el conocimiento de la literatura de lengua portuguesa se reduce al escaso número de los que han leído a Camoens, la mayor parte en malas traducciones y vaya por lo antiguo. En cuanto a lo moderno, se sabe que ha existido un

PARIS : N° 3 DE LA RUE CORNEILLE, DONDE TAMBIEN HABITÓ RUBEN DARIO

Herculano gracias a los versos de Núñez de Arce, y un Eça de Queiroz, por un *Primo Basilio,* que ha esparcido a los cuatro vientos, en castellano, una feraz casa editora peninsular. » Hablando de Ibsen, en este mismo volumen, había dicho Darío que « su patria, como todas las patrias, fue una espesa comadre que dio de escobazos a su profeta » ; pero esta patria grande de la latinidad es un ideal capaz de imponerse a cualquier concepción mezquina de patrias excluyentes y enemigas. Esta patria grande, futura pero a cada momento posible, es la patria de los hispanoamericanos ; y esta es la América de Rubén Darío ; no la América de la geografía física, sino la de la cultura y el arte. ¿Cómo seguir pensando, pues, que es el suyo un credo extranjerizante, o que el tan repetido « galicismo mental » (« galicismo de la mente », dijo en verdad Juan Valera, aunque felicitando a Darío por « lo perfecto y profundo de ese galicismo ») entraña olvido de su condición americana y de las limitaciones y problemas que ella implica?

En resumen, considero que en *Los raros,* de Rubén Darío, lo americano ocupa un lugar más destacado que el que le han reconocido quienes vieron en ese libro tan sólo un catálogo de lecturas francesas. En primer lugar, la lectura atenta del libro muestra una serie de referencias a las circunstancias americanas de la vida de Rubén Darío en Buenos Aires, entre 1893 y 1896. En segundo lugar, y aun prescindiendo de páginas de la misma época que no llegaron a incorporarse al volumen, América está representada en *Los raros* por cuatro escritores —Edgar Allan Poe, Augusto de Armas, el conde de Lautréamont, José Martí—, cada uno de los cuales es analizado con cierta extensión. Por último, el libro en cuestión testimonia a la vez el antinorteamericanismo —de base estético-cultural— y el panlatinismo de Rubén Darío, que tienen una precisa significación como conducta postulada para los pueblos americanos de lengua española. A riesgo de repetir una cita, permítaseme cerrar estas anotaciones recordando que el tono de las apreciaciones formuladas por el portaestandarte del modernismo es, las más de las veces, el que él mismo reconocería años más tarde, en su mencionada *Autobiografía* de 1912 : « Cierto que había en mis exposiciones, juicios y comentos, quizás demasiado entusiasmo ; pero de ello no me arrepiento, porque el entusiasmo es una virtud juvenil que siempre ha sido productora de cosas brillantes y hermosas. »

Aire de sentimiento

MOZART *me llena todo*
de un aire penetrable,
aire del sentimiento
puro de lo inefable ;
más allá del sonido
y del ritmo captable,
blanco de nube tenue
y de un azul amable.
Se recoge la vida
en la rosa mudable
de una temperatura
alta, baja, inestable.

Toda luz se congela,
lo objetivo se cae
para dejar desnuda
belleza inacabable.
En la rosa está el grillo
de la luna. Es en balde
que la noche nos cerque
y el girasol nos hable.
En un vuelo divino
prendido en un celaje
mi corazón azul
va con Mozart de viaje.

A. TORRES-RIOSECO

MANUEL

POR OSCAR LEWIS

Tenía ocho años cuando mi madre murió. Roberto y yo teníamos un petate y dormíamos en el suelo. Marta y Consuelo dormían con mi mamá y mi papá. Como entre sueños recuerdo que nos llamaba mi padre. Nos gritó, porque siempre he tenido el sueño muy pesado. « ¡Levántense, cabrones! ¡Levántense, hijos de la chingada! Que se está muriendo su madre, y ustedes echados ahí. ¡Cabrones, párense! » Entonces me paré muy espantado.

Recuerdo perfectamente bien los ojos de mi madre, y cómo nos miraba. Echaba espuma por la boca y no pudo hablar. Le mandaron hablar a un doctor que estaba a una cuadra de donde nosotros estábamos, vino y examinó a mi madre pero duró poco puesto que creo que expulsaba el aire pero no podía aspirar. Se puso como muy morada y en una noche murió. Mi madre estaba encinta otra vez y murió con otro hermano mío dentro, porque recuerdo bien que tenía su barriga mamá. A mi hermana Marta la acabó de criar otra señora, porque ésa sí quedó muy chiquita.

No alcanzo a comprender si fue a causa del parto o fue congestión realmente, como me dijeron. Un dato que me impresionó mucho fue que ya una vez tendida mi madre, aquello que tenía en el vientre, que era otro hermano mio, todavía le brincaba adentro. Todavía le brincaba y mi padre hacía unos ojos de desesperación. Pero no sabía mi padre qué hacer, si que le cortaran y lo sacaran o lo dejaran allí. Mi padre lloró mucho, mucho ; lloró y fue y les avisó a todos sus compadres.

Fue una cosa que sorprendió a todo el mundo. Tenía veintiocho años. La tarde anterior la habían visto que había andado lavando el patio, había andado haciendo el quehacer de la casa. Todavía estuvo espulgando a mi papá, en la puerta, mi madre sentada y mi padre recargado en las piernas de ella.

Entonces vivíamos en una vecindad de Sol. En la noche me dijo mi mamá : « Ve y compra sopes y atole. » Nada más caminé a la esquina ; al dar la vuelta había una señora que vendía sopes, tamales y atole. ¡Ah!, por cierto era un día lunes, recuerdo bien, porque un domingo antes habíamos ido a la Basílica con mi padre y mi mamá.

Entre nosotros tenemos la creencia de que el aguacate, el chicharrón y la chirimoya son muy malos para la bilis ; haciendo un coraje y comiendo eso, ¿verdad? Y pues habíamos comido todo eso el domingo y el lunes en la mañana mi madre hizo un coraje bastante, pero bastante fuerte a causa de mi hermano Roberto. Se disgustó muy fuerte con la vecina del al lado.

Transcurrió todo el día. Terminó mi padre de trabajar, vino a casa y estuvieron los dos contentos ese día. Todavía cenaron. Nos acostamos todos. Fue rápida la muerte. No tuvo tiempo mi padre de llamar un cura y casarse con mi mamá antes de morir.

Al entierro de mi madre pues vino muchísima gente, mucha, pero mucha gente, en exageración. De la vecindad y de la plaza. No sé cuánto tiempo estaría permitido entonces tener un cadáver en la casa, pero la gente empezaba a protestar porque decían que ya se estaba descomponiendo el cadáver y mi papá no quería que se lo llevaran. Cuando fuimos al panteón y bajaron la caja de mi madre a la fosa, mi papá trató de echarse con ella a la tumba. Lloraba inconsolablemente mi padre, día y noche a causa de ella.

Recuerdo después que cuando llegamos a casa mi papá nos dijo : « Ahora sólo me quedan ustedes, hijos. » También nos dijo que debíamos procurar portarnos bien porque él iba a ser padre y madre para nosotros. Y cumplió al pie de la letra su palabra. Pero cuántas veces habíamos de escuchar a mi padre decirnos a mi hermano y a mí estando él enojado : « No tienen ni madre, cabrones. » Mi padre quiso mucho a mi madre pues transcurrieron seis años de su muerte cuando se enamoró de Elena.

Mi padre quiso a mi madre mucho, a pesar de los disgustos. No estoy enterado, pero creo que mi madre y mi padre se casaron por amor. Se conocieron en el restorán « La Gloria » donde trabaja mi padre y ella trabajaba allí. Había otra mujer, Lupita, que trabajaba ahí también y tuvieron un disgusto mi papá y mi mamá por eso.

Mi mamá era de un carácter pues alegre, ¿verdad¿, un carácter muy opuesto al de mi padre. Era alegre y le gustaba trabar conversación con todo mundo. Siempre estaba cantando. Por las mañanas ponía su brasero, sacaba el carbón, lo echaba sobre la hornilla, le ponía unos trozos de ocote, después le prendía un cerillo y le empezaba a soplar para que encandilara la lumbre, siempre sin dejar de cantar. Era muy amante de tener pájaros, de tener macetas y mi padre no. Le decía a mi mamá que eran gastos superfluos. Teníamos al único perro que hemos tenido en la casa en toda la vida, lo recuerdo, se llamaba « Yoyo ». Ese perro me cuidaba mucho, pero mucho.

Mi mamá era muy amante de festejar los onomásticos de sus hijos, de su marido. El día del santo de mi padre le gustaba hacer fiesta, y el día del santo de ella, pero le gustaba hacer las cosas en grande. Preparaba grandes cazuelas de comida y le gustaba invitar a sus parientes, sus amigos y compadres. Incluso en las fiestas le gustaba tomar una copa o dos. Era muy alegre mi mamacita y le gustaba frecuentar a sus compadres, a sus comadres. Era también de la clase de personas que era capaz de dejar el bocado que se iba a comer y dárselo a otra persona que viera que lo necesitaba. Y siempre dejaba que parejas que no tenían casa durmieran en el piso de la cocina.

Fuimos una familia feliz mientras ella vivió. Después de su muerte ya nadie vino a visitarnos ni hubo más fiestas. A mi padre nunca le he conocido amigos, tiene compadres, pero a ellos también los desconozco. Y nunca ha frecuentado casas que no sean las de él.

Mi mamá la mayor parte del tiempo se la pasó trabajando ; le ayudaba a mi papá. Él pagaba la renta y le daba dinero para el gasto, pero me dijo mi tía que nunca le dio para ropa y otras cosas. Ha de haber trabajado unos cinco años ; vendía recortes de pastel en el barrio pobre donde nosotros vivíamos. Iba a comprar recorte de pastel a la pastelería « El Granero », una cantidad grande, y vendía cincos y dieces de migajas. Después se relacionó con gente que compra y vende usado y varias veces me traía por la Colonia Roma a comprar ropa para vender en el puesto que ella tenía en el mercado del baratillo.

Mi mamá era muy religiosa y le gustaba mucho ir en las peregrinaciones. Una vez nos llevó a Roberto y a mí con ella a Chalma. Chalma es el santuario de los pobres, los que con mucha fe y amor caminan sesenta kilómetros por entre brechas en la sierra. Es un viaje muy duro, un sacrificio ir caminando cargando el equipaje y comida. Había mucha gente cuando fuimos y nos llevó cuatro días. Llegamos muy cansados, después de haber andado a lomo de mula. Nos dormimos sobre una calle empedrada. Había cantidad de gente ahí acostada. Se acostumbraba comprar un petate, « chalmeño », y se duerme uno en la calle porque no hay hotel. Mi madre es-

taba platicando con otros peregrinos y le decían : « Tenga mucho cuidado con sus niños, señora, porque es tiempo de que las brujas andan muy activas. Fíjese usted, antier sacaron del tular a tres criaturas que se habían chupado las brujas. »

Yo me acuerdo que nosotros estábamos oyendo aquel relato y me entraba mucho miedo y a Roberto también. Decía, « ¿Oyes, mano, oyes? » Le decía yo, « ¿Sabes qué cosa, mano? Nos tapamos bien con la cobija, hasta la cabeza, y así la bruja cree que no hay niños aquí y no nos puede hacer nada. »

En el transcurso del camino hay cruces, donde ahí se murió alguien, y hay la creencia de que aquel espíritu está esperando posesionarse de las criaturas, y cuando uno pasa cargando un niño por ahí hay que gritarle el nombre de la criatura para que no quede ahí su alma.

Veía yo bolas de lumbre volar de la punta de un cerro a la punta de otro. Todas las gentes decían : « ¡Es la bruja, es la bruja! » Y si estaban acostados, se sentaban y luego se hincaban. Las madres tapaban a sus hijos. Mi mamá nos abrazaba por debajo de las cobijas para que la bruja no nos llevara. Decían que el mejor modo de agarrar una bruja era poner una tijeras en cruz, santiguarse ante las tijeras y rezar la « Magnífica » ; y agarrar un rebozo, enrollarlo a modo que quedara como cuerda, y rezar una « Magnífica », un « Padre Nuestro » y echarle un nudo al rebozo, y así sucesivamente. Y tienen la creencia firme que al último nudo que le echaban la bruja aquella iba a caer a los pies de uno. Y querían que cayera para quemarla en leña verde, porque las brujas se deben quemar en leña verde a fin de que se mueran.

Hay muchas leyendas ahí en Chalma. Un peñón muy grande que se ve al lado del camino se llama « El Arriero ». Semeja un campesino, con su faja, como la que usan los indios aquí, con un burro delante y un perro atrás de él. Ese arriero, según parece, mató a su socio que iba con él arriba de aquel monte, y ahí está encantado, inmediatamente se convirtió en piedra. Luego están « Los Compadres », que fornicaron dentro del río los dos y resulta que cuando estaban en el acto, como eran compadres, se volvieron rocas. Después hay una configuración de rocas muy curiosas, parece un padre, meditando, con una mano puesta en la mejilla, su sombrero y su capa. Este cura, no recuerdo por qué, pero también fue un castigo del cielo. Las gentes de edad tienen la creencia de que aquellas rocas cada año por sí solas dan una vuelta. Cuando hayan llegado dentro de la iglesia van a volver a su estado normal.

Hay también penitentes, personas que van con la penitencia de ir de rodillas desde las cruces del Perdón hasta el atrio de la iglesia. Hay padrinos para bajar la penitencia ; el que va con la penitencia va de rodillas y los padrinos le ayudan con una cobija, se la ponen en la tierra, pero a trechos tiene que andar sobre la tierra vil, sobre la roca. Hay otros que compran una cuerda, un mecate de tendedero, que es lo más rasposo que hay y se amarran los tobillos y caminan con los pies así. Aquel mecate les va cortando, les va cortando, hasta dejarles los pies bañados en sangre. Nunca flaquean, no, aunque lleguen sangrando y casi sin cuero en las rodillas, con el puro hueso.

Mi mamá y toda su familia iban a Chalma con frecuencia. Les gustaba también mucho ir a las peregrinaciones que se hacen a San Juan de los Lagos ; fuimos siempre, pero el viaje es más largo. Mi papá fue con nosotros una sola vez, pero nunca fue a Chalma. Nunca le han gustado las peregrinaciones y esa era otra causa para disgustos con mi mamá. Mi papá siempre ha dicho de los parientes de mi mamá : « Serán muy santos pero toman durante todo el viaje al santuario. »

Es cierto que los hermanos de mi mamá, José, Alfredo y Lucio, tomaban mucho y se murieron por tomar. A mi tía Guadalupe también le gustaba tomar su copita todos los días. Pero no recuerdo que la mamá de mi mamá, mi abuela, tomara. Era una viejecita muy erguida, muy girita, y muy limpia, mucho. Siempre traía su ropa limpia, y usaba zapatos de « glacé » y vestía blusa de telita de dibujo en negro y blanco y naguas largas negras.

Mi abuelita vivía con mi tía Guadalupe en un cuarto de la Calle de Moctezuma. Tempranito llegaba a mi casa y se sentaba

a desayunar. Mi papá ya había salido a trabajar. Mi abuelita le ayudaba a mi mamá a lavarnos la cara, las manos, el pescuezo. Siempre queríamos llorar porque nos tallaba muy duro con el zacate. Me daban ganas de chillar. Ella decía : « ¡Mugrosos, jodidos éstos, lávense bien! »

Mi abuelita tenía más arraigado el culto religioso. Nos hacía rezar a la hora de levantarnos y a la hora de acostarnos. Ella nos enseñó a persignarnos, y oraciones como la « Magnífica », que ella decía era el mejor remedio de las enfermedades, y una oración al Santo Angel de la Guardia. Era también devota del Arcángel San Miguel y nos enseñó su oración. Tenía una hora dedicada a la oración en todas las fiestas, el Domingo de Ramos, Pentecostés, el Día de Muertos... todas. El Día de Muertos ponían la ofrenda, manjares, agua, pan de muerto. Fue el único tiempo que nos ponían el Nacimiento en Navidad. Después que murió mi abuelita ya nada de esto tuvimos. Mi abuelita era la única que tenía estas tradiciones y siempre trató de inculcárnoslas.

La familia de mi papá vivía en un pueblito del estado de Veracruz pero casi no sabíamos nada de ellos. Recuerdo lejanamente que cuando Roberto y yo éramos muy chicos mi abuelito le mandó hablar. Mi abuelo estaba solo y estaba agonizando. A mis tíos los mataron, o se murieron, no sé qué cosa pasó. Mi abuelito tenía la tienda más grande de abarrotes en Huauchinango. Mucha gente le quedó a deber dinero. Él le dijo a mi padre que la tienda era para nosotros, pero mi papá, al fin mayor, creo que la vendió. Había un tío mío que le metió rencilla, dijo que tenía mucho dinero mi papá y lo metieron a la cárcel para poderle quitar el dinero. Luego creo que lo querían matar, o no sé qué cosa querían hacerle. Entonces mi mamá en la noche salió sigilosamente y se fue a la cárcel —al fin cárcel de pueblo—, le pegó con un garrote al guardia y que saca a mi papá de la cárcel, y nos tuvimos que venir pero si a la carrera en el tren que venía para México. Así que pues de eso no le quedó a mi papá ni un centavo.

Cuando tenía yo seis años nació Consuelo. Ese día andaban muy agitados ahí en la casa y mi hermano Roberto y yo nada más veíamos el movimiento. Nomás nos mirábamos uno al otro pero no nos explicaban qué estaba sucediendo. Luego nos corrieron para afuera y después oímos un llanto de niño. Me agradaba mucho oír llorar a Consuelo, oír su llanto de niña chiquita y se me hacía una cosa muy bonita tener una hermanita. Pero entonces empecé a sentir celos pues me daba yo cuenta de que mi mamá la traía cargando, y que le daba de comer y ahí estaba. Le decía : « Mi hijita, qué bonita mi muchachita. » Y yo sentía feo. Mi mamá me veía que ponía yo cara y me decía : « no, no, m'hijo, si usté es mi consentido, no se crea. » Y siempre era yo el preferido, porque siempre andaba cargando conmigo cuando andaba ella trabajando. Dejaba a Roberto con mi abuelita y yo me iba con ella. Y mentira que de chamaco no sepa uno lo que hace, si sabe uno. En mi interior pensaba, « mi mamá me quiere mucho, me tiene que comprar esto », porque yo todo quería, ¿no? Nada más haciéndole un berrinche, una rabieta, me lo tenía que dar. Me acuerdo muy bien que me decía : « Ay hijo, yo te quiero mucho, pero la verdá eres muy exigente. Yo no sé qué vas a ser cuando seas grande. »

Un día íbamos al « Granero » a traer el recorte de pastel y mi mamá se detuvo a platicar con su comadre, la madrina de Consuelo, cuando veo que le empieza a salir sangre por la pierna. Ella no se había dado cuenta y yo le dije : « Mamá, ya te cortaste. » « Cómo que ya me corté. » « Sí, mamá, tienes sangre en la pierna. » « Creo que sí, de veras, ya me corté. » Se regresó a la casa y le mandó hablar a mi papá.

Luego entró la señora que había venido la otra vez, con Consuelo y de repente oí llorar a un niño. Mi hermano y yo estábamos ahí sentados con caras de conejos asustados y mi papá se nos quedó viendo y dice : « No se espanten, hijos, ya tienen otra hermanita, la trajo la señora en la petaca que venía cargando. » Entonces nos metimos y me acerqué a ver a la niña, al bulto que tenía abrazado mi mamá. Sentí bonito el olor a talco y jabón, pero cuando me acerqué a darle un beso, que me retiro rápido y le dije : « Ah, está refea, mamá, esa muchachita. Te hubieran traído una más bonita. »

Mi papá se ponía muy contento cuando nacieron sus hijos. Creo que él hubiera preferido tener solamente hijas. Era más afectuoso con mis hermanas pero entonces no lo notaba yo tanto porque todavía cuando vivía mi mamá, mi papá era muy cariñoso. Con Roberto no recuerdo exactamente. Hay una cosa, pues a mi papá no le ha gustado la gente así muy morena, y es que a lo mejor por eso, a causa de su color, pues él es bastante moreno. Cuando éramos chicos no era tan estricto con nosotros. Si hasta nos hablaba con otro tono de voz. Lo malo para nosotros, para Roberto y para mí fue crecer. Yo fui feliz hasta que tuve ocho años.

.. ..

Todas las noches iba al café a ver a Graciela. Como ella tenía que andar sirviendo las mesas, con la que más platicaba era con Paula, amiga de Graciela, que también trabajaba allí. Pero, cosa curiosa, aunque yo quería locamente a mi novia, Graciela, prefería platicar con la « Chaparra », es decir, Paula. Encontraba más comprensión en ella y yo le decía : « No sea mala gente, Chaparrita, encandíleme a Graciela », y ella me decía : « Sí, yo le voy a hacer la lucha ». Cuando me veía que estaba yo celoso de alguno o deprimido por algún disgusto con Graciela me decía : « No se aflija, Manuel. No haga caso, porque en el fondo ella lo quiere mucho. Ella me lo ha dicho. » Siempre me hablaba así y me hacía sentirme mejor.

Yo quería asegurar mis relaciones con Graciela, para que no me dejara, porque yo tenía miedo de que me dejara. Siempre tenía pesadillas y veía que ella me engañaba de un modo horrible y yo me desesperaba por causa de ella. Ella era muy guapa y los hombres la buscaban ; tenía mucha suerte. Algunos de los clientes le dejaban propinas hasta de cincuenta pesos. Pero ella parecía que me quería únicamente a mí y también ella se ponía celosa de mí, más de una vez. Total, que nos disgustamos porque yo insistí en ir a Chalma con la Chaparra.

Paula me dijo que iba a ir a Chalma con su mamá y su hermana Dalila. Yo también iba a ir, así que le dije : « ¿Nada más las tres solas de mujeres? ¡Ah qué caray! Pues a ver si nos vamos por ai. » Cuando se lo dije a Graciela dice : « Ah ¿sí? ¡Pues no vas! »

Siempre en las pláticas que teníamos Graciela y yo le recalcaba mucho : « Mira, no sé cómo hay hombres tan tontos que son capaces de pelearse por una mujer. El día que tú llegaras a engañarme, pues yo no te peleaba. Ni por ti que te quiero tanto sería capaz de perderme. »

Como unos dos meses atrás había llegado al café Andrés, uno de Puebla, y yo veía que veía a Graciela así en una forma muy especial, ¿no? Pues yo tenía celos de él, y serían los mismos celos que me hacían ver que Graciela también lo miraba en una forma demasiado insistente. El caso es que el día que me tenía que ir a Chalma le hablé a Andrés.

« Mira, Andrés, he notado pues... ciertas cosas entre tú y Graciela. Si eres mi amigo debes ser leal conmigo. Mira, yo ya me pasié con Graciela, ya la he besado, ya la he abrazado. A otra cosa más no aspiro, porque sé que no puedo ahorita. Así que créeme, yo no iba a disgustarme mucho contigo, ni iba a pasar nada entre tú y yo si me dijeras que Graciela tiene que ver contigo. Pero que no nos vea la cara de tontos. Desengáñame, yo te prometo que no levanto la mano, que no te hago nada. »

« No, Manuel, cómo quieres que Graciela vaya a tener nada conmigo si es novia tuya. A quien quiere es a ti. Además yo no sería capaz de hacerte una cosa así. »

« De veras, Andrés? »

« De veras, Manuel, ¡palabra de hombre! »

Mientras, la Chaparra y su mamá se habían quedado haciendo tortillas y huevos cocidos, para llevar el itacate para el camino, como se dice aquí. Y cargamos las maletas, nos las echamos en la espalda y nos fuimos a tomar el camión para Santiago Tianguistengo. Por cierto ese año nos acompañó mi amigo Alberto. Íbamos muy contentos, la Chaparra, Alberto y yo, reza y reza y cantando por el camino. En el camino hay muchos árboles y a la hora del amanecer es muy bonito aquello. El olor a campo, y a madera ; a veces subía uno una loma y desde arriba se veía a lo lejos algún pueblito, y las inditas allí echando tortillas, y cientos de viajeros por el camino, caballos, burros, gente a pie...

Antes de llegar al Santuario, como a la mitad del camino hay un famoso árbol, un ahuehuete. El ahuehuete a mí se me hacía « 'pa' pronto » el lugar más bonito de Chalma. Ahí dejan las trenzas, los zapatitos de los niños. Es un árbol gigantesco y con un gran tronco ; diez hombres agarrados de la mano apenas le dan vuelta. Queda en medio de dos cerros y al pie del tronco nace un riachuelo. Entonces si uno viene cansado del camino, es tanta la fe del corazón que bañándose en esa agua se le quita inmediatamente todo el cansancio, todos los males.

Hay una bajada de caracol y de ahí se ve el atrio de la iglesia, porque el Santuario queda en una hondonada. Siempre me daba una gran satisfacción entrar a la iglesia y ponerme de rodillas ahí en la frescura de la penumbra del templo y ver la figura del Santo Cristo de Chalma. Parecía como si a mí solo me estuviera recibiendo y eso me hacía sentir algo muy bonito, porque yo tenía mucha fe en ese tiempo. Le pedía yo al Señor, al Santo Cristo de Chalma, que me diera fuerzas, que me abriera algún camino para ganar bastante dinero para poderme casar con Graciela, y también que ella no me engañara.

Nada, absolutamente nada pasó entre la Chaparra y yo en ese viaje. Es más, yo quería que Alberto y ella se hicieran novios para poder salir los cuatro juntos. Le platicaba a Paula mis problemas con Graciela durante los ocho días que duró el viaje. Pero yo notaba que la Chaparra me veía en una forma muy especial. Una vez me hice el enfermo, le dije que me había picado un alacrán ¡y cómo son venenosos! Hice como que me desmayé y estaba reapurada la pobrecita, más de la cuenta, más de lo que se apura uno por un amigo. Dije yo : « Ah chirrión... pues qué será posible... a lo mejor también me quiere ella. »

Pues con mi oración al Señor de Chalma me salió el tiro por la culata. Andrés me dijo llegando que Graciela era su novia. Yo estaba que ardía por dentro, pero trataba de controlarme y cumplir mi palabra de que no le haría nada, pero tenía ganas de comérmelo creo que con todo y zapatos. Le digo : « Pues bueno, nada más que va a tener que decírmelo ella. »

« Pues no, eso es lo que no se va a poder, porque de hoy en adelante no quiero que te metas con ella. »

« Ah no —le dije—, entonces ya no es de amigo a amigo. Eso ya es de hombre a hombre y como hombre yo te voy a demostrar que soy más hombre que tú, tal por cual. » Y ¡pum! que le pongo un tromponzote que allá fue a dar, hasta levantó los pies. Que lo agarro del cuello, lo pongo contra la pared, dos... tres... que le pongo en el estómago.

Yo le traía a Graciela un regalo, una polvera que compré allá en Chalma, pero cuando me dijo eso Andrés, en la calle —porque me dio mucho coraje— que la rompo a patadas.

Que llego con Graciela. Le digo : « Buenas noches ». Me vio y se sobresaltó. Me acerqué junto de ella y le digo : « Graciela, es cierto que Andrés es tu novio? » Ella agachó la cara. « Contéstame —le digo—, no tengas miedo. ¿Por qué no me contestas? Contéstame... ¿es cierto que es tu novio? » Entonces alzó ella la cara y se me quedó viendo con unos ojos muy tristes. No me habló, únicamente asintió con la cabeza. Mi primera reacción era haberle dado una cachetada... Pero si yo le dije que nunca me he de pelear por una mujer le voy a demostrar que la quiero mucho, mejor me aguanto. Le digo : « Ah, pues qué bien... entonces te felicito, Graciela. Mira yo soy jugador y de buena ley, sé ganar y sé perder. Por esta ocasión perdí, ¿no, No importa, Graciela, mira, aquí está mi mano, quedamos como amigos, sin ningún rencor, sin ningún odio. »

Entonces ella se me quedó viendo ya con mucho coraje y se soltó llorando. « ¡Caray! » digo, di la vuelta y me salí.

Era una tristeza que yo traía insoportable. Me cambié de trabajo con unos españoles. Entré ganando ocho pesos diarios, me pagaban el séptimo día, así que eran cincuenta y seis pesos a la semana, ¿verdad? Ya me sentía yo con más dinero y ya no le rendía cuentas a mi padre de lo que ganaba.

Volviendo a Graciela, dije yo : « por si ella me hizo esto con Andrés que apenas conozco, que apenas saludo, yo se lo voy a hacer con alguien que le pueda, con alguien

que de veras le duela ». Entonces enfoqué mi mirada inmediatamente hacia Paula y la empecé a cortejar. Ya después seguí yendo diario al café a verla y en una ocasión le hablé para que fuera mi novia.

« No es correcto, usted quiere mucho a Graciela. Siempre me ha confesado que la quiere mucho. Y ahora, ¿cómo es que me habla usted a mí? »

« ¡No, hombre! qué se cree usted. ¿Que la quiero? Si yo nomás le decía así pues para que usted le contara y ella creyera que de veras la quería, pero no lo quiero. Bueno, ¿con quién platico cada vez que vengo aquí? »

No sé de dónde me salieron tantos argumentos. El caso es que estuve duro y duro, cortejándola —como cosa de un mes— y ella, lo voy a pensar, y nomás me decía lo voy a pensar, pero no me decía cuándo. Hasta que una noche : « Bueno, pues, sí », ya asintió ser mi novia.

Graciela y Paula tuvieron un disgusto muy fuerte a causa de esto. Paula le dijo a Graciela : « Bueno, pues tú de qué te admiras. Tú le hiciste una cochinada con Andrés, y Andrés era su amigo, ¡entonces qué! Además no fue tu marido, ahora es mi novio, y yo lo quiero, y qué. »

Dice Graciela : « Sí, lo malo es que él en realidad es tu novio. Y Andrés y yo nada más lo habíamos hecho para ver si me quería o no me quería Manuel, porque Andrés vino a contarme que Manuel había dicho que no me quería nada, que nada más había tratado de burlarse de mí. »

Así es que fue una pantomima lo que ellos me hicieron, y yo me la creí. Ya después, yo no sentía querer a Paula, pero por la eterna vanidad, el pendejo machismo del mexicano, no me podía yo humillar volviendo con Graciela. Yo la quería con toda mi alma y en el fondo le quería decir : « Vuelve conmigo... ya vamos a andar en serio... » Pero puse mi orgullo y mi vanidad por encima de todo. Mi corazón me decía que le dijera yo la verdad, pero también tenía miedo de que se burlara de mis sentimientos. Era como un juego de tácticas entre los dos, y poco a poco, sin que ninguno de los dos lo deseara, tomamos por rumbos distintos.

Pues continué frecuentando a Paula y empecé a sacarla a pasear. Yo no quería que trabajara más en el café y se fue a tejer capas de niño.

En una ocasión estando en el jardín ella y yo noviando me dice : « Fíjate Manuel que tengo que ir a ver a mi hermana a Querétaro. No quiero ir, pero está mala, y mi mamá me manda, está preocupada. »

Ella me había dicho que se iba a ir a Querétaro. Resulta que después por boca de Dalila, su hermana, supe 'de esas cosas que sin querer se le salió— que no había ido a Querétaro, que se había ido a Veracruz con una amiga de ella y un señor. Me dio mucho coraje y me fui inmediatamente a su casa por ella. Íbamos caminando cuando le dije : « ¿Qué tal te fue en Querétaro? »

— Pos muy bien...

— Y tu hermana, ¿qué tal está?

— Pos no estaba tan mala, nada más que ya ves cómo exageran las cosas.

Ya no la dejé seguir hablando, le volteo una cachetada y le dije : « A mí no me vas a ver la cara de pendejo, ningún Querétaro, ni ningún la fregada. Tú te largastes a Veracruz. »

— Quién te dijo?

— Ya ves que no falta —le dije—. ¿No te largastes a Veracruz? —y ¡pum! que le pongo otra cachetada. Sí, yo tenía mucho coraje con ella, y le pegué.

Entonces ella llorando dice : « Sí, sí, Manuel, mira... sí me fui a Veracruz. Pero te juro por lo que más quiero en el mundo... ¡que se muera mi madre si yo hice algo malo! Mira, es que mi amiga iba con ese señor y me pidió que la acompañara para protegerse. »

No, yo tenía como hecho de que ella también se había ido con un hombre. « Ah no —le digo— pos a mí no me andes con esas cosas. Total si eres tan fácil ahorita te vas conmigo, y te vas al hotel. »

— No, Manuel.

— No —le digo—, ¿cómo con aquél sí te fuiste? Si eres mujer de la calle entonces te vas conmigo, y dime cuánto me vas a cobrar. Que no puedes valer arriba de cinco centavos, porque para mí no vales más.

Y ella llora, y llora. — « Mira, Manuel, acompáñame, por favor, Por caridad, te lo suplico. » En el fondo yo queriendo pues que no hubiera hecho nada malo. Fuimos

a casa de la amiga de ella. « Dile por favor a Manuel adónde fuimos y con quién. »

— Pues, este... fuimos a Querétaro a ver a su...

— No, no le digas eso, dile la verdad...

— Pues mire, fuimos a Veracruz, yo iba con un señor... y yo la invité a ella pues es mi amiga de confianza, porque yo no podía ir sola con un hombre. Pero le juro que ella no hizo nada malo...

Yo quería creer aquello, pero no estaba convencido del todo, así que queriendo o no queriendo me la llevé al hotel.

Bueno, voy a explicar que cuando uno anda de novio aquí en México —al menos en el caso mío— pues cree que la mujer lo quiere a uno, pero siempre tiene la desconfianza, el recelo, ¿no? de que no vaya a ser cierto. A través de cultivar las relaciones de novios digamos cuatro o cinco meses, un día decimos : « Dame la prueba de tu cariño. Si en realidad me quieres ahorita te vas conmigo. « Nunca pude comprometerme a casarme por el civil, o por la iglesia, nunca se me ocurrió, y esto pasa con casi todos los hombres y mujeres que conozco. Siempre he pensado que si una mujer me quiere y yo la quiero y queremos vivir el uno para el otro, los trámites legales qué importan. Y si la mujer me dice que le ponga casa y después nos casemos por la ley me hago el ofendido y digo : « No es verdad que tú me quieres. Dónde está el amor que me tenías si me has de poner condiciones para quererme. »

Y en la clase pobre también hay la circunstancia de los centavos. Porque se pone uno a analizar lo que sale un casamiento, pos namás no tiene uno para casarse. Entonces opta uno por vivir así nada más, ¿verdad? Se lleva uno a la mujer como pasó con Paula. Además el pobre no tiene nada que dejarle a sus hijos, así que no hay necesidad de protegerlos legalmente. Si yo tuviera un millón de pesos, o una casa, una cuenta en el banco, bienes materiales, me casaría por el civil en seguida para legalizar a mis hijos como mis legítimos herederos. Pero las gentes de mi clase no tenemos nada. Por eso digo : « Mientras yo sepa que éstos son mis hijos, que el mundo piense lo que quiera. »

Un casamiento por lo civil cuesta menos que el de la iglesia, pero es más bien que uno rehuye las responsabilidades legales. Tenemos muy pegado el dicho aquel : « la ilusión del matrimonio se termina en la cama ». Yo no podía aceptar todas las responsabilidades legales a riesgo de sufrir un fracaso más adelante. No nos conocíamos a fondo, no sabíamos cómo íbamos a reaccionar ya en la intimidad. Y las mujeres no buscan casarse porque todas las mujeres tienen la firme creencia aquí en México de que la amante lleva más buena vida que la esposa. El fenómeno más común es que una vez que la mujer se ha ido con uno, pues al cabo de los seis meses, ya que pasa la luna de miel, la mujer empieza a protestar y a querer que se case uno con ella. Pero esto es lo convenenciero de las mujeres, lo quieren tener a uno amarrado con cadenas.

Tenemos la firme creencia de que una cosa es ser amantes y otra marido y mujer. Si yo le pido a una mujer que sea mi mujer, siento tanta responsabilidad hacia ella como si estuviéramos casados. El casamiento no cambia nada. Y así fue con Paula y yo.

Seguimos yendo a hoteles por unos meses pero ya me estaba cansando. Creo que en el fondo buscaba huir de mi padre, buscaba la manera de irme de la casa de una vez por todas y hacerme hombre. Una noche le dije a Paula : « Escoge, Paula, mira, yo voy por este lado ; tu casa está por el lado contrario. Para mí hoy ya no regresas a tu casa. ¿Qué dices a eso? »

« No, Manuel —dice—, ¿pero mi mamá y mis hermanos?

« Ah, entonces es que tú no me quieres. Escoge cualquiera de los dos caminos, nada más que si te vas para tu casa, no nos volvemos a ver nunca. Si te vas conmigo, vas a ser mi mujer, vas a vivir conmigo. »

Entonces ella optó por irse conmigo. Así fue como nos casamos. Quince años tenía yo y ella diecinueve.

Cayó el águila azteca

POR CARLO COCCIOLI

AVANZABAN, AVANZABAN. Era evidente que nada podía detenerlos. Cubiertos de metal, precedidos de una vanguardia montada en los terribles caballos que llamábamos ciervos, avanzaban, avanzaban mirando hacia todas partes, examinando y espiando todo, barbudos y altaneros, blancos, vulgares, sin delicadeza alguna, con una bandera de tela al frente, que uno de ellos tremolaba enérgicamente por encima de su cabeza. Con frecuencia miraban hacia arriba, hacia el cielo, hacia las terrazas de las casas, desde donde los hombres y las mujeres, los ancianos y los niños los contemplaban, agobiados por la admiración y el temor. Y avanzaban. ¿Quién sería capaz de detenerlos? Cada uno de ellos llevaba un arma metálica, presta a herir, resplandeciente. Y sus escudos, de cuero y madera. Y los terribles, maravillosos ciervos o caballos, que producían un enorme ruido.

Junto con los cobres o cañones había, casi tan terribles, las armas individuales de muerte y destrucción.

Atravesaron varias localidades, pasaron entre el lago de Chalco y el de Xochilmilco, llegaron hasta Cuitlahuac, hermosa, levantada sobre el agua. El señor del lugar los recibió convenientemente, con gentileza, y les dio varios regalos. Estaban cargados de regalos. Tenían hambre de oro y sed. El señor del lugar quería que durmiesen aquella noche en su casa, pero nuestros representantes se opusieron : estaba previsto que serían alojados en Ixtapalapa, la villa del señor Cuitlahuac. Y mi primo, obedeciendo a su hermano el emperador, salió al encuentro de ellos.

Nada podía detenerlos. Metal, cuero, madera, luz y la baba de esos pasmosos animales, que producían un gran ruido con sus cascabeles.

No, nada podía detenerlos. Metal, cuero, madera, luz y la baba asquerosa de esos animales, que producían un gran ruído con sus cascabeles. Sólo se hablaba de esos monstruos.

Y el señor Cuitlahuac recibe a los Seres y a sus aliados. Se encuentra acompañado del señor de Coyoacán y de otros muchos nobles. Da a los Seres la bienvenida. ¿Qué piensa su espíritu mientras su boca pronuncia esas palabras? Les ofrece mujeres esclavas, plumas, tejidos y oro. Les aloja en su casa. Obedece las órdenes del emperador.

Ixtapalapa era hermosa. Contaba con unas diez mil casas, aproximadamente. Estaba situada en la orilla del lago : la mitad en el lago y la otra mitad en tierra firme. La belleza de aquellas casas sorprendió a ese don Fernando, que las admiró. Dijo que en su patria, en el reino de ese rey don Carlos, muy lejos, había casas parecidas. Y admiró los jardines.

Pues había muchos jardines : frescos, perfumados, con muchos árboles, piscinas, flores, elegantes edificios. Y peces en el agua. El Ser admiró todo aquello, aquel muestrario de bellezas, mientras el señor Cuitlahuac asistía en silencio, impenetrable, a la

excesiva, vehemente, gutural manifestación de tal admiración.

¿Qué pensaba Cuitlahuac?

Al día siguiente, los Seres prosiguieron su marcha. Eran alrededor de cuatrocientos y el ejército que les seguía se componía, todo y todos, de unos siete mil hombres. Sí, ahora lo sé ; dada la relación de fuerzas, hubiéramos podido aplastarlos. Pero... Durante la noche, los enviados de Montezuma se habían referido —última tentativa— a las dificultades que presentaba la entrada en la capital. ¡Inútil, inútil! Además, los nuestros se quejaban de los aliados de los Seres : no se podía introducir en Tenochitlán a esos enemigos encarnizados del imperio. El Ser contestó que éstos no se encontraban allí como guerreros, ya que sólo eran sus portadores. Y salieron todos de Ixtapalapa como quienes van a la guerra, haciendo redoblar sus tambores y flameando sus banderas. Uno de los nuestros les precedía, requiriendo en nuestra lengua a la gente que nadie tuviese la osadía de atravesarse en el camino de esos dioses, so pena de muerte.

Esos caballos, que llamábamos ciervos... Sudaban mucho : de su piel surgían verdaderos arroyos. Y de su boca salía una espuma blanca, lo mismo que agua enjabonada. La gente los miraba, los temía. Resonaban los cascabeles que llevaban como ornamento.

¡Qué estrépito cuando corrían! Era como si cayera sobre la tierra una lluvia de piedras. Allí donde ponían las patas quedaba un agujero.

Y las armas de los Seres, bañadas de luz. Flechas, arcos, ballestas. Y aquellas otras que lanzaban fuego : las innominables. A veces los Seres las hacían funcionar : la bala caía, se abría, producía chispas y se difundía por todas partes una amplia humareda. Todo quedaba cubierto de humo. El humo se extendía. Se metía en la cabeza de todo el mundo, provocando náuseas.

Y luego estaban los aliados, los amigos, los habitantes de los pueblos : los de Tepoztlán, los de Tlaxcala, los de Tliluhquietepec, los de Huexotzinco. Y todos estaban preparados para la guerra. ¡Ah, que pesados resultaban con sus armaduras de algodón, sus escudos, sus arcas, sus aljabas! He ahí sus flechas emplumadas ; las había que tenían una punta de obsidiana.

Lanzaban sus gritos de guerra, chasqueando la lengua ; agitaban su cabeza, decían mil cosas ; se retorcían como gusanos.

Los había que en realidad sólo eran portadores. Los había que arrastraban los cañones, las armas grandes, las más terroríficas, que rodaban sobre curiosas ruedas de madera.

En el medio el Ser, el jefe blanco y barbudo, el « dios », ese don Fernando llamado también Cortés. El embajador —era él quien lo afirmaba— del rey don Carlos de una tierra denominada Castilla o España. ¿Una tierra? ¿No sería más bien un astro errante, una isla perdida en los abismos del mar? Él, el heraldo del dios Cristo, ese dios que no obstante su fortaleza murió sobre dos trozos de madera, en las nubes, en la bruma.

Había bien pocas cosas que no estuviesen en las nubes, en la bruma : en el misterio. Incluso los aliados y los sirvientes de los Seres se volvían misterios por el hecho de ser sus aliados, sus sirvientes.

Se adentraron por el camino que había entre las aguas del lago. Se prolongaba en línea recta hasta Tenochtitlán. Dos hileras de curiosos se hallaban allí —¿desde hacía cuanto tiempo?— y la impaciencia les volvía mudos. Las aguas estaban cubiertas de piraguas y las piraguas llenas de gente. Se veía Maxicatzinco y el pueblecito consagrado llamado Brujo Colibrí. Se veían las salinas, las torres, los templos. En un lugar determinado, allí donde el camino se unía al que venía de Coyoacán, se erguía un fuerte, el fuerte Xoloco : dos torres, una muralla. Allí, un millar de personas aguardaban : eran los notables, todos lujosamente ataviados. Recibieron a los Seres tocando el suelo con sus dedos y llevándolos luego a la boca.

Y el camino continuaba : tras haber atravesado un puente, entraba en el pueblo. Entraba en Tenochtitlán y en Tenochtitlán estaba Montezuma. Estaba el Imperio del Sol, que se inclinaba ante los Seres, misteriosamente, ante el misterio. Todo era nubes, bruma.

Era el mes de Pájaro. Y, cosa extraña, no sé en que día o no me acuerdo. Según

lo que me dijo Bernal —sus fechas se clavan en mi memoria— era en el mes de noviembre, el día 8, martes, del año 1519 de su dios Cristo.

Todo era nubes, bruma.

Los SERES AVANZAN. Nada puede detenerlos : ni la esperanza, ni las plegarias, ni la magia, ni la astucia, ni las trampas, ni nuestras confabulaciones, ni las agaves plantadas en los caminos. Hay un puente de madera. Al otro lado del puente se muestra la capital del mundo, de ese mundo de los hombres : Tenochtitlán. Rozando las paredes viene un cortejo de doscientos señores de la gran nobleza, fastuosamente ataviados, pero como « el que habla », el emperador de México, les sigue, están descalzos. Sí, Montezuma estaba allí, el segundo de ese nombre, Xocoyotzin, el Irritable o el Sombrío o el Grave. Viene en una espléndida silla, sostenida por sus nobles. Hace un gesto y los portadores se inmovilizan. Montezuma desciende. Cuatro señores le cubren con un palio de plumas verdes y de oro, con una gran cantidad de plata y de perlas, con mucho jade. Unos pajes limpian el suelo y extienden hermosos tejidos para que los pies imperiales no toquen tierra. Por otra parte, Montezuma se apoya en Camama y en Cuitlahuac, el rey de Texcoco a su derecha y el señor de Ixtapalapa, su hermano, a su izquierda. Detrás de él se hallan el rey de Tacuba y el señor de Coyoacán. Tres señores con bastones de oro preceden a Su Majestad : señalan la llegada « del que habla », el jefe de los hombres, levantando los cetros. Todo el mundo, salvo los dos reyes y Cuitlahuac, así como el señor de Coyoacán, mantienen la cabeza baja, respetuosos ante la inconmensurable grandeza del soberano.

Pero yo, Cuauhtemoc, señor de Tlatelolco, hijo de Ahuizotl ; yo, que estoy allí, no bajo la cabeza. ¿Impulso de rebeldía? Tal vez no, o quizá no del todo. Lo que me sucede es que no quiero perder nada del espectáculo. ¿Curiosidad? Tal vez no, quizás no del todo. Quizás deseo de comprometer totalmente mi alma en lo que sucede : ese inefable escándalo. Adornado de plumas y de joyas, ioído por un mal de dios en la persona de quien lo encarna, el mundo se entrega a lo que, no obstante las tentativas de explicarlo, sigue siendo inexplicable. No, yo, Cuauhtemoc, no mantengo la cabeza baja y me dan ganas de reír. ¿De reír? Tal vez tengo ganas de llorar.

¡Qué sol y qué silencio!

El Ser, ese Fernando, ese señor Cortés, cuando ve al emperador de México baja del animal ciervo o caballo. Con esa esclava a su lado, su intérprete y su barragana, se adelanta y —sin duda es su propia manera de saludar— se quita lo que cubre su cabeza ; se inclina. Montezuma y los dos príncipes que lo sostienen se inclinan a su vez hasta rozar el suelo con los dedos. Sonrío —pero es como si sollozase— al ver cómo esa despreciable mujer, intérprete y barragana, esa Malinalli (1) tiende la mano al emperador de México. Y nada sucede, nada : ¡ni siquiera es víctima de una muerte fulminante!

Todo se agita en mí, en mí que soy como una piedra.

MONTEZUMA hace como si no viese esa mano tendida. Ofrece la suya al jefe blanco y barbudo, al que quizás no deja de considerar un dios. El Ser se quita del cuello un collar y lo coloca en torno al de Montezuma. Hace el gesto de querer abrazarlo. Los señores que están allí lo impiden. Un estremecimiento recorre la asistencia.¿Se atreverán a tocar « al que habla », al emperador de México? En mi interior río y es como si llorase. En mi pena sé que la carne de Montezuma es idéntica a cualquier otra carne.

Y también la carne de los Seres, por nubes y bruma que sean, ya procedan de un astro errante o de una isla perdida en los abismos del mar, su carne es asimismo igual a la nuestra : si la pinchan gime, si la hieren sangra y si la matan muere. ¡Qué consuelo gracias a esta certidumbre!

Mas qué horrible sensación de impotencia y de locura al comprobar que no la pinchan, que no la hieren, que no la matan ; que somos muchos, como las estrellas del cielo, y podríamos aplastarles, a ellos y a su enigma, al igual que se aplas-

(1) Llamada doña Marina por los españoles y Malintzin o Malinche por los indios. (N. del T.)

tan los insectos cuando molestan ; pero nos inclinamos ante ellos, los hombres tocan el suelo ante los Insectos. Y esto es todo.

Hoy me pregunto : ¿Hubiéramos podido?

¡Quién sabe!

Montezuma da media vuelta, dice algo en voz baja, muy baja, a Cuitlahuac y se aleja con Camama ; Cuitlahuac permanece con el Ser. Entonces, los nobles que se encuentran allí, van a hacer la reverencia al huésped de Su Majestad. Si todos los asistentes hiciesen lo mismo, permaneceríamos en ese lugar hasta el agotamiento físico. Por suerte, el hecho de que « el que habla » sólo se haya alejado unos pasos incita a algunos a no aproximarse, por humildad o por temor ; vuelven el rostro hacia la pared, inmóviles. Por último, Montezuma, que mandó a buscar dos collares, da estas joyas al Ser, que se ha reunido con él, y se los pone en torno al cuello. No podían ser más hermosos : cada uno de ellos está adornado con ocho langostinos de oro, tan grandes como la distancia que media entre las extremidades del índice y del pulgar separados. El collar que ese don Fernando entregó a Montezuma es de piedras que no conocemos, multicolores, y despide un buen olor.

Luego, el Ser dice a Montezuma :

« ¿Eres tú, por casualidad? ¿Ya eres tú? ¿Es verdad que eres Montezuma? »

No, no se trata de una voz humana. sino de un sonido bárbaro : es la voz de un monstruo.

Y Montezuma responde :

« Sí, soy yo. »

Es una voz humana, todo dulzura y nobleza, y todo tristeza. Y a causa de ella, a causa de esa real voz humana, súbitamente me parece que de nuevo amo a Montezuma.

Todo se agita en mí, en mí petrificado.

Un silencio. Luego Montezuma dice :

« Nuestro señor : estás cansado, te has fatigado ; ya has llegado a la tierra. Has llegado a tu ciudad : la ciudad de México. Has llegado hasta aquí para sentarte en tu asiento, en tu trono. ¡Oh, durante breve tiempo te ha estado reservado, te ha sido reservado por aquellos que se fueron, tus substitutos! Los señores reyes, Itzcoatl, el viejo Montezuma, Axayacac, Tizoc, Ahuizotl. ¡Oh, durante breve tiempo dominaron la ciudad de México, conservándola para ti! El bajo pueblo estaba bajo su protección, bajo su amparo. ¿Ven, por casualidad, a los que dejaron, a sus descendientes? Pluguiera al cielo que uno de ellos se hallase en situación de ver, con sorpresa, lo que ahora veo venir en mí... »

« ¿En mí? » Esta expresión me llega al alma y me impresiona.

« Lo que ahora veo : yo, el residuo, el superviviente de nuestros señores. »

¿Por qué dijo « lo que ahora veo venir en mí »? ¿Por qué dijo « en mí »?

Parece como si me encontrase, en la oscuridad, ante una puerta cerrada, pero la puerta, tal vez...

La puerta, tal vez...

Es un magnífico, un tristísimo discurso. « El que habla » habla muy lentamente, en voz baja, y alguien repite sus palabras en voz alta para que el Ser oiga ; mas el Ser, cuya boca y oreja son bárbaras, no las comprende, y entonces la intérprete Malinalli, la barragana, traduce aquellas palabras magníficas y tristísimas en lengua maya, para que el otro intérprete, un Ser, transforme esas palabras mayas, impetuosas, furiosas a ratos, en la lengua de los Seres, admitiendo que a eso pueda llamarse lengua.

¿Por qué dijo « en mí »? ¿No está ahí la explicación que en vano, en vano...

Montezuma prosigue :

« No, no es que sueñe, que salga del sueño adormecido : no lo veo en mis sueños, no estoy en trance de soñar... Es que te he visto, que he puesto mi mirada en tu rostro... Hace cinco, hace diez días estaba angustiado : tenía mi mirada fija en la Región del Misterio. Y tú has venido en las nubes, en la bruma. »

¿Pero por qué dijo « en mí »? He aquí lo que dijo : « lo que ahora veo venir en mí ».

La voz de « el que habla » es un tristísimo murmullo, un magnífico murmullo : es un arrullo de tórtolas, es de una dulzura infinita. La voz del señor que amplifica sus palabras resuena bastante vigorosamente, si bien es tan triste como la de « el

que habla ». La voz de esa Malinalli es monótona, pero como la lengua maya es explosiva, a veces la voz de esa mujer, intérprete y barragana, resuena loca. La voz del Ser que transforma el maya en lengua de los blancos, no es una voz : es un ruido.

En mí. Dijo : « en mí ». Dijo : « lo que ahora veo venir en mí ». Pero, entonces...

Y la puerta se abrió de par en par : pasé —creía pasar— de la oscuridad a la luz. ¡Mi radiante alegría! Durante un instante, sin dejar de ser piedra fui todo luz : durante un instante me sentí más ligero que el cielo, sin haber perdido el pesadísimo sentimiento de la tierra. Todo en ese instante —¡y qué instante!— se volvió claridad ante mis ojos. Montezuma dijo « lo que ahora veo venir en mí » —en mí, en mí, en mí— porque nada existía en sí mismo ; nada existía en la realidad ; era sólo una pesadilla, una ficción, imágenes, nada más. La detestable virtud de algunos brujos había hecho surgir de nosotros esas Irrealidades, después de haberlas creado en nosotros, para devorar nuestra alma. Los Seres sólo existían en nosotros : no tenían existencia objetiva, autónoma, real. Por lo tanto, puesto que éramos su cuna, podríamos ser también su tumba. Todo era claro, y...

Durante un instante tuve la sensación de que yo disponía del poder de aniquilar a los Seres, rechazando de mí, mediante la voluntad, el sortilegio. ¡Hay que arrojarlos!, me digo. Y fue como un grito.

Durante un instante me sentí lanzado hacia el cielo.

Reencuentro

POR ROLINA IPUCHE RIVA

Es mi casa, *en invierno, a las cinco de la tarde. Los invito a entrar.*

El zaguán tiene, abajo, sus carreras de mármol y, arriba, el consabido estucado con frisos y arabescos de polvo de oro. A un lado y otro, las dos altas puertas ; cerrada la de la sala, entreabierta la del escritorio. Mi padre está allí.

La penumbra ha comenzado a agazaparse en los rincones de donde ni la misma luz del farol central logrará expulsarla. La cancela tiene cortada la visión hacia el interior por los tupidos visillos que reúnen toda la pulcritud exigida a una casa respetable. Mamá ha dicho, siempre, que un zaguán basta para calificar a una familia.

Aunque ustedes entraran hablando, mamá no se inmutaría. Los miraría abiertamente, observándolos mientras se acercan, sin hacer un gesto. Teje junto al ventanal del comedorcito diario que da al jardín interior. El ventanal tiene un borde de vitrales, y el sol, ya claudicante, relampaguea en los colores —en los tres únicos colores : rojo, verde, azul— que componen toda su gracia. Ese reducido arco iris llega hasta la falda de mamá, quiebra sus rayos y, paulatinamente, alcanza la mesa tendida. Primero, un ángulo ; después se acerca a una taza, después se irisa en la panera de plata y, luego, va a caer sobre el paño colgante del mantel. Enseguida, la casa vecina se interpone y ya no habrá más que un ligero vapor coloreado, y mamá levantará los ojos, los abandonará como sorprendida, como despertando ante una llamada.

Es la hora en que se aspira el aroma de las tostadas, al que sobreviene el olor de un trocito de pan irremisiblemente quemado. Mamá apoya la cabeza sobre el respaldo del sillón y, a través de los vidrios transparentes del ventanal, divisa la hiedra despojada que teje sus cordeles vegetales sobre el muro. ¿Qué piensa? ¿Qué busca? ¿Qué escucha? Hasta que me encuentra. Vuelve hacia mí su rostro y entreabre una sonrisa. En los últimos tiempos, ya no sé si es un esbozo de cansancio, tristeza o abatimiento. Pero acaso marca, sólo, el paso de los años, el haberse ido limando los grandes sentimientos extremos, el mínimo campo expresivo, un gesto que económicamente expresa la melancolía o la ternura. Mamá sonríe y es como si me tendiera la mano para que yo la ayude a ponerse de pie. Antigua costumbre la suya : esté quien esté cerca, es a mí a quien recurre para su auxilio. Y yo accedo :

— ¿Ya tomaste el té? —digo con invariada cortesía.

— Te estaba esperando.

Es cierto. En lo mayor y en lo menor, siempre me está esperando.

Entonces, recoge su tejido. Yo levanto, indefectiblemente, la pelota de lana que rueda y tomo, de sus manos, agujas y labor para guardarlas en el canastillo que está colocado sobre la mesa ratona, junto a los lentes y el último Paris-Match. *Se levanta pausadamente, alisa la pollera y, como si el moverse la hubiera ayudado a recobrar agilidad, arranca su marcha hacia la*

pequeña puerta vaivén. Desde allí hará una señal a Ramona.

Cuando vuelvo de lavarme las manos, mamá está sentada en la cabecera, poniendo sus manos sobre la tetera a la que protege un forro acolchado. Me siento, cuidando de no enganchar las patas de la silla en el cordón de la lámpara de pie que ha hecho encender y colocar entre las dos. El haz de luz nos aisla en una radical intimidad. Me sirve. Hace muchos años que representamos juntos esta doméstica ceremonia, pero debo estar alerta para pedirle más té y cortar su trampa pueril. Siempre intentó aumentar la dosis de leche por ese oscuro atavismo alimenticio que aflora en las madres. Ella se sirve sólo té rebajado con agua. No sé si ella juega por mí o si yo juego por ella. Ya ha pasado el tiempo en que pueda preguntarle algo al respecto porque sería demasiado tarde para romper esta costumbre y crear otra y creer en ella, como desde hace veinte años hemos estado sostenidos por ésta. ¿Cómo quitar de nuestro día cotidiano y de su vida este jirón que abarca, para ella, casi cuatro horas entre la espera, la realidad y el acomodarse, otra vez, a su soledad? ¿Y por qué otro irrenunciable suplicio cambiaría yo éste?

Ha pasado el tiempo de abarcarnos en profundidad. Ni me entiende ni la entiendo del todo, por más que lo creamos. Estamos sosteniéndonos mutuamente, juntos pero inabordables ; ella acercándose a mí, a su modo, yo a ella. Pero sin saber ya nada el uno del otro. Porque han corrido demasiadas horas en superficie o porque ya nada queda, auténticamente, por descubrirnos. O porque nos tenemos miedo. No miedo de enemigos, sino ese miedo de ir desnudándonos uno en otro, de yo saber demasiado de ella, demasiado de mí en ella. Y a mamá, tal vez menos lúcidamente, más con miedo entrañable, primitivo, de gestación y vejez, pero acaso más terrible, le ha de pasar lo mismo conmigo.

— Prepárate una tostada. Hoy compré miel.

Es un pequeño cambio. Antes, ella misma lo hacía, con invariable destreza y elegante precisión. Tomaba la tostada dorada, el cuchillo romo y cortaba, con absoluta exactitud, el trozo de manteca no muy fría que se explayaba amarilleante sobre el pan. Y esparcía el dulce o, cosa más di-

Fallo del jurado uruguayo

El día 30 de julio, a las 10 horas, se constituyó el Jurado presidido por el señor Eugenio Alsina, con asistencia de los señores Marta Brunet, Laila Neffa de de la Plaza y Gastón Figueira, actuando como secretaria del mismo la señorita Dora Isella Russell.

Se procedió a la revisión definitiva de los cuentos presentados en número de 428, con exclusión de 22 descalificados por no estar dentro de las bases estipuladas. Quedaron finalistas los cuentos titulados « Reencuentro » (seudónimo : Fair-Play), « Desvío » (seudónimo : Chemin de Fer), « Encuentro » (seudónimo : Rigel) y « El Maletín » (seudónimo : Somece).

Por unanimidad de votos se resolvió acordar el premio al cuento titulado « Reencuentro », por ser, a juicio del Jurado, el que acredita más saliente calidad literaria, equilibrio de estructura, originalidad, estilo y hondura, valor subjetivo y finura psicológica.

Abierto el correspondiente sobre de identificación, resultó ser autor del cuento titulado « Reencuentro » la señorita Rolina Ipuche Riva, a quien se declaró ganadora del certamen.

El Jurado otorgó una mención a cada uno de los cuentos siguientes : « Desvío » (Chemin de Fer), « Encuentro » (Rigel) y « El Maletín » (Somece), resolviendo publicarlos en ediciones sucesivas del Suplemento Dominical de EL DIA —sujetos al laudo establecido— previa autorización escrita de sus autores para proceder a abrir el sobre de identificación de los mismos.

Sin más, se da por clausurado el Certamen y se levanta la sesión, siendo las 11 y 30 horas.

Montevideo, 30 de julio de 1964.

Eugenio Alsina, presidente ; Dora Isella Russell, secretaria ; Marta Brunet, Laila Neffa de de la Plaza, Gastón Figueira.

El Día, Montevideo, 2-8-64.

ficil, la miel olorosa, sin dejar caer jamás una gota. Era un goce verla actuar. Me la dejaba en el plato y yo ya no hallaba motivo alguno para hincarle el diente, pues todo mi sibaritismo parecía haberse consumido con su labor preparatoria. Ella había apoyado los codos sobre la mesa, cruzado los dedos de sus preciosas manos de las que nunca faltaba la alianza y el cintillo de tres brillantes. El noble y frío centelleo de las piedras era como su mirada. Y su mirada me tocaba con esa doble expresión que le era tan peculiar : interrogándome en silencio y estudiándome sin sobresalto.

Ahora prefiere que me sirva yo mismo, no por desapego, sino porque creo que ha empezado a inundarla una flaqueza de ánimo o porque su coquetería ha de prevenirle que ya no tiene el pulso tan firme ni los dedos tan hábiles. Y sus ojos me miran, pero no avanzan mucho en pregunta y examen. Más bien, parecen desasosegados, me alcanzan la oscura esperanza de que la vaya entregando algo sin solicitarlo o urgirlo. Algo que le valga, luego, como un largo asidero, su secreto alimento de horas y horas. Pero no puedo entregarle nada. Y ella lo sabe, quiere vencer su ansiedad y me llama desde el fondo de sus ojos, más allá de una cabal comprensión. Su dolor me va invadiendo.

Mamá fue muy bonita y su belleza ocupa muchos años de mi vida. Fue un ser que, desde aquí, veo adecuándose a los toques del envejecimiento. Las fotografías de su juventud, las de sus treinta años, las de los cuarenta, la muestran invariablemente, con su tez pálida, la frente redondeada y despejada, los cabellos oscuros siempre dóciles a la moda, pero salvando la forma estatuaria de la cabeza. Y sobre todo, entregan sus ojos castaños de tranquila profundidad, vigorosamente vivos, que atraen, enseguida, la atención. Ojos seguros de sí mismos y de lo que los rodea, mirando sin titubeos ni debilidad. Grandes, los recreo limpios, sanos, engarzados en la voluptuosidad de las pestañas. O los reveo con afeites, deslumbrantemente artificiosos, con los trazos oscuros o una esfumada sombra sobre los párpados. Estos ojos me traen su beso perfumado, mezcla de lilas y vainilla, un aroma que me apretaba hasta el ahogo, como si me resecara la nariz y la garganta. Ese beso que se cumplía, doblemente, por sus labios que venían hacia mi mejilla y que casi nunca la rozaban, pues, por temor a mancharse o mancharme, quedaban sonando en el aire. Pero el beso era más real, más absorbente, más perdurable por el perfume que me envolvía y cercaba. Era una cosa trivial, un aletazo en la memoria, nada más. Pero tuvo su hora especial, una noche, cuando mis padres iban a salir para el teatro. Irrazonablemente, yo había llorado mucho porque me llevaran, no por ir al espectáculo sino porque mamá no me dejara. Me hicieron acostar, a modo de penitencia. Antes de bajar, ella entró en mi dormitorio, como para otorgarme su perdón. Presentí que el beso iba a ser más leve, más desprendido, más vigilante del cuidadoso peinado que de mi larga angustia. Entonces, tuve que clavarme las uñas en los muslos, apretar los dientes, para vencer mi miedo, mi impulso rabioso de hundirle los dedos en los cabellos y despeinarla, de refregar mi cara contra su boca impecable.

— Un poco más de miel, Ricardo? Un poquito más, sí? Tiene un aspecto tan bueno...

Es, sin embargo, aquella misma mujer. Si hago un esfuerzo, recobro, levantándole los párpados que se aflojan sobre el ángulo externo, los ojos de otro tiempo. Pero no, no son más aquéllos. Hay, ahora, un círculo casi verde agrisado alrededor de la pupila, como si hubieran empezado a perder vida. Como las hojas de las plantas que comienzan a secarse ; esas hojas que, al tacto, dejan percibir una extraña aspereza. Que después muestran su color inyectado de un amarillo misterioso y en las que aparece un borde turbio, quebradizo. No, estos ojos podrían aproximarse, por la forma, a los que fueron, pero no lograrían recobrar su pasado vivaz, su fuerza imperativa, su limpidez intacta, su punzada más certera que la de un estilete.

— ¿Y tú no pruebas nada? A ver, esta galletita...

La mira, casi pensativa ; sin decidirse, toma la taza, más para ocultar su resistencia que para saciar la sed. Pero se va a decidir. Elijo una galletita delgada, la más pequeña en apariencia. Se la pongo, sin

soltarla, ante sus ojos y, al moverla, alcanzo a aspirar su anís.

— Si comes ésta, te cuento algo...

Estira la mano y casi diría que se apodera de la galletita con avidez ; la lleva a la boca, muerde una punta remoloneando. La mastica en movimientos diminutos, imperceptibles casi.

— ¡Otro bocado, vamos! —la azuzo y me doy cuenta de que la trato como a una criatura y de que ella accede.

Nos miramos. Algo se ha aliviado de pronto, un instante. Y aproxima a la mía su mano izquierda descarnada donde las venas marcan, sobre los huesos a flor de piel, sus cordones azules.

— Ahora, tu promesa... —y sonríe con su expresión ya incambiada.

Siempre nos hemos reclamado nuestras promesas como en un antiguo código de honor. Sabiendo todo lo que podían costarnos. Hasta el fin. Pero no es hora, tampoco, de hacer lo que, de golpe, se me ocurre y me acosa. Echar, brutalmente, sobre la mesa impecable e intachable, la memoria de otra promesa. Sería tan desmedida la venganza, tan ganada sin mérito sobre algo más semejante a un fantasma que a un ser plenamente real, que ni siquiera tendría el mínimo parecido con una venganza verdadera, la que nos deja la última palabra definitiva.

— Bueno, pues te iba a contar que la semana que viene me entregan el coche.

— ¿Cuándo?

— Entre miércoles o jueves.

Ha inclinado un poco la cabeza hacia la derecha y se ha apoyado en el respaldo. La cara se le ha avivado y su boca, que mantiene cerrada, no alcanza a dominar la emoción que se trasluce en el ligerísimo temblor de la mandíbula. Sus ojos descienden hacia la taza, hacia la cucharita que toca, apenas, con un gesto mecánico de la mano.

— ¿Te han dicho de qué color? —pregunta, mirándome entusiasmada e ingenua.

— Lo pedí azul acero, pero no sé...

Necesita detalles que ayuden a su imaginación desvalida. Por eso agrego :

— Creo que el tapizado será gris perla.

Sabe la marca, días atrás le he traído prospectos del modelo. Ahora lo colorea. Después, lo echará a andar, lo verá llegar a la puerta, subirá a él.

— Ya viene con radio —digo—. Porque, de pronto, malignamente, quiero que algo no le guste.

— ¡Ah! eso sí, ves. Eso, ya...

— ¿Por qué? —y la contemplo largamente. Sobre su traje negro cae el chal de cachemira salmón. El reflejo de la lámpara, los matices de su ropa, hacen más pálido su rostro ablandado por el tiempo. Lo veo ya vencido sin remedio y parece que una tristeza irrefrenable quisiera hacerme abandonar el cuerpo sobre el respaldo de la silla. Pero no puedo abandonarme así, ceder ante ella, como tampoco, nunca, he podido entregarle esos gestos tiernos, simples, de acariciarle los cabellos o darle un beso sin motivo.

— ...y no faltará algún aturdido que la ponga alto y te distraiga...

— Pero mamá... —trato de reír— eso es para los chicos imberbes y yo ya he cumplido cuarenta junios...

Algo la confunde como si le hubieran gritado al oído, sorpresivamente. Queda silenciosa, alejada del tema menor que la preocupara segundos atrás.

— Y yo —murmura al fin— cumpliré sesenta y siete.

— Ya lo sé. Y los llevas muy bien.

Pero no habría piropo o verdad que la arrancara de sus pensamientos.

— Pensar que ya tienes cuarenta años —repite, más para sí misma que para mí, como abriéndose una herida con las palabras.

— Dame otra taza de té —pido—. Y sin pensar que puede estar frío, acerca mi taza, sirve, lejana, frágil, como desprovista ya de toda seguridad.

— ¿Una gota de leche?

Le advierto que en la segunda taza nunca tomo leche.

— Nuestras edades te dicen que voy para muy vieja —retoma— « Nuestras edades » ha unido. Y acaso se sentiría menos sola si viera las canas que están aflorando y descubro, día tras día, entre mi pelo. Como capté su extraña mezcla de conmiseración y alegría, dos meses atrás, cuando su índice se apoyó en el ángulo exterior de mis ojos, donde empiezan a estriarse al-

gunas arrugas. Su índice estaba frío e inexorable. Pensó, como piensa ahora sin duda, que los años me van castigando a mí también. Dos meses atrás, se vendió a sí misma :

— Eras lo más perfecto de la tierra —me confesó.

— En todo caso, muy parecido a ti —repliqué con frívola burla.

— Sí, te parecías a mí...

Y calló. Hundida en su pasado más que en el mío ; pero un pasado que, como el presente, nos ligaba y guardaba juntos. Me voy tomando este té amargo y áspero en su frialdad. De todos modos, es el mismo té que he venido aceptando durante veinte años, entre cinco y seis de la tarde ; como una tarde.

— Entonces, ¿me prometes no verla más? —y el silencio, únicamente. Pero el silencio de los veinte años nunca es tan silencio como el de los que le siguen. Es un silencio vacío, que no calla nada. El silencio, después, será el abismo que nos va apartando de los otros, pero ligándonos a ellos ; una tierra de nadie entre batallas que nunca conocen treguas.

Yo tenía veinte años estúpidos, dóciles, sin malicia ni vigor. Ella, cuarenta y siete enérgicos, sin piedad, que inauguraban su tiempo más cruel, entre la madurez y el envejecimiento. Fue la época en que comenzó a sopesar las renuncias de su propia vida y pareció elegirme para emparejar su destino.

— No me digas que estás enamorado de esa mujer que ha conocido mil hombres y que hasta es mayor que tú.

Desproporción de frases y valores, pienso hoy. Pero entonces no pude pensar. Salí de casa como loco. Sin embargo, todo sucedió como ella quiso.

Mamá está ausente. Se ha terminado nuestra hora, nuestro reencuentro de la jornada. Ahora, cada uno volverá a su dimensión, a sus obligaciones, con su ritmo, y hasta mañana andaremos como si no nos hubiéramos hallado.

Ella se va a poner de pie, en dos o tres movimientos. Empujará la silla hacia atrás; después de erguirse, le quitaré completamente el asiento y la sostendré por el codo.

Pero no. Se ha erguido, tan sólo. Tarda en decir lo que ansía, buscando palabras o coraje. Al fin, sus ojos buscan los míos, abiertamente, entregadamente, con una inesperada angustia, como pidiendo que la salve de algo.

— A veces, pienso que te vas a quedar muy solo, Ricardo.

Podría responderle mil cosas, pero todas inútiles para ella y para mí. No tengo ninguna respuesta válida. Acaso podría interrogarla, preguntarle qué es « quedarme solo ». No es tan superficial ni vacía como para pensar que es perder a papá o perderla a ella. Sé, sí, que en una nebulosa siempre girando en su cabeza y en su corazón, rondándole la boca, quemándola por dentro, anda esta otra frase vedada :

— Deberías haberte casado, Ricardo.

Pero le gustaría poder decirla como me ha escanciado, a lo largo de la vida, frases como : « Tendrías que comprarte ropa, Ricardo », o « ¿No te parece prudente sacar esta tarde los abonos? » Veo su rostro que hunde la mirada en la penumbra, hacia adelante, como si estudiara el viejo barguеño.

— Deberías casarte, Ricardo, porque vas a quedar muy solo.

Ha quebrado la vieja promesa de no entrar en mi vida. Es el parto lejano e inquebrantable. Su voz ha sido como un golpe de espada. De pronto, yo también siento todo abolido por algo semejante a la inutilidad y al ridículo. Parece increíble que unas horas ferozmente sufridas, pero hace veinte años, hayan tenido más fuerza que el olvido y la madurez. Su poder sobrevivió a la lógica, a todos los embates que nos amenazaron y rigió lustros de nuestra propia existencia, lustros de verdad, unión y sencillez.

Se me agolpan tantas cosas, a mí también. Tendría tanto que decirle que, acaso, ni todo el resto del día, ni toda la noche, ni mañana, bastarían para agotar mis palabras. Y sin duda, después de haber hablado, vería que ella no ha comprendido nada fundamental, que lo que le queda de vida lúcida, de inteligencia despierta, de tiempo feraz para germinar en algo positivo, ya no sirven para que esté a mi lado, hombro con hombro, para sostenernos. Y yo seguiría solo porque, lo haya querido o no, mi vida ha estado a su servicio, dán-

dole energía, voluntad y fe. He sido, en realidad, aquello que mamá decía para su sentimiento religioso : « Si no hay música en la iglesia, me parece que falta Dios. » Y me he sostenido para sostenerla. Ella misma se fue debilitando, tal vez a conciencia, para darme una secreta razón de vivir, de excusarme ante otras culpas, de erguir la cabeza y enfrentar a todos con una inteligencia no trabada por el lastre sentimental. ¡Quién sabe! Seguramente tiene razón. Cuando se cierre, para siempre, esa inútil puerta entornada de mi padre , cuando con ella se destruya este engranaje en el que eslabonamos verdad y mentira ; cuando nadie sepa hablarme sin palabras, ni mi corazón reciba su alimento de rencores, y frustración y vaciedad, tal vez entonces recobre en toda plenitud aquella soledad que enfrentaba en mi infancia, en mi adolescencia, en mis veinte años. Pero se equivoca en la solución. ¿Cómo podría querer y odiar ya, con toda esta fuerza única, acrecida desde hace veinte años o más, tal vez desde la niñez más escondida? ¿Cómo habría tiempo para armar, creer en otro inmenso mito?

Me pongo de pie, voy detrás de su silla. No se mueve. Después, su mano derecha se eleva, tiende hacia mi sus dedos descarnados. Y accedo. Envuelvo con mi mano su llamada silenciosa, me siento capaz de un gesto verdadero y aprieto mis labios contra la palma seca y tibia de su pobre mano. Cierro los ojos, sin saber por qué. Hundo mi rostro en un perfume de flores guardadas largo tiempo, pero que han conservado milagrosamente su lozanía. No puedo pensar. Pero su voz dice, como yo esperaba sin saberlo, una liberación buscada ciegamente :

— Tú también tenías que perdonarme.

Los cuatro grandes bloques económicos

POR JUAN ANTONIO CAMPUZANO

En la tercera sesión plenaria de la Conferencia del Comercio, en Ginebra, el ministro de Comercio de Bélgica, señor Brasseur, intervino como delegado de su país y como presidente de la Comunidad Económica Europea que constituyen Francia, Italia, la República Federal de Alemania y el Benelux.

La Comunidad Económica Europea

Entre los discursos constructivos y sensatos, este es uno. Lejos de prejuicios dogmáticos, que tan reiteradamente salpican acá y allá los debates económicos, el señor Brasseur afirmó : « La Comunidad Económica Europea no quiere presentarse ante esta Conferencia con unas posiciones rigurosamente fijadas de antemano frente a los problemas que se plantean. » Esta afirmación está en línea consecuente con los puntos de vista que el señor Brasseur expuso repetidas veces, especialmente cuando ha tratado de la ayuda que debería prestarse al desarrollo industrial de los países menos adelantados, y que han tendido siempre a evitar los debates complejos. En el conjunto de ideas, que llegó a conocerse con el nombre de « plan Brasseur », se alude a esos sistemas que se elaboran con una lógica coherente y que chocan *con realidades que por desgracia no siempre obedecen a reglas lógicas.*

Frente al criterio de quienes juzgan de escasa utilidad el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT), el señor Brasseur considera que este organismo ha desempeñado un papel de gran utilidad en la importante esfera de la liberalización y la expansión de los intercambios comerciales. Cree que no existe en realidad antagonismo entre lo que se ha hecho hasta ahora desde 1947 y la nueva orientación que sería preciso dar a los intercambios y a las relaciones económicas internacionales, y considera que sería peligroso rechazar sin más cuanto se ha hecho hasta hoy por juzgarlo insuficiente. « Sin las bases del pasado se corre el riesgo, en última instancia, no sólo de no avanzar, sino de retroceder. »

La parte más elocuente de la exposición fue la relativa a las importaciones procedentes de los países en desarrollo hechas por la Comunidad Económica Europea. El señor Brasseur afirmó que los países industrializados donde el comercio exterior está sometido a un monopolio estatal se hallan muy lejos de haber hecho un esfuerzo comparable al de la Comunidad en lo que atañe a las importaciones procedentes de los países en desarrollo. Dijo que si los países de economía estatal se comprometieran a hacer el mismo esfuerzo que ha hecho la Comunidad Económica Europea, los problemas del desarrollo podrían orientarse hacia una solución más rápida. Y en apoyo de estas afirmaciones adujo datos estadísticos que « oponen hechos precisos al verbalismo ».

He aquí algunas de las cifras dadas por el orador : entre 1957 y 1963 las importa-

ciones de la Comunidad Económica Europea, procedentes de los países en desarrollo, se incrementaron aproximadamente en un 25 % : de 7.119 millones de dólares a cerca de 9.000 millones de dólares. Se justifica así precisamente la afirmación de que la Comunidad Económica Europea se ha convertido en el cliente más importante de los países en desarrollo. Y si se considera que las importaciones globales de la Comunidad y de la AELI (Asociación Europea de Libre Intercambio) se elevaron en 1963 a unos 15.000 millones de dólares, no puede dudarse que Europa Occidental es la región del mundo que más importaciones recibe de los países en desarrollo.

El señor Brasseur expuso el criterio de la Comunidad, favorable a una estabilización de los precios de los productos primarios a un nivel suficientemente remunerador para los países productores, así como a resolver el problema esencial de la *diversificación de la producción*. En cuanto a la reducción progresiva de los derechos de aduana, de que se trató en repetidas ocasiones en los trabajos preparatorios de la Conferencia, hizo constar el señor Brasseur que en 1963 la Comunidad Económica Europea suspendió totalmente los derechos que gravaban el té y las maderas tropicales, y que la aplicación del Convenio de Yaoundé irá acompañada de una reducción —que en ciertos casos llegará hasta el 40 %— de los derechos arancelarios aplicables a cierto número de productos entre los cuales figuran el café, el cacao y la piña.

En esa grata línea de « luz y taquígrafos » que ha caracterizado la intervención del ministro belga, destácase una afirmación interesante : los 18 Estados africanos y malgache asociados a la Comunidad Económica Europea han aumentado sus exportaciones a dicha Comunidad en un 12 por ciento entre 1957 y 1963, pasando de 877 millones de dólares a 987 millones, en tanto que en el mismo período el conjunto de países africanos no asociados a la Comunidad vieron aumentar en sus mercados las compras de ésta en un 49 %, pasando de 1.555 millones de dólares a 2.315 millones. (Téngase en cuenta, para evitar confusión, que estas cifras se refieren sólo a determinados países o grupos de países, pero el tanto por ciento de aumento *total* de importaciones en el período aludido ha sido el 25 %, como se indica dos párrafos más arriba.) Con datos estadísticos el señor Brasseur puso de manifiesto la cooperación entre la Comunidad Económica Europea y Africa, y expresó que la Comunidad no comprende las críticas « sistemáticas y dogmáticas » que se han hecho a la asociación con diversas naciones en desarrollo. Afirmó que la justificación esencial de una asociación de esta índole radica en los beneficios que ofrece a esos países. « No cabe concebir —dijo— que en la búsqueda de nuevas medidas destinadas a los países que luchan por desarrollarse, deba empezarse por negar apoyo a los que más lo necesitan. »

En la segunda parte de su intervención, el señor Brasseur recalcó varios puntos de vista « más específicamente belgas ». También aquí se mostró alejado de principios y atenido a las exigencias de la realidad evidente. Hizo hincapié en que cada producto básico plantea sus problemas particulares y que por consiguiente no se puede encontrar una solución uniforme. A su juicio, hay que enfocar la cuestión producto por producto, mediante acuerdos intergubernamentales o recurriendo a otras medidas. Se mostró partidario de la creación de un organismo internacional que se encargue de la concesión de preferencias arancelarias a los países en desarrollo que las soliciten, a fin de llegar a un verdadero régimen no discriminatorio, puesto que cada país quedaría en completa libertad de pedir que se iniciaran las negociaciones que estimase útiles. Hubo en toda esta intervención un profundo desinterés político. Subrayó que las preferencias así negociadas deberían ser *selectivas, temporales* y *decrecientes*, en primer lugar para evitar vínculos permanentes que deformen las corrientes del intercambio comercial, y en segundo lugar para incitar a la industria beneficiaria a aprovechar el período de preferencia para mejorar sus métodos de producción, su rendimiento y su acción comercial. Y sometió dos importantes sugestiones a la reflexión de la Conferencia : un organismo de seguro del crédito, con cuya garantía las naciones en desarrollo podrían acudir a los medios financieros internacionales para obtener una cobertura adecua-

da que les permitiese hacer frente a la competencia internacional, y un nuevo estudio de las garantías que han de darse a los capitales privados que se inviertan en los países en desarrollo, pero en términos « que eviten que grandes sectores de la economía de esos países queden dominados por influencias exteriores ».

En todo momento la intervención del señor Brasseur estuvo animada de un generoso optimismo. « Las riquezas están ahí —terminó diciendo—, listas para surgir ante el conjuro de nuestra voluntad. Se encuentran en los suelos, en la tierra, en las aguas y en los mares. Pero se hallan sobre todo en los brazos, los cerebros y los corazones. »

Los Estados Unidos

El delegado de los Estados Unidos, señor George W. Ball planteó con las siguientes palabras lo que llamó tesis central de la Conferencia : « Los países en vías de desarrollo, para conseguir por sí mismos la expansión de su economía han de estar en condiciones de obtener un volumen creciente de divisas en los mercados mundiales. » Indicó que, en consecuencia, los países en desarrollo necesitan mercados cada vez más amplios donde colocar sus materias primas « a precios razonablemente equitativos y estables » y necesitan además dar salida en volumen también creciente a los productos de sus nuevas industrias manufactureras.

Al examinar la contribución que los países industriales pueden aportar al ensanchamiento de las perspectivas comerciales de los países en desarrollo y al empleo más efectivo de los recursos mundiales para fomentar el comercio, el señor Ball sugiere tres consideraciones :

La primera—que es la más importante a su juicio— estriba en que los países industriales consigan y mantengan el pleno empleo y una tasa alta de crecimiento económico, y así mejorarán a la vez la demanda y los precios de las exportaciones de los países en desarrollo. La segunda se refiere a que los países industriales, como bloque, han de estar dispuestos a disminuir los aranceles y los demás obstáculos opuestos a las importaciones procedentes de los países en desarrollo. En este punto el señor Ball precisó : « Estamos dispuestos a hacer rebajas generales de los aranceles en favor de los países en desarrollo, sin pedir nada en reciprocidad. » Y la tercera atañe al deber de los países industriales de cooperar en el perfeccionamiento de disposiciones destinadas a reducir las inestabilidades del comercio de mercancías.

Como habría de afirmar más adelante el representante de la U.R.S.S., el señor Ball dijo que *el principio de no discriminación es positivo en sí mismo,* y añadió que si a ese principio se proponen excepciones, éstas deben ser examinadas escrupulosamente y sólo se patrocinarán si hay pruebas indiscutibles de que procede hacerlo. En cuanto a los acuerdos preferenciales, destacó el delegado norteamericano las dos tendencias sobre la forma en que los países industriales y los países en desarrollo podrían organizar más ventajosamente sus relaciones : ¿Deben *todos* los países industriales asumir la responsabilidad de promover el bienestar económico de *todos* los países en desarrollo? O, por otra parte, ¿la asumirán unos países o grupos de países industriales con respecto a determinados países o grupos de países en desarrollo? Sin suscitar estos puntos para apoyar un criterio u otro, el señor Ball puso expresamente de manifiesto que « las responsabilidades especiales asumidas en materia de comercio llevan probablemente consigo algunas responsabilidades especiales en materia de política e incluso de defensa ». (He aquí un criterio que es probable que comparta el delegado de la U.R.S.S., aunque no lo declare.)

Parco en cifras y abundoso en consideraciones generales, el señor Ball se manifestó partidario de las inversiones privadas extranjeras en los países en desarrollo, como una forma *catalítica* de estimular la movilización del capital de esos países. Ahora bien —hizo constar—, si se tiene en cuenta los mejoramientos radicales que durante los dos o tres últimos decenios se han introducido en las normas de gestión del comercio internacional, cabría preguntarse si no sería conveniente examinar con cuidado, por una parte, la experiencia de esos países que supieron atraer inversiones extranjeras privadas, y, por otra parte, las técnicas, las actitudes y los procedimientos

nuevos que las nuevas condiciones han introducido en la materia, « porque es de temer que muchos países en desarrollo sigan todavía bajo la influencia de unas prácticas anticuadas y rutinarias ». Al hablar de ayuda extranjera bilateral y multilateral, el señor Ball afirmó, con evidente conocimiento de causa, que los países industriales, casi sin excepción, tienen hoy recursos que les permiten participar en la asistencia exterior, pero quieren cerciorarse de que sus esfuerzos producen efectivamente el resultado previsto.

La Unión Soviética

El señor Patolichev, ministro de Comercio Exterior de la Unión Soviética, habló durante tres cuartos de hora. Dedicó una buena parte de su discurso al pasado, y otra buena parte al porvenir. Consideró que para que se pueda comprender la función que la Unión Soviética desempeña hoy en el comercio mundial y ver con mayor claridad la perspectiva de la expansión de relaciones del comercio exterior soviético, habrá que analizar determinadas cuestiones del desarrollo de la economía de su país. Y se lanzó con bravo orgullo a enumerar realizaciones : lo que la Rusia anterior a la revolución producía en un año, hoy lo produce la industria soviética en una semana ; en volumen de producción industrial han quedado « muy atrás » todos los grandes países europeos ; la imagen actual de la Unión Soviética va asociada a vehículos espaciales y gigantescas centrales hidroeléctricas ; ha resuelto el « agudo problema de preparar ingenieros y técnicos » ; rápido ritmo de crecimiento económico ; éxitos positivos en el terreno científico ; asimilación y aprovechamiento de riquísimos recursos naturales...

La parte del canto triunfal dedicada al porvenir no fue menos sonora. Se está aplicando un programa para sextuplicar en veinte años la producción industrial y elevar la producción agrícola tres veces y media ; en 1980 el volumen de comercio exterior de la U.R.S.S. se multiplicará aproximadamente por cuatro ; el plan septenal de desarrollo de la economía popular —de 1959 a 1965— aumentará en 1,5 la cifra de comercio exterior ; el intercambio comercial soviético con los países en desarrollo podrá aumentar en 1980 hasta ocho veces en comparación con 1963 y sobrepasar la cantidad de 10.000 millones de rublos (11.000 millones de dólares)...

Oyendo al representante soviético, hay que considerar que en los países de Partido único, sea cual sea el color de sus estandartes, las garantías de los datos estadísticos son tan problemáticas como las garantías individuales. Y ese cristalino chorro de profecías consoladoras que lanzan al espacio sus indiscutidos dirigentes les da a todos estos un aire común de maravillosos cetáceos continentales.

Dos cosas hizo constar expresamente el señor Patolichev, al declarar su apoyo a las exigencias de los países en desarrollo. La primera fue la afirmación de que sobre la Unión Soviética no recae responsabilidad moral ni material por el subdesarrollo económico y la miseria con respecto a los pueblos de los países en desarrollo ni con respecto a la historia. La segunda fue una observación sobre el concepto de naciones « ricas », alegando que en la Conferencia ha habido la tendencia a considerar como países « ricos » tanto a las potencias coloniales como a los Estados socialistas ; y afirmó que al hacerse eso « se confunde la responsabilidad por el subdesarrollo económico de los países asiáticos, africanos y latinoamericanos y se elimina la diferencia de las fuentes de donde proceden las riquezas ». Y para remachar de nuevo su postura excepcional en el mundo expresó que la Unión Soviética y otros Estados socialistas logran sus éxitos económicos gracias al trabajo de sus pueblos y sin haber explotado en modo alguno a otros países.

La comparación de volumen de importaciones procedentes de países en desarrollo hechas por los países de Europa occidental y los Estados socialistas, a que se refirió el representante de Bélgica, y que hemos recogido más arriba en el presente trabajo, motivó una réplica del señor Patolichev : « Hace muy poco que la Unión Soviética ha empezado su comercio con los países en desarrollo porque los colonialistas entorpecían dicho comercio. El representante de Bélgica conoce ese hecho. ¿Cómo puede hacernos reproches? » En realidad, no hubo reproches en la intervención del señor Bras-

seur ; los habría, unos días después, en la intervención del representante de Bolivia (1).

Descendiendo de lo conceptuoso a lo práctico, que es en última instancia lo que la Conferencia exige, el señor Patolichev se manifestó partidario de concertar acuerdos para estabilizar los productos básicos y fijar un adecuado nivel de precios ; entre estos productos mencionó concretamente cacao en grano, semillas oleaginosas, aceites vegetales, algodón, frutas cítricas, plátanos, plomo, zinc, cobre y petróleo. Dijo que tenía autorización para declarar que la U.R.S.S. estaba dispuesta a aumentar las compras de productos primarios, manufacturados y semielaborados, en los países en desarrollo, tanto por medio de convenios como en pago de créditos concedidos, así como a colaborar con ellos por medio de asistencia técnica y facilitar su desarrollo « incluso a expensas de reducir las exportaciones de la U.R.S.S. a esos países de los productos que ellos mismos pueden suministrarse mutuamente ».

En cuanto a las condiciones para concesión de créditos, el señor Patolichev cree que debería llegarse a un acuerdo internacional con objeto de que los tipos de interés no asciendan a más de un 3 % anual. Abogó para que se otorguen subsidios y preferencias. Se manifestó opuesto a las prácticas discriminatorias porque estima que entorpecen los esfuerzos por aliviar la tirantez internacional. Expresó el criterio de que la aplicación del desarme general y completo permitiría liberar gigantescos recursos materiales con los que se pondría fin al atraso en los países de Asia, Africa y América Latina. Se mostró partidario del establecimiento de una organización de comercio, única y universal, bajo el patrocinio de las Naciones Unidas, y expresó en fin que la U.R.S.S. está dispuesta a cooperar por todos los medios a su alcance al progreso económico de los países en desarrollo.

El Reino Unido

Dieciocho sesiones plenarias había celebrado ya la Conferencia cuando se levantó a hablar el representante del Reino Unido, señor Edward Heath.

En un informe muy preciso y sobrio, en el que no hubo la menor concesión a la fantasía, el representante británico recogió las dos consideraciones básicas que habían hecho resaltar algunos oradores que le precedieron. En primer lugar, *el interés común en el buen éxito de la Conferencia* ; en segundo lugar, *la diversidad de los problemas* con que se enfrentan los delegados, que exige una gran variedad de técnicas para lograr una solución satisfactoria. Rechazó la afirmación hecha por algunos delegados de que en la Conferencia había dos grupos. El señor Heath precisó que la Conferencia es una empresa común y no un torneo entre los ricos y los pobres. El objetivo, declaró, es crear a la vez más comercio y más riqueza, compartir una prosperidad común. En cuanto a la diversidad de problemas que afectan a los países en desarrollo, cuando llegue el momento de proponer soluciones habrá que tomar medidas que puedan resolver cada problema concreto o que puedan adaptarse a la gran variedad de situaciones económicas.

Una tercera consideración añadió el orador a las anteriores, que le había sido sugerida por el debate, a saber : « El desarrollo económico, tanto en los países ricos como en los pobres, es un proceso dinámico, porque los elementos que constituyen la economía se encuentran en un estado de cambio constante, se influyen mutuamente y de un modo continuo. » Pero el señor Heath manifiesta que no hay que buscar necesariamente reglas de aplicación permanente y universal, *porque son escasas nuestras posibilidades de predecir el futuro.* No hay que imponer al futuro una adhesión rígida a una estructura histórica del comercio y de los precios, sino hacer frente a los problemas concretos, con flexibilidad suficiente para no obstruir la evolución económica.

Propuso diez puntos fundamentales a la atención de la Conferencia. Los seis primeros se refieren a la liberalización del comercio, y los cuatro restantes a las medidas destinadas a proporcionar formas especiales de asistencia al comercio de los países en desarrollo. He aquí los seis primeros : Mantenimiento del *statu quo* en materia

(1) « América Latina frente a los países ricos », *Cuadernos*, nº 89 (Octubre de 1964).

de barreras comerciales, de modo que no se creen nuevas barreras al comercio de los países menos desarrollados. Eliminación de las restricciones cuantitativas que afectan desfavorablemente al comercio de los países en desarrollo. Eliminación de los derechos sobre los productos tropicales. Eliminación de los derechos sobre los productos primarios importados de los países en desarrollo. Reducción de los aranceles sobre los productos semielaborados y elaborados. Supresión de los impuestos internos y los derechos fiscales aplicados específicamente a productos que provienen total o principalmente de países en desarrollo.

Aclaró el señor Heath que estas bases fueron examinadas en el pasado mayo por los ministros del GATT y que en la formulación y aplicación de tales medidas el GATT está prestando « inestimables servicios » tanto a los países desarrollados como a los países en desarrollo. En este punto el delegado británico manifestó su coincidencia con quienes afirman que el GATT es un instrumento,necesario y valioso, de cooperación en el comercio mundial y estimó que no debe ser sustituído o eliminado por un organismo nuevo sin experiencia.

Los restantes puntos presentados por el señor Heath refiérense a : concesión de preferencias por parte de los países desarrollados (no elevando los aranceles en perjuicio de otros países, sino reduciendo o suprimiendo los aranceles para los países en desarrollo). Intercambio de preferencias entre los países en desarrollo. Estabilización de los precios de productos básicos (estimando como primera condición indispensable garantizar una máxima demanda efectiva para esos productos). Y asistencia financiera suplementaria.

El señor Heath terminó diciendo que no se podía aspirar a resolver todos los problemas en el breve período de doce semanas. « Hemos de considerar esta Conferencia como una etapa de un esfuerzo incesante. Juntos, podremos darle la buena orientación. »

El señor Lleras Restrepo

El prestigioso economista y político colombiano señor Carlos Lleras Restrepo, en nombre de los diecinueve países latinoamericanos representados en la Conferencia de Comercio, intervino brillantemente en la sesión de clausura. Fue el discurso del señor Lleras un afortunado resumen, expuesto concreta y elocuentemente, en el que los resultados de la Conferencia se examinaron con franqueza y objetividad. En sus primeras palabras destacó el hecho relevante de las relaciones establecidas en Ginebra entre los pueblos latinoamericanos y los de Asia y Africa, cuyo trabajo conjunto « ha abierto un nuevo capítulo de la vida internacional lleno de fecundas posibilidades ».

Al exponer la labor realizada, en el curso de los tres meses de tareas, por los países en desarrollo, el señor Lleras declaró que el acuerdo concertado por los países latinoamericanos con los asiáticos y africanos no tiene significado de alianza ofensiva : es sólo un acuerdo para llevar a un cauce común las aspiraciones y las ideas de esos países y *combinarlas armónicamente* en los sistemas comerciales y financieros del mundo. Hizo destacar que los países en desarrollo no adoptaron posiciones extremas ; tomaron en consideración las circunstancias y los problemas propios de los países industriales. Y si es cierto que presentaron con energía fórmulas y propuestas que es probable que inquietasen en los círculos directivos de algunas grandes naciones, es evidente que estuvieron penetrados de un espíritu de transacción y compromiso emanado de una visión realista de las cosas. « Sólo una confrontación vigorosa y no conformista de teorías, de técnicas, de soluciones, puede engendrar el progreso », declaró el señor Lleras al estudiar la actitud de América Latina y los 75 países en desarrollo contra una « ortodoxia que en las mismas naciones industriales ha sido ya contradicha por personalidades eminentes. »

No es posible condensar expresivamente en una crónica la amplitud de fondo argumental, el concepto castiza y vigorosamente expuesto y las sugestivas interlineas del discurso del economista colombiano, que hizo notar con vigor que aunque esta Conferencia de Comercio no hubiera servido más que para expresar el reconocimiento universal de ciertos hechos que caracterizan la evolución económica contemporá-

nea, ya estaría suficientemente justificada. Pero ha habido más, como el señor Lleras ha expuesto : el reconocimiento expreso por parte de los dirigentes de los países industriales de que la prosperidad es indivisible, de que el desarrollo de los pequeños se reflejará benéficamente en la economía de todos, de que la prolongación de los desequilibrios actuales resultaría insoportable y que, en consecuencia, ningún estadista puede seguir pensando en términos de economías nacionales ni regionales, sino en términos de una economía mundial que cada vez tiene que integrarse mejor.

He aquí, condensadas al máximo, algunas de las conclusiones del señor Lleras Restrepo sobre la política de desarrollo y cooperación que se ha plasmado en la Conferencia de Comercio ginebrina :

Financiación compensadora del deterioro de la relación de precios : Se ha dado completo asentimiento al principio de que es indispensable una financiación compensadora cuando la baja de precios u otras causas alteran el valor de las exportaciones de un país. En esta materia, los resultados de la Conferencia los califica el señor Lleras de satisfactorios. Financiación a corto término por el Fondo Monetario Internacional, mediante un sistema al que se han propuesto reformas adecuadas. Para la financiación a largo plazo —cuando se demuestre que el deterioro no es transitorio, sino debido a características más graves y prolongadas— el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento va a estudiar los mecanismos del sistema. El orador precisó : « Tenemos del Banco Internacional una satisfactoria experiencia y confiamos en que desempeñará con rapidez y eficacia el encargo que aquí ha recibido. » La financiación compensadora se concibe como un remedio que aplicar cuando no se ha logrado conjurar por otros medios —ya determinados por las Comisiones— la baja en los ingresos de exportación.

Productos básicos : Los problemas relacionados con los productos básicos, que siguen teniendo prioridad indiscutible, han sido examinados por los países latinoamericanos y los compañeros del Grupo de los 75 y *discutidos a fondo* en la Conferencia. Hay que llegar al ensanche de los mercados y de los consumos y a los *medios de organización o regulación de los mercados,* porque no es verosímil que sólo una mayor libertad de acceso a éstos baste en todos los casos para corregir desequilibrios. Aclaró el señor Lleras que, no obstante una « cláusula de escape, que honestamente no podrá invocarse sino en casos verdaderamente excepcionales », puede considerarse aceptada la demanda que se ha formulado para que el acceso a los mercados no se agrave por nuevas alzas de tarifas aduaneras o por el establecimiento de otra clase de obstáculos. No se le oculta la complejidad de los problemas que el tema suscita, pero reputa de *indiscutible importancia* el avance obtenido. Declara, sin embargo, que con respecto a ciertos grandes mercados de consumo y para ciertos productos la conciliación prevista entre las políticas nacionales y el ensanche del comercio *deja parcialmente vivos algunos problemas* que los órganos creados por esta Conferencia deben contribuir a solucionar.

Preferencias discriminatorias : En esta materia el acuerdo ha sido general. Los términos de acuerdos aprobados descartan, por supuesto, que se establezcan nuevas preferencias o que se intensifiquen las existentes. Se ha llegado a fórmulas que deben conducir dentro del presente decenio a poner término a cuanto signifique discriminación perjudicial. « Los países en desarrollo acogerán el acuerdo con satisfacción, como sólida base de su unidad y de su futura acción solidaria. »

Diversificación exportadora : Con feliz unanimidad se ha aceptado el criterio de que la exportación de manufacturas y semimanufacturas de los países en desarrollo es indispensable para el equilibrio de la economía mundial. Los países en desarrollo presentaron muchas iniciativas para fomentar su exportación de manufacturas. No todas las iniciativas —confesó el señor Lleras— han corrido la misma suerte, pero se han reconocido plenamente dos principios fundamentales que implican « un avance que no debemos menospreciar » : el de la *no reciprocidad por parte de los países en desarrollo* y el de la *extensión también sin reciprocidad de las concesiones a países en desarrollo que no forman parte del GATT.* El señor Lleras recuerda cuánto se luchó en las deliberaciones sobre la Carta de La

Habana para obtener ventajas « muy remotas, en su alcance, de lo acordado ahora ». El reconocimiento del principio de no reciprocidad es uno de esos avances fundamentales que hace apenas pocos años hubieran parecido imposibles.

Acuerdos regionales : Las recomendaciones de esta Conferencia para facilitar acuerdos regionales de los países en desarrollo indican también « un gran avance sobre conceptos anteriores ». En este punto se refirió el señor Lleras a la política regional que van a poder emprender ahora las naciones latinoamericanas, que necesitarán dar pruebas de su espíritu de iniciativa, de su decisión, de su capacidad para concebir una gran empresa de progreso común. En cuanto a las relaciones entre América Latina y los países de Asia y Africa, el dirigente colombiano expresa su convicción de que se trabajará por un mayor acercamiento « que debe cobijar todos los planos : el político, el comercial, el de la mutua cooperación técnica, el de intercambio de experiencias y el de las concepciones que podemos aportar juntos para crear un mundo libre de la necesidad y del temor ». Y en términos de generosa confraternidad rindió un homenaje de admiración a las naciones asiáticas y africanas, en nombre de la América Latina.

Los países socialistas : Entre las cosas positivas, relacionadas con los países socialistas, que enumera el dirigente colombiano en el haber de la Conferencia, sobresalen el interés mostrado por los países socialistas en intensificar su comercio con el mundo en desarrollo, así como la oportunidad de estudiar « nuevas e interesantes fórmulas de cooperación comercial, financiera y técnica », y el anuncio de un aumento substancial de importaciones procedentes de países en desarrollo. Los países socialistas, además, se han manifestado de acuerdo con las orientaciones generales de la cooperación internacional para el desarrollo.

Organización institucional : El problema de una organización mundial de comercio —ha declarado el señor Lleras Restrepo— apareció en ciertos momentos como el mayor escollo para el buen éxito de la Conferencia. (En esta crónica y en las dos anteriores han quedado reflejadas las discrepancias de los delegados en este punto). Se ha llegado a una transacción, que no descarta la posibilidad de futuras iniciativas. Se va a crear una nueva organización « que nace con la nueva política comercial para el desarrollo y que estará a su servicio ». El señor Lleras considera que la transacción a que se ha llegado *queda atrás de nuestras esperanzas, pero sería torpe e injusto restarle importancia.*

Las últimas palabras del notable discurso del economista colombiano reflejan un noble optimismo : « ese optimismo propio de quienes saben apreciar la magnitud de las dificultades, pesar el valor de lo conseguido y mantener viva la resolución de conseguir lo que nos falta ».

libros

Alfonso Reyes: «Obras Completas»

El volumen xvi de las Obras Completas de Alfonso Reyes que con loable empeño viene publicando desde hace años el Fondo de Cultura Económica, que acaba de ver la luz, contiene : los diferentes capítulos del libro *Religión griega,* con sus dos partes principales « La creencia » y « Las instituciones religiosas », subdivididas a su vez en los distintos aspectos de la religión griega en su historia, los conceptos de la creencia, los organismos del culto, los ritos ordinarios y generales, los ritos domésticos, el culto intermedio del héroe, los rituales extraordinarios ; y el tratado de *Mitología griega,* con la explicación de la naturaleza de los mitos, su origen y heterogeneidad, la descripción de la familia olímpica en su primera generación. La útil y reveladora nota preliminar pertenece al poeta nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez, del Instituto Mexicano de Bibliografía y ya bien conocido y reconocido por esta notable tarea de compilación y análisis.

Parece superfluo, inclusive podría parecer presuntuoso, alabar debidamente el carácter, la trascendencia de esta obra alfonsina. Con sencillez clásica inicia así la introducción del primer libro :

« Este libro se propone trazar un bosquejo de la religión griega y de sus prácticas, animado con las figuras de sus leyendas. Nada enseña al especialista ; informa al lector general y recoge las actuales conclusiones de los estudios. »

Es precisamente esta sencillez de propósito y expresión la que le da especial valor. Los importantes textos que contiene, en tal forma y medida adquieren renovada significación en 1964, después de haber permanecido inéditos durante tantos años.

Contrariamente a lo que caracteriza a una religión establecida, obediente a normas escritas y a determinaciones históricas impuestas por los depositarios de su conservación, Reyes nos refiere cómo en Grecia siempre mantuvo mayor importancia el juego de las tradiciones orales, y cómo éstas se reanimaban y enriquecían a través de las más diversas épocas con las leyendas cuyas versiones distintas eran a menudo contradictorias.

No se contaba, pues, con una literatura especializada que precisara adecuadamente los dogmas, sino que la costumbre, por encima de la letra escrita, llevó singularmente a su plenitud cabal el vigor de aquella religión. « Sus sacerdotes no tenían derecho a fijarla ni lo pretendieron ; los poetas y los filósofos la interpretan con una libertad hoy inconcebible », y sin embargo « el pueblo se apega a sus rutinas que, aún en la edad clásica, datan a veces de la prehistoria ». Desde un punto hermosa e insólitamente literario, Homero, fuente común con quienes todo y todos contrajeron deuda, halló entonces las expresiones más disímiles en el transcurrir de los siglos.

Consecuentemente, el divulgador mexicano hace el recuento de la ruta religiosa griega a través de la historia, desde los iniciales ritos agrarios y los sacramentos públicos hasta los rituales que le dieron valor como creencia *compartida.* Del entrecruzamiento del primitivo misticismo egeo con los brotes espirituales de otras regiones, hasta la idea formidable del Olimpo, que otorgaba configuración humana a dioses mayores y menores, surge la nueva religión así explicada.

« De la magia directa —dice Reyes—, que esclaviza el fenómeno natural en manos del jefe metafísico, se asciende a la postura ya menos activa y ya más bien consultiva de la adivinación. Se llega después a la imploración y a la plegaria. Se alcanza por último la cima desinteresada de la pura contemplación y el himno adorante. »

*

Pero donde Reyes alcanza su nivel más alto de gracia y frescura, de recreación vívida y galana, es en la *Mitología* :

Los dioses llevan a los héroes y viceversa. Los mitos constantemente se entrelazan. Al referirse a los dioses, no es posible pasar por alto

algunas fábulas de los héroes ; al tratar de los héroes, suele ser indispensable retroceder para señalar algunos rasgos del dios. Mucho más fácil que distinguir en concepto las personalidades divinas de las heroicas, es distinguir las respectivas prácticas rituales, y aún los altares y los templos que a unas y otras se consagran ; pero nada de esto compete al estudio de la mitología. Aún suele haber confusiones, como sucede con Heracles (hombre-héroe-dios) y con otros entes de condición doble o vacilante...

La noción de que ningún mito nos ha llegado en su forma primitiva es revalidada a través de tres transformaciones generales y esenciales : la de la edad épica, la de la edad trágica y la de la edad filosófica o sofística. Para todas ellas, el helenista ejemplar, aquel inolvidable « Homero en Cuernavaca », apela a los tratadistas de mayor garantía, sean éstos « puristas del mito » o « eclécticos del mito » (aunque dejando fiel constancia de los peligros de estos últimos : cierto falseamiento de la visión clásica, a pesar de la posible amenidad y variedad ; cierto adulteramiento de las perspectivas ; y así aconseja prescindir, y lo practica en su propio tratado, de muchos relatos o versiones órficos, alejandrinos, decadentes, bizantinos, romanos...)

El imprescindible prólogo de esta *Mitología griega* termina con un parrafito tan típico de don Alfonso (y tan meritorio por lo que prueba de bondad sin artificios, seriedad y no solemnidad) que si no supiéramos que es suyo, acabaríamos atribuyéndoselo sin discusión ni objeción posibles :

« En contados casos, y siempre con un guiño de inteligencia al lector, nos permitimos alguna observación de sentido moderno, casi a título de humorada. »

LUIS GUILLERMO PIAZZA

Germán Arciniegas : « Entre el Mar Rojo y el Mar Muerto »

No se suele destacar que América nació a la literatura con los libros de viaje de los cronistas indianos y que con los de Sarmiento y Groussac alcanzó altísimas cimas de prosa española. Esta pequeña obra de Germán Arciniegas es una muestra privilegiada de la venturosa unión que se opera en nuestras tierras entre la prosa de andar y la felicidad expresiva. Al leerla me brotaba una y otra vez esta palabra : madurez. Pero « madurez » es un concepto vacío, por sí solo apenas habla de una tranquila posesión de medios literarios preexistentes. En la línea estilística de Arciniegas esta madurez es, por de pronto, sobriedad, limpidez, equilibrio. Dificulto que haya aparecido en los últimos años un libro americano —y aun español— tan sobria y sabrosamente escrito. Aparte estas virtudes, que me interesa particularmente subrayar frente a la ruidosa tendencia a optar a la profundidad mediante el socorrido expediente de acentuar el feo, turbio y confuso decir, la obra constituye una agilísima crónica del Estado de Israel que escribió el autor cuando era embajador de Colombia ante ese país.

Arciniegas ha acertado a hacer muy bien dos cosas imprescindibles para este género de libros y que por lo simples son muy difíciles : mirar con incansable curiosidad y pensar con los ojos, no con prejuicios. Mas lo primero es una consecuencia de esto último. Un libro de viaje no debe darnos interpretaciones de las cosas, sino las cosas mismas. Es absurdo y superfluo que un hombre aniquile la portentosa fuente de sorpresas y asombros que regala cualquier tierra extranjera, viajando dentro de una inexpugnable celda de prejuicios, ideas y teorías. Por eso los hombres que tienen hábitos intelectuales y no saben renunciar a ellos sólo encuentran en sus viajes lo que quieren hallar, esto es confirmaciones. En este sentido la conducta del buen viajero es en principio estrictamente opuesta a la del buen hombre de ciencia. Este se diferencia del mero coleccionista en que se dirige a la realidad desde una hipótesis o un conjunto de ellas que le sirve para orientarse. Aquél se pierde denodadamente en la realidad y va dispuesto a vivir sobresaltado. Ese delicioso extravío, esa perpetua ofrenda de posibilidades que proporciona un viaje es casi lo único que lo justifica. Se dirá que nunca ha logrado nadie omitirse completamente ante la realidad, que las famosas metáforas de la tablilla de cera o del « speculum mentis » son bellas ilusiones y que siempre se deslizan desdenes o preferencias subrepticios. Pero aunque la observación es exacta no es interesante. En primer lugar ese ideal de autoexclusión es, como todos los ideales, utópico ; justamente por eso vale la pena perseguirlo. Además, si el forastero hace un esfuerzo para no mirar la realidad a través de ideas o interpretaciones reduce, en una medida mucho mayor de lo que se supone, el margen de diferencias que lo separa de los demás y a la vez logra que éstos cuando lo lean « «casi viajen ».

El arte de pensar con los ojos trae consigo, como decía, la inexorable consecuencia de la curiosidad. Hay que ir a buscar las cosas, ir y venir incesantemente, saber hallar en un de-

talle la punta de un enredado ovillo, dejarse tomar por las gentes y los paisajes.

Pues bien, todos estos requisitos se cumplen con rara plenitud en el libro de Arciniegas, este nuevo guía de vagabundos. El autor se ha desprendido de la frecuente tentación de seguir un orden cronológico, lo que a veces convierte a los libros de viaje en diarios íntimos en tierra extraña, y se ha arriesgado a proponer sus impresiones sin forzarlas a guardar un nexo lógico. Son sencillamente, fielmente, impresiones, y como tales, no ocupan más de dos o tres páginas cada una. Pero el conjunto de esa repetida dispersión constituye, increíblemente un libro. Arciniegas lo ha articulado en varias secciones, dos sobre Jerusalén, una sobre el desierto, otra sobre personalidades y una última sobre el campo. Además de incluir dieciséis espléndidas fotografías, el libro está ilustrado por cinco dibujos de la pintora colombiana Emma Reyes, que ha vivido en Israel.

Valga un pasaje como ejemplo de concisión y limpidez : « El mapa original de Israel era sencillo : al norte los pantanos de Hule envueltos en el rumor del mosquito y la fiebre ; al centro las piedras peladas del corredor de Jerusalén ; al sur los arenales del Neguev. El mapa nuevo es igualmente simple : al norte los pantanos desecados convertidos en huertos ; al centro los pedregales trocados en bosques ; al sur el desierto hecho trigales » (pág. 61).

El humorismo de Arciniegas, presente en cada página, alcanza en algunas singular acuidad. Así cuando transcribe algunas noticias de diarios escritos en ladino. Uno de ellos, « La Verdad » tiene este lema : « El uniko jurnal endependiente en judeo espanyol ». Para mostrar el alza del costo de la vida « La Verdad propone esta serie desconcertante de fonemas : « Los presyos pujan i pujan : todo karo endisparate de guevos, patatas i pechkado bivo ». Es el castellano viejo, fatigado y deformado por los siglos, que ha padecido una brutal distorsión gráfica y que está a punto de desaparecer. Hay un síntoma : en el Instituto de Filología de la universidad se lo estudia como una lengua casi muerta ; y hay una realidad : las nuevas generaciones ya no lo quieren practicar. De todos modos se han publicado colecciones de romances antiguos, que según afirma Arciniegas son de un valor literario notable. Nos comunica que Moshe Attias editó un *Romancero Sefardí* que contiene 136 piezas recogidas de la tradición oral del pueblo de Salónica o copiadas de viejos manuscritos. Arciniegas transcribe uno hermosísimo que seguramente ha de despertar el interés de todos los que *sienten* nuestro idioma y que comienza así :

Tres falcones van bolando
por las almenas del rey,
ni fallaban qué comeres,
ni fallaban qué beber.

No carece el libro de pasajes menos deliciosos. Una página impresionante es la que retrata un momento patético del proceso a Eichmann. Yeniel De-Nur es un autor popularísimo en Israel, que en el campo de concentración de Auschwitz escribió las novelas *Salamandra*, *El reloj adelantado* y *Casa de muñecas*. Este proceso judicial sirvió para que todos conocieran su verdadero nombre, pues firmaba sus obras con el seudónimo «« Ka-tzetnick ». Esta es una palabra que significa algo así como el hombre que ejerce la profesión de internado en un campo de concentración. « Este no es un pseudónimo », protestó De-Nur ante el fiscal. « Ni yo me tengo por autor de nada. Ni he hecho literatura. Yo he escrito, simplemente, la crónica del planeta Auschwitz. » El fiscal exhibe de pronto un pijama a rayas azules y De-Nur grita : « ¡Ese es el traje del planeta Auschwitz! ». A medida que habla, De-Nur va recuperando vertiginosamente su condición de Katzetnick nº 135.633 y comienza a vociferar « ¡Yo los veo, los veo, los veo!... ¡Sí, ahí están alineados : ¡vienen a llevarme a la cámara de gas!... ». Pocos segundos después todo su cuerpo comenzó a agitarse convulsivamente y cayó desplomado, como muerto, ante los ojos espantados de todos y los impasibles de Eichmann.

Al cerrar el libro uno advierte que conocía al pueblo hebreo desde siempre. Es el privilegio de las civilizaciones madres. Conocemos a Moisés lo mismo que a Ulises y si oímos hablar de él se incorpora en nosotros un hombre anterior a nosotros mismos y más puro y libre que nosotros mismos. Conocemos el lago de Cafarnaúm lo mismo que Itaca, con una memoria legendaria y fidelísima más fuerte que nuestra memoria. Y tenemos la impresión de que no llevamos el mito dentro de nosotros, sino que somos —como en las teogonías helenísticas y alejandrinas en que se abrazan el saber griego y el hebreo— emanaciones débiles, desvaídos rostros de remotos arquetipos divinos.

EZEQUIEL DE OLASO

José Luis Cano : « El tema de España en la poesía española contemporánea »

DON AMERICO CASTRO, el hombre que nos ha dado generosa y apasionadamente la clave necesaria para una intelección de la existencia histórica de España, escribió es-

tas palabras dignas de meditación : « Henos, pues, ante una historia que a la vez se afirma y se destruye en una continuada serie de cantos de cisne. » Es, en cierto modo, una respuesta a aquella acongojada cuestión planteada hace ya bastantes años por Ortega y Gasset : « Dios mío, ¿qué es España? » Y es que los españoles, a lo largo de sus mil doscientos años de existencia, han experimentado siempre una sensación de vacío vital, fenómeno al que don Américo denominó « vivir desviviéndose ». Otros pueblos, el francés o el inglés pongamos por caso, han vivido y viven en plena confianza merced a una perenne y firme creencia ; el español, no. Nuestra historia ha puesto de manifiesto en todo momento la dramática inhabilidad del *homo hispanicus* para hacer de España un país satisfecho, es decir, un país seguro de sí mismo.

Esa insatisfacción motivó sin duda que el tema de España fuese abordado con apasionada insistencia en la literatura española, desde el Siglo de Oro hasta nuestros días. Prueba de ello es el interesante florilegio reunido por la escritora Dolores Franco con el elocuente título *España como preocupación*. El tema de la patria es objeto de críticos ensayos, de amargas elegías, provocando clamores generales de amargura y desengaño, incluso de denuestos :

Reyno infeliz, país desventurado,
horrible muladar, rincón del mundo.
Caos de lobreguez, seno profundo,
entre tinieblas siempre sepultado.

En efecto, las quejas —a causa de las penas y dolores de España— de tiempos del Imperio se han convertido en verdaderos dicterios, como el que acabamos de reproducir, publicado en 1788. La decadencia española, junto con las guerras civiles que desgarraron varias veces el país, han acentuado ese criticismo que alcanza su máxima expresión con la generación del 98, cuyos hombres hicieron de España su tema y su drama.

La preocupación española ha dejado asimismo profunda huella en la poesía de todos los tiempos, particularmente en la contemporánea. El conocido poeta y crítico literario José Luis Cano nos lo recuerda en un magnífico libro que acaba de ver la luz con el título *El tema de España en la poesía española contemporánea* (Editorial de la Revista de Occidente, Madrid, 1964). Trátase de una antología en la que se recogen sesenta y cinco nombres, comenzando por los egregios de Unamuno y Machado hasta los poetas más recientes, lo cual representa un panorama bastante completo de la poesía española de los últimos tiempos. En la introducción, el autor ofrece una historia condensada de cómo ha evolucionado el tema España en la sucesión de las diversas generaciones de poetas. Y al mismo tiempo nos advierte que ha prescindido « de la poesía política propiamente dicha, es decir, de la que pone una clara intención de propaganda política, sea la que fuere ».

La lectura de los poemas elegidos por Cano pone claramente de manifiesto el pesimismo del español cuando se encara con la realidad cotidiana. Ya Ortega y Gasset advirtió que el español suele forjarse ilusiones sobre su pasado en vez de forjarlas sobre el porvenir. Prefiere, pues, recrearse con las glorias pretéritas y volver la espalda a las realidades presentes. Machado lo denunció en un verso profundo y sonoro :

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus harapos desprecia cuanto igno-
[ra.

Sin embargo, parece percibirse en los poetas de la nueva generación —que ha sido llamada generación del decenio del 50— un tono más bien de diálogo, impregnado de una mayor serenidad, aunque verdad es que no ha desaparecido el dolor, la amargura, la exasperación. A veces, también, como lo ha señalado José Luis Cano, « el poeta habla a su patria como un amante dolido y amargado podría hacerlo a su amada ». Pero, de todas las maneras, hoy como ayer, el común denominador sigue siendo el sentimiento angustiado y doloroso de España.

Victoriano Crémer, en su « Canto total a España », expresó esos múltiples sentimientos :

Te necesito, España
unánime y entera
como un clamor del viento
sobre la mar inmensa.

No España tuya o mía.
¡España nuestra!
Geografía íntegra, trasvasada en halago
de materna entereza.

. . . . . .

España de anarquistas y de obispos ;
—armonía compleja—
gran España, insaciable de sí misma,
más corazón que cabeza.

Otro conocido poeta, Gabriel Celaya, quisiera que el español se deje de quejas inútiles, de improperios —¿contra quién?— que no conducen a nada, para enfrentarse de una vez para siempre pleno de ilusiones con las realidades del presente y las posibilidades del futuro. En su « España en marcha » afirma :

Nosotros somos quien somos.
¡Basta de historias y de cuentos!
¡Allá los muertos! Que entierren como Dios man-
da a sus muertos.
Ni vivimos del pasado,
ni damos cuerda al recuerdo.

Somos, turbia y fresca, un agua que atropella sus comienzos.
Somos el ser que se crece.
Somos un río derecho.
Somos el golpe temible de un corazón no resuelto.

A todo antólogo se le plantea siempre, como algo ineludible, el problema de la selección. Y esto supone a su vez unas preferencias, que no coinciden siempre con la jerarquía de valores establecida. Por tal motivo toda antología rara vez encuentra una aprobación general. Habrá, pues, los inevitables descontentos que juzgarán los poetas incluídos en *El tema de España en la poesía española contemporánea* con arreglo a sus particulares puntos de vista. A mí se me antoja que José Luis Cano ha salvado, con la honradez e inteligencia a que nos tiene acostumbrados, los escollos con que tropezó al preparar su antología.

I.

Alejandra Pizarnik: « Arbol de Diana »

La orgullosa vocación de aquellos « que aman en el escritor la ausencia de facultades descriptivas o instructivas » provoca sin duda el gusto por las situaciones extremas, el rechazo de todo elemento periodístico o de catálogo en la información de la realidad, y flota sobre la poesía de Alejandra Pizarnik como esas zonas de aire caldeado que, en ciertos puntos del horizonte, abren incesantemente un abanico de espejismos. La pequeña zarpa dorada cuyas uñas dejan un rastro de cuatro o cinco versos sobre cada página de este libro (editado por Sur, Buenos Aires), a cada uno de sus movimientos, posee el fulgor de las propias desgarraduras que produce. Con estos poemas, brevísimos de extensión, dilatados en misterio poético, Alejandra Pizarnik, sobre cuyo nombre pasa el aullido del Snark, nos entrega una imagen que los sobrepasa dibujándose en la oscuridad con la imaginaria nitidez de una constelación. Algo que es sólo un ámbito, colores del alma, sensaciones de desamparo, de desafío, de náufrago que araña la arena. Pero sobre todas las cosas estos mensajes, grabados con la punta de un alfiler, nos dan la sensación inequívoca de una « «presencia ». Cada palabra es llevada a su más alto grado de funcionalidad y se desprende como la gota de agua fosforescente del vértice de una estalactita. Ninguna arquitectura retórica o intelectual se introduce en ellos, sólo sostenidos por la energía de la imagen en lo que ésta tiene de más vivo : su capacidad de producir una fusión súbita del mundo tangible y su secreto. Algunos producen el efecto de ese pequeño círculo de luz remota que en la negrura de un túnel señala la salida y *da a otra parte*. La historia que nos relatan no es sólo la de *la silenciosa en el desierto*, la de *la hermosa autómata*, la de *ese lugar donde la dormida come lentamente su corazón de medianoche*. Es asimismo el indescifrable folletín de una viajera, presumiblemente extraña, que llega sola a un hotel, mucho después de medianoche, a quien se introduce en una inmensa habitación vacía, vasta como la calle y llena de helechos en los rincones, donde acaricia en la oscuridad el oro de sentirse ausente, salvaje, y de verse llegar hacia sí misma con una orden repetida por el susurro de las hojas. Tales poemas no tienen otro tema, pese a todo, que el relámpago circular que propagan como las ondas de una piedra en el agua.

Alejandra Pizarnik, asimismo, sale indemne de esas asechanzas que consisten en abrir las puertas del poema a notaciones de mero valor informativo, destinadas simplemente a narrar, no a « recrear » un latido o un instante, en el sentido en que entiendo la poesía, como transmutación de una realidad inmediata y circunstancial a un plano de revelación. Si tal exigencia se obedece hasta el riesgo de dejar en la zaranda mágica sólo una pequeña partícula fosforescente de materia poética, creo, de todas maneras, que es un riesgo que vale la pena de correr y al que « la pequeña dormida » se abandona con una despreocupación que da la medida de su finísimo oído para captar esos leves movimientos líricos que constituyen la nervadura central de sus poemas. La síntesis que los preside es la misma que concentra en el foco más reducido la mayor intensidad luminosa y

(DIBUJO DE SORIA, EN « EL CIERVO »)

calórica de una lente convexa. Sabido es que ese foco, asestado sobre la mano o el corazón, quema. Octavio Paz, cuya voz tiene la lucidez de la auténtica poesía, señala, en el hermoso texto que encabeza el libro, esa mezcla de vigilia y posesión tan propia de los versos de Alejandra Pizarnik y que, por otra parte, se experimenta siempre ante su presencia, ante sus cabellos permanentemente substituídos por algas o grandes pájaros calcinados. Los poemas de *Arbol de Diana* no pretenden, en fin, ser otra cosa que pequeñas incisiones de las que mana, como de ciertos cactos del desierto, la leche ahumada del sueño. De nuevo volvemos a encontrarnos aquí con su juego de amenazas y reverberos, dotado de un alto poder de cristalización. Terrenos flotantes en los que instala esos « hai-kais » del insomnio, esos rápidos poemas suyos de cabeza felina.

ENRIQUE MOLINA

Carmen Conde: « Jaguar puro inmarchito »

La escritora española toma contacto con la realidad de América (« Nicaragua-Castilla », Madrid, 1963) con no menos asombro que sus antepasados de hace más de cuatrocientos años, pero su actitud de descubridora no tiene la audacia arrogante de los precursores, sino la conmovida y dolorosa sorpresa de una mujer que llega a « *la América nuestra, que tenía poetas / desde los viejos tiempos de Netzahualcoyott* », esa que « *aún reza a Jesucristo y aún habla en español* », para descubrir la sobrevivencia de la raza indígena, en su hermetismo extático, dentro de un escenario bárbaro que avasalla a la europea civilizada : « *Las lagunas, la estremeciente espalda de la cordillera andina* », esas « *quietudes extrañas de hombres y de cosas* », « *la sospecha del temor a fabulosas criaturas de la tierra* », el sabor de la piña o el tacto de la orquídea, la tremenda convivencia al lado de un tumulto pujante de maquinarias y progresos, todo le golpea con broncas melopeas en el antiguo mundo nuevo que se le muestra.

Lo ha penetrado por Nicaragua, cuna sagrada de Darío, y la sacude un clamor de sol distinto, sol americano que hizo prosternar a los indios hace miles de años. Se siente en pleno roce de misterios : « *No sé, no conozco, no intuyo. Temo. / Vengo de lo seguro, de lo olvidado mío / y vuestro ; pero ignoro. Lo ignoro todo, y busco / con esta mirada que se ahoga en círculos / de todos los resplandores, / una tierna evidencia fraternal* ». Lagos y volcanes le están hablando en una nueva lengua desgarrada, que oye con recogido pánico, porque se genera en lo más enigmático de la telúrica complejidad ignorada, que se exterioriza y plasma en el indio, inmutable, ausente : « *Esa es la distancia. Así se ausenta un hombre* », dice expresivamente. Son dos mundos que se enfrentan, que se siguen enfrentando como hace siglos ; ve desafío en su quietud aparente, y, ella misma, siente reincorporarse en su interior una memoria ancestral, que renace ante la patética realidad que la golpea ; por esas calles de un país remoto, vuelven a cruzar « *mis pasos lentos / de viejísma española resurgiendo en Managua* ». Le duele en lo vivo el indio, « *El indio no tiene prisa, pero yo sí* » ; se rebela por él, « *podrido de sol y de duelo callante* », en un clamor vano, protesta sofocada por la sumisión de ese hombre que no sonríe y quizás no recuerda.

Hace en Puerto Rico el peregrinaje hacia el alma de los dos poetas españoles que allí soñaron y murieron, Pedro Salinas y Juan Ramón Jiménez, como quien va al reencuentro de amigos perdidos, y se siente conquistadora de una dimensión mágica : « *Porque me siento en retorno, recuperándolo todo : / desde el volcán a la fiera, / desde el pájaro a los bosques, / desde el caimán a los frutos...* » El ribete de la ola que besa la maravillosa isla del Caribe, es, ya, « *el umbral de la patria distante* ». La comunidad de la lengua es la nave fraterna, el «*habla dulce y lenta* », « *sangres todas / del universo ardiente que el mar reúne y funde* ». El interludio atlántico, acorralado en su eternidad de olas, resulta experiencia fascinante, de trascender filosófico, pues el mar es lo que sueña y a veces tiene, pero desde ahora y para siempre, inolvidable. Se lleva todo para el regreso. Apasionadamente rememora la tierra americana « *de la fiereza loca* » ; ha sufrido el choque violento de un universo de selvas y volcanes, de lagos y de islas, se le ha contagiado su convulsión telúrica, y todo se incorpora, perenne, en « *el doliente jardín de la Memoria* ».

Poesía de raíces metafísicas, de estructura firme, como el pensamiento de quien la escribe, confirma esa estimativa de « poesía inteligente » con que siempre hemos definido la de Carmen Conde, tan segura de su acento, de su acendrado destino de creadora sin concesiones, que evita la blandura y no deja ver las magulladuras del alma, para que la imagen nazca equilibrada y lúcida.

La experiencia americana es una instancia que enriquece noblemente la poética de Carmen Conde, una de las voces mayores de la poesía española contemporánea.

DORA ISELLA RUSSELL

notas

Lecturas infantiles

Una alusión hecha incidentalmente por Germán Arciniegas en una de sus glosas periodísticas, me indujo a realizar un viejo anhelo aplazado : volver a leer Platero y yo, *el famoso texto de Juan Ramón Jiménez, respecto del cual Arciniegas, de la misma manera que muchos otros autorizados escritores de España y América, manifestaba la convicción de que era altamente recomendable para la lectura infantil.*

No sé cuántos, pero deben ser por lo menos treinta y cinco años los que median entre mi primera lectura completa de Platero *y esta de ahora. El dato cronológico que doy, carece por completo de interés para los lectores. Se ofrece, sin embargo, como una prueba de humildad intelectual : de esa primera lectura total no me quedó infortunadamente ningún recuerdo. Por lo tanto, no puedo alardear, como es de usanza en los recordatorios literarios, de que « desde mi más lejana juventud » era ya un catador de bellezas y un alma « exquisitamente sensible » para la poesía. En realidad era un ignorante de todo ello y de mucho más, de infinitamente mucho más que todavía no he conseguido aprender. Por otra parte, además de la ignorancia del joven lector de Juan Ramón Jiménez, se agrava el caso con la probable estupidez del infante : de niño me fue regalado ese libro y no pude leer más de dos o tres páginas, a pesar de todas las recomendaciones, elogios y encarecimientos hechos por personas mayores, temerariamente empeñadas en conquistar, para el goce y disfrute de la belleza literaria, a un pequeño bárbaro irreductible. La nota lírica en que se apoya íntegramente la arquitectura verbal de la creación de Jiménez, y su gracia luminosa y su misterio poético, no podían ser aprehendidos, percibidos y gustados por el bárbaro simple y natural de la primera edad. Par él, que demoraba encantado en el territorio pre-literario, pre-artístico y paleolítico de los héroes de Salgari y de Verne, el pequeño breviario estético donde Juan Ramón Jiménez instala un diálogo espiritual entre el poeta y el asno más fino y más sensible de la literatura española, resultaba exactamente el clásico libro recomendado con inconsciente crueldad pedagógica por las personas mayores a la infancia indefensa. Es decir, un libro para la emergencia indicada prodigiosamente tedioso, donde « no pasaba nada », y donde todo eran « palabras, palabras, palabras ».*

No se crea por esta última cita, que el niño de marras ya había leído a Shakespeare. A veces los niños ignorantes y bárbaros coinciden literal y literariamente con el genio. Pero es pura casualidad. Acción, actividad, aventura, hazañas como las del Capitán Nemo, como las del Pirata Negro, era cuanto solicitaba esa pueril imaginación, cuanto podía satisfacer esa sensibilidad. Suponer que a cambio de esto, un niño puede o debe entusiasmarse con Platero, *constituye el símbolo de una sistemática equivocación de la pedagogía y la manifestación más obvia y común de la vanidad humana en el orden de la cultura. Los pedagogos, desde cuando apareció por primera vez sobre la tierra esta meritoria y utilísima plaga, han creído que las grandes obras literarias de todos los tiempos y de todas las lenguas, son reductibles a la sórdida categoría de textos de enseñanza escolar. Y claro está que lo son, pues en materia de profanaciones por uso y destinación, todo se puede hacer. Ya lo dijo Valéry con sobria desolación : « Tout s'achève en Sorbonne ».*

Estimulados incansablemente por la pedagogía y por los pedagogos, los demás hombres creemos, sin ningún género de sospechas, que nuestra legislación intelectual de personas mayores es válida para toda edad, y, singularmente, nos servimos de ella con una seguridad, una vanidad y una suficiencia realmente conmovedoras en el momento de aplicarla a nuestros hijos y a los hijos de todas las generaciones que se coloquen al alcance de nuestra temeridad. La noción, completamente falsa, sobre la validez absoluta y universal de esa legislación intelectual y literaria, configura uno de los más perturbadores principios de cualquier programa educativo, de cualquier empeño por ampliar el radio de la cultura y, de manera más concreta, de cualquier plan de carácter pedagógico sobre lecturas infantiles. La falsedad de esa

reacción es fácil de demostrar. Consiste en esto: la apreciación de la belleza, de la presencia estética, es una función espiritual que se adquiere o no se adquiere. Pero que no se da infusa. Debe conquistarse. Y puede que no se conquiste jamás a causa de una incapacidad natural, insuperable, para percibir esa clase de valores. Una irredimible vulgaridad de alma, una invencible sordera de la inteligencia, una indomable dureza de la sensibilidad, una falta total de disposición del ánimo para recibir cierto tipo de mensajes, invalidan, imposibilitan el acto de la apreciación, de la comunicación con el objeto estético.

De donde se deduce que si esa apreciación, esa percepción de los valores de una obra maestra llega como final de una tarea, de un largo quehacer, y es, por lo tanto, una conquista, el concepto generalizador que atribuye a los niños un cierta dotación de la sensibilidad y de la inteligencia que ha de permitirles gozar, inexorablemente, con Homero, con Dante, con Cervantes, etc., o en el caso particular, y menor con relación a los genios citados, de Juan Ramón Jiménez, es esplendorosamente falso y pernicioso. Pernicioso porque la desgana, el desapego, la inapetencia que se producen muchas veces de por vida para obras y autores de primera categoría, se originan en el empacho obligatorio que de tales obras y de tales autores se obligó a sufrir, dentro de los planes de enseñanza, a los paladares infantiles. De esta suerte, esos paladares quedan prematuramente estragados, hostiles a un alimento espiritual que requería un proceso natural de adaptación para desarrollar, si la persona era apta, la apetencia y el gusto por esas creaciones.

La pedagogía, la sociología, la Cultura —así, como materia específica aparte— y, en general, los planes de acción encaminados a obtener el índice más alto posible de salubridad espiritual para los pueblos, constituyen en cierta manera y por ciertos aspectos, una verdadera calamidad. En nombre de esas categorías —la Pedagogía, la Sociología, la Cultura— que el colectivismo y las dictaduras correspondientes elevan al trono de los despotismos como deidades tutelares de la acción pública « que ha de redimir a las masas de su ignorancia », se cometen las mayores tonterías y los más detestables engaños. Pero de esa obsesión no escapa tampoco ninguna sociedad burguesa, capitalista o semicapitalista. Es idéntica en todas las sociedades contemporáneas. Dentro de esa obsesión, los programas de lecturas elaborados o recomendados con el criterio de que entre el clasicismo universal y el folklore nacional debe realizarse preferentemente el primer contacto del espíritu infantil con la literatura, resultan catastróficos. Para librarse de la aversión que un texto clásico puede suscitar en un niño o en un adolescente a quien se obliga, como tarea escolar ineludible, a leerlo y explicarlo, se requiere toda una vida. Y, a veces, ni una vida alcanza, como no le alcanzó al anciano moribundo que —como es bien sabido—, convocó en torno de su lecho a la familia para revelarle el gran secreto de su existencia, guardado púdica y celosamente desde la infancia y cuyo peso insoportable había gravitado sobre su vida. « Quiero comunicarles, —dijo—, que me carga el Dante. » Es de creer que murió tranquilo.

Esta anécdota, tan vieja y conocida que da un poco de vergüenza servirse de ella, tiene el mérito de que simboliza la ineficacia mortal de las fórmulas más usuales para la adquisición del « amor a la cultura », del « amor al arte », del amor a la belleza », etc., que presentan los gobiernos, las organizaciones internacionales, los técnicos al servicio de esas organizaciones o por fuera de ellas, los profesionales de la pedagogía, los sociólogos profesionales, los apóstoles universales, continentales o nacionales de la cultura. La infancia y la adolescencia reciben el impacto de esas fórmulas que recomiendan « lo mejor de lo mejor », es decir, la lectura y estudio de los clásicos antiguos, de los clásicos contemporáneos y de los clásicos de cada región. ¿Pero no es ello el colmo de la vanidad? Ni la infancia, ni la adolescencia constituyen edades adecuadas para amar a los clásicos, para amar a los grandes autores. La obra literaria perfecta es siempre una unidad cerrada, una totalidad que no entrega su secreto sino tras un largo asedio amoroso que se parece mucho a un propósito de violación. La infancia no es edad para ese asedio, ni para ese amor.

He aquí cuán lejos nos ha llevado la huella de Platero, vuelta a encontrar en el lejano recuerdo del primer encuentro con su imagen de felpa y de plata.

HERNANDO TELLEZ

HOMENAJE NOTABLE A ALFONSO REYES

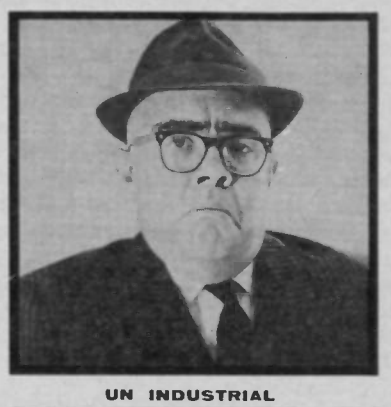
La nutrida Misión Cultural Argentina que visitó a México durante julio y agosto, rindió un singular homenaje a la memoria de Alfonso Reyes, tal vez el acto más emotivo de todo el programa.

Así, con otros intelectuales mexicanos, se reunieron en la Capilla Alfonsina, en esa enorme biblioteca con una cama que mantiene solícitamente la viuda ejemplar doña Manuelita, el poeta, ensayista, actual asesor cultural del ministerio de Relaciones Exteriores de su país Marcos Victoria, la extraordinaria novelista Silvina Bullrich, el ensayista y sociólogo Carlos Alber-

quien tiene

UN MILLON DE DOLARES?

UN HACENDADO



UN INDUSTRIAL

UNA VIUDA RICA

UN PLAYBOY

UNA HEREDERA

Y USTED!

Colombia le invita
a participar en el

SORTEO EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD 1964

El

SORTEO EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD 1964

Está formado por las principales Loterías de Beneficencia Pública del país, y rifa premios por un valor de $ 22.680.000.oo (Aprox. U. S. $ 2.680.000.oo)
El sorteo se efectuará en Bogotá, el 22 de Diciembre de 1.964
Vea algunos de los magníficos premios que le ofrecemos.

PREMIO MAYOR	**Ps. Col. 10.000.000.oo**	**Aprox. U.S. $ 1.000.000.oo**
1er. Premio Seco	Ps. Col. 3.000.000.oo	Aprox. U. S. $ 300.000.oo
2o. Premio Seco	Ps. Col. 1.000.000.oo	Aprox. U. S. $ 100.000.oo
3o. Premio Seco	Ps. Col. 1.000.000.oo	Aprox. U. S. $ 100.000.oo

VALOR DEL BILLETE U. S. $ 60.00

Haga sus pedidos a: **SORTEO EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD**
Manizales (Colombia) Apartado Aéreo 161

SORTEO EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD 1964

Respaldado por las Loterías de Beneficencia Pública de: CUNDINAMARCA-VALLE-MANIZALES-Libertador-Tolima-Boyacá y Armenia.

to Erro, dirigente de la Sociedad Argentina de Escritores, el filósofo Adelmo Montenegro, el gran editor Osvaldo F. Colombo, cuyo padre inició la empresa editorial que lleva su nombre ya famoso, precisamente bajo el patrocinio de don Alfonso, entonces embajador mexicano en Buenos Aires, y el ilustrador de manuscritos de los más conocidos autores argentinos —Borges, Victoria Ocampo, Murena, Bioy Casares, Mallea, etc.—, Juan Carlos Benítez.

No importan tanto las palabras alusivas pronunciadas en tal lugar y ocasión. Importa, sí, el hecho conmovedor del homenaje : escritores, a un escritor ; desde tan lejos, hasta aquí.

El hombre de letras, como profesión, no tiene un larga historia. La retórica, la dialéctica, la oratoria, pueden ostentar una tradición que en rigor parecería inaplicable a la composición de prosa imaginativa. Se ha notado (*Diario* de los hermanos Goncourt, edición de Galantière) que la idea del *escritor como artista* fue peculiarmente inventada por el siglo XIX, difundida primero por alguien como Gautier y después a través de Flaubert hasta Henry James...

Alfonso Reyes fue un hombre de letras cabal. Escribiendo con seriedad (en esencia, ya que burla burlando muchas veces arribó al fondo de las cuestiones más importantes), pudo sentirse « solemnemente consciente de practicar un arte ». Al rendirle este homenaje, *en su casa*, los intelectuales y artistas argentinos presentes ejercieron un noble testimonio. Pues el genio, en todo el mundo —indicó Melville y Edmund Wilson aplicó la frase a su libro indispensable *The Shock of Recognition*—, se da la mano, y una conmoción de reconocimiento da toda la vuelta completa.

No fue casual que en el curso de esta emocionada y emocionante conmoción a que asistimos, los hombres de letras del Sur evocaran los términos que para explicar lúcidamente a su propio país platense usó una vez el gran escritor mexicano. En aquel tiempo, 1930, Alfonso Reyes, después de discutir con Ortega y Gasset sobre la complejidad histórica (« todavía muy semejante al tinte europeo ») del extremo mexicano, y el caso americano en toda su pureza (« historia leve, problemas de raza casi nulos, mezcla reciente de pueblos que se transportan con su civilización ya hecha, a cuestas... ») del extremo argentino, había preguntado no sin cierta honestísima perplejidad :

¿Cómo explicar, entonces, que sea el Sur el que da el ejemplo de una estabilidad a la europea, una conformidad aparente con las ventajas de un modo social ya para siempre conquistado, mientras que el Norte se convulsiona entre los ensayos de nuevas políticas, nuevas doctrinas de la felicidad? (Recordemos otra vez, estos interrogantes eran los planteados en 1930.)

Aquí en México y en 1964, el visitante Erro (tras describir su admiración por el progreso local), puso especial énfasis en repetir la respuesta que dio el mismo Reyes y a la que calificó como clarividentemente profética :

« Creo, honradamente, que hay motivos mecánicos a la vez que históricos para sospechar que, mientras más historia se acumula, mientras más resorte de tradición se adquiere, mayor es el empellón con que se adelanta hacia la conquista de caracteres nuevos ; al menos, en tanto que el organismo está vivo o no ha entrado ya en decadencia. Y creo, honradamente, que todavía a orillas del Plata tiene que liquidarse la cuenta histórica que ya conocemos por el ejemplo de la Roma clásica : el duelo entre los patricios y el pueblo de procedencia extranjera, que acaso acabe por dar otro carácter inesperado a las nacionalidades del Sur... »

LUIS GUILLERMO PIAZZA

DEBATE SOBRE EDUARDO MALLEA

Eduardo Mallea, el novelista de *La bahía de silencio*, el ensayista de *Historia de una pasión argentina*, continúa siendo un fermento vivaz en la cultura americana. El Centro Argentino por la Libertad de la Cultura inició sus actos literarios de 1964 en Buenos Aires precisamente con un análisis polémico de su obra.

El tema se planteó bajo el título de « Realidad y Vigencia de la pasión argentina de Eduardo Mallea » y tendía a esclarecer el grado de compromiso de este escritor con los problemas de su tiempo. A los efectos de lograr un mayor precisión en el debate, se fijó un papel a cada uno de los tres participantes : Carlos Arcidiácono, crítico y narrador joven, que obtuvo uno de los premios del concurso de cuentos organizado por las revistas *Cuadernos*, de París, y *Sur*, de Buenos Aires, actuó como acusador ; Ezequiel de Olaso, ganador del último concurso del periódico *La Nación*, con su libro *Los nombres de Unamuno*, ejerció la defensa, mientras que el cuentista y ensayista Mario A. Lancelotti fue juez y coordinador del debate.

Abrió el acto el escritor H.A. Murena, quien presentó a los participantes y se refirió al espíritu de estas reuniones. Aclaró luego Lancelotti que la discusión versaría sobre una constante evidente en el autor de *Todo verdor perecerá* : su afán por interpretar a la Argentina. Inmediatamente Arcidiácono comenzó su acusación afirmando que si bien la preocupación de Mallea es positiva en cuanto implica una apelación a la conciencia y a la moral, soslaya en cambio la auténtica realidad argentina que intenta describir. Luego de recordar que para conjurar el mal de la llamada « Argentina visible » Mallea

elogia en el argentino « la exaltación severa de la vida » y el logro de « un alma bien educada », Arcidiácono opinó que para contrarrestar un mal que hasta cierto punto es universal hace falta algo más que « un alma bien educada », argumento retórico y en todo caso obvio : hace falta, dijo, adscribirse directamente a un frente de lucha. Se refirió luego Arcidiácono al « personalismo dialéctico » de Mallea, defecto que lo lleva a establecer erróneamente un artificioso paralelismo entre su intimidad y su contorno. Añadió que ese defecto se acentúa en la medida en que su posición filosófica se prolonga en sus criaturas novelísticas, quienes de tal modo, más que obrar por su cuenta, responden con tiránica sumisión al prejuicio del autor y pierden « su carnadura vital ». Citó luego un párrafo de *La vida blanca* como ejemplo de que Mallea ha sentido la necesidad de calar más hondo en el problema que lo preocupa. Arcidiácono concluyó lamentando que Mallea no hubiera dado a conocer *La vida blanca* —escrita en 1942— hasta 1960, pues « esa obra es un auténtico testimonio en el que el autor reconoce que nuestra América no es Europa ni es Africa ni es Asia ; es otra cosa, es lo que, con palabra universalmente actuante, sobreviene ».

Para refutar los puntos de vista de Arcidiácono hizo uso de la palabra a continuación Ezequiel de Olaso, quien afirmó que « la exaltación severa de la vida », exaltada por Mallea, está lejos de constituir una observación obvia, si se tiene en cuenta el momento —1937— en que fue escrita *Historia de una pasión argentina*. Manifestó que era demasiado fácil juzgar esa obra desde 1964, en que las condiciones son otras. Dijo Olaso que la intención de Mallea es más modesta y a la vez más profunda que la de « precipitarse a un frente de lucha ». Consiste, más bien, en crear en el argentino un estado de preocupación. Agregó que no le parecía justo concentrar el ataque a Mallea en un libro que es, como *Historia de una pasión argentina*, una obra confesadamente biográfica. Mencionó *La ciudad junto al río inmóvil* como obra en la que se plasman personajes movidos por problemas tan universales como el de la incomunicación y la angustia : vio en ella un alto ejemplo de la captación y el arte del escritor analizado. Olaso concluyó afirmando que no hallaba contradicción fundamental ninguna entre *Historia de una pasión argentina* y *La vida blanca*.

Tras el largo debate, el escritor Lancelotti, en su condición de árbitro, manifestó que en el fondo de lo debatido subyacía la cuestión, a su juicio bastante discutible, del compromiso entre el autor y su medio. Partiendo del punto de vista de que el único compromiso del escritor es escribir bien y de que no cabe juzgar al escritor por lo que no ha hecho, sino por lo que ha hecho, Lancelotti declaró que no encontraba un defecto en la circunstancia de que un autor vea las cosas a partir de sí mismo, pues los hombres no tienen otra posibilidad. Adujo además como atenuante para Mallea la circunstancia de que éste es hombre de una naturaleza predominantemente estética y de que por lo tanto sus obras de ensayo adolecerán siempre de un insalvable tinte poético. Concluyó señalando en Mallea dos condiciones que, a su juicio, debían reconocérsele sin discusión : la descripción certera a través de su novelística de cierta clase social relacionada con « la vida blanca » argentina y el mérito de haber sido en *Historia de una pasión argentina* uno de los primeros en dar la voz de alarma respecto al deterioro de la realidad espiritual de su país.

Temas y autores

Con vigor, con precisión, con gracia, con profunda convicción, JOAQUIN MAURIN escribe la biografía de un hombre extraordinario a quien *Cuadernos* consagra un homenaje al año de su muerte : « Kennedy en el pedestal de la historia »... ¿Quiénes le escriben los discursos a Goldwater? ¿Cuáles son los secretos de sus éxitos y sus debilidades? ¿Se han empleado en la campaña republicana métodos de Mao Tsetung por antiguos comunistas al servicio del candidato? RICHARD H. ROVERE da explicaciones fascinantes a estas preguntas en « Goldwater, ¿enfermedad de la derecha? »... A la pluma de ARNOLD TOYNBEE debemos hoy la evocación de Jawaharlal Nehru. Toynbee, sin haber sido un amigo de Nehru tuvo con él encuentros que le han permitido fijar en estos recuerdos la silueta del líder hindú. El ilustre MARTIN LUTHER KING, JR., cuya actuación ha sido tan señalada en los Estados Unidos en relación con el problema negro, ha cedido especialmente para *Cuadernos* su « Elogio de John Kennedy »... « Manuel », un personaje de *La familia Sánchez*, es un capítulo del ya famoso libro de OSCAR LEWIS, que cuando menos puede considerarse como una revolución en la técnica literaria. Lewis, con un aparato de registro magnético, se pone en conversación con personajes de la más baja clase en la ciudad de México, y hace su libro sobre esta base directa, sin literatura. La obra ha tenido en pocos meses un éxito sin precedentes en inglés, alemán, francés, etc., y ahora el Fondo de Cultura Económica de México, que lanza la edición española, da la versión más auténtica, pues es la pa-

B.D.I.C

labra de los personajes en su idioma, tal como ellos la dijeron. El Fondo nos ha cedido este capítulo como anticipación de la obra para nuestros lectores... Como lo ofrecimos en una edición anterior, damos hoy la « Historia original de Romeo y Julieta », tal como la escribió MATTEO BANDELLO, y de donde, como verán los lectores, Shakespeare tomó hasta los menores detalles. Es posible que antes no se haya traducido al castellano. La traducción la ha hecho Francis Bruno... Excelente éxito ha tenido en Francia la publicación del libro de CARLO COCCIOLI *L'aigle aztèque est tombé*, una imaginaria autobiografía de Cuauhtemoc. El libro aún no se ha traducido al español, Coccioli y la editorial Plon nos autorizan para ofrecer hoy la traducción de uno de los capítulos mejor logrados de este excelente libro... HERNANDO TELLEZ, el sagaz crítico colombiano, con la finura de que se vale para hacer la anatomía de las letras, aborda el tema de las « Lecturas infantiles » : ¿estarán al alcance de los niños? *Platero*, por ejemplo... ROLINA IPUCHE RIVA, que ha triunfado en Montevideo con su cuento « Reencuentro » en el concurso organizado por *El Día* y *Cuadernos*, es una escritora de carrera a quien este triunfo le da el prestigio de haber salido ganadora entre quinientos concursantes... Después de haber presentado en dos artículos anteriores los problemas de fondo que se discutieron en la conferencia de Ginebra para los países de incierto desarrollo, el periodista español JUAN ANTONIO CAMPUZANO, que ha hecho este trabajo para nosotros, quizás el más comprensivo que se haya publicado, presenta en este último artículo las opiniones de los « Cuatro grandes bloques económicos » : los Estados Unidos, la Unión Soviética, el Reino Unido y la América Latina... El profesor DAVID LAGMANOVICH aporta una contribución original y del mayor interés discutiendo « Lo americano en *Los Raros* de Rubén Darío », que ha sido la piedra de toque en los debates sobre el líder del modernismo... Tres poetas, el venezolano MIGUEL OTERO SILVA, el chileno ARTURO TORRES RIOSECO y el argentino CESAR TIEMPO (Israel Zeitlin) dan los sones líricos de esta edición en poemas tan diversos como sus orígenes, y como las tendencias de sus obras... Sumándonos a las celebraciones centenarias de Miguel Angel, nuestro redactor artístico el argentino DAMIAN CARLOS BAYON no sólo escribe « Miguel Angel inventor », sino que ilustra el texto con dos estupendas fotografías suyas ; porque Bayón, doctor de la Universidad de París, es un fotógrafo de primer orden. Por último, digamos a nuestros lectores que el bonito dibujo que ilustra el artículo sobre Nehru, ha sido tomado de la revista *El Ciervo*, de Barcelona.

Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

Director
GERMAN ARCINIEGAS

Consejo de Honor
Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Mariano Picón-Salas, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos y Erico Veríssimo

Redacción en París
Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

Consejo de Redacción
Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, José Luis Martínez, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

Arte
Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

Ilustradores
Sergio Trujillo Magnenat
y Adriana Figueredo

Corresponsales
Asunción : Josefina Plá
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela
Buenos Aires : H.A. Murena
Caracas : Guillermo Morón
La Paz : Fernando Díez de Medina
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz
Montevideo : Dora Isella Russell
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo
Nueva York : Joaquín Maurín
San Juan de Puerto Rico : María Teresa Babín
Quito : Alejandro Carrión
Santiago : Raúl Silva Castro
Tegucigalpa : Oscar Acosta

Redacción y Administración
23, rue de la Pépinière, Paris (8)
Teléfono : EUR. 37-59

Cuadernos

LAS PALABRAS
por J.-P. Sartre

•

LA AMOROSA MONJA DE PORTUGAL
Guillermo de Torre

INTIMIDADES DE RICARDO PALMA
Luis Alberto Sánchez

NOVELA NOVELA Y NOVELA BASURA
Arturo Croce

SEGUNDO PREMIO DEL CUENTO MEXICANO
Roberto Olivera Unda : "Los Gallos"

BIOGRAFIA DEL RIO BALSAS
Salvador Pineda

¿SE PUEDE COMER CARNE ARTIFICIAL?
Magnus Pyke

RECUERDO Y PRESENCIA DE UNAMUNO
Antonio Espina

POEMAS DE: **Enriquillo Rojas Abreu, Raûl Vera Ocampo y Osvaldo Rossler**

VENEZUELA, CUBA Y EL PETROLEO

POR ROMULO BETANCOURT

DICIEMBRE DE 1964 — N° 91

BANCO CAFETERO

BOGOTA - COLOMBIA

Oficina Principal - Bogotá

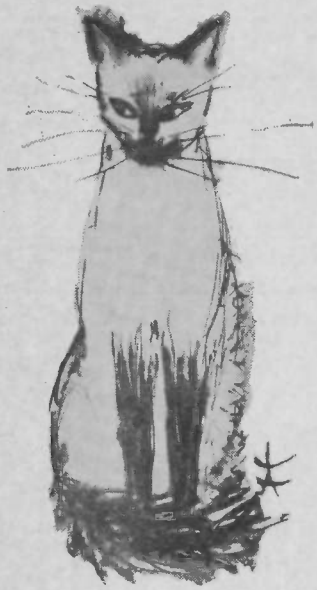
En Colombia la principal industria es el café, y el Banco Cafetero con noventa y cuatro oficinas localizadas en el territorio nacional, impulsa esta industria con crédito oportuno, financia el comercio exterior y presta todos los servicios bancarios para el desarrollo del país.

PARIS UNIVERSITÉ DE

CUADERNOS

DICIEMBRE DE 1964 N° 91

Cuba : Refinerias nacionalizadas y comercio con Europa	3	*Rómulo Betancourt*
Las palabras	13	*Jean-Paul Sartre*
Recuerdo y presencia de Unamuno	23	*Antonio Espina*
Carta inedita	32	*Miguel de Unamuno*
Ricardo Palma al descubierto	33	*Luis Alberto Sánchez*
Sudor y sangre en el Balsas	37	*Salvador Pineda*
Cautivos de los infieles	73	*Guillermo Gallardo*
ENCUESTA		
La novela en America latina	50	*Arturo Croce*
DIALOGO		
Defensa de Mariana Alcoforado, la monja portuguesa	53	*Guillermo de Torre*
RELATO		
Los gallos	62	*Roberto Olivera Unda*
ARTE		
Fotografias	49	*Carlos Castro Saavedra*
Napoleon y la guerra de España	65	*Luis Quintanilla*
POESIA		
Tres poetas latinoamericanos	10	*Enriquillo Rojas Abreu, Raúl Vera Ocampo* y *Osvaldo Rossler*
CIENCIA		
Carne artificial	78	*Magnus Pyke*
LIBROS		
« Spain under the Habsburgs », de John Lynch	82	*E. Salazar Chapela*
« Obra selecta », de Carlos Castro Saavedra	83	*Alejandra Pizarnik*
« Vida de Jose Ingenieros », de Sergio Bagu	85	*Ezequiel de Olaso*
« Gestos », de Severo Sarduy	85	*H.A. Murena*
« El tiempo que ni vuelve ni tropieza », de Julian Marias	87	*I.I.*
« Partidos politicos en Argentina »	88	*Alicia Justo*
NOTAS	90	*Luis Guillermo Piazza* y *Alejandro Carrión*
TEMAS Y AUTORES	95	



CELEBRÓ *Berlín una semana latinoamericana que puede tomarse como ejemplo de hasta dónde llegan hoy la curiosidad y el interés europeo por las cosas del Nuevo Mundo. De paso, preguntémonos:*

¿Conviene abandonar, por lo que a nosotros se refiere, la expresión Nuevo Mundo, por Tercer Mundo? En Berlín se acogieron las letras, la música, las danzas, las expresiones plásticas de nuestra América, y se las exaltó, no sólo llevándolas a los teatros y salones, sino en coloquios de mayor intimidad. Hubo un encuentro de escritores invitados por el Instituto Iberoamericano, que patrocinó la Unión de Sociedades de Escritores alemanes, en que participaron Ciro Alegría, Germán Arciniegas, Miguel Angel Asturias, Jorge Luis Borges, Eduardo Caballero Calderón, Joáo Guimaraes Rosa, Eduardo Mendoza Varela, Eduardo Mallea, Adalberto Ortiz, Julio Ramón Ribeiro y Augusto Roa Bastos, de una parte, y de la otra, Horst Bienek, Hans Magnus Enzensberger, Oskar María Graf, Günter Grass, Günter W. Lorenz, Wolfgang Luchtig, Curt Meyer-Clason, Rolf Schörs, Albert Theile y Günter Weisenborn. Se esperaba además a Jorge Amado, Drumond de Andrade, Juan José Arreola, Rosario Castellanos, Julio Cortázar, Alejo Carpentier, Carlos Fuentes y Mariano Picón Salas. El debate, que ocupó tres largas sesiones, se hizo en torno a la posición del escritor ante las transformaciones de nuestro mundo. Profesores universitarios y representantes de las grandes casas editoriales se hallaban entre el numeroso público que asistió y tomó parte en los debates. La sede fue el « Kongresshalle », el gran palacio de Berlín, en cuya sala de conferencias dos famosos actores, Edith Schneider y Peter Mosbacher, hicieron en dos noches lecturas en alemán de textos selectos tomados de obras argentinas, brasileñas, colombianas, cubanas, ecuatorianas, guatemaltecas, mexicanas, peruanas y paraguyas, que se publicaron en el último año. El número de obras latinoamericanos traducidas al alemán pasa hoy de mil títulos. Rafael Gutierrez Girardot hizo la presentación de cada autor. Las obras a que se hizo referencia se vendían en puestos instalados en el « Kongresshalle », y se veían en las vitrinas de todas las librerías de la ciudad. En los teatros se hizo la presentación de la música latinoamericana. Claudia Santoro dirigió un concierto de la orquestra sinfónica de la radio Berlín, en que además del estreno de su sinfonía N° 7, interpretó por primera vez en Europa el concierto N° 4 de Villalobos y la obertura de « El Fausto Criollo » de Ginastera. Se presentaron obras de Giastavino, Ginneo, Gnattali, Esteves, etc. En el campo folklórico, además de actuar el cuerpo de 120 artistas del ballet mexicano, hubo la presentación del grupo brasileño de la Samba, de los músicos de la marimba guatemalteca, de la bailarina del Salvador Morena Celiaré, del ballet folklórico Grancolombiano y del trío paraguayo de Alberto de Luque. La exposición de pintura, escultura y artes gráficas de América Latina se complementó con la muestra de 4.000 años de arquitectura mexicana. La semana de Berlín se extendió a visitas a las editoriales más importantes de Alemania, y a la universidad de Heidelberg... Así va difundiéndose por el Occidente la voz de nuestra América.

A.

Cuba : Refinerías nacionalizadas y comercio con Europa

POR ROMULO BETANCOURT

El 6 de julio de 1964, publicó el *New York Times* las extensas declaraciones del señor Fidel Castro a su redactor Richard Eder. Esa entrevista de prensa del dictator cubano causó sensación en los medios políticos internacionales. El jupiterino personaje, quien siempre habló antes como dueño de verdades absolutas, admitió en la entrevista, con humana humildad, que él y sus colaboradores erraron alguna vez.

No me propongo hacer enfoque global de lo que dijo el señor Castro al periodista norteamericano. Sólo analizaré lo relacionado con la posible indemnización del gobierno de Cuba a la compañía británico-holandesa Shell por la refinería que le expropió ; a detalles de entretelones, no bien conocidos, del proceso que condujo a la nacionalización de las tres refinerías instaladas en Cuba, y a la muy actual cuestión de las relaciones comerciales entre Europa y el gobierno de La Habana.

Castro dijo —escribe el periodista del *Times* de Nueva York— que su gobierno tenía el propósito de pagar indemnizaciones por las propiedades extranjeras de las cuales se incautó. Y comenta el entrevistador : « *Contactos preliminares se adelantan con la Shell, una compañía británico-holandesa, y con una compañía francesa de construcción, ambas incautadas.* »

Esta noticia actualiza el proceso, algunos de cuyos elementos permanecen en la penumbra, que culminó con la ocupación primero, y la nacionalización después, de tres refinerías petroleras que operaban en Cuba. Dos norteamericanas, la de la Texaco Oil y la de la Standard Oil, y una británico-holandesa, la de la Shell.

Estoy en posesión de algunos datos de cierto interés sobre este tema, obtenidos en el tiempo en que ejercí la Presidencia de Venezuela. Esa es la historia que voy a contar.

En los primeros meses de 1960, las compañías petroleras que suplían con *crudos* venezolanos las refinerías de Cuba, hicieron saber al ministro de Minas e Hidrocarburos de Venezuela que el gobierno de aquella nación tenía acumulada una fuerte deuda por los combustibles que les compraban.

En determinada ocasión —si no todas, alguna de ellas— preguntaron al gobierno de Venezuela si sería posible una deducción en el pago del impuesto sobre la renta por el atraso del gobierno cubano para saldar sus deudas. La respuesta no fue difícil, sino simple y fácil. Esas deducciones no eran aceptables. El gobierno venezolano no era fiador del de Cuba, y las Compañías habían comerciado con él por su propia cuenta y riesgo.

Hacia mediados de mayo de 1960, las Compañías anunciaron al gobierno cubano que no podrían continuar suministrándole gasolina y otros carburantes si pagos no se hacían sobre la deuda acumulada. Era muy alta para ese momento (1).

Después del anuncio que hicieron las Compañías al gobierno cubano de que iban a cesar en la entrega de combustible si seguían sin movilizar su cuenta con ellas, los acontenimientos se precipitaron. El gobierno cubano les exigió a las Compañías que éstas, en sus propias plantas refinadoras, trataran petróleo de procedencia soviética. Según versión de las petroleras, los gobernantes cubanos añadieron que no querían hablar de la deuda, y la declaraban congelada *sine die*. El 7 de junio de 1960, las Compañías hicieron pública su decisión de no refinar crudos soviéticos. El 26 de junio, el gobierno intervino y ocupó las refinerías de la Texaco Oil ; y el 1° de julio hizo lo mismo con las refinerías de la Standard Oil (New Jersey), y la del Grupo Shell británica. Las tres refinerías fueron nacionalizadas por decreto.

Resulta interesante señalar que el gobierno de La Habana no demostró ningún interés, ni antes ni durante la crisis con las Compañías petroleras, en comunicarse con el de Venezuela. Era el país donde se producía y exportaba el crudo refinado en Cuba. Las relaciones entre las Cancillerías de Caracas y de La Habana no podrían calificarse como excelentes para esa época. Ya las fricciones entre los dos gobiernos se habían iniciado. Esas fricciones no habían llegado, sin embargo, a extremos de tensión, porque aún no se habían iniciado desde Cuba la cruzada para quebrantar las bases del gobierno venezolano, con intención de derrocarlo.

Esa olímpica manera de ignorar al gobierno de donde procedía el petróleo consumido en Cuba, junto con otros elementos de juicio, me han llevado a la convicción personal de que el no pago de la fuerte deuda con las Compañías, y luego la petición que le formularon —absurda dentro del marco geopolítico del Caribe y de las normas que rigen la competencia en el mundo de los negocios— de que en sus plantas refinaran petróleo ruso, fueron pasos calculados. El objetivo era nacionalizar las refinerías y substituir por la U.R.S.S. a los suplidores tradicionales de combustible. Parte de esa estrategia fue ignorar al gobierno de Venezuela, que estaba en capacidad y dispuesto a influir para que las Compañías llegaran a un arreglo con el gobierno cubano sobre el pago escalonado de la deuda, y para que no se interrumpiera el flujo de crudos venezolanos hacia las refinerías de la Isla.

El interés nacional nos hubiera guiado en esa gestión. Cuba ocupaba el quinto puesto, en escala internacional, entre los mercados consumidores de petróleo venezolano. Estábamos preocupados por las incursiones del petróleo soviético sobre mercados europeos que tradicionalmente nos pertenecían ; y ya era algo para alarmarnos que también comenzara a invadir el petróleo exportado de Odessa y Leningrado los centros consumidores latinoamericanos.

La posibilidad de que la Unión Soviética se lanzara a una política de exportación de petróleo en grandes proporciones, a precios por debajo de los del mercado mundial, nos indujo a tomar contacto directo con las autoridades petroleras rusas. El ministro de Minas e Hidrocarburos, doctor Pérez Alfonso, hizo un viaje extraoficial a Moscú. Habló, razonó, explicó. Allá le enseñaron cifras y estimaciones estadísticas. Le dijeron que el consumo creciente del petróleo producido en el país

(1) Teodoro Draper en *Castro's Revolution, Myths and Realities* (Praeger, New York, 1962, p. 79), señala que el gobierno cubano había dejado sin cancelar, mes tras mes, las facturas que le presentaban al cobro las Compañías operadoras de las refinerías. La deuda acumulada la estima ese autor en US $ 76 millones. Draper es un crítico serio y documentado del régimen cubano. No son críticos, sino confesos simpatizadores de ese régimen, los profesores norteamericanos Robert Scheer y Maurice Zeitlin. Sin embargo admiten en su libro *Cuba : An American Tragedy* (Penguin Books Ltd., Australia, 1964, p. 183) que el gobierno cubano era deudor de las Compañías por unos US$ 50 millones, en petróleo y sus derivados recibidos, consumidos y no pagados. Excusan al gobierno cubano « porque eran extremadamente bajas sus reservas financieras ». No obstante esa limitación de fondos fiscales, decenas de millares de dólares —¿o millones?— estaba ya gastando para esa fecha el régimen del señor Castro para financiar las actividades políticas de grupos afectos a su gobierno y a su persona, en América Latina y fuera de ella ; y para sufragar el costoso turismo internacional de quienes arribaban a la Isla desde todas las latitudes a quemar orobias ante el Jefe Unico.

limitaba la capacidad de exportación rusa en los próximos años. Estuvimos así aprovisionados con referencias de primera mano para las discusiones con las Compañías petroleras operantes en el país, cuando éstas hablaban de reducir el precio de venta de nuestro petróleo para situarlo en condiciones competitivas ante una especie de « masivo dumping » que iba a venir de los Urales.

Este primer contacto con los rusos, para discutir tópicos económicos, facilitó una segunda conexión. Fue solicitada por el Embajador soviético en Washington, a través de nuestra Embajada en Estados Unidos. Nos pedía el gobierno soviético que en Caracas fuera recibido, por el ministro de Minas y por mí, su embajador en México, señor Vazjkin. La respuesta fue inmediata : sí.

En ambiente « informal », en torno a la mesa del desayuno en mi casa de habitación, nos reunimos el señor Vazjkin y yo. Nos acompañaban el Canciller y el ministro de Minas venezolanos. Después de los comentarios de circunstancia —el parecido en color del aristocrático caviar con nuestra plebeya y criollísima caraota negra, y en sabor con las huevas de sábalo— se entró en materia.

El diplomático ruso es persona maciza de cuerpo y directa al hablar, en su español correcto y flúido. Inició la conversación sobre temas de fondo. Me preguntó, con discreta manera de hacerlo, por qué mi gobierno no mantenía relaciones diplomáticas con el de la Unión Soviética.

Con franqueza y hasta candor le di las razones de esa posición de la Cancillería venezolana. Ya se había hecho una experiencia de relaciones diplomáticas con la URSS. Cuando llegué a la Presidencia de un Gobierno Provisional, entre 1945 y 1948, esas relaciones, establecidas con anterioridad, se continuaron. Los resultados fueron negativos. Venezuela sólo mantenía en Moscú un primer secretario, porque todos los candidatos a embajadores rehusaban aceptar un cargo en el que se les sometía a un rudo cerco policial, limitándoseles hasta el número de kilómetros a que podían alejarse fuera de la sede de la embajada. En Caracas, por lo contrario, el gobierno soviético mantenía un muy numeroso personal, desproporcionado con la aparente importancia de la Misión. Además del embajador y sus secretarios, había expertos y asesores de toda naturaleza. Y concluí, como remate de esa exposición de hechos y con alarde de buen humor :

— Nuestra policía, embajador, no se cuenta entre las mejor organizadas del mundo. Trabajo bastante le da controlar los pasos de los comunistas nacionales, ya lanzados por caminos de conspiración contra el gobierno. Comprenda usted que no podemos añadirle la carga de vigilar también a un tan numeroso grupo de comunistas importados, como sería el personal de la embajada soviética. El día en que se llegare a la convicción de que el comunismo criollo ha dejado de conspirar contra nuestro sistema democrático y de que la Unión Soviética no alienta internacionalmente ese tipo de conspiraciones, creo que no habría inconveniente para la reanudación de relaciones entre su gobierno y el de Venezuela.

Del tópico de las relaciones diplomáticas, tratado en forma tangencial y casi como un saludo a la bandera, el embajador soviético saltó a otro tema. Ese sí para ser analizado y desmenuzado. Se trataba de la misión concreta que le había dado su gobierno, y la cumplió formulándome a quemarropa una pregunta :

— Señor Presidente, con el mayor respeto desearía saber de usted si existen razones poderosas que impidan al gobierno de Venezuela suplirle petróleo de la nación a las refinerías de Cuba.

No fue meditada la respuesta, porque en los labios la tenía :

— Embajador, déjeme contestarle de inmediato. No hay obstáculo por parte nuestra para que el gobierno venezolano supla de petróleo crudo las refinerías de Cuba. Ese petróleo lo tomaría del *royalty*, o regalía, que recibe de las empresas privadas. La negociación se haría, eso sí, sobre bases concretas. Son dos las inmodificables condiciones nuestras. La primera, que el valor en dólares de cada embarque hecho hacia costas cubanas desde puerto venezolano debe estar previamente depositado en un Banco fuera de Cuba, en una cuenta del Banco Central de Venezuela. Existe ya el antecedente de que el gobierno cu-

bano espera recibir los combustibles procedentes de Venezuela como una donación ; y eso no es posible, porque se trata de una riqueza del pueblo venezolano que el gobierno no puede ni debe regalarle a ningún país. La segunda condición es la de que el transporte del petróleo debe ser una responsabilidad del gobierno comprador, porque Venezuela no dispone de tanqueros suyos y no puede ocuparse de arrendarlos para esa sola operación.

El señor Vazjkin pareció desconcertarse con la respuesta. Pensó tal vez escuchar evasivas y fue muy directo lo que se le dijo. Acaso la información suya era la de que el gobierno venezolano era tan « prisionero » de las Compañías petroleras que el Jefe del Estado se encontraba incapacitado para decidir nada en materia de comercio con hidrocarburos sin hacer una llamada telefónica previa, por larga distancia, a las oficinas del Rockefeller Center, en Nueva York, y a las de la Compañía Shell, en Londres.

La conversación se generalizó. El ministro de Minas aportó números para señalar nuestro interés en la conversación del mercado cubano, que ocupaba sitio tan importante entre los consumidores de los crudos venezolanos. Añadió que no veía cual podría ser el interés económico de la Unión Soviética en suplir un mercado tan alejado geográficamente de sus yacimientos petrolíferos.

Estuvo de acuerdo con esa apreciación el embajador soviético. Y se expidió sobre el tema con franqueza y amplitud. Dijo que para la Unión Soviética era muy gravosa carga enviar petróleo crudo desde el Mar Negro hasta La Habana, a lo largo de un extenso recorrido marítimo. Señaló que su país se había visto en la necesidad de arrendar una numerosa flotilla de buques cisternas para garantizar el transporte regular. Se hizo la observación de que el petróleo ruso, más rico en azufre que el pesado-caripito (la variedad de crudo venezolano refinado en Cuba), terminaría por dañar las instalaciones refinadoras de la Isla. El señor Vazjkin concluyó señalando otra razón adicional para que el gobierno soviético estuviera deseoso de no seguir supliéndole petróleo a Cuba. Era la de que el petróleo lo pagaba el gobierno cubano con azúcar y el pueblo ruso prefería el azúcar de remolacha al de caña, « porque es más dulce y a él está habituado su paladar » (2).

Nada más se supo del señor Vazjkin. La Unión Soviética continuó supliéndole combustible al gobierno cubano, y el tópico de las refinerías expropiadas es ahora cuando se pone otra vez sobre el tapete. Y no cayó en él tan misteriosamente como las brujas descendían por las chimeneas sobre las casas. Es la directa consecuencia de lo que sucedió en Washington el 26 de julio de 1964.

En ese día los cancilleres de norte, centro y sur América firmaron el Acta Final de la Novena Reunión de Consulta. En una de sus cláusulas se estableció la sanción, prevista en el Tratado de Río de Janeiro de 1947, del boicot económico al gobierno de Cuba. Los Estados miembros de la comunidad regional americana cancelaron cualquier clase de vínculo comercial con ese gobierno. Es una de las sanciones impuestas a ese régimen, y de acuerdo con regula-

(2) Estas apreciaciones del personero del gobierno soviético con quien conversamos en Caracas vulneran la tesis que sobre lo del petróleo en Cuba exponen los escritores Robert Scheer y Maurice Zeitlin (*Cuba : An American Tragedy* ob. cit. p. 185). Consideran que era previsible la nacionalización de las refinerías si rehusaban tratar petróleo soviético. Y dan las razones : 1) « el petróleo soviético era necesario para la industria cubana, por ser más barato y obtenerse a cambio del azúcar y no de dólares » ; y 2) « era esencial para la independencia económica, como los revolucionarios dicen ». ¿Logró el gobierno cubano esos objetivos? Compra más barato un petróleo que paga con azúcar vendido más barato ; y está por analizarse si el alto costo del transporte del Mar Negro al Mar Caribe no hace aún más ilusoria esa baratura del aceite mineral ruso. Y está dependiendo ese gobierno, en forma absoluta, de la Unión Soviética, seguro como está de que la vida económica de la Isla se paralizaría totalmente si deja de fluir el combustible que le aporta. Que algo de eso podría suceder en algún momento lo reveló bien el lenguaje tan diáfano con que se expresó el diplomático soviético en la entrevista resumida. Recordando una frase muy familiar en los escritos de Lenin se podría decir que la Unión Soviética está sosteniendo a la sucursal que tiene en La Habana *como sostiene la cuerda al ahorcado*.

ciones supraestatales establecidas en aquel tratado, por sus agresiones comprobadas contra Venezuela. La de mayor significado : haber introducido clandestinamente cuatro toneladas de armas por costas de mi país, para que comunistas entrenados en Cuba trataran de impedir con fuego de morteros y de ametralladoras las elecciones realizadas el 1° de diciembre de 1963 (3).

En la noche de ese mismo día 26 de julio de 1964, en discurso pronunciado en la ciudad de Santiago, el señor Castro replicó, con la ululante oratoria tan de su agrado, al severo documento de los cancilleres americanos.

El discurso, de más de tres horas, fue impreso en 43 páginas mimiografiadas. De esa prolija hojarasca vale la pena extraer las referencias que allí se hacen sobre la forma en que su régimen piensa librarse de la justificada cuarentena comercial a que ha sido sometido.

El señor Castro vuelve los ojos a Europa, y la tienta con ofertas reveladoras de cierta ignorancia suya sobre los complejos resortes del comercio internacional. Ello se aprecia al leer lo que dijo en su discurso del reciente 26 de julio.

« Desde el triunfo de la revolución, nosotros podemos comerciar libremente con Europa », afirmó. Dijo luego que la experiencia cubana era demostración de que Europa nada perdería con las revoluciones latinoamericanas, porque los países «liberados» comerciarían con Europa « en mayor grado de lo que lo están haciendo hoy ». Y concluyó, con actitudes de encantador de serpientes, situando la cuestión de las relaciones económicas con su gobierno como piedra de toque en las rivalidades comerciales entre Europa y Estados Unidos. Con el aplomo de quien se siente arquitecto de una maniobra genial, afirmó :

« *Es tonto creer que los países de Europa, a quienes los norteamericanos les quieren quitar los mercados; es tonto creer que los países de Europa, con quienes los norteamericanos compiten en América Latina, vayan a acceder en esta pretensión ridícula de que Europa no comercie con Cuba.* »

En esa argumentación simplista faltan algunos elementos, que son todos ellos importantes.

No es muy tentador para las naciones europeas un mercado como el de Cuba, nación que por la irresponsabilidad de su gobierno tiene una economía en quiebra. No parece lógico que gobiernos europeos continúen alentando el intercambio comercial con Cuba, después de que la comunidad regional americana acordó, con base en razones jurídicas inobjetables, el boicot económico del régimen de Castro. Y quedaría un tercer factor que considerar, que en sí mismo tiene peso específico propio: la conocida e irrevocable actitud de Venezuela de dar a escoger entre comerciar con el gobierno de Cuba, o comerciar con ella.

La opción no parece difícil. Mucho más de lo que llegaren a ganar países europeos comerciando con el gobierno cubano, lo perderían al poner en ejecución los obreros portuarios venezolanos el acuerdo público por ellos adoptado de no descargar barcos que lleguen a los muelles con bandera de naciones que con aquel gobierno comercien.

Esta decisión, adoptada en enero de 1964, fue ratificada el 13 agosto de 1964. En ese día la prensa de mi país publicó, y las agencias noticiosas internacionales transmitieron, un acuerdo de la Confederación

(3) El Premier Kruschev le dijo al senador William Benton, editor de la *Enciclopedia Británica*, y entre dos carcajadas, que esas armas las había contrabandeado a Venezuela o el Servicio Central de Inteligencia de los Estados Unidos, o Fidel Castro. Fueron este último y el gobierno de Cuba los que lo hicieron. 31 sub-ametralladoras y 81 fusiles automáticos tipo NATO formaban parte de un lote de armas vendido en 1959 al gobierno cubano por la « Fabrique Nationale d'Armes de Guerre », Bélgica, y así lo testimoniaron el Presidente y el Director General de esa Empresa, en documento del 6 de diciembre de 1963. El gobierno italiano y la « Società Apparecchiatura Produzioni Representanza Impiati » (S.A.P.R.I.) confirmaron que 20 bazookas (lanzacohetes) eran de un lote vendido al gobierno de La Habana en diciembre de 1959. Cinco cañones sin retroceso y cinco morteros, con dotación abundante de proyectiles para los cañones y de granadas para los morteros, provenían de los arsenales de Estados Unidos, entregados al gobierno de Batista. El motor fuera de borda utilizado por el bote de aluminio en que desde un barco fue trasladado a tierra ese material bélico, era de procedencia canadiense, y así lo testimonió la firma exportadora de Montreal, con garantía de su gobierno.

de Trabajadores de Venezuela. En él afirmaron el « apoyo unánime » de un millón quinientos mil obreros y campesinos organizados a la declaración de los Trabajadores Portuarios « *en la que esa organización informó que no descargaría barcos bajo bandera de países que comercien con Cuba.* »

Grave sería para cualquier nación europea que en Venezuela se desatara una bien articulada campaña de opinión pública para no comprar las mercancías de las fábricas de naciones que continúen comerciando con Castro, como réplica al desafío a los venezolanos implícito en la continuación de vínculos comerciales con quienes se han trazado la tarea, con la prioridad de lo irrenunciable, de atentar contra el derecho suyo a vivir en paz, en el disfrute de sus libres instituciones democráticas (4).

(4) Se ha especulado sobre la idea de que la agresividad del gobierno de Cuba contra Venezuela fue el resultado de una especie de irrefrenable odio mutuo que nos profesáramos el señor Castro y yo. Tengo entendido que así le enfocó la cuestión el señor Ernesto (« Che ») Guevara a mi amigo el doctor Carlos Lleras Restrepo, cuando se vieron en Ginebra a comienzos de 1964, en la Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo. Los hechos están demostrando que la ofensiva comunista desde Cuba es contra Venezuela y sus instituciones democráticas, y no producto de animadversiones personales del señor Castro. Yo no estaba ya en Miraflores sino mi sucesor legítimo, el Presidente Raúl Leoni, cuando el señor Castro desató otra vez su catarata de injurias contra el gobierno venezolano y de incitación a los escasos agentes suyos que quedan en el país para que lo derrocaran. Esto fue lo que dijo el iracundo dictador, en su discurso del 26 de julio de 1964, contra el gobierno de Leoni y como estímulo a las minorías terroristas que lo combaten : « *La realidad es que es un gobierno asustado por la fuerza creciente del movimiento revolucionario, porque aunque de esto no hablen los imperialistas, la realidad es que el movimiento revolucionario dirigido por las gloriosas Fuerzas Armadas de Liberación Nacional de Venezuela* (aplausos), *crece, se hace cada vez más fuerte, tiene numerosas bases guerrilleras que no han podido ser aplastadas por el gobierno proimperialista y corrompido que sucedió al igualmente proimperialista y corrompido gobierno de Betancourt ; y eso es lo que hay en el fondo de todo eso : ¡miedo! ¡miedo a la revolución, miedo al pueblo de Venezuela, miedo a los heroicos combatientes de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional!* (aplausos). *Y a raíz de este acuerdo de la O.E.A., respondámosles con un mensaje de saludo y aliento a los heroicos revolucionarios de Venezuela.* (Aplausos prolongados.) »

Venezuela, además, es un país, en contraste con Cuba, de poderosa economía en proceso de crecimiento acelerado. No es insolvente, porque la ha gobernado en los años recientes gente con experiencia administrativa, sentido de responsabilidad nacional y aptitud para escuchar críticas y enmendar errores. Sus reservas internacionales de 900 milliones de dólares son más altas que las de cualquier otro país de América Latina, y su comercio importador, que compra no sólo en Estados Unidos sino también en Europa, paga a fecha de vencimiento, porque existe prosperidad y se dispone de suficientes cantidades de monedas fuertes. Entre Venezuela y Cuba, parece lo más lógico que la elección de las naciones europeas se dirija hacia la primera.

La otra maniobra del señor Castro, conjugada con la de tentar a Europa con la manzana de los mercados latinoamericanos, parece ser la de ofrecerle a la Compañía petrolera Shell, anglo-holandesa, compensación adecuada por la refinería que le expropiaron en 1960. De ello se ha venido hablando desde hace meses, y la referencia publicada por el *New York Times*, recogida al comienzo de este trabajo, parece confirmarlo.

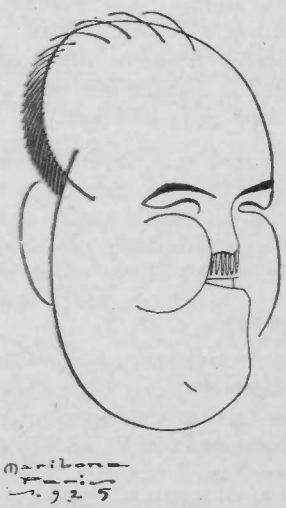
Nadie objetaría que esa empresa recibiera una indemnización por las instalaciones que le ocuparon. Harina de otro costal sería que la Shell llevara petróleo a Cuba y lo tratara en refinería recuperada. Esa empresa no lo hará, causándole al señor Castro una desilusión más y convenciéndole, si es que la gente con ego hipertrofiado es capaz de reconocer sus equivocaciones, de que el imperio suyo termina en Cuba, porque su poder político es interno y con el respaldo de una férrea maquinaria de terror policíaco.

Al afirmar que la Shell nunca iría más allá de recibir una compensación del gobierno cubano por la refinería nacionalizada, me apoyo en un razonamiento simple.

Esa Compañía petrolera tiene acumulada una experiencia de muchos años y en muchos países, porque Sir Henry Deterding la fundó en el siglo pasado y es la pionera de los grandes consorcios aceitíferos en la dispersión de inversiones y en la explotación de yacimientos en todos los continentes. Y no sería por eso capaz de desafiar la opinión democrática de América y el acuerdo de los cancilleres del 26 de julio. Mucho menos estaría dispuesta a desafiar la opinión de los venezolanos. Apreciable porción de su capital la tiene invertida en Venezuela y de los yacimientos que en ella explota extrae la tercera parte de su producción mundial.

Podría sintetizarse lo escrito señalándose que petróleo soviético tendrán que seguir tratando las refinerías nacionalizadas de Cuba ; y que no son favorables para el señor Castro, sino todo lo contrario, las perspectivas de continuar su comercio con Europa.

ALFONSO REYES (1925)



TRES POETAS LATINOAMERICANOS

Exacto de gorriones

Y me hallarás, exacto de gorriones,
sin una rosa más ni una de menos,
aguardando el milagro de tu paso,
como un espantapájaros que sueña
con la llegada de la primavera.

Cuánto buscar tu nombre en los cuadernos,
cuánto esperar por una primavera
y cuánto preguntarme cada día
qué nuevo sol me dorará la espera.

Ya no sé qué pedir, qué nueva estrella
inaugurar temblando en mis bahías,
ni qué rosa estrenar ni qué silencio
desflorar en mis manos de ávidas geometrías.

No sé qué nueva luz ni qué camino
se abrirán en mis días solitarios,
ni qué color de lluvia ni qué cielo
desatarán los pétalos del goce.

Ya no sé qué matar cada mañana.
Maté al niño que en mí se hizo poeta.
Maté después al hombre sin poesía.
Hay un sabor a crimen en mis manos
y ya no sé qué más asesinar.

ENRIQUILLO ROJAS ABREU

Requiem

Detrás del espejo
de un rostro
que imposible ronda
hace tiempo,
creces aterido hasta los brazos
gustas amargo
el sabor de la tierra, internada
su entraña baja
para destilar pesado, final,
el grito.

Presiento una morada
que corta atrás la carne.
Escucho toda vez
que culmina el curso
de una vena, un milímetro
de sangre detenido, recuerdo
que la historia ruge
o cansa iguales instantes;
alterado el ritmo
de nuestro descenso
al abismo, crees
entonces repetido que las flores
en las tumbas
son un rapto de paciencia,
que a pesar se sigue
creciendo.

RAUL VERA OCAMPO

Hombre de la montaña

Inexpugnable soledad rodea
al hombre de montaña, son inútiles
las palabras que intenten expresar
el desamparo de su vida, el árido
y largo transcurrir de su existencia;
hay demasiado viento y duro espacio,
demasiada quietud contra lo humano,
arenas, piedra dura, sol sin tregua
como formas de ausencia, sólo cabe
añadir nuestras bocas al silencio,
sentirnos solos junto al hombre solo.

Uno a veces los ve por la meseta
solitarios, inermes bajo el cielo
cultivando algún fruto de la tierra
o cuidando sus mínimos rebaños,
mientras brota de lo hondo del paisaje
una blanda fatiga natural.

Uno interroga entonces por las formas,
por la razón de ser, por el sentido
de nuestra civilización, ese hombre
que desafía al viento, abandonado
a su propio designio como bestia
de soledad, ese hombre que también
sabe amar y se aferra a su existencia
representa un prodigio de firmeza
en el vivir, en aceptar su dura
felicidad, los combatidos ámbitos
de la montaña vasta como un mundo.

Otra vez los he visto controlando
estaciones y vías ferroviarias
para un tren solitario que transcurre
de semana en semana, de año en año,
midiendo la caída de la nieve,
excavando la piedra, analizando
minerales extraños. Suelen ser
hijos de la ciudad pero han optado
por trabajar en la montaña, atados
a la profunda hostilidad del medio,
como pagando alguna extraña culpa
o desdeñando simplemente vínculos
de la vida afectiva, los desórdenes
de todo amor, de toda convivencia.

La montaña se yergue, es amplia, es bella
como una tentativa del espíritu.
Aquí es el reino de la piedra, del viento
que irrumpe con sus aves de exterminio.
Aquí son los abismos continuados
gravitando en los cuerpos y en las almas.

OSVALDO ROSSLER

SOBRE « LAS PALABRAS », DE JEAN-PAUL SARTRE

El deber del crítico no es sólo admirar, sino comprender, tanto más cuanto más importante juzgue el libro que critica. Quien ejerce aquí ese triste oficio estima el libro en cuestión tan importante que considera hallar en él la clave de Sartre, tal como lo ha conocido públicamente desde entonces. Pues sí : Sartre el novelista, Sartre el filósofo, Sartre el dramaturgo, Sartre el pensador políticamente comprometido se explican, pues, por el Sartre niño tal como el propio Sartre, en los umbrales de la edad provecta, nos lo describe. En este caso habrá que tomar al pie de la letra la fórmula según la cual el niño es el padre del hombre, la observación de Baudelaire sobre el origen infantil del genio. Después de todo, los psicoanalistas ya nos han habituado. Y es el resultado de su autoanálisis el que nos ofrece la autobiografía de sus primeros diez años...

En principio podría oponerse un « pero » a esta empresa. ¿Nos dice Sartre toda la verdad sobre sí mismo? Un literato no dice forzosamente la verdad. No es su papel o su oficio : un artista siempre disfraza. Pero Sartre no es sólo un literato : es un filósofo, y como filósofo se debe a la verdad. Aquí no se conduce como un « pensador comprometido », es decir, como abogado de una causa determinada, lo cual hace que desaparezca otra restricción. El título mismo de su libro indica que quiere hacernos saborear, dando de lado a la paja de las « palabras », el grano de las cosas. Postularemos, pues, en vista de este examen, que si no nos ha dicho toda la verdad —nadie logró hacerlo jamás—, no nos dice otra cosa que la verdad.

AIME PATRI : « Sartre avant les maux ». *Preuves*, París, mayo de 1964.

Las palabras

POR JEAN-PAUL SARTRE

Empecé mi vida como sin duda la acabaré: en medio de los libros. En el despacho de mi abuelo había libros por todas partes; estaba prohibido limpiarles el polvo salvo una vez por año, en octubre, antes del comienzo de las clases. No sabía leer aún y ya reverenciaba esas piedras levantadas: derechas o inclinadas, apretadas como ladrillos en los estantes de la biblioteca o noblemente espaciadas formando avenidas de menhires; sentía que la prosperidad de nuestra familia dependía de ellas. Se parecían todas; yo retozaba en un santuario minúsculo, rodeado de monumentos rechonchos, antiguos, que me habían visto nacer, que habían de verme morir y cuya permanencia me garantizaba un porvenir tan tranquillo como el pasado. Yo los tocaba a escondidas para honrar mis manos con su polvo, pero no sabía qué hacer con ellos y asistía cada día a unas ceremonias cuyo sentido se me escapaba. Mi abuelo, tan torpe de costumbre que mi abuela le abrochaba los guantes, manejaba esos objetos culturales con una destreza de oficiante. Le he visto mil veces levantarse con un aire ausente, dar la vuelta a la mesa, cruzar la habitación de dos zancadas, tomar un volumen sin dudar ni lo más mínimo, sin tener el tiempo de elegir, hojearlo mientras volvía a su sillón, con un movimiento combinado del pulgar y del índice, y luego, apenas sentado, abrirlo de golpe por «la página buena», haciéndolo crujir como un zapato.

En la habitación de mi abuela los libros estaban echados; se los prestaban en una biblioteca y nunca ví más de dos a la vez. Esas baratijas me hacían pensar en los confites de Año Nuevo porque sus hojas flexibles y con reflejos parecían recortadas en papel «glacé». Vivas, blancas, casi nuevas, servían de pretexto para unos ligeros misterios. Todos los viernes mi abuela se vestía para salir y decía: «*Los* voy a devolver»; a la vuelta, después de haberse quitado el sombrero negro y el velo, *los* sacaba de su manguito y yo me preguntaba, chasqueado: «¿son los mismos?» Ella los «forraba» cuidadosamente y luego, tras haber elegido uno de ellos, se instalaba junto a la ventana, en la poltrona, se calzaba las gafas, suspiraba de felicidad y de lasitud, bajaba los párpados con una fina sonrisa voluptuosa, que después encontré en los labios de la Gioconda; mi madre se callaba, me pedía que me callase, yo pensaba en la misa, en la muerte, en el sueño; me llenaba de un silencio sagrado. Louise soltaba una risita de vez en cuando; llamaba a su hija, señalaba una línea con el dedo y las dos mujeres intercambiaban una mirada de complicidad. Sin embargo, no me gustaban esos libros con encuadernación demasiado distinguida; eran unos intrusos y mi abuelo no ocultaba que eran objeto de un culto menor, exclusivamente femenino. El domingo entraba por no saber qué hacer en la habitación de su mujer y se plantaba delante de ella sin tener nada qué decirle; todo el mundo le miraba, él tamborileaba en el vidrio y al final, cuando ya no podía inventar nada, se volvía hacia donde estaba Louise y le quitaba la novela

de las manos. « Charles —gritaba ella, furiosa—, me vas a perder la página! » El, con las cejas levantadas, ya estaba leyendo ; de pronto golpeaba el libro con el índice : « ¡No entiendo! » « ¿Pero cómo quieres entender? —decía mi abuela—, ¡si lees para adentro! » Acababa tirando el libro en la mesa y se iba alzándose de hombros.

Como era del oficio, seguramente tenía razón. Yo lo sabía, me había enseñado, en un estante de la biblioteca, unos gruesos volúmenes encuadernados, cubiertos con una tela oscura. « Esos, pequeño, los ha hecho tu abuelo. » ¡Qué orgullo! Yo era el nieto de un artesano especializado en la fabricación de los objetos santos, tan respetable como un fabricante de órganos, como un sastre de clérigos. Yo le ví manos a la obra : todos los años reeditaban el *Deutsches Lesebuch*. En las vacaciones toda la familia esperaba las pruebas con impaciencia ; Charles no soportaba la inacción y se enfadaba para pasar el tiempo. Por fin el cartero llevaba unos paquetones blandos, cortábamos los cordeles con unas tijeras ; mi abuelo desplegaba las galeradas, las expandía encima de la masa del comedor y las acuchillaba con rayas rojas ; cada vez que había una errata blasfemaba entre dientes, pero sólo gritaba cuando la muchacha pretendía poner la mesa. Todo el mundo estaba contento. Yo, subido encima de una silla, contemplaba con éxtasis esas líneas negras estriadas de sangre. Charles Schweitzer enseñó que tenía un enemigo mortal : su editor. Mi abuelo nunca había sabido contar ; pródigo por despreocupación, generoso por ostentación, acabó por caer, mucho más tarde en esa enfermedad de los octogenarios que es la avaricia, efecto de la impotencia y del miedo a la muerte. En aquella época una extraña desconfianza la anunciaba ; cuando recibía, en un giro, el monto de sus derechos de autor, elevaba los brazos al cielo gritando que le cortaban el cuello o entraba en la habitación de mi abuela y declaraba sombríamente : « Mi editor me roba como en un bosque. » Yo descubrí, estupefacto, la explotación del hombre por el hombre. Sin esta abominación, felizmente circunscripta, el mundo habría estado bien hecho : los patrones daban según sus posibilidades a los obreros según sus méritos. ¿Por qué tenían que desordenarlo los editores, esos vampiros, bebiéndose la sangre de mi pobre abuelo ? Aumentó mi respeto por aquel hombre de Dios cuya dedicación no encontraba la merecida recompensa. Muy pronto me encontré preparado para tratar el profesorado como un sacerdocio y la literatura como una pasión.

Aún no sabía leer pero ya era lo bastante snob como para exigir *mis* libros. Mi abuelo se fue a ver al pícaro de su editor e hizo que le diesen *Les Contes* del poeta Maurice Bouchor, relatos sacados del folklore y transcriptos para el gusto de los niños por un hombre que, según decía, había guardado los ojos de niño. Yo quise empezar en seguida las ceremonias de apropiación. Cogí los dos pequeños volúmenes, los olí, los palpé, los abrí descuidadamente por « la página buena » haciendo que crujiesen. Era en vano : no tenía el sentimiento de poseerlos. Sin lograr mejor éxito, intenté tratarlos como muñecas, los mecí, los besé, les pegué. A punto de echarme a llorar, acabé poniéndoselos en las rodillas a mi madre. Ella levantó la vista de su labor. ¿Qué quieres que te lea, queridín? ¿Las Hadas? » Yo pregunté, incrédulo : « ¿Están *ahí dentro* las Hadas? » Esta historia me resultaba familiar ; mi madre me la contaba muchas veces, cuando me arreglaba, interrumpiéndose para friccionarme con agua de Colonia, para recoger, debajo de la bañadera, el jabón que se le había escapado de la manos, y yo escuchaba distraídamente el relato tan conocido ; yo no tenía ojos más que para Anne-Marie, esa muchacha de todos mis despertares ; sólo tenía oídos para su voz turbada por la servidumbre ; me gustaban esas frases inconclusas, esas palabras siempre retrasadas, su brusca seguridad, rápidamente deshecha y que se volvía derrotada para desaparecer con unas hilachas melodiosas y recomponerse después de un silencio. Además de todo eso estaba la historia : era el lazo de los soliloquios. Hablaba todo el tiempo de que estábamos solos y clandestinamente, lejos de los hombres, de los dioses y de los sacerdotes, como dos corzas en el bosque, con las otras corzas, las Hadas ; yo no podía creer que se hubiera compuesto todo un libro para que en él apareciese ese episodio de nues-

tra vida profana, que olía a jabón y a agua de Colonia.

Anne-Marie me hizo sentar frente a ella, en mi sillita; se inclinó, bajó los párpados, se durmió. De esa cara de estatua salió una voz de yeso. Yo perdí la cabeza: ¿quién contaba, qué y a quién? Mi madre se había ido: ni una sonrisa, ni un signo de connivencia, yo estaba exiliado. Y además no reconocía su lenguaje. ¿De dónde sacaba esa seguridad? Al cabo de un instante había entendido: el que hablaba era el libro. Salían de él unas frases que me asustaban; eran verdaderos ciempiés, hormigueaban de sílabas y de letras, estiraban los diptongos, hacían vibrar las consonantes dobles; cantarinas, nasales, cortadas por pausas y por suspiros, ricas de palabras desconocidas, se encantaban con ellas y con sus meandros sin preocuparse por mí; a veces desaparecían antes de que hubiera podido comprenderlas, otras había comprendido por adelantado y seguían rodando noblemente hacia su terminación sin hacerme la merced de una coma. Seguramente ese discurso no me estaba destinado. En cuanto a la historia, se había endomingado: el leñador, su mujer y sus hijas, el hada, toda la gentecilla, nuestros semejantes, habían adquirido majestad; se hablaba de sus harapos con magnificencia, las palabras se desteñían sobre las cosas, transformando las acciones en ritos y los acontecimientos en ceremonias. Alguien se puso a hacer preguntas: el editor de mi abuelo, especializado en la publicación de obras escolares, no perdía la ocasión de ejercitar la joven inteligencia de sus lectores. Me parecía que se interrogaba a un niño: ¿qué habría hecho en lugar del leñador? ¿Cuál de las dos hijas prefería? ¿Por qué? ¿Aprobaba el castigo de Babette? Pero ese niño no era yo del todo y me daba miedo contestar. Sin embargo contesté, mi débil voz se perdió y sentí que me convertía en otro. También Anne-Marie era otra, con su aire de ciega extralúcida; me parecía que yo era el hijo de todas las madres y que ella era la madre de todos los hijos. Cuando acabó de leer, le quité rápidamente los libros y los llevé debajo del brazo sin darle las gracias.

A la larga acabó por gustarme ese momento que me arrancaba de mí mismo. Maurice Bouchor se inclinaba sobre la infancia con la solicitud universal que tienen los jefes de sección con los clientes de los grandes almacenes; me halagaba. Acabé por preferir los relatos prefabricados a los relatos improvisados; me volví sensible a la sucesión rigurosa de las palabras; volvían en todas las lecturas, siempre las mismas y con el mismo orden; yo las esperaba. En los cuentos de Anne-Marie, los personajes vivían a la buena de Dios, como ella misma: ahora adquirieron destinos. Yo estaba en Misa: asistía a la eterna vuelta de los nombres y de los acontecimientos.

Entonces tuve celos de mi madre y resolví quitarle su papel. Me apoderé de una obra titulada *Tribulaciones de un Chino en China* y me la llevé a la habitación de los trastos; allí, encaramado en una cama plegable, hice como que leía: seguía con los ojos las líneas negras sin saltar una sola y me contaba una historia en voz alta, teniendo el cuidado de pronunciar todas las sílabas. Me sorprendieron —o hice que me sorprendieran—, lanzaron exclamaciones y decidieron que ya era hora de enseñarme el alfabeto. Fui diligente como un catecúmeno; llegué hasta a darme clases particulares: me encaramaba en lo alto de mi cama plegable con *Sin familia* de Héctor Malot, que me sabía de memoria y, medio recitando, medio descifrando, recorrí una tras otra todas las páginas; cuando volví la última, ya sabía leer.

Estaba enloquecido de alegría. ¡Eran mías esas voces secadas en sus pequeños herbarios, esas voces que mimaba mi abuelo con su mirada, que él entendía, que yo no entendía! Yo las escucharía, me llenaría de discursos ceremoniosos, sabría todo. Me dejaron vagabundear por la biblioteca y me lancé al asalto de la sabiduría humana. Es lo que me hizo. Más tarde, he oído cien veces a los antisemitas reprochando a los judíos que ignoran las lecciones y los silencios de la naturaleza; yo contestaba: «En tal caso, soy más judío que ellos.» En vano buscaría en mí la dulce sinrazón y la proliferación de recuerdos de las infancias campesinas. Nunca he arañado la tierra ni buscado nidos, no he hecho herbarios ni tirado piedras

a los pájaros. Pero los libros fueron mis pájaros y mis nidos, mis animales domésticos, mi establo y mi campo; la biblioteca era el mundo atrapado en un espejo; tenía el espesor infinito, la variedad, la imprevisibilidad. Yo me lancé a unas aventuras increíbles; tenía que trepar por las sillas y las mesas corriendo el riesgo de provocar unos aludes que me habrían sepultado. Durante mucho tiempo no logré alcanzar las obras del estante superior; otras me las quitaron de las manos cuando apenas si las había descubierto; y otras se escondían: yo las había cogido, había empezado a leerlas, creía haberlas dejado en su sitio y después necesitaba una semana para volver a encontrarlas. Tuve encuentros horribles: abría un álbum y caía sobre una lámina en colores donde unos insectos asquerosos bullían ante mí. Tumbado en la alfombra, emprendí unos viajes áridos a través de Fontenelle, Aristófanes, Rabelais: las frases se me resistían como cosas; había que observarlas, seguirlas de una a otra punta, fingir que me alejaba y volver a ellas bruscamente para sorprenderlas descuidadas: la mayor parte de las veces guardaban el secreto. Yo era La Pérouse, Magallanes, Vasco de Gama; descubría indígenas extraños: « Heautontomorumenos » en una traducción de Terencio en alejandrinos, « idiosincrasia » en una obra de literatura comparada. Apócope, Quiasma, Parangón, otros cien Cafres impenetrables y distantes surgían al volver una página y su sola aparición dislocaba todo el párrafo. El sentido de esas palabras sólo lo conocí diez o quince años después y aún hoy guardan su opacidad: es el humus de mi memoria.

La biblioteca apenas si comprendía los grandes clásicos de Francia y de Alemania. También había gramática, algunas novelas célebres, los *Cuentos escogidos* de Maupassant, unos libros de arte —un *Rubens*, un *Van Dyck*, un *Durero*, un *Rembrandt*, que le habían regalado a mi abuelo los alumnos en algún Año Nuevo. Magro universo. Pero para mí la Enciclopedia Larousse era todo. Cogía un tomo al azar, detrás de la mesa en el penúltimo estante, A-Bello, Belloc-Ch o Ci-D, Mele-Po o Pr-Z (estas asociaciones de sílabas se habían vuelto nombres propios que designaban a los sectores del saber universal: estaba la región Ci-D, la región Pr-Z, con su fauna y su flora, sus ciudades, sus grandes hombres y su batallas); yo lo ponía con mucho esfuerzo en la carpeta de mi abuelo, lo abría, descubría a los verdaderos pájaros, cazaba verdaderas mariposas posadas en flores verdaderas. Estaban allí, *personalmente*, hombres y animales: los grabados eran sus cuerpos, el texto era su alma, su esencia singular; fuera de las paredes se encontraban vagos esbozos que se acercaban más o menos a los arquetipos sin alcanzar su perfección; en el Jardín de Aclimatación los monos eran menos monos, en el Jardin del Luxemburgo, los hombres eran menos hombres. Platónico por estado, iba del saber a su objeto; encontraba más realidad en la idea que en la cosa, porque se daba a mí antes y porque se daba como una cosa. Encontré el universo en los libros: asimilado, clasificado, rotulado, pensado, aún temible; y confundí el desorden de mis experiencias librescas con el azaroso curso de los acontecimientos reales. De ahí proviene ese idealismo del que me costó treinta años deshacerme.

La vida cotidiana era límpida; nos veíamos con personas asentadas que hablaban alto y claro, fundaban sus certidumbres en sanos principios, en la Sabiduría de las Naciones, y no se dignaban distinguirse de lo común más que por cierto amaneramiento del alma al que yo estaba perfectamente acostumbrado. Sus opiniones me convencían, apenas emitidas, por una evidencia cristalina y simple: si querían justificar sus conductas, daban unas razones tan aburridas que no podían dejar de ser ciertas; sus casos de conciencia, complacientemente expuestos, me confundían menos que lo que me edificaban: eran falsos conflictos resueltos por adelantado y siempre los mismos; sus faltas de razón, cuando las reconocían, apenas si pesaban: la precipitación legítima, pero sin duda exagerada, habían alterado su juicio; felizmente se habían dado cuenta a tiempo; las faltas de los ausentes, más graves, nunca eran imperdonables: no había maledicencia; entre nosotros se veían, con aflicción, los defectos de carácter. Yo escuchaba, comprendía, aprobaba, sentía tran-

quilizadoras esas palabras, y no me equivocaba, ya que trataban de tranquilizar; nada deja de tener remedio y en el fondo nada se mueve, las vanas agitaciones de la superficie no deben escondernos la calma mortal que a cada uno nos toca.

Se despedían nuestras visitas, yo me quedaba solo, me evadía de aquel cementerio trivial, iba a reunirme con la vida, con la locura en los libros. Me bastaba con abrir uno para descubrir en él ese pensamiento inhumano, inquieto, cuyas pompas y tinieblas superaban a mi entendimiento, que saltaba de una a otra idea, tan rápidamente que se me escapaba cien veces por página, y aturdido, perdido dejaba que se fuera, asistía a unos acontecimientos que mi abuelo seguramente habría juzgado inverosímiles y que sin embargo tenían la deslumbrante verdad de las cosas ciertas. Los personajes surgían sin avisar, se amaban, peleaban entre sí, se degollaban mutuamente; el sobreviviente se consumía de pena, se unía en la tumba con el amigo, con la tierna amante que acababa de asesinar. ¿Qué había que hacer? ¿Estaba yo destinado, como las personas mayores, a censurar, felicitar, absolver? Pero esos extravagantes no tenían en absoluto el aspecto de guiarse según nuestros principios, y sus motivos, incluso cuando los daban, se me escapaban. Bruto mata a su hijo, y es lo que hace también Mateo Falcone. Era algo que parecía, pues, bastante común. Sin embargo, en mi derredor nadie lo había hecho. En Meudon habían reñido mi abuelo y mi tío Emilio y les había oído gritar en el jardín; sin embargo, no parecía que hubieran pensado en matarse. ¿Cómo juzgaba mi abuelo a los padres infanticidas? Yo, me abstenía. Mi vida no corría peligro, ya que era huérfano, y esos asesinatos aparatosos me divertían un poco; en los relatos que se hacían de ellos, sentía cierta aprobación que me desconcertaba. Tenía que violentarme para no escupir en el grabado que mostraba a Horacio con el casco, la espada desnuda, corriendo detrás de la pobre Camila. Karl a veces canturreaba:

On n'peut pas êt' plus proch' parents
Que frère et soeur assurément...

Era algo que me turbaba; si por suerte me hubieran dado una hermana, ¿habría sido más cercana a mí que Anne-Marie? ¿Y que Karlimami? Entonces habría sido mi amante. Amante aún no era más que una palabra tenebrosa que encontraba con frecuencia en las tragedias de Corneille. Unos amantes se besan y se prometen que van a dormir en la misma cama. (Qué costumbre extraña; ¿por qué no en dos camas gemelas, como hacíamos mi madre y yo?) Yo no sabía nada más, pero bajo la luminosa superficie de la idea presentía una masa velluda. De haber sido hermano, habría sido incestuoso. Soñaba con ello. ¿Derivación? ¿Disimulo de sentimientos prohibidos? Tal vez. Tenía una hermana mayor, mi madre, y quería tener una hermana menor. Aún hoy —1963— es sin duda el único lazo de parentesco que me conmueve (1). Cometí el grave error de buscar muchas veces entre las mujeres a esta hermana que nunca tuve: se me denegó, quedé condenado a pagar las costas. Lo que no impide que al escribir estas líneas resucite a la cólera que tuve contra el asesino de Camila; es tan fresca y tan viva que me pregunto si el crimen de Horacio no es una de las fuentes de mi antimilitarismo: los militares matan a sus hermanas. Yo le hubiera dado una buena a ese soldadote. Para empezar, ¡al cadalso! ¡Y doce tiros! Volvía la página; unas letras de imprenta me demostraban mi error: había que *absolver* al fratricida. Durante unos instantes resoplaba, pateaba en el suelo, como un toro decepcionado por la capa. Y después me apresuraba a echar ceniza en mi cólera. Así eran las cosas; tenía que optar; era demasiado joven. Me

(1) Cuando tenía unos diez años, me deleitaba leyendo *Les Transatlantiques*: aparecen un pequeño americano y su hermana, de lo más inocentes por lo demás. Yo me encarnaba en el niño y amaba, a través de él, a Biddy, la niña. He pensado mucho tiempo en escribir un cuento sobre dos niños perdidos y discretamente incestuosos. En mis escritos pueden encontrarse las trazas de ese fantasma: Orestes y Electra en *Las moscas*, Boris e Ivich en *Los caminos de la libertad*, Frantz y Léni en *Los secuestrados de Altona*. Esta última pareja es la única que llega a las vías de hecho. Lo que me seducía en este lazo de familia no era tanto la tentación amorosa como la prohibición de hacer el amor: hielo y fuego, delicias y frustración mezcladas, el incesto me gustaba si seguía siendo platónico.

había equivocado. Los números alejandrinos que habían quedado herméticos para mí o que había saltado por impaciencia establecían precisamente la necesidad de esta absolución. Me gustaba esta incertidumbre y que la historia se me escapase por todas partes ; me desconcertaba. Releí veinte veces las últimas páginas de *Madame Bovary ;* al final me sabía de memoria varios párrafos enteros sin que se hubiese vuelto más clara la conducta del pobre viudo ; si encontraba unas cartas, ¿era una razón para dejarse crecer la barba? Echaba una mirada triste a Rodolphe, y por eso le guardaba rencor. ¿Por *qué,* después de todo? ¿Y por qué le decía : « No le tengo rabia, Rodolphe »? ¿Por qué Rodolphe le encontraba « cómico y un poco vil »? Después Charles Bovary se moría ; ¿de pena?, ¿por enfermedad? ¿Y por qué le abría el doctor, si todo había terminado ya? Me gustaba esta resistencia coriácea que nunca acababa de vencer ; chasqueado, cansado, gustaba la ambigua voluptuosidad de comprender sin comprender : era el espesor del mundo ; encontraba al corazón humano, del que con tanto gusto hablaba mi abuelo cuando estaba con la familia, soso y hueco en todas partes menos en los libros. Mis humores estaban condicionados por unos nombres vertiginosos ; me hundían en el terror o en una melancolía cuyas razones se escapaban. Decía « Charbovary » y en ninguna parte veía a un barbudo gigantesco y harapiento paseando dentro de un cerco : no era soportable. En los orígenes de estas ansiosas delicias estaba la combinación de unos miedos contradictorios. Temía caer de cabeza en un universo fabuloso y errar por él sin cesar en compañía de Horacio, de Charbovary, sin ninguna esperanza de volver a encontrar la calle Le Goff, a Karlymani ni a mi madre. Y por otra parte, adivinaba que esos desfiles de frases ofrecían a los lectores adultos unos significados que se me escapaban. Introducía en mi cabeza, por medio de los ojos, unas palabras venenosas infinitamente más ricas de lo que sabía. Una extraña fuerza que surgía a través de las historias de unos furiosos que no me concernían, reconstruía dentro de mí una pena atroz, el descalabro de una vida ; ¿no iba a infectarme, a morir envenenado? Al absorber el Verbo, absorbido por la imagen, yo, en definitiva, sólo me salvaba por la incompatibilidad de esos dos peligros simultáneos. Al caer el día, perdido en una selva de palabras, estremeciéndome al menor ruido, tomando por interjecciones los crujidos del suelo, creía descubrir el lenguaje en estado natural, sin los hombres. Con qué cobarde alivio, con qué decepción, volvía a encontrar la trivialidad familiar cuando entraba mi madre y encendía la luz gritando : « ¡Pobre hijo mío, estás arrancándote los ojos! » Azorado, saltaba, gritaba, corría, hacía el bufón. Pero en esta infancia recuperada seguía preocupado : *¿de qué* hablan los libros? ¿Quién los escribe? ¿Por qué? Conté estas preocupaciones a mi abuelo, y él después de pensarlo, opinó que ya era hora de libertarme, y lo hizo tan bien que me dejó marcado.

Durante mucho tiempo me había hecho saltar en su pierna tensa cantado : « A caballo en mi jamelgo ; cuando trota tira pedos », (2) y yo reía escandalizado. No cantó más ; me sentó en las rodillas y me miró a los ojos : « Soy hombre —repitió con voz de hombre público— y nada de cuanto es humano me es extraño ». Exageraba mucho ; como Platón hizo con el poeta, Karl expulsaba de su República al ingeniero, al mercader y probablemente al oficial. Las fábricas le estropeaban el paisaje ; de las ciencias puras sólo le gustaba la pureza. En Guérigny, donde íbamos a pasar la segunda quincena de julio, mi tío Georges nos llevaba a visitar las fundiciones ; hacía calor, nos empujaban unos hombres brutales y mal vestidos ; aturdido por unos ruidos gigantescos, yo me moría de miedo y de aburrimiento ; mi abuelo miraba el metal fundido silbando, por educación, pero sus ojos no tenían brillo. En Auvernia, por el contrario, en el mes de agosto, husmeaba a través de los pueblos, se plantaba delante de las construcciones añejas, golpeaba los ladrillos con la punta del bastón : « Eso que ves, pe-

(2) En castellano hay canciones de otra tónica que se utilizan en circunstancias similares : he preferido hacer la traducción literal para que la reacción del niño y el contraste posterior con la situación creada no pierdan su sentido total. (N. del T.)

queño —me decía muy animado—, es un muro galo-romano.» También apreciaba la arquitectura religiosa y, aunque abominaba de los papistas, nunca dejaba de entrar en las iglesias cuando eran góticas; en cuanto a las románicas, dependía del humor que tuviese. Ya casi no iba a los conciertos, pero había ido; le gustaba Beethoven, su pompa, sus grandes orquestas; también le gustaba Bach, pero sin entusiasmo. A veces se acercaba al piano y, sin sentarse, lograba con su dedos entumecidos algunos acordes; mi abuela decía con una sonrisa cerrada: «Charles está componiendo.» Sus hijos —Georges sobre todo— se habían vuelto buenos ejecutantes que odiaban a Beethoven y preferían sobre todo la música de cámara; estas divergencias no molestaban a mi abuelo; decía, con cara de bueno: «Los Schweitzer han nacido músicos.» Ocho días después de mi nacimiento, como yo parecía reír oyendo retinir una cuchara, decretó que yo tenía oído.

Vitrales, arbotantes, portales esculpidos, coros, crucifixiones talladas en madera o en piedra, Meditaciones en verso o Armonías poéticas: esas Humanidades nos llevaban directamente a lo Divino. Y aún más, porque había que añadirles las bellezas naturales. Las obras de Dios y las grandes obras humanas estaban modeladas por un mismo soplo; el mismo arco iris brillaba en la espuma de las cascadas y se reflejaba entre las líneas de Flaubert, lucía en los claroscuros de Rembrandt: era el Espíritu. El Espíritu hablaba a Dios de los Hombres, a los hombres les atestiguaba sobre Dios. Mi abuelo veía en la Belleza la presencia carnal de la Verdad y la fuente de las más nobles elevaciones. En algunas circunstancias excepcionales —cuando estalla una tormenta en una montaña, cuando está inspirado Víctor Hugo—, se podía alcanzar el Punto Sublime donde lo Verdadero, lo Bello y el Bien se confundían.

Yo había encontrado mi religión: nada me parecía más importante que un libro. En la biblioteca veía un templo. Como nieto de sacerdote, vivía en el techo del mundo, en el sexto piso, encaramado en la rama más alta del Árbol Central; el tronco era el hueco del ascensor. Iba, venía por el balcón, lanzaba una mirada a vuelo de pájaro sobre la gente que pasaba, saludaba, a través de la verja, a Lucette Moreau, mi vecina, que tenía mi edad, mis bucles rubios y mi joven femineidad, volvía a mi *cella* o a la *pronaos,* nunca bajaba de allí *personalmente;* cuando mi madre me llevaba al Luxemburgo —es decir, todos los días—, yo prestaba mis harapos a las regiones bajas, pero mi cuerpo glorioso no bajaba de sus alturas, y hasta creo que aún está allí. Todo hombre tiene su lugar natural; no fijan su actitud ni el orgullo ni el valor: decide la infancia. El mío es un sexto piso parisiense con su vista sobre los tejados. Durante mucho tiempo me ahogaba en los valles, me agobiaban los llanos; era como si me arrastrase por el planeta Marte, me aplastaba la gravedad; me bastaba con subir una topera para estar contento otra vez: volvía a estar en un sexto piso simbólico, respiraba otra vez el aire enrarecido de las Letras, el Universo se escalonaba a mis pies, y todo, humildamente, solicitaba un nombre; dárselo era a la vez crearlo y tomarlo. Sin esta ilusión capital, no habría escrito nunca.

Hoy, 22 de abril de 1963, corrijo este manuscrito en el décimo piso de una casa nueva. Por la ventana abierta veo un cementerio, París, las colinas de Saint-Cloud, azules. Cual no será mi obstinación. Sin embargo, todo ha cambiado. Aunque de niño haya querido merecer esta posición elevada, habría que ver en mi gusto por los palomares un efecto de la ambición, de la vanidad, una compensación por mi pequeña estatura. Pero no; no se trataba de trepar a mi árbol sagrado: yo estaba allí y me negaba a bajar; no se trataba de situarme por encima de los hombres: quería vivir en pleno entre los aéreos simulacros de las Cosas. Más adelante, en lugar de quedar enganchado a los globos, hice lo imposible por hundirme muy abajo: tuve que calzarme con suelas de plomo. Con un poco de suerte, llegué a veces a rozar, en las arenas desnudas, algunas especies submarinas cuyos nombres tuve que inventar. Otras veces no podía hacer nada; había una ligereza irresistible que me retenía en la superficie. Para terminar, se me ha roto el altímetro, unas veces soy ludión y otras buzo, y con frecuencia las dos cosas a la vez, como corresponde en nuestra condi-

ción : vivo en el aire por costumbre y husmeo abajo sin demasiadas esperanzas.

Pero tuvieron que hablarme de los autores. Mi abuelo lo hizo con tacto, sin calor. Me enseñó los nombres de esos hombres ilustres. Cuando yo estaba solo, me recitaba la lista, desde Hesíodo hasta Hugo, sin una falta : eran los Santos y los Profetas. Charles Schweitzer, según decía, les consagraba un culto. Sin embargo, le dirigían. Su inoportuna presencia le impedía atribuir directamente al Espíritu Santo las obras del Hombre. Así es que tenía una preferencia secreta por los anónimos, por los constructores que habían tenido la modestia de no aparecer delante de sus catedrales, por el innombrable autor de las canciones populares. No le disgutaba Shakespeare, cuya identidad no estaba establecida. Ni Homero, por la misma razón. Ni algunos otros que no estaba muy seguro de que hubieran existido. En cuanto a los que no habían querido borrar los rasgos de su vida, los disculpaba a condición de que se hubiesen muerto. Pero condenaba en su conjunto a sus contemporáneos, a excepción de Anatole France y de Courteline, que le divertía. Charles Schweitzer gozaba orgullosamente de la consideración que se le mostraba por su mucha edad, por su cultura, por su belleza, por sus virtudes ; ese luterano no dejaba de pensar, muy bíblicamente, que el Eterno había bendecido su Casa. A veces, en la mesa, se recogía para recorrer muy libremente su vida y concluir : « Hijos míos, qué bueno es no tener nada que reprocharse. » Sus arrebatos, su majestad, su orgullo y su gusto por lo sublime cubrían una timidez de espíritu que debía a su religión, a su siglo y a la Universidad, a su medio. Por esta razón sentía una repugnancia secreta por los monstruos sagrados de su biblioteca, hombres de vida airada, cuyos libros, muy en el fondo, tenía por incongruencias. Yo me equivocaba, tomaba por severidad de juez la reserva que aparecía bajo un entusiasmo impuesto ; su sacerdocio le elevaba por encima de ellos. De todas formas, me soplaba el ministro del culto, el genio sólo es un préstamo ; hay que merecerlo teniendo grandes sufrimientos, atravesando por ciertas pruebas firmemente, modestamente ; se acaba por oír unas veces y se escribe al dictado. Entre la primera revolución rusa y la primera guerra mundial, quince años después de la muerte de Mallarmé, en el momento en que Daniel de Fontanin descubría *Los alimentos terrestres*, un hombre del siglo XIX imponía a su nieto las ideas que corrían bajo Luis Felipe. Según se dice, así se explican las rutinas campesinas : los padres se van al campo y dejan a los hijos en manos de los abuelos. Yo empezaba con un handicap de ochenta años. ¿Debo quejarme? No lo sé ; en nuestras sociedades en movimiento, los retrasos a veces procuran alguna ventaja. De una manera o de otra, me largaron ese hueso y tan bien lo he roído que veo la luz a su través. Mi abuelo, disimuladamente, había querido asquearme de esos intermediarios que son los escritores. Obtuvo el resultado contrario : confundí el talento y el mérito. Esa buena gente se me parecía : cuando yo era muy bueno, cuando aguantaba valientemente los dolores, tenía derecho a los laureles, a una recompessa ; era la infancia. Karl Schweitzer me mostraba otros niños, como yo vigilados, sufridos y recompensados que habían sabido conservar mi edad durante toda su vida. Como yo no tenía ni hermano, ni hermana, ni compañeros, los convertí en mis primeros amigos. Habían amado, sufrido con rigor, como los héroes de sus novelas, y sobre todo habían terminado bien ; yo evocaba sus tormentos con una ternura un poco alegre : qué contentos debían de estar los muchachos cuando se sentían desgraciados ; se decían : « ¡Qué suerte : va a nacer un hermoso verso! »

Para mí no estaban muertos, o por lo menos no del todo : se habían metamorfoseado en libros. Corneille era un coloradote, grande, rugoso con lomo de cuero, que olía a cola. Ese personaje incómodo y severo, de palabras difíciles, tenía unos bordes que me lastimaban los muslos cuando lo transportaba. Pero en cuanto lo había abierto, me ofrecía sus grabados, oscuros y dulces como confidencias. Flaubert era uno pequeño forrado de tela, inodoro, con pecas. Víctor Hugo, el múltiple, estaba encaramado en todos los estantes. Todo eso en cuanto a los cuerpos ; en cuanto a las almas, estaban en las obras : las páginas

eran ventanas, una cara se pegaba a los vidrios por fuera, alguien me viligaba ; yo hacía como que no me daba cuenta, seguía leyendo, con la vista pendiente de las palabras bajo la mirada de fuego de Chateaubriand. Esas inquietudes no duraban ; el resto del tiempo, adoraba a mis compañeros de juego. Los puse por encima de todo y se me contó sin que me extrañase que Carlos Quinto había recogido el pincel del Ticiano. ¡Vaya cosa! Para eso están los príncipes. Sin embargo, no los respetaba ; ¿por qué hubiera debido alabarles por ser grandes? No hacían más que cumplir con su deber. Yo criticaba a los otros por ser pequeños. En una palabra, había comprendido todo al revés y había convertido a la excepción en regla : la especie humana se volvió un comité restringido rodeado por animales afectuosos. Sobre todo, mi abuelo obraba mal con ellos para que pudiera tomarlos totalmente en serio. Había dejado de leer desde la muerte de Víctor Hugo ; cuando no tenía nada que hacer, releía. Pero su oficio era traducir. En lo más íntimo de su corazón, el autor del *Deutsches Lesebuch* tenía a la literatura universal por su material. De labios para afuera, clasificaba a los autores según sus méritos, pero esta jerarquía de fachada no llegaba a ocultar sus preferencias, que eran utilitarias : Maupassant proveía las mejores versiones para los alumnos alemanes ; Goethe, que ganaba por una cabeza a Gootfried Keller, era inigualable para los temas. Como humanista que era, mi abuelo estimaba poco las novelas ; como profesor, le gustaban mucho por el vocabulario. Acabó por no soportar más que los trozos escogidos y le vi, unos años después, deleitarse con un extracto de *Madame Bovary* hecho por Mironneau para sus *Lectures* cuando Flaubert entero esperaba desde hacía veinte años para satisfacerle. Yo sentía que él vivía de los muertos, lo que no dejaba de complicar mis relaciones con ellos ; con el pretexto de consagrarles un culto, los tenía atados con cadenas y los cortaba a tajadas para transportarlos más cómodamente de una a otra lengua. Yo descubrí al mismo tiempo su grandeza y su miseria.

. . . . . .

Lo que acabo de escribir es falso. Verdadero. Ni verdadero ni falso, como todo lo que se escribe sobre los locos, sobre los hombres. He contado los hechos con toda la exactitud que me ha permitido la memoria. ¿Pero hasta qué punto creía en mi delirio? Es la cuestión fundamental y sin embargo no la decido. He visto después que se podía conocer todo de nuestros afectos excepto su fuerza, es decir, su sinceridad. Los actos mismos no servirán de muestra a menos que se haya probado que no son gestos, lo que no siempre es fácil. Más bien vean : solo entre adultos, era un adulto en miniatura, y tenía lecturas adultas ; eso suena a falso ya, porque era niño al mismo tiempo. No pretendo que fuese culpable : era así y nada más ; lo que no impide que mis exploraciones y mis cazas formasen parte de la Comedia familiar, que se encantaran con ello, que yo lo supiera ; sí, lo sabía, todos los días un niño maravilloso despertaba los libros mágicos que su abuelo ya no leía. Vivía por encima de mi edad como se vive por encima de sus medios : con esfuerzo, con fatiga, trabajosamente. Apenas abría la puerta de la biblioteca, me encontraba con el vientre de un viejo inerte : la mesa, la carpeta, las manchas de tinta, rojas y negras, en el secante rosa, la regla, el tarro de cola, el olor a tabaco viejo, y en invierno, el enrojecimiento de la salamandra, los crujidos de la mica, era Karl en persona, reificado ; no necesitaba más para encontrarme en estado de gracia y corría a los libros. ¿Sinceramente? ¿Qué quiere decir eso? ¿Cómo podría fijar —sobre todo después de tanto tiempo— la inasible y modeviza frontera que separa a la posesión de la representación? Me tumbaba boca abajo, de cara a las ventanas, con un libro abierto delante de mí, un vaso de agua enrojecida a mi derecha, y a mi izquierda, en un plato, una rebanada de pan con dulce. Yo representaba hasta cuando estaba solo : Anne-Marie y Karlimani habían vuelto esas páginas mucho antes de que yo hubiese nacido, y lo que se extendía ante mis ojos era su saber ; por la noche, me habían de preguntar : « ¿Qué has leído? ¿Qué has entendido? » ; ya lo sabía, estaba de parto, pariría una palabra de niño ; huir de las personas mayores por medio de la lectura era la mejor manera de comulgar

con ellas; si estaban ausentes, su futura mirada entraba en mí por el occipucio, volvía a salir por mis pupilas, recorría a nivel del suelo esas frases leídas cien veces y que yo leía por vez primera. Visto, yo me veía; me veía leer como uno se oye hablar. ¿Había cambiado mucho desde que fingía descifrar « el chino en China » antes de conocer el alfabeto? No; seguía el juego. Detrás de mí se abría la puerta, venían a ver « qué estaba armando », yo engañaba, me levantaba de un salto, dejaba a Musset en su sitio y en seguida iba, de puntillas, levantando los brazos, a coger el pesado Corneille; se medía mi pasión por mis esfuerzos, oía detrás de mí una voz deslumbrada que murmuraba: « ¡Pero cuánto le *gusta* Corneille! » Y no me gustaba; los alejandrinos me resultaban rechazantes. Afortunadamente, el editor sólo había publicado *in extenso* las tragedias más célebres; de las otras daba el título y el argumento analítico; es lo que me interesaba: Rodelinde, mujer de Pertharite, rey de los lombardos y vencido por Grimoald, está acuciado por Unulphe para que dé su mano al príncipe extranjero... » Conocí a Rodogune, Théodore, Agésilas, antes que al Cid, antes que a Cinna; me llenaba la boca con nombres sonoros, el corazón con sentimientos sublimes, y cuidaba de no perderme con los lazos de parentesco. También decían: « ¡Qué sed de instrucción tiene este niño; devora el Larousse! », y yo les dejaba que dijesen. Pero apenas si me instruía: había descubierto que el diccionanario contenía el resumen de las obras de teatro y de las novelas; yo me deleitaba con esos resúmenes.

Me satisfacía gustar y quería tomar baños de cultura; todos los días me recargaba con nuevos aspectos sagrados. A veces distraídamente; me bastaba con prosternarme y volver las páginas; las obras de mis pequeños amigos con mucha frecuencia me sirvieron de tarabilla de oraciones. Al mismo tiempo tuve espantos y satisfacciones *de verdad;* me ocurría que se me olvidaba mi papel y que me iba a toda velocidad transportado por una ballena loca que no era nada más que el mundo. ¡Saquen una conclusión! De cualquier manera, mi mirada trabajaba con las palabras; había que ensayarlas, decidir su sentido; a la larga, la comedia de la Cultura me cultivaba.

Sin embargo hacía lecturas *verdaderas,* fuera del santuario, en nuestra habitación o debajo de la mesa del comedor; de éstas no le hablaba a nadie y nadie, salvo mi madre, me hablaba de ellas. Anne-Marie había tomado en serio mis falsos arrebatos. Contaba sus preocupaciones a Mamie. Mi abuela fue una aliada segura: « Charles no es razonable —decía—. Es él quien empuja al pequeño; lo he visto. Aviados estaremos cuando este niño se haya quedado seco. » Las dos mujeres evocaron también el *surmenage* y la meningitis. Hubiera sido peligroso y vano atacar a mi abuelo de frente; dieron un rodeo. En uno de nuestros paseos, Anne-Marie se detuvo como por casualidad delante del quiosco que está todavía en la esquina del bulevar Saint-Michel y de la calle Soufflot; vi unas estampas maravillosas, me fascinaron sus colores chillones, las reclamé, las obtuve; ya estaba la broma hecha: quise que me comprasen todas las semanas *Cri-Cri, l'Epatant, Les Vacances, Les Trois Boy-scouts* de Jean de la Hire y *Le Tour du Monde en Aéroplane* de Arnould Galopin, que aparecían en cuadernillos los jueves. De uno a otro jueves, pensaba en el Aguila de los Andes en Marcel Dunot, el boxeador de puños de hierro, en Christian el aviador mucho más que en mis amigos Rabelais y Vigny. Mi madre se puso a buscar obras que me devolviesen a la infancia; al principio me dieron « los libritos rosa », luego selecciones de cuentos de hadas, y poco a poco *Los hijos del Capitán Grant, El último mohicano, Nicolás Nickleby, Las cinco monedas de Lavarède.* Antes que Julio Verne, que era demasiado ponderado, prefería las extravagancias de Paul d'Ivi. Pero, cualquiera que fuera el autor, adoraba las obras de la colección Hetzel, teatritos cuya capa roja con borlas de oro imitaban el telón; la luz del sol en el canto era las candilejas. A esas cajas mágicas —y no a las equilibradas frases de Chateaubriand— debo mis primeros encuentros con la Belleza. Cuando las abría me olvidaba de todo. ¿Era leer? No, sino morir de éxtasis.

Recuerdo y presencia de Unamuno

POR ANTONIO ESPINA

Don Miguel de Unamuno, alto, recio, con esa cabeza de buho que le adjudicaron y popularizaron los caricaturistas, vestía siempre a lo pastor protestante. Nunca llevó corbata, ni guantes, ni gabán. Usaba traje negro, jersey o chaleco negro, cerrado bajo el cuello de la camisa y se tocaba con negro sombrero, blando, de forma algo puntiaguda, abollado, de ala estrecha.

Unamuno se hizo una facha o fachenda entera, de cuerpo entero, así como otros se hicieron solamente una cabeza, al menos por fuera. Tal indumentaria correspondía a su concepto grave de la prestancia, ajeno a la frivolidad de las modas, proclamado a menudo por don Miguel y que tenía la ventaja, concepto y vestido, de singularizar su persona. Cosa que tampoco le desagradaba, aunque no lo proclamase.

Y ya en esto se le advertía una contradicción o paradoja, pues para lograr ese porte distintivo hubo de recurrir a un uniforme. Su « uniforme civil » como él dijo.

Unamuno tenía un alma puritana. Hasta qué punto contribuía a este bello interior la escasa capacidad hedonista del individuo y la intensidad de su sentir doméstico, marido y padre ejemplar, sería difícil determinarlo. Amaba las costumbres sencillas, la vida provinciana y la ciudad pequeña. Esas ciudades en las que desde cualquier calle se ve pronto el campo.

El cosmopolitismo en todas y cada una de sus formas le contrariaba. Hería sus nervios. No aguantaba París. La Avenida de los Campos Elíseos se le antojaba odiosa, principalmente porque no se parece en nada a la carretera de Zamora —a la salida de Salamanca, orillas del Tormes— por donde él paseara, despacioso y locuaz, tantas veces, en compañía de tres o cuatro amigos. No hubiera sido discreto preguntarle : « Pero, don Miguel, ¿por qué no saborear las dos cosas, lo proteico internacional y lo municipal recoleto, cada una a su modo y escala? » No hubiera sido discreto, ni prudente, hablarle así.

Unamuno carecía de elasticidad sensual y artística para ello. Unamuno era inflexible. Hombre de una pieza, monolítico, de un solo temple. En esto residía su mayor fuerza y también sus limitaciones. Pasó por el mundo con una asombrosa inocencia para muchos aspectos de la vida.

Las complicaciones del amor y sus conflictos, sobre todo en su criptoísmo psicosexual ; lo social en su trasfondo ; el gran teatro del mundo, acervo incalculable para el novelista de raza, eran cosas que a Unamuno no le atraían. De todo ello solamente le interesaba una reducida parcela : la que él acotó con sus preocupaciones. Ante lo demás se encogía de hombros. Pasaba de largo.

La personalidad de Unamuno ha suscitado siempre, en España y fuera de España, juicios para todos los gustos. Partiendo todos los jueces, eso sí, del reconocimiento, en mayor o menor grado, de sus

altas dotes de escritor. Y de originalidad. De la cual hace Ortega y Gasset la observación de que « no es la impremeditada, sino aquella otra en busca de la cual, premeditadamente, se corre y busca como un oficio ». Keyserling, (« Unamuno es el español más importante desde el punto de vista europeo »), Papini, Scheller, Machado, Azorín, Madariaga (« Unamuno es hoy la primera figura de España »), Onís, Gómez de Baquero, Marías (« ...precursor de formas principales del pensamiento europeo »), le exaltan sin restricciones. O con muy pocos reparos. Ernst Curtius que le califica de « histrión », Valle-Inclán, Ortega (« ...silueta descompasada de místico energúmeno") y Baroja, le consideran un supervalorado. Baroja le estimaba muy poco. Verdad es que Baroja no estimaba mucho, ni casi en nada, a nadie.

Recuerdo —el que esto escribe— que una tarde, poco antes de la guerra civil, entramos, Benjamín Jarnés y yo, en una librería de la calle de San Bernardo donde encontramos a don Pío sentado en un taburete, hablando con el librero.

— Venimos —le dijo Jarnés— de ver a Unamuno.

Baroja sonrió con aquella su mueca característica, entre burlona y amarga, y comentó con displicencia :

— ¿Y qué dice ese farsante?

Ambiente de época. Los del 98

Para formarse una idea clara de Unamuno es preciso despojarle de todos sus exornos. Es decir, de los rasgos del pintoresquismo y del perfil del mito. Porque es figura que atrae y atrajo a muchos por cosas que no tienen nada que ver ni con la enjundia de su obra ni con la autenticidad de su espíritu. ¡Cómo gustaba Unamuno a una porción de gentes que no le leían o le leían poco y mal!

Tipo raro y voz nueva sugestionó, por sorpresa, allá en la primera década del siglo a unos, complaciéndoles ; a los otros haciéndoles bufar. Y luego a la inversa, para que todo el mundo supiese quien era Unamuno. Un hombre de carácter enterizo y pensamiento oscilante, sin mengua de sus dimensiones de profundidad.

Don Miguel satisfizo a los liberales por sus prédicas contra la intromisión clerical en la enseñanza y sus arremetidas contra la ley de Jurisdicciones ; a los socialistas porque atacaba al capitalismo « con capital o sin él », al grupo de la Institución Libre de Enseñañza, por sus afinidades ideológicas con él. Y por los mismos motivos y actitud producía la iracundia y el rencor de carlistas y sucedáneos, para los que puso en circulación el motejo de « cavernícolas ». Motejo que tuvo éxito y que sale con frecuencia a relucir *sotto voce* en la actual España fascista.

A propósito de esto del fascismo, que él llamaba « fajismo », Unamuno, a raíz del triunfo de Mussolini, protestó contra un comentario de Curzio Malaparte que presentaba a don Miguel como un ideólogo fascista a la española. « No, no y no —rechazó malhumorado—. Nada de españolismo de navaja. Y menos de navaja policíaca y miliciana. » Protesta a la que añadió un colofón en verso :

No un manojo, una manada
es el fajo del fajismo.
Detrás del saludo, nada,
detrás de la nada, abismo.

En el tiempo aquel del principio de la centuria que nos corre, hubo un momento en que Unamuno formó hombro con hombro en brillante fila con Costa, Giner de los Ríos, Manuel B. Cossío, Azcárate y demás « regeneracionistas ». Fue el breve período europeizante de Unamuno, cuando escribe en uno de sus ensayos de *En torno al casticismo :* « ¡Tenemos que europeizarnos y chapuzarnos en pueblo! »

Pronto una oleada de público minoritario se acerca a él. Pero la ola no tarda en retroceder porque el inquieto catedrático de Salamanca e incisivo articulista, comienza a desdecirse, aunque a menudo vuelva a decirse. Despista, confunde. Irrita o halaga, pero el caso es que todos le prestan atención. Y mientras, el escritor se va formando a la vista del público. Va modelando su estilo.

Un estilo forjado en el periodismo, que no es mala escuela, dígase lo que se quiera. En cuanto al idioma, Unamuno jamás logra dominarle por completo, pues como dijo Ortega el castellano era para el vasco Unamuno un « idioma aprendido ». Lo

cual nunca constituyó una barrera infranqueable para un escritor cuya expresión, a veces magnífica, la consigue no *por* sino *a pesar de*. No por el idioma sino a pesar del idioma. ¿Que le podía importar a Unamuno el idioma como instrumento o utensilio si solamente quería manejarlo como arma?

Otra gracia de don Miguel era el descaro de sus contradicciones. Hay que tener en cuenta el ambiente de época. Un escritor, un político del XIX (siglo que en realidad termina en 1914, con la primera guerra mundial) consideraba un deshonor la inconsecuencia en ideas y conducta.

Acusarles de inconsecuentes era tanto como calificarlos de tránsfugas y traidores. Era una ofensa que solía acarrear un « encuentro en el terreno », con levita y chistera, para cruzar las espadas o unos pistoletazos.

A los del 98 no les importaba pasar por inconsecuentes, o absurdos o extravagantes. Al contrario, les complacía. Unamuno hacia gala de ello, aunque no tanto como Valle-Inclán, quien además gustaba de zaherir directamente a « la opinión » y a los personajes más respetables.

En la actitud de Unamuno no había truco. O no había solamente truco, sino también sincera exteriorización de sus veleidades íntimas. El resultado fue que a la postre se le aceptó tal como era y, salvo el vulgo recalcitrante, aquella misma opinión le otorgó un crédito casi ilimitado para sus « cosas », paradojas, retruécanos y aún exabruptos.

La verdad de su gran talento acabó imponiéndose, y esto le libró de caer en la pista cómica desde el alambre donde realizaba sus peligrosos ejercicios.

El gran dudante

¿Incrédulo? ¿Creyente? Dudante. Esto fue en puridad Unamuno como tantísimos otros hombres de siempre y de cualquier parte.

Dudante, no de la verdad de tal o cual religión, sino de la existencia de Dios. Para él esta duda acerba, angustiosa, obsesiva porque incapaz de eludirla o confinarla en el desván de las ideas en conserva, de esas que únicamente se nos reactivan y comparecen en determinadas circunstancias de nuestra vida interior, se obstinó en planteársela como problema permanente. Don Miguel se empeñó en mirar a la Esfinge cara a cara, interrogándola sin cesar, aun a sabiendas de la inutilidad de su esfuerzo.

Fue el dudante que arde. En este sentido resulta anacrónico. Surge ante nosotros como un aparecido del siglo XVI español. Un místico. Pero un místico especial, « especie única » como dijo Unamuno de sí mismo. Porque en un San Juan de la Cruz, en una Santa Teresa, la duda puede ser un estímulo psicológico, mas apenas formulada racionalmente por primera y única vez, es consumida para siempre por la llamarada del sentimiento religioso.

El corazón del místico es una hoguera que todo lo devora. Reduce el pensamiento a pavesas. Cierto que en el misticismo hay ideas —las suyas y no otras—, pero es porque en el fuego hay luz además de calor. Esta luz es la fe.

En el fuego de Unamuno había otras luces, muchas y diversas. La de la fe se apagaba con frecuencia para lucir de nuevo, pálida, a veces lívida, o con un delirante fulgor exasperado. Un relámpago en la tempestad. Pero aunque aparecido del siglo XVI, Unamuno era hombre de nuestros días y como tal no podía sustraerse a los imperativos del espíritu moderno. Ni a los de la erudición que en él era extensa y copiosa, por lo que pudo decirse no sin motivo, que gran parte del pensamiento de Unamuno procedía de la cultura.

En el alma de Unamuno no hay rastro de Renacimiento. O lo hay sin cala profunda. El influjo del Renacimiento fue muy débil en España y esto explica no pocas desgracias de la historia nacional a lo largo de la Edad Moderna. El renacentismo en Unamuno es parcial y se concreta y perfila en su formación de « humanista » (voz que ya empleara Aulio Gelio), concepto que se ha ido ensanchando hasta abarcar el sentido técnico e instrumental que hoy tiene. A Erasmo le costaría trabajo reconocerlo.

Tampoco hubo en nuestro escritor asimilación de « antigüedad clásica » a pesar de su profesorazgo de Griego que ejerció

asiduamente. Pero nadie menos aficionado al helenismo que él. Todo se redujo en este sector a las dos versiones que hizo, muy personales, naturalmente, una de *Fedra* y otra de *Medea*, con destino a sendos festejos en el anfiteatro de Mérida, tan hospitalario actualmente para toda clase de pastiches grecolatinos y otros abusos por el estilo.

Unamuno no siente ni el clasicismo ni el Renacimiento. Esta posición queda bien marcada en su libro *Vida de Don Quijote y Sancho*. Veía en Don Quijote un héroe medieval y como Cervantes era a todas luces un espíritu renacentista, un pensador libre —para no emplear la palabra moderna de librepensador—, Unamuno se esforzó en divorciar al creador de su criatura. De aquí su afirmación de que el *Quijote* es superior a quien lo escribió y de que fue Don Quijote el autor de Cervantes y no Cervantes el autor del Quijote.

Lleva a mal Unamuno que Cervantes ridiculizase al gran caballero. Deja a un lado la intencionalidad cenvantina, típicamente renacentista en su animadversión a la Edad Media, tan claramente manifiesta incluso en el lema que el autor del Quijote estampó en la portada de la primera edición de su obra : *Post tenebras spero lucem*. Y ¿a qué tinieblas pudiera referirse Cervantes? Y ¿qué luz anhelaba?

Unamuno no se anda con rodeos para exponer su criterio : « Siéntome —dice— con un alma medieval y se me antoja que es medieval el alma de mi patria ; que ha atravesado ésta, a la fuerza, por el Renacimiento, la Reforma y la Revolución, aprendiendo, sí de ellas, pero sin dejarse tocar el alma, conservando la herencia espiritual de aquellos tiempos que llaman caliginosos. Y el quijotismo no es sino lo más desesperado de la lucha de la Edad Media contra el Renacimiento, que salió de ella. »

Palabras estas que muchos hubiéramos considerado muy propias en las páginas de un Maeztu cualquiera, pero no en las de Miguel de Unamuno.

Unamuno es ante todo proyección de conciencia. Investigación de lo eterno en lo presente ; no el hombre en la vida, sino la vida en el hombre, dentro del hombre y más aún dentro del hombre llamado Miguel de Unamuno.

Esto es lo único que a él le importaba y lo único que le promovía como pensador y como escritor. El destino humano, la fe y por tanto la duda, porque « la fe se mantiene resolviendo dudas ». La creencia consiste para este dudante en querer creer. Pero es el caso que no cree quien quiere, sino quien puede...

De todos los escritores modernos es Unamuno quien con mayor dramatismo refleja en sus libros la angustia, el combate interior. La angustia unamunesca se diferencia de la de Spinoza en que no es sólo de filósofo sino de hombre, como la de Pascal o la de Sören Kierkegaard, el parejo y antecesor más claro de Unamuno. Una angustia que no reposa fríamente en sí misma, como la de los existencialistas.

El único consuelo posible en ese estado de espíritu se halla en la desolación, pues en ella cesa, transitoriamente, la lucha, que se reanuda, al decir de nuestro pensador, en la esperanza más creadora que es la de los desesperados.

Aquí, en este forcejeo fabuloso, mítico, que casi enfrenta al hombre con Dios, en este afán por la verdad de nuestro destino que ha de buscarse siempre aun estando seguro de que no se la ha de encontrar, hunde sus raíces la religión de Unamuno que él define en estos términos : « Mi religión es luchar incesante e incansable con el misterio ; mi religión es luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la tarde. »

El agonismo, en su sentido etimológico de « lucha », llega a su cima cuando el sentimiento, un vitalismo oscuro que aspira a sobreponerse a la muerte, no pudiendo someter a la razón la trasforma en voluntad. En este punto se sublimiza el pensamiento unamuniano al afirmar que el *querer* creer equivale no sólo a la fe sino al conocimiento.

Lo malo es que únicamente a los místicos les es dado permanecer en tan avanzada línea. El espíritu de Unamuno no lo consigue. Retrocede y recuerda con desaliento cómo ya Platón hacía proclamar a Sócrates en el *Parménides*, la autonomía de la razón y su naturaleza insobornable. Retrocede, pero es para atacar con nuevo brío, tan inútil como el anterior e igualmente noble en su delirio.

Oigamos este párrafo magnífico del maestro —palabras que por extraño fenómeno parece que oímos con los ojos—: «Ni de mi materia ni de mi fuerza me inquieto, pues no son mías mientras no sea yo mismo mío, es decir eterno. No, no es anegarme en el Gran Todo, en la materia o en la energía infinitas y eternas o en Dios lo que anhelo; no es ser poseído por Dios, sino poseerlo, hacerme yo Dios, sin dejar de ser el Yo que ahora digo esto. ¡No me sirven engañifas de monismo: quiero bulto y no sombra de inmortalidad! ¡O todo o nada! ¿Y qué otro sentido puede tener el «ser o no ser», *to be or not to be* shakespeariano? ¿Qué me engaño? ¡No me habléis de engaño y dejadme vivir! Y ¿quién eres tú? me preguntas, y con Oberman te respondo: ¡para el Universo, nada; para mí todo!»

Admirable, conmovedor acento. Un acento que aunque moderno tiene algo de bíblico, de intemporal. En *La agonía del cristianismo,* glosa Unamuno la idea, fundamentalmente herética, de la contraposición del cristianismo y el Evangelio y afirma con Kierkegaard que la religión cristiana es una salida desesperada, conseguida por el camino de la fe, después de crucificar a la razón.

El ansia de no morir, el hambre de inmortalidad es según Unamuno el punto de partida de toda filosofía, de toda religión. De la única y verdadera filosofía que es la que sustenta un hombre, porque «si un filósofo no es un hombre es todo menos un filósofo; es sobre todo un pedante, es decir, un remedo de hombre».

La obra clave de la ideología y de toda la producción unamuniana es *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos.* El autor se enfrenta en ella con su propio caso. Afirma que filosofa para algo más que filosofar: para convencerse a sí mismo, sin lograrlo. No es extraño. Habrá lectores —los hay, indudablemente— que al finalizar la lectura de este libro piensen que en él se trata más que del sentimiento trágico de la vida del sentimiento trágico (o dramático y aun melodramático) de la muerte, que es en realidad lo que constituía la idea fija y el tormento de Unamuno.

La tesis, que no teoría como montaje lógico, dialéctico y sistemático de *Del sentimiento trágico de la vida* nos ofrece una manera de interpretar emotiva, temperamental. La vida, nos dice Unamuno, es no sólo irracional sino antirracional, y todo lo racional antivital. También aquí remacha el clavo, su eterno clavo de la desconfianza en la razón, entregándola al sentir y al querer, con palabras merecedoras de ser reproducidas textualmente:

«Lo que yo quiero saber es de dónde vengo y a dónde voy, de dónde viene y a dónde va lo que me rodea y qué significa todo esto, porque no quiero morirme del todo y pretendo saber si he de morirme o no definitivamente» «Si del todo morimos todos ¿para qué todo?»

Unamuno procede con frecuencia más por afirmaciones que por argumentos. Las afirmaciones suelen ser muy útiles para captar al lector por la rotundidad y vehemencia con que se hacen, no por la idea o el juicio que encierren.

«¡Que inventen ellos!» Y una réplica de Baroja

Al revolverse contra el supuesto de la muerte total, Unamuno ataca a la ciencia cuyo cultivo, dice, no es para muchos más que un narcótico de la vida. Acusa de rabia cientificista a hombres como Vogt, Büchner, Virchow y Haeckel, quienes parece que no se limitan a negar que haya otra vida, sino que les molesta que otros crean que la hay.

Don Miguel llega demasiado lejos con sus tajantes afirmaciones. Por ejemplo, cuando dice que los hombres y los pueblos se entregan al afán de la civilización como consecuencia de sentirse desesperados por no poder gozar de los frutos de la barbarie.

¿Ante qué barrera se detendrá Unamuno? Ante ninguna. Y es en esto, justamente, donde reside una de sus grandezas, la de su rebelión espiritual. No se para siquiera a imaginar en la irresponsabilidad de algunas de sus frases como cuando asegura que una Santa Teresa vale por todas las teorías y filosofías, por cualquier institución, por cualquier *Crítica de la razón pura.*

No aparte, pero sí distanciándose más o

menos del tema eje de su obra y de su vida, Unamuno escribe ensayos sobre los asuntos más diversos. Nunca falta su dictamen acerca de los problemas de España.

Le « dolía » España, de la cual se declara hijo y padre. Vasco refundido al castellano e identificado con la castellanísima Salamanca, donde residió cerca de cuarenta años, Unamuno medita sobre los hombres y la tierra de España, su pasado y su presente. Casi siempre éste en función de aquél. Critica, exalta, condena, satiriza, define, se pronuncia *Contra esto y aquello*, publica libros y toma actitudes. Sus actitudes escorzaron en muchos momentos de la vida nacional al político, al hombre de acción, al tradicionalista y al revolucionario.

Durante un tiempo, los primeros de su actividad de escritor, mantiene respecto al caso España un criterio que no discrepa del sostenido por la generación intelectual a la que pertenece. Pero no tarda en virar en redondo y pasa de su europeización de España (*En torno al casticismo*) a su españolización de Europa (*La vida es sueño*). Fue entonces cuando lanzó una frase que produjo pésimo efecto en el grupo intelectual español.

Baroja la aprovechó para dar un varapalo al rector de Salamanca. « Unamuno —comenta Baroja— ha estampado una frase que a mí me parece una torpeza y un desacierto. Es esa de decir, refiriéndose a los pueblos inventores « ¡Que inventen ellos! » o lo que es lo mismo que constituyan la ciencia los extranjeros. Nada encuentro más anticultural, más antieuropeo que ese pensamiento. Es una frase de seminario o de sacristía. Puede ponerse al lado de la exposición de la Universidad frailuna de Cervera, en 1827, en la que se decía : « Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir », frase que se ha transformado y popularizado en « Lejos de nosotros la funesta manía de pensar ». Decir no queremos inventores es como decir no queremos ser pensadores ; nos contentamos con pertenecer a la parte baja de la humanidad. Decir « que inventen ellos » es renunciar al honor de la humanidad culta. Es como el soldado poltrón que gritara : ¡Que avancen los demás! »

Claro está que Unamuno no daba a su concepto de la españolización de Europa un sentido rígido y absoluto. Para él españolizar a Europa consistiría en asimilarnos lo europeo sin detrimento de lo sustantivo español. Que a su vez podría en muchos aspectos serle muy útil al espíritu europeo.

Otro tema destacado, entre los múltiples que trata Unamuno en sus ensayos, es el del famoso individualismo español o del español. No lo niega, pero lo condiciona. Para él una cosa es la individualidad y otra la personalidad y es en ésta donde suele dar su nota el hombre de España.

En este punto parece escaparse a la penetración del ensayista la diferencia esencial que existe entre el individualista y el insolidario. En rigor son dos conceptos diferentes, dos manifestaciones y aun dos estilos del carácter que se muestran con frecuencia incluso antagónicos. No todo insolidario es individualista ni todo individualista es insolidario.

Ahí tenemos para probarlo, como tipo social y humano, al inglés con su gesto autónomo y su sentido de lo « propio » y « personal », cosas perfectamente compatibles en él con su propensión a colaborar con el compatriota para cualquier empresa colectiva y formar toda clase de federaciones, ligas, cadenas, uniones y consorcios. En todo lo que sea cooperar para una finalidad concreta, realista, el inglés está siempre dispuesto. En general los anglosajones tienen tanta habilidad para lograr la armonía de los contrarios, como nosotros, los españoles, para producir la discordia entre los afines.

La idea del individualismo español es casi enteramente falsa. « En el hombre común español —escribe Ortega en su *España invertebrada*— la personalidad autónoma que adopta ante la vida una actitud individual y consciente es rarísima. »

Los géneros literarios o todo a su manera

Ensayista típico, multiforme, periodístico, libresco, fue Unamuno, a la par que Ganivet, quien inició en España el ensayo a la moderna, como género literario. En realidad es un escritor que hace ensayo

hasta cuando describe —con notable sensibilidad pictórica— pueblos y paisajes (*Por tierras de Portugal y de España* o *Andanzas y visiones españolas*) o compone novelas y poemas.

En todos estos géneros la singularidad del autor, extragenérica en todos sentidos, impone su ley. La novela en Unamuno no es novela sino « nivola », como él la bautizó, creando al margen o fuera y lejos de ese organismo literario, todo lo amplio que se quiera en sus variedades pero de invariable naturaleza, un espécimen particular para su uso personal. Recurre, pues, Unamuno al fácil expediente de cambiar el nombre de la cosa para escamotear su deber de realizarla.

Pero en este caso como en todos Unamuno al romper moldes crea otros y por la fuerza de su original talento impone su estilo y determina una forma nueva. Así ocurre con su « nivola », o novela atípica. Son relatos desnudos —*Niebla, Abel Sánchez, San Manuel Bueno, mártir,* etc.—, sin apenas referencias al mundo en que se desarrolla la acción, con personajes casi incorpóreos, que se mueven en una atmósfera de abstracción y utopismo.

Unica excepción de ese tipo de novela es la primera que escribió, *Paz en la guerra,* que en muchos aspectos recuerda *La guerra y la paz* de Tolstoi. La de Unamuno en el ámbito de una guerra civil española vista con ojos ingenuos y curiosos ; la de Tolstoi desenvuelta, rica en acción, en el vasto escenario de las guerras napoleónicas.

Tanto la novela como el teatro de Unamuno presentan un mínimo de elementos reales o de visión directa de la realidad. En el terreno del teatro, donde todo es convencional, el autor que no acepte su artificio ha de sustituirlo por otro que sea operante de cara al público. En las piezas dramáticas de Unamuno hay pasión, clima trágico y hasta quedan en el recuerdo personajes plenamente conseguidos ; pero todo esto a condición de que esas obras sean leídas, no representadas. El lector se las representa en la imaginación y así « entra en ellas », mediante esa comunión íntima, que en definitiva requiere toda la obra de este escritor, el más intimista de todos cuantos registra la literatura española.

La prosa de Unamuno procede del habla corriente y corre en ella savia popular en abundancia. Es un vocabulario rico, nada formulista, que entrevera el decir culto y el vulgar sin caer en lo plebeyo o chabacano, y que acoge todas las formas, giros y vocablos si poseen vigor expresivo sea cualquiera su procedencia.

Adviértese en la prosa unamuniana una alternación característica de períodos cortos y largos, con tendencia a la amplitud, sin hojarasca retórica. Pero, verdaderamente no puede decirse que sea este autor uno de esos dominadores del idioma cuya materia verbal saben ceñir a la idea, al sentimiento, como el guante a la mano, con transmisión exacta de la modulación psicológica.

A fuer de aprendido, el castellano de Unamuno, puede estar domado y lo está casi siempre, pero no poseído espontánea y naturalmente.

Si sólo se tratase de maestría, de doma lingüística, el estilo unamuniano que se halla a dos dedos del barroco, podría llegar a los virtuosismos conceptistas de un Quevedo o un Gracián. Pero estos grandes clásicos llevaban el castellano en la sangre. Unamuno, al revés, lleva su sangre al idioma, lo cual constituye, en otro aspecto, uno de los valores máximos de su prosa y de su verso.

Precisamente por este afán de forma que siente el escritor y los esfuerzos que realiza para conseguirla, acaba obteniéndola, en cierto modo muy suyo. A veces hasta sus tanteos frustrados resultan bien. Y es que nunca falta riqueza de contenido, sea este emocional —casi siempre—, filosófico o imaginista.

El arte de Unamuno adquiere su representación poética en el verso, pero la poesía no es nunca ajena al pensamiento del escritor al que muchos consideran esencial y fundamentalmente poeta. El tono religioso es frecuente en sus poemas. Innegable su temperamento lírico, el impulso genial desborda como siempre el cauce por donde corre su inspiración.

Abunda la exaltación del paisaje y de las tierras de Castilla, temas dilectos de los escritores y artistas novecentistas que ad-

quieren su más alta categoría literaria en Antonio Machado y en Azorín. El sentimiento de la naturaleza en Unamuno va siempre impregnado de religiosidad. Es decir, siempre no. En sus primeros libros de versos Unamuno era becqueriano, romántico a la manera del XIX . En los posteriores a partir de *El Cristo de Velázquez* —que no es ni mucho menos la culminación de su obra lírica, como se ha dicho— desarrolla sin influencia alguna su personalidad, una e invariable, aunque se produzca en verso. Circunstancia muy de notar porque la poesía métrica desnuda más que ningún otro género literario el espíritu de un escritor.

Se ve que Unamuno fue siempre fiel a sí mismo. Camille Pitollet ha dicho que era « un gran poeta infuso ». Ahora bien, examinados sus poemas separadamente, difícil, muy difícil, será encontrar uno solo dominado, conseguido de forma y mucho menos perfecto. Pitollet, que, naturalmente, no desconoce ni niega a Unamuno como gran poeta esencial o si se quiere « infuso », califica a sus versos de « duros, leñosos, vid en invierno, sin fronda y sin racimos ».

Lo que ocurre es que teniendo tanta importancia la forma en el poema métrico, cuando ésta técnicamente se malogra suele arrastrar consigo los valores espirituales. Y ello de tal modo que la suerte de todo el poema depende, con raras excepciones, de la calidad del verso. Y de su factura.

Desde este punto de vista podemos afirmar que toda la obra lírica de Unamuno se encuentra en estado de tentativa. Pero de tentativa de Unamuno... Lo que ya es decir, porque así como su « querer creer » entraña una significación de rango superior que le gana por puntos al simplemente « creo » del más pintado, su « querer hacer » alcanza, sobre todo en el verso, elevadas cumbres.

El héroe civil

Nadie más sencillo que Unamuno en el trato personal. Ni más accesible. Nadie menos dado a cortesanías, ceremonias, convencionalismos y vanidad social. Jamás admitió una condecoración, un mote suntuario, un puesto académico de medalla y sillón —también rehusaron este momificado honor Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez y Valle Inclán— ; ni le desentonó la celebridad aunque ella le satisficiese porque podía aprovecharla para sus arrestos de combatiente.

Unamuno hablaba con cualquiera, un príncipe o un obrero, un menesteroso o un millionario; y lo hacía con la misma naturalidad e igual acogimiento, departiendo con ellos casi de las mismas cosas. Por más que esto del departir era muy relativo, pues don Miguel tendía al monólogo y si la persona con quien conversaba esgrimía razones contrarias a la suyas y daba la casualidad de que no la contradijese, era porque no había escuchado. Y así el otro no tenía mas remedio que monologar también, convirtiéndose entonces el diálogo en una curiosa especie de soliloquios entrecruzados.

Arrestos de combatiente. Los demostró muchas veces con su voz y su pluma en la palestra política. Y se portó como bueno y aun como inmejorable en los más críticos trances de la vida española. Esto le absuelve de algunas incoherencias recusables, debidas enteramente a excesos de su temperamento, nunca al cálculo frío ni a la fullería habitual de los politiqueros.

Unamuno era un hombre honrado. Tenía en mucho su propia estimación. Pudo ser arbitrario a veces, ofuscarle el egotismo, pero nunca fue traidor. Valeroso, peleaba a cuerpo limpio y tan sin malicia ni precauciones que acabó siendo la más trágica víctima espiritual de nuestra guerra civil. Víctima de sí mismo, antes de serlo de sus verdugos. Héroe magnífico que ya ahora a la distancia de los veintiocho años de su muerte se nos aparece con idéntica aureola moral que la de aquel Fray Luis de hace cuatro siglos que pronunciara su famoso y despectivo « decíamos ayer... ».

Frase equivalente al « venceréis, pero no convenceréis » de Unamuno, quien siempre leal a los fueros del espíritu supo proclamarlo con denuedo, cuando en triste y solemne ocasión y nada menos que en la insigne Universidad de Salamanca, hirió sus oídos el grito necio y soez de « ¡Muera la inteligencia! »

No era esta la primera ocasión en la

B.D.I.C

que Unamuno hubo de simbolizar en España la causa de la ciudadanía y de la libertad. ¿Quién no recuerda sus campañas contra Alfonso XIII, docto en felonías como buen Borbón, y contra la dictadura de Primo de Rivera que le deparó el honor del destierro y a sus lectores de ayer y de hoy el sabroso regalo de su libro *De Fuerteventura a París*, a más de tantas caústicas diatribas cuya contribución a la estrepitosa caída de monarca y valido fue decisiva? Por ser en todo maestro pluma en mano, fue Unamuno gran satírico, mordaz y virulento, de la tradicional estirpe de Quevedo, Villamediana, Torres Villarroel y Larra.

El 8 de julio de 1924 se fugó Unamuno de Fuerteventura a bordo de *l'Aiglon*, un yate enviado para rescatarle por el director de *Le Quotidien*, de París, comenzando su exilio en Francia. La figura de Unamuno se universaliza entonces más que nunca. Es el representante de la mejor España, de la Hispanoamérica intelectual, de la ilustre Europa. En París se celebró un gran acto en su honor. Lo presidió Painlevé e intervinieron en él los hombres culminantes de la Universidad francesa, Aulard, Victor Basch, Richet, Buisson, Langevin. La proyección de su conciencia abarcó en aquellos años a toda la « élite » del mundo.

Bernard Shaw, Tomás Mann, Einstein, Freud, Croce, alzaron su voz en pro de aquel paladín de la inteligencia que observando ya en el horizonte las nubes negras de la tempestad que había de desencadenarse un decenio más tarde, recordaba las palabras de Macduff en *Macbeth*: « oscuros presagios flotan en el aire ». Romain Rolland encabezó un famoso manifiesto; en la Argentina, Leopoldo Lugones propuso la ruptura diplomática con el gobierno de Primo de Rivera, y D'Annunzio, no obstante su adhesión al fascismo italiano, describió sarcástico el duelo del « soldadote zafio que cruza su sable de madera con la sutil y formidable pluma del gran escritor ».

El pronunciamiento del ejército en Marruecos, famosa « inauguración » de la guerra civil, le sorprendió, relativa sorpresa, en su amada Salamanca. Su dolor de patriota, exacerbado por desgracias familiares fue enorme. A los pocos meses de iniciada la contienda con el sin par salvajismo que había de mantener hasta su terminación, Unamuno, murió. Murió de repente —« desnació », como él definía a la muerte »— en la reclusión de su casa. Era el día 31 de diciembre de 1936.

Ahora con motivo del centenario de su nacimiento revive su presencia. Revive, no se galvaniza. Y buena prueba de ello es que vuelve a encenderse la polémica y la pasión en torno a su nombre, a su recuerdo, a su persona.

Por lo pronto el clero español ya se ha alzado iracundo contra la celebración del centenario y dictado su sentencia condenatoria por boca del obispo de Bilbao, doctor Gúrpide y Beope. Este prelado pone verde a Unamuno a quien califica de « soberbio », « enemigo de muy mal gusto », « hereje y maestro de herejes », escritor cuyos libros están llenos de « irreverentes blasfemias e inmundas profanaciones », que « niega el dogma de la eternidad de las penas del infierno » y todos los demás; que « vomita » disparates y cuya lectura « causa espanto y produce escalofríos », etc.

Después de lanzado este anatema-consigna por el obispo de Bilbao en reciente Carta Pastoral y conocendo lo que es hoy la vida española, fácil es suponer en lo que habrá de quedar la conmemoración de Miguel de Unamuno en su patria. Sonarán, sí, cuatro selectas voces aisladas. Presenciaremos algún hacer que hacemos universitario, tal o cual acto anodino, la ausencia de la Real Academia en toda suerte de digna celebración y varios golpes bajos, rencorosos, a cargo de los consabidos periodistones de servicio.

Pero ¿acaso no es este el mejor homenaje que puede rendírsele al gran escritor? La hostilidad del beocio constituía el más preciado honor para el ático...

Unamuno ocupa un lugar señero en las letras y en la filosofía hispánica, así como en la historia de la moderna cultura occidental. A dilucidar queda, y esto lo harán las nuevas generaciones, si la verdadera importancia de tan alta figura radica en el patetismo de su lucha espiritual, reflejado en su obra, o en los valores y calidades de ésta como inventiva y realización artística.

Carta inédita de Unamuno

1 de febrero de 1912

Sr. D. Mario Santa Cruz y compañeros

Barcelona

Les agradezco muy vivamente la confianza que en mi juicio crítico ponen ustedes, señores míos, pero no estoy en disposición de poder responder derecha y redondamente a su consulta. Y no lo estoy porque para decidir cuál sea hoy el mejor cronista periodístico en lengua castellana es menester, ante todo, me parece, conocerlos bien, sino a todos por lo menos a los más celebrados. Y yo apenas los conozco. Leo muy poca literatura castellana contemporánea y poquísimos periódicos. Repaso en 10 *minutos* La Correspondencia de España *para leer noticias, los* Lunes del Imparcial *y algún que otro diario de provincias que ojeo.* El Liberal, *v.g. donde más crónicas se publican (Carrillo, Zozaya, Dicenta, Cortón, Répide, etc.) lo veo de higos a brevas. Hay cronistas a los que no leo, aunque alguna vez leyéndolos me hayan gustado. Los hay que tienen un estilo fácil y una lengua viva, que hablan con la pluma, pero me dicen tan poca cosa que apenas los leo. No me gusta leer sólo para pasar el rato, y la amenidad cuando no tiene algo más debajo, me cansa pronto. Una crónica de Carrillo, v.gr. cada ocho meses, no me estaría mal, pero cada lunes me aburriría. Y es que siempre he creído que una ardilla dando vueltas en una jaula es más pesada que un elefante a marcha lenta. Benavente es acaso uno de los que más me gustan, pero también a la larga me fatiga algo su ingenio sutil y su malignidad fría. Le falta pasión. Para divertirme de vez en cuando y distraer el ánimo, Camba. Como lengua recuerdo ahora a Bueno y a Bello. Hay otros, en cambio, que pasan por hablistas y estilistas y en rigor no son sino ebanistas de la lengua. Dedícanse a una labor de marquetería, con retazos e imitaciones de los escritores de nuestra peor época, el siglo XVII, con voces y giros que huelen a latín indigesto, no romanceado. Este nuevo preciosismo me apesta. Una lengua sin incorrecciones, sin transiciones bruscas, sin anacolutos, es una lengua puramente escrita, es decir muerta. Lean a Santa Teresa y verán que cualquier dómine Valbuena encontrará allí una falla de sintaxis por línea. Y es que aquella mujer admirable hablaba con la pluma. Y este nuevo preciosismo hace estragos en España y en la América de lengua española, ahogando bajo sí la lengua jugosa, más culta, recia y apasionada. Puesto que entre ustedes hay un argentino, el señor Luque, no tiene sino comparar la lengua no ya hablada, declamada, enfática, pero recia, apasionada y viva de Sarmiento, con el estilo sudadísimo de Lugones en algunas de sus obras. (No en todas, porque otras veces se abandona y escribe como debe de hablar, es decir, bien.) Y no quiero poner ejemplos de españoles. Andrés González Blanco sentenciaba una vez que son nuestros primeros hablistas tres de esos ebanistas de marquetería pseudo clásica, estilo siglo XVII decadente.*

No me atreveré a concretar mucho, pero como lengua de las que más me gustan son Doña. Emilia Pardo, Bueno, Bello, el ya casi retirado Troyano, el veterano Nakens, y algún modesto periodista que no firma. Y ahí en esa ciudad de Barcelona, tienen ustedes a uno de los mejores escritores, en lengua castellana, a uno de nuestros mejores hablistas, y es Juan Barco, el director de Las Noticias. *La de Barco es lengua viva y no artificio. Lo era también la de Nogales; como lo fue la de aquel maravilloso escritor que fue Alarcón.*

En América es acaso en Colombia y Venezuela —sobre todo en la primera— donde mejor se escribe el castellano. Rodó pasa por un gran escritor pero es artificioso y rebuscado.

Les saluda afectuosamente,

MIGUEL DE UNAMUNO

Ricardo Palma al descubierto

POR LUIS ALBERTO SANCHEZ

HACE YA CUARENTA AÑOS que, en un artículo titulado « Nuestro Frente Intelectual », planteó por primera vez Haya de la Torre una conciliación ideológica fundamental entre el ilustre tradicionalista don Ricardo Palma y el egregio ensayista don Manuel González Prada, acerca de cuya enemistad hicieron excesivo caudal jóvenes áulicos más interesados en dividir que en unir y crear. Decía entonces Haya, cuya curiosidad intelectual no admite discusiones, que, en el fondo, ambos personajes se habían burlado del virreinato y de la hegemónica Lima, a pesar de ser los dos limeños, para lo cual, con buen gusto y entereza, no habían necesitado publicar ningún extremo sobre « Lima la horrible », habida cuenta que las horripilancias son siempre fruto de contraste con excelencias, y que no cabe revés sin envés, o viceversa.

Sobre este mismo tema han insistido después algunos, entre ellos la nieta de don Ricardo, prolongando la segunda edición de sus *Obras completas* (Madrid, Aguilar, 1953) y el propio Haya en un artículo, bajo seudónimo, inserto en *Repertorio Americano*, durante uno de los años de su interminable asilo en la embajada de Colombia en Lima. Pues bien, al cabo de cuarenta años, y para que nadie se atreva a poner en duda aquellas consonancias íntimas, por encima de discrepancias formales, aparece ahora una colección de *Cartas inéditas* recopiladas y prologadas por el P. Rubén Vargas Ugarte y editadas por el joven estudioso centroamericano Carlos Milla Batres.

Los diarios han dado sucinta cuenta de esta edición, pensando más en la curiosidad bibliográfica que en la perspicacia política y la confesión psicológica implícitas. Como en estos mismos instantes me hallo en trance de editar seis cartas inéditas del propio Palma, dirigidas a la eximia poetisa y patriota puertorriqueña doña Lola Tió de Rodríguez, empresa que tiene a su espontáneo cargo Juan Mejía Baca, la lectura de las 133 páginas, de tal libro me ha sido leve y en extremo provechosa. Quisiera reflejar algo de ello en las líneas que siguen.

Ricardo Palma empezó a ocupar un alto puesto en las letras americanas hacia 1860 ; comenzó a dejar de escribir hacia 1900. En la primera fecha tenía veintisiete años, en la segunda sesenta y siete. Él mismo dice, en una carta de 1900, dirigida a Francisco Mostajo, combativo panfletario y poeta de Arequipa, quien le instaba a aceptar una coronación como escritor : « Insiste usted en su idea propagandista de una coronación a todas luces inconveniente. Yo veo en su insistencia nada más que la ceguera del cariño de usted por este viejo inválido ya en las Letras ». En carta de seis años antes, en 1904, había dicho al mismo corresponsal, un entusiasta partidario de González Prada, estas más tajantes palabras : « Todo entusiasmo literario ha muerto en mí, y he roto la pluma, a esto se agrega que mi salud anda muy decaída, a lo cual

contribuye tal vez la amargura que rebosa mi espíritu. Aunque lo quisiera, no podría ni sabría escribir ; ya mi cerebro está atrofiado : vegeto y no produzco » (p. 118).

Pero, no son estas explosiones íntimas las que más atraen ni más enseñan en este caso. Son las cartas a Nicolás de Piérola, durante la ocupación chilena, las que constituyen realmente el núcleo de un libro del cual emanan tan provechosas enseñanzas.

Piérola se erigió en Jefe Supremo de la Guerra, a raíz de la violenta ausencia del Presidente Prado, en diciembre de 1879, y de su reemplazo por el valetudinario general Luis La Puerta. La responsabilidad que asumió Piérola y que tuvo como final un desastre militar y, en muchos aspectos cívico, ha sido interpretada de muy distintos modos. Niguno es ampliamente favorable. Ricardo Palma había sido amigo de Piérola desde que éste fue ministro de Hacienda del Presidente Balta (1868-1872). Cuando Enrique Meiggs llegó, procedente de Chile, y realizó sus contratos para construir el Ferrocarril de Mollendo a Arequipa y de Lima a La Oroya, Palma era senador suplente por Loreto y, en un tiempo, secretario privado de Balta. La relación entre los personajes Piérola-Meiggs y Palma tuvo que ser muy cercana. Balta les prestaba su aprobación. Piérola fue duramente atacado como ministro a causa del Contrato Dreyffus, por los negociantes de guano, entre ellos por la firma Bogardus y por muchos agricultores nacionales, incluyendo a Pardo. Palma expresó siempre su amistad a Piérola. Ella se basaba en un antecedente doctrinario : Palma había sido muy entusiasta de Castilla, cuando éste se presentaba como el caudillo liberal por excelencia, y participó, o le presentaron como participante, en un atentado contra Castilla cuando este comenzó a virar hacia el conservatismo. La posición de Palma era, en este aspecto, firme. Fue liberal, y si no coincidió con la actitud radicalmente iconoclasta de González Prada, no andaban ambos muy lejos en su simpatía por las logias masónicas, en su cordialidad para el criollo y su rechazo o sorna, según el caso, hacia la aristocracia colonial.

La derrota de la Reserva peruana en Chorrillos y Miraflores entregó Lima a las tropas chilenas, en enero de 1881. Piérola se retiró a la sierra del centro a ver si podía reorganizar la resistencia. Al mismo tiempo, en Lima, los civilistas trataban de formar un gobierno nuevo, que tuviera plena personalidad para tratar sobre la paz, y Cáceres, por su parte, impulsado por su ferviente patriotismo, dio alma y cuerpo a las guerrillas que se cubrirían de fama en la luctuosa y esforzada « campaña de la Breña ». Las cartas de Palma están escritas en Lima, bajo la ocupación chilena, y dirigidas a Piérola que se hallaba en aquella coyuntura en la ciudad de Ayacucho. Son cartas de una evidente importancia histórica. Y aun cuando poco añaden a la elucidación objetiva de hechos ya consumados y conocidos, agregan una porción subjetiva de grandísima utilidad y revelan mejor el alma de su autor.

Desde el punto de vista literario, dichas cartas redondean el concepto que tenemos sobre la personalidad de Palma. En primer lugar, su campo específico era la « pequeña historia ». Era un espontáneo perceptor de pormenores, de « tradiciones » o gérmenes de tradiciones. Sin embargo, en medio de los menudos episodios y referencias que presenta, se advierte el hilo ideológico y sentimental que los une indisolublemente. Palma vivía en un estado de suma exasperación patriótica, pero no trasluce el odio caudillesco de Prada, sino un odio sutil, activo, conspirativo, desmenuzador, que plantea constantemente combates, sin atreverse a formular un plan de guerra. Menciona hechos, cita personajes, alude a anécdotas, arma un mundo grande a base de sucesos chicos. Actúa como en las *Tradiciones peruanas*, con respecto al Virreinato : de un cúmulo de pequeños sucesos deja entrever el concepto general de una situación grande.

Palma refiere a Piérola que el gobierno de La Magdalena no tendrá ningún buen resultado. Eso lo prevé desde el principio. Presenta a García Calderón en no muy halagadora forma, y menciona inclusive su situación de novio, a pique de contraer matrimonio con una señorita Rey Basadre, lo que haría en seguida y de que sería primer fruto Francisco, nacido en el cautiverio de Chile. Pero no se limita a señalar errores. En una carta del 11 de oc-

tubre de 1881 manifiesta a Piérola que, pese a las circunstancias, estaría él, Palma, llano a aceptar el nombramiento de secretario de la Delegación de su gobierno, con la condición de ad honorem, y que, si hubiese dificultades, propondría a Julio García Monterroso. Asimismo insta a Piérola a nombrar al alcalde de Lima, Rufino Torrico, como plenipotenciario.

En lo tocante a la intervención norteamericana, no obstante cierto optimismo con que la mira, llega pronto a la conclusión de que esa era la única posibilidad de que se detuviera el desmembramiento del Perú en el sur, ya que no habrá ninguna confianza en la materialización de la amistad de otros países hispanoamericanos, aludiendo, sin duda, a Argentina, Brasil, Colombia y Venezuela. Al respecto relata a Piérola conversaciones sorprendidas en los salones, cuyos interlocutores son el jefe de la ocupación, Patricio Lunch, el ministro norteamericano general Hurbult y varios personajes peruanos, y se expresa con desenfado acerca del atentado contra el Presidente Garfield y las condiciones de salud en que éste se hallaba.

Este aspecto de Palma era ignorado. Sus biógrafos lo han pasado por alto o no han sabido de él. El *Epistolario* publicado por Raúl Porras apenas se relaciona con tal tipo de sucesos. Resulta ahora que Don Ricardo no fue un personaje sin inquietudes políticas, ni que miró al Perú como un objeto, sino que se identificó con sus padecimientos y los hizo más suyos en la medida en que las circunstancias exigían mayor devoción y desprendimiento. En su carta del 27 de junio de 1881, dice Palma a Piérola, refiriéndose a las conversaciones, conspiraciones y rumores limeños respecto a la forma de resistirse a las desmedidas exigencias y hasta crueles « diktats » del ejército ocupante : « El patriotismo sabe hacer milagros, es cierto, pero no hay que esperar milagros donde aquella virtud es casi negativa. Con ciento o doscientos hombres abnegados y entusiastas como usted no se puede hacer más que cumplir con el deber hasta el sacrificio, pero es difícil alcanzar la victoria. Los buenos están en desconsoladora minoría. »

Estas y otras frases revelan el grado de dolor y a la par de exaltación que abrigaba el tradicionista en su alma. En unos cortos pasajes habla de la pérdida de su biblioteca de más de tres mil volúmenes », su « rancho » y sus muebles, dejando a su mujer y sus hijos « con el encapillado ». No se jacta de su desgracia. Mas le preocupa, y a eso alude muchas veces, el saqueo de la Biblioteca Nacional, la Biblioteca de San Marcos y el Archivo de Lima. Constantemente vuelve a la carga sobre este particular, y hasta difunde la circular del coronel Odriozola, director hasta entonces de la Biblioteca. exponiendo al mundo americano la pérdida de su magnífico tesoro. Esta pasión bibliotecaria de Palma le lleva a solicitar para sí la responsabilidad de la reconstrucción, si bien no era el momento para pensarlo siquiera. Todo esto, en medio de nutridos datos y comentarios picantes acerca de los muchos personajes en juego. Cuando tilda de « hidrófobo » un manifiesto de Quimper; cuando califica duramente a Mariano Felipe Paz Soldán ; sus saetazos a don Manuel María Gálvez y al expresidente Manuel Pardo (p. 67), todo eso sirve de adobo a otras apreciaciones más sustantivas. Hay también notas sentimentales, como la que se refiere a su hija Angélica, en una carta dirigida a Federico Larrañaga, en 1882, lo que arroja luz sobre la edad de esta distinguida escritora, fallecida hace poco tiempo, ya octogenaria, según se ve.

El estilo de las cartas es sabroso. Pese a la tragedia a que alude, no se dejan ganar por el tono profético y, antes bien, participan del gracejo picaresco de toda la obra literaria de don Ricardo. Abundan inclusive en refranes y dichos criollos o inventados por Palma, con esa manera peculiar tan suya que ha sido una de las razones de su perduración literaria.

En la medida en que se vayan aireando epistolarios y páginas íntimas de nuestros hombres representativos, la historia del Perú —la política y la literaria— adquirirá caracteres de mayor vitalidad, será de más subido interés humano. Ya tenemos, en el trascurso de los últimos quince años, los epistolarios y notas memoriales de Echenique, Palma, Gamarra, doña Adriana González Prada, y se han anunciado las de Mendiburu. Ojalá los descen-

dientes de próceres y semipróceres o con ganas de ser próceres, se arriesguen a la prueba de fuego de la grandeza que es publicar el pensamiento íntimo de los actores de nuestra vida republicana. Con las deficiencias tipográficas que le restan realce, esta colección, patrocinada por el P. Vargas Ugarte y el señor Milla Batres, presta desde ahora un servicio incalculable a la elucidación de nuestro pasado, tanto político como intelectual. Merece una calurosa bienvenida.

A. ZEREGA FOMBONA (1924)

Sudor y sangre en el Balsas

(Punto y contrapunto de un río)

POR SALVADOR PINEDA

PARA EL HOMBRE QUE HABITA en las riberas, el Balsas es siempre un punto de referencia , de este o de aquel lado del río grande dice, por ejemplo, cuando trata de definir situaciones o de ubicarse él mismo. Aunque conoce a fondo las veredas y los caminos, no sabe a ciencia cierta de dónde viene ni a dónde va ; pero a fuerza de medirlo y calcularlo le parece extenso como el mundo y ancho como la imaginación.

Por lo menos, supera la realidad o se antepone a lo existente para convertirse en síntesis y expresión de lo regional. ¿Cómo se podría calcular su edad en siglos y su extensión en agua, si se equipara con el tiempo y se pierde en la leyenda?

No obstante que corre bajo el nivel del mundo, acorta distancias y domina perspectivas a fuerza de saltar obstáculos y vencer resistencias. No se sabe, en verdad, si elogiarlo por su mansedumbre o criticarlo por su terquedad. Lo cierto es que tiene múltiples defectos : brutalidad, salvajismo, fuerza inigualable ; pero posee, al menos, esta virtud fundamental : ser espejo de inquietudes y recuerdos a través de la tierra caliente.

En sus aguas se refleja, en efecto, la cara del destino y el perfil de las cosas ; pero de cerca o a distancia se antoja superfluo o adverso, extraño e indiferente, ajeno por completo a todas las abundancias y privaciones. Por dondequiera que se le juzgue, dará invariablemente la impresión de ser testigo mudo de la existencia, sórdido elemento que todo lo complica o menoscaba con su dominante presencia.

Es una acción en desperdicio, un empuje negativo entre valles y montañas, tal como lo denuncia su recio rumor a lo largo del descenso. Sin embargo, no es fácil penetrar del todo en su intimidad porque a veces disimula bien entre los tumbos o se oculta de pronto en las profundidades ; más vale, en consecuencia, adivinarlo en sus desplantes o cogerlo de sorpresa en uno de sus recodos. Tal vez así, solamente así, se le podrá captar en su conjunto y valorizar en su integridad para sacar en limpio su saldo desfavorable.

¡Cuántas cosas, no obstante, se quedan en los remansos o se escapan en las corrientes! Seguirá siendo entonces elemento desconocido, extraño personaje rural envuelto en incógnitas e interrogaciones. ¿Cómo evitarlo, después de todo, si es demasiado escurridizo para poder auscultarlo de la profundidad a la superficie?

Además, ¿para qué palparlo a fondo si sus secretos se escurren entre los dedos? Lo cierto es que viene desde lejos, de allá donde sus aguas se llaman de otro modo : Zahuapan en Tlaxcala y Atoyac en Puebla ; pero al entrar en la región suriana, precisamente entre Guerrero y Michoacán, se bautiza de nuevo con tres nombres sucesivos : Mezcala, Balsas y Zacatula. Los tres revelan su procedencia indígena y denuncian plenamente las características de

los terrenos que atraviesa : trechos propicios para el mezcal, sitios en que las balsas hechas de tecomates cortan las superficies y tramo próximo al delta por donde se vierte al mar.

En apariencia esos nombres lo dicen todo : sin embargo, son apenas referencias superficiales, explicaciones someras de un tópico de mayúsculas proporciones. En realidad, no es fácil abarcarlo de una sola plumada porque cada nombre encierra una larga historia, un amplio relato de hechos parciales o aislados que valdría la pena ir juntando en pedazos hasta completar su imagen de viento y sol, de piedra y lodo, de cal y canto. Al menos, bastan esos 736 kilómetros para encontrar innumerables anécdotas y sucedidos que bastarían para formar un volumen incomparable. Mejor dicho, ¿no puede eso denominarse itinerario de fechas, nombres y episodios con los que se podría escribir muy bien un libro de truculentos alcances?

Historia truculenta

¡Qué magnífico material para una gran novela con tierra, río y hombre como únicos personajes! Bastaría con esos tres elementos para ponerle marco a ese cuadro original donde se mezclan dulzuras y esperanzas, cosas románticas y amargas para que la muerte corra pareja con la vida. Pero en esquema, el itinerario se puede trazar, río abajo, de esta manera : Balsas, Acatlán del Río, Pezcapa, Tetela, Yetla, Santo Tomás, Zapotitlán, Santa Catarina, San Miguel Totolapan, Ajuchitlán, El Potrero, Tlapehuala, Coyuca, Santo Domingo, Cerano, Zirándaro, Santiago Conguripo, San Jerónimo, Cujarán, Las Balsas, El Organal, Pinzandaro, Salto de San Antonio, El Infiernillo, Las Tamácuas y Zacatula. Sitios todos ellos de arribo o de partida donde se tiene siempre la sensación de que un barco está esperando para emprender el viaje sin más ni más.

Cada lugar es, pues, una historia vivida, una crónica inédita que debe contribuir a darle mayor sabor al libro de los anales. ¡Quién dispusiera del tiempo necesario para emprender tarea tan ejemplar! Eso equivaldría, por otra parte, a tratar de escribir la biografía novelada de ese río que chorrea sangre de pueblos y sudor de hombres.

Mientras se llega a eso, basta y sobra con lo apuntado para demostrar que el Balsas no es sólo río sino límite y problema ; límite infranqueable y problema sin solución. Porque eso es lo único que ofrece a lo largo de su carrera : problemas y más problemas.

Cabe preguntar si no, ¿a quién beneficia y para qué se aprovecha? ¡Qué no dieran los pueblos ribereños para que ese río se convirtiera en signo de utilidad! Desde la altura del paredón o arriba de los peñascos, la gente del pueblo nomás lo mira pasar y se duele en silencio de no poder hacerlo a su condición.

A fuerza de ser inútil, ha llegado a ser puro accidente, simple manera de fragmentar el panorama de la tierra caliente. ¿Acaso no se denomina cuenca del Balsas a esa ancha región donde corre la sangre e impera el calor? La paradoja no puede ser más clara : abundante agua junto a la tierra sedienta ; sequía en ambas márgenes de este río avaro que no suelta ni una gota.

Tan es improductiva su potencia y vana su grandeza que su sola denominación resulta cruel ironía : de Coyuca hacia abajo se ufana en llamarse Río Grande, y en verdad lo es, más por los daños que causa que por las dimensiones que adquiere. Todo lo alcanza o lo arrasa con su maléfico magnetismo, de tal suerte que la vida remolinea en su torno y las cosas afluyen hacia él como atraídas por irresistible fuerza. ¿De qué elementos dispone para ser tan poderoso en un momento dado? Numerosos afluentes vomitan en él sus caudales y los escurrimientos que producen las lluvias fatalmente van a aumentar su cauce ; todo contribuye a darle categoría de mar o forma de torrente incontrolable. Sin embargo, cuando amaina el temporal, vuelve a sus límites normales para continuar en su monótono y persistente descenso.

De un modo o de otro, se equipara con las modalidades de la región : es bronco como un potro, manso como una res, turbio como las malas acciones, constante como los hombres e inexorable como la muerte. No hay manera de interpretarlo

DIBUJO DE SERGIO TRUJILLO MAGNENAT

en otra forma porque todo lo suyo conduce a conclusiones desfavorables : dificulta el tránsito de un lado a otro y se opone de plano a cualquier fórmula de progreso.

¿Qué se puede esperar de él si no hace más que reportar males y provocar atrasos? A veces, sin embargo, parece que corre parejas con el mundo y que las montañas le hacen paralela compañía, como si se empeñaran en seguirlo a lo largo de su trayecto para asistir al espectáculo de su desembocadura : agonía y muerte de sus ímpetus avasalladores frente al océano imponderable.

¿Hace falta argumentar más para demostrar su ineficacia? Pese a su extensión y anchura —en ocasiones alcanza hasta 500 metros de una orilla a otra—, su inutilidad salta a la vista : no es medio de vida ni fuente de trabajo ; no ayuda a fertilizar la tierra ni a redimir al hombre. Su misión, simple y sencillamente, consiste en hacer honor a su nombre y apellidos : Balsas, río inútil.

El Balsas —río de larga historia y corta explicación— tiene gráfico significado : corre paralelo a la suerte de México ; representa, mejor dicho, un trozo de historia patria porque lo que ocurre en su trayecto o se manifiesta en sus contornos es reflejo fiel de la nacionalidad. Historia dramática y truculenta como ninguna otra, porque en su cauce todo es luchar y afanarse por vencer los obstáculos y salir avante en momentos difíciles o situaciones comprometidas. Vivir en las riberas equivale, de plano, a encararse resueltamente con ese mundo que amaciza el carácter y endurece la voluntad mediante esta costumbre diaria : la mejor forma de vencer los riesgos es exponerse a ellos de cuerpo entero. O como dicen los lugareños : no hay que sacarle el bulto a los compromisos.

¡Cuántos acontecimientos felices o desdichados no se registran en ese río donde la existencia media alcanza a veces perfiles de epopeya! La vida es, con frecuencia, tranquila y apacible como un hilo de agua mansa ; pero en ocasiones es agitada como un borbotón y el hombre se afana entonces por traducir en hechos lo que lleva adentro. Es una fuerza desatada a la que no tan fácilmente se puede limitar. No hay que luchar contra la corriente, dice un dicho regional ; sin embargo, así proceden quienes, por impulso o vocación, gustan de calificar la hombría o medir el pulso en trances peligrosos. Eso significa, en última instancia, vivir más cerca de la muerte que de la vida y precipitar las cosas en un momento dado para probar la suerte. Por eso es tan cierta como inobjetable esta expresión local : a los hombres se les tuesta la cara a fuerza de mirar el sol de frente.

En el fondo, los hechos acontecen con trágicas disonancias : de lo menor a lo mayor, de abajo arriba y de arriba abajo, sin desviar el cauce ni alterar la realidad imperante. Destinos que se salvan, voluntades que se quiebran, vidas que se aniquilan, encuentros que se producen, corazones que se destrozan, rivalidades que se ahondan e ilusiones que se pierden : todo eso y algo más pasa en esas regiones cálidas donde sangre y sudor siguen el mismo cauce. Los pueblos ribereños acaban por saber de todo : de esperanzas y desengaños, de años buenos y males temporales. Viven a expensas del tiempo, dependientes de la suerte, en una palabra ; pero no por eso pierden el sentido de las proporciones ni la seguridad en sí mismos.

¿Sería aventurado decir que el Balsas es línea sensible, raya del destino para capear todos los temporales? Lo que más conviene a su condición no es una biografía superficial sino un relato de violentas pasiones y atrevidos desplantes ; valdría la pena entonces intentar un ensayo biográfico a la manera del que Emil Ludwig escribió sobre el Nilo. Sólo que aquí el escenario sería más brutal e imponente porque el Balsas chorrea más sangre que agua y su drama suena más a tragedia que a romance.

Llevaría mucho tiempo —tal vez volúmenes enteros— describir con amplitud ese tremendo drama lleno de atrayentes paisajes ; eso para el caso basta y sobra con trazar una visión panorámica de ese mundo poblado de cosas simples e imágenes sombrías. Además, ¿para qué meterse en honduras, si mucho de lo que tiene y de lo que es se remansa en las orillas o flota en la superficie?

Escenario de indios y blancos

¿Quiénes fueron los primeros en explorar su cauce y quiénes sus primitivos pobladores? Lo muy remoto es tan oscuro como desconocido y no es fácil aportar datos precisos para conocer el origen de sus conflictos y desbordamientos. Más aún, en sus principios el Balsas corresponde más a la fantasía que a la realidad porque gentes y animales viven en una especie de idilio con la naturaleza. Lo cierto es que, en el transcurso de los siglos, tres tribus principales se disputan el dominio de ese río que los atrae con extraño magnetismo : primero los toltecas, luego los aztecas y por último los tarascos. Cada tribu alcanza esplendor y poderío en ambas márgenes, según el tiempo y los trechos en que se ubiquen ; pero no estaría por demás subrayar separadamente los tres momentos estelares de la presencia indígena en el Balsas.

Los toltecas se establecen un día en el pueblo de Temocatlán para trabajar el cobre y producir con él lanzas y objetos de uso doméstico ; luego se internan río abajo, buscando el codiciado metal y sitios más propicios para arraigarse y progresar. Penetran hasta esa parte donde la tierra es más alta y el cauce más bajo, a pesar de lo cual deciden vivir ahí, encantados de la vida, durante largos y felices días hasta que otros guerreros irrumpen en sus dominios.

En efecto, en tiempo del rey Ahuitzolt los aztecas se aventuran por esos rumbos y se sienten desde luego seducidos por ese río en cuyas márgenes abundan los animales y las aves de vistosos plumajes. Movidos un poco por la curiosidad y la codicia, recorren largas distancias y van sembrando las riberas de nombres mexicanos : Ahualtán, Mexcala, Cocula, Temixtlahuacán, Acatlán, Tepoa, Zapotitlán, Totolapan, Ajuchitlán y Tlapehuala ; pero en la punta, casi a un paso del océano, fundan el reino de Zacatollán con la finalidad de asegurar su arraigo y permanencia.

Más o menos por esas latitudes se van situando con el tiempo tecos, matlazincas y cuitlatecos, hablando distintas lenguas y cada cual con sus propios usos y costumbres. Las márgenes se decoran con los esplendentes colores de esos mantos y plumajes que ostentan guerreros y danzantes, mercaderes y peregrinos a lo largo del río. Hay un concierto de músicas y voces en esa extensa zona donde los indios fijan su asiento para dedicarse a una de estas cuatro actividades : la guerra, la caza, la pesca o la agricultura.

Y así, entre grupos nómadas y pueblos sedentarios, corren los días y pasan los años hasta que arriban los purépecha más o menos a la altura de Coyuca y Zirándaro. Al principio, sólo unos cuantos se quedan en las riberas y los demás siguen hasta la región de los grandes lagos ; pero el rey Taríacuri vuelve un día sobre los pasos de sus antepasados y consolida el predominio de los tarascos en esas tierras que, a su muerte, hereda su sobrino Hirepan, quien se revela, al final de cuentas, como un monarca con todas las de la ley : dominante presencia, espíritu combativo y capacidad organizadora. Pone en Coyuca la capital y se encariña de tal manera con su reino, que acaba por unir su suerte a la de ese río que le sirve de límite y referencia : de Coyuca para arriba, el imperio mexicano o, por lo menos, la zona de influencia azteca ; de Coyuca para abajo, en cambio, su dominio perépecha hasta colindar con el mar.

A partir de entonces, se marca así la ruta de los tarascos sobre el Balsas : Tanganhuato, Itzímbaro, Quirio, Chuperio, Queruseo, Aterio, Cútaro, Charácuaro, Cupúcaro, Quenandio, Huitza, Catatemba, Pitacuarán, Apácuaro, Guarichicahuaro, Tzingangio, Aratichanguio, Tziritzícuaro, Tzentzénguaro, Cuipipatzio, Uspio, Cutio, Aripo, Pintzandarán y las Tamacuas.

Los indios dejan estampadas sus huellas imborrables en ese río donde nombres y monumentos recuerdan todavía la fuerza de su ingenio. En una y otra margen, se pueden contemplar aún numerosas yácatas que ocultan los sólidos testimonios de su poder creador, mientras el murmullo de las aguas parece descifrar el antiguo enigma de los códices : tierra de nuestro padre el Sol y nuestra madre la Luna, cuya unión hace que se obscurezca el mundo antes de que la sangre brote de los pechos cubiertos de oro y obsidiana.

Durante siglos, los indios decoran el panorama a su manera y todo lo disponen

con armoniosa simetría : las casas aquí, los templos allá, los empedrados por este lado y las escalinatas por aquel otro. El mundo está en orden, ingeniosamente arreglado, hasta que un día aparecen por ahí unos hombres barbados que echan las cosas a rodar : derrumban muros, quiebran ídolos y destrozan cuerpos a punta de lanza y cargas a caballo. Pocos son los que escapan de perecer bajo los escombros ; apenas si algunos alcanzan a esconder sus tesoros en el río y sepultar sus poblados bajo tierra para ponerse a salvo de la codicia de los blancos. Pero lo que empieza siendo disputa de joyas y palacios, acaba en pleito a muerte por pertenencias y posesiones a lo largo del Balsas.

Como los españoles todo lo quieren para sí, no se dan abasto juntando oro y ganando tierras para su particular provecho ; así nacen las encomiendas y la comarca se fragmenta en una serie de feudos, cuyos indios y animales se conocen en muchas leguas a la redonda por la marca candente que les ponen. Aunque el virrey manda devolver las tierras a los naturales, colonos y encomenderos se encargan de burlar las órdenes recibidas para conservar lo más que pueden bajo su personal dominio ; pero eso sí, tienen buen cuidado de hacer que se paguen puntualmente diezmos e impuestos reales para no ofender tanto a Dios y tener grato a su rey y soberano. A la indiada, en cambio, la someten a trabajos forzosos o la relegan en sitios inhabitables.

Allá por el año de 1528, Gil González de Ávila y un sujeto apellidado Vázquez Coronado, se hacen dueños de todos esos valles y lomeríos que se extienden desde Cutzamala y Pungarabato hasta Zirándaro y Guayameo. Ellos y sus representantes o herederos, cruzan el río cuantas veces les viene en gana para vigilar de cerca tan inmensas propiedades. Exploran y cultivan, sufren y sudan buscando la manera de obtener cada día mayores rendimientos en esas tierras tan anchas como duras.

Huellas en la arena

Pese a todo, la vida tiene sus alternativas : ante la codicia de unos, la caridad de otros. Algunos misioneros, especialmente fray Francisco de Villafuerte, fray Diego de Chávez y fray Juan de Sanromán, se aventuran por esos rumbos y se convierten desde luego en protectores de los indios. Es cosa de ver cómo esos frailes andariegos vencen la soberbia de los encomenderos con la humildad de su presencia, sin más armas que la cruz en una mano y el misal en la otra.

El que más se distingue en esta labor humanitaria es un agustino llamado Juan Bautista de Moya, quien a fuerza de desvelos y sacrificios gana este título ejemplar : apóstol de la tierra caliente. Día y noche se interna por esos caminos de Dios para prodigar consuelo y atenciones a quienes lo necesitan, sin dolerse de que espinas y pedruscos le sangren las plantas. Atraviesa el río a como dé lugar : en balsa, por el vado, en trozos de madera o pegado al cuello de algún indio nadador. ¡Hasta hay quiénes aseguran que lo han visto pasar en éxtasis las broncas aguas sobre el lomo de un caimán!

Lo cierto es que el Balsas significa para ellos algo así como la hostia y el cáliz de su vida : allí advierten más cercana la presencia de Dios y, a veces, hasta beben sus aguas con la misma unción con que apuran el vino del Señor. Más aún, ese río salvaje y primitivo les enseña esta cosa estupeda : preferir la humildad a la grandeza, la resignación a la impaciencia, la castidad al pecado. Todos fortalecen su vocación cristiana en ese escenario rural : conforme anochecen río arriba haciendo el bien, amanecen río abajo aliviando males o mitigando penas. Sin embargo, pese a tan piadosa actividad, ¡cuántos dolores y sufrimientos quedan sin remediar en esas tierras asoleadas, quemantes como una injusticia y secas como cualquier dolor!

De ese tamaño siguen las cosas, hasta que un día, recién estrenadas, repercuten allí las primeras palabras insurgentes : patria y libertad. El Balsas es entonces línea estratégica para colocar retenes y destacamentos o marchar por la vía más corta hacia los grandes objetivos. ¿Cuántas movilizaciones o retiradas no se efectúan en ese lapso? Frecuentes disparos y prolongados tropeles rompen la monotonía de esos días cargados de temores para unos y de esperanzas para otros : temen por su vida

e intereses los que todo lo tienen y esperan la hora de su liberación los que carecen de todo.

Morelos —siempre el primero— toma el río como escenario ideal para el éxito de sus campañas militares ; baja y sube, siempre a caballo, por una u otra margen con la rapidez o lentitud que requieren las circunstancias, y muchas veces se detiene en sus orillas para alternar con sus soldados, consultar con sus capitanes o dictar sobre la marcha las órdenes pertinentes. ¿Cuántas veces no se refresca el cuerpo o apaga la sed en esas aguas turbias o cristalinas que sabe Dios a dónde irán a dar? Ninguno tan indicado como él para anticiparse a sus vueltas y declives o aprovechar sus vados y embarcaderos en el momento oportuno. ¿Podría acaso sentirse extraño en ese ambiente si desde temprana edad aprende a familiarizarse, palmo a palmo, con el Balsas?

Ese es, por lo demás, el itinerario de su vida, el pequeño mapa de sus luchas y esperanzas, de sus sueños y realidades. Entre recuas y hatajos, el joven andariego lo cruza varias veces por el rumbo de Zacatula en sus reiterados viajes de Apatzingán a la costa o en sus jornadas de ida y vuelta de Valladolid a Acapulco por la ruta de Huetano, Ajuchitlán y Petatlán. En mula o a pie, se ve frecuentemente al sacerdote bordear sus orillas en la región de Churumuco, cumpliendo deberes inaplazables. El caudillo sigue parecidos derroteros en diferentes ocasiones ; primero, tras de bajar por la margen derecha desde Huetamo hasta la hacienda de Las Balsas, cruza hacia Coahuayutla y Zacatula donde se le incorporan Avila y Valdovinos para marchar con él sobre Acapulco ; luego, con motivo de su traslado de Chilpancingo hasta Apatzingán, galopa por Mexcala, Tetela, Tlapehuala, Tlalchapa y Cutzamala ; en seguida, tras la derrota de Puruarán, alcanza la otra orilla por el embarcadero de Santiago para detenerse en Zirándaro y llegar a Coyuca, desde donde propone al virrey Venegas el canje de Matamoros por más de cien realistas que tiene prisioneros en Zacatula ; poco tiempo después, reorganizadas sus tropas, pasa en Ajuchitlán hacia la margen derecha para seguir por Huetamo hasta ubicarse en Uruápan ; y por último, cuando escolta al Congreso rumbo a Tehuacán, salva al galope los vados de Tetela y Atenango del Río queriendo llegar a sitios invulnerables.Pero quedan truncos sus planes porque en Tezmalaca, teniendo todavía húmedas las botas, le pone fin a sus correrías por el sur.

Muerto Morelos y disuelto el Congreso en Tehuacán, Nicolás Bravo baja por el Mezcala hasta fijar en Ajuchitlán su centro de operaciones ; toma por sorpresa la plaza de Huetamo ocupada a la sazón por el realista Pío María Ruiz, y luego, en compañía de Guerrero, Catalán y Zavala, corre tras de Armijo desde el Carrizal hasta Ajuchitlán, tratando de darle alcance para rescatar a Rayón y Verduzco a quienes lleva prisioneros. Pero en vista de los descalabros sufridos, entrega sus tropas a Guerrero cerca de Coyuca y se interna en el monte para ocultarse en el rancho de Dolores, donde le echan mano y le obligan a pasar de nuevo el río como prisionero para juntarlo en Teloloapan con sus compañeros de infortunio.

Más o menos por esas latitudes, combaten e incursionan otros guerrilleros de no menor audacia y estatura, que no tienen rival en el arte de burlar cercos y sortear peligros. Nicolás Catalán y Pedro Ascencio Alquesiras andan por ahí orondos y ufanos, sin que Armijo ni Iturbide logren cerrarles el paso o hacerles caer en emboscadas.

¡Ese Vicente Guerrero de veras que se las trae! Puede que los demás lo superen en inteligencia e ilustración ; pero en eso de pelear no hay quien le ponga un pie delante. Es el caudillo del sur por excelencia y sabe hacerse fuerte en elevadas montañas y sitios inexpugnables : establece en la hacienda de Las Balsas una Junta de Gobierno para darle al movimiento unidad de mando ; abandona sus posiciones en Zacatula para buscar refugio en el Cerro de Barrabás, de donde lo desaloja, un año después, el teniente coronel José Antonio Echeverría ; pero pasa el río a la altura de Zirándaro para proseguir sus avances y retiradas entre Tetela, Totolapan, Ajuchitlán, Coyuca, Churumuco y Coahuayutla, hasta que un día sella su suerte a la de su patria con el abrazo de Acatempan.

¡Indios, santos, soldados y caudillos van dejando las huellas de sus pasos a lo largo del Balsas, desde el drama de la conquista hasta el movimiento de independencia, para marcar con sudor y sangre la ruta del sacrificio y el heroísmo!

Tabachín, flama velante

Después de lo de Ayutla, don Juan Alvarez entra en acción por el rumbo de Ajuchitlán para hacer triunfar su plan y combatir con las armas en la mano contra las fuerzas santanistas ; pone en práctica, desde luego, esta táctica singular : atraer al enemigo a sus terrenos y no salirse de ellos sino en plan de vencedor. Eso le da tal fama y prestigio a lo largo del Balsas, que llega un momento en que su nombre impone mayor acento a la causa del 57 y a las luchas de Reforma.

Y así, entre toques de clarines y redobles de tambores, llega la guerra de intervención y el Balsas se convierte en campo de batalla, en línea defensiva de la libertad en peligro. ¡Cuántos acontecimientos no se registran en ese lapso! Con aires marciales y vistosos uniformes, zuavos y franceses invaden nuestro suelo y creen que con facilidad van a imponer sus pretensiones imperialistas en todo el territorio ; pero el sur se cubre de honor y gloria al pelear con denuedo por la integridad nacional y los fueros de la República.

Sobre una y otra margen corre sangre de patriotas ; pero la bandera se mantiene en alto y queda a salvo la dignidad patria, poniendo de relieve nuestro espíritu combativo. Con el fuego del patriotismo la temperatura sube al rojo vivo y se funden en bronce estos nombres representativos : los Alvarez, Arteaga, Salazar, Romero, Pueblita, Valdez, Régules y Riva Palacio. Todos ellos, patriotas a carta cabal, viriles protagonistas de hazañas regionales que merecen señalarse a grades rasgos.

Don Juan y don Diego Alvarez, enérgicos en el mando y patriarcales en el trato, dominan desde la costa hasta la sierra de Guerrero; pero incursionan con frecuencia por el río para poner en jaque a las fuerzas imperiales. El general José Arteaga es cabeza principal y brazo fuerte en la región, y llega a identificarse de tal manera con la comarca que hasta agrega su apellido al pueblo de El Carrizal.

Carlos Salazar es también jefe distinguido y combate como el que más en el norte de Michoacán ; pero baja en ocasiones hasta la tierra caliente para eludir al enemigo o trabar contacto con los suyos. A fuerza de desplantes y actos temerarios, Nicolás de Régules sufre un día serio revés y alcanza apresuradamente la otra orilla para reorganizar sus tropas y volver sobre sus pasos a cobrar desquite en menos que canta un gallo. Pese a la previsión y entereza del comandante Leonardo Valdez, que no se da descanso en la tarea de tapar todos los claros, el imperialista Ramón Méndez ocupa transitoriamente la plaza de Huetamo y se gasta el lujo de ir a bañarse al río con tropa y caballada, antes de que los patriotas le obliguen a emprender la retirada.

Los guerrilleros Nicolás Romero y Manuel García Pueblita tienen tal resistencia de jinetes que ni para comer se bajan del caballo, y a menudo se les ve cruzar el río para recuperar posiciones y coger al enemigo por sorpresa. Vicente Riva Palacio se baña de polvo y sol en las riberas cuando emprende largas caminatas en cumplimiento de sus deberes militares o en simples viajes de exploración ; recrea entonces su penetrante mirada de literato en esos panoramas de sierra, costa y plan que le proporcionan material abundante para escribir después novelas ejemplares.

Por órdenes suyas, los prisioneros belgas se encuentran primero en Zirándaro y después en Santiago, donde acaban por aprender el oficio de hacer reatas y sombreros de palma con la misma habilidad que los lugareños. Aunque tienen la población por cárcel, andan libremente de un lado para otro y en una de tantas se lanzan río abajo en una embarcación ; pero en seguida les dan alcance y regresan cabizbajos a su confinamiento. Poco a poco se van aclimatando a la región, hasta que un día, después del canje de Acuitzio, vuelven a los suyos con lágrimas en los ojos... ¡Hasta allá se oyen los disparos del Cerro de las Campanas y de inmediato las márgenes del río quedan limpias de zuavos y franceses

para que sobre ellas se despliegue, victoriosa e inviolada, la enseña nacional!

Se consolida entonces la República y se consagran para siempre los principios de soberanía y buen gobierno ; pero a poco surgen disputas y rivalidades que motivan serios distanciamientos. Es así como don Sebastián Lerdo de Tejada, prófugo a la sazón de las disensiones políticas, es hecho prisionero en la hacienda de las Balsas por el coronel Pioquinto Huato, quien, por órdenes directas de don Diego Alvarez, lo traslada a Coahuayutla y luego a Zihuataejo para embarcarlo hacia Acapulco.

Viene luego el porfiriato, y la cuenca del Balsas se fracciona en pequeños cacicazgos y prefecturas que compiten en celo y energía para guardar inalterable el orden establecido. Reina, en efecto, una paz chicha y, gracias al sistema de haciendas y peonaje, en las riberas abundan pastos, cultivos y ganados. Es cierto que las labores son arduas y bajos los jornales ; pero siquiera la tierra, bien trabajada, produce lo necesario para que unos vivan con soltura y otros suden la gota gorda. ¡Cómo se afana esa gente de sol a sol para que no quede ni un solo trocho sin sembrar y los amos puedan contemplar satisfechos sus vastas posesiones!

Y así, entre cosechas de maíz y ajonjolí, llega el año de 1906 en que se cambian los límites entre los dos Estados circunvecinos ; así lo convienen y determinan esos dos mandatarios locales a quienes les han salido canas en el poder : don Manuel Guillén en Guerrero y don Aristeo Mercado en Michoacán. Cada cual atiende lo suyo con gran empeño e interés para reafirmar el principio de autoridad ; pero de cuando en vez se dan la mano para corresponder servicios o atender recomendaciones. Hasta que uno de tantos días se les presenta la oportunidad de darse indiscutibles pruebas de amistad : a don Aristeo le interesan unas minas de plata cerca de Zacatula y don Manuel advierte de inmediato la posibilidad de conseguir, en cambio, esas tierras que se extienden de Coyuca para abajo. Hay algunas pláticas y entrevistas hasta que el trato se formaliza definitivamente : Michoacán cede los municipios de Pungarabato y Zirándaro ; Guerrero entrega la hacienda de la Orilla y las minas de Las Truchas en la jurisdicción de Coalcomán.

Los habitantes de Huetamo se oponen al traspaso y dirigen un memorial a don Porfirio requiriendo su intervención para evitar que el hecho se consume ; pero ni el Presidente ni los mandatarios locales atienden protestas ni peticiones y ejecutan las cosas con la prisa que requieren las circunstancias. Se firman los convenios y se expiden los decretos respectivos para que hombres y animales sigan la suerte del suelo a que pertenecen y las cosas se realicen en absoluta calma, sin incidentes ni contratiempos ; sólo don Ignacio Chávez abandona Zirándaro el mismo día en que se lee el bando oficial y pasa al lado michoacano, con muebles, familia y ganado, para no sancionar el acto con su presencia.

Al poco tiempo, el mandatario guerrero visita los pueblos incorporados y comprueba satisfecho que el cambio le resulta provechoso, tanto por la calidad de las tierras como por el espíritu de los hombres que entran al dominio de su autoridad. Don Aristeo Mercado, por su parte, confirma sobre el terreno el desacierto de la operación : la llamada hacienda de la Orilla comprende apenas un pedazo de costa y las minas están tan explotadas que casi no hay metal para extraer. Sin embargo, las cosas están hechas y no hay manera de echarse atrás ; pero con el tiempo van a ser muchos los problemas legales que se van a presentar para resolver conflictos familiares o definir los derechos de la ciudadanía ; será tal la confusión de límites o, mejor dicho, la identidad geográfica, que se dirá indistintamente: guerrerenses de Michoacán o michoacanos de Guerrero para catalogar a los hombres de la tierra caliente.

Entre disparos de 30-30

Uno de tantos días de ese año de 1910, el Balsas amanece entre ruido de armas y tropel de caballos ; una voz de alarma, como reguero de pólvora, corre paralela al río : ¡ahí vienen los pronunciados! En efecto, por todas partes aparece gente armada al mando de oficiales menores o jefes improvisados ; tienen toda la tierra caliente

para moverse a sus anchas y algunos se muestran dispuestos a echarse a pie las jornadas, pero los más prefieren el caballo para moverse con la rapidez que requieren las circunstancias. ¡Qué no harán esos tipos briosos y alzados, con las carrilleras terciadas y el máuser en la mano, para que de veras se hable de las caballerías de la revolución!

Los campos se van quedando despoblados y los hogares vacíos porque los hombres se meten en « la bola » y las familias corren a esconderse ; dependientes y artesanos, campesinos y empleados, gente menor y ciudadanos acomodados suspenden de pronto sus labores y empuñan la carabina para buscarle remedio a la situación. Algunos van detrás de un ideal de progreso y mejoramiento ; pero los más, afectos a la aventura, se conforman con decir : ¡Vamos a ver qué pasa!

Los primeros en hacerse cargo de la situación son tres hombres cabales, miembros de una misma familia —Ambrosio, Rómulo y Andrés Figueroa—, quienes descienden por el río con el propósito de integrar sus batallones con pura gente de la región. No les cuesta mucho trabajo conseguir lo que se proponen, porque el Balsas es, de por sí, campo propicio para los pronunciamientos, y a las primeras de cambio estos nombres adquieren plena beligerancia : Cipriano Jaimes, Jesús Salgado, Salvador y Conce González. Como son hombres de acción y gente de a caballo, en pocos días se hacen dueños de la situación : toman pueblos, cuadrillas y rancherías, poniendo avanzadas en una y otra margen, para cubrir todos los flancos y proteger debidamente la retaguardia.

Cunde de tal manera la rebelión, que llega un momento en que no se observa en las riberas más que gentes en camino y pueblos en movimiento, y no se escuchan más que gritos destemplados, carreras desenfrenadas y cerrojear de armas. ¡Cómo resuenan en los empedrados los cascos de los caballos y cómo retumban a lo largo del cauce los disparos de las carabinas 30-30! La revolución penetra y avanza por todos los rincones para significar que el sur está levantado en armas ; nada escapa al torbellino revolucionario y en todas partes la gente se anima o se angustia, como se dice entonces, ante la presencia de tantos calzonudos y ensombrerados.

Al principio, son unos cuantos generales los que ejercen el mando y centralizan la autoridad ; pero luego, cuando surgen jefes secundarios, los grados se otorgan sobre la marcha : tenientes, capitanes, mayores, coroneles. Hay también algunos civiles entre la tropa, sin uniformes ni insignias militares, y a las claras se advierte que pelean más con las ideas que con las armas ; pero los soldados rasos son los que le dan mayor sentido popular al movimiento. Más aún, con su sola presencia y pese a su pobreza e ignorancia, conceden a la causa mexicanísimo acento, alma de patria y corazón de pueblo.

En 1912 aparece en la escena Gertrudis Sánchez, un norteño valiente, de buen trato y francas maneras, que no tarda en ganarse las simpatías generales ; consigue el grado de divisionario por méritos en campaña y llega a ser jefe de la revolución en el sur. Fija su centro de operaciones en Zirándaro, Coyuca, Pungarabato y Huetamo para sentirse allí como en su propia casa : a cual más se desvive por servirlo, los hombres lo ven con admiración y las mujeres se convierten en sus mejores propagandistas y defensoras. ¡Era un tipo con toda la barba y de no haber sucumbido en el alud revolucionario, hubiera sido seguramente el más caracterizado impulso del Balsas!

Con paralelo prestigio y simultánea actividad, la figura del general Joaquín Amaro cobra perfiles importantes y se hace famoso en la comarca por dos señas particulares : su acentuado color moreno y el arete que luce en una oreja. Llega a convertirse en personaje de leyenda y es tal la celebridad de sus hazañas, que todavía se refieren en el Balsas cosas grandes y maravillosas del « hombre de la arracada ».

¡Qué de hombres y personajes no se barajan en esos años de vida tan intensa y agitada! El jefe huertista Cheque Peña se hace fuerte en Huetamo y la emprende constantemente contra los rebeldes que merodean en la comarca ; pero imposible que resista los ataques y ofensivas de tanta gente levantada en armas. En efecto, a las fuerzas de Sánchez y Amaro hay que agregar las de Rentería Luviano, Cecilio Gar-

cía y Juan Espinosa y Córdova, que se disputan el sitio de vanguardia a la hora de los combates ; Nabor Mendoza (El Coyote) se impone por el rumbo de Ajuchitlán, en tanto que Jesús Salgado, Telesforo Ocampo, Julio Baena y Alejo Mastachi dominan desde Telolocapan hasta Coyuca ; se pueden mencionar también los elementos que controlan oficiales de cierta categoría como Castrejón, Cortez, López, Aragón y Guevara.

Sánchez, Amaro y García son los que mandan en la zona de Huetamo y Zirándaro ; con ellos militan muchos jóvenes lugareños que entran en la revolución animosamente y no tardan en conquistar en ella cierto renombre y distinción. José Varela, por ejemplo, compone unos versos a Madero, y otros compañeros suyos les ponen música para cantarlos como himno al incorporarse a filas ; pese a su corta edad, siguen los mismos pasos Ezequiel y Palemón Torres, Horacio y Efraín Pineda, Salvador, Arturo, Rodolfo y Adolfo Chávez. Por cierto que las hazañas de Bolívar Sierra, acaso el más adolescente de todos, rayan en lo increíble o en lo temerario : pelea solo, a campo raso, exponiendo el bulto ; es callado y apacible, pero en los instantes difíciles se le enciende el ánimo y no hay entonces quien lo detenga ni se le pare enfrente. ¿Cuál de sus contemporáneos no se acuerda de aquella ocasión en que, siendo apenas capitán, le para los pies al propio general Amaro, a pesar de que goza de fama de autoritario y él milita a sus órdenes?

Hay un pasaje romántico en medio de todo esto : recién salidos del Colegio Militar, llegan a Huetamo los jóvenes tenientes Lauro Cárcazo y Alfonso Silva ; hacen luego amistad con las muchachas Torres y cuando se van con su familia, las acompañan hasta el embarcadero de Zirándaro. Allí se despiden porque al otro lado tienen su cuartel los revolucionarios ; pero entrada la noche, se deciden a pasar el río en el barco. ¡El susto que se llevan las muchachas cuando los ven aparecer en la puerta de su casa! No falta quien los denuncie ante el general Sánchez que ocupa la plaza, y de inmediato pone tropas en movimiento para taparles el paso y echarles mano en terreno desconocido para ellos ; apenas alcanzan a montar sus caballos y se lanzan, a tientas y a locas, sobre el río. Cuando se sienten acorralados, se tiran al agua desde el paredón y a duras penas tocan la otra orilla ; pero los riscos les impiden salir y el caballo de Silva emprende el regreso hacia el sitio preciso donde están sus perseguidores. Como no sabe nadar, el joven oficial lucha en vano por mantenerse a flote cogido de la cola, hasta que, ya muy próximo a las balas, no puede menos que soltarse y perecer ahogado en la corriente... Cárcamo regresa a Huetamo para dar cuenta de lo ocurrido y pagar muy cara su aventura : le forman consejo de guerra y le degradan por abandonar la guardia y faltar a sus deberes.

Aunque triunfa el movimiento constitucionalista y se consolida un nuevo gobierno, en el Balsas los jefes empiezan a distanciarse : primero, Sánchez con Amaro ; luego, Cecilio García con Rentería Luviano. Las cosas llegan a mayores extremos cuado viene la separación entre carrancistas y villistas : si uno se hace a un bando, el otro, sólo por llevar la contraría, toma el opuesto. A propósito de estas rivalidades y diferencias, resulta oportuno consignar aquí la vez en que el coronel Lázaro Cárdenas sale de Morelia, al frente de una columna por la Loma Larga, Carácuaro, Huetamo y Cutzamala hasta Campo Morado para castigar a los responsables de la muerte del general Elizondo, y auxiliar, de paso, a la gente de Salgado que se encuentra en grave aprieto ; desanda luego el mismo itinerario hasta llegar al punto de partida, en una caminata sin escalas que pone de manifiesto la resistencia de hombres y animales.

La región se queda sin destacamentos cuando se ordena la concentración de tropas ; sólo el general García, con unos cuantos hombres, se queda en su sitio para salvaguardar lo suyo. Con su ayuda, los vecinos se organizan en defensas para combatir a los bandoleros y facinerosos que surgen en la comarca. Uno de ellos, apodado « El Chaparro », comete atropellos y desmanes por el rumbo de Coyuca y los Placeres del Oro, hasta que los civiles logran ponerlo a raya para exterminarlo por completo. Pero el verdadero azote de la región es un chilero de Santo Domingo lla-

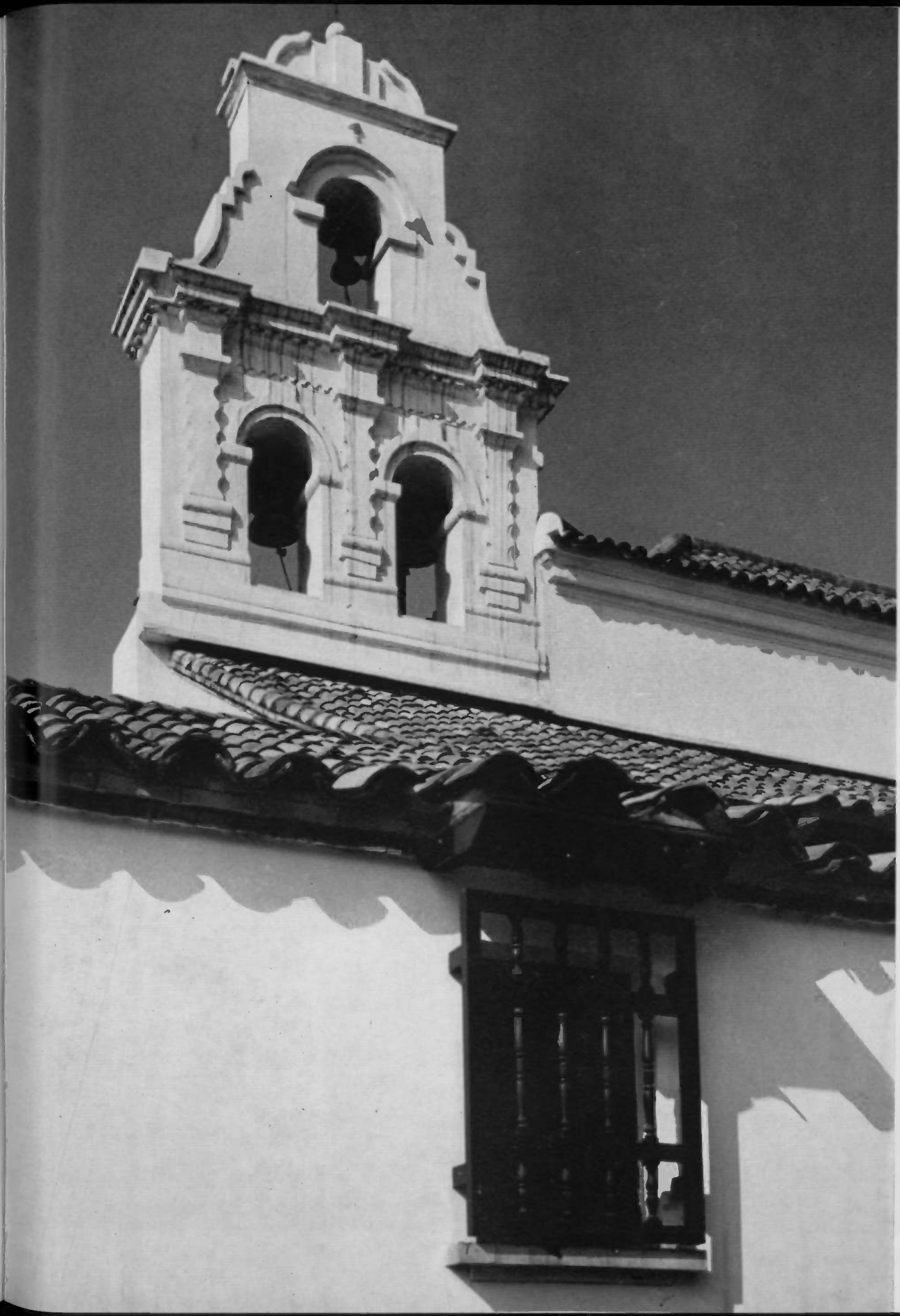
mado Chano Milián, a quien no le asiste más ley ni más bandera que esta : robar a manos llenas y matar a sangre fría. Basta con mencionar su nombre para que las mujeres recen, los niños lloren y los perros aullen ; es tal el temor que inspira, que las familias emigran a otras partes y los pueblos se van quedando abandonados. Por fortuna, al poco tiempo acaba como todos los de su siniestra calaña : colgado de un árbol a la orilla del río para que pague, en la misma forma, los crímenes y ultrajes cometidos.

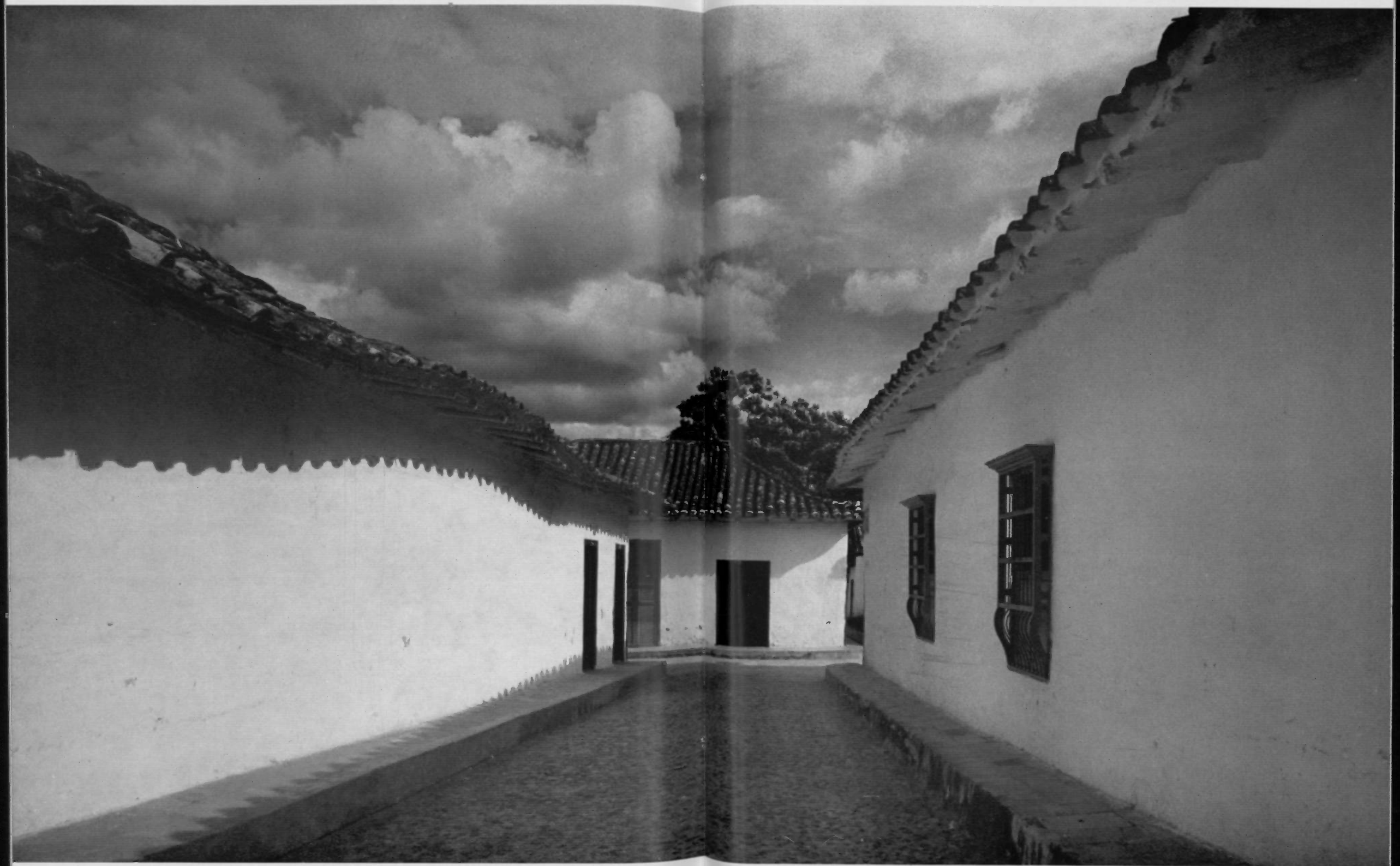
Allá por 1920, encabezado por Efraín Pineda, Abelardo Sierra, Rodolfo Chávez y Chema Alvarez, un grupo de civiles se declara obregonista en Zirándaro y Huetamo ; pero después del triunfo de Guadalajara, tomada por las fuerzas de Diéguez y Estrada, regresan a sus pueblos sin reclamar ni pedir nada, dispuestos como están a trabajar en su tierra y convivir con los suyos. En 1924 tiene lugar la revolución delahuertista ; pero en la tierra caliente los pronunciados se cuentan con los dedos : Daniel León, Mariano Ortuño, Pastenes y Bartolo Basave, quienes no tardan en desbandarse desilusionados de tan inesperado desenlace. En efecto, tras la derrota de Ocotlán, los generales Diéguez, Estrada y García Vigil emprenden la huída por Churumuco y marchan río arriba hasta pasar en Santiago y seguir por Zirándaro, Coyuca y Ajuchitlán para remontar el Mezcala e internarse luego en la mixteca oaxaqueña.

Cuando todo queda en paz y renace la calma, los hombres cuelgan rifles y enfundan pistolas para dedicarse nuevamente a las labores campestres. Sin embargo, en 1925 una tragedia familiar ensombrece las perspectivas del Balsas : por cuestiones menores y sobrada virilidad, en un duelo a cuerpo limpio se matan Servando Nava y Garibaldi y Virgilio Pineda ; el valor lo tienen en la sangre y ni siquiera les tiembla el pulso cuando se disparan de frente, como hombres cabales. ¡Quedan tirados en la mitad de la calle para demostrar, en plena flor de la vida, que los hombres mueren en la raya!

Así se cierra, en esquema, la historia de ese río en cuyas márgenes hay de todo : miseria y abundancia, soledad y animación, dolores y alegrías, tipos broncos y gente buena que de un modo o de otro le dan sabor humano a la geografía. Y todo sirve, al final de cuentas, para justificar con hechos que los hombres son como el Balsas, porque no acaban nunca de pasar.

L. CARDOZA Y ARAGON (1925)





CALLE DE GIRON, EN SANTANDER DEL SUR. CASAS DEL SIGLO XV

FOTOGRAFIAS

NUNCA acaban de descubrir totalmente los países, sus tesoros materiales y espirituales, sus montes y sus leyendas, sus yacimientos y sus ritos. Siempre habrá campo para nuevas revelaciones, para buscar en lo más hondo y encontrar, allí mismo, entre hacinamientos de polvo y de raíces, todo género de testimonios y sorpresas.

Lo que todos hacemos, a diario, es buscar nuevos rostros al mundo y tratar de retenerlos en una u otra forma. Perseguimos líneas y colores, a cada paso, y hacemos lo posible por completar las imágenes de todo cuanto existe. Y ninguna ilustración más viva a este respecto, que el trabajo que realizan los fotógrafos. Estos retratan hombres y almas, continentes y costumbres, firmamentos y estrellas. Corren tras la vida, en una palabra, y la cazan con sus ojos y con su cámaras.

Colombia, como todos los países de Latinoamérica, inéditos todavía, empieza a entregar a los fotógrafos, a los artistas de la fotografía, trozos de su existencia, tal como son en la realidad física y espiritual. Entre los nombres que empiezan a merecer este privilegio, por su devoción colombiana, por su apetencia de imágenes nacionales y su capacidad creadora, está el de Germán Téllez, cuyas fotografías, en realidad, son vivas y testimoniales. Él sabe captar la faz del país e internarse, con su cámara, en el alma del mismo. Magnífica labor ésta, hermosa manera de hacer y rehacer la patria, de presentarla ante propios y extraños y de sacarla en esta forma de su anónimo y su penumbra.

Porque lo cierto es que Colombia es hermosa y necesita que sus hijos la levanten y la dignifiquen en todas las formas posibles. A través de la poesía y la pintura, la escultura y la música, la política y aun los oficios menores, aquellos que tienen rumor de escoba y sonido de labranza hogareña.

Los caminos de Colombia merecen quedar en las fotografías de Téllez y de sus colegas, porque son largos y buscan el porvenir afanosamente. También los ríos, los montes, las llanuras, los campesinos, los rebaños, los surcos, las cunas y las cruces de los cementerios colombianos, porque todas estas cosas pertenecen a nuestro destino y a nuestra propia naturaleza humana.

Colombia está llena de perfiles grandiosos, de vertientes que asombran por su belleza y su vigor, de relámpagos que contradicen la oscuridad, un segundo apenas, pero que permiten ver el fondo de los bosques y las formaciones volcánicas. Recoger todo esto, fotográficamente, es tanto como salvar de un naufragio —del naufragio de la oscuridad, la indiferencia y el olvido— a la tierra materna.

Necesitamos miles y millones de fotografías, con flancos y madrugadas de Colombia, con gentes de nuestro país, ocupadas en hacer la paz, perdida durante tantos años, y entender los términos de una vida amable y universal. Necesitamos descubrirnos a nosotros mismos e incorporarnos al mundo y a sus luchas innumerables.

Sigan Germán Téllez y sus compañeros presentándonos los múltiples rostros de la patria, sus heridas y su cicatrices, sus batallas agrarias y los frutos que empiezan a madurarse, y tengamos la certidumbre de que nos estamos encontrando y crece nuestro rostro en el espejo de los ríos.

CARLOS CASTRO SAAVEDRA

SAN JORGE Y EL DRAGON. BLASON DEL SIGLO XVII.
MUSEO COLONIAL DE BOGOTA.)

Encuesta

LA NOVELA EN AMERICA LATINA

En los números 88 *y* 89 *de* Cuadernos *publicamos las respuestas a las preguntas de nuestra encuesta sobre la novela en América Latina que nos enviaron los siguientes novelistas y críticos literarios : Roberto F. Giusti, Salvador Reyes, Manuel Peyrou, Eduardo Caballero Calderón, Lino Novas Calvo, Alberto Zum Felde, Clemente Airó, Benjamín Carrión, Enrique Anderson Imbert, Fernando Díez de Medina, Raúl Botelho Gosálvez, José A. Balseiro y Renato Ozores. En este número ofrecemos a nuestros lectores la de Arturo Croce, dando al mismo tiempo por terminada la encuesta.*

Recordemos que las preguntas en cuestión son las siguientes :

1. — *¿Cuáles son en su concepto las tendencias que han caracterizado a la novela en la América española después del modernismo? ¿En qué grado cree que la novela ha contribuído a formar una tendencia literaria que puede considerarse como una nueva expresión americana?*

2. — *¿Hasta dónde cree usted que puede servir la novela al observador de otros países para el esclarecimiento de los problemas de la realidad americana y de las nuevas orientaciones intelectuales o estéticas?*

3. — *Encuentra usted que, en su conjunto, nuestra novela ofrece un mensaje diferente del que podría señalarse en las de otras naciones, y que las influencias exteriores han sido superadas en beneficio de una literatura propia?*

4. — *Cuando usted escribe una novela, ¿tiene la sensación de que está haciendo algo que comienza a ser superado por el ensayo, el cinematógrafo, la televisión, la radio, el periodismo, o por cualquier otro medio de expresión? ¿Cree usted que si le tocara escribir dentro de cincuenta años, buscaría otra vez la novela como medio de expresión? ¿Cree usted que la novela conservará en el futuro posibilidades tan grandes como hoy?*

Arturo Croce

1 Hemos llamado a una de estas tendencias *criollismo*. Preguntando a mi vez ¿puede incluírse dentro de esta tendencia lo que ha significado el llamado *nativismo*? A mi juicio y en parte sí ; sólo que podría aducirse, contra esta última, que aparece como un *naturalismo americano*, en tanto el criollismo, en cualquiera de nuestros países de habla hispana, se mueve hacia una más exigente creación dentro de lo auténtico, hacia una mayor categoría que tiende a la escuela, a la implantación de lo propio con búsqueda universal. Dentro de ella existe obra quedada, por localista, en lo puramente nacional y hasta aldeano, pero pueden señalarse nombres y obras desbordados sobre las demarcaciones nacionales y continentales. Pasado el auge del criollismo como tendencia (no del mejor criollismo de obra perdurable), las tendencias varían de país a país, pero hay una común inclinación a convertir nuestra temática narrativa en expresión problemática del hombre americano. En esta forma y en esencia, ya no es ni el habla de nuestras gentes ni el detenimiento en el paisaje descriptivo el tono dominante, sino el valor humano determinante en el personaje, ya sea de trama individual o colectiva. De esto partimos para afirmar que la mejor novela de habla hispanoamericana es de tendencia social diversificada. En épocas recientes, olvidada del modernismo (también las hubo de corte clásico) y desembarazada del criollismo localista hasta marginar lo intrascendente, exigió de la tendencia criollista lo importante : el factor hombre, y ha tratado de poner al desnudo a ese hombre dentro del medio que le rodea. Se ha hecho telúrica y de narrativa directa, evitando en lo posible el ropaje

poemático, que también la hizo barroca y retórica. Es así como la novela contribuye, un poco más en presente que en pasado, a definirse como expresión americana de contenido universal.

2 La novela que se haya situado en un plano de autenticidad dentro de ese concepto humano ; que haya vencido las vallas aldeanas sin caer, por otro lado, en lo artificioso, en ambiente desarraigado, puede ofrecer al observador extraño vías de penetración en la realidad de nuestros problemas. Lo hispanoamericano es caótico, pero transitable para la exploración de su compleja geografía humana. La novela ha dado ya —la dará cada vez mejor— la señal de esas vías de penetración que indica su importancia como arte literario en nuestro continente. La realidad americana se hace en ella contenido estético vital. Por evitar el localismo y la limitación, escritores desviados han caído en las modas, en el remedo, y con ello han negado la posibilidad de jerarquizar el contenido propio, que haga respetar aquello que podemos llamar *nuestro*. Se han salvado del derrumbe quienes tienen muy claro el concepto de categoría de la novela como fuente de conflictos humanos intransferibles. El hombre es el mismo en todas partes como criatura humana, pero es diferente en cuanto determina sus actos en relación con su ambiente y sus necesidades y ambiciones. La novela americana, claro que en raras ocasiones, ofrece esa orientación al lector extraño y se produce como creación estética explorativa. Las corrientes literarias no siempre pueden evadirse. Las influencias son inevitables. Hay, sin embargo, como en la Rusia prerrevolucionaria, un material abordable y explotable, una cantera inexplorada. El camino, a nuestro juicio, tanto en la problemática como en la estética, es un poco el norteamericano de los escritores del siglo XX. Espigando en nuestra novelística se puede ver ya la tendencia que alcanza a servir para el esclarecimiento de una realidad desasistida y de una literatura desperdigada y casi desconocida.

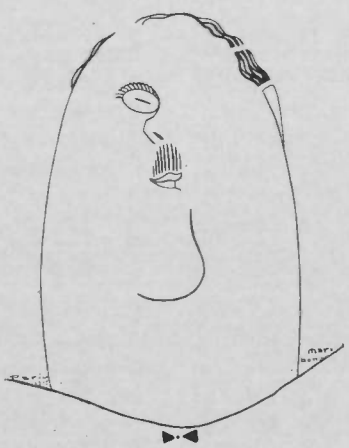
3 Es difícil, en un mundo que hoy se interconoce más a través de las comunicaciones, mostrarse como expresión de originalidad pura. Si lo que buscamos hoy es más subjetivo, las influencias se hacen más patentes. Lo diferente, si se trata de mensaje, radicará en un realismo que, siendo influído preferentemente por el medio, dijera la problemática de nuestro crecimiento como pueblo. En su conjunto, sin sobrestimar mucho las tendencias y las preferencias temáticas y estéticas, la novela hispanoamericana presente no se diferencta en forma concluyente de la de otras naciones. Se ha superado el sometimiento a la literatura narrativa de los países cultos tradicionales, en cuanto que somos hoy regiones que comienzan a vivir una vida propia, pero aún nos vemos ligados a cánones universales que no pueden desecharse por entero. Estos son inesquivables. Pecaríamos de ingenuos y chauvinistas si dijéramos que hemos creado nuestro propio mundo estético, sin vestigios en la historia literaria universal. Superación sí, por cuanto el mundo americano ha entrado en etapas cultas, en estratos superiores de cultura, y esto disminuye los estados de remedo. Sin duda todo esto es afirmativo en nuestra creación literaria. La novela, como expresión hispanoamericana, se hará conocer a medida de las posibilidades de traducción a otros idiomas. Entonces podrá decirse que hemos alcanzado mayoría de edad. Partiendo de las potencias elementales de nuestro mundo, el novelista hispanoamericano ha ido internándose en las inmensas posibilidades de una temática cada vez más profunda, más esencial, y con ella ha puesto al hombre a mirarse hacia dentro, a ver lo que es él mismo en medio de su contorno. A medida que el novelista hace esto, pierde en aparente valor local y gana en trascendencia ecuménica, así podría decirse que es dueño de los recursos superiores que hacen del arte una fuente inconfundible de creación.

4 Lo primero sería definir qué es una verdadera novela, para evitar la confusión. Todo ese fárrago narrativo de mercado fácil y antiliterario no pertenece al mundo de la novela. Innumerables folletines y folletones escritos para saciar el hambre de lectores neuróticos, sin gusto estético, deberían titularse de otro modo. O la verdadera novela se llama, desde siem-

pre y desde ahora *novela* y la basura se llama *basura,* o habrá que imitar el desplante de Unamuno y dejar que la basura se llame novela y la auténtica novela, *nivola* o de cualquier otra manera. Esto es lo grave cuando se piensa a fondo acerca de la problemática de la novela como género literario. Cualquier insulso guión radial o de televisión y de cinematógrafo se denomina novela. De aquí que el ensayo cobre categoría entre otros géneros de prosa, porque el *ensayo* se distingue del *artículo* y de la *crónica*. La novela sufre el mal de la generalización, de la denominación común. Afortunadamente para los escritores imaginativos, la basura se diluye en el humo de la cremación y la novela auténtica se salva para la historia de la cultura. Con base en esa fe, si me fuera dado escribir dentro de cincuenta años, escribiría novelas. Sería siempre mi medio de expresión, acorde con el ámbito que entonces pudiera ser mi materia prima para la creación. Lo que me atormenta eso sí, es la degeneración del gusto por causa del facilismo de la televisión y el cine para la truculencia. Cuando la televisión y el cinematógrafo son de calidad, se basan en lo mismo que le sirve al novelista para conservar el valor estético de una obra. Como el libro es más fácil de utilizar, y llevar a todas partes, la novela seguirá imponiéndose sobre aquellos medios de expresión. Lo que se tiene que hacer es competir con el buen ensayo y con el mejor periodismo. Hacer que el lector encuentre agrado en la lectura, al mismo tiempo que profundidad. La novela que sigue el rumbo de las épocas siempre será un género literario de grandes posibilidades. Se llamará novela todo aquello que demuestre interpretación estética de la vida en las letras. Ningún periodismo podrá elevarse al valor literario de la novela. Pocos ensayos, por vibrantes que aparezcan, moverán al lector, lo apasionarán tanto, como una buena novela. Y no hago diferencia entre lector culto y corriente, ya que uno y otro leen novelas con más o menos dedicación a la lectura. Si distinguimos la novela de la basura, el género se salvará, nunca entrará en crisis. Es el mejor medio de expresión literaria para hacer que la creación estética no se quede en letra muerta. Si se hiciera una revaloración literaria a través de los tiempos, se vería que la buena novela perdura con creces en la historia de la literatura universal. Tan valedero es esto con referencia al pasado, como si se enfrenta al presente y al porvenir.

ARTURO CROCE
(Venezuela)

V. GARCIA CALDERON (1925)



Defensa de Mariana Alcoforado, la monja portuguesa

POR GUILLERMO DE TORRE

Registro de antecedentes

DESCUBRIR MEDITERRÁNEOS es una hazaña que siempre tienta a quienes se aventuran, con muy escaso o inexistente equipaje, por los caminos de la cultura. Porque si solamente de vez en cuando se confirma un auténtico docto, todos los días amanecen ignorantes. Estos no son graves como tales, sino cuando lejos de reconocer su condición se lanzan temerariamente, con la más conmovedora ingenuidad, a revelar arcanos, a alumbrar temas supuestamente ignotos. No les guardemos demasiado rigor: siempre hay recién nacidos —sea cual sea su edad biológica—, y es obra de caridad contribuir a disipar brumas o refrescar nociones olvidadas de puro sabidas. En este sentido, tanto el artículo que ha publicado *Cuadernos*, número 84, donde una dama (colombiana, a juzgar por sus apellidos), Isabel Lleras de Ospina, parafrasea y traduce (al menos por cuarta vez en español, según luego explicaré) « Las cinco cartas de amor de la monja de Portugal », tanto como las dos notas complementarias, insertas en el número 86, no dejan de ser útiles.

Pero ¿por qué todos los mencionados citan solamente textos franceses, sin ocurrírseles apelar a ninguno portugués, y menos aún, creyendo hacer un « descubrimiento », no parecen ni sospechar que en español se habló ya mucho antes de las *Cartas portuguesas*? ¡Qué poco nos leemos en nuestro propio idioma —incluyendo como tal, o muy próximo, el galaico-lusitano! No parecerá, pues, demasiada —aunque inevitable— impertinencia recordar que, por mi parte, desde 1933, fecha en que leí la edición publicada por Emile Hazan de las *Lettres de la religieuse portugaise*, más de una vez he escrito sobre la creación inmortal de Mariana Alcoforado; pues desde ahora anticipo que su atribución última a Guilleragues me parece absurda, absolutamente desprovista de fundamento. Más de una vez también quise editarlas en español: el inconveniente —paradójicamente— estuvo siempre en su brevedad, pues no dan el número de páginas necesarias para rebasar las dimensiones del folleto y alcanzar las de un libro.

Pero vengamos a los antecedentes. En 1934 publica Unamuno la que subtituló « Vieja comedia nueva »: *El hermano Juan o el mundo es teatro*. Transcribo unos párrafos del artículo que a su propósito publiqué entonces (*Diario de Madrid*, 8 de noviembre de 1934): « Atravesaba en lectura afanosa y acezante —para decirlo con una expresión suya— el jugoso prólogo que don Miguel de Unamuno ha puesto a su reciente libro, cuando hube de detenerme reflexivamente al topar con una alusión que ofrece resonancia muy viva en estos días de ritual evocación donjuanesca. Se

trata de un pasaje donde, al ir revisando someramente algunas encarnaciones masculinas de Don Juan, Unamuno recuerda « un terrible documento del amor propiamente donjuanesco, de la sensualidad monacal, esto es, solitaria » : las famosas cartas de la religiosa portuguesa, Sor Mariana Alcoforado, « mustia flor de tiesto conventual ». En ella ve nuestro autor muy sagazmente « una Don Juan », quizá la única —podemos agregar— con que cuenta la literatura peninsular. » Y después, en el mismo artículo, trazaba yo de modo sintético, pero puntual, la historia literaria de las *Cartas*, la vida de Mariana, sus amores con Chamilly y el sentido último que cabe adjudicar al « testimonio prodigioso de una pasión inmortal que mantiene su fuerte latido a través de tres siglos ». Aquel artículo, por lo demás, fue el germen del largo ensayo que años más tarde hube de escribir sobre el mismo tema y que bajo el título de « Mariana Alcoforado, la enamorada del amor » figura en mi libro *Las metamorfosis de Proteo* (Losada, Buenos Aires, 1956). Desde luego (corrijo en el acto la posible presunción de ese recuerdo), no era yo el primero en hablar, en español, de las *Cartas portuguesas*. En los comienzos del siglo había tenido dos predecesores ilustres : Emilia Pardo Bazán (1905), Marcelino Menéndez Pelayo. Pero también es cierto que ninguno de los numerosos autores que en el decenio del 20 airearon el tema de Don Juan en España (Ortega, Maeztu, Marañón, Pérez de Ayala, Américo Castro...) dieron muestras de conocer el ejemplo lusitano de Mariana Alcoforado.

¿Y en las letras hispanoamericanas? No puedo precisar ahora si en la obra de un tan cabal humanista como Alfonso Reyes, quien apenas dejó de abordar ningún tema literario capital, se encuentran, como sospecho, algunas páginas sobre la *Cartas portuguesas*. En cambio, sí recuerdo que hay un inmediato antecedente femenino de Isabel Lleras de Ospina : el de una cubana, Julia Rodríguez Tomeu, merced a un excelente estudio publicado en la revista *Lyceum* de La Habana, número 39, 1954. En cuanto a traducciones al español : la primera aparece en 1894, Madrid, en las ediciones de « La España Moderna ». Otra versión, más reciente, es una publicada por E.M.S. Danero, en Buenos Aires. Sigue la de Enrique Badosa, inserta en los números de mayo y junio de 1963 de la revista de Cela, *Papeles de Son Armadans*, en Palma de Mallorca. La versión de la Sra. Lleras ocupa el cuarto lugar, salvo alguna otra muy posible intercalación hecha por alguien que se tome el trabajo de registrar bibliografías —yo sólo he citado de memoria.

Un intento frustrado de hurto

Los antecedentes registrados hacen muy sensible que algunos comentaristas, últimos en fecha, de las *Cartas*, aduzcan casi únicamente el testimonio que merece ser rechazado del modo más categórico : me refiero al prólogo de la edición de los Classiques Garnier, suscrito por F. Deloffre y J. Rougeot. Ante todo, estos señores, de quienes no creo que existan mayores antecedentes, osan titular el libro : *Lettres portugaises, Valentines et autres œuvres de Guilleragues* (París, 1962), dando por resuelto y aceptado como un hecho irrefutable que el tal Guilleragues (a quien hasta ahora, todo lo más se daba como traductor al francés del inhallado o improbable texto original portugués) es su autor. Intentan desvalijar, así, audaz, expeditivamente a Mariana Alcoforado y endosan la autoría de las *Cartas* a quien sólo pueden pertenecerle en rigor los superficiales, mundano-eróticos madrigales llamados *Valentines* (por el nombre, más o menos convencional, de una de las mujeres galanteadas), y desde luego las demás « obras » perfectamente triviales incluídas en el volumen citado. He aquí, por consiguiente, cómo tras muchos años de conjeturas e investigaciones (sobre todo, por parte de los historiadores portugueses, a los que desde luego apenas tienen en cuenta Deloffre y Rougeot), el oscuro ganapán, el escriba sin personalidad especializado en trabajos de encargo, el noble arruinado Conde Gabriel Guilleragues, quien merodeó por los salones mundanos, y probablemente sólo a fuerza de genuflexiones forzó la confianza de Luis XIV y más tarde consiguió la Embajada en Cons-

tantinopla (1); he aquí, en suma, que este sujeto casi inexistente desde el punto de vista literario, al que todo lo más se daba —alternando con un tal Saublighy— como traductor del supuesto y perdido texto portugués, queda ahora convertido, de la noche a la mañana, en un gran escritor.

¿En qué se basan los nuevos editores de las *Cartas portuguesas* para proceder a semejante trastrueque de papeles? Simplemente en algo secundario y fortuito: la circunstancia de que el privilegio para imprimir las *Cartas* (presentadas, por supuesto, de forma anónima) le fue acordado al librero Barbin, de París, juntamente con el que le permitía imprimir las *Valentines* (también sin nombre de autor), en la misma fecha, el 28 de febrero de 1688. Ahora bien, sucede que ni siquiera esta temeraria hipótesis les pertenece. Se debe a F. C. Green, profesor de la Universidad de Cambridge, quien sin dejar de plantear dubitativamente la cuestión (« Who was the author of the Lettres portugaises? » en *Modern Language Review*, I, núm. 2, abril 1926) concluía que el editor Barbin había aprovechado una serie de coyunturas (actualidad de la campaña de Portugal, amores clandestinos de una monja con un oficial francés, boga de los discreteos eróticos...) para hacer pasar por auténtica una «fabricación» de Guilleragues. La argumentación había sido ya desbaratada por Manoel Ribeiro (*Vida e morte de Madre Mariana Alcoforado*, Lisboa, 1940), de modo que la tesis de Green quedó arrumbada, y al resucitarla, los señores Deloffre y Rougeot lo único que agregan es cierta ambigüedad hipócrita.

En una parte del prólogo escriben: « No pretendemos en modo alguno afirmar, que las *Cartas portuguesas* son una obra literaria original de un escritor llamado Guilleragues, que la historia de Mariana Alcoforado y de Chamilly no ha existido. » Y en otra advierten que si bien están convencidos que las *Cartas portuguesas* son « una obra genial », reconocen que « Guilleragues no es quizá lo que se llama comúnmente un genio... » —cabe preguntar sin demasiada ingenuidad— puesto que lógicamente no cabe atribuir a un « quidam », una obra genial, ¿a quién podremos atribuírsela? ¡Ah! aquí está lo singular, en el beneficiario del hurto intentado a una pobrecita monja y a un pequeño país... Mas traduzcamos literalmente: « ...pero las *Cartas portuguesas* son seguramente *la obra genial de una sociedad refinada* [subrayado mío], entregada al estudio del corazón humano, que une a un sentido agudo de las realidades amorosas un sentido no menos admirable del pudor y de la dignidad humanas, etcétera, etc. » Henos aquí regresados —en plena sazón del clasicismo francés, en el vértice de la época Luis XIV— al anonimismo primitivo, a los días medievales, ya que no a la exageración grotesca de las teorías deterministas, siglo XIX, Sobre la influencia del medio social, estimando que éste puede ser no ya coadyuvante de una obra, sino autor concreto de la misma...

Algunos enigmas que persisten

El gran enigma de las *Cartas portuguesas*, su autoría, fue disipado hace más de siglo y medio, en 1810, cuando un erudito, J. E. Boissonade, encontró una nota manuscrita en un ejemplar de la primera edición de 1669 que decía: « La religiosa que escribió estas cartas se llamaba Mariana Alcoforada (así ortografiaba ella su nombre, de acuerdo con un autógrafo que se conserva y según la feminización del patronímico, acostumbrada en el Portugal del siglo XVII), religiosa en Beja, entre Extremadura y Andalucía. El caballero a quien fueron escritas era el conde de Chamilly, llamado entonces conde de Saint-Léger. » Quedan otros pequeños enigmas sobre los cuales nadie parece haber aportado ninguna luz en los últimos tiempos —y menos que nadie los autores de la incriminada edición en los Classiques Garnier.

(1) El Duque de Saint-Simon en sus *Mémoires* lo describe implacablemente: « Guilleragues no era más que un gascón comilón, dotado de ingenio y amenidad, rodeado de amigos, a cuyas expensas vivía... Había sido íntimo de Mme de Scarron, quien no le olvidó en su época de fortuna y que le procuró la embajada de Constantinopla para rehacer la bolsa (« se remplumer »). Pero allí, como en cualquier parte, encontró medios para devorarlo todo... »

Importa subrayar que todas las contribuciones esenciales fueron hechas por autores portugueses, desde el día en que José María Sousa Botelho, en 1824, emprendió investigaciones en los conventos de religiosas entonces existentes en Beja, y en que Camilo Castello Branco (1876) reencontró trazas precisas de Mariana y de su hermana menor, Peregrina, también monja. A Luciano Cordeiro (1891) se debe la identidad entre Mariana Alcoforado y la autora de las *Cartas portuguesas*. Pero entre los mismos portugueses no faltaron disidentes o escépticos; por ejemplo, Antonio Sardinha y Antonio Gonçalves y Rodrigues; este último publica un libro de título ya muy explícito: *Mariana Alcoforado. Historia e critica d'una fraude literaria*. Por el contrario, A. Lopes Vieira, Jaime Cortesao y Asdrúbal de Aguiar creen en su autenticidad; Luis Cardim y Manoel Ribeiro adujeron nuevas pruebas en tal sentido, según nos informa Fidelino de Figueiredo, quien —aun mostrándose muy objetivo en su condición de historiador— no deja de adherirse a los « marianoalcoforadistas »; los « guilleraguistas » probablemente no pasarán de la pareja antes denostada...

Decíamos que aún subsisten pequeños enigmas: ¿Por qué nunca ha aparecido el original portugués de las *Cartas*, en el supuesto de que se trate de una traducción? ¿O no habrán sido más bien redactadas originariamente en francés, según opinó el Conde de Sabugosa? A esta hipótesis se inclinan aquellos que primeramente advirtieron en el texto conocido numerosos lusitanismos de construcción. Que Sor Mariana escribiera directamente en francés sus cartas al Caballero de Chamilly no tiene nada de extraño, dada la difusión que como lengua de cultura, junto al español, alcanzaba entonces en Lusitania. Pero como quiera que ni las cuestiones apuntadas ni otras similares pueden ser resueltas caprichosamente, dejaré la periferia erudita de las *Cartas portuguesas* en que hasta ahora me he movido —no tanto por mi gusto como por « desfacer entuertos » de la tendenciosa pseudo-erudición—; y permítaseme que como hace años me sumerja de nuevo en el fondo pasional de tales epístolas, replanteando y ampliando algunos de los problemas de otra índole más íntima que entonces señalé.

«... Y todo lo demás no es nada...»

Sabido es que Chamilly (no sólo por el retrato que de su persona traza Saint-Simon, sino por otros datos concordantes) no tenía nada del Don Juan arquetípico, ni siquiera de un Tenorio o un Casanova. Luego, la seductora, la Don Juan fue incuestionablemente Mariana. Pero ésta, como persona anónima en el siglo, no tuvo ningún memorialista que nos legara rasgos de su físico ni de su psicología. ¿Dónde encontrar, por lo tanto, la clave de su personalidad? En el único testimonio auténtico de su vivir: en las cinco cartas amorosas. Volvamos, pues, a ellas, con cierto reposo; releamos ese tejido ardiente de protestas de amor y de jactancias, de gozo y desesperación, donde el ilógico discurso femenino llega a una delirante dialéctica. Cierto es que las razones de la monja son —dicho al modo de Pascal— las razones del corazón que la razón no conoce. Todo está en ellas (lo vio muy bien Claude Aveline); son el diccionario del lenguaje de la pasión amorosa, hablado —en pocas páginas— con tal riqueza de matices que otros epistolarios eróticos podrán aportar variantes, pero no introducir rasgos nuevos. Las quejas, los reproches, se mezclan con las torturas y las delicias del recuerdo, el orgullo con el masoquismo. Sor Mariana parece escribir, en definitiva, más para ella misma que para él: le conjura a olvidarla y a socorrerla; se mueve en un vaivén mareante de contradicciones; manifiesta no tanto humillación, como altivez, segura de un amor, el suyo propio, que antepone al otro, reflejo. Así, en la primera carta, a poco de partir Chamilly, le escribe: « ...No importa, estoy resuelta a adoraros toda mi vida y a no ver jamás a nadie; os aseguro que vos también haríais bien en no querer a ninguna. ¿Podríais contentaros con una pasión menos ardiente que la mía? Encontraréis quizá más belleza (sin embargo, me dijisteis que yo era hermosa), pero no encontraréis jamás tanto amor, y todo lo demás no es nada » ...*Et tout le reste*

n'est rien. Aquí cifra su supremacía y su unicidad este amor.

¿Cómo era Sor Mariana? De Chamilly, sí, nos queda algún grabado más o menos convencional: muestra un rostro lleno, bajo la peluca rizada, con el busto cubierto de bandas y la espada al cinto; pero de Sor Mariana ni la más pequeña imagen. Cada lector de las Cartas podrá, por lo tanto, figurársela a su gusto, aderezando la imagen con arreglo al modelo tradicional lusitano-andaluz (ojos fulgurantes, pelo negro, talle altivo aun bajo los pliegues del hábito...). « Adiós —termina su primera carta—, ya no puedo más. Adiós, amadme siempre y hacedme sufrir aún mayores males. » Pero sobre esta nota de un sublimado masoquismo espiritual, que reaparece en varios pasajes de las Cartas, volveremos más adelante. La lucidez, con todo, no abandona a Sor Mariana y ella misma define mejor que nadie su estado de espíritu al hablar, en la segunda carta, del « exceso de mis dolores, la incertidumbre de mis proyectos, la diversidad de mis reacciones, la extravagancia de mis cartas, mis confianzas, mis desesperaciones, mis celos ».

Sólo en la tercera, cuando ya ha perdido la esperanza de recobrar a Chamilly, aparece aquel sentimiento que juzgamos capital en este epistolario: su facultad de sobreponerse a los desdenes, a la falta de correspondencia, advirtiendo una gloria más alta en el hecho de amar que en el de ser amada. Me habéis traicionado —viene a decirle Sor Mariana—, mirasteis mi pasión como una victoria vuestra, pero en realidad vos sois el vencido, el derrotado; al no haber correspondido a mi amor, siento por vos, no por mí, los placeres que habéis perdido. « Ah —escribe textualmente—, si los conocierais, encontraríais sin duda que son más profundos que el placer de haberme engañado, y habríais llegado a la conclusión de que uno siente algo más emocionante cuando ama violentamente que cuando es amado. »

Esta afirmación absoluta fue la que impresionó vivamente a Rilke, llevándole a incluir a Sor Mariana en la galaxia de las « grandes infortunadas », junto a Eloísa, Gaspara Stampa, Louise Labbé y Julie de Lespinasse, entre otras, y a escribir en sus *Cuadernos de Malte*: « Ser amada quiere decir consumirse en la llama. Amar es irradiar una luz inextinguible. Ser amada es pasar; amar es durar. » Amar es durar. Luego la pervivencia puede alcanzarse femeninamente no sólo por el camino de la prolongación maternal, sino también por el de la pasión absoluta, erótica o mítica.

¿Cómo no recordar en este punto la pasión perdurable de Elisabeth Barret-Browning, vertida en sus *Sonetos del portugués*, cuyo título constituye un homenaje a las Cartas de Sor Mariana, aunque en realidad le fuera dado por Robert Browning, para marcar su parentesco con un soneto anterior de Mrs. Browning titulado « Catarina to Camoens »?

Con Sor Mariana nos encontramos, en el punto lejano y opuesto a cierta tesis de Otto Weininger; éste, adscribiendo la idea de eternidad a la idea de valor, negaba la posibilidad de su existencia en la mujer. « La mujer absoluta no tiene *Yo* » —sentenciaba el autor de *Sexo y carácter*—. Pero esto no pasa de ser el exabrupto de una misoginia radical. Dotado de una simple intuición poética, más cerca de la verdad está Rilke cuando en diversos pasajes de su correspondencia reitera el deslumbramiento ante Sor Mariana y su creencia sobre la superioridad de la mujer en el amor: « Siempre la amante —escribe— sobrepasa al amado porque la vida sobrepasa al destino. Su don de sí misma puede ser infinito: tal es su felicidad. Pero la miseria sin nombre del amor ha sido siempre ésta: que haya debido limitarse su don ». Rilke señalaba además cómo la religiosa portuguesa había llegado a superar el objeto de su amor, sosteniendo que si Chamilly hubiera vuelto habría sido ya algo extraño para Mariana.

La suposición es temeraria, pero desde luego hay frases en el epistolario de Sor Mariana que pueden hacerla verosímil. Así cuando escribe en la cuarta carta: « No puedo reprocharme el haber deseado un momento dejar de amaros »; sin embargo, « vos sois más digno de conmiseración que yo, y vale más sufrir todo lo que yo sufro que gozar los placeres lánguidos que os den vuestras queridas de Francia ». Y

luego este grito jactancioso, victorioso: « Os desafío a olvidarme enteramente. Me enorgullezco de haberos puesto en estado de no gozar sin mí más que placeres imperfectos y soy más feliz que vos... » ¿Cabe expresar el orgullo de la mujer conquistadora, la mística carnal del sexo femenino con acento más vivo y verídico?

Y en la quinta carta, cuando Sor Mariana resuelve no escribir más a Chamilly, devolviéndole el retrato y los brazaletes que de él había recibido, llega a su afirmación definitiva: « He experimentado que me erais menos querido que mi pasión. » Aquí Sor Mariana asciende ya a otro plano que al de una amante abandonada; borra el objeto amado y mantiene intacto el amor. Ya no es la enamorada de un hombre, sino la enamorada del amor.

La enamorada del amor

Podrá aducirse que ésta es una actitud a la que ha llegado después, por despecho, al sentirse abandonada. Si así fuera, no adquiriría la singularidad señera que en su caso admiramos. Pero no; esta actitud de superación y autonomía erótica fue constante en ella; a su lucidez no escapó en ningún momento cómo el objeto eventual de su pasión era, en puridad, esto: un objeto más que un sujeto con atributos y cualidades de tal para serlo esplendorosamente. Declara Sor Mariana que se « dejó encantar » por cualidades muy mediocres de Chamilly, nada heroicas, mientras que contrariamente ella estaba dispuesta a escaparse disfrazada del convento, abandonando a Portugal, siguiéndole a Francia. Orgullosa hasta el límite de su amor, exclama: « No me arrepiento de haberos adorado; soy feliz de que me hayáis seducido; vuestra ausencia rigurosa y tal vez eterna en nada disminuye la intensidad de mi amor; quiero que todo el mundo lo sepa y estoy orgullosa de haber sido con vos como he sido y contra todas las conveniencias. No pongo mi amor y mi religión más que en seguir amándoos perdidamente toda mi vida ».

He aquí, por lo tanto, que en Sor Mariana quebró esa ley de la cristalización que Stendhal señalaba como absolutamente típica del fenómeno amoroso; es decir, la operación de nuestro espíritu que consiste en adornar al objeto amado con toda suerte de perfecciones. « Quienes hacen del amor —escribía Ortega, refutando la tesis famosa de *De l'amour*— la esencia de su acción vital no necesitan esperar que un objeto determinado ponga en fluencia su erótica vena, sino que cualquiera serviría para el caso. Se ama el amor, y lo amado no es, en rigor, sino un pretexto ». Y consiguientemente quiebra, también, en la monja portuguesa, otro principio: el de la elección en amor. Si aceptáramos sin más la teoría orteguiana de que en la elección de amada revela su fondo esencial el varón, y en la elección de amado la mujer, lo cimero de Sor Mariana se vendría abajo. Más lógico parece pensar, según se le arguyó en su día, que por el amor sí puede conocerse al amante, pero no por el objeto amado. Con Sor Mariana el centro del amor revierte al amante. Y del mismo modo que Paul Eluard, en un aforismo estético, ha desplazado el eje de la poesía al escribir: « El poeta es el ser que inspira más que el ser inspirado », así también en el caso de Sor Mariana podríamos paralelizar la fórmula, afirmando que el amor que se inspira no llega a la altura del que se experimenta. Tres siglos antes, un aforismo de La Rochefoucauld nos dice cosa semejante: « El placer del amor es amar, y se es más feliz por la pasión que se tiene que por la pasión que se inspira. » Hace años un escritor portugués, Asdrúbal de Aguilar, osó hablar del « masoquismo psíquico de Sor Mariana » en un libro de ese título. ¿Estuvo Sor Mariana enamorada de sí misma? Narcisismo, mitomanía erótica, masoquismo, misticismo equívoco: tales serán algunos de los nombres desdeñosos que el amor de Sor Mariana no dejará de suscitar en los espíritus escépticos.

En cuanto al narcisismo; desde luego, parece ser una cualidad femenina indeclinable. « Yo soy mi propia heroína » —escribía Marie Bashkirtsef—. Y también en otra ocasión, mirándose al espejo: « A ti es a quien amo. » Desde un plano científico Helène Deutsch (*Psicología de la mujer*) señala el narcisismo como la actitud fundamental de la mujer. También Ma-

rañón, adosando tal cualidad a Don Juan y viendo en ella un rasgo de su « inframasculinidad ». Pero otra mujer, Simone de Beauvoir (*Le deuxième sexe*) lo niega o, al menos, no le concede caracteres tan absolutos. « La enamorada —escribe— no es solamente una narcisista alienada en su yo : experimenta un deseo apasionado de desbordar sus propios límites y de hacerse infinita. » Sostiene, finalmente, que todo amor reclama la dualidad de un sujeto y de un objeto. Mas ya Sor Mariana, tres siglos antes, había intuído lo mismo, cuando lamentándose, con cierta tierna ironía, ante la marcha de Chamilly, de su falta de destreza artificiosa para hacerse querer, concluía melancólicamente : « El amor solo no da amor. » Empero, ella estuvo orgullosa del suyo, no del compartido, sino del propio. « Os agradezco —escribió a Chamilly— desde el fondo de mi corazón la desesperación que me causáis, y detesto la tranquilidad en que vivía antes de conoceros ». Sentimiento prerromántico que Benjamin Constant hará canónico del romanticismo un siglo y medio más tarde, cuando escribe a Madame Récamier : « Amar es sufrir, pero también es morir. »

La mujer arquetipo a lo Don Juan

Consecuente Unamuno (en el prólogo antes citado de *El hermano Juan*) con su fidelidad de sentimientos canónicos, con su concepto matriarcal de la mujer —y hostil, por consiguiente, a la femineidad pura, en sus más inalienables esencias— pretendía que en Sor Mariana no aparece nunca « la mujer en el hondo sentido, la madre y la virgen ». No ; debemos replicar : la presencia de otros valores es lo que —desde el punto de vista amoroso— cabalmente define la femineidad. Con razón, con mayor perspicacia en este punto, el autor de *Estudios sobre el amor* había sentado unos años antes que la madre, la hermana y la virgen son precipitados admirables que da la femineidad, pero no son propiamente la femineidad.

Ahora bien, ¿hasta qué punto —alegarán otros— esta exaltación de una femineidad esencial, lindante con el donjuanismo —puesto que supone en última instancia centrar toda la existencia en el amor— no supone a la vez cierta desfeminización? El reproche previsto viene a encontrarse con los argumentos de aquellos que —a partir de Marañón— han sostenido la desmasculinización de Don Juan, viendo al clásico arquetipo de hombredad poco menos que como un afeminado. Pero quienes así argumentan emplean modos de ver y razonamientos erróneos, inadecuados. Se atienen a aspectos somáticos, biológicos, pero desatienden los psíquicos. Don Juan podrá parecer feminoide en los casos extremos, mas no por motivos biológicos, sino psíquicos, que están en la raíz misma de su ser y que nada afectan a su integridad, pues no deberá olvidarse que —según Weininger— ni el hombre ni la mujer son tipos que en la realidad están nunca representados en estado de pureza. Podremos ver a Don Juan como feminoide por el hecho de que sólo le interesa fundamentalmente el amor ; y el amor como absoluto sólo es sentido plenamente por la mujer. Don Juan, el varón arquetípico o el amor —suele decirse—. No ; más exacto sería invertir la fórmula : el amor, la mujer arquetipo o la Don Juan.

Detengámonos todavía un momento en este cruce de caminos, cuyo desenmarañamiento tal vez nos permita atisbar la salida del problema. Si desde el primer instante he calificado inequívocamente como una Don Juan a Mariana Alcoforado, es porque intuía que el eje no ya propiamente del amor —en cuanto captación y dominio—, sino de su sublimización pasional y exclusiva podría ser fijado en la mujer mejor que en el varón. ¿Cómo ha sido posible que durante mucho tiempo se sostuviera lo contrario? Probablemente porque la mayoría —supeditándose al modelo literario dado por Tirso de Molina— ha tendido unilateramente a fijarse en un solo rasgo del donjuanismo, al cabo secundario, —la pluralidad de amores—, creyéndolo fundamental. Pero ¿y si su rasgo capital, determinante, no fuera éste, sino al contrario, la unicidad, y no tanto respecto al objeto del amor, como al hecho de convertir el amor en preocupación absorbente y « leitmotiv » fundamental de la existencia? En tal caso es indudable que el

exclusivismo amoroso pertenece radicalmente a la mujer, y no al varón. Y también, por consiguiente, se prueba que esta desmesura erótica, esta acentuación de todas las potencias espirituales en el amor, que llamamos donjuanismo, será, en última instancia, atributo femenino y no masculino.

La mujer —nos dicen cuantos han estudiado estas cuestiones, no deteniéndose en los rasgos aparenciales, llevando la inquisición psicológica a estratos más profundos— vive fundamentalmente para el amor; el hombre, fundamentalmente, tiende a dispersarse en otros quehaceres y apetencias. No es, pues, nada asombroso que Simmel (*Lo masculino y lo femenino*) atribuya la sexualidad centrípeta a la mujer y la sexualidad centrífuga al hombre, llegando a afirmar categóricamente: « Al hombre en lo profundo el erotismo le es ajeno. La relación entre los sexos se convierte, en cambio, para la mujer en lo absoluto en la esencia misma de su ser. » Luego si el hombre trasciende en la obra, la mujer halla la trascendencia en el amor. Y desde el punto de vista femenino, pero coincidente, Simone de Beauvoir confirma con su peculiar vocabulario filosófico: « El hombre que es sujeto, que es sí mismo, si tiene el gusto generoso de la trascendencia, se esfuerza por ensanchar su presa sobre el mundo; es ambicioso, obra. Pero un ser inesencial como la mujer no puede descubrir lo absoluto en el corazón de su subjetividad; un ser vocado a la inmanencia no puede realizarse en actos. Encerrada en la esfera de lo relativo, destinada al hombre desde su infancia, acostumbrada a ver en él un soberano que no le está permitido igualar, lo que sueña la mujer que no haya ahogado su reivindicación de ser humano es el rebasar su ser hacia uno de aquellos seres superiores, es unirse y confundirse con el sujeto soberano... »

He ahí una nueva prueba —y aducida precisamente por una mujer intelectual, cuyas miras son otras que las habitualmente femeninas, y que en último extremo tiende a no exaltar sino a relativizar el amor— de esa unicidad o predominio que señalábamos. Cierto es que en último extremo nunca podrá olvidarse —según expresaba Nietzsche (*Gay saber*)— que la misma palabra amor significa dos cosas absolutamente distintas para el hombre y para la mujer. « Lo que la mujer —explicaba— entiende por amor no es sólo la devoción, es un don total del cuerpo y del alma, sin restricciones, sin contemplaciones para ninguna otra cosa. Esta ausencia de condiciones hace del amor une *fe*, la única que ella tiene. Contrariamente, si el hombre ama a una mujer, es este amor el que *quiere* de ella; luego está muy lejos de postular para sí el mismo sentimiento que para la mujer; si hubiera hombres que experimentaran también este deseo total de unicidad ya no serían hombres. »

Por consiguiente, desechado el atributo de la pluralidad de amores, el donjuanismo no es masculino y la figura de Don Juan puede encarnar mejor en una mujer que en un hombre, dado que este « deseo total de unicidad » amorosa se da esencialmente en la hembra, no en el varón. Mejor dicho, tal deseo de unicidad puede ser también privativo del hombre que cambia de mujeres, a quien el mundo califica aturdidamente de donjuanesco, cuando en definitiva (según el testimonio de André Breton, *L'amour fou*) lo único que persigue, a través de todos los rostros de mujeres que ha querido es uno solo, el *último* rostro amado, en cuya expresión tiende a ver sumadas cierto número de cualidades generales que antes le habían atraído particularmente.

Hablo, claro es, en términos muy generales, no sólo esquematizando el ser de la mujer donjuanesca, sino eliminando del Don Juan su faz más común, la del Burlador, y trayendo a primer plano la otra menos visible, la del enamorado insatisfecho; me refiero, en suma, a aquel Don Juan que, a semejanza de Don Quijote, es un visionario, un poderoso imaginativo, y que al afán de dominio antepone el de gozador de primicias y sorpresas. Cierto es que el donjuanismo masculino no puede dejar de ser, al cabo, poligámico, mientras que el donjuanismo femeninos es monogándrico, juzgado y definido por el caso de Mariana Alcoforado. No podría menos de serlo, dada su condición de enclaustrada, circunstancia que no determina ninguna inferioridad en lo amoroso, sino contra-

riamente una superioridad, según ella misma supo apreciar. « Razonando bien —escribía—, me parece que uno debiera sentirse prendido a ellas [a las religiosas] mejor que a las demás mujeres. Nada les impide pensar constantamente en su pasión, no están distraídas por las mil cosas que disipan y ocupan la atención en el mundo. No debe ser nada agradable ver a aquellas que se ama, distraídas siempre por mil bagatelas, y hay que tener muy poca delicadeza para sufrir (sin llegar a la desesperación) que sólo hablen de reuniones, fiestas y paseos ; las mujeres en el mundo están obligadas a atenciones, a complacencias, a conversaciones », mientras que en el claustro —podemos agregar, aunque ella no llegue a decirlo— son capaces de concentrarse en una sola ocupación.

Recordemos aquí unos versos del *Libro del Buen Amor,* donde Doña Trotaconventos pondera cualidades de las monjas :

Como ymagen pintada de toda fermo-
[sura,
Fijasdalgo muy largas y francas de
[natura,
Grandes doneadoras, amor siempre les
[dura,
Comedidas, cumplidas é con toda me-
[sura.

Ahora bien, si el donjuanismo puro, femenino o masculino, es un mito, también el amor absoluto es una utopía, no parece ser de este mundo. Porque « ningún hombre es Dios. El amor-religión conduce a la catástrofe. La religiosa portuguesa tenía que ser abandonada » —ha escrito Simone de Beauvoir. No importa. También Don Juan termina solo, y su postrera visión en los infiernos —como en el poema de Baudelaire—, es un cortejo de mujeres clamantes. Pero Don Juan masculino repite un modelo exhausto, encarna un personaje para el que no ha nacido, es objeto ya no tanto de admiraciones como de mofas, mientras que la Don Juan, Mariana Alcoforado, inaugura un modelo original, y por encima de tres siglos logra imponernos devoción cuando escuchamos la voz inextinguible de sus cartas.

CESAR VALLEJO (1925)

ROBERTO OLIVERA UNDA

LOS GALLOS

CRUZABA EL HOMBRE *la calle cuando la bravata le cortó el paso. El « yo nunca me he rajado » y un poco también la desesperación le rodearon, le mal aconsejaron. Pero fueron aquellas miradas que salían de todas las puertas y de todas las ventanas, y que revoloteaban a su alrededor como pájaros negros picoteándole los ojos, las que le obligaron.*

— ¡Juega! —dijo. Y en vez de mirar al hombre que le había retado, se quedó viendo el ir y venir de las persianas por donde la cantina vomitaba hombres, y oyendo el rechinido de los goznes.

El sol se hallaba próximo a transponer los corros, pero la luz parecía brotar del suelo y no era dorada, sino blanca y enceguecedora como el polvo mismo.

— Espérame aquí tantito —dijo el otro—. No me tardo. Te dejo con ésta para que no te sientas solo. Dale unos besos mientras vuelvo.

Y le alargó una botella.

El hombre sabía que una de sus mayores ventajas consistía en conservar los cinco sentidos. Sin embargo, bebió con avidez. Los primeros tragos le quemaron la garganta, luego los sintió arder en el estómago. Después, una dulce tibieza invadió todo su cuerpo, especialmente el cerebro, y ya no pensó más en que el gallo que traía abrazado no era suyo, ni en que no tenía un centavo y estaba en tierra ajena. Cuando la botella, después de recorrer todas las bocas, le fue devuelta, sufrió la misma repugnante sensación de cuando fue llevado por primera vez a una casa de mujeres y tuvo que besar a una delante de sus amigos. Limpió con la manga de su camisa la boca de la botella y apuró los dos o tres tragos que quedaban. Miró a su alrededor, y en los ojos de las gentes la curiosidad y en algunos casos hasta la simpatía habían sustituído a la frialdad y hasta al desprecio con que todos le vieran unas horas antes. Alguien, que palmeaba su espalda con familiaridad, lo arrancó de su ensimismamiento.

— Quiero pedirle dispensas, amigo. Esta mañana no le quise dar el norte porque no le conocía. Usted me entiende. Uno nunca sabe a qué atenerse con fuereños. Mi abuelo contaba que un día llegó un fuereño y le preguntó por la casa de un amigo a quien él apreciaba. Le dio las señas. Al otro día, el amigo de mi abuelo, amaneció muerto en su puerta, con medio cuerpo de fuera. Uno nunca sabe a qué atenerse...

El hombre recordó coma había pasado la mañana entera buscando la casa de un tal Don Pancho y cómo había recorrido, una calle tras otra, la desolación del pueblo. Recordó los visillos de las ventanas y su casi imperceptible manifestación de vida al ser corridos apenas lo suficiente para que le vieran pasar aquellas mismas gentes a cuyas puertas tocara con inútil empeño. » Aquí ni para pedir un trago de agua », pensó. Y ahora mitigaban su sed de todo el día con aguardiente. Y hasta le llamaban amigo.

— No se preocupe, mi amigo —respondió con voz hueca y pausada y recalcando las últimas palabras—. No tengo más amigo que yo mismo —pensó— Y repitió, esta vez mentalmente : — No se preocupe, mi amigo. Va a ser difícil hallar un gallo que le pegue a éste. Y también va a ser difícil encontrar quien amarre como yo. No me van a caer mal unos centavos.

— Trae usted un gallo que aguante miles en las patas. Sólo estando borracho se puede querer jugar contra él. Pero así es Isauro. Le gusta rifársela por rifársela. Como sea y contra lo que sea.

El hombre no contestó. Simplemente esbozó una sonrisa mientras pensaba : — Y así mero soy yo. Por algo soy gallero y no

dependiente de tienda como quería mi padre.

— ¡Ah, qué mi amigo! —continuó el otro—. Si por algo no le di las señas de Don Pancho esta mañana. Tiene usted pinta de muy hombre. ¡Audela! Aquí hay otra botella. Y se me figura que pongo un algo en las patas de ese gallo. Y usted, ¿qué piensa ponerle?

— ¡Una navaja! —contestó secamente el hombre. Y tomó unos tragos. El pensamiento de que ni el gallo ni el dinero que traía eran suyos volvió a su memoria haciéndole temblar las piernas. A él sólo lo habían mandado a buscar animales para que su patrón los jugara en la próxima feria. Por cierto que no se explicaba la fama de tener buenos gallos de que gozaba éste pueblo. Una vez que hubo encontrado a Don Pancho, visitaron los escasos corrales sin encontrar nada que valiera la pena, como no fuera aquel gallito giro que tenía entre las manos y con el cual se daba por compensado. Aquel gallo decididamente le inspiraba confianza. La misma confianza que habían puesto en él como experto. Sí. El era un experto. No podía perder.

— ¡Ah, qué mi amigo! —repitió el otro.. ¿No le digo? Se me figura que usted y yo vamos a hacer una buena amistad. Seguro que le voy a poner algo. ¡Echese otro trago!

El aguardiente ya no le quemaba. Era ya solamente aquella sensación de bienestar y una confianza en sí mismo, y en su gallo, que aumentaba a cada trago. Y lo más importante: los demás empezaban a ser cordiales con él.

Isauro apareció a lo lejos en aquella calle larga y ancha, tan larga y ancha que parecía que el camino no llevaba allí, sino que seguía sin detenerse, sin el alivio del más pequeño recodo, rota la monotonía por aquellas casas también grises y polvorientas que se apiñaban a uno y otro lado, como si en vez de ser uno fueran dos pueblos separados por aquel camino. Isauro venía rodeado de amigos con un gallo entre las manos. El grupo de borrachos avanzaba con lentitud.

La « roncada » es un grito gutural y recio. El canto del gallo humano que quiere pelea. Dos o tres roncadas emitió Isauro antes de llegar. Y como su gallo cantara al descubrir al otro, Isauro volvió a roncar, los ojos en los ojos del gallero, quien nuevamente respondió con el esbozo de una sonrisa.

— Apoco creyó que ya no venía...

— No creí nada. ¿Qué navaja le gusta?

Hasta entonces miró el gallo que Isauro tenía entre las manos: un animal más bien corriente—. De veras que se necesita estar borracho para poner un gallo así frente al mío.

— A mí, cualquiera. Pero nomás tengo ésta, —dijo Isauro mostrando la navaja. El gallero reparó en el tamaño. Aquella navaja era la menos indicada para jugar su gallo, e iba a decirlo, pero Isauro se le adelantó: — Si usted tiene una igual, la cosa está pareja.

Y al decir esto se reía como para dar a entender que, a pesar de su embriaguez, tenía conciencia plena de la diferencia de gallos.

El gallero sacó de su bolsa un estuche, lo abrió y tomó de allí una navaja semejante a la de Isauro. — Este amigo no está tan borracho —pensó—. Con esto la cosa cambia. Ya es cuestión de suerte. Pero ahora ya ni modo de rajarme.

— ¡Juega! —dijo con aquella voz hueca.

— ¡Ah qué mi amigo! Pa qué le di de tragar... Se me hace que así no voy con usted... No me lo tome a mal, pero lo dejo solo. Usted sabrá lo que hace.

« Sí que lo sé. Lo que debería yo hacer es pedir otra clase de navaja, pues que culpa tengo yo de que él no tenga otra. Por más que estoy seguro de que eso no es casualidad. Y lo mejor que debería yo hacer es rajarme. El dinero no es mío, el gallo tampoco. Además, ya no ve bien con esta luz. También eso lo sabe ese amigo. Qué casualidad que se tardó tanto... »

— ¿De a cómo lo enseñaron a jugar? —preguntó Isauro—. ¿O es mucho gallo para el suyo? —agregó con sorna.

Otra vez aquellas miradas le picoteaban los ojos mientras un coro de carcajadas le envolvía como un sudario, dejándole inmóvil, a merced de su enemigo. « Si me rajo —pensó— entonces sí que se van a reir » —Y contestó con su voz hueca:

— ¿De a cómo lo enseñaron a contar?

— ¡De a como hayan enseñado a su bolsa a cargar!

— ¿Cinco ojos de gringa?

— Si nomás tiene una mano... Yo tengo dos y sé contar hasta diez.

« Después de todo, es igual rifármela a medias que completa » —pensó el gallero, y en voz alta respondió : — ¡Juega! ¿Quiere casarlos?

El gallero comenzó a amarrar la navaja en el espolón de su gallo mientras Isauro hacía lo mismo. Los hombres disimulaban su propio temblor escondiéndolo, mezclándolo con los nerviosos movimientos de los animales.

— ¡Ah, qué mi amigo! —dijo el hombre en voz alta mientras ayudaba deteniendo el gallo—. Pues si usted se arriesga, yo por qué he de ser menos hombre. Y subiendo el tono de voz : — ¿Tú que dices, Isauro, agarras otros cinco?

— Hasta lo que tu quieras.

— Van nomás otros cinco. De a cien ¿eh? Yo nomás pago por verla, como quien dice... — Y como el gallero terminara de amarrar en ese momento, le devolvió el gallo diciendo : — Si perdemos, nos va a quedar un consuelo. Vamos a perder por tarugos, pero aquí hay gallo como para el mejor.

— ¿Está listo?

— Nomás estoy queriendo.

Los hombres se acercaron con los gallos entre las manos para que con el pico entablaran el primer duelo. La gente retrocedió a prudente distancia y los gallos fueron soltados. Más fino y más nervioso, el giro entró atacando y en el primer salto estuvo a punto de degollar a su enemigo. Siguió un duelo de nervios con los gallos alertas al menor movimiento el uno del otro, los cuerpos tensos, las plumas del cuello erguidas en todo el rededor, los ojos en los ojos. Un nuevo salto, y esta vez los dos se alcanzaron en el cuerpo. Cayeron con las navajas hundidas y se revolcaron formando una sola masa ensangrentada. De allí volvieron a surgir dos gallos de pelea que se atacaban con toda la ferocidad del animal herido. El gallito giro fue constante en sus ataques por lo alto, buscando la cabeza de su rival hasta que la encontró. El otro gallo, casi separada la cabeza del cuerpo, se debatía en las convulsiones de la muerte mientras el giro le seguía tirando golpes con la pata armada.

Isauro hacía todo lo posible por aparentar la mayor frialdad. Y casi lo conseguía, pero en sus ojos, dorados y cambiantes como los de un gato, había acumulada toda la sangre que podían contener, como si en ellos y no en el pescuezo del gallo hubiera sido dado el navajazo.

El gallero, desde el principio de la pelea, había mantenido plegados los labios en aquel gesto que intentaba parecer una sonrisa. Ahora la abrió franca, cambiándola con su amigo ocasional, quien, en voz baja, pero no tanto que no se oyera, le dijo :

— Ya le dimos en la madre.

De repente, ocurrió lo insólito. El giro, que ya tenía ganada la pelea, se ensartó en la navaja contraria durante uno de los movimientos convulsivos del otro gallo y se desplomó sin vida.

Un silencio espeso, silencio de lodo amasado con sangre y polvo, se adueñó del ambiente.

La muda expectación fue rota por Isauro, que emitió su grito más salvaje. Su gallo tenía aún los últimos espasmos.

— ¡Gané! —dijo Isauro. Y emitió une segunda roncada.

— No tan aprisa, mi amigo —lo atajó el gallero—. Falta ver si su gallo contesta porque, para mí, que también está muerto. ¡Ande, párelo! A ver...

— ¡Gané! —volvió a exclamar Isauro, encarándose al gallero con un gesto que no dejaba la menor duda acerca de su decisión.

— Mi gallo todavía no está muerto. ¡Mi gallo soy yo! ¿O no es así? —preguntó volviéndose hacia uno y otro lado.

— ¡De todos modos me parece que está por verse!, —contestó el gallero sacando de su estuche la navaja más grande.

La última luz de la tarde se reflejaba en aquel camino polvoriento sembrado de amapolas de sangre, y brillaba siniestramente en las navajas de los hombres que se movían con lentitud y de costado, la diestra armada y el ancho sombrero en la otra mano presta a parar los golpes. Se atacaban a saltos, como los gallos. Y como ellos buscaban la oportunidad de herir y no la de salvar vidas. En verdad, los gallos no habían muerto.

— Le repito que está por verse. ¡Su gallo está muerto!

Napoleón y la guerra de España

POR LUIS QUINTANILLA

BAJO LA PRESIDENCIA del príncipe Luis-Napoleón, cuarto descendiente de Jerónimo Bonaparte, la « Association pour l'encouragement des études Napoléonniennes » presenta, hasta enero de 1965, en la Sala de Honor del Hotel de los Inválidos un amplio conjunto de documentos históricos, cartas autógrafas, pinturas, retratos, dibujos, grabados, caricaturas, armas, trofeos y uniformes, exclusivamente relacionados con la invasión de la Península Ibérica por Napoleón : 1808-1814.

En el anecdotario popular madrileño se cuenta que un ciego músico callejero, acompañándose de su guitarrón, cantaba en la Puerta del Sol las coplas narrativas de la guerra de la Independencia española, y al final de cada romance episódico iba diciendo : — « Y aquella tarde murieron dos mil franceses... Y aquella tarde murieron tres mil franceses... Y aquella tarde murieron cuatro mil franceses. » Hasta que un castizo le interrumpió diciéndole — Compadre ciego, ¿y de los españoles cuántos murieron? — A lo cual replicó el virtuoso del guitarrón : — Eso pregúnteselo al ciego francés.

Han transcurrido 150 años y hoy vemos reunidos en esta interesante exposición los documentos franceses y españoles en perfecta armonía contribuyendo a aclarar la Historia ; y otra de las cosas que se aclara es el eterno recurso a la propaganda partidista tan acertadamente puesto en su lugar por el ciego cantante de Madrid. Ambos contendientes no escatimaron el heroísmo y hasta la crueldad, y los argumentos, falsos o verdaderos, para justificarla ; las artes gráficas jugaron en ese sentido un importante papel.

Del lado español todas las clases sociales se unieron enfrentándose con los invasores. España entera se echó a la calle y se emboscó en los montes dispuesta a defender su independencia ; militares profesionales, paisanos, clérigos, frailes, mujeres e incluso niños, con cualquier tipo de arma improvisada, igual que un descomunal avispero, atacaron día y noche, durante seis años, a los hasta entonces invencibles ejércitos de Napoleón, sorprendiendo a Europa. Encabeza el prospecto anunciador de la exposición el siguiente párrafo : « En el momento en que Napoleón y Alejandro (de Rusia) rehacían el mapamundi, el levantamiento del pueblo español iba a señalar el primer « alto » en la ascensión imperial. » Así lo reconoció también el propio emperador en su *Memorial de Santa Helena,* atribuyendo su caída a las consecuencias de la guerra de España.

Fueron diversos los motivos que decidieron a Napoleón a lanzarse a la conquista de la Península Ibérica, y de ninguna manera supuso que sería una aventura peligrosa con fatales resultados para él y para el pueblo español. Repasemos los precedentes al año 1808.

España, al final del reinado de Carlos III, estaba en plena efervescencia espiritual llena de contradiciones en sus clases domi-

nantes. El monarca, uno de los rarísimos reyes españoles preocupado de mejorar su reino, había fomentado la cultura, las letras, las artes, la instrucción pública y el trabajo. Carlos III murió el 14 de diciembre de 1788; ya el tono filosófico de la Francia del siglo XVIII, extendido por los « enciclopedistas », despertó la vocación de los reformadores españoles. El intercambio intelectual entre París y Madrid originó un plantel de intelectuales deseosos de colocar a España en la corriente progresiva de la época. Contra ellos perseveraba la arraigada tradición antirreformista, aferrada a las caducas normas del pasado. Carlos IV tenía cuarenta años cuando, al morir su padre, le coronaron. Hombre abotagado, adiposo y de escasas luces, lo único que recibió de la « Gracia de Dios » que le dio la corona fue la absoluta sumisión a la Iglesia y el ser tan buen marido, que por no contrariar a su caprichosa esposa, María Luisa Teresa de Parma, adoptó la cómoda actitud de dejarla mangonear el gobierno a su antojo. Entre los dos regios cónyuges pronto destrozaron la acertada labor de Carlos III. El genio de un artista, Goya, legó a la historia la mejor explicación física y psicológica de la familia de Carlos IV en el cuadro conservado hoy en el Museo del Prado, una artística muestra, de la cual se sigue comentando la intención goyesca, juzgada de fantástica ironía, y se ha dicho que representa la familia de un vendedor de cerdos adinerado disponiéndose a lucir su riqueza exhibiendo sus vestidos y toda clase de galas y perifollos. María Luisa no contenía sus pasiones amorosas, consolándose principalmente con los guardias de corps. Uno de ellos fue Manuel Godoy, tipo de vigoroso macho, procedente de Extremadura, la tierra de los chorizos, tocador de guitarra y bailarín, a quien la Reina convirtió en su amante oficial a fines de 1791. Carlos IV entró en la combinación del « ménage à trois », y, según un detalle histórico, estando los tres exiliados en Roma, la admiración corporal del Rey por el favorito inclina a suponer que también compartió sus caricias. La llegada de Godoy al poder, por caprichos de dormitorio, coincidió con uno de los períodos más críticos de España. Elevado el favorito a duque de Alcudia, fue postergando a las mejores cabezas españolas que podían gobernar, sobre todo a Floridablanca y Aranda, ambos en la línea de la « Enciclopedia » francesa. Los acontecimientos se precipitaron. A consecuencia de la intervención de la monarquía española por salvar a la francesa cuando la Revolución triunfó, hubo entre los dos países duras querellas, y por fin, el 7 de marzo de 1793, la Convención declaró la guerra a Carlos IV. Seis días más tarde España a su vez declaraba la guerra a la nueva República. Tres ejércitos españoles se presentaron en la frontera; mandaba los dos primeros Caro y Castelfranco; el tercero Ricardos, para invadir el Rosellón. En los Pirineos occidentales destrozaron los españoles los fuertes de Hendaya; en los centrales, Castelfranco rechazó el ataque francés en el Valle de Arán, y Ricardos derrotó al general Dagobert en Boulou, avanzando en diferentes localidades del sector de Port-Vendres y Collioure. Pero el puerto militar de Tolón se había rendido a las escuadras aliadas de España e Inglaterra en agosto de 1793, y allí intervinó Napoleón Bonaparte dando a conocer sus extraordinarias dotes militares al reconquistar el poderoso puerto. La República prolongó la guerra; el ímpetu bélico de sus nuevos soldados les llevó por el Este a tomar a Figueras, y por el Oeste hasta Bilbao. En París inició las negociaciones de paz el banquero Cabarrús. María Luisa la quería, Carlos IV no opinaba nada, y Godoy tuvo la descabellada pretensión de proponer a la Convención entregar el trono a Luis XVII y fundar en las islas de América un reino que España reconocería. Por fortuna Domingo Iriarte, negociador sensato del lado español, consiguió firmar la paz de Basilea el 22 de julio de 1795; Francia restituyó a España las plazas que había ocupado, y España cedía la parte española de Santo Domingo a los franceses. El infatuado Godoy y su regia amante reclamaron para él el título de Príncipe de la Paz. Renovadas las cordiales relaciones diplomáticas entre los dos países, y continuando Francia en guerra con Inglaterra, el Directorio francés, buscando asegurarse a España en esa lucha, concertó el tratado del 19 de agosto

de 1796, de San Ildefonso, La Granja, consistente en una alianza ofensiva y defensiva a perpetuidad. Dos meses después entraba España en guerra contra Inglaterra. Las escuadras española y francesa sufrieron dos derrotas consecutivas que les infligió el almirante Nelson. Godoy maniobraba tortuosamente para distanciarse de Francia.

En París conocían sus intrigas, apoyadas por María Luisa. Pero el general Bonaparte había conducido la campaña de Italia con las victorias de Castiglione, Arcola y Rívoli considerándosele invencible, y su espada era una seria amenaza ; a la vez la situación exterior para España no permitía los juegos del favorito : Carlos IV tuvo que recurrir a Gaspar de Jovellanos, uno de los espíritus españoles más cultos, de amplio criterio y compresivo de la evolución de su época, quien, de acuerdo con almirante Truguet, representante en Madrid del gobierno francés, logró anular momentáneamente al enredador Godoy. Al año siguiente, el 9 de noviembre de 1799, dio el general Bonaparte el golpe de Estado que le hizo primer cónsul, y un año después envió a su hermano Luciano en misión especial a la corte de España, el cual informó directamente al primer cónsul de las interioridades palaciegas.

En la exposición presentada en el Hotel de los Inválidos hay una vitrina dedicada a Luciano Bonaparte con los documentos de su actuación en España a partir del año 1800.

Es de suponer que aunque el cónsul Bonaparte desconociese los irónicos grabados de Goya titulados « Los Caprichos », leyendo los informes de su hermano se formase una idea de la sociedad española análoga a la que nos dejó el genial artista aragonés, y el hijo de Carlos Bonaparte, simple abogado de Ajaccio, que había sabido aprovechar las consecuencias de la Revolución francesa y logrado con sus extraordinarias dotes militares y políticas ser el director de la moderna Francia, pensase ya en terminar con la escandalosa decadencia de los últimos Borbones coronados, e implantar en España su propio poderío. Además, Napoleón escribió : « De todos los Estados de Europa no hay ninguno cuya suerte esté más necesariamente ligada a Francia que España. España es para Francia, o una amistad útil o una enemiga peligrosa. Una íntima alianza debe unir a las dos naciones, o una enemistad implacable separarlas. » Bonaparte se hizo proclamar emperador el 18 de mayo de 1804 ; su apoteótico ascenso lo consiguió con las armas y no iba a dejar ocioso a su poderoso ejercito ; continuó sus conquistas, llegando el turno a España. Pero el nuevo genio de la guerra confundió a través de los informes a la monarquía española con el pueblo : error transcendental que reconoció demasiado tarde.

El marqués de Lema, en su libro *Antecedentes de los sucesos de* 1808, explica la situación del « ménage à trois » y la dirección política de España, sometiéndose el rey a la voluntad de la reina y ésta a Godoy. La tierna veterana amante escribía a su amado en los años precedentes a la invasión napoleónica : « Cada vez vemos menos clara la situación ; el rey dice que hagas tú lo que hay que hacer... El dará pleno apoyo a tus iniciativas... El rey y yo tenemos confianza en ti... Los mismos ángeles no harán tanto como tú. » Y lo que hizo el rijoso guitarrista bailarín, capaz de achicar a los ángeles, fue complicar las cosas de tal manera que incitó a Napoleón a marchar sobre España. Por un lado, la completa derrota de las escuadras franco-españolas en Trafalgar, atacadas por Nelson el 21 de octubre de 1805, no permitía ya al emperador ejecutar su proyecto de invadir a Inglaterra, pensando rendir a dicho país por el bloqueo continental, para lo cual era imprescindible disponer de Portugal, enviando al general Junot a ocupar ese reino en colaboración con las fuerzas españolas ; pero a la vez se enteraban en París de las maniobras secretas de Godoy con los ingleses.

Coincidieron esos manejos del favorito y de Carlos IV con un drama de familia : el príncipe Fernando, heredero de la corona, y su protector el canónigo Juan Escoiquiz, habían logrado en la Corte crearse un partido ; sólo faltaba eliminar a los reyes. Un anónimo recibido por Carlos IV descubrió el complot preparado para asesinarles a él y a la reina. El ruin Fernando pidió perdón y delató a los conspiradores que con el crimen precipitarían

su entronamiento. Godoy y María Luisa creyeron que detrás del atentado estaba Napoleón, a quien el príncipe Fernando, al enviudar, había pedido la mano de una princesa de la familia del emperador, y el favorito quiso sublevar el ejército español contra los franceses. Por orden de Napoleón el mariscal Murat entró en España al frente de sus poderosas fuerzas, en la región del Bidasoa, el 10 de marzo de 1808; la orden imperial le constreñía a marchar derecho a Madrid.

La exposición en el Hotel de los Inválidos, que comentamos, empieza con un gran mapa de la Península Ibérica trazado por el geógrafo Tomás López en 1802, facilitando al visitante la precisión de los lugares de la guerra; a un lado el retrato de Napoleón y al otro el de su hermano José, coronado rey de España, ambos pintados de manera mediocre. De cuerpo entero está el retrato del mariscal Murat, lleno de entorchados bordados en oro, galas y plumas en la cabeza, con la fisonomía de hombre de pocos amigos. En varios grabados franceses aparece el avance del ejército francés como un paseo militar.

Carlos IV quiso tranquilizar al pueblo, que veía la tormenta, y lanzó una proclama garantizando las intenciones de Napoleón. Vemos en un grabado español el motín de Aranjuez contra Godoy el 19 de marzo de 1808: la muchedumbre asaltó su palacio saqueándolo; el favorito fue insultado, atropellado y preso. Carlos IV, para calmar a los amotinados, destituyó en el cargo de generalísimo a Godoy. La agitación continuó, y el rey abdicó en favor del príncipe Fernando, pretextando su precaria salud; pero vivió aún once años. En Madrid también los amotinados al grito de «¡Muera el choricero!», alusión al nacimiento de Godoy, y «¡Muera el traidor!», repitieron el saqueo en las residencias del arbitrario favorito. Carlos IV escribió a Napoleón comunicándole su resolución que fundaba en «la necesidad de escoger entre la vida y la muerte», y remitía «su causa en las manos del emperador».

Ocho días después de coronarse Fernando VII, Napoleón propuso el trono de España a su hermano Luis, rey de Holanda, revelando ya el emperador su secreto de la política hispánica. Luis no aceptó el ofrecimiento regio, y la suerte de España quedó en suspenso.

Murat entró en Madrid el 23 de marzo: grabado francés. Los españoles le llamaron «Gran troncho de berzas», y el mariscal francés sintió la hostilidad popular.

Savary, en nombre del emperador, fue a invitar a Fernando VII a que se entrevistase con Napoleón en Bayona. El inverecundo monarca cínicamente justificó su vergonzoso viaje diciendo «ser un testimonio de la muy estrecha amistad que unía las dos Coronas». La musa popular española cantó: «¿Adónde vas, Fernando?» Fue a ser tratado por el emperador de «*très faux, très mechant et très ennemi des Français*». Murat puso en libertad a Godoy, y en procesión de cautivos llegaron a Bayona Carlos IV y María Luisa, seguidos por Godoy; el favorito cayó en los brazos de la pareja ex real. Entre Fernando y sus padres hubo une escena violenta.

Mientras tanto en Madrid se alarmó el pueblo al ver que también llevaban a Bayona al resto de la familia real. Murat recibió un ruidoso abucheo al cruzar el centro de la ciudad. Al día siguiente, el 2 de mayo de 1808, los madrileños, provistos de las armas que encontraron, más bien trabucos y navajas, atacaron en la Puerta del Sol a los mamelucos y a los dragones polacos. Una famosa pintura de Goya, cuyo título es el de esa fecha, perteneciente hoy al Museo del Prado, y diversos grabados, representan la sangrienta escena que fue el primer episodio de la guerra de la Independencia. Murat envió rápidamente un batallón y la artillería acantonada en la Moncloa, lindante con la capital. Las tropas españolas tenían orden de quedarse en sus cuarteles. Una sola compañía de infantería mandada por el capitán Rafael Goicochea salió a la calle a batirse, reforzada por los voluntarios del pueblo, dirigiéndose al parque de artillería de Monteleón, donde los capitanes Daóiz, Velarde y el teniente Ruiz pusieron las piezas en batería, rechazando la insinuación de rendimiento de los franceses, quienes de todas partes acudieron a bombardear el parque. Los dos capitanes, el teniente y sus soldados murieron después de una resistencia heroica. Varios grabados españoles repro-

ducen el combate. Goicochea tuvo que capitular con los honores de la guerra ; este fue el único detalle noble de Murat. El pueblo, enardecido, prolongó la lucha contra el ejército más poderoso de la época. A navajazos destripaban a los caballos de mamelucos y dragones ; cuchillos, picas, lanzas y piedras eran el improvisado armamento popular. La mujeres también se hicieron combatientes en las calles ; de las ventanas arrojaban aceite y agua hirviendo y los tiestos de flores sobre los soldados de Murat : al general Legrand le destrozó el cráneo un tiesto que le tiró una mujer en la calle del Barquillo. El arte gráfico, de agudo realismo, da una idea de la lucha.

Murat dominó el mismo día la sublevación. Al llegar la noche publicó la orden militar anunciando que todos los prisioneros hechos durante el combate serían pasados por las armas ; igualmente se procedería con los que llevasen una simple navaja. Cualquier ciudad o pueblo donde se matase un francés sería incendiado ; los autores o distribuidores de libelos sediciosos se considerarían traidores, agentes de Inglaterra y serían fusilados. Las detenciones y las ejecuciones sumarias empezaron. Goya nos recuerda éste barbaro proceder en su otro dramático cuadro titulado « Los fusilamientos de la Moncloa ». Años más tarde el gobierno español creó una medalla para honorar a los ciudadanos que se distinguieron en esa trágica jornada.

El 6 de mayo Murat quiso contemporizar con el pueblo español, y autorizó el uso de la capa, que servía para ocultar armas : demasiado tarde. Los sucesos de Madrid se conocieron en el resto de España. En Asturias se organizó la sublevación contra los invasores, y el 25 de mayo la Junta de Oviedo declaró la guerra a Napoleón. Imitando a los asturianos siguieron esta actitud bélica Galicia, las provincias de León, las dos Castillas, Andalucía, Valencia, Aragón, Cataluña y las Baleares. La lucha por la independencia española ante la obstinación del invencible empeperador fue feroz. En el campo surgieron los guerrilleros, y en las ciudades arrojados cabecillas dirigían los combates. El canónigo de Valencia, Calbo, la noche del 5 de junio de 1808 mató 338 soldados franceses. Por una y otra parte ya no podían retroceder : a Napoleón le iba en la contienda emprendida su gloria y sus planes ; al pueblo español su legítimo orgullo de no dejarse dominar por un ejército extranjero.

Pérez Galdós, en su novela histórica *Juan Martín el Empecinado* escribió : « Fue la gran academia del desorden. Es posible que, sin los guerrilleros, la dinastía intrusa se hubiese afirmado en el trono, al menos hasta la Restauración en Francia. Al país se le debe la permanencia nacional, el respeto que inspira al extranjero y esa seguridad presuntuosa, pero fundada, en que hemos vivido, de que nadie osará buscarnos la querella. »

Napoleón en Bayona suprimió la presencia de la sumisa Corte española. Recluyó al destronado Fernando, con su hermano Don Carlos y su tío Don Antonio en el castillo de Valençay (Indre), diciendo al propietario del castillo, Talleyrand, con ironía imperial : « Vuestra misión es honorable : recibir a tres ilustres personajes para divertirles va completamente en el carácter de la nación y de vuestro rango. » El final de esa trágica comedia del emperador fue proclamar, el 6 de junio de 1808, rey de España a su hermano José ; el 21 de julio llegó a Madrid. En la exposición de los Inválidos figuran el retrato, pintado por Gerard, del nuevo Rey José, con todos los atributos reales, sin excluir el manto de armiño, y el retrato de la Reina Julia y las dos niñas.

Murat enfermó, dejó su jefatura militar y regresó a Francia. Los ejércitos imperiales ocuparon el norte de España hasta Santander. El general Bessières derrotó en Medina de Rioseco a los generales Blake y Cuesta. La guera se extendía. Sitiada Zaragoza por Lefebvre, la defendió heroicamente Palafox. Duhesme también fracasó por dos veces en el sitio de Gerona. Moncey no consiguió llegar con sus refuerzos a Valencia. En Andalucía el general Dupont había saqueado a Córdoba, cuando se enteró de que el general Castaños se dirigía contra él con un ejército regular de 30.000 soldados y diez mil guerrilleros. Tomadas las posiciones estratégicas entre Andujar y Bailén, la mañana des 19 de julio de 1808 se riñó la batalla.

Dupont fue derrotado, herido y se rindió a Castaños, incluso con la división Vedel que acababa de llegar al combate: era la primera vez que las armas imperiales flaqueaban de manera ruidosa. En la exposición están los planos de Bailén y gráficos sobre las maniobras de la batalla. El botín de guerra ganado por Castaños fue de 36.000 fusiles, 120 piezas de artillería, 30 morteros y 2.000 caballos. Hizo además 17.150 prisioneros. Al saber la noticia Napoleón exclamó furioso: « Desde que el mundo existe, no ha habido nada tan tonto, tan inepto y tan cobarde. Dupont ha deshonrado nuestras banderas, ¡Qué bajeza! » Los historiadores franceses reconocieron que: « *Bien longtemps avant Moscou le glas de l'empire a sonné à Bailen.* » Las armas imperiales perdieron su prestigio de invencibles, pero Napoleón continuó seis años más ganando batallas en Europa, hasta ser vencido en Leipzig. Entre los documentos de la exposición hay una de las cartas dirigidas a Napoleón por el general Dupont fechada el 2 de junio, cuarenta y siete dias antes de su derrota, anunciándole la intranquilidad en Andalucía y que teme los desórdenes ,incurriendo en la ingenuidad de explicar al emperador cómo envió al oficial español Echavarri a perseguir a los « bandidos de Sierra Morena », pero el oficial « formó con ellos una banda, tomando posición en el puente de Alcolea, delante de Córdoba, y como jefe de los revoltosos hace sublevarse a los pueblos »; detalle revelador de la psicología de los invasores y de su desconocimento de los españoles.

CARICATURA ESPAÑOLA DE NAPOLEON

Al rey José Bonaparte, que solemnemente fue coronado en Madrid y en Toledo, le tomó a broma el pueblo español, como vemos lo primero en unos grabados y lo segundo en una caricatura de su coronación (Ambos documentos, en contraste, pertenecen a la colección del marqués de Valdeterrazo.) Siendo abstemio, le llamaron « Pepe botellas », y siendo más realista y sensato que su hermano, le calificaron de « Intruso », no escuchando sus pacíficas proclamas. Tampoco el emperador oyó sus atinadas indicaciones que decían: « Enrique IV estaba sostenido por un partido; Felipe V (primer Borbón rey de España) no tenía ningun rival a quien combatir; yo tengo por enemiga una nación de doce miliones de habitantes. » Napoleón le replicó: « Vuestros temores carecen de fudamento. Yo encontraré en España las columnas de Hércules, pero no los límites de mi poder. » En la misma vitrina de esos documentos, figura uno, completamente falso, de origen mexicano, con fecha de 9 septiembre de 1808, diciendo en inventado autógrafo de Napoleón a José, a propósito de la resonante derrota de Bailén: « Nada se ha perdido; desde la estrategia de Bayona tengo en mi poder al imbécil de Fernando VII, y a ese debemos el éxito de nuestro reinado en España... Se hace preciso más energía con esa raza española tan inflexible e indomable y que, en el mundo, es la única que llegaría a temer, porque vendría a ser obstáculo invencible para mis proyectos continentales. » La falsificación de ese escrito refleja la opinión de la guerra de España. Sin esperar más advertencias, el rey José, al día siguiente de Bailén abandonó su nuevo reino encaminándose a Bayona, y una estampa italiana de la época representa su marcha subrayando: « Prima Fuga dell'Intruso Re Giuseppe ». En Aranjuez for-

maron una Junta suprema presidida por Floridablanca, el general Palafox y Jovellanos el 25 de septiembre, y oficialmente declaró la guerra a Francia. La réplica de Napoleón fue ponerse al frente de su « Grande Armée » compuesta de 160.000 soldados, distribuída en siete ejércitos mantados por los más ilustre mariscales del Imperio.

El nuevo genio de la guerra avanzó triunfalmente. Una gran pintura de Lejeune escenifica la batalla de Somosierra el 30 de noviembre. A continuación, el 2 de diciembre, los grabados presentan a Napoleón en Chamartín contemplando a Madrid. Por la primera vez Madrid, el « castillo famoso que al rey moro impone el miedo », según el famoso poema, fue bombardeado con la artillería de un ejercito extranjero, y la Junta, sin medios para defender la ciudad, capituló el 4 de diciembre. Lo que no hizo la segunda vez que fue atacada en 1936 por los fascistas, emulando el pueblo madrileño el heroísmo desplegado en la guerra de la Independencia. Napoleón entró en Madrid el mismo día de la capitulación, yendo derecho al Palacio Real ; se dice que, apoyando su mano sobre la cabeza de uno de los leones de alabastro que hay en el arranque de la escalera principal, exclamó : « Por fin te tengo, león de España tan deseado. » Y volviéndose a su hermano José, le dijo : « Estarás mejor alojado que yo. » Sí ; el alojamiento fue magnífico durante los cinco años que se prolongó su reinado, pero el ambiente nada envidiable para aquel hombre de buena voluntad y, a diferencia de su imperial hermano, un verdadero pacifista animado de las mejores intenciones para el pueblo. Después de oírle dijo de él Mesonero Romanos, padre del cronista de Madrid : « Seguramente este hombre es bueno ; qué pena que se apellide Bonaparte. »

La Junta abandonó a Aranjuez para instalarse en Sevilla ; en el viaje murió Floridablanca, el principal dirigente de ella ; la declaración de la guerra a los franceses persistía, y se firmó el 14 de enero de 1809 la alianza con Inglaterra. Desde esa fecha se acentúa la característica de la guerra, la de los improvisados guerrilleros en las ciudades y en el campo, a falta de un ejército regular. Son múltiples las pinturas y grabados motivados por su actuación ; el guerrillero más descollante fue Juan Martín el Empecinado, retratado por Goya, quien capitaneando su banda montaraz no dejó en cinco años de atacar a los soldados franceses y fue reconocido por la Junta como general. La lucha se intensificó en Cataluña, Aragón y Asturias. A Gerona la asediaron tres veces los generales Augereau, Verdier y Gouvion Saint-Cyr, encontrando una defensa épica de los catalanes mandados por el gobernador Alvarez de Castro, hasta que agotados los asediados, capitularon. En Oviedo se estrelló el general Bonnet. En Galicia fue vencido Ney en la batalla de Puentesampayo. En Zaragoza los ataques de Moncey y después de Junot, que en dos ocasiones sitiaron la ciudad, prolongaron la guerra en las calles, casa tras casa, al mes de comenzar el asalto. Todos los zaragozanos sin distinción de clases, viejos, mujeres y niños, curas y frailes (quienes con grandes crucifijos machacaban a los aguerridos soldados que vencieron a media Europa), sostuvieron el tono heroico, agravada su situación por las epidemias. En la exposición vemos los grabados de escenas sangrientas y los destacados héroes de la resistencia : el general Palafox, la condesa de Bureta, la llamada Agustina de Aragón, un capintero de 76 años con un cuchillo acometiendo a los invasores. La ferocidad de la contienda iba en aumento por ambas partes en el resto de España. Otro grabado coloreado de Antonio Galiano alude a los años 1811 y 1812, cuando la espantosa hambre del pueblo madrileño, demostrando éste su desprecio a los franceses al rechazar el pan y los alimentos que le ofrecían los oficiales del Imperio.

Con la ocupación de Levante y Andalucía casi la mayor parte del territorio español estaba en las manos de las fuerzas de Napoleón ; sólo quedaba el constante ataque aislado de los guerrilleros, preparando emboscadas al enemigo, matando en los pueblos a los descuidados franceses atraídos por las insinuaciones de las mujeres y arrojando sus cadáveres a los pozos, siempre en acecho de cazar a un invasor con gran riesgo de represalias sumarísimas. La mejor narración gráfica de

la loca aventura en que se metió Napoleón, la recogió también el arte de Goya : la patentizó en sus famosos grabados « Los Desastres de la Guerra », y en la exposición de los Inválidos figura la trágica pintura de Lejeune « El ataque al Gran Convoy » por los guerrilleros, como un ejemplo de muchos casos parecidos.

El general inglés Wellington, junto con el poco ejército regular español, inició su enfrentamiento con las tropas imperiales. Tomaron Ciudad Rodrigo y después Badajoz, Salamanca y Valladolid. A su vez Suchet recuperaba en Levante a Tarragona, Sagunto y Valencia. El rey José vio el peligro que le amenazaba en Madrid, y abandonó la capital, yendo a Valencia para ponerse bajo la protección de Suchet. En su lugar instaló Wellington en Madrid su cuartel general. Los franceses contratacaron reanudando la desesperada campaña ; a Madrid pudo regresar el rey José; pero la « Grande Armée » de 300.000 hombres había bajado a 75.000, y los franceses empezaron los preparativos para salvar lo que pudiesen. Al encaminarse hacia Francia el rey José, con imponente equipaje y séquito, Wellington le atacó en Vitoria ; el rey dirigió la batalla demostrando gran bravura ante fuerzas superiores a las suyas, y el resultado fue la retirada de los franceses en desorden. Beethoven celebró este suceso con un himno marcial. El 28 de abril de 1813 José Bonaparte cruzó de nuevo el Bidasoa, para internarse en Francia, con sus recuerdos. Soult y Suchet, cargados con toda clase de objetos de gran valor, considerados por ellos botín de guerra, estratégicamente salieron de España. Napoleón liquidó su aventura española reconociendo el 8 de diciembre de 1813 rey de España a Fernando VII, por el cual, con razón, sentía el mayor desprecio. Las cartas de Fernando a Napoleón, que forman parte de la exposición, son de una bajeza y falta de dignidad repugnantes. Las consecuencias fueron catastróficas. El trono de Napoleón se derrumbó ; el del nefasto Fernando VII impuso a España el más grosero y cruel despotismo que en su historia se ha conocido, comparable sólo al implantado por la dictadura franquista en 1939. Muchos de los intelectuales españoles que con el pueblo compartieron el ideal de la lucha por la independencia, emigraron a Francia ; entre los artistas, Goya, que murió el año 1828 en Burdeos.

CARICATURA INGLESA SOBRE NAPOLEON

Los retratos pintados que hay en la exposición, artísticamente son mediocres, excepto el magnífico de Soult, con aire de filósofo platónico. Viéndole, nadie supondrá que, más que por sus méritos militares, se distinguió por saquear a Andalucía, llevándose obras de arte : casi dos mil pinturas de los grandes maestros españoles.

Es curioso el muestrario de franca propaganda en que el arte interviene, según citamos al principio de éste comentario. Principalmente son los dibujantes ingleses y españoles los que se ensañan con Napoleón, acentuando su inclemencia. Del lado francés se preocupan de ensalzar su heroísmo y conquistas. La obsesión respecto a Napoleón perduró ; en la exposición se exhiben unas aleluyas españolas contando su vida : « Se apoderó de España / con cruel y traidora saña. » « Hace abdicar la corona / a los reyes en Bayona. » De España quita la tropa / sin conseguir ni una jota. » No pasarán a la inmortalidad por su mérito ; pero es loable su intención patriótica.

En cuanto al Gran Corso, en su melancólico ocaso de Santa Helena reconoció con amargura entremezclada de orgullo : « Como yo no pude someter a los españoles, habrá que declarar que son insometibles. »

Cautivos de los infieles

POR GUILLERMO GALLARDO

MUY PROFUNDAS deben de ser en la naturaleza humana las raíces de la costumbre de someter unos hombres a otros a la condición de esclavos, cuando hallamos constancia de la existencia de cautivos bajo todas las latitudes y en todos los tiempos. Escasos en los pueblos primitivos y poco evolucionados, llegaron a ser numerosísimos en las sociedades más adelantadas.

Las innumerables huestes de esclavos que en el mundo romano existían, y sobre cuyo trabajo reposaba la producción toda. fueron desapareciendo muy poco a poco, y su condición volviéndose más y más aceptable, a medida que se extendían por aquel ámbito las enseñanzas del cristianismo y que la Iglesia lograba que, de la aceptación teórica o indiscriminada de su doctrina, se pasara a la aplicación práctica de sus consecuencias.

Proclamada desde el primer momento la igualdad en dignidad de todos los seres humanos, hasta el punto de aceptar, no sólo el sacerdocio, sino también la elevación al episcopado de esclavos, fueron necesarios muchos siglos de acción tesonera para inculcar la obligación de tratar con humanidad a los siervos, de no darles muerte, no mutilarlos. no castigarlos con crueldad « ni raparlos con ignominia », y merece ser destacada aquella resolución del segundo concilio de Lyon, en 556, por la que se castiga con excomunión a quien redujere a esclavitud a una persona libre. Medida reiterada más tarde y ampliada por la del concilio de Coblenza, de 922, que declara reo de homicidio a quien seduzca a un cristiano para venderlo como esclavo.

Bien conocida es la triste condición de los cristianos que gemían en poder de musulmanes, de tan continuada repercusión en la literatura castellana. El mismo Cervantes se vio cautivo de moros y nos dejó vívida descripción del ambiente de los baños de Argel, en tanto son numerosísimos los romances que relatan reales o fingidos sufrimientos de hombres y mujeres que en el cautiverio lloraban la libertad perdida. Libres ya de las cadenas, por rescate, fuga o azares de la guerra, habría luego tiempo para recordar, o simular, aventuras galantes que embellecerían la prueba superada.

Así, aquel mozo, cuyo padre era de Ronda y la madre de Antequera, de que nos habla el romance, y que, cautivo de los moros, fue llevado para su venta a Jerez de la Frontera : « Siete días con sus noches — anduve en almoneda », nos dice, « no hubo moro ni mora — que por mí diese moneda, — si no fuera un moro perro — que por mí cien doblas diera — y llevárame a su casa — y echárame una cadena. » Viene luego la mención de sus tormentos : « Dábame la vida mala — dábame la vida negra — de día majar esparto — de noche moler cibera — y echóme un freno a la boca — porque no comiese de ella. » Llega ya el recuerdo del consuelo que juntamente le procuraría desquite y libertad : « Pero plugo a Dios del cielo — que tenía el ama buena : — cuando

el moro se iba a casa — quitábame la cadena, — y echárame en su regazo, — y espulgóme la cabeza ; — por un placer que le hice — otro muy mayor me hiciera ; — diérame los cien doblones — y enviárame a mi tierra ; — y así plugo a Dios del cielo — que en salvo me pusiera. »

Antes de que el mozo andaluz viviera su aventura, ya se hallaban los españoles abocados a la conquista de nuestro continente americano, descubierto cuando aún resonaba el clamor de los seiscientos cautivos cristianos liberados al ocupar los Reyes Católicos el 6 de enero de 1492 la ciudad de Granada.

No necesitaban los americanos, por cierto, que llegaran los europeos para conocer lo que era el cautiverio, extendidísimo entre ellos. Ya en su primer viaje recogió Colón de labios de los indígenas relatos terroríficos acerca de los caribes, devoradores de hombres, y en cuanto llegó en el segundo viaje acertó con isla poblada por estos caníbales, de suerte que mujeres y muchachos jóvenes cautivados por éstos vinieron huyendo a buscar amparo cerca de los españoles apenas los divisaron. Contáronles las mujeres que los caribes « usan de una crueldad que parece cosa increíble ; que los hijos que en ellas han se los comen, que solamente crían los que han en sus mujeres naturales. » A los hombres devorábanlos enseguida de apresados o muertos, pero a los muchachos llevábanselos para criarlos, pues decían que ni la carne de los niños ni la de las mujeres era buena para comer.

Demasiado conocida es la costumbre de los aztecas de realizar incesantes expediciones de guerra contra los pueblos vecinos para renovar la provisión de cautivos destinados al sacrificio en matanzas tan nutridas que se ha apreciado en cien mil los que cada año regaban los altares y empapaban las cabelleras de los « papas » con su sangre.

Análogos relatos existen de la costa del Brasil y regiones aledañas, aun cuando no existiera entre ellos organización sistemática como la azteca, y sí, más bien, la espontánea satisfacción del aberrante apetito, saciado con la carne de los cautivos a quienes, hasta el momento de su sacrificio, se colmaba de halagos y consideraciones para asegurar su pronto y adecuado engorde.

El caso de cautivos cristianos en poder de infieles se repitió con frecuencia de uno a otro extremo de nuestro continente. En 1511 quedaron abandonados en la costa de Cozumel ciertos españoles a raíz de diferencias habidas entre Enciso y Valvidia, y dos de ellos vivían aún cuando ocho años más tarde llegó allí Hernán Cortés. Habida noticia de los cautivos y enviado el rescate por Cortés para su liberación, sólo uno de ellos, Jerónimo de Aguilar, quiso aprovecharse de este beneficio, pues su compañero Gonzalo Guerrero, unido con la hija de un cacique, contestó : « Hermano Aguilar, yo soy casado y tengo tres hijos, y tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerras ; idos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¡Qué dirán de mí desde que me vean esos españoles ir de esa manera! Y ya veis estos mis hijitos cuan bonicos son. » Y la india, su mujer, muy enojada, ordenó a Aguilar que se fuera en buena hora y no insistiese en llevar consigo a su marido.

Ocho años entre los indios habían dejado profunda huella en Aguilar, de suerte que los españoles no lo distinguían de los salvajes en cuya compañía venía, hasta que : « en español mal mascado y peor pronunciado, dijo : Dios, y Santamaría, y Sevilla. Porque por su aspecto, como dice Bernal Díaz, no se le reconocía por cristiano, ya que : « de suyo era moreno, y trasquilado a manera de indio esclavo, y traía un remo al hombro, una cotara vieja calzada y la otra atada en la cintura. y una manta vieja muy ruin, y un braguero peor, con que cubría sus vergüenzas, y traía atado en la manta un bulto que eran [un libro de] Horas muy viejas. »

Es interesante la diferente conducta de Aguilar y de Guerrero, pues volvería a darse una y otra vez el caso de cautivos, los más de ellos mujeres, que se negaban a volver a la vida civilizada cuyos usos habían olvidado o nunca alcanzaron a conocer. Naturalmente no era esto lo habitual, pero son frecuentes los casos que dan fe de este fenómeno, atribuíble a muchas causas, ya porque, cautivados pequeños, no hubieran conocido otra vida que la de los sal-

vajes, ya por vergüenza de volver a afrontar parientes y conocidos después de años de vida depravada, ya por no abandonar a los hijos nacidos en los toldos o por otras razones.

Frecuente fue en el territorio hoy argentino el cautiverio entre infieles, y muchas noticias he encontrado, tanto en archivos como en escritos y publicaciones, acerca del problema en nuestra región de las pampas o grandes llanuras. Hallábase esta tierra, desde las orillas del Paraná, el Plata y el Atlántico, hasta las serranías de Córdoba y San Luis y las primeras estribaciones de los Andes, poblada por tribus nómades y semi-nómades cuyas principales ocupaciones eran la caza, la pesca, la guerra y el saqueo consiguiente a ésta. Agregaban para completar su sustento fugaces cultivos de maíz y zapallos que los ataban sólo transitoriamente a algún lugar propicio por la abundancia de aguas, desde donde irradiaban en sus continuas correrías. La multiplicación de los caballos en estado cerril y la familiaridad de los indios con su adiestramiento y manejo, les dio una movilidad mucho mayor en la época anterior a la conquista. Además, la presencia de aquellas mismas bandas innumerables de potros y yeguas y de los enormes rebaños de vacunos, también asilvestrados o cimarrones, cuyo centro de difusión se hallaba en las riberas del Plata, creó una nueva fuente de riqueza que atrajo a muchas otras tribus, araucanas las más, que en el arreo de reses vieron el medio de medrar, conduciéndolas desde las proximidades del Atlántico hasta las costas del Pacífico, a través de los pasos practicables de los Andes.

Además de la caza y el comercio de animales cerriles o domésticos, siguieron realizando los indios saqueos y golpes de mano, tanto contra tribus rivales como contra las poblaciones de los cristianos, cada vez más numerosas y prósperas.

A las primeras diose el nombre de malocas y de malones a las segundas, y tanto las unas como las otras les procuraban, además de otros bienes, cautivos capaces de servir y de alimentar otro ramo de comercio. En efecto, eliminados casi invariablemente los hombres enemigos en los encuentros, llevaban los indios consigo a mujeres y niños que les servirían de esclavos hasta tanto se los pudiera canjear, ya por mujeres y niños de la tribu prisioneros en otras tolderías, ya por un número variable de yeguas, prendas de vestir, aguardiente o aperos de plata para los caballos.

El valor de los cautivos era variable, como es de suponer, según las épocas y de acuerdo al grado de cariño que uniera al indio con la que había hecho su compañera y madre de sus hijos, pues fue frecuente en esta región el que se ha llamado mestizaje al revés, o sea no el habitual de padre blanco en madre india, sino el fruto de la unión de padres indios con mujeres blancas cautivas. Desde mediados del siglo XVIII, después de derramarse los araucanos al este de los Andes, se conserva constancia documental de muchas tratativas para rescatar cautivos. Siempre se emplea el término « cristianos » al referirse a los blancos esclavizados, en contraposición con los indios infieles.

En 1767 don Clemente López, abuelo materno del que años más tarde gobernaría con férrea mano a Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, avisa habérsele presentado un vecino a pedir cien pesos para rescatar a su mujer. Este parece haber sido, aproximadamente, el precio en aquel tiempo y sobre esta frontera. En 1774 el Comandante General de Fronteras hace saber que los indios piden por el hijo de una cautiva recién rescatada y que ellos habían retenido en sus toldos : dos pellones o cueros para la montura o recado ; dos mantas ; dos chupas ; dos bacinicas ; dos pares de medias ; un par de lotillos, parte principal del apero de montar ; un freno chapeado ; cuatro barricas de aguardiente ; cuatro sombreros y cuatro camisas. En esa misma oportunidad, por dos cautivos piden cuatro pellones ; cuatro bacinas ; cuatro mantas ; cuatro lomillos ; cuatro chupas ; seis frenos ; tres barrilitos de aguardiente ; cuatro mazos de cuentas ; doce sombreros ; dos manadas de yeguas y un poncho.

Existen varios expedientes en que se da cuenta de transacciones similares donde se especifica con mayor detalle las características de las prendas ambicionadas. Así las espuelas habrán de ser de plata, como el freno ; la manta será de paño colorado ; los sombreros, « de galón » ; la chaqueta,

« de paño azul con ojal de naipe y bueltas encarnadas » , las medias, coloradas y de lana ; el poncho azul y listado, o blanco, como dice otro ; las manadas de yeguas serán de a diez cada una, « y entre ellas algunas oberas ».

Las transacciones se hallaban a menudo a cargo de frailes, muchos de ellos de la Orden de la Merced, de Redención de Cautivos, precisamente, como aquel Pablo Enrique Nuño del Aguila que en 1722, en el Tucumán, « no alcanzando el caudal que llevaba para pagar los que aportaron, mozos todos, niñas y muchachas, que fue milagro no hubiesen perecido como otros, dio cuanto llevaba suyo, dineros y ropa, hasta quedarse de medio cuerpo arriba sin más que el hábito a raíz de las carnes ». O como el Padre dominico Moisés Vicente Burela, que en 1870 llevó la representación del gobierno nacional, como la llevó en 1875 el padre Jorge Salvaire, ante los ranqueles aquél y ante el cacique general Namuncurá el segundo, para rescatar cautivos. Muchas veces eran los jefes militares los intermediarios, y entre ellos se distinguió particularmente Rufino Solano en los últimos años del siglo pasado.

Muy grandes eran los sufrimientos y los riesgos que acechaban a los cautivos evadidos. El peligro de ser descubiertos no era el mayor, sino más bien las enormes distancias en la llanura sin agua, sin recursos ni puntos de referencia, ni caminos, ni auxilios previsibles. Muchos morían víctimas de las fieras, del hambre y la sed, pero algunos llegaban hasta las primeras poblaciones de cristianos, o eran descubiertos por una partida de milicianos, a punto de perecer de fatiga y necesidad, a corta distancia de la frontera. Los relatos conmovedores en su sencillez, hablan de la ocasión aprovechada para huir por ausencia de los indios de lanza con motivo de un malón o un arreo, o a raíz de la borrachera con que terminaban todas sus fiestas. Refiérense también a la angustia de extraviar el rumbo o de verse descubiertos, cuentan cómo se alimentaron de « güebos de Abestruz, corrompidos los más », o con peludos y mulitas, como se llama en mi tierra a los armadillos. Pero el tormento de la sed era el más difícil de satisfacer en tiempo de sequía. Algunos hallaron charcos de agua, otros fueron sorprendidos por un aguacero providencial que les permitió juntarla en la carona, ancha pieza de cuero que se lleva bajo la montura. Uno de ellos habla de cómo mitigó la sed con la leche cuajada que halló dentro del vientre de los venaditos recién nacidos que pudo matar, y otro explica que sacudía el rocío de los pastos sobre el poncho, « y, húmedo, lo chupaba ».

En el largo y conmovedor relato de Santiago Avendaño, escapado de los indios a los catorce años de edad, habla de la sed abrasadora que le secaba la boca y le cuarteaba los labios, tan desesperante que llegó a beber sus propios orines, escasísimos y cargados como estaban por la deshidratación del organismo.

Todos estos padecimientos se daban por bien empleados cuando, finalmente, alcanzaban algún pobre rancho aislado o eran recogidos por una partida recorredora. A uno y otro lado de la imprecisa frontera uno mismo era el desamparo y una misma la miseria, como semejante era la distancia de los centros urbanos y la falta de comodidades elementales, pero de éste lado se reconocía la existencia de un orden natural fundado en la realidad de un orden sobrenatural trascendente. Había aquí un claro sentido del bien y del mal, de lo lícito y lo ilícito, aun cuando las acciones de los hombres no se ajustaran siempre a ese patrón. Se había cruzado el abismo que media entre la civilización y la barbarie.

En la vasta extensión llamada « tierra adentro », o « el desierto », entre los salvajes embrutecidos por el alcohol, sólo imperaba la ley del capricho y de la violencia, del impulso primordial, bueno o malo, que todo lo justificaba, aun en las relaciones entre padres e hijos. Quien de allí escapaba salía de la profundidad remota del pasado nebuloso e irracional para pisar el suelo firme de la norma moral y jurídica.

Por eso en los santuarios de arraigo en la devoción popular, como el de Luján, levantado al borde de la inmensidad desconocida de las pampas, se acumulaban los exvotos en testimonio de agradecimiento por la protección sobrenatural, implorada y lograda durante la azarosa fuga del cautiverio. Y no faltaban allí personas que ha-

bían consagrado su vida como esclavos voluntarios de la Virgen de Luján, a cambio de la liberación de la esclavitud en el toldo del salvaje.

Es asombroso considerar que la realidad de los cautiverios y de los rescates haya subsistido hasta una época tan cercana a la nuestra que abarca el lapso de una vida humana. El vertiginoso progreso y el alud inmigratorio han borrado, sin embargo, casi todo recuerdo de aquella amenaza que se cernió sobre la existencia de nuestros mayores. Hoy deben estudiarse sus rasgos esenciales en los papeles muertos cual si se tratara de hecho remotos.

Continua fue la vigencia del tema en nuestra literatura, desde la *Argentina* de Ruy Díaz de Guzmán en los albores del siglo XVII, a través del *Siripo* de Lavardén, *La Cautiva* de Echeverría, el *Santos Vega* de Ascasubi y el *Martín Fierro* de Hernández, hasta el reciente relato de Borges y la novela de Falcioni, *El hombre olvidado*. Ni en el teatro ni en el cinematógrafo ha alcanzado el tema, sin embargo, el lugar que merece. El arte cinematográfico, en particular, es indicado para presentar el dramatismo de los conflictos personales en el marco sin límites de la inmensidad pampeana. Cabe esperar que se lo afronte con la jerarquía a que tiene derecho aquella realidad ya superada, y la cultura del público, cada vez más deseoso de contemplar espectáculos de arte cuya grandeza no sea desvirtuada por concesiones a un sensualismo grosero y torpe.

F. GARCIA CALDERON (1924)

ciencia

Carne artificial

POR MAGNUS PYKE

UN LIBRO RECIENTE editado conjuntamente por la que es ahora Universidad de Strathclyde y la « Low Temperature Research Station » de Cambridge (1), contiene numerosos documentos sobre el problema de la producción de alimentos completamente nuevos. Esta obra no sólo es interesante en sí misma, sino que además suscita ciertas cuestiones fundamentales y bastante peculiares acerca de la naturaleza de la ciencia, en general, y de esta clase de estudios biológicos, en particular.

En primer lugar, si alguien produce un nuevo alimento —jugo de hojas coagulado, por ejemplo, pescado desgrasado en polvo o levadura extraída del petróleo— ¿cómo sabremos si es nutritivo? Para averiguarlo hay que empezar por incluirlo en la dieta de ratas recién nacidas y medir después la rapidez con que se desarrollan.

Si estas substancias están compuestas principalmente de proteínas, el valor de la proteína de que se trata en cada caso se deriva de la presencia o de la ausencia en ella de las cantidades necesarias de diez o doce « ácidos aminicos ». Dichas cantidades pueden calcularse por el efecto que producen en el crecimiento, no en las ratas ahora, sino en ciertas especies de microorganismos. Gracias a estas pruebas, corroboradas a veces por los análisis químicos, puede obtenerse una confirmación del valor nutritivo del nuevo alimento. Pero después de todas estas pruebas, el investigador idóneo habrá de concluir forzosamente que, si el nuevo alimento está destinado a los niños, habrá de ensayarse con éstos. Al parecer, hasta cuando todas las pruebas de laboratorio son positivas, puede suceder que el alimento no guste a los niños y que se nieguen a comerlo.

Pero antes de poder ensayar un nuevo alimento es menester inventarlo. Tal vez la palabra « invención » no convenga exactamente a algunas de las sugestiones recogidas por N.W. Pirie, en el libro al que me he referido anteriormente. Este autor ha dicho muchas veces que ha estudiado la conveniencia de preparar una coagulación del jugo extraído de hojas prensadas. Tal vez pudiera obtenerse por este medio un manantial de proteínas de gran valor para la alimentación de los pueblos africanos, cuya dieta se compone principalmente de raíces feculentas. Además, al utilizar como fuentes de proteínas las hojas de plantas nutritivas desconocidas hasta ahora, los tecnólogos de la alimentación —dice Pirie—, podrían prestar provechosamente su atención a las hierbas acuáticas que crecen en las marismas y en las orillas de lagos y ríos, a las plantas flotantes y a los jacintos de los pantanos que pudieran convertirse tal vez en alimentos, si no para el hombre, al menos para ciertos animales.

(1) *Recent Advances in Food Science*, Núm. 3, editado por J.M. Leitch y D.N. Rhodes, Butterworth.

Otras fuentes de alimentos vegetales que podrían ser adecuados para el consumo humano, si se dedicaran los esfuerzos necesarios a esta tarea, son los residuos de cacahuetes, después de haberse extraído de ellos la grasa para hacer la margarina, o los residuos de otras semillas oleaginosas, como los de la soja, del algodón o del coco.

Podrían utilizarse otras fuentes de alimento que no es necesario inventar, como es la carne de hipopótamo, cuya cría cabe fomentar en un plan comercial, combinando el espíritu de empresa con los conocimientos científicos. Hay otros varios animales terrestres, actualmente en estado salvaje, que podrían domesticarse y criarse probablemente en territorios inadecuados para las especies de ganado doméstico actual. Algunas especies marítimas ofrecen también grandes posibilidades. La vaca marina, por ejemplo, es un animal herbívoro parecido a la morsa, que produce un aumento de peso satisfactorio por cada libra de alimento que ingiere.

Descubrir fuentes de alimentos desconocidas hasta nuestra época, tales como el jugo de hojas, los residuos de las semillas oleaginosas o la cría de hipopótamos, de los que pueden extraerse víveres suplementarios, representa evidentemente un trabajo interesante para los hombres de ciencia que saben cómo se hacen los alimentos tradicionales. Pero uno o dos de estos hombres han ido todavía más lejos y han inventado una materia nutritiva completamente nueva. Se trata de la « carne artificial ».

La carne auténtica está formada principalmente por paquetes de fibras paralelas constituídas por proteínas. De vez en cuando aparecen también capas de grasa, tendones y ternillas, pero su estructura esencial está representada por las fibras de los músculos. Unos ingeniosos tecnólogos de la nutrición han encontrado diversos procedimientos para fabricar carne artificial, partiendo de este principio.

Uno de estos procedimientos consiste en crear cientos de fibras, haciendo pasar una solución alcalina de proteína de soja o de cacahuete por una fina hilera, parecida a las empleadas para la fabricación de fibras de nilón o de rayón. La proteína así tratada pasa a un baño compuesto de una mezcla de ácido y sal que coagula las fibras viscosas. Después se retuercen para formar una especie de estopa suelta, que se lava y pasa por un baño de grasa líquida y, finalmente, estas fibras se cortan en trozos y se pegan con una cola adecuada. Si esta operación se efectúa como es debido, el resultado final tiene la consistencia de la carne y, añadiendo al baño de grasa el perfume conveniente, los tecnólogos pueden dar a voluntad a este producto el sabor de la carne de buey, de carnero o de ave; otro procedimiento consiste en hacer la solución de proteína en forma de macarrones finos, que después se someten a una temperatura determinada. Se asegura que puede darse a la « carne artificial » así obtenida el aspecto y el sabor de la carne asada, frita o hervida, de un picadillo, de salchichas o de croquetas.

Naturalmente, esto es sólo un comienzo. Los principios de la química fisiológica pueden aplicarse a la comprobación del tejido de la carne artificial y hacerse más dura o más blanda, como sucede con la margarina para que pueda extenderse —según los prospectos— « recién salida del refrigerador ». Esto depende del grado de catalización controlada a que se han sometido las grasas durante el proceso de hidrogenación. Las fibras de proteína que componen una madeja de carne artificial obtenida a partir de la soja o de las semillas de algodón, e incluso extraída de la piel de ballena, por ejemplo, podrían endurecerse o ablandarse, hacerse más o menos elásticas o tersas, tratándolas con enzimas, coagulándolas o pasándolas por la hilera y sometiéndolas a baños de mayor o menor acidez o alcalinidad. Además podrían añadirse a las madejas de proteína agentes endurecedores o productos complementarios.

Otro procedimiento todavía más sutil es cambiar la configuración química de la molécula de proteína, valiéndose de medios físicos. La fibra artificial de nilón se prepara gracias a la reacción química de diamino de hexametileno y ácido adípico. Pero antes de que pueda utilizarse la molécula de nilón compuesta ha de estirarse mecánicamente hasta dar a su estructura una forma adecuada para la fabricación de medias o de cerdas para los cepillos de dientes. Del mismo modo, la mayor o menor

dureza o blandura de las moléculas de fibra de proteína pueden modificarse estirando más o menos los filamentos en el curso de su formación. A medida que se aumenta la tensión, los filamentos se endurecen. Si no se estiran nada, el producto resultante carece de lo que el inventor llama la « masticabilidad ». Si se estiran demasiado, pueden alcanzar un punto de dureza tan grande que el producto no es digestible. Como se ve, las posibilidades son casi infinitas. Los tecnólogos del caucho pueden hacer de todo, desde una goma de borrar a una banda elástica o una correa sin fin para tractor, partiendo del mismo material inicial. Los químicos que fabriquen la carne artificial podrán hacer lo mismo.

Existen dos razones tal vez para que los especialistas de la nutrición no lo hayan intentado hasta ahora. Para explicar la primera razón es interesante examinar lo que ha sucedido con algunos de los alimentos de « objetivos múltiples ». Se han hecho varios ensayos para mejorar la alimentación deficiente de las poblaciones que no disponen generalmente de suficientes productos nutritivos. Para ello se han mezclado diversos componentes que, aislados, son incompletos, hasta alcanzar el valor nutritivo necesario de la mezcla. Algunas de estas tentativas han fracasado, otras han obtenido un éxito mediano.

Una de las causas principales de estos fracasos ha sido la resistencia de las gentes, incluso mal alimentadas, a comer la mezcla alimenticia que se les ofrecía. Por ejemplo, alrededor de 1940 se realizaron enormes esfuerzos para popularizar un bizcocho que contenía una cantidad determinada de levadura de torula especialmente preparada. Pero su sabor no fue del agrado de las personas que hubieran podido consumirlo. Otros preparados más recientes han sido mejor acogidos : la « incaparina », mezcla de harinas de semilla de algodón, de maíz y de otros ingredientes, se ha empleado abundantemente en Guatemala ; y se han realizado muchos esfuerzos para distribuir un alimento indio de « objetivos múltiples », compuesto de harina de cacahuete y garbanzo. Pero hasta cuando se reúnen todos los productos nutritivos precisos para satisfacer las necesidades de las gentes mal alimentadas, es menester que los individuos quieran comerlos. Y la primera dificultad que habrán de vencer los tecnólogos que fabriquen carne artificial será hacerla tan atractiva como la verdadera.

La segunda dificultad con que habrán de enfrentarse los que presenten un nuevo alimento es la del precio del mismo. En nuestra época complicada, en que hay organizaciones que luchan por el bienestar de los pueblos, así como naciones que cuentan con excedentes de productos alimenticios y están dispuestas a cederlos, el mecanismo de la economía no es exactamente el mismo de otros tiempos. También puede decirse que los gustos de las gentes son actualmente muy distintos de las sencillas reacciones de las épocas primitivas. Tanto los hábitos de la alimentación, como los procedimientos económicos son hasta cierto punto —incluso hoy—, la consecuencia de las reacciones del hombre ante su medio ambiente. Por lo tanto, deben considerarse como elementos de la ciencia ecológica humana.

De conformidad con ciertos criterios, la nutrición es una rama de la bioquímica. Un hombre de un peso determinado —o una rata o un panda gigante— necesita una cantidad determinada de calorías o sea de proteínas y vitaminas A, B, C y D y de todo lo demás. Pero aunque esto sea exacto, también lo es que un hombre —o un panda gigante— cuando está en libertad tiene predilección por una clase de alimentos. Todos los biólogos saben que el panda tiene un gusto muy delicado y, en general, prefiere morirse de hambre, si no puede alimentarse de brotes de bambú. El comportamiento de los hombres y las mujeres puede ser menos restrictivo. Las costumbres y los gustos cambian y la inteligencia superior de los seres racionales —aunque sea difícil— consigue persuadir a los grupos humanos de la necesidad de modificar sus costumbres alimenticias, si la ciencia les demuestra que este cambio ha de beneficiarles.

Como hemos dicho, la economía constituye indudablemente una parte de la ciencia de la nutrición humana, lo mismo que el estudio de la conservación de la vitamina C en una col hervida. Seebohn Rowntree, en sus estudios sociales de la población

de Nueva York, desarrolló la idea de una « línea de la pobreza ». Las gentes cuyos ingresos estaban por debajo de dicha « línea de la pobreza » no podían procurarse una alimentación adecuada ; pero si una familia que sólo cuenta con 10 chelines por persona para la alimentación, en una época en que una dieta apropiada, por sencillos que sean sus ingredientes, cuesta 12, recibiera los 2 chelines suplementarios por individuo, podría resolver más fácilmente sus problemas alimenticios, aunque no en su totalidad. Invertiría sin duda una parte de los 2 chelines en comida, pero gastaría el resto en otras cosas. Así es como se comporta un grupo de seres humanos.

Los estudios científicos de los problemas de la nutrición pueden servir de una manera lógica y eficaz para explicar la estructura química de la vitamina B12, y las investigaciones en el laboratorio revelarán su función bioquímica. El valor nutritivo de la proteína puede conocerse perfectamente analizando su composición de ácidos amínicos, o alimentar con ella microorganismos, ratas, hamsters o pandas gigantes de un jardín zoológico. Pero a esto puede replicarse que el objetivo final de la ciencia de la nutrición es conservar a los pandas —o a las personas— en su medio ambiente natural. Para los que piensan así, como a mí me ocurre, los especialistas de la nutrición, tanto si se interesan por la química o la bioquímica, como por la tecnología o la carne artificial, habrán de incluir el comportamiento humano en el ámbito de sus estudios. Un hombre de ciencia bien capacitado reconocerá fácilmente que el estudio de las reacciones de un panda gigante —o de las personas— en un jardín zoológico, sólo constituye la mitad de la historia.

E. GOMEZ CARRILLO (1925)

libros

John Lynch : "Spain under the Habsburgs"

TRATASE del primer volumen de una obra que ha de constar de dos. Su joven autor pertenece al University College de Londres. La obra completa abarcará desde Carlos I hasta Carlos II, o sea desde 1516 hasta 1700. Este primer volumen se extiende hasta Felipe II, por consiguiente hasta 1598. El *Times Literary Supplement,* en su comentario de estos días, destaca esta historia tan elogiosamente como destacó el año pasado *Imperial Spain,* del también joven historiador J. H. Elliott. « Ambas obras —se dice en aquel comentario— tratan inevitablemente los mismos temas, pero sus respectivos puntos de vista son diferentes, de suerte que no se hacen la competencia sino más bien se completan. Ellas muestran que este país tiene al fin dos eminentes historiadores ocupados en un terreno que ha estado tanto tiempo y tan inexplicablemente abandonado en nuestras universidades. »

Lynch se ocupa principalmente de historia interna, con la cual vemos la complejidad de la vida nacional de la época o del reinado, desde sus factores económicos hasta los factores espirituales del propio país y de sus propios monarcas. « Sin descuidar lo político —nos dice Lynch en su prefacio— he intentado hacer justicia a las fuerzas económicas y sociales, e igualmente a los factores fundamentales de la religión y de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. » Ya en el primer capítulo de su obra, dedicado a los Reyes Católicos, el autor hace honor a sus propósitos, pues aquí encontramos muy bien expuestos los motivos de la supremacía de Castilla en la época, la labor de aquellos dos excepcionales monarcas para meter en cintura a la nobleza y al clero, la sociedad española en todos sus niveles, así como también el sentido y modo de funcionar de la Inquisición. (Uno se extraña sin embargo de que tan joven historiador no ilumine en ningún momento sus excelentes exposiciones de la sociedad española de este reinado y los siguientes con la luz que ya ha arrojado sobre todo ello don Américo Castro. *To take for granted,* aceptar como la cosa más natural del mundo anomalías tan discordantes en la historia europea como por ejemplo nuestro desapego al trabajo —*el deshonor del trabajo*— es señalar el hecho, pero no explicarlo. La historia de España no se comprende en cuanto tiene de distinta de la historia europea, desde los Reyes Católicos hasta este mismísimo momento, si el historiador no recurre a la explicación de Castro.) « Con la restauración del poder real —dice Lynch—, con el desarrollo de los instrumentos de gobierno, con la creación de una poderosa máquina de guerra, con la reforma de la Iglesia —todo ello logrado o iniciado por los Reyes Católicos en una generación— España tuvo un comienzo enorme en comparación con cualquiera de sus rivales. »

Lynch nos expone la hostilidad con que fue recibido Carlos I, a la sazón de 17 años, quien llegaba a España en setiembre de 1517 sin saber español, acompañado de numerosos caballeros flamencos y no muy dispuesto al parecer a conceder importancia ninguna a los castellanos, como lo probó el hecho de otorgar en seguida los más lucrativos cargos civiles y eclesiásticos a los mismos extranjeros de su séquito. El nombramiento de un joven flamenco de 20 años para el arzobispado de Toledo y la concesión de la presidencia de las primeras Cortes a uno de los señores walones produjeron tan mal efecto que en estas mismas Cortes protestó enérgicamente el representante Burgos, quien exhortó al rey a que respetase las leyes de Castilla y aprendiese español para poder entenderse con sus súbditos. Más hostilidad encontró el monarca en Aragón, donde no parecían dispuestos a reconocerle como rey mientras viviera su madre Doña Juana la Loca, y más hostilidad aún en Cataluña, donde Carlos hubo de permanecer un año para salir adelante con sus propósitos de subsidios. Fue precisamente en Barcelona donde Carlos recibió la noticia de haber sido nombrado emperador de Alemania.

Aquella hostilidad de los castellanos desembo-

ca, en cuanto Carlos se marcha del país, en la sublevación de los comuneros, aquí estudiada con tanto e interesante detalle como la sublevación de las germanías, esta última como se sabe no contra Carlos sino contra los nobles que habían abandonado a Valencia en una epidemia. Pero todo esto es dominado por Carlos, quien a su regreso a España en 1522 hace de ella la base —el centro de gravedad— de sus extensos territorios. Lynch nos expone el complejo tejido de la administración y la oposición que encontraba Carlos en el extranjero, especialmente por parte de Francia y los protestantes. La figura que emerge en el extenso cuadro es la de un monarca de quien no se puede decir que fracasase, pero de quien tampoco cabe decir que lograra cuanto se propuso. Quizá los triunfos mayores del emperador fueron sobre Francia. Impidió que ésta reconquistase el Rosellón y dominase la Navarra española, no le permitió que extendiese sus dominios hasta los Países Bajos y la obligó a renunciar para siempre a sus pretensiones sobre Italia

El reinado de Felipe II está estudiado con el mismo detenimiento. Dice Lynch que Felipe ha sufrido como ningún otro estadista de elogios extremos y de censuras extremas. Sus apologistas han visto en él un paladín del catolicismo ; sus detractores, un fanático reaccionario ». Ninguna de estas apreciaciones, a juicio de Lynch, se acomoda a la realidad. « La primera olvida la constante preocupación de Felipe por los intereses nacionales ; la segunda da a entender que Felipe estaba equivocado porque no era demócrata ni protestante. » El historiador comienza por estudiar las dos primeras ironías del destino que hubo de sufrir Felipe : un monarca tan católico como él tuvo que iniciar su reinado declarándole la guerra al papa Paulo IV ; un padre tan amante de sus hijos, como está probado era Felipe, se vio obligado por razón de Estado a detener y poner preso a su primogénito, indefinidamente. Entre tanta información interesantísima como nos proporciona Lynch deseamos destacar un aspecto que nunca hemos visto estudiado con tanto detenimiento como en esta obra. Nos referimos a las desavenencias continuas entre Felipe y el papado. En páginas anteriores ha citado el autor la famosa frase de Menéndez Pelayo : « España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio. » Pues bien, que España fuera en sentido estricto « espada de Roma » no parece afirmación muy exacta a la luz de la documentación que nos presenta Lynch. « El rey de España, como soberano temporal —escribía el papa—, está ansioso sobre todo de salvaguardar y acrecentar sus dominios. » No había verdadera alianza —dice Lynch—, entre Felipe II y los papas con quienes hubo de entenderse. « El protestantismo tenía poco que temer de la colaboración de España y Roma. » « Incluso en los Países Bajos, donde el mantenimiento del catolicismo era deseado con idéntico fervor por el papa y Felipe, para éste aquel mantenimiento representaba ante todo la conservación de una herencia. »

Capítulos igualmente admirables por su extraordinaria documentación son los dedicados a la situación de Cataluña en la monarquía, a la anexión de Portugal, a los hechos de armas contra los moriscos y los turcos, a la erudición y al regalismo en la época, a las relaciones cada vez más agrias entre España e Inglaterra y al desastre de la Armada Invencible. Como es sabido, el reinado de Felipe II acaba en fracaso en casi todos los frentes, muy especialmente en el frente interior. En el frente interior el trigo ha subido el 50 por ciento, la inflación es enorme y en las arcas del Estado no hay ya ni un maravedí. Pero a pesar de tanta ruina la personalidad del monarca queda en pie en este excelentísimo libro.

E. SALAZAR CHAPELA

Carlos Castro Saavedra : « Obra Selecta »

Este volumen de 550 páginas (Ed. Antonio Nariño, Manizales, Colombia, 1962), recoge una selección, hecha por el autor, de los trece libros que ha publicado. Desde el primero hasta el último, campea en estos poemas un intenso sentimiento de piedad por los desposeídos. Castro Saavedra nos dice lo que ya sabemos, es decir, lo que olvidamos, nos dice que habitamos un mundo en donde el pan de cada día es, para las mayorías, inalcanzable como un paraíso soñado, y hay niños que se mueren de hambre, y la bestialidad reina mientras los justos son aniquilados. *La vida tiene que cambiar,* dice Castro Saavedra, denunciando y execrando en sus poemas estas realidades, pues para él la poesía parece ser, entre otras cosas, un modo de restablecimiento de la justicia, pero de una justicia total, sin delectaciones en el odio : *Odio al odio...* para *...que no haya vencedores ni vencidos :*

Ayúdale a vencer al que defiende la libertad, y al otro, al que la ataca, ayúdale a ser libre.

Estos poemas, de tono exaltado y trágico, expresan la magnífica cólera del poeta y su participación en el sufrimiento ajeno, que cesa de serle ajeno por obra y gracia de su generosa inmersión en el corazón de la miseria. Sus anhe-

los son simples y luminosos como el lenguaje de sus poemas. Quiere que *el amor sacuda las cadenas* ; que no existan dictadores *reduciendo los nombres de la vida* ; que *las espigas* en los campos no sean *presagio de espadas* ; que cesen las guerras y sus desoladoras consecuencias ; que todos los días sea domingo, puesto que *nosotros pertenecemos a la alegría,* de la que estamos exiliados porque algo no anda bien, algo tiene que cambiar, *la vida tiene que cambiar.*

Creo en el hombre, afirma Castro Saavedra. Su poesía corrobora su creencia y su esperanza en la restitución del hombre a la alegría que es su morada. Fe y esperanza no desfallecen cuando denuncia minuciosamente las realidades que les son hostiles. Todo lo contrario : en medio de destrucciones y miseria y muertes, hay una perpetua seguridad de un porvenir libre, luminoso, inocente, parecido a esos paisajes campestres que el poeta celebra con tanto fervor. Un verso suyo define su esperanza que es la de todos :

...borrar las fronteras entre el sueño y el hombre.

*

Ahora se entenderá si digo que cada poema de Castro Saavedra es un canto de amor. Pero de amor *universal,* que se transparenta también en las composiciones de contenido más personal, por ejemplo aquellas en que celebra a la mujer que ama, en donde no deja de referirse, al mismo tiempo, a Colombia, su patria, y a América, también su patria. Y más aún : es muy frecuente que identifique a la amada con la patria y con América : *...tu cuerpo pálido y amado / es la patria sangrando entre mis brazos.* Un poema se intitula : *Esposa América* ; otro, *En ti beso la patria,* y en él declara : *no te llamo mujer / profunda esposa, / sino Colombia.* Por cierto que numerosos poetas han expresado esta fusión entre la amada y la propia tierra, pero Castro Saavedra es de los que la dicen con la máxima intensidad. Palabras que reitera, tales como *semilla, simiente, raíz, fruto,* etc., son de igual manera atributos de la tierra y de la amada. Por eso sus poemas amorosos hacen pensar en un labriego enamorado.

*

La noción (aunque tratándose de Castro Saavedra convendría decir : el sentir) de los muertos fecundando la tierra, ocupa un lugar principal en la trama de su poesía, tan principal como su amor por la *esposa América* o su extraordinaria adhesión a los desdichados.

No muere el hombre
cuando la tierra cubre su estatura
y la hierba le nace de la boca.

Hermoso oficio el de los muertos : *tejen amapolas / con hilos de su propia sangre.* En el poema « En la muerte de Paul Eluard » éste *se ha ido a viajar por todo el trigo / y a establecer su patria en las semillas,* sin abandonar sus trabajos de poeta : *...se quita la ropa de madera / y empieza a producir sus poemas de hierba.* Tan afianzado está en su visión de los muertos-labriegos-subterráneos, y tan unidos en él la muerte y el amor, que habla de *donde los muertos muerden sus mujeres / y las preñan de hierbas y de geranios.* Pero si dice *amor* y dice *mujer* dirá también *América* :

Un velorio en América es un árbol que empieza.

Y :

En América los muertos se siembran.

En otro poema afirma que *la calavera / es el principio de la agricultura.*

A lo largo del volumen, estas identidades y correspondencias progresan en vigor y en certeza y son expresadas con creciente coherencia poética :

Todos los árboles son sabios
y conocen hondos secretos,
de las semillas que se abren
entre los ojos de los muertos.

Y esto puede ser, en suma, un modo de resurrección :

Vuelven los muertos a sus casas
por los caminos de los árboles.

*

En amistad con la lluvia, con el campo, con las flores, con los hombres y sus afanes, Castro Saavedra canta, celebra, o grita o se lamenta, usando palabras familiares que se engarzan en frases simples y claras (*y que mi alma / se vuelva simple y clara...*) :

Y el himno que yo canto
son las simples palabras
de todas las mañanas.

La eficacia de sus *simples palabras* se debe, acaso, a la consustanciación de este poeta con el objeto de su canto. Así se dirige a su mujer que aguarda *el hijo presentido* :

Guarda el reposo de tus párpados
que allí está el sueño de mi infante,
y no te canses de mirarme
que mi pequeño está mirando
con esa luz de tu mirada.

En otro poema hay un chorro de agua que *calma la sed con lo que canta.* Simplicidad y transparencia no impiden la fuerza verbal. La elocuencia de Castro Saavedra es tan vehemente, varonil y torrencial como su imagen del toro *de viento negro.* En suma, *Obra Selecta* de-

muestra que para Castro Saavedra palabras como *patria, destino, libertad* están cargadas de sentido. Tiene fe en *las simples palabras* y estos dos versos nos dicen por qué :

porque estaba firmando al pie de la esperanza
y el amor le dictaba los puntos y las letras.

Por eso dice : *yo no puedo escribir sino con sangre* y presenta a las palabras como fieles mediadoras de lo que la sangre dicta :

...un día
dije amor,
dije hierba,
y estas palabras simples
cayeron como gotas de rocío en mi lengua.

Y más aún : quiere que se vea y se toque y se sienta la cosa misma en el exacto lugar en que la nombra :

Y que el crítico diga :
esto no es poesía,
esto es agua,
esto es viento,
esto es arena y sangre de soldados.

Aspiración que comprende muy bien el lector de estos poemas, en donde las palabras, densas y palpitantes, están henchidas de la fe del poeta, quien confirma con sus versos lo anunciado en el prólogo respecto de ellos : *Huelen mis versos a madera y a tierra, a sangre y a sudor, a madrugada y a Colombia, a nido y a relámpago, y si hay algo de que puedan estar orgullosos, es de su lealtad a las palabras señaladas y a todo cuanto ellas simbolizan y encarnan.*

Lejos de cualquier *ismo* literario o político, Carlos Castro Saavedra, reconocido, a pesar de su juventud, como uno de los mejores poetas de Colombia, comunica en su *Obra Selecta* una poesía hondamente americana cuyo emblema es el amor, es la piedad, es la esperanza.

ALEJANDRA PIZARNIK

Sergio Bagú : « Vida de José Ingenieros »

ESTE LIBRO (Editorial Eudeba, Buenos Aires) es una reelaboración condensada de la segunda edición que se publicó con el mismo título de 1953.

Bagú suple su falta de destreza literaria —es obvia la dureza de construcción, la ausencia de gracilidad en los giros, el vocabulario poco imaginativo— con una sincera devoción por el maestro. Merced a ello ha logrado darnos el más completo esquema de la vida de Ingenieros. Humorismo, vocación de trabajo, fervor civil, preocupación científica y filosófica son aptitudes divergentes que en Ingenieros irradiaban de un centro común. Bagú sitúa cada uno de estos aspectos en relación con la poderosa personalidad que los originaba.

El libro interesa sin reservas porque lo mejor y más atrayente de Ingenieros es su vida y no su obra. Como escritor fue, en gran medida, un abnegado inventor de viejos lugares comunes. Poseía un incalculable talento para lanzar frases de estridente y magnífica apariencia pero vacías de contenido. De ahí su inmediata popularidad y la escasa hondura filosófica de su influjo. Su corazón romántico y su cabeza positivista engendraron un atrayente destino personal pero incidieron en la perennidad de su obra. Si hoy se leen *Principios de Psicología Biológica* (1913), *Hacia una moral sin dogmas* (1917), *La evolución de las ideas argentinas* (1918) y *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía* (1918), se asiste a un magnífico braceo... en el aire. Y es que cuando Ingenieros publicó esas obras y llegaba al máximo su popularidad literaria, comenzaba en la Argentina la retirada del positivismo.

Pero hay que revisar los pasos de esta vida. Es admirable el tesón con que este hijo de inmigrantes comienza desde niño a modelar su personalidad. A los veinte años realiza sus primeras experiencias como universitario y orador callejero de la clase proletaria y se abre así al doble llamamiento de la ciencia y la política que nunca desoirá. Funda en 1902 los *Anales de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría* y al año siguiente publica *Simulación de la locura.* Tiene veintiséis años. Este ritmo de creación regirá durante toda su vida.

Hay que volver los ojos con gratitud hacia este hombre maravillosadente dotado para las empresas de cultura. Entristece encontrar argentinos que ignoran que Ingenieros fundó y sostuvo de su bolsillo la *Revista de Filosofía* y la biblioteca « La Cultura Argentina », que en pocos años divulgó un millón y medio de ejemplares a precios bajísimos por toda Hispanoamérica. Sólo esas dos hazañas bastan para que su nombre no se olvide.

EZEQUIEL DE OLASO

Severo Sarduy : « Gestos »

DAR CON UNA NOVELA escrita en castellano en la que se advierta una preocupación viva por la palabra constituye una experiencia no frecuente. Que esta novela en castellano pue-

da reclamar el derecho a figurar entre las exploraciones lingüísticas bien logradas en otras lenguas en los últimos años provoca sorpresa. Y que el autor de la novela sea un joven añade a la sorpresa la alegría de la esperanza. Tanto como eso depara *Gestos* (Editorial Seix Barral, Barcelona), *nouvelle* que presumiblemente es el primer libro del cubano Severo Sarduy.

Digamos ante todo que la anécdota prácticamente no existe : reside en el accidentado deambular de una cantante-lavandera negra por las calles de La Habana precastrista, de su trajín hasta que coloca una bomba que hace volar la central eléctrica.

Su fuerza reside, pues, en la escritura. Y específicamente en su singular manejo de la distancia entre la palabra y la cosa que la palabra procura designar. En este orden, la escritura contemporánea aparece devorada por una tremenda voluntad de ascesis que en sus consecuencias se revela como soberbia destructora. La escritura de hoy aspira a suprimir enteramente la distancia entre la palabra y la cosa. A fin de liquidar la carga de contenidos culturales que a lo largo de siglos se han ido petrificando en esa distancia, con la ilusión de conseguir liberarse, el escritor actual pretende que su palabra no añada ni quite nada a las cosas que menta, desea que sus palabras sean *iguales* a las cosas. Lo cierto es que si bien ese designio resulta más manifiesto en las ostentosamente despojadas descripciones con las que *l'école du regard* pugna por presentar *el mundo en bruto*, el mismo principio opera en procedimientos como el del « monólogo interior », con el que se busca dar *el « alma » en bruto*, y en la utilización de dialectos, jergas, etc., con los que se procura ofrecer *el habla en bruto*. En suma, se pretende ofrecer todo con una objetividad tal que el ideal que se insinúa tras estas tentativas es el de la sustitución de las palabras por el conjunto concreto de elementos que las palabras tienden a representar. Y aunque es verdad que no se trata en modo alguno de un juego, que esa mirada pesimista y negadora de la tradición cultural constituye un explicable corolario de esa misma tradición, no menos verdadero resulta el hecho de que los productos de esas experimentaciones son en cierta forma « idiotas ». Porque lo que el escritor quiere hoy con desesperada obstinación olvidar es que la poesía —el arte— nació justamente debido a que la palabra *casa* no alcanzaba a expresar la significación total del fenómeno casa, debido a que ninguna palabra conseguirá nunca agotar la significación de aquello a lo que apunta. Así, lo que hoy se pretende es hacer poesía con la negación de la posibilidad de ésta. Y lo que se percibe como « aburrimiento », como « pesadez » en tales textos es nada menos que el intento de suprimir esa indeterminación de la palabra que constituye la fuente de la variabilidad y la riqueza humanas : el intento de matar las palabras convirtiéndolas en objetos rígidos.

En el mundo de habla castellana la repercusión de este « llamado del vórtice » ha tenido consecuencias lamentables. Por un lado, llevó a la joven novelística española a confundir la ascesis con el pauperismo lingüístico e imaginativo y se tradujo en obras de soso naturalismo y escritura torpe e inexpresiva. Por otro, incitó a gran parte de la novelística latinoamericana a buscar « la realidad desnuda » mediante la insistencia en abigarramientos indigenistas que ya eran uno de sus males y a complacerse en lenguajes dialectales y *slasgs* que a más de groseros y limitados resultan casi siempre ininteligibles a cortas distancias de sus lugares de uso.

Dentro de ese marco general y dentro del marco particular del habla castellana, *Gestos* aparece como un punto singular. No queremos decir que constituya una solución, pero sí que es un libro que, entre los millares que se editan hoy cada día, merece ser considerado. Sarduy se mueve dentro de la misma tendencia de la vanguardia, pero en lugar de encerrarse en cualquiera de las técnicas particulares, hace libre uso de todas ellas. Y esta liberación de los dogmatismos —aunque, por cierto, lograda mediante el dudoso pacto del eclecticismo— es lo que proporciona a su obra la vitalidad y la frescura que suelen faltar en la asfixiada vanguardia actual. Pues cada vez que las descripciones de la escuela de la mirada amenazan con tornarse enrarecidas, el autor deja soplar la renovadora corriente del monólogo interior, matizada con firmes toques de habla en bruto. Y, también, cuando el monólogo interior está a punto de imponer lo informe, los trazos apolíneos de la descripción objetiva restituyen la estructuración imprescindible. Por lo demás, frente al desafío del exotismo —extremado por tratarse de la pintura de un ambiente como el cubano—, Sarduy no vacila en tomar los elementos válidos para su obra, pero no incurre en ninguna entrega a ellos por sobrevaloraciones sentimentales. La armonía, en suma, parece ser el valor —tan raro hoy— que rige el trabajo de este artista a la vez joven, sutil y vigoroso. Es posible que la actitud estética implícita en *Gestos* no sea más que un fortuito remanso que se verá barrido por el torbellino general : sin embargo, valdrá la pena atender a las nuevas obras que prolonguen este comienzo no promisor sino logrado.

Severo Sarduy nació en Camagüey en 1937. Empezó a publicar poemas, relatos y ensayos a los quince años. Su actividad de escritor se acre-

centó a partir de la revolución. Ha viajado por América, Asia y Europa. Becario de su gobierno, se ha instalado en París, donde prepara una tesis sobre arte para la Escuela del Louvre.

H.A. MURENA

Julián Marías : « El tiempo que ni vuelve ni tropieza »

A Julian Marias no se le debe ni se le puede presentar, puesto que es él quien frecuentemente nos representa a todos los hispanoparlantes por esos mundos de Dios. No en vano es hoy día uno de los mejores exponentes de la cultura española, de esa cultura que por suerte no es —la aclaración casi huelga— privativa de tal o cual régimen político.

(Digamos además que a Marías se le ha querido presentar, con intenciones harto aviesas, como simple discípulo de Ortega y Gasset, precisamente por esa clase de gente de juicio mostrenco que durante no pocos años se ha empeñado en restar importancia al pensamiento filosófico orteguiano, juzgando la obra del gran filósofo como una especie de periodismo didáctico. Otras personas, mejor intencionadas, sin duda, mas bastante miopes a fin de cuentas, han considerado y consideran aún a Marías como vulgar albacea del pensamiento de Ortega. Supongo que esto no le molestará ni poco ni mucho ; tampoco le preocupará gran cosa. Pero la verdad pura y simple es que Julián Marías, albacea o no, es en la cultura española algo más, mucho más, que un discípulo, aunque sea de figura tan egregia como la de Ortega y Gasset. Es un verdadero continuador, con todo lo que esto representa.)

En efecto, la riqueza y hondura de la obra intelectual llevada a cabo por Marías en estos dos últimos decenios tiene que provocar la admiración de todos cuantos se encaran con ella sin las anteojeras del dogmatismo, sea de derechas o de izquierdas. Tanto más si se tiene en cuenta —y debe tenerse en cuenta— que esa obra fue realizada en años sumamente difíciles de la vida española. (Se inició —vale la pena recordarlo— poco después de cesar para siempre la voz de Unamuno y entrar España en lo que Ortega denominó « una era de atroz silencio ».) Marías demostró entonces no sólo un juvenil coraje, sino también una excepcional capacidad de trabajo en las peores condiciones posibles, una vocación a toda prueba y un gran saber. A la hora de rendir cuentas, él puede mostrar una treintena de obras que constituyen su capital más precioso y asimismo una de las aportaciones más serias que se hayan hecho a la cultura española.

Si bien la filosofía es su vocación fundamental —« ...mi verdadera vocación era la filosofía, y a ella me dediqué plenamente desde entonces », su preocupación intelectual le ha llevado hacia otras disciplinas : el ensayo literario, la crítica, la sociología, etc. Como en el verso de Terencio, nada de cuanto es humano le es extraño. Viajero incansable, Marías ha llevado y lleva a todas partes su inagotable curiosidad por las personas y por las cosas, por las instituciones, por las diversas formas de vida. Suya es esta rotunda afirmación : « Donde estoy, allí estoy. » Con los ojos bien abiertos y los demás sentidos alerta, sin encerrarse como tantos otros en un *campus* cualquiera que es por lo general sinónimo de pereza mental, se ha interesado ávidamente por cuantos países visitó. El resultado nos lo brinda en algunos de sus libros, por ejemplo *Los Estados Unidos en escorzo* e *Imagen de la India.*

Su libro más reciente es *El tiempo que ni vuelve ni tropieza* (Editorial EDHASA, Barcelona-Buenos Aires, 1964), título que corresponde a un verso de Quevedo y que atinadamente dice lo que quiere decir : la huída irreparable y a la par inexorable del tiempo y por ende el vano empeño de querer pararlo para vivir perpetuamente en él. España es, dicho sea de paso, uno de los países donde la gente se empeña con mayor ahinco y singular denuedo, digno sin duda de mejor causa, en que el tiempo vuelva. El español se alimenta de nostalgias y hasta se forja ilusiones sobre su pasado, imaginándose así que el tiempo que añora ha vuelto. Esta actitud o disposición del espíritu es visible en todos los órdenes de la vida, particularmente en el político. Así han ido y van las cosas... Pero, como diría Kipling, esto es ya otra historia.

El tiempo que ni vuelve ni tropieza reúne una serie de ensayos, artículos y alguna que otra conferencia. Y no es casual que el autor haya elegido para encabezar la serie en cuestión el ensayo « Reflexiones sobre la tolerancia » y la conferencia « El futuro de la libertad », pronunciada en Buenos Aires hace un par de años, amén de una « Carta abierta » en la que se propone orientar al lector sobre quién es el autor a quien va a leer. En ella hace Julián Marías su profesión de fe liberal : « En el último cuarto de siglo no ha habido palabra más atacada ni desprestigiada que 'liberal' ; y, sin embargo, yo me he sentido cada día más liberal a lo largo de ese tiempo, más persuadido de que el hombre tiene que hacer por sí mismo su vida y tiene el derecho a decir su palabra en su país y a reservar una parcela de su vida privada donde nadie intervenga. »

En « Reflexiones sobre la tolerancia » se refiere Marías muy particularmente a su contrario : la intolerancia, ese gran azote de la humanidad. « ...la intolerancia no consiste en una simple actitud hostil hacia posiciones, ideas, creencias, que no se comparten. Se puede muy bien discrepar enérgicamente, o combatir enérgicamente cualesquiera puntos de vista, sin ser por ello intolerante. La intolerancia surge cuando *no se acepta la realidad*, cuando se ejerce violencia sobre ella como tal realidad, en otras palabras, cuando se la *descalifica*, cuando no se reconocen sus títulos, su derecho a existir ». Frente a la intolerancia, que desnaturaliza todo verdadero sistema de vigencias comunes, Marías pregona la *con-vivencia* efectiva, la cual « requiere vivir y dejar vivir a los demás, a aquellos a quienes se puede combatir, sin negarlos, sin pretender suprimirlos, sin violentar la realidad ».

Otro tema de extremada actualidad es el que nos ofrece en « El futuro de la libertad ». Insiste Marías en que más grave todavía que la pérdida de la libertad es la pérdida de la vocación de libertad. « La libertad está amenazada de mil maneras. Hay muchos pueblos del mundo que no poseen libertad ; otros la invocan y tampoco la poseen ; en otros la libertad está mediatizada y disminuída ; en algunos, relativamente pocos, la libertad tiene un lugar adecuado ; siempre insuficiente, porque yo imagino la historia como un incremento de la libertad, es decir, como una progresiva humanización del hombre. Pero lo más grave, y esto me parece el síntoma verdaderamente inquietante de muchas sociedades, es que la libertad no interese. » Síntoma grave, en efecto. Cuando la capacidad humana de proyectar se achica hasta desaparecer, el hombre casi deja de ser hombre para convertirse en simple *robot*.

La falta de espacio nos impide glosar como merecen los demás ensayos que forman parte de este nuevo libro de Julián Marías, libro, como todos los suyos, de rico contenido, de sumo interés, en el que abundan los diagnósticos acertados y que ofrece, además, el razonado optimismo del autor.

I. I.

Varios :
«Partidos políticos en Argentina»

El Ateneo Juvenil y de Investigaciones por la Libertad de la Cultura organizó una serie de conferencias sobre los partidos políticos argentinos. Como bien lo aclara el prólogo, « el solo hecho de que los partidos políticos se transformen en tema de análisis, evidencia que se encuentran en un estado muy particular » que en el mismo prólogo se califica de crítico.

El deseo de analizar ese estado crítico de los partidos políticos argentinos fue la causa de ese ciclo, y los cinco trabajos que integran el volumen *Los partidos políticos. Estructura y vigencia en la Argentina* (Editorial Cooperadora de Derecho y Ciencias Sociales, Argentina) intentan dar una explicación del repetido estado crítico.

José S. Campobassi y Luis Pan han procedido al análisis histórico del problema. Pan abarca en su trabajo los años caracterizados por el fenómeno político-social del peronismo.

Carlos S. Fayt, José Luis de Imaz y Mario Justo López enfocan el tema con criterio sociológico y, salvo pequeñas diferencias metodológicas, los tres trabajos, luego de formular consideraciones generales, se remiten a la realidad argentina, que analizan con mayor o menor detenimiento.

Ninguna duda cabe sobre la amplia competencia de los autores de estos trabajos para efectuar el análisis del fenómeno histórico, social y político de los partidos políticos argentinos ; quizás (y esto es una crítica desde el punto de vista didáctico) hubiera sido útil ilustrar más completamente a los lectores mediante algún dato biográfico sobre los autores de los sucesivos trabajos, pues en cuestiones tan debatidas y debatibles como la que nos ocupa en esta nota. el previo conocimiento ideológico de un autor es siempre una aportación interesante.

Sobre lo arduo de la tarea explicativa de los hechos políticos nos ofrece un ejemplo la diferente interpretación que dan Campobassi y Pan al fenómeno político del radicalismo. Campobassi al referirse a la crisis de 1890 y al nacimiento de los diversos movimientos que se inician en esos años dice : « Contra el gobierno estuvieron los liberales de Mitre, los católicos de Estrada, los autonomistas (sucesores de los federalistas de Rosas y Urquiza), los autonomistas de Alsina (que ya estaban dirigidos por Alem).

« En esta mezcla de liberales, católicos y autonomistas, es preciso distinguir bien las características de cada núcleo para comprender mucho de lo que ocurrió en nuestro país después del 90. Los liberales de Mitre eran los continuadores de quienes en nuestro país marcaron la línea de Mayo con Moreno, Rivadavia, la generación del 37, Caseros, la generación del 53, Pavón, Alberdi, Sarmiento y Mitre. Los autonomistas de Alem eran los continuadores de los autonomistas de Alsina, que habían sido a su vez los herederos del federalismo de Rosas y Urquiza. Del

autonomismo de Alem salió el radicalismo de Alem e Irigoyen.

« Cabe preguntar : ¿Es el radicalismo una fuerza política que tiene su raíz en el rosismo —dejemos la palabra rosismo—, en el federalismo de Rosas y en el federalismo de Urquiza? Cabe responder : sí, así es.

Por su parte, Luis Pan al referirse al origen del radicalismo sostiene : « Los antecedentes inmediatos del actual radicalismo hay que situarlos en el autonomismo de Alsina, en cuyos « clubs » se inician políticamente Leandro N. Alem e Hipólito Irigoyen poco antes del año 1870, durante la presidencia de Sarmiento. Sin embargo, sería el Partido Republicano fundado en el 77 por Alem, Del Valle y Roque Sáenz Peña, contra la « «conciliación » de ese año entre Alsina y Mitre, la condensación previa de hombres, situaciones y temperamentos que tras los sucesos del 90, rebrotada la intransigencia juvenil ante el nuevo « Acuerdo » —esta vez entre Mitre y Roca, en el 91— haya dado paso a la creación de la Unión Cívica Radical en el año 1892. » Y agrega luego : « En 1877 Mitre y Alsina vuelven a encontrarse y allí se manifiesta lo que podrían ser los pasos preliminares de lo que quince años después, apenas, sería la Unión Cívica Radical. Los autonomistas, la juventud briosa de Buenos Aires, donde están Alem y Del Valle, no entiende eso de la conciliación. Ellos proclaman la intransigencia y fundan el Partido Republicano, apoyado por el viejo Domingo Faustino Sarmiento. »

Surge del análisis de estas citas que si bien para unos el radicalismo tiene un origen netamente « federal » con la serie de connotaciones peyorativas que a ese término se da en general en la Argentina, para otros el radicalismo surge de una combinación de situaciones políticas e ideológicas que si podían tener la influencia de un caudillo como Alsina también deben haberse configurado con la aportación de personalidades como la de Roque Sáenz Peña o Sarmiento, tan opuestas por cierto a lo que por « «federal » se entiende en la Argentina.

Si nos detenemos especialmente en este aspecto del libro que comentamos, se debe a que la diferencia de criterio señalada se manifiesta en la explicación de la génesis histórica e ideológica del partido que durante muchos años representó a la mayoría de la opinión pública argentina. El partido radical ha sido el típico partido político representativo de la mentalidad media argentina, y sólo fue despojado en su importancia como movimiento político por el peronismo.

Cuando antes nos referimos a las dificultades para escapar a la ideología en un análisis de los hechos que se supone objetivo, quizás preveíamos las dificultades que justamente el peronismo plantearía a quienes en estos trabajos tenían la misión de analizar la estructura y vigencia de los partidos políticos en la Argentina. En dos de los trabajos simplemente no se alude a este fenómeeno social y político que ha perturbado desde hace 21 años la vida social y política argentina. En los otros trabajos se alude a él con una total actitud de repudio, quizás un tanto atenuada en el trabajo de Fayt, en función de un criterio objetivo.

Lejos de nuestro ánimo intentar la defensa de un hecho que desde el punto de vista político fue ejemplo de corrupción, servilismo y bajeza moral, cuyos dirigentes fueron extraídos en muchos casos de grupos sociales marginales y que llegaron a la función pública con fines puramente codiciosos y sin la menor vocación del bien público. No obstante esto, quizás el calificativo de totalitario (dando al término su carga histórica) no sea el más ajustado al complejo fenómeno social y político del peronismo que, en muchos aspectos, satisfizo aspiraciones justas del pueblo y que contó con un amplio apoyo popular.

Creemos que para juzgar el peronismo como hecho histórico y como posibilidad política argentina deben separarse la personalidad de sus jefes y los actos individuales de los que lo dirigieron (con inclusión de su máximo industrializador, Juan Perón) de las profundas necesidades y deseos que, en parte con verdad y en gran parte por hábil demagogia, reconoció como legítmos al pueblo y procuró satisfacer.

Prueba de esta afirmación es que el peronismo ha sido y sigue siendo la piedra de escándalo donde se han estrellado y dividido todos los partidos políticos argentinos. Ninguno de ellos ha podido escapar a la necesidad de aludir a esa justa aspiración popular, y, por otro lado les ha sido moralmente imposible aceptar su historia y sus dirigentes. Prácticamente, todos los partidos políticos, en forma clara o solapada, han tratado de captar a las masas denominadas peronistas. Todo este proceso nos permite pensar que el peronismo no debe ser rechazado o calificado tan escuetamente y que quizás en un volumen, como el que comentamos, hubiera sido sumamente interesante encontrar un análisis circunstanciado de este fenómeno tan importante para la Argentina.

Quizás lo que ahora se da en llamar peronismo (o lo que quizás hábiles dirigentes políticos peronistas dan en llamar peronismo, y lo que incomprensivos dirigentes políticos, no peronistas, también dan en llamar peronismo) no sea más que un profundo deseo nacional de lograr esa sociedad justa que todo hombre sabe que debe llegar a existir.

ALICIA JUSTO

notas

Alrededor de la sátira y la parodia

Con un encomiable sentido de la oportunidad, han vuelto a aparecer en Buenos Aires los Seis problemas para don Isidro Parodi, *esta vez aclarándose en la fajilla del libro que los verdaderos autores —que firman, como firmaron en la primera edición de 1942, con el seudónimo de « H. Bustos Domecq »— son nada menos que Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares.*

El curioso libro, sátira alegre e implacable de la realidad rioplatense so pretexto de incidentes seudopoliciales, se había agotado rápidamente, hasta ser un clásico disputado por los bibliófilos En estos más de veinte años transcurridos se convirtió en una profecía. Y los personajes de los cuentos detectivescos se fueron transformando desde su condición original de « bromas », ironías circunstanciales de estilo y por tanto de hombres, hasta su significado contemporáneo de arquetipos : el inescrupuloso y florido Montenegro, « de la Academia Argentina de Letras », el poeta moderno Carlos Anglada, las damas del gran mundo (condenado fatalmente a asimilarse a la burguesía según la visión novelística de Silvina Bullrich) Mariana R. Villalba y su liberal hermana, el hispanista Mario Bonfanti, el nacionalista Marcelo Frogman, y el fabuloso detective encarcelado Parodi, quien a la manera cinematográfica del Dr. Mabuse y con la socarronería criolla del antecesor borgiano Macedonio Fernández va desentrañando « de paso » un regocijante ser nacional.

Ahora, con el éxito sensacional de esta segunda edición, culmina una extraña parábola : los arquetipos vuelven a decidirse en personajes y personas (*o en personas y* personajes, *según el orden de especulación mental de cada uno*) *; los muy numerosos lectores del flamante « bestseller » se preocupan, averiguan, indagan sobre la « verdadera personalidad » de los protagonistas, los nombres de la caricaturesca ficción se adjudican acaloradamente a los más conocidos nombres de la vida cotidiana...*

A su vez, en 1948, *el poeta Leopoldo Marechal había publicado esa formidable novela que es* Adán Buenosayres, *sátira, pasión y epitafio de toda una generación literaria. Cada uno de los inolvidables personajes parecía o quería ser un famoso escritor* real *o compañero de ruta, empezando por el propio Borges.*

Marechal mismo previó las alusiones en la dedicatoria : « A mis camaradas 'Martinfierristas', vivos y muertos, cada uno de los cuales bien pudo ser un héroe de esta limpia y entusiasmada historia. » Para atenuar la ironía aclaró que si alguno de sus personajes vestía el traje de lo ridículo, lo hacía graciosamente, sin deshonor, en virtud de aquel « humorismo angélico » por el que también la sátira puede ser una forma de la caridad, « si se dirige a los humanos con la sonrisa que tal vez los ángeles esbozan ante la locura de los hombres. »

El libro —en medio de los avatares políticos y sociales del peronismo— fue acogido con la más cruel conspiración practicada en Latinoamérica : la del silencio ; las nuevas generaciones empiezan a considerarlo como ficción y documento importantísimo, testimonio elocuente del país que, como todo país, se hace y se deshace.

Mientras tanto, la tradición argentina de sátira y parodia, prestigiada desde Sarmiento y Alberdi a Nalé Roxlo que se hizo célebre con sus figuraciones estilísticas « a la manera de... », se encarna y encarniza en Julio Cortázar : el país, las gentes como objeto en Los Premios ; *las instituciones, costumbres y frases hechas en sus inefables* Historias de Cronopios y de Famas ; *toda la ficción, nada menos que la literatura misma, en* Rayuela.

Y Borges vuelve a las andadas con su viejo compañero de aventuras intelectuales Bioy Casares. Así, vuelve « H. Bustos Domecq », quien firma en el n° 288 de la revista Sur *un maravilloso « Homenaje a César Paladión ». Trata de la alabanza debida a ese, « el más original y variado de nuestros* litterati », *que al decir del cronista, o mejor dicho de los cronistas, incorpora a su obra una y otra vez « un* opus completo » *... superando naturalmente las hazañas de Eliot o de Pound que sólo han adoptado versos*

aislados de otros poetas ; en la bibliografía atribuída a este singular ampliador de unidades (« *antes y después de nuestro Paladión, la unidad literaria que los autores recogían del acervo común, era la palabra o, a lo sumo, la frase hecha* ») *figuran desde* « *la novela pedagógica* Emilio » *hasta* La cabaña del Tío Tom, *pasando por* El Sabueso de los Baskerville...

¿Habrá que asimilar toda esta burla para una nueva teoría, explicación de « *lo argentino* », *de los argentinos? Porque el país y los habitantes que una vez parecieron abolir el misterio americano resultan ahora inexplicados, inexplicables a la luz de los viejos esquemas. Porque muchos, en muchas partes, dudan ahora de tanta aparente seriedad (encarnada en* « *lo solemne* », « *lo profundo* », *de allí el fervor por Ingmar Bergman o el desdén por* « *lo norteamericano* ») *y de tanta aparente frivolidad.*

*

Paradójicamente, en el país de la iconoclastia más total —la de la Muerte—, en México, la sátira gratuita, el humor desinteresado en su concepto más alto y serio de obra ya cumplida sólo parece expresarse mejor hoy en una forma plástica : la de José Luis Cuevas.

Cuevas (que felizmente no conoce la Angustia, sino las angustias variadas y ocasionales, con lo que logra ser más fiel a nuestro momentito histórico que ya no es kafkiano) parece estar diciendo en sus grotescos dibujos : Rivera, Orozco, Siqueiros se tomaron demasiado en serio, observaron la locura de los hombres no con una sonrisa caritativa sino con rabia, pretendieron un sentido social trascendente, utilitario ; faltaron a la tradición mexicana que es la burla-porque-sí, porque nada es perfecto y no somos puritanos para creer remediarlo ; hicieron más bien caricatura expresionista de tipo germánico, protesta política ; pintaron prostitutas que significaban la Gran Corrupción, millonarios que eran Wall Street, obreros que eran El Obrero Internacional, flores que representaban la pureza o la raza vencida...

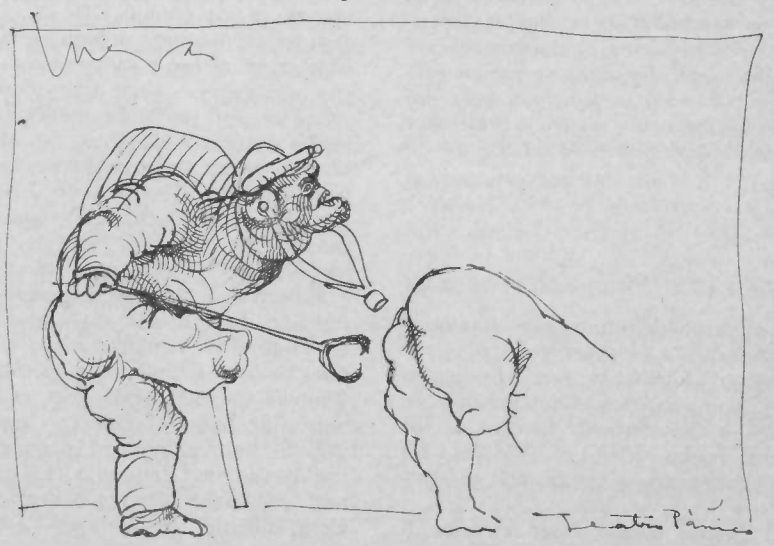
Cuevas sabe que el Diablo, príncipe de ambigüedad, se ha instalado en el mundo y que todo sería tan fácil si el bien y el mal se enfrentaran como dos adversarios, si las dos ciudades agustinianas fueran realmente antagónicas. Por eso lo espiritualmente amorfo suyo, la clara indeterminación de hombres y animales, enfermedad y virtud.

*

En los Estados Unidos hay un antecedente magnífico : la novela The Torrents of Sprin *de Ernest Hemingway, aparecida originalmente en 1927 y cuya segunda edición británica se publica este año también con absoluta oportunidad.*

Fue el segundo libro de Hemingway. En el primero, In Our Time, *había mostrado la influencia considerable de Sherwood Anderson, entonces en el apogeo de su fama ; en* The Torrents of Spring, « *Novela Romántica en Honor de la Desaparición de una Gran Raza* », *se lanzó satírica y despiadadamente contra el engorroso estilo y la tesis de Anderson. Con la lógica de todas las cosas creadas bajo el cielo (que sólo es absolutamente racional en las mujeres y los locos), más tarde el mismo Hemingway sucumbió a la tentación de las ideas y los métodos literarios de su mentor así satirizado.*

DIBUJO DE JOSE LUIS CUEVAS



La historia de Anderson trataba de un periodista que dejaba a su mujer aristócrata y se hacía obrero y tenía un romance con la esposa del director de la fábrica ; había constantes alusiones a París (como civilización) *y a los negros como fuente de toda virginidad y* naturaleza. *La parodia de Hemingway se encarnizó menos con la historia que con estas últimas ideas : reemplazó a los negros por indios, cuyo sonar de tambores se oye en todos los capítulos, y con cualquier motivo ridículo de la farsa promovió a la capital francesa.*

Como suele suceder en estos casos, Torrents of Spring *gusta hoy por motivos muy diferentes. El sentido anterior de la sátira se ha perdido, pero queda un documento vivo, más interesante que nunca, del parricidio y la formación de un novelista que posteriormente resultó* mayor *como todavía puede resultar* menor. *Es privilegio de cada época rever a los artistas, recrear sus obras (ya estamos viendo que a Shakespeare, en su « Año », lo están volviendo a considerar católico) ; en el caso especial de la literatura, la cortesía esencial para el lector consiste en todo lo que no quedó aclarado, « lo que no se dijo », según la proposición de Génet.*

Y a su vez las propias inocencias de Hemingway han sido satirizadas y parodiadas constructivamente por otros grandes novelistas norteamericanos. A la ingenuidad de querer « expresar lo que realmente sucedía en acción... cuáles cosas verdaderas producían la emoción que uno experimentaba... », James Purdy ha opuesto en Malcolm *la más desenfrenada e irrazonable acción por sí misma, que de todos modos trasciende en la mayor parábola de U.S.A. y de nuestro tiempo). A la pasión adolescente de la aventura, de los viajes, Saul Bellow opone la sensatez del regreso : su héroe* Hénderson, Rey de la Lluvia, *sale a purgar su condición de « Babbit », encuentra que por todas partes el mundo se está asemejando y que corre el peligro de ser un mesías destructor, y volverá a su país, con todas las posibilidades de experiencia trágica, a enfrentar el amor y su verdadera responsabilidad.*

LUIS GUILLERMO PIAZZA

LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

Cada vez que zarpa de un puerto ecuatoriano un barco cargado de olorosos y dorados racimos, con destino a Yokohama, a Hamburgo o a San Francisco, una pequeña cantidad de sucres ingresa en la Tesorería de la casa de los escritores, de los poetas, de los filósofos. La buena tierra ecuatoriana alimenta así su cultura.

Y es que el Estado asignó, para el sostenimiento de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, el 3/4 % de la renta producida por la exportación de banano.

Como su nombre lo indica, esta entidad no es una academia más, ni un estirado instituto de los que hay tantos, repleto de eruditos. Nada de eso. Es, simplemente, un hogar donde los hombres de cultura pueden trabajar sin la obligación de asistir a sesiones solemnes donde se engorda la vanidad de los genios oficiales.

Fue Benjamín Carrión quien tuvo la idea de convertir el Instituto Cultural Ecuatoriano, creado por el Presidente Carlos Arroyo del Río, en una institución « vestida de paisano », ágil, moderna, accesible a todas las tendencias, sin prejuicios de ninguna clase. Una casa con las ventanas abiertas, donde soplen todos los vientos del mundo.

« Esto no puede durar más de ocho días », fue la opinión general, cuando se conoció la nómina de su primera junta de gobierno. En realidad, esa nómina presentaba un sospechoso cariz de arca de Noé : toda clase de intelectuales estaban allí revueltos y, por ejemplo, el humanista Aurelio Espinosa Pólit, sacerdote jesuíta, ilustre traductor y exegeta de Horacio, Virgilio y Sófocles, estaba junto al entonces joven novelista Enrique Gil Gilbert, cuya afiliación al partido comunista era pública y notoria. Tales diferencias, apiñadas bajo un mismo techo, sólo podían conducir a un estallido atómico a cortísimo plazo.

Pero no fue así : en ese Arca de Noé reinaba la tolerancia y la mutua cooperación. La Casa de la Cultura Ecuatoriana, fundada el 10 de agosto de 1944, acaba de cumplir veinte años de laborar constante.

El Estado nada tiene que hacer con ella. Su manejo es autónomo. La única ingerencia oficial es la de que, siempre que el ministro de Educación asista a sus sesiones —lo que de hecho no ocurre— tiene que ocupar el sillón presidencial. Su junta de gobierno se integra por representaciones electivas de los poetas, pintores, novelistas, críticos literarios, autores teatrales y músicos (Sección de Literatura y Bellas Artes) ; de los juristas, sociólogos y economistas (Sección de Ciencias Jurídicas y Sociales) ; de los filósofos y pedagogos (Sección de Filosofía y Educación) ; de los historiadores y geógrafos (Sección de Historia y Geografía) ; de los físicos, químicos y matemáticos (Sección de Ciencias) y de los biólogos y psicólogos (Sección de Biología y Psicología). En esta elección nada tiene que hacer el gobierno nacional.

Esta junta elige un presidente (el primero fue Benjamín Carrión, crítico literario, y el actual es Jaime Chaves Granja, periodista), un vicepresidente (el primero fue Jacinto Jijón

Caamaño,arqueólogo y lingüista, y el actual es Plutarco Naranjo, investigador biológico), un secretario general (el primero fue Humberto Mata Martínez, un pedagogo ; el actual es Rodrigo Borja, un jurista). un tesorero, un interventor, un director para la biblioteca, otro para la radioemisora y otro para la editorial.

Y como la Casa administra y dirige la Biblioteca Nacional, el Archivo Nacional, el Museo Nacional, la Escuela Nacional de Teatro, la Escuela Nacional de Ballet, la Orquesta Sinfónica Nacional y el Instituto del Folklore, sus directores son también elegidos por la junta de gobierno de la Casa de la Cultura.

Cada sección designa un delegado que integra el Directorio con el presidente y el vice-

ADIVINANZAS DE « CUADERNOS »

Las adivinanzas que propone Cuadernos *son de doble yema. El adivinador debe descubrir el significado que esconden las imágenes propuestas y decir en qué poema de qué poeta se hallan. Un premio de veinte dólares se otorgará a la persona de quien primero recibamos todas las respuestas, o a quien envíe el mayor número de respuestas exactas. Las respuestas deben enviarse antes del 1° de febrero de 1965 a la dirección de* Cuadernos *en París.*

1

Los cordeles tocan el azul final.
Los niños regresan de la inmensidad.
Hay un aire tenso, cerros sin andar,
árboles parados, agua sin variar.
Los niños le prestan su fuerza infantil
y todo el paisaje se pone a vivir.

2

Parecen tristes moluscos
sin marea, sin arenas,
Parecen, en lo ceñudo,
la nube de la tormenta.
A las sayas verticales
de la muerte se asemejan
y yo las abro y las paso
como la caña que tiembla.

3

Viene como una flor desde la tierra
cuando avanzó con decidido aroma
hasta la magnitud de la magnolia,
pero esta flor del fondo que ha estallado
trae todas las ramas que no ardieron
y todo el manantial de la blancura.

4

Dedalito de gualda
que incita escalda
« Entre pecho y espalda »
que escalda incita
Ay que si escalda
suena la campanita
de la Giralda

5

A la ida y a la vuelta
ciudadano campesino
tienes la moral tan suelta
que no pierdes el camino
Síntesis de polo a polo
vulgaridad refinada
— Yo siempre con mermelada
— Y yo con vino
— Y yo solo

6

Das vueltas
te hundes y das vueltas,
coronas una cima de recuerdo
y das vueltas.
Desesperadamente blanca,
sobre cumbres de vértigo,
con un millón de piernas,
de cabellos y brazos.

7

Yo tengo un paje muy fiel
que me cuida y que me gruñe,
y al salir, me limpia y bruñe
mi corona de laurel.
Yo tengo un paje ejemplar
que no come, que no duerme,
y que se acurruca a verme
trabajar, y sollozar.

8

Arpa soy, salterio soy
donde vibra el universo :
Vengo del sol, y al sol voy :
soy el amor.

9

Nacen, aman, y brillan y mueren,
en el aire al morir se transforman,
y se van, sin dejarnos su huella,
cual de tenue llovizna las gotas.

10

Rubio pastor de barcas pescadoras.

presidente, y todos juntos afrontan la tarea administrativa. Las secciones, a su vez, realizan el trabajo cultural, para el cual se ayudan designando miembros correspondientes en el territorio nacional. El trabajo de las secciones se desarrolla por programas.

En todas las capitales de provincia la Casa tiene núcleos, con salones de exposición y de concierto, biblioteca y, en algunos casos, imprenta y radiodifusora. Allí trabajan los miembros correspondientes. Cada núcleo se organiza a semejanza de la casa matriz.

Hay en la Casa una imprenta de primera clase, en la que se editan las varias revistas que publica : el periódico *Letras del Ecuador*, la *Revista Ecuatoriana de Ciencias*, la *Revista Ecuatoriana de Educación*, la *Revista de Neuropsiquiatría y disciplinas conexas*, el *Boletín del Instituto del Folklore* ; y funciona un Departamento Editorial bien organizado, que ha publicado centenares de libros. Para la edición de éstos no hay otro criterio que su calidad. Las secciones actúan de comités de lectura. Casi todos los escritores ecuatorianos han publicado aquí sus obras, y también muchos ertranjeros. Entre las más bellas ediciones citaremos el álbum *Huacay-Nán*, que contiene la obra del pintor Oswaldo Guayasamín y la *Historia de la Imprenta en el Ecuador* del especialista sueco Alexander Stols. También han sido extraordinarias ediciones la de las *Hojas de hierba*, de Walt Withman, completas, traducidas por el traductor ecuatoriano Francisco Alexander ; la del poema « Conquistador » de Archibald Mac Leish, vertido por el mismo traductor ; la edición completa de Horacio, traducido por Remigio Romero y Cordero, poeta ecuatoriano ; la de Sófocles, vertido por el humanista Aurelio Espinosa Pólit ; la *Antología de la Poesía Francesa Moderna*, seleccionada y traducida por Jorge Carrera Andrade. Su colección de Obras Completas, en papel biblia, ha publicado ya dos volúmenes : José de la Cuadra y Pablo Palacio. Su Colección Popular, de libros de bolsillo, va ya por una veintena de títulos. Los libros están bellamente presentados.

La Casa celebra todos los años algunos grandes eventos, entre los cuales destacamos el Salón Nacional de Bellas Artes y la Exposición Nacional de Artesanía Popular. Con frecuencia invita a escritores extranjeros a dictar conferencias ; a artistas pintores a presentar exposiciones ; a notables músicos a dar conciertos. Los visitantes comienzan por la capital y van a cuantos núcleos provinciales pueden, según el tiempo de que dispongan. La presentación en Quito, Guayaquil y Cuenca es de rigor. Personalidades mundiales han sido visitantes. Citamos a Arthur Toynbee, Julián Huxley, Pedro Salinas, René Caillois, León Felipe, Jean-Louis Barrault, Madeleine Ozeray, Luis Jiménez de Asúa, Yehudi Menuhin, Pasteur Valéry-Radot, Leopoldo Zea, Juan David García-Baca, Carlos Sabat Ercasty, Julio Barrenechea...

Mucha influencia ha tenido la Casa en la vida cultural del país. Baste saber que prácticamente no había teatro en el Ecuador cuando ella fue fundada. La Orquesta Sinfónica Nacional es obra suya. Lo es también la Escuela Nacional de Ballet. Su editorial ha permitido la primera edición de obras de muchos jóvenes escritores, sin que tengan que recorrer el calvario antes indispensable. Lo mismo ocurre con los músicos para el primer concierto y el primer viaje al exterior... lo mismo con los artistas plásticos. La investigación científica, histórica, folklórica, se hace bajo sus aleros. El contacto con la cultura universal por medio de las invitaciones a que nos referimos antes, ha permitido abrir las ventanas del Ecuador sobre el mundo.

Ha vivido hasta ahora la Casa porque nunca ha dominado su acción un criterio exclusivista y discriminatorio. Hubo alguna vez el peligro : a raíz del triunfo de Fidel, escritores que se jactan de ser muy de izquierda quisieron ponerla a su servicio. Una reacción oportuna se opuso al logro de ese propósito, que habría sido mortal. Mientras siga siendo tolerante, abierta a todos, casa, hogar para la cultura del país, para la cultura de América y el mundo, su vida continuará, fructífera y activa. Si alguna

PREUVES

publie dans son numéro d'OCTOBRE

GÜNTER GRASS
Le « Coriolan » de Shakespeare et de Brecht

FRANÇOIS FONTAINE
L'Occident
de San Francisco à Vladivostok

MIKLOS MOLNAR
Naissance et mort de la première Internationale

GEORGE MIKES
Lettre de Budapest :
Quand l'étranger revient

*

18, avenue de l'Opéra, Paris (1er)

Un ancien numéro sera gracieusement envoyé sur simple demande, comme spécimen.

vez cierra sus ventanas, deja en sus puertas sólo un postigo para que pasen los de tal ideología o tal religión, entonces morirá. Hoy, es el libre hogar : ni siquiera la « dictadura de los consagrados » puede nada con ella. Cada nueva cosecha, con su ímpetu o su ilusión renovadora, con su carga de negaciones, entra allí. Muchas veces es sólo calor de primavera, pero encuentra las puertas abiertas, y lo que realmente vale es cosecha que la Casa cuida para entregarla al Ecuador. Se acoge comprensivamente todo lo que lo merece. No es una academia, ni un convento, ni el cuartel general de una doctrina, ni una asamblea de doctores. Es, como su nombre lo indica, una casa, un hogar. Allí vive y crece la cultura de un pueblo.

ALEJANDRO CARRION

Temas y autores

La publicación de las cartas de la monja de Portugal, llevada a cabo por Isabel Lleras de Ospina (*Cuadernos*, núm. 84), ha dado vida y actualidad a esa muestra incomparable de la literatura erótica femenina. Isabel Lleras de Ospina, con fina penetración de mujer y espíritu poético, defendió la autenticidad de las cartas, como lo hace ahora GUILLERMO DE TORRE en su « Defensa de Mariana Alcoforado, la monja portuguesa », comentando la mencionada publicación. (Digamos que a *Cuadernos* ha llegado abundante correspondencia de lectores de esas cartas.) ... La historia interna de uno de los capítulos más decisivos en el proceso del petróleo y el triángulo Venezuela-Cuba-Rusia, la ofrece ROMULO BETANCOURT en un artículo que está destinado a tener el mayor eco en América y Europa, « Cuba : Refinerías nacionalizadas y comercio con Europa » ... « Las palabras » forman, dentro de la copiosa obra literaria de JEAN-PAUL SARTRE, un libro singularísimo por sus intimidades biográficas y por los complejos que aparecen en la base de su personalidad. Ese libro, discutido como ningún otro suyo desde que se publicó a comienzos de este año, verá la luz en traducción española simultáneamente con esta edición de *Cuadernos*. La Editorial Losada nos cedió el capítulo inicial, que es como la clave de la obra... SALVADOR PINEDA escribe en « Sudor y sangre en el Balsas » la biografía de un río de México, del río donde se encontraron frente a frente indios y blancos, del río del fraile Moya, el apóstol de la tierra caliente, del río que siguió Morelos con su tropa, del río de la República... Para formarse una idea clara de Unamuno es preciso despojarle de los rasgos del pintoresquismo y del perfil del mito. Esto es lo que intenta y logra ANTONIO ESPINA, fiel como el salmantino a su España, en « Recuerdo y pre-

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envío la cantidad de ....., importe de una suscripción a *Cuadernos* por un período de ..... a partir del N.º ....., a nombre de (1) :

.....

.....

.....

(1) Indíquese la dirección completa.

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9992-63) a la administración de *Cuadernos*, 23, rue de la Pépinière, Paris 8e.

Francia : 1 año : 25 F — Norteamérica : 1 año : 6 $ USA

Europa : 1 año : 28 F — América Latina : 1 año : 5 $ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.

B.D.I.C

sencia de Unamuno »... ¿Se puede producir comercialmente carne artificial? He aquí una de las grandes aventuras de la ciencia y de la industria modernas, de que nos da cuenta MAGNUS PYKE, de la B.B.C. de Londres... Las cartas, ese género de resonancias íntimas que se va perdiendo con la máquina de escribir, sirven a LUIS ALBERTO SANCHEZ para iniciarnos en un « Ricardo Palma al descubierto », que apreciarán tanto como una tradición de Lima los lectores del famoso acotador de la historia... ROBERTO OLIVERA UNDA, ganó entre quinientos concursantes el segundo premio del concurso *Excelsior-Cuadernos* para premiar el mejor cuento mexicano. En realidad, « Los gallos » son un relato de primer orden... GUILLERMO GALLARDO, el historiador argentino que nuestros lectores recordarán por su famosa historia de los perros cimarrones, descubre ahora otra faz ignorada de nuestra América : la de los cristianos « Cautivos de los infieles », de los que hay ejemplos hasta mediados del siglo pasado. El rescate cobrado por los castristas para liberar a los revolucionaios de Playa Girón tiene, pues, curiosos antecedentes... En el Museo de Inválidos de París, se ofrece este año una exposición de gran interés : « Napoleón y la guerra de España ». Gran riqueza de grabados le da realce singularísimo. LUIS QUINTANILLA nos glosa esa exposición... ARTURO CROCE, novelista venezolano de la nueva promoción nos envía, un poco tarde, su respuesta a la encuesta que iniciamos sobre la novela en América Latina ; pero el vigoroso análisis que hace, su afirmación de que hay que distinguir entre novela y basura, cierra muy bien el debate promovido meses pasados.... En la sección poética de este número aparecen los nombres de dos argentinos, RAUL VERA OCAMPO OSVALDO ROSSLER, ampliamente conocid... de nuestros lectores y en las letras de la argentina, así como ENRIQUILLO ROJAS ABREU, dominicano, a quien por vez primera incluímos entre los colaboradores de *Cuadernos*, y lo incluímos con orgullo porque es uno de los nuevos valores destinados a ocupar un lugar elevado en la poesía de América... Queremos referirnos a las fotografías de GERMAN TELLEZ, gran valor entre los jóvenes arquitectos colombianos y al mismo tiempo fotógrafo de fina sensibilidad, como lo señala en su comentario CARLOS CASTRO SAAVEDRA... En 1926 publicó ARMANDO MARIBONA, el caricaturista de su tiempo en París, el libro *Decapitados*, que hoy es curiosidad bibliográfica. Por él desfilan los perfiles de los latinoamericanos de entonces, hechos en los cafés del Barrio Latino. Publicamos unas cuantas de esas caricaturas en recuerdo de Maribona y de sus decapitados.

Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

Director
GERMAN ARCINIEGAS

Consejo de Honor
Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Mariano Picón-Salas, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos y Erico Veríssimo

Redacción en París
Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

Consejo de Redacción
Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, José Luis Martínez, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

Arte
Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

Ilustradores
Sergio Trujillo Magnenat
y Adriana Figueredo

Corresponsales
Asunción : Josefina Plá
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela
Bonn : Rafael Gutiérrez Girardot
Buenos Aires : H.A. Murena
Caracas : Guillermo Morón
La Paz : Fernando Díez de Medina
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz
Montevideo : Dora Isella Russell
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo
Nueva York : Joaquín Maurín
San Juan de Puerto Rico : María Teresa Babín
Quito : Alejandro Carrión
Santiago : Raúl Silva Castro
Tegucigalpa : Oscar Acosta

Redacción y Administración
23, rue de la Pépinière, Paris (8)
Teléfono : EUR. 37-59